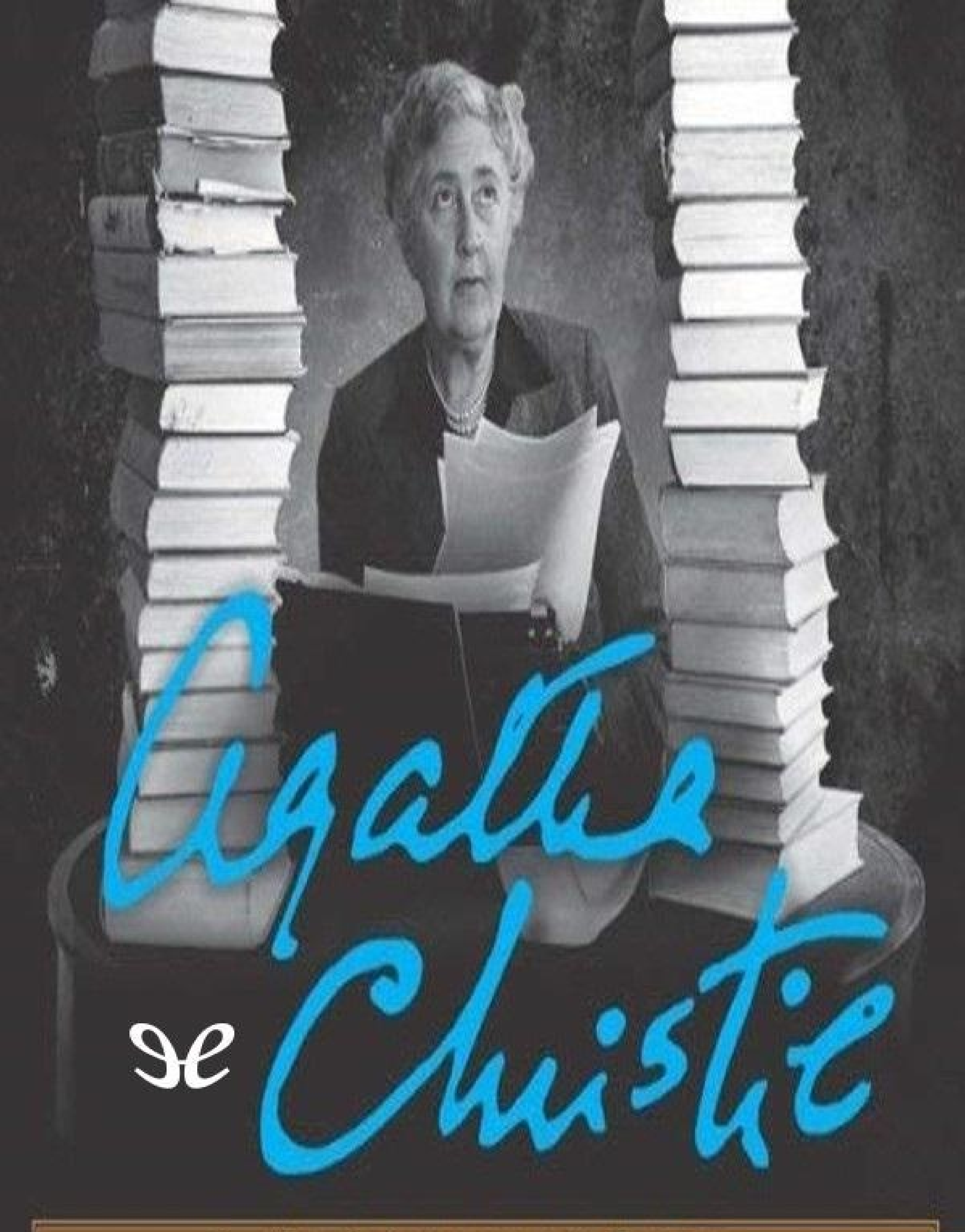

Agatha Christie
Cuentos comple
Lectulandia

Esta recopilación de narraciones cortas contiene todos los cuentos escritos por Agatha Christie en el orden cronológico cuando fueron publicados en el Reino Unido: un total de 153 textos disponibles en español.

Hércules Poirot hizo su primera aparición en un cuento en la revista *The Sketch* en 1923, y fue de esa manera como aparecieron la mayoría de los cuentos de Agatha Christie: en revistas semanales y mensuales, lo que contribuyó a crear el ejército de fanáticos y seguidores de sus estupendas narraciones. Muchas presentaban a Poirot o a *Miss* Marple, pero otras le permitieron la libertad de experimentar con nuevos personajes o simplemente escribir misterios llenos de ingenio que han desafiado a muchos de sus lectores.

Estas narraciones son una muestra de la amplitud del talento de Agatha Christie: desde los casos de asesinatos, robos y chantajes cargados del más puro suspenso, hasta los cuentos en que aborda la temática sobrenatural, estos relatos son una muestra de sus mejores argumentos que hacen de ellos «obras maestras en miniatura».

Agatha Christie

Cuentos completos

ePub r1.0
Titivillus 10.12.2018

Agatha Christie, 1983

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

Introducción[1]

A lo largo de su carrera, Agatha Christie escribió cientos de cuentos. Los cuentos publicados en castellano aparecieron en los siguientes libros[2]:

- *Poirot investiga (Poirot Investigates)* - 1924
- *Matrimonio de sabuesos (Partners in Crime)* - 1929
- *El enigmático señor Quin (The Mysterious Mr. Quin)* - 1930
- *Miss Marple y trece problemas (The Thirteen Problems)* - 1932
- *Parker Pyne investiga (Parker Pyne investigates)* - 1934
- *El misterio de Listerdale (The Listerdale Mystery)* - 1934
- *Asesinato en Bardsley Mews (Murder in the Mews)* - 1937
- *Problema en Pollensa (The Regatta Mystery and Other Stories)* - 1939
- *Los trabajos de Hércules (The Labours of Hercules)* - 1947
- *Testigo de cargo (Witness For The Prosecution and Other Stories)* - 1948
- *Tres ratones ciegos y otras historias (Three Blind Mice and Other Stories)* - 1950
- *Ocho casos de Poirot (The Under Dog and Other Stories)* - 1951
- *Pudding de Navidad (The Adventure of the Christmas Pudding)* - 1960
- *Poirot infringe la ley (The Veiled lady/The Hound of Death/Double Sin)* - 1966
- *Primeros casos de Poirot (Poirot's Early Cases)* - 1974
- *Un dios solitario y otros relatos (While the Light Lasts and Other Stories)* - 1997

Varios de los cuentos aparecieron en las siguientes colecciones, las cuales nunca se publicaron en español:

- *El podenco de la muerte y otras historias (The Hound of Death)* - 1933
- *Doble culpabilidad y otras historias (Double Sin and Other Stories)* - 1961
- *La bola dorada y otras historias (The Golden Ball and Other Stories)* - 1971
- *Últimos casos de Miss Marple y otras dos historias (Miss Marple's Final Cases and Two Other Stories)* - 1979
- *El juego de té Arlequín y otras historias (The Harlequin Tea Set and Other Stories)* - 1997

Poirot investiga(*Poirot Investigates*).

Es un libro de la escritora británica Agatha Christie, publicado originalmente en Reino Unido por The Bodley Head en 1924 (y un año después, en Estados Unidos por Dodd, Mead and Company). En España fue publicado por Editorial Molino en 1960.

El libro presenta 11 historias cortas (14 en la edición estadounidense) narradas por el fiel compañero de Poirot, Hastings. Muchas de las narraciones cuentan también con la participación de Japp, el Inspector Jefe de Scotland Yard. Son casos de los más diversos tipos: robos, raptos y asesinatos que Poirot resuelve con cierta facilidad, utilizando siempre sus formidables «células grises».

Las historias son: «La aventura del Estrella del Oeste», «Tragedia en Marsdon Manor», «La aventura del piso barato», «El misterio de Hunter's Lodge», «El robo del millón de dólares en bonos», «La aventura de la tumba egipcia», «Robo de joyas en el Grand Metropolitan», «El rapto del primer ministro», «La desaparición del Sr. Davenheim», «La aventura del noble italiano», «El caso del testamento desaparecido».

La versión norteamericana incluyó tres historias adicionales que no aparecieron en forma de libro en Reino Unido hasta 1974 con la publicación de *Primeros casos de Poirot*: «La caja de bombones», «Poirot infringe la ley» y «La mina perdida».

Matrimonio de sabuesos (Partners in Crime).

Es un libro de la escritora británica Agatha Christie, escrito en 1929. El libro presenta catorce historias cortas protagonizadas por el matrimonio de detectives Tommy y Tuppence Beresford.

Cuando el amable Tommy Beresford queda desempleado y sin perspectivas de futuro al finalizar la Primera Guerra Mundial, se percata de que la vida no es como él imaginaba. No obstante, al reencontrar una vieja amiga de infancia, Prudence Cowley, más conocida como Tuppence, su vida cobra un interés inimaginado. Ambos sin dinero y sin trabajo deciden fundar la Young Adventures Limited, colocando un anuncio en el The Times, donde Tommy y Tuppence prometen: «… hacemos de todo, vamos a cualquier parte…». Claro que este irresistible dúo está apasionado por la intriga, y uno por el otro. No pierden la oportunidad de comprar y gerenciar la Agencia Internacional de Detectives Blunt. Juntos, resolverán una serie de casos de una forma que ilustra con algo de humor y en gran estilo la manera de actuar de los mayores detectives del mundo. Tommy y Tuppence se divierten hasta más no poder, mientras intentan resolver los casos más siniestros y mortíferos. En la lista de personajes envueltos en la acción se encuentra una bella actriz, un explorador del Ártico, un embajador americano y muchos más. Cada aventura guía a los recién casados tras la pista de joyas desaparecidas, documentos secretos, chocolates envenenados y otros extraños artículos. Lo más difícil en su tarea es descifrar quién es inocente y quién es realmente culpable.

Los títulos del libros son: «El hada madrina», «El debut», «El caso de la perla rosa». «La aventura del siniestro desconocido», «Mutis al rey/El caballero disfrazado de periódico», «El caso de la mujer desaparecida», «Jugando a la gallina ciega», «El hombre de la niebla», «El crujidor», «El misterio de Sunningdale», «La muerte al acecho», «Coartada irrebatible», «La hija del clérigo/El misterio de la casa roja», «Las botas del embajador», «El número 16, desenmascarado».

El enigmático señor Quin (The Mysterious Mr. Quin)

Es un libro de cuentos relacionados entre sí de la escritora inglesa Agatha Christie, el cual fue publicado en 1930 por William Collins & Sons y los Estados Unidos por Dodd, Mead and Company más adelante ese mismo año.

Satterthwaite es un apacible caballero cuya vida cambia cuando conoce al señor Quin, quien le enseña a reflexionar y a actuar con base en el análisis que hace de las situaciones observadas.

El libro está compuesto por doce cuentos que presentan no sólo situaciones en las que se debe descubrir al asesino, sino también crímenes que deben ser evitados, o desapariciones que deben ser reveladas. El señor Quin se le aparece al Sr. Satterthwaite justo en estas situaciones. Con sus preguntas y comentarios, lo ayuda a pensar y descubrir los misterios que se presentan. Cada historia tiene en común una pareja de amantes en problemas. Satterhwaite en general se «activa» cuando está en conjunto con Quin y puede tener una intuición destacada. Una vez que termina la actuación Quin desaparece tan misteriosamente como apareció.

Arlequín… personaje que inspira la historia. Harley Quin constituye una alusión al personaje Arlequín, que en la pantomima inglesa es un espíritu invisible, menos para su fiel Colombina. Su misión es desarmar los estratagemas deshonestos arquitectados por Pierrot. La mayoría de las historias tiene un clima espiritual y reflexivo. En ese sentido no es una obra típica de la escritora.

Los títulos del libro son: «La llegada de *Mr*. Quin», La sombra en el cristal”, «En la Hostería del Bufón», «El signo en el cielo», «El alma del croupier», «El hombre del mar», «La voz en las sombras», «La cara de Elena», «El cadáver de Arlequín», «El pájaro con el ala rota», «El fin del mundo», «El sendero de Arlequín».

Miss Marple y trece problemas (The Thirteen Problems).

Es un libro de la escritora británica Agatha Christie publicado en 1933, que contiene trece relatos cortos, en los que cada uno de los personajes va dilucidando el respectivo misterio.

En una pequeña ciudad como Saint Mary Mead nunca sucede nada interesante, sin embargo *Miss* Marple piensa que es el escenario ideal para conocer la naturaleza humana. En dos reuniones que participa, una en su casa y otra en la mansión de los Bantry, los participantes se divierten contando casos de crímenes y misterios con el objetivo de hacer que los presentes adivinaran una solución a cada uno de los

problemas presentados. Entre los invitados está *sir* Henry Clithering, exinvestigador jefe de Scotland Yard. En la primera reunión, de los seis casos presentados, *Miss* Marple encuentra todas las soluciones. En la segunda reunión *Miss* Marple vuelve a resolver los problemas narrados. *Sir* Henry queda impresionado con la sagacidad de *Miss* Marple dilucidando los más variados misterios, basada simplemente en la monótona rutina de aquella pequeña ciudad. Al final, en Saint Mary Mead ocurre el suicidio de una joven y *Miss* Marple incrédula, pide a su amigo *sir* Henry Clithering que la ayude a demostrar a la policía la verdadera dinámica de la situación. Y una vez más la dama solterona descubre al asesino.

Los títulos del libro son: «El club de los martes», «La casa del ídolo de Astarté», «Lingotes de oro», «Manchas de sangre», «Móvil versus oportunidad», «La huella del pulgar de san Pedro», «El geranio azul», «La señorita de compañía», «Los cuatro sospechosos», «Tragedia navideña», «La hierba mortal», «El caso del *bungalow*», «La ahogada».

Parker Pyne investiga (Parker Pyne Investigates).

Es un libro de la escritora británica Agatha Christie escrito en 1934, en el que la autora nos presenta al excéntrico detective Parker Pyne, que coloca anuncios en los periódicos disponiéndose a ayudar a personas infelices. El resultado son doce intrincados misterios que van desde Londres hasta la remota Grecia en el célebre Oráculo de Delfos. James Parker Pyne es un jubilado empleado del gobierno, que se considera a sí mismo como un «detective del corazón», que trabaja junto a su secretaria la señorita Lemon, la novelista Ariadne Oliver, el buenmozo Luttrell Claude y la artista del disfraz Madeleine De Sara.

En las primeras seis historias Pyne resuelve casos en Inglaterra, mientras que la segunda parte son seis historias de las vacaciones de Pyne, en las que si bien espera no tener trabajo de detective, termina ayudando a los demás de todos modos. Pyne soluciona problemas de las más variadas índoles: amor, traición, tedio, engaño, robo, entre otras. Establece el precio de sus servicios de una forma completamente subjetiva: según las posibilidades y la motivación del cliente. Otros casos de Parker Pyne se encuentran en *The Regatta Mystery and Other Stories* de 1939.

Los títulos del libro son: «El caso de la mujer de mediana edad», «El caso del militar descontento», «El caso de la señora desesperada», «El caso del esposo descontento», «El caso de la secretaria de la ciudad», «El caso de la señora rica», «¿Tiene usted todo lo que necesita?», «La puerta de Bagdad», «La casa de Shiraz», «Una perla de valor», «Muerte en el Nilo» y «El oráculo de Delfos».

El misterio de Listerdale (The Listerdale Mystery)

Este libro escrito por Agatha Christie en 1939 nos trae diez pequeñas historias. La primera, que da nombre al libro, cuenta sobre una familia burguesa empobrecida que alquila una casa maravillosa a un precio muy bajo. La casa pertenece a lord

Listerdale, desaparecido años atrás sin dejar ningún indicio de su paradero. El joven morador de la casa defiende la hipótesis de que el hombre está muerto y que su cuerpo está escondido en algún lugar de la casa y, según él, razón por la que el alquiler es tan bajo. Suceden ciertas coincidencias que, al final, hacen que el joven consiga descubrir el misterio que ronda al antiguo propietario. Las demás historias también son pequeñas y las tramas se desarrollan bastante objetivamente.

Los títulos del libro son: «El misterio de Listerdale», «Villa Ruiseñor», «La muchacha del tren», «Un cantar por seis peniques», «La masculinidad de Eduardo Robinson», «Accidente», «Jane busca trabajo», «Un domingo fructífiro», «La aventura del Sr. Eastwood», «La bola dorada», «La esmeralda del rajá», «El canto del cisne».

Asesinato en Bardsley Mews (Murder in the Mews)

Es una colección corta de relatos de Agatha Christie publicado por primera vez en 1937 en el Reino Unido por Collins Crime Club y el mismo año en Estados Unidos por Dodd, Mead and Company bajo el título de *El espejo del muerto (Dead Man's Mirror)*, con la excepción del segundo relato que aparece en la edición inglesa. El libro se divide en cuatro historias: «Asesinato en Bardsley Mews», «Un robo increíble», «El espejo del muerto» y «Triángulo de Rodas».

Problema en Pollensa (The Regatta Mystery and Other Stories)

Es un libro de la escritora británica Agatha Christie, publicado en 1939. Existe una versión en español, publicada en 1965. En 1991, Harper Collins publicó una nueva recopilación de cuentos, con título similar, *Problem at Pollensa Bay and Other Stories*, que no tiene versión en español, conservando tres de los nueve relatos de 1939 y añadiendo otros cinco, alguno de los cuales ya se había publicado en otras colecciones de cuentos.

El libro está constituido por nueve cuentos. En ocho de los cuentos aparecen tres de los protagonistas habituales de la autora, de modo que dos son de Parker Pyne, cinco de Hércules Poirot y uno de *Miss* Marple. Para cerrar el conjunto se incluye un cuento de amor y terror titulado «En el espejo». El cuento que da título al libro, «Problema en Pollensa», se desarrolla en el Puerto de Pollensa, España, donde la autora veraneaba mientras escribió el relato.

Los títulos del libro son: «Problema en Pollensa». (Parker Pyne), «Misterio en las regatas». (Parker Pyne), «El misterio del cofre de Bagdad». (Hércules Poirot), «¿Cómo crece tu jardín?». (Hércules Poirot), «Iris amarillo». (Hércules Poirot), «*Miss* Marple cuenta una historia». (*Miss* Marple), «El sueño». (Hércules Poirot), En un espejo y «Problema en el mar». (Hércules Poirot).

Los trabajos de Hércules (The Labours of Hercules).

Es un libro de la escritora británica Agatha Christie, publicado originalmente en Estados Unidos por Dodd, Mead and Company en 1947 y en Reino Unido por

Collins Crime Club ese mismo año. En España fue publicado por Editorial Molino en 1983. El libro está compuesto por doce relatos cortos, protagonizados todos por el famoso detective Hércules Poirot. Un conocido de Hércules Poirot, en visita a su casa, comenta el hecho de que los padres deberían prestar más atención al escoger el nombre para sus hijos, y cita como ejemplo Poirot, que no tiene nada que ver con un «Hércules». Poirot se siente desafiado e, investigando, descubre que jamás podría ser comparado con un «Hércules», gigantesco, rudo, bruto. Pero metafóricamente él también podría realizar los doce trabajos del héroe. Y así se determina a hacer: comienza a escoger sus casos utilizando este criterio.

Los títulos del libro son: «El león de Nemea», «La hidra de Lerna», «La cierva de Cerinia», «El jabalí de Erimanto», «Los establos de Augías», «Los pájaros del Estínfalo», «El toro de Creta», «Las yeguas de Diomedes», «El cinturón de Hipólita», «El ganado de Gerión», «Las manzanas de las Hespérides», «La captura de Cerbero».

Testigo de cargo (Witness For The Prosecution and Other Stories)

Es un libro de relatos cortos de la escritora británica Agatha Christie, publicado originalmente en Estados Unidos por Dodd, Mead and Company en 1948. En Reino Unido no fue publicado, pero todas las historias habían aparecido previamente en *El podenco de la muerte* y *El misterio de Listerdale*. El libro está compuesto por once relatos cortos (nueve en la edición española publicada por Editorial Molino en 1983).

En la historia que da nombre al libro, «Testigo de cargo», considerada una novela corta, Leonard Vole es detenido acusado de haber asesinado a una acaudalada viuda, llamada Emily French. Desde que la señora French hizo de Leonard su principal heredero, sin saber que era éste un hombre casado, las cosas se pusieron malas para su defensa. Pero el golpe final llega cuando su esposa, Romaine, se dispone a declarar, no en defensa de Leonard, sino como testigo de cargo. En «El segundo gong», Hércules Poirot resuelve la intrincada trama con su proverbial astucia. Las demás historias tienen como principal motivo el amor y la muerte.

Los títulos de los relatos son: «Testigo de cargo». «La señal roja», «El cuarto hombre», «S. O. S.», «¿Dónde está el testamento?», «El misterio del jarrón azul», «Villa Ruiseñor», «Accidente», «El segundo gong», La versión original estadounidense incluye, además de los anteriores, los siguientes relatos: «La aventura del Sr. Eastwood», «Un cantar por seis peniques».

Tres ratones ciegos y otras historias (Three Blind Mice and Other Stories)

Es un libro de la escritora británica Agatha Christie, publicado originalmente en Estados Unidos por Dodd, Mead and Company en 1950. En España fue publicado por Editorial Molino en 1957. El libro nunca ha sido publicado en Reino Unido. Las posteriores colecciones *Pudding de Navidad* (1960), *Primeros casos de Poirot* (1974), *Últimos casos de Miss Marple y otras dos historias* (1979) y *Problema en Pollensa* (1997) vuelven a recoger todos los relatos contenidos en esta colección

excepto, precisamente, el que le da título (que, no obstante, sí fue publicado en la revista británica Woman's Own en 1948).

La primera de estas pequeñas historias, que da nombre al libro, es aquella que fue transformada en la famosa pieza teatral *The Mousetrap*, en cartelera hace más de 50 años en Londres. En este primer cuento, un grupo de personas termina presa e incomunicada, en una pensión, a causa de una gran nevada. El problema es que entre ellos hay un asesino a que, en su primer crimen, deja caer del bolso un papel con la dirección de aquella pensión. Es una historia bastante interesante, ya que la caracterización de cada personaje hace dudar al espectador de su inocencia.

Los demás relatos del libro incluyen historias de sus dos detectives más famosos, Hércules Poirot y *Miss* Marple. Los relatos son: «Una broma extraña», «El crimen de la cinta métrica». (*Miss* Marple), «El caso de la doncella perfecta». (*Miss* Marple), «El caso de la vieja guardiana». (*Miss* Marple), «El apartamento del tercer piso». (Hércules Poirot), «Las aventura de Johnnie Waverly». (Hércules Poirot), «La tarta de moras». (Hércules Poirot) y «Detectives aficionados».

Ocho casos de Poirot (The Under Dog and Other Stories)

Es un libro de la escritora británica Agatha Christie, publicado originalmente en Estados Unidos por Dodd, Mead and Company en 1951, pero nunca publicado en el Reino Unido. En España fue publicado por Editorial Molino en 1957. El libro está compuesto por compuesto por ocho relatos cortos (nueve en la edición original en inglés), protagonizados todos ellos por el célebre detective Hércules Poirot. Los relatos son: «El inferior», «El expreso de Plymouth», «El caso del baile de la Victoria», «El misterio de Market Basing», «El misterio de Cornualles», «El rey de trébol», «El robo de los planos del submarino», «La aventura de la cocinera». La versión original estadounidense incluyó, además de los relatos anteriores, uno más ya había sido publicado en España también como parte de la colección *Primeros casos de Poirot*: «La herencia de los LeMesurier».

Pudding de Navidad (The Adventure of the Christmas Pudding)

Es un libro de la escritora británica Agatha Christie, publicado originalmente en Reino Unido por Collins Crime Club en 1960. En España fue publicado por Editorial Molino en 1961. El libro está compuesto por 6 relatos cortos. Incluye historias de sus dos detectives más famosos, Hércules Poirot y *Miss* Marple (el último relato). Los títulos de los relatos son: «El *pudding* de Navidad», «El misterio del cofre español», «El inferior», «La tarta de zarzamoras», «El sueño», «La locura de Greenshaw».

Poirot infringe la ley (The Veiled lady/The Hound of Death/Double Sin).

Es un libro de relatos cortos de la escritora británica Agatha Christie, publicado originalmente por Editorial Molino en España en 1966. Incluye historias que fueron recogidas previamente en Poirot investiga, Doble culpabilidad y otras historias y El podenco de la muerte y otras historias.

El libro está compuesto por doce relatos cortos. Incluye, entre otras, historias de sus dos detectives más famosos, Hércules Poirot y *Miss* Marple. Los títulos de los relatos son: «Poirot infringe la ley». (Hércules Poirot), «Doble culpabilidad». (Hércules Poirot), «Nido de avispas». (Hércules Poirot), «Doble pista», «Santuario». (*Miss* Murple), «El podenco de la muerte», «La gitana», «La lámpara», «El extraño caso de *sir* Arthur Carmichael», «La llamada de las alas», «La última sesión», «La muñeca de la modista». (*Miss* Marple).

Primeros casos de Poirot (Poirot's Early Cases).

Es un libro de la escritora británica Agatha Christie, publicado originalmente en Reino Unido por Collins Crime Club en 1974 (y poco después ese mismo año, en Estados Unidos por Dodd, Mead and Company bajo el título *Primeros casos de Hércules Poirot*). En España fue publicado por Editorial Molino en 1975. El libro está compuesto por 18 relatos cortos en los que interviene el famoso Hércules Poirot. En la mayoría de las historias, también aparecen Hastings, fiel compañero de Poirot, y el inspector jefe Japp, de Scotland Yard. Uno de estos relatos, «El expreso de Plymouth», fue reescrito en forma de novela larga bajo el título *El misterio del tren azul*. Otro de ellos, «Poirot infringe la ley», no figura en la edición española del libro, pero, no obstante, ya había sido publicado en 1966 como parte de la colección homónima.

Los títulos del libro son: «El caso del baile de la Victoria», «La aventura de la cocinera», «El misterio de Cornualles», «La aventura de Johnnie Waverly», «Doble pista», «El rey de trébol», «La herencia de los Le Mesurier», «La mina perdida», «El expreso de Plymouth», «La caja de bombones», «El robo de los planos del submarino», «El apartamento del tercer piso», «Doble culpabilidad», «El misterio de Market Basing», «Nido de avispas», «Poirot infringe la ley», «Problema en el mar» y «¿Cómo crece tu jardín?».

Un dios solitario y otros relatos (While the Light Lasts and Other Stories).

Es un libro póstumo de la escritora británica Agatha Christie, publicado originalmente en Reino Unido por Harper Collins en 1997. El libro está compuesto por nueve relatos cortos: «La casa de sus sueños», «La actriz», «El acantilado», «La aventura de Navidad», «Un dios solitario», «El oro de Man», «Entre paredes blancas», «El misterio del arcón de Bagdad». (Hércules Poirot) y «Mientras haya luz».

El podenco de la muerte y otras historias (The Hound of Death)

Es un libro de relatos cortos de la escritora británica Agatha Christie, publicado originalmente en Reino Unido por Odhams Press en 1933. En España no fue publicado, pero todas las historias se recogieron con posterioridad en *Testigo de cargo* y *Poirot infringe la ley*. El libro está compuesto por 12 relatos cortos, cuyo

tema principal es lo sobrenatural. Fantasmas, espíritus, poseídos, enigmas del más allá se mezclan para erizar la piel del lector.

Los títulos del libro son: «El podenco de la muerte», «La señal roja», «El cuarto hombre», «La gitana», «La lámpara», «¿Dónde está el testamento?», «Testigo de cargo», «El misterio del jarrón azul», «El extraño caso de *sir* Arthur Carmichael», «La llamada de las alas», «La última sesión» y «S. O. S.».

Doble culpabilidad y otras historias (Double Sin and Other Stories).

Es una recopilación de cuentos escritos por Agatha Christie y publicado en Estados Unidos por Dood, Mead and Company en 1961. No fue publicado en España, aunque todos los cuentos se publicaron con posterioridad en *Poirot infringe la ley* y *Pudding de Navidad*. Tampoco fue editado en Reino Unido.

Los títulos del libros son: «Doble culpabilidad», «Nido de avispas», «El *pudding* de Navidad», «La muñeca de la modista», «La locura de Greenshaw», «Doble pista», «La última sesión» y «Santuario».

La bola dorada y otras historias (The Golden Ball and Other Stories)

Es un libro de la escritora británica Agatha Christie. Fue publicado por primera vez en Estados Unidos por Dodd, Mead and Company en 1971. No fue publicado en España, aunque algunas fueron luego editadas en los libros *El misterio de Listerdale* y *Poirot infringe la ley*. Contiene quince cuentos.

Los títulos del libro son: «El misterio de Listerdale», «La muchacha del tren», «La masculinidad de Eduardo Robinson», «Jane busca trabajo», «Un domingo fructífero», «La bola dorada», «La esmeralda del rajá», «El canto del cisne», «El podenco de la muerte», «La gitana», «La lámpara», «El extraño caso de *sir* Arthur Carmichael», «La llamada de las alas», «Flor de magnolia» (contenida en el libro *La hora de Agatha Christie*) y «Junto a un perro» (inédito en español).

Últimos casos de Miss Marple y otras dos historias (Miss Marple's Final Cases and Two Other Stories)

Es un libro de cuentos de la escritora Agatha Christie, publicado por primera vez en el Reino Unido por Collins Crime Club en octubre de 1979. No fue publicado en España, pero todas sus historias están contenidas en *Poirot infringe la ley, Problema en Pollensa* y *Tres ratones ciegos y otras historias*.

Los títulos del libro son: «Santuario», «Una broma extraña», «El crimen de la cinta métrica», «El caso de la vieja guardiana», «El caso de la doncella perfecta», «*Miss* Marple cuenta una historia», «La muñeca de la modista» y «En un espejo».

El juego de té Arlequín y otras historias (The Harlequin Tea Set and Other Stories)

Es un libro recopilatorio de cuentos escritos por Agatha Christie y publicado por primera vez en Estados Unidos por G. P. Putnam's Sons en 1997. Nunca se publicó

en España, aunque todos los cuentos que lo contienen se encuentran en el libro de 1997 *Un dios solitario y otros relatos*, a excepción de «El juego de té Arlequín», que es un relato inédito en español.

Contiene nueve historias: «El acantilado», «La actriz», «Mientras haya luz», «La casa de sus sueños», «Un dios solitario», «El oro de Man», «Entre paredes blancas», «El misterio del cofre español» y «El juego de té Arlequín».

La aventura del «Estrella del Oeste»

(The Adventure of «The Western Star»).

Poirot recibe la visita de Mary Marvell, famosa estrella de cine belga que se halla de visita en Londres. La actriz ha recibido tres cartas de manos de un ciudadano chino en las que se le exige devolver su magnífico diamante, el «Estrella del Oeste», al lugar donde supuestamente pertenece (el ojo izquierdo de un ídolo) antes de la próxima luna llena. Su marido, Gregory Rolf, quien compró la joya a un chino en San Francisco, se la obsequió tres años atrás como regalo de bodas. La pareja va a acudir a Yardly Chase, el hogar de lord y lady Yardly, pocos días antes de la luna llena para discutir el rodaje de una película allí, y Mary está decidida a lucir allí el diamante. Tanto Poirot como Hastings recuerdan el rumor de años atrás en el que se relacionaba a Rolf y lady Yardly. Los Yardly poseen además un diamante idéntico, el «Estrella del Este». Tras marcharse Mary, Poirot se va también y Hastings recibe la visita de lady Yardly, deduciendo que ella también ha recibido cartas amenazantes para que devuelva la joya (al ojo derecho del citado ídolo). Lord Yardly planea vender su diamante debido a las deudas que ha contraído, y cuando Poirot lo descubre, concierta una visita a Yardly Chase. Una vez allí, las luces se apagan, lady Yardly es atacada por un hombre chino y su joya robada. Al día siguiente, la joya de Mary es robada también en su hotel de Londres. Poirot lleva a cabo sus investigaciones y les devuelve a los Yardly su joya.

Me encontraba ante una de las ventanas de la residencia de Hércules Poirot, contemplando la calle.

—Es sumamente curioso —dije de pronto, conteniendo el aliento.

—¿El qué, *mon ami*? —preguntó Poirot, plácidamente desde las profundidades de su cómoda butaca.

—¡Dedúzcalo usted de los hechos siguientes! Aquí viene una joven elegantemente vestida… sombrero de última moda y magníficas pieles. Se acerca lentamente mirando todas las casas al pasar. Sin que ella se dé cuenta, la van siguiendo tres hombres y una mujer de mediana edad. En este momento acaba de unirse a ellos un chico de esos que hacen recados, que la señala con el dedo al mismo tiempo que gesticula. ¿Qué drama están tramando? ¿Acaso ella es una delincuente y sus seguidores unos detectives dispuestos a detenerla? ¿O son unos canallas a punto de atacar a una víctima inocente? ¿Qué dice nuestro detective?

—El gran detective, *mon ami*, escoge como siempre el camino más fácil. Verlo por sí mismo —y mi amigo vino a reunirse conmigo junto a la ventana.

Al cabo de un minuto reía regocijado.

—Como de costumbre, se ha dejado usted llevar de su incurable romanticismo. Ésa es la señorita Mary Marvell, la estrella de cine, a quien sigue un enjambre de

admiradores que la han reconocido. Y *en passant*, mi querido Hastings, ¡ella se da perfecta cuenta de ello!

Me eché a reír.

—¡De modo que todo queda explicado! Pero no tiene pruebas de ello, Poirot. Ha sido sólo resultado de la identificación de la «estrella».

—*En verité!* ¿Y cuántas veces ha visto usted a Mary Marvell en la pantalla, *mon cher*?

Reflexioné.

—Una media docena de veces.

—¡Yo… una! No obstante, a simple vista la reconozco, y usted no.

—Está tan cambiada… —repliqué con voz débil.

—¡Ah! *Sacré*! —exclamó Poirot—. ¿Es que esperaba verla paseando por las calles de Londres con sombrero de *cowboy*, o descalza y con muchos tirabuzones, como una colegiala irlandesa? ¡Hay que fijarse siempre en lo esencial! Recuerdo el caso de la bailarina Valerie Saintclair.

Yo me encogí de hombros, ligeramente molesto.

—Pero consuélese, *mon ami* —dijo Poirot calmándose—. ¡Todos no pueden como Hércules Poirot! Lo sé muy bien.

—¡La verdad es que no conozco otra persona que tenga mejor opinión de sí misma! —repliqué entre divertido y contrariado.

—¿Y por qué no? ¡Cuando uno es único, lo sabe! Y otros comparten esta opinión… incluso la señorita Mary Marvell, si no me equivoco.

—¿Qué?

—Sin duda alguna. Viene hacia aquí.

—¿Cómo lo sabe?

—Es muy sencillo. ¡Esta calle no es aristocrática, *mon ami*! No hay en ella ni médicos ni dentistas… y mucho menos un peluquero de fama. Pero sí un detective de última moda. *Oui*, amigo mío, es cierto… estoy de moda, soy *le dernier cri*! Unos dicen a otros: *Comment*? ¿Has perdido tu pluma de oro? Debes acudir al belga. ¡Es maravilloso! Todo el mundo recurre a él. *Courez*! ¡Y vienen! ¡A manadas, *mon ami*! ¡Con los problemas más tontos! —Sonó el timbre—. ¿Qué le he dicho? Ésa es la señorita Marvell.

Y como de costumbre, Poirot tenía razón. Tras un corto intervalo, la estrella del cine americano fue introducida en la habitación y los dos nos pusimos en pie.

Mary Marvell era sin duda alguna una popular artista de la pantalla. Había llegado hacía poco a Inglaterra acompañada de su esposo, Gregory R. Rolf, también artista de cine. Su matrimonio se efectuó un año atrás en los Estados Unidos y aquélla era su primera visita a Inglaterra. Le ofrecieron una gran recepción. Todo el mundo se volvió loco por Mary Marvell, sus maravillosos trajes, sus pieles, sus joyas, y entre todas éstas, por un gran diamante apodado para hacer juego con su poseedora

«Estrella del Oeste». Mucho se había escrito acerca de esta joya… cierto y falso… y se decía que estaba asegurada por la enorme cifra de cincuenta mil libras.

Miss Marvell era menuda y esbelta, muy rubia y aniñada, con unos ojos azules grandes e inocentes.

Poirot le acercó una silla y ella comenzó a hablar enseguida.

—Es probable que me considere usted muy tonta, *monsieur* Poirot, pero lord Cronshaw me decía ayer noche lo maravillosamente que aclaró el misterio de la muerte de su sobrino, y quise conocer su opinión. Tal vez sea una broma tonta… etc., dice Gregory… pero me tiene muy preocupada.

Hizo una pausa para tomar aliento y Poirot la animó a proseguir.

—Continúe, *madame*. Comprenda, aún no sé de qué se trata.

—Pues de esas cartas —Mary Marvell abrió su bolso, del que extrajo tres sobres que entregó a Poirot, y que éste estudió cuidadosamente.

—Papel barato… el nombre y la dirección cuidadosamente escrito con letra de imprenta. Veamos la carta —y abrió el sobre.

«El gran diamante, que es el ojo izquierdo del dios, debe ser devuelto al lugar de donde vino».

La segunda carta estaba redactada exactamente en los mismos términos, pero la tercera era más explícita.

«Ya ha sido advertida y no ha obedecido. Ahora el diamante le será arrebatado. Cuando llegue el plenilunio, los dos diamantes, que son los ojos derecho e izquierdo del dios, deberán ser devueltos. Así está escrito».

—La primera carta la consideré una broma —explicó Mary Marvell—. Pero cuando recibí la segunda empecé a preocuparme. La tercera llegó ayer, y me pareció que, después de todo, aquello podía ser más serio de lo que yo había imaginado.

—Veo que no llegaron por correo.

—No; fueron traídas a mano… por un chino. Eso es lo que me asusta.

—¿Por qué?

—Porque Gregory compró esa piedra a un chino hará unos tres años, encontrándose en San Francisco.

—Veo, *madame*, que el diamante a que hacen referencia es…

—El «Estrella del Oeste» —dijo *miss* Marvell—. Eso es. Gregory recuerda que existía cierta historia relacionada con esa piedra, pero el chino no quiso darnos ninguna información. Gregory dice que parecía muy asustado, y con una prisa enorme por deshacerse de él. Sólo pidió la décima parte de su valor. Fue el regalo de boda que me hizo Gregory.

Poirot asintió pensativo.

—Esa historia refleja un romanticismo casi increíble. Y no obstante… ¿quién sabe? Por favor, Hastings, deme mi almanaque.

Yo obedecí.

—*Voyons!* —dijo Poirot volviendo las hojas—. ¿Cuándo hay luna llena? Ah, el próximo viernes. Es decir, dentro de tres días. *Eh bien*, *madame*, usted me pide consejo… y voy a dárselo. Esta *belle histoire* puede ser una broma… o puede que no. Por consiguiente le aconsejo que deje el diamante bajo mi custodia hasta después del próximo viernes. Entonces podremos dar los pasos oportunos.

Una ligera nube ensombreció el rostro de la actriz al replicar contrariada:

—Me temo que sea imposible.

—¿Lo lleva consigo… *bien*? —Poirot la observaba fijamente.

La joven vaciló un momento, y al fin introdujo su mano por el escote de su vestido y sacó una larga cadena. Inclinóse hacia delante abriendo la mano, y en su palma brilló una piedra de fuego blanco, exquisitamente montada en platino.

Poirot contuvo el aliento y lanzó un prolongado silbido.

—*Epatant* —murmuró—. ¿Me permite, *madame*? —Y tomando la joya en su mano la observó cuidadosamente, y al cabo la devolvió con una ligera reverencia—. Una piedra magnífica… sin un defecto. ¡Ah, *cent tonnerres*! ¡Y usted la lleva *comme ça*!

—No, no, en realidad tengo mucho cuidado, *monsieur* Poirot. Por lo general lo tengo encerrado en mi joyero, que guardo en la caja fuerte del hotel. Nos hospedamos en el *Magnificent*, ¿sabe? Lo he traído sólo para que usted lo viera.

—¿Y lo dejará bajo mi custodia, *n'est-ce-pas*? ¿Seguirá el consejo de Papá Poirot?

—Pues, verá usted, ocurre lo siguiente, *monsieur* Poirot. El viernes vamos a ir a Yardly Chase para pasar unos días con lord y *lady* Yardly.

Sus palabras despertaron un vago eco de recuerdos en mi memoria. Ciertos comentarios… ¿Cuáles fueron? Unos años atrás, lord y *lady* Yardly habían ido a los Estados Unidos y su Señoría estuvo derrochando dinero con ayuda de varias «amiguitas». Pero hubo algo más… más chismes relacionados con *lady* Yardly y un artista de cine en California… ¡Vaya! El nombre acudió a mi mente con la velocidad del rayo… claro… si no fue otro que Gregory R. Rolf.

—Voy a comunicarle un pequeño secreto, *monsieur* Poirot —continuó Mary Marvell—. Estamos en tratos con lord Yardly. Hay cierta posibilidad de que nos deje filmar una película en el castillo de sus antepasados.

—¿En Yardly Chase? —exclamé interesado—. Vaya, es uno de los lugares más bonitos de Inglaterra.

Miss Marvell asintió:

—Supongo que es el auténtico castillo feudal que necesitamos. Pero exige un precio muy elevado y, claro, no sé todavía si llegaremos a un acuerdo, por más que a Greg y a mí siempre nos gusta combinar los negocios con el placer.

—Pero… le ruego que me perdone si le parezco pesado… sin duda alguna es posible ir a Yardly Chase sin necesidad de que lleve consigo el diamante.

Una mirada astuta y dura veló los ojos de la señorita Marvell haciendo desaparecer su aire infantil. De pronto pareció mucho mayor.

—Quiero lucirlo allí.

—Cierto que hay joyas muy famosas en la colección de los Yardly —dije yo de pronto—. ¿No hay también entre ellas un gran diamante?

—Eso es —replicó Mary Marvell.

Oí que Poirot murmuraba entre dientes:

—Ah, *c'est comme ça*! —Luego dijo en voz alta con su acostumbrada habilidad y ojo crítico (que él llamaba psicología)—: Entonces sin duda alguna usted ya conocerá a *lady* Yardly, ¿o tal vez su esposo la conoce?

—Gregory la conoció hace tres años, cuando estuvo en el Este —dijo Mary Marvell, y tras vacilar un momento agregó—: ¿Algunos de ustedes han leído alguna vez la revista *Comentarios Sociales*? Lo digo porque en el número de esta semana aparece un artículo sobre joyas famosas, y en realidad es bastante curioso… —se interrumpió.

Yo me puse en pie y acercándome a la mesa que había al otro lado de la estancia volví con la revista en cuestión. Ella buscó el artículo, que empezó a leer en voz alta:

> «… Entre otras piedras famosas puede incluirse la "Estrella del Este", un diamante que pertenece a la familia Yardly. Un antepasado del actual lord Yardly lo compró en China; y se dice que tiene una romántica historia, según la cual ese diamante fue en un tiempo el ojo derecho de un dios. Otro diamante exactamente igual de forma y tamaño formaba el ojo izquierdo, y la leyenda dice que también esta joya será robada al correr del tiempo. "Un ojo irá al Este y otro al Oeste, hasta que vuelvan a encontrarse de nuevo. Y entonces volverán triunfalmente al dios". Es una coincidencia curiosa que exista actualmente una piedra que corresponde exactamente a la descripción mencionada y que se conoce por el nombre de "Estrella del Oeste", y que es propiedad de una célebre estrella de cine, *miss* Mary Marvell. Sería interesante poder comparar las dos piedras».

Me quedé de una pieza.

—*Epatant!* —murmuró Poirot—. ¿Y no tiene miedo, *madame*? ¿No es supersticiosa? ¿No teme reunir a esos dos gemelos y que aparezca un chino y… *hey presto!*, se los lleve a China?

Su tono era burlón, pero yo creí descubrir cierta seriedad en el fondo.

—Yo no creo que el diamante de *lady* Yardly sea tan bonito como el mío —dijo *lady* Marvell—. Pero, de todas formas, quiero comprobarlo.

Lo que iba a decir Poirot nunca lo supe, porque en aquel momento se abrió la puerta y un hombre de gran atractivo penetró en la estancia. Desde sus rizosos y ensortijados cabellos negros, hasta las puntas de sus zapatos de charol, era un héroe dispuesto para el romance.

—Dije que vendría a buscarte, Mary —explicó Gregory Rolf— y aquí estoy. Bien, ¿qué dice *monsieur* Poirot a nuestro pequeño problema? ¿Que se trata sólo de una broma, como yo digo?

Poirot sonrió al actor y para ello tuvo que alzar la cabeza, debido a su gran altura.

—Broma o no broma, señor Rolf —dijo secamente—, he aconsejado a *madame* que no lleve esa joya el viernes a Yardly Chase.

—Estoy de acuerdo con usted. Lo mismo le dije yo. ¡Pero qué quiere! ¡Es mujer, y no puede soportar la idea de que otra mujer la desbanque en cuestión de joyas!

—¡Qué tontería, Gregory! —dijo Mary Marvell enrojeciendo.

Poirot encogióse de hombros.

—*Madame,* ya le he advertido. No puedo hacer más. *C'est fini* —y les acompañó hasta la puerta.

—*Oh, là, là!* —observó al volver—. *Histoire de femmes!* El buen marido ha dado en el clavo… *tout de même,* pero no ha tenido tacto. En absoluto.

Le hice partícipe de mis vagos recuerdos y asintió vigorosamente.

—Eso pensé yo. De todas formas hay algo raro en todo esto. Con su permiso, *mon ami*, iré a tomar el aire. Espere a que vuelva, se lo ruego. No tardaré.

Estaba semidormido en mi butaca, cuando la patrona llamó suavemente a la puerta y acto seguido asomó la cabeza:

—Es otra señora que quiere ver al señor Poirot. Le he dicho que había salido, pero pregunta cuánto puede tardar en volver, y que ella viene del campo.

—Oh, hágala pasar aquí, señora Murchison. Quizá yo pueda servirla en algo.

Al cabo de unos minutos era introducida en la habitación y el corazón me dio un vuelco al reconocerla. La fotografía de *lady* Yardly había aparecido demasiado a menudo en las revistas de sociedad para que me fuera desconocida.

—Siéntese, *lady* Yardly —le dije acercándole una butaca—. Mi amigo Poirot ha salido, pero sé con certeza que no tardará en regresar.

Tomó asiento, dándome las gracias. Era una mujer muy distinta de Mary Marvell. Alta, morena, de ojos centelleantes, y un rostro pálido y altivo. No obstante, había cierta tristeza en la línea de sus labios.

Sentí el deseo de aprovecharme de la ocasión. ¿Por qué no? En presencia de Poirot siempre encontraba dificultades… nunca lograba lucirme. Y pese a todo, no existe la menor duda de que yo también poseo dotes detectivescas muy acentuadas. Me incliné hacia delante siguiendo un impulso repentino.

—*Lady* Yardly —dije—. Sé por qué ha venido. Ha estado recibiendo cartas anónimas en las que se la amenaza con robarle el diamante.

No existía la menor duda de que el disparo había dado en el blanco. Me contempló con la boca abierta, y el color desapareció de sus mejillas.

—¿Lo sabe usted? ¿Cómo?

Sonreí.

—Siguiendo un proceso lógico. Si Mary Marvell ha recibido cartas advirtiéndola…

—¿*Miss* Marvell? ¿Ha estado aquí?

—Acaba de marcharse. Como iba diciendo, si ella, como poseedora de uno de los diamantes gemelos, ha recibido una serie de avisos misteriosos, a usted, como propietaria de la otra piedra, tiene que haberle ocurrido lo mismo. ¿Ve lo sencillo que es? ¿Entonces estoy en lo cierto respecto al particular? ¿Ha recibido también extraños mensajes?

Por un momento vaciló como si dudara en confiarse a mí; al fin inclinó la cabeza, como si asintiera, y sonrió.

—Eso es —me confirmó.

—¿Los suyos fueron llevados también a mano por un chino?

—No, llegaron por correo; pero dígame, entonces, ¿la señorita Marvell ha recibido también?

Le puse al corriente de la visita de Mary Marvell y me escuchó con suma atención.

—Todo concuerda. Mis cartas son un duplicado de las suyas. Es cierto que llegaron por correo, pero van impregnadas de un extraño perfume… algo parecido al de las pajuelas que los orientales queman ante sus ídolos… que enseguida me hizo pensar en Oriente. ¿Qué significa todo esto?

Meneé la cabeza.

—Esto es lo que debemos averiguar. ¿Las lleva consigo? Tal vez podamos averiguar algo por el matasellos.

—Desgraciadamente las he destruido. Comprenda, de momento las consideré una broma tonta. ¿Puede ser cierto que alguna banda china trate de recobrar los diamantes? Parece fantástico.

Repasamos una y otra vez los hechos sin que consiguiéramos esclarecer el misterio. Al fin *lady* Yardly se puso en pie.

—La verdad es que no creo necesario aguardar a *monsieur* Poirot. Usted puede contárselo todo, ¿no es cierto? Muchísimas gracias, muy reconocida, señor…

Vacilaba con la mano extendida.

—Capitán Hastings.

—¡Claro! ¡Qué tonta soy! Usted es amigo de los Cavendish, ¿no? Fue Mary Cavendish quien me ha recomendado a *monsieur* Poirot.

Cuando regresó mi amigo, disfruté contándole lo ocurrido durante su ausencia. Me interrogó bastante contrariado, para conocer los detalles de nuestra conversación, y pude convencerme de que le disgustaba el no haber estado presente. También

imaginé que estaba ligeramente celoso. Se había convertido en una costumbre en él, el despreciar constantemente mis habilidades, y creo que le fastidiaba no encontrar el menor motivo de crítica. Interiormente yo estaba muy satisfecho de mí mismo, aunque traté de ocultarlo, por temor a irritarle. A pesar de sus rarezas, apreciaba mucho a mi singular amigo.

—¡Bien! —dijo al fin con una extraña expresión en su rostro—. El plan sigue adelante. ¿Quiere pasarme ese libro sobre los Pares que hay en ese estante de arriba? —Fue volviendo hojas—. ¡Aquí está! «Yardly… décimo vizconde, sirvió en la Guerra Sudafricana… *tout ça n'a pas d'importance*… Casó en mil novecientos siete con Maude Stopperton, cuarta hija del tercer barón Cotteril…» um, um, um… «tuvieron dos hijas, nacidas en mil novecientos ocho, y en mil novecientos diez… Clubs… residencias… *Voilà*, esto no nos dice gran cosa. Pero mañana por la mañana veremos a este milord».

—¿Qué?

—Sí. Le he telegrafiado.

—Pensé que se había lavado las manos en este asunto.

—No actúo en representación de *miss* Marvell, puesto que rehúsa seguir mi consejo. Lo que haga ahora será para mi propia satisfacción… la satisfacción de Hércules Poirot. Decididamente tengo que meter baza en este asunto.

—Y tranquilamente telegrafía usted a lord Yardly para que venga a la ciudad sólo para su propia conveniencia. A él no le agradará.

—*Au contraire*, si le conservo el diamante de la familia deberá estarme agradecido.

—Entonces, ¿cree usted realmente que existe la posibilidad de que sea robado?

—Casi seguro —replicó Poirot—. Todo lo indica.

—Pero cómo…

Poirot detuvo mis preguntas con un ademán resignado.

Ahora no, se lo ruego. No me confunda y observe que ha colocado mal el libro sobre los Pares. Fíjese que los libros más grandes van al estante de arriba, luego los que le siguen en tamaño en el siguiente, etcétera, etcétera. Así se tiene orden, método, como le he dicho tantas veces.

—Exacto —me apresuré a contestar, poniendo el volumen en su lugar correspondiente.

* * *

Lord Yardly resultó ser un deportista alegre, de voz potente y rostro sonrosado, con una afabilidad y buen humor que le hacía sumamente atractivo y que compensaba cualquier falta de mentalidad.

—Éste es un asunto extraordinario, *monsieur* Poirot. No logramos sacar nada en claro. Parece ser que mi esposa ha estado recibiendo una serie de extrañas misivas, al igual que la señora Marvell. ¿Qué significa esto?

Poirot le alargó el ejemplar de los *Comentarios Sociales*.

—En primer lugar, milord, quisiera preguntarle si esos factores son exactos.

El par lo tomó en sus manos y su rostro se ensombreció a medida que iba leyendo.

—¡Cuánta tontería! —exclamó—. No hay ninguna historia romántica relativa al diamante. Creo que procede de la India, pero nunca oí hablar, ni una palabra, de ese dios chino.

—Sin embargo, a esa piedra se la conoce por «Estrella del Este».

—Bien, ¿y qué?

Poirot sonrió sin replicar directamente.

—Lo que quisiera pedirle, milord, es que se pusiera usted en mis manos. Si lo hace sin reservas, tengo la esperanza de evitar la catástrofe.

—¿Entonces usted cree que hay algo de verdad en las absurdas leyendas?

—¿Hará usted lo que le pido?

—Claro que sí, pero…

—¡Bien! Entonces permítame que le haga unas preguntas. Este asunto de Yardly Chase, ¿está, como usted dice, ya arreglado entre usted y el señor Rolf?

—Oh, ¿se lo contó él, verdad? No, no hay nada en concreto —vaciló y la rojez de su rostro se acentuó—. Prefiero arreglar primeramente este asunto. He hecho muchas tonterías en muchos sentidos, *monsieur* Poirot… y estoy en deudas hasta las orejas… pero deseo rehabilitarme. Quiero mucho a mis hijos y quiero arreglar las cosas y poder vivir en mi antigua casa. Gregory Rolf me ofrece mucho dinero… lo bastante para volver a levantarme. No quisiera hacerlo… aborrezco la idea de que toda esa gente se meta en mi castillo… pero tendrá que ser así… a menos… —se interrumpió.

Poirot le miraba de hito en hito.

—Entonces, ¿tiene otra solución? ¿Me permite que trate de adivinarla? ¿Vender el «Estrella del Este»?

Lord Yardly asintió.

—Eso es. Ha pertenecido a mi familia durante varias generaciones, pero no siempre. No obstante, es muy difícil encontrar comprador. Hoffberg, el hombre de Hatton Garden, está buscando un posible comprador, pero si no lo encuentra pronto será mi ruina sin remedio alguno.

—Una pregunta más, *permettez*… ¿Con cuál de los dos planes está de acuerdo su esposa, *lady* Yardly?

—Oh, ella se opone a que vendamos la joya. Ya sabe usted cómo son las mujeres. Ella prefiere que llegue a un acuerdo con los artistas de cine.

—Comprendo —replicó Poirot, y tras permanecer unos instantes sumido en sus pensamientos se puso bruscamente en pie—. ¿Regresa usted enseguida a Yardly Chase? ¡Bien! No diga una palabra *a nadie… a nadie*, recuérdelo… pero espérenos allí esta tarde. Llegaremos poco después de las cinco.

—De acuerdo, pero no comprendo…

—*Ça n'a pas d'importanc* —replicó Poirot cortésmente—. ¿Querrá usted que le conserve su diamante, *n'est-ce pas*?

—Sí, pero…

—Entonces haga lo que le digo.

Y el noble, triste y asombrado, abandonó la estancia.



Eran ya las cinco y media cuando llegamos a Yardly Chase y seguimos al impecable mayordomo hasta el vestíbulo con antiguos frisos de madera y fuego de llamas oscilantes. Un hermoso cuadro apareció ante nuestros ojos: *lady* Yardly y sus dos hijos… la cabeza morena de la madre inclinada con orgullo sobre las rubias de los pequeñuelos, y lord Yardly de pie junto a ellos… sonriéndoles.

—*Monsieur* Poirot y el capitán Hastings —anunció el mayordomo.

Lady Yardly alzó los ojos sobresaltada, y su esposo vino hacia nosotros indeciso, en tanto que con la mirada pedía instrucciones a Poirot. El hombrecillo estuvo a la altura de las circunstancias.

—¡Les presento mis excusas! Es que aún sigo investigando el asunto de *miss* Marvell. Ella llegará el viernes, ¿no es así? He querido venir antes para comprobar que todo está seguro. También deseaba preguntar a *lady* Yardly si se fijó en los matasellos de las cartas recibidas…

Lady Yardly meneó la cabeza con pesar.

—Me temo que no. Fue una tontería, pero la verdad es que ni siquiera soñé en tomarlas en serio.

—¿Se quedarán ustedes aquí? —preguntó lord Yardly.

—¡Oh, milord, temo incomodarle! Hemos dejado las maletas en la posada.

—No importa —lord Yardly captó la indirecta—. Enviaremos a buscarlas. No… no, le aseguro que no es ninguna molestia.

Poirot se dejó convencer y sentándose junto a *lady* Yardly empezó a trabar amistad con los niños. Al poco rato jugaban todos juntos y me arrastraron a mí también.

—*Vous êtes bonne mére* —dijo Poirot con una galante inclinación cuando los niños se marcharon de mala gana con la niñera.

—Los adoro —dijo con voz emocionada.

—Y ellos a usted… ¡con razón! —Poirot volvió a inclinarse.

Sonó un batintín y nos levantamos para dirigirnos a nuestras habitaciones. En aquel momento entraba el mayordomo con un telegrama en una bandejita que entregó a lord Yardly. Éste lo abrió murmurando unas palabras de disculpa, y al leerlo se crispó visiblemente.

Lanzando una exclamación lo pasó a su esposa, mirando a mi amigo.

—Espere un momento, *monsieur* Poirot. Creo que debe saberlo. Es de Hoffberg. Cree haber encontrado un comprador para el diamante… Un americano que sale

mañana para los Estados Unidos. Esta noche va a enviarme un individuo para recoger la joya. Vaya, si esto se lleva a cabo… —Le faltaron las palabras.

Lady Yardly se había alejado con el telegrama todavía en la mano.

—Ojalá no tuvieras que venderlo, George —dijo en voz baja—: Ha pertenecido a la familia durante tanto tiempo… —Aguardó como si esperase una respuesta, pero al no recibirla su rostro se endureció y encogiéndose de hombros, dijo—: Tengo que ir a cambiarme. Supongo que será mejor preparar la «mercancía» —volvióse a Poirot con un ligero mohín—. ¡Es uno de los collares más horribles que se han visto! George siempre me prometía hacer que lo montaran de nuevo, pero nunca lo hizo.

Media hora más tarde los tres nos hallábamos reunidos en el gran salón, esperando a *lady* Yardly. Ya pasaban algunos minutos de la cena.

De pronto, entre un crujir de sedas, apareció *lady* Yardly bajo el marco de la puerta… una figura radiante vistiendo un traje de noche deslumbrador. Rodeando la columna de su garganta veíase una línea de fuego. Permaneció inmóvil, con una mano colocada sobre el collar.

—¿Dispuestos al sacrificio? —dijo en tono alegre. Al parecer, su malhumor había desaparecido—. Esperen a que encienda todas las luces y sus ojos podrán contemplar el collar más feo de Inglaterra.

Los conmutadores estaban junto a la puerta, y cuando extendió su mano hacia ellos ocurrió lo increíble. De pronto, sin previo aviso, se apagaron todas las luces, la puerta cerróse de golpe y desde el otro lado llegó hasta nosotros el grito penetrante como asustado de una mujer.

—¡Cielos! —exclamó lord Yardly—. ¡Es la voz de Maude! ¿Qué ha ocurrido?

A ciegas corrimos hacia la puerta, tropezamos unos con otros en la oscuridad. Transcurrieron algunos minutos antes de que pudiéramos descubrirlo. ¡Qué espectáculo presenciaron nuestros ojos! *Lady* Yardly yacía sin sentido sobre el suelo de mármol, con una señal roja en su blanco cuello en el lugar donde le fue arrancado el valiosísimo collar.

Cuando nos inclinamos sobre ella para averiguar si estaba viva o muerta, abrió los ojos.

—El chino —susurró dolorosamente—. El chino… por la puerta lateral.

Lord Yardly se puso en pie, lanzando una maldición. Yo le acompañé con el corazón palpitante. ¡Otra vez el chino! La puerta en cuestión era una pequeña situada en un ángulo de la pared, a menos de doce metros del escenario de la tragedia. Cuando llegamos a ella lancé un grito. Allí, cerca del umbral, estaba el collar resplandeciente, sin duda arrojado por el ladrón durante su huida. Yo me incliné para cogerlo, y entonces tuve que lanzar otro grito que fue coreado por lord Yardly, puesto que en el centro del collar había un gran hueco. ¡Faltaba la «Estrella del Este»!

—Esto demuestra que no se trata de un ladrón corriente —dije yo—. Lo único que deseaba era esa piedra.

—Pero ¿cómo pudo entrar?

—Por esa puerta.

—Pero siempre está cerrada.

—Ahora no lo está —repuse—. Mire —y la abrí.

Al hacerlo, algo cayó al suelo. Lo recogí. Era un trocito de seda y un bordado inconfundible. Se trataba de un fragmento de kimono chino.

—Con las prisas se lo pilló en la puerta —expliqué—. Vamos, de prisa. No puede estar muy lejos.

Pero corrimos y buscamos en vano. En la densa oscuridad de la noche el ladrón había conseguido escapar fácilmente. Regresamos de mala gana y lord Yardly envió a uno de sus criados en busca de la policía.

Lady Yardly, debidamente atendida por Poirot, que para estos asuntos era tan eficiente como una mujer, se fue recobrando lo suficiente para poder relatar lo ocurrido.

—Iba a dar la otra luz —dijo—, cuando un hombre saltó sobre mí por la espalda. Me arrancó el collar con tal fuerza que caí al suelo. Al caer le vi desaparecer por la puerta lateral. Por la coleta y su kimono bordado comprendí que era un chino —se detuvo con un estremecimiento.

El mayordomo reapareció y dijo a lord Yardly en voz baja:

—Desea verle un caballero que viene de parte del señor Hoffberg. Dice que usted le espera.

—¡Cielo santo! —exclamó el noble aturdido—. Supongo que debo recibirle. No, aquí no, Mullins; en la biblioteca.

Yo le llevé aparte a Poirot.

—Escuche, amigo mío, ¿no sería mejor que regresáramos a Londres?

—¿Usted cree, Hastings? ¿Por qué?

—Pues —carraspeé—, las cosas no han ido del todo bien, ¿no es cierto? Quiero decir que usted dijo a lord Yardly que se pusiera en sus manos y todo iría bien… ¡y el diamante desaparece ante sus propias narices!

—Cierto —repuso Poirot bastante abatido—. No ha sido uno de mis éxitos más asombrosos.

Su forma de describir los acontecimientos me hizo sonreír, pero me mantuve firme.

—De modo que habiendo complicado las cosas… y perdone la expresión, ¿no cree que sería más prudente marcharnos enseguida?

—¿Y la cena, la sin duda excelente cena que el *chef* de lord Yardly ha preparado?

—¡Oh, es por la cena! —dije impaciente.

Poirot alzó los brazos horrorizado.

—*Mon Dieu!* En esta parte del país tratan los asuntos gastronómicos con una indiferencia criminal.

—Existe otra razón por la que deseo regresar a Londres lo más pronto posible —continué.

—¿Cuál es, amigo mío?

—El otro diamante —dije bajando la voz—. El de la señora Marvell.

—*Eh bien*, ¿qué?

—¿No lo comprende? —Su desacostumbrada torpeza me contrariaba. ¿Qué le había ocurrido en sus células grises?—. Ya tienen uno, ahora irán en busca del otro.

—*Tiens!* —exclamó Poirot retrocediendo un paso y contemplándome con admiración—. ¡Su inteligencia es maravillosa, amigo! ¡Imagínese que no se me había ocurrido pensar en ello! ¡Pero hay mucho tiempo! Hasta el viernes no hay luna llena.

Meneé la cabeza, poco convencido. La teoría del plenilunio me daba frío. No obstante, logré convencer a Poirot y partimos inmediatamente, dejando una nota explicatoria y de disculpa para lord Yardly.

Mi intención era ir enseguida al *Magnificent* para contar a Mary Marvell lo que había ocurrido, pero Poirot puso el veto a mi plan, insistiendo en que con ir a la mañana siguiente era suficiente. Yo me avine a ello de mala gana.

Por la mañana, Poirot pareció poco inclinado a cumplir lo prometido. Empecé a sospechar que, habiéndose equivocado desde el principio, sentíase reacio a llevar la cosa adelante. Como respuesta a mis ruegos, me hizo observar con admirable sentido común que puesto que los detalles del robo de Yardly Chase habían aparecido en los periódicos de la mañana, los Rolf sabrían ya tanto como podríamos contarles nosotros, y yo tuve que ceder a pesar mío.

Los acontecimientos demostraron que mis temores eran justificados. A eso de las dos sonó el teléfono y Poirot atendió la llamada. Tras escuchar unos instantes dijo brevemente:

—*Bien, j'y serai* —y cortando la comunicación se volvió hacia mí.

—¿Qué cree usted que ha ocurrido, *mon ami*? —Parecía entre excitado y avergonzado—. El diamante de *miss* Marvell ha sido robado.

—¿Qué? —exclamé poniéndome en pie—. Y, ¿qué me dice ahora de la luna llena? —Poirot inclinó la cabeza—. ¿Cuándo ha sido?

—Creo que esta mañana.

Meneé la cabeza con pesar.

—Si me hubiera escuchado. ¿Ve usted cómo tenía razón?

—Eso parece, *mon ami* —repuso Poirot cautamente—. Dicen que las apariencias engañan, pero desde luego parece que así es.

Mientras nos dirigíamos al *Magnificent* en un taxi, yo iba pensando acerca de la verdadera naturaleza del plan.

—Esa idea de «la luna llena» ha sido muy inteligente. Su intención era que nos concentráramos el viernes, y de este modo cogernos desprevenidos. Es una pena que no haya usted pensado en ello.

—*Ma foi!* —exclamó vivamente Poirot, que había recobrado su equilibrio—. ¡Uno no puede pensar en todo!

Me dio lástima. Odiaba tanto el fracaso…

—Anímese —le dije para consolarle—. La próxima vez tendrá más suerte.

Una vez en el *Magnificent* fuimos introducidos inmediatamente en el despacho del gerente. Allí se encontraba Gregory Rolf con dos hombres de Scotland Yard. Un empleado pálido hallábase sentado ante ellos.

Rolf nos dedicó una inclinación de cabeza al vernos entrar.

—Estamos llegando al fondo de la cuestión —dijo—. Pero es casi increíble. No comprendo el aplomo de ese individuo.

En pocos minutos nos pusimos al corriente. Rolf había salido del hotel a las once y cuarto, y a las once y media un caballero tan parecido a él como para poder suplantarle, entró en el hotel y pidió le fuera entregado el joyero que guardaba en la caja fuerte. Firmó el recibo con la siguiente observación: «Resulta un poco distinta a mi firma habitual porque me he hecho daño al bajar del taxi». El encargado limitóse a sonreír diciendo que él apenas notaba diferencia alguna. Rolf riendo, contestó: «Bueno, de todas formas esta vez van a encerrarme como falsificador. He estado recibiendo cartas amenazadoras de un chino, y lo peor de todo es que yo tengo cierto parecido con los orientales… por la forma que tienen mis ojos».

—Yo le miré —explicó el empleado que nos lo refería—, y enseguida comprendí lo que quería decir. Sus ojos eran rasgados como los de los chinos. Nunca me había fijado hasta entonces.

—Maldita sea —gruñó Gregory Rolf inclinándose hacia delante—. ¿Lo nota ahora?

El hombre le miró sobresaltado.

—No, señor. Ahora no. Y la verdad es que aquellos ojos eran tan orientales como pueden serlo los suyos.

El hombre de Scotland Yard lanzó un gruñido.

—Muy osado e inteligente. Pensó que tal vez se fijaran en sus ojos y prefirió coger el toro por los cuernos para desvanecer recelos. Debió esperar a que usted saliera del hotel y entrar tan pronto como usted estuvo lejos.

—¿Y qué ha sido del joyero? —pregunté.

—Fue encontrado en uno de los pasillos del hotel. Sólo faltaba una cosa… el «Estrella del Oeste».

Nos miramos perplejos. Todo aquello era tan extraño e irreal…

Poirot se puso en pie.

—Me temo que yo no he servido de mucho —dijo pesaroso—. ¿Podría ver a *madame*?

—Me parece que está muy abatida por el disgusto —explicó Rolf.

—Entonces, ¿puedo hablar unas palabras con usted a solas, *monsieur*?

—Desde luego.

A los cinco minutos reapareció Poirot.

—Ahora, amigo mío —dijo alegremente—, corramos a una oficina de telégrafos. Tengo que enviar un telegrama.

—¿A quién?

—A lord Yardly —y para evitar discusiones me cogió del brazo—. Vamos, vamos, *mon ami*. Sé lo que opina de este desgraciado asunto. ¡No me he distinguido precisamente! Usted, en mi lugar, se habría lucido más. ¡*Bien*! Todo hay que reconocerlo. Olvidémoslo y vayamos a comer.

Eran las cuatro de la tarde cuando entramos en la residencia de Hércules Poirot. Una figura se puso en pie junto a la ventana. Era lord Yardly, que parecía cansado y afligido.

—Recibí su telegrama y he venido enseguida. Escuche, he ido a ver a Hoffberg y no sabe nada de ese representante suyo de ayer noche, ni del telegrama. ¿Usted cree que…?

Poirot levantó los brazos.

—¡Le presento mis excusas! Yo envié ese telegrama y contraté al caballero en cuestión.

—¿*Usted…?* Pero ¿por qué? —exclamó lord Yardly.

—Mi intención era precipitar los acontecimientos.

—¡Precipitarlos! ¡Oh, Dios mío!

—Y el ardid dio resultado —replicó Poirot alegremente—. Por lo tanto, milord, tengo gran placer en devolverle… ¡esto! —Y con gesto teatral extrajo de su bolsillo un objeto brillante. Era el «Estrella del Este».

—El «Estrella del Este» —susurró lord Yardly—. Pero no comprendo…

—¿No? —preguntó Poirot—. No importa. Créame, era necesario, que el diamante fuese robado. Le prometí custodiarlo, y he cumplido mi palabra. Tiene que permitirme que guarde mi pequeño secreto. Le ruego que transmita mis respetos a *lady* Yardly, y le diga lo mucho que celebro poder devolverle la joya. Qué *beau temps*, ¿no? Buenas tardes, milord.

Y sonriendo y charlando, él sorprendente hombrecillo acompañó al asombrado lord hasta la puerta. Al volver, se frotaba las manos satisfecho.

—Poirot —dije—. ¿Es que me he vuelto loco?

—No, *mon ami*, pero está como siempre bajo una «niebla mental».

—¿Cómo consiguió el diamante?

—Me lo dio el señor Rolf.

—¿Rolf?

—*Mais oui!* Las cartas amenazadoras, el chino, el artículo de *Comentarios Sociales…* todo era producto del ingenio del señor Rolf. Los dos diamantes que se suponían tan milagrosamente iguales… ¡Bah!, no existían. Sólo había un diamante, amigo mío. Originalmente perteneció a la colección de los Yardly, pero desde hace tres años lo tenía el señor Rolf. Lo robó esta mañana con la ayuda de un poco de pintura en los ángulos de sus ojos. Ah, tengo que verle en alguna película, desde luego es un gran artista, *celui-là!*

—Pero ¿por qué iba a robar su propio brillante? —pregunté irritado.

—Por muchas razones. Para empezar, *lady* Yardly se estaba volviendo ingobernable.

—¿*Lady* Yardly?

—Comprenda, se quedaba muy a menudo sola en California. Su esposo iba a divertirse a otra parte. El señor Rolf era atractivo, y todo en él respiraba un aire de romance. Pero *au fond* era muy negociante ese *monsieur*. Le hizo el amor y luego víctima de sus chantajes. Traté de sonsacar a *milady* la otra noche y lo confesó. Jura que sólo fue indiscreta y la creo. Pero sin duda alguna, Rolf tenía cartas suyas a las que podía darse una interpretación muy distinta. Aterrorizada por la amenaza de divorcio y la perspectiva de tener que separarse de sus hijos, se avino a todo lo que él deseaba. Ella no tenía dinero propio y vióse obligada a permitirle que sustituyera la piedra auténtica por una imitación. La coincidencia de la fecha de la aparición del «Estrella del Oeste» me sorprendió enseguida. Todo va bien. Lord Yardly se dispone a regenerarse… a sentar la cabeza. Y entonces surge la amenaza de la posible venta del diamante, y la sustitución sería descubierta. Sin duda alguna, *lady* Yardly escribiría frenética a Gregory Rolf, que acababa de llegar de Inglaterra. Él la tranquiliza prometiéndole arreglarlo todo… y prepara el doble robo. De este modo tranquilizará a la dama, que pudiera confesarlo todo a su esposo, cosa que no le interesa en absoluto al chantajista, cobrará las cincuenta mil libras del seguro (¡usted lo había olvidado!) y podrá conservar el diamante. En este punto me dispuse a intervenir. Se anuncia la llegada del experto en diamantes. *Lady* Yardly, tal como yo imaginaba, simula lo del robo… ¡que también lo hace muy bien! Pero Hércules Poirot no ve más que los hechos. ¿Qué ocurre en realidad? La dama apaga la luz, cierra la puerta y arroja el collar por el pasillo, gritando. Ya ha quitado el diamante previamente arriba con unos alicates…

—¡Pero si vimos el collar en su cuello! —objeté.

—Le ruego me perdone, amigo mío. Con la mano tapaba el lugar donde debía estar la piedra. El colocar de antemano un pedazo de seda bordada en la puerta es un juego de niños. Y Rolf, en cuanto leyó lo del robo, preparó su propia comedia. ¡Y vaya si la representó bien!

—¿Qué le dijo usted? —pregunté con curiosidad.

—Le dije que *lady* Yardly se lo había contado todo a su esposo y que yo tenía plenos poderes para recuperar la joya, y que si no me la entregaba inmediatamente obraría en consecuencia. Y también algunas otras mentirijillas que se me ocurrieron. ¡Fue como cera en mis manos!

—Me parece un poco injusto para Mary Marvell. Ha perdido su diamante sin tener culpa alguna —dije.

—¡Bah! —replicó Poirot en tono duro—. Para ella ha sido una magnífica propaganda. ¡Es lo único que le importa! La otra es muy distinta. *Bonne mère, très femme!*

—Sí —dije poco convencido, y sin compartir plenamente el punto de vista de Poirot acerca de la femeneidad—. Supongo que fue Rolf quien le envió las cartas duplicadas.

—*Pas du tout* —replicó Poirot con presteza—. Vino a buscar mi ayuda por consejo de Mary Cavendish. Entonces, al oír que Mary Marvell, que ella sabía su amiga, había estado aquí, cambió de opinión, aceptando el pretexto que usted, amigo mío, le ofrecía. ¡Unas pocas preguntas fueron suficientes para demostrarme que fue *usted* quien mencionó las cartas y no ella! Y se aprovechó de la ventaja que le ofrecían sus palabras.

—¡No lo creo! —exclamé.

—Sí, sí, *mon ami*! Es una lastima que no estudie psicología. ¿Le dijo que había destruido las cartas? *Oh, là, là,* una mujer nunca destruye una carta si puede evitarlo. ¡Ni siquiera cuando es más prudente hacerlo!

—Todo eso está muy bien —dije enojado—, ¡pero me ha dejado en ridículo desde el principio al final! Es muy bonito explicarlo todo después… ¡Es el colmo!

—Pero usted se estaba divirtiendo tanto, amigo mío, que no tuve valor para desilusionarle.

—No tiene perdón. Esta vez ha ido demasiado lejos.

—*Mon Dieu!* Usted se enfada por nada, *mon ami*.

—¡Estoy harto! —Y me marché dando un portazo. Poirot se había estado riendo de mí, y decidí que merecía un escarmiento. Dejaría pasar algún tiempo antes de perdonarle. ¡Me había alentado para que me pusiera en ridículo!

Tragedia en Marsdon Manor

(The Tragedy at Marsdon Manor).

Poirot ha sido requerido por un amigo, director de la Northern Union Insurance Company, para investigar el caso de un hombre de mediana edad muerto a causa de una hemorragia interna pocas semanas después de asegurar su vida por 50 000 libras. Hay rumores de que el hombre —Mr. Maltravers— estaba en dificultades financieras y se sugiere que pagó las cuotas del seguro y después se suicidó en beneficio de su joven y bella esposa. Poirot y Hastings viajan a Marsdon Manor, en Essex, donde el hombre fue encontrado muerto en el suelo junto a un pequeño rifle. El médico local asegura que la muerte de Mr. Maltravers se produjo por causas naturales. Interrogan a la viuda y no encuentran nada extraño. Ya se están marchando cuando llega un hombre joven, el Capitán Black, quien, según un jardinero, acudió la casa el día anterior al suceso. Poirot entrevista a Black y, haciendo un juego de asociación de palabras, descubre que, durante un viaje a África, el hombre supo de alguien que se suicidó con un rifle. Poirot finalmente dará con la solución al misterio.

Había tenido que ausentarme de la ciudad durante unos días y a mi regreso encontré a Poirot preparando su maleta.

—*A la bonne heure*, Hastings. Temía que no llegara a tiempo de acompañarme.

—¿Ha sido llamado para encargarse de algún caso?

—Sí, aunque me veo obligado a reconocer que aparentemente no resulta muy prometedor. La Compañía de Seguros Unión del Norte me ha pedido que investigue la muerte de un tal señor Maltravers, que pocas semanas atrás aseguró su vida por la enorme suma de cincuenta mil libras.

—¿Sí? —dije muy interesado.

—Desde luego, en la póliza figuraba la cláusula acostumbrada referente al suicidio. En el caso de que se suicidara antes del año se perderían todos los derechos a cobrar la prima. El señor Maltravers fue examinado a conciencia por el propio médico de la Compañía, y a pesar de que era un hombre que había dejado atrás la primavera de su vida, gozaba de una salud perfecta. No obstante, el miércoles pasado o sea, anteayer… su cadáver fue encontrado en los alrededores de su casa de Essex, Marsdon Manor, y su muerte fue atribuida a una hemorragia interna. Eso no tendría nada de particular a no ser por los siniestros rumores que circulan con respecto a la posición económica del señor Maltravers en los últimos tiempos, y la Unión del Norte ha descubierto sin duda posible que el caballero estaba al borde de la ruina. Eso lo altera todo considerablemente. Maltravers tenía una esposa muy bonita y joven y

se insinúa que recogió todo el dinero en efectivo que pudo para pagar la póliza del seguro de vida en favor de su esposa y luego se suicidó. Eso no es raro. Ha habido muchos casos semejantes. De todas formas, Alfred Wright, que es el director de la Unión del Norte, me ha pedido que investigue este caso; pero, como yo le he dicho, no tengo grandes esperanzas de lograr el éxito. Si la causa de la muerte hubiera sido un fallo del corazón, me sentiría más confiado. Muchas veces ése es el diagnóstico de los médicos rurales cuando no saben de qué murió en realidad su paciente, pero una hemorragia parece algo bastante definitivo. No obstante, podemos hacer algunas averiguaciones necesarias. Hastings, tiene usted cinco minutos para preparar su maleta y luego tomaremos un taxi hasta la calle Liverpool.

Una hora más tarde nos apeábamos del tren del Este en la pequeña estación de Marsdon Leigh. Al preguntar nos informaron de que Marsdon Manor estaba sólo a una milla de distancia. Poirot decidió que fuésemos andando, y emprendimos la marcha por la calle principal.

—¿Cuál es nuestro plan de campaña? —le pregunté.

—Primero iremos a ver al médico. Tengo entendido que sólo hay uno en Marsdon Leigh. El doctor Ralph Bernard. Ah, ahí está su casa.

La casa en cuestión era mayor que las otras y hallábase algo separada de la carretera. Una placa de metal ostentaba el nombre del doctor. Cruzamos el patio e hicimos sonar el timbre.

Tuvimos suerte. Era la hora de consulta y en aquel momento no había ningún enfermo esperando ser recibido por el doctor Bernard. Éste era un hombre de cierta edad, de hombros altos un tanto encorvados, y de modales agradables.

Poirot, tras presentarse, le puso al corriente del motivo de su visita, agregando que la Compañía de Seguros tenía que investigar a fondo los casos como aquél.

—Claro, claro —dijo el doctor Bernard—. Supongo que siendo un hombre tan rico tendría la vida asegurada por una gran suma…

—¿Le consideraba usted un hombre rico, doctor?

El médico pareció bastante sorprendido.

—¿No lo era? Tenía dos coches, y Marsdon Manor es una finca muy hermosa y debe costar mucho mantenerla, aunque creo que la compró muy barata.

—Tengo entendido que últimamente experimentó considerables pérdidas —dijo Poirot observando fijamente al doctor.

Sin embargo, este último limitóse a menear la cabeza tristemente.

—¿Ah, sí? Vaya. Entonces su esposa tiene suerte de que hubiera asegurado su vida. Es una joven muy hermosa y encantadora, aunque está muy postrada por ésta desgracia. La pobrecilla es un manojo de nervios. Yo he procurado simplificar las cosas todo lo posible, pero el golpe ha sido fuerte.

—¿Había usted atendido recientemente al señor Maltravers?

—Mi querido amigo, yo nunca le atendí.

—¿Qué?

—Tengo entendido que el señor Maltravers era un Christian Scientist[1] o algo parecido.

—¿Pero usted examinó su cadáver?

—Desde luego. Vino a buscarme uno de los jardineros.

—¿Y la causa de la muerte era clara?

—Sí. Tenía sangre en los labios, pero la mayor parte de la hemorragia debió ser interna.

—¿Le encontraron en el mismo lugar donde murió?

—Sí. El cadáver no había sido tocado. Se hallaba tendido en el borde de una plantación. Evidentemente había ido a cazar cornejas, porque junto a él había un pequeño rifle. La hemorragia debió sobrevenirle de repente. Úlcera gástrica seguramente.

—¿No cabe la posibilidad de que le disparasen?

—¡Mi querido amigo!

—Le ruego me perdone —replicó Poirot humildemente—. Pero si no me falla la memoria, en un reciente asesinato, el doctor primero diagnosticó un ataque cardíaco… y luego tuvo que rectificar cuando vieron que el cadáver tenía una herida en la cabeza.

—No encontrará heridas de bala en el cadáver del señor Maltravers —contestó el doctor Bernard secamente—. Ahora, señores, si no desean nada más.

Comprendimos la indirecta.

—Buenos días y muchísimas gracias, doctor, por haber contestado tan amablemente a nuestras preguntas. A propósito. ¿No ve usted necesidad de practicar la autopsia?

—Desde luego que no. La causa de la muerte está bien clara, y en mi profesión procuramos no molestar innecesariamente a los familiares de un paciente fallecido.

Y el doctor nos dio con la puerta en las narices.

—¿Qué opina usted del doctor Bernard, Hastings? —preguntó Poirot cuando emprendimos el camino del Manor.

—Que es bastante mula.

—Exacto. Sus juicios acerca del carácter de los demás son siempre profundos, amigo mío.

Le miré intranquilo, pero parecía hablar muy en serio. Sin embargo, sus ojos parpadearon al agregar:

—Es decir, ¡cuando no se trata de una mujer bonita!

Le miré fríamente.

Cuando llegamos a la finca, nos abrió la puerta una doncella de media edad. Poirot le entregó su tarjeta y una carta de la Compañía de Seguros para la señora Maltravers. Nos hizo pasar a una salita y se retiró para avisar a su señora. Transcurrieron unos diez minutos antes de que se abriera la puerta para dar paso a una figura esbelta vestida de luto.

—¿*Monsieur* Poirot? —dijo con desmayo.

—¡*Madame*! —Poirot, poniéndose galantemente de pie, apresuróse a acercarse a ella—. No puedo decirle cuánto lamento tener que molestarla. Pero qué quiere usted. *Les affaires*… no saben lo que es la compasión…

La señora Maltravers le permito que la acompañara hasta una silla. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto, pero ni esta alteración temporal conseguía empañar su extraordinaria belleza. Tendría unos veintisiete o veintiocho años, era muy rubia, de grandes ojos azules y boca infantil.

—Se trata de algo referente al seguro de mi marido, ¿no? Pero ¿precisamente tienen que molestarme ahora tan pronto?

—Valor, mi querida señora. ¡Valor! Su difunto esposo aseguró su vida por una enorme suma, y en tales casos la Compañía siempre tiene que aclarar algunos detalles. Me han dado poderes para que les represente. Puede estar segura de que haré todo lo posible por evitarle molestias desagradables. ¿Querría referirme brevemente los tristes acontecimientos del miércoles?

—Me estaba cambiando para tomar el té cuando subió la doncella… uno de los jardineros acababa de llegar a la casa. Había encontrado…

Su voz se apagó y Poirot le acarició una mano.

—Comprendo. ¡Es suficiente! ¿Había visto usted a su esposo aquella tarde?

—Desde la hora de comer no volví a verle. Yo había ido al pueblo a comprar unos sellos, y creo que él estuvo cazando por estos alrededores.

—¿Tirando a las cornejas, no es eso?

—Sí, solía llevarse el rifle pequeño, y oí un par de disparos lejanos.

—¿Dónde está ahora el rifle?

—Creo que en el vestíbulo.

Nos guió hasta allí y entregó el arma a Poirot, que la examinó a conciencia.

—Veo que el rifle fue disparado dos veces —observó al devolvérselo—. Y ahora, *madame*, si me permitiera ver…

Se detuvo con suma delicadeza.

—La doncella le acompañará —murmuró, volviendo la cabeza.

Poirot y la doncella se dirigieron al piso de arriba. Yo permanecí con la bella e infortunada joven. No sabía si hablar o permanecer callado. Hice un par de comentarios, a los que ella contestó en tono ausente, y a los pocos minutos mi amigo se reunía con nosotros.

—Le doy las gracias por toda su gentileza, *madame* —dijo—. No creo que sea preciso volver a molestarla por este asunto. A propósito, ¿sabe usted algo de la posición económica de su esposo?

—Nada en absoluto. Soy muy tonta para los negocios.

—Ya. ¿Entonces no puede darnos ninguna pista acerca de por qué decidió asegurar su vida tan de repente? Tengo entendido que no lo había hecho nunca.

—Bueno, llevábamos casados poco más de un año. Pero, en cuanto el porqué aseguró su vida, fue porque estaba completamente convencido de que no viviría mucho. Tenía un invencible presentimiento sobre su propia muerte. Supongo que habría tenido alguna hemorragia, y sabría que otra podría ser fatal. Yo traté de disipar sus temores, pero sin resultado. ¡Cielos, cuánta razón tenía!

Y con lágrimas en los ojos nos despidió. Poirot hizo un gesto característico mientras echábamos a andar por el camino.

—*Eh bien*, ¡eso es! Regresemos a Londres, amigo mío, parece que aquí no hay gato encerrado. Y no obstante…

—Y no obstante, ¿qué?

—¡Una ligera discrepancia, eso es todo! ¿Lo ha observado usted? ¿No? Sin embargo, la vida está llena de discrepancias y no cabe duda de que ese hombre no pudo suicidarse… no hay veneno capaz de llenar su boca de sangre. No, no; debo resignarme a pensar que todo está claro y libre de sospechas… pero… ¿qué es esto?

Un héroe alto se acercaba por el camino. Pasó junto a nosotros sin inmutarse. Yo noté que era bien parecido, con un rostro limpio y bronceado que hablaba de una vida en un clima tropical. Un jardinero que estaba barriendo las hojas se detuvo unos instantes para descansar y Poirot se dirigió rápidamente hacia él.

—Dígame, por favor, ¿quién es ese caballero? ¿Le conoce?

—No recuerdo su nombre, señor, aunque alguna vez lo he oído.

—La semana pasada estuvo aquí una noche. El martes.

—De prisa, *mon ami*, sigámosle.

Nos apresuramos tras el hombre que se alejaba. Al ver una figura de negro en la terraza lateral de la casa avanzó hacia ella y nosotros tras él, de modo que fuimos claros testigos de aquel encuentro que nos salió al paso de improviso.

La señora Maltravers se quedó como clavada en el suelo y su rostro palideció intensamente.

—¿Tú? —exclamó—. Pensé que estabas navegando… camino de África…

—Recibí ciertas noticias de mis abogados que me han retenido —explicó el joven —. Mi anciano tío que vivía en Escocia falleció inesperadamente y me dejó algún dinero. Dadas las circunstancias creí conveniente cancelar mi pasaje. Luego leí la triste noticia en el periódico y he venido para ver si puedo ayudarte en algo. Tal vez desees que a alguien cuide de todo esto durante algún tiempo.

En aquel preciso instante advirtieron nuestra presencia. Poirot se adelantó y deshaciéndose en excusas explicó que había dejado su bastón en el vestíbulo. De bastante mala gana, o por lo menos así me lo pareció, la señora Maltravers hizo las presentaciones oportunas.

—*Monsieur* Poirot. El capitán Black.

Durante la breve charla, Poirot averiguó que el capitán Black se hospedaba en la Posada del Ancla. El bastón no había aparecido (lo cual no es de extrañar), y Poirot y yo nos marchamos tras nuevas disculpas.

Regresamos al pueblo a buen paso y Poirot quiso que fuéramos a la Posada del Ancla.

—Aquí nos instalamos hasta que vuelva el capitán —explicó—. ¿Se ha fijado usted en que puse de relieve que íbamos a regresar a Londres en el primer tren? Es posible que usted pensase que era así. Pues no… ¿Observó el rostro de la señora Maltravers al ver al joven Black? Evidentemente se sorprendió y él… *eh bien*, él estuvo muy cariñoso, ¿no le parece? Y vino aquí el martes por la noche… o sea, el día antes de que muriera el señor Maltravers. Tenemos que investigar las andanzas del capitán Black, Hastings.

Durante media hora espiamos la llegada de nuestro hombre a la posada. Poirot salió a su encuentro acosándole y al fin le trajo a la habitación que habíamos reservado.

—Le he estado explicando al capitán Black la misión que nos trae aquí —dijo Poirot—. Puede usted comprender, *monsieur le capitaine*, que deseo conocer el estado de ánimo del señor Maltravers antes de su muerte, y que al mismo tiempo no quisiera molestar a la señora Maltravers haciéndole preguntas dolorosas. Usted estuvo aquí el día antes de la desgracia, y puede darnos una información igualmente valiosa.

—Haré todo lo que me sea posible por ayudarles, se lo aseguro —replicó el joven militar—, pero no observé nada de extraordinario. Comprenda, aunque Maltravers era un amigo de mi familia, yo apenas le conocía.

—¿Cuándo vino usted?

—El martes por la tarde. Regresé a la ciudad a primera hora de la mañana del miércoles, ya que mi barco salía de Tilbury a eso de las doce. Pero ciertas noticias que recibí me hicieron variar mi plan, y me atrevo a asegurar que ustedes ya me oyeron explicárselo a la señora Maltravers.

—¿Tengo entendido que regresaba usted a África, capitán?

—Sí. He estado allí desde la guerra… un gran país.

—Exacto. ¿De qué hablaron durante la cena del martes?

—Oh, no lo sé. Se habló de los tópicos corrientes. Maltravers me preguntó por mi familia, luego discutimos la cuestión de la reconstrucción de Alemania, y la señora Maltravers me hizo muchas preguntas sobre África Oriental. Yo les conté un par de anécdotas… y creo que esto fue todo.

—Gracias.

Poirot guardó silencio unos instantes y al cabo dijo amablemente:

—Con su permiso, me agradaría ensayar un pequeño experimento. Usted nos ha dicho todo lo que sabe su consciente. Ahora deseo interrogar a su subconsciente.

—¿Qué? ¿Psicoanálisis? —exclamó Black, visiblemente alarmado.

—¡Oh, no! —repuso Poirot tranquilizándole—. Verá, se trata de lo siguiente: yo le digo una palabra, usted responde con otra, y así sucesivamente. Cualquier palabra, la primera que se le ocurra. ¿Quiere que empecemos?

—De acuerdo —repuso Black despacio, aunque intranquilo.

—Anote las palabras, haga el favor, Hastings —dijo Poirot. Luego sacó su enorme reloj de bolsillo y lo dejó encima de la mesa—. Vamos a empezar. Día.

Hubo una pausa momentánea y al fin Black replicó:

—*Noche*.

Poco a poco sus respuestas fueron más rápidas.

—Nombre —dijo Poirot.

—*Lugar*.

—Bernard.

—*Shaw*.

—Martes.

—*Cena*.

—Viaje.

—*Barco*.

—País.

—*Uganda*.

—Historia.

—*Leones*.

—Rifle corto.

—*Finca*.

—Disparo.

—*Suicidio*.

—Elefante.

—*Colmillos*.

—Dinero.

—*Abogados*.

—Gracias, capitán Black. Tal vez pueda usted concederme unos minutos dentro de media hora…

—¡Desde luego! —El militar le miró con curiosidad, secándose la frente mientras se levantaba.

—Y ahora, Hastings —me dijo Poirot sonriente cuando hubo cerrado la puerta tras él—. Lo comprende usted todo, ¿no es cierto?

—No sé a qué se refiere.

—¿Es que no le dice nada esa lista de palabras?

La repasé, pero me vi obligado a negar con la cabeza.

—Le ayudaré. Para empezar, Black contestó bien dentro del límite normal; sin pausas, de modo que podemos deducir que no tenía conciencia de culpabilidad y por lo tanto nada que ocultar. «Día» y «Noche», «Lugar» y «Nombre» son asociaciones normales. Empecé a trabajar con la palabra «Bernard», que pudo haberle sugerido el médico de la localidad de haber tenido contacto con él. Es evidente que no fue así. Después de nuestra reciente conversación dijo como respuesta «Cena» a mi

«Martes», pero «Viaje» y «País» fueron contestados con «Barco» y «Uganda», demostrando claramente lo que le trajo aquí. «Historia» le recuerda una de las anécdotas sobre la caza del «León» que estuvo contando durante la cena. Seguí con la palabra «Rifle corto» y responde inesperadamente «Finca». Y cuando digo «Disparo» contesta sin dilación «Suicidio». La asociación parece clara. Un hombre que él conoce se ha suicidado con un rifle corto en una finca. Recuerde también que su mente sigue recordando las historietas que contó en la cena, y creo que estará de acuerdo conmigo en que no puedo andar muy lejos de la verdad si le pido al capitán Black que me repita esa historia sobre un suicidio particular que contó la noche del martes.

Black no tuvo el menor inconveniente.

—Sí, ahora que lo pienso —dijo— les conté esa historia. Un individuo se suicidó en una finca pegándose un tiro. Lo hizo apuntando el rifle al paladar y la bala se alojó en su cerebro. Los médicos estaban intrigadísimos… no había nada que lo indicase excepto un poco de sangre en sus labios. Pero ¿qué…? —El capitán se detuvo.

—¿Qué tiene esto que ver con el señor Maltravers? Veo que ignora que había un rifle corto junto al cadáver.

—¡Quiere usted decir que mi historia le dio la idea… ah, es horrible!

—No se atormente… hubiera sido igual, de un modo u otro. Bien, tengo que telefonear a Londres cuanto antes.

Poirot sostuvo una larga conversación por teléfono, y regresó pensativo. Salió solo aquella tarde, y a las siete me anunció que no podía resistir más y que iba a comunicar la noticia a la joven viuda, a quien yo había entregado toda mi simpatía sin la menor reserva. Quedarse sin un céntimo, y con el conocimiento de que su marido se había suicidado para asegurar su futuro, es una carga muy pesada para cualquier mujer. Sin embargo, yo abrigaba la secreta esperanza de que el joven Black pudiera consolarla después de pasados los primeros momentos de pesar. Era evidente que la admiraba muchísimo.

Nuestra entrevista con la dama fue muy dolorosa. Se negó a creer los hechos que Poirot le presentaba, y cuando al fin se convenció rompió a llorar amargamente. El examen del cadáver hizo que se confirmaran nuestras sospechas. Poirot lo lamentó muchísimo por la pobre señora, pero, al fin y al cabo, trabajaba para la Compañía de Seguros, y, ¿qué podía hacer? Cuando ya se disponía a marchar le dijo a la señora Maltravers con toda amabilidad:

—¡*Madame*!, ¡usted debía haber sabido que la muerte no fue natural!

—¿Qué quiere decir? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—¿Ha tomado parte alguna vez en sesiones de espiritistas? Usted es una buena médium.

—*Madame*, he visto cosas muy extrañas. ¿Sabe usted que en el pueblo se dice que esta casa está encantada?

Ella asintió y en aquel momento la doncella anunció que la cena estaba servida.

—¿No quieren ustedes quedarse a tomar algo?

Aceptamos agradecidos y pensando que tal vez nuestra presencia distrajera un tanto sus tristes pensamientos.

Acabábamos de terminar la sopa cuando se oyó un grito detrás de la puerta y ruido de loza rota. Nos pusimos en pie de un salto al tiempo que aparecía la doncella con la mano sobre el corazón.

—Era un hombre… en mitad del pasillo.

Hércules Poirot corrió fuera del comedor regresando rápidamente.

—No hay nadie.

—¿No, señor? —dijo la doncella con voz débil—. ¡Oh, me he llevado un susto!

—¿Pero por qué?

—Creí… que era el señor… se parecía a él.

Vi que la señora Maltravers se sobresaltaba, y sin darme cuenta me acordé de la superstición que asegura que un suicida no puede descansar. Ella también debió pensarlo, estoy seguro, ya que un minuto más tarde cogió del brazo a Poirot lanzando un doloroso grito.

—¿Ha oído? ¿Esos golpes en la ventana? Así es *cómo* solía llamar cuando pasaba junto a la casa.

—Es la hiedra —dije yo—. El viento la hace golpear contra el marco.

Pero cierto nerviosismo se iba apoderando de todos nosotros. La doncella estaba descompuesta, y cuando la cena hubo terminado la señora Maltravers suplicó a Poirot que no se marchase enseguida. Temía quedarse sola, y permanecimos sentados en la salita. El viento iba aumentando y gemía alrededor de la casa de un modo aterrador. Por dos veces se abrió la puerta lentamente, y cada vez la viuda se agarraba a mí despavorida.

—¡Ah, pero esa puerta está embrujada! —exclamó Poirot irritado. Y levantándose la cerró una vez más, dando luego vuelta a la llave—. ¡La cerraré con llave, así!

—No lo haga —dijo la señora Maltravers—, si ahora volviera a abrirse…

Y mientras hablaba ocurrió lo imposible. La puerta volvió a abrirse, poco a poco. Yo no podía ver el pasillo desde donde estaba, pero Poirot y ella sí. Con un estremecimiento volvióse hacia él.

—¿Le ha visto… ahí en el pasillo? —exclamó impresionada.

Él la miraba con extrañeza y al fin meneó la cabeza.

—Le he visto era mi esposo tiene que haberle visto usted también.

—*Madame,* yo no vi nada. Usted no está bien… está alterada…

—Estoy perfectamente bien. Yo… ¡Oh, Dios mío!

De pronto, sin previo aviso, las luces oscilaron y se apagaron. En la oscuridad sonaron tres fuertes golpes, y pude oír un gemido de la señora Maltravers.

¡Y entonces… le vi!

El hombre que había visto en la cama de arriba estaba allí de pie, rodeado de una luz fantasmal. Tenía los labios manchados de sangre y la mano derecha extendida,

señalando. De pronto una luz brillante pareció salir de su mano y pasando ante Poirot y ante mí cayó sobre la señora Maltravers. ¡Vi su rostro pálido de terror y algo más!

—¡Cielos, Poirot! —exclamé—. Mire su mano, su mano derecha. ¡Está roja!

Ella bajó los ojos para mirarla e inmediatamente cayó al suelo.

—Sangre —exclamó con voz histérica—. Sí, es sangre. Yo le maté. Yo lo hice. Puse mi mano en el gatillo y apreté. ¡Sálveme… sálveme! ¡Ya vuelve!

Su voz se apagó en un sollozo.

—Luces —dijo Poirot.

Y las luces se encendieron como por arte de magia.

—Eso es —continuó—. ¿Ha oído usted, Hastings? ¿Y usted, Everett? Oh, a propósito, éste es el señor Everett, un buen artista de teatro. Le telefoneé esta tarde, su caracterización es buena, ¿verdad? Idéntico al difunto, y con una linterna y el fósforo necesario ha dado la impresión adecuada. Yo que usted no le tocaría la mano derecha, Hastings. La pintura roja mancha mucho. Cuando se apagaron las luces cogí la mano de la señora Maltravers, ¿comprende? A propósito, no debemos perder nuestro tren. El inspector Japp está fuera, detrás de la ventana. Una mala noche… pero ha podido entretenerse golpeándola de vez en cuando.

»¿Comprende? —continuó Poirot mientras caminábamos contra el viento y la lluvia—, había una ligera discrepancia. El doctor creía que el difunto era un Christian Scientist, y ¿quién pudo habérselo dicho sino la señora Maltravers? Pero ante nosotros ésta simuló que su esposo estaba muy preocupado por su salud. ¿Y por qué le sorprendió tanto el regreso del joven Black? Y por último, aunque sé que los convencionalismos exigen que una mujer guarde luto riguroso por su marido, no creo que sea necesario pintarse tanto los párpados de oscuro. ¿No se fijó usted, Hastings? ¿No? Como siempre le he dicho, ¡usted no ve nada!

Bien, así fue. Caben dos posibilidades. ¿La historia de Black sugirió al señor Maltravers una idea ingeniosa para suicidarse, o bien su otro oyente, la esposa, vio un sistema igualmente original de cometer un crimen? Yo me inclino por lo último. Para disparar en la posición inclinada, probablemente hubiera tenido que apretar el gatillo con el pie… o por lo menos eso imagino. Ahora bien, si el señor Maltravers hubiera sido encontrado con un pie descalzo, es seguro que lo hubiéramos sabido. Un detalle así no pasa inadvertido.

—No, como le digo, me sentí inclinado a considerarlo un caso de asesinato y no un suicidio, pero comprendí que no tenía la menor prueba en qué basar mi teoría. De ahí la comedia que ha visto representar con gran detalle, esta noche.

—Incluso ahora no veo todos los detalles del crimen —dije.

—Empecemos por el principio. Aquí tenemos una mujer astuta y calculadora, que conociendo la *débâcle* económica de su esposo, con quien se casó por interés, le induce a que asegure su vida a su favor por una fuerte suma y luego busca el medio de quitarlo de en medio. Una casualidad se lo ofrece… la extraña historia del joven militar. A la tarde siguiente, cuando supone que *monsieur le capitaine* está ya en alta

mar, pasea con su esposo por los alrededores. «¡Qué historia más curiosa la de ayer noche!» —comenta—. «¿Es posible que un hombre pueda matarse de ese modo? ¡Demuéstramelo si es posible!». El pobre tonto… la complace. Mete el cañón del rifle en su boca. Ella se agacha y pone el dedo en el gatillo riendo. «Y ahora —le dice con gran desfachatez—, ¿supón que apretase el gatillo?».

»Y entonces… y entonces, Hastings… ¡lo apretó!

La aventura del piso barato

(The Adventure of the Cheap Flat).

Hastings se halla en la casa de un amigo con otras personas cuando la conversación comienza a girar en torno a la dificultad de encontrar casa en Londres a un precio razonable. Entre los presentes está una pareja joven, los Robinson, y ella cuenta que han conseguido encontrar un piso en Kinghtsbridge por un alquiler increíblemente bajo que nadie parece haber sido capaz de conseguir a pesar de su atractivo precio. Al día siguiente, cuando Poirot sabe de tan extraño hecho, se siente inmediatamente interesado y comienza a investigar. Cuando Hastings y él van al bloque de edificios donde se encuentra el piso en cuestión, el portero les cuenta que los Robinson llevan seis meses viviendo allí, a pesar de que Mrs. Robinson le dijo a Hastings que acababan de firmar el contrato. Poirot decide alquilar otro piso en el mismo edificio y, usando el montacargas, consigue entrar en el apartamento de los Robinson y manipula los cerrojos de forma que puedan entrar allí cuando quieran. Al día siguiente, Poirot le dice a Hastings que Japp le ha informado del robo de unos importantes planos de la Marina de los EE.UU. a manos de un italiano llamado Luigi Valdarno, quien consiguió pasárselos a una espía internacional, Elsa Hardt, antes de ser asesinado en Nueva York. La descripción de Hard se ajusta bastante a la de Mrs. Robinson. Una vez más, Poirot hará uso de sus células grises para dar con la explicación al enigma.

Hasta el momento, en todos los casos que yo he relatado, las investigaciones de Poirot se iniciaron partiendo del factor central, ya fuese crimen o robo, y fueron siguiendo un proceso de deducciones lógicas hasta llegar a la solución final. En los acontecimientos que ahora voy a relatar, una curiosa cadena de circunstancias tuvo su principio en ciertos incidentes aparentemente triviales que atrajeron la atención de Poirot y culminó en los siniestros sucesos que constituyeron uno de los casos más extraordinarios.

Yo había pasado la tarde con un antiguo amigo mío, Gerald Parker. Además de mi anfitrión, hallábanse presentes una media docena de personas, y la conversación acabó por recaer, como era lógico que ocurriera, sobre el tema de la «caza de pisos» en Londres. Casa y pisos eran la debilidad de Parker. Desde el final de la guerra había ocupado por lo menos seis pisos distintos. Aunque acabara de instalarse si encontraba un nuevo piso o casa se mudaba enseguida con todos sus muebles. Sus traslados iban siempre acompañados de una ligera mejora económica, ya que poseía una cabeza muy dispuesta para los negocios, pero su acicate principal era el amor al deporte y no al deseo de hacer dinero. Escuchamos a Parker durante cierto tiempo con el respeto de los novatos ante un experto. Cuando nos tocó el turno, aquello fue una perfecta babel de lenguas desatadas. Por fin cedimos el terreno a la señora Robinson, una

encantadora joven que estaba allí acompañada de su esposo. Yo no los había visto hasta entonces, y aquel Robinson era una amistad reciente de Parker.

—Hablando de pisos —dijo—, ¿se ha enterado usted de la suerte que hemos tenido, Parker? ¡Tenemos piso… por fin! En las cómodas Mansiones Montagu.

—Bueno —replicó Parker—. Siempre he dicho que es fácil hallar piso… si no se repara en el precio.

—Sí, pero éste no es caro, sino baratísimo. ¡Ochenta libras al año!

—Pero… las Mansiones Montagu están cerca de Kinghtsbridge, ¿no? Es un edificio muy hermoso. ¿O se refiere usted a alguna otra casa situada en esos barrios?

—No, a la de Kinghtsbridge. Por eso es tan maravilloso.

—¡Ésa es la palabra, maravilloso! Es un milagro. Pero supongo que habrán pagado un enorme traspaso…

—¡Sin traspaso!

—Sin tras… oh, ¡sostenedme, por favor! —gimió Parker.

—Hemos tenido que comprar los muebles —dijo la señora Robinson.

—¡Ah! ¡Ya sabía que habría algo!

—Por cincuenta libras. ¡Y está estupendamente amueblado!

—Me doy por vencido —dijo Parker—. Sus ocupantes debían ser lunáticos con una gran afición a la filantropía.

La señora Robinson parecía un poco preocupada y se formó un ligero ceño entre sus cuidadas cejas.

—Es extraño, ¿verdad? ¿No cree que ese… ese sitio debe estar *encantado*?

—Nunca oí hablar de un piso embrujado —declaró Parker con decisión.

—No. —La señora Robinson no parecía muy convencida—. Pero hay varias cosas que me han parecido… bueno, extrañas.

—Por ejemplo… —dije yo.

—Ah —replicó Parker—. ¡Ha despertado la curiosidad de nuestro experto criminalista! Confíese a él, señora Robinson. Hastings es un gran esclarecedor de misterios.

Yo reí, un tanto violento, pero no del todo disgustado por sus palabras.

—Oh, no son precisamente extrañas, capitán Hastings, pero cuando acudimos a los agentes Stosser y Paul… no habíamos recurrido a ellos antes porque sólo tenían pisos en Mayfair, carísimos; pero pensamos que de todas formas valía la pena intentarlo… Todo lo que nos ofrecieron era de cuatrocientas a quinientas libras al año, enormes traspasos, y luego, cuando ya nos íbamos nos dijeron que tenían un piso de ochenta, ya que lo tenían anotado en los libros desde tiempo atrás y habían enviado ya a verlo a tantas personas que casi seguro que estuviera ya alquilado por ser una ganga…

La señora Robinson hizo una pausa para tomar aliento y luego continuó:

—Les dimos las gracias, y les dijimos que era comprensible que estuviera ya alquilado, pero de todas formas iríamos a ver… por si acaso. Fuimos directamente en

un taxi, porque al fin y al cabo nunca se sabe. El número cuatro estaba en el segundo piso, y mientras esperábamos el ascensor vi que mi amiga Elsie Ferguson, que también andaba buscando piso, bajaba corriendo la escalera. «Esta vez he llegado antes que tú —me dijo—. Pero no me ha servido de nada. Ya está alquilado». Aquello parecía dar por terminado el asunto, pero… como John dijo, el piso era muy barato y nosotros podíamos pagar más, incluso ofrecer un traspaso. Claro que es una cosa fea, y me avergüenzo confesarlo, capitán Hastings, pero ya sabe usted lo que es ir a «la caza de un piso».

Le aseguré que estaba al corriente de lo que significaba la lucha por la vivienda.

—De modo que subimos, y ¿quiere usted creerlo?, el piso no estaba alquilado. Nos abrió la puerta una doncella, y cuando vimos a la señora lo dejamos todo arreglado. Entrega inmediata y cincuenta libras por el mobiliario. ¡Al día siguiente firmamos el contrato y mañana nos mudamos! —La señora Robinson se detuvo triunfante.

—¿Y qué me dice usted de la señora Ferguson? —preguntó Parker—. Oigamos sus deducciones, Hastings.

—Es evidente, mi querido Watson —repliqué alegremente—. Ella se equivocó de piso.

—¡Oh, capitán Hastings, qué inteligente es usted! —exclamó la señora Robinson admirada.

Yo deseaba que Poirot hubiera estado allí. Algunas veces tengo la impresión de que no sabe apreciar mis habilidades.

* * *

Todo aquel asunto resultaba divertido y se lo conté a Poirot a la mañana siguiente. Pareció interesado y me estuvo interrogando estrechamente acerca de las rentas de los pisos en diversas localidades.

—Es una historia curiosa —me dijo pensativo—. Perdóneme, Hastings, debo ir a dar un paseo.

Cuando regresó, cosa de una hora más tarde, le brillaban los ojos con una excitación especial. Dejó el bastón encima de la mesa y cepilló la copa de su sombrero con su habitual esmero, antes de hablar.

—Es una suerte, *mon ami*, que de momento no tenga ningún caso entre manos. Podemos dedicarnos plenamente a esta investigación.

—¿De qué investigación me está hablando?

—De la extraordinaria baratura del piso encontrado por su amiga, la señora Robinson.

—¡Poirot, espero que no hable en serio!

—Muy en serio. Imagínese, amigo mío, que la verdadera renta de esos pisos es de trescientas cincuenta libras al año. Lo acabo de comprobar por medio del

administrador. ¡Y no obstante, ese piso ha sido alquilado por ochenta libras! ¿Por qué?

—Tiene que tener algún inconveniente. Tal vez esté encantado, como insinuó la señora Robinson.

Poirot meneó la cabeza poco convencido.

—Entonces es curioso que su amiga le dijera que el piso estaba alquilado, y cuando ella sube resulta que no es así.

—Debió de equivocarse de piso. Es la única explicación posible.

—En eso puede usted tener o no razón, Hastings. Pero sigue existiendo el hecho de que numerosos clientes fueron a verlo y no obstante, a pesar de su extraordinaria baratura, estaba todavía libre cuando llegaron los Robinson.

—Eso demuestra que *tiene que tener* algún inconveniente.

—La señora Robinson no notó nada. Es muy curioso, ¿no? ¿Le dio la impresión de ser una mujer sincera, Hastings?

—¡Es una criatura deliciosa!

—*Evidemment*!, puesto que le ha dejado a usted incapaz de contestar a mi pregunta. Descríbamela.

—Bien, es alta y rubia; en realidad sus cabellos tienen un delicioso tono castaño rojizo…

—¡Siempre ha tenido usted debilidad por las pelirrojas! —murmuró Poirot—. Pero continúe.

—Ojos azules, hermosas facciones y… bueno, creo que eso es todo —terminé avergonzado.

—¿Y su esposo?

—Es un individuo muy agradable… nada de particular.

—¿Moreno o rubio?

—No lo sé… ni una cosa ni otra, y tiene una cara muy vulgar.

—Sí, hay cientos de hombres como éste y, de todas maneras, usted sabe describir mejor a las mujeres. ¿Sabe algo de esta pareja? ¿Parker les conoce bien?

—Creo que desde hace poco. Pero, Poirot, no pensará usted ni un momento…

Poirot levantó la mano.

—*Tout doucement, mon ami*. ¿Es que acaso he dicho que pensaba algo? Todo lo que he dicho… es que la historia resulta curiosa. Y no hay nada que pueda arrojar alguna luz sobre ella, excepto el nombre de esa señora, ¿eh, Hastings? ¿Cuál es su nombre?

—Se llama Stella —repliqué—, pero no comprendo…

Poirot me interrumpió riendo regocijado. Al parecer, algo le divertía extraordinariamente.

—Y Stella significa estrella, ¿no? ¡Qué célebre!

—¿Qué diablos…?

—¡Y las estrellas dan luz! *Voilà*. Cálmese, Hastings, y no adopte ese aire de dignidad ofendida. Vamos, iremos a las Mansiones Montagu a hacer algunas averiguaciones.

Le acompañé sin rechistar. Las Mansiones Montagu eran un hermoso bloque de viviendas. Un portero uniformado resplandecía en la entrada y a él se dirigió Poirot.

—Perdone, ¿podría decirnos si viven aquí los señores Robinson?

El portero, al parecer, era hombre de pocas palabras y muy receloso. Sin apenas mirarnos, replicó:

—El número cuatro. Segundo piso.

—Gracias. ¿Puede decirme cuánto tiempo llevan aquí?

—Seis meses.

Yo me adelanté, presa de gran extrañeza, consciente de la sonrisa maliciosa de Poirot.

—Imposible —exclamé—. Usted se equivoca por completo.

—Seis meses.

—¿Está seguro? La señora a que me refiero es alta, de cabellos dorados y…

—Esa misma —repuso el portero—. Llegaron hace exactamente seis meses.

Pareció perder todo interés por nosotros y desapareció lentamente por el portal. Yo seguí a Poirot al exterior.

—*Eh bien*, Hastings —dijo mi amigo—. ¿Está ahora tan seguro de que esa joven dice siempre la verdad?

Yo no contesté.

Poirot había emprendido la marcha por Brompton Road antes de que yo le preguntase qué era lo que iba a hacer respecto a la cuestión, en el lugar al que a la sazón nos dirigíamos.

—A ver a esos agentes, Hastings. Siento enormes deseos de tener un piso en las Mansiones Montagu. Si no me equivoco, van a ocurrir cosas muy interesantes dentro de poco tiempo.

Tuvimos suerte. El número ocho, situado en el cuarto piso, se alquilaba amueblado por diez guineas semanales. Poirot lo tomó por un mes. Una vez de nuevo en la calle, acalló mis protestas diciendo:

—¡Pero hoy en día gano dinero! ¿Por qué no puedo permitirme un capricho? A propósito, Hastings, ¿tiene usted un revólver?

—Sí… por algún sitio —repliqué ligeramente emocionado—. ¿Usted cree…?

—¿Que vamos a necesitarlo? Es muy posible. Veo que la idea le complace. Siempre le emociona lo espectacular y romántico.

El día siguiente nos sorprendió instalados en nuestro hogar temporal. El piso estaba bien amueblado, y ocupaba la misma posición en el edificio que el de los Robinson, aunque dos pisos más arriba.

Por la tarde al día siguiente al de nuestro traslado, que era domingo, Poirot dejó la puerta del piso entreabierta y me llamó apresuradamente al oír un fuerte portazo

procedente de los pisos inferiores.

—Mire por la escalera. ¿Son ésos sus amigos? No deje que le vean.

Yo alargué el cuello por el amplio hueco de la escalera.

—Ellos son —declaré en un susurro.

—Bien. Aguarde un poco.

Cosa de media hora más tarde una mujer joven salió del piso de los Robinson vestida llamativamente con gran diversidad de prendas. Con un suspiro de satisfacción, Poirot volvió a entrar de puntillas.

—*C'est ça*. Después del señor y la señora, la doncella. Ahora el piso estará completamente vacío.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté intranquilo.

Poirot se había dirigido a la despensa y estaba tirando de la cuerda del montacargas.

—Vamos a descender como si fuéramos cubos de la basura —me explicó alegremente—. Nadie nos verá. El concierto del domingo, la «salida» del domingo por la tarde y, finalmente, la siesta después de la comida dominical inglesa… *le rosbif*… y demás, distraerán la atención de las andanzas de Hércules Poirot. Vamos, amigo mío.

Se introdujo en el rústico artefacto de madera, y yo le seguí de mala gana.

—¿Es que piensa allanar el piso? —le pregunté extrañado.

La respuesta de Poirot no fue del todo tranquilizadora.

—Hoy precisamente, no —replicó.

Soltando la cuerda lentamente fuimos bajando hasta llegar al segundo piso. Poirot exhaló un suspiro de satisfacción al ver que la puerta de la despensa estaba abierta.

—¿Se fija? Hoy en día nadie cierra las ventanas. Y no obstante cualquiera podría subir o bajar como nosotros lo hemos hecho. Por la noche, sí… aunque tal vez no siempre… y contra esa posibilidad hemos de asegurarnos.

Había ido sacando algunas herramientas de su bolsillo y enseguida se puso a trabajar. Su propósito era disponer del pestillo de modo qué pudiera ser corrido desde el montacargas. La operación sólo le ocupó unos tres minutos. Luego volvió a guardar las herramientas en su bolsillo y regresamos una vez más a nuestro piso.

⁎ ⁎ ⁎

El lunes Poirot estuvo fuera todo el día, pero cuando regresó por la tarde se dejó caer en su butaca con un suspiro de satisfacción.

—Hastings, ¿quiere que le cuente una pequeña historia? ¿Una historia que le gustará y le hará recordar su cinema favorito?

—Adelante —reí—. Supongo que será una historia auténtica y no un producto de su fantasía.

—Es absolutamente cierta. El inspector Japp, de Scotland Yard, responderá de su veracidad, puesto que ha llegado a mis oídos a través de su departamento. Escuche,

Hastings. Hace poco más de seis meses fueron robados del correspondiente departamento del Gobierno americano unos importantes planos navales, en los que se indicaba la posición de los puertos de defensa más importantes, y que tenían un valor considerable para cualquier Gobierno extranjero… el del Japón por ejemplo. Las sospechas recayeron sobre un joven llamado Luigi Valdarno, italiano de nacimiento, que estaba empleado en el departamento y que desapareció al mismo tiempo que los papeles. Fuera o no el ladrón, Luigi Valdarno fue encontrado muerto de un balazo dos días más tarde en la zona Este de Nueva York. No mucho tiempo antes Luigi Valdarno estuvo exhibiéndose con *miss* Elsa Hardt, una joven concertista de canto recientemente aparecida, y que vivía con un hermano en un piso de Washington. Nada se sabía de los antecedentes de *miss* Elsa Hardt, que desapareció repentinamente al ser asesinado Valdarno. Existen razones para creer que en realidad era una espía internacional que había realizado trabajos nefastos bajo diversos *aliases*. El Servicio Secreto americano, mientras hacía todo lo posible para dar con ella, no perdía de vista a cierto insignificante caballero japonés que vivía en Washington. Estaba bastante seguro de que cuando Elsa Hardt hubiera cubierto suficientemente su retirada se pondría en contacto con el sujeto en cuestión. Uno de ellos salió para Inglaterra. —Poirot hizo una pausa y luego agregó en tono más bajo —: La descripción oficial de Elsa Hardt es: estatura, cinco pies y siete pulgadas, ojos azules, cabello castaño rojizo, nariz recta y ninguna característica especial.

—¡La señora Robinson! —exclamé.

—Bien, cabe esa posibilidad —admitió Poirot—. Y también se ha sabido que un hombre moreno, extranjero, estuvo preguntando por los inquilinos del número cuatro esta misma mañana. Por consiguiente, *mon ami*, me temo que esta noche tendrá que renunciar a su dulce sueño y hacer guardia conmigo en el piso de abajo… armado con su excelente revólver, *bien entendu*.

—Estupendo —repliqué entusiasmado—. ¿Cuándo empezaremos?

—La medianoche es una hora solemne y conveniente.

A las doce en punto nos instalamos con grandes precauciones en el montacargas y fuimos descendiendo hasta el segundo piso. Gracias a las manipulaciones de Poirot, la puerta de madera se abrió rápidamente. De la despensa pasamos a la cocina, donde nos acomodamos en sendas sillas, dejando entreabierta la puerta del recibidor.

—Ahora sólo tenemos que esperar —dijo Poirot, contento y cerrando los ojos.

La espera se me hizo interminable. Tenía miedo de quedarme dormido. Cuando me parecía que llevábamos allí unas ocho horas… y en realidad había transcurrido sólo una hora y veinte minutos, como luego averigüé… llegó a mis oídos un ligero rumor y noté que Poirot asía mi mano. Me puse en pie y juntos nos acercamos silenciosamente al recibidor. El ruido venía de allí. Poirot acercó sus labios a mi oído.

—Es la puerta principal. Están quitando la cerradura. Cuando yo le avise, y no antes, salte por detrás sobre él y sujétele con fuerza. Tenga cuidado porque llevará un cuchillo.

Al fin se oyó un crujido final y un pequeño círculo de luz penetró en la estancia. Se extinguió inmediatamente y luego la puerta se fue abriendo despacio. Poirot y yo pegamos nuestras espaldas a la pared, y oí la respiración de un hombre que pasaba ante nosotros. Luego volvió a encender su linterna, y en aquel momento Poirot siseó a mi oído:

—*Allez*.

Saltamos a un tiempo. Poirot, con un movimiento rápido, envolvió la cabeza del intruso con una ligera bufanda de lana, mientras yo sujetaba sus brazos. Todo se llevó a cabo silenciosamente. Le quité la daga de la mano, y en tanto que Poirot lo amordazaba, yo saqué mi revólver para que pudiera verlo y comprender que toda resistencia sería inútil. Cuando dejó de debatirse, Poirot acercó sus labios a su oído y empezó a susurrar a toda velocidad. Al cabo de unos instantes el hombre asintió. Luego, imponiendo silencio con un gesto, Poirot salió del piso y empezó a bajar la escalera. Nuestro prisionero le seguía y yo cerraba la marcha encañonándole con el revólver. Cuando estuvimos en la calle, al momento Poirot volvióse hacia mí.

—Hay un taxi parado en la esquina. Deme el revólver. Ahora ya no lo necesitamos.

—Pero ¿y si intenta escapar?

Poirot sonrió.

—No hay cuidado.

Regresé con el taxi. Poirot había quitado la mordaza al desconocido y yo lancé una exclamación de verdadera sorpresa.

—No es un japonés —dije a Poirot en un susurro.

—¡La observación ha sido siempre su fuerte, Hastings! Nada se le escapa. No, este hombre no es japonés, sino italiano.

Subimos al taxi y Poirot dijo al chófer una dirección del Bosque de St. John. Ahora estaba completamente a oscuras y no quería preguntarle adónde íbamos. Traté en vano de adivinar cuáles eran sus intenciones.

Nos apeamos ante la puerta de una casita situada cerca de la carretera. Un peatón ligeramente beodo casi tropieza con Poirot en la acera, y éste le dijo algo que no pude entender. Subimos los escalones de la entrada, y después de pulsar el timbre Poirot nos dijo que nos apartásemos de la puerta. No hubo respuesta y llamó una y otra vez. Por último asió el picaporte y con él golpeó la puerta durante varios minutos con todas sus fuerzas.

De pronto se encendió una luz y la puerta fue abierta con toda precaución.

—¿Qué diablos quieren ustedes? —preguntó una irritada voz masculina.

—Deseo ver al doctor. Mi esposa se ha puesto enferma.

—Aquí no hay ningún doctor.

El hombre se disponía a cerrar, mas Poirot introdujo el pie con decisión entre la puerta y el quicio, convirtiéndose de pronto en la caricatura de un francés irritado.

—¿Qué dice usted? ¿Qué no hay ningún médico? ¡Daré parte a la policía! ¡Tiene que acompañarme! Me quedaré aquí y llamaré toda la noche.

—Mi querido amigo… —La puerta se abrió de nuevo y el hombre en batín y zapatillas, se adelantó para apaciguar a Poirot, dirigiendo una mirada inquieta a su alrededor.

—Llamaré a la policía.

Poirot se puso a bajar los escalones.

—¡No, no lo haga, por amor de Dios! —El hombre corrió tras él.

De un empujón, Poirot lo lanzó al suelo, y al minuto siguiente los tres estábamos en el interior de la casa y cerramos la puerta.

—De prisa… por aquí. —Poirot nos condujo hasta la habitación más próxima y encendió la luz—. Y usted… detrás de la cortina.

—Sí, *signor* —dijo el italiano, deslizándose rápidamente tras los pliegues del terciopelo rosado que enmarcaba la ventana.

Precisamente a tiempo. En cuanto hubo desaparecido de nuestra vista penetró una mujer en la habitación. Era alta, de cabellos rojizos, y un kimono rojo envolvía su esbelta figura.

—¿Dónde está mi marido? —exclamó dirigiéndonos una mirada asustada—. ¿Quiénes son ustedes?

Poirot se adelantó, haciendo una reverencia.

—Espero que su esposo no se resfriará. He observado que llevaba zapatillas y su batín era de bastante abrigo.

—¿Quién es usted? ¿Y qué hace en mi casa?

—Es cierto que no tenemos el gusto de conocernos, *madame*. Y es de lamentar, puesto que uno de los nuestros ha venido especialmente de Nueva York para verla a usted.

Se abrieron las cortinas y apareció el italiano. Observé con horror que blandía mi revólver, que sin duda Poirot dejó descuidadamente sobre el asiento del coche.

La mujer lanzó un grito y quiso echar a correr, mas Poirot se interpuso entre ella y la puerta, que estaba cerrada.

—Déjeme pasar —suplicó—. Me matará.

—¿Quién era ése tan cacareado Luigi Valdarno? —preguntó el italiano con voz ronca, mientras nos amenazaba apuntándonos con el revólver. No nos atrevimos a movernos.

—Dios mío, Poirot. Esto es horrible. ¿Qué vamos a hacer? —exclamé.

—Me obliga usted a recordarle que no es conveniente hablar demasiado, Hastings. Le aseguro que nuestro amigo no disparará hasta que yo no se lo autorice.

—Está seguro, ¿eh? —dijo el italiano mirándole de soslayo.

La mujer se volvió hacia Poirot.

—¿Qué es lo que desea?

Poirot se inclinó.

—No creo que sea necesario insultar a la inteligencia de Elsa Hardt diciéndoselo.

Con un rápido movimiento, la mujer cogió un gran gato de terciopelo negro que servía de cubierta del teléfono.

—Están cosidos al forro.

—Muy inteligente —murmuró Poirot en tono apreciativo, en tanto se apartaba de la puerta—. Buenas noches, *madame*. Entretendré a su amigo de Nueva York mientras usted huye.

—¡Qué tontería! —rugió el italiano, y alzando el revólver disparó a la espalda de la mujer en el preciso momento en que yo me abalanzaba con toda decisión sobre él.

Mas el arma sólo produjo un «clic» inofensivo y la voz de Poirot se alzó en suave reproche.

—¿Nunca confiará en su amigo, Hastings? No me gusta que mis amigos lleven pistolas cargadas y nunca permitiría que lo hiciera un mero desconocido. No, no, *mon ami* —agregó dirigiéndose al italiano, que lanzaba juramentos con voz ronca—: Vea lo que acabo de hacer por usted. Salvarle de la horca. Y no crea que nuestra hermosa amiguita consiga escapar. No, no, la casa está vigilada e irá directamente a caer en manos de la policía. ¿No es un pensamiento consolador? Sí, ahora puede salir de esa habitación. Pero tenga cuidado… mucho cuidado… Yo… ¡ah, se ha ido! Y mi amigo Hastings me mira con ojos de reproche. ¡Pero si todo es tan sencillo! Pero si desde el principio ha estado clarísimo que entre tantos cientos de posibles solicitantes del número cuatro de las Mansiones Montagu, sólo los Robinson fuesen aceptados. ¿Por qué? ¿Qué es lo que les diferencia del resto… a simple vista? ¿Su aspecto? Posiblemente, pero no era tan distinto. ¡Su apellido, entonces!

—¡Ah, *Sapristi*, pero exacto! Eso es precisamente. Elsa Hardt y su esposo, hermano, o lo que sea en realidad, vienen de Nueva York y alquilan un piso a nombre de los señores Robinson. De pronto se enteran de que una de esas sociedades secretas, la Mafia, o la «Camorra», a las que sin duda pertenecía Luigi Valdarno, está sobre su pista. ¿Qué hacen entonces? Trazan un plan de cristalina sencillez. Evidentemente saben que sus perseguidores no les conocen. De modo que resulta facilísimo. Ofrecen el piso a un alquiler irrisorio. Entre los cientos de parejas jóvenes que buscan piso en Londres no puede dejar de haber varios Robinson. Se trata sólo de esperar. Si miran en la guía telefónica la lista de Robinson, comprenderán que más pronto o más tarde habría de llegar una señora Robinson pelirroja. ¿Qué ocurrirá luego? El vengador llega. Conoce el nombre y la dirección. ¡Y da el golpe! Todo ha terminado, su venganza satisfecha y *miss* Elsa Hardt habrá escapado por los pelos una vez más. A propósito, Hastings, tiene que presentarme a la auténtica señora Robinson… esa deliciosa y veraz personita. ¿Qué pensarán cuando vean que han asaltado su piso? Tenemos que darnos prisa. Ah, me parece que oigo llegar a Japp y a unos cuantos de sus amigos.

Se oyó llamar a la puerta.

—¿Cómo conoció esta dirección? —pregunté mientras salimos al recibidor—. Oh, claro, hizo seguir a la primera señora Robinson cuando dejó el otro piso.

—*A la bonne heure*, Hastings. Por fin utiliza usted sus células cerebrales. Ahora vamos a dar una pequeña sorpresa a Japp.

Y abriendo la puerta lentamente asomó la cabeza del gato de terciopelo y lanzó un agudo: ¡Miau!

El inspector de Scotland Yard, que estaba con otro hombre, pegó un respingo a pesar suyo.

—¡Oh, es sólo *monsieur* Poirot y una de sus bromitas! —exclamó al ver aparecer la cabeza de Poirot detrás de la del gato—. Déjenos entrar, *monsieur*.

—¿Tienen ya a nuestros amigos?

—Sí, los cazamos, pero no llevan encima lo que buscamos.

—Ya. Por eso quieren registrar la casa. Bien, estoy a punto de marcharme con Hastings, pero quiero darle una pequeña conferencia sobre la historia y costumbres del gato doméstico.

—Por amor de Dios, ¿es que se ha vuelto usted completamente loco?

—El gato —recitó Poirot— fue adorado por los antiguos egipcios, y aún se considera símbolo de buena suerte ver cruzar un gato negro entre nosotros. Este gato se ha cruzado esta noche en su camino, Japp. Hablar del interior de cualquier persona o animal sé que está mal visto en Inglaterra. Pero el interior de este gato es sumamente delicado. Me refiero, en este instante, al sencillo forro que…

Con un gruñido, el hombre que acompañaba a Japp le arrebató el gato de la mano.

—Oh, me olvidé de presentarles —dijo Japp—. Señor Poirot, éste es el señor Burt, del Servicio Secreto de los Estados Unidos.

Los ágiles dedos del americano habían encontrado lo que andaban buscando. Alargó la mano sin encontrar palabras. Al fin estuvo a la altura de las circunstancias.

—Encantado de conocerle —dijo el señor Burt.

El misterio de Hunter's Lodge

(The Mystery of Hunter's Lodge).

Poirot se halla en cama a causa de un catarro cuando Hastings y él reciben una visita de Mr. Roger Havering, segundo hijo de un barón, y casado con una actriz desde hace varios años. Mr. Havering se hallaba en su club de Londres cuando a la mañana siguiente recibe un telegrama de su mujer informándole de que su tío, Harrington Pace, fue asesinado la noche previa y le solicita que acuda con un detective. Como Poirot se halla indispuesto, es Hastings quien se dirige con Havering a la escena del crimen, Derbyshire. Mr. Pace, americano de nacimiento y hermano de la madre de Mr. Havering, posee un aislado terreno de caza en Derbyshire. Cuando Hastings y Havering llegan, se encuentran con el Inspector Japp, que se hace cargo de la investigación para Scotland Yard. Como Havering es requerido por Japp para responder algunas preguntas, Hastings habla con el ama de llaves, Mrs. Middleton, quien le dice que la noche previa acudió un hombre de barba negra a ver a Mr. Pace. Mrs. Havering y ella se hallaban fuera de la habitación en la que se encontraban los dos hombres, cuando de repente escucharon un disparo. La puerta de la habitación estaba cerrada con llave pero encontraron abierta la ventana que daba al exterior y, tras saltar por ella, encontraron a Mr. Pace muerto a causa de un disparo efectuado con una de las dos pistolas que cuelgan de la pared y que ahora ha desaparecido, junto al hombre de la barba negra. Hastings habla entonces con Mrs. Havering, quien confirmará la historia del ama de llaves. Japp por su parte comprobará la coartada de Havering mediante los horarios de trenes a Londres y su presencia en el club, pero pronto la pistola desaparecida es hallada en Ealing. Hastings telegrafía a Poirot, estableciéndose entonces una secuencia de exposición de hechos e instrucciones que al final permitirán descubrir al asesino.

Al fin y al cabo —murmuró Poirot— es posible que no muera esta vez.

Viendo el comentario de un convaleciente, me pareció una muestra de optimismo beneficioso. Yo ya la había pasado, y Poirot la sufrió también. Ahora hallábase sentado en la cama, recostado sobre una serie de almohadas, con la cabeza envuelta en un chal de lana, y sorbiendo lentamente una *tisane* particularmente nociva que yo había preparado siguiendo sus indicaciones. Su mirada se posó complacida sobre una hilera de botellas cuidadosamente ordenadas que había en la repisa de la chimenea.

—Sí, sí —continuó mi amigo—. Una vez más volveré a ser yo, el gran Hércules Poirot, el terror de los malhechores. Imagínese, *mon ami*, que me dedican un párrafo en los *Comentarios Sociales*. Pues sí. Aquí está: «¡Salgan todos los criminales sin temor! Hércules Poirot… y créanme, es un Hércules el detective favorito de la sociedad que no podrá detenerles. ¿Por qué? Pues porque se halla prisionero de la gripe».

Me reí.

—Bien, Poirot. Se está convirtiendo en un personaje célebre. Y afortunadamente no ha perdido nada de especial interés durante este tiempo.

—Es cierto. Los pocos casos que he tenido que rechazar no me han causado la menor pena.

Nuestra patrona asomó la cabeza por la puerta.

—Abajo hay un caballero que desea ver a *monsieur* Poirot, o a usted, capitán. Viendo que está muy apurado… y que es todo un caballero… he subido su tarjeta.

Me la entregó.

—Roger Havering —leí.

Poirot me indicó con la cabeza la librería y obediente fui a coger el libro «¿Quién es quién?». Poirot lo tomó de mis manos y empezó a volver sus páginas a toda prisa.

—Segundo hijo del quinto barón de Windsor. Casó en mil novecientos tres con Zoe, cuarta hija de William Grabb.

—¡Hum! —dije yo—. Me parece que es la muchacha que solía actuar en el *Frivolidad*… sólo que se hacía llamar Ze Carrisbrook. Recuerdo que contrajo matrimonio con un joven de la ciudad poco antes de la guerra.

—¿Le gustaría bajar y ver qué es lo que le ocurre a ese caballero, Hastings? Preséntele todas mis excusas.

Roger Havering era un hombre de unos cuarenta años, de buena presencia y elegante. Su rostro expresaba una gran agitación.

—¿Capitán Hastings? Tengo entendido que es usted el compañero de *monsieur* Poirot. Es del todo preciso que venga hoy mismo a Derbyshire.

—Me temo que eso sea imposible —repliqué—, Poirot está enfermo… tiene gripe.

Su rostro se ensombreció.

—Dios mío, eso es un gran golpe para mí.

—¿Tenía que consultar acerca de algún asunto serio?

—¡Santo Dios, ya lo creo! Mi tío, el mejor amigo que tenía en el mundo, fue encontrado asesinado la noche pasada.

—¿Aquí en Londres?

No, en Derbyshire. Yo me hallaba en la ciudad y esta mañana recibí un telegrama de mi esposa. Inmediatamente decidí venir a ver a *monsieur* Poirot para rogarle que se ocupe de este caso.

—¿Quiere perdonarme un momento? —le dije iluminado por una idea repentina.

Subí la escalera a toda prisa y en pocas palabras puse a Poirot al corriente de la situación.

—Ya, ya. Quiere ir usted, ¿no es cierto? Bien, ¿por qué no? Ahora ya debiera conocer mis métodos. Sólo le pido que me informe a diario y siga al pie de la letra todas mis instrucciones.

Me avine a ello gustoso.

Una hora más tarde me encontraba sentado frente al señor Hovering en un departamento de primera clase de los veloces ferrocarriles Midland, alejándose de Londres.

—Para empezar, capitán Hastings, debe usted comprender que Hunter's Lodge, a donde nos dirigimos y donde tuvo lugar la tragedia, es sólo un pequeño terreno de caza situado en el corazón de los páramos de Derbyshire. Nuestra verdadera casa está cerca de Newmarket, y solemos alquilar un piso en la ciudad durante la temporada de invierno. Hunter's Lodge lo regenta un ama de llaves que prepara todo lo que necesitamos cuando se nos ocurre ir a pasar allí un fin de semana. Claro que durante la temporada de caza nos llevamos algunos criados de Newmarket. Mi tío, el señor Harrington Pace (como tal vez usted ya sepa, mi madre era de los Pace de Nueva York), vivía con nosotros desde hace tres años. Nunca se llevó bien con mi padre ni con mi hermano mayor, y supongo que por ser yo algo así como el hijo pródigo hizo que esto aumentase el afecto hacia mí en vez de disminuirlo. Claro que soy un hombre pobre, y mi tío era muy rico… en otras palabras: ¡él era quien pagaba! Pero, aun siendo exigente en muchos aspectos, no resultaba difícil de tratar, y los tres vivíamos en feliz armonía. Hace un par de días mi tío, bastante disgustado por algunas juerguecitas recientes que nos corrimos en Nueva York, sugirió que viniéramos a Derbyshire a pasar un par de días. Mi esposa telegrafió a la señora Middleton, el ama de llaves, y nos vinimos la misma tarde. Ayer noche me vi obligado a volver a la ciudad, pero mi esposa y mi tío se quedaron. Esta mañana recibí este telegrama. —Me lo entregó.

> *«Ven enseguida. Tío Harrington ha sido asesinado anoche. Trae un buen detective si puedes, pero ven. — Zoe».*

—Entonces, ¿no conoce usted más detalles?

—No, supongo que vendrán en unos periódicos de la noche. Sin duda alguna se habrá hecho cargo la policía.

Eran casi las tres de la tarde cuando nos apeamos en la pequeña estación de Elmers Dale. Después de recorrer cinco millas en coche llegamos a un edificio de piedra gris muy pequeño, situado en un páramo desolado.

—Un lugar muy solitario —observé con un estremecimiento.

Havering asintió.

—Intentaré deshacerme de él. No podría volver a vivir aquí.

Abrimos la verja y caminamos por el estrecho sendero hacia la puerta de roble, cuando una figura familiar salió a nuestro encuentro.

—¡Japp! —exclamé.

El inspector de Scotland Yard me saludó amistosamente antes de dirigirse al señor Havering.

—¿El señor Havering? Me han enviado de Londres para encargarme de este caso y desearía hablar con usted si me lo permite.

—Mi esposa…

—He visto ya a su esposa… y al ama de llaves. No le entretendré más que un momento, pues deseo regresar al pueblo lo antes posible ahora que he visto todo lo que podía ver aquí.

—Todavía no sé nada que…

—Exactamente —dijo Japp tranquilizándolo—. Pero hay una o dos cosillas sobre las que desearía conocer su opinión. El capitán Hastings me conoce e irá a la casa a decirles que usted ha llegado. A propósito, ¿qué ha hecho usted del hombrecillo, capitán Hastings?

—Aún sigue en cama, con gripe.

—¿Sí? Lo siento. Le debe resultar a usted extraño estar aquí, sin él, ¿verdad? Como un barco sin timón.

Y tras oír aquella broma de mal gusto me fui hacia la casa. Hice sonar el timbre, ya que Japp había cerrado la puerta tras él. Al cabo de algunos instantes me fue abierta por una mujer de mediana edad, vestida de negro.

—El señor Havering llegará dentro de unos momentos —expliqué—. Se ha quedado hablando con el inspector. Yo he venido con él desde Londres para investigar este caso. Tal vez usted pueda contarme brevemente lo ocurrido anoche.

—Pase usted, señor. —Cerró la puerta y me encontré en un recibidor escasamente iluminado—. Fue después de cenar cuando llegó ese hombre. Preguntó por el señor Pace, señor, y al ver que hablaba igual que él pensé que sería un amigo americano del señor, y le hice pasar al cuarto de armas, y luego fui a avisar al señor Pace. No me dijo su nombre, lo cual es bastante extraño ahora que lo pienso. Al decírselo al señor Pace pareció bastante intrigado, pero dijo a la señora: «Perdóname, Zoe, iré a ver lo que quiere ese individuo». Fue al cuarto de armas y yo volví a la cocina, pero al cabo de un rato oí voces como si discutieran y salí al recibidor, al mismo tiempo que salía la señora. Entonces oímos un disparo y luego un terrible silencio. Corrimos hasta el cuarto de armas, pero la puerta estaba cerrada y tuvimos que dar la vuelta para entrar por la ventana. Estaba abierta y dentro el señor Pace bañado en sangre.

—Y ¿qué fue de aquel hombre?

—Debió de marcharse por la ventana, antes de que nosotras llegáramos.

—¿Y luego?

—La señora Havering me envió a avisar a la policía. Tuve que andar cinco millas. Vinieron conmigo y el comisario se ha quedado aquí toda la noche, y esta mañana ha llegado la policía de Londres.

—¿Qué aspecto tenía el hombre que vino a ver al señor Pace?

El ama de llaves reflexionó.

—Llevaba barba, era moreno, de mediana edad, y usaba abrigo claro. Y aparte de su acento americano no me fijé en otros detalles.

—Ya. ¿Ahora podría ver a la señora Havering?

—Está arriba, señor. ¿Quiere que la avise?

—Si me hace el favor… Dígale que el señor Havering está fuera con el inspector Japp, y que el caballero que ha venido con él desde Londres está deseoso de hablar con ella lo antes posible.

—Muy bien, señor.

Me sentía impaciente por conocer todos los hechos. Japp me llevaba dos o tres horas de ventaja, y su prisa por marchar me hizo apresurarme.

La señora Havering no me hizo aguardar mucho. A los pocos minutos oí pasos en la escalera y al alzar los ojos vi a una joven muy hermosa que se dirigía hacia mí. Llevaba un vestido color rojo llama, que realzaba la esbeltez de su figura, y tocaba sus cabellos negros con un sombrerito de cuero del mismo color. Incluso la reciente tragedia no había podido empañar en modo alguno su vigorosa personalidad.

Me presenté y ella inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Claro que he oído hablar de usted y de su colega *monsieur* Poirot. Juntos han realizado ustedes cosa maravillosas, ¿no es cierto? Mi esposo ha sido muy inteligente en acudir a usted tan pronto. Ahora, ¿quiere interrogarme? ¿No es el medio más sencillo para saber todo lo que desee con respecto a ese doloroso asunto?

—Gracias, señora Havering. Dígame, ¿a qué hora llegó ese individuo?

—Debió de ser poco antes de las nueve. Habíamos terminado de cenar y estábamos tomando el café.

—¿Su esposo se había marchado ya a Londres?

—Sí, se fue en el tren de las seis quince.

—¿Fue en coche hasta la estación o andando?

—Nuestro coche no está aquí. Vino a recogerle uno del garaje de Elmer’s Dale con tiempo para ir al tren.

—¿El señor Pace estaba como de costumbre?

—Desde luego. Normal en todos los aspectos.

—¿Ahora podría describirme al visitante?

—Me temo que no. Yo no le vi. La señora Middleton le hizo pasar al cuarto de armas y luego fue a avisar a mi tío.

—¿Qué dijo su tío?

—Pareció bastante contrariado, pero acudió enseguida. Unos cinco minutos más tarde oí voces airadas. Salí corriendo al recibidor y casi tropecé con la señora Middleton. Luego oímos el disparo. La puerta del cuarto de armas estaba cerrada por dentro y tuvimos que ir a dar la vuelta y entrar por el ventanal. Claro que eso nos llevó algún tiempo, y el asesino pudo escapar. Mi pobre tío… —Su voz tembló— había recibido un balazo en la cabeza. Vi en el acto que estaba muerto y envié a la señora Middleton a dar parte a la policía. Tuve gran cuidado de no tocar nada de la habitación y dejarlo todo tal como lo encontramos.

Hice un gesto de aprobación.

—¿Y. el arma?

—Pues puedo hacer una sugerencia, capitán Hastings. Mi esposo tenía dos revólveres cargados adornando la pared, y falta uno de ellos. Se lo hice observar a la policía y se llevaron el otro. Cuando le hayan extraído la bala supongo que lo sabrán con certeza.

—¿Puedo ir al cuarto de armas?

—Desde luego. La policía ya lo registró y el cadáver ha sido retirado.

Me acompañó al escenario del crimen. En aquel momento Havering entró en el recibidor, y con una breve disculpa su esposa corrió hacia él. Yo quedé solo para llevar a cabo, por el camino más conveniente, mis investigaciones.

Debo confesar que fueron bastante descorazonadoras. En las novelas policíacas abundan las pistas, pero yo no pude descubrir nada extraordinario, excepto la gran mancha de sangre que había en la alfombra donde debió caer el cadáver. Lo examiné todo con sumo cuidado y saqué un par de fotografías de la habitación con mi pequeña cámara. También examiné el suelo en la parte exterior del ventanal, pero aparecía tan lleno de pisadas que juzgué inútil perder el tiempo queriendo sacar algo en claro… No, había visto todo lo que en Hunter’s Lodge tenía que ver. Debía regresar a Elmer’s Dale y ponerme en contacto con Japp. De modo que, despidiéndome de los Havering, partí en el automóvil que nos había traído desde la estación.

Encontré a Japp en Marlock Arms y me acompañó a ver el cadáver. Harrington Pace era un hombrecillo menudo, bien rasurado, y de aspecto típicamente americano. Le habían disparado por la parte posterior de la cabeza y a corta distancia.

—Se volvería un momento —observó Japp—, y el criminal cogería el revólver y dispararía. El que nos entregó la señora Havering estaba cargado y supongo que el otro también. Es curiosa la serie de tonterías que comete la gente. ¡Mire que tener un par de revólveres cargados colgados de la pared!

—¿Qué opina usted de este caso? —pregunté cuando Japp hubo terminado.

—Pues de momento no pierdo de vista a Havering. ¡Oh… sí! —exclamó al ver mi expresión de asombro—. Havering tuvo un par de incidentes sospechosos en su pasado. Cuando era estudiante en Oxford hubo cierto extraño asunto referente a la firma de uno de los cheques de su padre. Claro que se echó tierra encima. Luego, ahora tiene bastantes deudas, y son de la clase que ni le gustaría presentar ante su tío, y en tanto que es casi seguro que el testamento de éste será a su favor. Sí, no le pierdo de vista, y por eso deseaba hablar con él antes de que él viera a su esposa, mas sus declaraciones han resultado ciertas, y he estado en la estación y no cabe duda de que se marchó en el tren de las seis quince. De modo que llegaría a Londres a las diez treinta. Dice que fue directamente a su club, cosa que también se ha confirmado. Por lo tanto, no pudo haber disparado un tiro a su tío y llevando una barba negra.

—Ah, sí, iba a preguntarle qué opina usted de esa barba…

—Creo que creció muy de prisa… durante las cinco millas que separan Elmer’s Dale de Hunter’s Lodge. La mayoría de americanos que he conocido van muy bien

afeitados. Sí, entre las relaciones americanas del señor Pace hemos de buscar al asesino. Primero interrogué al ama de llaves y luego a la señora, y sus historias coinciden, aunque lamento que la señora Havering no viera a ese individuo. Es una mujer inteligente, y hubiera podido observar alguna cosa de particular que nos pusiera sobre su pista.

Tomando asiento escribí una extensa referencia de los acontecimientos a Poirot, y antes de echar la carta al correo pude agregar varios detalles más.

La bala había sido extraída, comprobándose que fue disparada con un revólver idéntico al que obraba en poder de la policía. Todos los movimientos del señor Havering durante la noche en cuestión habían sido comprobados y no cabía la menor duda de que había llegado a Londres en el tren indicado. Y por último había ocurrido un suceso sensacional. Un ciudadano que vivía en Ealing, al cruzar Haven Green para dirigirse aquella mañana a la estación del ferrocarril del distrito, había encontrado entre los raíles un paquete envuelto en papel castaño. Al abrirlo descubrió que contenía un revólver. Hizo entrega de su hallazgo a la policía local, y antes de la noche se comprobó que era el que andaba buscando… el compañero del que nos había entregado la señora Havering. Había sido disparada una de sus balas.

Todo esto fui agregando a mi informe. A la mañana siguiente, mientras desayunaba, llegó un telegrama de Poirot:

> *«Claro que el hombre de la barba negra no era Havering, semejante idea sólo pudo habérsele ocurrido a usted o a Japp. Telegrafíeme la descripción del ama de llaves y las ropas que vestía esta mañana, así como las de la señora Havering. No pierda el tiempo tomando fotografías interiores, que no salen bien ni son artísticas».*

Me pareció que el estilo de Poirot era innecesariamente dichoso. También tuve la impresión de que sentía celos de mi posición en aquel caso y de la serie de facilidades que se me ofrecían para solucionarlo. Su petición de que le describiera las ropas de las dos mujeres me pareció sencillamente ridícula, pero lo hice tan bien como supe.

A las once recibí el telegrama de respuesta de Poirot:

> *«Diga a Japp que detenga al ama de llaves antes de que sea demasiado tarde».*

Confundido, llevé el telegrama a Japp, que lanzó un juramento.

—¡Ese *monsieur* Poirot es el mismísimo diablo! Cuando él lo dice es porque hay algo. Y yo apenas me fijé en esa mujer. No sé si podré llegar a arrestarla, pero haré que la vigilen. Iremos allí enseguida y le echaremos un vistazo.

Pero fue demasiado tarde. La señora Middleton, aquella mujer reposada, de mediana edad, de aspecto normal y respetable, se había desvanecido en el aire,

dejando su maleta, que contenía sólo ropa de uso ordinario. No había la menor pista acerca de su identidad o su paradero.

De la señora Havering conseguimos los datos siguientes:

—La contraté hará cosa de tres semanas, cuando se marchó nuestra anterior ama de llaves, la señora Emery. Me la proporcionó la Agencia Selbourne, de Mount Street. Todos mis criados me los proporcionaron allí. Me enviaron varias mujeres, pero la señora Middleton me pareció la mejor y tenía muy buenos informes. La admití enseguida y se lo notifiqué a la Agencia. No puedo creer nada malo de ella. ¡Es una mujer tan agradable!

Todo aquello era un verdadero misterio. Por un lado resultaba evidente que aquella mujer no pudo cometer el crimen, puesto que en el momento en que sonó el disparo estaba con la señora Havering en el recibidor, y no obstante debía tener alguna relación con aquél. ¿O de otro modo por qué habría de haberse marchado con tantas prisas?

Telegrafié estos últimos acontecimientos a Poirot, sugiriendo al mismo tiempo mi regreso a Londres para hacer las averiguaciones pertinentes en la Agencia Selbourne.

La respuesta de Poirot no se hizo esperar.

«Inútil preguntar a la Agencia. Allí no habrán oído hablar de ella. Averigüe qué vehículo la condujo a Hunter's Lodge la primera vez que fue allí».

Aunque desconcertado, obedecí. Los medios de transporte de Elmer's Dale eran limitados. El garaje local tenía dos «Ford» desvencijados y dos paradas de coches de caballos. Ninguno de estos vehículos había sido alquilado la fecha en cuestión. Al interrogar a la señora Havering replicó que le había pagado el billete para Derbyshire y entregado el dinero suficiente para alquilar un taxi o un coche de punto hasta Hunter's Lodge. Siempre había uno de los «Ford» en la estación por si alguien requería sus servicios. Considerando que allí nadie había observado la llegada de un extraño, con barba negra o sin ella, la noche fatal, todo parecía señalar que el asesino había llegado en un automóvil que quedó esperando por las cercanías para ayudarle a escapar, y que el mismo automóvil había llevado a la misteriosa ama de llaves hasta su nuevo empleo. Debo hacer constar que las averiguaciones hechas en la Agencia de Londres resultaron según los pronósticos de Poirot. En sus libros no constaba ninguna «señora Middleton». Habían recibido la solicitud de la señora Havering para que le buscasen una ama de llaves, y le enviaron varias aspirantes. Cuando ella les avisó de que ya había admitido una, se olvidó de hacer constar el nombre de la escogida.

Un tanto desanimado, regresé a Londres. Encontré a Poirot instalado en una butaca junto al fuego y con un batín de seda deslumbrador. Me saludó con gran afecto.

—*Mon ami*, Hastings! ¡Cuánto celebro verle! ¡La verdad es que siento un gran afecto por usted! ¿Se ha divertido? ¿Ha ido de acá para allá con Japp? ¿Ha interrogado e investigado a su satisfacción?

—Poirot —exclamé—. ¡Este caso es un misterio! Nunca podrá resolverse.

—Es cierto que no vamos a cubrirnos de gloria con él.

—No, desde luego. Es un hueso bastante duro de roer.

—¡Oh, hasta ahora no he encontrado ninguno demasiado duro! Soy un buen roedor. No es eso lo que me preocupa. Sé perfectamente quién asesinó a Harrington Pace.

—¿Lo sabe? ¿Cómo lo ha averiguado?

—Sus iluminadas respuestas a mis telegramas me han proporcionado la verdad. Mire, Hastings, examinemos los hechos metódicamente y con orden. El señor Harrington Pace es un hombre de fortuna considerable que a su muerte irá a parar a manos de su sobrino. Punto número uno. Se sabe que su sobrino se encuentra en una situación apurada. Punto número dos. Se sabe también que su sobrino es… digamos un hombre de pocos escrúpulos. Punto número tres.

—Pero se ha probado que Roger Havering estaba en el tren que le llevaba a Londres.

—*Précisement*… y por lo tanto, puesto que el señor Havering abandonó Elmer's Dale a las seis quince, y en vista de que el señor Pace no había sido asesinado antes de que él se marchase, ya que el médico hubiera dicho que la hora del crimen estaba equivocada, al examinar el cadáver, sacamos la consecuencia de que el señor Havering no mató a su tío. Pero queda la señora Havering, querido Hastings.

—¡Imposible! El ama de llaves estaba con ella cuando se oyó el disparo.

—Ah, sí, el ama de llaves. Pero ha desaparecido.

—Ya la encontraremos.

—Creo que no. Hay algo extraño en esa mujer, ¿no le parece así también a usted, Hastings? Me llamó la atención enseguida.

—Supongo que representó su papel y luego se marchó sin pérdida de tiempo.

—Y, ¿cuál es su papel?

—Pues admitir la presencia de su cómplice, el hombre de la barba negra.

—¡Oh, no, eso no era su papel! Sino el proporcionar una coartada a la señora Havering en el momento en que se oyó el disparo. ¡Y nadie logrará encontrarla, *mon ami*, porque no existe! «No existe tal persona», como dice su gran Shakespeare.

—Fue Dickens —murmuré, incapaz de reprimir una sonrisa—. ¿Qué quiere usted decir, Poirot? No le entiendo.

—Quiero decir que Zoe Havering fue actriz antes de casarse, y que usted y Japp sólo vieron el ama de llaves en el recibidor poco alumbrado… una figura vestida de negro, de voz apagada, y por último, que ni usted, ni Japp, ni la policía local, a quien fue a buscar la señora Middleton, vieron juntas al ama de llaves y su señora. Fue un juego de niños para esa mujer osada e inteligente. Con el pretexto de avisar a su

señora, sube la escalera, se viste un traje llamativo y un sombrero con rizos oscuros que coloca sobre los grises para lograr la transformación. Unos toquecitos más y el maquillaje renovado, y la deslumbrante Zoe Havering baja de nuevo con su voz clara y bien timbrada. Nadie se fija en el ama de llaves. ¿Por qué iban a fijarse? No hay por qué relacionarla con el crimen. Ella también tiene su coartada.

—Pero ¿y el revólver encontrado en Ealing? La señora Havering no pudo dejarlo allí…

—No, fue cosa de Roger Havering… pero fue un error por su parte que me puso sobre la verdadera pista. Un hombre que ha cometido un crimen con un revólver encontrado en el lugar del homicidio lo arroja enseguida y no lo lleva consigo a Londres. No, su intención es evidente. El criminal deseaba concentrar el interés de la policía en un punto alejado de Derbyshire. Claro que el revólver encontrado en Ealing no era el que disparó la bala que mató al señor Pace. Roger Havering, después de hacerlo disparar a su vez, lo llevó a Londres. Luego fue directamente a su club para establecer su coartada, y después a Ealing (sólo se tarda veinte minutos), dejó el paquete en el lugar donde fue encontrado y regresó a la ciudad. Esa encantadora criatura, su esposa, dispara tranquilamente contra el señor Pace después de la cena… ¿Recuerda que le dispararon por detrás? ¡Otro detalle significativo…! Vuelve a cargar el revólver, lo coloca de nuevo en su sitio y luego, con la mayor astucia, representa su comedia.

—Es increíble —murmuré fascinado—, y sin embargo…

—Y sin embargo es cierto. *Bien sur*, amigo mío, es cierto. Pero el entregar esa preciosa pareja a la justicia es otra cosa. Bien, Japp hará todo lo que pueda… le he escrito dándole cuenta detallada de todo… pero mucho me temo, Hastings, que nos veremos obligados a dejarles en manos del destino, o *le bon Dieu*, lo que prefiera.

—Todos los pillos tienen suerte —le recordé.

—Sí, pero siempre a un precio, Hastings, *croyez-moi!*

Las palabras de Poirot se confirmaron. Japp, aunque convencido de la verdad de su teoría, no pudo reunir las pruebas necesarias para hacerlas confesar.

La enorme fortuna del señor Pace pasó a manos de sus asesinos. Sin embargo, la mano de Dios cayó sobre ellos, y cuando leí en los periódicos que los honorables señores Havering se encontraban entre las víctimas de la catástrofe ocurrida al *Air Mail* que se dirigía a París, supe que la Justicia quedaba satisfecha.

El robo del millón de dólares en bonos

(The Million Dollar Bond Robbery).

Poirot es requerido por la prometida de Philip Ridgeway para que pruebe su inocencia. Ridgeway es el sobrino de Mr. Vavasour, codirector general del London and Scottish Bank, y un millón de dólares en bonos han desaparecido cuando éstos se encontraban bajo su custodia. Poirot se reúne con Ridgeway para que le exponga los hechos del caso: su tío y el otro director general del banco, Mr. Shaw, le encargaron que hiciera cargo del traslado de un millón de dólares en bonos Liberty a Nueva York, con el fin de ampliar las actividades del banco allí. Los bonos fueron contados en presencia de Ridgeway en Londres, empaquetados y seguidamente puestos en una maleta que contaba con un candado especial. El paquete desapareció pocas horas antes de que el barco en el que Ridgeway viajaba, el «Olympia», atracara en Nueva York. El candado presentaba signos de haber intentado ser forzado, pero fue abierto con la llave. Los pasajeros fueron sometidos enseguida a registro, pero no se encontró nada. El ladrón vendió los bonos en Nueva York tan rápido que un comprador juró haberse hecho con algunos antes de que el barco atracara. Poirot interroga a los dos directores del banco, quienes confirman las palabras de Ridgeway. Entonces viaja a Liverpool, adonde el «Olympia» ha regresado de Nueva York; allí interrogará a un camarero del barco y, como no podría ser de otra manera, dará con la solución final.

¡Cuántos robos de bonos se han registrado últimamente! —observé una mañana, plegando el periódico—. ¡Poirot, dejemos a un lado la ciencia de la deducción y dediquémonos a la delincuencia!

—¿Le han entrado ganas de… cómo diría yo… enriquecerse a toda prisa, eh, *mon ami*?

—Bueno, eche un vistazo en este último *coup*, un millón de dólares en Bonos Liberty que el Banco Escocés enviaba a Nueva York y que desaparecieron de manera sorprendente a bordo del *Olympia*.

—Si no fuera por el *mal de mer* y las horas que se tarda en cruzar el canal, me encantaría poder viajar en uno de esos grandes trasatlánticos —murmuró Poirot con aire soñador.

—Sí, desde luego —repliqué entusiasmado—. Algunos deben ser verdaderos palacios; piscinas, salones, restaurantes… la verdad debe resultar difícil creer que uno se halla en alta mar.

—Yo siempre sé cuándo estoy en la mar —dijo Poirot con pesar—. Y todas esas bagatelas que acaba de enumerar no me dicen nada; pero, amigo mío, considere por un momento la de genios que viajan de incógnito. A bordo de esos palacios flotantes,

como usted acaba de llamarlos, uno encontraría, la *élite*, la *haute noblesse* del mundo criminal.

Reí.

—¡De modo que eso es lo que le entusiasma! ¿Le gustaría haber hablado con el hombre que ha robado los Bonos Liberty?

La patrona nos interrumpió.

—Una joven pregunta por usted, *monsieur* Poirot. Aquí está su tarjeta.

—*Miss* Esmée Farquhar —leyó Poirot. Y tras inclinarse para recoger una miga de pan que había debajo de la mesa y arrojarla a la papelera, dijo a la patrona que hiciese pasar aquella señorita.

Al minuto siguiente entraba en la estancia una de las muchachas más encantadoras que he visto en mi vida. Tendría unos veinticinco años, sus ojos eran muy grandes y castaños y su figura perfecta. Iba bien vestida y sus modales eran reposados.

—Siéntese, se lo ruego, *mademoiselle*. Éste es mi amigo el capitán Hastings, quien me ayuda en mis pequeños problemas.

—Me temo que el que le traigo hoy no sea pequeño, *monsieur* Poirot —dijo la joven tras dirigirle una pequeña inclinación de cabeza antes de sentarse—. Me atrevo a asegurar que ya lo habrá leído en los periódicos. Me refiero al robo de los Bonos Liberty a bordo del *Olympia* —debió reflejarse cierto asombro en el rostro de Poirot, porque se apresuró a continuar—: Usted se preguntará qué tengo yo que ver con una institución tan seria como el Banco Escocés de Londres. En cierto sentido, nada, y en otro, mucho. Verá usted, *monsieur* Poirot, soy la prometida de Philip Ridgeway.

—¡Ajá! Y Philip Ridgeway…

—Estaba encargado de la custodia de los bonos cuando fueron robados. Claro que no han podido acusarle, puesto que no fue culpa suya. No obstante, está muy disgustado por ese asunto. Su tío insiste en que debió mencionar, sin darse cuenta, que los Bonos obraban en su poder. Es un terrible tropiezo para su carrera.

—¿Quién es ese señor?

—El director general del Banco Escocés de Londres. Es tío de Philip.

—¿Y si me contara toda la historia, señorita Farquhar?

—Muy bien. Como usted sabe, el Banco deseaba extender sus créditos en América y para este propósito decidió enviar un millón de dólares en Bonos Liberty. El señor Vavasour eligió a su sobrino, que había ocupado un cargo de confianza en el Banco por espacio de muchos años, para que realizase el viaje a Nueva York. El *Olympia* salió de Liverpool el día veintitrés, y la mañana de ese día le fueron entregados los bonos a Philip por el señor Vavasour y el señor Shaw, los dos directores generales del Banco Escocés en Londres. Fueron contados e hicieron con ellos un paquete que sellaron en su presencia y que luego él encerró inmediatamente en su maletín.

—¿Un maletín con cierre corriente?

—No. El señor Shaw hizo que Hubb's le colocase uno especial. Philip, como le decía, depositó el paquete en el fondo del maletín y lo robaron pocas horas antes de llegar a Nueva York. Fue registrado minuciosamente todo el barco, pero sin resultado. Los bonos parecían haberse desvanecido en el aire.

Poirot hizo una mueca.

—Pero no desvanecieron del todo, puesto que fueron vendidos en pequeñas cantidades a la media hora de haber atracado el *Olympia*. Bien, sin duda alguna, lo que debo hacer ahora es ver al señor Ridgeway.

—Iba a sugerirles que comieran conmigo en el «Queso de Bola». Philip estará allí. Tiene que reunirse conmigo, pero aún no sabe que yo he venido a consultar con ustedes.

Aceptamos la invitación y allí nos dirigimos en un taxi.

Philip Ridgeway había llegado antes que nosotros y pareció un tanto sorprendido al ver que su prometida se presentaba acompañada de un par de desconocidos. Era un joven alto, apuesto, con las sienes ligeramente plateadas, a pesar de que no debía tener más allá de treinta años de edad.

La señorita Farquhar, acercándose a él, apoyó la mano en su brazo.

—Tienes que perdonarme que haya obrado sin consultarte, Philip —le dijo—. Permíteme que te presente a *monsieur* Hércules Poirot, de quien ya habrás oído hablar, y a su amigo el capitán Hastings. Ridgeway pareció muy asombrado.

—Claro que he oído hablar de usted, *monsieur* Poirot —dijo al estrecharle la mano—. Pero no tenía idea de que Esmée pensara consultarle acerca de mi… de nuestro problema.

—Temía que no me dejaras, Philip —dijo *miss* Farquhar tímidamente.

—De modo que tú procuras asegurarte —observó el joven con una sonrisa—. Espero que *monsieur* Poirot podrá arrojar alguna luz en este rompecabezas extraordinario, pues confieso con toda franqueza que estoy a punto de perder la razón de ansiedad y preocupación.

Desde luego su rostro denotaba cansancio y la enorme tensión bajo la que se encontraba.

—Bien, bien —dijo Poirot—. Vamos a comer y mientras tanto cambiaremos impresiones para ver lo que se puede hacer. Quiero oír toda la historia de labios del propio señor Ridgeway, pero sin prisas.

Mientras disfrutábamos del excelente asado y el pastel de riñones, Philip nos fue relatando las circunstancias que rodearon la desaparición de esos bonos. Su historia coincidía con la de la señorita Farquhar en todos sus detalles. Cuando hubo terminado, Poirot tomó la palabra para hacer una pregunta:

—¿Qué fue lo que le condujo exactamente al descubrimiento del robo, señor Ridgeway?

Rió con cierta amargura.

—La cosa saltaba a la vista, *monsieur* Poirot. No podía pasarse por alto. Mi maletín asomaba por debajo de mi litera lleno de arañazos y cortes en los lugares donde intentaron forzar la cerradura.

—Pero yo creía que había sido abierto con una llave…

—Eso es. Intentaron forzarlo, pero no lo consiguieron. Y al final debieron lograrlo operando de un modo u otro.

—Es curioso —dijo Poirot, y sus ojos comenzaron a brillar con aquella luz verde que yo conocía tan bien—. ¡Muy curioso! Perdieron mucho mucho tiempo tratando de abrirlo y luego… *sapristi!*, descubren que tenían la llave… porque todas las cerraduras de Hubb's son únicas.

—Por eso es imposible que tuvieran la llave. No me separé de ella ni de día ni de noche.

—¿Está seguro?

—Puedo jurarlo, y además, si hubieran tenido la llave o un duplicado, ¿por qué iban a perder el tiempo intentando forzar una cerradura evidentemente inviolable?

—¡Ah, ésa es la pregunta que nos hacemos nosotros! Me aventuro a profetizar que la solución, si llegamos a encontrarla, dependerá de este curioso detalle. Le ruego que no se ofenda si le hago otra pregunta más: *¿Está completamente seguro de que no lo dejó abierto?*

Philip Ridgeway limitóse a mirarle, y Poirot se apresuró a disculparse.

—Estas cosas pueden ocurrir, ¡se lo aseguro! Muy bien, los bonos fueron robados del maletín. ¿Qué hizo con ellos el ladrón? ¿Cómo se las arregló para llegar a tierra con ellos?

—¡Ah! —exclamó Ridgeway—. Eso mismo. ¿Cómo? ¡Se dio aviso a las autoridades de la Aduana, y cada persona que abandonó el barco fue registrada minuciosamente!

—Y me figuro que el paquete de bonos sería voluminoso…

—Desde luego. Era casi imposible esconderlo a bordo… y de todas formas sabemos que no fue así, porque fueron puestos a la venta a la media hora de la llegada del *Olympia*, mucho antes de que yo enviara los cables con los números. Un corredor de Bolsa asegura que compró algunos antes de que el *Olympia* atracara. Pero no se pueden comprar bonos por radio.

—Por radio no, pero ¿se acercó algún remolcador?

—Sólo los oficiales, y eso fue después de haber sido dada la alarma y cuando todo el mundo estaba sobre aviso. Yo mismo estuve vigilando por si eran sacados del barco por ese medio. ¡Cielos, *monsieur* Poirot, esto va a volverme loco! La gente ha empezado a decir que los robé yo mismo. Estoy trastornado.

—Pero también fue registrado usted al desembarcar, ¿no? —preguntó Poirot en tono amable.

—Sí.

El joven le miraba intrigado.

—Veo que no ha comprendido mi intención —dijo Poirot sonriendo enigmáticamente—. Ahora quisiera hacer averiguaciones en el Banco Escocés.

Ridgeway sacó una tarjeta de su cartera y escribió en ella unas palabras.

—Preséntela a mi tío; le recibirá enseguida.

Poirot le dio las gracias, y luego de despedirnos de la señorita Farquhar nos dirigimos hacia la calle Threadneedle, donde se hallaban las oficinas del Banco Escocés de Londres. Al presentar la tarjeta de Ridgeway fuimos conducidos, a través de un laberinto de oficinas, hasta un reducido despacho del primer piso, donde nos recibieron los directores generales. Eran dos caballeros de aspecto grave que habían envejecido al servicio del Banco. El señor Vavasour llevaba una barbita blanca, y el señor Shaw iba perfectamente rasurado.

—Tengo entendido que es usted un investigador particular —dijo Vavasour—. Bien, bien. Claro que ya nos hemos puesto en manos de Scotland Yard. El inspector McNeil es el encargado del caso. Creo que es una persona muy competente.

—Estoy seguro de ello —replicó Poirot amablemente. ¿Me permite hacerle algunas preguntas en beneficio de su sobrino? Acerca de esa cerradura que ustedes encargaron en Hubb's.

—Yo mismo la encargué —repuso el señor Shaw—. No hubiera confiado este asunto a ningún empleado. En cuanto a las llaves, el señor Ridgeway tenía una, y las otras dos mi colega y yo.

—¿Y ningún empleado de las oficinas tuvo acceso a ellas?

—Creo poder asegurar que han permanecido en la caja fuerte donde las colocamos el día veintitrés —dijo Vavasour—. Mi colega ha estado enfermo quince días… precisamente a partir del mismo día en que Philip nos dejó.

—La bronquitis aguda no es cosa de broma a mi edad —dijo Shaw contrariado—. Y me temo que el señor Vavasour ha tenido mucho trabajo durante mi ausencia, especialmente con este inesperado contratiempo.

Poirot les hizo algunas preguntas más. Yo supuse que para averiguar el grado de intimidad exacto entre tío y sobrino. Las respuestas del señor Vavasour eran breves y concisas. Su sobrino gozaba de la confianza del Banco, y no tenía duda ni dificultades económicas que él supiera. Le habían confiado misiones similares en anteriores ocasiones. Al fin nos despidió con toda amabilidad.

—Estoy decepcionado —dijo Poirot cuando salimos a la calle.

—¿Esperaba descubrir más cosas? Son unos viejos tan pesados…

—No ha sido su pesadez lo que me ha decepcionado, *mon ami*. No esperaba encontrar en un director de Banco «un astuto financiero con vista de águila», como dicen en las novelas detectivescas. No, me ha decepcionado el caso… ¡según mi manera de ver resulta demasiado sencillo!

—*¿Sencillo?*

—Sí, ¿no lo encuentra de una ingenuidad casi infantil?

—¿Sabe usted ya quién robó los bonos?

—Sí.

—Pero, entonces… debemos… ¿Por qué…?, me parece…

—No se confunda y aturrulle, Hastings. De momento no vamos a hacer nada.

—¿Pero por qué? ¿A qué esperar?

—Al *Olympia*. El martes debe regresar de su viaje a Nueva York.

—Pero si usted sabe quién robó los bonos, ¿por qué esperar? Puede huir.

—¿A una isla del mar del sur donde no exista la extradición? No, *mon ami*, allí se le haría la vida insoportable. Y en cuanto a por qué espero… *eh bien*, para la inteligencia de Hércules Poirot el caso está perfectamente claro, pero en beneficio de los demás que no han sido tan bien dotados por Dios… —El inspector McNeil, por ejemplo—, será conveniente hacer algunas investigaciones para probar los hechos. Hay que tener consideración con los menos dotados.

—¡Cielo Santo, Poirot! Daría un buen montón de dinero por verle hacer el ridículo… siquiera una vez. ¡Es usted tan terriblemente orgulloso!

—No se enfurezca, Hastings. La verdad es que observo que a veces me detesta. ¡Cielos, sufro las penalidades de la grandeza!

El hombrecillo hinchó su pecho y suspiró tan cómicamente que me vi obligado a echarme a reír estrepitosamente.

El martes nos sorprendió camino de Liverpool en un departamento de primera clase de los L. & N. W. B. Poirot se había negado a comunicarme sus sospechas, o certezas. Se contentó con expresar su sorpresa porque yo no estuviera *au fait* de la situación. No quise discutir y disimulé mi curiosidad bajo una pantalla de fingida indiferencia.

Una vez llegamos junto al muelle al lado del cual estaba el enorme transatlántico, Poirot se puso tenso y alerta. Nuestro trabajo consistió en entrevistar a diversos camareros y oficiales y preguntar por un amigo de Poirot que había partido hacia Nueva York el día veintitrés.

—Un anciano caballero, que usa lentes. Está paralítico y durante el tiempo que permaneció a bordo apenas salía de su camarote.

Aquella descripción pareció corresponder con la de un tal señor Ventnor, que había ocupado el camarote C 24, contiguo al de Philip Ridgeway. Aunque incapaz de saber cómo Poirot había conocido la existencia del señor Ventnor y sus señas personales, me sentí muy excitado.

El oficial meneó la cabeza.

—Dígame —exclamé—, ¿fue ese caballero uno de los primeros en desembarcar en Nueva York?

—No, señor, sino de los últimos.

Me retiré decepcionado y vi que Poirot me sonreía. Dio las gracias al oficial, un billete cambió de propietario y nos marchamos.

—Todo está muy bien —observé con calor—, pero esta última respuesta debe haber dado al traste con su preciosa tesis, ¡ríase cuanto quiera!

—Como de costumbre, no ve usted nada, Hastings. La última contestación, muy al contrario, ha sido el remache de mi teoría.

Yo dejé caer mis brazos, desolado.

—Me doy por vencido.

Cuando nos encontrábamos en el tren, de regreso a Londres, Poirot estuvo escribiendo afanosamente durante algunos minutos, encerrando el resultado de sus esfuerzos en un sobre.

—Eso es para el buen inspector McNeil. Lo dejaremos en Scotland Yard al pasar, y luego iremos al restaurante *Rendez-vous*, donde he citado a la señorita Esmée Farquhar, para que nos haga el honor de cenar con nosotros.

—¿Y qué me dice de Ridgeway?

—¿Qué quiere que le diga? —preguntó Poirot.

—Pues no pensará usted… no puede…

—Está usted adquiriendo el hábito de la incoherencia, Hastings. A decir verdad, lo pienso. Si Ridgeway hubiese sido el ladrón… cosa perfectamente posible, el caso hubiese resultado encantador; un trabajo puramente metódico.

—Pero no tan encantador para la señorita Farquhar, ¿verdad?

—Es posible que tenga usted razón. Por lo tanto, mejor para todos. Ahora, Hastings, revisaremos el caso. Veo que lo está deseando. El paquete, sellado, es arrebatado del maletín y desaparece en el aire, como dijo la señorita Farquhar. Nosotros descartamos la teoría del aire porque no resulta aceptable científicamente, y consideramos lo que pudo haber sido de él. A todos les parece imposible que pudiera llegar a tierra… desde luego…

—Sí, pero sabemos…

—Usted puede que lo sepa, Hastings. Yo no. Yo soy de la opinión de que puesto que parece increíble… lo es. Quedan dos posibilidades: o fue escondido a bordo… cosa bastante difícil también… o arrojado por la borda.

—¿Quiere decir atado a un corcho?

—Sin corcho.

Me sobresalté.

—Pero si los bonos fueron arrojados al mar, no pudieron ser vendidos en Nueva York.

—Admiro su lógica, Hastings. Los bonos fueron vendidos en Nueva York y, por consiguiente, no fueron echados al mar. ¿Ve dónde vamos a parar?

—Al punto de partida.

—*Jamais de la vie!* Si el paquete fue arrojado al mar, y los bonos vendidos en Nueva York, esto quiere decir que el paquete no contenía los bonos. ¿Existe alguna prueba de que estuvieran dentro del paquete? Recuerde que el señor Ridgeway no volvió a abrirlo desde que le fue entregado en Londres.

—Sí, pero entonces…

Poirot alzó una mano, impaciente.

—Permítame continuar. El último momento en que fueron vistos fue en las oficinas del Banco Escocés de Londres la mañana del día veintitrés. Reaparecieron en Nueva York media hora después de la llegada del *Olympia*, y según declaración de un hombre a quien nadie hace caso, antes de que el barco entrase. Supongamos entonces que no hubieran estado nunca a bordo del *Olympia*… ¿Existe, pues, algún otro medio para que pudieran llegar a Nueva York? El *Gigantic* salió de Southampton el mismo día que el *Olympia*, y posee el récord del Atlántico. Viajando en el *Gigantic* los bonos hubieron llegado a Nueva York un día antes que el *Olympia*. Todo está claro y el caso empieza a explicarse. El paquete es sólo un engaño, y la sustitución se verifica en la oficina del Banco. Hubiera sido fácil para cualquiera de los tres hombres presentes preparar un duplicado del paquete y sustituirlo por el auténtico. *Très bien*, los bonos son enviados a un cómplice de Nueva York con instrucciones para venderlos en cuanto llegue el *Olympia*, pero alguien tiene que viajar en el *Olympia* para dirigir el supuesto robo.

—Pero ¿por qué?

—Porque si Ridgeway abre el paquete y descubre que es un engaño, lo comunicaría inmediatamente a Londres. No, el hombre que viaja en el camarote contiguo al suyo realiza su trabajo; simula forzar la cerradura para atraer su inmediata atención hacia el robo, y en realidad abre el maletín con un duplicado de la llave, arroja el paquete por la borda y espera a abandonar el barco el último. Claro que lleva lentes para ocultar sus ojos, y se finge inválido, puesto que no quiere correr el riesgo de tropezarse con Ridgeway. Desembarca en Nueva York y regresa en el primer barco.

—¿Y cuál era su papel?

—El hombre que tenía un duplicado de la llave, el que encargó la cerradura, el que no estuvo enfermo de bronquitis en su casa de campo… en fin, el viejo «pesado». ¡El señor Shaw! Algunas veces se encuentran criminales en los puestos más elevados, amigo mío. Ah, ya hemos llegado. ¡*Mademoiselle*, he triunfado! ¿Me permite?

¡Y el radiante Poirot besó a la asombrada joven en ambas mejillas!

La aventura de la tumba egipcia

(The Adventure of the Egyptian Tomb).

Poirot es consultado por lady Willard, viuda del famoso egiptólogo sir John Willard, quien era el arqueólogo principal de una excavación en la tumba del faraón Men-her-Ra, junto con el financiero americano Mr. Bleibner. Ambos hombres mueren en apenas dos semanas de diferencia, sir John de un fallo cardíaco y Mr. Bleibner por un envenenamiento en la sangre. Apenas unos días después, el sobrino de Mr. Bleibner, Rupert, se suicida de un disparo, y los periódicos comienzan a saturarse de historias acerca de la maldición egipcia. El hijo de lady Willard, Guy, se ha marchado a Egipto para continuar el trabajo de su padre, y lady Willard teme que él sea el próximo en morir. Para sorpresa de Hastings, Poirot declara creer en el poder de la superstición y acepta hacerse cargo del caso. Su primer paso es telegrafiar a Nueva York para obtener detalles referentes a Rupert Bleibner, y averigua que el joven estuvo una temporada viajando por los mares del sur y, finalmente, consiguió que le prestaran el suficiente dinero para viajar a Egipto, donde le comentó a alguien que tenía un «buen amigo» que le prestaría dinero. Una vez allí, su tío se niega a darle un penique y el sobrino acaba regresando a Nueva York, donde se suicida tras dejar una nota en la que declara ser «un leproso y un descastado». Poirot y Hastings deciden viajar entonces a Egipto y unirse a la expedición, donde al llegar se encuentran con que ha tenido lugar otra muerte, la de un americano, a causa del tétanos. Poirot investiga y siente cada vez más la fuerza maligna del lugar, lo cual no le impide hacer uso de sus pequeñas células grises para encontrar una relación entre tan repentinas muertes. Al morir el alma fue vista en un cementerio de animales, por no ser como todo el resto de las personas.

Siempre he considerado que una de las aventuras más emocionantes y dramáticas que he compartido con Poirot fue nuestra investigación de la extraña serie de muertes que siguieron al descubrimiento y apertura de la tumba del Rey Men-her-Ra.

Después del descubrimiento de la tumba de Tutankamón por lord Cariarpon, *sir* John Willard y el señor Bleibner, de Nueva York, prosiguiendo sus excavaciones no lejos de El Cairo, en las proximidades de las pirámides de Gizeh, llegaron inesperadamente a una serie de cámaras funerarias. Su descubrimiento despertó el mayor interés. La tumba parecía ser del Rey Men-her-Ra, uno de esos oscuros reyes de la Octava Dinastía, cuando el Antiguo Reino iba cayendo en la decadencia. Muy poco se conocía acerca de este período y los descubrimientos fueron ampliamente comentados por la Prensa.

No tardó en tener lugar un acontecimiento que causó profunda impresión. *Sir* John Willard falleció repentinamente de un ataque cardíaco.

Los periódicos más sensacionalistas aprovecharon inmediatamente la oportunidad para revivir todas las leyendas supersticiosas relacionadas con la mala suerte ocasionada por ciertos tesoros egipcios. La desgraciada momia del Museo Británico recobró actualidad, y aunque en el Museo negaban todo lo referente a ella, no obstante disfrutaba de su renovada y discutida popularidad.

Quince días más tarde falleció víctima de un envenenamiento de la sangre el señor Bleibner y pocos días después un sobrino suyo se pegó un tiro en Nueva York. La Maldición de «Men-her-Ra» era el tema del día, y el mágico poder del desaparecido egipcio fue elevado a su punto álgido.

Fue entonces cuando Poirot recibió una breve nota de *lady* Willard, viuda del fallecido arqueólogo, pidiéndole que fuera a verla a su casa de Kensington Square. Yo le acompañé.

Lady Willard era una mujer alta y delgada, e iba vestida de luto riguroso. Su rostro macilento era un testimonio elocuente de su pena reciente.

—Ha sido muy amable al venir tan pronto, *monsieur* Poirot.

—Estoy a su servicio, *lady* Willard. ¿Deseaba consultarme?

—Sé que es usted detective, pero no voy a consultarle sólo como detective. Es usted un hombre de opiniones originales y experiencia; dígame, *monsieur* Poirot, ¿qué opina usted de lo sobrenatural?

Poirot vaciló un momento antes de contestar. Al parecer estaba reflexionando, y al fin dijo:

—Hablemos claro, *lady* Willard. No se trata de una pregunta en general, sino personal, ¿no? ¿Usted se refiere a la muerte de su difunto esposo?

—Eso es —confesó.

—¿Desea que investigue las circunstancias de su fallecimiento?

—Quiero que se descubra lo que es sólo palabrería de la Prensa y lo que tiene de base cierta. Tres muertes, *monsieur* Poirot… explicables consideradas aisladamente, pero que juntas constituyen una coincidencia demasiado increíble, y todo en el plazo de un mes de haber abierto esa tumba. Puede ser mera superstición, o una maldición del pasado que obra por medios desconocidos para la ciencia moderna. Pero la realidad son esas tres muertes. Y estoy asustada. Puede que éste no sea todavía el fin.

—¿Por quién teme usted?

—Por mi hijo. Cuando recibimos la noticia de la muerte de mi esposo, yo estaba enferma, y mi hijo, que acababa de llegar de Oxford, fue allí. Trajo a casa… el… cadáver; pero ahora ha vuelto a marcharse a pesar de todas mis súplicas y ruegos. Está tan fascinado por el trabajo que intenta ocupar el lugar de su padre y llevar adelante las excavaciones. Tal vez usted me crea una mujer tonta y crédula, pero tengo miedo, *monsieur* Poirot. ¿Supongamos que el espíritu del difunto Rey no se haya aplacado todavía? Quizá piense usted que lo que digo son tonterías…

—No, en absoluto, *lady* Willard —repuso Poirot apresuradamente—. También yo creo en la fuerza de la superstición, una de las mayores que el mundo ha conocido.

Le miré sorprendido. Nunca hubiera creído que Poirot fuese supersticioso. Pero el hombrecillo hablaba con vehemencia.

—¿Lo que usted me pide en realidad es que proteja a su hijo? Haré cuanto me sea posible para preservarle de todo mal.

—Pero ¿también a la vez contra una oculta influencia?

—En los libros de la Edad Media, *lady* Willard, encontrará usted muchos medios de contrarrestar la magia negra. Quizá sabían más que nosotros con toda nuestra ciencia tan cacareada. Ahora pasemos a los hechos que puedan servirnos de guía. Su esposo fue siempre un devoto egiptólogo, ¿no es cierto?

—Sí, desde su juventud. Era una de las personas de más autoridad sobre la materia.

—¿Y el señor Bleibner, según tengo entendido, era poco más o menos un aficionado?

—Oh, desde luego. Era un hombre muy rico. Se metía en cualquier negocio o asunto que le llamara la atención. Mi esposo consiguió interesarle por la egiptología, y gracias a su dinero pudo financiarse la expedición.

—¿Y su sobrino? ¿Sabe usted cuáles son sus gustos? ¿Fue también de la partida?

—No lo creo. La verdad es que no conocía su existencia hasta que leí en los periódicos la noticia de su fallecimiento. No creo que él y el señor Bleibner tuvieran gran intimidad. Nunca dijo que tuviera parientes.

—¿Quiénes eran los otros miembros de la expedición?

—Pues el doctor Tosswill, un funcionario relacionado con el Museo Británico; el señor Schneider, del Museo Metropolitano de Nueva York; un joven secretario americano; el doctor Ames, que acompañaba a la expedición gracias a su capacidad profesional, y Hassan, el fiel criado de mi esposo.

—¿Recuerda usted el nombre del secretario americano?

—Creo que era Harper, pero no estoy segura. No llevaba mucho tiempo con el señor Bleibner y era un joven muy agradable.

—Gracias, *lady* Willard.

—Si hay alguna cosa más…

—De momento nada. Déjelo en mis manos, y le aseguro que haré todo lo humanamente posible para proteger a su hijo.

No eran sus palabras muy tranquilizadoras; yo observé que *lady* Willard parpadeaba al oírlas. No obstante, al mismo tiempo, el solo hecho de que no se hubiera burlado de sus temores parecía haberla aliviado.

Por mi parte nunca había sospechado que Poirot poseyera una vena supersticiosa tan profunda, y mientras regresábamos a casa le hablé de ello. Su actitud fue seria y formal.

—Pues sí, Hastings. Yo creo en esas cosas. No debe menospreciarse la fuerza de la superstición.

—¿Qué vamos a hacer?

—*Toujours Practique*, mi buen Hastings. *Eh bien*, para empezar telegrafiaremos a Nueva York para pedir más detalles de la muerte de Bleibner.

Y fuimos a poner un cable. La respuesta fue completa y precisa. El joven Rupert Bleibner se encontraba apurado de dinero desde hacía varios días. Había sido colonista y gandul de profesión en diversas islas de los Mares del Sur, pero hace dos años que regresó a Nueva York, donde se fue hundiendo más y más. Lo más significativo, según mi parecer, era que recientemente se las había arreglado para que le prestasen el dinero suficiente para ir a Egipto. «Allí tengo un amigo que me prestará», había declarado. No obstante, sus planes fallaron y tuvo que regresar a Nueva York maldiciendo la avaricia de su tío, a quien importaban más los huesos de los reyes muertos y desaparecidos que su propia sangre. Fue durante su estancia en Egipto cuando se produjo la muerte de *sir* John Willard. Rupert volvió una vez más a su vida de disipación en Nueva York, y luego se suicidó, dejando una carta que contenía algunas frases curiosas. Parecía escrita en un momento de arrepentimiento. En ella decía que era un paria y un leproso y que los seres como él mejor estaban muertos.

Una teoría oscura fue tomando forma en mi cerebro. Yo nunca había creído realmente en la venganza de un antiguo rey egipcio. En todo ello yo veía un crimen moderno. Supongamos que aquel joven hubiera decidido deshacerse de su tío… utilizando un veneno, y por error fuese *sir* John Willard quien recibiera la dosis fatal. El joven regresa a Nueva York horrorizado de su crimen, y, una vez allí, recibe la noticia del fallecimiento de su tío, comprendiendo lo inútil que ha sido su crimen y, presa de remordimiento, decide suicidarse.

Exterioricé mis pensamientos a Poirot, que pareció interesado.

—Es muy ingenioso lo que usted ha pensado… muy ingenioso. Puede ser cierto, pero ha olvidado la fatal influencia de la tumba.

Me encogí de hombros.

—¿Sigue pensando que tiene algo que ver en todo esto?

—Tanto, *mon ami*, que mañana salimos para Egipto.

—¿Qué? —exclamé estupefacto.

—Lo que he dicho. —Una expresión de consciente heroísmo invadió el rostro de Poirot, que gimió—: ¡Pero oh, el mar! ¡El odioso mar!

Era una semana más tarde. Bajo nuestros, pies la arena dorada del desierto, y sobre nuestras cabezas el sol abrasador. Poirot, agotado y convertido en la imagen de la miseria, caminaba a mi lado. El menudo hombrecillo no era un buen viajero. Nuestros cuatro días de viaje desde Marsella fueron una larga agonía para él. Cuando desembarcó en Alejandría era la sombra de sí mismo, e incluso su habitual pulcritud le había abandonado. Llegamos a El Cairo y nos dirigimos inmediatamente al Hotel Mena, situado a la sombra de las Pirámides.

El hechizo de Egipto se había apoderado de mí, pero no de Poirot. Vestido igual que en Londres, llevaba en su bolsillo un cepillo con el que libraba una batalla incesante con el polvo que se iba acumulando en sus ropas oscuras.

—Y mis zapatos —se lamentaba—. Mírelos, Hastings. Mis zapatos, del más fino charol, siempre tan elegantes y limpios. Observe, se llenan de arena, cosa muy dolorosa, y por fuera están hechos una desgracia. Y el calor hace que mi bigote se ponga lacio… ¡Lacio!

—Mire la Esfinge —le decía—. Incluso yo puedo percibir el misterio y encanto que exhala.

Poirot me contemplaba con disgusto.

—No tiene una expresión feliz —declaró—. ¿Cómo iba a tenerla estando semienterrada en la arena de forma tan incómoda? ¡Ah, esta maldita arena!

—Vamos, vamos, en Bélgica hay muchísima arena —le dije recordando unas vacaciones pasadas en Kno-che-sur-mer entre la niebla de «*les dunes impeccables*», como rezaba en la guía.

—En Bruselas, no —declaró Poirot, contemplando pensativo las Pirámides—. Es cierto que por lo menos son de hechura sólida y geométrica, pero su superficie es una desigualdad muy desagradable, y las palmeras no me gustan. ¡Ni siquiera cuando las plantan en hileras!

Corté sus lamentaciones insinuándole que debíamos salir para el campamento. Los camellos nos esperaban ya, arrodillados pacientemente, con una serie de muchachos pintorescos capitaneados por un dragomán.

Pasaré por alto el espectáculo de Poirot sobre su camello. Comenzó a gemir y a lamentarse y terminó invocando a la Virgen y a todos los santos del calendario. Al fin terminó su viaje sobre un borriquillo. Debo confesar que el trote del camello no es ninguna broma para los novatos. Las agujetas me duraron varios días.

Al fin nos aproximamos al escenario de las excavaciones. Un hombre de rostro atezado por el sol y barba gris, que vestía de blanco y se cubría con un salacot, salió a nuestro encuentro.

—¿*Monsieur* Poirot y el capitán Hastings? Hemos recibido su cable. Siento que no haya ido nadie a esperarles a El Cairo. Un acontecimiento imprevisto ha desbaratado por completo nuestros planes.

Poirot palideció. Su mano, que ya había asido el cepillo, cesó de moverse.

—¿Otra muerte? —pregunté sin aliento.

—Sí.

—¿*Sir* Guy Willard? —exclamé.

—No, capitán Hastings. Mi colega americano, el señor Schneider.

—¿Y la causa? —quiso saber Poirot.

—Tétanos.

Palidecí. Todo a mi alrededor pareció envuelto en una atmósfera de misterio y amenaza. Me asaltó un pensamiento terrible. ¿Y si yo fuera el siguiente?

—*Mon Dieu* —dijo Poirot en voz muy baja—. No lo entiendo. Es horrible. Dígame, *monsieur*, ¿no existe la menor duda de que fue el tétanos?

—Creo que no, pero el doctor Ames podrá decírselo con más seguridad.

—Ah, claro, usted no es el médico.

—Mi nombre es Tosswill.

Era, pues, el experto descrito por *lady* Willard, el funcionario del Museo Británico. Tenía un aire grave y resuelto que me encantó.

—Si quieren acompañarme —continuó el doctor Tosswill— les llevaré hasta *sir* Guy Willard. Dio orden de que se le avisase en cuanto ustedes llegaran.

Fuimos conducidos a una enorme tienda. El doctor Tosswill nos hizo pasar y en su interior vimos a tres hombres sentados.

—*Monsieur* Poirot y el capitán Hastings acaban de llegar, *sir* Guy —dijo Tosswill.

El más joven de los tres se puso en pie para saludarnos. En sus ademanes había cierta espontaneidad que me recordó a su madre. No estaba tan bronceado como los otros, y esto, unido al cansancio que reflejaban sus ojos, le hacía parecer mayor, pese a sus veintidós años. Evidentemente trataba de soportar una terrible opresión mental.

Nos presentó a sus dos acompañantes: el doctor Ames, un hombre de unos treinta y tantos años, de aspecto inteligente y sienes ligeramente plateadas, y el señor Harper, el secretario, un joven agradable que usaba lentes con montura de concha.

Al cabo de unos minutos de conversación intrascendente, este último salió seguido del doctor Tosswill. Quedamos solos con *sir* Guy y el doctor Ames.

—Por favor, háganos las preguntas que desee, *monsieur* Poirot —dijo Willard—. Estamos confundidos por esta extraña serie de desgracias, pero no pueden ser otra cosa que coincidencias.

El nerviosismo de sus ademanes desmentía sus palabras. Vi que Poirot le estudiaba atentamente.

—¿Ha puesto usted interés en ese trabajo, *sir* Guy?

—Ya lo creo. No importa lo que ocurra, el trabajo continuará. Puede estar seguro de ello.

Poirot volvióse al otro individuo.

—¿Y qué me dice usted, *monsieur le docteur*?

—Bien —repuso el médico—. Yo tampoco renuncio.

Poirot exhibió una de sus expresivas sonrisas.

—Entonces, *évidemment*, debemos averiguar a qué hemos de hacer frente. ¿Cuándo ocurrió el fallecimiento del señor Schneider?

—Hace tres días.

—¿Está usted seguro de que murió del tétanos?

—Por completo.

—¿No podría tratarse de un caso de envenenamiento… con estricnina, por ejemplo?

—No, *monsieur* Poirot. Sé adónde quiere ir a parar. Pero fue un caso claro de tétanos.

—¿No le inyectó el antisuero?

—Claro que sí —repuso el médico con tono seco—. Se hizo cuanto era posible.

—¿Tenía usted ya el antisuero?

—No. Lo trajimos de El Cairo.

—¿Ha habido otros casos de tétanos en el campamento?

—No, ninguno.

—¿Está usted bien seguro de que el fallecimiento del señor Bleibner fue debido al tétanos?

—Completamente seguro. Se hizo un rasguño en el pulgar y se le infectó, produciéndole una septicemia. Para un profano tal vez parezca lo mismo, pero son dos cosas distintas por completo.

—Entonces tenemos cuatro muertes… todas distintas… una por un ataque al corazón, otra por envenenamiento de la sangre, un suicidio, y otra por el tétanos.

—Exacto, *monsieur* Poirot.

—¿Está seguro de que no hay nada que las relacione?

—No lo comprendo…

—Lo diré con otras palabras. ¿Esos cuatro hombres cometieron alguna acción que pudiera parecer irrespetuosa al espíritu de Men-her-Ra?

El doctor miró a Poirot asombrado.

—¿Habla en serio, *monsieur* Poirot? No es posible que le hayan hecho creer esas tonterías…

—Completamente absurdas… —musitó Willard, irritado.

Poirot permaneció inmutable mientras le brillaban sus ojos verdes de gato.

—¿De modo que usted no lo cree, *monsieur le docteur*?

—No, señor, no lo creo —declaró el médico con énfasis—. Soy científico y sólo creo lo que me enseña la ciencia.

—¿Es que acaso no la había en el antiguo Egipto? —preguntó Poirot en tono bajo. No aguardaba su respuesta, y desde luego el doctor Ames parecía bastante desconcertado de momento—. No, no me responda, pero dígame una cosa. ¿Qué opinan los obreros nativos?

—Supongo que cuando los blancos pierden la cabeza los nativos no se quedan muy atrás —replicó el doctor Ames—. Admito que están algo asustados… pero no tienen motivo para ello.

—Eso es lo que me pregunto… —dijo Poirot.

Sir Guy inclinóse hacia delante.

—Seguramente no creerá usted… en… ¡Oh, pero eso es absurdo! —exclamó en tono incrédulo—. No sabe usted nada del antiguo Egipto sino eso.

Como respuesta, Poirot extrajo de su bolsillo… un libro viejo y muy gastado. Vi su título: *La Magia de los Egipcios y Caldeos*.

Luego, dando media vuelta, salió de la tienda y el médico me miró preocupado.

—¿Cuál es su idea?

Aquella frase, tan familiar en labios de Poirot, me hizo sonreír al oírsela a otra persona.

—No lo sé exactamente —confesé—. Creo que tiene el plan de conjurar a los malos espíritus.

Fui en busca de Poirot y le encontré hablando con el joven de rostro enjuto que había sido secretario del difunto señor Bleibner.

—No —le decía el señor Harper—. Sólo hace seis meses que formo parte de la expedición. Sí, conocía los asuntos del señor Bleibner bastante bien.

—¿Puede referirme lo que tenga relación con su sobrino?

—Un día apareció por aquí; no era mal parecido. No le conocía hasta entonces, pero algunos de los otros le conocieron antes… Ames, creo, y Schneider. El viejo no se alegró nada al verle. Y al poco estaban como el perro y el gato. «Ni un céntimo», gritaba el viejo. «No tendrás un céntimo ahora ni cuando me muera. Tengo intención de dejar mi dinero para que sirva de ayuda al esfuerzo de toda mi vida. Hoy he estado hablando de ello con el señor Schneider». Y así poco más o menos. El joven Bleibner regresó a El Cairo enseguida.

—¿Gozó siempre de buena salud durante ese tiempo?

—¿El viejo?

—No, el joven.

—Creo haberle oído decir que no se encontraba bien pero no sería nada serio, o me acordaría.

—Una cosa más. ¿El señor Bleibner dejó testamento?

—Que nosotros sepamos, no.

—¿Se quedará usted en la expedición, señor Harper?

—No, señor. Me marcho a Nueva York en cuanto deje arregladas las cosas. Puede usted reírse cuanto guste, pero no quiero ser la próxima víctima de ese maldito Men-her-Ra. Y si me quedara, lo sería.

El joven se enjugó el sudor de la frente.

Poirot se volvió para marcharse, y le dijo por encima del hombro y con una sonrisa peculiar:

—Recuerde que una de las víctimas murió en Nueva York.

—¡Oh, al diablo! —replicó Harper, irritado.

—Este joven está nervioso —dijo Poirot, enigmático—. A punto de estallar… a punto… a punto.

Le miré con curiosidad, pero su sonrisa enigmática no me dijo nada. Fuimos a visitar las excavaciones acompañados de *sir* Guy Willard y el doctor Tosswill. Los principales hallazgos habían sido trasladados a El Cairo, pero algunas de las decoraciones de la tumba eran en extremo interesantes. El entusiasmo del joven barón era evidente, aunque creía ver una sombra de inquietud en sus ademanes, como si no

lograse escapar a la sensación de amenaza que flotaba en el ambiente. Cuando entramos en la tienda que se nos había asignado para asearnos antes de la cena, una figura oscura vestida de blanco se hizo a un lado para dejarnos paso con una gentil reverencia y murmurando un saludo en árabe. Poirot se detuvo.

—¿Es usted Hassan, el criado del difunto *sir* John Willard?

—Serví a milord *sir* John y ahora sirvo a su hijo. —Dio un paso hacia nosotros y bajó la voz—. Dicen que es usted un sabio que sabe tratar con los malos espíritus. Deje que mi joven amo se marche de aquí. Se respira el mal aire que nos rodea.

Y con gesto brusco y sin esperar una respuesta se marchó.

—El mal se respira por doquier —musitó Poirot—. Sí, lo percibo.

Nuestra cena no fue precisamente alegre. La voz cantante la llevó el doctor Tosswill, que disertó largamente sobre las antigüedades egipcias. Cuando nos disponíamos a retirarnos para descansar, *sir* Guy, cogiendo a Poirot por un brazo, le señaló una figura oscura que se movía entre las tiendas. No era humana; reconocí perfectamente la cabeza de perro que viera grabada en las paredes de la tumba.

Al verla se me heló la sangre.

—*Mon Dieu!* —murmuró Poirot persignándose—. Es Anubis, el cabeza de chacal, el dios de los espíritus fallecidos.

—Alguien se está burlando de nosotros —exclamó el doctor Tosswill, poniéndose en pie indignado.

—Ha entrado en su tienda, Harper —musitó *sir* Guy con el rostro muy pálido.

—No —dijo Poirot sacudiendo la cabeza—, en la del doctor Ames.

El doctor me miró incrédulo; luego, repitiendo las palabras de Tosswill, exclamó:

—Alguien se está burlando de nosotros. Vamos, pronto le cogeremos.

Y se lanzó en persecución de la asombrosa aparición. Yo le seguí, pero por más que buscamos no encontramos ni rastro de ningún ser viviente que hubiera pasado por allí. Regresamos, un tanto confundidos, y encontré a Poirot tomando medidas enérgicas, a su manera, para asegurar su seguridad personal. Estaba muy atareado en la arena. Reconocí la estrella de cinco puntas o Pentágono, que repetía varias veces. Como era su costumbre, Poirot estaba improvisando una conferencia sobre brujerías y magia en general… La Magia Blanca enfrentándose con la Negra… con amplias referencias del Ra y el Libro de la Muerte.

Al parecer, todo aquello excitó el desprecio del doctor Tosswill, quien me apartó a un lado, rugiendo de furor.

—Tonterías, señor —exclamó irritado—. Simplezas. Ese hombre es un impostor. No conoce la diferencia entre las supersticiones de la Edad Media y las creencias del Antiguo Egipto. Nunca había oído tal mescolanza de ignorancia y credulidad.

Procuré apaciguar al excitado experto y fui a reunirme con Poirot en nuestra tienda. Mi amigo resplandecía de contento.

—Ahora podemos dormir en paz —declaró feliz—. Y lo necesito. Me duele mucho la cabeza. ¡Ah, no sé lo que daría por una buena *tisane*!

Como si fuera la respuesta a su plegaria, se abrió la tienda y apareció Hassan con una taza humeante que ofreció a Poirot. Resultó ser una infusión de manzanilla, a la que es muy aficionado. Después de darle las gracias y rechazar otra taza para mí, volvimos a quedarnos solos. Después de desnudarme permanecí algún tiempo contemplando el desierto desde la tienda.

—Es un lugar maravilloso —dije en voz alta—, y un trabajo maravilloso. Puedo percibir su fascinación. Esta vida en el desierto… el sondear en el corazón de una civilización extinta. Poirot, usted también tiene que sentir su encanto.

No obtuve respuesta y me volví algo molesto. Al instante mi contrariedad había desaparecido, siendo reemplazada por la inquietud. Poirot yacía sobre el tosco lecho con el rostro horriblemente congestionado. A su lado estaba la taza vacía. Corrí a su lado, y luego a la tienda del doctor Ames.

—¡Doctor Ames! —grité—. Venga enseguida.

—¿Qué ocurre? —dijo el médico, apareciendo en pijama.

—Mi amigo. Está enfermo. Agonizante. Ha sido la manzanilla. No permitan que Hassan abandone el campamento.

Como un rayo el doctor corrió hasta nuestra tienda. Poirot yacía en la misma posición en que yo lo dejara.

—Es extraordinario —exclamó Ames—, parece un ataque… o… ¿qué dice usted que ha bebido? —Y alzó la taza vacía.

—¡Sólo que no lo bebí! —dijo una voz tranquila.

Nos volvimos asombrados. Poirot se hallaba sentado en la cama y nos sonreía.

—No —dijo de nuevo—. No la bebí. Mientras mi buen amigo Hastings estaba apostrofando la belleza de la noche, aproveché la ocasión para verterla, no en mi garganta, sino en una botellita que irá a manos del analista. No… —dijo al ver que el doctor hacía un movimiento repentino— como hombre razonable comprenderá que toda resistencia sería inútil. Mientras Hastings iba en su busca he tenido tiempo para ponerle a salvo. ¡Ah, Hastings, de prisa, sujételo!

No supe comprender la ansiedad de Poirot. Deseoso de salvar a mi amigo, me coloqué ante él, pero el médico tenía otra intención. Llevándose la mano a la boca introdujo algo en ella que exhaló un olor a almendras amargas, y tambaleándose hacia delante, cayó.

—Otra víctima —dijo Poirot en tono grave—, pero la última. Tal vez haya sido el mejor medio. Es el responsable de tres muertes.

—¿El doctor Ames? —exclamé estupefacto—. Pero si yo creí que usted lo achacaba a alguna influencia oculta…

—No supo comprenderme, Hastings. Lo que yo quise decir es que creía en la terrible fuerza de la superstición. Una vez se ha establecido firmemente que una serie de muertes fueron sobrenaturales, se puede apuñalar a un hombre a la plena luz del día, y será atribuida su muerte a la maldición… tan arraigado lleva la naturaleza humana el instinto de lo sobrenatural. Desde el primer momento sospeché que ese

hombre se estaba aprovechando de ese instinto. Supongo que se le ocurrió la idea al fallecer *sir* John Willard, y despertarse la superstición en el acto. Al parecer, nadie podía sacar ningún beneficio particular de la muerte de *sir* John. El señor Bleibner era un caso distinto. Era un hombre muy rico. La información recibida en Nueva York contenía algunos puntos sugestivos. Para empezar, el joven Bleibner había dicho que tenía un buen amigo en Egipto, quien podría prestarle dinero. Tácitamente se comprendía que hacía referencia a su tío, pero a mí me pareció que de ser así lo hubiera dicho sin rodeos. Sus palabras me sugirieron a algún compañero suyo que hubiera hecho fortuna. Otra cosa, consiguió el dinero suficiente para marchar a Egipto, su tío se negó a adelantarle un penique, y no obstante pudo pagarse el pasaje de regreso a Nueva York. Alguien debió prestárselo.

—Todo eso es muy ambiguo —objeté.

—Pero había más. Hastings, ocurre bastante a menudo que las palabras dichas metafóricamente se toman al pie de la letra, y también puede suceder lo contrario. En este caso, las palabras que fueron dichas lisa y llanamente fueron tomadas en metáfora. El joven Bleibner escribió sencillamente: «soy un leproso», pero nadie supo ver que se suicidó porque creía haber contraído la terrible enfermedad de la lepra.

—¿Qué? —exclamé.

—Ésa fue la intención de una mente diabólica. El joven Bleibner sufría alguna infección cutánea sin importancia; había vivido en las islas de los Mares del Sur, donde es bastante corriente esa enfermedad. Ames era un antiguo amigo suyo, un médico conocido, y no soñó siquiera en dudar de su palabra. Cuando llegué aquí mis sospechas se repartían entre Harper y el doctor Ames, pero pronto comprendí que sólo el doctor pudo haber perpetrado y realizado los crímenes, y supe por Harper que ya conocía al joven Bleibner. Sin duda alguna este último debió de hacer testamento o asegurar su vida en favor del médico, y Ames vio la oportunidad de hacerse rico. Le fue fácil inculcar a Bleibner los gérmenes mortales. Luego su amigo, desesperado por las terribles noticias que su amigo le ha comunicado, se suicida. El señor Bleibner, a pesar de sus intenciones, no hizo testamento. Su fortuna pasaría a su sobrino y de éste al médico.

—¿Y el señor Schneider?

—No podemos estar seguros. Recuerde que también conocía al joven Bleibner, y puede que sospechara algo, o tal vez el doctor pensase que una muerte más fortalecería la superstición. Además existe un factor psicológico muy importante, Hastings. Un asesino siempre siente el deseo imperioso de repetir su crimen, de ahí mis temores por el joven Willard. La figura de Anubis que vio usted esta noche era Hassan, vestido según mis instrucciones. Quise ver si conseguía asustar al doctor. Pero se necesitaba algo más para cogerlo. Vi que no le convencían del todo mis fingidas creencias, y mi pequeña comedia no le engañó. Sospeché que intentaría convertirme en su próxima víctima. ¡Ah, pero a pesar de la *mer maudite*, el calor

insoportable y las molestias de la arena, las pequeñas células grises todavía funcionaban!

Poirot probó que sus teorías eran ciertas. El joven Bleibner, años atrás, en un momento de euforia producida por la bebida, hizo testamento, dejando «mi pitillera que tanto admiráis y todo lo demás que posea, que serán principalmente deudas, a mi buen amigo Robert Ames que una vez me salvó de perecer ahogado».

El caso se silencio todo lo posible y a partir de aquel día todo el mundo habla de la considerable serie de muertes relacionadas con la tumba de Men-her-Ra como una prueba triunfal de la venganza de un antiguo rey sobre los profanadores de su tumba, creencia que según Poirot me hizo ver, es contraría al sentir y pensar de los egipcios.

Robo de joyas en el «Grand Metropolitan»

(The Jewel Robbery at the Grand Metropolitan).

Poirot y Hastings se alojan en el Grand Metropolitan Hotel, en Brighton, donde coinciden con Mr. y Mrs. Opalsen. Él es un rico corredor de bolsa que ha amasado una fortuna con el boom del petróleo, lo que aprovecha su mujer para coleccionar joyas. Ella ofrece a Poirot enseñarle sus perlas y va a su habitación a por ellas, pero éstas han sido robadas y, como no podía ser de otra manera, le piden ayuda a Poirot. Únicamente dos personas han estado en la habitación desde que las perlas fueron vistas por última vez: la doncella de Mrs. Opalsen, Célestine, y la camarera del hotel. Ambas chicas son interrogadas y se acusan del robo mutuamente. La estancia tiene una habitación lateral donde duerme Célestine y una puerta que da a la habitación de al lado. Ambas chicas estuvieron a la vista la una de la otra excepto en dos pausas de veinte y quince segundos, respectivamente, en las que Célestine fue a su habitación (no el tiempo suficiente para sacar de la cómoda el joyero, abrirlo, sacar las perlas y devolver la caja). Ambas son registradas pero no se encuentra nada. Tras registrar exhaustivamente las habitaciones, se localizan las perlas bajo el colchón de Célestine. El caso parece cerrado, pero Poirot le dice a Hastings que las perlas encontradas son falsas. Tras realizar Poirot las oportunas pesquisas, las verdaderas perlas son encontradas.

Poirot —dije—, le conviene un cambio de aires.

—¿Usted cree, *mon ami*?

—Estoy seguro.

—¿Eh… eh? —replicó mi amigo sonriendo—. Entonces, ¿está todo arreglado?

—¿Acepta usted, pues?

—¿Dónde se propone llevarme?

—A Brighton. A decir verdad, un amigo mío de la ciudad me ha proporcionado un buen asunto y, bueno como vulgarmente se dice tengo dinero para gastar. Creo que un fin de semana en el «Gran Metropolitan» nos sentaría divinamente.

—Gracias, acepto agradecido. Ha tenido el buen corazón de acordarse de este viejo. Y a fin de cuentas, un buen corazón vale tanto como todas las células grises. Sí, sí, yo soy quien lo digo, a veces corro el peligro de olvidarlo.

Yo no le agradecí demasiado el comentario. Creo que Poirot algunas veces se siente inclinado a despreciar mi capacidad mental. Pero su contento era tan grande que dejé a un lado mi contrariedad.

—Entonces, todo arreglado —dije apresuradamente.

El sábado estábamos ya cenando en el «Grand Metropolitan» en medio de la alegre concurrencia. Todo el mundo parecía encontrarse en Brighton. Los trajes eran

maravillosos, y las joyas… exhibidas algunas veces por ostentación y no con buen gusto… eran algo magnífico.

—Bien, ¡esto es todo un espectáculo! —murmuró Poirot—. Éste es el hogar de los que han hecho fortuna sin escrúpulos, ¿no es cierto, Hastings?

—Se supone —repliqué—. Pero esperemos que todos no se hayan manchado con el mismo barro.

Poirot, complacido, miró en derredor suyo.

—La vista de tantas joyas me hace desear haber puesto mi cerebro al servicio del crimen, en vez de perseguirlo. ¡Qué magnífica oportunidad para algún ladrón distinguido! Hastings, fíjese en esa señora obesa, junto a la columna. Está completamente cubierta de pedruscos.

Seguí la dirección de su mirada.

—Vaya —exclamé—, es la señora Opalsen.

—¿La conoce?

—Ligeramente. Su esposo es un rico corredor de Bolsa que hizo una fortuna con la reciente alza del petróleo.

Después de la cena coincidimos con los Opalsen en el vestíbulo y les presenté a Poirot. Charlamos unos minutos y terminamos por tomar café juntos.

Poirot dirigió unas palabras de alabanza a algunas de las costosas joyas que adornaban el voluminoso tórax de la dama, que se animó enseguida.

—Es mi afición predilecta, señor Poirot. Adoro las joyas. Ed conoce mi debilidad, y cada vez que las cosas van bien me trae algo nuevo. ¿Le interesan a usted las piedras preciosas?

—He tenido que tratar con ellas de vez en cuando, *madame*. Mi profesión me ha puesto en contacto con las joyas más famosas del mundo.

Y empezó a referirle, empleando discretos seudónimos, la historia de las joyas de una Casa reinante, mientras la señora Opalsen le escuchaba conteniendo el aliento.

—Vaya —exclamó al terminar—. ¡Es como una comedia! Sabe, poseo unas perlas que tienen historia. Creo que es uno de los collares más finos del mundo… sus perlas son tan hermosas, tan iguales y tan perfectas de color… ¡Iré a buscarlo para que lo vea!

—Oh, *madame* —protestó Poirot—, es usted demasiado amable. ¡No se moleste!

La obesa señora se dirigió hacia el ascensor con bastante ligereza. Su esposo, que había estado hablando conmigo, miró a Poirot interrogadoramente.

—Su esposa es tan amable que ha insistido en enseñarme su collar de perlas — explicó este último.

—¡Oh, las perlas! —Opalsen sonrió con aire satisfecho—. Bien, vale la pena verlas. ¡Y también costaron lo suyo! No obstante, es una buena inversión: podría obtener lo que me costaron en cualquier momento dado… y quizá más. Tal vez tenga que hacerlo si las cosas continúan como ahora. El dinero está tan limitado en la

ciudad… —Y siguió hablando de tecnicismos que no estaban al alcance de mi comprensión.

Fue interrumpido por un botones que acercándose a él murmuró unas palabras en su oído.

—¿Eh… qué? Iré enseguida. No se habrá puesto enferma, ¿verdad? Discúlpenme, caballeros.

Y nos dejó bruscamente. Poirot reclinóse en su butaca y encendió uno de sus diminutos cigarrillos rusos. Luego, con sumo cuidado y meticulosidad, fue colocando las tazas de café vacías de modo que formasen una hilera perfecta y sonrió feliz del resultado.

Los minutos iban transcurriendo y los Opalsen no regresaban.

—Es extraño —comenté al fin—. Me preguntó cuándo volverán.

—No volverán.

—¿Por qué?

—Porque, amigo mío, algo ha sucedido.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté con curiosidad.

Poirot sonreía.

—Hace pocos minutos el gerente salió apresuradamente de su despacho y corrió hacia arriba muy agitado. El botones del ascensor está enfrascado en una conversación muy interesante con otro botones. El timbre ha sonado tres veces, pero él no atiende. Y por último, incluso los camareros están *distraits*; y para que un camarero se distraiga —Poirot meneó la cabeza significativamente— el asunto debe ser de primera magnitud. ¡Ah, lo que imaginaba! Aquí llega la policía.

Dos hombres acababan de penetrar en el hotel… uno de uniforme y el otro vestido de paisano. Hablaron con un botones, e inmediatamente fueron acompañados arriba. Pocos minutos más tarde el mismo botones se acercaba al lugar donde estábamos sentados.

—El señor Opalsen, con todos sus respetos, les ruega que suban.

Poirot se puso en pie de un salto, como si hubiera estado esperando la invitación, y yo le seguí con no menos ímpetu.

Las habitaciones de los Opalsen hallábanse en el primer piso. Después de llamar a la puerta, el botones se retiró y nosotros obedecimos al «¡Adelante!». Una extraña escena apareció ante nuestros ojos. Nos encontrábamos en el dormitorio de la señora Opalsen, y en el centro de la habitación, reclinada en un sillón, hallábase la propia dama sollozando violentamente. Era todo un espectáculo, pues las lágrimas iban trazando surcos en su maquillaje. El señor Opalsen paseaba furioso de un lado a otro y los dos policías permanecían en pie con sendas libretas en la mano. Una camarera del hotel, asustadísima, permanecía junto a la chimenea; al otro lado de ésta había una francesa, sin duda la doncella de la señora Opalsen, que sollozaba y se retorcía las manos con unos extremos que rivalizaban con los de su señora.

En medio de aquel infierno apareció Poirot pulcro y sonriente, y con una energía insospechada en una mujer de peso, la señora Opalsen se levantó para dirigirse hacia él.

—Escuche: Ed puede decir lo que quiera, pero yo creo en la suerte. Estaba escrito que yo le conociera esta noche, y tengo el presentimiento que si usted no logra recuperar mis perlas nadie podrá conseguirlo nunca.

—Cálmese, se lo ruego, *madame* —Poirot le acarició una mano para tranquilizarla—. No se preocupe. Todo saldrá bien. ¡Hércules Poirot le ayudará!

El señor Opalsen volvióse hacia el inspector de policía.

—¿Supongo que no tendrán inconveniente en que… recurra a este caballero?

—En absoluto, señor —replicó el que vestía de paisano—. Quizás ahora su esposa se encuentre mejor y quiera darnos a conocer lo ocurrido…

La señora Opalsen miró a Poirot, y éste la acompañó de nuevo a su butaca.

—Siéntese, *madame*, y cuéntenos toda la historia, sin alterarse.

La señora Opalsen, tras secarse los ojos, comenzó:

—Después de cenar subí a buscar mis perlas para que las viera el señor Poirot. La doncella del hotel y Célestine estaban en mi habitación, como de costumbre…

—Perdóneme, *madame*, pero ¿qué quiere decir «como de costumbre»?

El señor Opalsen lo explicó.

—Tengo ordenado que nadie entre en la habitación a menos qué Célestine, la doncella, esté aquí también. La camarera del hotel asea la habitación por la mañana en presencia de Célestine, y después de cenar viene a abrir las camas en las mismas condiciones: de otro modo nadie en absoluto entra en esta habitación.

—Bien, como iba diciendo —continuó la señora Opalsen—. Subí y me acerqué a ese cajón de ahí… —señaló el último cajón de la derecha del tocador—. Saqué mi joyero y lo abrí. Al parecer, estaba como de costumbre… lo vi enseguida, ¡pero las perlas habían desaparecido!

El inspector, que había estado escribiendo afanosamente, preguntó:

—¿Cuándo las vio por última vez?

—Estaban aquí cuando bajé a cenar.

—¿Está usted segura?

—Segurísima. No sabía si ponérmelas o no, y al fin me decidí por las esmeraldas, y volví a guardarlas en el joyero.

—¿Quién lo cerró?

—Yo. Llevo la llave colgada del cuello con una cadenita —y al decirlo nos la enseñó.

El inspector la examinó minuciosamente, encogiéndose de hombros.

—El ladrón debe de tener un duplicado de la llave. No es cosa difícil. La cerradura es bien sencilla. ¿Qué hizo usted una vez hubo cerrado el joyero?

—Volví a colocarlo en el último cajón, que es donde siempre lo guardo.

—¿No cerró el cajón con llave?

—No, nunca lo hago. Mi doncella permanece en la habitación hasta que yo subo, de modo que no es necesario.

El rostro del inspector se ensombreció.

—¿Debo entender, que las joyas estaban ahí cuando usted bajó a cenar, y que desde entonces la *doncella no hubo abandonado la habitación*?

De pronto, como si por primera vez comprendiera su situación, Célestine exhaló un grito agudo y abalanzándose sobre Poirot le lanzó un torrente de frases incoherentes en francés.

—¡Aquella sugerencia era infame! ¿Cómo era posible que sospecharan que ella robó a *madame*? ¡La policía es de una estupidez increíble! Pero *monsieur* que era francés…

—Belga —le corrigió Poirot, más Célestine no hizo caso de la interrupción.

Monsieur no permitiría que se le acusase falsamente mientras la infame camarera se marchaba libremente. Nunca le había agradado… era una muchacha muy osada… una ladrona innata. Desde el principio había dicho que no era de fiar. ¡Y no había cesado de vigilarla cuando arreglaba la habitación de *madame*! Que esos estúpidos policías la registren, ¡y si no le encuentran encima las perlas de *madame* será una verdadera sorpresa!

A pesar de que esta arenga había sido pronunciada en rápido y pintoresco francés. Célestine había intercalado tal cantidad de ademanes que la camarera comprendió por lo menos parte de su significado y enrojeció vivamente.

—¡Si esa extranjera dice que yo he cogido las perlas, es mentira! —declaró con calor—. Ni siquiera las vi nunca.

—¡Regístrenla! —gritó la otra—. Las encontrarán como les he dicho.

—Eres una mentirosa… ¿has oído? —dijo la camarera avanzando hacia ella—. Las has robado tú y quieres echarme las culpas a mí. Sólo estuve tres minutos en la habitación antes de que subiera la señora, y tú estuviste todo el tiempo ahí, sentada, vigilándome como un gato a un ratón.

El inspector miró interrogadoramente a Célestine.

—¿Es eso cierto? ¿No ha abandonado usted la habitación para nada?

—La verdad es que no la dejé sola —admitió Célestine—, pero fui a mi cuarto, que está ahí al lado, dos veces… una para buscar un carrete de hilo y la otra fui a por mis tijeras. Debió cogerlas entonces.

—No tardaste ni un minuto —replicó la camarera irritada—. Sólo saliste y entraste. Me alegraré de que me registre la policía. No tengo nada que temer.

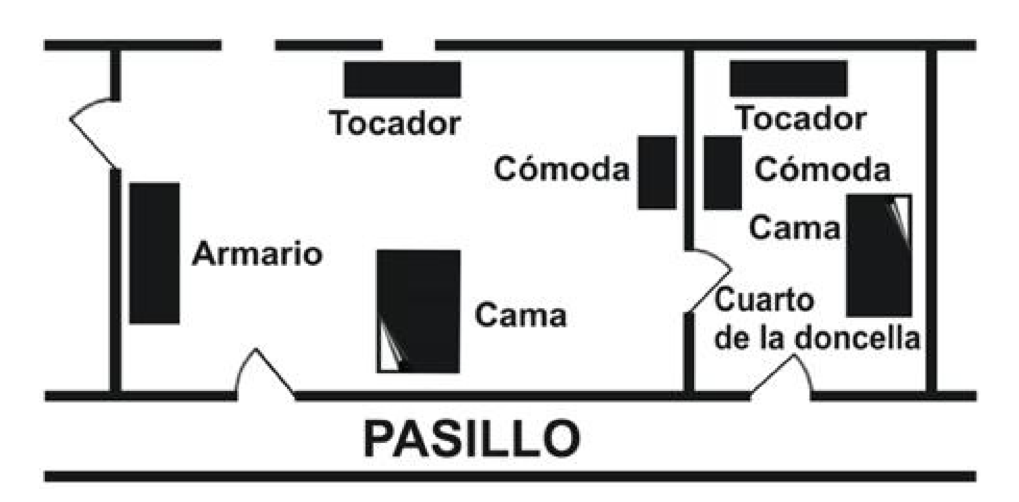
En aquel momento llamaron a la puerta y el inspector fue a abrir. Su rostro se iluminó al ver de quién se trataba.

—¡Ah! —exclamó—. Esto sí que es una suerte. Envié a buscar a una de esas matronas y acaba de llegar. Tal vez no les importe pasar a la otra habitación para que las registre.

Miró a la camarera, que pasó a la habitación contigua seguida de la matrona.

La francesita se había dejado caer sobre una silla sollozando. Poirot contemplaba la habitación cuyas características principales se expresan en este boceto.

—¿A dónde conduce esta puerta? —preguntó indicando con un movimiento de cabeza la que estaba junto a la ventana.



—Creo que al departamento contiguo —repuso el inspector—. De todas formas tiene pestillo por aquí.

Poirot, acercándose a ella, lo descorrió para tratar de abrirla.

—Y por el otro lado también —observó—. Bien, parece que queda descartado.

Se fue acercando a cada ventana, por turno, para examinarlas.

—Y por aquí… tampoco. Ni siquiera hay balcón.

—Aunque lo hubiera —dijo el inspector—. No veo de qué iba a servirnos si la doncella no salió de la habitación.

—*Evidemment* —replicó Poirot sin desconcertarse—. Puesto que *mademoiselle* está segura de no haber salido de aquí…

Fue interrumpido por la reaparición de la camarera y la matrona.

—Nada —fue la lacónica respuesta de esta última.

—Desde luego —replicó la camarera muy digna—. Y esa francesa debiera avergonzarse de haber difamado a una chica honrada.

—Bueno, bueno; ya está bien —dijo el inspector abriendo la puerta—. Nadie sospecha de usted. Puede marcharse y continuar su trabajo.

La joven obedeció de mala gana.

—¿Van a registrarla? —preguntó señalando a Célestine.

—¡Sí, sí! —Cerrando la puerta tras ella, hizo girar la llave de la cerradura.

Célestine acompañó a la matrona a la habitación contigua, regresando pocos minutos más tarde. Tampoco le había encontrado nada.

El inspector se puso serio.

—Me temo que de todas formas tendré que pedirle que me acompañe, señorita —volvióse a la señora Opalsen—. Lo siento, señora, pero la evidencia la condena. Si no las lleva encima deben de estar escondidas en esta habitación.

Célestine lanzó otro grito y se asió del brazo de Poirot, que, inclinándose susurró unas palabras al oído de la joven que le miró dudosa.

—Sí, sí *mon enfant…*, le aseguro que es mejor no resistirse —luego volvióse al inspector—. ¿Me permite un pequeño experimento, *monsieur*? Puramente para mi propia satisfacción y sólo por eso.

—Depende de lo que sea —replicó el policía sin comprometerse.

Poirot se dirigió a Célestine para insistir sobre el caso una vez más.

—Nos ha dicho usted que fue a su habitación a buscar un carrete de hilo y alguna cosa más. ¿Dónde estaba?

—Encima de la cómoda, *monsieur*.

—¿Y las tijeras?

—También.

—¿Le sería mucha molestia repetir esas dos acciones? ¿Dice usted que estaba aquí sentada cosiendo, *mademoiselle*?

Célestine sentóse, y luego, a una señal de Poirot, se levantó yendo hasta la habitación contigua, donde cogió un objeto de encima de la cómoda y regresó.

Poirot dividió su atención entre sus movimientos y un enorme reloj que tenía en la palma de la mano.

—Hágalo otra vez, si no le importa, *mademoiselle*.

Al finalizar la segunda representación, anotó unas palabras en su libreta y volvió a guardar su reloj en su bolsillo.

—Gracias, *mademoiselle*. Y a usted, *monsieur* —se dirigió al inspector inclinándose graciosamente—, por su amabilidad.

El inspector pareció un tanto divertido por su excesiva cortesía. Célestine se marchó deshecha en lágrimas, acompañada de la matrona y el policía de paisano.

Luego, tras dirigir unas palabras de disculpa a la señora Opalsen, el inspector se dispuso a registrar la habitación. Sacó los cajones, abrió los armarios, deshizo la cama y golpeó el suelo. El señor Opalsen le contemplaba escéptico.

—¿De verdad cree usted que las encontrará en esta habitación?

—Sí, señor. No ha tenido tiempo de sacarlas de aquí. La señora, al descubrir tan pronto el robo, desbarató sus planes. Sí, tiene que estar aquí. Una de las dos debe haberlas escondido… y es improbable que la camarera pudiera hacerlo.

—¡Más que improbable… imposible! —dijo Poirot tranquilamente.

—¿Eh? —El inspector se sobresaltó.

Poirot sonreía con modestia.

—Se lo demostraré. Hastings, mi buen amigo, coja mi reloj… con cuidado. ¡Es un recuerdo de familia! Acabo de controlar los movimientos de *mademoiselle*… su primera ausencia duró doce segundos, la segunda quince. Ahora observe mis actuaciones. *Madame*, ¿quiere tener la gentileza de darme la llave de su joyero? Gracias. Mi buen amigo Hastings tendrá la amabilidad de decir: ¡Ya!

—¡Ya! —dije yo.

Con rapidez casi increíble, Poirot abrió el cajón del tocador, extrajo el joyero, introdujo la llave en su cerradura, lo abrió, escogió una joya, volviendo luego a cerrarlo y depositarlo en el cajón, que cerró de nuevo. Sus movimientos eran rápidos como el rayo.

—¿Y bien, *bon ami*? —preguntó sin aliento.

—Cuarenta y seis segundos —repliqué.

—¿Lo ven? —Miró a su alrededor—. La camarera no tuvo tiempo de coger el collar y mucho menos esconderlo.

—Entonces tuvo que ser la doncella —dijo el inspector volviendo a su búsqueda, que continuó en el dormitorio contiguo, el de la doncella.

Poirot fruncía el ceño pensativo, y de pronto lanzó una pregunta al señor Opalsen.

—Ese collar estaría… asegurado, sin duda… ¿verdad?

El señor Opalsen pareció algo sorprendido por la pregunta.

—Sí —dijo vacilando—, lo está.

—Pero ¿eso qué importa? —intervino la señora Opalsen entre lágrimas—. Es el collar lo que yo quiero. Era único. Con ningún dinero podría conseguir otro igual.

—Lo comprendo, *madame* —dijo Poirot procurando tranquilizarla—. Lo comprendo perfectamente. Para la *femme* el sentimiento lo es todo… ¿no es cierto? Pero, *monsieur*, cuya susceptibilidad no es tan fina, encontrará una ligera consolación al pensar que estaba asegurado.

—Desde luego, desde luego —repuso el señor Opalsen con acento inseguro—. No obstante…

Fue interrumpido por un grito de triunfo del inspector, que apareció llevando algo entre sus dedos.

Con una exclamación, la señora Opalsen se levantó de su butaca.

—¡Oh, oh, mi collar!

Lo acercó a su pecho, asiéndolo con ambas manos. Todos la rodeamos.

—¿Dónde estaba? —preguntó Opalsen.

—En la cama de la doncella, entre los muelles del colchón. Debió robarlo y esconderlo allí antes de que llegara la camarera.

—¿Me permite, *madame*? —preguntó Poirot con gran amabilidad, y cogiendo el collar lo examinó minuciosamente; luego se lo devolvió con una reverencia.

—Me temo que de momento deberá dejarlo en nuestras manos, *madame* —dijo el inspector—. Lo necesitaremos para hacer los cargos. Pero se lo devolveremos tan pronto como sea posible.

El señor Opalsen frunció el ceño.

—¿Es necesario?

—Me temo que sí. Sólo es cosa de formalidad.

—¡Oh, déjaselo, Ed! —exclamó la esposa—. Así estará más seguro. Yo no dormiría pensando que alguien pudiera intentar apoderarse de él. ¡Esa maldita muchacha! Nunca hubiera creído una cosa así de ella.

—Vamos, vamos, querida, no lo tomes así, no te disgustes.

Sentí una ligera presión en mi brazo. Era Poirot.

—¿Nos vamos ya, amigo mío? Creo que nuestros servicios ya no son necesarios.

Sin embargo, una vez fuera, le vi vacilar y ante mi sorpresa observó:

—Me gustaría ver la habitación contigua.

La puerta no estaba cerrada y entramos. La habitación, que era muy amplia, estaba vacía. El polvo lo cubría todo por doquier, y mi sensible amigo hizo una mueca muy característica al pasar uno de sus dedos por una huella rectangular que había sobre una mesita cerca de la ventana.

—El servicio deja mucho que desear —comentó en tono seco.

Miraba pensativo por la ventana y al parecer se había olvidado de mí.

—Bueno. ¿A qué hemos venido aquí? —pregunté impaciente.

—*Je vous demande pardon, mon ami*. He querido ver si la puerta estaba cerrada por este lado también.

—Bueno —repetí mirando la puerta de comunicación que daba a la habitación que acabábamos de abandonar—. Está cerrada.

Poirot asintió. Al parecer seguía pensando.

—Y de todas formas —continué—, ¿eso qué importa? El caso está terminado. Yo hubiera querido que hubiese tenido usted más oportunidad de distinguirse, pero en uno de esos casos en los que incluso un pretencioso como ese estúpido inspector no puede equivocarse.

Poirot meneó la cabeza.

—Este caso no está terminado, amigo mío. Ni lo estará hasta que averigüemos quién ha robado las perlas.

—¡Pero si fue la doncella!

—¿Por qué lo dice?

—Pues… —tartamudeé—, pues porque las encontraron en su colchón.

—¡Ta, ta, ta! —replicó Poirot—. Ésas no eran las perlas.

—¿Qué?

—Sino una imitación, *mon ami*.

Su declaración me quitó el aliento. Poirot sonreía plácidamente.

—El buen inspector es evidente que no entiende nada de joyas. ¡Pero no tardaremos en tener jaleo!

—¡Vamos! —exclamé tirándole de un brazo.

—¿A dónde?

—Debemos decírselo enseguida a los Opalsen.

—Creo que no.

—Pero esa pobre mujer…

—*Eh bien*; esa pobre mujer como usted la llama, dormirá mucho mejor creyendo que su collar está a salvo.

—¡Pero el ladrón puede escapar con las perlas auténticas!

—Como de costumbre, amigo mío, habla usted sin reflexionar. ¿Cómo sabe usted que las perlas que la señora Opalsen encerró tan cuidadosamente esta noche no eran las falsas y que el robo no tuvo lugar mucho antes?

—¡Oh! —dije asombrado.

—Exacto —exclamó Poirot radiante—. Empezaremos otra vez.

Y salió de la habitación, deteniéndose un momento como si reflexionara, y luego echó a andar hasta el extremo del pasillo, donde había una pequeña estancia donde se reunían las camareras y criados de los pisos respectivos. La camarera a quien ya conocíamos estaba rodeada de una serie de ellos, a quienes relataba las últimas experiencias vividas. Se interrumpió en mitad de una frase y Poirot inclinóse con su habitual cortesía.

—Perdone que la moleste, pero le quedaría muy agradecido si me abriera la puerta de la habitación del señor Opalsen.

La joven se puso en pie y nos acompañó de nuevo por el pasillo. La habitación del señor Opalsen se encontraba al otro extremo, y su puerta quedaba enfrente de la de su esposa. La camarera abrió con su llave maestra y entramos.

Cuando se disponía a retirarse, Poirot la detuvo preguntándole:

—Un momento: ¿ha visto usted alguna vez entre los efectos personales del señor Opalsen una tarjeta como ésta?

Y le alargó una tarjeta satinada de aspecto poco corriente. La camarera la estuvo contemplando cuidadosamente.

—No, señor. Pero de todas formas, los criados son los que atienden las habitaciones de los caballeros y podrían…

—Ya. Gracias.

Poirot recuperó la tarjeta y entonces la joven se marchó.

—Haga sonar el timbre, se lo ruego, Hastings. Tres veces, para que acuda el criado.

Obedecí devorado por la curiosidad. Entretanto, Poirot había vaciado el cesto de los papeles en el suelo y estaba revisando su contenido.

A los pocos minutos el criado acudió a la llamada. Poirot le hizo la misma pregunta, alargándole la tarjeta, mas la respuesta fue idéntica. El criado no había visto una tarjeta como aquélla entre las cosas del señor Opalsen. Poirot, dándole las gracias, le despidió y el hombre marchóse de mala gana, dirigiendo una mirada inquisitiva al cesto volcado. Es difícil que no oyera el comentario de Poirot.

—Y el collar estaba asegurado por una fuerte suma.

—Poirot —exclamé—. Comprendo.

—Usted no comprende nada, amigo mío —replicó—. ¡Nada en absoluto, como de costumbre! Resulta increíble… pero así es. Regresamos a nuestras habitaciones.

Una vez allí, y ante mi enorme sorpresa, Poirot se cambió rápidamente de ropa.

—Esta noche me voy a Londres —explicó—. Es del todo necesario.

—¿Qué?

—Es absolutamente preciso. El verdadero trabajo (ah, las células grises) está hecho. Voy en busca de la confirmación. ¡Y la encontraré! ¡Es imposible engañar a Hércules Poirot!

—Se está usted poniendo muy pesado —observé bastante molesto por su vanidad.

—No se enfade, se lo ruego, *mon ami*. Cuento con usted para que me haga un favor… en nombre de su amistad.

—Desde luego —dije enseguida, avergonzado de mi mal humor—. ¿De qué se trata?

—De la manga de la americana que acabo de quitarme… ¿querrá cepillarla? Está un poco manchada de polvo blanco. Sin duda me vio usted pasar mi dedo por el cajón del tocador…

—No, no me fijé.

—Debiera observar mis actos, amigo mío. De este modo me ensucié el dedo de polvo, y como estaba un tanto excitado lo limpié en mi manga; una acción mecánica que deploro… pues va en contra de mis principios.

—Pero ¿qué era ese polvo? —pregunté, ya que no me interesaban gran cosa los peculiares principios de Hércules Poirot.

—Desde luego no era el veneno de los Borgia —replicó Poirot guiñándome un ojo—. Ya veo volar su imaginación. Yo diría que era jaboncillo de sastre.

—¿Jaboncillo de sastre?

—Sí, los ebanistas lo utilizan para que los cajones se abran y cierren con suavidad.

Me eché a reír.

—¡Viejo bromista! Yo creí que había descubierto usted algo excitante.

—*Au revoir*, amigo mío. Me pondré a salvo. ¡Volaré!

La puerta se cerró tras él mientras yo, con una sonrisa mitad burlona y mitad afectuosa, cogía la americana y alargaba la mano en busca del cepillo de la ropa.

A la mañana siguiente, como no tuve la menor noticia de Poirot, salí a pasear. Encontré a unos antiguos amigos y comí con ellos en su hotel. Por la tarde realizamos una pequeña excursión en automóvil. Tuvimos un pinchazo y eran ya más de las ocho cuando yo regresaba al hotel «Grand Metropolitan».

Lo primero que vieron mis ojos fue a Poirot, que parecía más diminuto que nunca sentado entre los Opalsen, y al parecer muy satisfecho.

—¡*Mon ami* Hastings! —exclamó poniéndose en pie para saludarme—. Abráceme, amigo mío; todo ha salido a las mil maravillas.

—¿Quiere usted decir…? —comencé.

—¡Es una maravilla! —dijo la señora Opalsen sonriendo todo lo que le permitía su rollizo rostro—. Ed, ¿no te dije que si él no me devolvía las perlas no podría hacerlo nadie?

—Sí, querida, sí. Tenías razón.

Yo miré desorientado a Poirot, que respondió a mi mirada.

—Mi querido amigo Hastings está, como vulgarmente se dice, en el limbo. Siéntese y le contaré toda la trama del asunto, que ha terminado tan felizmente.

—¿Terminado? ¿Quiénes están detenidos?

—¡La camarera y el criado, *parbleu*! ¿Es que no lo sospechaba? ¿Ni siquiera después de mi indirecta acerca del jaboncillo de sastre?

—Usted dijo que lo utilizaban los ebanistas.

—Desde luego que lo utilizan… para que los cajones se deslicen suavemente. Alguien quiso que el cajón se abriera sin producir ruido alguno. ¿Quién podría ser? Sólo la camarera. El plan era tan ingenioso que nadie supo verlo… ni siquiera el ojo experto de Hércules Poirot.

»Y así fue cómo se hizo. El criado estaba esperando en la habitación contigua. La doncella francesa abandona la estancia. Rápida como el rayo, la camarera abre el cajón, saca el joyero y descorriendo el pestillo de la puerta lo entrega al criado. Éste lo abre tranquilamente con el duplicado de la llave que se ha proporcionado, saca el collar y espera. Célestine vuelve a salir de la habitación y… ¡pst…!, el joyero vuelve a ocupar su lugar en el cajón.

»La señora vuelve y descubre el robo. La camarera pide que se la registre y se muestra muy indignada, sin un fallo en su representación. El collar falso que se han procurado ha sido escondido en la cama de la joven francesa aquella mañana por la camarera… ¡un golpe maestro *ça*!

—Pero ¿a qué fue a Londres?

—¿Recuerda la tarjeta?

—Yo creí…

Vacilé delicadamente mirando un momento al señor Opalsen.

Poirot rió de buena gana.

—*Une blague*! En beneficio del criado y de la camarera. La tarjeta estaba especialmente preparada para que su superficie recogiera las huellas digitales. Fui a Scotland Yard y pregunté por nuestro viejo amigo el inspector Japp, a quien expuse los hechos. Como había sospechado, sus huellas resultaron ser las de dos ladrones de joyas muy conocidos a quienes se buscaba desde hacía algún tiempo. Japp vino aquí conmigo y arrestó a los ladrones y se encontró el collar en poder del criado. Una pareja inteligente, pero les falló el *méthode*. ¿No le he dicho por lo menos treinta y seis veces, Hastings, que sin método…?

—¡Por lo menos treinta y seis mil! —le interrumpí—. Pero ¿dónde falló su método?

—*Mon ami*, es un buen plan el colocarse como camarera o criado, pero no hay que descuidar el trabajo. Dejaron una habitación vacía sin limpiar el polvo; y por lo tanto, cuando el hombre puso el joyero sobre la mesita que había cerca de la puerta de comunicación… dejó una huella cuadrada…

—Lo recuerdo —exclamé.

—Antes estaba despistado… ¡Luego… lo supe!

Hubo un momento de silencio.

—Y yo he recuperado mis perlas —dijo la señora Opalsen.

—Bueno —dije yo—. Será mejor que me vaya a cenar.

Poirot me acompañó.

—Esto será un triunfo para usted —observé.

—*Pas du tout* —replicó Poirot tranquilamente—. Japp y el inspector local se repartirán los honores. Pero… —Palpó su bolsillo—. Aquí tengo un cheque del señor Opalsen, y, ¿qué me dice, amigo mío? Este fin de semana no ha salido según nuestros planes. ¿Quiere que repitamos el próximo… a mis expensas?

El rapto del primer ministro

(The Kidnapped Prime Minister).

Hacia el final de la Gran Guerra, Hastings discute en su apartamento con Poirot la noticia del día: nada menos que el intento de asesinato del Primer ministro del Reino Unido, David MacAdam. Pronto son interrumpidos por dos importantes visitantes: lord Estair (presidente de la Cámara de los Comunes) y Bernard Dodge, miembro del gabinete de Guerra. Le solicitan a Poirot su ayuda en un asunto que, presumiblemente, provocará una crisis nacional: el primer ministro ha sido raptado a pocas horas de la celebración de una importante Conferencia Aliada en Versalles, abocada al fracaso sin su presencia, y cuyos detalles acerca de fecha y lugar conocen muy pocas personas. El secuestro ha tenido lugar en Bolonia, donde tras cruzar el Canal desde Dover, el primer ministro se subió a lo que él creía su coche oficial, que se suponía iba a llevarle de camino a la casa del Comandante en Jefe, y de ahí a París al día siguiente. El verdadero coche oficial es encontrado en una cuneta con su conductor y un ayudante de campo atados y amordazados; mientras lord Estair y Bernard Dodge le exponen a Poirot los hechos, les llega la noticia de que el coche falso también ha sido encontrado, con el Capitán Daniels, secretario del primer ministro, cloroformado y amordazado dentro. Murphy, chófer del primer ministro aún se encuentra en paradero desconocido. Poirot quiere saber todos los detalles del tiroteo que intentó acabar con la vida del primer ministro y al que nadie parece relacionar con el rapto, y le cuentan que éste tuvo lugar al regreso del Castillo Windsor cuando, acompañado una vez más de Daniels y Murphy, el coche se desvió por un camino lateral y fue rodeado de hombres enmascarados. El asunto es grave y el tiempo apremia, por lo que Poirot y Hastings se ponen en marcha para tratar de lograr que la presencia del primer ministro en la Conferencia Aliada de Versalles sea posible; y, como no podía ser de otra manera, concluyen su empresa con éxito.

Ahora que la guerra y sus problemas son cosas del pasado creo poder aventurarme a revelar al mundo la parte que mi amigo Poirot representó en un momento de crisis nacional. El secreto había sido bien guardado. Ni el menor rumor llegó a la prensa. Ahora que la necesidad de mantenerlo secreto ha desaparecido, creo que es de justicia que Inglaterra conozca la deuda que tienen con mi pequeño amigo, cuyo cerebro maravilloso tan hábilmente supo evitar una gran catástrofe.

Una noche después de cenar… no precisaré la fecha, basta decir que era durante la época en que el grito de los enemigos de Inglaterra era: «Paz por negociaciones…», mi amigo y yo nos encontrábamos sentados en una de las habitaciones de su residencia. Después de haber quedado inválido en el Ejército, me dieron un empleo en la oficina de Reclutamiento y había adquirido la costumbre de ir

por las noches a ver a Poirot para discutir con él los casos de interés que él tuviera entre manos.

Tenía intención de comentar la noticia del día… nada menos que el atentado contra David MacAdam, Primer Ministro de Inglaterra. Los periódicos habían sido censurados cuidadosamente. No se conocían detalles, salvo que el Primer Ministro había escapado de milagro y que la bala había rozado apenas su mejilla.

Yo consideraba que nuestra policía debe haberse descuidado vergonzosamente para que semejante atentado se hubiese producido. Comprendía que los agentes alemanes en Inglaterra estaban dispuestos a arriesgar mucho. «MacAdam el Luchador», como le apodaba su propio partido, había combatido con todas sus fuerzas la influencia pacifista que se iba haciendo tan manifiesta.

Era más que Primer Ministro de Inglaterra… él era Inglaterra; y el haberle inutilizado hubiera constituido un golpe terrible para la Gran Bretaña.

Poirot se hallaba muy atareado limpiando un traje gris con una esponja diminuta. Nunca ha existido un hombre pulcro como Hércules Poirot. Su pasión era el orden y la limpieza. Ahora, con el olor a bencina impregnando el aire, era incapaz de prestarme toda su atención.

—Dentro de un momento hablaremos, amigo mío. Estoy casi terminando. ¡Esa mancha de grasa… era muy fea… y había que quitarla… así! —Blandió la esponja.

Sonriendo encendí un cigarrillo.

—Estoy ayudando a una… ¿cómo la llaman ustedes…?, «ama de casa» a buscar a su esposo. Un asunto difícil que requiere mucho tacto. Porque tengo la ligera impresión de que cuando le encontremos no va a hacerle mucha gracia. ¿Qué quiere usted? A mí me inspira simpatía. Ha sido muy listo al perderse.

Me reí.

—¡Al fin! ¡La mancha ha desaparecido! Estoy a su disposición.

—Le preguntaba qué opinaba usted del atentado contra MacAdam.

—*Enfantillage*! —replicó Poirot en el acto—. Uno apenas puede tomarlo en serio. El disparar con rifle… nunca da buen resultado. Es un arma del pasado.

—Pues esta vez estuvo a punto de darle —le recordé.

Poirot iba a replicarme cuando la patrona, asomando la cabeza por la puerta, le informó de que abajo había dos caballeros que deseaban verle.

—No han querido darme sus nombres, señor, pero dicen que es muy importante.

—Hágales subir —dijo Poirot, doblando cuidadosamente sus pantalones limpios.

A los pocos minutos los dos visitantes eran introducidos en la habitación, y el corazón me dio un vuelco al reconocer en uno de ellos nada menos que a lord Estair, el lord Mayor de la Cámara de los Comunes; en tanto que su compañero, Bernard Dodge, era miembro del Departamento de Guerra, y como yo sabía amigo íntimo del Primer Ministro.

—¿*Monsieur* Poirot? —dijo lord Estair interrogadoramente. Mi amigo se inclinó, y el gran hombre, dirigiéndome una mirada, pareció vacilar—. El asunto que me trae

aquí es reservadamente particular.

—Puede usted hablar libremente en presencia del capitán Hastings —dijo mi amigo haciéndome seña de que me quedara—. ¡No posee todas las cualidades, no! Pero respondo de su discreción.

Lord Estair seguía dudando, mas el señor Dodge intervino bruscamente:

—¡Vamos… no nos andemos por las ramas! Toda Inglaterra conocerá a no tardar el apuro en que nos encontramos. El tiempo lo es todo.

—Siéntese, por favor, *monsieur* —dijo Poirot amablemente—. En esa butaca, milord.

Lord Estair se sobresaltó ligeramente.

—¿Me conoce usted? —preguntó.

—Desde luego —Poirot sonrió—. Leo los periódicos y a menudo aparece su fotografía. ¿Cómo no iba a conocerle?

—*Monsieur* Poirot, he venido a consultarle un asunto de la mayor urgencia. Debo pedirle que guarde la más absoluta reserva.

—¡Tiene usted la palabra de Hércules Poirot… no puedo darle más! —dijo mi amigo.

—Se trata del Primer Ministro. Estamos en un grave apuro. ¡Pendientes de un hilo!

—Entonces, ¿el mal ha sido grave? —pregunté.

—¿Qué mal?

—La herida.

—¡Oh, eso! —exclamó el señor Dodge en tono de menosprecio—. Eso es una vieja historia.

—Como dice mi colega —continuó lord Estair—, ese asunto está terminado y olvidado. Afortunadamente, fracasó. Ojalá pudiera decir lo mismo del segundo atentado.

—¿Ha habido, pues, un segundo atentado?

—Sí, aunque no de la misma naturaleza. El Primer Ministro ha desaparecido.

—¿Qué?

—¡Ha sido secuestrado!

—¡Imposible! —exclamé estupefacto.

Poirot me dirigió una mirada aplastante, invitándome a mantener la boca cerrada.

—Desgraciadamente, por imposible que pueda parecerle, es bien cierto —prosiguió Dodge.

Poirot miró al señor Dodge.

—Usted acaba de expresar que el tiempo lo era todo, *monsieur*, ¿qué quiso usted decir con ello?

Los dos hombres intercambiaron una mirada, y luego lord Estair dijo:

—¿Ha oído hablar, *monsieur* Poirot, de la próxima Conferencia de los Aliados?

Mi amigo asintió.

—Por razones evidentes, no se han dado detalles de dónde iba a celebrarse. Pero aunque ha podido ocultarse a la Prensa, desde luego la fecha se conoce en los círculos diplomáticos. La Conferencia debe celebrarse mañana… jueves… por la noche, en Versalles. ¿Comprende usted ahora la terrible gravedad de la situación? No debo ocultarle que la presencia del Primer Ministro en esa Conferencia es de vital importancia. La propaganda pacifista, comenzada y mantenida por los agentes alemanes, ha sido muy activa. Es opinión universal que el punto culminante en la Conferencia será la fuerte personalidad del Primer Ministro. Su ausencia podría tener serias consecuencias… posiblemente una paz prematura y desastrosa. Y no tenemos a nadie a quien enviar en su lugar. Él sólo puede representar a Inglaterra.

El rostro de Poirot se había puesto grave.

—¿Entonces ustedes consideran el secuestro del Primer Ministro como un atentado para impedir que asista a la Conferencia?

—Desde luego. En realidad estaba ya camino de Francia.

—¿Y la Conferencia ha de celebrarse…?

—Mañana, a las nueve de la noche.

Poirot extrajo de su bolsillo un enorme reloj.

—Ahora son las nueve menos cuarto.

—Dentro de veinticuatro horas —dijo el señor Dodge, pensativo.

—Y quince minutos —corrigió Poirot—. No olvide esos quince minutos, *monsieur*… pueden ser muy útiles. Ahora pasemos a los detalles… del secuestro… ¿Tuvo lugar en Inglaterra o en Francia?

—En Francia. El señor MacAdam cruzó la frontera francesa esta mañana. Esta noche debía ser huésped del Comandante en Jefe, y mañana continuar hasta París. Cruzó el Canal en un destructor. En Boulogne le esperaba un automóvil de la Comandancia y otro del ayudante de Campo del Comandante en Jefe.

—*Eh bien?*

—Pues salieron de Boulogne… pero no llegaron a su destino.

—¿Qué?

—*Monsieur* Poirot, era un automóvil falso y un falso A. D. E. El coche auténtico fue encontrado en una carretera de segundo orden con el chófer y ayudante seriamente heridos.

—¿Y el automóvil falso?

—Aún no ha sido encontrado.

Poirot durante unos instantes guardó silencio e hizo un gesto de impaciencia.

—¡Increíble! Seguramente no podrá escapar por mucho tiempo.

—Eso pensamos. Parecía sólo cuestión de buscar a conciencia. Esa parte de Francia está bajo la ley marcial, y estábamos convencidos de que el coche no podría pasar mucho tiempo inadvertido. La policía francesa y nuestros hombres de Scotland Yard y los militares han pulsado todos los resortes. Es increíble, como usted dice… pero aún no ha sido descubierto.

En aquel momento llamaron a la puerta, y un joven oficial entró para entregar a lord Estair un sobre sellado.

—Acaba de llegar de Francia, señor. Lo he traído directamente aquí, como usted ordenó.

El ministro lo abrió con ansiedad y musitó una exclamación. El oficial se retiró.

—¡Al fin tenemos noticias! Han encontrado el otro automóvil y también al secretario Daniels, cloroformizado, amordazado y herido, en una granja abandonada cerca de C… no recuerda nada, excepto que le aplicaron algo en la boca y nariz y que luchó por libertarse… La policía considera veraz su declaración.

—¿Y no han encontrado nada más?

—No.

—¿Ni el cadáver del Primer Ministro? Entonces, hay una esperanza. Pero es extraño. Porque, después de tratar de asesinarle esta mañana, ¿van ahora a tomarse la molestia de conservarle vivo?

Dodge meneó la cabeza.

—Una cosa es segura. Están decididos a impedir a toda costa que asista a la Conferencia.

—Si es humanamente posible, el Primer Ministro estará allí. Dios quiera que no sea demasiado tarde. Ahora, *messieurs* cuéntenmelo todo… desde el principio. Debo conocer también minuciosamente lo referente al primer atentado.

—Ayer noche, el Primer Ministro, acompañado de su secretario, el capitán Daniels…

—¿El mismo que le acompañó a Francia?

—Sí. Como iba diciendo, fueron a Windsor en automóvil, donde el Primer Ministro tenía una audiencia. Esta mañana regresó a la ciudad, y durante el trayecto tuvo lugar el atentado.

—Un momento, por favor. ¿Quién es el capitán Daniels?

Lord Estair sonrió.

—Pensé que me lo preguntaría. No sabemos gran cosa de él. Ha servido en el ejército inglés y es un secretario muy capaz, y un políglota excepcional. Creo que habla siete idiomas. Por esta razón el Primer Ministro le eligió para que le acompañase a Francia.

—¿Tiene parientes en Inglaterra?

—Dos tías. Una tal señora Everhard, que vive en Hampstead, y la señora Daniels, que vive cerca de Ascot.

—¿Ascot? Eso está cerca de Windsor, ¿no?

—Ese lugar ya ha sido registrado infructuosamente.

—¿Usted considera al capitán Daniels fuera de toda sospecha?

Un ligero matiz de amargura empañó la voz de lord Estair al replicar:

—No, *monsieur* Poirot. En estos días me guardaré bien de considerar a nadie por encima de toda sospecha.

—*Très bien*. Ahora, milord, doy por supuesto que el Primer Ministro se hallaba bajo la protección de la Policía, para que todo intento de asalto resultara imposible.

Lord Estair inclinó la cabeza.

—Eso es. El automóvil del Primer Ministro iba seguido de cerca por otro en el que viajaban varios detectives vestidos de paisano. El señor MacAdam desconocía estas precauciones. Es un hombre que no teme a nada y se hubiera sentido impulsado a despedirlos sin contemplaciones. Pero, naturalmente, la policía hizo sus arreglos. La verdad es que el chófer del *Premier*, O'Murphy, es un hombre de la C. I. D[2].

—¿O'Murphy? Ese nombre es irlandés, ¿no?

—Sí, es irlandés.

—¿De qué parte de Irlanda?

—Creo que de Country Lane.

—*Tiens*! Pero continúe, milord.

—El *Premier* salió para Londres en un automóvil cerrado. Le acompañaba el capitán Daniels. El otro coche le seguía como de costumbre, pero desgraciadamente, y por alguna razón desconocida, el automóvil del Primer Ministro se desvió de la carretera.

—¿Es un punto donde la carretera forma una gran curva? —le interrumpió Poirot.

—Sí… pero ¿cómo lo sabe?

—¡Oh, *c'est evident*! ¡Continúe!

—Por alguna razón desconocida —prosiguió lord Estair—, el coche del Primer Ministro dejó la carretera principal, y el de la policía, sin percatarse de su desviación, continuó su camino. A poca distancia, en un lugar poco frecuentado, el automóvil del Primer Ministro fue detenido de pronto por una banda de enmascarados. El chófer…

—¡El valiente O'Murphy! —murmuró Poirot pensativo.

—El chófer, sorprendido, detuvo el coche. El Primer Ministro asomó la cabeza por la ventanilla e inmediatamente sonó un disparo y luego otro. El primero le rozó la mejilla. El segundo, afortunadamente, no le alcanzó. El chófer, comprendiendo el peligro, continuó la marcha al instante dispersando a la banda a toda velocidad.

—Escapó de milagro —musité estremeciéndome.

—El señor MacAdam rehusó que se mencionara la ligera herida sufrida en la mejilla, declarando que sólo era un rasguño. Se detuvo en un hospital local donde le curaron y desde luego… sin revelar su identidad. Entonces continuaron hasta la estación de Charing Cross, donde le esperaba un tren especial para dirigirse a Dover, y tras referir brevemente lo ocurrido a la policía, el capitán Daniels salió con él para Francia. En Dover, subieron a bordo del destructor que les aguardaba. En Boulogne, como ya sabe usted, el automóvil falso le esperaba con la Unión Jack[3] y sin que le faltase el menor detalle.

—¿Es todo lo que puede decirme?

—Sí.

—¿No existen otras circunstancias que haya omitido, milord?

—Pues sí; hay algo bastante peculiar.

—Explíquese, por favor.

—El automóvil del Primer Ministro no regresó a la casa de éste después de dejarle en Charing Cross. La policía estaba deseosa de interrogar a O'Murphy, de modo que empezaron a buscarle inmediatamente. El coche fue encontrado ante cierto restaurante del Soho, que es conocido como lugar de reunión de los fichados como agentes alemanes.

—¿Y el chófer?

—No han podido hallarlo. También ha desaparecido.

—De modo —dijo Poirot pensativo—, que ha habido dos desapariciones: la del Primer Ministro de Francia, y la de O'Murphy en Londres.

Miró de hito en hito a lord Estair, que hizo un gesto de desaliento.

—Sólo puedo decirle, *monsieur* Poirot, que si ayer alguien me hubiera insinuado que O'Murphy era un traidor me hubiera reído en sus propias narices.

—¿Y hoy?

—Hoy no sé qué pensar.

Poirot asintió gravemente, volviendo a mirar su enorme reloj.

—Entiendo que se me da *carte blanche, messieurs*… en todos los sentidos. Tengo que poder ir donde quiera y como quiera.

—Perfectamente. Hay un tren especial que saldrá de Dover dentro de una hora, con un nuevo contingente de Scotland Yard. Irá usted acompañado de un oficial militar y un hombre de la C. I. D. que se pondrán por entero a su disposición. ¿Le parece bien?

—Muy bien. Una pregunta más antes de que se marchen, *messieurs*. ¿Qué les hizo acudir a mí? No soy conocido en Londres.

—Le buscamos por expresa recomendación y deseo de un gran hombre de su país.

—*Comment?* ¿Mi viejo amigo el *Préfet*…?

Lord Estair meneó la cabeza.

—Uno que está por encima del *Préfet*. ¡Uno cuya palabra fue una vez ley en Bélgica… y volverá a serlo! ¡Eso lo ha jurado Inglaterra!

Poirot alzó la mano con un saludo dramático.

—¡Así es! Ah, veo que no me ha olvidado… *Messieurs*, yo, Hércules Poirot, les serviré fielmente. Pido al cielo que estemos todavía a tiempo. Pero está oscuro… muy oscuro… No veo nada.

—Bueno, Poirot —exclamé con impaciencia cuando la puerta se hubo cerrado tras los dos ministros—, ¿qué opina usted?

Mi amigo estaba muy atareado preparando un maletín, con movimientos rápidos y precisos.

—No sé qué pensar. Mi cerebro me está fallando.

—¿Para qué raptarle, como usted ha dicho, cuando le bastaba con darle un buen golpe en la cabeza?

—Perdóneme, *mon ami*, pero no he dicho eso precisamente. A ellos quizá les convenga mucho secuestrarle.

—Pero ¿por qué?

—Porque la incertidumbre crea el pánico. Ésa es una de las razones. La muerte del Primer Ministro sería una calamidad terrible, pero habría que hacer frente a la situación. En cambio, ahora estamos paralizados. ¿Aparecerá o no el Primer Ministro? ¿Está vivo o muerto? Nadie lo sabe, y hasta que no se averigüe no podrá hacerse nada definitivo. Y, como le digo, la incertidumbre crea el pánico, que es lo que buscan los *Boches*[4]. Y si sus raptores le han escondido en algún sitio, tienen la ventaja de poder negociar con ambas partes. El Gobierno alemán no es muy liberal pagando, por lo general, pero sin duda estará dispuesto a desembolsar buenas cantidades en un caso como éste. Y en tercer lugar, no corren el riesgo de la soga del verdugo. O, decididamente, les interesa más secuestrarle.

—Entonces, si es así, ¿por qué primero intentaron matarle?

—¡Ah, eso es precisamente lo que no entiendo! ¡Es inexplicable… estúpido! Tienen todo preparado (¡y muy bien por cierto!) para el secuestro, y sin embargo, ponen en peligro el asunto con un ataque melodramático, digno de una película. Casi resulta imposible creerlo… ¡una banda de hombres enmascarados a menos de veinte millas de Londres!

—Tal vez fuesen dos atentados completamente distintos —sugerí.

—¡Ah, no es posible tanta coincidencia! En ese caso… ¿quién es el traidor? Tiene que haberlo… en el primer atentado. Pero quién fue… ¿Daniels? ¿O’Murphy? Tuvo que ser uno de los dos, o si no, ¿por qué iba el automóvil a abandonar la carretera principal? ¡No vamos a suponer que el Primer Ministro preparase su propio asesinato! ¿O’Murphy tomó la desviación por iniciativa propia o fue Daniels quien le dio la orden?

—Seguramente sería cosa de O’Murphy.

—Sí, porque de haberlo hecho Daniels, el Primer Ministro lo hubiese oído, y hubiese preguntado la razón. Pero hay demasiados «por qués» en este asunto, y se contradicen unos a otros. Si O’Murphy es un hombre íntegro, *¿por qué volvió* a poner el coche en marcha cuando sólo habían sonado dos disparos, salvando la vida del Primer Ministro? Y también, si era honrado, *¿por qué*, inmediatamente después de abandonar Charing Cross se dirige a un centro de reunión de espías alemanes de todos conocido?

—Eso tiene mal aspecto —dije yo.

—Repasemos el caso con método. ¿Qué tenemos en pro y en contra de esos dos hombres? Consideremos primero a O’Murphy. Contra: que su conducta al abandonar la carretera principal fue sospechosa; que es irlandés oriundo de Country Lane; y que ha desaparecido de forma altamente sugestiva. A su favor: su rapidez en volver a

poner en marcha el automóvil salvó la vida del Primer Ministro, que es un hombre de Scotland Yard y evidentemente por el cargo alcanzado un detective de toda confianza. Ahora pasemos a Daniels. No tenemos gran cosa contra él excepto el hecho de que nada se sabe de sus antecedentes, y que habla demasiados idiomas para ser un buen inglés. (Perdóneme, *mon ami*, pero ustedes son un desastre para los idiomas). Ahora bien, *a su favor* tenemos el que haya sido encontrado amordazado, herido y cloroformizado… con lo cual parece que nada tenía que ver con este asunto.

Poirot sacudió la cabeza.

—Pudo hacerlo para alejar sospechas.

—La policía francesa no cometería una equivocación de esta clase. Además, una vez conseguido su objetivo, y estando a salvo el Primer Ministro, no tenía por qué quedarse atrás. Claro que sus cómplices *pudieron* amordazarle, pero no veo qué iban a conseguir con ello. Ahora va a servirles de muy poco, pues hasta que se hayan aclarado las circunstancias relativas a la desaparición del Primer Ministro, le vigilarán muy estrechamente.

—Tal vez esperase poner a la policía sobre una pista falsa…

—¿Entonces por qué no lo hizo? Se limita a decir que le aplicaron algo en la boca y nariz, y que no recuerda nada más. Ahí no hay ninguna pista falsa. Parece inverosímil.

—Bien —dije mirando el reloj—. Creo que será mejor que vayamos a la estación. Es posible que en Francia encuentre usted más pistas.

—Posiblemente, *mon ami*, pero lo dudo. Me parece increíble que el Primer Ministro no haya sido encontrado en esta área tan limitada, donde debe ser dificilísimo esconderle. Si los militares y la policía de dos países no le han encontrado, ¿cómo voy a encontrarle yo?

En Charing Cross fuimos recibidos por el señor Dodge.

—Éste es el detective Barnes, de Scotland Yard, y el mayor Norman. Están enteramente a su disposición. Es un mal asunto, pero no he perdido todas las esperanzas. Ahora debo marcharme —y dicho esto, el ministro se despidió de nosotros.

Charlamos de nimiedades con el mayor Norman. En el centro de un grupo de hombres que estaban en el andén reconocí a un individuo menudo, de rostro de hurón, que hablaba con un hombre rubio y alto. Era un antiguo conocido de Poirot… el detective-inspector Japp, uno de los mejores oficiales de Scotland Yard. Se acercó a saludar a mi amigo alegremente.

—Me he enterado de que usted también interviene en este asunto. Hasta ahora no hemos podido dar con ellos, pero no creo que consigan tenerle escondido mucho tiempo. Nuestros hombres están pasando toda Francia por su tamiz. Y lo mismo hacen los franceses. Tengo la impresión de que sólo es cuestión de unas horas.

—Es decir… si todavía vive —observó el detective alto, en tono lúgubre.

El rostro de Japp se ensombreció.

—Sí… pero no sé por qué tengo el presentimiento de que está vivo.

Poirot asintió.

—Sí, sí; está vivo. ¿Pero lo encontraremos a tiempo? Yo, al igual que usted, no puedo creer que continúe escondido por mucho tiempo. Eso lo veo claro.

Sonó el silbato de la locomotora, y todos subimos al coche «Pullman». Y con una sacudida, el tren arrancó.

Fue un viaje curioso. Los hombres de Scotland Yard se reunieron ante un mapa del norte de Francia y fueron trazando ansiosamente las líneas de las carreteras y pueblecitos. Cada uno tenía su teoría. Poirot no demostró su habitual locuacidad y permaneció sentado mirando al vacío con una expresión que me recordaba la de un niño intrigado. Yo charlaba con Norman, a quien encontraba muy divertido. Al llegar a Dover, el comportamiento de Poirot me causó un inmenso regocijo. El hombrecillo, en cuanto embarcamos, se asió desesperadamente de mi brazo. El viento soplaba con gran fuerza.

—*Mon Dieu!* —murmuró—. ¡Esto es terrible!

—Valor, Poirot —exclamé—. Tendrá éxito. Usted le encontrará. Estoy seguro.

—Ah, *mon ami*, usted no comprende mi emoción. ¡Es este mar traidor lo que me preocupa! ¡El *mal de mer*… es un sufrimiento terrible!

—¡Oh! —dije bastante sorprendido.

Se oyó el ruido de las máquinas y Poirot cerró los ojos lanzando un gemido.

—El mayor Norman tiene un mapa del norte de Francia, ¿no le gustaría estudiarlo?

Poirot meneó la cabeza con impaciencia.

—¡No, no! Déjeme, amigo mío. Para pensar, el estómago y el cerebro deben estar en buena armonía. Laverguier tenía un método excelente para evitar el *mal de mer*. Respirar lentamente… así, volviendo la cabeza de izquierda a derecha suavemente y contando seis entre cada respiración.

Le dejé entregado a sus ejercicios respiratorios y subí a cubierta.

Cuando entrábamos lentamente en el puerto de Boulogne reapareció Poirot, pulcro y sonriente, anunciándome que el sistema de Laverguier había tenido un éxito «de maravilla».

El índice de Japp seguía trazando rutas imaginarias sobre el mapa.

—¡Tonterías! El automóvil salió de Boulogne… de aquí. Ahora bien, mi idea es que trasladaron al Primer Ministro a otro coche. ¿Comprenden ustedes?

—Bien —dijo el detective alto—. Yo registraré los puertos de mar. Apuesto diez contra uno a que lo han llevado a bordo de un barco.

Japp meneó la cabeza.

—Demasiado evidente. Se dio orden enseguida de que cerrasen todos los puertos.

Estaba amaneciendo cuando desembarcamos. El mayor Norman avisó a Poirot.

—Hay un coche militar esperándole, señor.

—Gracias, *monsieur*, pero, de momento, no tengo intención de salir de Boulogne.

—¿Qué?

—No, nos quedamos en este hotel de aquí, junto al muelle.

Los tres le seguimos, intrigados y sin comprender nada.

—Una vez alojados, nos dirigió una larga mirada.

—No es así como debiera actuar un buen detective, ¿eh? Adivino lo que están pensando. Debiera estar lleno de energías y correr de un lado a otro… arrodillarse sobre la carretera polvorienta y examinar las huellas de los neumáticos con su lupa… y recoger una colilla… o una cerilla… Ésa es su idea, ¿no?

Sus ojos nos miraron retadores.

—Pero yo… Hércules Poirot, les digo que sé perfectamente lo que hago. ¡Las pistas verdaderas están… aquí! —Se golpeó la frente—. No necesito haber salido de Londres. Me hubiera bastado quedarme sentado tranquilamente en mi despacho. Lo importante son las celulillas grises. Secreta y silenciosamente realizan su tarea, hasta que de pronto yo pido un mapa, y apoyo mi índice sobre un punto… así… y digo: ¡el Primer Ministro está ahí! Esta apresurada venida a Francia fue un error. Pero ahora, aunque puede que sea demasiado tarde, empezaré a trabajar como es debido, desde dentro. Silencio, amigos míos, se lo ruego.

Y por espacio de cinco largas horas, el hombrecillo permaneció sentado, parpadeando como un gato, mientras sus ojos verdes iban adquiriendo una tonalidad cada vez más intensa. Era evidente que el hombre de Scotland Yard le miraba con desprecio, que el mayor Norman estaba impaciente, y a mí me parecía que el tiempo transcurría con una lentitud insoportable.

Finalmente, me puse en pie y anduve sin hacer ruido, hasta la ventana. Aquel asunto se estaba convirtiendo en una farsa. Y empecé a preocuparme por mi amigo. Si había de fracasar, hubiese preferido que fuera de una manera menos ridícula. Desde la ventana contemplé el vaporcito correo, que lanzaba columnas de humo mientras se deslizaba junto al muelle.

De pronto me sobresaltó la voz inconfundible de mi amigo Poirot.

—*Mes amis!* ¡Empecemos ya!

Me volví. En mi amigo se había verificado una gran transformación. Sus ojos brillaban excitados y su pecho estaba hinchado hasta el máximo.

—¡He sido un imbécil, amigos míos! Pero al fin he visto la luz del día.

El mayor Norman se apresuró a correr hacia la puerta.

—Pediré el coche.

—No hay necesidad. No voy a utilizarlo. Gracias a Dios que ha cesado el viento.

—¿Quiere decir que irá andando, señor?

—No, mi joven amigo. No soy San Pedro. Prefiero cruzar el mar en barco.

—¿Cruzar el mar?

—Sí. Para trabajar con método hay que comenzar por el principio. Y el principio de este asunto tuvo lugar en Inglaterra. Por lo tanto, regresemos a Inglaterra rápidamente.

A las tres estábamos de nuevo en el andén de la estación de Charing Cross. A todas nuestras protestas, Poirot contestaba una y otra vez que el empezar por el principio no era perder el tiempo, sino el único camino a seguir. Durante el viaje de regreso, había conferenciado con Norman en voz baja, y este último despachó un montón de telegramas desde Dover.

Debido a los pases especiales que llevaba Norman, llegamos a todas partes en un tiempo récord. En Londres nos esperaba un gran coche de la policía con algunos agentes de paisano, uno de los cuales entregó una hoja de papel escrita a máquina a mi amigo, que contestó a mi mirada interrogadora:

—Es una lista de los hospitales de los pueblecitos situados en cierto radio del oeste de Londres. La pedí desde Dover.

Atravesamos rápidamente las calles de Londres, seguimos la carretera de Bath y continuamos por Hammersmith Chihroick y Bentford. Comencé a vislumbrar nuestro objetivo. Pasamos Windsor y nos dirigimos hacia Ascot. El corazón me dio un vuelco. En Ascot vivía una tía de Daniels. Íbamos en su busca y no tras O'Murphy.

Nos detuvimos ante la verja de una villa muy bonita. Poirot se apeó, yendo a pulsar el timbre. Perplejo observé que un ligero ceño ensombrecía su expresión radiante. Era evidente que no estaba satisfecho. Abrieron la puerta, penetró en la casa y a los pocos minutos reapareció, subiendo al coche y haciendo al chófer una señal con la cabeza.

Nuestro viaje de regreso a Londres fue bastante accidentado. Nos desviamos varias veces de la carretera principal, y de vez en cuando nos deteníamos ante pequeños edificios, que fácilmente se adivinaba eran hospitales locales. Poirot sólo pasaba en ellos unos pocos minutos, pero a cada parada iba recuperando su radiante seguridad.

Susurró unas palabras a Norman, a las que éste replicó:

—Sí, si tuerce a la izquierda los encontrará esperando junto al puente.

Enfilamos una carretera secundaria y a la escasa luz del crepúsculo descubrí un automóvil que aguardaba junto a la cuneta, ocupado por dos hombres vestidos de paisano. Poirot se apeó para hablar con ellos, y luego tomamos la dirección norte, seguidos muy de cerca por el otro automóvil.

Continuamos avanzando; por lo visto nuestro objetivo era uno de los suburbios del norte de Londres. Al fin hicimos alto ante la puerta de una casa algo apartada de la carretera.

Norman y yo nos quedamos en el automóvil y Poirot, con uno de los detectives, fue hasta la casa y llamó. Le abrió la puerta una doncella, y el detective le dijo:

—Soy policía y tengo orden de registrar esta casa.

La muchacha lanzó un grito y una mujer alta y hermosa apareció tras ella en el recibidor.

—Cierra la puerta inmediatamente, Edith. Deben de ser ladrones.

Mas Poirot apresuróse a introducir el pie entre la hoja de la puerta y el marco al tiempo que lanzaba un silbido.

Norman y yo pasamos cinco minutos maldiciendo nuestra forzada inactividad. Al fin la puerta volvió a abrirse, y nuestros hombres salieron escoltando a tres personas… una mujer y dos hombres. La mujer y uno de los hombres fueron llevados enseguida al otro automóvil.

—Amigo mío —dijo Poirot haciendo subir a nuestro coche al otro detenido—, cuida muy bien a este caballero. Le conoce ya, ¿no? *Eh bien*, permítame que le presente a *monsieur* O'Murphy.

¡O'Murphy! Le contemplé boquiabierto mientras el coche volvía a reemprender la marcha. No iba esposado, pero no imaginé que tratara de escapar, sería imposible.

Ante mi sorpresa, seguimos en dirección norte. ¡No regresábamos, pues, a Londres! De pronto, cuando el automóvil aminoró la marcha, vi que nos encontrábamos cerca del aeródromo Hendon. E inmediatamente comprendí la idea de Poirot. Se proponía ir a Francia en avión.

Era buena la idea. Pero, al parecer, impracticable. Un telegrama hubiera sido mucho más rápido. El tiempo lo era todo.

Al detenernos se apeó el mayor Norman y su puesto fue ocupado por un hombre vestido de paisano. Estuvo conferenciando con Poirot por espacio de unos minutos, y luego partió a toda prisa.

Yo también me apeé del automóvil y agarré a Poirot por un brazo.

—¡Le felicito! ¿Le han dicho dónde lo tienen escondido? Pero, escuche, debe telegrafiar a Francia enseguida. Si va usted personalmente será demasiado tarde.

Poirot me contempló con curiosidad por espacio de un minuto.

—Por desgracia, amigo mío, hay algunas cosas que no puede resolverlas un telegrama.

En aquel momento regresaba el mayor Norman acompañado de un joven oficial con el uniforme del Cuerpo de Aviación.

—Éste es el capitán Lyall, quien le llevará a Francia. Puede partir enseguida.

—Abríguese bien, señor —dijo el joven piloto—. Puedo prestarle un abrigo si quiere.

Poirot estaba consultando un enorme reloj mientras murmuraba para sí:

—Sí, hay tiempo… el tiempo preciso. —Luego, alzando los ojos, se inclinó cortésmente ante el oficial—. Gracias, *monsieur*. Pero no soy su pasajero, sino ese caballero que está ahí.

Al hablar se hizo a un lado y de la oscuridad salió una figura…; el otro detenido que había ido en el otro coche y cuando contemplé su rostro lancé una exclamación de sorpresa.

—¡*Era el Primer Ministro!*

—Por amor de Dios, ¡cuéntemelo todo! —exclamé impaciente, cuando Poirot, Norman y yo regresamos a Londres—. ¿Cómo diablos se las arreglaron para volverle a Inglaterra?

—No hubo necesidad de ello —replicó Poirot secamente—. El Primer Ministro nunca abandonó Inglaterra. Le secuestraron cuando regresaba a Londres desde Windsor.

—*¿Qué…?*

—Lo explicaré. El Primer Ministro se hallaba en su automóvil, y junto a él su secretario. De pronto le acercaron al rostro un trozo de algodón empapado en cloroformo.

—Pero ¿quién?

—El inteligente políglota capitán Daniels. Tan pronto como el Primer Ministro quedó inconsciente, Daniels, cogiendo el tubo acústico, ordenó a O'Murphy que torciese a la derecha, cosa que éste hizo sin sospechar nada. Unos metros más allá aguardaba un coche que al parecer ha sufrido una avería. El conductor hace señas a O'Murphy para que se detenga. O'Murphy aminora la marcha y el desconocido se aproxima. Daniels se asoma por la ventana y probablemente con la ayuda de un anestésico fulminante, tal como cloruro de etilo, repiten el truco del cloroformo. A los pocos segundos los dos hombres indefensos son trasladados a otro automóvil y un par de sustitutos ocupan su puesto.

—¡Imposible!

—*Pas de tout!* ¿No ha visto usted las imitaciones de celebridades que se realizan en los *music-hall* con maravillosa fidelidad? Nada más fácil que personificar a un personaje público. El Primer Ministro de Inglaterra es más fácil de imitar que un tal señor John Smith de Clapaham, pongo por ejemplo. Y en cuanto al «doble» de O'Murphy, nadie iba a reparar mucho en él hasta después de la partida del Primer Ministro, y entonces ya habrían procurado no dejarse ver. Y directamente desde Charing-Cross se dirige al lugar de reunión de sus amigos. Penetra en él como O'Murphy, pero sale completamente distinto. O'Murphy ha desaparecido, dejando tras sí una estela de sospechas muy conveniente.

—¡Pero el hombre que representaba al Primer Ministro fue visto por todo el mundo!

—No fue visto por nadie que le conociera íntimamente. Y Daniels procuró que tuviera el menor contacto posible con todo el mundo. Además, llevaba el rostro vendado, y cualquier anomalía en sus ademanes se hubiera atribuido al *shock* producido por el reciente atentado contra su vida. El señor MacAdam tiene la garganta muy sensible y antes de pronunciar un discurso procuraba hablar lo menos posible. Allí hubiera sido prácticamente imposible… de modo que el Primer Ministro desaparece. La policía de este país se apresura a cruzar el Canal y nadie se preocupa

por conocer los detalles del primer atentado. Y para mantener la ilusión de que el secuestro ha tenido lugar en Francia, Daniels es amordazado y cloroformizado a un tiempo de manera convincente.

—¿Y el hombre que ha representado el papel de Primer Ministro?

—Se libra de su disfraz. Él y el falso chófer pueden ser detenidos como sospechosos, pero nadie puede soñar siquiera el verdadero papel que han representado en el drama, y habrán de libertarlos por falta de pruebas.

—¿Y el verdadero Primer Ministro?

—Él y O'Murphy fueron conducidos directamente a la casa de la «señora Everhard», en Hampstead, la supuesta tía de Daniels. En realidad, es *frau* Bertha Ebenthal, a la que la policía andaba buscando desde hacía tiempo. Es un valioso regalo que tengo que hacerles… para no mencionar a Daniels. ¡Ah, fue un plan muy inteligente, pero no contaron con la clarividencia de Hércules Poirot!

Creo que mi amigo podía haberse ahorrado aquella expansión de vanidad.

—¿Cuándo empezó a sospechar la verdad sobre la cuestión?

—Cuando empecé a trabajar como es debido… desde *dentro*. ¡No podía comprender qué relación tenía el primer atentado… pero cuando vi el resultado fue que el *Primer Ministro tuvo que ir a Francia con el rostro vendado*… empecé a ver claro! Y cuando visité todos los hospitales situados entre Windsor y Londres y descubrí que nadie que respondiera a mi descripción había sido curado y vendado en ellos, no tuve la menor duda. ¡Al fin y al cabo fue un juego de niños para una inteligencia como la mía!

A la mañana siguiente Poirot me enseñó un telegrama que acababa de recibir. No llevaba referencias de origen ni firma alguna. Decía así:

«A tiempo».

A última hora de la tarde los periódicos publicaron un resumen de la Conferencia de los Aliados, haciendo resaltar la importancia de la magnífica ovación dedicada al señor David MacAdam, cuyo inspirado discurso había producido una profunda impresión.

La desaparición del señor Daveheim

(The Disappearance of Mr. *Davenheim).*

Poirot y Hastings invitan a Japp a tomar el té en su casa, y la conversación comienza a girar en torno a la reciente desaparición de un banquero, Mr. Davenheim, de su gran mansión de campo, The Cedars. Poirot se apuesta con Japp 5 libras a que será capaz de resolver el caso en una semana sin moverse de su silla, siempre y cuando él le tenga al tanto de todos los hechos del caso. Japp le pone al corriente: Davenheim llegó a casa el domingo a mediodía. Todo parecía normal, y el banquero salió a llevar unas cartas a Correos por la tarde, añadiendo que esperaba un visitante por un asunto de negocios, Mr. Lowen, quien debería esperar en su estudio hasta que él regresara. Pasan las horas y Mr. Davenheim no vuelve a casa, y no hay rastro de él en ninguna parte. La policía es telefoneada y al día siguiente se descubre que la caja fuerte del estudio de Davenheim ha sido forzada y su contenido (dinero, una gran cantidad en bonos y una sustancial colección de joyas) robado. A pesar de haber estado varias horas en su estudio, Lowen no ha sido arrestado, únicamente es sometido a vigilancia por la policía. Los motivos de la visita: discutir un negocio en Sudáfrica con Mr. Davenheim, quien había viajado a Johannesburgo el otoño anterior. A Poirot le interesa el hecho de que la casa cuenta con un lago que, según Japp, será fondeado al día siguiente; Japp le informa también de que Mr. Davenheim luce pelo largo, mostacho y una espesa barba. Según se van presentando los hechos y apareciendo las pistas, Japp va informando a Poirot, el cual, al final… gana las 5 libras de la apuesta.

Poirot y yo esperábamos a nuestro antiguo amigo, el inspector Japp, de Scotland Yard. Nos encontrábamos sentados alrededor de la mesa de té aguardando su llegada. Poirot había terminado de colocar debidamente las tazas y platitos que nuestra patrona tenía la costumbre de arrojar más que colocar sobre la mesa. También había frotado la tetera de metal con un pañuelo de seda. El agua estaba hirviendo y un pequeño recipiente esmaltado contenía chocolate espeso y dulce, más del gusto del paladar de Poirot que lo que él llamaba nuestro «veneno inglés».

Se oyó llamar abajo con energía, y a los pocos minutos entró Japp.

—Espero no llegar tarde —dijo al saludarnos—. A decir verdad, estaba cambiando impresiones con Miller, el encargado del caso Davenheim.

Yo agucé el oído. Durante los tres últimos días los periódicos habían hablado de la extraña desaparición del señor Davenheim, el socio más antiguo del Davenheim y Salmon, los conocidos banqueros. El sábado anterior había salido de su casa y desde entonces nadie volvió a verle. Me incliné hacia delante para ver si conseguía averiguar algún detalle interesante por medio de Japp.

—Yo hubiera dicho que hoy en día es casi imposible que nadie «desaparezca» —observé.

Poirot corrió un plato de tostadas con mantequilla cosa de un octavo de pulgada y dijo:

—Sea exacto, amigo mío. ¿Qué entiende usted por «desaparecer»? ¿A qué clase de desaparición se refiere?

—¿Es que las desapariciones están clasificadas y etiquetadas? —bromeé.

Japp también sonrió un instante, pero Poirot frunció el ceño.

—¡Pues claro que sí! Se dividen en tres categorías: Primera y la más corriente, la desaparición voluntaria. Segunda, el caso de la «pérdida de memoria», del que tanto se ha abusado… raro, pero algunas veces auténtico. Y tercera, el crimen y el hacer desaparecer el cadáver con más o menos éxito. ¿Cree que las tres son imposibles de realizar?

—Yo diría que acaso lo son. Es posible perder la memoria, pero alguien le reconocería… especialmente en el caso de un hombre tan conocido como Davenheim. Luego, «los cadáveres» no se desvanecen en el aire y más pronto o más tarde aparecen, escondidos en lugares apartados o metidos en un baúl. El crimen se descubre del mismo modo, el empleado que se fuga con el dinero de la caja o el delincuente doméstico, hoy en día puede ser alcanzado por la radio y el teléfono… aunque se encuentren en un país extranjero; los puertos y estaciones están vigilados, y en cuanto a esconderse en este país, sus características y filiación serían conocidas por todo lector de periódicos. Tiene que habérselas contra la civilización.

—*Mon ami* —dijo Poirot—, comete usted un error. Usted no tiene en cuenta que el hombre que se haya decidido a deshacerse de otro… o de sí mismo en sentido figurado… puede ser esa rara excepción: el hombre de método, y gran inteligencia, talento, y un cálculo preciso de todos los detalles necesarios. No veo por qué no podría burlar con éxito a la policía.

—Pero no a *usted*, supongo… —dijo Japp de buen talante, guiñándome un ojo—. No podrían engañarle a *usted*, ¿eh, *monsieur* Poirot?

Poirot procuró parecer modesto, sin conseguirlo.

—¡A mí también! ¿Por qué no? Es cierto que yo resuelvo esos problemas con una ciencia exacta… con precisión matemática, lo cual es muy raro en la nueva generación de detectives.

Japp miró sonriendo.

—No lo sé —dijo—, Miller, el encargado de este caso, es un individuo muy listo. Puede usted estar seguro de que no pasará por alto ni una huella, ni una colilla, o incluso una miga de pan. Tiene ojos que lo ven todo.

—Lo mismo que los gorriones de Londres, *mon ami* —repuso Poirot—. Pero de todas formas no les pediría a los pobres pajarillos que resolviesen el problema del señor Davenheim…

—Vamos, *monsieur*, no irá usted ahora a despreciar el valor de los detalles como pistas.

—De ninguna manera. Esas cosas son buenas hasta cierto punto. El peligro está en que puede dárseles una importancia indebida. La mayoría de los detalles son insignificantes; sólo uno o dos son vitales. Es en el cerebro, en las pequeñas células grises —se golpeó la frente—, en lo que uno debe confiar. Los sentidos se equivocan. Hay que buscar la verdad dentro… no fuera.

—No me irá usted a decir, *monsieur* Poirot, que usted se comprometería a resolver un caso sin moverse de su butaca, ¿verdad?

—Eso es exactamente lo que quiero decir… con tal de que me fueran expuestos los hechos. Yo me considero un especialista en consultas.

Japp se golpeó la rodilla.

—Que me ahorquen si no le cojo la palabra. Le apuesto cinco libras a que no puede echar mano, mejor dicho, decirme dónde puedo echársela yo, al señor Davenheim, vivo o muerto, antes de que finalice la semana.

Poirot reflexionó unos instantes.

—*Eh bien, mon ami*. Acepto. *Le sport* es la pasión de ustedes los ingleses. Ahora… los hechos.

—El sábado pasado, según su costumbre, el señor Davenheim cogió el tren de las doce cuarenta desde la estación Victoria a Chingside, donde se halla su residencia palaciega «Los Cedros». Después de comer estuvo paseando por los alrededores de la propiedad, dando instrucciones a los jardineros. Todo el mundo está de acuerdo en que su estado de ánimo era completamente normal, como de costumbre. Después del té, asomó la cabeza por la puerta de la habitación de su esposa, diciendo que iba a llegarse al pueblo para echar una carta al correo. Agregó que esperaba a un tal señor Lowen para tratar de negocios y que si llegaba antes de que él hubiera regresado, debían pasarle a su despacho y rogarle que aguardara. Entonces el señor Davenheim salió de la casa por la puerta principal, caminó lentamente por la avenida, atravesó la verja y… no volvieron a verle. A partir de aquel momento desapareció por completo.

—Un problema bonito… encantador… precioso —murmuró Poirot—. Continúe, amigo mío.

—Cosa de un cuarto de hora más tarde pulsaba el timbre de «Los Cedros» un hombre alto, moreno y de poblado bigote negro, que explicó tenía una cita con el señor Davenheim. Dio el nombre de Lowen y según las instrucciones del banquero fue introducido en el despacho. Transcurrió una hora y el señor Davenheim no regresaba. Al fin, el señor Lowen hizo sonar el timbre y explicó que no le era posible esperar más, ya que debía alcanzar el tren de regreso a la ciudad. La señora Davenheim se disculpó por el retraso de su esposo, incomprensible, puesto que sabía que esperaba aquella visita. El señor Lowen volvió a decir que lo lamentaba, y se marchó.

»Bien, como todo el mundo sabe, el señor Davenheim *no* regresó. A primera hora de la mañana del domingo se avisó a la policía, que no ha conseguido poner nada en claro. El señor Davenheim parece haberse desvanecido en la atmósfera. No llegó a la oficina de correos, ni se le vio pasar por el pueblo. En la estación aseguran que no tomó ningún tren, y su automóvil no ha salido del garaje. Si hubiera alquilado algún coche para encontrarse con alguien en algún lugar solitario, parece casi seguro que a estas horas, en vista de la enorme recompensa ofrecida por cualquier información, el chófer se hubiera presentado a decir lo que supiera. Cierto que se celebraban unas carreras en Entfield, a cinco millas de distancia, y que si hubiera ido andando a aquella estación hubiese pasado inadvertido entre la multitud. Pero desde entonces su fotografía y su descripción han estado apareciendo en todos los periódicos, y nadie ha podido dar noticias suyas. Claro que hemos recibido muchas cartas de todas partes de Inglaterra, pero hasta ahora todas las pistas han resultado falsas.

»El lunes por la mañana tuvo lugar un descubrimiento sensacional. Detrás de un cuadro del despacho del señor Davenheim hay una caja fuerte que ha sido abierta y desvalijada. Las ventanas estaban cerradas por dentro, lo cual parece descartar la posibilidad de que se tratase de un ladrón ordinario, a menos, desde luego, que un cómplice que habitase en la casa volviera a cerrarlas después. Por otro lado, como todos los de la casa estaban sumidos en un caos, es probable que el robo se cometiera el sábado y no se descubriera hasta le lunes.

—*Precisement!* —replicó Poirot secamente—. Bien, ¿han arrestado a *cet pauvre monsieur* Lowen?

—Todavía no, pero está sometido a una estrecha vigilancia.

—¿Qué se llevaron de la caja fuerte? —quiso saber Poirot—. ¿Tiene usted alguna idea?

—Lo hemos averiguado por medio del otro socio de la firma y la señora Davenheim. Al parecer había en ella una cantidad considerable de acciones y una fuerte suma en billetes, debido a una importante transacción que acababa de efectuarse, así como también una pequeña fortuna en joyas. Todas las de la señora Davenheim se guardaban en la caja. Durante los últimos años la compra de joyas ha sido la pasión de su esposo, y no pasaba mes que no le regalase alguna piedra rara y de precio.

—En conjunto, un buen bocado —dijo Poirot pensativo—. ¿Y qué me dice de Lowen? —agregó—. ¿Se sabe qué negocios tenía que tratar con Davenheim aquella noche?

—Pues, al parecer, los dos hombres no estaban en muy buenas relaciones. Lowen es un especulador en pequeña escala. Sin embargo, pudo vencerle un par de veces en el mercado, aunque parece ser que casi no se habían visto nunca. Fue un asunto concerniente a unas acciones sudamericanas lo que indujo al banquero a citarle.

—Entonces, ¿Davenheim tenía intereses en Sudamérica?

—Creo que sí. La señora Davenheim mencionó casualmente que había pasado el último otoño en Buenos Aires.

—¿Algún contratiempo en su vida doméstica? ¿Se llevaba bien con su esposo?

—Yo diría que su vida familiar era completamente normal. La señora Davenheim es una mujer agradable y poco inteligente. Creo que un cero a la izquierda.

—Entonces tendremos que buscar ahí la solución de este misterio. ¿Tenía enemigos?

—Tenía muchos rivales financieramente, y no dudo que hay muchas personas a quienes ha favorecido y que sin embargo no le desean el menor bien. Pero no hay ninguna capaz de deshacerse de él… y si lo hubieran hecho, ¿dónde está el cadáver?

—Exacto. Como Hastings dice, los cadáveres tienen la costumbre de salir a la luz con fatal persistencia.

—A propósito, uno de los jardineros dice que vio a una persona que daba vuelta a la casa en dirección a la rosaleda. El gran ventanal del despacho da a la rosaleda… y el señor Davenheim entraba y salía de la casa por allí con mucha frecuencia. Pero el hombre estaba muy lejos, trabajando en unos planteles de lechugas y ni siquiera sabe si era su amo o no. Tampoco puede precisar la hora con exactitud. Debió de ser antes de las seis, puesto que los jardineros dejan de trabajar a esa hora.

—¿Y el señor Davenheim salió de la casa…?

—A eso de las cinco y media, poco más o menos.

—¿Qué hay detrás de la rosaleda?

—Un lago.

—¿Con casita para guardar embarcaciones?

—Sí, en ella se guardan un par de piraguas. Supongo que está usted pensando en la posibilidad de suicidio, *monsieur* Poirot. Bien, no me importa decirle que Miller irá allí mañana expresamente para que draguen el lago. ¡Ésa es la clase de hombre que es Miller!

Poirot volvióse hacia mí sonriendo.

—Hastings, le ruego que me largue ese ejemplar del *Daily Megaphone*. Si no recuerdo mal, publica un retrato extraordinariamente bien grabado del desaparecido.

Me levanté para entregarle el periódico pedido. Poirot estudió el retrato con suma atención durante un buen rato.

—¡Hum! —murmuró—. Lleva el cabello bastante largo y ondulado, un gran bigote y barba puntiaguda, y sus cejas son muy pobladas. ¿Tiene los ojos oscuros?

—Sí.

—¿Y sus cabellos empiezan a encanecer, así como su barba?

El detective asintió.

—Bien, *monsieur* Poirot, ¿qué tiene que decir a todo esto? Está claro como la luz del día, ¿no?

—Al contrario, muy oscuro.

El hombre de Scotland Yard pareció satisfecho.

—Lo cual da grandes esperanzas de poder resolverlo —concluyó Poirot plácidamente.

—¿Eh?

—Es un buen presagio el que un caso se presente oscuro. Cuando una cosa está clara como el día… *eh bien*, ¡desconfíe! ¡Alguien ha procurado que lo parezca!

Japp meneó la cabeza casi con pesar.

—Bueno, allá cada uno con su fantasía. Pero no es mala cosa ver claro el camino.

—Yo no miro —murmuró Poirot—. Cierro los ojos… y pienso.

Japp suspiró.

—Bien, tiene una semana para pensar.

—¿Y me comunicará usted cualquier nuevo acontecimiento… por ejemplo… el resultado de los trabajos del inspector Miller, el de los ojos de lince?

—Desde luego. Entra en la apuesta.

—Es una vergüenza, ¿no le parece? —me decía Japp cuando le acompañé a la puerta—. ¡Cómo robar a un niño!

No pude por menos que asentir y una sonrisa seguía bailando en mis labios cuando volví a entrar en la habitación.

—*Eh bien*! —dijo Poirot en el acto—. Se está usted burlando de papá Poirot, ¿no es cierto? —Me amenazó con el dedo—. ¿No confía en sus células grises? ¡Ah, no nos confundamos! Discutamos este pequeño problema… todavía incompleto, lo admito, pero que ya muestra uno o dos puntos interesantes.

—¡El lago! —dije yo.

—¡E incluso más que el lago, la caseta de las embarcaciones!

Le miré de reojo, viendo que sonreía del modo más enigmático y comprendí que, de momento, sería completamente inútil interrogarle.

No supimos nada más de Japp hasta la tarde siguiente. Vino a vernos a eso de las nueve. En el acto me di cuenta por su expresión que traía noticias.

—*Eh bien*, amigo mío —observó Poirot—. ¿Todo va bien? Pero no me diga que ha descubierto el cadáver del señor Davenheim en su lago porque no le creeré.

—No hemos encontrado su cadáver, pero sí sus *ropas*… las mismas que vestía aquel día. ¿Qué dice usted a eso?

—¿Falta algún otro traje de la casa?

—No, su criado se ha mostrado firme en este punto, el resto del guardarropa está intacto. Hay más. Hemos detenido a Lowen. Una de las doncellas, la encargada de cerrar las ventanas del dormitorio, declara que vio a Lowen que se dirigía al despacho por la rosaleda a las seis y cuarto. Eso sería unos diez minutos antes de que abandonara la casa.

—¿Qué dice él a esto?

—Primero negó que hubiera salido del despacho, mas la doncella se mantuvo firme, y luego simuló haber olvidado que había salido por el ventanal para examinar una rosa poco corriente. ¡Una historia bastante endeble!, y vamos encontrando nuevas

pruebas contra él. El señor Davenheim siempre llevaba un pesado anillo de oro con un solitario en el dedo meñique de su mano derecha. Pues bien, su anillo fue empeñado en Londres el sábado por la noche por un hombre llamado Billy Kellet… Ya le conocía la policía… el pasado otoño estuvo tres meses en la cárcel por robar el reloj a un anciano. Al parecer trató de empeñar el anillo nada menos que en cinco sitios distintos, al fin lo consiguió, cogió una buena borrachera con lo que le dieron por él, asaltó a un policía y lo detuvieron. Fui a Bow Street con Miller y le he visto. Ahora está bastante sereno, y no importa confesar que le hemos asustado bastante insinuándole que puede ser culpado de asesinato. Ésta es su declaración… bastante curiosa por cierto:

> *»El sábado estuvo en las carreras de Entfield, aunque me atrevo a decir que lo que le interesaban eran los alfileres de corbata y no las apuestas. De todas maneras, tuvo un mal día y mala suerte. Iba caminando por la carretera de Chingside y se sentó en una zanja para descansar antes de entrar en el pueblo. Pocos minutos más tarde observó que se aproximaba un hombre por la carretera, "moreno, de grandes bigotes, uno de esos ricachones de la ciudad". Así lo describe.*
>
> *»Kellet estaba semioculto por un montón de piedras. Poco antes de llegar a donde él estaba, el hombre miró rápidamente a un lado y otro y sacó un pequeño objeto del bolsillo, arrojándolo por encima del seto. Luego echó a andar camino de la estación. Ahora bien, el objeto arrojado por encima del seto produjo un sonido metálico que despertó la curiosidad del hombre sentado en la zanja. Fue a ver lo que era, y tras una breve búsqueda descubrió el anillo. Ésta es la historia de Kellet. Hay que decir que Lowen lo niega rotundamente y que la palabra de un hombre como Kellet no inspira la menor confianza. Cabe dentro de lo posible que encontrase a Davenheim por aquellos parajes, le robara y lo asesinara.*

Poirot meneó la cabeza.

—Muy poco probable, *mon ami*. No tenía medio de deshacerse del cadáver, y ahora ya habría sido descubierto. En segundo lugar, el modo como fue a empeñar el anillo demuestra que no cometió un crimen para apoderarse de él. En tercer lugar, un ladrón rara vez comete un asesinato. En cuarto lugar, puesto que ha estado en la cárcel desde el sábado, sería mucha coincidencia que pudiera dar una descripción tan exacta de Lowen sin haberle visto.

Japp asintió.

—No digo que no tenga razón. Pero de todas formas no conseguirá que un jurado tome en cuenta la declaración de un sujeto semejante. Lo que parece extraño es que Lowen no encontrase un medio más inteligente para librarse del anillo.

Poirot se encogió de hombros.

—Bien, después de todo, si fue encontrado en los alrededores podía ser que lo hubiese arrojado el propio Davenheim.

—Pero ¿por qué quitárselo? —exclamé.

—Pudiera existir una razón para hacerlo —dijo Japp—. ¿Sabe usted que detrás del lago hay una puertecita que da a la colina, y en menos de tres minutos se llega a… qué diría usted… *a un horno de cal*?

—¡Cielo santo! —exclamé—. ¿Quiere usted decir que aunque la cal pudiera destruir el cadáver no causaría efecto alguno sobre el anillo de oro?

—Exacto.

—Me parece que eso lo explica todo —dije—. ¡Qué horrible crimen!

De común acuerdo, los dos volvimos a mirar a Poirot. Parecía perdido en sus pensamientos, y tenía el ceño fruncido como en un supremo esfuerzo mental. Comprendí que al fin su agudo intelecto se había puesto en movimiento. ¿Cuáles serían sus primeras palabras? No tardamos mucho en salir de dudas. Con un suspiro. Poirot relajó sus músculos, y volviéndose a Japp preguntó:

—¿Tiene usted idea, amigo mío, de si el señor y la señora Davenheim ocupaban el mismo dormitorio?

La pregunta parecía tan ridícula e inadecuada que por un momento los dos nos miramos en silencio. Al fin, Japp lanzó una carcajada.

—Dios Santo, *monsieur* Poirot. Pensé que iba a decir algo sorprendente. En cuanto a su pregunta… No lo sé.

—¿Podría averiguarlo? —preguntó Poirot con extraña insistencia.

—Oh, desde luego… si es que de verdad desea saberlo.

—*Merci, mon ami*. Le quedaré muy agradecido si lo hace.

Japp le contempló fijamente durante algunos minutos, Poirot parecía habernos olvidado. El detective, meneando la cabeza con pesar al tiempo que decía: «¡Pobre viejo! ¡La guerra ha sido demasiado para él!», salía de la estancia.

Como Poirot parecía seguir soñando despierto, cogí una hoja de papel y me entretuve en hacer algunos apuntes. La voz de mi amigo me sobresaltó. Había despertado de su sueño y me miraba con gran atención, espabilado y alerta.

—*Que faites vous là, mon ami*?

—Estaba anotando los datos que me parecen de más importancia en este asunto.

—¡Se vuelve usted metódico… al fin! —dijo Poirot en tono aprobador.

Yo disimulé mi contento.

—¿Quiere que se los lea?

—De mil amores.

Aclaré la garganta.

—Primero: Todas las pruebas señalan a Lowen como el hombre que forzó la caja fuerte.

»Segundo: Tenía ojeriza a Davenheim.

»Tercero: Mintió en su primera declaración al decir que no había salido del despacho.

»Cuarto: Si aceptamos la declaración de Billy Kellet como cierta, Lowen queda complicado.

Hice una pausa.

—¿Y bien? —pregunté al fin, pues me parecía que había puesto el dedo en todos los factores vitales.

Poirot me contempló compasivamente, meneando la cabeza.

—*Mon pauvre ami!* ¡Bien se ve que no está usted dotado! Nunca sabrá apreciar el detalle importante. Y su razonamiento es falso.

—¿Cómo?

—Déjeme considerar sus cuatro puntos. Primero: El señor Lowen no podría saber con seguridad si tendría ocasión de abrir la caja. Se trata de celebrar una entrevista de negocios. No pudo saber de antemano que el señor Davenheim habría ido a echar una carta y que por consiguiente le dejaría solo en el despacho.

—Pudo haber aprovechado la oportunidad —insinué.

—¿Y las herramientas? ¡Los ciudadanos no llevan encima herramientas para forzar cerraduras si se presenta la ocasión! Y no es posible abrir esa caja fuerte con un cortaplumas, *bien entendu*!

—Bueno, ¿qué me dice del número dos?

—Dice usted que quiere decir que una o dos veces le venció. Y es de presumir que esas transacciones fueran hechas con el propósito de beneficiarse. En todo caso, por lo general no se odia al hombre que se ha vencido… sino lo más probable es que ocurra todo lo contrario. Cualquier rencor que pudiera haber entre ellos sería por parte del señor Davenheim.

—Bien, no puede usted negar que Lowen mintió al decir que no había salido del despacho.

—No. Pero puede que se asustara. Recuerde que las ropas del desaparecido han sido encontradas en el lago. Desde luego que hubiera hecho mejor diciendo la verdad en todo.

—¿Y el cuarto punto?

—Se lo concedo. Si la historia de Kellet es cierta, Lowen queda complicado sin duda alguna. Por eso este asunto resulta tan interesante.

—¿Entonces, aprecia un factor vital?

—Tal vez… pero usted ha pasado enteramente por alto los dos puntos más importantes, los que sin duda alguna encierran la solución de todo este enrevesado asunto.

—Pues dígame cuáles son…

—Uno, la pasión que se despertó en el señor Davenheim durante los últimos años por la compra de joyas. El otro su viaje a Buenos Aires el otoño pasado.

—¡Poirot, usted bromea!

—Hablo muy en serio. Ah, pero espero que Japp no olvide mi pequeño encargo.

Pero el detective, aun tomándolo a broma, lo había recordado tan bien, que a las once de la mañana del día siguiente Poirot recibía un telegrama, que a petición suya leí en voz alta.

«Los señores Davenheim han ocupado habitaciones separadas desde el invierno pasado en todas ocasiones».

—¡Ajá! —exclamó Poirot—. Y ahora estamos a mediados de junio. ¡Todo está solucionado!

Le miré.

—¿No tendrá usted dinero en el Banco Davenheim y Salmon, *mon ami*?

—No —repuse intrigado—. ¿Por qué?

—Porque le aconsejaría que lo retirase… antes de que sea demasiado tarde.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que espera?

—Espero una gran quiebra para dentro de unos días… o tal vez antes. Lo cual me recuerda que debemos corresponder a la atención de Japp. Deme un lápiz, por favor, y un impreso. *Voilà!* «Le aconsejo retire cualquier dinero depositado en la firma en cuestión». ¡Esto intrigará al bueno de Japp! ¡No lo comprenderá en absoluto… hasta mañana o pasado!

Yo me mantuve escéptico, pero al día siguiente me vi obligado a rendir tributo a su innegable poder. En todos los periódicos aparecía en grandes titulares la quiebra sensacional del Banco Davenheim. La desaparición del famoso financiero adquirió un aspecto totalmente distinto bajo la nueva revelación de los asuntos económicos del Banco.

Antes de que terminásemos de desayunar, se abrió la puerta y Japp entró corriendo. En la mano derecha llevaba un papel, y en la izquierda el telegrama de Poirot, que dejó sobre la mesa, ante mi amigo.

—¿Cómo lo supo, *monsieur* Poirot? ¿Cómo diablos pudo saberlo?

—¡Ah, *mon ami*, después de su telegrama estuve seguro! Desde el principio me pareció que el robo de la caja fuerte tenía gran importancia. Joyas, dinero efectivo, acciones al portador… todo muy convenientemente dispuesto para… ¿quién? Bien, el bueno *monsieur* Davenheim era uno de esos «que se preocupan ante todo en su propio beneficio». ¡Y luego su pasión por adquirir joyas en los últimos años! ¡Qué sencillo! Los fondos que desfalcaba los convertía en joyas, que luego es probable reemplazase por duplicadas en pasta y de este modo iba poniendo en lugar seguro, bajo otro nombre, y amasando una fortuna considerable para disfrutarla a su debido tiempo cuando se hubiese perdido su rastro. Una vez todo dispuesto cita al señor Lowen (quien tuvo la imprudencia de enfurecer al gran hombre un par de veces), hace un agujero en la caja fuerte, deja la orden de que su invitado sea introducido en el despacho y sale de la casa… ¿Adónde va? —Poirot se detuvo alargando la mano para coger otro huevo duro. Frunció el ceño—. Es realmente insoportable —murmuró— que todas las gallinas pongan los huevos de distintos tamaños. ¿Qué simetría

puede haber entonces en una mesa? ¡Por lo menos en la tienda debían ordenarlos por docenas!

—Qué importan los huevos —replicó Japp impaciente—. Deje que los pongan cuadrados si quieren. Díganos adónde fue nuestro hombre cuando salió de «Los Cedros»… es decir, ¡si es que lo sabe! ¡Que yo creo que no!

—*Eh bien*, fue a su escondite. Ah, ese *monsieur* Davenheim debe tener algún defecto en sus células grises, pero son de primera calidad, seguro.

—¿Sabe usted dónde se esconde?

—¡Desde luego! Es de lo más ingenioso.

—¡Por amor de Dios, dígalo entonces!

Poirot, con toda calma, fue recogiendo los trocitos de cáscara de huevo y colocándolos en el interior de su taza. Una vez concluida esta operación, sonrió ante el efecto de pulcritud conseguido y luego nos miró con afecto.

—Vamos, amigos míos, ustedes son hombres inteligentes. Háganse la pregunta que yo me hice: «Si yo fuese ese hombre, ¿dónde me escondería?». Hastings, ¿qué dice usted?

—Pues —repuse—; tengo la impresión de que no soy ninguna lumbrera. Yo me hubiera quedado en Londres… en la zona muy céntrica, y hubiera viajado continuamente en metros y autobuses; tendría diez oportunidades contra una de ser reconocido. Hay cierta seguridad entre la multitud.

Poirot miró interrogadoramente a Japp.

—No estoy de acuerdo. Huir enseguida… es la única posibilidad. Tuvo tiempo de sobra para disponerlo todo de antemano. Yo hubiera tenido un yate preparado esperándome con el motor en marcha, y me hubiese marchado a cualquier rincón ignorado antes de que se armara el alboroto.

Los dos miraron a Poirot.

—¿Qué dice usted, *monsieur*?

Guardó silencio por unos instantes. Luego una sonrisa muy curiosa iluminó su rostro.

—Amigos míos, si yo quisiera esconderme de la policía, ¿saben a dónde iría? *¡A la cárcel!*

—¿Qué?

—¡Usted busca a *monsieur* Davenheim con el deseo de meterlo en la cárcel, de modo que no soñará siquiera en mirar si ya está en ella!

—¿Qué quiere decir?

—Usted me dijo que *madame* Davenheim no era una mujer muy inteligente. ¡Sin embargo creo que si la lleva a la calle Baw y la enfrenta con Billy Kellet le reconocería! A pesar de que se ha afeitado la barba y el bigote y esas pobladas cejas, y se ha cortado el cabello. Una mujer casi siempre reconoce a su esposo, aunque él consiga engañar a todo el mundo.

—¿Billy Kellet? ¡Pero si es conocido de la policía!

—¿No le dije que Davenheim era un hombre inteligente? Preparó su coartada de antemano. No estuvo en Buenos Aires el otoño pasado… sino encarnando el tipo de Billy Kellet «por espacio de tres meses», para que la policía no sospechara cuando llegase la ocasión. Recuerde que se jugaba una gran fortuna, así como la libertad. Valía la pena para hacerlo a conciencia. Sólo…

—Sí.

—*Eh bien*!, sólo que después tuvo que usar barba y peluca para volver a ser el mismo de antes, y dormir con la barba postiza no es cosa fácil… y por lo tanto no pudo seguir compartiendo la misma habitación de su esposa. Usted averiguó que durante los últimos seis meses, o desde que se supuso que regresó de Buenos Aires, él y la señora Davenheim ocuparon habitaciones separadas. ¡Entonces tuve plena certeza! Todo coincidía. El jardinero que imaginó ver a su amo dando vueltas a la casa tuvo razón. Fue hasta la caseta de las embarcaciones, se vistió con ropas de «vagabundo», que supo ocultar ante su criado, arrojó las suyas al lado y llevó adelante su plan empeñando el anillo de una manera evidente, y luego asaltando a un policía para que le detuviera y de ese modo permanecer a salvo en la calle Baw, donde nadie iba a buscarle.

—Es imposible —murmuró Japp.

—Pregunte a *madame* —dijo mi amigo, con expresión sonriente.

Al día siguiente, junto al plato de Poirot, había una carta certificada. La abrió y encontró en su interior un billete de cinco libras. Mi amigo frunció el ceño.

—¡Ah, *sacré*! Pero ¿qué voy a hacer con él? Tengo grandes remordimientos. ¡*Ce pauvre* Japp! ¡Ah, tengo una idea! ¡Podemos celebrar una comida los tres! Eso me consuela. La verdad es que fue demasiado fácil. Estoy avergonzado. Yo, que soy incapaz de robar a una criatura… *mille tonnerres! Mon ami*, ¿qué le ocurre, que se ríe tan a gusto?

La aventura del noble italiano

(The Adventure of the Italian Nobleman).

Poirot y Hastings están en su apartamento disfrutando de la compañía de su vecino, el Dr. Hawker, cuando el ama de llaves del médico, Miss Rider, llega con el recado de que un cliente, el conde Foscatini, le ha llamado suplicando ayuda. Poirot y Hastings deciden acompañar al médico al piso de Foscatini en Regent's Court, el encargado del ascensor niega ser consciente de ningún problema alegando que Graves, el empleado del conde, abandonó el edificio media hora antes sin ningún indicio de que algo fuera mal. El piso está cerrado pero el encargado del edificio lo abre para ellos. Dentro, encuentran una mesa puesta para tres personas con los platos vacíos. El conde está solo y muerto por una herida en la cabeza causada con una pequeña estatua de marfil. A Poirot le interesan los restos de comida, preguntándole a continuación al personal de cocina del edificio sobre lo que se sirvió para la cena y lo que sobró. Poirot parece realmente intrigado por el hecho de que los comensales apenas probaron el postre. También se da cuenta de que tras pedir ayuda, el conde parece que colgó el auricular del teléfono con cuidado. La policía llega al piso a la vez que el sirviente, Graves, quien les cuenta que Foscatini recibió la visita de dos personas la noche anterior, ambos italianos, el Signor Ascanio de unos 40 años y otro hombre de unos 24. Graves, que escuchó a escondidas parte de la conversación, oyó amenazas, y declara que el conde invitó a los dos hombres a cenar al día siguiente, y al día siguiente, le da a Graves la tarde libre de forma inesperada. El Signor Ascanio es arrestado, pero tres hechos llaman la atención de Poirot: el café de la cena es muy negro, el postre está apenas sin tocar y las cortinas no están corridas. Tres hechos que, madurados convenientemente, llevan a Poirot a dar con el asesino.

Poirot y yo teníamos muchos amigos y conocidos de confianza. Entre ellos he de mencionar al doctor Hawker, un vecino nuestro, perteneciente a la profesión médica. El doctor Hawker tenía la costumbre de venir algunas veces a charlar con Poirot, de cuyo genio era un ferviente admirador, ya que siendo franco y confiado hasta un grado máximo apreciaba en el detective los talentos que a él le faltaban.

Una noche, a principios de junio, llegó a eso de las ocho y media y entabló una discusión sobre el alegre tema de la frecuencia del envenenamiento con arsénico en los crímenes. Debió ser cosa de una hora más tarde cuando se abrió la puerta de nuestro saloncito, dando paso a una mujer descompuesta que se precipitó hacia nosotros.

—¡Oh, doctor, le necesitan! ¡Qué voz tan terrible! ¡Vaya un susto que me ha dado!

Reconocí en nuestra nueva visitante al ama de llaves del doctor Hawker, la señorita Rider. El doctor era un solterón que vivía en una lúgubre casa antigua unas

calles más abajo. La señorita Rider, tan apacible por lo general, estaba ahora en un estado que rayaba en la incoherencia.

—¿Qué voz terrible? ¿De quién es y qué ocurre?

—Fue por teléfono, señor. Yo contesté… y me habló una voz. «Socorro», dijo. «Doctor… ¡socorro! ¡Me han asesinado!». ¿Quién habla?, dije yo. ¿Quién habla? Entonces percibí una respuesta… un mero susurro. Me pareció que decía: «Foscatini…» o algo por el estilo… «Regent's Court».

El doctor lanzó una exclamación.

—El conde Foscatini. Tiene un piso en Regent's Court. Debo ir enseguida. ¿Qué puede haber ocurrido?

—¿Es un paciente suyo? —preguntó Poirot.

—Hace algunas semanas que le atendí por causa de una ligera indisposición. Es italiano, pero habla el inglés a la perfección. Bueno, debo despedirme ya, *monsieur* Poirot, a menos… —vaciló.

—Creo adivinar lo que está pensando —dijo Poirot con una sonrisa—. Le acompañaré encantado. Hastings, baje a llamar un taxi.

Los taxis siempre desaparecen en cuanto uno anda un tanto apurado de tiempo, pero al fin conseguí capturar uno y no tardamos en encontrarnos camino de Regent's Court. Éste era un nuevo bloque de pisos situado junto a la carretera de St. John Wood. Habían sido recientemente construidos y con gran lujo.

No había nadie en el portal. El doctor presionó el botón del ascensor con impaciencia y cuando éste descendió ordenó al botones uniformado:

—Apartamento 11. Conde Foscatini. Tengo entendido que acaba de ocurrir un accidente.

El hombre le miró extrañado.

—Es la primera noticia. El señor Graves… el criado del conde Foscatini… salió hará una media hora y no dijo nada.

—¿Está el conde solo en el piso?

—No, señor; dos caballeros están cenando con él.

—¿Qué aspecto tienen? —pregunté ansiosamente.

—Yo no les vi, señor, pero tengo entendido que eran extranjeros.

Abrió la puerta de hierro y salimos al descansillo. El número 11 estaba ante nosotros. El doctor hizo sonar el timbre. No hubo respuesta. El doctor insistió una y otra vez; pero nadie dio señales de vida.

—Esto se está poniendo serio —musitó el doctor volviéndose hacia el encargado del ascensor—. ¿Hay alguna llave que abra esta puerta?

—El portero tiene una en la oficina de abajo.

—Vaya a buscarla. Escuche, será mejor que avise a la policía.

El hombre regresó al poco rato acompañado del portero.

—Caballeros, ¿quieren decirme qué significa todo esto?

—Desde luego. He recibido un mensaje telefónico del conde Foscatini declarando que había sido atacado y que se moría, Comprenderá usted que no debemos perder tiempo… si es que no es ya demasiado tarde.

El portero le entregó la llave y penetramos en el piso.

Primero nos encontramos en un recibidor cuadrado muy reducido. A la derecha había una puerta entreabierta y que el portero indicó con un gesto ambiguo.

—El comedor.

El doctor Hawker abrió la puerta y le seguimos pegados a sus talones. Al entrar en la habitación contuve el aliento. La mesa redonda del centro conservaba aún los restos de una comida; las tres sillas estaban un tanto retiradas, como si sus ocupantes acabaran de levantarse. En un rincón, a la derecha de la chimenea, había una mesa escritorio y tras ella un hombre. Su mano derecha seguía sujetando la base del teléfono, pero había caído hacia delante a causa del terrible golpe recibido en la cabeza y por la espalda. El arma no estaba muy lejos. Una gran figura de mármol había sido devuelta apresuradamente a su sitio de costumbre con el pedestal manchado de sangre.

El examen del médico no duró ni un minuto.

—Está muerto. Debe haber sido casi instantáneo. Me pregunto cómo habrá podido telefonear. Es mejor no tocarlo hasta que se presente la policía.

A una sugerencia del portero registramos el piso, pero el resultado nos llevó a una conclusión ya prevista. No era probable que los asesinos se hubieran escondido allí.

Regresamos al comedor. Poirot no nos había acompañado y le encontré estudiando el centro de la mesa con gran atención. Me uní a él. Era una mesa redonda de caoba, muy bien barnizada. Un jarrón con rosas decoraba su centro. Había una fuente con frutas, pero los platos de postre no habían sido tocados… tres tacitas con restos de café, puro en dos de ellas y con leche en la otra. Los tres hombres habían bebido oporto, y la botella aparecía mediada. Uno de ellos había fumado un cigarro puro, y los otros dos cigarros. Una caja de plata y carey conteniendo cigarros y cigarrillos estaba abierta sobre la mesa.

Fui enumerando todos estos factores para mis adentros, viéndome forzado a admitir que no arrojaban ninguna luz sobre la situación. Me pregunté qué es lo que miraba mi amigo Poirot con tanta atención y se lo pregunté.

—*Mon ami* —replicó—, se equivoca usted. Estoy buscando algo que no veo.

—¿Y qué es ello?

—Un error… aunque sea insignificante… pero un error cometido por el asesino.

Dirigióse a la pequeña cocina adyacente, y luego de inspeccionarla meneó la cabeza.

—*Monsieur* —dijo al portero—, ¿quiere explicarme el sistema que emplean aquí para servir las comidas?

El portero abrió una puertecita que había en la pared.

—Éste es el montacargas del servicio —explicó—. Va hasta las cocinas situadas en la parte alta del edificio. Se pide lo que se desea por teléfono, y los platos se bajan en el ascensor de uno en uno. Los platos y fuentes sucios se suben de la misma manera. No hay preocupaciones domésticas, ¿comprende?, y al mismo tiempo se evita la molestia de comer siempre en el restaurante.

Poirot asintió.

—Entonces los platos y fuentes utilizados esta noche están arriba, en la cocina. ¿Me permite que suba?

—¡Oh, desde luego, si usted quiere! Robert, el encargado del ascensor, le acompañará para presentarle; pero me temo que no encontrará nada. Allí se manejan cientos de platos y fuentes y estarán todos revueltos.

No obstante, Poirot no desistió y juntos visitamos las cocinas interrogando al hombre que había recibido el encargo del apartamento 11.

—El encargo fue hecho *à la carte menu*… para tres —explicó—. Sopa *julienne*, filete de lenguado a la normanda, *tournedos* de ternera y arroz *soufflé*. ¿A qué hora? A las ocho, poco más o menos. No, me temo que ahora los platos estarán ya lavados. Supongo que usted esperaría encontrar huellas dactilares.

—No era eso precisamente —dijo Poirot con una sonrisa enigmática—. Me interesaba más conocer el apetito del conde Foscatini. ¿Comió de todos los platos?

—Sí; aunque, claro, no puedo decirle qué cantidad. Los platos estaban todos sucios y las fuentes vacías… es decir, excepto el *soufflé* de arroz. Dejaron bastante.

—¡Ah! —exclamó Poirot, al parecer satisfecho por aquel detalle.

Mientras volvíamos a bajar observó en voz baja:

—Decididamente tenemos que habérnoslas con un hombre metódico.

—¿Se refiere al asesino o al conde Foscatini?

—Desde luego, este último era un caballero muy ordenado. Después de implorar ayuda y anunciar su próxima defunción, tuvo el cuidado de colgar el teléfono.

Miré a Poirot. Sus palabras me dieron una idea.

—¿Sospecha de algún veneno? —susurré—. El golpe en la cabeza fue para despistar…

Poirot limitóse a sonreír.

Cuando entramos en el apartamento descubrimos que el inspector de policía local había llegado con dos agentes, y pareció molestarle nuestra presencia hasta que Poirot le calmó mencionando a nuestro amigo el inspector Japp de Scotland Yard, y de este modo conseguimos autorización para quedarnos. Fue una suerte, porque no habían transcurrido ni cinco minutos cuando un hombre de mediana edad entró corriendo en la habitación.

Se trataba de Grave, el criado-mayordomo del finado conde Foscatini, y la historia que tenía que contar era sensacional.

La mañana anterior dos caballeros habían ido a visitar a su amo. Eran italianos, y el mayor de los dos, un hombre de unos cuarenta años, dijo llamarse *signor* Ascanio.

El más joven iba bien vestido y tendría unos veinticuatro años.

Evidentemente, el conde Foscatini esperaba su visita y enseguida envió a Graves a hacer algún recado intrascendente. Al llegar a este punto, el criado vaciló e hizo un alto en su relato. No obstante, al fin confesó que, intrigado por el motivo de aquella entrevista, no había obedecido inmediatamente, sino que se entretuvo con la esperanza de oír algo de lo que trataran.

Sostenían la conversación en voz tan baja que no tuvo el éxito esperado, pero sí entendió lo bastante para comprender que estaban discutiendo alguna proposición monetaria y que la base era la amenaza. La discusión no pasó del tono amistoso. Al final, el conde Foscatini, elevando la voz de modo que sus palabras llegaron hasta Graves, que las oyó, dijo claramente:

—Ahora no tengo tiempo para seguir discutiendo, caballeros. Si quieren cenar conmigo mañana a las ocho, continuaremos la discusión.

Temeroso de ser sorprendido escuchando, Graves apresuróse a cumplir el encargo de su amo. Aquella noche los dos hombres llegaron puntualmente a las ocho. Durante la cena se habló de diversos temas… de política, del tiempo y del mundo teatral. Cuando Graves hubo colocado el oporto sobre la mesa y servido el café, su amo le dijo que podía salir aquella noche.

—¿Era lo que acostumbraba a hacer cuando tenía invitados? —preguntó el inspector.

—No, señor. Eso es lo que me hizo pensar que debían tener que discutir un asunto muy particular.

Ahí terminaba la historia de Graves. Se había marchado con su amigo a las ocho y media y estuvieron en el Metropolitan Music Hall de Edward Road.

Nadie había visto salir a los dos hombres, pero la hora del crimen se fijó con bastante precisión. Las ocho cuarenta y siete. Un pequeño reloj que había sobre el escritorio había caído al suelo arrastrado por el brazo de Foscatini y se había parado a esa hora, que coincidía aproximadamente con la llamada telefónica recibida por la señorita Rider.

El médico de la policía había examinado el cadáver, que ahora yacía en el diván. Por primera vez miré aquel rostro… cutis aceitunado, nariz larga, bigote exuberante y labios carnosos, dejando ver los dientes blanquísimos. No era un rostro agradable.

—Bien —dijo el inspector cerrando la libreta—. El caso parece bastante claro. La única dificultad estará en poder echarle mano al *signor* Ascanio. Supongo que su dirección no estará en la agenda del difunto, por casualidad.

Como Poirot había dicho, el difunto Foscatini fue un hombre ordenado y encontraron cuidadosamente escrito con su letra precisa y menuda lo siguiente: «*Signor* Paolo Ascanio, Hotel Grosvenor».

El inspector estuvo unos momentos llamando por teléfono, y al fin volvióse hacia nosotros con una sonrisa.

—Llegamos a tiempo. Nuestro hombre acaba de tomar el tren-barco para el Continente. Bien, caballeros, ya no tenemos nada que hacer aquí. Es un mal asunto, pero bastante claro. Probablemente se trata de una de esas venganzas personales italianas.

Mientras bajábamos la escalera, el doctor Hawker dijo:

—Es como el principio de una novela, ¿eh? Realmente excitante. De esas cosas que si se leen no se creen.

Poirot nada dijo; estaba muy pensativo y durante toda la noche apenas despegó los labios.

—¿Qué dice el maestro de los detectives? —preguntóle Hawker dándole una palmada en la espalda—. Esta vez no tiene por qué hacer trabajar a sus células grises.

—¿Usted cree que no?

—¿Qué podría hacer?

—Pues, por ejemplo… hay que tener en cuenta la ventana.

—¿La ventana? Pero si estaba cerrada… Nadie pudo entrar o salir por ella. Me fijé y la observé detenidamente.

—¿Y por qué se fijó usted?

El doctor pareció extrañado y Poirot apresuróse a explicarse.

—Me refiero a las cortinas. No estaban corridas, y eso es un poco extraño. Y luego el color del café. Era muy negro.

—Bien, ¿y qué tiene de particular?

—Era muy negro —replicó Poirot—, y si recordamos que comieron muy poco *soufflé* de arroz llegaremos… ¿a qué conclusión?

—A cualquier desatino —rió el médico—. Me está usted tomando el pelo.

—Yo nunca tomo el pelo, Hastings me conoce y sabe que habla en serio.

—De todas formas no sé adónde quiere usted ir a parar —confesé—. No sospechará del criado, ¿verdad? Podría estar en combinación con la banda y haber echado alguna droga en el café. Supongo que habrán comprobado la coartada.

—Sin duda alguna, amigo mío; pero es la del *signor* Ascanio la que me interesa. Esa coartada me gustaría conocer.

—¿Usted cree que la tiene?

—Eso es precisamente lo que me preocupa, y no me cabe duda de que pronto lo sabremos.

El *Daily Mewsmonger* nos permitió comentar otros acontecimientos.

El *signor* Ascanio fue detenido acusado del asesinato del conde Foscatini, y una vez arrestado negó conocer al conde, declarando que no había estado por los alrededores de Regent’s Court ni la noche del crimen ni la mañana anterior. El más joven había desaparecido completamente. El *signor* Ascanio había llegado al Hotel Grosvenor, procedente del Continente, dos días antes del crimen, y todos los esfuerzos realizados por encontrar al otro hombre fracasaron.

Sin embargo, Ascanio no fue encarcelado. Nada menos que el embajador italiano en persona se había presentado para testificar que Ascanio había estado con él en la Embajada, de ocho a nueve de aquella noche. El detenido quedó en libertad. Claro que mucha gente pensó que se trataba de un crimen político, y que deliberadamente echaron tierra encima.

Poirot se interesó por todos los acontecimientos. No obstante quedé un poco sorprendido cuando me anunció de pronto una mañana que esperaba una visita a las once, y que se trataba nada menos que del propio Ascanio.

—¿Viene a consultarle?

—*Du tout*, Hastings. Yo quiero consultarle a él.

—¿Sobre qué?

—Sobre el asesinato de Regent’s Court.

—¿Va usted a probar que fue él?

—Un hombre no puede ser juzgado dos veces por el mismo crimen, Hastings. Procure tener sentido común. Ah, ésa es la llamada de nuestro hombre.

Pocos minutos después el *signor* Ascanio era introducido en la estancia…; un hombre menudo, delgado, de mirada furtiva y recelosa. Permaneció en pie dirigiéndonos miradas furtivas, ora a Poirot, ora a mí.

—¿*Monsieur* Poirot?

Mi pequeño amigo se señaló el pecho con la mano.

—Siéntese, señor. Ya ha recibido usted mi nota. Estoy decidido a llegar al fondo de este misterio y usted puede ayudarme. Empecemos. Usted… acompañado de un amigo… visitó al difunto conde Foscatini la mañana del martes día nueve… El italiano hizo un gesto de contrariedad.

—Yo no hice nada de eso. He jurado ante el juez…

—*Précisement*… y tengo la ligera impresión de que ha jurado en falso.

—¿Me amenaza usted? ¡Bah! No tengo nada que temer de usted. He sido absuelto.

—Exacto; y no soy tan imbécil como para amenazarle con la cárcel… sino con la publicidad. ¡Publicidad! Veo que no le agrada esa palabra. Lo suponía. Mis pequeñas ideas me son muy valiosas. Vamos, *signor*, su única oportunidad es ser franco conmigo. No le voy a preguntar qué es lo que le trajo a Inglaterra. Ya lo sé: usted vino con el propósito expreso y decidido de ver al conde Foscatini.

—No era conde —gruñó el italiano.

—Ya he observado que su nombre no consta en el *Almanach de Gotha*. No importa, el título de conde suele ser útil en la profesión de chantajista.

—Creo que lo mejor será hablar claro. Al parecer, sabe usted muchas cosas.

—He utilizado mis células grises. Vamos, *signor* Ascanio, usted visitó al difunto el martes por la mañana… ¿Es o no cierto?

—Sí, pero no fui allí a la noche siguiente. No hubo necesidad. Se lo contaré todo. Cierta información referente a un hombre de gran posición en Italia llegó a

conocimiento de ese canalla, que exigió una gran suma de dinero a cambio de esos papeles. Yo vine a Inglaterra para arreglar este asunto y fui a verle aquella mañana acompañado de uno de los secretarios jóvenes de la Embajada. El conde mostróse más razonable de lo que esperaba, aunque la suma que le entregué era muy crecida.

—Perdone, ¿cómo le fue pagada?

—En billetes de Banco italianos. Se los entregué entonces y él a cambio me dio los papeles. No volví a verle.

—¿Por qué no lo dijo cuando lo detuvieron?

—En mi delicada situación me vi obligado a negar toda relación con ese hombre.

—¿Y qué opina entonces de los acontecimientos de aquella noche?

—Sólo puedo pensar que alguien me suplantó deliberadamente. Tengo entendido que en el apartamento no fue encontrado dinero alguno.

Poirot miró meneando la cabeza.

—Es curioso —murmuró—. Todos nosotros poseemos células grises y qué pocos sabemos utilizarlas. Buenos días, *signor* Ascanio. Creo su historia. Es poco más o menos lo que había imaginado, pero tenía que asegurarme.

Tras acompañar a su visitante hasta la puerta, Poirot volvió a ocupar su butaca, sonriéndome.

—Oigamos lo que opina del caso *monsieur le Capitaine* Hastings.

—Pero supongo que Ascanio tiene razón… alguien le suplantó.

—Nunca, pero nunca, aprenderá usted a utilizar la inteligencia que Dios le ha dado. Recuerde alguna de las palabras que pronuncié al salir del apartamento aquella noche. Se referían a las cortinas de la ventana, que no habían sido corridas. Estamos en el mes de junio y a las ocho y media. *Ça vous dit quelque chose?* Tengo la vaga impresión de que algún día llegará a comprenderlo. Ahora pasamos adelante. El café, como le dije, era muy negro, y el conde Foscatini tenía una dentadura blanquísima. El café mancha los dientes. De ello deducimos que no lo probó. No obstante, había resto de café en las tres tazas. ¿Por qué habían de querer simular que el conde Foscatini había tomado café cuando no era cierto?

Meneé la cabeza, muy sorprendido.

—Vamos, le ayudaré. ¿Qué pruebas tenemos de que Ascanio y su amigo, o dos hombres que los suplantaron, hubieran estado en el departamento aquella noche? Nadie les vio entrar, ni nadie les vio salir. La declaración de un hombre y de una serie de objetos inanimados.

—¿Qué quiere usted decir…?

—Me refiero a los cuchillos, tenedores, platos y fuentes vacías. ¡Ah, pero fue una idea inteligente! ¡Graves es un ladrón y un granuja, pero un hombre de método! Oye parte de la conversación sostenida aquella mañana… lo bastante para comprender que Ascanio estará en una situación difícil para defenderse, y la noche siguiente, a eso de las ocho, dice a su amo que le llaman al teléfono. Foscatini se sienta, alarga la mano para coger el aparato, y en aquel momento Graves le propina un fuerte golpe con la

figura de mármol. Luego acude a toda prisa al teléfono interior y encarga cena… ¡para tres! Prepara la mesa, ensucia los platos, cuchillos, tenedores, etc… Pero también ha de deshacerse de la comida. No sólo es un hombre inteligente, sino que además posee un estómago de gran capacidad. Pero después de comerse tres *tournedos*, ya no puede con el *soufflé* de arroz. Incluso se fuma un cigarro puro y dos cigarrillos para que la impresión sea completa. ¡Ah, todo estaba magníficamente planeado! Luego coloca las manecillas del reloj a las ocho cuarenta y siete y lo tiró al suelo para pararlo. Lo único que no hizo fue correr las cortinas. Pero si los tres hubiesen cenado realmente, las cortinas hubiesen sido corridas en cuanto hubiera empezado a anochecer. Después se apresura a mencionar la presencia de los invitados al encargado del ascensor. Corre hasta un teléfono público y lo más cerca posible de las ocho cuarenta y siete telefonea al médico imitando la voz de su amo. Tan acertada fue su idea que nadie se preocupa por comprobar si la llamada fue hecha desde el apartamento número 11.

—Excepto Hércules Poirot, ¿supongo? —dije.

—Ni siquiera Hércules Poirot —dijo mi amigo, sonriendo—. Ahora voy a comprobarlo. Primero tenía que probar mi teoría ante usted. Pero ya verá cómo tengo razón; y luego, Japp, a quien ya he insinuado algo, podrá detener al respetable Graves. Me pregunto cuánto dinero habrá gastado ya.

Poirot tuvo razón… como siempre, ¡maldita sea!

El caso del testamento desaparecido

(The Case of the Missing Will).

Poirot recibe una extraña petición de Miss Violeta Marsh, quien tras quedar huérfana a los 14 años de edad se fue a vivir con su tío Andrew, regresado recientemente a su gran casa de Devon tras hacer fortuna en Australia. Él tiene una mentalidad anticuada en lo que concierne a la educación de las mujeres y se opuso a que su sobrina se enfrascara en el estudio, a lo que Violeta se rebeló, consiguiendo ser admitida en Girton College nueve años atrás. A pesar de todo, mantuvo una relación cordial con Andrew Marsh, y tras el reciente fallecimiento de éste, descubre un testamento con una extraña cláusula: Marsh ha dado instrucciones de que su sobrina puede vivir en su casa durante un mes, y en ese tiempo tiene que probar su supuesta inteligencia. Si no lo consigue al final de ese tiempo, todos sus bienes pasarán a instituciones de caridad y ella se quedará sin nada. Al igual que Miss Marsh, Poirot está convencido de la existencia de un segundo testamento o una suma de dinero escondida en la casa y acepta buscarla. Al viajar a Devon, Poirot y Hastings buscan a Mr. y Mrs. Baker, encargados de las tareas de la casa de Andrew Marsh; ellos le cuentan a Poirot haber sido los testigos del testamento de Marsh, dos testamentos en realidad, puesto que él Marsh haber cometido un error en la redacción del primero y se hace necesario comenzar de nuevo. Examinando la casa, Poirot queda encantado con el orden y método del Mr. Marsh, salvo por una excepción: la llave del escritorio. Al final de la historia, Miss Marsh demuestra que probó su inteligencia de la mejor manera posible: contratando a Poirot para hacerse cargo del caso.

El problema presentado por la señorita Violeta Marsh representó un cambio muy agradable en nuestro trabajo rutinario. Poirot había recibido una nota breve y comercial de aquella dama, solicitando una entrevista, y él le contestó pidiéndole que fuera a verle a las once del día siguiente.

Ella llegó puntualmente. Era una joven alta, muy hermosa, sencilla pero pulcramente vestida, y de aire decidido.

—El asunto que me trae aquí es un tanto desacostumbrado, *monsieur* Poirot —comenzó a decir después de aceptar una silla—. Será mejor que empiece por el principio y le cuente toda la historia.

—Como usted guste, señorita.

—Soy huérfana. Mi padre era uno de los dos hijos de un modesto labrador de Devonshire. La granja era muy pobre, y el hermano mayor, Andrew, emigró a Australia, donde le fue muy bien, y gracias a una hábil especulación de terrenos se convirtió en un hombre muy rico. El hermano menor Roger (mi padre), no sentía inclinación hacia la vida del campo. Obtuvo un empleo en una empresa poco

importante. Mi padre falleció cuando yo tenía seis años. A los catorce, mi madre le siguió, y el único pariente que me quedó con vida era mi tío Andrew, que hacía poco acababa de regresar de Australia. Compró una pequeña casa, Crabtree Manor, en su país natal, y se portó muy bien conmigo, llevándome a vivir con él y tratándome como si fuera su propia hija.

»Crabtree Manor, a pesar de su nombre, es en realidad una antigua granja. Mi tío llevaba en la sangre el amor a esa clase de trabajo y se interesó por diversos sistemas modernos de explotación de las granjas. Aunque siempre fue amable conmigo, tenía ciertas ideas muy peculiares profundamente arraigadas acerca de la educación de las mujeres. Él era un hombre de poquísima o ninguna educación, listo, y daba muy poca importancia a lo que él llamaba "ciencia de los libros", oponiéndose a que yo estudiara. En su opinión, las muchachas debían aprender las faenas de la casa, ser útiles en todo, y tener el menor contacto posible con los libros. Se propuso educarme según estos principios. Yo me rebelé abiertamente. Sabía que poseía un buen cerebro y ninguna disposición para las tareas domésticas. Mi tío y yo discutimos muchas veces por esa cuestión, y a pesar de querernos mucho, los dos éramos tozudos. Tuve la suerte de ganar una beca y hasta cierto punto pude salirme con la mía. La crisis surgió cuando decidí trasladarme a Girton. Tenía un poco de dinero mío, que me dejó mi madre, y estaba completamente resuelta a emplear lo mejor posible los talentos que Dios me había dado. Tuve una discusión final con mi tío, que me expuso los hechos con toda claridad. Él no tenía otros parientes y deseaba que yo fuera su única heredera. Como ya le he dicho, era un hombre muy rico. No obstante, si yo persistía en "aquellas novedades" no debía esperar nada de él. Me mantuve firme, aunque correcta. Le dije que siempre le apreciaría mucho, pero que debía dirigir mi propia vida. Nos separamos así: "Tú confías en tu cerebro", fueron sus últimas palabras. "Yo no tengo estudios, pero, a pesar de todo, apuesto mi inteligencia contra la tuya. Veremos quién gana".

»Eso ocurrió hace nueve años. Pasé con él algún fin de semana, y nuestras relaciones fueron siempre amistosas, aunque no cambió de modo de pensar. Desde hace tres años su salud comenzó a flaquear y falleció hace un mes.

»Ahora voy llegando al motivo de mi visita. Mi tío dejó un testamento extraordinario. Según sus condiciones, Crabtree Manor y todo lo que contiene estará a mi disposición durante un año a partir del día de su muerte… "Durante este tiempo mi sobrina debería probar su inteligencia", ésas son sus palabras exactas. Al finalizar este plazo, "si mi inteligencia ha resultado mejor que la suya", la casa y toda la inmensa fortuna de mi tío pasará a instituciones benéficas.

—Esto es un poco duro para usted, *mademoiselle*, ¿no le parece?

—Yo no lo veo así. Mi tío Andrew me advirtió lealmente y yo escogí mi camino. Puesto que no he cumplido sus deseos, tenía perfecto derecho a dejar su dinero a quien quisiera.

—¿El testamento de su tío fue redactado por un abogado?

—No; fue escrito en un formulario impreso y firmaron como testigos el matrimonio que vive en la casa y cuidaba de mi tío.

—¿Existe la posibilidad de impugnar ese testamento?

—Ni siquiera lo intentaría.

—Entonces, ¿lo considera un reto por parte de su tío?

—Eso es exactamente lo que opino de él.

—Se presta a esa interpretación, desde luego —dijo Poirot, pensativo—. En algún lugar de su casa de campo su tío ha escondido o bien una suma de dinero en billetes o tal vez su segundo testamento, y le da un año de plazo para ejercitar su imaginación y descubrirlo.

—Exacto, señor Poirot y le hago el honor de considerar que su ingenio es mejor que el mío.

—¡*Eh, eh*, es usted muy amable! Mis células grises están a su disposición. ¿No ha buscado usted todavía?

—Sólo muy por encima; siento demasiado respeto por la innegable habilidad de mi tío para suponer que ha de ser una tarea fácil.

—¿Tiene usted el testamento o una copia?

La señorita Marsh le entregó un documento, que Poirot leyó haciendo gestos de asentimiento.

—Fue otorgado hace tres años. Lleva fecha del veinticinco de marzo, y también consta la hora, las once de la mañana… esto es muy sugestivo. Limita el campo en que hemos de buscar. Estoy seguro de que existe otro testamento, hecho media hora más tarde, que anulará éste. *Eh bien*, *mademoiselle*, el problema que acaba de plantearme es muy ingenioso, y tendré un gran placer en solucionarlo. Afortunadamente, de momento no tengo ningún asunto entre manos. Hastings y yo iremos a Crabtree Manor esta misma noche. Supongo que el matrimonio que cuidaba de su tío seguirá aún allí.

—Sí, se llama Baker.

A la mañana siguiente estábamos ya dispuestos a la búsqueda. Habíamos llegado la noche antes, y los señores Baker, que habían recibido un telegrama de la señorita Marsh, estaban esperando a que llegáramos.

Acabábamos de despachar un excelente desayuno y nos hallábamos sentados en una reducida habitación con paneles de madera que había sido el despacho y cuarto de estar del señor Marsh.

—*Eh bien, mon ami* —dijo Poirot, encendiendo uno de sus diminutos cigarrillos—, debemos trazar nuestro plan de campaña. Ya he realizado una ligera inspección por toda la casa, pero soy de la opinión de que cualquier pista ha de encontrarse en esta habitación. Tendremos que revisar con sumo cuidado todos los documentos del escritorio. Claro que no espero encontrarlo entre ellos, pero es probable que en algún

papel de apariencia inocente hallemos la pista del escondite. Pero antes hemos de conseguir alguna información. Haga sonar el timbre, se lo ruego.

Obedecí. Mientras esperábamos que contestasen, Poirot anduvo de un lado a otro mirando a su alrededor con aire de aprobación.

—Este señor Marsh era un hombre metódico. Vea qué ordenados están sus papeles; luego la llave de cada cajón tiene su etiqueta de marfil… así como la de la vitrina de porcelanas que hay junto a la pared y fíjese con qué precisión está colocado cada objeto.

Se detuvo bruscamente, con los ojos fijos en la llave del escritorio, de la que colgaba un sobre sucio. Poirot, frunciendo el ceño, la quitó de la cerradura. En el sobre se leían las palabras: «Llave del escritorio», con la letra desigual muy distinta de las pulcras inscripciones de las otras llaves.

—Una nota discordante —dijo Poirot, con el entrecejo fruncido—. Juraría que esto no es propio de la personalidad del señor Marsh, pero ¿quién más ha estado en la casa? Sólo la señorita Marsh, y ella, si no me equivoco, también es una joven metódica y ordenada.

Baker acudió respondiendo a nuestra llamada.

—¿Quiere ir a buscar a su esposa para que responda a algunas preguntas?

Baker regresó a los pocos minutos con la señora Baker. En pocas palabras Poirot les puso al corriente y los Baker le expresaron su simpatía.

—Nosotros no queremos que la señorita Violeta se vea privada de lo que es suyo —declaró la mujer—. Sería una crueldad que todo fuese a parar a los hospitales.

Poirot comenzó a interrogarles. Sí, los señores Baker recordaban perfectamente haber firmado el testamento. Baker había sido enviado previamente a la ciudad vecina a recoger los dos impresos.

—¿Dos? —dijo Poirot extrañado.

—Sí, señor, supongo que para más seguridad, en caso de que se estropease uno… y casi seguro que así fue. Habíamos firmado uno…

—¿A qué hora?

Baker se rascó la cabeza, pero su esposa fue más rápida en contestar.

—Pues para más exactitud, acababa de poner a hervir la leche para el cacao de las once. ¿No te acuerdas? —dijo a su esposo—. Se había derramado sobre el fogón cuando volvimos a la cocina.

—¿Y después?

—Sería una hora más tarde. Tuvimos que volver a firmar. «Me he equivocado —nos dijo el señor—, y he tenido que romperlo. Tendré que molestarles otra vez haciéndoles firmar de nuevo». Y eso hicimos. Y después el señor nos dio una bonita cantidad de dinero a cada uno. «No os dejo nada en mi testamento», nos dijo, «pero cada año, mientras yo viva, os daré una cantidad como ésta para que la guardéis para cuando yo no esté»; y desde luego eso hizo.

Poirot reflexionó.

—Después de que ustedes firmaron por segunda vez, ¿qué hizo el señor Marsh? ¿Lo saben ustedes?

—Fue al pueblo a pagar a los tenderos.

Aquello no parecía muy prometedor. Poirot empleó otra táctica, Les mostró la llave del escritorio.

—¿Es ésta la letra del señor Marsh?

Puede que yo lo imaginara, pero me pareció que transcurrían unos segundos antes de que Baker replicara:

—Sí, sí, señor.

«Miente —pensé—. Pero ¿por qué?».

—¿Se ausentó de la casa…? ¿Ha venido algún forastero durante los últimos tres años?

—No, señor.

—¿Ni visitas?

—Sólo la señorita Violeta.

—¿Ningún extraño ha penetrado en esta habitación?

—No, señor.

—Olvidas a los obreros, Jim —le recordó su esposa.

—¿Obreros? —Poirot volvióse en redondo hacia ella—. ¿Qué obreros?

La mujer explicó que dos años y medio atrás habían estado varios obreros en la casa para efectuar ciertas reparaciones. No pudo precisar de qué se trataba. En su opinión fue un capricho del amo, completamente innecesario. Los obreros pasaron parte del tiempo en el despacho, aunque no podía decir qué es lo que hicieron allí. Por desagracia no podía recordar el nombre de la empresa que efectuó los trabajos sólo que era de Plymouth.

—Vamos progresando, Hastings —dijo Poirot frotándose las manos cuando los Baker salieron de la estancia—. Evidentemente hizo otro testamento y luego esos obreros de Plymouth le construyeron un escondite adecuado. En vez de perder el tiempo levantando el suelo y golpeando las paredes, iremos a Plymouth.

Tras algunos trabajos conseguimos la información deseada, y después de un par de tentativas descubrimos la firma que contrató el señor Marsh.

Los obreros llevaban en ella muchos años, y fue fácil encontrar a los que trabajaron bajo las órdenes del señor Marsh. Recordaban su trabajo perfectamente. Entre otros arreglos insignificantes, sacaron uno de los ladrillos de la anticuada chimenea, hicieron una cavidad debajo de éste, y luego volvieron a colocarlo de modo que fuera imposible distinguir la unión. Para abrirlo era preciso presionar el segundo ladrillo contando desde el extremo. Había sido un trabajo complicado y el anciano caballero se mostró muy ilusionado con él. Nuestro informador era un hombre alto y delgado, llamado Cogham, y al parecer bastante inteligente.

Regresamos a Crabtree Manor muy optimistas, y cerrando la puerta del despacho nos dispusimos a comprobar nuestro descubrimiento. Era imposible distinguir señal

alguna en los ladrillos, pero cuando presionamos en la forma indicada, apareció una profunda cavidad.

Poirot introdujo su mano con ansiedad, y de pronto su rostro pasó del optimismo a la consternación. Todo lo que extrajo fue un pedazo de papel; mas, aparte de esto, la cavidad estaba completamente vacía.

—*Sacré!* —exclamó Poirot furioso—. Alguien ha llegado antes que nosotros.

Examinamos el papel con ansiedad. Desde luego se trataba de un fragmento de lo que buscábamos. Se veía en él parte de la firma de Baker, pero ninguna indicación de cuáles habían sido los términos del testamento.

—No lo entiendo —gruñó Poirot—. ¿Quién lo habrá destruido? ¿Y con qué objeto?

—¿Los Baker? —le sugerí.

—*Pourquoi?* Ninguno de los testamentos les beneficia. ¿Por qué nadie iba a molestarse en destruir el testamento? Los hospitales se benefician… sí; pero no podemos sospechar de esas instituciones.

—Tal vez el viejo cambiara de opinión y lo destruyera él mismo —insinué.

—Es posible —admitió Poirot—. Ha sido una de sus observaciones más razonables, Hastings. Bueno, aquí no podemos hacer nada más. Hemos hecho todo lo humanamente posible. Hemos conseguido igualar en inteligencia al difunto Andrew Marsh, pero por desgracia su sobrina no sale ganando con nuestro éxito.

Fuimos a la estación enseguida y conseguimos tomar el tren de regreso a Londres, aunque no era un expreso. Poirot estaba triste y contrariado. En cuanto a mí, debido al cansancio permanecí semiadormilado en un rincón. De pronto, cuando el tren comenzaba a salir de Taunton, Poirot me lanzó un grito apremiante.

—¡*Vite*, Hastings! ¡Despierte y salte del tren! ¡Le digo que se apee!

Antes de que pudiera darme cuenta de lo que ocurría nos encontrábamos en el andén, sin sombrero y sin maletas en tanto que el tren desaparecía en la noche. Yo estaba furioso, mas Poirot no me prestaba atención.

—¡Qué imbécil he sido! —exclamó—. ¡Tres veces imbécil! ¡Nunca más volveré a pavonearme por mis células grises!

—Es una buena idea —dije enojado—. Pero ¿qué es lo que pasa ahora?

—Los comerciantes… ¡Los he dejado completamente de lado! Sí, ¿pero dónde? No importa, no puedo equivocarme. Debemos regresar enseguida.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Conseguimos subirnos a un tren muy lento que nos trasladó a Exeter, y desde allí alquilamos un coche. Llegamos a Crabtree Manor a primeras horas de la mañana. Pasaré por alto el asombro de los Baker cuando al fin conseguimos despertarle. Sin hacer caso de nadie, Poirot fue directamente al despacho.

—No he sido tres veces imbécil, sino treinta y seis, amigo mío —se dignó a reconocer—. ¡Ahora, prepárese!

Yendo directamente al escritorio sacó la llave y le arrancó el sobre que llevaba atado. Yo le contemplaba estúpidamente. ¿Cómo era posible que esperase encontrar un impreso de los empleados para hacer testamento en un sobre tan diminuto? Con sumo cuidado fue cortándolo hasta dejarlo completamente abierto. Luego encendió el fuego y lo acercó a la llama. A los pocos minutos comenzaron a aparecer unos ligeros caracteres.

—¡Mire, *mon ami*! —exclamó Poirot con aire triunfal.

Yo miré. Eran unas pocas líneas de escritura en las que declaraba brevemente que dejaba toda su fortuna a su sobrina, Violeta Marsh. Llevaba fecha del veinticinco de marzo, a las doce y media, siendo los testigos Alberto Pike, pastelero, y su esposa, Jessie Pike.

—¿Pero es legal? —pregunté conteniendo el aliento.

—Que yo sepa no existe ninguna ley que prohíba escribir un testamento con tinta simpática. La intención del testador está bien clara y el beneficiario es su único pariente vivo. ¡Pero qué inteligente era ese hombre! Él previó todos los pasos que se darían por encontrarlo… todos los que yo, imbécil de mí, he dado. Adquiere dos impresos, hace que sus criados los firmen, y luego redacta su testamento en el interior de un sobre sucio y con una pluma estilográfica que contiene tinta simpática. Con alguna excusa hace que el pastelero y su esposa firmen abajo su nombre y luego lo ata a la llave de su escritorio riéndose para sus adentros. Si su sobrina descubre su pequeño truco habrá justificado la vida que eligió y su complicada educación, y merecerá todo su dinero.

—Ella no ha sabido adivinarlo, ¿verdad? —dije despacio—. Parece injusto. En realidad ha ganado el viejo.

—Pero no, Hastings. Es usted quien se equivoca. La señorita Marsh demostró la agudeza de su inteligencia y el valor de su elevada educación en la mujer, al poner el asunto inmediatamente en mis manos. Siempre hay que confiar en los expertos. Ella ha demostrado ampliamente que tiene derecho a su dinero.

¡Me gustaría saber qué es lo que hubiera opinando de esto el viejo Andrew Marsh!

Asesinato en Bardsley Mews

(Murder in the Mews).

Capítulo I

—Una limosnita, señor…

Un chiquillo de cara tiznada sonrió al primer inspector Japp para ganarse su voluntad.

—¡Ni soñarlo! —exclamó el policía—. Y además escucha bien, muchacho…

Y le dirigió un breve sermón. El asustado golfillo, emprendiendo la retirada, dijo a sus jóvenes amigos:

—¡Cáscaras, pues no es un «poli» camuflado!

Y la pandilla puso pies en polvorosa, cantando:

Recuerden, recuerden
el cinco de noviembre.
Pólvora, traición e intriga.
No veo razón para que esa traición
deba ser nunca olvidada.

El compañero del primer inspector, un hombrecillo menudo, de cierta edad, cabeza de huevo y grandes bigotes que le daban un aire marcial, sonreía para sí.

—*Tres bien*, Japp —comentó—. ¡Ha sido un buen servicio! ¡Le felicito!

—¡El día de Guy Fawkes es un buen pretexto para mendigar! —dijo Japp.

—Una tradición interesante —repuso Hércules Poirot—. Se siguen lanzando fuegos artificiales… bum… bum… bum… mucho después de que han olvidado al personaje que conmemoran y su doctrina.

El hombre de Scotland Yard estuvo de acuerdo.

—Supongo que la mayoría de esos muchachos ignoran quién fue en realidad Guy Fawkes.

—Y sin duda alguna, dentro de poco habrá confusión de ideas. ¿Es en su honor o todo lo contrario el disparo de *feu d’artifice* del cinco de noviembre? ¿Fue un pecado o una noble gesta el echar abajo el Parlamento inglés?

Japp rió.

—Ciertamente que muchas personas dirían que lo primero.

Dejando la calle principal, los dos hombres se adentraron en la relativa tranquilidad de los Jardines de Bardsley Mews. Habían cenado juntos y ahora se dirigían al piso de Hércules Poirot.

Mientras caminaban oían de vez en cuando las detonaciones de los cohetes que seguían estallando, y periódicamente una lluvia de oro iluminaba el cielo.

—Buena noche para cometer un crimen —observó Japp con interés profesional —. Por ejemplo, en una noche como esta nadie oiría un disparo.

—Siempre me ha extrañado que los criminales no aprovecharan más esta ventaja —repuso Hércules Poirot.

—¿Sabe una cosa, Poirot? Algunas veces desearía que usted cometiese un crimen.

—*Mon cher*!

—Sí. Me gustaría ver cómo lo hacía.

—Mi querido Japp: si yo cometiera un crimen, usted no tendría ni la más remota oportunidad de verlo… ni siquiera de saber que lo había cometido.

Japp rió de buen grado y con afecto.

—Es usted endiabladamente orgulloso, ¿no le parece? —añadió en tono indulgente.

A las diez y media de la mañana siguiente sonó el teléfono de Hércules Poirot.

—¿Diga? ¿Diga?

—Hola, ¿es usted Poirot?

—*Oui, c'est moi*.

—Le habla Japp. ¿Recuerda que ayer noche volvimos a casa por los jardines de Bardsley Mews?

—Sí.

—¿Y que hablamos de lo sencillo que resultaría disparar matando a una persona en medio del estruendo de los cohetes y petardos?

—Desde luego.

—Bien, hubo un suicidio en esa zona. En la casa número catorce. Se trata de una joven viuda… una tal señora Alien. Ahora voy para allí. ¿Le gustaría acompañarme?

—Perdóneme, pero ¿es corriente enviar a una persona de su categoría por un caso de suicidio, mi querido amigo?

—Es usted muy sagaz. No… no es corriente. A decir verdad, el médico opina que hay algo raro en todo esto. ¿Quiere acompañarme? Tengo el presentimiento de que usted habrá de intervenir.

—Desde luego que iré. ¿Dijo usted que en el número catorce?

—Exactamente.

Poirot llegó al número catorce de los Jardines Bardsley Mews casi al mismo tiempo que el automóvil que conducía a Japp y otros tres hombres.

Era evidente que el número catorce acaparaba la atención general, y lo rodeaba un enorme círculo de personas… chóferes, sus esposas, mandaderos, desocupados, señores bien vestidos e innumerables chiquillos, todos con la boca abierta y mirada de asombro.

Un policía de uniforme estaba en la entrada para contener a los curiosos. Jóvenes de aire avispado deambulaban atareadísimos con sus cámaras fotográficas y se

abalanzaron sobre Japp al verle descender del coche.

—Ahora no puedo decirles nada —cortó Japp apartándolos para dirigirse a Poirot —. ¿De modo que ya está usted aquí? Entremos.

Penetraron rápidamente en el interior de la casa, y la puerta cerróse tras ellos, dejándoles ante una escalera parecida a la de los barcos.

Un hombre asomó la cabeza desde arriba, y reconociendo a Japp dijo:

—Es aquí arriba, inspector.

Japp y Poirot subieron la escalerilla.

El hombre que les había hablado abrió una puerta a la izquierda y les hizo pasar a un pequeño dormitorio.

—Pensé que le agradaría conocer los datos más importantes, inspector.

—Cierto, Jameson —replicó Japp—. ¿Cuáles son?

El inspector Jameson tomó la palabra.

—La difunta es la señora Alien, inspector. Vivía aquí con una amiga… la señorita Plenderleith. *Miss* Plenderleith estaba en el campo y regresó esta mañana. Abrió ella misma con su llave y sorprendióse al no encontrar a nadie. Por lo general viene a las nueve una mujer para hacer la limpieza. Subió primero a su habitación, que es ésta, y luego fue a la de su amiga, que está al otro lado del descansillo. La puerta estaba cerrada por dentro. Estuvo llamando y golpeándola sin obtener respuesta. Al fin, alarmada, telefoneó a la policía. Eso fue a las diez cuarenta y cinco. Vinimos enseguida y forzamos la puerta. La señora Alien estaba tendida en el suelo con un balazo en la cabeza. En la mano tenía una automática… una «Webley», calibre veinticinco, y… aparentemente se trata de un caso claro de suicidio.

—¿Dónde está ahora la señorita Plenderleith?

—Abajo, en la sala, inspector. Es una joven fría y eficiente, con mucha cabeza.

—Luego hablaré con ella. Ahora será mejor que vea a Brett.

Acompañado de Poirot, atravesó el descansillo para dirigirse a la otra habitación, donde les recibió un hombre alto y de cierta edad.

—Hola, Japp, celebro verle por aquí. Este caso es muy curioso.

Japp se aproximó a él, mientras Hércules Poirot echaba un rápido vistazo a su alrededor.

Se trataba de una habitación mucho más grande que la que acababan de abandonar. Tenía un mirador y en tanto que la otra era puramente dormitorio, aquella estancia parecía más bien una especie de saloncito.

Las paredes eran de un tono plateado y el techo verde también plata y verde. Había un diván tapizado de seda verde con profusión de cojines dorados y plateados. Un canterano antiguo de nogal, una cómoda de la misma madera y varias sillas modernas cromadas. Sobre una mesita baja, de cristal, veíase un gran cenicero repleto de colillas.

Poirot, con delicadeza, olfateó el aire. Luego fue a reunirse con Japp, que estaba contemplando el cadáver.

Tendido sobre el suelo, como si hubiera resbalado de una de las sillas cromadas, estaba el cadáver de una mujer joven, tal vez de unos veintisiete años. Era rubia y de facciones delicadas e iba apenas maquillada. En el lado izquierdo de su rostro había una masa de sangre coagulada. Los dedos de su mano derecha estaban crispados sobre una pequeña pistola, y vestía un sencillo vestido verde cerrado hasta el cuello.

—Bueno, Brett, ¿cuál es su opinión? —Japp miraba el cadáver.

—La posición es correcta —indicó el médico—. Si se mató ella misma es probable que cayera en esta posición. La puerta estaba cerrada por dentro, así como la ventana.

—¿Dice usted que es correcta? Entonces, ¿qué es, pues, lo curioso?

—Eche usted una mirada a la pistola. No la he tocado… espero que vengan a tomar las huellas, pero podrá ver fácilmente lo que quiero decir.

Poirot y Japp se arrodillaron para examinar el arma de cerca.

—Ya comprendo a qué se refiere —dijo Japp levantándose—. Está en la curva de su mano. *Parece* que la sostiene… pero en realidad no es así. ¿Algo más?

—Sí. Tiene la pistola en la mano *derecha*. Ahora fíjese en la herida. El arma fue colocada junto a la cabeza, precisamente encima de su oreja *izquierda*… la *izquierda*. ¿Se fija?

—¡Hum! —repuso Japp—. Es cierto. ¿No es posible que disparara su pistola en esa misma posición con la mano derecha?

—Yo diría que es completamente imposible. Se puede colocar el brazo en esa posición, pero dudo de que se consiguiera disparar.

—Entonces resulta bastante evidente. Alguien la mató y luego trató de hacer que pareciera un suicidio. Aunque, ¿cómo se explica que la puerta y la ventana estuviesen cerradas?

El inspector Jameson fue quien contestó a su pregunta.

—La ventana estaba cerrada por dentro, inspector, pero aunque la puerta lo estaba también, *no hemos conseguido encontrar la llave*.

Japp hizo un gesto de asentimiento.

—Sí. Eso fue un gran fallo. Quienquiera que haya sido, cerró la puerta al marcharse con la esperanza de que no se notase la falta de la llave.

—*C’est béte, ça!*

—Oh, vamos, Poirot, no debe juzgar a los demás con la luz de su brillante intelecto. A decir verdad, es un detalle que pudo muy bien pasar inadvertido. La puerta está cerrada. Se abre por la fuerza… encuentra a una mujer muerta… con la pistola en la mano… un caso claro de suicidio…: se encerró para matarse. No tiene por qué buscar la llave. Fue una suerte que la señorita Plenderleith avisara a la policía. Pudo hacer que un par de chóferes abrieran la puerta… y entonces la cuestión de la llave hubiera pasado por alto.

—Sí, creo que tiene razón —repuso Hércules Poirot—. Hubiera sido la reacción natural de muchísimas personas. La policía siempre es el último recurso, ¿no es

cierto?

Sus ojos no se apartaron del cadáver.

—¿Hay algo que le llame la atención? —le preguntó Japp en tono intrascendente, aunque sus ojos expresaban interés.

Hércules Poirot meneó lentamente la cabeza.

—Miraba su reloj de pulsera.

E inclinándole lo tocó apenas con la punta de un dedo. Era una joya muy bonita, sujeta por una cinta negra de moaré a la muñeca de la mano que sostenía la pistola.

—Es muy lindo —observó Japp—. ¡Debió costar mucho dinero! —Miró interrogadoramente a Poirot—. ¿Le sugiere alguna cosa?

—Es posible… sí.

Poirot dirigióse al canterano. Lo abrió, bajando la tapa delantera. El interior estaba dispuesto de modo que hiciera juego con el resto de la habitación.

En el centro había un enorme tintero de plata, y ante él un bonito secante de laca verde. A la izquierda de éste veíase una bandejita de cristal verde conteniendo un portaplumas de plata… una barra de lacre verde, un lápiz y dos sellos. A la derecha del secante, un calendario movible que indicaba el día de la semana, el mes y la fecha. Había también un cacharrillo de cristal por el que asomaba una elegante pluma de ave color verde, que al parecer interesó a Poirot. La sacó para observarla, pero no estaba manchada de tinta, lo cual era prueba de que sólo constituía un elemento decorativo… nada más. El portaplumas de plata sí que parecía haber sido utilizado. La mirada de Poirot se posó en el calendario.

—Martes, cinco de noviembre —dijo Japp—. Es la fecha de ayer, y por lo tanto la que corresponde.

Se volvió hacia Brett.

—¿Cuánto tiempo lleva muerta?

—La mataron a las once y treinta y tres minutos de la noche de ayer —replicó el doctor sin vacilar. Al ver la cara de asombro de Japp sonrió—. Lo siento, amigo mío. He querido hacer como los médicos de las novelas. A decir verdad, lo más que puedo precisar son las once… con un margen de una hora antes y otra después.

—Oh, pensé que se le habría parado el reloj de pulsera… o algo así.

—Desde luego, está parado, pero a las cuatro y cuarto.

—Y supongo que no pudo ser asesinada a esa hora…

—Puede tener plena seguridad.

Poirot dio la vuelta al secante.

—Buena idea —dijo Japp—; pero no ha habido suerte.

El secante mostraba una blancura impoluta. Poirot fue revisando las hojas de recambio, pero estaban todas sin estrenar.

Entonces dedicó su atención al cesto de los papeles.

Contenía dos o tres cartas hechas pedazos y varias circulares. Sólo estaban partidas por la mitad y era fácil reconstruirlas. Una petición de un donativo para una

sociedad de ayuda a los excombatientes; una invitación para un refresco que debía celebrarse el tres de noviembre, y una nota de una modista. Las circulares eran un anuncio de una tienda de pieles y un catálogo de unos almacenes.

—Nada —dijo Japp.

—No, es extraño… —comentó Poirot.

—¿Se refiere a que suele dejarse una carta cuando se trata de un suicidio?

—Exacto.

—¡Una prueba más de que no fue suicidio!

Se dirigió a la puerta.

—Ahora dejemos que mis hombres se pongan a trabajar. Será mejor que baje a hablar con la señorita Plenderleith. ¿Me acompaña, Poirot?

El aludido parecía continuar enfrascado en la contemplación del escritorio y su contenido.

Al salir de la habitación sus ojos se volvieron una vez más para mirar la flamante pluma de ave de color verde.

Capítulo II

Al pie del estrecho tramo de escalones se abría la puerta que daba acceso a un amplio saloncito… y en aquella estancia, cuyas paredes estaban recubiertas de una pintura rugosa de gran efecto, y de las que pendían grabados al aguafuerte y en madera, hallábanse sentadas dos personas.

Una, muy cerca de la chimenea y con las manos extendidas hacia el fuego, era una mujer morena, de aspecto inteligente, de unos veintisiete o veintiocho años. La otra, de más edad y de amplias proporciones, llevaba una bolsa de cordel y manoteaba y charlaba cuando los dos hombres entraron en la habitación.

—… y como ya le dije, señorita, el corazón me ha dado un vuelco tan grande que casi me caigo redonda al suelo. Y pensar que precisamente esta mañana…

—Está bien, señora Pierce. Creo que esos caballeros son inspectores de policía.

—¿La señorita Plenderleith? —preguntó Japp, adelantándose.

La joven asintió.

—Ése es mi nombre. Ésta es la señora Pierce, que viene cada día a hacer la limpieza.

Y la señora Pierce volvió a tomar la palabra.

—Y cómo le estaba diciendo a la señorita Plenderleith… pensar que esta mañana, precisamente esta mañana, mi hermana Luisa Maud ha tenido un ataque y yo era la única que podía atenderla… y como digo, la sangre tira y pensé que no le importaría a la señora Alien, aunque no me agradaría faltar a mis señoras…

Japp la interrumpió con cierta astucia.

—Desde luego, señora Pierce. ¿Quiere acompañar al inspector Jameson a la cocina y hacerle un breve resumen de lo ocurrido?

Una vez se hubo librado de la señora Pierce, que salió con Jameson charlando por los codos, Japp dedicó su atención a la joven.

—Soy el primer inspector Japp, señorita Plenderleith; le agradecería me dijera todo lo que sea posible acerca de este asunto.

—Desde luego. ¿Por dónde empiezo?

Su serenidad era admirable. No daba la menor muestra de pesar o sobresalto, como no fuera una ligera rapidez en sus ademanes.

—Usted llegó esta mañana. ¿A qué hora?

—Creo que poco después de las diez y media. La señora Pierce, esa vieja bruja, no estaba aún aquí…

—¿Suele ocurrir a menudo?

Jane Plenderleith se encogió de hombros.

—Una o dos veces por semana aparece a las doce… o a ninguna hora. Debiera estar aquí a las nueve. Como le digo, un par de veces por semana o «viene cuando le

parece», o alguien de su familia se pone enfermo. Todas esas mujeres son iguales… fallan de vez en cuando, y ésta es de las peores.

—¿Hace mucho que la tienen?

—Sólo un mes. La última que tuvimos se llevaba todo lo que podía.

—Por favor, continúe, señorita Plenderleith.

—Pagué al taxista, entré mi maleta y busqué a la señora Pierce. En vista de que no estaba, subí a mi habitación. Me arreglé un poco y fui al dormitorio de Bárbara… la señora Alien… encontrando la puerta cerrada. Estuve llamando y golpeando sin obtener respuesta. Entonces bajé a telefonear al puesto de policía.

—*Pardon*! —Poirot intervino con una pregunta rápida—. ¿No se le ocurrió tratar de echar abajo la puerta… con la ayuda de algún chófer, pongo por ejemplo?

Sus ojos se volvieron hacia él… eran fríos y de un color verde gris. Pareció contemplarle inquisitivamente.

—No, no se me ocurrió. Si ocurría algo anormal me pareció que lo mejor era llamar a la policía.

—Entonces ¿usted pensó… *pardon*, *mademoiselle*… que ocurría algo anormal?

—Naturalmente.

—¿Porque sus llamadas no obtuvieron respuesta? Su amiga pudo haber tomado una pastilla para dormir o algo por el estilo…

—Ella no tomaba drogas para dormir.

La respuesta fue tajante.

—O pudo marcharse y cerrar la puerta con llave.

—¿Por qué había de cerrarla? En todo caso me hubiera dejado una nota.

—¿Y no… se la dejó? ¿Está bien segura?

—Claro que lo estoy. La hubiera visto enseguida.

Su tono se iba haciendo más cortante.

—¿No trató de mirar por el ojo de la cerradura, señorita Plenderleith? —le preguntó Japp.

—No —repuso pensativa—. No me pasó siquiera por la imaginación. Pero no hubiera visto nada, ¿no le parece? La llave debía estar puesta.

Su mirada inocente e interrogadora sostuvo la de Japp. Poirot sonrió para sí.

—Hizo usted muy bien, desde luego, señorita Plenderleith —dijo Japp—. Supongo que no tendría usted motivos para creer que su amiga estaba dispuesta a suicidarse.

—Oh, no.

—¿No le pareció angustiada… o decepcionada en algún sentido?

Hubo un silencio antes de que la joven respondiera escuetamente:

—No.

—¿Sabía usted que tenía una pistola?

—Sí; la trajo de la India, y la guardaba en un cajón de su dormitorio.

—¡Hum!… ¿Tenía licencia de armas?

—Lo supongo, pero no estoy segura.

—Señorita Plenderleith, ¿quiere decirme todo lo que pueda acerca de la señora Alien…? Cuánto tiempo hace que la conocía…, dónde viven sus familiares…, en fin…, todo.

Jane Plenderleith asintió.

—Conocí a Bárbara hará unos cinco años… en su primer viaje al extranjero. En Egipto, para ser exacta. Regresaba a su casa desde la India. Yo había estado en el colegio inglés de Atenas durante algún tiempo y pasaba unas semanas en Egipto antes de volver a casa. Hicimos juntas el crucero del Nilo, y simpatizamos, convirtiéndonos en grandes amigas. Hacía tiempo que yo buscaba alguien con quien compartir un piso o una casa pequeña. Bárbara estaba sola en el mundo; y pensamos que nos llevaríamos bien.

—¿Y se llevaban bien? —preguntó Poirot.

—Estupendamente. Cada una tenía sus amistades… Bárbara era más sociable… mis amigos eran más bien artistas. Probablemente era mejor así.

Poirot asintió en tanto que Japp preguntaba:

—¿Qué sabe usted de la familia de la señora Alien y de su vida antes de conocerla a usted?

Jane Plenderleith encogióse de hombros.

—No mucho, la verdad. Creo que su nombre de soltera era Armitage.

—¿Y su marido?

—Creo que bebía. Me imagino que falleció al año o dos de matrimonio. Tuvieron una niña que murió a los tres años. Bárbara no hablaba mucho de su marido. Tengo entendido que se casó con él en la India cuando tenía diecisiete años. Se fueron a Borneo o a uno de esos lugares olvidados de Dios donde se envía a los inútiles… pero como era un tema doloroso nunca le hablaba de ello.

—¿Sabe si la señora Alien tenía dificultades económicas?

—No, estoy segura de que no.

—¿No tenía deudas… o algo por el estilo?

—¡Oh, no! Estoy segura de que no estaba en ningún apuro.

—Ahora debo hacerle otra pregunta… y espero que no se moleste por ella, señorita Plenderleith. ¿La señora Alien tenía algún enemigo o amigos íntimos?

Jane Plenderleith repuso fríamente:

—Pues… estaba prometida para casarse, si es que con esto respondo a su pregunta.

—¿Cómo se llama su prometido?

—Carlos Laverton-West. Es miembro del Parlamento en cierto lugar de Hampshire.

—¿Le conocía desde mucho tiempo atrás?

—Poco más de un año.

—Y… ¿cuánto tiempo llevaban prometidos?

—Pues… dos… no, cerca de tres meses.
—¿Y que sepa usted, no tuvieron ninguna disputa?
La señorita Plenderleith meneó la cabeza.
—No. Me hubiera sorprendido mucho. Bárbara no solía enfadarse.
—¿Cuándo vio por última vez a la señora Alien?
—El viernes pasado, poco antes de marcharme para el fin de semana.
—¿La señora Alien pensaba permanecer en la ciudad?
—Sí. Creo que el domingo iba a salir con su prometido.
—¿Y usted, dónde pasó el fin de semana?
—En Laidells Hall, Laidells. Essex.
—¿Quiere darme el nombre de las personas con quienes estuvo?
—El señor y la señora Bentinck.
—¿Y se marchó de su casa esta mañana?
—Sí.
—Debió salir muy temprano.
—El señor Bentinck me trajo en su coche. Sale muy pronto porque tiene que estar en la ciudad a las diez.
—Ya.
Japp asintió. Todas las respuestas de la señorita Plenderleith eran firmes y convincentes.
Poirot intervino preguntando:
—¿*Qué* opinión es la de usted, respecto al señor Laverton-West?
La joven encogióse de hombros.
—¿Importa eso?
—No; tal vez no importe; pero me gustaría conocer su opinión.
—Me es completamente indiferente. Es joven… no tendrá más de treinta y uno o treinta y dos años… ambicioso… un buen orador… y tiene intención de abrirse camino en la vida.
—Todo esto ¿debo colocarlo en el lado del Debe… o en el del Haber?
—Pues… —La señorita Plenderleith reflexionó unos instantes—. En mi opinión es vulgar… sus ideas no son particularmente originales… y es bastante engreído.
—Ésos son defectos graves, *mademoiselle* —dijo Poirot.
—¿Usted cree eso? —Su tono era un tanto irónico—. Tal vez lo sean para usted.
Poirot no dejaba de observarla, y al verla desconcertada aprovechó la ventaja.
—Pero, para la señora Alien… no, ella ni siquiera los habría notado.
—Tiene muchísima razón. A Bárbara le parecía maravilloso.
Poirot dijo en tono amable:
—¿Quería usted a su amiga?
—Sí; la quería.
—Una cosa más, señorita Plenderleith —dijo Poirot—. ¿Usted y su amiga no se pelearon? ¿No hubo ningún disgusto entre ustedes?

—En absoluto.

—¿Ni siquiera por su noviazgo?

—No. Yo me alegré de que se sintiera feliz.

Hubo una pausa y al cabo Japp dijo:

—¿Tenía enemigos la señora Alien?

Esta vez Jane Plenderleith tardó mucho en contestar, y cuando al fin lo hizo con voz un tanto alterada.

—No sé exactamente lo que usted quiere decir…, ¿enemigos?

—Por ejemplo, cualquiera que se beneficiara con su muerte.

—Oh, no; sería ridículo. De todas formas, tenía una renta muy reducida.

—¿Y quién le hereda?

—¿Creerá que no lo sé? No me sorprendería que fuese yo. Es decir, si es que hizo testamento.

—¿Y no tenía enemigos en otro sentido? —Japp enfocó rápidamente otro aspecto de la cuestión—. Alguien que la odiara…

—No creo que le odiara nadie. Era una criatura muy amable, siempre deseosa de agradar. Tenía una naturaleza dulce y adorable.

Por primera vez su voz dura e indiferente se quebró. Poirot asintió comprensivamente.

Japp dijo:

—De modo que el resumen es éste… La señora Alien había estado de buen humor últimamente; no tenía dificultados económicas, estaba prometida para casarse, y ese noviazgo la hacía feliz. No existía nada que la impulsara al suicidio. ¿Es así?

Después de una corta pausa, Jane repuso:

—Sí.

Japp se levantó; se dispuso a salir de la estancia.

—Perdóneme, debo hablar con el inspector Jameson.

Hércules Poirot quedó conversando con Jane Plenderleith.

Capítulo III

Durante unos minutos reinó el silencio.

Jane Plenderleith lanzó una rápida mirada apreciativa al hombrecillo, pero después permaneció con la vista fija en un punto lejano, y sin pronunciar palabra. No obstante, su presencia la ponía nerviosa, y cuando al fin Poirot rompió el silencio, el mero sonido de su voz pareció proporcionarle cierto alivio. En tono indiferente le hizo una pregunta.

—¿Cuándo encendió usted el fuego *mademoiselle*?

—¿El fuego? —Su tono era vago y abstraído—. ¡Oh, esta mañana, en cuanto llegué!

—¿Antes o después de subir?

—Antes.

—Ya. Sí; naturalmente… Y, ¿estaba preparado… o tuvo que prepararlo usted?

—Estaba a punto. Sólo tuve que acercar una cerilla.

En su tono había un timbre de impaciencia. Por lo visto sospechaba su afán de hacerla hablar, y sin duda ésta era su intención, puesto que continuó:

—Pero en la habitación de su amiga he notado que el fuego es de gas…

Jane Plenderleith repuso mecánicamente:

—Éste es el único fuego de carbón que tenemos… los otros son todos de gas.

—Yo creo que hoy en día lo hace todo el mundo.

—Cierto. Resulta barato.

La conversación languideció. Jane Plenderleith golpeaba el suelo con el pie impaciente, hasta que al fin dijo con brusquedad:

—Ese hombre… el primer inspector Japp… ¿se le considera inteligente?

—Es muy eficiente, y está bien considerado. Trabaja de firme y a conciencia, y pocas cosas se le escapan.

—Me pregunto… —murmuró la joven.

Poirot la observaba. ¡Qué verdes eran sus ojos vistos a la luz de las llamas!

—¿La muerte de su amiga ha sido un gran golpe para usted? —le preguntó.

—Terrible —expresó con evidente sinceridad.

—¿No lo esperaba?

—Desde luego que no.

—Al principio debió parecerle que era imposible… que no podía ser cierto…

La simpatía de su tono pareció desarmar a Jane Plenderleith, que replicó con voz natural, sin la menor tirantez:

—Así es. Incluso aunque Bárbara *se suicidara*, no puedo imaginarla *matándose de esa manera*.

—Sin embargo, ella tenía una pistola.

La joven hizo un gesto de impaciencia.

—Sí; pero esa pistola era… ¡oh!, una amenaza. Había estado en lugares muy apartados. La conservaba por hábito… no con otra idea. Estoy convencida.

—¡Ah! ¿Por qué está tan segura?

—Por las cosas que decía…

—¿Por ejemplo?

Su tono seguía siendo amable, y Jane contestó sin recelo.

—Pues, una vez, estábamos discutiendo acerca del suicidio, y dijo que el medio más sencillo sería dejar abierta la llave del gas y acostarse. Yo le dije que a mí me parecería imposible… permanecer echada esperando, y que preferiría dispararme un tiro. Ella en cambio dijo que no, que no sería capaz de hacerlo. Tenía miedo de que no funcionara la pistola, y de todas maneras odiaba el estruendo.

—Ya —repuso Poirot—. Como usted dice, es extraño… Porque, como usted acaba de decirme, *hay un fuego de gas en su habitación*.

Jane Plenderleith le miraba un tanto sorprendida.

—Sí; lo hay… No puedo comprender… no, no comprendo por qué no lo utilizó.

—Sí, resulta… extraño… poco natural —dijo Poirot meneando la cabeza.

—Todo esto es muy poco natural. Aún no puedo creer que se suicidara. Y supongo que *tuvo* que suicidarse.

—Bueno, cabe otra posibilidad.

—¿Qué quiere usted decir?

Poirot la miró a los ojos.

—Podría tratarse de… un crimen.

—¡Oh, no! —Jane Plenderleith echóse hacia atrás—. ¡Oh, no! ¡Qué cosa tan terrible!

—Horrible tal vez, pero ¿le parece tan imposible?

—Pero la puerta estaba cerrada por dentro, igual que la ventana.

—La puerta estaba cerrada…, sí. Pero no hay nada que demuestre que fuese cerrada por dentro o por fuera. ¿No sabe? *La llave ha desaparecido*.

—Pero, entonces… si no está —hizo una pausa—. Entonces debieron cerrarla por fuera. De otro modo la hubiesen encontrado en la habitación.

—Ah, todavía es posible que aparezca. Recuerde que aún no ha sido registrado todo a conciencia. Tal vez la arrojase por la ventana y alguien pudo cogerla.

—¡Asesinada! —exclamó Jane Plenderleith, y considerando aquella posibilidad, su rostro moreno e inteligente se puso grave—. Creo… creo que tiene usted razón.

—Pero si se trata de un crimen, tiene que haber un motivo. ¿Y conoce usted alguno, *mademoiselle*?

La joven meneó la cabeza lentamente y no obstante, a pesar de su negativa, Hércules Poirot tuvo la impresión de que le ocultaba algo. En aquel momento se abrió la puerta y entró Japp.

Poirot se puso en pie.

—Le estaba sugiriendo a la señorita Plenderleith —exclamó— que la muerte de su amiga no fue un suicidio.

Japp, muy sorprendido, le dirigió una mirada de reproche.

—Es algo pronto para decir nada definitivo —observó—. Comprenda, nosotros siempre tenemos en cuenta todas las posibilidades, y por el momento eso es todo.

—Ya comprendo… —replicó Jane Plenderleith con calma.

Japp se aproximó a ella.

—Dígame, señorita Plenderleith, ¿ha visto esto antes de ahora?

Y en la palma de la mano le mostraba un pequeño óvalo de esmalte azul oscuro.

Jane Plenderleith meneó la cabeza.

—No, nunca.

—¿No es suyo ni de la señora Alien?

—No. No es una cosa que usemos generalmente las mujeres, ¿verdad?

—¡Oh! ¿De modo que sabe lo que es?

—Pues está bien claro, ¿verdad? Es la mitad de un gemelo de caballero.

Capítulo IV

—Esa joven está demasiado segura de sí misma —se lamentaba Japp.

Los dos hombres se encontraban de nuevo en el dormitorio de la señora Alien. El cadáver había sido fotografiado, quitado de en medio, y una vez sacadas las huellas dactilares, los expertos se marcharon.

—Sería poco aconsejable tratarla como a una tonta —convino Poirot—. No tiene nada de tonta. Es una mujer muy inteligente y capaz.

—¿Cree usted que fue ella? —preguntó Japp con un momentáneo rayo de esperanza—. Pudo hacerlo, sabe. Tendremos que comprobar su coartada. Alguna rencilla por culpa de ese joven… ese miembro del Parlamento «en embrión». Hablaba de él en un tono demasiado despreciativo. Resulta sospechoso. Parece como si a ella le gustara y él la hubiera rechazado. Pertenece a esa clase de personas capaces de deshacerse de alguien sin perder la cabeza. Sí; tendremos que comprobar su coartada. Es bien sencillo y, después de todo, Essex no está muy lejos. Hay muchos trenes, o pudo venir en un automóvil rápido. Vale la pena averiguar si ayer noche se acostó temprano pretextando una jaqueca o algo por el estilo.

—Tiene usted razón —repuso Poirot.

—De todas maneras —continuó Japp—, nos oculta algo. ¿Eh? ¿No le parece? Esa mujer sabe algo.

Poirot asintió pensativamente.

—Sí, eso se ve fácilmente.

—En estos casos siempre resulta una dificultad más. A la gente le da por callar… algunas veces por los motivos más honorables.

—Lo cual no puede ser reprochado, amigo mío.

—No, pero eso nos complica las cosas —gruñó Japp.

—Aunque sirve para poner de manifiesto su ingenio —le consoló Poirot—. A propósito, ¿qué hay de las huellas dactilares?

—No se han encontrado huellas en la pistola, que fue limpiada cuidadosamente antes de colocarla en su mano. Aunque hubiera podido, en forma acrobática, dar la vuelta al brazo por encima de su cabeza, es imposible que la disparara sin dejar huellas, y no pudo limpiarla después de muerta.

—No, no. Desde luego tuvo que hacerlo otra persona.

—Por otro lado, las huellas son descorazonadoras. Ninguna en el pomo de la puerta. Ninguna en la ventana… sugestivo, ¿verdad? Y muchísimas de la señora Alien por todas partes.

—¿Ha averiguado algo Jameson?

—¿Por la mujer de la limpieza? Ha confirmado que la señorita Plenderleith y la señora Alien estaban en buenas relaciones. He enviado a Jameson a que haga averiguaciones por el vecindario. También tendremos que hablar con el señor

Laverton-West, para averiguar dónde estuvo ayer noche y qué hizo. Entretanto, vamos a echar un vistazo a sus papeles.

Y pusieron manos a la obra sin más dilación. De vez en cuando Japp gruñía o comentaba algo con Poirot. El registro no duró mucho. En el escritorio había pocos papeles y todos cuidadosamente ordenados.

Al fin Japp se echó para atrás con un suspiro.

—Aquí no hay gran cosa.

—Usted lo ha dicho.

—Y la mayoría son… recibos, algunas cuentas todavía sin pagar… nada de importancia particular. Invitaciones… cartas de amigos… éstas —y puso la mano sobre un montón de siete u ocho cartas—, su libro de cheques y el libro del Banco. ¿Le llama la atención alguna cosa?

—Sí. Se había excedido de su crédito del Banco.

—¿Algo más?

Poirot sonrió.

—¿Es que me está sometiendo a un examen? Pues sí; me he fijado en lo que usted está pensando. Tres meses atrás sacó doscientas libras… y ayer otras doscientas…

—Y no constan en la matriz del talonario de cheques. Todos son de pequeñas sumas… el mayor es de quince libras… Y voy a decirle una cosa… no hay en toda la casa una cantidad semejante. Cuatro libras en un bolso, y un chelín o dos en otro portamonedas. Me parece que está bastante claro.

—Eso significa que ayer mismo pagó esa suma.

—Sí. Ahora bien, ¿a quién se la pagaría?

Se abrió la puerta para dar paso al inspector Jameson.

—Bien, Jameson, ¿consiguió algo?

—Sí, varias cosas, inspector. En primer lugar nadie oyó el disparo. Dos o tres mujeres dicen que sí porque quieren creer que lo oyeron… pero nada más. Con todos los cohetes que se dispararon, es casi imposible.

Japp gruñó.

—Lo imagino. Continúe.

—La señora Alien estuvo en casa la mayor parte de la tarde y la noche de ayer. Llegó a eso de las cinco. Luego volvió a salir a las seis para ir hasta el buzón que hay al final de la calle. A eso de las nueve y media llegó un automóvil… un «Standard Swallow»… del que se apeó un hombre… de unos cuarenta y cinco años, bien plantado, de aspecto marcial, bigote de cepillo y vistiendo un abrigo azul oscuro y sombrero James Hogg, el chófer de la casa número dieciocho dice que le había visto visitar a la señora Alien antes.

—Cuarenta y cinco años —dijo Japp—. No puede ser Laverton-West.

—Ese hombre, fuera quien fuese, estuvo en la casa una hora. Se marchó a las diez y veinte y se detuvo en la puerta para despedirse de la señora Alien. Un niño, Frederick Hogg, estaba por allí cerca y oyó lo que decía.

—¿Y qué fue?

—*Bueno, piénsalo bien y comunícame lo que decidas*. Ella dijo algo y él respondió: *De acuerdo. Hasta la vista*. Dicho esto montó en el coche y se marchó.

—Y eso fue a las diez y veinte —dijo Poirot pensativo.

Japp se rascó la nariz.

—Entonces a las diez y veinte la señora Alien aún vivía —dijo—. ¿Qué más?

—Nada más, inspector. Es todo lo que he podido averiguar. El chófer del número veintidós llegó a las diez y media y prometió a sus pequeños dispararles unos cuantos fuegos artificiales. Le estaban esperando… junto con los demás niños de la vecindad y estuvieron entretenidos mirándolos. Después todos se fueron enseguida a dormir.

—¿Y no entró nadie más en el número catorce?

—No… no lo vieron; pero si entró, nadie lo habría notado.

—¡Hum…! —dijo Japp—. Es cierto. Bueno, ya tenemos algo. «Un caballero de aspecto marcial, con bigotes de cepillo». Es casi evidente que fue la última persona que la vio con vida. Quisiera saber quién era.

—La señorita Plenderleith tal vez pueda decírnoslo —sugirió Poirot.

—Es posible —dijo Japp—. O quizá no lo haga. No me cabe la menor duda de que podría contarnos muchas cosas, si quisiera. ¿Y qué me dice usted, Poirot? ¿Cuando estuvo a solas con ella no adoptó su aire de padre confesor que algunas veces le da tan buenas consecuencias, tan buenos resultados?

Poirot extendió las manos.

—¡Cielos, hablamos únicamente de fuegos de gas!

—¿Fuegos de gas… de gas? —Japp parecía disgustado—. ¿Qué le ocurre, amigo mío? Desde que está aquí, lo único que le ha interesado han sido las plumas de ave y un cesto de papeles. Oh, sí; también le vi revisar el de abajo. ¿Encontró algo?

Poirot suspiró.

—Un catálogo de bulbos de flores y una revista atrasada.

—De todas maneras, ¿qué es lo que busca? Si uno quiere deshacerse de un documento que le compromete, o lo que usted tenga en su imaginación, no es probable que lo arroje al cesto de los papeles.

—Lo que usted dice es bien cierto. Sólo las cosas sin importancia se arrojan a la papelera.

Poirot habló en tono sumiso, y no obstante Japp le miró con recelo.

—Bien —le dijo—. Ahora ya sé lo que voy a hacer. ¿Y usted?

—*Eh bien* —repuso Poirot—. Completaré mi registro en busca de cosas sin importancia. Me falta todavía el cubo de la basura.

Y salió de la habitación, mientras Japp le contemplaba con disgusto.

—Insoportable —dijo—. Completamente insoportable.

El inspector Jameson guardaba un silencio respetuoso, aunque la expresión de su rostro decía: «¡Esos extranjeros…!».

En voz alta comentó:

—¡De modo que es el señor Hércules Poirot! He oído hablar mucho de él.

—Es un amigo mío —exclamó Japp—. Y no tan calmoso como parece, desde luego. De todas formas, él va a la suya.

—Se habrá vuelto un poquitín conservador, inspector —sugirió Jameson—. Ah, bueno, el tiempo dirá.

—De todas formas —dijo Japp—, quisiera saber lo que se trae entre manos.

Y dirigiéndose al escritorio contempló intranquilo la pluma de ave color verde esmeralda.

Capítulo V

Japp encontrábase interrogando a la esposa del tercer chófer, cuando Poirot, que había entrado sin hacer ruido, apareció a su lado.

—¡Cáspita! ¡Qué susto me ha dado! —dijo Japp—. ¿Ha encontrado algo?

—No lo que buscaba.

Japp volvióse de nuevo a la señora James Hogg.

—¿Y dice usted que había visto antes a ese caballero?

—Oh, sí. Y mi esposo también. Le reconocimos enseguida.

—Ahora escúcheme bien, señora Hogg. Veo que es usted una mujer inteligente y no me cabe duda de que conoce usted la vida de todo el vecindario. Usted es una mujer de criterio… de un criterio extraordinario, me consta… —Sin enrojecer repitió el cumplido por tercera vez, en tanto que la señora Hogg asumía una expresión de inteligencia casi sobrehumana—. Deme su opinión acerca de esas dos mujeres… la señora Alien y la señorita Plenderleith. ¿Qué tal son? ¿Alegres? ¿Dan muchas fiestas?

—Oh, no, inspector; nada de eso. Salen mucho… en especial la señora Alien… pero tienen clase, no sé si Me entiende. No como algunas que viven al otro extremo de la calle. Estoy segura de la señora Stevens… si es que es una señora, cosa que dudo… bueno, me gustaría contarle todo lo que pasa aquí… yo…

—Desde luego. —Japp apresuróse a detenerla—. Es muy importante lo que acaba de decirme. ¿Entonces la señora Alien y la señorita Plenderleith eran apreciadas en el barrio?

—Oh, sí, inspector… especialmente la señora Alien… siempre tenía una palabra amable para los niños. Creo que ella perdió a su hijita, la pobre. Ah, bueno, yo he enterrado tres, y lo que yo digo…

—Sí, sí, es muy triste. ¿Y la señorita Plenderleith?

—Bueno, claro que también es muy simpática, pero un poco más brusca, no sé si me entiende. Se limitaba a saludar con una inclinación de cabeza, pero no se detiene a charlar. Pero no tengo nada contra ella… nada en absoluto.

—¿Se llevaba bien con la señora Alien?

—Oh, sí, inspector. Nunca se peleaban… nada de eso. Estaban siempre contentas… y estoy segura de que la señora Pierce corroborará mi opinión.

—Sí, ya hemos hablado con ella. ¿Conoce usted de vista al prometido de la señora Alien?

—¿El caballero con quien iba a casarse? Oh, sí. Ha venido por aquí con bastante frecuencia. Dicen que es miembro del Parlamento.

—¿No fue él quien vino ayer noche?

—No, señor. No era él —la señora Hogg se irguió. En su voz había un vibrado timbre de excitación—. Y si quiere saber mi opinión, inspector, le digo que lo que está pensando es un error. Le aseguro que la señora Alien no era de esa clase de

mujeres. Es verdad que no había nadie más en la casa, pero yo no creo nada de eso… así se lo dije a Hogg esta mañana. «No, Hogg», le he dicho, «la señora Alien es una señora… una verdadera señora… de modo que no andes insinuando cosas…». Ya sabemos cómo es la mentalidad masculina. Supongo que me perdonará lo que voy a decirle. Los hombres siempre piensan lo peor.

Pasando la indirecta por alto, Japp continuó:

—Usted le vio llegar y marcharse, ¿verdad?

—Eso es, inspector.

—¿Y no oyó nada más? ¿Ruido de pelea?

—No, inspector. Es decir, tampoco lo hubiera oído, porque en la casa de al lado la señora Stevens no deja de gritarle a la criada… Todos le hemos dicho que no la Aguante más, pero el sueldo es bueno… tiene un genio del demonio pero paga treinta chelines semanales…

Japp intervino rápidamente:

—¿Pero usted no oyó nada sospechoso en el número catorce?

—No, inspector. Y tampoco era probable que lo oyera con los fuegos artificiales que disparaban aquí y en todas partes.

—Ese hombre se marchó a las diez y veinte… ¿verdad?

—Es posible, inspector. No podría decirlo. Pero Hogg lo dice y es hombre de fiar.

—Usted le vio marcharse. ¿Oyó lo que dijo?

—No, inspector, no estaba lo bastante cerca. Sólo le vi desde mi ventana, despidiéndose de la señora Alien.

—¿La vio también a ella?

—Sí, inspector. Estaba precisamente detrás de la puerta.

—¿Se fijó cómo iba vestida?

—No, la verdad. Aunque tampoco observé nada de particular.

Poirot preguntó:

—¿No se fijó usted en si llevaba traje de tarde o de noche?

—No, señor ya le he dicho que no.

Poirot contempló pensativo la ventana superior y luego el número catorce. Sus ojos encontraron los de Japp y sonrió.

—¿Y el caballero?

—Llevaba un abrigo azul oscuro y un sombrero hongo, y era elegante y bien plantado.

Japp le hizo algunas preguntas más y luego fuese a efectuar su próxima entrevista, esta vez con Frederick Hogg, un muchacho de rostro travieso, ojos brillantes y que se daba mucha importancia.

—Sí, inspector. Yo los oí hablar. «Piénsalo bien y comunícame lo que decidas», dijo el caballero, en tono amable, ¿sabe? Luego ella dijo algo y él contestó: «De acuerdo. Hasta la vista». Y montó en el automóvil… yo le abrí la portezuela, pero no me dijo nada —explicó Hogg con voz que denotaba su decepción—. Y se marchó.

—¿No oíste lo que dijo la señora Alien?

—No, inspector.

—¿Puedes decirme cómo iba vestida? Por ejemplo, cuál era el color de su traje.

—No podría decirle, inspector. Comprenda, yo no la vi. Debía estar detrás de la puerta.

—Es lo mismo —dijo Japp—. Ahora escucha, pequeño. Quiero que medites bien la pregunta que voy a hacerte, antes de contestarla. Si no lo sabes o no lo recuerdas, lo dices. ¿Está claro?

—Sí, inspector.

Hogg le miraba atentamente.

—¿Cuál de los dos cerró la puerta, la señora Alien o el caballero?

—¿La puerta de la calle?

—Sí, la puerta de la calle, naturalmente.

El muchacho reflexionó, entrecerrando los ojos para mejor concentrarse.

—Me parece que la señora… No, no fue ella, sino él. La cerró casi de golpe y fue de prisa hacia el coche. Parecía como si tuviera una cita en otra parte.

—Bien, jovencito. Pareces muy listo. Aquí tienes seis peniques.

Después de despedirse el muchacho, Japp volvió hacia su amigo y de común acuerdo ambos movieron la cabeza afirmativamente.

—¡Podría ser! —dijo el policía.

—Cabe dentro de lo posible —convino Poirot.

Sus ojos brillaron con una tonalidad verde. Parecían los de un gato.

Capítulo VI

Al volver a entrar en el saloncito de la casa número catorce, Japp no perdió el tiempo andándose por las ramas, sino que fue directo al grano.

—Escuche, señorita Plenderleith, ¿no cree que es mejor confesarlo todo desde el principio? Al final también he de averiguarlo.

Jane Plenderleith alzó las cejas. Hallábase junto a la chimenea, calentándose los pies.

—No sé a qué se refiere usted.

—¿Es eso cierto, señorita Plenderleith?

Ella se encogió de hombros.

—He contestado a todas sus preguntas. No sé qué más puedo hacer.

—Pues, en mi opinión, podría hacer mucho más… si quisiera.

—Eso es sólo una opinión, ¿no le parece, primer inspector?

Japp se puso como la grana.

—Creo —intervino Poirot— que *mademoiselle* apreciaría mejor la razón de sus preguntas si le contara cómo se presenta el caso.

—Es muy sencillo. Pues bien, señorita Plenderleith, los hechos son los siguientes. Su amiga ha sido encontrada muerta con un balazo en la cabeza y con una pistola en la mano… y la puerta y la ventana cerradas, todo lo cual hace suponer un caso claro de suicidio pero no fue suicidio. La inspección médica lo prueba.

—¿Cómo?

Toda su ironía y frialdad habían desaparecido, y se inclinó hacia delante, interesada… y observando su rostro.

—La pistola estaba en su mano… pero sus dedos no la aprisionaban. Además no se encontraron huellas dactilares en ella, y el ángulo de la herida hace imposible que la disparara. Tampoco dejó carta alguna, cosa bastante natural tratándose de un suicidio. Y aunque la puerta estaba cerrada no se ha encontrado la llave.

Jane Plenderleith volvióse lentamente, yendo a sentarse en una butaca frente a ellos.

—¡De modo que es cierto! —dijo—. ¡Siempre he pensado que era imposible que se hubiese matado! ¡Y tenía razón! No se suicidó. Alguien la ha asesinado.

Por espacio de un par de minutos permaneció perdida en sus pensamientos, hasta que alzó la cabeza con brusquedad.

—Hágame las preguntas que guste —dijo—. Las contestaré lo mejor que pueda.

Japp comenzó:

—La noche pasada, la señora Alien tuvo una visita. Se dice que fue un hombre de unos cuarenta y cinco años, de aspecto marcial, bigote de cepillo, elegantemente vestido y que conducía un coche «Standard Swallow». ¿Sabe usted quién es?

—No estoy muy segura, claro pero por la descripción parece el mayor Eustace.

—¿Quién es el mayor Eustace? Cuénteme todo lo que sepa de él.

—Es un hombre a quien Bárbara conoció en el extranjero… en la India. Llegó aquí hará cosa de un año, y le hemos visto de vez en cuando.

—¿Era amigo de la señora Alien?

—Se comportaba como tal —replicó Jane en tono seco.

—¿Y cuál era la actitud de la señora Alien hacia él?

—No creo que le agradase en realidad… es decir, estoy segura de ello.

—¿Pero se trataban con aparente amistad?

—Sí.

—¿Le pareció alguna vez, piénselo bien, señorita Plenderleith…, que le tenía miedo?

Jane Plenderleith consideró la pregunta durante unos instantes y al cabo dijo:

—Sí, creo que sí. Cuando él estaba presente siempre se ponía nerviosa.

—¿Le conocía el señor Laverton-West?

—Creo que sólo le vio una vez. No simpatizaron mucho. Es decir, el mayor Eustace hizo lo que pudo por agradar a Carlos, pero Carlos no se esforzó lo más mínimo… tiene muy buen olfato para las personas que no son… lo que debieran.

—¿Y el mayor Eustace no es… como usted dice… lo que debiera? —preguntó Poirot.

—No, no lo es —replicó la joven en tono cortante—. Desde luego, no ha salido del cajón de encima.

—Cielos, no conozco esa expresión. ¿Quiere decir que no es un *pukka sáhib*?

Una sonrisa fugaz iluminó el rostro de la joven, que replicó gravemente:

—No.

—¿Le sorprendería mucho que ese hombre hubiera estado haciendo víctima de sus chantajes a la señora Alien?

Japp inclinóse hacia delante para observar el resultado de su insinuación.

Y quedó satisfecho. Jane se adelantó con las mejillas arreboladas y apoyando su mano crispada en el brazo de su butaca.

—¡De modo que era esto! ¡Qué tonta fui al no advertirlo! ¡Claro!

—¿Lo cree factible, *mademoiselle*? —preguntó Hércules Poirot.

—¡He sido una tonta al no suponerlo! Durante los últimos seis meses me pidió prestadas pequeñas cantidades de dinero, varias veces, y la vi estudiando su libro de cuentas. Sabía que vivía bien con sus rentas, de modo que no me alarmé; pero, claro, si estaba entregando sumas de dinero…

—¿Concordaría con su comportamiento en general…? —preguntóle Poirot.

—Desde luego. Estaba nerviosa, y aún a veces sobresaltada. Completamente distinta a como ella era.

—Perdóneme —dijo Poirot en tono amable—, pero eso no es lo que nos dijo antes.

—Aquello era distinto. —Jane Plenderleith hizo un gesto con la mano—. No estaba deprimida. Quiero decir que no se portaba como si fuera a suicidarse, ni nada por el estilo. Pero sí como si la estuviera haciendo víctima de un chantaje. Ojalá me lo hubiese dicho. Yo le hubiera enviado al infierno.

—Pero tal vez él no hubiese ido… al infierno, sino a ver a Carlos Laverton-West… —observó Poirot.

—Sí —replicó la joven despacio—. Sí… es cierto…

—¿No tiene idea de lo que este hombre podía tener contra ella? —inquirió Japp.

—Ni la más remota —dijo Jane moviendo la cabeza—. Conociendo a Bárbara no puedo creer que pudiera ser nada realmente serio. Por otro lado… —hizo una pausa y continuó luego—: Lo que quiero decir es que Bárbara era un poco simple en ciertos aspectos. Se asustaba con gran facilidad. ¡En resumen, era la clase de mujer ideal para un chantajista! ¡El muy bruto!

Lanzó las tres últimas palabras con verdadero furor.

—Por desgracia —continuó Poirot—, el crimen parece que ha resultado al revés. Suele ser la víctima la que mata al chantajista, y no el chantajista a su víctima.

Jane Plenderleith frunció ligeramente el ceño.

—No… es cierto…, pero puedo imaginar ciertas circunstancias…

—¿Como, por ejemplo…?

—Supongamos que Bárbara se desespera… Pudo amenazarle con esa ridícula pistola y, al tratar de arrebatársela, dispara y la mata. Luego, horrorizado, intenta simular que fue suicidio.

—Es posible —dijo. Japp—; pero existe una dificultad.

Ella le miró interrogativamente.

—El mayor Eustace, si es que fue él, salió de aquí ayer noche a las diez y veinte, despidiéndose de la señora Alien en la misma puerta.

—Oh —la joven se puso grave—. Ya —hizo una pausa—. Pero pudo haber vuelto más tarde —dijo despacio.

—Sí, es posible —repuso Poirot.

—Dígame, señorita Plenderleith. —Japp prosiguió su interrogatorio—. ¿La señora Alien tenía costumbre de recibir sus visitas aquí o en la habitación de arriba?

—En las dos. Pero este saloncito lo utilizaba para reuniones más numerosas o para amistades particulares. Bárbara disponía del dormitorio grande, que utilizaba también como sala de estar, y yo del más pequeño y esta habitación.

—Si el mayor Eustace vino ayer noche, ¿en qué habitación cree usted que lo recibiría la señora Alien?

—Creo que probablemente lo pasaría aquí. —La joven parecía vacilar—. Es menos íntimo. Por otro lado, si deseaba llenar un cheque o algo por el estilo, es de suponer que lo llevara arriba. Aquí no hay dónde escribir.

Japp movió la cabeza.

—No fue cuestión de cheques. La señora Alien extrajo ayer del Banco doscientas libras, y hasta ahora no hemos podido encontrarlas en toda la casa.

—¿Y se las dio a ese bruto? ¡Oh, pobre Bárbara! ¡Pobre, pobre Bárbara!

Poirot carraspeó.

—A menos que, como usted ha sugerido, se tratase de un accidente, no parece probable que quisiera privarse de una renta regular.

—¿Accidente? No fue un accidente. Perdió los estribos, se le subió la sangre a la cabeza, y disparó contra ella.

—¿Así es como cree usted que ocurrió?

—Sí —dijo; agregando con vehemencia—: ¡Fue un asesinato… un asesinato!

Poirot comentó:

—Yo no diría que está usted equivocada, *mademoiselle*.

—¿Qué cigarrillos fumaba la señora Alien? —dijo Japp.

—«Gasper». Hay algunos en esa caja.

Japp la abrió y sacando uno hizo un gesto de asentimiento antes de guardárselo en el bolsillo.

—¿Y usted, *mademoiselle*? —preguntó Poirot.

—Los mismos.

—¿No fuma turcos?

—Nunca.

—¿Y la señora Alien?

—Tampoco. No le gustaban.

—¿Y el señor Laverton-West? —quiso saber Poirot—. ¿Cuáles fumaba?

La joven le miró de hito en hito.

—¿Carlos? ¿Qué importancia tiene lo que él fume? ¿No pretenderá usted que fue él quien la mató?

Poirot alzóse de hombros.

—Muchos hombres han matado antes de ahora a la mujer que amaban, *mademoiselle*.

Jane hizo un gesto impaciente.

—Carlos no mataría a nadie. Es muy discreto.

—De todas formas, señorita, los hombres cuidadosos son los que cometen los crímenes más inteligentes.

—Pero no por el motivo que usted ha señalado, señor Poirot —repuso la joven mirándole fijamente.

—No, es cierto.

—Bien. —Japp se puso en pie—. Creo que aún me queda mucho que hacer aquí. Me gustaría echar otro vistazo.

—¿Por si el dinero se encuentra escondido en alguna parte? Desde luego. Mire cuanto guste. Y también en mi habitación… aunque no es probable que Bárbara lo escondiera allí.

El registro de Japp fue rápido, pero eficiente, y a los pocos minutos el saloncito no tenía secretos para él. Luego subió a inspeccionar los dormitorios, y Jane Plenderleith quedó sentada sobre el brazo de un sillón, fumando un cigarrillo mientras Poirot la observaba.

Al cabo de algunos minutos, éste dijo tranquilamente:

—¿Sabe usted si el señor Laverton-West se encuentra en Londres?

—Lo ignoro. Pero más bien supongo que debe estar en Hampshire con su familia. Debía haberle telegrafiado. Es terrible… pero lo olvidé.

—No es fácil acordarse de todo cuando sucede una catástrofe, *mademoiselle*, y de todas maneras no hay que apresurarse a dar malas noticias. Siempre se saben.

—Sí, es cierto —repuso la muchacha, distraída.

Se oyeron los pasos de Japp, que bajaba la escalera, y Jane salió a su encuentro.

—¿Y bien?

Japp movió la cabeza.

—Nada, señorita Plenderleith. Ahora he registrado ya toda al casa. Oh, creo que será mejor que mire en ese armario que hay debajo de la escalera.

Y al pronunciar estas palabras tiró del pomo.

Jane Plenderleith dijo:

—Está cerrado.

Y el tono de su voz hizo que los dos hombres la miraran extrañados.

—Sí —replicó Japp—. Ya veo que está cerrado. ¿Tiene usted la llave?

La joven permanecía como petrificada.

—No… no estoy segura de —dónde pueda estar.

Japp le dirigió una rápida mirada y continuó en tono indiferente:

—Dios mío, ¡qué lástima…! No quisiera estropearlo abriéndolo por la fuerza. Enviaré a Jameson a buscar un manojo de llaves bien surtido.

Jane se adelantó rápidamente.

—Oh —dijo—. Espere un momento. Puede que esté…

Fuese hasta el saloncito, reapareciendo momentos más tarde con una llave de tamaño regular.

—Lo tenemos siempre cerrado —explicó—, porque nuestros paraguas y otras cosas desaparecían con mucha frecuencia.

—Una precaución muy prudente —dijo Japp aceptando la llave.

La hizo girar en la cerradura y abrió el armario. Su interior estaba oscuro, y tuvo que sacar una linterna de su bolsillo para iluminarlo.

Poirot observó que la joven contenía el aliento y sus ojos siguieron el haz de luz de la linterna de Japp.

No había gran cosa dentro del armario. Tres paraguas… uno de ellos roto; cuatro bastones; un juego de palos de golf, dos raquetas de tenis, una alfombra cuidadosamente doblada y varios almohadones deteriorados y sobre ellos un pequeño neceser muy elegante.

Cuando Japp alargó la mano para cogerlo, Jane Plenderleith dijo precipitadamente:

—Es mío. Lo… lo traje conmigo esta mañana, de modo que no puede haber nada de lo que busca.

—Nada pierdo en asegurarme —replicó Japp con creciente regocijo.

Abrió el neceser, que no estaba cerrado con llave. En su interior había gran variedad de cepillos y botellas para la *toilette*…, dos revistas, pero nada más.

Japp lo fue examinando todo con meticulosa atención. Cuando al fin cerró la tapa y se dispuso a examinar los almohadones, la joven exhaló un suspiro de alivio.

En el armario no había más que lo que saltaba a la vista, y Japp no tardó en dar por terminado el registro.

Volviendo a cerrar la puerta, tendió la llave a Jane Plenderleith.

—Bien —le dijo—. Esto deja terminado el asunto. ¿Puede darme la dirección del señor Laverton-West?

—Farlescombe Hall, Little Ledbury, Hampshire.

—Gracias, señorita Plenderleith. Eso es todo por el momento. Es posible que vuelva más tarde. A propósito, no diga nada. Deje que todos crean que se trata de un suicidio.

—Desde luego.

Les estrechó las manos a los dos.

Y cuando caminaban por la avenida, Japp exclamó:

—¿Qué diablos había en ese armario? Algo había.

—Sí, algo había.

—¡Y apuesto diez contra uno a que era algo relacionado con el neceser! Pero debo ser un estúpido, puesto que no he conseguido dar con ello. He revisado todas las botellas… el forro… ¿qué diablos podía ser?

Poirot meneó la cabeza pensativo.

—Esa chica lo sabe —continuó Japp—. ¿Dijo que había traído el neceser esta mañana? ¡No es cierto! ¿Se fijó en que había dos revistas dentro?

—Sí.

—Bien, ¡pues una de ellas era del mes de julio!

Capítulo VII

Al día siguiente Japp penetraba en el piso de Poirot y arrojaba el sombrero con disgusto sobre la mesa. Luego se dejó caer en una butaca.

—Bueno —gruñó—. ¡Está libre de sospechas!

—¿Quién?

—La Plenderleith. Estuvo jugando al *bridge* hasta medianoche. Lo han asegurado el anfitrión, la anfitriona, un invitado que es comandante de Marina y dos criados. No existe la menor duda de que hemos de descartar la idea de que tenga algo que ver con el crimen. De todas formas me gustaría saber por qué se violentó tanto cuando cogí el neceser que había debajo de la escalera. Eso le corresponde a usted, Poirot, puesto que le agrada desentrañar esas trivialidades. ¡El Misterio del Neceser! ¡Resulta muy prometedor!

—Voy a darle otro título: El Misterio del Aroma a Humo de Cigarrillo.

—Un poco largo y complicado. ¿Aroma… eh? ¿Era eso lo que olfateaba cuando examinábamos el cadáver por primera vez? Le vi… ¡y le olí! Pensé que estaba constipado.

—Pues se equivocó.

—Siempre creí que utilizaba las células grises de su cerebro. —Japp suspiró—. No me diga que su nariz es superior a la de los demás mortales.

—No, no, tranquilícese.

—Yo no olí a humo de cigarrillo —prosiguió Japp receloso.

—Ni yo tampoco, amigo mío.

Japp extrajo un cigarrillo de su bolsillo sin dejar de mirarle.

—Éstos son los que fumaba la señora Alien… Seis de las colillas eran suyas. Las otras tres eran de cigarrillos turcos.

—Exacto.

—¡Supongo que su maravillosa nariz lo descubrió sin necesidad de que las viera!

—Le aseguro que mi nariz no interviene para nada en este momento… puesto que no registro nada.

—Pero ¿sus células grises sí?

—Pues… hubo ciertas indicaciones…, ¿no lo cree?

Japp le miró de reojo.

—¿Como, por ejemplo?

—*Eh bien*, en aquella habitación faltaba algo. Creo que además habían agregado algo… y luego, en el escritorio…

—¡Lo sabía! ¡Ya vamos llegando a esa maldita pluma!

—*Du tout*. Esa pluma juega un papel puramente negativo.

Japp retrocedió a un terreno más firme.

—Carlos Laverton-West va a ir a verme a Scotland Yard dentro de media hora, y pensé que a usted le agradaría conocerle.

—Muchísimo.

—Y le alegrará saber que hemos localizado al mayor Eustace. Tiene un piso en la calle Cronwell.

—¡Espléndido!

—Y ahí tendremos algo que hacer. No parece ser una persona muy agradable ese mayor Eustace. Después de haber visto a Laverton-West iremos a visitarle. ¿Le parece bien?

—Perfectamente.

—Bien, vamos entonces.

A las once y media Carlos Laverton-West era introducido en el despacho del primer inspector Japp, que se puso en pie para estrecharle la mano.

El recién llegado era un hombre de mediana estatura y personalidad muy marcada. Iba bien rasurado, tenía una boca expresiva como la de los actores, y ojos ligeramente saltones, que tan a menudo suelen acompañar al don de la oratoria. Era bien parecido, tranquilo y educado.

Y aunque pálido y algo afligido, sus modales resultaban completamente correctos y serenos.

Una vez hubo tomado asiento, dejó el sombrero y los guantes encima de la mesa y miró a Japp.

—Ante todo quiero decir que comprendo perfectamente lo penoso que esto debe resultarle.

—Dejemos aparte mis sentimientos —dijo Laverton-West con un ademán—. Dígame primero, inspector: ¿tiene alguna idea de lo que ha motivado el que mi… la señora Alien se suicidara?

—¿Usted no puede ayudarnos en este sentido?

—Desde luego que no.

—¿No se pelearon, ni hubo el menor desvío entre ustedes?

—En absoluto. Ha sido una gran sorpresa para mí.

—¿Quizá lo comprendiera mejor si le digo que no se suicidó… sino que fue asesinada?

—¿Asesinada? —Los ojos de Carlos Laverton-West parecieron ir a saltársele de sus órbitas—. ¿Ha dicho usted asesinada?

—Exactamente. Ahora dígame, señor Laverton-West, ¿tiene alguna idea de quién pudo quitar de en medio a la señora Alien?

El interrogado casi rugió al responder:

—¡No… no… nada de eso! ¡La mera suposición es absurda!

—¿No le dijo nunca si tenía enemigos? ¿Alguien que tuviera algo contra ella?

—Nunca.

—¿Sabía usted que tenía una pistola?

—No tenía conocimiento de ello.

Pareció algo sorprendido.

—La señorita Plenderleith dice que la señora Alien la trajo del extranjero hace algunos años.

—¿De veras?

—Claro que sólo tenemos la palabra de la señorita Plenderleith. Es muy posible que la señora Alien se creyera en peligro y conservara la pistola por razones propias.

Carlos Laverton-West meneó la cabeza, al parecer muy sorprendido y extrañado.

—¿Qué opinión le merece la señorita Plenderleith, señor Laverton-West? Quiero decir, si la considera una persona sincera y de fiar.

El otro reflexionó unos instantes.

—Creo que sí…, sí… yo diría que sí.

—¿No le es simpática? —insinuó Japp, que le observaba de cerca.

—No es eso precisamente, pero no pertenece al tipo de mujer que yo admiro. Su sarcasmo e independencia no me resultan atractivos, pero yo diría que es una persona de absoluta confianza.

—¡Hum…! —gruñó Japp—. ¿Conoce usted al mayor Eustace?

—¿Eustace? ¿Eustace? Ah, sí, recuerdo ese nombre. Le vi una vez en casa de Bárbara… la señora Alien. En mi opinión es un sujeto bastante dudoso, y así se lo dije a mi… a la señora Alien. No pertenece al tipo de hombre que me hubiese gustado que frecuentara nuestra casa después de casados.

—¿Y qué dijo la señora Alien?

—¡Oh! Estuvo de acuerdo conmigo. Confiaba en mi buen juicio, y un hombre siempre conoce mejor a otro que cualquier mujer. Me explicó que no podía mostrarse descortés con una persona que no había visto desde hacía algún tiempo… creo que sentía un temor especial a parecer *snob*. Naturalmente que, al convertirse en mi esposa, hubiera encontrado a muchas de sus antiguas amistades digamos… inconvenientes.

—¿Quiere decir que al casarse con usted mejoraba de posición? —preguntó Japp con cierta brusquedad.

Laverton-West alzó una mano bien cuidada.

—No, no es precisamente eso. A decir verdad, la madre de la señora Alien es pariente lejana de mi familia. Era igual a mí por su nacimiento, pero claro, por mi situación tengo que escoger con sumo cuidado mis amistades… y mi esposa las suyas. En cierto modo, vivo de cara al público.

—Oh, desde luego —repuso Japp secamente antes de preguntar—: ¿Así que no puede ayudarnos?

—No. Estoy perplejo. ¡Bárbara asesinada! Es increíble… inaudito.

—Señor Laverton-West, ¿puede decirme cuáles fueron sus movimientos en la noche del cinco de noviembre?

—¿Mis movimientos?

Su voz sonó airada.

—Es sólo por pura fórmula —explicó Japp—. Tenemos… que interrogar a todo el mundo.

—Yo creí que un hombre de mi posición estaba exento —dijo Carlos Laverton-West con gran dignidad.

Japp limitóse a esperar.

—Estuve… veamos… Ah, sí. Estuve en la Cámara. Salí de allí a las diez y media y fui a dar un paseo por el malecón, contemplando los Fuegos artificiales.

—Resulta agradable pensar que hoy en día no hay complots de esta clase —dijo Japp en tono alegre.

Laverton-West le dirigió una mirada ausente.

—Luego… re… regresé a casa.

—¿A qué hora llegó a su casa? ¿Vive en la plaza Onslow…?

—No puedo precisarlo.

—¿A las once? ¿A las once y media?

—Aproximadamente.

—Quizás alguien le abrió la puerta.

—No, tengo mi llave.

—¿Se encontró con alguien durante su paseo?

—No… er… la verdad, inspector, ¡estas preguntas me ofenden en gran manera!

—Le aseguro que es sólo una fórmula rutinaria, Señor Laverton-West. No son personales, compréndalo.

—Si es eso todo…

—De momento, sí, señor Laverton-West.

—Téngame al corriente…

—Naturalmente. A propósito, permítame presentarle a Hércules Poirot. Es posible que haya oído hablar de él.

—Sí… sí; he oído ese nombre.

—*Monsieur* —dijo Poirot acentuando de pronto su acento extranjero—. Créame usted, mi corazón sangra de dolor. ¡Una pérdida semejante! ¡La agonía que debe estar usted sufriendo! Ah, pero no digo más. ¡Qué bien ocultan los ingleses sus emociones! —Sacó su pitillera—. ¡Permítame…! ¿Ah, está vacía, Japp?

El policía, palpando sus bolsillos, movió la cabeza.

Laverton-West sacó una pitillera, murmurando:

—Tome uno de los míos, señor Poirot.

—Gracias… gracias… —El hombrecillo tomó un cigarrillo.

—Como usted bien dice, señor Poirot —continuó el otro—, los ingleses no hacemos ostentación de nuestras emociones.

Y tras inclinarse ante los dos hombres salió de la estancia.

—Es un besugo —dijo Japp con disgusto—. ¡Y un mochuelo! La señorita Plenderleith tenía razón. No obstante, es bien parecido… podría llevarse bien con una mujer que careciera del sentido del humor. ¿Qué me dice de ese cigarrillo?

Poirot se lo alargó.

—Egipcio, y de los más caros.

—No nos sirve, y es una lástima, porque nunca he oído una coartada más débil. De hecho, no es una coartada… Es una pena que no fuese al revés. Si ella le hubiera hecho víctima de sus chantajes… Es un tipo a propósito…, pagaría como un corderito. Cualquier cosa con tal de evitar el escándalo.

—Querido amigo, es muy bonito reconstruir el caso según le gustaría que hubiese ocurrido, pero eso no es cosa nuestra.

—No; Eustace sí lo es. Tengo algunos datos suyos. Definitivamente es un sujeto desagradable.

—A propósito. ¿Hizo usted lo que sugerí acerca de la señorita Plenderleith?

—Sí. Aguarde un segundo. Llamaré para enterarme.

Y cogiendo el teléfono estuvo hablando unos minutos. Al cabo lo dejó y volvióse para mirar a Poirot.

—Parece que tiene un corazón a prueba de bomba. Se ha ido a jugar al golf. No es una cosa muy apropiada cuando su amiga íntima acaba de ser asesinada el día anterior.

Poirot lanzó una exclamación.

—¿Qué le ocurre ahora? —preguntó Japp.

Pero Poirot musitaba para sí:

—Claro… claro… naturalmente… qué tonto soy…, ¡pero si salta a la vista!

Japp le dijo con brusquedad:

—Deje de hablar solo y vámonos a ver a Eustace.

Y le sorprendió ver la radiante sonrisa que iluminó el rostro de Poirot.

—¡Pues sí… vamos a hablar con él! Porque ahora lo sé todo…, ¡pero todo!

Capítulo VIII

El mayor Eustace recibió a los dos hombres con la fácil prestancia de un hombre de mundo. Su piso era pequeño, un mero *pied á terre*, como explicó. Les ofreció de beber, y como lo rechazaron sacó su pitillera. Japp y Poirot aceptaron un cigarrillo intercambiando una mirada de inteligencia.

—Veo que fuma usted cigarrillos turcos —dijo Japp haciendo girar el cigarrillo entre sus dedos.

—Sí. Lo siento. ¿Los prefieren de otra clase? Debo tener en alguna parte.

—No, no, está bien así —se inclinó hacia delante y dijo cambiando de tono—: Tal vez adivine para qué hemos venido a verle, mayor Eustace.

—No… No tengo la menor idea de lo que trae por mi casa a un primer inspector. ¿Es por algo referente a mi automóvil?

—No, no se trata de su automóvil. Creo que conocía usted a la señora Bárbara Alien, ¿verdad, mayor Eustace?

El mayor echóse hacia atrás y lanzando una bocanada de humo dijo:

—¡Oh, es eso! ¡Claro, debí haberlo supuesto! Un asunto muy triste.

—¿Lo sabe ya?

—Lo leí en la Prensa de ayer noche. Una pena.

—Creo que conoció a la señora Alien en la India.

—Sí, de eso hace ya algunos años.

—¿Conoció también a su marido?

Hubo una pausa, sólo durante una fracción de segundo, mientras sus ojillos de rata miraban rápidamente a los dos hombres, y al cabo repuso:

—No; a decir verdad nunca conocí a Alien.

—Pero ¿sabía algo de él?

—Oí decir que era un bala perdida. Claro que sólo era un rumor.

—¿La señora Alien no decía nada?

—Nunca hablaba de él.

—¿Intimó mucho con ella?

El mayor se encogió de hombros.

—Éramos viejos amigos, ¿sabe? Pero no nos veíamos con mucha frecuencia.

—Pero ¿la vio la noche pasada? ¿La noche del cinco de noviembre?

—Sí, es cierto.

—¿Creo que fue a verla a su casa?

El mayor Eustace asintió. Su voz adquirió un tono afligido.

—Sí, me pidió que la aconsejara acerca de algunas inversiones. Claro, comprendo lo que ustedes quieren saber… su estado de ánimo y todo eso. Bien, es difícil de decir, la verdad. Parecía bastante normal y sin embargo, ahora que lo pienso, creo qué estaba un poco sobresaltada.

—Pero ¿no le insinuó lo que pensaba hacer?

—Ni remotamente. A decir verdad, cuando me despedí de ella le dije que la llamaría pronto para salir juntos.

—¿Le dijo que le telefonearía? ¿Fueron estas sus últimas palabras?

—Sí.

—Es curioso. Tengo noticias de que dijo usted algo muy distinto.

Eustace cambió de color.

—Bueno, no puedo recordar exactamente las palabras.

—Me han informado de que lo que usted dijo fue: «Bien, piénsalo bien y comunícame lo que decidas».

—Déjeme pensar. Sí. Creo que tiene usted razón. No fue exactamente eso, pero me parece que le indicaba que me avisara cuando estuviera libre.

—No es exactamente lo mismo, ¿verdad? —dijo Japp.

El mayor Eustace alzóse de hombros.

—Mi querido amigo. No pretenderá usted que me acuerde palabra por palabra de lo que dije en una ocasión determinada.

—¿Y cuál fue la respuesta de la señora Alien?

—Dijo que me llamaría por teléfono. Es decir, es lo más aproximado que recuerdo.

—Y entonces es probable que usted dijera: «De acuerdo. Hasta la vista».

—Sí. Algo por el estilo.

Japp dijo sin alterarse:

—Dice usted que la señora Alien le pidió que le aconsejara acerca de unas inversiones. ¿Por casualidad le dio la cantidad de doscientas libras en metálico para que las invirtiera por ella?

El rostro de Eustace adquirió un tinte oscuro, e inclinándose hacia delante exclamó:

—¿Qué diablos quiere insinuar con eso?

—¿Se las dio o no se las dio?

—Es asunto mío, inspector.

Japp no se alteró.

—La señora Alien sacó del Banco doscientas libras. Parte de esa cantidad, en billetes de cinco libras, cuyos números, naturalmente, podrán comprobarse.

—¿Y qué si me las dio?

—¿Era una cantidad para hacer inversiones, o era… chantaje… mayor Eustace?

—Es una idea descabellada. ¿Qué más sugerirá usted?

Japp dijo con su tono más oficial:

—Creo, mayor Eustace, que en llegado a este punto debo preguntarle si está dispuesto a venir a Scotland Yard a prestar declaración. Naturalmente que no hay prisa alguna, y que si lo desea puede estar presente su abogado.

—¿Mi abogado? ¿Para qué diablos iba a querer yo un abogado? ¿Y para qué me interroga?

—Trato de averiguar las circunstancias que rodearon la muerte de la señora Alien.

—¡Cielo santo, hombre, no supondrá…! ¡Valiente tontería! Escuche lo que ocurrió, es lo siguiente: Fui a ver a Bárbara porque así habíamos quedado…

—¿A qué hora fue eso?

—Yo diría que a las nueve y media aproximadamente. Nos sentamos… charlamos…

—¿Y fumaron?

—Sí, y fumamos. ¿Tiene algo de malo? —preguntó el mayor con tono de reto.

—¿Dónde fue esa conversación?

—En el saloncito. Es la primera puerta a la izquierda según se entra. Estuvimos hablando amigablemente, como le decía antes, y me marché poco antes de las diez y media. Me detuve unos momentos en la puerta para despedirme y decirle las últimas palabras…

—Las últimas precisamente… —murmuró Poirot.

—¿Quién es usted? Quisiera saberlo. —Eustace se había vuelto hacia él al oír sus palabras—. ¡Una especie de extranjero condenado! ¿Y qué es lo que busca aquí?

—Soy Hércules Poirot —replicó el hombrecillo con dignidad.

—Como si fuera la estatua de Aquiles. Pues como decía, Bárbara y yo nos separamos amistosamente. Volví en mi coche sin detenerme al Club Far East. Llegué allí a las once menos veinticinco y fui directamente al salón de juego, donde estuve jugando al *bridge* hasta la una y media.

—Es una bonita coartada la que ofrece —dijo Hércules Poirot.

—¡Sería firme como el hierro en cualquier parte! ¿Y ahora, inspector —miró fijamente a Japp—, está satisfecho?

—¿Permanecieron en el saloncito durante toda la entrevista?

—Sí.

—¿No subió usted a la habitación de la señora Alien?

—Le digo que no. Estuvimos siempre en el saloncito, sin salir para nada.

Japp le contempló pensativo durante un par de minutos y luego dijo:

—¿Cuántos pares de gemelos tiene usted?

—¿Gemelos? ¿Qué tiene eso que ver?

—Claro que no está obligado a responder a esta pregunta.

—¿Responder? No me importa contestarla. No tengo nada que ocultar. Y exigiré una reparación. Tengo éstos… —Alargó los brazos.

Japp observó que eran de oro y platino.

—Y estos otros.

Y levantándose abrió un cajón y extrajo un estuche que, luego de abierto, acercó bruscamente a la nariz de Japp.

—Un dibujo muy bonito —dijo el inspector—. Veo que uno está roto… le falta un pedacito de esmalte.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¿No recordará cuándo se le rompió, supongo?

—Hará un día o dos a lo sumo.

—¿Le sorprendería que hubiera ocurrido cuando estuvo en casa de la señora Alien?

—¿Y por qué no? No he negado que estuviese allí —el mayor hablaba en tono altivo, como un hombre justamente indignado, pero sus manos temblaban.

Japp inclinándose hacia delante dijo con énfasis:

—Sí, pero ese trocito de esmalte no fue encontrado en el saloncito, sino arriba… en el dormitorio de la señora Alien… en la habitación donde fue asesinada y donde estuvo un hombre que fumaba la misma marca de cigarrillos que usted.

El disparo surtió efecto. Eustace se desplomó en su silla y sus ojos miraban ora a un lado ora al otro. Y la vista de aquel hombre caído y acobardado no era precisamente nada alentador.

—No tienen nada contra mí. —Su voz era casi un quejido—. Tratan de complicarme…, pero no pueden hacerlo. Tengo una coartada… Yo no volví a acercarme a la casa aquella noche…

Poirot fue ahora quien habló.

—No, no volvió a la casa… No era necesario… ya que tal vez la señora Alien estaba ya muerta cuando usted salió de allí.

—Ello es imposible… imposible… Ella me acompañó hasta la puerta… habló conmigo… La gente debió oírla… verla…

Poirot dijo en voz baja:

—Le oyeron a usted hablar con ella… y simulando aguardar sus respuestas antes de volver a dirigirle la palabra… Es un viejo ardid… La gente pudo creer que estaba allí, pero no la vieron, ya que ni siquiera pueden decir si iba vestida de noche o no…, ni precisar el color de su traje.

—Dios mío… no es cierto… no es cierto.

Ahora temblaba… acobardado…

Japp le contempló con disgusto para decirle:

—Tengo que pedirle que me acompañe.

—¿Me detiene usted?

—Queda detenido para ser interrogado… digámoslo así, mejor.

El silencio fue roto con un prolongado suspiro, y la voz desesperada del mayor Eustace dijo:

—Estoy perdido…

Hércules Poirot se frotó las manos sonriendo alegremente. Al parecer se estaba divirtiendo.

Capítulo IX

—Bonita manera de derrumbarse —decía Japp con aire profesional algo más tarde.

Él y Poirot iban en automóvil por la carretera de Brompton.

—Sabía que el juego había terminado —replicó Poirot distraído.

—Tenemos muchos cargos contra él —dijo Japp—. Dos o tres nombres supuestos, un asunto algo dudoso acerca de un cheque falso y otro muy interesante de cuando estaba en el Ritz y se hacía llamar el coronel de Bathe. Estafó a media docena de comerciantes de Piccadilly. De momento le tenemos detenido bajo este cargo… hasta que se concluya este caso. ¿A qué viene su idea de marchar al campo, amigo mío?

—Mi querido colega, cada caso debe ser llevado apropiadamente, y todo debe quedar aclarado. Ahora voy en busca del misterio que usted insinuó: «El Misterio del Neceser Desaparecido».

—Yo lo llamé «El Misterio del Neceser»… eso es lo que yo dije… Y no ha desaparecido, que yo sepa.

—Espere, *mon ami*.

El coche enfiló la avenida Mews. Ante la puerta del número catorce Jane Plenderleith acababa de apearse de un pequeño «Austin Seven», vestida para jugar al golf.

Miró a los dos hombres, y sacando una llave se dispuso a abrir la puerta.

—¿Quieren pasar?

Abrió la puerta y Japp la siguió hasta él saloncito. Poirot se entretuvo unos momentos en el zaguán, murmurando:

—*C'est embetant*… qué difícil resulta salir de estas mangas.

Al poco rato entró en el saloncito sin su abrigo, mas Japp frunció los labios bajo su bigote. Había oído el ligero crujido de la puerta del armario al ser abierta.

Japp le dirigió una mirada interrogadora y Poirot le hizo una seña de asentimiento.

—No queremos entretenerla, señorita Plenderleith —exclamó el inspector rápidamente—. Sólo hemos venido a preguntarle si podría darnos el nombre del abogado de la señora Alien.

—¿De su abogado? —La joven movió la cabeza—. Ni siquiera sabía que lo tuviera.

—Bueno, cuando alquiló esta casa con usted, alguien debió redactar el contrato…

—No, creo que no. Fui yo quien la alquiló. La escritura está a mi nombre. Bárbara me pagaba la mitad de la renta. Todo se hizo sin formalidades de ninguna clase.

—Ya. ¡Oh! Bueno, supongo que entonces no nos queda nada que hacer aquí.

—Siento no poder ayudarles —dijo Jane.

—La verdad es que no tiene gran importancia. —Japp dirigióse a la puerta—. ¿Ha estado jugando al golf?

—Sí. —Jane enrojeció—. Supongo que me considerarán inhumana. Pero la verdad es que el estar en esta casa me deprimía. Tuve que salir y hacer algo… cansarme… o hubiera estallado.

Habló con gran vehemencia.

Poirot intervino rápidamente.

—Lo comprendo, *mademoiselle*. Es muy comprensible… y natural. Permanecer aquí sentada pensando… no, no debe resultar agradable.

—Celebro que lo comprenda —repuso Jane.

—¿Pertenece a algún club?

—Sí, juego en Wentworth.

—Ha hecho un día espléndido —comentó Hércules Poirot—. ¡Cielos, ahora quedan pocas hojas en los árboles! Una semana atrás los bosques estaban magníficos.

—Hoy ha hecho una mañana maravillosa.

—Buenas tardes, señorita Plenderleith —dijo el inspector—. Ya le comunicaré cuando haya algo definitivo. A decir verdad, hemos detenido a un hombre como sospechoso.

—¿A qué hombre?

Le miró con ansiedad.

—El mayor Eustace.

Asintió y dando media vuelta se agachó para acercar una cerilla al fuego.

—¿Y bien? —preguntó Japp cuando el coche hubo doblado la esquina de una avenida.

Poirot sonrió.

—Fue muy sencillo. Esta vez la llave estaba en la cerradura.

—¿Y…?

Poirot volvió a sonreír.

—*Eh bien,* los palos de golf no estaban…

—Naturalmente. La chica no es tonta. ¿Faltaba algo más?

Poirot asintió.

—Sí, amigo mío… ¡el neceser!

Japp apretó el acelerador.

—¡Maldición! —dijo—. ¡Sabía que había algo! Pero ¿qué diablos es? Lo registré a conciencia.

—Mi pobre Japp… pero ¿acaso no es… cómo diría yo… «evidente, mi querido Watson»?

Japp le dirigió una mirada desesperada.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

Poirot consultó su reloj.

—Aún no son las cuatro. Podríamos ir a Wentworth antes de que oscurezca.

—¿Cree usted que de veras estuvo allí la señorita Plenderleith?

—Sí… debió suponer que lo comprobaríamos. Oh… sí; creo que nos dirán que estuvo allí.

Japp gruñó.

—Oh, bueno, vamos allá. Aunque no puedo imaginar lo que tiene que ver ese neceser con el crimen. No consigo relacionarlo con él.

—Precisamente, amigo mío, estoy de acuerdo con usted… no tiene nada que ver.

—Entonces…, ¿por qué…? ¡No me diga! Orden y método y todo saldrá por sus pasos contados. ¡Oh, bueno, hace un día espléndido!

El automóvil corría, volaba, y llegaron al Club de Golf de Wentworth poco después de las cuatro y media. No había mucha gente, por ser día laborable.

Poirot dirigióse al encargado y preguntó por los palos de la señorita Plenderleith, diciendo que los necesitaba para jugar al día siguiente.

El encargado llamó a un muchacho, que estuvo buscando entre los que había en un rincón, y al fin trajo un saco con las iniciales J. P.

—Gracias —dijo Poirot, y antes de marcharse volvióse para preguntar—: ¿No se dejó también un neceser?

—Hoy no, señor. Lo hubiese dejado en la Conserjería.

—¿Vino hoy por aquí?

—Sí, la he visto.

—¿Qué muchacho la acompañó, lo sabe? Echa de menos su neceser y no recuerda dónde pudo dejarlo.

—No fue ningún chico. Vino aquí y compró un par de pelotas, y sólo se llevó dos palos. Me parece recordar que llevaba un pequeño neceser en la mano.

Poirot despidióse dándole las gracias, y los dos hombres dieron la vuelta a la caseta del club. Poirot se detuvo un momento para contemplar el paisaje.

—Es bonito, ¿verdad? El verde oscuro de los pinos… y luego el lago. Sí, el lago.

Japp le miró en el acto.

—Ésa es su idea, ¿verdad?

Poirot sonrió.

—Creo posible que alguien haya visto algo. Yo de usted procuraría averiguarlo.

Capítulo X

Poirot dio un paso atrás con la cabeza un tanto ladeada mientras revisaba la disposición de los muebles de la estancia. «Una silla aquí… otra allí. Sí, así queda muy bien». En aquel momento llamaron a la puerta… debía ser Japp.

El hombre de Scotland Yard fue directo al asunto.

—¡Tenía razón, viejo amigo! Dio en el clavo. Una joven fue vista ayer arrojando algo al lago de Wentworth, y su descripción corresponde a la de la señorita Jane Plenderleith. Conseguimos pescarlo sin grandes dificultades. Hay muchos juncos por allí cerca.

—¿Y qué era?

—¡El dichoso neceser! Pero, en nombre del cielo, ¿por qué? ¡Bueno, no lo entiendo! Dentro no había nada… ni siquiera las revistas. ¿Por qué una joven sensata, según es de suponer, habría de arrojar al lago un objeto tan caro? He pasado toda la noche sin dormirme, porque no consigo dar con ello.

—*Mon pauvre* Japp! Pero ya no necesita preocuparse más. Aquí llega la respuesta. Acaba de sonar el timbre.

Jorge, el intachable criado de Hércules Poirot, abrió la puerta para anunciar:

—La señorita Plenderleith.

La joven penetró en la estancia con su acostumbrado aire de completo dominio y seguridad en sí misma, y saludó a los dos hombres.

—Le he pedido que viniera… —explicó Poirot—. Siéntese aquí, ¿quiere? Y usted ahí, Japp… porque tengo que darles ciertas noticias.

La joven tomó asiento, miró a los dos hombres y dijo impaciente:

—Bueno. El mayor Eustace ha sido detenido.

—Supongo que ha debido leerlo en los periódicos de la mañana, ¿verdad?

—Sí.

—De momento está acusado de un cargo menos grave —continuó Poirot—. Entretanto, vamos recogiendo pruebas relacionadas con el crimen.

—¿Entonces fue un crimen?

—Sí —replicó Poirot—. Fue un crimen. La destrucción voluntaria de un ser humano por otro ser humano.

La joven se estremeció.

—No, por favor —murmuró—. Es horrible decir una cosa así.

—¡Sí… pero la realidad también lo es!

Hizo una pausa y agregó:

—Ahora, señorita Plenderleith, voy a decirle cómo llegué a conocer la verdad de este caso.

Ella miró a Poirot y luego a Japp, que sonreía.

—Tiene sus métodos, señorita Plenderleith —le dijo—. Yo le sigo la corriente. Creo que debemos escuchar lo que tiene que decirnos.

Poirot comenzó:

—Como usted ya sabe, *mademoiselle*, llegué con mi amigo al escenario del crimen en la mañana del seis de noviembre. Nos dirigimos a la habitación donde fue encontrado el cadáver de la señora Alien y enseguida me llamaron la atención una serie de pequeños detalles. En aquella estancia había cosas realmente extrañas.

—Continúe —dijo la muchacha.

—Para empezar… el olor a humo de cigarrillos —dijo Poirot.

—Creo que en eso exagera usted, Poirot. Yo no olí nada —exclamó Japp.

Poirot volvióse hacia él con la velocidad del rayo.

—Precisamente. Usted no olió a humo… igual que yo. Y eso era muy muy extraño… puesto que la puerta y la ventana estaban cerradas y en el cenicero había los restos de diez cigarrillos por lo menos. Era extraño… muy extraño, que el dormitorio tuviera una atmósfera perfectamente límpida.

—¡De modo que ahí es donde usted quería ir a parar! —Japp suspiró—. Siempre le gusta llegar a las cosas por caminos tortuosos.

—Su Sherlock Holmes hizo lo mismo. Recuerde que dirigía la atención hacia el curioso incidente del perro en plena noche… y la solución era que no hubo tal incidente. El perro no hizo nada durante la noche. Bueno, continúo. Otra cosa que llamó mi atención fue el reloj de pulsera que llevaba la interfecta.

—¿Por qué?

—No tenía nada de particular, pero lo llevaba en la muñeca derecha. Sé por experiencia que lo corriente es llevarlo en la izquierda.

Japp alzóse de hombros, pero antes de que pudiera hablar, Poirot proseguía:

—Pero, como ustedes me dirán, eso no es nada definitivo. Algunas personas prefieren llevarlo en la derecha. Y ahora pasemos a algo verdaderamente interesante… amigos míos… al escritorio.

—Sí, lo imaginaba —dijo Japp.

—¡Eso sí que era curioso… muy curioso…! Por dos razones. La primera es que faltaba algo.

Jane Plenderleith preguntó:

—¿Qué es lo que faltaba?

Poirot volvióse hacía ella.

—Una hoja de papel secante, *mademoiselle*. La que había, estaba completamente limpia, sin estrenar.

Jane se encogió de hombros.

—La verdad, señor Poirot, de vez en cuando suele romperse el secante que se usa demasiado.

—Sí, pero ¿qué se hace con él? Tirarlo al cesto de los papeles, ¿verdad? Pero no estaba en el cesto de los papeles. Lo miré.

Jane Plenderleith parecía impaciente.

—Porque probablemente la habría cambiado antes. El secante estaría limpio porque Bárbara no escribiría aquellos días.

—Pero no es ése el caso, *mademoiselle, ya que la señora Alien aquella tarde fue vista echando una carta al buzón. Por lo tanto tuvo que haber estado escribiendo*. No pudo hacerlo abajo, puesto que no hay material para ello. Y no es probable que fuese a la habitación de usted para escribir. De modo que, ¿qué ha sido del secante con que secó sus cartas? Es verdad que algunas personas arrojan las cosas al fuego en vez de tirarlas al saco de los papeles, pero en su dormitorio sólo hay un fuego de gas y *el de la chimenea de abajo no había sido encendido el día anterior, puesto que usted me dijo que estaba ya preparado y sólo tuvo que acercar una cerilla*.

»Un problema curioso. Miré en todas partes, en la papelera, en el cubo de la basura, pero no conseguí encontrar la hoja usada de papel secante… y eso me pareció muy importante. Me daba la impresión de que alguien lo había ocultado deliberadamente. ¿Por qué? Porque en él había impresa cierta escritura que podía ser fácilmente leída colocándola ante un espejo.

»Pero había otro punto curioso en aquel escritorio. Japp, tal vez recuerde cómo estaba dispuesto. En el centro el secante y el tintero, a la izquierda una bandejita con plumas y a la derecha un calendario y una pluma de ave. *Eh bien*? ¿No lo ven? Recuerde, Japp, que la examiné… y era sólo un elemento decorativo. No había sido utilizada. ¡Ah! ¿Todavía no lo ve? Lo diré otra vez. El secante en el centro, la bandejita de plumas a la izquierda… a la izquierda, Japp. ¿Y no es costumbre encontrarla a la derecha, puesto que se escribe con la mano derecha?

»Ahora lo comprende, ¿verdad? La bandejita de las plumas a la izquierda…, el reloj de pulsera en la muñeca derecha…, el secante recién cambiado… y algo que fue traído a la habitación… el cenicero con las colillas de cigarrillos.

»La atmósfera del dormitorio era fresca y sin el menor olor, Japp. Por lo tanto, la ventana había estado abierta y no cerrada toda la noche… Y entonces imaginé lo ocurrido.

Volvióse para enfrentarse con Jane.

—La vi a usted, *mademoiselle*, llegando en un taxi, despidiéndole subiendo la escalera a todo correr y tal vez gritando «Bárbara»… Abre usted la puerta y encuentra a su amiga tendida en el suelo, muerta y con una pistola en su mano crispada… la izquierda: naturalmente… puesto que era zurda… y por lo tanto la bala había penetrado *en el lado izquierdo de su cabeza*. Hay una nota dirigida a usted, en la que le dice lo que la ha impulsado a quitarse la vida. Imagino que sería una carta conmovedora… Una mujer joven, simpática y desgraciada que, víctima de un chantaje, decide quitarse la vida.

»Creo que en aquel mismo instante concibió usted la idea de la venganza. Aquello era obra de un hombre… ¡pues que recibiese su castigo… completo y adecuado! Coge la pistola, la limpia bien y la coloca en la mano derecha de la

difunta. Coge la nota y el secante con que fue secada. Luego sube el cenicero… para crear la ilusión de que allí hubo dos personas charlando… y también un pedacito de esmalte de un gemelo que encuentra en el suelo. Es un hallazgo afortunado y espera que le aten cabos. Luego cierra la ventana y la puerta. No debe haber la menor sospecha de que usted ha estado en la habitación. La policía debe verla tal como está… de modo que no pide ayuda entre el vecindario, sino que llama directamente a la policía.

»Y continúa la farsa. Usted representa su papel con precisión y sangre fría. Al principio se niega a decir nada, pero luego expresa sus dudas acerca del suicidio. Más tarde se muestra dispuesta a ponernos sobre la pista del mayor Eustace.

»Sí, *mademoiselle*, muy muy lista…, un asesinato muy inteligente… porque esto es lo que es el supuesto asesinato del mayor Eustace…

Jane Plenderleith se puso en pie.

—No era un asesinato…, sino justicia. ¡Ese hombre llevó a la pobre Bárbara a la muerte! ¡Era tan dulce y tan ingenua! La pobre se vio engañada por un hombre la primera vez que fue a la India. Ella sólo tenía diecisiete años, y él era casado. Tuvo una niña. Pudo haberla dejado en una casa cuna, pero no quiso ni oía hablar de ello. Se marchó de aquel lugar y regresó haciéndose llamar señora Alien. Más tarde la niña murió. Vino aquí y se enamoró de Carlos… ese mochuelo orgulloso y presumido. Ella le adoraba… y él se dejaba adorar. De haber sido otra clase de hombre le hubiese aconsejado que se lo contara todo, pero siendo como es, le dije que callara. Después de todo, nadie sabía nada, excepto yo. ¡Y entonces apareció ese demonio de Eustace! Ya conocen ustedes el resto. Empezó a atacarla sistemáticamente, pero no fue hasta la noche pasada cuando comprendió que estaba exponiendo también a Carlos al escándalo. Una vez casada con Carlos, Eustace la tendría donde él quería… ¡casada con un hombre rico al que le horrorizaba el escándalo! Cuando Eustace se fue con el dinero que ella le había preparado, sentóse a reflexionar. Luego tomó una determinación y me escribió una nota, diciéndome que amaba a Carlos y que le era imposible vivir sin él, pero que por su propio bien no podían casarse, y que por ello iba a tomar la mejor salida.

Jane echó la cabeza hacia atrás.

—¿Le extraña que yo hiciera lo que hice? ¡Y usted lo llama asesinato!

—Porque lo es —dijo Poirot con voz dura—. Un asesinato puede ser que a veces esté justificado, *pero sigue siendo asesinato*. Usted es sincera y posee una amplia mentalidad… ¡enfréntese con la verdad, *mademoiselle*! Su amiga murió *porque no tuvo valor para vivir*. Podemos lamentarlo… o comprenderla… Pero el hecho no varía… Fue por un acto suyo… no de otra persona.

Hizo una pausa.

—¿Y usted? Ese hombre está ahora en la cárcel, donde cumplirá una larga condena por otras cosas. ¿Desea usted realmente, por su propia voluntad, destrozar la vida… fíjese bien, la vida… de un ser humano?

Ella le miró con ojos sombríos. De pronto musitó:

—No. Tiene razón. No lo deseo.

Y dando media vuelta salió de la habitación y oyeron cerrar la puerta de la calle…

Japp lanzó un silbido prolongado.

—¡Bueno, que me aspen! —dijo.

Poirot tomó asiento, mirándole con simpatía. Transcurrió un buen rato antes de que rompieran el silencio, y fue Japp quien dijo:

—¡No se trataba de un asesinato disfrazado de suicidio, sino de un suicidio preparado para que pareciera un crimen!

—Sí, realizado con gran inteligencia, sin exageraciones.

Japp dijo de pronto:

—Pero ¿y el neceser? ¿Qué relación tiene con todo esto?

—Pues, amigo mío, ya le he dicho que ninguna.

—Entonces, ¿por qué…?

—Los palos de golf. Los palos de golf, Japp. *Eran los de una persona zurda*. Jane Plenderleith guardaba los suyos en Wentworth. Aquéllos eran los de Bárbara Alien. No es de extrañar que la muchacha se sobresaltara cuando usted abrió el armario. Todo su plan pudiera haberse venido abajo. Pero es muy rápida, y comprendió que por espacio de un breve segundo se había delatado. Vio que la observábamos e hizo lo mejor que se le ocurrió en aquel momento: tratar de fijar nuestra atención en un objeto equivocado. Y nos dijo, refiriéndose al neceser: «Es mío. Lo… lo traje conmigo esta mañana… de modo que no puede haber nada». Y, como ella esperaba, usted siguió la pista falsa. Por la misma razón, cuando a la mañana siguiente se dispone a deshacerse de los palos de golf, continúa utilizando el neceser como… ¿cómo diría yo?, como espejuelo.

—¿Quiere decir que su verdadero objeto era…?

—Reflexione, amigo mío. ¿Cuál es el mejor lugar para deshacerse de un saco de palos de golf? No es posible quemarlos, ni arrojarlos al cubo de la basura. Si se dejan abandonados en algún sitio es probable que alguien los devuelva. La señorita Plenderleith se los llevó a un campo de golf. Los deja en la caseta del club, y cogiendo un par de bastones de su propio saco, se va a jugar sin chico que la acompañase. Sin duda, a intervalos prudentes rompe un palo por la mitad y lo esconde entre la maleza… y termina por arrojar el saco. Si alguien encuentra un bastón roto en el club de golf no es de extrañar. Es sabido que existen personas que arrojan y rompen todos sus palos cuando se exasperan durante el transcurso del juego. ¡En resumen, es cosa propia del mismo juego! Pero puesto que comprende que sus actos pueden ser objeto de interés, arroja el cebo inútil… el neceser… de un modo algo espectacular al lago… Ésta, amigo mío, es la verdad acerca del «Misterio del Neceser».

Japp contempló a su amigo en silencio durante unos instantes. Al fin, puesto en pie, echóse a reír dándole unas palmaditas en el hombro.

—¡No está mal, viejo! ¡Le doy mi palabra de que usted se llevará la gloria! ¿Nos vamos a comer?

—Con mucho gusto, amigo mío, pero el menú tendrá que ser *Omelette aux Champignons, Blanquette de Veau, Petits pois á la France, y…* para terminar, *Baba au Rhum*.

—¡A por ello! —exclamó Japp.

Un robo increíble

(The Incredible Theft).

Capítulo I

Mientras el mayordomo servía el suflé, *lord* Mayfield se inclinó confidencialmente hacia su vecina de la derecha, *lady* Julia Carrington. Conocido como perfecto anfitrión, *lord* Mayfield procuraba conservar su fama. Soltero, resultaba siempre encantador para las damas.

Lady Carrington era una mujer de cuarenta años, alta, morena y vivaracha. Era muy delgada, pero bonita. En particular, sus pies y sus manos eran exquisitos, y sus ademanes bruscos e inquietos, propios de una mujer muy nerviosa. Frente a ella, al otro lado de la mesa redonda, se sentaba su esposo, el mariscal del Aire *sir* George Carrington. Su carrera había empezado en la Marina, y aún conservaba el aire fanfarrón de los exministros. Reía y bromeaba con la hermosa *mistress* Vanderlyn, sentada al otro lado de su anfitrión. *Mistress* Vanderlyn era una rubia extraordinariamente atractiva. Su voz tenía un ligero acento estadounidense, tan ligero que resultaba agradable.

Al otro lado de *sir* George Carrington se hallaba *mistress* Macatta, esposa de un miembro del parlamento. *Mistress* Macatta era una gran autoridad en la Protección de Menores. Más que hablar parecía que ladraba y por lo general su aspecto era alarmante. Tal vez fuese natural que el mariscal del Aire encontrase más agradable a su vecina de la derecha. *Mistress* Macatta, que siempre hablaba de sus temas favoritos, estuviera donde estuviera, se dirigía al joven Reggie Carrington, sentado a su izquierda.

Reggie Carrington contaba veintiún años, y no le interesaba lo más mínimo la Protección de Menores ni los temas políticos. De vez en cuando decía: «¡Qué horrible!» y «Estoy completamente de acuerdo con usted», aunque evidentemente su pensamiento estaba en otra parte. *Mister* Carlile, secretario particular de *lord* Mayfield, estaba sentado entre el joven Reggie y su madre; era un joven pálido, que usaba lentes. Tenía un aire de inteligente reserva, y aunque hablaba poco estaba siempre dispuesto a llenar las lagunas de la conversación general. Al observar que Reggie Carrington se contenía para no bostezar, se inclinó para preguntar a *mistress* Macatta por su plan «Ayuda a la Infancia».

Alrededor de la mesa, moviéndose en silencio entre la suave luz ambarina, un mayordomo y dos criados servían los manjares y llenaban las copas. *Lord* Mayfield pagaba un elevado sueldo a su chef y era considerado un buen *connaisseur* de vinos.

La mesa era redonda, pero no resultaba difícil saber quién era el anfitrión. Donde se sentaba *lord* Mayfield era decididamente la cabecera de la mesa. Era un hombre de elevada estatura, hombros cuadrados, cabellos espesos y grises, una gran nariz y barbilla un tanto prominente. Era un rostro fácil para un caricaturista. Como *sir* Charles McLaughhn, *lord* Mayfield había combinado su carrera 35 política con la dirección de una importante firma de ingenieros. Él mismo era un ingeniero de primera fila. La dignidad de Par le había sido concedida un año atrás, y al mismo tiempo fue nombrado primer ministro de Armamentos, un ministerio que acababa de crearse hacía muy poco.

El postre había sido servido y comenzó a circular el oporto. *Lady* Julia se puso en pie fijando sus ojos en *mistress* Vanderlyn, y las tres mujeres abandonaron la estancia. El oporto daba ya la segunda vuelta, y *lord* Mayfield comenzó a referirse a la caza de faisanes. La conversación versó por espacio de unos cinco minutos sobre temas deportivos. Al fin, *sir* George apuntó:

—Supongo que te gustaría reunirte con las señoras en el salón, Reggie. A *lord* Mayfield no le importará, hijo mío.

El muchacho comprendió enseguida la indirecta.

—Gracias, papá, así lo haré.

Mister Carlile murmuró:

—Si quiere perdonarme, *lord* Mayfield… tengo que revisar cierto memorándum y otros trabajos…

Lord Mayfield asintió, y los dos jóvenes salieron del comedor. Los criados se habían retirado un poco antes, y el ministro de Armamentos y el Jefe de las Fuerzas Aéreas quedaron solos. Al cabo de unos instantes de silencio, Carrington dijo:

—Bueno, ¿todo va bien?

—¡Absolutamente! No hay nada comparable a esta nueva bomba en ningún país de Europa.

—Eso es lo que había pensado.

—Nos dará la supremacía del aire —dijo *lord* Mayfield en tono seguro.

Sir George Carrington exhaló un profundo suspiro.

—¡Con el tiempo! Hemos atravesado una temporada difícil, Charles. Montañas de pólvora por toda Europa, y nosotros no estábamos preparados, ¡maldita sea! Hemos pasado un mal trago, y todavía no estamos a salvo del todo, por más que nos demos prisa en su reconstrucción.

Lord Mayfield murmuró:

—Sin embargo, George, hay algunas ventajas en comenzar tarde. Muchos de los materiales europeos están ya pasados de moda… y muchos fabricantes se aproximan peligrosamente a la bancarrota.

—No creo que eso signifique gran cosa —replicó *sir* George—. ¡Siempre se oye decir que esta o aquella fábrica están en bancarrota! Pero continúan igual. Ya sabes, los grandes negocios son un complemento para mí.

Lord Mayfield parpadeó. *Sir* George sería siempre el «honrado y fanfarrón viejo lobo de mar». Ciertas personas decían que era una pose que adoptaba deliberadamente. Cambiando de tema, Carrington dijo en tono casual:

—*Mistress* Vanderlyn es una mujer muy atractiva, ¿verdad?

—¿Te estás preguntando qué es lo que hace aquí? —replicó *lord* Mayfield con ojos regocijados. Carrington pareció un tanto confundido.

—¡Nada de eso… nada de eso!

—¡Oh, claro que sí! No seas embustero, George. Te estabas preguntando disimuladamente si yo era su última víctima.

Carrington repuso muy despacio:

—Confieso que me ha resultado algo extraño verla aquí… precisamente en fin de semana. —*Lord* Mayfield asintió.

—Donde hay un cadáver se reúnen los buitres. Nosotros tenemos ese cadáver y *mistress* Vanderlyn puede ser considerada como buitre número uno.

El mariscal del Aire dijo con brusquedad:

—¿Sabes algo de esa Vanderlyn?

Lord Mayfield cortó el extremo de su cigarro puro, lo encendió con cuidado y reclinando la cabeza hacia atrás fue desgranando estas palabras:

—¿Qué sé de *mistress* Vanderlyn? Que es ciudadana estadounidense. Que ha tenido tres maridos: uno italiano, otro alemán y otro ruso, y que en consecuencia tiene lo que yo llamo «contactos» útiles con tres países. Que compra trajes caros y vive con gran lujo, y que no se sabe a ciencia cierta de dónde salen las rentas que le permiten hacerlo.

Sir George Carrington murmuró sonriente:

—Veo que tus espías no han estado inactivos Charles.

—Sé —continuó *lord* Mayfield— que, además de muy seductora, *mistress* Vanderlyn es también una buena oyente, que sabe escuchar con fascinante interés lo que nosotros llamamos conversación de «negocios». Es decir, un hombre puede hablarle de su trabajo y creer que a ella le resulta altamente interesante. Varios jóvenes oficiales han ido demasiado lejos por querer resultarle interesantes, y sus carreras han sufrido las consecuencias, por haber dicho a *mistress* Vanderlyn un poco más de lo debido. Casi todas las amistades de esa dama están en servicio activo… pero el invierno pasado estuvo cazando en cierto condado cercano a una de nuestras fábricas de armamento más importantes, e hizo varias amistades de carácter nada deportivo. Resumiendo… *mistress* Vanderlyn es una persona muy útil para… —Trazó un círculo en el aire con su cigarro—. ¡Tal vez será mejor no decir para quién! Digamos para una potencia europea… o tal vez para más de una potencia europea.

Carrington aspiró el aire con fuerza.

—Me quitas un gran peso de encima, Charles.

—¿Pensabas que había caído en las redes de esa sirena? ¡Mi querido George! Los métodos de *mistress* Vanderlyn son demasiado evidentes para un zorro viejo como yo. Además, como bien dicen, no es ya tan joven. Tus jóvenes oficiales tal vez no lo notasen, pero yo tengo cincuenta y seis años, amigo. Dentro de cuatro años probablemente seré un viejo repugnante que perseguirá a las jovencillas.

—He sido un tonto —dijo Carrington disculpándose—, pero me parecía un poco raro…

—¿Te parecía extraño que estuviese aquí, en amena reunión familiar y precisamente en el momento en que tú y yo íbamos a sostener una conferencia extraoficial para tratar de un descubrimiento que habrá de revolucionar el sistema de la defensa aérea? *Sir* George Carrington asintió. *Lord* Mayfield continuó sonriendo.

—Pues ése es el cebo.

—¿El cebo?

—¿Comprendes, George? Ahora no tenemos nada «contra» esa mujer. ¡Y queremos tenerlo! Hasta ahora siempre ha sabido escurrirse. Ha sido muy discreta… Sabemos lo que ha hecho, pero no tenemos pruebas definitivas. Hemos de tentarla con algo grande.

—¿Como la especificación de la nueva bomba?

—Exacto, tiene que ser algo lo bastante importante para inducirla a correr el riesgo… de descubrirse. ¡Y entonces… la habremos atrapado!

Sir George gruñó:

—¡Oh, bueno! No está mal. Pero supongamos que no corre ese riesgo.

—Sería una lástima —repuso *lord* Mayfield—. Pero creo que lo hará…

Se puso en pie.

—¿Quieres que vayamos al salón a reunirnos con las señoras? No debemos privar a tu esposa de su *bridge*.

—Julia tiene demasiada afición al *bridge* —gruñó *sir* George—. No puede jugar tan alto como lo hace, se lo he dicho muchas veces…; lo malo es que Julia nació jugadora.

Y contorneando la mesa para reunirse con su anfitrión, le dijo:

—Bueno, espero que tu plan salga bien. Charles.

Capítulo II

En el salón la conversación languideció más de una vez. *Mistress* Vanderlyn se encontraba por lo general en desventaja entre los miembros de su propio sexo. Su simpatía y encanto, tan apreciados entre el elemento masculino, por una razón u otra

no surtían efecto entre las mujeres. *Lady* Julia era una mujer cuyos modales eran o muy buenos o muy malos. En esta ocasión le desagradaba *mistress* Vanderlyn, le molestaba *mistress* Macatta y no lo disimulaba. La conversación iba decayendo, y hubiese cesado del todo a no ser por esta última.

Mistress Macatta era una mujer de gran fuerza de voluntad, y enseguida calificó a *mistress* Vanderlyn como perteneciente al tipo de los parásitos y trataba de interesar a *lady* Julia en una función benéfica que estaba organizando. *Lady* Julia iba respondiendo en tono ausente, y tras disimular un par de bostezos se entregó a su disquisición interna. ¿Por qué no volvían Charles y George? ¡Qué pesados eran los hombres! Sus comentarios se fueron haciendo más despistados a medida que iba absorbiéndose en sus propios pensamientos.

Las tres mujeres guardaban silencio cuando al fin entraron los caballeros.

Lord Mayfield pensó: «Julia parece enferma esta noche. Es un manojo de nervios». Y en voz alta dijo:

—¿Y si Jugásemos una partida, eh?

Lady Julia se animó enseguida, pues el *bridge* era para ella como el aire que respiraba.

En aquel momento entraba Reggie Carrington en la estancia y quedó dispuesto el cuarteto. *Lady* Julia, *mistress* Vanderlyn, *sir* George y el joven Reggie tomaron asiento alrededor de la mesa de juego. *Lord* Mayfield se entregó a la tarea de entretener a *mistress* Macatta. Cuando hubieron jugado un par de *rubbers*, *sir* George miró el reloj que había sobre la chimenea.

—No vale la pena comenzar otro —observó.

Su esposa pareció contrariada.

—Sólo son las once menos cuarto. Será cortito.

—Nunca lo son, querida —repuso *sir* George de buen talante—. Y de todas formas. Charles y yo tenemos algo que hacer.

Mistress Vanderlyn murmuró:

—¡Qué importante parece eso! Supongo que ustedes los hombres inteligentes que están por encima de las cosas nunca pueden descansar del todo.

—Para nosotros la semana no tiene cuarenta y ocho horas —replicó *sir* George.

—¿Sabe usted?, me siento bastante avergonzada de mí misma como simple estadounidense, pero me emociona conocer a dos personas que gobiernan el destino de un país. Supongo que le parecerá un punto de vista muy vulgar, *sir* George.

—Mi querida *mistress* Vanderlyn, yo nunca podría considerarla «simple» ni «vulgar».

Sonrió mirándola a los ojos. Tal vez en su voz hubo un ligero matiz irónico que ella no pasó por alto. Acto seguido se volvió hacia Reggie y sonriéndole dulcemente le dijo:

—Siento que deje de ser mi compañero. Ha sido muy acertado cantar esos cuatro sin triunfo.

Complacido y halagado, Reggie musitó:

—Los saqué por casualidad.

—¡Oh, no!, fue una deducción muy inteligente por su parte. Por la subasta adivinó dónde estaban las cartas, y jugó de un modo brillante.

Lady Julia se puso en pie bruscamente. «Esa mujer le está tomando el pelo», pensó con disgusto. Luego sus ojos se dulcificaron al posarse en su hijo. Él la creía. ¡Qué joven parecía y qué satisfecho! Era tan ingenuo. No era de extrañar que se viera en apuros. Se confiaba demasiado. La verdad es que tenía una naturaleza demasiado dulce. George no le comprendía en absoluto. Los hombres son tan intransigentes con sus juicios. Olvidan que ellos también fueron jóvenes… George era demasiado duro con Reggie.

Mistress Macatta se había puesto en pie. Se dieron las buenas noches. Mayfield se sirvió de beber, y tras entregar otro vaso a *sir* George, alzó los ojos al ver aparecer a *mister* Carlile en la puerta.

—Saque usted las carpetas y todos los papeles, ¿quiere hacer el favor, Carlile? Incluyendo los planos y diseños. El mariscal del Aire y yo no tardaremos. Primero daremos un paseíto, ¿eh, George? Ha dejado de llover.

Míster Carlile, al volverse para marchar, musitó una disculpa al tropezar con *mistress* Vanderlyn, que dirigiéndose hacia ellos, dijo:

—Mi libro. Lo estaba leyendo antes de cenar.

Reggie se adelantó para entregarle uno.

—¿Es éste? ¿El que estaba en el sofá?

—¡Oh, sí! Muchísimas gracias.

Sonrió dulcemente, volvió a darles las buenas noches y se marchó. *Sir* George había abierto uno de los ventanales.

—Ahora hace una noche espléndida —anunció—. Es una buena idea la de dar un paseo.

Reggie dijo:

—Bueno, buenas noches, *sir*. Iré a acostarme.

—Buenas noches, muchacho —replicó *lord* Mayfield.

Reggie cogió una novela policíaca que había comenzado a leer a primera hora de la tarde y abandonó el salón. *Lord* Mayfield y *sir* George salieron a la terraza. Ahora hacía una noche espléndida, de cielo despejado y estrellas brillantes.

Sir George aspiró el aire con fuerza.

—¡Uf, esa mujer usa demasiado perfume!

—Por lo menos no es un perfume barato —rió *lord* Mayfield—. Yo diría que es uno de los más caros que se encuentran en el mercado.

Sir George hizo una mueca.

—Supongo que debería dar las más expresivas gracias por ello.

—Desde luego que sí. Yo creo que una mujer que emplee perfume barato es una de las plagas peores que conoce el hombre.

—Es extraordinario cómo se ha aclarado. Oía caer la lluvia mientras cenábamos. Los dos hombres pasearon por la terraza. Ésta se extendía a todo lo largo de la casa. Debajo, el terreno descendía, permitiendo contemplar una vista magnífica sobre el bosque de Sussex.

Sir George encendió un cigarro.

—Acerca de esa aleación metálica… —comenzó a decir.

La charla se hizo técnica. Y cuando se aproximaban al extremo de la terraza por quinta vez, *lord* Mayfield exclamó con un suspiro:

—¡Oh, bueno! Supongo que será mejor poner manos a la obra.

—Sí, tenemos mucho que hacer.

Los dos hombres dieron media vuelta y *lord* Mayfield contuvo una exclamación de sorpresa.

—¡Hola! ¿Has visto eso?

—¿El qué? —preguntó *sir* George.

—Me ha parecido ver salir a alguien a la terraza por la puerta-ventana de mi despacho.

—¿Ves visiones? Yo no he visto nada.

—Bueno, pues yo sí… o he creído verlo.

—Tu vista te ha jugado una mala pasada. Yo estaba mirando en esa dirección, y lo hubiera visto. Hay muy pocas cosas que yo no vea… incluso leo un periódico a un metro de distancia. *Lord* Mayfield rió.

—En eso te gano, George. Todavía leo perfectamente sin lentes.

—Pero no eres capaz de distinguir a un individuo al otro lado de la Cámara. ¿O es que los cristales de los lentes que usas son de imitación?

Riendo, los dos hombres penetraron en el despacho de *lord* Mayfield por la puertaventana que estaba abierta.

Míster Carlile estaba atareado arreglando algunos papeles en el archivador, junto a la caja fuerte y alzó los ojos al verles entrar.

—¡Ah, Carlile!, ¿todo a punto?

—Sí, *lord* Mayfield, todos los papeles están encima de su mesa.

La mesa en cuestión era un formidable escritorio de caoba situado en un rincón junto a la puertaventana. *Lord* Mayfield se inclinó sobre ella y comenzó a revisar los documentos que había encima.

—Ha quedado una noche espléndida —decía *sir* George.

—Sí, es cierto —convino Míster Carlile—. Es curioso lo rápidamente que aclara después de llover. —Y dejando el archivador preguntó—: ¿Me necesitará más esta noche, *lord* Mayfield?

—No, creo que no, Carlile. Yo guardaré todo esto. Probablemente terminaremos algo tarde. Será mejor que se acueste.

—Gracias. Buenas noches, *lord* Mayfield. Buenas noches, *sir* George.

—Buenas noches, Carlile.

Cuando el secretario iba ya a salir del despacho, *lord* Mayfield le dijo en tono severo:

—Espere un momento, Carlile. Ha olvidado lo más importante.

—No sé a qué se refiere, *lord* Mayfield.

—A los planos de la bomba, hombre.

El secretario le miró extrañado.

—Están encima de todo, señor.

—Nada de eso.

—Pero si acabo de ponerlos.

—Mírelo usted mismo.

Con expresión asombrada, el joven se reunió con *lord* Mayfield junto al escritorio. Con cierta impaciencia, el ministro le mostró el montón de papeles. Carlile los estuvo revisando, con creciente extrañeza.

—¿Lo ve?, no están aquí.

—Pero…, ¡pero es increíble! —tartamudeó el secretario—. Los puse aquí encima no hará ni tres minutos.

Lord Mayfield dijo de buen talante:

—Se habrá confundido, y estarán aún en la caja fuerte.

—No lo comprendo… Yo sé que los puse ahí.

Lord Mayfield le apartó a un lado para dirigirse a la caja fuerte. *Sir* George se unió a él, y a los pocos minutos comprobaron que los planos de la bomba no estaban allí. Atónitos y extrañados, los tres hombres regresaron junto a la mesa escritorio para revisar de nuevo los papeles.

—¡Cielo santo! —exclamó Mayfield—. ¡Han desaparecido!

Míster Carlile exclamó:

—¡Pero eso es imposible!

—¿Quién ha entrado en esta habitación? —preguntó el ministro.

—Nadie. Nadie en absoluto.

—Escuche, Carlile, esos planos no pueden haberse desvanecido en el aire. Alguien los ha cogido. ¿Ha estado aquí *mistress* Vanderlyn?

—¿*Mistress* Vanderlyn? ¡Oh, no señor!

—Enseguida lo sabremos —dijo Carrington, olfateando el aire—. Se olerá a ese perfume suyo.

—Nadie ha entrado aquí —insistió Carlile—. No lo comprendo.

—Escuche, Carlile —dijo *lord* Mayfield—. Cálmese. Hemos de llegar al fondo de esta cuestión. ¿Está completamente seguro de que los planos estaban dentro de la caja fuerte?

—Completamente.

—¿Los ha visto usted? ¿No habrá supuesto que estaban entre los otros papeles?

—No, no, *lord* Mayfield. Los he visto. Los puse sobre el escritorio, encima de todos los demás.

—¿Y dice usted que desde entonces nadie ha entrado en esta habitación? ¿Ha salido usted acaso?

—No… es decir… sí.

—¡Ah! —exclamó *sir* George—. ¡Ya vamos dando con ello!

Lord Mayfield dijo irritado:

—¿Qué diablos…? —Cuando Carlile le interrumpió.

—En circunstancias normales, *lord* Mayfield, no me hubiera atrevido a abandonar el despacho dejando sobre la mesa documentos de importancia… pero al oír gritar a una mujer…

—¿Gritar a una mujer? —repitió *lord* Mayfield sorprendido.

—Sí, *lord* Mayfield. Me sobresaltó más de lo que puede usted imaginar. Estaba colocando los papeles sobre la mesa cuando lo oí, y, naturalmente, salí corriendo al vestíbulo.

—¿Quién gritó?

—La doncella francesa de *mistress* Vanderlyn. Estaba en mitad de la escalera, muy pálida y temblando de pies a cabeza. Dijo que había visto un fantasma.

—¿Un fantasma?

—Sí, una mujer alta, toda vestida de blanco que andaba sin hacer ruido y que flotaba en el aire. —¡Qué historia más ridícula!

—Sí, *lord* Mayfield, es lo que le dije. Debo confesar que parecía bastante avergonzada. Volvió a subir y yo volví aquí.

—¿Cuánto rato hace de esto?

—Fue un minuto o dos antes de que usted y *sir* George entrasen.

—¿Y cuánto tiempo estuvo usted fuera de esta habitación?

El secretario reflexionó unos instantes.

—Dos minutos… tres a lo sumo.

—Lo suficiente —gruñó *lord* Mayfield tomando a su amigo del brazo.

—George, esa sombra que vi… salir por la puertaventana. ¡Fue así! En cuanto Carlile salió de la habitación, se deslizó dentro, cogió los planos y volvió a marcharse.

—¡Qué acción más vil! —dijo George. Ahora fue él quien tomó a su amigo del brazo—. Escucha, Charles; éste es un mal negocio. ¿Qué diablos vamos a hacer?

Capítulo III

De todas formas vale la pena probarlo, Charles. Media hora más tarde, los dos hombres se hallaban en el despacho de *lord* Mayfield, y *sir* George había empleado

todas sus dotes de persuasión para inducir a su amigo a adoptar cierta regla de conducta.

Lord Mayfield se había negado al principio, pero cada vez se mostraba menos reacio a la idea.

Sir George decía:

—No seas tan testarudo. Charles.

Lord Mayfield dijo despacio:

—¿Por qué mezclar en esto a un extranjero del que nada sabemos? —Pero da la casualidad de que yo sí sé muchas cosas de él. Es una maravilla.

—¡Hum!

—Escúchame, Charles. ¡Es una oportunidad única! En este asunto lo esencial es la discreción. Si trasciende…

—¡Cuando trascienda, querrás decir!

—No es necesario. Este hombre. Hércules Poirot…

—Supongo que vendrá aquí y encontrará los planos como el prestidigitador saca los conejos de su sombrero.

—Descubrirá la verdad. Y la verdad es lo que nosotros queremos. Escucha, Charles, yo asumo toda la responsabilidad.

—¡Oh, bueno!, haz lo que quieras —dijo *lord* Mayfield— pero no veo lo que puede hacer ese individuo.

Sir George hizo ademán de coger el teléfono.

—Voy a llamarle… ahora mismo.

—Estará durmiendo.

—Puede levantarse. Déjate de tonterías, Charles; no puedes permitir que esa mujer se salga con la suya.

—¿Te refieres a *mistress* Vanderlyn?

—Sí. ¿No dudarás que ella es la culpable?

—No. Se ha vengado de mí. No me importa admitir que esa mujer ha sido más lista que nosotros, George. Es muy desagradable, pero es cierto. No podemos probar nada contra ella, y no obstante, los dos sabemos que ella es la pieza principal en este asunto.

—Las mujeres son el mismo diablo —dijo Carrington con calor.

—¡No podemos acusarla en absoluto, maldita sea! Podemos suponer que ella preparó la escena de la muchacha gritando en la escalera, y que el hombre que se escurrió furtivamente era su cómplice, pero lo malo es que no podemos probarlo.

—Tal vez pueda Hércules Poirot.

De pronto *lord* Mayfield se echó a reír.

—Por Dios, George, creí que eras demasiado patriota para confiar en un francés, por inteligente que sea.

—No es francés, sino belga —dijo *sir* George algo avergonzado.

—Bien, que venga tu amigo belga. Que ponga a prueba su inteligencia en este asunto. Apuesto a que no consigue averiguar nada.

Sin contestarle, *sir* George alargó el brazo para descolgar el teléfono.

Capítulo IV

Parpadeando un tanto. Hércules Poirot volvió su cabeza de uno a otro lado de sus interlocutores, y con gran delicadeza disimuló un bostezo. Eran más de las dos y media de la madrugada. Le habían sacado de la cama precipitadamente e introducido en la penumbra de un enorme Rolls-Royce, y ahora acababa de oír lo que los dos hombres tenían que decirle.

—Éstos son los hechos, *monsieur* Poirot —dijo *lord* Mayfield.

Y reclinándose en su butaca, se llevó lentamente el monóculo a uno de sus ojos, de un azul pálido, y estuvo contemplando a Poirot con suma atención. Su mirada era definitivamente escéptica. Poirot miró de soslayo a *sir* George Carrington. Este caballero se hallaba inclinado hacia delante con expresión esperanzada… casi infantil. Poirot dijo despacio:

—Conozco los hechos, sí… La doncella grita, el secretario sale, el incógnito entra, los planos están encima del escritorio, se apodera de ellos y huye. Los hechos… son muy convenientes.

El tono con que pronunció esta frase atrajo la atención de *lord* Mayfield, que se enderezó un tanto, dejando caer el monóculo.

—¿Cómo dice usted, *monsieur* Poirot?

—Dije, *lord* Mayfield, que los hechos fueron muy convenientes… para el ladrón. A propósito, ¿está usted seguro de haber visto a un hombre?

Lord Mayfield meneó la cabeza.

—No podía asegurarlo. Fue sólo una sombra. La verdad es que casi dudaba de que lo hubiese visto.

Poirot dirigió su mirada al mariscal del Aire.

—¿Y usted, *sir* George? ¿Podría decirme si se trataba de un hombre o de una mujer?

—Yo no vi a nadie.

Poirot asintió pensativo. De pronto, poniéndose en pie, se acercó a la mesa escritorio.

—Puedo asegurarle que los planos no están ahí —dijo *lord* Mayfield—. Los tres hemos revisado todos esos papeles media docena de veces.

—¿Los tres? ¿Se refiere también a su secretario?

—Sí, a Carlile.

—Dígame, *lord* Mayfield, ¿qué papel estaba encima de todo cuando usted se inclinó sobre la mesa?

Lord Mayfield frunció el ceño en su esfuerzo por recordar.

—Déjeme pensar… sí, era un memorándum acerca de algunas de nuestras posiciones de defensa aérea. Poirot cogió una hoja de papel y se la tendió.

—¿Es éste, *lord* Mayfield?

Lord Mayfield repuso después de mirarla:

—Sí, sin duda alguna. Poirot mostró el papel a Carrington.

—¿Se fijó si estaba encima de todo?

Sir George lo sostuvo a cierta distancia, y luego se puso los lentes.

—Sí, es cierto. Yo también los miré con Carlile y Mayfield, y éste estaba encima de todo.

Poirot asintió pensativo, volviendo a dejar el papel sobre la mesa. Mayfield le miraba ligeramente interesado.

—Si hay algún otro problema… —comenzó a decir.

—Pues claro que lo hay: Carlile. ¡Carlile es el problema!

Lord Mayfield enrojeció ligeramente.

—¡*Monsieur* Poirot, Carlile está por encima de toda sospecha! Ha sido mi secretario confidencial durante nueve años. Tiene acceso a todos mis papeles privados, y puedo asegurarle que podría haber sacado copia de los planos y especificaciones con gran facilidad y sin que nadie se enterara.

—Aprecio su punto de vista —dijo Poirot—. De ser culpable, no hubiese tenido necesidad de organizar tanto aparato.

—De todas formas —insistió *lord* Mayfield—, estoy seguro de Carlile, y respondo de él.

—Carlile —dijo Carrington con voz ronca— es una persona como es debido.

Poirot extendió las manos con gesto de desaliento.

—¿Y esa *mistress* Vanderlyn… es todo lo contrario?

—Desde luego —replicó *sir* George. *Lord* Mayfield habló en tono más mesurado.

—Creo, *monsieur* Poirot, que no puede existir la menor duda acerca de… bueno… las actividades de *mistress* Vanderlyn. En el Ministerio de Asuntos Exteriores podrán darle datos más precisos.

—¿Y ustedes dan por hecho que la doncella estaba en combinación con su señora?

—No me cabe la menor duda —exclamó *sir* George.

—A mí me parece una suposición muy razonable —dijo *lord* Mayfield en tono más prudente.

Poirot suspiró y distraídamente ordenó algunos objetos que estaban sobre una mesita, a su derecha. Al fin dijo:

—Supongo que esos papeles representaban dinero. Es decir, que el robarlos significaría una buena suma en metálico.

—De ser entregados en cierto sitio, sí.

—¿Como por ejemplo…?

Sir George mencionó dos potencias europeas.

—Y ese hecho era conocido de cualquiera…, ¿verdad? —preguntó Poirot.

—*Mistress* Vanderlyn seguramente lo sabría.

—He dicho cualquiera.

—Sí, supongo que sí.

—¿Cualquiera con un mínimo de inteligencia podría apreciar el valor de esos planos?

—Sí; pero, *monsieur* Poirot… —*lord* Mayfield parecía algo violento.

Poirot alzó una mano.

—Yo hago lo que se llama explorar todos los caminos.

Volvió a ponerse en pie para dirigirse a la puertaventana, y con una linterna examinó la hierba del extremo de la terraza. Los dos hombres le observaron.

—Dígame, *lord* Mayfield. A este malhechor, a ese fugitivo que se deslizó en la oscuridad, ¿no le persiguieron?

Lord Mayfield se encogió de hombros.

—Desde el fondo del jardín pudo salir a la carretera general.

Y si había algún coche esperándole, no habría tardado en ponerse fuera de nuestro alcance.

—Pero está la policía… los guardias forestales…

Sir George le interrumpió:

—Olvida usted, *monsieur* Poirot, que no podemos dar publicidad a este caso. Si trascendiera que esos planos habían sido robados, el resultado sería extremadamente desfavorable para el partido.

—¡Ah, sí! —repuso Poirot—. No hay que olvidar la *politique*. Hay que observar la mayor discreción, y por ello me enviaron a buscar. ¡Ah, bien! Tal vez sea más sencillo.

—¿Espera tener éxito, *monsieur* Poirot? —*lord* Mayfield parecía un tanto incrédulo.

El hombrecillo se alzó de hombros.

—¿Por qué no? Sólo hay que razonar… reflexionar. —Hizo una pausa y al cabo de un momento agregó—: Me gustaría hablar con *mister* Carlile.

—Desde luego. —*Lord* Mayfield se puso en pie—. Le pedí que no se acostase, y por lo tanto no andará lejos. Voy a avisarle. Poirot se dirigió a *sir* George.

—*Eh bien*. ¿Qué me dice de ese hombre que salió a la terraza?

—Yo no lo vi.

—Ya me lo ha dicho antes. —Poirot se inclinó hacia delante—. Pero hay algo más, ¿no es cierto?

—¿A qué se refiere?

—¿Cómo diría yo? Su incredulidad es más profunda. *Sir* George iba a decir algo pero se contuvo.

—Pues, sí —continuó Poirot para animarle—. Cuéntemelo. Los dos estaban en el extremo de la terraza. *Lord* Mayfield ve una sombra que sale por la puertaventana y atraviesa el césped. ¿Por qué no la ve usted?

Carrington le miró asombrado.

—Ha dado usted en el clavo, *monsieur* Poirot. Desde entonces me he estado preguntando lo mismo. Comprenda, yo juraría que nadie salió por esta puertaventana. Pensé que *lord* Mayfield lo había imaginado… al ver moverse una rama… o algo por el estilo. Y luego, cuando entramos y descubrimos que se había cometido un robo, tuve la impresión de que Mayfield debió estar en lo cierto y que yo era el equivocado. Y sin embargo…

—Sin embargo, en el fondo usted sigue creyendo en la evidencia, en este caso negativa, de sus propios ojos…

—Tiene usted razón, *monsieur* Poirot, así es.

El detective sonrió.

—¿No había huellas sobre la hierba? —preguntó *sir* George.

—Exacto. *Lord* Mayfield imagina ver una sombra. Luego tiene efecto el robo, y está seguro… ¡segurísimo! No es una fantasía… él ha visto a un hombre. Pero no fue así. Yo no estoy tan familiarizado con huellas y cosas por el estilo, pero tenemos una evidencia. No había huellas en la hierba. Y esta noche ha estado lloviendo copiosamente. Si un hombre hubiese atravesado la terraza en dirección al césped, es indudable que habría dejado huellas. *Sir* George dijo extrañado: —Pero entonces… entonces…

—Volvamos a la casa. Hemos de ceñirnos a las personas que se encontraban en ella.

Se interrumpió al ver entrar a *lord* Mayfield acompañado de *mister* Carlile. Aunque pálido y preocupado, el secretario había logrado rehacerse un tanto, y ajustándose los lentes tomó asiento sin dejar de mirar a Poirot.

—¿Cuánto tiempo llevaba en esta habitación cuando oyó el grito, *monsieur*?

Carlile reflexionó.

—Entre unos cinco y diez minutos.

—¡Y antes de eso, no observó nada anormal!

—No.

—Tengo entendido que la reunión tuvo lugar en una sola habitación durante la mayor parte de la noche.

—Sí, en el salón. Poirot consultó su librito de notas.

—*Sir* George Carrington y su esposa. *Mistress* Macatta, *mistress* Vanderlyn, *mister* Reggie Carrington, *lord* Mayfield y usted. ¿Es así?

—Yo no estaba en el salón. Estuve trabajando aquí durante gran parte de la velada.

Poirot se volvió a *lord* Mayfield.

—¿Quién subió primero a acostarse?

—Creo que *lady* Julia Carrington. A decir verdad, las tres señoras salieron juntas.

—¿Y luego?

—Entró *mister* Carlile y le ordené que preparase los documentos, puesto que *sir* George y yo iríamos al poco rato.

—¿Fue entonces cuando decidió dar un paseo por la terraza?

—Sí.

—¿Se dijo en presencia de *mistress* Vanderlyn que iban a trabajar en el despacho?

—Sí, se mencionó.

—¿Estaba en el salón cuando usted dio instrucciones a *mister* Carlile para que sacara los papeles?

—No.

—Perdone, *lord* Mayfield —intervino Carlile—. Precisamente después de que usted me dijera eso, tropecé con ella en la puerta. Había vuelto para buscar un libro.

—¿De modo que pudo haberlo oído?

—Quizá.

—Volvió a buscar un libro —repitió Poirot—. ¿Lo encontró, *lord* Mayfield?

—Sí, Reggie se lo dio.

—¡Ah, sí! Es lo que ustedes llaman el viejo ardid… volver en busca de un libro. ¡Resulta tan útil a veces!

—¿Usted cree que fue un acto premeditado?

Poirot se encogió de hombros.

—Y después de esto, ustedes dos salieron a la terraza. ¿Y *mistress* Vanderlyn?

—Se marchó con su libro.

—¿Y el Joven Reggie también subió a acostarse?

—Sí.

—Y *mister* Carlile se vino aquí y a los cinco o diez minutos oyó el grito. Continúe, *mister* Carlile. Oyó un grito y salió al vestíbulo. Ah, quizá fuese mejor reproducir exactamente sus acciones.

Míster Carlile se puso en pie, algo confundido.

—Yo gritaré —dijo Poirot para ayudarles. Y abriendo la boca emitió un alarido espeluznante. *Lord* Mayfield se volvió para ocultar una sonrisa y Carlile pareció muy violento.

—*Allez*! ¡Adelante! ¡Marchen! —exclamó Poirot—. Acabo de darles la salida.

Míster Carlile se dirigió muy tieso hacia la puerta y tras abrirla salió al recibidor, seguido de Poirot. Los otros dos fueron detrás.

—¿Cerró la puerta al salir o la dejó abierta?

—La verdad es que no me acuerdo. Creo que debí dejarla abierta.

—No importa. Continúe.

Muy envarado, Carlile anduvo hasta el pie de la escalera, donde se detuvo mirando hacia arriba. Poirot preguntó:

—Dijo usted que la doncella estaba en la escalera. ¿En qué sitio?

—Más o menos, por la mitad.

—¿Y parecía inquieta?

—Desde luego.

—*Eh bien*, yo soy la doncella. —Poirot corrió a situarse en la escalera—. ¿Estaba aquí?

—Un peldaño o dos más arriba.

—¿Así? Poirot ensayó una postura.

—Pues… no… no precisamente así.

—¿Cómo entonces?

—Pues… tenía las manos en la cabeza.

—Ah, las manos en la cabeza. Eso es muy interesante. ¿Así? —Poirot alzó los brazos y sus manos descansaron encima de sus orejas.

—Sí, eso es.

—¡Ajá! Dígame, *mister* Carlile, ¿era joven y bonita…?

—La verdad es que no me fijé.

—¡Ajá! ¿No se fijó? Pero es usted joven. ¿Es que los jóvenes ya no se fijan si una chica es guapa?

—La verdad, *monsieur* Poirot, sólo puedo repetir que yo no me fijé.

Carlile dirigió una mirada agónica a su jefe. *Sir* George Carrington se echó a reír.

—*Monsieur* Poirot parece determinado a presentarle a usted como mujeriego, Carlile —observó.

El secretario le dirigió una mirada aplastante.

—Yo siempre me he fijado en las chicas bonitas —anunció Poirot bajando la escalera.

El silencio con que Carlile acogió aquel comentario fue un tanto violento.

Poirot continuó:

—¿Y fue entonces cuando le contó ese cuento del fantasma?

—Sí.

—¿Creyó esa historia?

—¡Pues claro que no, *monsieur* Poirot!

—No me refiero a si usted cree en fantasmas, sino a si le pareció que la chica pensaba realmente haber visto algo.

—¡Oh!, en cuanto a eso, no sabría decirle. Lo cierto es que su respiración era agitada y parecía sobresaltada.

—¿No oyó usted ni vio a su señora?

—Sí, a decir verdad salió de su habitación, en el pasillo de arriba y llamó: «Leonie».

—¿Y luego?

—La muchacha subió corriendo y yo volví al despacho.

—Mientras estuvo usted al pie de la escalera, ¿pudo alguien entrar en el despacho por la puerta que dejó abierta?

Carlile meneó la cabeza.

—No sin que pasara ante mí. La puerta del despacho está al final del pasillo, como puede usted ver.

Poirot asintió pensativo, mientras Carlile continuaba con su voz cuidadosa y precisa:

—Debo confesar que me alegra que *lord* Mayfield viera al ladrón saliendo por la puertaventana. De otro modo yo me encontraría en una posición muy desagradable.

—¡Oh, no, no, mi querido Carlile! —intervino *lord* Mayfield impaciente—. Usted está libre de toda sospecha.

—Es usted muy amable al decir eso, *lord* Mayfield, pero los hechos son los hechos y me doy cuenta de que las apariencias me colocan en una posición difícil. De todas maneras, espero que me registren, así como mis pertenencias.

—¡Oh, no, no amigo mío! —insistió Mayfield.

Poirot murmuró:

—¿Lo desea seriamente?

—Lo prefiero.

Poirot le miró pensativo y musitó:

—¡Ya! —Luego agregó—: ¿Dónde está situada la habitación de *mistress* Vanderlyn con respecto al despacho?

—Está precisamente encima.

—¿Con una ventana que da a la terraza?

—Sí.

De nuevo Poirot asintió. Luego dijo:

—Vayamos al salón.

Una vez allí estuvo deambulando por la habitación, examinó los cierres de las ventanas, los tanteos de la mesa de *bridge* y al fin se dirigió a *lord* Mayfield.

—Este asunto es más complicado de lo que parece —dijo—. Pero una cosa hay cierta. Los planos robados no han salido de esta casa. *Lord* Mayfield le miró sorprendido.

—Pero, mi querido *monsieur* Poirot, el hombre que yo vi saliendo del despacho…

—No hubo tal hombre.

—Pero yo lo vi…

—Con mis mayores respetos, *lord* Mayfield, usted imaginó verlo. Las sombras producidas por las ramas de los árboles le engañaron y el hecho de que se cometiera el robo es natural que le pareciera una prueba de que era cierto lo que había imaginado.

—La verdad, *monsieur* Poirot, la evidencia de mis propios ojos…

—Mi vista contra la suya, amigo mío —intervino *sir* George.

—Tiene que permitirme, *lord* Mayfield, que me muestre firme en este punto. Nadie cruzó la terraza en dirección al césped.

Mister Carlile dijo muy pálido y envarado:

—En este caso, si *monsieur* Poirot está en lo cierto, todas las sospechas recaen en mí automáticamente. Soy la única persona que pudo cometer el robo.

—¡Pamplinas! —exclamó *lord* Mayfield—. Aunque *monsieur* Poirot piense lo que quiera, yo no estoy de acuerdo con él. Estoy convencido de su inocencia, Carlile.

El secretario repuso:

—No, pero ha puesto de relieve que nadie más tuvo oportunidad de cometer el robo.

—*Du tout! Du tout*!

—Pero yo le he dicho que nadie pasó ante mí por el vestíbulo para dirigirse a la puerta de entrada al despacho.

—Estoy de acuerdo. Pero alguien pudo haber entrado por la puertaventana del despacho.

—Pero eso es precisamente lo que usted dice que no ocurrió.

—Yo digo que nadie pudo entrar del exterior sin dejar huella en la hierba. Pero pudo hacerlo alguien que estaba ya en la casa. Alguien pudo salir de esta habitación por una puertaventana, deslizarse por la terraza, entrar en el despacho también por una de las puertaventanas y volver aquí.

Carlile objetó:

—Pero *lord* Mayfield y *sir* George Carrington estaban en la terraza.

—Sí, estaban paseando en la terraza. *Sir* George tal vez posea una vista magnífica… —Poirot se inclinó ligeramente—. ¡Pero no puede ver por la espalda! La puertaventana está en el centro izquierdo de la terraza, luego vienen las cristaleras de esta habitación, y la terraza continúa hacia la derecha cubriendo el espacio de… ¿una, dos, tres o tal vez cuatro habitaciones más?

—El comedor, la sala de billar, el saloncito de estar y la biblioteca —especificó *lord* Mayfield.

—¿Y ustedes pasearon de un lado a otro de la terraza, cuántas veces?

—Cinco o seis, por lo menos.

—¿Comprenden? Es bastante sencillo; el ladrón sólo tuvo que esperar el momento oportuno.

—¿Quiere usted decir que mientras yo estaba en el recibidor hablando con la doncella francesa, el ladrón esperaba en el salón? —preguntó Carlile.

—Ésa es mi suposición. Claro que eso es sólo… una suposición.

—No me parece muy probable —dijo *lord* Mayfield—. Demasiado arriesgado.

—No estoy de acuerdo contigo. Charles —intervino el mariscal del Aire—. Me pregunto cómo no se me ha ocurrido pensarlo.

—¿De modo que comprenden ahora por qué creo que los planos están aún en la casa? —preguntó Poirot—. ¡El problema es encontrarlos!

Sir George lanzó un gruñido.

—Eso es bien sencillo. Registre a todo el mundo.

Lord Mayfield hizo un movimiento de contrariedad, pero Poirot tomó la palabra antes de que él pudiera hacerlo.

—No, no, no es tan sencillo. La persona que haya cogido esos planos habrá previsto que se efectuará un registro y se habrá asegurado para que no los encuentren entre sus cosas. Deben estar escondidos, de seguro, en terreno neutral.

—¿Insinúa usted que tendremos que jugar al escondite por toda la casa?

Poirot sonrió.

—No, no es necesario tanto realismo. Podemos llegar a descubrir el escondite, o la identidad de la persona culpable, reflexionando. Eso simplificaría las cosas. Por la mañana quisiera entrevistarme con todos los moradores de la casa. Creo que sería imprudente verlos ahora. *Lord* Mayfield asintió.

—Se harían demasiados comentarios —confirmó— si les sacáramos de la cama a las tres de la madrugada. De todas maneras tendrá que proceder con gran tacto, *Monsieur* Poirot. Este asunto debe permanecer oculto.

Poirot alzó la mano en un ademán.

—Déjelo al cuidado de Hércules Poirot. Las mentiras que yo invento siempre son de lo más delicado y convincente. Entonces, mañana continuaré mis investigaciones. Pero esta noche me gustaría comenzar a interrogar a *sir* George y a usted, *lord* Mayfield. Se inclinó ante cada uno de los aludidos.

—¿Quiere decir… a solas?

—Eso es lo que he querido decir.

Lord Mayfield, alzando ligeramente las cejas, dijo:

—Como guste. Le dejaré con *sir* George. Cuando termine me encontrará en mi despacho. Vamos, Carlile.

Salió acompañado de su secretario, que cerró la puerta tras de sí.

Sir George se sentó y automáticamente cogió un cigarrillo antes de volver su rostro perplejo hacia Poirot.

—No acabo de comprender esto —dijo.

—Pues es muy sencillo —replicó Poirot con una sonrisa—. Se explica en dos palabras: ¡*Mistress* Vanderlyn!

—¡Oh! —exclamó Carrington—. Empiezo a comprender. ¿*Mistress* Vanderlyn?

—Precisamente. Comprenda. No hubiera sido muy delicado formularle a *lord* Mayfield la pregunta que voy a hacerle a usted. ¿Por qué *mistress* Vanderlyn? Esa señora es conocida como sospechosa. Entonces, ¿por qué estaba aquí? Yo me dije: hay tres explicaciones. La primera, que *lord* Mayfield sintiera cierta *penchant* por esa dama y por eso quería hablar con usted a solas. No quisiera violentarle. Segunda: que tal vez *mistress* Vanderlyn fuese amiga íntima de alguna otra persona de la casa.

—¡A mi puede ya descartarme! —protestó *sir* George con una mueca.

—Entonces, si no se trata de ninguno de estos casos, la pregunta adquiere redoblada fuerza. ¿*Por qué mistress Vanderlyn*? Y me parece vislumbrar la respuesta. Existía una razón. Su presencia en estos precisos momentos fue deseada por *lord* Mayfield por un motivo especial. ¿Estoy en lo cierto?

Sir George asintió.

—Sí, ha acertado usted. Mayfield es zorro viejo para caer en sus redes. Él deseaba que estuviera aquí por otra razón muy distinta. Y es la siguiente:

Le refirió la conversación que había tenido efecto en el comedor. Poirot le escuchó atentamente.

—¡Ah! —dijo—. Ahora lo comprendo. ¡Sin embargo, parece que esa dama les ha devuelto la pelota con bastante limpieza!

Sir George lanzó un juramento.

El detective le miró divertido y dijo:

—Usted no duda que este robo es obra suya… quiero decir que es responsable aunque no hubiera tomado parte activa…

Sir George se sobresaltó.

—¡Desde luego que lo creo así! No cabe la menor duda. ¿Quién sino podría tener interés en robar esos planos?

—¡Ah! —replicó Hércules Poirot mirando al techo—. Y, no obstante, *sir* George, hace un cuarto de hora convinimos en que esos papeles representaban una buena suma de dinero. No tal vez en forma tan evidente como los billetes de banco, oro o joyas, pero sin embargo, eran dinero en potencia. Si alguien se encontraba en un aprieto…

El otro le interrumpió:

—¿Y quién no lo está hoy en día? Supongo que puedo decirlo sin perjudicarme.

Le dedicó una sonrisa a la que Poirot correspondió murmurando:

—*Mais oui*, puede decir lo que guste, porque usted, *sir* George, tiene la única coartada intachable en este asunto.

—¡Pues estoy en una situación muy apurada!

Poirot meneó la cabeza pesaroso.

—Sí, desde luego, los hombres de su posición tienen muchos gastos. Además tiene usted un hijo en una edad muy cara…

Sir George lanzó un gruñido.

—Como si la educación no fuera poco, encima las deudas. Pero el chico no es malo.

Poirot le escuchaba con simpatía y tuvo que oír gran parte de las cuitas del mariscal del Aire. La falta de entereza y valor de la joven generación; la forma en que las madres estropeaban a sus hijos poniéndose siempre de su parte; la maldición que representaba el afán de jugar que de vez en cuando se apodera de su mujer… y la locura de perder más de lo que se puede. Habló de todo ello en términos generales sin

referirse directamente a su esposa o a su hijo pero su natural transparencia hizo que fuese fácil comprenderlo.

De pronto se interrumpió.

—Lo siento, no debiera entretenerle con cosas que nada tienen que ver con este asunto, especialmente a estas horas de la noche… o mejor dicho, de la mañana. Contuvo un bostezo.

—*Sir* George, le aconsejo que se acueste. Ha sido usted muy amable y una gran ayuda.

—Sí, creo que seguiré su consejo. ¿De verdad cree usted que es posible recuperar los planos?

Poirot se alzó de hombros.

—Voy a intentarlo. No veo por qué no.

—Bueno, me voy. Buenas noches.

Poirot permaneció en su butaca contemplando el techo; luego sacó un librito de notas y abriéndolo por una página en blanco escribió:

¿Mistress Vanderlyn?
¿Lady Julia Carrington?
¿Mistress Macatta?
¿Reggie Carrington?
¿Míster Carlile?
Y debajo agregó:
¿Mistress Vanderlyn y Reggie Carrington?
¿Mistress Vanderlyn y lady Julia?
¿Mistress Vanderlyn y Carlile?

Meneando la cabeza contrariado, murmuró:

—*C'est plus simple que ça*.

Acto seguido añadió unas cuantas frases breves.

¿Vio lord Mayfield una «sombra»? De no ser así, ¿por qué dijo que la había visto?

¿Vio algo sir George? Aseguró no haber visto nada después de que yo examiné la hierba.

Nota: lord Mayfield es corto de vista, puede leer sin lentes, pero utiliza un monóculo para mirar al otro lado de la habitación. Sir George es présbita. Por lo tanto, desde el extremo de la terraza su vista es más de fiar que la de lord Mayfield. No obstante, lord Mayfield asegura haber visto algo y la negativa de su amigo le deja impertérrito.

¿Puede alguien estar libre de sospechas como aparentemente lo está mister Carlile? Lord Mayfield insiste en su inocencia con demasiada energía. ¿Por qué? ¿Acaso sospecha de él secretamente y se avergüenza de ello? ¿O porque sospecha de otra persona? ¿Es decir, de otra persona que no sea mistress Vanderlyn?

Volvió a guardar su librito. Y poniéndose en pie se dirigió al despacho.

Capítulo V

Cuando Poirot penetró en el despacho, *lord* Mayfield se hallaba sentado tras la mesa, y al verle dejó su pluma, mirándole con aire interrogador.

—Bien, *monsieur* Poirot, ¿ha terminado ya su entrevista con Carrington?

Poirot, sonriente, tomó asiento.

—Sí, *lord* Mayfield. Me ha aclarado un punto que me tenía sobre ascuas.

—¿Y cuál es?

—El motivo de la presencia de *mistress* Vanderlyn en esta casa. Comprenda usted, creía posible…

Mayfield comprendió enseguida la causa de la exagerada confusión del detective.

—¿Pensó que yo sentía debilidad por esa dama? ¡En absoluto! Por extraño que parezca, Carrington pensó lo mismo.

—Sí, me ha contado la conversación que sostuvo con usted acerca de esto.

Lord Mayfield pareció algo contrariado.

—Mi plan no ha dado resultado. Siempre es doloroso tener que confesar que una mujer ha sido más lista que uno.

—Ah, pero aún no se ha salido con la suya, *lord* Mayfield.

—¿Cree usted que aún podemos vencer? Bien, celebro oírselo decir. Me gustaría que fuese cierto. Suspiró.

—Me doy cuenta de que he actuado como un completo estúpido… ¡Estaba tan satisfecho con mi estratagema para atrapar a esa dama!

Hércules Poirot repuso mientras encendía uno de sus minúsculos cigarrillos:

—¿Cuál era exactamente su estratagema, *lord* Mayfield?

—Pues… —*lord* Mayfield vacilaba—, no la había trazado aún con detalle.

—¿No la discutió con nadie?

—No.

—¿Ni siquiera con *mister* Carlile?

—No.

—Poirot sonrió.

—¿Prefiere actuar por su cuenta, *lord* Mayfield?

—Siempre he considerado que es lo mejor.

—Sí, hace usted bien. No confiar en nadie. Pero ¿habló del asunto a *sir* Carrington?

Lord Mayfield sonrió ante el recuerdo.

—¿Es un antiguo amigo suyo?

—Sí. Le conozco desde hace veinte años.

—¿Y a su esposa?

—Desde luego, también la conocía.

—Pero, perdone mi impertinencia, ¿no tiene con ella el mismo grado de intimidad?

—La verdad, no veo que mis amistades personales tengan nada que ver con este extraño asunto, *monsieur* Poirot.

—Pues yo creo que sí, y mucho. ¿No estuvo usted de acuerdo conmigo en que la teoría de que hubiera alguien oculto en el salón es posible?

—Sí. Estoy de acuerdo con usted en que así es como debió de ocurrir.

—Suprimamos el «debió de». Es una palabra muy arriesgada. Pero si mi teoría es cierta, ¿quién cree usted que pudo ser esa persona?

—Evidentemente *mistress* Vanderlyn. Había regresado una vez en busca de un libro. Pudo volver de nuevo para buscar otro, o un portamonedas, un pañuelo… cualquiera de esas mil excusas femeninas. Queda de acuerdo con su doncella para que grite y haga que Carlile salga del despacho y luego se desliza por la puertaventana, como usted dijo.

—Olvida que no pudo ser *mistress* Vanderlyn. Carlile la oyó llamar a su doncella desde arriba, mientras él hablaba con la muchacha.

Lord Mayfield se mordió el labio.

—Cierto. Lo había olvidado —pareció muy pesaroso.

—¿Comprende? —dijo Poirot en tono amable—. Vamos progresando. Primero teníamos la explicación sencilla del ladrón, que llega del exterior y se hace con el botín. Una teoría muy convincente, como ya le dije a su debido tiempo, demasiado… para aceptarla sin más ni más. Ya la descartamos. Luego pasamos a la teoría del agente extranjero, *mistress* Vanderlyn y de nuevo parece como si ésta también fuese demasiado sencilla… demasiado cómoda… para ser aceptada.

—¿Así que descarta del todo a *mistress* Vanderlyn?

—*Mistress* Vanderlyn no estaba en el salón. Pudo ser un cómplice suyo quien cometiera el robo, pero también cabe en lo posible que lo llevara a cabo otra persona. De ser así, hemos de considerar la cuestión del móvil.

—¿No es un poco absurdo, *monsieur* Poirot?

—No lo creo. Ahora… ¿qué motivos podría haber? Existe la cuestión económica. Los papeles pudieron ser robados con objeto de convertirlos en dinero. Es el móvil más sencillo que hemos de considerar. Pero también pudo ser algo bien distinto.

—¿Como por ejemplo…?

—Pudo ser llevado a cabo con la sola idea de perjudicar a alguien —explicó Poirot despacio.

—¿A quién?

—Posiblemente a *mister* Carlile. Será el más sospechoso. Y puede que aún haya más. Los hombres que fiscalizan el destino de un país, *lord* Mayfield, están expuestos a la opinión pública.

—¿Quiere decir que el ladrón tenía intención de perjudicarme?

Poirot asintió.

—Creo que no me equivoco al decir que hará cosa de cinco años usted pasó una temporada de prueba, *lord* Mayfield. Se sospechó que tenía amistad con una potencia europea y se hizo poco popular entre el electorado de este condado.

—Es bien cierto, *monsieur* Poirot.

—Un hombre de Estado, en estos días, ha de realizar una tarea difícil. Tiene que seguir la política que él considera más beneficiosa para su país, y al mismo tiempo reconocer la fuerza del sentir popular, que suele ser sentimental, estúpido e insensato, pero que no puede ser pasado por alto.

—¡Qué bien se expresa usted! Ésa es exactamente la descripción de la vida de un político. Tiene que inclinarse ante la opinión del país, por peligrosa y estúpida que le parezca.

—Creo que ése fue su dilema. Hubo rumores de que había llegado a un acuerdo con el país en cuestión. Esta nación y los periódicos se opusieron categóricamente. Por fortuna, el primer ministro pudo desmentir la historia, y usted renunció al acuerdo, aunque sin disimular de qué lado estaban sus simpatías.

—Todo esto es cierto, *monsieur* Poirot. Pero ¿a qué viene sacar viejas historias?

—Porque creo posible que un enemigo, despechado por el modo con que usted superó aquella crisis, se esforzase por crear más conflictos. Usted no tardó en recobrar la confianza del público. Aquello pasó, y ahora es usted, merecidamente, una de las figuras más populares de la política. Y se habla de usted como próximo primer ministro cuando se retire míster Humberley.

—¿Cree usted que esto ha sido un atentado para desacreditarme? ¡Tonterías!

—*Tout de méme. Lord* Mayfield no será bien visto que los planos de la nueva bomba británica hayan sido robados durante un fin de semana… cuando una dama muy encantadora estaba entre los invitados. Ligeras insinuaciones de la prensa acerca de cuáles eran sus relaciones con esa dama crearán una atmósfera de desconfianza.

—Una cosa así no puede tomarse en serio.

—¡Mi querido *lord* Mayfield, usted sabe perfectamente que sí! Cuesta tan poco minar la confianza que el pueblo tiene puesta en un hombre…

—Sí, eso es cierto —replicó *lord* Mayfield—. ¡Cielos! Qué complicado va resultando este asunto. ¿De verdad cree usted…? Pero es imposible…, imposible.

—¿No sabe de nadie que esté… celoso de usted?

—¡Es absurdo!

—Por lo menos tendrá que admitir que mis preguntas acerca de sus relaciones personales con las personas que se hallan reunidas aquí, en este fin de semana, no son del todo injustificadas.

—Oh, quizá… quizá. Me preguntaba usted por Julia Carrington. La verdad es que no hay mucho que decir. Nunca la he tenido en gran aprecio, y no creo que yo le sea simpático. Es una de esas mujeres inquietas, nerviosas, extravagantes y locas por las cartas. Es también lo bastante anticuada para despreciarme por ser un hombre que me he formado a mí mismo.

Poirot dijo:

—He mirado en el libro ¿*Quién es quién*?, antes de venir aquí. Usted fue director de una famosa firma de ingenieros, y además un ingeniero considerado de primera categoría.

—Desde luego, no hay nada que yo ignore del lado práctico. Me he abierto camino desde abajo.

Lord Mayfield habló con el ceño fruncido.

—¡Oh! —exclamó Poirot—. ¡He sido un tonto… pero qué tonto!

El otro le miró.

—No le entiendo, *monsieur* Poirot.

—Es que acabo de encajar otra pieza del rompecabezas. Algo que no había visto hasta ahora… Pero encaja. Sí, encaja con una precisión maravillosa.

Lord Mayfield le miró asombrado. Mas Poirot movió la cabeza con una ligera sonrisa.

—No, no, ahora no. Tengo que ordenar mis ideas con más claridad.

Se puso en pie.

—Buenas noches, *lord* Mayfield. Creo que sé dónde están esos planos. *Lord* Mayfield exclamó en el acto:

—¿Que lo sabe? ¡Entonces, recuperémoslos enseguida!

—No. —Poirot negó con la cabeza—. No se lo aconsejo. La precipitación podría resultar fatal. Pero déjelo en manos de Hércules Poirot.

Y dicho esto salió de la habitación.

Lord Mayfield se encogió de hombros.

—Este hombre es un charlatán —murmuró.

Y recogiendo sus papeles, apagó la luz y se marchó a acostarse.

Capítulo VI

—Si ha habido un robo, ¿por qué diablos *lord* Mayfield no avisa a la policía? —preguntó Reggie Carrington, apartando ligeramente su silla de la mesa donde se

desayunaba. Fue el último en bajar. Sus anfitriones, *mistress* Macatta y *sir* George habían terminado de desayunar hacía bastante rato, y su madre y *mistress* Vanderlyn lo iban a hacer en la cama.

Sir George, repitiendo su declaración sobre lo convenido entre *lord* Mayfield y Hércules Poirot, tuvo la sensación de que no lo hacía tan bien como debiera.

—Me parece muy extraño que haya enviado a buscar a un extranjero desconocido —decía Reggie—. ¿Qué es lo que han robado, papá?

—No lo sé exactamente, hijo mío.

Reggie se puso en pie. Aquella mañana estaba bastante nervioso y excitado.

—¿Algo importante? ¿Algún… documento, o algo por el estilo?

—Reggie, la verdad es que no puedo decírtelo exactamente.

—¿Se lleva muy en secreto? Ya comprendo.

Reggie subió corriendo la escalera… se detuvo a la mitad con el ceño fruncido, luego continuó subiendo, y fue a llamar a la puerta de la habitación de su madre, la cual le dio permiso para entrar.

Lady Julia se hallaba sentada en la cama, trazando garabatos en el reverso de un sobre.

—Buenos días, querido. —Alzó los ojos, y al ver su expresión agregó—: Reggie, ¿ocurre algo?

—No mucho, pero parece ser que anoche se cometió un robo.

—¿Un robo? ¿Y qué se llevaron?

—Oh, no lo sé. Lo llevan muy en secreto. Abajo hay una especie de detective privado interrogando a todo el mundo.

—¡Es raro!

—Y bastante desagradable encontrarse en la casa cuando ocurre una cosa así —replicó Reggie.

—¿Qué ha ocurrido exactamente?

—Lo ignoro. Fue algo después de que todos nos acostásemos. ¡Cuidado, mamá, vas a tirar la bandeja!

Y levantando la bandeja del desayuno la llevó a una mesita junto a la ventana.

—¿Robaron dinero?

—Ya te he dicho que no lo sé.

—Supongo que ese detective estará interrogando a todo el mundo —dijo *lady* Julia.

—Supongo.

—¿Dónde estuvimos? Y toda esa clase de preguntas.

—Probablemente. Bueno, yo no puedo decirle gran cosa. Me fui derecho a la cama y me dormí enseguida.

Lady Julia no contestó.

—Oye, mamá; supongo que no podrás prestarme algo de dinero. Estoy sin un céntimo.

—No, no puedo —replicó la madre en tono resuelto—. Yo también estoy mal de fondos y además en deuda. No sé lo que dirá tu padre cuando se entere.

Golpearon con los nudillos en la puerta y entró *sir* George.

—Ah, estás aquí, Reggie. ¿Quieres ir a la biblioteca? *Monsieur* Hércules Poirot quiere verte.

Poirot acababa de interrogar a *mistress* Macatta. Sus breves y concisas respuestas le informaron de que *mistress* Macatta había ido a acostarse antes de las once y que no oyó nada que pudiera servirle de ayuda.

El detective, desviándose del tema del robo, tocó cuestiones más personales. Dijo que sentía una gran admiración por *lord* Mayfield y que como personaje de la política en general le consideraba un gran hombre. Claro que *mistress* Macatta, conociéndole como le conocía, debía apreciarle mucho más que él.

—*Lord* Mayfield tiene inteligencia —concedió *mistress* Macatta—. Y su carrera se la debe únicamente a él mismo. No debe nada a la influencia hereditaria. Tal vez carezca de imaginación. En eso todos los hombres se parecen. Les falta la liberalidad de la imaginación femenina. Las mujeres, *monsieur* Poirot, serán la gran fuerza del gobierno dentro de diez años.

Poirot repuso que estaba seguro de ello. Inició el tema de *mistress* Vanderlyn. ¿Era cierto, como le habían insinuado, que ella y *lord* Mayfield eran íntimos amigos?

—De ninguna manera. Si he de decirle la verdad, me sorprendió muchísimo encontrarla aquí.

Poirot la invitó a que le diera su opinión acerca de *mistress* Vanderlyn.

—Es una de esas mujeres completamente inútiles, *monsieur* Poirot. ¡Esas mujeres desacreditan nuestro sexo! ¡Es un parásito del principio al fin!

—¿La admiran los caballeros?

—¡Hombres! —*mistress* Macatta pronunció la palabra con desprecio—. Los hombres siempre se dejan conquistar por un físico atractivo. Por ejemplo, ese joven Reggie, enrojeciendo cada vez que ella le dirigía la palabra. Y el modo tan estúpido con que ella le halagaba… elogiando su juego… que, la verdad, distaba mucho de ser brillante.

—¿No es un buen jugador de *bridge*?

—Anoche cometió toda clase de equivocaciones.

—*Lady* Julia juega muy bien, ¿verdad?

—Demasiado bien, en mi opinión —replicó *mistress* Macatta—. En ella es casi una profesión. Juega mañana, tarde y noche.

—¿A mucho cada apuesta?

—Sí, muchísimo más de lo que a mí me gusta. La verdad, no lo considero bien.

—¿Gana mucho dinero en el juego?

—Ella confía en pagar sus deudas de este modo —dijo *mistress* Macatta—. Pero he oído decir que últimamente ha tenido una mala racha.

Poirot, cortando la charla, envió a buscar a Reggie Carrington.

Observó al joven con sumo cuidado cuando entró en la habitación… la boca feble disimulada bajo una sonrisa encantadora, la barbilla huidiza, los ojos separados y la frente estrecha. Conocía muy bien el tipo de Reggie Carrington.

—¿Míster Reggie Carrington?

—Sí. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Dígame solamente lo que pueda acerca de la velada de anoche.

—Bien, veamos… estuvimos jugando al *bridge*… en el salón. Luego subí a acostarme.

—¿Qué hora sería?

—Poco antes de las once. Supongo que el robo tendría lugar poco después de esa hora.

—Sí, después. ¿No vio usted ni oyó nada?

Reggie movió la cabeza pesaroso.

—Me temo que no. Fui directamente a mi habitación. Y tengo un sueño muy profundo.

—¿Fue directamente del salón a su dormitorio y permaneció allí hasta la mañana?

—Eso es.

—Es curioso… —dijo Poirot.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Reggie, excitado.

—Por ejemplo, ¿no oyó… un grito?

—No.

—Ah, muy curioso.

—Escuche, no sé a qué se refiere.

—¿Quizás es usted un poco sordo?

—En absoluto.

Los labios de Poirot se movieron. Es posible que repitiera la palabra «curioso» por tercera vez. Luego dijo:

—Bien, gracias, *mister* Carrington. Eso es todo.

Reggie se puso en pie con ademán poco resuelto.

—¿Sabe? —dijo—. Ahora que usted lo dice, creo que oí algo de eso.

—Ah, ¿oyó usted algo?

—Sí, pero comprenda, estaba leyendo un libro… una novela policíaca… y yo… bueno… no le di importancia.

—¡Ah! —replicó Poirot con el rostro impasible—, una explicación muy satisfactoria.

Reggie seguía vacilando y al fin se dirigió lentamente hacia la puerta, donde se detuvo para preguntar:

—Oiga, ¿qué es lo que robaron?

—Algo de mucho valor, *mister* Carrington. Es todo lo que puedo decirle.

—¡Oh! —exclamó Reggie antes de salir.

Poirot asintió con la cabeza.

—Esto encaja —murmuró—. Encaja perfectamente.

Y haciendo sonar el timbre preguntó con toda cortesía si *mistress* Vanderlyn se había levantado ya.

Capítulo VII

Mistress Vanderlyn estaba radiante cuando entró en la biblioteca. Vestía un traje deportivo muy bien cortado, de tejido grueso, que hacía resaltar los cálidos reflejos de sus cabellos, y acomodándose en una butaca sonrió al hombrecillo que tenía enfrente. Por un instante aquella sonrisa demostró… triunfo, o tal vez fuese sólo burla.

Desapareció casi inmediatamente, pero Poirot lo encontró muy interesante.

—¿Ladrones? ¿Anoche? ¡Pero qué horror! Pues no, no oí absolutamente nada. ¿Y la policía? ¿No puede hacer algo?

—Comprenda, *madame*; es un asunto que debe llevarse con la mayor discreción.

—Naturalmente, *monsieur* Poirot… Yo no diré ni una palabra. Soy una gran admiradora de *lord* Mayfield e incapaz de hacer nada que le cause la más ligera molestia.

Cruzó las piernas y balanceó su zapato de piel color castaño en la punta de uno de sus pies.

—Dígame si hay algo en que pueda servirle.

—Se lo agradezco, *madame*. ¿Jugó al *bridge* anoche en el salón?

—Sí.

—Tengo entendido que después las señoras subieron a acostarse.

—Así es.

—Pero alguien regresó en busca de un libro. ¿Fue usted, verdad, *mistress* Vanderlyn?

—Sí… fui la primera en regresar.

—¿Qué quiere decir? ¿La primera? —preguntó Poirot, extrañado.

—Yo regresé enseguida —explicó *mistress* Vanderlyn—. Luego subí y llamé a mi doncella, pero tardaba en acudir. Volví a llamar, y luego salí al pasillo. Oí su voz y la llamé. Después me estuvo cepillando el pelo y la despedí. Estaba nerviosa, sobresaltada y enredó el cepillo en mis cabellos un par de veces. Fue entonces, cuando acababa de despedirla, que vi a *lady* Julia que subía la escalera. Me dijo que también ella había ido a buscar un libro. Es curioso, ¿verdad?

—Dígame, *madame*. ¿Y no oyó gritar a su doncella?

—Pues sí; oí algo por el estilo.

—¿Le preguntó de qué se trataba?

—Sí. Me dijo que creyó ver una figura blanca flotando en el aire… ¡qué tontería!

—¿Qué vestido llevaba anoche *lady* Julia?

—Oh, creo que… sí, ya recuerdo. Llevaba un traje de noche blanco. Claro, eso lo explica todo.

Debió verla en la oscuridad y le pareció una sombra blanca. Estas chicas son tan supersticiosas…

—¿Su doncella lleva mucho tiempo con usted, *madame*?

—Oh, no. —*Mistress* Vanderlyn abrió mucho los ojos—. Sólo cinco meses.

—Quisiera verla, si no le importa, *madame*…

—Desde luego que no —dijo con bastante frialdad.

—Comprenda, me gustaría interrogarla.

—Oh, sí.

Y de nuevo sus ojos volvieron a brillar divertidos. Poirot, puesto en pie, se inclinó.

—*Madame* —dijo—, tiene usted en mí a un ferviente admirador.

—¡Oh, *monsieur* Poirot, qué amable es usted! Pero ¿por qué?

—*Madame*, está usted tan segura de sí misma…

Mistress Vanderlyn sonrió indecisa.

—Quisiera saber si debo considerarlo un cumplido.

—Tal vez sea una advertencia… para no hacer frente a la vida con demasiada arrogancia —dijo Poirot.

Mistress Vanderlyn rió ya más segura, y poniéndose en pie alzó una mano.

—Querido *monsieur* Poirot, le deseo toda clase de éxitos. Gracias por todas las cosas amables que me ha dicho.

Y mientras salía, Poirot murmuró para sí:

—¿Me desea éxito? ¡Ah, pero está muy segura de que no voy a alcanzarlo! Sí, muy segura está. Y eso me preocupa.

Con cierta petulancia tiró de la campanilla y preguntó si podían enviarle a *mademoiselle* Leonie. Sus ojos la miraron apreciativamente cuando hizo acto de presencia y se detuvo vacilante en la puerta… con su vestido negro, sus cabellos negros peinados hacia atrás en suaves ondas y los ojos bajos, en actitud modesta.

—Pase, *mademoiselle* Leonie —la invitó—. No tenga miedo.

Ella entró al fin, deteniéndose ante él.

—¿Sabe que la encuentro muy bonita? —dijo Poirot en un cambio de tono repentino.

Leonie respondió en el acto, dirigiendo una rápida mirada de soslayo al tiempo que murmuraba suavemente:

—*Monsieur* es muy amable.

—Figúrese usted —continuó Poirot—. Le pregunté a míster Carlile si era usted bonita y me contestó que no lo sabía. Leonie alzó la barbilla con gesto desdeñoso.

—¡Esa estatua!

—Lo ha descrito muy bien.

—Yo creo que ése no ha mirado a una chica en su vida.

—Probablemente no. Es una lástima. No sabe lo que se ha perdido. Pero hay otras personas en la casa que son más amables, ¿no es cierto?

—La verdad, no sé a qué se refiere, *monsieur*.

—Oh, sí, *mademoiselle* Leonie, lo sabe muy bien. Bonita historia la que contó anoche de que había visto un fantasma. Tan pronto como supe que estaba usted de pie con las manos en la cabeza, comprendí que no se trataba de ningún fantasma. Cuando una chica se asusta, se lleva las manos al corazón o a la boca para ahogar un grito, pero si las tiene en la cabeza, significa algo muy distinto. Significa que sus cabellos se han alborotado y que trata apresuradamente de acomodarlos. Ahora, *mademoiselle*, sepamos la verdad. ¿Por qué gritó en la escalera?

—Pero, *monsieur*, es cierto que vi a una figura alta toda vestida de blanco…

—*Mademoiselle*, no insulte a mi inteligencia. Esa historia pudo ser lo bastante buena para *mister* Carlile, pero no lo es para Hércules Poirot. La verdad es que acababan de besarla, ¿no? Y me parece adivinar que fue el joven Reggie quien la besó.

—*Eh bien*? —preguntó—. ¿Qué es un beso, después de todo?

—Desde luego —dijo Poirot, galante.

—Comprenda, el señorito subió detrás de mi y me cogió por la cintura… y por eso, naturalmente, me asusté y grité. Si lo hubiera sabido… bueno, claro que no hubiese gritado.

—Claro —convino Poirot.

—Pero llegó hasta mi como un gato. Luego se abrió la puerta del despacho, el señorito se escapó escaleras arriba y yo me quedé como una tonta ante *monsieur le secrétaire*. Tenía que decir algo… especialmente a… —concluyó la frase en francés — *un jeune homme comme ça, tellement comme il faut*!

—¿De modo que inventó lo del fantasma?

—Cierto, *monsieur*; fue lo único que se me ocurrió. Una figura alta toda vestida de blanco y que flotaba en el aire. ¡Es ridículo! Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Nada. Ahora todo está explicado. Desde el principio tenía mis sospechas.

Leonie le dirigió una mirada provocativa.

—*Monsieur* es muy listo y muy simpático.

—Y puesto que yo no voy a causarle ninguna violencia por este asunto, ¿querrá hacer algo por mí a cambio?

—Con mucho gusto, *monsieur*.

—¿Qué sabe usted de los asuntos de su señora? La muchacha se encogió de hombros.

—No mucho, *monsieur*. Claro que tengo mis ideas.

—¿Y cuáles son?

—Bueno, no me ha pasado por alto que todos los amigos de *madame* son siempre militares, marinos o aviadores. Y luego tiene otra clase de amigos… caballeros

extranjeros que algunas veces vienen a verla con mucho sigilo. *Madame* es muy bonita, aunque no creo que lo sea por mucho tiempo. Los jóvenes la encuentran muy atractiva. Creo que algunas veces hablan demasiado. Pero son sólo ideas mías. *Madame* no confía en mí.

—¿Debo entender, por lo que me ha dicho, que *madame* obra por su cuenta?

—Eso es, *monsieur*.

—En otras palabras, no puede ayudarme.

—Me temo que no, *monsieur*. Lo haría si pudiera.

—Dígame, ¿su señora está hoy de buen humor?

—Desde luego que sí, *monsieur*.

—¿Ha ocurrido algo que la ha halagado?

—Desde que vinimos aquí ha estado muy contenta.

—Bien, Leonie, usted debe saberlo.

—Sí, *monsieur* —replicó la joven confidencialmente—. No puedo equivocarme. Conozco todos los estados de ánimo de *madame*, y está contenta.

—¿Y triunfante?

—Ésa es precisamente la palabra, *monsieur*.

—Lo encuentro… algo difícil de soportar —asintió Poirot con pesar—. No obstante, me doy cuenta de que es inevitable. Gracias, *mademoiselle*; eso es todo.

Leonie le dirigió una mirada atrevida.

—Gracias, *monsieur*. Si encuentro a *monsieur* en la escalera le aseguro que no gritaré.

—Hija mía —replicó Poirot muy digno—, mi edad es bastante avanzada. ¿Qué tengo yo que ver con esas frivolidades?

Mas, con una risita coqueta, Leonie se marchó al fin. Poirot anduvo de un lado a otro de la estancia con rostro grave y preocupado.

—Y ahora —dijo— le toca el turno a *lady* Julia. ¿Qué me dirá?, me pregunto yo.

Lady Julia penetró en la estancia con aire tranquilo y seguro, e inclinándose graciosamente aceptó la silla que Poirot adelantó.

—*Lord* Mayfield dice que usted desea hacerme algunas preguntas…

—Sí, *madame*. Es con respecto a lo de anoche.

—¿Sí?

—¿Qué ocurrió después de que hubieron terminado la partida de *bridge*?

—Mi esposo creyó que era demasiado tarde para comenzar otra y fui a la cama.

—¿Y luego?

—Me dormí.

—¿Eso es todo?

—Sí. Me temo que no podré decirle nada de interés. ¿Cuándo tuvo lugar el… —vacilaba— el robo?

—Poco después de que usted subiera a quedarse en su habitación.

—Ya; ¿y qué fue lo que se llevaron?

—Algunos papeles privados, *madame*.

—¿Importantes?

—Muy importantes.

Frunció ligeramente el ceño y luego dijo:

—¿Eran… de algún valor?

—Sí, *madame*, valían mucho dinero.

—Ya.

Hubo una pausa y al cabo Poirot preguntó:

—¿Y qué me dice de su libro, *madame*?

—¿Mi libro? —Levantó hasta él sus ojos asombrados.

—Sí. Tengo entendido, según *mistress* Vanderlyn, que algún tiempo después de que las tres señoras se retirasen, usted volvió a bajar en busca de un libro.

—Sí, claro, eso hice.

—De manera que en realidad usted no fue directamente a su habitación para acostarse, sino que regresó al salón.

—Sí, es cierto. Lo había olvidado.

—Mientras estuvo en el salón, ¿oyó gritar a alguien?

—No…, sí…, no creo.

—Asegúrese, *madame*. Realmente tuvo que oír el grito, desde el salón. *Lady* Julia, echando la cabeza hacia atrás, replicó con firmeza:

—No oí nada.

Poirot enarcó las cejas, aunque no replicó. El silencio se fue haciendo insoportable, y *lady* Julia preguntó de pronto:

—¿Qué es lo que se ha hecho?

—¿Hecho? No lo comprendo, *madame*.

—Me refiero al robo. Sin duda la policía debe estar haciendo algo.

Poirot movió la cabeza.

—La policía no ha sido avisada. Yo soy el encargado de esclarecer el caso.

Ella le miró con el rostro tenso y demacrado. Sus ojos oscuros y penetrantes parecían taladrarle. Al fin los bajó…, vencida.

—¿No puede decirme lo que está haciendo?

—Sólo puedo asegurarle, *madame*, que no voy a dejar piedra por remover…

—¿Para coger al ladrón… o… para recuperar los papeles?

—Lo principal es que aparezcan, *madame*.

—Sí —dijo en tono indiferente—. Supongo que lo es.

Hubo otra pausa.

—¿Alguna cosa más, *monsieur* Poirot?

—No, *madame*. No quiero entretenerla más.

—Gracias.

Se adelantó para abrirle la puerta, que ella atravesó sin dirigirle siquiera una mirada.

Poirot regresó junto a la chimenea y distraídamente arregló la disposición de los objetos que había sobre la repisa. Estaba todavía allí cuando *lord* Mayfield entró por la puertaventana.

—¿Qué tal? —saludó el recién llegado.

—Creo que todo marcha bien. Los acontecimientos van tomando forma como era de esperar. *Lord* Mayfield preguntó, mirándole de hito en hito:

—¿Está usted satisfecho?

—No, no lo estoy, pero sí contento.

—La verdad, *monsieur* Poirot, no puedo entenderle.

—No soy tan charlatán como usted cree.

—Yo nunca he dicho…

—¡No, pero lo ha pensado! No importa. No estoy ofendido. A veces tengo que adoptar cierta «pose».

Lord Mayfield le miraba con cierta desconfianza. Hércules Poirot era un hombre incomprensible. Deseaba despreciarle, pero algo le advertía de que aquel hombrecillo ridículo no era tan inútil como parecía. Charles McLaughlin siempre fue capaz de reconocer a un hombre resuelto en cuanto lo veía.

—Bien —le dijo—, estamos en sus manos. ¿Qué me aconseja que haga ahora?

—¿Puede librarse de sus invitados?

—Creo que será posible arreglarlo… Podría decir que tengo que regresar a Londres para resolver este asunto, y tal vez se decidan a marcharse.

—Muy bien. Trate de arreglarlo así.

—¿No cree usted…?

—Estoy completamente seguro de que éste es el mejor camino. *Lord* Mayfield se encogió de hombros.

—Bien, si usted lo dice…

Capítulo VIII

Los invitados se marcharon después de comer. *Mistress* Vanderlyn y *mistress* Macatta se fueron en tren y los Carrington en su automóvil. Poirot se encontraba en el recibidor en el momento en que *mistress* Vanderlyn dedicaba a su anfitrión una encantadora despedida.

—Estoy apenadísima por verle tan angustiado. Espero que todo se aclare satisfactoriamente. Le aseguro que no diré una palabra.

Y tras estrecharle la mano se dirigió hacia donde esperaba el Rolls que había de llevarla a la estación. *Mistress* Macatta ya estaba en su interior y su adiós fue breve y poco expresivo.

De pronto, Leonie, que estaba sentada junto al chofer, saltó del coche y regresó corriendo al recibidor.

—Hemos olvidado el neceser de *madame* —explicó.

Hubo una búsqueda apresurada. Al fin *lord* Mayfield lo descubrió junto a la sombra que proyectaba un antiguo arcón de roble. Leonie lanzó un gritito de alegría al ver el elegante maletín de tafilete verde. *Lord* Mayfield se acercó al automóvil.

—*Lord* Mayfield —*mistress* Vanderlyn le alargó una carta—. ¿Le importaría echarla al correo?

Tenía intención de hacerlo en la ciudad, pero estoy segura de que me olvidaré. Las cartas suelen quedarse días y días en mi bolso.

Sir George jugueteaba con su reloj, lo abría y lo cerraba. Su manía era la puntualidad.

—Tienen el tiempo Justo —murmuró—, muy justo. Como no se den prisa perderán el tren… Su esposa exclamó, irritada:

—Oh, no empieces, George. ¡Al fin y al cabo, es su tren, no el nuestro!

Él le dirigió una mirada de reproche.

El Rolls se puso en marcha.

Reggie detuvo el Morris de los Carrington delante de la puerta principal.

—Todo listo, papá —dijo.

Los criados empezaron a cargar en el coche el equipaje de los Carrington, y Reggie estuvo supervisando la operación. Poirot observaba desde la entrada.

De pronto sintió que le cogían de un brazo y la voz de *lady* Julia le dijo en un susurro nervioso:

—*Monsieur* Poirot… Tengo que hablar con usted… enseguida.

Y arrastrándole hasta una pequeña salita, cerró la puerta y se aproximó a él.

—¿Es cierto lo que usted dijo… que el descubrimiento de los papeles es lo que importaba a *lord* Mayfield? Poirot la miró extrañado.

—Es cierto, *madame*.

—Si esos papeles fueran devueltos a usted, ¿se los entregaría a *lord* Mayfield sin hacer preguntas?

—No estoy seguro de haberla entendido bien.

—¡Debe hacerlo! ¡Estoy segura de que me entiende! Le pregunto si el ladrón permanecerá en el anonimato si le devuelven los papeles.

—¿Y cuándo sería eso, *madame*?

—Antes de doce horas.

—¿Puede prometerlo?

—Sí.

Y como él no respondiera, repitió con prisa:

—¿Me garantiza que no habrá escándalo? Poirot repuso entonces con gravedad:

—Sí, *madame*. Se lo garantizo.

—Entonces todo puede arreglarse.

Salió bruscamente de la habitación. Momentos después, el detective oyó arrancar el coche.

Cruzó el recibidor y fue al despacho. Allí estaba *lord* Mayfield, que alzó los ojos al entrar Poirot.

—¿Y bien? —dijo.

Poirot extendió las manos.

—El caso está terminado, *lord* Mayfield.

—¿Qué?

Poirot le repitió palabra por palabra la escena que acababa de haber entre él y *lady* Julia. *Lord* Mayfield le contempló estupefacto.

—Pero ¿qué significa esto? No lo comprendo.

—Está bien claro, ¿verdad? *Lady* Julia sabe quién robó los planos.

—¿No querrá decir que los cogió ella misma?

—Desde luego que no. *Lady* Julia puede que sea jugadora, pero no es una ladrona. Pero si se ofrece a devolverlo será porque debieron cogerlos su esposo o su hijo. Ahora bien, George Carrington estaba en la terraza con usted. De modo que sólo queda el hijo. Creo poder reconstruir con bastante exactitud lo ocurrido la noche pasada. *Lady* Julia fue anoche a la habitación de su hijo y la halló vacía. Bajó a buscarle, pero no pudo encontrarle. Esta mañana se entera del robo y también de que su hijo ha declarado que fue directamente a su habitación y ya no volvió a salir. Ella sabe que eso no es cierto, y otras muchas cosas de su hijo: que es débil y está necesitado de dinero. Ha observado la admiración que siente por *mistress* Vanderlyn y cree verlo todo claro. *Mistress* Vanderlyn ha convencido a Reggie para que robe los planos, y ella resuelve representar también su papel. Hablará con Reggie, para arrebatarle los papeles y devolverlos.

—Pero todo eso es imposible —exclamó *lord* Mayfield.

—Sí, lo es, pero *lady* Julia lo ignora. Ella no sabe que yo, Hércules Poirot, sé que el joven Reggie Carrington no robó los planos anoche, sino que estaba galanteando a la doncella francesa de *mistress* Vanderlyn.

—¡Todo esto es agua de borrajas!

—Exacto.

—¡Y el asunto no está terminado ni mucho menos!

—Sí, lo está. Yo, Hércules Poirot, sé la verdad. ¿No me cree? Ayer tampoco me creyó cuando le dije que sabía dónde estaban los planos. Pero lo sé. Estaban muy cerca de nosotros.

—¿Dónde?

—Estaban en su bolsillo, milord.

Hizo una pausa y al final dijo *lord* Mayfield:

—¿Sabe lo que está diciendo, *monsieur* Poirot?

—Sí. Sé que estoy hablando con un hombre inteligente. En primer lugar me extrañó que usted, que confesaba ser corto de vista, insistiera tanto en decir que había

visto a una persona salir por la puertaventana. Usted deseaba que aquella solución tan conveniente… fuese aceptada. ¿Por qué? Más tarde fui eliminando a todos los demás, uno por uno. *Mistress* Vanderlyn estaba arriba, *sir* George en la terraza con usted, Reggie Carrington con la doncella en la escalera, y *mistress* Macatta en su dormitorio. (Está junto a la habitación del ama de llaves, ¡y *mistress* Macatta roncaba!). Es cierto que *lady* Julia estaba en el salón; pero creía firmemente en la culpabilidad de su hijo. De modo que sólo quedaban dos posibilidades: o bien Carlile no puso los papeles en el escritorio, sino en su propio bolsillo (lo cual no es razonable, puesto que, como usted indicó, pudo haber sacado copia de ellos), o bien… los planos estaban encima de su mesa cuando usted se acercó a ella, y el único lugar en donde podían estar era en su bolsillo. En ese caso todo quedaba aclarado: su insistencia en asegurar haber visto a alguien, en defender la inocencia de Carlile y su aversión a que me llamaran.

»Una cosa me interesaba… el móvil. Estaba convencido de que usted era un hombre honrado… íntegro. Lo cual se demostraba en su esfuerzo para que no recayeran las sospechas sobre ninguna persona inocente. También es evidente que el robo de los planos podía afectar su carrera desfavorablemente. Entonces, ¿por qué este robo absurdo? La crisis de su carrera, años atrás, las seguridades dadas al mundo por el primer ministro de que usted no estaba en negociaciones con la potencia en cuestión… Supongamos que no fuese estrictamente cierto, que hubiera quedado algo… tal vez una carta… que demostrase que sí había hecho lo que negara públicamente. Semejante negativa fue necesaria en interés de la política. Pero es dudoso que el hombre de la calle lo comprendiera así. Podría significar que en el momento en que pusieran en sus manos el poder supremo, algún estúpido eco del pasado lo destruyera todo.

»Sospecho que esa carta ha sido puesta en manos de cierto gobierno, y que este gobierno se ha ofrecido para negociar con usted… La carta a cambio de los planos de la nueva bomba. Algunos hombres se hubieran negado. ¡Usted… no! Se avino a ello. *Mistress* Vanderlyn era el agente encargado del asunto. Vino aquí, de acuerdo con usted, para efectuar el cambio. Se descubrió usted al decir que no tenía ningún plan definido para atraparla. Esa confesión convirtió en una débil excusa sus motivos para haberla invitado.

»Usted preparó el robo. Simuló ver un ladrón en la terraza… para dejar a Carlile fuera de sospecha. Aún sin que hubiera salido de la habitación, el escritorio está tan cerca de la puertaventana que el ladrón pudo coger los planos mientras Carlile estaba trasteando en la caja fuerte, de espaldas a la puertaventana. Usted fue hasta el escritorio, cogió los planos y los escondió en su bolsillo hasta el momento en que, según el plan dispuesto de antemano, los deslizó en el neceser de *mistress* Vanderlyn. A cambio, ella le entregó la carta falsa disfrazada de misiva que había de echar al correo. Poirot hizo una mueca.

Lord Mayfield confesó:

—Su conocimiento es muy completo, *monsieur* Poirot; debe considerarme un verdadero truhán.

Poirot hizo un gesto rápido.

—No, no, *lord* Mayfield. Como ya le dije, creo que es usted un hombre muy inteligente. Lo comprendí anoche de pronto mientras hablábamos. Es usted un ingeniero de primera fila. Creo que en las especificaciones de esa bomba pudieron hacerse algunas alteraciones tan hábiles que será muy difícil descubrir por qué no tiene el éxito que debiera. Cierta potencia extranjera descubrirá que el modelo es un fracaso… cosa que estoy seguro de que habrá de decepcionarles. De nuevo se hizo un silencio… roto al fin por *lord* Mayfield.

—Es usted demasiado listo, *monsieur* Poirot. Sólo le pido que crea una cosa. Tengo fe en mí mismo. Creo ser el hombre que Inglaterra necesita para guiarle a través de la crisis que preveo. De no creer honradamente que mi país me necesita para dirigir la nave del gobierno, no hubiera hecho lo que hice… quedar bien con las dos partes… y salvarme del desastre por medio de un juego hábil.

—¡Cielos! —repuso Poirot—. ¡Si no supiera cómo quedar bien con las dos partes, no podría usted ser político!

El espejo del muerto

(Dead Man's Mirror).

Capítulo I

El piso era moderno, así como el mobiliario. Las butacas eran cuadradas, y las sillas angulares. Una moderna mesa escritorio estaba colocada en la ventana, y tras ella sentábase un hombre de cierta edad y pequeña estatura. Su cabeza era la única cosa en aquella estancia que no era cuadrada, sino ovalada. *Monsieur* Hércules Poirot estaba leyendo una carta:

Estación: Whimperley.
Telegramas: Hamborough St. John.
Hamborough Close. Hamborough St. Mary, Westhire.
24 de septiembre de 1936.

Monsieur Hércules Poirot:

Muy señor mío: Ha surgido un asunto que debe tratarse con gran delicadeza y discreción. Tengo muy buenas referencias suyas, y he decidido confiárselo a usted. Tengo motivos para creer que soy víctima de un fraude, pero por razones de familia no deseo avisar a la policía. Estoy tomando ciertas medidas por mi cuenta, pero debe estar dispuesto a venir inmediatamente en cuanto reciba mi telegrama. Le quedaré muy agradecido si no contesta esta carta.

Suyo afectísimo,

Gervasio Chevenix-Gore

Las cejas de Hércules Poirot se fueron alzando en su frente hasta que al fin casi desaparecieron entre sus cabellos.

—¿Y quién es este Gervasio Chevenix-Gore? —preguntó al vacío.

Y dirigiéndose a una librería, sacó un libro grande y grueso donde encontró fácilmente lo que deseaba.

«Chevenix-Gore, sir Gervasio Francisco Javier X. Recibió el bautismo cristiano. Antiguamente capitán de lanceros; nació el 18 de mayo de 1878; hijo de sir Chevenix-Gore IX, y lady Claudia Bretherton, segunda hija del octavo conde de Wallingford. Sucedió a su padre en 1911; casó en 1912 con Vanda Elizabeth, hija del coronel Federico Arbuthnot. Educado en Eton. Sirvió en la guerra europea de 1914-18. Aficiones: viajes, caza mayor. Dirección: Hamborough: St. Mary, Westhire, y Lowndes Square, 218. S. W. 1. Clubs: Calvario. Viajeros».

Poirot movió la cabeza con aire insatisfecho, y durante unos minutos permaneció absorto en sus pensamientos. Luego fue hasta el escritorio, y abriendo un cajón extrajo un montoncito de tarjetas de invitación.

Su rostro se iluminó.

—*A la bonne heure*! ¡Exactamente lo que necesito! Tiene que estar aquí.

Una duquesa saludó a *monsieur* Hércules Poirot en tono agresivo.

—¡De modo que al fin ha podido arreglarlo para venir, *monsieur* Poirot! Vaya, eso es magnífico.

—El placer es mío, *madame* —murmuró Poirot, inclinándose.

Y escapando de varios personajes importantes… un famoso diplomático, una actriz igualmente célebre y un conocido Par deportista…, encontró al fin la persona que había ido a buscar: el infalible «convidado de piedra», señor Satterthwaite.

—La querida duquesa… siempre disfruto en sus reuniones… Tiene tanta personalidad, no sé si me comprende. La vi muy a menudo en Córcega años atrás…

La conversación del señor Satterthwaite estaba siempre salpicada de comentarios acerca de sus amistades con título nobiliario. Es posible que algunas veces hubiera disfrutado de la compañía de los señores Jones, Brown o Robinson, pero nunca lo mencionaba. Y, no obstante, al describirle como un mero advenedizo hubiera sido una injusticia. Era un hábil observador de la naturaleza humana, y si es cierto que los mirones conocen la mayor parte del juego, el señor Satterthwaite sabía muchísimo.

—¿Sabe usted, mi querido amigo, que hace siglos que no le veía? Siempre he considerado un privilegio el haberle contemplado trabajando a brazo partido en el caso del Nido de la Corneja. Desde entonces tengo la impresión de que lo sé todo, por así decir. A propósito, la semana pasada vi a *lady* Mary. ¡Una criatura encantadora!

Después de comentar ligeramente un par de escándalos de la actualidad… las indiscreciones de la hija de un conde y la lamentable conducta de un vizconde… Poirot logró introducir el nombre de Gervasio Chevenix-Gore.

El señor Satterthwaite respondió en el acto:

—¡Ah, ahí tiene usted todo un carácter! El Ultimo Barón, así es como le llaman.

—*Pardon*, no le acabo de comprender.

El señor Satterthwaite soportó con indulgencia la falta de comprensión de un extranjero.

—Es una broma… un apodo. Naturalmente que no es el último barón de Inglaterra… pero representa el fin de una época. El Osado y Malvado Barón… el loco y picaresco barón tan popular en las novelas del siglo pasado… esa clase de individuo que hace apuestas imposibles y las gana.

Continuó exponiendo su punto de vista con más detalle. En su juventud, Gervasio Chevenix-Gore había dado la vuelta al mundo en un velero. Tomó parte en una expedición al Polo Norte. Desafió en duelo a un Par de alto linaje. Por una apuesta subió la escalera de una casa ducal montado en su yegua favorita. En una ocasión saltó al escenario y raptó a una conocida actriz. Las aventuras acerca de su persona eran innumerables. Es una antigua familia —continuó el señor Satterthwaite—. *Sir* Guy de Chevenix tomó parte en la primera Cruzada. Ahora parece que va a extinguirse el apellido. El viejo Gervasio es el último Chevenix-Gore.

—¿La hacienda… está arruinada?

—Nada de eso. Gervasio es fabulosamente rico. Posee valiosas casas… bosques carboneros… y además cuando era joven colocó capitales en una mina del Perú o algún otro lugar de Sudamérica que le ha proporcionado una fortuna. Es un hombre sorprendente. Siempre que ha emprendido algo se ha visto favorecido por la suerte.

—Ahora supongo que debe ser muy anciano…

—Sí, pobre Gervasio —el señor Satterthwaite suspiró moviendo la cabeza con pesar—. La mayoría de personas lo hubieran descrito como un loco de atar. Y es cierto, en parte. Está loco… no en el sentido de ser anormal. Siempre ha sido un hombre de gran originalidad de carácter.

—¿Y esa originalidad se ha ido convirtiendo en excentricidad al correr de los años? —inquirió Poirot.

—Cierto. Eso es precisamente lo que le ha ocurrido al pobre Gervasio.

—¿Tal vez tiene una idea equivocada de su propia importancia?

—En absoluto. Yo imagino que en la mente de Gervasio el mundo ha estado siempre dividido en dos partes… una de las que forman los Chevenix-Gore, y la otra…, ¡los demás!

—¡Un exagerado complejo de familia!

—Sí. Los Chevenix-Gore fueron siempre arrogantes como el diablo. Gervasio, siendo el último de ellos, aún lo ha exagerado más. Es… bueno, en realidad, oyéndole hablar, cualquiera creería que es un… superhombre.

Poirot meneaba pensativo la cabeza.

—Sí, lo había imaginado. He recibido una carta suya… bastante extraña… No pidiendo…, ¡ordenando!

—Una real orden —replicó el señor Satterthwaite riendo entre dientes.

—Exacto. Al parecer, no se le ocurrió pensar a ese *sir* Gervasio que yo, Hércules Poirot, soy un hombre de importancia… un hombre que tiene infinitas ocupaciones.

Y que era extremadamente difícil que yo pudiera dejarlo todo de lado y correr como un perro obediente… como un simple don nadie… contento de recibir una gratificación.

El señor Satterthwaite se mordió el labio para contener una sonrisa, pensando que en cuanto a egoísmos se refiere, no había gran diferencia entre Hércules Poirot y Gervasio Chevenix-Gore, y murmuró:

—Acaso fuera una errónea interpretación de usted.

—¡No lo era! —Poirot alzó las manos con ademán expresivo—. Tenía que ponerme a su disposición en caso de que llegara a necesitarme. En fin, *je vous demande*!

Volvió a alzar las manos elocuentemente, que era su modo de expresar sin hacer uso de la palabra el más alto ultraje.

—Supongo que usted rehusaría —dijo el señor Satterthwaite.

—Aún no he tenido oportunidad —replicó Poirot lentamente.

—Pero ¿piensa decir que no?

Una expresión distinta apareció en el rostro del hombrecillo. Arrugó la frente al decir, un tanto perplejo:

—¿Cómo se lo explicaría yo? Sí… mi primer impulso fue negarme. Pero no sé… Algunas veces se tiene cierto presentimiento. Creí percibir un ligero olor a chamusquina…

El señor Satterthwaite recibió esta última declaración sin el menor signo de regocijo.

—¡Oh! —dijo—. Eso es interesante…

—Me parece que un hombre como el que usted ha descrito tiene que ser muy vulnerable —continuó Poirot.

—¿Vulnerable? —preguntó Satterthwaite, sorprendido. Era una palabra que no se le hubiera ocurrido asociarla con Gervasio Chevenix-Gore. Mas era un hombre de fácil percepción y un rápido observador—. Creo… —dijo— que comprendo perfectamente lo que quiere decir…

—Un ser semejante está encerrado en una armadura…, ¡y qué armadura! La armadura de los cruzados no era nada comparada con esta… una armadura de arrogancia, orgullo y propia estimación. Esta armadura es en ciertos aspectos una protección, y las flechas de la vida cotidiana no hacen mella en ella. Pero existe un peligro: algunas veces un hombre metido en su armadura ni siquiera sabe que está siendo atacado. Es lento en ver, tardo en oír… e incluso en sentir.

Hizo una pausa, agregando en otro tono:

—¿Y en qué consiste la familia de *sir* Gervasio?

—Tiene a su esposa Vanda. Era una Arbuthnot… una joven muy bonita, y aún sigue siendo una mujer atractiva, aunque terriblemente incierta. Está muy enamorada de Gervasio, y creo que siente cierta inclinación por las ciencias ocultas. Lleva amuletos y escarabajos y dice que es la reencarnación de una reina egipcia… Luego

está Ruth… su hija adoptiva. No tiene hijos propios. Es una muchacha muy atractiva, según el estilo moderno. Ésa es toda su familia. Aparte, claro está, de Hugo Trent. Es sobrino de Gervasio. Pamela Chevenix-Gore se casó con Reggie Trent y Hugo fue su único hijo. Es huérfano. Desde luego, no puede heredar el título, pero supongo que al fin a él irá a parar la mayor parte del dinero de Gervasio. Es bien parecido.

Poirot asintió visiblemente pensativo antes de preguntar:

—¿Representa una gran pena para *sir* Gervasio no tener un hijo que herede su nombre?

—Imagino que debe sentirlo mucho.

—El apellido familiar, ¿es para él una pasión?

—Sí.

El señor Satterthwaite guardó silencio durante un par de minutos. Estaba perplejo, y al fin se aventuró a preguntar:

—¿Ve usted una razón definitiva para ir a Hamborough Close?

Poirot movió la cabeza lentamente.

—No —dijo—. Que yo vea, no existe razón alguna. Pero de todas maneras creo que iré.

Capítulo II

Hércules Poirot, sentado en un departamento de primera clase, atravesaba a velocidad tremenda la campiña inglesa.

Con actitud meditativa, sacó de su bolsillo un telegrama cuidadosamente doblado, para leerlo.

> *Tome el tren de las cuatro treinta de St. Pancras, advierta al jefe de tren para que lo detenga en Whimperley.*
>
> *Chevenix-Gore.*

Volvió a doblarlo y lo guardó en su bolsillo.

El jefe de tren se había mostrado muy amable. ¿De modo que el caballero iba Hamborough Close? Oh, sí, los invitados de *sir* Gervasio Chevenix-Gore siempre habían hecho detener el expreso en Whimperley. «Creo que es una especie de prerrogativa especial, señor».

A partir de entonces, el jefe de tren fue a verle un par de veces a su departamento… la primera para asegurarle que había hecho todo lo posible para que viajara solo, y la segunda para anunciarle que el expreso llevaba diez minutos de retraso.

El tren debía llegar a las siete cincuenta, pero era exactamente dos minutos después de las ocho cuando Hércules Poirot pisaba el andén de la pequeña estación y ponía en la palma del atento jefe de tren la esperada media corona.

Silbó la locomotora y el Expreso del Norte volvió a ponerse en movimiento, un chófer, de uniforme verde oscuro, se acercó a Poirot.

—¿El señor Poirot? ¿Va usted a Hamborough Close?

Y recogiendo la maleta del detective le condujo hacia donde les aguardaba un enorme «Rolls». El chófer abrió la portezuela para que subiera Poirot y luego colocó sobre las rodillas de éste una gruesa manta de pieles.

A los diez minutos de atravesar campos y estrechos senderos, el coche dio la vuelta para enfilar una formidable entrada de hierro forjado con dos gigantescos grifos de piedra a los lados.

Cruzaron el parque y llegaron ante la casa. La puerta estaba abierta y un mayordomo de impecable aspecto le esperaba sobre el tramo de escalones.

—¿El señor Poirot? Por aquí, señor.

Le precedió a través del recibidor y fue a abrir una puerta que estaba a la derecha.

—El señor Hércules Poirot —anunció.

En la habitación se encontraban varias personas vestidas de etiqueta, y Poirot, con sus ojos perspicaces, pudo darse cuenta de que no era esperado. Todas las miradas se fijaron en él con franca sorpresa.

Una mujer alta, de cabellos oscuros con hebras de plata, se adelantó hacia él con aire indeciso.

Poirot inclinóse para besarle la mano.

—Le presento mis excusas, *madame* —le dijo—. Temo que mi tren ha llegado con retraso.

—En absoluto —replicó *lady* Chevenix-Gore en tono vago y sin dejar de mirarle extrañada—. En absoluto, señor… er… no he oído bien.

—Hércules Poirot.

Pronunció el nombre clara y distintamente.

Alguien que estaba tras él contuvo la respiración.

—¿Sabía usted que iba a venir, *madame*? —murmuró en tono cortés.

—¡Oh… oh, sí! —Sus ademanes eran poco convincentes—. Creo que… supongo que sí, pero soy tan distraída, señor Poirot. Me olvido de todo —dijo en tono que reflejaba cierta satisfacción—. Me dicen las cosas, parece que las he oído… pero en cuanto llegan a mi cerebro se desvanecen… ¡Como si nunca me las hubieran dicho!

Y como si representara una comedia muy bien ensayada, miró a su alrededor, murmurando vagamente:

—Supongo que ya conoce a todo el mundo.

Aunque éste no era el caso, era fácil de comprender que se trataba de una fórmula con la cual *lady* Chevenix-Gore se liberaba de la molestia de las presentaciones y de tener que recordar los nombres de las personas.

Haciendo un supremo esfuerzo para afrontar las dificultades de aquel caso especial, agregó:

—Mi hija… Ruth.

La joven que estaba ante él era también alta y morena, pero pertenecía a un tipo muy distinto. En vez de las facciones imprecisas de *lady* Chevenix-Gore, poseía una nariz bien modelada, ligeramente aguileña, y una mandíbula de noble perfil y bien definido, los cabellos negros brillantes, e iba apenas maquillada. Hércules Poirot pensó que era una de las muchachas más bonitas que había visto en su vida.

También reconoció que además de bonita era inteligente, y supo adivinar en ella ciertas cualidades de orgullo y temperamento. Al hablar lo hacía despacio y arrastrando las palabras, cosa que le pareció deliberada.

—¡Qué emocionante! —dijo—. ¡Tener entre nosotros a *monsieur* Hércules Poirot! Supongo que el Viejo nos ha preparado una sorpresa.

—¿De modo que ignoraba que yo iba a venir, *mademoiselle*?

—No tenía la menor idea. Y puesto que está aquí, esperaré para ir a buscar mi libro de autógrafos hasta después de cenar.

Las notas de un batintín sonaron en el vestíbulo, y acto seguido el mayordomo, abriendo la puerta, anunció:

—La cena está servida.

Y entonces, casi antes de pronunciarse la última palabra, «servida», ocurrió algo muy curioso. Aquella figura impecable se transformó en un ser humano altamente asombrado…

La metamorfosis fue tan rápida, y el mayordomo recobró tan pronto su máscara de criado, que nadie hubiera notado el cambio de no haberle estado mirando en aquel preciso momento. Poirot, sin embargo, sí le miraba por casualidad y quedó muy extrañado.

El mayordomo vacilaba en la puerta. A pesar de que su rostro volvía a estar correctamente inexpresivo, en su figura advertíase cierta tensión.

Lady Chevenix-Gore dijo, insegura:

—¡Oh, Dios mío! Esto es extraordinario. La verdad yo… una no sabe qué hacer.

Ruth explicó a Poirot:

—Esta consternación singular, señor Poirot, ha sido ocasionada por el hecho de que mi padre, por primera vez en lo menos veinte años, se retrasa para la cena.

—Es extraordinario… —plañía *lady* Chevenix-Gore—. Gervasio nunca…

Un hombre de edad se acercó a ella riendo.

—¡El bueno de Gervasio! ¡Al fin llega tarde! Palabra que hemos de regañarle. No habrá querido ponerse cuello duro, ¿no le parece? ¿O es que Gervasio está inmunizado y carece de nuestras debilidades humanas?

Lady Chevenix-Gore dijo en voz baja y extrañada:

—Pero Gervasio nunca llega tarde.

Casi resultaba cómica la consternación causada por este simple contratiempo. Y no obstante, a Hércules Poirot no se lo parecía… Tras la consternación, él supo percibir la inquietud, y aun tal vez aprensión. A él también le resultaba extraño que Gervasio Chevenix-Gore no apareciese a saludar al invitado a quien mandó venir de modo tan acuciante.

Entretanto, nadie sabía qué hacer. Al surgir aquella situación sin precedentes, nadie supo cómo resolverla.

Al fin *lady* Chevenix-Gore tomó la iniciativa, si es que así puede decirse, ya que sus maneras eran extremadamente vagas.

—Snell —dijo— ¿está el señor…?

No terminó la frase, limitándose a mirar al mayordomo en espera de una respuesta.

Snell, que evidentemente estaba acostumbrado al modo de interrogar de su señora, replicó prontamente a la incompleta pregunta.

—*Sir* Gervasio bajó a las ocho menos cinco, *milady*, y fue directamente a su despacho.

—¡Oh! ¡Ya…! —Permaneció con la boca abierta y la mirada perdida—. ¿No cree… quiero decir… habrá oído el batintín?

—Creo que sí, *milady*, ya que fue tocado precisamente delante de la puerta del despacho. Claro que no sabía si *sir* Gervasio estaba aún en el despacho; de otro modo le hubiera anunciado que la cena estaba servida. ¿Quiere que lo haga ahora, *milady*?

Lady Chevenix-Gore aceptó la proposición con alivio manifiesto.

—¡Oh! Gracias, Snell. Sí, haga el favor. Sí, desde luego.

Y agregó, mientras el mayordomo abandonaba la estancia:

—Snell es un tesoro. Puedo confiar plenamente en él. La verdad es que no sé lo que haría sin Snell.

Alguien musitó una frase de asentimiento, los demás guardaron silencio. Hércules Poirot, observando con redoblada atención aquella habitación llena de personas, comprendió que todos eran presa de una gran tensión nerviosa. Sus ojos los fueron recorriendo uno por uno: Dos caballeros de edad, el de aspecto militar que acababa de hablar y el otro delgado, el de cabellos grises, que tenía los labios fruncidos. Dos hombres jóvenes… de tipo muy distinto. Uno con bigote y aire de modesta arrogancia, que supuso sería sobrino de *sir* Gervasio. Al otro, de cabellos lisos peinados hacia atrás, y con evidente atractivo, lo clasificó como perteneciente a una clase social inferior. Había una mujer menuda, de mediana edad, que usaba lentes de pinza, una joven de cabellos color de fuego.

Snell apareció de nuevo en la puerta. Su compostura era perfecta, pero también ahora bajo el perfecto mayordomo aparecía el ser humano inquieto.

—Perdone, *milady*; la puerta del despacho está cerrada.

—¿Cerrada?

Fue una voz de hombre joven… alerta… con un ligero timbre de excitación la que pronunció aquella palabra, y pertenecía al muchacho de cabellos lisos peinados hacia atrás. Apresuradamente agregó:

—¿Quiere que vaya a ver?

Pero fue Poirot quien se hizo cargo de la situación con tal naturalidad que nadie consideró extraño que una persona desconocida que acababa de llegar tomara el mando de pronto.

—Vamos —dijo—. Iremos al despacho.

Y añadió, dirigiéndose a Snell:

—Haga el favor de indicarme el camino.

Snell obedeció. Poirot le siguió de cerca, y todos los demás fueron en grupo tras él como un rebaño de corderos.

El mayordomo atravesó el amplio recibidor, pasó bajo el gran arco de la escalera, ante un enorme reloj y un pequeño recodo donde había un batintín, y enfiló un estrecho pasillo que terminaba ante una puerta.

Una vez allí, Poirot se adelantó a Snell para tratar de abrir aquella puerta. Hizo girar el pomo inútilmente, y llamó con los nudillos. Repitió la llamada con más fuerza. Al fin, desistiendo, se puso de rodillas y aplicó el ojo al de la cerradura.

Muy despacio volvió a ponerse en pie y miró a su alrededor con rostro grave.

—¡Caballeros! —les dijo—. ¡Esta puerta tiene que ser echada abajo inmediatamente!

Bajo su dirección, los dos jóvenes, que eran altos y de constitución robusta, arremetieron contra la puerta. No fue cosa fácil. Las puertas de Hamborough Close estaban sólidamente construidas.

No obstante, al fin saltó la cerradura y la puerta abrióse hacia dentro con un crujido.

Y entonces, por espacio de un minuto, todos permanecieron inmóviles contemplando la escena. Las luces estaban encendidas. Junto a la pared izquierda había una mesa escritorio de caoba maciza, y sentado, no tras de la mesa, sino al lado, de modo que les daba la espalda, hallábase un hombre derrumbado en una butaca. Su cabeza y la parte superior de su cuerpo estaban inclinadas sobre el lado derecho de la butaca, y su brazo derecho pendía a lo largo de su cuerpo, y bajo la mano, sobre la alfombra, veíase una pistola pequeña y reluciente…

No era necesario hacer preguntas. El cuadro hablaba por sí mismo. *Sir* Gervasio Chevenix-Gore se había suicidado de un balazo.

Capítulo III

Durante unos instantes el grupo de la puerta permaneció contemplando la escena sin hacer el menor movimiento. Al fin Poirot se adelantó.

En aquel mismo momento, Hugo Trent dijo en tono crispado:

—¡Dios santo, el Viejo se ha pegado un tiro!

Se oyó un largo gemido y *lady* Chevenix-Gore exclamó:

—¡Oh, Gervasio…, Gervasio!

Poirot dijo por encima de su hombro:

—Llévense a *lady* Chevenix-Gore. Ella no tiene nada que hacer aquí.

El anciano de aspecto militar intervino:

—Vamos, Vanda. Vamos, querida. Tú no puedes hacer nada. Todo ha terminado. Ruth, ven y cuida de tu madre.

Pero Ruth Chevenix-Gore había penetrado en la habitación y permaneció junto a Poirot mientras éste se inclinaba sobre la figura caída en la butaca… la figura hercúlea de un hombre con barba de vikingo. Y preguntó con voz tensa, apagada:

—¿Está seguro de que ha… muerto?

Poirot alzó los ojos.

El rostro de la muchacha reflejaba una emoción contenida y disimulada… que no acababa de comprender. No era pesar… sino más bien una mezcla de temor y excitación.

La mujer de los lentes de pinza murmuró:

—Su madre, querida…, ¿no cree…?

Con voz alta e histérica la muchacha de los cabellos rojos exclamó:

—¡Entonces no fue un automóvil ni el tapón de una botella de champaña! Lo que oímos fue un disparo…

Poirot, dando media vuelta, se encaró con todos.

—Hay que avisar a la policía.

Ruth Chevenix-Gore gritó violentamente:

—¡No!

El caballero de edad con cara de hombre de leyes, dijo:

—Me temo que sea inevitable. ¿Quieres hacerlo tú, Burrows? Hugo…

Poirot intervino.

—¿Es usted Hugo Trent? —preguntó dirigiéndose al joven alto y con bigote—. Creo que lo mejor será que salgan todos de esta habitación, excepto usted.

De nuevo nadie discutió su autoridad. El abogado abrió la marcha seguido de todos, y Poirot y Hugo Trent quedaron solos.

Hugo preguntó, mirando fijamente a Poirot:

—Oiga…, ¿quién es usted? Quiero decir que no tengo la menor idea. ¿Qué es lo que está haciendo aquí?

Poirot extrajo la cartera de su bolsillo y le tendió una tarjeta.

—Detective particular, ¿verdad? —dijo Trent después de leerla—. Desde luego, he oído hablar de usted… pero sigo sin comprender lo que hace aquí.

—¿No sabía usted que su tío…? Porque era su tío, ¿verdad?

Los ojos de Hugo se posaron un instante en el cadáver.

—¿El Viejo? Sí, era mi tío.

—¿No sabía usted que me había enviado a buscar?

Hugo, moviendo la cabeza, repuso despacio:

—No tenía la menor idea.

En su voz vibró una emoción difícil de clasificar. Su rostro parecía de madera y un tanto estúpido… la clase de expresión que suele ser una máscara útil en momentos de tensión, pensó el detective.

—Estamos en Westshire, ¿verdad? —dijo Poirot sin alterarse—. Conozco mucho al primer inspector mayor Riddle.

—Riddle vive a media milla de distancia —repuso Hugo—. Es probable que venga personalmente.

—Eso sería muy conveniente.

Poirot comenzó a pasear por la habitación, y apartando la cortina examinó los ventanales, que trató de abrir. Estaban cerrados.

En la pared, detrás del escritorio, había un espejo redondo con la luna quebrada. Poirot inclinóse para recoger del suelo un pequeño objeto.

—¿Qué es eso? —preguntó Hugo Trent.

—La bala.

—¿Le atravesó la cabeza y fue a dar en el espejo?

—Eso parece.

Poirot volvió a dejar la bala donde la había encontrado y se aproximó al escritorio, sobre el que veíanse diversos papeles cuidadosamente ordenados. Encima de la carpeta había una hoja de papel con las palabras «LO LAMENTO», trazadas con letra grande y temblorosa.

Hugo dijo:

—Debió escribir eso antes de… hacerlo…

Poirot asintió, pensativo.

Volvió a mirar el espejo roto y luego al muerto. Frunció ligeramente el ceño, como si le causara cierta extrañeza. Fue hasta la puerta, que colgaba semiarrancada de sus goznes. No había llave en la cerradura… cosa que ya sabía, puesto que de otro modo no hubiera podido mirar a través del ojo de ella… ni se la veía por el suelo. Poirot, inclinándose sobre el cadáver, le fue palpando.

—Sí —dijo—. La llave está en su bolsillo.

Hugo, sacando su pitillera, prendió fuego a un cigarrillo y dijo con voz ronca:

—Parece estar todo bien claro. Mi tío se encerró aquí, garabateó ese mensaje en ese pedazo de papel y luego se disparó un tiro.

Poirot asintió en actitud meditativa mientras Hugo continuaba:

—Pero no comprendo por qué le llamó a usted.

—Eso es bastante más difícil de explicar. Mientras esperamos que la policía venga a hacerse cargo, tal vez quisiera usted decirme, señor Trent, quiénes eran exactamente todas las personas que vi esta noche cuando llegué.

—¿Quiénes son? —Hugo habló como distraído—. Oh, sí, desde luego. Lo siento. ¿Nos sentamos? —le indicó un sofá situado al otro extremo del lugar donde se encontraba el cadáver, y continuó diciendo de un tirón—: Bueno, en primer lugar está Vanda…, ya sabe, mi tía, y Ruth, mi prima. Pero ya las conoce. Luego, la otra joven. Susana Cardwell. Está pasando unos días aquí. Y el coronel Bury. Es un viejo amigo de la familia. El señor Forbes, que también es una antigua amistad y además el abogado de la familia. Los dos estuvieron enamorados de Vanda cuando era joven, y siguen viniendo por aquí dedicándole su devoción más fiel. Es ridículo, pero bastante conmovedor. Luego está Godfrey Burrows, el secretario del Viejo…, quiero decir de mi tío, la señorita Lingard, que está aquí para ayudarle a escribir la historia de los Chevenix-Gore. Se dedica a recopilar datos históricos. Y creo que ya están todos.

Poirot hizo un gesto de asentimiento antes de preguntar:

—Tengo entendido que oyeron ustedes el disparo que mató a su tío.

—Sí, creímos que se trataba del tapón de una botella de champaña… por lo menos eso es lo que yo pensé. Susana y la señorita Lingard creyeron que sería alguna explosión de un automóvil…, la carretera pasa bastante cerca de aquí.

—¿Cuándo fue eso?

—A eso de las ocho y diez. Snell acababa de tocar el primer batintín.

—¿Y dónde estaban cuando lo oyeron?

—En el vestíbulo. Estábamos… riendo…, discutiendo acerca de dónde había sonado el ruido. Yo dije que en el comedor, Susana que en el salón, la señorita Lingard que arriba, y Snell que en la carretera, sólo que había penetrado por las ventanas de arriba. Susana preguntó: «¿Alguna teoría más?». Y yo me reí y dije que siempre quedaba la posibilidad de que se hubiera cometido un crimen. Ahora al recordarlo me parece bastante horrible.

Su rostro se contrajo.

—¿Y no se le ocurrió a nadie que *sir* Gervasio pudiera haberse suicidado?

—No, desde luego que no.

—En resumen. ¿No tiene la menor idea de por qué lo hizo?

—Oh, bueno, yo no diría eso… —replicó Hugo, despacio.

—¿Tiene una idea?

—Sí…, bueno… es difícil de explicar. Naturalmente que no esperaba que se suicidase, pero de todas maneras no me ha sorprendido demasiado. La verdad es que mi tío estaba loco de remate, señor Poirot. Todo el mundo lo sabía.

—¿Y eso le parece suficiente explicación?

—Bueno, las personas que se pegan un tiro suelen estar un poco chifladas.

—Una explicación de admirable simplicidad.

Poirot se puso en pie y anduvo sin objeto por la habitación. Estaba bien amueblada, en un estilo victoriano algo pasado. Las librerías eran macizas, y las butacas de gran tamaño. Había también algunas sillas de auténtico estilo Chippendale y pocos adornos, algunos bronces sobre la repisa de la chimenea que atrajeron la atención de Poirot, que al parecer los contempló admirado. Los fue cogiendo uno por uno y examinándolos de cerca antes de volverlos a su sitio. Del que estaba en el lado izquierdo hizo saltar algo con una uña.

—¿Qué es eso? —preguntó Hugo sin gran interés.

—Nada importante. Un pedacito diminuto de espejo.

—Es curioso cómo lo ha roto la bala. Un espejo roto trae mala suerte. Pobre Gervasio… Supongo que su buena estrella duraba ya demasiado.

—¿Su tío era un hombre afortunado?

Hugo lanzó una carcajada.

—¡Vaya, su suerte era proverbial! ¡Todo lo que tocaba se convertía en oro! ¡Si jugaba a un número hacía saltar la banca! ¡Si invertía dinero en una mina dudosa, encontraba enseguida una veta aurífera! Ha escapado del modo más milagroso de las situaciones más difíciles. Salvó su vida en más de una ocasión por puro milagro. A su modo era bastante buena persona, ¿sabe? Desde luego, «había ido a sitios y visto muchas cosas»… más que la mayoría de sus contemporáneos.

Poirot murmuró en tono natural:

—¿Quería usted a su tío, señor Trent?

A Hugo pareció sobresaltarle la pregunta.

—¡Oh!… Sí, desde luego —dijo—. Algunas veces se ponía algo difícil. Era necesario una gran paciencia para convivir con él. Afortunadamente, yo no le veía muy a menudo.

—¿Y él, le quería a usted?

—¡Si acaso, lo disimulaba muy bien! A decir verdad, más bien lamentaba mi existencia, por así decir.

—¿Cómo es eso, señor Trent?

—Pues verá; él no tenía hijos propios… y ello le pesaba en extremo. La familia era su locura. Creo que le amargaba el pensar que cuando muriera se extinguirían los Chevenix-Gore. Comprenda, su ascendencia alcanza hasta la Conquista normanda, y el Viejo era el último de todos ellos. Supongo que según su punto de vista debía ser una gran pena.

—¿Usted no comparte ese sentimiento?

Hugo se encogió de hombros.

—Toda esta clase de cosas me parecen pasadas de moda.

—¿Qué ocurrirá con la hacienda?

—No lo sé. Es posible que la herede yo. O tal vez se la deje a Ruth. Probablemente Vanda disfrutará de ella mientras viva.

—¿Su tío no declaró sus intenciones?

—Pues… él acariciaba cierto proyecto.

—¿Y cuál era?

—Que Ruth y yo nos casáramos.

—Eso sin duda hubiera sido muy conveniente.

—Convenientísimo. Pero Ruth… bueno, Ruth tiene una opinión muy personal de la vida. Es una mujer extremadamente atractiva y lo sabe. No tiene prisa por casarse y sentar la cabeza.

Poirot inclinóse hacia delante.

—¿Pero usted estaba dispuesto, señor Trent?

Hugo dijo con voz algo alterada:

—La verdad, no creo que hoy día tenga importancia con quién se casa uno. Es tan fácil divorciarse… Si la cosa no va bien, nada más sencillo que cortar por lo sano y volver a empezar.

Se abrió la puerta para dar paso a Forber y a un hombre alto de arrogante aspecto, que saludó a Trent.

—Hola, Hugo. Siento muchísimo lo ocurrido. Será muy duro para todos vosotros.

Hércules Poirot se adelantó.

—¿Cómo está usted, mayor Riddle? ¿No me recuerda?

—Sí, ya lo creo —el inspector jefe le estrechó la mano—. ¿De modo que estaba usted aquí?

En su voz había una nota reflexiva mientras miraba a Hércules Poirot con curiosidad.

Capítulo IV

¿—Y bien? —decía el mayor Riddle veinte minutos más tarde dirigiéndose al médico forense, un hombre delgado de cabellos grises.

Este último encogióse de hombros:

—Lleva muerto más de media hora… pero no más de una. Sé que usted no desea tecnicismos, así es que los suprimiré. El balazo le atravesó la cabeza, y la pistola estaba a pocas pulgadas de su sien derecha. La bala le atravesó el cerebro y volvió a salir al exterior.

—¿Es perfectamente compatible con el suicidio?

—Oh, desde luego. Entonces se desplomó sobre la butaca, y la pistola se le cayó de la mano.

—¿Tiene usted la bala?

—Sí —el doctor se la alargó.

—Bien. La conservaremos para compararla con la pistola —dijo el mayor Riddle —. Celebro que sea un caso claro y no haya complicaciones.

Hércules Poirot preguntó en tono amable:

—¿Está seguro de que no hay complicaciones, doctor?

El médico respondió lentamente:

—Bueno, supongo que usted tal vez encuentre extraña una cosa. Cuando disparó debió inclinarse ligeramente hacia la derecha, de otro modo la bala hubiera dado en la pared debajo del espejo, en vez de hacerlo precisamente en medio.

—Una posición incómoda para suicidarse —dijo Hércules Poirot.

—¡Oh!, bueno… —El doctor se encogió de hombros—, ¿quién piensa en la comodidad… cuando ha decidido acabar con todo?

—¿Podemos llevarnos ya el cadáver? —preguntó el mayor Riddle.

—Sí. Ya he terminado con él… hasta que le practique la autopsia.

—¿Y usted, inspector? —preguntó el mayor Riddle a un hombre alto, de rostro impasible, vestido de paisano.

—También, señor. Tenemos todo lo que necesitábamos, excepto las huellas del difunto que haya en la pistola.

—Entonces pueden llevárselo.

Los restos mortales de Gervasio Chevenix-Gore fueron sacados de la estancia, y el inspector jefe y Poirot quedaron solos.

—Bien —dijo Riddle—, todo parece claro a la vista de todos. La puerta cerrada, la ventana también, y la llave de la puerta en el bolsillo del difunto. Todo perfecto con excepción de una circunstancia.

—¿Y cuál es, amigo mío? —quiso saber Poirot.

—¡Usted! —exclamó Riddle—. ¿Qué está haciendo aquí?

Como respuesta, Poirot le tendió la carta del muerto que había recibido una semana antes, y el telegrama que al fin le hizo acudir.

—¡Hum…! —replicó el primer inspector—. Interesante. Tendremos que averiguar lo que hay en el fondo de todo esto. Yo diría que tiene relación directa con su suicidio.

—Estoy de acuerdo con usted.

—Tendremos que averiguar lo que se refiere a quiénes estaban en la casa.

—Puedo decirle sus nombres. He estado interrogando al señor Trent.

Y repitió la lista de nombres.

—Tal vez usted, mayor, sepa algo de estas personas.

—Naturalmente que sí. *Lady* Chevenix-Gore está tan loca en su estilo como el viejo Gervasio. Se querían los dos… y los dos estaban locos. Ella es la criatura más ambigua que ha existido nunca, pero de vez en cuando demuestra una gran agudeza insospechada dando en el clavo de la manera más sorprendente. La gente se ríe bastante de ella. Creo que lo sabe, pero no le importa; carece por completo del sentido del humor.

—Tengo entendido que la señorita Chevenix-Gore es sólo su hija adoptiva…

—Sí.

—Es una jovencita muy hermosa.

—Es endiabladamente bonita. Ha causado estragos entre la mayoría de jóvenes de la localidad. Les hace concebir esperanzas y luego da media vuelta y se ríe de ellos. Es una amazona admirable y tiene unas manos maravillosas.

—Eso, de momento, no nos interesa.

—Er… no… quizá… no… Bien, en cuanto a los demás… conozco al viejo Bury, desde luego. Está aquí la mayor parte del tiempo. Es como el gato amaestrado de esta casa. Es una especie de vasallo de *lady* Chevenix-Gore. Le conocen de toda la vida. Creo que él y el viejo Gervasio tenían intereses en cierta Compañía de la que Bury era el director.

—Y de Oswaldo Forbes, ¿sabe usted algo?

—Creo que le he visto sólo una vez.

—¿Y de la señorita Lingard?

—Nunca oí hablar de ella.

—¿Y de la señorita Susana Cardwell?

—¿Una jovencita de cabellos rojos bastante bonita? La he visto con Ruth Chevenix-Gore durante estos últimos días.

—¿Y el señor Burrows?

—Sí, le conozco. Es el secretario de Chevenix-Gore. No me es muy simpático. Es bien parecido, y lo sabe. No es como es debido.

—¿Y hace mucho que está con *sir* Gervasio?

—Un par de años.

—¿Y no hay nadie más…?

Poirot se interrumpió.

Un hombre alto y rubio, en traje de *sport*, entró corriendo. Le faltaba la respiración y parecía alarmado.

—Buenas noches, mayor Riddle. He oído decir que *sir* Gervasio se ha pegado un tiro y he venido a todo correr. Snell dice que es cierto. ¡Es increíble! ¡No puedo creerlo!

—Pues es cierto, Lake. Permítame que le presente. Éste es el capitán Lake, el encargado de la hacienda de *sir* Gervasio. El señor Hércules Poirot, de quien ya debe haber oído hablar.

El rostro de Lake se iluminó con expresión de asombro mezclado con incredulidad.

—¿*Monsieur* Hércules Poirot? Encantado de conocerle. A menos… —se interrumpió al tiempo que desaparecía su encantadora sonrisa, dando paso a una expresión preocupada—. No habrá nada… sospechoso… en ese suicidio, ¿verdad, señor?

—¿Por qué había de haber nada «sospechoso» como usted dice? —preguntó el primer inspector.

—Quiero decir… como el señor Poirot está aquí. ¡Oh, y porque todo esto me parece increíble!

—No, no —repuso Poirot rápidamente—. Yo no estoy aquí por la muerte de *sir* Gervasio. Yo estaba en la casa… como invitado.

—Ya comprendo. Es curioso, no me dijo que iba usted a venir cuando estuve pasando cuentas con él esta tarde.

Poirot dijo tranquilamente:

—Ha empleado usted dos veces la palabra «increíble», capitán Lake. Entonces, ¿le ha sorprendido que *sir* Gervasio se suicidara?

—Desde luego. Claro que estaba loco de remate; cualquiera estaría de acuerdo conmigo. Pero de todas maneras, no puedo imaginar que pensase que el mundo pudiera seguir viviendo sin él.

—Sí —replicó Poirot—. Ése es un rasgo característico de *sir* Gervasio. —Y miró apreciativamente el rostro franco e inteligente del joven.

El mayor Riddle aclaró la garganta.

—Puesto que está aquí, capitán Lake, tal vez quiera sentarse para responder a algunas preguntas.

—Desde luego, inspector.

Lake ocupó una silla frente a los dos hombres.

—¿Cuándo vio por última vez a *sir* Gervasio?

—Esta tarde, poco antes de las tres. Había que comprobar algunas cuentas y tratar de la cuestión de buscar un nuevo inquilino para una de las granjas.

—¿Cuánto tiempo estuvo con él?

—Tal vez media hora.

—Piénselo despacio y dígame si notó alguna anormalidad en *sir* Gervasio.

El joven reflexionó.

—No, creo que no. Tal vez estuviese un poco excitado… pero eso no era raro en él.

—¿No le vio deprimido en ningún sentido?

—No, parecía de buen humor. Ahora se estaba divirtiendo mucho escribiendo la historia de la familia.

—¿Cuánto tiempo llevaba haciéndolo?

—La empezó hace unos seis meses.

—¿Fue entonces cuando vino la señorita Lingard?

—No. Ella llegó dos meses atrás, cuando descubrió que él solo no podía realizar el trabajo de investigación necesario.

—¿Y usted considera que le divertía?

—¡Oh, enormemente! En realidad pensaba que en este mundo lo único importante era su familia.

En el tono del joven vibró un matiz de amargura.

—Entonces, ¿que usted sepa, *sir* Gervasio no tenía preocupaciones de ninguna clase?

Hubo una pausa… muy ligera… antes de que el capitán Lake respondiera:

—No.

—¿Usted no cree que *sir* Gervasio estuviera preocupado por su hija?

—¿Su hija?

—Eso es lo que he dicho.

—Que yo sepa, no —replicó el joven en tono seco.

Poirot guardó silencio y el mayor Riddle apresuróse a decir:

—Bien, gracias, Lake. Será mejor que esté por aquí cerca por si necesitara preguntarle algo.

—Desde luego, inspector —se puso en pie—. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

—Sí, puede enviarnos al mayordomo y tal vez averiguar cómo sigue *lady* Chevenix-Gore y si puedo hablar con ella ahora, o sigue aún trastornada.

El joven asintió, abandonando la estancia con paso rápido y decidido.

—Una atrayente personalidad —dijo Hércules Poirot.

—Sí, es un muchacho agradable y que vale para el trabajo. Todos le aprecian.

Capítulo V

—Siéntese, Snell —dijo el mayor Riddle en tono amistoso—. Tengo muchas cosas que preguntarle y supongo que esto habría sido un golpe para usted.

—Desde luego, inspector. Gracias, inspector. —Snell sentóse con aire tan discreto que prácticamente era lo mismo que si hubiera permanecido de pie.

—Lleva mucho tiempo en esta casa, ¿no es cierto?

—Dieciséis años, inspector, desde que *sir* Gervasio… er… se instaló aquí, por así decirlo.

—Ah, sí, claro, *sir* Gervasio fue un gran viajero en sus buenos tiempos.

—Sí, inspector. Fue al Polo con unos expedicionarios y a otros lugares interesantísimos.

—Snell, ¿puede decirme cuándo vio al señor por última vez esta tarde?

—Yo estaba en el comedor para ver si la mesa estaba bien dispuesta. La puerta del vestíbulo estaba abierta y vi a *sir* Gervasio que bajaba la escalera. Luego atravesó el vestíbulo y continuó hasta el despacho.

—¿A qué hora fue eso?

—Poco antes de las ocho. Debió ser unos cinco minutos antes.

—¿Y ésa fue la última vez que le vio?

—Sí, inspector.

—¿Oyó usted un disparo?

—Sí, ya lo creo, inspector. Pero, claro, entonces no se me ocurrió pensar… ¿cómo iba a imaginarlo?

—¿Qué creyó usted que era?

—Creí que aquel ruido lo había producido algún coche, inspector. La carretera pasa muy cerca del muro del parque. O pudo ser un disparo de algún cazador furtivo… pero nunca imaginé…

El mayor Riddle le atajó:

—¿A qué hora fue eso?

—Eran exactamente las ocho y diez, inspector.

—¿Cómo es que puede precisar hasta los minutos? —preguntó el policía.

—Es muy sencillo, inspector. Acababa de hacer sonar el primer batintín.

—¿El primer batintín?

—Sí, inspector. Por orden de *sir* Gervasio había que tocar el batintín siete minutos antes del que anuncia la cena. Quería que todos estuvieran reunidos ya en el salón cuando sonara el segundo. Tan pronto como lo había tocado, iba al salón y anunciaba la cena, y todos entraban.

—Empiezo a comprender por qué apareció usted tan sorprendido al anunciarla esta noche —dijo Hércules Poirot—. ¿Era corriente que *sir* Gervasio se encontrase ya en el salón?

—No recuerdo que faltase ningún día, inspector. Fue una sorpresa. Poco pensaba yo…

De nuevo Riddle le interrumpió.

—¿Y por lo general estaban todos allí?

Snell carraspeó.

—Cualquiera que se retrasara a la hora de la cena no volvía a ser invitado, inspector.

—¡Hum!, una medida muy drástica.

—*Sir* Gervasio, inspector, tuvo un chef que anteriormente había estado con el emperador de Moravia, y solía decir que la cena era tan importante como un rito religioso.

—¿Y cuál era la opinión de su familia?

—*Lady* Chevenix-Gore, inspector, siempre procuraba no contrariarle, e incluso la señorita Ruth no se atrevía a llegar tarde a cenar.

—Interesante —murmuró Hércules Poirot.

—Ya —dijo Riddle—. ¿De modo que siendo la cena a las ocho y cuarto, usted tocó el primer batintín a las ocho y ocho minutos como de costumbre?

—Eso es, inspector… pero no era ésa la costumbre. Por lo general se cenaba a las ocho. *Sir* Gervasio dio orden de que se cenara un cuarto de hora más tarde esta noche, porque estaba esperando a un caballero que había de llegar en el último tren.

Snell se inclinó ligeramente en dirección a Poirot mientras hablaba.

—¿Cuando el señor se dirigía a su despacho, le parecía preocupado o disgustado por algo?

—No podría decirle, inspector. Estaba demasiado lejos para poder apreciar su expresión. Sólo vi que era él.

—¿Iba solo?

—Sí, inspector.

—¿Y después entró alguien más en él despacho?

—No sabría decirle, inspector. Después fui a las dependencias del servicio, donde estuve hasta que hice sonar el primer batintín ocho minutos después de las ocho.

—¿Fue entonces cuando oyó el disparo?

—Sí, inspector.

Poirot intercaló una pregunta:

—Creo que hubo otras personas que también lo oyeron…

—Sí, señor. El señorito Hugo, la señorita Cardwell y la señorita Lingard.

—¿Estaban también en el recibidor?

—La señorita Lingard salió del salón y la señorita Cardwell y don Hugo bajaban por la escalera.

Poirot preguntó:

—¿Hicieron algún comentario?

—Pues sí, señor. Don Hugo preguntó si había champaña para cenar. Yo le dije que jerez, vino del Rhin y Borgoña.

—¿Pensó que había sido el corcho de una botella de champaña?

—Sí, señor.

—Pero ¿nadie lo tomó en serio?

—¡Oh, no, señor! Entraron en el salón charlando y riendo.

—¿Dónde estaban todos los demás?

—No sabría decirle, señor.

El mayor Riddle tomó de nuevo la palabra.

—¿Sabe usted algo de esa pistola? —Se la enseñó.

—Sí, inspector. Pertenecía a *sir* Gervasio. Siempre la guardaba en el cajón de ese escritorio.

—¿Solía estar cargada?

—No sabría decirle, inspector.

El mayor Riddle, dejando la pistola, aclaró su garganta.

—Ahora, Snell, voy a hacerle una pregunta muy importante. Y espero que la conteste lo más sinceramente que pueda. ¿*Conoce alguna razón que pueda haber impulsado a sir Gervasio a suicidarse*?

—No, inspector. Yo no sé nada.

—¿*Sir* Gervasio no estuvo raro últimamente? ¿Deprimido o preocupado?

Snell carraspeó.

—Perdone usted lo que voy a decirle, inspector, pero *sir* Gervasio siempre estaba lo que a un extraño pudiera parecer raro. Era un caballero muy original.

—Sí, sí, lo comprendo.

—Los Extraños, Inspector, No siempre Comprendían A *sir* Gervasio.

Snell pronunció la frase como si todas las palabras llevaran mayúscula.

—Lo sé, lo sé. Pero ¿no hubo nada que usted pueda considerar desacostumbrado?

El mayordomo vacilaba.

—Creo, inspector, que *sir* Gervasio estaba preocupado por algo —dijo al fin.

—¿Preocupado o deprimido?

—Deprimido no creo, inspector. Pero preocupado, sí.

—¿Tiene alguna idea de cuál pudo ser la causa de esa preocupación?

—No, inspector.

—Por ejemplo, ¿tenía relación con alguna persona?

—No sabría decirle, inspector. Y de todas formas sólo es una impresión mía.

Poirot volvió a hacer uso de la palabra.

—¿Le ha sorprendido que se quitara la vida?

—Muchísimo, señor. Ha sido para mí un golpe más terrible de lo que puede figurarse. Nunca hubiera imaginado una cosa así.

Poirot asintió pensativo. Riddle le miró y luego dijo:

—Bien, Snell. Creo que esto es todo lo que deseaba preguntarle. ¿Está seguro de que no puede decirnos nada más… por ejemplo, si ha ocurrido algún accidente desacostumbrado durante los últimos días?

El mayordomo se puso en pie, meneando la cabeza.

—Nada, inspector, nada en absoluto.

—Entonces puede retirarse.

—Gracias, inspector.

Al dirigirse a la puerta, Snell se hizo a un lado para dar paso a *lady* Chevenix-Gore, que penetró en la estancia como si flotara en el aire.

Vestía una túnica de aspecto oriental de seda morada y naranja, ceñida alrededor de su cuerpo. Su rostro estaba sereno y sus ademanes eran quietos y pausados.

—*Lady* Chevenix-Gore —exclamó el mayor Riddle poniéndose en pie.

—Me dijeron que deseaba hablarme y por eso he venido.

—¿Quiere que pasemos a otra habitación?

Lady Chevenix-Gore, menando la cabeza, tomó asiento en una de las sillas Chippendale mientras murmuraba:

—¡Oh, no! ¿Acaso eso importa?

—Es usted muy bondadosa al dejar a un lado sus sentimientos. Comprendo el terrible golpe que acaba de soportar y…

Ella le interrumpió:

—En el primer momento sí fue un gran golpe —admitió en tono sencillo y natural —. Pero la Muerte no existe, sólo es un Camino, ¿sabe? A decir verdad, Gervasio está

ahora de pie detrás de usted y le veo por encima de su hombro izquierdo.

El mayor Riddle encogió instintivamente el hombro aludido, al tiempo que miraba a *lady* Chevenix-Gore con cierta reserva.

Ella le dedicó una sonrisa ambigua y feliz.

—¡Usted no lo cree, claro! Como la mayoría de la gente. Para mí, el mundo de los espíritus es casi tan real como éste. Pero por favor, pregúnteme lo que quiera y no se preocupe. No estoy apenada, ¿comprende? Todo es obra de la Fatalidad. Nadie puede escapar a su Destino. Todo concuerda… el espejo… todo.

—¿El espejo, señora? —preguntó Poirot.

—Sí —ella menó la cabeza con aire incierto—. Está roto, ¿sabe? ¡Es un símbolo! ¿Conoce el poema de Tennyson? Yo solía leerlo cuando era niña… aunque, claro, entonces no comprendía su lado oculto. «*El espejo se rajó de lado a lado. ¡Ha caído sobre mí una maldición!, exclamó la dama de Shalott*». Eso es lo que le ha ocurrido a Gervasio. La Maldición ha caído de pronto sobre él. Yo creo que sobre la mayoría de familias antiguas pesa una maldición… El espejo se rompió. ¡Y supo que estaba condenado a muerte! ¡*Había llegado la maldición*!

—Pero, *madame*, ¡no fue una maldición la que rompió el espejo…, sino una bala!

Lady Chevenix-Gore dijo aún con la misma ambigüedad:

—En realidad, es lo mismo… Fue la Fatalidad.

—Pero su esposo se disparó un tiro.

Lady Chevenix-Gore sonrió indulgentemente.

—Claro que no debiera haberlo hecho. Pero Gervasio siempre fue impaciente. Nunca podía esperar. Su hora había llegado… y salió a su encuentro. Es bien sencillo.

El mayor Riddle carraspeó nervioso y dijo:

—¿Entonces no la sorprendió que su esposo se quitara la vida? ¿Es que esperaba que ocurriera una cosa semejante?

—¡Oh, no! —Abrió mucho los ojos—. Uno no puede prever siempre el futuro. Desde luego. Gervasio era un hombre muy extraño… muy poco corriente… distinto a todos. Era uno de los Grandes vuelto a nacer. Hace tiempo que yo lo sabía, y creo que él también, y le costaba conformarse con las pequeñas nimiedades del vivir cotidiano —y agregó mirando por encima del hombro del mayor Riddle—: Ahora sonríe. Está pensando lo ingenuos que somos todos nosotros. Y en realidad lo somos… como los niños. Pretendiendo que la vida es real y que tiene importancia… La vida es, solamente, una de las Grandes Ilusiones.

Comprendiendo que estaba luchando inútilmente, el mayor Riddle, alzando mucho el tono de voz, preguntó desesperado:

—¿No puede ayudarnos a descifrar el porqué su esposo se quitó la vida?

Ella se encogió de hombros.

—Hay fuerzas que nos impulsan… que nos mueven… Ustedes no lo comprenden. Ustedes se mueven sólo en un plano material.

Poirot tosió.

—Hablando de plano material, *madame*, ¿tiene alguna idea de a quién ha dejado su dinero?

—¿Dinero? —Le miró extrañada—. Yo nunca pienso en el dinero.

Su tono era altanero.

Poirot tocó otro punto.

—¿A qué hora bajó a cenar esta noche?

—¿A qué hora? ¿Qué es el Tiempo? Infinito, ésa es la respuesta. El Tiempo es infinito.

Poirot murmuró:

—Pero su esposo, *madame*, era muy particular acerca del tiempo… especialmente, según he oído, con respecto a la hora de cenar.

—¡Pobre Gervasio! —sonrió con indulgencia—. Era una de sus manías, pero le hacía feliz. De modo que nunca llegábamos tarde.

—¿Se encontraba usted en el salón cuando sonó el primer batintín?

—No, entonces estaba en mi habitación.

—¿Recuerda quién estaba en el salón cuando usted bajó?

—Creo que casi todo el mundo —replicó *lady* Chevenix-Gore con aire despistado —. ¿Importa eso?

—Posiblemente no —admitió Poirot—. Hay otra cosa más. ¿Le dijo su esposo que sospechaba que le robaban?

A *lady* Chevenix-Gore no pareció interesarle mucho la pregunta.

—¿Robarle? No, creo que no.

—Que le robaban, le estafaban… o algo por el estilo.

—No… no… creo que no… Gervasio se hubiera enfadado mucho si alguien hubiese osado hacer una cosa así.

—¿De todas formas, no le dijo nada?

—No… no. —*Lady* Chevenix-Gore meneó la cabeza sin gran interés—. Lo recordaría…

—¿Cuándo vio a su marido por última vez?

—Entró en su habitación como de costumbre, cuando bajaba antes de cenar. Mi doncella estaba conmigo y sólo dijo que bajaba.

—¿De qué habló durante las últimas semanas?

—De la historia de la familia. Iba adelantando mucho. Descubrió que esa señorita Lingard era una ayuda valiosísima. Le buscaba datos en el Museo Británico… y además trabajó con *lord* Mulcaster en su libro, ¿sabe? Y tuvo mucho tacto… quiero decir que no miraba las cosas poco convenientes. Después de todo hay antecesores que uno no desea ver convertidos en seres de mal comportamiento. Gervasio era muy sensible. A mí también me ha ayudado. Me ha conseguido grandes informaciones acerca de Hatshepsut.

Lady Chevenix-Gore hizo esta declaración sin inmutarse.

—Antes —continuó— fui sacerdotisa de Atlantis.

El mayor Riddle removióse inquieto en su butaca.

—Er… er… muy interesante —dijo—. Bien, la verdad, *lady* Chevenix-Gore, creo que esto es todo. Ha sido usted muy amable.

Lady Chevenix-Gore se puso en pie, recogiendo los vuelos de su túnica oriental.

—Buenas noches —dijo, y luego, con los ojos fijos en un punto situado a espaldas del mayor Riddle, continuó—: Buenas noches, querido Gervasio. Desearía que me acompañaras, pero sé que tienes que quedarte aquí —y agregó a modo de explicación—: Hay que permanecer en el lugar donde se ha fallecido durante veinticuatro horas por lo menos. Se tarda algún tiempo en poder moverse libremente y comunicar con los vivos.

Y dicho esto salió de la habitación. El mayor Riddle se enjugó la frente.

—¡Pst! —murmuró—. Está mucho más loca de lo que imaginaba. ¿Cree realmente todas estas tonterías?

Poirot meneó la cabeza pensativo.

—Es posible que le sirva de ayuda —dijo—. En estos momentos necesita crearse un mundo de ilusión para poder escapar a la cruda realidad de la muerte de su esposo.

—A mí me parece tonta de remate —dijo el mayor Riddle—. Con todo ese fárrago de insensateces y ni una palabra con sentido.

—No, no, amigo mío. Lo interesante es, como me hizo observar casualmente Hugo Trent, que en medio de todos sus desvaríos hay de vez en cuando una verdad aplastante. Lo cual acaba de demostrar con su observación acerca del tacto de la señorita Lingard al no poner de relieve los antepasados indeseables. Créame, *lady* Chevenix-Gore no es tonta.

Poniéndose en pie comenzó a pasear de un lado a otro de la estancia.

—En este asunto hay cosas que no me gustan. No, no me gustan lo más mínimo.

Riddle le contempló interesado.

—¿Se refiere al motivo que le llevó al suicidio?

—¡Suicidio… suicidio! Está usted equivocado, se lo aseguro. *Es un error psicológicamente*. ¿Qué opinión tenía Chevenix-Gore de sí mismo? Que era un Coloso, una persona de suma importancia, el centro del Universo. ¿Y un hombre así va a destruirse a sí mismo? Seguro que no. Es muchísimo más probable que destruyera a cualquier otro… algún miserable, algún ser humano semejante a una hormiga que hubiera osado causarle disgusto… ¡Un acto así debió considerarlo necesario… santificador! ¿Pero la propia destrucción? ¿La destrucción de semejante yo?

—Todo esto está muy bien, Poirot, pero es un caso bastante claro. La puerta cerrada, la llave en el bolsillo del muerto. La ventana cerrada por dentro. Sé que esas cosas ocurren en las novelas… pero nunca se tropieza uno con ellas en la vida real. ¿Algo más?

—Pues, sí, hay algo más. —Poirot se sentó de nuevo—. Aquí estoy yo. Soy Chevenix-Gore y estoy sentado ante mi escritorio… resuelto a matarme porque…

porque, digamos, porque he hecho un descubrimiento referente a un terrible deshonor que mancha el nombre familiar. No es muy convincente, pero puede servirnos. Eh, bien, ¿qué hago? Escribo en un trozo de papel las palabras «LO LAMENTO». Sí, eso es muy posible. Luego abro el cajón de mi mesa, saco la pistola que guardo en él; la cargo, si no está cargada y luego… ¿Me pego un tiro? No, primero doy vuelta a mi silla… así, luego me inclino un poco hacia la derecha… así… y entonces… entonces acerco el cañón a mi sien y disparo.

Poirot se puso en pie de un salto y dando media vuelta preguntó:

—¿Es que esto tiene sentido? ¿Por qué cambiar de sitio la silla?

—Tal vez deseara mirar por la ventana. Ver por última vez su hacienda.

—Mi querido amigo, usted no tiene la menor convicción de lo que sugiere. En el fondo, sabe que es una tontería. A las ocho y ocho minutos es ya de noche, y de todas formas la cortina estaba corrida. No, tiene que haber otra explicación.

—Sólo hay una que yo vea. Gervasio Chevenix-Gore estaba loco.

Poirot meneó la cabeza sin dejarse convencer.

—Veamos —dijo—. Pasemos a interrogar al resto de los invitados. Es probable que así consigamos averiguar algo.

Capítulo VI

Después de las dificultades para obtener una declaración de *lady* Chevenix-Gore, el mayor Riddle encontró un alivio considerable al poder tratar con un abogado tan listo como Forbes.

El señor Forbes era extraordinariamente reservado y prudente en sus respuestas, pero todas iban directas al asunto.

Admitió que el suicidio de *sir* Gervasio había sido una gran sorpresa para él. Nunca hubiera considerado que fuese un hombre capaz de quitarse la vida, e ignoraba lo que pudo impulsarle a ello.

—*Sir* Gervasio no era sólo mi cliente, sino un antiguo amigo. Le conocía desde niño. Yo diría que siempre había disfrutado de la vida.

—Dadas las circunstancias, señor Forbes, tengo que pedirle que hable con toda franqueza. ¿Conoce usted alguna ansiedad o pena secreta en la vida de *sir* Gervasio?

—No. Tenía sus pequeñas preocupaciones, como todos los hombres, pero nada serio.

—¿Ni enfermedades? ¿Algún disgusto entre él y su esposa?

—No. *Sir* Gervasio y *lady* Chevenix-Gore estaban muy enamorados.

—*Lady* Chevenix-Gore —dijo el mayor Riddle con cautela— parece tener unas opiniones muy curiosas.

El señor Forbes sonrió indulgente.

—Las mujeres —dijo— tienen sus fantasías.

El primer inspector continuó:

—¿Usted llevaba todos los asuntos legales de *sir* Gervasio?

—Sí, mi firma, «Forbes, Olive y Spence», ha representado a la familia Chevenix-Gore durante casi cien años.

—¿Hubo algún… escándalo en la familia de los Chevenix-Gore?

El señor Forbes enarcó las cejas.

—La verdad, no le comprendo.

—Señor Poirot, ¿quiere enseñar al señor Forbes la carta que me mostró a mí?

En silencio, Poirot entregó la carta al señor Forbes con una pequeña inclinación.

Cuando Forbes la hubo leído, sus cejas se elevaron aún más.

—Una carta extraordinaria —dijo—. Ahora comprendo su pregunta. No, que yo sepa, no existía nada que pudiera justificar una misiva semejante.

—¿*Sir* Gervasio no le dijo nada de este asunto?

—Absolutamente nada. Y debo confesar que me parece muy extraño que no lo hiciera.

—¿Solía confiarse a usted?

—Creo que tenía fe en mi criterio.

—¿Y no tiene la menor idea de a qué se refiere esta carta?

—No quisiera hacer suposiciones temerarias.

El mayor Riddle apreció la sutileza de su respuesta.

—Ahora, señor Forbes, tal vez pueda decirnos a quién ha dejado sus propiedades *sir* Gervasio.

—Desde luego. No veo el menor inconveniente. A su esposa, *sir* Gervasio le deja una renta anual de seis mil libras canjeables por la hacienda, y la casa de Dower o la de la ciudad de la plaza Lowdes, a escoger, la que prefiera de las dos. Después hay varios legados y donaciones, pero nada sobresaliente. El resto de sus propiedades las deja a su hija adoptiva Ruth, con la condición de que si se casa, su esposo deberá tomar el nombre de Chevenix-Gore.

—¿No deja nada a su sobrino Hugo Trent?

—Sí. Un legado de cinco mil libras.

—Tengo entendido que *sir* Gervasio era muy rico.

—Riquísimo. Poseía una considerable fortuna particular aparte de la hacienda. Claro que no estaba tan bien provisto como en el pasado. Prácticamente, todas las rentas invertidas habían sufrido las consecuencias de la crisis. Además, *sir* Gervasio había perdido mucho dinero en cierta compañía… el Sucedáneo Modelo de la Goma Sintética, en el que el coronel Bury le aconsejó que invirtiera gran cantidad de dinero.

—¿No fue un consejo acertado?

Forbes suspiró.

—Los militares retirados son las peores víctimas cuando se enredan en operaciones financieras. He descubierto que su credulidad excede con mucho a la de las viudas… que ya es decir.

—Pero esas inversiones desafortunadas, ¿afectaron seriamente al capital de *sir* Gervasio?

—No, seriamente, no. Seguía siendo un hombre riquísimo.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Dos años atrás.

Poirot murmuró:

—¿Este legado no es un poco injusto con Hugo Trent, el sobrino de *sir* Gervasio? Después de todo, es el pariente más cercano de *sir* Gervasio.

Forbes encogióse de hombros.

—Hay que tener en cuenta cierta parte de la historia familiar.

—¿Como, por ejemplo…?

El señor Forbes no parecía muy dispuesto a continuar.

El mayor Riddle dijo:

—No debe usted pensar que estamos dispuestos a sacar a relucir pasados escándalos ni nada por el estilo, pero la carta que *sir* Gervasio escribió a *monsieur* Poirot ha de tener una explicación.

—No es nada escandalosa la explicación de la actitud de *sir* Gervasio hacia su sobrino —replicó Forbes a toda prisa—. Sencillamente, es que *sir* Gervasio tomaba muy en serio su posición de cabeza de familia. Tenía un hermano menor y una hermana. El hermano, Antonio Chevenix-Gore, murió en la guerra. Su hermana Pamela se casó con la desaprobación de *sir* Gervasio. Es decir, consideraba que debía haberle pedido su consentimiento y aprobación antes de contraer matrimonio. Él pensaba que la familia del capitán Trent no era lo bastante distinguida para emparentar con los Chevenix-Gore. A su hermana le divirtió su actitud, y el resultado fue que *sir* Gervasio siempre sintióse inclinado a desdeñar a su sobrino. Y creo que esto le impulsó a adoptar una niña.

—¿No tenía esperanzas de tener hijos propios?

—No. Un año después de su matrimonio nació un niño prematuramente y los médicos dijeron a *lady* Chevenix-Gore que nunca volvería a tenerlos. Dos años más tarde adoptaron a Ruth.

Poirot quiso saber:

—¿Y quién era *mademoiselle* Ruth? ¿Cómo llegaron a hacerse cargo de ella?

—Creo que era hija de algún pariente lejano.

—Lo que había imaginado —replicó Poirot contemplando la pared donde pendían los retratos familiares.

—Puede apreciarse a simple vista que lleva su misma sangre… esa nariz, la línea de la barbilla. La he visto repetida muchas veces en esos retratos.

—Y también ha heredado su temperamento —dijo Forbes en tono seco.

—Lo supongo. ¿Cómo se llevaba con su padre adoptivo?

—Pues como puede usted imaginar. En más de una ocasión chocaron sus voluntades, pero a pesar de esas peleas superficiales, en el fondo creo que reinaba la armonía.

—Sin embargo, ella le tenía preocupado…

—En constante ansiedad. Pero le aseguro que no hasta el punto de impulsarle al suicidio.

—¡Ah, eso no! —convino Poirot—. Uno no se levanta la tapa de los sesos sólo por tener una hija testaruda. ¡Y *mademoiselle* hereda! ¿*Sir* Gervasio no pensó nunca en variar su testamento?

—¡Ejem! —El señor Forbes carraspeó para ocultar su ligero embarazo—. A decir verdad, recibí instrucciones de *sir* Gervasio al llegar aquí, es decir, hace un par de días, para que redactase un nuevo testamento.

—¿Cómo? —El mayor Riddle acercó su silla un poco más—. No nos lo había dicho.

El señor Forbes replicó a toda prisa:

—Ustedes sólo me preguntaron cuáles eran los términos del testamento de *sir* Gervasio. He contestado a su pregunta. El nuevo testamento no estaba siquiera redactado convenientemente… y mucho menos firmado.

—¿Cuáles eran sus cláusulas? Puede que nos den una idea de cuál era el estado de ánimo de *sir* Gervasio.

—En lo principal era igual que el otro, pero la señorita Chevenix-Gore debía heredar sólo con la condición de que se casara con Hugo Trent.

—¡Ajá! —exclamó Poirot—. Pues ahí hay una gran diferencia.

—Yo no aprobé esa cláusula —dijo Forbes—. Y le indiqué que era muy posible que no fuese aceptada. El Tribunal no mira con buenos ojos semejantes condiciones. No obstante, *sir* Gervasio estaba decidido.

—¿Y la señorita Chevenix-Gore, o el señor Trent, se negaban a cumplirla?

—Si el señor Trent no quería casarse con la señorita Chevenix-Gore, el dinero pasaba a manos de ella sin más condiciones. Pero si él estaba dispuesto y ella rehusaba, heredaba él.

Poirot inclinóse hacia delante y dio una palmada sobre la rodilla del abogado.

—¿Pero qué se esconde detrás de todo esto? ¿Cuál era la idea de *sir* Gervasio cuando estipuló esta condición? Tenía que haber algo muy definido… Creo que otro hombre… que él desaprobaba. Me parece, señor Forbes, que usted tiene que saber quién era ese hombre…

—La verdad, señor Poirot, no tengo la menor idea.

—Pero puede tratar de adivinarlo.

—Yo nunca hago suposiciones —dijo Forbes escandalizado, y quitándose los lentes se dedicó a limpiarlos con un pañuelo de seda. Luego preguntó:

—¿Hay algo más que desean saber?

—De momento, no —replicó Poirot—. No, es decir, por lo que a mí respecta.

El señor Forbes dedicó su atención al primer inspector.

—Gracias, señor Forbes. Creo que eso es todo. Si pudiera me gustaría hablar con la señorita Chevenix-Gore.

—Desde luego. Creo que está arriba con *lady* Chevenix-Gore.

—¡Oh!, bueno, tal vez sea mejor que hable primero con…, ¿cómo se llama…? Burrows, y la señorita que conoce la historia de la familia.

—Los dos están en la biblioteca. Iré a avisarles.

Capítulo VII

—Trabajo duro el conseguir información de estos leguleyos anticuados —dijo el mayor Riddle—. Todo el asunto parece girar en torno de la muchacha.

—Eso parece… sí.

—¡Ah!, aquí está Burrows.

Godfrey Burrows entró satisfecho de poder ser útil. Su sonrisa expresaba al mismo tiempo cierto pesar, y dejaba ver demasiado sus dientes. Parecía más mecánica que espontánea.

—Ahora, señor Burrows, deseamos hacerle algunas preguntas.

—Desde luego, mayor Riddle. Todas las que usted quiera.

—Bueno, en primer lugar y antes de nada, ¿tiene alguna idea de por qué se suicidó *sir* Gervasio?

—Absolutamente ninguna. Ha sido una gran sorpresa para mí.

—¿Oyó usted el disparo?

—No; debía estar en la biblioteca. Bajé bastante pronto y fui a la biblioteca a buscar una referencia que precisaba. La biblioteca está al otro lado de la casa, a la derecha del estudio, de modo que por eso no oí nada.

—¿Estaba alguien con usted? —le preguntó Poirot.

—Nadie.

—¿Tiene alguna idea de dónde estaban los demás en aquellos momentos?

—La mayoría arriba, vistiéndose, supongo.

—¿Cuándo fue usted al salón?

—Poco antes de que llegara el señor Poirot. Todos estaban ya allí… excepto *sir* Gervasio, claro.

—¿Le pareció extraño no verle allí?

—A decir verdad, sí. Por lo general estaba siempre en el salón antes de que sonara el primer batintín.

—¿Había observado algún cambio en *sir* Gervasio últimamente? ¿Estuvo preocupado? ¿O inquieto? ¿O deprimido?

Godfrey Burrows reflexionó.

—No… creo que no. Quizás un poco… bueno, preocupado.

—¿Pero no por un motivo concreto?

—¡Oh, no!

—¿No… tenía preocupaciones económicas de ninguna clase?

—Estaba bastante inquieto por los asuntos de cierta Compañía… La del Sustituto Modelo de la Goma Sintética, para ser exacto.

—¿Y qué dijo acerca de ello?

De nuevo volvió a surgir la sonrisa mecánica de Godfrey Burrows, y siguió pareciendo irreal.

—Pues a decir verdad… lo que dijo fue: «El viejo Bury es un tonto o un bribón. Supongo que un tonto. ¿Tendré que ser indulgente con él, por Vanda?».

—¿Y por qué dijo eso… «por Vanda»? —preguntó Poirot.

—Pues verá, *lady* Chevenix-Gore apreciaba mucho al coronel Bury y él la idolatraba y seguía como un perro.

—¿Y *sir* Gervasio no… estaba celoso?

—¿Celoso? —Burrows le miró asombrado y luego echóse a reír—. ¿*Sir* Gervasio celoso? Vaya, nunca le hubiera cabido en la cabeza que nadie pudiera preferir a otro hombre antes que a él. Comprenderá, es imposible que sintiera celos.

—Usted no simpatizaba mucho con *sir* Chevenix-Gore, me parece… —¡Oh, sí! Sólo que… bueno, todo eso resulta algo ridículo hoy en día.

—¿A qué se refiere? —quiso saber Poirot.

—Pues a esa manía de lo feudal. Esa adoración por los antepasados y la arrogancia personal. *Sir* Gervasio era un hombre muy capaz en muchos sentidos, y había llevado una vida interesante, pero lo hubiera sido mucho más de no haber estado enteramente encerrado en sí mismo y en su propio egoísmo.

—¿Su hija estaba de acuerdo con usted en este punto?

Burrows volvió a enrojecer… esta vez intensamente.

—¡Imagino que la señorita Chevenix-Gore es bastante moderna! Naturalmente que no iba a discutir con ella las rarezas de su padre.

—¡Pero las jóvenes modernas critican mucho a sus padres! —dijo Poirot—. ¡Precisamente el espíritu moderno es criticarlos!

Burrows se encogió de hombros.

El mayor Riddle preguntó:

—¿Y no hubo nada más… alguna otra preocupación económica? ¿*Sir* Gervasio no le habló nunca de que le estaban estafando?

—¿Estafando? —Burrows pareció muy asombrado—. No, no, no.

—¿Y usted estaba en buenas relaciones con él?

—Desde luego que sí. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Soy yo quien pregunta, señor Burrows.

El joven pareció ofenderse.

—Estábamos en las mejores relaciones.

—¿Sabía usted que *sir* Gervasio había escrito al señor Poirot pidiéndole que viniera?

—No.

—¿*Sir* Gervasio escribía él mismo sus cartas?

—No, casi siempre me las dictaba.

—¿Pero no lo hizo en este caso?

—No.

—¿Y eso por qué? ¿Lo sabe?

—No tengo la menor idea.

—¿No encuentra alguna razón que explique el que la escribiera personalmente?

—No.

—¡Ah! —exclamó el mayor Riddle—. Es bastante curioso. ¿Cuándo vio a *sir* Gervasio por última vez?

—Poco antes de que yo me fuera a vestir para la cena. Le llevé algunas cartas para que las firmara.

—¿Cuál era su estado de ánimo en aquellos momentos?

—Completamente normal. Incluso aseguraría que estaba bastante satisfecho de sí mismo por algo.

Poirot movióse en su butaca.

—¡Ah! —exclamó—. ¿De modo que ésa es la impresión que usted sacó? Que estaba satisfecho. Y no obstante, no mucho después, se pegó un tiro. ¡Es muy extraño!

Godfrey Burrows encogióse de hombros.

—Sólo le doy mi opinión.

—Sí, sí, y nos es muy valiosa. Después de todo, usted es probablemente una de las últimas personas que vio a *sir* Gervasio con vida.

—Snell fue el último que lo vio.

—Verle sí, pero no habló con él.

Burrows no contestó.

El mayor Riddle prosiguió el interrogatorio.

—¿Qué hora era cuando usted subió a vestirse para la cena?

—Las siete y cinco poco más o menos.

—¿Y qué hizo *sir* Gervasio?

—Yo le dejé en el estudio.

—¿Cuánto tiempo empleaba normalmente en cambiarse de ropa?

—Pues sus buenos tres cuartos de hora.

—Entonces, si la cena era a las ocho y cuarto, probablemente subiría lo más tarde a las siete y media. ¿No le parece?

—Muy probable.

—¿Usted subió temprano a vestirse?

—Sí, pensé que podía cambiarme primero y luego ir a la biblioteca en busca de unas referencias que necesitaba.

Poirot asintió pensativo, y el mayor Riddle dijo:

—Bien, creo que esto es todo de momento. ¿Quiere enviarme a la señorita… como se llame?

La menuda señorita Lingard entró casi inmediatamente. Llevaba varias pulseras que tintineaban mientras se sentaba.

—Todo esto es… er… muy triste, señorita Lingard —comenzó a decir el mayor Riddle.

—Muy triste, desde luego —replicó la señorita Lingard con recato.

—¿Cuándo vino usted a esta casa?

—Hará unos dos meses. *Sir* Gervasio escribió a un amigo suyo del Museo… el coronel Fotheringay… y el coronel se acordó de mí. He realizado gran cantidad de trabajos sobre investigaciones históricas.

—¿*Sir* Gervasio era un hombre difícil para trabajar a su lado?

—¡Oh, no! Claro que había que llevarle la corriente. Pero con los hombres siempre hay que hacerlo.

Con la desagradable sensación de que probablemente la señorita Lingard se estaba burlando de él en aquellos momentos, el mayor Riddle continuó:

—¿Su trabajo aquí consistía en ayudar a *sir* Gervasio a escribir la historia de la familia?

—Sí.

—¿Y de qué modo?

—Pues, en realidad, representaba escribir el libro —por un momento *miss* Lingard pareció un ser humano y sus ojos parpadearon al explicar—: Yo buscaba toda la información, hacía las notas y preparaba el material. Y luego, más tarde, me dedicaba a revisar lo que había escrito *sir* Gervasio.

—Debía tener que emplear mucho tacto, *mademoiselle* —dijo Poirot.

—Tacto y firmeza. Dos cosas necesarias —replicó la señorita Lingard.

—¿A *sir* Gervasio no le molestaba su… er… firmeza?

—En absoluto. Claro que yo le hacía ver que no debía preocuparse por todos los detalles insignificantes que se presentasen.

—Sí, ya entiendo.

—Era muy sencillo —dijo la señorita Lingard—. *Sir* Gervasio era muy fácil de manejar si uno sabía cómo tratarle.

—Ahora, señorita Lingard, quisiera saber si puede ayudarnos a arrojar algo de luz sobre esta tragedia.

La señorita Lingard meneó la cabeza.

—Me temo que no. Comprenda, es natural que no confiara en mí. Yo era prácticamente una extraña, y de todas formas creo que era demasiado orgulloso para hablar con nadie de los conflictos familiares.

—¿Pero usted cree que fueron los conflictos familiares lo que le impulsó a quitarse la vida?

La señorita Lingard pareció bastante sorprendida.

—¡Pues claro! ¿Es que cabe otra suposición?

—¿Está segura de que le preocupaban los asuntos de familia?

—Sé que estaba en un grave conflicto mental.

—¿Usted sabe?

—Pues claro.

—Dígame, *mademoiselle*, ¿le habló del asunto?

—Directamente no.

—¿Qué fue lo que le dijo?

—Déjeme pensar. Descubrí que no prestaba atención a lo que yo le decía…

—Un momento. *Pardon*, ¿cuándo fue eso?

—Esta tarde. Solíamos trabajar de tres a cinco.

—Por favor, continúe.

—Como le digo, *sir* Gervasio encontraba dificultades en concentrarse… de hecho, eso dijo, añadiendo que tenía varios asuntos graves que no conseguía apartar de su pensamiento. Y dijo… deje que recuerde… algo así… claro que no puedo asegurar si fueron estas mismas palabras. «Es algo terrible, señorita Lingard, que una familia que siempre ha sido de las más importantes del país se vea de pronto manchada por el deshonor».

—¿Y qué dijo usted a eso?

—Cualquier cosa, para consolarle. Creo que dije que cada generación tiene sus flaquezas… que ésa es una de las penalidades de la grandeza… pero que sus caídas raramente eran recordadas en la posteridad.

—¿Y consiguió usted el efecto consolador que esperaba?

—Más o menos. Volvimos a ocuparnos de *sir* Roger Chevenix-Gore. Había descubierto una mención suya muy interesante en un manuscrito contemporáneo. Pero la imaginación de *sir* Gervasio estaba en otra parte. Al fin dijo que no quería trabajar más. Que había tenido un gran disgusto.

—¿Un disgusto?

—Eso es lo que dijo. Desde luego, yo no hice más preguntas, limitándome a decir: «Lo siento, *sir* Gervasio». Y luego me pidió que dijera a Snell que el señor Poirot llegaría por la noche, que la cena se sirviera a las ocho y cuarto y que enviase el coche a esperarle a la estación a las siete cincuenta.

—¿Acostumbraba a pedirle que transmitiera estas órdenes?

—Pues… no… En realidad eso era cosa del señor Burrows. Yo no hacía otra cosa que mi trabajo literario. No era su secretaria en ningún sentido de la palabra.

Poirot preguntó:

—¿Usted cree que *sir* Gervasio tuvo alguna razón para pedir que lo hiciera usted en vez del señor Burrows?

La señorita Lingard reflexionó.

—Pues es posible que la tuviera… entonces no lo pensé. Sólo lo consideré una cuestión de conveniencia. No obstante, es cierto; ahora que lo pienso, me pidió que no dijera a nadie que iba a venir el señor Poirot. Dijo que sería una sorpresa.

—¡Ah!, eso dijo, ¿eh? Muy curioso, muy interesante. ¿Y se lo dijo usted a alguien?

—Desde luego que no, señor Poirot. Le dije a Snell lo de la cena y que enviase el coche a la estación para esperar a un caballero que llegaría en el tren de las siete cincuenta.

—¿*Sir* Gervasio dijo algo más que tuviera que ver con esta situación?

—No…, creo que no… Era muy reservado… Recuerdo que cuando ya iba a salir de la habitación dijo: «No es que sirva de nada el que venga ahora. Es demasiado tarde».

—¿Y no tiene usted idea de lo que quiso decir con eso?

—No… no.

Hubo una vacilación apenas perceptible en su respuesta, y Poirot repitió con el ceño fruncido:

—Demasiado tarde. Eso es lo que dijo, ¿verdad? Demasiado tarde.

El mayor Riddle intervino de nuevo:

—¿No puede darnos alguna idea, señorita Lingard, de la naturaleza del problema que tanto preocupó a *sir* Gervasio?

—Tengo la impresión de que estaba en cierto modo relacionado con Hugo Trent —dijo la señorita Lingard despacio.

—¿Con Hugo Trent? ¿Por qué lo cree así?

—Bueno, no es nada concreto, pero ayer tarde estuvimos hablando de *sir* Hugo de Chevenix, quien me temo que no se comportó demasiado bien en las Batallas de Flores, y *sir* Gervasio dijo: «¡Mi hermana escogería el nombre de Hugo entre los de la familia para su hijo! Debiera haber sabido que ningún Hugo podía resultar bien».

—Lo que acaba de decir es sugestivo —repuso Poirot—. Sí, y me da una nueva idea.

—¿*Sir* Gervasio no dijo nada más definitivo que eso? —preguntó el mayor Riddle.

La señorita Lingard meneó la cabeza.

—No, y desde luego yo nada dije. *Sir* Gervasio hablaba solo en realidad, sin dirigirse a mí.

—Lo comprendo.

Poirot le dijo:

—*Mademoiselle*, usted es una persona ajena a la casa y lleva aquí dos meses. Creo que sería muy conveniente que nos dijera con toda sinceridad la opinión que le merece la familia y los criados.

La señorita Lingard, quitándose los lentes, parpadeó pensativa.

—Bien, con toda franqueza, al principio pensé que me había metido en una casa de locos. La señora Chevenix-Gore continuamente viendo cosas que no existían, y *sir* Gervasio comportándose como… como un rey… y dramatizando de la forma más extraordinaria… bueno, pensé que eran las personas más extrañas que había conocido. Claro que la señorita Chevenix-Gore era completamente normal, y no tardé en descubrir que *lady* Chevenix-Gore era en extremo amable y simpática. Nadie pudo portarse mejor conmigo. En cuanto a *sir* Gervasio… la verdad, creo que estaba loco. Su egomanía…, ¿es así como se llama…?, iba empeorando de día en día.

—¿Y los otros?

—Supongo que el señor Burrows tendría sus dificultades con *sir* Gervasio, y creo que le alegró que nuestro trabajo en el libro le dejara un poco más de respiro. El coronel Bury siempre ha sido encantador. Es un rendido admirador de *lady* Chevenix-Gore y se llevaba muy bien con *sir* Gervasio. El señor Trent, el señor Forbes y la señorita Cardwell llevan aquí pocos días y, claro, no sé gran cosa de ellos.

—Gracias, *mademoiselle*. ¿Y qué dice del encargado, el capitán Lake?

—Es un hombre muy simpático. Todo el mundo le apreciaba.

—¿Incluso *sir* Gervasio?

—Sí. Le oí decir que Lake era el mejor encargado que había tenido. Claro que el capitán Lake tenía también sus dificultades con *sir* Gervasio… pero en conjunto sabía llevarle bastante bien. No era cosa fácil.

Poirot asintió pensativo y murmuró:

—Había algo… algo que quería preguntarle… una cosa sin importancia… ¿Qué sería?

La señorita Lingard volvió su rostro paciente hacia él, mas Poirot meneó la cabeza contrariado.

—¡Vaya! Si lo tengo en la punta de la lengua…

El mayor Riddle aguardó unos instantes más y viendo que el detective continuaba frunciendo el ceño esforzándose por recordar, volvió a tomar la iniciativa.

—¿Cuándo vio por última vez a *sir* Gervasio?

—A la hora del té, en esta habitación.

—¿A qué hora tenía costumbre de bajar?

—A las ocho.

—¿Cuál era su estado de ánimo? ¿Normal?

—Tan normal como podía estar él.

—¿Observó algún nerviosismo entre los invitados?

—No, creo que todos estaban como de ordinario.

—¿Dónde fue *sir* Gervasio después de tomar el té?

—Estuvo en el despacho con el señor Burrows, como de costumbre.

—¿Y fue ésa la última vez que le vio?

—Sí, yo fui al cuartito de estar donde trabajaba, y estuve pasando a máquina un capítulo del libro que había corregido con *sir* Gervasio hasta las siete de la tarde, luego subí a mi habitación para descansar y vestirme para la cena.

—Tengo entendido que oyó usted el disparo.

—Sí, yo estaba en esta habitación. Oí una detonación y salí al recibidor, donde se encontraban el señor Trent y la señorita Cardwell. El señor Trent preguntó a Snell si había champaña para la cena, y estuvo bromeando. A nadie se le ocurrió tomarlo en serio. Estábamos seguros de que debía tratarse de una explosión de motor de algún automóvil.

—¿Oyó usted decir al señor Trent: «Siempre cabe la posibilidad de que se haya cometido un crimen»? —preguntó Poirot.

—Creo que dijo algo así… bromeando, claro.

—¿Qué ocurrió después?

—Que todos entramos aquí.

—¿Recuerda en qué orden fueron bajando los demás?

—Creo que la señorita Chevenix-Gore fue la primera, y luego el señor Forbes. El coronel Bury y *lady* Chevenix-Gore entraron juntos, el señor Burrows inmediatamente después. Me parece que fue en ese orden, pero no puedo asegurarlo porque más o menos llegaron todos casi al mismo tiempo.

—¿Reunidos por el sonido del primer batintín?

—Sí. Siempre que sonaba el batintín todos se apresuraban. *Sir* Gervasio era terriblemente exigente en cuanto a la puntualidad a la hora de la cena. Casi siempre estaba ya en esta habitación antes de que sonara el primer batintín.

—¿Le sorprendió no verle en esta ocasión?

—Muchísimo.

—¡Ah, ya lo tengo! —exclamó Poirot.

Y como los otros dos le miraban extrañados, animadamente explicó:

—Acabo de recordar lo que quería preguntarle. *Mademoiselle*, esta noche, cuando todos fuimos al despacho cuando Snell nos comunicó que estaba cerrado, usted se detuvo y recogió algo del suelo.

—¿Sí? —La señorita Lingard pareció muy sorprendida.

—Sí, precisamente al doblar hacia el pasillo que lleva al despacho. Era algo pequeño y brillante.

—Qué raro… no lo recuerdo. Espere un momento… Ah, ya sé. Sólo que no había vuelto a pensar en ello. Déjeme ver… tiene que estar aquí.

Y abriendo su bolso de raso negro, vació su contenido sobre la mesa.

Poirot y el mayor Riddle revisaron aquella colección de objetos con sumo interés. Dos pañuelos, una polvera, un manojo de llaves, la funda de los lentes y otro objeto que Poirot cogió con avidez.

—¡Una bala, cielo santo! —exclamó el mayor Riddle.

El objeto tenía la forma de una bala, pero resultó ser un lapicero.

—Eso es lo que cogí del suelo —explicó la señorita Lingard—. Ya lo había olvidado.

—¿Sabe a quién pertenece?

—¡Oh, sí, es del coronel Bury! Lo hizo hacer con una bala que le hirió… o mejor dicho, que no le hirió, no sé si me entiende, en la guerra de Sudáfrica.

—¿Sabe cuándo la perdió?

—Pues esta tarde lo tenía mientras jugaba al *bridge*, porque me fijé que anotaba el tanteo con él, cuando entré a tomar el té.

—¿Quiénes jugaban al *bridge*?

—El coronel Bury, *lady* Chevenix-Gore, el señor Trent y la señorita Cardwell.

—Creo —dijo Poirot en tono amable— que será mejor que nos quedemos con el lápiz para devolvérselo al coronel.

—Sí, hágalo, por favor. Soy muy distraída y pudiera olvidarme.

—*Mademoiselle*, tal vez será usted tan amable de pedir al coronel Bury que venga aquí ahora.

—Desde luego. Iré a buscarle enseguida.

Y se marchó a toda prisa. Poirot comenzó a pasear por la habitación.

—Empezamos a reconstruir lo ocurrido esta tarde —dijo—. Es interesante. A las dos y media *sir* Gervasio estuvo pasando cuentas con el capitán Lake. Ligeramente preocupado. A las tres, discute acerca del libro que está escribiendo con la señorita Lingard. Preocupadísimo. La señorita Lingard asocia su preocupación con Hugo Trent basándose en un comentario casual. A la hora del té su comportamiento es normal. Después del té, Godfrey Burrows nos dice que estaba como satisfecho por algo. A las ocho menos cinco baja, entra en el despacho, garabatea las palabras «LO LAMENTO» en una hoja de papel y se pega un tiro.

Riddle dijo despacio:

—Sé lo que quiere decir. No tiene consistencia.

—¡Extraños cambios de humor! Primero preocupado… luego preocupadísimo… más tarde normal… y al fin, satisfecho. ¡Es curioso! Y luego la frase empleada: «Demasiado tarde». Que yo iba a llegar «demasiado tarde». Bien, eso es cierto. Llegué demasiado tarde… para verlo vivo.

—Ya comprendo. ¿Usted cree realmente…?

—Nunca sabré por qué envió a buscarme. ¡Eso es seguro!

Poirot seguía paseando por la estancia. Movió de lugar dos objetos que había encima de la chimenea; examinó la mesa de juego que estaba junto a la pared, y extrajo del cajón las libretas del tanteo. Luego dirigióse al escritorio para registrar el cesto de los papeles. No había nada más que una bolsa de papel. La cogió y al olerla murmuró: «Naranjas». Luego la desarrugó para leer el nombre que llevaba impreso:

«Carpenters e Hijos. Frutería, Hamborough St. Mary». Estaba alisándola cuidadosamente Cuando entró el coronel Bury.

Capítulo VIII

El coronel, dejándose caer en una silla, suspiró y dijo meneando la cabeza:

—Éste es un terrible asunto, Riddle. *Lady* Chevenix-Gore se está portando maravillosamente… maravillosamente. ¡Es una gran mujer! ¡Está llena de valor!

Volviendo a ocupar su butaca, Poirot dijo sin apresurarse:

—Creo que usted la conoce desde hace muchos años…

—Sí, ya lo creo, estuve en su puesta de largo. Recuerdo que llevaba unos capullos de rosa en el pelo, y un vestido blanco muy vaporoso… ¡No había muchacha en el salón que pudiera compararse con ella!

Su voz estaba llena de entusiasmo. Poirot le tendió el lápiz.

—Creo que esto es suyo.

—¿Eh? ¿Qué? ¡Oh!, gracias, lo he utilizado esta tarde cuando jugábamos al *bridge*. Fue sorprendente, ¿sabe? Tuve tres veces seguidas cien honores en picos. Nunca me había ocurrido.

—Tengo entendido que jugaban al *bridge* antes del té —dijo Poirot—. ¿Cuál era el estado de ánimo de *sir* Gervasio cuando fue a tomarlo?

—Natural… completamente normal. Nunca hubiera imaginado que proyectara quitarse de en medio. Pensándolo más despacio, quizás estuviera un poquitín más excitado que de costumbre.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—¡Pues entonces! A la hora del té. No volví a verle vivo.

—¿No fue usted al despacho después del té?

—No, no volví a verle.

—¿A qué hora bajó a cenar?

—Después de sonar el primer batintín.

—¿Bajó usted junto con *lady* Chevenix-Gore?

—No… er… nosotros… nos encontramos en el recibidor. Creo que había estado en el comedor revisando las flores… o algo así.

El mayor Riddle se dispuso a intervenir.

—Espero que no se moleste, coronel Bury, si le hago una pregunta un tanto personal. ¿Hubo algún disgusto entre usted y *sir* Gervasio por causa de la Compañía del Sucedáneo Modelo de la Goma?

El coronel se puso como la grana.

—En absoluto. En absoluto. El viejo Gervasio era un individuo muy poco razonable. No hemos de olvidarlo. ¡Siempre esperaba que lo que él tocase se convirtiera en oro! No parecía comprender que el mundo entero atraviesa un período de crisis, y que todos los valores y acciones tienen que resentirse.

—¿De modo que hubo ciertas discusiones entre ustedes?

—Pero no disgustos. ¡Sólo que él era un intransigente!

—¿Le hacía a usted responsable de ciertas pérdidas que había sufrido?

—¡Gervasio no era un ser normal! Vanda lo sabía, pero siempre supo manejarle. Yo me alegraba de dejarlo todo en sus manos.

Poirot carraspeó, y el mayor Riddle, después de mirarle, se dispuso a cambiar de tema.

—Sé que es usted un antiguo amigo de la familia, coronel Bury. ¿Tiene idea de quién heredará el dinero de *sir* Gervasio?

—Pues imagino que la mayor parte Ruth. Eso es lo que colijo por lo que Gervasio dejó entrever hace poco.

—¿No le parece que no es justo para Hugo Trent?

—A Gervasio no le era simpático. Nunca pudo tragarle.

—Pero tenía un gran concepto de la familia, y al fin y al cabo la señorita Chevenix-Gore sólo era su hija adoptiva.

El coronel Bury vacilaba, y tras gruñir unos instantes repuso:

—Escuche, será mejor que se lo cuente. Desde luego es realmente interesante y además estrictamente confidencial, ¿eh?

—Desde luego…, desde luego.

—Ruth es ilegítima, pero de todas formas es una Chevenix-Gore. Es hija de un hermano de Gervasio, Antonio, que murió en la guerra. Al parecer tuvo una aventura con una mecanógrafa. Cuando le mataron, ella escribió a Vanda. Vanda fue a verla… estaba esperando un niño. Vanda habló con Gervasio, acababan de decirle que ella no podría volver a tener hijos, y el resultado fue que se hicieron cargo de la pequeña cuando nació, adoptándola legalmente. La madre renunció a todos sus derechos. Han criado a Ruth como si fuera su propia hija, y sólo hay que mirarla para comprender que es una Chevenix-Gore.

—¡Ajá! —exclamó Poirot—. Ya comprendo. Eso aclara mucho la actitud de *sir* Gervasio. Pero si le desagradaba Hugo Trent, ¿por qué tanto interés en casarlo con *mademoiselle* Ruth?

—Para arreglar la posición de la familia. De este modo dejaba satisfecha la opinión que él tenía de los convencionalismos.

—¿Pero a pesar de ello no le gustaba ni confiaba en ese joven?

El coronel Bury gruñó.

—Usted no comprendería al viejo Gervasio. No consideraba a las personas como seres humanos. ¡Disponía los matrimonios como si los contrayentes fueran de la

realeza! Consideraba conveniente que Ruth y Hugo se casaran y Hugo tomase el apellido Chevenix-Gore. Lo que ellos pensaran no tenía importancia.

—¿Y la señorita Ruth estaba dispuesta a complacerle?

El coronel Bury echóse a reír.

—¿Ella? ¡Qué va!

—¿Sabía usted que poco antes de su muerte, *sir* Gervasio estuvo redactando un nuevo testamento según el cual la señorita Chevenix-Gore heredaba sólo con la condición de que se casara con Hugo Trent?

El coronel Bury lanzó un silbido.

—¿Entonces había olfateado lo que había entre ella y Burrows?

Tan pronto como lo hubo dicho se arrepintió, pero era demasiado tarde; Poirot lo había comprendido perfectamente.

—¿Había algo entre *mademoiselle* Ruth y el joven *monsieur* Burrows?

—Probablemente nada… Nada en absoluto.

El mayor Riddle carraspeó y dijo:

—Creo, coronel Bury, que debe decirnos todo lo que sepa. Pudo tener relación directa con el estado de ánimo de *sir* Gervasio.

—Es posible —replicó el coronel Bury sin gran convencimiento—. Bien, la verdad es que el joven Burrows no es mal parecido… por lo menos eso piensan las mujeres, y últimamente él y Ruth siempre estaban juntos, cosa que a Gervasio no le gustaba nada… nada en absoluto. No quiso despedirle por temor a precipitar los acontecimientos. Sabía cómo es Ruth. No consiente que nadie le dé órdenes. Por eso supongo que ideó ese plan. Ruth no lo sacrificaría todo por el amor. Le gusta comer bien y tener dinero.

—¿Usted aprobaba al señor Burrows?

El coronel expresó la opinión de que Godfrey Burrows era un tanto quisquilloso, cosa que hizo sonreír al mayor Riddle.

Le hicieron algunas preguntas más y al fin el coronel se marchó.

Riddle dirigió una mirada a Poirot, que permanecía absorto en sus pensamientos.

—¿Qué opina de todo esto, Poirot?

—Me parece ver un esquema —dijo levantando las manos—, un proyecto determinado.

—Es difícil —dijo Riddle.

—Sí, es difícil, pero cada vez va aumentando su significado una frase apenas musitada.

—¿Cuál es?

—La frase en tono de broma pronunciada por Hugo Trent: «Siempre cabe la posibilidad del crimen…».

—Sí —replicó Riddle en tono seco—. Ya me he dado cuenta de que desde el principio se ha sentido usted inclinado hacia esa posibilidad.

—¿No está de acuerdo conmigo en que cuanto más sabemos, menos motivos encontramos para el suicidio? ¡En cambio, para el asesinato tenemos una sorprendente colección de ellos!

—No obstante, hemos de recordar los hechos… la puerta cerrada, la llave en el bolsillo del muerto… Horquillas dobladas, cuerdas… toda clase de trucos. Supongo que sería posible… ¿Pero dan resultado esas cosas en la realidad? Eso es lo que dudo.

—De todas maneras, examinemos el caso desde el punto de vista de asesinato y no como si se tratara de suicidio.

—De acuerdo. ¡Estando usted presente, probablemente sería asesinato!

Poirot sonrió.

—No me gusta ese comentario.

Volvió a ponerse serio.

—Sí, examinemos el caso desde la base del crimen. Se oye el disparo. En el recibidor se encuentran cuatro personas: la señorita Lingard, Hugo Trent, la señorita Cardwell y Snell. ¿Dónde están los demás?

—Burrows en la biblioteca, según su propia declaración. Nadie puede comprobarlo. Los otros en sus habitaciones, ¿pero quién sabe dónde estaban en realidad? Al parecer todos bajaron por separado. Después *lady* Chevenix-Gore y Bury se encontraron en el vestíbulo. *Lady* Chevenix-Gore salía del comedor. ¿De dónde venía Bury? ¿No es posible que viniera no de arriba, sino del despacho? Tenemos el lápiz.

—Sí, el lápiz es interesante. No demostró la menor emoción al verlo, pero tal vez fuese por no saber dónde lo habíamos encontrado, o ignorara el haberlo perdido. Veamos, ¿quién más estaba jugando al *bridge* cuando utilizó el lápiz? Hugo Trent y la señorita Cardwell, y quedan descartados. La señorita Lingard y el mayordomo pueden probar sus coartadas. Queda *lady* Chevenix-Gore.

—No se puede sospechar seriamente de ella.

—¿Por qué no, amigo mío? ¡Le aseguro que yo puedo sospechar de todo el mundo! Supongamos que, a pesar de su aparente devoción a su esposo, fuera al fiel Bury a quien amase en realidad…

—¡Hum! —dijo Riddle—. En cierto modo ha sido una especie de *ménage á trois* durante años.

—¿Hubo algún disgusto por esta causa entre *sir* Gervasio y el coronel Bury?

—Es cierto que *sir* Gervasio podía hacerse verdaderamente desagradable. Ignoramos lo que habrá en el fondo. Podría concordar con el haberle llamado a usted. Digamos que *sir* Gervasio sospechaba que Bury le robaba, pero que no deseaba que trascendiera, por temor a que su esposa estuviera también complicada. Sí, es posible. Eso les da a los dos un motivo. Y es un poco extraño que *lady* Chevenix-Gore haya tomado la muerte de su esposo con tanta calma.

—Luego hay otra complicación —dijo Poirot—. La señorita Chevenix-Gore y Burrows. Les interesa muchísimo que *sir* Gervasio no firme el testamento nuevo.

Según el anterior, ella lo hereda todo con la única condición de que su esposo tome el nombre de la familia…

—Sí, y lo que Burrows explica acerca de la actitud de *sir* Gervasio de esta tarde es un tanto extraño. ¡Que estaba contento y como satisfecho por algo! Eso no concuerda con las declaraciones de los demás.

—Luego tenemos también al señor Forbes. Muy correcto, muy severo, y pertenece a una firma antigua y bien establecida. Pero los abogados, incluso los más respetables, sienten preferencia por utilizar el dinero de sus clientes cuando se ven en un apuro.

—Creo que lo presenta de un modo demasiado sensacional, Poirot.

—¿Usted cree que lo que insinúo sólo ocurre en las películas? ¡Pero, mayor Riddle, si la vida real es a menudo mucho más sorprendente que las historias que vemos en el cine!

—Será mejor que terminemos de interrogar a los que faltan, ¿no le parece? —replicó el inspector—. Se está haciendo tarde. Aún no hemos visto a Ruth Chevenix-Gore, y probablemente es la más importante de todos.

—Estoy de acuerdo con usted. Y también falta la señorita Cardwell. Tal vez será mejor que hablemos primero con ella, puesto que no nos llevará tanto tiempo, y luego veremos a la señorita Chevenix-Gore.

—Muy buena idea.

Capítulo IX

Aquella tarde, Poirot había dirigido a Susana Cardwell sólo una mirada superficial, y ahora la examinó con más atención. Tenía un rostro inteligente, no demasiado hermoso, pero con un atractivo que hubiera envidiado más de una muchacha bonita. Sus cabellos eran magníficos, e iba hábilmente maquillada. Pensó que sus ojos eran observadores.

Después de algunas preguntas preliminares, el mayor Riddle dijo:

—Ignoro lo íntimamente que usted conoce a la familia, señorita Cardwell…

—No les conozco en absoluto. Hugo consiguió que me invitaran.

—Entonces, ¿es usted amiga de Hugo Trent?

—Sí, ésa es mi posición exacta. Amiga de Hugo. —Susana Cardwell sonrió al pronunciar estas últimas palabras.

—¿Le conoce desde hace mucho tiempo?

—¡Oh, no!, hará sólo cosa de un mes.

Hizo una pausa antes de agregar:

—Voy camino de convertirme en su prometida.

—¿Y la trajo aquí para presentarle a su familia?

—No, nada de eso. Lo llevamos muy en secreto. Sólo vine para explorar el terreno. Hugo me dijo que esto era como una casa de locos, y creí conveniente verlo por mí misma. Hugo, el pobrecillo, es un encanto, pero no tiene cerebro. Comprenda, la posición era bastante crítica. Ni Hugo ni yo tenemos dinero, y al viejo *sir* Gervasio, que era la principal esperanza de Hugo, se le había metido en la cabeza casarlo con Ruth. Hugo es un poco débil. Pudiera haberse avenido a contraer ese matrimonio con idea de separarse más tarde.

—¿Y esa idea no le parecía bien a usted, *mademoiselle*? —preguntó Poirot.

—Desde luego que no. Ruth pudiera haberse negado luego a divorciarse, o algo por el estilo. Y me mantuve firme. No iría a la iglesia de Saint Paul hasta que pudiera hacerlo con un ramo de lirios.

—¿De modo que vino a estudiar la situación por sí misma?

—Sí.

—*Eh bien*! —exclamó Poirot.

—Pues, desde luego, Hugo tenía razón. ¡Todos están locos!, excepto Ruth, que parece muy razonable. Tiene novio y es tan contraria a ese matrimonio como yo.

—¿Se refiere al señor Burrows?

—¿Burrows? Desde luego que no. Ruth no se enamoraría de una persona tan falsa como él.

—¿Entonces quién es el afortunado mortal?

Susana Cardwell hizo una pausa que empleó en encender un pitillo, y luego agregó:

—Será mejor que se lo pregunten a ella. Después de todo no es asunto mío.

El mayor Riddle preguntó:

—¿Cuándo fue la última vez que vio a *sir* Gervasio?

—A la hora del té.

—¿Le sorprendió su estado de ánimo?

La muchacha encogióse de hombros.

—No más que de costumbre.

—¿Qué hizo usted después del té?

—Estuve jugando al billar con Hugo.

—¿No volvió a ver a *sir* Gervasio?

—No.

—¿Y qué me dice del disparo?

—Eso fue bastante extraño. Creí que había sonado el primer batintín, y por eso acabé de vestirme precipitadamente, y al salir de mi habitación creí oír el segundo batintín y me apresuré a bajar la escalera. La primera noche había llegado a cenar con un minuto de retraso y Hugo me dijo que estuve a punto de echar a pique nuestras esperanzas para convencer al viejo, de modo que casi corría. Hugo iba delante de mí y entonces sonó una extraña detonación y Hugo dijo que había sido el corcho de una

botella de champaña, pero Snell replicó: «No», y de todas formas no creo que sonara en el comedor. La señorita Lingard creyó que el ruido venía de arriba, pero todos estuvimos de acuerdo en que debió ser una falsa explosión y entramos en el salón sin pensar más en ello.

—¿No se le ocurrió ni por un momento que *sir* Gervasio pudo haberse pegado un tiro? —preguntó Poirot.

—Y yo le pregunto: ¿por qué iba a pensar semejante cosa? El viejo parecía disfrutar bastante de la vida. Nunca hubiese imaginado que hiciera una cosa así. Ni puedo imaginar por qué lo hizo, aunque supongo que porque estaba loco.

—Una infortunada ocurrencia.

—Mucho… para Hugo y para mí. Supongo que no le habrá dejado nada, o casi nada.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Hugo lo supo por el viejo Forbes.

—Bien, señorita Cardwell. —El mayor Riddle hizo una pequeña pausa—. Creo que eso es todo. ¿Cree que la señorita Chevenix-Gore se encontrará dispuesta a bajar para hablar con nosotros?

—Creo que sí. Iré a decírselo.

Poirot intervino.

—Un momento, *mademoiselle*. ¿Ha visto esto antes?

Le mostró el lapicero en forma de bala.

—Oh, sí, lo vi esta tarde cuando jugábamos al *bridge*. Creo que pertenece al coronel Bury.

—¿Se lo llevó al terminar el juego?

—No tengo la menor idea.

—Gracias, *mademoiselle*. Eso es todo.

—Bien, avisaré a Ruth.

Ruth Chevenix-Gore entró en la habitación como una reina. Sus colores eran vivos y llevaba la cabeza ligeramente erguida, pero sus ojos, igual que los de Susana Cardwell, eran observadores. Su vestido era el mismo que le vio Poirot a su llegada… de un tono melocotón muy pálido. En el hombro llevaba prendida una rosa color salmón que antes estaba fresca y lozana y ahora comenzaba a marchitarse.

—¿Y bien? —dijo Ruth.

—Siento muchísimo molestarla —comenzó a decir el mayor Riddle.

—Claro que tiene que molestarme. Igual que a todo el mundo. Aunque yo no puedo ayudarle. No tengo la más ligera idea de por qué se mató el viejo. Todo lo que puedo decirles es que nunca hubiera esperado de él semejante cosa.

—¿Observó algo anormal en él? ¿Estaba deprimido, extremadamente excitado, algo que se saliera de lo normal?

—No creo. No me fijé…

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—A la hora del té.

—¿No fue a su despacho… más tarde? —preguntó Poirot.

—No. La última vez que le vi fue en esta habitación. Ahí, sentado.

Indicó una silla.

—Ya. ¿Ha visto alguna vez este lápiz, *mademoiselle*?

—Es del coronel Bury.

—¿Lo ha visto últimamente?

—La verdad, no recuerdo.

—¿Sabe usted si hubo algún… desacuerdo entre *sir* Gervasio y el coronel Bury?

—¿Se refiere acerca de la Compañía de Sucedáneo de la Goma?

—Sí.

—Creo que sí. ¡Estaba furioso por esa cuestión!

—¿Tal vez creía que le habían estafado?

Ruth encogióse de hombros.

—No entendía nada de negocios.

Poirot dijo:

—¿Puedo hacerle una pregunta, *mademoiselle*…, una pregunta un tanto impertinente?

—Desde luego.

—Es ésta: ¿siente usted que… su padre haya muerto?

—Claro que sí. —Le miró extrañada—. No me gusta llorar, pero le echaré de menos… Quería al Viejo. Así es como le llamamos Hugo y yo. El «Viejo»… ¿sabe?… como en las antiguas tribus patriarcales. Suena un tanto irrespetuoso, pero, en realidad, tras esa palabra se esconde mucho afecto. ¡Claro que era el ser más testarudo e insoportable que ha existido nunca!

—Me interesan sus palabras, *mademoiselle*.

—¡El «Viejo» tenía el cerebro de un mosquito! Siento tener que decirlo, pero es cierto. Era incapaz de realizar ningún trabajo cerebral. Aparte de esto, era todo un carácter. ¡Valiente como el que más! Capaz de ir al Polo, o batirse en duelo. Siempre pensé que se pavoneaba tanto porque sabía que no tenía inteligencia. Cualquiera podía engañarle.

Poirot sacó la carta de su bolsillo:

—Lea esto, *mademoiselle*.

Ella obedeció y luego se la devolvió.

—¡De modo que es esto lo que le ha traído aquí!

—¿Le sugiere alguna cosa?

—No. —Meneó la cabeza—. Probablemente es bien cierto. Cualquiera pudo robarle. Johnny dice que el último encargado que hubo antes que él, le manejaba como un monigote. Comprendan. ¡El Viejo era tan grande y magnífico que nunca descendía a comprobar los pequeños detalles! Era una tentación para los bribones.

—Usted le pinta de una manera muy distinta a la opinión general, *mademoiselle*.

—¡Oh!, bueno… tenía un buen camuflaje. Vanda, mi madre, le respaldaba en todo. Él era tan feliz creyéndose un ser Todopoderoso. Por eso, en cierto sentido, me alegro de que haya muerto. Ha sido lo mejor para él.

—No lo comprendo, *mademoiselle*.

—Cada día estaba peor —dijo Ruth con pesar—. Hubieran tenido que acabar por encerrarle… La gente comenzaba a hablar de ello.

—¿Sabía usted que estaba preparando un testamento según el cual usted sólo heredaría su dinero de casarse con el señor Trent?

Ruth exclamó:

—¡Eso es absurdo! De todas formas, creo que no sería aceptado por la ley… Estoy segura de que no se puede obligar a la gente a casarse con quien uno disponga.

—¿Si hubiera llegado a firmar ese testamento, habría usted cumplido las condiciones, *mademoiselle*?

La muchacha se sobresaltó.

—Yo…, yo…

Se interrumpió, y por espacio de un par de minutos permaneció contemplando su zapato oscilante, del que se desprendió una pequeña porción de barro seco, que cayó sobre la alfombra.

De pronto Ruth Chevenix-Gore dijo:

—¡Esperen!

Y salió corriendo de la habitación, regresando casi inmediatamente con el capitán Lake.

—De todas maneras iban a descubrirlo… —dijo casi sin aliento—. Será mejor que lo sepan desde ahora. John y yo nos casamos en Londres hace tres semanas.

Capítulo X

—Es una gran sorpresa, señorita Chevenix-Gore… señora Lake, debiera decir —dijo el mayor Riddle—. ¿No estaba enterado nadie de su matrimonio?

—No, lo mantuvimos en secreto, aunque a John no le agradaba mucho.

—Yo… yo sé que parece un mal sistema de hacer las cosas —replicó Lake—. Debí de haber ido directamente a hablar con *sir* Gervasio…

Ruth le interrumpió.

—Y decirle que querías casarte con su hija, para que te hubiera dado un golpe en la cabeza, y probablemente me hubiera desheredado. Esta casa se hubiera convertido en un infierno, y nos hubieran afeado nuestro comportamiento. Créeme, mi sistema era mejor. Cuando una cosa está hecha, hecha está. Se hubiera enfadado… pero al fin nos hubiese dado la razón.

Lake ofrecía un aspecto compungido. Poirot preguntó:

—¿Cuándo pensaba comunicárselo a *sir* Gervasio?

—Estaba preparando el terreno —respondió Ruth—. Últimamente se había mostrado más receloso con respecto a John y a mí de modo que simulé dirigir mis atenciones a Godfrey. Me figuré que luego, al saber que estaba casada con John, le resultaría casi un alivio.

—¿Había alguna persona enterada de este matrimonio?

—Sí, al fin se lo dije a Vanda. Quería tenerla de mi parte.

—¿Y lo consiguió?

—Sí. Ella no era partidaria de que me casara con Hugo… porque somos primos, según creo. Pensaba que la familia tenía ya demasiados miembros anormales para aumentarla con niños completamente idiotas. Claro que eso es bastante absurdo; puesto que yo sólo soy hija adoptiva. Creo que soy la hija de un primo muy lejano.

—¿Está segura de que *sir* Gervasio no sospechaba la verdad?

—Sí.

Poirot dijo:

—¿Es eso cierto, capitán Lake? ¿Está seguro de que durante la entrevista que sostuvo esta tarde con *sir* Gervasio no se mencionó ese asunto?

—Sí, señor.

—Hay cierta evidencia, capitán Lake, que prueba que *sir* Gervasio estaba muy excitado después del rato que estuvo con usted, y que habló un par de veces del deshonor de la familia.

—No se habló del asunto —replicó Lake, palideciendo.

—¿Fue ésa la última vez que vio a *sir* Gervasio?

—Sí; ya se lo he dicho.

—¿Dónde estaba usted a las ocho y ocho minutos de esta tarde?

—¿Dónde estaba? En mi casa. Al final del pueblo, a media milla de distancia.

—¿No vino a Hamborough Close a esa hora?

—No.

Poirot se volvió hacia la muchacha.

—¿Dónde estaba usted, *mademoiselle*, cuando su padre se suicidó?

—En el jardín.

—¿En el jardín? ¿Oyó el disparo?

—Sí. Pero no le presté especial atención. Creí que sería alguien que cazaba conejos, aunque recuerdo que me pareció que había sonado muy cerca.

—¿Por dónde volvió a entrar en la casa?

—Entré por ese ventanal.

Con un movimiento de cabeza, Ruth indicó el que estaba a sus espaldas.

—¿Había alguien aquí?

—No, pero Hugo, Susana y la señorita Lingard entraron casi inmediatamente. Hablaban de disparos, crímenes y demás.

—Ya… —dijo Poirot—. Sí, creo que ahora lo veo…

El mayor Riddle dijo en tono indeciso:

—Bien… er… gracias. Creo que, de momento, eso es todo.

Ruth y su esposo abandonaron la estancia.

—¿Qué diablos…? —comenzó a decir Riddle, terminando descorazonado—: Cada vez resulta más difícil dar con una pista definitiva.

Poirot asintió. Había recogido el pedacito de barro seco desprendido del zapato de Ruth y lo contemplaba pensativo.

—Es como el espejo roto de la pared… —dijo—. El espejo del muerto. Cada nuevo dato nos muestra alguna faceta distinta del difunto. Le vemos reflejado a través de todos los puntos de vista imaginables. Pronto tendremos una imagen completa…

Y levantándose arrojó al cesto de los papeles el pedacito de barro seco.

—Voy a decirle una cosa, amigo mío. La clave de todo este misterio está en el espejo. Vaya al despacho y mírelo usted mismo, si es que no me cree.

El mayor Riddle dijo en tono resuelto:

—Si es un crimen, a usted le corresponde probarlo. Si me pregunta a mí, le diré que se trata de un suicidio sin la menor duda. ¿Se fijó usted en que esa joven dijo que el encargado anterior había estado robando a *sir* Gervasio? Apuesto a que Lake contó este cuento para sus propios fines. Probablemente estaría haciendo lo mismo, *sir* Gervasio debió sospechar y envió a buscarle a usted porque no sabía hasta dónde habían llegado las relaciones entre Lake y Ruth. Luego esta tarde le dijo que se habían casado, y eso desmoralizó totalmente a *sir* Gervasio. Era «demasiado tarde» para hacer nada, y decidió huir para siempre de todo. La verdad es que su cerebro nunca estuvo muy equilibrado. En mi opinión eso es lo que ocurrió. ¿Qué tiene que decir en contra?

Poirot se situó en el centro de la estancia.

—¿Qué tengo que decir? Esto: No tengo nada que objetar contra su teoría…, pero no llega lo bastante lejos. Hay ciertas cosas que no las ha tenido usted en cuenta.

—¿Como por ejemplo…?

—Los diversos estados de ánimo de *sir* Gervasio en el día de hoy; el hallazgo del lápiz del coronel Bury; la declaración de la señorita Cardwell, que es muy importante; la de la señorita Lingard en cuanto al orden en que fueron bajando a cenar; la posición de la butaca de *sir* Gervasio cuando fue encontrado; la bolsa de papel que había contenido naranjas y, por último, la más importante: el espejo roto.

El mayor Riddle se sobresaltó:

—¿Va usted a decirme que todo ese galimatías tiene sentido?

Hércules Poirot repuso sin elevar la voz:

—Espero que lo tenga… mañana.

Capítulo XI

Hércules Poirot despertóse a la mañana siguiente poco después de amanecer. Le habían destinado el dormitorio situado al lado este de la casa.

Saltando de la cama, dirigióse a la ventana, y abriendo el postigo, comprobó satisfecho que había salido el sol y que hacía un tiempo espléndido.

Comenzó a vestirse con la meticulosidad acostumbrada, y una vez terminada su *toilette* arrebujóse en un grueso abrigo y se ciñó al cuello una bufanda.

Luego, saliendo de puntillas de su habitación, dirigióse por la casa silenciosa hasta el salón, desde donde, tras abrir uno de los ventanales, salió al jardín.

El sol empezaba a disipar la neblina precursora de una mañana espléndida. Hércules Poirot anduvo por la terraza que rodeaba la casa hasta llegar ante los ventanales del despacho de *sir* Gervasio, donde hizo alto para contemplar la escena.

Inmediatamente después de los ventanales había una franja de hierba que corría paralela a la casa, y luego un gran arriate de plantas. Las margaritas estaban espléndidas. Delante hallábase el camino enlosado donde se encontraba Poirot. La franja de césped iba desde la casa a la terraza. Poirot la estuvo examinando cuidadosamente y luego meneó la cabeza antes de dedicar su atención a los lados del arriate.

En la parte derecha, distinguiéndose precisamente sobre la tierra blanda, veíanse huellas de pisadas.

Mientras se inclinaba sobre ellas con el ceño fruncido, oyó un ruido que le hizo volver la vista rápidamente.

Se había abierto una ventana, y pudo contemplar una cabeza de cabellos rojos. Enmarcado en aquella aureola rojiza vio el rostro inteligente de Susana Cardwell.

—¿Qué está usted haciendo a estas horas, señor Poirot? ¿Investigando?

Poirot inclinóse con la mayor corrección.

—Buenos días, *mademoiselle*. Sí, dice usted bien. ¡Está usted contemplando a un detective… a un gran detective, permítame la inmodestia, en plena investigación!

Susana ladeó la cabeza.

—Lo escribiré en mi Diario —comentó—. ¿Puedo bajar a ayudarle?

—Estaré encantado.

—Primero creí que era usted un ladrón. ¿Por dónde ha salido?

—Por el ventanal del salón.

—Dentro de un minuto estaré con usted.

Y cumplió su palabra. Al parecer, Poirot se encontraba exactamente en la misma posición que antes.

—Se ha despertado muy temprano, *mademoiselle*.

—La verdad es que no he dormido muy bien. Y empezaba a sentir esa sensación desesperada que se experimenta a las cinco de la mañana.

—¡No es tan temprano como eso!

—¡Pues lo parece! Ahora, superdetective, ¿puede decirme lo que está mirando?

—Pues estas huellas, *mademoiselle*.

—Vaya.

—Son cuatro —continuó Poirot—. Mire, voy a indicárselas. Dos que van en dirección del ventanal y dos en dirección contraria.

—¿De quién son? ¿Del jardinero?

—*Mademoiselle, mademoiselle*. Estas huellas han sido hechas por un zapatito femenino y de tacón alto. Mire, convénzase. Le ruego que pise en la tierra al lado de ellas.

Susana vaciló un instante, pero al fin colocó su pie en el lugar indicado por Poirot. Llevaba unos zapatos de tacón alto de piel color castaño oscuro.

—¿Ve? La suya es casi de la misma medida. Casi, pero no igual. Estas otras están hechas por un pie bastante más grande que el suyo. Quizá por la señorita Chevenix-Gore… la señorita Lingard… o *lady* Chevenix-Gore.

—No, *lady* Chevenix-Gore tiene el pie muy pequeño. Las mujeres de antes los tenían así… quiero decir que en aquellos tiempos procuraban tenerlo. Y la señorita Lingard siempre lleva zapatos planos.

—Entonces son de la señorita Chevenix-Gore. ¡Ah, sí, recuerdo que me dijo que ayer tarde estuvo en el jardín!

—¿Seguimos investigando? —preguntó Susana.

—Pues claro. Ahora iremos al despacho de *sir* Gervasio.

Abrió la marcha y Susana Cardwell avanzó tras él.

La puerta seguía colgando, medio arrancada, y la habitación estaba igual que la noche anterior. Poirot descorrió las cortinas para que entrase la luz del día.

Estuvo contemplando el arriate un par de minutos y al cabo dijo:

—Supongo, *mademoiselle,* que usted no habrá tenido amistad con ladrones…

Susana Cardwell meneó la cabeza con pesar.

—Me temo que no, *monsieur* Poirot.

—El primer inspector tampoco tiene la ventaja de haber intimado con ellos. Sus relaciones con las clases delincuentes han sido siempre estrictamente oficiales. Yo soy distinto. En cierta ocasión tuve una charla muy interesante con un ladrón. Me contó cosas sorprendentes acerca de los ventanales de este tipo… un juego que puede emplearse cuando el pestillo está lo suficientemente flojo.

Y mientras hablaba accionó la manija, de modo que la barra central se soltase, permitiendo que Poirot tirara de las dos puertas del ventanal para abrirlo. Una vez hecho esto, volvió a cerrar… sin girar la manija, de modo que la barra no se encajase. Soltó la manija, aguardó un instante y luego descargó un fuerte golpe en el centro de la barra, haciendo que, debido a la vibración producida por el golpe, se deslizara en su agujero… al mismo tiempo que la manija volvía a su sitio.

—¿Ve usted, *mademoiselle*?

—Creo que sí.

Susana se había puesto pálida.

—El ventanal ahora está cerrado. Es imposible entrar en una habitación estando cerrado el ventanal, pero es posible salir de ella, cerrar las puertas desde fuera, darle un golpe como yo he hecho de modo que la barra baje hasta introducirse en el agujero del suelo haciendo girar la manija. Entonces queda herméticamente cerrado, y cualquiera al verlo diría que había sido cerrado por dentro.

—¿Es eso… —La voz de Susana tembló un tanto— es eso lo que ocurrió anoche?

—Me parece que sí, *mademoiselle*.

—No creo una palabra —dijo realmente con violencia.

Poirot no replicó. Fue hasta la chimenea, desde donde se volvió para decirle:

—*Mademoiselle*, la necesito como testigo. Ya tengo otro, el señor Trent. Me vio recoger un pedacito de cristal ayer noche y le hable de él. Yo lo dejé donde estaba para que lo viera la policía. Incluso dije al primer inspector lo importante que era el espejo roto, pero no supo captar mi indirecta. Ahora usted es testigo de que se coloca este pedacito de cristal, sobre el cual ya llamé la atención del señor Trent, recuérdelo, en un sobrecito… así —unió la acción a la palabra—. Y escribo en él… así y lo cierro. ¿Es usted testigo, *mademoiselle*?

—Sí… pero… pero ignoro lo que significa.

Poirot dirigióse al otro lado de la habitación, y de pie detrás de la mesa escritorio estuvo contemplando el espejo roto que había en la pared, frente a él.

—Voy a decirle lo que significa, *mademoiselle*. Si usted hubiera estado aquí ayer noche, mirando ese espejo, hubiese podido ver cómo se cometía el crimen…

Capítulo XII

Por primera vez en su vida, Ruth Chevenix-Gore… ahora Ruth Lake… bajó a tiempo para desayunarse. Hércules Poirot se encontraba en el vestíbulo y se apartó ceremoniosamente a un lado para cederle el paso.

—Tengo que hacerle una pregunta, *madame*.

—¿Sí?

—Ayer noche estuvo usted en el jardín. ¿Pisó usted el arriate que hay ante el ventanal del despacho de *sir* Gervasio?

Ruth le miró extrañada.

—Sí, dos veces.

—¡Ah! Dos veces. ¿Cómo dos veces?

—La primera estaba cogiendo margaritas. Eso fue a eso de las siete.

—¿No es una hora un poco rara para coger flores?

—Sí, en verdad lo es. Había arreglado las flores ayer por la mañana, pero después del té Vanda dijo que las que había encima de la mesa del comedor no eran lo bastante frescas. A mí me parecieron bien y por eso no las había cambiado.

—Pero su madre le pidió que las cambiara. ¿Es así?

—Sí. De modo que salí antes de las siete. Las corté de esa parte del arriate porque casi nadie va por allí y no importa estropear el efecto.

—Sí, sí, pero ¿y la segunda vez? Usted dijo que fue dos veces.

—Eso fue poco antes de cenar. Me había caído una gota de brillantina en el vestido… precisamente en el hombro. No quise molestarme en cambiarme, y ninguna de las flores artificiales que tengo iban bien con el amarillo de mi traje. Recordé haber visto una rosa cuando estaba cogiendo las margaritas, de modo que fui a cortarla y me la prendí en el hombro.

Poirot asintió lentamente con la cabeza.

—Sí, recuerdo que ayer noche llevaba usted una rosa. ¿A qué hora fue a cortarla, *madame*?

—La verdad, no lo sé.

—Pero es esencial, *madame*. Piense… haga memoria…

Ruth frunció el entrecejo.

—No puedo precisarlo —dijo al fin—. Debió ser… oh, claro, debió ser a eso de las ocho y cinco. Cuando iba a entrar en la casa oí sonar el batintín y luego aquella extraña detonación. Iba de prisa porque creía que era el segundo batintín y no el primero.

—¡Ah!, de modo que usted pensó que era el segundo… ¿Y no trató de abrir el ventanal mientras estuvo en el arriate?

—Pues, a decir verdad, sí. Pensé que tal vez estuviera abierto y por allí hubiese adelantado camino, pero estaba cerrado.

—Así queda todo explicado la felicito, *madame*.

Ella le miró extrañada.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que tiene explicación para todo… para las huellas de sus zapatos…, el pedacito de barro pegado a la suela… y sus huellas dactilares encontradas en la parte exterior del ventanal. Todo muy conveniente.

Antes de que Ruth pudiera contestar, la señorita Lingard bajó corriendo la escalera con las mejillas arreboladas y se sorprendió un tanto al ver a Poirot y Ruth juntos.

—Les ruego me perdonen —dijo—. ¿Ocurre algo?

Ruth replicó furiosa:

—¡Creo que el señor Poirot se ha vuelto loco!

Y dando media vuelta dirigióse al comedor mientras la señorita Lingard volvió su rostro asombrado hacia Poirot.

—Después del desayuno —le dijo— se lo explicaré. Me gustaría que se reunieran todos a las diez en el despacho de *sir* Gervasio.

Y repitió su petición al entrar en el comedor.

Susana Cardwell le dirigió una mirada rápida, desviándola luego para fijarla en Ruth. Hugo dijo:

—¿Eh? ¿Qué es lo que pretende?

Susana le dio un codazo y él se calló, obediente.

Cuando el desayuno hubo terminado, Poirot se puso en pie para dirigirse a la puerta, desde la que se volvió, sacando un reloj anticuado.

—Son las diez menos cinco. Dentro de cinco minutos… en el despacho.

Poirot miró a su alrededor y estuvo contemplando el círculo de rostros interrogantes. Todo el mundo estaba allí, con una sola excepción… y en aquel preciso momento la excepción hizo acto de presencia. *Lady* Chevenix-Gore penetró en la estancia con paso suave y lánguido. Parecía enferma y demacrada.

Poirot le acercó una butaca, que ella ocupó, mas al alzar la vista y ver el espejo roto estremecióse e hizo lo posible por ladear un poco su asiento.

—Gervasio está aún aquí —dijo en tono casual—. ¡Pobre Gervasio!… Ahora pronto estará libre.

Poirot carraspeó antes de anunciar:

—Les he pedido que vinieran aquí para que pudiesen conocer los hechos verdaderos del suicidio de *sir* Gervasio.

—Fue el Destino —dijo *lady* Chevenix-Gore—. Gervasio era fuerte, pero la Fatalidad lo fue aún más.

El coronel Bury inclinóse un poco hacia delante.

—Vanda…, querida.

Sonriendo, le tendió su mano, que él tomó entre las suyas, mientras ella decía suavemente:

—Eres un consuelo, Ned.

Ruth dijo en tono irritado:

—¿Hemos de entender que ha averiguado definitivamente la causa del suicidio de mi padre, señor Poirot?

El detective meneó la cabeza.

—No, *madame*.

—¿Entonces a qué viene ese galimatías?

Poirot replicó sin inmutarse:

—Ignoro la causa del suicidio de *sir* Gervasio Chevenix-Gore, porque *sir* Gervasio Chevenix-Gore no se suicidó. No se quitó la vida, puesto que le asesinaron.

—¿Asesinado?

Varias voces repitieron la palabra, y todos los rostros volviéronse hacia él sobresaltados. *Lady* Chevenix-Gore, alzando los ojos, exclamó:

—¿Asesinado? ¡Oh, no! —Y meneó la cabeza de un lado a otro.

—¿Asesinado ha dicho usted? —Era Hugo quien había hablado—. Imposible. No había nadie en la habitación cuando entramos. La ventana estaba cerrada, la puerta también, y la llave la tenía mi tío en el bolsillo. ¿Cómo pudieron matarle?

—Sin embargo, le asesinaron.

—¿Y el asesino escapó por el agujero de la cerradura, supongo? —dijo el coronel Bury en tono escéptico—. ¿O voló por la chimenea?

—El asesino —dijo Poirot— salió por el ventanal. Ahora voy a demostrarle cómo.

Y repitió las maniobras del ventanal.

—¿Lo ven? ¡Así es como lo hizo! Desde el primer momento no me pareció probable que *sir* Gervasio se hubiera suicidado. Había dado siempre muestras de egomanía, y un hombre así no se quita la vida.

»¡Y hay otras muchas cosas! Aparentemente, antes de morir, *sir* Gervasio se había sentado ante su escritorio para escribir “LO LAMENTO” ante una hoja de papel, y luego se pegó un tiro. Pero antes de hacerlo, por una u otra razón, varió la posición de su butaca, volviéndola de modo que quedara al lado del escritorio. ¿Por qué? Tenía que haber una explicación. Y comencé a ver la luz cuando descubrí un pedacito diminuto de cristal pegado en una de esas pesadas estatuillas de bronce…

»Me pregunté cómo era posible que aquel pedacito de espejo roto hubiera llegado hasta allí… y se me ocurrió una explicación. El espejo no había sido roto por la bala, sino por haber sido golpeado con la pesada figura de bronce. Aquel espejo había sido roto con toda intención. Pero ¿por qué? Volví al escritorio y miré la butaca. Sí, entonces lo comprendí. Todo estaba equivocado. Ningún suicida cambia su asiento de lugar, se inclina hacia uno de sus lados y se pega un tiro. Todo fue dispuesto de aquella manera para que pareciese un suicidio.

»Y ahora llegamos a algo muy interesante. La declaración de la señorita Cardwell. La señorita Cardwell dijo que bajó corriendo porque creyó haber oído el segundo batintín. Es decir, pensó que ya había sonado el primero. Ahora fíjense bien, si *sir* Gervasio estaba sentado ante su mesa en forma normal cuando le dispararon, ¿adónde hubiera ido la bala? Viajando en línea recta, hubiera salido por la puerta, si estaba abierta, ¡y hubiera dado en el batintín!

»¿Comprenden ahora la importancia de la declaración de la señorita Cardwell? Nadie más había oído el primer batintín, pero es que su habitación está precisamente encima de ésta y se encontraba en la mejor situación para oírlo. ¿Recuerdan que fue sólo una nota…?

»No cabía la posibilidad de que *sir* Gervasio se hubiera pegado un tiro. Un muerto no puede levantarse, cerrar la puerta con llave y colocarse en una posición conveniente. Otra persona era la responsable, y por lo tanto no fue suicidio, sino asesinato. Alguien cuya presencia fue fácilmente aceptada por *sir* Gervasio y que estaba de pie a su lado hablando con él. *Sir* Gervasio tal vez estaba escribiendo. El

asesino acercó la pistola al lado derecho de su cabeza y disparó. ¡El crimen se ha realizado! ¡Entonces a trabajar de prisa! El asesino se calza unos guantes. Cierra la puerta y coloca la llave en el bolsillo de *sir* Gervasio. Pero ¿y si alguien ha oído la nota del batintín? Entonces se sabría que la puerta estaba abierta y no cerrada cuando se efectuó el disparo. Así que cambia de posición la butaca, coloca la pistola en la mano del difunto y entonces rompe el espejo adrede. Enseguida el asesino sale por el ventanal, que luego cierra como les he demostrado, y pisa, no en la hierba, sino en el arriate, donde sus huellas puedan ser disimuladas más tarde; luego da la vuelta a la casa y penetra en el salón. —Hizo una pausa y luego continuó—. Sólo había una persona en el jardín cuando sonó el disparo. La misma que dejó sus pisadas en el arriate y sus huellas dactilares en la parte exterior del ventanal.

Se aproximó a Ruth.

—Y usted tenía un motivo, ¿verdad? Su padre estaba enterado de su matrimonio secreto y estaba dispuesto a desheredarla.

—¡Es mentira! —La voz de Ruth sonó clara y enojada—. En esa historia no hay una sola palabra de verdad. ¡Es mentira desde el principio al final!

—Las pruebas contra usted son muy fuertes, *madame*. Es posible que un jurado la crea… o no.

—No tendrá que enfrentarse con un jurado.

Todos se volvieron a mirar, sobresaltados. La señorita Lingard se había puesto en pie, con el rostro alterado y temblando como una azogada.

—Yo le maté. ¡Lo confieso! Tenía mis razones. Yo… yo había estado esperando algún tiempo. El señor Poirot tiene razón. Le seguí hasta aquí. Antes había cogido la pistola del cajón. Me puse a su lado hablándole del libro… y disparé. Eso fue poco antes de las ocho. La bala dio en el batintín. Nunca imaginé que pudiera atravesarle la cabeza. No había tiempo para salir a buscarla. Cerré la puerta y puse la llave en el bolsillo. Luego di vuelta a la silla, rompí el espejo, y después de escribir «LO LAMENTO» en un pedazo de papel, salí por el ventanal, cerrándolo del modo que les ha demostrado el señor Poirot. Pasé por encima del arriate, pero luego hice desaparecer mis huellas con un rastrillo que había dejado preparado. Después fui al salón, donde había dejado el ventanal abierto. Ignoraba que Ruth había salido por allí. Debió ir hacia la parte delantera de la casa mientras yo iba a la de atrás. Tuve que esconder el rastrillo en el cobertizo. Esperé en el salón hasta que oí que alguien bajaba la escalera y que Snell iba a tocar el batintín y entonces…

Miró a Poirot.

—¿No sabe lo que hice entonces?

—Sí que lo sé. Encontró la bolsa en el cesto de los papeles. Fue una idea muy ingeniosa. Hizo usted lo que les encanta a los niños. Hinchó la bolsa de aire y luego hizo estallar. Después la arrojó a la papelera y salió corriendo al vestíbulo. De este modo establecía la hora del crimen… y una coartada para sí misma. Pero aún había una cosa que la inquietaba. No había tenido tiempo de recoger la bala. Debía estar

cerca del batintín, y era esencial que la encontrasen en el despacho, cerca del espejo. Ignoro cuándo se le ocurrió la idea de apoderarse del lápiz del coronel Bury…

—Fue precisamente entonces —explicó la señorita Lingard—. Cuando todos entramos en el salón. Me sorprendió ver a Ruth en la habitación. Comprendí que debía de llegar del jardín y que entró por el ventanal. Entonces vi el lápiz del coronel Bury sobre la mesa del *bridge* y lo escondí en mi bolso. Si luego alguien me veía recoger la bala, podría decir que había sido el lápiz. A decir verdad, creí que nadie me había visto cogerla. La dejé caer junto al espejo mientras ustedes miraban el cadáver. Y cuando usted sacó a relucir ese tema me alegré de haber pensado en recoger el lápiz.

—Sí, fue muy lista. Me despistó por completo.

—Mi temor era que alguien hubiera oído el verdadero disparo, pero sabía que todos estaban en sus habitaciones vistiéndose para la cena y por lo tanto tendrían las puertas cerradas. Los criados estaban en sus dependencias. La señorita Cardwell era la única que tal vez lo oyera, y sin duda pensaría que era una falsa explosión. Lo que oyó fue el batintín. Creí… creí… que todo había salido sin el menor tropiezo…

El señor Forbes dijo despacio y en tono solemne:

—Es una historia extraordinaria. Parece que no tenía motivos…

La señorita Lingard replicó con voz clara:

—Había una razón… —Y agregó en tono fiero—: ¡Avisen a la policía! ¿A qué están esperando?

Poirot dijo sin alterarse:

—¿Quieren hacer el favor de desalojar la habitación? Señor Forbes, telefonee al mayor Riddle. Yo me quedaré aquí hasta que llegue.

Poco a poco todos fueron desfilando, mientras volvían sus rostros extrañados y sorprendidos hacia la figura erecta y delgada de cabellos grises cuidadosamente peinados.

Ruth fue la última en marcharse, y permaneció dudando en la puerta.

—No lo comprendo —dijo enojada, desafiante y mirando a Poirot—. Hace un momento usted pensaba que había sido yo.

—No, no. —Poirot movió la cabeza—. No, nunca lo pensé.

Ruth salió de la habitación muy lentamente.

Poirot quedó a solas con aquella mujer de mediana edad, menuda y pulcra que había confesado ser autora de un crimen tan inteligentemente planeado y cometido con tanta sangre fría.

—No —dijo la señorita Lingard—. Usted no pensó que hubiera sido ella. La acusó para hacerme hablar. ¿No es cierto?

Poirot asintió con un gesto.

—Mientras esperamos —dijo la señorita Lingard—, ¿puede usted decirme lo que le hizo sospechar de mí?

—Varias cosas. En primer lugar, su propia declaración con respecto a *sir* Gervasio. Un hombre orgulloso como él no hubiera hablado mal de su sobrino a un extraño. Usted quiso robustecer la teoría del suicidio. Incluso llegó a insinuar que la causa de su muerte fue algún disgusto relacionado con Hugo Trent. Eso también era algo que *sir* Gervasio no hubiera admitido nunca ante un extraño. Luego, el objeto que usted recogió en el recibidor, y el hecho muy significativo de no mencionar que Ruth al entrar en el salón lo hizo por el ventanal. Luego encontré la bolsa de papel… ¡un objeto que no era propio encontrar en la papelera del salón en una casa como Hamborough Close! Usted era la única persona que estaba en el salón cuando oyó la «detonación». Ese truco indicaba a una mujer… es un truco casero. De modo que todo encajaba. Su interés por hacer que sospechara de Hugo y no de Ruth. El mecanismo del crimen… y su móvil.

La mujer de cabellos grises se irguió.

—¿Lo conoce?

—Creo que sí. ¡La felicidad de Ruth… ése fue su móvil! Imagino que debió verla con John Lake… y lo que había entre ellos. Y luego, como tenía acceso a los papeles de *sir* Gervasio, dio con el borrador de su último testamento… Ruth no heredaría a menos que se casara con Hugo Trent. Eso la decidió a tomar la justicia por su mano, aprovechándose de la circunstancia de que *sir* Gervasio me había escrito. Probablemente vio la copia de esa carta. Ignoro qué sentimiento de temor o sospecha hizo que me escribiera. Es posible que sospechara que Burrows o Lake le estafaban sistemáticamente, y su incertidumbre en cuanto a los sentimientos de Ruth le decidió a buscar un investigador privado. Usted se aprovechó de ello y preparó la escena para el suicidio, basando su relato en que *sir* Gervasio estaba muy preocupado por algo relacionado con Hugo Trent. Usted me envió un telegrama y dijo que *sir* Gervasio había comentado que llegaría «demasiado tarde».

La señorita Lingard dijo furiosa:

—Gervasio Chevenix-Gore era un bribón, un pedante y un charlatán. No iba a permitir que destrozara la felicidad de Ruth.

Poirot preguntó sin alterarse:

—¿Ruth es hija suya?

—Sí… es mi hija. Había pensado en ella… muchas veces. Cuando oí que *sir* Gervasio Chevenix-Gore necesitaba que le ayudasen a escribir la historia de la familia, aproveché la oportunidad. Sentía deseos de ver a mi… a mi hija. Sabía que *lady* Chevenix-Gore no iba a reconocerme. Han pasado muchos años… entonces yo era joven y bonita, y ahora llevo otro nombre. Además, *lady* Chevenix-Gore es demasiado ambigua para recordar nada con precisión. Ella me agradaba, pero odiaba al resto de la familia. Me trataban como a un perro. Y ahí estaba Gervasio dispuesto a arruinar la vida de Ruth con su orgullo y su tontería. ¡Y ella será feliz… si no sabe nunca quién soy!

Era una súplica.

Poirot inclinó la cabeza.

—Por mí nadie ha de saberlo.

—Gracias —repuso *miss* Lingard.

Más tarde, cuando la policía se la hubo llevado, Poirot encontró a Ruth Lake y a su esposo en el jardín.

—¿Pensó usted realmente que había sido yo, señor Poirot? —le preguntó ella en tono de reto.

—*Madame,* supe que usted no podría haberlo hecho por las margaritas.

—¿Las margaritas? No comprendo.

—*Madame,* sólo había cuatro huellas en la hierba. Dos que iban y dos que venían. Si hubiera estado cortando flores tendría que haber dejado muchas más. Lo cual significaba que entre su primera visita y la segunda alguien había borrado las demás. Cosa que sólo pudo hacerla el culpable, y puesto que sus huellas no fueron borradas, no era usted la culpable. Quedaba automáticamente eliminada.

El rostro de Ruth se iluminó.

—Oh, ya comprendo. Supongo que le parecerá a usted extraño, pero siento compasión por esa pobre mujer. Al fin y al cabo, confesó para evitar que me detuvieran a mí o por lo menos eso he creído. Eso fue… noble, en cierto sentido. Me disgusta pensar que va a ser juzgada por un crimen.

Poirot dijo en tono amable:

—No se preocupe. No llegarán a juzgarla. El doctor me ha dicho que está muy enferma del corazón y que no vivirá muchas semanas.

—Lo celebro. —Ruth arrancó una flor de azafrán y la acercó a su mejilla.

—Pobre mujer. Quisiera saber por qué lo hizo.

Triángulo de Rodas

(Triangle at Rhodes).

Capítulo I

Hércules Poirot hallábase sentado sobre la blanca arena contemplando el brillante mar azul. Iba pulcramente vestido de franela blanca y protegía su cabeza con un gran sombrero panamá; como perteneciente a la antigua generación, creía en la conveniencia de cubrirse para huir del sol. La señorita Pamela Lyall, sentada a su lado, representaba a la moderna escuela y por lo tanto cubría su cuerpo bronceado con la mínima expresión de ropa. Era además una habladora incansable.

De vez en cuando detenía su verbosidad para volver a untarse la piel con el aceite de una botellita que tenía al lado.

Al otro lado de *miss* Pamela Lyall estaba su gran amiga la señorita Sara Blake, tumbada cara arriba sobre una toalla de alegre colorido. El bronceado de la señorita Blake era de lo más perfecto posible, y su amiga en más de una ocasión le dirigía miradas de envidia.

—Aún tengo zonas por broncear —murmuró pesarosa—. *Monsieur* Poirot… ¿le importaría? Debajo de la paletilla izquierda… no llego.

El señor Poirot obedeció y luego secóse cuidadosamente la mano con su pañuelo. La señorita Lyall, cuyo principal interés en la vida era el observar a las personas que estaban a su alrededor y el sonido de su propia voz, continuó charlando.

—No me había equivocado… esa mujer… la del modelo «Chanel»… es Valentina Dacress… Chantry quiero decir. Ya me lo pareció. La reconocí enseguida. Es maravillosa, ¿verdad? Comprendo que se vuelvan locos por ella. ¡Y ella no espera otra cosa! Por eso tiene media batalla ganada. Esa pareja llegó anoche. Se llaman Gold. Él es guapísimo…

—¿Recién casados? —murmuró Sara con voz un tanto afectada.

La señorita Lyall movió la cabeza con aire experimentado.

—¡Oh, no… sus ropas no son lo bastante nuevas! ¡Las novias se adivinan desde lejos! Señor Poirot, ¿no le parece lo más fascinante del mundo observar a los demás, y ver lo que se puede adivinar de ellos con sólo mirarlos?

—No te conformas con mirar, querida —dijo Sara dulcemente—. También haces muchas preguntas.

—Aún no he hablado con los Gold —replicó la aludida con dignidad—. Y de todas formas no veo por qué uno no ha de interesarse por sus congéneres… La naturaleza humana es sencillamente fascinadora. ¿No le parece, señor Poirot?

Esta vez se detuvo el tiempo suficiente para que su compañero pudiera contestar.

Sin apartar la vista del mar azul, *monsieur* Poirot replicó:

—*Ça depend*.

Pamela se sorprendió.

—¡Oh, señor Poirot! Yo no creo que haya nada tan interesante… ¡tan incalculable como un ser humano!

—¡Incalculable! Eso no.

—¡Oh, pero lo son! Cuando uno piensa que ya los tiene clasificados… le salen con algo completamente inesperado.

Hércules Poirot movió la cabeza.

—No, no, eso no es cierto. Es muy raro que alguien realice una acción que no vaya *dans son caractére*. Y al final resulta monótono.

—¡No estoy de acuerdo con usted! —exclamó Pamela Lyall.

Guardó silencio durante todo un minuto y medio antes de volver al ataque.

—Tan pronto como veo a la gente, empiezo a preguntarme lo que serán… qué relación tienen unos con otros… lo que piensan y lo que sienten. Es… es muy emocionante.

—Nada de eso —repuso Hércules Poirot—. La naturaleza se repite más de lo que usted puede imaginar. El mar —agregó pensativo— tiene infinitamente más variedad.

Sara volvió la cabeza hacia un lado para preguntar:

—¿Usted cree que los seres humanos tienden a reproducirse según ciertos patrones? ¿Patrones estereotipados?

—*Précisément* —dijo Poirot trazando un dibujo sobre la arena con su dedo índice.

—¿Qué es lo que está dibujando? —preguntó Pamela, curiosa.

—Un triángulo —replicó Poirot.

Pero Pamela había puesto ya su atención en otra parte.

—Ahí vienen los Chantry —dijo.

Por la playa se acercaba una mujer… una mujer alta, muy consciente de sí misma y de su figura. Les dirigió una leve inclinación de cabeza al acomodarse a cierta distancia. Su albornoz rojo y dorado resbaló de sus hombros. Llevaba un traje de baño blanco.

Pamela suspiró.

—¿No tiene una figura encantadora?

Pero Poirot estaba contemplando su rostro… el rostro de una mujer de treinta y nueve años… que había sido famosa desde los dieciséis por su belleza.

Conocía, como todo el mundo, la historia de Valentina Chantry. Había sido célebre… por muchas cosas… por sus caprichos, su fortuna, sus enormes ojos color

zafiro y sus aventuras matrimoniales. Había tenido cinco maridos e innumerables *flirts*. Fue la esposa sucesivamente de un conde italiano, un magnate de acero americano, un tenista profesional y de un motorista de carreras. De los cuatro, el americano había muerto, pero de los otros tres se divorció desdeñosamente. Seis meses atrás contrajo matrimonio por quinta vez… con su comandante de Marina.

Y era al quien venía por la playa tras ella. Silencioso, sombrío…, con una mandíbula enérgica y ademanes bruscos. Tenía cierto aire de gorila, primitivo.

Ella le dijo:

—Tony, querido…, ¿quieres darme mi pitillera…?

Se la entregó en el acto… prendió fuego a su cigarrillo… y la ayudó a bajarse los tirantes de su traje de baño blanco. Ella se tendió al sol, y él quedó a su lado como la fiera que guarda su presa.

Pamela dijo, bajando la voz:

—¿Sabe? Me interesan terriblemente… ¡Él es tan bruto! Tan callado y tan vehemente. Supongo que a una mujer como ella le gusta esto. ¡Debe ser como dominar a un tigre! Me pregunto cuánto tiempo durará. Se cansa muy pronto de sus maridos, según creo… sobre todo ahora. De todas formas, si ella intenta deshacerse de él, creo que puede resultarle peligroso.

Otra pareja se presentó en la playa… con bastante timidez. Eran los recién llegados de la noche anterior. Los señores Gold, según averiguó la señorita Lyall inspeccionando el libro de registro del hotel. También supo, puesto que así lo exigían los registros italianos… sus nombres de pila y sus edades respectivas.

El señor Douglas Cameron Gold contaba treinta y un años, y su esposa, Emma Gold, treinta y cinco.

Como ya hemos dicho, el mayor entretenimiento de la señorita Lyall era el estudio de los seres humanos. Y contrariamente a la mayoría de los ingleses, era capaz de entablar de buenas a primeras conversación con desconocidos, en vez de esperar los cuatro días que acostumbran los británicos dejar transcurrir antes de dar el primer paso. Ella, no obstante, sin demostrar la menor timidez ni vacilación, al ver avanzar a los Gold, les gritó:

—Buenos días; ¿verdad que hace un día precioso?

La señora Gold era una mujer menudita… bastante semejante a un ratón. No mal parecida, sus facciones eran regulares y su figura no era despreciable, pero tenía cierto aire de desaliño que hacía que nadie reparara en ella.

Su esposo, por el contrario, era extremadamente atractivo, con una belleza casi teatral. De cabellos rubios muy rizados, ojos azules, anchos hombros y caderas estrechas. Parecía más un artista de cine que un hombre de la vida real, pero en cuanto abría la boca, aquella impresión desaparecía. Era muy natural y nada petulante, tal vez un poco estúpido.

La señora Gold miró agradecida a Pamela y sentóse cerca de ella.

—¡Qué color bronceado más bonito tiene usted! ¡Yo me encuentro tan blanca!

—Cuesta un trabajo terrible tostarse por un igual —suspiró la señorita Lyall.

Hizo una pausa antes de continuar:

—Acaban de llegar, ¿verdad?

—Sí. Ayer noche. Llegamos en el barco *Vapore d'Italia*.

—¿Había estado antes en Rodas?

—No. Es muy bonito, ¿verdad?

Su esposo comentó:

—La lástima es que esté tan lejos.

—Sí, si estuviera más cerca de Inglaterra…

Sara dijo en voz baja:

—Sí, pero sería terrible. La gente estaría aquí como las sardinas en lata. ¡No habría ni sitio donde pisar!

—Es cierto, desde luego —repuso Douglas Gold—. Es una lástima que el cambio italiano sea tan ruinoso en la actualidad.

—Sí, hay una gran diferencia, ¿verdad?

La conversación continuó por caminos trillados, y nadie hubiera podido considerarla brillante.

Un poco más allá Valentina Chantry se incorporó para sentarse en la arena mientras con una mano sostenía su traje de baño en posición conveniente.

Bostezó como un gato mimado y miró a su alrededor con aire indiferente hasta que sus ojos se posaron en la cabeza dorada de Douglas Gold.

Movió los hombros provocativamente y habló en voz más alta de lo necesario.

—Tony, querido…, ¿no es divino… este sol? Debí ser adoradora del sol alguna vez… ¿no te parece?

Su esposo gruñó algo como respuesta, que no entendieron. Valentina Chantry continuó diciendo con voz altisonante:

—¿Quieres alisar un poco la toalla, querido?

Y con infinitos cuidados volvió a acostarse sobre la arena. Ahora Douglas Gold la miraba y en sus ojos brillaba un franco interés.

La señora Gold susurró feliz dirigiéndose a la señorita Lyall:

—¡Qué mujer más hermosa!

Pamela, que disfrutaba tanto dando informaciones como recibiéndolas, dijo en voz baja:

—Es Valentina Chantry… Antes se llamaba Valentina Dacress… Es maravillosa, ¿verdad? Él está loco por ella… ¡no la pierde de vista ni un instante!

La señora Gold miró una vez más hacia el mar y luego comentó:

—El mar está realmente precioso… y tan azul. Creo que debemos bañarnos ahora, ¿no te parece, Douglas?

Él seguía contemplando a Valentina Chantry y tardó un poco en contestar. Cuando lo hizo fue con aire ausente:

—¿Bañarnos? Oh, sí, desde luego, dentro de un minuto.

Marjorie Gold se puso en pie y avanzó hacia las olas.

Valentina, colocándose de lado, fijó su mirada en Douglas Gold, y su boca roja se curvó en una sonrisa.

A Douglas Gold se le puso el cogote encarnado.

Valentina Chantry dijo a su marido:

—Tony, querido…, ¿te importaría ir a buscarme un tarro de crema? Está encima del tocador. Quería traerlo y se me ha olvidado. Tráemelo… Eres un ángel.

El comandante, obediente, emprendió el camino del hotel.

Marjorie Gold se lanzó al mar, gritando:

—Está estupendo, Douglas… caliente. Ven.

—¿No va usted a bañarse? —le preguntó Pamela Lyall.

—¡Oh! —exclamó él distraído—. Primero quiero calentarme bien.

Valentina Chantry mantuvo la cabeza erguida unos momentos como si fuera a llamar a su esposo… pero éste estaba ya en el jardín del hotel.

—Me gusta meterme en el agua en el último momento —explicó el señor Gold.

La señora Chantry volvió a incorporarse y cogió un frasco de aceite bronceador. Al parecer, encontraba dificultad en abrirlo… el tapón se resistía a pesar de sus esfuerzos.

—¡Oh!, vaya… —dijo en voz alta—. ¡No puedo destaparlo!

Lanzó una mirada hacia el grupo.

—Tal vez ustedes…

Poirot, siempre galante, se puso en pie, mas Douglas Gold tenía la ventaja de su juventud y elasticidad, y estuvo a su lado al instante.

—¿Quiere que la ayude?

—¡Oh, gracias…! —Volvía a ser la dulzura personificada—. Es usted tan amable. Soy tan torpe para estas cosas… siempre lo hago al revés. ¡Oh! ¡Ya lo ha destapado! ¡Muchísimas gracias…!

Hércules Poirot sonrió para sus adentros, y poniéndose en pie echó a andar por la playa en dirección contraria. No llegó muy lejos, pero empleó bastante tiempo. Cuando regresaba, la señora Gold salía del agua y fue a reunirse con él. Había estado nadando, y su rostro, bajo una gorra de baño nada favorecedora, estaba radiante.

Dijo casi sin aliento:

—Me encanta el agua. Y aquí está tan caliente y maravillosa.

Comprendió que era una bañista entusiasta.

—Douglas y yo tenemos locura por el mar —siguió diciendo—. Él se pasa horas en el agua.

Y Hércules Poirot dirigió su mirada por encima del hombro de su interlocutora al lugar donde aquel entusiasta nadador estaba charlando con Valentina Chantry.

Su esposa dijo:

—No comprendo por qué no viene…

Su voz tenía un ligero matiz de asombro.

Poirot posó su mirada pensativa en la persona de Valentina Chantry, considerando que otras mujeres se habrían hecho aquella misma pregunta en distintas ocasiones.

Percibió que la señora Gold contenía el aliento y dijo en tono frío:

—Supongo que se cree muy atractiva, pero a Douglas no le agrada ese tipo de mujer.

La señora Gold volvió a zambullirse y nadó hacia dentro con brazadas lentas y seguras.

Poirot dirigió sus pasos hacia el grupo sentado en la playa, y que se había visto aumentado por la llegada de un viejo militar, el general Barnes, un veterano que siempre se rodeaba de juventud. Ahora hallábase sentado entre Pamela y Sara, discutiendo con la primera diversos escándalos con profusión de detalles.

El comandante Chantry había regresado, y él y Douglas Gold estaban sentados uno a cada lado de Valentina.

Valentina charlaba con facilidad con su dulce y acariciadora voz, volviendo la cabeza ora hacia un hombre, ora hacia el otro.

Estaba terminando de contar una anécdota.

—… ¿y qué cree usted que dijo aquel tonto? «Puede que haya sido sólo un momento, pero yo la reconocería en cualquier parte». ¿No es cierto, Tony? A mí me pareció muy amable. El mundo es tan bueno… quiero decir, que todo el mundo es bueno conmigo siempre. No sé por qué… pero lo son. Pero yo dije a Tony…, ¿recuerdas, querido…? «Tony, si tienes que tener celos de alguien, puedes tenerlos de ese comisario». Porque, desde luego, era encantador…

Hubo una pausa y Douglas Gold dijo:

—Algunos de esos comisarios… son buenísimas personas.

—Oh, sí… pero se tomó tantas molestias… la verdad, muchísimas… y parecía tan complacido por poder ayudarme…

—Eso no tiene nada de extraño —repuso Douglas Gold—. Estoy seguro de que cualquiera lo haría por usted.

—¡Qué galante es usted! —exclamó encantada—. ¿Tony, has oído?

El comandante Chantry lanzó un gruñido.

—Tony nunca me dice cosas bonitas…, ¿verdad, corderito mío?

Y su mano blanca, de uñas largas y rojas, jugueteó con sus cabellos oscuros.

Él le dirigió una mirada de soslayo mientras Valentina murmuraba:

—La verdad es que no sé cómo me soporta. Es tan inteligente… y yo no digo más que tonterías, pero no parece importarle. A nadie le importa lo que yo diga o haga… Todos me rechazan. Estoy segura de que eso me perjudica extraordinariamente.

El comandante Chantry dijo dirigiéndose al otro hombre:

—¿Es su esposa la que está en el agua?

—Sí. Supongo que ya es hora de que vaya a reunirme con ella.

Valentina murmuró:

—Pero se está tan bien aquí al sol… No debe bañarse todavía. Tony, querido, no creo que me bañe hoy… Es el primer día que vengo a la playa y podría resfriarme. Pero ¿por qué no te bañas ahora, Tony querido? El señor… el señor Gold me hará compañía mientras tanto.

Chantry replicó bastante ceñudo:

—No, gracias. Aún no me apetece. Creo que su esposa le está haciendo señas, Gold.

—¡Qué bien nada su esposa! —dijo Valentina—. Estoy segura que es de esas mujeres que todo lo hacen bien. Siempre me han asustado, porque tengo la impresión de que me desprecian. Yo lo hago todo tan mal… soy una completa nulidad, ¿verdad, Tony querido?

Nuevamente el comandante Chantry limitóse a gruñir.

—Eres demasiado bueno para admitirlo —le dijo su esposa en tono afectuoso—. Los hombres sois tan leales… eso es lo que más me gusta. Yo creo que los hombres son mucho más leales que las mujeres… y nunca dicen cosas desagradables. Las mujeres siempre me han parecido bastante mezquinas.

Sara Blake se volvió a Poirot, murmurando:

—¡Un ejemplo de mezquindad, insinuar que la querida señora Chantry no es una absoluta perfección! ¡Qué estúpida es esa mujer! La verdad es que me parece la más tonta de cuantas he conocido. No sabe hacer otra cosa que decir «Tony querido», y poner los ojos en blanco. Imagino que en vez de cerebro tiene algodón en rama.

Poirot alzó sus expresivas cejas.

—*Un peu sévére*!

—Oh, sí. Puede considerarla una auténtica «gata», si quiere. ¡Desde luego, tiene sus métodos! ¿Es que no puede dejar tranquilo a ningún hombre? Su esposo parece un nublado.

—La señora Gold nada muy bien.

—Sí, no es como nosotras, que nos molesta mojarnos. Me pregunto si la señora Chantry se bañará algún día mientras esté aquí.

—¡Qué va! —replicó el general Barnes—. No se arriesgará a descomponer su maquillaje. No es que no sea atractiva, aunque tal vez sea algo exagerada.

—Ahora le mira a usted, general —dijo Sara con mala intención—. Y se equivoca en lo del maquillaje. Hoy en día son todos fabricados a prueba de besos y de agua.

—La señora Gold sale del agua —anunció Pamela.

—Aquí venimos recogiendo nueces y flores… —canturreó Sara—. Aquí viene su esposa para llevárselo… llevárselo…

La señora Gold se acercó por la playa. Tenía una figura bonita, pero su gorro de baño era demasiado práctico para resultar favorecedor.

—¿No vienes, Douglas? —preguntó impaciente—. El mar está estupendo y caliente.

—Ahora mismo.

Douglas apresuróse a levantarse. Se detuvo un momento, que aprovechó Valentina Chantry para sonreírle.

—*Au revoir* —dijo.

Gold y su esposa se alejaron.

Tan pronto como estuvieron fuera del alcance de su voz, Pamela dijo en tono de crítica:

—No me parece que haya obrado bien. El arrebatar al esposo del lado de otra mujer es siempre mala política. Da la impresión de demasiada autoridad, y a los hombres no les gusta.

—Sabe usted muchas cosas de los maridos, señorita Pamela —le dijo el general Barnes.

—¡De los de las demás… no del mío!

—¡Ah! Ahí es donde está la diferencia.

—Sí; pero, general, he aprendido un montón de «Esto No debe Hacerse».

—Bien, querida —dijo Sara—. Yo no me pondría un gorro de baño así por nada del mundo.

—Me parece una mujer muy sensible —dijo el general—. Una mujercita encantadora.

—Ha dado usted en el clavo, general —replicó Sara—. Pero usted sabe que existe un límite para la sensibilidad de la mujer. Me da la impresión de que no sería tan sensible tratándose de Valentina Chantry.

Y volviendo la cabeza exclamó en voz baja y excitada:

—Mírenle ahora. Es un nublado. Ese hombre debe tener un temperamento terrible.

El comandante Chantry había fruncido el ceño después de marcharse la pareja, y su aspecto era amenazador.

—¿Bien? —dijo Sara mirando a Poirot—. ¿Qué le parece todo esto?

Hércules Poirot no contestó con palabras, sino que nuevamente trazó un signo en la arena. El mismo signo… un triángulo.

—El eterno triángulo —musitó Sara—. Tal vez tenga razón. De ser así, vamos a pasarlo muy bien durante las próximas semanas.

Capítulo II

El señor Hércules Poirot sufrió una decepción en Rodas. Había ido a descansar y a disfrutar de sus vacaciones, y sobre todo para alejarse del crimen. Le dijeron que a finales de octubre Rodas estaría casi desierto… que era un lugar pacífico y apartado.

Eso era bastante cierto. Los Chantry, los Gold, Pamela, Sara, el general, él y dos parejas de italianos, eran los únicos huéspedes. Pero dentro de aquel círculo limitado la mente privilegiada de Poirot supo adivinar los acontecimientos que iban a ocurrir inevitablemente.

«Es que ya tengo mi mente estragada por el crimen —se dijo en tono de reproche —. ¡Es una indigestión! Y me imagino cosas que no existen».

Pero seguía preocupado.

Una mañana, al bajar, encontró a la señora Gold sentada en la terraza y haciendo labor.

Al acercarse tuvo la impresión de que había ocultado a toda prisa un pañuelito.

La señora Gold tenía los ojos secos, pero demasiado brillantes. Y su saludo le pareció a Poirot demasiado alegre, como si quisiera disimular así su tristeza.

—Buenos días, señor Poirot —le dijo con tal entusiasmo que despertó sus sospechas.

No era posible que estuviera tan contenta de verle como pretendía. Al fin y al cabo no le conocía muy bien, y aunque Hércules Poirot era un hombre orgulloso en lo tocante a su profesión, era muy modesto al apreciar su atractivo personal.

—Buenos días, *madame* —respondió—. Otro día espléndido.

—Sí. ¿No es una suerte? Douglas y yo siempre tenemos suerte con el tiempo.

—¿De veras?

—Sí. La verdad es que siempre hemos tenido suerte juntos. Cuando uno ve tantos matrimonios que son desgraciados, señor Poirot, tantas parejas que se divorcian y demás, se siente agradecida por la propia felicidad.

—Me agrada oírle decir eso, *madame*.

—Sí. ¡Douglas y yo somos tan felices…! Nos casamos hace cinco años…, y hoy día cinco años de matrimonio es mucho tiempo.

—No me cabe la menor duda de que en algunos casos puede parecer una eternidad —replicó Poirot secamente.

—… pero en realidad creo que somos más felices ahora que cuando nos casamos. Estamos muy enamorados el uno del otro.

—Y naturalmente, eso es lo principal.

—Por eso me dan tanta pena los que no son felices.

—¿Se refiere usted…?

—¡Oh! Hablo en general, *monsieur* Poirot.

—Ya.

La señora Gold cogió una hebra de seda y continuó:

—Por ejemplo, la señora Chantry…

—Sí…, ¿la señora Chantry…?

—No creo que sea una mujer agradable.

—No, no; tal vez no.

—En realidad estoy convencida de que no lo es. Pero en cierto modo me da lástima, porque a pesar de su dinero y su belleza… y todo lo demás… —A la señora Gold le temblaban los dedos y no conseguía enhebrar la aguja— no es de la clase de mujeres que sepan conservar a un hombre. Creo que los hombres se cansan de ella con gran facilidad. ¿No lo cree usted así?

—Yo desde luego me cansaría de su conversación antes de que hubiera transcurrido mucho tiempo —replicó Poirot con cautela.

—Sí, eso es lo que quiero decir. Desde luego, posee cierto atractivo… —La señora Gold vacilaba, con los labios temblorosos. Un observador menos astuto que Hércules Poirot no hubiera pasado por alto su desasosiego. Continuó diciendo de modo incongruente:

—¡Los hombres son como niños! Lo creen todo…

Se inclinó sobre su bordado, y Hércules Poirot consideró prudente cambiar de tema.

—¿No se baña esta mañana? —le preguntó—. ¿Y su esposo?

La señora Gold contestó en el tono más desafiante:

—No, esta mañana, no. Dijimos que iríamos a ver las murallas de la ciudad antigua. Pero no sé cómo ha sido… el caso es que no nos encontramos, y se marcharon sin esperarme.

El plural era revelador, mas antes de que Poirot pudiera decir nada, el general Barnes subió a la playa y se dejó caer en una silla junto a ellos.

—Buenos días, señora Gold. Buenos días, señor Poirot. ¿Han desertado los dos esta mañana? ¡Cuántos ausentes! Ustedes, el señor Gold y la señora Chantry. ¿Dónde han ido?

—¿Y el comandante Chantry? —preguntó Poirot en tono indiferente.

—Oh, no, está en la playa. La señorita Pamela le tiene acaparado —el general rió—. ¡Le está resultando un poco difícil! Es de esos hombres duros y silenciosos que aparecen en las novelas.

Marjorie Gold, dijo estremeciéndose:

—Ese hombre me asusta un poco. Algunas veces está tan… tan sombrío… ¡Como si fuera capaz de hacer… cualquier cosa!

Volvió a estremecerse.

—Supongo que no debe hacer bien las digestiones —dijo el general en tono alegre—. La dispepsia es responsable de muchas melancolías románticas o genios ingobernables.

Marjorie Gold le dirigió una sonrisa cortés.

—¿Y dónde está su esposo? —preguntó el general.

La respuesta llegó sin vacilación… en tono alegre y natural.

—¿Douglas? Ha ido a la ciudad con la señora Chantry. Creo que han ido a echar un vistazo a las murallas.

—¡Ajá…!, sí… muy interesante. La época de los caballeros y demás. Tendría que haber ido usted también, mi querida señora.

—Creo que he bajado demasiado tarde —replicó la señora Gold.

Y poniéndose en pie al tiempo que murmuraba una excusa, se dirigió al hotel.

El general Barnes la miraba marchar con expresión preocupada y moviendo la cabeza con pesar.

—Es una mujercita encantadora. Vale más que una docena de muñecas pintarrajeadas como alguna cuyo nombre no menciono. ¡Ja! ¡Su marido es tonto! No sabe lo que tiene.

Volvió a mover la cabeza y al fin, levantándose, también entró en el hotel.

Sara Blake subía de la playa y había oído las últimas palabras del general.

Y haciendo una mueca dirigida a la espalda del excombatiente, observó mientras tomaba aliento:

—¡Una mujercita encantadora… una mujercita encantadora! Los hombres siempre aprueban a las mujeres sencillas… pero cuando llega la hora de la verdad siempre ganan las muñecas pintadas. Es triste, pero es así.

—*Mademoiselle* —dijo Poirot en tono brusco—, ¡todo esto no me gusta nada!

—¿No? Ni a mí tampoco. No, para ser sincera, en realidad me gusta. En el fondo todos tenemos un lado malo que disfruta de las calamidades del prójimo y las cosas desagradables que le ocurren a nuestras amistades.

—¿Dónde está el comandante Chantry?

—En la playa. Pamela le está disecando. ¡Se está divirtiendo de lo lindo! Y por cierto que con ella no ha conseguido mejorar su humor. Cuando yo subí parecía una nube a punto de descargar. Se avecina la tormenta, créame.

—Hay algo que no comprendo… —murmuró Poirot.

—Pues es bastante fácil de comprender —dijo Sara—. Pero lo que vaya a ocurrir… eso es otra cuestión.

—Como usted bien dice, *mademoiselle*… es el futuro lo que me inquieta.

—Es una bonita manera de expresarse —dijo Sara entrando en el hotel.

En la puerta casi tropezó con Douglas Gold. El joven parecía bastante satisfecho de sí mismo y al mismo tiempo ligeramente culpable.

—Hola, *monsieur* Poirot —y agregó—: He estado enseñando las murallas de las Cruzadas a la señora Chantry. Marjorie no ha tenido ganas de venir.

Poirot enarcó las cejas, pero aunque hubiera querido no hubiese tenido tiempo de hacer ningún comentario, puesto que Valentina Chantry llegaba gritando con voz altisonante:

—Douglas… una ginebra rosa, necesito una ginebra.

Douglas Gold fue a pedirla y Valentina se sentó junto a Poirot. Aquella mañana estaba radiante.

Al ver que Pamela y su esposo se acercaban les gritó agitando una mano:

—¿Has disfrutado del baño, Tony querido? ¿Verdad que hace una mañana espléndida?

El comandante Chantry no contestó. Y una vez hubo subido el tramo de escalones, pasó sin pronunciar palabra y entró en el bar.

Llevaba los brazos caídos, lo cual acentuaba su parecido con un gorila.

Valentina Chantry se quedó con su hermosa boca abierta.

El rostro de Pamela Lyall expresaba regocijo ante aquella situación, y disimulándola cuanto le fue posible, sentóse al lado de Valentina Chantry, preguntándole:

—¿Se ha divertido?

—Ha sido maravilloso. Hemos…

Al llegar a este punto, Poirot levantóse yendo en dirección al bar, donde encontró al joven Gold esperando la ginebra rosa con el rostro arrebolado. Parecía contrariado y furioso.

—¡Ese hombre es un bruto! —dijo dirigiéndose a Poirot e indicando con la cabeza al comandante Chantry, que se alejaba.

—Es posible —replicó Poirot—. Sí, es posible; pero recuerde que a *les femmes* les gustan los brutos.

Douglas musitó:

—¡No me sorprendería que la maltratase!

—Y probablemente eso también le gustará a ella.

Douglas Gold le miró extrañado y cogiendo la ginebra rosa, salió a la terraza.

Hércules Poirot ocupó uno de los taburetes y pidió un *sirop de cassis*. Mientras lo bebía exhalando suspiros de placer, entró Chantry y pidió varias ginebras rosa en rápida sucesión.

Y de pronto dijo en tono violento, dirigiéndose al mundo en general, más que a Poirot:

—Si Valentina cree que puede deshacerse de mí como lo hizo con todos esos tontos, se equivoca. Es mía y pienso conservarla. No será de ningún otro, a menos que pase por encima de mi cadáver.

Y arrojando cierta cantidad de dinero sobre el mostrador, giró sobre sus talones y salió.

Capítulo III

Tres días más tarde, Hércules Poirot fue a la Montaña del Profeta. Era un paseo agradable y fresco bajo los abetos verdes dorados que subía serpenteando por encima de las mezquindades y querellas de los seres humanos. El automóvil se detuvo ante el

restaurante y Poirot apeóse para ir a pasear por los bosques. Al fin llegó a un lugar que parecía la verdadera cima del mundo. Allá abajo, con su azul profundo y deslumbrante, estaba el mar.

Allí por fin estaba en paz… lejos de preocupaciones… por encima del mundo. Y colocando su abrigo cuidadosamente doblado sobre un tronco cortado, se sentó al lado.

—No me cabe la menor duda de que *le bon Dieu* sabe lo que hace. Pero resulta extraño que haya creado ciertos seres humanos. *Eh bien*, aquí por lo menos, durante un rato, estaré al margen de estos molestos problemas —y dicho esto quedó absorto en la contemplación del paisaje.

De pronto alzó los ojos sobresaltado. Una mujer con un traje de chaqueta color castaño venía corriendo hacia él. Era Marjorie Gold y esta vez había abandonado todo disimulo. Su rostro estaba bañado en lágrimas.

Poirot no pudo evadirse, pues ya llegaba junto a él.

—*Monsieur* Poirot. Tiene que ayudarme. Soy tan desgraciada que no sé qué hacer. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?

Le miró con el rostro descompuesto y sus manos se aferraron a la manga de su americana. Luego, como si hubiera visto alguna cosa que la asustara, retrocedió un tanto.

—¿Qué…, qué… es eso? —tartamudeó.

—¿Quiere usted mi consejo, *madame*? ¿Es eso lo que me pide?

—Sí…, sí…

—*Eh bien*… aquí lo tiene. —Poirot dijo escuetamente—: Márchese de aquí enseguida… antes de que sea demasiado tarde.

—¿Qué? —Ella le miró sorprendida.

—Ya me ha oído. Abandone la isla.

—¿Dejar la isla? —Le miraba estupefacta.

—Eso es lo que he dicho.

—Pero ¿por qué…?, ¿por qué?

—Es el consejo que le doy… si aprecia su vida.

Ella contuvo la respiración.

—¡Oh! ¿Qué quiere decir con eso? Me asusta usted…, me asusta.

—Sí —replicó Poirot en tono grave—. Ésta es mi intención.

Ella escondió el rostro entre las manos.

—¡Pero no puedo! ¡Él no vendría conmigo! Me refiero a Douglas. Ella no le dejará. Se ha adueñado de él en cuerpo y alma… No querrá escuchar ni una palabra contra ella… Está loco por ella… Cree todo lo que le dice… que su marido la maltrata… que es una víctima inocente… que nadie la comprende… Ya no piensa en mí… no le intereso. Quiere que le devuelva la libertad… que me divorcie. Cree que ella se divorciará de su marido y se casará con él. Pero yo temo… Chantry no querrá. No pertenece a esa clase de hombres. Ayer noche ella le enseñó a Douglas unos

cardenales que le hizo él en un brazo… según dice. Douglas se puso furioso. Es tan caballero él. ¡Oh! ¡Tengo miedo! ¿Cómo terminará todo esto? ¡Dígame lo que he de hacer!

Hércules Poirot permaneció en pie contemplando la línea de colinas azules del continente asiático que se veía al otro lado del mar y dijo:

—Ya se lo he dicho. Abandone la isla antes de que sea demasiado tarde.

—No puedo… no puedo… a menos que Douglas…

Poirot suspiró… encogiéndose de hombros.

Capítulo IV

Hércules Poirot encontrábase sentado en la playa con Pamela Lyall. Ella le decía con cierta complacencia:

—¡El triángulo se robustece! Ayer noche estaban sentados uno a cada lado de ella… lanzándose miradas incendiarias. Chantry había bebido demasiado y estuvo insultando a Douglas Gold. Gold se portó muy bien. Conservó la calma. Valentina disfrutaba, desde luego. Runruneaba como lo que es… una tigresa devoradora de hombres. ¿Qué cree usted que ocurrirá?

Poirot movió la cabeza.

—Tengo miedo. Tengo mucho miedo…

—¡Oh, como todos nosotros! —replicó *miss* Lyall hipócritamente y agregó—: Este asunto pertenece a su especialidad. O puede que llegue a pertenecer. ¿No puede hacer nada?

—He hecho lo que he podido.

La señorita Lyall inclinóse hacia delante presa de curiosidad.

—¿Qué ha hecho usted?

—Aconsejar a la señora Gold que abandonara la isla antes de que fuera demasiado tarde.

—¡Oh…! ¿De modo que usted cree…? —Se detuvo.

—¿Diga *mademoiselle*?

—¡De modo que eso es lo que usted cree que va a ocurrir! —repuso Pamela despacio—. Pero él no podría… nunca haría una cosa así… En realidad es tan agradable… Toda la culpa la tiene esa Valentina Chantry. Él no cometería… él no cometería —hizo una pausa, agregando en voz baja—: ¿Un asesinato? ¿No es ésa la palabra que tiene usted en el pensamiento?

—Lo está en otro pensamiento, *mademoiselle*. Se lo aseguro.

Pamela estremecióse.

—No lo creo —declaró.

Capítulo V

El desarrollo de los acontecimientos de la noche del veintiocho de octubre fue clarísimo. Para empezar, hubo una escena entre los dos hombres… Gold y Chantry. Chantry fue elevando la voz y sus últimas palabras fueron oídos por cuatro personas… el cajero, el gerente, el general Barnes y Pamela Lyall.

—¡Maldito cerdo! Si usted y mi mujer piensan que van a burlarse de mí, están equivocados. Mientras viva, Valentina seguirá siendo mi esposa.

Y dicho esto salió del hotel con el rostro lívido de coraje.

Eso fue antes de cenar. Después de la cena, nadie supo cómo, tuvo lugar la reconciliación. Valentina le pidió a Marjorie Gold que la acompañara a dar un paseo bajo la luz de la luna. Pamela y Sara fueron con ellas, mientras Gold y Chantry jugaban al billar. Cuando terminaron la partida se reunieron en el vestíbulo con Hércules Poirot y el general Barnes.

Y por primera vez Chantry estaba sonriente y de buen humor.

—¿Qué tal la partida? —preguntó el general.

—¡Ese muchacho es demasiado bueno para mí! —replicó el comandante—. Ha empezado haciendo cuarenta y seis carambolas seguidas.

Douglas Gold repuso con modestia:

—Pura casualidad. Le aseguro que fue así. ¿Qué quiere tomar? Iré a buscar un camarero.

—Ginebra rosa, gracias.

—Bien. ¿Y usted, general?

—Gracias. Tomaré un *whisky* con seltz.

—Yo también. ¿Y usted, señor Poirot?

—Es usted muy amable. Yo quisiera un *sirop de cassis*.

—¿Un *sirop*… qué?

—*Sirop de cassis*. Es jarabe de grosellas negras.

—¡Oh, un licor! Ya. Supongo que lo tendrán; pero nunca lo había oído nombrar.

—Sí, lo tienen, pero no es un licor.

Douglas Gold dijo riendo:

—Me parece un gusto bastante raro… pero cada hombre con su veneno. Iré a encargarlo.

El comandante Chantry tomó asiento. A pesar de que su natural no era hablador ni sociable, era evidente que hacía cuanto le era posible por mostrarse cordial.

—Es curioso ver cómo uno se acostumbra a vivir sin noticias —comentó.

El general lanzó un gruñido.

—No puedo decir que el *Continental Daily Mail*, que llega con cuatro días de retraso, me sirva de mucho. Claro que me envían el *Times* y el *Punch* cada semana, pero tardan demasiado en llegar.

—Me pregunto si no tendremos elecciones generales por la cuestión de Palestina…

—Ha sido llevada pésimamente —declaró el general cuando Douglas Gold reaparecía seguido del camarero y las bebidas.

El general acababa de comenzar una anécdota de su carrera militar en la India durante el año mil novecientos cinco, y los dos ingleses le escuchaban cortésmente, aunque sin gran interés, en tanto que Hércules Poirot sorbía su *sirop de cassis*.

Al llegar al fin de la narración hubo un coro de risas más o menos sinceras.

En aquel momento apareció el grupo de señoras. Las cuatro venían del mejor humor, charlando y riendo.

—Tony querido, ha sido divino —exclamó Valentina dejándose caer en una silla junto a él—. La señora Gold ha tenido una idea maravillosa. ¡Debían haber venido todos ustedes!

Su esposo dijo:

—¿Quieren beber algo?

Y miró interrogadoramente a las señoras.

—Para mí, ginebra rosa, querido —dijo Valentina.

—Ginebra y cerveza de jengibre —pidió Pamela.

—Un sidecar —fue la elección de Sara.

—Bien. —Chantry se puso en pie y entregó su ginebra rosa aún intacta a su esposa—. Toma ésta. Ya pediré otra para mí. ¿Y usted, señora Gold?

La señora Gold se estaba quitando el abrigo ayudada por su esposo y se volvió sonriente.

—¿Puedo tomar una naranjada, por favor?

—Lo que guste. Una naranjada.

Fue hacia la puerta y la señora Gold sonrió a su esposo.

—Ha sido delicioso, Douglas. Ojalá hubieras venido con nosotros.

—A mí también me hubiera gustado. Iremos otra noche, ¿verdad?

Se sonrieron.

Valentina Chantry alzó la copa de ginebra rosa y la vació de un trago.

—¡Oh! Lo necesitaba —suspiró.

Douglas Gold colocó el abrigo de Marjorie sobre una silla y al volver junto al grupo preguntó:

—Hola, ¿qué es lo que ocurre?

Valentina Chantry estaba reclinada en su silla con los labios amoratados y la mano puesta sobre el corazón.

—Me encuentro… muy rara… —musitó luchando por respirar.

Chantry volvía en aquel momento y apresuró el paso.

—Pero, Val, ¿qué te ocurre?

—No… no lo sé… La ginebra… tenía un sabor extraño.

¿La ginebra rosa?

Chantry giró en redondo con el rostro alterado y cogió a Douglas por un hombro.

—Era mi copa… Gold, ¿qué diablos había puesto en ella?

Douglas Gold contemplaba el rostro convulso de la esposa de Chantry, que ahora estaba palidísimo.

—Yo… yo… nunca…

Valentina Chantry se desplomó en su butaca.

El general Barnes exclamó:

—Traigan un médico… pronto.

Cinco minutos después Valentina Chantry había dejado de existir.

Capítulo VI

A la mañana siguiente no hubo baño. Pamela Lyall, muy pálida y con un sencillo traje oscuro, sorprendió a Hércules Poirot en el vestíbulo, para arrastrarlo al interior del salón.

—¡Es horrible! —le dijo—. ¡Horrible! ¡Usted lo dijo! ¡Usted lo previó! ¡Un crimen!

El detective inclinó la cabeza gravemente.

—¡Oh! —exclamó Pamela golpeando el suelo con el pie—. ¡Usted debió impedirlo como fuera! ¡Pudo haberlo impedido!

—¿Cómo? —quiso saber Hércules Poirot.

De momento quedó cortada.

—¿No podía haber acudido a alguien… a la policía…?

—¿Para decirles qué? ¿Qué es lo que uno puede decir… antes del hecho? ¿Que alguien lleva el crimen en su corazón? Le aseguro, *mon enfant*, que si un ser humano está decidido a matar a otro…

—Pudo haber avisado a la víctima —insistió Pamela.

—Algunas veces —replicó el detective— los avisos son inútiles.

—Pudo avisar al asesino… —dijo Pamela despacio—, demostrando que conocía sus intenciones.

Poirot asintió.

—Sí… ése es mejor plan. Pero incluso entonces hay que contar con el principal defecto de un criminal.

—¿Y cuál es?

—¡El orgullo! Un criminal nunca cree que su crimen puede fallar.

—Pero es absurdo… estúpido —exclamó Pamela—. ¡Ha sido un crimen infantil! Vaya, la policía arrestó enseguida a Douglas Gold.

—Sí —contestó Poirot—. Douglas Gold es un joven muy estúpido.

—¡Ya lo creo! Oí decir que encontraron el resto del veneno… que no sé cuál era…

—Estrofantina… un fuerte veneno que ataca al corazón.

—Y lo encontraron en el bolsillo de su chaqueta.

—Es bien cierto.

—¡Es una tontería increíble! —volvió a decir Pamela—. Tal vez tuviera intención de deshacerse de él más tarde… y la sorpresa de ver que la víctima era otra le paralizara. ¡Qué escena para una comedia! El amante poniendo estrofantina en el vaso del marido, y entonces, cuando está distraído, es la mujer quien se lo bebe… Piense en el momento terrible en que Douglas Gold comprendió que había matado a la mujer que amaba…

Ella se estremeció.

—Su triángulo. ¡El eterno Triángulo! ¿Quién hubiera pensado que terminaría así?

—Yo me lo temía —murmuró Poirot.

Pamela se volvió hacia él.

—Usted le previno… me refiero a la señora Gold. ¿Por qué no le advirtió también a él?

—¿Quiere decir por qué no advertí a Douglas Gold?

—No. Me refiero al comandante Chantry. Podría haberle dicho también que corría peligro… al fin y al cabo… él era el verdadero obstáculo. No me cabe la menor duda de que Douglas Gold confiaba en convencer a su esposa para que le concediera el divorcio… es una mujercita pobre de espíritu y está muy enamorada de él. Pero Chantry es una especie de demonio y estaba resuelto a no devolver a Valentina su libertad.

El detective se encogió de hombros.

—No hubiera servido de nada haber hablado con Chantry —dijo.

—Tal vez no —admitió Pamela—. Probablemente le hubiera dicho que sabía cuidar de sí mismo y que se fuera usted al diablo. Pero tengo la impresión de que podía haberse hecho algo.

—Yo pensé —replicó Poirot despacio— en tratar de persuadir a Valentina Chantry para que abandonara la isla, pero ella no hubiera creído mis palabras. Era demasiado estúpida para tomar en serio una cosa así. *Pouvre femme*! Su estupidez la ha matado.

—No creo que hubiera servido de nada el que hubiese abandonado la isla —dijo Pamela—. Él la hubiera seguido seguramente.

—¿Él?

—Douglas Gold.

—¿Usted cree que Douglas Gold se hubiera marchado tras ella? Oh, no, *mademoiselle*, está equivocada… completamente equivocada. Aún no ha comprendido la verdad de este caso. Si Valentina Chantry hubiera dejado la isla, su esposo se hubiese ido con ella.

Pamela le miró extrañada.

—Claro, es natural.

—Y entonces el crimen hubiera tenido lugar en otra parte… el asesinato de Valentina Chantry por su esposo.

Pamela se sobresaltó.

—¿Trata de decirme que fue el comandante Chantry… Tony Chantry… quien asesinó a Valentina?

—Sí. ¡Usted le vio hacerlo! Douglas Gold le trajo su copa y se sentó ante él. Cuando entraron las señoras todos miramos hacia la puerta; echó la estrofantina que tenía preparada en la ginebra rosa y muy cortésmente se la entregó a su esposa, que la tomó.

—¡Pero el paquetito de estrofantina fue encontrado en el bolsillo de Douglas Gold!

—Fue muy sencillo deslizarlo en su americana mientras todos rodeábamos a la moribunda.

Transcurrieron un par de minutos antes de que Pamela recobrara el aliento.

—¡Pero no entiendo ni jota! El triángulo… usted dijo…

Poirot, tras escuchar, movió la cabeza con energía.

—Dije que había un triángulo… sí. Pero usted imaginó el falso. ¡Fue usted víctima de una hábil interpretación! Usted pensó, como así se pretendía, que Tony Chantry y Douglas Gold estaban enamorados de Valentina Chantry. Usted creyó, como pretendían se creyera, que Douglas Gold, estando enamorado de Valentina Chantry, cuyo esposo habíase negado a divorciarse, dio el paso desesperado de administrar un fuerte veneno a Chantry, y que por un error fatal fue Valentina quien lo tomó. Todo esto es pura ilusión. Chantry había pensado deshacerse de su mujer. Desde el principio pude comprender que estaba harto de ella. Se casó por su dinero y ahora desea contraer matrimonio con otra mujer… y por ello planeó librarse de Valentina y conservar su dinero. Eso implicaba el crimen.

—¿Hay otra mujer?

—Sí, sí —replicó Poirot despacio—. La pequeña Marjorie Gold. ¡Desde luego, era el eterno triángulo! Pero usted lo vio equivocadamente. Ninguno de esos dos hombres estaban enamorados de Valentina Chantry. Fue su vanidad y la hábil puesta en escena de Marjorie Gold lo que le hizo pensarlo. La señora Gold es una mujer muy inteligente y en extremo atractiva en su estilo de *madona* modesta e insignificante. He conocido a cuatro criminales del mismo tipo. La señora Adams, que salió absuelta por la muerte de su esposo, pero todo el mundo sabe que lo mató. Mary Parker se deshizo de una tía, un novio y dos hermanos antes de que tuviera un descuido y fuese descubierta. Luego, la señora Rowden, que fue ahorcada. Y la señora Lecray, que escapó por un pelo. Esta mujer pertenece exactamente al mismo tipo. ¡La reconocí en el primer momento! ¡Ese tipo disfruta con el crimen como el pato en el agua! Y la verdad es que estaba muy bien planeado. Dígame, ¿qué pruebas tenía usted de que

Douglas Gold estuviera enamorado de Valentina Chantry? Si lo piensa bien, comprenderá que sólo las confidencias de la señora Gold y los arranques de celos de Chantry. ¿No es cierto? ¿Lo comprende ahora?

—Es horrible —exclamó Pamela.

—Fueron una pareja muy lista —dijo Poirot con aire profesional—. Planearon «encontrarse» aquí y realizar su crimen. ¡Esa Marjorie Gold tiene la sangre fría de un diablo! Hubiera enviado a su pobre marido inocente al patíbulo sin el menor remordimiento.

Pamela exclamó:

—Pero ayer noche fue detenido y se lo llevó la policía.

—Ah —dijo Poirot—; pero después yo estuve hablando con la policía. Es cierto que no vi a Chantry en el momento de echar el veneno en la copa; yo, como todos los demás, estaba mirando a las señoras que entraban. Pero en el momento en que comprendí que Valentina Chantry había sido envenenada, no aparté los ojos de su esposo. Y de este modo pude verle deslizar el paquetito de estrofantina en el bolsillo de Douglas Gold… ¿comprende?

Y agregó con expresión grave:

—Soy un buen testigo. Mi nombre es bien conocido y desde el momento que la policía oyó mi historia comprendió que el caso en cuestión tomaba un aspecto completamente distinto.

—¿Y luego?

—*Eh bien*, hicieron algunas preguntas al comandante Chantry. Trató de negarlo, pero no es muy inteligente y pronto se descubrió.

—¿De modo que Douglas Gold ha sido puesto en libertad?

—Sí.

—¿Y Marjorie Gold?

El rostro de Poirot se ensombreció.

—Yo la advertí —dijo—. Sí, la advertí… arriba, en el Monte del Profeta… Era la única posibilidad de evitar el crimen. Casi le dije que sospechaba de ella, lo comprendió, pero se creía demasiado lista… Le dije que abandonara la isla si apreciaba su vida y prefirió… quedarse…

Los trabajos de Hércules

El nombre de pila de Poirot me indujo irresistiblemente a escribir esta serie de historias cortas. Inicié el trabajo con gran entusiasmo, mas al poco tiempo perdí el ánimo ante el gran cúmulo de dificultades que no había previsto. Escribí sin titubear algunos de los episodios, tales como El león de Nemea y La hidra de Lerna. El toro de Creta, asimismo, salió de mi pluma con toda naturalidad; pero algunos de los «trabajos» eran un desafío a mi ingenio. El jabalí de Erimantea me tuvo en suspenso durante mucho tiempo, y lo mismo pasó con El cinturón de Hipólita. Y en cuanto a La captura del Cancerbero he de reconocer que me hizo perder todas las esperanzas. No podía imaginar ninguna acción apropiada a dicho título. Así es que durante seis meses no volví a ocuparme del asunto. Pero de pronto, subiendo un día las escaleras del «metro», se me ocurrió la idea. Pensé en ella con tanta excitación que subí y bajé las escaleras siete u ocho veces y por poco me atropella un autobús cuando, al fin, me dirigía a casa. El fregadero es el lugar más seguro y apropiado para planear mentalmente una historia. El trabajo meramente mecánico ayuda al fluir de las ideas y resulta delicioso encontrarse hechas las tareas domésticas sin acordarse de que una las hizo. Recomiendo de forma particular la rutina de los trabajos caseros a todas aquellas personas que pretendan crear una obra literaria. Ello no incluye el cocinar, pues en sí ya es una creación, mucho más divertida que escribir, mas, por desgracia, no tan bien pagada.

AGATHA CHRISTIE

A Edmund Cork,
por cuyos trabajos a favor de Hercule Poirot
les estoy profundamente agradecida,
dedico afectuosamente este libro.

Introducción

El piso de Hércules Poirot estaba amueblado a la última moda. Los adornos de metal cromado, y los sillones, si bien tapizados confortablemente, eran de formas cuadradas y sólida apariencia.

En uno de ellos se hallaba sentado Poirot, pulcramente, sin pasar de la mitad del asiento. Frente al detective, en otra butaca, estaba el doctor Burton sorbiendo con deleite un vaso de «Château Mouton Rothschild» que le ofreció su anfitrión. La apariencia del doctor no era tan relamida como la de su amigo. Era regordete y desaliñado, con una cara rubicunda y bonachona que relucía bajo la enmarañada masa de blancos cabellos. Tenía una risa profunda y sibilante y había adquirido el hábito de esparcir la ceniza de sus cigarros tanto sobre él, como sobre todo lo que le rodeaba. Poirot perdía el tiempo rodeándole de ceniceros.

El doctor Burton preguntó:

—Dígame, ¿a qué santo viene eso de Hércules?

—¿Se refiere usted a mi nombre de pila?

—Mal puede llamarse de pila, ya que es absolutamente pagano —objetó el otro —. Pero ¿por qué? Eso es lo que quiero saber. ¿Algún capricho de su padre? ¿Algún antojo de su madre? ¿Razones de familia? Si mal no recuerdo, aunque mi memoria ya no es lo que era, tuvo usted un hermano que se llamaba Aquiles, ¿no es cierto?

Poirot repasó mentalmente los detalles de la carrera de Aquiles Poirot. ¿Ocurrió en realidad todo aquello?, se preguntó.

—Sólo por poco tiempo —replicó al fin.

El doctor Burton eludió con prudencia mencionar de nuevo a Aquiles Poirot.

—Los padres debieran tener más cuidado con los nombres que ponen a sus hijos —reflexionó—. Vea usted; tengo varias ahijadas y una de ellas se llama Blanca, aunque es más morena que una gitana. Luego está Deirdre; Deirdre de los Dolores, y ha resultado ser más alegre que unas castañuelas. Y por lo que se refiere a Paciencia, hubieran hecho mejor llamándola impaciente —el viejo profesor de lenguas clásicas se estremeció—; pesa ahora ciento sesenta y ocho libras, aunque no tiene más que quince años. Dicen que es gordura infantil; yo no lo creo. ¡Diana! Querían que se llamara Helena, pero hice valer mis derechos. No podía hacer menos conociendo el aspecto de sus padres… ¡y el de su abuela! Traté con todas mis fuerzas de que se llamara Marta o Dorcas, o algo que fuera razonable… pero no me sirvió de nada… perdí el tiempo… Los padres son gente muy caprichosa.

Empezó a reír por lo bajo mientras su cara se arrugaba. Poirot lo miró inquisitivamente.

—Me estoy imaginando la conversación que sostendrían su madre de usted y la difunta señora Holmes, mientras cosían sus ropitas o hacían calceta: «Aquiles, Hércules, Sherlock, Mycroft…».

Poirot no parecía compartir el buen humor de su amigo.

—Por lo que veo, quiere usted decir que, físicamente, no soy ningún Hércules.

Los ojos del doctor Burton se fijaron en Poirot. Sobre su pulcra y diminuta persona, vestida con pantalones de etiqueta, correcta chaqueta negra y elegante corbata de pajarita. Recorrieron su figura desde los zapatos de charol hasta la cabeza en forma de huevo y el inmenso bigote que adornaba su labio superior.

—Con franqueza, Poirot: no se le parece usted en nada —dijo Burton—. Supongo que nunca habrá tenido tiempo para estudiar los clásicos —añadió.

—Así es.

—Pues es una lástima. Una verdadera lástima. Se ha perdido usted algo bueno. Si de mí dependiera, todo el mundo estaría obligado a estudiarlos.

Poirot se encogió de hombros.

—*Eh bien!* Pues yo he progresado sin tener necesidad de ellos.

—¡Progresar! ¡Progresar! No es cuestión de progresar. Ahí es donde todos se equivocan. Los clásicos no son el trampolín para alcanzar un éxito rápido, como los cursos por correspondencia. Las horas durante las cuales trabaja un hombre no son las que importan, sino sus horas de descanso. Ése es el error en que todos incurrimos. Póngase usted por ejemplo. Ha tenido muchos éxitos en el curso de su carrera y ahora quiere dejar sus ocupaciones y vivir tranquilamente… ¿Qué hará entonces con sus horas libres?

Poirot contestó sin vacilar:

—Me dedicaré… al cultivo de calabacines.

El doctor Burton se sorprendió.

—¿Calabacines? ¿Qué quiere decir? ¿Esas cosas verdes e hinchadas que saben a agua?

—¡Ah! —exclamó Poirot con entusiasmo—. Ése es el punto más interesante de la cuestión. Lo que hace falta es que no sepan a agua.

—Vamos. Ya comprendo… Espolvoreándolos con queso, con cebolla picada o con salsa blanca.

—No, no. Está usted en un error. Me figuro que puede mejorarse el actual sabor del calabacín. Se le puede dar —puso los ojos en blanco— un *bouquet*…

—Por favor, tenga en cuenta que no se trata de un clarete.

La palabra «*bouquet*» recordó al doctor Burton el vaso que tenía a su lado. Bebió un sordo y lo paladeó.

—Es muy bueno este vino; tiene calidad —hizo un gesto de aprobación con la cabeza—. Pero ese asunto de los calabacines… ¿no hablará usted en serio? No querrá decir… que está dispuesto a encorvarse… —Con gesto de consternación sus manos descendieron hasta su abultado estómago— a encorvarse para abonar esas cosas con estiércol; alimentarlas con guedejas de lana empapadas en agua y todo lo demás que suele hacerse.

—Al parecer, está usted muy enterado de cómo se cultivan los calabacines —argumentó Poirot.

—Durante mis estancias en el campo he visto cómo lo hacían los hortelanos. Pero, Poirot, ¡vaya ocupación! Compare eso —bajó la voz hasta un tono insinuante— con un buen sillón frente a una chimenea encendida, en una habitación alargada y baja de techo, atestada de libros… debe ser una habitación alargada, no cuadrada. Con muchos libros. Un vaso de oporto… y un libro abierto en la mano. El tiempo vuelve atrás cuando usted lee:

‘“Μὴτ ὀ’ αὖτε κυβερνήτηζ ἐνὶ οἴνοπι πόντῳ
νῆα θοὴν ἰθύνει ἐρεχθομένην ἀνέμοισι”’

Tradujo:

«De nuevo por su destreza,
el vinoso mar el piloto endereza
la rápida nave zarandeada por los vientos».

Primero recitó las estrofas en griego, con voz sonora, y luego las tradujo.

—Desde luego al traducir, nunca puede uno llegar a compenetrarse con el verdadero espíritu del texto original —comentó.

Estaba tan entusiasmado que, de momento, se olvido de Poirot. Y éste, contemplando a su amigo, sintió una repentina duda… un remordimiento incómodo. ¿Habría perdido algo? Le invadió la tristeza. Sí; debió trabar conocimiento con los clásicos… tiempo atrás. Ahora, por desgracia, era demasiado tarde.

El doctor Burton interrumpió estos melancólicos pensamientos.

—¿Y quiere usted decir que está realmente dispuesto a retirarse? —preguntó.

—Sí.

El doctor soltó una risita apagada.

—No lo hará —dijo.

—Le aseguro que…

—No será usted capaz de ello. Está demasiado interesado por su trabajo.

—No; de veras. Ya lo tengo todo dispuesto. Unos pocos casos más; seleccionados especialmente, no todo lo que se presente, compréndame. Sólo problemas que tengan un atractivo personal.

El doctor Burton gesticuló.

—Sí; eso es lo que se dice siempre. Solamente un caso o dos; sólo un caso más y así sucesivamente. Su despedida no será como la de una prima donna.

Volvió a reír mientras se levantaba lentamente. Parecía un simpático enanito de pelo blanco.

—Los de usted no son los «trabajos» de Hércules —le dijo—. Son trabajos de su afición. Ya verá usted como tengo razón. La apuesto lo que quiera a que dentro de dos meses está usted todavía aquí y los calabacines no son más —se estremeció— que simples calabacines.

El doctor Burton se despidió de su amigo y salió de la rectangular y severa habitación.

Paso por estas páginas para no volver a ellas. Solamente nos interesa lo que dejó tras él; es decir, una idea. Porque después de su marcha, Poirot volvió a sentarse y como en sueños, murmuró

—Los trabajos de Hércules… *Mais oui, c'est une idée, ça…*

* * *

Hércules Poirot se hallaba al día siguiente repasando un grueso volumen encuadernado en piel y otros tomos más delgados, a la vez que daba rápidos vistazos a varias hojas de papel escritas a máquina.

La señorita Lemon, su secretaria, había recibido instrucciones en el sentido de que hiciera acopio de referencias acerca de Hércules.

Y sin la menor muestra de curiosidad, porque era de las que no se extrañan de nada, la eficiente secretaria había llevado a cabo su trabajo.

Poirot se zambulló de cabeza en un revuelto mar de erudición clásica referente en su mayoría a Hércules, célebre héroe que, después de muerto, fue elevado a la categoría de dios y recibió honores divinos.

Hasta ahí la cosa iba bien… pero después no fue todo coser y cantar. Durante dos horas, Poirot leyó sin descanso, hizo anotaciones, frunció el ceño y consultó las notas escritas a máquina, así como los otros libros de referencia. Finalmente, se recostó en su asiento y sacudió la cabeza. La disposición de ánimo que tuviera la noche anterior parecía haberse disipado. ¡Qué gente!

¡Hércules, por ejemplo… un héroe! ¡Y qué héroe! ¡Qué otra cosa fue, más que un tipo corpulento y musculoso, de escasa inteligencia e instintos criminales! Poirot se acordó de un tal Adolphe Durand, un carnicero que fue juzgado en Lyon por el año 1895; un individuo con la fuerza de un toro que había asesinado a varios niños. La defensa alegó que su cliente padecía epilepsia, lo cual seguramente era cierto; mas a pesar de ello se discutió durante varios días si se trataba de *grand mal* o *petit mal*. Posiblemente Hércules sufría de lo primero. Poirot movió negativamente la cabeza. Si éste era el concepto que los griegos tenían de un héroe, no podía compararse con la idea que del mismo sujeto se tiene en los tiempos modernos. Le sorprendió, además,

el conjunto de modelos clásicos. Aquellos dioses y diosas parecían tener tantos alias como cualquier criminal de nuestros días. No había duda de que eran tipos de tendencias delictuosas. Alcoholismo, libertinaje, incesto, rapto, saqueo, homicidio, trampas… Lo suficiente para tener constantemente ocupado a un *jugue d'instruction*. Nada de vida familiar respetable. Ni orden ni método. Hasta en los crímenes que cometían se apreciaba la falta de esto último.

—¡Vaya con Hércules! —dijo Poirot con acento desilusionado mientras se levantaba.

Miró con aprobación todo lo que le rodeaba. Una habitación cuadrada con buenos muebles modernos y hasta una escultura constituida por un cubo puesto sobre otro y, encima de ellos, uno hilos de cobre geométricamente dispuestos. En mitad de aquella habitación, relumbrante y ordenada, «él mismo». Contempló su figura en el espejo. Un Hércules moderno… muy distinto de aquel desagradable tipo desnudo, de abultados músculos, que blandía una porra. Allí estaba él, con su persona pequeña y maciza, vestida con un correcto traje de calle y con un bigote… un bigote que Hércules no hubiera soñado nunca en poseer… un bigote magnífico, aunque algo sofisticado por la modernidad de los tiempos.

Y, no obstante, entre Hércules Poirot y el Hércules clásico existían puntos de semejanza. Sin lugar a dudas, ambos fueron útiles librando al mundo de ciertas plagas. Cada uno de ellos podía considerarse como benefactor de la sociedad en que había vivido.

Al marcharse, la noche anterior, el doctor Burton había dicho: «Los de usted no son los "trabajos" de Hércules…».

Pero el viejo fósil se había equivocado en eso. Podían volver a ejecutarse los «Trabajos de Hércules…» ¡de un Hércules moderno! ¡Una ingeniosa y divertida chifladura! En el período precedente a su retirada del oficio aceptaría doce casos; ni uno más ni uno menos. Y estos doce problemas los escogería él de forma que tuvieran cierto parecido con los doce trabajos que llevó a cabo Hércules. Sí; aquello no sería solamente divertido, sino artístico y espiritual.

Poirot cogió el Diccionario Clásico y volvió a enfrascarse en la lectura de la mitología. No tenía la intención de seguir puntualmente los pasos de su prototipo. Nada de mujeres, ni hablar de la camisa de Neso… Solamente los «Trabajos».

El primero de ellos, por lo tanto, sería el del león de Nemea.

—El león de Nemea —repitió, paladeando, saboreando con fruición las palabras.

Como era lógico no esperaba que se le presentara un caso en que tuviera que vérselas con un león de carne y hueso. Sería mucha coincidencia que la Dirección del Parque Zoológico le encargase resolver un problema relacionado con un auténtico león.

No; tenía que tratarse de una cosa simbólica. El primer caso podía referirse a una célebre figura pública, ¡algo sensacional y de gran importancia! Un criminal de campanillas… o alguien que fuera como un león, para la opinión publica. Cualquier

conocido escritor, o un político, o un pintor… ¿y por qué no podía ser alguien perteneciente a la realeza?

Le gustó la idea.

No debía tener prisa… Esperaría… esperaría a que se le presentara aquel caso de tanta importancia que iba a ser el primero de los «Trabajos» que él mismo se había impuesto.

El león de Nemea

(The Nemean Lion).

1

—¿Alguna cosa interesante, señorita Lemon? —preguntó Poirot cuando entró en su despacho a la mañana siguiente.

Tenía plena confianza en la señorita Lemon. Era una mujer sin imaginación, pero poseía un instinto certero. Cualquier cosa que ella calificaba como digna de consideración, lo era por regla general. Había nacido para ser secretaría.

—No hay mucho, *monsieur* Poirot. Sólo una carta que me figuro le interesará. La puse encima de las demás.

—¿De qué se trata? —preguntó el detective.

—Es de un señor que le ruega investigue la desaparición de un perrito pequinés propiedad de su esposa.

Poirot se detuvo con un pie en el aire. Lanzó una mirada de profundo reproche a la señorita Lemon, pero ella no se dio cuenta. Había empezado a teclear en la máquina de escribir y lo hacía con la rapidez y precisión de una ametralladora.

Poirot estaba sorprendido; sorprendido y amargado. La señorita Lemon, la eficiente secretaria, le había decepcionado. ¡Un perrito pequinés! Después del sueño que tuvo la noche anterior, en el que se vio saliendo del Palacio de Buckingham, adonde fue llamado para recibir personalmente el agradecimiento real… Fue una lástima que su criado entrara en aquel momento en el dormitorio para servirle el chocolate matutino.

Estuvo a punto de proferir unas expresiones satíricas y mordaces. No las profirió porque la señorita Lemon no las hubiera oído, de todas formas, dada la rapidez y eficacia con que estaba escribiendo a máquina.

Poirot lanzó un gruñido de disgusto y cogió la carta colocada sobre el montoncito que su secretaria había formado en uno de los lados de la mesa.

Sí; era exactamente como había dicho la señorita Lemon. Unas señas de la capital y una petición concisa y ruda, en términos comerciales. Su objeto: el secuestro de un perrito pequinés. Uno de esos caprichos de ojos saltones que las damas ricas acostumbran mimar con exceso. Los labios de Hércules Poirot se fruncieron al leer aquello. No era ninguna cosa desacostumbrada. Nada fuera de lugar, o… sí, sí; en un pequeño detalle la señorita Lemon tenía razón. Había algo que no era corriente.

Poirot tomó asiento y leyó la carta con detenimiento. No era la clase de asunto que quería ni que se había prometido él mismo. No era un caso importante bajo ningún aspecto; no revestía significación alguna: No era… y aquí radicaba el punto crucial de su objeción… un apropiado «Trabajo» de Hércules.

Pero por desgracia, sentía curiosidad… Levantó la voz hasta el punto en que la señorita Lemon pudiera oírle por encima del ruido que producía con la máquina de escribir.

—Telefonee a *sir* Joseph Hoggin —ordenó—, y pregúntele a qué hora me recibirá en su despacho.

Como de costumbre, la señorita Lemon había tenido razón.

* * *

—Yo soy un hombre sencillo, señor Poirot —dijo *sir* Joseph Hoggin.

El detective hizo un gesto comprensivo con la mano derecha. Con ella quería expresar, si así se prefiere, su admiración por la valía de la carrera que había hecho *sir* Joseph, al tiempo que apreciaba la modestia del caballero al describirse de tal forma. También podía haber significado una elegante desestimación de dicho calificativo. Pero en cualquier caso, no permitía entrever el pensamiento que dominaba entonces en la mente de Hércules Poirot. *Sir* Joseph, sin duda alguna era (utilizando el término en su sentido más familiar) un hombre de lo más sencillo. Los ojos del detective se fijaron en los abultados carrillos, en los diminutos ojos porcinos, en la nariz grande y bulbosa y en la boca de labios finos y apretados que poseía su interlocutor. Todo el conjunto le recordaba a alguien; pero de momento, no pudo precisar. Un recuerdo le turbaba tenazmente. Hacía mucho tiempo… en Bélgica… algo relacionado con jabón…

Sir Joseph continuó:

—No me gustan las fiorituras ni quiero andarme por las ramas. Mucha gente, señor Poirot, ni se hubiera preocupado por este asunto. Lo hubiera anotado como un crédito incobrable y se hubiera olvidado de él. Pero Joseph Hoggin no es de ésos. Soy un hombre rico… y, por decirlo así, doscientas libras ni me van ni me vienen…

Poirot se apresuró a comentar:

—Le felicito.

—¿Eh?

Sir Joseph calló durante un momento. Sus ojuelos se estrecharon aún más.

—Pero ello no quiere decir que tenga la costumbre de ir tirando el dinero por ahí —expresó secamente—. Lo que quiero lo pago. Pero al precio que rija en el mercado… no más.

—¿Se da usted cuenta de que mis honorarios serán elevados? —preguntó Poirot.

—Sí, sí. Pero ello —*sir* Joseph lo miró con expresión astuta— no tiene la menor importancia.

Hércules Poirot se encogió de hombros.

—Yo no regateo —anunció—. Soy un experto en estas cosas y como tal tendrá que pagar por mis servicios.

—Ya sé que es usted una celebridad dentro de su profesión —observó *sir* Joseph con franqueza—. Hice unas cuantas averiguaciones y comprobé que es usted el mejor hombre de que puedo disponer. Quiero llegar al fondo de esta cuestión y no me importa lo que valga. Por eso he acudido a usted.

—Ha tenido mucha suerte —dijo Poirot.

—¿Eh? —volvió a preguntar *sir* Joseph.

—Muchísima suerte —prosiguió Poirot con firmeza—. Puedo decir, sin pecar de inmodestia, que me hallo en la cúspide de mi carrera. Quiero retirarme dentro de poco para vivir en el campo, viajar y ver mundo; y también, tal vez, para cultivar mi jardín y dedicar preferente atención a mejorar la calidad de los calabacines. Son unas hortalizas magníficas… pero carecen de sabor. Mas ésta no es la cuestión. Deseaba tan sólo explicarle que antes de retirarme he de llevar a cabo cierta tarea que me he impuesto. He decidido aceptar doce casos… ni más ni menos. Una especie de «Trabajos de Hércules», si me permite que se lo diga así. Su caso, *sir* Joseph, es el primero de los doce, y me atrae —suspiró— por su sorprendente falta de importancia.

—¿Importancia? —preguntó *sir* Joseph.

—No; dije por su falta de importancia. Mis servicios han sido requeridos para investigar asesinatos, muertes inexplicables, atracos y robos de joyas. Pero ésta es la primera vez que se me llama para que emplee mi talento para aclarar el secuestro de un perrito pequinés.

El financiero lanzó un gruñido y dijo:

—¡Me sorprende usted! Hubiera jurado que a causa de su profesión le habían importunado muchas mujeres con cosas de sus perros favoritos.

—En eso tiene razón. Pero es ésta la primera ocasión en que me llama el marido de una de esas mujeres para que me ocupe del caso.

Los ojillos de *sir* Joseph lo miraron con expresión calculadora.

—Empiezo a comprender las alabanzas que de usted me hicieron. Es usted un hombre muy sagaz, señor Poirot —dijo.

El detective murmuró:

—Cuénteme lo que ocurrió. ¿Cuándo desapareció el perro?

—Hace exactamente una semana.

—Supongo que su esposa estará muy disgustada.

Sir Joseph lo miró con sorpresa.

—No lo ha entendido usted —observó—. El perro nos fue devuelto.

—¿Devuelto? Entonces, ¿puede decirme qué es lo que pinto yo en esta cuestión?

La cara de *sir* Joseph enrojeció.

—¡Porque malditas las ganas que tengo de que me estafen! Voy a contarle todo lo que ha sucedido, señor Poirot, El perro desapareció hace una semana en los jardines de Kensington, adonde fue para dar su acostumbrado paseo con la señora de compañía de mi mujer. Al día siguiente, mi esposa recibió una petición de rescate por doscientas libras. ¡Nada menos que doscientas libras! Y todo por una condenada bestezuela chillona que siempre está enredada en los pies de uno.

—Y como es natural, no le pareció a usted bien pagar tal cantidad —observó Poirot.

—Desde luego que no… o, mejor dicho, no me lo hubiera parecido de haber sabido lo que pasaba. Milly, mi mujer, estaba perfectamente enterada de ello. No me

dijo nada y mandó el dinero en billetes de una libra, según lo convenido, a la dirección que le dijeron.

—¿Y le devolvieron el perro?

—Sí. Aquella misma noche sonó el timbre en la puerta y al abrir encontramos al animalito sentado en el umbral. Pero no se veía un alma por los alrededores.

—Muy bien. Continúe.

—Entonces, como es natural, Milly confesó lo que había hecho y yo perdí un poco los estribos. No obstante, al poco rato me calmé, porque después de todo, la cosa estaba ya hecha y no hay que esperar que una mujer se porte con sentido común. Hasta me hubiera olvidado del asunto, de no haber encontrado a Samuelson en el club.

—¿De veras?

—¡Maldita sea! ¡Este caso debe ser un verdadero barullo! Exactamente lo mismo le había sucedido a él. Le habían sacado trescientas libras a su mujer. En fin; esto ya era demasiado y decidí hacer algo para evitar que continuaran los raptos. Entonces le escribí a usted.

—Posiblemente, *sir* Joseph, lo más apropiado y menos costoso hubiera sido avisar a la policía.

Sir Joseph se restregó la nariz.

—¿Es usted casado, señor Poirot? —preguntó.

—No he conocido esa felicidad, por desgracia.

—¡Hum! —refunfuñó el financiero—. Si tuviera la dicha de conocerla, sabría que las mujeres son unos seres muy curiosos. Mi mujer chilló históricamente cuando se mencionó a la policía; se le metió en la cabeza que algo le pasaría a su precioso *Shan Tung* si yo avisaba a la comisaría. No quiso ni oír hablar de ello… y le puedo asegurar que no le gustó mucho la idea de que le llamáramos a usted. Pero me empeñé en esto último y por fin accedió, aunque a regañadientes.

—Ya me doy cuenta de que la situación es muy delicada —comentó Poirot—. Tal vez sería conveniente que me entrevistara con su señora esposa para conseguir de ella algunos detalles más y, al mismo tiempo, tranquilizarla acerca de la futura seguridad de su perro.

Sir Joseph asintió y se levantó.

—Le llevaré en mi coche ahora mismo —dijo.

2

En un salón de grandes proporciones, profusa decoración y atmósfera caldeada, se hallaban sentadas dos mujeres.

Cuando entraron *sir* Joseph y Hércules Poirot, un perrito pequinés corrió hacia ellos ladrando con furia y dando peligrosas vueltas alrededor de los tobillos del detective.

—*Shan… Shan*…, ven aquí. Ven con tu mamita, cariño… Cójalo, señorita Carnaby.

La otra mujer se apresuró a obedecer y Poirot observó:

—Un verdadero león.

Con la respiración anhelante, la señorita Carnaby cogió en brazos a Shan Tung.

—Sí; desde luego —convino—, es un excelente perro guardián. No teme a nada ni a nadie. Pero es un buen chico.

Después de haber hecho las necesarias presentaciones *sir* Joseph anunció:

—Bueno; señor Poirot. Le dejo solo para que prosiga el asunto.

Y haciendo una ligera inclinación de cabeza salió de la habitación.

Lady Hoggin era una mujer corpulenta, de aspecto petulante y cabellos teñidos de color rojizo. Su acompañante, la aturdida señorita Carnaby, era rolliza, de apariencia agradable, y su edad podía cifrarse entre los cuarenta y los cincuenta años. Trataba a *lady* Hoggin con gran deferencia y se veía que le tenía un miedo atroz.

—Y ahora, *lady* Hoggin —dijo Poirot—, cuénteme todas las circunstancias de este abominable crimen.

La mujer se sonrojó.

—No sabe cuánto me alegro de oírle decir eso, señor Poirot. Porque fue un crimen. Los pequineses son terriblemente sensitivos… tan sensitivos como los niños. El pobrecito *Shan Tung* pudo morir de miedo o de cualquier otra cosa peor.

La señorita Carnaby se apresuró a subrayar tal afirmación.

—Sí; fue una cosa inicua… inicua.

—Por favor, cuénteme lo que sucedió.

—Pues verá. *Shan Tung* salió a dar un paseo por el parque con la señorita Carnaby.

—¡Ay pobre de mí! Sí; yo tuve la culpa —prorrumpió la aludida—. ¿Cómo pude ser tan estúpida… tan descuidada?

Lady Hoggin comentó con acidez:

—No quiero hacerle ningún reproche, señorita Carnaby, pero creo que debió tener más cuidado.

—¿Qué ocurrió?

La señorita Carnaby empezó a hablar volublemente y con cierto aturdimiento:

—¡Fue una cosa extraordinaria! Estuvimos dando un paseo. *Shan Tung* iba atado con la correa, pues ya había dado su carrerita por el césped. Estaba ya a punto de dar la vuelta para regresar a casa cuando me llamó la atención un bebé que tomaba el sol en un cochecito… una preciosidad de criatura… Me sonrió… tenía unas mejillas sonrosaditas y unos rizos adorables. No pude resistir la tentación de hablar con su niñera y preguntarle qué edad tenía el bebé… «Diecisiete meses», me dijo. Y estoy segura de que llevaba tan sólo un minuto o dos hablando con ella, cuando de pronto miré a mi alrededor y no vi a *Shan*. Habían cortado la correa…

—De haber prestado más atención, nadie hubiera podido cortar la correa a hurtadillas —dijo *lady* Hoggin.

La señorita Carnaby pareció a punto de echarse a llorar.

—¿Y qué ocurrió luego? —preguntó Poirot.

—Miré por todos lados, como es natural. Pregunté al guardia si había visto a un hombre con un perrito pequinés en brazos, pero me dijo que no se había fijado… No supe qué hacer… Seguí buscando, pero al fin no tuve más remedio que volver a casa…

La señorita Carnaby calló y Poirot no tuvo ninguna dificultad en imaginar la escena que seguiría.

—¿Y luego se recibió la carta? —preguntó.

Lady Hoggin prosiguió la relación.

—En el primer correo de la mañana siguiente. Decía que si yo quería vivo a *Shan Tung* debía enviar doscientas libras, en billetes de una libra, por paquete sin certificar, a nombre del capitán Curtis, 3, Bloomsbury Road Square. Añadía que si marcaba el dinero o avisaba a la policía le… le cortarían las orejas y el rabo a Shan Tung.

La señorita Carnaby empezó a lloriquear.

—¡Qué horrible! —murmuró—. ¿Cómo puede haber gente tan mala?

Lady Hoggin continuó:

—Decía también que si mandaba el dinero enseguida me devolverían aquella misma noche a *Shan Tung* sano y salvo; pero que si luego avisaba a la policía, *Shan Tung* pagaría las consecuencias.

La señorita Carnaby murmuró otra vez entre sollozos:

—¡Oh, Dios mío! Me temo que ahora… aunque, desde luego, el señor Poirot no pertenece a la policía…

Lady Hoggin observó con ansiedad:

—Ya comprenderá, señor Poirot, que debe usted proceder con mucho cuidado.

El detective se apresuró a calmar su ansiedad.

—Yo no pertenezco a la policía, como ha dicho la señorita Carnaby. Llevaré a cabo las indagaciones de una forma muy discreta. Puede tener usted la seguridad, *lady* Hoggin, de que *Shan Tung* estará completamente seguro. Se lo garantizo.

Ambas mujeres parecieron aliviadas de un gran peso al oír esto último y Poirot prosiguió:

—¿Conserva la carta?

—No. Me dijeron que la enviara junto con el dinero.

—¿Y lo hizo así?

—Sí.

—¡Hum…! Es una lástima.

La señorita Carnaby observó con viveza:

—Pero yo guardo la correa del perro. ¿Puedo ir por ella?

La mujer salió de la habitación y Hércules Poirot aprovechó su ausencia para formular unas cuantas preguntas acerca de ella.

—¿Amy Carnaby? ¡Oh, es de completa confianza! Una buena persona, aunque algo simple. He tenido varias señoritas de compañía y todas ellas han sido completamente tontas. Pero Amy está muy encariñada con *Shan Tung* y se disgustó terriblemente cuando se lo quitaron… ¡y qué otra cosa podía hacer, si se preocupó por un bebé y descuidó a mi corazoncito! No; estoy completamente segura de que ella no tiene nada que ver con esto.

—Así parece —convino Poirot—. Pero como el perro desapareció estando con ella, debemos asegurarnos de su honradez. ¿Hace mucho tiempo que está al servicio de usted?

—Cerca de un año. Tengo excelentes referencias de ella. Estuvo con *lady* Hartingfield hasta que ésta murió… durante diez años, según creo. Después cuidó por algún tiempo de una hermana inválida que tiene. En realidad, es una persona excelente… pero como le dije, completamente tonta.

En aquel momento volvió Amy Carnaby, un poco más sofocada, llevando en la mano la correa del perro. La entregó solemnemente a Poirot mientras le dirigía una mirada llena de esperanza.

El detective examinó cuidadosamente la correa.

—*Mais oui* —dijo—. No hay duda de que la cortaron.

Las dos mujeres seguían sus movimientos con expectación.

—Me la guardaré —anunció por fin Poirot.

Y se la guardó en un bolsillo con gran ceremonia. Ambas mujeres dieron un suspiro de alivio. El detective había hecho lo que esperaban de él.

3

Hércules Poirot tenía la costumbre de no dejar nada sin comprobar…

Aunque, por lo visto, no parecía posible que la señorita Carnaby fuera otra cosa más que la mujer atontada y algo estúpida que aparentaba ser, Poirot se las arregló para entrevistarse con una encopetada señora, sobrina de la difunta *lady* Hartingfield.

—¿Amy Carnaby, dice usted? —preguntó la señorita Hartingfield—. Desde luego, la recuerdo perfectamente. Era una buena persona y hacía muy buenas migas con tía Julia. Muy aficionada a los perros y una excelente lectora. Tenía también mucho tacto y nunca contrariaba a un enfermo. ¿Qué le ha ocurrido? Espero que no se encontrará en ningún apuro. Hace cosa de un año facilité informes de ella a una señora cuyo nombre empezaba por H…

Poirot explicó apresuradamente que la señorita Carnaby seguía todavía en su empleo. Sólo se trataba, dijo, de un pequeño incidente ocasionado por un perro que se extravió.

—A la señorita Carnaby le gustan muchos los perros. Mi tía tenía un pequinés. Se lo dejó a ella cuando murió y Amy estaba loca por él. Creo que se llevó un disgusto terrible cuando el perrito se le murió. Sí; es una buena persona, aunque no precisamente una intelectual.

Hércules Poirot convino en que la señorita Carnaby tal vez no pudiera ser descrita de tal forma.

Su siguiente gestión fue localizar al guarda del parque que habló con la señorita Carnaby la tarde de autos. No le costó mucho lograrlo. El hombre recordaba el incidente.

—Una mujer de mediana edad, algo corpulenta… parecía estar fuera de sí… había perdido a su perrito pequinés. La conozco de vista, pues trae el perrito casi todas las tardes. La vi cuando llegó y lo llevaba consigo. Estaba muy apurada cuando se le perdió. Vino corriendo a buscarme y me preguntó si había visto a alguien llevando un perrito pequinés. ¿Qué le parece? El parque está lleno de perros; de todas clases… terriers, pequineses, alemanes, perro salchicha… hasta borzois… para todos los gustos. ¿Cómo quiere que me fije en un pequinés más que en otro?

Hércules Poirot hizo un pensativo gesto afirmativo con la cabeza.

Luego se dirigió al 3 Bloomsbury Road Square.

Los números 38, 39 y 40, correspondían conjuntamente al «Balaclava Private Hotel». Poirot subió los peldaños y abrió la puerta. En el interior fue recibido por un ambiente lóbrego y un olor a coles cocidas con cierta reminiscencia de arenques ahumados. A la izquierda se veía una mesa de caoba sobre la que descansaba una melancólica maceta de crisantemos. Colgado de la pared, encima de la mesa, un gran casillero recubierto de bayeta, con algunas cartas en sus departamentos. Poirot contempló pensativamente todo aquello durante unos momentos y luego abrió la

puerta que había a su derecha. Correspondía a una especie de sala de estar, con mesillas y ciertos mal llamados sillones recubiertos de cretona de dibujo deprimente. Tres señoras ancianas y un viejo caballero de fiero aspecto levantaron la mirada y contemplaron al intruso con expresión de grave reproche. Hércules Poirot enrojeció y volvió a cerrar la puerta.

Recorrió un pasillo hasta llegar al pie de la escalera. A su derecha, otro pasillo que derivaba en ángulo recto del primero conducía a lo que parecía ser el comedor de los huéspedes.

Hacia la mitad de este pasillo había una puerta sobre la que un letrero rezaba: «Oficina».

Poirot llamó con los nudillos y como no recibiera respuesta, abrió y dio una ojeada al interior. Vio una gran mesa cubierta de papeles, pero en la habitación no había nadie. Salió; cerró la puerta de nuevo y entró en el comedor.

Una muchacha de aspecto melancólico, vestida con un delantal sucio, iba de aquí para allí, llevando un cestito con cuchillos y tenedores.

El detective preguntó con timidez:

—Perdone, ¿podría ver a la patrona?

La muchacha lo miró con ojos apagados.

—No lo sé —respondió.

—No hay nadie en la «oficina» —explicó Poirot.

—Pues no le puedo decir dónde estará.

—Tal vez —prosiguió pacientemente el detective— podrá usted encontrarla.

La muchacha lanzó un suspiro. Ya era bastante fatigosa su rutina diaria para que ahora viniera a colocarle esta nueva carga sobre sus deberes.

—Bueno; veré lo que puedo hacer —anunció con triste acento.

Poirot le dio las gracias y salió de nuevo al vestíbulo, sin atreverse a exponer su persona a las malévolas miradas de los que ocupaban la sala de estar. Contemplaba el casillero recubierto de bayeta, cuando el crujido de unas faldas y un fuerte olor a violetas de Devonshire le anunciaron la llegada de la patrona.

La señora Harte era la amabilidad en persona.

—No sabe cuánto siento que no me haya encontrado en la oficina —exclamó—. ¿Desea alquilar alguna habitación?

—No era precisamente lo que quería —murmuró Poirot—. Deseaba saber si residió aquí últimamente un amigo mío. Un tal capitán Curtis.

—Curtis… —repitió la señora Harte—. ¿Capitán Curtis? ¿Dónde he oído yo ese nombre?

Poirot no le ayudó a recordar. La mujer sacudió la cabeza con obstinación.

—Entonces, ¿debo entender que no se ha hospedado aquí el capitán Curtis? —preguntó Poirot.

—Últimamente, no; seguro. Y, sin embargo, el nombre me resulta familiar. ¿Puede describirme a su amigo?

—Eso resultaría un poco difícil —se excusó Poirot—. Supongo que algunas veces recibirán cartas para gente que no vive aquí, ¿verdad?

—Sí, suele ocurrir; desde luego.

—¿Y qué hacen con esas cartas?

—Pues las guardamos durante cierto tiempo. Como comprenderá, puede suceder que la persona en cuestión llegue al poco tiempo de recibirse la carta. Pero si pasado mucho tiempo nadie reclama las cartas o paquetes postales, los devolvemos a la estafeta de Correos.

Poirot hizo un lento gesto afirmativo con la cabeza.

—Comprendo —dijo—. Lo cierto es que escribí una carta a mi amigo y la dirigí a este hotel.

La cara de la señora Harte se iluminó.

—Ya está todo explicado. Debí ver ese nombre en un sobre. Pero como, en realidad, se hospedan aquí tantos militares retirados, o se quedan por unos pocos días… Déjeme ver.

Registró el casillero.

—No está ahí —dijo Hércules Poirot.

—Supongo que se la habrán devuelto al cartero. Lo siento mucho. Espero que no sería nada importante.

—No, no, no tenía ninguna importancia.

Cuando Poirot se dirigió hacia la puerta, la señora Harte, envuelta en el penetrante olor a violeta lo siguió.

—Si viniera su amigo…

—No es probable. Debí equivocarme…

—Cobramos unos precios muy moderados —dijo la señora Harte—. El café después de la comida está incluido en el precio de la pensión. Me gustaría que viera una de las habitaciones…

Aunque con alguna dificultad, Poirot pudo escapar al fin.

4

El salón de la señora Samuelson era más grande, mucho más profusamente adornado y disfrutaba de una cantidad más sofocante de calefacción central que el de *lady* Hoggin. Poirot avanzó un poco aturdido entre doradas consolas y grandes grupos escultóricos.

La señora Samuelson era más alta que *lady* Hoggin y se teñía el cabello con peróxido. El pequinés se llamaba *Nanki Poo*. Sus ojos saltones miraron a Poirot con arrogancia. La señora Kebler, acompañante de la señora Samuelson, era delgada y macilenta, al contrario que la rolliza señorita Carnaby, pero hablaba tan volublemente como ésta. También había sido inculpada de la desaparición del perro.

—Créame, señor Poirot; fue la cosa más asombrosa del mundo. Todo ocurrió en un segundo, al salir de Harrods. Una *nurse* me preguntó qué hora era…

—¿Una *nurse*? ¿Una enfermera?

—No, no… una niñera[5]. Llevaba un bebé precioso. Un chiquitín con unas mejillas sonrosadas… Dicen que los niños de Londres no tienen aspecto saludable, pero estoy segura de que…

—Ellen —atajó la señora Samuelson.

La señorita Kebler se sonrojó, tartamudeó unas palabras y calló. Su señora comentó agriamente:

—Y mientras la señora Kebler se inclinaba sobre el cochecito de un niño que nada tenía que ver con ella, aquel atrevido pícaro cortó la correa de *Nanki Poo* y se lo llevó.

La señorita Kebler murmuró, llorosa:

—Todo ocurrió en un segundo. Miré a mi alrededor y no vi a *Nanki*… tan sólo tenía en mi mano la correa cortada. ¿Tal vez le gustaría verla, señor Poirot?

—De ninguna manera —se apresuró a contestar el detective, pues no quería hacer colección de correas cortadas—, parece que poco después recibió usted una carta.

La historia era exactamente la misma. La carta y las amenazas de violencia respecto a las orejas y el rabo de *Nanki Poo*. Sólo dos cosas eran diferentes: la suma de dinero solicitada, que ascendía a trescientas libras, y la dirección a que debía remitirse. Esta vez era el comandante Blackleigh, en el Harrington Hotel, 76, Clonnel Garden, Kensington.

La señora Samuelson prosiguió:

—Cuando me devolvieron sano y salvo a *Nanki Poo*, fui yo misma a esa dirección. Después de todo, se trataba de trescientas libras.

—Naturalmente.

—La primera cosa que vi fue el sobre en que había enviado el dinero, metido en una especie de casillero que había en el vestíbulo. Mientras esperaba a que acudiera la propietaria me guardé el sobre en el bolsillo. Pero por desgracia…

—Por desgracia —terminó Poirot—, cuando lo abrió vio que sólo contenía unos recortes de papel.

—¿Cómo lo sabe? —La señora Samuelson se volvió espantada hacia él.

Poirot se encogió de hombros.

—Como es natural, *chére madame,* el ladrón se cuidó de recoger el dinero antes de devolver el perro. Reemplazó los billetes por trozos de papel y repuso el sobre en el casillero para que no advirtieran su falta.

—Allí no se había hospedado nunca nadie que se llamara comandante Blackleigh.

El detective sonrió.

—Desde luego, mi marido se incomodó muchísimo al saberlo. A decir verdad, estaba fuera de sí… completamente fuera de sí.

—¿No se puso usted… ejem… completamente de acuerdo con él, antes de mandar el dinero?

—Claro que no —contestó con decisión la señora Samuelson.

Poirot la miró con expresión inquisitiva y ella explicó:

—No me atreví. Los hombres son muy especiales cuando se trata de dinero. Jacob hubiera insistido en acudir a la policía y yo no podía arriesgarme a ello. Tal vez le hubiera ocurrido algo a mi pequeñito *Nanki Poo*. Como es lógico, cuando todo hubo pasado tuve que decírselo a mi marido, porque debía explicar las causas de que hubiera puesto en descubierto mi cuenta corriente.

—Eso es…, eso es… —comentó Poirot.

—Nunca lo vi tan furioso. Los hombres —dijo la señora Samuelson, mientras se ajustaba un elegante brazalete de diamantes y daba vuelta a las sortijas que llevaba en los dedos— no piensan en otra cosa más que en el dinero.

5

Hércules Poirot subió en el ascensor hasta las oficinas de *sir* Joseph Hoggin. Entregó su tarjeta y le anunciaron que *sir* Joseph estaba ocupado en aquel momento, pero que le recibiría tan pronto le fuera posible. Al cabo de un rato, una arrogante rubia salió del despacho de *sir* Joseph, llevando en la mano gran cantidad de papeles. Al pasar dirigió una mirada desdeñosa al estrambótico hombrecillo que esperaba.

Sir Joseph estaba sentado tras una inmensa mesa de caoba. En la barbilla tenía una mancha de carmín.

—Bien, señor Poirot. Siéntese. ¿Tiene algo nuevo que contarme?

El detective contestó:

—El asunto en sí es de una simplicidad encantadora. En cada uno de los casos, el dinero se envió a una de esas pensiones u hoteles privados en los que no hay portero ni encargado de recepción y donde gran cantidad de huéspedes entran y salen continuamente, incluyendo entre ellos un buen porcentaje de militares retirados. Resulta, pues, facilísimo para cualquiera, entrar en el vestíbulo, o retirar una carta del casillero. Luego, o bien puede llevársela, o puede sacar el dinero y reemplazarlo por recortes de periódicos. Por lo tanto, en todas las ocasiones, nos encontramos con que la pista termina en un callejón sin salida.

—¿Quiere usted decir que no tiene idea de quién lo hizo?

—Tengo algunos proyectos; mas harán falta unos pocos días para llevarlos a la práctica.

Sir Joseph lo miró con curiosidad.

—Buen trabajo. Entonces, cuando tenga que informarme de alguna cosa…

—Iré a su casa.

—Si llega usted al fondo de este asunto, habrá llevado a cabo un excelente trabajo —opinó *sir* Joseph.

—No tiene por qué preocuparse; no fracasaré. Hércules Poirot nunca falla.

Sir Joseph Hoggin miró fijamente al hombrecillo.

—Tiene usted mucha confianza en sí mismo, ¿verdad? —preguntó.

—Enteramente, y con razón.

—Bien —*sir* Joseph se recostó en su sillón—: Ya sabe que antes de la caída siempre está orgulloso uno de lo bien que sabe andar.

6

Hércules Poirot, sentado frente a la estufa eléctrica, que le producía una plácida satisfacción por su diseño geométrico, daba instrucciones a su criado y factótum.

—¿Has entendido, George?

—Perfectamente, señor.

—Lo más probable será un piso o departamento pequeño. Debe encontrarse dentro de un aérea limitada. Al sur del parque, al este de la iglesia de Kesington, al oeste de los cuarteles de Knightsbridge y al norte de Fullham Road.

—Comprendido, señor.

Poirot observó:

—Es un caso curioso. Demuestra que hemos topado con un verdadero talento para la organización. Y tenemos, además, la sorprendente invisibilidad del actor principal… el propia león de Nemea, si puedo llamarlo así. Un caso muy interesante. Desearía que mi cliente me fuera más atractivo, pero, por desgracia, se parece a un fabricante de jabón, de Lieja, que envenenó a su esposa para poder casarse con una secretaria rubia que tenía. Fue uno de mis primeros éxitos.

George sacudió la cabeza y dijo gravemente:

—Esa rubias, señor, son responsables de una gran cantidad de disgustos.

7

Tres días después, el inapreciable George anunció:

—Ésta son las señas, señor.

Hércules Poirot cogió el trozo de papel.

—Excelente, George. ¿Y qué día de la semana?

—Los jueves, señor.

—Los jueves. Hoy, por fortuna, es jueves. Por lo tanto, no necesitamos esperar.

Veinte minutos después, el detective subía las escaleras de un humilde bloque de viviendas situada en una calleja que derivaba de una vía más transitada. El número 10 de Rosholm Mansions estaba en el tercer piso, que era el último; y no había ascensor. Poirot subía trabajosamente la angosta escalera de caracol.

Se detuvo para recobrar el aliento en el último descansillo. Por debajo de la puerta del número 10 salió un ruido que vino a romper el silencio. El agudo ladrido de un perro.

Poirot hizo un gesto afirmativo con la cabeza y sonrió ligeramente. Oprimió el botón del timbre.

Los ladridos crecieron en intensidad. Se oyó el ruido de unos pasos que se acercaban y se abrió la puerta…

La señorita Carnaby dio un paso atrás llevándose una mano al amplio pecho.

—¿Me permite que entre? —preguntó Hércules Poirot.

Y sin aguardar la respuesta pasó adelante.

A su derecha vio abierta la puerta de un saloncito y entró por ella. La señora Carnaby, como si anduviera en sueños, siguió al detective.

La habitación era pequeña y estaba atestada de chismes. Entre ellos se veía un ser humano; una mujer anciana tendida en un sofá, cerca de la estufa de gas. Cuando entró Poirot, un perrito pequinés saltó del sofá y avanzó lanzando unos cuantos ladridos recelosos.

—¡Ajá! —dijo Poirot—. ¡Éste es el primer actor! ¿Cómo estás, amiguito?

Se inclinó y extendió la mano. El perro la olfateó mientras sus inteligentes ojos no se apartaban de la cara del recién llegado.

La señora Carnaby murmuró desmayadamente:

—¿Lo sabe todo, entonces?

Hércules Poirot, asintió.

—Sí, lo sé —miró a la mujer del sofá—. Su hermana, ¿verdad?

La señorita Carnaby contestó mecánicamente:

—Sí, Emily… éste es el señor Poirot.

Emily Carnaby dio un respingo y exclamó:

—¡Oh!

—¡*Augusto*! —llamó su hermana.

El pequinés la miró, movió la cola y luego resumió su escrutinio de la mano de Poirot. De nuevo meneó la cola ligeramente.

Poirot cogió al perro con suavidad, tomó asiento y puso a *Augusto* sobre sus rodillas.

—Ya he capturado al león de Nemea. He llevado a cabo mi tarea.

Amy Carnaby preguntó con voz seca y dura:

—¿Lo sabe usted todo, en realidad?

Poirot asintió otra vez.

—Así lo creo. Usted organizó este negocio, contando con la ayuda de *Augusto*. Salió con el perrito de su señora a dar el acostumbrado paseo, lo trajo aquí y luego se dirigió al parque, pero llevándose a *Augusto*. El guarda la vio acompañada de un pequinés, como siempre, y la niñera, si alguna vez damos con ella, asegurará que cuando usted le habló llevaba consigo un perro de tal raza. Pero mientras conversaba con la niñera cortó usted la correa y *Augusto*, perfectamente adiestrado, escapó sin esperar un momento y vino directamente a casa. Pocos minutos después dio usted la alarma diciendo que le habían robado el perro.

Hubo una gran pausa. La señorita Carnaby se enderezó orgullosa y con cierta patética dignidad.

—Sí —dijo—. Ocurrió todo de esa forma. Y yo… no tengo nada más que decir.

La mujer que se hallaba tendida en el sofá empezó a llorar suavemente.

—¿Nada en absoluto, señorita? ¿Está segura? —preguntó Poirot.

—Nada —replicó la señorita Carnaby—. He sido una ladrona… y me han descubierto.

El detective murmuró:

—¿No tiene usted nada que decir… en su propia defensa?

Una mancha encarnada se extendió de pronto por las pálidas mejillas de la señorita Carnaby.

—No… no me pesa lo que hice. Estoy segura de que es usted un hombre bondadoso, señor Poirot, y que tal vez me comprenderá. Sepa usted que he tenido una gran preocupación.

—¿Preocupación?

—Sí. Supongo que será difícil de entender para un caballero. No soy una mujer inteligente, ni poseo preparación adecuada para desempeñar otro oficio que el que tengo actualmente. Además, me estoy haciendo vieja y el porvenir me aterra. No he sido capaz de ahorrar nada…, ¿y cómo podía hacerlo si tenía que cuidar de Emily? Y a medida que tenga más edad seré más incompetente y no habrá nadie que necesite mis servicios. Quieren gente joven y activa. Conozco a muchas que se encuentran en mi situación. Cuando nadie te necesita tienes que vivir en un cuarto miserable, sin fuego y con no mucho para comer; hasta que por fin ni siquiera puedes pagar el alquiler… Existen asilos, desde luego, pero no resulta fácil entrar en ellos si no se

tienen amigos influyentes; y yo no los tengo. Hay muchísimas mujeres como yo; pobres seres inútiles, sin nada más en perspectiva que un miedo mortal a la vejez…

Su voz tembló.

—Así fue como —continuó hablando— algunas de nosotras nos unimos… y lo planeé todo. En realidad fue *Augusto* quien me lo sugirió. Ya sabe usted que para mucha gente un pequinés es exactamente como otro. Tal como creemos que son los chinos. Aunque, desde luego, es ridículo pensar una cosa así. Cualquiera que entienda algo de perros no confundirá a *Augusto* con *Nanki Poo*, con *Shan Tung* y con otro pequinés. *Augusto* es mucho más inteligente y más fino; pero, como le dije, para la mayoría de la gente, un pequinés no se diferencia de otro. *Augusto* me dio la idea… Contando también con el hecho de que la casi totalidad de las señoras adineradas tienen perros pequineses.

Poirot sonrió.

—Ha debido ser un sustancioso… negocio —dijo—. ¿Cuántas componen la banda? ¿O tal vez sería mejor preguntarle si han llevado a efecto con éxito estas operaciones frecuentemente?

La señorita Carnaby contestó:

—*Shan Tung* hizo el número diecisiete.

El detective levantó las cejas.

—Le felicito. Su organización tuvo que ser excelente.

Emily Carnaby intervino.

—Amy fue siempre una gran organizadora. Nuestro padre, que fue vicario de Kellington, en Essex, no se cansaba de repetir que Amy era un verdadero genio planeando cosas. Ella se encargaba en todas las ocasiones de los preparativos para las fiestas y tómbolas de caridad.

Poirot hizo una pequeña reverencia y dijo:

—De acuerdo. Como delincuente, señorita, es usted de las mejores.

Amy Carnaby exclamó:

—¡Yo una delincuente! ¡Dios mío, eso es lo que soy…! Aunque nunca tuve la impresión de serlo.

—¿Qué sintió, entonces?

—Tiene usted mucha razón. Infringía la ley. Pero, compréndame… ¿cómo se lo explicaría? Casi todas esas mujeres que utilizan nuestros servicios son groseras y desagradables. *Lady* Hoggin, por ejemplo, nunca mide el alcance de las palabras que me dirige. El otro día dijo que el tónico que suele tomar tenía un gusto raro y prácticamente me acusó de haber estado manipulando con él. Y más cosas por el estilo —la señora Carnaby enrojeció—. Todo ello es realmente desagradable. Y lo que más enfurece es el no poder decir nada ni contestar como se merece. Supongo que me comprenderá.

—La comprendo a la perfección —contestó Poirot.

—Y ver cómo malgastan el dinero… es irritante. *Sir* Joseph nos relata a veces los *coups* que da en la City… cosas que en la mayor parte de las ocasiones me parecen francamente deshonestas, si bien he de reconocer que mi cabeza no comprende los misterios de las finanzas. Pues bien, señor Poirot, todo esto me trastornaba y creí que si le quitaba un poco de dinero a esta gente, la cual, al fin y al cabo, había tenido pocos escrúpulos en conseguirlo, no iba a perjudicarse por la pérdida… En resumen, creí que aquello no estaría mal.

—Un moderno Robin Hood —comentó Poirot—. Dígame, señorita Carnaby, ¿hubiera usted llevado a cabo alguna vez las amenazas que intercalaba en sus cartas?

—¿Amenazas?

—¿Hubiera llegado a mutilar a los animales en la forma que detallaba?

La señorita Carnaby lo miró con horror.

—Claro que no. ¡Nunca hubiera hecho una cosa así! Eso era tan sólo… un toque artístico.

—Muy artístico. Dio buen resultado.

—Ya sabía yo que lo daría. En mi fuero interno imaginaba lo que yo sentiría si fuera *Augusto* el amenazado y, por otra parte quería estar segura de que las interesadas no dirían nada a sus maridos hasta que hubiera pasado todo. El plan dio un magnífico resultado en todas las ocasiones. En el noventa por ciento de los casos, las señoras de compañía se encargaban de depositar la carta en Correos. Pero antes abríamos los sobres utilizando el vapor; sacábamos los billetes y los reemplazábamos con recortes de papel. En una o dos ocasiones, las propias señoras se encargaron de echar las cartas en el buzón. Entonces, como es natural, tuvimos que ir hasta el hotel a que iban dirigidas y cogerlas del casillero. Pero eso no presentaba muchas dificultades.

—¿Y la cuestión de la niñera? ¿Hubo tal niñera en todos los casos?

—Pues verá usted, señor Poirot. De todos es sabido que las viejas se vuelven locas por los bebés. Por lo tanto, era completamente natural que al quedar absortas por uno de ellos no se dieran cuenta de lo que sucedía a su alrededor.

Hércules Poirot suspiró.

—Su psicología es excelente —dijo—. La organización irreprochable y, además, es usted una magnífica actriz. Su actuación del otro día, cuando me entrevisté con *lady* Hoggin, no tuvo el menor fallo. No se menosprecie nunca a sí misma, señorita Carnaby. Puede ser usted lo que llamamos una mujer inexperta; pero no hay nada que falle en su cerebro, ni se puede dudar de su valor.

Amy Carnaby sonrió con desgana.

—Y no obstante, he sido descubierta, señor Poirot.

—Sólo por mí. ¡Eso era inevitable! Después de la entrevista que sostuve con la señora Samuelson, me di cuenta de que el secuestro de *Shan Tung* constituía uno de los eslabones de una cadena. Ya me había enterado de que había heredado usted un perro pequinés y que tenía una hermana inválida. Sólo tuve que rogar a mi

insustituible criado que buscara un pisito, dentro de un radio determinado, ocupado por una señora inválida que tuviera un pequinés y una hermana que la visitara una vez a la semana en su día libre. Fue muy sencillo.

Amy Carnaby se irguió.

—Ha sido usted muy amable —dijo—. Ello me anima a pedirle un favor. Ya sé que no puedo eludir el castigo que merezco por lo que he hecho. Supongo que me enviarán a la cárcel. Pero si puede, señor Poirot, evite que se haga mucha publicidad sobre el caso. Sería penoso para Emily… y para los pocos que nos conocieron en otros tiempos. Me imagino que podré entrar en la prisión con nombre falso. ¿Cree usted que sería contraproducente solicitar una cosa así?

—Me parece que podré hacer algo mejor que eso —contestó Poirot—. Pero antes que nada, quiero dejar bien sentada una cosa. Este negocio debe terminar. No deben desaparecer más perros. ¡Se acabó!

—Sí, sí, desde luego.

—Y tiene que devolver el dinero que consiguió de *lady* Hoggin.

Amy Carnaby cruzó la habitación, abrió un cajón de una cómoda y volvió, llevando en la mano un puñado de billetes envueltos que dio a Poirot. El detective cogió el dinero y lo contó. Luego se levantó.

—Posiblemente, señorita Carnaby, conseguiré convencer a *sir* Joseph para que no presente ninguna demanda.

—¡Oh, señor Poirot!

Amy Carnaby juntó las manos; su hermana dio un grito de júbilo y *Augusto*, por no ser menos, ladró y movió la cola como gratitud hacia el detective.

—Y en cuanto a ti, amigo mío —dijo Poirot, dirigiéndose al perro—, desearía me pudieras dar una de tus cualidades. Tu manto de invisibilidad. En todos esos casos nadie sospechó que había un segundo perro complicado. *Augusto* posee la piel del león que lo hace invisible.

—Desde luego, señor Poirot. De acuerdo con lo que dice la leyenda, los pequineses fueron leones en tiempos pasados. ¡Y todavía conservan el corazón del rey de los animales!

—Supongo que *Augusto* será el perro que le legó *lady* Hartingfield y que, según me dijeron, había muerto. ¿No la preocupó nunca el dejar que viniera solo a casa, a través del tránsito callejero?

—No, señor, Poirot. *Augusto* sabe muy bien lo que hacer. Lo adiestré cuidadosamente para ello. Hasta sabe cuáles son las calles de dirección única.

—En ese caso —opinó Hércules Poirot—, es superior a muchos seres humanos.

8

Sir Joseph recibió a Poirot en el despacho de su casa.

—Bien, señor Poirot —dijo—. ¿Consiguió llevar a cabo su bravata?

—Permítame que antes le formule una pregunta —replicó el detective mientras tomaba asiento—. Sé quién es el delincuente y estimo posible presentar pruebas suficientes para que le condenen. Pero en ese caso, dudo de que pueda usted recobrar nunca su dinero.

La cara de *sir* Joseph tomó un tinte violáceo.

—Pero yo no soy un policía —prosiguió Poirot—. Actúo en este caso meramente para defender los derechos de usted. Creo que podré recobrar intacto su dinero si no presenta demanda alguna.

—¿Eh? —dijo *sir* Joseph—. Eso necesita que se piense un poco.

—Usted es el que ha de decidir. Hablando en términos estrictos, supongo que debería denunciar el caso por bien del interés público. Mucha gente le aconsejaría lo mismo.

—Eso creo yo —contestó secamente el financiero—. Al fin y al cabo no sería su dinero el que se volatilizaría. Si hay alguna cosa que yo aborrezco, es que me estafen. Nadie lo hizo sin que pagara las consecuencias.

Sir Joseph dio un enérgico puñetazo sobre la mesa.

—Bien. ¿Qué decide entonces?

—¡Quiero la «pasta»! Nadie se ha jactado de haberse quedado con doscientas libras de mi propiedad.

Hércules Poirot se levantó, fue hacia la mesa y extendió un cheque por doscientas libras que luego entregó a su interlocutor.

—¡Maldita sea! ¿Quién diablos es el culpable? —preguntó *sir* Joseph.

—Si acepta el dinero no debe hacer preguntas —replicó Poirot.

El financiero dobló el cheque y lo guardó en su bolsillo.

—Es una lástima. Pero aquí de lo que se trata es del dinero. ¿Y cuánto le debo a usted, señor Poirot?

—Mis honorarios no van a ser muy elevados. Como ya le dije, este asunto carecía de toda importancia —hizo una pausa y luego prosiguió:

—Casi todos los casos de que me encargo ahora son asesinatos…

Sir Joseph se sobresaltó ligeramente.

—¿Y son interesantes? —preguntó.

—Algunas veces. Es curioso; me recuerda usted uno de mis primeros casos, en Bélgica, hace muchos años… El personaje protagonista se le parecía mucho a usted. Era un rico fabricante de jabón. Envenenó a su esposa para poder casarse con su secretaria. Sí; el parecido es extraordinario…

Un débil sonido salió de los labios de *sir* Joseph, que había tomado un extraño color azulado. El tono rojizo de sus mejillas desapareció. Miró a Poirot con ojos que parecían salirse de las órbitas. Dio la impresión de encogerse en el sillón donde se sentaba.

Después, con mano trémula, registró su bolsillo; sacó el cheque que extendiera Poirot y lo rompió en pedazos.

—El asunto queda zanjado, ¿entiende? Considere esto como sus honorarios.

—Pero, *sir* Joseph; mis honorarios no hubieran sido tan considerables.

—Está bien. Guárdeselos.

—Los invertiré en una obra de caridad.

—Haga con ellos lo que le dé la real gana.

Poirot se inclinó hacia delante y advirtió:

—Estimo muy conveniente indicarle, *sir* Joseph, que, dada su actual posición, deberá tener usted un cuidado extraordinario con lo que hace.

La voz del financiero era casi inaudible al contestar:

—No se preocupe. Tendré mucho cuidado.

Hércules Poirot salió de la casa y cuando llegó a la acera, comentó para sí mismo:

—Por lo tanto… estaba yo en lo cierto.

9

Lady Hoggin dijo a su marido:

—Es extraño; este tónico tiene un sabor completamente diferente. Ya no sabe tan amargo como antes. ¿Por qué será?

Su marido rezongó:

—Cosas de los farmacéuticos. Son unos descuidados. Cada vez hacen las cosas diferentes.

—Eso debe de ser —replicó ella dubitativamente.

—Claro que es eso. ¿Qué podía ser, si no?

—¿Averiguó algo es hombre acerca del rapto de Shan Tung?

—Sí. Ha conseguido recuperar el dinero.

—¿Quién fue?

—No me lo dijo. Hércules Poirot es un tipo muy reservado. Pero no tienes por qué preocuparte.

—Es un hombre curioso, ¿verdad?

Sir Joseph se estremeció y levantó la vista, como si sintiera la invisible presencia de Poirot detrás de su hombro derecho.

—¡Es listo el condenado! —dijo.

Y añadió para sí mismo:

«¡Greta puede irse al diablo! ¡No voy a jugarme el cuello por una rabia platino!».

10

—¡Oh!

Amy Carnaby miró, incrédula, el cheque de doscientas libras.

—¡Emily! ¡Emily! Oye esto —exclamó.

«Apreciada señorita Carnaby:

Permítame ofrecerle una pequeña aportación a su meritoria colecta, antes de que quede cerrada definitivamente.

Suyo afectuosamente,
Hércules Poirot».

—Amy —dijo su hermana—. Has tenido una suerte inaudita. Piensa dónde podrías estar a estas horas.

—En Wormwood Scrubbs…, ¿o en Holloway? —murmuró Amy—. Pero ya pasó todo…, ¿no es verdad, *Augusto*? Se acabaron los paseos por el parque con tu amita, o sus amigas, y unas pequeñas tijeras.

Lanzó un suspiro.

—¡Mi pequeño *Augusto*! Qué lástima. Con lo listo que es… Aprende cualquier cosa.

La hidra de Lerna

(The Lernean Hydra).

1

Hércules Poirot pareció animar con la mirada al hombre sentado frente a él. El doctor Oldfield tendría unos cuarenta años. Su cabello rubio le griseaba en las sienes y los ojos azules tenían una expresión preocupada. Estaba algo turbado y sus maneras denotaban incertidumbre. Además, parecía como si le fuera dificultoso llegar a tratar el asunto primordial de su visita.

Tartamudeando ligeramente dijo:

—He venido a verle, señor Poirot, para hacerle una petición bastante extraña. Y ahora que estoy aquí, casi me inclino a no seguir adelante. Pues ahora me doy perfecta cuenta de que es un asunto sobre el cual posiblemente nadie pueda hacer nada.

—Respecto a ese punto, permítame que sea yo el que opine —observó Poirot.

Oldfield refunfuñó:

—No sé por qué pensé que tal vez…

Calló y Hércules Poirot acabó la frase:

—¿Que tal vez se le pudiera ayudar? Muy bien, quizá pueda ser así. Cuénteme su problema.

Oldfield se irguió y Poirot se dio cuenta de nuevo de cuan preocupado parecía aquel hombre. Con un tono desesperanzado en su voz, Oldfield dijo:

—No sacaría ningún provecho acudiendo a la policía… No podría hacer nada. Y sin embargo… cada día que pasa empeora la situación. Yo… no sé qué hacer…

—¿Qué es lo que empeora?

—Los rumores… Es muy sencillo, señor Poirot. Hace poco más de un año murió mi mujer. Estuvo enferma durante algunos años. Y ahora dicen… todos dicen que yo la maté… ¡que la envenené!

—¡Ajá! —exclamó el detective—. ¿Y la envenenó usted en realidad?

—¡Señor Poirot! —exclamó el doctor Oldfield levantándose.

—Cálmese. Tome asiento otra vez. Tenemos pues, que usted no envenenó a su señora. Usted practica la medicina en un distrito rural, según supongo…

—Sí. En Market Loughborough, en Berkshire. Siempre estuve seguro de que era un pueblo donde la gente se dedicaba en gran escala a la murmuración, mas nunca llegué a suponer que llegaran a tal extremo —adelantó un poco la silla en que estaba sentado—. No puede usted imaginar lo que he tenido que pasar, señor Poirot. Al principio no me di cuenta de lo que sucedía. Notaba que la gente se mostraba menos cordial, que existía cierta tendencia a evitar todo encuentro conmigo…, pero todo lo achacaba a mi reciente desgracia familiar. Luego, la cosa se hizo más patente. Hasta en la calle, la gente cambiaba de acera para no hablar conmigo. Cada día acuden menos pacientes a mi consultorio. Adonde quiera que vaya tengo la sensación de que

se habla en voz baja; de que ojos hostiles me vigilan, mientras las lenguas maliciosas van vertiendo su veneno mortal. He recibido una o dos cartas… repugnantes.

Hizo una pausa y luego prosiguió:

—Y… y yo no sé qué podría hacer para evitarlo. No sé cómo he de luchar contra esto… contra este tejido de mentiras y sospechas. ¿Cómo se puede refutar una cosa que nunca se dice cara a cara? Soy impotente… no puedo encontrarle una salida a esto… y lenta y despiadadamente me están buscando la ruina.

Poirot afirmó con aspecto pensativo.

—Sí. El rumor es exactamente igual que la hidra de Lerna, que tenía nueve cabezas y no podía ser destruida, porque tan pronto se le cortaba una de ellas, nacían dos para reemplazarla.

—Eso es —convino el doctor Oldfield—. No puede hacerse nada… ¡nada! Vine a verle, contando con usted como último recurso…, pero no creo que pueda hacer algo por mí.

Hércules Poirot permaneció callado durante unos instantes y luego observó:

—No diría yo tanto. Su problema me interesa, doctor Oldfield. Me gustaría destruir el monstruo policéfalo. Pero antes de ello, cuénteme algo más sobre las circunstancias que dieron lugar a tan maliciosa murmuración. Según me ha dicho, su señora murió hace poco más de un año. ¿Cuál fue la causa de su muerte?

—Una úlcera gástrica.

—¿Se le hizo la autopsia?

—No. Venía padeciendo de trastornos gástricos desde hacía bastante tiempo.

Poirot asintió.

—Y los síntomas de una inflamación gástrica, y los del envenenamiento por arsénico son muy parecidos… Un hecho que todo el mundo sabe hoy en día. Durante los diez últimos años se han producido, por lo menos, cuatro sensacionales casos de asesinato, y en cada uno de ellos, la víctima ha sido enterrada sin que se sospechara nada, achacándose la muerte, en el certificado de defunción, a desórdenes gástricos. ¿Su señora era más joven que usted?

—No. Tenía cinco años más que yo.

—¿Hacía mucho tiempo que estaban ustedes casados?

—Quince años.

—¿Dejó algunos bienes al morir?

—Sí. Estaba en muy buena posición económica. Dejó aproximadamente unas treinta mil libras.

—Una suma muy bonita. ¿Se la legó a usted?

—Sí.

—¿Estaba usted en buenas relaciones con su esposa?

—Claro que sí.

—¿Nada de peleas ni escenas?

—Bueno… —Charles Oldfield titubeó—. Mi esposa era lo que se pudiera llamar una mujer de trato difícil. Estaba enferma y se preocupaba mucho por su salud. Por lo tanto, tendía siempre a enojarse y a no encontrar nada a su gusto. Había días en que nada de lo que yo hiciera la complacía.

Poirot asintió de nuevo y comentó:

—Sí; ya conozco a esa clase de mujeres. Se quejaría, posiblemente, de que no la cuidaba; de que se la despreciaba… de que su marido estaba cansado de ella y de que se alegraría cuando muriera.

La cara de Oldfield reflejó la verdad encerrada en las conjeturas del detective.

—Lo ha comprendido usted exactamente —dijo, sonriendo.

Poirot prosiguió:

—¿La cuidó alguna enfermera? ¿O una señora de compañía? ¿O, tal vez, una criada de confianza?

—Una enfermera fija. Una mujer muy sensata y competente. No creo que sea ella quien haya empezado las habladurías.

—*Le bon Dieu* ha dado lengua hasta a las personas más sensatas y competentes… y no siempre la emplean con cordura. ¡No tengo ninguna duda de que la enfermera habló, de que hablaron los criados, y de que habló todo el mundo! Ahí tiene usted todos los materiales que se requieren para iniciar un sabroso escándalo pueblerino. Y ahora le voy a preguntar otra cosa. ¿Quién es ella?

—No lo comprendo —el doctor Oldfield enrojeció a impulsos de su irritación.

Poirot comentó suavemente:

—Yo creo que me ha entendido muy bien. Le estoy preguntando por la dama con quien su nombre se ha visto mezclado.

El doctor Oldfield se levantó. La expresión de su cara era fría y dura.

—No existe ninguna dama en el caso —dijo—. Siento mucho, *monsieur* Poirot, haberle hecho perder tanto tiempo.

Se dirigió hacia la puerta.

—Yo también lo siento —observó Poirot—. Su caso me interesa. Me hubiera gustado ayudarle, pero no puedo hacer nada, a menos que me cuente usted toda la verdad.

—Ya se la he dicho…

—No…

El médico se detuvo y dio la vuelta.

—¿Por qué insiste en que hay una mujer relacionada con el asunto?

—*Mon cher docteur*, ¿cree acaso que no conozco la mentalidad femenina? Las murmuraciones de los pueblos se basan siempre en las relaciones entre un hombre y una mujer. Si un hombre envenena a su esposa con el fin de poder hacer un viaje al Polo Norte, o para disfrutar de la paz que depara la vida de soltero… no hay cuidado de que sus convecinos se tomen el menor interés por él. Pero cuando están

convencidos de que el asesinato se cometió con el fin de que el hombre pudiera casarse con otra mujer, las habladurías crecen y circulan. Eso es psicología elemental.

Oldfield replicó con irritación:

—¡Yo no soy responsable de lo que piensen un hatajo de malditos murmuradores!

—Desde luego que no.

Poirot prosiguió:

—Por consiguiente, debe usted volver a tomar asiento y contestar a la pregunta que le hice antes.

Lentamente, casi con repugnancia, el médico volvió a ocupar su asiento.

Ruborizado en extremo, dijo:

—Me figuro que tal vez hayan hablado acerca de la señorita Moncrieffe. Jean Moncrieffe es mi ayudante; una muchacha muy agradable.

—¿Ha trabajado durante mucho tiempo con usted?

—Tres años.

—¿Le resultaba simpática a su esposa?

—Ejem…, pues no; no del todo.

—¿Estaba celosa de ella?

—¡Hubiera sido absurdo!

Poirot sonrió.

—Los celos de las mujeres casadas son proverbiales. Pero le diré algo más. Basándome en mi experiencia puedo asegurar que los celos, por inmotivados y extravagantes que parezcan, siempre están fundados en hechos reales. Existe un aforismo comercial que dice que el cliente siempre tiene razón, ¿verdad? Pues bien, lo mismo ocurre con el marido o la esposa que sienten celos. Por pequeñas e inconcretas que sean las pruebas, fundamentalmente siempre tienen razón.

El doctor Oldfield replicó con enérgico y seguro acento:

—¡Simplezas! En ninguna ocasión le dije a Jean Moncrieffe cosa alguna que no pudiera oír mi esposa.

—Tal vez. Pero eso no altera la veracidad de cuanto le acabo de decir —Hércules Poirot se inclinó hacia delante y con voz apremiante añadió—: Doctor Oldfield, voy a hacer cuanto pueda en este caso. Pero necesito que me sea usted absolutamente franco, sin preocuparse de las apariencias convencionales o sus propios sentimientos. ¿No es verdad que dejó de gustarle su mujer desde cierto tiempo antes de que muriera?

El médico no replicó enseguida.

—Eh… este asunto acabará conmigo —dijo al fin—. Pero debo tener esperanza. De cualquier forma, presiento que será usted capaz de hacer algo por mí. Seré sincero con usted, *monsieur* Poirot. Mi mujer no me gustó nunca. Según creo, fui para ella un buen marido, pero jamás estuve enamorado.

—¿Y por lo que respecta a esa muchacha?

Un tenue sudor cubrió la frente del médico.

—Le… le hubiera pedido que se casara conmigo hace tiempo, a no ser por todo el escándalo y las habladurías que se han producido —confesó.

Poirot se recostó en su asiento.

—¡Por fin hemos llegado a los hechos verdaderos! —comentó—. *Eh bien,* doctor Oldfield: me encargaré de su caso. Pero recuerde que lo que sacaré a la luz será la verdad pura y simple.

Oldfield contestó con amargura:

—¡No será la verdad lo que me perjudique!

Titubeó un instante y luego añadió:

—Sepa usted que estuve considerando la posibilidad de presentar una demanda por difamación. Si pudiera atribuir una acusación concreta a alguien, tal vez mi nombre fuera vindicado. Algunas veces he pensado en ello… mas en otras creo que tal proceder sólo serviría para empeorar las cosas; dar mayor publicidad al asunto y hacer que la gente dijera: «No se ha podido probar nada, pero cuando el río suena…».

Miró a Poirot.

—Dígame, con franqueza, ¿hay algún modo de poder salir de esta pesadilla?

—Siempre existe una manera adecuada —contestó el detective.

2

—Nos vamos al campo, George —dijo Hércules Poirot a su criado.

—¿De veras, señor? —replicó el imperturbable George.

—Y el objeto de nuestro viaje es destruir un monstruo de nueve cabezas.

—¿De veras, señor? ¿Algo parecido al monstruo de Loch Ness?

—No tan palpable como eso. No me refiero a un animal de carne y hueso, George.

—No le comprendí, señor.

—Sería mucho más fácil si el monstruo fuera un ser real. No hay nada tan intangible y tan elusivo como el origen de una calumnia.

—Desde luego, señor. A veces es difícil precisar cómo empiezan esas cosas.

—Exactamente.

Hércules Poirot no se hospedó en casa del doctor Oldfield. Lo hizo en la posada del pueblo. A la mañana siguiente de su llegada, tuvo su primera entrevista con Jean Moncrieffe.

Era una muchacha alta de cabello cobrizo y de firmes ojos azules. Daba la sensación de estar siempre vigilante y en guardia contra los demás.

—De modo que el doctor Oldfield acudió a usted… Ya sabía que pensaba hacerlo.

Su tono carecía de entusiasmo.

—¿No le parece bien, acaso? —le preguntó Hércules Poirot.

Los ojos de ella se fijaron en los del detective.

—¿Qué puede usted hacer en este caso? —inquirió.

—Debe existir una manera de abordar la situación —replicó Poirot sosegadamente.

—¿De qué forma? —La muchacha profirió estas palabras con desdén.

—Quizá querrá ir a visitar a todas las viejas murmuradoras y decirles: «Por favor, cesen de hablar así. No es conveniente para el pobre Oldfield». Y ellas le contestarían: «Le aseguro que nunca creí esa patraña». Ahí está precisamente lo malo de esta cuestión. No espere que le digan: «¿No se le ocurrió nunca que la muerte de la señora Oldfield no fue lo que pareció?». No; lo que dirán será: «Desde luego, yo no creo esa historia acerca del doctor Oldfield y su mujer. Estoy segura de que él no hubiera hecho tal cosa, aunque la verdad es que, tal vez, no cuidó de ella como debiera y, además, no me parece muy prudente tener como ayudante a una muchacha tan joven… y no es que quiera decir que exista algo equívoco entre los dos. ¡Oh, no!, estoy completamente segura de que no hay nada de eso…».

La joven se detuvo. Tenía la cara sonrojada y respiraba con precipitación.

—Al parecer, sabe usted muy bien lo que se dice por ahí —comentó Poirot. ¿Y qué solución le daría usted a eso?

Ella cerró la boca firmemente.

—Lo mejor que podría hacer el doctor sería traspasar su clientela y empezar de nuevo en cualquier sitio.

—¿No cree que la calumnia le seguiría adonde fuera?

Ella se encogió de hombros.

—Debe arriesgarse.

Poirot calló durante un momento.

—¿Va usted a casarse con el doctor Oldfield, señorita Moncrieffe? —preguntó por fin.

La joven no pareció sorprenderse por la pregunta.

—No me lo ha pedido —replicó.

—¿Por qué no?

Los ojos de ella volvieron a fijarse en los del detective, pero ahora, durante un segundo, parecieron vacilar. Luego contestó:

—Porque no le he dado ninguna esperanza.

—¡Qué suerte encontrar a alguien que sea completamente franco! —exclamó Poirot.

—¡Seré tan franca como usted guste! Cuando me di cuenta de que la gente decía que Charles se desembarazó de su esposa con el propósito de casarse conmigo, me pareció que si nos casábamos daríamos razón a todos. Esperé entonces que al no verse ningún propósito de casamiento entre nosotros los rumores se extinguirían por sí solos.

—Pero no ha sido así.

—No; no lo fue.

—¿No le parece algo raro? —preguntó Hércules Poirot.

Jean contestó con acritud:

—La gente no tiene aquí muchas cosas para divertirse.

—¿Quiere usted casarse con Charles Oldfield? —volvió a preguntar Hércules Poirot.

La muchacha respondió fríamente:

—Sí. Lo quise desde el momento en que lo conocí.

—Entonces, la muerte de la esposa fue muy conveniente para usted, ¿verdad?

—La señora Oldfield fue una mujer muy desagradable. Francamente, me alegré cuando murió…

—Sí —convino Poirot—. ¡Es usted franca en extremo!

Ella sonrió con desdén.

—Tengo que hacerle una sugerencia —continuó el detective.

—¿Sí?

—Aquí hace falta que se tomen medidas drásticas. Le sugiero que alguien… posiblemente usted misma… escriba al Ministerio de la Gobernación.

—¿Qué es lo que se propone?

—Creo que la mejor forma de terminar con los rumores, de una vez para siempre, es conseguir que se exhume el cadáver y se haga la autopsia.

Ella retrocedió un paso. Abrió los labios y luego los volvió a cerrar. Poirot, entretanto, no la perdía de vista.

—¿Bien, *mademoiselle*? —preguntó por fin.

—No estoy de acuerdo con usted.

—¿Por qué no? Con toda seguridad, si el veredicto es de que la muerte sobrevino por causas naturales, callarán las malas lenguas.

—Si llega a pronunciarse tal veredicto, es posible.

—¿Sabe usted lo que está sugiriendo, *mademoiselle*?

La joven contestó impaciente:

—Sé perfectamente lo que digo. Está usted pensando en un envenenamiento por arsénico… y que puede probar que no fue envenenada de tal forma. Pero hay otras sustancias letales; los alcaloides vegetales. Al cabo de un año no es probable que se encuentren rastros de ellos, ni aun en el caso de que hubieran sido usados. Ya sé cómo son esos análisis oficiales. Pueden pronunciar un diagnóstico impreciso, diciendo que no hay nada que demuestre lo que causó la muerte… y las malas lenguas volverán a murmurar con más malicia que antes.

Hércules Poirot no respondió de momento.

—En su opinión, ¿quién es el más inveterado charlatán del pueblo? —preguntó luego.

La joven recapacitó y dijo:

—Creo que la señorita Leatheran es la peor víbora de todas.

—¡Ah! ¿Le sería fácil presentármela… de una manera casual, a ser posible?

—No creo que sea difícil. A estas horas de la mañana todas las viejas andan por el pueblo haciendo sus compras. Nos bastará dar un paseo por la calle Mayor.

Tal como dijo Jean, no hubo ninguna dificultad en los trámites de la presentación. Jean se detuvo ante la estafeta de Correos y se dirigió a una mujer alta y delgada, de mediana edad, en cuya cara destacaba una nariz afilada y unos ojos agudos e inquisitivos.

—Buenos días, señorita Leatheran.

—Buenos días, Jean. Qué día tan estupendo, ¿verdad?

Los astutos ojos de la mujer exploraron detenidamente al acompañante de la joven.

—Permítame que le presente a *monsieur* Poirot, que estará en el pueblo durante unos pocos días.

3

Mientras mordisqueaba delicadamente una pasta y sostenía sobre las rodillas una taza de té, Hércules dejó que la conversación se hiciera más confidencial entre él y la señorita Leatheran. La mujer había tenido la amabilidad de invitarlo a tomar el té y, por consiguiente, se hizo el firme propósito de averiguar exactamente qué se proponía hacer en el pueblo aquel pequeño y raro extranjero.

Durante algún tiempo el detective fue refrenando con habilidad los intentos de la vieja solterona para hacerle hablar… con lo que consiguió excitar aún más la curiosidad de ella. Luego, cuando juzgó que había llegado el momento, se inclinó hacia delante.

—¡Ah, señorita Leatheran! —exclamó—. He de reconocer que es usted demasiado lista para mí. Adivinó usted mi secreto. He venido a este pueblo a requerimiento del Ministerio de la Gobernación. Pero, por favor —bajó la voz—, no haga uso de esta información.

—Desde luego, desde luego —la señorita Leatheran se sintió halagada y emocionada hasta lo más íntimo de su ser—. El Ministerio de la Gobernación…, ¿no querrá usted referirse… a la pobre señora Oldfield?

Poirot, lentamente, hizo varios signos afirmativos con la cabeza.

—¡Bien, bien! —La mujer exhaló con estas palabras toda una gama de emociones agradables.

—Como comprenderá, es un asunto muy delicado —dijo Poirot—. Tengo orden de informar sobre si hay suficientes motivos o no para una exhumación.

—¡Van a desenterrar a la pobrecita! —exclamó la señora Leatheran—. ¡Qué horror!

Si hubiera dicho: «¡Qué estupendo!», en lugar de: «¡Qué horror!», las palabras hubieran cuadrado mejor al tono de su voz.

—¿Cuál es su opinión sobre el caso, señorita Leatheran?

—Pues verá, *monsieur* Poirot; se han dicho muchas cosas. Pero yo nunca hice caso de ellas. Ya sabe cuántas habladurías infundadas circulan por ahí. No hay duda de que el doctor Oldfield se ha portado de una forma rara desde que ocurrió la muerte de su mujer, pero yo siempre dije que no había por qué asociarlo a una conciencia culpable. Pudo ser, simplemente, el efecto de la pena que sentía. Desde luego, él y su mujer no se tenían mucho afecto. Y esto sí que lo sé… de buena tinta. La enfermera Harrison, que cuidó de la señora Oldfield durante tres o cuatro años, hasta que murió, está conforme con tal afirmación. Y, además, siempre me ha parecido, ¿sabe usted?, que la enfermera sospecha algo… No creo que ella haya dicho nada por ahí, pero por la forma en que habla se puede deducir, ¿no le parece?

Poirot comentó con tristeza:

—¡Existen tan pocos indicios sobre los que pueda uno trabajar…!

—Sí; ya lo sé, *monsieur* Poirot; pero si exhuman el cadáver lo sabrán todo.

—Desde luego —convino el detective—. Entonces lo sabremos todo.

—Ya han ocurrido casos como éste, desde luego —dijo la señorita Leatheran, temblándole las aletas de la nariz con excitación—. El de Armstrong, por ejemplo, y el de aquel otro hombre no me acuerdo de su nombre… y el de Crippen, desde luego. Siempre me pregunto si Ethel le Neuve fue su cómplice. Desde luego Jean Moncrieffe es una muchacha muy agradable, se lo aseguro… no me atrevería a decir que influyera sobre él…, pero los hombres hacen muchas tonterías por una chica, ¿no le parece? Y, desde luego, estuvieron siempre demasiado juntos.

Poirot no replicó. La miró con expresión inocente e inquisitiva, calculada para producir un nuevo lujo de información. En su fuero interno se estaba divirtiendo al contar las veces que repetía las palabras «desde luego».

—Y, desde luego —siguió ella—, con la autopsia y todo lo demás, saldrán a relucir muchas cosas, ¿verdad? Me refiero a los sirvientes. Los criados están enterados siempre de muchas interioridades, ¿no le parece? Y, desde luego, es completamente imposible impedirles que se entreguen a la murmuración, ¿verdad? Beatrice, la criada de los Oldfield, fue despedida casi inmediatamente después del entierro… Siempre me pareció una cosa rara… en especial, si se piensa en las dificultades con que se tropieza hoy para encontrar servidumbre. Da la impresión de que el doctor Oldfield tuviera miedo de que ella supiera demasiado.

—Me estoy convenciendo de que existen suficientes motivos para iniciar una investigación —dijo solemne Poirot.

La señorita Leatheran se estremeció con aparente repugnancia.

—No es muy agradable la idea —dijo—. Pensar que nuestro apacible pueblecito aparecerá en los periódicos… y en toda la publicidad que se dará al caso…

—¿Eso le preocupa?

—Un poco. Estoy algo chapada a la antigua.

—Y, como dice usted, posiblemente todo se reducirá a unas cuantas habladurías.

—Bueno… yo no diría tanto. Pues sepa usted que hay mucha verdad en el refrán de que cuando el río suena, agua lleva.

—Yo estaba pensando exactamente lo mismo —admitió Poirot.

El detective se levantó.

—¿Puedo fiarme de su discreción, *mademoiselle*?

—¡Oh, desde luego! No diré ni una palabra a nadie.

Poirot sonrió y se despidió.

En el vestíbulo, al recoger el sombrero de manos de una doncella, dijo:

—He venido a investigar las circunstancias que concurrieron en la muerte de la señora Oldfield, pero te agradeceré que guardes la más estricta reserva sobre ello.

Gladys, que así se llamaba la chica, casi se desplomó sobre el paragüero. Respirando con excitación, preguntó:

—Oh, señor, ¿entonces fue el doctor quien lo hizo?

—Así lo has creído desde hace tiempo, ¿no es cierto?

—Bueno, señor; no he sido yo quien lo ha creído. Fue Beatrice. Estaba allí cuando murió la señora Oldfield.

—Y ella cree que hubo… —Poirot seleccionó cuidadosamente las melodramáticas palabras— «juego sucio».

Gladys afirmó agitadamente:

—Sí; eso cree. Y dice que la enfermera también está convencida de lo mismo. La enfermera Harrison. Quería mucho a la señora Oldfield y tuvo un disgusto terrible cuando se murió. Beatrice dice que la enfermera Harrison sabía algo, porque después de ocurrir el fallecimiento se puso decididamente frente al doctor, cosa que no hubiera hecho de no haber sucedido algo irregular, ¿no le parece?

—¿Dónde está ahora la enfermera Harrison?

—Cuida de la anciana señorita Bristow… en las afueras del pueblo. Encontrará la casa con facilidad. Tiene un porche delantero sostenido por columnas.

4

Poco después, Hércules Poirot estaba sentado frente a la persona que, sin duda alguna, sabía más cosas que nadie sobre las circunstancias que dieron origen a los rumores.

La enfermera Harrison era una mujer, guapa todavía, cuya edad rondaba los cuarenta años. Tenía las serenas facciones de una *madonna*, con ojos oscuros, grandes y de expresión afable. Escuchó atentamente al detective y luego dijo con lentitud:

—Sí; ya sabía que circulaban por ahí esos desagradables rumores. He hecho lo que he podido para impedirlo, pero ha sido inútil. A la gente le encantan estas emociones.

—Pero debe de haber ocurrido algo que haya dado lugar a esas habladurías, ¿verdad? —preguntó Poirot.

El detective notó que la expresión de zozobra reflejada en la cara de ella se acentuaba aún más. Pero la mujer se limitó a negar con la cabeza.

—Tal vez —sugirió Poirot— el doctor Oldfield y su esposa no se llevaran bien y eso dio lugar a los rumores.

La enfermera Harrison volvió a sacudir la cabeza con decisión.

—No. El doctor Oldfield fue siempre muy amable y paciente con su esposa.

—¿Estaba realmente muy enamorado de ella?

La mujer titubeó.

—No… no lo podría asegurar. La señora Oldfield era una mujer muy difícil de manejar; no estaba contenta de nada y hacía constantes peticiones de simpatía y atención que no siempre estaban justificadas.

—¿Quiere usted decir que la señora exageraba su condición?

La enfermera asintió.

—Sí… su propia salud era, mayormente, cosa de su propia imaginación.

—Y, sin embargo —observó Poirot con gravedad—, falleció…

—Sí; ya lo sé… ya lo sé…

El detective la contempló durante unos instantes. Veía su turbada confusión y su palpable incertidumbre.

—Creo… estoy seguro —dijo Poirot— de que usted sabe lo que, en principio, dio lugar a todas estas historias.

La enfermera Harrison se sonrojó.

—Bueno… —dijo—, tal vez lo pueda conjeturar. Creo que fue la criada, Beatrice, quien inició los rumores y me figuro qué fue lo que le puso tal idea en la cabeza.

—¿De veras?

La mujer habló con alguna incoherencia.

—Fue algo que tuve ocasión de escuchar… un fragmento de conversación entre el doctor Oldfield y la señorita Moncrieffe. Y estoy completamente segura de que

Beatrice lo oyó también, aunque supongo que ella no lo admitiría nunca.

—¿Cuál fue esa conversación?

La enfermera calló durante uno instante, como si comprobara la fidelidad de su memoria. Luego dijo:

—Ocurrió tres semanas antes del ataque que causó la muerte de la señora Oldfield. Ellos se encontraban en el comedor y yo bajaba la escalera cuando oí que Jean Moncrieffe decía: «¿Cuánto va a durar esto? No estoy dispuesta a esperar más». Y el doctor le contestó: «Ya queda poco, querida, te lo juro». Ella repitió: «No puedo soportar esta espera. ¿Crees que todo irá bien?». «Desde luego. Nada puede salir mal. Dentro de un año, por estas fechas, estaremos casados», respondió él.

La mujer hizo una pausa.

—Ésta fue la primera noticia que tuve, *monsieur* Poirot, de que había algo entre el doctor y la señorita Moncrieffe. Yo sabía que él sentía gran admiración por ella y que ambos eran muy buenos amigos, pero nada más. Volví a subir la escalera… sufrí una fuerte impresión…, pero me había dado cuenta de que la puerta de la cocina estaba abierta y desde entonces pienso que Beatrice debió de estar escuchando. Como podrá usted ver, lo que hablaron podía tomarse en dos sentidos. Podía significar tan sólo que el doctor sabía que su esposa estaba muy enferma y no podría sobrevivir mucho más… y no tengo ninguna duda de que esto fue lo que quiso decir…, pero para alguien como Beatrice debió parecer la cosa diferente… como si el doctor y Jean Moncrieffe estuvieran… bueno… estuvieran planeando deliberadamente librarse de la señora Oldfield.

—¿Y no lo cree así usted misma?

—No… no; desde luego que no.

Poirot la miró escrutadoramente.

—Enfermera Harrison —dijo—, ¿sabe usted alguna cosa más? ¿Algo que todavía no me haya dicho?

Ella enrojeció y dijo con violencia:

—No, no; de veras que no. ¿Qué más podría saber?

—No lo sé. Pero creo que debe de haber… algo.

Ella sacudió la cabeza. La expresión turbada de antes volvió a reflejarse en su cara.

Hércules Poirot comentó:

—Es posible que el Ministerio de la Gobernación ordene la exhumación del cadáver de la señora Oldfield.

—¡Oh, no! —La enfermera parecía horrorizada—. ¡Qué cosa más terrible!

—¿Cree usted que lo sería?

—Creo que sería espantoso. Puede imaginarse lo que se diría. Sería terrible… verdaderamente terrible para el pobre doctor Oldfield.

—¿No opina usted que, en realidad, pudiera ser una cosa favorable para él?

—¿Qué quiere usted decir?

—Si es inocente —dijo Poirot—, su inocencia quedaría probada.

El detective calló y esperó a que la insinuación enraizara en la mente de la enfermera Harrison. Vio cómo ella fruncía el ceño, perpleja, y luego se aclaraba su frente. Aspiró profundamente el aire y miró a Poirot.

—No había pensado en ello —dijo—. Al fin y al cabo, es la única cosa que se puede hacer.

Se oyeron unos golpes en el techo y la enfermera Harrison se levantó de un salto.

—Es mi paciente, la señorita Bristow. Ya se ha despertado de su siesta. Debo ir a ponerla cómoda antes de que le traigan el té y salga yo a dar mi paseo. Sí, *monsieur* Poirot; creo que tiene usted razón. Una autopsia aclarará de una vez para siempre este asunto. Pondrá las cosas en su sitio y se acabarán esos chismes contra el pobre doctor Oldfield.

Estrechó la mano de Poirot y salió precipitadamente de la habitación.

5

Hércules Poirot se dirigió a la estafeta de Correos y pidió una conferencia con Londres.

Una voz malhumorada sonó al otro extremo del hilo.

—¿Qué obligación tiene de ir sacando a la luz estos asuntos, mi querido Poirot? ¿Está seguro de que en este caso debemos intervenir nosotros? Ya sabe a qué se reducen muchas veces esas habladurías de pueblo… a nada en absoluto.

—Éste es un caso especial —respondió el detective.

—Bueno… si lo cree así… Tiene usted la desesperante costumbre de estar siempre en lo cierto. Pero si todo esto resulta luego una alarma infundada, no quedaremos muy satisfechos de usted, sépalo.

Poirot sonrió y murmuró:

—No. El que quedará satisfecho seré yo.

—¿Qué ha dicho? No le oigo.

—Nada. Nada de particular.

Colgó el teléfono.

Cuando salió de la cabina se apoyó en el mostrador de la oficina de Correos. Utilizando su tono de voz más atractivo, preguntó:

—¿Por casualidad podría decirme, *madame*, dónde reside actualmente la criada que estuvo con el doctor Oldfield? Creo que se llama Beatrice.

—¿Beatrice King? Desde entonces estuvo sirviendo en dos casas. Ahora está con la señora Marley, que vive al lado del Banco.

Poirot le dio las gracias y compró dos postales, un librito de sellos y un ejemplar de la cerámica local. Mientras efectuaba estas compras se las arregló para derivar la conversación hacia la muerte de la señora Oldfield. Se dio cuenta enseguida de la peculiar expresión furtiva que adoptó la cara de la encargada de la estafeta.

—Muy repentina, ¿verdad? —dijo la mujer—. Ha dado mucho que hablar, según creo lo habrá podido usted oír por ahí…

Por sus ojos pasó un destello de interés cuando preguntó:

—¿Tal vez será para eso por lo que quiere hablar con Beatrice King? Todos vimos algo raro en la forma tan imprevista con que fue despedida. Alguien creyó que la chica sabía algo… y tal vez sea así. Ella ha hecho algunas insinuaciones bastante claras.

Beatrice King era una muchacha bajita de aspecto mojigato y linfático. Su apariencia exterior era de estólida estupidez, pero sus ojos eran mucho más inteligentes de lo que sus maneras hubieran dejado sospechar. Parecía, sin embargo, que no sacaría nada de Beatrice. Se limitó a repetir:

—No sé absolutamente nada… No soy quién para decir lo que ocurrió allí… No sé qué es lo que quiere usted decir con eso de que oí una conversación entre el doctor

y la señorita Moncrieffe. No soy de las que gustan escuchar detrás de las puertas y no tiene usted ningún derecho a decir que yo lo hice. No sé nada.

Poirot preguntó:

—¿Has oído hablar alguna vez del envenenamiento por arsénico?

Un estremecimiento rápido y un furtivo interés se reflejó en el rostro adusto de la muchacha.

—¿Eso es, entonces, lo que había en la botella de la medicina? —inquirió.

—¿Qué botella?

—Una de las botellas de medicina que preparó la señorita Moncrieffe para la señora. La enfermera estuvo muy preocupada… me di cuenta de ello. Probó la medicina, la olió, la vertió en el lavabo y volvió a llenar la botella con agua del grifo. Era una medicina parecida al agua. Y una vez que la señorita Moncrieffe le preparó una tetera a la señora, la enfermera se la llevó otra vez a la cocina y la vació, porque dijo que el té no estaba hecho con agua hirviendo. Claro que todo eso fueron cosas que acerté a ver. Entonces pensé que eran debidas a las costumbres minuciosas y exigentes que tienen algunas enfermeras; pero ahora no sé… tal vez era algo más que eso.

Poirot asintió y dijo:

—¿Te gustaba la señorita Moncrieffe, Beatrice?

—No le hacía nunca caso… Es un poco egoísta. Y siempre he sabido qué está loca por el doctor. No había más que ver la forma cómo lo miraba.

Poirot movió de nuevo la cabeza afirmativamente.

Volvió a la posada y dio determinadas instrucciones a George.

6

El doctor Alan García, analista del Departamento oficial, se frotó las manos e hizo un guiño a Hércules Poirot.

—Bueno —dijo—. Supongo que esto le satisfará, *monsieur* Poirot. Es usted el hombre que siempre tiene razón.

—Muy amable —replicó el detective.

—¿Qué es lo que le puso a usted sobre la pista? ¿Habladurías acaso?

—Como dicen ustedes… «Entra el rumor, lleno de lenguas pintadas sobre él».

Al día siguiente Poirot tomó una vez más el tren para Market Loughborough.

El pueblecito hervía de agitación, con el zumbido de una colmena. La excitación había empezado aunque suavemente, cuando se hicieron los preparativos para la exhumación.

Y ahora que los descubrimientos de la autopsia habían trascendido, la conmoción había llegado a su más alto grado de temperatura.

Hacía cerca de una hora que Poirot estaba en la posada y justamente acababa de tomar una sustanciosa comida compuesta por carne y un «*pudding*» de riñones, regado todo ello con buena cerveza, cuando le avisaron que una señora quería hablar con él.

Era la enfermera Harrison. Tenía el rostro blanco y ojeroso.

Se dirigió en derechura hacia Poirot.

—¿Es verdad…? ¿Es verdad lo que dicen, *monsieur* Poirot?

—Sí. Se ha encontrado arsénico en cantidad más que suficiente para causar la muerte.

La enfermera Harrison exclamó:

—Nunca pensé… ni por un momento pensé… —Y se echó a llorar.

Poirot comentó con dulzura:

—Ya sabe usted que siempre la verdad ha de resplandecer.

Ella sollozó.

—¿Lo ahorcarán?

—Tienen que probarse muchas cosas todavía… —contestó el detective—. Oportunidad… acceso al veneno… vehículo con que fue administrado…

—Pero suponiendo, *monsieur* Poirot, que él no tenga nada que ver con ello… nada en absoluto…

—En ese caso —Poirot se encogió de hombros—, será absuelto.

La enfermera Harrison dijo lentamente:

—Hay algo… algo que, según creo, debí decirle antes… Mas no pensé que, en realidad, pudiera haber resultado esto. Fue una cosa… rara.

—Ya sabía yo que había algo más —respondió Poirot—. Sería conveniente que me lo dijera ahora.

—No es mucho. Solamente que un día, cuando bajé al dispensario a buscar una cosa, Jean Moncrieffe estaba haciendo algo…

—¿De veras?

—Parece una tontería. Tan sólo fue que ella estaba rellenando su estuche de polvos para la cara… un estuche esmaltado, de color rosa…

—¿Sí?

—Pero no lo estaba rellenando de polvos… polvos para la cara quiero decir. Estaba vertiendo en él unos polvos que contenía una de las botellas del armario de los venenos. Cuando ella me vio se sobresaltó y cerró el estuche y lo guardó en el bolso, y puso rápidamente la botella en el armario para que no viera lo que era. Yo hubiera dicho que todo ello no tenía ningún significado…, pero ahora sé que la señora Oldfield fue envenenada… —calló de pronto.

—¿Me perdona un momento? —dijo Poirot.

Salió de la habitación y telefoneó al sargento Grey, detective de la policía de Berkshire.

Cuando volvió tomó asiento y tanto él como la enfermera Harrison guardaron silencio.

Con la imaginación veía Poirot la cara de una muchacha pelirroja y la que con su voz clara y fuerte decía: «No estoy de acuerdo con usted». Jean Moncrieffe no deseaba que se hiciera la autopsia. Dio una excusa bastante plausible, pero el hecho subsistía. Una muchacha competente, eficiente… resuelta. Enamorada de un hombre ligado a una esposa enferma y quejumbrosa, cuya vida podía durar años y años, ya que, según lo dicho por la enfermera Harrison, sus males eran principalmente imaginarios.

Hércules Poirot suspiró.

—¿En qué piensa usted? —preguntó la enfermera.

—Lo malo de estas cosas… —contestó Poirot.

—No creo de ninguna forma que él supiera algo del asunto.

—No. Estoy seguro de que él no sabía nada.

Se abrió la puerta y entró el sargento Grey. En la mano llevaba un objeto envuelto en un pañuelo de seda. Lo desenvolvió y lo depositó cuidadosamente. Era un estuche esmaltado, de brillante color de rosa.

—Ése es el que vi —exclamó la enfermera Harrison.

—Lo hemos encontrado en el fondo de un cajón de la cómoda que hay en la habitación de la señorita Moncrieffe, dentro de una cajita de pañuelos. Por lo que veo, no hay huellas digitales en él, pero he de tener especial cuidado.

Con el pañuelo sobre la mano, apretó el resorte y la cajita se abrió.

—Esto no es polvo para la cara —elijo Grey.

Tomó un poco con la punta del dedo y lo probó con la lengua.

—No sabe a nada en particular.

—El arsénico blanco no tiene gusto alguno —dijo Hércules Poirot.

—Lo analizaremos enseguida —anunció Grey. Miró a la enfermera Harrison—. ¿Puede usted jurar que ésta es la misma caja?

—Sí. Estoy segura. Ése es el estuche que vi en poder de la señorita Moncrieffe cuando bajé al dispensario, una semana antes de que muriera la señora Oldfield.

El sargento Grey suspiró. Miró a Poirot e hizo un signo afirmativo con la cabeza.

Poirot tocó el timbre.

—Digan a mi criado que venga, por favor.

George, el perfecto sirviente, discreto y callado, entró y miró inquisitivamente a su señor. Hércules Poirot dijo:

—Ha identificado usted este estuche de polvos, señorita Harrison, como el que vio en poder de la señorita Moncrieffe, hace cosa de un año. Se sorprenderá de saber que esta cajita, en particular, fue vendida por los Almacenes Woolworth hace unas pocas semanas y que, además, es de un modelo y color que solamente se ha fabricado durante los tres últimos meses.

La enfermera dio un respingo y miró fijamente a Poirot con sus ojos grandes y oscuros.

—¿Ha visto este estuche antes de ahora, George? —preguntó el detective.

George dio un paso adelante.

—Sí, señor. Yo vi cómo esta persona, la enfermera Harrison, lo compraba en los Almacenes Woolworth el viernes, día dieciocho. Siguiendo las instrucciones que me dio usted fui detrás de esta señorita para vigilar sus movimientos. Tomó un autobús el día que he mencionado y fue a Darmington, donde compró esta cajita. Después volvió a su casa. Más tarde, el mismo día, se dirigió hacia donde se hospeda la señorita Moncrieffe. De acuerdo con las instrucciones que tenía ya estaba yo en dicha casa. Vi cómo ella entraba en el dormitorio de la señorita Moncrieffe y escondía el estuche en el fondo de uno de los cajones de la cómoda. Lo pude ver muy bien por una rendija de la puerta. Después esta señora salió de allí creyendo que nadie la había visto. Puede decirse que en este pueblo nadie cierra la puerta de la calle y entonces estaba anocheciendo.

Poirot se dirigió a la enfermera Harrison con voz dura y en tono mordaz.

—¿Puede usted explicar estos hechos, enfermera Harrison? Creo que no. No había arsénico en esa cajita cuando salió de los Almacenes Woolworth, pero sí lo contenía cuando salió de la casa de la señorita Bristow —y añadió suavemente—: No fue usted muy prudente al guardar una reserva de arsénico en su poder.

La mujer sepultó la cara entre las manos. Con voz baja y empañada, dijo:

—Es verdad… todo es verdad… yo la maté. Y todo para nada… nada… estaba loca…

7

—Debo pedirle que me perdone, *monsieur* Poirot —dijo Jean Moncrieffe—. Estaba muy enojada con usted… terriblemente enojada. Me parecía que estaba usted empeorando las cosas.

Poirot sonrió.

—Eso es lo que hice al empezar —dijo—. Era como en la vieja leyenda de la hidra de Lerna. Cada vez que se cortaba una cabeza nacían dos en su lugar. Al principio, los rumores crecían y se multiplicaban. Pero, al igual que mi tocayo Hércules, mi objetivo era llegar a la primera cabeza… a la original. ¿Quién empezó las habladurías? No me costó mucho tiempo el descubrir que tal persona fue la enfermera Harrison. Fui a verla… parecía ser una mujer agradable… inteligente y simpática. Pero a poco de hablar conmigo cometió una gran equivocación: repitió una conversación que oyó, sostenida entre usted y el doctor; mas esa conversación era falsa. Psicológicamente era inverosímil. Si usted y el doctor habían planeado matar a la señora Oldfield, eran ambos bastante inteligentes y equilibrados para no hablar de ello en una habitación con una puerta abierta y donde podían ser fácilmente oídos por cualquiera que bajara la escalera o estuviera en la cocina. Además, las palabras que le atribuía a usted no encajaban con su modo de ser. Eran las palabras de una mujer mucho más vieja y de un tipo completamente diferente. Eran palabras que podían haber sido imaginadas por la enfermera Harrison para ser utilizadas por ella misma en circunstancias parecidas.

»Por entonces —continuó Poirot— ya había considerado yo el asunto como una cuestión simple en extremo. Me había dado cuenta de que la enfermera Harrison era una mujer no muy vieja y todavía hermosa…, había tenido un contacto constante con el doctor Oldfield durante cerca de tres años. El doctor la apreciaba mucho y le estaba agradecido por su tacto y simpatía. Ella se hizo la ilusión de que si la señora Oldfield moría, el doctor le rogaría, con seguridad, que se casara con él. Pero, en lugar de ello, después de la muerte de la mujer se enteró que el doctor estaba enamorado de usted. Sin perder momento, guiada por la cólera y los celos, empezó a esparcir el rumor de que el doctor Oldfield había envenenado a su esposa. Así era cómo yo había visto la situación en principio —prosiguió el detective—. Era el caso de una mujer celosa y de un rumor falso; pero el conocido refrán de que cuando el río suena, agua lleva, me venía a la cabeza una y otra vez. Me pregunté si la enfermera Harrison había hecho algo más que esparcir un rumor. Algunas cosas que ella dijo sonaban un poco extrañamente. Me contó que la enfermedad de la señora Oldfield era, en su mayor parte, imaginaria… que en realidad no sufría muchos dolores. Pero el propio doctor no tenía ninguna duda acerca de la realidad de la dolencia que padecía su esposa. Su muerte no le había sorprendido. Consultó a otro médico antes de ocurrir el fallecimiento y su colega había convenido en la gravedad de su estado. A modo de

ensayo, adelanté la propuesta de la exhumación… La enfermera Harrison se asustó terriblemente ante tal idea. Pero luego, casi de repente, los celos y el odio se apoderaron de ella. Aunque encontraran arsénico, ninguna sospecha recaía sobre su persona. El doctor y Jean Moncrieffe serían quienes pagarían las consecuencias. No quedaba más que una esperanza —agregó Poirot—. Hacer que la enfermera Harrison se pasara de lista. Si existiera una posibilidad de que Jean Moncrieffe pudiera escapar, me figuré que la Harrison no dejaría piedra por remover con tal de verla complicada en el crimen. Di instrucciones a mi fiel George; el más discreto de los hombres y a quien ella no conocía. Debía seguirla sin perderla de vista. Y de esta forma… todo acabó bien.

—Ha sido usted maravilloso —comentó Jean Moncrieffe.

El doctor Oldfield intervino.

—Sí; de veras —dijo—. Nunca podré darle bastantes gracias. ¡Qué tonto y ciego fui!

—¿Fue usted también tan ciega, *mademoiselle*? —preguntó Poirot.

La joven contestó lentamente:

—Estuve muy angustiada. El arsénico del armario de los venenos no coincidía con la cantidad que yo tenía anotada…

Oldfield exclamó:

—¡Jean…! ¿No creerías que…?

—No, no. Tú no. Lo que pensé fue que la señora Oldfield se había apoderado de él… y que lo estaba utilizando con el fin de producirse una dolencia y atraerse la simpatía de los demás; pero que por inadvertencia había tomado una dosis excesiva. Temí que si se practicaba la autopsia y encontraban arsénico nunca tomarían en consideración tal teoría y llegarían a la conclusión de que tú lo habías hecho. Por eso nunca dije nada sobre el arsénico que faltaba. Hasta falsifiqué el registro de los venenos. Pero la última persona de quien hubiera sospechado era de la enfermera Harrison.

—Yo también… —dijo Oldfield—. Una mujer tan femenina y tan dulce… como una «madonna».

Poirot comentó con tristeza:

—Sí; posiblemente hubiera sido una buena esposa y madre… Pero sus emociones eran demasiado fuertes para ella —exhaló un suspiro y murmuró para sí mismo—: Ésa ha sido la lástima.

Luego dirigió una sonrisa al hombre de aspecto feliz y a la muchacha de cara vehemente que se sentaban frente a él. Pensó para sus adentros:

«Esos dos han salido de la sombra para disfrutar del sol… y yo… he llevado a cabo el segundo “trabajo” de Hércules».

La cierva de Cerinea

(The Arcadian Deer).

1

Hércules Poirot dio con los pies contra el suelo buscando la forma de calentarlos. Luego se sopló los dedos. Copos de nieve se deshacían sobre su bigote.

Sonó un golpe en la puerta y apareció una criada. Era una muchacha campesina, de lenta respiración y rechonchos contornos, que miró con no poca curiosidad a Poirot. Era posible que la joven no hubiera visto jamás una cosa como aquélla.

—¿Ha llamado usted? —preguntó.

—Sí. ¿Tendría la amabilidad de encender el fuego?

La chica salió y volvió al cabo de un rato trayendo consigo papel y astillas. Se arrodilló ante la gran chimenea de estilo victoriano y empezó a encender el fuego.

Poirot continuó golpeando los pies, agitando los brazos y soplándose los dedos.

El detective estaba contrariado. Su coche, su costoso «Messarro Gratz», no se había conducido a la perfección mecánica que él esperaba de un automóvil. Y su chófer, un joven que disfrutaba de sustancioso salario, no había tenido ningún éxito al querer arreglar las cosas. El coche se había detenido definitivamente en una carretera secundaria, a milla y media del lugar habitado más cercano, en el mismo momento en que empezaba a caer una buena nevada. Hércules Poirot, que llevaba como de costumbre unos elegantes zapatos de charol, se vio obligado a recorrer milla y media que le separaba del pueblo de Hartly Dene; una localidad que durante todo el verano estaba bastante animada, pero que en invierno parecía casi desierta. El «Cisne Negro» registró cierta consternación ante la llegada de un huésped. El posadero estuvo hasta elocuente cuando insinuó que el garaje del pueblo podría proporcionar un coche para que el caballero pudiera seguir su viaje.

Poirot rechazó la sugestión. Su arraigado sentido de la economía se sintió ofendido. ¿Alquilar un coche? Ya tenía él uno… grande… y de los caros. En este automóvil y no en ningún otro se había propuesto continuar su viaje de regreso a la ciudad. Y de cualquier modo, aunque la reparación se realizara con toda rapidez, con la nieve que caía, no podría irse, por lo menos, hasta la mañana siguiente. Pidió una habitación, fuego y comida. Dando un suspiro de desaliento, el posadero lo llevó hasta la habitación, ordenó a la criada que se cuidara del fuego y se retiró a discutir con su mujer el problema de la comida.

Una hora más tarde, con los pies extendidos hacia el agradable calor de las llamas, Poirot reflexionó indulgentemente sobre lo que acababa de comer. En realidad, la carne había sido dura y cartilaginosa; las coles de Bruselas, grandes, descoloridas e insípidas; las patatas, asimismo, tenían un corazón de piedra. Tampoco se podía alabar la ración de manzana asada con natillas que siguió. El queso estaba duro y las galletas blandas. No obstante, pensó Poirot mientras miraba con agrado las vacilantes llamas y daba delicados sorbos a una taza llena de un lodo líquido eufóricamente llamado café, mejor era tener el estómago lleno que vacío; y después

de haber chapoteado por senderos cubiertos de nieve, llevando zapatos de charol, el sentarse frente a un buen fuego era como encontrarse en la gloria.

Sonó un golpecito en la puerta y apareció la criada.

—Perdone, señor; ha venido un hombre del garaje y desea hablar con usted.

Poirot replicó con amabilidad:

—Dígale que suba.

La muchacha soltó una risita y se retiró. Poirot consideró benévolamente que la descripción que de él diera la joven a sus amigos les proporcionaría diversión para muchos días.

Se oyó otro golpe dado en la puerta… un golpe diferente… y el detective invitó:

—Pase.

Levantó la vista y miró con aprobación al joven que entró y se quedó parado, con aire confuso, dando vueltas a la gorra que llevaba en las manos.

«He aquí —pensó Poirot—, uno de los más bellos ejemplares de la raza blanca que jamás vi; un joven sencillo con la apariencia externa de un dios griego».

El muchacho habló con voz baja y ronca:

—Es acerca del coche, señor; lo hemos traído al pueblo y hemos encontrado el origen de la avería. Estará arreglado dentro de una hora o poco más.

—¿Qué es lo que se ha descompuesto? —preguntó Hércules Poirot.

El joven se lanzó ansiosamente a explicar detalles técnicos y el detective movió de cuando en cuando la cabeza, aunque sin escuchar lo que el otro le decía. La perfección física era una de las cosas que más admiraba. Opinaba que existían en el mundo demasiadas falsificaciones en aquel aspecto.

Murmuró para sí mismo: «Sí; un dios griego… un joven pastor de la Arcadia».

El joven calló de pronto. Fue entonces cuando las cejas de Poirot se fruncieron durante un segundo. Su primera reacción había sido estética; pero la segunda fue mental. Cerró un poco los ojos con curiosidad cuando levantó la mirada.

—Comprendo —dijo—. Sí; ya comprendo —hizo una pausa y luego añadió—: Mi chófer ya me explicó todo lo que acaba usted de explicarme detalladamente.

Vio el color subir a las mejillas del muchacho y la súbita contracción de los dedos sobre la gorra que sostenían.

El mecánico tartamudeó:

—Sí… ejem… sí, señor. Ya lo sé.

Hércules Poirot prosiguió con suavidad:

—Pero pensó usted que sería mejor venir en persona a decírmelo, ¿verdad?

—Ejem… sí, señor. Pensé que sería preferible.

—Eso demuestra que es usted muy concienzudo en sus cosas. Muchas gracias.

En las últimas palabras había un ligero pero inconfundible acento de despedida; mas Poirot no esperaba que el otro se fuera, y acertó. El joven no se movió.

Movía los dedos convulsivamente, estrujando fuertemente la gorra.

Al fin dijo con voz baja y turbada:

—Ejem… perdone, señor…, ¿no es cierto que es usted detective…? ¿Es usted el señor Hércules Poirot? —pronunció el nombre con todo cuidado.

—Eso es —contestó Poirot.

El color de la cara del joven creció en intensidad.

—Leí un artículo sobre usted en un periódico.

—¿De veras?

La cara del muchacho era ahora de color escarlata. Había en sus ojos una expresión de angustia y de súplica a la vez. Hércules Poirot acudió en su ayuda.

—¿De veras? —repitió—. ¿Qué es lo que quiere de mí?

Las palabras salieron entonces como un torrente de la boca del joven.

—Temo que considerará esto como una desfachatez por mi parte, señor. Pero ya que por casualidad ha venido usted a este pueblo… bueno… es una oportunidad que no puedo desaprovechar. Y más, sabiendo quién es usted y de qué forma tan admirable resuelve los casos. De cualquier modo, me dije, creo que debo consultarle. No hay ningún inconveniente en ello, ¿verdad?

Poirot sacudió la cabeza.

—¿Necesita usted que le ayude en algo? —preguntó.

El joven asintió y con voz ronca dijo:

—Se trata… se trata de una muchacha. Quisiera saber si… si se encargaría usted de buscarla por mi cuenta.

—¿Buscarla? ¿Es que ha desaparecido?

—Eso es, señor.

Poirot se irguió en su asiento y dijo con sequedad:

—Sí; tal vez le podría ayudar. Pero a quien debe usted acudir es a la policía. Ellos se ocupan en estas cosas y tienen a su disposición más medios que yo.

El muchacho restregó los pies en el suelo y con acento indeciso, observó:

—No puedo hacer eso, señor. No se trata de una cosa así. A decir verdad, es algo extraordinario.

Poirot le miró fijamente y luego le indicó una silla.

—*Eh bien*; si es así, siéntese… ¿Cómo se llama usted?

—Williamson, señor. Ted Williamson.

—Siéntese, Ted. Cuénteme todo lo que ocurrió.

—Gracias, señor.

Acercó una silla y se sentó cuidadosamente en el borde de ella. Sus ojos tenían todavía aquella expresión perruna de súplica.

—Cuénteme —repitió Poirot.

Ted Williamson aspiró profundamente el aire.

—Pues verá usted, señor. Ocurrió de esta forma. Yo no la vi más que aquella vez. Y no sé nada más de ella, ni siquiera su nombre. Pero todo ha sido muy raro; la devolución de mi carta y todo lo demás…

—Empiece por el principio —interrumpió Poirot—. No se dé prisa, cuénteme las cosas tal como sucedieron, sin descuidarse nada.

—Sí, señor. Bueno…, tal vez conocerá usted Grasslawn, señor: esa gran finca de recreo que hay junto al río, una vez pasado el puente que lo cruza.

—No tengo ni la menor idea.

—Pertenece a *sir* George Sanderfield, quien la utiliza durante el verano para pasar los fines de semana y para organizar partidas de caza o de pesca. Acostumbra traer gente alegre y divertida; gente de teatro y cosas parecidas. Y esto ocurrió el pasado mes de junio… la radio se estropeó y me llamaron para que la arreglara.

Poirot asintió con la cabeza.

—Así es que fui a ver lo que pasaba —continuó el joven—. El dueño de la casa y los invitados estaban en el río; la cocinera había salido y el mayordomo fue a servir las bebidas en la lancha donde paseaba su señor y los demás. En la casa sólo había quedado aquella muchacha. Era la doncella de una de las invitadas. Me hizo entrar y me llevó hasta donde estaba la radio. Ella se quedó allí mientras yo trabajaba. Así es que nos pusimos a charlar… Se llamaba Nita, según me dijo, y era la doncella de una bailarina rusa que había sido invitada por *sir* George.

—¿De qué nacionalidad era? ¿Inglesa?

—No, señor. Debía ser francesa, según creo. Tenía un acento muy curioso, pero hablaba bien el inglés. Ella… se mostró amigable desde el principio, y por ello, al cabo de un rato, le pregunté si podría salir aquella noche para ir al cine, pero me contestó que su señora la necesitaría. Sin embargo, dijo que podría salir a primera hora de la tarde, porque los demás no regresarían del río hasta el anochecer. En resumen, aquella tarde hice fiesta sin pedir permiso, lo que por poco me cuesta el empleo, y nos fuimos a dar un paseo por la orilla del río.

Se detuvo, una ligera sonrisa distendió sus labios, mientras sus ojos, con expresión soñadora, parecían rememorar aquellos momentos.

—Era bonita, ¿verdad? —preguntó Poirot.

—Era la cosa más preciosa que pueda usted imaginar. Su pelo era como el oro… lo llevaba recogido a ambos lados, como dos alas. Y tenía una manera tan fácil y alegre de andar, que daba gloria verla. Yo… no… bueno… me enamoré de ella sin más preámbulos, señor. No tengo por qué ocultarlo.

Poirot hizo un nuevo gesto afirmativo con la cabeza y el muchacho prosiguió:

—La chica me dijo que su señora volvería dentro de una quincena y quedamos de acuerdo para vernos otra vez —hizo una pausa.

»Pero no volvió nunca más. La esperé en el sitio convenido, pero no vino; hasta que decidí ir hasta la casa y preguntar por ella. Me dijeron que la bailarina rusa estaba allí y su doncella también. Fueron a buscarla, pero cuando llegó vi que no era Nita. Era una muchacha morena y de aspecto desenvuelto y descarado. Se llamaba Marie. «¿Quería usted verme?», me dijo con acento gazmoño. Debió darse cuenta de mi sorpresa. Le pregunté si era la doncella de la señora rusa y le dije algo acerca de que

ella no era la que yo conocí antes. Entonces empezó a reír y me contestó que la última doncella había sido despedida súbitamente hacía pocos días—. «¿Despedida?», —pregunté—. «¿Y por qué?». La chica se encogió de hombros y extendió las manos. «¿Cómo quiere que lo sepa?», dijo. «No estaba yo allí».

»Pues bien, señor: todo aquello me dejó desconcertado. De momento no supe qué decir, pero después me armé de valor y me las arreglé para ver otra vez a Marie con el fin de pedirle que me diera la dirección de Nita. No le dejé sospechar siquiera que desconocía incluso su apellido. Le prometí que le haría un regalo si me proporcionaba las señas que me interesaban, pues Marie era de las que no trabajaban en balde. Me facilitó la dirección, unas señas de North London, y escribí a Nita. Pero a los pocos días me devolvieron la carta, indicando que el destinatario no vivía ya allí.

Ted Williamson calló. Sus ojos fijos de profundo color azul se clavaron en Poirot.

—¿Se ha dado cuenta, señor? —preguntó—. No es un caso para la policía. Pero necesito encontrarla, aunque no sé ni por dónde empezar. Si… si pudiera hacerlo usted por mí… —El color de su cara subió de tono—. Tengo… tengo algo guardado. Puedo disponer de cinco libras… o de diez acaso.

—No necesitamos, de momento, discutir el aspecto monetario de la cuestión. Primero, recapacite sobre este punto… Esa muchacha, Nita…, ¿sabe su nombre de usted y dónde trabaja?

—Sí, señor.

—¿Pudo ponerse en contacto con usted, si lo hubiera deseado?

Ted respondió con lentitud.

—Sí, señor.

—¿No cree, entonces, tal vez…?

El joven le interrumpió.

—Quiere usted decir que yo me enamoré de ella, pero que ella no me corresponde, ¿verdad? Quizá sea cierto en un sentido… Pero yo le gustaba… le gustaba… aquello no fue un mero pasatiempo para ella. He recapacitado sobre todo esto y tengo la seguridad de que debe existir un motivo para lo que ha ocurrido. Ya sabe usted que estaba mezclada con una pandilla bastante divertida. Debió de encontrarse en algún apuro… ya sabe a qué me refiero.

—¿Cree usted que se vio envuelta en circunstancias deshonrosas para ella? ¿Por culpa de usted?

—Mía, no, señor —Ted enrojeció—. Entre ella y yo no hubo nada censurable.

Poirot lo miró con aspecto pensativo y murmuró:

—Y si lo que usted supone es cierto… ¿todavía desea encontrarla?

El rubor volvió a crecer de punto en la cara de Ted.

—Sí; lo deseo, y no hay más que hablar. Quiero casarme con ella, si accede. Y no me importa absolutamente nada la clase de lío en que haya podido verse envuelta. Si se decidiera usted a buscarla…

Hércules Poirot sonrió y dijo para sí mismo:

—«Cabellos como alas de oro». Sí, creo que éste es el tercer «trabajo» de Hércules… Si la memoria no me falla, creo que aquello ocurrió en Arcadia.

2

Poirot miró con aspecto pensativo el trozo de papel en que Ted Williamson había escrito laboriosamente un nombre y una dirección.

Señorita Valetta; 17, Upper Renfrew Lane, número 15.

Dudaba de que pudiera conseguir algo en aquellas señas. Es más, estaba seguro de que no se enteraría de muchas cosas. Pero había sido la única pista que Ted le pudo ofrecer.

Upper Renfrew Lane era una calle apartada pero respetable. Una mujer corpulenta, de ojos legañosos, abrió la puerta del número 17 cuando llamó Poirot.

—¿La señorita Valetta?

—Se marchó hace mucho tiempo.

El detective avanzó un paso cuando vio que la puerta iba a cerrarse otra vez.

—¿Tal vez podría usted facilitarme su dirección actual?

—No puedo decírsela, pues no dejó ninguna.

—¿Cuándo se marchó?

—Este verano pasado.

—¿Podría decirme exactamente cuándo?

Un alegre tintineo surgió de la mano derecha de Poirot, donde dos medias coronas chocaban entre sí con buena camaradería.

La mujer de los ojos legañosos se suavizó de una forma casi mágica. Derrochó afabilidad.

—No sabe lo que me gustaría poder ayudarle, señor. Déjeme que recuerde. Agosto… no, fue antes… Julio… eso es, julio. Durante la primera semana de julio. Se marchó precipitadamente. Creo que regresó a Italia.

—Entonces, ¿era italiana?

—Eso es, señor.

—Estuvo al servicio de una bailarina rusa, ¿verdad?

—Ni más ni menos. *Madame* Semoulina o algo parecido. Actuaba en el Thespian, en ese *ballet* que ha tenido tanto éxito. Era una de las estrellas principales.

—¿Sabe usted por qué causa perdió su empleo la señorita Valetta?

La mujer titubeó un momento antes de contestar.

—Lo siento, pero no lo sé.

—La despidieron, ¿verdad?

—Bueno… creo que hubo un poco de jaleo. Pero, de todas formas, la señorita Valetta no dejó entrever nada de lo que ocurrió. No era de las que se van de la lengua; aunque parecía estar fuera de sí por lo que le había pasado. Tenía un genio endiablado, como de buena italiana; sus ojos negros centelleaban y la miraba a una

como si fuera a meterle un cuchillo entre las costillas. Yo no me hubiera atrevido a ponerme frente a ella cuando tenía uno de sus arrebatos.

—¿Y está usted completamente segura de que no sabe la dirección actual de la señorita Valetta?

Las medias coronas volvieron a sonar incitantemente. La respuesta llegó con acento verídico.

—Quisiera saberlo, pues tendría mucho gusto en decírselo. Pero ya ve… se marchó de pronto y así quedó la cosa.

—Sí; así quedó la cosa…

3

Ambrose Vandel tuvo que dejar a la fuerza la entusiasta descripción de un decorado que estaba preparando para un nuevo *ballet* y facilitó sin rodeos los informes que le pedían.

—¿Sanderfield? ¿George Sanderfield? Un sujeto desagradable. Forrado de billetes, pero dicen que es un bribón. ¡Una buena pieza…! ¿Algo con una bailarina? Desde luego… tuvo un asunto con Katrina. Katrina Samoushenka. Seguramente la habrá visto usted bailar. Es… es deliciosa. «El cisne de Tounela»… debe haberlo visto usted. Y eso de Debussy ¿o de Mannine?… *La biche au bois*. Ella bailó Con Michel Novgin. También es un magnífico bailarín, ¿no es cierto?

—¿Era amiga de George Sanderfield?

—Sí; solía pasar los fines de semana en la finca que él tiene junto al río. Creo que da unas fiestas espléndidas.

—¿Le sería posible, *mon chéri*, presentarme a *mademoiselle* Samoushenka?

—Pero, mi querido amigo, ¡si la chica ya no está en Londres! Se fue a París o a cualquier otro lado, con bastante precipitación por cierto. Dijeron que era una espía bolchevique o algo así. Yo, personalmente no lo creo; pero ya sabe usted cuánto gusta a la gente decir cosas como éstas. Katrina siempre pretendió ser una rusa blanca… su padre fue un príncipe o un gran duque… ¡lo de siempre! Viste mucho más —Vandel hizo una pausa y volvió a la conversación que más le absorbía— como le iba diciendo, si quiere usted captar el *esprit* de Bathsheba, debe profundizar adecuadamente en la tradición semítica. Yo lo expreso con…

Y siguió charlando animadamente.

4

La entrevista que Hércules Poirot concertó con *sir* George Sanderfield no empezó bajo buenos auspicios.

La «buena pieza», como había dicho Ambrose Vandel, estaba ligeramente mosqueado por aquella visita. *Sir* George era un hombre bajo y fornido, de cabello basto y pescuezo grueso y grasiento.

—Bien, *monsieur* Poirot —dijo—. ¿En qué puedo servirle? Creo que… no nos conocíamos antes de ahora.

—No. No habíamos sido presentados.

—Bueno. ¿De qué se trata? Le confieso que siento gran curiosidad por saberlo.

—Oh; no es nada de particular… una simple información.

El otro soltó una risita nerviosa.

—Quiere que le dé algún informe de carácter reservado, ¿verdad? No sabía que le interesaban los negocios.

—No se trata de los *affaires*. Es una cuestión relacionada con una dama.

—Ah; una mujer.

Sir George se inclinó en el sillón y pareció descansar. Su voz tenía ahora un tono más tranquilo.

—Según creo —dijo Poirot—, conocía usted a *mademoiselle* Katrina Samoushenka.

Sanderfield rió.

—Sí. Una criatura encantadora. Es una lástima que se haya ido de Londres.

—¿Cuándo se marchó?

—Pues, francamente, no lo sé. Supongo que se enfadaría con la Dirección. Era una temperamental… un genio muy ruso. Siento no poder ayudarle, pero no tengo ni la más mínima idea de dónde debe estar ahora. No he sabido más de ella.

Su voz tenía un acento de despedida cuando se levantó.

—Pero no es a *mademoiselle* Samoushenka a quien me interesa encontrar —observó Poirot.

—¿De veras?

—No; se trata de su doncella.

—¿Su doncella? —Sanderfield miró fijamente al detective.

—¿Tal vez… la recuerda usted? —preguntó Poirot.

Sanderfield volvió a mostrar el desasosiego de antes.

—¡Válgame Dios! —dijo con afectación—. No; ¿cómo había de acordarme de ella? Recuerdo que tenía una, desde luego… era una chica de cuidado. Servil y fisgona. Yo en su lugar no haría caso de una de las palabras que dijera esa muchacha. Es una mentirosa innata.

—Por lo que se ve, recuerda usted muchas cosas de ella —murmuró Poirot.

Sanderfield se apresuró a contestar:

—Tan sólo la impresión que me causó; nada más… Ni siquiera recuerdo su nombre… Déjeme ver… Marie, no sé qué… En fin, temo que no le podré ayudar a encontrarla. Lo siento.

Poirot comentó:

—En el Thespian Theatre, me dijeron que se llama Marie Hellin y hasta me facilitaron su dirección. Pero yo me refiero, *sir* George, a la doncella que tuvo *mademoiselle* Samoushenka antes de Marie Hellin. Estoy hablando de Nita Valetta.

Sanderfield miró extrañado a Poirot.

—No la recuerdo en absoluto. Marie fue la única que conocí. Una muchacha morena de mirada desagradable.

—La chica a que hago mención estuvo en Grasslawn en el pasado mes de junio.

Sanderfield contestó con un gesto huraño:

—Bueno; todo lo que puedo decirle *es* que no la recuerdo. No creo que Katrina trajera ninguna doncella. Debe estar usted equivocado.

Hércules Poirot sacudió la cabeza. No creía estarlo.

5

Con los ojos pequeños e inteligentes, Marie Hellin dirigió una rápida mirada a Poirot, y con la misma rapidez apartó la vista.

—Lo recuerdo perfectamente, *monsieur* —su voz era suave y de tono uniforme —. *Madame* Samoushenka me tomó a su servicio en la última semana de junio. La doncella anterior tuvo que marcharse precipitadamente.

—¿No pudo enterarse usted de la causa de la marcha?

—Se fue… de pronto… eso es todo lo que sé. Tal vez se puso enferma… o algo parecido. *Madame* no lo dijo.

—¿Qué tal genio tenía su señora? —preguntó Poirot.

—Muy raro. Tan pronto lloraba como reía. En ocasiones estaba tan desalentada que ni comía. Pero en otras se mostraba alegre a más no poder. Las bailarinas son así. Es lo que se llama tener temperamento.

—¿Y *sir* George?

Marie pareció ponerse en guardia. Un destello desagradable brilló en sus ojos.

—¿*Sir* George Sanderfield? ¿Le gustaría saberlo? Tal vez sea eso lo que quiere usted saber en realidad. Lo otro tan sólo fue un pretexto, ¿verdad? Le podría decir algunas cosas curiosas acerca de *sir* George; le podría contar, por ejemplo…

Poirot la interrumpió.

—No es necesario.

Ella lo miró fijamente, con la boca abierta. En sus ojos se reflejó la desilusión y el enojo que aquello le causaba.

6

—Siempre opiné que usted lo sabe todo, Alexis Pavlovitch.

Hércules Poirot pronunció estas palabras con su tono más adulador.

Estaba pensando que este tercer «trabajo» de Hércules había necesitado más viajes y entrevistas de lo que en principio imaginó. Aquel insignificante asunto de la doncella desaparecida estaba resultando uno de los más largos y difíciles problemas que Poirot tuvo que afrontar. Cada una de las pistas, después de investigada, no conducía a parte alguna.

Sus indagaciones le habían llevado aquella noche al «Samovar», un restaurante de París cuyo dueño, el conde Alexis Pavlovitch, se vanagloriaba de conocer todo lo que ocurría en el mundillo artístico.

El ruso asintió con aire complacido.

—Sí, sí; amigo mío; Lo sé todo… siempre estoy enterado de todo. ¿Quiere usted saber dónde fue la pequeña Samoushenka, la exquisita bailarina? ¡Ah! ¡Qué maravilla de criatura! —Se besó las puntas de los dedos—. ¡Qué fuego… qué pasión! Hubiera llegado lejos… hubiera sido la mejor bailarina de estos días. Pero todo acabó de repente. Se fue… al fin del mundo. Y pronto, ¡demasiado pronto!, se olvidarán de ella.

—¿Dónde está ahora? —preguntó el detective.

—En Suiza. En Vagray les Alpes. Donde van los que contraen esa traicionera tosecilla que los consume poco a poco. Morirá; sí, ¡morirá! Es una fatalista y morirá sin duda alguna.

El carraspeo de Poirot rompió aquel trágico encanto. Necesitaba información.

—¿No se acordará usted, por casualidad, de una doncella que tenía *mademoiselle* Katrina? ¿Una chica llamada Nita Valetta?

—¿Valetta? ¿Valetta? En cierta ocasión vi que la acompañaba una doncella… en la estación, cuando Katrina se fue a Londres. Era italiana; de Pisa, ¿verdad? Sí; estoy seguro de que era italiana y procedía de Pisa.

Poirot gimió:

—En este caso, tendré que hacer un viaje a Pisa.

7

En el cementerio de Pisa, Hércules Poirot se detuvo y miró la tumba que tenía ante sí.

Allí era, pues, donde finalizaba su búsqueda… ante aquel humilde montón de tierra. Debajo de él descansaba la alegre criatura que perturbó el corazón y la imaginación de un sencillo mecánico inglés.

¿Tal vez era el mejor fin para aquel rápido y extraño idilio? De esta forma, la muchacha viviría siempre en la memoria del joven tal como la vio durante aquellas pocas horas de una tarde de junio. El antagonismo de las nacionalidades opuestas, de los diferentes modos de vivir; las penas y las desilusiones… todo desaparecería para siempre.

Hércules sacudió la cabeza con tristeza. Recordó la conversación que había sostenido con la familia Valetta. La madre, de ancha cara campesina; el padre, fuerte y rígido contra el choque del dolor recién sentido; la hermana, morena y de duros labios…

—Todo ocurrió tan de repente, *signor*, tan de repente… Aunque en los últimos años sufrió varios ataques. El médico dijo que no había alternativa… que la apendicitis debía ser operada inmediatamente. Se la llevó al hospital y allí… sí, sí; murió cuando todavía se encontraba bajo los efectos de la anestesia. No recobró el conocimiento.

La madre sollozó.

—Bianca fue siempre una muchacha muy lista. Ha sido una lástima que muriera tan joven.

Hércules Poirot murmuró para sí mismo:

—Murió en plena juventud…

Éste era el mensaje que debía dar al joven que solicitó su ayuda con tanta confianza.

«Ella no era para usted, amigo mío. Murió en plena juventud».

Su búsqueda había terminado… aquí, donde la torre inclinada se destacaba contra el cielo y las primeras flores de la primavera se abrían pálidas y tímidas, como promesas de la vida y alegría que vendría después.

¿Fue la propia primavera lo que le hizo sentir una rebeldía interna y una fuerte aversión a aceptar aquel veredicto final? ¿O había algo más? Algo que forcejeaba en el fondo de su cerebro… palabras… una frase… un nombre. ¿Acaso no terminaría el asunto de forma tan clara? ¿No encajaría todo de manera tan patente?

Hércules Poirot suspiró. Debía emprender otro viaje para dejar las cosas aclaradas por completo. Debía ir a Vagray les Alpes.

8

Aquí, pensó, es donde en realidad termina el mundo. Aquí, en este repecho lleno de nieve… en estos lechos protegidos del viento donde yacen los que luchan contra una muerte insidiosa…

Por fin encontró a Katrina Samoushenka. Cuando la vio, tendida en su lecho, con sus mejillas hundidas sobre las que se distinguía una mancha de vívido color rojo; con las manos largas y enflaquecidas posadas sobre la colcha, un recuerdo le vino a la memoria. No se acordaba de su nombre, pero la había visto bailar… había sido arrastrado y fascinado por aquel supremo arte, capaz de hacer olvidar cualquier otra expresión estética.

Recordaba a Michel Novgin, el Cazador, saltando y girando en aquel desaforado y fantástico bosque que el cerebro de Ambrose Vander había concebido. Y recordaba a la hermosa y veloz Cierva, eternamente perseguida, eternamente deseable… una adorada y adorable criatura, con cuernos en la cabeza y centelleantes pies de bronce. Recordó su colapso final, herida de muerte; y a Michel Novgin, de pie, aturdido, con el cuerpo inanimado de la Cierva en sus brazos.

Katrina Samoushenka miró al detective ligeramente perpleja.

—Creo que no nos habíamos conocido antes de ahora, ¿verdad? ¿Qué desea de mí? —preguntó.

Hércules Poirot hizo una pequeña reverencia.

—Antes que nada, señora, deseo darle las gracias… por el arte con que me fascinó en cierta ocasión, haciéndome pasar una velada llena de belleza.

Ella sonrió tenuemente.

—Pero también he venido para tratar de otras cosas. He buscado durante mucho tiempo a cierta doncella que tuvo usted, señora. Se llamaba Nita.

—¿Nita?

La joven la miró fijamente. Sus ojos se abrieron con expresión asustada.

—¿Qué sabe usted acerca de… Nita? —preguntó.

—Se lo diré.

Poirot relató los sucesos ocurridos aquella noche, cuando se le estropeó el coche, y cómo Ted Williamson se había quedado allí de pie, dándole vueltas a la gorra entre sus manos y contando con frases entrecortadas todo su amor y su pena. Ella escuchó atentamente y cuando Poirot calló, dijo:

—Es conmovedor… sí; muy conmovedor.

Hércules Poirot asintió.

—Es un cuento de la Arcadia, ¿no le parece? ¿Qué puede usted decirme de aquella muchacha, señora?

Katrina Samoushenka suspiró.

—Tuve una doncella… Juanita. Era bonita y alegre. Le ocurrió lo que a menudo sucede a los favoritos de los dioses. Murió en plena juventud.

Eran las mismas palabras que empleó Poirot… palabras finales, irrevocables. Ahora las oía en boca de otra persona… pero persistió en su empeño.

—¿Murió?

—Sí, murió.

El detective calló durante unos instantes.

—A pesar de ello, hay una cosa que no acabo de entender —dijo—. Cuando le pregunté a *sir* George Sanderfield sobre la doncella que tuvo usted, pareció asustarse. ¿Por qué causa?

Una ligera expresión de disgusto pasó por la cara de la bailarina.

—Se refirió usted solamente a una de mis doncellas. Pensaría que se trataba de Marie… la chica que tomé a mi servicio cuando se fue Juanita. Creo que intentó hacerle un chantaje, basándose en algo sucio que descubrió acerca de él. Era una muchacha odiosa… curiosa; siempre estaba fisgoneando los cajones cerrados y las cartas dirigidas a los demás.

—Eso lo explica todo —murmuró Poirot.

Al cabo de unos momentos prosiguió con insistencia.

—Juanita se apellidaba Valetta y murió en Pisa a causa de una operación de apendicitis, ¿no es eso?

Se dio cuenta de la indecisión que, aunque débil y casi imperceptible, hubo en la inclinación de cabeza que hizo la bailarina.

—Sí; eso es… —contestó ella.

Poirot comentó con aire pensativo.

—Sin embargo…, existe una pequeña discrepancia. Su familia se refirió a ella llamándola Bianca, no Juanita.

Katrina encogió sus delgados hombros.

—Bianca… Juanita… ¿Qué importa eso? —dijo—. Supongo que su verdadero nombre era Bianca, pero ella debió pensar que Juanita era mucho más romántico y decidió llamarse así.

—¿Lo cree usted?

Calló y luego, cambiando de entonación, dijo:

—Pues yo creo que hay otra explicación mucho más convincente.

—¿Cuál?

Poirot se inclinó hacia delante.

—La muchacha que conoció Ted Williamson tenía el cabello como dos alas de oro; así lo describió él cuando vino a verme.

Se inclinó un poco más y sus dedos tocaron, rozándolos, los cabellos ondulados de Katrina.

—¿Alas de oro? ¿Astas de oro? Todo se reduce al punto de vista con que la miren; tanto puede ser un demonio como un ángel. Debe ser usted ambas cosas a la

vez. ¿O acaso son las astas doradas de la cierva herida…?

Katrina murmuró:

—La cierva herida… —Y su voz tenía la entonación del que no abriga ninguna esperanza.

Poirot continuó:

—Desde el principio, la descripción que de usted me hizo Ted Williamson me tuvo preocupado… me trajo algo a la memoria. Y ese algo era usted… danzando sobre sus pies de bronce, entre el bosque. ¿Quiere que le diga lo que pienso sobre esto, señorita? Creo que hubo un fin de semana en que fue usted sola a Grasslawn, pues entonces no tenía ninguna doncella a su servicio, ya que Bianca Valetta había vuelto a Italia y todavía no había tenido ocasión de contratar otra chica. Por entonces ya se resentía usted de su enfermedad actual y se quedó en casa, cierto día, cuando los demás salieron para hacer una excursión por el río que duró toda la jornada. Sonó el timbre de la puerta; fue usted a abrir y vio… ¿es necesario que se lo diga? Vio usted a un joven, tan sencillo como un niño y tan hermoso como un dios. Y entonces inventó usted una muchacha para él… No Juanita, sino Incógnita… y durante unas pocas horas paseó usted con él por la Arcadia…

Se produjo una larga pausa, al final de la cual, Katrina habló con voz helada y enronquecida.

—En un aspecto, al menos, le he contado la verdad. Le he relatado el final exacto de la historia. Nita morirá en plena juventud.

—¡Ah, no! —Hércules Poirot se transformó.

Golpeó la mesa con la mano. De pronto se convirtió en una persona prosaica, mundana y práctica.

—¡Eso es completamente innecesario! —exclamó—. Usted no necesita morirse. Puede usted luchar por su vida con tanto éxito como pudiera hacerlo otro cualquiera, ¿no es eso?

Ella sacudió la cabeza… triste, sin esperanza.

—¿Y qué vida me espera?

—No la vida del teatro, compréndalo. Pero recuerde que hay otra clase de vida. Veamos, señorita, sea usted franca. ¿Fue su padre en realidad un gran duque, un príncipe o por lo menos, un general?

Ella rió repentinamente.

—¡Conducía un camión en Leningrado! —confesó.

—¡Muy bien! ¿Y por qué no puede ser usted la esposa de un simple mecánico de pueblo? ¿Y tener hijos hermosos como dioses, con pies que, tal vez, bailen como usted hizo antes…?

Katrina retuvo el aliento.

—¡Pero esa idea es fantástica!

—De todas formas —dijo Poirot con evidente satisfacción—, yo creo que se convertirá en realidad.



El jabalí de Erimantea

(The Erymanthian Boar).

1

Puesto que las incidencias del tercer «trabajo» de Hércules lo habían llevado a Suiza, Poirot pensó que, una vez allí, podía aprovechar la ocasión y visitar ciertos lugares que hasta entonces le eran desconocidos.

Pasó un agradable par de días en Chamonix; se detuvo otros tantos en Montreux y luego se dirigió hacia Aldermatt, un lugar que le habían alabado en gran manera varios amigos suyos.

Aldermatt, sin embargo, le produjo una impresión deprimente. Estaba al final de un valle, rodeado de altísimas montañas coronadas de nieve. Le parecía, contra toda lógica, que allí se respiraba con dificultad.

—Aquí no es posible quedarse —se dijo Poirot.

Pero en aquel momento vio un funicular y pensó:

—Decididamente, es necesario que suba más arriba.

El funicular, según pudo comprobar, ascendía primero hasta Les Avines, luego hasta Caurouchet y, finalmente, hasta Rochers Nieges, a diez mil pies sobre el nivel del mar.

Poirot no se proponía subir a tal altura. Les Avines, según pensó, serían suficientes para él.

Pero no contaba con un elemento, como es el azar, que tan importante papel juega en la vida. Había arrancado ya el funicular, cuando el revisor se acercó a Poirot y le pidió el billete. Después de haberlo examinado y taladrado con unas pinzas de aspecto amenazador, se lo devolvió haciendo al propio tiempo una reverencia. Poirot notó entonces que, junto al billete, tenía ahora en la mano un pequeño papel doblado.

Las cejas del detective se levantaron ligeramente. Poco después, con toda parsimonia, desplegó el papelito, que resultó ser una nota escrita con lápiz y a toda prisa.

> *«Es imposible —decía— confundir esos bigotes. Reciba mi afectuoso saludo, apreciado colega. Tal vez querrá usted ayudarme. Es posible que haya leído algo sobre el caso Salley. Se cree que el asesino, Marrascaud, ha concertado una cita con varios miembros de su banda en Rochers Nieges… ¡no podían escoger sitio mejor, por lo visto! Desde luego, todo puede ser una alarma infundada, pero los informes que nos han dado son dignos de confianza. Siempre hay alguien que se va de la lengua, ¿no es cierto? Por lo tanto, abra bien los ojos, amigo mío. Póngase en contacto con el inspector Drouet, que no pretende llegar a la altura alcanzada por Hércules Poirot. Es muy importante que se detenga a Marrascaud… y que se le arreste vivo. No es un hombre, es un jabalí salvaje. Uno de los asesinos más peligrosos que existen. No me atreví a hablar con usted en Aldermatt, pues podríamos ser*

vistos. Tendrá las manos más libres si todos creen que es usted un simple turista. ¡Buena caza! Su viejo amigo… Lementeuil».

Hércules Poirot se acarició el bigote con aspecto pensativo. No había duda; era imposible confundir los bigotes de Hércules Poirot. ¿Y qué querían de él? Había leído en los periódicos todo lo referente al caso Salley; el asesinato a sangre fría de un conocido «bookmaker» de los hipódromos de París. Se sabía quién era el asesino. Marrascaud, el jefe de una banda que operaba en las carreras de caballos. Se sospechaba que había cometido otros asesinatos, pero esta vez su culpabilidad se probó cumplidamente. Desapareció de París y, según se creía, salió de Francia. La policía de todos los países europeos estaba sobre aviso.

De manera que Marrascaud había concertado una cita en Rochers Nieges…

Poirot sacudió lentamente la cabeza, perplejo. Porque Rochers Nieges estaba por encima de la línea de las nieves eternas. Había allí un hotel; pero el funicular era su único medio de comunicación con el resto del mundo, pues estaba emplazado en un estrecho resalte de la montaña, suspendido sobre el valle. El hotel se abría en junio aunque raramente se veía a nadie por allí hasta julio o agosto. Era un sitio muy poco provisto de entradas y salidas. Si un hombre llegaba acosado a Rochers Nieges, podía considerarse cogido en una trampa. Un lugar inverosímil para ser elegido como punto de reunión de una banda de criminales.

Y, sin embargo, si Lementeuil decía que los informes eran dignos de confianza, posiblemente tendría razón. Hércules Poirot sentía gran aprecio hacia el comisario de policía suizo. Sabía que era un hombre eficiente y entendido en su oficio.

Alguna razón desconocida llevaba Marrascaud para acudir a una cita en un sitio tan apartado de la civilización.

Poirot suspiró. Cazar a un asesino despiadado no era la idea que tenía formada acerca de cómo debían ser unas vacaciones. El trabajo, meramente especulativo, llevado a cabo en un cómodo sillón, se adaptaba mejor a sus métodos. Pero atrapar a un jabalí salvaje en la ladera de una montaña no era cosa que le sedujera en extremo.

Un jabalí salvaje; éste era el término empleado por Lementeuil. Aquélla sí que era una coincidencia extraña…

—El cuarto «trabajo» de Hércules —se dijo—. El jabalí de Erimantea.

Tranquilo, sin ostentación, pasó revista a sus compañeros de viaje.

En el asiento opuesto se sentaba un turista americano. El corte de sus ropas y de su abrigo, el saco que llevaba, unido a su actitud de amistosa confianza; su ingenua admiración por el paisaje que contemplaba y la guía que consultaba de vez en cuando, lo proclamaban como un americano pueblerino que visitaba a Europa por primera vez. Dentro de unos instantes, pensó Poirot, empezará a charlar. Su anhelante expresión perruna era suficientemente inconfundible.

Al otro lado del coche, un hombre alto, de aspecto distinguido, cabellos blancos y nariz aguileña, estaba leyendo un libro alemán. Tenía los dedos fuertes y ágiles de un

médico o un cirujano.

Más alejados, se sentaban tres hombres que parecían cortados por el mismo patrón. Hombres de piernas arqueadas que daban clara idea de su afición por los caballos. Estaban jugando a las cartas. Posiblemente al cabo de un rato sugirieran que un extraño tomara parte en el juego. Y de ser así, el nuevo jugador ganaría varias manos al principio, pero después se le volvería la suerte de espaldas.

No había nada de extraordinario en aquellos tres hombres. La única cosa rara en ellos era el sitio en que se encontraban.

Podía habérseles visto en un tren, camino de cualquier parte donde se celebran carreras de caballos… o en barco de carga y pasaje. Pero en un funicular casi vacío… ¡no!

El último ocupante del coche era una mujer. Alta y vestida de negro. Tenía hermosas facciones; una cara que podía expresar las emociones más variadas, pero que entonces parecía congelada por una extraña falta de expresión. No miraba a nadie. Dedicaba toda su atención al valle que se veía allá abajo.

Tal como Poirot había supuesto, al cabo de un rato empezó a charlar el americano. Dijo que se llamaba Schwartz y visitaba Europa por primera vez. El paisaje era magnífico. Le había gustado mucho el castillo de Chillón. No le agradaba París como ciudad… todo muy caro. Había visitado el «Folies Bergére», el Louvre y Notre Dame… y se había percatado de que en ninguno de los restaurantes y cafés en que había estado se tocaba buen *hot jazz*. Opinaba que los Campos Elíseos eran muy buenos; le gustaron mucho las fuentes, especialmente cuando estaban iluminadas.

No se apeó nadie en Les Avines ni en Caurouchet. Se veía que todos los ocupantes del funicular subían hasta Rochers Nieges.

El señor Schwartz expuso sus propias razones para ello. Siempre deseó subir muy alto y encontrarse rodeado de montañas cubiertas de nieve. Diez mil pies no estaba mal… había oído que no se podía cocer bien un huevo a tales alturas.

Con toda la candorosa amistad que encerraba en su corazón, el señor Schwartz intentó mezclar en la conversación al caballero de los cabellos grises que se sentaba al otro lado del coche, pero aquél se limitó a mirarlo fríamente por encima de sus gafas y volvió a la lectura del libro.

El señor Schwartz ofreció entonces cambiar de sitio con la mujer vestida de negro. Desde allí podía ver mejor el panorama, explicó.

Al parecer, ella no entendía el inglés. Pero de todos modos, movió negativamente la cabeza y se arrebujó todavía más en el cuello de su abrigo.

El americano se dirigió a Poirot:

—Es raro ver a una mujer viajando sola, sin que nadie cuide de ella. Una mujer necesita gran número de cuidados cuando viaja.

Poirot recordó a ciertas damas americanas que conoció durante sus viajes por Europa y convino con ello.

El señor Schwartz lanzó un suspiro. Encontraba al mundo poco dado a la amistad. Después de todo, parecían decir expresivamente sus ojos castaños, no hay ningún mal en que haya un poco de compañerismo por ahí.

2

El ser recibido por un gerente de hotel, vestido correctamente de frac y calzado con zapatos de charol, parecía algo cómico en aquel lugar apartado del mundo o, mejor dicho, tan sobre él.

El gerente era un hombre corpulento y distinguido, de maneras presuntuosas. Se deshizo en disculpas.

No había empezado todavía la temporada… la instalación de agua caliente se estropeó… Las cosas eran difíciles de llevar en buen orden dado lo apartado del lugar… Pero naturalmente, haría lo posible para que los señores estuviesen bien atendidos… La servidumbre no estaba completa todavía… Estaba aturdido por el inesperado número de visitantes que habían llegado.

Todo aquello fue dicho con profesional urbanidad y, sin embargo, a Poirot le pareció que detrás de aquella cortés *façade* se veía un reflejo de aguda ansiedad. Aquel hombre, a pesar de sus obsequiosidades, no estaba tranquilo. Algo le turbaba.

La comida fue servida en una gran habitación que daba vista a un profundo valle. El único camarero, llamado Gustave, parecía ducho y diestro en su oficio. Iba de aquí para allá, aconsejando los platos y facilitando la lista de vinos. Los tres hombres que parecían mozos de cuadra se sentaron juntos a la misma mesa. Reían y hablaban en francés, levantando la voz.

—¡Vaya con el viejo Joseph…! ¿Y qué me dices de Denise, amigo mío…? ¿Te acuerdas del *sacre* penco que nos hizo aquella jugarreta en Auteuil?

Todo parecía sincero; muy en consonancia con el carácter de ellos; pero absolutamente fuera de lugar en aquellas alturas.

La mujer vestida de negro ocupó una mesa en un rincón. No miró a nadie.

Después de comer, cuando Poirot estaba sentado en el salón, el gerente se dirigió hacia él y habló con más confianza.

El señor no debía juzgar con mucho rigor al hotel. No había comenzado todavía la temporada. No venía nadie hasta finales de julio. ¿Tal vez se había fijado el señor en la señora? Venía todos los años por aquellas fechas. Su esposo se mató en una escalada, hacía tres años. Fue una tragedia, pues se querían mucho. Ella venía siempre antes de que empezara la temporada… porque así todo estaba más tranquilo. Era como una peregrinación sagrada. El caballero de más edad era un médico famoso, el doctor Karl Lutz de Viena. Había venido, según dijo, a descansar.

—Sí… es un sitio muy tranquilo —admitió Poirot—. ¿Y los señores? —indicó a los tres hombres—. ¿Cree usted que también desean descansar?

El gerente se encogió de hombros. Otra vez apareció en sus ojos la expresión conturbada.

—Los turistas quieren siempre sensaciones nuevas —dijo vagamente—. La altura… sólo eso ya es de por sí una novedad.

A pesar de todo, no era aquélla una sensación agradable, pensó Poirot. Se había dado cuenta de que el corazón le latía más rápidamente. Los versos de una canción infantil le pasaron tontamente por la imaginación. «Arriba, encima del mundo, como una bandeja en el cielo».

Schwartz entró en el salón. Su rostro se iluminó cuando vio a Poirot y se dirigió rectamente hacia él.

—Acabo de ver a ese doctor —dijo—. Habla un inglés con un acento bastante raro. Es judío… los nazis lo expulsaron de Austria. Lo que yo digo, ¡esa gente no está bien de la cabeza! El doctor Lutz es un gran hombre. Creo que es especialista de los nervios, psicoanalista… y cosas por el estilo.

Dirigió la mirada a la mujer vestida de negro, que en aquel momento se encontraba junto a la ventana, contemplando el grandioso espectáculo de las montañas. El americano bajó la voz.

—El camarero me ha dicho que se llama señora Grandier. Su marido se mató durante una escalada. Por eso viene ella. Me parece que debíamos hacer algo, ¿no le parece…? Tratar de que salga de su prolongada abstracción.

—Yo en su lugar no lo intentaría —advirtió Poirot.

Pero los sentimientos amistosos del señor Schwartz no conocían el descanso.

Poirot presenció cómo el americano se acercaba a ella y le hablaba; y vio también la forma tajante con que la mujer rechazó sus proposiciones. Los dos permanecieron durante unos minutos perfilados contra la luz. Ella era más alta que Schwartz. Tenía la cabeza erguida, con expresión fría y prohibitiva.

Poirot no oyó lo que hablaron, pero Schwartz volvió con aspecto alicaído.

—No hay nada que hacer —dijo, y añadió con ardor—: Siendo seres humanos que debemos estar juntos por fuerza no veo que exista ninguna razón para que no nos mostremos sociales unos con otros. ¿No le parece, señor…? Ya ve; todavía no sé su nombre.

—Me llamo Poirot —contestó el detective—. Soy de Lyon; comerciante en sedería.

—Tengo mucho gusto en darle mi tarjeta, y si alguna vez viene a Fountain Springs, tenga la seguridad de que será bien recibido.

Poirot aceptó la tarjeta y con una mano se golpeó el bolsillo, mientras decía:

—¡Qué contrariedad! No llevo ninguna de las mías en este momento.

Aquella noche, cuando el detective se retiró a su habitación, leyó detenidamente la nota de Lementeuil antes de volverla a colocar en su cartera, doblada con sumo cuidado.

Al meterse en la cama, dijo para sí mismo:

—Es curioso… tal vez.

3

A la mañana siguiente, Gustave le sirvió a Poirot el desayuno, compuesto de café y bollos. Pidió disculpas por el café.

—Señor, comprenderá que en estas altitudes es imposible conseguir que el café esté realmente caliente. Hierve demasiado pronto.

Poirot comentó:

—Hay que soportar con entereza los caprichos de la Naturaleza.

—El señor es un filósofo —contestó Gustave.

Fue hacia la puerta, pero en lugar de salir de la habitación dio un rápido vistazo al pasillo, cerró la puerta de nuevo y volvió al lado de la cama.

—¿El señor Hércules Poirot? —dijo—. Yo soy Drouet, inspector de policía.

—¡Ah! —exclamó Poirot—. Ya me lo había figurado.

Drouet bajó la voz.

—Ha ocurrido algo grave, señor Poirot. Ha habido un accidente en el funicular.

—¿Un accidente? —Poirot se sentó en la cama—. ¿Qué clase de accidente?

—No ha habido desgracias. Sucedió esta noche pasada. Tal vez haya sido ocasionado por causas naturales… Una pequeña tormenta que arrastró rocas y tierra. Pero es posible que la mano del hombre tenga algo que ver en ello. No hay manera de saberlo. De cualquier modo, el resultado es que pasarán muchos días antes de que se arreglen los desperfectos y que, entretanto, estamos aislados aquí arriba. La estación no está todavía muy adelantada y como la nieve ni siquiera ha empezado a fundirse, es imposible establecer ninguna comunicación con el valle.

Poirot siguió sentado en la cama.

—Eso es muy interesante —comentó suavemente.

El inspector asintió.

—Sí —dijo—. Demuestra que la información facilitada al comisario era cierta. Marrascaud tiene una cita aquí y ha tomado sus medidas para que nadie le interrumpa durante su estancia.

Hércules Poirot, exclamó con acento impaciente:

—¡Pero eso es increíble!

—Estoy de acuerdo con usted —el inspector Drouet extendió las manos—. Esto no tiene sentido común… pero es así. Ya sabe usted que ese Marrascaud es un tipo extravagante. Por mi parte —hizo un gesto afirmativo con la cabeza— estoy seguro de que está loco.

—Un loco homicida —murmuró Poirot.

—Convengo en que no es nada divertido —replicó secamente Drouet.

—Pero si ha concertado una cita aquí, en este apartado lugar cubierto de nieve, y las comunicaciones están cortadas ahora, se deduce que Marrascaud ya llegó.

—Eso es —respondió Poirot.

Ambos hombres guardaron silencio durante unos instantes y, al fin, Poirot preguntó:

—¿Podría ser Marrascaud el doctor Lutz?

Drouet sacudió la cabeza.

—No lo creo. Existe en realidad un doctor Lutz. He visto su fotografía en los periódicos, pues es un hombre famoso y muy conocido. El caballero que vino con usted tiene un gran parecido con dichas fotografías.

—Pero si Marrascaud sabe disfrazarse, puede desempeñar ese papel con éxito.

—¿Cree que llega a tal grado su habilidad? Nunca oí decir que fuera un experto del disfraz. No tiene la astucia ni el disimulo de la serpiente. Es un jabalí salvaje; feroz, terrible, que ataca con furia ciega.

—De todas formas… —dijo Poirot.

—Sí; ya sé. Es un fugitivo de la justicia y, por lo tanto, se ve obligado a fingir. Así es que puede o, mejor dicho, debe haberse disfrazado más o menos.

—¿Tiene usted su descripción?

El otro se encogió de hombros.

—De una forma superficial. La fotografía «Bertillon» y las medidas debían mandármelas hoy. Sólo sé que es un hombre de treinta y pico años, altura un poco más que mediana y de tez morena. No tiene ninguna señal distintiva especial.

Poirot se encogió a su vez de hombros.

—Eso puede aplicarse a cualquiera. ¿Y qué me dice del americano Schwartz?

—Eso le iba a preguntar. Usted ha hablado con él, y según tengo entendido, ha pasado gran parte de su vida entre ingleses y americanos. A primera vista parece ser un turista. Su pasaporte está en regla. Tal vez sea algo extraño el que haya decidido venir a un sitio como éste… pero cuando los americanos viajan no se sabe nunca por dónde saldrán. ¿Qué opina usted?

Hércules Poirot sacudió la cabeza con aire perplejo.

—Superficialmente —explicó— parece ser un hombre inofensivo, aunque un tanto dado a trabar amistades. Quizá sea un latoso, mas no creo que sea peligroso. Pero tenemos tres visitantes más.

El inspector asintió y su rostro mostró una repentina preocupación.

—Sí; y del tipo que buscamos. Juraría, señor Poirot, que esos tres hombres forman parte de la banda de Marrascaud. ¡Que me aspen si no son ratas de hipódromo! Y uno de ellos puede ser el mismo Marrascaud. ¡Quién lo sabe!

Poirot reflexionó. En su mente pasó revista a la cara de los tres hombres.

La de uno de ellos era ancha, de cejas encrespadas y rollizos carrillos… una cara porcina y bestial. El otro individuo, flaco, de cara puntiaguda y estrecha, con ojos de expresión fría. El tercero era un tipo de cara redonda con cierto aire presuntuoso.

Uno de los tres podía ser Marrascaud, pero si era así, volvía a surgir la pregunta: ¿Por qué motivo Marrascaud y los componentes de su banda habían hecho aquel viaje juntos, con objeto de subir a una montaña y caer en una ratonera? La cita hubiera sido

fácil de convenir en un sitio menos extravagante que aquél. En un café; en una estación de ferrocarril: en un cine lleno de gente; en un parque público; en cualquier sitio donde hubiera muchas salidas… pero no allí, entre las nubes y las nieves eternas.

Poirot trató de imbuir al inspector Drouet algunos de estos conceptos y el policía convino sin ninguna dificultad en ellos.

—Sí; es verosímil. No tiene sentido.

—¿Por qué hicieron el viaje juntos si se trataba de una cita? No; esto no tiene sentido.

Con cara preocupada, Drouet opinó:

—En ese caso, debemos hacer una segunda suposición. Esos tres hombres son miembros de la banda de Marrascaud y han venido hasta aquí para entrevistarse con su jefe. ¿Quién, entonces, es Marrascaud?

—¿Qué me dice del servicio del hotel? —preguntó Hércules Poirot.

Drouet se encogió de hombros.

—Puede decirse que no existe. Hay una vieja que cocina y su marido. Creo que hace cincuenta años que viven aquí. Y el camarero cuyo puesto ocupo yo ahora; nada más.

—Es de suponer que el gerente sabrá quién es usted, ¿no es eso?

—Naturalmente. Se necesitaba su cooperación para el cambio.

—¿No le ha llamado la atención su aire preocupado?

La observación pareció afectar a Drouet.

—Sí; es verdad —dijo pensativamente.

—Tal vez sea tan sólo la ansiedad de verse envuelto en una acción policíaca.

—¿Cree usted que habrá algo más que eso? ¿Supone que pueda saber alguna cosa?

—No ha sido más que una idea. Eso es todo.

Hizo una pausa y luego prosiguió:

—Posiblemente sea así —comentó Drouet con acento sombrío.

—¿Opina usted que podríamos hacerle decir lo que pasa?

Poirot sacudió la cabeza dubitativamente.

—Lo mejor, según creo, es que no se entere de nuestras sospechas. No lo pierda de vista ni un momento.

Drouet asintió y se dirigió hacia la puerta.

—¿No tiene otra sugerencia que hacer, señor Poirot? Ya conozco su reputación. En este país hemos oído hablar mucho de usted.

—De momento no puedo sugerirle nada más —contestó el detective.

—Lo que no llego a comprender es la «razón» de todo esto…, la razón para una cita en este sitio. Ni en ningún otro.

—Dinero —observó Drouet.

—Entonces, ¿además de asesinar al pobre Salley le robaron?

—Sí; llevaba una gran cantidad de dinero encima y no se ha podido encontrar.

—¿Y cree usted que la cita se concertó con el propósito de dividir el botín?

—Ésa es la idea que más salta a la vista.

Poirot volvió a mover la cabeza con gesto insatisfecho.

—Pero ¿por qué aquí? —prosiguió lentamente—. El peor lugar imaginable para una reunión de criminales. Aunque es un buen sitio para citar a una dama…

Drouet volvió sobre sus pasos y preguntó con tono excitado:

—¿Cree usted…?

—Creo —replicó Poirot— que la señora Grandier es una mujer muy interesante. Cualquiera subiría con mucho gusto a diez mil pies de altura en su obsequio… es decir, si ella sugiriera tal cosa.

—¿Sabe usted que es interesante ese punto de vista? Nunca pensé que ella tuviera algo que ver en este caso. Al fin y al cabo hace muchos años que viene por estas fechas.

—Sí… y, por lo tanto, su presencia no suscita sospecha alguna —comentó Poirot —. Debe existir alguna razón de que Rochers Nieges fuese elegido para la cita, ¿no le parece?

Drouet contestó agitadamente:

—Ha tenido usted una buena idea, señor Poirot. Investigaré ese aspecto de la cuestión.

4

El día pasó sin ningún incidente. Por fortuna, el hotel estaba bien avituallado. El gerente anunció que no debían pasar cuidado por tal cosa. Las provisiones no faltarían.

Hércules Poirot intentó trabar conversación con el doctor Karl Lutz, pero no tuvo ningún éxito. El doctor insinuó claramente que la psicología era su preocupación profesional y que no estaba dispuesto a discutir tal materia con un aficionado. Tomó asiento en un rincón y siguió la lectura de un grueso tomo alemán que trataba sobre el subconsciente. De vez en cuando tomaba alguna nota.

Poirot salió de la casa y se dirigió, casualmente al parecer, hacia donde estaba situada la cocina. Una vez allí probó de hacer charlar al viejo Jacques, pero éste se mostró esquivo y desconfiado. Su mujer, la cocinera, fue más asequible. Por suerte, explicó a Poirot, tenían gran cantidad de conservas… aunque ella no era partidaria de tal clase de alimentación. Además de ser terriblemente caras… ¿qué sustancia podía encontrarse en ellas? Dios al hacer el mundo no se propuso que la gente viviera de latas de conservas.

La conversación fue derivando hacia el tema referente al servicio del hotel. A primeros de julio llegaban las criadas y los camareros de refuerzo. Pero durante las próximas tres semanas no habría nadie o casi nadie. La gente que subía, en su mayor parte, comía allí y luego volvía al pueblo. Ella, Jacques y el camarero, se bastaban para cuidar de todo.

—Antes de que viniera Gustave hubo aquí otro camarero, ¿verdad? —preguntó Poirot.

—Sí; desde luego. Era un camarero muy malo. No tenía habilidad ni experiencia. No servía para nada.

—¿Estuvo mucho tiempo antes de que lo reemplazara Gustave?

—Sólo unos pocos días… menos de una semana. Lo despidieron, como es natural. No nos sorprendimos, era una cosa que se veía venir.

—¿No protestó por ello?

—No, se fue bastante a la chita callando. Al fin y a la postre, ¿qué es lo que podía esperar? Éste es un hotel de primera categoría y el servicio debe ser bueno.

Poirot asintió.

—¿Y adónde fue cuando se marchó de aquí? —preguntó.

—¿Se refiere usted a Roberto? —Encogió los hombros—. Sin duda al cafetucho de donde vino.

—¿Bajó en el funicular?

La mujer lo miró con curiosidad.

—Naturalmente, señor. ¿Por qué otro camino pudo irse?

—¿Lo vio alguien cuando se marchaba?

Los dos cónyuges miraron fijamente al detective.

—¿Cree usted que debíamos ir a ver cómo se marchaba aquel inútil…? ¿A tributarle una gran despedida? Una tiene ya bastante con sus ocupaciones —replicó la mujer.

—Eso es —dijo Poirot.

Se alejó lentamente de allí, mirando al propio tiempo el edificio que se levantaba ante él. Un hotel de vastas proporciones. Entonces sólo se utilizaba una de sus alas. En las otras había muchas habitaciones, cerradas, donde no era probable que encontrara a nadie.

Al dar la vuelta a una esquina casi se dio de bruces con uno de los tres jugadores de cartas. Era el de la cara redonda y ojos pálidos. Miró a Poirot con aquellos ojos que carecían de toda expresión. Solamente los labios se contrajeron un poco, mostrando los dientes como un caballo resabiado.

El detective pasó por su lado y continuó el paseo. Ante sí vio una figura… la elevada y airosa figura de la señora Grandier.

Poirot apresuró el paso y se sintió al lado de la aparecida.

—Este accidente del funicular ha sido una contrariedad —comentó—. Espero, señora, que no le habrá causado ningún perjuicio.

—Me tiene sin cuidado tal cosa —replicó ella.

Tenía una voz profunda, de contralto. No miró a Poirot. Dio la vuelta y entró en el hotel por una puertecilla lateral.

5

Hércules Poirot se acostó temprano. Pero pasada la medianoche algo le despertó.

Alguien estaba manipulando en la cerradura de la puerta.

Se sentó en la cama y encendió la luz. Y en aquel momento cedió la cerradura y la puerta se abrió de par en par. Tres hombres aparecieron en el umbral; los tres jugadores de cartas. Estaban algo embriagados, según pensó Poirot. Sus caras tenían una expresión atontada, aunque malévola. Vio el brillo de una navaja de afeitar.

El más corpulento de los tres avanzó y con un gruñido dijo:

—¡Aquí tenemos a este puerco detective!

Prorrumpió en un torrente de obscenidades. Los tres avanzaron resueltamente hacia la indefensa figura sentada en la cama.

—Vamos a trincharlo, muchachos. Le acuchillaremos la cara al señor detective. No será el primero esta noche.

Y entonces, impresionante, con vigoroso acento trasatlántico, una voz ordenó:

—¡Arriba esas zarpas!

Los tres dieron la vuelta. Schwartz, vestido con un pijama rayado, de vivos colores, estaba en el umbral. En la mano llevaba una automática.

—Manos arriba, pollos. Cuidado, que no suelo fallar ningún tiro.

Apretó el gatillo y una bala pasó silbando junto a la oreja del gordo, yendo a enterrarse en el marco de la ventana.

Tres pares de manos se levantaron apresuradamente.

—¿Permite que le moleste, señor Poirot? —preguntó Schwartz.

Poirot saltó rápidamente de la cama. Recogió las relucientes armas y pasó las manos sobre el cuerpo de los tres hombres para asegurarse de que no llevaban encima ninguna más.

—¡De frente, marchen! —dijo Schwartz—. Hay un buen armario al final del pasillo. No tiene ventana alguna y es justamente lo que necesitamos.

Condujo su rebaño hasta el armario y lo cerró con llave una vez que hizo entrar a los tres individuos. Cuando volvió se dirigió a Poirot con voz atiplada por la emoción que experimentaba en aquel momento.

—¿Llevaba razón o no…? Sepa usted, señor Poirot, que algunos compadres de Fountain Springs se rieron de mí cuando dije que me iba a llevar una pistola. «¿Adónde crees que vas?», me preguntaron, «¿a la selva?». Bueno; ahora el que ríe soy yo. ¿Vio usted nunca pandilla semejante de rufianes?

—Mi apreciado señor Schwartz —dijo Poirot—, apareció usted en el instante preciso. La cosa pudo haber terminado en drama. He contraído una gran deuda con usted.

—No ha sido nada. ¿Y qué hacemos ahora? Debíamos poner a estos chicos en manos de la policía. Pero eso es precisamente lo que no podemos hacer. Es un

problema intrincado. Tal vez lo mejor será consultar ahora con el gerente.

—¿Al gerente? Creo que primero debemos hablar con el camarero; con Gustave, alias inspector Drouet. Sí; el camarero Gustave es en realidad un detective.

Schwartz miró fijamente a Poirot.

—¡Entonces por eso se lo hicieron!

—¿Qué es lo que hicieron y a quién?

—Ese hatajo de bribones lo tenían a usted en el segundo lugar de su lista. Acuchillaron a Gustave.

—¿Qué?

—Venga conmigo. El doctor Lutz lo está curando ahora mismo.

La habitación de Drouet era pequeña y estaba situada en el último piso. Vestido con una bata, el doctor Lutz estaba vendando la cara del herido.

Volvió la cabeza cuando entraron los dos.

—¡Ah! Es usted, señor Schwartz. Un trabajo desagradable. ¡Qué carniceros! ¡Qué monstruos más inhumanos!

Drouet no se movía, pero gemía aunque ligeramente.

—¿Está grave? —pregunto el americano.

—No morirá, si a eso es a lo que se refiere. Pero no debe hablar… no se le debe excitar. Le vendé las heridas y no hay peligro de septicemia.

Los tres hombres salieron juntos de la habitación. Schwartz preguntó al detective:

—¿Dijo usted que Gustave pertenece a la policía?

Hércules Poirot asintió.

—¿Y qué hacía aquí, en Rochers Nieges?

—Se le había confiado la misión de atrapar a un peligroso criminal.

Poirot explicó la situación en pocas palabras.

—¿Marrascaud? —preguntó el doctor Lutz—. Leí el asunto en un periódico. Me gustaría mucho encontrarme con ese hombre. Debe padecer una profunda anormalidad. Me interesaría enterarme de cómo fue su infancia.

—Pues yo —dijo Poirot—, me contentaría con saber exactamente dónde está en estos momentos.

—¿Es alguno de los que encerró en el armario? —preguntó el americano.

Poirot contestó con acento dubitativo.

—Es posible… pero no estoy seguro… Tengo una idea…

Calló y miró fijamente la alfombra. Era de color avellana claro y en ella se veían las huellas de un tono rojizo profundo.

—Huellas de pasos —dijo el detective—. Huellas de sangre que, según creo, conducen hacia la parte inhabitada del hotel. Vamos, debemos darnos prisa.

Los demás lo siguieron. Pasaron por unas puertas oscilantes y cruzaron un pasillo oscuro y polvoriento. Dieron vuelta a un recodo, siguiendo todavía las huellas, hasta que llegaron ante una puerta entreabierta.

Poirot la acabó de abrir y entró en la habitación.

Lanzó una exclamación aguda y horrorizada.

El cuarto era un dormitorio. La cama estaba deshecha y encima de una mesa se veía una bandeja con comida.

En medio de la habitación yacía el cuerpo de un hombre. Era de estatura un poco más que mediana y había sido agredido con salvaje e increíble ferocidad. Sus brazos y pecho habían recibido una docena de heridas y le habían machacado la cara hasta casi dejarla hecha una pulpa.

Schwartz lanzó una exclamación medio ahogada y dio la vuelta con aspecto de no encontrarse bien.

Por su parte, el doctor Lutz profirió una interjección en alemán.

—¿Quién es ese individuo? —preguntó Schwartz desmayadamente.

—¿Lo conoce alguien?

—Me imagino —dijo Poirot— que fue conocido como Roberto, un camarero bastante inútil…

Lutz se había acercado, inclinándose sobre el cadáver. Con un dedo señaló.

Sobre el pecho del muerto se veía un papel. En él había unas cuantas palabras garrapateadas con tinta.

«Marrascaud no volverá a matar… Ni robará más a sus compañeros».

El americano exclamó:

—¡Marrascaud! Entonces éste es Marrascaud. ¿Pero qué le trajo a un lugar tan apartado? ¿Y por qué dice usted que se llamaba Roberto?

—Estaba aquí disfrazado de camarero —dijo Poirot—. Y por cierto, fue un camarero bastante malo. Tan malo, que nadie se sorprendió cuando lo despidieron. Pensaron que volvería a Aldermatt, pero nadie lo vio irse.

Lutz comentó con voz lenta y retumbante:

—Y si fue así… ¿Qué cree usted que ocurrió?

—Creo que en esta habitación tenemos el motivo de cierta expresión angustiada que todos hemos visto en la cara del gerente —replicó Poirot—. Marrascaud debió ofrecerle una buena cantidad de dinero para que le permitiera esconderse en la parte deshabitada del hotel…

Y añadió con aspecto pensativo:

—Pero el gerente no las tenía todas consigo.

—¿Y Marrascaud continuó viviendo en esta parte del hotel, sin que lo supiera más que el gerente?

—Así parece. Fue una cosa completamente posible.

—¿Por qué lo mataron? —preguntó el doctor Lutz—. ¿Y quién lo mató?

—Eso es fácil —exclamó Schwartz—. Debía repartir el dinero con los de su banda y no lo hizo. Los traicionó.

Vino aquí, a este lugar retirado, para descansar un poco. Tal vez se imaginó que era el sitio en que menos pensarían sus compañeros; pero se equivocó. De una u otra

forma, los otros se enteraron y lo siguieron hasta aquí —con la punta del zapato tocó el cadáver—. Y así… le ajustaron las cuentas.

Hércules Poirot murmuró:

—Sí; no fue la clase de cita en que pensamos.

El doctor Lutz observó con voz irritada:

—Estas especulaciones pueden ser muy interesantes, pero yo estoy preocupado por nuestra posición social. Tenemos un hombre muerto y, además, he de ocuparme de un herido, para lo cual dispongo de muy pocas medicinas. ¡Estamos aislados del mundo! ¿Por cuánto tiempo?

—Puede añadir a los tres asesinos que tenemos encerrados en el armario —apuntó el americano—. Es lo que yo llamo una situación interesante.

—¿Qué haremos? —preguntó Lutz.

—En primer lugar, entrevistarnos con el gerente —dijo Poirot—. No es un criminal, sino un hombre ávido de dinero. Y además, un cobarde. Hará todo lo que le digamos. Mi buen amigo Jacques, o su mujer, nos facilitarán unas cuerdas. Nuestros tres malandrines deben ser puestos donde podamos guardarnos con seguridad hasta el momento en que vengan a ayudarnos. Creo que la automática del señor Schwartz apoyará cualquier decisión que tomemos.

—¿Y yo? —preguntó el doctor Lutz—. ¿Qué hago yo?

—Usted —contestó gravemente Poirot.

—Debe hacer cuanto pueda por su paciente. Nosotros vigilaremos sin descanso… y esperaremos. No podemos hacer nada más.

6

Pasaron tres días antes de que, en las primeras horas de la mañana, una pequeña partida de hombres apareció ante el hotel.

Fue Hércules Poirot quien abrió la puerta y los recibió con una versallesca reverencia.

—Bien venido, amigo mío.

El señor Lementeuil, el comisario de policía asió las dos manos de Poirot.

—¡Ah, amigo mío; qué alegría me da verlo de nuevo! ¡Qué cosa más estupenda y qué emociones habrá experimentado!… Y nosotros abajo; ansiosos, llenos de temor… sin saber nada; temiéndolo todo. Sin radio ni otro medio de comunicación. El heliógrafo fue un destello brillante de su ingenio.

—No, no —Poirot procuró aparentar modestia—. Al fin y al cabo, cuando fallan los inventos humanos, recurre uno a la Naturaleza. El sol siempre está en el cielo.

El pequeño grupo entró en el hotel.

—¿No nos esperaban? —preguntó Lementeuil con sonrisa que más bien era una mueca.

Poirot sonrió a su vez.

—Pues no —dijo—. Se cree que el funicular no funcionará por ahora.

Lementeuil, emocionado, dijo:

—Éste es un gran día. ¿Cree usted que no hay duda? ¿Es realmente Marrascaud?

—Claro que es Marrascaud. Venga conmigo.

Subieron por la escalera. Una puerta se abrió y apareció Schwartz, envuelto en su bata. Miró fijamente a los que llegaban.

—He oído voces —dijo—. ¿Qué ocurre?

Hércules Poirot explicó con ampulosos ademanes:

—¡Han llegado los refuerzos! Acompáñenos, señor. Éste es un gran momento.

Empezaron a subir el siguiente tramo de escaleras.

—¿Van en busca de Drouet? —preguntó Schwartz—. Y a propósito, ¿cómo está?

—El doctor Lutz dijo anoche que estaba mejor.

Llegaron ante la puerta de la habitación de Drouet. Poirot la abrió y anunció:

—Aquí tienen su jabalí salvaje, caballeros. Cójanlo vivo y cuiden de que no defraude a la guillotina.

El hombre tendido en la cama intentó levantarse. Pero los policías lo cogieron por los brazos antes de que pudiera moverse.

Schwartz exclamó asombrado:

—Pero si es Gustave el camarero… Es el inspector Drouet.

—Es Gustave… pero no Drouet. Drouet fue el primer camarero: el llamado Roberto que fue encerrado en la parte deshabitada del hotel y a quien Marrascaud mató la misma noche en que se produjo el ataque a mi habitación.



7

Después del desayuno, Poirot explicó la situación al americano que estaba hecho un lío.

—Sepa usted que hay ciertas cosas que uno conoce con toda exactitud, gracias a la experiencia que depara la propia profesión. Yo sé, por ejemplo, la diferencia que existe entre un detective y un asesino. Gustave no era camarero; eso lo sospeché enseguida… pero asimismo no era policía. He tenido que tratar con policías durante toda mi vida y lo sé. Para un ajeno a la profesión podía pasar por policía; pero no ante un hombre que se dedicara al oficio de detective, como yo.

»Por lo tanto —continuó— sospeché de él inmediatamente. Aquella noche no bebí el café que me sirvió Gustave. Lo vertí y estuve acertado con ello. Entrada ya la noche penetró un hombre en mi habitación con la confianza de quien sabe que su víctima está narcotizada. Rebuscó entre mis cosas y encontró la nota de Lementeuil en mi cartera… donde la dejé expresamente para que él la encontrara. A la mañana siguiente, Gustave me trajo el desayuno. Se dirigió a mí, utilizando mi verdadero nombre y desempeñó su papel con completa confianza. Pero sentía una gran inquietud, porque la policía estaba sobre su pista. Se dio cuenta de la posición en que se encontraba; del terrible desastre que se le avecinaba. Sus planes quedaban desbaratados por completo. Estaba cogido aquí arriba como una rata en la ratonera.

—Hizo una solemne tontería al venir —comentó con seguridad Schwartz—. ¿Por qué vino?

Poirot contestó gravemente:

—No tanta tontería como usted cree. Tenía necesidad, con suma urgencia, de encontrar un sitio retirado donde pudiera encontrarse con determinada persona y donde cierto hecho pudiera tener lugar.

—¿Qué persona?

—El doctor Lutz.

—¿El doctor Lutz? ¿También es un bribón?

—El doctor Lutz es realmente el doctor Lutz; pero no es un especialista de los nervios, ni un psicoanalista. Es un cirujano, amigo mío; un cirujano especializado en cirugía estética. Ésa era la causa por la cual debía encontrarse aquí con Marrascaud. Lo expulsaron de su país y se encuentra en la indigencia o poco menos. Y entonces le ofrecieron unos crecidos honorarios por encontrarse aquí con un hombre al que debía cambiar los rasgos faciales utilizando los conocimientos de su especialidad. Pudo haber sospechado que se trataba de un criminal, y si lo hizo cerró los ojos a tal hecho. Por lo tanto, no se atrevió a utilizar los servicios de una clínica en cualquier país extranjero. Aquí arriba, donde nadie viene en época tan temprana si no es para una visita rápida y donde el gerente es un hombre que necesita dinero y a quien se puede comprar, se encontraba el sitio ideal.

»Pero, como dije, las cosas no salieron bien —continuó Poirot—. Marrascaud fue traicionado. Los tres hombres, sus guardaespaldas que debían venir para protegerle, no habían llegado aún, pero Marrascaud actuó sin perder momento. Secuestró al policía que se hacía pasar por camarero y ocupó su puesto. La banda se ocupó luego de estropear el funicular. Todo era cuestión de ganar tiempo; la noche siguiente fue muerto Drouet y le prendieron un papel en el pecho. Esperaban que cuando se restablecieran las comunicaciones con el valle, el cuerpo de Drouet hubiera sido enterrado como el de Marrascaud. El doctor Lutz llevó a cabo su operación sin más demora. Pero tenían que hacer callar a un hombre… a Hércules Poirot. Y por lo tanto, envió a su banda para que me liquidaran. Gracias a usted, amigo mío…

Poirot hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Entonces, ¿es usted realmente Hércules Poirot? —preguntó el americano.

—Ni más ni menos.

—¿Y no le engañaron ni un instante con aquel cadáver? ¿Sabía usted entonces que no era el de Marrascaud?

—Naturalmente.

—¿Y por qué no lo dijo?

La cara de Poirot se tensó repentinamente.

—Porque quería estar seguro de entregar a la policía el verdadero Marrascaud.

Y murmuró para sí mismo:

—Quería capturar vivo al jabalí salvaje de Erimantea…

Los establos de Augías

(The Augean Stables).

1

—La situación es en extremo delicada, señor Hércules Poirot.

Una ligera sonrisa distendió los labios del detective, que estuvo a punto de contestar:

—Siempre lo es.

Pero en lugar de ello, ajustó la expresión de su cara a lo que pudiera llamarse la extrema discreción de un médico de cabecera.

Sir George Conway prosiguió su perorata. Las frases salían de su boca con facilidad… La sin igual delicadeza de la posición en que se encontraba el Gobierno… El interés Público… la solidaridad del Partido… La necesidad de presentar un frente unido… El poder de la prensa… la prosperidad del país…

Todo aquello sonaba muy bien y no tenía significado alguno. Hércules Poirot sintió ese dolor de mandíbula que se experimentaba cuando uno tiene ganas de bostezar, pero lo prohíbe la buena educación. Había sentido la misma necesidad al leer los debates parlamentarios en la prensa, pero en aquella ocasión no se vio obligado a reprimir sus bostezos.

Se armó de paciencia para resistir aquello. Sentía, al propio tiempo, cierta simpatía por *sir* George Conway. El hombre quería, sin duda, decirle algo… y se veía también que había perdido la costumbre de explicar las cosas sencillamente. Las palabras se habían convertido para él en un medio que le servía para oscurecer los hechos… no para aclararlos. Era un entusiasta de la frase conveniente; es decir, de la frase que suena bien al oído y carece por completo de significado.

Las palabras siguieron fluyendo, mientras la cara del pobre *sir* George enrojecía por momentos. Lanzó una mirada desesperada al hombre que se sentaba a la cabecera de la mesa y el otro acudió en su ayuda.

—Está bien, George; yo se lo explicaré —dijo Edward Ferrier.

Hércules Poirot apartó su mirada del ministro de la Gobernación y la fijó en el jefe del Gobierno. Sentía un intenso interés por Edward Ferrier; un interés promovido por una frase casual que oyó a un anciano de ochenta y dos años. El profesor Fergus MacLeod, después de resolver un problema de química surgido al probar la culpabilidad de un asesino, había hablado un poco de política. Cuando se retiró el famoso y generalmente estimado John Hammet, ahora lord Cornworthy, su hijo político Edward Ferrier fue llamado a formar Gobierno. Comparando su edad con la de los principales políticos, era un hombre joven, pues todavía no había llegado a los cincuenta años. El profesor MacLeod había dicho: «Ferrier fue uno de mis discípulos. Es un hombre cabal».

Eso fue todo; pero para Hércules Poirot representaba mucho. Si MacLeod calificaba de cabal a un hombre, era una prueba de su carácter que no admitía comparación con cualquier entusiasmo popular o periodístico.

A decir verdad, ello coincidía con la opinión general. Edward Ferrier estaba considerado como un hombre cabal y entero; sin más aditamento. Ni brillante ni eminente; no como un orador de particular elocuencia; ni como hombre de vastos estudios. Era un ciudadano recto; educado en la más pura tradición. El que se casó con la hija de John Hammet, de quien, por decirlo así, fue la mano derecha. Podía confiársele el gobierno de la nación, pues seguiría la misma política de su antecesor.

Porque John Hammet gozó de profunda estimación por parte del pueblo y la prensa inglesa. En él estaban representadas cada una de las cualidades favoritas de los británicos. La gente estaba segura de su honradez. Se contaban anécdotas sobre su sencilla vida hogareña y su afición a la jardinería. Si Baldwin hizo famosa su pipa y Chamberlain su paraguas, John Hammet popularizó su impermeable. Siempre lo llevaba puesto; era una prenda usada y deslucida por el tiempo. Como un símbolo del clima inglés; de la prudente previsión de la raza; de su apego a sus viejas propiedades. Además, John Hammet sabía cómo hablar en público, a la manera inglesa. Sus discursos, pronunciados en tono reposado y serio, contenían esos tópicos simples y sencillos tan profundamente arraigados en el corazón de los ingleses. Los extranjeros criticaban algunas veces esos discursos, diciendo que eran hipócritas a la vez que intolerablemente liberales. John Hammet no tenía ningún inconveniente en ser liberal, de una forma deportiva, como educado en una escuela pública.

Por otra parte, era hombre de buena presencia; alto y erguido, de tez blanca y brillantes ojos azules. Su madre nació en Dinamarca y él fue durante muchos años primer lord del Almirantazgo, lo cual dio lugar a que lo apodaran «El Vikingo». Cuando su poca salud le forzó por fin a dejar las riendas del Gobierno, se experimentó un desasosiego general. ¿Quién le sucedería? ¿El refulgente lord Charles Delafield? (Demasiado brillante; Inglaterra no necesitaba brillantez). ¿Evan Whittler? (Inteligente, pero quizás un poco falto de escrúpulos). ¿John Potter? (La clase de hombre capaz de convertirse en un autócrata, y los ingleses no necesitaban tal cosa en su país). Por lo tanto, todos dieron un suspiro de alivio cuando el reposado Edward Ferrier asumió el cargo. Ferrier era el hombre apropiado. Había sido preparado por el «viejo» con cuya hija se casó. Según la popular expresión inglesa, Ferrier «se sostendría».

Hércules Poirot fijó su mirada en aquel hombre sereno, de cara enigmática y voz agradable. Era delgado, moreno y tenía aspecto de estar fatigado.

Edward Ferrier estaba diciendo:

—Tal vez, señor Poirot, conocerá usted un semanario titulado el *X-ray News*.

—Le di una ojeada de vez en cuando —admitió Poirot, enrojeciendo ligeramente.

—Entonces, ya sabe usted, poco más o menos, en qué consiste —dijo el primer ministro—. Es una especie de libelo, con párrafos detonantes que apuntan sensacionalmente a hechos que se suponen secretos. Algunos de ellos son verdaderos; otros, inofensivos… Mas todos servidos de una forma picante. En ciertas ocasiones…

Hizo una pausa y luego prosiguió con voz un poco alterada:

—En ciertas ocasiones hay algo más.

Hércules Poirot no replico.

—Desde hace dos semanas —continuó Ferrier— se vienen haciendo insinuaciones sobre el inminente descubrimiento de un escándalo mayúsculo en las más altas esferas políticas. «Asombrosas revelaciones de corruptelas».

El detective se encogió de hombros y observó:

—Un truco vulgar. Cuando esas revelaciones salen a la luz, decepcionan generalmente a los que gustan del sensacionalismo.

Ferrier contestó con sequedad:

—Esta vez no quedarán decepcionados.

—Entonces, ¿sabe usted de qué se trata? —preguntó el detective.

—Poco más o menos.

Edward Ferrier calló durante unos instantes y después empezó a hablar. Cuidadosa y metódicamente, fue exponiendo lo ocurrido.

No era una historia muy edificante. Acusaciones de desvergonzados embrollos; escamoteo de valores públicos, empleo fraudulento de los fondos del Partido. Todos esos cargos se hacían contra el último jefe del Gobierno, John Hammet. Demostraban que fue un bribón redomado, que con un colosal abuso de confianza y utilizando su posición había amasado una gran fortuna personal.

La voz reposada de Ferrier calló al fin. El ministro de la Gobernación gruñó:

—¡Es monstruoso! —farfulló—. ¡Monstruoso! Ese Perry, el que edita el periodicucho, debía ser fusilado.

Poirot preguntó:

—¿Y esas revelaciones, o lo que sean, van a publicarse en el *X-ray News*?

—Sí.

—¿Qué medidas piensa usted adoptar contra ello?

Ferrier contestó lentamente:

—Constituyen un ataque personal a John Hammet. Por lo tanto, tendrá perfecto derecho a demandar al periódico por difamación.

—¿Estará dispuesto a ello?

—No.

—¿Por qué?

—Posiblemente nada agradaría más al *X-ray News* —le contestó el primer ministro—. La propaganda que esto le daría sería enorme. Su defensa se basaría en que todo consiste en un comentario imparcial y que las declaraciones hechas son verdad. El asunto sería expuesto exhaustivamente a la curiosidad pública.

—Pero así y todo, si el caso se falla contra el periódico, los gastos serán elevados en extremo.

—El fallo puede serles favorable —replicó Ferrier.

—¿Por qué?

—En realidad, yo creo que… —insinuó *sir* George.

Pero Edward Ferrier estaba ya hablando.

—Porque lo que quieren publicar es… pura y simplemente la verdad.

Sir George lanzó un gruñido, como quejándose de una franqueza totalmente antiparlamentaria.

—Pero, Edward —exclamó—, seguramente no admitiremos…

La sombra de una sonrisa pasó por la cara fatigada del primer ministro.

—Por desgracia, George —dijo—, hay veces en que debe decirse la verdad desnuda. Ésta es una de ellas.

—Ya comprenderá, señor Poirot —exclamó *sir* George—, que esto es estrictamente confidencial. Ni una palabra…

Ferrier lo interrumpió.

—El señor Poirot lo comprende perfectamente —dijo—. Lo que tal vez no haya entendido es esto: el futuro del Partido está en juego. Nuestro Partido se mantiene por lo que representa para el pueblo de Inglaterra; porque defiende la decencia y la honradez. Nadie nos consideró nunca como políticos insignes. Nos habremos confundido y equivocado. Pero siempre seguimos la tradición de hacerlo todo como mejor hemos sabido. Y además, hemos sido partidarios de la honradez estricta. El desastre que se nos viene encima consiste en que el hombre que era nuestro caudillo, el honrado hombre del pueblo *par excellence*… ha resultado ser uno de los peores bribones de esta generación.

Sir George profirió otro gruñido.

—¿No se había enterado usted de lo que pasó? —preguntó Poirot.

La sonrisa cruzó de nuevo aquella cansada cara.

—Tal vez no me crea, señor Poirot —dijo Ferrier—. Pero al igual que los demás, estaba completamente engañado. Nunca comprendí la curiosa actitud de reserva que mi esposa guardaba respecto a su padre. Pero ahora ya lo entiendo. Ella conocía su manera de ser.

»Cuando la verdad comenzó a revelarse —continuó después de una pausa—, me horroricé; no lo pude creer. Instamos la renuncia de mi suegro al cargo que ostentaba, basándonos en su poca salud y nos pusimos a… limpiar la porquería.

Sir George refunfuñó:

—Los establos de Augías.

Poirot dio un respingo.

—Me temo —dijo Ferrier— que sea una tarea demasiado hercúlea para nosotros. Una vez que los hechos sean del dominio público, se producirá una ola de reacción por todo el país. Caerá el Gobierno; se convocarán nuevas elecciones y Everhard y su partido volverán al poder. Ya conoce usted el problema político de Everhard.

Sir George balbuceó:

—Un incendiario… eso es.

—Everhard es hábil —comentó lentamente Ferrier—. Pero es temerario, belicoso y carece por completo de tacto. Sus seguidores son ineptos y vacilantes…

prácticamente sería una dictadura.

Hércules Poirot asintió.

—Tan sólo con que pudiéramos mantener secreto el asunto… —insinuó *sir* George.

El primer ministro sacudió despacio la cabeza. Fue un gesto de desaliento.

—¿Acaso duda de que pueda guardarse secreto? —preguntó Poirot.

—Lo he llamado, señor Poirot, contando con usted como último recurso —dijo Ferrier—. En mi opinión, este asunto es demasiado grave, y lo conoce demasiada gente para que se pueda ocultar con éxito. Los dos únicos medios de que disponemos, simple y llanamente, son la fuerza o el soborno, y no espero que prospere ninguno de ellos. El ministro de la Gobernación ha comparado nuestro problema con los establos de Augías. Se necesita, señor Poirot, la violencia de un río desbordado, el impulso desatado de las fuerzas de la Naturaleza… nada menos que un milagro.

—Se necesita, en resumen, un Hércules —dijo Poirot moviendo afirmativamente la cabeza con expresión complacida—. Recuerde que me llamo Hércules… —añadió.

—¿Puede hacer usted el milagro, señor Poirot? —preguntó Ferrier.

—Para eso me llamó, ¿no es cierto? Pensó que tal vez yo pudiera hacerlo, ¿verdad?

—Así es… Me di cuenta de que si queríamos conseguir la salvación, sólo podía venir esto a través de una inteligencia fantástica y fuera de las reglas habituales.

Y prosiguió al cabo de un momento:

—Aunque es posible que considere usted la situación desde un punto de vista ético, ¿no es eso? John Hammet fue un sinvergüenza; pero la leyenda que le rodea debe ser explotada. ¿Puede construirse una casa honrada sobre cimientos deshonestos? No lo sé. Pero de lo que sí estoy seguro es de que lo intentaré —sonrió con súbita acritud—. Como ve, los políticos quieren permanecer en sus cargos por los móviles más sublimes.

Hércules Poirot se levantó.

—Señor —dijo—. Mi experiencia en el campo policíaco tal vez no me permita tener muy buena opinión de los hombres que se dedican a la política. Si John Hammet ocupara todavía su campo, no levantaría un solo dedo para salvarlo… no; ni el dedo meñique. Pero sé algo acerca de usted. Un hombre que es realmente grande, uno de nuestros más eminentes científicos y de los mejores cerebros de nuestros días, me dijo que era usted… un hombre cabal. Haré lo que pueda.

Hizo una reverencia y salió de la habitación. *Sir* George exclamó:

—Bueno, en mi vida vi desfachatez semejante…

Pero Edward Ferrier, sonriendo todavía, dijo:

—Fue un cumplido.

2

Cuando bajaba la escalera, Hércules Poirot se vio detenido por una mujer alta, de cabellos rubios.

—Haga el favor de pasar a este saloncito, señor Poirot.

El detective se inclinó ligeramente y la siguió:

Ella cerró la puerta, le indicó una silla y le ofreció un cigarrillo. Luego tomó asiento frente a Poirot.

—Acaba usted de ver a mi marido —dijo sosegadamente—, y le ha contado… lo de mi padre.

Poirot la miró con atención. Era una mujer de alta estatura, todavía hermosa, en cuya cara se reflejaba un carácter resuelto y una inteligencia muy despierta. La señora Ferrier era una figura popular. Como esposa del primer ministro era natural que recayera sobre ella gran parte de la popularidad de su marido. Pero como hija de John Hammet, su popularidad era todavía mayor. Dagmar Ferrier representaba el ideal popular del sexo femenino inglés.

Era una esposa adicta, una madre amante, que compartía la afición de su marido por la vida campestre. Se interesaba solamente en aquellos aspectos de la vida pública que, por lo general, se estiman como esferas apropiadas para la actividad femenina. Vestía bien, pero nunca con ostentación. La mayor parte de su tiempo estaba dedicada a practicar la caridad en gran escala. Había inaugurado organizaciones especiales para socorrer a las esposas de los obreros sin trabajo. La nación entera se interesaba por ella y era uno de los principales medios positivos con que contaba el Partido.

—Debe estar usted terriblemente alarmada, señora —le dijo Hércules Poirot.

—Lo estoy… y no sabe usted cuánto. Durante años estuve temiendo… que ocurriera algo.

—¿No tiene usted idea de lo que sucede actualmente?

Ella sacudió la cabeza.

—No… ni la más mínima idea. Sólo sé que mi padre no ha sido… lo que todos suponían. Desde que era una niña, ya me di cuenta de que era… un farsante.

Su voz era profunda y de tono amargo.

—Edward se casó conmigo… y ahora lo perderá todo —dijo.

Poirot preguntó tranquilamente:

—¿Tiene usted enemigos, señora?

Ella lo miró sorprendida.

—¿Enemigos? No lo creo.

El detective comentó con aspecto pensativo:

—Yo creo que los tiene…

Y luego prosiguió:

—¿Tendrá usted valor, señora? Se prepara una gran campaña contra su marido y contra usted misma. Debe estar dispuesta a defenderse.

—Pero lo mío no importa. ¡Es solamente por Edward! —exclamó ella.

—El uno incluye al otro, señora. Recuerde que es usted la mujer del César.

Vio cómo la mujer palidecía y se inclinaba hacia delante para preguntar:

—¿Qué es lo que pretende decirme?

3

Percy Perry, el editor del *X-ray News*, estaba sentado ante su mesa de trabajo.

Era bajito y tenía cara de comadreja.

Con voz suave y untuosa estaba diciendo en aquel momento:

—Les vamos a sacar todos los trapos sucios. ¡Estupendo, estupendo!

Su segundo, un joven flaco que usaba gafas, preguntó intranquilo:

—¿No está usted nervioso?

—¿Por si emplean métodos violentos? Ellos no son de ésos. No tienen suficiente carácter. Y si lo hicieran no les aprovecharía de nada. Es imposible, dada la forma con que lo hemos preparado todo, tanto aquí como en el Continente y en América.

El otro contestó:

—Deben encontrarse en un buen apuro. ¿No cree que intentarán algo?

—Mandarán a alguien para que parlamente…

Sonó un zumbador y Percy Perry cogió el auricular.

—¿Quién ha dicho? —preguntó—. Está bien; hágalo pasar.

Dejó el auricular e hizo una mueca.

—Han contratado a ese polizonte belga. Vendrá para llevar a cabo su parte en el programa. Querrá saber si estamos dispuestos a negociar.

Hércules Poirot entró en el despacho. Iba elegantemente vestido y llevaba una camelia blanca en el ojal.

—Encantado de conocerlo, señor Poirot —dijo Percy Perry—. ¿Va usted al Royal Enclosure de Ascot? ¿No? Perdone, me equivoqué.

—Me lisonja usted —contestó el detective—. Sólo pretendo tener un buen aspecto. Eso tiene mayor importancia —paseó la mirada por la cara del editor y su desaliñado traje— cuando uno tiene pocas ventajas naturales.

Perry preguntó con sequedad:

—¿Para qué quería verme?

Poirot se inclinó hacia delante, se dio un golpe en la rodilla y dijo con alegre sonrisa:

—Chantaje.

—¿Qué diablos quiere decir? ¿Chantaje?

—He oído… me lo ha contado un pajarito… que en ocasiones ha estado usted a punto de publicar ciertas manifestaciones verdaderamente perjudiciales en su *spirituel* periódico… aunque luego se ha producido un pequeño incremento en el saldo de su cuenta corriente y… al final no llegaron a publicarse tales manifestaciones.

Poirot se recostó en su asiento y movió la cabeza, como satisfecho por lo que acababa de decir.

—¿Se da usted cuenta de que lo que ha insinuado representa una calumnia?

Poirot sonrió con aire de seguridad.

—Estoy seguro de que usted no se ofenderá por ello.

—¡Claro que me ofendo! Y respecto al chantaje, no existe ninguna prueba de que lo haya practicado con nadie.

—No, no. Estoy seguro de ello. No me ha comprendido. No lo estoy amenazando. Quería tan sólo llegar a una simple pregunta. ¿Cuánto?

—¡No sé de qué me está usted hablando! —replicó Percy Perry.

—Un asunto de importancia nacional, señor Perry.

Cambiaron una expresiva mirada.

—Soy un reformador, señor Poirot —dijo el editor—. Quiero aclarar la política de este país. Me opongo a toda corrupción. ¿Conoce usted el estado actual de la política? Exactamente igual que los establos de Augías.

—¡Caramba! —exclamó Hércules Poirot—. También usa usted la misma frase.

—Y lo que hace falta —prosiguió Perry— para limpiar esos establos es la corriente impetuosa y purificadera de la opinión pública.

El detective se levantó.

—Aplaudo sus sentimientos —dijo.

Y añadió:

—Es una lástima que no necesite usted dinero.

Percy Perry contestó con rapidez:

—Oiga, espere un momento. Yo no dije eso exactamente.

Pero Poirot había salido ya.

En vista de los hechos que sucedieron después, su pretexto para obrar así, según dijo, fue que no le gustaban los chantajistas.

4

Everitt Dashwood, el joven y alegre miembro de la redacción del periódico The Branch, golpeó afectuosamente la espalda de Hércules Poirot.

—Hay varias clases de basura, amigo mío —dijo—. La mía es basura limpia.

—No le estaba insinuando que fuera igual a la de Percy Perry.

—Ése es un condenado chupóptero. Una mancha en nuestra profesión. Si pudiéramos ya lo habríamos hundido.

—Pues sucede —explicó Poirot— que en este momento me encargo de un pequeño asunto consistente en aclarar un escándalo político.

—Quiere limpiar los establos de Augías, ¿eh? —le dijo Dashwood—. Demasiado pesado para usted. La única forma de hacerlo sería desviando el Támesis para que se llevara por delante el Parlamento.

—Es usted un cínico —repitió Poirot moviendo la cabeza.

—Conozco el mundo; ni más ni menos.

—Creo que es usted el hombre que necesito —dijo el detective—. Es atrevido, tiene espíritu deportivo y le gustan las cosas que se salgan de lo corriente.

—¿Y suponiendo que así sea…?

—Quiero poner en práctica un plan que tengo en la imaginación. Si es cierto lo que me figuro, existe una conjura que debemos desbaratar. Y todo ello, amigo mío, constituirá otra noticia que su periódico publicará antes que ningún otro.

—De acuerdo —dijo alegremente Dashwood.

—Estará relacionado con un grosero complot que fraguan contra una mujer.

—Mejor que mejor. Estas cosas de mujeres siempre interesan a la gente.

—Entonces, siéntese y escuche.

5

La gente hablaba. En el bar de «El Ganso y las Plumas» de Little Winpliton.

—Bueno; pues yo no lo creo. John Hammet fue siempre un hombre honrado; no faltaba más. Ya quisieran parecérsele muchos de esos politicastros que andan por ahí.

—Eso es lo que siempre se dice de los estafadores antes de ser descubiertos.

—Cuentan que hizo miles de libras con el asunto del petróleo de Palestina. Un negocio de los más sucios.

—Todos ellos están cortados con el mismo patrón. No son ni más ni menos que unos asquerosos bribones.

—Everhard nunca haría eso. Pertenece a los de la vieja escuela.

—Está bien; pero no creo que John Hammet sea lo que dicen. Si fueras a creer todo lo que ponen los periódicos…

—La mujer de Ferrier es hija suya. ¿Has oído lo que cuentan de ella?

Todos se inclinaron sobre un sobado ejemplar del *X-ray News*.

«¿La mujer del César? Hemos oído que cierta dama relacionada con las más altas esferas políticas fue vista el otro día en un ambiente verdaderamente extraño. Y acompañada por su *gigolo*. ¡Oh, Dagmar, Dagmar! ¿Cómo puedes ser tan picarona?».

Una voz rústica comentó:

—La señora Ferrier no hace esas cosas. ¿*Gigolo*? Uno de esos desvergonzados *dagos*[6].

Otra voz replicó:

—No te fíes nunca de las mujeres. Si quieres que te diga la verdad creo que no hay ni una buena.

6

La gente hablaba.

—Mira, querida: yo creo que es absolutamente cierto. A Noemi se lo dijo Paul, y éste oyó cómo lo contaba Andy. Es una depravada.

—Pero si siempre fue tan normal y nunca salió de casa a no ser que tuviera que inaugurar alguna tómbola benéfica…

—Simple *camuflaje*, querida. Es ninfomaníaca… Bueno; ya sabes, eso es lo que dice el *X-ray News*. ¡Claro que no lo pone con todas las palabras! Pero lo puedes leer entre líneas. No sé cómo se enteraron de esas cosas.

—¿Y qué me dices del escándalo público que dejan entrever? Aseguran que su padre malversó los fondos del Partido.

7

La gente hablaba.

—No me gusta pensar en ello, se lo aseguro, señora Rogers. Pues ya ve usted, siempre pensé que la señora Ferrier era una mujer que sabía lo que se hacía.

—¿Cree usted que todas esas atrocidades son verdad?

—Como le dije antes, no me gusta pensar eso de ella. ¿Quién lo iba a imaginar? Si hace tan sólo unos meses, en junio, inauguró una tómbola en Pelchester. Y estuve tan cerca de ella como lo estoy ahora de ese sofá. Tenía una Sonrisa tan agradable…

—Sí; pero yo digo que cuando el río suena…

—Desde luego, eso es verdad. ¡Dios mío!, parece como si no pudiera fiarse una de nadie.

8

Edward Ferrier, con la cara pálida y tensa, se dirigió a Poirot.

—¡Esos ataques a mi mujer… son obscenos… absolutamente obscenos! Voy a entablar una demanda contra ese vil periodicucho.

—Yo no le aconsejaría eso —observó Poirot.

—Pero convendrá conmigo en que esas condenadas mentiras deben acabar.

—¿Está usted seguro de que son mentiras?

—¡Maldita sea! ¡Sí!

Con la cabeza ligeramente ladeada, Poirot preguntó:

—¿Y qué dice su esposa?

Por un momento Ferrier pareció desconcertarse.

—Ella opina que lo mejor es no darse por enterados… Pero yo no puedo hacerlo. Todo el mundo habla…

—Sí; todo el mundo habla —replicó el detective.

9

Y entonces apareció la lacónica noticia en todos los periódicos.

«La señora Ferrier sufre una ligera depresión nerviosa y ha salido para Escocia con el fin de descansar».

Conjeturas, rumores… informes fidedignos de que la señora Ferrier no estaba en Escocia; de que nunca estuvo allí.

Historias escandalosas acerca del verdadero paradero de la señora Ferrier.

Y la gente habló de nuevo.

—Te digo que Andy la vio. ¡En ese lugar tan indecente! Estaba borracha o había tomado drogas. La acompañaba Ramón… ese antipático *gigolo* argentino. ¡Ya ves!

Y más habladurías.

La señora Ferrier se había ido al extranjero con un bailarín argentino. La habían visto en París, atiborrada de drogas. Las tomaba desde hacía muchos años y bebía como un pez.

Lentamente, la recta mente inglesa, al principio incrédula, fue tomando una actitud condenatoria contra la señora Ferrier. Al fin y al cabo, parecía como si hubiera algo de cierto en todo lo que se decía. Aquélla no era la clase de mujer apropiada para ser la esposa del primer ministro. «¡Una Jezabel; ni más ni menos que una Jezabel!».

Y luego llegaron las fotografías.

La señora Ferrier, en París… en un club nocturno, recostada y con un brazo posado familiarmente sobre el hombro de un joven moreno, de tez oscura y aspecto depravado.

Y en otras circunstancias, medio desnuda en una playa, con la cabeza reclinada en el hombro de aquel lagarto de salón.

Debajo de la «foto»:

«La señora Ferrier se divierte…».

Dos días después se presentó una demanda de difamación contra el *X-ray News*.

10

Sir Mortimer Inglewood, abogado de la Corona, inició el caso por la parte demandante. El aspecto del abogado era grave y parecía poseído de virtuosa indignación. La conjura sólo igualable al famoso caso del Collar de la Reina, familiar a los lectores de Alejandro Dumas. El complot imaginado para difamar a la reina María Antonieta ante los ojos del populacho. Y esa conjura había sido tramada de nuevo para desacreditar a una noble y virtuosa señora que ocupaba en el país la posición de la mujer del César. *Sir* Mortimer habló con amargo menosprecio de fascistas y comunistas, pues ambos trataban de minar las democracias con toda clase de maquinaciones. Luego llamó a sus testigos.

El primero fue el obispo de Northumbria.

El doctor Henderson era una de las más conocidas figuras de la Iglesia anglicana; un hombre de gran piedad e integridad de carácter. Tenía amplio criterio; era tolerante y pasaba por ser un gran predicador. Todos los que lo conocían sentían por él profundo respeto y cariño.

Subió al estrado y juró que durante las fechas mencionadas, la señora de Edward Ferrier había estado en palacio, invitada por su esposa y por él. Agotada por su intensa actividad haciendo buenas obras, le había sido recomendado un reposo absoluto. Su visita se mantuvo en secreto para evitar cualquier molestia por parte de la prensa.

Un médico eminente siguió al obispo y atestiguó que había ordenado a la señora Ferrier un completo descanso, con ausencia de toda preocupación.

Un practicante testimonió luego que había atendido a la señora Ferrier en la residencia del obispo.

El siguiente testigo que compareció fue Thelma Andersen.

Un estremecimiento recorrió la sala cuando la testigo subió al estrado. Todos notaron enseguida el extraordinario parecido físico de aquella mujer con la señora Ferrier.

—¿Se llama usted Thelma Andersen?

—Sí.

—¿Es usted súbdita danesa?

—Sí. Vivo en Copenhague.

—¿Trabaja usted en un café de dicha capital?

—Sí, señor.

—Haga el favor de explicarme lo que ocurrió el día dieciocho de marzo último.

—Un caballero se acercó a la mesa donde yo estaba. Era inglés y me dijo que trabajaba para un periódico de su país titulado el *X-ray News*.

—¿Está usted segura de que mencionó ese nombre?

—Sí; estoy segura… porque al principio creí que se trataba de una revista médica. Pero no; parece que no es así. Luego me dijo que había una actriz inglesa que necesitaba encontrar una «doble» y que yo era justamente el tipo adecuado. No voy mucho al cine y no reconocí el nombre que me dijo. Pero me aseguró que era muy famosa; que no se encontraba bien y que por lo tanto precisaba que alguien se presentara por ella en algunos sitios públicos. Al final me prometió que mis servicios serían pagados generosamente.

—¿Cuánto dinero le ofreció aquel caballero?

—Quinientas libras en moneda inglesa. Al pronto no lo creí… Pensé que se trataría de algún ardid; pero me pagó al momento la mitad de la suma ofrecida. Como es lógico, me apresuré a comunicar al dueño del café que dejaba el empleo.

La relación prosiguió. La llevaron a París, donde la facilitaron buenas ropas y fue provista de una «escolta». Un caballero argentino muy solícito… muy respetuoso y atento.

Al parecer, la mujer se había divertido. Vino en avión a Londres y frecuentó varios clubs nocturnos acompañada por el caballero de tez morena. En París la fotografiaron junto a él. Admitió que algunos de los sitios en que estuvieron no eran muy refinados… ¡De veras, no eran nada respetables!… Y algunas de las «fotos» que se tomaron tampoco eran de buen gusto. Pero, según le dijeron, aquellas cosas eran necesarias para la publicidad… y el señor Ramón había sido siempre muy respetuoso.

Contestando a varias preguntas, declaró que nunca se mencionó el nombre de la señora Ferrier y que no supo jamás que aquella señora era a la que había estado suplantando. Creía que en todo ello no había nada malo. Identificó algunas fotografías que le fueron mostradas y dijo que habían sido hechas durante su estancia en París y la Riviera.

Se veía que Thelma Andersen hablaba de buena fe. Era una mujer agradable, aunque ligeramente tonta. Cuando comprendió lo que había hecho, su disgusto quedó bien patente para todos.

La defensa no convenció a nadie. Fue una frenética negación de haber tenido algún trato con la Andersen. Las «fotos» en cuestión habían sido enviadas a la Redacción de Londres, donde supusieron que eran auténticas. El discurso en que Mortimer presentó sus conclusiones definitivas levantó el entusiasmo. Describió el asunto, calificándolo de cobarde conjura política planeada para desacreditar al primer ministro y a su esposa. Todas las simpatías debían verterse sobre la infortunada señora Ferrier.

El veredicto, una conclusión que podía adelantarse, fue pronunciado en medio de escenas sin precedentes. Los perjuicios se cifraron en una suma fabulosa. Cuando la señora Ferrier, su marido y su padre salieron de la sala fueron recibidos por el clamor afectuoso de una gran muchedumbre.

11

Edward Ferrier asió efusivamente la mano de Poirot.

—Mil gracias, señor Poirot. Esto acaba de una vez con el *X-ray News*. Ese indecente papelucho está destruido por completo. Lo tenía merecido por planear un complot tan asqueroso. Contra Dagmar, además, que es la criatura más buena del mundo. Gracias a Dios, se las compuso usted para que el asunto apareciera ante todos tal como era… ¿Cómo se le ocurrió la idea de que pudieran estar utilizando un «doble»?

—No fue idea nueva —le recordó Poirot—. Fue empleada con éxito en el caso de Jeanne de la Motte, cuando suplantó la personalidad de María Antonieta.

—Ya comprendo. Tendré que volver a leer «El Collar de la Reina». Pero ¿cómo encontró usted precisamente a la mujer que estaban empleando para ello?

—La busqué en Dinamarca y bien pronto la localicé.

—¿Y por qué en Dinamarca?

—Porque la abuela de la señora Ferrier era danesa, y ella misma tiene un tipo marcadamente danés. Pero además había otras razones.

—El parecido es chocante en extremo. ¡Qué idea más diabólica! ¿Cómo llegaría esa rata de Percy a pensar en ello?

Poirot sonrió.

—No fue él —*se* dio un golpe en el pecho—. ¡Yo fui el que pensó en ello!

Edward lo miró fijamente.

—No lo entiendo. ¿Qué quiere decir?

Poirot explicó:

—Debemos retroceder a una historia mucho más vieja que la de «El Collar de la Reina»… a la de la limpieza de los establos de Augías. Lo que Hércules utilizó fue un río… es decir, una de las grandes fuerzas de la Naturaleza. ¡Modernice eso! ¿Cuál es, también, una de esas grandes fuerzas? El amor y las cosas relacionadas con él, ¿verdad? Es el aspecto amoroso el que hace que se vendan las novelas y el que da interés a las noticias. Dé a la gente un escándalo relacionado con asuntos amorosos y le interesará más que cualquier trampa o fraude político.

»*Eh bien* —continuó el detective—, ésa fue mi tarea. Primero, poner mis manos en el cieno, como hizo Hércules para construir un dique que desviara el curso del río, un periodista amigo mío me ayudó. Estuvo buscando en Dinamarca, hasta que encontró a una persona adecuada para intentar la suplantación. Al presentarse a ella mencionó casualmente el *X-ray News*, confiando en que se acordaría del nombre. Y así fue.

»¿Y qué ocurrió luego? —prosiguió—. Cieno…, gran cantidad de cieno. La mujer del César fue salpicada por él. Una cosa más interesante para la gente de la calle que ningún escándalo político. Y como resultado… ¿el *dénouement*? ¡Qué va!

¡La reacción! ¡La virtud vindicada! ¡La absolución de la mujer inocente! Una gran marea de romanticismo y simpatía barriendo los establos de Augías. Si todos los periódicos del país publicaran ahora la noticia de los desfalcos cometidos por John Hammet, nadie lo creería. Sería considerada como otra conjura política para desacreditar del todo al Gobierno.

Edward Ferrier aspiró profundamente el aire. Por unos momentos, Poirot estuvo más cerca que nunca de ser víctima de una agresión personal.

—¡Mi esposa! Se atrevió usted a utilizarla como…

Por fortuna quizá, la señora Ferrier entró en aquel preciso instante.

—Bueno —dijo ella—. Todo acabó bien.

—Dagmar, ¿estabas enterada de… todo lo que pasaba?

—Desde luego, querido —contestó Dagmar Ferrier.

Y sonrió con gentil y maternal sonrisa de una esposa afectuosa.

—¡Y no me dijiste nada!

—Pero, Edward; de haberlo sabido no hubieras permitido que *monsieur* Poirot lo hiciera.

—¡Claro que no lo hubiera permitido!

Dagmar sonrió.

—Eso es lo que nosotros pensamos.

—¿Nosotros?

—*Monsieur* Poirot y yo.

Repartió su sonrisa entre su marido y el detective, y añadió:

—Descansé muy bien los días que estuve en casa de nuestro querido obispo y ahora me encuentro llena de energías. Quieren que vaya a Liverpool, el próximo mes, para bautizar un nuevo buque de guerra… Creo que será conveniente ir, en bien de la popularidad.

Los pájaros de Estinfalia

(The Stymphalean Birds).

1

Harold Waring las vio por primera vez cuando subía por el sendero del lago. Estaba sentado en la terraza del hotel. Hacía un buen día; el lago tenía un profundo color azul y el sol lucía brillantemente. Harold, mientras fumaba una pipa, pensó que el mundo era un lugar muy agradable.

Su carrera política se desarrollaba bajo buenos auspicios. Una Subsecretaría a la edad de treinta años, era cosa de la que uno podía enorgullecerse. Le habían dicho que el primer ministro comentó con alguien que «el joven Waring llegaría lejos». Harold estaba bastante satisfecho de ello. La vida se le presentaba de color de rosa. Era joven, no mal parecido, de buena posición y completamente libre de lazos románticos.

Había decidido pasar las vacaciones en Morzoslovaquia, tanto por apartarse de las rutas frecuentadas, como por gozar de un completo descanso, sin que nadie ni nada le molestaran. El hotel del lago Stempka, aunque de reducidas dimensiones, era confortable y no estaba atestado de gente. La mayor parte de los huéspedes eran extranjeros. Los únicos ingleses que había entre ellos eran una mujer de edad, la señora Rice, y su hija, la señora Clayton. A Harold le gustaron. Elsie Clayton era bonita, aunque de una manera bastante pasada de moda. Se pintaba muy poco, casi nada, y su aspecto era apacible y algo tímido. La señora Rice podía ser considerada como una mujer de carácter. Alta de estatura, de voz profunda y ademanes autoritarios, aunque no le faltaba el sentido del humor ni resultaba mala compañía. Se veía claramente que su vida estaba ligada a la de su hija.

Harold había pasado unas cuantos horas muy agradables en compañía de las dos mujeres, y como ellas no intentaron acapararle, las relaciones entre los tres seguían siendo amistosas y nada exigentes.

Los demás huéspedes del hotel no llamaron la atención del joven. Por lo general, eran excursionistas o turistas que llegaban en autopullman. Paraban allí durante una o dos noches y luego se marchaban. El muchacho no se había fijado en nadie más… hasta aquella tarde.

Las dos subían por el sendero del lago, caminando muy despacio. Y sucedió que, cuando atrajeron la atención de Harold, una nube cubrió el sol. El joven se estremeció ligeramente.

Luego las miró con detenimiento. Sin duda, había algo raro en aquellas dos mujeres. Tenían la nariz larga y aguileña, como el pico de un pájaro, y sus caras, de un gran parecido físico, adoptaban un aire impasible. Llevaban sobre los hombros unas capas sueltas que movía el viento y parecían las alas de dos pajarracos.

Harold pensó:

—Parecen pájaros… —Y añadió casi sin querer—: Pájaros de mal agüero.

Las dos mujeres se dirigieron hacia la terraza y pasaron junto a él. No eran jóvenes; tal vez su edad se acercaba más a los cincuenta que a los cuarenta y su parecido era tan grande que no podía dudarse de que se trataba de dos hermanas. Su semblante era desagradable. Cuando pasaron junto al joven, los ojos de ambas se fijaron en él durante un instante. Fue una mirada fría y calculadora… casi infrahumana.

La impresión de enfrentarse con algo maligno creció en el interior de Harold. Vio la mano de una de las dos hermanas; una mano que parecía garra. Aunque el sol brillaba otra vez, volvió a estremecerse.

«¡Qué repugnantes!», pensó. «Son como aves de presa…».

La señora Rice, que salía del hotel, le distrajo de estos pensamientos. El joven se levantó de un salto y le acercó una silla. La mujer le dio las gracias; tomó asiento y, como de costumbre, empezó a mover vigorosamente las agujas de la calceta.

—¿Ha visto a esas dos mujeres que acaban de entrar en el hotel? —preguntó Harold.

—¿Las de las capas? Sí; pasaron junto a mí.

—¿No cree que son dos personas muy extrañas?

—Pues… sí; tal vez sean algo raras. Creo que llegaron ayer. Son muy parecidas… deben ser gemelas.

—Quizá sean apreciaciones mías —comentó Harold—; pero siento de un modo instintivo que hay algo de maligno en ellas.

—¡Qué curioso! Cuando las vea otra vez me fijaré en ellas para comprobar si coincido con usted en esa impresión.

Y añadió:

—El conserje nos dirá quiénes son. No creo que sean inglesas.

—¡Oh, no!

La señora Rice miró su reloj y dijo:

—Es hora de tomar el té. ¿Tendría inconveniente en tocar el timbre, señor Waring?

—No faltaba más, señora Rice.

El joven se levantó, y cuando volvió a su asiento preguntó:

—¿Dónde está su hija esta tarde?

—¿Elsie? Hemos salido juntas a dar un paseo. Caminamos un poco junto al lago y luego volvimos por el pinar. Ha sido un magnífico paseo.

Un camarero salió en aquel momento y recibió orden de servir el té. La señora Rice siguió hablando, mientras hacía volar las agujas:

—Elsie ha recibido una carta de su marido. Puede ser que no baje a tomar el té.

—¿Su marido? —preguntó Harold sorprendido—. Siempre pensé que era viuda.

La señora Rice le dirigió una penetrante mirada y dijo con sequedad:

—No; Elsie no es viuda —y añadió con cierto énfasis—: ¡Por desgracia!

Harold se sobresaltó.

La mujer hizo un signo afirmativo con la cabeza, frunció el ceño y observó:

—La bebida tiene la culpa de muchas desgracias, señor Waring.

—¿Bebe su marido?

—Sí. Y hace muchas otras cosas más. Es terriblemente celoso y tiene un genio violento en extremo —suspiró—. Éste es un mundo lleno de desgracias, señor Waring. Le tengo mucho afecto a Elsie, pues es mi única hija… y ver cuan infeliz es, resulta una cosa nada fácil de soportar.

Harold comentó con emoción:

—Es una criatura tan dulce.

—Tal vez demasiado.

—¿Qué quiere decir?

La señora Rice contestó lentamente:

—Una persona feliz es más altiva. La dulzura de Elsie proviene, según creo, de un sentimiento de derrota. La vida ha sido muy dura con ella.

El joven preguntó con ligera vacilación:

—¿Y cómo… llegó a casarse con él?

—Philip Clayton era un chico muy atrayente —contestó la señora Rice—. Tenía… y todavía tiene… un aspecto encantador. Poseía además algo de dinero… y no hubo nadie que nos enterara de su verdadero carácter. Me quedé viuda hace muchos años y dos mujeres que viven solas no son los mejores jueces para apreciar la condición de un hombre.

—Desde luego; así es —observó Harold pensativamente.

Sentía que en su interior se levantaba una ola de indignación y lástima al propio tiempo. Elsie Clayton no podía tener más de veinticinco años. Rememoró la expresión clara y amistosa de sus ojos azules y el suave gesto apenado de su boca. Se dio cuenta, de pronto, que el interés que sentía por ella rebasaba el límite de la amistad.

Y estaba ligada a un bruto…

2

Aquella noche Harold se reunió con madre e hija después de cenar. Elsie Clayton llevaba un vestido color de rosa, apagado y mate. El joven vio que tenía los párpados enrojecidos. Había estado llorando.

La señora Rice anunció con viveza:

—Ya me enteré de quiénes son esas dos arpías, señor Waring. Son polacas… de muy buena familia; eso me ha dicho el conserje.

Harold miró al otro lado del salón, donde estaban sentadas las dos mujeres. Elsie preguntó, sin demostrar ningún interés:

—¿Aquellas dos señoras? ¿Las del cabello teñido? Tienen un aspecto bastante desagradable… No sé por qué.

Harold exclamó triunfalmente:

—Eso mismo pensé yo.

La señora Rice rió.

—Me parece que ambos desvarían. No se puede juzgar a la gente por su solo aspecto externo.

Elsie rió a su vez.

—Supongo que así será —dijo la hija—; pero, de todas formas, me hacen el efecto de dos buitres.

—¡Arrancando los ojos a los muertos! —dijo Harold.

—¡Oh. no! —exclamó Elsie.

El joven se apresuró a excusarse:

—Lo siento.

La señora Rice sonrió y dijo:

—Sea como fuere, no creo que se metan con nosotros.

—No tenemos ningún secreto pecaminoso —comentó Elsie.

—Tal vez lo tenga el señor Waring —añadió su madre guiñando un ojo.

Harold soltó una carcajada, inclinando la cabeza, hacia atrás.

—Ni de los más pequeños —dijo—. Mi vida es un libro abierto.

Y un pensamiento cruzó su mente:

—¡Qué tontos son los que abandonan el camino recto! Una conciencia limpia… eso es todo lo que se necesita en la vida. Con ello puede uno enfrentarse con el mundo y mandar al diablo a quien se interponga.

De pronto, sintió que su vitalidad aumentaba; se notó más fuerte, mucho más dueño de su destino.

3

Harold Waring, como muchos ingleses, era un mal políglota. Su francés dejaba mucho que desear y, además, lo hablaba con un terrible acento británico. De alemán e italiano no sabía nada.

Pero hasta entonces su poca habilidad lingüística no le había preocupado en gran manera. Siempre encontró que en la mayoría de los hoteles de Europa el personal hablaba inglés. ¿Para qué molestarse entonces?

Pero en aquel lugar tan apartado, donde la lengua nativa era un derivado del eslovaco, y aun el conserje sólo hablaba alemán, a veces le resultaba irritante que alguna de sus dos amigas le sirvieran de intérprete. La señora Rice, que sentía gran afición por los idiomas, podía hablar, incluso, un poco de eslovaco.

Harold decidió iniciar el estudio del alemán. Se propuso comprar algunos libros de texto y dedicar un par de horas cada mañana al estudio.

Hacía un buen día y después de escribir varias cartas, Harold miró el reloj y vio que tenía todavía tiempo para dar un paseo de una hora antes del almuerzo. Bajó hasta el lago y se adentró en el pinar. Al cabo de cinco minutos de caminar bajo los pinos, oyó un ruido inconfundible. No muy lejos de allí una mujer lloraba desconsoladamente.

Harold se detuvo un momento y luego se dirigió hasta donde provenían los gemidos. La mujer era Elsie Clayton. Estaba sentada sobre un tronco caído, con la cara entre las manos. Sus hombros se estremecían con la violencia de su pena.

El joven titubeó un instante y después fue hacia ella. Llamó suavemente:

—Señora Clayton… Elsie.

Ella se sobresaltó y levantó la mirada hacia él. Harold tomó asiento a su lado.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó afectuosamente—. ¿Hay algo qué pueda hacer?

Elsie sacudió la cabeza.

—No… no… Es usted muy amable. Pero nadie puede hacer nada por mí.

Harold preguntó con timidez:

—¿Tiene algo que ver con… su marido?

La joven asintió. Se enjugó los ojos y sacó la polvera, luchando para volver a recobrar el dominio de sí misma. Con voz trémula dijo:

—No quiero que mamá se preocupe. Se disgusta mucho cuando ve la poca felicidad de que disfruto. Por lo tanto, vine aquí para llorar a mi gusto. Ya sé que es una tontería. El llorar no resuelve nada. Pero… algunas veces… me parece que la vida es completamente insoportable.

—No sabe cuánto lo siento —simpatizó Harold.

Ella le dirigió una mirada de gratitud y luego explicó apresuradamente:

—Es mía toda la culpa, desde luego. Me casé con Philip por mi propia y libre voluntad. Y si… si luego salió mal, sólo soy yo la culpable; yo y sólo yo.

—Es usted muy valiente al considerarlo así —dijo Harold Waring.

La joven sacudió la cabeza.

—No; no soy valiente. No tengo ánimos para nada. Soy una cobarde. Por eso llegaron, en parte, las desavenencias con Philip. Me tiene aterrorizada… por completo… cuando se enfurece.

Emocionado, Harold apuntó:

—¡Debe usted separarse de él!

—No me atrevo. No…, no me dejaría.

—¡Tonterías! ¿Qué me dice del divorcio?

Elsie volvió a sacudir la cabeza con lentitud.

—No tengo motivos —enderezó los hombros—. Tengo que soportarlo. Paso gran parte del año con mamá. Philip no se opone a ello, especialmente cuando vamos a sitios poco frecuentados como éste —y añadió, mientras el color subía a sus mejillas —: La mayor parte de los disgustos provienen de los celos terribles que siente. Si llego siquiera a conversar con un hombre, es capaz de hacer las más espantosas escenas.

La indignación de Harold subió de punto. Había oído quejarse a muchas mujeres de los celos de sus maridos, y si bien había expresado su simpatía hacia ellas, secretamente abrigaba la opinión de que los maridos, en aquellos casos, llevaban toda la razón. Pero Elsie Clayton no era una de ellas. No le había dirigido tan siquiera una mirada insinuante.

La joven se apartó de él estremeciéndose ligeramente, y miró al cielo.

—Se ha ocultado el sol —dijo—. Hace frío. Será mejor que volvamos al hotel. Debe ser la hora de comer.

Ambos se levantaron y tomaron la dirección del hotel. Habían caminado por espacio de un minuto cuando vieron a otra persona que seguía su mismo camino. La reconocieron por la flotante capa que llevaba. Era una de las hermanas polacas.

Cuando pasaron por su lado, Harold hizo una ligera inclinación de cabeza. Ella no correspondió al saludo, pero sus ojos se posaron sobre los dos jóvenes y hubo tal malicia en aquella mirada que el hombre se sintió enrojecido. Tal vez, aquella mujer lo habría visto sentado junto a Elsie en el tronco. Y si así era, probablemente pensaría…

Y por lo visto, eso era lo que pensaba… Un acceso de indignación lo sobrecogió. ¡Qué mente tan asquerosa tenían algunas mujeres!

Era raro que el sol se hubiera escondido y que los dos se estremecieran… tal vez en el mismo momento en que la mujer los espiaba.

Sea como fuere, Harold se sintió en aquellos instantes un poco intranquilo.

4

Por la noche, Harold entró en su habitación un poco después de las diez. Había llegado correo de Inglaterra, con unas cuantas cartas para él, algunas de las cuales necesitaban ser contestadas inmediatamente.

Se puso una bata sobre el pijama y tomó asiento ante la mesa con el propósito de despachar su correspondencia. Había escrito ya tres cartas y estaba justamente empezando la cuarta cuando se abrió de pronto la puerta y Elsie Clayton entró tambaleándose en la habitación.

Sorprendido, Harold se levantó de un salto. Elsie había cerrado la puerta tras ella y se apoyó en una cómoda. Su respiración era entrecortada y tenía la cara blanca como el papel. Parecía estar mortalmente asustada.

—¡Es mi marido! —balbuceó—. Ha llegado sin avisar. Creo… creo que me matará. Está loco… loco por completo. Acudo a usted… oh, no permita que me encuentre —avanzó dos pasos, con andar tan inseguro que por poco cae al suelo. Harold extendió el brazo para sostenerla.

Y cuando hizo esto, la puerta se abrió de nuevo y apareció un hombre en el umbral. Era de una mediana estatura, con espesas cejas y pelo negro liso. En la mano llevaba una pesada llave inglesa. Levantó la voz, aguda y temblorosa por la ira.

—¡De modo que la polaca tenía razón…! —vociferó—. ¡Tienes un enredo con este tipo!

—No, no, Philip —exclamó Elsie—. No es verdad. Estás equivocado.

Harold empujó rápidamente a la muchacha hasta situarla detrás de él, cuando vio que Philip avanzaba hacia ellos.

—Equivocado, ¿eh? —chilló el hombre—. Y te encuentro en su habitación. ¡Perdida, te juro que te voy a matar por esto!

Con un rápido movimiento apartó el brazo de Harold. Elsie, dando un fuerte grito, se colocó al otro lado de Harold, quien se volvió para rechazar el ataque.

Pero Philip Clayton tenía un solo propósito: coger a su esposa. Dio otro rodeo y Elsie, aterrorizada, salió corriendo de la habitación. Su marido la siguió y Harold, sin dudarlo un momento, salió tras ellos.

La joven se dirigió rectamente hacia su propio dormitorio, al final del pasillo. Harold oyó el ruido de la llave al girar, aunque la cerradura no se cerró a tiempo, y Philip Clayton abrió dando un empujón. El hombre entró en la habitación y Harold oyó el horrorizado grito de Elsie. Sin perder un instante, el joven entró también en el cuarto.

Elsie estaba acorralada contra las cortinas de la ventana. Cuando llegó Harold, Philip Clayton se dirigía hacia su esposa blandiendo la llave inglesa. Elsie volvió a gritar, y cogiendo un pesado pisapapeles de la mesa que tenía al lado, lo lanzó a la cabeza de su marido.

Clayton se desplomó como un fardo y la joven lanzó otro grito, mientras Harold quedaba como petrificado en el umbral de la puerta. Elsie se arrodilló junto a Philip, que no daba señales de vida.

En el pasillo se oyó el ruido que produjo el pestillo de una puerta al cerrarse. Elsie se levantó apresuradamente y se dirigió hacia Harold.

—Por favor… por favor —dijo en voz baja y casi sin aliento—. Vuelva a su habitación. Pueden venir… y encontrarle aquí.

Harold asintió. Había comprendido la situación en un santiamén. Por un momento, Philip Clayton estaba *hors de combat*. Pero los gritos de Elsie podían haber sido oídos y si lo encontraban en la habitación de la joven sólo podía esperar compromisos y malentendidos. En beneficio de ambos no debía producirse ningún escándalo.

Haciendo el menor ruido posible desanduvo el camino hasta su dormitorio y justamente cuando llegaba a él oyó el ruido de una puerta que se abría.

Cerca de media hora estuvo en su cuarto, esperando, sin atreverse a salir. Estaba seguro de que tarde o temprano Elsie iría a verle.

Se oyó un golpecito en la puerta y Harold la abrió de un tirón.

No era Elsie la que llamaba, sino su madre, y Harold quedó horrorizado al ver su aspecto. Parecía que de pronto hubiera envejecido muchos años. Llevaba los grises cabellos completamente en desorden y los ojos rodeados por dos círculos oscuros.

El joven se apresuró a llevarla hasta una silla. Ella tomó asiento. Respiraba con dificultad.

—Parece que no se encuentra usted bien —dijo Harold—. ¿Quiere que le traiga algo?

La mujer sacudió la cabeza.

—No, no se preocupe por mí. En realidad, me encuentro perfectamente. Ha sido sólo la impresión. Señor Waring, ha ocurrido una cosa terrible.

—¿Tal mal herido está Clayton? —preguntó el joven.

Ella retuvo el aliento.

—Peor que eso. Ha muerto…

5

La habitación pareció dar vueltas alrededor de Harold.

La sensación de que un chorro de agua helada le corría por el espinazo paralizó al joven y le impidió pronunciar palabra alguna durante unos momentos.

—¿Muerto? —repitió torpemente.

La señora Rice asintió.

Cuando habló, su voz tenía el tono monótono que produce el cansancio.

—El borde del pisapapeles le dio en la sien y al caer se golpeó la cabeza con el guardafuegos metálico de la chimenea. No sé qué es lo que le habrá producido la muerte; pero lo cierto es que ha muerto.

¡Desastre…! Ésta era la palabra que sonaba insistentemente en el cerebro de Harold. Desastre, desastre, desastre…

—Pero fue un accidente —dijo con vehemencia—. Yo vi cómo ocurría.

La señora Rice contestó secamente:

—Claro que fue un accidente. Yo también lo sé. Pero… ¿habrá alguien más que lo crea? Francamente… estoy asustada, Harold. No estamos en Inglaterra.

—Yo puedo confirmar la declaración de Elsie —dijo el joven.

—Sí; y ella confirmará la de usted. Eso… eso es justamente.

La mente de Harold, de por sí aguda y precavida, vio con rapidez lo que la mujer quería decir. Recordó todo lo sucedido y se dio cuenta de la fragilidad de su posición en el asunto.

Elsie y él habían pasado juntos gran parte del tiempo desde que se conocieron. Y luego existía el hecho de que habían sido vistos en el pinar por una de las polacas, en circunstancias bastante comprometedoras.

Al parecer, las polacas no hablaban inglés, pero quizá lo entendían un poco. Aquella mujer podía reconocer el significado de algunas palabras, como «celos» y «marido», dichas en el transcurso de la conversación que tal vez estuvo escuchando. De todas formas, parecía claro que para soliviantarlo de tal modo, la polaca había contado algo a Clayton. Y ahora… estaba muerto. Cuando murió. Harold se encontraba en la habitación de Elsie. Y no había nada que desmintiera que él, deliberadamente, atacó a Clayton con el pisapapeles. Nada que probara que el celoso marido no los había encontrado juntos. Sólo la palabra de Elsie y la de él. ¿Los creerían?

Un miedo cerval lo sobrecogió.

No le cabía en la imaginación que tanto él como Elsie estuvieran en peligro de ser condenados a muerte por un asesinato que no habían cometido. En cualquier caso, sólo podrían acusarlos de homicidio. Pero ¿distinguirían el asesinato del homicidio en estos países extranjeros? Aunque los absolvieran tendrían que hacer antes una encuesta y el asunto se publicaría en la prensa. «Se acusa a dos ingleses…», «marido

celoso…», «joven y prometedor político». Sí; aquello representaría el final de su carrera. No podría soportar un escándalo semejante.

—¿No sería posible deshacernos del cadáver? —preguntó impulsivamente—. ¿Llevarlo a cualquier otro sitio?

La mirada asombrada y desdeñosa de la señora Rice le hizo enrojecer. La mujer habló con tono incisivo.

—Pero, Harold, esto no es una novela de detectives. Intentar una cosa así sería una locura.

—Sí; eso parece —gruñó él—. ¿Qué podríamos hacer? Dios mío, ¿qué podríamos hacer?

La señora Rice sacudió la cabeza con desesperación. Tenía el ceño fruncido y su cerebro trabajaba a toda presión. Harold volvió a preguntar:

—¿No podemos hacer nada? ¿Nada que evitara este pavoroso desastre?

Ya lo había dicho… ¡desastre! Terrible… imprevisto… vituperable.

Ambos se miraron fijamente y la mujer dijo con voz ronca:

—Elsie, mi pequeña Elsie. Haré cualquier cosa… Se moriría si tuviera que afrontar una cosa así —y añadió—: Y usted también… su carrera… todo.

Harold murmuró:

—No se preocupe por mí.

Pero, en realidad, estaba muy lejos de decir lo que sentía.

La mujer prosiguió con tono amargo:

—¡Esto no es justo… ni razonable! Sería diferente si entre ella y usted existiera algo. Pero yo sé muy bien que no hay nada.

Como si se cogiera a un clavo ardiente, Harold sugirió:

—Diga eso a todos, por lo menos… Me parece muy bien.

—Sí; sólo falta que nos crean. Ya sabe cómo es la gente de aquí.

Así era, pensó lúgubremente Harold. Para una mente continental no había duda de que debía existir una relación culpable entre Elsie y él. Y las negativas de la señora Rice serían consideradas como un intento desesperado de salvar a su hija.

El joven comentó con tristeza:

—Es verdad; no estamos en Inglaterra. Mala suerte.

—¡Ah! —La señora Rice levantó la cabeza—. Es cierto… no estamos en Inglaterra. Tal vez pudiera hacerse algo…

—¿Sí? —preguntó ávidamente Harold.

La mujer inquirió de pronto:

—¿Cuánto dinero tiene aquí?

—No mucho. Pero puedo telegrafiar para que me manden más, desde luego.

—Vamos a necesitar una gran suma. Pero creo que vale la pena intentarlo.

—¿Qué se propone? —dijo Harold, sintiendo que su ánimo cobraba nuevas fuerzas.

La señora Rice habló con decisión:

—No tenemos ninguna posibilidad de ocultar esta muerte valiéndonos de nuestros propios medios; mas creo que existe, por lo menos una, de que podamos hacerlo «oficialmente».

—¿Lo cree usted así? —Harold abrigaba una leve esperanza, aunque en el fondo no creía en todo aquello.

—Sí; por una parte, el gerente del hotel estará a nuestro lado. Le interesará que no trascienda el asunto. Opino que en estos apartados países balcánicos se puede sobornar a todo el mundo…

Harold replicó pensativamente:

—Pues tal vez tenga usted razón.

La señora Rice prosiguió:

—Por fortuna, no creo que ningún huésped del hotel oyera lo que sucedió.

—¿Quién ocupa la habitación contigua a la de Elsie, frente a la de usted?

—Las dos señoras polacas. No oyeron nada, pues de otra forma hubieran salido al pasillo. Philip llegó a una hora avanzada y nadie le vio, excepto el portero nocturno. Creo Harold, que nos será posible hacer pasar inadvertido el asunto y conseguir un certificado de que Philip murió por causas naturales. Todo es cuestión de elevar la cifra suficientemente… y de encontrar el hombre apropiado, que seguramente será el jefe de policía.

Harold sonrió.

—Eso parece una ópera cómica, ¿verdad? Bueno, después de todo, no tenemos más remedio que intentarlo.

6

La señora Rice era la energía personificada. Primero llamó al gerente. Harold permaneció en su habitación, apartado de todo aquello. Había convenido con la señora Rice que sería mejor presentar el asunto como una riña entre marido y mujer. La juventud y belleza de Elsie se granjearían más simpatías.

A la mañana siguiente llegaron al hotel varios agentes de policía que fueron conducidos a la habitación de la señora Rice. No salieron de allí hasta el mediodía. Harold telegrafió pidiendo dinero, si bien no tomó parte en los procedimientos que se seguían, ya que de todos modos no hubiera podido hacerlo, pues ninguno de aquellos personajes oficiales hablaba inglés.

A las doce, la señora Rice entró en la habitación del joven. Estaba pálida y parecía cansada, pero el alivio que se reflejaba en su cara hacía inútil toda explicación.

—Ha surtido efecto —dijo simplemente.

—¡Gracias a Dios! ¡Es usted maravillosa! ¡Parece increíble!

La mujer contestó:

—Por la facilidad con que se desarrolló, le hubiera parecido que nada de lo sucedido era anormal. Prácticamente, todos tendieron la mano a la primera insinuación. En realidad… es algo desagradable.

Harold dijo con sequedad

—No es éste el momento de discutir sobre la corrupción de los funcionarios públicos. ¿Cuánto ha sido?

—La tarifa es bastante elevada.

Leyó las cantidades que traían anotadas en un papel:

El jefe de policía.
El comisario.
El agente.
El médico.
El gerente.
El portero nocturno.

Harold se limitó a comentar:

—El portero nocturno no ha sacado mucho, ¿verdad? Supongo que sólo será cuestión de taparle la boca.

La señora Rice explicó:

—El gerente estipuló que la muerte no ocurrió en el hotel. La relación oficial de los hechos será que Philip sufrió un ataque al corazón cuando venía en el tren. Salió

al pasillo para respirar un poco de aire… y ya sabe usted cuántas veces no se cierran bien las portezuelas del tren. Se apoyó en una y cayó a la vía. ¡Hay que ver de lo que es capaz la policía cuando quiere!

—Bueno —dijo Harold—. Gracias a Dios, nuestra policía no es de esa clase.

Y con una disposición de ánimo muy británico bajó al comedor.

7

Después de comer, Harold se reunía habitualmente con la señora Rice y su hija para tomar café. Decidió no introducir ningún cambio en esta costumbre.

Era la primera vez que veía a Elsie después de lo ocurrido la noche anterior. Estaba muy pálida y se notaba que todavía se encontraba bajo los efectos de la fuerte impresión, haciendo comentarios vulgares sobre el tiempo y el paisaje.

La conversación recayó sobre un nuevo huésped que acababa de llegar, cuya nacionalidad trataron de conjeturar. Harold opinaba que un bigote como aquél sólo podía ser francés. Elsie decía que era alemán, y la señora Rice creía que era español.

No había nadie más que ellos en la terraza, a excepción de las dos polacas, que estaban sentadas en uno de los extremos, haciendo ganchillo.

Como siempre que las veía, Harold sintió que un extraño estremecimiento de aprensión pasaba por él. Aquellas caras inexpresivas; aquellas narices aguileñas; aquellas manos que parecían garras…

Un «botones» se acercó y dijo que buscaban a la señora Rice. La mujer se levantó y lo siguió. Los dos jóvenes vieron cómo al llegar a la puerta del hotel saludaba a un policía de uniforme.

Elsie contuvo la respiración.

—¿Cree usted… que algo habrá salido mal?

Harold se apresuró a tranquilizarla.

—No; no creo que haya pasado nada.

Pero en su interior sintió un súbito acceso de miedo.

—¡Su madre está llevando el asunto maravillosamente!

—Ya lo sé. Mamá es una gran luchadora. Nunca admite la derrota —Elsie se estremeció—. Pero esto ha sido horrible, ¿verdad?

—Vamos; no tratemos más de ello. Ya pasó todo.

Elsie dijo en voz baja:

—Yo no puedo olvidar… que lo maté.

Harold replicó apresuradamente:

—No debe pensar en eso. Fue un accidente y usted lo sabe.

La cara de la joven adoptó una expresión ligeramente más serena. Harold añadió:

—Y de todas formas, ya pasó todo. El pasado es el pasado. Trate de no pensar más en ello.

La señora Rice volvió en aquel instante. Por el aspecto de su cara, los dos jóvenes vieron que todo iba bien.

—Me ha dado un susto atroz —dijo la mujer con tono jovial—. Pero sólo se trataba de una formalidad que debía cumplirse con los documentos. Todo va perfectamente, hijos míos. No hay nada que temer. Creo que debíamos pedir unas copas de licor para celebrarlo.

Pidieron las copas y cuando se las sirvieron, cada uno levantó la suya.

—Por el futuro —brindó la señora Rice.

Harold dirigió una sonrisa a Elsie y propuso:

—¡Por su felicidad!

Ella sonrió a su vez y replicó:

—¡Y por usted… porque tenga muchos éxitos! Estoy segura de que llegará a ser un hombre eminente.

Se sentían alegres, casi aturdidos; era la reacción natural después del miedo pasado. ¡Las sombras habían desaparecido! Todo iba bien.

Las dos mujeres que estaban al otro lado de la terraza se levantaron. Enrollaron cuidadosamente su labor y luego se encaminaron hacia donde se sentaban los otros tres.

Hicieron unas ligeras reverencias y tomaron asiento al lado de la señora Rice. Una de ellas empezó a hablar y la otra fijó sus ojos en los dos jóvenes. En sus labios campeaba una ligera sonrisa que, según pensó Harold, no tenía nada de agradable.

El muchacho miró a la señora Rice, quien estaba escuchando a la otra hermana, y aunque él no entendía una palabra de lo que estaban diciendo, la cara de la oyente era lo bastante expresiva como para no dejar lugar a dudas. Toda la angustia y desesperación de antes se reflejaban en ella de nuevo. La mujer escuchaba y de vez en cuando contestaba con una breve palabra.

Al cabo de un rato, las dos hermanas se levantaron y después de inclinarse levemente, entraron en el hotel.

Harold preguntó con voz ronca:

—¿Qué ocurre?

La señora Rice contestó con tono monótono y desesperado:

—Esas dos mujeres nos amenazan con un chantaje. Anoche lo oyeron todo. Y ahora que hemos tratado de ocultar lo sucedido, todavía se pone peor la cosa…

8

Harold Waring se hallaba junto al lago. Había paseado febrilmente durante una hora, procurando con aquel esfuerzo físico acallar el clamor de desesperación que sentía.

Llegó por fin al lugar donde vio por primera vez a las dos lúgubres mujeres que tenían bajo sus pies la vida de él y de Elsie.

En voz alta, exclamó:

—¡Malditas sean! ¡Malditas sean esas arpías!

Una ligera tosecilla le hizo dar la vuelta. Se encontró frente al extranjero del bigote exuberante, que en aquel momento salía de entre los pinos.

Harold no supo qué decir. Aquel hombrecillo seguramente oyó la exclamación.

Con tono que le pareció ridículo, dijo:

—Oh… ejem… buenas tardes.

El otro contestó en perfecto inglés:

—Temo que para usted no serán muy buenas.

—Pues… yo… —Harold se turbó otra vez.

—Creo que se encuentra usted en un atolladero, *monsieur*. ¿Puedo ayudarle en algo?

—No; gracias; muchas gracias. Sólo me estaba desahogando un poco.

El extranjero replicó suavemente:

—No obstante, creo que puedo ayudarle. ¿Estoy en lo cierto al suponer que sus preocupaciones están relacionadas con las dos señoras que en este instante se encuentran en la terraza?

Harold lo miró con fijeza.

—¿Sabe usted algo de ellas? Y a todo esto, ¿quién es usted?

Como si confesara pertenecer a una ascendencia principesca, el hombrecillo anunció:

—Yo soy Hércules Poirot. ¿Podríamos adentrarnos un poco en el bosque? Cuénteme entretanto lo que le ocurre. Como le dije, creo que puedo ayudarle.

Harold no estaba todavía seguro de qué fue lo que le hizo confiar repentinamente en un hombre a quien acababa de conocer hacía unos pocos minutos. Tal vez fue la excesiva tensión que le dominaba. Pero, sea como fuere, ocurrió. Relató a Poirot toda la historia.

El detective escuchó en silencio y en una o dos ocasiones asintió gravemente. Cuando Harold calló, Poirot comentó vagamente:

—Los pájaros de Estinfalia, de férreos picos, que se alimentaban de carne humana y habitaban junto al lago… Sí; todo coincide exactamente.

—Perdón, ¿qué decía? —preguntó Harold, intrigado.

Quizá, pensó, aquel estrambótico hombrecillo estaba loco de remate.

Hércules Poirot sonrió.

—Estaba reflexionando. Tengo mi propio sistema de ver las cosas. Y por lo que se refiere a este punto, me parece que se encuentra usted en una situación bastante desagradable.

Harold replicó con impaciencia:

—¡Eso no es menester que usted lo diga!

El detective prosiguió:

—El chantaje es un asunto muy serio. Esas arpías le forzarán a pagar… y pagar… y pagará otra vez. Y si acaso las desafiara… bueno, ¿qué pasaría?

El joven comentó con amargura:

—Todo se descubriría. Arruinarían mi carrera, y una pobre chica que nunca hizo mal a nadie, se vería envuelta en este asunto infernal. Sólo Dios sabe cuál sería el final de todo ello.

—Por lo tanto —dijo Poirot—, debemos hacer algo.

Harold preguntó con malos modos:

—¿Qué?

Hércules Poirot inclinó hacia atrás la cabeza y casi cerró los ojos cuando habló, las dudas acerca de su buen estado mental cruzaron de nuevo por el pensamiento de Harold.

—Es el momento de utilizar las castañuelas de bronce.

—¿Está usted loco? —dijo el joven.

—*Mais non!* Sólo hago lo posible para seguir el ejemplo de mi gran predecesor Hércules. Tenga paciencia durante unas pocas horas, amigo mío. Mañana me encontraré en situación de poder librarle de sus perseguidoras.

9

Cuando Harold bajó a la mañana siguiente, encontró a Hércules Poirot sentado solo en la terraza. A pesar de sus dudas, el joven se había dejado impresionar por las promesas del detective.

Harold se dirigió a él y preguntó con ansiedad:

—¿Qué ha pasado?

Poirot lo miró con ojos brillantes.

—Todo ha salido a pedir de boca.

—¿Qué quiere decir?

—Que todo se aclaró satisfactoriamente.

—¿Pero qué ha ocurrido?

El detective volvió a emplear su tono vago.

—He utilizado las castañuelas de bronce. O mejor dicho, expresándome en términos modernos, he hecho que vibraran los hilos metálicos… En resumen, utilicé el telégrafo. Sus pájaros de Estinfalia, *monsieur*, han sido puestos donde no podrán perjudicar a nadie durante algún tiempo.

—¿Estaban reclamadas por la policía? ¿Las han detenido?

—Precisamente.

Harold exhaló un profundo suspiro.

—¡Estupendo! Nunca pensé en ello —se levantó—. Voy a buscar a la señora Rice y a su hija para decírselo.

—Ya lo saben.

—Bien —Harold volvió a sentarse—. Dígame cómo…

Por el sendero del lago subían dos mujeres de perfil aguileño y flotantes capas sobre los hombros.

—¡Creí haberle oído decir que se las habían llevado! —exclamó el joven.

—Oh, ¿esas señoras? Son inofensivas por completo; dos damas polacas de muy buena familia, tal como le dijo el conserje. Su aspecto, tal vez, no sea muy agradable; pero eso es todo.

—¡Pues no lo comprendo!

—No; no lo comprenderá. Eran las otras señoras a las que buscaba la policía. La ingeniosa señora Rice y la llorosa señora Clayton. Eran ellas las aves de presa. Las dos vivían del chantaje, *mon chéri*.

Harold tuvo la sensación de que el mundo daba vueltas alrededor de él. Con voz desmayada preguntó:

—¿Pero el hombre… el hombre que resultó muerto…?

—No murió nadie. ¡Y no hubo tal hombre!

—¡Pero si yo lo vi…!

—No. La señora Rice, con su alta estatura y su voz profunda, representa muy bien los papeles masculinos. Fue ella quien hizo de marido… claro es que sin la peluca gris.

Se inclinó hacia delante y dio un golpecito en la rodilla del joven.

—No se debe ir por la vida con tal cantidad de buena fe, amigo mío. La policía de un país no se soborna tan fácilmente ni, tal vez, habrá manera de conseguirlo; mucho menos cuando se trata de un asesinato. Esas mujeres se aprovecharon de la ignorancia que, por lo general, tienen todos los ingleses de los idiomas extranjeros. Como habla francés y alemán, la señora Rice es la que siempre se ocupa de entrevistarse con el gerente y de llevar el asunto. Llega la policía y entra en su habitación, desde luego. ¿Pero qué sucede en realidad? Usted no lo sabe. Tal vez les dirá que ha perdido un broche o algo parecido. Cualquier excusa para hacerlos venir, con el fin de que usted los vea. Y en cuanto al resto de ello, ¿qué he de decirle? Telegrafía usted para que manden dinero, gran cantidad de él; y luego lo entrega a la señora Rice, quien se encarga de todas las negociaciones, ¡y eso es todo! Pero estas aves de presa son insaciables. Vieron que usted sentía una irracional aversión hacia esas dos infortunadas señoras polacas. Las damas en cuestión llegaron y sostuvieron una conversación inocente por completo con la señora Rice; pero ésta no supo resistir la tentación de volver a repetir el juego. Sabía que usted no entendía ni una palabra de lo que hablaron. Por consiguiente, tuvo usted que pedir más dinero; dinero que la señora Rice se encargaría luego de distribuir entre otras personas según pretendía.

Harold aspiró profundamente aire.

—¿Y Elsie?

—Desempeñó muy bien su papel. Siempre lo hace. Es una actriz consumada. Hace ver que todo es muy raro… muy inocente. No atrae hacia ella más que un sentimiento noble.

Y añadió pensativamente:

—Eso tiene siempre éxito cuando se trata de un inglés.

Harold Waring volvió a suspirar.

—Tengo que aprender todos los idiomas europeos que existen. ¡No quiero que nadie me tome el pelo por segunda vez!

El toro de Creta

(The Cretan Bull).

1

Hércules Poirot miró a su visitante. Ante él tenía una cara en la que destacaba una barbilla agresiva; unos ojos más bien grises que azules y un pelo negrísimo. Unas facciones propias de la Grecia clásica.

Se fijó en la buena hechura del traje, un tanto usado, que ella llevaba; en el raído bolso de mano y en la inconsciente arrogancia que tenía en sus maneras, tras la excitación patente que embargaba a la joven.

El detective pensó:

«Sí; toda una señora rural… pero sin blanca. Le debe haber ocurrido algo extraño para que acuda a mí».

Diana Maberly habló con voz que tembló ligeramente.

—No… no sé si podrá usted ayudarme, *monsieur* Poirot. Se trata… de una situación verdaderamente extraordinaria.

—¿De veras? —animó Poirot—. Cuéntemelo todo.

—He venido a verle porque no sé qué hacer —le dijo ella—. No sé, siquiera, si se puede hacer algo.

—¿Me permite que sea yo quien juzgue ese punto?

El color subió de pronto a las mejillas de la joven. Con rapidez y casi sin aliento, dijo:

—He acudido a usted porque el hombre a quien estaba prometida desde hace poco más de un año, ha roto nuestro compromiso.

Se detuvo y lo miró desafiante.

—Debe usted pensar —añadió— que no estoy bien de la cabeza.

Poirot sacudió la suya con lentitud.

—Al contrario, señorita. No tengo ninguna duda de que es usted muy inteligente. Desde luego, mi *mótier* en la vida no es pacificar riñas de enamorados, y yo sé muy bien que está usted perfectamente enterada de ello. Por lo tanto, debe existir algo muy raro en esa ruptura de compromiso. Es eso, ¿verdad?

La muchacha asintió, y con voz clara y precisa, dijo

—Hugh rompió nuestro compromiso porque piensa que se va a volver loco. Cree que los locos no deben casarse.

Hércules Poirot levantó un poco las cejas.

—¿Y no está usted de acuerdo?

—No lo sé… Al fin y al cabo, ¿qué es estar loco? Todos lo estamos un poco.

—Eso dicen —convino con cautela.

—Sólo cuando uno empieza a imaginarse que es un huevo escalfado o algo parecido, es cuando deben encerrarlo.

—¿Y su novio no ha llegado a tal extremo?

—Yo no advierto nada extraño en Hugh. ¡Es la persona más cuerda que conozco! Formal… sensato…

—Entonces, ¿qué es lo que le hace pensar que se está volviendo loco? —Poirot hizo una pausa antes de proseguir—. ¿Tal vez se han dado casos de demencia en la familia?

Como si le repugnara hacerlo, Diana inclinó la cabeza en mudo asentimiento.

—Creo que su abuelo estuvo algo chiflado y alguna que otra tía abuela. Pero ya sabe que en casi todas las familias pasan esas cosas. Algunos son medio tontos y otros demasiado listos.

Sus ojos tenían una expresión suplicante.

Hércules Poirot sacudió la cabeza con tristeza.

—Lo siento mucho por usted, *mademoiselle*.

La joven adelantó la barbilla y exclamó:

—¡No quiero que me compadezca! ¡Lo que quiero es que haga algo!

—¿Y qué desea de mí?

—No lo sé… pero hay en todo esto alguna cosa que no es normal.

—¿Quiere usted contarme, *mademoiselle*, todo lo referente a su novio?

Diana habló con rapidez.

—Se llama Hugh Chandler y tiene veinticuatro años. Su padre es el almirante Chandler. Viven en Lyde Manor, una finca que pertenece a la familia desde los tiempos de la reina Isabel. Hugh es hijo único. Ingresó en la Marina, pues todos los Chandler han sido marinos; es una especie de tradición familiar, desde que *sir* Gilbert Chandler navegó con *sir* Walter Raleigh en mil quinientos y pico. Hugh se alistó en la Armada como si ello fuera algo inevitable. Su padre no hubiera consentido otra cosa. Y sin embargo, fue su propio padre quien insistió en que renunciara a dicha carrera.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace casi un año. Todo fue muy repentino.

—¿Estaba Hugh Chandler contento de su profesión?

—Por completo.

—¿No hubo escándalo de ninguna especie?

—¿Promovido por Hugh? Ninguno. Progresaba en su carrera y no pudo comprender la actitud de su padre.

—¿Y qué razón dio el almirante Chandler?

—En realidad, nunca dio ninguna. Dijo que era necesario que Hugh aprendiera a administrar su hacienda; pero eso sólo fue un pretexto. Hasta George Frobisher se dio cuenta de ello.

—¿Quién es George Frobisher?

—El coronel Frobisher; el más viejo amigo del almirante y padrino de Hugh. Pasa largas temporadas en el Manor.

—¿Qué opinó el coronel Frobisher acerca de la determinación tomada por su amigo?

—Se quedó sin saber qué decir. No lo entendió en absoluto. Ni nadie llegó a comprenderlo.

—¿Ni siquiera Hugh Chandler?

Diana tardó unos instantes en contestar y Poirot aprovechó la pausa para continuar:

—Tal vez, entonces, quedara asombrado; pero ahora… ¿no opina nada? ¿Nada en absoluto?

La joven dijo con timidez:

—Hace una semana… me confesó… que… que su padre tenía razón. Que era la única cosa que podía hacer.

—¿Le preguntó la causa de ello?

—Desde luego. Pero no quiso decírmelo pese a mi insistencia.

Hércules Poirot reflexionó unos momentos y luego preguntó:

—¿Han ocurrido cosas insólitas en la comarca donde viven? ¿Cosas que tal vez empezaron hace un año? ¿Algo que dio motivo a gran cantidad de habladurías y conjeturas pueblerinas?

—No sé a qué se refiere —replicó ella con rapidez.

—Sería mejor que me lo contara sin ocultarme nada.

—No hubo nada… nada de lo que usted se imagina.

—¿De qué clase entonces?

—¡Creo que es usted odioso! A menudo suceden cosas raras en el campo. Venganza… o el tonto del pueblo… o alguien.

—¿Qué ocurrió?

La joven contestó de mala gana:

—Hubo cierto revuelo acerca de unas ovejas… aparecieron con el cuello cortado. ¡Oh, fue horrible! Pero todas ellas pertenecían a un granjero que tiene fama de tacaño. La policía creyó que se trataba de alguien que le tenía ojeriza.

—¿No cogieron al que lo hizo?

—No.

Y la chica añadió furiosamente:

—Pero si piensa usted que…

Poirot levantó una mano y observó:

—No tiene usted idea de lo que estoy pensando. Dígame, ¿consultó su novio con un médico?

—No. Estoy segura de que no lo hizo; me lo hubiera dicho.

—¿Acaso no era lo mejor que podía hacer?

Diana replicó despacio:

—No quiere… Aborrece a los médicos.

—¿Y su padre?

—No creo que su padre tenga mucha fe en ellos. Dice que son una pandilla de charlatanes y negociantes.

—¿Y qué tal aspecto tiene el almirante? ¿Se encuentra bien? ¿Es feliz?

La joven contestó con voz baja:

—Ha envejecido terriblemente en… en…

—¿En un año?

—Sí. Es una ruina… una sombra de lo que fue antaño.

Poirot asintió.

—¿Aprobaba el noviazgo de su hijo?

—Oh, sí. Las tierras de mi familia lindan con las suyas. Hemos vivido allí durante generaciones. Se alegró muchísimo cuando Hugh y yo nos prometimos.

—Y ahora, ¿qué dijo cuando se enteró de que había roto el compromiso?

La voz de la muchacha tembló.

—Le encontré ayer por la mañana. Estaba mortalmente pálido. Me cogió las manos entre las suyas y me dijo: «Ya sé que esto es muy duro para ti, hija mía. Pero el chico hace lo que debe… la única cosa que puede hacer».

—Y, por lo tanto —comentó Poirot—, acude usted a mí.

Ella asintió.

—¿Puede usted hacer algo? —preguntó desasosegada.

—No lo sé —replicó el detective—. Pero, por lo menos, puedo ir allí y verlo todo personalmente.

2

El aspecto físico de Hugh Chandler fue lo que más impresionó a Poirot. Alto, magníficamente proporcionado, con un formidable pecho, anchas espaldas y cabellera de matiz leonado. Se veía que rebosaba fuerza y vitalidad.

Al llegar Diana a su casa, junto con Poirot, telefoneó inmediatamente al almirante Chandler y a continuación ella y el detective se dirigieron a Lyde Manor, donde encontraron el té esperándolos en la terraza, y con el té, a tres hombres. Allí estaba el almirante de pelo blanco, envejecido; con los hombros encorvados como si soportaran una carga excesiva; de ojos oscuros y angustiados. Su amigo, el coronel Frobisher, ofrecía un fuerte contraste con él. Un hombrecillo reseco y fuerte, de pelo rojizo que blanqueaba en las sienes. Inquieto, irascible, arisco como un *fox terrier*, y con un par de ojillos en los que brillaba la astucia. Tenía la costumbre de fruncir las cejas al tiempo que inclinaba y adelantaba la cabeza, mientras miraba con aquellos ojos sagaces a su interlocutor. El otro hombre era Hugh.

—Buen ejemplar, ¿verdad? —dijo el coronel Frobisher.

Habló en voz baja al darse cuenta de que Poirot contemplaba detenidamente al joven.

El detective asintió con la cabeza. Estaba sentado junto a Frobisher. Los otros tres habían colocado sus sillas al extremo opuesto de la mesa y conversaban animadamente, aunque de una forma algo artificiosa.

—Sí; es magnífico —murmuró Hércules Poirot—. Magnífico… Un toro joven. Puede decirse que es el toro dedicado a Poseidón… Un perfecto ejemplar de vigorosa masculinidad.

—Parece bastante robusto, ¿verdad?

Frobisher suspiró. Sus agudos ojillos se volvieron y contemplaron a Hércules Poirot. Al cabo de un rato, dijo:

—Sé quién es usted y a qué se dedica.

—No es ningún secreto.

Poirot agitó una mano con gesto majestuoso. Pareció dar a entender que no «viajaba de incógnito», sino bajo su verdadero nombre.

Después de unos instantes, Frobisher preguntó

—¿Le ha traído la muchacha para que se encargue… del asunto?

—¿Del asunto?

—Lo del joven Hugh… Sí; ya veo que lo sabe todo. Mas lo que no acabo de comprender es por qué acudió la chica a usted… Tal vez no pensó que estas cosas caen fuera de su esfera de acción; que un médico estaría mucho más indicado.

—Yo me encargo de todo lo que se presente… Se sorprendería usted si supiera de la diversidad de casos en que he intervenido.

—Lo que quise decir es que no comprendo del todo qué espera ella de usted.

—La señorita Maberly es una luchadora tenaz —dijo Poirot.

El coronel Frobisher hizo un caluroso gesto de asentimiento.

—Sí; lo es. Una chica excelente. No se rinde jamás; pero de todas formas, ya sabe usted que hay cosas contra las que no es posible luchar…

Su cara tomó de pronto una expresión envejecida y cansada.

Poirot bajó la voz todavía más y murmuró discretamente:

—Tengo entendido que se han dado casos de demencia en la familia, ¿no es eso?

El otro asintió.

—Algún caso de vez en cuando —dijo—. Por lo general, media una generación o dos entre ellos. El abuelo de Hugh fue el último.

Poirot dirigió una rápida mirada hacia donde estaban los otros tres. Diana llevaba la conversación, riéndose y haciendo burla de Hugh. Cualquiera hubiera asegurado que ninguno de ellos tenían la menor congoja que los turbara.

—¿En qué forma se presenta la locura? —preguntó suavemente el detective.

—El abuelo se volvió loco furioso al final. Hasta los treinta años no dio señal alguna de ello… era perfectamente normal. Pero luego empezó a volverse loco. Hasta que la gente se dio cuenta de ello y gran cantidad de rumores empezaron a circular por ahí. Después ya se contó que estaban ocurriendo cosas que se trataba de ocultar. Bueno —se encogió de hombros—, acabo más loco que un cencerro. ¡Pobre diablo! Pero tenía manías homicidas y tuvieron que encerrarlo.

Hizo una corta pausa y luego continuó:

—Creo que vivió muchos años… Eso es lo que teme Hugh. Por ello no quiere que le vea un doctor. Tiene miedo de que lo encierren para toda la vida. No lo censuro por ello, pues yo pensaría igual si me encontrara en su situación.

—¿Y qué dice el almirante Chandler?

—Esto le ha destrozado por completo —contestó Frobisher con sequedad.

—¿Está muy encariñado con su hijo?

—Por completo. Su mujer pereció en un accidente marítimo cuando el muchacho tenía solamente diez años. Desde entonces no vivió más que para su hijo.

—¿Quería mucho a su esposa?

—La adoraba. No solamente él, sino todos los que la conocían. Era… una de las mujeres más agradables que he conocido en mi vida —calló durante unos instantes y después preguntó repentinamente—: ¿Le gustaría ver su retrato?

—Me encantaría.

Frobisher empujó hacia atrás la silla y se levantó. Con voz alta anunció:

—Charles, voy a enseñarle unas cuantas cosas al señor Poirot. Es un entendido en la materia.

El almirante levantó una mano con gesto vago. Frobisher cruzó la terraza y Poirot lo siguió. La cara de Diana se despojó por un instante de su máscara alegre y pareció expresar una pregunta llena de congoja. Hugh levantó también la cabeza y miró fijamente al hombrecillo de los negros mostachos.

El detective entró en la casa junto con Frobisher. Al principio le pareció todo tan oscuro, debido al súbito cambio desde la brillante luz del sol, que con dificultad pudo distinguir las cosas. Pero se dio cuenta de que la casa estaba llena de objetos antiguos y hermosos.

El coronel Frobisher le condujo hasta la Galería de Pinturas. De las artesonadas paredes pendían los retratos de los Chandler desaparecidos hacía ya tiempo. Caras austeras y alegres; hombres vestidos de etiqueta o con uniforme de marino. Mujeres engalanadas.

Frobisher se detuvo ante un retrato, al final de la Galería.

—Pintado por Orpen —dijo… ásperamente.

Representaba la figura de una mujer de alta estatura, que con una mano sujetaba el collar de un galgo. Tenía el cabello de color castaño claro y una expresión de radiante vitalidad.

—El muchacho es su vivo retrato —comentó el coronel—. ¿No lo cree usted?

—En algunas cosas, sí.

—El chico no tiene su delicadeza, desde luego… ni su femineidad. Es una edición masculina… pero en todas las partes esenciales… —Su voz se quebró—. Lástima que heredara de los Chandler la única cosa sin la cual hubiera ido mejor…

Ambos guardaron silencio. El aire alrededor de ellos parecía tener un hálito de melancolía. Como si los difuntos Chandler lamentaran la tara que llevaban en la sangre y que sin saberlo se pasaba de unos a otros…

Hércules Poirot volvió la cabeza para mirar a su acompañante. George Frobisher contemplaba todavía a la hermosa mujer del cuadro. Y el detective dijo con tono suave:

—¿La conocía íntimamente…?

Frobisher balbuceó:

—Siempre estábamos juntos cuando éramos niños. Luego me destinaron al Ejército en la India, como subalterno… Ella tenía entonces dieciséis años, y cuando regresé… se había casado con Charles Chandler.

—¿Lo conocía también a él?

—Charles es uno de mis más viejos amigos. Es mi mejor amigo y siempre lo ha sido.

—¿Después que se casaron… los veía a menudo?

—Solía pasar aquí casi todos mis permisos. Esta casa ha sido para mí como un segundo hogar. Charles y Caroline siempre me tenían preparada una habitación —enderezó los hombros, y de pronto adelantó la cabeza con aire belicoso—. Por eso estoy ahora aquí; para ayudar en lo que haga falta. Si Charles tuviera necesidad de mí… Aquí me tendrá.

La sombra de la tragedia se cernió otra vez sobre ellos.

—¿Qué opina usted… acerca de todo esto? —preguntó Poirot.

Frobisher se mantuvo erguido. Sus cejas se abatieron sobre los ojos.

—Creo que cuanto menos se hable de ello, mejor. Y para serle franco, no sé qué es lo que hace usted aquí, señor Poirot. No veo la razón de que Diana le trajera.

—¿Está usted enterado de que ha sido roto el compromiso entre Diana y Hugh Chandler?

—Sí; ya lo sabía.

—¿Y conoce la razón de ello?

Frobisher replicó con sequedad:

—No tengo ni la menor idea. Los jóvenes arreglan estas cosas entre ellos. No debe uno mezclarse.

—Hugh le dijo a Diana que no tenía ningún derecho a casarse con ella, porque iba a volverse loco.

Vio cómo el sudor perlaba la frente de Frobisher.

—¿Es que no hay más remedio que hablar de este maldito asunto? —exclamó el coronel—. ¿Qué cree usted que puede hacer? Hugh se ha portado como debía. No tiene la culpa de ello; es herencia… gérmenes embrionarios… células cerebrales… Pero una vez que el chico lo ha sabido, ¿qué otra cosa podía hacer más que romper el compromiso? Es algo que debe llevarse a cabo, tanto si se quiere como si no.

—Si pudiera llegar a convencerme de ello…

—Fíese de lo que le he dicho.

—Pero si no me ha dicho nada.

—Ya le advertí que no quería hablar de esto.

—¿Por qué obligó el almirante Chandler a su hijo a que abandonara la armada de tan súbita manera?

—Porque no podía hacer otra cosa.

—Pero ¿por qué razón?

Frobisher sacudió obstinadamente la cabeza.

Poirot murmuró:

—¿Tuvo algo que ver con unas cuantas ovejas que aparecieron degolladas?

El otro habló con acento colérico.

—Por lo visto ya oyó hablar de ello.

—Diana me lo dijo.

—Esa chica hubiera hecho mejor cerrando la boca.

—Pues ella no cree que esto sea conclusivo.

—No sabe nada.

—¿Qué es lo que no sabe?

De mala gana y con enfado, Frobisher contestó:

—Está bien; ya que de todas formas ha de enterarse… Cierta noche, Chandler oyó un ruido y pensó que alguien había entrado en la casa. Salió a ver qué ocurría y se encontró con que la luz de la habitación de su hijo estaba encendida. Chandler entró y vio a Hugh dormido en la cama; profundamente dormido, sin desvestir. Tenía las ropas llenas de sangre y el lavabo rebosaba de ella. Su padre no pudo despertarlo

y a la mañana siguiente se enteró de que habían encontrado a unas cuantas ovejas degolladas. Preguntó a Hugh, pero el muchacho no sabía nada. No recordaba haber salido de casa, aunque se encontraron sus zapatos, manchados de barro, junto a la puerta trasera. No pudo explicar tampoco el origen de la sangre que llenaba el lavabo. No sabía nada de lo que había pasado. El pobre chico no estaba enterado entonces de lo que estaba ocurriendo.

»Charles me vino a buscar y me lo contó todo —continuó el coronel.

—¿Qué era lo mejor que se podía hacer? Luego sucedió otra vez… tres noches después. Posteriormente… bueno; ya puede imaginárselo. El chico tuvo que abandonar el servicio. Viviendo aquí al lado de su padre, éste podía vigilarlo mejor. No podía arriesgarse a que causara un escándalo en la Armada. Era la única cosa que se podía hacer.

—¿Y desde entonces…? —preguntó Poirot.

Frobisher replicó con aspereza:

—No voy a responder a ninguna pregunta más. ¿No cree usted que Hugh conoce mejor lo que le está pasando?

Poirot no contestó. Como de costumbre, no estaba dispuesto a admitir que alguien supiera una cosa mejor que Hércules Poirot.

3

Cuando llegaron al vestíbulo encontraron al almirante Chandler que entraba en aquel momento. El hombre se detuvo en el umbral, su negra silueta recortada sobre la brillante luz del exterior.

Con voz baja y malhumorada, dijo:

—¡Oh!, estaban ustedes ahí… Quisiera hablar con usted, señor Poirot. Venga a mi despacho.

Frobisher salió a la terraza y el detective siguió al almirante. Tuvo la sensación de que había sido llamado al puente de mando para dar cuenta de la guardia.

El almirante le indicó uno de los grandes sillones y tomó asiento en el opuesto. Poirot había quedado impresionado por la inquietud, nerviosismo e irritabilidad de Frobisher, signos evidentes de una gran tensión mental. Pero ante el almirante Chandler percibió una sensación de quieta y profunda desesperación.

Lanzando un profundo suspiro, Chandler comentó:

—No puedo evitar mi desagrado por el hecho de que Diana le haya hecho intervenir en este asunto… ¡Pobre chica! Ya sé lo duro que esto es para ella. Pero… bueno… es una tragedia que sólo nos incumbe a nosotros y creo, señor Poirot, que comprenderá usted perfectamente que no estamos dispuestos a permitir que los extraños se mezclen en ello.

—Puede estar seguro de que comprendo a la perfección sus sentimientos.

—La pobre Diana no lo puede creer… Tampoco lo creía yo al principio. Y ahora posiblemente no lo creería si no supiera…

Se detuvo.

—¿Qué es lo que sabe?

—Que lo llevamos en la sangre. Me refiero a esa tara hereditaria.

—¿Y a pesar de ello, aprobó usted el noviazgo?

El almirante Chandler se sonrojó.

—¿Quiere usted decir que podría haberme negado entonces? Sí; pero cuando ocurrió no tenía yo ni la más mínima idea de lo que pasaría. Hugh se parecía en todo a su madre… Nada en él recordaba a los Chandler y yo esperaba que la semejanza con ella fuera completa. Desde su niñez nunca dio muestras de anormalidad hasta ahora. Yo no podía saber que… ¡la verdad es que existen indicios de demencia en casi todas las familias de rancio abolengo!

Poirot preguntó en tono suave:

—¿No ha consultado usted con un médico?

—¡No; y no voy a hacerlo! El chico está bastante seguro aquí, bajo mi vigilancia. No puedo encerrarlo entre cuatro paredes como si fuera un animal salvaje.

—Ha dicho usted que aquí está seguro, ¿pero lo están los demás?

—¿Qué quiere decir con ello?

Poirot no contestó, pero miró fijamente a los ojos tristes y oscuros del viejo marino.

Al cabo de unos momentos, Chandler opinó con melancolía:

—Cada uno entiende de su oficio. Usted busca a un criminal y mi hijo no lo es, señor Poirot.

—Todavía no.

—¿Qué pretende, al decir todavía no?

—Estas cosas van tomando incremento… Aquellas ovejas…

—¿Quién le contó lo de las ovejas?

—Diana Maberly. Y también su amigo, el coronel Frobisher.

—George hubiera hecho muy bien callándose.

—Es un viejo amigo de usted, ¿verdad?

—Mi mejor amigo —rezongó el almirante.

—¿Y era también amigo de… su esposa?

Chandler sonrió.

—Sí. Creo que George estuvo enamorado de Caroline, cuando ella era todavía una chiquilla. No se ha casado, y me figuro que ésa es la razón. En fin, yo fui el afortunado… o al menos, así lo pensé. La conseguí… para perderla.

Lanzó un suspiro y sus hombros se encorvaron aún más.

—¿Estaba con usted el coronel Frobisher cuando su esposa se… ahogó? —preguntó Poirot.

Chandler asintió.

—Sí. No se encontraba bien y se quedó en casa. Salimos Caroline y yo. Nunca he llegado a comprender cómo zozobró la embarcación. Debió de abrírsele de pronto una vía de agua. Nos encontrábamos en medio de la bahía y la marea subía violentamente. La sostuve hasta que no pude más… —Su voz se quebró—. Su cuerpo fue rescatado dos días más tarde. ¡Menos mal que no llevábamos con nosotros al pequeño Hugh! Por lo menos, eso fue lo que pensé entonces… Ahora… bueno, tal vez hubiera sido mejor que lo hubiéramos llevado; todo hubiera terminado aquel día…

Volvió a lanzar un nuevo suspiro, profundo y desesperado.

—Somos los últimos Chandler, señor Poirot. Cuando desaparezcamos nosotros no habrá más Chandler en Lyde. El día en que Hugh inició su noviazgo con Diana, tuve la esperanza de que… Bueno, es mejor que no hablemos de ello. ¡Gracias a Dios, no han llegado a casarse! ¡Eso es todo lo que puedo decir!

4

Hércules Poirot estaba sentado en uno de los bancos de la rosaleda, junto a Hugh Chandler. Diana Maberly acababa de dejarlos.

El joven volvió la cara, de correctos rasgos, aunque de torturada expresión, y miró a su interlocutor.

—Debe hacer lo posible para que ella comprenda lo que ocurre, señor Poirot —dijo.

Hizo una pausa y luego prosiguió:

—Ya sabe usted que Diana no es de las que se rinden. Nunca aceptará un hecho que no hay más remedio que admitir. Continuará creyendo que yo… estoy sano.

—Mientras sigue usted creyendo que no lo está, ¿eh?

El muchacho dio un respingo.

—Todavía no he perdido la cabeza por completo… pero esto va empeorando. Diana no lo sabe. Sólo me ve cuando estoy… estoy… bien.

—Y cuando… no lo está, ¿qué sucede?

Hugh Chandler exhaló un profundo suspiro y dijo:

—En ciertos aspectos… todo ocurre en sueños; y cuando sueño me vuelvo loco. Anoche, por ejemplo, yo no era un hombre. Primero era un toro enloquecido… corriendo bajo la deslumbrante luz del sol… sintiendo en mi boca el sabor del polvo y la sangre. Y luego era un perro… un perrazo de fauces babeantes. Estaba rabioso… Los niños se dispersaban y corrían al verme llegar y los hombres trataban de pegarme un tiro. Alguien me puso delante un gran barreño de agua y no pude beber. ¡No pude beber…!

Se detuvo.

—Me desperté… y me di cuenta de que lo que había soñado era verdad. Fui hacia el lavabo. Tenía la boca reseca… horriblemente reseca. Y una gran sed. Pero no pude beber, señor Poirot… No podía tragar… ¡Oh, Dios mío!, no era capaz de beber.

Hércules Poirot profirió un murmullo de simpatía. Hugh Chandler prosiguió. Tenía las manos fuertemente cogidas a las rodillas. La cabeza adelantada y los ojos medio cerrados, como si viera algo que avanzara hacia él.

—Y luego hay cosas que no son sueños. Cosas que veo cuando estoy completamente despierto. Espectros; formas horribles que me miran. Y algunas veces puedo volar; puedo abandonar la cama y atravesar el aire. Corro con el viento… y los malos espíritus me hacen compañía.

Poirot chasqueó la lengua.

Fue un ligero ruidito que parecía contener una disculpa para lo que le estaban contando.

Hugh Chandler se volvió hacia él.

—No hay ninguna duda en ello. Lo llevo en la sangre. Es la herencia de mi familia y no tengo escape. ¡Gracias a Dios que me di cuenta a tiempo, antes de que me casara con Diana! Me horroriza pensar que hubiéramos podido tener un hijo al que le habría legado ese horrible mal.

Puso una mano sobre el brazo de Poirot

—Debe hacer usted lo que pueda para que ella lo comprenda. Debe decírselo. Es preciso que me olvide. Es preciso. Algún día encontrará a otro. Tiene a Steve Graham… Está perdidamente enamorado de ella y es un buen chico. Será feliz con él… estará segura. Quiero… que sea feliz. Graham no tiene mucho dinero, desde luego; y la familia de ella tampoco. Pero cuando yo muera no tendrán por qué padecer.

La voz de Hércules Poirot lo interrumpió:

—¿Por qué no tendrán que padecer cuando usted se muera?

Hugh Chandler sonrió. Fue una sonrisa gentil y amable.

—Tengo la herencia de mi madre. Tenía mucho dinero propio y me lo legó. Le dejaré todo mi dinero a Diana.

Poirot se recostó en su asiento y dijo simplemente:

—¡Ah!

Y luego comentó:

—Pero usted puede vivir muchos años, señor Chandler.

El joven sacudió la cabeza y replicó con sequedad:

—No, señor Poirot. Yo no llegaré a viejo.

Luego se echó hacia atrás y se estremeció ligeramente.

—¡Dios mío! ¡Mire! —exclamó, mientras su vista se dirigía a un punto situado sobre el hombro de Poirot—. Ahí… junto a usted… es un esqueleto… chasquea los huesos. Me llama… me hace señas.

Sus ojos, con las pupilas dilatadas, quedaron fijos bajo su radiante luz solar. De pronto se inclinó hacia un lado, como si fuera a desplomarse.

Y luego, dirigiéndose a Poirot, dijo con voz que más bien parecía la de un niño:

—¿No ha visto usted nada?

El detective sacudió la cabeza.

El joven prosiguió con voz ronca:

—El ver cosas no me conmueve mucho. Lo que me asusta es la sangre. La sangre en mi habitación… en mis ropas. Teníamos un loro y una mañana apareció en mi dormitorio con el cuello cortado… y yo estaba en la cama, sosteniendo en mi mano una navaja de afeitar manchada de sangre.

Se inclinó, aproximándose a Poirot.

—Y últimamente han ocurrido más muertes de ésas —murmuró—. En los alrededores… en el pueblo… en las colinas. Ovejas, corderos… un perro de pastor. Mi padre me encierra por las noches; pero algunas veces… la puerta está bien abierta por la mañana. Debo tener una llave escondida en algún sitio, pero no sé ahora dónde

la escondí. No lo sé. No soy yo quien hace esas cosas… es alguien que entra dentro de mí… que toma posesión de mí… que me convierte de hombre en un monstruo sediento de sangre y que no puede beber agua…

De pronto ocultó la cara entre las manos.

Al cabo de unos momentos Poirot preguntó:

—Todavía no comprendo por qué no ha visitado usted a un médico.

Hugh Chandler sacudió la cabeza.

—¿No lo entiende usted? Físicamente soy fuerte. Tan fuerte como un toro. Puedo vivir durante muchos años… muchos años… encerrado entre cuatro paredes. ¡No podría soportarlo! Sería mejor acabar de una vez. Ya sabe que hay muchos medios para ello. Un accidente, al limpiar la escopeta… y cosas así. Diana me comprenderá… se dará cuenta de que he elegido una salida para esto.

Miró desafiante a Poirot, pero el detective no respondió al reto. En su lugar, preguntó blandamente:

—¿Qué es lo que come y bebe usted?

El joven echó hacia atrás la cabeza y lanzó una carcajada.

—¿Pesadillas producidas por una indigestión? ¿Es eso lo que piensa?

Poirot se limitó a repetir:

—¿Qué es lo que come y bebe usted?

—Todo lo que comen y beben los demás.

—¿Ninguna medicina especial? ¿Ni sellos ni píldoras?

—Nada de eso. ¿Cree usted, en realidad, que unas pildoritas pueden curar mis padecimientos? —Y citó burlonamente—: «¿No puedes entonces auxiliar a una mente enferma?».

Hércules Poirot replicó secamente:

—Yo voy a probar. ¿Hay alguien en esta casa que sufra de una afección a los ojos?

Hugh Chandler lo miró fijamente y dijo:

—Los ojos de mi padre le han causado un cúmulo de molestias. Tiene que ir al oculista muy a menudo.

—¡Ah!

Poirot meditó durante unos momentos y luego preguntó:

—Según supongo, el coronel Frobisher pasó la mayor parte de su vida en la India, ¿no es cierto?

—Sí; perteneció al Ejército de la India. Es un entusiasta de ese país. Y no cesa de hablar de él… de sus tradiciones… de sus costumbres.

Poirot volvió a murmurar:

—¡Ah!

Luego observó:

—Veo que se ha cortado en la barbilla.

—Sí; un corte bastante molesto. Mi padre me dio un sobresalto el otro día, cuando me estaba afeitando. Hace tiempo que tengo los nervios de punta. Y ahora me ha quedado esta rozadura. Me molesta mucho cuando me afeito.

—Debería usar crema suavizante —observó Poirot.

—Ya la utilizo. El tío George me la dio.

Rió de pronto.

—Hablamos como si estuviéramos en un instituto de belleza femenina. Lociones, cremas suavizantes, píldoras y trastornos de la vista. ¿Qué conseguiremos con ello? ¿Qué es lo que se propone usted, señor Poirot?

El detective contestó tranquilamente:

—Estoy tratando de hacer todo lo posible por Diana Maberly.

Las maneras de Hugh cambiaron. Su cara tomó una expresión seria. Volvió a poner una mano sobre el brazo de Hércules.

—Sí; haga lo que pueda por ella. Dígale que debe olvidarme. Dígale que no conseguirá nada esperando… Dígale alguna de las cosas que le acabo de contar… Dígale… ¡Oh, dígale que, por amor de Dios, se aparte de mí! Eso es lo único que por mí puede hacer ahora. ¡Alejarse… y tratar de olvidar!

5

—¿Tiene usted valor, señorita? ¿Se siente con ánimos suficientes? Porque va a necesitarlos.

Diana exclamó:

—Entonces, es cierto, ¿verdad? ¿Está loco?

Hércules Poirot replicó:

—No soy un alienista, señorita. Y, por lo tanto, no puedo decir si está cuerdo o loco.

Ella se aproximó más al detective.

—El almirante Chandler cree que sí lo está y George Frobisher también. Hasta el propio Hugh está convencido de ello…

Poirot la contempló.

—¿Y usted, señorita?

—¿Yo? ¡Yo digo que no está loco! Por eso…

Se detuvo.

—¿Por eso acudió usted a mí?

—Sí. No podía tener otra razón para ello, ¿no lo cree?

—Eso es justamente lo que me he estado preguntando hasta ahora, señorita.

—No lo entiendo.

—¿Quién es Stephen Graham?

Ella lo miró fijamente.

—¿Stephen Graham? ¡Oh!, es… tan sólo un conocido.

La joven cogió al detective por el brazo.

—¿Qué es lo que piensa usted? ¿Qué es lo que se imagina? Hasta ahora se ha limitado a estarse quieto, detrás de esos bigotes, con los ojos medio cerrados y sin decirme nada. Me asusta usted… ¡ah!, estoy terriblemente asustada. ¿Por qué me hace sentir este temor?

—Tal vez porque yo también esté atemorizado.

Los ojos de profundo color gris se abrieron de par en par y se fijaron en él. La muchacha murmuró:

—¿Qué es lo que teme?

Hércules Poirot exhaló un profundo suspiro.

—Es mucho más fácil coger a un asesino que evitar un asesinato —replicó.

—¿Asesinato? —exclamó la joven—. No utilice esa palabra.

—No tengo más remedio que usarla.

Poirot cambió el tono de su voz, habló rápida y perentoriamente.

—Señorita, es necesario que usted y yo pasemos la noche en Lyde Manor. Espero que se encargará de arreglar los detalles precisos. ¿Lo podrá hacer?

—Sí… supongo que sí. Pero ¿por qué?

—Porque no hay tiempo que perder. Me dijo antes que tenía valor, pues demuéstrelo ahora. Haga lo que le he dicho y no pregunte nada acerca de ello.

La muchacha asintió sin proferir palabra y se alejó.

Al cabo de unos momentos Poirot entró en la casa. Desde la biblioteca le llegó la voz de la muchacha *y* la de tres hombres. Subió por la ancha escalera. En el piso superior no había nadie.

No le costó mucho trabajo encontrar la habitación de Hugh Chandler. En uno de los rincones vio un lavabo con grifos de agua fría y caliente. Encima de él, sobre un estante de cristal, había unos cuantos tubos, tarros y botellas.

Hércules Poirot se puso a trabajar rápida y eficientemente.

Lo que debía hacer no le llevó mucho tiempo. Se encontraba ya en el vestíbulo cuando Diana salió de la biblioteca. La muchacha tenía la cara enrojecida y su aspecto demostraba la rebeldía que sentía interiormente.

—Ya está todo arreglado —dijo.

El almirante Chandler hizo pasar a Poirot a la biblioteca y cerró la puerta tras él.

—Oiga, señor Poirot —dijo—. Esto no me gusta nada.

—¿Qué es lo que no le gusta nada, almirante Chandler?

—Diana ha insistido en que ella y usted deben pasar aquí la noche. No quisiera parecer inhospitalario.

—No es cuestión de hospitalidad.

—Como le decía, no quisiera parecerlo… pero, francamente, no me gusta, señor Poirot. No… no quiero que se queden. No llego a comprender la razón de ello. ¿Qué posibles beneficios conseguiremos?

—¿Podríamos considerarlo como un experimento que trato de llevar a la práctica?

—¿Qué clase de experimento?

—Eso, con perdón, es cosa mía…

—Pero oiga, señor Poirot; en primer lugar, no fui yo quien le dijo que viniera…

Poirot le interrumpió:

—Créame, almirante Chandler; comprendo y aprecio perfectamente su punto de vista. Estoy aquí, simple y llanamente, gracias a la obstinación de una muchacha enamorada. Usted me ha contado ciertas cosas. El coronel Frobisher me ha relatado otras y el propio Hugh me ha dicho otras. Y ahora… quiero verlo todo, paso a paso, por mí mismo.

—Sí, ¿pero qué es lo que quiere ver? ¡Le digo que aquí no hay nada que ver! Encierro a Hugh en su habitación todas las noches y no hay más.

—Y, sin embargo, algunas veces, según me ha dicho él, la puerta no está cerrada por la mañana.

—¿Qué me dice?

—¿No encontró usted mismo en algunas ocasiones la puerta abierta?

—Siempre imaginé que George la había abierto…, ¿qué es lo que quiere usted decir con ello?

—¿Dónde deja la llave? ¿En la cerradura?

—No. La coloco en un cofre del pasillo. Yo mismo, o George, o Whiters, el mayordomo, la cogemos de allí por las mañanas. Le hemos dicho a Whiters que lo hacemos así porque Hugh es sonámbulo. Yo diría que sabe de qué se trata, pero me es fiel y ha estado conmigo durante muchos años.

—¿Tiene otra llave?

—No, que yo sepa.

—Podrían haber hecho un duplicado.

—Pero ¿quién…?

—Su hijo cree que tiene una llave escondida en algún sitio, aunque no le es posible decir dónde, cuando está despierto.

El coronel Frobisher, desde uno de los extremos de la habitación, dijo:

—No me gusta esto, Charles. La chica…

El almirante Chandler contestó rápidamente:

—Eso es justamente lo que estaba yo pensando. La muchacha no debe quedarse aquí esta noche. Venga usted si gusta, señor Poirot…

—¿Por qué no quiere que duerma aquí la señorita Maberly? —preguntó el detective.

En voz baja, Frobisher comentó:

—Es demasiado arriesgado. En estos casos…

Se detuvo.

—Hugh la quiere… —insinuó Poirot.

—¡Por eso precisamente! —exclamó Chandler—. ¡Maldita sea! Todo se transforma cuando se trata de un loco. Y Hugh lo sabe. Diana no debe quedarse aquí.

—Por lo que se refiere a eso —dijo Poirot—, la propia Diana será quien decida.

Salió de la biblioteca. Diana le esperaba en el coche.

—Iremos a recoger lo que nos hace falta para pasar la noche y regresaremos a tiempo para cenar —indicó la joven.

Cuando bajaban por el camino que conducía a la carretera, Poirot repitió la conversación que acababa de sostener con el almirante y con el coronel Frobisher. Diana rió despectivamente.

—¿Cree que Hugh me hará daño?

A modo de contestación Poirot le preguntó si tendría inconveniente en detenerse ante la farmacia del pueblo. Según dijo, se había olvidado de poner un cepillo de dientes en el maletín.

La farmacia estaba en el centro de la calle principal de aquel pacífico pueblecito. Diana esperó en el coche. Le extrañó que Poirot tardara tanto en escoger un cepillo de dientes…

6

Hércules Poirot estaba sentado, esperando, en el gran dormitorio amueblado a estilo isabelino. No podía hacer más que esperar. Tenía hechos todos los preparativos.

Hacia las últimas horas de la madrugada llegaron las señales de alarma.

Al oír ruido de pasos ante su puerta, Poirot descorrió los cerrojos y abrió. En el pasillo había dos hombres… dos hombres de mediana edad con aspecto de tener muchos años más de los que tenían en realidad. El almirante, con el rostro rígido y ceñudo… el coronel Frobisher, crispado y tembloroso.

Chandler dijo simplemente:

—¿Quiere venir con nosotros, señor Poirot?

Ante la puerta del dormitorio que ocupaba Diana Maberly se veía una confusa figura yacente. La luz cayó sobre una cabeza morena. Hugh Chandler estaba tendido en el suelo y respiraba estertorosamente. Llevaba puesta una bata y las zapatillas. En su mano derecha se veía un cuchillo afilado, curvo y brillante. Pero no brillaba todo él… aquí y allá estaba oscurecido por relucientes manchas rojas.

Hércules Poirot exclamó en voz baja:

—¡Dios mío!

Frobisher dijo con sequedad:

—Ella está bien. No le ha hecho nada —levantó la voz y llamó—: ¡Diana! Somos nosotros; déjenos entrar.

Poirot oyó cómo el almirante gruñía para sí:

—¡Mi hijo! ¡Mi pobre hijo!

Se oyó el ruido producido por un cerrojo al descorrerse. Diana abrió la puerta y apareció en el umbral. Tenía la cara mortalmente pálida.

—¿Qué ha ocurrido? —balbuceó—. Hubo alguien que intentó entrar. Oí cómo tanteaban la puerta… y el tirador de la cerradura. Luego arañaron en los paneles… ¡Oh, qué horrible…! Como si fuera un animal…

El coronel observó con aspereza:

—Gracias a Dios, tenías la puerta cerrada.

—El señor Poirot me dijo que lo hiciera.

—Levantémosle y llevémosle dentro —indicó Poirot.

Los dos hombres se inclinaron y levantaron el cuerpo inclinado. Diana contuvo la respiración cuando pasaron por su lado.

—¡Hugh! ¿Es Hugh? ¿Qué es… lo que tiene en las manos?

Las manos del joven estaban manchadas y humedecidas por una sustancia rojiza.

Diana murmuró:

—¿Es sangre?

Poirot miró inquisitivamente a los dos hombres. El almirante asintió y dijo:

—¡Pero no humana, por fortuna! Es de un gato. Lo encontré abajo con el cuello cortado. Después debe de haber subido aquí…

—¿Aquí? —La voz de Diana se desvaneció por el horror que sentía—. ¿Por mí?

Hugh Chandler se agitó en la silla donde le habían sentado y musitó algo entre dientes. Los demás lo miraron fascinados. El joven se irguió y parpadeó.

—¡Hola! —dijo con voz ronca e insegura—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estoy…?

Se detuvo y miro fijamente el cuchillo que todavía tenía en la mano.

—¿Qué es lo que he hecho? —preguntó.

Sus ojos pasaron de uno a otro y por fin se detuvieron en Diana.

—¿Le hice algo a Diana? —volvió a preguntar Hugh.

Su padre movió negativamente la cabeza.

—¡Decidme lo que ha ocurrido! ¡Debo saberlo! —exclamó el joven.

De mala gana y con grandes vacilaciones se lo contaron. No tuvieron más remedio ante la persistencia de Hugh.

En aquellos momentos estaba saliendo el sol. Hércules Poirot descorrió una cortina y la claridad del nuevo día entró en la habitación.

La cara del muchacho estaba ahora tranquila y su voz era firme.

—Ya comprendo —dijo al fin.

Dejó su asiento, sonrió y se desperezó. Con voz tranquila, dijo:

—Hermosa mañana, ¿no es cierto? Creo que voy a dar una vuelta por el bosque para ver si cazo un conejo.

Y abandonó la habitación.

Pero pasados unos instantes el almirante hizo ademán de salir tras él.

Frobisher le cogió por un brazo y observó:

—No, Charles, no. Es lo mejor… para él y para todos los demás.

Diana se dejó caer sollozando sobre la cama y el almirante Chandler, con voz trémula, replicó:

—Tienes razón, George… tienes mucha razón. El chico es valiente…

Frobisher comentó con voz también insegura:

—Es todo un hombre…

Hubo un momento de silencio, hasta que Chandler exclamó:

—¡Maldita sea! ¿Dónde está ese condenado extranjero?

7

Hugh Chandler entró en la armería, descolgó su escopeta y se aprestaba a cargarla, cuando la mano de Poirot descansó pesadamente en su hombro.

El detective pronunció una sola palabra, pero la dijo con extraordinaria autoridad:

—¡No!

El joven lo miró fijamente y con voz colérica advirtió:

—Quíteme las manos de encima y no se meta en esto. Le digo que va a producirse un accidente. Es la única forma de acabar.

De nuevo volvió a repetir Poirot:

—¡No!

—¡No! ¿Acaso no se da cuenta de que si no hubiera sido porque Diana cerró la puerta, la hubiera degollado?

—Nada de eso. Usted no hubiera hecho el menor daño a la señorita Maberly.

—Maté al gato, ¿no es eso?

—No. Usted no lo mató. Ni al loro ni a las ovejas.

Hugh lo contempló ahora detenidamente y preguntó:

—¿Está usted loco o lo estoy yo?

Hércules Poirot replicó:

—Ninguno de los dos lo estamos.

En aquel momento entraron en la armería el almirante Chandler y el coronel Frobisher. Detrás de ellos entró Diana.

—Este individuo dice que no estoy loco —dijo Hugh con voz débil.

—Tengo la gran satisfacción de anunciarle que está usted entera y completamente sano —añadió Poirot.

Hugh lanzó una carcajada. Una carcajada como la que profería un lunático.

—¡Esto sí que es divertido! ¿Es de estar cuerdo el ir cortando el cuello de las ovejas y de otros animales? ¿Estaba yo cuerdo cuando maté al loro? ¿Y cuando degollé al gato esta noche?

—Ya le he dicho que usted no mató a esos animales.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

—Alguien que lleva en el ánimo el solo propósito de demostrar que está usted loco. En cada una de aquellas ocasiones le administraron un fuerte soporífero y le pusieron en la mano un cuchillo manchado de sangre o una navaja de afeitar. Y ese alguien fue el que se lavó las manos ensangrentadas en el lavabo.

—Pero ¿por qué?

—Con objeto de que hiciera usted lo que estaba dispuesto a llevar a cabo cuando yo lo detuve.

Hugh lo miró asombrado y Poirot se dirigió al coronel Frobisher:

—Coronel: ha vivido usted muchos años en la India. ¿No oyó hablar de casos en que alguien se ha vuelto loco porque se le administraron drogas intencionadamente?

La cara del militar se iluminó.

—No tuve ocasión de ver ningún caso personalmente, pero oí hablar de ello muy a menudo. Terminan por volverse locos de veras. Los envenenan con estramonio.

—Exactamente. Pues bien; el principio activo del estramonio está estrechamente ligado y aun puede decirse que es la propia atropina… la cual se extrae asimismo de la belladona o de la dulcamara. Los preparados de belladona son muy comunes y el mismo sulfato de atropina se prescribe libremente para tratar las afecciones de los ojos. Duplicando una receta y haciéndola preparar en diferentes sitios, puede conseguirse una gran cantidad de veneno sin provocar sospechas. El alcaloide puede extraerse de dicho preparado e introducirse luego en… una crema de afeitar, pongamos por ejemplo. Aplicada a la cara, producirá una especie de sarpullido que, a su vez, originará cortes y rozaduras al afeitarse, con lo cual, la droga tendrá un acceso constante al sistema circulatorio. Todo ello causa ciertos síntomas, tales como sequedad de boca y garganta; dificultad en tragar, alucinaciones y, en fin, todo lo que ha experimentado el señor Chandler.

Se volvió hacia el joven.

—Y para borrar toda duda de su mente, le diré que esto no son suposiciones, sino hechos reales. Su crema de afeitar estaba fuertemente impregnada de sulfato de atropina. Cogí una muestra y la hice analizar.

Pálido y tembloroso, Hugh preguntó:

—¿Quién lo hizo? ¿Y por qué?

—Eso es lo que he estado buscando desde que llegué aquí. Trataba de encontrar el motivo para un asesinato. Diana Maberly ganaba económicamente al morir usted, pero no consideré en serio tal aspecto de la cuestión…

—¡No hubiera faltado más! —exclamó la joven.

—Enfoqué otro posible motivo. El consabido triángulo; dos hombres y una mujer. El coronel Frobisher estuvo enamorado de su madre de usted, pero el almirante Chandler se casó con ella.

El almirante gritó:

—¡George! No lo creo.

Hugh comentó con tono incrédulo:

—¿Cree usted que su odio podía extenderse hasta mí…?

—Bajo determinadas circunstancias, sí —replicó Hércules Poirot.

Frobisher exclamó:

—¡Eso es mentira! No lo creas. Charles.

El almirante se apartó de su lado mientras murmuraba:

—Estramonio, la India. Sí; ya comprendo. Nunca sospechamos del veneno, considerando que ya se habían producido casos de locura en la familia…

—*Mais oui!* —La voz de Poirot se levantó chillona—. Locura hereditaria. Un loco propenso a la venganza; astuto, como son los locos; ocultando su demencia durante años —se volvió hacia Frobisher—. *Mon Dieu*, usted ha debido saberlo; ha debido sospechar que Hugh era su propio hijo. ¿Por qué no se lo dijo nunca?

Frobisher tragó saliva y tartamudeó:

—No lo sabía. No podía estar seguro… Caroline acudió a mí en cierta ocasión; estaba terriblemente asustada y en un apuro. No sé, ni nunca supe, de qué se trataba. Ella… y yo… perdimos la cabeza. Después me alejé de ella… pues era la única cosa que podíamos hacer, ya que ambos sabíamos que otra cosa era imposible. Por mi parte… bueno; me lo pregunté en ocasiones, pero jamás pude tener la seguridad de ello. Caroline nunca me insinuó nada que me diera la certeza de que Hugh era hijo mío. Y luego, cuando aparecieron los síntomas de locura, creí que la cosa se aclaraba definitivamente.

—Sí; se aclaró la cosa. Tal vez no se dio usted cuenta de la forma en que el muchacho adelantaba la cabeza y fruncía el entrecejo… un ademán que heredó de usted. Pero Charles Chandler sí lo vio. Lo vio hace ya muchos años… y se las arregló para hacer confesar la verdad a su mujer. Creo que ella le temía, porque empezó a revelar su demencia. Eso fue lo que la llevó hasta sus brazos, Frobisher; hasta usted, a quien siempre había amado. Charles Chandler planeo su venganza. Su mujer murió en un accidente marítimo. Ambos salieron a pasear en barca y sólo él sabe cómo sucedió el accidente. Luego se dedicó a centrar contra el muchacho todo el odio que sentía. Odio hacia el chico que llevaba su apellido, pero que no era hijo suyo. Las historias que contaba usted sobre la India le hicieron concebir la idea del estramonio. Hugh se volvería loco lentamente, hasta el momento en que, desesperado, se quitaría la vida. El sádico deseo de verter sangre no era de Hugh, sino del almirante Chandler. Y fue éste quien degolló las ovejas. ¡Pero las consecuencias las debía pagar Hugh!

»¿Sabe usted cuándo empecé a sospechar? —prosiguió Poirot—. Cuando el almirante Chandler se mostró tan contrario a que su hijo fuera reconocido por un médico. Por parte del muchacho era una cosa natural. ¡Pero su padre…! Tenían que existir tratamientos adecuados que podrían salvar a su hijo… Había cientos de razones por las cuales debía buscar la opinión de un doctor. Pero no; no podía permitir que ningún médico viera a Hugh Chandler, pues en dicho caso se hubiera descubierto que estaba cuerdo.

El joven comentó lentamente:

—Cuerdo… ¿estoy cuerdo?

Frobisher observó con acento destemplado:

—Claro que estás cuerdo. No hay taras de esa especie en «nuestra» familia.

—¡Hugh!… —exclamó Diana.

El almirante Chandler cogió la escopeta que dejaba el joven y refunfuñó:

—¡Todo eso son tonterías! Voy a ver si cazo un conejo…

Frobisher quiso adelantarse, pero la mano de Poirot le retuvo.

—Acaba usted de decir, hace poco, que era la mejor manera…

Hugh y Diana habían salido de la habitación.

Los dos hombres, el inglés y el belga, vieron cómo el último de los Chandler cruzaba el jardín y se adentraba en el bosque…

Al poco rato oyeron un disparo…

Los caballos de Diomedes

(The Horses of Diomedes).

1

Sonó el teléfono.

—¿Es usted, Poirot?

El detective reconoció la voz del joven doctor Stoddart. Apreciaba a Michael Stoddart; le gustaba la timidez amistosa de su sonrisa; le divertía su ingenuo interés por los asuntos relacionados con el crimen y le respetaba como hombre infatigable y entendido en la profesión que había escogido.

—No sabe cuánto siento molestarle… —La voz titubeó.

—Pero algo le preocupa, ¿verdad? —suspiró Hércules Poirot agudamente.

—Así es —la voz de Michael Stoddart pareció reflejar su alivio—. Acertó usted.

—*Eh bien*, ¿en qué puedo ayudarle, amigo mío?

Stoddart habló con timidez y tartamudeó un poco al contestar:

—Me figuro… que será una gran desfachatez por mi parte si… le ruego que venga a estas horas de la noche… Pero me encuentro en un pequeño apuro y…

—Claro que iré. ¿A su casa?

—No… Me encuentro ahora en el callejón que hay detrás de ella. En el número diecisiete de Connigby Mews. ¿Es cierto que puede venir? No sabe cuánto se lo agradezco.

—Estaré ahí dentro de un momento —replicó Poirot.

2

Hércules Poirot recorrió el oscuro callejón mirando el número de las casas. Hacía rato que había sonado la una de la madrugada y, en su mayoría, el vecindario se había ido a la cama, aunque todavía se veía luz en una o dos ventanas.

Cuando llegó frente al número 17 se abrió la puerta y apareció el doctor Stoddart en el umbral.

—¡Es usted un hombre de palabra! —dijo—. ¿Quiere subir?

Una empinada escalera conducía al piso superior. En él, a la derecha, había un salón de grandes proporciones, amueblado con divanes, alfombras y cojines plateados de forma triangular. Gran cantidad de botellas y vasos estaban esparcidos por la habitación.

Reinaba el desorden por doquier, colillas por todas partes y algunos vasos rotos.

—¡Ah! —exclamó Poirot—. *Mon chéri* Watson, deduzco que aquí se ha celebrado una fiesta.

—Sí; la han estado celebrando —respondió Stoddart frunciendo el ceño.

—¿No estuvo usted en ella?

—No. He venido para cumplir mis órdenes profesionales.

—¿Qué ocurrió?

—Esta casa pertenece a una mujer llamada Patience Grace… la señora Patience Grace —dijo Stoddart.

—Parece un nombre encantador y algo anticuado —opinó Poirot.

—No hay nada de encantador ni de anticuado en la señora Grace. Tiene buena presencia, aunque algo vulgar. Se ha casado varias veces y ahora la acompaña un amiguito del que está celosa pues cree que se ha cansado de ella. Empezaron la fiesta bebiendo y la terminaron con drogas… Si uno toma esas porquerías en pequeña escala se siente un superhombre y todo lo ve de color de rosa. Se siente eufórico y cree que es capaz de hacer muchas más cosas que de costumbre. Pero si se absorbe gran cantidad, se produce la violenta excitación mental, acompañada de alucinaciones y delirio. La señora Grace tuvo un fuerte altercado con su amigo; un tipo desagradable llamado Hawker. El resultado fue que el individuo la mandó a paseo y se marchó y ella se asomó a la ventana y le disparó un tiro con un flamante revólver que algún imbécil tuvo la mala ocurrencia de poner en sus manos.

Hércules Poirot levantó las cejas.

—¿Y le acertó?

—¡Ni soñarlo! La bala dio a unas cuantas yardas de él. Pero hirió a un pobre vagabundo que andaba por allí rebuscando en los cubos de la basura. Le atravesó la parte carnosa del brazo. Como es natural, armó un escándalo de mil diablos y la pandilla de juerguistas se apresuró a hacerle entrar aquí. Se alarmaron al ver la sangre que derramaba y vinieron a buscarme.

—¿De veras?

—Le eché un gran remiendo al brazo. No era cosa seria. Luego, entre dos de los individuos empezaron a embaucarle y al final accedió a tomar un par de billetes de cinco libras y a olvidarse de lo que había pasado. Al pobre diablo le arreglaron la noche. Tuvo un magnífico golpe de suerte.

—¿Y usted?

—Yo tuve que trabajar un poco más. La señora Grace tenía por entonces un agudo ataque histérico. Le di algo para calmarla y la mandé a la cama. Había otra chica que tampoco se encontraba bien… una muchacha joven a quien, asimismo, tuve que atender… Y entretanto, los demás empezaron a desfilar todo lo aprisa que podían.

Hizo una pausa.

—Entonces —comentó Poirot— tuvo usted tiempo para recapacitar sobre lo que había ocurrido.

—Exactamente —contestó Stoddart—. Si se hubiera tratado de una pandilla de borrachines no me hubiera preocupado lo más mínimo. Pero tratándose de drogas…

—¿Está usted seguro de que tomaron drogas?

—Por completo. No podía equivocarme. Encontré restos de una cajita de laca; pero lo que interesa es saber de dónde provienen. Recuerdo que hace unos días habló usted de un gran incremento que se observa entre los adictos de las drogas.

Hércules Poirot asintió y dijo:

—La policía se interesará mucho por esta fiesta.

Michael Stoddart replicó con acento intranquilo:

—Eso es precisamente…

Poirot lo miró, como si hubiera despertado en él un súbito interés.

—Pero a usted… no le conviene que la policía intervenga, ¿verdad? —observó.

Stoddart murmuró:

—Hay gente inocente que se ve mezclada en estas cosas… y se encuentra en un verdadero apuro.

—¿Es la señora Grace por quien siente tanta solicitud?

—¡Válgame Dios! No. Ésa sabe cuidar muy bien de sí misma.

—Entonces, es la otra… la muchacha… —dijo Poirot lentamente.

—Desde luego —replicó el médico—. En cierto aspecto, también es una buena pieza. Es decir, ella misma se describe así. Pero, en realidad, es muy joven y un poco alocada… tan sólo chiquilladas. Se ha mezclado con una pandilla como ésta porque se ha figurado que ello es elegante, moderno, o cualquier cosa por el estilo.

Una ligera sonrisa asomó a los labios de Poirot.

—¿Tuvo ocasión de conocer a esa joven antes de ahora? —preguntó con suavidad.

Michael Stoddart asintió. Parecía un colegial cogido en falta.

—La encontré en Mertonshire, en un baile. Su padre es un general retirado, de los de «¡Rayos y truenos, matadlos a todos!», un *pukka sahib*… Ya sabe a qué tipo me refiero. Son cuatro hermanas; todas ellas un tanto indómitas… y yo creo que el padre tiene la culpa. El sitio donde viven no es de los más convenientes; cerca de una fábrica de armamentos. Hay por allí gente de dinero que no tiene ninguno de los sentimientos anticuados de la gente que vive en el campo. Ricos y viciosos por lo general. Las chicas se han encontrado con mala compañía.

Poirot lo contempló pensativamente durante unos momentos y luego dijo:

—Ahora me doy cuenta de por qué deseaba mi presencia. ¿Quiere que me encargue del asunto?

—¿Lo hará? Creo que debe intentarse algo…, pero le confieso que me gustaría mantener a Sheila Grant apartada de esto.

—Tal vez pueda hacerse algo. Me encantaría ver a esa joven.

—Venga por aquí.

Salieron de la habitación. Desde una puerta salió una voz quejumbrosa.

—Doctor… por amor de Dios, doctor; que me voy a volver loca.

Stoddart entró en el dormitorio y Poirot le siguió. El cuarto presentaba un aspecto caótico. Polvos de tocador derramados por el suelo; tarros y botes de crema por doquier y ropas tiradas sobre los muebles. En la cama estaba tendida una mujer de cabellos rubios, teñidos, y cara de aspecto estúpido y vicioso.

—Un millón de insectos me corren por el cuerpo… se lo aseguro —exclamó—. Me voy a volver loca… Deme algo, por lo que más quiera.

El doctor Stoddart se situó al lado de la cama y habló con tono suave y profesional.

Sin hacer ruido, Poirot salió de la habitación. Ante él había otra puerta. La abrió.

Era una pequeña habitación, modestamente amueblada. En la cama yacía una figura esbelta y juvenil.

Poirot avanzó de puntillas y miró a la muchacha.

Cabello negro; una cara larga y pálida… sí; joven… muy joven…

Un destello blanco brilló entre los labios de ella. Abrió los ojos con expresión sobresaltada. La muchacha miró al intruso, se sentó en la cama y sacudió la cabeza, esforzándose en apartar la espesa mata de pelo negro. Parecía un potrillo salvaje. Retrocedió ligeramente, como hace un animal montaraz cuando sospecha de un extraño que le ofrece comida.

—¿Quién diablos es usted?

—No se asuste, señorita.

—¿Dónde está el doctor Stoddart?

El joven entraba entonces en la habitación y la muchacha dijo con tono de alivio:

—¡Ah! Estás ahí. ¿Quién es éste?

—Un amigo, Sheila. ¿Cómo te encuentras ahora?

—Terriblemente… ¿Por qué tomaría esa porquería?

—Yo, en tu lugar, no repetiría la prueba.

—No… no lo haré.

—¿Quién se la proporcionó?

La joven abrió los ojos y su labio superior se encogió un poco.

—La trajeron… a la fiesta. Todos la probamos. Al principio fue una cosa estupenda.

—Pero ¿quién la trajo? —insistió nuevamente el detective.

Ella sacudió la cabeza.

—No lo sé. Debió de ser Tony… Tony Hawker. Aunque en realidad no sé nada de ello.

—¿Es la primera vez que toma drogas, *mademoiselle*? —preguntó Poirot.

La muchacha asintió.

—Sería mucho mejor que fuera la última —observó Stoddart con brusquedad.

—Sí… supongo que sí… Pero fue algo maravilloso.

—Óyeme bien, Sheila Grant —dijo Stoddart—. Soy médico y sé lo que digo. Si empiezas a tomar drogas te encontrarás cualquier día con sufrimientos que ahora te parecerían increíbles. Las drogas arruinan a la gente en cuerpo y alma. El beber es un juego de niños al lado de ellas. Déjalo desde ahora mismo. ¡Créeme; no es nada divertido! ¿Qué crees que dirá tu padre cuando se entere de lo que ha pasado esta noche?

—¿Papá? —La voz de Sheila Grant subió de tono—. ¿Papá? —empezó a reír—. ¡Me imagino la cara que pondría! No debe saberlo. Ya ha tenido siete ataques.

—Y con razón —añadió Stoddart.

—Doctor… doctor… —El lamento de la señora Grace llegó hasta ellos desde la otra habitación.

Stoddart murmuró algo irrespetuoso y salió del dormitorio.

Sheila Grant miró de nuevo a Poirot. Parecía algo confusa.

—¿Quién es usted? —preguntó—. No estaba en la fiesta.

—No; no lo estaba. Soy amigo del doctor.

—¿Es usted médico? No lo parece.

—Me llamo —declaró Poirot, procurando como siempre, que una declaración tan simple hiciera el efecto de un telón al levantarse para empezar la función.

—Me llamo Hércules Poirot.

En esta ocasión produjo la impresión que esperaba. Poirot se había dado cuenta, de vez en cuando, de que los jóvenes de la nueva generación no habían oído hablar nunca de él.

Pero no había duda de que Sheila Grant sí sabía quién era, pues se quedó con la boca abierta, sin saber qué decir. Sólo pudo mirarlo… mirarlo fijamente.

3

Se dice, justificada o injustamente, que todos tienen una tía en Torquay.

Y se asegura también que todo el mundo tiene por lo menos un primo segundo en Mertonshire. Situado a una razonable distancia de Londres, se celebran en él monterías y se puede pescar y cazar. Hay por aquí varios pueblos pintorescos, pero muy poco engreídos por ello, aunque tienen un buen sistema ferroviario y una nueva autopista que facilita a los motoristas la ida y vuelta a la metrópoli. Los criados ponen más dificultades para ir allí que a otros distritos más rurales de las Islas Británicas. La consecuencia de todo esto es que resulta prácticamente imposible vivir en Mertonshire, a no ser que se disfrute de una renta que pueda expresarse con cuatro cifras; pero con los impuestos y unas cosas y otras, si es de cinco, muchísimo mejor.

Hércules Poirot, como era extranjero, no tenía ningún primo segundo en aquel condado; mas había conseguido hacer un buen número de amistades y no tuvo dificultad en conseguir que alguien le invitara a que hiciera una visita a la región. Además, encontró como anfitrión a una buena señora cuya mayor delicia consistía en ejercitar su lengua hablando de los vecinos. Lo malo de ello estribaba en que Poirot debía resignarse a oír una gran cantidad de cosas acerca de gente que no le interesaba en lo más mínimo, antes de llegar a referirse a lo que le llevaba allí.

—¿Las Grant? Sí; son cuatro chicas. No me extraña que el pobre general no las pueda dominar. ¿Qué puede hacer un hombre con cuatro chicas? —La mano de *lady* Carmichael se agitó elocuentemente.

—Es verdad —convino Poirot.

La señora continuó:

—Me han dicho que en su regimiento solía mantener una firme disciplina. Pero con esas chicas no puede. Eso no pasaba cuando yo era joven. El viejo coronel Sandys era un ordenancista tan acérrimo, que sus pobres hijas…

(Y aquí una larga disgresión sobre las desgracias de las chicas del coronel Sandys y otras amigas de *lady* Carmichael).

—Pues verá usted —la dama volvió al tema primitivo—. Yo no digo que haya nada malo en esas jóvenes. Tan sólo buen humor y mucha vitalidad… aunque van con una pandilla nada recomendable. Esa gente no se veía antes por aquí. Ahora vienen tipos bastante extraños. Ya no queda lo que pudiéramos llamar espíritu señorial. Todo es dinero, dinero y dinero. ¡Y hay que ver las cosas que se oyen! ¿Quién dijo usted? ¿Anthony Hawker? Sí, le conozco. Es lo que yo considero un joven desagradable aunque por lo visto está forrado de billetes. Viene a cazar y da fiestas en las que derrocha el dinero. Y también se celebran en su casa reuniones bastante singulares, si es que una va a prestar oído a todo lo que dicen por ahí… No es que yo lo crea, pero ya sabe lo mal pensada que es la gente. Siempre suponen lo peor. Parece que está de moda el decir que una persona bebe o toma drogas. Hace

unos días alguien me confesó que las chicas jóvenes son borrachas por inclinación. Yo opino que eso es una indelicadeza. Y, por otra parte, si ven que alguien tiene unas maneras vagas o raras, no dudan en decir: «Drogas». No lo estimo justo. Eso dicen de la señora Larkin y aunque esa mujer no me importa en absoluto, creo que sólo se trata de distracciones que sufre. Es una gran amiga de Anthony Hawker y estoy segura de que por dicha causa les tiene tanta inquina a las hermanas Grant… dice que son unas antropófagas; unas devoradoras de hombres. No me extrañaría que hayan perseguido a más de uno, pero ¿por qué no? Al fin y al cabo es una cosa natural. Y, además, las cuatro tienen buen tipo.

Poirot intercaló una pregunta.

—¿La señora Larkin? Mi querido amigo, no creo que pueda contestar a eso. En estos días no hay manera de saber quién es una persona. Dicen que vive bien y, por lo que se ve, no anda mal de dinero. Su marido era una personalidad en la City. Murió: ella no está divorciada. No hace mucho tiempo que vive aquí; vino poco después de los Grant. Siempre he creído que…

La anciana se detuvo y quedó con la boca abierta, mientras los ojos parecían querer saltar hacia Poirot. Se inclinó hacia delante y golpeó los nudillos del detective con un cortapapeles que tenía en la mano. Y sin hacer caso del gesto de dolor que hizo él exclamó:

—¡Desde luego! ¡Por eso está aquí! Es usted un pícaro solapado. Y no pararé hasta que me lo cuente todo.

—Pero ¿qué es lo que debo contarle?

Lady Carmichael intentó darle otro golpe, pero Poirot lo esquivó hábilmente.

—¡Se parece a una ostra, Hércules Poirot! Ya veo cómo tiemblan sus bigotes. No hay duda de que es un asunto relacionado con algún crimen lo que le ha traído aquí… ¡y me está sonsacando así descaradamente todo lo que sé! Vamos a ver, ¿puede ser asesinato? ¿Quién murió en estos últimos tiempos? Sólo Louisa Gilmore, pero tenía ochenta y cinco años y, además, padecía hidropesía. No puede ser ella. El pobre Leo Staverton se rompió el cuello en una cacería y ahora va escayolado hasta la cabeza… éste tampoco puede ser. Tal vez no se trate de asesinato. ¡Qué lástima! No me acuerdo de que haya ocurrido un buen robo de joyas últimamente… Quizás está usted persiguiendo a un criminal… ¿Es Beryl Larkin? ¿Envenenó a su marido? Puede ser que los remordimientos sean la causa de que tenga esas maneras vagas.

—*Madame*, *madame* —exclamó Hércules Poirot—. Va demasiado de prisa.

—¡Tonterías! Usted se propone algo.

—¿Está familiarizada con los clásicos, *madame*?

—¿Qué tienen que ver los clásicos con todo esto?

—Pues verá usted. Estoy emulando a mi ilustre predecesor Hércules. Uno de los «trabajos» que llevó a cabo fue la doma de los caballos de Diomedes.

—No me diga que ha venido a domar caballos; a su edad… y con esos zapatos de charol que siempre lleva. No creo que haya montado a caballo en su vida.

—Los caballos, *madame*, son simbólicos. Eran caballos salvajes que comían carne humana.

—¡Qué mal gusto! Opino que los antiguos griegos y romanos tenían muy mal gusto. No sé por qué los clérigos tienen tanta afición a los clásicos. Los citan a cada dos por tres; de una parte nunca sabes qué es lo que quieren decir y, por otra, me parece que el tema principal de todo lo clásico es impropio para gente de iglesia. La literatura demasiado pecaminosa… y todas estas estatuas sin una mala prenda encima. Y no es que yo haga mucho caso de ello, pero ya sabe cómo se enfadan los pastores de nuestras iglesias cuando ven entrar a una chica que no lleva medias… Veamos, ¿dónde estaba?

—No se lo puedo decir.

—Supongo, miserable, que no querrá confesar si la señora Larkin envenenó a su marido. ¿O tal vez Anthony Hawker es el asesino del baúl de Brington?

Miró al detective como si esperara que éste le hiciera alguna confidencia, pero la cara de Poirot permaneció impasible.

—Puede tratarse de una falsificación —especuló *lady* Carmichael—. Hace unos días vi a la señora Larkin en el Banco. Acababa de cobrar un cheque de cincuenta libras, y me pareció entonces una cantidad demasiado elevada para cobrarla en efectivo. No: no es eso… si hubiera sido una falsificadora hubiera ingresado el cheque en su cuenta, ¿verdad? Oiga, Hércules Poirot; si se queda ahí callado, mirándome como una lechuza, le tiro algo a la cabeza.

—Debe tener usted un poco de paciencia —dijo el detective.

4

Ashley Lodge, la residencia del general Grant, no era una casa de grandes dimensiones. Estaba situada en la ladera de una colina; tenía buenos establos y un jardín bastante descuidado.

Su interior estaba, como diría un corredor de fincas, «completamente amueblado». Panzudos Budas contemplaban a los visitantes desde diversas hornacinas. Bandejas y mesas de bronce de Benarés ocupaban la mayor parte del espacio disponible. Procesiones de elefantes adornaban las repisas de las chimeneas y afiligranados trabajos de bronce colgaban de las paredes.

En mitad de este hogar angloindio estaba sentado el general Grant, ocupando un raído sillón, mientras una de sus piernas, envuelta en vendajes, reposaba en otra silla.

—Gota —explicó—. ¿No tuvo nunca gota, señor… ejem… Poirot? ¡Le despierta a cualquiera un genio de mil diablos! Mi padre tuvo la culpa. Bebió Oporto toda su vida… igual que mi abuelo; y entre los dos me hicieron la pascua. ¿Quiere usted una copa? Toque esa campanilla para que acuda mi asistente.

Apareció un criado tocado con un turbante. El general Grant se dirigió a él llamándole Abdul, y le ordenó que trajera el *whisky* y un sifón. Cuando volvió el sirviente, su amo vertió una ración tan generosa que Poirot se vio obligado a protestar.

—Siento no poder acompañarle, señor Poirot —el hombre miró con tristeza el vaso—. El «wallah» médico me ha dicho que es veneno para mí. No creo que sea para tanto. Los médicos son unos ignorantes. Parece como si disfrutaran de privar a un hombre de lo que le gusta, tanto de comer como de beber. Y permite solamente que tome una porquería como es el pescado hervido. ¡Pescado hervido… puaf!

Indignado, el general movió su pie enfermo, lo que le hizo lanzar un alarido de agonía y dolor y algunas fuertes expresiones.

Pidió perdón por su léxico.

—Me siento como un oso con dolor de cabeza. Mis chicas dejan el campo libre cuando tengo uno de los ataques de gota. No creo que deba recriminarles por ello. He oído decir que conoce usted a una de ellas.

—Sí; he tenido ese gusto. ¿Tiene usted varias hijas?

—Cuatro —replicó el general lúgubremente—. Ni un chico entre ellas. Cuatro deslumbrantes muchachas. En estos días constituyen un problema.

—Tengo entendido que todas son encantadoras.

—No están mal del todo… no están mal. Pero nunca puedo saber qué es lo que se proponen. No se puede dominar a las muchachas en estos tiempos. Son tiempos de indisciplina… demasiada libertad. ¿Qué puede hacer uno? No puedo encerrarlas, ¿no le parece?

—Supongo que gozarán de popularidad entre el vecindario.

—Algunas de las viejas no las pueden ver —dijo el viejo militar—. Hay mucho borrego disfrazado de cordero por estos alrededores. Uno debe tener cuidado. Casi me pesca una de esas viudas de ojos azules. Solía rondar por aquí, ronroneaba como un gato… «¡Pobre general Grant… qué vida tan interesante ha debido pasar!» —el general levantó un dedo y se lo aplicó a la nariz—. Es demasiado descaro, señor Poirot. Pero, al fin y al cabo, éste es un rincón del mundo que no está del todo mal. Me gustaba el campo cuando se vivía en el campo… sin automóviles, ni *jazz*, ni la vociferante y latosa radio. Jamás permití que instalaran una en casa. Un hombre tiene perfecto derecho a gozar de un poco de paz en su propio hogar.

Suavemente, Poirot condujo la conversación hasta que se refirió a Anthony Hawker.

—¿Hawker? ¿Hawker? No le conozco. Sí; sí le conozco. Un tipo de aspecto asqueroso; tiene los ojos demasiado juntos. No se fíe de nadie que sea incapaz de mirarle a la cara.

—Es amigo de su hija Sheila, ¿verdad?

—¿De Sheila? No lo sabía. Las chicas nunca me dicen nada —arrugó el entrecejo, mientras los ojos azules y penetrantes miraban sin pestañear a Hércules Poirot—. Oiga, señor Poirot, ¿a qué viene todo esto? ¿Tendría inconveniente en decirme para qué ha venido a verme?

Poirot contestó lentamente:

—Eso va a ser un poco difícil… tal vez ni yo mismo lo sepa. Sólo le diré esto: su hija Sheila y quizá todas sus hijas tienen amistades poco recomendables.

—Se han unido a una pandilla de sinvergüenzas, ¿verdad? Algo me temía yo. He oído algunas cosas por ahí —miró patéticamente a Poirot—. Pero ¿qué he de hacer yo, señor Poirot? ¿Qué he de hacer yo?

El detective sacudió perplejo la cabeza.

El general Grant prosiguió:

—¿Y qué es lo que pasa con esa pandilla a la que se han juntado?

Poirot contestó con otra pregunta:

—¿No ha notado, general, si alguna de sus hijas ha estado caprichosa y excitada… y luego deprimida, nerviosa y de un talante…?

—¡Maldita sea! Habla usted como si fuera médico. No; no me di cuenta de nada de todo eso.

—Menos mal —dijo Poirot con gravedad.

—¿Qué diablos significa todo eso, caballero?

—¡Drogas!

—¿Qué?

La palabra pareció un rugido.

Poirot prosiguió:

—Se ha intentado convertir a su hija Sheila en una adicta de las drogas. El hábito se adquiere rápidamente. Una semana o dos son suficientes. Cuando una persona se

habitúa a ellas es capaz de pagar y hacer cualquier cosa, con tal de conseguir nuevas dosis. Puede imaginarse qué sabrosos resultados económicos conseguirá el encargado de repartirlas.

Escuchó en silencio las palabrotas que con furia y en voz baja salían de los labios del general. Luego, cuando se aquietó algo, con una final y escogida descripción de lo que él, el general, haría con aquel perro tiñoso, si lo cogiera, Hércules Poirot observó:

—Primero, como dicen ustedes por aquí, tenemos que coger la liebre. Una vez que hayamos atrapado al que distribuye la droga, tendré mucho gusto en entregárselo, general.

Se levantó; tropezó con una mesilla profusamente labrada y recobró el equilibrio asiéndose al general.

—Mil perdones —murmuró—. Debo rogarle… entiéndame bien, le ruego que no diga nada de esto a sus hijas.

—¿Qué? Voy a hacer que me digan la verdad, ¡eso es lo que haré!

—Eso es precisamente lo que usted no debe hacer. Todo lo que conseguirá será una sarta de mentiras.

—Pero ¡maldita sea…!

—Le aseguro, general Grant, que lo mejor para usted es no decir nada. Es necesario… ¿comprende? ¡Necesario!

—Bueno; lo haré si ése es su gusto —gruñó el veterano.

Había sido dominado, pero no convencido.

Hércules Poirot caminó con sumo tiento por entre los bronces indios y salió de allí.

5

El salón de la señora Larkin estaba lleno de gente.

La propia dueña de la casa estaba preparando combinados en una mesilla auxiliar. Era una mujer alta, de pelo castaño claro, recogido sobre la nuca. Sus ojos tenían un matiz más bien verde que gris, con grandes y negras pupilas. Sus movimientos eran fáciles, con una especie de gracia siniestra. Parecía tener poco más de treinta años. Sólo un examen más detenido revelaba las arrugas que se le formaban junto a los ojos. Aquello denunciaba que, por lo menos, tenía diez años más de lo que aparentaba.

Hércules Poirot había sido llevado allí por una señora de mediana edad, amiga de *lady* Carmichael. El detective se vio de pronto con un combinado en la mano, mientras se le indicaba que llevara otro a una muchacha que estaba sentada junto a la ventana. La chica era de baja estatura y rubia. Tenía la cara sonrosada y de sospechosa expresión angelical. Sus ojos, según apreció Poirot enseguida, parecían estar alerta.

—A su eterna salud, *mademoiselle* —brindó el detective.

Ella inclinó la cabeza y bebió.

Luego dijo repentinamente:

—Usted conoce a mi hermana.

—¿Su hermana? ¿Es usted, entonces, una de las hermanas Grant?

—Soy Pam Grant.

—¿Y dónde está su hermana hoy?

—Ha salido de cacería. Debe regresar dentro de poco.

—Conocí a su hermana en Londres.

—Ya lo sabía.

—¿Se lo dijo ella?

Pam Grant asintió y preguntó:

—¿Se encontraba en algún apuro?

—¿Pero es que no se lo contó todo?

La muchacha sacudió la cabeza.

—¿Estaba allí Tony Hawker? —preguntó.

Antes de que Poirot pudiera contestar se abrió la puerta y entraron Hawker y Sheila Grant. Ambos vestían equipo de caza y ella llevaba una mancha de barro en una de sus mejillas.

—Hola, amigos; venimos por una copa. El frasco de Tony está seco por completo.

Poirot murmuró:

—Hablando del ruin de Roma…

Pam Grant replicó:

—Más que ruin.

—¿Esas tenemos? —comentó secamente Poirot.

Beryl Larkin se adelantó.

—¿Ya estás aquí, Tony? Cuéntame cómo ha ido todo. ¿Habéis batido el matorral de Gelert?

Diestramente se lo llevó hacia un sofá situado al lado de la chimenea. Poirot vio cómo el joven volvía la cabeza y miraba a Sheila, antes de seguir a la señora Larkin.

Sheila había visto al detective. Titubeó durante unos instantes, pero luego se dirigió hacia donde estaban él y su hermana.

—¿Fue usted, entonces, quien estuvo ayer en casa? —le preguntó de súbito.

—¿Se lo ha dicho su padre?

Ella negó con la cabeza.

—Abdul lo descubrió. Yo… me figuré…

Pam intervino:

—¿Fue usted a hablar con papá?

—Pues… sí —respondió Poirot—. Tenemos… varios amigos comunes.

—No lo creo —dijo Pam con sequedad.

—¿Qué es lo que no cree? ¿Que su padre y yo tenemos amigos comunes?

La muchacha se ruborizó.

—No sea estúpido. Quería decir… que ésa no fue, en realidad, la razón de su visita…

Se dirigió a su hermana:

—¿Por qué no dices nada, Sheila?

La joven pareció sobresaltarse.

—¿No tenía… nada que ver con Tony Hawker? —preguntó.

—¿Por qué tenía que ser así? —replicó Hércules Poirot.

Sheila enrojeció y sin replicar se dirigió hacia donde estaban los demás invitados.

Con súbita vehemencia, pero en voz baja, Pam contestó:

—No me gusta Tony Hawker. Tiene… un aire siniestro; y ella también. Me refiero a la señora Larkin. Mírelos ahora.

Poirot siguió la mirada de la joven.

La cabeza de Hawker estaba junto a la de la señora Larkin. Parecía que el joven trataba de apaciguarla. La voz de la mujer se oyó durante un instante.

—… pero no puedo esperar. Lo quiero ahora.

Poirot comentó mientras sonreía:

—*Les femmes*… sea lo que sea… lo quieren todo enseguida, ¿verdad?

Pero Pam Grant no contestó. Tenía la cabeza inclinada y, con mano nerviosa, se alisaba la falda una y otra vez.

El detective murmuró:

—Usted es completamente diferente de su hermana, *mademoiselle*.

Ella levantó la cabeza, como si le causaran impaciencia las trivialidades.

—*Monsieur* Poirot, ¿qué es lo que Tony le está dando a Sheila? ¿Qué es lo que la está volviendo… diferente?

El detective miró con fijeza.

—¿No ha tomado nunca drogas, señorita Grant? —preguntó.

La joven sacudió la cabeza.

—¡Oh, no! ¿Es eso? ¿Drogas? Es una cosa peligrosa.

En aquellos momentos, con una copa en la mano, llegaba hasta ellos Sheila Grant.

—¿Qué es peligroso? —preguntó.

—Estamos hablando de los peligros que encierra el hábito de las drogas. De la muerte lenta que sufre el cuerpo y el alma, de la destrucción de todo lo que hay de bueno y hermoso en un ser humano —dijo Poirot.

Sheila Grant contuvo el aliento. La mano que sostenía la copa tembló y el licor se derramó por el suelo.

El detective prosiguió:

—Creo que el doctor Stoddart ya le hizo ver claramente qué representa esa muerte lenta… Es muy fácil de hacer… pero dificilísimo de deshacer. La persona que deliberadamente se aprovecha de la degradación y la miseria de los demás es como un vampiro.

Dio la vuelta y se alejó. Detrás de él oyó como Pam decía:

—¡Sheila!

Y un susurro… un ligero susurro… de Sheila Grant. Fue tan leve que a duras penas pudo oír lo que decían:

—El frasco…

Hércules Poirot se despidió de la señora Larkin y salió al vestíbulo. Sobre la mesa se veía un frasco, a manera de cantimplora, junto a un látigo y un sombrero. El detective lo cogió y vio que llevaba las iniciales «A. H.».

—¿Estará vacío el frasco de Tony? —murmuró Hércules Poirot.

Lo sacudió ligeramente. No parecía que contuviera licor. Desenroscó el tapón.

El frasco de Tony Hawker no estaba vacío. Estaba lleno… de polvo blanco…

6

Hércules Poirot conversaba con una muchacha en la terraza de la finca de *lady* Carmichael.

—Es usted muy joven, *mademoiselle* —dijo el detective—. Estoy convencido de que, en realidad, nunca ha sabido lo que estaba haciendo; y sus hermanas tampoco. Se han estado alimentando de carne humana como las yeguas de Diomedes.

Sheila se estremeció y exhaló un suspiro.

—Es terrible si se considera así. ¡Y sin embargo, es verdad! Nunca me di cuenta de ello hasta aquella noche en Londres, cuando me habló el doctor Stoddart. Fue tan sincero… y lo expuso con tanta seriedad… Entonces vi claro cuan perverso era lo que había estado haciendo… Antes de ello, yo creía que… era una cosa como beber en horas prohibidas… algo que la gente estaba dispuesta a pagar; pero que no tenía ninguna consecuencia fatal.

—¿Y ahora? —preguntó Poirot.

—Haré lo que me ordene —contestó Sheila Grant—. Hablaré con las otras —y añadió—: No creo que el doctor Stoddart quiera volver a dirigirme la palabra.

—Al contrario —dijo el detective—. Tanto el doctor Stoddart como yo estamos dispuestos a ayudarla en todo lo que podamos. Puede tener usted confianza en nosotros. Pero hay que hacer una cosa. Hay una persona que debe ser destruida, aniquilada por completo; y sólo usted y sus hermanas pueden lograrlo. Las pruebas que pueden presentar ustedes cuatro constituyen el único medio para poder condenarla.

—¿Se refiere usted… a mi padre?

—A su padre no, *mademoiselle*. ¿No le he dicho nunca que Hércules Poirot lo sabe todo? La fotografía de usted fue fácilmente identificada por la policía. Usted es Sheila Kelly… una joven reincidente ladrona de establecimientos comerciales, que fue enviada a un reformatorio hace algunos años. Cuando salió del reformatorio conoció a un nombre que se hacía llamar general Grant y que le ofreció este empleo… el empleo de «hija». Le prometió mucho dinero; mucha diversión y una vida fácil. Todo lo que debía hacer usted era introducir el uso del «rapé» entre sus amigos, pretendiendo siempre que se lo había dado otra persona. Sus «hermanas» estaban en el mismo caso.

Hizo una pausa.

—Vamos, *mademoiselle* —prosiguió—. Ese hombre debe ser desenmascarado y sentenciado. Después…

—Sí. Y después, ¿qué?

Poirot tosió y dijo, mientras sonreía:

—Será usted dedicada al servicio de los dioses…

7

Michael Stoddart miró asombrado a Poirot.

—¿El general Grant? ¿Es posible?

—Precisamente, *mon chéri*. Como dijo usted, toda la *mise en scéne* era demasiado artificiosa. Los Budas, los bronces de Henares y el criado indio. ¡Y también la gota! Es una enfermedad pasada de moda. Sólo la tienen los caballeros de mucha edad; no el padre de unas muchachas de diecinueve años.

»Pero, además —continuó—, quise asegurarme de ello. Cuando me levanté para irme, hice como si tropezara, y para sostenerme me cogí al pie enfermo del general. Tan perturbado estaba el hombre por lo que acababa de decir, que ni siquiera se dio cuenta de ello. Sí; es demasiado artificial ese general. *Tout de méme*, fue una idea ingeniosa. El coronel angloindio retirado del servicio activo; un conocidísimo tipo de comedia que sufre del hígado y tiene un genio pésimo. Pero fue a residir, no entre otros oficiales del ejército, sino a un *milieu* demasiado caro para cualquier militar retirado. Donde había gente rica, de Londres; un excelente mercado para colocar la “mercancía”. ¿Y quién iba a sospechar de cuatro vivarachas y atractivas muchachas? Si algo se descubría serían condenadas como víctimas… De eso podía estar seguro.

—¿Cuál era su propósito cuando fue a visitar al general? ¿Quería ponerle sobre aviso?

—Sí. Deseaba ver qué era lo que sucedería. No tuve que esperar mucho. Las chicas recibieron órdenes. Anthony Hawker, que era una de sus víctimas, debía de ser quien pagara las consecuencias. Sheila debía hablarme del frasco que Tony dejó en el vestíbulo. Casi no tuvo ocasión de hacerlo… pero la otra muchacha lanzó un colérico «¡Sheila!», y ésta justamente pudo balbucear la advertencia que me destinaba.

Michael Stoddart se levantó y empezó a pasear por la habitación.

—Sepa usted que no voy a perder de vista a esa chica. He formado una buena teoría sobre las tendencias criminales de los adolescentes: Si se fija usted en la vida hogareña de cualquier familia, casi siempre encontrará…

Poirot le interrumpió:

—*Mon chér!* —dijo—, profeso el más profundo respeto por su ciencia. Y no tengo ninguna duda de que sus teorías darán un resultado admirable, por lo que respecta a la señorita Sheila Kelly.

—Y a las demás también.

—Las demás, tal vez. Puede ser. De la única de que estoy seguro es de la pequeña Sheila. La domará, no lo dude. A decir verdad, ya come en su mano…

Michael Stoddart se ruborizó y dijo:

—¡Qué sarta de tonterías está usted diciendo, Poirot!

El cinturón de Hipólita

(The Girdle of Hyppolita).

1

Una cosa conduce a otra, como suele decir Hércules Poirot, sin mucha originalidad por cierto. Y añade que esto no se puso nunca tan de manifiesto como en el caso del Rubens robado. No le interesó mucho aquel asunto del cuadro, pues, por una parte, Rubens era un pintor que no le gustaba y, de otra, las circunstancias del robo fueron de lo más vulgares. Se hizo cargo del caso para quedar bien con Alexander Simpson, con quien acababa de trabar amistad y, además, por ciertas razones privadas no muy ajenas a los clásicos.

Después de producirse el robo, Alexander Simpson lo mandó llamar y vertió sobre él todas sus cuitas. El Rubens acababa de ser descubierto. Era una obra maestra desconocida hasta entonces, pero no había duda respecto a su autenticidad. Fue expuesto en las Galerías Simpson y robado en pleno día. Por aquel entonces, los obreros parados seguían la táctica de detenerse en los cruces de las principales calles y penetrar en el Ritz. Unos cuantos de ellos invadieron las Galerías Simpson y se tendieron en el suelo enarbolando una pancarta que decía: «El arte es un lujo. Dad de comer a los hambrientos». Acudió la policía y se arremolinaron los curiosos. Hasta que los manifestantes no salieron de allí ante la fuerza del brazo de la Ley nadie se dio cuenta de que el nuevo Rubens había sido cortado limpiamente de su marco y había desaparecido.

—Es un cuadro pequeño —explicó el señor Simpson—. Cualquiera pudo ponérselo bajo el brazo y llevárselo, mientras los demás contemplaban a esos idiotas de obreros parados.

Se descubrió que aquellos obreros habían sido pagados para que tomaran parte, aunque inocente, en el robo. Les dijeron que fueran a manifestarse en las Galerías Simpson, pero no se enteraron de la razón hasta que pasó todo.

Hércules Poirot pensó que fue una treta muy divertida, mas no veía qué era lo que podía hacer en aquel asunto. La policía, según indicó, podía ocuparse muy bien de aquel robo tan claro.

—Óigame, Poirot —rogó Alexander Simpson—. Conozco al que robó el cuadro y sé adónde irá a parar.

Según el propietario de las Galerías Simpson, fue robado por una banda de aventureros internacionales, que trabajaba por cuenta de cierto millonario, el cual no tenía ningún inconveniente en adquirir obras de arte a precios sorprendentemente bajos… sin preguntar nada. El Rubens, dijo Simpson, sería llevado a Francia, donde pasaría a poder del millonario. La policía inglesa y la francesa estaban alerta; pero Simpson opinaba que no conseguirían nada.

—Y una vez que el cuadro obre en poder de ese perro sarnoso, se complicarán todavía más las cosas —añadió—. Los hombres acaudalados deben ser tratados con

toda clase de miramientos. Y ahí es donde entra usted. La situación se volverá de una delicadeza extrema y usted es el hombre apropiado.

Por último, sin ningún entusiasmo, Hércules Poirot se vio obligado a aceptar la tarea. Convino en salir inmediatamente para Francia. No tenía gran interés por la misión que lo llevaba; pero gracias a ella se vio mezclado en el caso de la Colegiala Desaparecida, el cual sí que le interesó en alto grado.

Se enteró de ello por el inspector jefe Japp, que fue a visitarle en el preciso instante en que Poirot daba su conformidad al equipaje que acababa de hacer George.

—¡Ah! —dijo Japp—. Por lo visto se va usted a Francia, ¿verdad?

—*Mon chéri* —replicó Poirot—. Están ustedes increíblemente bien informados en Scotland Yard.

Japp rió por lo bajo.

—Tenemos bien montado nuestro espionaje. Simpson le encargó de ese asunto del Rubens. ¡Parece que no se fía de nosotros! En fin; eso no va ni viene. Lo que quiero que haga usted es una cosa completamente diferente. Ya que ya usted a París, pensé que muy bien podía matar dos pájaros de un tiro. El detective inspector Hearn ha ido allí para cooperar con los franceses. ¿Conoce a Hearn? Es un buen muchacho, aunque tal vez poco imaginativo. Me gustaría conocer la opinión de usted sobre el caso.

—¿Y cuál es el caso de que está hablando?

—Ha desaparecido una niña. La noticia saldrá esta noche en los periódicos. Parece como si la hubieran raptado. Es hija de un canónigo de Cranchester y se llama King.

Continuó relatando la historia. Winnie King.

Winnie se dirigía a París para ingresar en un colegio de alto copete, regentado por una tal señorita Pope, en el que solamente se admitían chicas inglesas y norteamericanas. La muchacha llegó a Cranchester en el primer tren. La empleada de una agencia que se dedicaba a escoltar colegialas de una estación a otra, declaró que la llevó a la estación Victoria, donde la dejó bajo la custodia de la señorita Burshaw, profesora del colegio y persona de confianza de la señorita Pope. Después, junto con otras dieciocho chicas, salió de Londres en el tren que enlaza con el barco. Diecinueve muchachas cruzaron el Canal, pasaron por la Aduana de Calais y subieron en el tren de París, en cuyo coche restaurante comieron. Pero poco antes de llegar a París, la señorita Burshaw las contó y descubrió que sólo eran dieciocho.

—¡Ajá! —dijo Poirot—. ¿Se detuvo el convoy en algún sitio?

—Paró en Amiens, pero entonces estaban todas en el restaurante y las demás chicas aseguran positivamente que Winnie estaba con ellas. La perdieron, por decirlo así, cuando volvieron a su departamento. O sea, que no entró en el que compartía con otras cinco muchachas. Éstas no sospecharon nada; se figuraron tan sólo que se habría quedado en alguno de los otros departamentos reservados.

Poirot asintió:

—Por lo tanto, ¿cuándo la vieron por última vez exactamente?

—Unos diez minutos después de que el tren saliera de Amiens —Japp tosió con modestia—. Fue vista por última vez… ejem… cuando entraba en el tocador de señoras.

—Muy natural —murmuró Poirot—. ¿No hay nada más?

—Sí; una cosa —Japp tenía el entrecejo fruncido—. Encontraron su sombrero al lado de la vía… en un lugar situado aproximadamente a catorce millas de Amiens.

—Pero ¿no se encontró el cuerpo?

—No. No lo encontraron.

—¿Y qué piensa usted de ello? —preguntó Poirot.

—Es difícil saber qué es lo que ha de pensar uno. Puesto que no hay trazas de su cuerpo… es que no se cayó del tren.

—¿Se detuvo el convoy en alguna ocasión después de salir de Amiens?

—No. Disminuyó la marcha una vez… por una señal; pero no se detuvo. Dudo que aflojara lo bastante para permitir que alguien saltara sin lastimarse. ¿Piensa usted que a la chica le entró miedo y trató de escapar? Era su primera salida de casa y pudo sentir nostalgia, eso es verdad; pero de todas formas, tiene quince años y medio… una edad en que se tiene bastante sensatez y, además, durante todo el viaje demostró muy buen humor y estuvo hablando por los codos.

—¿Registraron el tren? —preguntó Poirot.

—Sí; buscaron por todo él antes de que llegara a la estación del Norte. La chica no estaba en el tren, de eso puede estar seguro.

Y Japp añadió con acento desilusionado:

—Desapareció… en el aire. Esto no tiene sentido, *monsieur* Poirot. Es cosa de locos.

—¿Qué clase de muchacha era?

—Ordinaria y corriente. Por lo que he podido sacar en limpio, era una chica normal.

—Quiero decir… ¿qué aspecto tenía?

—Aquí llevo una instantánea de ella. No es ninguna belleza en embrión.

Entregó la fotografía a Poirot y éste la estudió en silencio.

Era de una muchacha larguirucha, con el pelo peinado en dos flojas trenzas. Se apreciaba claramente que era una instantánea y que la chica había sido fotografiada sin que se diera cuenta de ello. Mordía una manzana con la boca abierta, mostrando unos dientes prominentes a los que llevaba sujetos abrazaderas correctoras. Usaba gafas.

—Una niña de aspecto corriente —comentó Japp—. Pero a esa edad todas lo son. Hace unos días estuve en casa del dentista. En el *sketch* vi una fotografía de Marcia Gaunt, la belleza de moda. La recuerdo cuando tenía quince años. Estuve en el castillo que posee su familia, con motivo de aquel robo de que fueron víctimas. Pecosa, desgarbada; con los dientes prominentes y los cabellos largos y lacios. De la

noche a la mañana se convirtió en una belleza… ¡No sé cómo lo hacen! Es como un milagro.

Poirot sonrió.

—El sexo femenino es algo milagroso —dijo—. ¿Y qué me cuenta acerca de la familia de la niña? ¿No le han relatado alguna cosa que pueda ser de utilidad?

Japp sacudió la cabeza.

—Nada que pueda ayudarnos. La madre está enferma y el pobre canónigo King moralmente deshecho. Aseguran que la muchacha estaba entusiasmada con su viaje a París; que ansiaba irse. Quería estudiar pintura y música. Las chicas de la señorita Pope aprenden arte con «A» mayúscula. Tal vez sabrá usted que ese colegio es muy conocido. Estudian allí muchachas de la buena sociedad. La señorita Pope es muy rígida y exigente. Cobra unas pensiones carísimas y elige cuidadosamente a las pupilas que toma bajo su cuidado.

Poirot suspiró.

—Ya conozco ese tipo. ¿Y respecto a la señorita Burshaw, la que vino a recoger a las niñas?

—No es ningún cerebro privilegiado. Teme atrozmente que su señorita Pope la culpe de lo que ha pasado.

El detective preguntó con tono pensativo:

—¿No hay ningún joven en el caso?

Japp hizo un gesto señalando la fotografía.

—¿Tiene aspecto de eso?

—No. No lo tiene. Pero, a pesar de su apariencia física, puede tener un corazón romántico. Quince años es ya una buena edad.

—Está bien —comentó Japp—. Si fue un corazón romántico lo que la hizo desaparecer del tren, estoy dispuesto a leer desde ahora novelas rosas escritas por mujeres.

Miró esperanzado a Poirot.

—No le extraña nada… ¿eh?

El detective sacudió lentamente la cabeza.

—Por casualidad, ¿no encontraron también sus zapatos junto a la vía? —preguntó.

—¿Los zapatos? No… ¿por qué los zapatos?

—Era tan sólo una idea… —murmuró Hércules Poirot.

2

Hércules Poirot se disponía a salir para coger el taxi que le conduciría a la estación, cuando sonó el timbre del teléfono. Cogió el auricular.

—¿Diga?

Oyó la voz de Japp.

—Me alegro de haberle encontrado todavía en casa. Ya se aclaró todo. Me encontré un informe cuando volví al Yard. Ya apareció la chica; al lado de la carretera, a quince millas de Amiens. Está aturdida y no han podido conseguir nada coherente de ella. El médico dice que fue narcotizada. No obstante, ahora se encuentra bien. No le ha ocurrido nada malo.

Poirot preguntó lentamente:

—Entonces, ¿no tiene usted necesidad de mis servicios?

—Me temo que no. Bueno… siento mucho haberle molestado.

Japp soltó una carcajada y cortó la comunicación.

Hércules Poirot no rió. Poco a poco, volvió a colocar el auricular en su sitio. Tenía en la cara una expresión preocupada.

3

El detective Hearn miró a Poirot con curiosidad.

—No sabía que tuviera usted tanto interés por ese caso —dijo.

—¿Le advirtió el inspector jefe Japp que yo hablaría con usted respecto a ello?

Hearn asintió.

—Me dijo que vendría usted para cuidarse de otras cosas y que nos echaría una mano en este rompecabezas. Pero no le esperaba ahora, cuando todo se ha resuelto. Creí que estaría trabajando en sus propios asuntos.

—Mis asuntos pueden esperar. Lo que me interesa es este caso. Lo calificó usted de rompecabezas y ha dicho que ya está resuelto. Pero me parece que el problema sigue siendo el mismo.

—Bueno, señor; hemos encontrado a la niña y no está herida ni ha sido maltratada. Eso es lo principal.

—Pero no resuelve la cuestión de cómo ni por qué la encontraron, ¿verdad? ¿Qué es lo que dice ella? La reconoció un médico, ¿verdad? ¿Qué opina?

—Que la narcotizaron. Todavía no se ha repuesto del todo y, por lo visto, no recuerda casi nada de lo que le ocurrió después de salir de Cranchester. Parece como si todo ello le hubiera sido borrado de la memoria. El médico cree que, posiblemente, hubo una ligera contusión. Tiene un chichón en la parte posterior de la cabeza, lo que pudo producir una completa pérdida de la memoria.

—Lo cual resulta muy conveniente… para alguien —observó Poirot.

El inspector Hearn replicó con acento dubitativo:

—¿Cree usted que la chica nos oculta algo, señor?

—¿Lo cree usted?

—No. Estoy seguro de que no. Es una buena chica… tal vez demasiado infantil para su edad.

—No. No está disimulando —Poirot sacudió la cabeza—. Pero me gustaría saber cómo salió del tren. Necesito conocer al responsable de ello… y enterarme de por qué lo hizo.

—En cuanto a eso último, parece aceptable que fue un intento de rapto, señor. Querían retenerla para pedir rescate.

—Pero no lo hicieron.

—Perdieron la cabeza cuando vieron la polvareda que se levantaba… y se apresuraron a dejarla al lado de la carretera.

Poirot preguntó, escéptico:

—¿Y qué rescate esperaban conseguir de un canónigo de la catedral de Cranchester? Los dignatarios de la Iglesia anglicana no son potentados.

El inspector Hearn comentó alegremente:

—En mi opinión, ha sido una chapuza hecha por gente inexperta.

—Ah, ¿ésa es su opinión?

Hearn se sonrojó.

—¿Cuál es la suya? —preguntó.

—Quiero saber a ciencia cierta cómo salió del tren.

La cara del oficial se ensombreció.

—Ése sí que es un verdadero misterio. Estuvo en el coche restaurante, charlando con las otras chicas, y cinco minutos después se desvaneció… «presto»… como en un juego de manos.

—Eso es, como por arte de magia. ¿Quién más iba en el coche donde reservó los departamentos la señorita Pope?

El inspector Hearn asintió.

—Es un buen detalle, señor. Muy importante, porque precisamente era el último coche del tren y tan pronto como volvió la gente del restaurante, cerraron las puertas de comunicación entre los coches. Lo hacen con objeto de que los pasajeros no se agolpen pidiendo té, antes de limpiarlo todo después de las comidas. Winnie King volvió a su coche con las demás. El colegio había reservado tres departamentos.

—¿Y quién ocupaba los restantes de aquel vagón?

Hearn sacó su libro de notas.

—La señorita Jordan y la señorita Butters, dos solteronas de mediana edad que iban a Suiza. Nada de particular respecto a estas dos; altamente respetables y muy conocidas en Hampshire, de donde provenían. Dos viajantes de comercio franceses; uno de Lyon y otro de París. Personas honorables ambos. Un joven llamado James Elliot y su esposa… ¡vaya señorita decorativa! El chico no tiene muy buena reputación; la policía sospecha que ha intervenido en algunas transacciones bastante dudosas; pero nunca se dedicó a raptar niños. Sea como fuere, se registró cuidadosamente el departamento donde viajaba el matrimonio, aunque no se encontraba nada en el equipaje que indicara su participación en el asunto. Al fin y al cabo, no sé de qué manera tenían que haberlo hecho. Además de los nombrados, estaba también una señora americana, la señora Van Suider, que iba a París. Aunque nada sabemos de ella, su aspecto no era sospechoso. Y éstos eran todos.

—¿Se comprobó definitivamente que el tren no se detuvo antes de salir de Amiens? —preguntó Poirot.

—No paró en ningún sitio. Aflojó la marcha en una ocasión, pero no lo suficiente para permitir que alguien saltara a la vía, a menos que se lastimara y a riesgo de matarse.

Hércules murmuró:

—Eso es lo que hace el problema tan interesante. La colegiala se esfumó tan pronto como salieron de Amiens. Y reapareció justamente en las afueras de esa población. ¿Dónde estuvo entretanto?

El inspector Hearn sacudió la cabeza.

—No tiene sentido. Y a propósito; me dijeron que preguntó usted algo acerca de unos zapatos… los de la muchacha. Llevaba los suyos cuando la encontraron, pero un empleado del ferrocarril encontró un par de ellos en la vía. Se los llevó a casa, pues parecía estar en buen uso. Zapatos recios y negros.

—¡Ah! —suspiró Poirot, como si sintiera un repentino alivio.

El policía preguntó con curiosidad:

—No comprendo el significado de los zapatos, señor.

—Vienen a confirmar una teoría —replico Poirot—. Una teoría acerca de cómo se llevó a cabo el juego de manos.

4

El colegio de la señorita Pope, como muchos otros de su clase, estaba situado en Neilly. Mientras contemplaba su respetable fachada, Hércules Poirot se vio envuelto por una ola de muchachas que salían por sus portales.

Contó veinticinco de ellas. Todas vestían uniforme de color azul oscuro y llevaban en la mano sombreritos ingleses de terciopelo de igual color, cuya banda ostentaba el distintivo, púrpura y oro, que la señorita Pope había elegido para su colegio. Las edades oscilaban entre los catorce y los dieciocho años. Los tipos eran de lo más variado; gordas y flacas, rubias y morenas, larguiruchas y garbosas. Al final, acompañada por una de las más jóvenes, venía una mujer de cabellos grises y aspecto inquieto que, según juzgó Poirot, debía ser la señorita Burshaw.

El detective se quedó mirando cómo se alejaban las muchachas y luego apretó el botón del timbre y preguntó por la señorita Pope.

La señorita Lavinia Pope era una persona completamente diferente de la señorita Burshaw. Tenía personalidad y sabía infundir respeto. Tenía esa patente superioridad sobre los demás que constituye uno de los más preciados dones de una directora de colegio.

Se peinaba con distinción el pelo gris y llevaba un traje severo, pero elegante. Era competente y parecía saberlo todo.

El salón donde recibió a Poirot daba idea de su cultura. Estaba amueblado con distinción y adornado con flores y algunas fotografías dedicadas por antiguas alumnas que ahora brillaban en el mundo; muchas de ellas ataviadas con el traje con que fueron presentadas en sociedad. En las paredes se veían también varias reproducciones de las más famosas obras pictóricas y algunas acuarelas de excelente factura. La habitación estaba limpia y pulida en grado sumo. Hacía pensar al visitante que ni una mota de polvo tendría osadía de posarse sobre tan deslumbrante brillantez.

La señorita Pope recibió a Poirot con la competencia de una persona cuyos juicios raramente fallan.

—¿*Monsieur* Hércules Poirot? Conozco su nombre, desde luego. Supongo que habrá venido con motivo del desafortunado asunto de Winnie King. Ha sido un incidente muy penoso.

Pero ella no parecía muy apenada. Afrontaba el desastre en la única forma aconsejable, es decir, tratándolo con mucha competencia y reduciéndolo, por lo tanto, hasta hacerlo parecer casi insignificante.

—Tal cosa no había ocurrido nunca en esta casa —dijo.

«Y nunca volverá a suceder», parecían afirmar sus maneras.

—Era la primera vez que la muchacha salía de casa.

—Sí.

—¿Tuvo usted alguna entrevista preliminar con Winnie… con sus padres?

—Recientemente, no. Hace dos años estuve cerca de Cranchester en casa del obispo…

La forma con que pronunció estas últimas palabras parecían decir:

«Tome nota, por favor. Soy de las que paran en casa de los obispos».

—Mientras estuve allí conocí al canónigo King y a su esposa. La señora King sufre una enfermedad crónica. Entonces conocí también a Winnie; una muchacha muy bien educada y que posee un buen sentido artístico. Le dije a la señora King que tendría mucho gusto en recibir a su hija en mi colegio al cabo de un año o dos… cuando hubiera completado su cultura general. Aquí nos especializamos en arte y música. Llevamos a las muchachas a la ópera y a la Comedia Francesa. También toman lecciones en el Louvre. Los mejores maestros vienen a enseñarles música, canto y pintura. Nuestro propósito es darles la más amplia de las culturas.

La señorita Pope se acordó de pronto que Poirot no era padre de ninguna posible nueva alumna y añadió abruptamente:

—¿En qué puedo servirle, *monsieur* Poirot?

—Me gustaría saber cuál es su actual posición respecto a Winnie.

—Su padre ha venido a buscarla para llevársela con él. Es lo más prudente que se puede hacer después de la impresión que ha sufrido.

Y prosiguió:

—No admitimos jóvenes delicadas de salud, pues no tenemos nada dispuesto para cuidar enfermos. Le dije al canónigo que, en mi opinión, lo mejor que podía hacer era llevarse a su hija.

Poirot preguntó sin rodeos:

—¿Qué cree usted que ocurrió en realidad, señorita Pope?

—No tengo ni la menor idea, *monsieur* Poirot. El asunto en sí, tal y como me lo han contado, parece absolutamente increíble. Y no me parece que la persona de mi confianza que cuidaba de las muchachas tenga la culpa de ello… En todo caso, podría reconvenírsele el que no descubriera antes la desaparición.

—¿Tal vez recibió usted la visita de la policía? —preguntó Poirot.

Un ligero estremecimiento recorrió la aristocrática figura de la señorita Pope y con acento glacial dijo:

—Vino a verme un tal *monsieur* Lafarge, de la prefectura. Quería saber si yo podía decirle algo que aclarara la situación. Pero, como era natural, no pude hacer nada por él. Entonces solicitó registrar el baúl de Winnie que ya había llegado junto a los de las otras chicas. Le dije que aquello ya me había sido solicitado por otro miembro de la policía. Supongo que no existe mucha conexión entré sus diversos departamentos. Me telefonearon poco después, insistiendo en que no les había entregado todo lo que pertenecía a Winnie. Pero sobre esta cuestión fui muy concisa con ellos. No debe someterse una, ni dejarse intimidar por elementos oficiales.

Poirot exhaló un largo suspiro.

—Tiene usted un carácter animoso. La admiro por ello, *mademoiselle*. Presumo que el baúl de Winnie fue abierto cuando llegó, ¿verdad?

La señorita Pope pareció algo desconcertada.

—Rutina —dijo—. Vivimos estrictamente guiados por reglas rutinarias. Los baúles de las muchachas son abiertos cuando llegan y sus cosas se guardan en la forma que tengo establecida de antemano. Todo lo de Winnie se sacó, junto con lo de sus compañeras. Como es lógico, después se volvió a guardar en el baúl, para entregarlo tal como llegó.

—¿Tal como llegó exactamente?

Poirot se levantó y fue hacia una de las paredes.

—Posiblemente —dijo— ésta es una vista del famoso puente de Cranchester, con la catedral al fondo.

—Está usted en lo cierto, señor Poirot. Winnie lo pintó con la intención evidente de traerlo y darme una sorpresa. Estaba en el baúl, envuelto en un papel sobre el que se leía: «Para la señorita Pope, de Winnie». Fue un detalle muy delicado de la niña.

—¡Ah! —dijo Poirot—. ¿Y qué piensa usted de ello… como pintura?

Había visto muchos cuadros que representaban el puente de Cranchester. Era un motivo que podía encontrarse cada año en la Academia; algunas veces pintado al óleo, otras en acuarela. En ocasiones bien ejecutado; pintado a veces con un estilo mediocre, y en otras, como si hubieran utilizado una treta para diseñarlo. Pero nunca tan crudamente representado como en aquella muestra.

La señorita Pope sonrió con indulgencia.

—No se debe descorazonar a las chicas, señor Poirot. A Winnie hay que estimularla para que trabaje mejor, desde luego.

El detective comentó, penosamente:

—Hubiera sido más lógico, para ella, pintar una acuarela, ¿no le parece?

—Sí. No sabía que pintara al óleo.

—¡Ah! —exclamó Poirot—. ¿Me permite, señorita?

Descolgó el cuadro y lo llevo hasta la ventana. Lo examinó y luego, levantando la vista, observó:

—Le voy a rogar, señorita, que me regale este cuadro.

—Bueno… en realidad, señor Poirot…

—No me dirá que le ha tomado cariño. La pintura es abominable.

—Convengo en que no tiene mérito artístico alguno. Pero es el trabajo de una alumna y…

—Le aseguro, señorita, que es un cuadro que no merece estar colgado en las paredes de esta habitación.

—No sé por qué dice usted eso, señor Poirot.

—Se lo voy a probar en un momento.

Sacó del bolsillo una botella, una esponja y varios trapos.

—Antes le voy a contar una corta historia. Tiene algún parecido con el cuento del patito feo que se convirtió en cisne.

Mientras hablaba, trabajaba afanosamente. El olor del aguarrás llenó la habitación.

—Posiblemente habrá usted visto pocos programas de variedades teatrales, ¿verdad?

—En efecto; me parecen cosas bastante triviales…

—Triviales, tal vez; pero en ocasiones son instructivas. Yo he visto a un artista de variedades cambiar de personalidad de una forma casi milagrosa. En uno de los cuadros es una estrella de *cabaret*, exquisita y encantadora. Diez minutos después es una niña de corta estatura, anémica y escrofulosa, vestida con atavío de gimnasia… y pasados otros diez minutos en una gitana andrajosa que va diciendo la buenaventura.

—Es posible, no lo dudo; pero no veo qué tiene de particular…

—Voy a demostrarle cómo se hizo el juego de magia en el tren. Winnie, la colegiala, con sus trenzas, sus gafas y sus dientes prominentes… entró en el tocador de señoras. Un cuarto de hora después salió de allí, y usando las palabras del inspector Hearn, ¡qué señora tan decorativa!, era entonces. Finísimas medias de seda; zapatos de tacón alto; un abrigo de visón cubriendo su uniforme escolar; un atrevido pedacito de terciopelo, llamado sombrero, colocado sobre los rizos… y una cara… ¡qué cara! Colorete, polvos, lápiz labial, maquillaje. ¿Cuál es la verdadera cara de esta artista del disfraz? Sólo Dios lo sabe. Mas, usted misma, señorita, ha visto cuan a menudo cambian las desgarbadas colegialas y, como por milagro, se convierten en unas atractivas y atildadas debutantes en sociedad.

La señorita Pope dio un respingo.

—¿Quiere usted decir que Winnie King se disfrazó de…?

—No fue Winnie King… la chica fue raptada cuando cruzaba Londres, de una estación a otra. Y nuestra artista ocupó su sitio. La señorita Burshaw no vio nunca a Winnie… ¿y cómo iba a saber que la colegiala de las trenzas y las gafas no era la propia Winnie King? Pero la impostora no podía atreverse a llegar hasta aquí, pues usted conocía personalmente a la chica. Por lo tanto, Winnie desapareció en el tocador de señoras, de donde salió como la esposa de un hombre llamado Jim Elliot, de cuyo pasaporte figuraba como tal. Las trenzas, las gafas, las medias de hilo y las abrazaderas correctoras de los dientes, cabían en un espacio pequeño. Pero los recios zapatos y el sombrero, ese inflexible sombrero inglés, tenían que ser ocultados en algún sitio. Y fueron a parar a la vía, a través de la ventanilla. Después, la verdadera Winnie atravesó el Canal de la Mancha. Nadie buscaba a una muchacha enferma, medio adormecida por las drogas, viajando desde Inglaterra a Francia. En un coche la llevaron hasta más allá de Amiens y la dejaron al lado de la carretera. En el caso de que le hubieran inyectado escopolamina, era posible que no recordara gran cosa de lo que le había ocurrido.

La señorita Pope miraba entretanto fijamente a Poirot.

—Pero ¿por qué? —preguntó—. ¿Cuál puede ser la razón de una mascarada tan insensata?

—¡El equipaje de Winnie! Esa gente necesitaba pasar un objeto de contrabando desde Inglaterra a Francia; algo que todos los aduaneros buscaban… un objeto robado. ¿Y qué sitio más seguro que el baúl de una colegiala? Es usted muy conocida, señorita Pope; y su colegio goza de justa fama. En la estación del Norte se pasan «en bloc» los baúles de las señoritas, las pequeñas «pensionistas». ¡Pertenecen a la conocidísima escuela inglesa de la señorita Pope! Y luego, después del rapto, ¿qué más natural que enviar a recoger el equipaje de la niña… diciendo que lo reclaman de la Prefectura?

Hércules Poirot sonrió.

—Mas, por fortuna, existía la rutina de abrir los baúles cuando llegaban; y allí apareció un regalo que Winnie le destinaba a usted. Pero no era el mismo regalo que la muchacha puso en el baúl antes de salir de Cranchester.

El detective se acercó a la señorita Pope.

—Vea ahora este cuadro; debe admitir que no está bien para un colegio tan respetable como éste.

Mostró la parte pintada del lienzo.

El puente de Cranchester había desaparecido como por arte de magia. En su lugar se veía una escena mitológica, pintada con colores vivos y tonos profundos.

—El cinturón de Hipólita —explicó Poirot suavemente—. Hipólita dando su cinturón a Hércules… pintado por Rubens. Una obra maestra… *mais tout de méme*, no muy conveniente para su salón.

La señorita Pope se ruborizó ligeramente.

Hipólita tenía puesta una mano en el cinturón… única prenda que usaba. Hércules llevaba una piel de león sobre el hombro. Rubens pintaba unas figuras humanas muy exuberantes.

Recobrando su serenidad, la señorita Pope opinó:

—Sí; es una obra de arte magnífica… Pero aunque así sea, como muy bien dice usted, es necesario tener en cuenta la susceptibilidad de los padres de las alumnas. Algunos de ellos son predispuestos a tener un criterio muy estrecho… Ya sabe usted a qué me refiero…

5

El ataque se produjo cuando Poirot salía del edificio. Se vio rodeado, desbordado, abrumado por una masa de muchachas, gordas, flacas, morenas y rubias.

—¡Dios mío! —murmuró para sí mismo—. ¡Éste sí que es el ataque de las Amazonas!

Una muchacha rubia y espigada gritó:

—Nos han dicho que…

Estrecharon el cerco. Hércules Poirot no pudo escapar. Desapareció tragado por una ola de joven y vigorosa femineidad.

Veinticinco voces se levantaron en varios tonos, pero todas pronunciaron la misma y trascendental frase:

—Señor Poirot, ¿quiere escribir su nombre en mi libro de autógrafos?

El rebaño de Gerión

(The Flock of Geryon).

1

—Le ruego que me perdone por venir a molestarle, señor Poirot.

La señorita Carnaby apretó sus manos sobre el bolso y se inclinó hacia delante, mirando con ansiedad la cara del detective. Como de costumbre, parecía estar sin aliento.

Poirot elevó las cejas.

—Se acuerda de mí, ¿verdad? —preguntó la mujer con ansiedad.

El detective pestañeó y dijo:

—La recuerdo como una de las delincuentes más afortunadas con quien jamás me tropecé.

—¡Oh, Dios mío! ¿Por qué dice esas cosas, señor Poirot? Fue usted muy amable conmigo. Emily y yo hablamos a menudo de usted y si vemos en los periódicos alguna cosa suya, la recortamos y la pegamos en el álbum. Y *Augusto* aprendió una nueva maña. Le decimos: «Muere por Sherlock Holmes; muere por el señor Fortune; muere por *sir* Henry Merrivale», y el perro se está quieto, sin hacer nada. Pero cuando le decimos: «Muere por el señor Hércules Poirot», se tiende en el suelo y se queda inmóvil… sin pestañear siquiera hasta que le ordenamos que se levante.

—Eso me complace mucho —dijo Poirot—. ¿Y qué tal se encuentra *ce cher Auquste*?

La señorita Carnaby juntó las manos y empezó a elogiar elocuentemente a su pequinés.

—¡Oh, señor Poirot! Cada día es más listo. Lo sabe todo. Mire usted, hace unos días que me quedé mirando a un bebé que iba en su cochecito y de pronto sentí que tiraban de una correa en que llevaba atado a Augusto. ¿Y sabe qué estaba haciendo? Pues royéndola con toda su alma. ¿Que le parece?

Poirot volvió a parpadear.

—Pues me parece que *Augusto* comparte esas tendencias delictivas de que estábamos hablando.

La señorita Carnaby no rió. En lugar de ello, su cara afable y rolliza tomó una expresión taciturna y triste.

—¡Ah, señor Poirot! Estoy muy preocupada.

—¿Ah, sí? Dígame, dígame.

—Pues verá usted, señor Poirot. Tengo miedo… tengo mucho miedo… de que sea una delincuente empedernida de verdad… si me permite utilizar esta palabra. ¡Tengo cada idea…!

—¿Qué clase de ideas?

—De lo más extraordinario que darse pueda. Ayer, por ejemplo, sin ir más lejos, se me ocurrió un plan eficacísimo para robar una estafeta de Correos. No estaba pensando en ello… ¡pero de repente, me vino a la cabeza esta idea! Y un sistema

verdaderamente ingenioso para evitar el pago de derechos de Aduana. Estoy convencida; absolutamente convencida de que daría resultado.

—Tal vez —replicó Poirot con sequedad—. Eso es lo malo de sus ideas.

—Todo ello me ha estado preocupando en gran manera, señor Poirot. Yo he sido educada en los principios más rígidos; y resulta inquietante ver cómo pueden llegar a ocurrírseme unos pensamientos tan desfavorables y perversos. Creo que la culpa la tiene en parte el hecho de que ahora dispongo de mucho tiempo para pensar. Dejé a *lady* Hoggin y me coloqué con una anciana, para leerle en voz alta y escribir las cartas. Tardo muy poco en escribirlas y en cuanto empiezo a leer, la buena señora se duerme. Así es que me quedo sentada, con la mente desocupada; y ya sabemos cómo se aprovecha el diablo de la ociosidad.

Poirot chasqueó la lengua comprensivamente.

—Hace poco leí un libro; un libro muy moderno, traducido del alemán —siguió la señorita Carnaby—. Contiene unos conceptos muy interesantes sobre las tendencias delictivas. Por lo que pude entender, uno debe purificar sus propios impulsos. Por eso, en realidad, acudo a usted.

—¿De veras? —exclamó Poirot.

—Verá usted, señor Poirot; yo creo que el anhelar emociones no es de perversos. Mi vida, por desgracia, ha sido muy monótona. Tengo a veces la impresión de que la… ejem… campaña de los perros pequineses fue la única ocasión en que viví de verdad. Fue una cosa censurable, desde luego; pero como dice mi libro, no hay que dar la espalda a la verdad. Acudo a usted, señor Poirot, porque espero que será posible… purificar esta ansia de emociones empleándola, por decirlo así, al lado de los ángeles.

—¡Ajá! —dijo Poirot—. ¿Viene usted entonces a ofrecerse como colega?

La señorita Carnaby se sonrojó.

—Ya sé que es mucha presunción por mi parte. Pero es usted tan amable…

Se detuvo. Sus descoloridos ojos azules parecían expresar la súplica de un perro que espera, contra toda lógica, que lo saquen a paseo.

—Es una idea —comentó lentamente Poirot.

—No soy inteligente, desde luego —explotó la mujer—. Pero… sé disimular bien. Tiene que ser así, pues de otra forma pronto se quedaría una sin el empleo de señora de compañía. Y he comprobado que al parecer más estúpida de lo que una es, da siempre buenos resultados.

Hércules Poirot se echó a reír.

—Me encanta usted, señorita —dijo al fin.

—¡Oh, señor Poirot! ¡Qué buena persona es usted! ¿Puedo tener esperanzas? Justamente acabo de heredar una pequeña suma… muy pequeña; pero nos permite a mi hermana y a mí mantenernos, aunque frugalmente, sin tener que depender de lo que yo gane.

—Debo considerar primero en qué asuntos podrían emplearse mejor sus aptitudes —explicó Poirot—. Supongo que usted no lo sabrá tampoco, ¿verdad?

—Debe usted leer el pensamiento, señor Poirot. Últimamente he estado muy preocupada por una amiga mía. Tenía el propósito de consultar con usted. Es posible que lo considere como fantasías de una vieja… como imaginaciones mías. Tal vez sea yo propensa a exagerar las cosas y ver un propósito deliberado donde no hay más que una coincidencia.

—No creo que exagere usted las cosas, señorita Carnaby. Cuénteme lo que sea.

—Tengo una amiga; una amiga muy querida, aunque en los últimos años casi no la he visto. Se llama Emmeline Clegg. Se casó con un caballero que vivía en el norte de Inglaterra y él murió hace unos pocos años dejándola en muy buena posición económica. Después de morir su marido mi amiga se sentía desgraciada y sola; y me temo que en cierto aspecto, es una mujer simple y tal vez crédula. La religión, señor Poirot, puede constituir una gran ayuda y apoyo moral… pero con ello me refiero a la religión ortodoxa.

—¿A la Iglesia griega? —preguntó Poirot.

—La señorita Carnaby pareció sorprenderse.

—No. No es eso. A la Iglesia anglicana. Y a la Iglesia Católica Romana, por lo menos están reconocidas por todos. Y los metodistas y congregacionistas son corporaciones conocidísimas y respetables. De lo que estoy hablando es de esas sectas estrambóticas que crecen como la hierba. Hay en ellas algunas cosas que incitan al sentimentalismo; pero a veces me pregunto si existirá un verdadero sentimiento religioso detrás de su llamativa fachada.

—¿Cree usted que su amiga está siendo embaucada por una secta de esa clase?

—Lo creo. Es más, estoy segura de ello. Se denomina «El Rebaño de Ovejas». Tienen su cuartel general en el Devonshire; en una hermosa finca junto al mar. Los devotos acuden allí para hacer lo que ellos llaman un retiro, el cual suele durar una quincena. Durante dicho tiempo se celebran servicios religiosos y ceremonias. Tienen tres grandes fiestas al año: «La llegada de los Pastos», «La Madurez de los Pastos» y «La Cosecha de los Pastos».

—El nombre de la última es particularmente estúpido —observó Poirot—. Los pastos no se cosechan.

—Todo el asunto es de una estupidez asombrosa —convino calurosamente la señorita Carnaby—. A la derecha del movimiento está «El Gran Pastor». Es un tal doctor Andersen. Creo que es un hombre atractivo y de buena presencia.

—Lo cual interesará mucho a las mujeres, ¿verdad?

—Me temo que sí —suspiró la mujer—. Mi padre era también un hombre distinguido. Y esto producía algunas veces serias dificultades en la parroquia. Rivalidad en el bordado de los ornamentos y en el reparto de los trabajos relativos al cuidado de la iglesia…

Sacudió la cabeza, como rememorando aquellos tiempos.

—Los componentes del «Gran Rebaño» son mujeres en su mayoría, ¿no es cierto?

—Tres cuartas partes por lo menos. Los hombres son principalmente unos chiflados. El éxito del movimiento depende de las mujeres y de los fondos que aportan entre ellas.

—¡Ah! —dijo Poirot—. Ya llegamos al fondo de la cuestión. Con franqueza, ¿cree usted que el asunto puede considerarse como un negocio bien organizado?

—Francamente, señor Poirot, lo creo. Y otra cosa me preocupa. Mi pobre amiga está tan embaucada por esa secta que ha hecho un testamento en el que deja todo cuanto tiene al nuevo movimiento religioso.

Poirot preguntó secamente:

—¿Y eso… se lo sugirieron?

—A decir verdad, no. Fue idea de ella. El «Gran Pastor» le ha mostrado una nueva forma de vivir y por lo tanto, todo cuanto ella posee será para la «Gran Causa» cuando muera. Lo que en realidad me preocupa…

—Sí. Continúe…

—Varias de las devotas son mujeres adineradas. Y en el pasado año han muerto tres de ellas, ni más ni menos.

—¿Legaron todo su dinero a la secta?

—Sí.

—¿Y no han protestado sus parientes? Era lógico que hubieran entablado un pleito.

—Pues verá usted, señor Poirot. Por regla general, las mujeres que pertenecen a la asociación no tienen a nadie en el mundo. Es gente que carece de parientes próximos y amigos.

Poirot asintió con aspecto pensativo.

La señorita Carnaby prosiguió precipitadamente:

—No tengo ningún derecho a insinuar nada, desde luego. Por lo que he podido averiguar, no hubo nada sospechoso en esas tres muertes. Una, según creo, fue producida por una pulmonía, después de un ataque gripal; y otra se atribuyó a una úlcera gástrica. No existieron circunstancias anormales y las defunciones no ocurrieron en «El Santuario de las Colinas Verdes», sino en el domicilio de cada una de ellas. No dudo de que todo fue normal por completo; y sin embargo… no me gustaría que le sucediera algo malo a Emmie.

Juntó las manos y miró suplicante a Poirot.

El detective guardó silencio durante unos momentos. Cuando habló se notó un cambio en su voz. Tenía un tono grave y profundo.

—¿Quiere darme, o averiguar, los nombres y direcciones de esas mujeres pertenecientes a la secta que murieron recientemente?

—No faltaba más, señor Poirot.

—Señorita, creo que es usted una mujer de gran valor y decisión —dijo él lentamente—. Tiene buenas dotes teatrales. ¿Estaría dispuesta a encargarse de un trabajo cuya ejecución lleva consigo seguramente un considerable peligro?

—Nada me gustaría más —exclamó la emprendedora señorita Carnaby.

Poirot advirtió:

—De existir algún riesgo en ello, no creo que será pequeño. Comprenda usted, o todo queda en agua de borrajas, o se trata de algo verdaderamente serio. Y para averiguarlo es necesario que se convierta usted en un miembro del «Gran Rebaño». Le sugiero que exagere el importe del legado que recibió hace poco. Es usted ahora una mujer de buena posición económica, sin ningún objeto definido en la vida. Discuta con su amiga Emmeline acerca de la religión que ella adoptó… y asegúrele que todo son tonterías. Entonces le entrará un ardiente deseo de convertirla a usted. Permita que la convenza para que vaya al «Santuario de las Colinas Verdes». Y una vez allí deberá usted rendirse ante los poderes persuasorios y la influencia magnética del doctor Andersen. Creo que puedo encargarle con confianza este papel.

La señorita Carnaby sonrió con modestia y murmuró:

—Me parece que lo desempeñaré muy bien.

2

—Bueno, amigo mío, ¿qué es lo que ha averiguado?

El inspector jefe Japp miró pensativamente al hombrecillo que había hecho la pregunta y replicó con acento desilusionado:

—Nada de lo que a mí me gustaría, Poirot. No sabe cómo aborrezco a esos chiflados de largos cabellos y nuevas ideas religiosas. Sólo se ocupan de embaucar a las mujeres, con esas sartas de tonterías. Pero ese tipo es cuidadoso; no hay nada que pueda achacársele. El asunto parece cosa de locos, pero es inofensivo.

—¿Se enteró de los antecedentes del doctor Andersen?

—Le he dado un repaso a su historial. Fue un buen químico, que prometía mucho, pero lo despidieron de una Universidad alemana. Al parecer, su madre era judía. Le gustó siempre el estudio de las religiones y mitos orientales, gastaba en ello su tiempo libre y ha escrito varios artículos sobre el particular… Algunos de ellos verdaderas tonterías.

—¿Es posible, por lo tanto, que sea un fanático auténtico?

—Yo estaría dispuesto a asegurarlo.

—¿Y qué me dice de los nombres y direcciones que le di…?

—No hay nada que hacer por ese lado. La señorita Everitt murió de colitis ulcerativa. El médico que la asistió está completamente seguro de que no hubo nada sucio. La señora Lloyd falleció a causa de una bronconeumonía. *Lady* Western de tuberculosis; sufría ese mal desde hacía muchos años… antes de que entrara a formar parte de esta secta. La señorita Lee murió de fiebres tifoideas, atribuidas a una ensalada que comió en el norte de Inglaterra. Tres de ellas enfermaron y murieron en su propio domicilio; la señora Lloyd falleció en un hotel del sur de Francia. Por lo que se refiere a estas muertes, no hay nada que pueda relacionarlas con el «Gran Rebaño», o con la finca de Andersen en el Devonshire. Debe ser pura coincidencia. Todo está perfectamente en orden.

Hércules Poirot suspiró y dijo:

—Y, sin embargo, amigo mío, tengo el presentimiento de que éste va a ser el décimo «trabajo» de Hércules, y de que el doctor Andersen es Gerión, al monstruo al que debo destruir.

Japp lo miró con curiosidad.

—Oiga, Poirot, ¿no habrá usted leído libros raros últimamente?

El detective replicó con dignidad:

—Mis observaciones son, como de costumbre, pertinentes, completas y muy en su punto.

—Debe usted fundar una nueva religión con el credo de «No hay nadie más listo que Hércules Poirot. Amén». Repítase *ad libitum*.



3

—Lo más maravilloso que encuentro aquí es la paz que se disfruta —observó la señorita Carnaby respirando profunda y embelesadamente.

—Ya te lo dije, Amy —replicó Emmeline Clegg.

Las dos amigas estaban sentadas en la ladera de una colina, desde la que se contemplaba el mar, de magnífico color azul. La hierba era intensamente verde y tanto la tierra como los acantilados tenían una tonalidad rojiza. La finca, conocida ahora por «El Santuario de las Colinas Verdes», era un promontorio de unos seis acres de extensión.

Sólo una estrecha faja de tierra lo unía a la costa, por lo que casi podía considerarse como una isla.

La señora Clegg murmuró con sentimiento:

—La tierra roja… la tierra de resplandor y promesas, donde un triple destino se cumplirá.

Su amiga suspiró profundamente y dijo:

—Creo que el «Maestro» se expreso muy bien en el servicio de anoche.

—Pues espera a la fiesta que celebraremos hoy —contestó la otra mujer—. ¡La plena Madurez de los Pastos!

—Tengo verdadera ansiedad por ver en qué consiste —le dijo la señorita Carnaby.

—Experimentarás una sensación espiritual inefable —le prometió su amiga.

Hacía una semana que la señorita Carnaby se encontraba en el «Santuario de las Colinas Verdes».

Al llegar expresó su actitud de la siguiente manera:

—¿Pero qué tonterías son éstas? En realidad, Emmie, una mujer sensata como tú, etcétera, etcétera.

Durante su primera entrevista con el doctor Andersen dejó bien sentada su posición.

—No quiero que crean que estoy aquí con falso pretexto, doctor Andersen. Mi padre fue pastor de la Iglesia anglicana y yo nunca vacilo en mis creencias. No me gustan las doctrinas idólatras.

Y aquel hombre de recia figura y de cabellos dorados le sonrió dulce y comprensivamente. Miró con indulgencia la rolliza y belicosa figura de la mujer, sentada erguidamente en su silla.

—Mi apreciada señorita Carnaby —dijo—. Es usted amiga de la señora Clegg y como tal le damos la bienvenida. Y, créame, nuestras doctrinas no son idólatras. Aquí son bien recibidas todas las religiones y a todas se les respeta por igual.

—Eso no puede ser —replicó la fiel hija del difunto reverendo Thomas Carnaby.

Reclinándose en su asiento, el «Maestro» murmuró con voz de ricos tonos:

—«En la casa de mi Padre hay muchas moradas», recuerde eso, señorita Carnaby.

Cuando salió de su entrevista, la visitante musitó al oído de su amiga:

—Tenías razón; es un hombre atrayente.

—Sí —convino Emmeline Clegg—. Y con una fuerza espiritual maravillosa.

La señorita Carnaby estaba de acuerdo con ello. Era verdad… Había sentido alrededor de ella como una aura extraterrena… espiritual…

Se contuvo haciendo un esfuerzo. No estaba allí para caer presa de la fascinación espiritual o como fuera, del «Gran Pastor». Trató de acordarse de Hércules Poirot; pero parecía tan lejano y apegado a las cosas materiales…

—Amy —se dijo a sí misma la señorita Carnaby—, contente y recuerda el objeto que te trajo aquí…

Pero a medida que pasaban los días, se dio cuenta de la facilidad con que se sometía al encanto de las Colinas Verdes. A la paz y a la sencillez; a la simple, aunque deliciosa comida; a la hermosura de los servicios, con sus cantos de amor y adoración; a las palabras conmovedoras del «Maestro», que apelaba a todo lo mejor y más sublime de la humanidad… Las luchas y la fealdad del mundo habían quedado fuera. Allí sólo reinaba la paz y el amor…

Y aquella noche se celebraba la gran fiesta estival: la fiesta de «La Madurez de los Pastos». Durante ella, Amy Carnaby sería iniciada; se convertiría en una oveja más de las componentes del «Rebaño».

La fiesta tuvo lugar en el edificio del hormigón blanco y resplandeciente, que los iniciados llamaban «El Sagrado Redil». Los devotos se congregaron antes de ponerse el sol. Todos llevaban capas de piel de carnero; los brazos desnudos y sandalias en los pies. En el centro del «Redil», sobre una plataforma, estaba el doctor Andersen. Los dorados cabellos, los ojos azules y su barba rubia y hermoso perfil, le hacían parecer más atrayente que nunca. Vestía una túnica verde y en la mano llevaba un áureo cayado de pastor.

Levantó el bastón y un silencio sepulcral se hizo.

—¿Dónde están mis ovejas?

—Aquí estamos, ¡oh, «Pastor»!

—Levantad vuestros corazones con júbilo y gratitud. Ésta es la fiesta de la alegría.

—Es la fiesta de la alegría y estamos llenos de ella.

—No habrá más penas para vosotros; ni más dolores. ¡Todo es gozo!

—Todo es gozo…

—¿Cuántas cabezas tiene el «Pastor»?

—Tres cabezas: una de oro, otra de plata y otra de resonante bronce.

—¿Cuántos cuerpos tiene la «Oveja»?

—Tres cuerpos: uno de carne, otro de corrupción y otro de luz.

—¿Cómo podréis entrar a formar parte del «Rebaño»?

—Por el «Sacramento de Sangre».

—¿Estáis preparados para el «Sacramento»?

—Lo estamos.

—Vendaos los ojos y tended el brazo derecho.

Sumisamente, los congregados se vendaron los ojos con los pañuelos verdes que traían con tal propósito. La señorita Carnaby, al igual que todos los demás, tendió el brazo.

El «Gran Pastor» recorrió las filas de su «Rebaño». Se oían pequeños gritos; gemidos, tanto de dolor como de éxtasis.

La señorita Carnaby pensó:

«¡Qué cosa tan blasfema! Es lamentable esta forma de histeria religiosa. Permaneceré absolutamente sosegada y observaré las reacciones de los demás. No quiero dejarme llevar… no quiero…».

El «Gran Pastor» había llegado frente a ella. Sintió cómo le cogía el brazo y luego experimentó un dolor agudo y punzante, como el producido por una aguja.

La voz del «Pastor» murmuró:

—El «Sacramento de Sangre» que proporciona gozo y alegría…

Y pasó adelante.

Al poco rato se oyó una orden.

—Quitaos las vendas y disfrutad de los placeres del espíritu.

El sol se ponía en aquel instante. La señorita Carnaby miró a su alrededor. Salió lentamente del «Redil», junto con los demás. De pronto se sintió ingrávida y feliz. Se recostó en una pradera herbosa y suave. ¿Cómo llegó a pensar alguna vez que era una mujer solitaria, entrada en años, a quien nadie necesitaba? ¡La vida era maravillosa! ¡Ella misma era maravillosa! Se le había conferido el poder de pensar… de soñar. No había nada que ella no pudiera llevar a cabo.

Sintió en su interior una ráfaga de felicidad. Miró a los que la rodeaban; parecían que, de pronto, hubieran crecido hasta alcanzar una inmensa estatura.

«Como árboles que anduvieran…», pensó reverentemente.

Levantó la mano. Fue un gesto imperioso; con él podía dominar la tierra. César, Napoleón, Hitler… ¡pobres y miserables tipejos! No tenían ni idea de lo que ella, Amy Carnaby, era capaz de hacer. Mañana arreglaría la paz mundial y la confraternidad internacional. No habría más guerras, ni pobreza, ni enfermedades. Ella se encargaría de trazar el diseño de un nuevo mundo.

Pero no había por qué apresurarse. El tiempo era infinito… Un minuto sucedía a otro minuto y una hora a otra hora. Los miembros de la señorita Carnaby parecían pesar como el plomo, pero su mente volaba. Podía errar a voluntad por todo el Universo. Durmió, durmió y soñó. Grandes espacios… vastas edificaciones… un nuevo y maravilloso mundo…

Aquella visión fue borrándose gradualmente. La señorita Carnaby bostezó y estiró sus piernas entumecidas. ¿Qué había ocurrido desde ayer? La noche anterior tuvo un sueño…

La luna brillaba en el cielo y a su luz, la señorita Carnaby pudo ver la hora en su reloj. Estupefacta, comprobó que las manecillas señalaban las diez menos cuarto. Sabía que el sol se puso a las ocho y diez. ¿Sólo hacía una hora y treinta y cinco minutos? Imposible; y, sin embargo…

—Muy interesante —se dijo la señorita Carnaby.

4

Hércules Poirot advirtió:

—Debe obedecer con todo cuidado mis instrucciones, ¿comprende?

—Desde luego, señor Poirot. Puede confiar en mí.

—¿Les dijo ya algo sobre su intención de aportar su dinero para ayudar al culto?

—Sí, señor Poirot. Hablé yo misma con el «Maestro»… oh, perdone, con el doctor Andersen. Le dije muy emocionada que todo aquello había sido para mí como una revelación maravillosa; que había empezado mofándome y terminaba por ser una creyente más. Me… me pareció muy natural decir todas esas cosas. Sepa usted que el doctor Andersen tiene un gran atractivo magnético.

—Ya me doy cuenta —replicó Poirot con sequedad.

—Tiene unas maneras convincentes en extremo. Da la genuina impresión de que el dinero no le preocupa en lo más mínimo. «Contribuya con lo que buenamente pueda», me dijo, sonriendo como sólo él sabe hacerlo. «Si no puede dar nada, no importa. No por eso dejará de pertenecer al "Rebaño"». «¡Oh, doctor Andersen! —dije yo—. No estoy tan mal de dinero, como para eso. Justamente acabo de heredar una considerable suma que me legó un pariente lejano y, aunque en realidad no he tocado todavía ni un penique de ella, pues he de esperar a que se cumplimenten todas las formalidades legales, hay una cosa que deseo hacer enseguida». Y entonces le expliqué que iba a redactar un testamento y que deseaba dejar a la Humanidad todo lo que tenía, haciendo constar, además, que carecía de parientes cercanos.

—Y él aceptó graciosamente el ofrecimiento, ¿verdad?

—No mostró gran interés. Dijo que pasarían muchos años antes de que yo abandonara este mundo; que estaba destinada a tener una larga existencia, pletórica de gozo y satisfacciones espirituales. Sabe hablar de una forma muy conmovedora.

—Así parece.

Al decir esto, la voz de Poirot tenía un tono áspero.

—¿Mencionó usted su salud? —preguntó.

—Sí, señor Poirot. Le dije que había sufrido una afección pulmonar, la cual se me reprodujo más de una vez; pero que gracias a un tratamiento especial que me dieron en un sanatorio, hacía varios años, confiaba en que mi curación era ya completa.

—¡Excelente!

—Pues no veo la necesidad de que vaya diciendo por ahí que estoy tísica, cuando mis pulmones no pueden estar más sanos.

—Debe llegar al convencimiento de que es necesario. ¿Se refirió usted a su amiga?

—Sí. Le conté, como una confidencia, que mi querida Emmeline, además de la fortuna que heredó de su marido, heredaría dentro de poco una cantidad todavía mayor que le dejaría una tía suya, que la quería mucho.

—Muy bien, esto salvaguardará a la señora Clegg durante algún tiempo.

—¡Oh, señor Poirot! ¿Cree usted de verdad que hay algo malintencionado en todo ello?

—Eso es lo que me propongo averiguar. ¿Ha conocido en el «Santuario» a un tal señor Cole?

—La última vez que estuve allí, había un señor que se llamaba así. Un hombre bastante raro. Lleva pantalones cortos de color verde hierba, y no come más que coles. Es un creyente muy fervoroso.

—¡Estupendo! Todo progresa satisfactoriamente; la felicito por la labor que ha hecho. Todo está preparado ahora para la fiesta de otoño.

5

—Señorita Carnaby… Un momento, por favor.

El señor Cole agarró por el brazo a la mujer. Tenía los ojos brillantes y febriles.

—He tenido una visión… una visión extraordinaria. Debo contársela.

La señorita Carnaby suspiró. Temía al señor Cole y a sus visiones. Había momentos en que decididamente creía que estaba loco.

En ocasiones, el relato de aquellas visiones la desconcertaba. Hacían pensar en varios pasajes algo crudos de aquel moderno libro alemán sobre el subconsciente que leyera poco antes de ir a Devon.

El señor Cole, con ojos relucientes y temblorosos labios, empezó su narración.

—Estaba yo meditando… reflexionaba sobre la plenitud de la «Vida»; sobre el supremo júbilo de la «Unidad»… cuando mis ojos fueron abiertos… y «vi».

La señorita Carnaby se resignó, esperando que el señor Cole no hubiera visto lo mismo que en la ocasión anterior que, al parecer, fue una ceremonia matrimonial en la antigua Sumeria, entre un dios y una diosa.

—Vi… —El señor Cole se inclinó sobre ella, respirando fuerte, y con ojos que parecían los de un loco— al Profeta Elías, que descendía del cielo montado en un carro de fuego.

La mujer suspiró, aliviada. Si se trataba de Elías no estaba mal; no tenía nada que objetar.

—Debajo —continuó el señor Cole— estaban los altares de Baal; cientos y cientos de ellos. Una voz me gritó: «Mira, escribe y testifica lo que verás…».

Se detuvo y su oyente murmuró cortésmente:

—¿De veras?

—Sobre los altares estaban las víctimas; atadas, indefensas, esperando el cuchillo del sacrificio. Vírgenes… cientos de vírgenes… jóvenes y hermosas vírgenes…

El señor Cole chasqueó los labios y la señorita Carnaby enrojeció.

—Luego llegaron los cuervos; los cuervos de Odín, volando desde el Norte. Se encontraron con los cuervos de Elías y juntos describieron círculos en los cielos. Después se lanzaron sobre las víctimas y les sacaron los ojos… y entonces fue el gemir y el rechinar de dientes. Y la voz exclamó: «¡Cumplid el sacrificio… pues en este día Jehová y Odín firmarán con sangre su hermandad!». Los sacerdotes cayeron sobre las víctimas, levantaron los cuchillos… y las mutilaron…

La señorita Carnaby trató desesperadamente de apartarse de su atormentador, cuya boca, en aquel momento, babeaba con fervor sádico.

—Dispénseme.

Abordó apresuradamente a Lipscomb, el guarda que vivía en el pabellón situado en la entrada de las Colinas Verdes y que en aquellos instantes acertaba a pasar por allí.

—¿Por casualidad no se habrá encontrado un broche que perdí? —le preguntó ella—. Debió caérseme al suelo.

Lipscomb, que se conservaba inmune a la dulzura y a la luz de las Colinas Verdes, se limitó a gruñir que él no había visto ningún broche. No tenía la obligación de ir buscando cosas. Trató de sacudirse a la señorita Carnaby pero ella le acompañó, sin cesar de hablar acerca del broche, hasta que puso una prudente distancia entre sí misma y el fervor del señor Cole.

El «Maestro salía entonces del Gran Redil», y animada por su benigna sonrisa, la mujer se aventuró a expresar con palabras lo que tenía en el pensamiento.

—¿No cree que el señor Cole está… está…?

El doctor Andersen le puso una mano en el hombro.

—Deseche todo temor —le respondió—. El amor perfecto aleja el temor…

—Pues yo creo que el señor Cole está loco. Estas visiones que tiene…

—Todavía ve imperfectamente… a través del cristal de su propia naturaleza carnal. Pero llegará un día en que verá espiritualmente… cara a cara.

La señorita Carnaby se avergonzó. Si ponía las cosas así… Sin embargo, tuvo ánimos para hacer una leve protesta.

—¿Por qué ha de ser tan rudo Lipscomb?

El «Maestro» sonrió seráficamente de nuevo.

—Lipscomb es un fiel perro guardián —dijo—. Un alma primitiva y tosca; pero leal… enteramente leal…

Se alejo. La mujer vio cómo se acercaba al señor Cole, se detenía y le ponía una mano en el hombro. Deseó que la influencia del «Maestro» pudiera alterar el alcance de las futuras visiones de aquel demente.

6

El día antes de la fiesta, por la mañana, la señorita Carnaby se encontró con Hércules Poirot en una pequeña sala de té del soñoliento pueblecito de Newton Woodbury.

La mujer estaba más sonrojada y aturdida que nunca. Sorbía el té mientras desinflaba un bollo entre sus dedos.

Poirot hizo varias preguntas a las que ella contestó con monosílabos.

—¿Cuántos fieles asistirán al festival? —preguntó por último.

—Creo que ciento veinte. Vendrá Emmeline, desde luego; y el señor Cole… Últimamente se ha portado de una forma rara. Tiene visiones. Me ha descrito varias de ellas… muy curiosas; confío en que no estará mal de la cabeza. Acudirá una gran cantidad de nuevos adeptos… casi veinte.

—Bien. ¿Sabe usted lo que debe hacer?

Hubo una pausa antes de que la señorita Carnaby, con un tono de voz extraña en ella, contestara:

—Recuerdo perfectamente lo que me dijo usted, señor Poirot.

—¡Perfectamente!

Y a continuación, con voz clara y vigorosa, la señorita Carnaby observó:

—Pero no voy a hacer nada de ello.

Hércules Poirot la miró fijamente. Ella se levantó y apresuradamente dijo:

—Me envió usted a espiar al doctor Andersen. Sospechaba de él toda clase de cosas malas. Pero es un hombre maravilloso… un gran «maestro». ¡Creo en él con toda mi alma! Y no estoy dispuesta a espiarle más por su cuenta, señor Poirot. Soy una de las ovejas del «Rebaño». El «Maestro» enseña al mundo la buena nueva y desde ahora le pertenezco por completo. Y no se preocupe en pagar el té que me he tomado. Yo lo pagaré.

Y con este ligero anticlímax, la señorita Carnaby dejó caer sobre la mesa un chelín y tres peniques y salió precipitadamente del establecimiento.

—*Nom d’un nom d’un nom!* —exclamó Hércules Poirot.

La camarera tuvo que dirigirse a él por dos veces antes de que se diera perfecta cuenta de que le estaban presentando la nota. Se encontró con la mirada inquisitiva de un individuo de aspecto rudo que estaba sentado en la mesa de al lado. Poirot se sonrojó, pagó la cuenta, se levantó y salió del salón de té.

Su cerebro trabajaba a toda presión.

7

Una vez más el «Rebaño» se hallaba congregado en el «Gran Redil». Las preguntas y respuestas de rigor habían sido salmodiadas.

—¿Están preparados para el «Sacramento»?

—Lo estamos.

—Vendaos los ojos y tended el brazo derecho.

El «Gran Pastor», vestido con su magnífica túnica verde, empezó a recorrer las expectantes filas de devotos. El visionario y vegetariano señor Cole, situado al lado de la señorita Carnaby, tragó saliva en un éxtasis doloroso cuando la aguja penetró en su carne.

El doctor Andersen se detuvo ante la señorita Carnaby. Sus manos le tocaron el brazo.

—No; no haga eso…

Palabras increíbles… sin precedentes. El ruido de una pelea y un rugido de cólera. Los congregados, uno tras otro, fueron quitándose los pañuelos verdes… y vieron algo inconcebible: el «Gran Maestro» debatiéndose entre los brazos del visionario señor Cole, a quien ayudaba en su tarea otro de los devotos.

Con tono rápido y profesional, el en otros tiempos fanático señor Cole estaba diciendo:

—… y aquí tengo una orden de arresto contra usted. Debo advertirle que cualquier cosa que diga podía ser utilizada como prueba de cargo en su proceso.

En la puerta del «Redil» aparecieron unas figuras… unas figuras vestidas de azul.

Alguien exclamó:

—¡La policía! Se llevan al «Maestro». Se lo llevan…

Todos estaban impresionados… horrorizados. Para ellos, el «Gran Pastor» era un mártir que sufría, como todos los grandes maestros, la ignorancia y la persecución del mundo incrédulo.

Entretanto, el detective inspector Cole envolvía cuidadosamente la jeringuilla hipodérmica que había caído de la mano del doctor Andersen.

8

—¡Mi valerosa colega!

Poirot estrechó calurosamente la mano de la señorita Carnaby y la presentó al inspector Japp.

—Buen trabajo, señorita Carnaby —dijo el policía—. No hay duda de que no hubiéramos podido hacer nada sin usted.

—¡Pobre de mí! —La mujer se sintió halagada—. Es usted muy amable. Me temo que todo llegó a gustarme. La emoción y el papel que tuve que desempeñar. Algunas veces me sentí arrastrada. Tenía la sensación de que yo era una más de aquellas tontas.

—Ahí es donde estriba su éxito —dijo Japp—. En usted todo es genuino. De no ser así, nada hubiera sido capaz de engañar a ese caballero. Es un bribón muy astuto.

La señorita Carnaby se dirigió a Poirot:

—Pasé un apuro terrible en el salón de té. No sabía qué hacer. Tuve que actuar de improviso.

—Estuvo usted magnífica —dijo Poirot con calor—. Por un momento creía que usted y yo habíamos perdido los sentidos. Pensé, aunque sólo fue durante un instante, que lo decía en serio.

—Tuve un sobresalto mayúsculo —observó la mujer—. Justamente después de haber estado hablando confidencialmente, vi en el espejo que Lipscomb, el guarda del «Santuario», estaba sentado en una mesa detrás de mí. No sé si sería casualidad o si, por el contrario, había venido siguiéndome. Como le he dicho, tenía que actuar de la mejor manera posible en aquel apuro, y confiar en que usted me entendería.

Poirot sonrió.

—La comprendí perfectamente. Sólo había una persona sentada lo bastante cerca de nosotros para que pudiera oír lo que hablábamos; así es que, tan pronto como salí de allí, dispuse lo necesario para que lo siguieran cuando se fuera. Al ver que se dirigía al «Santuario», comprendí que podía confiar en usted y que no me traicionaría; pero sentí temor, porque todo ello incrementaba el peligro que estaba corriendo usted.

—¿Es que… existía realmente ese peligro? ¿Qué es lo que había en la jeringuilla?

—¿Quiere explicarlo usted o lo hago yo? —le preguntó Japp a Poirot.

—Señorita —dijo gravemente el detective—, ese doctor Andersen había perfeccionado un plan para explotar a las mujeres y asesinarlas… de una forma científica. La mayor parte de su vida se dedicó a las investigaciones bacteriológicas. Bajo diferente nombre posee un laboratorio químico en Sheffield y allí produce cultivos de varios bacilos. Durante las fiestas, inyectaba a sus seguidores una pequeña, pero suficiente dosis de «Cannabis indica», conocida también con el nombre de «Hashish» o «Bhang». Es una droga que produce ilusiones de grandeza y

grato placer, lo cual hacía que sus devotos le fueran adictos en alto grado. Ésos eran los goces espirituales que él les prometía.

—Muy interesante —opinó la señorita Carnaby—. Una sensación verdaderamente interesante.

Hércules Poirot asintió.

—Así era, en términos generales, su forma de actuar… Una personalidad dominante; facultad de producir histerismo colectivo en la gente y aprovecharse de las reacciones producidas por la droga. Pero en el fondo tenía otro propósito.

»Las mujeres sin parientes próximos —continuó—, agradecidas y fervorosas, hacían testamento dejando todo su dinero para atender el culto de la nueva religión. Una tras otra, esas mujeres morían. Morían en sus propios domicilios y, aparentemente, por causas naturales. Sin ser demasiado técnico, trataré de explicarlo. Es posible hacer cultivos intensivos de ciertas bacterias. El bacilo *colin momunis*, que causa la colitis ulcerativa, por completo. El del tifus también puede incluirse en el sistema, así como el neumococo. Existe, además, lo que se llama “antigua tuberculina”, que es inofensiva para una persona sana, pero que estimula y hace reproducir cualquier lesión pulmonar antigua. ¿Se da usted cuenta de la inteligencia de ese individuo? Las defunciones ocurrirían en diferentes partes del país; diferentes médicos atenderían a las enfermas, sin peligro de levantar sospechas. Me imagino que, además, cultivaba una sustancia que tiene la propiedad de retrasar e intensificar la acción de los bacilos escogidos.

—¡Es un desalmado de la peor especie! —exclamó el Inspector Japp.

Poirot prosiguió:

—Siguiendo mis órdenes, usted le contó que durante años había sufrido de una lesión pulmonar. En la jeringuilla se encontraron bacilos de «antigua tuberculina», cuando Cole arrestó al doctor Andersen. Como usted disfruta de buena salud, los microbios no le hubieran perjudicado en nada. Por eso insistí en que hiciera patente su antigua lesión pulmonar. Sin embargo, me aterrorizaba el pensar que pudiera escoger cualquier otro germen; pero respeté su valor y tuve que dejarla correr ese riesgo.

—¡Oh! De eso no hay que hablar —replicó animosamente la señorita Carnaby—. No me importa correr uno que otro. Sólo me asustan los toros desmandados y cosas por el estilo. Pero ¿tienen ustedes bastantes pruebas para condenar a ese malvado?

Japp gesticuló.

—Gran cantidad de ellas —dijo—. Tenemos un laboratorio, los cultivos y todo lo que empleaba en su negocio.

—Es posible, según creo —intervino Poirot—, que haya cometido una larga serie de asesinatos. Yo diría que no le expulsaron de la Universidad alemana porque su madre fuera judía. Eso sólo fue una bonita historia para entrar en este país y ganar simpatías. En realidad, creo que es de pura raza aria.

La señorita Carnaby suspiró.

—¿En qué ha estado pensando? —preguntó Poirot.

—Estaba pensando —replicó ella— en un maravilloso sueño que tuve durante la primera fiesta… supongo que sería el *hashish*. ¡De qué forma tan magnífica arreglé el mundo! Sin guerras, sin pobreza, sin enfermedades, sin fealdad…

—Debió de ser un sueño estupendo —dijo Japp con envidia.

La señorita Carnaby se levantó de un salto.

—Debo irme a casa —atajó—. Emily estará impaciente. Y me he enterado de que el pobrecito *Augusto* me ha echado mucho de menos.

Hércules Poirot observó, mientras sonreía:

—Tal vez temía que, como hace él, fuera usted a «morir por Hércules Poirot».

Las manzanas de las Hespérides

(The Apples of the Hesperides).

1

Hércules Poirot contempló al hombre que se sentaba tras la gran mesa de caoba. Reparó en las espesas cejas, en la boca de línea vulgar, en la barbilla de trazo agresivo y en los penetrantes ojos de visionario. Mirándolo se dio cuenta de por qué Emery Power se había convertido en una potencia financiera.

Y cuando sus ojos se posaron sobre las manos largas y delicadas, de exquisita forma, que descansaban sobre la mesa, entendió también cómo había adquirido la reputación de ser un gran coleccionista. Se le conocía en ambos lados del Atlántico como un experto en obras de arte. Y su pasión por lo artístico corría parejas con su pasión por lo histórico. No le bastaba con que una cosa fuera hermosa; pedía también que estuviera acompañada por una tradición histórica.

Emery Power estaba hablando. Su voz no era estridente; al contrario, hablaba con tono bajo, pero incisivo, mucho más efectivo que si hubiera utilizado un volumen mayor de sonido.

—Ya sé que usted no se encarga de muchos casos en estos días. Pero creo que se ocupará de éste.

—Entonces, ¿se trata de un asunto de mucha importancia?

—Es de mucha importancia para mí —replicó Emery Power.

Poirot guardó una actitud expectante, ladeando ligeramente la cabeza. Parecía un petirrojo meditabundo.

El otro prosiguió:

—Se trata de la recuperación de una obra de arte. Para ser exacto, de una copa de oro cincelado, que data del Renacimiento. Se dice que la usaba el papa Alejandro VI, Rodrigo Borgia. En algunas ocasiones la presentaba a un huésped privilegiado para que bebiera. Y aquel huésped, señor Poirot, solía morir poco después.

—Una bonita historia —contestó Poirot.

—Esta copa siempre estuvo asociada con la violencia. La robaron más de una vez y se han cometido asesinatos para conseguir su posesión. Un rastro de sangre ha seguido su curso a través de los siglos.

—¿En razón a su valor intrínseco o por otras razones?

—Su valor intrínseco es ciertamente considerable. El trabajo en orfebrería es exquisito y hasta dicen que la cinceló Benvenuto Cellini. Tiene la forma de un árbol a cuyo tronco se enrosca una serpiente formada de joyas. Las manzanas del árbol están hechas con unas magníficas esmeraldas. Estas esmeraldas son muy hermosas, así como los rubíes que forman la serpiente. No obstante, el valor real de la copa radica en sus asociaciones históricas. El marqués de San Veratrino la puso en venta en el año 1929. Los coleccionistas pujaron y sobrepujaron, hasta que por fin conseguí que me la adjudicaran por una cantidad igual a treinta mil libras, según el cambio que regía entonces.

Poirot levantó las cejas.

—¡Una cantidad principesca! El marqués de San Veratrino fue muy afortunado —comentó.

—Cuando quiero de veras una cosa estoy dispuesto a pagar lo que sea, *monsieur* Poirot —replicó Emery Power.

El detective observó suavemente:

—Sin duda habrá oído usted el proverbio español que dice: «Toma lo que quieras… pero págalo, dijo Dios».

Durante unos instantes el financiero frunció el ceño y un ligero destello colérico asomó a sus ojos.

—Va usted en camino de convertirse en un filósofo, *monsieur* Poirot —dijo con frialdad.

—He llegado a la edad de la reflexión, *monsieur*.

—Sin duda. Pero las reflexiones no me devolverán mi copa.

—¿Cree usted que no?

—Creo que se necesita un poco de acción.

Hércules Poirot asintió plácidamente.

—Mucha gente incurre en la misma equivocación. Pero le ruego que me perdone, señor Power, por esa disgresión del asunto que nos ocupa. Decía usted que compró la copa al marqués de San Veratrino…

—Exactamente. Y lo que me queda por decirle es que me la robaron antes de que llegara a mi poder.

—¿Y cómo ocurrió eso?

—Entraron a robar en el palacio del marqués, precisamente el mismo día en que se efectuó la subasta. Los ladrones se llevaron ocho o diez obras de arte renacentista, incluida la copa.

—¿Qué se hizo para rescatar lo robado?

Power se encogió de hombros.

—La policía se encargó del caso, desde luego. La fechoría se atribuyó a una conocida banda internacional de ladrones. Dos de ellos, un francés llamado Dublay *y* un italiano apellidado Ricovetti, fueron detenidos y juzgados. Parte de lo robado fue hallado en su poder.

—Pero la copa de los Borgia no, ¿verdad?

—Eso es. Según la policía, tres hombres intervinieron en el robo; los dos que acabo de mencionar y un tercero, un irlandés llamado Patrick Casey. Un «palquista» de primera clase; fue él quien materialmente llevó a cabo el robo. Dublay era el cerebro de la organización y el que planeaba los golpes; Ricovetti conducía el automóvil y aguardaba a que Casey le fuera pasando los objetos robados.

—¿Dividían el botín en tres partes?

—Posiblemente. Pero los artículos que se recuperaron fueron los de menos valor. Parece probable que los más valiosos y notorios fueron sacados rápidamente del país.

—¿Y qué pasó con Casey? ¿No lo pudo coger la Justicia?

—No; en el sentido a que usted se refiere. Era un hombre de bastante edad y sus músculos ya no eran tan elásticos como antes. Al cabo de dos semanas cayó desde un quinto piso y se mató en el acto.

—¿Dónde ocurrió eso?

—En París. Intentaba robar en casa del banquero millonario Davauglier.

—¿Y no ha vuelto a verse la copa desde entonces?

—Exactamente.

—¿No se puso nunca en venta?

—Estoy completamente seguro de que no. Puedo afirmar que no sólo la policía, sino mis agentes privados han estado alerta por si se presentaba tal circunstancia.

—¿Qué paso con el dinero que había usted pagado?

—El marqués, que era un hombre muy puntilloso, quiso devolvérmelo, puesto que la copa había sido robada en su casa.

—¿Y usted no aceptó?

—No.

—¿Por qué?

—Tal vez porque quería conservar en mi mano las riendas del asunto.

—¿Quiere usted decir que si hubiera aceptado la oferta del marqués, la copa seguiría siendo de él, en el caso de recuperarse; mientras que ahora, al haber rechazado el dinero, es legalmente de usted?

—Ni más ni menos.

—¿Y qué se escondía tras su actitud, señor Power? —preguntó Poirot.

El financiero sonrió y dijo:

—Ya veo que toma en consideración tal punto. Pues bien, *monsieur* Poirot; fue una cosa simple en extremo. Creí saber quién se quedó con la copa.

—Muy interesante. ¿Quién fue?

—*Sir* Reuben Rosenthal. No solamente era coleccionista como yo, sino que en aquellos tiempos era mi enemigo personal. Habíamos sido rivales en varias operaciones financieras, de las que siempre salí yo ganando. Nuestra animosidad culminó cuando rivalizamos en la compra de la copa de los Borgia. Ambos estábamos dispuestos a quedarnos con ella. Era una cuestión de honor, o poco menos. Nuestros representantes pujaron en la subasta uno contra otro.

—Y la puja final del representante de usted hizo que le adjudicaran el tesoro, ¿verdad?

—No. No fue así, precisamente. Tomé la precaución de situar en la subasta a un segundo agente mío; aunque aparentemente figuraba como representante de un anticuario de París. Ni *sir* Reuben ni yo hubiéramos estado dispuestos a rendirnos el uno al otro; pero si permitíamos que un tercero se llevara la copa, con la posibilidad de tratar después con él reservadamente… era una cosa diferente por completo.

—De hecho, una *petite déception*.

—Eso es.

—Y la cosa tuvo éxito, si bien, poco después, *sir* Reuben descubrió la jugarreta, ¿verdad?

—Así fue, en efecto.

Poirot sonrió con expresión comprensiva.

—Ya comprendo su posición —dijo—. Creyó usted que *sir* Reuben, dispuesto a no dejarse derrotar, encargó deliberadamente el robo, ¿verdad?

Emery Power levantó una mano.

—¡No, no! No hubiera sido tan chabacano. Podía decirse… que poco después *sir* Reuben hubiera comprado una copa de estilo Renacimiento de procedencia no especificada.

—¿Cuya descripción había sido hecha circular por la policía?

—La copa no tenía que estar expuesta a la vista de todo el mundo.

—¿Cree usted que habría sido suficiente para *sir* Reuben el saber que la copa era suya?

—Sí. Y, además, de haber aceptado yo la oferta del marques, le hubiera sido posible a *sir* Reuben hacer luego un trato con él, pasando la copa legalmente a su poder.

Hizo una corta pausa y luego prosiguió:

—Pero reteniendo mis derechos de propiedad, tenía posibilidad de recobrar lo que me pertenecía.

—Quiere usted decir —observó bruscamente Poirot— que de esa forma podía disponer que le robaran la copa a *sir* Reuben, ¿verdad?

—Robarla, no, *monsieur* Poirot. Me limitaría a recuperar lo que era mío.

—Pero me parece que no tuvo usted mucho éxito.

—Por una razón de peso. Rosenthal nunca tuvo la copa en su poder.

—¿Cómo lo sabe?

—Recientemente intervine en una operación financiera relacionada con el petróleo. En ella coincidieron los intereses de Rosenthal y los míos. Éramos aliados y no enemigos. Le hablé francamente sobre el asunto y me aseguró enseguida que la copa jamás estuvo en sus manos.

—¿Y le creyó usted?

—Sí.

Poirot comentó pensativamente:

—Entonces, durante cerca de diez años ha estado usted, como dicen aquí, ladrando al árbol en que no estaba el ladrón.

—Sí; eso es, exactamente, lo que he estado haciendo —respondió con amargura el financiero.

—Y ahora… debe empezarlo todo desde el principio.

El otro asintió.

—Ahí es donde entro yo, ¿verdad? Soy el perro que pone usted a seguir un rastro viejo… muy viejo.

Emery Power replicó con sequedad:

—Si se hubiera tratado de un asunto fácil no le hubiera llamado. Pero si cree usted imposible…

Había dado con la palabra apropiada. Hércules Poirot se irguió y dijo:

—¡No conozco la palabra «imposible», *monsieur*! Sólo me preguntaba… si el caso es lo suficientemente interesante para que yo me encargue de él.

El financiero sonrió de nuevo.

—Tiene su interés… Cifre usted mismo sus honorarios.

El hombrecillo miró a su interlocutor y preguntó suavemente:

—¿Tanto desea esa obra de arte? ¡Tal vez no llegue a tanto su interés!

Emery Power replicó:

—Podríamos decir que igual que usted, yo no acepto la derrota.

Hércules Poirot inclinó la cabeza.

—Sí… —dijo—. Si es así… lo comprendo.

2

El inspector Wagstaffe pareció interesado por la pregunta.

—¿La copa de Veratrino? Sí, lo recuerdo perfectamente. Estuve encargado del caso, en lo que se refería a su ramificación inglesa. Hablo un poco el italiano y fui allí para entrevistarme con los «macarronis». La copa no se vio más desde entonces. Fue un caso curioso.

—¿Y qué explicación le da usted a eso? ¿Una venta privada?

Wagstaffe sacudió la cabeza.

—Lo dudo. Desde luego, es remotamente posible. No, no; mi explicación es mucho más simple. Escondieron la copa, y el único hombre que conocía el escondrijo ha muerto.

—¿Se refiere usted a Casey?

—Sí. Pudo haberla escondido en algún sitio de Italia, o pudo arreglárselas para sacarla de allí. Pero la escondió, y sea donde fuere, tenga la seguridad de que todavía está allí.

Hércules Poirot suspiró.

—Es una teoría novelesca. Las perlas embutidas en una figura de escayola… ¿cómo se llamó aquel caso…? Ah, sí, «El busto de Napoleón». Pero ahora no se trata de joyas, sino de una copa grande y sólida. No es fácil de ocultar.

Wagstaffe lamentó:

—No lo sé. Supongo que podría hacerse. Bajo el entarimado del piso… o algo parecido.

—¿Tenía Casey un lugar propio?

—Sí… en Liverpool —gesticuló—. No estaba bajo el entarimado. Ya nos preocupamos de averiguarlo.

—¿Y qué me dice de su familia?

—La mujer era una persona decente; estaba tuberculosa. Sentía gran temor por la clase de vida que llevaba su marido. Era muy religiosa, una ferviente católica; pero nunca tuvo ánimos para abandonarle. Murió hace un par de años. La hija se parecía a su madre… y profesó en un convento. El hijo fue diferente y salió al padre. Lo último que supe de él es que estaba cumpliendo condena en América.

Poirot escribió la palabra «América» en su agenda.

—¿No es posible que el hijo de Casey conociera el escondrijo? —preguntó.

—No lo creo. De conocerlo a estas horas la copa estaría en manos de cualquier comprador de objetos robados.

—La pudieron fundir, ¿verdad?

—Tal vez sea eso lo más probable. Pero no sé… tenía mucho valor para los coleccionistas; y los negocios de esa clase de gente son muy curiosos. ¡Se asombraría

usted si conociera alguno de ellos! Algunas veces —añadió virtuosamente Wagstaffe — creo que los coleccionistas no saben lo que es la moralidad.

—¡Ah! Entonces, ¿no se sorprendería si, por ejemplo, *sir* Reuben Rosenthal estuviera mezclado en uno de esos «curiosos negocios»?

Wagstaffe hizo una mueca.

—No sería nada extraño. Se le tiene por poco escrupuloso en lo que a obras de arte se refiere.

—¿Qué me cuenta de los otros miembros de la banda?

—Ricovetti y Dublay fueron sentenciados a unos cuantos años de cárcel. Creo que saldrán pronto.

—Dublay es francés, ¿verdad?

—Sí; era el que dirigía la banda.

—¿Había otros componentes?

—Una muchacha; Red Kate se llamaba. Se empleó de doncella y descubrió un arcón… donde se guarda la plata, etcétera. Creo que fue en Australia cuando se disolvió la banda.

—¿Alguien más?

—Un tipo llamado Yougouian, de quien se creyó que estaba asociado con ellos. Es comerciante y tiene su cuartel general en Estambul, pero también opera en París, donde posee una tienda. No se pudo probar nada contra él… pero es un individuo muy escurridizo.

Poirot suspiró y miró su agenda. En ella había escrito: «América, Australia, Francia, Italia y Turquía».

—Le pondré un cinturón al mundo.

—¿Qué decía? —preguntó el inspector Wagstaffe.

—Observaba —respondió Hércules Poirot— que parece indicada una vuelta al mundo.

3

Poirot tenía la costumbre de discutir los casos con su criado, el eficiente George. Es decir, Poirot hacía ciertas observaciones a las cuales George replicaba con la sabiduría que había acumulado en el transcurso de su carrera de sirviente de caballeros.

—Si te encontraras con la necesidad de llevar a cabo unas investigaciones en cinco partes diferentes del mundo, ¿qué harías, George?

—Los viajes aéreos son muy rápidos, señor, aunque algunos dicen que trastornan el estómago. Yo no puedo asegurarlo, pues nunca volé.

—Y uno se pregunta, ¿qué es lo que hubiera hecho Hércules?

—¿Se refiere usted al campeón ciclista, señor?

—O simplemente —prosiguió Poirot sin hacer caso de la observación— ¿qué es lo que hizo? Y la respuesta es, George, que viajó sin descanso. Pero, al fin, se vio obligado a solicitar información de Prometeo, según unos, y de Nereo, según otros.

—¿De veras, señor? —dijo George—. Nunca oí hablar de esos dos caballeros. ¿Acaso eran los dueños de unas agencias de viajes, señor?

Hércules Poirot, disfrutando del sonido de su propia voz, siguió:

—Mi cliente, Emery Power, sólo entiende una cosa… ¡acción! Pero no conduce a nada el gastar energías en acciones innecesarias. Hay en la vida, George, una hermosa regla que dice: «Nunca hagas tú mismo lo que otros pueden hacer por ti».

—La encuentro muy razonable, señor.

—Especialmente —añadió el detective al tiempo que se levantaba y se dirigía hacia la librería— cuando no hay que preocuparse por los gastos.

Cogió una carpeta rotulada con la letra D y la abrió por la división que indicaba: «Detectives - Agencias de confianza».

—El Prometeo moderno —dijo—. Te agradeceré, George, que me escribas unos cuantos nombres y direcciones. Señores Hankerton, Nueva York. Señores Landen y Bosher, Sidney. Señor Giovanni Mezzi, Roma. M. Nahum, Estambul, y señores Roger y Franconard, París.

Esperó a que George acabara de escribir y luego observó:

—Ahora ten la bondad de ver a qué hora salen los trenes para Liverpool.

—Sí, señor. ¿Va usted a Liverpool, señor?

—Me temo que sí. Es posible, George, que deba ir más allá todavía, pero no por ahora.

4

Tres meses más tarde, Hércules Poirot se encontraba sobre un peñasco, mirando la inmensidad del océano Atlántico. Las gaviotas revoloteaban lanzando largos y melancólicos gritos.

Poirot experimentó la sensación, nada extraña en aquellos que llegaban a Inishgowland por primera vez, de que se encontraba en el fin del mundo. Jamás había imaginado nada tan remoto, tan desolado y abandonado. Tenía belleza; una belleza triste y hechizada. La belleza de un pasado lejano e increíble. Allí, en el oeste de Irlanda, no estuvieron nunca los romanos; nunca construyeron un campamento fortificado, ni una calzada útil y cuidada. Era una tierra donde el sentido común y el orden en la vida eran desconocidos.

El detective miró la punta de sus zapatos de charol y suspiró. Se sintió abandonado y solo. Las normas a que ajustaba su vida no eran apreciadas allí.

Sus ojos recorrieron lentamente la desolada costa y luego, una vez más, miraron el ancho mar. Allá lejos, según decía la leyenda, estaban las Islas de la Felicidad, la Tierra de la Juventud.

Murmuró:

—El manzano de los cánticos y el oro…

Y de pronto Hércules Poirot volvió a ser el mismo; el encanto estaba roto y, una vez más, su yo armonizaba con los zapatos de charol y el elegante traje de color gris oscuro.

Desde un lugar no muy lejano llegó a él el tañido de una campana. Sabía lo que quería decir aquel toque. Era un sonido que le había sido familiar desde su infancia.

Recorrió apresuradamente el acantilado y al cabo de unos diez minutos divisó un edificio situado sobre los farallones. Lo rodeaba una alta tapia, cuya única abertura era una gran puerta de madera claveteada. Poirot llegó ante ella y golpeó un enorme llamador de hierro. Después, con toda precaución, tiró de una herrumbrosa cadena y en el interior se oyó el rápido tintineo de una campana.

Se descorrió el panel de la puerta y apareció una cara. Era una cara suspicaz, enmarcada por blanca y almidonada toca. Sobre el labio superior se veía un bigote bastante señalado, pero la voz era de mujer. La voz de lo que Hércules Poirot llamaba una *femme formidable*. Le preguntaron qué deseaba.

—¿Es éste el convento de Santa María de los Ángeles?

La monja contestó con aspereza:

—¿Y qué otra cosa podía ser?

Poirot no se atrevió a replicar a ello.

—Desearía ver a la madre superiora —expuso.

La portera no parecía estar muy de acuerdo con aquel deseo, pero al fin accedió. Corrió las barras, abrió la puerta y condujo a Poirot hasta una habitación pequeña y

desnuda donde se recibía a los visitantes del convento.

Al poco rato entró otra monja. El rosario que llevaba pendiente del cinturón se balanceaba y sus cuentas entrechocaban entre sí al andar.

Poirot era católico y entendía perfectamente la atmósfera que le rodeaba en aquel instante.

—Le ruego que me dispense por venir a molestarla, *ma mere* —dijo. Creo que en este convento hay una *religieuse* que en el mundo se llamó Kate Casey.

La madre superiora inclinó la cabeza asintiendo y dijo:

—Así es. En religión, la hermana María Orsula.

—Hay una injusticia que necesita ser reparada —observó el detective—. Y estimo que la hermana María Orsula podrá ayudarme. Tal vez me facilite ciertos informes de mucha importancia.

La madre superiora sacudió la cabeza. Su cara tenía un aspecto de total placidez y su voz era reposada y distante.

—La hermana María Orsula no podrá ayudarle —dijo.

—Pero le aseguro…

—La hermana María Orsula murió hace dos meses.

5

En el bar del hotel de Jimmy Donovan, Hércules Poirot estaba sentado incómodamente, recostado contra la pared. El establecimiento no respondía a la idea general que Poirot tenía de los hoteles y de lo que éstos debían ser. La cama que le dieron estaba rota, así como dos vidrios de la ventana de su habitación, por donde se colaba aquel vientecillo nocturno que tanto desagradaba al detective. El agua caliente que le llevaron estaba solamente tibia y lo que le dieron para comer le estaba produciendo una dolorosa sensación en su interior.

Había cinco hombres en el bar. Hablaban de política. Poirot no pudo entender la mayor parte de lo que decían, pero aquello no le preocupaba mucho.

Al cabo de un rato, uno de los hombres se sentó a su lado. Era ligeramente diferente de los otros. Se notaba que había vivido en la ciudad durante algún tiempo. Con gran dignidad se dirigió a Poirot.

—Le aseguro, señor, que Peggen's Princesse no tiene ninguna posibilidad… acabará la carrera en último lugar… ¡en el mismísimo último lugar! Siga mi consejo… como hacen todos. ¿Sabe usted quién soy yo, señor? ¿Lo sabe? Pues soy Atlas… Atlas, del *Dublin Son*… y he aconsejado ganadores durante toda la temporada. ¿No fui yo quien aconsejó a Larry's Girl? Veinticinco a uno… ¡fíjese…!, veinticinco a uno. Haga caso a Atlas y no se equivocará.

Hércules le miró con extraña reverencia.

—¡*Mon Dieu*, es un presagio! —murmuró con voz trémula.

6

Varias horas después, la luna se asomaba coquetamente de vez en cuando por entre los claros que formaban las nubes. Poirot y su nuevo amigo habían caminado varias millas. El detective cojeaba. Por su mente cruzó la idea de que, al fin y al cabo, debían existir unos zapatos más apropiados para ir por el campo que los de charol que llevaba en aquel momento. George le había insinuado respetuosamente que se llevara un buen par de abarcas.

Poirot no hizo caso de aquella idea, pues le gustaba llevar los pies bien calzados y relucientes. Pero ahora, correteando por aquel pedregoso sendero, se dio cuenta de que había otra clase de calzado…

Su compañero observó de pronto:

—¿No cree que ésta es la mejor forma de ponerme a mal con el cura? No quiero tener un pecado mortal sobre mi conciencia.

—Tan sólo ayudará a devolver al César lo que es del César —aseguró Poirot.

Habían llegado junto a la tapia del convento y Atlas se preparó para ejecutar su parte.

Exhaló un gemido y declaró con voz baja y lastimera que estaba hecho trizas.

Poirot habló con acento autoritario.

—Estése quieto. No es el peso del mundo el que ha de soportar…, sino tan sólo el de Hércules Poirot.

7

Atlas daba vueltas a los billetes de cinco libras.

—Tal vez no me acuerde mañana de la forma en que los he ganado. Estoy muy preocupado pensando lo que va a decir de mí el Padre O'Reilly.

—Olvídese de todo, amigo mío. Mañana el mundo será suyo.

Atlas murmuró:

—¿Y por quién apostaré? Tengo a «Wodking Lad» que es un buen caballo, ¡un caballo estupendo! Y está «Sheila Boyne». Siete a uno me la pagaron una vez.

Se detuvo.

—¿Lo he soñado o he oído que mencionaba usted el nombre de un dios pagano? Hércules ha dicho usted y loado sea Dios, mañana corre un caballo llamado «Hércules» en la carrera de las tres y media.

—Amigo mío —dijo Poirot—, apueste su dinero por ese caballo. Se lo digo yo: «Hércules» no puede fallar.

Y es absolutamente cierto que al día siguiente el caballo «Hércules» de la cuadra del señor Rosslyn, venció inesperadamente las Boynas Stakes, pagándose sesenta a uno.

8

Con mucho cuidado, Hércules Poirot desató aquel paquete tan bien hecho. Primero el papel fuerte exterior, luego quitó el papel intermedio y por fin, el de seda.

Sobre la mesa, frente a Emery Power, puso una relumbrante copa de oro. Esculpido en ella se veía un árbol con manzanas, figuradas por verdes esmeraldas.

El financiero aspiró profundamente el aire.

—Le felicito, *monsieur* Poirot.

El detective hizo una pequeña reverencia.

Emery Power extendió una mano y tocó el borde de la copa, pasando por él la yema de sus dedos.

Con voz profunda dijo:

—¡Mía!

Poirot convino:

—¡Suya!

El otro lanzó un audible suspiro y se recostó en su asiento. Luego, como si estuviera hablando de un negocio cualquiera, preguntó:

—¿Dónde la encontró?

—En un altar —respondió el detective.

Emery Power lo miró con fijeza.

—La hija de Casey era monja. Iba a hacer los últimos votos cuando murió su padre. Era una muchacha ignorante, pero muy devota. La copa estaba escondida en casa de su padre, en Liverpool. Se la llevó al convento deseando, según creo, ofrecerla como reparación de los pecados de su progenitor. La dio para que se usara a la mayor gloria de Dios. Me figuro que ni las propias monjas se dieron cuenta de su valor. La tomaron, probablemente, como una herencia familiar. Para ellas era un cáliz y como tal lo utilizaron.

—¡Una historia extraordinaria! —opinó el financiero, y añadió—: ¿Qué le guió hasta allí?

Poirot se encogió de hombros.

—Tal vez… un proceso de eliminación. Y, además, la rara circunstancia de que nadie hubiera tratado de desprenderse de la copa. Ello quería significar que se hallaba en un sitio donde no se había dado valor alguno a las cosas materiales. Recordé que la hija de Patrick Casey era monja.

Power observó con efusión:

—Bueno, como le dije antes, le felicito. Dígame a cuánto ascienden sus honorarios y le extenderé un cheque.

—No voy a cobrarle ningún honorario —dijo Poirot.

El otro le contempló asombrado.

—¿Qué quiere decir?

—¿No leyó nunca cuentos de hadas cuando era niño? En ellos suele decir el rey: «Pídeme lo que quieras».

—Entonces, va usted a pedir algo, ¿verdad?

—Sí; pero no dinero. Simplemente una súplica.

—Bien, ¿de qué se trata? ¿Quiere que le aconseje sobre el mercado de valores?

—Eso sería dinero bajo otra forma. Mi petición es mucho más sencilla.

—¿Qué es?

Poirot puso sus manos sobre la copa.

—Devuélvala al convento.

Hubo un momento de silencio y luego Emery Power preguntó:

—¿Está usted loco?

Hércules Poirot sacudió la cabeza.

—No; no lo estoy. Espere; voy a enseñarle una cosa.

Cogió la copa y con una uña presionó entre las abiertas mandíbulas de la serpiente enroscada al árbol. En el interior se corrió una pequeña porción del fondo, descubriendo una abertura que comunicaba con el pie de la copa, que era hueco.

—¿Ve usted? —dijo Poirot—. Ésta era la copa del papa Borgia. A través de este agujerito pasaba un veneno al líquido que llenaba la copa. Usted mismo dijo que la historia de ella era perversa. Violencia, sangre y malas pasiones acompañaron a su posesión. Y la maldad puede llegar hasta usted si se la queda.

—¡Eso son supersticiones!

—Posiblemente. Pero ¿por qué tiene tanto interés en poseerla? No será por su belleza ni por su valor. Tendrá usted cientos, tal vez miles de objetos raros y hermosos. Desea poseer ésta para dar satisfacción a su orgullo. Estaba usted determinado a no dejarse vencer. *Eh bien*, lo ha conseguido. ¡Ha ganado! La copa está ya en su poder. Pero ahora, ¿por qué no lleva a cabo un acto grande y desinteresado? Devuélvala al sitio donde se conservó en paz durante cerca de diez años. Deje que la maldad que lleva consigo se purifique allí. Puesto que perteneció a la Iglesia anteriormente, deje que vuelva a ella. Deje que la pongan de nuevo sobre el altar, purificada y absuelta, tal como esperamos que sean purificadas y absueltas de sus pecados las faltas de todos los hombres.

Se inclinó hacia delante.

—Permítame que le describa el lugar donde la encontré… El Jardín de la Paz, mirando sobre el Mar Occidental hacia el olvidado Paraíso de la Juventud y la Eterna Belleza…

Siguió hablando, describiendo con palabras sencillas el remoto encanto de Inishgowland.

Emery Power se había reclinado sobre el respaldo del sillón, con una mano puesta sobre los ojos.

—Nací en la costa occidental de Irlanda —dijo por fin—. Salí de allí, cuando todavía era un muchacho, y me fui a América.

—Algo había oído de eso —observó Poirot.

El financiero se irguió. Sus ojos volvieron a tener su expresión penetrante. Con la sonrisa en los labios, dijo:

—Es usted un hombre extraño, Poirot. Tendrá lo que quiere. Llévese la copa al convento y entréguela como donativo mío. Un regalo costoso. Treinta mil libras… ¿y qué conseguirá a cambio?

Poirot replicó con gravedad:

—Las monjas harán decir misa por la salvación de su alma.

La sonrisa del potentado se ensanchó… Fue una sonrisa anhelante y ansiosa.

—¡Al fin y al cabo, será una inversión! Tal vez la mejor que haya hecho nunca…

9

En el pequeño locutorio del convento, Hércules Poirot relató su historia y devolvió el cáliz a la madre superiora.

—Dígale que le damos las gracias y que rezaremos por él —murmuró la monja.

—Necesita de sus oraciones —observó suavemente Hércules Poirot.

—¿Tan infeliz es?

—Sí; tan infeliz que olvidó lo que es la felicidad. Tan infeliz, que él mismo no sabe que lo es.

La mujer comentó:

—¡Ah! Un hombre rico…

Hércules Poirot no replicó… porque sabía que aquello no tenía réplica.

La captura del Cancerbero

(The Capture of Cerberus).

1

Hércules Poirot viajaba en un vagón del «metro» zarandeado de aquí para allá, tropezando ora con uno de los viajeros, ora con otro. Por su mente pasó el pensamiento de que había demasiada gente en el mundo. Y era cierto que, en aquel preciso momento, las seis y media de la tarde, había mucha gente en el mundo subterráneo de Londres. Calor, ruido, aglomeración, promiscuidad… la incómoda presión de manos, brazos, cuerpos y hombros. Cercado y prensado por extraños.

Todas aquellas jóvenes que le rodeaban eran tan iguales, tan faltas de encanto, tan vacías de atractivo y rica femineidad… ¡Ah!, qué no daría él por ver una *femme du monde*, *chic*, simpática, *spirituelle*…

El tren se detuvo en una estación y la gente salió del vagón empujando a Poirot. El convoy arrancó de nuevo con una sacudida y Poirot se vio lanzado contra una corpulenta mujer cargada de paquetes; murmuró *Pardon!*, y a continuación tropezó con un hombre delgado cuya cartera de mano se le incrustó en los riñones. Volvió a decir *Pardon!* Los bigotes se le estaban volviendo lacios. *Quel enfer!* Por fortuna se apeaba en la próxima estación.

Pero aquella estación pareció ser también la elegida por cerca de ciento cincuenta pasajeros más, pues se trataba de la de Piccadilly Circus. Como una gran ola cuando sube la marea, la gente se volcó sobre el andén e instantes después Poirot se vio cercado apretadamente de nuevo en una de las escaleras mecánicas que llevaban a la superficie de la tierra.

Por fin iba a salir de las regiones infernales, pensó el detective…

En aquel momento, una voz gritó su nombre. Sobresaltado, el detective levantó la vista. En la escalera opuesta, en la que descendía, sus incrédulos ojos contemplaron una visión del pasado. Una mujer de formas llenas y extravagantes; con el teñido cabello coronado por un pequeño plastrón de paja, sobre el que se veía todo un pelotón de pájaros de brillante plumaje. Unas pieles de aspectos exóticos colgaban de los hombros.

La pintada boca de la mujer se abrió de par en par y su voz, llena y de acento extranjero, resonó en el cerrado ámbito. Tenía buenos pulmones.

—¡Es él! —gritó—. ¡Es él! ¡*Mon chéri Hércules Poirot*!

—¡Tenemos que vernos otra vez! ¡Insisto en ello!

Pero el propio destino no es menos inexorable que dos escaleras mecánicas cuando se mueven en opuesta dirección. Lenta y despiadadamente, Hércules Poirot subió a la superficie, mientras la condesa Vera Rossakoff se hundía en las profundidades.

Retorciéndose e inclinado sobre el pasamanos, Poirot gritó con desesperación:

—*Chéri madame*…, ¿dónde la podré encontrar…?

La respuesta de ella le llegó confusa desde los abismos. Fue inesperada, aunque en aquel momento parecía extrañamente adecuada…

—En el infierno…

Hércules Poirot parpadeó y volvió a parpadear. De pronto se tambaleó. Había llegado sin darse cuenta a la parte superior de la escalera… y no se acordó de saltar a tiempo. La gente que le rodeaba se desparramó. Hacia uno de los lados, una muchedumbre se apretujaba ante la escalera que descendía. ¿Debía unirse a los que bajaban? ¿Fue aquello lo que quiso decir la condesa? No había duda de que viajar por las entrañas de la tierra, en las horas «punta», era el mismo infierno. Si fue aquello a lo que se refirió la condesa, Poirot estaba completamente de acuerdo con ella…

El detective avanzó con resolución, se introdujo a presión entre la masa de gente y volvió una vez más a las profundidades. Pero al pie de la escalera no había rastro de la condesa.

¿Se dirigió la condesa hacia la línea de Bakerloo o hacia la de Piccadilly? Poirot recorrió los dos andenes, uno tras otro. Pero por ningún lado vio la figura extravagante de la condesa Vera Rossakoff.

Cansado, molido y mortificado en extremo, Hércules Poirot ascendió nuevamente al nivel del suelo y fue a mezclarse con la batahola que reinaba en Piccadilly Circus. Llegó a casa, sintiendo en su interior una agradable agitación.

«En el infierno», había dicho ella. No era posible que le hubieran engañado los oídos.

¿Pero a qué se refería? ¿Al «metro» de Londres? ¿O debía tomar sus palabras en un sentido religioso? Aunque la forma de vida que llevaba hacía presumir que el infierno sería su destino cuando muriera, no era posible que su cortesía fuera a sugerir que Poirot estaba destinado necesariamente al mismo sitio.

Poirot suspiró. Pero no estaba derrotado. En su perplejidad, tomó la determinación más simple y recta. A la mañana siguiente, preguntó a la señorita Lemon, su secretaria.

La señorita Lemon era increíblemente fea, pero eficiente en extremo. Para ella, Poirot no era nadie en particular… era tan sólo su jefe, al que prestaba un excelente servicio. Sus pensamientos y sueños privados se centraban en un nuevo sistema de archivo que estaba perfeccionando en su imaginación.

—Señorita Lemon, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Desde luego, *monsieur* Poirot.

La señorita Lemon dejó de teclear en la máquina de escribir y esperó atenta.

—Si un amigo… o amiga, le citara en el infierno, ¿qué haría usted?

La secretaria, como de costumbre, no titubeó en contestar. Se sabía todas las respuestas.

—Creo que sería aconsejable reservar un mesa por teléfono —dijo.

Poirot la miró estupefacto.

—¿Reservaría… una mesa… por teléfono? —preguntó admirado.

La señorita Lemon asintió y acercó el teléfono.

—¿Para esta noche?

Y tomando la callada por consentimiento, marcó rápidamente un número.

—¿Temple Bar 14 578? ¿Es «El Infierno»…? ¿Haría el favor de reservar una mesa para dos? A nombre de *monsieur* Hércules Poirot; para las once.

Dejó el auricular y sus dedos volvieron a volar sobre las teclas de la máquina de escribir. Sobre su cara se veía un ligerísimo gesto de impaciencia. Parecía decir con él que, una vez cumplida su obligación, esperaba que su jefe le dejara continuar lo que estaba haciendo.

Pero Hércules Poirot necesitaba aclaraciones.

—¿Qué es, entonces, ese infierno? —preguntó.

La señorita Lemon lo miró algo sorprendida.

—¿No lo sabe usted, *monsieur* Poirot? Es un club nocturno. Hace poco tiempo que lo inauguraron y se ha puesto de moda. Creo que es de una rusa. Si quiere arreglaré las cosas para que le extiendan el carnet de socio antes de la noche.

Y con ello, como haciendo presente que ya había malgastado bastante tiempo, la señorita Lemon volvió a teclear eficientemente en su máquina.

Aquella noche, a las once, Hércules Poirot entró por una puerta sobre la que un letrero de neón mostraba discretamente a intervalos una letra tras otra. Un caballero vestido de frac rojo le ayudó a quitarse el abrigo.

Con un gesto le indicó un tramo de anchas escaleras que descendían al sótano. Sobre cada peldaño había escrita una frase.

La primera decía:

«Mi intención es buena…».

La segunda:

«Borra lo que has hecho y empieza de nuevo».

La tercera:

«Puedo dejarlo cuando quiera».

—Las buenas intenciones que pavimentan el camino del Infierno —murmuró Poirot—. *C’est bien imaginé, ça!*

Bajó la escalera. Al pie de ella había un estanque lleno de agua en la que flotaban nenúfares encarnados. Sobre él cruzaba un puente cuya forma recordaba la de una barca. Poirot lo atravesó.

A su izquierda, en una especie de gruta de mármol, estaba sentado el perro más grande, negro y feo que Poirot viera jamás. Se mantenía tieso e inmóvil. El detective deseó que no fuera de carne y hueso; pero en aquel instante el perro volvió la fea y feroz cabeza. Del fondo de su negro cuerpo salió un feroz gruñido sordo y apagado. Un sonido terrorífico.

Y entonces, Poirot vio un decorativo cesto lleno de galletas redondas para perros. Encima, un letrero rezaba: «Un regalo para *Cerbero*».

El perrazo tenía la vista fija en las galletas. Una vez más se oyó el sordo gruñido y Poirot, rápidamente, cogió una galleta y se la lanzó al perro.

Cerbero abrió la cavernosa boca y después se oyó un chasquido cuando las poderosas quijadas volvieron a cerrarse. El guardián del infierno había aceptado el regalo. Poirot siguió adelante y entró por una puerta abierta.

La sala no era muy grande. Estaba llena de mesitas, rodeando una pista para bailar. La iluminación provenía de unas lamparitas rojas; las paredes estaban adornadas con frescos y en uno de los extremos se veía una parrilla atendida por cocineros vestidos de diablos, con la cola y cuernos incluidos.

De todo ello se dio cuenta Poirot antes de que, con todo el impulso de su naturaleza rusa, la condesa Rossakoff, luciendo un esplendoroso traje de noche encarnado, cayera sobre él, con las manos extendidas.

—¡Ah! ¡Vino usted! ¡Mi querido… mi muy querido amigo! ¡Qué alegría volverlo a ver! Después de tantos años… tantos… ¿cuánto hace? No; no diremos los que son. Para mí, parece que fue ayer. No ha cambiado usted en lo más mínimo.

—Usted tampoco, *chérie amie* —exclamó Hércules Poirot, inclinándose sobre la mano de la dama.

No obstante, se daba cuenta ahora de que veinte años no pasan en balde. La condesa Rossakoff podía calificarse de ruina, sin pecar por falta de caridad. Pero, por lo menos, era una ruina espectacular. La exuberancia y el goce pleno de la vida todavía se veían en ella. Y además sabía mejor que nadie cómo halagar a un hombre.

Arrastró a Poirot hasta una mesa donde estaban sentados dos personas.

—Mi amigo, el célebre amigo *monsieur* Hércules Poirot —anunció—. ¡El terror de los malhechores! En cierta ocasión le tuve mucho miedo, pero ahora llevo una vida de extremo y virtuoso aburrimiento. ¿No es verdad?

El hombre delgado y ya de años a quien se dirigió contestó:

—Nunca diga que es aburrida, condesa.

—El profesor Liskeard —presentó ella—. El que sabe más cosas acerca de los tiempos pasados y el que me dio acertadas ideas para decorar esto.

El arqueólogo se estremeció ligeramente.

—Si hubiera sabido lo que se proponía… —murmuró—. El resultado no puede ser más aterrador.

Poirot observó detenidamente los frescos. En la pared de enfrente estaba Orfeo dirigiendo una orquestina, mientras Eurídice miraba ansiosa la parrilla. En otra de las paredes Osiris e Isis parecían estar lanzando una barca egipcia de ultratumba. En la tercera pared, varios jóvenes de ambos sexos tomaban el baño, sin más ropas que la que les dio la Naturaleza.

—«La tierra de la eterna juventud» —explicó la condesa. Y sin respirar, completó sus presentaciones—. Y ésta es mi pequeña Alice.

Poirot hizo una ligera reverencia a la segunda ocupante de la mesa; una muchacha de aspecto austero, que llevaba chaqueta y falda a cuadros. Usaba gafas de concha.

—Es muy lista —dijo la condesa Rossakoff—. Ha conseguido graduarse. Es psicóloga y sabe cuál es la causa de que los lunáticos sean lunáticos. No crea que es porque están locos, no. Existen toda clase de razones. Lo encuentro bastante raro.

La muchacha llamada Alice sonrió con amabilidad, aunque con un poco de desprecio. Con voz firme, le preguntó al profesor si quería bailar. El caballero pareció halagado, aunque indeciso.

—Solamente sé bailar el vals, señorita.

—Esto es un vals —replicó pacientemente Alice.

Se levantaron y empezaron a bailar, bastante mal por cierto.

La condesa Rossakoff suspiró. Y siguiendo sus propios pensamientos dijo:

—Y, sin embargo, la chica no está mal en realidad.

—Pero no se arregla —comentó Poirot sentenciosamente.

—Con franqueza —exclamó la condesa—. No consigo entender a la gente joven de ahora. No hacen nada por agradar. En mi juventud ésa era mi gran preocupación. Los colores que me favorecían; un poco de relleno en los trajes; el corsé apretado a la cintura. Y el pelo arreglado de forma que una resultara favorecida…

Se echó hacia atrás los bucles que le caían sobre la frente. Era innegable que todavía trataba de agradar con todas sus fuerzas.

—El contentarse con lo que la Naturaleza le dio a cada uno… me parece estúpido, ¡e insolente! La pequeña Alice escribe páginas y páginas acerca del amor, pero ¿cuántas veces la ha invitado un hombre a pasar el fin de semana en Brighton? Todo se reduce a palabras retumbantes sobre el trabajo, el bienestar de los obreros y el futuro del mundo. Tiene mérito, no lo niego; pero ¿es divertido? Fíjese en lo gris que esos jóvenes han vuelto el mundo. Todo son reglas y prohibiciones. Nada de eso ocurría cuando yo era joven.

—Y eso me recuerda…, ¿cómo está su hijo, *madame*? —preguntó Poirot.

En el último momento había dicho «hijo» en lugar de «su pequeño», acordándose de que habían pasado veinte años.

La cara de la condesa se iluminó con entusiasmo maternal.

—¡Mi querido Niki! Ahora es un grandullón, guapo y con unas espaldas… Está en América. Construye puentes, bancos, hoteles, grandes almacenes, ferrocarriles y todo lo que necesitan los americanos.

Poirot pareció estar un poco confundido.

—Entonces, ¿es ingeniero o arquitecto?

—¿Y qué importa eso? —dijo la condesa—. ¡Es adorable! No se preocupa más que de vigas de hierro, maquinaria y lo que llaman resistencia de los materiales. Cosas que nunca yo llegaré a comprender. Pero nos adoramos… siempre nos hemos querido mucho. Por eso quiero también a la pequeña Alice. Sí; están prometidos. Se conocieron en un avión, o un barco… o tal vez en el tren, pero se enamoraron mientras hablaban del bienestar de los obreros. Y cuando ella llegó a Londres vino a verme y la estreché contra mi corazón —la condesa se oprimió con las manos el

ancho seno—. Y entonces le dije: «Tú y Niki os queréis; y por lo tanto yo también te quiero… pero si lo amas, ¿por qué lo has dejado en América?». Me habló del «trabajo» que mi hijo estaba llevando a cabo y del libro que ella escribía. Francamente, no lo acabé de entender; pero yo siempre dije que se debe ser tolerante —y sin respirar añadió—: ¿Y qué me dice usted, *chéri ami*, acerca de todo lo que he hecho aquí?

—Está muy bien imaginado —dijo Poirot mirando a su alrededor con aire de aprobación—. Es *chic*.

El salón estaba lleno y se veía que el local había tenido éxito. Entre el público se encontraban lánguidas parejas vestidas con traje de etiqueta; bohemios con pantalones de pana y corpulentos caballeros ataviados con traje de calle. Los de la orquesta, vestidos de diablo, tocaban música moderna. No había duda. «El Infierno» tenía un extraordinario éxito.

—Aquí viene toda clase de gente —observó la condesa—. Debe ser así, ¿verdad? Las puertas del infierno están abiertas para todos.

—Excepto para los pobres —sugirió Poirot.

La condesa rió.

—¿No dicen que es muy difícil que un rico entre en el Reino de los Cielos? Es natural, entonces, que tengan prioridad en el infierno.

El profesor y Alice volvieron a la mesa y la condesa se levantó.

—Tengo que hablar con Arístides.

Cambió algunas palabras con el maestresala, un delgado Mefistófeles, y luego fue de mesa en mesa, hablando con los parroquianos.

El profesor, tras de enjugarse el sudor que le cubría la frente y tomar un sorbo de vino, dijo:

—Tiene personalidad, ¿verdad? La gente se da cuenta.

Luego se excusó y se dirigió a otra mesa donde trabó conversación con su ocupante. Cuando Poirot quedó solo con la muchacha, se sintió ligeramente turbado al encontrarse con la fría mirada de sus azules ojos. Era bonita, aunque turbadora.

—Todavía no sé su apellido —dijo el detective.

—Cunningham. Doctora Alice Cunningham. Tengo entendido que conoció a Vera en otros tiempos, ¿verdad?

—Hará unos veinte años.

—La considero como una interesante materia de estudio —dijo la doctora Alice Cunningham—. Naturalmente, me interesa como madre del hombre con quien voy a casarme; mas al propio tiempo me atrae desde un punto de vista profesional.

—¿De veras?

—Sí. Estoy escribiendo un libro sobre psicología criminal. La vida nocturna de este club me instruye mucho. Hay varios delincuentes que vienen aquí todos los días. Algunos me han contado sus vidas. Desde luego, usted ya conoce las tendencias de Vera… su afición al robo, quiero decir.

—Sí, sí… ya la conozco —dijo Poirot ligeramente sorprendido.

—Yo le llamo el complejo de Magpie. Ya sabe que sólo roba cosas que brillen. Nunca dinero; siempre joyas. Me ha enterado de que cuando era niña la mimaron y la consintieron; pero todo ello sin dejarla que tuviera contacto con personas extrañas. La vida le fue insufriblemente aburrida… aburrida y segura. Su naturaleza pedía drama; ansiaba que la castigaran. Eso es lo que hay en el fondo de su afición al robo. Necesitaba la «importancia», la «notoriedad» de ser castigada.

—Su vida no debió ser segura ni aburrida, como miembro del *ancien régime*, en Rusia, durante la Revolución —objetó Poirot.

Una expresión ligeramente divertida asomó a los pálidos ojos azules de ella.

—¡Ah! —exclamó—. ¿Miembro del *ancien régime*? ¿Se lo ha contado ella?

—No se puede negar que es una aristócrata —replicó Poirot, fiel a su amiga, aunque tuvo que apartar ciertos molestos recuerdos relativos a varios relatos muy vívidos que de su pasada existencia le había hecho la propia condesa.

—Cada uno cree lo que quiere creer —observó la señorita Cunningham, mirándole con ojos de profesional.

Poirot se sintió alarmado. Aquella chiquilla era capaz de decirle cuál era su complejo. Decidió llevar la guerra al campo enemigo. Le gustaba la compañía de la condesa Rossakoff, más que nada por su aristocrática *provenance* y no estaba dispuesto a que le estropeara su gusto aquella chica con gafas, de ojos insípidos, graduada en psicología.

—¿Sabe usted qué es lo que encuentro desconcertante? —preguntó.

Alice Cunningham no admitió con palabras que lo desconocía. Se limitó a mirarle con aspecto aburrido e indulgente. Poirot prosiguió:

—Me asombra que usted, que es joven y parecería bonita si se preocupara de ello… bueno; me sorprende que no haya sentido esa preocupación. Lleva usted esa chaqueta y esa sólida falda, con grandes bolsillos como si fuera a jugar al golf. Pero esto no es un campo de golf, sino un sótano con temperatura de setenta y un grados Fahrenheit. Le reluce la nariz, pero usted no se la empolva; y se ha pintado la boca sin poner ninguna atención, sin resaltar la curva de los labios. Es usted una mujer, pero no presta ninguna atención al hecho de serlo. Y yo le pregunto: ¿por qué? ¡Es una lástima!

Por un momento tuvo la satisfacción de vez que Alice Cunningham se volvía más humana. Hasta un relámpago de ira pasó por sus ojos. Luego recobró su actitud de menosprecio.

—Mi apreciado *monsieur* Poirot —dijo la joven—, me temo que no está usted al corriente de la ideología moderna. Lo que importa es lo fundamental… no los adornos.

Levantó la vista en el instante en que un joven, apuesto y elegante, se acercaba a ellos.

—Éste sí que es un tipo interesante —murmuró ella con deleite—. ¡Paul Varesco! Vive a costa de las mujeres y tiene unas extrañas y depravadas tendencias. Necesito que me cuente algo más acerca de una niñera que cuidaba de él cuando tenía tres años.

Poco después estaba bailando con el joven, que seguía el ritmo maravillosamente. En una de las ocasiones en que pasaron junto a él, Poirot oyó que ella decía:

—¿Y después de pasar el verano en Bognor ella le regaló una grúa de juguete? Una grúa… sí; eso es muy interesante.

Durante un instante Poirot se permitió jugar con la idea de que el interés que mostraba la señorita Cunningham por aquellos tipos criminales podía ser la causa de que cualquiera día encontraran el cuerpo mutilado de la joven en algún bosque solitario. No le gustaba Alice Cunningham, pero era lo bastante sincero para reconocer que la razón de ello estribaba en el hecho de que la joven no se había impresionado en absoluto ante Hércules Poirot. ¡Su vanidad quedó malparada!

Luego vio algo que alejó momentáneamente a Alice Cunningham de sus pensamientos. En una de las mesitas situada al otro lado de la pista estaba sentado un joven de cabellos rubios. Llevaba traje de etiqueta y su apariencia era la de quien pasa una vida fácil y agradable. Frente a él se sentaba una chica cuyo aspecto coincidía con el de su acompañante. El muchacho la miraba con aire abstraído. Cualquiera diría a la vista de aquella pareja: «¡Un rico ocioso!». Pero Hércules Poirot sabía que aquel joven no era rico ni estaba ocioso. Era, en realidad, el detective inspector Charles Stevens, y a Poirot le pareció probable que su presencia en el local tuviera algo que ver con sus ocupaciones profesionales.

2

A la mañana siguiente Poirot fue a Scotland Yard para hacer una visita a su viejo amigo el inspector Japp.

La forma con que Japp recibió sus preguntas fue algo sorprendente.

—¡Viejo zorro! —dijo el policía afectuosamente—. ¡No sé cómo se las arregla para enterarse de estas cosas!

—Pues le aseguro que no sé nada… nada en absoluto. Sólo es fútil curiosidad.

Japp pensó para su capote que aquello podía contárselo a su abuela.

—¿Quiere usted saber todo lo que se relaciona con ese club llamado «El Infierno»? Pues bien, aparentemente es uno más de los que hay por ahí. Ha tenido éxito y debe ganar mucho dinero, aunque los gastos deben ascender a una respetable cantidad. La propietaria es una rusa que se hace llamar condesa.

—Conozco a la condesa Rossakoff —replicó Poirot con frialdad—. Somos viejos amigos.

—Pero sólo hace de pantalla —prosiguió Japp—. No fue ella quien puso el capital. Tal vez fue el jefe de los camareros, un tal Arístides Papopoulos. Tiene parte en el negocio, pero no creemos tampoco que sea él quien esté detrás de todo ello. En realidad, no sabemos de quién se trata.

—¿Y para saberlo va allí todas las noches el inspector Stevens?

—¡Oh! Vio usted a Stevens, ¿verdad? Bonito zángano está hecho; divirtiéndose a costa de los pobres contribuyentes. Se ha encontrado una mina.

—¿Y qué piensa hallar allí?

—Estupefacientes. Distribuidores de drogas en gran escala. Lo bueno del caso es que los compradores no las pagan con dinero, sino con piedras preciosas.

—¡Ajá!

—La cosa ocurre así, poco más o menos. *Lady* Tal, o la condesa Cual, tiene dificultad en conseguir dinero efectivo; o en todo caso, no quiere extraer crecidas sumas del Banco. Pero tiene joyas, que algunas veces son herencia de familia. Las lleva a un sitio para «limpiarlas» o «ajustarlas», y lo que hacen es quitar las joyas de sus engarces y reemplazarlas por piedras de imitación. Las gemas sueltas se venden luego aquí o en el Continente. La cosa no puede ser más sencilla; no se habla de robo, ni se organiza ningún escándalo. ¿Y qué pasa si tarde o temprano se descubre que una diadema o un collar son de piedras falsas? La pobre *lady* Tal está consternadísima y jura que el collar nunca se apartó de ella y que no tiene ni idea de cómo ni cuándo se efectuó la sustitución. Y allá va la pobre y sudorosa policía buscando doncellas despedidas, mayordomos recelosos y sospechosos limpiaventanas.

»Pero no somos tan simples como se figuran esas damas de la alta sociedad —prosiguió Japp—. Han ocurrido varios casos, uno tras otro, y en todos ellos hemos encontrado un denominador común: todas las mujeres afectadas mostraban los

efectos de las drogas… Nerviosismo, irritabilidad, contracciones de los músculos, dilatación de las pupilas, etcétera, etcétera. Pero queda en pie la pregunta: ¿De dónde sacan la droga y quién es la persona que se la proporciona?

—Y según cree usted, la respuesta está en «El Infierno».

—Suponemos que es el cuartel general de la banda. Ya hemos descubierto dónde se hace el cambio de las joyas. Es un taller propiedad de «Golconda, S. L.». Superficialmente es bastante respetable, pues se dedican a la fabricación de bisutería fina. Hay un tipo asqueroso llamado Paul Varesco… ¡Ah! Ya veo que lo conoce.

—Lo vi… en «El Infierno».

—Ahí es donde me gustaría verlo… pero de verdad. Es de lo peor que hay; pero las mujeres, aun las decentes, se vuelven locas por él. Tiene cierta relación con la «Golconda» y estoy por decir que es él quien se esconde tras «El Infierno». Es un sitio ideal para su propósito, pues allí va gente de todas clases: mujeres elegantes, jugadores profesionales. Un lugar apropiadísimo.

—¿Cree usted que el cambio de las joyas por los estupefacientes se hace allí?

—Sí. Ya conocemos la parte que se relaciona con el escamoteo de las joyas; y ahora necesitamos saber lo que se refiere a las drogas. Es preciso averiguar quién es el que proporciona el material y de dónde proviene éste.

—¿No tiene idea de ello por ahora?

—Yo diría que es la condesa rusa, pero no tenemos pruebas. Hace unas pocas semanas creímos que por fin habíamos conseguido algo. Varesco fue al taller de la «Golconda», recogió algunas piedras y después se dirigió hacia «El Infierno», llevándoselas consigo. Stevens lo estaba vigilando, pero no pudo ver cómo entregaba la droga. Cuando Varesco salió del local lo detuvimos… y no llevaba encima las piedras. Registramos el club y arrestamos a todos los que estaban dentro. Resultado: Ni drogas ni joyas.

—Un «fiasco» en realidad.

Japp dio un respingo.

—¡Y que lo diga! ¡Aquel registro casi nos hace enseñar la oreja! Mas por fortuna, en la redada cogimos a Paverel, el asesino de Battersea. Pura suerte, pues se le suponía en Escocia. Uno de nuestros sargentos lo reconoció. En fin, bien está lo que acaba bien; felicitaciones para nosotros y una estupenda propaganda para el club. Ahora está más concurrido que nunca.

—Pero las investigaciones sobre las drogas no han prosperado un ápice —comentó Poirot—. Tal vez hay un escondrijo por los alrededores.

—Puede ser, pero no lo hemos podido encontrar. No dejamos rincón sin registrar. Y confidencialmente, le diré que hasta hubo un registro extraoficial. —Guiñó un ojo—. Esto es de la más estricta reserva. Cuestión de forzar una cerradura y entrar. Pero no hubo éxito. Nuestro «investigador» extraoficial casi resulta despedazado por aquel perrazo. Al parecer, duerme allí.

—¡Ajá! ¿*Cerbero*?

—Sí. Vaya un nombre para un perro…

—*Cerbero* —murmuró Poirot pensativamente.

—¿Y qué le parece si nos echara una mano, Poirot? —sugirió—. Es un bonito problema y vale la pena probarlo. Aborrezco el tráfico de estupefacientes. Arruina a la gente en cuerpo y alma. Y eso sí que es «El Infierno» propiamente dicho.

—Esto lo complementaría todo… sí —habló Poirot como consigo mismo—. ¿Sabe cuál fue el duodécimo trabajo de Hércules?

—No tengo ni idea.

—La captura de *Cerbero*. Resulta apropiado, ¿no le parece?

—No sé de qué me está hablando, amigo mío; pero recuerde lo de «Cuidado con el perro, que muerde».

Y Japp se echó hacia atrás soltando una carcajada.

3

—Necesito hablar con usted, pero con la máxima formalidad —dijo Poirot.

Era todavía temprano y, a pesar de ello, el club se hallaba casi lleno. La condesa y Poirot ocupaban una mesa cercana a la puerta.

—No conozco lo que es la formalidad —protestó ella—. *La petite Alice*; ésa sí que es siempre formal, pero, *entre nous*, la encuentro muy aburrida. ¿Qué diversión va a encontrar mi pobre Niki? Ninguna.

—Sepa que le tengo a usted mucho afecto —continuó Poirot inmutable—. Y no quisiera verla en ningún apuro.

—¡Pero qué cosas más absurdas dice! Puede considerarse que ahora estoy encaramada en la cima y el dinero me viene a las manos.

—¿Es suyo este negocio?

Los ojos de la condesa se volvieron un poco evasivos.

—Claro —replicó.

—Pero tiene usted un socio.

—¿Quién le ha dicho eso? —preguntó la condesa de pronto.

—¿Es Paul Varesco ese socio?

—¡Oh! ¡Paul Varesco! ¡Qué idea!

—Tiene pésimos antecedentes. ¿Se da usted cuenta de que este sitio es frecuentado por maleantes?

La condesa se echó a reír.

—Ya habló el *bon bourgeois*. ¡Claro que me he dado cuenta! ¿No ve usted que eso constituye la mayor atracción de este club? Esos jóvenes de Mayfair están cansados de ver siempre a los de su misma clase en el West End. Y vienen aquí para ver delincuentes: ladrones, chantajistas, confidentes… y tal vez a un asesino; al hombre que aparecerá en los periódicos del domingo la próxima semana. Les resulta emocionante, creen que están viendo la vida en toda su crudeza. Y lo mismo hace el próspero comerciante que se ha pasado la semana vendiendo ropa interior de señora. ¡Qué diferente es esto de su respetable vida y de sus respetables amigos! Y además, otra emoción más: En una mesa, acariciándose el bigote, hay un inspector de Scotland Yard; un inspector vestido de frac.

—¿De modo que lo sabe usted? —preguntó Poirot suavemente.

—Querido amigo, no soy tan tonta como cree.

—¿Trafican en drogas?

—¡Ah, eso no! —La condesa replicó vivamente—. Eso sería abominable.

Poirot la miró durante unos momentos y luego suspiró.

—Le creo —dijo—. Pero en ese caso, es aún más necesario que me diga quién es el propietario de esto.

—Yo misma —contestó secamente.

—Sobre el papel sí. Pero hay alguien detrás de usted.

—¿Sabe usted, amigo mío, que lo encuentro demasiado curioso? ¿No te parece que es demasiado curioso, *Dou dou*?

Su voz descendió hasta convertirse en un murmullo cuando dijo estas últimas palabras. Luego cogió un hueso que tenía en el plato y se lo tiró al perrazo negro. Se oyó el feroz chasquido de las quijadas al cerrarse.

—¿Cómo ha llamado a ese perro? —preguntó Poirot, distraído de sus pensamientos por aquella acción.

—Es mi segundo *Dou dou*.

—Pero ese nombre es ridículo.

—¡Ah! Mi perrito es adorable. ¡Es un perro policía! Y sabe hacerlo todo… todo. ¡Espere!

Se levantó, miró a su alrededor, y súbitamente cogió un plato en el que acababa de ser servido un suculento filete a un comensal que se sentaba en una de las mesas contiguas. Fue hacia el nicho de mármol y puso el plato ante el perro, al propio tiempo que le decía unas cuantas palabras en ruso.

Cerbero siguió mirando al frente, inmóvil, como si el filete no existiera.

—¿Ve usted? ¡Y no es cuestión de unos minutos! Así estaría durante horas si fuera necesario.

Luego murmuró una palabra y *Cerbero* inclinó su largo cuello con la velocidad del rayo. El filete desapareció como por arte de magia.

Vera Rossakoff rodeó con sus brazos el cuello del can.

—¡Mire qué dócil es! —exclamó—. Tanto yo, como Alice, como sus amigos, podemos hacer lo que queramos con él. Pero basta decirle una palabra y no hace falta más. Le aseguro que haría pedazos… a un inspector de policía, por ejemplo. ¡Sí: mil pedazos!

Se echó a reír.

—Me gustaría decir esa palabra…

Poirot la interrumpió apresuradamente. No se fiaba del sentido del humor de la condesa. El inspector Stevens podía encontrarse en verdadero peligro.

—El profesor Liskeard desea hablar con usted —dijo.

El aludido estaba de pie al lado de ella.

—Ha cogido usted mi filete —dijo—. ¿Por qué lo ha hecho? Era un buen filete.

4

—El jueves por la noche, amigo mío —anunció Japp—. Entonces será cuando salte todo el asunto por los aires. De ello se encargará Andrews, desde luego, ya que es cosa de la Brigada de Estupefacientes. Pero el chico estará encantado de contarle entre los suyos. No, gracias; no quiero ninguno de sus caprichosos *sirops*. Debo cuidar de mi estómago. ¿Es *whisky* aquello que veo allí? Eso está mejor.

Una vez dejó el vaso, continuó:

—Creo que hemos resuelto el problema. Hay otra salida del club y la hemos descubierto.

—¿Dónde está?

—Detrás de la parrilla. Parte de ésta gira sobre sí misma.

—Pero si es así tuvieron que verlo cuando…

—No, amiguito. Cuando empezó la batida se apagaron las luces; las desconectaron desde el interruptor general. Nadie salió por la puerta principal porque estábamos vigilándola, pero ahora parece claro que alguien se escurrió por la salida secreta, llevándose el cuerpo del delito. Hemos estado registrando la casa que hay detrás del club y así es como nos enteramos del truco.

—¿Qué se proponen hacer?

Japp parpadeó.

—Dejar que todo ocurra como de costumbre. Aparece la policía; se apagan las luces… y alguien estará al otro lado de la puerta secreta esperando a ver los que salen por allí. ¡Esta vez los cogeremos! —¿Y por qué el jueves precisamente?

El policía guiñó un ojo.

—Tenemos ahora bien vigilada a la «Golconda» y nos hemos enterado de que el jueves saldrá de allí una expedición de material. Las esmeraldas de *lady* Carrington.

—¿Me permitirá que yo también haga por mi parte unos cuantos preparativos? —preguntó Poirot.

5

Sentado en su mesa habitual, cerca de la entrada, se encontraba Poirot el jueves por la noche, estudiando el ambiente que le rodeaba. Como de costumbre, «El Infierno» estaba rebosante de público.

La condesa se había arreglado mucho más extravagantemente que de ordinario. Aquella noche parecía más rusa que en otras ocasiones; batía palmas y reía estrepitosamente. Había llegado Paul Varesco. Algunas veces iba vestido de rigurosa etiqueta, pero otras, como aquel jueves, aparecía con una especie de atavío «apache»; americana ajustada y pañuelo de seda al cuello. Tenía un aspecto depravado, pero atractivo. El joven se libró de una mujer corpulenta de mediana edad, recubierta de diamantes, y se acercó a la mesa donde Alice Cunningham escribía afanosamente en una libreta. Le solicitó un baile. La dama de los diamantes miró furiosa a la muchacha y luego contempló con ojos tiernos a Varesco.

Sin embargo, los ojos de Alice no reflejaban dulzura alguna. Relumbraban con mero interés científico y Poirot pudo oír varios fragmentos de la conversación que sostenía la pareja cuando pasaban junto a él bailando. La joven había completado sus averiguaciones sobre la niñera y ahora se ocupaba de informarse sobre la maestra que tuvo Varesco en la escuela de primaria.

Cuando acabó el baile, Alice tomó asiento junto a Poirot. Parecía feliz y excitada.

—Es interesantísimo —dijo—. Varesco será uno de los casos más importantes de mi libro; el simbolismo es inconfundible. Su repugnancia hacia los chalecos —y al decir chalecos entiéndase «camisas peludas», con todas sus asociaciones—, permite comprender claramente su carácter. Puede decirse que es un tipo criminal, sin lugar a dudas, pero se le podría curar con un tratamiento adecuado…

—El reformar a un bribón ha sido siempre una de las ilusiones favoritas de las mujeres —comentó Poirot.

Alice Cunningham lo miró fríamente.

—En esto no hay nada personal, señor Poirot.

—Nunca lo hay —dijo el detective—. Siempre se trata del más puro y desinteresado altruismo; pero su objeto suele ser, por lo general, un atractivo miembro del sexo opuesto. ¿Se interesa usted, acaso, por saber a qué colegio fui yo, o cómo me trataba la maestra?

—Usted no es un tipo delincuente —replicó la señorita Cunningham.

—¿Los conoce usted a primera vista?

—Claro que sí.

El profesor Liskeard se acercó y tomó asiento al otro lado de Poirot.

—¿Están hablando de delincuentes? Debería usted estudiar el código penal de Yamurabi, escrito el año mil ochocientos antes de Jesucristo, señor Poirot. Es muy

interesante. «El hombre que sea sorprendido robando durante un incendio, será arrojado al fuego».

Su mirada se dirigió hacia la parrilla eléctrica.

—Y las leyes, todavía más viejas, de los sumerios: «Si la esposa aborreciera al marido y le dijera: “Tú no eres mi marido”, la echaría al río». Más barato y fácil que un divorcio. Pero si el marido dijera eso a la mujer, sólo tendría la obligación de pagarle cierta cantidad de plata. Nadie lo echaría al río.

—Siempre la misma historia —comentó Alice Cunningham—. Una ley para el hombre y otra para la mujer.

—Las mujeres, desde luego, aprecian mucho mejor el valor del dinero —dijo pensativamente el profesor—. Sepa usted que me gusta este sitio —añadió—. Vengo casi todas las noches y no tengo que pagar nada. La condesa, que es muy amable, lo dispuso así, considerando la ayuda que, según dice, le presté aconsejándola acerca de la decoración del local. No tengo nada que ver con esas horribles pinturas, pues cuando me consultó no tenía yo idea de lo que se proponía. Así es que entre ella y el pintor lo han hecho todo al revés. Espero que nadie sepa nunca que existe ni la más mínima conexión entre yo y esos esperpentos. No podría refutar una calumnia así. Pero ella es una mujer maravillosa; siempre la comparo a una babilonia. Las babilonias eran unas mujeres que entendían mucho de negocios…

Las palabras del profesor quedaron ahogadas por un griterío general. Se oyó la palabra «policía»; las mujeres se levantaron de sus asientos y se armó un verdadero pandemónium. A continuación se apagaron las luces y lo mismo ocurrió con la parrilla eléctrica.

Como un contrapunto a la barahúnda, la voz del profesor siguió recitando tranquilamente varios puntos de las leyes de Yamurabi.

Cuando volvieron a encenderse las luces, Hércules Poirot estaba a la mitad de la escalera que conducía al exterior. Los policías que custodiaban la salida le saludaron. El detective salió a la calle y se dirigió a la esquina.

A la vuelta de ella, pegado a la pared, esperaba un hombrecillo de nariz colorada; a su alrededor se notaba un olor penetrante.

Con un murmullo ronco y apremiante, dijo:

—Aquí estoy, jefe. ¿Es ya hora de que haga lo mío?

—Sí. Vamos.

—¡Pero eso está plagado de polizontes!

—No se preocupe. Ya los avisé.

—Espero que no se meterán conmigo.

—No lo harán. ¿Está usted seguro de poder llevar a cabo lo que le dije? El animal en cuestión es grande y feroz.

—Conmigo no lo será —respondió el hombrecillo confiadamente—. Aquí traigo una cosa que lo amansará. ¡Cualquier perro me seguiría hasta el infierno por conseguirla!

—En este caso, lo sacará usted fuera de él —replicó Hércules Poirot.

6

El timbre del teléfono sonó a primeras horas de la mañana. Poirot cogió el auricular.

Se oyó la voz de Japp.

—¿Quería hablar conmigo? —preguntó el policía.

—Sí; eso es. ¿Qué me cuenta?

—No encontramos las drogas, pero conseguimos las esmeraldas.

—¿Dónde?

—En el bolsillo del profesor Liskeard.

—¿También se sorprende usted? Con franqueza, no sé qué pensar. Pareció tan asombrado como un niño de pecho. Las miró y dijo que no tenía ni la más remota idea de cómo habían llegado a su bolsillo, ¡maldita sea!, creo que decía la verdad. Varesco pudo ponérselas fácilmente mientras estuvo la luz apagada. No puedo imaginarme a un hombre como Liskeard mezclado en una cosa así. Pertenece a la alta sociedad y hasta se relaciona con el Museo Británico. En lo único que gasta el dinero es en libros, y así y todo, los compra de segunda mano. No; no encaja en ello. Empiezo a creer que estábamos equivocados; que nunca ha habido drogas en ese club.

—Pues sí que las hubo, amigo mío. Anoche estaban allí. Y dígame, ¿no salió nadie por la puerta secreta?

—Sí. El príncipe Henry de Scandenberg y su caballerizo mayor. Llegó ayer mismo a Londres. Y el ministro Vitamian Evans. Es un oficio bastante peliagudo ser ministro laborista, pues debe andar uno con mucho cuidado. A nadie le preocupa que un político conservador se gaste los cuartos en francachelas, porque todos se figuran que gasta de su dinero. Pero cuando se trata de un laborista, la gente piensa enseguida que está derrochando los fondos del partido. Y a decir verdad, así suele ocurrir. Bueno, *lady* Beatrice Viner fue la última; se casa pasado mañana con el presumido duque de Leominster. No creo que ninguno de ellos tenga nada que ver con lo que nos ocupa.

—Y está usted en lo cierto. De todas formas, las drogas estaban en el club y alguien las sacó de allí.

—¿Quién fue?

—Yo, amigo mío —respondió Poirot suavemente.

Colgó el auricular, cortando los farfulleos de Japp, al oír que sonaba el timbre de la puerta. El detective la abrió personalmente y dejó que entrara la condesa Rossakoff.

—Si no fuera por lo viejos que somos, esto iba a ser muy comprometedor —exclamó ella—. Ya ve que he venido, tal como me pedía en su nota. Creo que me ha seguido un policía, pero, por mí, que se espere en la calle; bien, amigo mío, ¿qué ocurre?

Poirot, galantemente, le ayudó a quitarse las pieles.

—¿Por qué puso las esmeraldas en el bolsillo del profesor Liskeard? —preguntó el detective—. *Ce n'est pas gentile, ce que vous avez fait la!*

La condesa abrió los ojos de par en par.

—Pues lo que me propuse fue ponerlas en el bolsillo de usted.

—¿En mi bolsillo?

—Claro que sí. Fui precipitadamente hacia la mesa donde solía usted sentarse; pero supongo que al estar las luces apagadas, por inadvertencia puse las esmeraldas en el bolsillo del profesor.

—¿Y por qué quería hacerme cargar con unas esmeraldas robadas?

—Me pareció… Tuve que decidirme con rapidez, ¿comprende? Y aquello era lo mejor que podía hacer.

—Realmente, Vera, es usted *impayable*.

—¡Pero, mi querido amigo, considere…! Llegó la policía y se apagaron las luces, esto último es un arreglo que hemos hecho para los clientes que no desean ser molestados, y una mano cogió el bolso que tenía sobre la mesa. Lo recuperé de un manotazo y sentí a través del terciopelo una cosa dura en su interior. Introduje la mano, y por el tacto supe que eran piedras preciosas. En el acto comprendí quién las había puesto allí.

—¿De veras? ¿Lo sabe usted?

—Claro que lo sé. ¡Es ese *salaud*! Es ese basilisco, ese monstruo, ese hipócrita, ese traidor, ese reptil de Paul Varesco.

—¿Su socio?

—Sí, sí. Es el dueño; él fue quien puso el dinero. Hasta ahora nunca le traicioné, siempre le he sido fiel. Pero ya que me ha vendido, que ha querido entregarme a la policía… ¡Ah!; ahora he de decir a todos que ha sido él… sí ¡que ha sido él!

—Cálmese —dijo Poirot—. Entre conmigo en esta habitación.

Abrió la puerta. La habitación era pequeña y de momento daba la sensación de que estaba toda llena de «perro». *Cerbero* parecía desproporcionado en el espacioso sitio que ocupaba en «El Infierno»; pero en el pequeño comedor del piso de Poirot, causaba la impresión de que no había otra cosa más que él. A su lado, sin embargo, estaba el odorífero hombrecillo de la noche anterior.

—Hemos venido de acuerdo con lo acordado, jefe —dijo el acompañante del perro, con voz ronca.

—*Dou dou!* —exclamó la condesa—. Mi pobrecito *Dou dou*…

Cerbero golpeó el suelo con la cola. Pero no se movió.

—Permítame que le presente al señor William Higgs —gritó Poirot para hacerse oír sobre el estruendo que hacía el perro con la cola—. Es un maestro en su profesión. Durante el batiburrillo que se armó anoche, el señor Higgs indujo a *Cerbero* que saliera de «El Infierno» y le siguiera.

—¿Que usted le indujo? —La condesa miró incrédulamente al hombrecillo—. ¿Pero cómo? ¿Cómo?

El señor Higgs bajó los ojos avergonzado.

—No sé cómo decirlo ante una dama. Pero hay cosas que los perros no pueden resistir. Un perro me seguirá a cualquier lado si yo quiero. Desde luego, ya comprenderá usted que no podría hacer lo mismo si se tratara de una perra… No; eso es diferente.

La condesa Rossakoff se volvió hacia Poirot.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hizo? —preguntó.

—Un perro enseñado a propósito, puede llevar una cosa en la boca hasta que se ordene que la suelte. Durante horas enteras si es preciso. ¿Quiere usted ordenarle que suelte lo que lleva ahora?

Vera Rossakoff lo miró con fijeza; se volvió hacia el perro y pronunció dos palabras.

Las quijadas de *Cerbero* se abrieron y su lengua pareció que caía al suelo.

Poirot se adelantó y recogió una cajita envuelta en una goma esponjosa de color rosa. La destapó y en su interior apareció un paquete de polvo blanco.

—¿Qué es eso? —preguntó vivamente la condesa.

Poirot replicó tranquilamente:

—Droga. Parece que hay poca cantidad; pero basta para valer miles de libras para aquellos que estén dispuestos a pagarlas… Basta para llevar la ruina y la miseria a cientos de personas…

La mujer contuvo el aliento y después gritó:

—Y usted cree que yo… ¡pues no es verdad! ¡Le juro que no es verdad! En tiempos pasados me divertían las joyas, los bibelots, y los objetos raros; son cosas que ayudan a vivir, ya sabe. ¿Y por qué no? ¿Por qué una persona ha de poseer más cosas que otra?

—Eso es lo que opino de los perros —intervino el señor Higgs.

—No tiene usted el sentido de lo bueno y de lo malo —comentó tristemente Poirot dirigiéndose a la condesa.

Ella prosiguió:

—¡Pero drogas… eso no! ¡Porque causan miseria, dolor y degeneración! No tenía idea… ni la más mínima idea, de que mi encantador, inocente y delicioso «Infierno» estaba siendo utilizado para tal propósito.

—Convengo con usted en lo de las drogas —dijo el señor Higgs—. Envenenar a los perros es asqueroso, ¡eso es! Yo nunca tuve nada que ver con tales cosas.

—Pero dígame que me cree, amigo mío —imploró la condesa.

—¡Claro que la creo! ¿Acaso no me he tomado molestias y he dedicado mi tiempo a desenmascarar al organizador de ese tráfico de drogas? ¿Acaso no he llevado a cabo el duodécimo trabajo de Hércules y he sacado a *Cerbero* del infierno para probar mi caso? Y oiga bien esto; no me gusta ver cómo inculpan alevosamente

a mis amigos. Sí; porque era usted la que estaba destinada a servir de cabeza de turco, si las cosas salían mal. Las esmeraldas debían ser encontradas en su bolso y si alguien hubiera sido tan listo, como yo, que sospechara que la boca del perro era, en realidad, el escondrijo de las drogas, el perro en todo caso era de usted, ¿no es verdad? Y ese perro obedecía incluso a la *petite Alice*. ¡Sí; ya es hora de que abra usted los ojos! Desde un principio no me gustó esa joven, ni su jerga científica ni la falda y chaqueta que llevaba, con unos bolsillos tan grandes. Eso es; bolsillos. No es natural que una mujer descuide hasta tal punto su aspecto. Y me dijo que lo fundamental era lo que importaba. ¡Ajá! Los bolsillos eran fundamentales. En ellos podía traer la droga y llevarse las joyas. Un cambio que hacía mientras bailaba con su cómplice, al que pretendía considerar como un caso psicológico. ¡Buena pantalla! Nadie podía sospechar de la formal y científica psicóloga, con título académico y gafas de concha. Ella introducía la droga de contrabando e inducía a sus pacientes ricos a que se acostumbraran a tomarla. Puso el dinero para montar un club nocturno y dispuso las cosas de forma que figurara como propietario alguien con… digámoslo así… con un pasado turbio. Pero despreció a Hércules Poirot y pensó que podía engañarlo con su charla acerca de niñeras y de chalecos. *Eh bien*, yo ya estaba dispuesto a seguirla. Cuando se apagaron las luces me levanté rápidamente y fui a situarme junto a Cerbero. En la oscuridad oí cómo se acercaba ella. Le abrió la boca al perro y le introdujo dentro el paquete. Pero yo… delicadamente y sin que ella se diera cuenta, le corté con unas tijeras un trozo de la manga de su chaqueta.

Con aire dramático sacó del bolsillo un trocito de tela.

—Vea… es la misma tela a cuadros. La voy a entregar a Japp para que compruebe que pertenece a su chaqueta. Para que la detenga… y diga cuan listos han sido otra vez los de Scotland Yard.

La condesa lo miró con estupefacción. De pronto lanzó un gemido comparable al de una sirena de barco.

—Pero mi *Niki*… mi pobre *Niki*. Esto será terrible para él… —Hizo una prolongada pausa—. ¿O acaso cree usted que no…?

—Hay muchas chicas más en América —replicó Hércules Poirot.

—Y si no hubiera sido por usted, su madre estaría en la cárcel… en la cárcel… con el pelo rapado… sentada en una celda y oliendo a desinfectante. Es usted maravilloso… maravilloso.

Se abalanzó sobre Poirot y lo abrazó con todo el fervor de que es capaz la raza eslava. El señor Higgs los miró con aire comprensivo y *Cerbero* volvió a golpear la cola contra el suelo.

En mitad de aquella escena de júbilo se oyó el sonido de un timbre.

—¡Japp! —exclamó Poirot, desasiéndose pronto de la condesa.

—Tal vez será mejor que pase a la otra habitación —dijo ella.

Cuando hubo salido, Poirot se dirigió a la puerta del vestíbulo.

—Oiga, jefe —susurró ansiosamente el señor Higgs—. Será preferible que se mire antes en el espejo, ¿no le parece?

Poirot obedeció e hizo un movimiento de retroceso ante lo que vio. El lápiz de labios y el maquillaje adornaban su cara en fantástico revoltijo.

—Si es el señor Japp, de Scotland Yard, va a pensar lo peor; seguro —comentó el señor Higgs.

Y añadió, mientras sonaba otra vez el timbre de la puerta y Poirot frotaba febrilmente sus bigotes para limpiarlos de aquella grasa colorada:

—¿Qué quiere que haga? ¿Qué me dice de ese podenco?

—Si no recuerdo mal, *Cerbero* volvió al infierno.

—Como guste —dijo el señor Higgs—. A decir verdad, le he tomado un poco de aprecio… aunque no es de la clase que me apaña; demasiado vistoso. E imagínese lo que me costaría entre huesos y carne de caballo. Debe comer más que un león joven.

—Del león de Nemea a la captura de *Cerbero* —murmuró—. Todo completo.

7

Siete días después, la señorita Lemon le presentó una factura a su jefe.

—Perdone, señor Poirot. ¿Debo pagar esto? «Leonora. Florista. Rosas encarnadas. Once libras, ocho chelines y seis peniques, enviadas a la condesa Rossakoff. “El Infierno”, 13 End Street, WC1».

Las mejillas de Poirot se pusieron como las rosas que acababa de mencionar su secretaria. Enrojeció hasta el blanco de los ojos.

—Es conforme, señorita Lemon. Un pequeño… obsequio… para un acontecimiento. El hijo de la condesa ha contraído relaciones formales en América; con la hija de su jefe; un magnate del acero. Las rosas encarnadas son, si mal no recuerdo, sus flores favoritas.

—No está mal —opinó la señorita Lemon—. En esta época del año resultan algo caras.

Hércules Poirot se irguió.

—Hay momentos en que uno no debe reparar en gastos.

Salió de la habitación canturreando una cancioncilla. Su paso era ligero y casi juvenil. La señorita Lemon miró cómo se alejaba. Olvidó su nuevo sistema de archivo. Todos sus instintos femeninos se despertaron en ella.

—¡Válgame Dios! —murmuró—. Quisiera saber… Pero en realidad, ¡a sus años…! Seguramente no…

El pudding ***de Navidad***

(The Adventure of the Christmas Pudding or The Theft of the Royal Ruby).

1

—Lamento enormemente… —empezó Hércules Poirot.

Le interrumpieron. No con brusquedad sino suave y hábilmente, con ánimo de persuadirle. Por favor, *monsieur* Poirot, no se niegue usted sin considerarlo antes. El asunto tendría consecuencias graves para la nación. Su colaboración sería muy apreciada en las altas esferas.

—Es usted muy amable —Hércules Poirot agitó una mano en el aire. Pero, de verdad, me es imposible comprometerme a hacer lo que me pide. En esta época del año…

El señor Jesmond volvió a interrumpirle con su suave tono de voz.

—Navidad… —dijo—. Unas Navidades a la antigua usanza en el campo inglés.

Poirot se estremeció. La idea del campo inglés en aquella época del año no le atraía.

—¡Unas auténticas Navidades a la antigua usanza! —recalcó el señor Jesmond.

—Yo… no soy inglés. En mi país la Navidad es una fiesta para los niños. Año Nuevo; eso es lo que nosotros celebramos.

—¡Ah! Pero la Navidad de Inglaterra es una gran institución y yo le aseguro que en ningún sitio podría verla mejor que en Kings Lacey. Le advierto que es una casa maravillosa, muy antigua. Una de las alas data del siglo XIV…

Poirot se estremeció de nuevo. La idea de una casa solariega inglesa del siglo XIV le daba escalofríos. Lo había pasado muy mal en Inglaterra en las históricas casas solariegas. Pasó la mirada con aprobación por su piso moderno y confortable, provisto de radiadores y de los últimos inventos destinados a evitar la menor corriente de aire.

—En invierno —dijo con firmeza— no salgo nunca de Londres.

—Me parece, *monsieur* Poirot, que no acaba de darse cuenta de la gravedad de este asunto.

El señor Jesmond miró al joven que le acompañaba y luego se quedó contemplando a Poirot.

Hasta entonces, el más joven de los visitantes se había limitado a decir en actitud muy correcta y etiquetera: «¿Cómo está usted?». Se hallaba sentado, mirando a sus relucientes zapatos y una expresión de profundo desaliento se reflejaba en su cara color café. Aparentaba unos veintitrés años, y saltaba a la vista que se sentía desgraciadísimo.

—Sí, sí —dijo Poirot—. Claro que el asunto es grave. Lo comprendo perfectamente. Su Alteza tiene todas mis simpatías.

—La situación es de lo más delicada —asintió el señor Jesmond.

Poirot volvió la mirada al hombre de más edad. Si hubiera que describir al señor Jesmond con una sola palabra, ésta hubiera sido «discreción». Todo en él era discreto:

su ropa de buen corte, pero nada llamativa, su voz agradable y educada, que casi nunca salía de su grata monotonía, su cabello castaño claro, que empezaba a escasear en las sienes, su rostro pálido y serio. A Hércules Poirot le parecía que había conocido en su vida no uno, sino una docena de señores Jesmond, y todos acababan por decir, más tarde o más temprano, la misma frase: «La situación es de lo más delicada».

—Le advierto que la policía puede actuar con gran discreción —sugirió Poirot.

El señor Jesmond meneó la cabeza con energía.

—Nada de policía —hijo—. Para recuperar la… ¡ejem!, lo que queremos recuperar, sería casi inevitable iniciar procedimiento criminal… ¡y sabemos tan poco! *Sospechamos*, pero *no sabemos*.

—Tienen ustedes todas mis simpatías —volvió a decir Poirot.

Si creía que su simpatía iba a importarles algo a sus dos visitantes, estaba equivocado. No querían simpatía sino ayuda práctica. El señor Jesmond empezó a hablar de nuevo de la Navidad inglesa.

—La celebración de la Navidad, como se entendía en otros tiempos, está ya desapareciendo. Hoy en día la gente se va a pasarla a los hoteles. Pero una Navidad inglesa a la antigua usanza, con toda la familia reunida, las medias de los regalos de los niños, el árbol de Navidad, el pavo y el *pudding* de ciruelas, los *crakers*[7]. El muñeco de nieve junto a la ventana…

Hércules Poirot quiso ser exacto e intervino.

—Para hacer un muñeco de nieve —observó con severidad— hace falta nieve. Y no puede uno tener nieve de encargo, ni siquiera para una Navidad a la inglesa.

—He estado hablando hoy precisamente con un amigo mío del observatorio meteorológico —dijo el señor Jesmond— y me ha dicho que es muy probable que *nieve* estas Navidades.

No debió haber dicho semejante cosa. Hércules Poirot se estremeció con mayor violencia.

—¡Nieve en el campo! —dijo—. Eso sería aún más abominable. Una casa solariega de piedra, grande y fría.

—Nada de eso. Las casas han cambiado mucho en los últimos diez años. Tienen calefacción central de petróleo.

—¿De veras hay calefacción central de petróleo en Kings Lacey? —Por vez primera, parecía vacilar.

El otro se apresuró a aprovechar la oportunidad.

—Claro que la tienen —dijo—, y también agua caliente. Hay radiadores en todas las habitaciones. Le aseguro a usted, querido *monsieur* Poirot, que Kings Lacey en invierno es en extremo confortable. Puede que hasta le parezca que en la casa hace *demasiado* calor.

—Eso es muy improbable.

Con la habilidad de la práctica, el señor Jesmond cambió de tema.

—Comprenderá usted que nos encontramos en una situación muy difícil —dijo en tono confidencial.

Hércules Poirot asintió con un movimiento de cabeza. El problema, desde luego, era desagradable. El único hijo y heredero del soberano de un nuevo e importante Estado había llegado a Londres unas semanas antes. Su país había pasado por una etapa de inquietud y de descontento. Aunque leal al padre, que se había conservado plenamente oriental, la opinión popular tenía ciertas dudas respecto al hijo. Sus locuras habían sido típicamente occidentales y, como tales, habían merecido la desaprobación del pueblo.

Sin embargo, acababan de ser anunciados sus esponsales. Iba a casarse con una joven de su misma sangre que, aunque educada en Cambridge, tenía buen cuidado de no mostrar en su país influencias occidentales. Se anunció la fecha de la boda y el joven príncipe había ido a Inglaterra, llevando consigo algunas de las famosas joyas de su familia, para que Cartier las reengarzara y modernizara. Entre las joyas había un rubí muy famoso extraído de un collar antiguo, recargado, y al que los famosos joyeros habían dado un aspecto nuevo. Hasta aquí todo iba bien, pero luego habían empezado las complicaciones. No podía esperarse que un joven tan rico y amigo de diversiones no cometiera alguna locura. Nadie se lo había censurado, porque todo el mundo espera que los príncipes jóvenes se diviertan. El que el príncipe llevara a su amiga de turno a dar un paseo por Bond Street y le regalara una pulsera de esmeraldas o un clip de brillantes, en prueba de agradecimiento por su compañía, hubiera sido la cosa más natural, y en cierta manera comparable a los «Cadillac» que su padre ofrecía invariablemente a su bailarina favorita del momento.

Pero el príncipe había llevado su indiscreción mucho más lejos. Halagado por el interés de la dama, le había mostrado el famoso rubí en su nuevo engaste, cometiendo la imprudencia de acceder a su deseo de dejárselo lucir, sólo una noche.

El final había sido corto y triste. La dama se había retirado de la mesa donde estaban cenando para empolvarse la nariz. Pasó el tiempo y la señora no volvió. Había salido del establecimiento por otra puerta y se había esfumado. Lo grave y triste del caso era que el rubí, en su nuevo engaste, también había desaparecido con ella.

Éstos eran los hechos, que de hacerse públicos traerían las más desastrosas consecuencias. El rubí no era una joya como otra cualquiera, sino una prenda histórica de gran valor y, de conocerse las circunstancias de su desaparición, las consecuencias políticas serían gravísimas.

El señor Jesmond no era capaz de expresar estos hechos en lenguaje sencillo. Lo envolvió en complicada verbosidad. Hércules Poirot no sabía con exactitud quién era el señor Jesmond. Había encontrado muchos señores Jesmond en el transcurso de su profesión. No se especificó si tenía relación con el Ministerio del Interior, con el Ministerio de Asuntos Exteriores o con alguna rama más discreta del servicio público. Obraba en interés de la Comunidad Británica. Había que recuperar el rubí.

Insistió con delicadeza que *monsieur* Poirot era el hombre indicado para recuperarlo.

—Quizá… sí, puede que sí —concedió Hércules Poirot—. Pero me dice usted tan poco… Sugestiones, sospechas… no es mucho eso para basarse.

—¡Vamos, *monsieur* Poirot, no me diga que es demasiado para usted! ¡Vamos, vamos!

—No siempre tengo éxito.

Pero esto no era más que falsa modestia. El tono de voz de Poirot dejaba entrever claramente que para él encargarse de una misión era casi sinónimo de finalizarla con éxito.

—Su Alteza es muy joven —advirtió el señor Jesmond—. Sería muy triste que toda su vida quedase arruinada por una simple indiscreción de juventud.

Poirot miró con expresión de benevolencia al alicaído joven.

—Es la época de hacer locuras, cuando se es joven —dijo en tono alentador—, y para un hombre corriente no tiene la misma importancia. El buen papá paga, el abogado de la familia desenreda el embrollo, el joven aprende con la experiencia y todo termina bien. En una posición como la suya es muy grave. Su próximo matrimonio…

—Eso es. Eso mismo —eran las primeras palabras que salían con fluidez de la boca del joven—. Ella es una persona muy seria. Toma la vida demasiado en serio. Ha adquirido en Cambridge ideas muy serias. «Se habrá de educar a mi país». «Habrá que dotarles de escuelas». «Han de hacerse muchas cosas allí». Todo ello en nombre del progreso, ¿me entiende?, de la democracia. No va a ser, dice, como en tiempos de mi padre. Naturalmente, sabe que tengo que divertirme, pero sin escándalo. ¡Escándalo, no! Es el escándalo lo que importa. Este rubí es muy famoso, ¿entiende? Tiene una larga historia tras él. ¡Mucha sangre derramada, muchas muertes!

El señor Jesmond asintió haciendo un ademán con la cabeza.

—Muertes —murmuró Poirot, pensativo. Miró al señor Jesmond y añadió—: Esperemos que la cosa no llegue a esos extremos.

El señor Jesmond hizo un ruido extraño, parecido al de una gallina que hubiera decidido poner un huevo y luego cambiara de idea.

—No, no; claro que no —dijo con mucha compostura—. Estoy seguro de que no habrá nada de eso, ninguna necesidad de…

—No puede usted estar seguro. Sea quien fuere el que posea el rubí en este momento, puede que haya otros deseosos de apropiárselo y que no se detengan ante pequeñeces, amigo mío.

—De verdad creo innecesario —dijo el señor Jesmond, con mayor compostura aún— que nos metamos en especulaciones de esa clase. Son completamente inútiles.

Poirot pareció de pronto mucho más extranjero al responder:

—Yo considero todas las contingencias, como los políticos.

El señor Jesmond le miró, confuso. Recobrándose, dijo:

—Bueno, entonces decidido, ¿no es así, *monsieur* Poirot? ¿Va a ir usted a Kings Lacey?

—¿Y cómo explico mi presencia allí? —preguntó Hércules Poirot.

El señor Jesmond sonrió aliviado.

—Eso creo que podrá arreglarse muy fácilmente —dijo—. Le aseguro que arreglaremos las cosas para que su visita no suscite la más mínima sospecha. Verá usted lo encantadores que son los Lacey. Una pareja agradabilísima.

—¿Y no me engaña usted respecto a la calefacción central de petróleo?

—¡No, no, cómo voy a engañarle! —El señor Jesmond parecía muy dolido—. Le aseguro que encontrará usted allí toda clase de comodidades.

—*Tout confort moderno* —murmuró Poirot para sí, recordando—. Eh bien —dijo, decidiéndose—, acepto.

2

En el largo salón de Kings Lacey se disfrutaba una agradable temperatura de veinte grados. Poirot estaba hablando allí con la señora Lacey, junto a una de las grandes ventanas provistas de parteluces. La señora estaba entretenida con una labor. No hacía *petit point* ni bordaba flores en seda, sino que se dedicaba a la prosaica tarea de bastillar unos paños de cocina. Mientras cosía, hablaba con una voz suave y reflexiva que Poirot encontraba muy atractiva.

—Espero que disfrute con nuestra reunión de Navidad, *monsieur* Poirot. Sólo la familia. Mi nieta, un nieto, un amigo del chico, Bridget, mi sobrina nieta, Diana, una prima, y David Welwyn, un viejo amigo nuestro. Una reunión de familia nada más, pero Edwina Morecombe dijo que eso era precisamente lo que usted quería ver: unas Navidades a la antigua usanza. No podría encontrar más a propósito que nosotros. Mi marido está completamente sumergido en el pasado. Quiere que todo siga exactamente igual a como estaba cuando él era un chiquillo de doce años y venía a pasar aquí sus vacaciones —sonrió para sí—. Las mismas cosas de siempre: el árbol de Navidad, las medias colgadas; la sopa de ostras, el pavo…, dos pavos, uno cocido y uno asado, y el *pudding* de ciruela, con el anillo, el botón de soltero y demás… No podemos meter en el *pudding* monedas de seis peniques porque ya no son de plata pura. Pero sí las golosinas de siempre: las ciruelas de Elvas y de Carlsbad, las almendras, las pasas, las frutas escarchadas y el jengibre. ¡Oh, perdón, parezco un catálogo de Fortnum y Mason!

—Está usted excitando mis jugos gástricos, señora.

—Supongo que mañana por la noche sufriremos todos una indigestión espantosa. No está uno acostumbrado a comer tanto en estos tiempos, ¿verdad que no?

La interrumpieron unos gritos y carcajadas procedentes del exterior, junto a la ventana. La señora Lacey echó una ojeada.

—No sé qué es lo que están haciendo ahí fuera. Estarán jugando a algo. Siempre he tenido mucho miedo de que la gente joven se aburra con nuestras Navidades. Pero nada de eso; todo lo contrario. Mis hijos y sus amigos solían mostrarse displicentes con nuestro modo de celebrar la Navidad. Decían que era una tontería, que armábamos demasiados barullo, y que era mucho mejor ir a un hotel a bailar. Pero la nueva generación parece que encuentra todo esto de lo más atractivo. Además —añadió con sentido común— los colegiales siempre tienen hambre, ¿no le parece? Yo creo que en los internados los deben tener a dieta. Todos sabemos que un chiquillo de esa edad come aproximadamente tanto como tres hombres fuertes.

Poirot se rió y dijo:

—Han sido muy amables, tanto usted como su marido, al incluirme a mí en su reunión de familia.

—¡Pero si estamos encantados! —le aseguró la señora Lacey—. Y si le parece que Horace se muestra poco afectuoso, no se preocupe, pues es su temperamento.

Lo que su marido el coronel Lacey, había hecho en realidad era muy distinto:

—No comprendo por qué quieres que uno de esos condenados extranjeros venga a fastidiar la Navidad. ¿Por qué no le invitamos en otra ocasión? No trago a los extranjeros. ¡Ya sé, ya sé! Edwina Morecombe quería que lo invitáramos. Me gustaría saber qué tiene esto que ver con *ella*. ¿Por qué no le invita *ella* a pasar las Navidades en su casa?

—Porque sabes muy bien que Edwina va siempre al Claridge —había dicho la señora Lacey. Su marido le había dirigido una mirada suspicaz.

—No estarás tramando algo, ¿verdad, Em? —preguntó.

—¿Tramando algo? —Em le miró abriendo mucho sus ojos de un azul intenso—. ¡Qué cosas dices! ¿Qué quieres que esté tramando?

El anciano coronel Lacey se rió, con una risa profunda y retumbante.

—Te creo muy capaz, Em —dijo—. Cuando pones esa expresión tan inocente es que estás tramando algo.

Dando vueltas a estas cosas en su cabeza, la señora Lacey se dirigió de nuevo a Poirot.

—Edwina dijo que quizá pudiera usted ayudarnos… La verdad es que no veo cómo va a poder hacerlo, pero dijo que unos amigos suyos habían encontrado en usted una gran ayuda en un… en un caso parecido al nuestro. Es… a lo mejor no sabe usted de qué estoy hablando.

Poirot la alentó con la mirada. La señora Lacey se acercaba a los setenta. Su figura aún era esbelta y tenía el cabello blanquísimo, mejillas rosadas, ojos azules, una nariz ridícula y una barbilla voluntariosa.

—Si en algo puede ayudar, sería para mí un gran placer el hacerlo —dijo Poirot —. Tengo entendido que se trata de una joven que se ha enamorado locamente de un hombre que no le conviene en absoluto.

La señora Lacey hizo un movimiento de cabeza afirmativo.

—Sí. Me resulta rarísimo el… bueno, el hablar con usted de esto. Después de todo, usted es completamente un desconocido para nosotros…

—Y soy extranjero —añadió Poirot, en actitud comprensiva.

—Sí, pero puede que eso haga que, en cierto modo, resulte más fácil. Bueno, el caso es que Edwina cree que es posible que sepa usted algo…, ¿cómo diría yo?, algo útil acerca de ese joven Desmond Lee-Wortley.

Poirot se paró un momento a admirar la habilidad del señor Jesmond y la facilidad con que se había servido de *lady* Morecombe para conseguir sus fines.

—Ese joven, según tengo entendido, no goza de muy buena reputación —empezó con cuidado.

—¡No, desde luego que no! ¡Tiene una fama espantosa! Pero eso no supone nada para Sarah. Nunca sirve de nada el decirles a las muchachas que los hombres tienen

mala fama, ¿no cree? Sólo sirve para incitarles más.

—Tiene usted muchísima razón asintió Poirot.

—En mi juventud —continuó la señora Lacey—. (¡Ay, Dios mío, qué lejos está todo eso!), solían ponernos en guardia contra ciertos jóvenes y, naturalmente, eso aumentaba nuestro interés por ellos y si podíamos agenciárnoslas para bailar o estar a solas con ellos en un invernadero oscuro… —se rió—. Por eso no consentí que Horace hiciera nada de lo que se proponía llevar a cabo.

—Dígame exactamente qué es lo que la preocupa —dijo Poirot.

La señora Lacey se mostraba comunicativa.

—A nuestro hijo lo mataron en la guerra. Mi nuera murió al nacer Sarah, de modo que la niña ha estado siempre con nosotros. Puede que la hayamos educado mal, no lo sé. Pero nos pareció que debíamos darle la mayor libertad posible.

—Me parece una actitud muy prudente —dijo Poirot—. No se puede ir contra los tiempos.

—No es lo que yo siempre he pensado. Y, naturalmente, las chicas de hoy hacen esas cosas.

Poirot la miró interrogante.

—Creo que la mejor manera de expresarlo —dijo la señora Lacey— es decir que Sarah se ha mezclado con los que llaman tipos de café. No quiere ir a bailes, ni ser presentada en sociedad ni nada de eso. Tiene dos habitaciones bastante desagradables en Chelsea, junto al río; va vestida con esa ropa rara que les gusta llevar y con medias negras o verde vivo, unas medias muy gruesas (¡con lo que pican!), y anda por ahí sin lavarse ni peinarse.

—*Ça c'est tout a fait naturel* —murmuró Poirot—. Es la moda del momento. Más adelante se les pasa.

—Sí, ya lo sé —dijo la señora Lacey—. Eso no me preocuparía. Pero se va exhibiendo por ahí con ese Desmond Lee-Wortley, que la verdad, tiene una reputación de lo más desagradable. Puede decirse que vive de las chicas ricas. Parece ser que se vuelven locas por él. Estuvo a punto de casarse con la chica de Hope, pero la familia de ella se la encomendó a un tribunal o algo así. Y, naturalmente, eso es lo que Horace quiere hacer. Dice que tiene que hacerlo para protegerla. Pero a mí no me parece que sea una buena idea, *monsieur* Poirot. Quiero decir que se escaparían juntos y se irían a Escocia, a Irlanda, a la Argentina o a donde fuera y se casarían allí o vivirían juntos sin casarse. Y aunque eso suponga un desacato al tribunal y todo eso… en resumidas cuentas no sirve para nada, ¿no le parece? Sobre todo si viene un niño. Entonces uno tiene que dejarlos que se casen. Y después, al cabo de uno o dos años, casi siempre acaban divorciándose. Luego la chica vuelva a casa y, después de uno o dos años, suele casarse con un muchacho que de puro bueno resulta aburrido y sienta cabeza. Pero es muy triste, sobre todo si hay un niño, porque no es lo mismo ser criado por un padrastro, por bueno que sea. No, yo creo que era mucho mejor como lo hacíamos en mi juventud. Nuestro primer amor era siempre un muchacho

indeseable… vaya, ¿cómo se llamaba? ¡Qué extraño, no puedo acordarme de su nombre de pila! El apellido era Tibbitt. Naturalmente, mi padre casi llegó a prohibirle la entrada en casa, pero solían invitarle a los mismos bailes que a mí y bailábamos juntos. Algunas veces nos escapábamos del salón y nos sentábamos fuera y otras veces algún amigo organizaba una excursión al campo a la que íbamos los dos. Naturalmente, todo esto era emocionantísimo y disfrutábamos una barbaridad con esos encuentros a hurtadillas. Pero no… vaya, no llegábamos a los *extremos* a que llegan las chicas de hoy. Y, después de algún tiempo, Tibbitt y los demás como él iban desvaneciéndose. Y, ¿sabe usted?, cuando le volví a ver, cuatro años después, me preguntaba qué habría podido ver en él. ¡Me pareció tan *aburrido*! Muy superficial; incapaz de una conversación interesante.

—Uno siempre cree que los tiempos de su juventud eran los mejores —dijo Poirot, en tono un poco sentencioso.

—Ya lo sé. Es un tema muy aburrido. No quiero que Sarah, que es un encanto de chica, se case con Desmond Lee-Wortley. Ella y David Welwyn, que ha venido también a pasar las Navidades con nosotros, fueron siempre tan buenos amigos y se tenían tanto cariño que Horace y yo teníamos esperanzas de que cuando llegara la edad se casarían. Pero, naturalmente, ahora lo encuentra aburrido y está completamente obcecada con ese Desmond.

—No comprendo bien, señora —quiso aclarar Poirot—. ¿Dice usted que ese Desmond Lee-Wortley está aquí ahora, en esta casa?

—Eso ha sido obra mía —dijo la señora Lacey—. Horace estaba empeñado en prohibir a Sarah que lo viera. Claro, en tiempos de Horace el padre o tutor se hubiera presentado con una fusta en casa del joven. Horace estaba empeñado en prohibirle a él la entrada en esta casa y en prohibir a la chica que lo viera. Yo le dije que esa actitud era completamente equivocada. «No —le dije—, invítales a venir aquí. Le invitaremos a pasar las Navidades en familia». Como es natural, mi marido dijo que estaba loca. Pero yo me mostré firme: «Por lo menos, querido, vamos a *probar*. Que Sarah le vea en *nuestro* ambiente, en *nuestra* casa; estaremos con él muy amables y muy atentos y puede que entonces ella lo encuentre menos interesante».

—Creo que, como usted dice, hay algo en eso, señora —asintió Poirot—. Me parece muy inteligente su punto de vista. Más que el sostenido por su marido.

—Bueno, espero que lo sea —dijo la señora Lacey, no muy convencida—. Por ahora no parece que esté dando mucho resultado. Claro que sólo lleva aquí un par de días —en sus mejillas surcadas de arrugas apareció de pronto un hoyuelo—. Le voy a confesar una cosa, *monsieur* Poirot: yo misma no puedo evitar que me guste el chico. No es que me guste de *verdad,* con la *cabeza*, pero veo perfectamente su atractivo. Sí, sí, veo lo que Sarah ve en él. Pero soy lo bastante vieja y tengo experiencia suficiente para saber que es un completo desastre. Aunque su compañía me resulte agradable. Sin embargo —continuó, pensativa—, tiene algunas bellas cualidades. Nos preguntó si podía traer aquí a su hermana. Le habían hecho una operación y estaba en el

hospital. Dijo que sería muy triste para ella pasar las Navidades en un sanatorio y me preguntó si sería demasiada molestia el traerla aquí con él. Sugirió que él podría encargarse de llevarle todas las comidas a su habitación. A mí me parece que estuvo muy bien, ¿no lo cree usted así igualmente, *monsieur* Poirot?

—Es una muestra de consideración hacia los demás que no parece encajar con el tipo —respondió Poirot, pensativo.

—No sé. Puede uno sentir afecto por su familia y al mismo tiempo aprovecharse de una muchacha rica. Sarah será muy rica algún día; no sólo con lo que nosotros le dejamos… eso, desde luego, no será mucho, porque la mayor parte del dinero irá a parar a Colin, mi nieto, junto con la casa… Pero su madre era una mujer muy rica y Sarah heredará todo su dinero cuando cumpla veintiún años. Ahora sólo tiene veinte. Yo creo que estuvo muy bien el que Desmond se preocupara de su hermana. Y no le dio importancia, como si no estuviera haciendo algo estupendo. Creo que ella es taquimecanógrafa; trabaja en una oficina en Londres. Desmond ha cumplido su palabra y le sube las bandejas con la comida. No siempre, claro, pero sí muchas veces. De modo que creo que algunas buenas cualidades, sí las tiene. Pero de todos modos —añadió con gran energía— no quiero que Sarah se case con él.

—Por todo lo que me han dicho de él sería un desastre completo.

—¿Cree usted que podría hacer algo por ayudarnos? —preguntó ansiosamente la dama.

—Creo que sí, que es posible, pero no quiero prometer demasiado, porque los tipos como Desmond Lee-Wortley son inteligentes. Pero no desespere. Es posible que pueda ayudar un poquito. De todos modos, haré todo lo que esté en mi mano, aunque sólo fuera en agradecimiento a su bondad al invitarme a pasar con ustedes las fiestas navideñas —miró a su alrededor—. Y que no será fácil en estos tiempos organizar festejos.

—No es fácil, no —la señora Lacey suspiró. Se inclinó hacia delante—. ¿Sabe usted, *monsieur* Poirot, con lo que sueño, lo que de verdad me gustaría tener?

—No, dígame.

—Lo que deseo de verdad es tener una casita moderna, de un solo piso. Bueno, puede que de un solo piso no, pero pequeña y que fuese fácil de gobernar, construida en algún rincón del parque, con una cocina provista de todos esos adminículos que ahora se estilan y sin pasillos largos.

—Es una idea muy factible.

—Para mí no lo es —dijo la señora Lacey—. Mi marido está *enamorado* de esta casa. Le *encanta* vivir aquí. No le importa estar un poco incómodo, no le importan los inconvenientes y *odiaría*, sí, odiaría vivir en una casita moderna en el parque.

—¿De modo que se sacrifica usted a sus deseos?

La señora Lacey se enderezó.

—No lo considero un sacrificio, *monsieur* Poirot —dijo—. Me casé con mi marido decidida a hacerle feliz. Ha sido un buen marido y me ha hecho muy dichosa

durante todos estos años y quiero que él también lo sea.

—De modo que continuarán viviendo aquí —dijo Poirot.

—No es tan sumamente incómoda —advirtió la señora Lacey.

—No, no —se apresuró a decir Poirot—. Al contrario, es de lo más confortable. La calefacción central y el agua caliente del baño son perfectas.

—Hemos gastado mucho dinero en hacer los arreglos necesarios. Vendimos unas parcelas de terreno para urbanización. Afortunadamente no se ve nada desde la casa; al otro extremo del parque. Era un terreno bastante feo, sin vista ninguna, pero nos lo pagaron muy bien. Con eso hemos podido hacer muchas mejoras.

—¿Y el servicio?

—Sí, bueno, pero no nos arreglamos tan mal como parece. Naturalmente, no se puede pretender estar atendido y servido como estaba uno acostumbrado a estarlo. Del pueblo vienen varias personas. Dos mujeres por la mañana, otras dos para hacer la comida de mediodía y el fregado, y varias más por la tarde. Hay mucha gente dispuesta a venir a trabajar unas horas al día. Por Navidad tenemos mucha suerte. La señora Ross viene siempre. Es una cocinera estupenda, de verdadera categoría. Se retiró hace unos diez años, pero viene a ayudar siempre que hace falta. Luego tenemos a nuestro querido Peverell.

—¿Su mayordomo?

—Sí. Lo hemos jubilado, con una pensión, y vive en la casita que está cerca de la casa del guarda, pero nos quiere tanto que se empeña en venir a servirnos por Navidad. La verdad es, *monsieur* Poirot, que me tiene asustadísima, porque es tan viejo y está tan tembloroso que estoy segura que si lleva algo pesado lo va a dejar caer. Es un verdadero suplicio el verle. Además, no está muy bien del corazón y tengo miedo de que trabaje demasiado. Pero le dolería mucho el que no le permitieran venir. Tuerce el gesto y hace una serie de ruiditos de desaprobación al ver cómo está la plata y, cuando lleva aquí tres días, todo vuelve a estar de maravilla. Sí. Es un amigo leal y muy querido —sonrió a Poirot—. Conque ya lo ve usted, estamos todos dispuestos para pasar unas felices Pascuas. Y con nieve, además —añadió mirando hacia la ventana—. ¿Ve? Está empezando a nevar. Ah, aquí vienen los niños. Voy a presentárselos, *monsieur* Poirot.

Poirot fue presentado Con la debida ceremonia. Primero a Colin y Michael, el nieto y su amigo, dos colegiales de quince años, agradables y corteses, uno moreno y otro rubio. Luego a la prima de los niños, Bridget, una chiquilla morena de la misma edad aproximadamente y con una vitalidad enorme.

—Y ésta es mi nieta, Sarah —terminó la señora Lacey.

Poirot miró con cierto interés a Sarah, atractiva muchacha de melena roja. Le pareció un poco nerviosa y su actitud algo retadora, pero mostraba verdadero cariño por su abuela.

—Y éste es el señor Lee-Wortley.

El señor Lee-Wortley llevaba un jersey de punto inglés y pantalones negros de dril, muy ceñidos; tenía el pelo bastante largo y no parecía que se hubiera afeitado aquella mañana. Contrastaba con él el joven presentado como David Welwyn, macizo y silencioso, con una sonrisa agradable y al parecer muy aficionado al agua y al jabón. Había otra persona más, una muchacha guapa, de mirada intensa, presentada como Diana Middleton.

Trajeron el té, una comida fuerte a base de tortas, bollos, bocadillos y tres clases de cake. La gente menuda hizo a todo los debidos honores. El coronel Lacey llegó el último, observando con voz indiferente:

—¿Qué, té? ¡Ah, sí, té!

Cogió la taza de té de manos de su mujer, se sirvió dos tortas, dirigió una mirada de odio a Desmond Lee-Wortley y se sentó tan lejos de él como le fue posible. Era un hombre voluminoso, de cejas pobladas y rostro rojo y curtido. Parecía un campesino, más que el señor de la casa.

—Ha empezado a nevar —dijo—. Tendremos unas Navidades blancas.

Después del té, la reunión se disolvió.

—Supongo que ahora irán a jugar con sus cintas magnetofónicas —explicó la señora Lacey a Poirot, mirando con indulgencia a su nieto, que salía de la habitación. Igual tono habría empleado de decir: «Los niños van a jugar con sus soldaditos de plomo»—, se sienten muy atraídos por la técnica y se dan mucha importancia con todo eso.

Sin embargo, los chicos y Bridget decidieron ir al lago a ver si podían patinar sobre el hielo.

—Yo creo que podíamos haber patinado esta mañana —dijo Colin—, pero el viejo Hodgkins dijo que no. ¡Es de una prudencia!

—Vamos a dar un paseo, David —propuso Diana Middleton suavemente.

David titubeó un momento, con la vista fija en la cabeza pelirroja de Sarah; ésta se hallaba junto a Desmond Lee-Wortley, con una mano apoyada en su brazo y la mirada levantada hacia él.

—Está bien —dijo seguidamente David Welwyn—. Sí, vamos.

Diana deslizó una mano por el brazo de David y se volvieron hacia la puerta del jardín. Sarah dijo

—¿Vamos también nosotros, Desmond? Aquí está el aire viciadísimo.

—¿A quién se le ocurre andar? —dijo Desmond—. Sacaré el coche. Vamos al Speckley Boar a tomar una copa.

Sarah vaciló un momento antes de decir:

—Vamos a Market Ledbury, al White Hart. Es mucho más divertido.

Aunque no lo hubiera reconocido por nada del mundo, Sarah sentía una repugnancia instintiva a ir con Desmond a la cervecería local. No estaba dentro de la tradición de Kings Lacey. Las mujeres de Kings Lacey nunca habían frecuentado el Speckley Boar… Tenía la sensación de que ir allí sería ofender al coronel Lacey y a

su mujer. ¿Y por qué no?, habría dicho Desmond Lee-Wortley. Exasperada, Sarah pensó que debía saber por qué no. No había por qué disgustar a unas personas tan buenas como el abuelo y la querida Em, sin necesidad. La verdad era que habían sido muy buenos al dejarla vivir su vida, sin comprender en lo más mínimo por qué querría vivir en Chelsea como vivía; pero aceptándolo. Eso, desde luego, se lo debía a Em. El abuelo hubiera armado un alboroto de miedo.

Sarah no se hacía ilusiones respecto a la actitud de su abuelo. El invitar a Desmond a Kings Lacey no había sido idea suya, sino de Em. Em, que era un cielo y siempre lo había sido.

Mientras Desmond iba a sacar el coche, Sarah volvió a asomar la cabeza en el salón.

—Nos vamos a Market Ledbury —dijo.

—Vamos a tomar una copa al White Hart.

—Está bien, hijita —dijo—; me parece muy buena idea. Ya veo que David y Diana se han ido a dar un paseo. ¡Me alegro tanto! Creo que he tenido una idea verdaderamente genial al invitar a Diana. ¡Es tan triste quedarse viuda tan joven! Veintidós años nada más… Espero que se vuelva a casar *pronto*.

Sarah la miró vivamente.

—¿Qué te traes entre manos, Em?

—Tengo un pequeño plan —dijo la señora Lacey, alegremente—. Me parece la persona más indicada para David. Ya sé que él estaba enamoradísimo de ti, Sarah, pero tú no quieres saber nada de él y comprendo que no es tu tipo. No quiero que siga sufriendo y creo que Diana le va muy bien.

—¡Qué casamentera te has vuelto, Em! —exclamó Sarah.

—Ya lo sé. Todas las viejas lo somos. Me parece que a Diana le cae ya muy bien. ¿No te parece que es la mujer indicada para él?

—No creo… Me parece que Diana es… no sé, demasiado intensa, demasiado seria. Creo que David se aburriría muchísimo, si se casara con ella.

—Bueno, ya veremos. De todos modos a ti no te interesa, ¿verdad, hijita?

—¡No, qué me va a interesar! —respondió Sarah muy rápidamente. Y añadió con precipitación—: Te gusta Desmond, ¿verdad que sí, Em?

—Es un muchacho de lo más agradable.

—Al abuelo no le gusta.

—Bueno, eso era de esperar, ¿no te parece? —dijo la señora Lacey, con sentido común—, pero creo que llegará a ceder, cuando se haga a la idea. Sarah, hijita, no debes apresurarle. Los viejos somos muy lentos en cambiar de manera de pensar y tu abuelo es muy testarudo.

—No me importa lo que el abuelo piense o diga —afirmó Sarah—. ¡Me casaré con Desmond, cuando me parezca!

—Ya lo sé, hijita, ya lo sé. Pero procura ser realista. Tu abuelo puede dar mucha guerra. Todavía no eres mayor de edad. Dentro de un año puedes hacer lo que se te

antoje. Espero que Horace cederá mucho antes de ese tiempo.

—Tú estás de mi parte, ¿verdad, abuela? —dijo Sarah.

Rodeó con sus brazos el cuello de la señora Lacey y le dio un beso cariñoso.

—Quiero que seas feliz —dijo la abuela—. Ahí está tu amigo con el coche. ¿Sabes que me gustan esos pantalones tan estrechos que llevan estos chicos modernos? Resultan tan elegantes…, lo malo es que su estrechez hace que se noten más las piernas torcidas.

Sí, pensó Sarah. Desmond tenía las piernas torcidas. Nunca se había fijado hasta aquel momento…

—Anda, hijita; diviértete —dijo la señora Lacey.

Se quedó observándola mientras se dirigía al coche. Luego, recordando a su invitado extranjero, se encaminó a la biblioteca. Al llegar a la biblioteca vio a Hércules Poirot echando una agradable siestecita y, sonriéndose, cruzó el vestíbulo y entró en la cocina a conferenciar con la señora Ross.

—Vamos, preciosa —dijo Desmond—. ¿Qué, tu familia se ha puesto de malas porque vas a una cervecería? Llevan muchos años de retraso.

—No han hecho ningún aspaviento —replicó Sarah vivamente, entrando en el coche.

—¿A qué viene eso de invitar a ese tipo extranjero? Es detective, ¿verdad? ¿Qué falta hace aquí un detective?

—Pero si no está aquí profesionalmente… —dijo Sarah—. Edwina Morecombe, mi madrina, nos pidió que le invitáramos. Creo que hace mucho que se ha retirado de la profesión.

—Parece tan pasado de moda como un penco de simón.

—Quería ver unas Navidades inglesas a la antigua, creo —explicó Sarah, vagamente.

Desmond se rió con desprecio.

—¡Cuánta patochada! —exclamó—. No me explico cómo puedes resistirlo.

Sarah echó hacia atrás sus cabellos rojos y alzó su barbilla agresiva.

—¡Me encanta! —dijo, retadora.

—Imposible, muñeca. Vamos acabar con todo esto mañana. Vámonos a Scarborough o a cualquier sitio.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—Les dolería mucho.

—¡Bah, monsergas! Sabes muy bien que no te gusta toda ésa sensiblería infantil.

—Bueno, puede que no me guste, pero…

Sarah se calló de pronto. Se dio cuenta, con un sentimiento de culpabilidad, de que estaba deseando celebrar la Navidad. Le encantaba todo aquello, pero le daba vergüenza confesárselo a Desmond. No se estilaba disfrutar de las fiestas navideñas y de la vida familiar. Por un momento deseó que Desmond no hubiera ido a Kings

Lacey a pasar las Navidades. En realidad, casi hubiera sido mejor que no viniera ni entonces ni nunca. Era mucho más divertido ver a Desmond en Londres que allí, en casa.

Entretanto, los chicos y Bridget volvían del lago, discutiendo todavía con mucha seriedad los problemas del patinaje. Habían caído algunos copos y, mirando al cielo, era fácil profetizar que no tardaría mucho en caer una gran nevada.

—Va a nevar toda la noche —dijo Colin—. Te apuesto algo a que el día de Navidad por la mañana tenemos dos pies de nieve.

Era una perspectiva muy agradable para ellos.

—Vamos a hacer un muñeco de nieve —dijo Michael.

—¡Dios mío! —exclamó Colin—. Hace que no hago un muñeco de nieve desde…, bueno, desde que tenía cuatro años.

—A mí no me parece nada fácil hacerlo —se lamentó Bridget—. Hay que tener cierta práctica.

—Podíamos hacer una estatua de *monsieur* Poirot —dijo Colin—. Ponerle un gran bigote negro. Hay uno en la caja de disfraces.

Michael dijo, pensativo:

—Yo no comprendo cómo *monsieur* Poirot ha podido ser en su vida un buen detective. No comprendo cómo podía disfrazarse.

—Es cierto —dijo Bridget, no puede uno imaginárselo corriendo por ahí con un microscopio y, buscando pistas o midiendo pisadas.

—Tengo una idea —dijo Colin—. Vamos a representar una comedia para él.

—¿Una comedia? ¿Qué quieres decir? —preguntó Bridget.

—Sí, prepararle un asesinato.

—¡Qué idea más genial! —dijo Bridget—. ¿Quieres decir poner un cadáver en la nieve…?

—Sí. Eso le haría sentir confianza, ¿no os parece?

Bridget soltó una risita.

—No creo que me atreva a ir tan lejos.

—Si nieva —dijo Colin— tendremos el escenario perfecto. Un cadáver y unas pisadas…, tendremos que pensarlo muy bien todo y coger una de las dagas del abuelo y verter un poco de sangre.

Se separaron y, sin darse cuenta de que empezaba a nevar copiosamente, se metieron en una animada discusión.

—Hay una caja de pintura en la antigua sala de estudios. Podríamos hacer una mezcla para la sangre…, creo que carmesí iría bien.

—Yo creo que el carmesí es demasiado rosado —dijo Bridget—. Habría de ser un poco más castaño.

—¿Quién va a ser el cadáver? —preguntó intrigado Michael.

—Yo —se ofreció Bridget rápidamente.

—Oye, que yo fui el de la idea —dijo Colin.

—No, no —volvió a insistir Bridget—. Tengo que ser yo. Tiene que ser una chica. Es más emocionante. Hermosa muchacha yace sin vida en la nieve…

—¡Hermosa muchacha! Ja, ja —se burló Michael.

—Además, tengo el pelo negro —dijo Bridget.

—¿Y eso que tiene que ver?

—Resaltaría mucho en la nieve; y me pondría mi pijama rojo.

—Si te pones un pijama rojo no se notarán las manchas de sangre —advirtió Michael, empleando un tono práctico.

—¡Pero resultaría de tanto efecto contra la nieve! —dijo Bridget—. Y además tiene listas blancas, de modo que podríamos verter la sangre en ellas. ¡Ay, sería bárbaro! ¿Creéis que le engañaremos?

—Si lo hacemos bien, sí —dijo Michael—. En la nieve sólo se verán tus pisadas y las de otra persona, acercándose al cadáver y luego marchándose…, pisadas de hombre, claro. No querrá estropear las pisadas, de modo que no sabrá que no estás muerta de verdad. ¿Oíd, creéis que…? —Se detuvo, asaltado por una idea repentina. Los otros dos le miraron—. ¿Creéis que se enfadará, verdad?

—No, no creo —repuso Bridget con optimismo—. Estoy segura que comprenderá que lo hemos hecho para entretenerle. Una especie de regalo de Navidad.

—Me parece que no estaría bien hacerlo el día de Navidad —dijo Colin, reflexivo —. No creo que al abuelo le gustara mucho.

—Pues el veintiséis, entonces —dijo Bridget.

—Sí, el veintiséis será estupendo —dijo Michael.

—Así además nos dará más tiempo —prosiguió Bridget—. Hay que tener en cuenta que es necesario preparar un montón de cosas. Vamos a ver los trastos.

Entraron precipitadamente en la casa.

3

La tarde fue muy movida. Habían traído grandes cantidades de acebo y de muérdago y en un extremo del comedor fue instalado un árbol de Navidad. Todo el mundo contribuyó a decorarlo, a poner ramas de acebo detrás de los cuadros y a colgar el muérdago en lugar conveniente en el vestíbulo.

—No tenía idea de que se practicaran todavía estas costumbres tan arcaicas —le dijo Desmond a Sarah en voz baja, sonriendo con desprecio.

—Siempre lo hemos hecho —respondió Sarah, a la defensiva.

—¡Vaya razón!

—¡Por favor, Desmond, no te pongas pesado! Yo lo encuentro muy divertido.

—¡Sarah, cariño, *no es posible*!

—Bueno, no…, puede que en el fondo no…, pero sí, en cierto modo, sí.

—¿Quién va a desafiar la nieve para ir a la misa de medianoche? —preguntó la señora Lacey a las doce menos veinte.

—Yo, no —respondió con presteza Desmond—. Vamos, Sarah.

Poniéndole una mano en el brazo, la condujo a la biblioteca, al lugar donde estaba el álbum de los discos.

—Todo tiene un límite, querida —gruñó Desmond—. ¡Misa de medianoche!

—Sí —repuso Sarah—. Sí, claro.

Con muchas risas y pateando el suelo para entrar en calor, casi todos los demás se pusieron los abrigos y salieron. Los dos chicos, Bridget, David y Diana emprendieron el paseo de diez minutos hasta la iglesia, bajo la nieve. Sus risas se fueron perdiendo a lo lejos.

—¡Misa de medianoche! —dijo el coronel Lacey con un bufido—. Nunca fui a una misa de medianoche en mi juventud. ¡Ah, usted perdone, *monsieur* Poirot!

Poirot agitó una mano en el aire.

—Nada, nada. No se preocupe por mí.

—En mi opinión, a todo el mundo debería gustarle el servicio de mañana —añadió el coronel—. Un buen servicio dominical. «Escucha, los ángeles cantan» y todos los viejos himnos cristianos. Y luego vuelta a casa, a la comida de Navidad. Es así como debe ser, ¿no te parece, Em?

—Sí, querido —repuso la señora Lacey—. Eso es lo que *nosotros* hacemos. Pero a la juventud le gusta el servicio de medianoche. Y, realmente, es una buena cosa que *quieran* ir.

—Sarah y ese individuo no quieren ir.

—En eso, querido, creo que te equivocas —dijo la señora Lacey—. Sarah sí quería ir, pero no le gustó decirlo.

—No comprendo que le importe la opinión de ese individuo.

—Es muy joven todavía —comentó su esposa plácidamente—. ¿Se va usted a la cama, *monsieur* Poirot? Buenas noches. Espero que duerma bien.

—¿Y usted, señora? ¿No se acuesta todavía?

—Todavía no. Aún tengo que llenar las medias. Ya sé que todos ellos casi son personas mayores, pero les *gusta* eso de las medias. Se ponen dentro cosas de broma, objetos sin importancia. Pero resulta muy divertido.

—Trabaja usted mucho para que reine la alegría en esta casa en Navidad —dijo Poirot—. Merece usted mi respeto.

Se llevó galantemente a los labios la mano de la señora Lacey.

—¡Hum! —Gruñó el coronel Lacey después que se hubo marchado Poirot—. Un tipo muy florido. Pero se ve que te aprecia.

La dama le sonrió.

—¿Te has dado cuenta, Horace, de que estoy debajo del muérdago? —preguntó con gazmoñería de una muchacha de diecinueve años[8].

Hércules Poirot entró en la habitación. Era un dormitorio grande, con abundancia de radiadores. Al acercarse a la gran cama de columnas vio un sobre encima de la almohada. Lo abrió y sacó de él un trozo de papel. En él, con letras mayúsculas, decía:

NO COMA NADA DEL PUDDING DE CIRUELAS.
UNA QUE LE QUIERE BIEN.

Hércules Poirot se quedó mirando el trozo de papel.

—Un jeroglífico —murmuró, alzando las cejas—, y completamente inesperado.

4

La comida de Navidad empezó a las dos de la tarde y fue un verdadero banquete. Unos enormes troncos chisporroteaban alegremente en la gran chimenea y el chispoporroteo quedaba sofocado por la babel de lenguas hablando al mismo tiempo. Había sido consumida la sopa de ostras y dos enormes pavos habían hecho su aparición, volviendo a la cocina convertidos en esqueletos de sí mismos. El momento supremo había llegado. El *pudding* de Navidad fue llevado al comedor con toda la pompa. El viejo Peverell, temblándole las manos y las rodillas con la debilidad de sus ochenta años, no consintió que nadie lo llevara sino él. La señora Lacey se apretaba las manos, llena de ansiedad. ¡Un día de Navidad, seguro, Peverell caería difunto! Teniendo que escoger entre el riesgo de que cayera muerto o herir sus sentimientos de tal modo que prefiriera caer muerto a estar vivo, la señora Lacey había escogido hasta entonces la primera de las dos alternativas. En una bandeja de plata, el *pudding* de Navidad reposaba en toda su gloria. Un *pudding* enorme, con una ramita de acebo prendida en él como una bandera triunfal y rodeado de gloriosas llamas azules y rojas. Se oyeron gritos de alegría y de pasmo.

Una cosa había conseguido la señora Lacey: persuadir a Peverell de que colocara el *pudding* frente a ella, en lugar de pasarlo alrededor de la mesa. Al verlo frente a ella, sano y salvo, la señora Lacey lanzó un suspiro de alivio. Fueron pasándole rápidamente los platos, con las llamas lamiendo todavía las porciones de *pudding*.

—Pida algo, *monsieur* Poirot —exclamó Bridget.

—Pida algo antes de que la llama se apague. ¡Corre, abuelito, corre!

La señora Lacey se echó hacia atrás, lanzando un suspiro de satisfacción. La Operación *Pudding* había resultado un éxito. Delante de cada comensal había una ración rodeada de llamas. Se produjo un breve silencio alrededor de la mesa, mientras todo el mundo hacía su petición.

Nadie pudo observar la expresión extraña del rostro de *monsieur* Poirot, mientras miraba la ración de *pudding* de su plato. «*No coma nada del* pudding *de ciruela*». ¿Qué podría querer decir aquella advertencia siniestra? ¡No podía haber ninguna diferencia entre su ración de *pudding* y la de cualquier otro! Suspirando, tuvo que reconocer que estaba desconcertado; y a Hércules Poirot nunca le gustaba reconocer que estaba desconcertado. Cogió la cuchara y el tenedor.

—¿Un poco de salsa de mantequilla, *monsieur* Poirot?

Poirot se sirvió salsa de mantequilla, mostrando su aprobación.

—Has cogido otra vez mi mejor coñac, ¿verdad, Em? —dijo el coronel de buen humor desde el otro extremo de la mesa.

La señora Lacey le sonrió.

—La señora Ross insiste en usar el mejor coñac, querido —dijo—. Dice que en eso consiste todo lo notable del plato.

—Bueno, bueno —dijo el coronel Lacey—. Sólo es Navidad una vez al año y la señora Ross es una excelente cocinera.

—Ya lo creo que lo es —dijo Colin—. Menudo *pudding* de ciruelas. ¡Ummm!

Se metió en la boca un gran bocado.

Suavemente, casi con cautela, Poirot atacó su ración de *pudding*. Comió un bocado. ¡Estaba delicioso! Probó otro bocado. En su plato había un objeto brillante. Investigó con un tenedor. Bridget, sentada a su izquierda, acudió en su ayuda.

—Tiene usted algo, *monsieur* Poirot —dijo—. ¿Qué será?

Poirot apartó las pasas que rodeaban un pequeño objeto de plata.

—¡Ah! —dijo Bridget—. ¡Es el botón de soltero! ¡*Monsieur* Poirot tiene el botón de soltero!

Poirot sumergió el pequeño botón de plata en el agua que tenía en su plato para enjugarse las manos y le quitó las migas de *pudding*.

—Es muy bonito —observó.

—Eso significa que se va a quedar soltero, *monsieur* Poirot —explicó.

—Eso es de suponer —repuso Poirot con gravedad—. Llevo muchísimos años de soltero y es improbable que vaya a cambiar ahora de estado.

—No pierda las esperanzas —dijo Michael—. Leí en el periódico el otro día que un hombre de noventa y cinco se casó con una chica de veintidós.

—Me das ánimos —contestó sonriendo Hércules Poirot.

De pronto, el coronel Lacey lanzó una exclamación. Con el rostro amoratado, se llevó la mano a la boca.

—Maldita sea, ¡Emmeline! —bramó—. ¿Cómo le consientes a la cocinera poner un cristal en el *pudding*?

—¡Cristal! —exclamó la señora Lacey, atónita.

El coronel Lacey sacó de la boca la ofensiva sustancia.

—Me podía haber roto una muela —gruñó—. O habérmela tragado sin advertirlo y producirme una apendicitis.

Dejó caer el trozo de vidrio en la vasija de enjugarse los dedos, lo limpió y lo contempló unos segundos.

—¡Válgame Dios! —exclamó—. Es una piedra roja de uno de los broches de los petardos.

Lo sostuvo en alto.

—¿Me permite?

Con mucha habilidad, *monsieur* Poirot se extendió por detrás de su vecino de mesa, cogió la piedra de los dedos del coronel Lacey y la examinó con atención. Como había dicho el señor de la casa, era una enorme piedra roja, color rubí. Al darle vueltas en la mano, sus facetas lanzaban destellos. Uno de los comensales apartó vivamente su silla y enseguida la volvió a su sitio.

—¡Ahí va! —exclamó Michael—. ¡Qué imponente, si fuera *de* verdad!

—A lo mejor es de verdad —dijo Bridget, esperanzada.

—No seas bruta, Bridget. Un rubí de ese tamaño valdría miles y miles de libras. ¿Verdad, *monsieur* Poirot?

—Verdad, verdad —confirmó Poirot.

—Pero lo que yo no comprendo —dijo la señora Lacey— es cómo fue a parar al *pudding*.

—¡Ay! —exclamó Colin, concentrando su atención en el *pudding* que tenía en la boca—. Me ha tocado el cerdo. No es justo.

Bridget empezó a canturrear:

—¡Colin tiene el cerdo! ¡Colin tiene el cerdo! ¡Colin es el cerdito tragón!

—Yo tengo el anillo —dijo Diana con voz alta y clara.

—Suerte que tienes, Diana. Te casarás antes que ninguno de nosotros.

—Yo tengo el dedal —se lamentó Bridget.

—Bridget se va a quedar solterona —canturrearon los dos chicos—. Bridget se va a quedar solterona.

—¿A quién le ha tocado el dinero? —preguntó David—. En el *pudding* hay una auténtica moneda de oro de diez chelines. Me lo dijo la señora Ross.

—Creo que soy yo el afortunado —dijo Desmond Lee-Wortley.

Los dos vecinos de mesa del coronel Lacey le oyeron murmurar:

—¡Cómo no!

—Yo tengo el anillo —dijo David. Miró a Diana—. Qué coincidencia, ¿verdad?

Continuaron las risas. Nadie se dio cuenta de que *monsieur* Poirot, con descuido, como si estuviese pensando en otra cosa, había deslizado la piedra roja en uno de sus bolsillos.

Después del *pudding* vinieron las empanadillas de frutas secas y la tarta de Navidad. Luego, las personas mayores se retiraron a echar una bien merecida siesta antes de la ceremonia de encender el árbol de Navidad, a la hora del té. Hércules Poirot, sin embargo, no se echó, sino que se dirigió a la enorme y antigua cocina.

Mirando a su alrededor y sonriendo, dijo:

—¿Me está permitido felicitar a la cocinera por la maravillosa comida que acabo de saborear?

Después de corta vacilación, la señora Ross se adelantó majestuosamente a saludarle. Era una mujer voluminosa, con la dignidad de una duquesa de teatro. En la cocina, dos mujeres delgadas, de pelo gris, estaban fregando los cacharros, y una muchacha de pelo rubio pálido hacía viajes entre las dos habitaciones. Pero se veía claramente que esas mujeres no eran sino pinches. La señora Ross era indudablemente la reina de la cocina.

—Me alegro de que le haya gustado, señor —dijo con gracia.

—¡Gustado! —exclamó Hércules Poirot. Con un gesto extranjero muy extravagante, se llevó la mano a los labios, la besó y lanzó un beso al techo—. ¡Pero si es usted un genio, señora Ross! ¡Un genio! ¡Nunca había saboreado una comida tan

maravillosa! La sopa de ostras… —Hizo un ruido expresivo con los labios—, y el relleno… El relleno de castañas del pavo no puede igualarse.

—Vaya, me sorprende que diga eso, señor —respondió la señora Ross, halagada—. El relleno es una receta muy especial. Me la dio un *cheff* australiano con quien trabajé muchos años. Pero todo lo demás —añadió— no es más que buena cocina inglesa de tipo casero.

—¿Y existe algo mejor que eso? —preguntó Hércules Poirot.

—Vaya, es usted muy amable, señor. Claro que siendo usted un caballero extranjero puede que hubiera preferido el estilo continental. No es que no sepa hacer platos continentales también…

—¡Estoy seguro, señora Ross, de que usted sabe hacer lo que sea! Pero debe usted saber que la cocina inglesa, la *buena* cocina inglesa, no lo que le dan a uno en los hoteles y restaurantes de segunda categoría, es muy apreciada por los *gourmets* del continente y creo que no me equivoco al decir que a principios del siglo XVIII vino a Londres una misión especial y que esta misión mandó a Francia un informe sobre las excelencias de los *puddings* ingleses. «En Francia no tenemos nada parecido», escribieron. «Vale la pena hacer el viaje a Londres sólo para probar la variedad y las excelencias de los *puddings* ingleses». Y, por encima de todos los *puddings* —continuó Poirot lanzando una especie de rapsodia— está el *pudding* de ciruelas de Navidad como el que hemos comido hoy. Era un *pudding* hecho en casa, ¿verdad? No comprado, hecho, quiero decir.

—Sí, señor; hecho en casa. Hecho por mí, con una receta mía, tal como lo llevo haciendo desde hace muchos años. Cuando vine, la señora Lacey dijo que encargaría un *pudding* a una tienda de Londres para ahorrarme trabajo. Pero yo le dije: «No, señora, se lo agradezco mucho, pero no hay *pudding* de tienda que pueda compararse con el hecho en casa». Claro —dijo después la señora Ross, animándose con el tema, como una artista que era—, que fue hecho demasiado cerca del día. Un *pudding* de Navidad como es debido tenía que ser hecho con varias semanas de anticipación y dejarlo descansar. Cuanto más tiempo se conservan, siempre dentro de lo razonable, mejor están. Me acuerdo ahora de que cuando era niña estábamos esperando que en la iglesia, en determinado domingo, se recitase cierta oración, porque esa oración era, como si dijéramos, la señal de que había que hacer los *puddings* aquella semana. Y siempre los hacíamos. Oíamos la oración del domingo y aquella semana era seguro que mi madre hacía los *puddings* de Navidad. Y aquí, este año, debía haber sido lo mismo. Pero no se hizo hasta tres días antes, la víspera de llegar usted, señor. Ahora que, en lo demás, seguí con la costumbre antigua. Todos los de la casa tuvieron que venir a la cocina a batir una vez y pedir una cosa. Es una vieja costumbre, señor, y la he conservado.

—Sumamente interesante —dijo Hércules Poirot—. Sumamente interesante. ¿De modo que todos vinieron a la cocina?

—Sí, señor. Los señoritos más jóvenes, la señorita Bridget, el caballero de Londres que ha venido a pasar las fiestas, su hermana, el señorito David y la señorita Diana…, la señora Middleton, mejor dicho… Todos le dieron una vuelta al *pudding*.

—¿Cuántos *puddings* hizo usted? ¿Fue éste el único que hizo?

—No, señor. Hice cuatro. Dos grandes y dos más pequeños. El otro grande pensaba ponerlo el día de Año Nuevo y los dos más pequeños para el coronel y la señora Lacey cuando estén, como quien dice, solos, sin tanta familia.

—Comprendo, comprendo.

—En realidad, señor —continuó la señora Ross—, el que comieron ustedes hoy no era el que estaba dispuesto.

—¿Que no era el que estaba dispuesto? —Poirot frunció el entrecejo.

—¿Cómo es eso?

—Pues verá, señor. Tenemos un molde grande para Navidad. Un molde de porcelana, con un dibujo de acebo y de muérdago en la parte de arriba, y siempre cocemos el *pudding* del día de Navidad en ese molde. Pero nos ocurrió una desgracia. Esta mañana, cuando Annie estaba bajándolo del estante de la despensa, resbaló y se le cayó el molde de la mano y se rompió. Como es natural, no podía ponerlo en la mesa. Podía tener dentro trocitos de porcelana. De modo que tuvimos que poner el otro, el del día de Año Nuevo, que estaba hecho en un molde sin dibujo. Sale de muy buen tamaño, pero no es tan decorativo como el molde de Navidad. La verdad es que no sé dónde vamos a encontrar otro molde como aquél. Ahora no hacen cosas de ese tamaño. Sólo hacen cositas como de juguete. Si ni siquiera puede uno comprar un plato de desayuno como es debido, donde quepan de ocho a diez huevos y el tocino. ¡Ah, las cosas no son como eran!

—No, es verdad —dijo Poirot—. Pero hoy no ha sido así. Este día de Navidad ha sido como los antiguos, ¿no es cierto?

—Me alegra oírselo decir, señor, pero no tengo la *ayuda* que solía tener. No tengo gente eficiente. Las chicas de ahora —bajó ligeramente la voz— tienen muy buena intención y muy buena voluntad, pero no tienen *preparación*, señor; no sé si me entiende.

—Sí, los tiempos cambian —dijo Hércules Poirot—. A mí también me da pena algunas veces.

—Esta casa, señor, es demasiado grande para los señores —explicó la señora Ross—. La señora bien se da cuenta. El vivir en una esquina como hacen ellos no es lo mismo. Sólo viven, como si dijéramos, por Navidad, cuando vienen todos los de la familia.

—Creo que es la primera vez que ese señor Lee-Wortley y su hermana han venido aquí, ¿no?

La voz de la señora Ross se hizo entonces un poco reservada.

—Sí, señor. Un caballero muy agradable, pero… vaya, no parece un amigo muy apropiado para la señorita Sarah, según nuestras ideas. ¡Claro que en Londres hay

otras costumbres! Es una pena que su hermana esté tan mal de salud. Le han hecho una operación. El primer día que estuvo aquí parecía que estaba bien, pero aquel mismo día, después de batir los *puddings*, se volvió a poner mala y desde entonces ha estado siempre en la cama. ¡Seguro que se habrá levantado demasiado pronto, después de la operación! ¡Ay, estos médicos de ahora le echan a uno del hospital cuando casi no puede uno sostenerse en pie! La mujer de mi sobrino…

Y la señora Ross se metió en una larga y animada relación del tratamiento recibido por sus parientes en los hospitales, comparándolo desfavorablemente con la consideración que habían tenido con ellos en otros tiempos.

Poirot hizo los oportunos comentarios de condolencia.

—Sólo me queda —dijo— darle las gracias por esta exquisita y suculenta comida. ¿Me permite una pequeña muestra de mi agradecimiento?

Un billete nuevo de cinco libras pasó de su mano a la de la señora Ross, que dijo por pura fórmula:

—No debía usted hacer *esto*, señor.

—Insisto. Insisto.

—Bueno, señor, pues muchas gracias. —La señora Ross aceptó el tributo como homenaje merecido—. Le deseo, señor, unas felices Pascuas y próspero Año Nuevo.

5

El final del día de Navidad fue muy parecido al final de la mayoría de los días de Navidad. Se encendió el árbol y a la hora del té se sirvió una espléndida tarta de Navidad, que fue recibida con elogios, pero de la que se comió moderadamente. A última hora se sirvió una cena fría.

Poirot y sus anfitriones se fueron temprano a la cama.

—Buenas noches, *monsieur* Poirot —dijo la señora Lacey—. Espero que se haya divertido.

—Ha sido un día maravilloso, señora. Maravilloso.

—Parece que está usted muy pensativo —añadió la señora Lacey.

—Estoy pensando en el *pudding* de Navidad.

—¿A lo mejor lo encontró usted un poco pesado? —preguntó la dama con delicadeza.

—No, no. No hablo gastronómicamente. Estoy pensando en su significado.

—Desde luego, es una tradición —dijo la señora Lacey—. Bueno, buenas noches, *monsieur* Poirot, y no sueñe demasiado con *puddings* de Navidad y empanadas de frutas secas.

—Sí —murmuró Poirot para sí, mientras se desnudaba—. Ese *pudding* es un problema. Hay algo aquí que no comprendo en absoluto —meneó la cabeza con irritación—. Bueno, ya veremos.

Después de algunos preparativos, Poirot se acostó, pero no se durmió.

Unas dos horas más tarde, su paciencia fue recompensada. La puerta de su dormitorio se abrió muy suavemente. Sonrió para sí. Estaba sucediendo lo que él esperaba que sucediera. Recordó fugazmente la taza de café que Desmond Lee-Wortley le había ofrecido con tanta cortesía. Poco después, aprovechando que Desmond estaba de espaldas, Poirot había dejado la taza unos segundos sobre la mesa. Luego, al parecer, había vuelto a cogerla y Desmond había tenido la satisfacción de verle beber hasta la última gota de café. Una sonrisita subió al bigote de Poirot al pensar que no era él, sino otra persona, quien estaba durmiendo profundamente aquella noche.

«David, ese joven tan agradable —se dijo Poirot— está muy preocupado, es desgraciado. No le vendrá mal dormir bien de verdad una noche. Y ahora vamos a ver qué pasa».

Se quedó muy quieto, respirando rítmicamente y lanzando de cuando en cuando un ronquido ligero, ligerísimo.

La puerta se entornó.

Una persona se acercó a su cama y se inclinó sobre él. Satisfecha, esa persona se volvió y se dirigió hacia el tocador. A la luz de una linterna pequeñísima, el visitante examinaba los objetos personales de Poirot, colocados ordenadamente sobre el

tocador. Los dedos examinaron la cartera, abrieron con suavidad los cajones y continuaron después la búsqueda por los bolsillos de la ropa de Poirot. Por último, el visitante se acercó a la cama y, con mucha precaución, deslizó la mano bajo la almohada. Retiró la mano y permaneció un momento como si no supiera qué hacer a continuación. Anduvo por la habitación, mirando dentro de los objetos de adorno, y se dirigió al cuarto de baño contiguo, de donde regresó poco después. Luego, lanzando una débil exclamación de descontento, salió de la habitación.

—¡Ah! —susurró Poirot—. Te has llevado una desilusión. Sí, sí, una desilusión muy grande. ¡Bah! ¿Cómo pudiste imaginar siquiera que Poirot iba a esconder algo donde tú pudieras encontrarlo?

Luego, dándose la vuelta sobre el otro lado, se durmió plácidamente.

A la mañana siguiente le despertaron unos golpecitos suaves, pero urgentes, dados en su puerta.

—*Qui est la?* Pase, pase.

La puerta se abrió. Colin estaba en el umbral, jadeando y con el rostro encendido. Detrás de él se hallaba Michael.

—¡*Monsieur* Poirot, *monsieur* Poirot!

—¿Sí? —Poirot se sentó en la cama—. ¿Es el té de la primera hora? Pero si eres tú, Colin. ¿Qué ha ocurrido?

Colin quedó sin habla durante un momento. Parecía hallarse dominado por una emoción muy fuerte. En realidad, era el gorro de dormir que tenía puesto Hércules Poirot lo que le afectaba los órganos de la palabra. Se dominó pronto y dijo:

—Creo…, *monsieur* Poirot… ¿Podría usted ayudarnos? Ha ocurrido una cosa horrible.

—¿Qué ha ocurrido algo? Pero ¿qué?

—Es… es Bridget. Está ahí fuera, en la nieve. Creo que… no se mueve ni habla y… será mejor que venga y lo vea por sí mismo. Tengo un miedo terrible de que… de que esté *muerta*.

—¿Qué? —Poirot echó a un lado la ropa de la cama—. ¡*Mademoiselle* Bridget… muerta!

—Creo que… creo que la han asesinado. Hay… hay sangre y… ¡ay, venga, venga, por favor!

—Naturalmente. Naturalmente. Voy enseguida.

Poirot metió los pies en los zapatos y se puso un abrigo de forro de piel sobre el pijama.

—Voy —dijo—. Voy al momento. ¿Habéis despertado a la familia?

—No, no. No se lo he dicho a nadie todavía más que a usted. Me pareció mejor. Los abuelos no se han levantado todavía. Están poniendo la mesa para el desayuno abajo; pero no le he dicho nada a Peverell. Ella… Bridget está al otro lado de la casa, cerca de la terraza y de la ventana de la biblioteca.

—¡Ah! Id delante. Yo os sigo.

Volviendo la cara hacia otro lado para ocultar su sonrisa satisfecha, Colin bajó las escaleras delante de los demás. Salieron por la puerta lateral. Era una mañana clara y el sol todavía no estaba muy alto. Había nevado mucho durante la noche y todo estaba cubierto por una alfombra ininterrumpida de espesa nieve. El mundo parecía muy puro, blanco y hermoso.

—¡Allí! —dijo Colin conteniendo la respiración—. ¡Allí es!

Señaló dramáticamente con el dedo.

La escena era de lo más dramática. A unos metros de distancia, yacía Bridget sobre la nieve. Llevaba puesto un pijama rojo y una estola de lana blanca alrededor de los hombros. La estola blanca estaba manchada de rojo. Tenía la cabeza vuelta hacia un lado y oculta bajo la masa extendida de sus cabellos negros. Uno de los brazos estaba debajo del cuerpo y el otro extendido, con los dedos apretados.

Del centro de la mancha carmesí sobresalía el puño de un cuchillo curdo que el coronel Lacey había mostrado a sus invitados la noche anterior.

—*Mon Dieu!* —dijo Poirot—. ¡Parece de teatro!

Michael hizo un pequeño ruido, como si se asfixiara. Colin acudió inmediatamente en su ayuda.

—Es cierto —dijo—. Tiene algo que no… parece *real*, ¿verdad? ¿Ve usted esas pisadas? Supongo que no podremos tocarlas…

—Ah, sí; las pisadas. No, tenemos que tener cuidado de no tocar esas pisadas.

—Eso es lo que yo pensé —dijo Colin—. Por eso no he dejado que nadie se acercara hasta que viniera usted. Pensé que usted sabría lo que había de hacer.

—De todos modos —repuso Poirot vivamente— primero tenemos que ver si está viva. ¿No es cierto?

—Bueno…, sí…, claro —respondió Michael, un poco indeciso—, pero pensamos que… no queríamos…

—¡Ah, posees la virtud de la prudencia! Has leído muchas novelas policíacas. Es importantísimo no tocar nada y dejar el cadáver como está. Pero no tenemos la seguridad de que *haya* un cadáver, ¿no crees? Después de todo, aunque la prudencia es admirable, los sentimientos humanitarios deben prevalecer. Tenemos que pensar en el médico antes que en la policía.

—Sí, sí. Claro —dijo Colin, todavía un poco desconcertado.

—Creíamos que…, pensamos que era mejor que fuéramos a buscarle a usted antes de hacer nada —intervino Michael rápidamente.

—Quedaos aquí los dos —les advirtió Poirot—. Yo me acercaré por el otro lado para no tocar esas pisadas. Unas pisadas tan estupendas, tan sumamente claras… Las pisadas de un hombre y de una muchacha que se dirigen juntas al lugar donde está ella. Luego las pisadas del hombre vuelven…, pero las de la muchacha no.

—Tienen que ser las pisadas del asesino —sugirió Colin, conteniendo la respiración.

—Exactamente —dijo Poirot—. Las pisadas del asesino. Un pie largo y estrecho, con un zapato bastante raro. Muy interesante. Creo que serán fáciles de identificar. Sí, esas pisadas van a ser muy importantes.

En aquel momento, Desmond Lee-Wortley salía con Sarah de la casa y se acercó a ellos.

—Pero ¿qué están haciendo ahí todos ustedes? —preguntó en actitud un poco teatral—. Les vi desde la ventana de mi cuarto. ¿Qué pasa? Dios mío, ¿qué es eso? Pa… parece…

—Exactamente —le interrumpió Poirot—. Parece un asesinato, ¿verdad?

Sarah dejó escapar un sonido entrecortado y luego miró a los dos chicos con gran desconfianza.

—¿Quiere usted decir que han matado a… cómo se llama…, a Bridget? —preguntó Desmond—. ¿Quién diablos iba a querer matarla? ¡Es increíble!

—Hay muchas cosas que son increíbles —dijo Poirot—. Sobre todo antes del desayuno, ¿no? Eso dice uno de sus clásicos. Seis cosas imposibles antes del desayuno —añadió—. Por favor, esperen juntos aquí todos.

Cuidadosamente, dando un rodeo, se acercó a Bridget y se inclinó un momento sobre el cadáver. Colin y Michael estaban temblando con los esfuerzos por contener la risa. Sarah se acercó a ellos y murmuró:

—¿Qué habéis estado haciendo hasta ahora vosotros dos?

—Hay que ver a Bridget —susurró Colin—. Es estupenda. ¡Ni un parpadeo!

—Nunca he visto nada con tanto aspecto de muerte como Bridget —susurró Michael.

Hércules Poirot se enderezó de nuevo.

—Es terrible —dijo. Y en su voz se apreciaba una emoción que antes no existía.

Sin poder contenerse la risa, Michael y Colin se dieron la vuelta.

Con voz estrangulada, Michael dijo:

—¿Qué… qué hacemos?

—Sólo hay una cosa que podamos hacer —dijo Poirot—. Hay que llamar a la policía. ¿Va a llamar uno de ustedes o prefieren que lo haga yo?

—Creo —dijo Colin—, creo…, ¿qué te parece, Michael?

—Sí —respondió Michael—. Creo que ya está bien la broma.

Dio un paso al frente. Por primera vez, parecía un poco inseguro.

—Lo siento muchísimo —empezó a decir—. Espero que no lo tome demasiado a mal. Humm…, todo… todo fue una especie de broma de Navidad. Se nos ocurrió… bueno, prepararle un asesinato.

—¿Se os ocurrió prepararme un asesinato? Entonces esto… entonces esto…

—Es una escena que preparamos nosotros —explicó Colin— para… bueno… para que se sintiera usted a gusto.

—¡Ah! —exclamó Poirot—. Comprendo. Me habéis dado una inocentada. Pero hoy es veintiséis de diciembre y el Día de los Inocentes es dos días después, el

veintiocho.

—No debíamos haberlo hecho —dijo Colin.

—Pero…, ¿no está usted muy enfadado, verdad, *monsieur* Poirot? Vamos, Bridget —gritó—, levántate. Debes estar ya medio helada.

La figura echada en la nieve no se movió.

—Es extraño —dijo Hércules Poirot—, parece que no te ha oído —les miró pensativo—. ¿Dices que es una broma? ¿Estáis bien seguros que es una broma?

—Sí, claro que sí —aseguró Colin, incómodo—. No… no queríamos hacer daño a nadie.

—Pero entonces, ¿por qué no se levanta *mademoiselle* Bridget?

—No tengo ni idea —dijo Colin.

—Vamos, Bridget —gritó Sarah, impaciente—. Déjate de hacer el idiota, ahí tirada.

—De verdad, *monsieur* Poirot, lo sentimos muchísimo. —Colin hablaba con aprensión—. Le pedimos mil perdones.

—No tenéis por qué —repuso Poirot con voz extraña.

—¿Qué quiere decir? —Colin le miró fijamente. Luego se volvió hacia Bridget —. ¡Bridget! ¡Bridget! ¿Qué pasa? ¿Por qué no se levanta? ¿Por qué sigue ahí tirada?

Poirot hizo una seña a Desmond.

—Usted, señor Lee-Wortley. Venga aquí.

Desmond acudió a su lado.

—Tómele el pulso —le ordenó Poirot.

Desmond Lee-Wortley se inclinó. Tocó el brazo, la muñeca.

—No tiene pulso… —Se quedó mirando a Poirot—. El brazo está rígido. ¡Dios santo, está muerta de verdad! ¡Está muerta!

Poirot asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí, está muerta —dijo—. Alguien ha convertido la comedia en tragedia.

—Alguien…, ¿quién?

—Hay una serie de pisadas que se acercan aquí y luego se alejan. Una serie de pisadas que se parecen muchísimo a las pisadas que acaba usted de hacer, señor Lee-Wortley, al venir desde el camino.

Desmond Lee-Wortley giró en redondo.

—¿Qué diablos…? ¿Está usted acusándome a mí? ¿A mí? ¡Está usted loco! ¿Por qué diablos iba yo a querer matar a la chica?

—Ah… ¿por qué? No lo sé… Vamos a ver.

Se inclinó, muy suavemente, apartó los dedos contraídos de la chica. Desmond contuvo el aliento. En sus ojos había una expresión de incredulidad. En la palma de la mano de la muerta había algo que parecía un gran rubí.

—¡Es aquella maldita cosa que estaba en el *pudding*! —gritó.

—¿Sí? —dijo Poirot—. ¿Está usted seguro?

—Claro que lo estoy.

Con un movimiento rápido, Desmond se inclinó y arrancó la piedra roja de la mano de Bridget.

—No debía haber hecho eso —dijo Poirot en tono de reproche—. Tenía que dejarse todo como estaba.

—No he tocado el cadáver. Pero esto podía… podía perderse y es una prueba. Lo que hay que hacer es avisar a la policía lo antes posible. Voy enseguida a telefonear.

Giró en redondo y corrió en dirección a la casa. Sarah acudió vivamente al lado de Poirot.

—No comprendo —susurró—. ¿Qué quería usted decir con… con eso de las pisadas?

—Véalo usted por sí misma, *mademoiselle*.

Las pisadas que se acercaban y se alejaban del cadáver eran iguales a las que Lee-Wortley acababa de hacer.

—¿Quiere usted decir… que fue Desmond? ¡Es absurdo!

De pronto, a través del aire puro llegó el ruido de un coche. Se volvieron y vieron que un coche bajaba la avenida a velocidad vertiginosa. Sarah reconoció el coche.

—Es Desmond —dijo—. Es el coche de Desmond. Debe… debe haber ido a buscar a la policía en lugar de telefonear.

Diana Middleton salió corriendo de la casa y se reunió con ellos.

—¿Qué ha pasado? —exclamó jadeante—. Desmond entró corriendo en la casa. Dijo no sé qué de que habían asesinado a Bridget y luego quiso llamar por teléfono, pero estaba estropeado. No consiguió comunicar. Dijo que debían haber cortado los hilos y que lo único que se podía hacer era coger un coche e ir inmediatamente a buscar a la policía. Porque la policía…

Poirot hizo un gesto.

—¿Bridget? —Diana se quedó mirándole—. Pero…, ¿seguro que no es broma o algo por el estilo? He oído algo… anoche… Creí que iban a jugarle a usted una broma, *monsieur* Poirot.

—Sí —dijo Poirot—, ése era el plan, jugarme una broma. Pero vamos a la casa, vamos todos. Aquí nos vamos a morir de frío y no se puede hacer nada hasta que el señor Lee-Wortley vuelva con la policía.

—Pero, oiga —suplicó Colin—, no podemos…, no podemos dejar a Bridget aquí sola.

—No puedes hacer nada por ella con quedarte —respondió Poirot suavemente—. Vamos; es una tragedia, una gran tragedia, pero no podemos hacer nada por ayudar a *mademoiselle* Bridget. De modo que vamos a calentarnos y a tomar una taza de té o café.

Le siguieron obedientemente a la casa. Peverell iba a tocar el batintín en aquel momento. Si le pareció extraordinario que casi todo el mundo viniera de fuera y que Poirot se presentara en pijama por debajo del abrigo, no mostró el menor asombro. Peverell, a pesar de sus años, seguía siendo el perfecto mayordomo. Sólo veía lo que

le pedían que viera. Se dirigieron al comedor y se sentaron. Cuando todos tuvieron ante ellos una taza de café, Poirot empezó a hablar.

—Tengo que contarles una pequeña historia —exclamó—. No puedo darles todos los detalles, eso no. Pero puedo contarles lo principal. Trata de un joven príncipe que vino a este país. Trajo consigo una joya famosa, para montarla de nuevo para la dama con quien iba a casarse, pero, por desgracia, primero hizo amistad con una señorita muy bonita. A esta señorita no le gustaba mucho el hombre, pero sí le gustaba la joya… tanto, que un día desapareció con esta prenda, que había pertenecido a la familia del príncipe a través de muchas generaciones. El pobre joven, como ven ustedes, se encuentra en un aprieto. Por encima de todo tiene que evitar el escándalo. Imposible acudir a la policía. Entonces acude a mí, Hércules Poirot. «Recupéreme mi histórico rubí», me dice. *Eh bien!*, la señorita tiene un amigo, y el amigo ha hecho negocios muy dudosos. Ha estado complicado en chantajes y en venta de joyas en el extranjero. Siempre ha sido muy hábil. Se sospecha de él, sí, pero no se le puede probar nada. Llega a mi conocimiento que este caballero tan hábil está pasando las Navidades en esta casa. Es importante que la bonita señorita, una vez conseguida la joya, desaparezca de la circulación por una temporada, para que no puedan ejercer presión sobre ella, ni la puedan interrogar. Por lo tanto, se las arreglan de modo que venga a esta casa, a Kings Lacey, pasando ante los demás por hermana de nuestro hábil caballero…

Sarah contuvo la respiración.

—¡No puede ser! ¡No! ¡Aquí, conmigo!

—Pues así es —dijo Poirot—. Y, valiéndonos de una pequeña estratagema, se me invita a mí también a pasar las Navidades en Kings Lacey. Aquí, en la casa, dicen que la señorita acaba de salir del hospital. Está mucho mejor al llegar. Pero entonces se corre la voz de que voy a venir yo, un detective, un detective famoso. Y a la señorita, según el dicho popular, «no le llega la camisa al cuerpo». Esconde el rubí en el primer sitio que se le ocurre y luego sufre una recaída y se vuelve a la cama. No quiere que yo la vea, porque es seguro que tengo una fotografía de ella y que la reconocería. Es muy aburrido para ella, desde luego, pero tiene que quedarse en su habitación y su «hermano» le sube la comida.

—¿Y el rubí? —preguntó Michael.

—Creo —dijo Poirot— que en el momento en que se mencionó mi llegada, la señorita estaba en la cocina con los demás, riéndose, hablando y batiendo los *puddings* de Navidad. Meten los *puddings* en los moldes y la señorita esconde el rubí en uno de ellos, hundiéndolo bien. No en el que vamos a comer el día de Navidad. No, no; ése sabe ella que está en un molde especial. Lo pone en el otro, el que está destinado para el día de Año Nuevo. Antes de que llegase ese día podrá marcharse de aquí y al marcharse, el *pudding* aquél se iría con ella. Pero vean en qué forma interviene el Destino. El *pudding* de Navidad, dentro de su elegante molde, se cae al

suelo de piedra y el molde se hace añicos. ¿Qué se podía hacer? La buena señora Ross coge el otro *pudding* y lo manda a la mesa.

—¡Qué barbaridad! —dijo Colin—. ¿Quiere usted decir que lo que tenía el abuelo en la boca el día de Navidad, cuando estaba comiendo el *pudding*, era un rubí de *verdad*?

—Exactamente —repuso Poirot—, y pueden ustedes imaginar el nerviosismo del señor Lee-Wortley al ver aquello. *Eh bien*, ¿qué ocurre entonces? El rubí va pasando de mano en mano, alrededor de la mesa. Al examinarlo yo, me las arreglo para deslizarlo disimuladamente en un bolsillo. Con indiferencia, como si no me interesara la piedra. Pero una persona por lo menos vio lo que yo había hecho. Estando yo en cama, esa persona registra mi habitación. Me registra a mí. Pero no encuentra el rubí. ¿Por qué?

—Porque —dijo Michael, conteniendo la respiración— se lo había dado usted a Bridget. Es lo que está usted queriéndonos decir. Y fue por eso por lo que…, pero no comprendo bien. Oiga, ¿qué es lo que ocurrió de verdad?

Poirot le sonrió.

—Vamos a la biblioteca —dijo—, miren por la ventana y les mostraré algo que puede que explique el misterio.

Abrió la marcha y los demás le siguieron.

—Contemplen de nuevo la escena del crimen —les invitó Poirot.

Señaló con el dedo por la ventana. De todos los labios salieron sonidos entrecortados. No había ningún cadáver sobre la nieve; no quedaba ninguna huella de la tragedia, a excepción de una buena masa de nieve revuelta.

—No habrá sido un sueño, ¿verdad? —preguntó Colin en voz muy baja—. ¿Se… se han llevado el cadáver?

—¡Ah! —repuso Poirot—. Ahí lo tienes: «El misterio del cadáver desaparecido».

Hizo un movimiento con la cabeza y sus ojos chispearon.

—¡Dios mío! —exclamó Michael—. *Monsieur* Poirot, está usted…, no habrá usted…, ¡pero si nos está tomando el pelo a todos!

Los ojos de Poirot chispearon aún más.

—Es cierto, hijo mío, yo también he preparado una contratreta. ¡Ah, *voilá, mademoiselle* Bridget! ¿Espero que no te habrá hecho daño el estar tumbada en la nieve? No me perdonaría nunca si cogieras *une fluxión de poitrine*.

Bridget acababa de entrar en la habitación. Llevaba una falda gruesa y un jersey de lana. Estaba riéndose.

—He hecho que te subieran una *tisane* a tu habitación —dijo Poirot con severidad —. ¿Te la has tomado?

—¡Un sorbito me bastó! —dijo Bridget—. Estoy muy bien. ¿Lo he hecho bien, *monsieur* Poirot? ¡Qué horror, todavía me duele el brazo del torniquete que me hizo usted poner!

—Estuviste espléndida, hija mía —dijo Poirot—. Espléndida. Pero oye, todos los demás siguen en ayunas. Anoche fui a hablar con *mademoiselle* Bridget. Le dije que estaba enterado de su pequeño *complot* y le pregunté si estaba dispuesta a interpretar un pequeño papel. Lo hizo muy bien. Marcó las pisadas con un par de zapatos del señor Lee-Wortley.

Sarah dijo con voz áspera:

—Pero ¿a qué viene todo eso, *monsieur* Poirot? ¿A qué viene mandar a Desmond a buscar a la policía? Se pondrá furioso cuando vea que todo era un engaño.

Poirot meneó la cabeza suavemente.

—Es que yo no creo ni por un instante que el señor Lee-Wortley haya ido a buscar a la policía, *mademoiselle* —dijo—. El señor Lee-Wortley no quiere verse mezclado en asesinatos. Perdió la cabeza por completo, Lo único que vio fue la oportunidad de coger el rubí. Lo cogió, fingió que el teléfono estaba estropeado y salió corriendo con el coche, pretendiendo que iba a buscar a la policía. En mi opinión, no le va a volver usted a ver por una temporada. Tengo entendido que tiene su sistema para salir de Inglaterra. Tiene avión propio, ¿no es así, *mademoiselle*?

Sarah asintió con la cabeza…

—Sí —dijo—. Estábamos pensando en…

Se calló.

—Quería que se fugara usted con él por ese medio, ¿no es cierto? *Eh bien*, es un sistema muy bueno para sacar una joya del país. Cuando un hombre se fuga con una chica y se da publicidad al hecho, no se sospecha que el hombre esté al mismo tiempo sacando del país, de contrabando, una joya histórica. Ya lo creo; hubiera sido un buen camuflaje.

—No lo creo —repuso Sarah—. ¡No creo ni una palabra de todo eso!

—Pregúntele entonces a su hermana —sugirió Poirot, haciendo una indicación con la cabeza.

Sarah se volvió rápidamente.

Una rubia platino estaba de pie en el umbral. Llevaba puesto un abrigo de piel y miraba con ceño. Se veía que estaba furiosa.

—¡Qué hermana ni qué narices! —exclamó soltando una risita desagradable—. ¡Ese canalla no es hermano mío! ¿De modo que se ha largado y me ha dejado a mí con el muerto? ¡Todo fue idea suya! ¡*Él* fue el que me metió en esto! Dijo que era tirado. Nunca nos denunciarían, por miedo al escándalo. En último caso, podía amenazar con decir que Alí me había regalado la joya. Desmond y yo nos íbamos a repartir el dinero en París y ahora el muy canalla me deja plantada. ¡Le mataría! —Cambió bruscamente de tema—. Cuanto antes salga de aquí… ¿Puede alguno de ustedes pedirme un taxi?

—Hay un coche esperando en la puerta principal, para llevarla a usted a la estación, *mademoiselle* —dijo Poirot.

—Está usted en todo, ¿eh?

—En casi todo —corrigió Poirot, visiblemente complacido.

Pero Poirot no iba a salir del paso tan fácilmente. Cuando volvió al comedor, después de ayudar a la falsa señorita Lee-Wortley a subir al coche, Colin estaba esperándole.

Su cara juvenil mostraba una expresión preocupada.

—Pero, oiga, *monsieur* Poirot. *¿Qué ha pasado con el rubí?* ¿Nos quiere hacer creer que dejó que se escapara con él?

Poirot puso una cara muy triste. Se atusó los bigotes. Parecía estar incómodo.

—Todavía lo recuperaré —dijo débilmente—. Hay otros medios. Todavía…

—¡Vamos! —exclamó Michael—. ¡Dejar que ese canalla se marche con el rubí!

Bridget fue más aguda.

—Está otra vez tomándonos el pelo —sugirió—. ¿Verdad que sí, *monsieur* Poirot?

—¿Hacemos un último truquillo? Mira en mi bolsillo de la izquierda.

Bridget metió la mano en el bolsillo. Dando un grito de triunfo la volvió a sacar y sostuvo en lo alto un gran rubí resplandeciente.

—¿Entendéis ahora? —explicó Poirot—. El que agarrabas tú con la mano era una imitación. Lo traje de Londres por si era necesario hacer una sustitución. ¿Comprendéis? No queremos escándalo. *Monsieur* Desmond tratará de desembarazarse del rubí en París, en Bélgica o donde tenga sus cómplices, ¡y entonces se descubrirá que la piedra no es auténtica! ¿Qué mejor solución? Todo termina bien. Se evita el escándalo; mi joven príncipe recupera su rubí, vuelve a su país, se casa y esperemos que sea muy feliz. Todo termina bien.

—Menos para mí —murmuró Sarah para sí.

Lo dijo en voz tan baja, que sólo Poirot lo oyó. El detective meneó la cabeza suavemente.

—Se equivoca usted al decir eso, *mademoiselle* Sarah. Ha ganado usted experiencia. Toda experiencia es valiosa. Le profetizo que le espera una vida de completa felicidad.

—Eso lo dice *usted* —dijo Sarah.

—Pero oiga, *monsieur* Poirot —Colin tenía el entrecejo fruncido—. ¿Cómo se enteró usted de la comedia que íbamos a representar?

—Mi profesión consiste en enterarme de las cosas —repuso Hércules Poirot, retorciéndose el bigote.

—Sí, pero no veo cómo pudo enterarse. ¿Se chi… se lo dijo alguien?

—No, no; nadie me lo dijo.

—¿Entonces cómo? Díganoslo.

—No, no —protestó Poirot—. No, no. Si os digo cómo llegué a esa conclusión, no le vais a dar ninguna importancia. ¡Es como cuando un prestidigitador muestra cómo hace sus trucos!

—¡Díganoslo, *monsieur* Poirot! ¡Ande! ¡Díganoslo, díganoslo!

—¿De verdad queréis que os resuelva este último misterio?

—Sí, ande. Díganoslo.

—¡Ay, creo que me es imposible! ¡Os vais a llevar una desilusión tan grande!

—Vamos, *monsieur* Poirot, díganoslo. *¿Cómo se enteró usted?*

—Pues veréis. Estaba sentado el otro día en una butaca, junto a la ventana de la biblioteca, reposando después de tomar el té. Me quedé dormido y, cuando me desperté, estabais discutiendo vuestros planes por el lado de fuera de la ventana, muy cerca de mí, y la ventana estaba abierta.

—¿Eso es todo? —exclamó Colin, decepcionado.

—¡Qué fácil!

—¿Verdad que sí? —dijo Hércules Poirot, sonriendo—. ¿Lo veis? *Estáis* decepcionados.

—Bueno —se consoló Michael—. Por lo menos ya lo sabemos todo.

—¿Sí? —murmuró Poirot, como para sí—. *Yo* no. *Yo*, que tengo que saber cosas, no lo sé todo.

Salió al vestíbulo, meneando ligeramente la cabeza. Quizá por vigésima vez, sacó del bolsillo un trozo de papel bastante sucio. «No coma nada del *pudding* de ciruelas. Una que le quiere bien».

Hércules Poirot meneó la cabeza en actitud pensativa. Él, que podía explicarlo todo, ¡no podía explicar aquello! Era humillante. ¿Quién lo había escrito? ¿*Por qué* lo había escrito? Hasta que lo averiguara, no tendría un momento de tranquilidad. De pronto salió de su ensimismamiento y percibió un extraño sonido entrecortado. Bajó vivamente la vista. En el suelo, atareada con un aspirador de polvo y un cepillo, estaba una criatura de pelo rubio muy pálido, con una bata de flores. Miraba fijamente el papel, con unos ojos muy grandes y muy redondos.

—¡Ay, señor! —dijo esta aparición—. ¡Ay, señor! ¡*Por favor*, señor!

—¿Y usted quién es, *mon enfant*? —preguntó Poirot alegremente.

—Annie Bates, señor, para servirle. Vengo a ayudar a la señora Ross. No quería, señor, no quería hacer… hacer nada que no debiera hacer. Lo hice por su bien, señor. Por su bien.

En el cerebro de Poirot se hizo la luz. Extendió el brazo que sostenía el sucio trozo de papel.

—¿Escribió usted esto, Annie?

—No quería hacer ningún daño, señor. De verdad que no.

—Claro que no, Annie —Poirot le sonrió—. Pero cuénteme. ¿Por qué escribió usted eso?

—Pues, señor, fueron esos dos. El señor Lee-Wortley y su hermana. Claro que no era su hermana, estoy segura. ¡Ninguna de nosotras lo creyó! Y no estaba nada enferma. *Todas* nos dimos cuenta. Pensamos… pensamos todas, que allí había algo raro. Se lo voy a decir en dos palabras, señor. Estaba yo en el baño de ella, poniendo las toallas limpias, y escuché en la puerta. *Él* estaba en la habitación de ella y estaban

hablando. Oí lo que decían como le oigo ahora a usted. «Ese detective», estaba diciendo él, «ese tal Poirot que va a venir. Tenemos que hacer algo. Tenemos que quitarle de en medio lo antes posible». Y entonces él, de un modo desagradable y siniestro, bajando la voz, le dijo: «Dime, ¿dónde lo has puesto?». Y ella le contestó: «En el *pudding*». Ay, señor, el corazón me dio un salto tan grande que creí que nunca más me iba a volver a latir. Creí que querían envenenarle con el *pudding*. ¡No sabía lo que hacer! La señora Ross no se para a escuchar a las de mi condición. Entonces se me vino a la cabeza la idea de escribirle un aviso. Y lo escribí y se lo puse en la almohada, para que lo viera al ir a acostarse.

Annie se calló sin aliento. Poirot la observó gravemente durante unos momentos.

—Me parece, Annie, que ve usted demasiadas películas sensacionalistas —dijo por último—. ¿O es la televisión la que la afecta? Pero lo importante es que tiene usted buen corazón y cierto ingenio. Cuando vuelva a Londres le mandaré a usted, un regalo.

—Ay, gracias, señor. Muchas gracias, señor.

—¿Qué quiere usted que le regale, Annie?

—Cualquier cosa que quiera el señor. ¿Puedo pedir cualquier cosa?

—Dentro de unos límites razonables, sí —repuso Hércules Poirot con prudencia.

—Ay, señor, ¿me podría regalar una polvera? Una polvera elegante, de esas que se cierran de golpe, como la que tenía la hermana del señor Lee-Wortley, que no era su hermana.

—Sí —concedió Poirot—. Sí. Creo que eso podrá arreglarse.

Quedó pensativo un instante y después musitó:

—Es interesante. Estaba el otro día en un museo, observando unos objetos de Babilonia o de uno de esos sitios, de hace miles de años, y entre ellos había unos estuches para cosméticos. El corazón de la mujer no cambia.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó con gran interés Annie.

—Nada —dijo Poirot—. Estaba reflexionando. Tendrá usted su polvera, hija mía.

—¡Ay, muchas gracias, señor! ¡Muchísimas gracias, señor!

Annie se alejó, extática. Poirot la miró, meneando la cabeza con satisfacción.

«¡Ah! —se dijo—. Ahora me voy. Ya no queda nada que hacer aquí».

Un par de brazos le rodearon los hombros inesperadamente.

—Si se pone usted justo debajo del muérdago… —dijo Bridget.

Hércules Poirot se divirtió. Se divirtió muchísimo. Pasó unas Navidades estupendas.

El misterio del cofre español

(The Mystery of the Spanish Chest).

1

En punto, como de costumbre, Hércules Poirot entró en la pequeña habitación donde la señorita Lemon, su eficiente secretaria, esperaba las instrucciones del día.

A primera vista, la señorita Lemon parecía estar formada en ángulos, lo que debía satisfacer la pasión de Poirot por la simetría. No es que Hércules Poirot llevara tan lejos su pasión por la precisión geométrica. Por el contrario, en lo tocante a mujeres tenía gustos anticuados y una preferencia muy poco inglesa por las curvas; podríamos decir incluso por las curvas voluptuosas. Le gustaba que las mujeres fueran mujeres. Le gustaban ampulosas, exóticas, con mucho colorido. Había habido una condesa rusa…, pero hacía mucho tiempo de eso. Una locura de juventud.

A la señorita Lemon nunca la había considerado como una mujer. Era una máquina humana, un instrumento de precisión. Su eficacia era extraordinaria. Tenía cuarenta y ocho años y la ventaja de carecer por completo de imaginación.

—Buenos días, señorita Lemon.

—Buenos días, *monsieur* Poirot.

Poirot se sentó y la señorita Lemon colocó ante él el correo de la mañana, clasificado en montones muy ordenados. La secretaria se volvió a su asiento y esperó, con el cuaderno y el lápiz a punto.

Pero aquella mañana iba a producirse un pequeño cambio en la rutina diaria. Poirot había llevado consigo el periódico de la mañana y estaba leyéndolo con mucho interés. Tenía unos titulares grandes y llamativos. «El misterio del cofre español. Ultimas noticias».

—¿Supongo que habrá usted leído los periódicos de la mañana, señorita Lemon?

—Sí, *monsieur* Poirot. Las noticias de Ginebra no son muy buenas.

Poirot despreció las noticias de Ginebra, haciendo un amplio gesto con el brazo.

—Un cofre español —musitó—. ¿Puede usted decirme, señorita Lemon, lo que es exactamente un cofre español?

—Supongo, *monsieur* Poirot, que será un cofre procedente de España.

—Sí, es de suponer. Entonces, ¿no tiene usted mayor conocimiento del asunto?

—Creo que suelen ser del periodo isabelino. Grandes y con muchos adornos de bronce. Son bonitos cuando están en buenas condiciones y bien pulidos. Mi hermana compró uno en un saldo. Guarda en él ropa de cama. Es muy bonito.

—Estoy seguro de que en casa de cualquier hermana suya todos los muebles estarán bien cuidados —dijo Poirot, inclinándose graciosamente.

La señorita Lemon replicó tristemente que el servicio moderno no tenía idea de lo que era «darle a puño».

Poirot se quedó un poco desconcertado con la expresión, pero decidió no hacer preguntas.

Bajó de nuevo la vista al periódico, leyendo con atención los nombres: el comandante Rich, el señor y la señora Clayton, el teniente de navío Maclaren, el señor y la señora Spence… Para él eran nombres; nada más que nombres. Sin embargo, todos ellos pertenecían a personas, que odiaban, amaban, temían… Hércules Poirot no tenía papel en aquel drama. ¡Y le hubiera gustado tener un papel en él! Seis personas en una fiesta, en una habitación que contenía un gran cofre español apoyado contra la pared; seis personas, cinco de las cuales hablaban, comían una cena fría, ponían discos en el gramófono, bailaban, y la sexta muerta, dentro del cofre español.

«¡Ay —pensó Poirot—, cómo le hubiera interesado a mi amigo Hastings! ¡Cómo habría volado su imaginación! ¡Qué observaciones más absurdas habría hecho! ¡Ay, *ce cher* Hastings! Hoy, aquí, en este momento, le echo de menos… En su lugar…».

Suspiró y miró a la señorita Lemon. La señorita Lemon, dándose cuenta de que Poirot no estaba de humor para dictar cartas, había destapado la máquina de escribir y esperaba el momento de ponerse con un trabajo atrasado. No le interesaban en lo más mínimo los siniestros cofres españoles con algunos cadáveres dentro, por añadidura.

Poirot suspiró y miró una fotografía del periódico. Las fotografías de los periódicos nunca eran muy buenas y aquélla estaba muy borrosa, ¡pero qué cara!

La señora Clayton, esposa de la víctima…

Obedeciendo a un impulso repentino, le tendió el periódico a la señorita Lemon.

—Mire —le dijo—. Mire esa cara.

La señorita Lemon la miró, obediente, sin mostrar la menor emoción.

—¿Qué le parece, señorita Lemon? Es la señora Clayton.

La señorita Lemon cogió el periódico, miró la fotografía con indiferencia y observó.

—Se parece un poco a la mujer del gerente de nuestro Banco, cuando vivíamos tiempo atrás en Croydon Heath.

—Interesante —dijo Poirot—. Cuénteme, si tiene la bondad, la historia de la mujer de ese gerente.

—Bueno, no es lo que se dice una historia muy agradable, *monsieur* Poirot.

—Estaba pensando que no debía serlo. Continúe.

—Hubo muchas habladurías… sobre la señora Adams y un joven artista. Luego el señor Adams se suicidó. Pero la señora Adams no quiso casarse con el otro hombre y éste entonces tomó un veneno… Lo sacaron adelante. Por último la señora Adams se casó con un joven abogado. Creo que después de eso hubo más desgracias, pero nosotros, claro, nos habíamos marchado de Croydon Heath y ya no supe mucho más de ellos.

Poirot movió la cabeza, con expresión grave.

—¿Era guapa?

—Vaya, no precisamente guapa. Pero parece que tenía algo…

—Exacto. ¿Qué es ese algo que poseen las sirenas de la historia? ¿Las Helenas de Troya, las Cleopatras?

La señorita Lemon, con mucha decisión, colocó en la máquina una hoja de papel.

—Francamente, *monsieur* Poirot, nunca se me ocurrió pensar en eso. Me parecen tonterías nada más. Si la gente se ocupara de su trabajo, en lugar de ponerse a pensar en esas cosas, mucho mejor sería.

Habiendo dicho la última palabra sobre la fragilidad y pasión humana, la señorita Lemon colocó las manos sobre el teclado, esperando con impaciencia que le permitieran comenzar su trabajo.

—Ése es su punto de vista —dijo Poirot—. Y en este momento está deseando que la deje ocuparse de su trabajo. Pero su trabajo, señorita Lemon, no consiste solamente en tomar mis cartas en taquigrafía, archivar mis papeles, atender mis llamadas telefónicas y escribir a máquina mis cartas. Todo eso lo hace usted maravillosamente. Pero yo no trato sólo con documentos; trato también con seres humanos. Y también en este terreno necesito su ayuda.

—Naturalmente, *monsieur* Poirot —dijo la señorita Lemon, armándose de paciencia—. ¿Qué quiere usted que haga?

—Este asunto me interesa. Me gustaría que hiciera un estudio de toda la información que traen los periódicos de la mañana y de cualquier otra información que venga en los de la tarde. Hágame un resumen de los hechos.

—Muy bien, *monsieur* Poirot.

Poirot se retiró a su cuarto de estar, sonriendo tristemente.

«Es una ironía —pensó— que después de mi querido amigo Hastings tenga a la señorita Lemon. ¿Podría uno imaginar mayor contraste? *Ce cher* Hastings…, ¡cómo se hubiera paseado de arriba abajo, hablando del asunto, interpretando del modo más romántico todos los incidentes, creyendo como el evangelio todo lo que han publicado los periódicos sobre el caso! ¡En cambio mi pobre señorita Lemon no disfrutará lo más mínimo con lo que le he encargado hacer!».

A su debido tiempo, la señorita Lemon se acercó a él con una hoja escrita a máquina.

—Tengo la información que quería, *monsieur* Poirot. Ahora, que siento decirle que no se la puede considerar muy digna de crédito. Los reportajes de los periódicos varían mucho. No podría garantizar la exactitud de más de un sesenta por ciento de la información.

—Su cálculo, probablemente, peca de moderado —murmuró Poirot—. Gracias por el trabajo que se ha tomado, señorita Lemon.

Los hechos eran sensacionales, pero muy claros. El comandante Rich, soltero y rico, había invitado a unos cuantos amigos a una fiesta de noche en su piso. Estos amigos eran el señor y la señora Clayton, el señor y la señora Spence y un tal Maclaren, teniente de navío. El teniente Maclaren era amigo muy antiguo de Rich y de los Clayton. El señor y la señora Spence, un matrimonio joven, eran amigos

bastante recientes. Arnold Clayton era funcionario de Hacienda. Jeremy Spence tenía un cargo de poca importancia en un organismo del Estado. El comandante Rich tenía cuarenta y ocho años. Arnold Clayton cincuenta y cinco. Jeremy Spence treinta y siete, el teniente Maclaren cuarenta y seis. Según los informes, la señora Clayton era «bastantes años más joven que su marido». Uno de los invitados no pudo asistir a la fiesta. En el último momento, el señor Clayton tuvo que ir a Escocia, reclamado por un asunto urgente, y tenía que haber salido de la estación de King's Cross en el tren de las 8.15.

La fiesta se desarrolló como suelen desarrollarse esta clase de fiestas. Todo el mundo parecía divertirse. No hubo excesos ni borracheras. Terminó a las 11.45 aproximadamente. Primero dejaron al teniente Maclaren en su club y luego los Spence dejaron a Margharita Clayton en Cardigan Garden, muy cerca de Sloane Square, y continuaron a su casa, en Chelsea.

A la mañana siguiente, el criado del comandante Rich, William Burgess, hizo el terrible descubrimiento. El criado no vivía en la casa. Llegó temprano para arreglar el salón, antes de llevarle al comandante Rich el té de primera hora de la mañana. Mientras estaba limpiando la habitación, Burgess se sobresaltó al ver una mancha grande en la alfombra de color claro sobre la que descansaba el cofre español. Parecía haberse escurrido del cofre. El criado levantó inmediatamente la tapa del mueble y miró en el interior. Horrorizado, vio dentro del cofre el cadáver del señor Clayton, con un estilete clavado en el cuello.

Obedeciendo al primer impulso, Burgess salió corriendo a la calle y llamó al primer policía que encontró.

Éstos eran los hechos escuetos. Pero había más detalles. La policía le había dado la noticia inmediatamente a la señora Clayton, que se había quedado «completamente consternada». Había visto a su marido por última vez un poco antes de las seis de la tarde del día anterior. Clayton había llegado a casa muy irritado porque le reclamaban con urgencia en Escocia para un asunto relacionado con una propiedad suya. Había insistido en que su mujer fuera a la fiesta sin él. El señor Clayton se había ido a su club, que era también el del teniente Maclaren, había tomado una copa con su amigo y le había explicado lo que pensaba. Luego, consultando su reloj, había dicho que tenía el tiempo justo camino de King's Cross para pasar por casa del comandante Rich y explicarle la situación. Había intentado telefonearle, pero, al parecer, el teléfono estaba estropeado.

Según la declaración de William Burgess, el señor Clayton había llegado a la casa alrededor de las 7.55. El comandante Rich había salido, pero estaba al llegar de un momento a otro, por lo que Burgess propuso al señor Clayton que pasara y le esperara. Clayton dijo que no tenía tiempo, pero que entraría y le escribiría una nota. Explicó a Burgess que iba a coger un tren en King's Cross. El criado le introdujo en el salón y se volvió a la cocina, donde estaba preparando unos canapés para la fiesta. El criado no oyó llegar a su señor, pero, unos diez minutos más tarde, el comandante

Rich asomó la cabeza en la cocina y le dijo a Burgess que fuera corriendo a comprar unos cigarrillos turcos que eran los preferidos de la señora Spence. El criado así lo hizo y le llevó los cigarrillos a su señor. El señor Clayton no estaba allí, pero el criado, naturalmente, pensó que se había marchado a la estación a coger el tren.

La declaración del comandante Rich era breve y sencilla. El señor Clayton no estaba en el piso cuando él había llegado y no se había enterado del viaje del señor Clayton a Escocia hasta que la señora Clayton y los demás invitados habían llegado.

En los periódicos de la tarde venían dos sueltos más. La señora Clayton, que estaba «completamente postrada», había dejado su piso en Cardigan Gardens y se creía que se había ido a casa de unos amigos.

La segunda noticia era de «última hora». El comandante Rich había sido acusado del asesinato de Arnold Clayton y por dicho motivo le habían detenido.

—Y esto es todo —dijo Poirot mirando a la señorita Lemon—. El arresto del comandante Rich era de esperar. ¡Pero qué caso más extraordinario! ¡Qué extraordinario! ¿No lo cree usted así?

—Son cosas que pasan, *monsieur* Poirot —respondió la señorita Lemon, con interés.

—¡Ah, desde luego! Pasan todos los días. O casi todos los días. Pero, por regla general, son muy comprensibles aunque lamentables.

—Sí, desde luego, parece que es asunto muy desagradable.

—El que le maten a uno de una puñalada y le metan en un cofre español es muy desagradable, para la víctima, desde luego; sumamente desagradable. Pero cuando digo que éste es un caso extraordinario, me refiero a la extraordinaria conducta del comandante Rich.

La señorita Lemon, con cierta repugnancia, manifestó:

—Parece que quiera insinuar que el comandante Rich y la señora Clayton eran muy buenos amigos… Es sólo una insinuación, no un hecho probado; por eso no lo he incluido.

—Hizo usted muy bien. Pero es una suposición que salta a la vista. ¿No tiene usted nada más que decir?

La señorita Lemon se quedó desconcertada. Poirot suspiró y lamentó la falta de la viva y dramática imaginación de su amigo Hastings. El discutir un asunto con la señorita Lemon resultaba muy penoso.

—Piense un momento en ese comandante Rich. Está enamorado de la señora Clayton; concedido. Quiere librarse del marido; concedido también; aunque si la señora Clayton está enamorada de él y son amantes, no veo la urgencia. ¿Será que el señor Clayton no quiere conceder el divorcio a su mujer? Pero no es de esto de lo que estoy hablando. El comandante Rich es un militar retirado y se dice a veces que los militares no tienen mucha inteligencia. ¿Pero, *tout de méme*, ese comandante Rich no es, no puede ser un completo imbécil?

La señorita Lemon no contestó, pensó que la pregunta era puramente teórica.

—Bueno —dijo Poirot.

—¿Qué piensa usted de todo esto?

—¿Que qué pienso yo? —Se sobresaltó la señorita Lemon.

—*Mais oui*, ¡usted!

La señorita Lemon adaptó su cerebro al esfuerzo que se exigía de él. No se entregaba a especulación mental de ninguna clase, a menos que se lo pidieran. En sus momentos de solaz, su cerebro se llenaba con los detalles de un sistema perfecto de archivo. Éste era su único recreo mental.

—Bueno… —empezó, y se detuvo.

—Dígame lo que ocurrió, lo que usted cree que ocurrió aquella noche. El señor Clayton está en el salón, escribiendo una nota. Llega el comandante Rich…, ¿y entonces qué?

—Encuentra allí al señor Clayton. Supongo… supongo que se pelean. El comandante Rich le apuñala. Luego al ver lo que ha hecho, pues… mete el cadáver en él cofre. Hay que tener en cuenta que los invitados podían llegar de un momento a otro.

—Sí, sí. ¡Llegan los invitados! El cadáver está en el cofre. Pasa la noche. Los invitados se marchan. Y entonces…

—Pues supongo que el comandante Rich se va a la cama y… ¡Ah!

—¡Ah! —repitió Poirot—. Ahora lo ve usted. Ha asesinado usted a un hombre. Ha escondido usted el cadáver en un cofre. Y entonces… se va usted tranquilamente a la cama, sin que le preocupe en absoluto el hecho de que su criado va a descubrir el crimen por la mañana.

—¿No cabría la posibilidad de que el criado no mirara dentro del cofre? Puede que el comandante Rich no se diera cuenta de que había unas manchas de sangre.

—¿No le parece que fue un poquito despreocupado al no ir a mirar?

—Estaría conmocionado —sugirió la señorita Lemon.

Poirot alzó las manos, desesperado. La señorita Lemon aprovechó la oportunidad para salir corriendo de la habitación.

2

El misterio del cofre español no era, estrictamente hablando, cosa de Poirot. Estaba ocupándose en aquel momento de una delicada misión por encargo de una importante compañía petrolífera, uno de cuyos magnates parecía estar complicado en un asunto dudoso. Era todo muy secreto, muy importante y sumamente lucrativo. Era lo bastante complicado para merecer la atención de Poirot y tenía la gran ventaja de requerir muy poca actividad física.

Era un asunto muy refinado y sin sangre. Crimen en las altas esferas.

El misterio del cofre español era dramático y emocionante; dos cualidades que, como Poirot le había dicho muchas veces a Hastings, suelen ser apreciadas con exceso (cosa que Hastings era muy dado a hacer). Había estado siempre muy severo con *ce cher* Hastings a este respecto y ahora él estaba reaccionando de modo muy similar a como hubiera reaccionado su amigo; estaba obsesionado con las mujeres guapas, los crímenes pasionales, los celos, el odio y todos los demás motivos de los crímenes románticos. Quería saber todos los detalles de aquel caso. Quería saber cómo era el comandante Rich, cómo era Burgess, su criado, cómo era Margharita Clayton (aunque eso creía saberlo), cómo había sido el difunto Arnold Clayton (ya que, según él, la personalidad de la víctima era factor importantísimo en un asesinato), incluso cómo eran el teniente Maclaren, el amigo fiel, y el señor y la señora Spence, los amigos recientes.

¡Y no sabía cómo iba a poder satisfacer su curiosidad!

Más tarde, el mismo día, se puso a meditar en el asunto.

¿Por qué le intrigaba tanto aquel caso? Después de reflexionar, llegó a la conclusión de que le intrigaba porque, juzgando los hechos por los periódicos, el asunto era poco menos que imposible. Sí, había allí un problema muy difícil.

Partiendo de lo que podía aceptarse, dos hombres se habían peleado. La causa, probablemente, una mujer. En un arrebato, un hombre mató a otro. Sí, eso había ocurrido; aunque hubiera sido más natural que el marido hubiera matado al amante. Pero el caso era que el amante había matado al marido, clavándole una daga… un arma poco corriente.

¿Sería italiana la madre del comandante Rich? Tenía que haber una razón que explicara la elección de la daga. (¡Algunos periódicos la llamaban estilete!). Estaba a mano y se había servido de ella. El cadáver fue escondido en el cofre. Eso era de sentido común e inevitable. El crimen no había sido premeditado y, como el criado iba a volver de un momento a otro y los cuatro invitados no tardarían en llegar, no parecía que quedara otra alternativa.

Terminada la fiesta, se retiran los invitados, el criado se había marchado más temprano y… ¡el comandante Rich se va a la cama!

Para comprender esta conducta, hay que ver al comandante Rich y averiguar concienzudamente qué clase de hombre es.

¿Sería posible que, abrumado por el horror de lo que había hecho y por la tensión de estar toda la noche tratando de parecer normal, hubiera tomado algún somnífero o sedante y dormido pacíficamente hasta más tarde de lo acostumbrado? Era posible. ¿O sería (¡qué interesante para los psiquiatras!), que el complejo de culpabilidad subconsciente había *querido* que el crimen fuera descubierto? Para llegar a una conclusión en ese punto, había que ver al comandante Rich. Siempre se volvía a…

Sonó el teléfono. Poirot lo dejó sonar algún tiempo, hasta que se dio cuenta de que la señorita Lemon se había marchado hacía ya rato, después de llevarle la correspondencia para firmar, y que probablemente George hacía algunos momentos que había salido. Cogió el auricular.

—¿*Monsieur* Poirot?

—¡Al habla!

—¡Ay, qué estupendo! —Poirot pestañeó ligeramente ante el fervor de la encantadora voz de mujer—. Le habla Abbie Chatterton.

—¡Ah, *lady* Chatterton! ¿Qué puedo hacer yo por usted?

—Venir lo más de prisa que pueda a un cóctel espantoso que estoy dando. No es precisamente por el cóctel, en realidad es para algo completamente distinto. Le necesito. Es de lo más vital. Por favor, por favor, por favor, no me falte. No me diga que no puede.

Poirot no iba a decir nada semejante. Lord Chatterton, aparte de ser par del reino y de pronunciar de cuando en cuando un discurso muy aburrido en la Cámara de los Lores, no era nada especial. Pero *lady* Chatterton era una de las personalidades más brillantes de lo que Poirot llamaba *le haut monde*. Todo lo que decía o hacía era noticia. Poseía inteligencia, belleza, originalidad y vitalidad suficiente para lanzar un cohete a la luna.

—Le necesito. ¡Dele un retorcidito a ese maravilloso bigote suyo y venga!

La cosa no fue tan rápida. Poirot tuvo primero que arreglarse meticulosamente. Le dio el toquecito a los bigotes y se puso en camino.

La puerta de la encantadora casa de *lady* Chatterton en la calle Cherlton estaba entreabierta y de dentro salía un ruido como de animales amontonados en un parque zoológico. *Lady* Chatterton, que tenía acaparada la atención de dos embajadores, un jugador internacional de *rugby* y un evangelista americano, se libró de ellos como por arte de magia y en un momento estuvo al lado de Hércules Poirot.

—¡*Monsieur* Poirot, qué estupendo volverle a ver! No, no tome ese Martini, que es horrible. Tengo algo especial para usted… una especie de *sirop* que beben los caídes en Marruecos. Está arriba, en mi cuartito de estar.

Abrió la marcha y Poirot la siguió escalera arriba. *Lady* Chatterton se detuvo para decir por encima de su hombro:

—No he suspendido la fiesta porque es esencial que nadie se entere de que aquí pasa algo y les he prometido a los criados unas gratificaciones enormes si la cosa no trasciende. No es agradable tener la casa invadida de periodistas. Y, además, bastante ha pasado ya la pobrecilla.

Lady Chatterton no se detuvo en el descansillo del primer piso, sino que siguió hasta el segundo.

Jadeando y algo desconcertado, Poirot continuó detrás de ella.

Lady Chatterton se detuvo, lanzó una mirada rápida por encima del pasamano de la escalera y abrió una puerta, exclamando:

—¡Lo tengo, Margharita! ¡Lo tengo! ¡Aquí está!

Se hizo a un lado, en actitud triunfal, para dejar pasar a Poirot, y luego hizo una presentación rápida.

—Margharita Clayton. Una amiga muy muy querida. ¿Le ayudará usted, verdad que sí? Margharita, éste es el maravilloso Hércules Poirot. Hará todo lo que quieras, ¿verdad que sí, querido Poirot?

Y sin esperar una respuesta con la que contaba de antemano (no en balde había sido *lady* Chatterton toda su vida una belleza mimada), salió precipitadamente de la habitación y escalera abajo, diciéndoles en voz alta, sin ninguna discreción:

—Tengo que volver junto a esa gente tan horrible…

La mujer, que estaba sentada en una butaca junto a la ventana, se levantó y se acercó a Poirot. La habría reconocido aunque *lady* Chatterton no hubiera mencionado su nombre. Allí estaba aquella frente amplia, muy amplia, el cabello oscuro que arrancaba de ella en forma de bandos, los ojos grises, muy separados… Llevaba un vestido de un negro mate, ceñido y sin escote, que hacía resaltar la belleza de su cuerpo, la blancura de magnolia de su piel. Era un rostro original, más que hermoso, uno de esos rostros de proporciones extrañas que se ven a veces en los primitivos italianos. Tenía una especie de sencillez medieval, una inocencia extraña que, pensó Poirot, podía causar más estragos que la voluptuosidad más refinada. Al hablar, lo hizo con una especie de candor infantil.

—Dice Abbie que me va usted a ayudar…

Le miró con expresión grave e interrogante.

Durante un momento, Poirot permaneció inmóvil, examinándola con gran atención. En la actitud de Poirot no había la menor impertinencia. Su mirada, amable pero inquisitiva, se asemejaba más bien a la de un médico famoso que recibe por primera vez a un paciente.

—¿Está usted segura, señora, de que puedo ayudarla? —dijo por fin Poirot.

Las mejillas de Margarita Clayton enrojecieron ligeramente.

—No le comprendo.

—¿Qué quiere usted que haga?

—Ah —parecía sorprendida—. Creí… que sabía quién era yo.

—Sé quién es usted. Su marido ha sido asesinado, apuñalado, y han detenido y acusado del asesinato a un tal comandante Rich.

El rubor se hizo más violento.

—El comandante Rich no mató a mi marido.

Rápido como una centella, Poirot preguntó:

—¿Por qué no?

Ella se le quedó mirando, perpleja:

—¿Cómo… cómo dice?

—La he desconcertado porque no le he hecho la pregunta que todo el mundo hace: la policía, los abogados… «¿Por qué iba a matar el comandante Rich a Arnold Clayton?». Pero yo pregunto lo contrario. Yo le pregunto señora, ¿por qué está usted tan segura de que el comandante Rich no le mató?

—Porque —hizo una breve pausa—, porque conozco muy bien al comandante Rich.

—Conoce usted muy bien al comandante Rich —repitió Poirot, con voz desprovista de entonación.

Tras una breve pausa, preguntó vivamente:

—¿Hasta qué punto?

Poirot no supo si ella había comprendido o no lo que quería decir: «Ésta es una mujer muy sencilla o muy sutil —se dijo—. Muchas personas deben haberse preguntado seguramente lo mismo respecto a Margharita Clayton…».

—¿Hasta qué punto? —Margharita Clayton le miraba, indecisa—. Hace cinco años… no, pronto hará los seis.

—No era eso exactamente lo que quería decir… Tiene usted que comprender, señora, que me veré obligado a hacerle preguntas molestas. Puede que me diga la verdad; puede que mienta. A veces las mujeres tienen necesidad de mentir. Tienen que defenderse y la mentira puede ser un arma poderosa. Pero hay tres personas a las que una mujer debe decir siempre la verdad: a su confesor, a su peluquero y a su detective privado… si confía en él. ¿Confía usted en mí, señora?

Margharita Clayton suspiró profundamente.

—Sí —dijo—, confío en usted —y añadió—: Tengo que confiar en usted.

—Muy bien. ¿Qué quiere usted que haga, que encuentre al asesino de su marido?

—Sí…, supongo que sí.

—¿Pero eso no es lo esencial, verdad? ¿Entonces quiere usted que libre de sospechas al comandante Rich?

Margharita Clayton afirmó vivamente con la cabeza.

—¿Eso… y nada más que eso?

Poirot se dio cuenta de que la pregunta era innecesaria. Margarita Clayton era una mujer que nunca veía dos cosas a un tiempo.

—Y ahora —dijo Poirot— vamos con la impertinencia. ¿Usted y el comandante Rich son amantes?

—¿Quiere usted decir si tenemos relaciones ilícitas? No.

—¿Pero él estaba enamorado de usted?

—Sí.

—¿Y usted… estaba enamorada de él?

—Creo que sí.

—No parece estar muy segura.

—Estoy segura… ahora.

—¡Ah! ¿Entonces no estaba usted enamorada de su marido?

—No.

—Su respuesta es de una sencillez admirable. La mayoría de las mujeres querrían explicar muy extensamente la naturaleza de sus sentimientos. ¿Cuánto tiempo llevaban casados?

—Once años.

—¿Puede usted decirme algo de su marido? ¿Qué clase de hombre era?

Margharita Clayton quedóse pensativa y frunció el entrecejo.

—Es difícil. En realidad, no sé qué clase de hombre era Arnold. Era muy callado, muy reservado. No se sabía lo que estaba pensando. Era inteligente, desde luego; todo el mundo decía que era brillante… en su trabajo, quiero decir… No…, ¿cómo diría yo? Nunca hablaba de sí mismo.

—¿Estaba enamorado de usted?

—Sí, desde luego. Debía estarlo. Si no, no le hubiera importado tanto… —se calló de pronto.

—¿El que hubiera otros hombres a su alrededor? ¿Era eso lo que iba usted a decir? Y, dígame, ¿era celoso?

Margharita Clayton dijo:

—Debía de serlo.

Y luego, como si creyera que la frase necesitaba ser explicada, continuó:

—A veces se pasaba días sin querer hablar…

Poirot meneó la cabeza, pensativo.

—¿Es ésa la primera violencia que ha conocido usted en su vida?

—¿Violencia? —Frunció el entrecejo y luego enrojeció—. ¿Se… se refiere usted a aquel pobre chico que se pegó un tiro?

—Sí —dijo Poirot—. A algo así es a lo que me refiero.

—No tenía idea de que me quería tanto… Me daba pena. ¡Parecía tan tímido, tan solo! Creo que debía de ser neurótico. Y luego hubo dos italianos… un duelo… ¡Fue absurdo! Ahora que, gracias a Dios, ninguno de ellos murió. ¡Y, en serio, no me importaba nada ninguno de los dos! Ni tampoco lo pretendí.

—No. ¡Usted se limitaba a estar allí! Y, donde usted está, ocurren estas cosas. No es la primera vez que lo veo. Precisamente porque usted no se interesa, los hombres se vuelven locos. Pero el comandante Rich le interesa. De modo que tenemos que hacer lo que podamos.

Permaneció en silencio un momento. Ella le miraba con expresión grave.

—De los caracteres, que muchas veces son los que tienen verdadera importancia, vamos a pasar a los hechos concretos. Sólo sé lo que ha venido en los periódicos. Según se desprende de los reportajes, sólo dos personas han tenido oportunidad de matar a su marido; sólo dos personas pudieron haberle matado: el comandante Rich y el criado del propio comandante Rich.

Ella dijo con obstinación:

—Sé que Charles no lo mató.

—Entonces tiene que haber sido el criado. ¿Está usted de acuerdo?

Ella dijo, no muy convencida:

—Comprendo lo que quiere decir.

—¿Pero no está convencida de que sea cierto?

—¡Es que parece… fantástico!

—Sin embargo, es una posibilidad. No existe la menor duda de que su marido fue al piso, puesto que el cadáver fue encontrado allí. Si lo que cuenta el criado es cierto, el comandante Rich le mató. Pero ¿y si lo que cuenta el criado es falso? Entonces el criado le mató y escondió el cadáver en el cofre, antes de que su señor regresara. Para él era un medio estupendo de deshacerse del cadáver. Lo único que tenía que hacer era «ver la mancha de sangre» a la mañana siguiente y «encontrar» el cadáver. Las sospechas recaerían inmediatamente en el comandante Rich.

—¿Pero, por qué tenía que matar a Arnold?

—Eso, ¿qué motivo iba a tener? No puede estar muy claro, puesto que la policía no lo ha descubierto. Es posible que su marido supiera algo deshonroso del criado y que fuera a decírselo al comandante Rich. ¿Le habló su marido alguna vez de ese Burgess?

Ella negó con la cabeza.

—¿Cree usted que se lo hubiera dicho, si lo que estoy suponiendo es cierto?

—Es difícil de decir. Puede que no. Arnold nunca hablaba mucho de la gente. Ya le he dicho que era muy reservado. No era… nunca fue charlatán.

—Era un hombre que se guardaba las cosas para sí… Sí, ¿y qué opina usted de Burgess?

—No es un hombre en el que se fijaría uno mucho. Bastante buen criado. Eficiente, desde luego, pero no muy refinado.

—¿Qué edad?

—Unos treinta y siete o treinta y ocho años, calculo yo. Estuvo en el ejército cuando la guerra, pero no era soldado regular.

—¿Cuánto tiempo lleva con el comandante?

—No mucho. Año y medio aproximadamente.

—¿Nunca observó nada extraño en su actitud respecto a su marido?

—No íbamos por allí con mucha frecuencia. No, no noté nada en absoluto.

—Ahora cuénteme lo que ocurrió aquella noche. ¿Para qué hora era la invitación?

—Para las ocho y cuarto; la cena era a las ocho y media.

—¿Qué clase de reunión iba a ser?

—Pues iba a haber bebidas y una especie de cena fría, por regla general muy buena. *Foie-gras* y tostadas calientes. Salmón ahumado. Algunas veces ponían un plato caliente de arroz. Charles tenía una receta especial que había aprendido en el Cercano Oriente…, pero eso era más bien para el invierno. Luego solíamos poner música. Charles tenía un gramófono estereofónico muy bueno. Mi marido y Jock Maclane eran muy aficionados a la música clásica. Y poníamos música de baile; a los Spence les gustaba mucho bailar… Ese plan… una velada completamente formal. Charles sabía hacer muy bien los honores.

—Y esa noche en particular, ¿fue como las demás? ¿No observó usted nada fuera de lo corriente, nada fuera de su sitio?

—¿Fuera de su sitio? —Frunció el entrecejo un momento—. Cuando dijo usted eso… no, no me acuerdo. Había algo… —negó con la cabeza—. No. No hubo nada fuera de lo corriente aquella noche. Nos divertimos. Todo el mundo parecía tranquilo y contento —se estremeció—. Y pensar que todo el tiempo…

Poirot alzó rápidamente una mano.

—No piense. ¿Qué sabe usted del asunto que llevó a su marido a Escocia?

—No gran cosa. Había un desacuerdo sobre las restricciones para vender un terreno de mi marido. Parecía que ya estaba todo decidido y entonces surgió una complicación.

—¿Qué fue lo que le dijo su marido exactamente?

—Entró con un telegrama en la mano. Si no recuerdo mal, lo que dijo fue: «Es una verdadera lata. Tendré que coger el correo nocturno de Edimburgo y ver a Johnston mañana a primera hora… Un fastidio, cuando parecía que por fin iba todo bien». Luego dijo: «¿Quieres que llame a Jock y le diga que venga a recogerte?». Yo le respondí que no era necesario, pues cogería un taxi, y Jock o los Spence me traerían a casa. Le pregunté si quería que le preparara una maleta para el viaje y me contestó que él mismo metería unas cuantas cosas y que comería cualquier cosa en el club antes de coger el tren. Se marchó y… y ésa fue la última vez que le vi.

Le falló un poco la voz al pronunciar las últimas palabras.

Poirot le miró fijamente.

—¿Le enseñó el telegrama?

—No.

—¡Qué lástima!

—¿Por qué?

Poirot no contestó a la pregunta.

—Vamos al grano —dijo vivamente—. ¿Quiénes son los representantes legales del comandante Rich?

Ella se lo dijo y Poirot tomó en su carnet nota de la dirección.

—¿Quiere escribirme unas líneas y darme la nota? Quiero concertar una entrevista con el comandante Rich.

—Está… lo han detenido por una semana.

—Naturalmente. Ése es el procedimiento habitual. ¿Quiere hacer el favor de escribir una nota para el teniente Maclaren y otra para sus amigos los Spence? Quiero verlos a todos y es necesario que no me pongan en la puerta.

Cuando Margharita Clayton se levantó de la mesita escritorio, Poirot añadió:

—Otra cosa. Aunque yo formaré mi opinión personal del teniente Maclaren y del señor y la señora Spence, quiero conocer la suya.

—Jock es uno de nuestros amigos más antiguos. Le conozco desde que era una niña. Parece hosco, pero en realidad es un encanto; siempre el mismo, siempre se puede contar con él… No es alegre ni divertido, pero es fuerte como una torre… Tanto Arnold como yo apreciábamos mucho su criterio.

—Y, naturalmente, ¿está también enamorado de usted? —Los ojos de Poirot chispearon.

—Ah, sí —dijo Margharita alegremente—. Siempre ha estado enamorado de mí…, su amor se ha convertido en una rutina.

—¿Y los Spence?

—Son divertidos… Una compañía muy agradable. Linda Spence es una chica muy inteligente. A Arnold le gustaba mucho hablar con ella. Es atractiva, además.

—¿Y el marido?

—Ah, Jeremy es encantador. Le gusta mucho la música. También entiende bastante la pintura. Él y yo vamos mucho a ver exposiciones de pintura.

—Bueno, ya juzgaré por mí mismo —le cogió una mano—. Espero, señora, que no se arrepienta de haberme pedido que la ayudara.

Margharita abrió mucho los ojos.

—¿Por qué habría de arrepentirme? —preguntó.

—Nunca se sabe —dijo Hércules Poirot misteriosamente.

Al bajar la escalera Poirot iba diciéndose a sí mismo:

«Y yo… yo no sé nada».

El cóctel continuaba en pleno apogeo, pero Poirot se escabulló y salió a la calle. «No —repitió—. No sé nada». Estaba pensando en Margharita Clayton. Aquel candor infantil, aquella inocencia franca, ¿serían eso nada más u ocultarían algo? En la Edad Media había habido mujeres como aquélla, mujeres sobre las que la historia no ha podido ponerse de acuerdo. Pensó en María Estuardo, la reina de Escocia. ¿Sabía aquella noche en Kirk o'Field lo que iba a ocurrir? ¿O sería completamente inocente? ¿Sería posible que los conspiradores no le hubieran dicho nada? ¿Sería una de esas mujeres sencillas o infantiles, capaces de decirles «no sé nada» y creerlo? Sentía el hechizo de Margharita Clayton. Pero no estaba del todo seguro de ella.

Mujeres como aquélla, aunque inocentes, podían ser causa de crímenes.

Mujeres como aquélla podían ser criminales de intención, aunque no lo fueran de hecho.

Su mano blanca nunca blandía el cuchillo… En cuanto a Margharita Clayton… no, no sabía qué pensar.

3

Los representantes legales del comandante Rich no estuvieron muy complacientes con Poirot. Éste no esperaba otra cosa. Dieron a entender, sin decirlo, que hubiera sido mucho más conveniente para su cliente el que la señora Clayton no diera ningún paso a su favor.

La visita de Poirot había sido de cortesía. Tenía influencia suficiente en el Ministerio del Interior y en el C. I. D[9]. para concertar una entrevista con el detenido.

El encargado del caso Clayton, inspector Miller, no era uno de los preferidos de Poirot. Sin embargo, no estuvo hostil; se limitó a estar despectivo.

—No puedo perder mucho tiempo con ese viejo chocho —le había dicho a su ayudante, antes de que Poirot fuera introducido ante su presencia—. Sin embargo, tengo que portarme con educación.

Después de saludar con toda cortesía a Poirot, observó alegremente:

—Tendrá usted que sacarse alguna carta de la manga para hacer algo por éste, *monsieur* Poirot. Nadie más que Rich pudo haber matado al individuo ese.

—Excepto el criado.

—¡Bueno, le concedo al criado! Es decir, como posibilidad. Pero no va a encontrar nada por ese lado. No tenía el menor motivo para matarle.

—No se puede estar tan seguro de ello. Los motivos muchas veces son muy extraños.

—Bueno, no tenía relación alguna con Clayton. Tiene un pasado completamente inocente. Y parece tener la cabeza bien sentada y ordenada. ¿Qué más quiere usted?

—Quiero comprobar que Rich no cometió el crimen.

—Para complacer a la señora, ¿eh? —El inspector Miller sonrió maliciosamente —. ¿Le ha conquistado, eh? ¿No está mal, verdad? *Cherchez la femme* con ahínco. Si no fuera porque no ha tenido oportunidad, hasta podría haberlo matado ella misma.

—¡Eso sí que no!

—¡Ah, si usted supiera! Conocí una vez a una mujer como ésa. Quitó de en medio a un par de maridos sin un pestañeo de sus inocentes ojos azules. Y en ambas ocasiones estaba destrozada por el dolor. El jurado la hubiera absuelto a poco que hubiera podido…, pero no pudo, porque las pruebas contra ella eran irrefutables.

—Bueno, amigo mío, no vamos a discutir. Lo que sí me voy a atrever a pedirle es que me dé unos cuantos datos dignos de crédito. Los periódicos publican todo lo que es noticia pero no siempre la verdad.

—Tienen que divertirse. ¿Qué quiere que le diga?

—La hora de la muerte con la mayor exactitud posible.

—Que no será muy grande porque el cadáver no fue examinado hasta la mañana siguiente. Se calculó que la muerte tuvo lugar de diez a trece horas antes del examen

del cadáver. Es decir, entre las siete y las diez de la noche anterior… Le atravesaron la yugular… La muerte debió ser casi instantánea.

—¿Y el arma?

—Una especie de estilete italiano, muy pequeño y afilado como una hoja de afeitar. Nadie lo ha visto nunca ni se sabe de dónde viene. Pero lo averiguaremos… Es cuestión de tiempo y paciencia.

—¿No podía haber estado por allí a mano y haberlo cogido en medio de una pelea?

—No. El criado asegura que el arma no estaba en el piso.

—Lo que me interesa es el telegrama —dijo Poirot—. El telegrama en el que llamaban a Arnold Clayton con urgencia a Escocia… ¿Era cierto que le reclamaban allí?

—No. No había ninguna complicación en Edimburgo. La transferencia del terreno o lo que fuera, seguía su curso normal.

—¿Entonces quién mandó el telegrama? ¿Será cierto que recibió un telegrama?

—Debió recibirlo… No es que creamos a ojos cerrados lo que dice la señora Clayton. Pero Clayton le dijo al criado que le habían mandado un telegrama, reclamándole a Escocia. Y se lo comunicó también al teniente Maclaren.

—¿A qué hora vio al teniente Maclaren?

—Tomaron un tentempié en el club, el club de los Ministerios. Eso fue a eso de las siete y cuarto. Luego Clayton cogió un taxi para ir a casa de Rich y llegó allí muy poco antes de las ocho. Después… —Miller extendió las manos, en un gesto amplio.

—¿Notó alguien algo raro en la actitud de Rich aquella noche?

—Bueno, ya sabe usted cómo es la gente. Después de que ocurre algo, todo el mundo cree haber notado muchas cosas que estoy seguro que no vieron en absoluto. La señora Spence dice ahora que estuvo *distrait* toda la noche. Que en varias ocasiones no contestó adecuadamente. Como si «tuviera algo en la cabeza». ¡Ya lo creo que tendría algo en la cabeza, con un cadáver en el cofre! ¡Estaría pensando cómo diablos iba a deshacerse de él! Eso suponía ya un fuerte quebradero de cabeza.

—¿Por qué no se deshizo lo más rápidamente de él?

—No me lo explico. Habría perdido la cabeza. Pero fue una locura dejarlo allí hasta el día siguiente. Nunca iba a presentársele mejor oportunidad que aquella noche. No hay portero nocturno. Pudo haber sacado el coche, meter el cadáver en el portaequipajes…, tiene un portaequipajes muy grande… y salir al campo y dejarlo en algún sitio. Podían haberle visto meter el cadáver en el coche, pero los pisos dan a una calle lateral y hay un patio donde entran los coches. A las tres de la mañana, por ejemplo, tenía bastante probabilidad de poder hacerlo. ¿Y qué es lo que hace? ¡Se va a la cama, duerme hasta tarde y se despierta con la policía en la casa!

—Se fue a la cama y durmió como podía haber dormido un inocente.

—Piense usted lo que quiera. ¿Pero lo cree usted en serio?

—No puedo contestar a esa pregunta hasta que vea por mí mismo al hombre.

—¿Cree que reconoce a un inocente nada más con verlo? No es tan fácil como eso.

—Ya sé que no es fácil y no pretendo poder hacerlo. Lo que quiero saber es si ese hombre es tan estúpido como parece.

4

Poirot no tenía intención de ver a Charles Rich hasta haber visto a todos los demás. Empezó por el teniente Maclaren.

Maclaren era un hombre alto, de piel morena y poco comunicativo. Tenía un rostro de facciones irregulares, pero agradables. Era tímido y no resultaba fácil hablar con él. Pero Poirot perseveró.

Manoseando la nota de Margharita, Maclaren dijo como de mala gana:

—Bueno, si Margharita quiere que le diga todo lo que pueda, lo haré, desde luego. Aunque no veo que haya nada que decir. Ya lo sabe usted todo. Pero lo que Margharita quiere… siempre he hecho lo que ella ha querido, desde que tenía dieciséis años. Esa mujer tiene algo.

—Sí, lo sé —asintió Poirot, añadiendo—: Primero quiero que me conteste con toda franqueza a una pregunta. ¿Cree usted que el comandante Rich es culpable?

—Sí, lo creo, no se lo diría a Margharita, ya que quiere creer que es inocente, pero es que no veo ninguna otra solución. ¡Qué diablos! Tiene que ser culpable.

—¿Había algún resentimiento entre el comandante Rich y el señor Clayton?

—En absoluto. Arnold y Charles eran muy buenos amigos. Por eso es por lo que el asunto éste es tan extraordinario.

—Puede que la amistad del comandante Rich con la señora Clayton…

El teniente Maclaren le interrumpió:

—¡Bah! ¡Paparruchas! Todos los periódicos lo insinúan solapadamente. ¡Maldita sea! ¡La señora Clayton y Rich eran buenos amigos y nada más! Margharita tiene muchos amigos. Yo soy amigo suyo. Hace muchos años que lo soy. Y no hay nada que no pueda saber todo el mundo. Era lo mismo entre Charles y Margharita.

—Entonces, ¿no cree usted que entre ellos hubiese relaciones amorosas?

—¡No! —Maclaren estaba frenético—. No escuche a esa víbora de Linda Spence. Es capaz de decir cualquier cosa.

—Pero puede que el señor Clayton sospechara que podía haber algo entre su mujer y el comandante Rich.

—Le digo a usted que no creía nada de eso. Lo hubiera sabido, Arnold y yo teníamos mucha confianza.

—¿Qué clase de hombre era? Usted le conocía mejor que nadie.

—Arnold era un hombre muy callado. Pero era inteligente, brillante. Lo que llaman un cerebro financiero de primera clase. Tenía un alto cargo en Hacienda.

—Eso me han dicho.

—Leía mucho. Y coleccionaba sellos. Era muy aficionado a la música. No bailaba ni le gustaba mucho salir.

—¿Cree usted que era un matrimonio feliz?

El teniente Maclaren no contestó inmediatamente. Parecía estar considerando profundamente la cuestión.

—Eso es muy difícil de saber… Sí, creo que eran felices. Él la quería mucho, a su manera, sin grandes demostraciones. Estoy seguro de que ella le quería a él. No era probable que se separaran, si eso es lo que está usted pensando. Puede que no tuvieran mucho en común.

Poirot asintió con un movimiento de cabeza. No era fácil que consiguiera nada más.

—Hábleme ahora de la última noche —dijo—. El señor Clayton cenó con usted en el club. ¿Qué fue lo que le comunicó?

—Me dijo que tenía que ir a Escocia. Parecía irritado ante la idea. Dicho sea de paso, no cenamos. No había tiempo. Él comió unos bocadillos y tomó una copa, y yo sólo una copa. No olvide que iba a cenar fuera.

—¿Le habló el señor Clayton de un telegrama?

—Sí.

—¿No se lo llegó a enseñar?

—No.

—¿Dijo que iba a pasar por casa de Rich?

—No lo aseguró. Dijo que no creía que tuviera tiempo. «Margharita se lo explicará, o explícaselo tú. Acompañarás a casa a Margharita, ¿verdad?». Después de decir esto se marchó. Todo fue muy natural.

—¿No sospechaba en lo más mínimo que el telegrama no fuera auténtico?

El teniente Maclaren parecía muy sorprendido.

—Al parecer, no.

—¡Qué extraño!

Quedó pensativo y luego, bruscamente, exclamó:

—Eso sí que es raro. ¿Qué objeto tenía eso? ¿Qué motivo iba a tener nadie para que fuera a Escocia?

—Es una pregunta difícil de contestar.

Hércules Poirot se despidió, dejando al teniente dándole vueltas al asunto.

5

Los Spence vivían en una casa diminuta en Chelsea. Linda Spence recibió a Poirot con grandes muestras de alegría.

—Cuénteme —dijo—. ¡Cuénteme todo lo que hay de Margharita! ¿Dónde está?

—No estoy autorizado para decirlo, señora.

—¡Se ha escondido bien! Margharita es muy hábil para estas cosas. Pero me figuro que la llamarán para prestar declaración en el juicio, ¿no? No puede librarse de eso.

Poirot la miró con atención. Admitió de mala gana que era atractiva al estilo moderno (lo que equivalía a parecer una niña huérfana muerta de hambre). No le gustaba ese tipo. Recortaba su cabeza una melena corta, esponjada y artísticamente despeinada, y un par de ojos agudos miraban a Poirot desde una cara no muy limpia, en la que el único maquillaje era el rojo cereza de la boca. Llevaba un enorme jersey amarillo pálido, que le colgaba casi hasta las rodillas, y pantalones negros muy ceñidos.

—¿Qué papel tiene usted en todo esto? —preguntó la señora Spence—. ¿Sacar del aprieto al amiguito? ¿Es eso? ¡Qué esperanza!

—Entonces, ¿cree usted que es culpable?

—Claro. ¿Quién otro podría ser?

Ése era el problema, se dijo Poirot. Salió del paso haciendo otra pregunta.

—¿Qué le pareció la actitud del comandante Rich en la noche fatal? ¿Como suele ser de costumbre, o distinta?

Linda Spence entornó los ojos, como si meditara profundamente.

—No, no parecía el mismo. Estaba… distinto.

—¿Distinto en qué sentido?

—La verdad, acabando de matar a un hombre a sangre fría…

—Pero usted no sabía entonces que acababa de matar a un hombre a sangre fría.

—No, claro que no.

—Entonces, ¿cómo se explicó su actitud? ¿En qué consistía la diferencia de actitud?

—Pues estaba… *distrait*. Bueno, no sé. Pero, pensando después en ello, llegué a la conclusión de que decididamente había algo.

Poirot suspiró.

—¿Quién llegó primero?

—Nosotros, Jim y yo. Y luego Jock. La última fue Margharita.

—¿Cuándo se mencionó por primera vez el viaje a Escocia del señor Clayton?

—Cuando llegó Margharita. Le dijo a Charles: «Arnold ha sentido muchísimo no poder venir, pero tuvo que salir corriendo para Escocia en el tren de la noche».

Charles replicó: «¡Qué fastidio!». Y entonces Jock añadió: «Perdona. Creí que ya lo sabías». Después tomamos unas copas.

—¿No mencionó el comandante Rich en ningún momento que hubiera visto al señor Clayton aquella noche? ¿No dijo nada de que hubiera pasado por su casa, camino de la estación?

—Yo no oí nada.

—¿No le pareció extraño lo del telegrama? —continuó preguntando Poirot.

—¿Qué tenía de extraño?

—Era falso. Nadie en Edimburgo sabe nada de él.

—¡Conque era eso! Me extrañaba.

—¿Tenía usted alguna idea sobre el telegrama?

—Me parece que salta a la vista.

—¿Qué quiere usted decir exactamente?

—Señor mío, no se haga el inocente —dijo Linda—. El engañador desconocido quita de en medio al marido. Aquella noche, por lo menos, no habría moros en la costa.

—¿Quiere usted decir que el comandante Rich y la señora Clayton pensaban pasar la noche juntos?

—¿No ha oído hablar de esas cosas? —Linda parecía divertida.

—¿Y el telegrama lo mandó uno de ellos?

—No me sorprendería.

—¿Cree usted que el comandante Rich y la señora Clayton sostenían relaciones amorosas?

—Digamos que no me sorprendería. Seguro no lo sé, desde luego.

—¿Sospechaba el señor Clayton?

—Arnold era un hombre extraordinario. Era muy reconcentrado; no sé si me entiende. Yo creo que sí lo sabía. Pero era incapaz de dejarlo ver. Todo el mundo diría que era un palo seco, sin sentimientos de ninguna clase. Pero yo estoy casi segura de que en el fondo no era así. Lo raro es que me hubiera sorprendido mucho menos que Arnold hubiera matado a Charles que no al revés. Tengo la impresión de que Arnold era en realidad un hombre celosísimo.

—Es interesante eso.

—Aunque lo más natural hubiera sido que matara a Margharita. Como en «Otelo». No sé si sabe usted que tiene un éxito enorme con los hombres Margharita.

—Es una mujer bien parecida —dijo Poirot con moderación.

—No es sólo eso. Tiene algo. Entusiasma a los hombres y luego se vuelve a mirarlos sorprendida, abriendo mucho los ojos y los vuelve tarumbas.

—*Une femme fatale*.

—Sí, ése será el nombre extranjero.

—¿La conoce usted bien?

—Claro, es una de mis mejores amigas… ¡Y no me fío ni un pelo de ella!

—¡Ah! —exclamó Poirot y, dejando el tema, pasó a hablar del teniente Maclaren.

—¿Jock? ¿El perro fiel? Es un cielo de hombre. Ha nacido para ser el amigo de la familia. Él y Arnold eran amigos de verdad. Creo que era la persona con quien Arnold tenía más confianza. Además, claro, es el perro fiel de Margharita. Hace muchos años que está enamorado de ella.

—¿Y estaba también celoso de él el señor Clayton?

—¿Celoso de Jock? ¡Qué idea! Margharita le tiene verdadero cariño a Jock, pero nunca le ha dedicado un pensamiento de otra clase. No creo que nadie se lo haya dedicado… yo no sé por qué. ¡Es una lástima, porque es un auténtico sol!

Poirot pasó a hablar del criado. Pero, aparte de decir vagamente que sabía mezclar bien los cócteles, Linda Spence no parecía tener ninguna idea respecto a Burgess; apenas se había fijado en él.

Pero comprendió enseguida.

—Está usted pensando que tuvo igual oportunidad que Charles para matar a Arnold, ¿verdad? Me parece de una improbabilidad enorme.

—Sus palabras me deprimen, señora. Pero también me parece, aunque probablemente no estará usted de acuerdo conmigo, que también es altamente improbable no que el comandante Rich haya matado a Arnold Clayton, sino que lo haya matado del modo especial en que lo hizo.

—¿Con el estilete? Sí, desde luego; está fuera de lugar. Hubiera sido más natural utilizar un instrumento romo. O podía haberle estrangulado.

Poirot suspiró.

—Otra vez Otelo. Sí, Otelo… Acaba de darme usted una pequeña idea.

—¿Sí? ¿Qué…? —Se oyó el ruido de una llave al girar en una cerradura y el de una puerta al abrirse—. Ah, ahí está Jeremy. ¿Quiere usted hablar también con él?

Jeremy Spence era un hombre de aspecto agradable, de unos treinta y tantos años, bien vestido y de una discreción que casi resultaba jactanciosa. La señora Spence murmuró que le era preciso ir a echar un vistazo a un guiso que tenía en la cocina y se marchó, dejando solos a los dos hombres. Jeremy Spence no mostró nada de la encantadora sinceridad de su mujer. Se veía claramente que le desagradaba en grado sumo el verse envuelto en aquel asunto y tenía buen cuidado en contestar con reserva. Hacía tiempo que conocía a los Clayton; a Rich no tan bien. Parecía un hombre agradable. En la noche en cuestión, Rich le había parecido el de siempre. Clayton y Rich parecían estar siempre en buenos términos. Todo aquello había resultado completamente incomprensible para él.

Durante la conversación, Jeremy Spence daba a entender claramente que esperaba que Poirot se marchara pronto. Le trató con la amabilidad indispensable para no ser grosero.

—Me parece que no le gustan estas preguntas —dijo Poirot.

—Hemos tenido una buena sesión de todo esto con la policía. Me parece que ya está bien. Hemos dicho todo lo que sabemos y todo lo que hemos visto. Ahora… me

gustaría olvidarlo.

—Lo comprendo perfectamente. Es de lo más desagradable el verse mezclado en una cosa así, que le pregunten a uno no sólo lo que sabe o ha visto, sino también lo que piensa.

—Mejor no pensar.

—Pero ¿puede uno evitarlo? Por ejemplo, ¿cree usted que la señora Clayton está complicada en el asunto, que planeó con Rich la muerte de su marido?

—¡Qué barbaridad! ¡Qué voy a creerlo! —Spence parecía escandalizado y espantado—. No tenía idea de que estuvieran pensando en semejante posibilidad.

—¿No la ha sugerido su mujer?

—¡Ah, Linda! Ya sabe usted cómo son las mujeres…, siempre ensañándose unas con otras. Margharita no cuenta con muchas simpatías entre su sexo…, es demasiado atractiva. Pero esta teoría de Rich y Margharita planeando el asesinato… ¡es fantástica!

—No sería la primera vez. El arma, por ejemplo. Es más probable que un arma así pertenezca a una mujer que a un hombre.

—¿Quiere usted decir que la policía ha probado que el arma era de ella? ¡No es posible! Quiero decir que…

—No sé nada —dijo Poirot, lo cual era verdad.

Y se escabulló apresuradamente.

A juzgar por la consternación del rostro de Spence, le había dejado a aquel caballero algo en que pensar.

6

—Perdone que le diga, *monsieur* Poirot, que no veo cómo va a poder usted ayudarme.

Poirot no contestó. Estaba mirando con expresión pensativa al hombre que había sido acusado del asesinato de su amigo Arnold Clayton.

Estaba mirando la mandíbula firme, la frente estrecha. Un hombre delgado y tostado, atlético y vigoroso. Tenía cierto parecido con un galgo. Un hombre de rostro inescrutable, que había recibido a sus visitantes con manifiesta hostilidad.

—Comprendo que la señora Clayton le ha dicho que venga a verme con la mejor intención del mundo. Pero, francamente, creo que ha sido una imprudencia. Por ella y por mí.

—¿Qué quiere decir?

Rich miró con nerviosismo por encima del hombro. Pero el guardián estaba a la distancia marcada por la ley. Rich bajó la voz.

—Tienen que encontrar un motivo que justifique esta acusación absurda. Tratarán de demostrar que había… unas relaciones entre la señora Clayton y yo. Eso, como sé que la señora Clayton le habrá dicho, es completamente falso. Somos amigos y nada más. Pero ¿no le parece que sería aconsejable que no hiciera nada por mí?

Hércules Poirot ignoró ese punto, fijando su atención en una palabra.

—Dijo usted esta acusación «absurda». Pero no es absurda.

—Yo no he matado a Arnold Clayton.

—Llámela entonces una acusación falsa. Diga que la acusación no es cierta. Pero no es absurda. Por el contrario, es muy plausible.

—Lo único que sé es que para mí es fantástica.

—Eso le ayudará muy poco. Tenemos que pensar en algo más útil.

—Tengo mis representantes legales y éstos han contratado a un eminente abogado para que se encargue de mi defensa. No puedo aceptar el «tenemos».

Inesperadamente, Poirot sonrió.

—¡Ah! —exclamó acentuando sus ademanes extranjeros—. Es un buen metido el que me está dando. Muy bien. Me voy. Quería verle. Ya le he visto. Ya he mirado su historial. Entró usted en la Academia Militar de Sandhurst con muy buenas notas. Pasó al Estado Mayor, etcétera, etcétera. Tengo formada una opinión de usted. No es usted estúpido.

—¿Y qué tiene eso que ver con ningún concepto del asunto?

—¡Muchísimo! Es imposible que un hombre de su capacidad haya cometido un asesinato del modo que fue cometido éste. Muy bien. Es usted inocente. Hábleme ahora de su criado Burgess.

—¿Burgess?

—Sí. Si usted no mató a Clayton, debió matarlo Burgess. Esta contestación es inevitable. Pero ¿por qué? Tiene que haber un porqué. Usted es la única persona que

conoce a Burgess lo suficiente para hacer conjeturas. ¿Por qué, comandante Rich, por qué?

—No tengo ni idea. Sencillamente, no lo creo. Sí, sí, ¡he razonado del mismo modo que usted! Burgess tuvo oportunidad para hacerlo…, la única persona, excepto yo, que tuvo oportunidad. Lo malo es que no lo creo. Burgess no es de esos hombres a los que puede uno imaginarse asesinando a alguien.

—¿Qué opinan sobre el particular sus representantes legales?

Los labios de Rich se apretaron en un gesto torvo.

—Mis representantes legales se pasaron el tiempo preguntándome, de modo muy persuasivo, si no era cierto que toda la vida había sufrido de perdidas temporales de memoria y que en esos momentos no sabía lo que hacía.

—No sabía que las cosas estuvieran tan mal —dijo Poirot—. Bueno, puede que averigüemos que el que sufre pérdidas de memoria es Burgess. Es una idea. Vamos ahora con el arma. Se la habrán enseñado y le habrán preguntado si era suya, ¿no es así?

—No era mía. Nunca la había visto en mi vida.

—No es suya, no. Pero ¿está usted seguro de que no la había visto nunca?

—No. —Rich titubeó un segundo—. Es una especie de adorno… Por muchas casas ve uno objetos así.

—Quizás en la salita de una mujer. ¿Quizás en la salita de la señora Clayton?

—¡No!

Rich pronunció la palabra con voz muy alta y el guardián alzó la vista.

—*Tres bien*. No… y no es necesario que grite. Pero alguna vez, en algún sitio, ha visto usted algún objeto muy parecido. ¿Me equivoco?

—No creo… En alguna tienda de objetos raros…

—Ah, es muy probable —Poirot se levantó—. Ahora me retiro.

7

—Y ahora —dijo Hércules Poirot— vamos con Burgess. Sí, vamos por fin con Burgess.

Sabía algo de todas las personas relacionadas con el asunto por sí mismo y por lo que le habían dicho unas de otras. Pero nadie le había dado ninguna información sobre Burgess, ninguna indicación de la clase de hombre que era. Al ver a Burgess comprendió por qué.

El criado estaba esperándole en el piso del comandante Rich, advertido de su visita por una llamada telefónica del teniente Maclaren.

—Soy Hércules Poirot.

—Sí, señor. Le estaba esperando.

Burgess sostuvo la puerta en actitud respetuosa y Poirot entró. El vestíbulo era pequeño y cuadrado, y a la izquierda había una puerta abierta que conducía al salón. Burgess ayudó a Poirot a despojarse de su sombrero y su abrigo y le siguió al salón.

—¡Ah! —exclamó Poirot, mirando a su alrededor—. ¿Fue aquí donde ocurrió?

—Sí, señor.

Burgess era un hombre callado, pálido y de aspecto un poco enfermizo. Movía los hombros y codos con torpeza y hablaba con voz monótona y un acento provinciano que Poirot conocía. De la costa del este, quizá. Parecía un hombre nervioso, pero, aparte de eso, no tenía características muy destacadas. Era difícil asociarlo con una acción positiva de ninguna clase. ¿Podría uno tomar como punto básico de partida a un asesino negativo?

Sus ojos azul pálido tenían esa mirada huidiza que las personas poco observadoras suelen asociar con la falta de honradez. Sin embargo, un mentiroso puede mirarle a uno a la cara con atrevimiento y confianza.

—¿Qué hacen con el piso? —preguntó Poirot.

—Sigo ocupándome de él, señor… El comandante Rich se ha encargado de que me paguen el sueldo y me ordenó que tuviese el piso en orden hasta… hasta…

Apartó los ojos, incómodo.

—Hasta… —asintió Poirot.

Y añadió en tono práctico:

—Creo que es casi seguro que el comandante Rich será juzgado. Probablemente la vista tendrá lugar antes de tres meses.

Burgess menó la cabeza, no negando, sino en señal de perplejidad.

—Parece imposible —dijo.

—¿Qué el comandante Rich sea un asesino?

—Todo el asunto. Ese cofre…

Miró a un extremo de la habitación.

—Ah, ¿de modo que ése es el famoso cofre?

Era un enorme mueble de madera muy oscura y barnizada, tachonado de bronce y provisto de una cerradura grande y antigua. Poirot se acercó a él.

—Hermoso mueble.

Estaba colocado contra la pared, cerca de la ventana y al lado de un mueble moderno para guardar los discos. Al otro lado del cofre había una puerta entreabierta, parcialmente disimulada por un gran biombo de cuero pintado.

—Esa puerta conduce al dormitorio del comandante Rich —dijo Burgess.

Poirot afirmó con la cabeza. Sus ojos se dirigieron al otro lado de la habitación. Había dos tocadiscos estereofónicos, colocados en sendas mesitas bajas, y de los que colgaban unos flexibles serpenteantes. Había varios butacones y una mesa grande. En las paredes, una colección de grabados japoneses. Era una habitación bonita y cómoda, pero no lujosa.

Poirot se volvió a mirar a Burgess.

—El descubrimiento del cadáver debe haberle causado una impresión muy fuerte —dijo amablemente.

—Ya lo creo, señor. Nunca lo olvidaré.

El criado empezó a hablar muy de prisa. Quizá pensara que, si repetía la historia muchas veces, acabaría por quitársela de la cabeza.

—Estaba ordenando la habitación, señor. Recogiendo copas y todo eso. Me había agachado a coger dos aceitunas del suelo cuando la vi ahí en la alfombra: una mancha oscura, rojiza. No, la alfombra se la han llevado a la tintorería. La policía ya no la necesitaba, «¿Qué es eso?», pensé. Y me dije, así como de broma: «La verdad es que parece sangre. ¿Pero de dónde viene?». Y entonces vi que venía del cofre…, por aquí, por este lado, donde está la grieta. Y dije, sin sospechar nada todavía: «¿Pero qué…?». Y levanté la tapa así —acompañó la palabra con la acción— y me encontré con el cadáver de un hombre, echado de lado, todo encogido, como si estuviera dormido. Y aquel horrible cuchillo extranjero, o daga, o lo que sea, saliéndole del cuello… ¡Nunca lo olvidaré! ¡Nunca! ¡No lo olvidaré mientras viva! La impresión… dese usted cuenta, no me lo esperaba… —Respiró profundamente y prosiguió—: Dejé caer la tapa y salí corriendo del piso y bajé a la calle. Iba buscando un policía y tuve suerte, pues encontré uno ahí, a la vuelta.

Poirot le miró pensativo. Si estaba fingiendo, era muy buen actor. Empezó a temer que no estuviera fingiendo, que las cosas hubieran ocurrido exactamente como Burgess había dicho.

—¿No se le ocurrió primero despertar al comandante Rich?

—No, señor. Con la impresión… Sólo… sólo quería salir de aquí enseguida —tragó saliva—. Y… y conseguir ayuda.

Poirot asintió con la cabeza.

—¿Se dio usted cuenta de que era el señor Clayton? —preguntó.

—Debía haberme dado cuenta, pero la verdad es que no creo que lo reconociera. Claro que cuando volví con el policía dije enseguida: «Pero si es el señor Clayton». Y

él me preguntó: «¿Quién es el señor Clayton?». Y yo respondí: «Un señor que estuvo aquí anoche».

—Ah —dijo Poirot—, anoche… ¿Recuerda usted con exactitud a qué hora llegó el señor Clayton?

—El minuto exacto no. Pero serían muy cerca de las ocho menos cuarto.

—¿Le conocía usted bien?

—Él y la señora Clayton han estado viniendo por aquí con frecuencia en el año y medio que llevo trabajando en esta casa.

—¿Parecía completamente normal?

—Creo que sí. Un poco sin aliento…, pero lo achaqué a que habría venido corriendo. Iba a coger un tren: al menos eso dijo.

—¿Llevaría consigo una maleta, puesto que se iba a Escocia?

—No, señor. Supongo que tendría un taxi esperándole abajo.

—¿Se llevó una decepción al ver que el comandante Rich no estaba en casa?

—No noté nada. Dijo que le dejaría una nota. Entró aquí y se fue al escritorio y yo me volví a la cocina. Iba un poco retrasado con los huevos con anchoas. La cocina está al final del pasillo y no se oye muy bien desde allí. No le oí salir ni tampoco entrar al señor, pero no me extrañó.

—¿Y después?

—El comandante Rich me llamó. Estaba aquí, en la puerta. Dijo que se había olvidado de los cigarrillos turcos de la señora Spence y que fuera corriendo a buscarlos. Fui a buscar los cigarrillos y los puse en esta caja. Como es natural, creí que el señor Clayton se había marchado ya a la estación.

—¿Y nadie más entró en el piso mientras el comandante Rich estaba fuera y usted estaba ocupado en la cocina?

—No, señor; nadie.

—¿Está usted seguro?

—¿Cómo iba a entrar nadie, señor? Tendrían que llamar al timbre.

Poirot meneó la cabeza. ¿Cómo iba a haber entrado nadie? Los Spence, Maclaren y la señora Clayton podían dar cuenta de todos sus actos. Maclaren estaba con unos conocidos en el club, los Spence tenían un par de amigos en casa, tomando unas copas antes de salir para casa de Rich, y Margharita Clayton estaba hablando por teléfono con una amiga a aquella hora. No es que considerara a ninguno de ellos como posible asesino. Había otras maneras de matar a Arnold Clayton, sin necesidad de seguirle a un piso donde sabían que había un criado y a donde llegaría el dueño de un momento a otro. No, lo que acababa de ocurrírsele era que podía haber entrado en la casa «un desconocido misterioso». Alguien surgido del pasado aparentemente irreprochable de Clayton, que le había reconocido en la calle y le había seguido hasta el piso. Una vez allí, le había clavado el estilete, había metido el cadáver en el cofre y había huido. Melodrama puro, sin ninguna lógica y sumamente improbable. Muy de acuerdo con las novelas románticas… haciendo juego con el cofre español.

Se dirigió de nuevo al cofre, cruzando la habitación. Levantó la tapa, que no ofreció resistencia ni hizo el menor ruido.

Con voz débil, Burgess dijo:

—Lo han fregado muy bien, señor. Tuve buen cuidado de que lo fregaran.

Poirot se inclinó sobre él. Lanzando una exclamación ahogada se inclinó más y se puso a explorar con los dedos el interior del cofre.

—Estos agujeros, aquí al fondo del cofre, en un lado… parece… parece al verlos y al tocarlos como si hubieran sido hechos muy recientemente.

—¿Agujeros, señor? —El criado se inclinó para ver—. No puedo decirle. Nunca los había visto.

—No se ven mucho. Pero ahí están. En su opinión, ¿cuál es su objeto?

—No sé qué decirle, señor. Puede que algún animal, un escarabajo, un bicho de esos que comen la madera…

—¿Un animal? —dijo Poirot—. No sé.

Se alejó del cofre.

—Cuando entró usted aquí con los cigarrillos, ¿había algo distinto en la habitación? ¿Algo, cualquier cosa? Unas sillas o una mesa fuera de su sitio, algo por el estilo…

—Es raro que diga usted eso, señor… Pues sí, había algo. Ese biombo que quita la corriente de la puerta del dormitorio estaba corrido un poco más hacia la izquierda.

—¿Así? —Poirot se movió rápidamente.

—Todavía un poco más… Así.

El biombo ocultaba antes aproximadamente la mitad del cofre. En su nueva posición lo ocultaba casi por completo.

—¿Por qué pensó usted que lo habrían movido?

—No pensé, señor.

«Otra señorita Lemon».

Burgess, no muy convencido, añadió:

—Parece que de ese modo queda más libre el paso por la puerta del dormitorio… por si las señoras querían ir a dejar sus abrigos.

—Puede ser. Pero puede que haya otra razón —Burgess le miraba con expresión interrogante—. De esta manera, el biombo oculta el cofre y la alfombra debajo del cofre. Si el comandante Rich había matado al señor Clayton, la sangre empezaría muy pronto a gotear por las ranuras que hay en el fondo del cofre. Alguien podría ver la mancha… como la vio usted a la mañana siguiente.

—No se me había ocurrido, señor.

«Por eso el biombo fue movido de su lugar».

—¿Es fuerte la luz de la habitación?

—Voy a encenderlas, señor.

Rápidamente, el criado corrió las cortinas y encendió un par de lámparas. Despedían una luz suave, apenas suficiente para leer. Poirot miró la lámpara del

techo.

—Ésa no estaba encendida. Se usa muy poco.

Poirot miró a su alrededor, sumido dentro del resplandor suave.

El criado dijo:

—No creo que pudiera verse la mancha de sangre, señor; la luz no es lo bastante fuerte.

—Creo que tiene usted razón. Entonces, ¿por qué corrieron el biombo?

Burgess se estremeció.

—Es horrible pensar que… que un señor tan agradable como el comandante Rich haya hecho una cosa así.

—¿No tiene usted la menor duda de que ha sido él? ¿Por qué lo mató?

—Bueno, señor, ha pasado la guerra. A lo mejor le han herido en la cabeza. Dicen que algunas veces sale el efecto al cabo de años. Se ponen raros de pronto y no saben lo que hacen. Y dicen que muchas veces la toman con las personas que están más cerca de ellos y a quienes quieren más. ¿Cree usted que puede haber sido así?

Poirot le miró, suspiró y se volvió de espaldas.

—No —dijo—, no fue así.

Con ademán de prestidigitador, le metió en la mano a Burgess un papel crujiente.

—Muchas gracias, señor, pero no puedo…

—Me ha ayudado usted —dijo Poirot—. Me ha ayudado al enseñarme esta habitación, al enseñarme lo que hay en la habitación, al contarme lo que ocurrió aquella noche… ¡Lo imposible nunca es imposible! Recuérdelo. Dije que sólo había dos posibilidades. Estaba equivocado. Hay una tercera posibilidad —miró de nuevo a su alrededor y se estremeció ligeramente—. Descorra las cortinas. Deje que entre la luz y el aire. Este cuarto los necesita. Tiene que purificarse. Creo que pasará mucho tiempo antes de que quede limpio de lo que ahora lo mancha: el pertinaz recuerdo del odio.

Burgess, con la boca abierta, le tendió a Poirot el sombrero y el abrigo. Parecía completamente desconcertado. Poirot, que disfrutaba haciendo declaraciones incomprensibles, bajó las escaleras a paso vivo.

8

Al llegar a su casa, Poirot llamó por teléfono al inspector Miller.

—¿Qué hubo de la maleta de Clayton? Su mujer dice que había preparado una.

—Estaba en el club. Se la dejó al portero. Luego debió olvidarse de ella y se marchó sin cogerla.

—¿Qué había dentro?

—Lo normal. Un pijama, una camisa limpia, las cosas de asearse.

—Muy concienzudo.

—¿Qué esperaba usted que hubiera dentro?

Poirot ignoró la pregunta.

—Vamos ahora con el estilete —dijo—. Le aconsejo que se ponga en contacto con la mujer que le limpia la casa a la señora Spence. Averigüe si vio alguna vez por la casa un objeto parecido.

—¿La señora Spence? —Miller lanzó un silbido—. ¿Es por ahí por dónde van sus sospechas? Le hemos enseñado el estilete al señor y a la señora Spence y no lo reconocieron.

—Pregúnteles otra vez.

—Quiere usted decir…

—Y luego dígame lo que dicen…

—¡No me imagino qué es lo que cree que ha conseguido!

—Lea «Otelo», Miller. Piense en los personajes de «Otelo». Nos hemos olvidado de uno de ellos.

Colgó. A continuación llamó a *lady* Chatterton. El teléfono estaba comunicando.

Volvió a llamar un poco más tarde. Tampoco tuvo éxito. Llamó a Jorge, su criado, y le dijo que continuara marcando el número. Sabía que *lady* Chatterton era incorregible hablando por teléfono.

Se sentó en una butaca y se quitó con cuidado los zapatos de charol, estiró los dedos de los pies y se recostó.

—Estoy viejo —murmuró Poirot—. Me canso pronto… —se animó—. Pero las células grises… ésas siguen funcionando. Despacio, pero funcionan. «Otelo», sí. ¿Quién fue el que me habló de «Otelo»? Ah, sí, la señora Spence. La maleta… el biombo… El cadáver, en la postura de dormir. Un asesinato hábil. Premeditado, planeado… ¡hasta creo que disfrutado…!

Jorge le anunció que *lady* Chatterton estaba al teléfono.

—Le habla Hércules Poirot, señora. ¿Puedo hablar con su invitada?

—¡No faltaba más! Ay, *monsieur* Poirot, ¿ha hecho usted alguna maravilla?

—Todavía no —contestó Poirot—. Pero creo que la cosa marcha.

Después oyó la voz de Margharita, tranquila, suave.

—Señora Clayton, cuando le pregunté si había notado usted algo fuera de lugar aquella noche en la fiesta frunció el entrecejo, como si recordara algo, pero luego el recuerdo se borró. ¿Sería la posición del biombo de la habitación?

—¿El biombo? Sí, claro, eso era. No estaba exactamente en el sitio de costumbre.

—¿Bailó usted aquella noche?

—Parte del tiempo.

—¿Con quién bailó más?

—Con Jeremy Spence. Baila estupendamente. Charles baila bien, pero nada especial. Él y Linda bailaban juntos y de cuando en cuando cambiábamos de pareja. Jock Maclaren no baila. Él sacaba los discos, los ponía y preparaba las bebidas.

—¿Más tarde pusieron música seria?

—Sí.

Hubo una pausa. Luego Margharita dijo:

—*Monsieur* Poirot, ¿a qué viene… todo esto? ¿Hay… hay esperanza?

—¿Se da usted cuenta alguna vez de los sentimientos de las personas que la rodean?

Su voz, ligeramente sorprendida, dijo:

—Supongo… supongo que sí.

—Yo supongo que no. Creo que no tiene usted ni idea. Creo que ésa es la tragedia de su vida. Pero la tragedia para los demás, no para usted. Una persona me mencionó hoy a Otelo. Le pregunté si su marido era celoso y me dijo que usted creía que debía serlo. Pero lo dijo sin darle importancia. Lo dijo como podía haberlo dicho Desdémona, sin darse cuenta del peligro. Ella también reconocía los celos, pero no los comprendía, porque nunca había sentido ni podría sentir nunca celos. En mi opinión, no sentía la fuerza de la pasión física. Amaba a su marido con el fervor romántico con que se ama a un héroe; quería a su amigo Casio con cariño completamente inocente, como a un compañero que está muy cerca de uno… Creo que era por esa inmunidad suya a la pasión por lo que volvía locos a los hombres… ¿Comprende lo que estoy diciendo, señora?

Después de una pausa, la voz de Margharita, tranquila, dulce y un poco desconcertada, respondió:

—No…, no comprendo bien lo que está diciendo…

Poirot suspiró y dijo en tono práctico:

—Esta noche voy a ir a hacerle una visita.

9

El inspector Miller no era hombre fácil de convencer. Pero tampoco era fácil librarse de Poirot hasta que había conseguido lo que quería. El inspector Miller refunfuñó, pero capituló.

—… aunque no sé qué tiene que ver *lady* Chatterton con todo esto…

—Nada, en realidad. Ha ofrecido cobijo a una amiga; eso es todo.

—¿Cómo supo usted lo de esos Spence?

—¿Que el estilete era de ellos? Fue una suposición nada más. Me dio la idea una cosa que dijo Jeremy Spence. Le indiqué la posibilidad de que el estilete perteneciera a Margharita Clayton. Me demostró que sabía positivamente que no era de ella.

Tras una pausa, preguntó Poirot con cierta curiosidad:

—¿Qué dijeron?

—Reconocieron que se parecía mucho a una daga de juguete que habían tenido, pero que se había extraviado hace unas semanas y no habían vuelto a pensar en ella. Me figuro que Rich la habrá, a buen seguro, cogido de allí.

—Un hombre a quien no le gusta correr riesgos, ese Jeremy Spence —dijo Hércules Poirot. Y murmuró para sí:

—Hace unas semanas… Sí, claro, el plan empezó hace mucho tiempo.

—¿Eh, qué dice?

—Ya llegamos —advirtió Poirot.

El taxi se acercaba a la casa de *lady* Chatterton. Poirot pagó la tarifa.

Margharita Clayton estaba esperándoles en la habitación del piso de arriba. Su rostro se endureció al ver a Miller.

—No sabía…

—¿No sabía usted quién era el amigo a quien me proponía traer conmigo?

—El inspector Miller no es amigo mío.

—Eso depende de si quiere usted o no que se haga justicia. Su marido ha sido vilmente asesinado…

—Y ahora tenemos que hablar de quién lo mató —le interrumpió Poirot rápidamente—. ¿Puedo sentarme, señora?

Lentamente, Margharita se sentó en una butaca de respaldo alto, frente a los dos hombres.

—Les pido que me escuchen con paciencia —dijo Poirot, dirigiéndose a los dos—. Creo que ya sé lo que ocurrió la noche fatal en el piso del comandante Rich… Todos partíamos de una suposición falsa: que sólo dos personas habían tenido oportunidad de meter el cadáver en el cofre, esto es, el comandante Rich y William Burgess. Pero estábamos equivocados; en el piso había aquella noche una tercera persona que tuvo igual oportunidad de hacerlo.

—¿Y quién era esa persona? —preguntó Miller, escéptico—. ¿El chico del ascensor?

—No. *Arnold Clayton*.

—¿Qué? ¿Que escondió su propio cadáver? Está usted loco.

—Un cadáver no, naturalmente; un cuerpo vivo. Dicho en otros términos: se escondió en el cofre. Cosa que se ha hecho muchas veces en la historia. La novia muerta de «La rama de muérdago», Iaquimo, planeando atentar contra la virtud de Imogen, etcétera. Pensé en ello en cuanto vi que hacía muy poco tiempo que habían hecho unos agujeros en el cofre. ¿Por qué? Los hicieron para que pudiera entrar aire suficiente en el cofre. ¿Por qué cambiaron aquella noche el biombo de su sitio de costumbre? Para ocultar el cofre a la vista de las personas presentes en la habitación. Para que el hombre que se había escondido pudiera de cuando en cuando levantar la tapa, y oír lo que se decía.

—Pero ¿por qué? —preguntó Margharita, con los ojos muy abiertos por el asombro—. ¿Por qué iba a esconderse Arnold en el cofre?

—¿Y lo pregunta usted, señora? Su marido era un hombre celoso. Era, además, hombre de pocas palabras. «Reconcentrado», como dijo su amiga la señora Spence. Sus celos fueron aumentando. ¡Le torturaban! ¿Era usted o no era usted amante de Rich? ¡No lo sabía! Tenía que saberlo. Por eso lo del telegrama de Escocia, el telegrama que nadie envió y que nadie vio. Mete unas cuantas cosas en una maleta pequeña y se la deja «olvidada» ex profeso en el club. Posiblemente se entera de que Rich no va a estar en casa y se presenta en el piso. Le dice al criado que va a escribir una nota. En cuanto se queda solo, hace los agujeros en el cofre, corre el biombo y se mete dentro del mueble. Aquella noche sabrá la verdad. A lo mejor su mujer se queda después de marcharse los demás; a lo mejor se marcha, pero después vuelve… Aquella noche, aquel hombre desesperado y atormentado por los celos sabrá la verdad…

—¿No estará usted insinuando que se apuñaló a sí mismo? —dijo Miller, con voz que denotaba incredulidad—. ¡Tontería!

—No, no, le mató otra persona. Una persona que sabía que estaba allí. ¡Ya lo creo que fue un asesinato! Un asesinato planeado con mucho cuidado y con mucho tiempo. Piensen en los demás personajes de «Otelo». Es de Yago de quien teníamos que habernos acordado. Envenenando sutilmente la mente de Arnold Clayton con insinuaciones, sospechas… ¡El honrado Yago, el amigo fiel, el hombre a quien siempre se cree! Arnold Clayton le creyó. Arnold Clayton dejó que se sirviera de sus celos y los estimulara, hasta hacerlos llegar al paroxismo. ¿Fue idea de Arnold Clayton el esconderse en el cofre? Puede que haya creído que lo era… ¡es probable! La escena está dispuesta. El estilete, robado unas semanas antes, está preparado. Llega la noche. La luz es discreta, el gramófono está sonando, dos parejas bailan y el hombre sin pareja está ocupándose de los discos, que se guardan en un mueble junto

al cofre español y al biombo que lo oculta. Deslizarse detrás del biombo, levantar la tapa y clavar el estilete… ¡Un golpe audaz, pero muy sencillo, a más no poder!

—¡Clayton hubiera gritado!

—Si estaba narcotizado, no —dijo Poirot—. Según dijo el criado, el cadáver estaba «en la postura de un hombre dormido». Clayton estaba dormido, narcotizado por el único hombre que pudo haberlo hecho: el mismo hombre con quien tomó una copa en el club.

—¿Jock? —La voz de Margharita se alzó con sorpresa infantil—. ¿Jock? ¡Es imposible! ¡Pero si conozco a Jock de toda la vida! ¡No puede ser! ¿Por qué iba Jock…?

Poirot se volvió hacia ella.

—¿Por qué se batieron en duelo dos italianos? ¿Por qué se suicidó un muchacho? Jock Maclaren es hombre de pocas palabras. Puede que se haya resignado a ser amigo fiel de usted y de su marido, pero entonces surge el comandante Rich. ¡Es demasiado! Atormentado por el odio y el deseo, traza un plan que estuvo muy cerca de ser el crimen perfecto… un doble crimen, porque era casi seguro que el comandante Rich sería culpado del asesinato. Y, ya libre del comandante y de su marido, cree que es posible que por fin se vuelva usted hacia él. Y quizás lo hubiera hecho muy pronto, ¿verdad?

Margharita tenía clavados en Poirot sus ojos muy abiertos por el horror.

Casi sin darse cuenta de lo que decía, susurró:

—Puede que sí…, no lo sé…

El inspector Miller habló con autoridad:

—Todo esto está muy bien, Poirot. Es una teoría y nada más. No hay la menor prueba. Lo probable es que no hay nada de cierto en todo ello.

—Todo es cierto.

—¡Pero no hay pruebas! No hay nada en que fundarse.

—Se equivoca. Creo que si se lo dice así a Maclaren, confesará. Con tal de que se le haga ver claramente que Margharita Clayton lo sabe…

Poirot hizo una pausa y añadió:

—Porque en cuanto Maclaren sepa eso, está perdido… El asesinato perfecto habrá sido inútil.

El inferior

(The Under Dog).

Lily Murgrave alisó los guantes con gesto nervioso sin quitárselos de encima de la rodilla y dirigió una ojeada rápida al que ocupaba el sillón que tenía enfrente.

Había oído hablar mucho de *monsieur* Hércules Poirot, el famoso investigador, pero ésta era la primera vez que le veía en carne y hueso. El cómico, casi ridículo aspecto del digno caballero variaba la idea que se había hecho de él. ¿Podría haber llevado a cabo, en realidad, las cosas maravillosas que se le atribuían con aquella cabeza de huevo y aquellos desmesurados bigotes?

De momento estaba absorbido en una tarea verdaderamente infantil: amontonaba, uno sobre otro, pequeños dados de madera, de diversos colores, y la faena parecía despertar en él una atención mayor que la explicación de ella. Sin embargo, cuando Lily guardó silencio la miró vivamente.

—Continúe, *mademoiselle*, por favor. La escucho; esté segura de que la escucho con interés.

Casi enseguida volvió a apilar los dados de madera. La muchacha reanudó la historia, terrorífica, violenta, pero su voz era serena, inexpresiva, y su narración tan concisa, que diríase hallarse al margen de todo sentimiento de humanidad.

—Confío —observó al terminar— que me habré expresado con claridad.

Poirot hizo repetidas veces un gesto afirmativo y enfático. De un revés derribó los dados, diseminándolos sobre la mesa, y acto seguido se recostó en el sillón, unió las puntas de los dedos y fijó la mirada en el techo.

—Veamos —dijo—, a *sir* Ruben Astwell le asesinaron hace diez días, y el miércoles, o sea anteayer, la policía detuvo a su sobrino Charles Leverson. Le acusan los hechos siguientes (si me equivoco en algo, dígalo, *mademoiselle*): *sir* Ruben escribía, sentado en la habitación de la Torre, su sanctasanctórum, hace diez días. Míster Leverson llegó tarde y abrió la puerta con su llave particular. El mayordomo, cuya habitación estaba situada precisamente debajo de la Torre, oyó reñir a tío y sobrino. La disputa concluyó con un golpe ahogado.

»Este hecho alarmó al mayordomo y pensó en levantarse para ver lo que sucedía, pero pocos segundos después oyó salir a míster Leverson, dejar la habitación tarareando una canción de moda y renunció a su propósito. Sin embargo, a la mañana siguiente la doncella encontró muerto a *sir* Ruben sobre la mesa escritorio. Le habían asestado un golpe en la cabeza con un instrumento pesado. De todas maneras, el mayordomo no refirió enseguida su historia a la policía, ¿verdad, *mademoiselle*?

La inesperada pregunta sobresaltó a Lily Murgrave.

—¿Qué dice? —exclamó.

—Que en estos casos todos solemos alardear de humanidad. Mientras me refería a lo sucedido en casa de *sir* Ruben, de manera admirable y detallada, hay que

confesarlo, convertía en muñecos de guiñol a los actores del drama. Pero yo siempre busco en ellos lo que tienen de humano. Por eso digo que el mayordomo ese…, ¿cómo se llama?

—Parsons.

—Digo, pues, que ese Parsons debe poseer las características de su clase. Es decir: que alberga cierta prevención por los agentes de policía y que está poco dispuesto a darles explicaciones. Por encima de todo no declarará nada que pueda comprometer a los habitantes de la casa. Estará convencido de que el crimen es obra de cualquier escalador nocturno, de un ladrón vulgar, y se aferrará a la idea con una obstinación extraordinaria. Sí, la fidelidad de los asalariados es curiosa y digna de estudio, de un estudio muy interesante.

Poirot se recostó en el sillón con el rostro resplandeciente.

—Entretanto —continuó—, los demás actores habrán referido cada uno una historia, entre ellos míster Leverson, que asegura volvió a casa a hora avanzada y no fue a ver a su tío, pues se fue directamente a la cama.

—Eso es lo que dice, en efecto.

—Y nadie duda de la afirmación —murmuró Poirot—, a excepción, quizá, de Parsons. Luego le toca entrar en escena al inspector Miller, de Scotland Yard, ¿no es eso? Le conozco, nos hemos visto una o dos veces en tiempos pasados. Es lo que se llama un hombre listo, astuto como zorro viejo. ¡Sí, le conozco bien! El inspector ve lo que nadie ha visto y Parsons no está tranquilo porque sabe algo que no ha revelado. Sin embargo, el inspector lo pasa por alto. Pero, de momento, queda suficientemente demostrado que nadie entró en casa de *sir* Ruben por la noche y que debe buscarse dentro, no fuera de ella, al asesino. Y Parsons se siente desgraciado, tiene miedo, por lo que le aliviaría muchísimo compartir con alguien su secreto.

»Ha hecho cuanto ha estado en su mano para evitar un escándalo, pero todo tiene un límite y por ello el inspector Miller ha escuchado su historia, y después de dirigirle una o dos preguntas, ha llevado a cabo averiguaciones que sólo él conoce. El resultado es peligroso, muy peligroso para Carlos Leverson, porque ha dejado la huella de sus dedos manchados de sangre en un mueble que se encontraba en la habitación de la Torre. La doncella ha declarado también que a la mañana siguiente del crimen vació una palangana llena de agua y sangre que sacó de la habitación de míster Leverson y que a sus preguntas dicho señor contestó que se había cortado un dedo. En efecto, tenía un corte ridículamente insignificante. Y aun cuando lavó uno de los puños de la camisa que llevaba puesta la noche anterior, se descubrieron manchas de sangre en la manga de la chaqueta. Todo el mundo sabe que tenía necesidad urgente de dinero y que a la muerte de *sir* Ruben debía heredar una fortuna ¡Oh, sí, *mademoiselle*! Se trata de un caso muy interesante.

Poirot hizo una pausa.

—Usted ha venido a verme hoy, ¿por qué? —interrumpió después.

Lily Murgrave se encogió de hombros.

—Me manda aquí *lady* Astwell, como le he dicho —contestó.

—Pero viene usted de mala gana, ¿no es cierto?

La muchacha no contestó y el hombrecillo le dirigió una mirada penetrante.

—¿No desea responder?

Lily volvió a calzarse los guantes.

—Me es difícil, *monsieur* Poirot. Deseo ser fiel a *lady* Astwell. No soy más que una señorita de compañía a la que se pagan sus servicios, pero me ha tratado mejor que a una hija o una hermana. Es muy afectuosa y aunque conozco sus defectos no deseo criticar sus actos… ni impedir que usted se encargue de solucionar el caso. No quiero influir en su decisión.

—*Monsieur* Poirot no se deja influir por nada ni por nadie, *cela ne se fait pas* —manifestó, gozoso, el hombrecillo—. Me doy cuenta de que usted cree que *lady* Astwell ha oído zumbar una mosca junto a su oreja, ¿me equivoco en mi presunción?

—Si he de serle franca…

—¡Hable, *mademoiselle*, hable!

—Estoy convencida de que cree una tontería…

—¿Sí?

—Sin que esto sea una crítica en contra de *lady* Astwell.

—Comprendo —murmuró Poirot—. Comprendo perfectamente.

Sus ojos la invitaban a continuar.

—Como le decía a usted, es buenísima y muy amable, pero… ¿cómo lo expresaría yo? No es mujer educada. Ya sabe que actuaba en el teatro cuando *sir* Ruben se casó con ella y por eso alberga muchos prejuicios, es muy supersticiosa. Cuando dice una cosa, hay que creerla a pies juntillas, pero no atiende a razones. El inspector la ha tratado con poco tacto y esto la mueve a retroceder. Pero dice que es una tontería sospechar de míster Leverson, porque el pobre Carlos no es un criminal. La policía es estúpida y comete un terrible error.

—Supongo que tendrá sus razones para afirmarlo, ¿no es así?

—No, señor, ninguna.

—¡Ya! ¿De veras?

—Ya le he dicho —continuó Lily Murgrave— que de nada le va a servir acudir a usted y reclamar su ayuda sin tener nada que exponer ni nada en qué basar lo que cree.

—¿De verdad le ha dicho eso? Es interesante —dijo Poirot.

Sus ojos dirigieron a Lily una rápida y comprensiva ojeada desde la cabeza a la punta de los pies. Su mirada captó con todo detalle el pulcro y negro traje sastre, el lazo blanco del cuello, la blusa de crespón de China, adornada con gusto exquisito, el elegante sombrero de fieltro negro. Reparó en su elegancia, en el bonito semblante de barbilla afilada, las largas pestañas de un negro azulado e insensiblemente varió de actitud. No era el caso, sino la muchacha que tenía delante lo que despertaba en él un nuevo interés.

—Supongo, *mademoiselle,* que *lady* Astwell es una persona algo desequilibrada e histérica…

Lily Murgrave hizo un gesto ansioso de afirmación.

—Sí, la describe usted exactamente —dijo—. Es muy afectuosa, lo repito, pero es imposible discutir con ella, convencerla de que sea lógica.

—Posiblemente sospecha de alguien —insinuó Poirot—. De alguien tan inofensivo que son absurdas sus sospechas.

—¡Precisamente! —exclamó Lily Murgrave—. Le ha tomado ojeriza al secretario de *sir* Ruben, que es un pobre hombre. Dice que es el asesino de *sir* Ruben, que ella lo sabe, aunque está demostrado que míster Owen Trefusis no pudo cometer el crimen.

—¿Se funda en algún motivo, en algún hecho, para acusarle?

—Se funda exclusivamente en su intuición.

En la voz de Lily Murgrave se traslucía el desdén.

—Ya veo, *mademoiselle*, que no cree usted en la intuición —observó Poirot, sonriendo.

—Es una tontería.

Poirot se recostó en el sillón.

—A *les femmes* —murmuró— les gusta creer en ella. Dicen que es un arma que Dios les ha dado. Pero aunque algunas veces no las engaña otras las extravía.

—Lo sé. Pero ya le he dicho cómo es *lady* Astwell. No es posible discutir con ella.

—Por eso usted, *mademoiselle*, que es prudente y discreta, ha creído que de paso que viene a buscarme, debe ponerme *au courant* de la situación…

Una inflexión particular en la voz de Poirot hizo que Lily Murgrave levantase la cabeza.

—Sí —murmuró excusándose—, aunque conozco el valor de su tiempo.

—Usted me lisonjea, *mademoiselle*. Mas, en efecto, en estos momentos me encuentro ocupado en la solución de varios casos.

—Ya me lo temía —dijo Lily poniéndose en pie—. Le diré a *lady* Astwell que…

Pero Poirot no se levantó. Permaneció sentado mirando fijamente a la muchacha.

—¿Tiene prisa, *mademoiselle*? —interrogó—. Aguarde un momento, por favor.

Lily se ruborizó, luego se puso pálida, pero volvió a tomar asiento de mala gana.

—*Mademoiselle* es viva y adopta sus decisiones rápidamente. Perdone que un viejo como yo sea más lento. Usted se equivoca, *mademoiselle*. Yo no me niego a hacerle una visita a *lady* Astwell.

—Entonces, ¿vendrá a verla?

La muchacha se expresó en un tono frío. No miraba a Poirot, tenía los ojos fijos en el suelo y por esto no se dio cuenta del examen atento a que él la sometía en aquel momento.

—Diga a *lady* Astwell, *mademoiselle*, que estoy a su disposición. Iré por la tarde a *Mon Repos*. Es el nombre de la finca, ¿verdad?

Poirot se puso de pie y la muchacha le imitó.

—Se lo diré. Agradezco mucho la atención, *monsieur* Poirot. Sin embargo, temo que va usted a perder el tiempo.

—Bien pudiera ser. Sin embargo, ¡quién sabe!

Poirot la acompañó con versallesca cortesía hasta la puerta. Luego volvió a entrar en la salita pensativo, con el ceño fruncido. Abrió una puerta y llamó al ayuda de cámara.

—Mi buen Jorge, prepárame una maleta, te lo ruego. Me voy al campo.

—Sí, señor —repuso Jorge.

Era de tipo muy inglés: alto, cadavérico, inexpresivo.

—¡Qué fenómeno tan interesante es una muchacha, Jorge! —observó Poirot dejándose caer sobre el sillón y encendiendo un cigarrillo—. Sobre todo cuando es inteligente, ¿comprendes? Te pide una cosa y al propio tiempo pretende convencerte de que no lo hagas. Para ello se requiere suma *finesse d'esprit*. Pero esa muchacha es muy lista, sí, muy lista. Sólo que ha tropezado con Hércules Poirot y éste posee una inteligencia excepcional, Jorge.

—Se lo he oído decir al señor varias veces.

—No es el secretario quien le interesa y desprecia la acusación de *lady* Astwell, pero no quiere que «se altere el sueño de los que duermen». Y yo, Jorge, lo alteraré. ¡Les obligaré a luchar! En *Mon Repos* se está desarrollando un drama, un drama humano que me excita los nervios. Y aunque esa pequeña es lista no lo es lo suficiente. ¿Qué será, Señor, lo que vamos a encontrar allí?

Interrumpió la pausa dramática que sucedió a estas palabras la voz de Jorge, que preguntó con un tono natural en su voz:

—¿Desea llevarse el señor el traje de etiqueta?

Poirot le miró con tristeza.

—Siempre ese cuidado, esa atención constante a sus obligaciones. Eres muy bueno para mí, Jorge —repuso.

Cuando el tren de las 4.45 llegó a la estación de Abbots Cross descendió de él *monsieur* Hércules Poirot, vestido de manera impecable y con los bigotes rígidos a fuerza de cosmético. Entregó el billete, franqueó la barrera y se vio delante de un chófer de buena estatura.

—¿*Monsieur* Poirot?

El hombrecillo le dirigió una mirada alegre.

—Así me llaman —dijo.

—Entonces tenga la bondad de seguirme. Por aquí.

Y abrió la portezuela de un hermoso *Rolls Royce*.

Mon Repos distaba apenas tres minutos de la estación.

Allí el chófer descendió del coche, abrió la portezuela y Poirot echó pie a tierra. El mayordomo tenía ya la puerta de entrada abierta.

Antes de franquear el umbral, Poirot lanzó una rápida ojeada a su alrededor. La casa era hermosa y sólida, de ladrillo rojo, sin ninguna pretensión de belleza, pero con el aspecto de una comodidad positiva.

Poirot entró en el vestíbulo. El mayordomo le tomó de sus manos, con la desenvoltura que da la práctica, el abrigo y el sombrero, y a continuación murmuró con esa media voz respetuosa y característica de los buenos servidores:

—Su Señoría espera al señor.

Poirot le siguió pisando una escalera alfombrada. Aquel bien educado sirviente debía ser Parsons, no cabía duda, y sus modales no revelaban la menor emoción. Al llegar a lo alto de la escalera torció a la derecha y marchó seguido de Poirot por un pasillo. Desembocaron en una pequeña antesala en la que se abrían dos puertas. Parsons abrió la de la izquierda y anunció:

—*Monsieur* Poirot, *milady*.

La habitación, de dimensiones reducidas, estaba atestada de muebles y de *bibelots*. Una mujer, vestida de negro, se levantó de un sofá y salió vivamente a su encuentro.

—¿Cómo está usted?

Su mirada recorrió rápidamente la figura del detective.

—Bien, ¿y usted, *milady*? —exclamó éste, tras darle un vigoroso y fugaz apretón de manos.

—¡Creo en los hombres pequeños! Son inteligentes.

—Pues si mal no recuerdo, el inspector Miller es también de corta estatura —murmuró Poirot.

—¡Es un idiota presuntuoso! —dijo *lady* Astwell—. Siéntese aquí, a mi lado, si no tiene inconveniente.

Indicó a Poirot el sofá y siguió diciendo:

—Lily ha tratado de convencerme de que no le llamase, pero ya comprenderá que a mis años sé muy bien lo que quiero.

—¿De veras? Pues es un don poco común —observó Poirot, siguiéndola hasta el sofá.

Lady Astwell sentóse sobre los almohadones y hecho esto, se volvió a mirarle.

—Lily es bonita —dijo—, pero cree saberlo todo y las personas que creen saberlo todo se equivocan. Me lo dice la experiencia. Yo no soy inteligente, no, *monsieur* Poirot, pero creo en las corazonadas. Y ahora, ¿quiere o no que le diga quién es el asesino de mi marido? Porque una mujer lo sabe.

—¿Lo sabe también *miss* Murgrave?

—¿Qué le ha dicho ella? —preguntó con acento vivo *lady* Astwell.

—Nada. Se ha limitado a exponer los hechos del caso.

—¿Los hechos? Sí, son desfavorables a Carlos, naturalmente, pero digo a usted, *monsieur* Poirot, que él no ha cometido el crimen. ¡Sé que no lo ha cometido!

Lo dijo con una seriedad desconcertante.

—¿Está bien segura, *lady* Astwell?

—Trefusis mató a mi marido, *monsieur* Poirot, estoy segura de ello.

—¿Por qué?

—¿Por qué le mató, quiere usted decir o por qué estoy tan segura? ¡Lo sé, repito! Créame, me di cuenta de ello enseguida y lo sostengo.

—¿Beneficia en algo a míster Trefusis la muerte de *sir* Ruben?

—Mi marido no le deja un solo penique —replicó prontamente *lady* Astwell—, lo que demuestra que ni le gustaba su secretario ni confiaba en él.

—¿Llevaba mucho tiempo a su servicio?

—Unos nueve años, sobre poco más o menos.

—No es mucho —dijo Poirot en voz baja—. Sin embargo, sí lo es permanecer ese tiempo al lado de una misma persona. Sí, míster Trefusis debía conocerlo a fondo.

Lady Astwell le miró fijamente.

—¿Adónde quiere ir a parar? No veo qué relación tiene una cosa con otra.

—No me haga caso. Mi observación responde a una idea. Es una idea poco interesante, pero original, quizá, que se relaciona con el efecto que produce en algunas personas la servidumbre.

Lady Astwell le seguía mirando fijamente sin comprender.

—Es usted muy perspicaz, ¿verdad? Lo asegura todo el mundo —dijo, como si lo pusiera en duda.

Hércules Poirot se echó a reír.

—Quizá me haga el mismo cumplido cualquier día de éstos, *madame*. Pero, volvamos al móvil del crimen. Hábleme del servicio, de las personas que estaban en esta casa el día de la tragedia.

—Carlos estaba en ella, naturalmente.

—Tengo entendido que era sobrino de su marido, no de usted…

—En efecto. Carlos es el único hijo de una hermana de Ruben. Esta señora se casó con un hombre relativamente rico, pero murió arruinado, como tantos jugadores de Bolsa de la City; su mujer murió también y entonces Carlos se vino a vivir con nosotros. Tenía entonces veintitrés años y seguía la carrera de Leyes, pero poco después, Ruben le colocó en el negocio.

—¿Era trabajador míster Leverson?

—Veo que posee una comprensión rápida, eso me agrada —dijo *lady* Astwell—. No, Carlos no era trabajador, por desgracia. Y por ello reñía continuamente con su tío, que le reprendía por lo mal que desempeñaba sus obligaciones. Claro que el pobre Ruben no era tampoco muy comprensivo. En más de una ocasión me he visto obligada a recordarle que él también fue joven una vez. Pero había cambiado mucho, *monsieur* Poirot —concluyó *lady* Astwell con un suspiro.

—Es la vida, *milady* —repuso Poirot.

—Sin embargo, nunca fue grosero conmigo. Y si alguna vez se fue de la lengua, pobre Ruben, se arrepentía al punto.

—Tenía un carácter difícil, ¿verdad?

—Yo sabía manejarle —repuso *lady* Astwell con aire de triunfo—, pero a veces perdía la paciencia con los sirvientes. Hay muchas maneras de mandar, *monsieur* Poirot, pero Ruben no acertaba a dar con la que convenía.

—¿A quién ha legado *sir* Ruben su fortuna, *lady* Astwell?

—Me deja una mitad y a Carlos la otra —replicó al punto *lady* Astwell—. Los abogados no lo explican de una manera rotunda, pero en sustancia viene a ser lo mismo, tal como le digo.

Poirot hizo un gesto de afirmación.

—Comprendo, comprendo —murmuró—. Ahora le ruego, señora, que me describa a los habitantes de la casa. Viven en ella usted misma, míster Carlos Leverson, sobrino de *sir* Ruben, el secretario Owen Trefusis y *miss* Lily Murgrave. Cuénteme alguna cosa de la señorita.

—¿Se refiere a Lily?

—Sí. ¿Lleva muchos años a su servicio?

—Un año tan sólo. He tenido muchas compañeras secretarias, ¿sabe?, pero todas ellas han acabado por excitarme los nervios. Lily es distinta. Está llena de tacto, de sentido común, y además es muy simpática. A mí me gusta tener al lado caras bonitas, *monsieur* Poirot. Soy muy especial: siento simpatías y antipatías y me guío por ellas. En cuanto vi a esta muchacha me dije: «servirá». Y así ha sido.

—¿Se la recomendó alguna amiga?

—No, vino en respuesta a un anuncio que puse en los periódicos.

—¿Sabe quiénes son sus padres? ¿De dónde procede?

—Su padre y su madre viven en la India, según creo. En realidad no conozco muchos detalles de su vida, pero Lily es una señora. Se ve enseguida, ¿verdad?

—Sí, desde luego, desde luego.

—Yo no soy una señora —siguió diciendo *lady* Astwell—. Lo sé y los sirvientes también lo saben, pero no soy mezquina. Sé apreciar lo bueno que tengo delante y nadie se ha portado mejor conmigo que Lily. Por ello considero como a una hija a esa muchacha, *monsieur* Poirot.

Poirot alargó el brazo y colocó en su sitio uno o dos objetos que estaban encima de la mesa vecina.

—¿Compartía *sir* Ruben los mismos sentimientos? —interrogó después.

Tenía posados los ojos en los pantalones de *sport*, pero se dio cuenta de la pausa que hizo *lady* Astwell antes de contestar a la pregunta.

—Los hombres son distintos. Pero los dos estaban en buenas relaciones.

—Gracias, *madame* —sonrió Poirot.

Hubo una pausa.

—Bien, ¿conque todas estas personas estaban aquella noche en casa… a excepción, claro es, de la servidumbre? ¿No es eso?

—También estaba Víctor.

—¿Víctor?

—Sí, mi cuñado, el socio de Ruben.

—¿Vive con ustedes?

—No, acababa de llegar a Inglaterra. Ha estado varios años en África Occidental.

—En África Occidental —murmuró Poirot.

Se estaba dando cuenta de que si le daban el tiempo suficiente *lady* Astwell sabría desarrollar, por sí sola, un tema de conversación.

—Dicen que es un país maravilloso, pero a mí me parece que ejerce una influencia perniciosa sobre determinadas personas. Beben mucho y se desmoralizan. Ningún Astwell tiene buen carácter, pero el de Víctor ha empeorado desde su ida al África. A mí misma me ha asustado más de una vez.

—Y también a *miss* Murgrave, ¿no es así?

—¿A Lily? No creo, apenas se han visto.

Poirot escribió una o dos palabras en el diminuto libro de notas que guardaba en el bolsillo.

—Gracias, *lady* Astwell. Y ahora, si no tiene inconveniente, deseo hablar con Parsons.

—¿Quiere que le diga que suba?

La mano de *lady* Astwell se acercó al timbre, pero Poirot detuvo el ademán rápidamente.

—¡No, no, mil veces! —exclamó—. Bajaré yo a verle.

—Si lo juzga preferible…

Lady Astwell se sintió decepcionada, porque hubiera deseado tomar parte en la futura escena, pero Poirot añadió, adoptando un aire de misterio:

—Preferible, no; es esencial.

Con lo que dejó a la buena mujer impresionada.

Encontró a Parsons, el mayordomo, en la cocina limpiando la plata. Poirot inició la conversación con una de sus graciosas inclinaciones de cabeza.

—Soy agente, detective —dijo.

—Sí, señor, lo sé —repuso Parsons.

Su acento era respetuoso, pero impersonal.

—*Lady* Astwell envió a buscarme —le explicó Poirot— porque no está satisfecha, no, no está satisfecha.

—He oído decir eso a Su Señoría en diversas ocasiones.

—Bueno. ¿Para qué voy a contarle lo que ya sabe? No perdamos el tiempo en esas bagatelas. Condúzcame, por favor, a su habitación y me dirá lo que oyó la noche

del crimen.

La habitación del mayordomo se hallaba en la planta baja. En el vestíbulo de la servidumbre. Tenía rejas en las ventanas. Parsons indicó a Poirot el angosto lecho.

—Me metí a las once de la noche, señor —dijo—. *Miss* Murgrave se había retirado ya a descansar y *lady* Astwell se encontraba con *sir* Ruben en la habitación de la Torre.

—¡Ah! ¿Estaba con *sir* Ruben? Está bien, prosiga.

—Esa habitación está ahí arriba, encima de ésta. Cuando sus ocupantes hablan en voz alta se oye el murmullo de sus voces, pero naturalmente, no se comprende lo que dicen, excepto alguna que otra palabra suelta, ¿comprende? A las once y media dormía a pierna suelta. A las doce me despertó un portazo. Míster Leverson volvía de la calle. Poco después oí el ruido de pasos y a continuación su voz. Hablaba con *sir* Ruben, por lo visto.

»No puedo asegurarlo, pero me pareció que si no precisamente embriagado se sentía inclinado a hacer ruido y a mostrarse indiscreto porque dijo no sé qué a su tío a voz en cuello. Luego sonó un grito agudo al que sucedió un golpe particular, como la caída de un cuerpo pesado.

Hubo una pausa. Parsons repitió con acento impresionante las últimas palabras.

—La caída de un cuerpo pesado, ¿comprende? Después oí exclamar a míster Leverson, lo mismo que si le tuviera delante: «¡Oh, Dios mío, Dios mío!».

A pesar de su primera y visible repugnancia, Parsons disfrutaba ahora con su relato. Se creía sin duda buen narrador y para llevarle la corriente Poirot hizo un comentario lisonjero.

—*Mon Dieu!* —murmuró—. ¡Qué emoción debió usted sentir!

—Y que lo diga, señor. Ciertamente, señor —repuso el mayordomo—. Pero entonces no me paré a pensar en lo que sentía o dejara de sentir; sólo se me ocurrió ir a ver lo que pasaba. Por cierto que al encender la luz eléctrica derribé una silla.

»Crucé el vestíbulo de la servidumbre y fui a abrir la puerta del pasillo. Al llegar al pie de la escalera que conduce a la Torre me detuve, indeciso, y entonces sonó por encima de mi cabeza la voz de míster Leverson, que decía cordial y alegremente: “Por fortuna no ha sucedido nada. ¡Buenas noches!”. Y le oí avanzar, silbando entre dientes, por el pasillo en dirección a su dormitorio.

»Entonces me volví a la cama pensando que sin duda se habría caído algún mueble porque, dígame, señor, ¿cómo iba a sospechar que acababa de asesinar a *sir* Ruben después de darle, con toda despreocupación, míster Leverson, las buenas noches?

—¿Está bien seguro de que oyó usted su voz?

Parsons miró al pequeño belga con aire de compasión. Estaba convencido de lo que afirmaba.

—¿Desea saber algo más el señor?

—No, deseo hacerle una sola pregunta. ¿Le gusta a usted Leverson?

—No le comprendo, señor.

—Se trata de una simple pregunta. ¿Le es simpático míster Leverson?

Parsons pasó del sobresalto al embarazo.

—Es opinión general de la servidumbre… —comenzó a decir; y calló de repente.

—Diga, dígalo en la forma que guste.

—Pues la servidumbre opina, señor, que es un caballero muy generoso, pero… no muy inteligente.

—¡Ah! ¿Sabe, Parsons, que sin tener el gusto de conocerle, me adhiero a esa opinión?

—Ciertamente, señor.

—¿Y puede saberse ahora qué opina usted… qué opina la servidumbre, del secretario de *sir* Ruben?

—Opina que es un caballero muy callado, muy paciente, que no ocasiona ninguna molestia.

—*Vraiment!* —dijo Poirot.

El mayordomo tosió.

—Su Señoría, señor —murmuró—, es algo precipitada en sus juicios.

—¿De manera que, en opinión de la servidumbre, míster Leverson es el autor del crimen?

—Verá: a nadie le gusta pensar que ha sido él, además, no posee un temperamento criminal.

—Pero tiene mal genio, ¿no es así?

Parsons se le acercó un poco más.

—¿Desea saber cuál es el miembro de la familia que tiene peor carácter? —preguntó.

Poirot levantó una mano.

—No —contestó—. Por el contrario, me disponía a preguntarle cuál es el que lo tiene mejor.

Parsons se le quedó mirando con la boca abierta.

Poirot no perdió más el tiempo. Le dirigió una amable inclinación de cabeza, porque era amable con todo el mundo y salió de la habitación al gran vestíbulo cuadrado de *Mon Repos*. Al llegar a su centro se detuvo, absorto un instante y después, al oír un leve sonido, ladeó la cabeza como un pajarillo y, sin hacer el menor ruido, se acercó a una puerta.

Al llegar al umbral volvió a detenerse para echarle un vistazo a la habitación que hacía las veces de biblioteca. Sentado a una mesita divisó, escribiendo, a un joven pálido y delgado. Tenía una barbilla saliente y llevaba gafas.

Poirot le examinó unos segundos y a continuación rompió el silencio reinante con una tosecilla teatral.

—¡Ejem! —exclamó.

El joven dejó de escribir y levantó la cabeza. No parecía sobresaltado, pero miró a Poirot con expresión perpleja.

Éste avanzó unos pasos.

—¿Tengo el honor de hablar con míster Trefusis? —preguntó—. Me llamo Hércules Poirot. Pero supongo que ya habrá oído hablar de mí…

—¡Oh, sí, ya lo creo…! —balbució el joven.

Poirot le miró con más atención.

Representaba tener unos treinta años y el detective vio enseguida que no era posible que nadie tomara en serio la acusación de *lady* Astwell porque míster Trefusis era un joven correcto, atildado, tímido, es decir, el tipo de hombre a quien puede tratarse y se trata sin ningún miramiento.

—Ya veo que *lady* Astwell le ha hecho venir —dijo—. ¿Puedo servirle en algo?

Se mostraba cortés sin ser efusivo. Poirot tomó una silla y murmuró con acento suave:

—¿Le ha confiado *lady* Astwell sus sospechas? ¿Está enterado de lo que supone?

Owen Trefusis sonrió un poco.

—Creo que sospecha de mí —contestó—. Es un absurdo, pero no deja de ser cierto. Desde la noche del crimen no me dirige la palabra y cuando yo paso se estremece y se pega a la pared.

Su actitud era perfectamente natural y su voz dejaba traslucir más diversión que resentimiento. Poirot adoptó un aire de atrayente franqueza.

—Quede esto entre nosotros, pero así lo ha dicho —declaró—. Yo no he querido discutir jamás con las señoras, sobre todo cuando se sienten tan seguras de sí mismas. Es una lamentable pérdida de tiempo, ¿comprende?

—Oh, sí, comprendo.

—Sólo le he contestado: «Sí, *milady*. Perfectamente, *milady*. *Precisement, milady*». Esas palabras no significaban nada o muy poca cosa, pero tranquilizan. Entretanto llevo a cabo una investigación porque parece imposible que nadie, a excepción de míster Leverson, haya cometido el crimen, pero…, bien, lo imposible ha sucedido ya antes de ahora.

—Comprendo perfectamente su actitud —repuso el secretario— y le ruego que me considere a su entera disposición.

—*Bon* —dijo Poirot—. Ahora nos entendemos. Tenga la bondad de referirme los acontecimientos de aquella noche. Será mejor para la buena comprensión que comience por la cena.

—Leverson no asistió a ella —dijo el secretario—. Había tenido una serie de desavenencias con su tío y se fue a cenar al Golf Club. Por tanto *sir* Ruben estaba de pésimo humor.

—No era muy amable ese *monsieur*, ¿verdad? —dijo Poirot.

—¡Oh, no! Era un tártaro. Le conocí bien, que no en balde le serví por espacio de nueve años, y digo, *monsieur* Poirot, que era hombre extraordinariamente difícil de

complacer. Cuando se encolerizaba era presa de verdaderos ataques infantiles de rabia, durante los cuales insultaba a todo aquel que se le acercaba. Yo ya me había habituado y adopté la costumbre de no prestar, en absoluto, la menor atención a lo que decía. No era mala persona, pero sí exasperante y bobo. Lo mejor era, pues, no responder ni una sola palabra.

—¿Se mostraban los demás tan prudentes como lo era usted?

Trefusis se encogió de hombros.

—*Lady* Astwell disfrutaba oyéndole despotricar. No le tenía miedo, por el contrario, le defendía y le daba cuanto exigía. Después hacían las paces porque *sir* Ruben la quería de veras.

—¿Riñeron la noche del crimen?

El secretario le miró de soslayo, titubeó un momento y contestó luego:

—Así lo creo. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque se me ha ocurrido. Eso es todo.

—Naturalmente, no lo sé —explicó el secretario—; pero me parece que sí.

—¿Quién más se sentó a la mesa?

—*Miss* Murgrave, míster Víctor Astwell y un servidor.

—¿Qué hicieron después de cenar?

—Pasamos al salón. *Sir* Ruben no nos acompañó. Diez minutos después vino a buscarme y me armó un escándalo por algo sin importancia relacionado con una carta. Yo subí con él a la Torre y arreglé el desperfecto; luego llegó míster Víctor Astwell diciendo que deseaba hablar a solas con su hermano y entonces bajé a reunirme con las señoras.

»Al cabo de un cuarto de hora *sir* Ruben tocó, con violencia, la campanilla y Parsons vino a rogarme que subiera a la Torre enseguida. Cuando entré en ella salía míster Astwell con tanta prisa que a poco más me derriba. Era evidente que había ocurrido algo y que se sentía trastornado. Tiene un carácter muy violento y es muy posible que no me viera.

—¿Hizo *sir* Ruben algún comentario?

—Me dijo: «Víctor es un lunático; en uno de esos ataques de rabia hará alguna sonada».

—¡Ah! —exclamó Poirot—. ¿Tiene idea de qué trataron?

—No, señor, en absoluto.

Poirot volvió con lentitud la cabeza y miró al secretario. Había pronunciado con demasiada precipitación estas últimas palabras y él estaba convencido de que Trefusis podía haber dicho más si hubiera querido. Pero no le instó a que lo dijera.

—¿Y después…? Continúe, por favor.

—Trabajé al lado de *sir* Ruben por espacio de hora y media. A las once en punto llegó *lady* Astwell y *sir* Ruben me dio permiso para que me retirase.

—¿Y se retiró?

—Sí.

—¿Tiene idea del tiempo que permaneció *lady* Astwell haciéndole compañía?

—No, señor. Su habitación está en el primer piso, la mía en el segundo y por esto no la oí salir de la Torre.

—Entendido.

Poirot se puso de un salto de pie.

—Ahora, *monsieur*, tenga la bondad de conducirme a la Torre.

Siguió al secretario por la amplia escalera hasta el primer rellano y allí Trefusis le condujo por un corredor y luego por una puerta excusada que había al final, a la escalera de servicio. Sucedía a ésta un corto pasillo que terminaba ante una puerta cerrada. Franqueada esta puerta se encontraron en la escena del crimen.

Era una habitación de techo más elevado que el de las demás de la casa y tenía unos treinta pies cuadrados. Espadas y azagayas ornaban las paredes y sobre las mesas vio Poirot muchas antigüedades indígenas. En uno de sus extremos, junto a una ventana, había una hermosa mesa escritorio. Poirot se dirigió en línea recta hacia aquella mesa.

—¿Es aquí donde encontraron muerto a *sir* Ruben? —interrogó.

Trefusis hizo un gesto de afirmación.

—¿Le golpearon por detrás, según tengo entendido?

El secretario volvió a afirmar con el gesto.

—El crimen se cometió con una de esas armas indígenas —explicó—, tremendamente pesadas. La muerte fue instantánea.

—Esto afirma mi convicción de que no fue premeditado. Tras de una discusión acalorada el asesino debió arrancar el… arma de la pared casi inconscientemente.

—¡Sí, pobre míster Leverson!

—¿Y después se encontraría, sin duda, el cadáver caído sobre la mesa?

—No, había resbalado hasta el suelo.

—¡Ah, es curioso!

—¿Curioso? ¿Por qué?

—A causa de eso.

Poirot señaló a Trefusis una mancha redonda e irregular que había en la bruñida superficie de la mesa.

—Es una mancha de sangre, *mon ami*.

—Debió salpicar o quizá la dejaron después los que levantaron el cadáver —sugirió Trefusis.

—Sí, es muy posible —repuso Poirot—. ¿La habitación tiene dos puertas?

—Sí, ahí detrás hay otra escalera.

Trefusis descorrió una cortina de terciopelo, que ocultaba el ángulo de la habitación más próximo a la puerta de entrada y apareció una escalera de caracol.

—La Torre perteneció a un astrónomo. Esa escalera conduce a la parte superior, donde estaba colocado el telescopio. *Sir* Ruben instaló en ella un dormitorio y en ocasiones, cuando trabajaba hasta horas avanzadas de la noche, dormía en él.

Poirot subió torpemente los peldaños. La habitación circular en que se terminaba la escalera estaba simplemente amueblada con un lecho de campaña, una silla y un tocador. Después de asegurarse de que no tenía otra salida, Poirot volvió a bajar a la habitación donde Trefusis se había quedado aguardando.

—¿Oyó llegar de la calle a míster Leverson? —le preguntó.

Trefusis movió la cabeza.

—No, señor. Dormía profundamente.

—*Eh bien!* —exclamó después—. Me parece que ya no nos resta nada que hacer aquí a excepción de…, ¿me hace el favor de correr las cortinas?

Trefusis tiró, obediente, las pesadas cortinas negras que pendían de la ventana al otro extremo de la Habitación. Poirot encendió la luz central oculta en el fondo de un enorme cuenco de alabastro que pendía del techo.

—¿Tiene alguna otra luz la habitación? —interrogó.

El secretario encendió, como respuesta, una enorme lámpara de pie, de pantalla verde, que estaba colocada junto a la mesa escritorio. Poirot apagó la del techo, luego la encendió y la volvió a apagar.

—*C'est bien* —exclamó—. Hemos concluido.

—Se cena a las siete y media —murmuró el secretario.

—Bien. Gracias, míster Trefusis, por sus bondades.

—No hay de qué.

Poirot se dirigió pensativo por el pasillo a la habitación que se le había asignado. El inconmovible Jorge estaba ya en ella sacando la ropa de la maleta.

—Mi buen Jorge —dijo Poirot al verle—, esta noche a la hora de cenar voy a conocer a un caballero que me intriga muchísimo. Vuelve de los trópicos, Jorge, y posee un carácter… muy tropical. Parsons pretendía hablarme de él, pero Lily Murgrave no le ha mencionado. También el difunto *sir* Ruben tenía un carácter irascible, Jorge. Vamos a suponer que se pusiera en contacto con un hombre más colérico que él, ¿qué pasaría? Que uno de los dos saltaría, ¿no?

—Sí, señor, saltaría… o no.

—¿No?

—No, señor. Mi tía Jemima, señor, tenía una lengua muy larga y mortificaba sin cesar a una hermana pobre, que vivía con ella. Le hacía la vida imposible, en realidad. Pues bien: la hermana no toleraba que se le defendiera. No soportaba la dulzura ni la conmiseración de las gentes.

—¡Ya! Tiene gracia —observó Poirot.

Jorge tosió.

—¿Desea algo más el señor? —dijo muy circunspecto—. ¿Quiere que le ayude a vestirse?

—Mira, hazme un pequeño favor —repuso Poirot prontamente—. Averigua, si puedes, de qué color era el vestido que llevaba *miss* Murgrave la noche del crimen y qué doncella la sirve.

Jorge recibió el encargo con su impasibilidad acostumbrada.

—El señor lo sabrá mañana por la mañana —contestó.

Poirot se levantó de la silla y se situó delante del fuego encendido en la chimenea.

—Jorge, me eres muy útil —murmuró—. No me olvidaré de la tía Jemima.

Sin embargo, aquella noche no fue presentado a Víctor Astwell, a quien sus obligaciones retenían en Londres, según explicó en un telegrama.

—Atiende a los negocios de su difunto marido, ¿verdad? —preguntó a *lady* Astwell.

—Víctor era un socio —explicó ella—. Fue al África para echarle una ojeada a unas concesiones mineras que interesaban a la sociedad. Es decir… ¿eran mineras, Lily?

—Sí, *lady* Astwell.

—Eso es. Son minas de… oro o de cobre o de estaño. Tú debes saberlo, Lily, mejor que yo porque recuerdo que hiciste a Ruben varias preguntas. ¡Oh, cuidado, querida! Vas a tirar ese jarro.

—Hace calor junto al fuego —dijo la muchacha—. ¿Podría… abrir un poco la ventana?

—Como gustes, querida —repuso *lady* Astwell.

Poirot siguió con la vista a la muchacha cuando fue a abrir la ventana y permaneció un minuto o dos junto a ella aspirando el aire puro de la noche. A su vuelta aguardó a que tomara asiento para interrogar cortésmente:

—Conque, *mademoiselle*, le interesa el negocio de minas, ¿no es eso?

—Oh, no, nada de eso —repuso Lily con indiferencia—. Me gusta escuchar las explicaciones de *sir* Ruben, pero soy profana en la materia.

—Pues si no te interesa finges muy bien —insinuó *lady* Astwell— porque el pobre Ruben creía que tenías una razón secreta para interrogarle.

Los ojos del detective no se separaron del fuego que contemplaba fijamente. Sin embargo, advirtió el rubor con que la contrariedad tiñó las mejillas de Lily Murgrave y con sumo tacto varió de conversación. Cuando llegó la hora de dar las buenas noches dijo a la dueña de la casa:

—¿Me permite dos palabras, *madame*?

Lily Murgrave se eclipsó discretamente y *lady* Astwell dirigió una mirada de curiosa interrogación al detective.

—¿Fue usted la última persona que vio con vida a *sir* Ruben? —preguntó Poirot.

Lady Astwell afirmó con un gesto. Las lágrimas brotaron de sus ojos y las enjugó apresuradamente con un pañuelo orlado de negro.

—¡Ah, no se aflija, no se aflija, por Dios!

—Perdón, *monsieur* Poirot. No puedo remediarlo.

—Soy un imbécil y la estoy atormentando.

—No, no, de ninguna manera. Prosiga. ¿Qué iba usted a decir?

—Usted entró en la habitación de la Torre a las once en punto y *sir* Ruben despidió entonces a míster Trefusis; ¿me equivoco?

—No, señor. Así debió de ser.

—¿Cuánto rato estuvo haciendo compañía a su marido?

—Eran las doce menos cuarto cuando entré en mi habitación; lo recuerdo porque miré el reloj.

—*Lady* Astwell, tenga la bondad de decirme sobre qué versó la conversación que sostuvo con su marido.

Lady Astwell se dejó caer en el sofá y prorrumpió en fuertes sollozos.

—Re… ñi… mos —gimió.

—¿Acerca de qué? —dijo insinuante, casi tiernamente, la voz de Poirot.

—Ah… acerca de… muchas cosas. La cosa co… menzó por… Lily. Ruben le cobró antipatía sin motivo y decía haberla sorprendido leyendo sus papeles. Quería despedirla; yo le dije que era muy buena y que no se lo consentiría. Entonces co… menzó a… chillarme. Pero yo le hice frente. Le dije todo cuanto pensaba de él.

»En el fondo no pensaba nada malo, *monsieur* Poirot. Estaba ofendida porque dijo que me había sacado del arroyo para casarse conmigo, pero ¿qué importancia tiene eso ahora? Nunca me perdonaré. Le conocía bien, y yo siempre he sostenido que una buena discusión purifica el ambiente. ¿Cómo iba a saber que iban a asesinarle aquella misma noche? ¡Pobre viejo Ruben!

Poirot había escuchado con simpatía el desahogo.

—Le estoy haciendo sufrir —dijo— y le ofrezco mis excusas. Seamos ahora más materialistas, más prácticos, más precisos. ¿Sigue aferrada a la idea de que míster Trefusis fue quien mató a su marido?

—Mi instinto de mujer —dijo— no me engaña, *monsieur* Poirot.

—Exactamente, exactamente —repuso el detective—. ¿Cuándo cometió el hecho?

—¿Cuándo? Cuando me separé de Ruben, naturalmente.

—Usted le dejó solo a las doce menos cuarto. A las doce menos cinco entró en la habitación míster Leverson. En esos diez minutos de intervalo, ¿cree que pudo matarle el secretario?

—Es muy posible.

—Son tantas cosas posibles… En efecto, pudo cometer el crimen en diez minutos. ¡Oh, sí! Pero ¿lo cometió?

—Él asegura que estaba en la cama y que dormía profundamente. Es natural. Pero ¿quién nos asegura que nos dice la verdad?

—Recuerde que nadie lo vio.

—Todo el mundo dormía a aquella hora —observó *lady* Astwell con acento triunfante—; ¿cómo quiere usted que le vieran?

—¡Quién sabe! —se dijo Poirot.

Breve pausa.

—*Eh bien, lady* Astwell, le deseo muy buenas noches.

Jorge dejó la bandeja del desayuno sobre la mesilla de noche.

—*Miss* Murgrave, señor, llevaba puesto la noche del crimen un vestido verde claro, de *chiffon*.

—Gracias, Jorge. Eres digno de toda confianza.

—La tercera doncella de la casa es la que sirve a *miss* Murgrave, señor. Se llama Gladys.

—Gracias, Jorge. Eres un tesoro.

—No hay para tanto, señor.

—Hace una hermosa mañana —observó Poirot mirando por la ventana—, pero no parece haberse levantado nadie de la cama. Jorge, mi buen Jorge, iremos los dos a la Torre y allí haremos un pequeño experimento.

—¿Me necesita realmente, señor?

—Sí, el experimento no será penoso.

Cuando llegaron a la habitación seguían las cortinas corridas. Jorge iba a descorrerlas, pero se lo impidió Poirot.

—Dejaremos la habitación conforme se halla. Enciende la lámpara de pie.

El sirviente obedeció.

—Ahora, mi buen Jorge, siéntate en esa silla. Colócate en posición adecuada para escribir. *Tres bien*. Yo cogeré una azagaya, me acercaré a ti de puntillas…, así… y te asestaré un golpe en la cabeza.

—Sí, señor —repuso Jorge.

—¡Ah! Pero cuando te lo aseste no sigas escribiendo. Ten presente que no voy a pegártelo en realidad. No puedo herirte con la misma fuerza que hirió el asesino a *sir* Ruben. Estamos representando la escena, ¿entiendes? Te doy en la cabeza y tú caes… así. Con los brazos colgando y el cuerpo inerte. Permite que te coloque en posición. Pero no, no tires de los músculos.

Poirot exhaló un suspiro de impaciencia.

—Me planchas a maravilla los pantalones, Jorge, pero careces en absoluto de imaginación. Levántate, yo ocuparé tu lugar.

Y, a su vez, Hércules Poirot se sentó ante la mesa escritorio.

—Voy a escribir. ¿Lo ves? Estoy muy atareado escribiendo. Acércate tú por detrás y pégame en la cabeza con el garrote. ¡Cras! La pluma se me escapa de los dedos, me echo hacia delante, pero no exageradamente, porque la silla es baja, la mesa es alta y además me sostienen los brazos. Haz el favor, Jorge, de acercarte a la puerta, quédate de pie junto a ella y dime qué es lo que ves.

—¡Ejem!

—¿Bien, Jorge…?

—Le veo, señor, sentado a la mesa.

—¿Sentado a la mesa?

—No distingo con claridad, señor. Es algo difícil —explicó Jorge—, porque estoy lejos de ella y porque la lámpara tiene una pantalla gruesa. ¿Puedo encender la luz del techo, señor?

—¡No, no! —dijo vivamente Poirot—. No te muevas. Yo estoy aquí, inclinado sobre la mesa, y tú, de pie junto a la puerta. Avanza ahora, Jorge, avanza y ponme una mano en el hombro.

Jorge obedeció.

—Inclínate un poco, Jorge, como si quisieras sostenerte sobre las puntas de los pies.

El cuerpo inerte de Hércules Poirot se deslizó, de manera artística, del sillón al suelo.

—Me caigo… así —observó—. Eso es. Está bien imaginado. Ahora hay que llevar a cabo algo mucho más importante.

—¿De veras, señor?

—Sí, desayunarse.

El detective rió con toda su alma celebrando el chiste.

—¡No pasemos por alto el estómago, Jorge!

Jorge guardó silencio. Poirot bajó la escalera riendo entre dientes. Le satisfacía el giro que tomaban las cosas. Después de desayunarse fue en busca de Gladys, la tercera doncella. Le interesaba todo lo que pudiera referirle la muchacha. Además ella le tenía simpatía a Carlos, aunque no dudaba de su culpabilidad.

—¡Pobre señor! —dijo—. Es una lástima que no estuviera sereno aquella noche.

—Él y *miss* Murgrave son los dos habitantes más jóvenes de la casa. ¿Se llevaban bien?

Gladys movió la cabeza.

—*Miss* Murgrave le demostraba mucha frialdad —repuso—. No deseaba alentar sus avances.

—Está enamorado de ella, ¿verdad?

—Un poco quizás. El que está loco por *miss* Lily es míster Víctor Astwell.

Gladys rió.

—¡Ah, *vraiment*!

Gladys volvió a reír.

—Eso es, loquito por ella. Claro, *miss* Lily es un lirio en realidad. Tiene una bonita figura y un cabello dorado precioso, ¿no le parece?

—Debía ponerse un vestido verde —murmuró Poirot—. El verde les sienta bien a las rubias.

—Pero si ya tiene uno, señor —dijo Gladys—. Ahora no lo lleva, como es natural, porque va de luto, pero se lo puso la noche en que mataron a *sir* Ruben.

—¿Es verde claro?

—Sí, señor, verde claro. Aguarde y se lo enseñaré. *Miss* Lily acaba de salir de paseo con los perros.

Poirot hizo un gesto de asentimiento. Lo sabía tan bien como la doncella. La verdad era que sólo después de ver marchar a *miss* Murgrave había ido en busca de Gladys. Ésta se dio prisa en salir de la habitación y a poco volvió con un vestido verde colgado de su percha.

—*Exquis!* —murmuró uniendo las manos en señal de admiración—. Permítame que lo acerque un momento a la luz.

Se lo quitó a Gladys de las manos, le volvió la espalda y corrió a la ventana. Primero se inclinó sobre él y luego lo colocó lejos de su vista.

—Es perfecto —declaró—. Encantador. Un millón de gracias por habérmelo enseñado.

—No las merece. Todos sabemos que a los franceses les interesan los vestidos femeninos.

—Es usted muy amable —murmuró Poirot.

La siguió un momento con la vista y a continuación se miró las manos y sonrió. En la derecha sostenía un par de tijeras de las uñas; en la izquierda, un pedacito del vestido de *chiffon*.

—Y ahora —murmuró—, seamos heroicos.

Al volver a su departamento llamó a Jorge.

—En el tocador, mi buen Jorge, me he dejado un alfiler de oro de corbata.

—Sí, señor.

—En el lavabo hay una solución de ácido fénico. Haz el favor de sumergir en ella la punta del alfiler.

Jorge hizo lo que le ordenaban. Hacía tiempo que no le asombraban las extravagancias de su amo. Por otra parte estaba acostumbrado a ellas.

—Ya está, señor.

—*Tres bien!* Ahora, ven acá. Voy a tenderte el dedo índice; inserta en él la punta del alfiler.

—Perdón, señor. ¿Desea usted que le pinche?

—Sí, lo has adivinado. Debes sacarme sangre, ¿comprendes?, pero no mucha.

Jorge cogió el dedo de su amo. Poirot cerró los ojos y se recostó en el sillón. El ayuda de cámara clavó el alfiler y Poirot profirió un chillido.

—*Je vous remercie*, Jorge —dijo—. Lo has hecho demasiado bien.

Y se enjugó el dedo con un pedacito de *chiffon* que se sacó del bolsillo.

—La operación ha salido estupendamente bien —observó contemplando el resultado—. ¿No te inspira curiosidad, Jorge? Pues, ¡es admirable!

El ayuda de cámara dirigió una ojeada discreta a la ventana.

—Perdón, señor —murmuró—. Acaba de llegar en coche un caballero.

—¡Ah, ah! —Poirot se puso en pie—. El escurridizo míster Víctor Astwell. Voy a conseguir trabar conocimiento con él.

Pero el destino quiso que le oyera antes de poder echarle la vista encima.

—¡Cuidado con lo que haces, maldito idiota! Esa caja encierra un cristal en su interior. ¡Maldito sea! Parsons, quítese de en medio. ¡Ponga eso en el suelo, imbécil!

Poirot se dejó escurrir escalera abajo. Víctor era hombre corpulento y Poirot le dedicó un saludo cortés.

—¿Quién demonios es usted? —rugió el otro.

Poirot volvió a saludar.

—Me llamo Hércules Poirot —dijo.

—¡Caramba! Conque Nancy le llamó por fin, ¿no?

Puso una mano en el hombro del detective y le empujó en dirección a la biblioteca.

—No puede figurarse lo que se habla de usted —dijo luego, mirándole de arriba abajo—. Le pido excuse mis recientes palabras, pero el chófer es un perfecto asno y Parsons un idiota que me sacó de quicio. Yo no puedo sufrir a los idiotas. Usted no lo es, ¿verdad, *monsieur* Poirot?

—Muy equivocados están los que lo suponen —repuso plácidamente el detective.

—¿De verdad? Bueno, de manera que Nancy le ha llamado… Sí, sospecha del secretario. Pero no tiene razón. Trefusis es tan dulce como la leche…, por cierto que la toma en lugar de agua, según creo. Es abstemio. Conque pierde usted el tiempo.

—Nunca se pierde el tiempo cuando se tiene ocasión de estudiar la naturaleza humana —dijo Poirot tranquilamente.

—La naturaleza humana, ¿eh?

Víctor le miró y seguidamente se dejó caer en una silla.

—¿Puedo servirle en algo? —interrogó.

—Sí. Dígame por qué discutió con su hermano la noche del crimen.

Víctor Astwell movió la cabeza.

—No tiene nada que ver con el caso —contestó.

—No estoy seguro de ello.

—Tampoco tiene nada que ver con Carlos Leverson.

—*Lady* Astwell cree que Carlos no ha cometido el crimen.

—¡Oh, Nancy!

—Trefusis estaba en la habitación —dijo Poirot—, cuando Carlos entró en la Torre aquella noche, pero no le vio. Nadie le vio.

—Se equivoca. Le vi yo.

—¿Usted?

—Sí, voy a explicárselo. Ruben le estuvo pinchando y no sin razón, se lo aseguro a usted. Más tarde se metió conmigo y para irritarle resolví apoyar al muchacho. Luego pensé en ir a verle para ponerle al corriente de lo ocurrido. Cuando subí a mi cuarto no me fui enseguida a la cama. En vez de ello, dejé la puerta entornada, me senté en una silla y me puse a fumar. Mi habitación está en el segundo piso, *monsieur* Poirot, y la de Carlos se halla al lado de la mía.

—Perdón, voy a interrumpirle, ¿duerme míster Trefusis también en el segundo piso?

Astwell hizo un gesto afirmativo.

—Sí, su habitación está un poco más lejos.

—¿O sea, más cerca de la escalera?

—No, más lejos.

El rostro de Poirot se iluminó, pero sin reparar en aquella luz, míster Víctor Astwell prosiguió:

—Decía que aguardé a Carlos. A las doce menos cinco, si no me engaño, oí cerrar de golpe la puerta de la calle, pero no vi a Carlos por ninguna parte hasta diez minutos después. Y cuando subió la escalera me di cuenta enseguida de que no estaba en disposición de escucharme.

Víctor arqueó las cejas con aire significativo.

—Comprendo —murmuró Poirot.

—El pobre diablo se tambaleaba y estaba muy pálido. Entonces atribuí a su estado aquella palidez. Hoy creo que venía de cometer el crimen.

Poirot le dirigió una rápida pregunta.

—¿Oyó salir algún ruido de la Torre?

—No, recuerdo que me hallaba en el otro extremo de la casa. Las paredes son gruesas y tal vez no lo crea, pero en el lugar donde me hallaba no hubiera oído ni un disparo siquiera suponiendo que se hubiera hecho en el interior de la Torre.

Poirot hizo un gesto de asentimiento.

—Le pregunté si deseaba ayuda —siguió diciendo Astwell—, pero repuso que se encontraba bien, entró solo en su cuarto y cerró la puerta. Yo me desnudé y me metí en la cama.

Poirot miraba pensativo la alfombra.

—¿Se da cuenta de lo que afirma, míster Astwell, y de la importancia de su declaración?

—Sí, supongo que sí. ¿Por qué? ¿Qué importancia le atribuye?

—Fíjese en que acaba de decir que, entre el portazo de la puerta de la calle y la aparición en la escalera de míster Leverson, transcurrieron diez minutos. Su sobrino asegura, si mal no recuerdo, que tan pronto entró en la casa se fue a dormir. Pero aún hay más. Admito que la acusación de *lady* Astwell es fantástica aun cuando hasta ahora no se haya demostrado su inverosimilitud. Pero la declaración de usted implica una coartada.

—¿Cómo es eso?

—*Lady* Astwell dice que dejó a su marido a las doce menos cuarto y que el secretario se fue a dormir a las once. De manera que únicamente pudo cometerse el crimen entre las doce y cuarto y el regreso de Carlos Leverson. Ahora bien: si como asegura usted estuvo sentado y con la puerta abierta, Trefusis no pudo bajar de su habitación sin que usted lo viera.

—Justamente —dijo el otro.

—¿Existe por allí alguna otra escalera?

—No, para bajar a la habitación de la Torre hubiera tenido que pasar por delante de mi puerta y no pasó, estoy bien seguro. Además, lo repito, *monsieur* Poirot, ese joven es tan inofensivo como un cordero, se lo aseguro.

—Sí, sí, lo creo —Poirot hizo una pausa—. ¿Querrá explicarme ahora el motivo de su discusión con *sir* Ruben?

El otro se puso colorado.

—¡No me sacará ni una sola palabra!

Poirot fijó la vista en el techo.

—Cuando se trata de una señora —manifestó— suelo ser muy discreto.

Víctor se levantó de un salto.

—¡Maldito sea! ¿Qué quiere decir? ¿Cómo sabe usted? —exclamó.

—Me refiero a *miss* Lily Murgrave —explicó Poirot.

Víctor Astwell titubeó un instante; de su rostro desapareció el rubor, y volvió a sentarse.

—Es usted demasiado listo para mí, Poirot —confesó—. Sí, reñimos por causa de Lily. Ruben había descubierto algo acerca de ella que le disgustaba. Me habló de unas referencias falsas…, pero ¡ni creí ni creo una sola palabra!

»Mi hermano llegó más allá. Me aseguró que salía de casa de noche para verse con alguien, con un hombre tal vez. ¡Dios mío! Lo que respondí. Le dije, entre otras cosas, que a mejores hombres que él habían matado por decir menos que eso. Y entonces calló. Cuando me disparaba así Ruben me tenía miedo.

—No me extraña —murmuró Poirot.

—Yo tengo una bonísima opinión de Lily Murgrave —observó Víctor en un tono distinto—. Es una muchacha excelente.

Poirot no contestó. Parecía sumido en sus pensamientos y tenía la mirada fija en el vacío. Por fin, de repente, salió de su admiración.

—Voy a pasearme un poco, lo necesito —comunicó a Víctor—. Por ahí hay un hotel, ¿no es cierto?

—Dos —repuso Astwell—. El *Golf Hotel*, junto al campo de tenis, y el *Mitre Hotel*, en el camino de la estación.

—Gracias —dijo Poirot—. Sí, voy a darme un pequeño paseo.

El *Golf Hotel* se hallaba, como indica su nombre, en los campos de golf, casi al lado del edificio del club. Y a él se encaminó Poirot en el curso del «paseo» de que habló a Víctor Astwell. El hombrecillo tenía su manera característica de hacer las cosas. Tres minutos después celebraba una entrevista particular con *miss* Langdon, la gerente.

—Perdone la molestia, *mademoiselle* —dijo—, pero soy detective.

Era partidario de la sencillez. Y el procedimiento resultaba eficaz en más de una ocasión.

—¡Un detective! —exclamó *miss* Langdon mirándole con recelo.

—Sí, aun cuando no pertenezco a Scotland Yard. Pero supongo que ya se habrá dado cuenta. No soy inglés y hago indagaciones particulares sobre la muerte de *sir* Ruben Astwell.

—¡Muy bien!

Miss Langdon le miró con simpatía.

—Precisamente —el rostro de Poirot se iluminó—, sólo a persona tan discreta revelaría yo mi identidad. Creo, *mademoiselle*, que usted puede ayudarme. ¿Sabría decirme si un caballero de los que se hospedan en este hotel se ausentó para volver a él entre doce y doce y media de la noche?

Miss Langdon abrió unos ojos tamaños.

—¿No creerá que…? —balbució.

—¿Que estuviera aquí el asesino? No, tranquilícese. Pero me asisten buenas razones para creer que uno de sus huéspedes se llegó entonces a *Mon Repos* y, si así fuera, pudo ver algo que me interesaría conocer.

La gerente movió la cabeza como quien conoce a fondo los caminos de la ley detectivesca.

—Comprendo perfectamente —dijo—. Veamos ahora a quién teníamos aquí…

Frunció el ceño mientras repasaba mentalmente sus nombres y se ayudaba de cuando en cuando contándolos con los dedos.

—El capitán Swan…, míster Elkins…, el mayor Blunt…, el viejo míster Benson… No, caballero. Ninguno de ellos salió después de cenar.

—Y si hubiera salido lo sabría usted, ¿no es cierto?

—Oh, sí, señor. Porque sería en contra de lo acostumbrado. Muchos caballeros salen antes de cenar, después, no, porque no tienen dónde ir, ¿entiende?

Las atracciones de Abbott Cross eran el golf y nada más que el golf.

—Eso es, ¿de modo, *mademoiselle*, que nadie salió de aquí después de la hora de la cena?

—Únicamente el capitán England y su mujer.

Poirot movió la cabeza.

—No me interesan. Voy a dirigirme al hotel… *Mitre*, creo que así se llama, ¿no es eso?

—¡Oh, el *Mitre*! —exclamó *miss* Langdon—. Naturalmente que cualquiera pudo salir de allí para dirigirse a *Mon Repos*.

Y su intención, aunque vaga, era tan evidente, que Poirot verificó una prudente retirada.

Cinco minutos después se repetía la escena, esta vez con *miss* Cole, la brusca gerente del *Mitre*, hotel menos pretencioso, de precios más reducidos, que se hallaba cerca de la estación.

—En efecto, aquella noche salió de aquí un huésped y si mal no recuerdo regresó a las doce y media. Tenía por costumbre darse un paseo a esas horas. Lo había hecho

ya una o dos veces. Veamos, ¿cómo se llamaba? No puedo recordarlo. ¡Un momento!

Cogió el libro de registro y comenzó a volver las páginas.

—Diecinueve, veinte, veintiuno, veintidós, ¡ah, ya lo tengo! Capitán Humphrey Naylor.

—¿De modo que se había hospedado antes aquí? ¿Le conoce bien?

—Sí, hace quince días —dijo *miss* Cole—. Recuerdo que, en efecto, salió la noche que dice usted.

—Fue a jugar al golf, ¿no le parece?

—Así lo creo. Por lo menos es lo que hacen todos los caballeros.

—Es muy cierto. Bien, *mademoiselle*, le doy infinitas gracias y le deseo muy buenos días.

Poirot regresó pensativo a *Mon Repos*. Una o dos veces sacó un objeto del bolsillo y lo miró.

—Tengo que hacerlo —murmuró— y pronto. En cuanto se me presente una ocasión.

Lo primero que hizo al entrar en casa fue preguntar a Parsons dónde podría hallar a *miss* Murgrave. Esta señorita estaba, según el mayordomo, en el estudio, despachando la correspondencia de *lady* Astwell y el informe pareció satisfacer en extremo a Poirot.

Encontró sin dificultad el pequeño estudio. Lily Murgrave estaba sentada ante la mesa instalada frente a la ventana y escribía. No había nadie más a su lado. Poirot cerró la puerta y se acercó a la muchacha.

—¿Sería tan amable, *mademoiselle*, que pudiera dedicarme parte de su tiempo?

—Ciertamente.

Lily Murgrave dejó a un lado los papeles y se volvió a él.

—Volvamos a la noche de la tragedia, *mademoiselle*. ¿Es verdad que al separarse de *lady* Astwell y mientras ella iba a dar las buenas noches a su marido se fue usted directamente a su habitación?

Lily Murgrave hizo un gesto de afirmación.

—¿Volvió a bajar, por casualidad, al comedor?

La muchacha movió la cabeza en sentido negativo.

—Si mal no recuerdo, *mademoiselle*, usted dijo que no había entrado en la habitación de la Torre después de cenar… ¿Me equivoco?

—No sé si dije o no semejante cosa, pero no estuve en dicha habitación después de la cena.

Poirot arqueó las cejas.

—¡Es curioso! —exclamó a media voz.

—¿Qué quiere decir?

—Sí, muy curioso —repitió el detective— porque si no fue como afirma, ¿cómo explica usted esto?

Se sacó del bolsillo un pedacito de *chiffon* verde claro, y se lo puso delante de los ojos a Lily Murgrave.

La expresión de ésta no varió, pero Poirot advirtió que se sobresaltaba.

—No comprendo, *monsieur* Poirot…

—Tengo entendido, *mademoiselle*, que aquella noche llevaba puesto un vestido de *chiffon* verde claro. Esto que ve ahí —agitó en el aire el pedacito de tela— formaba parte de él.

—¿Y lo ha encontrado en la habitación de la Torre… o cerca de ella?

Por primera vez la expresión de los ojos de *miss* Murgrave reveló el miedo que sentía. Quiso abrir la boca para decir algo y la volvió a cerrar enseguida. Poirot, que la observaba, vio que se asía con las manecitas blancas al borde de la mesa.

—¿Estuve en esa habitación… antes de la hora de cenar? —murmuró—. No… No creo. No, casi estoy segura de que no entré en ella. Y ese pedacito de tela ha estado hasta ahora allí, me parece muy extraordinario que la policía no diera antes con él.

—La policía no piensa lo mismo que Hércules Poirot —repuso el detective.

—Quizás entré en el momento antes de cenar —murmuró pensativa Lily Murgrave— o quizá fuera la noche antes en la que llevaba el mismo vestido. Sí, me parece que fue la noche anterior a la del crimen.

—Pues a mí me parece que no —repuso, sin alterarse, Poirot.

—¿Por qué?

Por toda respuesta, el hombrecillo movió lentamente la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha.

—¿Qué quiere decir? —susurró la muchacha.

Se inclinó para mirarla y su rostro perdió el color.

—¿No se da cuenta, *mademoiselle*, de que este fragmento está manchado? Está manchado de sangre, no le quepa duda.

—¿Qué quiere decir…?

—Que usted, *mademoiselle*, estuvo en la Torre después, y no antes de cometerse el crimen. Vale más que me diga toda la verdad para evitar que le sobrevengan cosas peores.

Poirot se puso en pie con el rostro severo y su dedo índice señaló a la muchacha como si la acusara. Estaba imponente.

—¿Cómo lo ha descubierto? —balbució Lily.

—El cómo importa poco, *mademoiselle*. Pero Hércules Poirot lo sabe. También conozco la existencia del capitán Humphrey Naylor y que fue a su encuentro aquella noche.

Lily bajó de pronto la cabeza, que colocó sobre los brazos cruzados, y se echó a llorar sin rebozo. Inmediatamente Poirot abandonó su actitud acusadora.

—Ea, ea, pequeña —dijo, dándole golpecitos en un hombro—. No se aflija. No es posible engañar a Hércules Poirot; dese cuenta de esto y de una vez de que sus penas

tocan a su fin. Y ahora cuéntemelo todo, ¿quiere? Dígaselo al viejo papá Poirot.

—Lo sucedido no es lo que piensa, ciertamente. Porque Humphrey, que es mi hermano, no tocó ni un solo cabello de la cabeza de *sir* Ruben.

—¿Su hermano, dice? —dijo Poirot—. Ya comprendo. Bien, si desea ponerle a cubierto de toda sospecha debe contarme ahora su historia sin reservas.

Lily se enderezó y se echó hacia atrás un mechón de cabello. Poco después refirió con voz baja, pero clara:

—Le diré la verdad, *monsieur* Poirot, pues ya veo que sería absurdo pretender disimulársela. Mi verdadero nombre es Lily Naylor, y Humphrey es mi único hermano. Hace años, cuando estuvo en África, descubrió una mina de oro, o mejor dicho descubrió la presencia de oro en sus alrededores. No puedo explicarle el hecho con detalles porque no entiendo de tecnicismos, pero he aquí lo que sé:

»El descubrimiento parecía ser de tanta importancia que Humphrey vino a Inglaterra como portador de varias cartas para *sir* Ruben Astwell, al que confiaba interesar en el asunto. Ignoro los pormenores, pero sé que *sir* Ruben envió a África a un perito. Sin embargo, dijo después a mi hermano que el informe del buen señor era desfavorable y que se había equivocado. Mi hermano volvió más adelante a África con una expedición, pero pronto no recibimos noticias, por lo que se creyó que él y el grueso de la expedición habrían perecido en el interior.

»Poco más tarde se formaba una Compañía explotadora de los yacimientos auríferos de Mpala. Al regresar mi hermano a Inglaterra se empeñó en que dichos yacimientos eran los mismos que él había descubierto, pero de sus averiguaciones se desprendía que *sir* Ruben no tenía nada que ver con aquella Compañía y que sus directores habían descubierto por sí mismos la mina.

»El asunto afectó tantísimo a mi hermano que se consideró desgraciado y cada vez se tornaba más violento. Los dos estábamos solos en el mundo, *monsieur* Poirot, y cuando fue imprescindible que yo me ganara la vida concebí la idea de ocupar un puesto en esta casa. Una vez dentro de ella me dediqué a averiguar si existía en realidad alguna relación entre *sir* Ruben y los yacimientos auríferos de Mpala. Por razones muy comprensibles oculté al venir aquí mi verdadero apellido y confieso, sin rubor, que me serví de referencias falsas porque había tantas aspirantes a este cargo y con tan buenas calificaciones (algunas eran superiores a las mías) que… bueno, *monsieur* Poirot, simulé una bonita carta de la duquesa de Perthsire, que yo sabía acababa de marcharse a América, convencida de que el nombre de la duquesa produciría su efecto en el espíritu de *lady* Astwell. Y no me engañaba, porque me tomó en el acto a su servicio.

»Desde entonces he sido espía, cosa que detesto, pero sin éxito hasta hace poco. *Sir* Ruben no era hombre capaz de revelar sus secretos, ni de hablar a tontas y a locas de sus negocios, pero míster Víctor Astwell era menos reservado y a juzgar por lo que me dijo empecé a creer que después de todo no andaba Humphrey tan descaminado. Mi hermano estuvo aquí hace quince días, antes de cometerse el

crimen, y fui a verle en secreto. Al saber las cosas que decía míster Víctor Astwell se excitó mucho y me dijo que estábamos sobre la verdadera pista.

»Mas a partir de aquel día las cosas adquirieron un giro desfavorable para nosotros; alguien me vio salir a hurtadillas y fue con el cuento a *sir* Ruben, que, receloso, investigó lo de mis referencias y averiguó pronto el hecho de que habían sido falsificadas. La crisis se produjo el día del crimen. Yo creo que imaginó que yo andaba tras las joyas de su mujer. De todos modos no tenía intención de permitir que yo continuase por más tiempo en *Mon Repos*, aunque accedió a no denunciarme por falsificación de los informes. *Lady* Astwell se puso valientemente de mi parte y le hizo frente durante toda la entrevista.

Lily hizo una pausa. El rostro de Poirot tenía una expresión grave.

—Y ahora, *mademoiselle* —dijo—, pasemos a la noche del crimen.

Lily tragó saliva e hizo un gesto de asentimiento.

—Para comenzar, diré a usted, *monsieur* Poirot, que mi hermano había vuelto al pueblo y que yo pensaba ir a su encuentro de noche, como de costumbre. Por ello subí a mi habitación, sólo que no me metí en la cama, como ya he declarado. Lo que hice fue esperar a que se retirasen todos; luego bajé de puntillas la escalera, salí de casa por la puerta de servicio y al reunirme con mi hermano le referí, en pocas palabras, lo ocurrido. Le dije también que los papeles que deseaba se hallaban con toda seguridad en la caja fuerte de la Torre y convinimos en correr la última y desesperada aventura, es decir, tratar de apoderarnos de ellos aquella misma noche.

»Yo debía entrar en casa primero para asegurarme de que estaba libre el camino, y cuando volví a entrar por la puerta de servicio oí dar las doce en el campanario de la iglesia. Cuando me hallaba a mitad de la escalera que conduce a la Torre oí un golpe sordo y gritar una voz: “¡Dios mío!”. Pero después se abrió la puerta de la habitación de la Torre y salió por ella Carlos Leverson. Hubiera podido verme la cara con claridad porque había luna, pero me hallaba agachada, más abajo, en un sitio oscuro y no me vio.

»Estuvo tambaleándose un momento con el rostro blanco como la cera. Parecía escuchar; luego, haciendo un esfuerzo, se rehizo y asomando la cabeza por el hueco de la escalera gritó que no había pasado nada con una voz alegre y despreocupada, que desmentía la expresión de su semblante. Aguardó un minuto más, y después subió lentamente la escalera y desapareció de mi vista.

»Cuando se marchó entré en la habitación de la Torre tras aguardar un instante. Presentía un acontecimiento trágico. La lámpara central estaba apagada, pero la de pie se hallaba encendida y a su luz vi a *sir* Ruben tendido en tierra, cerca de la mesa.

»Todavía ignoro cómo tuve valor para avanzar, pero lo hice y me arrodillé junto a él. Le habían atacado por detrás dejándole sin vida, pero no hacía mucho que le habían matado porque le toqué una mano y estaba todavía caliente. ¡Fue horrible, *monsieur* Poirot, horrible!

Miss Murgrave se estremeció al recordarlo.

—¿Y después…? —interrogó Poirot con una mirada penetrante.

—¿Después? Ya veo lo que está pensando. ¿Que por qué no di la voz de alarma y desperté a todos los habitantes de la casa? Le diré; pensé en hacerlo, de momento, pero mientras estaba allí arrodillada, vi, tan claro como la luz, que mi discusión con *sir* Ruben, mi salida furtiva de casa para ir al encuentro de Humphrey y mi despedida de ella, al día siguiente, podían tener fatales consecuencias. Se diría que yo había franqueado a Humphrey la entrada en la Torre y que para vengarse había matado a *sir* Ruben. Nadie me daría crédito cuando declarase que había visto salir de ella a Carlos Leverson.

»¡Qué horror, *monsieur* Poirot, qué horror! Pensaba, pensaba, y cuanto más reflexionaba más me faltaba el valor. Mis ojos se posaron de pronto en un manojo de llaves que siempre llevaba *sir* Ruben en el bolsillo y que estaban en el suelo, sin duda desde que cayó. Entre ellas estaba la de la caja fuerte, cuya combinación ya conocía, porque la oí en cierta ocasión de los labios de *lady* Astwell. Tomé el llavero, abrí la caja y realicé un rápido examen de los papeles que contenía.

»Por fin hallé lo que buscaba. Humphrey estaba en lo cierto. *Sir* Ruben respaldaba en secreto a la Compañía de Mpala y había estafado deliberadamente a mi hermano. El hecho venía a empeorar las cosas porque constituía un motivo bien definido, que pudo impulsar a Humphrey a cometer el crimen. Por ello volví a meter los documentos en la caja, cuya llave dejé en la cerradura, y subí a mi habitación.

»Cuando más adelante descubrió una doncella el cadáver, fingí sorprenderme y horrorizarme tanto como los demás habitantes de la casa.

Lily calló y miró con ojos suplicantes al detective.

—¿Me cree usted? ¡Diga que me cree, por favor! —exclamó.

—La creo, *mademoiselle* —repuso Poirot—. Acaba de explicarme usted varias cosas que me tenían perplejo. Entre ellas la convicción que alberga de la culpabilidad de Carlos Leverson y sus visibles esfuerzos para impedirme que viniera a esta casa.

Lily bajó la cabeza.

—Le tenía miedo —confesó con franqueza—. *Lady* Astwell no tiene los motivos que yo tengo para juzgarme culpable y no podía decirlo. Por eso confiaba, contra toda esperanza, que se negara usted a encargarse de la solución del caso.

—Quizá me hubiera negado —dijo Poirot en un tono seco— de no haber reparado en su ansiedad disimulada.

—Y ahora, ¿qué piensa hacer, *monsieur* Poirot? —preguntó.

—Respecto a usted, nada, *mademoiselle*, nada. Creo en su historia y la acepto por buena. Mi próximo paso es la ida a Londres, pues deseo ver al inspector Miller.

—¿Y después?

—Después… ya veremos.

Al salir del estudio, el detective miró una vez más el pedacito de *chiffon* verde que todavía llevaba en la mano.

«Es sorprendente la astucia de Hércules Poirot», se dijo complacido.

El detective-inspector Miller simpatizaba poco con *monsieur* Hércules Poirot. No pertenecía ciertamente a aquel grupo reducido de inspectores que acogían con agrado la cooperación del pequeño belga. Solía decir que andaba despistado. En el presente caso sentíase tan seguro de sí mismo que saludó a Poirot con visibles muestras de buen humor.

—¿Representa a *lady* Astwell? Bien, creo que no debe hacerle mucho caso.

—¿De manera que no cabe dudar de la culpabilidad del criminal?

Miller le guiñó un ojo.

—Le hemos cogido, como quien dice, con las manos en la masa. No existe caso más claro.

—¿Ha prestado ya declaración?

—Sí, pero más le hubiera valido tener la boca cerrada —dijo Miller—. Repite a todo el que quiere oírle que pasó directamente de la calle a su habitación y que no vio para nada a su tío. Pero es un cuento… mal urdido.

—Sí, va contra toda evidencia —murmuró Poirot—. ¿Qué opinión le merece ese joven, míster Miller?

—Le tengo por un bobo rematado.

—Y por un carácter débil, ¿no?

El inspector hizo un gesto afirmativo.

—La verdad es que parece mentira que haya tenido ¿cómo dicen ustedes?, el cuajo de hacer una cosa así.

—En efecto —dijo el inspector—. Pero no es la primera vez que sucede. Coloque usted entre la espada y la pared a un mozalbete débil y disipado como éste, llénele el cuerpo de unas gotas de vino y verá en lo que se convierte. Un hombre débil, acorralado, es más peligroso que otro cualquiera.

—Es cierto, sí; es mucha verdad lo que dice.

Miller siguió diciendo:

—Para usted es lo mismo, *monsieur* Poirot, porque percibe un sueldo fijo y naturalmente tiene que hacer un examen de las pruebas para satisfacer a su señoría. Lo comprendo.

—Usted comprende muchas cosas interesantes —murmuró Poirot, despidiéndose.

Luego fue a ver al abogado encargado de la defensa de míster Leverson. Míster Mayhew era un caballero seco, delgado, prudente, que recibió a *monsieur* Poirot con cierta reserva. Sin embargo, este último sabía despertar confianza y poco después los dos hablaban amistosamente.

—Ya comprenderá —dijo Poirot— que en este caso actúo exclusivamente en beneficio de míster Leverson. Tales son los deseos de *lady* Astwell. Su Señoría está convencida de la inocencia de su sobrino.

—Sí, sí, naturalmente —repuso Mayhew sin ningún entusiasmo.

Poirot le guiñó un ojo.

—A pesar de que ni usted ni yo —agregó— demos gran importancia a la opinión de *lady* Astwell.

—No, porque del mismo modo que cree hoy en su inocencia —dijo secamente el abogado— dudará mañana de ella.

—Sus intenciones no son una demostración, es claro —dijo Poirot— y en vista de lo ocurrido, el caso se presenta mal, muy mal, para el pobre muchacho.

—Sí, es una lástima que dijera lo que dijo a la policía; no le conviene seguir aferrado a la misma historia.

—¿Le refirió a usted lo mismo?

—Sin variar ni un ápice —repuso—; parece un lorito.

—Claro, y esto destruye la fe que podría tener en él —murmuró Poirot—. ¡Ah, no lo niegue! —agregó rápidamente levantando la mano—. Usted no cree en el fondo en su inocencia. Lo veo claramente. Pero escuche a Hércules Poirot. Vea la distinta versión del caso:

»Cuando ese joven llega a *Mon Repos* ha bebido un cóctel, luego otro, y otro, muchos cócteles de *whisky* con soda al estilo del país, y se siente lleno de un valor… ¿cómo lo denominan ustedes? ¡Ah, sí! Un valor holandés. Introduce la llave en la cerradura, abre la puerta y sube con paso vacilante a la habitación de la Torre. Al mirar desde la escalera ve a la luz difusa de la lámpara a su tío que escribe sentado a la mesa.

»Ya he dicho que míster Leverson siente un valor fanfarrón, de manera que se deja llevar y dice a su tío todo lo que opina de él. Le desafía, le insulta, y como el tío no responde se va animando y repite todo lo que ha dicho en voz cada vez más alta. Pero al fin el silencio ininterrumpido de *sir* Ruben le llena de súbita aprensión. Se aproxima a él, le pone la mano en un hombro, y a su contacto el cadáver se escurre de la silla y cae inerte al suelo.

»El hecho le disipa la borrachera. Mientras cae la silla con estrépito, él se inclina sobre *sir* Ruben. Entonces se da cuenta de lo ocurrido, retira la mano y la ve teñida de rojo. Presa de pánico, daría cualquier cosa por no haber proferido el grito que acaba de salir de sus labios y que ha despertado ecos dormidos en la casa. Maquinalmente recoge la silla, sale a la escalera y aplica el oído. Cree oír ruido procedente de abajo e inmediatamente simula hablar con su tío.

»El sonido no se repite. Convencido de su error, seguro de que nadie le ha oído, se dirige a su habitación en silencio y allí se le ocurre que lo mejor será afirmar que no ha ido a la habitación de la Torre en toda la noche. Por eso refiere siempre la misma historia. Parsons no dijo nada en un principio para no perjudicarle. Y cuando lo dijo era tarde para que míster Leverson pensara otra cosa. Es estúpido, es obstinado, y por eso se aferra a su historia. Dígame, *monsieur*, ¿cree posible lo que le digo?

—Sí, si sucedió como usted lo cuenta, es posible —repuso el abogado.

—A usted se le ha concedido el privilegio de ver a míster Leverson —dijo—. Explíquele lo que acabo de referirle y pregúntele si es o no cierto.

Poirot alquiló un taxi en cuanto se vio en la calle.

—Harley Street, número 348 —dijo al taxista.

La partida de Poirot cogió a *lady* Astwell de sorpresa porque el detective no había hecho mención de lo que pensaba hacer. A su regreso, tras de una ausencia de veinticuatro horas, Parsons le comunicó que la dueña de la casa deseaba verle lo antes posible. Poirot encontró a la dama en su *boudoir*. Estaba recostada en el sofá, con la cabeza apoyada en los almohadones, y parecía hallarse enferma, así como mucho más apesadumbrada que el día de la llegada del belga a Abbots Cross.

—¿Conque ha vuelto, *monsieur* Poirot?

—He vuelto, *milady*.

—¿Fue usted a Londres?

Poirot hizo seña de que sí.

—¡Sin embargo, no me lo dijo! —exclamó vivamente *lady* Astwell.

—Perdón, *milady*. Debía hacerlo así. La *prochaine fois*…

—¡Hará exactamente lo mismo! —interrumpió *lady* Astwell—. Primero actúa y luego se explica. Es su divisa, lo veo.

—¿Quizá también por ser la divisa de *milady*? —dijo con un guiño Poirot.

—De vez en cuando —admitió la otra—. ¿A qué fue usted a la capital, *monsieur* Poirot? ¿Puede decírmelo ahora?

—A celebrar una entrevista con el bueno de míster Miller y otra con el excelente míster Mayhew.

Lady Astwell le dirigió una mirada escudriñadora.

—¿Y ahora…?

Poirot la miró fijamente.

—Existe la posibilidad de que míster Carlos Leverson sea inocente —repuso con acento grave.

—¡Ah! —*Lady* Astwell hizo un movimiento tan brusco que echó a rodar por tierra los almohadones—. ¿Ve cómo tengo razón, lo ve?

—Fíjese que he dicho la posibilidad, *madame*.

El acento con que profirió estas palabras el detective llamó la atención de *lady* Astwell, e incorporándose sobre un codo le dirigió una mirada penetrante.

—¿Puedo servirle de algo? —interrogó después.

—Sí —Poirot hizo una señal afirmativa—. Dígame, *lady* Astwell, ¿por qué sospecha de Owen Trefusis?

—Porque sé que es el criminal. Eso es todo.

—Por desgracia no basta eso. Esfuércese por recordar, *madame*, la noche fatal. Pase revista mental a los detalles, a los acontecimientos más insignificantes. ¿Qué

dijo o hizo el secretario durante ella? Porque haría o diría algo, no cabe duda…

Lady Astwell movió la cabeza.

—La verdad —confesó— es que apenas reparé en él.

—¿Le preocupaba otra cosa?

—Sí.

—¿La animadversión de su marido por *miss* Lily Murgrave tal vez?

—Justamente. Veo que lo sabe tan bien como yo, *monsieur* Poirot.

—Yo lo sé todo —declaró con aire impresionante el hombrecillo.

—Quiero muchísimo a Lily, *monsieur* Poirot, ya ha podido verlo por sí mismo, y Ruben comenzó a desbarrar. Me dijo que Lily había falsificado las referencias que me presentó y no lo niego: las falsificó. Pero yo misma he hecho cosas peores, porque cuando se trata con empresarios de teatro hay que tener picardía, por esto no existe nada que no haya escrito, dicho o hecho en mis buenos tiempos.

»Lily tenía que ocupar el puesto que se le ofrecía y por esta razón hizo algo reprensible desde su punto de vista, *monsieur* Poirot, no lo pongo en duda. Pero los hombres son exigentes y poco comprensivos y a juzgar por el escándalo que armó Ruben cualquiera hubiese dicho que había sorprendido a Lily robándole millones de libras. Yo, la verdad, me disgusté mucho, porque si bien usualmente conseguía calmar a mi marido, aquella noche estuvo terriblemente obstinado el pobrecillo. De manera que ni reparé en el secretario ni creo que nadie reparara tampoco en él. Sé que estaba en casa, eso es todo.

—Sí; míster Trefusis carece de una personalidad acusada, ya me he fijado —dijo Poirot—. No tiene el menor relieve.

—En efecto. No se parece a Víctor.

—Mister Víctor Astwell es… explosivo en alto grado, ¿verdad?

—Sí, explosivo es la palabra adecuada —dijo *lady* Astwell—. Sus palabras, sus actos, tienen mucha semejanza con esos fuegos artificiales que se lanzan en las playas.

—Tiene el genio vivo, ¿no es cierto?

—Oh, cuando se le hostiga es un perfecto demonio, pero vea lo que son las cosas, no me inspira el menor miedo. Víctor ladra, pero no muerde.

Poirot fijó la vista en el techo.

—¿De manera que no puede decirme nada acerca del secretario? —murmuró.

—Ya se lo he dicho y lo repito, *monsieur* Poirot. Nada sé. Me guía una intuición únicamente.

—Con ella no se ahorca a un hombre, y lo que es más; tampoco se salva a un hombre de la horca. *Lady* Astwell, si cree sinceramente en la inocencia de míster Leverson y supone que sus sospechas tienen un sólido fundamento, ¿me permite llevar a cabo un pequeño experimento?

—¿De qué especie? —preguntó con recelo *lady* Astwell.

—¿Me permite que la coloque en estado de hipnosis?

—¿Para qué?

Poirot se inclinó hacia ella.

—Si dijera a usted, *madame*, que su intuición se basa en unos hechos registrados en su subconsciente se mostraría escéptica. Por ello digo, solamente, que ese experimento puede tener suma importancia para míster Carlos Leverson, ese joven infortunado.

—¿Y quién me pondrá en estado de trance? ¿Usted?

—Un amigo mío, *lady* Astwell, que llega, si no me equivoco, en este momento porque oigo rodar fuera a un coche.

—¿Quién es ese señor?

—El doctor Cazalet de Harley Street.

—¿Es… digno de crédito?

—No es un charlatán, *madame*, si es esto lo que se figura. Puede ponerse en sus manos sin la menor desconfianza.

—Bueno —*lady* Astwell exhaló un suspiro—. No creo en esa clase de experimentos, pero probaremos si le parece. Que no se diga que le pongo inconvenientes.

—Mil gracias, *milady*.

Poirot salió presuroso de la habitación. Poco después regresó acompañado de un hombrecillo jovial, de cara redonda, con lentes, que modificó al punto la idea que *lady* Astwell se había formado de un hipnotizador. Poirot hizo la presentación.

—Bueno —dijo con visible buen humor la dueña de la casa—. ¿Cuándo vamos a comenzar… este sainete?

—Enseguida, *lady* Astwell. Es muy fácil, sumamente fácil —dijo el recién llegado—. Usted échese ahí, en el sofá…, eso es…, eso es… No se ponga nerviosa.

—¿Nerviosa yo? —exclamó *lady* Astwell—. ¡Quisiera ver quién es el guapo que se atreve a hipnotizarme en contra de mi voluntad!

El doctor Cazalet le dirigió una amplia sonrisa.

—Si consiente no será en contra de su voluntad, ¿comprende? —replicó alegremente—. Bien, apague esa luz, ¿quiere, *monsieur* Poirot? Y usted, *lady* Astwell, dispóngase a echar un sueñecito.

El médico varió levemente de postura.

—Se hace tarde…, usted tiene sueño… tiene sueño. Le pesan los párpados…, ya se cierran…, ya se cierran… Pronto quedará profundamente dormida.

La voz del médico se asemejaba a un zumbido apagado, monótono, tranquilizador. Poco después se inclinaba para volver con suavidad un párpado de *lady* Astwell. A continuación se volvió a Poirot y le hizo una seña visiblemente satisfecho.

—Ya está —dijo en voz baja—. ¿Prosigo?

—Sí, por favor.

La voz del doctor asumió un tono vivo, autoritario ahora.

—Duerme usted, sin agitar un párpado siquiera.

La figura tendida en el sofá respondió en voz baja e inexpresiva:

—Le oigo. Puedo responder a sus preguntas.

—Hablemos de la noche en que asesinaron a su marido. ¿La recuerda?

—Sí.

—Usted está sentada a la mesa. Es la hora de cenar. Descríbame lo que vio, lo que sentía.

La figura tendida en el sofá se agitó con desasosiego.

—Estoy muy disgustada. Me preocupa Lily.

—Ya lo sabemos. Cuéntenos lo que vio.

—Víctor se come las almendras saladas; es muy glotón. Mañana diré a Parsons que no ponga el plato de las almendras en ese lado de la mesa.

—Continúe, *lady* Astwell.

—Ruben está de mal humor. No creo que Lily tenga la culpa. Hay algo más. Piensa en sus negocios. Víctor le mira de un modo raro.

—Hablemos de míster Trefusis, *lady* Astwell.

—Tiene deshilachado un puño de la camisa. Se pone una cantidad excesiva de cosmético en el pelo. Los hombres usan cosmético. Me gustaría que no lo hicieran porque echan a perder las fundas de las butacas.

Cazalet miró a Poirot y ése le hizo una seña.

—Ha pasado la hora de la cena y está tomando el café, *lady* Astwell. Descríbanos la escena.

—El café está bueno, cosa rara, porque no puedo fiarme de la cocinera, que es muy variable. Lily mira sin cesar por la ventana, ignoro por qué. Ruben entra en el salón ahora. Está de humor pésimo y estalla. Lanza toda una sarta de palabras ofensivas contra el pobre míster Trefusis. Éste tiene en la mano el cortapapeles grande, grande como un cuchillo y lo empuña con fuerza. Me doy cuenta porque tiene blancos los nudillos. ¡Hola!, ahora lo empuña lo mismo que si fuera a clavárselo a alguien… Ahora han salido juntos él y mi marido. Lily lleva puesto el vestido verde claro; está muy bonita con él, bonita como un lirio. La semana que viene ordenaré que laven esas fundas…

—¡Un momento, *lady* Astwell!

El doctor se inclinó a Poirot.

—Me parece que ya lo tenemos —murmuró—. La maniobra de Trefusis con el cortapapeles la ha convencido de que el secretario verificó el crimen.

—Pasemos ahora a la habitación de la Torre.

El doctor hizo un gesto de asentimiento y volvió a someter a *lady* Astwell al interrogatorio con voz conminatoria.

—Se hace tarde; usted se halla con su marido en la habitación de la Torre. Han reñido, ¿no es eso?, y durante un rato.

La figura tendida volvió a agitarse, inquieta.

—Sí…, ha sido terrible, terrible. ¡La de cosas lamentables que nos hemos dicho!

—No piense ahora en ello. ¿Ve la habitación con claridad? Las cortinas están corridas, las luces encendidas…

—No, no hay encendida más que la lámpara de pie.

—Bien, ahora deja a su marido, se despide de él…

—No me despido de él. Estoy muy enfadada.

—Ya no volverá a verle; le asesinarán pronto. ¿Sabe quién le mató, *lady* Astwell?

—Sí. Míster Trefusis.

—¿Por qué?

—Porque divisé el bulto, un bulto detrás de las cortinas.

—¿Había un bulto al otro lado?

—Sí, casi lo tocaba.

—¿Era un hombre que se ocultaba? ¿Mister Trefusis?

—Sí.

—¿Cómo lo sabe?

Por vez primera la monótona voz titubeó en responder y perdió el acento confiado.

—Porque… vi su juego con el cortapapeles.

Poirot y el doctor cambiaron una rápida mirada.

—No comprendo, *lady* Astwell. Usted dice, ¿verdad?, que había un bulto detrás de las cortinas. ¿Se ocultaba alguien al otro lado? ¿Vio usted a la persona que se ocultaba?

—No.

—¿Cree que era míster Trefusis porque le vio empuñar el cortapapeles en el salón?

—Sí.

—Pero había subido ya a su habitación.

—Sí, sí, ya había subido.

—Si es así, no podía estar allí escondido.

—No, no podía estar allí.

—¿Fue a despedirse antes que usted de su marido?

—Sí.

—¿Y ya no volvió a verle?

—No.

Lady Astwell se agitaba, se movía de un lado a otro, gemía en voz baja.

—Está saliendo del trance —dijo el doctor—. Bien, ya nos ha dicho todo lo que sabe, ¿no le parece?

Poirot hizo un gesto afirmativo. El doctor se inclinó sobre *lady* Astwell.

—Despierte —dijo con acento suave—. Despierte, ya. Dentro de un minuto abrirá los ojos.

Los dos hombres aguardaron y en efecto, *lady* Astwell abrió al punto los ojos y les miró, sorprendida.

—¿He dormido la siesta? —preguntó.

—Sí, *lady* Astwell, ha echado un sueñecito —repuso el médico.

Ella le miró.

—Ya veo que me ha hecho víctima de una de sus jugarretas —manifestó.

—Si no se encuentra peor…

Lady Astwell bostezó.

—No, solamente muy cansada —repuso.

El médico se puso de pie.

—Voy a pedir una taza de café y después les dejaré a ustedes, de momento —dijo.

Cuando los dos hombres llegaban junto a la puerta preguntó la dueña de la casa:

—¿He… revelado algo?

Poirot volvió la cabeza, sonriendo.

—Nada de importancia, *madame*. Sabemos de sus labios que las fundas de las butacas necesitan ir sin remedio al lavadero.

—Así es. No había que ponerme en estado de trance para que les comunicara eso —repuso riendo *lady* Astwell—. ¿Nada más?

—¿Recuerda si míster Trefusis entró aquella noche?

—No estoy segura. Pudo haber entrado.

—¿Le dice algo el bulto que había detrás de las cortinas?

Lady Astwell frunció las cejas.

—Recuerdo que… —dijo lentamente—. No… la idea se disipa… sin embargo…

—Bien, no se preocupe, *lady* Astwell —dijo Poirot rápidamente—. No tiene importancia… no, ninguna.

El médico acompañó a Poirot hasta su habitación.

—Bien —dijo Cazalet—. Creo que eso lo explica todo muy bien. No hay duda de que cuando *sir* Ruben insultó al secretario éste asió el cortapapeles y que tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad para no actuar contra él de un modo violento. La mente de *lady* Astwell se hallaba ocupada por entero con el problema de Lily Murgrave, pero su subconsciencia captó y reconstruyó equívocamente la acción de Trefusis.

»Inculcó en ella la firme convicción de que Trefusis había matado a *sir* Ruben. Pasemos ahora al bulto de las cortinas. Es muy interesante. Por lo que me ha referido deduzco que la mesa de la habitación de la Torre está colocada al lado de la ventana y, naturalmente, que ésta tiene cortinas.

—Sí, *mon ami*, unas cortinas de terciopelo negro.

—¿Y queda espacio entre las cortinas y el alféizar de la ventana para que pueda ocultarse alguien?

—Sí, pero un espacio muy justo, quizá.

—Entonces existe la posibilidad —dijo el médico lentamente— de que, en efecto, se hubiera ocultado alguien en la habitación, no el secretario, ya que se le vio salir de ella. No era Víctor Astwell, porque Trefusis se lo tropezó al salir, como tampoco pudo ser Lily Murgrave. Quienquiera que fuese estaba allí antes de que *sir* Ruben entrase en la habitación después de cenar. Usted ha descrito bien la situación. ¿Qué me dice del capitán Naylor? ¿Podía ser él quien estuviera escondido allí?

—Es siempre posible —admitió Poirot—. Porque si bien es verdad que cenó en el hotel es difícil precisar con exactitud a qué hora salió de éste. Lo que puede asegurarse es su regreso a las doce y media de la noche.

—Entonces fue él —dijo el doctor— quien se escondió y él también quien cometió el crimen, pues sabemos que no le faltaban motivos y además tenía el arma a mano. Pero, veo que no le satisface la idea…

—Es que… tengo otras en la cabeza —confesó Poirot—. Dígame, *monsieur le Docteur*, supongamos por un momento que la misma *lady* Astwell hubiera cometido el crimen, ¿se descubriría necesariamente en estado de trance?

El doctor silbó entre dientes.

—Conque vamos a parar a eso, ¿eh? —murmuró—. Usted sospecha de *lady* Astwell. Sí, naturalmente, es posible que sea criminal a pesar de no haber caído en ello hasta ahora. Es la última persona que estuvo al lado de *sir* Ruben… y ya nadie volvió a verle con vida. Respecto de su pregunta me inclino a responder, no. Si *lady* Astwell entrase en trance hipnótico firmemente resuelta a no declarar la parte que tomó en el crimen, respondería con toda sinceridad a sus preguntas, pero guardaría silencio acerca de este último punto. Tampoco demostraría tanta insistencia en afirmar la culpabilidad de míster Trefusis.

—Comprendido —dijo Poirot—. Pero no he dicho que sea culpable *lady* Astwell. Se trata de una idea, eso es todo.

—Este caso es uno de los más interesantes que he conocido —dijo minutos después el médico—. Ya que aun dando por hecho que sea míster Leverson inocente, existen muchos presuntos culpables: Humphrey Naylor, *lady* Astwell, incluso Lily Murgrave.

—Y otro que no menciona: Víctor Astwell —concluyó tranquilamente Poirot—. Según dice, estuvo sentado en su habitación, con la puerta abierta, en espera de que míster Leverson regresase. Pero ¿podemos fiarnos de su palabra?

—¿Víctor Astwell? ¿Se refiere al individuo ese que tiene mal genio?

—Precisamente.

El médico se puso en pie.

—Bien, me vuelvo a la ciudad —dijo—. Ya me comunicará el giro que toman las cosas.

En cuanto se marchó el médico, Poirot tocó el timbre. Llamaba a su servidor.

—Una taza de tisana, Jorge. Tengo los nervios destrozados.

—Sí, señor. Enseguida.

Diez minutos después volvió con una taza humeante en la mano. Poirot aspiró con placer el humo que se desprendía de ella y mientras se tomaba la tisana dijo en voz alta:

—Las leyes de caza son las mismas aquí que en el mundo entero. Para coger al zorro los cazadores montan a caballo y echan los perros. Se corre, se grita, es cuestión de velocidad. Para cazar el ciervo (lo sé por mi amigo Hastings, pues yo no lo he cazado jamás) se emplea distinto sistema. Hay que arrastrarse sobre el estómago por espacio de largas horas. Mi buen Jorge, aquí hay que emplear un procedimiento parecido al del gato doméstico. Éste se sitúa por espacio de largas horas aburridas ante la madriguera del ratón y le acecha, sin verificar el menor movimiento, sin dar síntomas de impaciencia y al propio tiempo sin renunciar a su propósito.

Poirot suspiró y dejó la taza en el plato.

—Te encargué que me trajeras lo necesario para varios días. Mañana, mi buen Jorge, marcharás a Londres y me traerás lo necesario para dos semanas.

—Bien, señor —repuso Jorge sin revelar la más leve sorpresa.

Sin embargo, la continua permanencia de Hércules Poirot en *Mon Repos* originó inquietud en otras personas y Víctor Astwell habló del hecho con su hermana política.

—Todo está muy bien, Nancy, pero tú no sabes cómo son estos detectives. Éste vive aquí como el pez en el agua, es evidente y se dispone a pasar en la finca todo un mes a tu costa, desde luego, ya que le pagas a razón de dos guineas diarias.

Lady Astwell contestó que sabía cuidarse sola de sus intereses.

Lily Murgrave trataba, muy en serio, de disimular su turbación. Estuvo segura de que Poirot creía en su historia, pero ahora lo dudaba.

Poirot no jugaba limpio. A los quince días de su estancia en *Mon Repos* sacó, a la hora de la cena, un álbum pequeño de huellas dactilares. Como procedimiento para obtener las de los habitantes de la casa parecía una estratagema muy gastada. Sin embargo, nadie se atrevió a negarse a poner sobre ellas yemas de los dedos. Sólo después que se retiró a descansar manifestó Víctor Astwell lo que pensaba.

—¿Comprendes lo que significa eso, Nancy? ¡Que sospecha de uno de nosotros!

—¡Víctor, no seas absurdo!

—¿Para qué ha exhibido ese álbum de huellas dactilares si no fuera por eso?

—*Monsieur* Poirot sabe muy bien lo que hace —dijo *lady* Astwell con complacencia, dirigiendo a Trefusis una mirada de soslayo. En otra ocasión, Poirot introdujo un juego en la reunión: el de dibujar las huellas de los pies de los presentes sobre una hoja de papel. A la mañana siguiente entró con paso furtivo en la biblioteca sobresaltando a Owen Trefusis, que dio un salto en la silla como si de repente acabasen de dispararle un tiro.

—Perdone, *monsieur* Poirot —dijo con la habitual mansedumbre—, pero si he de serle franco nos tiene a todos con los nervios de punta.

—¿De veras? ¿Y por qué razón? —repuso el detective simulando inocencia.

—Pues porque considerábamos el asunto de míster Leverson como un caso patente, pero por lo visto opina usted de manera distinta.

Poirot, que miraba por la ventana, se encaró bruscamente con él.

—Voy a revelarle algo en confianza, míster Trefusis —dijo.

—¿Sí?

Mas Poirot no se dio prisa en empezar. Aguardó, titubeando un momento, y cuando habló, sus palabras coincidieron con el ruido que hizo al abrirse y luego al cerrarse la puerta de la calle. Con una voz sonora que desmentía su reserva dijo ahogando los pasos que sonaban fuera en el vestíbulo:

—Afirmo, y que esto quede entre nosotros, míster Trefusis, que poseo la prueba de que cuando Carlos Leverson entró por la noche en la habitación de la Torre, *sir* Ruben había fallecido ya.

El secretario se le quedó mirando.

—¿Que posee la prueba? ¿Cómo no lo ha dicho antes? —interrogó.

—Lo sabrá a su debido tiempo. Entretanto, ¡chitón! Sólo usted y yo compartimos el secreto.

Al salir de la habitación se tropezó con Víctor Astwell, que estaba en el vestíbulo, al otro lado de la puerta.

—Ya veo, *monsieur*, que acaba usted de llegar.

Astwell hizo una seña de que así era, en efecto.

—Por cierto —comentó luego— que hace un día frío y ventoso, ¡un tiempo de perros!

—¡Ah! Si es así no daré el acostumbrado paseo. Soy como los gatos, amo el calor, prefiero sentarme junto al fuego.

—Esto marcha —dijo por la tarde, frotándose las manos, a su fiel servidor—. Pronto darán el salto. Es duro, Jorge, hacer el papel de gato y dura la espera, pero compensa, sí, compensa a las mil maravillas.

Al día siguiente, Trefusis tuvo que despachar determinado asunto en la ciudad y partió en el mismo tren que míster Víctor Astwell. En cuanto salieron de casa se apoderó de Poirot la fiebre de la actividad.

—¡Jorge! ¡Manos a la obra! —exclamó—. Si fuera la doncella a limpiar esas habitaciones, entretenla. Dile cosas bonitas, Jorge, ¡que no pase del corredor!

Comenzó sus pesquisas por la habitación del secretario, donde ni cajón ni estantería quedaron por examinar. Luego colocó apresuradamente todo en su sitio y dio el registro por concluido. Jorge, que estaba de guardia a la puerta, tosió con respeto.

—¿Me permite el señor?

—Sí, mi buen Jorge.

—Los zapatos, señor. Los dos pares de color oscuros estaban en el segundo estante y los de cuero abajo. Al volver a ponerlos en ellos ha invertido usted el orden. Téngalo en cuenta.

—¡Maravilloso! —Poirot juntó las manos—. Pero no nos preocupemos, porque no vale la pena. No tiene importancia, Jorge, te lo aseguro. Míster Trefusis no es capaz de reparar en cosa tan pequeña.

—Como guste el señor.

—Claro que tú tienes el hábito de fijarte en todo —observó Poirot animándole mediante una palmadita en el hombro— y por cierto que te honra mucho.

El sirviente no contestó. Cuando, más adelante, Poirot repitió la operación matinal en la habitación de Víctor Astwell no hizo el menor comentario a pesar de que el detective no puso la ropa blanca en los cajones con el debido cuidado. Sin embargo, en este segundo caso la razón estaba de su parte, no de la de Poirot, ya que Víctor les armó un escándalo a su llegada por la noche.

—¿Qué se propone el belga del demonio, con el registro de mi habitación? —vociferó—. ¿Qué diantre supone que va a encontrar en ella? ¡No toleraré que se repitan estas cosas!, ¿comprende? ¡Vean lo que se saca con tener en casa a un hurón, a un espía!

Poirot abrió los brazos con gesto elocuente, y las palabras surgieron a cientos, a miles, a millones de su boca. Había estado torpe, oficioso, y se sentía confuso. Se tomaba una libertad excesiva, por lo que pidió a Víctor mil perdones. De manera que el enfurecido caballero tuvo que ceder refunfuñando todavía.

Cuando, más tarde, se tomó el detective la taza de tisana, murmuró:

—Esto marcha, mi buen Jorge, sí ¡esto marcha! El viernes es mi día —observó pensativo Hércules Poirot—. Me trae suerte.

—Ciertamente, señor.

—¿Eres supersticioso también, mi buen Jorge?

—Prefiero no sentar a trece a la mesa, señor, y me disgusta tener que pasar por debajo de una escalera, pero no albergo ninguna superstición acerca de los viernes.

—Bien, hoy has de ver nuestro Waterloo.

—Sí, señor.

—Sientes tal entusiasmo, mi buen Jorge, que ni siquiera me preguntas lo que me propongo hacer…

—¿Qué es ello, señor?

—El registro final de la habitación de la Torre.

En efecto, después de desayunarse y con permiso de *lady* Astwell, Poirot pasó a la escena del crimen. Allí, a horas diversas de la mañana, los habitantes de la casa le vieron gatear por el suelo, someter a meticuloso examen las cortinas de terciopelo negro, ponerse de pie sobre las sillas y escudriñar los marcos de los cuadros que

colgaban de las paredes. Y por primera vez *lady* Astwell se sintió realmente intranquila.

—Debo confesar que ese hombre me ataca los nervios —dijo—. No sé qué es lo que se trae entre manos, pero se arrastra por el suelo como un perro y me estremece. Desearía saber qué es lo que anda buscando. Lily, querida, levántate y ve a ver lo que hace. No, aguarda, prefiero que te quedes a mi lado.

—¿Desea que vaya yo a ver, *lady* Astwell? —preguntó el secretario, saliendo de detrás de la mesa.

—Si no tiene inconveniente, míster Trefusis…

Owen Trefusis salió de la habitación y subió la escalera que llevaba a la habitación de la Torre. A primera vista diríase vacía, no se veía a Hércules por ninguna parte. Trefusis disponíase a volver sobre sus pasos cuando oyó un ligero ruido, levantó la mirada y vio al hombrecillo que se hallaba, de pie, en mitad de la escalera de caracol que conducía al dormitorio, situado encima.

Se hallaba agachado y en la mano izquierda sostenía una lente de aumento con la que examinaba minuciosamente el zócalo de madera y la alfombra.

Al posar los ojos en él el secretario, profirió un gruñido y se guardó la lente en el bolsillo. Luego se puso de pie sosteniendo algo entre los dedos índice y pulgar. En aquel momento se dio cuenta de la presencia de Trefusis.

—¡Ah, ah, el secretario! —dijo—. No le he oído llegar.

Parecía otro hombre. El triunfo, la exaltación, resplandecían en su rostro. Trefusis le miró sorprendido.

—Le veo muy satisfecho, *monsieur* Poirot. ¿Qué sucede? ¿Hay novedades?

—Ya lo creo —respondió—. Sepa que por fin encuentro lo que desde un principio andaba buscando. Lo tengo aquí.

El hombrecillo ensanchó el pecho.

—La solución de este caso la tengo entre el índice y el pulgar. Es la prueba que necesito de la culpabilidad del criminal.

El secretario arqueó las cejas.

—¿De modo que no es míster Carlos Leverson?

—No. No es Carlos Leverson. Ahora ya sé quién es, aun cuando no estoy seguro de su nombre. Sin embargo, todo está claro como la luz.

Poirot bajó los últimos peldaños de la escalera y le dio un golpecito en el hombro al secretario.

—Debo marchar inmediatamente a Londres —le participó—. Comuníqueselo a *lady* Astwell en mi nombre. Dígale que deseo que esta noche, a las nueve en punto, estén todos ustedes en la habitación de la Torre. Yo me reuniré con ustedes y les revelaré la verdad del caso. ¡Ah!, estoy muy satisfecho.

Y tras marcar el compás de una danza de su invención, Poirot salió de la Torre. Aturdido, Trefusis le siguió con la mirada.

Poco después Poirot entró en la biblioteca para pedirle una cajita de cartón.

—No poseo ninguna, por desgracia —explicó— y debo guardar dentro un objeto de valor.

Trefusis sacó una del cajón de la mesa y Poirot se manifestó encantado.

Al correr escaleras arriba con su tesoro se tropezó con Jorge, que a la sazón estaba en el descansillo y le entregó la caja.

—Dentro hay un objeto de suma importancia —le explicó—. Colócala, mi buen Jorge, en el segundo cajón del tocador, junto al estuche que contiene los gemelos de perlas.

—Bien, señor.

—Ten cuidado no vayas a romperla —le encargó el detective—. Dentro hay algo que llevará a la horca al criminal.

—¡No me diga, señor! —exclamó el criado.

Poirot volvió a bajar de prisa la escalera, tomó el sombrero y se alejó a buen paso.

Su vuelta fue menos ostentosa. De acuerdo con sus órdenes el fiel Jorge le franqueó la entrada en la casa por la puerta de servicio.

—¿Están todos en la habitación de la Torre?

—Sí, señor.

Los dos cambiaron unas palabras, a media voz, y luego Poirot subió la escalera con el aire triunfante del vencedor y entró en la misma habitación en que, poco menos de un mes atrás, se había verificado el crimen. Todo el mundo se hallaba reunido ya allí: *lady* Astwell, Lily Murgrave, el secretario y Parsons, el mayordomo. Este último se mantenía con visible azoramiento cerca de la puerta y preguntó a Poirot:

—Jorge, señor, me ha dicho que es necesaria mi presencia, pero no sé si debo…

—Sí, quédese, por favor —repuso el detective.

Y avanzó unos pasos hasta situarse en el centro de la habitación.

—Éste es un caso interesantísimo —dijo reflexivamente—, sobre todo porque todos ustedes han podido asesinar a *sir* Ruben. En efecto, ¿quién hereda su fortuna? Carlos Leverson y *lady* Astwell. ¿Quién estuvo a su lado hasta el fin la última noche de su vida? *Lady* Astwell. ¿Quién riñó violentamente con él? ¡Siempre *lady* Astwell!

—¡Oiga! ¿De qué está usted hablando? —exclamó la aludida—. No le comprendo…

—Pero no fue ella sola; otras personas discutieron también con su marido —siguió diciendo Poirot con acento pensativo—. Una de ellas se separó de él con el rostro blanco de coraje. Suponiendo que *lady* Astwell dejara a su marido con vida a las doce y cuarto de la noche, transcurrieron diez minutos en que le fue posible a alguien que se hallaba en el segundo piso bajar de puntillas, llevar a cabo la hazaña y volver después cautelosamente a su habitación.

Víctor dio un grito y se levantó de un salto.

—¿Qué demonios…? —comenzó a decir iracundo. Y calló porque le ahogaba la rabia.

—Usted, míster Astwell, mató a un hombre en África durante un ataque de cólera…

—¡No lo creo! —exclamó Lily Murgrave.

Y avanzó con las manos cerradas, con dos manchas de color en las mejillas.

—No lo creo —repitió colocándose al lado de Víctor Astwell.

—Es cierto, Lily —dijo este último—, pero por causas que ese hombre ignora. El hombre a quien maté en un arrebato era un médico brujo que acababa de asesinar a quince niños. El hecho justificaba mi locura. Así lo considero.

Lily se aproximó a Poirot.

—*Monsieur* Poirot —dijo con acento grave—, se engaña usted. Un hombre puede tener mal genio, puede llegar a romper cosas, a proferir insultos, o amenazas, pero no cometerá un crimen sin motivo. *Lo sé, lo sé*, repito, míster Astwell es incapaz de semejante cosa.

Poirot la miró y una sonrisa particular iluminó su rostro. Luego la asió por una mano y dio varias palmaditas suaves en ella.

—Veo, *mademoiselle*, que también usted tiene sus intuiciones. ¿Cree en míster Astwell, no es cierto?

Lily repuso sin alterarse:

—Mister Astwell es un hombre excelente, un hombre honrado; no tiene que ver con el trabajo de zapa de los campos de oro de Mpala. Es bueno de pies a cabeza y le he dado palabra de matrimonio.

Víctor se acercó a ella y le tomó la otra mano.

—¡Declaro ante Dios, *monsieur* Poirot —dijo con acento solemne—, que no maté a mi hermano!

—Lo sé —repuso el detective.

Sus ojos abarcaron la habitación de una sola ojeada.

—Escuchen, amigos —dijo—. En trance hipnótico *lady* Astwell ha confesado que aquella noche vio el bulto de un hombre escondido detrás de las cortinas.

Todas las miradas se dirigieron a la ventana.

—¿De manera que el asesino se escondió ahí detrás? ¡Magnífica solución! —exclamó Astwell.

—No se escondió ahí; se escondió allí —dijo con un tono suave el detective.

Giró sobre los talones y les señaló las cortinas que tapaban la escalera de caracol.

—*Sir* Ruben había utilizado el dormitorio la noche antes. Desayunóse en la cama e hizo subir a míster Trefusis para darle instrucciones. Ignoro qué fue lo que míster Trefusis se dejó en esa habitación, pero se dejó algo. Después de dar las buenas noches a *sir* Ruben y a *lady* Astwell lo recordó y corrió en su busca escaleras arriba. No creo que *sir* Ruben ni *lady* Astwell reparasen en él porque habían iniciado ya una

violenta discusión. Cuando estaban enzarzados en ella volvió a bajar la escalera míster Trefusis.

»Las cosas que el matrimonio se decían eran de naturaleza tan íntima y personal que, naturalmente, colocaron al secretario en una situación embarazosa. Se daba cuenta de que le creían lejos de la Torre y por temor a suscitar la cólera de *sir* Ruben decidió quedarse donde estaba en espera de poder escurrirse, sin ser visto, más adelante. Permaneció, pues, oculto, tras las cortinas de la escalera y por ello al salir *lady* Astwell reparó, inconscientemente, en un bulto que formaba su cuerpo.

»Trefusis trató luego de salir a su vez sin que le vieran, pero *sir* Ruben volvió de improviso la cabeza y se dio cuenta de la presencia del secretario.

»Señoras y caballeros, debo decirles que no he seguido en balde unos cursos de Psicología. Por consiguiente durante estos días he estado buscando no al hombre o la mujer de mal genio, sino al hombre paciente, al que por espacio de nueve años ha sabido dominar sus nervios y ha desempeñado el último papel de los ocupantes de la casa. Por ello me doy cuenta de que no existe una tensión más exagerada que la que él ha soportado durante este tiempo, ni tampoco existe resentimiento mayor del que en su interior ha sido acumulado.

»Por espacio de nueve años seguidos, *sir* Ruben le ha ofendido, le ha insultado, ha abusado de su paciencia y él todo lo ha soportado en silencio.

Pero al fin llega un día en que la tensión llega a su colmo, en que se rompe la cuerda tirante y ¡pum!, salta. Esto es lo que sucedió aquella noche. *Sir* Ruben volvió a sentarse a la mesa, pero en lugar de dirigirse humilde y mansamente a la puerta, el secretario tomó la azagaya de madera y asestó el golpe con ella al hombre que tanto le había provocado.

Trefusis se había quedado de piedra. Poirot se volvió a mirarle.

—Su coartada era de las más simples. Todos le creían en su habitación, sin embargo, *nadie le vio dirigirse a ella*. Mientras procuraba salir de la Torre sin hacer ruido, oyó un rumor y se apresuró a ocultarse otra vez detrás de la cortina. Allí estaba, pues, cuando entró Carlos Leverson y también seguía allí cuando llegó Lily Murgrave. Después de desaparecer esta última, cruzó andando de puntillas, la casa silenciosa. ¿Lo niega, míster Trefusis?

Trefusis balbuceó:

—Yo… jamás…

—Ea, terminemos. Hace dos semanas que representa usted una comedia y hace dos semanas que me esfuerzo por demostrarle cómo se cierra la red a su alrededor. Las huellas digitales, las de los pies, respondían a un solo objeto: el de aterrorizarle. Usted ha debido permanecer despierto por las noches, temiendo y preguntándose continuamente: «¿Habré dejado huellas de mis manos o de mis pies en la habitación?».

»Más de una vez habrá pasado revista a los acontecimientos pensando en lo que hizo o dejó de hacer y de esta manera le he ido atrayendo a un estado propicio para

que diera el resbalón. Cuando cogí hoy un objeto en la misma escalera donde estuvo escondido, he visto retratado en sus ojos el miedo y por ello le pedí la cajita que confié a Jorge antes de salir de casa.

Poirot se volvió a medias.

—¡Jorge! —llamó.

—Aquí estoy, señor.

El criado avanzó unos pasos.

—Da cuenta de mis instrucciones a estas señoras y caballeros.

—Yo debía permanecer escondido, señor, en el armario ropero de su habitación después de guardar la cajita en el sitio que me señaló. A las tres y media de esta tarde vi al criminal.

—En esta caja había yo guardado un alfiler común —explicó Poirot—. Digo la verdad. Esta mañana lo encontré en la escalera de caracol y como dice el refrán: «quien ve un alfiler y lo recoge tiene asegurada la suerte», lo cogí y ya lo ven ustedes. ¡Acabo de descubrir al criminal!

Poirot se volvió al secretario.

—¿Lo ve? —dijo en un tono suave—. *¡Usted mismo se ha hecho traición!*

Trefusis cedió de repente. Sollozando se dejó caer en una silla y ocultó la cara en las manos.

—¡Me volví loco —gimió—, loco, Dios mío! Ya no podía más. Hace años que odiaba y despreciaba a *sir* Ruben.

—¡Lo sabía! —exclamó *lady* Astwell.

Dio un salto hacia delante; de su rostro irradiaba la luz del triunfo.

—¡Sabía que era él quien había cometido el crimen!

Y se colocó de súbito delante del detective, salvaje y triunfante.

—Sí, tenía razón —confesó éste—. Es verdad que pueden darse nombres distintos a una misma cosa, pero el hecho queda. Su intuición, *lady* Astwell, no la engañaba. La felicito cordialmente.

La tarta de zarzamoras

(Four and Twenty Blackbirds).

Hércules Poirot se encontraba cenando con su amigo Enrique Bonnington en Galante, un restaurante situado en King’s Road, Chelsea. Al señor Bonnington le agradaba la atmósfera tranquila del Galante y su comida sencilla y netamente «inglesa» y no «un conjunto de complicados revoltijos».

Molly, la simpática camarera, le saludó como a un viejo conocido. Se preciaba de recordar los gustos y preferencias de sus clientes en cuestiones gastronómicas.

—Buenas noches, señor —le dijo mientras los dos hombres se acomodan en una mesa. Tienen ustedes suerte, hay pavo relleno de castañas… es su plato favorito, ¿verdad? ¡E incluso un estupendo queso Silton! ¿Tomarán primero sopa o pescado?

Una vez resuelta la cuestión de la minuta y las bebidas, el señor Bonnington reclinóse hacia atrás con un suspiro de alivio y desdoblo la servilleta mientras Molly se alejaba.

—¡Es una buena chica! —dijo en tono de aprobación—. Había sido una belleza…, solía posar para los pintores. También entiende de cocina… y eso es mucho más importante. Por lo general las mujeres saben poco de eso. Hay muchas que cuando salen con un sujeto de su agrado no se enteran ni de lo que comen. Piden lo primero que ven en la lista.

Hércules Poirot asintió con la cabeza.

—*C’est terrible*.

—Los hombres no somos así, gracias a Dios —exclamó el señor Bonnington complacido.

—¿Nunca?

—Bueno, tal vez cuando somos muy jóvenes —concedió Bonnington—. ¡Cachorritos! Los jóvenes de hoy en día son todos iguales…, carecen de inteligencia y de vigor. Yo no les sirvo de nada… y ellos a mí… tampoco. ¡Tal vez tengan razón! ¡Pero al oírles hablar uno creería que nadie tiene derecho a vivir después de los sesenta! Por su modo de comportarse, no me extrañaría que ayudaran a sus parientes ancianos a salir de este mundo.

—Es posible que lo hagan —dijo Poirot.

—Debo confesar que es usted muy mal pensado. Todo ese trabajo policíaco ha minado sus ideales.

El detective sonrió.

—No obstante —dijo—, resultaría interesante hacer una estadística de las muertes accidentales de personas que han cumplido los sesenta. Le aseguro que se levantarían algunas sospechas curiosas en su imaginación… Pero hablemos, amigo mío, de sus propios asuntos. ¿Cómo se porta el mundo con usted?

—¡Anda todo revuelto! —exclamó Bonnington—. Eso es lo que le ocurre al mundo actual: demasiada confusión y demasiada palabrería. La palabrería sirve para disimular la confusión. Como una salsa fuerte y aromática disimula que el pescado no esté demasiado fresco. A mí deme un filete de lenguado como es debido y no necesito ponerle salsa.

Y en aquel momento Molly, sonriente, se lo sirvió tal como deseaba.

—Usted conoce exactamente mis gustos, Molly.

—Usted viene muy a menudo por aquí, ¿verdad? Así no es extraño que yo los conozca.

—¿Es que las personas siempre piden las mismas cosas? —preguntó Poirot—. ¿No les gusta variar algunas veces?

—Los caballeros no. A las damas les gusta la variedad…, pero los caballeros piden siempre lo mismo.

—¿Qué le dije? —gruñó Bonnington—. ¡Las mujeres son un asco en lo que a comida se refiere!

Miró a su alrededor.

—El mundo es muy curioso. Fíjese en ese extraño Sujeto de la barba sentado en ese rincón. Molly puede decirle que viene todos los martes y jueves por la noche… desde hace cerca de diez años. Es una especie de símbolo en este local. No obstante, nadie conoce su nombre, ni dónde vive, ni a qué se dedica. Es bastante extraño si se piensa bien.

Cuando la camarera trajo las raciones de pavo le dijo:

—Veo que todavía sigue viniendo Nuestro Viejo Padre Tiempo.

—Todos los martes y jueves, señor. ¡Pero no sabe usted que la semana pasada vino en lunes! ¡Casi me asusté! Creí que me había equivocado de fecha y que debía ser martes sin que yo lo supiera. Pero volvió al día siguiente…, de modo que el lunes debió hacer un extra, por así decirlo.

—Una interesante desviación de sus costumbres —murmuró Poirot—. Quisiera conocer los motivos que la motivaron.

—Pues si quiere saber mi opinión, creo que estaba algo preocupado.

—¿Por qué lo cree así? ¿Por sus modales?

—No, señor…, no fueron precisamente sus modales. Estaba tranquilo como siempre. Nunca dice más que «Buenas noches» al entrar y al salir.

—No, fue por lo que pidió.

—¿Lo que pidió?

—Supongo que se van a reír de mí —Molly enrojeció—. Pero cuando se lleva diez años sirviendo a un caballero se conocen sus gustos al dedillo. No podía soportar las grasas y las zarzamoras, y nunca le vi tomar la sopa espesa…, pero aquel lunes por la noche pidió sopa de tomate bien espesa, una chuleta con riñones y tarta de moras. ¡Parecía como si no supiera lo que estaba pidiendo!

—¿Sabe que lo encuentro altamente interesante? —dijo Hércules Poirot.

Molly le dirigió una mirada agradecida antes de alejarse.

—Bueno, Poirot —dijo Enrique Bonnington con una risita—. Vamos a ver qué deducciones saca. Hágalo lo mejor que sepa.

—Prefiero oír primero las suyas.

—¿Quiere que haga de doctor Watson, eh? Pues que el viejo fue a ver al médico y éste le aconsejó que cambiara de régimen.

—¿Y le recomendó que tomara sopa de tomates espesa, una chuleta con riñones y tarta de zarzamoras? No puedo imaginar a ningún médico que haga eso.

—¿No lo cree? A los médicos se les puede ocurrir cualquier cosa.

—¿Es ésa la única solución que se le ocurre?

—Bien, ahora en serio. Supongo que sólo existe una posible explicación. Que nuestro desconocido amigo estaba bajo los efectos de una fuerte emoción. Se hallaba tan preocupado que ni se dio cuenta de lo que pedía o estaba comiendo.

Rió ante su propia insinuación.

—No irá a decirme ahora que ya sabe exactamente lo que pasaba por su imaginación. Tal vez piense que estaba tramando cometer un crimen.

Volvió a reír.

Poirot permaneció serio.

Tenía que admitir, dijo, que en aquellos momentos hallábase seriamente preocupado y que tenía el presentimiento de que algo iba a ocurrir.

Su amigo le aseguró que tal idea era fantástica.

Tres semanas más tarde Hércules Poirot y Bonnington volvieron a encontrarse. Esta vez su encuentro tuvo lugar en el «metro».

Se saludaron con una inclinación de cabeza y se agarraron a dos asideros contiguos para mantener el equilibrio. En Piccadilly Circus quedaron unos asientos libres en un extremo del coche…, un lugar tranquilo donde nadie podía molestarlos.

—A propósito —dijo el señor Bonnington cuando se acomodaron—. ¿Recuerda aquel viejo que iba al Galante? No me extrañaría que hubiera pasado a un mundo mejor. Hace una semana que no aparece por allí; Molly está muy preocupada.

Los ojos de Poirot relampaguearon.

—¿De veras? —dijo—. ¿De veras?

—¿Recuerda que yo dije que tal vez había ido a ver un médico y que éste le puso a dieta? Lo de la dieta es una tontería, desde luego… pero ¿y si de veras fue a consultar un médico y lo que le dijera le preocupó? Eso explicaría el que pidiera lo primero que viera en la minuta, sin darse cuenta de lo que hacía. Es muy probable que el sobresalto sufrido se le llevara de este mundo antes de lo previsto. Los doctores debían andar con mucho cuidado al decir ciertas cosas a sus pacientes.

—Por lo general lo tienen —repuso Hércules Poirot.

—Ésta es mi estación —dijo el señor Bonnington levantándose—. Hasta la vista. Y pensar que nunca sabremos ni siquiera quién era ese individuo… ni cómo se llamaba. ¡Extraño mundo!

Y se apeó a toda prisa.

Hércules Poirot, con el ceño fruncido, no parecía opinar que fuera tan extraño.

Volvió a su casa y dio ciertas instrucciones a su fiel criado Jorge.

Hércules Poirot deslizó su dedo por una lista de nombres. Era el informe de las muertes ocurridas en cierta área.

Al fin su índice se detuvo.

—Enrique Gascoigne, 69. Probare primero éste.

A última hora del día, Hércules Poirot se personó en la clínica del doctor MacAndrew en King’s Road. MacAndrew era un escocés alto y pelirrojo de rostro inteligente.

—¿Gascoigne? —dijo—. Sí, es cierto. Era un pájaro muy excéntrico. Vivía en una de esas casas viejas y abandonadas que van siendo derruidas para construir bloques de viviendas modernas. No le había atendido anteriormente, pero le había visto de vez en cuando y sabía quién era. Fue el lechero el que dio la voz de alarma. Las botellas de leche comenzaron a amontonarse ante su puerta. Al final los vecinos de la casa contigua llamaron a la policía, que derribó la puerta y lo encontraron. Se había caído por la escalera, rompiéndose el cuello. Llevaba puesta una bata vieja con un cordón raído… con el que bien pudo enredarse.

—Ya comprendo —repuso Hércules Poirot—. Fue muy sencillo…, un accidente.

—Eso es.

—¿Tenía algún pariente?

—Un sobrino. Solía venir a verle una vez al mes. Se llama Ramsey, Jorge Ramsey. También es médico. Vive en Wimbledon.

—¿Cuánto tiempo llevaba muerto el señor Gascoigne cuando usted le vio?

—¡Ah! —dijo el doctor MacAndrew—. Pasamos a los trámites oficiales. Por lo menos cuarenta y ocho horas y no menos de Setenta y dos. Le encontramos la mañana del día 6. Actualmente podemos aproximarnos aún más. Llevaba una carta en el bolsillo… escrita el día tres… y con matasellos de Wimbledon de aquella misma tarde…, debió recibirla cerca de las nueve y veinte de la noche. Ello establece la hora de su fallecimiento después de las nueve y veinte de la noche del día tres, y concuerda con el contenido del estómago y los procesos de la digestión. Había comido unas dos horas antes de su muerte. Yo lo examiné la mañana del día 6 y su estado era el que le correspondía de haber muerto sesenta horas antes… cerca de las diez de la noche del día 3.

—Todo parece encajar bastante bien. Dígame, ¿cuándo fue visto por última vez?

—En King’s Road, a eso de las siete de la tarde del mismo día 3, jueves, y cenó en el restaurante Galante a las siete y media. Parece ser que siempre cenaba allí los martes y los jueves.

—¿No tenía otros parientes? ¿Sólo un sobrino?

—Tenía un hermano gemelo, Su historia es bastante curiosa. No se habían visto durante años. Cuando Enrique era joven llevaba camino de llegar a ser un artista… malísimo. Parece ser que el otro hermano, Antonio Gascoigne, se casó con una mujer muy rica y dejó el arte… por lo que los dos hermanos se enfadaron. Creo que no volvieron a verse. Pero por extraño que parezca, murieron el mismo día. El otro mellizo murió a la una de la tarde del día 3. Conozco el caso de otros hermanos mellizos que murieron el mismo día… ¡y en distintas partes del mundo! Probablemente es sólo una coincidencia…

—¿Y la esposa del hermano, vive?

—No, murió hace varios años.

—¿Dónde habitaba Antonio Gascoigne?

—Tenía una casa en Kessington Hill. Por lo que me ha dicho el doctor Ramsey, vivía casi en completa reclusión.

Hércules Poirot asintió pensativo.

El escocés le contempló extrañado.

—¿Qué es lo que está pensando, señor Poirot? —preguntó de improviso—. He contestado a sus preguntas… como era mi deber después de ver sus credenciales. Pero estoy en la más completa oscuridad por lo que respecta a este vulgar asunto.

—Un caso sencillo de muerte por accidente, eso es lo que usted dijo. Lo que yo pienso es bien sencillo… que le empujaron.

El doctor MacAndrew pareció sobresaltarse.

—En otras palabras, ¡asesinato! ¿Tiene algo en que basarse para afirmar eso?

—Oh, no —replicó Poirot—. Es una simple suposición.

—Debe de haber algo… —insistió el otro.

Poirot no respondió.

—Si es de Ramsey, el sobrino, de quien sospecha, no me importa decirle que se equivoca. Ramsey estuvo jugando al *bridge* en Wimbledon desde las ocho y media hasta medianoche. Eso dijeron en la investigación practicada.

—Y es de suponer que lo comprobaron —murmuró Poirot—. La policía es muy cuidadosa.

—¿Tiene usted algo contra él? —preguntó el doctor.

—No sabía ni que existiera hasta que usted me lo ha dicho.

—Entonces, ¿sospecha de algún otro?

—No, no. No es eso. Se trata de que el hombre es un animal de costumbre. Eso es muy importante. Y la muerte del señor Gascoigne no concuerda con esto. Ya ve, todo está equivocado.

—La verdad, no lo entiendo.

Hércules Poirot se puso en pie, sonriendo, y el doctor le imitó.

—Sinceramente —dijo este último—, no veo nada sospechoso en la muerte de Enrique Gascoigne.

—Soy un hombre obstinado —repuso Poirot extendiendo las manos—. Un hombre con una idea… y sin nada en que basarla. A propósito. ¿Enrique Gascoigne llevaba dientes postizos?

—No, su dentadura se conservaba en perfecto estado. Cosa muy apreciable a su edad.

—¿Y los cuidaba bien… los tenía blancos y brillantes?

—Sí. Me fijé precisamente en eso.

—¿No se le habían descolorido?

—No. No Creo que fumara, si eso es a lo que se refiere.

—No quise decir eso precisamente, era sólo un disparo a larga distancia… que es probable que no dé en el blanco. Adiós, doctor MacAndrew, y gracias por su amabilidad.

Poirot Se despidió del médico.

—Ahora —se dijo al hallarse en la calle— a por el disparo a larga distancia.

Penetró en el Galante y se sentó en la misma mesa que en la otra ocasión compartiera con Bonnington. La muchacha que servía no era Molly. Según le dijo la nueva camarera, Molly estaba de vacaciones.

Eran precisamente las siete y Hércules Poirot no tuvo dificultad en entablar con la joven un diálogo acerca del viejo Gascoigne.

—Sí —le explicó la camarera—. Estuvo viniendo años y años, pero ninguna de nosotras sabíamos cómo se llamaba. Leímos en el periódico la vista de la causa y traía una fotografía suya. «Oye —le dije a Molly—, ¿no es nuestro Viejo Padre Tiempo…?», como solíamos llamarle.

—Cenó aquí la noche de su muerte, ¿verdad?

—Sí. El día 3, jueves. Siempre venía los jueves. Martes y jueves… puntual como un reloj.

—Supongo que no recordará lo que tomó para cenar.

—Déjeme pensar. Eso es, sopa de arroz sazonada con *curry* y ternera… o ¿tomó cordero…?, no, ternera, eso es, tarta de zarzamoras y queso. ¡Y pensar que al volver a su casa se cayó por la escalera! Dicen que la causa debió de ser el cordón deshilachado de su batín. Claro que sus trajes eran siempre un desastre… anticuados y raídos, pero no obstante tenía cierto aire… como si fuera alguien. Oh, aquí tenemos clientes de todas clases, y muy interesantes.

Se marchó hacia la cocina, y Poirot comióse su lenguado.

Armado con la recomendación de cierto personaje importante, Hércules Poirot no encontró dificultad en hablar con el jefe de policía del distrito.

—Un personaje curioso ese Gascoigne —comentó—. Un individuo excéntrico y solitario; mas su fallecimiento parece haber despertado gran interés.

El policía miraba con curiosidad a su visitante.

Hércules Poirot escogió sus palabras con sumo cuidado.

—Hay ciertas circunstancias relacionadas con su muerte, *monsieur*, que hacen necesaria una investigación del caso.

—Bien, ¿en qué puedo ayudarle?

—Creo que usted tiene la facultad de ordenar que los documentos que entran en esta comisaría sean conservados o destruidos. Según usted juzgue conveniente. En el bolsillo del batín de Enrique Gascoigne fue encontrada una carta, ¿no es así?

—Así era.

—¿Era de su sobrino, el doctor Jorge Ramsey?

—Exacto. La carta fue presentada en el juicio para ayudar a fijar la hora de la defunción.

—¿Todavía la conserva?

Hércules Poirot aguardo ansiosamente la respuesta.

Al saber que podría examinarla exhaló un suspiro de alivio.

Cuando al fin la tuvo en su poder, la estudió con cuidado. Había sido escrita con pluma estilográfica y con letra apretada. Decía lo siguiente:

Querido tío Enrique:

Lamento decirte que no tuve éxito con lo tocante a tío Antonio. No demostró el menor entusiasmo por que vayas a verle, y no quiso contestar a tu ofrecimiento de olvidar lo pasado. Naturalmente que se encuentra muy enfermo, y su inteligencia comienza a extraviarse. Yo diría que su fin está próximo. Apenas parecía recordar quién eres.

Siento haber fracasado, pero puedo asegurarte que lo hice lo mejor que supe.

Tu sobrino que te quiere,
JORGE RAMSEY

La carta estaba fechada el tres de noviembre. Poirot examinó el matasellos del sobre… las cuatro y media de la tarde.

—Está en orden…, ¿verdad? —murmuró.

Su próximo objeto fue Kingston Hill. Tras algunas dificultades que venció gracias a su insistencia y optimismo, pudo obtener una entrevista con Amelia Hill, cocinera y ama de llaves del finado Antonio Gascoigne.

Al principio mostróse recelosa y poco comunicativa, pero la encantadora genialidad de aquel extranjero de raro aspecto no tardó en surtir su efecto, y la Señora Amelia Hill Comenzó a ablandarse.

Y sin darse cuenta se encontró, como muchas otras mujeres, contando sus cuitas a un oyente simpático de verdad.

Durante catorce años había estado al cuidado de la casa del señor Gascoigne. Y no era un trabajo fácil. ¡Vaya que no! Muchas mujeres hubieran sucumbido bajo las cargas que ella tuvo que soportar. Aquel pobre caballero era un excéntrico y no lo disimulaba. Tan apegado a su dinero… en él era ya una especie de manía…, y era tan rico como el que más. Pero la señora Hill le había servido fielmente, y soportaba sus rarezas, y era natural que esperase por lo menos un recuerdo. Pero nada… ¡nada en absoluto! Sólo apareció un viejo testamento en el que dejaba todo a su esposa, y en caso de que ésta falleciese antes que él, a su hermano Enrique. Un testamento hecho años atrás. ¡No era justo! ¡Y no lo merecía!

Poco a poco Poirot fue apartándola del tema más importante para ella: su codicia insatisfecha. Desde luego era una injusticia cruel. No podía culparla por sentirse herida y extrañada. Era bien tacaño. Incluso se decía que rehusó a ayudar a su único hermano. Era probable que la señora Hill lo supiera.

—¿Era eso por lo que fue a verle el doctor Ramsey? —preguntó la señora Hill—. Sabía que era por cosas de su hermano, pero creí que sólo querían reconciliarse. Estaban reñidos hacía años.

—Tengo entendido que el señor Gascoigne Se negó a ello rotundamente —dijo Poirot.

—Eso es cierto —repuso la señora Hill asintiendo con la cabeza—. «¿Enrique? —dijo con voz débil—. ¿Qué le pasa a Enrique? No le he visto desde hace años, ni lo deseo. Ese Enrique siempre quiere pelea». Sólo dijo eso.

La conversación volvió a girar en torno al descontento de la señora Hill y la inconmovible actitud del abogado del señor Gascoigne.

Con cierta dificultad, Hércules Poirot logró al fin despedirse interrumpiéndola bruscamente.

Y de este modo, poco después de la hora de cenar, llegó a Elmcrest Dorset Road, Wimbledon, donde se alzaba la residencia del doctor Jorge Ramsey.

El doctor estaba en casa. Hércules Poirot fue introducido en el consultorio, y el doctor Ramsey, que evidentemente acababa de levantarse de la mesa, no tardó en recibirle.

—No vengo a que me visite, doctor —le dijo el detective—. Y tal vez mi venida a esta casa tenga algo de importante…, pero prefiero hablar claro y sin rodeos. No me gusta el método que emplean los abogados, con tantos preámbulos y circunloquios.

Sin duda había despertado el interés de Ramsey. Era un hombre de mediana estatura, muy bien rasurado, de cabellos castaños, aunque con las pestañas casi blancas, lo cual daba a sus ojos una expresión triste. Sus ademanes eran rápidos y poseía cierto sentido del humor.

—¿Abogados? —preguntó alzando las cejas—. ¡Odio a esos individuos! Ha despertado usted mi curiosidad. Siéntese por favor, señor.

Poirot inclinóse hacia delante en gesto confidencial.

—Muchos de mis clientes son mujeres —dijo.

Las blancas Cejas de Ramsey se alzaron.

—Es natural —repuso el doctor Jorge Ramsey con un ligero parpadeo.

—Es natural, como usted dice —convino Poirot—. A las mujeres les desagrada la policía oficial. Prefieren las investigaciones privadas. No les gusta hacer públicos sus asuntos. Hace pocos días vino a consultarme una anciana. Estaba preocupada por su esposo, con el que llevaba enfadada muchos años. Su esposo era tío de usted, el finado señor Gascoigne.

—¿Mi tío? ¡Qué tontería! Su esposa murió hace muchísimos años.

—No me refiero a su tío don Antonio Gascoigne, sino a su otro tío, don Enrique Gascoigne.

—¿Tío Enrique? ¡Pero si no estaba casado!

—¡Oh, sí que lo estaba! —exclamó Poirot, mintiendo sin el menor empacho—. No tengo la menor duda. Esa señora incluso trajo el certificado de matrimonio.

—¡Es mentira! —exclamó Jorge Ramsey con el rostro rojo como las cerezas maduras—. No lo creo. Es usted un farsante.

—Qué lástima, ¿verdad? —dijo Poirot—. Ha cometido un crimen por nada.

—¿Un Crimen? —La voz de Ramsey se quebró, y sus ojos claros expresaron terror.

—A propósito —continuó Poirot—. Veo que ha vuelto a comer tarta de zarzamoras. Es una costumbre imprudente. Las zarzamoras pueden estar llenas de vitaminas, pero resultan mortales en otro sentido. En esta ocasión creo que han ayudado a poner la soga alrededor del cuello de un hombre… de usted, doctor Ramsey.

—¿Sabe, *mon ami*? Donde se equivocó usted fue en su deducción fundamental —decía Hércules Poirot inclinado plácidamente sobre la mesita y dirigiéndose a su amigo—. Un hombre bajo una grave depresión moral no escoge esa ocasión para hacer algo que no hubiera hecho antes. Sus reflejos hubiesen seguido la rutina a que estaban acostumbrados. Un hombre preocupado por algo pudiera bajar a cenar en pijama…, pero será su pijama… no el de otra persona. Un hombre que aborrece la sopa espesa, la carne con mucha grasa y las zarzamoras, de pronto pide las tres cosas la misma noche. Usted dice que porque está pensando en otra cosa. Pero yo le digo

que un hombre absorto en sus preocupaciones ordenaría automáticamente que le sirvieran lo que solía tomar a menudo. *Eh bien*, entonces, ¿qué otra explicación cabe?

»Luego me dijo usted que aquel hombre había desaparecido. Había dejado de acudir un martes y un jueves por primera vez durante años. Eso todavía me gustó menos. Una extraña hipótesis fue formándose en mi mente. De ser cierta, aquel hombre habrá muerto. Hice mis averiguaciones y había muerto… con una muerte cuidadosamente preparada. En otras palabras, el pescado malo había sido disimulado a fuerza de salsa.

»Fue visto en King's Road a eso de las siete y vino a cenar aquí a las siete y media… dos horas antes de su muerte. Todo concuerda… las pruebas, el contenido del estómago y la carta. ¡Demasiada salsa!

»Su adorado sobrino escribió la carta, su adorado sobrino tiene una coartada perfecta para la hora de la defunción del tío. Una muerte sencilla… una caída por la escalera. ¿Simple accidente? ¿O asesinato? Todo el mundo, al enjuiciar el caso desde diferentes puntos de vista, se inclina por lo primero.

»Su adorado sobrino es el único pariente. Su adorado sobrino heredará…, ¿pero es que hay algo que heredar? El tío era pobre.

»Pero hay un hermano. Un hermano que se casó con una mujer rica y que vive en una hermosa mansión en Kingston Hill, de modo que, al parecer, su mujer, al morir, le dejó todo su dinero. Vea las consecuencias… la esposa rica deja todo su dinero a Antonio, Antonio se lo deja a Enrique, y el dinero de Enrique va a parar a manos de Jorge… Una cadena completa.

—Todo muy bien en teoría —dijo el señor Bonnington—. Pero ¿cómo comprobarlo?

—Una vez se sabe…, por lo general se consigue lo que uno desea. Enrique murió dos horas después de una comida. Alrededor de eso gira todo este caso. Pero supongamos que esa comida no fuera la cena, sino el almuerzo.

»Póngase en el lugar de Jorge. Jorge quiere tener dinero… a toda costa. Antonio Gascoigne está agonizando…, pero su muerte no beneficia a Jorge. Su dinero pasará a Enrique, que tal vez puede vivir muchos años todavía. De modo que Enrique debe morir también… y cuanto antes mejor…, pero su muerte debe tener lugar después de la de Antonio, y al mismo tiempo Jorge debe procurarse una coartada. La costumbre de Enrique de cenar regularmente en cierto restaurante dos noches por semana le sugiere cuál va a ser su coartada. Como es un individuo cauteloso, primero ensaya su plan y se hace pasar por su tío la noche de un lunes, cenando, como era su costumbre, en el restaurante en cuestión.

»Todo va como una seda, y le aceptan como a su tío. Se siente satisfecho. Sólo tiene que esperar a que tío Antonio dé muestras definitivas de querer abandonar este mundo. Y llega la ocasión. Escribe una carta a su tío la tarde del dos de noviembre, pero la fecha el tres. Viene a la ciudad la tarde del día tres, va a ver a su tío y pone su plan en acción. Un fuerte empujón y allá va tío Enrique… escaleras abajo.

Jorge busca la carta que ha escrito y la mete en el bolsillo del batín de su tío. A las siete y media está en el Galante, con barba y cejas postizas, todo completo. Sin duda todos vieron con vida a Enrique Gascoigne a las siete y media. Luego, una metamorfosis rápida en cualquier lavabo público y el regreso en su automóvil y a toda marcha hacia Wimbledon, donde juega al *bridge*. La coartada perfecta muy bien estudiada.

El señor Bonnington le contempla fijamente.

—Pero ¿y el matasellos de la carta?

—¡Oh, eso es bien sencillo! Estaba falsificado. Cambiaron el dos por un tres. No se notaba, a menos que se supiera. Y por último, están las zarzamoras.

—¿Zarzamoras?

—El pastel de zarzamoras o de moras, como prefiera. Jorge, como puede usted comprender, no era lo bastante buen actor. Se caracterizó como su tío, andaba como su tío y hablaba como su tío, pero se olvidó comer como su tío, y pidió los platos que más le gustaban.

»Las zarzamoras manchan los dientes… y los del cadáver no lo estaban, a pesar de que Enrique Gascoigne comió pastel de zarzamoras en el Galante aquella noche. Y no se encontraron tampoco en su estómago. Lo pregunté esta mañana. Y Jorge ha sido lo bastante tonto como para conservar la barba y el resto del maquillaje. ¡Oh! Hay muchas pruebas si se buscan bien. Fui a visitarle y le aturdí. ¡Ése fue su fin! A propósito, había vuelto a comer zarzamoras. Es muy goloso… y se preocupa mucho de la comida. *Eh bien*, su glotonería le colgará, a menos que yo esté muy equivocado.

Una camarera les trajo dos raciones de tarta de zarzamoras.

—Llévéselas —dijo el señor Bonnington—. ¡Hay que andar con mucho cuidado! Tráigame un poco de tarta de manzana.

El sueño

(The Dream).

Hércules Poirot fijó en la casa una mirada apreciativa. Sus ojos vagaron un momento por los edificios vecinos, las tiendas, la gran fábrica a la derecha, los bloques de pisos baratos en la acera de enfrente. Luego volvió de nuevo sus ojos a Northway House, reliquia de otros tiempos, de unos tiempos de espacios amplios y de ociosidad, cuando verdes campos circundaban su señorial arrogancia. En la actualidad, Northway House era un anacronismo, sumergida y olvidada en el torbellino febril del Londres moderno, y ni un hombre de entre cien podría decir dónde se encontraba.

Aún es más, muy pocos sabrían a quién pertenecía, aunque su dueño figurara entre los diez hombres más ricos del mundo. Pero el dinero, del mismo modo que puede conseguir publicidad, puede hacerla callar. Benedict Farley, el excéntrico millonario, había preferido no anunciar su residencia. A él mismo se le veía pocas veces, ya que muy raramente aparecía en público. De cuando en cuando se le veía en reuniones de Consejos de Administración, dominando fácilmente a los demás consejeros con su figura enjuta, su nariz aguileña y su voz áspera. Aparte de esto, no era sino una famosa figura de leyenda. Se hablaba de sus extrañas mezquindades, de sus generosidades increíbles, así como de otros detalles más íntimos, como su famosa bata de trozos de distintos colores, a la que se le calculaban veintiocho años, su invariable régimen de sopa de col y caviar, su odio a los gatos. Todas estas cosas las sabía el público.

Hércules Poirot también las sabía. Era todo lo que sabía del hombre a quien iba a visitar en aquel momento. La carta que llevaba en el bolsillo de su abrigo decía poco más.

Después de contemplar en silencio durante uno o dos minutos aquella melancólica reliquia del pasado, subió los peldaños que conducían a la puerta principal y pulsó el timbre, mirando la hora en su pulcro reloj de pulsera, que había acabado por sustituir al voluminoso reloj de cadena, compañero suyo durante tantos años. Sí, eran exactamente las nueve y media. Como siempre, Hércules Poirot llegaba exactamente en punto.

La puerta se abrió después de un intervalo prudencial. Contra el iluminado vestíbulo se recortaba la silueta de un ejemplar perfecto del género de los concienzudos mayordomos.

—¿Mister Benedict Farley? —preguntó Hércules Poirot.

La mirada impersonal del mayordomo le miró de pies a cabeza, sin intención ofensiva, pero de un modo eficaz.

«*En gros et en detail*» aprobó Poirot para sus adentros.

—¿Ha sido usted citado, señor? —preguntó la suave voz del mayordomo.

—Sí.

—¿Su nombre, señor?

—*Monsieur* Hércules Poirot.

El mayordomo se inclinó, haciéndose a un lado. Hércules Poirot entró en la casa y el mayordomo cerró la puerta tras sí.

Pero todavía faltaba cumplir otra formalidad antes que las diestras manos del mayordomo cogieran el sombrero y el bastón del visitante.

—Le ruego me perdone, señor. Tengo que pedirle la carta.

Con parsimonia, Poirot sacó de su bolsillo la carta doblada y se la tendió al mayordomo. Éste se limitó a pasarle la vista por encima, devolviéndosela luego con una inclinación. Hércules Poirot la guardó de nuevo en el bolsillo. Su texto era muy sencillo:

Northway House, W. 8.
Monsieur Hércules Poirot.

Muy señor mío:

Mister Benedict Farley quisiera entrevistarse con usted para pedirle su valioso consejo. Le agradecería que se sirviera pasar por la dirección arriba indicada a las 9,30 de la noche, mañana (jueves), si ello no supone molestia para usted.

Atentamente.
Hugo Cornworthy, Secretario.

P. S.: Tenga la bondad de traer consigo esta carta.

Con ademanes diestros, el mayordomo liberó a Poirot de su sombrero, bastón y abrigo.

—¿Quiere tener la bondad de subir al despacho de míster Cornworthy? —dijo.

Le condujo por la ancha escalera. Poirot le siguió, dirigiendo miradas de admiración a los *objets d’art* de estilo rico y recargado. Sus gustos en arte siempre habían sido un poco burgueses.

En el primer piso, el mayordomo llamó con los nudillos a una puerta.

Poirot alzó las cejas muy ligeramente. Aquélla era la primera nota discordante. ¡Porque los mejores mayordomos no llaman a las puertas con los nudillos y aquél era, sin duda alguna, un mayordomo de primera!

Era, por decirlo así, el primer contacto con las excentricidades de un millonario.

Una voz gritó algo desde el interior. El mayordomo abrió la puerta y anunció (de nuevo Poirot percibió una deliberada ausencia de protocolo):

—El caballero que usted esperaba, señor.

Poirot entró en la habitación. Era bastante grande, amueblada muy sencillamente en un estilo funcional. Archivadores, libros de consulta, un par de butacones y una gran mesa de aspecto imponente, llena de papeles convenientemente ordenados. Los rincones de la habitación permanecían en la penumbra, porque la única luz provenía de una gran lámpara de mesa con pantalla verde, colocada en una mesita, junto al brazo de uno de los sillones. Estaba colocada de modo que la luz daba de lleno en las personas que se acercaban desde la puerta. Hércules Poirot pestañeó un poco, calculando que la bombilla debía de ser por lo menos de ciento cincuenta vatios o más. En el sillón se sentaba una persona, vestida con una bata hecha de trocitos de distintos colores… Benedict Farley. Tenía la cabeza echada hacia adelante, en una postura característica, sobresaliéndole su nariz ganchuda como si fuera el pico de un pájaro. Un penacho de pelo blanco, semejante a la cresta de una cacatúa, le salía de la frente. Detrás de los gruesos cristales de sus gafas le relucían los ojos, que escudriñaban con desconfianza a su visitante.

—¡Je! —dijo por último, con voz áspera y chillona—. Conque es usted Hércules Poirot, el famoso detective, ¿verdad?

—A su disposición —dijo Poirot cortésmente, inclinándose, con una mano en el respaldo de la silla.

—Siéntese, siéntese —dijo el anciano, irritado.

Hércules Poirot se sentó, dándole de lleno el resplandor de la lámpara. Desde la penumbra, el anciano parecía estudiarle atentamente.

—¿Cómo sé yo que es usted Hércules Poirot? —preguntó malhumorado—. Contésteme.

De nuevo extrajo Poirot la carta de su bolsillo y se la tendió a Farley.

—Sí —concedió de mala gana el millonario—. Eso es. Eso es lo que le dije a Cornworthy que escribiera —la dobló y se la tiró—. Conque es usted el hombre, ¿verdad?

Con una ligera ondulación de la mano, Poirot dijo:

—Le aseguro que no hay trampa.

De pronto, Benedict Farley se rió entre dientes.

—¡Eso es lo que dice el prestidigitador antes de sacar la paloma del sombrero! Decirlo es parte del truco, ¿sabe?

Poirot no contestó. Farley dijo de pronto:

—Está pensando que soy un viejo desconfiado, ¿verdad? Sí, lo soy. ¡No confíes en nadie! Ésa es mi divisa. No puede uno fiarse de nadie cuando se es rico. No, no, no conviene.

—¿Quería usted —insinuó Poirot suavemente— consultarme algo?

El anciano asintió.

—Eso es. Compra siempre lo mejor. Ésa es mi divisa. Vete al experto y no mires el precio. Habrá notado usted, *monsieur* Poirot, que no le he preguntado cuáles son

sus honorarios. ¡Y no pienso preguntárselo! Luego me envía usted la cuenta… Por eso no vamos a reñir. Los idiotas esos de la lechería se creían que podían cobrarme los huevos a dos chelines con nueve peniques, cuando el precio del mercado es de dos con siete, ¡pandilla de bandoleros! No consiento que me engañen. Pero tratándose del hombre que está en la cumbre, es otra cosa. Ese hombre vale el dinero que cuesta. Yo también estoy en la cumbre y lo sé.

Hércules Poirot no respondió. Le escuchaba con atención, inclinando un poco la cabeza hacia un lado.

A pesar de su rostro impasible, en su interior se sentía desilusionado. No podía decir exactamente por qué. Hasta aquel momento, Benedict Farley había parecido muy auténtico, es decir, se había ajustado a la idea general que de él se tenía, y, sin embargo…, Poirot estaba desilusionado.

«Este hombre —dijo para sus adentros con profundo desagrado— es un charlatán… ¡nada más que un charlatán!».

Había conocido otros millonarios, también excéntricos, pero en casi todos ellos había encontrado una especie de fuerza, una energía interior que había merecido su respeto. Si hubieran llevado una bata de retazos de colores hubiera sido porque les gustaba llevar una bata así. Pero la bata de Benedict Farley, o al menos así se lo parecía a Poirot, era fundamentalmente un objeto de guardarropía. Así como el hombre era fundamentalmente teatral. Poirot estaba seguro de que cada palabra pronunciada por Farley era dicha para causar impresión.

—¿Quería usted consultarme algo, míster Farley? —repitió con voz desprovista de entonación.

La actitud del millonario cambió bruscamente.

Se inclinó hacia delante. Su voz se convirtió en un gruñido.

—Sí. Sí… Quiero ver qué dice usted, saber lo que piensa… ¡Ir siempre a la cumbre! ¡Ése es mi sistema! El mejor médico…, el mejor detective…, entre los dos está la cosa.

—Hasta ahora, *monsieur*, no comprendo.

—Claro que no —saltó Farley—. No he empezado todavía a contarle nada.

De nuevo se inclinó hacia adelante y espetó bruscamente una pregunta:

—¿Qué sabe usted, *monsieur* Poirot, de los sueños?

El detective alzó las cejas. Esperaba cualquier cosa menos aquello.

—Para eso, *monsieur* Farley, le recomiendo el «libro de los Sueños», de Napoleón…, o la moderna psiquiatría.

Benedict Farley dijo escuetamente:

—He probado ambas cosas…

Se produjo una pausa. Luego, el millonario empezó a hablar, primero con voz que era casi un susurro y que fue subiendo gradualmente de tono.

—Siempre es el mismo sueño, noche tras noche. Y tengo miedo, se lo aseguro; tengo miedo… Siempre igual. Estoy sentado en mi despacho, al lado de éste. Sentado

ante mi mesa, escribiendo, hay allí un reloj, lo miro y veo la hora…, exactamente las tres y veintiocho minutos. Siempre la misma hora, ¿entiende? *Y cuando veo la hora, monsieur Poirot, sé que tengo que hacerlo*. No quiero hacerlo, odio hacerlo, pero tengo que hacerlo…

Su voz se había convertido en un chillido.

Imperturbable, Poirot dijo:

—¿Y qué tiene usted que hacer?

—A las tres y veintiocho minutos —dijo Benedict Farley con voz ronca— abro el segundo cajón de la derecha de mi mesa, saco un revólver que guardo allí, lo cargo y me dirijo a la ventana. Y entonces… y entonces…

—¿Sí?

Benedict Farley dijo en un susurro:

—Entonces me pego un tiro…

Se produjo un silencio. Luego Poirot dijo:

—¿Ése es su sueño?

—Sí.

—¿El mismo todas las noches?

—Sí.

—¿Qué ocurre después de pegarse usted el tiro?

—Me despierto.

Poirot movió lentamente la cabeza, pensativo.

—Por simple curiosidad, ¿tiene usted un revólver en ese determinado cajón?

—Sí.

—¿Por qué?

—Siempre lo he tenido. Es mejor estar preparado.

—¿Preparado para qué?

Farley dijo, irritado:

—Un hombre de mi posición tiene que estar en guardia. Todos los ricos tienen enemigos.

Poirot no continuó con el tema. Permaneció en silencio durante un momento y luego dijo:

—¿Cuál es el verdadero motivo que le hizo llamarme?

—Se lo voy a decir. Primeramente consulté a un médico…, a tres médicos, para ser exacto.

—Siga usted.

—El primero me dijo que todo era culpa de mi régimen alimenticio. Era un hombre mayor. El segundo era un joven de la moderna escuela. Aseguró que todo dependía de cierto hecho que había tenido lugar en mi infancia a aquella hora, a las tres y veintiocho. Dijo que estoy tan decidido a no recordar aquel hecho, que lo simbolizo matándome. Ésa fue su explicación.

—¿Y el tercer médico? —preguntó Poirot.

Benedict Farley, furioso, alzó la voz, que se convirtió en un chillido.

—Es un hombre joven también. ¡Tiene una teoría ridícula! ¡Sostiene que estoy cansado de la vida, que mi vida me resulta tan insufrible que quiero terminar con ella! Pero como reconocer este hecho sería reconocer que soy un fracasado, cuando estoy despierto me niego a aceptar la verdad. Pero estando dormido, todas las inhibiciones son eliminadas y hago lo que realmente deseo hacer: matarme.

—Su punto de vista es que usted, aunque sin saberlo, desea suicidarse, ¿no? —dijo Poirot.

Benedict Farley chilló:

—Y eso es imposible, ¡imposible! ¡Soy completamente feliz! ¡Tengo todo lo que quiero, todo lo que el dinero puede comprar! ¡Es fantástico, es increíble que a alguien se le ocurra mencionar siquiera semejante cosa!

Poirot le miró con interés. El temblor de las manos, la estridencia vacilante de la voz, parecían indicar que quizá la negativa fuera demasiado vehemente, que la misma insistencia en negar era sospechosa. Pero se limitó a decir:

—¿Y cuando intervengo yo, *monsieur*?

Benedict Farley se calmó de pronto y se puso a dar golpecitos enérgicos en la mesa que tenía al lado.

—Existe otra posibilidad. Y, si es cierta, usted es el hombre indicado. ¡Es usted famoso, ha tenido usted cientos de casos fantásticos, inverosímiles! Si alguien puede saberlo, ese alguien es usted.

—¿Saber el qué?

Farley bajó la voz, hasta convertirla en un susurro.

—Supongamos que alguien quisiera matarme… ¿Podría hacerlo de esta manera? ¿Podría hacerme soñar ese sueño, noche tras noche?

—¿Quiere usted decir por hipnotismo?

—Sí.

Hércules Poirot estudió la cuestión.

—Me figuro que sería posible —dijo por fin—. Es más bien asunto para un médico.

—¿No ha encontrado usted ningún caso así en su vida profesional?

—De ese tipo precisamente, no.

—¿Comprende usted adónde quiero ir a parar? Me obligan a que sueñe siempre lo mismo, noche tras noche, noche tras noche…, hasta que un día la sugestión sea demasiado fuerte… y la siga. Haga lo que tantas veces he soñado: matarme.

Hércules Poirot movió la cabeza lentamente.

—¿No lo cree usted posible? —preguntó Farley.

—¿Posible? —Poirot movió de nuevo la cabeza—. Ésa es una palabra que no me gusta.

—Pero ¿lo cree usted improbable?

—Sumamente improbable.

Benedict Farley murmuró:
—El médico dijo lo mismo…
Luego, alzando de nuevo la voz, chilló:
—Pero ¿por qué tengo ese sueño? ¿Por qué? ¿Por qué?
Hércules Poirot movió la cabeza, pensativo.
Benedict Farley dijo bruscamente:
—¿Está usted seguro de que nunca ha tropezado con un caso como éste?
—Nunca.
—Eso es lo que quería saber.
Con delicadeza, Poirot se aclaró la garganta.
—¿Me permite que le haga una pregunta? —dijo.
—¿Qué pregunta? ¿Qué pregunta? Diga lo que quiera.
—¿De quién sospecha usted que quiere matarle?
Farley saltó:
—De nadie. De nadie en absoluto.
—Pero ¿se le pasó la idea por la imaginación? —insistió Poirot.
—Quería saber… si existía la posibilidad.
—Hablando según mi experiencia personal, yo diría *no*. Por cierto, ¿le han hipnotizado alguna vez?
—Por supuesto que no. ¿Cree usted que me prestaría a semejante payasada?
—Entonces creo que podemos decir que su teoría es decididamente improbable.
—Pero ¿y el sueño, hombre, y el sueño?
—El sueño es muy extraño, ciertamente —dijo Poirot pensativo. Permaneció en silencio un instante y luego dijo:
—Me gustaría ver la escena de este drama, la mesa, el reloj y el revólver.
—Naturalmente; vamos a la habitación de al lado.
Recogiendo los pliegues de su bata, el anciano se enderezó a medias en su sillón. Luego, de súbito, como si una idea le hubiera asaltado de pronto, volvió a sentarse.
—No —dijo—. No hay nada que ver allí. Le he contado todo lo que hay que contar.
—Pero me gustaría verlo por mí mismo…
—No hace falta —saltó Farley—. Me ha dado usted su opinión. Eso es todo.
Poirot se encogió de hombros.
—Como guste —dijo levantándose—. Siento, míster Farley, no haberle podido ayudar.
Benedict Farley tenía la vista fija enfrente de él.
—No quiero rollos ni tonterías —gruñó.
—Le he dicho a usted los hechos, usted no puede sacar nada en limpio de ellos…, asunto liquidado. Puede usted enviarme la cuenta por la consulta.
—No dejaré de hacerlo —dijo el detective secamente, encaminándose luego hacia la puerta.

—Espere un momento —llamó el millonario—. La carta…, démela.

—¿La carta de su secretario?

—Sí.

Poirot alzó las cejas. Metió la mano en el bolsillo, sacó una hoja doblada y se la tendió al anciano. Éste la examinó detenidamente, poniéndola luego en la mesita, con un gesto de asentimiento.

Hércules Poirot se dirigió de nuevo a la puerta. Estaba desconcertado. En su imaginación le daba vueltas y más vueltas a la historia que le acababan de contar. Sin embargo, en medio de su preocupación mental, le molestaba la sensación de algo mal hecho, y no por Benedict Farley, sino por él.

Con la mano en el tirador de la puerta, se hizo la luz en su mente. ¡Él, Hércules Poirot, había cometido un error! Entró de nuevo en la habitación.

—¡Mil perdones! ¡Interesado por su problema, he cometido una tontería! La carta que le di…, por error, metí la mano en el bolsillo de la derecha, en vez de hacerlo en el de la izquierda…

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

—La carta que acabo de darle…, una disculpa de mi lavandera con respecto al trato que da a mis cuellos…

Sonriendo en son de disculpa, Poirot hundió la mano en el bolsillo izquierdo.

—Ésta es su carta —dijo.

Benedict Farley se la arrebató gruñendo.

—¿Por qué diablos no se fija en lo que hace?

Poirot recobró la comunicación de su lavandera, se disculpó cortésmente una vez más y salió de la habitación.

Durante un momento se detuvo en el descansillo de la escalera. Era de buen tamaño. Directamente enfrente de él había un gran banco de roble, de respaldo alto, y una mesa larga. En la mesa había revistas. Había también dos butacas y una mesa con flores. Le recordó un poco la sala de espera de un dentista. El mayordomo estaba abajo, en el vestíbulo, esperando para abrirle la puerta.

—¿Le busco un taxi, señor?

—No; gracias. Hace buena noche. Iré andando.

Hércules Poirot se detuvo en la acera, esperando un momento en que el tráfico fuera menos intenso para cruzar la calle. Una arruga surcaba su frente.

«No —dijo para sí—. No entiendo nada. Nada tiene sentido. Es lamentable tener que reconocerlo; pero yo, Hércules Poirot, estoy completamente desconcertado».

Eso fue lo que podríamos llamar el primer acto de drama. El segundo acto tuvo lugar una semana después. Empezó con una llamada telefónica de un tal doctor John Stillingfleet.

El doctor dijo, con notable falta de decoro profesional:

—¿Es usted, Poirot, viejo zorro? Le habla Stillingfleet.

—Sí, amigo mío. ¿De qué se trata?

—Le hablo desde Northway House, la casa de Benedict Farley.

—¡Ah!, ¿sí? —La voz de Poirot se animó—. ¿Y qué tal está… míster Farley?

—Farley ha muerto. Se pegó un tiro esta tarde.

Permanecieron un momento en silencio. Luego Poirot dijo:

—Siga.

—Ya veo que no le ha sorprendido mucho. Sabe usted algo del asunto, ¿eh, viejo zorro?

—¿Qué le hace a usted pensarlo así?

—Bueno; no se trata de ninguna deducción brillante de telepatía, ni de nada por el estilo. Encontramos una nota de Farley dirigida a usted, citándole para hace cosa de una semana.

—Comprendo.

—Tenemos aquí un inspector de Policía inofensivo; hay que andarse con cuidado cuando uno de estos millonarios se quita de en medio. Pensé que a lo mejor nos aclararía usted algo. ¿Podría dejarse caer por aquí?

—Voy inmediatamente.

—Así se habla, viejo. Un trabajito sucio, ¿verdad?

Poirot se limitó a repetir que iba inmediatamente para allá.

—¿No quiere usted levantar la liebre en el teléfono? Muy bien. Hasta ahora.

Un cuarto de hora más tarde Poirot estaba sentado en la biblioteca, en una habitación larga, baja de techo, situada en la parte de atrás del piso bajo del Northway House. En la habitación había otras cinco personas: el inspector Barnett, el doctor Stillingfleet, *mistress* Farley, viuda del millonario; Joanna Farley, su única hija, y Hugo Cornworthy, su secretario particular.

El inspector Barnett era un hombre discreto, de aspecto militar. El doctor Stillingfleet, cuyos modales profesionales eran completamente distintos de su estilo telefónico, era un joven de treinta años, alto y de rostro alargado.

Mistress Farley, evidentemente mucho más joven que su marido, era una mujer hermosa y morena. Ni su boca dura ni sus ojos negros dejaban traslucir la menor emoción. Parecía completamente dueña de sí. Joanna Farley era rubia y pecosa. Había heredado de su padre la nariz ganchuda y la barbilla saliente. Tenía una mirada inteligente y aguda. Hugo Cornworthy era un hombre un poco anodino, vestido muy correctamente. Parecía inteligente y eficiente.

Tras los saludos y las presentaciones de rigor, Poirot relató sencilla y claramente los incidentes de su visita a Northway House y la historia que le había contado Benedict Farley. No pudo quejarse de falta de interés por parte de sus oyentes.

—¡La historia más extraordinaria que he oído en mi vida! —dijo el inspector—. Un sueño, ¿verdad? ¿Sabía usted algo de esto, *mistress* Farley?

Ella hizo un ademán de afirmación.

—Mi marido me habló de ello. Le tenía muy disgustado. Yo…, yo le dije que era mala digestión…, su régimen alimenticio, ¿sabe? Era muy raro, y le propuse que llamara al doctor Stillingfleet.

El joven negó con la cabeza.

—No me consultó a mí —dijo—. Según lo que cuenta *monsieur* Poirot, presumo que fue a Harley Street[10].

—Me gustaría conocer su opinión al respecto, doctor —dijo Poirot—. Míster Farley me dijo que había consultado a tres especialistas. ¿Qué opina usted de las teorías que expusieron?

Stillingfleet frunció el ceño.

—Es difícil decirlo. Tiene usted que tener en cuenta que lo que él le dijo a usted no fue exactamente lo que le dijeron a él. Era la interpretación de un profano.

—¿Quiere usted decir que cambió la terminología?

—No precisamente eso. Quiero decir que le habrán dado su parecer en términos técnicos, él habrá tergiversado un poco el sentido y luego lo refunde con sus propias palabras.

—¿De modo que lo que me dijo a mí no fue exactamente lo que los médicos le dijeron?…

—Sí; eso viene a ser. Lo interpretó todo un poco mal, no sé si me entiende.

Poirot asintió pensativo.

—¿Se sabe a quién ha consultado? —preguntó.

Mistress Farley negó con la cabeza, y Joanna Farley observó:

—Ninguno de nosotros tenía la menor idea de que hubiera consultado a nadie.

—¿Le habló a usted de su sueño? —preguntó Poirot.

La chica negó con la cabeza.

—¿Y a usted, míster Cornworthy?

—No; no me dijo ni una palabra. Yo tomé una carta que me dictó para usted, pero no tenía la menor idea de por qué quería consultarle. Creí que podría tener relación con alguna irregularidad de algún negocio.

Poirot preguntó:

—¿Y ahora puedo saber los detalles de la muerte de míster Farley?

El inspector Barnett interrogó con la mirada a *mistress* Farley y al doctor Stillingfleet, tomando luego la palabra.

—Mister Farley tenía costumbre de trabajar en su despacho del primer piso todas las tardes. Tengo entendido que se proyectaba una fusión de negocios muy importante.

Miró a Hugo Cornworthy, quien dijo:

—Autobuses de Línea Unidos.

—En relación con ese acuerdo —continuó el inspector—, míster Farley había accedido a conceder una entrevista a dos periodistas. Muy pocas veces concedía entrevistas; aproximadamente una vez cada cinco años, según tengo entendido. En consecuencia, dos periodistas, uno de Asociación de la Prensa y otro de Periódicos Unidos, llegaron aquí a las tres y cuarto, hora para la que habían sido citados. Esperaron en el primer piso, a la puerta del despacho de míster Farley, que era donde solían esperar las personas citadas por él. A las tres y veinte llegó un mensajero de las oficinas de Autobuses de Línea Unidos con unos papeles urgentes. Fue introducido en el despacho de míster Farley, donde entregó los documentos. Míster Farley le acompañó a la puerta y desde allí dijo a los dos periodistas: «Siento hacerles esperar, señores, pero tengo que ocuparme de un asunto urgente. Haré lo posible por terminar pronto». Los dos periodistas, míster Adams y míster Stoddart, manifestaron que esperarían lo que hiciera falta. Él volvió a su despacho, cerró la puerta… y nadie volvió a verle vivo.

—Continúe —dijo Poirot.

—Un poco después de las cuatro —prosiguió el inspector—, míster Cornworthy salió de su despacho, contiguo al de míster Farley, y se sorprendió al ver que los dos periodistas aún seguían allí. Quería que míster Farley firmara algunas cartas y le pareció conveniente recordarle también que aquellos dos señores estaban esperando. Por consiguiente, entró en el despacho de míster Farley. Con gran sorpresa por su parte, al principio no pudo ver a míster Farley y creyó que la habitación estaba vacía. Entonces vio una bota que salía de debajo de la mesa (la mesa está colocada frente a la ventana). Se dirigió rápidamente a la mesa y encontró a míster Farley en el suelo, muerto, con un revólver al lado. Míster Cornworthy salió corriendo de la habitación y dio instrucciones al mayordomo para que telefoneara al doctor Stillingfleet. Aconsejado por éste, míster Cornworthy informó también a la policía.

—¿Oyó alguien el disparo? —preguntó Poirot.

—No. El tránsito es muy ruidoso aquí y la ventana del descansillo de la escalera estaba abierta. Con todos los camiones que pasan y con las bocinas hubiera sido muy improbable que alguien lo hubiera oído.

Poirot asintió pensativo.

—¿A qué hora se supone que murió? —preguntó.

Stillingfleet dijo:

—Examiné el cadáver tan pronto llegué aquí, es decir, a las cuatro y treinta y dos minutos. Míster Farley llevaba muerto por lo menos una hora.

Poirot tenía una expresión muy grave.

—Entonces parece posible que su muerte haya ocurrido a la hora que me dijo…, es decir, a las tres y veintiocho minutos.

—Exacto —dijo Stillingfleet.

—¿Había huellas en el revólver?

—Sí; las suyas.

—¿Y el revólver?

El inspector cogió la palabra.

—Era el que guardaba en el segundo cajón de la derecha de su mesa, tal y como le dijo a usted. *Mistress* Farley lo ha identificado. Además, la habitación sólo tiene una puerta, la que da al descansillo. Los dos periodistas estaban sentados exactamente enfrente de la puerta y juran que nadie entró en la habitación desde que míster Farley les habló hasta que míster Cornworthy entró, un poco después de las cuatro.

—¿De modo que todo parece indicar que míster Farley se ha suicidado?

El inspector Barnett sonrió.

—No habría la menor duda, a no ser por un detalle.

—¿Que es…?

—La carta que le escribió a usted.

Poirot sonrió a su vez.

—¡Comprendo!… ¡Donde interviene Hércules Poirot surge inmediatamente la idea de asesinato!

—Exacto —dijo el inspector brevemente—. Sin embargo, después de haber aclarado usted la situación…

Poirot le interrumpió.

—Un momentito —se volvió hacia *mistress* Farley—. ¿Había sido hipnotizado alguna vez su marido?

—Nunca.

—¿Había estudiado hipnotismo? ¿Estaba interesado en el asunto?

Ella hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No lo creo.

De pronto su autodominio pareció venirse abajo.

—¡Aquel sueño tan horrible! ¡Es tan extraño! ¡Eso de que haya soñado lo mismo noche tras noche…, y luego…, es como si…, como si hubiera sido acosado, empujado a la muerte!

Poirot recordó lo que Benedict Farley le había dicho: «*Hago lo que realmente deseo hacer: matarme*».

—¿Se le había ocurrido alguna vez —preguntó Poirot— que su marido tuviera deseos de suicidarse?

—No… bueno, algunas veces estaba un poco raro…

Intervino airada Joanna Farley, con voz clara y despectiva:

—Papá nunca se hubiera suicidado. Tenía demasiado cuidado de su persona.

El doctor Stillingfleet dijo:

—La gente que amenaza suicidarse, *miss* Farley, no suele ser la que realmente se suicida. Por eso muchos suicidios parecen inexplicables.

Poirot se puso en pie.

—¿Se me autoriza ver la habitación donde ocurrió la tragedia? —preguntó.

—Por supuesto. Doctor Stillingfleet…

El doctor acompañó a Poirot escalera arriba.

El despacho de Benedict Farley era mucho más grande que el de su secretario. Estaba lujosamente amueblado con amplios butacones tapizados de cuero, una gruesa alfombra de lana y una mesa espléndida, de tamaño extraordinario.

Pasando detrás de la mesa, Poirot se dirigió al lugar, delante de la ventana, en que la alfombra mostraba una mancha oscura. Recordó las palabras del millonario: «A las tres y veintiocho minutos abro el segundo cajón de la derecha de mi mesa, saco un revólver que guardo allí, lo cargo y me dirijo a la ventana… Y entonces…, y entonces me pego un tiro».

Movió la cabeza pensativo. Luego dijo:

—¿Estaba abierta la ventana como ahora?

—Sí; pero nadie pudo entrar por ahí.

Poirot asomó la cabeza. No había antepecho alguno, ni balaustrada ni cañería. Ni siquiera un gato hubiera podido entrar por aquel lado. Enfrente se alzaba la desnuda pared de la fábrica, una pared sin ventanas. Stillingfleet dijo:

—¡Vaya habitación para despacho de un millonario, con esa vista! Es como mirar a la pared de una cárcel.

—Sí —dijo Poirot. Retiró la cabeza y se quedó mirando a la masa de sólido ladrillo—. Creo que esa pared es importante.

Stillingfleet le miró con curiosidad.

—¿Quiere usted decir… psicológicamente?

Poirot se había acercado a la mesa. Sin propósito definido, al parecer, cogió un par de pinzas extensibles. Apretó las asas y las pinzas se extendieron en toda su longitud. Con cuidado, Poirot cogió una cerilla usada que había junto a un butacón, a cierta distancia, y la depositó en el cesto de los papeles.

—Cuando haya terminado usted de jugar con eso… —dijo Stillingfleet irritado.

Hércules Poirot murmuró:

—Un invento ingenioso.

Y colocó de nuevo las pinzas en la mesa. Luego preguntó:

—¿Dónde estaban *mistress* y *miss* Farley a la hora de… la muerte?

—*Mistress* Farley estaba descansando en su habitación, en el piso de encima de éste. *Miss* Farley estaba pintando en su estudio, en el último piso de la casa.

Distraídamente, Hércules Poirot tamborileó con los dos dedos en la mesa durante un minuto o dos. Luego dijo:

—Me gustaría ver a *miss* Farley. ¿Podría usted decirle que viniera aquí un momento?

—Si usted quiere…

Stillingfleet le miró con curiosidad, saliendo luego de la habitación. Transcurridos unos dos minutos la puerta se abrió y entró Joanna Farley.

—¿Tiene usted inconveniente, *mademoiselle*, en que le haga unas cuantas preguntas?

Ella le miró con serenidad.

—Pregunte todo lo que guste.

—¿Sabía usted que su padre tenía un revólver en su mesa escritorio?

—No.

—¿Dónde estaban usted y su madre…, es decir, su madrastra, no es así?

—Sí; Louise es la segunda mujer de mi padre. Sólo es ocho años mayor que yo. ¿Iba usted a decir?

—¿Dónde estaban ustedes el jueves de la semana pasada? El jueves por la noche, quiero decir.

Ella pensó un momento.

—¿El jueves? Espere que piense. ¡Ah, sí!, habíamos ido al teatro. A ver *El perrito que se rió*.

—¿No mostró su padre deseos de acompañarlas?

—Nunca iba al teatro.

—¿Qué solía hacer por las tardes?

—Se sentaba aquí y leía.

—¿No era hombre muy sociable?

La chica le miró directamente a los ojos.

—Mi padre —dijo— era una persona sumamente desagradable. Nadie que viviera en estrecho contacto con él podría tenerle el menor cariño.

—Eso, *mademoiselle*, es hablar con claridad.

—Le estoy ahorrando tiempo, *monsieur* Poirot. Me doy perfecta cuenta de lo que busca usted. Mi madrastra se casó con mi padre por el dinero. Yo vivo aquí porque no tengo dinero para vivir en otro sitio. Hay un chico con el que me quiero casar, un chico pobre; mi padre le hizo perder su empleo. Quería, ¿comprende?, que me casara bien…, cosa muy fácil, porque voy a ser su heredera.

—¿Pasa a usted la fortuna de su padre?

—Sí. Es decir, dejó a Louise, mi madrastra, un cuarto de millón de libras, exentas de impuestos, y hay algunos otros legados; pero el resto viene a parar a mí —sonrió de pronto—. Conque ya ve usted, *monsieur* Poirot, que tenía muchos motivos para desear la muerte de mi padre.

—Ya veo, *mademoiselle*, que ha heredado usted su inteligencia.

Ella dijo, pensativa:

—Mi padre era inteligente… Sentía uno su poder, su fuerza conductora…; pero se había vuelto amargo, áspero…, no le quedaba nada de humanidad…

Hércules Poirot dijo en voz baja:

—*Gran Dieu*, pero ¡qué imbécil soy!…

Joanna Farley se volvió hacia la puerta.

—¿Algo más?

—Dos preguntitas. Estas pinzas —cogió las pinzas extensibles—, ¿estaban siempre en la mesa?

—Sí. Papá las usaba para coger cosas. No le gustaba agacharse.

—Otra pregunta. ¿Tenía su padre buena vista?

Ella se le quedó mirando.

—No…; no podía ver nada, es decir, no podía ver sin las gafas. Había tenido mala vista desde que era un chiquillo.

—Pero ¿veía bien con sus gafas?

—¡Ah!, sí; con las gafas veía muy bien, naturalmente.

—¿Podía leer periódicos y letra pequeña?

—Sí, sí.

—Eso es todo, señorita.

Joanna Farley salió de la habitación.

Poirot murmuró:

—He sido un estúpido. He tenido la solución todo el tiempo delante de las narices. Y, como estaba tan cerca, no pude verla.

Una vez más se asomó a la ventana. Abajo, en el estrecho espacio que separaba la casa de la fábrica, vio un pequeño objeto oscuro. Hércules Poirot movió la cabeza, satisfecho, y bajó de nuevo la escalera. Los demás seguían en la biblioteca. Poirot se dirigió al secretario.

—Mister Cornworthy, quiero que me relate usted con detalle todas las circunstancias relacionadas con la carta que me escribió míster Farley. Por ejemplo, ¿cuándo la dictó?

—El miércoles por la tarde, a las cinco y media, si no recuerdo mal.

—¿Le dio instrucciones especiales para echarla al correo?

—Me dijo que la llevara yo mismo.

—¿Y lo hizo usted así?

—Sí.

—¿Le dio instrucciones especiales al mayordomo respecto al modo de recibirme?

—Sí. Me dijo que le dijera a Holmes (Holmes es el mayordomo) que iba a venir un señor a las nueve y media. Tenía que preguntarle el nombre y pedirle que le enseñara la carta.

—Unas precauciones un poco extrañas, ¿no le parece?

Cornworthy se encogió de hombros.

—Mister Farley —dijo, escogiendo las palabras— era un hombre bastante raro.

—¿No dio más instrucciones?

—Sí. Me dijo que podía salir, que tenía el resto de la tarde libre.

—¿Y lo hizo usted?

—Sí. Enseguida de cenar me fui al cine.

—¿Cuándo regresó usted?

—Volví a las once menos cuarto.

—¿Volvió usted a ver a míster Farley aquella noche?

—No.

—¿Y no mencionó el asunto a la mañana siguiente?

—No.

Poirot hizo una pausa; luego prosiguió:

—Cuando vine no me pasaron al despacho de míster Farley.

—No. Me dijo que le dijera a Holmes que le pasara a usted a mi despacho.

—¿Por qué? ¿Lo sabe usted?

Cornworthy negó con un movimiento de cabeza.

—Nunca discutía las órdenes de míster Farley —dijo fríamente—. Le hubiera molestado que lo hiciera.

—¿Solía recibir a sus visitas en su propio despacho?

—De costumbre, sí, pero no siempre. Algunas veces las recibía en mi despacho.

—¿Había alguna razón para ello?

Hugo Cornworthy consideró la cuestión.

—No…, no lo creo…; nunca me paré a pensar en ello.

Volviéndose hacia *mistress* Farley, Poirot preguntó:

—¿Me permite usted que llame a su mayordomo?

—Desde luego, *monsieur* Poirot.

Muy correcto, muy cortés, Holmes acudió a la llamada.

—¿Llamaba la señora?

Mistress Farley señaló a Poirot con un gesto. Holmes se volvió hacia él muy atento.

—Usted dirá, señor.

—¿Qué instrucciones recibió usted, Holmes, la noche del jueves en que vine yo aquí?

Holmes se aclaró la garganta y luego dijo:

—Después de cenar, míster Cornworthy me comunicó que míster Farley esperaba a *monsieur* Hércules Poirot a las nueve y media. Yo tenía que averiguar el nombre del señor y comprobarlo mirando una carta. Luego tenía que conducirlo al despacho del secretario míster Cornworthy.

—¿También le dijeron que llamara a la puerta con los nudillos?

Al rostro del mayordomo asomó una expresión de desagrado.

—Ésa era orden de míster Farley. Tenía que llamar a la puerta siempre que introdujera alguna visita…, alguna visita de negocios, se entiende —añadió.

—¡Ah, eso me tenía perplejo! ¿Recibió usted alguna otra instrucción con respecto a mí?

—No, señor. Cuando míster Cornworthy me dijo lo que acabo de repetirle a usted, salió a la calle.

—¿Qué hora era?

—Las nueve menos diez, señor.

—¿Vio usted a míster Farley después de eso?

—Sí, señor. Le llevé un vaso de agua caliente a las nueve, como de costumbre.

—¿Estaba entonces en su despacho o en el de míster Cornworthy?

—En su despacho, señor.

—¿No observó usted nada fuera de lo normal en la habitación?

—¿Fuera de lo normal? No, señor.

—¿Dónde estaban *mistress* y *miss* Farley?

—Habían ido al teatro, señor.

—Gracias, Holmes. Eso es todo.

Holmes se inclinó y salió de la habitación. Poirot se volvió hacia la viuda del millonario.

—Otra pregunta, *mistress* Farley. ¿Veía bien su esposo?

—No. Sin gafas, no.

—¿Era muy corto de vista?

—¡Oh!, sí; no podía valerse sin sus gafas.

—¿Tenía varios pares de gafas?

—Sí.

—¡Ah! —dijo Poirot. Y se echó hacia atrás—. Creo que con esto concluye el caso…

Se hizo el silencio en la habitación. Todos miraban al hombrecillo, que se acariciaba el bigote con expresión complacida. El rostro del inspector mostraba perplejidad, el doctor Stillingfleet fruncía el ceño, Cornworthy se limitaba a mirar sin comprender; *mistress* Farley parecía atónita y Joanna Farley anhelante. *Mistress* Farley rompió el silencio.

—No comprendo, *monsieur* Poirot —dijo irritada—. El sueño…

—Sí —dijo Poirot—. El sueño era muy importante.

Mistress Farley se estremeció.

—Nunca creí en nada sobrenatural —dijo—; pero ahora… soñarlo noche tras noche…

—Es extraordinario —dijo Stillingfleet—. ¡Extraordinario! Si no fuera usted quien lo dice, Poirot, y si no lo supiera de buena tinta… —Tosió turbado, volviendo a adoptar su actitud profesional—. Perdón, *mistress* Farley; si el propio míster Farley no le hubiera contado a usted la historia…

—Exacto —dijo Poirot. Sus ojos, que había tenido entornados, se abrieron de pronto. Parecían muy verdes—. *Si Benedict Farley no me lo hubiera dicho*…

Hizo una pausa, dirigiendo una mirada al círculo de rostros atónitos que le rodeaba.

—Algunas de las cosas que ocurrieron aquella noche me parecían completamente inexplicables. Primero, ¿por qué insistir tanto en que trajera conmigo la carta en que me citaron?

—Identificación —sugirió Cornworthy.

—No, no, querido joven. Esa idea es ridícula. Tiene que haber alguna otra razón de mucho más peso. Porque míster Farley no se limitó a pedir que yo presentara la

carta, sino que de modo tajante me pidió que la dejara aquí. Y aún es más, ¡ni siquiera la destruyó! La encontraron esta tarde entre sus papeles. *¿Por qué la conservó?*

La voz de Joanna Farley interrumpió, diciendo:

—Quería que, si le pasaba algo, se conocieran los detalles de su extraño sueño.

Poirot hizo un ademán de aprobación.

—Es usted sagaz, *mademoiselle*. Ése debe ser, no tiene más remedio que ser, el motivo de haber guardado la carta. Cuando míster Farley muriera tenía que conocerse la historia de aquel extraño sueño. Aquel sueño era muy importante. Aquel sueño, *mademoiselle, era vital*. Voy a ocuparme ahora —continuó— del segundo extremo. Después de escuchar su historia le pedí a míster Farley que me mostrara la mesa y el revólver. Parecía a punto de levantarse para hacerlo, y de pronto se niega. ¿Por qué se niega?

Esta vez nadie anticipó la respuesta.

—Haré la pregunta de otra manera. *¿Qué había en el cuarto contiguo que míster Farley no quería que yo viera?*

Todos continuaron en silencio.

—Sí —dijo Poirot—; es difícil contestar a esta pregunta. Y, sin embargo, había una razón, una razón muy importante, para que míster Farley me recibiera en el despacho de su secretario y se negara en redondo a llevarme a su propio despacho. *Algo había en aquel cuarto que no podía dejarme ver*. Y ahora llego a la tercera cosa inexplicable que ocurrió aquella noche. Míster Farley, en el momento en que me marchaba, me pidió que le entregara la carta que me había escrito. Inadvertidamente le di una comunicación de mi lavandera. La miró y la puso en la mesa que tenía al lado. Ya en la puerta, me di cuenta de mi error y lo rectifiqué. Después de hacerlo salí de la casa y, lo confieso, estaba completamente desconcertado. Todo aquel asunto, y especialmente el último incidente, me resultaba del todo inexplicable.

Pasó la mirada de uno a otro.

—¿No comprenden?

Stillingfleet dijo:

—No veo qué tiene que ver su lavandera con el asunto, Poirot.

—Mi lavandera —dijo Poirot— tuvo mucha importancia. Esa desgraciada que estropea los cuellos de mis camisas, por primera vez en su vida fue útil a alguien. Pero tienen que verlo ustedes…, ¡es tan claro! Míster Farley echó una mirada a aquella comunicación; *una mirada* debía haberle bastado para ver que aquélla no era la carta que quería…, y no se enteró. ¿Por qué? *¡Porque no pudo verla bien!*

El inspector Barnett dijo vivamente:

—¿No tenía puestas las gafas?

Hércules Poirot sonrió.

—Sí —dijo—. Tenía puestas las gafas. Por eso precisamente es tan interesante este punto.

Se inclinó hacia adelante.

—El sueño de míster Farley era muy importante. Soñó que se suicidaba, y poco después se suicidó. Es decir, estaba solo en una habitación y fue encontrado allí con un revólver a su lado, y nadie entró en la habitación ni salió de ella a la hora en que se produjo el disparo. ¿Qué quiere decir eso? Quiere decir que *tiene* que tratarse de un suicidio, ¿verdad?

—Sí —dijo Stillingfleet.

Hércules Poirot movió la cabeza en sentido negativo.

—Por el contrario —dijo—. Se trata de un asesinato. Un asesinato fuera de lo corriente y planeado con gran habilidad.

De nuevo se inclinó hacia adelante, dando golpecitos en la mesa y con los ojos muy verdes y muy brillantes.

—¿Por qué no me permitió míster Farley que pasara a su despacho aquella noche? ¿Qué había allí que no debía dejárseme ver? Creo, amigos míos, que allí estaba… ¡Benedict Farley en persona!

Poirot sonrió a los rostros atónitos que le circundaban.

—Sí, sí; no digo ninguna tontería. ¿Por qué míster Farley, con el que yo había estado hablando, no se dio cuenta de la diferencia entre dos cartas completamente distintas? Porque, *mes amis*, era un hombre de *vista normal*, que llevaba puestas unas gafas de cristales muy gruesos. Esas gafas dejarían prácticamente ciego a un hombre de vista normal. ¿No es así, doctor?

Stillingfleet murmuró:

—Así es…, naturalmente.

—¿Por qué tuve la impresión al hablar con míster Farley de estar hablando con un charlatán, con un actor que estuviera representando un papel? ¡Porque estaba representando un papel! Imaginen la escena. El cuarto en penumbra; la luz, bajo la pantalla verde, vuelta en sentido contrario a la figura de la butaca. ¿Qué vi yo? La famosa bata de retazos de colores, la nariz ganchuda (fabricada con esa sustancia tan útil, la masilla), el mechón de cabellos blancos, los gruesos cristales que ocultaban los ojos… ¿Qué pruebas tenemos de que míster Farley tuviera aquel sueño? Sólo la historia que se me contó a mí y las palabras de *mistress Farley*. ¿Qué pruebas tenemos de que Benedict Farley guardara un revólver en su mesa? Igual que antes, sólo lo que se me dijo a mí y la palabra de *mistress* Farley. Dos personas llevaron a cabo esta superchería, *mistress* Farley y Hugo Cornworthy. Cornworthy me escribió la carta, dio instrucciones al mayordomo, salió aparentando ir al cine, pero volvió enseguida, entrando con su llave; se fue a su cuarto, se caracterizó y representó el papel de Benedict Farley. Y con esto llegamos a esta tarde. Llega por fin la oportunidad que había estado esperando míster Cornworthy. En el descansillo hay dos testigos que podrán jurar que nadie entró ni salió del despacho de Benedict Farley. Cornworthy espera hasta que está a punto de pasar una gran cantidad de coches. Entonces se asoma a su ventana, y con las pinzas extensibles que ha cogido de la mesa del despacho contiguo sostiene un objeto contra la ventana de este cuarto.

Benedict Farley se acerca a la ventana. Cornworthy retira rápidamente las pinzas, y mientras Farley se echa hacia fuera y por la calle pasan los camiones y coches, dispara contra él el revólver que tiene dispuesto. No puede haber testigos del crimen. Cornworthy espera más de media hora, luego coge unos papeles, esconde entre ellos las pinzas extensibles y el revólver y sale al descansillo, dirigiéndose a la habitación contigua. Coloca de nuevo las pinzas en la mesa, deja el revólver en el suelo, después de apretar contra él los dedos del muerto, y sale corriendo con la noticia del «suicidio» de míster Farley. Dispone las cosas de modo que aparezca la carta dirigida a mí y que llegue yo con mi historia, la historia oída *de labios de míster Farley*, sobre su extraordinario «sueño» y la extraña fuerza que le arrastraba al suicidio. Algunos crédulos discutirían la teoría del hipnotismo, pero la consecuencia primordial de la historia será probar sin lugar a dudas que la mano que había disparado el revólver había sido la de Benedict Farley.

Hércules Poirot dirigió sus ojos al rostro de la viuda, un rostro ceniciento, abatido, aterrorizado…

—Y a su debido tiempo —terminó suavemente— hubiera llegado el final feliz. Un cuarto de millón de libras y dos corazones latiendo al unísono…

John Stillingfleet y Hércules Poirot iban andando por el costado de Northway House. A su derecha se alzaba la elevada pared de la fábrica. Sobre ellos, a su izquierda, las ventanas de los despachos de Benedict Farley y Hugo Cornworthy. Hércules Poirot se agachó y cogió un pequeño objeto, un gato negro de peluche.

—*Voila!* —dijo—. Esto es lo que Cornworthy sostuvo con las pinzas extensibles contra la ventana de Farley. ¿Recuerda usted que odiaba los gatos? Naturalmente, corrió a la ventana.

—¿Por qué diablos no salió Cornworthy a recogerlo después de haberlo tirado?

—¿Cómo iba a hacerlo? Hubiera sido muy sospechoso. Después de todo, si alguien encontraba este objeto, ¿qué creería? Que algún niño había estado jugando por aquí y se le había caído.

—Sí —dijo Stillingfleet suspirando—. Eso es probablemente lo que hubiera pensado una persona corriente. Pero el bueno de Poirot, no. ¿Sabe usted, viejo zorro, que hasta el último minuto pensé que iba usted a ir a parar a alguna teoría muy sutil sobre un asesinato «sugerido», psicológico y retumbante? Apuesto algo a que esos dos pensaban lo mismo. ¡Buena pieza la Farley! ¡Qué barbaridad, cómo estalló! Cornworthy pudo haberse salvado si ella no se hubiera puesto nerviosa, abalanzándose sobre usted y tratando de estropear su bello físico con las uñas. ¡Le libré de ella en el momento justo!

Hizo una pausa y luego dijo:

—Me gusta la chica. Es valiente y tiene cabeza. Me figuro que me tomarán por un cazadotes si hiciera alguna tentativa…

—Llega usted tarde, amigo. Ya hay alguien *sur le tapis*. La muerte de su padre ha allanado para ella el camino de la felicidad.

—Pensándolo bien, tenía un buen motivo para quitar de en medio a su desagradable padre.

—El motivo y la oportunidad no bastan —dijo Poirot—. ¡Hay que tener también mentalidad criminal!

—Me gustaría saber si sería usted capaz de cometer un crimen, Poirot —dijo Stillingfleet—. Apuesto algo a que saldría muy bien parado. En realidad, sería demasiado fácil para usted, quiero decir, sería completamente antideportivo.

—Ésa —dijo Poirot— es una idea típicamente inglesa.

El caso del baile de la Victoria

(The Affair at the Victory Ball).

Una pura casualidad impulsó a mi amigo Hércules Poirot, antiguo jefe de la Force belga, a ocuparse del caso Styles. Su éxito le granjeó notoriedad y decidió dedicarse a solucionar los problemas que muchos crímenes plantean. Después de que me hirieran en el Somme y de quedar inútil para la carrera militar, me fui a vivir con él a su casa de Londres. Y precisamente porque conozco al dedillo todos los asuntos que se trae entre manos, es lo que me ha sugerido el escoger unos cuantos, los de interés, y darlos a conocer. De momento me parece oportuno comenzar por el más enmarañado, por el que más intrigó en su época al gran público. Me refiero al llamado «Caso del baile de la Victoria».

Porque si bien no es el que demuestra mejor los méritos peculiares de Poirot, sus características sensacionales, las personas famosas que figuraron en él y la tremenda publicidad que le dio la Prensa, le prestan el relieve de una causa célebre y además hace tiempo que estoy convencido de que debo dar a conocer al mundo la parte que tomó Poirot en su solución.

Una hermosa mañana de primavera me hallaba yo sentado en las habitaciones del detective. Mi amigo, tan pulcro y atildado como de usual, se aplicaba delicadamente un nuevo cosmético en su poblado bigote. Es característica de su manera de ser una vanidad inofensiva, que casa muy bien con su amor por el orden y por el método en general. Yo había estado leyendo el Daily Newzusmonger, pero se había caído al suelo y me encontraba sumido en sombrías reflexiones, cuando la voz de mi amigo me llamó a la realidad.

—¿En qué piensa, *mon ami*? —interrogó.

—En el asunto ese del baile —respondí—. ¡Es espantoso! Todos los periódicos hablan de él —agregué dando un golpecito en la hoja que me quedaba en la mano.

—¿Sí?

Yo continué, acalorado:

—¡Cuánto más se lee, más misterioso parece! ¿Quién mató a lord Cronshaw? La muerte de Cocó Courtenay, aquella misma noche, ¿fue pura coincidencia? ¿Fue accidental? ¿Tomó deliberadamente una doble dosis de cocaína? ¿Cómo averiguarlo?

Me interrumpí para añadir, tras de una pausa dramática:

—He aquí las preguntas que me planteo.

Pero con gran contrariedad mía, Poirot no demostró el menor interés, no me hizo caso y se miró al espejo, murmurando:

—¡Decididamente esta nueva pomada es una maravilla!

Al sorprender entonces una mirada mía se apresuró a decir:

—Bien, ¿y qué responde usted?

Pero antes de que pudiese contestar se abrió la puerta y la patrona anunció al inspector Japp.

Ése era un antiguo amigo y se le acogió con gran entusiasmo.

—¡Ah! ¡Pero si es el buen Japp! —exclamó Poirot—. ¿Qué buen viento le trae por aquí?

—*Monsieur* Poirot —repuso Japp tomando asiento y dirigiéndome una inclinación de cabeza—. Me han encargado de la solución de un caso digno de usted y vengo a ver si le conviene echarme una mano.

Poirot tenía buena opinión de las cualidades del inspector, aunque deploraba su lamentable falta de método. Yo, por mi parte, consideraba que el talento de dicho señor consistía, sobre todo, en el arte sutil de solicitar favores bajo pretexto de prodigarlos.

—Se trata de lo sucedido durante el baile de la Victoria —explicó con acento persuasivo—. Vamos, no me diga que no está intrigado, y desea contribuir a su solución.

Poirot me miró sonriendo.

—Eso le interesa al amigo Hastings —contestó—. Precisamente me estaba hablando del caso. ¿Verdad, *mon ami*?

—Bueno, que nos ayude —concedió benévolo el inspector—. Y si llega usted a desentrañar el misterio que lo rodea podrá adjudicarse un tanto. Pero vamos a lo que importa. Supongo que conocerá ya los pormenores principales, ¿no es eso?

—Conozco únicamente lo que cuentan los periódicos… y ya sabemos que la imaginación de los periodistas nos extravía muchas veces. Haga el favor de referirme la historia.

Japp cruzó cómodamente las piernas y habló así:

—El martes pasado fue cuando se dio el baile de la Victoria en esta ciudad, como todo el mundo sabe. Hoy se denomina «gran baile» a cualquiera de ellos, siempre que cueste unos chelines, pero éste a que me refiero se celebró en el Colossus Hall, y todo Londres, incluyendo a lord Cronshaw y sus amigos, tomó parte en…

—¿Su *dossier*? —dijo interrumpiéndole Poirot—. Quiero decir su bio… ¡No, no! ¿Cómo le llaman ustedes? Su biografía.

—El vizconde Cronshaw, quinto de este nombre, era rico, soltero, tenía veinticinco años y demostraba gran afición por el mundo del teatro. Se comenta y dice que estaba prometido a una actriz, *miss* Courtenay, del teatro Albany, que era una dama fascinadora a la que sus amistades conocían con el nombre de «Cocó».

—Bien. Continúe.

—Seis personas eran las que componían el grupo capitaneado por lord Cronshaw: él mismo; su tío, el Honorable Eustaquio Beltane; una linda viuda americana, *mistress* Mallaby; Cristóbal Davidson, joven actor; su mujer, y finalmente, *miss* Cocó Courtenay. El baile era de trajes, como ya sabe, y el grupo Cronshaw representaba los viejos personajes de la antigua Comedia Italiana.

—Eso es. *La commedia dell'Arte* —murmuró Poirot—. Ya sé.

—Estos vestidos se copiaron de los de un juego de figuras chinescas que forman parte de la colección de Eustaquio Beltane. Lord Cronshaw personificaba a Arlequín; Beltane a Polichinela; los Davidson eran respectivamente Pierrot y Pierrette; *miss* Courtenay era, como es de suponer, Colombine. A primera hora de la noche sucedió algo que lo echó todo a perder. Lord Cronshaw se puso de un humor sombrío, extraño, y cuando el grupo se reunió más adelante para cenar en un pequeño reservado, todos repararon en que él y *miss* Courtenay habían reñido y no se hablaban. Ella había llorado, era evidente, y estaba al borde de un ataque de nervios. De modo que la cena fue de lo más enojosa y cuando todos se levantaron de la mesa, Cocó se volvió a Cristóbal Davidson y le rogó que la acompañara a casa porque ya estaba harta de baile. El joven actor titubeó, miró a lord Cronshaw y finalmente se la llevó al reservado otra vez.

Pero fueron vanos todos sus esfuerzos para asegurar una reconciliación, por lo que tomó un taxi y acompañó a la ahora llorosa *miss* Courtenay a su domicilio. La muchacha estaba trastornadísima; sin embargo, no se confió a su acompañante.

Únicamente dijo repetidas veces: «Cronshaw se acordará de mí». Esta frase es la única prueba que poseemos de que pudiera no haber sido su muerte accidental. Sin embargo, es bien poca cosa, como ve, para que nos basemos en ella. Cuando Davidson consiguió que se tranquilizase un poco era tarde para volver al Colossus Hall y marchó directamente a su casa, donde, poco después, llegó su mujer y le enteró de la espantosa tragedia acaecida después de su marcha.

Parece ser que a medida que adelantaba la fiesta iba poniéndose lord Cronshaw cada vez más sombrío. Se mantuvo separado del grupo y apenas se le vio en toda la noche. A la una y treinta, antes del gran cotillón en que todo el mundo debía quitarse la careta, el capitán Digby, compañero de armas del lord, que conocía su disfraz, le vio de pie en un palco contemplando la platea.

—¡Hola, Cronsh! —le gritó—. Baja de ahí y sé más sociable. Pareces un mochuelo en la rama. Ven conmigo y nos divertiremos.

—Está bien. Espérame, de lo contrario nos separará la gente.

Lord Cronshaw le volvió la espalda y salió del palco. El capitán Digby, a quien acompañaba la señorita Davidson, aguardó. Pero el tiempo pasaba y lord Cronshaw no aparecía.

Finalmente, Digby se impacientó.

—¿Se creerá ese chiflado que vamos a estarle aguardando toda la noche?

En ese instante se incorporó a ellos *mistress* Mallaby.

—Está hecho un hurón —comentó la preciosa viuda.

La búsqueda comenzó sin gran éxito hasta que a *mistress* Mallaby se le ocurrió que podía hallarse en el reservado donde habían cenado una hora antes. Se dirigieron allá ¡y qué espectáculo se ofreció a sus ojos!

Arlequín estaba en el reservado, cierto es, pero tendido en tierra y con un cuchillo de mesa clavado en medio del corazón.

Japp guardó silencio. Poirot, intrigado, dijo con aire suficiente:

—*¡Une belle affaire!* ¿Y se tiene algún indicio de la identidad del autor de la hazaña?

No, es imposible, desde luego.

—Bien —continuó el inspector—, ya conoce el resto. La tragedia fue doble. Al día siguiente, los periódicos la anunciaron con grandes titulares. Brevemente, se decía en ellos que se había descubierto muerta en su cama a *miss* Courtenay, la popular actriz, y que su muerte se debía, según dictamen facultativo, a una doble dosis de cocaína.

¿Fue un accidente o un suicidio? Al tomar declaración a la doncella, manifestó que, en efecto, *miss* Courtenay era muy aficionada a aquella droga, de manera que su muerte pudo ser casual, pero nosotros tenemos que admitir también la posibilidad de un suicidio. Lo sensible es que la desaparición de la actriz nos deja sin saber el motivo de la querella que sostuvieron los dos novios la noche del baile. A propósito: en los bolsillos de lord Cronshaw se ha encontrado una cajita de esmalte que ostenta la palabra «Cocó» en letras de diamantes. Está casi llena de cocaína. Ha sido identificada por la doncella de *miss* Courtenay como perteneciente a su señora. Dice que la llevaba siempre consigo, porque encerraba la dosis de cocaína a que rápidamente se estaba habituando.

—¿Era lord Cronshaw aficionado también a los estupefacientes?

—No, por cierto. Tenía sobre este punto ideas muy sólidas.

Poirot se quedó pensativo.

—Pero puesto que tenía en su poder la cajita debía saber que *miss* Courtenay los tomaba. Qué sugestivo es esto, ¿verdad, mi buen Japp?

—Sí, claro —dijo titubeando el inspector.

Yo sonreí.

—Bien, ya conoce los pormenores del caso.

—¿Y han conseguido hacerse o no con alguna prueba?

—Tengo una, una sola. Hela aquí.

Japp se sacó del bolsillo un pequeño objeto que entregó a Poirot. Era un pequeño pompón de seda, color esmeralda, del que pendían varias hebras como si lo hubieran arrancado con violencia de su sitio.

—Lo encontramos en la mano cerrada del muerto —explicó.

Poirot se lo devolvió sin comentarios. A continuación preguntó:

—¿Tenía lord Cronshaw algún enemigo?

—Ninguno conocido. Era un joven muy popular y apreciado.

—¿Quién se beneficia de la muerte?

—Su tío, el honorable Eustaquio Beltane, que hereda su título y propiedades. Tiene en contra uno o dos hechos sospechosos. Varias personas han declarado que

oyeron un altercado violento en el reservado y que Eustaquio Beltane era uno de los que disputaban. El cuchillo con que se cometió el crimen se cogió de la mesa y el hecho sugiere de que se llevase a cabo por efecto del calor de la disputa.

—¿Qué responde a esto míster Beltane?

—Declara que uno de los camareros estaba borracho y que él le propinó una reprimenda, y que esto sucedía a la una y no a la una y media de la madrugada. La declaración del capitán Digby determina la hora exacta, ya que sólo transcurrieron diez minutos entre el momento en que habló con Cronshaw y el momento en que descubrió su cadáver.

—Supongo que Beltane, que vestía un traje de Polichinela, debía llevar joroba y un cuello de volantes…

—Ignoro los detalles exactos de los trajes de máscara —repuso Japp, dirigiendo una mirada de curiosidad—. De todos modos no veo que tengan nada que ver con el crimen.

—¿No? —Poirot sonrió con ironía. No se había movido del asiento, pero sus ojos despedían una luz verde, que yo comenzaba a conocer bien—, ¿verdad que había una cortina en el reservado?

—Sí, pero…

—¿Queda detrás espacio suficiente para ocultar a un hombre?

—Sí, en efecto, puede servir de escondite, pero ¿cómo lo sabe, *Monsieur* Poirot, si no ha estado allí?

—No he estado, en efecto, mi buen Japp, pero mi imaginación ha proporcionado a la escena esa cortina. Sin ella el drama no tenía fundamento. Y hay que ser razonable.

Pero, dígame: ¿enviaron los amigos de Cronshaw a por un médico o no?

—Enseguida, claro está. Sin embargo, no había nada que hacer. La muerte debió ser instantánea.

Poirot hizo un movimiento de impaciencia.

—Sí, sí, comprendo. Y ese médico, ¿ha prestado ya declaración en la investigación iniciada?

—Sí.

—¿Dijo algo acerca de algún síntoma poco corriente?

Japp fijó una mirada penetrante en el hombrecillo.

—Ignoro adónde quiere ir a parar, pero el doctor explicó que había una tensión, una rigidez en los miembros del cadáver que no podía ni acertaba a explicarse.

—¡Ajá! ¡Ajá! ¡Mon Dieu! —exclamó Poirot—. Esto da que pensar, ¿no le parece?

Yo vi que a Japp no le preocupaba lo más mínimo.

—¿Piensa tal vez en el veneno, *Monsieur*? ¿Para qué ha de envenenarse primero a un hombre al que se asesta después una puñalada?

—Realmente sería ridículo —manifestó Poirot.

—Bueno, ¿desea ver algo, *Monsieur*? ¿Le gustaría examinar la habitación donde se halló el cadáver de lord Cronshaw?

Poirot agitó la mano.

—No, nada de eso. Usted me ha referido ya lo único que puede interesarme: el punto de vista de lord Cronshaw respecto de los estupefacientes.

—¿De manera que no desea ver nada?

—Una sola cosa.

—Usted dirá…

—El juego de las figuras de porcelana china que sirvieron para sacar copia de los trajes de máscara.

Japp le miró sorprendido.

—¡La verdad es que tiene usted gracia! —exclamó después.

—¿Puede hacerme ese favor?

—Desde luego. Acompáñeme ahora mismo a Berkeley Square, si gusta. No creo que míster Beltane ponga reparos.

Partimos en el acto en un taxi. El nuevo lord Cronshaw no estaba en casa, pero a petición de Japp nos introdujeron en la «habitación china», donde se guardaban las gemas de la colección. Japp miró unos instantes a su alrededor, titubeando.

—No se me alcanza cómo va usted a encontrar lo que busca, *Monsieur* —dijo.

Pero Poirot había tirado ya de una silla, colocada junto a la chimenea, y se subía a ella de un salto, más propio de un pájaro que de una persona. En un pequeño estante, colocadas encima del espejo, había seis figuras de porcelana china. Poirot las examinó atentamente, haciendo poquísimos comentarios mientras verificaba la operación.

—¡*Les Voilà…!* La antigua Comedia italiana. ¡Tres parejas! Arlequín y Colombina; Pierrot y Pierrette, exquisitos con sus trajes verde y blanco. Polichinela y su compañera vestidos de malva y amarillo. El traje de Polichinela es complicado. Lleva frunces, volantes, joroba, sombrero alto… Sí, de veras es muy complicado.

Volvió a colocar en su sitio las figuritas y se bajó de un salto.

Japp no quedó satisfecho, pero al parecer Poirot no tenía intención de explicarnos nada y el detective tuvo que conformarse. Cuando nos disponíamos a salir de la sala entró en ella el dueño de la casa y Japp hizo las debidas presentaciones.

El sexto vizconde Cronshaw era un hombre de unos cincuenta años, de maneras suaves, con un rostro bello pero disoluto. Era un *roué* que adoptaba la lánguida actitud de un *poseur*. A mí me inspiró antipatía. Sin embargo, nos acogió de una manera amable y dijo que había oído alabar la habilidad de Poirot. Al mismo tiempo se puso por entero a nuestra disposición.

—Sé que la policía hace todo lo que puede —declaró, pero temo que no llegue nunca a solucionarse el misterio que encierra la muerte de mi sobrino. Le rodean también circunstancias muy misteriosas.

Poirot le miraba con atención.

—¿Sabe si tenía enemigos?

—Ninguno. Estoy bien seguro. —Tras de una pausa, Beltane interrogó: ¿Desea dirigirme alguna otra pregunta?

—Una sola. —Poirot se había puesto serio—. ¿Se reprodujeron exactamente los trajes de máscara de estos figurines?

—Hasta el menor detalle.

—Gracias, milord. No necesito saber más. Muy buenos días.

—¿Y ahora qué? —preguntó Japp en cuanto salimos a la calle—. Porque debo notificar algo al Yard, como ya sabe usted.

—¡Bien! No le detengo. También yo tengo un poco de quehacer y después…

—¿Después?

—Quedará el caso completo.

—¡Qué! ¿Se da cuenta de lo que dice? ¿Sabe ya quién mató a lord Cronshaw?

—*Parfaitement*.

—¿Quién fue? ¿Eustaquio Beltane?

—¡Ah, *mon ami*! Ya conoce mis debilidades. Deseo siempre tener todos los cabos sueltos en la mano hasta el último momento. Pero no tema. Lo revelaré todo a su debido tiempo. No deseo honores. El caso será suyo a condición de que me permita llegar al *denouement* a mi modo.

—Si es que el *denouement* llega —observó Japp—. Entretanto, ya se sabe, usted piensa mostrarse tan hermético como una ostra, ¿no es eso? —Poirot sonrió—. Bien, hasta la vista. Me voy al Yard.

Bajó la calle a paso largo y Poirot llamó a un taxi.

—¿Adónde vamos ahora? —le pregunté, presa de viva curiosidad.

—A Chelsea para ver a los Davidson.

—¿Qué opina del nuevo lord Cronshaw? —pregunté mientras le daba las señas al taxista.

—¿Qué dice mi buen amigo Hastings?

—Que me inspira instintiva desconfianza.

—¿Cree que es el «hombre malo» de los libros de cuentos, verdad?

—¿Y usted no?

—Yo creo que ha estado muy amable con nosotros —repuso Poirot sin comprometerse.

—¡Porque tiene sus razones!

Poirot me miró, meneó la cabeza con tristeza y murmuró algo que sonaba como si dijera:

«¡Qué falta de método!».

Los Davidson habitaban en el tercer piso de una manzana de casas-mansión. Se nos dijo que míster Davidson había salido pero que *mistress* Davidson estaba en casa, y se nos introdujo en una habitación larga, de techo bajo, ornada de cortinajes, de alegres colores, estilo oriental. El aire, opresivo, estaba saturado del olor fuerte de los

nardos. *Mistress* Davidson no nos hizo esperar. Era una mujercita menuda, rubia, cuya fragilidad hubiera parecido poética, de no ser por el brillo penetrante, calculador, de los ojos azules.

Poirot le explicó su relación con el caso y ella movió tristemente la cabeza.

—¡Pobre Cronsh… y pobre Cocó también! —exclamó al mismo tiempo—. Nosotros, mi marido y yo, la queríamos mucho y su muerte nos parece lamentable y espantosa. ¿Qué es lo que desea saber? ¿Debo volver a recordar aquella triste noche?

—Crea, *madame*, que no abusaré de sus sentimientos. Sobre todo porque ya el inspector Japp me ha contado lo más imprescindible. Deseo ver, solamente, el vestido de máscara que llevó usted al baile.

Mistress Davidson pareció sorprenderse de la singular petición y Poirot continuó diciendo con acento tranquilizador:

—Comprenda, *madame*, que trabajo de acuerdo con el sistema de mi país. Nosotros tratamos siempre de «reconstruir» el crimen. Y como es probable que desee hacer una representación, esos vestidos tienen su importancia.

Pero *mistress* Davidson parecía dudar todavía de la palabra de Poirot.

—Ya he oído decir eso, naturalmente —dijo—, pero ignoraba que usted fuera tan amante del detalle. Voy a por el vestido enseguida.

Salió de la habitación para regresar casi en el acto con un exquisito vestido de raso verde y blanco. Poirot lo tomó de sus manos, lo examinó y se lo devolvió con un atento saludo.

—¡*Merci, madame*! Ya veo que ha tenido la desgracia de perder un pompón, aquí en el hombro.

—Sí, me lo arrancaron bailando. Lo recogí y se lo di al pobre lord Cronshaw para que me lo guardase.

—¿Sucedió eso después de la cena?

—Sí.

—Entonces, ¿muy poco antes de desarrollarse la tragedia, quizá?

Los pálidos ojos de *mistress* Davidson expresaron leve alarma y replicó vivamente:

—Oh, no, mucho antes. Justo después de cenar.

—Entiendo. Bien, eso es todo. No queremos molestarla más. *Bonjour, madame*.

—Bueno —dije cuando salíamos del edificio—. Ya está explicado el misterio del pompón verde.

—Hum…

—¡Oiga! ¿Qué quiere decir con eso?

—Se ha fijado, Hastings, en que he examinado el traje, ¿verdad?

—Sí.

—Eh, bien, el pompón que faltaba no fue arrancado, como dijo esa señora, sino… cortado por unas tijeras porque todas las hebras son iguales.

—¡Caramba! La cosa se complica…

—Por el contrario —repuso con aire plácido Poirot—, se simplifica cada vez más.

—¡Poirot! ¡Se me está terminando la paciencia! —exclamé—. Su costumbre de encontrar todo tan sencillo es un agravante.

—Pero cuando me explico, diga, *mon ami*, ¿no es cierto que resulta muy simple?

—Sí, señor, y eso es lo que más me irrita: que entonces se me figura que también yo hubiera podido adivinar fácilmente.

—Y lo adivinaría, Hastings, si se tomase el trabajo de poner en orden sus ideas. Sin un método…

—Sí, sí —me apresuré a decir, interrumpiéndole, porque conocía demasiado bien la elocuencia que desplegaba, cuando trataba de su tema favorito—. Dígame: ¿qué piensa hacer ahora? ¿Está dispuesto, de veras, a reconstruir el crimen?

—Nada de eso. El drama ha concluido. Únicamente me propongo añadirle… ¡una arlequinada!

Poirot señaló el martes siguiente como día a propósito para la misteriosa representación y he de confesar que sus preparativos me intrigaron de modo extraordinario. En un lado de la habitación se colocó una pantalla; al otro un pesado cortinaje. Luego vino un obrero con un aparato para la luz y finalmente un grupo de actores que desaparecieron en el dormitorio de Poirot, destinado provisionalmente a cuarto tocador. Japp se presentó poco después de las ocho. Venía de visible mal humor.

—La representación es tan melodramática como sus ideas —manifestó—. Pero, en fin, no tiene nada de malo y, como el mismo Poirot dice, nos ahorrará infinitas molestias y cavilaciones. Yo mismo sigo el rastro, he prometido dejarle hacer las cosas a su manera. ¡Ah! Ya están aquí esos señores.

Llegó primero Su Señoría acompañando a *mistress* Mallaby, a la que yo no conocía aún. Era una linda morena y parecía estar nerviosa. Les siguieron los Davidson.

También vi a Chris Davidson por vez primera. Era un guapo mozo, esbelto y moreno, que poseía los modales graciosos y desenvueltos del verdadero actor.

Poirot dispuso que tomasen todos asiento delante de la pantalla, que estaba iluminada por una luz brillante. Luego apagó las luces y la habitación quedó, a excepción de la pantalla, totalmente sumida en tinieblas.

—Señoras, caballeros, permítanme unas palabras de explicación. Por la pantalla van a pasar por turno seis figuras que les son familiares: Pierrot y su Pierrette; Polichinela, el bufón, y la elegante Polichinela; la bella Colombina, coqueta y seductora, y Arlequín, el invisible para los hombres.

Y tras estas palabras de introducción comenzó la comedia. Cada una de las figuras mencionadas por Poirot surgieron en la pantalla, permanecieron en ella un momento en pose y desaparecieron. Cuando se encendieron las luces sonó un suspiro general de alivio. Todos los presentes estaban nerviosos, temerosos, sabe Dios de qué. Si el criminal estaba en medio de nosotros y Poirot esperaba que confesase a la

sola presencia de una figura familiar, la estratagema había ya fracasado evidentemente, puesto que no se produjo. Sin embargo, no se descompuso, sino que avanzó un paso, con el rostro animado.

—Ahora, señoras y señores —dijo—, díganme, uno por uno, qué es lo que han visto.

¿Quiere empezar, milord?

Este caballero quedó perplejo.

—Perdón, no le comprendo —dijo.

—Dígame nada más qué es lo que ha visto.

—Ah, pues… he visto pasar por la pantalla a seis personas vestidas como los personajes de la vieja Comedia italiana, o sea, como la otra noche.

—No pensemos en la otra noche, milord —le advirtió Poirot—. Sólo quiero saber lo que ha visto. *Madame*, ¿está de acuerdo con lord Cronshaw?

Se dirigía a *mistress* Mallaby.

—Sí, naturalmente.

—¿Cree haber visto seis figuras que representan a los personajes de la Comedia italiana?

—Sí, señor.

—¿Y usted, *Monsieur* Davidson?

—Sí.

—¿Y *madame*?

—Sí.

—¿Hastings? ¿Japp? ¿Sí? ¿Están ustedes completamente de acuerdo?

Poirot nos miró uno a uno; tenía el rostro pálido y los ojos verdes tan claros como los de un gato.

—¡Pues debo decir que se equivocan todos ustedes! —exclamó—. Sus ojos mienten… como mintieron la otra noche en el baile de la Victoria. Ver las cosas con los propios ojos, como vulgarmente se dice, no es ver la verdad. Hay que ver con los ojos del entendimiento; hay que servirse de las pequeñas células grises. ¡Sepan, pues, que lo mismo esta noche que la noche del baile vieron sólo cinco figuras, no seis! ¡Miren ustedes!

Volvieron a apagarse las luces. Y una figura se dibujó en la pantalla: ¡Pierrot!

—¿Quién es? ¿Pierrot, no es eso? —preguntó Poirot con acento severo.

—Sí —gritamos todos a la vez.

—¡Miren otra vez!

Con un rápido movimiento el actor se despojó del vestido suelto de Pierrot y en su lugar apareció, resplandeciente, ¡arlequín!

—¡Maldito sea! ¡Maldito sea! —exclamó la voz de Davidson—. ¿Cómo lo ha adivinado?

A continuación sonó el ¡clic! de las esposas y la voz serena, oficial, de Japp, que decía:

—Le detengo, Cristóbal Davidson, por el asesinato del vizconde Cronshaw. Todo lo que pueda decir se utilizará como acusación en contra.

Un cuarto de hora después cenábamos. Poirot, con el rostro resplandeciente, se multiplicaba, hospitalario, respondía de buena gana a nuestras múltiples y continuas preguntas.

—Todo ha sido muy simple. Las circunstancias en que se halló el pompón verde sugería, al punto, que había sido arrancado del vestido de máscara del asesino. Yo alejé a Pierrette del pensamiento, ya que se necesita de una fuerza considerable para clavar un cuchillo de mesa en el pecho de un hombre, y me fijé en Pierrot. Pero éste había salido del baile dos horas antes de verificarse el crimen. De manera que si no regresó al baile para matar a lord Cronshaw pudo matarle antes de marchar. ¿Era esto posible? ¿Quién había visto a lord Cronshaw después de la hora de la cena? Sólo *mistress* Beltane cuyo testimonio, lo sospecho, fue falso; una mentira deliberada para explicar la desaparición del pompón, que, naturalmente, quitó de su traje de máscara para reemplazar el que su marido perdió. A Arlequín se le vio a la una y media en un palco. También ésta fue una representación. Yo pensé primero en míster Davidson como presunto culpable. Pero era imposible, dado lo complicado de su traje, que hubiera doblado los papeles de Arlequín y de Polichinela. Por otra parte, siendo míster Davidson un joven de la misma edad y estatura que la víctima, así como un actor profesional, la cosa no podía ser más simple.

»No obstante me preocupaba el médico. Porque ningún médico profesional puede dejar de darse cuenta de que existe una diferencia entre una persona que sólo hace diez minutos que ha muerto y la que lleva difunta dos horas. ¡Eh bien! ¡El doctor se había dado cuenta! Sólo que como al colocarle delante del cadáver no se le preguntó “¿Cuánto hace que ha muerto?”, sino que, por el contrario, se le comunicó que estaba con vida diez minutos antes, guardó silencio. Pero en la investigación habló de la rigidez anormal de los miembros del cadáver, ¡que no se explicaba!

»Todo concordaba, pues, con mi teoría. Hela aquí: Davidson mató a Cronshaw inmediatamente después de la cena, o sea, después de volver con él, como recordarán ustedes, al comedor. A continuación acompañó a *miss* Courtenay a casa, dejándola a la puerta del piso en vez de entrar para tratar de calmarla como declaró, y volviendo a escape al Colossus, pero no ya vestido de Pierrot, sino de Arlequín, simple transformación que efectuó en menos de lo que se tarda en contarlo.

El actual lord Cronshaw miró perplejo al detective.

—Si fue así —dijo—, Davidson debió ir al baile dispuesto a matar a mi sobrino. ¿Por qué? Nos falta descubrir el motivo y yo no acierto a adivinarlo.

—¡Ah! Aquí tenemos la segunda tragedia, la de *miss* Courtenay. Existe un punto sencillo de referencia que hemos pasado por alto. *Miss* Courtenay murió después de tomar una doble dosis de cocaína… pero la habitual estaba en la cajita que se encontró sobre el cuerpo de lord Cronshaw. ¿De dónde sacó entonces la droga que la mató?

Únicamente una persona pudo proporcionársela: Davidson. Y el hecho lo explica todo.

Su amistad con los Davidson, su petición a Cristóbal de que la acompañase a casa.

Lord Cronshaw era enemigo acérrimo, casi fanático, de los estupefacientes. Por ello al descubrir que su novia tomaba cocaína sospechó que era Davidson quien se la proporcionaba. El actor lo negó, pero lord Cronshaw sonsacó a *miss* Courtenay en el baile y le arrancó la verdad. Podía perdonar a la desventurada muchacha, pero no duden ustedes que no hubiera tenido piedad del hombre que tenía como medio de vida el tráfico de los estupefacientes. Si llegaba a descubrirse esto era inminente su ruina y por ello acudió al Colossus dispuesto a procurarse, a cualquier precio, el silencio de lord Cronshaw.

—Entonces ¿fue casual la muerte de Cocó?

—Sospecho que fue un accidente que provocó hábilmente el mismo Davidson. Ella estaba furiosa con el lord, ante todo por sus reproches, después por haberle quitado la cajita de cocaína. Davidson le proporcionó más y probablemente le sugeriría que tomase una dosis mayor como desafío «al viejo Cronsh».

—¿Cómo descubrió usted que había en el comedor una cortina? —pregunté yo.

—¡Toma! ¡*Mon ami*! Si no puede ser más fácil… Recuerde que los camareros entraron y salieron de él sin ver nada sospechoso. De esto se deducía que el cadáver no estaba entonces tendido en el suelo. Tenía forzosamente que estar oculto en cualquier parte y por ello se me ocurrió que debía ser detrás de una cortina. Davidson arrastró el cadáver hasta allí y más adelante, después de llamar la atención en el palco, lo sacó y abandonó definitivamente el baile. Este paso fue uno de los más hábiles que dio. ¡Es muy listo!

Pero en los ojos verdes de Poirot leí lo que no osaba expresar:

¡No tan listo, sin embargo, como Hércules Poirot!

La aventura de la cocinera

(The Adventure of the Clapham Cook).

En la época en que compartía mi habitación con Hércules Poirot contraje el hábito de leerle, en voz alta, los epígrafes del Daily Blare, diario de la mañana.

Este periódico sabía sacar siempre un gran partido de los sucesos del día para crear sensación. A sus páginas asomaban a la luz pública, robos y asesinatos. Y los grandes caracteres de sus títulos herían la vista ya desde la primera página.

He aquí varios ejemplos:

«Empleado de una casa de Banca que huye con unas acciones negociables cuyo valor es de cincuenta mil libras». «Marido que mete la cabeza en un horno de gas para escapar a la mísera vida de familia». «Mecanógrafa desaparecida. Era una hermosa muchacha de veinte años». «¿Dónde se halla Edna Field?».

—Vea, Poirot. Aquí tiene dónde escoger. ¿Qué prefiere: un huidizo empleado de Banca, un suicidio misterioso o una muchacha desaparecida?

Pero mi amigo, que estaba de buen humor, movió la cabeza.

—No me atrae ninguno de esos casos, *mon ami* —dijo—. Hoy me inclino por una existencia sosegada. Sólo la solución de un problema interesante me movería a levantarme de este sillón. Tengo que atender a asuntos particulares más importantes.

—¿Como, por ejemplo…?

—Mi guardarropa. Me ha caído una mancha, una sola, Hastings, en el traje nuevo y me preocupa. Luego tengo que dejar en poder de Keatings el abrigo de invierno. Y me parece que voy a recortarme el bigote antes de aplicarle la pomada.

—Bueno, ahí tiene un cliente —dije después de asomarme a mirar por la ventana —. Creo que no va a poder poner en obra tan fantástico programa. Ya suena el timbre.

—Pues si no se trata de un caso excepcional —repuso Poirot con visible dignidad — que no piense ni por asomo que voy a encargarme de él.

Poco después irrumpió en nuestro santa sanctórum una señora robusta, de rostro colorado, que jadeaba a causa de su rápida ascensión por la escalera.

—¿Es usted Hércules Poirot? —preguntó dejándose caer en una silla.

—Sí, *madame*. Soy Hércules Poirot.

—¡Hum! Qué poco se parece usted al retrato que me habían hecho… —repuso la recién llegada mirándole con cierto desdén—. ¿Ha pagado el artículo encomiástico en que se habla de su talento, o lo escribió el periodista por su cuenta y riesgo?

—¡*Madame*! —dijo incorporándose a medias mi amigo.

—Usted perdone, pero ya sabe lo que son los periódicos de hoy en día. Comienza usted a leer un bello artículo titulado: «Lo que dice la novia a la amiga fea», y al final descubre que se trata del anuncio de una perfumería que desea despachar determinada marca de champú. Todo es bluf. Pero no se ofenda, ¿eh?, que voy al grano.

Deseo que busque a mi cocinera, que ha desaparecido.

Poirot tenía la lengua expedita, mas en esta ocasión no acertó a hacer uso de ella y miraba a la visitante, desconcertado. Yo me volví para disimular una sonrisa.

—No sé por qué se entretiene hoy la gente en meter ideas extravagantes en la cabeza de los sirvientes —siguió diciendo la señora—. Les ilusionan con el señuelo de la mecanografía y qué sé yo más. Pero como digo: basta de estratagemas. Me gustaría saber de qué pueden quejarse mis criados que no sólo tienen permiso para salir entre semana, sino también los domingos alternos y festivos, que no tienen que lavar ni tomar margarina porque no la hay en casa. Yo uso siempre mantequilla superior.

—Temo que comete una equivocación, *madame*. Yo no dirijo ninguna investigación encaminada a averiguar las condiciones actuales del servicio doméstico. Soy detective particular.

—Ya lo sé —repuso nuestra visitante—. Ya he dicho que deseo que busque a mi cocinera, que salió de casa el miércoles pasado, sin decir una palabra, y que no ha regresado.

—Lo siento, *madame*, pero yo no trato de esta clase de asuntos. Le deseo muy buenos días.

La visitante lanzó un resoplido de indignación.

—¿Sí, buen amigo? ¿Conque es usted orgulloso, verdad? ¿Conque sólo trata de secretos de Estado y de las joyas de las condesas? Pues permítame que le diga que una sirvienta tiene tanta importancia como una tiara para una mujer de mi posición. No todas podemos ser señoras elegantes, de coche, cargadas de brillantes y perlas. Una buena cocinera es una buena cocinera, pero cuando se la pierde representa tanto para una como las perlas para cualquier dama de la aristocracia.

La dignidad de Poirot libró batalla con su sentido del humor; finalmente volvió a sentarse y se echó a reír.

—Tiene razón, *madame*; era yo el equivocado: sus observaciones son justas e inteligentes. Este caso constituirá para mí una novedad, porque aún no había andado a la caza de una doméstica desaparecida. Éste es, precisamente, el problema de importancia nacional que yo le pedía a la suerte cuando llegó usted. *¡En avant!* Dice usted que la cocinera salió el miércoles de su casa y que todavía no ha vuelto a ella. Y el miércoles fue anteayer…

—Sí, era su día de salida.

—Pues, probablemente, *madame*, habrá sufrido un accidente. ¿Ha preguntado ya en los hospitales?

—Pensaba hacerlo ayer, pero esta mañana me ha mandado a pedir el baúl, ¡sin ponerme cuatro líneas siquiera! Si hubiera estado yo en la casa le aseguro que no la hubiera dejado marchar así. Pero había ido a la carnicería.

—¿Quiere darme sus señas?

—Se llama Elisa Dunn y es de edad madura, gruesa, de cabello negro canoso y de aspecto respetable.

—¿Habían reñido ustedes antes?

—No, señor. Y esto es lo raro del caso.

—¿Cuántos criados tiene, *madame*?

—Dos. Annie, la doncella, es una buena muchacha. Es olvidadiza y tiene la cabeza algo a pájaros, pero es buena sirvienta siempre que se esté encima de ella.

—¿Se avenían ella y la cocinera?

—En general sí, aunque tenían sus altercados de vez en cuando.

—¿Y la doncella no puede arrojar alguna luz sobre el misterio?

—Dice que no, pero ya conoce usted a los sirvientes, se tapan unos a otros.

—Bien, bien, ya veremos esto. ¿Dónde reside, *madame*?

—En Clapham; Albert Road, número 88.

—Bien, *madame*, le deseo muy buenos días y cuente con verme en su residencia en el curso del día.

Luego *mistress* Todd, que así se llamaba la nueva clienta, se despidió de nosotros.

Poirot me miró con cierta rudeza.

—Bien, bien. Hastings, éste es un caso nuevo. ¡La desaparición de una cocinera!

¡Seguramente que el inspector Japp no habrá oído jamás cosa parecida!

A continuación calentó una plancha y con ella quitó, con ayuda de un trozo de papel de estraza, la mancha de grasa del nuevo traje gris. Dejando con sentimiento para otro día el arreglo de los bigotes marchamos en dirección a Clapham.

Prince Albert Road demostró ser una calle de pocas casas, todas exactamente iguales, con ventanas ornadas de cortinas de encajes y llamadores de brillante latón en las puertas.

Al pulsar el timbre del número 88 nos abrió la puerta una bonita doncella, vestida pulcramente. *Mistress* Todd salió al vestíbulo para saludarnos.

—No se vaya, Annie —exclamó—. Este caballero es detective y desea dirigirle a usted algunas preguntas.

El rostro de Annie reveló la alarma y una excitación agradable.

—Gracias, *madame* —dijo Poirot haciendo una pequeña reverencia—. Me gustaría interrogar a su doncella ahora y sin testigos.

Nos introdujeron en un saloncito, y cuando se fue *mistress* Todd, a disgusto, comenzó Poirot el interrogatorio.

—*Voyons, mademoiselle* Annie, todo cuanto nos explique revestirá la mayor importancia. Sólo usted puede arrojar alguna luz sobre nuestro caso y sin su ayuda no haremos nada.

La alarma se desvaneció del semblante de la doncella y la agradable excitación se hizo más patente.

—Esté seguro, señor, de que diré todo lo que sé.

—Muy bien —dijo Poirot con el rostro resplandeciente—. Ante todo, ¿qué opina usted? Porque posee una inteligencia notable. ¡Se ve enseguida! ¿Cuál es su explicación de la desaparición de Elisa?

Animada de esta manera, Annie se dejó llevar de una verbosidad abundante.

—Se trata de los esclavistas blancos, señor. Lo he dicho siempre. La cocinera me ponía siempre en guardia contra ellos. «Por caballeros que te parezcan —me decía—, no olfatees ningún perfume ni comas ningún dulce de los que te ofrezcan». Éstas fueron sus palabras. Y ahora se han apoderado de ella, estoy segura. Han debido llevársela a Turquía o a uno de esos lejanos lugares de Oriente donde, según se dice, gustan de las mujeres entradas en carnes.

—Pero en tal caso, y es admirable su idea, ¿hubiera mandado a buscar el baúl?

—Bien, no lo sé, señor. Pero supongo que aun en aquellos lugares exóticos, necesitará ropa.

—¿Quién vino a buscar el baúl? ¿Un hombre?

—Carter Peterson, señor.

—¿Lo cerró usted?

—No, señor. Ya estaba cerrado y atado.

—¡Ah! Es interesante. Eso demuestra que cuando salió el miércoles de casa estaba ya decidida a no volver a ella. Se da cuenta de esto, ¿no?

—Sí, señor —Annie pareció sorprenderse—. No había caído en ello. Pero aun así puede tratarse de los esclavistas, ¿no cree? —agregó con tristeza.

—¡Claro! —dijo gravemente Poirot—. ¿Duermen ustedes en una misma habitación?

—No, señor. En distintas habitaciones.

—¿Le había dicho Elisa si estaba descontenta de su puesto actual? ¿Se sentían felices las dos aquí?

—La casa es buena —replicó Annie titubeando—. Ella nunca habló de que pensara dejarla.

—Hable con franqueza. No se lo diré a la señora —dijo Poirot con acento afectuoso.

—Bien, la señora es algo difícil, naturalmente. Pero la comida es buena. Y abundante. Se come caliente a la hora de la cena, hay buenos entremeses y se nos da mucha carne de cerdo. Yo estoy segura de que aunque hubiera querido cambiar de casa, Elisa no se hubiera marchado así. Hubiera dado un mes de tiempo a la señora; sobre todo porque de lo contrario no hubiera cobrado el salario.

—¿Y el trabajo es muy duro?

—Bueno, la señora es muy meticulosa y anda buscando siempre polvo por todos los rincones. Además hay que cuidar del alojado, del huésped, como a sí mismo se llama.

Pero únicamente desayuna y cena en casa, como el amo. Los dos pasan el día en la City.

—¿Le es simpático el amo?

—Sí, es bueno, muy callado y algo picajoso.

—¿Recuerda, por casualidad, lo último que dijo Elisa antes de salir de casa?

—Sí, lo recuerdo. Dijo: «Esta noche cenaremos una loncha de jamón con patatas fritas. Y luego, melocotón en conserva». Se moría por los melocotones.

—¿Salía regularmente los miércoles?

—Sí, ella los miércoles y yo los jueves.

Poirot dirigió todavía a Annie varias preguntas y luego se dio por satisfecho. Annie se marchó y entró *mistress* Todd con el rostro iluminado por la curiosidad. Estaba algo resentida, estoy seguro, de que la hubiéramos hecho salir de la habitación durante nuestra conversación con Annie. Poirot se cuidó, no obstante, de aplacarla con tacto.

—Es difícil —explicó— que una mujer de inteligencia tan excepcional como la suya, *madame*, soporte con paciencia el procedimiento que nosotros, pobres detectives, tenemos que emplear. Porque tener la paciencia con la estupidez es difícil para las personas de entendimiento vivo.

Habiendo sido disipado el resentimiento que *mistress* Todd pudiera albergar, hizo recaer la conversación sobre el marido y obtuvo la información de que trabajaba para una firma de la City y de que no llegaría hasta las seis a casa.

—Este asunto debe traerle preocupado e inquieto, ¿no es así?

—Oh, él no se preocupa por nada —declaró *mistress* Todd—. «Bien, bien, toma otra, querida». Esto es todo lo que dijo. Es tan tranquilo que en ocasiones me saca de quicio: «Es una ingrata. Vale más que nos desembaracemos de ella».

—¿Hay otras personas en la casa, *mistress* Todd?

—¿Se refiere a míster Simpson, el realquilado? Pues tampoco se preocupa de nada mientras se le dé de desayunar y de cenar.

—¿Cuál es su profesión, *madame*?

—Trabaja en un Banco.

Mistress Todd mencionó el nombre y yo me sobresalté recordando la lectura del Daily Blare.

—¿Es joven?

—Tiene veintiocho años. Es muy simpático.

—Me gustaría poder hablar con él y también con su marido, si no tienen inconveniente. Volveré por la tarde. Entretanto, le aconsejo que descanse, *madame*. Parece fatigada.

Poirot murmuró unas palabras de simpatía y nos despedimos de la buena señora.

—Es una coincidencia curiosa —observé—, pero Davis, el empleado fugitivo, trabajaba en la misma casa de Banca que Simpson. ¿Qué le parece, existir alguna relación entre las dos personas?

Poirot sonrió.

—Coloquemos en un extremo al empleado poco escrupuloso y en el otro a la cocinera desaparecida. Es difícil hallar relación entre ambas personas a menos que si Davis visitaba a Simpson se hubiera enamorado de la cocinera y la convenciera de que le acompañase en su huida.

Yo reí, pero Poirot conservó la seriedad.

—Pudo escoger peor. Recuerde, Hastings, que cuando se va camino del destierro, una buena cocinera puede proporcionar más consuelo que una cara bonita. —Hizo una pausa momentánea y luego continuó—: Éste es un caso de los más curiosos, lleno de hechos contradictorios. Me interesa, sí, me interesa extraordinariamente.

Por la tarde volvimos a la calle Prince Albert, número 88, y entrevistamos a Todd y a Simpson. Era el primero un melancólico caballero, de unos cuarenta años.

—¡Ah, sí, sí, Elisa! Era una buena cocinera, mujer muy económica. A mí me gusta la economía.

—¿Alcanza a comprender por qué les dejó a ustedes de manera tan repentina?

—Verá: los criados son así —repuso con un aire vago—. Mi mujer se disgusta por todo.

»Le agota la preocupación constante. Y el problema es muy sencillo en realidad. Yo le digo: “Busca otra, querida. Busca otra cocinera. ¿De qué sirve llorar por la leche derramada?”.

Mister Simpson se mostró igualmente vago. Era un joven taciturno, poco llamativo, que usaba gafas.

—Era una mujer madura. Sí, la conocía. La otra es Annie, muchacha simpática y servicial.

—¿Sabe si se llevaban bien?

Mister Simpson lo suponía. No podía asegurarlo.

—Bueno, no hemos obtenido ninguna noticia interesante, *mon ami* —me dijo Poirot cuando salimos de la casa después de volver a escuchar de labios de *mistress* Todd la explicación, ampliada, de lo ocurrido, que conocíamos desde por la mañana.

—¿Está decepcionado porque esperaba saber algo nuevo? —dije.

—Hombre, siempre existe una posibilidad, naturalmente —repuso Poirot—. Pero tampoco lo creí probable.

Al día siguiente recibió una carta que leyó, rojo de indignación, y me entregó después.

—*Mistress* Todd —decía— lamenta tener que prescindir de los servicios de *Monsieur* Poirot, ya que después de hablar con su marido se da cuenta de lo innecesario que es llamar a un detective para la solución de un problema de índole doméstica. *Mistress* Todd le incluye una guinea como retribución a su consulta…

—¡Ajá! —exclamó mi amigo lleno de cólera—. ¿Será posible que crean que van a desembarazarse de mí, Hércules Poirot, con tanta facilidad? Como favor, un gran favor, consentí en investigar ese asunto tan miserable y mezquino y me despiden, *comme ça?* Aquí anda, o mucho me engaño, la mano de míster Todd. Pero ¡no y mil

veces no! Gastaré veinte, treinta guineas, si fuere preciso, hasta llegar al fondo de la cuestión.

—Sí. Pero ¿cómo?

Poirot se calmó un poco.

—*D'acord* —contestó—; pondremos un anuncio en los periódicos. Un anuncio que diga, sobre poco más o menos… sí, eso es: «Si Elisa Dunn quiere molestarse en darnos su dirección le comunicaremos algo que le interesa mucho». Insértelo en los periódicos de mayor circulación, Hastings. Entretanto, verificaré algunas pesquisas. Vaya, vaya, ¡no hay tiempo que perder!

No volví a verle hasta la tarde, en que se dignó referirme en un corto espacio de tiempo lo que había estado haciendo.

—He hecho averiguaciones en la casa donde trabaja míster Todd. Tiene buen carácter y no faltó al trabajo el miércoles por la tarde. Tanto mejor para él. El martes, Simpson cayó enfermo y no fue al Banco, pero sí estuvo también el miércoles por la tarde. Era amigo de Davis, pero no muy amigo. De modo que no hay novedades por ese lado. Confiemos en el anuncio.

Éste apareció en los principales periódicos de la ciudad. Las órdenes de Poirot eran que siguiera apareciendo por espacio de una semana. Su ansiedad en este caso, tan poco interesante, de la desaparición de una cocinera, era extraordinaria, pero me di cuenta de que consideraba cuestión de honor perseverar hasta obtener el éxito. En esta época se le ofreció la solución de otros casos, más atrayentes, pero se negó a encargarse de ellos. Todas las mañanas abría precipitadamente la correspondencia y luego dejaba las cartas con un suspiro. Pero nuestra paciencia obtuvo su recompensa al fin. El miércoles que sucedió a la visita de *mistress* Todd la patrona nos anunció a una visitante que decía llamarse Elisa Dunn.

—¡En fin! —exclamó Poirot—. Dígale que suba. Enseguida. Inmediatamente.

Al verse así incitada, la patrona salió a escape y poco después reapareció seguida de *miss* Dunn. Nuestra mujer era tal y como nos la habían descrito: alta, vigorosa, enteramente respetable.

—He leído su anuncio, y por si existe alguna dificultad vengo a decirles lo que ignoran; que ya he cobrado la herencia.

Poirot, que la observaba con atención, tiró de una silla y se la ofreció con un saludo.

—Su ama, *mistress* Todd —explicó—, se sentía inquieta. Temía que hubiera sido víctima de un accidente realmente serio.

Elisa Dunn pareció sorprenderse mucho.

—Entonces, ¿no ha recibido mi carta? —interrogó.

—No. —Poirot hizo una pausa y luego dijo con acento persuasivo—: Ea, cuéntenos lo ocurrido.

Y Elisa, que no necesitaba que se la incitase a ello, inició al punto una larga explicación.

—Al volver el miércoles por la tarde a casa, y cuando casi me hallaba delante de la puerta, me salió al paso un caballero. «*Miss* Elisa Dunn, ¿estoy en lo cierto?», preguntó. «Sí, señor», respondí. «Acabo de preguntar por usted en el número 88 y me han dicho que no tardaría en llegar. *Miss* Dunn, he venido de Australia, dispuesto a dar con su paradero. ¿Cuál era el apellido de soltera de su madre?». «Jane Ermott».

«Precisamente. Bien, pues, aun cuando usted lo ignore, *miss* Dunn, su abuela tenía una amiga muy querida que se llamaba Elisa Leech. Esta muchacha se expatrió, se fue a Australia, y allí contrajo matrimonio con un hombre acaudalado. Sus dos hijos murieron en la infancia y ella heredó la propiedad de su marido. Ha muerto hace unos meses y le deja a usted en herencia una casa y una considerable cantidad de dinero».

«La noticia me impresionó tanto que hubieran podido derribarme con una pluma —prosiguió *miss* Dunn—. Además, de momento, aquel hombre me inspiró recelos, de lo que se dio cuenta, porque dijo sonriendo: Veo que es prudente, y hace bien en ponerse en guardia, pero mire mis credenciales». Me entregó una carta y una tarjeta de los señores Hurts y Crotchet, notarios de Melbourne. Él era míster Crotchet. «La difunta le impone dos condiciones para que pueda percibir la herencia (era algo excéntrica, ¿comprende?). Primero debe tomar posesión de su casa de Cumberland mañana a mediodía; luego, cláusula menos importante, no debe prestar servicios domésticos». Yo quedé consternada. «Pero, míster Crotchet, soy cocinera», dije. «¿No se lo han dicho en casa?». «¡Caramba, caramba! No tenía la menor idea de semejante cosa. Creí que era aya o señorita de compañía. Es muy sensible, muy sensible, desde luego».

«¿Quiere decir que deberé renunciar a esta fortuna?», pregunté con la ansiedad que pueden ustedes suponer.

Mister Crotchet se paró a reflexionarlo un instante. «*Miss* Dunn —dijo después—, siempre existe un medio de burlar la Ley, y nosotros, los hombres de leyes, lo sabemos. Lo mejor es que haya usted salido a primera hora de la tarde de la casa en que sirve». «Pero ¿y mi mes?», interrogué. «Mi querida *miss* Dunn —repuso el abogado con una sonrisa—. Usted puede libremente dejar a su ama si renuncia al pago de sus servicios. Ella comprenderá en vista de las circunstancias. Aquí lo esencial es el tiempo. Es imperativo que tome usted el tren de las once y cinco en King’s Cross para dirigirse al norte. Yo le adelantaré diez libras para que pueda tomar el billete y para que pueda enviar unas líneas desde la estación a su señora. Se las llevaré yo mismo y le explicaré el caso».

Naturalmente me avine a ello y una hora después me hallaba en el tren tan aturdida que no sabía dónde tenía la cabeza. Cuando llegué a Carlisle empecé a pensar que había sido víctima de una de esas jugarretas de que nos hablan los periódicos.

Pero las señas que se me habían dado eran, en efecto, de unos abogados que me pusieron en posesión de la herencia, es decir, de una casita preciosa y de una renta de

trescientas libras anuales. Como dichos abogados sabían poquísimos detalles, se limitaron a darme a leer la carta de un caballero de Londres en que se les ordenaba que me pusieran en posesión de la casa y de ciento cincuenta libras para los primeros seis meses. Míster Crotchet me envió la ropa, pero no recibí la respuesta de *mistress* Todd. Yo supuse que debía estar enojada y que envidiaba mi racha de buena suerte. Se quedó con mi baúl y me envió la ropa en paquetes. Pero si no le entregaron mi carta es muy natural que esté resentida.

Poirot había escuchado con atención tan larga historia y movió la cabeza, como si estuviese satisfecho.

—Gracias, *mademoiselle*. En este asunto ha habido, como dice muy bien, una pequeña confusión. Permítame que le recompense la molestia. —Poirot le puso un sobre cerrado en la mano—. ¿Piensa volver a Cumberland enseguida? Una palabrita al oído: No se olvide de guisar. Siempre es útil tener algo con qué contar cuando van mal las cosas.

—Esa mujer es crédula —murmuró Poirot cuando partió la visitante—, pero no más crédula que las personas de su clase. —Su rostro adoptó una expresión grave—. Vamos, Hastings, no hay tiempo que perder. Llame un taxi mientras estribo unas líneas a Japp.

Cuando volví con el taxi encontré a Poirot esperándome.

—¿Adónde vamos? —pregunté con viva curiosidad.

—Primero a despachar esta carta por medio de un mensajero.

Una vez hecho esto, Poirot dio unas señas al taxista.

—Calle Prince Albert, número 88, Clapham.

—Conque, ¿nos dirigimos allí?

—*Mais oui*. Aunque si he de serle franco temo que lleguemos tarde. Nuestro pájaro habrá volado, Hastings.

—¿Quién es nuestro pájaro?

—El desvaído míster Simpson —replicó Poirot, sonriendo.

—¡Qué! —exclamé.

—Vamos, Hastings, no diga que no lo ve claro ahora.

—Supongo que se ha tratado de alejar a la cocinera —observé, algo picado—. Pero ¿por qué? ¿Por qué deseaba Simpson alejarla de la casa? ¿Es que sabía algo?

—Nada.

—¿Entonces…?

—Deseaba algo que tenía ella.

—¿Dinero? ¿El legado de Australia?

—No, amigo mío. Algo totalmente distinto. —Poirot hizo una pausa y dijo gravemente—: Un baulito deteriorado.

Yo le miré de soslayo. La respuesta me pareció tan absurda que sospeché por un momento que trataba de burlarse de mí. Pero estaba perfectamente grave y serio.

—Pero digo yo —exclamé— que, de querer uno, podía adquirirlo.

—No necesitaba uno nuevo. Deseaba uno usado.

—Poirot, esto pasa de la raya —exclamé—. ¡No me tome el pelo!

El detective me miró.

—Hastings, usted carece de la inteligencia y de la habilidad de míster Simpson —repuso—. Vea cómo se desarrollaron los acontecimientos: el miércoles por la tarde, sirviéndose de una estratagema, Simpson aleja de casa a la cocinera. Lo mismo una postal impresa que el papel timbrado son fáciles de adquirir y además se desprende con gusto de ciento cincuenta libras, así como de un año de alquiler de la finca de Cumberland, para asegurar el éxito de sus planes. *Miss* Dunn no le reconoce: el sombrero, la barba, el leve acento extranjero, la confunden y desorientan por completo.

Y así se da fin al miércoles… si pasamos por alto el hecho trivial, en apariencia: el de haberse apoderado Simpson de cincuenta mil libras en acciones.

—¡Simpson! ¡Pero si fue Davis!

—Déjeme proseguir, Hastings. Simpson sabe que el robo se descubriría el jueves por la tarde y no va el jueves al Banco, se queda en la calle a esperar a Davis, que debe salir a la hora de comer. Es posible que se hable del robo que ha cometido y que prometa a Davis la devolución de las acciones. Sea como sea, logra que el muchacho le acompañe a Clapham. La casa está vacía porque la doncella ha salido, ya que es su día libre, y *mistress* Todd está en la subasta. De modo que cuando, más adelante, se descubra el robo y se eche a Davis de menos, ¡se le acusará de haber sustraído las acciones! Míster Simpson se sentirá para entonces seguro y podrá volver al trabajo a la mañana siguiente como empleado fiel a quien todos conocen.

—Pero ¿y Davis?

Poirot hizo un gesto expresivo y meneó la cabeza.

—Así, a sangre fría, parece increíble. Sin embargo, no le encuentro al hecho otra explicación, *mon ami*. La única dificultad con que tropieza siempre el animal es la de desembarazarse de su víctima. Pero Simpson lo ha planeado de antemano. A mí me llamó la atención el hecho siguiente: ya recordará que cuando Elisa salió de casa, pensaba volver a ella por la noche, de aquí su observación acerca de los melocotones en conserva. Sin embargo, su baúl estaba cerrado y atado cuando fueron a buscarlo.

Simpson fue quien pidió a Carter Peterson que pasara el viernes, de modo que fue Simpson quien ató el baúl el jueves por la tarde. ¿Quién iba a sospechar de un hecho tan natural y corriente? Una sirvienta que se despide de la casa en que sirve manda a por su baúl, que ya está cerrado, y con una etiqueta que lleva probablemente las señas de una estación cercana. El sábado por la tarde, Simpson, con su disfraz de colono australiano, reclama el baúl, le pone un nuevo rótulo y lo manda a un sitio «donde permanecerá hasta que manden por él». Así cuando las autoridades, recelosas, ordenen que sea abierto, ¿a quién se culpará del crimen cometido? A un colonial barbudo que lo facturó desde una estación vecina a la de Londres y por consiguiente

que no tendrá la menor relación con el número 88 de la calle Prince Albert de Clapham.

Los pronósticos de Poirot resultaron ciertos. Simpson había salido de la casa de los Todd dos días antes, pero no escaparía a las consecuencias de su crimen. Con la ayuda de la telegrafía sin hilos fue descubierto, camino de América, en el Olimpia.

Un baúl de metal que ostentaba el nombre de míster Henry Wintergreen atrajo la atención de los empleados de la estación de Glasgow y al ser abierto se halló en su interior el cadáver del infortunado Davis.

El talón de una guinea que *mistress* Todd regaló a Poirot no se cobró jamás. Poirot le puso un marco y lo colgó de la pared de nuestro salón.

—Me servirá de recuerdo, Hastings —dijo—. No desprecie nunca lo trivial, lo menos digno. Repare que en un extremo está una doméstica desaparecida… y en el otro un criminal de sangre fría. ¡Para mí, éste ha sido el más interesante de los casos en que he intervenido!

El misterio de Cornwall

(The Cornish Mystery).

—*Mistress* Pengelley —anunció nuestra patrona. Y se retiró discretamente.

Por regla general personas de toda índole acuden a visitar a Poirot, pero, en mi opinión, la mujer que se detuvo, nerviosa, junto a la puerta manoseando la boa de plumas, era de las más vulgares. Representaba unos cincuenta años, era delgada, de rostro marchito, vestía un traje sastre y sobre los cabellos grises se había puesto un sombrero que no la favorecía. En una capital de provincia pasamos todos los días por delante de muchas *mistress* Pengelley.

Poirot, que se dio cuenta de su visible confusión, la acogió con agrado, avanzando unos pasos.

—*Madame*, siéntese, por favor. Mi colega, el capitán Hastings.

La señora tomó asiento murmurando:

—¿Es usted *Monsieur* Poirot, el detective?

—Sí, señora. A su disposición.

La visitante suspiró, se retorció las manos, se puso colorada.

—¿Puedo servirle en algo, *madame*?

—Sí, señor… Creo… Me pareció que…

—Continúe, *madame*, por favor.

Mistress Pengelley se dominó mediante un esfuerzo de voluntad al verse animada por mi amigo.

—El caso es, *Monsieur* Poirot… que no quisiera tener nada que ver con la policía. ¡No, no pienso acudir a ella por nada del mundo! Pero al mismo tiempo… me tiene preocupada. Sin embargo, no sé si debo…

Mistress Pengelley calló bruscamente.

—Yo no tengo nada que ver con la policía —le aseguró Poirot—. Mis investigaciones son estrictamente particulares.

Mistress Pengelley se aferró a la palabra.

—Particularmente, eso es. Es lo que deseo. No quiero habladurías, ni comentarios, ni sueltos en los periódicos. Porque cuando la Prensa desbarra, las pobres familias ya no vuelven a levantar la cabeza. Además de que no estoy segura… Se trata de una idea, una idea terrible que se me ha ocurrido y que no me deja en paz. —Hizo una pausa para cobrar aliento y luego siguió diciendo—: No quisiera juzgar mal al pobre Edward… mas suceden cosas tan terribles hoy día.

—Permítame… ¿Edward es su marido?

—Sí.

—¿Qué es lo que sospecha?

—No quisiera tener que decirlo, *Monsieur* Poirot, pero como todos los días suceden cosas parecidas y los desgraciados ni siquiera sospechan…

Yo comenzaba a desesperar de que la pobre señora se decidiera a hablar claro, pero la paciencia de Poirot era inagotable.

—Explíquese sin temor, *madame*. Verá cómo se alegra cuando le demostremos que sus recelos carecen de fundamento.

—Es muy cierto. Además de que cualquier cosa será mejor que esta espantosa incertidumbre. *Monsieur* Poirot, temo que… ¡me están envenenando!

—¿Qué le induce a creerlo?

Una vez superada la reticencia de *mistress* Pengelley se metió en una intrincada serie de explicaciones más propias para los oídos de un médico, que para los nuestros de índole policíaca.

—Conque dolor y malestar después de las comidas, ¿no es eso? —dijo Poirot pensativo—. ¿La ha visitado un médico, *madame*? ¿Qué dice?

—Dice que tengo una gastritis aguda. Pero he reparado en su inquietud, en su perplejidad. Cambia continuamente de medicamentos, pero ninguno me sienta bien.

—¿Le ha hablado de… sus temores?

—No, *Monsieur* Poirot. No quiero que se divulgue la noticia. Quizá sea realmente una gastritis lo que padezco. De todas maneras es raro que en cuanto se va Edward de casa todos los fines de semana, vuelva a sentirme bien. Incluso Freda, mi sobrina, se ha fijado en ello. Luego hay lo de la botella del veneno para las malas hierbas, casi vacía, a pesar de que asegura el jardinero que no se utiliza.

Mistress Pengelley miró con expresión suplicante a Poirot que sonrió para tranquilizarla, mientras tomaba papel y lápiz.

—Vamos a ser prácticos, *madame* —dijo—. ¿Dónde residen ustedes?

—En Polgarwith, pequeña ciudad de Cornwall.

—¿Hace tiempo que habitan en esa ciudad?

—Catorce años.

—Usted y su marido ¿son los únicos habitantes de la casa? ¿Tienen ustedes hijos?

—No.

—Pero ¿sí una sobrina?

—Sí, Freda Stanton, hija de la única hermana de Edward. Ha vivido con nosotros por espacio de ocho años, o sea hasta la semana pasada.

—¡Oh! ¿Qué pasó en esa semana?

—Pues la verdad es que no sé qué le pasó a Freda. Se mostraba ruda, impertinente, cambiaba con frecuencia de humor hasta que un día, después de uno de sus desahogos, salió de casa y alquiló habitaciones en otra calle de la población. Desde entonces no he vuelto a verla. Vale más esperar a que recupere el sentido común, como dice míster Radnor.

—¿Quién es míster Radnor?

Parte del embarazo inicial de *mistress* Pengelley reapareció.

—Oh, pues, es un amigo. Un muchacho muy agradable.

—¿Existe alguna clase de relación entre él y su sobrina?

—En absoluto —dijo *mistress* Pengelley con marcado énfasis.

Poirot pasó a un terreno más positivo.

—¿Están usted y su marido en buena posición?

—Sí, gozamos de una posición bastante buena.

—¿El capital es suyo o de él?

—Es todo de Edward. Yo no poseo nada mío.

—Para ser prácticos, *madame*, compréndalo, tenemos que ser brutales. ¡Tenemos que buscar un motivo, porque no creo que su marido la esté envenenando sólo *pour passer le temps*! ¿Sabe si tiene alguna razón para desear quitarla a usted de en medio?

—¡Oh, una arpía de cabellos rubios! —dijo *mistress* Pengelley dejándose llevar de un arrebato de cólera—. Mi marido es dentista, *Monsieur* Poirot, y como ayudanta dice que no hay nada como una muchacha despierta, de cabello rizado y delantal blanco para atraer a la clientela. Y a pesar de que jura lo contrario, yo sé que la acompaña muchas veces.

—¿Quién pidió la botella del veneno, *madame*?

—Mi marido… hará cosa de un año.

—¿Tiene su sobrina dinero propio?

—Una renta de unas cincuenta libras al año sobre poco más o menos. Si yo se lo permitiera, volvería con gusto a gobernarle la casa a Edward.

—Entonces, ¿usted ha pensado en dejarle?

—Yo no pretendo dejarle para que se salga con la suya. Las mujeres ya no somos esclavas ni toleramos que se nos ponga el pie encima, *Monsieur* Poirot.

—La felicito por ese espíritu independiente, *madame*; pero seamos prácticos. ¿Piensa volver hoy a Polgarwith?

—Sí, vine aquí de excursión. El tren salió de allá a las seis de la mañana y volverá a las cinco de la tarde.

—¡Bien! De momento no tengo mayor cosa que hacer. Puedo dedicarme a este pequeño *affaire*. Mañana llegaremos a Polgarwith. Diremos que aquí, el amigo Hastings, es un pariente lejano, el hijo de un primo segundo, ¿le parece bien? Y que yo soy un amigo algo excéntrico. Entretanto coma únicamente lo que preparen sus manos o se haga bajo su dirección. ¿Tiene una doncella de confianza?

—Sí. Jessie es buena chica, estoy segura.

—Entonces, hasta mañana, *madame*. Valor.

Poirot acompañó a la señora hasta la puerta y volvió pensativo a instalarse en su sillón. Sin embargo, su absorción no era tan profunda que no reparara en dos plumitas arrancadas de la boa de plumas de *mistress* Pengelley por la agitada señora. Las cogió con cuidado y las echó a la papelera.

—Bueno, Hastings —me preguntó—. ¿Qué deduce de lo que acaba de escuchar?

—¡Hum! Nada bueno —respondí.

—Sí, si lo que sospecha la señora es cierto. Pero ¿lo es? Hoy en día ningún marido puede pedir así como así una botella de matahierbas. Si su mujer padece de

gastritis y además posee un temperamento histérico, la carne estará en el asador.

—¿Así cree usted que sólo se trata de eso?

—*Ah, Voilà*… No lo sé, Hastings. Pero el caso me interesa enormemente aunque en verdad no es nuevo. De aquí que haya hablado del histerismo aun cuando *mistress* Pengelley no me parece muy histérica. Sí, o mucho me engaño o tenemos aquí un drama intenso y muy humano. Dígame, Hastings, ¿cuáles son a su manera de ver los sentimientos que su marido inspira a la buena señora?

—La fidelidad en lucha con el miedo —sugerí.

—Sí, de ordinario una mujer acusará a todo el mundo… menos… a su marido. Se aferrará a su fe en él contra viento y marea.

—Pero «la otra» vendrá a complicar las cosas…

—Sí, bajo el acicate de los celos, el amor puede transformarse en odio. Pero el odio la movería a acudir a la policía, no a mí. Querría armar un escándalo y que todo el mundo se enterara. No, no, utilicemos las células grises. ¿Por qué ha venido a buscarme? ¿Para que le demuestre que sus sospechas son infundadas o para que las confirme? Ah, tenemos aquí el factor desconocido, algo que no comprendo. ¿Es nuestra *mistress* Pengelley una actriz estupenda? No, era sincera, juraría que era sincera y por ello me interesa. Haga el favor de mirar en la Guía de Ferrocarriles el horario de los tres.

El que más nos convenía era el de la 1:50 que llegaba a Polgarwith poco después de las 2. El viaje se verificó sin obstáculos y salí de una agradable siestecilla para bajar al andén de una pequeña y oscura estación. Nos dirigimos con nuestras maletas al Duchy Hotel y, después de tomar una cena ligera, mi amigo sugirió que fuéramos a hacer una visita a mi supuesta prima.

La casa de los Pengelley se hallaba algo distante de la carretera y tenía delante un jardín de un estilo pasado de moda. La brisa nos trajo el perfume de diversas flores.

Parecía imposible asociar ideas de violencia a aquel encanto tan propio de pasadas épocas. Poirot llamó al timbre y luego con los nudillos, pero nadie contestó a su llamada. Entonces volvió a pulsar el timbre. Después de una corta pausa, nos abrió una doncella desmelenada, con los ojos colorados, que resollaba con fuerza.

—Deseamos ver a *mistress* Pengelley —explicó Poirot—. ¿Podemos pasar?

La doncella se nos quedó mirando fijamente. Con una franqueza poco usual replicó luego:

—Entonces, ¿no saben la novedad? *Mistress* Pengelley ha fallecido. Hace media hora, poco más o menos, que ha dejado de existir.

Nosotros la miramos, aturdidos.

—¿De qué ha muerto? —pregunté después.

—No lo sé. Pero les aseguro que si no fuera porque no quiero dejar a mi pobre señora sola, haría la maleta y saldría de aquí esta misma noche. Claro que no puedo dejarla, porque no tiene a nadie que la vele. No soy la que debe hablar, pero todo el mundo lo sabe. La noticia corre por toda la ciudad. Si míster Radnor no escribe al

secretario del Home Office, otro lo hará. El médico dirá lo que quiera. Yo he visto con estos ojos que se ha de comer la tierra, cómo cogía el señor de su estante la botella matahierbas. Al ver que yo le miraba dio un salto, pero la señora tenía la sopa, ya hecha, encima de la mesa. Le aseguro que mientras permanezca en esta casa no probaré bocado ni bebida de ninguna clase aunque me muera de hambre.

—¿Dónde vive el médico que visitó a la señora?

—Es el doctor Adams. Vive ahí, a la vuelta de la esquina, en la High Street. Es la segunda casa.

Poirot le volvió bruscamente la espalda. Estaba muy pálido.

—La muchacha no quería abrir la boca, pero ha hablado de más —observé secamente.

—He sido un imbécil, Hastings, un criminal. Me alabo de mi inteligencia y he dejado perder una vida humana, una vida que vino a mí para que la salvara. Pero, la verdad, no se me ocurrió pensar que sucedería esto tan pronto. ¡Que el buen Dios me perdone!

Pero la historia de *mistress* Pengelley me pareció falsa… Bueno, ahí está la casa del doctor. Veremos lo que nos dice.

El doctor Adams era el típico médico de aldea, de mejillas sonrosadas. Nos recibió cortésmente, pero a la sola insinuación de lo que allí nos llevaba se puso muy colorado.

—¡Es una tontería! ¡Es una tontería! —exclamó—. Yo he llevado el caso y sé muy bien que *mistress* Pengelley padecía una gastritis, una gastritis, pura y sencillamente. En esta ciudad se murmuraba mucho, existe un grupo de viejas que, cuando se reúnen, inventan sólo Dios sabe qué infundios. Claro, leen periódicos o revistas truculentas y luego suponen que en Polgarwith se envenena también a la gente. En cuanto ven una botella de matahierbas se les dispara la imaginación. Conozco a fondo a Edward Pengelley y sé que es incapaz de matar a una rata. ¿Quieren ustedes decirme para qué iba a envenenar a su mujer? Realmente no veo el motivo.

—Lo ignoramos. Pero existen hechos que usted desconoce —manifestó Poirot.

Muy brevemente le explicó a continuación los hechos más relevantes de la visita de *mistress* Pengelley. El doctor Adams se quedó atónito. Los ojos se le saltaban de las órbitas.

—¡Dios nos asista! —exclamó—. Esa pobre mujer estaba loca. ¿Por qué no se confió a mí? ¿No era lo más natural?

—Quizá temió que se riera usted de sus temores.

—Nada de eso. Yo tengo unas ideas amplias.

Poirot sonrió. El médico estaba más trastornado de lo que quería confesar. Cuando salimos de su casa, Poirot se echó a reír.

—Es tan testarudo como una mula —observó—. Ha dicho gastritis y gastritis tiene que ser. Sin embargo, no está tranquilo.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Volver al hotel y pasar una mala noche en sus lechos provincianos, *mon ami*. ¡No hay nada tan temible como una habitación económica en Inglaterra!

—¿Y mañana…?

—*Rien a faire*. Volvamos en el primer tren a la ciudad y esperemos.

—Eso es muy cómodo. ¿Y si no pasase nada?

—Pasará, se lo prometo. Nuestro buen doctor hará su certificado, pero las malas lenguas no callarán. Y digo a usted que no hablarán sin motivo.

Nuestro tren salía a las once de la mañana siguiente. Antes de dirigirnos a la estación, sin embargo, Poirot expresó el deseo de ver a *miss* Freda Stanton, la sobrina de la que nos había hablado la difunta. No nos costó trabajo dar con la casa. La hallamos en compañía de un joven alto, moreno, a quien con cierta confusión nos presentó bajo el nombre de míster Jacob Radnor.

Miss Freda Stanton era una muchacha muy bonita y tenía el tipo propio de Cornwall, de ojos y cabellos oscuros y rosadas mejillas. Aquellas negras pupilas brillaban a veces con un fuego que hubiera sido temerario provocar.

—¡Pobre tía! —dijo cuando después de presentarnos Poirot le explicó el motivo de nuestra presencia allí—. ¡Es muy lamentable lo ocurrido! Toda la mañana me digo que ojalá hubiera sido más amable y más paciente con ella.

—Bastante paciencia tuviste, Freda —interrumpió míster Radnor.

—Sí, Jacob, pero tengo el genio vivo, lo sé. Después de todo la tía se ponía un poco tonta solamente. Yo debí reírme de su tontería y no darle importancia. Figúrese que se le metió en la cabeza que el tío la estaba envenenando porque se ponía peor cada vez que él le daba la comida. Claro, se ponía peor a fuerza de pensar en aquello.

—¿Cuál fue la causa de su desavenencia con usted, *mademoiselle*?

Miss Stanton titubeó y miró a Radnor. El caballero fue rápido en coger al vuelo la insinuación.

—Freda, me marcho —dijo—. Ya te veré por la tarde. ¡Adiós, caballeros! ¿Se dirigían ustedes seguramente a la estación?

Poirot replicó que así era, en efecto, y Radnor se marchó.

—Están ustedes prometidos, ¿verdad? —preguntó Poirot con sonrisa taimada.

Freda Stanton se ruborizó.

—Esto era lo que en realidad disgustaba a la tía —confesó.

—¿No aprobaba su elección?

—Oh, no es que no la aprobara. Es que… —La muchacha calló de pronto.

—Diga —dijo animándola Poirot.

—Ha muerto y no quisiera empañar su memoria, pero, como si no se lo digo no se hará cargo de lo ocurrido… La tía estaba prendada de Jacob.

—¿De veras?

—Sí; ¿no es absurdo? Pasaba de los cincuenta y él no ha cumplido los treinta, pero así es. Por ello cuando dije que venía por mí se portó muy mal. En un principio

se negó a creerlo y estuvo tan ruda y tan insultante que no tiene nada de extraño que me dejara llevar de un arrebato. Hablé con Jacob y convinimos que lo mejor era que yo me marchara hasta que se le pasara la tontería. ¡Pobre tía! Su estado era muy particular.

—Así parece. Gracias, *mademoiselle,* por su bondad al aclarar las cosas.

Me sorprendió ver a Radnor que nos esperaba pacientemente en la calle.

—Adivino lo que Freda les ha contado —dijo—; fue un hecho muy embarazoso para mí, como ya comprenderán, y no necesito decir que yo no tuve la culpa de todo lo ocurrido. Primero imaginé que la pobre señora se mostraba amable para ayudar a Freda, pero… su actitud era absurda y extraordinariamente desagradable.

—¿Cuándo piensan contraer matrimonio usted y *miss* Stanton?

—Pronto, confío en ello. Ahora, *Monsieur* Poirot, voy a serle franco. Sé algo más de lo que sabe mi prometida. Ella cree que su tío es inocente. Yo no estoy tan seguro. Pero le diré una cosa: que pienso mantener la boca cerrada. Los perros duermen, ¡que sigan durmiendo! No deseo ver juzgado y condenado al tío de mi mujer.

—Aunque nadie lo confiesa somos egoístas, míster Radnor. Haga lo que usted guste, pero también yo voy a serle franco: creo que no servirá de nada.

—¿Por qué no?

Poirot levantó un dedo. Era día de mercado y cuando pasamos por delante de él oímos dentro un murmullo continuo.

—La voz del pueblo, míster Radnor… Ah, corramos, no sea que perdamos el tren.

—Muy interesante, ¿verdad, Hastings? —dijo Poirot al salir el tren, silbando, de la estación.

Había sacado un peine de bolsillo, luego un espejo microscópico, y se peinaba con cuidado el bigote, cuya simetría había alterado nuestra carrera.

—Veo que a usted se lo parece —respondí—. Para mí es sórdido y desagradable y ni siquiera encierra ningún misterio.

—Convengo en que el caso no tiene nada de misterio.

—¿Cree usted en lo que esa muchacha nos ha contado del enamoramiento extraordinario de su tía? ¿No será un cuento? Porque *mistress* Pengelley me pareció una mujer muy simpática y respetable.

—No veo en ello nada de extraordinario, al contrario, es muy vulgar. Si lee los periódicos con atención se dará cuenta de que no es infrecuente que una mujer decente que ha vivido al lado de su marido por espacio de veinte años y que tiene también una familia, los abandona para unir su vida a la de un hombre muchísimo más joven.

Usted admira a *les femmes*, Hastings; se postra de hinojos ante las que son hermosas y tiene el buen gusto de mirarlas con la sonrisa en los labios; pero psicológicamente las desconoce por completo. En el otoño de la vida de una mujer es justamente cuando llega siempre para ella el mal momento, un momento de locura, en

que anhela vivir una novela, una aventura, antes de que sea demasiado tarde. Y lo mismo sucede a la respetable esposa de un dentista de provincia.

—Así, ¿usted opina…?

—Que todo hombre hábil puede aprovecharse de dicho momento.

—Yo no me atrevería a llamar hábil a Pengelley —murmuré—. Toda la población murmura de él. Sin embargo, creo que tiene usted razón. Radnor y el doctor, las dos únicas personas que saben algo, desean acallar esos rumores. Él ha conseguido esto, desde luego. Me hubiera gustado conocerle.

—Pues puede salirse con la suya. Vuelva en el próximo tren y dígale que le duele una muela.

Yo le dirigí una mirada penetrante.

—Quisiera saber por qué juzga tan interesante el caso.

—Despertó mi interés una observación suya, Hastings. Después de entrevistar a la doncella dijo usted que había hablado demasiado a pesar de no querer abrir la boca.

—Lo que me extraña es que no haya usted querido ver a míster Pengelley.

—*Mon ami*, le concedo tres meses de tiempo. Luego le veremos todo lo que guste… en el juicio.

Yo creí esta vez que Poirot iba desencaminado porque transcurrió el tiempo sin que supiéramos nada de nuestra casa de Cornwall. Otros asuntos requirieron entretanto nuestra atención y comenzaba a olvidar la tragedia Pengelley cuando me la recordó un párrafo del periódico en el que se comunicaba al público que el secretario de Home Office había dado orden de que se inhumase el cadáver de *mistress* Pengelley.

Poco después el «misterio de Cornwall», como se le denominaba, era el tópico de todos los periódicos. Por lo visto la murmuración no cesó nunca del todo en Polgarwith y cuando el viudo Pengelley anunció su compromiso oficial con *miss* Marks, su ayudante, las lenguas se movieron con inaudita vivacidad. Finalmente, se envió una petición al secretario del Home Office y se exhumó el cadáver; se descubrieron en sus vísceras grandes cantidades de arsénico; se detuvo y acusó a míster Pengelley de la muerte de su mujer.

Poirot y yo asistimos a la investigación preliminar. Las declaraciones fueron muy numerosas. El doctor Adams admitió que los síntomas del envenenamiento por arsénico pueden confundirse fácilmente con los síntomas de una gastritis; el perito del Home prestó declaración; Jossie, la doncella, dejó escapar por su boca una avalancha de informes incoherentes, muchos de los cuales se rechazaron, pero algunos otros confirmaron la culpabilidad del preso. Jacob Radnor declaró que el día de la muerte de *mistress* Pengelley, al llegar él inesperadamente a la casa sorprendió a míster Pengelley en el acto de colocar la botella de veneno en un estante y que el plato de sopa de *mistress* Pengelley se hallaba sobre una mesa vecina. Luego se llamó a *miss* Marks, la rubia ayudante, que llorando, presa de un ataque de histerismo, manifestó que míster Pengelley había prometido que se casaría con ella en el caso de

que le sucediera algo a su mujer. Pengelley se reservó la defensa y quedó pendiente de la llamada a juicio.

Jacob Radnor volvió con nosotros a nuestro departamento.

—Ya ve, señor mío, cómo tenía yo razón —dijo Poirot—. La voz del pueblo ha sonado… con firmeza. No le ha servido en absoluto de nada pretender ocultar lo ocurrido.

—Sí, tiene razón —suspiró Radnor—. ¿Qué opina? ¿Cómo saldrá de ésta míster Pengelley?

—Como se ha reservado la defensa, es muy posible también que se haya reservado algún triunfo en la manga, como dicen ustedes, los ingleses. ¿Quiere subir un momento con nosotros?

Radnor aceptó la invitación. Yo pedí a la patrona dos vasos de *whisky* con soda y una taza de chocolate.

—Naturalmente —seguía diciendo Poirot— que tengo ya experiencia en esta clase de asuntos. Por ello sólo veo una salida para nuestro hombre.

—¿Cuál?

—La de que firme usted este papel.

Y con la agilidad de un conspirador, mi amigo se sacó del bolsillo una hoja de papel cubierta de caracteres de escritura.

—¿Qué es eso?

—La confesión escrita de que fue usted el que asesinó a *mistress* Pengelley.

Hubo un momento de silencio y después Radnor rió.

—¡Usted está loco!

—No, no, amigo mío, no lo estoy. Usted vino aquí; usted inició un pequeño negocio; usted estaba falto de dinero. Míster Pengelley es hombre acaudalado; usted conoció a su sobrina y le cayó en gracia. Por ello pensó desembarazarse del tío y de la tía; luego *miss* Stanton heredaría, puesto que era su única pariente. ¡Qué hábilmente lo planeó todo! Usted hizo el amor a la pobre mujer, entrada en años, fea, vulgar, hasta que la convirtió en una esclava. Usted implantó en su espíritu dudas relativas a su marido.

Primero descubrió que la engañaba, luego bajo su inspiración, que trataba de envenenarla. Usted hacía frecuentes visitas a la casa y por ello tuvo ocasión de poner veneno en sus alimentos. Pero cuidó de no hacer esto nunca cuando el marido estaba ausente. Como era mujer, *mistress* Pengelley no supo reservarse sus sospechas, sino que habló de ellas a su sobrina; y ésta, no cabe dudarlo, a algunos amigos. La sola dificultad que se le ofrecía a usted era mantener relaciones por separado con las dos mujeres y aun esto no era tan fácil como a primera vista parecía. Usted explicó a la tía que, para no despertar las sospechas del marido tenía que hacerle el amor a la sobrina.

Y la señorita no tardó en convencerse de que no podía considerar en serio a su tía como una rival.

Pero, sin decir nada, *mistress* Pengelley decidió entonces venir a consultarme. Si podía asegurarme, sin lugar a duda, de que su marido pretendía envenenarla, estaría muy justificado que le abandonara y que uniera su vida a la de usted… que es lo que imaginaba que usted quería. Pero a usted no le convenía eso. Tampoco quería que un detective le vigilara. Estaba usted en casa de los Pengelley cuando el marido le llevó un plato de sopa a su mujer e introdujo en él la dosis fatal. El resto es bien simple.

Usted deseaba, aparentemente, acallar toda sospecha, pero las fomentaba en secreto.

¡No contaba con Hércules Poirot, mi inteligente y joven amigo!

Radnor estaba mortalmente pálido. Sin embargo, trató todavía de aparentar serenidad para imponerse a la situación.

—Es usted muy ingenioso e interesante —comentó—. ¿Por qué me cuenta todo eso?

—Porque represento a *mistress* Pengelley, no a la Ley. Y en bien de ella voy a darle una ocasión de escapar. Firme este papel y le concederé veinticuatro horas de tiempo antes de ponerlo en manos de la policía.

Radnor titubeaba.

—Usted no puede demostrar nada.

—¿Lo cree así? Recuerde que soy Hércules Poirot. Mire, *Monsieur*, por la ventana.

¿Ve en la calle dos hombres aposentados? Pues tienen orden de no perderle de vista.

Radnor se acercó a la ventana y descorrió un visillo. Enseguida retrocedió, profiriendo un juramento.

—¿Lo ve, *Monsieur*? Firme, aproveche la ocasión.

—Pero ¿qué garantía puede darme de que…?

—¿Mantendré mi promesa? La palabra de Hércules Poirot. ¿Firma? Bueno.

Hastings, descorra a medias ese visillo. Es la señal de que debe dejarse marchar a míster Radnor sin molestarle.

Radnor se apresuró a salir, mascullando juramentos, con el rostro blanco. Poirot inclinó la cabeza.

—¡Es un cobarde! Lo sabía.

—Se me figura —dije furioso—, que su actuación ha sido criminal. Usted predica siempre que no hay que dejarse llevar de los sentimientos. Sin embargo, deja huir a un criminal peligroso por puro sentimentalismo.

—No, por pura necesidad —repuso Poirot—. ¿No ve, amigo mío, que no poseo ninguna prueba de su culpabilidad? ¿Quiere que me coloque ante doce obtusos naturales de Cornwall para contarles lo que he averiguado? Se reirían de mí. No he podido hacer más de lo que acaba de ver: atemorizar a ese hombre y arrancarle una confesión. Esos desocupados de la calle me han sido muy útiles. Vuelva a correr el

visillo, ¿quiere, Hastings? Ya no necesitamos tenerlo descorrido. Formaba parte de la *mise en scene*.

»Bien, bien, hagamos ahora honor a nuestra palabra. ¿Dije veinticuatro horas, no es eso? Tanto peor para míster Pengelley. No merece otra cosa, porque la verdad es que engañaba a su mujer. Y yo soy paladín de la vida de familia, como ya sabe. Bien, veinticuatro, ¿y después? Tengo gran fe en Scotland Yard. ¡Le cogerán, *mon ami*, le cogerán!

Las aventuras de Johnnie Waverly

(The Adventure of Johnnie Waverly).

—Tiene que comprender los sentimientos de una madre —repitió la señora Waverly, quizá por sexta vez y mirando suplicante a Poirot.

Nuestro pequeño amigo, siempre comprensivo ante una madre apurada, trató de tranquilizarla con un gesto.

—Pues claro, claro; la comprendo perfectamente. Confíe en Papá Poirot.

—La policía… —comenzó a decir el señor Waverly.

Su esposa despreció la interrupción.

—Yo no quiero saber nada más de la policía. ¡Confiamos en ellos, y mira lo que ha ocurrido! Pero he oído hablar tanto del señor Poirot y de las cosas tan maravillosas que ha realizado, que presiento que él tal vez pueda ayudarnos. Los sentimientos de una madre…

Poirot, con un gesto elocuente, se apresuró a evitar otra repetición. La emoción de la señora Waverly era auténtica, y contrastaba con su carácter duro y áspero. Cuando supo que era la hija de un importante fabricante de aceros de Birmingham que se había abierto camino en la actual posición, comprendió que había heredado muchas de las cualidades paternas.

El señor Waverly era un hombre grandote y jovial. De pie y con las piernas muy separadas tenía todo el aspecto de un campesino hacendado.

—Supongo que está enterado de todo, ¿verdad, señor Poirot?

La pregunta era casi superflua. Durante varios días los periódicos publicaron amplias informaciones acerca del sensacional rapto del pequeño Johnnie Waverly, de tres años de edad y heredero de Marcus Waverly, Waverly Court, Surrey, una de las familias más antiguas de Inglaterra.

—Desde luego, conozco los detalles más importantes, pero le ruego que vuelva a contarme toda la historia, *Monsieur*, y sin olvidarse de nada, por favor.

—Bien. Creo que el principio de todo esto fue la carta anónima que recibí hace diez días… (¡qué desagradables son los anónimos!) y que no tenía ni pies ni cabeza. El que escribía me exigía la entrega de veinticinco mil libras, veinticinco mil libras señor Poirot. Me amenazaba con raptar a Johnnie en caso contrario. Naturalmente, arrojé el anónimo al cesto de los papeles. Cinco días después recibí otra carta por el estilo: «Si no paga, su hijo será secuestrado el veintinueve». Eso fue el veintisiete. Ada estaba muy alarmada, pero yo no quise tomar en serio el asunto. ¡Maldita sea!, estamos en Inglaterra. Nadie va por ahí raptando niños para conseguir un rescate.

—Desde luego, no es muy corriente —repuso Poirot—. Continúe, *Monsieur*.

—Bien. Ada no me dejaba en paz… de modo que, aunque considerándolo una tontería, puse el caso en manos de Scotland Yard. No parecieron tomarlo muy en serio, inclinándose a pensar como yo, que debía tratarse de una broma. El día

veintiocho recibí la tercera carta. «No ha pagado. Su hijo será raptado mañana a las doce del mediodía. Y su rescate le costará cincuenta mil libras». Volví a Scotland Yard. Esta vez parecieron algo más impresionados. Se inclinaban a pensar que aquellas cartas fueron escritas por un lunático, y que era probable que a la hora señalada hubiera algún intento de secuestro. Me aseguraron que tomarían todas las precauciones para evitarlo. El inspector McNeil con las fuerzas convenientes irían a Waverly a la mañana siguiente para cuidar de ello.

»Volví a casa mucho más tranquilo. No obstante, di orden de que no dejaran entrar a ningún extraño, y de que nadie saliera sin mi consentimiento. Transcurrió la tarde sin novedad, más a la mañana siguiente mi esposa se encontraba seriamente enferma.

»Asustado, envié a buscar al doctor Darkens. Al parecer, los síntomas que apreció le sumieron en un mar de confusiones y pude comprender lo que pasaba por su mente.

»Me aseguró que la enferma no corría peligro, pero que tardaría uno o dos días en restablecerse. Al volver a mi habitación tuve la sorpresa de encontrar una nota prendida en mi almohada escrita con la misma letra que las otras y conteniendo sólo tres palabras: «A las doce».

—Confieso, señor Poirot, que en aquellos momentos lo vi todo rojo. Alguien que vivía en mi propia casa tenía que ver en ello. Reuní a todos los criados y les puse de vuelta y media. Nunca se acusan unos a otros; fue la señora Collins, dama de compañía de mi esposa, quien me informó de que había visto a la niñera de Johnnie salir de casa a primeras horas de la mañana. La atosigué a preguntas y confesó. Había dejado al niño con otra de las doncellas para ir a ver a… un hombre. ¡Así van las cosas! Negó haber prendido la nota en mi almohada… Es posible que dijera la verdad; no lo sé. Me di cuenta de que no podía correr el riesgo de que la propia niñera formara parte del complot. Uno de los criados estaba complicado en él. Al fin, perdido el dominio de mis nervios, los despedí a todos, incluyendo a la *nurse*. Les di una hora para recoger sus cosas y salir de la casa.

El rostro, ya de por sí encarnado del señor Waverly, se puso dos veces más rojo al recordar su pasado arrebato.

—¿No fue algo imprudente, *Monsieur*? —sugirió Poirot—. Porque de ese modo pudo usted ayudar a sus enemigos con toda efectividad.

—No se me ocurrió —dijo el señor Waverly mirando con fijeza al detective—. Mi intención era que se fueran todos. Telegrafié a Londres para que enviaran nuevo servicio aquella misma tarde. Entretanto, sólo había dos personas en la casa en quienes poder confiar: la secretaria de mi esposa, *miss* Collins, y Tredwell, el mayordomo, que ha estado conmigo desde que yo era niño.

—Y esa señorita Collins, ¿cuánto tiempo lleva con ustedes?

—Sólo un año —repuso la señora Waverly—. Es una secretaria incomparable y también ha resultado un ama de llaves muy eficiente.

—¿Y la niñera?

—La tenemos desde hace seis meses. Presentó inmejorable referencia. De todas formas, nunca me agradó a pesar de que Johnnie la adoraba.

—Sin embargo, creo que cuando ocurrió la catástrofe ya se había marchado. Señor Waverly, ¿quiere tener la bondad de continuar?

El señor Waverly se apresuró a obedecer.

—El inspector McNeil llegó a eso de las diez y media. Entonces los criados ya se habían marchado, y se declaró muy satisfecho con los arreglos hechos. Había dejado varios hombres apostados en el parque, guardando todas las entradas que pudieran llevar hasta la casa y me aseguró que si todo aquello era una burla cogería al misterioso corresponsal.

«Fui a buscar a Johnnie y con el inspector nos refugiamos en una habitación que llamamos la Cámara del Consejo. El inspector cerró la puerta con llave. Hay un gran reloj y las manecillas señalaban casi las doce. No puedo negar que estaba más nervioso que un gato. De pronto el reloj comenzó a sonar y yo estreché a Johnnie contra mi pecho. Tenía la sensación de que el secuestrador iba a caer del techo. Al dar la última campanada se oyó una gran conmoción fuera… gritos y carreras. El inspector abrió la ventana y el sargento se acercó corriendo».

«—Ya lo tenemos, señor —jadeó—. Estaba oculto entre los arbustos».

«Salimos corriendo a la terraza, donde dos agentes sujetaban a un individuo mal vestido que se debatía en un vano afán de escapar. Uno de los policías estaba abriendo un paquete que acababa de quitar al prisionero. Contenía un poco de algodón hidrófilo y una botella de cloroformo. Aquello me hizo arder la sangre. Había además una nota dirigida a mí. La abrí: decía lo siguiente: “Debió haber pagado. Ahora el rescatar a su hijo le costará cincuenta mil libras. A pesar de todas sus precauciones, ha sido secuestrado a las doce del veintinueve, como yo le dije”».

Solté una risotada de alivio, pero al mismo tiempo oí el ruido de un motor de automóvil y un grito. Volví la cabeza. Por la avenida y en dirección a South Lodge corría un coche gris chato y largo a toda velocidad. El conductor fue quien gritó, pero no era eso lo que me hizo estremecer de horror, sino la vista de los rizos rubios de Johnnie, que estaba sentado a su lado.

«El inspector lanzó una maldición».

«—El niño estaba aquí hace sólo un minuto —exclamó repasándonos con la vista».

Todos nosotros estábamos aquí, yo, Tredwell, la señorita Collins.

«—¿Cuándo le vio usted por última vez, señor Waverly?» —me preguntó.

«Traté de recordar. Cuando el sargento nos llamó, salí corriendo con el inspector, olvidando a Johnnie. Y entonces oímos un sonido que nos sobresaltó, el de las campanas del reloj del pueblo. El inspector extrajo de su bolsillo el suyo con una exclamación. Eran exactamente las doce. Como impulsados por un resorte, corrimos

a la Cámara del Consejo; el reloj marcaba la hora y diez minutos. Alguien lo había adelantado deliberadamente, porque nunca se adelanta o atrasa. Es un reloj perfecto».

El señor Waverly hizo una pausa. Poirot, sonriente, enderezó con el pie una alfombrita que aquel padre nervioso había ladeado.

—Un problema muy grave, oscuro y encantador —murmuró el detective—. Lo investigaré con sumo placer. La verdad es que fue planeado… *merveille*.

La señora Waverly le miró con reproche.

—Pero ¿y mi hijo…? —gimoteó.

Poirot se apresuró a modificar la expresión de su rostro y darle de nuevo expresión de simpatía.

—Está a salvo, señora, y no ha sufrido el menor daño. Le aseguro que esos malandrines le cuidarán muy bien. ¿No ve que para ellos es el plato… no, la gallina de los huevos de oro?

—Señor Poirot, le aseguro que sólo cabe hacer una cosa… pagar. Al principio opinaba lo contrario… ¡pero ahora…! Los sentimientos de una madre…

—Pero hemos interrumpido la historia de *Monsieur* —se apresuró a explicar el detective.

—Supongo que el resto debe conocerlo perfectamente ya gracias a los periódicos —repuso el señor Waverly—. Claro que el inspector McNeil avisó inmediatamente por teléfono dando la descripción del automóvil y del hombre, y al principio pareció que todo iba a terminar bien, ya que un coche de las mismas características, con un hombre y un niño, fue visto en varios pueblos, marchando, al parecer, con rumbo a Londres. Se detuvieron en cierto lugar y pudieron observar que el niño lloraba y estaba muy asustado y temeroso de su acompañante. Cuando el inspector McNeil me anunció que habían detenido aquel automóvil y a sus ocupantes, casi me pongo enfermo de la alegría. Ya sabe lo que ocurrió luego. El niño no era Johnnie y el hombre era un automovilista empedernido, muy aficionado a los niños, que había recogido a un pequeñuelo en las calles de Edenswell, un pueblo situado a quince millas de nosotros, y le estaba dando un paseo. Gracias a la estúpida seguridad de la policía, todos los demás rastros habían desaparecido. De no haber perseguido con tanta insistencia a aquel coche equivocadamente, hubiera podido encontrar al niño.

—Cálmese, *Monsieur*. La policía es un Cuerpo de hombres inteligentes y arriesgados. Su error fue muy natural, ya que el ardid estaba muy bien tramado. Y en cuanto al hombre que capturaron en el parque, tengo entendido que su declaración ha consistido en una negativa constante. Insiste en que la nota y el paquete le fueron entregados para ser llevados a Waverly Court. El hombre que se lo dio, le pagó con un billete de diez chelines, prometiéndole otros diez si lo entregaba exactamente a las doce menos diez. Tenía que acercarse a la casa por el parque y llamar a la puerta lateral.

—No creo ni una sola palabra —declaró la señora Waverly con valor—. Es una sarta de mentiras.

—*En verité* es una historia bastante floja —dijo Poirot, pensativo—. Pero por ahora no han conseguido sacarle nada más. Tengo entendido que también hizo cierta acusación.

Miró interrogadoramente al señor Waverly, que volvió a enrojecer.

—Ese individuo tiene la pretensión de que Tredwell es el hombre que le dio el paquete. «Sólo que ahora se ha afeitado el bigote». ¡Tredwell, que ha nacido en mi hacienda…!

Poirot sonrió ligeramente ante la indignación del hidalgo campesino.

—No obstante, usted mismo sospecha que alguien íntimamente ligado a su casa tiene que ser cómplice del rapto.

—Sí, pero no Tredwell.

—¿Y usted, señora? —preguntó Poirot volviéndose de improviso hacia la dama.

—No pudo ser Tredwell quien le diera el paquete… si es que alguien lo hizo, cosa que no creo… Ese hombre dice que se lo dieron a las diez, y a las diez Tredwell se hallaba con mi esposo en el salón de fumar.

—¿Pudo distinguir el rostro del hombre que conducía el automóvil, *Monsieur*?

—Estaba demasiado lejos para poder verle la cara.

—¿Sabe si Tredwell tiene algún hermano?

—Tuvo varios, pero han muerto todos. Al último lo mataron en la guerra.

—Todavía no estoy muy familiarizado con los parques de Waverly Court. Dice usted que el automóvil iba en dirección a South Lodge. ¿Hay alguna otra entrada?

—Sí; la que llamamos East Lodge.

—Es extraño que nadie viera entrar el coche en el parque.

—Existe un derecho de paso por un camino que da acceso a la capilla. Muchos vehículos pasan por ahí. Ese hombre debió detener el coche en un lugar conveniente y correr hasta la casa precisamente cuando se acababa de dar la alarma y toda la atención estaba concentrada en otra parte.

—A menos que ya estuviera dentro de la casa —susurró Poirot—. ¿Hay algún sitio donde pudo esconderse con seguridad?

—Bueno, cierto es que no registramos de antemano la casa. No lo consideré necesario. Supongo que pudo haberse escondido en cualquier parte, pero ¿quién pudo dejarle entrar en la casa?

—Ya llegaremos a eso más tarde. Cada cosa a su tiempo… y seamos metódicos.

¿Existe algún escondite especial en la casa? Waverly Court es una mansión antigua, y algunas veces estos lugares tienen «agujeros secretos», como se les llama.

—¡Cielos, existe un agujero secreto! Se entra por uno de los paneles del vestíbulo.

—¿Cerca de la Cámara del Consejo?

—Precisamente al lado de la puerta.

—¡*Voilà*…!

—Pero nadie lo conoce, excepto mi esposa y yo.

—¿Y Tredwell?

—Bueno… es posible que haya oído hablar de él.

—¿La señorita Collins?

—Nunca lo he mencionado en su presencia.

—Bien, *Monsieur*, ahora lo que debo hacer es ir a Waverly Court. ¿Le parece bien que vaya esta tarde?

—¡Oh! Tan pronto como le sea posible, por favor, *Monsieur* Poirot —exclamó la señora Waverly—. Lea esto una vez más.

Y puso en sus manos la última misiva que había recibido del enemigo, la cual había llegado a Waverly aquella mañana y que se apresuraron a remitir a Poirot. En ella se daban indicaciones explícitas para efectuar la entrega del dinero y finalizaba con la amenaza de que el niño pagaría con su vida cualquier traición. Era evidente: la señora Waverly luchaba entre el amor al dinero y sus instintos maternales y, naturalmente, estaban ganando estos últimos.

Poirot detuvo unos momentos a la señora Waverly a espaldas de su esposo.

—*Madame*, dígame la verdad, por favor. ¿Comparte la confianza que su esposo tiene en el mayordomo Tredwell?

—No tengo nada contra él, señor Poirot. No comprendo de qué modo puede estar mezclado en este asunto, pero… bueno, nunca me ha gustado… nunca.

—Otra cosa, *madame*, ¿puede darme la dirección de la niñera del pequeño?

—Netherall Road 14, Hammersmith. No supondrá usted…

—Yo nunca supongo. Sólo… empleo mis células grises. Y algunas veces… sólo muy de vez en cuando… se me ocurre alguna idea.

Poirot se acercó a mí una vez hubo cerrado la puerta.

—De modo que a *madame* nunca le ha gustado el mayordomo. Eso es interesante, ¿verdad, Hastings?

Decidí no preguntarle nada. Poirot me ha engañado tantas veces que ahora me ando con cuidado. Siempre me tiende alguna trampa.

Después de una *toilette* bastante complicada salimos en dirección a Netherall Road.

Tuvimos la suerte de encontrar en casa a la señorita Jessie Whiters; una agradable joven de unos treinta y cinco años, muy eficiente. No pude imaginármela mezclada en aquel asunto. Estaba resentida por el modo en que había sido despedida, aunque admitía que había obrado mal. Estaba prometida a un pintor decorador que casualmente se hallaba en la vecindad de Waverly y corrió a verle en cuanto se le ofreció la ocasión, lo cual resultaba bastante natural. Yo no acababa de comprender a Poirot. Todas sus preguntas me parecieron desacertadas. Se referían principalmente a la vida cotidiana en Waverly Court. Yo me sentía molesto y me alegré cuando al fin se decidió a marchar.

—*Mon ami*, secuestrar es un trabajo fácil —observó mientras paraba un taxi en Hammersmith Road para que nos llevara a Waterloo—. Ese niño pudo ser raptado

con la mayor tranquilidad cualquier día transcurrido en los últimos tres años.

—No veo que eso nos ayude mucho —observé con frialdad.

—*Au contraire*, con eso adelantamos muchísimo… Hastings, ya que se empeña en usar alfiler de corbata, por lo menos póngaselo en el centro exacto. En estos momentos lo lleva una dieciseisava parte de una pulgada torcido hacia la derecha.

Waverly Court era una bonita mansión antigua recientemente restaurada con gusto y cuidado. El señor Waverly nos mostró la Cámara del Consejo, la terraza y todos los lugares relacionados con el caso. Al fin, a requerimiento de Poirot, presionó un resorte en la pared, cosa que hizo correr un panel, y por un estrecho pasillo entramos en el agujero secreto.

—Ya ve usted —dijo Waverly—. Aquí no hay nada.

La reducida habitación estaba completamente vacía, y el suelo aparecía escrupulosamente barrido. Me reuní con Poirot, que contemplaba atentamente unas huellas en un rincón.

—¿Qué le parece esto, amigo mío?

Se veían cuatro marcas muy juntas.

—Las pisadas de un perro —exclamé.

—De un perro muy pequeño, Hastings.

—Un pomeranian.

—Más pequeño.

—¿Un grifón? —insinué.

—Más pequeño todavía que un grifón. Una especie desconocida en el Kennel Club.

Le miré. Su rostro resplandecía de entusiasmo y satisfacción.

—Tenía razón —murmuró—. Sabía que estaba en lo cierto. Vamos, Hastings.

Al regresar al vestíbulo el panel se cerró a nuestra espalda y una joven salió de una puerta del pasillo. El señor Waverly nos presentó.

—La señorita Collins.

La señorita Collins tendría unos treinta años de edad, y sus ademanes eran rápidos y despiertos. Tenía los cabellos rubios y usaba gafas sin montura.

A una indicación de Poirot entramos en una alegre habitación en donde la interrogó acerca de los criados y especialmente de Tredwell. Admitió que no le agradaba el mayordomo.

—¡Se da tanta importancia…! —explicó.

Luego pasaron a tratar de la comida que tomara la señora Waverly la noche del día veinticinco. La señorita Collins declaró que ella había comido lo mismo en su salita de arriba y que no se sintió mal.

Cuando ya marchaba le dije a Poirot:

—El perro.

—¡Ah!, sí, el perro. —Sonrió abiertamente—. ¿Tiene algún perro, por casualidad, señorita?

—Hay dos perdigueros en las perreras.

—No; me refiero a un perro pequeño, de juguete.

—No, no hay ninguno.

Poirot la dejó marchar. Luego, presionando el timbre, me hizo observar:

—Esa *mademoiselle* Collins miente. Es probable que en su caso yo hiciera lo mismo.

Ahora veamos al mayordomo.

Tredwell era un individuo muy digno. Contó su historia con perfecto aplomo, que era exactamente la misma que la del señor Waverly. Confesó conocer el agujero secreto.

Cuando se hubo retirado tropecé con la mirada inquisitiva de Poirot.

—¿Qué le parece todo esto, Hastings?

—¿Y a usted? —pregunté a mi vez.

—¡Qué precavido se ha vuelto! Nunca le funcionarán las células grises, a menos que las estimule. ¡Ah!, pero no le voy a meter prisa. Saquemos juntos nuestras deducciones. ¿Qué punto nos parece más difícil?

—Hay una cosa que me choca —dije—. ¿Por qué el hombre que raptó al niño tuvo que huir por South Lodge en vez de ir por East Lodge, donde nadie le hubiera visto? No lo veo muy claro.

—Es un buen punto, Hastings, excelente. Y hace juego con otro. ¿Por qué avisar a los Waverly de antemano? ¿Por qué no raptar al niño sencillamente y luego exigir el rescate?

—Porque esperaba obtener el dinero sin verse obligado a entrar en acción.

—¿Y no resultaba bastante difícil que entregasen el dinero por una simple amenaza?

—Y también quiso concentrar la atención en las doce del mediodía, de modo que cuando el hombre gancho fuese cogido, él pudiera salir de su escondite y largarse con el niño sin que nadie se diera cuenta.

—Lo cual no altera el hecho de que tratara de complicar algo que era bien sencillo. De no haber especificado el día ni la hora, nada hubiera sido más fácil que aguardar su oportunidad y llevarse al niño en un automóvil cualquier día de los que éste salía con su niñera.

—Sí… sí —admití poco convencido.

—En resumen. ¡Se ha representado esta farsa deliberadamente! Ahora enfoquemos la cuestión desde otro ángulo. Todo tiende a señalar la existencia de un cómplice en la misma casa.

Punto número uno: el misterioso envenenamiento en la señora Waverly.

Punto número dos: la nota prendida en la almohada.

Punto número tres: el adelantar el reloj diez minutos… todo dentro de la casa. Hay un detalle adicional en el que tal vez no haya usted reparado. No había polvo en el agujero secreto. Había sido barrido con una escoba.

«Tenemos cuatro personas en la casa. (Podemos excluir a la niñera, puesto que no pudo haber barrido el agujero secreto, aunque sí realizar los otros tres puntos). Cuatro personas: el señor y la señora Waverly, Tredwell, el mayordomo, y la señorita Collins».

Empezaremos por esta última. No tenemos gran cosa en contra, excepto que sabemos muy poco de ella, que es una mujer muy inteligente y que lleva sólo un año en la casa.

—Usted dijo que mintió en lo del perro —le recordé.

—¡Ah, sí, el perro! —Poirot sonrió de un modo peculiar—. Ahora pasemos a Tredwell.

Hay varios factores sospechosos contra él. En primer lugar, el detenido dice que fue Tredwell quien le entregó el paquete en el pueblo y lo dice seguro.

—Pero Tredwell puede probar su coartada para este punto.

—Incluso así, pudo haber envenenado a la señora Waverly y prendido la nota en la almohada, adelantar el reloj y barrer el agujero secreto. Por otra parte, nació y ha sido educado al servicio de los Waverly. Parece imposible que a última hora tuviera parte en el rapto del hijo de la casa. ¡Esto no es una película!

—Bien… ¿entonces?

—Debemos proceder lógicamente, por absurdo que parezca. Primero hay que considerar brevemente a la señora Waverly. Pero ella es rica, el dinero suyo. Fue su dinero el que volvió a levantar la hacienda. No habría razón para que hiciese raptar a su hijo y cobrar su propio dinero. En cambio su esposo está en una posición muy distinta. Su mujer es rica. No es lo mismo que si lo fuera él… En resumen, tengo la ligera impresión de que la dama no es muy aficionada a repartir su dinero, a no ser por una causa justificada. Pero puede verse en el acto que el señor Waverly es un *bon viveur*.

—¡Imposible! —exclamé.

—No tanto. ¿Quién despidió a los criados? El señor Waverly. Él pudo escribir los anónimos, envenenar a su esposa, adelantar las manecillas del reloj y establecer una magnífica coartada para su fiel ayudante Tredwell. El mayordomo nunca tuvo simpatía por la señora Waverly. Es fiel a su amo y está deseoso de obedecer ciegamente todas sus órdenes. Fueron tres personas: Waverly, Tredwell y algún amigo de Waverly. Ése es el error que cometió la policía; no investigar más a fondo acerca del hombre que conducía el automóvil gris con un niño que no era el que buscaba. Ése era el tercer hombre. Recoge a un chiquillo al pasear por el pueblo, un niño de rizos rubios.

Entra en Waverly por East Lodge y sale por South Lodge en el momento preciso, saludando con la mano y gritando. No puede distinguir su rostro ni el número de la matrícula del coche ni, por lo tanto, ver tampoco al niño. Entonces deja un rastro falso hasta Londres. Entretanto, Tredwell ha realizado su parte preparando el paquete y haciendo que lo llevara un sujeto de aspecto sospechoso. Su amo puede presentar

una buena coartada en el caso de que el hombre lo reconociera, a pesar del bigote postizo que utilizó. Y en cuanto al señor Waverly, tan pronto como oye el alboroto que se armaba en el exterior y el inspector sale corriendo, rápidamente esconde al niño en el agujero secreto y sigue al policía al jardín. Más tarde, cuando el inspector se ha marchado, y la señorita Collins no puede verle, le es fácil sacar al niño y llevarlo en su automóvil a un lugar seguro.

—Pero ¿y el perro? —pregunté—. ¿Y la mentira de la señorita Collins?

—Eso ha sido una broma mía. Le pregunté si había algún perro de juguete en la casa y dijo que no… pero sin duda hay algunos… en el cuarto del niño. El señor Waverly puso algunos juguetes en el agujero secreto para hacer que Johnnie se entretuviera y no gritara.

—Señor Poirot. —El señor Waverly penetró en la estancia—. ¿Ha descubierto algo?

¿Tiene alguna idea de dónde han llevado al niño?

Poirot le alargó un pedazo de papel.

—Aquí está la dirección.

—¡Pero si está en blanco!

—Porque espero que usted la escriba.

—¿Qué diablos…? —El rostro de Waverly se tornó escarlata.

—Lo sé todo, *Monsieur*. Le doy veinticuatro horas para devolver al niño. Su ingenuidad correrá parejas con la tarea de explicar su reaparición. De otro modo la señora Waverly será informada del exacto desarrollo de los acontecimientos.

El señor Waverly, dejándose caer sobre una silla, escondió el rostro entre las manos.

—Está con mi vieja nodriza, a unas diez millas de aquí. Se halla contento y bien cuidado.

—No tengo la menor duda. De no considerarle a usted un padre de corazón, no le ofrecería esta oportunidad.

—El escándalo.

—Exacto. Su nombre es antiguo y honorable. No vuelva a mancharlo. Buenas noches, señor Waverly. ¡Ah! A propósito, un consejo. ¡No se olvide nunca de barrer en los rincones!

Doble pista

(The Double Clue).

—Por encima de todo que no haya publicidad —dijo el señor Marcus Hardman por decimocuarta vez.

La palabra «publicidad» salió durante su conversación con la regularidad de un leimotif. El señor Hardman era un hombre bajo, regordete, con manos exquisitamente manicuradas y quejumbrosa voz de tenor. El hombre gozaba de cierta celebridad, y la vida ociosa de la sociedad opulenta, constituía su profesión. Rico, aunque no en exceso, gastaba celosamente su dinero en los placeres que proporcionan las reuniones sociales.

Tenía alma de coleccionista y su pasión eran los encajes, abanicos y joyas, cuanto más antiguos mejor. Para el señor Marcus lo moderno carecía de valor.

Poirot y yo acudimos a su cita y lo encontramos debatiéndose en una agonía de indecisión. Debido a las circunstancias, llamar a la policía le resultaba incómodo. Por otra parte, no llamarla era aceptar la pérdida de unas gemas de su colección. Poirot fue la solución.

—Mis rubíes, *Monsieur* Poirot, y el collar de esmeraldas, que pertenecieron a Catalina de Médicis. ¡Sobre todo el collar de esmeraldas!

—¿Y si me explicase las circunstancias de su desaparición? —sugirió Poirot.

—Intento hacerlo. Ayer por la tarde di un pequeño té íntimo a media docena de personas. Era el segundo de la temporada y, si bien no debería decirlo, constituyó todo un éxito. Buena música… Nacoa, el pianista, y Katherine Bird, contralto australiana.

»Bueno, a primeras horas de la tarde, enseñé a mis invitados la colección de joyas medievales, que guardo en una pequeña caja de caudales, dispuesta a modo de estuche forrado de terciopelo de color. Así las piedras lucen más. Después contemplamos los abanicos ordenados en una vitrina. Y, a continuación, pasamos al estudio para oír música.

»Cuando todos se hubieron marchado, descubrí la caja vacía. Debí cerrarla mal y alguien aprovechó la oportunidad para llevarse su contenido. ¡Los rubíes, *Monsieur* Poirot, el collar de esmeraldas… la colección de toda una vida! ¡Haría cualquier cosa para recuperarla! Sin embargo, ha de ser sin publicidad. ¿Me ha entendido bien, *Monsieur* Poirot? Son mis invitados, mis propios amigos. ¡Sería un escándalo!

—¿Quién fue el último en salir de esta habitación para ir al estudio?

—El señor Johnston. ¿Lo conoce? El millonario sudafricano. Vive en Abbotbury, en Park Lane. Se rezagó unos minutos, lo recuerdo. Pero ¡seguro que no es él!

—¿Alguno de sus invitados regresó más tarde con algún pretexto?

—Esperaba esta pregunta, *Monsieur* Poirot. Sí, tres de ellos: la condesa Vera Rossakoff, el señor Bernard Parker y *lady* Runcorn.

—Bien, cuente algo sobre ellos.

—La condesa Rossakoff es una rusa encantadora, miembro del antiguo régimen.

Hace poco que vive en este país. Se había despedido de mí y, por lo tanto, me sorprendió encontrarla en esta habitación, aparentemente mirando hechizada mi vitrina de abanicos. ¿Sabe una cosa, señor Poirot? Cuanto más pienso en ello, más sospechoso me parece. ¿Usted qué dice a eso?

—Sí, es muy sospechosa; pero hábleme de los otros.

—Parker vino a recoger una caja de miniaturas que yo deseaba mostrar a *lady* Runcorn.

—¿Y *lady* Runcorn?

—*Lady* Runcorn es una señora de mediana edad que invierte la mayor parte de su tiempo en asuntos de caridad. Ella regresó a recoger su bolso que se había dejado en alguna parte.

—Bien, *Monsieur*. Así, pues, tenemos cuatro posibles sospechosos. La condesa rusa, la gran dama inglesa, el millonario sudafricano y el señor Bernard Parker. ¿Qué es el señor Parker?

La pregunta pareció aturdir al señor Hardman.

—Es… un joven… bueno, un joven que conozco.

—Eso ya me lo imagino —replicó Poirot—. ¿A qué se dedica?

—Verá… frecuenta los casinos… claro que no navega muy bien, ¿me comprende?

—¿Puedo preguntar cómo se hizo amigo suyo?

—Pues… en una o dos ocasiones ha realizado pequeños encargos míos.

—Continúe, *Monsieur*.

Hardman lo miró lastimeramente. Desde luego, lo último que deseaba era continuar. No obstante, el inexorable silencio de Poirot le hizo hablar.

—Verá… *Monsieur*; usted ya conoce mi interés por las joyas antiguas. A veces surgen herencias familiares… en fin, son joyas que nunca se venderían en el mercado o a través de un profesional. Ahora bien, esas familias se avienen cuando saben que son para mí. Parker arregla los detalles, sirve de puente y evita situaciones embarazosas.

Por ejemplo, la condesa Rossakoff ha traído algunas joyas de Rusia y quiere venderlas.

Parker es el encargado de tramitar los detalles de la operación.

—Comprendo —dijo Poirot pensativo—. ¿Y usted confía plenamente en él?

—No tengo motivos para otra cosa.

—Señor Hardman, de estas cuatro personas, ¿de cuál sospecha usted?

—¡*Monsieur* Poirot, qué pregunta! Son mis amigos. En realidad no sospecho de ninguno en particular, y, a la vez, sospecho de todos.

—No estoy de acuerdo. Usted piensa en uno de los cuatro. No en la condesa Rossakoff, ni en el señor Parker. Luego ha de ser *lady* Runcorn o el señor Johnston.

—Me acorrala, *Monsieur* Poirot. Quiero que, sobre todo, se evite el escándalo. *Lady* Runcorn pertenece a una de las más antiguas familias de Inglaterra, pero, desgraciadamente, una tía suya, *lady* Carolina, padecía de… de una grave afección de cleptomanía. Claro que todos sus amigos lo sabían y nadie la censuró jamás. Su doncella devolvía las cucharillas, o lo que fuera, lo antes posible. ¿Me comprende?

—Sí. La tía de *lady* Runcorn era cleptómana. Muy interesante. Bien, ¿me permite que examine la caja de caudales?

Poco después Poirot abría la caja para examinar su interior. Los estantes forrados de terciopelo nos miraron con sus vacías cuencas.

—La puerta no cierra bien —murmuró Poirot, moviéndola de un lado a otro—. ¿Por qué? ¡Caramba! ¿Qué tenemos aquí? ¡Un guante cogido del gozne! Un guante de hombre.

Lo tendió al señor Hardman.

—No es mío.

—¡Ajá! ¡Algo más! —Poirot extrajo un pequeño objeto del fondo de la caja. Era una cigarrera plana, hecha de *moaré* negro.

—¡Mi cigarrera! —gritó el señor Hardman.

—¿Suya? No, señor. Éstas no son sus iniciales.

Le enseñó dos letras de platino entrelazadas.

Hardman la cogió.

—Tiene usted razón. Es muy parecida a la mía, pero las iniciales son distintas. Una «P» y una «B». ¡Cielos! ¡Es de Parker!

—Un joven muy descuidado, especialmente si el guante es suyo también —dijo Poirot—. Una doble pista. ¿No le parece?

—¡Bernard Parker! —murmuró Hardman—. ¡Qué alivio! Bien, *Monsieur* Poirot, espero que recupere las joyas. Recurra a la policía si lo considera necesario. Claro, siempre que esté seguro de su culpabilidad.

—¿Ve, amigo mío? —me dijo Poirot mientras salíamos de la casa—. Hardman mide con una vara a los nobles y con otra a los plebeyos. Yo aún no he sido agraciado con un título, por lo tanto estoy en el bando de los últimos. Eso hace que me sienta inclinado favorablemente hacia el joven Parker. Cuando Hardman sospecha de *lady* Runcorn, de la condesa y de Johnston, resulta que hay pruebas contrarias a nuestro hombre.

—Y usted, ¿por qué sospecha de los otros dos?

—¡*Parbleu*! Es muy fácil ser condesa rusa exiliada y millonario sudafricano.

Cualquier mujer puede llamarse a sí misma condesa y nada prohíbe que un hombre adquiera una casa en Park Lane y se diga millonario sudafricano. ¿Quién va a contradecirles?

—Estamos en la calle Bury. Nuestro descuidado joven vive aquí. Como se suele decir, golpeemos el hierro caliente.

Parker estaba en casa. Lo encontramos reclinado sobre almohadones, con un llamativo batín púrpura y naranja. Raras veces he sentido tan desagradable impresión como la experimentada al ver a este joven de rostro blanco, afeminado y de lenguaje pomposo.

—Buenos días, *Monsieur* —dijo Poirot—. Vengo de casa del señor Hardman. Ayer, durante la fiesta, alguien robó todas sus joyas. Dígame, ¿este guante es suyo?

Los reflejos del joven parecían embotados. Necesitó demasiado tiempo para estudiarlo, como si tratase de ganar minutos para así ordenar sus ideas. Al fin preguntó:

—¿Dónde lo encontró?

—¿Es suyo, *Monsieur*?

El señor Parker se decidió:

—No, no lo es.

—¿Y esta cigarrera es suya?

—Tampoco. Siempre llevo una de plata.

—Muy bien, *Monsieur*. Pondré el asunto en manos de la policía.

—¡Yo no haría eso si fuese usted! —gritó Parker—. ¡Recurrir a una gente tan antipática! Espere un poco. Iré a ver al viejo Hardman.

Seguí a Poirot, que se marchó sin hacerle caso.

—Le hemos dado algo en qué pensar —se rió—. Mañana sabremos lo ocurrido.

Sin embargo, el destino se empeñó en recordar el asunto Hardman aquella tarde.

Sin previa advertencia, la puerta se abrió para dar paso a un torbellino de forma de mujer que vino a romper nuestra intimidad. La condesa Vera Rossakoff tenía una personalidad turbadora.

—¿Es usted *Monsieur* Poirot? ¿Cómo se atreve a culpar a ese pobre muchacho? ¡Es una infamia! Ese joven es un polluelo, un cordero. ¡Jamás robaría! No pienso permitir que sea martirizado.

—Dígame, *madame*, ¿esta cigarrera es de él? —Poirot le enseñó la cigarrera de *moaré* negro.

La condesa empleó un momento en inspeccionarla.

—Sí, es suya. La conozco muy bien. ¿Y qué? ¿La encontró en casa del señor Hardman? Debió de perderla allí. Ustedes, los policías, son peores que la guardia roja.

—¿Es suyo este guante?

—¿Cómo voy a saberlo? Un guante se parece mucho a otro. Eso no justifica que se le prive de libertad. Tienen que aclarar su inocencia. ¿Lo hará usted? Venderé mis joyas y le pagaré bien por ello.

—*Madame*…

—¿De acuerdo, pues? No, no discuta. ¡Pobre muchacho! Vino a mí con lágrimas en los ojos. «Yo le salvaré —le dije—. ¡Iré a ver a ese hombre, a ese ogro, a ese monstruo!».

Ahora ya está resuelto. Me voy.

Con la misma ceremonia que había entrado, desapareció de la estancia, dejando un intenso perfume de naturaleza exótica tras sí.

—¡Vaya mujer! —exclamé—. ¡Y qué pieles lleva!

—Sí, son auténticas. Una condesa falsificada no llevaría pieles auténticas. Hastings, realmente es rusa. Bien, bien, ahora resulta que nuestro joven fue gimoteando a ella.

—La cigarrera es de él. Me gustaría saber si también lo es el guante.

Con una sonrisa Poirot se sacó del bolsillo un segundo guante y lo colocó junto al primero. Obviamente, se trataba del mismo par de guantes.

—¿Dónde lo consiguió, Poirot?

—Estaba con un bastón sobre la mesa del vestíbulo en la calle Bury. De veras, *Monsieur* Parker es un joven muy descuidado. Bien, bien, *mon ami*. Sólo para cubrir el expediente haremos una visita a Park Lane.

Acompañé a mi amigo. Johnston no estaba, pero sí su secretario particular. Éste nos dijo que Johnston hacía poco que había regresado de Sudáfrica. En realidad nunca estuvo antes en Inglaterra.

—¿Le interesan las piedras preciosas? —preguntó Poirot.

—Las minas de oro, en todo caso, señores —se rió el secretario.

Poirot salió de la entrevista pensativo. Aquella noche lo encontré estudiando una gramática rusa.

—¡Cielos, Poirot! ¿Aprende ruso para conversar con la condesa en su propio idioma?

—Ciertamente no escucharía mi inglés, amigo mío.

—Los rusos de buena cuna hablan francés —dije yo.

—Es usted una mina de información, Hastings. Bien, renunciaré a los laberintos del alfabeto ruso.

Tiró el libro con gesto dramático. A mí no me satisfizo su modo de obrar, si bien advertí su peculiar parpadeo, signo inequívoco de que se hallaba satisfecho consigo mismo.

—¿Duda de que realmente sea rusa? ¿Piensa comprobarlo? —pregunté.

—Sé que es rusa.

—¿Cómo lo sabe?

—Si quiere distinguirlo personalmente, Hastings, le recomiendo Los primeros pasos de ruso; es una ayuda valiosísima.

Luego se rió y ya no dijo nada más. Recogí el libro del suelo y me puse a curiosearlo, pero fui incapaz de sacar algo en claro.

En la siguiente mañana no hubieron noticias nuevas.

Esto no pareció preocupar a mi amigo. A la hora del desayuno me anunció su propósito de que visitaríamos al señor Hardman. Lo encontramos en su casa con aspecto más tranquilo que el día anterior.

—Bien, *Monsieur* Poirot, ¿hay noticias? —preguntó ansioso.

Poirot le tendió una hoja de papel.

—Aquí tiene escrito el nombre de la persona que robó las joyas. ¿Pongo el asunto en manos de la policía? ¿O prefiere usted que recupere las joyas sin que intervengan los estamentos oficiales?

El señor Hardman miraba el papel. Al fin dijo:

—¡Sorprendente! Prefiero soslayar un posible escándalo. Le concedo carta blanca, *Monsieur* Poirot. Estoy seguro de que será discreto.

Un taxi nos condujo al hotel Carlton, donde Poirot se hizo anunciar a la condesa Rossakoff. Minutos después nos hallábamos en sus dependencias. La condesa salió a nuestro encuentro con las manos extendidas, envuelta en un bello conjunto de dibujos primitivos.

—¡*Monsieur* Poirot! —exclamó—. ¿Lo ha conseguido? ¿Está ya libre de acusación el pobre infante?

—*Madame la comtesse*, su amigo el señor Parker es inocente.

—¡Es usted un hombrecillo inteligente! ¡Soberbio! Y además, muy rápido.

—También he prometido al señor Hardman que las joyas le serán devueltas hoy.

—¿Ah, sí?

—*Madame*, le agradecería muchísimo que me las entregase sin demora. Lamento tener que presionarla, pero me espera un taxi por si es necesario ir a Scotland Yard.

Nosotros, los belgas, *madame*, practicamos ese deporte que se llama economía.

La condesa había encendido un cigarrillo. Durante unos segundos quedó inmóvil, soplando anillas de humo, con los ojos fijos en Poirot. Luego estalló en carcajadas, se puso en pie, se encaminó hasta su secreter, abrió un cajón y sacó un bolso de seda negro, que echó a Poirot.

El tono de su voz fue suave, y con cierto dejo de indiferencia.

—Nosotros, los rusos, por el contrario, practicamos la prodigalidad. Y para esto, desgraciadamente, se necesita dinero. No es preciso que mire su interior. Están todas.

Poirot se levantó.

—Le felicito, *madame*, por su inteligencia y prontitud.

—Puesto que le aguarda un taxi, ¿puedo ayudarle…?

—Es usted muy amable, *madame*. ¿Se queda mucho tiempo en Londres?

—Temo que no, debido a usted.

—Acepte mis excusas.

—¿Nos veremos en otra ocasión?

—Así lo espero.

—Yo no lo deseo —exclamó la condesa riéndose—. El mío es un gran cumplido; hay muy pocos hombres en el mundo a quienes yo tema. Adiós, *Monsieur* Poirot.

—Adiós, *madame la comtesse*. Ah, disculpe, me olvidaba; permítame que le devuelva su cigarrera.

Y con una inclinación, le entregó la pequeña cigarrera negra de *moaré* que habíamos hallado en la caja. La aceptó sin ningún cambio de expresión, salvo una ceja levantada al murmurar:

—Comprendo.

—¡Vaya mujer! —gritó Poirot entusiasmado mientras descendíamos las escaleras —. *¡Mon Dieu, quelle femme!* ¡Ni una palabra de protesta, ni una exclamación de protesta! Una mirada, y ya ha sabido cuál era su situación. Hastings, una mujer que encaja la derrota con una sonrisa, llega muy lejos. Es peligrosa; tiene los nervios de acero.

Su entusiasmo no le permitió ver dónde pisaba y su tropezón fue más que aparatoso.

—Será mejor que modere sus ánimos y mire dónde pisa —sugerí—. ¿Cuándo sospechó de la condesa?

—*Mon ami*, el guante y la cigarrera constituían una doble pista demasiado clara.

Bernard Parker podía extraviar una de las dos cosas, pero no ambas. Por otra parte, si alguien hubiese intentado que las sospechas recayesen sobre Parker, con una sola tenía suficiente. Eso me llevó a la conclusión de que uno de los dos objetos no era de él.

«Al principio le supuse dueño de la cigarrera. Ahora bien, tan pronto supe que el guante era suyo, intuí a quién pertenecía la otra pieza. ¿De quién, pues, era la cigarrera? *Lady* Runcorn quedó descartada en el caso, ya que las iniciales no coincidían. ¿El señor Johnston? Sólo si utilizaba un nombre falso. Sin embargo, la entrevista que sostuvimos con su secretario me proporcionó la evidencia de su situación legal. Luego, el señor Johnston nada tenía que ver con el asunto».

«¿La condesa, pues? Ella había traído joyas de Rusia, y le bastaba con sacar las piedras de sus monturas. Realmente hubiera sido muy difícil reconocerlas luego».

«Nada más fácil para la condesa que apropiarse de uno de los guantes de Parker, dejados en el vestíbulo aquel día, y olvidárselo en la caja. Está claro que no tuvo el propósito de abandonar también su propia cigarrera».

—Pero si la cigarrera es suya, ¿por qué tiene las iniciales «B. P.»? Las suyas son «V. R.».

Poirot se sonrió.

—Exacto, *mon ami*. Sólo que en el alfabeto ruso, B es V y P es R.

—¡Oh! ¿No esperaría que yo adivinase eso? No sé ruso.

—Ni yo, Hastings. Por esto compré aquel librito… y le sugerí que lo repasase.

Suspiré, vencido una vez más.

Después de un breve silencio, Poirot continuó:

—¡Una mujer extraordinaria! Tengo un presentimiento, amigo mío. Sí, presiento que volveré a encontrármela en algún sitio. ¿Dónde? ¡No lo sé!

El rey de bastos

(The King of Clubs).

—La verdad —observé dejando el Daily Newmonger a un lado— tiene más fuerza que la ficción.

La observación no era original, pero pareció gustar a mi amigo, que, ladeando su cabeza de huevo, se quitó una mota imaginaria de polvo de los bien planchados pantalones y observó:

—¡Qué idea tan profunda! ¡Mi amigo Hastings es un pensador!

Sin enojarme por la evidente ironía, di un golpecito sobre el periódico que acababa de soltar de la mano.

—¿Lo ha leído ya? —pregunté.

—Sí. Y después de leerlo lo he vuelto a doblar simétricamente. No lo he tirado al suelo como acaba usted de hacer, con una lamentable falta de orden y de método. (Esto es lo peor de Poirot. El Orden y el Método son sus dioses. Y les atribuye todos sus éxitos).

—¿Entonces ha leído la relación del asesinato de Henry Reedburn, el empresario? Él ha originado mi reciente observación. Porque es cierto que no sólo la verdad es más fuerte que la ficción, sino, asimismo, mucho más dramática. Vea por ejemplo esa sólida familia de la clase media, los Oglander. El padre, la madre, el hijo, la hija son típicos, como tantos cientos de familias de este país. Los hombres van a la City todos los días; las mujeres se cuidan de la casa. Sus vidas son pacíficas, monótonas, incluso. Anoche estuvieron sentados en el salón de su casa de Daisymead, en Streatham, jugando al *bridge*. De pronto, se abre una puerta de cristales y entra tambaleándose una mujer en la habitación. Lleva manchado de sangre el vestido de seda gris. Antes de caer desmayada al suelo dice una sola palabra: «Asesinado». La familia la reconoce al punto. Es Valerie Sinclair, famosa bailarina, de quien habla todo Londres.

—¿Habla usted por sí mismo o está refiriendo lo que dice el Daily Newmonger? —interrogó Poirot con ánimo de puntualizar.

—El periódico entró a escape en prensa y se contentó con narrar hechos escuetos. A mí me han impresionado enseguida las posibilidades dramáticas del suceso.

Poirot aprobó pensativo mis palabras.

—Dondequiera que exista la humana naturaleza existe el drama. Sólo que no siempre es como uno se lo imagina. Recuérdelo. Sin embargo, me interesa ese caso porque es posible que me vea relacionado con él.

—¿De verdad?

—Sí. Esta mañana me llamó por teléfono un caballero para solicitar una entrevista en nombre del príncipe Paul de Mauritania.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con lo ocurrido?

—Usted no lee todos nuestros periódicos. Me refiero a esos que relatan acontecimientos escandalosos y que principian por: «Nos cuenta un ratoncito…» o «A un pajarito le gustaría saber…». Vea esto.

Yo seguí el párrafo que me señalaba con el grueso índice.

… Desearíamos saber si el príncipe extranjero y la famosa bailarina poseen en realidad afinidades y ¡si a la dama le gustaba la nueva sortija de diamantes!

—Bueno, continúe su historia. Quedamos en que *mademoiselle* Sinclair se desmayó en Daisymead sobre la alfombra del salón, ¿lo recuerda?

Yo me encogí de hombros.

—Como resultado de sus palabras, los Oglander salieron; uno en busca de un médico que asistiera a la dama, que sufría una terrible conmoción nerviosa, y el otro a la Jefatura de Policía, desde donde tras contar lo ocurrido, la acompañó a Mon Desir, la magnífica villa de míster Reedburn, que se hallaba a corta distancia de Daisymead.

Allí encontraron al gran hombre, que, dicho sea de paso, goza de mala fama, tendido en la mitad de la biblioteca con la cabeza abierta.

—Yo he criticado su estilo —dijo Poirot con afecto—. Perdóneme, se lo ruego. ¡Oh, aquí tenemos al príncipe!

Nos anunciaron al distinguido visitante con el nombre de conde Feodor. Era un joven alto, extraño, de barbilla débil, con la famosa boca de los Mauranberg y los ojos ardientes y oscuros de un fanático.

—¿*Monsieur* Poirot?

Mi amigo se inclinó.

—*Monsieur*, me encuentro en un apuro tan grande que no puede expresarse con palabras…

Poirot hizo un ademán de inteligencia.

—Comprendo su ansiedad. *Mademoiselle* Sinclair es una amiga querida, ¿no es cierto?

El príncipe repuso sencillamente:

—Confío en que será mi mujer.

Poirot se incorporó con los ojos muy abiertos.

El príncipe continuó:

—No seré el primero de la familia que contraiga matrimonio morganático. Mi hermano Alejandro ha desafiado también las iras del Emperador. Hoy vivimos en otros tiempos, más adelantados, libres de prejuicios de casta. Además, *mademoiselle* Sinclair es igual a mí, posee rango. Supongo que conocerá su historia, o por lo menos una parte de ella.

—Corren por ahí, en efecto, muchas románticas versiones de su origen. Dicen unos que es hija de una irlandesa gitana; otros, que su madre es una aristócrata, una gran duquesa rusa.

—La primera versión es una tontería, desde luego —repuso el príncipe—. Pero la segunda es verdadera. Aunque está obligada a guardar el secreto. Valerie me ha dado

a entender eso. Además, lo demuestra, sin darse cuenta, y yo creo en la ley de herencia, *Monsieur* Poirot.

—También yo creo en ella —repuso Poirot, pensativo—. Yo, *moi qui vous parle,* he presenciado cosas muy raras… Pero vamos a lo que importa, *Monsieur* le Prince. ¿Qué quiere de mí? ¿Qué es lo que teme? Puedo hablar con franqueza, ¿verdad? ¿Se hallaba relacionada *mademoiselle* de algún modo con ese crimen? Porque conocía a míster Reedburn, naturalmente…

—Sí. Él confesaba su amor por ella.

—¿Y ella?

—Ella no tenía nada que decirle.

Poirot le dirigió una mirada penetrante.

—Pero ¿le temía? ¿Tenía motivos?

El joven titubeó.

—Le diré… ¿Conoce a Zara, la clarividente?

—No.

—Es maravillosa. Consúltela cuando tenga tiempo. Valerie y yo fuimos a verla la semana pasada. Y nos echó las cartas. Habló a Valerie de unas nubes que asomaban por el horizonte y le predijo males inminentes; luego volvió la última carta. Era el rey de bastos. Dijo a Valerie: «Tenga mucho cuidado. Existe un hombre que la tiene en su poder. Usted le teme, se expone a un gran peligro. ¿Sabe de quién le hablo?». Valerie estaba blanca hasta los labios. Hizo un gesto afirmativo y contestó: «Sí, sí, lo sé». Las últimas palabras de Zara a Valerie fueron: «Cuidado con el rey de bastos. ¡Le amenaza un peligro!». Entonces la interrogué. Me aseguró que todo iba bien y no quiso confiarme nada. Pero ahora, después de lo ocurrido la noche pasada, estoy seguro de que Valerie vio a Reedburn en el rey de bastos y de que él era el hombre a quien temía.

El príncipe guardó brusco silencio.

—Ahora comprenderá mi agitación cuando abrí el periódico esta mañana.

Suponiendo que en un ataque de locura, Valerie… pero no, ¡es imposible!, ¡no puedo concebirlo, ni en sueños!

Poirot se levantó del sillón y dio unas palmaditas afectuosas en el hombro del joven.

—No se aflija, se lo ruego. Déjelo todo en mis manos.

—¿Irá a Streatham? Sé que está en Daisymead, postrada por la conmoción sufrida.

—Iré enseguida.

—Ya lo he arreglado todo por medio de la Embajada. Tendrá usted acceso a todas partes.

—Marchemos entonces. Hastings, ¿quiere acompañarme? ¡*Au revoir, Monsieur le Prince*!

Mon Desir era una preciosa villa, moderna y cómoda. Una calzada de coches conducía a ella y detrás de la casa tenía un terreno de varios acres de magníficos jardines. En cuanto mencionamos al príncipe Paul, el mayordomo que nos abrió la puerta nos llevó al instante al lugar de la tragedia. La biblioteca era un habitación magnífica que ocupaba toda la fachada del edificio con una ventana a cada extremo, de las cuales una recaía sobre la calzada y otra a los jardines. El cadáver yacía junto a esta última. No hacía mucho que se lo habían llevado después de concluir su examen la policía.

—¡Qué lástima! —murmuré al oído de Poirot—. Con la de pruebas que habrán destruido.

Mi amigo sonrió.

—¡Eh, eh! ¿Cuántas veces habré de decirle que las pruebas vienen de dentro? En las pequeñas células grises del cerebro es donde se halla la solución de cada misterio.

Se volvió al mayordomo y preguntó:

—Supongo que a excepción del levantamiento del cadáver no se habrá tocado la habitación.

—No, señor. Se halla en el mismo estado que cuando llegó la policía anoche.

—Veamos. Veo que esas cortinas pueden correrse y que ocultan el alféizar de la ventana. Lo mismo sucede con las cortinas de la ventana opuesta. ¿Estaban corridas anoche también?

—Sí, señor. Yo verifico la operación todas las noches.

—Entonces, ¿debió descorrerlas el propio Reedburn?

—Así parece, señor.

—¿Sabía usted que esperaba visita?

—No me lo dijo, señor. Pero dio la orden de que no se le molestase después de la cena. Vea, señor. Por esa puerta se sale de la biblioteca a una terraza lateral. Quizá dio entrada a alguien por ella.

—¿Tenía por costumbre hacerlo así?

El mayordomo tosió discretamente.

—Creo que sí, señor.

Poirot se dirigió a aquella puerta. No estaba cerrada con llave. En vista de ello subió a la terraza que iba a parar a la calzada sita a su derecha; a la izquierda se levantaba una pared de rojo ladrillo.

—Al otro lado está el huerto, señor. Más allá hay otra puerta que conduce a él, pero permanece cerrada desde las seis de la tarde.

Poirot entró en la biblioteca seguido del mayordomo.

—¿Oyó algo de los acontecimientos de anoche? —preguntó Poirot.

—Oímos, señor, voces, una de ellas de mujer, en la biblioteca poco antes de dar las nueve. Pero no era un hecho extraordinario. Luego, cuando nos retiramos al vestíbulo de servicio que está a la derecha del edificio, ya no oímos nada, naturalmente. Y la policía llegó a las once en punto.

—¿Cuántas voces oyeron?

—No sabría decírselo, señor. Sólo reparé en la voz de mujer.

—¡Ah!

—Perdón, señor. Si desea ver al doctor Ryan está aquí todavía.

La idea nos pareció de perlas y poco después se reunió con nosotros el doctor, hombre de edad madura, muy jovial, que proporcionó a Poirot los informes que solicitaba. Se encontró a Reedburn tendido cerca de la ventana con la cabeza apoyada en el poyo de mármol adosado a aquélla. Tenía dos heridas: una entre ambos ojos; otra, la fatal, en la nuca.

—¿Yacía de espaldas?

—Sí. Ahí está la prueba.

El doctor nos indicó una pequeña mancha negra que había en el suelo.

—¿Y no pudo ocasionarle la caída el golpe que recibió en la cabeza?

—Imposible. Porque el arma, sea cual sea, penetró en el cráneo.

Poirot miró pensativo al vacío. En el vano de cada ventana había un asiento, esculpido, de mármol, cuyas armas representaban la cabeza de un león. Los ojos de Poirot se iluminaron.

—Suponiendo que cayera de espaldas sobre esta cabeza saliente de león y que de ella resbalase hasta el suelo, ¿podría haberse abierto una herida como la que usted describe?

—Sí, es posible. Pero el ángulo en que yacía nos obliga a considerar esa teoría imposible. Además, hubiera dejado huellas de sangre en el asiento de mármol.

—Sí, contando con que no se hayan borrado.

El doctor se encogió de hombros.

—Es improbable. Sobre todo porque no veo qué ventaja puede aportar convertir un accidente en un crimen.

—No, claro está. ¿Qué le parece? ¿Pudo asestar una mujer uno de los dos golpes?

—Oh, no, señor. Supongo que está pensando en *mademoiselle* Sinclair.

—No pienso en ninguna persona determinada —repuso con acento suave Poirot.

Concentró su atención en la abierta ventana mientras decía el doctor:

—*Mademoiselle* Sinclair huyó por ahí. Vean cómo se divisa Daisymead por entre los árboles. Naturalmente, que hay muchas otras casas en la carretera, frente a ésta, pero Daisymead es la única visible por este lado.

—Gracias por sus informes, doctor —dijo Poirot—. Venga, Hastings. Vamos a seguir los pasos de *mademoiselle*.

Echó a andar delante de mí y en este orden pasamos por el jardín, dejando atrás la verja de hierro y llegamos, también por la puerta del jardín, a Daisymead, finca poco ostentosa, que poseía medio acre de terreno. Un pequeño tramo de escalera conducía a la puerta de cristales a la francesa. Poirot me la indicó con el gesto.

—Por ahí entró anoche *mademoiselle* Sinclair. Nosotros no tenemos ninguna prisa y lo haremos por la puerta principal.

La doncella que nos abrió la puerta nos llevó al salón, donde nos dejó para ir en busca de *mistress* Oglander.

Era evidente que no se había limpiado la habitación desde el día anterior, porque el hogar estaba todavía lleno de cenizas y la mesa de *bridge* colocada en el centro con una sota boca arriba y varias manos de naipes puestas aún sobre el tablero. Vimos a nuestro alrededor objetos innumerables de adornos y unos cuantos retratos de familia de una fealdad sorprendente, pendientes de las paredes. Poirot los examinó con más indulgencia de lo que mostré yo, enderezando uno o dos que se habían ladeado.

—¡Qué lazo tan fuerte el de la *famille*! El sentimiento ocupa en ella el lugar de la estética.

Yo asentí a estas palabras sin separar la vista de un grupo fotográfico compuesto de un caballero con patillas, de una señora de moño alto, de un muchacho fornido y de dos muchachas adornadas de una multitud de lazos innecesarios. Suponiendo que era la familia Oglander de los tiempos pasados, la contemplé con gran interés.

En este momento se abrió la puerta del salón y entró en él una mujer joven. Llevaba bien peinado el oscuro cabello y llevaba un jersey y una falda a cuadros.

Poirot avanzó unos pasos como respuesta a una mirada de interrogación de la recién llegada.

—¿*Miss* Oglander? —dijo—. Lamento tener que molestarla… sobre todo después de lo ocurrido. ¡Ha sido espantoso!

—Sí, y nos tiene a todos muy trastornados —confesó la muchacha sin demostrar emoción.

Yo empezaba a creer que los elementos del drama pasaban inadvertidos para *miss* Oglander, que su falta de imaginación era superior a cualquier tragedia y me confirmó en esta creencia su actitud, cuando continuó diciendo:

—Disculpen el desorden de la habitación. Los sirvientes están muy excitados.

—¿Es aquí donde pasaron ustedes la velada anoche, *n'est ce pas*?

—Sí, jugábamos al *bridge* después de cenar cuando…

—Perdón. ¿Cuánto tiempo hacía que jugaban ustedes?

—Pues… —*miss* Oglander reflexionó— la verdad es que no lo recuerdo. Supongo que comenzamos a las diez.

—¿Dónde estaba usted sentada?

—Frente a la puerta de cristales. Jugaba con mi madre y acababa de echar una carta. De súbito, sin previo aviso, se abrió la puerta y entró *miss* Sinclair tambaleándose en el salón.

—¿La reconoció?

—Me di vaga cuenta de que su rostro me era familiar.

—Sigue aquí, ¿verdad?

—Sí, pero está postrada y no quiere ver a nadie.

—Creo que me recibirá. Dígale que vengo a petición del príncipe Paul de Mauritania.

Me pareció que el nombre del príncipe alteraba la calma imperturbable de *miss* Oglander. Pero salió sin hacer comentarios del salón y volvió casi enseguida para comunicarnos que *mademoiselle* nos esperaba en su dormitorio.

La seguimos y por la escalera llegamos a una bonita habitación, bien iluminada, empapelada de color claro. Sobre un diván, junto a la ventana, vimos a una señorita que volvió la cabeza al hacer nuestra entrada. El contraste que ella y *miss* Oglander ofrecían me llamó enseguida la atención, pues si bien en las facciones y en el color del cabello se parecían, ¡qué diferencia tan noble existía entre las dos! La palabra, el gesto de Valerie Sinclair constituían un poema. De ella se desprendía un aura romántica.

Vestía una prenda muy casera, una bata de franela encarnada que le llegaba a los pies, pero el encanto de su personalidad le daba un sabor exótico y semejaba una vestidura oriental del encendido color.

En cuanto entró Poirot, fijó sus grandes ojos en él.

—¿Viene de parte de Paul? —Su voz armonizaba con su aspecto, era lánguida y llena.

—Sí, *mademoiselle*. Estoy aquí para servir a él… y a usted.

—¿Qué es lo que desea saber?

—Todo lo que sucedió anoche, ¿absolutamente todo?

La bailarina sonrió con visible expresión de cansancio.

—¿Supone que voy a mentir? No soy una estúpida. Veo con claridad que no debo ocultarle nada. Ese hombre, me refiero al que ha muerto, poseía un secreto mío y me amenazaba con él. En bien de Paul traté de llegar a un acuerdo con él. No podía arriesgarme a perder al príncipe. Ahora que ha muerto me siento segura, pero no lo maté.

Poirot meneó la cabeza, sonriendo.

—No es necesario que lo afirme, *mademoiselle* —dijo—. Cuénteme lo que sucedió la noche pasada.

—Parecía dispuesto a hacer un trato conmigo y le ofrecí dinero. Me citó en su casa a las nueve en punto. Yo conocía ya Mon Desir; había estado en ella. Debía entrar en la biblioteca por la puerta excusada para que no me vieran los criados.

—Perdón, *mademoiselle*, pero ¿no tuvo miedo de ir allí sola y por la noche?

¿Lo imaginé o Valerie hizo una pausa antes de contestar?

—Sí, es posible. Pero no podía pedir a nadie que me acompañara y estaba desesperada. Reedburn me recibió en la biblioteca. ¡Celebro que haya muerto! ¡Oh, qué hombre! Jugó conmigo como el gato y el ratón. Me puso los nervios en tensión. Yo le rogué, le supliqué de rodillas, le ofrecí todas mis joyas. ¡Todo en vano! Luego me dictó sus condiciones. Me negué a complacerle. Le dije lo que pensaba de él, rabié, me encolericé. Él sonreía sin perder la calma. Y de pronto, en un momento de silencio, sonó algo en la ventana, tras de la cortina cerrada. Reedburn lo oyó también. Se acercó a ella y la descorrió rápidamente. Detrás había un hombre escondido, era

un vagabundo de feo aspecto. Atacó a míster Reedburn, al que dio primero un golpe… luego otro. Reedburn cayó al suelo. El vagabundo me asió entonces con la mano cubierta de sangre, pero yo me desasí, me deslicé al exterior por la ventana y corrí para salvar la vida. En aquel momento distinguí las luces de esta casa y hacia ella me encaminé. Los visillos estaban descorridos y vi que los habitantes de la casa jugaban al *bridge*. Yo entré, tropezando, en el salón. Recuerdo solamente que pude gritar: «asesinado», y luego caí al suelo y ya no vi nada…

—Gracias, *mademoiselle*. El espectáculo debió constituir un gran choque para su sistema nervioso. ¿Podría describirme al vagabundo? ¿Recuerda lo que llevaba puesto? ¿Cómo iba vestido?

—No. Fue todo tan rápido… Pero su rostro está grabado en mi pensamiento y estoy segura de conocerle en cuanto le vea.

—Una pregunta todavía, *mademoiselle*. ¿Estaban corridas las cortinas de la otra ventana, de la que mira a la calzada?

En el rostro de la bailarina se pintó por vez primera una expresión de perplejidad.

Pero trató de recordar con precisión.

—¿Eh, bien, *mademoiselle*?

—Creo… casi estoy segura… ¡sí, segurísima!, de que no estaban corridas.

—Es curioso, sobre todo estando corridas las primeras. No importa, la cosa tiene poca importancia. ¿Permanecerá todavía aquí mucho tiempo, *mademoiselle*?

—El doctor cree que mañana podré volver a la ciudad.

Valerie miró a su alrededor. *Miss* Oglander había salido.

—Estas gentes son muy amables, pero… no pertenecen a mi esfera. Yo las escandalizo y ellas… bien, no simpatizo con la *bourgeoise*.

Sus palabras tenían un matiz de amargura.

Poirot repuso:

—Comprendo y confío en que no la habré fatigado con mis preguntas.

—Nada de eso, *Monsieur*. No deseo más sino que Paul sepa todo lo antes posible.

—Entonces, ¡muy buenos días, *mademoiselle*!

Antes de salir Poirot de la habitación se paró y preguntó señalando un par de zapatos de piel.

—¿Son suyos, *mademoiselle*?

—Sí. Ya están limpios. Me los acaban de traer.

—¡Ah! —exclamó Poirot mientras bajábamos la escalera—. Los criados estaban muy excitados, pero por lo visto no lo están para limpiar un par de zapatos. Bien, *mon ami*, el caso me pareció interesante, de momento, pero creo que está concluyendo.

—Pero ¿y el asesino?

—¿Cree que Hércules Poirot se dedica a la caza de vagabundos? —replicó con acento grandilocuente el detective.

Al llegar al vestíbulo nos tropezamos con *miss* Oglander que salía a nuestro encuentro.

—Háganme el favor de esperar en el salón. Mamá quiere hablar con ustedes —nos dijo.

La habitación seguía sin arreglar y Poirot tomó la baraja y comenzó a barajar los naipes al azar con sus manos pequeñas y bien cuidadas.

—¿Sabe lo que pienso, amigo mío?

—No —repuse ansiosamente.

—Pues que *miss* Oglander hizo mal en no echar triunfo. Debió poner sobre la mesa el tres de espadas.

—¡Poirot! Es usted el colmo.

—¡Mon Dieu! No voy a estar siempre hablando de rayos y de sangre.

De repente, olfateó el aire y dijo:

—Hastings, Hastings, mire. Falta el rey de bastos de la baraja.

—¡Zara! —exclamé.

—¿Cómo?

De momento Poirot no comprendió mi alusión. Maquinalmente guardó las barajas, ordenadas, en sus cajas.

Su rostro tenía una expresión grave.

—Hastings —dijo por fin—. Yo, Hércules Poirot, he estado a punto de cometer un error, un gran error.

Le miré impresionado, pero sin comprender.

Le interrumpió la entrada en el salón de una hermosa señora de mediana edad que llevaba un libro de cuentas en la mano. Poirot le dedicó un galante saludo.

La dama le preguntó:

—¿Según tengo entendido, es usted amigo de *miss* Sinclair?

—Precisamente su amigo, no, señora. He venido de parte de un amigo.

—Ah, comprendo. Me pareció que…

Poirot señaló bruscamente la ventana y dijo, interrumpiéndola:

—Anoche había luna llena. ¿Vio usted a *miss* Sinclair, sentada como estaba delante de la ventana?

—No, porque me abstraía el juego. Además porque, naturalmente, nunca nos ha sucedido nada parecido como ahora.

—Lo creo, *madame*. *Mademoiselle* Sinclair proyecta marcharse mañana.

—¡Oh! —El rostro de la dama se iluminó.

—Le deseo muy buenos días, *madame*.

Una sirvienta limpiaba la escalera cuando salimos por la puerta principal de la casa.

Poirot dijo:

—¿Fue usted la que limpió los zapatos de la señora forastera?

La doncella meneó la cabeza.

—No, señor. Ni creo que haya que limpiarlos.

—¿Quién los limpió entonces? —pregunté a Poirot mientras bajábamos por la calzada.

—Nadie. No estaban sucios.

—Concedo que por bajar por el camino o por un sendero, en una noche de luna no se ensucien, pero después de hollar con ello la hierba del jardín se manchan y ensucian.

—Sí, estoy de acuerdo —repuso Poirot con una sonrisa singular.

—Entonces…

—Tenga paciencia, amigo mío. Vamos a volver a Mon Desir.

El mayordomo nos vio llegar con visible sorpresa, pero no se opuso a que volviéramos a entrar en la biblioteca.

—Oiga, Poirot, se equivoca de ventana —exclamé al ver que se aproximaba a la que daba sobre la calzada de coches.

—Me parece que no. Vea —repuso indicándome la cabeza marmórea del león en la que vi una mancha oscura.

Poirot levantó un dedo y me mostró otra parecida en el suelo.

—Alguien asestó a Reedburn un golpe, con el puño cerrado, entre los dos ojos. Cayó hacia atrás sobre la protuberante cabeza de mármol y a continuación resbaló hasta el suelo. Luego le arrastraron hasta la otra ventana y allí le dejaron, pero no en el mismo ángulo como observó el doctor.

—Pero ¿por qué? No parece que fuera necesario.

—Por el contrario, era esencial. Asimismo es la clave de la identidad del asesino aunque sepa usted que no tuvo intención de matar a Reedburn y que por ello no podemos tacharle de criminal. ¡Debe poseer mucha fuerza!

—¿Porque pudo arrastrar a Reedburn por el suelo?

—No. Éste es un caso muy interesante. Pero me he portado como un imbécil.

—¿De manera que se ha terminado, que ya sabe usted todo lo sucedido?

—Sí.

—¡No! —exclamé recordando algo de repente—. Todavía hay algo que ignora.

—¿Qué es ello?

—Ignora dónde se halla el rey de bastos.

—¡Bah! Pero qué tontería. ¡Qué tontería, *mon ami*!

—¿Por qué?

—Porque lo tengo en el bolsillo.

Y, en efecto, Poirot lo sacó y me lo mostró.

—¡Oh! —dije alicaído—. ¿Dónde lo ha encontrado? ¿Acaso aquí?

—No tiene nada de sensacional. Estaba dentro de la caja de la baraja. No lo utilizaron.

—¡Hum! De todas maneras sirvió para darle alguna idea, ¿no es verdad?

—Sí, amigo mío. Y ofrezco mis respetos a Su Majestad.

—Y ¡a *madame* Zara!

—Ah, sí, también a esa señora.

—Bueno, ¿qué piensa hacer ahora?

—Volver a Londres. Pero antes de ausentarme deseo decir dos palabras a una persona que vive en Daisymead.

La misma doncella nos abrió la puerta.

—Están en el comedor, señor. Si desea ver a *miss* Sinclair se halla descansando.

—Deseo ver a *mistress* Oglander. Haga el favor de llamarla. Es cuestión de un instante.

Nos condujeron al salón y allí esperamos. Al pasar por delante del comedor distinguí a la familia Oglander, acrecentada ahora por la presencia de dos fornidos caballeros, uno afeitado, otro con barba y bigote.

Poco después entró *mistress* Oglander en el salón mirando con aire de interrogación a Poirot, que se inclinó ante ella.

—*Madame*, en mi país sentimos suma ternura, un gran respeto por la madre. *La mére de famille* es todo para nosotros —dijo.

Mistress Oglander le miró con asombro.

—Y esta única razón es la que me trae aquí, en estos momentos, pues deseo disipar su ansiedad. No tema, el asesino de míster Reedburn no será descubierto. Yo, Hércules Poirot, se lo aseguro a usted. ¿Digo bien o es la ansiedad de una esposa la que debo calmar?

Hubo un momento de silencio en el que *mistress* Oglander dirigió a Poirot una mirada penetrante. Por fin repuso en voz baja:

—No sé lo que quiere decir pero, sí, dice usted bien sin duda.

Poirot hizo un gesto con el rostro grave.

—Eso es, *madame*. No se inquiete. La policía inglesa no posee los ojos de Hércules Poirot.

Así diciendo dio un golpecito sobre el retrato de la familia que pendía de la pared e interrogó:

—¿Usted tuvo dos hijas, *madame*? ¿Ha muerto una de ellas?

Hubo una pausa durante la cual *mistress* Oglander volvió a dirigir una mirada profunda a mi amigo. Luego respondió:

—Sí, ha muerto.

—¡Ah! —exclamó Poirot vivamente—. Bien, vamos a volver a la ciudad. Permítame que le devuelva el rey de bastos y que lo coloque en la caja. Constituye su único resbalón. Comprenda que no se puede jugar al *bridge*, por espacio de una hora, con únicamente cincuenta y una cartas para cuatro personas. Nadie que sepa jugar creerá en su palabra. *¡Bon jour!*

—Y ahora, amigo mío, ¿se da cuenta de lo ocurrido? —me dijo cuando emprendimos el camino de la estación.

—¡En absoluto! —contesté—. ¿Quién mató a Reedburn?

—John Oglander, hijo. Yo no estaba seguro si había sido él o su padre, pero me pareció que debía ser el hijo el culpable por ser el más joven y el más fuerte de los dos.

Asimismo tuvo que ser culpable uno de ellos a causa de las ventanas.

—¿Por qué?

—Mire, la biblioteca tiene cuatro salidas: dos puertas, dos ventanas; y de éstas eligió una sola. La tragedia se desarrolló delante de una ventana que lo mismo que las dos puertas da, directa o indirectamente, a la parte de delante de la casa. Pero se simuló que se había desarrollado ante la ventana que cae sobre la parte de atrás para que pareciera pura casualidad que Valerie eligiera Daisymead como refugio. En realidad, lo que sucedió fue que se desmayó y que John se la echó sobre los hombros. Por eso dije y ahora afirmo que posee mucha fuerza.

—¿De modo que los hermanos se dirigieron juntos a Mon Desir?

—Sí. Ya recordará la vacilación de Valerie cuando le pregunté si no tuvo miedo de ir sola a casa de Reedburn. John Oglander la acompañó, suscitando la cólera de Reedburn, si no me engaño. El tercero disputó y probablemente un insulto dirigido por el dueño de la casa a Valerie motivó que Oglander le pegase un puñetazo. Ya conoce el resto.

—Pero ¿por qué le llamó la atención la partida de *bridge*?

—Porque para jugar a él se requiere cuatro jugadores y únicamente tres personas ocuparon, durante la velada, el salón.

Yo seguía perplejo.

—Pero ¿qué tienen que ver los Oglander con la bailarina Sinclair? —pregunté—. No acabo de comprenderlo.

—Amigo, me maravilla que no se haya dado cuenta, a pesar de que miró con más atención que yo la fotografía de la familia que adorna la pared del salón. No dudo de que para dicha familia haya muerto la hija segunda de *mistress* Oglander, pero el mundo la conoce ¡con el nombre de Valerie Sinclair!

—¿Qué?

—¿De veras no se ha dado cuenta del parecido de las dos hermanas?

—No —confesé—. Por el contrario, me dije que no podían ser más distintas.

—Es porque, querido Hastings, su imaginación se halla abierta a las románticas impresiones exteriores. Las facciones de las dos son idénticas, lo mismo que el color de sus ojos y cabellos. Pero lo más gracioso es que Valerie se avergüenza de los suyos y que los suyos se avergüenzan de ella. Sin embargo, en un momento de peligro pidió ayuda a su hermano y cuando las cosas adoptaron un giro desagradable y amenazador todos se unieron de manera notable. ¡No hay ni existe nada tan maravilloso como el amor de la familia! Y ésta sabe representar. De ella ha sacado Valerie su talento. ¡Yo, lo mismo que el príncipe Paul creo en la ley de herencia! Ellos me engañaron. Pero por una feliz casualidad y una pregunta dirigida a *mistress* Oglander que contradecía

la explicación acerca de cómo estaban sentados alrededor de la mesa de *bridge*, que nos hizo su hija, no salió Hércules Poirot chasqueado.

—¿Qué dirá usted al príncipe?

—Que Valerie no ha cometido ese crimen y que dudo mucho de que pueda llegar a darse con el asesino vagabundo. Asimismo que transmita mis cumplidos a Zara. ¡Qué curiosa coincidencia! Me parece que voy a ponerle a este pequeño caso un título: La aventura del rey de bastos. ¿Le gusta, amigo mío?

La herencia de los Lemesurier

(The Lemesurier Inheritance).

He investigado muchos casos extraños en compañía de Hércules Poirot, pero no creo que ninguno de ellos pueda compararse a la serie extraordinaria de acontecimientos que mantuvieron despierto nuestro interés por espacio de muchos años, hasta culminar en el último problema que le tocó a mi amigo resolver. Nuestra atención se concentró por vez primera en la historia de la familia de los Lemesurier una tarde, durante la guerra. Poirot y yo volvíamos a vernos y renovábamos los viejos días de nuestra amistad iniciada en Bélgica. Mi amigo había llevado a cabo una comisión para el War Office a su entera satisfacción y cenamos en el Carlton con Brass Hat, que le dedicó grandes cumplidos. Brass tuvo luego que salir a escape para acudir a su cita con un conocido, y nosotros terminamos nuestro café tranquilamente, sin prisas, antes de imitar su ejemplo.

En el momento en que nos disponíamos a dejar el comedor, me llamó una voz familiar, me volví y vi al capitán Vicente Lemesurier, un joven a quien había conocido en Francia. Le acompañaba un caballero cuyo parecido revelaba pertenecer a la misma familia. Así resultó, en efecto, y Vicente nos lo presentó con el nombre de Hugo Lemesurier, su tío. Yo no conocía íntimamente al capitán Lemesurier, pero era un muchacho muy agradable, algo soñador y recordé haber oído decir que pertenecía a una antigua y aristocrática familia que databa de los tiempos de la Restauración y que poseía una propiedad en Northcumberland. Como ni Poirot ni yo teníamos prisa, aceptamos la invitación del joven, y volvimos a sentarnos a la mesa con los recién llegados, charlando satisfechos de diversos temas sin importancia. El Lemesurier de más edad era un hombre de unos cuarenta años, de hombros inclinados y que recordaba mucho al hombre ilustrado; en aquel momento se ocupaba en una investigación química por cuenta del Gobierno, según dedujimos de la conversación.

Interrumpió nuestra charla un joven moreno, de buena estatura, que se acercó a la mesa presa de visible agitación.

—¡Gracias a Dios que los encuentro! —Exclamó.

—¿Qué sucede, Roger?

—Se trata de su padre, Vicente. Ha sufrido una mala caída. El caballo era joven y difícil de dominar.

Dicho esto les llevó aparte y ya no oímos lo que decía. A continuación los dos nuevos amigos se despidieron de nosotros precipitadamente. El padre de Vicente acababa de ser víctima de un grave accidente mientras domaba un caballo joven y le restaban unas horas de vida.

El muchacho se puso mortalmente pálido, como si le afectara mucho la noticia. A mí me sorprendió su actitud, porque unas palabras que le oí proferir una vez en

Francia me habían hecho creer que padre e hijo no estaban en muy buenas relaciones. Debo confesar, pues, que su emoción filial me dejó atónito.

El joven moreno que Vicente nos presentó como su primo, Roger Lemesurier, se quedó con nosotros y los tres salimos juntos a la calle.

—Este caso es sumamente curioso —comentó Roger— e interesará quizás a *Monsieur* Poirot, un as en materia de psicología, según he oído decir.

—Estudio esa materia, en efecto —repuso con prudencia mi amigo.

—¿Han reparado en la cara de mi primo? ¿Verdad que parecía trastornado? ¿Conocen el motivo? Pues por la maldición que pesa de antiguo sobre la familia. ¿Desean conocerla?

—Sí, cuéntela y le quedaremos muy reconocidos.

Roger Lemesurier consultó un momento la hora en el reloj de pulsera.

—Bueno, me sobra tiempo. Me reuniré con ellos en King’s Cross. Bien, *Monsieur* Poirot: los Lemesurier somos una familia muy antigua. Allá en el medioevo un Lemesurier sintió celos de su mujer a la que descubrió en situación comprometida.

Ella juraba que era inocente, pero el barón Hugo se negó a escucharla. Hugo juraba que el hijo que su mujer le había dado no era suyo y que no percibiría ni un solo penique de su fortuna. No recuerdo bien lo que hizo, creo que emparedó vivos al hijo y a la madre. Lo cierto es que los mató y que ella murió protestando de su inocencia y maldiciendo solemnemente a él y a todos sus descendientes. Según esta maldición, ningún primogénito de los Lemesurier recogería jamás su herencia. Bien, andando el tiempo se demostró, sin que cupiera lugar a dudas, la inocencia de la baronesa. Tengo entendido que Hugo llevó siempre cilicio y que murió en la celda de un convento. Pero lo curioso del caso es que a partir de aquel día ningún primogénito de los Lemesurier ha heredado. Los bienes paternos han pasado siempre de sus manos a las de un hermano, de un sobrino, de un segundón, pero jamás al primogénito. El padre de Vicente es segundón de los cinco hijos de su padre. El mayor murió en la infancia. Y Vicente se ha convencido durante la guerra de que es ahora él el predestinado. Pero, por imposible que parezca, sus dos hermanos menores han muerto en ella.

—Es una historia muy interesante —dijo Poirot pensativo—. Pero ahora que el padre se está muriendo, ¿será el primogénito el heredero de su fortuna?

—Precisamente. La maldición se ha desvirtuado. No puede subsistir en medio del bullicio de la vida moderna.

Poirot meneó la cabeza como si reprobase el tono ligero del otro. Roger Lemesurier volvió a mirar el reloj y se apresuró a despedirse de nosotros.

Pero la historia no había concluido al parecer, ya que al día siguiente supimos la trágica muerte de Vicente. Había tomado el tren correo de Escocia y durante la noche se abrió la portezuela de su departamento y cayó a la vía. La emoción que le produjo el estado de su padre, sumada a la enfermedad nerviosa que como resultado de su estancia en el frente padecía, debió de producirle un ataque de locura temporal. Y la

curiosa superstición que prevalecía entre la familia superviviente volvió a salir a la luz al hablar del nuevo heredero, Ronald Lemesurier, cuyo único hijo había muerto en la batalla de Somme.

Supongo que nuestro encuentro accidental con Vicente Lemesurier el último día de su vida, despertó nuestro interés por todo lo que con su familia se relacionaba y por ello dos años después nos enteramos del fallecimiento de Ronald, inválido en la época de su herencia de las propiedades de los Lemesurier. Le sucedió su hermano John, hombre simpático, cordial, que tenía un hijo en la Universidad de Eton.

Los Lemesurier eran víctimas, en efecto, de un destino implacable, ya que durante las vacaciones el joven estudiante se disparó un tiro sin querer. La muerte de su padre, acaecida casi inmediatamente después de picarle una avispa, puso la propiedad en manos de Hugo, el más joven de los cinco hermanos, al que conocimos la noche fatal en el Carlton.

Aparte de comentar la extraordinaria serie de desgracias que caían sobre los Lemesurier, no nos habíamos tomado ningún interés personal por tales acontecimientos, pero se acercaba el momento en que debíamos tomar parte más activa en ellos.

Una mañana nos anunciaron a *mistress* Lemesurier. Era una mujer activa, de buena estatura, de unos treinta años de edad y que a juzgar por su aspecto poseía resolución y una dosis respetable de sentido común. Hablaba con leve acento extranjero.

—*Monsieur* Poirot, creo que recordará usted dónde nos vimos. Hugo Lemesurier le vio hace años, pero no lo ha olvidado.

—Recuerdo perfectamente el hecho, *madame*. Nos vimos en el Carlton.

—Eso es. Bien, *Monsieur* Poirot, pues estoy muy preocupada.

—¿Respecto de qué, *madame*?

—Pues respecto de mi hijo mayor. Porque tengo dos hijos: Ronald, de ocho años, y Gerald, de seis.

—Continúe, señora. ¿Por qué le preocupa su hijo Ronald?

—*Monsieur* Poirot, en el espacio de los seis últimos meses pasados ha logrado escapar a la muerte por tres veces seguidas: la primera vez estuvo a punto de ahogarse en Cornwall, este verano; la segunda vez se cayó por la ventana de la *nursery*; la tercera vez estuvo a punto de ser envenenado.

El rostro de Poirot expresaba de manera demasiado elocuente, tal vez, lo que estaba pensando, porque *mistress* Lemesurier dijo apresuradamente:

—Naturalmente, comprendo que usted me toma por una boba que convierte en montañas un granito de arena…

—No, señora. Cualquier madre se sentiría tan trastornada como usted por tales acontecimientos, pero lo que no veo es en qué puedo servirla. No soy *le bon Dieu* para mandar a las olas; ponga barrotes de hierro en la nursery y en cuanto a la comida, ¿qué podría compararse al cuidado de una madre?

—Pero ¿por qué le suceden tales cosas a Ronald y no a Gerald?

—¡Se trata de una pura casualidad, *madame… le hasard*!

—¿De verdad cree usted eso?

—¿Qué cree usted, *madame*, qué cree su marido?

Una sombra nubló el rostro de *mistress* Lemesurier.

—Hugo no quiere escucharme. Supongo que habrá usted oído hablar de la maldición que pesa sobre nuestra familia. Según ella, el primogénito no puede heredar. Hugo cree en esa leyenda. Conoce al dedillo la historia de los Lemesurier y es supersticioso en grado superlativo. Cuando le comunico mis temores me habla de la maldición y asegura que no podemos escapar de ella. Pero yo he nacido en los Estados Unidos, *Monsieur* Poirot. Allí no creemos en maldiciones, aunque nos gusten porque tienen cachet, porque dan tono, ¿comprende? Hugo me conoció cuando tomaba yo parte en una comedia musical y me dije que eso de una maldición es un encanto, algo indescriptible para expresarlo con palabras, a propósito para narrarlo junto al fuego en una cruda noche de invierno, pero cuando se trata de un hijo… es otra cosa, porque yo adoro a mis hijos, *Monsieur* Poirot, y haría cualquier sacrificio por ellos.

—¿De manera que se niega a creer en la leyenda de la familia?

—¿Puede una leyenda cortar un tallo de hiedra?

—¿Qué es lo que dice, *madame*? —exclamó mi amigo con expresión de profundo asombro reflejado en el semblante.

—Digo, ¿puede una leyenda, una fantasía si prefiere denominarlo así, cortar un tallo de hiedra? No me refiero a lo sucedido en Cornwall, porque aunque Ronald sabe nadar desde los cuatro años, cualquier chico puede encontrarse en apurada situación en un momento dado. Los dos hijos míos son muy traviesos y por ello un día descubrieron que podían encaramarse por la pared sirviéndose de la hiedra como de una escalera.

Un día en que Gerald no estaba en casa, la hiedra cedió y Ronald cayó a tierra. Por fortuna no se hizo nada serio. Pero yo salí y examiné la hiedra. Estaba cortada, *Monsieur*, cortada deliberadamente.

—¿Se da cuenta de la gravedad de lo que insinúa, *madame*? ¿Dice que el hijo menor estaba en aquel momento fuera de casa?

—Sí.

—¿Lo estaba también cuando el envenenamiento de Ronald?

—No, los dos estaban en ella.

—Es curioso —murmuró Poirot—. Dígame, ¿qué servidores tiene usted?

—*Miss* Saunders, el aya de los niños y John Gardiner, el secretario de mi marido.

Mistress Lemesurier hizo una pausa levemente confusa.

—¿Y quién más, *madame*?

—El comandante Roger Lemesurier, a quien conoció usted también aquella noche del Carlton, viene a vernos con frecuencia.

—¡Ah, sí! ¿Es pariente de ustedes?

—Un primo lejano. No pertenece a esta rama de la familia. Sin embargo, creo que es el pariente más próximo de mi marido. Es muy afectuoso y le queremos todos. Los chicos le adoran.

—¿Fue él, quizá, quien les enseñó a trepar por la hiedra?

—Bien pudiera ser, porque les incita a hacer travesuras.

—*Madame*, le pido mil perdones por lo que dije antes. El peligro es real y creo poder servirla. Le propongo que nos invite a pasar unos días con ustedes. ¿Tendría inconveniente en ello su marido?

—Oh, no. Pero dudará de su eficacia. Me irrita ver que se sienta tranquilamente a esperar a que fallezca su hijo.

—¡Cálmese, *madame*! Nosotros todo lo hacemos metódicamente.

Después de hacer el equipaje a toda prisa, tomamos al día siguiente el camino del norte. Poirot se sumió en sus reflexiones. Salió de su ensimismamiento para preguntar bruscamente:

—¿Se cayó Vicente Lemesurier de uno de estos trenes?

Y acentuó levemente el verbo.

—¿Qué es lo que sospecha? —interrogué sinceramente sorprendido.

—¿No le han llamado la atención, Hastings, esas muertes casuales de los Lemesurier? ¿No le parece que todas ellas han podido ser preparadas de antemano?

Por ejemplo, la de Vicente; luego la del estudiante de Eton. Un accidente es casi siempre algo ambiguo. Suponiendo que este mismo niño, hijo de Hugo, hubiera fallecido como resultado de su caída por la ventana, ¿qué cosa tan natural y tan poco sospechosa? Porque, ¿quién sale beneficiado de su muerte? Su hermanito, un niño de siete años. ¡Es absurdo!

—Quizá pretenden, más adelante, desembarazarse de él también —sugerí yo alimentando una idea vaga de quién o quiénes lo pretendían.

Poirot movió la cabeza. La sugerencia no le satisfacía, era evidente.

—Envenenamiento por ptomaína —murmuró—. La atropina presenta casi los mismos síntomas. Sí, nuestra presencia allí es indispensable. Hay que descubrir… o bien… evitar o…

Mistress Lemesurier nos recibió con entusiasmo. Enseguida nos llevó al estudio de su marido y nos dejó en él.

Hugo había cambiado mucho desde la primera guerra. Sus hombros se inclinaban todavía más hacia adelante y su rostro tenía un curioso tinte gris pálido. Poirot le explicó el motivo de nuestra visita y le escuchó con atención.

—¡Es muy propio del sentido común de Sadie! —dijo al final—. De todos modos, *Monsieur* Poirot, le agradezco que haya venido; pero lo escrito, escrito está. La vida del trasgresor es dura. Nosotros, los Lemesurier, lo sabemos, ninguno de nosotros escapará a su destino.

Poirot le habló de la hiedra cortada, pero el hecho causó poca impresión a Hugo.

—No cabe duda que fue obra de un jardinero poco cuidadoso… Sí, sí, tiene que haber un instrumento, pero el fin es simple; y no se demorará mucho, sépalo, *Monsieur* Poirot.

Éste le miró con atención.

—¿Por qué dice eso?

—Porque yo mismo estoy sentenciado. El año pasado fui a ver a un médico y padezco una enfermedad incurable. El fin está próximo, pero antes de que yo fallezca se llevarán a Ronald. Gerald heredará.

—¿Y si le sucediera algo también a su segundo hijo?

—No le sucederá nada; nada le amenaza.

—Pero ¿y si le sucediera? —insistió Poirot.

—Mi primo Roger sería su heredero.

Alguien vino a interrumpir nuestra conversación. Era un caballero alto, de arrogante figura, de cabello rizado, color de cobre, que entró llevando unos papeles en la mano.

—Bien, deje eso, Gardiner y no se preocupe —dijo Hugo Lemesurier—. Mi secretario, míster Gardiner.

El secretario saludó, nos dedicó unas palabras agradables de bienvenida y desapareció. A pesar de su gallardía había algo en él que repelía y cuando me confié a Poirot, más adelante, mientras paseábamos por los hermosos jardines, convino en ello con no poca sorpresa por mi parte.

—Sí, sí, Hastings, tiene usted razón. No me gusta. Es demasiado guapo. Ah, ya están aquí los pequeños.

Mistress Lemesurier avanzaba hacia nosotros con los dos niños al lado. Eran dos guapos muchachos, moreno el menor como la madre, de cabello rubio y rizoso el mayor.

Los dos nos estrecharon la mano, como dos hombrecitos, y enseguida se dedicaron a Poirot. Luego fuimos presentados a *miss* Saunders, mujer indescriptible, que formaba parte del grupo familiar.

Por espacio de varios días llevamos una existencia cómoda y agradable, siempre vigilante aunque sin resultado. Los chicos vivían de manera normal sin carecer de nada.

Al cuarto día de estancia en la finca vimos aparecer al comandante Roger Lemesurier. Vivaracho y despreocupado, había variado muy poco, tratando todo con la misma ligereza. Era, evidentemente, un gran favorito de los chicos, porque le acogieron con exclamaciones de alegría y le arrastraron enseguida al jardín para jugar a los indios bravos. Me di cuenta de que Poirot le seguía sin llamar la atención.

Al día siguiente, *lady* Claygate, cuya propiedad lindaba con la de los Lemesurier, invitó a todo el mundo, chicos inclusive, a tomar el té. *Mistress* Lemesurier quería que les acompañásemos, pero sin embargo pareció aliviarla de gran peso la negativa de Poirot que, según dijo, prefería quedarse en casa.

En cuanto partieron todos, puso manos a la obra. Su actitud me recordó la de un terrier inteligente. Creo que no quedó sin registrar un solo rincón de la propiedad; sin embargo, se hizo tan serena y metódicamente que a nadie llamaron la atención sus idas y venidas. Mas era evidente, al final, que no se sentía satisfecho. Tomamos el té en la terraza con *miss* Saunders, que no había querido tampoco formar parte de la reunión.

Los chicos deben estar disfrutando —murmuró—. Confío en que se portarán como es debido, en que no pisotearán los parterres de flores ni se acercarán a las abejas…

Poirot se quedó con el vaso que iba a llevarse a la boca en la mano. Era como si acabara de ver un fantasma.

—¿Las abejas? —repitió con voz de trueno.

—Sí, *Monsieur* Poirot, las abejas. Tres colmenas. *Lady* Claygate está orgullosa de ellas.

—¡Abejas! —exclamó Poirot.

Luego se levantó de un salto y empezó a pasear por la terraza con las manos en la cabeza. Por más esfuerzos que hice no pude imaginar por qué se agitaba tanto a la sola mención de aquellos insectos.

En este momento oímos rodar un coche. Cuando el grupo se apeó ya estaba Poirot en el umbral de la puerta.

—Han picado a Ronald —exclamó excitado Gerald.

—No ha sido nada —dijo *mistress* Lemesurier—. Ni siquiera se ha hinchado. Le pondremos en la picadura un poco de amoníaco.

—A ver, hombrecillo. ¿Dónde te han picado? —preguntó Poirot.

—Aquí, en este lado del cuello —repuso dándose importancia Ronald—. Pero no me duele. Papá dijo: «Estate quieto. Se te ha posado encima una abeja». Me estuve quieto y papá me la quitó de encima, pero sentí un alfilerazo. Ya me había picado y no lloré porque ya soy mayor e iré a la escuela el año que viene.

Poirot examinó el cuello del niño y luego se retiró.

Cogiéndome por el brazo murmuró a mi oído:

—¡Esta noche, *mon ami*, será esta noche! No diga nada… a nadie.

Como se negó a mostrarse más comunicativo, confieso que pasé el resto del día devorado por la curiosidad. Se retiró temprano y seguí su ejemplo. Mientras subíamos la escalera me cogió por un brazo y me dio instrucciones.

—No se desvista. Aguarde algún tiempo, apague luego la luz y venga a reunirse conmigo.

Obedecí y le encontré esperándome cuando llegó la hora. Me encargó con un gesto que guardara silencio y nos dirigimos, de puntillas, al ala de la casa donde se hallaba la habitación de los niños. Ronald ocupaba una habitación propia. Entramos en ella y me situé en un rincón oscuro. El niño respiraba con normalidad y dormía tranquilo.

—¿Duerme profundamente, verdad? —susurré.

Poirot hizo seña de que sí.

—Le han narcotizado —murmuró.

—¿Para qué?

—Para que no llore cuando…

—¿Cuándo? —repetí al ver que hacía una pausa.

—¡Sienta el pinchazo de la aguja hipodérmica, *mon ami*! ¡Silencio! No hablemos más, aunque no espero ningún acontecimiento próximo.

Pero Poirot se engañaba. Diez minutos después se abrió la puerta sin ruido y alguien entró en la habitación. Oí una respiración anhelosa, unos pasos que se aproximaron a la cama, luego un súbito ¡clic! La luz de una pequeña lámpara de bolsillo cayó sobre el rostro del pequeño durmiente. La persona que la asía seguía invisible en la sombra. Dejó la lámpara en tierra; con la mano derecha sacó la jeringuilla y con la izquierda tocó al niño en el cuello.

Poirot y yo dimos un salto al propio tiempo. La lámpara rodó por el suelo y luchamos con el intruso en la oscuridad. Su fuerza era extraordinaria. Por fin le vencimos.

—La luz, Hastings. Tengo que verle la cara… a pesar de que temo saber demasiado bien a quien pertenece.

«Lo mismo me sucede a mí», me dije mientras buscaba la luz a tientas. Había sospechado un momento del secretario acuciado por la antipatía que me inspiraba, pero ahora estaba seguro de que el hombre que se beneficiaría de la muerte de los dos niños era el monstruo cuyos pasos habíamos estado siguiendo.

Uno de mis pies tocó la lámpara. La cogí y la encendí.

Su luz brilló de lleno en el rostro de… Hugo Lemesurier, ¡el propio padre del pequeño!

Estuvo en un tris que se me cayera la lámpara de la mano.

—¡Imposible! —dije con la voz velada—. ¡Imposible!

Lemesurier había perdido el conocimiento. Entre Poirot y yo le trasladamos a su habitación y le dejamos sobre la cama. Poirot se inclinó y le quitó con suavidad un objeto de la mano. Luego me lo enseñó. Me estremecí.

Era la jeringuilla.

—¿Qué hay en ella? ¿Veneno?

—Ácido fórmico si no me engaño.

—¿Ácido fórmico?

—Sí. Obtenido, probablemente, de la destilación de hormigas. Ya recordará que es químico. Luego se hubiera atribuido la muerte del niño a la picadura de la abeja.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡A su propio hijo! ¿Y usted lo sospechaba?

Poirot por toda respuesta, hizo gravemente un gesto afirmativo.

—Sí. Está loco, naturalmente. Imagino que la historia de su familia se convirtió para él en verdadera manía. Su deseo intenso de heredar la fortuna de los Lemesurier

le condujo a cometer una serie de crímenes. Posiblemente se le ocurriría la idea al viajar por primera vez con Vicente. No podía permitir que la predicción resultase vana. El hijo de Ronald había muerto ya y el mismo Ronald era un moribundo. La familia está compuesta de individuos débiles. Él preparó el accidente de la pistola y, lo que hasta ahora no había sospechado, la muerte de su hermano John mediante este mismo procedimiento de inyectarle en la yugular ácido fórmico. Entonces se realizó su ambición y se convirtió en dueño de las propiedades agrarias de la familia. Pero su triunfo fue de breve duración porque sufría una enfermedad incurable. Además alimentaba una idea fija, una idea de loco; la de que su hijo no podría heredar.

Sospecho que el accidente del baño se debió a él. Seguramente animaría al pequeño a que llegase cada vez más lejos. Al fracasar esta tentativa cortó la hiedra y después envenenó el alimento de Ronald.

—¡Es diabólico! —murmuré con un escalofrío—. ¡Y qué hábilmente planeado!

—Sí, *mon ami*, no existe nada tan sorprendente como la extraordinaria inteligencia de los locos. No hay nada que pueda compararse a ella, sólo la excentricidad de los cuerdos.

—Y pensar que sospeché hasta de Roger, este buen amigo…

—Era natural, *mon ami*. Nosotros sabíamos que acompañó a Vicente en su viaje al norte. Sabíamos también que después de Hugo y de los hijos de Hugo era el legítimo heredero. Pero los hechos dieron al traste con estas suposiciones. No se cortó la hiedra más que cuando el pequeño Ronald estaba en casa… el interés de Roger hubiera exigido que los dos hermanitos perecieran. De la misma manera que fue sólo Ronald el envenenado. Y hoy, cuando volvieron a casa y me di cuenta de que solamente bajo palabra de su padre había que creer que Ronald fue picado por una abeja, recordé la otra muerte y supe quién era el asesino.

Hugo Lemesurier murió varios meses después en una casa de salud a la que fue trasladado. Su viuda volvió a casarse con míster Gardiner, el secretario de los cabellos color de cobre. Ronald heredó los acres de su padre y continúa floreciendo.

—Bien, bien —observé dirigiéndome a Poirot—. Otra ilusión que se desvanece. Usted ha concluido con la maldición que pesaba sobre los Lemesurier.

—¿Quién sabe? —repuso pensativo el detective—. Quién sabe…

—¿Qué quiere decir?

—Voy a contestar, *mon ami*, con una sola y significativa palabra: ¡rojo!

—¿Sangre? —interrogué aterrado, bajando la voz instintivamente.

—¡Qué imaginación tan melodramática tiene, Hastings! Me refería a algo más prosaico: al color de los cabellos del pequeño Ronald.

La mina perdida

(The Lost Mine).

Puse mi libreta bancaria sobre la mesa con un suspiro.

—Es curioso —dije—, pero el saldo negativo de mi crédito nunca parece disminuir.

—¿Y no le preocupa? Si yo tuviera un saldo negativo no pegaría un ojo en toda la noche —declaró Poirot.

—¡Supongo que usted cuenta siempre con un saldo satisfactorio! —repliqué mordaz.

—Cuatrocientas cuarenta y cuatro libras, con cuatro chelines y cuatro peniques —dijo Poirot con cierta complacencia—. Un bonito número, ¿verdad?

—Esto debe de ser una muestra de tacto por parte del director del banco.

Evidentemente está al tanto de su pasión por la simetría. A propósito, ¿qué le parece invertir, digamos que unas trescientas libras de este capital, en los campos petrolíferos Porcupine? Hoy anuncian en los periódicos que el año próximo pagarán unos dividendos del cien por cien.

—Eso no es para mí —dijo Poirot, meneando la cabeza—. No me agrada lo sensacional. Prefiero la inversión prudente, segura… les rentes, las firmes, las… ¿cómo lo llaman ustedes…?, las convertibles.

—¿Nunca ha hecho una inversión de carácter especulativo?

—No, *mon ami* —replicó Poirot gravemente—. No la hice. Y los únicos valores que poseo, y que no son de la clase que ustedes denominan de toda confianza, se reducen a catorce mil acciones de las Minas de Birmania Sociedad Limitada.

Poirot hizo una pausa, con el aire de quien espera que le animen a proseguir.

—¿Sí…? —le incité.

—Y por ellas no desembolsé un céntimo… fueron la recompensa por haber ejercitado mis pequeñas células grises. ¿Le gustaría oír la historia? ¿Sí?

—¡Claro!

—Esas minas se hallan situadas en el interior de Birmania, a unas doscientas millas de Rangún. Las descubrieron los chinos en el siglo XV, y las explotaron hasta la rebelión musulmana, abandonándolas por último en 1868. Los chinos extrajeron la rica galena argentífera de los estratos superiores de la mena, fundiéndola para separar la plata y dejaron una gran cantidad de escoria rica en plomo. Naturalmente, esto se descubrió en cuanto se iniciaron los trabajos de prospección en Birmania; pero debido a que las antiguas minas estaban inundadas y cegadas por corrimientos de tierra y por rellenos, todos los intentos que se llevaron a cabo para dar con el origen de la vena no dieron resultado. Las compañías mineras enviaron numerosos equipos que procedieron a excavar extensas zonas, pero fracasaron. Sin embargo, un representante de una de dichas compañías descubrió la pista de una familia china, la

cual se suponía que todavía guardaba la documentación relacionada con el emplazamiento de la mina. El entonces jefe de la familia era un tal Wu Ling.

—¡Qué página tan fascinante de novela romántica comercial! —exclamé.

—¿Verdad? Ah, *mon ami*, se puede dar una historia novelesca sin necesidad de que intervengan muchachas rubias como el oro y de belleza sin par… No, me equivoco; son las pelirrojas las que siempre le excitan tanto. Recuerda…

—Siga con su historia —le atajé, presuroso.

—Eh bien, amigo mío, se estableció contacto con ese Wu Ling. Se trataba de un estimable comerciante, muy respetado en la provincia donde vivía. Admitió enseguida que poseía los documentos en cuestión, y que se hallaba totalmente dispuesto a entablar negociaciones para la venta. Pero se opuso rotundamente a tratar con otras personas que no fueran los principales interesados. Finalmente se convino en que se trasladara a Inglaterra para entrevistarse con los directores de una importante compañía. Wu Ling hizo el viaje hasta Inglaterra en el SS Assunta, y una fría y brumosa mañana de noviembre el buque atracaba en Southampton. Uno de los directores, el señor Pearson, se trasladó a esta ciudad para recibirle, pero a causa de la niebla, el tren en que viajaba sufrió un lamentable retraso, de modo que cuando llegó, Wu Lin había desembarcado, y partido hacia Londres en un tren especial. El señor Pearson regresó a la ciudad un tanto enojado, pues no tenía idea de dónde pensaba alojarse Wu Ling. Sin embargo, aquel mismo día se recibió en las oficinas de la compañía una llamada telefónica. Wu Ling se hospedaba en el Hotel Plaza Russell. No se encontraba muy bien debido al viaje, pero aseguró que estaba en condiciones de poder asistir a la entrevista con el consejo directivo fijada para el día siguiente. El consejo se reunió a las once en punto. Cuando dieron las once y media y Wu Ling no había hecho aún acto de presencia, el secretario llamó por teléfono al Hotel Plaza Russell. Le respondieron que Wu Ling había salido del hotel con un amigo hacia las diez y media. Parecía claro que lo hizo con la intención de acudir a la cita, pero transcurrió la mañana y el hombre no apareció. Desde luego cabía la posibilidad de que se hubiera extraviado, puesto que no conocía la ciudad, pero a avanzada hora de la noche aún no había regresado al hotel. Muy preocupado, el señor Pearson puso el asunto en manos de la policía. Al cabo de dos días, al anochecer, rescataron un cadáver en el Támesis, que resultó ser el del infortunado chino. Ni en su cadáver ni en su equipaje se encontró rastro alguno de los documentos de la mina.

Llegados a este punto, *mon ami*, me metieron en el asunto. Recibí la visita del señor Pearson. Aunque estaba muy afectado por la muerte de Wu Ling, su principal afán era recuperar los documentos, objeto de la visita del chino a Londres. El interés principal de la policía, claro está, sería descubrir al asesino… dejando en segundo término la recuperación de los papeles. Lo que él deseaba de mí era que colaborase con la policía y que al mismo tiempo actuase en interés de la compañía.

Acepté sin ningún inconveniente. Era evidente que ante mí tenía dos caminos abiertos para la investigación. Por un lado podía indagar entre los empleados de la

compañía que conocían la visita del oriental; por otro, hacer lo mismo entre los pasajeros del barco que podían estar enterados de su misión. Empecé por estos últimos, pues era un campo de pesquisa más reducido. En esto coincidí con el inspector Miller, encargado del caso… hombre muy distinto de nuestro amigo Japp: presuntuoso, mal educado e insoportable. Juntos interrogamos a los oficiales del Assunta. Poco pudieron decirnos. Durante el viaje Wu Ling se había mostrado muy reservado. Sólo hizo amistad con dos pasajeros: uno de ellos era un europeo llamado Dyer, un hombre desmoralizado que, al parecer, gozaba de bastante mala fama; el otro era un empleado de banco, llamado Charles Lester, que regresaba de Hong Kong. Tuvimos la suerte de poder hacernos con una fotografía de ambos. En ese momento, si las sospechas debieran recaer sobre uno de los dos, no podía ser otro que Dyer. Se le sabía mezclado con una banda de granujas chinos, y en principio era el que ofrecía más motivos de sospecha.

La siguiente diligencia que llevamos a cabo fue ir al Hotel Plaza Russell. Al mostrarle una fotografía de Wu Ling la reconocieron al instante. Entonces les ensañamos también la de Dyer, pero para decepción nuestra, el portero afirmó que no era el hombre que había ido al hotel aquella fatal mañana. Casi sin ninguna esperanza le dejé ver la fotografía de Lester, y ante mi sorpresa el hombre lo reconoció sin vacilar.

—Sí, señor —dijo—, éste es el caballero que vino a las diez y media y preguntó por el señor Wu Ling, y luego salió con él.

El asunto progresaba. El siguiente paso fue entrevistarnos con el señor Charles Lester. Nos atendió con extrema franqueza: estaba desolado por la prematura muerte de Wu Ling y se puso por entero a nuestra disposición. Su relato fue el siguiente:

Según lo convenido con Wu Ling, pasó a buscarle al hotel a las diez treinta. Sin embargo, Wu Ling no apareció. En su lugar vino su criado, le dijo que su señor había tenido que salir, y se ofreció para conducir al joven adonde se encontraba su señor. Sin sospechar nada, Lester aceptó la explicación, y el chino llamó a un taxi. Durante algún tiempo siguieron en dirección a los muelles. De repente, Lester, sintiéndose receloso, hizo detener el taxi y se apeó, desoyendo las protestas del criado. Eso, nos aseguró él, era todo cuanto sabía del asunto.

Aparentando quedar satisfechos, le dimos las gracias y nos despedimos. Muy pronto se comprobó que su versión distaba de ser exacta. Para empezar, Wu Ling no llevaba consigo ningún criado, ni en el barco ni en el hotel. En segundo lugar, se presentó el conductor del taxi que había conducido a los dos hombres aquella mañana. Lester no había abandonado el taxi durante el trayecto, sino que por el contrario, junto con el caballero chino se habían dirigido a un lugar de mala fama de Limehouse, situado en el corazón del barrio chino. Dicho lugar era más o menos conocido como un antro de fumadores de opio. Entraron los dos… y aproximadamente una hora más tarde el caballero inglés, que el chofer identificó por

la fotografía, salió solo. Estaba muy pálido y parecía enfermo, y le ordenó conducirle a la estación de metro más próxima.

Se practicaron algunas investigaciones respecto a la reputación de Charles Lester, descubriendo, que si bien sus referencias eran excelentes, tenía numerosas deudas, contraídas en el juego, su secreta pasión. Desde luego no perdimos de vista a Dyer.

Existía una ligera posibilidad de que hubiera podido suplantar al otro hombre, pero la sospecha resultó totalmente infundada. Su coartada para el día de marras era indiscutible. Claro que el propietario del fumadero de opio lo negó todo con oriental imperturbabilidad. No conocía a Wu Ling; no conocía a Charles Lester. Ninguno de los dos caballeros había estado en su casa aquella mañana. Sin duda, la policía estaba en un error: jamás se había fumado opio en su casa. Sus negativas, por bien intencionadas que fueran, sirvieron de bien poco a Charles Lester, ya que fue detenido por el asesinato de Wu Ling. Se llevó a cabo un registro de sus efectos personales, pero no se encontró documento alguno relacionado con la mina. El propietario del antro fue a su vez detenido, pero un rápido registro del local dio un resultado infructuoso. Ni siquiera se encontró un palito de opio para recompensar el celo de la policía.

Mientras tanto, mi amigo, el señor Pearson, se hallaba en un estado de gran agitación. Paseaba de un lado a otro de mi estancia, profiriendo grandes lamentaciones.

—Pero ¿usted debe de tener alguna idea, *Monsieur* Poirot? —No cesaba de repetir—. ¡Sin duda alguna debe de tener varias ideas!

—Claro que tengo alguna idea —le repliqué cautamente—. Esto es lo malo… que uno tiene demasiadas ideas; y por tanto todas apuntan en direcciones diferentes.

—¿Por ejemplo? —insinuó.

—Pues por ejemplo… el taxista. Sólo contamos con su palabra de que condujo a los dos hombres a ese antro. Ésta es una de las ideas. Luego, ¿fue realmente a esa casa adonde se dirigieron ambos? Supongamos que dejaran el taxi allí, entraran en el edificio, salieran por atrás y fuesen a otra parte.

El señor Pearson pareció anonadado por esta suposición.

—Pero ¿usted no hace nada que no sea estar sentado y pensar? ¿No podemos hacer algo?

Aquel hombre era impaciente por naturaleza, se entiende.

—*Monsieur* —le dije con dignidad—, no es para Hércules Poirot el correr arriba y abajo por las malolientes calles de Limehouse como un chucho callejero. Cálmese. Mis agentes trabajan.

Al día siguiente tenía noticias para él. Los dos hombres habían pasado por la mencionada casa, pero su verdadero objetivo era una pequeña taberna junto al río. Se les había visto entrar allí, pero Lester salió solo. Y entonces, ¡figúrese, Hastings, al señor Pearson se le ocurrió una idea de lo más descabellado! Nada le convencía excepto que debíamos ir personalmente a esa taberna y hacer averiguaciones. Le

razoné y le rogué lo indecible, pero no quiso escucharme. Habló de disfrazarse, incluso sugirió que yo, yo, no me atrevo ni a decirlo, ¡debiera afeitarme el bigote! Sí, ríen que rían. Le indiqué que eso era absurdo y ridículo. Uno no destruye una cosa bella por capricho.

Además, ¿acaso un caballero belga con bigote no puede desear conocer la vida y fumar opio con las mismas ganas que uno sin bigote?

Eh bien, cedió en esto, pero todavía insistió en su proyecto. Volvió aquella tarde.

¡Mon Dieu, qué facha! Llevaba lo que él llamaba su «tabardo de marinero», la cara sucia y sin afeitar, y un tapabocas asqueroso que ofendía el sentido del olfato. Y figúrese, ¡todo eso le divertía! Los ingleses están locos ¡de veras! Se empeñó también en efectuar algunos cambios en mi indumentaria. Se lo permití. ¿Acaso se puede razonar con un maniático? Salimos… después de todo ¿podía dejarle ir solo, a un niño disfrazado como para un carnaval?

—No, desde luego —contesté yo.

—Prosigo. Llegamos a la taberna. El señor Pearson conversaba en un inglés de lo más extraño. Se imaginaba ser un hombre de mar. Hablaba de «boca de lobo» y «castillos de proa» y qué sé yo. El lugar era una sala pequeña, repleta de chinos.

—Comimos platos muy peculiares. *¡Ah, Dieu, mon estomac!* —Poirot acarició esta parte de su anatomía antes de continuar. Entonces se acercó a nosotros el propietario, un chino de sonrisa malévola.

—Ustedes, caballelos no gustal comida aquí —dijo—. Ustedes venil pol algo gustal más. Pipa leposo, ¿eh?

El señor Pearson me propinó un fuerte puntapié por debajo de la mesa (¡llevaba también botas de marinero!), y dijo:

—Por mí no tengo inconveniente, John. Guíenos.

El chino sonrió y nos condujo a una bodega, en ella abrió una trampilla y nos hizo bajar unos peldaños y subir otros hasta una estancia llena de divanes y almohadones muy cómodos. Nos tumbamos y un muchacho chino nos quitó las botas. Fue el momento más agradable de la noche. Entonces nos trajeron las pipas y calentaron las bolitas de opio; nosotros simulamos fumar y luego dormir y soñar. Pero en cuanto estuvimos solos, el señor Pearson me llamó quedamente, y acto seguido empezó a arrastrarse por el suelo. Entramos en otro cuarto donde dormía más gente, y así proseguimos hasta que oímos a dos individuos que charlaban. Ocultos detrás de una cortina, escuchamos. Estaban hablando de Wu Ling.

—¿Qué pasa con los papeles? —dijo uno de ellos.

—Señor Lestel tomal papeles —contestó el otro, un chino—. Él decil, ponel papeles en lugal segulo… donde policía no encontlal.

—Ah, pero está en chirona —repuso el otro.

—Él lible. La policía no estal segula que él hacel.

Siguieron charlando un rato más sobre lo mismo, hasta que nos pareció que los dos individuos se dirigían hacia donde nos hallábamos, y nos apresuramos a volver a

los divanes.

—Sería mejor que nos largáramos de aquí —dijo Pearson, al cabo de unos minutos—. Este lugar es peligroso.

—¡Dice usted bien, *Monsieur*! —convine—. Es hora de acabar con esta comedia.

Logramos salir con bien del lugar tras pagar generosamente por nuestras pipas.

Una vez lejos de Limehouse, Pearson respiró profundamente.

—Me alegro de haberme salido de ello —dijo mi acompañante—. Pero es importante saberlo seguro.

—Vaya si lo es —dije yo—. Y me figuro que ya no habrá dificultad en encontrar lo que queremos… después de la mascarada de esta noche. Y en efecto no la hubo en absoluto —concluyó Poirot de repente.

Este final inesperado parecía tan extraordinario que le miré con asombro.

—¿Pero… dónde estaban los documentos? —le pregunté.

—En su bolsillo… *tout simplement*.

—Pero ¿en el bolsillo de quién?

—¡Del señor Pearson, *Parbleu*!

Luego, dándose cuenta de mi expresión desconcertada, continuó con suavidad:

—¿No lo ve aún? El señor Pearson, lo mismo que Charles Lester, tenía deudas. El señor Pearson, lo mismo que Charles Lester, era muy aficionado al juego. Y concibió la idea de robarle los documentos al chino. Por supuesto, se encontró con él en Southampton, le acompañó a Londres y le condujo directamente a Limehouse. Era un día neblinoso; Wu Ling no podía darse cuenta hacia donde se dirigían. Me imagino que el señor Pearson fumaba opio con bastante frecuencia en aquel lugar y en consecuencia tenía algunos amigos poco recomendables. No creo que pensaran en asesinarle. Su plan consistía en que uno de los chinos se hiciera pasar por Wu Ling y recibiera el dinero de la venta de los documentos. ¡Hasta aquí, perfecto! Pero, para la mentalidad oriental era muchísimo más sencillo matar a Wu Ling y arrojar su cuerpo al río, y los cómplices chinos de Pearson emplearon sus propios procedimientos sin consultarle.

Imagínese, entonces, «el canguelo», como usted diría, del señor Pearson. Quizás alguien le había visto en el tren con Wu Ling… un asesinato es una cosa muy distinta a un simple secuestro. Su salvación depende del chino que está representando el papel de Wu Ling en el Hotel Plaza Russell. ¡Si al menos se tardara en descubrir el cadáver!

Probablemente Wu Ling le había mencionado lo convenido con Charles Lester, es decir, que este último pasaría a recogerlo al hotel. Pearson ve en ello el modo de desviar las sospechas que pudiera despertar su persona. Charles Lester será el último en ser visto en compañía de Wu Ling. El chino que debe hacerse pasar por Wu Ling recibe órdenes de presentarse a Lester como el criado de aquél, y conducirle, sin pérdida de tiempo, a Limehouse. Una vez allí, con toda probabilidad, le ofrecieron una bebida que contenía una droga y, cuando Lester se recobró una hora más tarde,

sólo tenía una vaga impresión de lo ocurrido. Tanto es así que tan pronto como Lester se entera de la muerte de Wu Ling, tiene miedo y niega que haya llegado hasta Limehouse. Con su actitud, claro está, le hace el juego a Pearson. Pero ¿se queda Pearson satisfecho? No. Mi manera de actuar le intranquiliza y decide aportar nuevas pruebas que demuestren aún más la culpabilidad de Lester. De modo que organiza una artificiosa mascarada. A mí me ha de engatusar totalmente. ¿No acabo de decirle ahora mismo que era un niño disfrazado como para un carnaval? Eh bien, yo desempeñé mi papel. Regresa a su casa lleno de alegría. Pero a la mañana siguiente el inspector Miller llama a su puerta. Le encuentra los documentos; su plan se ha malogrado. ¡Amargamente deplora haber querido representar una comedia con Hércules Poirot! El caso sólo presentaba una auténtica dificultad.

—¿Cuál era esa dificultad?

—¡Convencer al inspector Miller! ¡Qué bestia de hombre! Imbécil y obstinado a la vez. ¡Y al final se llevó todos los honores!

—¡Qué lástima! —exclamé.

—Ah, bueno, tuve mis compensaciones. Los otros directivos de las Minas de Birmania Sociedad Limitada me adjudicaron catorce mil acciones como una pequeña recompensa por mis servicios. No está nada mal, ¿eh? Pero cuando se trate de invertir dinero, Hastings, se lo ruego, sea estrictamente conservador. Las cosas que lee usted en el periódico pueden no ser ciertas. Los directores de Porcupine… ¡quizá son otros tantos señores Pearson!

El expreso de Plymouth

(The Plymouth Express).

Alec Simpson, R. N. subió en la estación de Newton Abbot y se instaló en un departamento de primera clase del expreso de Plymouth. Le seguía un mozo con la pesada maleta. Al ir a colocarla en la red se lo impidió el joven marino.

—No, déjela encima del asiento. Yo mismo la colocaré en la red. Tome usted.

—Gracias, señor.

El mozo se retiró satisfecho de la generosa propina.

Las portezuelas se cerraron de golpe: una voz estentórea gritó:

«Cambio de tren de Torquay. Próxima parada Plymouth». Sonó luego un silbido y el tren salió lentamente de la estación.

El teniente Simpson tenía todo el coche para él solo.

El aire de diciembre era frío y subió la ventanilla. Luego olfateó expresivamente y frunció el entrecejo. ¡Qué olor más particular! Le recordaba el hospital y la operación de la pierna. Eso es. Olía a cloroformo.

Volviendo a bajar la ventanilla varió de asiento ocupando el que daba la espalda a la locomotora. Hecho esto sacó la pipa del bolsillo y la encendió. Luego permaneció pensativo un instante, fumando, mirando la oscuridad. Cuando salió de su ensimismamiento abrió la maleta, sacó de su interior libros y revistas, la volvió a cerrar y trató sin éxito de colocarla debajo del asiento. Un obstáculo invisible se lo impedía. Impaciente la empujó con más fuerza. Pero continuó sin meterse.

«¿Por qué no entrar del todo?», se preguntó.

Maquinalmente tiró de ella y se agachó para ver lo que había detrás. Enseguida sonó un grito en la noche y el gran tren hizo alto obedeciendo a un imperioso tirón de la alarma.

—Ya sé, *mon ami*, que le interesa el caso misterioso del expreso de Plymouth —me dijo Poirot—. Lea esto detenidamente.

Extendí el brazo y tomé la carta que me alargaba desde el otro lado de la mesa.

Era muy breve y decía así:

> *Muy señor mío:*
>
> *Le quedaré muy agradecido si se sirve venir a verme cuándo y cómo le acomode.*
>
> *Su afectísimo servidor,*
>
> *Ebenezer Halliday*

Como no me parecía muy clara la relación que guardaba esta carta con el acontecimiento que acabo de narrar miré a Poirot con aire perplejo.

Por toda respuesta cogió un periódico y leyó en voz alta:

«Anoche se verificó un descubrimiento sensacional en una de las líneas férreas de la capital. Un joven oficial de Marina que volvía a Plymouth encontró debajo del asiento del coche el cadáver de una mujer que tenía un puñal clavado en el corazón. El oficial dio la señal de alarma y el tren se detuvo inmediatamente. La mujer, de unos treinta años, aproximadamente, no ha sido identificada todavía».

—Vea lo que el mismo periódico dice más adelante:

«Ha sido identificado el cadáver de la mujer asesinada en el expreso de Plymouth. Se trata de la Honorable *mistress* Rupert Carrington». ¿Comprende, amigo mío? Si no lo comprende, sepa usted que *mistress* Rupert Carrington se llamaba, antes de su matrimonio, Flossie Halliday, hija del viejo Halliday, rey del acero, que reside en América.

—¿Y este señor… se llama? ¡Magnífico!

—En cierta ocasión tuve la satisfacción de prestarle un pequeño servicio. Se trataba de unos bonos al portador. Y una vez cuando fui a París, para presenciar la llegada de una persona real hice que me señalasen a *mademoiselle* Flossie. La denominaban *la jolie petite pensionnaire* y tenía también una *jolie dot*. Causó sensación. Pero estuvo en un tris que no hiciera un mal negocio.

—¿De veras?

—Sí, con un llamado conde de la Rochefour. *¡Un bien mauvais sujet!* Una mala cabeza, como dirían ustedes. Era un aventurero que sabía cómo se conquistaba a una muchacha romántica. Por suerte el padre lo advirtió a tiempo y se la llevó a América.

Dos años después supe que había contraído matrimonio, pero no conozco al marido.

—¡Hum! —exclamé—. El honorable Rupert Carrington no es lo que se dice un Adonis.

Además todos sabemos que se arruinó en las carreras de caballos e imagino que los dólares del viejo Holliday fueron a parar muy oportunamente a sus manos. Es un mozo bien parecido, tiene buenos modales, pero en materia de pocos escrúpulos, ¡no tiene rival!

—¡Ah, pobre señora! *¡Elle n'espas bien tombée!*

—Supongo, no obstante, que debió ver enseguida que no era ella sino su fortuna la que seducía a su marido, porque no tardó en separarse de él. Últimamente oí decir que habían pedido la separación legal y definitiva.

—El viejo Halliday no es tonto y debe tener bien amarrado el dinero.

—Probablemente. Además todos sabemos que el Honorable Carrington ha contraído deudas.

—¡Ah, ah! Yo me pregunto…

—¿Qué?

—Mi buen amigo, no se precipite. Ya veo que el caso despierta su interés.

Acompáñeme, si gusta, a ver a Halliday. Hay una parada de taxis en la esquina.

Pocos minutos después estábamos delante de la soberbia finca de Park Lane alquilada por el magnate americano. En cuanto llegamos se nos condujo a la biblioteca donde, casi al instante, se nos incorporó un caballero de aventajada estatura, corpulento, de mentón agresivo y ojos penetrantes.

—¿Mister Poirot? —preguntó, dirigiéndose al detective—. Supongo que no hay necesidad alguna de que le explique por qué le he llamado. Usted lee el periódico y yo no estoy dispuesto a perder el tiempo. Supe que estaba aquí, en Londres, y recordé el buen trabajo que para mí llevó a cabo en cierta ocasión, porque jamás olvido a las personas que me sirven a mi entera satisfacción. No me falta el dinero. Todo lo que he ganado era para mi pobre hija y ahora que ha muerto estoy resuelto a gastar hasta el último penique en la búsqueda del malvado que me la arrebató. ¿Comprende? A usted le encargo ese cometido.

Poirot saludó.

—Y yo acepto, *Monsieur*, con tanto más gusto cuanto que la vi varias veces en París.

Ahora le ruego que me explique con todo detalle las circunstancias de su viaje a Plymouth, así como todo lo que crea conveniente.

—Bien, para empezar diré a usted —repuso Halliday— que mi hija no se dirigía a esa localidad. Pensaba asistir a una fiesta en Avonmead Court, finca que pertenece a la duquesa de Paddington, en el tren de las doce y cuarto, llegando a Bristol donde tenía que efectuar un trasbordo a las dos cincuenta minutos. Los expresos que van a Plymouth corren vía Westbury, como ya es sabido, y por ello no pasan por Bristol.

Además, tampoco el tren de las doce y cuarto se para en dicha localidad después de detenerse en Weston, Taunton, Exeter y Newton Abbot. Mi hija viajaba sola en su coche, un reservado para señoras, y su doncella iba en un coche de tercera.

Poirot hizo seña de que había entendido y Halliday prosiguió:

—En las fiestas de Avonmead se incluían varios bailes y mi hija se llevó casi todas sus joyas, cuyo valor asciende en total a unos cien mil dólares.

—¡Un momento! —interrumpió Poirot—. ¿Quién se hizo cargo de éstas, ella o la doncella?

—Mi hija. Siempre las llevaba consigo en un estuche azul de tafilete.

—Bien. Continúe, *Monsieur*…

—En Bristol, la doncella, Jane Mason, tomó la maleta y el abrigo de su señora y se dirigió el departamento de Flossie. Mi hija le notificó que no pensaba apearse del tren sino que iba a continuar el viaje. Ordenó a Mason que sacara del furgón de cola el equipaje y que lo depositara en la estación. Mason podía tomar el té en el restaurante, pero sin moverse de la estación hasta que volviera a Bristol su señora, en el último tren de la tarde. La muchacha se sorprendió, pero hizo lo que se le ordenaba. Dejó en consigna el equipaje y se fue a tomar una taza de té. Pero aun cuando los trenes fueron llegando, uno tras otro, durante toda la tarde, su señora no

apareció. Finalmente dejó donde estaba el equipaje y se fue a un hotel vecino donde pasó la noche. Por la mañana supo la tragedia y volvió a casa sin perder momento.

—¿Conoce algo que pueda explicarnos el súbito cambio de plan de su hija?

—Bien; según Jane, en Bristol, Flossie ya no iba sola en el coche. La acompañaba un hombre que se asomó a la ventanilla opuesta para que ella no le viera la cara.

—El tren tendría corredor, ¿no es eso?

—Sí.

—¿En qué lado se hallaba?

—En el del andén. Mi hija estaba de pie en él cuando habló con Mason.

¿Y usted no duda de…?, ¡*Pardon*! —Poirot se levantó colocando en correcta posición el tintero que se había movido—. *Je vous demande pardon* —dijo volviendo a sentarse—, pero me atacan los nervios las cosas torcidas. Es extraño, ¿no? Bien. Decía, *Monsieur*, ¿no duda que ese encuentro inesperado ocasionara el súbito cambio de plan de su hija?

—No lo dudo. Me parece la única suposición razonable.

—¿Tiene alguna idea de la identidad del caballero?

—No, no, en absoluto.

—¿Quién encontró el cadáver?

—Un joven oficial de Marina que se apresuró a dar la voz de alarma. Había un médico en el tren, y examinó el cuerpo de mi pobre hija. Primero la cloroformizaron y después la apuñalaron. Flossie llevaba muerta unas cuatro horas, de manera que debió cometerse el crimen a la salida de Bristol, probablemente entre éste y Weston o entre Weston y Tauton seguramente.

—¿Y el estuche de las joyas?

—Ha desaparecido, míster Poirot.

—Todavía otra pregunta, *Monsieur*, ¿a quién debe ir a parar la fortuna de su malograda hija a su fallecimiento?

—Flossie hizo testamento después de su boda. Lo deja todo a su marido —el millonario titubeó aquí un momento y enseguida agregó: Debo confesar, míster Poirot, que considero un perfecto bribón a mi hijo político, y que de acuerdo conmigo, mi pobre hija iba a verse libre de él por vía legal, lo que no es cosa difícil de conseguir.

Él no puede tocar un solo céntimo en vida de ella, pero hace unos años, aunque viven separados, Flossie accedía a satisfacer sus peticiones de dinero para no dar lugar a un escándalo. Por ello estaba yo resuelto a poner término a tal estado de las cosas. Por fin Flossie se avino a complacerme y mis abogados tenían órdenes de iniciar las gestiones preliminares del divorcio.

—¿Dónde habita el Honorable Carrington?

—En esta ciudad. Tengo entendido que ayer estuvo ausente, pero que volvió por la noche.

Poirot reflexionó un momento. Luego dijo:

—Creo que esto es todo, *Monsieur*.

—¿Desea ver a la doncella, Jane Mason?

—Sí, por favor.

Halliday tocó un timbre y dio una breve orden al criado que acudió a la llamada.

Minutos después entró Jane en la habitación. Era una mujer respetable, de facciones duras y parecía emocionarle tan poco la tragedia como a todos los servidores.

—¿Me permite unas preguntas? —dijo Poirot—. ¿Reparó en si su señora estaba como de costumbre ayer por la mañana? ¿No estaba excitada ni nerviosa?

—¡Oh, no, señor!

—¿Y en Bristol?

—En Bristol, sí, señor. Me pareció que se sentía trastornada y tan nerviosa que no sabía lo que hablaba.

—¿Qué fue lo que dijo exactamente?

—Bien, señor, si mal no recuerdo dijo: «Mason, debo alterar mis planes. Ha sucedido algo que… No. Quiero decir que no pienso apearme del tren, esto es todo. Debo continuar viaje. Saque mi equipaje del furgón y llévelo a consigna; tome luego una taza de té y espéreme en la estación».

—¿Que la espere, *madame*? —pregunté.

—Sí, sí. No salga de ella. Yo volveré en el último tren. Ignoro a qué hora. Pero será tarde.

—Está bien, *madame* —repuse yo. No estaba bien que le hiciera ninguna pregunta, pero pensé que lo que sucedía era muy extraño.

—¿No entraba eso en las costumbres de su señora?

—No, señor.

—¿Y qué pensó usted?

—Pues pensé, señor, que lo que sucedía guardaba relación con el caballero que iba en el coche.

La señora no le habló, pero una o dos veces se volvió a mirarle.

—¿Le vio el rostro?

—No, señor, porque me daba la espalda.

—¿Podría describírmelo?

—Llevaba puesto un abrigo castaño claro y una gorra de viaje. Era alto y esbelto y tenía el cabello negro.

—¿Le conocía usted?

—Oh, no. No lo creo, señor.

—¿No sería por casualidad su antiguo amo, míster Carrington?

—¡Oh, no lo creo, señor!

—¿Pero, no está segura?

—Tenía la misma estatura del señor. Pero lo he visto tan pocas veces que no afirmo que fuera él. ¡No, señor!

Había un alfiler sobre la alfombra. Poirot lo cogió y me miró con rostro severo, frunciendo el ceño. Luego continuó:

—¿Le parece posible que el desconocido subiera al tren en Bristol antes de que llegara usted al reservado?

Mason se detuvo a pensarlo.

—Sí, señor. Es posible. Mi departamento iba atestado y pasaron varios minutos antes de poder salir del vagón. Luego la gente que llenaba el andén hizo que me retrasase. Pero supongo que de ser así, el desconocido hubiera dispuesto únicamente de un minuto o dos para hablar con mi señora, por lo que me parece más probable que llegase por el corredor.

—Sí, ciertamente. Es más probable.

Poirot hizo una pausa, siempre con el ceño fruncido.

—¿Sabe el señor cómo iba vestida la señora?

—Los periódicos dan poquísimos detalles, pero puede ampliarlos, si gusta.

—Llevaba, señor, una toca de piel blanca, velo blanco de lunares y un vestido azul eléctrico.

—¡Hum! ¡Qué llamativo!

—Sí —observó míster Halliday—. El inspector Japp confía en que ese atavío nos ayudará a determinar el lugar en que se cometió el crimen ya que toda persona que ha visto a mi hija, conservará su recuerdo.

—¡Precisamente! Gracias, *mademoiselle*.

La doncella salió de la biblioteca.

—Bien —Poirot se levantó de un salto—. Ya no tenemos nada que hacer aquí. Es decir, si *Monsieur* no nos explica todo, ¡todo!

—Ya lo hice.

—¿Está bien seguro?

—Segurísimo.

—Bueno, pues no hay nada de lo dicho. Me niego a ocuparme del caso.

—¿Por qué?

—Porque no es usted franco conmigo.

—Le aseguro…

—No, me oculta usted algo.

Hubo una pausa. Luego Halliday se sacó un papel del bolsillo y lo entregó a su amigo.

—Adivino qué es lo que anda buscando, míster Poirot… ¡aunque ignoro cómo ha llegado a saberlo!

Poirot sonrió y desdobló el papel. Era una carta escrita en pequeños caracteres.

Poirot la leyó en voz alta.

Chère madame:

Con infinito placer contemplo la felicidad de volver a verla.

Después de su amable contestación a mi carta, apenas puedo contener la impaciencia. Nunca he olvidado los días pasados en París. Es cruel que tenga que salir de Londres mañana. Sin embargo, antes de que transcurra largo tiempo, es decir, antes de lo que cree, tendré la dicha de volver a ver a la dama cuya imagen reina, suprema, en mi corazón.

Crea, madame, en la firmeza de mis devotos e inalterables sentimientos.

Armand de la Rochefour.

Poirot devolvió la carta a Halliday con una inclinación de cabeza.

—¿Supongo, *Monsieur*, que ignoraba usted que su hija pensaba renovar sus relaciones con el conde de la Rochefour?

—¡La noticia me ha causado la misma sensación que si un rayo hubiera caído a mis pies! Encontré esta carta en el bolso de Flossie. Pero, como usted probablemente ya sabe, el llamado conde es un aventurero de la peor especie.

Poirot afirmó con el gesto.

—¿Cómo conocía usted la existencia de esta carta?

Mi amigo sonrió.

—No la conocía en realidad —explicó—. Pero tomar huellas dactilares e identificar la ceniza de un cigarrillo no son suficientes para hacer un buen detective. ¡Debe ser también buen psicólogo! Yo sé que su yerno le es antipático y que desconfía de él. ¿A quién beneficia la muerte de su hija? ¡A él! Por otra parte, la descripción que del individuo misterioso hace la doncella se parece a la de él. Sin embargo, usted no se apresura a seguirle la pista, ¿por qué? Seguramente porque sus sospechas toman otra dirección. Por ello deduje que me ocultaba algo.

—Tiene razón, *Monsieur* Poirot. Estaba seguro de la culpabilidad de Rupert hasta que encontré esta carta, que me ha trastornado muchísimo.

—Sí. El conde dice: «Antes de que transcurra largo tiempo, antes de lo que se figura».

No cabe duda de que no quiso esperar a que usted supiera su reaparición. Ahora bien: ¿fue él quien bajó de Londres en el tren de las doce y cuarto? ¿Quién se llegó por el pasillo hasta el departamento que ocupaba *mistress* Carrington? Porque si mal no recuerdo, ¡también el conde de Rochefour es esbelto y moreno!

El millonario aprobó con el gesto estas palabras.

—Bien, *Monsieur*, le deseo muy buenos días. En Scotland Yard deben de tener la lista de las joyas desaparecidas, ¿no es verdad?

—Sí, señor. Si desea ver al inspector Japp, allí está.

Japp era un antiguo amigo y recibió a Poirot con un desdén afectuoso.

—¿Cómo está, *Monsieur*? Celebro volver a verle a pesar de nuestra manera distinta de ver las cosas. ¿Qué tal las células grises? ¿Se fortifican?

Poirot le miró con rostro resplandeciente.

—Funcionan, mi buen Japp, funcionan, se lo aseguro —respondió.

—En tal caso todo va bien. ¿Quién cree que cometió el crimen? ¿Rupert o un criminal vulgar? He mandado vigilar los sitios acostumbrados, naturalmente. Así conoceremos si se han vendido las joyas, porque quienquiera que las posea no se quedara con ellas, digo yo, para admirar su brillo. ¡Nada de eso! Ahora trato de averiguar dónde estuvo ayer Rupert Carrington. Por lo visto es un misterio. Le vigila uno de mis hombres con todo celo.

—Precaución un poco retrasada, ¿no le parece? —dijo Poirot.

—Usted dice siempre la última palabra, Poirot. Bien, me voy a Paddington, Bristol, Weston y Tauton. ¡Hasta la vista!

—¿Tendría inconveniente en venir a verme por la tarde para que yo sepa el resultado de sus averiguaciones?

—Cuente con ello… si vuelvo.

—Ese buen inspector es partidario del movimiento —murmuró Poirot cuando salió nuestro amigo—. Viaja; mide las huellas de los pies; reúne cenizas de cigarrillo. ¡Es extraordinariamente activo! ¡Celoso hasta el límite de sus deberes! Si le hablara de psicología, ¿qué le parece que haría, amigo mío? Sonreiría. Se diría: «Ese pobre Poirot envejece. Llega a la edad senil». Japp pertenece a la nueva generación. *¡Y ma foi!* ¡Esta generación moderna llama con tal prisa a las puertas de la vida, que no se da cuenta de que están abiertas!

—¿Qué piensa hacer ahora?

—Pues en vista de que se nos da *carte blanche* voy a gastarme tres peniques en llamar al Ritz desde un teléfono público, porque es donde se hospeda nuestro conde.

Después, como tengo húmedos los pies, volveré a mis habitaciones y me haré una tisana en el hornillo de bencina.

No volví a ver a Poirot hasta la mañana siguiente, en que lo hallé tomando pacíficamente el desayuno.

—¿Bien? —interrogué lleno de interés—. ¿Qué ha sucedido?

—Nada.

—Pero ¿y Japp?

—No le he visto todavía.

—¿Y el conde?

—Se marchó del Ritz anteayer.

—¿El día del crimen?

—Sí.

—¿Para qué decir más? ¡Rupert Carrington es inocente!

—¿Porque ha salido del Ritz el conde de la Rochefour? Va usted muy deprisa, amigo mío.

—De todos modos, deben ustedes seguirle, arrestarle. Pero ¿qué razones le habrán impulsado a cometer ese asesinato?

—Podría responder: unas joyas que valen cien mil dólares. Mas no, no es ésa la cuestión y yo me pregunto: ¿para qué matar a *mistress* Carrington cuando ella no hubiera declarado jamás en contra del ladrón?

—¿Por qué no?

—Porque era una mujer, *mon ami*. Y porque en otro tiempo amó a ese hombre. Por consiguiente soportaría su pérdida en silencio. Y el conde, que tratándose de mujeres es un psicólogo excelente, lo sabe muy bien. Por otra parte, si la mató Rupert Carrington, ¿por qué motivo se apoderó de las joyas? ¿Para qué demostrar su culpabilidad de la manera más patente?

—Quizá pensara en utilizarlas como tapadera.

—No le falta razón, amigo mío. ¡Ah, ya tenemos aquí a Japp! Reconozco su llamada.

El inspector parecía estar de un humor excelente y entró sonriendo.

—Buenos días, Poirot. Acabo de llegar. ¡He llevado a cabo un buen trabajo! ¿Y usted?

—Yo he puesto en orden mis ideas —repuso Poirot plácidamente.

Japp rió la ocurrencia de buena gana.

—El hombre envejece —me dijo a media voz. Y agregó en voz alta—: A los jóvenes no nos convence su actitud.

—*¡Quelle dommage!* —exclamó Poirot.

—Bueno. ¿Quiere que le explique lo que he hecho?

—Permítame antes que lo adivine. Ha encontrado el cuchillo con que se cometió el asesinato junto a la vía del ferrocarril entre Weston y Tauton y ha entrevistado al vendedor de periódicos que habló, en Weston, con *mistress* Carrington.

Japp abrió, atónito, la boca.

—¿Cómo demonios lo sabe? ¡No me diga que gracias a esas «pequeñas células grises»!

—Celebro que, siquiera esta vez, admita que me sirven de algo. Dígame, ¿*mistress* Carrington regaló o no al vendedor un chelín para caramelos?

—No, media corona —Japp se había recobrado de la sorpresa del primer momento y sonreía—. ¡Son muy extravagantes los millonarios americanos!

—¡Y naturalmente, el chico no la ha olvidado!

—No, señor. No caen del cielo medias coronas todos los días. Parece que ella le llamó para comprarle dos revistas. En la cubierta de una había una muchacha vestida de azul. «Como yo», observó *mistress* Carrington. Sí, el chico la recuerda muy bien. Pero eso no basta, compréndalo. Según la declaración del doctor debió de cometerse el crimen antes de la llegada del tren a Tauton. Supuse que el asesino debió arrojar enseguida el cuchillo por la ventanilla y por ello me dediqué a recorrer la vía; en efecto, allí estaba. En Tauton hice averiguaciones. Deseaba saber si alguien había visto nuestro hombre, pero la estación es muy grande y nadie reparó en él. Probablemente regresaría a Londres, utilizando para su desplazamiento el último tren.

Poirot hizo un gesto.

—Es muy probable —concedió.

—Pero a mi regreso me comunicaron que alguien intentaba pasar las joyas. Anoche empeñaron una hermosa esmeralda de muchísimo valor. ¿Y a que no acierta quién empeñó esa joya?

—Lo ignoro. Lo único que sé es que era un hombre de poca estatura.

Japp se quedó mirando al detective.

—Bien, tiene razón. El hombre es bastante bajo. Fue Red Narky.

—¿Quién es Red Narky? —pregunté yo.

—Un ladrón de joyas, señor, que no tendría reparo en cometer un asesinato. Por regla general trabajaba con una mujer llamada Gracie Kidd. Pero en esta ocasión actuó solo por lo visto. Quizá Gracie haya huido a Holanda con el resto de la banda.

—¿Ha ordenado la detención de Narky?

—Naturalmente. Pero nosotros queremos apoderarnos del hombre que habló con *mistress* Carrington en el tren. Supongo que sería él quien planeó el robo, pero Narky no es capaz de delatar a un compañero.

Yo me di cuenta de que los ojos de Poirot asumían un precioso color verde.

—Creo —dijo con una voz suave— que ya sé quién es el compañero de Narky.

Japp le dirigió una mirada penetrante.

—Acaba de asaltarle una de sus ideas particulares ¿no es cierto? Es maravilloso cómo a pesar de sus años consigue adivinar en ocasiones toda la verdad. Claro que es cuestión de suerte.

—Quizá, quizá —murmuró mi amigo—. Hastings, el sombrero. Y el cepillo. ¡Muy bien! Ahora las botas, si continúa lloviendo. No estropeemos la labor operada por la tisana.

¡*Au revoir*, Japp!

—Buena suerte, Poirot.

El detective paró el primer taxi que nos echamos a la cara y ordenó al chofer que se dirigiera a Park Lane. Cuando se paró el taxi delante de la casa de Halliday, Poirot se apeó con la agilidad acostumbrada, pagó al taxista y tocó el timbre. Cuando el criado nos abrió la puerta, le dijo unas palabras en voz baja y el hombre nos condujo escaleras arriba. Al llegar al último piso, nos introdujeron en una habitación reducida, pero limpia y ordenada y muy elegante.

Poirot se detuvo y dirigió una ojeada a su alrededor. Sus ojos se posaron en un baúl pequeño negro. Después de arrodillarse ante él y de examinar los rótulos que exhibía, se sacó del bolsillo un trocito de alambre retorcido.

—Ruegue a míster Halliday que tenga la bondad de subir —dijo por encima del hombro del criado.

Al desaparecer éste, forzó con mano hábil la cerradura del baúl y, una vez abierta la tapa comenzó a revolver apresuradamente el interior y a sacar la ropa que contenía dejándola en el suelo.

Un ruido de pasos pesados precedió a la aparición de Halliday.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —interrogó sorprendido.

—Buscaba esto, *Monsieur*.

Poirot le enseñó una falda y un abrigo de color azul y una toca de piel blanca.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué andan ustedes removiendo en mi baúl?

Me volví. Jane Mason, la doncella, estaba en el umbral de la habitación.

—Cierre esa puerta, Hastings —dijo Poirot—. Bien. Apoye la espalda en ella. Así.

Permítame, míster Halliday, que le presente ahora a Gracie Kidd, alias Jane Mason, que va a reunirse en breve con su cómplice Red Narky bajo la amable escolta del inspector Japp.

Poirot alzó una mano suplicante.

—¡Bah! Pero si no hay nada tan sencillo —exclamó, tomando más caviar—. La insistencia de la doncella en hablarme de la ropa que llevaba puesta su señora fue lo que primero me llamó la atención. ¿Por qué parecía tan ansiosa de que reparásemos en ese detalle? Y me dije al punto que después de todo teníamos que fiarnos exclusivamente de su palabra ya que era la única persona que había visto al hombre misterioso que hablaba en Bristol con su señora. De la declaración del doctor se desprende que lo mismo pudieron asesinarla antes que después de la llegada del tren a dicha localidad y si fuese así la doncella tenía por fuerza que ser cómplice del asesinato. *Mistress* Carrington iba vestida de un modo llamativo. Las doncellas suelen elegir, en ocasiones, los vestidos que debe ponerse el ama. Y por ello si después de pasar de la estación de Bristol viera cualquiera a una señora vestida de azul con sombrero blanco, juraría sin hacerse rogar que era *mistress* Carrington a quien sin duda había visto.

«A continuación comencé a reconstruir mentalmente la escena. La doncella se proveyó de ropas por duplicado. Ella y su cómplice cloroformizaron y mataron a *mistress* Carrington entre Londres y Bristol, aprovechando seguramente el paso del tren por un túnel. Hecho esto metieron el cadáver debajo del asiento y la doncella ocupó su puesto. En Weston procuró que se fijasen en ella. ¿Cómo? Llamando probablemente a un vendedor de periódicos y atrayendo su atención sobre el color del vestido mediante una observación natural. Después de salir de Weston arrojó el cuchillo por la ventanilla sin duda para hacer creer que el crimen se había cometido allí y o bien se cambió de ropa, o bien se puso encima un abrigo. En Tauton se apeó del tren y regresó a escape a Bristol, donde su cómplice dejó como estaba convenido, el equipaje en consigna. El hombre le entregó el billete y regresó a Londres. Ella aguardó como lo exigía su papel, en el andén, pasó luego la noche en un hotel y volvió a la ciudad a la mañana siguiente, según dijo».

«Japp confirmó todas esas deducciones al volver de su expedición. Me refiero… también que un bribón famoso había tratado de vender las joyas robadas. Enseguida me di cuenta de que había de tener un tipo diametralmente opuesto al que Jane nos

había descrito. Y al enterarme de que Red Narky trabaja siempre con Gracie Kidd… ¡bueno! Supe adónde tenía que ir a buscarla».

—¿Y el conde?

—Cuanto más reflexionaba en esto más convencido estaba de que no tenía nada que ver con el crimen. Ese caballero ama mucho la piel para arriesgarse a cometer un asesinato. Un hecho así no está en armonía con su manera de ser.

—Bien, *Monsieur* Poirot —dijo Halliday—, acabo de contraer una deuda enorme con usted. Y el cheque que voy a escribir después de la comida no lo zanjará más que en parte.

Poirot sonrió modestamente y murmuró a mi oído:

—El buen Japp se dispone a gozar oficialmente de mayor prestigio, pero como dicen los americanos ¡fui yo quien llevó la cabra al matadero!

La caja de bombones

(The Chocolate Box).

Era una noche de tormenta. En el exterior, el viento silbaba y ráfagas de lluvia azotaban las ventanas. Poirot y yo nos hallábamos sentados ante la chimenea, las piernas extendidas al amor del alegre fuego. Entre nosotros había una mesita; en mi lado descansaba un vaso de ponche caliente cuidadosamente dosificado; junto a Poirot se veía una taza de chocolate espeso, que yo no hubiera bebido ni por cien libras. Poirot tomó un sorbo de aquella masa marrón contenida en la taza de porcelana rosada y exhaló un suspiro de satisfacción.

—¡Quelle belle vie! —murmuró.

—Sí, este viejo mundo es magnífico —asentí—. Yo, con un buen empleo, ¡y qué empleo! Y usted es famoso…

—¡Oh, *mon ami*! —protestó Poirot.

—Lo es. ¡Y con razón! Cuando pienso en su larga serie de éxitos, me quedo de veras maravillado. ¡No creo que sepa usted lo que es un fracaso!

—¡El que pudiera decir esto sería un bromista o un ejemplar fuera de serie!

—No, hablo en serio. ¿Ha fracasado alguna vez?

—Innumerables veces, amigo mío. ¿Qué se imaginaba? No se puede tener siempre la *bonne chance*. A veces he sido llamado demasiado tarde. Muy a menudo alguien, empeñado en alcanzar la misma meta, ha dado primero con la solución. Por dos veces caí enfermo cuando estaba a punto de alcanzar el éxito. Se tiene que apechugar con los malos momentos, amigo mío.

—No quería decir esto exactamente —repuse—. Me refería a si alguna vez ha fracasado por culpa suya.

—¡Ah, comprendo! ¿Me pregunta si alguna vez me he comportado como el «rey de los asnos»?, ¿cómo dicen ustedes por estas tierras? Una vez, amigo mío… —Una sonrisa lenta y meditativa se reflejó en su rostro—. Sí, una vez hice el ridículo.

Se irguió súbitamente en su butaca.

—Mire, amigo mío, sé que guarda un archivo de mis modestos éxitos. Podrá añadir una historia más a la colección: ¡la historia de un fracaso!

Se inclinó y echó un leño al fuego. Luego, tras haberse frotado las manos con el paño que colgaba de un clavo junto a la chimenea, se acomodó de nuevo y empezó su relato.

—Lo que le cuento —dijo *Monsieur* Poirot— ocurrió en Bélgica hace muchos años. Fue en la época de la terrible lucha entre la Iglesia y el Gobierno francés. El señor Paul Déroulard era un brillante diputado francés. Se daba por descontado que le nombrarían ministro. Era el más acérrimo militante del partido anticatólico, y cuando subiera al poder tendría que enfrentarse a enemigos poderosos. En muchos aspectos era un hombre peculiar. Aunque no bebía ni fumaba, no siempre se mostraba tan

escrupuloso en otros sentidos. Me entiende, Hastings, *c'était des femmes, toujours des femmes*!

Algunos años antes se había casado con una damita de Bruselas que aportó una dote sustanciosa. Indudablemente el dinero le fue útil en su carrera, pues su familia no era rica, aunque, por otra parte, podía usar el título de *Monsieur le Barón* si le daba la gana. El matrimonio no tenía hijos, y su mujer falleció al cabo de dos años… a consecuencia de una caída en la escalera. Entre las propiedades que le legó su esposa figuraba una casa en la Avenida Louise, de Bruselas.

Fue en esta casa donde él murió repentinamente, coincidiendo el luctuoso suceso con la dimisión del ministro cuya cartera tenía que heredar. Su muerte repentina, ocurrida por la noche, después de la cena, fue atribuida a un fallo cardíaco.

Por aquel entonces, *mon ami*, como usted sabe, yo formaba parte de la Brigada de Investigación belga. La muerte del señor Paul Déroulard no ofrecía ningún interés particular para mí. Soy, como sabe muy bien, *bon catholique*, y su óbito me pareció oportuno.

Fue tres días después, recién comenzadas mis vacaciones, cuando recibí la visita… de una dama; su rostro estaba cubierto por un tupido velo, pero evidentemente era muy joven; y enseguida percibí que se trataba de *une jeune fille tout… fait comme il faut*.

—¿Es usted *Monsieur* Hércules Poirot? —me preguntó en voz baja y armoniosa.

Me incliné en una leve reverencia.

—¿De la Brigada de Investigación?

Me incliné nuevamente.

—Tome asiento, *mademoiselle*, por favor —le dije, acercándole una silla.

Aceptó y se levantó el velo. Su rostro era encantador, aunque desfigurado por las lágrimas y por una expresión de continua angustia.

—*Monsieur* —dijo ella—. Tengo entendido que está de vacaciones. Por tanto estará libre para poder hacerse cargo de un caso de índole particular. Comprenda que no deseo que intervenga la policía.

Meneé la cabeza.

—Me temo que lo que me pide sea imposible, *mademoiselle*. Aunque esté de vacaciones sigo perteneciendo a la policía.

Ella se inclinó hacia adelante.

—*Écoutez, Monsieur*. Todo cuanto le pido es que investigue. Queda usted en absoluta libertad de comunicar el resultado de sus investigaciones a la policía. Si lo que me imagino resulta ser cierto, necesitaremos de toda la maquinaria de la ley.

Esto cambiaba en cierta manera el cariz del asunto y me puse sin más a su disposición.

Un suave color rosado coloreó sus mejillas.

—Gracias, *Monsieur*. Lo que pretendo que usted investigue es la muerte del señor Paul Déroulard.

—¿*Comment*? —exclamé, sorprendido.

—*Monsieur*, no tengo nada en que apoyarme… nada, salvo mi instinto femenino, pero estoy convencida, le repito, convencida, ¡de que el señor Déroulard no falleció de muerte natural!

—Sin embargo, seguramente los médicos…

—Los médicos pueden estar equivocados. Era tan robusto, tan fuerte. Ah, *Monsieur* Poirot, le suplico que me ayude…

La pobre niña estaba casi fuera de sí. Se habría hincado de rodillas ante mí. La calmé lo mejor que supe.

—Le ayudaré, *mademoiselle*. Casi le aseguraría que sus temores son infundados, pero ya veremos. Primero, le ruego que me describa a los residentes de la casa.

—Están, claro, las sirvientas: Jeannette, Félicie y la cocinera Denise. Ésta hace muchos años que sirve en la casa; las otras son muchachas venidas del campo.

También contamos con François, pero también él es un antiguo criado. Luego la madre de *Monsieur* Déroulard, que vivía con él, y yo misma. Me llamo Virginie Mesnard. Soy prima, pobre, de la difunta *madame* Déroulard, la esposa del señor Paul, y he convivido con ellos durante más de tres años. Además, en la casa teníamos a dos invitados.

—¿Quiénes eran?

—El señor de Saint Alard, un vecino del señor Déroulard en Francia. Y un amigo inglés, el señor John Wilson.

—¿Siguen todavía con ustedes?

—El señor Wilson sí, pero el señor Saint Alard partió ayer.

—¿Y cuál es su plan, *mademoiselle* Mesnard?

—Si quiere puede presentarse en casa dentro de media hora; habré preparado una excusa para justificar su presencia. Creo que lo mejor es hacerle pasar por una persona más o menos relacionada con el periodismo. Diré que ha venido de París, con una tarjeta de presentación de parte del señor de Saint Alard. *Madame* Déroulard está muy delicada de salud y apenas prestará atención a los detalles.

Gracias al ingenioso pretexto de *mademoiselle* fui admitido en la casa, y tras una breve entrevista con la madre del diputado fallecido, una señora de magnífica presencia y porte aristocrático, aunque era evidente su precaria salud, se puso la casa a mi disposición. Me pregunto, amigo mío —prosiguió Poirot—, si puede hacerse una idea de las dificultades de mi tarea. Se trataba de un hombre cuya muerte había ocurrido hacía tres días. Si hubo en ella juego sucio, sólo cabía una posibilidad: ¡veneno! Y yo no había tenido ocasión de ver el cadáver, ni existía posibilidad de examinar, o analizar, ningún objeto con el cual se hubiera podido administrar el veneno. No se tenían indicios, falsos o no, que considerar. ¿Le habían envenenado? ¿Había fallecido de muerte natural? Yo, Hércules Poirot, sin nada en que basarme, tenía que decidir.

Primero, me entrevisté con los sirvientes, y con su ayuda recapitulé los sucesos de aquella noche. Presté especial atención a la comida servida en la cena, y el modo en se sirvió. La sopa la había distribuido el mismo señor Déroulard de una sopera. Luego una fuente de chuletas y después un pollo. Por último una compota de frutas. Y todo dispuesto encima de la mesa, y servido por el propio señor Déroulard. Trajeron el café a la misma mesa donde cenaron, en una cafetera. Por tanto, *mon ami*… ¡imposible envenenar a uno sin envenenarlos a todos!

Después de la cena *madame* Déroulard se retiró a sus aposentos en compañía de *mademoiselle* Virginie. Los tres hombres, tras pasar al estudio del señor Déroulard, estuvieron charlando amigablemente durante un rato. De repente, sin más, el diputado cayó pesadamente al suelo. El señor de Saint Alard salió precipitadamente de la estancia para ordenar a François que corriera en busca de un médico. Dijo que sin duda se trataba de una apoplejía, explicó el criado. Pero cuando el doctor llegó, el señor Déroulard había fallecido.

El señor John Wilson, a quien fui presentado por *mademoiselle* Virginie, era lo que en aquella época se tenía como el prototipo del inglés corriente, un John Bull de edad madura y corpulento. Su versión, expuesta en un francés con marcado acento británico, fue sustancialmente la misma: «Déroulard enrojeció repentinamente y cayó al suelo».

Por ese lado no se podía encontrar nada más. A continuación me dirigí al escenario de la tragedia, el estudio, y a petición mía me dejaron solo. Hasta aquí no había nada que sustentara la teoría de *mademoiselle* Mesnard. Lo único que cabía pensar es que se trataba de una idea sin fundamento de la joven. Evidentemente había profesado una romántica pasión por el difunto, lo cual le impedía considerar el caso desde un punto de vista normal.

A pesar de ello, registré el estudio con gran minuciosidad. Entraba dentro de lo posible que hubieran introducido en el sillón del muerto una aguja hipodérmica dispuesta de forma que la víctima recibiera un pinchazo fatal. La diminuta marca dejada, probablemente pasaría inadvertida. Pero no pude descubrir ningún indicio que apoyara esta teoría. Me dejé caer en la butaca con un gesto de desesperación.

—En fin, ¡abandono! —exclamé en voz alta—. ¡No hay ningún indicio! Todo es perfectamente normal.

Mientras pronunciaba estas palabras mi vista se detuvo en una caja de bombones situada en una mesa contigua, y el corazón me dio un salto. Podía no ser un indicio relacionado con la muerte del señor Déroulard, pero por lo menos allí existía algo que no era normal. Levanté la tapa. La caja estaba llena, sin tocar; no faltaba ni un bombón… pero eso hacía aún más notable la peculiaridad que habían captado mis ojos.

Pues, sepa usted, Hastings, que la caja era de color rosa, pero la tapa era azul. Ahora bien, a veces se puede ver una caja rosa adornada con un lazo azul, o al revés, pero la caja de un color y la tapa de otro… no, decididamente no… *ne se voi jamais*!

Todavía no percibía si aquel pequeño incidente podía serme de alguna utilidad, sin embargo resolví investigarlo por el mero hecho de que se salía de lo corriente. Pulsé el timbre para que acudiera François, y le pregunté si a su difunto señor le gustaban los bombones. Una leve sonrisa melancólica afloró a sus labios.

—Le apasionaban, *Monsieur*. Siempre tenía una caja de bombones en casa. No tomaba vino de ninguna clase, ¿sabe usted?

—No obstante, esta caja está intacta. —Levanté la tapa para que lo viera.

—Perdone, *Monsieur*, pero esta caja es nueva, adquirida el día de su muerte, pues la otra estaba casi acabada.

—Así la otra caja se terminó el día de su muerte —dije lentamente.

—Sí, *Monsieur*, la encontré vacía por la mañana y la tiré.

—¿El señor Déroulard comía bombones a cualquier hora del día?

—Habitualmente después de cenar, *Monsieur*.

Empecé a ver claro.

—François —dije—, ¿sabe ser discreto?

—Si es necesario, sí, *Monsieur*.

—¡*Bon*! Sepa, entonces, que soy de la policía. ¿Puede encontrarme la otra caja?

—Sin duda, *Monsieur*. Estará en el cubo de la basura.

Salió, y al cabo de pocos momentos regresaba con un objeto cubierto de polvo. Era el duplicado de la caja que yo sostenía excepto por el hecho de que ahora la caja era azul y la tapa rosa. Di las gracias a François, encareciéndole una vez más que se mostrara discreto, y abandoné la casa de la Avenue Louise precipitadamente.

Acto seguido fui a visitar al doctor que asistió al señor Déroulard. Mi entrevista con él no fue nada fácil. Se parapetó tras un muro de docta fraseología, pero tuve la impresión de que no estaba tan seguro del caso como pretendía.

—Han ocurrido infinidad de incidentes de este tipo —dijo, tras haber logrado que se confiara un poco. Un repentino acceso de furor, una emoción violenta, tras una copiosa cena, *c’est entendu*, entonces, con el berrinche, la sangre fluye a la cabeza, quizás… ¡ya está!

—Pero el señor Déroulard no fue presa de ninguna emoción violenta.

—¿No? Me cercioré de que había sostenido un tremendo altercado con el señor de Saint Alard.

—¿A qué se debió?

—*C’est évident*! —El doctor se encogió de hombros—. ¿Acaso el señor de Saint Alard no era un católico fanático? La amistad que existía entre ambos se resentía por causa de esa cuestión entre Iglesia y Estado. No pasaba un día sin que surgieran discusiones. Para el señor de Saint Alard, su amigo Déroulard casi le parecía el Anticristo.

Esto era inesperado y me dio materia para reflexionar.

—Una pregunta más, doctor: ¿sería posible introducir una dosis fatal de veneno en un bombón?

—Es posible, supongo —dijo el doctor lentamente—. Ácido prúsico puro sería lo adecuado, siempre que no hubiera posibilidad de evaporación, y una diminuta píldora de cualquier cosa podría ser tragada sin notarla… pero no me parece plausible. Un bombón lleno de morfina o de estricnina… —Hizo una mueca—. Comprenda, señor Poirot, ¡bastaría un mordisco! La persona engañada no podría permitirse hacer cumplidos.

—Gracias, *Monsieur le docteur*.

Salí. Luego hice averiguaciones en varias farmacias, sobre todo en aquellas que se hallaban cerca de la Avenue Louise. Es estupendo pertenecer a la policía. Obtuve la información que deseaba sin ninguna dificultad. Sólo en un caso me respondieron haber despachado un veneno destinado a la casa en cuestión. Se trataba de unas gotas para los ojos, compuestas de sulfato de atropina, para la señora Déroulard. La atropina es un veneno poderoso, y por un instante me sentí optimista, pero los síntomas de un envenenamiento por atropina son muy semejantes a los causados por ptomaína, y no se asemejan en nada a los que estaba estudiando. Además, la receta databa de mucho tiempo atrás. *Madame* Déroulard sufría de cataratas en ambos ojos desde hacía muchos años.

Descorazonado, ya me iba cuando la voz del farmacéutico me hizo retroceder.

—Un momento, *Monsieur* Poirot. Ahora recuerdo que la chica que trajo esa receta comentó algo acerca de que tenía que acercarse a la farmacia inglesa. Puede intentar allí.

Así lo hice. Imponiendo una vez más mi jerarquía oficial, obtuve la información que quería. La víspera de la muerte del señor Déroulard habían despachado una receta para el señor John Wilson. El medicamento no necesitaba ser preparado. Simplemente consistía en unos comprimidos de trinitrina. Pregunté si podía ver algunos. El farmacéutico me los mostró y sentí que el corazón me latía más aprisa… pues los comprimidos eran como de chocolate.

—¿Es un veneno? —inquirí.

—No, *Monsieur*.

—¿Puede usted describirme sus efectos?

—Baja la tensión arterial. Son adecuados para algunos tipos de dolencias cardíacas, angina de pecho por ejemplo. Son vasodilatadores. En la arteriosclerosis…

Le interrumpí.

—*¡Ma foi!* Todo ese galimatías no me aclara nada. ¿Hace que la cara se ponga colorada?

—Ciertamente.

—Y suponiendo que yo tomara diez o veinte de esos pequeños comprimidos, ¿qué pasaría?

—No le aconsejaría que lo hiciese —replicó secamente.

—Y sin embargo, ¿dice que no es un veneno?

—Existen muchísimas cosas a las que no llamamos veneno y sin embargo pueden matar a un hombre —replicó en el mismo tono seco de antes.

Salí de la farmacia alborozado. ¡Por fin las cosas empezaban a marchar!

A hora sabía que John Wilson dispuso del medio adecuado para cometer el crimen, pero ¿y respecto al móvil?

Se había trasladado a Bélgica por negocios, y pidió al señor Déroulard, al que no conocía mucho, que le hospedara. Aparentemente no existía ninguna razón para que la muerte de Déroulard le beneficiara. Por otra parte, por unas investigaciones que hice en Inglaterra, descubrí que desde años atrás padecía de esa dolorosa enfermedad cardiaca llamada angina de pecho. Por tanto, era lógico que poseyera esos comprimidos. Sin embargo, yo estaba convencido de que alguien había tocado la caja de bombones, tras abrir primero, por error, la caja llena. Luego de haber vaciado el último bombón lo llenó con los comprimidos de trinitrina. Los bombones eran de gran tamaño. Estaba seguro de que habían puesto de veinte a treinta comprimidos. Pero ¿quién lo hizo?

En la casa había dos invitados. John Wilson tuvo el medio. Saint Alard el móvil. Recuerde, era un fanático, y no hay peor fanático que el religioso. ¿Pudo él, por algún medio, hacerse con la trinitrina de John Wilson?

Entonces se me ocurrió otra pequeña idea. ¡Ah! ¡Se sonríe usted de mis pequeñas ideas! ¿Por qué Wilson se había quedado sin trinitrina? Seguramente trajo consigo de Inglaterra una adecuada cantidad. Una vez más visité la casa de la Avenue Louise.

Wilson se hallaba ausente, pero hablé con Félicie, la chica encargada de hacerle la habitación. Le pregunté de improviso si era cierto que al señor Wilson se le había extraviado en los últimos días un frasco en su lavabo. La chica contestó con vehemencia. Era totalmente cierto. Incluso le echaron la culpa a ella. Por lo visto, el caballero inglés creía que ella lo había roto y no quería confesarlo, pero la verdad era que ni siquiera lo tocó. Sin duda la culpable era Jeannette… siempre metiendo las narices donde no le llamaban…

Tras conseguir que callara me despedí. Sabía todo cuanto quería conocer. Me tocaba a mí patentizar la evidencia del caso. Tenía la corazonada de que no resultaría fácil. Yo podía estar seguro de que Saint Alard había hecho desaparecer el frasco de trinitrina del lavabo de John Wilson, pero para convencer a los demás necesitaría aportar pruebas. ¡Y no tenía ninguna!

¡No importa! Sabía… eso era lo importante. ¿Recuerda nuestros problemas en el caso Styles, Hastings? También en aquel caso sabía… pero me llevó mucho tiempo encontrar el último eslabón que completara mi cadena de pruebas contra el asesino.

Solicité una entrevista con la señorita Mesnard. Acudió enseguida. Le pedí la dirección del señor de Saint Alard.

Una mirada de inquietud ensombreció el rostro de la joven.

—¿Para qué la quiere, *Monsieur*?

—*Mademoiselle*, me es necesaria.

Parecía vacilante… turbada.

—No puede decirle nada. Es un hombre cuyos pensamientos no son de este mundo.

Apenas se da cuenta de lo que ocurre a su alrededor.

—Posiblemente, *mademoiselle*. No obstante, era un viejo amigo del señor Déroulard. Quizá pueda informarme de algunas cosas… cosas del pasado… acerca de viejos rencores… de antiguas intrigas amorosas.

La muchacha se ruborizó y se mordió el labio.

—Como quiera… pero… pero… Ahora tengo el convencimiento de que estaba equivocada. Fue muy amable por su parte acceder a mi petición, pero entonces estaba trastornada… casi enloquecida. Ahora me doy cuenta de que no existe ningún misterio que esclarecer. Déjelo, se lo ruego, *Monsieur*.

La miré fijamente.

—*Mademoiselle* —dije—, a veces a un perro le resulta difícil encontrar un rastro, pero cuando lo ha encontrado, ¡nada en este mundo se lo hará dejar! Es decir, ¡si es un buen perro! Y yo, *mademoiselle*, yo, Hércules Poirot, lo soy.

Sin proferir palabra salió de la estancia. Unos minutos más tarde regresó con la dirección anotada en una hoja de papel. Abandoné la casa. François me esperaba en la calle. Me miró con ansiedad.

—¿Hay noticias, *Monsieur*?

—Ninguna todavía, amigo mío.

—¡Ah! ¡*Pauvre Monsieur* Déroulard! —suspiró—. Yo también compartía sus ideas. No me gustan los curas. Pero no diría algo así en la casa. Todas las mujeres son muy devotas… y quizá sea mejor. *Madame est tris pieuse*… et *mademoiselle* Virginie Aussi.

¿*Mademoiselle* Virginie? ¿Ella tras *pieuse*? Al recordar aquel rostro apasionado bañado en lágrimas de nuestra primera entrevista me extrañó.

Tras haber obtenido la dirección del señor de Saint Alard no perdí el tiempo.

Llegué a las inmediaciones de su castillo en las Árdenas, pero tuve que aguardar varios días hasta dar con el pretexto que me permitiese la entrada en la casa. Al final lo conseguí. ¿Se imagina cómo? ¡Pues nada menos que como fontanero, *mon ami*! Fue cuestión de un momento provocar un pequeño escape de gas en su dormitorio. Salí en busca de mis herramientas y tuve buen cuidado de volver con ellas a una hora en que me constaba que tendría el campo libre. Casi ni yo mismo sabía lo que buscaba. No creía en la posibilidad de encontrar algo comprometedor. Él jamás habría corrido el riesgo de guardarlo.

Con todo, cuando vi un armario, cerrado, encima del lavabo no pude resistir la tentación de saber lo que contenía. Fue un juego de niños abrirlo con una ganzúa. Al abrir la puerta descubrí que estaba repleto de viejos frascos. Los inspeccioné uno a uno con mano temblorosa. De repente proferí un grito. Imagínese, amigo mío, tenía

en la mano un frasquito con la etiqueta de una farmacia inglesa, en la que figuraba escrito:

COMPRIMIDOS DE TRINITRINA. TOMAR UNO EN CASO NECESARIO. MR. JOHN WILSON.

Dominando mi emoción, cerré el armarito, guardé el frasco en mi bolsillo ¡y me puse a reparar el escape de gas! Se ha de ser metódico. Luego abandoné el castillo y tomé el primer tren que salía para mi país. Llegué a Bruselas muy avanzada la noche.

A la mañana siguiente estaba redactando un informe para el *préfet* cuando me pasaron una nota. Provenía de la anciana *madame* Déroulard, requiriéndome a que me personara sin demora en la casa de la Avenue Louise.

Me abrió la puerta François.

—*Madame la baronne* le espera.

Me condujo a sus aposentos. Se hallaba sentada majestuosamente en una amplia butaca. Ni rastro de *mademoiselle* Virginie.

—*Monsieur* Poirot —dijo la anciana señora—. Acabo de enterarme de que usted no es lo que pretende aparentar. Es un funcionario de la policía.

—Eso es, *madame*.

—¿Vino a mi casa para investigar las circunstancias de la muerte de mi hijo?

Repliqué nuevamente:

—Eso es, *madame*.

—Me complacería saber si ha hecho algún progreso.

Titubeé.

—Primero me gustaría saber cómo se ha enterado de todo ello, *madame*.

—Por alguien que ya no es de este mundo.

Sus palabras, y el modo ensimismado en que fueron proferidas, me heló el corazón.

Fui incapaz de articular una respuesta.

—Por tanto, *Monsieur*, le ruego encarecidamente que me informe con la máxima exactitud de los progresos que ha hecho en su investigación.

—*Madame*, mi investigación ha terminado.

—¿Mi hijo?

—Le mataron deliberadamente.

—¿Sabe usted quién lo hizo?

—Sí, *madame*.

—¿Quién, entonces?

—El señor de Saint Alard.

La anciana señora negó con la cabeza.

—Está en un error. El señor de Saint Alard es incapaz de un crimen semejante.

—Tengo en mis manos las pruebas.

—Le encarezco una vez más que me lo cuente todo.

En esta ocasión obedecí, examinando paso a paso el camino que me condujo hasta el descubrimiento de la verdad. Ella me escuchaba atentamente. Al final movió la cabeza asintiendo.

—Sí, sí, todo es como usted dice, excepto en una cosa. No fue el señor de Saint Alard quien mató a mi hijo. Fui yo, su madre.

La miré con asombro. Ella continuó asintiendo con la cabeza.

—He hecho bien en mandarle llamar. Es la Providencia del buen Dios el que Virginie me haya contado lo que hizo antes de partir al convento. ¡Escuche, *Monsieur* Poirot! Mi hijo era un mal hombre. Perseguía a la Iglesia. Llevaba una vida pecaminosa. Y con él arrastraba a otras almas. Pero aún había cosas peores. Una mañana, al salir de mi cuarto, en esta misma casa, percibí a mi nuera de pie en lo alto de la escalera. Estaba leyendo una carta. Vi como mi hijo se deslizaba hasta situarse a sus espaldas. Un rápido empujón, y ella, su mujer, rodó escaleras abajo; su cabeza chocó contra los peldaños de mármol. Cuando la recogieron, estaba muerta. Mi hijo era un asesino, y sólo yo, su madre, lo sabía.

Cerró los ojos por un instante.

—No puede imaginarse, *Monsieur*, mi agonía, mi desesperación. ¿Qué hacer? ¿Denunciarlo a la policía? No me atrevía a hacerlo. Era mi deber, pero mi carne era débil. Además, ¿me creerían ellos? La vista me fallaba desde hacía algún tiempo… argumentarían que me había equivocado. Guardé silencio. Pero mi conciencia me remordía. Callándome, yo también era una asesina. Mi hijo heredó la fortuna de su esposa. Prosperó, subió como la espuma. Y ahora le iban a nombrar ministro.

Perseguiría aún con más fuerza a la Iglesia. Y además estaba Virginie. La pobrecita niña, piadosa por naturaleza, se sentía fascinada por él. Mi hijo poseía un extraño y terrible poder sobre las mujeres. Vi lo que iba a ocurrir. Me sentía impotente para impedirlo. Él no abrigaba ninguna intención de casarse con Virginie. Llegó el momento en que la pobre se hallaba dispuesta a entregarse totalmente a su capricho.

Entonces vi claramente mi camino. Era mi hijo. Yo le había dado la vida. Yo era responsable de sus actos. ¡Antes había destruido el cuerpo de una mujer, ahora iba a destruir el alma de otra! Entré en la habitación del señor Wilson y me apoderé del frasco de comprimidos. Una vez, bromeando, comentó que contenía suficientes comprimidos para matar a un hombre. Fui al estudio y abrí la gran caja de bombones que siempre tenía sobre la mesa. Por error abrí la caja sin empezar. La otra se hallaba también encima de la mesa. Sólo quedaba en ella un bombón. Eso simplificaba las cosas. Nadie comía bombones salvo mi hijo y Virginie. Aquella noche retendría a la joven a mi lado. Todo sucedió tal como lo había planeado…

Hizo una breve pausa, cerrando los ojos un momento. Volvió a abrirlos lentamente.

—*Monsieur* Poirot, estoy en sus manos. Me dicen que no me quedan muchos días de vida. Estoy dispuesta a rendir cuentas por mi acto ante el buen Dios. ¿Debo

también rendirlas aquí, en la tierra?

Vacilé.

—Pero el frasco vacío, *madame* —dije a fin de ganar tiempo—, ¿cómo se explica que estuviera en posesión del señor de Saint Alard?

—Cuando vino a despedirse de mí, *Monsieur*, se lo puse dentro del bolsillo. No sabía cómo deshacerme del frasquito. Estoy tan enferma que no puedo moverme mucho sin ayuda, y de encontrarlo vacío en mis aposentos podía levantar sospechas. Comprenda, *Monsieur*… —Se irguió majestuosamente— ¡que no fue con la intención de involucrar al señor de Saint Alard! Ni me pasó por la imaginación. Me figuré que su criado, al encontrar un frasco vacío, lo tiraría sin darle mayor importancia.

Incliné la cabeza.

—Lo comprendo, *madame* —dije.

—¿Y cuál es su decisión, *Monsieur*?

Su voz era firme y segura, la cabeza erguida, como siempre. Me puse en pie.

—*Madame* —dije—, tengo el honor de desearle buenos días. He llevado a cabo mis investigaciones… ¡y he fracasado! El asunto está cerrado.

Durante un momento Poirot guardó silencio, luego dijo quedamente:

—Ella murió justo una semana después. *Mademoiselle* Virginie pasó su noviciado y a su debido tiempo tomó las órdenes. Ésa, amigo mío, es la historia. Debo admitir que hice un triste papel.

—¡Pero si no fue un fracaso! —objeté—. ¿Qué podía pensar dadas las circunstancias?

—Ah, *sacré, mon ami* —exclamó Poirot, recobrando de pronto su vivacidad—. ¿Es que no lo ve usted? ¡Fui treinta y seis veces imbécil! Mis células grises no funcionaron.

Durante todo el tiempo tuve en mis manos la verdadera pista.

—¿Qué pista?

—¡La caja de bombones! ¿No lo ve? ¿Habría cometido semejante error una persona que viera perfectamente? Sabía que *madame* Déroulard tenía cataratas… lo supe por las gotas de atropina. Sólo había una persona en la casa cuya visión defectuosa le impidiera ver qué tapa tenía que colocar. Fue la caja de bombones lo que me puso sobre la pista, y sin embargo, durante toda la investigación, no supe darme cuenta de su verdadero significado. Y también fallaron mis dotes de psicólogo. De haber sido el señor de Saint Alard el criminal jamás hubiera conservado en su poder un frasco comprometedor. Encontrarlo era una prueba de su inocencia. Sabía ya por *mademoiselle* Virginie que era un hombre muy abstraído. ¡En conjunto fue un caso desdichado el que acabo de referirle! Esta historia sólo se la he contado a usted.

Compréndame, ¡no hago un buen papel en ella! Una anciana comete un crimen tan sencilla y hábilmente que yo, Hércules Poirot, me equivoco por completo. ¡*Sapristi*! ¡Es irritante pensar en ello! Olvídelo. O no… recuérdelo; y si en cualquier

momento cree que me estoy volviendo presuntuoso… no es probable, pero podría darse el caso.

Disimulé una sonrisa.

—Eh, bien, usted me dirá «caja de bombones». ¿De acuerdo?

—¡Trato hecho!

—Después de todo —dijo Poirot - ¡fue una experiencia! ¡Yo, que indudablemente poseo en la actualidad el mejor cerebro de Europa, puedo permitirme ser magnánimo!

—Caja de bombones —murmuré suavemente.

—¿*Pardon, mon ami*?

Mientras Poirot se inclinaba hacia mí con una expresión interrogante miré su rostro inocente y mi corazón se conmovió. A menudo me había hecho sufrir, pero yo, aunque no poseyera el mejor cerebro de Europa, ¡también podía permitirme ser magnánimo!

—Nada —mentí, y encendí otra pipa, sonriéndome para mis adentros.

El robo de los planos del submarino

(The Submarine Plans).

Un muchacho mensajero trajo una carta que Poirot leyó en silencio, y mientras leía asomaba a sus ojos el brillo del interés y de la emoción. Después de despedir al mensajero con breves frases, se volvió a mirarme.

—Corra, amigo, haga la maleta. Nos vamos a Sharples.

Yo di un salto al oírle mencionar la famosa residencia campestre de lord Alloway.

Presidente del recién formado Ministerio de Defensa, lord Alloway era miembro distinguido del Gabinete.

Con el nombre de *sir* Ralp Curtis, director de una gran empresa de ingeniería, había pasado por la Cámara de los Comunes y se decía ahora de él que era un hombre de porvenir y que probablemente se le llamaría a formar Ministerio en el caso de que resultasen fundados los rumores que corrían del mal estado de salud de míster David Mac Adam.

Un hermoso Rolls Royce nos aguardaba a la puerta y mientras corríamos en la oscuridad, abrumé con mis preguntas a Poirot.

—Son más de las once —le dije—. ¿Para qué nos llaman a esta hora avanzada de la noche?

Poirot meneó la cabeza.

—Debe tratarse de algo muy urgente, sin ninguna duda —repuso.

—Recuerdo —expliqué— que la conducta seguida por Ralp Curtis con relación a determinadas acciones dio lugar a un escándalo formidable. Al final se le declaró inocente de la acusación que se le dirigía, pero es improbable que vuelva a repetirse ahora el hecho, o que haya sucedido algo por el estilo.

—No creo que me llamasen, aunque así fuera, a hora tan intempestiva —repuso mi amigo.

Callé porque tenía razón y continuamos el viaje en medio del mayor silencio. Una vez fuera de la ciudad, el coche redobló la velocidad y en menos de lo que se cuenta llegamos a Sharples.

Un mayordomo, vestido de pontifical, nos condujo al punto al pequeño estudio donde nos aguardaba lord Alloway. Al vernos, el digno caballero se puso en pie de un salto, lleno de vigor y de vitalidad.

—Encantado de volver a verle, *Monsieur* Poirot —dijo a mi amigo—. Ésta es la segunda vez que necesita el Gobierno de sus servicios. Recuerdo muy bien lo que hizo por nosotros durante la guerra y cómo logró liberar al Primer Ministro de su secuestro, verificado de manera tan hábil. Sus magníficas deducciones y su descripción, permítame que lo diga así, despejaron la situación.

Poirot parpadeó un poco.

—¿Puedo deducir de esto, milord, que va a ofrecerme la solución de un caso parecido?

—Sí, señor. *Sir* Harry y yo… oh, permítame que les presente. *Sir* Harry Weardale, Primer lord del Almirantazgo… *Monsieur* Poirot… y el capitán…

—Hastings —dije yo.

—He oído hablar de usted con elogio, *Monsieur* Poirot —dijo *sir* Harry estrechándonos la mano—. Nos encontramos frente a un problema insoluble al parecer, y si acierta usted a resolverlo le quedaremos por siempre extraordinariamente agradecidos.

El Primer lord del mar era un marino, cuadrado de hombros, de la antigua escuela, que se granjeó al punto toda mi simpatía.

Poirot les dirigió una mirada de interrogación y Alloway se encargó de darles las explicaciones necesarias.

—Ante todo, *Monsieur* Poirot, dese cuenta de que todo lo que voy a decirle es confidencial. Acabamos de sufrir una pérdida muy grave. Nos han robado los planos del nuevo submarino tipo Z.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche, hará cosa de unas tres horas. Supongo que se dará cuenta de la magnitud del desastre, porque es esencial que no se divulgue la noticia de esta pérdida. Mis huéspedes, en estos momentos, son aquí, el almirante, su mujer y su hija y *mistress* Conrad, una dama muy conocida de la alta sociedad. Las señoras se retiraron temprano a descansar… sobre las diez si mal no recuerdo, lo mismo que míster Leonard Meardale. *Sir* Harry estaba aquí porque quería hablar conmigo de la construcción de este nuevo tipo de submarino. De acuerdo con esto rogué a míster Fitzroy, mi secretario, que sacara los planos de la caja que ve ahí, en el rincón, y que los ordenara junto con varios documentos diversos que tratan del asunto que traemos entre manos.

»Mientras obedecía mis instrucciones, el almirante y yo nos paseábamos por la terraza, fumando y disfrutando del aire tibio de junio. Cuando concluimos de fumar y de charlar decidimos tratar de negocios. Cuando dimos media vuelta, en el extremo opuesto de la terraza, yo creí ver una sombra salir de aquí por la puerta… ventana, cruzar la terraza y desaparecer. Sin embargo, no presté gran atención al hecho. Sabía que Fitzroy estaba aquí, en esta misma habitación, y no me pasó por las mientes que pudiera haber ocurrido nada desagradable. Creí mal, naturalmente. Bien, volviendo sobre nuestros pasos, como ya he dicho, entramos en el estudio por la puerta de la terraza en el mismo momento en que entraba Fitzroy por el vestíbulo.

»—¿Tiene ya preparado todo lo que necesitamos, Fitzroy? —pregunté.

»—Sí, lord Alloway —me contestó—. He dejado los papeles encima de la mesa.

»Dicho esto nos dio las buenas noches. Se dispuso a retirarse a su habitación.

»—¡Un momento! —exclamé acercándome a la mesa—. Voy a ver si está todo lo que he pensado.

»E hice un rápido examen de los papeles.

»—¿Ve, Fitzroy? Se ha olvidado de lo más importante. ¡De los planos del submarino!

»—Están encima de todo, lord Alloway.

»—Nada de eso, no están.

»Fitzroy avanzó unos pasos, aturdido. La cosa parecía increíble. Examinamos todos los documentos que había sobre la mesa; buscamos dentro de la caja de caudales; pero al fin tuvimos que convencernos de que los planos habían desaparecido en el corto espacio de tres minutos en que Fitzroy se ausentó de la habitación.

—¿Por qué salió de ella? —interrogó vivamente intrigado Poirot.

—Eso mismo le pregunté yo —exclamó *sir* Harry.

—Según parece —explicó *lady* Alloway— le sobresaltó un gemido de mujer que oyó cuando acababa de poner en orden los papeles. Salió corriendo al vestíbulo y encontró allí a la doncella francesa de *mistress* Conrad. La muchacha estaba pálida y trastornada y dijo que acababa de ver a un fantasma, a una alta figura de blanco que avanzaba sin hacer ruido. Fitzroy se rió de sus temores y le recomendó, en lenguaje más o menos cortés, que no fuera necia. Luego volvió a esta habitación en el momento mismo en que entrábamos por la terraza.

—Todo está muy claro —dijo Poirot pensativo—. Únicamente cabe preguntar: ¿Ha sido la doncella cómplice del robo? ¿Gimió de acuerdo con su aliado que acechaba en la sombra o aguardaba en el exterior la ocasión de poder llegar hasta aquí? Digo aliado, porque supongo que sería un hombre y ¿hombre fue, verdad, no mujer lo que usted vio?

—No puedo decirlo, *Monsieur* Poirot. Era… una sombra.

Aquí el almirante emitió un resoplido tan significativo que no dejó de llamar nuestra atención.

—Creo que el señor tiene algo que decir —manifestó con leve sonrisa Poirot—. ¿Vio usted también a la sombra, *sir* Harry?

—No, no la vi… ni tampoco Alloway. Supongo que debió ver la rama de un árbol agitada por el viento y luego, cuando descubrimos el robo, dedujo que había visto pasar una sombra por la terraza. Su imaginación le gastó una broma; eso es todo…

—Nadie ha dicho nunca que yo posea imaginación —dijo lord Alloway con ligera sonrisa.

—¡Bah! Todos la tenemos y todos somos capaces de convencernos de que hemos visto más de lo que en realidad vimos. Yo me paso la vida en el mar y tengo experiencia de estas cosas. Miraba, lo mismo que usted, delante de mí y no vi nada en la terraza.

Parecía tan excitado, que Poirot se puso de pie y se acercó vivamente a la puerta de cristales, dispuesto a centrar la cuestión.

—¿Me permiten? —dijo—. Vamos a dejar sentado este punto si nos es posible.

Salió a la terraza y todos le seguimos. Había sacado una lámpara de bolsillo y paseaba la luz por el borde del césped que ornaba la terraza.

—¿Por dónde cruzó la sombra, milord? —preguntó.

—Por delante de la puerta de cristales.

Poirot siguió manejando la luz unos minutos más, yendo y viniendo de aquí para allá hasta que, finalmente, la apagó y enderezó el cuerpo.

—*Sir* Harry tiene razón, usted se equivoca, milord —dijo tranquilamente—. Ha llovido mucho durante toda la tarde y cualquiera que hubiera hollado el césped hubiera dejado huella. Pero no he visto ninguna pisada, absolutamente ninguna.

Sus ojos fueron del rostro de uno al del otro. Lord Alloway parecía aturdido y poco convencido; el almirante expresó ruidosamente su satisfacción.

—Sabía que no me equivocaba —declaró—. Siempre he tenido buena vista.

Tenía un aspecto tan típico del honrado lobo de mar que sonreí sin querer.

—Bien, esto concentra nuestra atención en los demás habitantes de la casa —dijo Poirot sin alzar la voz—. Volvamos dentro. Veamos, milord: mientras míster Fitzroy hablaba con la doncella en la escalera, ¿pudo alguien aprovechar la ocasión para entrar en el estudio por el vestíbulo?

Lord Alloway meneó la cabeza.

—Es absolutamente imposible. Para hacerlo así hubiera tenido que pasar por delante del secretario.

—¿Está usted seguro de míster Fitzroy?

Lord Alloway se puso encarnado.

—En absoluto, *Monsieur* Poirot. Tengo en él completa confianza. Es imposible que tenga nada que ver con este asunto.

—Todo parece tan imposible —le aseguró con acento seco mi amigo— que lo más probable es que los planos desplegaran unas alas minúsculas y que espontáneamente echasen a volar…

Poirot frunció los labios y sus carrillos asumieron la forma de un cómico querubín.

—En efecto, todo parece imposible —declaró lord Alloway con impaciencia—, pero le ruego, *Monsieur* Poirot, que no sueñe en sospechar de míster Fitzroy. Suponiendo por un momento que hubiera deseado coger esos planos, ¿no le hubiera sido más fácil sacar copia de ellos que tomarse el trabajo de robarlos?

—Su observación es bien justa, milord —repuso Poirot con aire de aprobación—, y ya veo que posee una inteligencia metódica y ordenada. *L’Anglaterre* puede sentirse orgullosa de poseerle.

Esta súbita alabanza originó visible embarazo en lord Alloway y Poirot volvió a nuestro asunto.

—Ustedes estuvieron sentados durante toda la noche en…

—¿En el salón? Así es.

—Esa pieza tiene también puerta de cristales que da a la terraza y recuerdo que ha dicho usted que salieron de ella por dicha puerta. ¿Sería posible que alguien les hubiera imitado y que volviera a entrar mientras míster Fitzroy estaba fuera del estudio?

—No, porque en ese caso le hubiéramos visto —repuso el almirante.

—No, si al dirigirse al otro extremo de la terraza volvían la espalda.

—Fitzroy sólo estuvo fuera del estudio unos minutos, o sea lo que nosotros tardamos en llegar al extremo de la terraza y volver.

—No importa… es una posibilidad… la única de que podemos echar mano de momento.

—Pero cuando nosotros salimos del salón no quedó nadie más en él —dijo el almirante.

—Pudo entrar después.

—¿Quiere decir —manifestó lentamente lord Alloway— que cuando Fitzroy oyó gritar a la doncella alguien que estaba escondido en el salón se apresuró a salir tras él y luego entrar por la puerta de cristales y que sólo dejó el salón cuando hubo vuelto al estudio Fitzroy?

—Mente metódica otra vez —dijo Poirot saludando—. Expresa usted lo ocurrido perfectamente.

—¿Quizá fue un criado?

—O un huésped. La que chilló fue la doncella de *mistress* Conrad. ¿Qué sabe usted de esa señora?

Lord Alloway reflexionó un instante.

—Como ya he dicho, es muy conocida en la alta sociedad. Da grandes fiestas y reuniones y va a todas partes. Pero en realidad nadie sabe de dónde sale, ni conoce su vida pasada. Es una señora que frecuenta el domicilio de los diplomáticos, así como los círculos del Ministerio de Asuntos Exteriores lo más posible. El Servicio Secreto se pregunta: «¿Por qué?».

—Comprendo —dijo Poirot—. ¿Y la han invitado a pasar con ustedes el fin de semana?

—Sí, al objeto de… ¿cómo diría yo…?, de poder observarla más de cerca.

—¡*Parfaitement*! Es posible, no obstante, que se le vuelva la tortilla, como suele decirse.

En el rostro de lord Alloway se pintó la consternación y Poirot continuó:

—Dígame, milord, ¿usted o el almirante han hecho alusión, delante de ella, de lo que pensaban hacer?

—Sí —confesó Alloway—. *Sir* Harry dijo: «¡Y ahora a trabajar en nuestro submarino!» o algo parecido. Los demás invitados estaban ya en el salón, pero *mistress* Conrad había vuelto para buscar un libro.

—Comprendo —murmuró Poirot pensativo—. Milord, es muy tarde, pero el caso urge.

Me gustaría interrogar cuanto antes a sus huéspedes.

—Nada más fácil. Sin embargo, le recomiendo que no hable sino lo más preciso. *Lady* Julieta Weardale y el joven Leonardo son de toda confianza, naturalmente, pero aun cuando no sea culpable, *mistress* Conrad es un factor diferente. Diga que un documento de cierta importancia ha desaparecido sin especificar qué es ni dar explicaciones de las circunstancias en que se verificó su desaparición, ¿entiende?

—Sí. Es precisamente lo que iba a proponer a usted —repuso Poirot con el rostro resplandeciente—. Que *Monsieur l'Almiral* me perdone, pero aun la mejor de las esposas…

—No me ofende —dijo *sir* Harry—. Todas las mujeres hablan de más. ¡Dios las bendiga! Claro que yo desearía que Julieta hablase más y jugase menos al *bridge*, pero ninguna mujer moderna se siente por lo visto dichosa sin bailes ni sin juegos. Voy a ver si levanto de la cama a Julieta y a Leonardo, ¿qué le parece, Alloway?

—Sí, gracias. Yo voy a llamar a la doncella francesa. *Monsieur* Poirot desea verla y ella puede despertar a su señora. Voy a ocuparme de esto. Entretanto, le enviaré a Fitzroy.

Mister Fitzroy era un joven pálido, usaba lentes y su expresión era glacial. Su declaración fue, palabra por palabra, idéntica a la que nos había hecho lord Alloway.

—¿Cuál es su creencia, míster Fitzroy?

El joven se encogió de hombros.

—Creo que es indudable —dijo— que una persona enterada de lo que sucede en esta casa aguardaba fuera una ocasión favorable. Vio lo que sucedía por la abierta puerta de cristales y entró en el estudio en cuanto salí yo de él. Es una lástima que lord Alloway no echara a correr tras él en cuanto le echó la vista encima.

Poirot no quiso desengañarle. En lugar de ello interrogó:

—¿Cree en el cuento de la doncella francesa?

—¡No, *Monsieur* Poirot!

—¿No le parece que pudo creer que veía un fantasma en realidad?

—Eso sí que no lo sé. Se llevó las manos a la cabeza y parecía trastornada.

—¡Ajá! —exclamó Poirot con el aire del que acaba de verificar un descubrimiento—. ¿Y es bonita la muchacha?

—La verdad es que no reparé en ello —dijo Fitzroy con acento reprimido.

—¿Vio a su señora?

—Sí, señor, la vi. Estaba arriba, en la galería, y llamó a la doncella: «¡Leonie!». Al verme se retiró.

—¿Sin bajar la escalera? —preguntó Poirot con el ceño fruncido.

—Ya me doy cuenta de lo desagradable que es todo esto para mí… O lo hubiera podido ser si lord Alloway no hubiera visto salir del estudio al ladrón. De todos modos estoy dispuesto a consentir el registro de mi habitación… y de mi persona.

—¿De verdad lo desea?

—Sí, señor, ciertamente.

Ignoro lo que Poirot iba a contestar, porque en aquel mismo momento reapareció lord Alloway para anunciar que las dos señoras y míster Leonard aguardaban en el salón.

Las mujeres llevaban unos saltos de cama que les sentaban bien. *Mistress* Conrad era una mujer muy bonita, de unos treinta y cinco años, de cabellos dorados y una leve tendencia al embonpoint. *Lady* Julieta Weardale representaba cuarenta años, era alta y morena, muy delgada, bella todavía con manos y pies exquisitos y un aire inquieto y atormentado. Su hijo era un muchacho algo afeminado, que ofrecía notable contraste con el cordial y varonil autor de sus días.

Poirot dio a los tres la explicación convenida y luego manifestó que sentía el deseo de saber si alguno de ellos había oído o visto algo por la noche, que pudiera sernos de utilidad.

Volviéndose primero a *mistress* Conrad, le preguntó si sería tan amable como para informarle, con exactitud, de cuáles habían sido sus movimientos.

—¿A ver…? Subí la escalera, llamé a la doncella. Luego, como no comparecía, salí de la habitación, llamándola, y la oí hablar en la escalera. Después que me cepilló el cabello la despedí en un estado particular de nervios y me puse a leer un rato antes de meterme en la cama.

—Y, ¿usted *lady* Julieta, entonces…?

—Me fui directamente a la cama porque estaba muy fatigada.

—Así, pues, ¿para qué quería un libro, querida? —dijo *mistress* Conrad con una suave sonrisa.

—¿Un libro? —*lady* Julieta se ruborizó.

—Sí, recuerde que cuando yo despedí a Leonie usted subía la escalera. Venía, según dijo, del salón adonde había entrado para coger un libro.

—Es verdad. Se me había olvidado.

Lady Julieta unió inmediatamente las manos con visible nerviosismo.

—¿Oyó gritar entonces a la doncella de *mistress* Conrad, *milady*?

—No, no la oí.

—¿Está segura?

—No oí nada —repuso *lady* Julieta con voz mucho más firme.

—Es curioso, porque en aquel momento usted debía hallarse en el salón.

Poirot se volvió al joven Leonard.

—¿*Monsieur*?

—Yo subí directamente la escalera y entré en mi habitación, de la que ya no volví a salir.

Poirot se atusó el bigote.

—Bien, ya veo que de aquí no sacaremos nada. Señoras, caballeros, lamento infinitamente haberles sacado de su sueño para tan escaso resultado. Acepten mis excusas, por favor.

Gesticulando y excusándose, les hizo salir de la habitación. Luego se encaró con la doncella francesa, una muchacha viva y de rostro despierto. Alloway y Weardale habían ido a acompañar a las señoras.

—Ahora, *mademoiselle*, sepamos la verdad —dijo—. No me endose ningún cuento, ¿entendido? ¿Por qué chilló en la escalera?

—Ah, *Monsieur*, porque vi una figura alta… toda vestida de blanco…

Poirot la hizo callar mediante un ademán enérgico.

—Repito que no me cuente un cuento. Voy a adivinar lo ocurrido y usted me dirá si tengo o no razón. Chilló usted porque él la besó. Me refiero a míster Weardale.

—Eh bien, *Monsieur*, ¿qué es un beso después de todo?

—Una cosa muy natural en estas circunstancias —repuso Poirot con galantería—. Ahora explíqueme usted todo lo ocurrido.

—Pues el señor Weardale llegó por detrás y me asió por la cintura, yo me sobresalté y lancé un grito. No hubiera chillado si no hubiera llegado así, sigiloso como un gato.

Entonces salió *Monsieur le secretaire* y *Monsieur* Leonard huyó escaleras arriba.

Señores, pónganse en mi caso: ¿qué podía hacer yo, sobre todo, tratándose de un *jeune homme comme ça… tellement comme il faut? La foi*, inventé una aparición.

—Ahora todo se explica —exclamó gozoso Poirot—. Después subió usted a la habitación de su señora, que se halla ¿en qué parte del pasillo del primer piso?

—En un extremo. Por ahí, *Monsieur*.

—Es decir, encima del estudio. Bien, *mademoiselle*, no le entretengo más. Y la *prochaine fois no grite*.

La acompañó hasta la puerta y luego volvió a mí con la sonrisa en los labios.

—¡Qué caso más interesante! ¿No le parece, Hastings? Comienzo a tener varias ideas. ¿Y usted?

—¿Qué hacía Leonard Weardale en la escalera? No me gusta ese muchacho, Poirot. Es un inútil.

—Estoy de acuerdo, *mon ami*.

—En cambio Fitzroy parece hombre honrado.

—Es lo que opina lord Alloway.

—Pero tiene un aspecto…

—… Demasiado bueno, ¿verdad? Yo opino lo mismo. Tampoco creo que sea buena persona nuestra bella amiga *mistress* Conrad.

—Cuya habitación se halla encima del estudio, no olvidemos —insinué dirigiendo a mi amigo una mirada penetrante.

Pero Poirot movió la cabeza y en sus labios se dibujó una leve sonrisa.

—No, *mon ami*. No es posible creer en serio que esa inmaculada señora haya bajado a ella por la chimenea o descolgándose por un balcón.

Aquí se abrió la puerta y apareció *lady* Julieta.

—*Monsieur* Poirot —dijo visiblemente agitada—. ¿Puedo decirle a solas dos palabras?

—*Milady*, el capitán Hastings es como mi otro yo. Hable con la misma libertad que si no le tuviera delante. Y ante todo, tome asiento.

Milady obedeció sin separar la vista de mi amigo.

—Bien. Lo que tengo que decir es fácil. A usted se le ha encargado por lo visto la solución de este caso. ¿Qué le parece? ¿Se concluiría si le devolviera yo esos planos? ¿Se abstendría después de dirigirme una sola pregunta?

Poirot la miró fijamente.

—No sé si la comprendo bien, *madame* —respondió—. ¿Quiere decir que se me pondrán los planos en mis manos siempre que al devolvérselos a lord Alloway se abstenga de averiguar su procedencia?

Lady Julieta afirmó con un ademán.

—Eso es —dijo—. Lo que ante todo deseo es que no se dé publicidad al hecho.

—La publicidad no le conviene a lord Alloway —replicó con aire sombrío Poirot.

—Entonces, ¿acepta usted? —dijo con visible ansiedad *lady* Julieta.

—¡Un momento, *milady*! Mi aceptación dependerá de lo que tarde en poner esos planos en mis manos.

—Los tendrá inmediatamente.

Poirot miró el reloj.

—¿A qué hora exactamente? —preguntó.

—Digamos… dentro de diez minutos —murmuró la dama.

—Acepto, *milady*.

Lady Julieta salió rápidamente. Yo lancé un silbido.

—¿Podría hacer un resumen de la situación, Hastings?

—Bridge —contesté brevemente.

—¡Ah, veo que recuerda lo que dijo el almirante! ¡Qué memoria! ¡Le felicito, Hastings!

No dijimos más porque entró lord Alloway mirando a Poirot con aire de interrogación.

—Temo que las respuestas recibidas constituyan una decepción —dijo—. ¿Tiene alguna idea?

—Ninguna, milord. Esas respuestas son, por el contrario, tan esclarecedoras que no necesito perder aquí más tiempo y con su permiso voy a volver enseguida a Londres.

Lord Alloway se quedó asombrado.

—Pero… pero… ¿qué es lo que ha descubierto? ¿Sabe quién ha cogido los planos?

—Sí, milord, lo sé. Dígame, suponiendo que le devolvieran esos planos anónimamente, ¿dejaría en el acto de hacer averiguaciones?

Lord Alloway le miró sin comprender.

—¿Querrá decir si me avengo a pagar una cantidad determinada?

—No, milord. Los planos serán devueltos inmediatamente sin condiciones.

—Recobrarlos es, en sí misma, una gran cosa —repuso lentamente el lord. Pero seguía perplejo.

—Entonces recomiendo a usted, muy en serio, que adopte esa regla de conducta.

Únicamente usted, su secretario y el almirante conocen esa pérdida. Únicamente ustedes sabrán que se han restituido los planos. Y puede contar conmigo, que estoy dispuesto a ayudarle en todo… y a cargar con el peso del misterio. Usted me pidió que le devolviera esos papeles… y lo hago. No necesita saber más. —Levantándose, tendió su mano a lord Alloway—. Milord, celebro haberle conocido. Tengo fe en usted… y en su amor por Inglaterra. Estoy seguro de que presidirá su destino con mano firme.

—Juro a usted, *Monsieur* Poirot, que haré cuanto pueda por ella. Ignoro si es defecto o virtud, pero la verdad es que creo en mí mismo.

—Todos los grandes hombres poseen esa fe —dijo Poirot—. Yo también la tengo —agregó con voz majestuosa.

Poco después se detenía el coche delante de la puerta y lord Alloway se despidió de nosotros con renovada cordialidad.

—Es un gran hombre, Hastings —dijo Poirot cuando arrancamos—. Posee inteligencia, recursos, voluntad. Es el hombre fuerte que Inglaterra necesita para atravesar estos tiempos difíciles de reconstrucción.

—Convengo en ello, Poirot, pero hábleme de *lady* Julieta. ¿De verdad piensa devolver los documentos a Alloway? ¿Qué pensará cuando sepa que se ha marchado usted sin decir una sola palabra?

—Hastings, voy a dirigirle una pregunta. ¿Por qué no me entregó los planos cuando me habló?

—Porque no los tenía.

—Perfectamente. ¿Cuánto supone usted que le hubiera llevado ir a buscarlos a su habitación o a cualquier lugar de la casa donde los tuviera ocultos? No me contesta. Lo haré yo. ¡Probablemente dos minutos y medio! Sin embargo dijo diez minutos. ¿Por qué? Está claro. Porque tenía que recibirlos de manos de otra persona y razonar o discutir con ella para que dicha persona se los entregase. Ahora bien: ¿quién era esa persona? *Mistress* Conrad, no; con seguridad un miembro de su familia, su marido o su hijo. ¿Cuál de los dos supone usted que sería? Leonard Weardale dijo que se fue directamente a la cama después de cenar, aunque sabemos que no es cierto. Vamos a suponer que su madre entró en su habitación y que la halló vacía; vamos a suponer que bajó presa de temor inconfesable, porque conoce bien a su hijo, que no es una monada precisamente. No le halló y más tarde él dijo que no había salido de su habitación. De manera que ella dedujo que era un ladrón y por ello solicitó la entrevista conmigo.

—Pero, *mon ami*, nosotros sabemos algo que ignora *lady* Julieta. Sabemos que su hijo no estuvo en el estudio porque se hallaba en la escalera haciendo el amor a la linda francesa. De modo que, aunque él no lo sabe, Leonard Weardale tiene su coartada.

—¿Quién robó entonces los documentos? Porque hemos estado eliminando a todo el mundo: a *lady* Julieta, a su hijo, a *mistress* Conrad, a la doncella francesa.

—Precisamente. Pero sírvase, se lo ruego, de las células grises, *mon ami*. La solución salta a la vista.

Yo lo negué con un movimiento de cabeza.

—¡Sí! Persevere usted. Vea. Fitzroy sale del estudio y deja los planos sobre la mesa.

Poco después entra lord Alloway en la habitación y ve, al acercarse a la mesa, que los planos han desaparecido. Sólo dos cosas son posibles: que Fitzroy no dejó los planos encima de la mesa, sino que se los guardó en el bolsillo, lo que pudo hacer mucho antes y no precisamente en aquella ocasión, o continuaban sobre ella cuando entró el lord, en cuyo caso… fue él quien se los metió en el bolsillo.

—¡Lord Alloway el ladrón! —exclamé asustado—. Pero ¿porqué? ¿Porqué?

—Usted me habló de un escándalo relacionado con su vida pasada, ¿recuerda? Más adelante se reconoció públicamente su inocencia, pero ¿sería cierto el hecho que se le achacaba? Porque todos sabemos que no puede haber escándalo en la vida pública de una persona destacada en Inglaterra. Y si lo hay y alguien lo saca a relucir, ¡adiós carrera política! Yo supongo que lord Alloway ha sido víctima de un chantaje y que el precio exigido a cambio del silencio del chantajista fueron los planos del submarino.

—Si así es, ¡ese hombre es un redomado traidor! —exclamé.

—Oh, no. No lo es. Por el contrario, es hábil y hombre de recursos. Sabemos que es un buen ingeniero, por lo que creo que debió sacar una copia de ellos que alteró levemente para que fueran impracticables. Hecho esto, entregó al agente del enemigo, es decir, a *mistress* Conrad, los falsos planos y para que no se concibieran sospechas acerca de su autenticidad simuló que se los habían robado. Entretanto, declaró que había visto salir a un hombre del estudio, para que las sospechas no recayeran sobre ningún habitante de la casa. Pero aquí tropezó con la obstinación del almirante y por ello defendió con ahínco a su secretario.

—Pero usted se limita a adivinar, Poirot. Es usted muy sagaz.

—Hago uso de psicología, *mon ami*. Un hombre que hubiera entregado los verdaderos planos no se hubiera mostrado tan escrupuloso. Dígame: ¿por qué no quiso que se dieran explicaciones a *mistress* Conrad? Porque le había entregado ya, por la tarde, los falsos planos y no quería que se enterase del robo perpetrado más tarde.

—Comienzo a creer que tiene en absoluto toda la razón —manifesté.

—Pues ¡claro que la tengo! Hablé a Alloway como lo hubiera hecho un grande hombre a otro de su talla y me comprendió perfectamente. Ya lo verá.

Pasó el tiempo. Un día nombraron a lord Alloway Primer Ministro. Poco después recibió Poirot un cheque al que acompañaba una fotografía firmada con esta dedicatoria:

«A mi discreto amigo Hércules Poirot. Alloway».

Hoy el nuevo tipo Z de submarino causa tanta sensación en los centros navales que está llamado a originar una transformación de la guerra moderna. Sé que determinada potencia extranjera trató de conseguir uno parecido, pero que fracasó rotundamente, mas sigo creyendo que Poirot tan sólo se limitó a adivinar lo ocurrido.

El apartamento del tercer piso

(The Third-Floor Flat).

—¡Pues no la encuentro! —dijo Pat.

Y con el ceño fruncido revolvió impaciente en el chisme de seda que ella llamaba su bolso de noche. Los dos jóvenes y la otra muchacha la observaron con ansiedad.

Se encontraban ante la puerta cerrada del piso de Patricia Garnett.

—Es inútil —exclamó Pat—. Aquí no está. ¿Y ahora qué vamos a hacer?

—¿Qué es la vida sin una llave? —murmuró Jimmy Faulkener.

Era un joven de pequeña estatura y ancho de espaldas, de ojos azules de alegre expresión.

—No bromees, Jimmy. Esto es serio.

—Vuelve a mirar, Pat —dijo Donovan Bayley—. Debe de estar ahí.

Tenía una voz pastosa y agradable que hacía juego con su tipo moreno y delgado.

—Si es que la llevabas —intervino la otra muchacha, Mildred Hope.

—Pues claro que la llevaba —replicó Pat—. Creo que os la di a uno de vosotros. —Dijo a los jóvenes con ademán acusador—. Le dije a Donovan que me la guardara.

Pero no iba a encontrar una escapatoria tan fácilmente. Donovan lo negó rotundamente y Jimmy le respaldó.

—Yo mismo vi cómo la guardabas en tu bolso —dijo Jimmy.

—Bueno, entonces uno de vosotros la perdería al recoger mi bolso. Se me ha caído un par de veces.

—¡Un par de veces! —exclamó Donovan—. Lo has dejado caer lo menos una docena, y además lo olvidaste en todas las ocasiones posibles.

—Lo que no comprendo es cómo diablos no se ha perdido todo lo que llevas dentro —dijo Jimmy.

—El caso es… ¿cómo vamos a entrar? —quiso saber Mildred.

Era una muchacha muy sensible, aunque no tan atractiva como la impulsiva e impertinente Pat.

Los cuatro permanecieron ante la puerta cerrada sin saber qué partido tomar.

—¿Y no podría ayudarnos el portero? —sugirió Jimmy—. ¿No tiene una llave maestra o algo parecido?

Pat meneó la cabeza. Sólo había dos llaves. Una estaba en el interior del piso colgada en la cocina y la otra estaba… o debiera de haber estado… en el condenado bolso.

—Si por lo menos viviera en la planta baja, podríamos romper el cristal de una ventana o algo así —se lamentó Pat—. Donovan, ¿no te gustaría ser un ladrón escalador?

El aludido rechazó enérgicamente, aunque con educación, semejante idea.

—Un cuarto piso… sería casi un entierro asegurado —dijo Jimmy.

—¿Y la escalera de incendios? —sugirió Donovan.

—No la hay.

—Pues debiera haberla —replicó Jimmy—. Un edificio de cinco pisos debe tener escalera de incendios.

—Eso digo yo —repuso Pat—. Pero con eso no ganamos nada. ¿Cómo voy a entrar en mi piso?

—¿Y no hay una especie de ascensor suplementario? —dijo Donovan—. Esos chismes en los que el tendero hace subir las coles de Bruselas y la carne picada.

—El ascensor del servicio —repuso Pat—. ¡Oh, sí!, pero sólo es un montacargas en forma de cesta. ¡Oh, esperad… ya sé! ¿Y el ascensor del carbón?

—Vaya —dijo Donovan—, es una idea.

Mildred hizo una observación descorazonadora.

—Estará cerrado —dijo—. Me refiero a que estará corrido el pestillo por la parte interior de la cocina de Pat.

—No lo creas —replicó Donovan.

—Eso no ocurre en la cocina de Pat —exclamó Jimmy—. Pat nunca cierra con llave ni corre cerrojos.

—No creo que esté cerrado —dijo Pat—. Esta mañana saqué el cubo de la basura, y estoy segura de no haber cerrado después, puesto que no volví a acercarme por allí.

—Bueno —intervino Donovan—, pues eso nos va a resultar muy provechoso esta noche, pero de todas maneras, Pat, permíteme que te aconseje abandones esta costumbre que te deja a merced de los ladrones no escaladores.

Pat hizo caso omiso de la reprimenda.

—Vamos —exclamó comenzando a bajar a toda prisa los cuatro tramos de escalera.

Los demás la siguieron, y Pat les condujo a un sótano oscuro, aparentemente lleno de cochecitos de niño, y luego, atravesando la puerta de la escalera de los pisos, los guió hasta el ascensor derecho… que en aquel momento estaba ocupado por un cubo de basura. Donovan lo quitó de allí y subiéndose a la plataforma ocupó su lugar, arrugando la nariz.

—Es algo molesto —observó—. Pero ¿qué importa? ¿Voy a emprender solo esta aventura o hay alguien que quiera acompañarme?

—Yo iré contigo —dijo Jimmy.

Y se colocó al lado de Donovan.

—Espero que el montacargas pueda con mi peso —añadió sin gran convencimiento.

—No puedes pesar mucho más que una tonelada de carbón —replicó Pat, que nunca estuvo muy fuerte en pesos y medidas.

—De todas maneras pronto lo averiguaremos —contestó Donovan alegremente tirando de la cuerda.

Y en medio de un ruido chirriante los dos muchachos desaparecieron de la vista.

—Este trasto mete un ruido infernal —observó Jimmy mientras subían en plena oscuridad—. ¿Qué pensará la gente de los otros pisos?

—Supongo que creerán que se trata de fantasmas o ladrones —repuso Donovan —. Tirar de esta cuerda es un trabajo pesado. El portero trabaja mucho más de lo que yo creía. Oye, Jimmy, viejo amigo, ¿vas contando los pisos?

—¡Oh, no! Me he olvidado.

—Bueno, pues yo sí los he contado. Ahora pasamos el tercero. El siguiente es el nuestro.

—Y ahora supongo que descubriremos que Pat cerró la puerta al fin y al cabo —gruñó Jimmy.

Mas sus temores eran infundados. La puerta de madera retrocedió ante una ligera presión y Donovan y Jimmy penetraron en la densa oscuridad de la cocina de Pat.

—Debimos traer una linterna para realizar este trabajo nocturno —dijo Donovan —. O yo no conozco a Pat, o todo estará por el suelo, y vamos a tropezar con la mar de cacharros antes de conseguir llegar hasta el interruptor de la luz. No te muevas, Jimmy, hasta que yo la encienda.

Prosiguió avanzando cautelosamente y lanzó una maldición cuando una esquina de la mesa de la cocina se le incrustó en los riñones. Dio vuelta al interruptor y volvió a maldecir en plena oscuridad.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Jimmy.

—Que la luz no se enciende. Me figuro que se habrá fundido la bombilla. Aguarda un minuto. Iré a dar la luz de la salita.

La sala de estar se hallaba al otro extremo del pasillo.

Jimmy oyó cómo Donovan abría la puerta y fueron llegando hasta él diversas exclamaciones de contrariedad.

Se decidió a avanzar también por la cocina.

—¿Qué pasa?

—No lo sé. Por la noche parece que las habitaciones están embrujadas. Todo está revuelto. Las sillas y mesas se encuentran donde menos lo piensas. ¡Oh, diablos! ¡Aquí hay otra!

Pero en aquel preciso momento Jimmy encontró el interruptor y encendió la luz. Un segundo después los dos hombres se miraron locos de horror.

Aquella habitación no era la salita de Pat. Se habían equivocado de piso.

Para empezar, aquella estancia estaba casi como unas diez veces más llena de muebles que la de Pat, lo cual explicaba el patético asombro de Donovan al tropezar repetidamente con sillas y mesas. En el centro había una gran mesa redonda cubierta con un tapete y sobre ella un montón de cartas.

—Señora Ernestina Grant —susurró Donovan, leyendo uno de los numerosos sobres—. ¡Oh, Dios nos ayude! ¿Tú crees que nos habrá oído?

—Será un verdadero milagro que no te haya oído —repuso Jimmy—. Con tus vociferaciones y el modo de tropezar con todo… Vamos, por amor de Dios, salgamos

de aquí cuanto antes.

Apagaron la luz y regresaron de puntillas hasta el ascensor. Jimmy exhaló un suspiro de alivio al verse otra vez en la oscuridad del montacargas sin más accidentes.

—Me gustan las mujeres que tienen el sueño profundo. Grant ha ganado muchos puntos en mi consideración con su modo de vivir.

—Ahora comprendo —dijo Donovan— por qué nos hemos equivocado de piso. Y es que no contamos que habíamos arrancado desde el sótano —tiró de la cuerda y el montacargas fue subiendo—. Esta vez acertaremos.

—Lo deseo de todo corazón —exclamó Jimmy al penetrar en otra cocina en tinieblas—. Mis nervios no soportan muchos golpes como éste.

Mas ya no experimentaron ningún otro sobresalto. A la primera tentativa se encendió la luz de la cocina de Pat, y un minuto después abrían la puerta principal del piso para dejar entrar a las jóvenes que aguardaban fuera.

—Habéis tardado mucho —refunfuñó Pat.

—Hemos tenido una aventura —dijo Donovan—. Podíamos habernos visto en la comisaría de policía como dos malhechores peligrosos.

Pat había entrado en la salita, donde tras encender la luz dejó caer el chal en el sofá, y escuchó con vivo interés el relato que hizo Donovan de sus aventuras.

—Celebro que no os descubriera —comentó—. Estoy segura de que es una vieja gruñona. Esta mañana recibí una nota suya… quería verme… para hablarme de algo… supongo que de mi piano. La gente que no puede soportar el piano, no debiera vivir en un piso. Oye, Donovan, te has herido en la mano. La tienes cubierta de sangre. Ve a lavarte.

Donovan se miró la mano sorprendido y salió de la habitación. Al cabo de unos instantes se le oyó llamar a Jimmy.

—Hola —dijo el otro—, ¿qué te ocurre? No te habrás herido de cuidado, ¿verdad?

—No me he hecho el menor daño.

Había algo extraño en el tono de Donovan que hizo que Jimmy le mirara sorprendido. Donovan le tendió la mano y pudo comprobar que en ella no había el menor rasguño.

—Es extraño —dijo Jimmy con el entrecejo fruncido—. Tenías mucha sangre. ¿De dónde ha salido?

Y pronto comprendió lo que su amigo había pensado ya.

—¡Por Júpiter! Debe de ser del piso de abajo.

Se calló al pensar lo que aquello podía significar.

—¿Estás seguro de que era sangre? —preguntó—. ¿No sería pintura?

Donovan denegó con la cabeza.

—Era sangre —repuso con un estremecimiento.

Se miraron mientras se les ocurría la misma idea. Fue la voz de Jimmy la que se oyó primero.

—Oye —dijo sin gran convencimiento—. ¿Tú crees que deberíamos bajar… otra vez… y echar una… ojeada? Para ver si todo está en orden, claro.

—¿Y las chicas?

—No les diremos nada. Pat ha ido a ponerse un delantal para prepararnos una tortilla. Estaremos de vuelta antes de que se percaten de nuestra salida.

—Oh, bueno, vamos —repuso Donovan—. Supongo que debemos hacerlo. Me atrevo a asegurar que no ha ocurrido nada de particular.

Mas sus palabras carecían de convicción. Penetraron en el montacargas y bajaron al tercer piso. Esta vez se abrieron camino por la cocina con mucha menos dificultad, y una vez más encendieron la luz de la salita.

—Debe de haber sido aquí —dijo Donovan— cuando… cuando me manché. No toqué nada de la cocina.

Miró a su alrededor. Jimmy hizo lo propio y ambos fruncieron el ceño. Todo aparecía limpio y ordenado.

De pronto Jimmy sobresaltándose violentamente, asió del brazo a su compañero.

—¡Mira!

Donovan siguió la dirección que le indicaba Jimmy y a su vez lanzó una exclamación. Por debajo del borde de las pesadas cortinas de pana, sobresalía el pie de una mujer calzado con un zapato de charol.

Jimmy se acercó a las cortinas y las apartó violentamente. Bajo el repecho de la ventana yacía el cuerpo de una mujer, junto a un charco oscuro y viscoso. Estaba muerta, sobre ello no cabía la menor duda. Jimmy estaba a punto de intentar incorporarla, cuando Donovan le detuvo.

—Será mejor que no lo hagas. No debes tocar nada hasta que llegue la policía.

—La policía. ¡Oh, tienes razón! ¡Qué asunto tan desagradable, Donovan! ¿Quién crees que es? ¿La señora Ernestina Grant?

—Probablemente. De todas maneras, si hay alguien más en el piso se está muy quietecito.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —quiso saber Jimmy—. ¿Salir y llamar a la policía o telefonear desde el piso de Pat?

—Creo que es mejor llamar primero. Veamos, podemos salir por la puerta principal. No podemos pasarnos la noche subiendo y bajando en ese montacargas maloliente.

Jimmy se avino a ello, pero al salir del piso vaciló.

—Escucha, ¿no crees que deberíamos quedarnos uno de nosotros… sólo para vigilar… hasta que llegue la policía?

—Sí; me parece conveniente. Si tú te quedas, yo iré a telefonear.

Y subió corriendo al piso de Pat. Ésta salió a abrirle con el rostro arrebolado y un delantal coquetón. Estaba muy bonita y sus ojos se agrandaron por la sorpresa.

—¿Tú? Pero, cómo… Donovan, ¿qué es esto? ¿Ocurre algo?

Él le cogió ambas manos.

—Todo va bien, Pat… sólo que hemos hecho un descubrimiento muy poco agradable en el piso de abajo. Una mujer… muerta.

—¡Oh! —contuvo el aliento—. ¡Qué horrible! ¿Le ha dado un ataque o algo así?

—No parece… bueno… parece que ha sido asesinada…

—¡Oh, Donovan!

—Perdona que te lo haya dicho tan brutalmente.

Continuaba reteniendo entre sus manos las de la muchacha. ¡Querida Pat…, cómo la adoraba! ¿Le querría ella? Algunas veces creía que sí. Otras temía que Jimmy Faulkener… el recuerdo de Jimmy esperando pacientemente abajo, le hizo sobresaltarse con un sentimiento de culpabilidad.

—Pat, querida, debemos telefonear a la policía.

—*Monsieur* tiene razón —susurró una voz a sus espaldas—. Y entretanto, mientras aguardamos su llegada, tal vez yo pueda prestarles una ligera ayuda.

Los dos jóvenes, que habían permanecido hasta entonces en la puerta del piso, salieron al rellano. Una figura bajaba la escalera y entró en su campo visual.

Inmóviles contemplaron al hombrecillo de fieros bigotes y cabeza en forma de huevo, que lucía un espléndido batín y zapatillas bordadas y que se inclinaba galantemente ante Patricia.

—*Mademoiselle* —le dijo—. Yo soy, tal vez usted ya lo sepa, el inquilino del piso de arriba. Me encanta vivir en lo alto… por el aire… y poder ver todo Londres. Tomé este piso bajo el nombre de señor O’Connor, pero no soy irlandés. Mi nombre es otro y por ello me atrevo a ponerme a su servicio. Permítame.

Y con una nueva inclinación versallesca sacó una tarjeta tendiéndosela a Pat.

—Hércules Poirot. ¡Oh! —contuvo el aliento—. ¿El señor Poirot? ¿El gran detective?

¿Y de veras quiere ayudarnos?

—Ésa es mi intención, *mademoiselle*. He estado a punto de ofrecerle mi ayuda hace ya un buen rato.

Pat le miró extrañada.

—Los oí discutir sobre cómo poder entrar en el piso, y yo, que soy un experto en cerraduras, sin la menor duda hubiera podido abrirles la puerta. Pero no quise hacerlo, temeroso de que luego sospechara usted de mí y me tomase por un vulgar espadista.

Pat se echó a reír.

—Ahora, *Monsieur* —dijo Poirot a Donovan—, le ruego que vaya a telefonear a la policía. Mientras tanto, yo iré al piso de abajo.

Pat le acompañó y encontraron a Jimmy montando la guardia. La muchacha le explicó quién era Poirot, y Jimmy puso al corriente de sus aventuras al detective, quien le escuchaba con toda atención.

—¿Dice usted que la puerta del montacargas estaba abierta? —Entraron en la cocina, pero la luz no se encendió.

Y mientras hablaba se dirigió a la cocina y accionó el interruptor.

—¡*Tien! Voilà… ce qui est curieux*! —dijo al encenderse la luz de la pieza—. Ahora funciona perfectamente. Me pregunto…

Se llevó un dedo a los labios y escuchó. Un ligero rumor rompía el silencio… el ruido inconfundible de un sonoro ronquido.

—¡Ah! —exclamó Poirot—. *La chambre de domestique*.

Y cruzaron la cocina de puntillas y la reducida despensa, abrió la puerta de un cuartito y encendió la luz.

Aquella habitación era una especie de perrera destinada por el constructor del piso, para acomodar a un ser humano. Estaba casi totalmente ocupada por una cama en la que dormía, con la boca abierta y roncando apaciblemente, una joven de mejillas sonrosadas.

Poirot apagó la luz antes de retirarse.

—No se ha despertado —dijo—. Dejémosla dormir hasta que llegue la policía.

Volvieron a la salita, donde Donovan rápidamente se unió a ellos.

—La policía llegará enseguida —les notificó—. No debemos tocar nada.

Poirot asintió.

—No tocaremos nada, sólo miraremos.

Se dirigió a la otra habitación. Mildred había bajado con Donovan y los cuatro jóvenes se quedaron en la puerta mirando a Poirot con gran interés.

—Lo que no entiendo es esto —dijo Donovan—. Yo no me acerqué a la ventana… de modo que, ¿cómo es posible que me manchara la mano de sangre?

—Mi joven amigo, la respuesta salta a la vista. ¿De qué color es el tapete de la mesa?

Rojo, ¿verdad?, y no hay duda de que usted apoyaría la mano encima.

—Sí, es cierto. ¿Es eso…? —se interrumpió.

Poirot asintió inclinándose sobre la mesa e indicando con su mano una mancha oscura.

—Aquí fue donde se cometió el crimen —dijo—. Luego trasladaron el cadáver.

Después irguiéndose miró lentamente a su alrededor.

No se movía ni tocaba nada, pero, sin embargo, los cuatro que lo observaban sintieron como si cada objeto de aquel lugar comunicara su cerebro a su mirada perspicaz.

Hércules Poirot asintió con la cabeza como si se sintiera satisfecho, y dejó escapar un ligero suspiro.

—Ya comprendo —dijo.

—¿Qué es lo que comprende usted? —preguntó sorprendido Donovan.

—Comprendo lo que sin duda ya advirtieron… que esta habitación está abarrotada de muebles.

Donovan sonrió tristemente.

—Tropecé lo mío —confesó—. Claro, todo estaba en distinto sitio que en casa de Pat y no supe abrirme camino.

—No todo —dijo Poirot.

Donovan le dirigió una mirada interrogadora.

—Quiero decir —dijo Poirot, disculpándose— que ciertas cosas están siempre en el mismo sitio. En un mismo edificio de pisos, la puerta, las ventanas y la chimenea… están igualmente situadas en un piso que en otro.

—¿No cree usted que analiza demasiado? —intervino Mildred mirando a Poirot con ligera ironía.

—Hay que hablar siempre con toda exactitud. Es… ¿cómo diría yo…?, una manía en mí.

Se oyeron pasos en la escalera y entraron tres hombres. Eran un inspector de policía, un sargento y el médico forense. El inspector, reconociendo a Poirot le saludó con gran deferencia. Luego se volvió a los demás.

—Quiero que todos ustedes presten declaración —comenzó—, pero en primer lugar…

Poirot le interrumpió.

—Una pequeña proposición. Traslademonos al piso de arriba y *mademoiselle* nos hará lo que tenía planeado hacer… una tortilla. Yo siento verdadera pasión por las tortillas. Luego, *Monsieur l'inspecteur*, cuando haya terminado aquí, sube usted a reunirse con nosotros y nos interroga a todos a placer.

Así quedó acordado y Poirot subió con los jóvenes.

—Señor Poirot —le dijo Pat—; es usted un hombre encantador, y yo voy a hacerle una tortilla estupenda. La verdad es que me salen muy bien.

—Eso es bueno. Una vez anduve enamorado de una inglesa que se parecía mucho a usted… pero que no sabía guisar. De modo que tal vez estuve de suerte.

Había un ligero matiz de tristeza en su voz y Jimmy Faulkener le miró con curiosidad.

No obstante y ya en el piso de Pat, se mostró satisfecho y divertido y la triste tragedia ocurrida en el departamento inferior, fue casi olvidada.

La tortilla había sido consumida y muy elogiada, cuando se oyeron los pasos del inspector Rice, que entraba acompañado del doctor. El sargento se quedó en el piso de abajo.

—Bien, *Monsieur* Poirot —le dijo—. Todo parece claro y evidente, pero a pesar de ello es posible que nos cueste dar con el culpable. Quisiera saber cómo fue descubierto el crimen.

Entre Donovan y Jimmy le pusieron al corriente de los acontecimientos de aquella noche. El inspector se volvió hacia Pat para reprenderla.

—No debiera dejar abierta la puerta del montacargas, señorita.

—No volveré a hacerlo —repuso Pat con un estremecimiento—. Alguien podría entrar y asesinarme como a esa pobre mujer de abajo.

—¡Ah!, pero no entraron por ahí —dijo el inspector.

—¿Quiere explicarnos lo que ha descubierto? —pidió Hércules Poirot.

—No sé si debiera hacerlo… pero tratándose de usted, señor Poirot…

—*Précisément* —dijo Poirot—. Y esos jóvenes… serán discretos.

—De todas maneras los periódicos lo divulgarán enseguida —continuó el inspector—. Y en realidad, no es un secreto. Bien, la mujer que ha sido encontrada muerta es la señora Grant. El portero la ha identificado. Una mujer de unos treinta y cinco años.

Estaba sentada en la mesa y le dispararon con una pistola automática de poco calibre, probablemente alguien que estaba sentado ante ella. Cayó hacia delante y por eso manchó el tapete de sangre.

—¿Y nadie oyó el disparo? —preguntó Mildred.

—Dispararon con silenciador. No, nadie pudo oírlo. A propósito, ¿oyeron ustedes el chillido que lanzó la doncella al saber que su ama estaba muerta? No, eso demuestra la imposibilidad de que se oyera el tiro.

—¿Y la doncella no tiene nada que decir? —preguntó Poirot.

—Era su noche libre, y tenía una llave. Regresó a eso de las diez, todo estaba en silencio y pensó que su ama se había acostado.

—¿No miró en la salita?

—Sí, entró las cartas que habían llegado en el correo de la mañana, pero no viendo nada anormal… ni más, ni menos, lo mismo que los señores Faulkener y Bayley. El asesino había escondido el cadáver detrás de las cortinas.

—Todo ello resulta bastante curioso, ¿no le parece?

A pesar de que Poirot habló en tono amable, su observación hizo que el inspector le mirara frunciendo el ceño.

—No querría que se descubriera el crimen hasta que tuviera tiempo de emprender la huida.

—Tal vez… es posible… pero continúe con lo que estaba diciendo.

—La doncella salió a las cinco. El doctor ha determinado que la señora Grant llevaba muerta… unas cuatro o cinco horas, ¿no es así?

El forense, que era un hombre de pocas palabras, se contentó con mover la cabeza afirmativamente.

—Y ahora son las doce menos cuarto. Yo creo que puede calcularse la hora con bastante exactitud.

Sacó una arrugada hoja de papel.

—Encontramos esto en el bolsillo del vestido de la interfecta. No teman tocarlo. No hay huellas digitales.

Poirot alisó el papel y pudo leer estas palabras escritas a máquina y con letras mayúsculas:

IRÉ A VERLA ESTA TARDE A LAS SIETE Y MEDIA.

J. F.

Un documento muy comprometedor para dejarlo olvidado —dijo el inspector—. Tal vez pensara que ella lo habría destruido, porque tenemos pruebas de que el asesino es muy cuidadoso. Encontramos debajo del cadáver la pistola con que cometió el crimen… y tampoco tenía huellas digitales: las habían limpiado cuidadosamente con un pañuelo de seda.

—¿Cómo sabe que fue con un pañuelo de seda? —preguntó Poirot.

—Porque lo encontramos —repuso el inspector triunfante—. A última hora, cuando el asesino corrió las cortinas, debió de caérsele inadvertidamente.

Y le tendió un gran pañuelo blanco de seda de muy buena calidad. No fue preciso que le indicase el nombre bordado en el centro con seis letras claras y muy legibles.

John Fraser.

—Eso es —repuso el inspector—. John Fraser… J. F. Las iniciales de la nota.

Conocemos el nombre de la persona que hemos de buscar, y me atrevo a asegurar que si averiguamos algunas cosas sobre la difunta, y salen a relucir algunas de sus amistades, no tardaremos en estar sobre la pista.

—Me pregunto… —dijo Poirot—. No, *Mon cher*, creo que no va a ser tan fácil encontrar a su John Fraser. Es un hombre extraño… cuidadoso, puesto que marca sus pañuelos y limpia la pistola con que ha cometido el crimen… y al mismo tiempo descuidado, ya que pierde su pañuelo y no recoge una comprometedora carta que puede acusarle.

—Se pondría nervioso con las prisas —dijo el inspector.

—Es posible —repuso Poirot—. Sí; es posible. Y, ¿no le vieron entrar en el edificio?

—A esa hora entra y sale toda clase de gente. Estas casas son muy grandes. Supongo que ninguno de ustedes —se dirigió a los cuatro jóvenes— le verían salir del piso.

Pat negó con la cabeza.

—Salimos antes… a eso de las siete.

—Ya. —El inspector se puso en pie y Poirot le acompañó hasta la puerta.

—Como un pequeño favor… ¿podría examinar el piso de abajo?

—Desde luego, señor Poirot. Conozco la opinión que tienen de usted en jefatura. Le daré una llave. Tengo dos. No hay nadie. La doncella se ha ido a casa de unos parientes, pues estaba demasiado asustada para quedarse sola.

—Gracias.

Poirot regresó pensativo a la sala de Pat.

—¿No está usted satisfecho, señor Poirot? —preguntó Jimmy.

—No lo estoy.

—¿Qué es lo que… bueno, le preocupa? —dijo Donovan mirándole con curiosidad.

Poirot no respondió, y guardó silencio durante un par de minutos, como si meditara.

Luego se encogió de hombros.

—Voy a despedirme de usted, *mademoiselle*. Debe de estar fatigada. Ha tenido que guisar mucho… ¿eh?

Pat rió.

—Sólo la tortilla. No hice la cena. Donovan y Jimmy vinieron a buscarnos y fuimos a un pequeño restaurante del Soho.

—Y luego, sin duda, irían al teatro.

—Sí. A ver Los ojos castaños de Carolina.

—¡Ah! —exclamó Poirot—. Debieran haber sido los ojos azules… los ojos de *mademoiselle*.

Hizo una galante inclinación, y le dio una vez más las buenas noches, lo mismo que a Mildred, que se quedaba allí a pasar la noche, ya que Pat había confesado con toda franqueza que no era capaz de quedarse sola de momento.

Los dos hombres acompañaron a Poirot. Cuando se disponían a despedirse de él, una vez en el rellano, el detective les dijo:

—Mis jóvenes amigos, me oyeron decir que no estaba satisfecho… Eh bien, es cierto… no lo estoy. Ahora voy a bajar a hacer unas pequeñas averiguaciones por mi cuenta.

¿Les gustaría acompañarme?

Su propuesta fue aceptada en el acto y Poirot abrió la marcha hacia el piso tercero.

Al entrar, no se dirigió a la salita, como los otros esperaban, sino que fue derecho a la cocina. En un hueco, debajo del fregadero, había un gran bidón metálico. Poirot lo destapó e inclinándose sobre él comenzó a escarbar en su contenido con la energía de un feroz terrier.

Jimmy y Donovan le contemplaban un tanto sorprendidos.

De pronto con una exclamación de triunfo se levantó alzando en su mano una botellita tapada con un corcho.

—¡*Voilà*…! Encontré lo que buscaba.

La olfateó detenidamente.

—Estoy *enrhumé*… tengo un constipado de cabeza…

Donovan cogió la botellita y olió a su vez, sin percibir nada. De modo que le quitó el tapón y la acercó a su nariz antes de que el grito de alarma de Poirot pudiera contenerle.

Inmediatamente cayó al suelo como un tronco. Poirot, abalanzándose hacia él, consiguió aminorar el golpe.

—¡Imbécil! —exclamó—. Vaya ocurrencia, quitar el tapón. ¿Es que no se ha fijado con qué cuidado la he cogido yo? *Monsieur*… Faulkener… ¿verdad? ¿Sería tan amable de traerme un poco de coñac? He visto una botella en la salita.

Jimmy salió corriendo, pero cuando regresó, Donovan estaba sentado y diciendo que se sentía bien, y tuvo que escuchar un pequeño discurso del señor Poirot acerca de la necesidad de tener cuidado con el olor de posibles sustancias venenosas.

—Creo que voy a irme a casa —dijo Donovan poniéndose en pie—. Es decir, si no me necesita ya. Todavía me encuentro algo extraño.

—Desde luego —replicó Poirot—. Es lo mejor que puede usted hacer. El señor Faulkener se quedará conmigo un rato.

Acompañó a Donovan hasta la puerta y saliendo al rellano estuvo hablando en él durante unos minutos.

Cuando al fin volvió a entrar en el departamento se encontró a Jimmy de pie en el saloncito y mirando a su alrededor con extrañeza:

—Bueno, señor Poirot —le dijo—, ¿qué hacemos ahora?

—Nada. Este caso está terminado.

—¿Qué?

—Ahora… lo sé todo.

—¿Por esta botellita que ha encontrado?

—Exacto. Por esa botellita.

—No consigo sacar nada en claro. Por alguna razón veo que no está satisfecho con las pruebas contra John Fraser, quienquiera que sea ese hombre.

—Quienquiera que sea —repitió Poirot despacio—, si es que es alguien, cosa que me sorprendería.

—No le comprendo.

—Es sólo un nombre… eso es todo… un nombre cuidadosamente bordado en un pañuelo.

—¿Y la carta?

—¿Se fijó usted en que estaba escrita a máquina? ¿Por qué? Se lo diré. De haber sido manuscrita hubieran podido reconocer la escritura, y una carta escrita a máquina es más fácil de identificar de lo que usted imagina… pero si la hubiera escrito un auténtico John Fraser estas dos cosas no le hubieran importado. No; fue escrita a propósito y puesta en el bolsillo de la difunda para que nosotros la encontrásemos. No existe nadie llamado John Fraser.

Jimmy le miraba interrogador.

—De modo —prosiguió Poirot— que volví al primer punto que me chocó. Me oyó usted decir que ciertas cosas están situadas en el mismo lugar en todos los pisos de un mismo edificio. Y di tres ejemplos. Pude haber nombrado otro más… el interruptor de la luz, estimado amigo mío.

Jimmy seguía mirándole sin comprender. Poirot fue explicándose.

—Su amigo Donovan no se acercó a la ventana… fue al apoyar la mano en esta mesa cuando se la manchó de sangre. Y yo me pregunté enseguida, ¿por qué la apoyó ahí?

¿Qué es lo que estaba haciendo rondando por esta habitación a oscuras? Porque recuerde, amigo mío, que el interruptor de la luz eléctrica está en todas partes en el mismo sitio… junto a la puerta. Entonces, cuando entró en la habitación, ¿por qué no buscó enseguida el interruptor para dar la luz? Eso era lo más normal y lógico. Según él, quiso encender la luz de la cocina y estaba estropeada. No obstante, yo he comprobado que funciona perfectamente. Por tanto, ¿es que entonces no le interesaba que se hubiera encendido? En ese caso se hubieran dado cuenta enseguida de que se habían equivocado de piso, y no hubiera habido motivo para entrar en la habitación.

—¿Adónde quiere ir a parar, señor Poirot? No comprendo. ¿Qué quiere decir?

Poirot le mostró un llavín Yale.

—Esto.

—¿La llave de este piso?

—No, *mon ami*, la llave del piso de arriba. La llave de la señorita Patricia, que el señor Donovan Bayley le quitó del bolso durante la noche.

—Pero… ¿por qué… por qué?

—¡*Parbleu*! Para poder hacer lo que deseaba… entrar en este piso a primera hora de la tarde sin despertar sospechas para asegurarse de que la puerta del montacargas no estaba cerrada.

—¿De dónde ha sacado usted esa llave?

—Acabo de encontrarla… —Poirot sonrió abiertamente— en donde la he buscado… en el bolsillo del señor Donovan. Esa botellita que simulé encontrar fue una artimaña, y el señor Donovan cayó en la trampa. Hizo lo que yo esperaba que hiciera… destaparla y oler su contenido… cloruro de etilo, un anestésico instantáneo. Eso le dejó inconsciente durante unos segundos, que era lo que yo necesitaba para sacar de su bolsillo un par de cosas que yo sabía estaban allí precisamente. Esta llave es una de ellas… y en cuanto a la otra…

Se detuvo un instante antes de continuar.

—A su debido tiempo interrogué al inspector para conocer el motivo de que el cadáver estuviera escondido tras las cortinas. ¿Para ganar tiempo? No, había algo más. Y por eso me acordé de una cosa… del correo, amigo mío. El correo de la tarde que llega a las nueve y media aproximadamente. Digamos que el asesino no encontró lo que esperaba, pero ese algo puede llegar más tarde por correo. Entonces debía volver… pero el crimen no debía ser descubierto por la doncella, pues en ese caso la policía tomaría posesión del piso, y por eso escondió el cuerpo detrás de la cortina. Y la doncella, sin sospechar nada, dejó las cartas sobre la mesa, como de costumbre.

—¿Las cartas?

—Sí, las cartas. —Poirot sacó algo de su bolsillo—. Esto es la otra cosa que saqué del bolsillo del señor Donovan mientras se hallaba inconsciente. —Y mostró un sobre escrito a máquina y dirigido a la señorita Ernestina Grant—. Pero quiero preguntarle una cosa, señor Faulkener, antes de leer esta carta. ¿Está usted enamorado de *mademoiselle* Patricia?

—La quiero con locura… pero nunca confié en que me correspondiera.

—¿Pensó que estaba enamorada del señor Donovan? Es posible que hubiera empezado a interesarse por él… pero sólo fue un principio, amigo mío. Usted es el encargado de hacerla olvidar… y estar a su lado en los momentos difíciles.

—¿Difíciles?

—Sí, difíciles. Haremos todo lo posible por no mezclar su nombre en esto, pero será imposible conseguirlo por completo. Ya sabe que ella fue el motivo.

Y le alargó el sobre. De su interior cayó un papel. La carta era breve y estaba escrita y firmada por un conocido abogado.

Decía así:

> *Querida señora:*
>
> *El documento que me incluye está en regla, y el hecho de que el matrimonio tuviera lugar en un país extranjero no lo invalida en ningún sentido.*
>
> *Suyo afectísimo, etcétera…*

Poirot desplegó el documento. Era un certificado de matrimonio de Donovan Bailey y Ernestina Grant, fechado ocho años atrás.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Jimmy—. Pat dijo que había recibido una carta de esa señora pidiéndole que fuera a verla, pero no imaginó siquiera que fuera nada importante.

Poirot asintió.

—El señor Donovan lo sabía… vino a ver a su esposa aquella tarde antes de subir al piso de arriba. (Extraña ironía dejar que esa infortunada mujer viniera a vivir al mismo edificio de su rival…). Y la asesinó a sangre fría… y luego fue a divertirse con ustedes. Su mujer debió decirle que había enviado un certificado de matrimonio a su abogado y que aguardaba su respuesta. Sin duda él quiso hacerle creer que su matrimonio no era del todo válido.

—Donovan estuvo de muy buen humor durante toda la noche. Señor Poirot, ¿no le habrá dejado escapar?

—No tiene escape —repuso el detective—. No tema.

—Es en Pat en quien pienso principalmente —replicó Jimmy—. ¿Cree usted… que no le afectará mucho?

—*Mon ami*, eso es cosa suya. Tiene que hacerla volver a usted y olvidar. ¡No creo que le resulte muy difícil!

Doble culpabilidad

(Double Sin).

Aquel día hallé a mi amigo en sus habitaciones, sobrecargado de trabajo. Su celebridad era la causa de que toda mujer rica que hubiera extraviado un brazalete o su perro favorito recurriera a los servicios del gran Hércules Poirot. Mi amigo era una mezcla de hombre de negocios y romántico idealista. Lo segundo lo llevaba a la aceptación de muchos casos sin apenas interés profesional. Otras veces eran trabajos sin compensación económica, pero de indudable interés. Poirot, con cara de circunstancias, admitía como cierto ese modo de obrar suyo. Afortunadamente mi visita no fue infructuosa, pues logré persuadirle de que me acompañase a pasar unas cortas vacaciones en un lugar de la costa sur: Ebermouth.

Después de cuatro agradables días, Poirot vino a mi encuentro con una carta abierta en una de sus manos.

—*Mon ami*, ¿recuerda a mi amigo Joseph Aarons, el agente de teatro?

Asentí, después de meditar un momento. Los amigos de Poirot son tantos y tan diversos, que se les halla en todas las esferas sociales.

—Pues bien, Hastings, Joseph Aarons se encuentra en Charlock Bay. Según parece se halla preocupado debido a un pequeño asunto. Me ruega que vaya a verlo. *Mon ami*, debo acudir a su llamada. Es un amigo fiel que me ha ayudado mucho.

—Conforme, si usted lo quiere —repuse—. Charlock Bay es un lugar estupendo, y, además, nunca he estado allí.

—Magnífico. Así compaginaremos el negocio y el placer —dijo Poirot—. ¿Se informa del horario de trenes?

—Temo que debamos hacer uno o dos trasbordos —mi sonrisa no pasó de una mueca—. Ya sabe lo que sucede con estas líneas del interior. Ir de la costa sur de Devon a la del norte, representa un día de viaje.

No obstante, el viaje podía realizarse con sólo un trasbordo en Exeter, y los trenes eran buenos. Regresaba de la estación para informar a Poirot, cuando vi un letrero en las oficinas de los coches Speedy; decía:

TODOS LOS DÍAS EXCURSIONES A CHARLOCK BAY. PRIMERA SALIDA A LAS 8.30. VIAJE A TRAVÉS DEL MÁS BELLO PANORAMA DE DEVON.

Solicité algunos detalles y corrí al hotel. Sin embargo, Poirot se resistió a compartir mi estado de ánimo.

—Amigo mío, ¿por qué esa pasión por el autocar? El tren es más seguro. Carece de neumáticos que se revienten, lo cual reduce las posibilidades de accidente. Además, en el tren no molesta el aire, pues con cerrar las ventanillas se evitan las corrientes.

Entonces argüí que el aire fresco era lo que, precisamente, me hacía desear el viaje en autocar.

—¿Y si llueve? Vuestro clima inglés es muy inseguro.

—Si llueve torrencialmente, la excursión no se realiza.

—¡Ah! —dijo Poirot—. En ese caso roguemos que llueva.

—Bueno, si usted prefiere…

—No, no, *mon ami* —me interrumpió—. Ha puesto su corazón en el viaje. Por fortuna dispongo de un grueso abrigo y dos bufandas —suspiró—. ¿Pararemos suficiente tiempo en Charlock Bay?

—Pasaremos la noche allí. El viaje comprende una excursión por Dartmoor, comida en Monkhampton y llegada a Charlock Bay a eso de las cuatro. El coche inicia el regreso a las cinco.

—¡Vaya! —exclamó Poirot—. ¿Y hay gente que hace eso por placer? Supongo que lograremos una reducción de tarifa, puesto que no haremos el viaje de vuelta.

—Me temo que no podrá ser.

—Insista.

—Vamos, Poirot. No sea mezquino.

—Amigo mío, no soy mezquino. El negocio es el negocio. Si fuera millonario nunca pagaría más de lo justo.

Como yo había previsto, el deseo de Poirot no pasó de un intento. El empleado que despachaba los billetes en la oficina Speedy resultó ser inconmovible. Según nos dijo, era obligatorio el retorno. Es más, incluso nos insinuó que tendríamos que pagar un recargo por el privilegio de abandonar el coche en Charlock Bay. Derrotado, Poirot abonó el importe del viaje completo y salimos de la oficina.

—Los ingleses carecen del sentido de la economía —gruñó—. ¿Observó al joven que pagó la tarifa y el recargo porque piensa quedarse en Monkhampton?

—Pues no… en realidad…

—Ya —me interrumpió—. Miraba a la señorita que reservó el asiento número cuatro, junto a los nuestros. Sí, amigo mío; le vi. Y estuve a punto de elegir los asientos trece y catorce, situados en el centro, que es el sitio más resguardado. Pero se adelantó en pedir el tres y el cuatro.

—Hombre, verá, yo…

—¡Pelo rojizo! ¡Siempre pelo rojizo!

—Está bien, Poirot; pero no me negará que es mejor mirar a una señorita que a un joven estrambótico.

—Eso depende del punto de vista. Para mí, el joven estrambótico resulta interesante.

Algo muy significativo en el tono de Poirot hizo que lo mirase perplejo.

—¿Por qué? ¿Qué quiere decir?

—Oh, no se excite. Nuestro mozo se empeña en lucir un poblado bigote que, no obstante, aparece escuálido —Poirot se mesó su magnífico bigote—. Su crecimiento

y conservación requiere instinto de artista. En realidad, me apenan quienes lo intentan y no lo consiguen.

Siempre es difícil saber cuándo habla en serio o, simplemente se divierte a costa de uno.

Tuvimos un amanecer soleado. ¡Un día espléndido! Sin embargo, Poirot no quiso arriesgarse y se puso un chaleco de lana, un grueso abrigo y dos bufandas, pese a llevar su mejor traje de invierno. Tampoco se olvidó del impermeable, ni de ingerir dos tabletas antigripales.

Ya en el vehículo, el conductor se hizo cargo del maletín de la linda pelirroja, el del joven que despertara la simpatía de Poirot con su bigote y los nuestros.

Poirot, no sin cierta malicia, me señaló el asiento exterior, puesto que «me gustaba el aire fresco», y él se acomodó en el inmediato a nuestra vecina. Luego arregló la cosa.

El viajero del asiento seis era un tipo bullicioso, amigo de contar chistes, y Poirot preguntó a la joven si prefería cambiar de sitio con él. Ella, agradecida, estuvo conforme, y, muy pronto, la conversación se generalizó entre nosotros tres.

Era evidente su juventud, pues no pasaría de los diecinueve años, y su ingenuidad podía compararse a la de un niño. No tardó en confiarnos el motivo de su desplazamiento; un viaje de negocios por cuenta de su tía, que regentaba una tienda de antigüedades en Ebermouth. La tía, cuya situación económica era muy precaria a la muerte de su padre, invirtió sus ahorros y las bellas antigüedades que atesoraba en su hogar en establecer un negocio. El éxito le sonrió y, muy pronto, su nombre gozó de merecida reputación comercial.

Mary Durrant se fue a vivir con su tía y aprendió la técnica de esta clase de negocios, que prefirió al empleo de institutriz o dama de compañía.

Poirot asentía interesado.

—*Mademoiselle* tendrá éxito —dijo galante—. Pero le aconsejo que no se confíe. En todas partes del mundo hay bribones, e, incluso, puede encontrarlos en este mismísimo autocar. ¡Siempre hay que estar en guardia!

La joven le miró boquiabierta, y él asintió con aire de experimentado.

—Sí, como le digo. Incluso yo, que hablo con usted, puedo ser un maleante de la peor ralea.

Nos detuvimos a comer en Monkhampton, y, después de unas cuantas palabras con el camarero, Poirot consiguió una mesita para los tres, junto a una ventana. Fuera, en un amplio patio, había unos veinte autocares aparcados venidos de todo el condado. El comedor del hotel se hallaba rebosante de público y el ruido era considerable.

—Con esto hay suficiente para impregnarse del espíritu de las fiestas —comenté, por decir algo.

Mary estuvo de acuerdo.

—Ebermouth, ahora, cambia su fisonomía durante el verano. Mi tía dice que antes era distinto. Ciertamente, en la actualidad se hace difícil desenvolverse en sus calles, debido a la multitud.

—Eso es bueno para el negocio, *mademoiselle*.

—No para el nuestro. Sólo vendemos antigüedades muy valiosas, no aptas para excursiones de fin de semana. Tenemos clientes en toda Inglaterra. Si uno desea adquirir determinado tipo de silla o mesa antigua, o una pieza de porcelana, nos escribe, y más pronto o más tarde le complacemos.

Nuestro indudable interés la animó a proseguir. Y así supimos que cierto caballero norteamericano llamado J. Baker Wood, coleccionista de miniaturas, había visto un juego de ellas muy valioso en una revista. La señorita Elizabeth Penn, tía de Mary, logró adquirirlas y escribir al señor Wood, comunicándole el precio. El norteamericano contestó enseguida que estaba dispuesto a comprar si eran las mismas. También rogaba que se las llevasen a Charlock Bay. Por eso la joven pelirroja viajaba en esta ocasión como representante de su tía.

—Son admirables —acabó ella—. Sin embargo, me cuesta imaginar a alguien dispuesto a pagar por ellas quinientas libras. Eso sí, llevan la firma de Cosway. Claro que yo apenas sé quién es ese Cosway.

Poirot se sonrió.

—Eso se llama falta de experiencia, *mademoiselle*.

—Confieso que no estoy muy ducha en cosas de arte. En realidad, carezco de la formación adecuada. Aún me queda mucho que aprender.

De pronto sus ojos se agrandaron como sorprendidos. Se hallaba de cara a la ventana, y en aquel momento miraba al patio. Dijo algo ininteligible, se levantó de un asiento y se fue precipitadamente. Regresó a los pocos momentos, sin aliento y excusándose.

—Siento haberme ido de esa forma. Vi a un hombre que salía del autobús con un maletín y me pareció el mío. Ha resultado que era el suyo; por cierto, es idéntico al que traigo yo. Bueno, hice el ridículo, y él ha reaccionado como si se le acusara de robo.

Mary se rió. Pero no Poirot.

—¿Cómo es el hombre, *mademoiselle*? Descríbamelo.

—Viste traje castaño, es joven y luce bigote ralo.

—¡Ajá! —exclamó Poirot—. Se trata de nuestro conocido de ayer, Hastings. ¿Sabe usted quién es, *mademoiselle*? ¿No lo ha visto antes?

—No, nunca; ¿por qué?

—Por nada. Sólo que resulta bastante curioso.

Poirot se sumió en uno de sus peculiares silencios y ya no intervino en la conversación hasta que oyó a Mary Durrant algo que captó su atención.

—¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho, *mademoiselle*?

—Que en mi viaje de regreso deberé tener cuidado con los maleantes. Según tengo entendido, el señor Wood acostumbra a pagar al contado, y si llevo encima quinientas libras en billetes, puedo merecer la atención de algún indeseable.

De nuevo su risa no fue coreada por Poirot. En vez de ello le preguntó en qué hotel pensaba hospedarse en Charlock Bay.

—En el Hotel Anchor. Es pequeño y no muy caro; pero aceptable.

—¡Caramba! —exclamó Poirot—. Mi amigo, el señor Hastings, también ha elegido ese hotel. ¡Qué coincidencia!

Entonces se volvió hacia mí y me guiñó un ojo.

—Sólo esta noche. Hemos de resolver un asunto allí. ¿Adivina usted, *mademoiselle*, cuál es mi profesión?

Mary pareció sopesar algunas posibilidades. Al fin se aventuró a decir que, posiblemente, era prestidigitador.

Esto divirtió mucho a Poirot.

—Es una excelente ocurrencia —dijo mi amigo—. ¿Así usted me cree capaz de sacar conejos de un sombrero? No, *mademoiselle*. Soy todo lo contrario. Un prestidigitador hace que desaparezcan las cosas. Yo en cambio, hago que aparezcan —con aire de melodrama se inclinó hacia adelante para dar más efectividad a sus palabras—. ¡Es un secreto, *mademoiselle*! ¡Soy detective!

Luego se recostó sobre el respaldo de su silla complacido del efecto logrado. Mary lo miró, perpleja y sorprendida. Y allí murió la conversación, pues empezaron a oírse las bocinas de los monstruos de la carretera, dispuestos a reanudar la marcha.

Mientras Poirot y yo salíamos juntos, aludí al encanto de la señorita Durrant, y él estuvo de acuerdo.

—Sí, es encantadora. Pero ¿no le parece algo tonta?

—¿Tonta?

—No se disguste. Una muchacha puede ser bella, tener el pelo rojizo y, no obstante, ser tonta. Es el colmo de la tontería confiarse a dos desconocidos.

—Quizá le parecemos respetables caballeros.

—No sea ingenuo, Hastings. Cualquiera que conozca su trabajo… Bien, de todos modos su aspecto es conforme. Claro que es infantil hablar de precauciones al regreso, porque llevará encima quinientas libras, cuando ahora también las lleva.

—¿Se refiere a las miniaturas?

—Exacto. Y le supongo de acuerdo conmigo en que no hay diferencia apreciable entre quinientas libras en moneda o en miniaturas, *mon ami*.

—Pero nadie lo sabe, excepto nosotros.

—Y el camarero, y la gente de las mesas vecinas, y, sin duda alguna, otras personas de Ebermouth. Desde luego *mademoiselle* Durrant es encantadora, pero si yo fuera la señorita Elizabeth Penn, le daría lecciones de sentido común —luego, tras leve cambio en el tono de su voz, dijo—: Amigo mío, es la cosa más fácil del mundo

llevarse un maletín guardado en un autocar mientras sus ocupantes comen en un hotel.

—Poirot, no sea desconfiado. Seguro que alguien vigila los vehículos aparcados.

—¿Y qué vería ese vigilante? Que un pasajero recoge su equipaje. La cosa se haría del modo más natural, sin levantar sospechas.

—¿Qué insinúa, Poirot? ¿Acaso el sujeto del traje castaño no cogió su propio maletín?

Poirot frunció el ceño.

—Eso parece. Aun así, no deja de ser curioso, Hastings. ¿Por qué no se llevó su maletín antes, a la llegada? Si se ha fijado, tampoco ha comido aquí.

—Desde luego, si la señorita Durrant no hubiera estado frente a la ventana, no se hubiera enterado.

—Y puesto que era su propio maletín, eso carece de importancia —dijo Poirot—. Bien, *mon ami*, desterremos ese asunto de nuestros pensamientos.

Cuando estuvimos nuevamente acomodados en nuestros asientos y el coche en marcha, dimos a Mary otra conferencia sobre los peligros de la indiscreción. Ella nos escuchó con evidente humildad, si bien su aspecto, jocoso, era de quien oye un chiste.

Llegamos a Charlock Bay a las cuatro, y, por fortuna, logramos habitaciones en el Hotel Anchor, un vetusto edificio en una calle de segundo orden.

Poirot acababa de sacar de su equipaje unas cuantas cosas necesarias y se aplicaba un cosmético a su bigote, cuando oímos unos golpes en la puerta.

—Adelante —invité.

Sorprendido, vi que era Mary Durrant, con el rostro blanco y gruesas lágrimas en los ojos.

—¿Qué sucede, *mademoiselle*? —preguntó Poirot.

—Las miniaturas se hallaban en una caja de piel de cocodrilo, cerrada con llave, dentro de mi maletín —explicó—. ¡Miren!

Nos mostró un estuche de piel de cocodrilo, cuya tapa colgaba a un lado. Poirot se la cogió de las manos. La caja había sido forzada. Las señales eran evidentes.

Mi amigo Poirot la examinó y luego asintió.

—¿Y las miniaturas? —preguntó, si bien ambos sabíamos la respuesta.

—¡Me las han robado!

—No se preocupe —la tranquilicé—. Mi amigo es Hércules Poirot. ¿No ha oído hablar de él? Seguro que sí. Bien, pues él las recuperará.

—¡*Monsieur* Poirot! ¡El gran *Monsieur* Poirot!

Mi amigo era lo suficiente vanidoso para sentirse halagado ante esa exclamación.

—Sí, hijita. Yo soy el gran Poirot. Confíe su pequeño problema a mis facultades.

Haré cuanto pueda. No obstante, le diré que, posiblemente, sea un poco tarde. Dígame, ¿forzaron también la cerradura del maletín?

Mary sacudió negativamente la cabeza.

—Veámoslo, por favor.

Nos trasladamos a la habitación de la joven y mi amigo examinó el maletín. Obviamente, había sido abierto con una llave.

—Un trabajo sencillísimo —dijo Poirot—. Estos maletines están hechos en serie y sus cerraduras apenas difieren. Bueno, telefoneemos a la policía. Veré también al señor Baker Wood; me cuidaré de este asunto.

Cuando le pregunté por qué temía que fuese un poco tarde, me contestó:

—*Mon cher*, dije que soy lo contrario de un prestidigitador, y que hago aparecer las cosas… perdidas. Pues bien, imagino que alguien me ha tomado la delantera. ¿Me entiende?

Desapareció en el interior de una cabina telefónica, para salir cinco minutos después con semblante grave.

—Lo que temí —dijo—. Una señora ha visitado al señor Wood con las miniaturas hace media hora. Se presentó como enviada por la señorita Elizabeth Penn. ¡Y él ha pagado en el acto!

—¿Hace media hora? Así fue antes de que llegáramos aquí —comenté.

Poirot sonrió, enigmático.

—Los coches Speedy son muy veloces, pero un vehículo con motor más potente llegaría a Monkhampton con una hora de ventaja por lo menos.

—¿Y qué hacemos?

—Mi buen Hastings es un hombre práctico. Informaremos a la policía. Trataremos de ayudar a la señorita Durrant y, decididamente, celebraremos una interesantísima entrevista con el señor J. Baker Wood.

La pobre Mary, terriblemente anonadada, temía que su tía la culpase.

—Cosa muy probable —me dijo Poirot mientras nos encaminábamos al Hotel Seaside, donde se hospedaba el señor Wood—. Y con toda justicia. ¡A quién se le ocurre abandonar un maletín con efectos valorados en quinientas libras! De todos modos, *mon ami*, hay uno o dos puntos raros en este asunto. La caja, por ejemplo, ¿por qué la forzaron?

—¡Hombre! —exclamé—. ¡Para sacar las miniaturas!

—¿Y no le parece una torpeza? Supongamos que el ladrón, con el pretexto de retirar el suyo, remueve el equipaje del autocar a la hora de comer. ¿No cree más sencillo abrir el maletín, pasar la caja sin abrir el suyo y marcharse sin pérdida de tiempo?

—Tal vez quiso asegurarse de que las miniaturas estaban dentro.

Mi argumento no convenció a Poirot. Poco después nos introducían en la salita del señor Wood.

No sé por qué, me fue desagradable el señor Baker Wood; un hombre recio y vulgar, pese a ir bien vestido y lucir una sortija con un enorme solitario.

Resultó que no había sospechado nada anormal. ¿Por qué iba a sospechar? La mujer le traía las miniaturas, unos ejemplares bellísimos. ¿La numeración de los billetes?

Pues no, no lo sabía. Además, ¿quién era el señor Poirot para formularle tantas preguntas?

Mi amigo se limitó a decirle:

—No le preguntaré nada más, señor. Sin embargo, le agradeceré me haga una descripción de la mujer. ¿Era joven y bonita?

—No, desde luego que no. Era alta, de mediana edad, pelo gris, tez pecosa e incipiente bigotillo —nos explicó—. Como pueden imaginar, no se trata de una sirena.

—Poirot —dije mientras salíamos—. Un bigote, ¿lo oyó?

—Gracias, Hastings; no estoy sordo.

—El señor Wood es bastante desagradable —añadí.

—Desde luego, no pertenece al grupo de los simpáticos —repuso él.

—Bien; será fácil coger el ladrón —aseguré—. Podemos identificarlo.

—No sea cándido, Hastings. ¿Acaso ignora lo que es una coartada?

—¿Usted cree que la tendrá?

Poirot replicó muy serio:

—¡Lo espero!

—¡Me fastidia esa manía suya de hacer las cosas aún más difíciles! —exclamé enfadado.

—Está bien, *mon ami*. Le diré que no me gusta… ¿cómo se dice eso? ¡Ah, sí! El pájaro que se sienta.

Poirot tuvo razón. Nuestro compañero de viaje, el hombre del traje castaño, resultó ser el señor Norton Kane, que se había alojado en el hotel George. La única evidencia contra él estaba en que la señorita Durrant lo había visto sacar su equipaje del coche.

—Y eso no es un acto sospechoso —dijo Poirot.

Después guardó silencio y rehusó discutir el asunto. Pese a ello, supe que había pedido a Joseph Aarons con quien pasara la velada, que le diera detalles relativos al señor Baker Wood. Ambos hombres se hospedaban en el mismo hotel, y era factible que Aarons supiese algo del coleccionista. Pero si Poirot obtuvo esa información, se la guardó para sí.

Mary Durrant, luego de varias entrevistas con la policía, regresó a Ebermouth en tren, a la mañana siguiente. Aquel mediodía comimos con Joseph Aarons, y después Poirot me dijo que había resuelto el problema del agente teatral, y que ya podíamos regresar a Ebermouth.

—Pero no por carretera, *mon ami*; usaremos el ferrocarril —le dijo.

—¿Teme que le roben la cartera, o le seduce la idea de encontrarse con otra damisela en apuros?

—Ambas cosas, Hastings, pueden ocurrirme en el tren. Simplemente, no tengo prisa en llegar a Ebermouth. Antes quiero resolver nuestro caso.

—¿Nuestro caso?

—¡Sí, hombre! *Mademoiselle* me suplicó que la ayudase. Que el asunto esté en manos de la policía no supone que yo me lave las manos. Vine a complacer a un viejo amigo, pero jamás dirá nadie que Hércules Poirot ha desatendido a un desconocido en apuros.

Su gesto daba a entender que no hablaría más.

—Me parece que ya estaba interesado antes del robo —aventuré—. Su interés nació en la agencia de viajes cuando vio por primera vez al joven, si bien ignoro por qué se fijó en él.

—Sí, Hastings. Tiene razón. Pero eso forma parte de mi pequeño secreto.

Poirot sostuvo una corta conversación con el inspector de policía encargado del caso, que había entrevistado a Norton Kane. Según dijo confidencialmente a mi amigo, el joven no le causó una impresión favorable, pues se había exaltado y contradicho.

—Cómo se las arregló es un misterio para mí —confesó—. Quizá dio el maletín a un cómplice que lo trasladaría rápidamente en coche hasta aquí. Claro que eso no deja de ser una simple teoría. Tendremos que hallar el coche y el cómplice y recomponer los hechos.

Poirot asintió.

—¿Cree usted que fue realizado así? —le pregunté, ya sentados en el tren.

—No, amigo mío, no estoy conforme. Su planteamiento fue mucho más inteligente.

—¿No quiere decírmelo?

—Aún no: Ya sabe cuál es mi debilidad: conservar mis pequeños secretos hasta el fin.

—¿Se vislumbra ese fin?

—Está próximo.

Llegamos a Ebermouth poco después de las seis y nos encaminamos enseguida a la tienda de Elizabeth Penn, que estaba cerrada, pero mi amigo pulsó el timbre y la misma Mary abrió la puerta, mostrándose agradablemente sorprendida al vernos.

—Por favor, pasen y conozcan a mi tía.

Nos hizo pasar a una habitación trasera, donde una mujer de avanzada edad nos saludó. Tenía el pelo blanco y parecía una miniatura de piel rosada y ojos azules.

Alrededor de sus hombros inclinados lucía una toca de encaje antiguo de gran valor.

—¿Es usted el gran Hércules Poirot? —preguntó encantadoramente—. Mary me ha dicho que usted nos ayudaría.

Poirot la miró un momento y luego dijo:

—*Mademoiselle* Penn, su aspecto es encantador; si bien debería dejarse crecer un poco el bigote.

La señorita Penn dio un respingo y retrocedió.

—¿Estuvo usted en la tienda ayer? —siguió Poirot.

—Por la mañana. Luego tuve jaqueca y me fui a casa.

—No, *mademoiselle*. A su dolor de cabeza le iba mejor un cambio de aires. Charlock Bay es ideal para eso, ¿verdad?

Me cogió por un brazo y me llevó hacia la puerta. Se detuvo allí, y habló por encima de su hombro:

—Me ha comprendido, ¿verdad? Esta pequeña frase debe bastar.

Había amenaza en su tono. La señorita Penn, con el rostro espantosamente blanco, asintió. Poirot se volvió a la joven.

—*Mademoiselle* —dijo suavemente—, es usted joven y encantadora. No obstante, permítame advertirle que estos pequeños asuntos harán que su juventud y encanto se marchiten detrás de las rejas de una prisión. Y yo, Hércules Poirot, pienso que sería una lástima.

Salimos a la calle, sintiéndome aturdido.

—Desde el principio, *mon ami*, me interesó este caso —dijo Poirot—. Cuando aquel joven pidió billete para Monkhampton, la atención de la muchacha se centró en él. ¿Por qué? No era un tipo capaz de atraer el interés de una mujer. Luego, ya en el autocar, tuve la sensación de que algo iba a suceder. ¿Quién vio al joven retirar su equipaje? Sólo *mademoiselle*. Antes había elegido un asiento de cara a la ventana, cosa muy poco femenina.

»Ya le dije que la caja forzada no era convincente. ¿El resultado de todo esto? Que el señor Baker Wood pagase buen dinero por un género robado. La ley le obligaría a devolverlo a la señorita Penn, que vendería luego las miniaturas, obteniendo así mil libras en vez de quinientas.

»Realicé algunas pesquisas y supe que su negocio va mal. Entonces comprendí que tía y sobrina estaban de acuerdo.

—¿Supone eso que nunca sospechó de Norton Kane?

—¡*Mon ami*! ¿Con semejante bigote? Un criminal se rasura y luce un bigote postizo.

Pero él sería la gran oportunidad de la inteligente señorita Penn, la anciana de tez tostada que hemos visto. Ésta, muy bien erguida, se calza grandes botas, se altera el físico con unas cuantas pecas y añade algunos pelos en guerrilla a su labio superior y, ¿qué sucede? Simplemente que el señor Wood la toma por una mujer hombruna y nosotros por un hombre disfrazado de fémina.

—¿Estuvo ella en Charlock?

—Seguro. El tren, como usted mismo me dijo, sale de aquí a las once y llega a Charlock Bay a las dos. De regreso, incluso es más rápido. Sale de Charlock a las cuatro y cinco y llega aquí a las seis quince.

»Las miniaturas jamás estuvieron en la caja. Ésta fue violentada antes de ser puesta en el maletín. Así, el cometido de *mademoiselle* Mary consistía en hallar un par de bobos sensibles a sus encantos y campeones de la belleza en apuros. Por desgracia para ella, uno de los bobos era Hércules Poirot.

—Cuando habló de ayudar a una desconocida me engañaba.

—Jamás le engañé, Hastings. Sólo permití que usted mismo se engañase. Yo me refería al señor Baker Wood, un desconocido en estas playas —su cara denotó mal humor—. ¡Ah! ¡Cómo me irrita el recuerdo de la sobretasa! No hay derecho a cobrar la misma tarifa hasta Charlock que por un viaje de ida y vuelta. Esos abusos me inducen a proteger a los turistas. Cierto que el señor Wood no es hombre agradable, pero ¡es un turista! Y nosotros, los extranjeros, tenemos el deber ineludible de ayudarnos mutuamente contra toda clase de desafueros.

El misterio de Market Basing

(The Market Basing Mystery).

—Pensándolo bien no hay nada como el campo, ¿no les parece? —dijo el inspector Japp aspirando con fuerza el aire por la nariz y expeliéndolo por la boca de manera correcta.

Poirot y yo asentimos cordialmente. Fue idea del inspector Japp la de que pasáramos los tres el fin de semana en la pequeña población de Market Basing, enclavada en pleno campo. Porque cuando no estaba de servicio, Japp se mostraba botánico entusiasta y discurseaba acerca de diminutas florecillas que tenían largos nombres en latín, que el buen Japp pronunciaba de un modo muy enrevesado, ciertamente, con un ardor que no ponía en ninguno de sus casos policíacos.

—Aquí nadie nos conoce, ni conocemos a nadie.

Esto era verdad, hasta cierto punto, porque el agente local acababa de ser trasladado de un pueblo, distante quince millas de Market, donde un caso de envenenamiento con arsénico le había puesto en relación con el inspector de Scotland Yard. Sin embargo, como reconoció con evidente placer el gran hombre, la circunstancia acrecentó el buen humor de Japp y cuando nos sentamos los tres a desayunarnos en la salita de la fonda, nos sentimos animales del mejor espíritu. El jamón, los huevos, eran excelentes; el café no era tan bueno, pero podía pasar y estaba hirviendo.

—Esto es vida, señores —exclamó Japp—. Cuando me retire, adquiriré una finca en el campo. Deseo perder al crimen de vista, ¡eso es!

—*Le crime, il est partout* —observó Poirot sirviéndose una buena rebanada de pan y mirando con el ceño fruncido a un gorrión impertinente que acababa de posarse en el alféizar de la ventana.

The rabbit has a pleasant face
His private life is a disgrace.
I really could not tell you
The awful things that rabbits do[11]

—Pues, señor —dijo desperezándose Japp—. Creo que todavía me queda sitio para otro huevo y para una o dos lonchas de jamón. ¿Y a usted, capitán?

—Sí. ¿Y a usted, Poirot?

Éste movió la cabeza.

—No hay que llenar el estómago —repuso— porque el cerebro se negará a funcionar.

—Pues yo pienso arriesgarme —repuso Japp riendo—. Lo tengo muy grande. A propósito, está engordando, *Monsieur* Poirot. ¡Eh, *miss*, otra ración de jamón con huevos!

En este momento un cuerpo macizo bloqueó la puerta de entrada. Era el agente Pollard.

—Perdón si interrumpo, inspector —dijo—, pero deseo que me aconseje usted.

—Estoy de vacaciones —dijo Japp apresuradamente—. No me dé trabajo. ¿De qué se trata?

—De un caballero que habita en Leigh Hall. Se ha disparado un tiro en la cabeza.

—Supongo que habrá sido por deudas… o por una mujer. Es lo usual. Lamento no poder ayudarle, Pollard.

—El caso es que no ha podido ejecutar el hecho por sí solo. Así lo cree el doctor Giles.

Japp dejó la taza sobre el platillo.

—¿Que no ha podido suicidarse solo? ¿Qué quiere usted decir?

—Es lo que afirma el doctor —repuso Pollard—. Dice que es totalmente imposible. Esa muerte le deja perplejo, porque tanto la puerta como la ventana de la habitación están cerradas por dentro con llave y cerrojo, pero se aferra a su opinión de que el caballero no se ha suicidado.

Esto zanjó la cuestión. Huevos y jamón se dejaron a un lado y pocos minutos después avanzamos todos a buen paso en dirección a Leigh Hall, mientras Japp dirigía ansiosas preguntas al agente.

El nombre del difunto era Walter Protheroe; era hombre de edad madura y tenía algo de retraído. Llegó a Market Basing ocho años atrás y alquiló la casa, vieja mansión, casi derruida, estropeada, viviendo en un ala, atendido por el ama de llaves que había traído consigo. Ésta se llamaba *miss* Clegg y era una mujer superior, a la que todo el pueblo consideraba. Míster Protheroe tenía huéspedes llegados al pueblo hacía muy poco: míster y *mistress* Park, de Londres. En aquella mañana *miss* Clegg había llamado en vano a la puerta de la habitación de su amo y al reparar en que estaba cerrada se alarmó y llamó a la policía y al médico. El agente Pollard y el doctor Giles llegaron a un tiempo. Los esfuerzos unidos lograron echar abajo la puerta de roble del dormitorio.

Mister Protheroe apareció tendido en el suelo. Presentaba un tiro en la cabeza y tenía asida la pistola con la mano derecha. Era evidente que se trataba en realidad de un suicidio.

Sin embargo, al examinar el cadáver, el doctor Giles quedó visiblemente perplejo y finalmente se llevó al agente aparte y le comunicó el motivo de su perplejidad; Pollard pensó al punto en Japp y dejando al doctor en la casa corrió a la fonda para avisarnos de lo ocurrido.

Cuando concluía su relato llegamos a Leigh House, edificio inmenso, desolado, rodeado de un jardín descuidado y lleno de cizaña. Como la puerta estaba abierta pasamos al vestíbulo y de éste a una salita de recibo de la que salía ruido de voces. En la salita encontramos reunidas a cuatro personas: un hombre vestido ostentosamente, con un rostro movible y desagradable, que me inspiró súbita antipatía, una mujer de tipo parecido, aunque hermosa de una manera burda; otra mujer, vestida de negro y algo separada del resto, a la que tomé por el ama de llaves; y un caballero alto, vestido con traje de *sport*, de semblante despejado y franco, que parecía imponerse a la situación.

—El doctor Giles —dijo el agente—. El detective inspector Japp, de Scotland Yard, y dos amigos.

El doctor nos saludó y después hizo la presentación de míster y *mistress* Parker.

Luego subimos tras él la escalera. En obediencia a una seña de Japp, Pollard se quedó en la salita como para guardar la casa. El doctor, que nos precedía, nos hizo recorrer un pasillo. Al final vimos abierta una puerta; de sus goznes colgaban aún varias astillas y el resto estaba por el suelo.

Entramos en aquella habitación. El cadáver seguía tendido en el suelo. Míster Protheroe era hombre de edad mediana, de cabello gris en las sienes. Llevaba barba.

Japp se arrodilló junto a él.

—¿Por qué no lo dejaron tal y como estaba? —gruñó.

El doctor se encogió de hombros.

—Porque creímos que se trataba de un caso sencillo de suicidio.

—¡Hum! —exclamó Japp—. La bala ha entrado en la cabeza por detrás de la oreja izquierda.

—Precisamente —repuso el doctor—. Es imposible que se disparase él solo el tiro.

Para ello hubiera tenido, primero ante todo, que rodearse la cabeza con el brazo.

—¿Sin embargo, encontraron la pistola en su mano? A propósito, ¿dónde está?

El doctor le indicó con un gesto la mesa vecina.

—Tampoco la asía —manifestó—. La tenía en la palma, pero no la empuñaba.

—Debieron de ponerla en ella después —dijo Japp, que examinaba el arma—. Sólo hay un cartucho vacío. Sacaremos las huellas dactilares, pero no espero encontrar más que las suyas, doctor. ¿Hace mucho que ha fallecido míster Protheroe?

—No puedo precisar la hora con exactitud como esos médicos maravillosos de las novelas de detectives, inspector, pero debe hacer unas doce horas.

Poirot no se había movido. Se mantenía pegado a mí, viendo lo que hacía Japp y escuchando sus preguntas.

De vez en cuando, sin embargo, olfateaba el aire delicadamente, como si se sintiera perplejo. Yo le imité sin descubrir nada de interés. El aire puro, no olía a nada. Con todo, Poirot lo olfateaba como si su nariz sensible percibiera algo que se escapaba a su inteligencia.

Al separarse Japp del cadáver, Poirot se arrodilló junto a él. La herida no pareció despertar su interés. Primero supuse que examinaba los dedos de la mano con que el difunto había empuñado la pistola, mas enseguida vi que era un pañuelo, metido en la manga de la chaqueta gris oscuro que le llamaba la atención. Finalmente se puso de pie sin separar los ojos de aquella prenda.

Japp le llamó para que les ayudase a levantar la puerta.

Yo aproveché la ocasión para arrodillarme y coger el pañuelo, que examiné minuciosamente. Era de blanco Cambray, de los más corrientes, pero no ostentaba manchas de sangre ni de ninguna especie, por lo que, decepcionado, volví a dejarlo donde estaba.

Los demás levantaron la puerta y buscaron en vano la llave.

—Esto zanja la cuestión —manifestó Japp—. La ventana está cerrada y atrancada. El asesino debió salir por la puerta que cerró con llave y se llevó ésta para que creyéramos que míster Protheroe se ha suicidado. Seguramente no creyó que la echaríamos en falta. ¿Está de acuerdo, *Monsieur* Poirot?

—Sí, estoy de acuerdo; pero hubiera sido más sencillo y mejor, deslizar la llave por debajo de la puerta. De este modo hubiera parecido que se había caído de la cerradura.

—Ah, bien, no hay que confiar en que a todo el mundo se le ocurran ideas tan geniales como ésta. Si se hubiera dedicado a criminal, hubiera sido el terror de la sociedad. ¿Desea hacer alguna observación, *Monsieur* Poirot?

Poirot parecía echar algo de menos, o si no era así me lo pareció. Después de echar una ojeada a su alrededor dijo en voz baja:

—Parece ser que este caballero fumaba mucho, señores.

Era cierto. Lo mismo el hogar, como un cenicero colocado sobre la mesa, estaban bastante repletos de colillas de cigarro.

—Debió fumar veinte cigarrillos lo menos anoche —dijo Japp. Así diciendo, se inclinó para examinar el del cenicero—. Son todos de la misma clase. Lo ha fumado la misma persona. El hecho no tiene nada de particular, *Monsieur* Poirot.

—No he sugerido que lo tuviera —murmuró mi amigo.

—Ah, ¿qué es esto? Japp cogió un pequeño objeto reluciente que estaba junto al cadáver

—Es un gemelo roto. ¿A quién pertenecerá? Doctor Giles, haga el favor de ir en busca del ama de llaves.

—¿Y qué hacemos de los Parker? Porque míster Parker tiene trabajo en Londres…

—No sé. Tendremos que pasarnos sin él. Aunque en vista del cariz que toman las cosas, le necesitamos aquí también. Envíeme al ama de llaves y no permita que los Parker le den a usted y a Pollard esquinazo. ¿Entraron aquí por la mañana?

El doctor reflexionó un breve momento antes de contestar categórico:

—No, se quedaron en el pasillo mientras entrábamos Pollard y yo.

—¿Está bien seguro?

—Segurísimo.

El doctor marchó a cumplir su misión.

—Es un buen hombre —dijo Japp con aire de aprobación—. Estos médicos deportistas suelen ser personas excelentes. Bien, ¿quién le habrá pegado el tiro a ese pobre señor?

Además de él, había tres personas más en esta casa. No sospecho del ama de llaves, porque en el espacio de ocho años ha podido matarle, no una sino cien veces. Pero ¿qué clase de pájaros serán esos Parker? Resultan una pareja poco simpática.

En este momento apareció *miss* Clegg. Era una mujer flaca, escurrida, de cabellos grises que llevaba partidos en la frente. Tenía unos modales muy naturales y tranquilos. De su persona emanaba, al propio tiempo, un aire de eficiencia tal, que inspiraba respeto. En respuesta a las preguntas del inspector, explicó que llevaba catorce años al servicio del difunto, que fue amo generoso y considerado. No conocía a míster ni a *mistress* Parker, a quienes había visto por primera vez tres días atrás. Era indudable, en su opinión, que nadie les había invitado, porque su visita pareció desagradar al señor. El gemelo roto que Japp le enseñó, no pertenecía a míster Protheroe, estaba segurísima de ello. Al interrogarle acerca de la pistola repuso que sabía que el señor poseía, en efecto, un arma de fuego que guardaba bajo llave. Ella la vio una vez, pero no se atrevió a afirmar que fuera la misma que le mostraban. No oyó el disparo la noche anterior. El hecho no tenía nada de extraordinario porque la casa era grande y destartalada y porque lo mismo su habitación que la reservada al matrimonio Parker se hallaba al otro lado de ella. Ignoraba a qué hora se retiró míster Protheroe a descansar. Cuando lo hizo ella, a las nueve y media, lo dejó levantado. No tenía por costumbre acostarse temprano. Por regla general leía o fumaba hasta una hora avanzada. Era un gran fumador.

Poirot interpuso aquí una pregunta:

—¿Dormía el señor con la venta abierta o cerrada?

Miss Clegg reflexionó un instante.

—Creo que con la ventana abierta, si no recuerdo mal —dijo luego.

—Pues ahora está cerrada. ¿Cómo se explica usted el hecho?

—No sé. Quizá sintió alguna corriente de aire y la cerró por eso.

Japp le dirigió todavía varias preguntas y a continuación le despidió. Luego habló por separado con los Parker. *Mistress* Parker lloraba; míster Parker optó por fanfarronear e insultarnos. Negó que fuera suyo el gemelo roto, pero su mujer lo había reconocido y naturalmente el hecho empeoró la situación; y como negó también haber entrado en la habitación de míster Protheroe, Japp estimó que había pruebas suficientes para proceder a su detención.

Dejando a Pollard en custodia de la propiedad, corrió al pueblo y pidió comunicación con el cuartel general de la policía.

Poirot y yo volvimos a la fonda.

—Está muy callado —dije a mi amigo—. ¿No le interesa el caso?

—*Au contraire*. Me interesa extraordinariamente. Pero me deja perplejo también.

—El motivo del crimen es poco claro —dije pensativo—, pero estoy seguro de que esos Parker son malas personas. No obstante la falta de motivo, que aparecerá más adelante, sin duda, todo está en contra suya de manera manifiesta.

—Japp ha pasado por alto un detalle a pesar de ser muy significativo.

Yo le miré lleno de curiosidad.

—Poirot, ¿qué se trae entre manos? —interrogué.

—¿Qué tenía en la manga el difunto?

—¡Un pañuelo!

—Precisamente, un pañuelo.

—Los marinos se lo colocan en la manga —observé pensativo.

—Excelente observación, Hastings, a pesar de que no es la que esperaba.

—¿Tiene algo más que decir?

—Sí, no dejo de pensar en el intenso olor a humo de cigarrillo.

—Pero yo no olí nada —respondí maravillado.

—Ni yo tampoco, *cher ami*.

Le miré con gravedad. Nunca sé si habla en broma o en serio, pero esta vez me pareció que no bromeaba.

La investigación se verificó dos días después. Entretanto, surgió a la luz una prueba más. Un vagabundo admitió que había saltado la tapia del jardín de Leigh House, donde dormía con frecuencia en la casilla de las herramientas que quedaba siempre abierta. Este hombre declaró que a las doce de la noche oyó voces en una habitación del primer piso. Una pedía dinero, la otra se lo negaba de manera airada. Oculto tras de un arbusto vio a dos hombres pasar y repasar por delante de la iluminada ventana.

Uno, lo conocía bien, era míster Protheroe; el otro le era desconocido, pero sus señas coincidían totalmente con las de míster Parker.

Estaba ahora claro que los Parker habían ido a Leigh House para hacer víctima de un chantaje a Protheroe y cuando más adelante se descubrió que su verdadero nombre era en realidad Wendover, exteniente de la Armada y que estuvo relacionado en 1910 con la explosión del crucero Merrythought, el caso se aclaró rápidamente. Parker, que sabía el papel desempeñado por Wendover, le siguió los pasos y le pidió dinero a cambio de mantener la boca cerrada. Pero el otro se negó a dárselo. En el curso de la disputa, Wendover sacó el revólver, Parker se lo arrancó de la mano e hizo fuego, tratando luego de dar al crimen la apariencia de un suicidio.

Parker fue llevado a juicio reservándose la defensa.

Nosotros habíamos asistido a los procedimientos del tribunal. Al salir, Poirot meneó la cabeza.

—Así debe ser —murmuró—. Sí, así debe ser, no es posible demorarse.

Entró en Correos y escribió unas líneas que envió por mensajero especial. Yo no vi a quién iba dirigida la nota. Después volvimos a la fonda, donde nos hospedábamos desde aquel memorable fin de semana.

Poirot iba y venía sin cesar desde el fondo de la habitación a la ventana.

—Espero visita —me explicó—. ¿Me habré equivocado? No, no es posible. No, aquí está.

Y con no poca sorpresa por mi parte vi entrar a *miss* Clegg en la habitación. Me pareció menos serena que de costumbre y llegaba jadeando como si hubiera venido corriendo. Vi brillar el miedo en sus ojos cuando miró a Poirot.

—Siéntese, *mademoiselle* —le dijo amablemente mi amigo—. He adivinado, ¿verdad?

Ella pareció indecisa y prorrumpió en llanto por toda respuesta.

—¿Por qué hizo eso? ¿Por qué? —dijo suavemente Poirot.

—Porque le amaba mucho —repuso ella—. Yo le cuidé desde la infancia. ¡Oh, tenga piedad de mí!

—Haré por usted cuanto sea posible. Pero no podía permitir, compréndalo, que ahorcasen a un inocente por bribón y desagradable que pueda ser.

Miss Clegg se irguió y dijo en voz baja:

—Quizá yo tampoco lo hubiera permitido al final. Haga lo que juzgue conveniente.

Luego, poniéndose en pie, salió de la habitación.

—¿Le mató ella? —pregunté aturdido.

Poirot sonrió y movió la cabeza.

—Se suicidó él —replicó—. ¿Recuerda que llevaba el pañuelo en la manga derecha? Pues esto me reveló que era zurdo. Temiendo después de la borrascosa entrevista con míster Parker que se hiciera público su delito, se suicidó. Por la mañana, al ir a llamarle como de costumbre, *miss* Clegg le halló muerto y como, según acaba de oír, le conocía desde niño, se llenó de cólera contra los forasteros que le habían empujado a tan vergonzosa muerte. Los consideraba como a sus asesinos y de pronto vio la posibilidad de hacerles sufrir por lo que habían hecho. Únicamente ella sabía que Protheroe era zurdo. Pasó, pues, la pistola a su mano derecha, cerró y echó la falleba de la ventana, dejó caer al suelo el pedazo de gemelo que había encontrado en una de las habitaciones de la planta baja y salió, cerrando la puerta y llevándose la llave.

—Poirot —exclamé en una explosión de entusiasmo—. ¡Es usted soberbio! ¡Y todo esto sólo por medio de un simple pañuelo!

—Y por el humo del cigarrillo. Si la ventana hubiera estado cerrada y fumados todos aquellos cigarrillos la habitación hubiera estado impregnada del olor a tabaco. En vez de esto el aire era puro y así deduje en el acto que la ventana había estado abierta durante toda la noche y que únicamente se cerró por la mañana, lo que me brindó una serie de interesantes reflexiones. No acertaba a concebir, bajo ninguna

clase de circunstancias, que el criminal deseara cerrar la ventana. Por el contrario, ganaba dejándola abierta para simular que el criminal se había escapado por ella, si la teoría del vagabundo dejaba de tener éxito. La declaración del vagabundo vino a confirmar mis sospechas, porque de estar la ventana cerrada, no hubiera oído la discusión.

—¡Espléndido! Y ahora, ¿quiere una taza de té?

—Ha hablado usted como buen inglés —repuso Poirot suspirando—. Yo preferiría un refresco, pero no creo probable que lo haya.

Nido de avispas

(Wasps' Nest).

John Harrison salió de la casa y se quedó un momento en la terraza de cara al jardín. Era un hombre alto de rostro delgado y cadavérico. No obstante, su aspecto lúgubre se suavizaba al sonreír, mostrando entonces un algo muy atractivo.

Harrison amaba su jardín, cuya visión era inmejorable en aquel atardecer de agosto, soleado y lánguido. Las rosas lucían toda su belleza y los guisantes dulces perfumaban el aire.

Un familiar chirrido hizo que Harrison volviese la cabeza a un lado. El asombro se reflejó en su semblante, pues la pulcra figura que avanzaba por el sendero era la que menos esperaba.

—¡Qué alegría! —exclamó Harrison—. ¡Si es *Monsieur* Poirot!

En efecto, allí estaba Hércules Poirot, el sagaz detective.

—Yo en persona. En cierta ocasión me dijo: «Si alguna vez se pierde en aquella parte del mundo, venga a verme». Acepté su invitación, ¿lo recuerda?

—Me siento encantado —aseguró Harrison sinceramente—. Siéntese y beba algo.

Su mano hospitalaria le señaló una mesa en el pórtico, donde había diversas botellas.

—Gracias —repuso Poirot dejándose caer en un sillón de mimbre—. ¿Por casualidad no tiene jarabe? No, ya veo que no. Bien sírvame un poco de soda, por favor *whisky* no —su voz se hizo plañidera mientras le servían—. ¡Cáspita, mis bigotes están lacios!

Debe de ser el calor.

—¿Qué le trae a este tranquilo lugar? —preguntó Harrison mientras se acomodaba en otro sillón—. ¿Es un viaje de placer?

—No, *mon ami*; negocios.

—¿Negocios? ¿En este apartado rincón?

Poirot asintió gravemente.

—Sí, amigo mío; no todos los delitos tienen por marco las grandes aglomeraciones urbanas.

Harrison se rió.

—Imagino que fui algo simple. ¿Qué clase de delito investiga usted por aquí? Bueno, si puedo preguntar.

—Claro que sí. No sólo me gusta, sino que también le agradezco sus preguntas.

Los ojos de Harrison reflejaban curiosidad. La actitud de su visitante denotaba que le traía allí un asunto de importancia.

—¿Dice que se trata de un delito? ¿Un delito grave?

—Uno de los más graves delitos.

—¿Acaso un…?

—Asesinato —completó Poirot.

Tanto énfasis puso en la palabra que Harrison se sintió sobrecogido. Y por si esto fuera poco, las pupilas del detective permanecían tan fijamente clavadas en él, que el aturdimiento le invadió. Al fin pudo articular:

—No sé que haya ocurrido ningún asesinato aquí.

—No —dijo Poirot—. No es posible que lo sepa.

—¿Quién es?

—De momento, nadie.

—¿Qué?

—Ya le he dicho que no es posible que lo sepa. Investigo un crimen aún no ejecutado.

—Veamos, eso suena a tontería.

—En absoluto. Investigar un asesinato antes de consumarse es mucho mejor que después. Incluso, con un poco de imaginación, podría evitarse.

Harrison le miró incrédulo.

—¿Habla usted en serio, *Monsieur* Poirot?

—Sí; hablo en serio.

—¿Cree de verdad que va a cometerse un crimen? ¡Eso es absurdo!

Hércules Poirot, sin hacer caso de la observación, dijo:

—A menos que usted y yo podamos evitarlo. Sí, *mon ami*.

—¿Usted y yo?

—Usted y yo. Necesitaré de su cooperación.

—¿Es ésa la razón de su visita?

Los ojos de Poirot le transmitieron inquietud.

—Vine, *Monsieur* Harrison, porque… me agrada usted —y con voz más despreocupada añadió: Veo que hay un nido de avispas en el jardín. ¿Por qué no lo destruye?

El cambio de tema hizo que Harrison frunciera el ceño. Siguió la mirada de Poirot y dijo:

—Pensaba hacerlo. Mejor dicho, lo hará el joven Langton. ¿Recuerda a Claude Langton? Asistió a la cena en que nos conocimos usted y yo. Viene esta noche expresamente a destruir el nido.

—¡Ah! —exclamó Poirot—. ¿Y cómo piensa hacerlo?

—Con petróleo rociado con un inyector de jardín. Traerá el suyo que es más adecuado que el mío.

—Hay otro sistema, ¿no? —preguntó Poirot—. Por ejemplo, cianuro de potasio.

Harrison alzó la vista sorprendido.

—¡Es peligroso! Se corre el riesgo de su fijación en las plantas.

Poirot asintió.

—Sí; es un veneno mortal —guardó silencio un minuto y repitió—: Un veneno mortal.

—Útil para desembarazarse de la suegra, ¿verdad? —se rió Harrison.

Hércules Poirot permaneció serio.

—¿Está completamente seguro, *Monsieur* Harrison, de que Langton destruirá el avispero con petróleo?

—Segurísimo. ¿Por qué?

—Simple curiosidad. Estuve en la farmacia de Bachester esta tarde, y mi compra exigió que firmase en el libro de venenos. La última venta era cianuro de potasio, adquirido por Claude Langton.

Harrison enarcó las cejas.

—¡Qué raro! Langton se opuso el otro día a que empleemos esta sustancia. Según su parecer, no debiera venderse para este fin.

Poirot miró por encima de las rosas. Su voz era muy queda al preguntar:

—¿Le gusta Langton?

La pregunta cogió por sorpresa a Harrison, que acusó su efecto.

—¡Qué quiere que le diga! Pues sí, me gusta. ¿Por qué no ha de gustarme?

—Mera divagación —repuso Poirot—. ¿Y usted, es de su gusto?

Ante el silencio de su anfitrión, repitió la pregunta.

—¿Puede decirme si usted es de su gusto?

—¿Qué se propone, *Monsieur* Poirot? No termino de comprender su pensamiento.

—Le seré franco. Tiene usted relaciones y piensa casarse, *Monsieur* Harrison.

Conozco a la señorita Molly Deane. Es una joven encantadora y muy bonita. Antes estuvo prometida a Claude Langton, a quien dejó por usted.

Harrison asintió con la cabeza.

—Yo no pregunto cuáles fueron las razones; quizás estén justificadas, pero ¿no le parece justificada también cualquier duda en cuanto a que Langton haya olvidado o perdonado?

—Se equivoca, *Monsieur* Poirot. Le aseguro que está equivocado. Langton es un deportista y ha reaccionado como un caballero. Ha sido sorprendentemente honrado conmigo, y, ni con mucho, no ha dejado de mostrarme aprecio.

—¿Y no le parece eso poco normal? Utiliza usted la palabra «sorprendente» y, sin embargo, no demuestra hallarse sorprendido.

—No le comprendo, *Monsieur* Poirot.

La voz del detective acusó un nuevo matiz al responder:

—Quiero decir que un hombre puede ocultar su odio hasta que llegue el momento adecuado.

—¿Odio? —Harrison sacudió la cabeza y se rió.

—Los ingleses son muy estúpidos —dijo Poirot—. Se consideran capaces de engañar a cualquiera y creen que nadie es capaz de engañarles a ellos. El deportista, el caballero, es un quijote del que nadie piensa mal. Pero, a veces, ese mismo

deportista, cuyo valor le lleva al sacrificio piensa lo mismo de sus semejantes y se equivoca.

—Me está usted advirtiendo en contra de Claude Langton —exclamó Harrison—. Ahora comprendo esa intención suya que me tenía intrigado.

Poirot asintió, y Harrison, bruscamente, se puso en pie.

—¿Está usted loco, *Monsieur* Poirot? ¡Esto es Inglaterra! Aquí nadie reacciona así.

Los pretendientes rechazados no apuñalan por la espalda o envenenan. ¡Se equivoca en cuanto a Langton! Ese muchacho no haría daño a una mosca.

—La vida de una mosca no es asunto mío —repuso Poirot plácidamente—. No obstante, usted dice que *Monsieur* Langton no es capaz de matarlas, cuando en este momento debe de prepararse para exterminar a miles de avispas.

Harrison no replicó, y el detective, puesto en pie a su vez colocó una mano sobre el hombro de su amigo, y lo zarandeó como si quisiera despertarlo de un mal sueño.

—¡Espabílese, amigo, espabílese! Mire aquel hueco en el tronco del árbol. Las avispas regresan confiadas a su nido después de haber volado todo el día en busca de su alimento. Dentro de una hora habrán sido destruidas, y ellas lo ignoran, porque nadie les advierte. De hecho carecen de un Hércules Poirot. *Monsieur* Harrison, le repito que vine en plan de negocios. El crimen es mi negocio, y me incumbe antes de cometerse y después. ¿A qué hora vendrá *Monsieur* Langton a eliminar el nido de avispas?

—Langton jamás…

—¿A qué hora? —le atajó.

—A las nueve. Repito que está equivocado. Langton jamás…

—¡Estos ingleses! —volvió a interrumpirle Poirot.

Recogió su sombrero y su bastón y se encaminó al sendero, deteniéndose para decir por encima del hombro:

—No me quedo para no discutir con usted; sólo me enfurecería. Pero entérese bien: regresaré a las nueve.

Harrison abrió la boca y Poirot gritó antes de que dijese una sola palabra:

—Sé lo que va a decirme: «Langton jamás…», etcétera. ¡Me aburre su «Langton jamás»! No lo olvide, regresaré a las nueve. Estoy seguro de que me divertirá ver cómo destruye el nido de avispas. ¡Otro de los deportes ingleses!

No esperó la reacción de Harrison y se fue presuroso por el sendero hasta la verja.

Ya en el exterior, caminó pausadamente, y su rostro se volvió grave y preocupado. Sacó el reloj del bolsillo y lo consultó. Las manecillas marcaban las ocho y diez.

—Unos tres cuartos de hora —murmuró—. Quizás hubiera sido mejor aguardar en la casa.

Sus pasos se hicieron más lentos, como si una fuerza irresistible lo invitase a regresar. Era un extraño presentimiento, que, decidido, se sacudió antes de seguir hacia el pueblo. No obstante, la preocupación se reflejaba en su rostro y una o dos

veces movió la cabeza, signo inequívoco de la escasa satisfacción que le producía su acto.

Minutos antes de las nueve, se encontraba de nuevo frente a la verja del jardín. Era una noche clara y la brisa apenas movía las ramas de los árboles. La quietud imperante rezumaba un algo siniestro, parecido a la calma que antecede a la tempestad.

Repentinamente alarmado, Poirot apresuró el paso, como si un sexto sentido le pusiese sobre aviso.

De pronto, se abrió la puerta de la verja y Claude Langton, presuroso, salió a la carretera. Su sobresalto fue grande al ver a Poirot.

—¡Ah…! ¡Oh…! Buenas noches.

—Buenas noches, *Monsieur* Langton. ¿Ha terminado usted?

El joven lo miró inquisitivo.

—Ignoro a qué se refiere —dijo.

—¿Ha destruido ya el nido de avispas?

—No.

—¡Oh! —exclamó Poirot como si sufriera un desencanto—. ¿No lo ha destruido? ¿Qué hizo usted, pues?

—He charlado con mi amigo Harrison. Tengo prisa, *Monsieur* Poirot. Ignoraba que vendría a este solitario rincón del mundo.

—Me traen asuntos profesionales.

—Hallará Harrison en la terraza. Lamento no detenerme.

Langton se fue y Poirot lo siguió con la mirada. Era un joven nervioso, de labios finos y bien parecido.

—Dice que encontraré a Harrison en la terraza —murmuró Poirot—. ¡Veamos!

Penetró en el jardín y siguió por el sendero. Harrison se hallaba sentado en una silla junto a la mesa. Permanecía inmóvil, y no volvió la cabeza al oír a Poirot.

—¡Ah, *mon ami*! —exclamó éste—. ¿Cómo se encuentra?

Después de una larga pausa, Harrison, con voz extrañamente fría, inquirió:

—¿Qué ha dicho?

—Le he preguntado cómo se encuentra.

—Bien. Sí; estoy bien. ¿Por qué no?

—¿No siente ningún malestar? Eso es bueno.

—¿Malestar? ¿Por qué?

—Por el carbonato sódico.

Harrison alzó la cabeza.

—¿Carbonato sódico? ¿Qué significa eso?

Poirot se excusó.

—Siento mucho haber obrado sin su consentimiento, pero me vi obligado a ponerle un poco en uno de sus bolsillos.

—¿Que puso usted un poco en uno de mis bolsillos? ¿Por qué diablos hizo eso?

Poirot se expresó con esa cadencia impersonal de los conferenciantes que hablan a los niños.

—Una de las ventajas, o desventajas del detective, radica en su conocimiento de los bajos fondos de la sociedad. Allí se aprenden cosas muy interesantes y curiosas. Cierta vez me interesé por un simple ratero que no había cometido el hurto que se le imputaba, y logré demostrar su inocencia. El hombre, agradecido, me pagó enseñándome los viejos trucos de su profesión.

»Eso me permite ahora hurgar en el bolsillo de cualquiera con sólo escoger el momento oportuno. Para ello basta poner una mano sobre su hombro y simular un estado de excitación. Así logré sacar el contenido de su bolsillo derecho y dejar a cambio un poco de carbonato sódico.

»Compréndalo. Si un hombre desea poner rápidamente un veneno en su propio vaso, sin ser visto, es natural que lo lleve en el bolsillo derecho de la americana.

Poirot se sacó de uno de sus bolsillos algunos cristales blancos y aterronados.

—Es muy peligroso —murmuró— llevarlos sueltos.

Calmosamente y sin precipitarse, extrajo del otro bolsillo un frasco de boca ancha.

Deslizó en su interior los cristales, se acercó a la mesa y vertió agua en el frasco.

Una vez tapado lo agitó hasta disolver los cristales. Harrison lo miraba fascinado.

Poirot se encaminó al avispero, destapó el frasco y roció con la solución el nido.

Retrocedió un par de pasos y se quedó allí a la expectativa.

Algunas avispas se estremecieron un poco antes de quedarse quietas. Otras treparon por el tronco del árbol hasta caer muertas. Poirot sacudió la cabeza y regresó al pórtico.

—Una muerte muy rápida —dijo.

Harrison pareció encontrar su voz.

—¿Qué sabe usted?

—Como le dije, vi el nombre de Claude Langton en el registro. Pero no le conté lo que siguió inmediatamente después. Lo encontré al salir a la calle y me explicó que había comprado cianuro potásico a petición de usted para destruir el nido de avispas. Eso me pareció algo raro, amigo mío, pues recuerdo que en aquella cena a que hice referencia antes, usted expuso su punto de vista sobre el mayor mérito de la gasolina para estas cosas, y denunció el empleo de cianuro como peligroso e innecesario.

—Siga.

—Sé algo más. Vi a Claude Langton y a Molly Deane cuando ellos se creían libres de ojos indiscretos. Ignoro la causa de la riña de enamorados que llegó a separarlos, poniendo a Molly en los brazos de usted, pero comprendí que los malentendidos habían acabado entre la pareja y que la señorita Deane volvía a su antiguo amor.

—Siga.

—Nada más. Salvo que me encontraba en Harley el otro día y le vi salir a usted del consultorio de cierto doctor, amigo mío. La expresión de su rostro me dijo la clase de enfermedad que padece y su gravedad. Es una expresión muy peculiar, que sólo he observado un par de veces en mi vida, pero es inconfundible. Refleja el conocimiento de la propia sentencia de muerte. ¿Tengo razón o no?

—Sí. Sólo dos meses de vida. Eso me dijo.

—Usted no me vio, amigo mío, pues tenía otras cosas en qué pensar. Pero yo advertí algo más en su rostro; advertí esa cosa que los hombres tratan de ocultar, y de la cual le hablé antes. Odio, amigo mío. No se moleste en negarlo.

—Siga —apremió Harrison.

—No hay mucho más que decir. Por pura casualidad vi el nombre de Langton en el libro de registro de venenos. Lo demás ya lo sabe. Usted me negó que Langton fuera a emplear el cianuro, e incluso se mostró sorprendido de que lo hubiera adquirido. Mi visita no le fue particularmente grata al principio, si bien muy pronto la halló conveniente y alentó mis sospechas. Langton me dijo que vendría a las ocho y media. Usted que a las nueve. Sin duda pensó que a esa hora me encontraría con el hecho consumado.

—¿Por qué vino? —gritó Harrison—. ¡Ojalá no hubiera venido!

—Se lo dije. El asesinato es asunto de mi incumbencia.

—¿Asesinato? ¡Suicidio querrá decir!

—No —la voz de Poirot sonó claramente aguda—. Quiero decir asesinato. Su muerte sería rápida y fácil, pero la que planeaba para Langton era la peor muerte que un hombre puede sufrir. Él compra el veneno, viene a verlo y los dos permanecen solos.

Usted muere de repente y se encuentra cianuro en su vaso. ¡A Claude Langton lo cuelgan! Ése era su plan.

Harrison gimió al repetir:

—¿Por qué vino? ¡Ojalá no hubiera venido!

—Ya se lo he dicho. No obstante, hay otro motivo. Le aprecio, *Monsieur* Harrison.

Escuche, *mon ami*; usted es un moribundo y ha perdido la joven que amaba; pero no es un asesino. Dígame la verdad: ¿Se alegra o lamenta ahora de que yo viniese?

Tras una larga pausa, Harrison se animó.

Había dignidad en su rostro y la mirada del hombre que ha logrado salvar su propia alma. Tendió la mano por encima de la mesa y dijo:

—Fue una suerte que usted viniera.

Poirot infringe la ley

(The Veiled lady*).*

Había observado que desde hacía una temporada, Hércules Poirot se mostraba descontento e intranquilo. Llevábamos algún tiempo sin resolver casos de importancia, de ésos en los que mi pequeño amigo ejercitaba su agudo ingenio y sus notables facultades deductivas. Aquella mañana de julio, dobló el periódico que leía y exclamó:

—¡Bah! —Una exclamación muy suya que sonaba exactamente como el estornudo de un gato—. Los criminales de toda Inglaterra me temen, Hastings. Si el gato está presente, los ratones no se interesan por el queso.

—Imagino que la mayor parte de ellos ni siquiera conocen su existencia —contesté riéndome.

Al mirarme, sus ojos mostraban reproche. El cree que el mundo entero piensa y habla de Hércules Poirot. Ciertamente, goza de gran popularidad en Londres, si bien eso no justifica que su simple nombre sea suficiente para sembrar el pánico entre el hampa criminal.

—¿Qué opina del reciente robo de joyas en pleno día en la calle Bond? —le pregunté.

—Un trabajo muy limpio —convino—, estoy de acuerdo, pero no es de mi gusto. *Pas de finesse, seulement de l'audace!* Un hombre provisto de un bastón rompe el cristal del escaparate de una joyería y coge unas cuantas piedras preciosas. Unos viandantes logran detenerlo en flagrante delito y, acto seguido, aparece un agente de la autoridad. En la comisaría, se comprueba que las piedras son falsas. ¿Qué ha sucedido? Nada de particular simplemente, que el ladrón ha cambiado las auténticas, entregándoselas a un cómplice mezclado entre los honrados ciudadanos que lo detuvieron. Irá a la cárcel, cierto, pero cuando salga le espera una pequeña fortuna. No, no está mal planeado, si bien yo lo hubiera hecho mejor. A veces, Hastings, me fastidian mis escrúpulos. Pienso que debe ser agradable enfrentarse a la ley, aunque sólo sea en una aventura, por diversión.

—Alégrese, Poirot. Usted sabe que es único en su especialidad.

—¿Sí? Bien. ¿Ha sucedido algo apropiado para mi especialidad?

Cogí el periódico.

—Un inglés misteriosamente asesinado en Holanda —leí en voz alta.

—Siempre dicen eso. Más tarde descubren que se comió el pescado en malas condiciones y que su muerte fue perfectamente lógica.

—Compruebo que hoy tiene espíritu de contradicción.

—*Tiens!* —exclamó Poirot, que se había acercado a la ventana—. En la calle veo lo que en lenguaje novelístico llaman «una dama tupidamente envelada». Sube la escalinata, toca el timbre… viene a consultarnos. Intuyo algo interesante. Una mujer

joven y bonita no oculta su rostro con un velo, excepto si el asunto es de gran importancia.

Un minuto más tarde, la joven se hallaba ante nosotros. Tal como Poirot había dicho, sus facciones aparecían protegidas por un impenetrable velo de encaje español. Al descubrirse, comprobé lo acertada que había sido la intuición de mi amigo, pues se trataba de una señorita extraordinariamente guapa, de pelo rubio y grandes ojos azules. La calidad de su sencillo atuendo me dijo enseguida que pertenecía a una elevada clase social.

—*Monsieur* Poirot —dijo ella con voz suave y musical—, me encuentro en un gran apuro. Y si bien temo que no pueda ayudarme, he oído de usted tantas maravillas que, como última esperanza, vengo a suplicarle un imposible.

—Un imposible me seduce siempre —contestó él—. Continúe, se lo ruego, *mademoiselle*.

Nuestra rubia visitante vaciló un momento.

—Ante todo, séame sincera —añadió Poirot—. No deje a oscuras ningún punto.

—Confiaré en usted —se decidió la joven—. ¿Ha oído hablar de *lady* Millicent Castle Vaughan?

Levanté la vista con vivo interés. El compromiso matrimonial de *lady* Millicent con el joven duque de Southshire había sido publicado en la prensa unos días antes. No ignoraba que era la quinta hija de un arruinado par irlandés, mientras que el duque de Southshire estaba considerado como uno de los mejores partidos de Inglaterra.

—Soy *lady* Millicent —continuó—. Posiblemente habrá leído acerca de mi compromiso matrimonial. Debería ser una de las mujeres más felices de la tierra, pero… ¡oh, *monsieur* Poirot!, estoy muy preocupada. Existe un hombre, un hombre terrible llamado Lavington, y… no sé cómo explicarlo. Cuando apenas contaba dieciséis años, escribí una carta y él… él…

—¿Una carta escrita a *Mr*. Lavington?

¡No, a él no! A un joven soldado de quien me había enamorado, pero que murió en la guerra.

—Comprendo —dijo Poirot, amable.

—Es una carta estúpida, una carta indiscreta, pero… de veras, *monsieur* Poirot, nada más que eso. Sin embargo, encierra frases que… que podrían ser interpretadas erróneamente.

—Y esta carta se halla en poder de *Mr*. Lavington, ¿verdad? —preguntó Poirot.

—Sí, y a menos que le pague una fabulosa cantidad de dinero, una suma imposible para mí, se la enviará al duque.

—¡Cerdo indecente! —exclamé—. Le ruego me excuse, *lady* Millicent.

—¿No sería preferible poner en antecedentes de ello a su futuro marido?

—No me atrevo, *monsieur* Poirot. El duque es un hombre muy celoso, suspicaz y propenso a pensar lo peor. Esto podría arruinar nuestro compromiso.

—Tranquilícese, *milady*. Veamos, ¿qué puedo hacer por usted?

—Quizás sea más factible su ayuda si le pido a *Mr*. Lavington que le visite a usted. Puedo decirle que le he concedido poderes para tratar este asunto. Así tal vez logre reducir sus exigencias.

—¿Cuánto pide?

—Veinte mil libras…, que no tengo. Incluso dudo de que me sea fácil reunir mil.

—¿Y si pidiera prestado el dinero con la excusa de su próxima boda? ¡No, me repugna la sola idea del chantaje! El ingenio de Hércules Poirot derrotará a su enemigo. Mándeme a ese Lavington. ¿Considera probable que lleve encima la carta?

La joven sacudió la cabeza.

—No lo creo. Es muy desconfiado.

—¿Supongo que no hay duda alguna en cuanto a que realmente posee la carta? —preguntó el detective.

—Me la enseñó cuando estuve en su casa.

—¿Fue usted a su domicilio? ¡Gran imprudencia, *milady*!

—¡Estaba tan desesperada! Confié en que mis súplicas lo ablandarían.

—*Oh, lá, là!* Los hombres de esa calaña son inconmovibles ante las súplicas —dijo Poirot—. Con ello sólo le ha demostrado cuánta importancia concede usted al documento. ¿Dónde vive tan agradable caballero?

—En Buona Vista, Wimbledon. Fui allí después del anochecer. —Poirot emitió un leve gemido—. Le amenacé con denunciarlo a la policía y se rió de mí. «¿De veras, mi querida *lady* Millicent? Hágalo si lo desea», fue la respuesta.

—Desde luego, no es un asunto que deba llevarse a la policía —murmuró Poirot pensativo.

Y ella continuó:

—«Espero que sea usted más sensata —añadió Lavington—. Mire, en esta pequeña caja china de madera guardo su carta». La abrió y, al desplegar las hojas ante mí, quise cogerlas, pero él fue más rápido. Después de sonreírme cínicamente, las dobló y las puso de nuevo en la cajita de madera. «Aquí está completamente segura, no tema —me dijo—. Guardo la caja en un lugar secretísimo, jamás la encontraría». Mis ojos se volvieron a la pequeña caja de caudales adosada a la pared y él sacudió la cabeza y rió: «Sé de un escondite mejor que éste». ¡Oh, qué odioso! ¿Cree usted que podrá ayudarme?

—Tenga fe en papá Poirot. Hallaré el modo.

Semejante seguridad estaba muy bien, pensé mientras Poirot acompañaba galantemente a la dama hasta la escalera. Sin embargo, comprendí que nos había tocado en suerte un hueso duro de roer. Así se lo dije cuando regresó y él asintió con gesto preocupado.

—Sí, no veo una solución plausible. El tal Lavington tiene la sartén por el mango. De momento, no se me ocurre cómo vamos a entramparlo.

Mr. Lavington nos visitó aquella noche. *Lady* Millicent no había exagerado al describirlo como un hombre odioso. Sentí un cosquilleo en los dedos de los pies, de tantas ganas como tuve de darle una patada en su parte más carnosa y echarlo escaleras abajo. Sus fanfarronerías y modales eran insoportables, como también sus risas burlonas ante las sugerencias de Poirot. En todo momento se mostró dueño de la situación, mientras Poirot parecía desarrollar la más desafortunada de sus actuaciones.

—Bien, caballeros —dijo Lavington mientras cogía su sombrero—. No puede decirse que hayamos llegado a un acuerdo. Ahora bien, tratándose de *lady* Millicent, una señorita encantadora, dejaremos la cosa en dieciocho mil libras. Hoy mismo me traslado a París… cuestión de pequeños negocios. Regresaré el martes. Si el dinero no me es entregado el martes por la noche, la carta llegará a manos del duque. No me digan que *lady* Millicent no puede conseguir esa suma. Cualquiera de sus amistades masculinas estaría más que dispuesta a favorecer a semejante belleza con un préstamo… si lo enfoca del modo adecuado.

Indignado, avancé un paso, pero Lavington se había precipitado fuera de la habitación al mismo tiempo que terminaba la frase.

—Tiene que hacer algo, Poirot. Parece que lo toma con poco nervio —grité.

—Posee un excelente corazón, amigo mío, si bien sus células grises se hallan en un deplorable estado. No experimento ningún deseo de impresionar a *Mr*. Lavington con mi ingenio. Cuanto más pusilánime me crea, mejor.

—¿Por qué?

—Resulta curioso —dijo Poirot haciendo memoria— que expresara deseos de trabajar contra la ley, precisamente momentos antes de que *lady* Millicent viniera.

—¿Piensa registrar la casa de Lavington mientras se halla ausente? —pregunté con el aliento contenido.

—A veces, Hastings, su proceso mental es sorprendentemente rápido.

—¿Y si se lleva la carta?

Poirot sacudió la cabeza.

—Es muy improbable. Todo hace pensar que posee un escondrijo en su hogar considerado por él como inexpugnable.

—¿Cuándo…? Bueno… ¿cuándo consumaremos el allanamiento de morada?

—Mañana por la noche. Saldremos de aquí hacia las once.

Y a esa hora yo estaba dispuesto a partir, vestido con un traje y un sombrero oscuros. Poirot me observó un instante y se sonrió.

—Su atuendo es el apropiado para este caso —me dijo—. En marcha, tomaremos el metro hasta Wimbledon.

—¿No nos llevamos las herramientas adecuadas para forzar la puerta?

—¡Mi querido Hastings! Hércules Poirot no emplea semejantes métodos.

Era medianoche cuando penetramos en un reducido jardín suburbano de Buona Vista. La casa se hallaba oscura y silenciosa.

Poirot se encaminó directamente hacia una ventana de la parte trasera de la casa. La levantó sin hacer ruido y me invitó a entrar por ella.

—¿Cómo sabía que esta ventana se abriría? —susurré, pues realmente parecía cosa de magia.

—Me ocupé de su cerrojo esta mañana.

—¿Qué?

—Sí, hombre. Fue cosa fácil. Me presenté como agente del inspector Japp y dije que me enviaba Scotland Yard para colocar unos cierres a prueba de robo solicitados por *Mr*. Lavington. El ama de llaves me dio toda clase de facilidades, pues han sufrido dos intentos de robo últimamente. Eso demuestra que nuestra idea la han tenido ya antes otros clientes de *Mr*. Lavington, si bien no lograron llevarse nada de valor. Después de examinar todas las ventanas y de hacer mis pequeños arreglos, prohibí a los criados que las tocasen hasta mañana por haberlas conectado a la corriente eléctrica.

—Realmente, Poirot, es usted fantástico.

—*Mon ami*, fue lo más sencillo que pueda imaginarse. Y ahora, manos a la obra. Los criados duermen en la parte alta de la casa, así que corremos poco peligro de molestarlos.

—Imagino que la caja estará empotrada en alguna parte.

—¿Caja? ¡Pamplinas! *Mr*. Lavington es inteligente. Ya comprobará que tiene un escondite más idóneo que una caja. Eso es lo primero que todos registran.

Iniciamos una investigación sistemática. Pero, tras varias horas de registrar la casa, nuestra búsqueda seguía siendo infructuosa. Vi síntomas de furia en el rostro de Poirot.

—*Ah, sapristi!* ¿Acaso Hércules Poirot puede ser vencido? ¡Jamás! —exclamó—. Tranquilicémonos. Reflexionemos. Razonemos. En fin, empleemos nuestras pequeñas células grises.

Guardó silencio y sus cejas se contrajeron en un evidente signo de concentración mental. De repente, la luz verde que yo conozco tan bien se reflejó en sus ojos.

—¡Soy un imbécil! ¡La cocina!

—¿La cocina? —interrogué—. ¡Imposible! Los criados descubrirían más pronto o más tarde el escondite.

—¡Exacto! Lo que el noventa y nueve por ciento de las personas dirían. Por eso la cocina es el lugar más idóneo. Está llena de diversos objetos caseros. ¡Vamos a la cocina!

Totalmente escéptico, lo seguí y observé cómo buscaba en el arcón del pan, tanteaba ollas y metía su cabeza en el horno de la cocina. Al fin, cansado de mirarlo, me fui a la biblioteca, convencido de que allí, y sólo allí, hallaríamos la caja. Después

de realizar un nuevo y minucioso registro, comprobé que eran las cuatro y cuarto, por lo que el amanecer estaba próximo. Esto guió mis pasos a las regiones de la cocina.

Para mi sorpresa, Poirot se hallaba dentro de la carbonera. Su pulcro traje claro estaba hecho una calamidad. Me sonrió al decirme:

—Sí, amigo mío, estropear mi aspecto no me causa placer alguno, pero… ¿qué hubiera hecho usted?

—Seguro que Lavington no ha enterrado la caja en el carbón.

—Si usara sus ojos vería que no es el carbón lo que examino.

Entonces descubrí una oquedad en el fondo de la carbonera, repleta de leños bien apilados. Poirot procedía a quitarlos uno a uno. De pronto, exclamó en voz baja:

—¡Su cuchillo, Hastings!

Se lo entregué y me pareció que lo insertaba en un tronco, que se abrió en dos. Entonces observé que había sido pulcramente aserrado por la mitad y que, en su centro, había sido tallada una cavidad. De aquella cavidad, Poirot sacó una pequeña caja de madera, de fabricación china.

—¡Estupendo! —grité.

—Calma, Hastings. No levante demasiado la voz. Vamos, salgamos antes de que la luz del día caiga sobre nosotros.

Deslizó la caja en uno de sus bolsillos y, de un ágil salto, salió de la carbonera. Luego se sacudió la suciedad y abandonamos la casa por el mismo lugar por el que habíamos entrado. Finalmente, reemprendimos el regreso a Londres.

—¡Vaya escondite más extraordinario! —exclamé—. Sin embargo, cualquiera hubiera podido utilizar aquel leño.

—¿En julio, Hastings? Además, se olvida de que era el último de la pila y un escondite muy ingenioso. ¡Ahí viene un taxi! Ahora a casa, donde me espera un baño y un sueño reparador.

Después de la excitación de la noche, dormí hasta muy tarde. Cuando al fin entré en nuestro despacho, poco antes de las doce, me sorprendió ver a Poirot apoyado en el respaldo del sillón con la caja china abierta a su lado, leyendo tranquilamente la carta que había sacado de ella.

Me sonrió afectuoso y golpeó la hoja que leía.

—*Lady* Millicent tenía razón. El duque jamás le hubiera perdonado esta carta. Contiene las expresiones de amor más extravagantes que jamás he leído.

—Poirot, opino que nunca debió leer esa carta. Nadie medianamente educado lo hubiera hecho.

—Pero sí Hércules Poirot —me replicó imperturbable.

—¿También es juego limpio para Hércules Poirot valerse de una tarjeta falsa? —pregunté recordando el método que usara para franquearse la entrada en casa de Lavington.

—Yo no juego limpio, Hastings, cuando llevo un caso.

Me encogí de hombros, incapaz de rebatir sus puntos de vista.

—Se oyen pasos en la escalera —dijo Poirot—. *Lady* Millicent, seguro.

El semblante de nuestra rubia cliente mostraba gran expresión de ansiedad, que se trocó en otra de delicia al ver la carta y la caja.

—¡Oh, *monsieur* Poirot, qué maravilloso es usted! ¿Cómo lo ha conseguido?

—Con métodos bastante reprobables, *milady*. Pero *Mr*. Lavington no nos demandará. ¿Ésta es su carta, verdad?

Ella la examinó.

—Sí. ¿Cómo podré agradecérselo? Es usted un hombre maravilloso, sencillamente maravilloso. ¿Dónde estaba oculta?

Poirot se lo contó.

—¡Qué inteligente es usted! —dijo cogiendo la cajita de la mesa—. Me la guardaré como recuerdo.

—*Milady*, supuse que no tendría inconveniente en dejármela también como recuerdo.

—Espero mandarle un recuerdo mucho mejor el día de mi boda. No seré desagradecida, *monsieur* Poirot.

—Haberle sido útil es para mí un placer superior a cualquier talón bancario. Permítame que retenga la caja.

—Por favor, *monsieur* Poirot, significa mucho para mí —dijo sonriente.

Lady Millicent alargó su mano, pero la de Poirot se cerró sobre la de ella.

—Seguro —su voz había cambiado.

—¿Qué significa esto? —preguntó la joven, no sin cierta dureza.

—En todo caso, permítame que saque el resto de su contenido. Observe cómo el espacio original ha sido reducido a la mitad. En la parte superior está la carta comprometedora, pero en el fondo…

Hizo un gesto ambiguo y sacó la mano. En ella aparecieron cuatro relucientes piedras y dos grandes y lechosas perlas blancas.

—Las joyas robadas en la calle Bond el otro día, me imagino —murmuró Poirot —. Japp nos lo confirmará.

Mi sorpresa no tuvo límites cuando el mismo Japp salió del dormitorio de Poirot.

—Le presento a un viejo amigo suyo, según tengo entendido —dijo Poirot a *lady* Millicent.

—¡Cazada! —exclamó la joven con un repentino cambio de modales—. ¡Cínico viejo demonio!

—Bien, mi querida Gertie —intervino Japp—. Esta vez ganamos nosotros. Ya hemos detenido a su compinche, el falso Lavington. En cuanto al auténtico, conocido también por el nombre de Corker, me gustaría saber quién de la banda lo apuñaló en Holanda el otro día. ¿Creyeron que se había llevado el botín con él, verdad? Les engañó como a novatos y lo ocultó en su propia casa. Y ustedes, al fracasar en la

búsqueda quisieron engatusar a *monsieur* Poirot, quien tuvo más suerte y las encontró.

—¿Le gusta pavonearse, verdad? —preguntó la falsa Millicent—. ¡Qué fácil le resulta ahora! Bien, seré buena. No podrá decir que no soy toda una dama.

—Los zapatos no encajaban —me dijo Poirot cuando estuvimos solos—. Según mis pequeñas observaciones sobre la vida, las costumbres y los gustos de los ingleses, una dama, una dama de verdad, se muestra siempre muy exigente con sus zapatos. Podrá vestir ropas descuidadas, pero jamás llevará un calzado ordinario. Sin embargo, nuestra *lady* Millicent lucía ropas elegantes y caras, y zapatos de escaso valor.

»Ellos debieron pensar que ni usted ni yo conoceríamos a la auténtica *lady* Millicent debido a sus escasas visitas a Londres. Y hemos de admitir que la jovencita se le parece lo suficiente para suplantarla con éxito, ante quien no haya tratado con ambas con anterioridad.

»Bien, como le he dicho, sus zapatos despertaron mis sospechas, acrecentadas por su historia y el uso de tan melodramático velo. Supongo que la caja china con una carta comprometedora en su interior debía ser conocida por todos los miembros de la banda, pero no el leño hueco, una idea particular del difunto Lavington.

»Hastings, espero que nunca más herirá mis sentimientos como hizo ayer al decirme que soy desconocido entre el hampa londinense. *Ma foi!* ¡Si hasta me contratan cuando ellos mismos fracasan!

Problema en el mar

(Problem at Sea).

—¡Coronel Clapperton! —dijo el general Forbes, en un tono que sonó como un ronquido o un resoplido.

La señorita Ellie Henderson se inclinó hacia delante, con un mechón de su suave cabello gris meciéndosele por la cara. Sus ojos oscuros y vivos brillaban de satisfacción maligna.

—¡Un hombre con un aspecto tan militar! —dijo, con malicia, y se echó hacia atrás el mechón de pelo, esperando el resultado de su frase.

—¡Militar! —estalló el general Forbes. Se tiró de su bigote guerrero, con el rostro de un rojo subido.

—Estaba en la guardia, ¿no? —murmuró la señorita Henderson, rematando su obra.

—¿En la guardia? ¿En la guardia? ¡Qué sarta de estupideces! ¡Ese individuo era un artista de variedades! ¡Palabra! Se alistó y estuvo en Francia, contando las latas de ciruelas y de manzana. A los teutones se les cayó una bomba perdida y le mandaron a Inglaterra con una herida sin importancia en el brazo. No sé cómo fue a parar al hospital de *lady* Carrington.

—¡Conque fue así como se conocieron!

—¡Exacto! El tipo interpretó el papel de héroe. *Lady* Carrington no tenía cabeza, pero si tenía montones de dinero. El viejo Carrington había negociado con municiones.

—Llevaba sólo seis meses de viuda. Este tipo se hizo con ella en un momento. Luego ella le enchufó en el Ministerio de la Guerra. ¡Coronel Clapperton! ¡Bah! —terminó, con un bufido.

—Y antes de la guerra era artista de variedades —murmuró la señorita Henderson, tratando de imaginar al distinguido coronel Clapperton como un cómico de nariz colorada, entonando canciones bufas.

—¡Exacto! —dijo el general Forbes—. Se lo oí decir al viejo Bassington Krench. Y él se lo oyó al viejo Barger Corterill, que lo supo por Snooks Parker.

La señorita Henderson asintió vivamente.

—Bueno, entonces no hay más que hablar —dijo.

Una sonrisa fugaz asomó al rostro de un hombre bajito, sentado cerca de ellos. La señorita Henderson observó la sonrisa. Era muy observadora. La sonrisa mostraba que aquel hombre había apreciado la ironía envuelta en su última observación… ironía que el general ni por un momento sospechó.

El general tampoco veía las sonrisas. Echó una ojeada a su reloj, se puso en pie y observó:

—Ejercicio. Hay que mantenerse en forma cuando se está en un barco.

Y se marchó a cubierta.

La señorita Henderson miró al hombre que se había sonreído. Era una mirada de persona educada, con la que indicaba que estaba dispuesta a entablar conversación con su compañero de viaje.

—Es activo, ¿verdad? —dijo el hombre bajito.

—Da la vuelta a cubierta cuarenta y ocho veces exactamente —dijo la señorita Henderson—. ¡Qué cotilla es! ¡Y luego dicen que es a las mujeres a las que nos gusta el escándalo!

—¡Qué descortesía!

—Los franceses son muy corteses —comentó la señorita Henderson, con un matiz de interrogación en la voz.

El hombre bajito reaccionó prontamente a la insinuación.

—Belga, *mademoiselle* —dijo.

—¡Ah! Belga.

—Hércules Poirot, a su disposición.

El nombre despertó en ella algún recuerdo. ¿Dónde lo habría oído antes?

—¿Lo pasa usted bien en el barco, *Monsieur* Poirot?

—Francamente, no. Ha sido una estupidez el haberme dejado convencer para venir. Detesto la mar. Nunca está tranquila, nunca, ni un minuto.

—Bueno, reconocerá usted que ahora está tranquila.

Monsieur Poirot lo admitió, a regañadientes.

—*A ce moment*, sí. Por eso revivo. Por eso vuelvo a interesarme por lo que sucede a mi alrededor… por ejemplo, ha despertado mi interés su tacto en manejar al general Forbes.

—¿Se refiere usted a…?

La señorita Henderson se calló.

Hércules Poirot inclinó la cabeza.

—A su manera de sacarle aquel escándalo. ¡Admirable!

La señorita Henderson se rió, sin dar muestras de sentir el menor embarazo.

—¿Aquel quite sobre la guardia? Yo sabía que eso le haría quedarse sin habla. —Se echó hacia delante, en actitud confidencial—. Confieso que me gusta el escándalo… ¡cuanto peor intencionado sea, mejor!

Poirot la miró, pensativo. Era una mujer de cuarenta y cinco años, satisfecha de representarlos, esbelta, de figura muy bien conservada, de agudos ojos oscuros y cabello gris.

Ellie dijo, de pronto:

—¡Ya sé! ¿No es usted el famosísimo gran detective?

Poirot hizo una inclinación de cabeza.

—Es usted muy amable, *mademoiselle*.

Pero no rechazó el cumplido.

—¡Qué emocionante! —dijo la señorita Henderson—. ¿Se halla usted tras una pista, como dicen en los libros? ¿Tenemos entre nosotros un criminal de incógnito? ¿Soy indiscreta?

—Nada de eso. Me duele desilusionarla, pero estoy aquí, como los demás, sencillamente para divertirme.

Lo dijo con voz tan lúgubre que la señorita Henderson se rió.

—Bueno, mañana podrá bajar a tierra en Alejandría. ¿Ha estado usted antes en Egipto?

—Nunca, *mademoiselle*.

La señorita Henderson se levantó un tanto bruscamente.

—Voy a reunirme con el general en su paseíto —anunció, con sequedad.

Poirot se puso en pie, cortésmente.

Ella le hizo un saludo ligero y salió a cubierta.

A los ojos de Poirot asomó por un momento una expresión un poco perpleja, luego se levantó, los labios fruncidos por una sonrisita, asomó la cabeza por la puerta y miró a cubierta. La señorita Henderson se inclinaba contra la barandilla, hablando con un hombre alto, de aspecto militar.

La sonrisa de Poirot se acentuó. Volvió al salón de fumar con las mismas precauciones con que la tortuga se mete en su concha. Por el momento, el salón de fumar era sólo suyo, pero supuso certeramente que aquella situación no podía durar mucho.

Y no duró. La señora Clapperton entró por la puerta del bar con el aire resuelto de la mujer que siempre ha podido pagar el precio más alto por todo lo que necesitaba.

Llevaba el cabello rubio platino cuidadosamente ondulado y protegido por una redecilla, y la figura, sometida a masajes y dietas, cubierta con un elegante conjunto deportivo.

—¡John! —dijo—. ¡Ah, buenos días, *Monsieur* Poirot! ¿Ha visto usted a John?

—Está en la cubierta de estribor, *madame*. ¿Voy…?

Ella le detuvo con un gesto.

—Me sentaré aquí un minuto.

Se sentó con aires de reina en la butaca frente a la suya.

Desde lejos podían echársele veintiocho años. De cerca, a pesar del maquillaje perfecto, y de las cejas, muy bien depiladas, no representaba los cuarenta y nueve que tenía, sino posiblemente cincuenta y cinco. Sus ojos duros, de pupilas diminutas, eran de una tonalidad azul pálido.

—Sentí no verle anoche en el comedor —dijo—. Desde luego, el mar estaba un poco picado.

—*Précisément*… —dijo Poirot con calor.

—Afortunadamente, yo no me mareo nunca —dijo la señora Clapperton—. Digo afortunadamente porque, como padezco del corazón, probablemente marearme significaría la muerte para mí.

—¿Padece usted del corazón, *madame*?

—Sí, tengo que tener muchísimo cuidado. No debo fatigarme. ¡Todos los médicos lo dicen!

La señora Clapperton había iniciado el tema, para ella fascinante, de su salud.

—John, pobrecito mío —prosiguió—, se desvive por evitarme que haga demasiadas cosas. ¡Vivo tan intensamente, mi querido *Monsieur* Poirot!

—Sí, sí.

—Siempre me dice: «Trata de vegetar un poco, Adeline». Pero no puedo. Yo creo que la vida ha sido hecha para vivirla. A decir verdad, me agoté siendo muy joven, durante la guerra. Mi hospital… ¿ha oído usted hablar de mi hospital? Claro que tenía enfermeras y todo eso, pero era yo quien lo llevaba realmente.

Suspiró.

—Su vitalidad es maravillosa, querida señora —dijo Poirot, con el tono un poco mecánico de la persona que dice lo que esperan que diga.

La señora Clapperton soltó una risita juvenil.

—¡Todo el mundo me dice lo joven que estoy! ¡Es absurdo! Nunca niego que tenga cuarenta y tres años —continuó con franqueza un tanto falsa—, pero a mucha gente le cuesta trabajo creerlo. «¡Tienes tanta vitalidad, Adeline!», me dicen. Pero la verdad, *Monsieur* Poirot, ¿qué sería de uno si no tuviera vitalidad?

—Se moriría —dijo Poirot.

La señora Clapperton frunció el ceño. No le gustó la respuesta. Aquel hombre, pensó, quería hacerse el gracioso. Se levantó y dijo fríamente:

—Voy a buscar a John.

Al cruzar la puerta, se le cayó el bolso. Éste se abrió y su contenido se desparramó por el suelo. Poirot corrió galantemente a ayudarla. Tardó varios minutos en recoger las barras de labios, las polveras, las pitilleras, el encendedor y otras cosas diversas.

La señora Clapperton le dio las gracias cortésmente, salió luego a cubierta y dijo:

—¡John!

El coronel Clapperton continuaba enfrascado en su conversación con la señorita Henderson. Se volvió y se acercó apresuradamente a su esposa, inclinándose hacia ella en actitud protectora. ¿Estaba su silla en el sitio apropiado? ¿No era mejor…? Su actitud era muy cortés y solícita. Evidentemente, una esposa mimada por su amante esposo.

La señorita Henderson miró al horizonte, como si la escena le desagradara profundamente.

De pie en la puerta del salón de fumar, Poirot observaba.

Una voz áspera y temblona dijo a su espalda:

—Si yo fuera su marido, le daría con un hacha.

El viejo caballero, a quien la gente joven del barco, sin ningún respeto, conocía por el Patriarca de los Plantadores de Té, acababa de entrar, arrastrando los pies.

—¡Chico! —llamó—. ¡Tráeme un *whisky*!

Poirot se agachó para recoger un trozo de papel caído del bolso de la señora Clapperton y que le había pasado inadvertido. Observó que era parte de una receta para un preparado de digitalina. Lo guardó en el bolsillo, con la intención de devolvérselo más tarde a la señora Clapperton.

—Sí —continuó el anciano pasajero—. Es una mujer venenosa. En Poona conocí a una como ella. En el año 87.

—¿Y le dio alguien con un hacha? —preguntó Poirot.

El anciano meneó tristemente la cabeza.

—Mató a su marido a disgustos antes de un año. Clapperton debía ponerse en su puesto. Consiente demasiado a su mujer.

—Ella tiene la bolsa —dijo Poirot gravemente.

—¡Ja, ja! —rió entre dientes el anciano—. Lo ha expresado muy bien, en pocas palabras. Ella tiene la bolsa.

Dos chicas entraron atropelladamente en el salón de fumar. Una de ellas tenía la cara redonda y pecosa, y su cabellera oscura flotaba en desorden; la otra tenía pecas y el cabello rizado y castaño.

—¡Al rescate, al rescate! —exclamó Kitty Mooney—. Pam y yo vamos a rescatar al coronel, pobre Clapperton.

—A rescatarlo de su mujer —dijo Pamela Cregan, jadeante.

—Es una monada de hombre…

—Y ella es horrorosa, no le deja hacer nada —exclamaron las dos chicas.

—Y cuando no está con ella, lo atrapa la Henderson…

—Que es muy agradable. Pero viejísima…

Salieron corriendo, diciendo entrecortadamente, entre risa y risa:

—¡Al rescate, al rescate!

Que el rescatar al coronel Clapperton no era un arranque pasajero sino un proyecto arraigado en ellas, quedó demostrado aquella misma noche, cuando Cregan se acercó a Hércules Poirot y murmuró:

—Obsérvenos, *Monsieur* Poirot. Vamos a raptarlo delante de las narices de su mujer y a llevarlo a pasear a la luz de la luna en el puente superior.

En aquel preciso instante, el coronel Clapperton estaba diciendo:

—Le concedo que el Rolls Royce es caro. Pero tiene uno coche para toda la vida. Mi coche…

—Mi coche, querrás decir, John —dijo la señora Clapperton con voz chillona.

Él no demostró que su grosería le molestaba. O ya estaba acostumbrado o si no… «O si no…», pensó Poirot, y se puso a meditar.

—Claro, querida, tu coche.

Clapperton hizo una pequeña inclinación a su esposa y terminó lo que estaba diciendo, imperturbable.

«*Voilà… ce qu'on appelle de pukka sahib* —pensó Poirot—. Pero el general Forbes dice que Clapperton no es un caballero. No sé qué pensar».

Alguien propuso una partida de *bridge*. La señora Clapperton, el general Forbes y una pareja de mirada aguda se sentaron a la mesa de juego. La señorita Henderson se había disculpado, saliendo a cubierta.

—¿Y su marido no juega? —preguntó el general Forbes, indeciso.

—John no jugará —dijo la señora Clapperton—. Es un fastidio.

Los cuatro jugadores empezaron a barajar las cartas.

Pam y Kitty avanzaron sobre el coronel Clapperton, cogiéndole cada una por un brazo.

—¿Se viene usted con nosotras? —dijo Pam—. Arriba, al puente. Hay luna.

—No seas tonto, John —dijo la señora Clapperton—. Vas a enfriarte.

—Con nosotras no, desde luego —dijo Kitty—. ¡Ya nos encargaremos de que no se enfríe!

Clapperton se marchó con ellas, riendo.

Poirot salió a la cubierta de paseo. La señorita Henderson estaba de pie junto a la barandilla y volvió la cabeza, esperanzada. Al ver a Poirot que se acercaba a ella, la desilusión asomó a sus ojos.

Charlaron un rato. Luego, como él permaneciera silencioso, preguntó la señorita Henderson:

—¿En qué piensa?

Poirot respondió:

—Estoy pensando en mis conocimientos del idioma inglés. La señora Clapperton dijo: «John no jugará al *bridge*…». ¿No se suele decir, «no puede» jugar al *bridge*[12]?

—Creo que ella toma como una ofensa personal el que su marido no juegue al *bridge* —dijo Ellie secamente—. Ese hombre ha sido un idiota casándose con ella.

Poirot sonrió, amparado en la oscuridad.

—¿No cree usted en la posibilidad de que sean felices? —preguntó Poirot tímidamente.

—¿Con una mujer como ésa?

Poirot se encogió de hombros.

—Muchas mujeres odiosas son adoradas por sus maridos. Un enigma de la Naturaleza. Reconocerá usted que no parece afectarle nada de lo que ella diga o haga.

La señorita Henderson estaba pensando su respuesta cuando, a través de la ventana del salón de fumar, llegó hasta ellos la voz de la señora Clapperton.

—No, creo que no voy a jugar otra partida. ¡Aquí se ha viciado el aire! Voy a subir al puente a tomar el fresco.

—Buenas noches —dijo la señorita Henderson—. Me voy a la cama.

Y desapareció bruscamente.

Poirot se encaminó al salón, desierto, salvo por la presencia del coronel Clapperton y las dos chicas. Clapperton estaba haciendo trucos con las cartas y, al observar la destreza con que manejaba la baraja, Poirot recordó lo que el general había contado sobre su profesión de artista de espectáculos de variedades.

—Ya veo que le gustan las cartas, aunque no juegue al *bridge* —observó Poirot.

—Tengo mis razones para no jugar al *bridge* —le dijo Clapperton, mostrando su encantadora sonrisa—. Se lo voy a demostrar. Vamos a jugar una mano.

Repartió las cartas con rapidez.

—Cojan sus cartas. Bueno, ¿qué hay?

Se rió al ver la expresión de desconcierto de Kitty.

Mostró sus cartas y todos hicieron lo mismo. Kitty tenía todos los tréboles, *Monsieur* Poirot los corazones, Pam los diamantes y el coronel Clapperton las picas.

—¿Ve usted? —dijo—. El hombre que puede dar a sus compañeros y a sus adversarios las cartas que quiera, vale más que se mantenga alejado de una partida amistosa. Si la suerte se vuelve de su lado, podrían decirle cosas desagradables.

—¡Oh! —dijo Kitty, sin aliento—. ¿Cómo ha podido hacerlo…? Parecía que repartía las cartas como todo el mundo.

—La rapidez de la mano engaña la vista —dijo Poirot en tono sentencioso, y observó el repentino cambio de expresión del coronel.

Fue como si se hubiera dado cuenta de que se había descuidado por un momento.

Poirot sonrió. El ilusionista se había dejado ver, tras la máscara del perfecto caballero.

El barco llegó a Alejandría al amanecer de la mañana siguiente.

Cuando Poirot subió a desayunar, encontró a las dos chicas ya listas para bajar a tierra. Estaban hablando con el coronel Clapperton.

—Tenemos que bajar enseguida —instó Kitty—. Los de los pasaportes se marcharán de un momento a otro. Viene usted con nosotras, ¿verdad? ¡No nos va a dejar ir solas a tierra! Nos podrían ocurrir cosas horribles.

—Desde luego, no creo que debáis ir solas —dijo Clapperton sonriendo—. Pero no sé si mi mujer se sentirá con ánimos de ir.

—¡Qué lástima! —dijo Pam—. Pero puede quedarse descansando.

El coronel Clapperton parecía un poco indeciso. Se veía claramente que la tentación de hacer novillos era muy fuerte. En eso, advirtió la presencia de Poirot.

—¿Qué hay, *Monsieur* Poirot, baja usted?

—No, creo que no —contestó Poirot.

—Voy… voy a hablar con Adeline —decidió el coronel Clapperton.

—Vamos con usted —dijo Pam. Le hizo un guiño a Poirot—. A lo mejor podemos convencerla para que venga también —añadió en tono grave.

Al coronel Clapperton pareció agradarle la idea, como si le quitaran un peso de encima.

—Venid entonces las dos —dijo alegremente.

Se marcharon los tres juntos por la cubierta B.

Poirot, cuyo camarote estaba frente por frente del de los Clapperton, los siguió con curiosidad.

El coronel Clapperton, un poco nervioso, golpeó con los nudillos en la puerta del camarote.

—¿Adeline, querida, estás levantada?

La voz adormilada de la señora Clapperton contestó desde dentro:

—¡Jesús! ¿Quién es?

—Soy yo, John. ¿Quieres bajar a tierra?

—Desde luego que no. —Habló con voz chillona y terminante—. He pasado muy mala noche y me voy a quedar en cama casi todo el día.

Pam intervino, vivamente:

—Oh, señora Clapperton, lo siento. ¡Nos gustaría tanto que viniera con nosotros!

¿Seguro que no quiere venir?

—Completamente segura. —La voz de la señora Clapperton sonó aún más aguda.

El coronel Clapperton intentaba, sin éxito, hacer girar el picaporte.

—¿Qué pasa, John? La puerta está cerrada. No quiero que me molesten los camareros.

—Lo siento, querida, perdona. Sólo quería mi guía Baedeker.

—Bueno, pues te quedarás sin ella —exclamó la señora Clapperton—. No voy a salir de la cama. Vete ya, John, y déjame un poco tranquila.

—Desde luego, querida, desde luego.

El coronel se retiró de la puerta. Pam y Kitty le rodearon.

—Vamos enseguida. Menos mal que tiene el sombrero en la cabeza. ¡Ay, Dios mío!

No se habrá dejado el pasaporte en el camarote, ¿verdad?

—Lo tengo en el bolsillo… —empezó el coronel.

Kitty le apretó el brazo.

Inclinado sobre la barandilla. Poirot les estuvo viendo salir del barco. Oyó que alguien a su lado respiraba profundamente y, al volver la cabeza, vio a la señorita Henderson, que tenía la vista fija en las tres figuras que se alejaban.

—Conque se han ido a tierra —dijo, desanimada.

—Sí. ¿Va a bajar usted?

Poirot observó que llevaba puesto un sombrero de ala y un bolso y unos zapatos muy elegantes. Tenía el aspecto de haberse arreglado para desembarcar. Sin embargo, tras una pausa brevísima, la señorita Henderson pareció que había desistido de hacerlo y dijo:

—No. Me voy a quedar a bordo. Tengo que escribir muchas cartas.

Se volvió y dejó a Poirot.

Jadeando, tras sus cuarenta y ocho vueltas a la cubierta de paseo, el general Forbes ocupó el lugar de la señorita Henderson.

—¡Ajá! —exclamó al ver al coronel y a las dos chicas que se alejaban—. ¡Conque ésas tenemos! ¿Dónde está *madame*?

Poirot explicó que la señora Clapperton se quedaba en cama, descansando.

—¡Increíble! —exclamó el general—. Ella estará levantada para la comida, y si resulta que el pobre desgraciado, sin tener permiso, no se presenta, habrá jaleo.

Pero los pronósticos del general no se cumplieron, y cuando el coronel y las dos damiselas que le acompañaban regresaron al barco, a las cuatro de la tarde, no había hecho todavía acto de presencia.

Poirot estaba en su camarote y oyó al marido llamando a la puerta del suyo, de un modo un poco culpable. Oyó que la llamada se repetía, que el coronel trataba de abrir la puerta y que, por último, llamaba a un camarero.

—Oiga, no me contestan. ¿Tiene usted una llave?

Poirot saltó de su litera y salió al pasillo.

La noticia corrió por todo el barco como reguero de pólvora. Horrorizados, los pasajeros se enteraron de que la señora Clapperton había sido hallada muerta en su litera, con una daga egipcia hundida hasta el corazón. En el suelo de su camarote apareció un collar de ámbar.

A un rumor siguió otro, a cuál más contradictorio. ¡Se estaba reuniendo e interrogando a todos los vendedores de collares que habían sido autorizados para subir a bordo aquel día! ¡Una elevada suma de dinero había desaparecido de un cajón del camarote! ¡Se había seguido la pista a los billetes y habían sido recuperados! ¡No habían sido recuperados! ¡Había desaparecido una fortuna en joyas! ¡No había desaparecido ninguna joya! ¡Un camarero había sido arrestado, confesándose culpable del asesinato!

—¿Qué hay de verdad en todo ello? —preguntó la señorita Henderson.

Era ya tarde. La mayoría de los pasajeros se habían retirado. La señorita Henderson condujo a Poirot a un par de sillas, en el lado más protegido del barco.

—Ahora, dígame —ordenó.

Poirot la observó, pensativo.

—Es un caso interesante —dijo.

—¿Es cierto que le han robado joyas de mucho valor?

Poirot negó con la cabeza.

—No. No han robado ninguna joya. Sin embargo, ha desaparecido una pequeña cantidad de dinero suelto que había en un cajón.

—Nunca volveré a sentirme segura en un barco —dijo la señorita Henderson, estremeciéndose—. ¿De cuál de esos brutos indígenas se sospecha? ¿Hay alguna pista?

—No —dijo Hércules Poirot—. Todo es muy… extraño.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Ellie vivamente.

Poirot extendió las manos.

—Eh bien, considere usted los hechos. La señora Clapperton llevaba muerta por lo menos cinco horas cuando la encontraron. Había desaparecido algún dinero. En el suelo, junto a la cama, había un collar. La puerta estaba cerrada con llave y la llave había desaparecido. La ventana, ventana, no ojo de buey, da a la cubierta y estaba abierta.

—Siga —dijo la mujer, impaciente.

—¿No le parece a usted extraño que se cometa un asesinato en esas circunstancias?

Tenga en cuenta que todos los nativos autorizados a subir a bordo, los que cambian dinero y los vendedores de postales y collares, son conocidos de la policía.

—De todos modos, los camareros cierran con llave los camarotes —indicó Ellie.

—Sí, para evitar cualquier ratería sin importancia. Pero esto… esto es un asesinato.

—¿Qué es lo que está usted pensando exactamente, *Monsieur* Poirot? —Habló con voz un poco jadeante.

—Estoy pensando en la puerta cerrada con llave.

La señorita Henderson consideró este extremo.

—No veo ninguna dificultad en eso. El asesino salió por la puerta, la cerró y se llevó la llave, para impedir que el asesinato fuera descubierto demasiado pronto. Fue una idea muy inteligente, porque no fue descubierto hasta las cuatro de la tarde.

—No, no, *mademoiselle*, no ha comprendido lo que quiero decir. No me preocupa cómo salió, sino cómo entró.

—Por la ventana, naturalmente.

—*C’est possible*. Pero le costaría trabajo poder pasar por ella y, además, no olvide que siempre hay gente paseándose por cubierta.

—Entonces, por la puerta —dijo la señorita Henderson, impaciente.

—Pero olvida usted, *mademoiselle*, que la señora Clapperton había cerrado la puerta con llave por dentro. La había cerrado antes de que el coronel Clapperton bajara a tierra esta mañana. El coronel intentó incluso abrirla… de modo que sabemos que estaba cerrada.

—Tonterías. Seguramente se atrancó y no movería el picaporte como es debido.

—Pero no se trata solamente de que lo diga él. Oímos a la señora Clapperton decir que había cerrado la puerta.

—¿Quiénes la oyeron?

—La señorita Mooney, la señorita Cregan, el coronel Clapperton y yo.

Ellie Henderson dio unas pataditas en el suelo con su bien calzado pie, permaneciendo en silencio durante unos segundos. Luego dijo en tono un poco irritado:

—Bueno, ¿y qué deduce usted de eso? Si la señora Clapperton pudo cerrar la puerta, supongo que también podría abrirla.

—Precisamente, precisamente. —Poirot volvió hacia ella su cara sonriente—. Y ya ve usted a dónde nos conduce este pensamiento. Fue la señora Clapperton quien abrió la puerta y dejó entrar al asesino. Ahora bien, ¿es probable que abriera la puerta a un vendedor de collares cualquiera?

Ellie objetó:

—Puede que no supiera quién era. Puede que el asesino llamara a la puerta, ella se levantó y abrió; él, entonces, entró por la fuerza y la mató.

Poirot negó con un gesto.

—*Au contraire*. Estaba descansando tranquilamente en la cama cuando la apuñalaron.

La señorita Henderson clavó en él su mirada.

—¿Cuál es su teoría? —preguntó bruscamente.

Poirot sonrió.

—Bueno, parece como si ella conociera a la persona a quien dejó entrar, ¿verdad?

—¿Quiere usted decir —dijo la señorita Henderson, con voz un poco áspera— que el asesino es uno de los pasajeros?

Poirot asintió.

—Eso parece.

—¿Y el collar que apareció en el suelo, era una pista falsa?

—Precisamente.

—¿Y lo mismo el dinero robado?

—Exacto.

Permanecieron un momento en silencio. Luego, la señorita Henderson dijo lentamente:

—La señora Clapperton me resultaba de lo más desagradable y no creo que nadie en el barco le tuviera simpatía, pero nadie tenía un motivo real para matarla.

—Excepto, tal vez, su marido —dijo Poirot.

—¿No creerá usted…? —Se detuvo.

—Todo el mundo en este barco opina que el coronel estaría plenamente justificado si «le diera con un hacha». Creo que esa expresión emplearon.

Ellie Henderson le miró… expectante.

—Pero tengo que decir —continuó Poirot— que yo por mi parte, no he visto ninguna señal de exasperación en el bueno del coronel. Además, y esto es más importante, tiene una coartada. Estuvo durante todo el día con esas dos chicas y no volvió al barco hasta las cuatro. Entonces, la señora Clapperton llevaba muerta ya bastantes horas.

Ambos permanecieron en silencio unos momentos.

Ellie Henderson dijo en voz baja:

—¿Pero sigue usted pensando que… un pasajero del barco…?

Poirot inclinó la cabeza afirmativamente.

Ellie Henderson se rió de pronto, con una risa atolondrada y retadora.

—*Monsieur* Poirot, le va a costar trabajo probar su teoría. Hay muchos pasajeros en este barco.

Poirot se inclinó ante ella.

—Emplearé una frase de uno de los escritores de novelas policíacas: «Tengo mis métodos, Watson[13]».

Al día siguiente, a la hora de la cena, cada pasajero encontró junto a su plato una hoja mecanografiada, en la que se solicitaba su presencia en el salón principal, a las ocho y media. Cuando todos se hallaron reunidos, el capitán subió al estrado donde solía tocar la orquesta y les dirigió la palabra.

—Señoras y caballeros, todos ustedes conocen la tragedia que ocurrió ayer en este barco. Estoy seguro de que todos desean colaborar para entregar a la justicia al autor de tan cobarde crimen. —Hizo una pausa y se aclaró la garganta—. Tenemos entre nosotros a *Monsieur* Hércules Poirot, probablemente conocido de todos ustedes como persona con amplia experiencia en… en asuntos de esta índole. Espero que escuchen con atención lo que tiene que decirles.

En ese momento, el coronel Clapperton, que no se había presentado en el comedor, entró en el salón y se sentó junto al general Forbes. Parecía aturdido por el dolor, no daba en absoluto la sensación de sentirse liberado de un peso. O era un gran actor o había querido sinceramente a su desagradable esposa.

—*Monsieur* Hércules Poirot —dijo el capitán, bajando del estrado.

Poirot ocupó su lugar. Tenía un aspecto muy cómico, dándose importancia y sonriendo ampliamente a su auditorio.

—*Messieurs, mesdames* —empezó—. Son ustedes muy amables al tener la benevolencia de escucharme. *Monsieur le capitaine* les ha dicho que tengo cierta experiencia en estos asuntos. Tengo, es cierto, una pequeña idea propia para llegar al fondo de este caso concreto.

Hizo una seña a un camarero y éste empujó, subiéndole luego al estrado, un objeto voluminoso, sin forma definida y envuelto en una sábana.

—Lo que voy a hacer puede que les sorprenda un poco —les advirtió Poirot—. Puede que piensen que soy un tipo raro, o un loco. Sin embargo, les aseguro que tras mi locura, como dicen ustedes los ingleses, hay método.

Su mirada se cruzó con la de la señorita Henderson. Empezó a desenvolver el voluminoso objeto.

—Tengo aquí, *messieurs y mesdames*, un testigo importante que nos ayudara saber quién mató a la señora Clapperton.

Con manos hábiles, apartó el trozo final de la tela y apareció el objeto envuelto: una muñeca de madera, casi del tamaño de una persona, vestida con un traje de terciopelo y un cuello de encaje.

—Vamos, Arthur —dijo Poirot con la voz ligeramente cambiada; ya no parecía extranjero, sino que hablaba inglés con seguridad y con ligero acento de los barrios

bajos londinenses—. ¿Puedes decirme —repitió—, puedes decirme algo sobre la muerte de la señora Clapperton?

El cuello de la muñeca osciló un poquito, su mandíbula inferior descendió y empezó a moverse, y una voz de mujer, muy aguda y chillona, dijo:

—¿Qué pasa, John? La puerta está cerrada. No quiero que me molesten los camareros.

Se oyó un grito, el ruido de una silla al caerse y un hombre se tambaleó, con la mano en la garganta, tratando de hablar, tratando… De pronto, su cuerpo pareció encogerse y cayó de cabeza.

Era el coronel Clapperton.

Poirot y el médico del barco se levantaron, tras examinar la postrada figura.

—Me temo que se acabó. Corazón —dijo el médico escuetamente.

Poirot asintió.

—La impresión de haber visto su truco descubierto —dijo.

Se volvió hacia el general Forbes.

—Fue usted general, quien me dio una pista muy valiosa al mencionar el teatro de variedades. Estoy desorientado, me pongo a pensar y por fin se me ocurre.

Supongamos que antes de la guerra el coronel Clapperton fuera ventrílocuo. En ese caso, tres personas pudieron oír perfectamente la voz de la señora Clapperton hablando desde el camarote cuando ya estaba muerta…

Ellie Henderson estaba a su lado. Tenía una mirada sombría y triste.

—¿Sabía usted que padecía del corazón? —preguntó.

—Lo suponía… La señora Clapperton hablaba de su padecimiento del corazón, pero me parecía una de esas mujeres a quienes gusta que las crean enfermas. Entonces recogí del suelo un trozo de una receta de un preparado con una fuerte dosis de digitalina. La digitalina es una medicina para el corazón, pero no podía ser de la señora Clapperton, porque la digitalina dilata la pupila. Yo no noté en ella ese fenómeno… pero cuando vi los ojos de él, enseguida observé que presentaba esta dilatación.

Ellie murmuró:

—¿Entonces pensó usted que… que su experimento podría… terminar así?

—Fue el mejor medio, ¿no le parece, *mademoiselle*? —dijo Poirot suavemente.

Vio que a sus ojos asomaban las lágrimas.

—Usted lo sabía —dijo Ellie—. Lo ha sabido… todo el tiempo… Que le quería… Pero no lo hizo por mí… Fueron esas chicas, la juventud… hizo que se sintiera atado. Quería ser libre, antes de que fuera demasiado tarde… Sí, estoy segura de que fue por eso… ¿Cuándo sospechó usted… que era él?

—Su dominio de sí mismo era demasiado perfecto —dijo Poirot sencillamente—. Por irritante que fuera la conducta de su mujer, no parecía afectarle. Eso significaba, o que ya se había acostumbrado y no le hacía mella, o… Eh bien, me decidí por la segunda posibilidad. Y acerté. También me llamó la atención su insistencia, la víspera

del crimen, en mostrar su habilidad en los juegos de manos. Fingía estar traicionándose a sí mismo, involuntariamente. Pero un hombre como Clapperton no se traiciona. Tenía que haber una razón. Si la gente le creía ilusionista, no era probable que creyeran que había sido ventrílocuo.

—¿Y la voz que oímos, la voz de la señora Clapperton?

—Una de las camareras tiene una voz no muy distinta de la suya. La induje a que se escondiera tras el escenario y le enseñé las palabras que tenía que decir.

—Fue una trampa… una trampa muy cruel —exclamó Ellie.

—Los asesinatos no merecen mi aprobación —dijo Hércules Poirot.

¿Cómo crece tu jardín?

(How Does Your Garden Grow?).

Hércules Poirot hizo con sus cartas un ordenado montón, colocándolo ante sí. Cogió la primera de las cartas, examinó un momento la dirección, despegando luego el dorso del sobre con una pequeña plegadera que tenía siempre en la mesa del desayuno para ese fin y extrajo el contenido. Dentro había otro sobre, sellado con lacre y en el que se leía: PRIVADO Y CONFIDENCIAL.

Hércules Poirot alzó ligeramente las cejas, murmuró: ¡*Patience! ¡Nous allons arriver*!, y de nuevo puso en juego la pequeña plegadera. Del sobre salió entonces una carta, escrita con letra temblona y picuda. Algunas palabras estaban subrayadas de un modo muy notorio. Hércules Poirot desdobló la carta y leyó. En la parte superior, de nuevo se leían las palabras «privado y confidencial». A la derecha estaba escrita la dirección, Rosebank, Charmans Green, Bucks, y la fecha, veintiuno de marzo.

> *Señor Poirot:*
>
> *Me ha recomendado a usted una antigua y buena amiga mía, que sabe lo preocupada y disgustada que he estado en estos últimos tiempos. Claro que mi amiga no conoce los hechos; por tratarse de un asunto estrictamente confidencial no se los he confiado a nadie. Mi amiga me ha dicho que es usted la discreción personificada y que no tema verme envuelta con la policía, cosa que, si mis sospechas resultan fundadas, me desagradaría muchísimo. Pero por supuesto, es posible que esté equivocada por completo. No me considero ya con la cabeza lo bastante despierta —padeciendo como padezco de insomnio y habiendo sufrido el pasado invierno una grave enfermedad— para investigar las cosas por mí misma. No tengo ni medios ni capacidad para hacerlo.*
>
> *Por otra parte, debo insistir una vez más en que se trata de un asunto de familia en extremo delicado y que por muchas razones puede que desee echar tierra sobre el mismo. Teniendo seguridad de los hechos, podré ocuparme yo misma del asunto y así lo prefiero. Espero que este punto haya quedado bien claro. Caso de aceptar usted esta investigación, le agradecería me lo comunicara a la dirección que figura al principio de la carta.*
>
> *Atentamente,*
> *Amelia Barrowby.*

Poirot leyó la carta dos veces, del principio al fin. De nuevo alzó ligeramente las cejas. Luego la dejó al lado y cogió el segundo sobre del montón.

A las diez en punto entró en la habitación donde la señorita Lemon, su secretaria particular, esperaba recibir instrucciones para la jornada. La señorita Lemon tenía cuarenta y ocho años y un aspecto poco atractivo. La impresión general que producía era la de un montón de huesos colocados de cualquier modo. Su pasión por el orden casi igualaba la de Poirot, y, aunque muy capaz de pensar por sí misma, nunca lo hacía a no ser que se lo ordenaran.

Poirot le entregó el correo de la mañana.

—Tenga la bondad, señorita, de contestar todas estas cartas, diciendo que no, con buenas palabras.

La señorita Lemon echó una ojeada a las distintas cartas, garabateando un jeroglífico en cada una de ellas. Eran signos que solamente ella podía leer, de un código suyo particular: «jabón suave», «bofetada», «ronroneo», «seco», etc. Hecho esto, levantó la vista hacia Hércules Poirot, solicitando más instrucciones.

Poirot le tendió la carta de Amelia Barrowby. Ella la sacó de su doble envoltura, la leyó y miró a Poirot con expresión interrogante.

—¿Bueno, *Monsieur* Poirot?

Tenía el lapicero en alto, a punto, sobre el cuaderno de taquigrafía.

—¿Qué opina usted francamente de esta carta, señorita Lemon?

Frunciendo ligeramente el ceño, la señorita Lemon dejó el lapicero y leyó de nuevo la carta. El contenido de las cartas nunca tenía ningún significado para la señorita Lemon, salvo desde el punto de vista de redactar una respuesta adecuada. Muy de tarde en tarde solicitaba su jefe sus facultades humanas, dejando a un lado su personalidad profesional. Cuando esto ocurría, la señorita Lemon sentía cierta irritación. Ella era una máquina casi perfecta, total y gloriosamente desinteresada por los problemas humanos. La verdadera pasión de su vida era dar con un sistema de archivo perfecto, al lado del cual todos los demás sistemas serían olvidados. Por las noches soñaba con este archivo. Sin embargo, como Poirot sabía muy bien, la señorita Lemon era muy capaz de tratar con inteligencia los asuntos puramente humanos.

—¿Qué le parece? —preguntó.

—Una señora de edad —dijo la señorita Lemon—. Está muerta de miedo.

Y añadió, echando una ojeada a los dos sobres:

—Todo muy misterioso, y no le dice nada en absoluto.

—Sí —dijo Hércules Poirot—. Ya lo he notado.

La señorita Lemon posó una vez más su mano esperanzada sobre el cuaderno de taquigrafía. Por fin, Poirot, tras una pausa, respondió:

—Dígale que será para mí un honor visitarla en el día y a la hora que me indique, a no ser que prefiera venir a consultarme aquí. No escriba la carta a máquina, escríbala a mano.

—Muy bien, *Monsieur* Poirot.

Poirot mostró el resto del correo.

—Éstas son facturas.

Las manos eficientes de la señorita Lemon establecieron una rápida selección entre ellas.

—Las pagaré todas menos estas dos.

—¿Por qué no esas dos? No hay error en ellas.

—Son unas firmas con las que tiene usted relaciones desde hace muy poco tiempo. No hace buen efecto pagar demasiado pronto, acabando de abrir una cuenta… parece como si estuviera usted trabajando el terreno para conseguir un crédito.

—¡Ah! —murmuró Poirot—. Me inclino ante su superior conocimiento del comerciante británico.

—Poco habrá que yo no sepa con respecto a ellos —dijo la señorita Lemon con expresión torva.

La carta para la señorita Amelia Barrowby fue escrita y echada al correo, pero no llegaba respuesta alguna. Quizá, pensaba Hércules Poirot, la anciana señora había descubierto el misterio por sí misma. Sin embargo, le sorprendía un poco el que, de ser así, no hubiera escrito unas líneas corteses, diciendo que ya no necesitaba sus servicios.

Cinco días más tarde, después de recibir las instrucciones de la correspondencia, dijo la señorita Lemon:

—Esa señorita Barrowby a quien escribimos… no es extraño que no haya contestado. Ha muerto.

Hércules Poirot dijo en voz muy baja: «¿Ha muerto?». Sus palabras, más que una pregunta, parecían una respuesta.

La señorita Lemon abrió el bolso y extrajo de él un recorte de periódico.

—Lo vi en el «metro» y lo arranqué.

Aprobando mentalmente el hecho de que la señorita Lemon, a pesar de haber empleado la palabra «arranqué», había recortado la noticia cuidadosamente con unas tijeras, Poirot leyó el suelto, extraído de la sección de «Nacimientos, Defunciones y Enlaces», del *Morning Post*. «El 26 de marzo falleció de repente, en Rosebank Charman’s Green, Amelia Jane Barrowby, a los setenta y tres años de edad. Se ruega no envíen flores».

Poirot le leyó y murmuró entre dientes: «De repente». Luego dijo, vivamente:

—Señorita Lemon, ¿tiene usted la bondad de escribir una carta?

La señorita Lemon cogió un lápiz y tomó la carta en rápida y correcta taquigrafía.

Distinguida señorita Barrowby:

No he recibido contestación de usted, pero como estaré por las inmediaciones de Charman’s Green el viernes, la visitaré dicho día para tratar con mayor amplitud del asunto mencionado por usted en su carta.

Atentamente, etc.

—Escriba enseguida esta carta y si la echa pronto llegará a Charman's Green de seguro esta noche.

A la mañana siguiente, el segundo correo trajo una carta en un sobre de luto.

Muy señor mío:

En contestación a su carta, he de manifestarle que mi tía, la señorita Barrowby, falleció el día veintiséis. En consecuencia, el asunto de que habla ya no tiene importancia.

Atentamente,
Mary Delafontaine.

Poirot sonrió para sí.

—Ya no tiene importancia… ¡Ah! Eso ya lo veremos. *En avant*… vamos a Charman's Green.

Rosebank era una casa que parecía hacer honor a su nombre, lo cual no puede decirse de muchas casas de su estilo y carácter[14].

Hércules Poirot se detuvo en el sendero que conducía a la puerta principal y dirigió una mirada aprobatoria a los bien trazados macizos que se extendían a ambos lados.

Había rosales, que prometían una buena cosecha para cuando llegara la estación, y, ya en flor, narcisos, tulipanes tempraneros, jacintos azules… El último macizo estaba bordeado parcialmente por conchas.

Poirot murmuró para sí:

—¿Cómo es esa cancioncita que cantan los niños ingleses?

«Mistress Mary, quite contrary
How does your garden grow?
Whith cockle-sells and silver bells
And pretty maids all in a roze[15]».

«Puede que no haya un sinfín —pensó—, pero, por lo menos, aquí viene una doncella, para que se cumpla en todas sus estrofas la cancioncita infantil».

La puerta principal se había abierto y una pulcra doncellita, con gorro y delantal, contemplaba indecisa el espectáculo que ofrecía un señor extranjero de grandes bigotes, hablando solo en voz alta en medio del jardín. Era, según observó Poirot, una doncellita muy mona, de redondos ojos azules y mejillas sonrosadas.

Poirot se quitó el sombrero y se dirigió a ella:

—Perdone, ¿vive aquí la señorita Amelia Barrowby?

La doncella lanzó un sonido entrecortado y sus ojos, a consecuencia de la impresión, se redondearon aún más.

—¡Ay, señor! ¿No lo sabía? Se ha muerto. ¡Tan de repente! El martes por la noche.

Titubeó, luchando entre dos instintos encontrados: primero, la desconfianza hacia el extranjero, y segundo la fruición natural de su clase en explayarse en el interminable tema de enfermedades y muertes.

—Me sorprende usted —dijo Hércules Poirot, faltando a la verdad—. Tenía una cita para hoy con la señora. Sin embargo, quizá pueda ver a la otra señora que vive en la casa.

La doncellita, antes de responder, pareció titubear un poco.

—¿La señora? Sí, a lo mejor podría usted verla, pero no sé si querrá recibir a nadie.

—A mí me recibirá —dijo Poirot, entregándole una tarjeta.

La autoridad con que habló, surtió el efecto deseado.

La doncella de mejillas rosadas se hizo a un lado y condujo a Poirot hasta un salón, situado a la derecha del vestíbulo. Luego, con la tarjeta en la mano, se fue a avisar a su señora.

Hércules Poirot miró a su alrededor. El salón era completamente convencional: en las paredes, papel color de harina de avena, con un friso en el borde; cretonas de color indefinido; cojines y cortinas de color rosa y profusión de chucherías y adornos. No había nada en la habitación que se destacara, que indicara la presencia de una personalidad definida.

De pronto Poirot, que era muy sensible para estas cosas, sintió que unos ojos le observaban. Giró sobre sus talones. Una chica estaba de pie en el umbral de la puerta ventana, una chica de baja estatura, cetrina, de pelo muy negro y mirada llena de desconfianza. Entró en la habitación y, al tiempo que Poirot se inclinaba ligeramente en ademán de respeto ante ella, saltó bruscamente:

—¿Por qué ha venido?

Poirot no respondió. Se limitó a alzar las cejas.

—Usted no es abogado, ¿verdad?

Hablaba bien el inglés, pero nadie, ni por un momento, la hubiera tomado por inglesa.

—¿Por qué había de ser yo abogado, *mademoiselle*?

La chica se le quedó mirando fijamente con una expresión sombría.

—Pensé que a lo mejor lo era. Pensé que a lo mejor había venido a decir que ella no sabía lo que hacía. He oído hablar de esas cosas; la influencia indebida le llaman, ¿verdad? Pero no es cierto. Ella quiso que el dinero fuera mío y lo será. Si es necesario tendré un abogado propio. El dinero es mío. Ella lo dejó escrito así, y así será.

Estaba muy fea, con la barbilla hacia delante y los ojos lanzando chispas.

La puerta se abrió y entró una mujer alta.

—Katrina —dijo.

La chica retrocedió, enrojeció, y, farfullando algo ininteligible, salió por la puerta ventana.

Poirot se volvió hacia la recién llegada, que de modo tan eficaz había zanjado la cuestión, pronunciando una sola palabra. En su voz había habido autoridad, desprecio y una nota de ironía refinada. Poirot se dio cuenta enseguida de que aquélla era la dueña de la casa, Mary Delafontaine.

—¿*Monsieur* Poirot? Le he escrito a usted. No habrá recibido mi carta.

—He estado fuera de Londres.

—Ah, comprendo; eso lo explica. Permita que me presente. Me llamo Delafontaine.

Mi marido. La señorita Barrowby era tía mía.

El señor Delafontaine había entrado tan silenciosa mente que su llegada había pasado inadvertida. Era un hombre alto, de cabellos grises y aspecto indeciso. Se acariciaba la barbilla con movimientos nerviosos. Con frecuencia miraba a su mujer y era evidente que dejaba que ella llevara la voz cantante en las conversaciones.

—Siento mucho molestarles en medio de su aflicción —les dijo Hércules Poirot.

—Ya comprendo que no ha sido culpa suya —dijo la señora Delafontaine—. Mi tía murió la tarde del martes. Fue de lo más inesperado.

—De lo más inesperado —dijo el señor Delafontaine—. Un gran golpe.

Sus ojos estaban fijos en la puerta ventana, por donde había desaparecido la chica extranjera.

—Les pido a ustedes perdón —dijo Hércules Poirot—, y me retiro.

Dio un paso en dirección a la puerta.

—Un momento —dijo el señor Delafontaine—. ¿Dice usted que tenía… ejem… una cita con tía Amelia?

—*Parfaitement*.

—Si nos dijera usted de qué se trataba —dijo su esposa—, quizá pudiéramos ayudarle.

—Se trata de un asunto reservado —dijo Poirot—. Soy detective —añadió, sencillamente.

El señor Delafontaine tiró una figurita de porcelana que tenía en la mano. Su esposa parecía perpleja.

—¿Un detective? ¿Y tenía usted una cita con la tía? ¡Qué cosa más extraordinaria! —Se quedó mirando fijamente a Poirot—. ¿No puede usted decirnos nada más, *Monsieur* Poirot? Todo esto es… fantástico.

Poirot guardó silencio algunos segundos. Cuando habló, lo hizo escogiendo cuidadosamente las palabras.

—Es difícil para mí, señora, saber lo que debo hacer.

—Diga —dijo el señor Delafontaine—. No mencionó a los rusos, ¿verdad?

—¿Los rusos?

—Sí, ya me entiende… bolcheviques, rojos, etc.

—No seas absurdo, Henry —dijo su mujer.

Delafontaine se disculpó, muy turbado.

—Perdón… perdón… Tenía curiosidad.

Mary Delafontaine miró abiertamente a Poirot. Sus ojos eran muy azules, del color de las miosotis.

—Si puede usted decirnos algo, señor Poirot, le agradecería mucho que lo hiciera. Le aseguro que tengo… tengo motivos para pedírselo.

El señor Delafontaine se mostró alarmado.

—Ten cuidado… ya sabes que a lo mejor no hay nada cierto en todo ello.

De nuevo la esposa le detuvo con una mirada.

—¿Qué dice usted, *Monsieur* Poirot?

Lentamente, con gravedad, Hércules Poirot movió la cabeza en sentido negativo. Lo hizo con gran pesar, pero lo hizo.

—Por el momento, señora —dijo—, lamento no poder decir nada.

Se inclinó, cogió su sombrero y se dirigió a la puerta.

Mary Delafontaine le acompañó al vestíbulo. En el peldaño, Poirot se detuvo y la miró.

—Parece que tiene usted gran afición a su jardín, ¿no es así, señora?

—¿Al jardín? Sí, le dedico mucho tiempo.

—*Je vous fait mes compliments*.

Se inclinó de nuevo y se dirigió a la verja a grandes pasos. Al cruzar la verja y torcer hacia la derecha, miró hacia atrás y su mente anotó dos impresiones: un rostro cetrino que le observaba desde una ventana del primer piso y un hombre erguido, de porte militar, que se paseaba de arriba abajo por el otro lado de la calle.

Hércules Poirot se dijo para sus adentros:

«Decididamente, aquí hay gato encerrado. ¿Qué haremos para cogerlo?».

Después de considerar la cuestión, se dirigió a la oficina de Correos más próxima. Desde allí hizo dos llamadas telefónicas, cuyo resultado pareció satisfacerle. Luego dirigió sus pasos al cuartelillo de policía de Charman’s Green, donde preguntó por el inspector Sims. El inspector Sims era un hombre cordial, alto y corpulento.

—¿*Monsieur* Poirot? —preguntó—. Me lo pareció. Me acaba de llamar el jefe hace un momento para hablarme de usted. Dijo que se pasaría usted por aquí. Venga usted a mi despacho.

Una vez cerrada la puerta, el inspector señaló una butaca a Poirot, se acomodó en otra y volvió hacia su visitante una mirada llena de curiosidad.

—¡No pierde usted el tiempo, *Monsieur* Poirot! Viene usted a vernos acerca del caso de Rosebank casi antes de que sepamos que existe semejante caso. ¿Cuál fue el motivo de su interés por este caso?

Poirot sacó la carta que había recibido y se la entregó al inspector. Éste último la leyó con cierto interés.

—Interesante —dijo—. Lo malo es que puede significar tantas cosas… Es una pena que no haya sido un poco más explícita. Nos hubiera ayudado ahora.

—¿Quiere usted decir…?

—Puede que hubiera estado viva.

—¿Es que su muerte es… dudosa?

—Va usted tan lejos como todo eso, ¿eh? ¡Hum! No digo que no tenga usted razón.

—Le ruego, inspector, me haga usted una relación de los hechos. No sé nada en absoluto.

—Muy fácil. La vieja señora se puso mala el martes por la noche, después de cenar. Muy alarmante, convulsiones, espasmos y todas esas cosas. Llamaron al médico. Cuando llegó, estaba muerta. Parecía que había muerto de un ataque. Bueno, al médico no le gustó mucho el aspecto que presentaban las cosas. Tartamudeó un poco y doró la píldora lo que pudo, pero dio a entender claramente que no podía extender un certificado de defunción. Y en cuanto a la familia respecta, esto es todo lo que hay.

Están esperando el resultado de la autopsia. Nosotros hemos llegado un poco más lejos. El médico nos informó confidencialmente enseguida (él y el cirujano de la policía hicieron juntos la autopsia) y el resultado no deja lugar a dudas. La señora murió a consecuencia de una fuerte dosis de estricnina.

—¡Ah!

—Eso es. Un asunto muy feo. El caso es saber quién le dio la estricnina. Deben habérsela dado muy poco antes de su muerte. Al principio creíamos que se la habían dado con la cena, pero, francamente, parece que hay que desechar esa idea. Comieron sopa de alcachofas, servida de una sopera, pastelón de pescado y tarta de manzana.

Una cena como puede verse frugal.

—¿Quiénes eran los comensales?

—La señorita Barrowby y el señor y la señora Delafontaine. La señorita Barrowby tenía una especie de enfermera y señorita de compañía, una chica medio rusa, pero no comía con la familia. Después de retirar la comida de la mesa la chica comió de lo mismo. Tiene una muchacha, pero era su noche libre. Dejó en el horno la sopa y el pastelón de pescado y la tarta de manzana era fría. Los tres comieron lo mismo y, aparte de eso, no creo que sea posible hacer tragar estricnina a nadie de ese modo. La estricnina es amarga como la hiel. Me dijo el médico que puede notarse su sabor en una solución de uno por mil, o algo por el estilo.

—¿Y con café?

—Con café es más fácil, pero ella no tomaba nunca café.

—Ya comprendo. Sí, parece un punto muy difícil de aclarar. ¿Qué bebió con la comida?

—Agua.

—Vamos de mal en peor.

—Sí, es un verdadero lío.

—¿Tenía dinero la señora?

—Creo que estaba muy bien. Claro que todavía no conocemos los detalles concretos.

Tengo entendido que los Delafontaine están bastante mal de dinero. La señora ayudaba a sostener la casa.

Poirot sonrió.

—¿De modo que sospecha usted de los Delafontaine? —dijo—. ¿De cuál de ellos?

—No quiero decir precisamente que sospeche de ninguno de los dos en particular. Pero ahí tiene usted, son sus únicos parientes cercanos y su muerte les proporciona una bonita cantidad de dinero, estoy seguro. ¡Ya sabe cómo es la naturaleza humana!

—Algunas veces, inhumana; sí, muy cierto. ¿Y no tomó ni bebió nada más la anciana?

—Bueno, a decir verdad…

—¡Ah, *Voilà*…! Me parecía que tenía usted algo dentro de la manga, como dicen ustedes los ingleses… la sopa, el pastel de pescado, la tarta de manzana… ¡*betise*! Ahora llegamos al centro de la cuestión.

—No lo sé. Pero lo cierto es que la anciana tomaba unos sellos antes de las comidas. Ya me entiende, no eran píldoras, ni tabletas, sino unas de esas cajitas de papel de arroz con unos polvos dentro. Era una medicina completamente inofensiva, para la digestión.

—Admirable. Nada más fácil que llenar uno de los sellos con estricnina y sustituirlo por uno de los otros. Pasa por la garganta tragado con un poco de agua y no se nota el sabor.

—Eso es. Lo malo es que fue la chica la que se lo dio.

—¿La chica rusa?

—Sí. Katrina Rieger. Era una especie de criada, enfermera y señorita de compañía de la señorita Barrowby. Creo que no la dejaba en paz: tráeme esto, tráeme lo otro, tráeme lo de más allá, frótame la espalda, sírveme la medicina, vete corriendo a la farmacia… ese plan. Ya sabe usted lo que son esas señoras mayores, tienen buenas intenciones, pero lo que necesitan en realidad es una esclava negra.

Poirot sonrió.

—Y así estamos —continuó el inspector Sims—. No encaja muy bien que digamos.

¿Por qué iba a envenenarla la chica? Muerta la señorita Barrowby, se queda sin trabajo y no es tan fácil encontrar empleo; no tiene preparación especial, ni nada de eso.

—Sin embargo —sugirió Poirot—, si la caja de los sellos no estaba guardada, cualquiera de la casa pudo tener oportunidad de realizar la sustitución.

—Naturalmente, estamos en eso, *Monsieur* Poirot. No tengo reparo en confesarle que estamos haciendo averiguaciones… discretamente, claro. Cuando fue preparada la medicina, dónde la guardaban de costumbre… Con paciencia y mucho trabajo pesado y oscuro conseguiremos lo que buscamos. Luego está también el abogado de la señorita Barrowby. Mañana tengo una entrevista con él. Y el director del banco. Todavía hay mucho que hacer.

Poirot se levantó.

—Voy a pedirle un favor, inspector Sims: que me diga cómo marcha el asunto. Lo consideraré como un gran favor. Éste es mi número de teléfono.

—¡No faltaría más, *Monsieur* Poirot! Cuatro ojos ven más que dos; además, habiendo recibido la carta, tenía usted que estar en el asunto.

—Me abruma usted, inspector.

Cortésmente, Poirot estrechó la mano del inspector y se marchó.

Al día siguiente por la tarde le llamaron por teléfono.

—¿Es usted, *Monsieur* Poirot? Le habla el inspector Sims. Parece que aquel asuntito que sabemos usted y yo se va animando.

—¿De verdad? Cuénteme, se lo ruego…

—Bueno, ahí va el artículo número 1… y bastante importante, por cierto. La señorita B dejó un pequeño legado a su sobrina y todo lo demás a K. En consideración a su gran bondad y atenciones para con ella… así es como se expresa. Eso cambia el aspecto de las cosas totalmente, a mi juicio.

Ante la mente de Poirot se presentó una escena: un rostro sombrío y una voz apasionada que decía: «El dinero es mío. Ella lo ha escrito así y así será». El legado no iba a constituir una sorpresa para Katrina; tenía conocimiento de él con anticipación.

—Artículo número 2 —continuó la voz del inspector Sims—. Nadie más que K anduvo con el sello.

—¿Está usted seguro de eso?

—La propia chica al menos no lo niega. ¿Qué opina usted de eso…?

—Es sumamente interesante.

—Sólo necesitamos una cosa más… pruebas de cómo llegó a sus manos la estricnina.

No creo que sea difícil.

—¿Pero hasta ahora no ha tenido éxito?

—Acabo de empezar, como quien dice. La encuesta fue esta mañana.

—¿Qué ocurrió en ella?

—Se aplazó por una semana.

—¿Y la señorita… K?

—Voy a detenerla por sospechosa. No quiero correr riesgos. Puede que tenga amigos en el país que traten de sacarla de esto.

—No —dijo Poirot—. No creo que tenga ningún amigo.

—¿De verdad? ¿Qué le hace decir a usted eso, *Monsieur* Poirot?

—Es sólo una idea más. ¿No hay más «artículos», como usted los llama?

—Nada que tenga mucha relación con el caso. Parece que la señorita B había hecho algunas tonterías últimamente con sus valores… debe haber perdido una suma bastante elevada. Es un asunto un poco raro, pero no veo que tenga mucho que ver con el problema principal… por el momento, al menos.

—No, puede que esté usted en lo cierto. Bueno, muchas gracias. Ha sido usted muy amable en telefonearme.

—Nada de eso. Soy un hombre de palabra y comprendí que estaba muy interesado. Quién sabe, puede que me eche usted una mano antes de terminar este asunto.

—Eso sería para mí un gran placer. Por ejemplo, podría ayudarle a usted si consiguiera dar con un amigo de Katrina.

—¿No había dicho usted que no tenía amigos? —dijo el inspector Sims, sorprendido.

—Estaba equivocado —dijo Hércules Poirot—. Tiene un amigo.

Antes de que el inspector pudiera hacer más preguntas, Poirot colgó.

Con expresión grave, se encaminó a la habitación donde la señorita Lemon escribía a máquina. Al acercarse su jefe, la señorita Lemon levantó las manos del teclado y le miró, interrogante.

—Quiero que se imagine usted una pequeña historia —le dijo Poirot.

La señorita Lemon dejó caer las manos en su regazo, en actitud resignada. Le gustaba escribir a máquina, pagar cuentas, archivas y anotar los compromisos de su jefe. El que le pidiera que se imaginase en situaciones hipotéticas le aburría mucho, pero lo aceptaba como una parte desagradable de su trabajo.

—Es usted una muchacha rusa —empezó Poirot.

—Sí —dijo la señorita Lemon, con un aire sumamente británico.

—Está usted sola y sin amigos en este país. Tiene usted razones para no desear volver a Rusia. Está usted empleada como una especie de esclava, enfermera y señorita de compañía de una señora de edad. Es usted humilde y paciente.

—Sí —dijo la señorita Lemon, obediente, pero incapaz de imaginarse a sí misma en actitud humilde ante ninguna señora.

—La anciana le coge cariño a usted. Decide dejarle su dinero y así se lo comunica.

Poirot hizo una pausa.

La señorita Lemon dijo «sí» una vez más.

—Y entonces, la anciana descubre algo. Puede que sea un asunto de dinero, que se haya dado cuenta de que usted no ha sido honrada con ella. O puede que sea más

grave todavía: una medicina que tenía un gusto raro, una comida que sienta mal… Bueno, el caso es que empieza a sospechar de usted y escribe a un detective muy famoso… en fin, el más famoso de todos los detectives, ¡a mí! Tengo que ir a visitarla poco después. Y entonces, como dicen ustedes los ingleses, la grasa está en el fuego, el peligro es inminente. Hay que obrar con rapidez. Y así, cuando el gran detective llega, la anciana está muerta. Y el dinero va a parar a usted… Dígame, ¿le parece razonable?

—Muy razonable —dijo la señorita Lemon—. Quiero decir, muy razonable para una rusa. Yo, personalmente, nunca me emplearía de señorita de compañía. Me gusta que mis obligaciones estén bien definidas. Y, naturalmente, nunca se me ocurriría asesinar a nadie.

Poirot suspiró.

—¡Cómo echo de menos a mi amigo Hastings! ¡Tenía tanta imaginación y una mentalidad tan romántica! Bien es verdad que siempre se equivocaba, pero eso en sí mismo era una guía.

La señorita Lemon permaneció en silencio. Ya había oído hablar otras veces del capitán Hastings y no le interesaba el tema. Dirigió una mirada melancólica a la hoja mecanografiada que tenía ante ella.

—¡De modo que le parece a usted razonable! —murmuró Poirot.

—¿A usted no?

—Me temo que sí —suspiró Poirot.

Sonó el teléfono y la señorita Lemon salió de la habitación para contestarlo. Cuando volvió dijo:

—Otra vez el inspector Sims.

Poirot corrió al aparato. Escuchó lo que le decía el inspector y exclamó:

—¿Cómo? ¿Qué dice?

Sims repitió su declaración:

—Hemos encontrado un paquete de estricnina en la habitación de la chica escondido debajo del colchón. Acababa de llegar el sargento con la noticia. Podemos decir que esto liquida la cuestión.

—Sí —dijo Poirot—. Creo que el asunto está liquidado. Su voz había cambiado; parecía, de pronto, llena de confianza.

«Había algo que estaba mal —murmuró para sí—. Lo sentí… no, no lo sentí. Debe haber sido algo que vi. *En avant*, pequeñas células grises. Meditad, reflexionad. ¿Era todo lógico, estaba todo en orden? La chica, su ansiedad respecto al dinero… la señora Delafontaine; su marido… su referencia a los rusos… una imbecilidad, pero bueno, él es un imbécil; la habitación… el jardín… ¡ah! Sí, el jardín».

Se enderezó. En sus ojos apareció la luz verde. Se puso en pie de un salto y se dirigió a la habitación contigua.

—Señorita Lemon, ¿tiene usted la bondad de dejar lo que está haciendo y hacer una investigación?

—¿Una investigación, *Monsieur* Poirot? No creo que valga la…

Poirot la interrumpió.

—Dijo usted un día que conocía muy bien a los comerciantes.

—Desde luego que sí —dijo la señorita Lemon con seguridad en sí misma.

—Entonces el asunto es sencillo. Tiene usted que ir a Charman's Green y encontrar a un pescadero.

—¿A un pescadero? —preguntó la señorita Lemon, sorprendida.

—Exacto. El pescadero que servía el pescado a Rosebank. Cuando lo encuentre usted, le preguntaré una cosa.

Poirot le entregó un papel. La señorita Lemon lo cogió, leyó lo que había escrito en él sin mostrar interés, hizo una señal de asentimiento y cubrió la máquina con su correspondiente funda.

Iremos juntos a Charman's Green —dijo Poirot—. Usted al pescadero y yo al cuartelillo de la policía. Tardaremos una media hora desde Baker Street.

Al llegar a su destino fue recibido por el sorprendido inspector Sims.

—Vaya, trabaja usted deprisa, *Monsieur* Poirot. No hace más de una hora que le hablé por teléfono.

—Tengo que pedirle una cosa: que me deje ver a esa chica, Katrina… ¿cómo dice que se llama?

—Katrina Rieger. Bueno, no creo que haya nada que lo impida.

Katrina parecía más cetrina y sombría que nunca. Poirot le habló muy amablemente.

—*Mademoiselle*, quiero que se convenza de que no soy enemigo suyo. Quiero que me diga usted la verdad y toda la verdad.

Los ojos de Katrina chispearon, retadores.

—He dicho la verdad. ¡He dicho la verdad a todo el mundo! Si a la señora la envenenaron, yo no he sido. Todo esto es una equivocación. Usted quiere quitarme el dinero.

Hablaba con voz ronca. Parecía, pensó Poirot, una pobre ratita acorralada.

—Hábleme del sello, *mademoiselle* —continuó Poirot—. ¿Nadie salvo usted anduvo con él?

—Ya lo he dicho, ¿no? Los habían preparado aquella tarde en la farmacia. Los llevé a casa en mi bolso… muy poco antes de la cena. Abrí la caja y le di uno a la señora Barrowby, con un vaso de agua.

—¿Nadie los tocó salvo usted?

—Nadie.

¿Una rata acorralada… pero valiente, quizá?

—Y la señorita Barrowby cenó únicamente lo que nos ha dicho: la sopa, el pastel de pescado y la tarta, ¿verdad?

—Sí.

Fue un «sí» desesperado. Sus ojos oscuros no veían luz en ninguna parte.

Poirot le dio unas palmaditas en el hombro.

—Tenga valor, *mademoiselle*. Todavía puede usted ser libre… sí, y rica… una vida cómoda.

Ella le miró con desconfianza.

Al salir, Sims le dijo:

—No entendí bien lo que me dijo por teléfono… algo sobre un amigo que tenía la chica.

—Tiene uno. ¡Yo! —dijo Hércules Poirot y, antes de que el inspector pudiera recobrarse, había salido del cuartelillo de policía.

En el salón de té del Gato Verde, la señorita Lemon no hizo esperar a su jefe, sino que fue directamente al asunto.

—El hombre se llama Rudge y tiene la pescadería en High Street. Tenía usted razón: exactamente docena y media. He tomado nota de lo que me dijo —y entregó la nota.

Poirot lanzó un sonido profundo, semejante al ronroneo de un gato.

Hércules Poirot se encaminó a Rosebank. Estaba parado en el jardín, con el sol poniéndose a sus espaldas, cuando Mary Delafontaine se le acercó.

—¿*Monsieur* Poirot? —Su voz denotaba sorpresa—. ¿Ha vuelto usted?

—Sí, he vuelto. —Poirot hizo una pausa y luego dijo—: Cuando viene aquí por primera vez, me vino a la mente la rima infantil:

Di, María, la obstinada,
¿Cómo crece tu jardín?
Tiene conchas, campanitas,
de doncellas un sinfín.

Poirot terminó:

—Sí, tiene conchas, conchas de ostras, ¿verdad, *madame*?

Señaló con la mano en determinada dirección.

Ella contuvo la respiración, quedándose luego muy quieta. Sus ojos miraron a Poirot con expresión interrogante.

Él asintió.

—¡*Mais oui*! ¡Lo sé todo! La muchacha dejó la comida preparada. Ella, lo mismo que Katrina, jurará que no comieron ustedes otra cosa. Sólo usted y su esposo saben que le trajeron docena y media de ostras, un regalito *pour la bone tante*. ¡Es tan fácil poner estricnina en una ostra! ¡Se traga, *comme ça*! Pero quedan las conchas. No deben echarse al cubo. La criada las hubiera visto. Y entonces pensó usted en bordear con ellas uno de los macizos. Pero no había las suficientes; el borde no está completo. Hace mal efecto, estropea la simetría del jardín, encantador, a no ser por ese detalle.

Esas pocas conchas de ostras producen una nota discordante… Me desagradaron cuando viene aquí por vez primera.

Mary Delafontaine dijo:

—Supongo que lo habrá adivinado usted por la carta. Sabía que había escrito, pero no sabía cuánto había dicho.

Poirot contestó evasivo:

—Sabía por lo menos que se trataba de un asunto de familia. Si se hubiera tratado de Katrina, no habría motivo para echar tierra al asunto. Me figuro que usted o su esposo negociaron los valores de la señorita Barrowby en provecho propio y que ella lo descubrió…

Mary Delafontaine asintió.

—Hacía años que lo veníamos haciendo… un poco aquí y otro poco allá. Nunca me di cuenta de que fuera lo bastante lista para enterarse. Y entonces me enteré de que había mandado llamar a un detective y de que le dejaba el dinero a Katrina… ¡esa miserable!

—Y entonces puso la estricnina en el cuarto de Katrina. Comprendo. Se salvaba usted y salvaba a su marido de lo que yo pudiera descubrir y cargaba a una chiquilla inocente con la culpa de un asesinato. ¿No tiene usted piedad, señora?

Mary Delafontaine se encogió de hombros… sus ojos color miosotis miraban a Poirot. Él recordó su primera visita, la perfecta actuación de Mary Delafontaine y las torpes intervenciones de su marido. Una mujer superior… pero inhumana.

—¿Piedad? ¿Para esa miserable intrigante? —dijo ella dando rienda suelta a su odio.

Hércules Poirot dijo lentamente:

—Creo, señora, que sólo ha tenido usted dos afectos en su vida. Uno es su marido.

Los labios de Mary Delafontaine temblaron.

—Y el otro… su jardín.

Poirot miró en torno suyo. Su mirada parecía pedir perdón a las flores por lo que había hecho y por lo que iba a hacer.

Iris amarillo

(Yellow Iris).

Hércules Poirot extendió los pies hacia el radiador eléctrico empotrado en la pared. La correcta disposición de sus barras al rojo vivo complacía a su mente ordenada.

«Los fuegos de carbón —murmuró para sí— eran irregulares y desordenados. No había en ellos la menor simetría».

Sonó el timbre del teléfono. Poirot se levantó, echando al hacerlo una ojeada al reloj. Eran casi las once y media. Se preguntó quién podría llamarle a aquellas horas. Podía ser una equivocación, desde luego.

«Y también —murmuró para sí, sonriendo de modo extraño— podría tratarse de un millonario, propietario de un periódico, que ha sido encontrado muerto en la biblioteca de su casa de campo, agarrando con la mano izquierda una orquídea morada y con una página de un libro de cocina prendida en el pecho».

Sonriendo ante la agradable idea, descolgó el auricular.

Por el hilo llegó una voz de mujer, áspera y contenida, que hablaba con urgencia desesperada.

—¿Es usted *monsieur* Poirot? ¿Es usted *monsieur* Hércules Poirot?

—Hércules Poirot al habla.

—*Monsieur* Poirot, ¿puede usted venir enseguida, enseguida? Estoy en peligro, en un gran peligro…, lo sé…

Poirot dijo vivamente:

—¿Quién es usted? ¿Desde dónde habla?

La voz se oyó aún más débil, pero con mayor urgencia.

—Enseguida…, es cuestión de vida o muerte… El Jardín des Cygnes…, enseguida…, la mesa de los iris amarillos.

Luego una pausa, una especie de sonido entrecortado, y la línea se cortó. Hércules Poirot colgó. Estaba desconcertado.

—Aquí hay algo muy extraño —murmuró entre dientes.



En el umbral del Jardín des Cygnes, el obeso Luigi se le acercó apresuradamente.

—*Buona sera, monsieur* Poirot. ¿Quiere usted una mesa? ¿Sí?

—No, no, amigo Luigi. Estoy buscando a unos amigos. Echaré un vistazo. Puede que no hayan llegado todavía. Ah, espere, aquella mesa del rincón, la de los iris amarillos… Entre paréntesis, una pregunta, si no es indiscreción. En todas las demás mesas hay tulipanes, tulipanes rosas; ¿por qué tiene usted iris amarillos en aquella mesa?

—¡Una orden, *monsieur*! ¡Una orden especial! Sin duda alguna, serán las flores favoritas de alguna de las señoras. Aquella mesa es la de míster Barton Russell, un norteamericano inmensamente rico.

—¡Ajá! Hay que tener en cuenta los caprichos de las damas, ¿no es así, Luigi?

—*Monsieur* lo ha dicho —dijo Luigi.

—Veo en aquella mesa un conocido mío. Tengo que ir a saludarle.

Poirot bordeó con cuidado la pista, en la que giraban las parejas. La mesa en cuestión estaba dispuesta para seis, pero en aquel momento la ocupaba una sola persona, un joven pensativo, y al parecer deprimido, que estaba bebiendo champaña.

Poirot nunca hubiera pensado en encontrar allí a esa persona. Parecía imposible asociar la idea de peligro y melodrama con ninguna reunión en la que Tony Chapell se hallara presente.

Poirot se detuvo discretamente junto a la mesa.

—¡Vaya! ¿No es mi amigo Anthony Chapell?

—Pero ¡qué sorpresa más estupenda! ¡Poirot, el sabueso! —exclamó el joven—. ¡Anthony no, querido Poirot; Tony para los amigos! Le acercó una silla.

—Venga, siéntese conmigo. Disertemos sobre el crimen. Vayamos aún más lejos, y bebamos en honor del crimen —llenó de champaña una copa vacía—. Pero ¿qué hace usted en este nido de cante, baile y esparcimiento, mi querido Poirot? No tenemos cadáveres aquí; decididamente, no podemos ofrecerle ni un solo cadáver.

Poirot bebía el champaña a pequeños sorbos.

—Parece usted muy alegre, *mon cher*.

—¿Alegre? Estoy hundido en la desgracia, sumido en la melancolía. Dígame, ¿reconoce esa canción que están tocando?

Poirot aventuró con cautela:

—¿Algo relacionado con que su chica le ha dejado?

—No está mal —dijo el joven—. Pero se ha equivocado por esta vez. «No hay nada como el amor para hacerle a uno desgraciado». Así se llama.

—¡Ah!

—Mi canción preferida —dijo Tony Chapell en tono lastimero—. Y mi restaurante preferido, y mi orquesta preferida… Y mi chica preferida está aquí bailando con otro.

—¿Y de ahí proviene la melancolía? —preguntó Hércules Poirot.

—Exacto. Pauline y yo hemos tenido lo que el vulgo llama «unas palabras». Es decir, de cada cien palabras, ella ha dicho noventa y cinco y yo cinco. Las cinco mías eran: «Pero ¡querida, yo te explicaré!». Luego empezaba ella con sus noventa y cinco y no adelantamos nada. Creo —añadió Tony tristemente— que me voy a envenenar.

—¿Pauline? —preguntó Poirot.

—Pauline Weatherby, la cuñada de Barton Russell. Es joven, encantadora y repugnantemente rica. Esta noche nos ha invitado a cenar Barton Russell. ¿Le conoce

usted? Un gran hombre de negocios, un norteamericano muy pulido, muy activo y con mucha personalidad. Su mujer era hermana de Pauline.

—¿Y quiénes más están invitados?

—Los conocerá usted dentro de un momento, cuando pare la música. Está Lola Valdez…, ya sabe, la bailarina sudamericana del nuevo espectáculo del Metropole, y Stephen Carter. ¿Conoce a Carter? Pertenece al grupo diplomático. Muy misterioso. Le llaman Stephen el Silencioso. Uno de esos hombres que dicen: «No estoy autorizado a declarar, etcétera». Vaya, aquí vienen.

Poirot se puso en pie. Le presentaron a Barton Russell, a Stephen Carter, a Lola Valdez, una mujer morena y melosa, y a Pauline Weatherby, muy joven, muy rubia y con ojos muy azules.

Barton Russell dijo:

—Vaya; pero ¿es usted el gran Hércules Poirot? Me siento verdaderamente satisfecho de conocerle, señor. ¿No se quiere sentar con nosotros? Es decir, a menos que…

Tony Chapell interrumpió:

—Creo que tiene una cita con un cadáver, ¿o se trata del financiero fugitivo o del gran rubí del raja de Borrioboolagah?

—Pero, amigo mío, ¿cree usted que siempre estoy de servicio? ¿No puedo tratar de divertirme por una vez en mi vida?

—Quizá tenga usted una cita con Carter. Últimas noticias de las Naciones Unidas. La situación internacional es muy crítica. ¡Hay que encontrar los planos robados, o mañana será declarada la guerra!

Pauline Weatherby dijo cortante:

—¿Es necesario que hagas el idiota de ese modo, Tony?

—Lo siento, Pauline.

Tony Chapell, cabizbajo, se hundió de nuevo en el silencio.

—Qué severa es usted, *mademoiselle*.

—Me revienta la gente que se pasa la vida haciendo el tonto.

—Tengo que tener cuidado, ya lo veo. Debo conversar únicamente sobre asuntos serios.

—¡Oh, no, *monsieur* Poirot! No me refería a usted.

Volvió hacia él su rostro sonriente y preguntó:

—¿Es usted en realidad una especie de Sherlock Holmes que hace deducciones maravillosas?

—¡Ah, las deducciones! No es tan fácil hacerlas en la vida real. Pero lo intentaré. Vamos a ver, deduzco… que los iris amarillos son sus flores favoritas.

—Se ha equivocado, *monsieur* Poirot. Mis flores favoritas son los lirios del valle y las rosas.

Poirot suspiró.

—Fracasé. Lo intentaré otra vez. Esta noche, no hace mucho tiempo, telefoneó usted a alguien.

Pauline aplaudió, riéndose.

—Cierto.

—No fue mucho después de haber llegado aquí, ¿verdad, *mademoiselle*?

—Cierto también. Telefoneé nada más llegar al restaurante.

—¡Ah, eso ya no está tan bien! ¿Telefoneó usted *antes* de venir a la mesa?

—Sí.

—Muy mal, decididamente.

—No, no; ha sido muy hábil por su parte. ¿Cómo supo usted que había telefoneado?

—Eso, *mademoiselle*, es el gran secreto del detective. Y el nombre de la persona a quien telefoneó, ¿empieza con P… o quizá con H?

Pauline se rió.

—Completamente falso. Telefoneé a mi doncella para que echara al correo unas cartas particularmente importantes que me había olvidado de echar yo. Se llama Louise.

—Estoy abochornado, completamente abochornado.

La música empezó a sonar de nuevo.

—¿Vamos, Pauline? —preguntó Tony.

—No quiero volver a bailar tan pronto, Tony.

—¿No es una lástima? —dijo Tony amargamente, sin dirigirse a nadie en particular.

Poirot murmuró a la joven sudamericana sentada a su otro lado:

—Señora, no me atrevo a pedirle que baile conmigo. Soy una antigualla.

Lola Valdez dijo, con notorio acento extranjero:

—¡No diga usted tonterías! Es usted joven todavía. No tiene usted canas.

Poirot hizo una mueca de escepticismo.

—Pauline, como cuñado tuyo y tu tutor —dijo Barton Russell lentamente—, te voy a obligar a salir a la pista. Están tocando un vals, y el vals es lo único que sé bailar.

—Claro, Barton; vamos enseguida.

—Así me gusta, Pauline; eres una chica estupenda.

Se marcharon juntos. Tony echó hacia atrás su silla y miró a Stephen Carter.

—¡Cómo te gusta hablar, amiguito! —observó—. Eres un buen elemento para animar una fiesta con tu alegre charloteo, ¿eh?

—La verdad, Chapell, no sé qué quieres decir.

—Ah, ¿conque no lo sabes? —Tony se puso a remedarlo.

—Bueno, amigo…

—Bebe, hombre, bebe, ya que no hablas.

—No; gracias.

—Entonces beberé yo.

Stephen Carter se encogió de hombros.

—Perdonen, voy a hablar con un conocido que veo allí. Uno que estaba conmigo en Eton[16].

Stephen Carter se levantó, dirigiéndose a una mesa un poco más lejos.

Tony dijo, sombrío:

—Debían ahogar al nacer a todos los exetonianos.

Hércules Poirot seguía galanteando a la belleza morena que tenía a su lado.

—¿Puedo preguntar —murmuró— cuáles son las flores preferidas de *mademoiselle*?

Lola, traviesa, preguntó con su inconfundible acento extranjero:

—Vaya, ¿para qué quiere saberlo?

—*Mademoiselle*, cuando envío flores a una dama tengo mucho interés en que le gusten.

—Es usted encantador, *monsieur* Poirot. Se lo diré…: me encantan los claveles grandes, color rojo oscuro, o las rosas del mismo color.

—¡Soberbio, sí, soberbio! ¿De modo que no le gustan los iris amarillos?

—¿Flores amarillas?… No; no están de acuerdo con mi temperamento.

—Muy inteligente… Dígame, *mademoiselle*, ¿telefoneó usted a algún amigo esta noche después de llegar aquí?

—¿Yo? ¿Que si telefoneé a un amigo? No. ¡Qué pregunta más curiosa!

—¡Ah, es que yo soy un hombre muy curioso!

—Estoy segura de que lo es —giró hacia él sus ojos oscuros—. Y muy peligroso.

—No, no; peligroso, no. Digamos mejor un hombre que puede ser útil… en el peligro. ¿Entiende?

—No, no —dijo sin dejar de reír—. Es usted peligroso.

Hércules Poirot suspiró.

—Ya veo que no comprende usted. Todo esto es muy extraño.

Tony salió de su abstracción, y dijo de pronto:

—Lola, ¿qué te parece un poco de balanceo? Vamos.

—Sí, vamos. Ya que a *monsieur* Poirot le falta valor.

Tony pasó un brazo alrededor de Lola y, alejándose, dijo a Poirot por encima del hombro:

—Puede usted meditar en un crimen que todavía no ha sido cometido.

Poirot dijo:

—Muy profundo lo que acaba de decir. Sí, muy profundo…

Permaneció pensativo un minuto o dos; luego hizo una seña con la mano. Luigi se acercó presuroso, su ancho rostro italiano todo sonrisas.

—*Mon vieux* —dijo Poirot—. Necesito cierta información.

—Siempre a su disposición, *monsieur*.

—Deseo saber cuántas personas, de las que ocupan esta mesa, utilizaron el teléfono esta noche.

—Se lo voy a decir, *monsieur*. La señorita, la de blanco, telefoneó enseguida que llegó. Luego fue a dejar su abrigo, y mientras tanto la otra señora salió del guardarropa y fue a la cabina del teléfono.

—¿De modo que la señora telefoneó? ¿*Antes* de entrar en el restaurante?

—Sí, *monsieur*.

—¿Alguien más telefoneó?

—No, *monsieur*.

—Todo esto, Luigi, me da muchísimo que pensar.

—¿De verdad, *monsieur*?

—Sí. Creo, Luigi, que *esta noche precisamente* tengo que estar muy alerta. *Algo* va a ocurrir, Luigi, y no sé bien lo que es.

—Si puedo hacer algo, *monsieur*…

Poirot hizo una seña y Luigi se marchó discretamente. Stephen Carter regresaba a la mesa.

—Seguimos abandonados, míster Carter —dijo Poirot.

—¡Ah…, sí, bien! —dijo el otro.

—¿Conoce usted mucho a míster Barton Russell?

—Sí; lo conozco mucho.

—Su cuñada, la pequeña *miss* Weatherby, es encantadora.

—Sí; muy bonita.

—¿También la conoce bien?

—Muy bien.

—Bien, bien —dijo Poirot.

Carter se le quedó mirando.

La orquesta dejó de tocar y los demás volvieron a la mesa.

Barton Russell pidió al camarero:

—Otra botella de champaña, pronto.

Luego alzó su copa.

—Escuchen todos. Voy a pedirles que brinden conmigo. A decir verdad, tenía un motivo para reunirles a ustedes esta noche. Como saben, pedí mesa para seis. Sólo éramos cinco. Quedaba un sitio vacío. Entonces, por una coincidencia muy extraña, *monsieur* Hércules Poirot acertó a pasar por aquí y le pedí que se sentara con nosotros. No saben ustedes todavía lo afortunada que ha sido esta coincidencia. Este asiento vacío representa esta noche a una señora, la señora en cuya memoria se celebra esta reunión. Esta reunión, señoras y caballeros, se celebra en memoria de mi querida esposa, Iris, muerta tal día como hoy, hace exactamente cuatro años.

Alrededor de la mesa hubo un movimiento de sorpresa. Barton Russell, con el rostro impasible, alzó su copa.

—Les ruego que beban en memoria de ella. ¡Por Iris!

—¿Iris? —dijo Poirot vivamente.

Miró a las flores. Barton Russell sorprendió su mirada y asintió con un movimiento de cabeza.

Se oyeron varios murmullos.

—¡Por Iris! ¡Por Iris!

Todos parecían sorprendidos y molestos.

Barton Russell continuó hablando con su entonación americana, lenta y monótona, en la que cada palabra adquiría gran importancia.

—Puede que les parezca extraño a todos ustedes que celebre el aniversario de una muerte de este modo, cenando en un restaurante elegante. Pero tengo una razón para hacerlo… Sí; tengo una razón. En atención a *monsieur* Poirot, me explicaré.

Se volvió hacia Poirot.

—Hace cuatro años, *monsieur* Poirot, celebramos una cena en Nueva York. Nos habíamos reunido mi mujer, yo, Stephen Carter, que era agregado de la Embajada inglesa en Washington; Anthony Chapell, que llevaba en casa, con nosotros, varias semanas, y la señora Valdez, que por entonces entusiasmaba a Nueva York con su baile. La pequeña Pauline —le dio unas palmaditas en el hombro— sólo tenía dieciséis años, pero se le permitió asistir a la cena como un favor especial. ¿Te acuerdas, Pauline?

—Me acuerdo, sí.

Su voz tembló un poco.

—*Monsieur* Poirot, aquella noche ocurrió una tragedia. Sonaron unos tambores y empezó el espectáculo. Se apagaron las luces…, todas menos un foco en el centro de la pista. Cuando se encendieron de nuevo las luces, vimos que mi esposa se había caído hacia adelante, sobre la mesa. Estaba muerta. Los posos de su copa de vino contenían cianuro potásico y en su bolso apareció el resto.

—¿Se había suicidado? —dijo Poirot.

—Ése fue el veredicto aceptado… Fue para mí un golpe terrible, *monsieur* Poirot. Había, quizá, un posible motivo para tal acción…, la Policía lo creyó así. Yo acepté su decisión.

De pronto, dio un puñetazo en la mesa.

—Pero no me quedé satisfecho… No; durante cuatro años he estado pensando, dándole vueltas al asunto, y no estoy satisfecho. No creo que Iris se haya suicidado. Creo, *monsieur* Poirot, que fue asesinada… por una de las personas que se sentaban en la mesa.

—Un momento, señor…

—Calle, Tony —dijo Russell—. No he terminado. Uno de ellos la mató… ahora estoy seguro. Alguien que, al amparo de la oscuridad, deslizó en su bolso el paquete de cianuro. Creo saber quién fue. Me propongo descubrir la verdad…

La voz de Lola se alzó, aguda:

—¡Está usted loco…, loco! ¿Quién iba a querer hacerle daño? No; desde luego, está usted loco. Y yo me voy…

Se calló de pronto. En la sala se oyó un redoblar de tambores. Barton Russell dijo:

—El espectáculo. Después continuaremos con esto. Quédense todos ustedes donde están. Tengo que ir a hablar con los músicos. Tengo con ellos un pequeño trato.

Se levantó, alejándose.

—Extraordinario —comentó Carter—. Está loco.

—Está loco, sí —dijo Lola.

La iluminación fue amortiguada.

—Estoy tentado de marcharme —dijo Tony.

—¡No! —dijo Pauline con voz aguda. Luego murmuró—: ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¿Qué ocurre, *mademoiselle*? —preguntó Poirot.

Ella respondió con voz que apenas era un susurro:

—¡Es horrible! ¡Es igual que aquella noche…!

—¡Ssss! ¡Ssss! —dijeron varias personas.

Poirot bajó la voz.

—Una palabrita al oído.

Susurró algo, dándole unas palmaditas en el hombro.

—Todo irá bien —le aseguró.

—¡Dios mío! ¡Escuchen! —exclamó Lola.

—¿Qué ocurre, señora?

—Es la misma melodía, la misma canción que tocaron aquella noche en Nueva York. Barton debe de haberlo organizado. No me gusta esto.

—Valor…, valor…

Los siseos se repitieron.

Una muchacha salió al centro de la pista, una muchacha negra como el carbón. En su rostro oscuro resaltaban el blanco de sus ojos y los relucientes dientes. Se puso a cantar con voz profunda y áspera, una voz que resultaba extremadamente conmovedora:

Me olvidé de ti,
ya no pienso en ti,
en cómo andabas,
en cómo hablabas,
en lo que decías.
Me olvidé de ti,
ya no pienso en ti.
No sé de seguro
si tus ojos son claros u oscuros.
Me olvidé de ti,

ya no pienso en ti.
Todo ha terminado,
ya no pienso en ti.
En ti…, en ti…, en ti…

La melancolía de la canción, la profunda voz de la joven negra, produjo en los oyentes una intensa impresión. Los hipnotizó, los embrujó. Incluso los camareros sintieron el hechizo. Todos tenían la vista fija en ella, hipnotizados por la emoción que su voz llena producía.

Un camarero pasó sin hacer ruido junto a la mesa, llenando las copas y diciendo «¿champaña?» en voz baja, pero todos concentraban su atención en el deslumbrante foco de luz, en la mujer negra cuyos antepasados procedían de África, que cantaba con su voz profunda:

Me olvidé de ti,
ya no pienso en ti.
¡Ay, qué mentira!
Pensaré en ti, en ti,
en ti, toda la vida.

Sonaron frenéticos aplausos. Las luces se encendieron. Barton Russell volvió a la mesa y se deslizó en su asiento.

—Es imponente esa chica —exclamó Tony.

Pero un grito de Lola le interrumpió.

—*Miren… Miren…*

Todos miraron y vieron a Pauline Weatherby caída hacia adelante sobre la mesa.

Lola exclamó:

—Está muerta… Igual que Iris, igual que Iris en Nueva York.

Poirot se puso en pie de un salto, haciendo señas a los demás de que se apartaran. Se inclinó sobre el cuerpo encogido, cogió una de las manos, fláccida, y buscó el pulso.

Su rostro, muy pálido, tenía una expresión severa. Los demás le observaban paralizados.

Lentamente, Poirot movió la cabeza.

—Sí; está muerta, *la pauvre petite*. ¡Y yo sentado aquí a su lado! ¡Ah, pero esta vez el asesino no se escapará!

Barton Russell, con el rostro demudado, murmuró:

—Igual que Iris… Había visto algo… Pauline había visto algo aquella noche… Pero no estaba segura, me dijo que no estaba segura… Tenemos que llamar a la Policía… ¡Dios mío, la pequeña Pauline!…

Poirot dijo:

—¿Dónde está su copa? —Se la acercó a la nariz—. Sí; noto el olor del cianuro, un olor a almendras amargas…; el mismo método, el mismo veneno…

Cogió el bolso de Pauline.

—Vamos a mirar en su bolso.

Barton Russell gritó:

—¿No creerá que se ha suicidado también? Sería absurdo.

—Espere —ordenó Poirot—. No, aquí no hay nada. Las luces se encendieron demasiado repentinamente y el asesino no tuvo tiempo. Por consiguiente, tiene todavía el veneno encima.

—El asesino o la asesina —dijo Carter.

Estaba mirando a Lola Valdez.

Ella saltó:

—¿Qué quiere decir? ¿Qué está usted diciendo? ¿Que yo la maté? ¡No es cierto, no es cierto! ¿Por qué iba yo a hacer semejante cosa?

—En Nueva York se encaprichó usted de Barton Russell. Lo he oído comentar. Las bellezas argentinas tienen fama de celosas.

—Eso es una sarta de mentiras. Y no soy argentina, sino peruana. Le escupiría, le… —Y continuó en español.

—Les ruego guarden silencio —exclamó Poirot—. Soy yo el que tiene que hablar.

Barton Russell dijo en tono grandilocuente:

—Hay que registrar a todo el mundo.

Poirot dijo con calma:

—*Non, non*; no es necesario.

—¿Qué quiere usted decir con eso de que no es necesario?

—Yo, Hércules Poirot, lo sé todo. Veo con los ojos de la inteligencia. ¡Y voy a hablar! Señor Carter, *¿tiene la bondad de mostrarnos el paquete que tiene en el bolsillo superior de la chaqueta?*

—No tengo nada en el bolsillo. ¿Qué diablos…?

—Tony, amigo mío, si hace usted el favor…

Carter gritó:

—¡Maldito…!

Tony obró tan rápidamente, que antes que Carter pudiera defenderse le había sacado el paquete del bolsillo.

—¡Ahí tiene, *monsieur* Poirot; tal como usted dijo!

—¡Todo esto es una maldita calumnia! —gritó Carter desesperado.

Poirot cogió el paquete y leyó la etiqueta.

—Cianuro potásico. El caso está liquidado.

Barton Russell habló con voz ronca:

—¡Carter! Siempre lo sospeché. Iris estaba enamorada de usted. Usted no quería que un escándalo perjudicara su preciosa carrera y la envenenó. Le ahorcarán por eso, ¡perro cochino!

—¡Silencio! —La voz de Poirot se elevó firme y autoritaria—. Todavía no ha terminado esto. Yo, Hércules Poirot, tengo algo que decir. Mi amigo Tony Chapell, aquí presente, me dijo cuando llegué a este lugar que había venido buscando un crimen. Eso, en parte, era cierto. Estaba pensando en un crimen…, pero había venido a evitarlo. Y lo he evitado. El asesino lo tenía todo muy bien planeado, pero Hércules Poirot le tomó la delantera. Tuvo que pensar muy deprisa y murmurar algo rápidamente al oído de *mademoiselle* cuando las luces se apagaron. Es muy lista e inteligente *mademoiselle* Pauline; interpretó muy bien su papel. *Mademoiselle*, ¿quiere tener la bondad de demostrarnos que no está muerta, al fin y al cabo?

Pauline se enderezó.

—La resurrección de Pauline —dijo con risa un poco insegura.

—¡Pauline, mi vida!

—¡Tony!

—¡Cielo!

Barton Russell balbució:

—No…, no comprendo.

—Yo le ayudaré a comprender, míster Barton Russell. Su plan ha fracasado.

—¿Mi plan?

—Sí; su plan. De todos los presentes, ¿quién era el único que tenía una coartada mientras las luces permanecieron apagadas? El hombre que se alejó de la mesa… usted, míster Barton Russell. Pero volvió usted a la mesa, al amparo de la oscuridad, y dio una vuelta alrededor de ella, con una botella de champaña, llenando las copas, echando el cianuro en la copa de Pauline y dejando caer el paquete con el resto del veneno en el bolsillo de Carter al inclinarse hacia él para retirar una copa. Sí, sí; es muy fácil interpretar el papel de camarero en la oscuridad, cuando todo el mundo fija su atención en otra parte. Ése fue el verdadero motivo de esta cena. El lugar más seguro para cometer un asesinato es en medio de una multitud.

—¿Qué…? ¿Por qué diablos iba yo a querer matar a Pauline?

—Puede que sea cuestión de dinero. Su esposa le nombró a usted tutor de su hermana. Mencionó usted el hecho esta noche. Pauline tiene veinte años. A los veintiuno, o en caso de contraer matrimonio, tendría usted que rendir cuentas de su administración. Creo que no le sería a usted posible hacerlo. Ha especulado usted con el dinero. Yo no sé, míster Barton Russell, si mató usted a su mujer del mismo modo o si su suicidio le dio la idea de este crimen; pero sí sé que es usted culpable de intento de asesinato. A *mademoiselle* Pauline le toca decidir si ha de ser procesado o no por ello.

—No —dijo Pauline—. Que se marche a donde yo no lo vea y que salga del país. No quiero escándalo.

Barton Russell se levantó, con el rostro agitado.

—Que el diablo le lleve, entremetido mequetrefe…

Se marchó, furioso, dando grandes zancadas.

Pauline suspiró.

—*Monsieur* Poirot, ha estado usted maravilloso…

—Usted, *mademoiselle*, usted sí que ha estado maravillosa. Tirar el champaña, hacerse tan bien la muerta…

—¡Huy! —Se estremeció Pauline—. Me pone piel de gallina.

Poirot dijo suavemente.

—Fue usted quien me telefoneó, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué?

—No sé. Estaba preocupada y… asustada, sin saber exactamente por qué. Barton me dijo que iba a dar esta cena para conmemorar la muerte de Iris. Comprendí que tenía algún plan, pero no me dijo en qué consistía. Estaba tan… tan raro y tan nervioso, que me pareció que podía ocurrir algo horrible, sólo que nunca hubiera sospechado que quisiera… deshacerse de *mí*.

—Continúe, *mademoiselle*.

—Yo había oído hablar de usted. Pensé que si pudiera traerle aquí quizá evitara que ocurriera lo que temía. Me pareció que siendo… extranjero, si le llamaba por teléfono, fingiendo estar en peligro, y… le daba un aire de misterio…

—¿Creyó usted que el melodrama me atraería? Eso fue lo que me desconcertó. El mensaje en sí era decididamente lo que ustedes llaman «camelo», sonaba a falso. Pero el miedo de la voz…, ése sí era real. Entonces vine…, y usted negó categóricamente que me hubiera llamado.

—Tuve que hacerlo. Además, no quería que usted supiera que había sido yo.

—¡Ah, pero yo suponía que había sido usted! No al principio. Pero pronto caí en la cuenta de que las dos únicas personas que podían saber de antemano que en la mesa iba a haber iris amarillos eran usted y míster Barton Russell.

Pauline asintió con un gesto.

—Le oí cuando encargaba que los pusieran en la mesa —explicó—. Eso y que pidiera mesa para seis, cuando sabía que sólo seríamos cinco, me hizo sospechar.

Se calló de pronto, mordiéndose los labios.

—¿Qué sospechó usted, *mademoiselle*?

Ella dijo lentamente:

—Tenía miedo… de que algo le ocurriera… a Carter.

Stephen Carter se aclaró la garganta. Sin prisas, pero con decisión, se puso en pie.

—Ejem…, tengo que… darle las gracias, *monsieur* Poirot. He contraído una gran deuda con usted. Me perdonarán que les deje, los acontecimientos de esta noche han

sido bastante… desagradables.

Viéndole alejarse, Pauline dijo con violencia:

—Le odio. Siempre creí que fue… por su culpa por lo que Iris se mató. O puede que…, que Barton la haya matado. ¡Ay, es horrible…!

Poirot dijo suavemente:

—Olvide, *mademoiselle*…, olvide… No piense en el pasado… Piense sólo en el presente…

Pauline murmuró:

—Sí; tiene usted razón.

Poirot se volvió hacia Lola Valdez.

—Señora, según va avanzando la noche, mi valor aumenta. Si quisiera bailar ahora conmigo…

—¡Claro que sí! Es usted…, es usted la *vedette* de la reunión. Insisto en bailar con usted.

—Es usted muy amable, señora.

Tony y Pauline quedaron solos. A través de la mesa se acercaron uno al otro.

—¡Pauline, mi vida!

—¡Ay, Tony, he estado tan odiosa todo el día, metiéndome contigo constantemente!… ¿Me perdonas?

—¡Corazón! Otra vez nuestra canción. Vamos a bailar.

Se alejaron bailando y canturreando en voz baja:

Nada como el amor puede ponerte melancólico.
Nada como el amor puede hacerte desgraciado.
Nada como el amor puede ponerte triste,
deprimido,
poseído,
sentimental,
temperamental.
Nada como el amor puede ponerte melancólico.

Nada como el amor puede volverte loco.
Nada como el amor para sentirte furioso,
ofensivo,
insolente
suicida,
homicida.
Nada como el amor.
Nada como el amor…



El segundo «gong»

(The Second Gong).

Joan Ashby salió de su dormitorio y se detuvo unos instantes en el rellano. Iba a entrar de nuevo en su habitación, cuando oyó sonar el batintín.

Inmediatamente Joan echó a correr. Tanta era su prisa que en lo alto de la gigantesca escalera tropezó con un joven que venía por el pasillo en dirección contraria.

—¡Hola, Joan! ¿Por qué tanta prisa?

—Lo siento, Harry. No te había visto.

—Eso parece —replicó Harry Dalehouse en tono seco—. Pero como te decía, ¿a qué viene esa prisa?

—Ha sonado el «gong».

—Lo sé; pero es sólo el primero.

—No, el segundo.

—El primero.

—El segundo.

Mientras discutían habían ido bajando la escalera y ahora se encontraban en el recibidor, donde el mayordomo, luego de dejar la maza del batintín, se aproximó a ellos con paso grave y majestuoso.

—Es el segundo —insistió Joan—. Lo sé; bueno, en primer lugar mira la hora que es.

Harry Dalehouse miró el gran reloj de su padre.

—Son las ocho y doce minutos —observó—. Joan, creo que tienes razón, pero yo no oí la primera llamada. Digby —dijo dirigiéndose al mayordomo—, ¿es la primera llamada o la segunda?

—La primera, señor.

—¿A las ocho y doce minutos? Digby, alguien recibirá una reprimenda por esto.

Una ligera sonrisa apareció en los labios del mayordomo.

—Esta noche la cena se sirve diez minutos más tarde, señor. Son órdenes del señor.

—¡Increíble! —exclamó Harry Dalehouse—. ¡Vaya, vaya! ¡Los tiempos adelantan que es una barbaridad! ¡No cesan de ocurrir maravillas! ¿Qué es lo que ocurre a mi respetable tío?

—El tren de las siete trae media hora de retraso, y como…

El mayordomo se interrumpió al oír un ruido semejante al chasquido de un látigo.

—¡Qué diablos…! ¿Qué ha sido eso? —preguntó Harry—. Ha sonado como un disparo.

—Debe de haber sido alguna falsa explosión de un automóvil, señor —replicó el mayordomo—. La carretera pasa muy cerca de la casa por ese lado y las ventanas de

la escalera están abiertas.

—Quizá —dijo Joan pensativa—. Pero eso hubiera sonado por allí —indicó la derecha—. Y yo creo que el ruido vino de aquí —señaló la izquierda.

El hombre moreno negó con la cabeza.

—No lo creo. Yo estaba en el salón y salí creyendo que el ruido venía de esa dirección —y ladeando la cabeza indicó el lugar donde estaba el batintín y la puerta principal.

—Este, oeste y sur, ¿eh? —dijo el incorregible Harry—. Bien, yo lo completaré. Escojo el norte. Yo creo que sonó a nuestras espaldas. ¿Se les ocurre alguna explicación?

—Bueno…, siempre cabe la posibilidad del crimen —dijo Geoffrey Keene sonriendo—. Perdóneme, señorita Ashby.

—No ha sido nada. Sólo un escalofrío —dijo Joan.

—Buena ocurrencia…, un crimen —continuó Harry—. ¡Pero cielos! Sin gemidos, sin sangre… Me temo que la solución es un cazador furtivo persiguiendo un conejo.

—Tal vez parezca una tontería, pero supongo que eso debió ser —convino el otro —, pero ha sonado tan cerca… No obstante, entremos en el salón.

—Gracias a Dios no llegamos tarde —exclamó Joan con calor—. Yo bajaba corriendo la escalera creyendo que era la segunda llamada.

Y riendo entraron todos en el salón.

Lytcham Close era una de las casas antiguas más famosas de Inglaterra. Hubert Lytcham Roche, su propietario, era el último descendiente de una antigua familia, y sus parientes más lejanos podían comentar: «El viejo Hubert, la verdad es que debían encerrarle. El pobrecillo está más loco que una cabra».

Aparte de la exageración natural de amigos y parientes, había algo de verdad. Hubert Lytcham Roche era ciertamente un excéntrico. Siendo un músico excelente tenía un carácter indomable y un sentido casi anormal de la propia importancia. Las personas que eran invitadas a su casa debían respetar sus costumbres o de otro modo no volvían a ser invitadas.

Una de sus manías era la música. Si tocaba para sus huéspedes como solía hacerlo algunas noches, debían guardar absoluto silencio. Un comentario en voz baja, el frufrú de un vestido o un movimiento tan sólo… y les miraba iracundo, y los concurrentes podían despedirse de ser invitados.

Otra era la absoluta puntualidad para la comida más importante del día. El desayuno era algo intrascendente…, podía bajarse a desayunar al mediodía si se quería. La comida lo mismo…, un ágape sencillo consistente en carne fría y frutas en conserva. Pero la cena era un rito…, un festival… preparado por un *cordon bleu* que había arrebatado a un gran hotel tentándole con un precio fabuloso.

El primer «gong» sonaba a las ocho y cinco minutos. Y a las ocho y cuarto el segundo. Instantes después se abría la puerta, se anunciaba la cena, y los huéspedes se dirigían al comedor en solemne procesión. Todo el que tuviera la temeridad de llegar después de la segunda llamada, quedaba expulsado a partir de aquel momento… y Lytcham Close cerraba sus puertas para siempre al desdichado huésped.

De ahí la ansiedad de Joan Ashby y también el asombro de Harry Dalehouse al oír que el rito sagrado iba a ser retrasado diez minutos aquella noche. Aunque no estaba muy íntimamente relacionado con su tío, había ido a Lytcham Close lo bastante a menudo para saber que aquello era algo inusitado.

Geoffrey Keene, secretario de Lytcham Roche, estaba también muy sorprendido.

—Es extraordinario —comentó—. No creo que tenga precedentes. ¿Está seguro?

—Digby lo dijo.

—Dijo algo de un tren —continuó Joan Ashby—. Por lo menos eso creí oír.

—Es curioso —comentó Keene pensativo—. Supongo que ya lo sabremos a su debido tiempo, pero es muy extraño.

Los dos hombres guardaron silencio unos instantes mientras contemplaban a la joven. Joan Ashby era una criatura encantadora, de ojos azules, cabellos rubios como el oro y mirada traviesa. Aquélla era su primera visita a Lytcham Close, invitada por Harry.

La puerta se abrió y Diana Cleves, hija adoptiva de Lytcham Roche, penetró en la estancia.

Diana poseía una gracia pintoresca y un embrujo especial gracias a sus ojos negros y a su lengua mordaz. Casi todos los hombres se enamoraban de Diana y ella disfrutaba con sus conquistas. Una extraña criatura…, parecía emanar calor y era completamente fría.

—Por primera vez he ganado al viejo —comentó—. La primera vez en muchas semanas que no está aquí el primero mirando su reloj y paseando de un lado a otro como un tigre que espera la hora de la comida.

Los dos jóvenes se habían adelantado a su encuentro y ella les sonreía alentadora…, luego volvióse hacia Harry. Geoffrey Keene enrojeció, pese a su color moreno, mientras se retiraba.

Sin embargo, se recobró unos instantes después cuando entró la señora de Lytcham Roche. Era alta, morena, de ademanes vagos, y flotaba envuelta en suaves pliegues de su vestido verde desvaído. La acompañaba un hombre de mediana edad, de nariz afilada y mandíbula enérgica… Gregorio Barling. Era una figura prominente en el mundo de las finanzas, y de muy buena familia por parte de su padre, y había sido varios años el amigo íntimo de Hubert Lytcham Roche.

¡Bum!

El batintín resonó en la casa, y cuando su eco se iba apagando, se abrió la puerta de par en par y Digby anunció:

—La cena está servida.

Luego, aun siendo un criado tan correcto, no pudo disimular una mirada de asombro. ¡Por primera vez, en mucho tiempo, su amo no estaba en aquella habitación!

Y era evidente que su asombro fue compartido por todos. La señora Lytcham lanzó una risita forzada.

—Es muy extraño. Y la verdad… no sé qué hacer.

Todos estaban sorprendidos. La austera tradición de Lytcham Close había sido interrumpida. ¿Qué ocurriría? Cesaron las conversaciones y se hizo un silencio expectante.

Al fin la puerta abrióse una vez más: todos contuvieron un suspiro de alivio pensando cómo se presentaría la situación. No debía decirse nada que pusiera de relieve que el propio anfitrión había quebrantado las rígidas costumbres de la casa.

Mas el recién llegado no era Lytcham Roche. Y en vez de una figura corpulenta, barbuda y con aire de vikingo, fue avanzando por el largo salón un hombrecillo menudo, de aspecto extranjero, cabeza ovoidal y bigote exagerado, que vestía un *smoking* impecable.

Con los ojos brillantes, el recién llegado dirigióse hacia donde estaba la señora Lytcham Roche rodeada de los demás.

—Mil perdones, *madame* —le dijo—. Lamento haber llegado con retraso.

—¡Oh, nada de eso! —murmuró la señora Lytcham Roche—. Nada de eso…, señor… —Se detuvo.

—Poirot, *madame*, Hércules Poirot.

Oyó un ligero ¡oh! a sus espaldas… y de labios de una mujer… casi más bien una exclamación contenida que una palabra… Tal vez se sintiera halagado.

—¿Sabía que iba a venir?… —murmuró en tono amable—. *¿N'est ce pas, madame?* Su esposo se lo diría.

—Oh… oh, sí —dijo la señora Lytcham Roche en tono poco convincente—. Quiero decir que supongo que sí. Soy tan distraída, señor Poirot. Nunca recuerdo nada, pero por fortuna Digby cuida de todo.

—Mi tren ha llegado con retraso —dijo el señor Poirot—. Hubo un accidente en la línea antes de que pasáramos nosotros.

—¡Oh! —exclamó Diana—. Por eso retrasaron la cena.

Poirot volvió rápidamente sus ojos hacia ella…, mirándola sin disimulos.

—Eso se sale de lo corriente…, ¿verdad?

—En realidad no puedo imaginar… —empezó a decir la señora Lytcham Roche y luego se detuvo—. Quiero decir… —continuó aturdida— que es tan extraño… Hubert nunca…

Poirot fue revisando todo el grupo.

—¿El señor Lytcham Roche no ha bajado todavía?

—No, y eso es lo extraordinario… —Miró suplicante a Geoffrey Keene.

—El señor Lytcham Roche es la puntualidad misma —exclamó Keene—. No ha bajado tarde a cenar desde… bueno… no creo que se haya retrasado nunca.

Para un extraño aquella situación debía haber sido ridícula…, aquellos rostros preocupados y la consternación general.

—Ya sé —dijo la señora Lytcham con el aire de quien trata de resolver un problema—. Llamaré a Digby.

Y unió la acción a la palabra. El mayordomo acudió sin tardanza.

—Digby —dijo la señora Lytcham—. ¿El señor está…?

Y como tenía por costumbre dejó la frase sin terminar, pero era evidente que el mayordomo no esperaba que lo hiciera y replicó enseguida:

—El señor bajó a las ocho menos cinco y fue al despacho, señora.

—¡Oh! —hizo una pausa—. ¿Usted cree… quiero decir… cree que oiría el batintín?

—Yo creo que sí…, el batintín está precisamente junto a la puerta del despacho.

—Sí; claro, claro —repuso la señora Lytcham Roche más abstraída que nunca.

—¿Quiere que vaya a avisarle que la cena está servida, señora?

—Oh, gracias, Digby. Sí; creo… sí, sí, vaya usted.

—¡No sé lo que haría sin Digby! —exclamó la señora Lytcham Roche dirigiéndose a sus invitados cuando el mayordomo se hubo marchado.

Se hizo un silencio.

Al fin regresó Digby respirando afanosamente.

—Perdóneme, señora…, la puerta del despacho está cerrada.

Y fue entonces cuando Hércules Poirot tomó el mando de la situación.

—Creo que lo mejor ahora es que vayamos al despacho —anunció.

Abrió la marcha y todos le siguieron, pareciendo natural que fuera él quien asumiera la autoridad. Ya no era un huésped de aspecto ridículo, sino una personalidad y el amo absoluto de la embarazosa situación.

Saliendo al recibidor, pasó por delante de la escalera, del gran reloj y del rincón donde estaba el batintín. Exactamente enfrente de éste hallábase la puerta del despacho.

Golpeó en ella con los nudillos, primero suavemente y luego con creciente violencia, mas sin obtener respuesta. Con toda tranquilidad se puso de rodillas para mirar por la cerradura. Luego se levantó, mirando en derredor suyo.

—*Messieurs* —dijo—. ¡Hemos de echar abajo esta puerta inmediatamente!

Y como antes, nadie discutió su autoridad. Geoffrey Keene y Gregorio Barling eran los dos más robustos y se dispusieron a atacar la puerta bajo la dirección de Poirot. No fue cosa fácil. Las puertas de Lytcham Close eran muy sólidas…, y no como las modernas. Resistió el ataque con valentía, pero al fin sucumbió bajo el empuje de los dos hombres, abriéndose hacia dentro.

El grupo vaciló ante la puerta, viendo lo que inconscientemente habían temido ver. Frente a ellos estaba la ventana, y a la izquierda, entre ésta y la puerta, había una

mesa escritorio, y sentado, no detrás de la mesa, sino junto a uno de sus lados, hallábase un hombre corpulento… desplomado, pero su postura lo decía todo. Su mano derecha colgaba inerte, y sobre su altura había un pequeño revólver reluciente.

Poirot habló a Gregorio Barling en tono de mando.

—Llévese a la señora Lytcham Roche… y a las otras dos señoritas.

El otro asintió comprensivamente y puso una mano sobre el hombro de su anfitriona. Ella se estremeció.

—Se ha matado —murmuró—. ¡Es horrible! —Y estremeciéndose nuevamente dejó que se la llevaran de allí.

Las dos jóvenes la siguieron. Poirot penetró en la estancia, y los dos hombres entraron tras él. Arrodillóse junto al cadáver, pidiéndoles que no se acercaran. La bala había entrado por el lado derecho de la cabeza y saliendo por el otro debió dar contra el espejo que había en la pared izquierda, puesto que estaba roto. Sobre la mesa escritorio y en una hoja de papel blanco veíanse escritas las palabras «lo lamento» con letra insegura y temblorosa. Los ojos de Poirot miraron de nuevo la puerta.

—La llave no está en la cerradura —dijo—. Me pregunto… —Introdujo la mano en el bolsillo del muerto.

—Aquí está —anunció—. Por lo menos eso creo. ¿Quiere tener la bondad de comprobarlo, *monsieur*?

Geoffrey Keene la tomó de sus manos para introducirla en la cerradura.

—Encaja, desde luego.

—¿Y la ventana?

Harry Dalehouse fue hasta ella.

—Cerrada.

—¿Me permite? —Y con suma ligereza Poirot se puso en pie, yendo a reunirse con el otro junto a la ventana. Era un alto ventanal que el detective estuvo examinando después de abrirlo, así como la hierba del exterior, y luego volvió a cerrarlo.

—Amigos míos —les dijo—. Debemos telefonear a la policía, y hasta que vengan y queden convencidos de que esto ha sido un suicidio no hay que tocar nada. Sólo debe llevar muerto un cuarto de hora.

—Lo sé —dijo Harry con voz ronca—. Oímos el disparo.

—*¿Comment?* ¿Qué es lo que ha dicho?

Harry se lo explicó ayudado por Geoffrey Keene, y al terminar de hablar, Barling reapareció.

Poirot repitió lo que había dicho antes, y mientras Keene iba a telefonear, rogó a Barling que le concediera unos minutos de entrevista.

Pasaron a una pequeña galería, dejando a Digby de guardia ante la puerta del despacho, mientras Harry iba en busca de las señoras.

—Usted era, según tengo entendido, amigo íntimo del señor Lytcham Roche —comenzó Poirot—. Y por esta razón me dirijo a usted antes que a nadie. Según la

etiqueta, tal vez hubiera debido hablar primero con *madame*, pero de momento no lo considero *pratique*.

Hizo una pausa.

—Me hallo en una situación difícil, y voy a exponerle los hechos con toda sencillez. Yo soy un detective particular.

El financiero sonrió.

—No lo diga, señor Poirot. Su nombre es bien conocido.

—*Monsieur* es muy amable —replicó Poirot inclinándose—. Entonces, pasemos adelante. En mi dirección de Londres recibí una carta del señor Lytcham Roche diciéndome que tenía razones para creer que le habían estafado grandes cantidades de dinero y que por razones de familia no deseaba dar parte a la policía, pero sí que yo viniera a aclarar el asunto. Pues bien, me avine a ello, y me dispuse a venir no tan pronto como deseaba el señor Lytcham Roche… porque al fin y al cabo yo tengo otros asuntos que atender, y el señor Lytcham Roche no era el rey de Inglaterra, aunque parecía creerlo así.

Barling sonrió secamente.

—Desde luego se creía un rey.

—Exacto. Oh, ¿comprende?…, su carta demuestra plenamente que era lo que se llamaba un excéntrico. No es que estuviera desequilibrado, *¿n'est ce pas?*

—Lo que acaba de hacer lo demuestra.

—Oh, *monsieur*, pero el suicidio no es siempre obra de un desequilibrado. El jurado puede decirlo para no herir los sentimientos de los familiares.

—Hubert no era un individuo normal —dijo Barling con decisión—. Le daban ataques de ira, era maniático en lo que se refiere al orgullo de familia, aparte de sus muchas otras manías, pero a pesar de todo era un hombre astuto.

—Precisamente. Era lo bastante astuto para darse cuenta de que le estaban robando.

—¿Y acaso un hombre se suicida porque le roben? —preguntó Barling.

—Es ridículo, *monsieur*. Y eso me recuerda la necesidad de apresurarnos y aclarar este asunto. Por razones de familia… ésa es la frase que empleó en su carta. *Et bien, monsieur*, usted es un hombre de mundo y sabe que precisamente por eso…, por cuestiones de familia… se suicidan los nombres.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que parece… como *si ce pauvre monsieur* hubiera descubierto algo y fuera incapaz de enfrentarse con ello. Comprenda, yo tengo un deber que cumplir. He sido contratado… para aclarar este asunto, y me comprometí a ello. El difunto no quería que se avisara a la policía por «cuestiones de familia», de modo que debo actuar con mucha rapidez y descubrir la verdad.

—¿Y cuando la haya descubierto?

—Entonces… deberé hacer uso de mi discreción.

—Ya —dijo Barling, fumando en silencio unos instantes antes de añadir—: De todas maneras, temo no poder ayudarle. Hubert nunca me confiaba nada, y nada sé.

—Pero sí podrá decirme quiénes tuvieron la oportunidad de robar a este pobre caballero.

—Es difícil de decir. Claro que está el apoderado de la finca…, un empleado nuevo.

—¿El apoderado?

—Sí; Marshall. Capitán Marshall. Un muchacho muy simpático que perdió un brazo en la guerra. Vino aquí hará cosa de un año, pero Hubert le apreciaba, me consta, y además confiaba en él.

—Si fuera el capitán Marshall quien le hubiera estado estafando no habría razones de familia para guardar silencio.

—No…

Su vacilación no escapó a la perspicacia de Poirot.

—Tal vez sean habladurías.

—Le suplico que hable.

—Muy bien, lo haré. ¿Se fijó usted en una joven muy atractiva que estaba en el salón?

—Me fijé en dos jovencitas muy bonitas.

—Oh, sí; la señorita Ashby. Es muy bonita. Es la primera vez que viene a esta casa. Harry Dalehouse pidió a la señora Lytcham Roche que la invitara, pero yo me refiero a la morena… Diana Cleves.

—Ya me fijé —dijo Poirot—. Es de esas mujeres que ningún hombre pasa por alto.

—Es un diablillo —exclamó Barling—. Ha coqueteado con todos los hombres en veinte kilómetros a la redonda. Alguien la asesinará cualquier día.

Y se secó la frente con el pañuelo, consciente del interés con que le miraba el detective.

—Y esta joven es…

—Es la hija adoptiva de Lytcham Roche. Tuvieron una gran desilusión al verse sin hijos y adoptaron a Diana Cleves…, que era una especie de prima. Hubert la quería mucho…, puede decirse que la idolatraba.

—¿Y sin duda le disgustaba la idea de que se casara? —sugirió Poirot.

—Sí, si el elegido no era la persona apropiada.

—¿Y la persona apropiada era… usted, *monsieur*?

Barling enrojeció sobresaltado.

—Yo nunca dije…

—*¡Mais non, mais non!* Usted no dijo nada, pero es así; ¿no es cierto?

—Sí…, me enamoré de ella, y Lytcham Roche estaba satisfecho, pues encajaba en los planes que había formado para ella.

—¿Y qué opinaba *mademoiselle*?

—Ya le digo que es… la encarnación del mismo diablo.

—Comprendo. Tenía sus propias ideas para divertirse, ¿no es eso? Pero ¿dónde interviene el capitán Marshall?

—Pues ha estado saliendo mucho con él. Y la gente empieza a hablar. No es que yo crea que haya nada…, sólo otra conquista más.

Poirot asintió.

—Pero suponiendo que sí hubiera algo…, bien, entonces pudiera ser la explicación de por qué el señor Lytcham Roche deseaba andar con precauciones.

—¿No comprende que no hay razón humana para sospechar de Marshall?

—*¡Oh, parfaitement, parfaitement!* Tal vez se trate sólo de un cheque falsificado por alguno de los que habitan en la casa. Y ese joven Dalehouse, ¿quién es?

—Un sobrino.

—¿Le heredará?

—Es hijo de una hermana. Claro que conservará el nombre…, no queda ningún otro Lytcham Roche.

—Ya.

—La finca no consta en la herencia, aunque siempre ha pasado de padres a hijos. Siempre imaginé que se la dejaría a su esposa mientras ésta viviera, y luego tal vez a Diana si aprobaba su matrimonio. Comprenda, su esposo habrá de llevar el nombre de Lytcham Roche.

—Comprendo —repuso Poirot—. Ha sido usted muy amable y me ha ayudado mucho, *monsieur*. ¿Puedo pedirle otra cosa más…?, que explique a *madame* Lytcham Roche todo lo que yo le he dicho, y suplicarle respetuosamente que me conceda unos minutos…

Antes de que lo creyera posible se abrió la puerta y la señora Lytcham Roche, caminando como sobre una nube, fue a sentarse en una silla.

—El señor Barling me lo ha explicado todo —dijo—. Claro que hay que evitar el escándalo. Aunque siento que en realidad es cosa de mala suerte, ¿no le parece? Me refiero a lo del espejo y todo lo demás.

—*Comment*… ¿el espejo?

—En cuanto lo vi me pareció un símbolo…, una maldición, ¿sabe? Creo que las familias antiguas a menudo tienen una maldición. Hubert fue siempre tan extraño… y últimamente estaba más extraño que nunca.

—Me perdonará usted la pregunta, *madame,* pero ¿no estarían faltos de dinero?

—¿Dinero? Yo nunca pienso en el dinero.

—¿Sabe usted lo que dicen, *madame*? «Los que nunca piensan en el dinero necesitan gran cantidad de él».

Y se permitió una ligera risita. Ella nada respondió y sus ojos miraron al vacío.

—Gracias, *madame* —dijo, y la entrevista tocó a su fin.

Poirot hizo sonar el timbre y el mayordomo Digby acudió enseguida.

—Quisiera que me contestara a unas preguntas —le dijo—. Soy un detective particular a quien su amo mandó llamar antes de morir.

—¡Un detective! —exclamó el mayordomo.

—¿Quiere contestar a mis preguntas, por favor? Cuénteme lo referente al disparo.

Escuchó el relato del mayordomo.

—De modo que cuatro de ustedes estaban en el recibidor…

—Sí, señor. El señor Dalehouse, la señorita Ashby y el señor Keene, que salió del salón.

—¿Dónde estaban los demás?

—¿Los demás, señor?

—Sí; la señora Lytcham Roche, la señorita Cleves y el señor Barling.

—La señora Lytcham Roche y el señor Barling bajaron más tarde, señor.

—¿Y la señorita Cleves?

—Creo que la señorita Cleves estaba en el salón, señor.

Poirot le hizo algunas preguntas más y luego despidió al mayordomo con el ruego de que pidiera a la señorita Cleves que fuera a verle.

Acudió inmediatamente y el detective la estudió de cerca en vista de las revelaciones de Barling. Estaba muy bonita con aquel vestido de *satín* blanco y un capullo de rosa en el hombro.

Le explicó las circunstancias que le habían llevado a Lytcham Close, sin dejar de observarla, pero ella no mostró más que un asombro al parecer auténtico, sin el menor rastro de inquietud. Habló de Marshall con indiferencia, y sólo al mencionar a Barling pareció cobrar animación.

—Ese hombre es un pillo —dijo crispada—. Se lo dije al viejo, pero no quiso escucharme… y continuó dejando el dinero en sus cochinas manos.

—*Mademoiselle*, ¿siente usted que su… padre haya muerto?

Ella le miró extrañada.

—Pues claro. Soy una mujer moderna, señor Poirot, y no lloro, pero quería al viejo…, aunque, claro está que ha sido lo mejor para él.

—¿Lo mejor para él?

—Sí. Cualquier día lo hubieran encerrado. Cada vez iba aumentando en él… la creencia de que el último Lytcham Roche de Lytcham Close era omnipotente.

Poirot asintió pensativo.

—Yo, ya… sí, signos inequívocos de enajenación mental. A propósito, ¿me permite que examine su bolso? Es encantador…, con todas estas rositas de seda. ¿Qué es lo que estaba diciendo? Oh, sí, ¿oyó usted el disparo?

—¡Oh, sí! Pero creí que sería la falsa explosión de un automóvil o el disparo de un cazador furtivo…, cualquier cosa.

—¿Estaba usted en el salón?

—No. En el jardín.

—Ya. Gracias, *mademoiselle*. Ahora me gustaría ver al señor Keene, ¿es posible?

—¿Geoffrey? Ahora se lo enviaré.

Keene entró alerta e interesado.

—El señor Barling me ha estado explicando la razón de su presencia en esta casa. No creo que yo pueda decirle nada, pero si…

Poirot le interrumpió.

—Sólo quiero saber una cosa, *monsieur* Keene. ¿Qué era lo que usted recogió del suelo antes de que echáramos abajo la puerta del despacho?

—Yo… —Keene casi se cae de la silla, pero al fin se acomodó de nuevo—. No sé a qué se refiere —dijo en tono ligero.

—Oh, yo creo que sí, *monsieur*. Usted estaba detrás de mí, lo sé; pero un amigo mío dice que yo tengo ojos en el cogote. Usted se agachó para coger algo del suelo y lo guardó en el bolsillo derecho de su *smoking*.

Hubo una pausa. La indecisión se reflejaba en el hermoso rostro de Keene, que al fin tomó una decisión.

—Escoja usted mismo, señor Poirot —le dijo, inclinándose hacia delante y vaciando su bolsillo. Había en él una boquilla, un pañuelo, un pequeño capullo de seda rosa y una cajita dorada para guardar cerillas.

Hubo un breve silencio y luego Keene dijo:

—A decir verdad era esto —y cogió la caja de cerillas—. Debió caérseme a primera hora de la tarde.

—Creo que no —dijo Poirot.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que digo, *monsieur*; yo soy un hombre pulcro, ordenado y metódico. De haber estado en el suelo esa caja de cerillas la hubiese visto… ¡y de ese tamaño! No, *monsieur*, creo que fue algo más pequeño…, como esto, tal vez.

Y cogió el pequeño capullo de seda.

—¿Del bolso de la señorita Cleves, según creo?

Se hizo una breve pausa y al fin Keene lo admitió con una carcajada.

—Sí; eso es. Ella… me lo dio anoche.

—Ya —repuso Poirot en el momento en que se abría la puerta y penetraba en la estancia un hombre alto y rubio en traje de calle.

—Keene… ¿Qué es todo esto? ¿Lytcham Roche se ha suicidado? No puedo creerlo. Es increíble.

—Permítame que le presente a *monsieur* Hércules Poirot —dijo Keene. El otro se sobresaltó—. Él se lo explicará todo —y salió de la habitación, cerrando la puerta de golpe.

—Señor Poirot… —John Marshall era muy vehemente—. Celebro muchísimo conocerle. Es una suerte tenerle aquí. Lytcham Roche no me dijo que iba usted a venir. Soy uno de sus más fervientes admiradores, señor.

«Un joven desconcertante», pensó Poirot…, aunque no tan joven, ya que tenía las sienes grises. Eran su voz y sus ademanes los que daban aquella exacta impresión.

—La policía…

—Ya está aquí. Vine con ellos al saber la noticia. No parecieron muy sorprendidos… Claro que el pobre estaba loco de atar, pero incluso así…

—¿Incluso así le cuesta creer que se suicidara?

—Sí; con franqueza. Yo no hubiera imaginado…, bueno, que Lytcham Roche considerase que el mundo podría marchar sin él.

—Tengo entendido que últimamente tuvo dificultades económicas.

Marshall asintió.

—Especuló… siguiendo los absurdos consejos de Barling.

Poirot dijo con mucha calma:

—Voy a ser franco. ¿Tuvo algún motivo para suponer que el señor Lytcham Roche sospechaba de que usted le estafaba en sus cuentas?

Marshall miró al detective con una especie de asombro burlón…, tanto que Poirot viose obligado a sonreír.

—Ya veo que le ha sorprendido mucho, capitán Marshall.

—Sí; por supuesto. La idea es ridícula.

—¡Ah! Otra pregunta. ¿No sospecharía acaso que se proponía robarle su hija adoptiva?

—Oh, ¿ya sabe lo nuestro? —rió algo violento.

—Entonces, ¿es cierto?

Marshall asintió.

—Pero el viejo no sabía nada de esto. Di no quiso decírselo. Supongo que hizo bien. Hubiera estallado como un cesto lleno de cohetes. Me hubiera despedido, y eso hubiera sido todo.

—Y en vez de eso, ¿cuál era su plan?

—Pues le doy mi palabra de que apenas si lo sé. Yo dejé todo en manos de Di. Dijo que ella lo arreglaría. A decir verdad, yo estaba buscando un empleo en otra parte, y el haberlo podido encontrar lo hubiese solucionado todo.

—¿Y *mademoiselle* se hubiera casado con usted? Pero el señor Lytcham Roche pudo haberle retirado su pensión, y según tengo entendido, la señorita Diana es bastante aficionada al dinero.

Marshall pareció bastante violento.

—Yo hubiera intentado ganarlo para ella, señor.

Geoffrey Keene entró en la habitación.

—Los policías van a marcharse y quisieran hablar con usted, señor Poirot.

—*Merci*. Voy enseguida.

En el despacho encontró a un inspector de figura corpulenta y al médico forense.

—¿El señor Poirot? —le preguntó el policía—. He oído hablar de usted. Soy el inspector Reeves.

—Es usted muy amable —repuso Poirot, estrechando su mano—. No necesitará usted de mi cooperación, ¿verdad? —Y lanzó una risita.

—Esta vez no, señor. Todo está claro como el agua.

—Entonces, ¿es un caso bien claro? —quiso saber el detective.

—Absolutamente. La puerta y la ventana estaban cerradas, y la llave se encontraba en el bolsillo del muerto, que se comportó de un modo extraño durante los últimos días. No cabe duda alguna.

—¿Todo ha sido… natural?

El médico lanzó un gruñido.

—Debía estar sentado en una posición muy extraña para que la bala diera en el espejo. Pero el suicidio también es cosa extraña.

—¿Encontraron la bala?

—Sí; aquí —el médico la exhibió—. Cerca de la pared y debajo del espejo. La pistola era propiedad del señor Roche. La guardaba siempre en el cajón de su escritorio. Algo se esconde tras todo esto, pero me atrevo a asegurar que nunca llegaremos a saberlo.

Poirot asintió.

El cadáver había sido trasladado a un dormitorio y la policía disponíase a marchar. Poirot se quedó junto a la puerta principal viendo cómo se alejaban cuando un ligero ruido le hizo volverse. Harry Dalehouse estaba detrás de él.

—¿No tendría usted por casualidad una linterna potente, amigo mío? —le preguntó el detective.

—Sí; iré a buscársela.

Cuando volvió con ella, le acompañaba Joan Ashby.

—Pueden ustedes venir conmigo si gustan —les dijo Poirot con toda amabilidad.

Y saliendo por la puerta principal dirigióse hacia la derecha, yendo a detenerse ante el ventanal del despacho, que quedaba separado del camino por un metro y medio de césped. Poirot se inclinó, iluminando la hierba con la linterna, y luego, al enderezarse de nuevo, movió la cabeza.

—No —dijo—, aquí no.

Luego se fue quedando inmóvil y rígido. A cada lado del césped había un parterre florido, y la atención de Poirot estaba fija en el de la derecha, lleno de margaritas y crisantemos. El haz de luz de la linterna iluminaba el parterre, donde se veían claramente huellas de pisadas sobre la tierra blanda.

—Cuatro —murmuró Poirot—. Dos en dirección de la ventana, y otras dos en sentido contrario.

—Serán del jardinero —sugirió Joan.

—No, *mademoiselle*, no. Fíjese bien. Estos zapatos son pequeños y de tacón alto…, zapatos de mujer. La señorita Diana dijo haber estado en el jardín. ¿Sabe si bajó antes que usted, *mademoiselle*?

Joan movió la cabeza.

—No recuerdo. Iba tan de prisa pensando que tocaba ya el segundo «gong»… Lo que sí creo recordar es que la puerta de su habitación estaba abierta cuando pasé por

delante, pero no estoy segura. La de la señora Lytcham sí estaba cerrada.

—Ya —replicó Poirot.

Y algo en la entonación de su voz hizo que Harry le mirara intrigado, viendo que el detective sólo había fruncido el ceño.

En la puerta encontraron a Diana Cleves.

—La policía se ha marchado —les dijo—. Todo ha… concluido.

Y lanzó un profundo suspiro.

—¿Me permite unas palabras, *mademoiselle*?

La condujo hasta la galería, y cuando Poirot hubo entrado, ella cerró la puerta.

—Usted dirá… —Le miraba un tanto sorprendida.

—Una pequeña pregunta, *mademoiselle*. ¿Estuvo usted esta noche junto al parterre que hay cerca del ventanal del despacho?

—Sí. A eso de las siete y luego otra vez, poco antes de la cena.

—No comprendo —dijo Poirot.

—No veo que haya nada que «comprender», como usted dice —replicó ella en tono seco—. Estuve cortando margaritas… para la mesa. Siempre me ocupo de las flores. Eso fue cerca de las siete.

—¿Y luego…, más tarde?

—¡Oh, eso! A decir verdad me cayó una gota de brillantina en el vestido…, aquí, en el hombro, en el momento en que me disponía a bajar y no quise cambiarme de vestido. Recordé haber visto una rosa en el parterre y corrí a cortarla para prendérmela. Vea… —Acercándose a él alzó el capullo y Poirot pudo ver la diminuta mancha de grasa.

Ella permaneció junto a él con su hombro casi rozando el suyo.

—¿A qué hora fue eso?

—Oh, unos diez minutos después de las ocho, supongo.

—¿No… no trató usted de abrir el ventanal?

—Creo que sí. Sí. Pensé que sería más rápido entrar por allí, pero estaba cerrado.

—Ya —Poirot exhaló un profundo suspiro—. Y el disparo…, ¿dónde estaba usted cuando lo oyó? ¿Todavía junto al parterre?

—Oh, no; eso fue dos o tres minutos después, poco antes de que entrara por la puerta lateral.

—¿Sabe usted lo que es esto, *mademoiselle*?

En la palma de su mano exhibió un capullo de seda.

—Parece uno de los capullitos de mi bolso de noche —dijo con frialdad—. ¿Dónde lo encontró usted?

—Estaba en el bolsillo del señor Keene —dijo Poirot en tono seco—. ¿Se lo dio usted, *mademoiselle*?

—¿Le dijo él que yo se lo di?

Poirot sonrió.

—¿Cuándo se lo dio usted, señorita?

—Anoche.

—¿Le advirtió él para que dijera eso?

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó la joven, enfadada.

Mas Poirot no respondió, y saliendo de la habitación fue hasta el salón, donde se encontraban Barling, Keene y el capitán Marshall.

—*Messieurs* —les dijo con brusquedad—, ¿quieren tener la bondad de acompañarme al despacho?

Y saliendo al recibidor se dirigió muy decidido a Joan y Harry.

—Ustedes también, se lo ruego. ¿Y alguien quiere tener la bondad de pedir a *madame* que venga? Gracias. ¡Ah! Aquí tenemos al bueno de Digby. Digby, una pequeña pregunta, pero muy importante. ¿La señorita Cleves preparó algún jarrón con margaritas antes de la cena?

El mayordomo pareció asombrado.

—Pues, sí, señor.

—¿Está seguro?

—Completamente seguro, señor.

—*Tres bien*. Ahora… vamos todos al despacho.

Una vez allí se encaró con ellos.

—Les he pedido que vinieran por una razón. El caso está terminado, y la policía ya se ha ido. Ellos dicen que el señor Lytcham Roche se suicidó, y por lo tanto el caso se da por terminado —hizo una pausa—. Pero yo, Hércules Poirot, digo que no está terminado.

Mientras todos volvían hacia él sus ojos asombrados, se abrió la puerta dando paso a la señora Lytcham Roche, que penetró en la estancia caminando como si flotara en el aire.

—Estaba diciendo que el caso no está terminado, señora. Es cuestión de psicología. El señor Lytcham Roche tenía la *manie de grandeur*, se creía un rey, y un hombre así no se suicida. No, no; puede volverse loco, pero nunca matarse, y el señor Lytcham Roche no se suicidó —hizo una pausa—. Fue asesinado.

—¿Asesinado? —Marshall lanzó una risita—. ¿Estando solo en una habitación y con la puerta y la ventana cerradas?

—De todas maneras fue asesinado —insistió Poirot.

—Y supongo que después se levantaría para cerrar la puerta o la ventana —dijo Diana.

—Voy a enseñarles algo —dijo Poirot yendo hasta el ventanal y abriéndolo con suavidad—. Vean, ahora está abierto. Ahora lo cerraré, pero sin accionar la manija, de manera que al no moverse la barra central, el ventanal queda ajustado, no cerrado.

Y luego dio un golpe seco, de manera que la manija resbaló y la barra central penetró en su agujero.

—¿Lo ven? —dijo Poirot en tono bajo—. Esto sucede cuando el mecanismo es tan flojo como éste.

Y se volvió con el rostro grave.

—Cuando sonó el disparo a las ocho y doce minutos, había cuatro personas en el recibidor. Cuatro personas tienen coartada. Pero ¿dónde estaban las otras tres? ¿Usted, *madame*? En su habitación. Y usted, *monsieur* Barling, ¿estaba también en su habitación?

—Sí.

—Y usted, *mademoiselle*, estaba en el jardín…, como ha confesado.

—No comprendo… —empezó a decir Diana.

—Espere —el detective volvióse hacia la señora Lytcham Roche—. Dígame, *madame*, ¿tiene usted idea de a quién ha dejado el dinero su marido?

—Hubert me leyó su testamento. Dijo que debía saberlo. A mí me dejaba tres mil libras al año, y la casa de verano o la de la ciudad, la que yo prefiriera. Todo lo demás lo dejaba a Diana, con la condición de que si se casaba su marido debía llevar su nombre.

—¡Ah!

—Pero lo rectificó… pocas semanas atrás.

—¿Sí, *madame*?

—También se lo deja todo a Diana, pero con la condición de que se casara con el señor Barling. De casarse con cualquier otro, todo habría de pasar a su sobrino Harry Dalehouse.

—Pero este codicilo fue hecho hace sólo unas semanas —comentó Poirot—. Puede que *mademoiselle* no lo supiera —se volvió hacia ella con aire acusador—. *Mademoiselle* Diana, ¿quiere usted casarse con el capitán Marshall o con el señor Keene?

Ella atravesó la habitación y puso su brazo en el de Marshall.

—Continúe —le dijo Diana.

—Yo presentaré el caso contra usted, *mademoiselle*. Usted amaba al capitán Marshall, y también al dinero. Su padre adoptivo nunca hubiera consentido en su matrimonio con el capitán Marshall, pero de morir, usted estaba casi segura de conseguirlo todo. De manera que salió al jardín y fue hasta el parterre sobre el que se abre el ventanal, llevando consigo la pistola que había cogido del cajón del escritorio. Se acerca a su víctima charlando amigablemente. Dispara, y deja la pistola en el suelo, cerca de su mano, después de haberla limpiado e impreso las huellas de él. Vuelve a salir, sacudiendo el ventanal hasta que cae el pestillo. Luego entra en la casa. ¿Es así como ocurrió? A usted le pregunto, *mademoiselle*.

—No —gritó Diana—. ¡No…, no!

Él la miró sonriendo.

—No —le dijo—, no fue así. Podía haber sucedido, es posible…, verosímil…, pero no pudo ser así por dos razones. La primera es que usted estuvo cortando margaritas a las siete, y la segunda por algo que dijo esta señorita.

Volvióse hacia Joan, que lo miró atónita.

—Pues sí, *mademoiselle*. Usted me dijo que se apresuró a bajar por creer que era la segunda llamada, ya que usted oyó la primera.

Dirigió una rápida mirada a su alrededor.

—¿No comprenden lo que significa? —exclamó—. No lo entienden. ¡Miren! ¡Miren! —Se dirigió a la butaca donde se sentara la víctima—. ¿Se fijaron en la posición del cadáver? No estaba sentado tras el escritorio… sino al lado, de cara al ventanal. ¿Es natural suicidarse *así? ¡Jamáis!, ¡jamáis!* Se escriben unas palabras de disculpa: «Lo lamento», en una hoja de papel…, se abre el cajón, se saca la pistola, se apoya en la cabeza y se dispara. Así es como se suicida cualquiera. ¡Pero ahora consideremos el crimen! La víctima está sentada tras su escritorio, y el asesino a sus espaldas…, charlando. Y sin dejar de hablar… dispara. ¿Dónde va la bala entonces? —hizo una pausa—. Luego de atravesar la cabeza sale por la puerta, si está abierta, y… da en el batintín.

»¡Ah!, ¿empiezan a comprender? Ésa fue la primera llamada… que oyó *mademoiselle*, puesto que su habitación está precisamente encima.

»¿Qué hace el asesino a continuación? Cierra la puerta; luego pone la llave en el bolsillo del muerto, y luego le coloca de lado, presiona los dedos del cadáver en la pistola para que deje sus huellas y la deja en el suelo, a su lado. Rompe el espejo que hay en la pared…, como último detalle espectacular… en resumen, “prepara” el suicidio. Luego sale por el ventanal que cierra como les he explicado… y no pisa sobre la hierba donde habrían de quedar sus pisadas, sino en el parterre donde puede disimularlas después y no dejar el menor rastro. Regresa a la casa y a las ocho y doce minutos, cuando está solo en el salón, dispara un revólver de servicio fuera del ventanal y sale apresuradamente al recibidor. ¿Es así como lo hizo, señor Geoffrey Keene?

Como fascinado, el secretario contempló el dedo acusador que le señalaba y luego cayó al suelo con un grito agónico.

—Creo que ya tengo la respuesta —dijo Poirot—. Capitán Marshall, ¿quiere telefonear a la policía? —Se acercó al caído—. Supongo que seguirá todavía inconsciente cuando lleguen.

—Geoffrey Keene —murmuró Diana—. ¿Qué motivos podía tener?

—Imagino que como secretario tendría ciertas oportunidades…, facturas…, cheques. Algo despertó las sospechas del señor Lytcham Roche y quiso que yo viniera.

—Pero ¿por qué usted? ¿Por qué no llamó a la policía?

—Creo, *mademoiselle*, que usted puede responder a esa pregunta. *Monsieur* sospechaba que había algo entre usted y ese joven. Para distraer su atención del capitán Marshall, usted había coqueteado desvergonzadamente con el señor Keene. ¡Sí, no se moleste en negarlo! El señor Keene, al enterarse de mi próxima llegada, actuó rápidamente. Lo esencial de su plan era que el crimen pareciera haberse cometido a las ocho y doce minutos, cuando él tenía su coartada. Su principal peligro

era la bala, que debía estar por el suelo cerca del batintín y que no tuvo tiempo de recoger. Cuando nos dirigimos al despacho la cogió pensando que en aquel momento de tensión nadie lo habría notado, pero yo me fijo en todo. Le interrogué, y tras reflexionar unos instantes representó una pequeña comedia. Insinuando haber cogido el capullito de seda representó el papel del enamorado que protege a la mujer amada. ¡Oh!, fue muy inteligente, y si usted no hubiera cortado margaritas…

—No comprendo qué tiene eso que ver.

—¿No? Escuche…, sólo había cuatro huellas en el parterre, y cuando usted estuvo cortando flores debió dejar muchas más. De manera que antes de que usted volviera a cortar el capullo de rosa, alguien debió borrarlas. El jardinero no fue…, ninguno trabaja después de las siete. Entonces debió ser el culpable… el asesino… y por lo tanto el crimen fue cometido antes de que se oyera el disparo.

—Pero ¿cómo no oímos el verdadero disparo? —preguntó Harry.

—Fue hecho con silenciador. Lo descubrirán cuando encuentren el revólver entre los matorrales.

—¡Vaya riesgo!

—¿Por qué? Todo el mundo estaba vistiéndose para la cena. Era un buen momento. La bala fue el único contratiempo e incluso eso creyó haberlo solucionado.

Poirot mostró el proyectil.

—La arrojó debajo del espejo mientras yo examinaba el ventanal con el señor Dalehouse.

—¡Oh! —Diana se volvió hacia Marshall—. Cásate conmigo, John, y llévame lejos de aquí.

Barling carraspeó.

—Mi querida Diana, según los términos del testamento de mi amigo…

—No me importa… —exclamó la joven—. Podemos dedicarnos a pintar cuadros en el suelo.

—No es necesario —dijo Harry—. Iremos a partes iguales, Di. No voy a aprovecharme porque el tío estuviera medio loco.

De pronto se oyó un grito. La señora Lytcham Roche se había puesto en pie.

—Señor Poirot…, el espejo…, él… debió romperlo adrede.

—Sí, *madame*.

—¡Oh! —Ella le miró fijamente—. Pero trae mala suerte romper un espejo.

—Y bien mala se la ha traído al señor Geoffrey Keene —replicó Poirot alegremente.

El misterio del arcón de Bagdad

(The Mystery of the Baghdad Chest).

«El misterio del arcón de Bagdad», publicado por primera vez en Strand Magazine en enero de 1932, es la versión original de «The Mistery of the Spanish Chest», una novela corta incluida en la recopilación El pudin de Navidad (1960). La novela está narrada en tercera persona y Hastings no aparece. Hércules Poirot hizo su debut en El misterioso caso de Styles (1920), escrito por Agatha Christie en respuesta a un desafío de su hermana, que por entonces trabajaba en una farmacia de Torquay. Cuando Poirot murió cincuenta y cinco años después en Telón (1975), publicado poco antes de la muerte de Agatha Christie, un misterio seguía sin resolverse: su edad. Si bien el texto original de Telón fue escrito unos treinta años antes, acontecimientos posteriores nos llevan a suponer que la acción de la novela publicada se desarrolla a principios de los años setenta, poco después de lo que sería su «penúltimo» caso, Los elefantes pueden recordar (1972). En Telón, Poirot parece tener entre setenta y cinco y ochenta años, de donde se desprende que en El misterioso caso de Styles contaba poco más de treinta. Esta novela transcurre en 1917, y en ella Poirot aparece descrito como un «hombrecillo excéntrico con aires de dandi y una notable cojera… como detective, su talento es extraordinario, y ha alcanzado grandes éxitos resolviendo algunos de los casos más desconcertantes del momento». Por otra parte, en el primer relato donde Poirot aparece, «The Adventure at the Victory Ball», recogido en Primeros casos de Poirot (1974), se lo presenta como «exjefe de la policía belga». Dada su «notable cojera», es posible que Poirot se retirase por razones de salud, si bien el problema no constituyó un gran obstáculo en sus futuros casos. Sin embargo en El misterioso caso de Styles, el inspector James Japp, personaje incluido en otras muchas novelas posteriores, recuerda que él y Poirot colaboraron en 1904 —«el caso de la falsificación de Abercrombie»—, época en que Poirot debía de ser un adolescente si en Telón tenía más de ochenta años. En septiembre de 1975 el escritor y crítico H. R. F. Keating apuntó una posible solución en un artículo aparecido con motivo de la publicación de Telón; según él, Poirot contaba 117 años de edad en el momento de su muerte, e insinuaba asimismo que quizás hubiese otros oscuros secretos en la vida del detective. Quizá deba concederse la última palabra al respecto a la propia autora, quien en una entrevista realizada en 1948, comentaba prematuramente: «Ha vivido ya muchos años. Debería haberme deshecho de él. Pero nunca me han dado esa oportunidad. Mis lectores no me lo han permitido». Esto se dijo unos cuantos años después de escribirse Telón, pero casi treinta años antes de publicarse.

Las palabras componían un sugerente titular, y así se lo dije a mi amigo, Hércules Poirot. Yo no conocía a ninguna de las partes implicadas. Por tanto, no sentía por aquello más que el desapasionado interés propio del hombre de la calle. Poirot coincidió conmigo.

—Sí, posee el sabor de lo oriental, de lo misterioso. El arcón bien podría ser una de esas falsas antigüedades que venden en Tottenham Court Road; aun así, el periodista a quien se le ocurrió llamarlo «arcón de Bagdad» tuvo una feliz inspiración. También la palabra «misterio» aparece acertadamente colocada en yuxtaposición, aunque, según parece, el caso entraña poco misterio.

—En efecto. Se trata de un asunto horrendo y macabro, pero no misterioso.

—La idea misma resulta repugnante —comenté. Me puse en pie y empecé a pasearme de un lado a otro—. El asesino mata a ese hombre, su amigo, esconde el cadáver en el arcón, y media hora más tarde baila en esa misma sala con la esposa de la víctima. ¡Increíble! Si esa mujer hubiese imaginado por un segundo…

—Cierto —dijo Poirot pensativamente—. Ése tan cacareado don, la intuición femenina, parece que en este caso ha fallado.

—Por lo visto, la fiesta continuó alegremente —proseguí con un ligero escalofrío —. Y mientras bailaban y jugaban al póquer había un hombre muerto allí mismo con ellos. La idea daría para escribir una obra de teatro.

—Ya se ha escrito —informó Poirot. Luego añadió amablemente—: Pero consuélese, Hastings. Que un tema haya sido utilizado ya una vez no es razón para no volverlo a utilizar. Escriba su obra.

Yo había cogido el periódico y examinaba la borrosa reproducción de una fotografía.

—Debe de ser una mujer hermosa —comenté lentamente—. Incluso viéndola aquí, puede uno formarse una idea.

Bajo la fotografía se leía:

UN RETRATO RECIENTE DE LA SEÑORA CLAYTON, LA ESPOSA DEL HOMBRE ASESINADO

Poirot me quitó el periódico de las manos.

—Sí —afirmó—. Es hermosa. Sin duda es una de esas mujeres nacidas para atormentar las almas de los hombres. —Lanzando un suspiro, me devolvió el periódico—. *Dieu merci*, yo no poseo un temperamento apasionado. Gracias a eso me he librado de muchas situaciones comprometidas.

Creo recordar que no hablamos más del caso. Poirot no mostró especial interés en aquel momento. Las circunstancias eran tan claras y la ambigüedad tan mínima que no podía decirse mucho más.

Los señores Clayton y el mayor Rich eran amigos desde hacía años. El día en cuestión, el 10 de marzo, los Clayton estaban invitados a pasar la velada con el mayor Rich. Sin embargo, alrededor de las siete y media, Clayton explicó a otro amigo, un tal mayor Curtiss, con quien tomaba una copa, que había surgido un imprevisto y debía trasladarse inmediatamente a Escocia. Partiría en el tren de las ocho.

—Tengo el tiempo justo para pasar por allí y explicárselo al bueno de Jack —continuó Clayton—. Marguerita irá, por supuesto. Lo siento, pero Jack lo

comprenderá.

El señor Clayton cumplió lo prometido. Llegó al piso del mayor Rich a eso de las ocho menos veinte. El mayor había salido, pero su criado, que conocía bien al señor Clayton, le sugirió que entrase y esperase. El señor Clayton contestó que no tenía tiempo, pero entraría un momento a escribir una nota. Añadió que iba camino de la estación para tomar un tren.

El criado, pues, lo acompañó a la sala de estar.

Unos cinco minutos después el mayor Rich, que debía de haber entrado sin ser oído por el criado, abrió la puerta de la sala de estar, llamó al criado y le pidió que saliese a comprarle tabaco. A su regreso, el criado entregó el tabaco a su señor, que en ese momento se hallaba solo en la sala de estar. El criado, lógicamente, pensó que el señor Clayton se había marchado.

Los invitados no tardaron en llegar. Formaban el grupo la señora Clayton, el mayor Curtiss y los señores Spence. Pasaron la velada bailando al compás de la música del gramófono y jugando al póquer. Los invitados se fueron poco después de las doce.

A la mañana siguiente el criado, cuando se disponía a limpiar la sala de estar, se sobresaltó al advertir una mancha oscura en la alfombra, debajo y enfrente de un mueble que el mayor Rich había traído de Oriente y llamaban el arcón de Bagdad.

Instintivamente el criado levantó la tapa del arcón y, horrorizado, vio dentro el cadáver doblado de un hombre con una puñalada en el corazón.

Aterrorizado, salió corriendo del piso y fue a buscar al policía más cercano. El muerto resultó ser el señor Clayton. La detención del mayor Rich se efectuó poco después. Al parecer, la defensa del mayor consistió en negarlo todo obstinadamente. Según él, no había visto al señor Clayton la noche anterior y no supo de su viaje a Escocia hasta que le informó la señora Clayton.

A eso se reducían los hechos. Naturalmente abundaban las insinuaciones e indirectas. Se ponía tal énfasis en la estrecha amistad e íntima relación entre el mayor Rich y la señora Clayton, que sólo un necio habría sido incapaz de leer entre líneas. El motivo del crimen se daba a entender claramente.

Los años de experiencia me han enseñado a considerar siempre la posibilidad de la calumnia infundada. Atendiendo a las pruebas, el supuesto motivo podía no existir siquiera. Alguna otra razón podía haber precipitado el desenlace. Pero un dato parecía claro: Rich era el asesino.

Como decía, el asunto podría haber terminado ahí, de no ser porque casualmente esa noche Poirot y yo teníamos que asistir a una fiesta ofrecida por *lady* Chatterton.

Poirot, pese a abominar de los compromisos sociales y proclamar su pasión por la soledad, en realidad disfrutaba enormemente de aquellas ocasiones. Convertido en el centro de atención y tratado como un gran personaje, se sentía a sus anchas.

A veces ronroneaba literalmente de satisfacción. Lo he visto recibir sin inmutarse los más vergonzosos halagos como si formase parte de sus obligaciones, y lo he oído

hablar con tal engreimiento que apenas soporto la idea de poner por escrito sus palabras.

En más de una ocasión hemos discutido al respecto.

—Pero, amigo mío, yo no soy anglosajón. ¿Por qué habría de adoptar una actitud hipócrita? Sí, sí, eso es lo que ustedes hacen, todos ustedes. El aviador que ha conseguido realizar un vuelo difícil, el campeón de tenis…, todos se miran la nariz y susurran inaudiblemente que «no ha sido nada». Pero ¿es eso lo que piensan? Ni por un instante. Admirarían la hazaña en otra persona, y por tanto, como hombres razonables que son, la admiran en sí mismos. Sin embargo su educación les impide decirlo. Yo no soy así. El talento que poseo lo elogiaría en otro. Da la casualidad de que en mi trabajo no tengo rival. ¡*C'est dommage*! Así las cosas, admito con entera libertad y sin hipocresía que soy un gran hombre. Poseo el orden, el método y la psicología en un grado poco común. ¡Soy, de hecho, Hércules Poirot! ¿Por qué voy a sonrojarme y balbucear y decir en voz baja que soy estúpido? Faltaría a la verdad.

—Sin duda hay un único Hércules Poirot —reconocí, no sin cierta malicia, que a Poirot afortunadamente le pasó inadvertida.

Lady Chatterton era una de las más fervientes admiradoras de Poirot. A partir de la misteriosa conducta de un pequinés, Poirot había descubierto una serie de hechos que llevaron hasta un renombrado ladrón y allanador de moradas. Desde entonces *lady* Chatterton no le escatimaba halagos.

Ver a Poirot en una fiesta era todo un espectáculo. Su impecable traje de etiqueta, la exquisita colocación de su corbata blanca, la exacta simetría de su cabello a ambos lados de la raya, el lustre de la gomina y el atormentado esplendor de su famoso bigote se combinaban para crear el perfecto retrato de un dandi inveterado. En momentos así era difícil tomar en serio a aquel hombrecillo.

Eran alrededor de las once y media cuando *lady* Chatterton se acercó a nosotros, arrancó limpiamente a Poirot de un grupo de admiradores y se lo llevó de allí; conmigo a remolque, ni que decir tiene.

—Quiero que suba al piso de arriba y entre en mi salita privada —dijo *lady* Chatterton con visible ansiedad tras alejarnos lo suficiente para que ningún otro invitado la oyese—. Ya sabe dónde es, *monsieur* Poirot. Encontrará allí a una persona que necesita su ayuda desesperadamente… y usted la ayudará, lo sé. Es una de mis mejores amigas, así que no se niegue. —Nos guiaba con paso enérgico mientras hablaba. Finalmente abrió una puerta y exclamó—: Lo he traído, Marguerita, cariño. Y hará lo que le pidas. Ayudará a la señora Clayton, ¿verdad, *monsieur* Poirot?

Y dando por sentada la respuesta, se retiró con el mismo brío que caracterizaba todos sus movimientos.

La señora Clayton estaba sentada en una silla junto a la ventana. Se puso en pie y se aproximó a nosotros. Vestida de riguroso luto, el negro mate de la ropa realzaba la blancura de su tez. Era una mujer de singular belleza, y tenía un aire de ingenuidad infantil que hacía irresistible su encanto.

—Alice Chatterton es un ángel —dijo—. Esto ha sido idea de ella. Me ha asegurado que usted me ayudaría, *monsieur* Poirot. Naturalmente no sé si está dispuesto o no…, pero confío en que acceda.

La señora Clayton había tendido la mano, y Poirot se la había estrechado. Sin soltarla, escrutó por un momento a la mujer. Su detenida observación no resultaba en absoluto ofensiva. Podía compararse a la cordial pero escrutadora mirada de un médico famoso a un nuevo paciente al verlo entrar en su consulta.

—¿Está usted segura de que puedo ayudarla, *madame*? —preguntó por fin.

—Eso dice Alice.

—Sí, pero yo se lo pregunto a usted, *madame*.

Tenues manchas de rubor aparecieron en sus mejillas.

—No entiendo su pregunta.

—¿Qué es lo que quiere que yo haga, *madame*?

—¿Sabe… sabe quién soy?

—Por supuesto —contestó Poirot.

—Entonces imaginarán ya lo que voy a pedirles, *monsieur* Poirot, capitán Hastings. —Me complació que conociese mi identidad—. El mayor Rich no mató a mi marido.

—¿Por qué no?

—¿Cómo dice?

Poirot sonrió al advertir la leve turbación de la señora Clayton.

—He dicho: ¿por qué no? —repitió.

—No sé si acabo de entenderlo.

—Sin embargo, es muy sencillo. La policía, los abogados… todos le harán la misma pregunta: ¿Por qué mató el mayor Rich al señor Clayton? Yo le pregunto lo contrario, *madame*: ¿Por qué el mayor Rich no mató al señor Clayton?

—¿Quiere saber… por qué estoy tan segura? Pues… porque lo sé. Conozco muy bien al mayor Rich.

—Conoce muy bien al mayor Rich —repitió Poirot con tono neutro.

Una llamarada cubrió sus mejillas.

—Sí, eso es lo que dirán… lo que pensarán… ¡Ya lo sé!

—*C’est vrai*. Eso es lo que le preguntarán: ¿Cómo de bien conoce al mayor Rich? Quizá conteste usted la verdad; quizá mienta. Para una mujer es necesario mentir; es una buena arma. Pero hay tres personas, *madame*, a las que una mujer debe decir la verdad: su confesor, su peluquera y su detective privado… si confía en él. ¿Confía en mí, *madame*?

Marguerita Clayton respiró hondo.

—Sí, confío en usted —respondió. Puerilmente añadió—: Debo confiar.

—En ese caso, contésteme. ¿Cómo de bien conoce al mayor Rich?

La señora Clayton lo miró por un momento en silencio. Por fin alzó la barbilla en un gesto de desafío.

—Responderé a su pregunta. Me enamoré de Jack en cuanto lo vi, hace dos años. Últimamente creo… casi con total seguridad… que también él se ha enamorado de mí. Pero no se ha declarado.

—¡*Epatant*! —exclamó Poirot—. Me ha ahorrado usted un buen cuarto de hora yendo al grano sin el menor rodeo. Es usted una mujer juiciosa. Vayamos ahora a su marido. ¿Sospechaba él de sus sentimientos hacia el mayor?

—No lo sé —contestó lentamente Marguerita—. Últimamente quizás. Había cambiado de actitud. Pero tal vez eso sean sólo imaginaciones mías.

—¿Nadie más lo sabía?

—Creo que no.

—Y… discúlpeme, *madame*… ¿amaba usted a su marido?

Muy pocas mujeres, pienso, responderían a esa pregunta con la franqueza y sencillez de la señora Clayton. En general, tenderían a justificar sus sentimientos.

Marguerita Clayton dijo simplemente:

—No.

—Bien. Ya sabemos a qué atenernos. Según usted, *madame*, el mayor Rich no mató a su marido. Sin embargo, como bien sabe, todas las pruebas indican lo contrario. ¿Tiene constancia, personalmente, de que alguna de esas pruebas carece de validez?

—No.

—¿Cuándo le comunicó su marido que viajaría a Escocia?

—Después de comer. Dijo que era un engorro, pero tenía que ir. Por algo relacionado con el precio de la tierra, comentó.

—¿Y luego?

—Se marchó… a su club, creo. No… no volví a verlo.

—Hablemos ahora del mayor Rich. ¿Cómo se comportó aquella noche? ¿Como de costumbre?

—Sí, eso creo.

—¿No está segura?

Marguerita arrugó la frente.

—Lo noté… un poco cohibido. Conmigo, no con los demás. Pero me pareció adivinar a qué se debía. ¿Me comprende? Estoy segura de que ese cohibimiento o… o quizá sea más exacto decir ensimismamiento, no tenía nada que ver con Edward. Se sorprendió al enterarse de que Edward se había ido a Escocia, pero no de una manera exagerada.

—¿Y no recuerda ninguna otra cosa fuera de lo común en relación con aquella noche?

Marguerita reflexionó.

—No, nada en absoluto.

—¿Se… se fijó en el arcón?

Movió la cabeza en un trémulo gesto de negación.

—Ni siquiera lo recuerdo. Jugamos al póquer casi todo el tiempo.

—¿Quién ganó?

—El mayor Rich. Yo tuve muy mala suerte, y el mayor Curtiss también. Los Spence ganaron un poco; pero el principal ganador de la noche fue el mayor Rich.

—¿A qué hora terminó la velada?

—A eso de las doce y media, creo. Nos marchamos todos juntos.

—¡Ah!

Poirot se quedó en silencio, absorto en sus pensamientos.

—Lamento no poder darle más información —se disculpó la señora Clayton—. Sé que no le he dicho gran cosa.

—Sobre el presente, no. Pero ¿qué puede decirme del pasado, *madame*?

—¿El pasado?

—Sí. ¿No se produjeron incidentes en el pasado?

La señora Clayton se ruborizó.

—¿Se refiere a aquel horrible individuo que se suicidó? No fue culpa mía, *monsieur* Poirot. De verdad.

—No es ese incidente en el que yo estaba pensando.

—¿Aquel duelo absurdo, pues? Pero los italianos se baten en duelo. Me alegré mucho de que aquel hombre no resultase muerto.

—Debió de ser un alivio para usted —convino Poirot con severidad.

La señora Clayton lo miraba con recelo. Poirot se acercó y le cogió la mano.

—Yo no me batiré en duelo por usted, *madame* —dijo—. Pero haré lo que me ha pedido. Descubriré la verdad. Y confiemos en que sus instintos sean acertados, y la verdad sea para usted una ayuda y no un perjuicio.

Interrogamos en primer lugar al mayor Curtiss. Era un hombre de unos cuarenta años, porte militar, cabello muy oscuro y rostro bronceado. Tanto él como el mayor Rich conocían a los Clayton desde hacía años. Confirmó la información ofrecida por la prensa.

Clayton y él habían tomado una copa en el club poco antes de las siete y media, y Clayton le había anunciado su intención de pasar por el piso del mayor Rich camino de Euston.

—¿Notó algo especial en el comportamiento del señor Clayton? ¿Estaba deprimido o alegre?

El mayor se detuvo a pensar. Era un hombre de habla parsimoniosa.

—Lo encontré bastante animado —respondió por fin.

—¿No mencionó alguna desavenencia entre él y el mayor Rich?

—¡No, por Dios! Eran buenos amigos.

—¿No se oponía a… la amistad entre su esposa y el mayor Rich?

Un intenso rubor cubrió el rostro del mayor.

—Ya veo que han leído esos condenados periódicos, con sus insinuaciones y mentiras. Claro que no se oponía. Pero si incluso me dijo: «Marguerita irá, por

supuesto».

—Entiendo. Hablemos ahora de la velada. ¿El comportamiento del mayor Rich fue también el habitual?

—Yo no noté ninguna diferencia.

—¿Y *madame*? Ella actuó también como siempre.

—Bueno —contestó el mayor—, ahora que lo pienso, estuvo muy callada, ¿sabe? Pensativa y distante.

—¿Quién llegó primero?

—Los Spence. Estaban ya allí cuando yo llegué. De hecho, yo pasé a buscar a la señora Clayton por su casa, pero ya había salido. Así que llegué con retraso.

—¿Y en qué se entretuvieron? ¿Bailaron? ¿Jugaron a las cartas?

—Un poco de cada. Primero bailamos.

—¿Eran cinco personas?

—Sí, pero no importaba, porque yo no bailo. Yo ponía los discos y los demás bailaban.

—¿Quién bailó más con quién?

—Pues la verdad es que a los Spence les gusta bailar juntos. Son unos entusiastas del baile…, conocen pasos complicados y esas cosas.

—¿Así que la señora Clayton bailó principalmente con el mayor Rich?

—Supongo.

—¿Y luego jugaron al póquer?

—Sí.

—¿Y cuándo se despidieron?

—Ah, bastante pronto. Poco después de las doce.

—¿Se marcharon todos juntos?

—Sí. De hecho, compartimos un taxi. Primero se bajó la señora Clayton, luego yo, y los Spence siguieron hasta Kensington.

A continuación visitamos a los señores Spence. Sólo encontramos en casa a la señora Spence, pero su versión de lo ocurrido durante la velada coincidió con la del mayor Curtiss, salvo por cierta causticidad al referirse a la suerte del mayor Rich en las cartas.

Unas horas antes Poirot había mantenido una conversación telefónica con el inspector Japp de Scotland Yard. Por consiguiente, cuando llegamos al piso del mayor Rich, su criado, Burgoyne, nos esperaba.

El testimonio del criado fue claro y preciso.

El señor Clayton llegó allí a las ocho menos veinte. Por desgracia, el mayor Rich acababa de salir hacía un minuto. El señor Clayton dijo que no podía esperar, porque debía tomar un tren, pero dejaría una nota. Por tanto, entró en la sala de estar para escribirla. Burgoyne no oyó entrar a su señor, ya que estaba preparándole el baño, y el mayor Rich lógicamente abrió la puerta con su propia llave. En su opinión, pasaron unos diez minutos hasta que su señor lo llamó y lo mandó a comprar tabaco. No, no

entró en la sala de estar. El mayor Rich le hizo el encargo desde la puerta. Regresó con el tabaco al cabo de cinco minutos, y esta vez sí entró en la sala de estar, donde sólo se hallaba su señor, fumando de pie junto a la ventana. Su señor le preguntó si el baño estaba preparado y, al ser informado de que en efecto estaba a punto, fue a bañarse. Él, Burgoyne, no mencionó la visita del señor Clayton, dando por sentado que su señor lo había encontrado en la sala y lo había acompañado él mismo a la salida. Aquella noche su señor se comportó exactamente igual que cualquier otra. Tomó su baño, se cambió de ropa, y poco después llegaron los señores Spence, seguidos por el mayor Curtiss y la señora Clayton.

En ningún momento se le ocurrió pensar, explicó Burgoyne, que el señor Clayton podía haberse marchado antes de regresar su señor. De haber sido así, el señor Clayton habría cerrado la puerta de entrada con un golpe, y eso sin duda, aseguró el criado, lo habría oído.

Con el mismo tono impersonal, Burgoyne prosiguió con el hallazgo del cadáver. Por primera vez centré mi atención en el fatídico arcón. Se trataba de un mueble de considerable tamaño, adosado a la pared junto al armario del gramófono. Era de una madera oscura y estaba profusamente tachonado de clavos. La tapa se abría con extrema facilidad. Contemplé el interior y me estremecí. Pese a que había sido sometido a una limpieza exhaustiva, quedaban aún siniestras manchas.

De pronto Poirot profirió una exclamación.

—¿Y esos orificios…? —observó—. ¡Qué curioso! Se diría que son recientes.

Los orificios en cuestión atravesaban el panel posterior del arcón hasta la pared. Había tres o cuatro, todos de unos cinco milímetros de diámetro, y en efecto parecían recién perforados.

Poirot se inclinó para examinarlos y luego lanzó una mirada interrogativa al criado.

—Curioso por cierto, señor. No recuerdo haber visto antes esos orificios, aunque quizás estaban y no me había fijado en ellos.

—No tiene importancia —dijo Poirot.

Cerró la tapa del arcón y retrocedió unos pasos hasta hallarse de espaldas contra la ventana.

—Dígame —preguntó de pronto—. Cuando trajo el tabaco a su señor aquella noche, ¿notó algo fuera de su sitio en la sala?

Burgoyne vaciló por un instante. Luego, con cierta renuencia, contestó:

—Es curioso que pregunte eso, señor. Y ahora que lo menciona, sí había algo cambiado de sitio, ese biombo colocado ante la puerta del dormitorio para evitar la corriente de aire. Estaba un poco desplazado a la izquierda.

—¿Así? —dijo Poirot, plantándose en un abrir y cerrar de ojos junto al biombo y tirando de él. Era de piel teñida, una hermosa pieza. Tapaba parcialmente el arcón, y cuando Poirot lo ajustó, lo ocultó por completo.

—Exacto, señor —dijo el criado—. Estaba justo ahí.

—¿Y a la mañana siguiente?

—Seguía en esa posición. Lo recuerdo. Al apartarlo, vi la mancha. La alfombra se retiró para limpiarla. Por eso ahora la madera del suelo está al descubierto.

Poirot asintió con la cabeza.

—Entiendo —dijo—. Muchas gracias.

Colocó un crujiente trozo de papel en la mano del criado.

—Gracias, señor.

Cuando salimos a la calle, pregunté:

—Poirot, en cuanto al detalle del biombo, ¿es un punto en favor de Rich?

—Es un punto más en contra de él —respondió Poirot con pesar—. El biombo ocultaba el arcón, y también la mancha de la alfombra. Tarde o temprano la sangre tenía que filtrarse a través de la madera y manchar la alfombra. El biombo evitaba de momento el descubrimiento. Sí…, pero hay algo que no encaja. El criado, Hastings, el criado.

—¿Qué ocurre con el criado? Parecía un hombre muy inteligente.

—Usted lo ha dicho: muy inteligente. ¿Cómo es posible, pues, que el mayor Rich no previese que el criado descubriría el cadáver a la mañana siguiente? Inmediatamente después del crimen no tenía tiempo para nada, por supuesto. Esconde el cadáver en el arcón, coloca el biombo delante, y deja pasar la velada confiando en la suerte. Pero ¿y después de irse los invitados? Entonces obviamente sí dispone de tiempo para deshacerse del cadáver.

—Quizá tenía la esperanza de que el criado no notase la mancha —sugerí.

—Eso, *mon ami*, es absurdo. Una alfombra manchada es lo primero que nota un buen criado. Y, sin embargo, el mayor Rich, en lugar de tomar medidas, se acuesta en su cama y duerme plácidamente toda la noche. Asombrosa e interesante actitud la suya.

—Curtiss podría haber visto la mancha esa misma noche mientras cambiaba los discos —observé.

—Es improbable. El biombo debía de proyectar una oscura sombra justo sobre ese rincón. No, pero empiezo a vislumbrar algo. Sí, vagamente empiezo a vislumbrar algo.

—A vislumbrar, ¿qué?

—La posibilidad, digamos, de una explicación alternativa —contestó Poirot—. Puede que nuestra próxima visita arroje luz sobre el asunto.

Visitamos a continuación al médico que examinó el cadáver. Su testimonio fue una simple recapitulación de lo que ya había puesto por escrito en su informe.

La víctima presentaba una herida en el corazón, producida por un cuchillo largo y fino semejante a un estilete. El cuchillo seguía clavado en el cuerpo. La muerte había sido instantánea. El cuchillo pertenecía al mayor Rich y solía estar sobre su escritorio. No se advertían huellas en la empuñadura. El médico deducía que había sido

limpiado posteriormente o manipulado con un pañuelo. En cuanto a la hora, cabía pensar que el asesinato se había cometido entre las siete y las nueve.

—¿No podría haber muerto después de medianoche, por ejemplo? —preguntó Poirot.

—No. Imposible —respondió el médico—. A las diez como mucho, pero más probablemente entre siete y media y ocho.

Cuando regresamos a casa, Poirot dijo:

—Hay una segunda hipótesis admisible. Me pregunto si ha caído usted en la cuenta, Hastings. Para mí, es evidente, y sólo necesito conocer un último detalle para resolver definitivamente el caso.

—Estoy perdido —contesté—. No sé a qué se refiere.

—Esfuércese, Hastings. Esfuércese.

—Muy bien —dije—. A las ocho menos veinte Clayton está vivo y en perfecto estado. La última persona que lo vio con vida es Rich…

—O eso suponemos.

—¿Y no es así acaso?

—Olvida, *mon ami*, que el mayor Rich lo niega —repuso Poirot—. Ha declarado explícitamente que Clayton ya se había ido cuando él llegó.

—Pero el criado sostiene que habría oído marcharse a Clayton por el golpe de la puerta. Además, si Clayton se fue, ¿cuándo volvió? No pudo ser después de medianoche, porque el médico ha establecido de manera concluyente que para entonces llevaba ya dos horas muerto como mínimo. Eso sólo deja una posibilidad alternativa.

—¿Sí, *mon ami*?

—Que en los cinco minutos que Clayton estuvo solo en la sala, llegase otra persona y lo matase. Pero ahí cabe plantear la misma objeción. Sólo alguien con llave podía entrar sin que el criado se enterase, e igualmente el asesino, al salir, habría cerrado de golpe, con lo cual el criado lo habría oído.

—Exactamente —dijo Poirot—. Y por tanto…

—Y por tanto… nada —admití—. No veo otra solución.

—Es una lástima —masculló Poirot—. Y el caso es que está muy claro, tan claro como los ojos azules de *madame* Clayton.

—De verdad cree…

—Yo no creo nada… hasta que consiga demostrarlo. Una insignificante prueba más me convencerá.

Descolgó el auricular del teléfono y se puso en contacto con Japp en Scotland Yard.

Veinte minutos después nos hallábamos ante unos cuantos objetos diversos esparcidos sobre una mesa. Procedían de los bolsillos de la víctima.

Había un pañuelo, un puñado de calderilla, un billetero con tres libras y diez chelines, un par de facturas y una ajada fotografía de Marguerita Clayton.

Completaban las pertenencias de la víctima una navaja de bolsillo, un lápiz de oro y una pesada herramienta de madera.

En esta última se concentró Poirot. La desenroscó y cayeron varias cuchillas de pequeño tamaño.

—Fíjese, Hastings, una barrena y todo lo demás. Con esto podrían hacerse varios agujeros en el arcón en cuestión de minutos.

—¿Aquellos agujeros que hemos visto?

—Exacto.

—¿Quiere decir que fue el propio Clayton quien perforó el arcón? —pregunté.

—¡*Mais, oui… mais, oui*! ¿Qué le sugerían esos agujeros? No servían para mirar a través, porque estaban en la parte trasera del arcón. ¿Para qué eran, pues? Obviamente para respirar. Pero uno no hace respiraderos para un cadáver, así que no podían ser obra del asesino. Esos orificios indican sólo una cosa: que alguien pensaba esconderse en el arcón. Y basándonos en esa hipótesis, todo lo demás resulta de pronto inteligible. El señor Clayton está celoso a causa de la relación entre su esposa y Rich. Recurre al viejísimo truco de anunciar un falso viaje. Ve salir a Rich y aprovecha para entrar en el piso. Se queda solo en la sala de estar, hace rápidamente esos agujeros y se esconde en el arcón. Su esposa estará allí esa noche. Posiblemente Rich se librará de los otros invitados; posiblemente ella se quedará cuando los otros se hayan ido, o simulará irse y volverá más tarde. Ocurra lo que ocurra, Clayton lo descubrirá. Cualquier cosa es mejor que la tortura que padece debido a sus sospechas.

—¿Cree, pues, que Rich lo mató cuando los demás se fueron? —dije—. Pero esa posibilidad la ha descartado el médico.

—Exacto. Por tanto, Hastings, tuvo que ser asesinado durante la velada.

—¡Pero si estaban todos en la sala!

—Precisamente —respondió Poirot con total seriedad—. ¿Se da cuenta de lo maravilloso del plan? «Estaban todos en la sala». ¡Qué coartada! ¡Qué *sang froid*! ¡Qué agallas! ¡Qué audacia!

—Sigo sin comprender.

—¿Quién se ponía detrás del biombo para dar cuerda al gramófono y cambiar los discos? El arcón y el gramófono están juntos, ¿recuerda? Los otros bailaban; el gramófono sonaba. Y el hombre que no baila levanta la tapa del arcón y hunde el cuchillo que acaba de esconderse en la manga, en el cuerpo del hombre oculto allí dentro.

—¡Imposible! La víctima gritaría.

—No si antes se le había administrado un narcótico.

—¿Un narcótico?

—Sí. ¿Con quién tomó Clayton una copa a las siete y media? ¡Ajá! Ahora lo comprende. ¡Curtiss! Curtiss ha alimentado las sospechas de Clayton respecto a su esposa y Rich. Curtiss sugiere el plan: el viaje a Escocia, el arcón como escondite, el toque final del biombo colocado enfrente. Y no para que Clayton pueda levantar un

poco la tapa y sentir cierto alivio; no, en realidad para que Curtiss pueda levantar la tapa sin ser visto. El plan es de Curtiss, y fíjese en su perfección, Hastings. Si Rich hubiese notado que el biombo no estaba en su sitio y lo hubiese apartado de nuevo… bueno, no importaba. El riesgo es nulo, y Curtiss siempre puede concebir otro plan. Clayton se esconde en el arcón, el suave narcótico que Curtiss le ha administrado surte efecto. Clayton pierde el conocimiento. Curtiss levanta la tapa y asesta la puñalada. Entretanto en el gramófono sigue sonando *Walking My Baby Back Home*.

Recobré el habla.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué?

Poirot se encogió de hombros.

—¿Por qué se suicidó un hombre? ¿Por qué se batieron en duelo dos italianos? Curtiss es un individuo de temperamento apasionado y retorcido. Deseaba a Marguerita Clayton. Quitando de en medio a su marido y a Rich, caería en sus brazos, o eso creía. —Pensativamente, añadió—: Estas mujeres ingenuas e infantiles… son un verdadero peligro. ¡Pero, *mon dieu*, qué obra maestra! Me duele tener que enviar a la horca a un hombre como ése. Puede que yo sea un genio, pero eso no me impide reconocer la genialidad en los demás. Un crimen perfecto, *mon ami*. Se lo digo yo, Hércules Poirot: un crimen perfecto. ¡*Epatant*!

El hada madrina

(A Fairy in the Flat).

Mistress Beresford cambió de postura en el diván y miró melancólica a través de la ventana de su departamento. El panorama no era en realidad extenso. Se limitaba a un bloque de pisitos como el suyo, situado al otro lado de la calzada. *Mistress* Beresford lanzó un suspiro. Después bostezó.

—Me gustaría que sucediese algo imprevisto —dijo. Su marido la miró con aire de reproche.

—Cuidado, Tuppence, este inmoderado afán que de pronto te ha entrado por el sensacionalismo vulgar acabará por alarmarme.

Tuppence volvió a suspirar y cerró los ojos en actitud meditativa.

—De modo que Tommy y Tuppence se casaron para vivir felices el resto de sus vidas —declamó—, y por lo que veo llevan camino de conseguirlo.

»Pero es extraordinario —prosiguió, después de detenerse unos instantes— lo diferente que son las cosas de tal como una se las forjó.

—Un pensamiento profundo, Tuppence, pero carente de originalidad. Poetas eminentes y aun grandes predicadores lo han dicho ya repetidamente y, si me apuras, con bastante más ingenio del que tú has empleado para su evocación.

—Hace seis años —continuó Tuppence— hubiese jurado que con suficiente dinero para comprar cuatro chucherías y un marido como tú, la vida hubiese sido un eterno canto, como dice un poeta que a ti tanto parece entusiasmarte.

—¿Es la falta de dinero, o es tu marido lo que te produce ese desaliento? —preguntó fríamente Tommy.

—Desaliento no es exactamente la palabra que pueda describir mi estado de ánimo. Es simplemente que estoy acostumbrada a otro modo de vivir. Del mismo modo que nadie se da cuenta de la bendición que supone respirar por la nariz hasta que no ha cogido un fuerte resfriado que le prive de hacerlo.

—¿No crees que sería conveniente que te descuidara un poco? —sugirió Tommy—. ¿Que me fuera a los clubes nocturnos en compañía de otras mujeres?

—¿Para qué? —respondió, indiferente, Tuppence—. ¿Para que me encontraras allí en compañía de otros hombres? Y con una diferencia a mi favor: yo estaría segura de que a ti no te gustarían las otras mujeres, mientras que tú no podrías decir lo propio con respecto a mí.

—Bueno, ¿quieres decirme de una vez qué es lo que te pasa? ¿A qué vienen ahora esas vehemencias y ese descontento?

—No lo sé. Quiero que sucedan cosas. Algo espeluznante. ¿No te gustaría, Tommy, que volviésemos a salir a la caza de espías alemanes? ¿Te acuerdas qué días más emocionantes aquéllos? Claro que me contestarás que, directa o indirectamente,

sigues relacionado con el servicio secreto; pero no ya como agente activo, sino como chupatintas.

—¿Quieres decirme que te gustaría que me mandasen otra vez a Rusia disfrazado de contrabandista bolchevique, o algo por el estilo?

—Eso no resolvería mi situación —dijo Tuppence—. No me dejarían ir contigo, y soy yo precisamente quien desea las emociones. Algo en qué emplear mi tiempo. Es lo que vengo diciéndome día tras día.

—¡Bah, cabezonadas tuyas! —contestó Tommy, agitando en el aire una de sus manos.

—Con veinte minutos de trabajo después del desayuno puedo dejar la casa como una patena. ¿Tienes alguna queja de mí en cuanto a orden y limpieza?

—Al contrario. Tus menesteres como ama de casa son tan perfectos que casi resultan monótonos.

—¡Me gusta el agradecimiento! Tú, como es natural, tienes tu trabajo —prosiguió —; pero dime, Tommy: ¿no sientes nunca un deseo ardiente por algo inesperado, por algo que rompiese esa monotonía, como tú dices, de nuestras vidas?

—No —contestó Tommy—, porque esas cosas que con tanto afán buscas quizá no fuesen tan agradables ni tan interesantes como supones.

—¡Qué prudentes son los hombres! —exclamó Tuppence, lanzando un suspiro—. ¡Y qué poco imaginativos!

—¿Quieres decirme qué clase de novela folletinesca has estado leyendo? — preguntó Tommy.

—¿Has pensado en la emoción que experimentarías —prosiguió Tuppence, haciendo caso omiso de la sátira— si alguien llamase de pronto a la puerta y al abrir te encontrases con un cadáver que entrase tambaleándose y se desplomase de pronto a tus pies?

—Los cadáveres no se tambalean. —Tú sabes lo que quiero decir.

—Bueno, bueno. Te aconsejo un curso de Schopenhauer o de Kant.

—Eso para ti —replicó Tuppence—, que empiezas ya a engordar y a buscar las delicias de un ancho y confortable sillón.

—Eso no es verdad —gritó indignado Tommy—. Eres tú la que hace ejercicios para adelgazar.

—Eso lo hacemos todas las mujeres —replicó ella impertérrita—. Pero al decir que engordabas no me refería precisamente a la materialidad de la panza, sino a ti en general. Que estabas acostumbrándote con exceso a la prosperidad y a la remolonería. —No sé qué mosca te ha picado hoy.

—Es el espíritu de aventura que bulle dentro de mí —murmuró Tuppence—, siempre mejor que el de ansias amorosas, ¿no te parece? Por más que a veces… ¡a qué negártelo!, siempre he sentido el deseo de encontrarme con un hombre verdaderamente apuesto y gallardo.

—¿No me has encontrado ya a mí? ¿O es que no te basto? —Un hombre tostado por el sol, fuerte, que monte a caballo y sepa manejar el lazo…

—Sí, y lleve zahones de piel y sombrero de vaquero —intercaló sarcásticamente Tommy.

—… y que haya vivido en los bosques —continuó Tuppence—. Me gustaría que se enamorase perdidamente de mí. Claro que yo, fiel a mis votos, y aunque el corazón se me fuera tras él, le rechazaría virtuosamente.

—También yo —dijo Tommy— he sentido a veces el deseo de que una mujer de extraordinaria belleza y temperamento de fuego se enamorase desesperadamente de mí. Sólo que a diferencia de ti, no estoy muy seguro de que… vamos, ya me entiendes. —Tommy, eres un sucio.

—Pero ¿quieres decirme de una vez lo que te pasa? Nunca me has hablado así.

—Lo sé, pero es algo que desde hace tiempo está bullendo en mi cerebro. Como sabes, es muy peligroso eso de acostumbrarse a tener cuanto uno quiere, incluyendo el suficiente dinero para satisfacer cualquier capricho. Menos sombreros, como es natural.

—¿Sombreros? Pero si tienes más de cuarenta. Y todos iguales, por añadidura.

—Eso es lo que a ti te parece. Pero son distintos. Precisamente he visto uno precioso esta mañana en casa de Violette.

—Bien; si no tienes nada mejor que hacer que ir por ahí comprando sombreros…

—Tú lo has dicho —intercaló rápidamente Tuppence—. No tengo nada mejor, de momento. Ojalá lo tuviera. ¡Oh, Tommy! Quisiera que sucediese algo que nos sacara de este enervamiento. Creo… creo que sería beneficioso tanto para ti como para mí. Si al menos se nos apareciese una de esas hadas de las que tanto se habla en los cuentos…

—¿Un hada? —exclamó Tommy—. Es curioso que hayas mencionado esa palabra.

Se levantó y atravesó rápidamente la sala. Abrió un cajón del escritorio y de allí extrajo una pequeña fotografía que entregó a su esposa.

—¡Oh! —dijo Tuppence—. Resulta que las has mandado revelar. ¿Cuál es ésta, la que tú sacaste o la que yo saqué de la habitación?

—La que saqué yo. La tuya, como siempre, salió velada. Le das demasiada exposición.

—¡Qué galante eres al suponer que siempre haces las cosas mejor que yo!

—¡No es eso lo que yo he dicho!, pero… En fin, lo que yo quería enseñarte era eso.

Señaló una especie de pequeña mancha que había en la fotografía.

—Eso debe ser una rascadura de la película —dijo Tuppence.

—No. Eso, Tuppence, y aunque a primera vista no lo parezca, es un hada. —¡Tonto!

—Fíjate bien —dijo, entregándole una lente de bastante aumento.

Tuppence la cogió y estudió detenidamente la copia. Vio con sorpresa que, en efecto, la mancha representaba una pequeña criatura con alas posada sobre el guardafuegos de la chimenea.

—¡Que curioso! —exclamo con jubilo Tuppence—. ¡Un hada madrina en nuestro piso! ¿Qué te parece si le escribiéramos a Conan Doyle y le comunicásemos nuestro hallazgo? ¡Oh, Tommy! ¿Crees que nos concedería algo si se lo pidiésemos?

—Pronto lo sabremos —contestó Tommy—. Has estado deseando toda la tarde que sucediese algo y… ¿quién sabe?

En aquel momento se abrió la puerta y un joven alto, de unos quince años de edad, de aspecto entre paje y soldado, inquirió respetuosamente:

—¿Puedo saber si la señora recibe hoy? Acaba de sonar el timbre de la puerta.

—Quisiera que Albert no fuese tan a menudo al cine —dijo Tuppence con un suspiro después que aquél se hubo retirado al recibir una señal de asentimiento—. Ahora está tratando de imitar los modales de un mayordomo de Long Island. Gracias a Dios que le he curado de la costumbre de pedir las tarjetas a los visitantes y traérmelas en una bandeja.

La puerta se abrió de nuevo y con solemnidad casi palaciega anunció Albert:

—Míster Cárter.

—¡Mi jefe! —balbuceó Tommy con sorpresa. Tuppence se levantó de un salto y se adelantó a recibir a un hombre alto, de cabellos grises, ojos penetrantes y sonrisa cansada que acababa de aparecer.

—¡Míster Cárter! —dijo—. No sabe usted lo que me complace su visita.

—En ese caso la complacencia es mutua, *mistress* Beresford. Y ahora quisiera que me contestase a la siguiente pregunta: ¿cómo van sus asuntos?

—Bien.

—¿Y la vida?

—Un poco triste por lo general.

—¡Ajá! Entonces espero hallarles en la mejor de las disposiciones.

—Esto parece interesante —exclamó Tuppence. Albert, personificando aún al mayordomo de Long Island, trajo el té. Cuando completó esta operación sin el menor contratiempo y la puerta se hubo cerrado tras él, Tuppence estalló de nuevo:

—Usted ha querido significar algo, ¿no es verdad, míster Cárter? ¿Intenta usted acaso enviarnos en comisión de servicio a algún rincón de la sombría Rusia?

—No es eso exactamente —replicó míster Cárter.

—Pero hay algo de lo que digo, ¿no es así?

—Algo hay, es cierto, y no creo equivocarme al suponer que no son ustedes personas de las que tiemblan ni reculan ante el peligro.

Los ojos de Tuppence brillaron con extraño fulgor.

—Hay un trabajo que preciso llevar a cabo en colaboración con el Departamento y pensé que quizá pudiese convenirles a ustedes dos.

—Continúe —dijo Tuppence.

—Veo que están suscritos al *Daily Leader* —prosiguió míster Cárter, cogiendo el periódico que había sobre la mesa.

Buscó la sección de anuncios, señaló uno con el dedo y pasó el diario a Tommy.

—Lea usted eso —dijo. Tommy obedeció.

—Agencia Internacional de Detectives. Theodore Blunt, gerente. Investigaciones privadas. Plantel competente de agencias. Discreción absoluta. Consultas gratuitas. Calle Halchan, número 118, W. C.

Levantó la vista y miró interrogativamente a Cárter. Éste asintió con un movimiento de cabeza.

—Esa agencia de investigación ha estado haciendo una serie de equilibrios durante los últimos meses —explicó—. Un amigo mío la ha comprado por una bicoca y estamos pensando en hacer una prueba de digamos seis meses para ver si conseguimos volver a ponerla de nuevo en marcha. Como es natural, durante ese tiempo necesitaremos los servicios de un gerente.

—¿Y qué hay de míster Theodore Blunt? —preguntó Tommy.

—Me temo que míster Blunt no mostró la discreción que su cargo exigía y Scotland Yard se vio obligado a intervenir en el asunto. Hoy está hospedado a expensas del Gobierno de Su Majestad, y no creo que logremos extraer de él algunas informaciones, que por cierto nos interesaría grandemente conocer.

—Comprendo —dijo Tommy—. O al menos, pretendo comprender.

—Sugiero que curse usted una instancia solicitando seis meses de vacaciones. Por razones de salud. Y como es natural, yo no sabré nada de que usted dirige, con el nombre de Theodore Blunt, una agencia de detectives privados. Tommy se quedó mirando fijamente a su jefe.

—¿Hay alguna instrucción especial? —preguntó—. Tengo entendido que míster Blunt mantenía correspondencia con el extranjero. Vigile unos sobres azules con sellos de Rusia. Son de un comerciante de jamones ansioso de encontrar a su esposa, que vino aquí como refugiada hace algunos años. Humedezca el sello y encontrará usted el número dieciséis impreso bajo él. Haga copia de estas cartas y mándeme los originales al Yard. Y si alguien se presenta haciendo cualquier referencia al número dieciséis, también comuníquemelo inmediatamente.

—Comprendido, señor —dijo Tommy—. ¿Algo más? Míster Cárter recogió los guantes que había dejado sobre la mesa y se dispuso a partir.

—Puede usted llevar la agencia como mejor le parezca. Se me ocurre también —terminó haciendo un picaresco guiño— que quizá tampoco le disgustaría a *mistress* Beresford que le diera una oportunidad de probar sus dotes de sabueso.

El debut

(A Pot of Tea).

Míster y *mistress* Beresford tomaron posesión de las oficinas de la Agencia Internacional de Detectives unos días después. Estaban emplazadas en el segundo piso de un edificio bastante ruinoso, por cierto, de Bloomsbury. En la diminuta dependencia exterior, Albert abandonó su papel de mayordomo de Long Island para convertirse en un mensajero de la oficina, cargo que, al parecer, sabía desempeñar a la perfección. Una bolsita de papel llena de caramelos, manos manchadas de tinta y una cabeza desgreñada era el concepto que él tenía del personaje.

Dos puertas comunicaban esta especie de salita de espera con las oficinas interiores. En una de ellas se leía «Empleados». En la otra «Privado». Tras esta última había una pequeña, pero confortable habitación amueblada con una enorme mesa de despacho, unos archivadores artísticamente rotulados, vacíos todos, y unos cuantos sillones de piel. Tras la mesa se sentaba el supuesto míster Blunt tratando de dar la impresión de no haber hecho otra cosa en su vida que dirigir agencias de investigación. Como es natural, había un teléfono al alcance de la mano. Tuppence había ensayado varios efectos telefónicos y Albert tenía también sus correspondientes instrucciones.

En la habitación adjunta estaba Tuppence con una máquina de escribir, un montón de mesas y sillas de clase inferior a las que había en el despacho del gran jefe, y una cocinilla de gas para hacer el té.

Nada faltaba en realidad, excepto los clientes. Tuppence, en el primer éxtasis de su iniciación, abrigaba lisonjeras esperanzas.

—Será maravilloso —declaró—. Atraparemos a los asesinos, descubriremos los lugares en que se esconden joyas familiares desaparecidas misteriosamente, encontraremos personas secuestradas y desenmascararemos a los impostores.

Al llegar a este punto de sus divagaciones, Tommy se creyó en el deber de intervenir.

—Cálmate, Tuppence —dijo—, y procura olvidar esas novelas folletinescas a las que eres tan aficionada. Nuestra clientela, si llegamos a tenerla, constará exclusivamente de maridos que querrán que vigilemos a sus esposas y de esposas que querrán que vigilemos a sus maridos. Obtención de pruebas para un divorcio será casi la única misión de nuestra agencia.

—Pues yo —contestó Tuppence arrugando la nariz en una mueca de fastidio—, no aceptaría ningún caso de divorcio. Hemos de elevar el valor material y moral de nuestra profesión.

—¿Ah, sí? —respondió Tommy con aire de duda. Una semana después de instalarse volvieron apenadamente a hacer un resumen de sus más que pobres y ridículos progresos.

—Total, tres neuróticas cuyos maridos acostumbran a pasar el fin de semana fuera de sus respectivas casas —suspiró Tommy—. ¿Ha venido alguien mientras yo estaba fuera comiendo?

—Sí, un viejo con una mujer poco enamorada, por lo visto, de las delicias del hogar —respondió Tuppence con desaliento—. Hace años que he venido leyendo en la prensa el alarmante incremento de los casos de divorcio, pero hasta esta última semana no me había dado cuenta de la gravedad del asunto. Estoy ya harta de estar diciendo a cada momento: «No, señor, no admitimos casos de divorcio».

—Lo hemos hecho constar así en nuestros anuncios —le recordó su esposo— y espero que no vuelvan a molestarnos en lo sucesivo.

—¡Quién sabe! —respondió Tuppence con un tono de melancolía en su voz—. De todos modos estoy decidida a no dejarme vencer. Seré yo quien cometa el crimen, si es preciso, y así podrás tú hacerte cargo de su investigación.

—¿Y qué saldríamos ganando con ello? Pienso en su desesperación cuando tuviera que darte mi beso de despedida en la puerta de la cárcel.

—Tú estás pensando en nuestros días de noviazgo —replicó ella con ironía—. De todos modos —prosiguió—, es preciso que hagamos algo. Aquí estamos tú y yo cargados de talento y de grandes ideas y sin la menor oportunidad de ejercitar el uno y de llevar a la práctica las otras.

—Me admira tu optimismo, Tuppence. ¿De modo que estás segura de tu capacidad mental?

—¡Claro que lo estoy! —estalló Tuppence abriendo unos ojos como platos.

—Y, sin embargo, no tienes la más mínima experiencia en esta clase de asuntos.

—He leído todas las novelas policíacas que se han publicado en los últimos diez años.

—También yo —dijo Tommy—, y no sé por qué, pero tengo la idea de que de muy poco nos va a servir el haberlo hecho.

—Siempre has sido un pesimista, Tommy. Fe en sí mismo, ésa es la base del triunfo.

—Y tú, por lo visto, la tienes.

—¡Naturalmente! Claro que en las novelas detectivescas la solución es fácil, puesto que el autor basa sus deducciones en el proceso inverso que ha seguido para llegar a ellas. Quiero decir que si uno conoce la solución de antemano es fácil establecer después las pistas que le han de conducir a ella. Y ahora que pienso…

Se detuvo frunciendo pensativamente el entrecejo.

—Di…

—Se me ha ocurrido de pronto algo que… —prosiguió Tuppence—. Todavía no consigo darle forma, pero… Se levantó resueltamente.

—Creo que debo ir a comprar aquel sombrero del que te hablé el otro día.

—¡Otro sombrero! —exclamó Tommy con desesperación.

—Sí, una verdadera obra de arte —respondió ella con dignidad.

Y a continuación abandonó la estancia con un gesto de determinación retratado en su semblante.

Al día siguiente Tommy trató de inquirir acerca de la misteriosa idea de su esposa, pero en vano. Ésta se limitó a mover la cabeza pensativamente y a pedirle que le concediera tiempo para madurar debidamente su plan.

Al fin, y en una gloriosa mañana, llegó el tan ansiado primer cliente. Todo lo demás fue echado en el olvido.

Hubo una llamada en la puerta exterior de la oficina y Albert, que acababa de colocarse un caramelo de limón entre los labios, gruñó un displicente «adelante». El deleite y la sorpresa que le produjo lo que vio a continuación le dejó de momento sin habla.

Un joven alto, exquisitamente ataviado, se detuvo indeciso en el umbral.

«Un petimetre», se dijo Albert para sí. Su juicio en esta materia no carecía de exactitud. El joven en cuestión debería tener unos veinticuatro años de edad, pelo meticulosamente planchado y echado hacia atrás, tendencia a la coloración rosácea del círculo que rodeaba sus ojos y prácticamente ausencia absoluta de mentón.

En un éxtasis, Albert oprimió el botón que había bajo su mesa y casi a continuación se dejó oír un furioso tableteo que procedía de la habitación de «Empleados». Se veía que Tuppence había acudido presurosa a su puesto frente a la máquina de escribir. El efecto que en el joven causó esta sensación de actividad fue sorprendente.

—¿Es ésta —prosiguió cohibido— la Agencia Internacional de Detectives?

—¿Desea usted hablar con míster Blunt en persona? —preguntó Albert con aire de duda en cuanto a la consecución del propósito.

—Pues… sí, jovenzuelo. Ésa es mi idea… si es posible.

—Por lo que veo, no tiene usted visita concertada.

—A decir verdad, no.

—Pues siempre es aconsejable tenerla. Míster Blunt es un hombre terriblemente ocupado. En este momento está conversando por teléfono con Scotland Yard. Una consulta urgente. El joven quedó profundamente impresionado. Albert bajó el tono de voz y, en forma amistosa, se avino a hacer partícipe al visitante de una pequeña información.

—Un importante robo de documentos en una de las oficinas gubernamentales. Desean que míster Blunt se encargue del caso.

—¿Qué me dice?

—Como lo oye.

El joven se sentó en una de las sillas, ignorante del hecho que dos pares de ojos le observaban atentos desde agujeros astutamente disimulados entre los objetos que adornaban las paredes, los de Tuppence, en intervalos de descanso de su frenético teclear, y los ojos de Tommy, en espera del momento oportuno de la admisión del anhelado cliente.

Poco después, un timbre sonó ruidosamente en la mesa de Albert.

—El jefe está libre. Voy a ver si puede recibirle —dijo Albert encaminándose en dirección a la puerta señalada con el nombre de «Privado». Reapareció casi inmediatamente.

—¿Quiere usted pasar, caballero?

El visitante fue introducido en el despacho del gerente y un joven de rostro placentero, pelo rojo y aire de suficiencia se adelantó a recibirle.

—Siéntese, por favor. ¿Desea usted consultarme alguna cosa? Soy míster Blunt.

—¿Ah, sí? Perdone mi sorpresa, pero le creía más viejo.

—Los días de los hombres de edad se han terminado —dijo Tommy, agitando una de sus manos—. ¿Quiénes fueron los causantes de la guerra? Los viejos. ¿Quiénes los responsables del presente desempleo? Los viejos. ¿Y de todo lo malo que siempre ocurre? Los viejos, y sólo los viejos.

—Creo que tiene usted razón —contestó el cliente—. Conozco a un muchacho que es poeta, al menos así lo dice él, que afirma exactamente lo mismo que acaba usted de decir tan convencido.

—Permítame que le diga que ni uno de los miembros que componen mi eficiente plantel de agentes pasa un solo día de los veinticinco años. Ésta es la verdad.

Ya que el *eficiente plantel* quedaba reducido a las personas de Albert y Tuppence, la declaración no carecía de veracidad.

—Y ahora los hechos —dijo míster Blunt.

—Quiero que encuentre usted a alguien que acaba de desaparecer —articuló bruscamente el joven.

—Bien. ¿Quiere hacer el favor de contarme los detalles?

—Eso ya es un poco difícil. Quiero decir que se trata de un asunto delicadísimo y que si la interesada llega a enterarse de este paso que doy… En fin, no sé cómo explicárselo.

Miró desesperadamente a Tommy, que empezó a dar muestras de impaciencia. Había estado a punto de salir a comer y preveía que la operación de extraer los datos que necesitaba iba a tomar más tiempo que el que su vacío estómago estaba dispuesto a concederle.

—¿Desapareció por su propia voluntad o sospecha usted de un rapto? —preguntó con hosquedad.

—No lo sé —contestó el joven—. No puedo decírselo.

Tommy cogió un bloque de papel y lápiz.

—Primero de todo, ¿quiere tener la bondad de decirme su nombre? El muchacho que recibe a las visitas tiene instrucciones de no preguntar el nombre a nadie. De ese modo las consultas se hacen en forma muy confidencial.

—Excelente idea —dijo el joven—. Me llamo… me llamo Smith.

—No, no —exclamó Tommy—. El nombre verdadero, por favor.

Su visitante le miró desconcertado.

—Saint Vincent —dijo, después de titubear unos instantes—. Lawrence Saint Vincent.

—Es curioso el hecho —aclaró Tommy— de que son muy pocas las personas que realmente se llaman Smith. Personalmente le diré que no conozco a nadie con ese nombre. Sin embargo, nueve personas de cada diez acostumbran a dar el de Smith. Estoy escribiendo una monografía sobre el particular.

En aquel momento, un zumbador que había sobre su mesa dejó oír su amortiguado tintineo. Eso quería decir que Tuppence solicitaba permiso para tomar cartas en el asunto. Tommy, cuyo estómago daba ya señales de inquietud y sentía una profunda antipatía contra el joven Saint Vincent, acogió gustoso la transferencia de poderes.

—Perdóneme —dijo cogiendo el auricular del teléfono. Su cara reveló rápidos y consecutivos cambios: sorpresa, consternación, júbilo contenido.

—No me diga —dijo fingiendo una gran sorpresa—. ¿El primer ministro en persona? No, no, en ese caso iré inmediatamente.

Volvió a colgar el auricular y se volvió a su cliente.

—Caballero, quisiera rogarle que me perdone. Se trata de una llamada urgente. Si quiere tener la bondad de dar los detalles a mi secretaria confidencial, ella le atenderá cumplidamente.

Se levantó y abrió la puerta que comunicaba con la habitación contigua.

—*Miss* Robinson.

Tuppence, grave y pulcra, con pelo negro liso, y cuello y puños de inmaculada blancura, entró con paso rítmico y solemne. Tommy hizo las presentaciones de rigor y partió apresuradamente.

—Tengo entendido que una dama, por la que al parecer usted se interesa, acaba de desaparecer, ¿es eso, míster Saint Vincent? —dijo Tuppence con voz aterciopelada mientras recogía el bloque y el lápiz de su jefe y se sentaba frente al visitante—. ¿Era joven?

—Bastante —contestó míster Saint Vincent—. No sólo joven sino bonita y con todo cuanto pudiera pedirse de una mujer.

—¡Dios mío! —murmuró ella—. Espero que…

—¿Cree usted que haya podido pasarle algo? —preguntó Saint Vincent presa de verdadero sobresalto.

—Supongo que no —contestó Tuppence con una forzada sonrisa que acabó por deprimir aún más al asustadizo indagador.

—Escuche usted, *miss* Robinson. Haga cuanto esté en su mano para encontrarla. No vacile en incurrir en cuantos gastos crea usted necesarios. Daría mi vida para que nada le hubiese sucedido. Parece usted comprensiva y no vacilo en confiarle que besaría con gusto la tierra que ella pisase. Es única en el mundo, *miss* Robinson, única.

—Tenga la bondad de decirme su nombre y cuanto sepa acerca de ella.

—Se llama Janet, no conozco su apellido. Trabaja en una tienda de sombreros, en casa de *madame* Violette, en la calle Brook; pero le garantizo que es una mujer tan seria y decente como pueda serlo la primera. Como de costumbre, fui ayer a esperarla, pero no la vi salir. Después me enteré de que no había acudido al trabajo ni había enviado mensaje alguno. *Madame* estaba furiosa. Conseguí que me diera la dirección de la casa en que se hospeda y allí acudí. Tampoco sabían nada de ella. No se había retirado la noche anterior. Creí volverme loco. Mi primera idea fue acudir a la policía, pero temí que Janet se enfadara si como espero, nada le ha ocurrido, y su ausencia se debe sólo a motivos que más tarde podrán ser explicados con la mayor naturalidad. Después recordé que ella misma me había enseñado uno de los anuncios publicados por esta oficina, y añadió que, según una de sus parroquianas, se había hecho lenguas de la discreción y la habilidad con que llevan ustedes a cabo sus investigaciones. Así, pues, decidí consultarles, y aquí estoy.

—Bien —contestó Tuppence—, ¿cuál es la dirección de que usted me ha hablado? El joven se la dio.

—Creo que esto es todo —dijo Tuppence después de pensar unos instantes—; es decir, ¿debo presuponer que está usted prometido a esa joven dama? Saint Vincent se quedó rojo como una amapola. —Pues, en realidad, no, no es eso precisamente. Hasta hoy nada le he dicho, pero le juro que en cuanto vuelva a verla, y Dios quiera que así sea, lo primero que haré será pedirle que me conceda su mano.

Tuppence volvió a dejar el bloque de papel que tenía entre las manos.

—¿Quiere usted nuestro servicio especial de veinticuatro horas? —preguntó en tono comercial.

—¿Y qué es eso?

—Los honorarios son dobles, pero dedicaremos al caso cuantos agentes tengamos disponibles. Míster Saint Vincent, si esa mujer está viva, mañana a estas horas podremos darle noticias definitivas del lugar en que se encuentra en la actualidad.

—¿Qué? ¡Eso es admirable!

—Sólo empleamos a gente experta, y garantizamos resultados positivos. Y a propósito, todavía no me ha dado usted las señas de esa señorita.

—Tiene el cabello más maravilloso que pueda usted concebir, un rojo oscuro y radiante como la puesta de sol, eso es, del color de una puesta de sol. Es raro, pero hasta hace poco nunca se me había ocurrido fijarme en una puesta de sol.

—Pelo rojo —dijo Tuppence sin inmutarse y haciendo la correspondiente anotación—. ¿Qué altura diremos que tiene la señorita?

—No lo sé exactamente, pero es más bien alta que baja, y ojos rasgados, creo que de un azul oscuro. Ah… y un andar resuelto y airoso capaz de quitarle el resuello al más pintado.

Tuppence escribió unas cuantas palabras más, cerró su libro de notas y se puso en pie.

—Si viene usted mañana a las dos, creo que podré darle ya algunas noticias sobre el particular. Buenos días, míster Saint Vincent.

Cuando volvió Tommy encontró a Tuppence consultando unas páginas del *Dehrell*.

—Tengo todos los detalles —dijo sucintamente—. Lawrence Saint Vincent es el sobrino y heredero del conde de Cheriton. Si logramos resolver satisfactoriamente este caso lograremos una grande y muy provechosa publicidad en las altas esferas. Tommy leyó detenidamente las notas escritas en su bloque.

—¿Qué es lo que crees que en realidad le ha pasado a esa muchacha? —preguntó a continuación.

—Creo —contestó Tuppence— que ha huido siguiendo los dictados de su corazón. Quería a este joven demasiado bien y necesitaba un poco de paz para su acongojado espíritu.

Tommy la miró dubitativo.

—Sabía que eso se hacía en las novelas —dijo—, pero no en la vida real.

—¿Ah, no? —replicó Tuppence—. Bien, quizá tengas razón. Pero casi me atrevo a afirmar que Lawrence Saint Vincent se tragará con facilidad esa píldora. Está en este momento lleno de románticos anhelos y, a propósito, he garantizado resultados positivos en el plazo de veinticuatro horas, servicio especial.

—¡Tuppence! ¡Idiota de nacimiento! ¿Qué ventolera te ha dado para hacer una promesa así?

—Fue una idea que me vino de pronto a la cabeza. Creía, al menos, que sonaba bien. No te preocupes. Deja el asunto en manos de Mamá. Mamá sabe muy bien lo que tiene que hacer. Salió dejando a Tommy desorientado. Al poco tiempo se levantó, lanzó un profundo suspiro y salió decidido a hacer algo que enmendara en parte los graves errores cometidos por su esposa.

Cuando a las cuatro y media volvió a presentarse mustio y apenado, encontró a Tuppence extrayendo una bolsa de galletas de su escondrijo en uno de los archivadores.

—Pareces un alma en pena —observó—, ¿qué has estado haciendo?

Tommy dejó escapar un sordo gemido.

—Haciendo un recorrido por todos los hospitales con la descripción que me has dado de esa muchacha.

—¿No te dije acaso que dejaras ese asunto en mis manos? —preguntó Tuppence.

—¿Cómo vas a poder encontrar a esa muchacha, sola y antes de las dos de la tarde?

—No sólo puedo encontrarla, sino que te digo que la he encontrado ya.

—¿Qué dices?

—Muy sencillo, Watson, muy sencillo.

—¿Y dónde está?

Tuppence señaló con el pulgar en dirección a su espalda.

—En mi oficina.

—¿Qué hace allí? Tuppence se echó a reír.

—Con una marmita, un hornillo de gas y media libra de té —explicó Tuppence mirándole provocativamente a la cara—; la conclusión es sumamente fácil de predecir.

»Los almacenes de *madame* Violette —prosiguió Tuppence con dulzura— era de donde yo me proveía de sombreros, y el otro día, entre las empleadas, me encontré con una antigua amiga y compañera de fatigas del hospital. Había abandonado la profesión de enfermera y empezó por cuenta propia un negocio también de sombreros. Fracasó y tuvo que aceptar un puesto en la casa de *madame* Violette. Entre las dos convinimos en llevar a cabo este plan que estoy desarrollando. Ella se encargaría de refregar nuestro anuncio por las narices de Saint Vincent antes de desaparecer. Eficiencia admirable de los brillantes detectives de la Agencia Blunt, publicidad para nosotros y un papirotazo que haga que el Joven Saint Vincent se decida de una vez a plantear su proposición matrimonial. Janet estaba ya cansada de esperar.

—¡Tuppence! —estalló Tommy cuando aquella hubo terminado—. Esto es lo más inmoral que he oído en toda mi vida. No sólo ayudas, sino que patrocinas los amores de un Joven con una muchacha que no es ciertamente de su clase.

—Tonterías. Janet es una muchacha como pocas, y lo curioso del caso es que está que echa las muelas por ese majadero con pantalones que vino a vernos esta mañana. Ahora verás lo que verdaderamente necesitan algunas de esas empingorotadas familias que tanto se jactan de su exclusivismo y de su distinción. Una buena inyección de sangre roja y reconfortante. Janet será para ese bobo una especie de ángel tutelar. Cuidará de él, pondrá coto al abuso de «combinados» y de visiteos nocturnos a los clubes y cabarés y hará de él un hombre equilibrado y fuerte que es, hoy por hoy, lo que más falta le hace a nuestro país. Ven conmigo y te la presentaré.

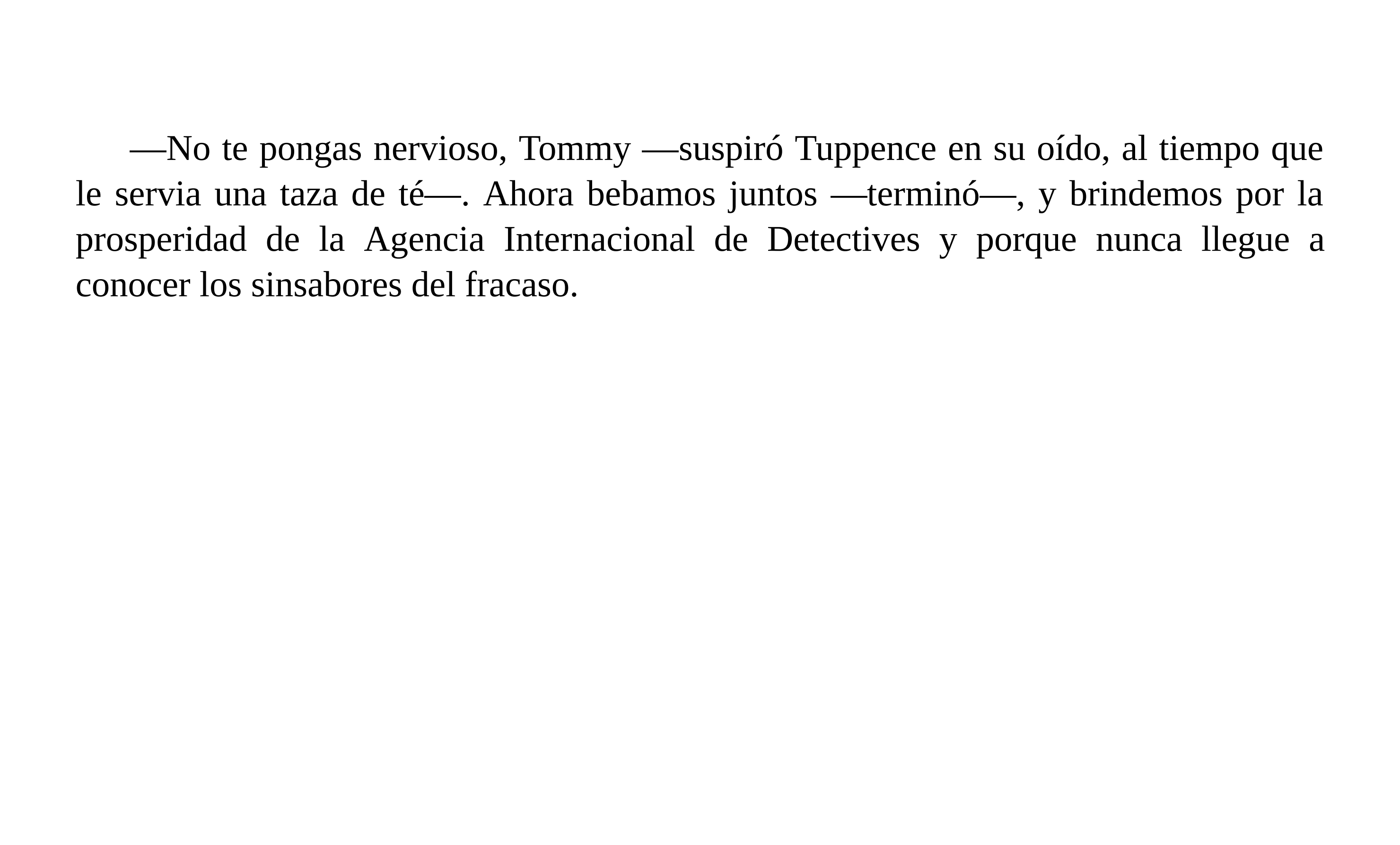
Tuppence abrió la puerta que comunicaba con la habitación contigua y entró en ella seguida de Tommy.

Una muchacha alta, de cara atrayente y una magnífica cabellera de un color pardo rojizo, dejó la tetera que tenía entre las manos y se volvió con una sonrisa que ponía al descubierto dos blancas hileras de dientes.

—Espero que me perdonarás, enfermera Cowley, quiero decir, *mistress* Beresford. Supuse que, como yo, estarías ansiosa por tomar una taza de té y… Fueron muchas las veces que hiciste lo propio por mí en el hospital y a horas intempestivas de la madrugada.

—Tommy —dijo Tuppence—, permíteme que te presente a mi buena y antigua amiga, la enfermera Smith.

—¿Has dicho Smith? ¡Es curioso! —respondió Tommy estrechando la mano que aquélla le tendía—. ¿Eh? No, nada, una monografía que estoy a punto de escribir.



—No te pongas nervioso, Tommy —suspiró Tuppence en su oído, al tiempo que le servia una taza de té—. Ahora bebamos juntos —terminó—, y brindemos por la prosperidad de la Agencia Internacional de Detectives y porque nunca llegue a conocer los sinsabores del fracaso.

El caso de la perla rosa

(The Affair of the Pink Pearl).

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó Tuppence al entrar en el santuario interior de la Agencia Internacional de Detectives, alias *Brillantes Detectives de Blunt*, y ver a su amo y señor tirado en el suelo y casi cubierto por un montón de libros. Tommy se levantó haciendo un gran esfuerzo.

—Estaba tratando de arreglar esto en el estante superior del armario cuando de pronto la silla cedió y todo se vino abajo.

—¿De qué tratan estos libros, si puede saberse? —preguntó Tuppence tomando uno de los volúmenes—. *El perro de los Baskerville*. ¡Hombre!, no me disgustaría volverlo a leer otra vez.

—¿Comprendes la idea? —dijo Tommy sacudiéndose cuidadosamente el polvo —. *Media hora con los maestros*, etcétera, etcétera. Comprenderás, Tuppence, que no puedo por menos de comprender que somos hasta cierto punto un par de aficionados y que necesitamos mejorar nuestra técnica. Estos libros son historias detectivescas escritas por verdaderos maestros de la literatura. Intento emplear diferentes sistemas y comparar después los resultados.

—Hum… —gruñó Tuppence—. Me gustaría saber cómo se habrían comportado todos esos detectives en la vida real —cogió otro volumen y prosiguió—, encontrarás dificultades en pretender convertirte en un Thorndyke. No tienes experiencia médica y menos legal, ni tampoco he oído que la ciencia haya sido nunca tu punto fuerte.

—Quizá no —dijo Tommy—. Pero de todos modos me he comprado una buena cámara fotográfica y me dedicaré a tomar fotografías de toda clase de huellas y hacer después las correspondientes ampliaciones. Ahora, amiga mía, haz uso de la poca materia gris que te debe quedar en el cerebro, ¿qué es lo que esto te trae a la memoria?

Señaló el estante inferior del armario. En él había una bata de diseño un tanto cubista, unas babuchas turcas y un violín.

—Evidente, Watson —contestó Tuppence haciendo un mohín.

—Exactamente —repuso Tommy—. Las características de nuestro inmortal Sherlock Holmes.

Cogió el violín e hizo resbalar perezosamente el arco sobre sus cuerdas con gran consternación de Tuppence.

En aquel momento sonó el zumbador de la mesa, señal que indicaba la llegada de un cliente a la oficina exterior y de que era recibido y atendido por Albert, el cancerbero de la agencia.

Tommy devolvió apresuradamente el violín al lugar que antes ocupaba y empujó con el pie el montón de libros ocultándolos tras la mesa.

—No es que tengamos gran prisa —observó—. Ya Albert se habrá encargado de distraer a quien sea, contándole la consabida historia de mi conferencia telefónica con Scotland Yard. Vete a tu oficina, Tuppence, y empieza a teclear. Ese ruido le da cierta importancia a nuestra oficina. Espera. No. Es preferible que esta vez aparezcas tomando notas taquigráficas. Vamos a echar un vistazo desde nuestro observatorio antes de que Albert se decida a hacer pasar a la víctima.

Se acercaron a la mirilla. El cliente, esta vez, era una muchacha de una edad aproximada a la de Tuppence, alta, morena y con cara más bien macilenta y ojos retadores.

—Vestidos baratos y llamativos —observó Tuppence—. Hazla entrar, Tommy.

Un minuto después la joven estrechaba la mano del supuesto míster Blunt, mientras Tuppence tomaba asiento a su lado, con un cuaderno y un lápiz entre los dedos.

—Mi secretaria confidencial, *miss* Robinson —manifestó Tommy señalándola con la mano—. Puede usted hablar ante ella con entera libertad.

Después se recostó perezosamente sobre el respaldo de la silla y prosiguió con ojos medio entornados y voz que daba la sensación de un gran cansancio:

—Debe usted encontrar un tanto incómodo el tener que tomar el autobús a esta hora del día.

—He venido en taxi —contestó la muchacha.

—¡Ah! —repuso Tommy un tanto apesadumbrado. Sus ojos se posaron en señal de reproche sobre un billete azul de autobús que asomaba por entre los pliegues de uno de los guantes. La muchacha siguió la mirada y acabó de sacarlo sonriente.

—¿Se refiere usted a esto? Lo recogí en la acera. Un niño de la vecindad hace colección de ellos. Tuppence tosió y Tommy le echó una angustiosa mirada.

—Vayamos a lo que importa —dijo de pronto—. Veo que necesita usted de nuestros servicios, señorita…

—Kingston Bruce —se apresuró a contestar la visitante—. Vivimos en Wimbledon. Ayer noche una dama que se aloja invitada en nuestra casa perdió una valiosa perla rosa. Míster Saint Vincent, que se hallaba también entre los comensales, mencionó encomiásticamente el nombre de su firma durante la cena, y mi madre me envió aquí para preguntarle si querría usted encargarse del asunto. Esa pérdida es un trastorno.

La muchacha hablaba toscamente. Casi con disgusto. Se veía claramente que no había habido un perfecto acuerdo entre la madre y la hija. Venía contra su voluntad.

—¿Han llamado ustedes por casualidad a la policía?

—¡No, por Dios! —replicó *miss* Kingston Bruce—. Hubiese sido ridículo llamar a la policía y descubrir después que la dichosa perla no hubiese hecho sino rodar debajo de un mueble o algo por el estilo.

—¡Ah, vamos! —dijo Tommy—. Entonces cabe la posibilidad de que la perla se haya extraviado simplemente.

Miss Kingston Bruce se encogió de hombros.

—Hay personas que por lo visto se complacen en armar un caramillo por cualquier cosa —murmuró.

Tommy carraspeó como tratando de aclarar su garganta.

—Así es —replicó sin gran convencimiento en la voz—. En fin, yo estoy extremadamente ocupado en estos momentos…

—Comprendido —comentó la muchacha levantándose. Hubo un súbito destello de satisfacción en sus ojos que no escapó a la penetrante mirada de Tuppence.

—Sin embargo —continuó Tommy—, creo que podré componérmelas para ir a Wimbledon. ¿Quiere usted hacer el favor de darme su dirección?

—The Laurels. Calle Edgeworth.

—Tome nota de ello, *miss* Robinson.

Miss Kingston Bruce titubeó unos instantes y en forma muy poco ceremoniosa añadió:

—Entonces le esperaremos. Buenos días.

—¡Qué muchacha más rara! —dijo Tommy—. No he tenido tiempo de darme cuenta exacta de su verdadera personalidad.

—No me extrañaría que fuese ella misma quien hubiese robado la perla —observó Tuppence quedándose pensativa unos instantes—. Vamos, Tommy —dijo casi a continuación—, pongamos en orden todos estos libros. Después saca el coche y vamos a Wimbledon sin perder un momento. A propósito, ¿insistes en querer personificar a Sherlock Holmes?

—No. Para eso tendría que hacer un poco más de práctica. Estuve un tanto desafortunado en la cuestión del billete de autobús, ¿no te parece?

—Sí —contestó Tuppence—. Yo en tu lugar no intentaría nada con esa muchacha. Es más lista que el hambre, y desdichada por añadidura. ¡Pobrecilla!

—No querrás decirme que con sólo haberle visto la forma de la nariz —dijo Tommy con sarcasmo—, ya conoces su carácter y hasta su vida y milagros.

—Te diré mi idea de lo que vamos a encontrar en The Laurels —prosiguió ella inconmovible—. Una familia de esas del «quiero y no puedo», pero ansiosas siempre de moverse entre lo más selecto de la sociedad. El padre, si es que lo hay, con seguridad ostenta algún grado militar. La muchacha se aviene a esta clase de vida por no contradecir a sus padres, aunque ello no signifique tener que despreciarse por su debilidad.

Tommy echó una última mirada a los libros, cuidadosamente ordenados ya en el estante.

—Me parece que habré de decidirme por hacer hoy el papel de Thorndyke —dijo después de haberse quedado pensativo unos segundos.

—No creía que hubiese nada médico legal en el asunto —observó Tuppence.

—Quizá no, pero tengo unas ganas locas de probar mi nueva cámara. Me han dicho que tiene el objetivo más fantástico del mundo.

—Sí, conozco esa clase de objetivos. Para cuando hayas conseguido ajustar el obturador y calculado el tiempo de exposición, te habrán saltado los sesos y estarás pidiendo, a voz en cuello, que te vuelvan a dar una de nuestras sencillas Brownies.

—Sólo un alma desprovista de ambición es capaz de contentarse con una de esas sencillas Brownies que mencionas.

—Te garantizo que yo obtendré mejor resultado con ellas que tú con las tuyas.

Tommy hizo caso omiso del reto.

—Debería de comprar una botella de Compañero del Fumador —dijo pesarosamente—. Me gustaría saber dónde las venden.

—Al menos tenemos el sacacorchos patentado que la tía Araminta nos regaló por las Navidades pasadas —concluyó Tuppence tratando de secundar la emoción de su marido.

—Es verdad —contestó Tommy—. Un cachivache que yo tomé al principio por una máquina infernal, y que resultaba humorístico por proceder de una tía que jamás supo qué gusto tenía una copa de licor.

—Yo seré Polton —propuso Tuppence. Tommy la miró con desdén.

—Conque Polton, ¿en? No tienes siquiera idea de lo que dices.

Recogieron el sacacorchos y se dirigieron al garaje. Sacaron el coche y se pusieron en marcha en dirección a Wimbledon.

The Laurels era un caserón de aspecto medieval. Tenía el aire de haber sido pintado recientemente y estaba rodeado de pulcros jardines llenos de geranios escarlata.

Un hombre alto, de bigote blanco y recortado y un exagerado porte marcial abrió la puerta antes de que Tommy hubiera podido tocar el timbre.

—Hace rato que le estoy esperando —dijo ruidosamente—. Supongo que es a míster Blunt a quien tengo el gusto de dirigir la palabra. Yo soy el coronel Kingston Bruce. ¿Quiere usted venir a mi despacho?

Le condujo a una pequeña habitación situada en la parte posterior de la casa.

—El joven Saint Vincent me ha contado cosas admirables acerca de su agencia. He visto también el anuncio que han puesto en los periódicos. Ese servicio de veinticuatro horas que ustedes mencionan debe de ser algo maravilloso. Es precisamente lo que nosotros necesitamos.

Anatematizando en su interior a Tuppence por su irresponsabilidad al inventar este brillante detalle, Tommy replicó:

—Está bien, coronel.

—Todo el caso es en sí desagradable, caballero, verdaderamente desagradable…

—¿Sería usted tan amable de hacerme una relación de los hechos? —interrumpió Tommy con un dejo de impaciencia en la voz.

—Claro que lo haré, ahora mismo. Tenemos en este momento residiendo con nosotros a una antigua y buena amiga nuestra, a *lady* Laura Barton, hija del difunto conde de Carrownay. El conde actual, su hermano, pronunció un brillante discurso en

la Cámara de los Lores el otro día. Como digo, *lady* Laura es una antigua y buena amiga nuestra. Unos cuantos estadounidenses amigos míos que acababan de llegar, los Hamilton Betts, tenían muchas ganas de conocerla. «Nada más fácil —les dije—. Se hospeda en mi casa en estos momentos. Vengan a pasar el fin de semana conmigo». Usted sabe la debilidad que los estadounidenses sienten por los títulos nobiliarios.

—No sólo ellos, coronel Kingston Bruce.

—¡Verdad, caballero, verdad! No hay nada que yo deteste más que el esnobismo. Pues como decía, los Betts vinieron a pasar el fin de semana. Ayer noche estábamos jugando al *bridge*, cuando se rompió el cierre de uno de los pendientes que llevaba *mistress* Betts. Se lo quitó y lo dejó sobre una mesa que había a su lado, con el propósito de recogerlo de nuevo antes de retirarse a sus habitaciones. Por lo visto se olvidó de hacerlo. Debo explicarle, míster Blunt, que el pendiente consistía en dos pequeños diamantes laterales de los que colgaba una perla rosa. El pendiente fue encontrado esta mañana en el mismo sitio en que *mistress* Betts lo dejara, pero la perla, una perla por lo visto de un gran valor, había sido arrancada de él.

—¿Quién encontró el pendiente?

—La doncella, Gladys Hill.

—¿Hay algún motivo para sospechar de ella?

—Lleva con nosotros unos cuarenta años y hasta la fecha no hemos tenido queja alguna. Sin embargo, eso no quiere decir nada.

—Exactamente. ¿Quiere usted describirme la dependencia y decirme quiénes estaban presentes en la cena de ayer?

—Tenemos una cocinera que lleva sólo dos meses en la casa, pero no creo que haya podido tener oportunidad de acercarse a la sala, y lo mismo podríamos decir de su ayudanta. Además, tenemos una criada, Alice Cummings. También ha estado con nosotros algunos años. Y la doncella de *lady* Laura, como es natural. Es francesa.

El coronel Kingston Bruce dijo esto último con cierta solemnidad. Tommy, indiferente por la revelación de la nacionalidad de la doncella, dijo:

—Bien. ¿Y los comensales?

—Mister y *mistress* Betts, nosotros, mi esposa, mi hija y yo, *lady* Laura y el joven Saint Vincent. Míster Rennie estuvo un rato en la casa después de la cena.

—¿Quién es míster Rennie?

—El hombre más pestilente que pueda usted imaginarse. Socialista rabioso. Buena figura, eso sí, y con fuerza persuasiva en la argumentación. Pero un hombre, no me importa decírselo a usted, a quien no confiaría ni siquiera la cabeza de un alfiler. Un hombre peligroso, en suma.

—¿Es entonces de ese míster Rennie de quien usted sospecha? —preguntó Tommy con sequedad.

—Sí, señor, ¿a qué negarlo? Estoy seguro, por los puntos que calza, de que es un hombre sin escrúpulos. ¿Qué le hubiese costado, en el momento en que todos

estábamos absortos en el juego, arrancar la perla y guardársela en el bolsillo?

—Todo cabe en lo posible —admitió Tommy—. Y dígame una cosa, ¿cuál fue la actitud de *mistress* Betts durante todo ese *quid pro quo*?

—Quería que yo llamase a la policía —contestó el general un tanto reacio a abordar el tema—. Quiero decir, después de que nos hubiésemos convencido de que la perla no había rodado por debajo de alguno de los muebles.

—¿Fue usted quien la disuadió de su idea?

—Yo era contrario a esta clase de publicidad, así como también mi esposa y mi hija. Después mi esposa recordó que el joven Saint Vincent había mencionado en el curso de la velada su agencia y su servicio especial de veinticuatro horas. A Tommy le dio un vuelco el corazón.

—Como usted ve —prosiguió el coronel—, no ha habido ningún mal en hacer lo que hemos hecho. Si mañana llamamos a la policía, puede suponerse que nuestro retraso en hacerlo se debió a la duda de que la perla pudiera meramente haberse extraviado. A propósito, esta mañana no se le ha permitido a nadie salir de la casa.

—Con excepción de su hija, como es natural —dijo Tuppence, abriendo la boca por primera vez.

—Es verdad, excepto mi hija —asintió el coronel—, que se ofreció voluntariamente a someter el caso a su consideración. Tommy se levantó.

—Haremos cuanto humanamente nos sea posible para satisfacer sus deseos —dijo—. Ahora quisiera ver la sala y la mesa en que se depositó el pendiente. También desearía hacer unas cuantas preguntas a *mistress* Betts. Después de eso, mi ayudante, *miss* Robinson, se encargará de interrogar a la servidumbre.

El coronel Kingston Bruce les condujo a lo largo del vestíbulo. Mientras caminaban, llegó claramente a sus oídos una observación hecha por una persona que estaba en la habitación a la cual se acercaban. La voz era la misma que la de la joven que había ido a verles aquella mañana a la agencia.

—Tú sabes muy bien, mamá, que trajo a casa una cucharita escondida en el manguito.

Un instante después fueron presentados a *mistress* Kingston Bruce, una mujer patética, de modales lánguidos, que les recibió con una ligera inclinación de cabeza. Su cara en estos momentos era más hosca que nunca. *Mistress* Kingston Bruce era voluble.

—… Pero sé, o al menos me figuro, quién debió cogerla —terminó diciendo—; ¿quién va a ser sino ese condenado socialista? Está enamorado de los rusos y de los alemanes y detesta a los ingleses. ¿Qué otra cosa puedes esperar de un hombre así?

—¡Eso no es cierto! —replicó la joven con firmeza—. Le estuve observando toda la noche y no es posible que se me pasara un detalle como ése. Miró retadora a todos los presentes.

Tommy cortó la tensión reinante solicitando venía para ver a *mistress* Betts. Cuando hubo salido *mistress* Kingston Bruce acompañada de su esposo e hija en

busca de *mistress* Betts, Tommy lanzó un apagado silbido.

—Me gustaría saber —dijo con intención— quién es esa que trajo una cucharita escondida en el manguito.

—En eso mismo estaba yo pensando —replicó Tuppence.

Mistress Betts, seguida de su marido, irrumpió en la habitación. Era gruesa y de aspecto decidido y resuelto. Su marido era el reverso de la medalla. Seco y pusilánime.

—Tengo entendido, míster Blunt, que es usted un investigador privado y por lo visto poco amigo de andarse por las ramas.

—Así es, *mistress* Betts. Y ahora que sabe quién soy, ¿me permite que le haga unas cuantas preguntas?

Las cosas se sucedieron rápidamente. Tommy vio el pendiente, la mesa en que fue dejado, y míster Betts salió de su taciturnidad para hacer mención del valor, en dólares, de la desaparecida perla.

A pesar de todo, Tommy tenía la irritante certeza de no haber logrado hacer todavía el menor progreso en ningún aspecto.

—Creo que esto es todo —dijo al fin—. *Miss* Robinson, ¿quiere usted tener la bondad de traer la máquina especial que dejé en el vestíbulo? Tuppence hizo lo que le pedían.

—Es un pequeño invento mío —explicó Tommy—. En apariencia, como ustedes ven, es como otra cámara cualquiera.

Experimentó una ligera satisfacción al ver el efecto que sus palabras habían producido en los Betts.

Retrató el pendiente y la mesa, y tomó varias vistas generales de la habitación. Después «*miss* Robinson» fue delegada para interrogar a las criadas, y en vista de la expectación reflejada en los semblantes del coronel Kingston Bruce y de *mistress* Betts, Tommy se creyó obligado a emitir su autorizada opinión sobre el particular.

—La posición, como ustedes ven —dijo—, es la siguiente: o bien la perla está todavía en la casa o no lo está.

—Es cierto —afirmó el coronel con más respeto quizá que el que merecía una perogrullada semejante.

—Si no está en la casa, puede estar en cualquier parte; pero si lo está, ha de estar forzosamente oculta en alguna parte…

—Y se impone un registro —intervino exaltadamente el coronel—. Sí, sí, le doy carta blanca, míster Blunt. Revuelva la casa, desde el desván hasta el sótano.

—¡Oh, Charles! —murmuró llorosa *mistress* Kingston Bruce—. ¿Crees que es prudente llevar a cabo lo que dices? Los criados pueden tomarlo a mal y abandonar el servicio.

—Sus habitaciones serán registradas las últimas —añadió Tommy, tratando de complacerla—. Es seguro que el ladrón habrá escondido la alhaja donde uno menos hubiera podido imaginarse.

—Creo que yo he leído algo acerca de esto último que acaba usted de decir —asintió el coronel.

—Es posible. ¿Recuerda usted el caso de Rex contra Bailey, que fue el que creó ese precedente?

—¿El caso de…? Sí, sí… creo recordar…

—Y el lugar, a mi juicio, en que a nadie se le ocurriría mirar es en las habitaciones de la propia *mistress* Betts.

—¡Sería realmente ingenioso! —exclamó admirada la aludida. Y sin añadir comentario adicional alguno, condujo a Tommy a sus habitaciones, donde éste hizo uso una vez más de su aparato especial para tomar fotografías.

Poco después se le incorporó Tuppence.

—Espero que no pondrá objeción *mistress* Betts, a que mi ayudante eche una mirada a sus armarios. —¡Claro que no! ¿Me necesita usted para algo más? Tommy le aseguró que no había ya motivo alguno para su retención. Así es que *mistress* Betts se marchó, dejando el campo enteramente a disposición de los investigadores.

—No tenemos más remedio que proseguir con la farsa —dijo Tommy—, pero maldita la confianza que pueda yo tener en encontrar lo que buscamos. Y de esto nadie tiene la culpa sino tú y tu dichoso servicio de veinticuatro horas.

—Escucha, Tommy. No creo que sean las criadas las que hayan cometido el robo, pero me las he compuesto para tirarle un poco de la lengua a la camarera francesa. Según ésta, *lady* Laura pasó aquí también unos días el año pasado y al volver de tomar té en casa de unos amigos del coronel Kingston Bruce, parece ser que se le cayó, en presencia de todos, una cucharita de plata que llevaba escondida dentro del manguito. Todos creyeron al principio que se trataba meramente de uno de tantos accidentes fortuitos. Pero hablando de robos similares he conseguido ampliar mi información. *Lady* Laura no tiene ni un céntimo y le gusta siempre pasar confortables temporadas con gentes para quienes un título tiene todavía una gran significación. Quizá sea una coincidencia, o quizá no lo sea, pero lo cierto es que cinco robos han tenido lugar en cinco sitios diferentes, en que ella se ha hospedado, unos de objetos insignificantes, y otros de joyas de gran valor.

Tommy dejó escapar de sus labios un prolongado y agudo silbido.

—¿Dónde está el cuarto de esa pájara? —preguntó.

—Frente por frente de éste en que estamos.

—Entonces creo que lo mejor será que echemos un vistazo a esas habitaciones.

Por la puerta entornada se podía ver un espacioso departamento con muebles esmaltados y cortinas de un raso brillante. Una puerta interior comunicaba con el cuarto de baño y frente a ésta se hallaba una muchacha morena y delgada, vestida con gran pulcritud.

Tuppence vio la expresión de estupor que su súbita entrada hizo aparecer en las facciones de la sirvienta.

—Soy Elise, míster Blunt —dijo tratando de dibujar una de sus más encantadoras sonrisas—. La doncella de *lady* Laura.

Tommy cruzó el umbral de la puerta que separaba la alcoba del cuarto de baño y quedó sorprendido del lujo y modernismo que reinaba en su interior. Se puso a curiosear las diferentes instalaciones con objeto de disipar la mirada de sorpresa que había aparecido en el rostro de la sirvienta.

—Parece que está usted muy entretenida con sus quehaceres, ¿verdad, *mademoiselle* Elise?

—Sí, *monsieur*, estaba limpiando el baño de *milady*.

—¿Podría usted ayudarme unos instantes a tomar unas cuantas fotografías? Tengo aquí una cámara especial y deseo retratar con ella los interiores de todas las habitaciones de la casa.

Fue interrumpido por el estrépito que produjo la puerta al cerrarse de pronto. Elise dio un respingo.

—¿Qué ha sido eso?

—Debe haber sido el viento —contestó Tuppence.

—Volvamos a la alcoba.

Elise se adelantó para abrirla, pero por más esfuerzos que hizo sólo consiguió arrancar del pomo unos débiles chirridos.

—¿Qué pasa? —preguntó Tommy.

—Ah, *monsieur*, alguien debe haber cerrado desde fuera —contestó Elise. Tomó un trapo y lo volvió a intentar. Esta vez el pomo giró con facilidad y consiguió abrir —. *Voilá ce qui est curieux*. Debió de haberse atascado. No había nadie en el dormitorio.

Tommy recogió su aparato y se puso a manipularlo ayudado por Tuppence y por la doncella. De vez en cuando no podía por menos de dirigir una furtiva mirada a la misteriosa puerta.

—Tengo curiosidad por saber —se dijo entre dientes— qué demonios le ha pasado a esa puerta.

La examinó detenidamente, abriéndola y cerrándola repetidas veces. La manecilla funcionaba rápidamente y a la perfección.

—Bueno, una fotografía más —exclamó acompañando la petición con un suspiro —. ¿Quiere usted hacer el favor de descorrer un poco esa cortina, *mademoiselle* Elise? Gracias. Manténgala así unos segundos.

Sonó el clic familiar. Tommy entregó la placa a Elise, y a Tuppence el trípode, mientras él reajustaba y cerraba cuidadosamente la cámara. Se valió de un fútil pretexto para alejar a Elise, y cuando esta hubo partido, cogió de un brazo a Tuppence y le habló rápidamente:

—Escucha, Tuppence, tengo una idea. ¿Puedes permanecer aquí unas cuantas horas más? Registra los cuartos uno por uno, esto te dará tiempo. Trata de tener una entrevista con esa pájara, ya sabes a quién me refiero, a *lady* Laura, pero ¡por Dios!,

no la alarmes innecesariamente. Dile que sospechamos de la camarera. Y hagas lo que hagas, no permitas de ningún modo que abandone la casa. Yo me voy con el coche y trataré de estar ausente el menor tiempo posible.

—Está bien —dijo Tuppence—, pero no des por tan seguras tus conclusiones. Te has olvidado de una cosa.

—¿De qué?

—De *miss* Kingston Bruce. Hay algo en ella que no acabo de comprender. Escucha. Me he enterado de la hora en que salió de aquí esta mañana. Tardó dos horas en llegar a nuestra oficina. ¿No te parece una exageración? ¿Dónde estuvo durante todo ese tiempo?

—Sí, parece que hay algo de sentido en lo que dices —admitió su marido—. Bien, tú sigue la pista que quieras, pero vuelvo a repetirte que bajo ningún concepto permitas que *lady* Laura salga de la casa. ¿Qué es eso?

Su fino oído había captado un leve crujido que venía del descansillo. Salió al corredor, pero no vio a nadie.

—Bueno, hasta la vista —dijo despidiéndose—. No tardaré.

Al ver partir a su marido, Tuppence quedó pensativa. Tommy parecía estar muy seguro de cuanto hacía, y ella, en cambio, no. Había una o dos cosas que, a su juicio, aún quedaban por poner en claro.

Se hallaba todavía junto a la ventana contemplando distraída la calzada cuando vio de pronto que un hombre salía de una de las puertas, cruzaba la calle y hacía sonar la campana de la puerta.

Como un relámpago, Tuppence salió del cuarto y bajó rápidamente las escaleras. Gladys Hill, la camarera, iba a contestar a la llamada, pero Tuppence le obligó con un gesto autoritario a que se retirara. A continuación se dirigió a la puerta y la abrió de par en par.

Un joven larguirucho, con ropas de un corte bastante deplorable y ojos ávidos y oscuros, apareció en el umbral. Titubeó un instante y después preguntó:

—¿Está *miss* Kingston Bruce?

—¿Quiere usted tener la bondad de entrar?

Se retiró a un lado para dar paso al joven.

—Mister Rennie, ¿no es así? —preguntó con dulzura.

—Sí, el mismo.

—¿Quiere usted venir por aquí?

Abrió la puerta del despacho, que volvió a cerrar una vez hubieron entrado ambos. Estaba vacío.

—Quiero ver a *miss* Kingston Bruce —dijo Rennie volviéndose a ella y frunciendo el entrecejo.

—No estoy muy segura de que pueda conseguirlo —respondió Tuppence con voz sosegada.

—Oiga, ¿quién demonios es usted? —preguntó Rennie con rudeza.

—Agencia Internacional de Detectives —respondió lacónicamente Tuppence.

Al ver el efecto que sus palabras habían causado en su interlocutor prosiguió:

—Tenga la bondad de sentarse, míster Rennie. Empezaré diciendo que todos estamos enterados de la visita que *miss* Kingston Bruce le hizo esta mañana.

El tiro, disparado al azar, había dado en el blanco. Dándose cuenta de la consternación de su víctima, prosiguió sin pausa:

—Es la recuperación de la perla lo que en estos momentos les interesa a todos, míster Rennie, no la publicidad. Creo que podríamos llegar a un arreglo. El joven se la quedó mirando fijamente.

—No sé exactamente dónde quiere usted ir a parar —dijo pensativamente—. Déjeme pensar un momento.

Hundió la cabeza entre las manos; después hizo una pregunta tan curiosa como inesperada.

—¿Es cierto que el joven Saint Vincent va a casarse pronto?

—Lo es. Conozco a la novia.

A partir de aquel momento Rennie se hizo más comunicativo.

—He sufrido mucho —confesó—. Han estado invitándole aquí mañana, tarde y noche, y metiéndole a Beatrice por las narices. Y todo porque no ha de tardar en heredar un título. Si las cosas cambian, como espero…

—Bien, no hablemos de política —se apresuró a interponer Tuppence—. ¿Tendrá usted algún inconveniente en decirme, míster Rennie, por qué cree usted que fue *miss* Kingston Bruce quien robó la perla?

—Yo no lo he creído nunca.

—No intente negarlo —replicó Tuppence con calma—. Espera usted escondido a que se marche el detective y cuando usted cree que el campo está libre, viene y pide permiso para ver a la muchacha. Todo está claro como el agua. De haber sido usted el autor del robo, no estaría ni la mitad de preocupado de lo que está en estos momentos.

—Su conducta era tan extraña… —comenzó a hablar el joven—. Vino a verme esta mañana, antes de ir a no sé qué agencia de detectives y me explicó lo del robo. Parecía como ansiosa de decir algo, sin encontrar la forma de hacerlo.

—Bueno —añadió finalmente Tuppence—. Todo cuanto yo quiero es la perla. Más vale que ahora vaya y hable con ella.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció el coronel Kingston Bruce.

—La comida está preparada, *miss* Robinsón. Espero que nos honrará usted aceptando un asiento en nuestra mesa. El… —Se detuvo, mirando fijamente al indeseado visitante.

—Por lo que veo —dijo míster Rennie—, no se decide usted a extenderme esa misma invitación. Está bien, me voy.

—Vuelva más tarde —susurró Tuppence en su oído al pasar junto a sí.

Tuppence siguió al coronel Kingston Bruce, que aún continuaba mascullando imprecaciones contra la desfachatez de ciertas gentes, a un espacioso comedor, donde se hallaba ya congregada la familia. Sólo una de las personas presentes le era desconocida a Tuppence.

—Ésta, *lady* Laura, es *miss* Robinsón, que está también prestando su ayuda en el esclarecimiento del dichoso caso de la perla.

Lady Laura hizo una ligera inclinación de cabeza y se quedó mirando fijamente a Tuppence a través de las gafas. Era una mujer alta, delgada, de sonrisa triste, de voz suave y ojos duros y astutos. Tuppence le devolvió la mirada sin pestañear.

Al terminar la comida, *lady* Laura entró en la conversación con aire de simple curiosidad. ¿Qué tal seguía la investigación? Tuppence puso un gran énfasis en sus sospechas por la camarera, ya que la persona de *lady* Laura no entraba en sus cálculos. *Lady* Laura podría esconder cucharillas y otras chucherías por el estilo entre sus ropas, pero no una perla como ésta.

Poco después, Tuppence prosiguió con el registro de la casa. El tiempo iba pasando sin que Tommy, y lo que aún era peor, Rennie, dieran señales de vida. De pronto, al salir de una de las alcobas, se dio de bruces con Beatrice Kingston, que, completamente ataviada, se encaminaba en dirección a la escalera.

—Me temo —le dijo Tuppence— que no va usted a poder salir a la calle en estos momentos.

—Eso no es asunto de usted —respondió la joven con altanería.

—Quizá no, pero sí lo es el telefonear a la policía en el caso de que se decida a contravenir mis órdenes.

La muchacha se quedó pálida como un muerto.

—No, no, a la policía no… Haré lo que usted diga, pero no llame a la policía.

Extendió los brazos en ademán de súplica.

—Mi querida *miss* Kingston Bruce —dijo Tuppence con sonrisa compasiva—, este caso lo he visto claro como la luz desde su comienzo. Cuando…

No terminó la frase. El incidente le había absorbido de tal manera que no oyó lo que abajo ocurría. De pronto y con gran sorpresa, vio a Tommy subir apresuradamente las escaleras, mientras en el vestíbulo sonaba una voz recia que decía:

—Soy el inspector Marriot, de Scotland Yard. Con un giro, Beatrice se apartó de Tuppence y descendió rápidamente a tiempo de ver abrirse de nuevo la puerta y aparecer en ella la figura de Rennie.

—Ahora sí que lo has estropeado todo —rugió Tuppence con rabia.

—¡Ah, sí! —replicó Tommy sin detenerse. Entró en la habitación de *lady* Laura, pasó al cuarto de baño y salió a los pocos instantes con una gran pastilla de jabón entre las manos. El inspector llegaba en aquel momento al descansillo.

—No ha opuesto la menor objeción a su arresto —anunció—. Es una antigua cliente del Departamento, y sabe muy bien cuándo el juego está perdido. ¿Qué hay de

la perla?

—No sé por qué —dijo Tommy entregándole la pastilla—, pero me figuro que va usted a encontrarla aquí dentro.

El inspector la observó apreciativamente.

—Un viejo truco, y bueno —contestó el inspector—. Cortar la pastilla en dos, escarbar un pequeño hueco para el objeto y volver a juntar los pedazos alisando bien las junturas con agua caliente. Un buen trabajo por parte de usted y de la agencia.

Tommy aceptó agradecido la lisonja. Al descender después las escaleras acompañado de su esposa, se encontró con el coronel Kingston Bruce, que le estrechó calurosamente las manos.

—Caballero —exclamó—. No sé cómo darle las gracias no sólo en mi nombre, sino también en el de *lady* Laura.

—Oh, de nada, de nada. Lo único que nos complace es saber que están ustedes satisfechos de nuestro trabajo, y ahora nos vamos. Tengo una cita muy urgente. Con un miembro del Gabinete.

Salió apresuradamente de la casa, con Tuppence pisándole los talones, y ambos se metieron en el automóvil.

—Pero, Tommy —observó ella—; después de todo no han arrestado a *lady* Laura.

—¿Ah, no te lo he dicho? —contestó su marido—. No, no arrestaron a *lady* Laura. A quien arrestaron fue a la camarera Elise.

»Verás —prosiguió mientras Tuppence se sentaba dando muestras del más vivo estupor—. He intentado a menudo abrir una puerta con las manos llenas de jabón. Es imposible hacerlo, las manos resbalan. Así, pues, me pregunté: ¿qué es lo que Elise habría estado haciendo para tener las manos tan enjabonadas? Como recordarás, cogió después una toalla y con ella limpió las huellas de jabón que hubiesen podido quedar en el pomo. Pero se me ocurrió que si tú hubieses sido una ladrona profesional, no habría sido un mal plan el de convertirte en camarera de una dama sospechosa de cleptomanía y que se pasaba grandes temporadas en las casas de los demás. Le tomé una fotografía a Elise con el pretexto de sacar una vista general, la induje a que cogiera entre los dedos una de las placas y lo llevé todo, sin pérdida de tiempo, a Scotland Yard. Un rápido revelado del negativo, identificación de las huellas dactilares, y luego una foto. Elise resultó ser una antigua conocida. Para referencias, a Scotland Yard.

—Y pensar —dijo Tuppence cuando al fin pudo articular unas palabras— que esos dos idiotas de Beatrice y Rennie han estado sospechando el uno del otro de esta forma ridícula que sólo se hace en las novelas. Pero ¿por qué no me dijiste lo que tenías entre manos cuando saliste de la casa?

—En primer lugar, porque sospeché que Elise estaba escuchando desde el descansillo, y en segundo…

—En segundo, ¿qué?



—Mi inteligente secretaria parece haber perdido la memoria —dijo Tommy con intención—. Thorndyke nunca dice nada hasta el último momento. Además, Tuppence, recuerda que tú y tu amiguita Janet Smith me jugasteis no hace mucho una mala pasada. Estamos sencillamente en paz, querida, en paz.

La aventura del siniestro desconocido

(The Adventure of the Sinister Stranger).

—¡Qué día más aburrido! —dijo Tommy bostezando desesperadamente.

—Es casi la hora de tomar el té —contestó Tuppence, haciendo lo propio.

La Agencia Internacional de Detectives no daba muestras de una gran actividad. La esperada carta del comerciante ruso de jamones no había llegado aún y los casos dignos de ser tenidos en cuenta brillaban por su ausencia.

Albert, el mensajero de la oficina, entró con un paquete sellado que dejó sobre la mesa.

—El misterio del paquete sellado —dijo Tuppence—. ¿Contendrá acaso las fabulosas perlas de la gran duquesa rusa? ¿O se trata quizá de una máquina infernal encargada de hacer volar a los brillantes agentes de Blunt?

»A decir verdad —aclaró Tuppence poniendo al descubierto el contenido—, se trata de mi regalo de boda a Francis Haviland. ¿Verdad que es bonito?

Tommy cogió la fina pitillera de plata que aquélla le alargaba, se fijó en la fina inscripción: «A Francis, de Tuppence», que había en la tapa, la abrió, la cerró e hizo un gesto de aprobación.

—Veo que te gusta tirar el dinero —observó—. La próxima vez que yo cumpla años, que será dentro de un mes, me pienso comprar una pitillera como ésta, sólo que de oro. Me extraña que hagas esos despilfarros tratándose de Francis Haviland, que, como sabes, nació, es y morirá burro.

—Olvidas que yo fui su chofer cuando él era general durante la guerra. ¡Ah, qué días aquéllos!

—¡Y que lo digas! —asintió Tommy—. Mujeres hermosísimas, venían a estrechar mi mano en el hospital. Pero ¡vaya!, no se me ha ocurrido pensar que por ello me viera obligado a enviarles regalo de boda a todas ellas. No creo que la novia te agradezca mucho el presente, Tuppence.

—No me dirás que no es bonito.

—No, no —dijo Tommy, metiéndoselo tranquilamente en el bolsillo—. ¡Hombre! Aquí viene Albert con el correo de la tarde. Posiblemente la duquesa nos confíe la misión de encontrar a su desaparecido pequinés.

Entre los dos revisaron la correspondencia. De pronto Tommy lanzó un prolongado silbido.

—Una carta azul con un sello de Rusia —exclamó—. ¿Recuerdas lo que el jefe nos dijo? Que estuviésemos siempre a la expectativa, por si llegaba alguna precisamente con estas señas.

—¡Oh, qué emocionante! ¡Por fin ha ocurrido algo! —gritó Tuppence—. Ábrela y mira si el contenido está de conformidad con lo que nos dijeron. Un fabricante de

jamones, ¿no era eso? Espera. Necesitaremos un poco de leche para el té. Se olvidaron de dejarla esta mañana. Voy a enviar a Albert a que compre un poco.

Al volver de dar sus órdenes al mensajero, se encontró a Tommy leyendo una hoja de papel, también azul.

—Como nos figurábamos, Tuppence —observó—. Casi palabra por palabra, lo que dijo el jefe.

Estaba redactada en un inglés pulcro y era, al parecer, de un tal Gregor Feodorsky, que estaba ansioso por tener noticias de su esposa. Se urgía a la Agencia Internacional de Detectives a no escatimar gasto alguno en su búsqueda. Le era imposible salir en aquellos momentos de Rusia debido al gran descenso experimentado en el mercado de la carne de cerdo.

—Me gustaría saber lo que todo esto significa —dijo Tuppence dejando la carta sobre la mesa y tratando de alisar sus arrugas con la palma de la mano.

—Supongo que estará escrita en clave —respondió Tommy—. De todos modos, eso ya no es asunto nuestro. Nuestras instrucciones son copiarla y mandar el original inmediatamente a Scotland Yard. Mejor será que comprobemos si debajo del sello aparece, como nos dijeron, el número dieciséis.

—Está bien —contestó Tuppence—, pero creo que… Se detuvo en seco y Tommy, sorprendido por la súbita pausa, levantó la vista y vio la figura de un hombre alto y fornido que bloqueaba completamente la puerta de comunicación con la oficina exterior.

El intruso era un hombre de aspecto dominante, cuadrado, de cabeza redonda y un mentón sólido y agresivo que revelaba una gran fuerza de voluntad. Su edad debería de oscilar entre los cuarenta y cuarenta y cinco años.

—Les ruego me perdonen —dijo el desconocido avanzando hacia el interior de la habitación, sombrero en mano—. Encontré vacía la sala de espera y abierta esta puerta, así que me aventuré a entrar. Supongo que ésta es la Agencia Internacional de Detectives, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca.

—¿Es usted quizá míster Blunt? ¿Mister Theodore Blunt?

—En efecto, soy míster Blunt. ¿Desea usted consultarme alguna cosa? Permítame que le presente a mi secretaria, *miss* Robinson.

Tuppence inclinó graciosamente la cabeza, pero continuó observando al recién llegado a través de sus casi entornados párpados. Se preguntaba a sí misma cuánto tiempo podría haber estado aquel hombre esperando en la puerta y cuánto podría, más o menos, haber visto u oído. No se escapó a su perspicacia el hecho de que mientras hablaba con Tommy sus ojos no cesaban de dirigirse al papel azul que su marido tenía en aquel momento entre las manos.

La voz de Tommy, con una nota de advertencia en ella, le hizo recordar las necesidades del momento.

—*Miss* Robinson, sírvase estar preparada. Y usted, caballero, tenga la bondad de explicarme el motivo de su visita. Tuppence se apresuró a coger su lápiz y libro de notas.

—Me llamo Bower —principió el hombre con voz ronca—. Doctor Charles Bower. Vivo en Hampstead, donde tengo mi consultorio. He venido a verle, míster Blunt, porque desde hace algún tiempo me están ocurriendo cosas extrañas.

—Prosiga.

—Una o dos veces, en el curso de la última semana, me han llamado por teléfono para un caso de urgencia. En ambas ocasiones comprobé que la llamada había sido falsa. La primera vez creí que se trataba simplemente de una broma de dudoso buen gusto, pero al retirarme a la casa la segunda vez, me encontré con que en mi ausencia alguien había andado curioseando entre mis papeles confidenciales. Hice un detenido examen de todos ellos y llegué a la conclusión de que todos mis cajones habían sido abiertos y los documentos devueltos apresuradamente a sus respectivos lugares.

El doctor Bower se detuvo y miró a Tommy.

—¿Qué me dice usted, míster Blunt?

—¿Y usted qué cree, míster Bower? —replicó el joven, dibujando una sonrisa.

—Pues en realidad no lo sé, y espero que usted me lo cuente.

—Veamos primero los hechos. ¿Qué es lo que guarda usted en los cajones?

—Ya se lo he dicho: mis papeles confidenciales.

—Bien, ¿y en qué consistían esas confidencias? ¿Qué valor podrían tener esos papeles para un ladrón vulgar o una persona cualquiera en particular?

—Para un ladrón vulgar creo que ninguno, pero tratándose en ellos de ciertos alcaloides, llamémosles, *tenebrosos*, podrían tenerlo para cualquiera que poseyera suficiente conocimiento técnico en la materia. Hace años que vengo haciendo estudios sobre ese particular. Estos alcaloides son venenos activísimos y de difícil descubrimiento, pues no dejan rastro alguno de su presencia ni de su acción.

—¿Cree usted entonces que el conocimiento de ese secreto podría reportar algún beneficio material a su poseedor?

—Si es falto de escrúpulos, sí.

—¿Y sospecha usted de alguien? El doctor se encogió de hombros.

—Puertas y ventanas estaban intactas, lo cual me hace suponer que el atentado no procedía del exterior. Sin embargo… Se detuvo de pronto. Después prosiguió:

—Mister Blunt, quiero hablarle con entera franqueza. No me atrevo a encomendar el caso a la policía. De mis tres sirvientes estoy completamente seguro. Todos llevan en mi casa un largo tiempo y me han servido siempre con fidelidad. Comprendo, no obstante, que… En fin, ya me entiende usted. Tengo, además, conmigo a mis dos sobrinos, Bertram y Henry. Henry es un buen muchacho, muy buen muchacho, que jamás me ha proporcionado el más mínimo disgusto. Trabajador y servicial como ninguno. Bertram, siento tener que decirlo, es el reverso de la medalla, ingobernable, extravagante y gandul.

—Comprendo —dijo Tommy pensativamente—. Usted sospecha que su sobrino Bertram tiene algo que ver en todo este asunto y yo pienso precisamente lo contrario. Yo sospecho del bueno de Henry. —¿Por qué?

—Por tradición. Por precedentes.

Tommy agitó una mano con gesto enigmático.

—En mi opinión, los individuos sospechosos son por lo general inocentes y viceversa. Sí, decididamente sospecho de Henry.

—Perdóneme usted, míster Blunt —dijo Tuppence, interrumpiendo respetuosamente—. ¿He de entender que el doctor Bower guarda estas notas sobre esos alcaloides que mencionaba mezcladas con los demás papeles en un cajón de su mesa?

—Las guardo en la misma mesa, mi distinguida señorita, pero en un cajoncito secreto cuya existencia sólo yo conozco y que ha desafiado siempre cualquier intento de registro.

—¿Y qué es exactamente lo que usted quiere que yo haga, doctor Bower? —preguntó Tommy—. ¿Ha querido darme a entender que anticipa la posibilidad de otra nueva visita del misterioso merodeador?

—Así es, míster Blunt. Tengo motivos para temerlo. Esta tarde recibí un telegrama de uno de mis pacientes que envié no hace mucho a Bournemouth. El telegrama decía que mi paciente estaba en estado crítico y me suplicaban acudiera sin perder un instante. Sospechando ya por los acontecimientos que habían precedido, decidí mandar personalmente un telegrama, contestación pagada, a mi paciente en cuestión. Como supuse, me enteré de que estaba en perfecto estado de salud y de que no me había enviado aviso de ninguna clase. Se me ocurrió que, si fingía haber dado crédito al mensaje y haber salido para Bournemouth, tendríamos una gran oportunidad de agarrar a nuestros malandrines con las manos en la masa. Quien sea esperará indudablemente a que se haya retirado la servidumbre para empezar sus operaciones. Sugiero que nos encontremos esta noche, a las once, en los alrededores de mi casa y que investiguemos juntos el asunto con todo cuidado y calma.

Tommy repiqueteó pensativo en la mesa con la contera de un pisapapeles.

—Su plan me parece excelente, doctor Bower —dijo al fin—. Veamos, su dirección es…

—Los Pinos, avenida Hangman, un lugar, por cierto, bastante retirado pero con vistas soberbias.

—Así es, conozco el sitio.

El visitante se puso en pie.

—Entonces le espero esta noche, míster Blunt. Junto a Los Pinos a… ¿digamos a las once menos cinco para estar más seguros?

—Conforme. A las once menos cinco. Adiós, doctor Bower. Tommy se levantó, oprimió un botón que había bajo la mesa y Albert apareció para acompañar hasta la

puerta al cliente. El doctor cojeaba visiblemente al caminar, pero su fortaleza era evidente a pesar de este pequeño defecto.

—Un cliente difícil de manejar —se dijo Tommy para sí—. Bien, Tuppence, encanto, ¿qué me dices de todo esto?

—Te contestaré con una sola palabra —respondió su esposa—. «Patizambo».

—¿Qué?

—He dicho patizambo. No en vano me he dedicado al estudio de los clásicos. Tommy, esto me huele a chamusquina. Conque alcaloides *tenebrosos*, ¿eh? Jamás he oído una paparrucha semejante.

—Tampoco a mí me ha parecido una historia muy convincente —admitió su marido.

—¿Te fijaste cómo miraba la carta? Tommy, ése es uno de la cuadrilla. Le han informado de que tú no eres el verdadero míster Blunt y vienen en busca de nuestras cabezas.

—En ese caso —dijo Tommy abriendo el armario lateral, e inspeccionando las filas de libros almacenados en él— nuestro papel es fácil de colegir. Seremos los hermanos Okewood. Yo seré Desmond —añadió con firmeza. Tuppence se encogió de hombros.

—Está bien. Como quieras. Yo haré de Francis. Recordarás que Francis es el más inteligente de los dos. Desmond acaba siempre por meterse en callejones sin salida y Francis es quien siempre aparece en el momento oportuno para salvar la situación.

—No olvides que yo pienso ser una especie de «super Desmond». En cuanto llegue a Los Pinos…

—Pero ¿es que piensas ir a Hampstead esta noche?

—¿Y por qué no he de ir?

—Pero ¿es que vas a ir a esa trampa que te tienden con los ojos cerrados?

—No, hija mía, no. Iré a esa trampa, eso sí, pero no con los ojos cerrados como tú dices, sino abiertos, muy abiertos. Ya verás la sorpresa que se va a llevar nuestro querido amigo el doctor Bower.

—No me gusta nada todo esto —replicó Tuppence—. Tú sabes lo que ocurre cuando Desmond desobedece las órdenes y actúa por su propia cuenta. Las nuestras fueron clarísimas. Enviar las cartas e informar inmediatamente sobre cualquier incidente que ocurriese.

—No lo has entendido bien. Debemos informar inmediatamente, en el caso de que alguien venga y mencione el número dieciséis. Hasta este momento nadie lo ha hecho.

—Eso es una sutileza tuya —observó Tuppence.

—Pues, aunque tú creas que lo es, pienso llevar este asunto sólito y en la forma que crea más conveniente. No temas nada, querida esposa. Iré armado hasta los dientes.

—Tommy, ese hombre es fuerte como un gorila.

—¿Y qué? ¿Acaso no lo es también mi automática? Se abrió la puerta que comunicaba con el despacho y entró Albert. Después de cerrarla tras de sí, se acercó con un sobre entre sus manos.

—Un caballero desea verle —anunció—. Cuando empecé a contarle mi monserga habitual sobre su conferencia con Scotland Yard, me dijo que no me molestara. Que se sabía de memoria el disco, puesto que era precisamente de donde él venía. Después escribió algo en una tarjeta, la puso dentro de este sobre y me suplicó que se la entregara.

Tommy tomó el sobre y lo abrió. Al leer el contenido una sonrisa se dibujó en su semblante.

—Ese caballero, Albert, se divirtió a tu costa diciendo la verdad. Hazle pasar.

Entregó la tarjeta a Tuppence. Llevaba el nombre del inspector Dymchurch y escritas en lápiz, aparecían las siguientes palabras: «Un amigo de Marriot».

Un minuto después el detective de Scotland Yard penetró en la oficina interior. En apariencia tenía una gran semejanza con el inspector Marriot. Ambos eran bajos, rechonchos y con ojos astutos y observadores.

—Buenas tardes —dijo el detective campechanamente—. Marriot ha salido para el sur de Gales y me ha suplicado que venga a echar un vistazo a todo esto. Oh, no se preocupe —se apresuró a añadir al ver el gesto de sorpresa que se dibujó en la cara de Tommy—, *estamos* enterados de todo, pero no acostumbramos a inmiscuirnos en nada que no afecte directamente a nuestro Departamento. Alguien, sin embargo, parece haberse dado cuenta de que no todo es lo que parece. No hace mucho que un caballero ha estado aquí a verles, ¿no es así? No sé qué nombre habrá dado, no me importa, puesto que lo desconozco en realidad. No obstante, sé algo acerca de él y me gustaría ampliar, a ser posible, la información. ¿Les ha dado acaso una cita para esta noche?

—Me lo figuré. ¿En el número dieciséis, Westerham Road, parque de Finsbury?

—No —respondió Tommy con una sonrisa—. Se equivoca. En Los Pinos, Hampstead, lo cual es muy distinto.

Dymchurch pareció sorprenderse. No esperaba, por lo visto, esta respuesta.

—No lo comprendo —murmuró—; debe de ser algún nuevo plan. ¿Dice usted que en Los Pinos, Hampstead?

—Sí. Hemos de encontrarnos allí a las once menos cinco.

—Si quiere seguir mi consejo, no vaya.

—¿Lo ves? —interrumpió Tuppence.

Tommy se puso encarnado como una cereza.

—Si usted cree, inspector, que… —empezó a decir acaloradamente.

Pero el inspector hizo un gesto como tratando de calmarle.

—Le daré mi opinión, míster Blunt, si me lo permite —añadió—. El lugar en que debe usted estar a esta hora es precisamente aquí, en esta oficina.

—¿Qué? —exclamó asombrado.

—Lo que oye, aquí en esta oficina. No le importe saber cómo me he enterado, a veces los departamentos se extienden más allá de sus jurisdicciones respectivas, pero sé que una de esas cartas «azules» ha llegado hoy a su poder. Es posible que ese pájaro que acaba de salir ande tras ella. Le atrae a usted con cualquier pretexto a Hampstead, se asegura así de su ausencia en estos alrededores y al llegar la noche viene tranquilamente y se entrega al registro sin que nadie pueda molestarle en lo más mínimo.

—¿Y por qué ha de pensar que guardo la carta aquí? ¿No sería más lógico suponer que la llevo encima o que la he remitido ya a su destino?

—Eso es precisamente lo que él no puede saber. Lo más probable es que se haya enterado de que usted no es el auténtico míster Blunt, sino un hombre que, lleno de buena fe, se ha hecho cargo del negocio. En este caso creerá que la carta no tiene para usted más significación que la estrictamente comercial, y que sería archivada en esta oficina junto con todas las demás.

—Comprendo —dijo Tuppence.

—Es preciso que siga creyéndoselo. Será el modo de que podamos sorprenderle esta misma noche en plena operación.

—Entonces, ¿ése es el plan? —replicó Tuppence.

—Así es. Ahora son las seis. ¿A qué hora acostumbran ustedes a salir de la oficina?

—Más o menos a ésta.

—Entonces háganlo como de costumbre y volvamos pasado algún tiempo. No creo que vengan antes de las once, pero tampoco está de más el tomar ciertas precauciones. Ahora voy a echar una mirada por los alrededores para ver si hay moros en la costa.

Tan pronto como salió Dymchurch, Tommy y Tuppence iniciaron una acalorada discusión que duró unos instantes.

Al fin, Tuppence hubo de capitular.

—Está bien —dijo—. No hablemos más. Me iré a casa y allí me sentaré como una buena niña mientras tú te entretienes a jugar a los ladrones. Pero me las pagarás. No te olvides de lo que te digo.

Dymchurch volvió en aquel momento.

—Parece que el campo está libre. Salgamos.

Tommy llamó a Albert y le dio instrucciones para que cerrara.

Después, los cuatro se dirigieron al cercano garaje donde acostumbraban a dejar el coche. Tuppence se sentó al volante con Albert a su lado. Tommy y el detective se acomodaron en el asiento posterior.

Poco después quedaron detenidos por el tráfico. Tuppence miró por encima del hombro haciendo una seña. Tommy y el inspector abrieron una de las portezuelas y saltaron en medio de la calle Oxford. Al cabo de uno o dos minutos, Tuppence y Albert prosiguieron solos su camino.

Mejor será que no vayamos todavía —dijo Dymchurch al tiempo de entrar presuroso en la calle Haleham—. ¿Tiene usted la llave consigo?

Tommy asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Qué le parece si fuésemos primero a tomar un bocadillo? Es temprano y conozco un lugar desde donde, al mismo tiempo, podemos vigilar cómodamente la casa. Lo hicieron tal como había sugerido el inspector, quien para Tommy resultó un compañero expansivo y agradable, por demás. La mayor parte de su trabajo oficial parecía haber sido realizada entre espías y contó relatos que dejaron maravillado a su sencillo oyente.

Permanecieron en el restaurante hasta las ocho, hora en que Dymchurch aconsejó ponerse en movimiento y seguir su plan.

—Es ya de noche, y cerrada —explicó—; así que podemos entrar sin que nadie note nuestra presencia.

Atravesaron la calle, echaron una rápida mirada a los alrededores y penetraron resueltamente en el portal. Subieron las escaleras y Tommy sacó la llave y la insertó en la cerradura de la pequeña salita exterior.

Al hacerlo oyó un silbido a su espalda que él creyó procedía de Dymchurch.

—¿Por qué silba? —preguntó con aspereza.

—¿Quién, yo? —contestó el inspector mostrando sorpresa—. Creí que era usted el que había silbado.

—Bueno, pues alguien… —empezó a decir Tommy. No terminó la frase. Unos brazos fornidos le sujetaron por detrás y antes de que pudiera emitir el más ligero grito sintió que una almohadilla empapada de un líquido dulce y sofocante era aplicada fuertemente contra su nariz y boca.

Luchó violentamente, pero fue en vano. El cloroformo empezó a dejar sentir sus efectos. Parecía que todo giraba vertiginosamente a su alrededor y que la tierra le faltaba bajo los pies.

Luego, una ligera sensación de ahogo… Después… la inconsciencia.

Volvió dolorosamente en sí y en plena posesión de todas sus facultades. La dosis de anestésico había sido, por lo visto, insignificante. La precisa para poder ponerle una mordaza y evitar así una posible alarma.

Cuando recuperó el conocimiento se encontró en el suelo, medio recostado contra una de las paredes de su propio despacho. Dos hombres estaban febrilmente ocupados en revolver el contenido de los cajones de la mesa y los estantes de los armarios. Mientras lo hacían no dejaban de lanzar toda suerte de imprecaciones.

—Que me maten si aquí está lo que busca, jefe —dijo el más alto de los dos, con voz aguardentosa.

—Pues ha de estar —respondió el otro volviéndose de pronto—. Encima no la lleva.

La sorpresa de Tommy no tuvo límites al reconocer en el merodeador al propio Dymchurch, quien al ver su estupor se sonrió burlonamente.

—Parece que mi buen amigo ha vuelto a despertarse —dijo—, y por lo visto, bastante estupefacto; sí, sí, he dicho bien, estupefacto. Y sin embargo, la cosa es simple por demás. Sospechamos que algo ocurría en la Agencia Internacional de Detectives. Me presto voluntariamente a investigar. Si míster Blunt, me digo, es, como supongo, un espía, sospechará, y, por lo tanto, no estaría de más el enviar por delante a mi antiguo y querido amigo Cari Bauer. Cari es instruido para comportarse en forma de poder inspirarles confianza contando una historia a todas luces inverosímil. Así lo hace, y entonces aparezco yo en escena haciendo uso del nombre del inspector Marriot para ganar así su confianza. Lo demás no creo que necesite ya de explicación.

Tommy rabiaba por poder decir cuatro cosas, pero la mordaza que llevaba sobre la boca se lo impedía. También rabiaba por hacer otras cuantas más, especialmente con manos y pies, pero ¡oh desdicha!, también ese detalle había sido tenido en cuenta por los salteadores, y una fuerte cuerda hacía imposible el más insignificante intento de hacer uso de sus extremidades.

El hecho que más llamó su atención fue el sorprendente cambio producido en el hombre que ahora se encontraba ante él. Como inspector Dymchurch, cualquiera le hubiera tomado por un sajón de pura cepa. Ahora, a las claras se veía que no era sino un extranjero de esmerada educación que hablaba el inglés correctamente y sin dejo especial alguno.

—Coggins —ordenó el falso detective dirigiéndose a su rufianesco acompañante —. Saque su «salvavidas» y monte guardia al lado del prisionero. Voy a quitarle la mordaza. Comprenderá, mi querido míster Blunt, que sería una criminal locura por su parte exhalar el menor aullido. Es usted bastante inteligente para su edad y espero que no olvidará mi consejo.

Con gran habilidad extrajo el pañuelo que taponaba su boca y dio un paso atrás.

Tommy movió de un lado a otro la mandíbula inferior, recorrió con la lengua la cavidad bucal y tragó saliva dos o tres veces, pero no dijo nada.

—Le felicito por su cordura —se expresó el otro—. Veo que se hace usted perfecto cargo de la situación. Y ahora recuerde bien y piense si tiene algo que decirnos.

—Lo que yo haya de decir me lo reservo. No creo que la espera pueda perjudicarme en lo más mínimo.

—Pero a mí, sí. En resumidas cuentas, míster Blunt, ¿dónde está esa carta?

—Para contestar a esa pregunta sería preciso primero que yo lo supiera. Yo no la tengo, como usted habrá tenido ocasión de comprobar. Siga buscando. Me gusta verle a usted y al amigo Coggins jugando juntos al escondite. La cara del otro se ensombreció.

—Parece, míster Blunt, que encuentra usted un placer en decir impertinencias — replicó el otro—. ¿Ve usted aquella caja cuadrada que hay sobre la mesa? En ella hay una infinidad de objetos muy interesantes para los que, como usted, se resisten a

hablar. Vitriolo…, sí, vitriolo…, hierros que pueden ser calentados al fuego y aplicados luego a partes sensibles… Tommy movió tristemente la cabeza.

—Un error en la diagnosis —murmuró—. Tuppence y yo habíamos catalogado mal esta aventura. No es una historia de Patizambo, sino una de Bull Dog Drummond, y usted es el inimitable Cari Peterson.

—¿Qué tonterías está usted diciendo?

—¡Ah! —prosiguió Tommy—. Veo que está usted poco familiarizado con los clásicos. ¡Qué lástima!

—Oiga, imbécil, ¿quiere usted decir de una vez lo que le pido o prefiere que diga a Coggins que saque sus herramientas y le haga una pequeña demostración de sus habilidades?

—No sea tan impaciente —exclamó Tommy—. Claro que haré lo que me pidan, siempre y cuando se dignen decirme primero lo que es. No creerá usted que me complace la idea de verme hecho filetes como un lenguado o asado a la parrilla como un lechón.

Dymchurch le echó una mirada desdeñosa.

—¡*Good*! ¡Qué cobardes son estos ingleses!

—Cuestión de sentido común, querido amigo. Deje quieto el vitriolo y vamos a lo que importa.

—Quiero esa carta.

—Ya le he dicho que no la tengo.

—Pero sabe, como también lo sabemos nosotros, quién es la única persona que podría tenerla: la secretaria.

—Posiblemente tenga razón —asintió Tommy—. Quizá se la metiera en el bolso cuando su compinche Cari nos asustó con su súbita aparición.

—Menos mal que no lo niega. Entonces me hará el favor de escribir a Tuppence, como usted la llama, diciendo que venga con ella inmediatamente.

—No puedo hacer eso —empezó a decir Tommy.

—¿Ah, no? —interpuso Dymchurch sin dejarle terminar la frase—. Vamos a verlo. ¡Coggins!

—Oiga, no sea impaciente y déjeme terminar. Decía que no puedo hacerlo a menos que me dejen libres los brazos. No soy ningún fenómeno de esos que pueden escribir con la nariz o con los codos.

—¿Entonces está usted dispuesto a escribirle? —¡Claro! Si es lo que vengo diciéndole desde el principio. Mi afán es complacerles en todo cuanto pueda. Espero que tengan con Tuppence toda clase de consideraciones. ¡Es tan buena!

—Nosotros lo único que queremos es la carta —dijo Dymchurch con sonrisa maliciosa.

A una señal suya, Coggins se arrodilló para desatar los ya casi entumecidos brazos de Tommy.

—Estoy ya mejor —dijo alegremente—. ¿Quiere ahora el amable Coggins hacer el favor de alcanzarme mi pluma estilográfica? Creo que está sobre la mesa, junto con otros objetos de mi propiedad.

Con gesto torvo, el rufián trajo lo que Tommy le pedía, añadiendo asimismo un pedazo de papel.

—Mucho cuidado con lo que escribe —advirtió Dymchurch ominosamente—. Eso lo dejamos a su elección, pero no olvide que el fracaso significa muerte, y muerte lenta por añadidura.

—En ese caso —respondió Tommy—, procuraré esmerarme. Reflexionó unos momentos y luego se puso a escribir con asombrosa rapidez.

—¿Qué le parece esto? —preguntó entregando la terminada epístola. Decía así:

Querida Tuppence:
¿Puedes venir enseguida y traer contigo la carta azul?
Queremos descifrarla sin perder un instante. Espera con ansia,

FRANCIS

—¿Francis? —inquirió el fingido inspector enarcando las cejas—. ¿Es así como ella le llama?

—Como usted no estuvo presente en mi bautizo, no sabrá nunca si éste es o no mi verdadero nombre. Pero creo que en la pitillera que me sacaron del bolsillo encontrará una prueba convincente de que digo la verdad.

El otro se dirigió a la mesa, tomó la pitillera y leyó la dedicatoria que en ella había grabada. «A Francis, de Tuppence». Sonrió.

—Me alegro de que se haya decidido a obrar cuerdamente —dijo—. Coggins, dele esta nota a Vassiley. Está montando guardia en la puerta. Dígale que la lleve enseguida.

Los veinte minutos siguientes pasaron con lentitud abrumadora. Luego otros que casi podrían calificarse de desesperantes. Dymchurch se paseaba a lo largo de la habitación con una cara que se le iba oscureciendo por momentos.

Una vez se volvió amenazadoramente a Tommy.

—Como nos haya traicionado… —gruñó.

—Si tuviésemos unas cartas —tartajeó Tommy tratando de echarlo a broma—, podríamos echar una partidita de *picquet*. A las mujeres siempre les gusta hacerse esperar. Le pido que no se muestre severo con Tuppence cuando llegue.

—¡Oh, no! —contestó Dymchurch—. Procuraremos que vayan ustedes al mismo sitio… juntos.

—¿Conque sí, eh, canalla? —murmuró Tommy entre dientes. De pronto se oyó un pequeño ruido en la salita exterior y un hombre a quien Tommy no había visto aún asomó la cabeza y dijo unas cuantas palabras en ruso.

—Bien —respondió Dymchurch—. Dice que ya viene… y sola.

Por un momento la ansiedad hizo latir violentamente el corazón de Tommy.

Un minuto después oyó la voz de Tuppence que saludaba con la mayor naturalidad.

—Hola, inspector Dymchurch. Aquí tengo la carta. ¿Dónde está Francis?

De pronto, Vassiley saltó sobre ella, la sujetó y le tapó la boca con una de sus descomunales manazas. Dymchurch le arrancó con violencia el bolso que llevaba entre las manos y vació nerviosamente todo su contenido sobre la mesa.

De pronto lanzó una exclamación de júbilo y agitó en el aire un sobre azul con un sello de Rusia sobre él. Coggins dejó escapar también una especie de aullido.

Pero en aquel mismo instante de triunfo, la puerta que comunicaba con el despacho de Tuppence se abrió silenciosamente y el inspector Marriot con dos agentes, todos con sus correspondientes pistolas, irrumpieron en la habitación al grito unánime de:

—¡Arriba las manos!

No hubo lucha. El trío fue sorprendido en deplorable desventaja. La automática de Dymchurch reposaba tranquilamente sobre la mesa. Los otros dos no iban armados.

—Una bonita redada —dijo el inspector Marriot acabando de poner el último par de esposas— que espero iré engrosando a medida que pase el tiempo.

—¿Conque ha sido usted, viborilla, la autora de todo esto, eh?

—No tanto, inspector, no tanto. Claro que algo me olí cuando mencionó usted esta tarde el número dieciséis. Pero fue la nota de Tommy la que acabó de abrirme los ojos. Así, pues, decidí telefonear al inspector Marriot, mandé a Albert para que le entregara un duplicado de la llave de mi despacho; y yo me vine aquí trayendo el famoso sobre vacío, como es natural. La carta, siguiendo las instrucciones, había sido remitida a su destino tan pronto como me separé de ustedes esta tarde.

Una sola palabra había llamado la atención del fingido detective.

—¿Tommy? —preguntó.

Éste, que acababa de ser desprovisto de sus ligaduras, se acercó al grupo.

—Buen trabajo, hermano Francis —dijo tomando entre las suyas las manos de su esposa. Después se dirigió a Dymchurch—: Ya le dije a usted, querido amigo, que debería leer con más frecuencia a los clásicos.

Mutis al Rey

(Finessing the King).

Era un día gris para la Agencia Internacional de Detectives. Tuppence dejó caer indolentemente un número del *Daily Leader* que tenía entre las manos.

—¿Sabes lo que he estado pensando, Tommy?

—No lo sé. Acostumbras a pensar en muchas cosas, y con frecuencia en todas a la vez.

—Creo que ya es hora de que pienses en llevarme a algún baile.

Tommy recogió apresuradamente el periódico que había en el suelo.

—Nuestro anuncio se diría que está dando el golpe, ¿no te parece? —observó tratando de cambiar el tema de la conversación—. ¡Los brillantes detectives de Blunt! ¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez, Tuppence, que tú y sólo tú resumes en tu persona a todos los brillantes detectives de Blunt? Toda la gloria es para ti, como diría Humpty Dumpty.

—Yo estaba hablando de baile —insistió Tuppence.

—Y hay un punto curioso que he observado en estos periódicos —añadió Tommy sin dar su brazo a torcer—. No sé si te habrás dado cuenta de ello. Toma, por ejemplo, estos tres números del *Daily Leader*. ¿Puedes decirme qué diferencia existe entre uno y otro? Tuppence los cogió con curiosidad.

—Es muy fácil —respondió después de inspeccionarlos unos instantes—. Uno es de hoy, otro de ayer y el otro de anteayer.

—Una contestación verdaderamente conmovedora, querida Watson. Pero no me refería a eso precisamente. Fíjate bien en el encabezamiento, *The Daily Leader*. Compara los de los tres y dime si ves en ellos alguna diferencia.

—No la veo. Es más, no veo que exista.

—Me lo figuraba. Y sin embargo, lees los periódicos igual que yo, más si me apuras. Sólo que yo observo y tú, por lo visto, no. Si te fijas en el número de hoy, veras que en el centro del trozo vertical de la D de DAILY hay un pequeño circulito blanco y otro en la L de la misma palabra. Pero en la edición de ayer los dos circulitos blancos aparecen en la letra L de LEADER, y en la de anteayer los dos en la D de DAILY. En realidad el círculo, o círculos, aparecen siempre en lugares diferentes.

—¿Y por qué? —preguntó Tuppence.

—¡Ah! Eso es un secreto periodístico.

—Lo cual quiere decir que no lo sabes ni puedes imaginártelo siquiera.

—Yo digo meramente que eso es una práctica corriente en toda la prensa diaria.

—¡Qué listo eres, Tommy! —dijo Tuppence con sorna—. Sobre todo en el arte de querer cambiar el curso de una conversación. Volvamos ahora sobre lo que hablábamos antes.

—¿De qué hablábamos?

—Del baile en Las Tres Copas.

—No, no, Tuppence; al baile de Las Tres Copas, no. No soy lo bastante joven para ir a un sitio como ése. Te aseguro que he pasado ya de la edad.

—Cuando yo era una niña inocente —dijo Tuppence— me enseñaron a creer que los hombres, en especial los maridos, eran unos entes disolutos, amigos del baile y de la bebida y de permanecer en los clubes y lugares de recreo hasta altas horas de la noche. De que hacían falta esposas de excepcionales dotes y belleza para mantenerlos recluidos en sus casas. ¡Otra ilusión mía que se ha desvanecido! Todas las esposas que yo conozco están suspirando por salir y bailar y tienen la desgracia de tener maridos que todavía usan gorros de dormir y se acuestan siempre antes de las diez de la noche. ¡Y tú, Tommy, que bailas tan bien…!

—Coba no, ¿eh?

—A decir verdad —prosiguió Tuppence—, no es sólo placer lo que yo busco en ese baile. Estoy interesada por este anuncio.

Recogió de nuevo el *Daily Leader* y leyó en voz alta lo que acababa de mencionar:

—«Aceptaría subasta con tres corazones. 12 bazas. As de espadas. Imprescindible achicarse al Rey».

—Un modo un poco raro de aprender a jugar al *bridge* —fue todo el comentario que se le ocurrió hacer a Tommy.

—No seas burro. Esto no tiene nada que ver con el *bridge*. Precisamente comí ayer con una amiga en El As de Espadas. Es una especie de tugurio subterráneo que hay en Chelsea y al que, según dice mi amiga, acuden muchos de los que asisten a esos bailes, para tomar huevos fritos con beicon o un plato de conejo al estilo gales. Comida bohemia toda ella. Está lleno de reservados discretamente ocultos de las miradas de los curiosos. En fin, chico, un lugar estupendo para una recalada.

—¿Y tu idea del anuncio es…?

—Que «los tres corazones» pudieran referirse al baile de Las Tres Copas (corazones o copas representan lo mismo); «12 bazas», a las doce de la noche, y el «As de Espadas», al restaurante que hace unos instantes te he mencionado.

—¿Y qué hay de «imprescindible achicarse al Rey»?

—No lo sé; eso es precisamente lo que trataremos de averiguar.

—No sé por qué, Tuppence, pero me figuro que estás proponiéndome una tontería. ¿Quién eres tú para meterte en mensajes secretos de los enamorados?

—No pienso *meterme*. Lo que yo propongo es simplemente algo interesante en nuestra labor. Necesitamos un poco de *práctica*.

—¡Práctica! ¿Por qué no dices claramente que lo que tú quieres es juguetear? Tuppence se echó a reír desvergonzada. —Sé complaciente una vez en la vida, Tommy, y procura olvidar que tienes treinta y dos años y una cana en la ceja izquierda.

—Bien, bien. Nunca he sabido negarme a una súplica de mujer. ¿Qué quieres? ¿Que haga el tonto embutido en uno de esos ridículos trajes de máscaras? ¿Eso sólo deseas? —preguntó.

—Exacto, pero eso déjalo de mi cuenta. Tengo una idea genial.

Tommy la miró con recelo. Sentía verdadero terror por las «genialidades» de su esposa.

Cuando volvió al piso la noche siguiente, Tuppence salió presurosa a recibirle.

—Ya ha venido —anunció gozosa.

—¿Y qué es lo que ha venido?

—El disfraz. Ven a verlo.

Tommy la siguió. Extendido sobre la cama había un uniforme de bombero, sin olvidar el reluciente casco.

—¡Dios mío! —aulló Tommy—. ¿Habrás tenido el humor de inscribirme como voluntario en la brigada de incendios de Wembley?

—Vuelve a pensar —replicó Tuppence—. Veo que todavía no has comprendido mi idea. Usa esa poca materia gris que aún te queda en el cerebro, *mon ami*. ¡Centellea, Watson! Sé un toro que lleva ya más de diez minutos en la arena.

—Espera un momento. Parece que empiezo a comprender. Hay algo siniestro en todo esto. ¿Qué traje piensas tú llevar, Tuppence?

—Un traje viejo tuyo, un sombrero de fieltro y unas gatas de armazón de concha.

—Burdo, pero comprendo su finalidad. McCarty de incógnito; yo, Riordan.

—Lo acertaste. Creí que debíamos practicar un poco los métodos americanos de averiguación. Por una vez voy a ser yo la estrella y tú mi humilde ayudante.

—No te olvides —le advirtió Tommy— de que es una simple observación hecha por el inocente Denny lo que pone a McCarty sobre la verdadera pista. Tuppence, saturada de euforia, se limitó a reír. Fue una noche inolvidable. El gentío, la música, los trajes fantásticos, todo conspiró para que la joven pareja se divirtiera de lo lindo. Tommy acabó por olvidarse de su papel de marido gruñón que a la rastra se deja llevar por las veleidades de una esposa caprichosa y asaz divertida.

A las doce menos diez agarraron el coche y se dirigieron al famoso, o ignominioso. As de Espadas. Como había dicho Tuppence, era un antro subterráneo, de aspecto ordinario e indigno, pero, no obstante, atestado de parejas, todas con su correspondiente disfraz, muchas de ellas alojadas en el sinnúmero de reservados colocados a lo largo de las paredes y cuyas puertas corredizas se cerraban casi invariablemente después de dar acceso a sus alegres ocupantes. Tommy y Tuppence lograron hacerse con uno de éstos y se sentaron, dejando las suyas entreabiertas con objeto de no perder de vista lo que en el exterior ocurría.

—Me gustaría saber dónde está nuestra parejita de marras —dijo Tuppence—. ¿Qué te parece aquella Colombina escoltada por el flamante Mefistófeles?

—Yo creo más bien que son aquel Mandarín y la señorita vestida de Acorazado, de Crucero Ligero diría yo, que le acompaña.

—¡Lo que hace el vino! ¡Ah, aquí se acerca una disfrazada de Reina de Copas! Bonito disfraz, ¿verdad?

La muchacha en cuestión se dirigió al reservado contiguo ocupado por nuestro matrimonio, seguida de cerca por «el caballero vestido con papel de periódico» de *Alicia en el País de las Maravillas*. Ambos llevaban el rostro cubierto por un antifaz y, por la seguridad con que se movían, debían ser asiduos clientes del As de Espadas.

—Estoy segura de que estamos en un verdadero antro de iniquidad, Tommy. Escándalos por todas partes. ¡Y qué griterío!

Un chillido como de protesta partió del reservado adjunto, chillido que fue rápidamente sofocado por una estruendosa carcajada que lanzó el caballero. La cosa no pareció tener importancia alguna. Todos reían y vociferaban allí.

—¿Qué te parece aquella Pastora? —preguntó Tommy—. La que va con el que parece un francés de opereta. Quizá sean los que buscas.

—¡Quién sabe! Pero lo gracioso es que, por la razón que fuere, esto parece divertirme mucho más de lo que nos figurábamos.

—Con otro traje me divertiría más. Pero no tienes idea de lo que estoy sudando con ese que me has dado.

—No digas eso, Tommy. Te advierto que estás monísimo.

—¿Ah, sí? Pues siento no poder decir lo mismo de ti. Tú pareces una rata sabia o un pajarito acabado de freír.

—Habla con un poco más de respeto a tu jefe. ¡Caramba! El caballero empapelado parece que abandona a su dama. ¿Dónde crees que va?

—Seguramente donde yo terminaré por ir. A encargar unas bebidas.

—Parece que tarda un poco más de lo debido —dijo Tuppence, después que hubieron pasado unos cuatro o cinco minutos—. Tommy, quizá me tomes por una tonta pero… Se detuvo.

De pronto se puso en pie como movida por un resorte.

—Bien, llámame entrometida si quieres, pero yo me voy a ver qué es lo que pasa allí al lado.

—Escucha, Tuppence. No debes…

—Tengo el presentimiento de que algo extraño está ocurriendo en estos momentos. Lo sé. No intentes detenerme. Salió precipitadamente seguida de Tommy y se dirigió al reservado inmediato. Sus puertas estaban cerradas, pero consiguió abrirlas sin gran dificultad.

La muchacha vestida con el disfraz de Reina de Copas aparecía sentada en un rincón, con el cuerpo grotescamente apoyado contra el hueco formado por la pared y una de las mamparas. Sus ojos les contemplaban con fijeza a través de la máscara, pero no hacía el menor movimiento. Su disfraz, de un atrevido diseño de rojo y blanco, mostraba en la parte izquierda más cantidad de rojo que el que naturalmente señalaban las líneas del dibujo.

Con un grito Tuppence se abalanzó hacia la postrada figura y se arrodilló a su lado. El pomo de una enjoyada daga sobresalía por debajo del punto en que debía estar el corazón.

—Pronto, Tommy. Aún respira. Vete a ver al gerente y dile que llame inmediatamente a un médico.

—Está bien. Procura no tocar la empuñadura de ese puñal, Tuppence.

—Así lo haré. ¡Corre!

Tommy salió disparado, cerrando las puertas tras sí. Tuppence rodeó el cuerpo de la herida con uno de sus brazos. Ésta hizo un ligero gesto, que Tuppence interpretó como de deseo de quitarse el antifaz, y así lo hizo, y descubrió una cara angelical y unos ojos grandes y azules en los que estaban retratados el terror, el sufrimiento y una especie de aturdimiento doloroso.

—Hija mía —dijo Tuppence con dulzura—, ¿puede usted hablar? Y en tal caso, ¿quiere decirme quién es el que ha hecho esto?

La muchacha clavó en su cara una mirada vidriosa, acompañada de profundos y palpitantes suspiros que presagiaban un próximo y fatal desenlace. Después entreabrió los labios.

—Fue Bingo —susurró con voz casi imperceptible. Al terminar de pronunciar estas palabras dobló la cabeza, que fue a caer pesadamente sobre el pecho de Tuppence.

Entró Tommy acompañado de dos hombres. El más corpulento de los dos se adelantó con aire autoritario como si la palabra «doctor» estuviese escrita por todo su cuerpo.

—Creo que ha muerto —dijo Tuppence con voz grave y depositando suavemente en el suelo su carga. El doctor hizo un rápido examen.

—Sí —comenzó—, nada podemos hacer ya por ella. Mejor será dejar las cosas tal cual están hasta que llegue la policía. ¿Cómo ocurrió esto?

Tuppence lo explicó, omitiendo, como es natural, las razones que le habían impulsado a inmiscuirse en el asunto.

—Es curioso el caso —comentó el doctor—. ¿Y dice usted que el hombre llevaba un disfraz? ¿Podría reconocerle si por casualidad se lo encontrara de nuevo? ¿Sería posible?

—Me temo que no. ¿Y tú, Tommy?

—Tampoco. Sin embargo, tenemos la pista de su disfraz —contestó Tommy.

—Lo primero que debe hacerse es tratar de identificar a esta pobre mujer —suspiró el doctor—. Pero, en fin, este asunto corresponde a la policía dilucidarlo. No creo que el caso presente ninguna dificultad. ¡Hombre, parece que aquí vienen!

El caballero disfrazado de periódico

(The Gentleman Dressed in Newspaper).

Eran ya más de las tres cuando el matrimonio, cansado y mohíno, llegó a su casa. Pasaron horas antes de que Tuppence lograra conciliar el sueño. La imagen de aquella muchacha con el horror pintado en sus pupilas no podía borrarse de su memoria.

Por fin quedó dormida. Despertó bien entrada la mañana sólo para encontrar a su esposo ya vestido y en pie junto a la cama.

—Despierta, preciosidad. El inspector Marriot y otro señor desean verte con urgencia.

—¿Qué hora es?

—Cerca de las once. Voy a llamar a Alice para que te traiga una taza de café.

—Sí, hazlo, por favor. Y dile al inspector que estaré con él dentro de diez minutos.

Un cuarto de hora después entró presurosa en el saloncillo. El inspector Marriot, que estaba sentado con gran seriedad, se levantó para saludarla.

—Buenos días, *mistress* Beresford. Aquí le presento a *sir* Arthur Merivale.

Tuppence estrechó la mano que le tendía un caballero alto y delgado de esquiva mirada y cabello gris.

—Se trata del triste incidente de ayer noche —dijo el inspector—. Quiero que *sir* Arthur oiga de sus propios labios lo que ayer me contó. Las palabras que la pobre señora pronunció antes de morir. *Sir* Arthur es un hombre difícil de convencer.

—No puedo creer —dijo el otro—, ni creeré jamás que Bingo Hale haya tocado un solo pelo de la ropa de Veré.

—Hemos hecho algunos progresos desde anoche, *mistress* Beresford. Primero de todo logramos identificar el cadáver. Se trata de *lady* Merivale. Inmediatamente nos pusimos en contacto con *sir* Arthur, que se presentó en el depósito y reconoció el cuerpo al instante y quedó, como es natural, horrorizado. Después le pregunté si conocía a alguien con el nombre de Bingo.

—Tenga en cuenta, *mistress* Beresford —dijo *sir* Arthur—, que el capitán Hale, conocido entre sus amistades con el nombre de Bingo, es el mejor amigo que yo tengo. Puede decirse que vive con nosotros. Estaba en mi casa cuando le arrestaron esta mañana. Estoy seguro de que han cometido ustedes un error; que no fue su nombre el que pronunciara mi esposa.

—No hay equivocación posible —replicó Tuppence con dulzura—. Recuerdo muy bien sus palabras: «Fue Bingo».

—¿Lo ve usted, *sir* Arthur?

El desgraciado marido se desplomó sobre una de las sillas y se cubrió el rostro con las manos.

—Es increíble —exclamó—. ¿Qué motivo pudo haberle obligado a cometer un acto así? ¡Oh!, sé lo que usted piensa, inspector Marriot. Cree que Hale era el amante de mi esposa. Pero aunque así fuera, cosa que no admito ni por un solo momento, ¿qué razones pudo tener Bingo para matarla?

—No es muy correcto lo que voy a decir, pero me consta que el capitán Hale ha estado, durante estos últimos tiempos, haciendo la corte a una joven estadounidense, poseedora de una gran fortuna, por cierto. Si *lady* Merivale hubiese querido mostrarse *desagradable*, hubiese podido fácilmente estropear esa boda.

—Esto es un insulto —dijo *sir* Arthur poniéndose súbitamente en pie.

El otro trató de calmarle con un gesto.

—Le ruego que me perdone, si Arthur, pero sé muy bien lo que me digo. Me dice que usted y el capitán Hale decidieron asistir a esa fiesta. Su esposa estaba ausente, según creo, en uno de sus tantos visiteos, y usted no tema la menor idea de que pudiera encontrarse allí presente.

—Así es.

—¿Quiere usted, *mistress* Beresford, enseñarle el anuncio de que me habló?

Tuppence hizo lo que le pedía.

—Esto, a mi juicio, está claro como el agua. Fue insertado por el capitán para llamar la atención de su esposa. Habían ya convenido de antemano en encontrarse allí. Pero usted decidió hacerlo solo el día anterior, así es que hubo necesidad de advertirla. Esto explica la frase de «imprescindible achicarse al rey». Usted encargó su disfraz a última hora en una ropería de teatro, mientras que el del capitán Hale consistía en uno de manufactura completamente casera. Iba de «caballero disfrazado de periódico». ¿Sabe usted, *sir* Arthur, lo que encontramos entre los crispados dedos del cadáver de su esposa? Un pequeño fragmento arrancado de uno de los periódicos. He dado orden a uno de mis hombres para que vaya a su casa y se hagan con el disfraz del capitán. Con toda seguridad estará ya en Scotland Yard cuando yo vuelva. Si en él encontramos un desgarro que encaje perfectamente con el pedazo que nosotros tenemos, querrá decir que el caso ha tocado a su fin.

—No lo encontrarán —afirmó categóricamente *sir* Arthur—. Conozco muy bien a Bingo Hale.

Después de presentar sus disculpas por las molestias que hubieran podido ocasionar, ambos visitantes se despidieron de Tuppence.

En la noche de aquel mismo día volvió a sonar el timbre de la puerta, y al abrir, y con gran sorpresa del matrimonio, vieron aparecer en ella a la conocida figura del inspector Marriot.

—Supuse que a los brillantes detectives de Blunt les interesaría estar al tanto de los últimos detalles de la investigación —dijo dibujando algo que por lo visto quería parecer una sonrisa.

—Así es —contestó Tommy—. ¿Un traguito? Colocó hospitalariamente botella y vaso al alcance de la mano del inspector.

—Éste es uno de esos casos que no admite duda —explicó después de haberse metido entre pecho y espalda una buena dosis de licor—. La daga era propiedad de la señora, y la idea, evidentemente, era de hacer pasar el hecho como un suicidio. La presencia de ustedes, sin embargo, en el lugar del crimen, echó por tierra todo este bien premeditado plan. Hemos encontrado cartas en abundancia, lo cual quiere decir que el *affaire*, con el marido en la clásica higuera, como de costumbre, no es reciente ni mucho menos. Al fin hemos dado con el último eslabón…

—¿Con el último qué? —preguntó Tommy.

—Con el último eslabón de la cadena, el fragmento del *Daily Leader*. Encaja perfectamente con el disfraz que hemos encontrado. Ya lo he dicho, un caso claro como la luz. Y a propósito, he traído conmigo unas fotografías del pedazo de la hoja de la que fue arrancado, con la seguridad de que habría de interesarles. Es raro encontrar un caso en que todas las pruebas parezcan señalar al asesino.

—Tommy —dijo Tuppence después de que su marido volviera de acompañar hasta la puerta al representante de Scotland Yard—, ¿por qué crees tú que el inspector Marriot no cesa de repetir que el caso este es de los más claros que pueda darse?

—No lo sé. Quizá por presunción.

—Nada de eso. Está tratando con ello de picarnos el amor propio. Tú sabes, Tommy, que los carniceros conocen muy bien lo que es la carne.

—¡Claro! Pero ¿qué tiene eso que ver con…?

—Y los verduleros las verduras y los pescadores el pescado, ¿verdad? —prosiguió Tuppence para no perder el hilo de su razonamiento—. Pues bien, los detectives, me refiero a los profesionales, saben muy bien todo lo referente al crimen y saben distinguir perfectamente entre lo verdadero y lo falso. La experiencia y los conocimientos de Marriot le dicen claramente que el capitán Hale no es ningún asesino. Y, sin embargo, todas las pruebas parecen estar en su contra. Como último recurso, Marriot trata de pincharnos para ver si conseguimos recordar algún otro detalle que pudiera lanzar un poco más de luz sobre el estado en que actualmente se encuentran las cosas. Tommy, ¿por qué no puede ser un suicidio, después de todo?

—No olvides lo que ella misma te dijo.

—Sí, es cierto, pero trata de enfocar el asunto desde otro punto de vista. De que quizá fuera la conducta de Bingo lo que la impulsó a quitarse la vida.

»Vamos a ver esas fotografías de Marriot. Me olvidé de preguntarle cuáles eran las declaraciones que había hecho Hale sobre el asunto.

—Se lo pregunté yo en el vestíbulo hace un momento. Hale declaró no haber hablado con *lady* Merivale en aquella fiesta. Dice que alguien le puso un papel en la mano en el que había escrito: «No intentes hablarme esta noche; Arthur sospecha». No pudiendo mostrar dicha nota, la declaración carece por completo de verosimilitud. Además, tú y yo *sabemos* muy bien que ambos estuvieron juntos en El As de Espadas, puesto que les vimos.

Tuppence hizo un gesto de asentimiento y se puso a contemplar atentamente las fotografías. Una era la de un pequeño fragmento de papel con el título de DAILY LEA… (el resto de las letras habían sido separadas por el desgarrón). La otra era la de la página frontal del mismo diario en cuya parte superior aparecía el hueco que dejara el fragmento separado. Fragmento y hueco parecían encajar a la perfección.

—¿Qué son esas marcas que aparecen en uno de los lados? —preguntó Tommy.

—Nada. Puntos de costura donde unas hojas se empalman con las otras.

—¡Ah! Creía que sería alguna otra combinación de circulitos como los que ayer te enseñé —dijo Tommy.

Al ver a Tuppence callada, con los labios entreabiertos y la mirada fija en el vacío, experimentó un ligero sobresalto.

—Tuppence —le habló con dulzura, sacudiendo ligeramente uno de sus brazos—, ¿qué te pasa? Parece que te vaya a dar algo.

Pero Tuppence continuó inmóvil. Después exclamó con voz inexpresiva.

—Denis Riordan.

—¿Qué?

—Lo que tú dijiste. Una inocente observación y… Tommy, tráeme todos los *Daily Leader* de esta semana.

—¿Qué te propones?

—Ahora voy a ser McCarty. He estado dándole vueltas al asunto como una tonta, pero al fin creo que he dado con la clave. Ésta es la página frontal de la edición del martes. Creo recordar que precisamente en los diarios de dicho día aparecían dos circulitos en la L de LEADER. Éste tiene uno en la D de DAILY… y uno también en la L. Tráeme esos periódicos que te he dicho y trataremos de asegurarnos.

Hicieron ansiosamente las comparaciones. Tuppence tenía la edición del martes.

—Pero, por Dios, Tuppence, no tenemos una absoluta seguridad. Podía haberlo sido de números pertenecientes a dos ediciones diferentes.

—Es posible, pero al menos me ha dado una idea. No puede ser coincidencia, de eso estoy segura. Sólo puede ser una cosa así, como creo, que no estoy equivocada. Telefonea a *sir* Arthur, Tommy. Pídele que venga enseguida. Dile que tengo algo importante que comunicarle. Después localiza a Marriot. Scotland Yard te dará su dirección en el caso de que se haya ya retirado a casa.

Sir Arthur Merivale, interesado por la llamada, llegó al pisito apenas media hora después. Tuppence salió a recibirle.

—Debo pedirle perdón —le dijo— por haberle molestado a una hora tan intempestiva, pero mi marido y yo hemos descubierto algo que hemos creído un deber ponerlo en su conocimiento. Siéntese, por favor. Luego, Tuppence prosiguió:

—Estará usted ansioso, ¿verdad?, por no poder probar la inocencia de un buen amigo como, según usted mismo ha dicho, lo era el capitán Hale para usted.

—Lo estaba, pero aun yo mismo he tenido que rendirme ante la evidencia de lo contrario.

—¿Qué diría usted si la casualidad hubiese colocado en mis manos una prueba que eliminara de pronto cualquier sospecha que pudiera recaer sobre el capitán Hale?

—Que me alegraría en extremo, *mistress* Beresford.

—Suponga usted —prosiguió Tuppence— que me hubiese encontrado con una muchacha que bailó con el capitán en cierto lugar y precisamente a las doce, hora en que, según los hechos, debía haber estado presente en El As de Espadas.

—Sería maravilloso —exclamó *sir* Arthur—. Ya sabía yo que se había cometido algún error. La pobre Veré debió de haberse suicidado.

—No es probable. Se olvida usted del otro hombre.

—¿Qué hombre?

—El que mi marido vio salir del reservado. Como usted ve, *sir* Arthur, debió haber un segundo hombre en el baile, vestido también, como el capitán Hale, de periódico. Entre paréntesis, ¿cuál era el disfraz que usted llevaba?

—¿El mío? Yo iba de verdugo del siglo diecisiete.

—Muy apropiado —dijo Tuppence con intención.

—¿Apropiado, *mistress* Beresford? ¿Qué ha querido usted decir con apropiado?

—Me refiero al papel que usted ha desempeñado en todo este drama. ¿Quiere que le diga cuál es mi idea sobre el particular? Un disfraz de papel de periódico es fácilmente superpuesto sobre uno de verdugo. Con anterioridad, una nota ha sido puesta en la mano del capitán Hale que dice que no trate de acercarse a la dama aquella noche. Pero ésta, que nada sabe de aquella estratagema, se dirige a El As de Espadas a la hora convenida y allí ve a la persona con quien había de encontrarse. Entran en un reservado. Él la toma en sus brazos. Le da un beso, el beso de Judas, y al hacerlo, hunde en su pecho un agudo puñal. Ella lanza un apagado grito que es sofocado por la algazara y una sonora carcajada que lanza su acompañante. Él se va tranquilamente mientras ella muere con la dolorosa impresión de haber sido herida, sin ningún motivo, por el hombre a quien amaba.

Sir Arthur permanecía impasible. Tuppence prosiguió:

—Pero ella ha conseguido arrancar un fragmento del disfraz de su asaltante. El asesino se da cuenta de ello (es hombre que presta una gran atención al detalle) y para hacer el caso completamente claro en contra de su víctima, el pedazo que falta debe aparecer como arrancado del disfraz del capitán Hale, y después quema el suyo y se dispone a hacer el papel del amigo del alma. Tuppence se detuvo.

—¿Qué dice usted, *sir* Arthur?

—Que no está mal —respondió— para la fogosa imaginación de una linda joven que por lo visto dedica una gran parte de su tiempo a la lectura de novelas policíacas.

—¿Usted cree? —interpuso Tommy.

—O de un marido que vaya siempre a la rastra de lo que diga su esposa. No creo que encuentre usted a nadie en absoluto que dé crédito a semejante patraña. Soltó una carcajada que hizo estremecer a Tuppence.

—Es la segunda vez que oigo esa inconfundible risa —añadió—. La primera fue ayer noche en El As de Espadas. Y con respecto a nosotros, creo que incurre usted en una pequeña equivocación. Nuestro nombre es Beresford, es cierto, pero tenemos otro que quiero tener el gusto de poner en su conocimiento.

Tomó una tarjeta que había sobre la mesa y se la entregó a *sir* Arthur.

—Agencia Internacional de Detectives… —leyó éste con voz trémula—. ¿De modo que son ustedes detectives? ¿Y que fue por eso por lo que Marriot me trajo aquí esta mañana? Vamos… una trampa.

Se encaminó en silencio hacia la ventana.

—Veo que disfrutan ustedes de hermosas vistas desde aquí —dijo después de asomarse a ella un breve instante.

—¡Inspector Marriot! —chilló Tommy.

Una puerta de comunicación se abrió de pronto y en ella apareció la inconfundible figura del aludido. Una ligera sonrisa apareció en los labios de *sir* Arthur.

—Me lo figuré —dijo—; pero me temo que no logre cogerme esta vez, inspector. Yo también tengo mi propio procedimiento de hacer justicia.

Y antes que nadie pudiese siquiera tratar de impedirlo, apoyó las manos en el antepecho y se lanzó al vació.

Tuppence dio un grito y se tapó los oídos con las manos como tratando de amortiguar el ruido que indudablemente habría de producir el cuerpo al estrellarse contra el pavimento. Marriot masculló un taco entre dientes.

—Debiéramos haber pensado en esa ventana —dijo—; pero, en fin, lo hecho, hecho está, y yo me vuelvo a la oficina a poner en orden todo este asunto. De no haber cometido esa locura, creo que nos hubiera sido difícil probar la culpabilidad de *sir* Arthur.

—¡Pobre hombre! —comentó Tommy—. Después de todo, y si en realidad estaba enamorado de su esposa…

Pero el inspector le interrumpió con un bufido.

—¿Enamorado de su esposa? Ni mucho menos. Estaba a la última pregunta y no sabía ya a quién acudir en busca de dinero. *Lady* Merivale tenía una gran fortuna, y con su muerte todo hubiera pasado a su poder.

—¡Ah! Conque era eso, ¿eh?

—¡Claro! Desde el principio me di cuenta de que *sir* Arthur era un granuja y que nada tenía que ver el capitán Hale con el asesinato. Sabemos perfectamente quién es quién en el Yard, aunque siempre resulta difícil luchar contra un montón abrumador de pruebas circunstanciales. Y no les molesto más. Yo, en su caso, míster Beresford, le daría a mi mujer una buena copa de coñac. Creo que la necesita.

—Verduleros —musitó Tuppence cuando la puerta se hubo cerrado después de marcharse el inspector—, carniceros, pescadores, detectives… ¿Ves como yo tenía razón? Lo sabía.

Tommy, que había estado ocupado manipulando botellas en uno de los aparadores, se acercó a Tuppence con un gran vaso en la mano.

—Bébete esto.

—¿Qué es? ¿Coñac?

—No, un combinado preparado ex profeso por tu marido para el triunfador McCarty. Sí, tenías razón. Marriot estaba enterado de todo. Una atrevida jugada por parte de *sir* Arthur.

—Pero le salió el tiro por la culata.

—Y como consecuencia, resultó imprescindible el «mutis» del Rey.

El caso de la mujer desaparecida

(The Case of the Missing lady*).*

El timbre que había sobre la mesa de míster Blunt (Agencia Internacional de Detectives, gerente, Theodore Blunt) dejó oír su sonido que daba la señal de alarma. Al instante, Tuppence y Tommy corrieron a sus respectivos agujeros de observación desde donde podía verse lo que ocurría en la oficina exterior. Albert, fiel a su consigna, se dedicaba a su tarea de entretener a los posibles clientes con artísticas y elaboradas historietas.

—Voy a ver, caballero —decía—; pero me temo que míster Blunt estará muy ocupado en este instante. Tiene una conversación telefónica urgente con Scotland Yard.

—Bien, en ese caso esperaré —contestó el visitante—. No tengo en este momento ninguna tarjeta mía. Dígale usted que me llamo Gabriel Stavansson.

El cliente era un magnífico ejemplar de masculinidad con una altura de poco más de metro ochenta, cara bronceada, en la que se veían claramente las huellas inconfundibles de los elementos, y unos ojos azules que hacían un marcado contraste con el color moreno subido de la piel.

Tommy tomó rápidamente una determinación. Se puso el sombrero, cogió los guantes y abrió la puerta deteniéndose en el umbral.

—Este caballero desea verle, míster Blunt —dijo Albert. Tommy frunció ligeramente las cejas y consultó su reloj de pulsera.

—Debo estar con el duque a las once menos cuarto —replicó.

Después se quedó mirando fijamente al recién llegado.

—Puedo concederle todavía unos minutos. Tenga la bondad de pasar —añadió. El visitante hizo lo que le indicaban y entró en el despacho interior donde Tuppence le esperaba, tiesa como un huso y con un grueso bloque de papel y un lápiz entre las manos.

—Mi secretaria confidencial, *miss* Robinson —manifestó, haciendo la presentación—. Ahora, caballero, le agradecería me explicara el objeto de su visita. Aparte del hecho de que es urgente, de que ha venido en taxi y de que ha estado usted recientemente en el Ártico, o en el Antártico, no sé nada de usted.

—¡Maravilloso! —contestó, sorprendido, el visitante—. Creí que los detectives sólo hacían estos alardes en los libros. Su mensajero no ha tenido siquiera tiempo de darle mi nombre.

—Eso no tiene importancia. Esas mismas deducciones podía haberlas hecho un niño cualquiera de la escuela. Los rayos del sol de medianoche en el Ártico tienen una acción especial sobre la piel debido a su gran cantidad de rayos aclínicos. No tardaré mucho en publicar una monografía sobre el particular. Pero veo que nos

estamos alejando de nuestro punto. ¿Qué es lo que le ha traído hasta aquí en ese estado de depresión en que ahora se encuentra?

—Para empezar, míster Blunt, le diré que me llamo Gabriel Stavansson…

—¡Ah, vamos! ¿El conocido explorador que, según creo, acaba de llegar de una excursión por los helados parajes del Polo Norte?

—Sí; hace tres días que desembarqué en Inglaterra. Un amigo que estaba navegando por los mares del Norte me trajo en su yate. De otro modo habría tardado quince días más en regresar. Ahora debo decirle, míster Blunt, que antes de zarpar para esta última expedición, de esto hace ya dos años, tuve la gran fortuna de entrar en relaciones formales con *mistress* Maurice Leigh Gordon…

—*Mistress* Leigh Gordon era antes de su primer matrimonio…

—La honorable Hermione Crane, segunda hija de *lord* Lancaster —concluyó diciendo Tuppence, como muchacho que recita una lección—, que murió, si no me equivoco, en la última guerra.

Tommy le echó una mirada de complacida sorpresa. Stavansson hizo una señal de asentimiento e inmediatamente prosiguió:

—Exacto. Como decía, Hermione y yo estábamos comprometidos. Yo le ofrecí renunciar a dicha expedición, pero ella, ¡Dios la bendiga!, no quiso aceptar lo que para mí hubiese constituido un verdadero sacrificio. Es, sin duda, la clase de mujer que en realidad corresponde a un explorador. Pues bien, mi primer pensamiento al desembarcar fue el de ver a Hermione. Le envié un telegrama desde Southampton y me vine aquí en el primer tren. Sabía que estaba viviendo en estos momentos con una tía suya, *lady* Susan Clonray, en la calle Pont, y allí me dirigí. Con gran desencanto supe que Hermy se hallaba de visita en casa de unos amigos de Northumberland, y que no regresaría hasta dentro de unos días. Como ya le dije, mi vuelta no era esperada hasta la quincena siguiente. Al preguntar por la dirección de dichos amigos observé que la vieja tartamudeaba sin acertar a decir exactamente el nombre de la familia con que Hermy se había ido a vivir temporalmente. Debo confesarle, míster Blunt, que *lady* Susan es una mujer con quien no he llegado nunca a congeniar. Es gorda, cosa que por idiosincrasia me molesta ya sobremanera en cualquier mujer, y tiene una papada absurda que le cuelga casi hasta la mitad del pecho. No lo puedo remediar; detesto la obesidad.

—Y la moda parece estar conforme con sus apreciaciones, míster Stavansson —asintió Tommy—. Todos tenemos nuestra particular aversión. La de *lord* Roberts dicen que eran los gatos.

—Tenga presente que no he querido decir con ello que *lady* Susan no sea para los otros una mujer encantadora. Eso, no; pero no lo es para mí. Siempre he tenido la sensación de que desaprobaba nuestras relaciones y de que no perdía ocasión de intrigar en mi contra en el ánimo de Hermy. Esto se lo digo a título de comentario y dele el valor que usted estime justo. Llámele prejuicio, si quiere. Y prosiguiendo con mi historia le diré que soy terco y que no salí de la calle Pont hasta lograr dos o tres

direcciones de personas en cuyas casas, y a juicio de *lady* Susan, podría encontrarse Hermy. A continuación tomé el tren correo del Norte.

—Por lo que veo, es usted un hombre de acción, míster Stavansson —replicó Tommy, sonriente.

—El resultado de mi viaje fue como una bomba para mí. Míster Blunt, ninguna de las personas a quienes visité sabía nada de Hermy. Me volví a Londres a toda prisa y me dirigí de nuevo a casa de *lady* Susan. En honor a la verdad le diré que ésta pareció sobresaltarse. Admitió que no tenía idea de dónde podría estar Hermy en realidad. De todos modos se opuso tenazmente a todo intento de notificarlo a la policía. Adujo como razón que Hermy no era ya una niña, sino una mujer independiente, amiga de hacer su santa voluntad. Estaría, sin duda, llevando a cabo alguno de sus innumerables planes.

»Era perfectamente admisible que Hermy no tuviese que dar cuenta a *lady* Susan de sus pasos, pero no pude por menos de sentirme preocupado. Tenía ese vago presentimiento que se apodera de nosotros, cuando algo malo ocurre a nuestro alrededor. Me disponía a partir cuando llegó un telegrama dirigido a *lady* Susan. Después de leerlo con expresión de alivio me lo entregó. Decía así: "*He cambiado de planes. Salgo para Montecarlo, donde permaneceré una semana. Hermy*". Tommy tendió una mano.

—¿Tiene usted el telegrama consigo?

—No; pero fue puesto en Maldon, Surrey. Me fijé en este detalle y, la verdad, me chocó. ¿Qué estaría haciendo Hermy en Maldon? Jamás oí hablar de que tuviese amigos en ese rincón.

—¿Y no pensó en ir a Montecarlo?

—Sí, pero desistí de emprender ese viaje. Como usted comprenderá, míster Blunt, yo no estaba tan satisfecho del telegrama como *lady* Susan parecía estarlo. Me extrañó esa insistencia de Hermy en telegrafiar. Podía haber puesto siquiera un par de líneas de su puño y letra y de ese modo habría yo sabido a qué atenerme. Pero ¿un telegrama…? Un telegrama nada dice, puesto que, al fin y al cabo, puede ser firmado por cualquiera. Al fin decidí marcharme a Maldon. Eso fue ayer noche. Es un pueblo bastante grande, con un buen campo de golf y dos hoteles. Indagué por todas partes, pero nadie supo darme razón de una mujer que respondiese a las señas de Hermy. Volviendo en el tren leí su anuncio y pensé que lo mejor sería encomendar el asunto en sus manos. Si Hermy se ha marchado en realidad a Montecarlo, no quiero poner a la policía sobre su pista y provocar un escándalo. Pero tampoco quiero continuar corriendo como un loco de un lado para otro.

Permaneceré en Londres a la espera de que se produzcan los acontecimientos.

—¿Qué es lo que usted sospecha en realidad?

—No lo sé, pero me temo que algo malo ha debido de ocurrirle.

Con un movimiento rápido Stavansson sacó su cartera y mostró a Tommy una fotografía que guardaba en su interior.

—Ésa es Hermione —dijo—. Lo demás corre de su cuenta, míster Blunt.

El retrato representaba a una mujer gruesa pero de cara agraciada, sonrisa franca y mirada atrayente.

—Ahora, míster Stavansson, ¿está usted seguro de no haber omitido nada?

—Seguro.

—¿Ningún detalle, por pequeño e insignificante que pudiera parecerle?

—Creo que no.

Tommy lanzó un profundo suspiro.

—Eso hará el trabajo dificultoso en extremo —añadió—. Habrá usted observado, míster Stavansson, que un pequeño detalle es a menudo la clave para el esclarecimiento de un misterio policíaco. Este caso, desgraciadamente, no presenta ninguna característica de relieve que pudiera servirnos de punto de partida. Creo que, prácticamente, tengo el caso resuelto, pero…, no estará de más el esperar a que el tiempo confirme mis sospechas.

Tomó un violín que había sobre la mesa e hizo correr una o dos veces el arco sobre las cuerdas. Tuppence cerró con fuerza los párpados y aun el propio explorador dio un pequeño respingo. El ejecutante volvió a dejar el instrumento en el sitio que antes ocupaba.

—Son unos acordes Mosgovskensky —murmuró muy serio—. Déjeme su dirección, míster Stavansson, para que pueda comunicarle cualquier progreso que realicemos.

Al abandonar la oficina el visitante, Tuppence cogió el violín y lo encerró bajo llave en uno de los armarios.

—Si quieres hacer el papel de Sherlock Holmes —le dijo—, te traeré una jeringa y una botella en la que ponga «cocaína», pero por lo que más quieras no se te ocurra volver a tocar el violín. Si ese explorador no hubiese sido un infeliz, se habría dado perfecta cuenta de que tú no eras un detective, sino un mentecato. ¿Insistes todavía en seguir haciendo el papel de Sherlock Holmes?

—Creo que hasta la fecha no lo he hecho del todo mal —respondió Tommy con un dejo de complacencia en sus palabras—. No me negarás que las deducciones que hice fueron del todo acertadas. Hube de arriesgarme a mencionar lo del taxi porque después de todo es la forma más natural de locomoción para venir a un lugar tan apartado como éste.

—Lo que ha sido una gran suerte es que se me ocurriese leer las notas de sociedad en el *Daily Mirror* y enterarme de la formalización de sus relaciones con esa señora —observó Tuppence.

—Sí, sí, no te lo niego. Ése fue un golpe teatral para levantar el prestigio de los brillantes detectives de Blunt. Éste es decididamente un caso para Sherlock Holmes. No es posible que ni aun tú hayas podido dejar de ver la similitud que existe entre este caso y la desaparición de *lady* Francés Carfax.

—¿Esperas, acaso, encontrar el cuerpo de *mistress* Leigh Gordon en algún sarcófago?

—Lógicamente, la historia acostumbra a repetirse. En realidad…, ¿qué es lo que crees tú?

—Pues te diré —respondió Tuppence—. La explicación más plausible parece ser la de que, por la razón que fuere, Hermy, como él la llama, teme encontrarse con su prometido y de que *lady* Susan, también con sus motivos, es la patrocinadora de ese misterioso juego al escondite.

—Eso mismo se me ha ocurrido a mí —dijo Tommy—, pero creí conveniente hacer ciertas comprobaciones antes de ir a Stavansson con una explicación así. ¿Qué te parece si nos diésemos un salto a Maldon, encanto? Tampoco estaría de más llevarnos unos cuantos palos de golf.

Habiendo aceptado Tuppence, la Agencia Internacional de Detectives quedó bajo el exclusivo cuidado del joven y despejado Albert.

Maldon, si bien considerado como un excelente lugar de residencia, no se distinguía precisamente por su extensión. Tommy y Tuppence, después de hacer cuantas indagaciones su ingenio pudiera sugerirles, se encontraron con que no habían conseguido adelantar un solo paso en su misión. Fue ya al decidirse a volver a Londres cuando a Tuppence se le ocurrió una idea genial.

—Tommy, ¿por qué pusieron Maldon, Surrey, en el telegrama?

—¿Por qué lo habrían de poner, idiota? Porque Maldon está en Surrey.

—Veo que el idiota eres tú; no era eso lo que yo quise decir. Si tú recibes un telegrama de…, digamos Hastings o Torquay, nunca ponen el Condado tras el nombre de la ciudad. Pero, en cambio, cuando es Richmond ponen siempre Richmond, Surrey. ¿Por qué? Porque hay dos Richmond —contestó Tuppence.

Tommy, que es quien iba al volante, aminoró la marcha del coche.

—Tuppence, creo que hay algo de cierto en lo que acabas de decir. Vamos a hacer algunas averiguaciones en la próxima estafeta.

Se detuvieron frente a un pequeño edificio que había en medio de la calle principal de la villa. Pocos minutos fueron suficientes para aclarar el hecho de que en realidad había dos Maldon: Maldon Surrey y Maldon Sussex. Este último, si bien menor que el anterior, provisto de su correspondiente oficina de telégrafos.

—¿Lo ves? —dijo, excitada, Tuppence—. Stavansson sabía que Maldon estaba en Surrey. Así es que apenas si miró la palabra que empezando también en S seguía después de Maldon.

—Mañana —añadió Tommy— iremos a Maldon Sussex. Maldon Sussex era totalmente diferente de su homónimo de Surrey. Estaba a algo más de seis kilómetros de la estación del ferrocarril y tenía dos tabernas, dos pequeñas tiendas, oficina postal y telegráfica combinada con la venta de tarjetas postales y dulces de todas clases, y unas seis o siete no muy espaciosas ni lujosas viviendas. Tuppence se encaminó a las

tiendas mientras Tommy lo hacía en dirección al bar El Gallo y el Gorrión. Media hora después volvieron a encontrarse.

—Buena cerveza —contestó Tommy—, pero ninguna información.

—Más vale que pruebes en el otro bar. Yo me vuelvo a la oficina de correos. Hay allí una vieja bastante áspera, pero he oído que la llamaban para comer.

Al llegar allí se puso a curiosear las tarjetas. Una muchacha jovencita, de cara sonrosada, masticando aún, apareció en la puerta que comunicaba con la trastienda.

—De momento quiero estas tres —dijo—. ¿Tienes la bondad de esperar un momento? Quisiera llevarme unas cuantas más. Mientras lo hacía no cesaba de hablar.

—¡Qué pena que no me hayan podido ustedes dar la dirección de mi hermana! —se lamentó—. Sé que vive por estos alrededores, pero he perdido la carta en que estaban sus señas. Su nombre es Leigh Gordon.

La muchacha movió la cabeza en sentido negativo.

—No, no recuerdo ese nombre. Y no será porque aquí recibamos muchas cartas. Aparte de La Granja, no hay casas aquí que estén habitadas por forasteros.

—¿Qué es La Granja? —preguntó Tuppence—. ¿Y a quién pertenece?

—Es una especie de clínica del doctor Horriston. Para casos nerviosos, en su mayoría. Hay señoras que vienen aquí para esas curas que llaman de reposo. Y eso sí que pueden hacerlo porque no hay una villa en todo el Condado tan tranquila como ésta.

Tuppence seleccionó al azar unas cuantas postales, pagó y se disponía a marchar cuando oyó decir a la muchacha:

—Ese coche que viene hacia aquí es el del doctor Horriston. Tuppence se acercó presurosa a la puerta en el momento en que pasaba frente a ella un pequeño *coupé* guiado por un hombre de barba negra bien recortada y una cara de facciones duras y expresión desagradable por demás. El coche se dirigía calle abajo.

En aquel momento Tommy la cruzaba en dirección a Tuppence.

—Tommy —le dijo tan pronto éste llegó a su lado—, creo que tengo lo que buscamos. La clínica del doctor Horriston.

—He oído hablar acerca de ella en el bar La Cabeza del Rey, pero si crees que ha tenido un ataque nervioso o algo por el estilo, lo más probable es que su tía o alguna de sus otras amistades estuviesen enteradas de ello.

—Claro, pero no quise decir eso. Tommy, ¿te has fijado en el hombre que iba sentado al volante? —Sí, un tío con una cara de bruto que no se podía tener.

—Ése era el doctor Horriston. Tommy lanzó un agudo silbido.

—Pues parece muy atareado. ¿Qué dirías, Tuppence, si nos fuéramos a echarle un vistazo a esa Granja?

Lograron encontrar el sitio, un inmenso caserón rodeado de terreno inculto y una alberca que corría a lo largo de la parte posterior del edificio.

—¡Qué clínica más tétrica! —dijo Tommy—. Me dan escalofríos de verla. No sé por qué, pero tengo la idea de que esto va a resultar un asunto más serio de lo que nos figurábamos.

—Sí, sí, creo, como tú, que esa mujer está corriendo un grave peligro en estos momentos.

—Bien, pero trata de sujetar esa imaginación tan fogosa que tienes.

—No lo puedo remediar. Desconfío de ese hombre. ¿Qué hacemos? Creo que no sería mala idea la de que yo fuera sola primero y preguntase por *mistress* Leigh Gordon. La cosa sería perfectamente natural y así podríamos ver qué respuesta nos dan. Tuppence llevó a cabo su plan. Tocó el timbre. La puerta se abrió casi inmediatamente, apareciendo en ella un criado con cara de pocos amigos.

—Deseo ver a *mistress* Leigh Gordon, si es que está lo suficientemente bien para recibirme.

Creyó ver un momentáneo destello en los ojos del sirviente, pero no tardó en responder:

—Aquí no hay nadie con ese nombre, señora.

—¡Qué raro! ¿No es esta acaso La Granja, la clínica del doctor Horriston?

—Sí, señora; pero le repito que no tenemos ninguna paciente que se llame Leigh Gordon.

Chasqueada, Tuppence creyó prudente batirse en retirada y celebrar una nueva consulta con su marido, que la esperaba fuera del cerco.

—Quizá dijera la verdad. Al fin y al cabo nada sabemos con certeza.

—Pues yo estoy segura de lo contrario. De que mentía.

—Esperemos hasta que vuelva el doctor —sugirió Tommy—. Después me presentaré yo como un periodista ansioso de discutir su nuevo sistema de cura de reposo. Eso me dará oportunidad de penetrar en el interior y estudiar la topografía del terreno.

El doctor volvió media hora más tarde. Tommy esperó cinco minutos más, al final de los cuales se acercó a su vez a la puerta principal. Como Tuppence, hubo de volver con el rabo entre las piernas.

—Dicen que el doctor está ocupado y que no puede recibir a nadie. Mucho menos a un periodista. Tuppence, creo que tienes razón. Hay algo en este establecimiento que no me acaba de gustar. Está idealmente situado, de eso no hay duda, pero ¡qué sé yo!, me huele a misterio todo lo que en su interior ocurre.

—Vamos —dijo con determinación.

—Voy a saltar por el muro e intentaré acercarme a la casa sin que nadie se entere.

—Está bien. Yo voy contigo.

La alta maleza del jardín les proporcionó abundantes lugares de refugio. Tommy y Tuppence se las compusieron para deslizarse sin ser vistos hasta la parte trasera del edificio.

Aquí había una amplia terraza con grandes cristaleras y una escalinata un tanto derruida ya por la acción del tiempo. No se atrevían a salir al descubierto y las ventanas bajo las cuales se hallaban agazapados eran demasiado altas para poder atisbar, desde donde se encontraban, su interior. Parecía que su atrevida exploración no había de dar resultado alguno. De pronto una mano de Tuppence se crispó sobre el hombro de Tommy.

Alguien hablaba en la habitación situada precisamente encima del lugar que ellos ocupaban. La ventana estaba abierta y a sus oídos llegó claramente el siguiente fragmento de una conversación:

—Entre, entre y cierre la puerta —dijo, irritada, la voz de un hombre—. ¿Dice usted que hace una hora vino una mujer aquí preguntando con cierto interés por *mistress* Leigh Gordon?

La voz que contestó fue reconocida al instante por Tuppence. Era la del impasible sirviente.

—Sí, señor.

—Respondería usted, como es natural, que no se encontraba aquí.

—Sí, señor.

—¡Y ahora nos viene este periodista! —bufó el otro asomándose un instante a la ventana.

Atisbando por entre las matas, los dos de abajo reconocieron en él al doctor Horriston.

—Es la mujer la que más importa —continuó el doctor—. ¿Qué aspecto tema?

—Joven, bastante agraciada y elegantemente vestida, señor. Tommy dio un pequeño codazo a su mujer.

—Exactamente —replicó el doctor entre dientes—. Como me lo temía. Alguna amiga, sin duda, de *mistress* Leigh Gordon. El asunto se va haciendo difícil por momentos. Será preciso dar los pasos necesarios…

La frase quedó sin terminar. Tommy y Tuppence oyeron el ruido que produjo una puerta al cerrarse. Después reinó el silencio.

Con gran cautela el matrimonio inició la retirada. Al llegar a un pequeño claro, ya mi tanto lejano del edificio, habló Tommy:

—Tuppence, encanto mío, parece que esto se está poniendo serio. Aquí hay gato encerrado y lo mejor que podríamos hacer es volvernos a la ciudad e ir a ver inmediatamente a míster Stavansson.

Con gran sorpresa de Tommy, Tuppence se limitó a mover negativamente la cabeza.

—No, no. Hemos de quedarnos aquí —añadió—. ¿No le oíste decir «que iba a dar los pasos necesarios»? Quizá quiso decir algo con ello.

—Lo peor de todo es que ni siquiera puede decirse que tenemos un caso para la policía.

—Escucha, Tommy, ¿por qué no telefoneas a Stavansson desde la villa? Yo me quedaré por estos alrededores.

—Posiblemente tengas razón —asintió su marido—; pero oye, Tuppence…

—¿Qué?

—Ten mucho cuidado.

—Claro que lo tendré, tonto. Vamos, lárgate ya. Transcurrieron dos horas antes de que Tommy estuviese de vuelta. Tuppence le esperaba junto a la puerta trasera del jardín.

—No pude comunicarme con Stavansson. Llamé a *lady* Susan y también estaba fuera. Después se me ocurrió llamar a Brady para pedirle que buscase el nombre del doctor Horriston en esta especie de consultorio médico que ellos tienen.

—¿Y qué dijo Brady?

—Recordó al instante el nombre. Me dijo que hubo un tiempo en que éste había sido un doctor de los que pudiéramos llamar «de buena fe», pero que después se descarrió dedicándose a prácticas de carácter dudoso. Según Brady, se ha convertido en un curandero sin escrúpulos y cualquier cosa sería de temer en él. La cuestión ahora está en determinar pronto lo que vamos a hacer.

—Quedarnos aquí —respondió resueltamente Tuppence—. Tengo el presentimiento de que algo va a ocurrir esta noche. A propósito, el jardinero ha estado cortando la hiedra que hay pegada a las paredes de la casa, y he visto dónde ha puesto la escalera.

—Bien, Tuppence —dijo su marido con satisfacción—. Entonces esta noche…

—En cuanto oscurezca…

—Veremos…

—Lo que haya que verse.

Le tocó el turno a Tommy de vigilar mientras Tuppence se dirigía al pueblo a tomar un pequeño refrigerio.

Cuando volvió, prosiguieron juntos la guardia. Al dar las nueve, decidieron que era ya lo suficiente de noche para comenzar las operaciones. Lograron dar una vuelta completa a la casa sin la menor dificultad.

De pronto Tuppence se detuvo, sujetando con fuerza el brazo de su marido.

Volvió a oírse distintamente el ruido que le había producido tal alarma. Era un quejido de mujer. Doloroso. Tuppence señaló en dirección a una ventana que había en el piso superior.

—Vino de esa habitación —murmuró. De nuevo el quejido volvió a romper el silencio de la noche. Los dos escuchas decidieron poner en práctica su plan original. Tuppence guió la marcha hasta el sitio en que estaba la escalera y entre los dos la transportaron al lugar de donde, según su opinión, había partido el lamento. Todas las ventanas del entresuelo se hallaban cerradas, pero no así la del cuarto que precisamente había despertado su interés.

Tommy apoyó la escalera sin hacer ruido sobre el costado de la casa.

—Yo subiré —murmuró Tuppence—. Tú quédate abajo. A mí me es más fácil encaramarme por este artefacto y en cambio a ti te será más fácil que a mí sujetarlo. Además, y en caso de que al doctor se le ocurriese asomar las narices por el jardín, tienes mejores puños que yo para proceder a ajustarle las cuentas.

Tuppence trepó con ligereza los primeros peldaños, luego se detuvo unos instantes, y después prosiguió lentamente la ascensión. Permaneció Junto a la ventana unos cinco minutos y volvió a descender.

—Es ella —dijo casi sin aliento—. Pero ¡oh, Tommy!, es horrible. Está tumbada en la cama quejándose como un niño y volviéndose constantemente de un lado para otro. Al llegar a la ventana vi entrar a una mujer vestida de enfermera que le puso una inyección y volvió a salir sin pronunciar una palabra. ¿Qué hacemos?

—¿Está inconsciente?

—Creo que no. Es decir, estoy casi segura de que no lo está. En lo que no me fijé fue en si estaba amarrada a la cama. Voy a subir otra vez y, como pueda, me meto en la habitación.

—Oye, Tuppence…

—No tengas cuidado, chillaré si ocurre algo. Hasta luego. Y para evitar más consideraciones unió la acción a la palabra. Tommy vio cómo llegaba a la ventana y la levantaba suavemente. Un segundo después había desaparecido a través de ella.

Los minutos que a continuación siguieron fueron de verdadera agonía para Tommy. Al principio nada consiguió oír. «Tuppence y *mistress* Leigh Gordon deben estar hablando en voz baja», pensó. Poco después llegó a sus oídos un confuso murmullo. Respiró. De pronto todo volvió a quedar en silencio.

—¿Qué estarán haciendo?

De pronto una mano se posó sobre su hombro y de las sombras brotó la voz de Tuppence que decía:

—¡Vámonos!

—¡Tuppence! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Saliendo por la puerta principal. Vámonos.

—¿Que nos vayamos?

—Eso es lo que he dicho.

—Pero… ¿y *mistress* Leigh Gordon?

En tono de indescriptible amargura, Tuppence replicó:

—¡Adelgazando!

Tommy la miró, sospechando que una reveladora ironía se encerraba en aquella palabra.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que has oído. Adelgazando, desengrasando, reduciendo. Como lo quieras mejor. ¿No oíste a Stavansson que ha estado ausente? Su Hermy se ha echado encima unos cuantos kilos de más. Sintió pánico al enterarse del súbito regreso de aquél y se apresuró a someterse a un nuevo tratamiento del doctor Horriston. Se trata de no sé

qué inyecciones, que él las guarda en el mayor secreto, y por las que carga a sus pacientes unas cantidades fabulosas. Es un charlatán, no hay duda, pero con suerte, puesto que aún hay gente que está convencida de la eficacia de su sistema. Stavansson se presenta en Londres con dos semanas de anticipación, cuando ella hacía sólo unos días que había empezado el tratamiento. *Lady* Susan, que había jurado guardar el secreto, desempeña a maravilla su papel de confidente y henos aquí a nosotros como dos tontos, haciendo el más espantoso de los ridículos.

Tommy aspiró el aire con fuerza.

—Creo, Watson —dijo con dignidad—, que mañana hay un magnífico concierto en el Queen's Hall, y que estamos aún a tiempo de conseguir unas buenas localidades. En cuanto a lo ocurrido, te agradeceré borres este caso de nuestros registros. Le falta, ¿cómo te diré yo?, clase, carácter distintivo.

Jugando a la gallina ciega

(Blindman's Buff).

—Bien —dijo Tommy colgando de nuevo el teléfono. Después se volvió a Tuppence.

—Era el jefe. Me ha comunicado algo de sumo interés para nosotros. Parece ser que los sujetos tras los cuales vamos se han enterado de que no soy, en realidad, el verdadero Theodore Blunt, y es posible que ocurra algo serio de un momento a otro. El jefe te pide, como favor especial, que te vayas a casa y te quedes allí tranquila sin mezclarte más en este asunto. Aparentemente el avispero que hemos puesto en conmoción es más grande de lo que en principio nos imaginamos.

—Dile a tu jefe que no estoy dispuesta a concederle el favor que me pide —contestó Tuppence con decisión—. Conque quedarme en casa, ¿eh? ¿Y quién cuidaría entonces de ti, monada? Además, sabes que soy partidaria de la emoción. El negocio ha estado bastante paralizado durante esta última temporada.

—Supongo que no pretenderás que tengamos asesinatos y robos a diario —replicó Tommy—. Sé razonable y escucha mi plan. Cuando el negocio flojea lo que deberíamos hacer es un poco de ejercicio.

—¿Ah, sí? ¿Tumbarnos de espaldas y echar las piernas al aire? ¡Qué bonito!

—No seas tan literal en tu interpretación. Cuando hablo de ejercicios me refiero a los que exige nuestra profesión. Reproducciones de los grandes maestros. Por ejemplo… —Hizo una breve pausa.

Del cajón que había a su lado Tommy extrajo una formidable visera de un color verde oscuro, que se ajustó. Después sacó el reloj que tenía en el bolsillo.

—Rompí el cristal esta mañana —observó—. Eso allanó el camino para que mis sensitivos dedos pudiesen palpar con facilidad su esfera.

—¡Cuidado! —dijo Tuppence—. Has estado a punto de arrancar una de las saetas.

—Dame tu mano —le pidió Tommy, que a continuación hizo ademán de tomarle el pulso. Escuchó con atención.

—¡Ah! —prosiguió—. ¡Prodigios del sexto sentido! ¡Esta mujer no padece del corazón!

—¡Supongo —dijo Tuppence— que estás tratando de imitar a Thorniey Colton!

—Exactamente. El ciego problemático. Y tú eres la recogida, la secretaria de negros cabellos y mejillas color de manzana. Y Albert, Honorarios, alias El Camarón. Apoyado en la pared, junto a la puerta, está el fino y hueco bastón que sujeto entre mis sensitivos dedos, tanto habrá de decirme.

No hizo más que levantarse cuando se dio de bruces contra una silla.

—¡Demonio! —exclamó—. Me había olvidado de que esa silla estaba allí.

—Debe de ser horrible el ser ciego —comentó Tuppence con pena.

—Bastante. Y más lo siento por los pobres que perdieron su vista en la guerra que por otro cualquiera. Pero dicen que viviendo en las tinieblas es cuando se desarrollan los sentidos especiales, que es precisamente lo que yo deseo probar. Sería interesante poder ser de utilidad desde las sombras. Ahora, Tuppence, procura ser un buen Sydney Thames. ¿Cuántos pasos hay desde aquí hasta donde está el bastón?

Tuppence hizo un cálculo precipitado.

—Tres de frente y cinco a la izquierda. Tommy avanzó incierto y Tuppence le hizo detener con un grito. Un paso más y se daría de cara contra la pared.

—Es difícil —explicó Tuppence— calcular exactamente los pasos que deben darse.

—Pero interesante —arguyó Tommy—. Dile a Albert que venga. Voy a tocaros las manos y ver si puedo decir quién es quién.

—Está bien —respondió Tuppence—, pero Albert tendrá que lavárselas primero. Con toda seguridad las llevará pringadas de tanto caramelo como come.

Albert, introducido en el juego, mostró un vivísimo interés. Tommy, después de un leve palpamiento, sonrió complacido.

—El sexto sentido nunca miente —murmuró—. La primera era de Albert, la segunda tuya, Tuppence.

—Conque el sexto sentido no engaña, ¿eh? ¡Estás tú bueno! Te dejaste guiar por mi anillo de boda, pero yo tuve la precaución de colocarlo en el dedo de Albert.

Se llevaron a cabo nuevos experimentos con resultados, en general, poco satisfactorios.

—Todo se andará —declaró Tommy—. No podemos esperar un éxito absoluto en la primera prueba. ¿Sabes lo que te digo? Que es hora de comer. ¿Qué te parece si nos fuéramos al Blitz, Tuppence? El ciego con su lazarillo. Creo que así podemos hacer experimentos bastante más interesantes.

—Por Dios, no te metas en ningún lío, Tommy.

—No tengas cuidado. Me portaré como un buen niño. Pero te aseguro que vas a quedarte asombrada de mis deducciones.

Media hora más tarde el matrimonio se hallaba instalado en un confortable rincón del Salón Dorado del Blitz. Tommy posó ligeramente los dedos sobre la minuta.

—Filetes de lenguado y pollo al horno para mí —murmuró. Tuppence hizo su elección y el camarero se retiró.

—Hasta ahora todo va bien —dijo Tommy—. Probemos ahora algo de mayor envergadura. ¡Qué bonitas piernas tiene esa mujer de la falda corta que acaba de entrar!

—¿Cómo lo has sabido, Tom?

—Las piernas bonitas transmiten una vibración particular al suelo, que es recogido por este bastón hueco que llevo en la mano. O, hablando seriamente, se supone que en cualquier restaurante hay siempre una muchacha de piernas bonitas en

la puerta a la espera de unos amigos, y con faldas lo suficientemente cortas para sacarle el mejor provecho posible a su privilegiado don. Empezaron a comer.

—Me figuro que el hombre que está sentado a dos mesas de la nuestra es un rico especulador. Y si me apuras, judío por añadidura.

—No está mal —convino Tuppence—. ¿Cómo lo has sabido?

—No esperarás que cada vez satisfaga tu curiosidad. Me echarías a perder el número. El *maítre* está sirviendo champaña en una mesa que hay a mi derecha y una mujer gorda, vestida de negro, está a punto de pasar a nuestro lado.

—¡Tommy! Pero ¿cómo es posible que…? —¡Ajá! Ya empiezas a darte cuenta de lo que es capaz de hacer tu marido. Una muchacha preciosa con traje pardo acaba de levantarse de la mesa que está situada detrás de ti.

—¡Pifia! —dijo Tuppence—. Es un joven vestido de gris.

—¡Oh! —exclamó desconcertado momentáneamente Tommy.

En aquel preciso instante dos hombres que se hallaban sentados no lejos del lugar ocupado por el matrimonio y que habían estado observándoles detenidamente se levantaron, cruzaron el comedor y se acercaron a la pareja.

—Perdone —dijo el más viejo de los dos, un hombre alto, elegantemente ataviado, con monóculo y bigotito gris pulcramente recortado, dirigiéndose a Tommy —. Alguien me ha dicho que era usted míster Theodore Blunt, ¿es esto cierto?

Tommy, después de titubear unos momentos, inclinó la cabeza en señal de asentimiento y respondió:

—En efecto. Yo soy míster Blunt.

—Entonces, ¡qué gran suerte la mía! Precisamente pensaba telefonearle en este instante. Estoy en un apuro, en un grave apuro. Pero, dispense, ¿le ha ocurrido a usted algún percance en los ojos?

—Señor mío —contestó melancólicamente—, soy ciego, completamente ciego.

—¿Qué?

—¿Se sorprende usted? Supongo que no ignorará que existen detectives ciegos.

—En ficción, sí; pero no en la vida real. Además, nunca oí que fuese usted ciego.

—Son pocos los que conocen este detalle y hoy he decidido ponerme esta visera para protegerme los ojos contra el brillo de luces. Sin ella, son pocos los que llegan a darse cuenta de mi enfermedad, si así queremos llamarla. Y dejando aparte este tema, ¿quiere usted que vayamos a mi oficina, o prefiere usted darme los detalles de su caso aquí? Creo que esto último sería lo más conveniente para ambos.

Un camarero acercó dos sillas extras y los dos caballeros tomaron asiento. El otro, que hasta ahora no había pronunciado ni una palabra, era más bajo, fornido y muy moreno.

—Es un asunto sumamente delicado —dijo el primero bajando confidencialmente la voz y mirando desconfiadamente en dirección a Tuppence.

—Permítame que primero le presente a mi secretaria confidencial, *miss* Ganges —se adelantó a responder Tommy como adivinando los temores de aquél—. La

recogí siendo aún niña, abandonada en las riberas de un caudaloso río en la India. Es una triste historia. Podría decir que los de *miss* Ganges son, en realidad, los únicos ojos que yo poseo. Me acompaña siempre dondequiera que yo vaya.

El extraño acogió la presentación con una ligera inclinación de cabeza.

—En ese caso hablaré con entera libertad. Míster Blunt, mi hija, una muchacha de dieciséis años, ha sido raptada en circunstancias un tanto especiales que me impidieron ponerlo en conocimiento de la policía. Lo descubrí hará sólo una media hora y preferí llamarle a usted. Alguien me dijo que había salido a comer y que no volvería hasta las dos y media; así es que decidí venir en compañía de mi amigo el capitán Harker…

El aludido saludó con una violenta contorsión de cabeza y murmuró entre dientes palabras que no llegaron siquiera al oído de ninguno de los presentes.

—He tenido la gran fortuna de que acudieran ustedes al mismo restaurante que yo acostumbro a venir. No perdamos tiempo. Volvamos a mi casa inmediatamente.

Pero Tommy, cautelosamente, trató de demorar la invitación.

—Podré estar con usted dentro de media hora. Debo, primero, volver a la oficina.

El capitán Harker, volviéndose para mirar a Tuppence, debió sorprenderse de ver la media sonrisa que de pronto pareció dibujarse en los labios de la muchacha.

—No, no, de ningún modo. Usted ahora debe venir conmigo. El caballero de pelo gris sacó una tarjeta de su bolsillo y la puso en manos de Tommy, que la palpó unos instantes.

—Mis dedos no están suficientemente sensibilizados para poder leer una cosa así —dijo pasando sonriente la tarjeta a Tuppence.

—El duque de Blairgowrie —leyó ésta en voz baja y mirando luego con gran interés al nuevo cliente. El duque de Blairgowrie era conocido como uno de los más altaneros e inaccesibles títulos de la nobleza, que se había casado con la hija de uno de los grandes carniceros de Chicago, mucho más joven que él y dotada de un carácter vivaz y frívolo que nada bueno vaticinaba para la armonía conyugal. Circulaban ya rumores de una posible ruptura.

—Vendrá usted enseguida, ¿no es verdad, míster Blunt? —insistió el duque poniendo un leve tono de acritud en sus palabras.

Tommy hubo de ceder ante lo inevitable.

—*Miss* Ganges y yo iremos con usted —replicó serenamente—. Espero que perdonará si me detengo el tiempo preciso para tomarme una buena taza de café. Lo traerán inmediatamente. Padezco de fuertes dolores de cabeza, consecuencia, sin duda, de mi mal, y el café consigue aplacar mis nervios.

Llamó a un camarero y dio la orden correspondiente. Después habló, dirigiéndose a Tuppence.

—*Miss* Ganges, almuerzo aquí mañana con el prefecto de la policía de París. Sírvase tomar nota del menú y déselo al *maítre* con instrucciones de reservarme mi

mesa habitual. Estoy ayudando a mi camarada en una importante investigación. Los honorarios… —hizo una pausa después de recalcar la palabra— son de cuidado.

—Puede usted empezar —dijo Tuppence sacando su estilográfica.

—Empezaremos con una ensalada de *camarones* —nuevo recalque—, que es un plato especial de la casa. A esto seguirá, eso es, *seguirá* una tortilla a la Blitz y quizás un par de *tournedos á l'étranger*. ¡Oh, sí! *Soufflé en surprise*. Creo que es todo. Es un hombre muy interesado, este prefecto francés. Quizá lo conozca alguno de ustedes. ¿No es así?

Los otros respondieron negativamente mientras Tuppence se levantaba y salía al encuentro del *maítre*. Volvió al mismo tiempo que llegaba el café.

Tommy paladeó el contenido y se lo bebió a pequeños sorbos. Después se levantó.

—Mi bastón, *miss* Ganges. Gracias. Instrucciones, por favor. Fue un momento difícil, de angustiosa agonía para Tuppence.

—Uno a la derecha y dieciocho hacia delante. Al quinto paso encontrará un camarero sirviendo una mesa de la izquierda.

Moviendo el bastón con viveza, Tommy se puso en marcha. Tuppence se situó Junto a él con objeto de poderle guiar. Todo fue bien hasta el momento de atravesar la puerta principal de salida. Un hombre entró precipitadamente y antes de que Tuppence pudiese advertir al ciego míster Blunt del peligro que corría, éste había chocado ya con violencia contra el recién llegado. Siguieron explicaciones y frases de disculpas. En la puerta del Blitz esperaba un elegante coche berlina. El propio duque ayudó a míster Blunt a penetrar en el lujoso vehículo.

—¿Ha traído usted su automóvil, Harker? —preguntó mirando por encima del hombro.

—Sí; está a la vuelta de la esquina.

—Pues tenga la bondad de llevar en él a *miss* Ganges. Sin dar tiempo a cruzar palabra adicional alguna, saltó ligero dentro del vehículo y se sentó junto a Tommy. El coche se puso suavemente en movimiento.

—Se trata de un asunto delicadísimo. Pronto podré darle toda clase de detalles. Tommy se llevó una mano a la cabeza.

—Creo ya innecesario el seguir usando esta visera —observó complacido—. Era sólo el resplandor de las luces artificiales lo que me obligaba a su uso.

Pero una mano le obligó a bajar el brazo sin miramiento alguno. Al mismo tiempo sintió que algo duro y redondo se apoyaba con fuerza contra sus costillas.

—No, querido míster Blunt —dijo la voz del duque, voz, sin embargo, completamente diferente a la que antes oyera—. No se quite usted esa visera. Quédese como estaba, sin hacer, a ser posible, el más mínimo movimiento. ¿Entendido? No quisiera tener la necesidad de hacer uso de la pistola que llevo en la mano. Como usted podrá comprender, no soy en realidad el duque de Blairgowrie. Escogí este nombre por considerarlo muy a propósito para la ocasión, sabiendo que

no se negaría usted a acompañar a tan distinguido cliente. Yo soy algo más prosaico, un comerciante de jamones que ha perdido a su esposa.

Sintió el ligero estremecimiento que corrió por el cuerpo del otro.

—Parece que esto le dice algo —añadió riendo—. Querido joven, ha cometido usted una gravísima equivocación, y me temo que no podrá en lo sucesivo seguir dedicándose a sus actividades. Poco después el coche aminoró la marcha hasta detenerse.

—Un momento —dijo el falso duque. Retorció un pañuelo y se lo introdujo diestramente en la boca, que cubrió después con otro de seda que llevaba al cuello.

—Es para evitar que cometa usted la torpeza de pedir auxilio —le explicó con suavidad.

La puerta del automóvil se abrió y apareció el chofer en actitud expectante. Entre él y su amo cogieron a Tommy y se lo llevaron casi en volandas por las escaleras de una casa cuya puerta se cerró tras ellos.

Había en el ambiente un rico olor a perfume oriental. En el suelo una mullida alfombra en la que los pies de Tommy se hundieron. Del mismo modo que antes, fue obligado a subir más de prisa un tramo de peldaños y a entrar en un cuarto que, a su juicio, estaba en la parte posterior de la casa. Aquí los dos hombres le amarraron las manos a la espalda. Salió el chofer y el otro le quitó la mordaza.

—Puede usted hablar ya con entera libertad —le anunció complacido—. Supongo, joven, que tendrá muchas cosas que decirme.

—Espero que no me hayan perdido el bastón —dijo Tommy después de aclararse la garganta—. Me costó mucho dinero el conseguir que lo ahuecasen.

—No sé si creer que es usted un pobre loco o un caradura de lo más grande que he visto en mi vida. ¿No comprende que está usted completamente en mi poder? ¿Qué es muy posible que ninguno de sus conocidos vuelva a verle de nuevo… con vida?

—¡Oh, por Dios! Dejemos la parte melodramática. ¿O es que espera que yo exclame: «Villano, te haré apalear por esto»?

—¡Ah! ¿Lo toma usted a broma? ¿Y la muchacha?, ¿no se le ha ocurrido pensar en ella?

—Pensando durante mi forzado silencio —dijo Tommy— llegué a la conclusión de que ése a quien usted llamó Harker es su compinche y que mi infortunada secretaria, por lo tanto, no tardará en incorporarse a esta agradable reunión.

—Su conclusión ha sido acertada en lo que respecta a míster Harker. En cuanto a *mistress* Beresford, ya ve que estoy bien enterado de su personalidad, no será traída aquí como usted dice. Es una pequeña precaución que juzgué oportuno tomar. Se me ocurrió que quizás alguno de sus amigos de los altos cargos estaría vigilándole y lo he organizado de modo que le sea imposible seguir la pista de ambos a la vez. A usted me lo he reservado para mí; conque ¡ya puede empezar! Se detuvo al abrirse la puerta. Entró el chofer y dijo:

—Nadie nos ha seguido, señor. El campo está libre.

—Bien. Puede marcharse, Gregory. Volvió a cerrarse la puerta.

—Hasta este instante, todo parece salir a pedir de boca —añadió el «duque»—. Y ahora, mi querido míster Beresford Blunt, ¿qué es lo que cree que voy a hacer con usted?

—Lo primero, quitarme esta maldita visera —contestó Tommy.

—Nada de eso. Sin ello podría usted ver tan bien como yo, y eso no conviene para el pequeño plan que tengo preparado. Porque tengo un plan, ¿no lo sabe? Usted es muy amigo de las emociones, míster Blunt, y este juego que usted y su esposa estaban llevando a cabo hoy lo prueba. Pues bien, yo he dispuesto asimismo otro pequeño entretenimiento, algo que, en cuanto se lo explique, verá que no carece de ingenio.

»Sepa usted que el suelo sobre el que se halla en estos momentos es de metal y que desparramados en su superficie existen una serie de contactos. Sólo hay que dar a una palanca, así. Se oyó el inconfundible clic de un conmutador.

—Ya está dada la corriente. Pisar ahora en uno de esos pequeños botoncitos que sobresalen en el suelo significa… ¡el adiós a la vida! ¿Me comprende bien? Si usted pudiese ver… la cosa sería sencilla por demás. Pero así… En fin, ya conoce usted el juego, la gallina ciega… Con la muerte. Si consigue llegar a salvo a la puerta, significa su libertad. Así, pues, en marcha.

Se acercó a Tommy y le desató las manos. Después le entregó el bastón haciéndole una cómica reverencia.

—Veamos si el ciego problemático puede resolver este problema. Yo me quedo aquí con la pistola en la mano. Como levante una mano intentando quitarse la visera, disparo. ¿Está claro?

—Clarísimo —respondió Tommy palideciendo, pero con gesto de determinación —. A propósito, ¿me permite que fume un cigarrillo? El corazón me da unos saltos que parece querer salírseme del pecho.

—Si no es más que eso… —dijo el «duque» encogiéndose de hombros—; pero cuidado con intentar treta alguna. No olvide que tengo el dedo en el gatillo.

Tommy extrajo un cigarrillo de la pitillera. Después se palpó los bolsillos tratando de buscar su caja de fósforos.

—No crea que intento sacar un revólver —dijo—. Sabe bien que no voy armado. De todos modos quiero decirle que ha olvidado usted un punto muy importante.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es, si puede saberse? Tommy sacó un palito de la caja y lo acercó al raspador.

—Yo estoy ciego y en cambio usted ve. Admito que la ventaja está de su parte. Pero ¿qué haría si los dos estuviésemos a oscuras? ¿Cuál sería su ventaja entonces?

Aplicó el fósforo al raspador y lo encendió. El «duque» se echó a reír despectivamente.

—¿Piensa usted acaso disparar contra el interruptor de la luz y dejarnos a oscuras? Pruébelo si quiere.

—No —replicó Tommy—. Ya sé que es imposible. Pero ¿y si diera más luz?

Al decir estas palabras acercó la llama a algo que tenía entre los dedos y que dejó caer rápidamente al suelo. Un brillo cegador iluminó de pronto la habitación. Durante unos segundos, cegado por la intensidad del resplandor, el «duque» cerró los ojos, cubriéndoselos con la mano que empuñaba el arma.

Al volverlos a abrir sintió que algo agudo se clavaba dolorosamente en su pecho.

—Suelte esa pistola —ordenó Tommy—. ¡Pronto! Sabía que un palo hueco no habría de servirme de gran utilidad en un caso como éste. Así que decidí cambiarlo por un bastón estoque. ¿Qué le parece la idea? Tan útil, quizá, como lo fue hace un momento un pequeño alambre de magnesio. ¡He dicho que suelte esa pistola!

Obediente ante la amenazadora punta de aquella espada, el falso noble dejó caer el arma que tenía entre sus manos. A continuación dio un salto hacia atrás soltando una triunfante carcajada.

—Aún sigo siendo el más fuerte de los dos —dijo—, porque yo aún veo y en cambio usted no.

—Ése es precisamente el detalle al que antes hice referencia y que por lo visto no entró en sus cálculos, pero que ahora puedo revelárselo sin temor alguno. Veo perfectamente. Esta visera no es opaca como, para fines de mi comedia, pretendía hacer creer a Tuppence. Podría haber llegado fácilmente a la pared sin tropezar con ninguno de esos contactos que tan hábilmente ha diseminado usted por el suelo. Pero no creí nunca en su buena fe y sabía que mi intento hubiera resultado inútil. No habría salido con vida de esta habitación… ¡Cuidado!

Esta exclamación le salió de los labios al ver que el «duque», ciego de furia y sin mirar dónde ponía los pies, se había lanzado imprudentemente en su dirección.

Sonó un chasquido acompañado de una brillante llamarada azul. Se tambaleó unos instantes y al fin dio pesadamente con su cuerpo en tierra. Un fuerte olor a ozono mezclado con otro tenue de carne quemada se esparció por toda la habitación.

Tommy lanzó un agudo silbido y se secó el frío sudor que de pronto había perlado su frente.

Luego se movió cauteloso tomando toda suerte de precauciones, llegó a la pared e hizo girar el interruptor que había visto manipular al «duque».

Después cruzó la habitación, abrió la puerta y miró cautelosamente en todas direcciones. No había nadie. Bajó las escaleras y salió sin perder un solo segundo.

Ya a salvo en la calle, miró a la casa sin poder reprimir un estremecimiento de horror y anotó su número. A continuación se dirigió a la cabina telefónica más próxima.

Hubo un momento de angustiosa espera, pasado el cual respondió la voz que con tanta ansia esperaba escuchar.

—¡Bendito sea Dios, Tuppence! ¿Conque eres tú?

—Sí, hombre, soy yo —contestó la voz—. Entendí lo que me quisiste decir: «*Honorarios, Camarón, venga al Blitz y sigo a los dos extraños*». Albert llegó a tiempo y al ver que nos separábamos optó por seguirme a mí, vio dónde me conducían y telefoneó inmediatamente a la jefatura.

—No cabe duda que Albert es un buen muchacho —dijo Tommy—; y caballeresco al haberse decidido por ti. Pero estaba preocupado. Voy enseguida, pues tengo muchas cosas que contarte. Y lo primero que haré cuando llegue es extender un bonito cheque para el pobre Saint Dunstan. No sabes, Tuppence, lo horrible que debe ser verse privado de un don tan preciado como es el de la vista.

El hombre de la niebla

(The Man in the Mist).

Tommy no estaba satisfecho de la vida. Los brillantes detectives de Blunt habían experimentado un revés que les afectó tanto al bolsillo como a su orgullo personal. Llamados profesionalmente a dilucidar el misterio del robo de un collar de perlas en Adlington Hall, Adlington, los brillantes detectives de Blunt fracasaron en la empresa. Mientras Tommy, disfrazado de pastor protestante, seguía la pista de una condesa muy aficionada por cierto a la ruleta y al bacará y Tuppence a un sobrino de la casa, el inspector local, sin grandes esfuerzos, había arrestado a uno de sus lacayos, pájaro bien conocido en jefatura y que al instante admitió su culpabilidad.

Tommy y Tuppence, por lo tanto, hubieron de retirarse mohínos y apenados y se hallaban ahora tomando sendos combinados en el salón de bebidas del Hotel Adlington. Tommy llevaba aún su disfraz de clérigo.

—Veo que esto de representar al padre Brown —dijo éste con lúgubre acento— tiene también sus problemas.

—Naturalmente —respondió Tuppence—. Lo que hace falta es saber crearse una atmósfera apropiada desde el principio. Obrar con naturalidad. Los acontecimientos vienen después por sí solos. ¿Comprendes la idea?

—Sí. Bien, creo que es hora ya de que volvamos a la ciudad. ¡Quién sabe si todavía el destino nos deparará alguna sorpresa antes de que lleguemos a la estación!

El contenido del vaso que había acercado a sus labios se derramó súbitamente bajo el impulso de una fuerte palmada que alguien, inopinadamente, le había dado por la espalda, mientras una voz, que hacía perfecto juego con la acción, le saludaba ruidosamente.

—¡Pero si es Tommy! ¡Tuppence! ¿Dónde demonios os metéis que, según mis cálculos, hace varios años que no os veo?

—¡Bulger! —exclamó Tommy con alegría, dejando en la mesa lo que había quedado de su combinado y volviéndose para mirar al intruso, hombre de unos treinta años, corpulento y vestido con ropa de jugar al golf.

—Oye, oye —dijo Bulger (cuyo nombre, diremos de paso, no era Bulger, sino Mervin Estcourt)—; no sabía que te hubieses ordenado. La verdad, me sorprende verte con esa ropa.

Tuppence soltó una carcajada que acabó por desconcertar a Tommy. De pronto, ambos se dieron cuenta de la presencia de una cuarta persona.

Era una joven alta, esbelta, de cabello rubio y ojos grandes y azules, llamativamente hermosa, vestida con elegante contraste de raso negro y pieles de armiño, y largos pendientes cuajados de valiosas perlas. Sonreía con esa complacencia que da la seguridad de ser quizá la mujer más admirada de Inglaterra.

Tal vez del mundo entero. Y no es que fuese vana, no. Simplemente, lo sabía. Eso era todo.

Tommy y Tuppence la reconocieron al instante. La habían visto tres veces en *El secreto del corazón* y otras tantas en su gran éxito *Columnas de fuego*. No había actriz en Inglaterra que tuviese la habilidad de cautivar al auditorio como Gilda Glen. Estaba considerada como la mujer más hermosa de Inglaterra. También se rumoreaba que su belleza corría parejas con su estupidez.

—Antiguos amigos míos, *miss* Glen —dijo Estcourt con un matiz de disculpa en su voz por haberse, siquiera por un solo instante, olvidado de tan radiante criatura—; Tommy y *mistress* Tommy, permítanme que les presente a *miss* Gilda Glen.

El timbre de orgullo que había en su voz era inconfundible. El mero hecho de ser visto en compañía de la famosa artista debía parecerle un honor, el más grande.

—¿Es usted verdaderamente sacerdote? —preguntó la joven.

—Pocos, en realidad, somos lo que aparentamos ser —contestó Tommy cortésmente—. Mi profesión no difiere grandemente de la sacerdotal. No puedo dar absoluciones, pero sí escuchar una confesión. Yo…

—No le haga caso —interrumpió Estcourt—. Se está burlando de usted.

—No comprendo entonces por qué razón viste de ese modo. A menos que…

—No —se apresuró a declarar Tommy—. No soy ningún fugitivo de la justicia, sino todo lo contrario.

—¡Oh! —exclamó ella frunciendo el ceño y mirándole con ojos de sorpresa.

«No sé si me habrá entendido», se dijo Tommy para sí. Y añadió en voz alta, cambiando de conversación:

—¿Sabes a qué hora pasa el próximo tren para Londres, Bulger? Tenemos que salir sin pérdida de tiempo. ¿Cuánto hay de aquí a la estación?

—Diez minutos a pie. Pero no tengas prisa. Son las seis menos veinte y el próximo no pasará hasta las seis treinta y cinco. Acabamos de perder uno.

—¿Por dónde se va a la estación?

—Primero tomas a la izquierda y después… espera, sí, lo mejor es que vayas por la avenida Morgan…

—¿La avenida Morgan? —interrumpió *miss* Glen con violencia y mirándole con ojos espantados.

—Ya sé en lo que piensa —dijo Estcourt, riendo—. En el fantasma. La avenida Morgan linda por uno de sus lados con el cementerio y existe la leyenda de que un policía que falleció de muerte violenta sale de su tumba y monta su guardia como de costumbre a lo largo de la avenida Morgan. Será una ridiculez, pero lo cierto es que hay muchas personas que juran haberlo visto.

—¿Un policía? —preguntó *miss* Glen estremeciéndose—. Pero ¿es que hay todavía quien crea en semejante tontería?

A continuación se levantó y se despidió dando un vago y general adiós.

Durante toda la conversación había hecho caso omiso de Tuppence, y al marcharse ni siquiera se dignó echar una mirada en su dirección.

Al llegar a la puerta se tropezó con un hombre alto, de cabellos grises y cara arrebolada, que lanzó una exclamación de sorpresa al verla. Posó una mano sobre el brazo de la actriz y ambos salieron, charlando animadamente.

—Hermosa criatura, ¿no te parece? —dijo Estcourt—. Pero con menos sesos que un mosquito. Corre la noticia que va a casarse con *lord* Leconbury. Ése con quien precisamente acaba de encontrarse.

—No es ningún tipo como para enloquecer a nadie —observó Tuppence. Estcourt se encogió de hombros.

—No, pero tiene un título y es rico por añadidura —comentó—. ¿Qué más puede pedir una mujer así? Nadie conoce su pasado ni a qué clase social pertenece. Hay quien supone que viene del arroyo. Su presencia en este lugar es un tanto misteriosa. No se hospeda en el hotel y al preguntarle yo dónde lo hacía, me contestó con modales propios de una verdulera, por lo visto los únicos que ella ha aprendido. ¡Que me maten si la entiendo!

Estcourt se encogió de hombros. Consultó su reloj y lanzó una exclamación.

—Tengo que marcharme. Vaya, me alegro de haberos visto y espero que volvamos a encontrarnos una noche en la ciudad. ¡Hasta pronto!

No hizo más que despedirse, cuando se presentó un botones con una bandeja y un sobre en ella. No llevaba dirección alguna.

—Es para usted, señor —dijo a Tommy—. De parte de *miss* Gilda Glen. Tommy lo rasgó y leyó con curiosidad su contenido. Decía:

> *No estoy segura de ello, pero creo que podría ayudarme. Ya que va usted camino de la estación, ¿sería tan amable de pasar por la Casa Blanca de la avenida Margan a las seis y diez? Su afectísima,*
>
> *GILDA GLEN*

Tommy hizo una señal afirmativa al botones, que partió. Después pasó la nota a Tuppence.

—Extraordinario —comentó ella—. Quizá siga creyendo que eres un sacerdote.

—No —dijo Tommy pensativamente—. Yo creo que es precisamente porque ha adivinado que no lo soy. ¡Hombre! ¿Quién es éste?

«Éste» era un joven de cabellos rojizos, mentón firme y contraído, aspecto belicoso y vestimenta deplorablemente descuidada y sucia. Había entrado en el salón y se paseaba de arriba abajo, murmurando entre dientes palabras ininteligibles.

De pronto se dejó caer sobre una silla que había junto a la joven pareja y la contempló fijamente durante unos instantes.

—¡Al cuerno con todas las mujeres! —exclamó mirando ferozmente a Tuppence —. ¡Sí, señora, lo digo yo! ¿Tiene usted algo que objetar? ¿Por qué no llama a un

camarero y dice que, me echen del hotel? No seria la primera vez que lo han hecho. ¿Acaso no ha de poder uno decir nunca lo que piensa? ¿Por qué hemos de ser unos meros autómatas y hablar siempre como hablan los demás? ¿Por qué tratar de parecer cortés y afable cuando mi mayor satisfacción ahora sería la de agarrar a alguien por el cogote y oprimírselo hasta que exhalara su último suspiro? Se detuvo.

—¿Se refiere usted a cualquiera o a alguien en particular? —le preguntó sonriente Tuppence.

—A alguien en particular —respondió el Joven con mirada torva.

—Eso me suena a algo interesante —insistió Tuppence—; ¿por qué no nos dice algo más de lo que pasa?

—Me llamo Reilly —prosiguió el malhumorado muchacho—, James Reilly. Quizás hayan oído ustedes hablar de mí. Escribí un pequeño volumen de poemas pacifistas, no del todo malos, aunque me esté mal el decirlo.

—¿«Poemas pacifistas»? —interrogó Tuppence.

—Sí, ¿por qué no? —interrogó agresivamente míster Reilly.

—¡Oh, no, no, por nada…! —se apresuró a contestar Tuppence.

—He sido siempre partidario de la paz —añadió míster Reilly con fiereza—. ¡Al demonio con todas las guerras! ¡Y con las mujeres también! ¡Mujeres! ¿Vio usted una muchacha que no hace mucho salió por esta puerta? Dice llamarse Gilda Glen. ¡Gilda Glen! ¡No sabe usted cómo he querido a esa mujer! Y ella a mí, se lo aseguro. Si le queda un solo vestigio de corazón, ha de ser mío por fuerza, y como intente vendérselo a ese mamarracho de Leconbury le juro que la mato, como me llamo Reilly.

Al acabar de decir estas palabras volvió a levantarse y abandonó el salón de la misma forma como había entrado. Tommy enarcó las cejas.

—¡Vaya un caballero más excitable! —murmuró—. Bueno, Tuppence, ¿nos vamos?

Al salir del hotel, una densa bruma iba extendiéndose lentamente por todos los alrededores. Siguiendo las instrucciones de Estcourt, se dirigieron a la izquierda, y a los pocos minutos llegaron a un cruce con un poste indicador que decía: «Avenida Morgan». Al lado izquierdo de la avenida se alzaban los altos muros del cementerio. A su derecha, una hilera de pequeñas casas seguidas por un crecido seto que se perdía en la niebla.

—Tommy —dijo Tuppence—, empiezo a estar nerviosa. ¡Esa neblina y este silencio…! Me hace el efecto de que estamos en un desierto.

—No te preocupes —le contestó Tommy—. Es consecuencia de no poder ver con claridad.

Tuppence asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—¿Qué es eso? —preguntó de pronto.

—¿El qué?

—Me pareció oír unos pasos detrás de nosotros.

—Como no contengas esos nervios, no tardarás en ver el alma del policía ese que nos contaba Bulger. Cálmate, mujer. ¿Temes acaso que se presente y te agarre de pronto por la espalda?

Tuppence emitió un agudo chillido.

—¡Por lo que más quieras, Tommy, no vuelvas a mencionar a ese fantasma!

Volvió la cabeza tratando de penetrar el espeso sudario que en blandos jirones parecía amenazar envolverles.

—¡Otra vez los pasos! —susurró como temerosa de oír el sonido de su propia voz —. No, ahora los oigo por delante. ¡Oh, Tommy, no me digas que tú no los oyes!

—Sí, sí que los oigo; pero no delante, sino detrás. Quizás alguien que, como nosotros, vaya camino de la estación. Me gustaría…

Se paró de pronto, escuchando atentamente, mientras Tuppence sofocaba el grito que estuvo a punto de salírsele de la garganta.

La cortina de bruma que había frente a ellos se abrió de pronto como por arte de encantamiento y a seis metros apareció la gigantesca figura de un policía. Después, y a medida que iba acentuándose el desgarro producido en el blanco velo, pudieron ver a la derecha los vagos contornos de una casa pintada de blanco.

—Vamos, Tuppence —dijo Tommy—. Como ves, no hay nada que temer.

Pero al ir a ponerse en movimiento, un nuevo rumor de pasos les obligó a prolongar su quietud unos instantes. Un hombre pasó de largo no lejos del lugar en que ellos se encontraban, abrió la verja de hierro de la casa blanca, subió los pocos escalones que conducían hasta la puerta y la golpeó ruidosamente con la aldaba que colgaba de ella. Le fue permitida la entrada en el momento que el matrimonio llegaba junto al policía que, al parecer, había también observado con curiosidad la escena.

—El caballero, por lo visto, tiene mucha prisa —comentó el agente de la ley.

Hablaba con voz reposada, como si encontrase dificultad en coordinar sus pensamientos.

—Sí, es de esos que parecen llegar siempre tarde a todas partes —observó Tommy.

La mirada del policía, lenta y suspicazmente, fue a posarse en la cara de Tommy.

—¿Amigo suyo, por casualidad? —preguntó con intención.

—No —respondió aquél—. No es amigo mío, pero da la circunstancia de que le conozco. Se llama Reilly.

—¡Ah! —exclamó el policía—. Bien, voy a continuar mi ronda.

—¿Puede usted decirme primero cuál es la Casa Blanca?

—Esa misma —dijo acompañando las palabras con un gesto de la cabeza—. La casa habitada por *mistress* Honeycott.

Se detuvo y añadió, evidentemente con la idea de dar una valiosísima información:

—Es una neurasténica. Siempre soñando con ladrones y pidiéndome que vigile la casa. Cuando las mujeres llegan a cierta edad se vuelven insoportables.

—¿Dice usted que de cierta edad? ¿Y no sabe usted si hay alguna joven con ella?

—¿Una joven? —contestó el policía, reflexionando unos instantes—. No…, no recuerdo a ninguna en este momento.

—Quizá no vive aquí, Tommy —interpuso Tuppence—. De todos modos, es posible que no haya llegado todavía. Salió del bar casi al mismo tiempo que nosotros.

—¡Ah! —dijo de pronto el policía—. Ahora que me acuerdo… Sí, una joven entró hace poco por esa puerta. La vi en el preciso momento en que tomé esta dirección. Hará de esto unos tres o cuatro minutos.

—¿Recuerda usted si llevaba unas pieles de armiño? —preguntó Tuppence con ansiedad.

—Sí, llevaba algo así como una piel de conejo blanco alrededor del cuello.

Tuppence se echó a reír. El policía se alejó por donde había venido y la pareja se dispuso a franquear la verja de hierro de la Casa Blanca.

De pronto se oyó un apagado grito que partía del interior de la casa y casi inmediatamente después se abrió la puerta y apareció Reilly, que bajó apresuradamente los escalones que daban acceso a la misma. Tema las facciones desencajadas y un extraño fulgor brillaba en sus pupilas.

Pasó tambaleándose junto a Tommy y Tuppence, al parecer sin verles, y mascullando asustado para sí:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Se apoyó unos instantes en la verja y después, como impulsado por un súbito terror, echó a correr en la dirección que tomara antes el policía.

Tommy y Tuppence se miraron, sorprendidos.

—Algo ha sucedido en esa casa —dijo Tommy— para haberse asustado de ese modo nuestro amigo Reilly.

Tuppence pasó distraídamente un dedo por los barrotes de la verja.

—Ha debido mancharse la mano con pintura encarnada en alguna parte —observó.

—¡Hum! —gruñó Tommy—. Creo que lo mejor será que entremos inmediatamente. No me gusta nada ese asunto.

En la puerta de la casa una sirvienta con blanca cofia permanecía muda de indignación.

—¿Ha visto usted una cosa semejante, padre? —estalló con furia en el momento que Tommy ascendía los escalones—. Ese hombre viene aquí, pregunta por la señorita y, sin esperar a que le dieran permiso, se lanza escaleras arriba. De pronto, oímos un grito, ¿qué otra cosa podía haber hecho la pobre niña al ver a un lunático así?; y vemos que baja de nuevo, esta vez pálido como un difunto. Que Dios me castigue si entiendo lo que significa todo esto.

—Aquí está la señora —anunció inmediatamente Ellen. Se hizo a un lado y Tommy se encontró frente a frente con una mujer de mediana edad, cabellos grises,

ojos azules e inexpresivos y cuerpo enjuto vestido de negro, salpicado de abalorios del mismo color.

—*Mistress* Honeycott —dijo Tommy—, he venido a ver a *miss* Glen.

Mistress Honeycott miró primero a Tommy y después a Tuppence, a ésta con más detenimiento y como tomando buena nota de los detalles de su apariencia personal.

—¿Ah, sí? —respondió—. Entonces tengan la bondad de pasar. Les condujo a lo largo del vestíbulo hasta una habitación situada en la parte posterior de la casa. Daba al jardín y, aunque de tamaño mediano, parecía más pequeña debido al número de mesas y sillas esparcidas en ella. Un gran fuego ardía en la chimenea. El papel que cubría las paredes era de color gris con un festón de rosas que circundaba su parte posterior. Una gran cantidad de grabados y cuadros colgaban de las paredes.

Era una salita imposible de asociar con la lujosa personalidad de *miss* Gilda Glen.

—Siéntense —indicó *mistress* Honeycott—. Comenzaré diciendo que no me sorprende la presencia de un sacerdote en mi casa, sobre todo en estos momentos. Gilda, falta quizá de sólidos principios, ha escogido un mal camino. Dios ilumine su cerebro.

—Tengo entendió, *mistress* Honeycott, que *miss* Glen está aquí.

—Así es. Tenga presente que yo no apruebo su conducta. Un casamiento es un casamiento y el marido es siempre el marido. Y quien siembra vientos, acabará tarde o temprano por recoger tempestades.

—No comprendo bien lo que me dice —replicó Tommy un tanto confuso.

—Me lo figuro. Por eso les hice pasar a esa habitación. Podrá usted ir a ver a Gilda después de que les haya puesto en antecedentes. Vino a mí, ¡figúrese, después de tantos años!, y me pidió que la ayudara. Quería que yo fuese a ver a ese hombre y le convenciera sobre la necesidad de aceptar un divorcio. Le dije, sin embargo, que nada tenía yo que ver con esa cuestión. El divorcio es un pecado. Sin embargo, era mi hermana y no pude por menos que recibirla en mi casa.

—¿Su hermana? —exclamó Tommy.

—Sí. ¡Gilda es mi hermana! ¿No se lo ha dicho acaso? Tommy se quedó con la boca abierta. La cosa parecía fantásticamente imposible. Después recordó que aquella belleza angélica de Gilda Glen había estado en boga durante un buen número de años. Él mismo había sido llevado a verla cuando aún era un niño. Sí, era posible. Pero ¡qué contraste! ¿De modo que era de esta sencilla, pero respetable, familia de donde Gilda procedía? ¡Qué bien había sabido guardar el secreto!

—Aún no entiendo claramente lo que acaba de decir —dijo Tommy—. ¿Dice usted que su hermana está casada?

—Se escapó para casarse cuando aún no había cumplido los diecisiete —explicó sucintamente *mistress* Honeycott—. Un muchacho vulgar muy por debajo de su condición. ¡Y teniendo por padre, como tenía, un pastor! ¡Una verdadera desgracia! Después abandonó el domicilio conyugal para dedicarse a las tablas. ¡Una cómica! ¡Qué vergüenza! No recuerdo haber pisado un teatro en mi vida. Y ahora, después de

transcurridos tantos años, quiere divorciarse del hombre a quien voluntariamente escogió como compañero para casarse, según dice, con uno de esos vejancones de la nobleza. Pero el marido sigue firme en sus trece. No se aviene a componendas de esa clase y no seré yo quien trate de disuadirle de su determinación. Al contrario; se lo apruebo.

—¿Cómo se llama el marido, señora? —preguntó de pronto Tommy.

—Pues… no me acuerdo. Hace ya cerca de veinte años que no he vuelto a oír su nombre. Mi padre prohibió que fuese pronunciado en esta casa.

—¿No sería, acaso, Reilly?

—Pudiera ser, pero no lo afirmo. Se me ha ido de la memoria.

—Me refiero al hombre que acaba de salir.

—¿Quién? ¿Ese desquiciado? No, por Dios. Yo había estado en la cocina dando órdenes a Ellen. Acababa de entrar en esta habitación cuando se me ocurrió pensar en Gilda. «¿Habrá vuelto ya?», me pregunté. No necesitaba llamar, puesto que llevaba consigo su llave. De pronto, oí sus pasos. Debió detenerse uno o dos minutos en el vestíbulo y después prosiguió escaleras arriba. Unos tres minutos después hubo una especie de conmoción. Alguien aporreaba violentamente la puerta. Salí al vestíbulo a tiempo de ver a un hombre subir apresuradamente las escaleras. Luego sonó un grito y segundos más tarde vi bajar al intruso, pálido como un difunto, y salir disparado como alma que lleva el diablo. Tommy se levantó.

—*Mistress* Honeycott, creo que debiéramos enterarnos de lo que sucede. ¿Hay algo pintado recientemente de rojo en la casa?

—No, nada.

—Me lo temía… —dijo Tommy con gravedad—. Por favor, no perdamos tiempo y llévenos a las habitaciones de su hermana.

Silenciada momentáneamente, *mistress* Honeycott hizo lo que le pedían. Subió las escaleras seguida de Tommy y de Tuppence y abrió la primera puerta que daba al rellano. De pronto emitió un agudo chillido y retrocedió, espantada. Una figura inmóvil, vestida de negro, yacía tendida grotescamente en el sofá. Su cara estaba intacta, cerrados los ojos como si durmiese un apacible sueño. La herida, con fractura del cráneo, aparecía a un lado de la cabeza y había sido producida, sin duda, por un objeto liso y romo. Un charco de sangre manchaba el suelo y una parte de la alfombra que había extendida bajo el sofá.

Tommy examinó conmovido la postrada figura.

—Después de todo —murmuró—, no la ha estrangulado como decía.

—¿Qué quiere usted dar a entender? ¿Quién dijo eso? —preguntó extrañada *mistress* Honeycott—. ¿Está muerta acaso?

—Sí, *mistress* Honeycott, está muerta. Asesinada. Y la pregunta es: ¿Por quién? No es que existan grandes dudas, pero nunca me figuré que un hombre tan exaltado y vocinglero Fuese capaz de cometer un acto así.

Se detuvo unos instantes. Después se volvió a Tuppence con decisión.

—Vete a buscar a un policía o telefonea al prefecto desde cualquier parte.

Tuppence asintió. Estaba intensamente pálida. Tommy condujo de nuevo a *mistress* Honeycott al piso inferior.

—No quiero que exista la más mínima equivocación acerca de lo que voy a preguntarle —dijo—. ¿Recuerda usted con exactitud la hora en que vino su hermana?

—Sí, la recuerdo perfectamente, porque fue en el momento en que, como todos los días, acostumbro a poner en hora el reloj del comedor. Siempre adelanta unos cinco minutos. El mío, que es un verdadero cronómetro, marcaba las seis y ocho minutos.

Tommy hizo un gesto afirmativo. Concordaba perfectamente con lo dicho por el policía. Éste había visto a la mujer de las pieles blancas atravesar la puerta de la verja unos tres minutos antes de que él y su esposa llegasen a su lado. También recordaba haber consultado su propio reloj y haber anotado que pasaba un minuto de la hora de la cita.

Había también la remota posibilidad de que alguien hubiese estado esperando en el cuarto de Gilda. Pero, de ser así, era forzoso que siguiera oculto en algún rincón del mismo. Con excepción de Reilly, no se había visto salir de él a nadie. Volvió a subir las escaleras e hizo un detenido examen de la habitación. No había nadie.

Más tarde comunicó la noticia a Ellen, quien después de hacer infinidad de aspavientos e invocar a todos los santos del calendario, se avino a contestar algunas preguntas.

¿Si aquella tarde había venido alguien preguntando por *miss* Glen? No, nadie. ¿Si había estado ella en las habitaciones superiores? Como siempre, a descorrer las cortinas. Serían las seis, o minutos después de esta hora. De todos modos, siempre antes de que aquel loco viniese a turbar la paz de la casa con sus aldabonazos. Fue ella quien contestó a la llamada. ¿Qué le parecía el escandaloso visitante? Un asesino de pies a cabeza.

Tommy renunció a seguir el interrogatorio. Sentía una curiosa piedad por Reilly, una repugnancia al admitir su culpabilidad. Sin embargo, nadie sino él podía haber asesinado a Gilda Glen, con excepción, muy improbable por cierto, de Ellen y de *mistress* Honeycott.

Oyó un rumor de voces en el vestíbulo y, al salir, se encontró con Tuppence acompañada del policía que encontraron rondando por los alrededores. Éste sacó su libro de notas y un despuntado lápiz que se llevó a los labios. Subió a la habitación y examinó a la víctima. No hizo más observación que la de no querer tocar el cadáver, por temor, decía, a una seria repulsa de su jefe. Escuchó las confusas e histéricas explicaciones de *miss* Honeycott, haciendo de vez en cuando una breve anotación.

Tommy logró que saliera al rellano y habló con él unos minutos.

—Escuche —dijo Tommy—; usted ha afirmado que vio a la víctima entrar por la puerta de la verja, ¿no es así?

—Sí.

—¿Está seguro de que iba sola?

—Segurísimo. No había nadie con ella.

—Y en el espacio de tiempo que medió entre ese momento y el de encontrarnos a nosotros, ¿vio usted a alguien salir de la casa?

—A nadie.

—De haber salido, forzosamente tendría usted que haberlo visto, ¿no es así?

—Naturalmente. Sólo vi al loco ese de quien me hablaron ustedes.

La majestad de la ley descendió gravemente las escaleras. Salió y se detuvo breves instantes frente a los blancos barrotes de la puerta del jardín, en los que claramente se veía la impresión sangrienta de una mano.

—No cabe duda que es un novato —dijo compasivamente—. ¡Miren que dejar tras sí una huella como esta…!

A continuación se alejó, dispuesto a comunicar su mensaje a la jefatura.

El día siguiente del crimen, Tommy y Tuppence continuaban en el Gran Hotel, si bien Tommy había juzgado conveniente desprenderse de su disfraz clerical.

James Reilly había sido arrestado y se hallaba bajo la custodia de la policía. Su abogado, míster Marvell, acababa de terminar una larga conversación con Tommy acerca de lo ocurrido.

—Nunca hubiese creído una cosa así de James Reilly —dijo—. Siempre ha sido violento en el modo de hablar, lo admito; pero no un asesino. Tommy asintió.

—Es verdad. Quien se va mucho de la lengua no acostumbra a tener energías para la acción. Lo que sí veo es que me obligará a testificar en su contra. Aquella conversación que tuvo conmigo poco antes de que ocurriera el crimen le perjudica considerablemente. Y a pesar de todo no puedo negar que me es simpático, y que si lográsemos encontrar otro sospechoso, no vacilaría en declararle inocente. ¿Cuál ha sido su versión de los hechos?

—Declara que, al llegar él, la mujer estaba ya muerta. Pero eso es imposible, como es natural. Ha echado mano de la primera mentira que le ha venido a la cabeza. De otro modo, habría que suponer que fue *mistress* Honeycott la responsable de esa muerte, lo cual me parece fantástico en extremo. No, no cabe duda, él es el culpable. Recuerde, además, que la doncella oyó gritar a *miss* Glen.

—¿La criada…? ¡Ah, sí!

Tommy quedó silencioso unos instantes. Después dijo, pensativamente:

—¡Qué crédulos somos, en realidad! Aceptamos las pruebas como si éstas fueran el evangelio. ¿Y qué son, a fin de cuentas? Sólo una impresión llevada al cerebro a través de los sentidos. ¿Y si ésta fuese errónea? El abogado se encogió de hombros.

—Sí, todos sabemos que hay testigos poco dignos de crédito, testigos que van recordando nuevos, detalles a medida que pasa el tiempo y que, sin embargo, no tienen intención alguna de falsear la situación.

—No me refería sólo a ésos. Me refería a todos nosotros en general, que decimos cosas que difieren de la realidad sin darnos siquiera cuenta de ello. Por ejemplo, usted y yo, sin duda, habremos oído un doble golpe de aldaba y el crujido que produce un papel al pasar por la abertura del buzón. De diez veces, nueve tendríamos razón: sería el cartero; pero posiblemente la décima sería sólo un golfillo que había querido gastarnos una broma. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Sí, sí —contestó míster Marvell arrastrando las palabras—. Pero ¿adónde quiere usted ir a parar con su razonamiento?

—Creo que ni yo mismo lo sé. No obstante, parece que empiezo a ver las cosas con mayor claridad. Es como lo del bastón, Tuppence. ¿Recuerdas? Un extremo señala en una dirección, el otro en la contraria. Todo consiste en que lo agarres por el lado que más convenga. Las puertas se abren, pero también se cierran. La gente acostumbra a subir las escaleras, pero también suele bajarlas.

—¿Y qué quieres decirme con todo ello? —inquirió Tuppence.

—Es muy fácil —respondió Tommy—; y, sin embargo, hace sólo un instante que se me ha ocurrido. ¿Cómo sabes que una persona ha entrado en tu casa? Porque oyes abrir y cerrar una puerta, y si además la esperas, estarás convencida de que es ella. Pero ¿quiere esto decir que, en realidad, alguien ha entrado? ¿No podía haber sido todo lo contrario? ¿Que alguien hubiese salido? —Pero *miss* Glen no salió.

—No, ya lo sé. Pero pudo muy bien haberlo hecho el asesino.

—¿Y cuándo entró ella?

—Cuando *mistress* Honeycott hablaba con Ellen en la cocina. No la oyeron entrar. *Mistress* Honeycott volvió a la sala y, en el momento en que se disponía a poner en hora el reloj, le pareció oír ruido en la puerta y creyó que era su hermana que acababa de llegar. Y después, así lo creyó también, la oyó subir las escaleras.

—Tú mismo lo acabas de decir. Oyó que alguien subía las escaleras.

—Sí, pero no fue Gilda, sino Ellen, la que subió a correr las cortinas de las otras habitaciones. Recordarás que *mistress* Honeycott dijo que su hermana se había detenido unos instantes antes de empezar a subir. Esa pausa fue precisamente el tiempo que Ellen necesitó para venir desde la cocina hasta el vestíbulo. De un pelo estuvo que ésta no viera salir al asesino.

—Pero, Tommy —exclamó Tuppence—, ¿y el grito que ella dio?

—El grito lo dio James Reilly. ¿No te fijaste en lo chillona que éste tiene la voz? En momentos de gran emoción son muchos los hombres que gritan exactamente igual que una mujer.

—Pero ¿y el asesino? Tendríamos que haberlo visto.

—Y le *vimos*. Y hasta hablamos con él. ¿Recuerdas la forma súbita en que apareció el policía? Eso fue porque acababa de salir de la verja y en el preciso momento en que se hacía un claro en la niebla. Te acordarás de que nos dio el gran susto. Al fin y al cabo, y aunque nunca pensemos en ellos como tales, son hombres como nosotros. Aman y odian como los demás. Se casan y…

»Yo creo que Gilda Glen encontró a su marido en la misma puerta del jardín. Le hizo entrar para resolver de una vez el asunto que entre ambos había pendiente. Debieron reñir. Acuérdate de que no es hombre de palabras violentas como Reilly. Debió ofuscarse. La porra que llevaba en la mano debió entrar en juego y…

El crujidor

(The Crackler).

Tuppence —dijo Tommy—, tenemos que cambiarnos a una oficina mayor.

—¡Bobadas! —contestó ésta—. Se te ha subido el humo a la cabeza y te crees un millonario sólo porque has resuelto un par de casos de pacotilla y con una suerte que verdaderamente no te mereces.

—¿Por qué no le llamas talento en vez de suerte?

—Claro que si te figuras que eres un Sherlock Holmes, un Thorndyke, un McCarty, unos hermanos Okewood, o un compendio de todos a la vez, no tenemos más que hablar. Personalmente te diré que prefiero la suerte a toda la sabiduría del mundo.

—Quizá no hayas dicho ninguna tontería —admitió Tommy—. Necesitamos varios centenares de metros más en estanterías si queremos que Edgar Wallace esté representado como se merece.

—Pero si todavía no hemos tenido ningún caso del corte de Edgar Wallace.

—Ni creo que lleguemos a tenerlo. Si te fijas bien, no da al detective aficionado la más mínima oportunidad. Todos son asuntos para un Scotland Yard. Nada de pacotillas. Albert, el mensajero de la oficina, apareció en la puerta.

—El inspector Marriot desea verle —anunció.

—El hombre misterioso de Scotland Yard —murmuró Tommy.

El inspector avanzó hacia ellos con cara radiante de satisfacción.

—Qué, ¿cómo anda el negocio? —preguntó sonriente.

—No del todo mal —respondió Tuppence.

—Bien, Marriot, ¿qué viento le trae hoy por aquí? —inquirió Tommy—. Supongo que no habrá venido para enterarse sólo del estado de nuestros nervios.

—No —dijo el inspector—. He venido a traer trabajo al brillante míster Blunt.

—¡Ja! —contestó Tommy—. Permítame que responda también con mi brillante monosílabo.

—He venido a hacerle una proposición, míster Beresford. ¿Qué le parece la idea de hacer una redada a una distinguida banda de malhechores?

—¿Banda? Pero ¿es que existen todavía cosas de ésas en el mundo?

—¿Cómo que si existen?

—Creí que eso de las bandas era exclusivo de las novelas policíacas, como los ladrones de levita y los supercriminales.

—El ladrón de levita no es corriente en estos días —convino el inspector—, pero lo que es bandas de maleantes, las hay a centenares.

—No sé qué papel haré yo en eso de las bandas —comentó Tommy—. El crimen vulgar, el crimen que se desarrolla en el seno de una familia corriente y tranquila, ahí es donde yo me luzco. En dramas de profundo interés doméstico. Ésa es mi

especialidad, con Tuppence a mi lado para proporcionar esos pequeños detalles femeninos que son tan importantes y tan frecuentemente olvidados por el profundo cerebro del varón.

Su elocuencia fue interrumpida por el impacto de un almohadón que Tuppence lanzó certeramente contra su cabeza.

—Parece que les ha hecho gracia mi oferta —dijo Marriot sonriendo paternalmente—. Y si no lo toman a ofensa les diré que me place ver a dos jóvenes disfrutando de la vida como ustedes lo hacen.

—¿Cree usted que nos divertimos? —replicó Tuppence mirándole sorprendida—. A decir verdad no habíamos pensado en ello. Pero puede que tenga usted razón… quizá nos estamos divirtiendo.

—Bien, volviendo a lo de la banda —dijo Tommy—. A pesar de mis muchas obligaciones con duquesas, millonarios y lo más selecto del gremio de cocineras, quizá me decida a echarle una mano. No me gusta ver a Scotland Yard en apuros. Usted dirá. —Como dije antes, pueden seguir divirtiéndose. El asunto es el siguiente: hay en este momento una cantidad enorme de billetes falsos de la Tesorería en circulación, millares de ellos. Y además verdaderas obras de arte. Aquí tiene usted uno de ellos. Sacó del bolsillo un billete de una libra y se lo entregó a Tommy.

—¿Verdad que parece bueno? Tommy examinó el billete con gran interés.

—Nunca hubiese sospechado que este billete fuera falso —exclamó.

—Y a muchos les ha ocurrido lo mismo. Ahora compárelo usted con este otro, que es genuino. —Parecen idénticos.

—Yo le diré la diferencia que hay entre ambos. Es casi insignificante, pero aprenderán a conocerla sin dificultad. Tome usted esta lente de aumento.

Cinco minutos de adiestramiento bastaron para convertir a Tommy y a Tuppence en dos verdaderos expertos en la materia.

—¿Y qué quiere usted que hagamos, inspector? —preguntó Tuppence—. ¿Esperar a que algunos de esos billetes lleguen a nuestras manos?

—Algo más *mistress* Beresford. Tengo fe en ustedes y sé que sabrán llegar con éxito al fondo de este escabroso asunto. Hemos descubierto que estos billetes salen a la circulación procedentes del West End. Alguien que por lo visto se mueve en las altas esferas es quien se encarga de su distribución y posiblemente de hacerlos pasar también al otro lado del Canal. Hay una persona que nos interesa muy especialmente. Un tal comandante Laidlaw, quizás hayan oído ya mencionar su nombre.

—Me parece que sí —contestó Tommy—. ¿No es alguien muy relacionado con las carreras de caballos?

—El mismo. Su nombre parece muy familiar en todos los hipódromos. Nada tenemos en realidad contra él, pero existe la impresión general de que se las ha pasado de listo en dos o tres transacciones de carácter un tanto dudoso. Personas que al parecer están al corriente de ellas, sonríen significativamente al oír pronunciar su nombre. Nadie sabe con certeza quién es ni de dónde viene. A su esposa, una linda

francesita, se la ve en todas partes acompañada siempre de una cohorte de admiradores. Estos Laidlaw parecen gastar mucho dinero, y Scotland Yard tiene interés por saber de dónde procede.

—Posiblemente de esta cohorte de admiradores que acaba usted de citar —sugirió Tommy.

—Ésa es la idea general. Particularmente no estoy muy seguro de ello. Quizá sea una mera coincidencia, pero un buen número de billetes parecen proceder de un elegante club de juego que suele ser muy frecuentado por el matrimonio y su camarilla.

—¿Y que quiere usted que hagamos?

—Lo siguiente. Tengo entendido que son ustedes muy amigos de *Mr*. y *Mrs*. Saint Vincent. Éstos, a su vez, están en buenas relaciones, o al menos lo estaban no hace mucho, con la pareja Laidlaw. No les será difícil, a través de ellos, entrar en buenas relaciones con ese grupo; en cambio a ninguno de nosotros nos seria posible intentarlo sin despertar las correspondientes sospechas. No creo que con ustedes ocurra lo mismo.

—¿Y qué es exactamente lo que nosotros hemos de averiguar?

—De dónde consiguen ese dinero, si es que en realidad son ellos los que lo hacen circular.

—Entendido —dijo Tommy—. Míster Laidlaw sale con una maleta vacía. Al regresar, ésta viene llena hasta los topes de billetes de la Tesorería. ¿Cómo se verifica el milagro? Eso es lo que precisa averiguar. ¿No es así?

—Más o menos. Pero no descuiden a la mujer, ni al padre de ésta, míster Heroulade. Recuerden que los billetes circulan a ambos lados del Canal.

—¡Mi querido míster Marriot! —exclamó Tommy en tono de reproche—. Los brillantes detectives de Blum desconocen el significado de la palabra «descuidarse». El inspector se levantó.

—Buena suerte —dijo, y abandonó la estancia.

—¡Oh, Tommy! —aulló, entusiasmada. Tuppence—. ¡Por fin tenemos un caso a lo Edgar Wallace!

—Y que lo digas. Estamos tras las huellas del Crujidor y hemos de dar con él, pese a quien pese.

—¿Crujidor? ¿Qué palabra es ésa?

—Una nueva palabra que he inventado yo que describe a la persona que pone en circulación billetes falsos. ¿No cruje el billete cuando se le manosea? Pues eso, el que lo hace crujir, es un crujidor.

—No está mal, pero a mí me hubiera gustado más el de «Buscavidas». Es más gráfico y si quieres hasta mucho más siniestro.

—No —dijo Tommy—. Yo dije primero «El Crujidor» y ése es el que vale.

—Como quieras. ¡Ay, cómo me voy a divertir, Tommy! ¡Figúrate! ¡Clubes nocturnos a montones! ¡Y bebidas! Tendré que comprarme rimel para las pestañas.

—¡Pero si las tienes ya suficientemente negras! —objetó Tommy.

—No importa, así lo estarán más. ¡Ah y una barra de labios color cereza! ¡La clase más brillante, la mejor!

—¡Tuppence! —dijo su marido—. Eres una descocada. Menos mal que has tenido la suerte de casarte con un hombre sobrio y de experiencia como yo.

—Ya veremos lo que te dura la sobriedad cuando hayas estado unas cuantas veces en el Club Python.

Tommy sacó de un aparador botellas, copas y un mezclador de combinados.

—Pues empecemos ahora mismo —dijo—. Vamos tras de ti, Crujidor —añadió —; conque, ¡prepárate!

Trabar conocimiento con los Laidlaw fue lo más sencillo del mundo. Tommy y Tuppence, jóvenes, bien trajeados, ansiosos de vivir y aparentemente con dinero que gastar, pronto se hicieron amigos de todas las camarillas frecuentadas por los Laidlaw.

El comandante Laidlaw era un hombre alto y rubio, de apariencia típicamente inglesa y modales desenvueltos. Sin embargo, la dureza y las líneas que bordeaban sus ojos y una mirada inquieta y aviesa, no acababan de combinar con su supuesta personalidad.

Tenía fama de ser un habilísimo jugador de cartas, y Tommy observó que rara vez, en especial si las apuestas eran elevadas, se levantaba perdiendo de la mesa.

Marguerite Laidlaw era algo totalmente diferente. Una criatura encantadora, grácil como las ninfas de los bosques y una cara digna de un Greuze. Su exquisito chapurreo del inglés añadía un nuevo encanto a los muchos que ya poseía. No era, pues, de extrañar que la mayor parte de sus admiradores se convirtiesen gustosos en sus esclavos. Parecía haber sentido, desde el principio, una viva simpatía por Tommy, quien, fiel a su consigna, no vaciló en adherirse al numeroso grupo de ardientes seguidores.

—Mi querido Tommy —solía decir—. Positivamente no puedo estar sin mi querido Tommy. Su pelo es del color de una puesta de sol, ¿no les parece?

Su padre, en cambio, era una figura que tenía algo de siniestra. Muy correcto, muy estirado, con su barba negra y recortada y ojos cerrados y observadores.

Tuppence fue la primera en registrar una victoria. Se acercó a Tommy con diez billetes de una libra en la mano.

—Échale un vistazo a esto. Son falsos, ¿no es verdad? Después de examinarlos, Tommy confirmó el diagnóstico de Tuppence.

—¿De dónde los has sacado?

—Del joven Jimmy Fauikener. Marguerite Laidlaw se los dio para que apostara por ella en una de las carreras de caballos. Le dije que yo necesitaba billetes pequeños y se los cambié por uno de diez.

—Todos nuevos y crujientes —dijo Tommy pensativamente—. Se ve que no han pasado por muchas manos. Supongo que el joven Fauikener está a salvo de toda

sospecha.

—¿Quién, Jimmy? Es un encanto de muchacho y somos ya los más grandes amigos.

—Sí, ya lo he visto —respondió fríamente Tommy—. ¿Crees tú que se necesita tanta aproximación?

—Oh, esto no es oficial, Tommy —replicó alegremente Tuppence—. Esto es mero entretenimiento. Es muy bueno y estoy contentísima de librarle de las garras de esa mujer. No tienes idea del dinero que le está costando.

—Me da la impresión de que se está convirtiendo en un pegote, Tuppence.

—Hay veces que hasta a mí se me ocurre lo mismo, pero ¿qué quieres? Es siempre agradable el saber que una es todavía joven y atractiva, ¿no te parece?

—Tuppence, tu sentido moral es deplorablemente bajo. Miras estas cosas desde un punto de vista equivocado.

—Hace tantos años que no me divierto, Tommy —añadió ella con tono de descaro—; y de todos modos, ¿qué has de decir de ti? Me paso los días enteros viéndote pegado, como lo estás, a las faldas de Marguerite Laidlaw.

—Es mi trabajo —replicó secamente Tommy.

—Pero no me negarás que es atractiva.

—No es mi tipo.

—¡Embustero! —dijo Tuppence riendo—. De todos modos creo que me casaría antes con un embustero que con un loco.

—Supongo —contestó Tommy— que no es imprescindible que un marido haya de ser ninguna de las dos cosas.

Entre el séquito de admiradores de *mistress* Laidlaw había un sencillo pero opulento caballero. Se llamaba Hank Ryder.

Mister Ryder venía de Alabama, y desde el primer momento se mostró dispuesto a hacer de Tommy su gran amigo y confidente.

—Es una mujer estupenda, caballero —dijo Ryder siguiendo a Marguerite con ojos embelesados—. No se puede con *la gaie France*. Cuando estoy cerca de ella me parece que el resto del mundo no existe ya para mí.

Al compartir Tommy cortésmente con él sus sentimientos, Ryder se creyó obligado a ampliar su información.

—Es una vergüenza que una criatura así haya de tener inquietudes de carácter monetario.

—¿Acaso cree usted que las tiene?

—¿Que si lo creo? Estoy seguro. Tiene miedo a su marido. Ella misma me lo ha dicho. Ni siquiera se atreve a ponerle al corriente de sus pequeñas cuentas.

—¿Está usted seguro de que son pequeñas?

—¡Cuando yo se lo digo! Después de todo, a una mujer le gusta lucir vestidos, y no es justo que ande por ahí con modelos de la temporada anterior. La suerte tampoco parece acompañarle en el juego. Anoche perdió conmigo cincuenta libras esterlinas.

—Pero había ganado doscientas de Fauikener la noche anterior —añadió Tommy.

—¿Ah, sí? Entonces eso sirve para tranquilizar un tanto mi conciencia. Y a propósito, parece que hay un gran número de billetes falsos circulando por su país en estos momentos. Ingresé un fajo de ellos en el banco esta mañana y el cajero me informó que veinticinco eran falsos.

—Una cantidad bastante elevada, ¿no le parece? ¿Sabe usted si eran nuevos?

—Recién salidos de la imprenta. Y si no me equivoco eran del montón que recibí anoche de *mistress* Laidlaw. Posiblemente vendrían de alguna de las ventanillas de pago del hipódromo.

—¿Sí? Muy probablemente —contestó Tommy.

—Sepa usted, míster Beresford, que esto es algo completamente nuevo para mí. Puede decirse que hace sólo unos días que conozco a todas estas personas. Vine a Europa con el único objeto de disfrutar de esta clase de vida tan llena de atractivos.

Mientras tanto, y por segunda vez, Tommy tuvo la prueba de que los billetes circulaban en sus propias narices y de que Marguerite Laidlaw era, sin duda, una de las encargadas de su distribución.

La noche siguiente hubo una selecta reunión en el lugar mencionado por Marriot. Aunque el pretexto era el baile, la verdadera atracción la constituían dos grandes salas de juegos veladas al público por regios cortinajes y en las que grandes sumas cambiaban diariamente de manos con prodigiosa celeridad.

Marguerite Laidlaw, levantándose para salir de ellas, pasó a Tommy un montón de billetes de pequeña cuantía.

—Por favor, Tommy —dijo—, tenga la bondad de cambiármelos por uno grande. Fíjese. No caben en mi pequeño bolso.

Tommy le entregó el billete de cien libras que le pedía. Después, en un solitario rincón, examinó detenidamente el lote. Como esperaba, más del veinticinco por ciento eran falsos.

¿De dónde sacaría aquella mujer esta morralla?, se preguntó sin lograr encontrar respuesta satisfactoria. ¿Del comandante Laidlaw? Imposible. Albert vigilaba sus más insignificantes movimientos y nada encontró en él que pudiera dar lugar a tal sospecha.

Tommy pensó a continuación en el melancólico míster Heroulade. Éste hacía frecuentes viajes al continente. ¿Qué trabajo le costaría traerse cada vez un buen cargamento de billetes con los baúles y maletas? ¿Cómo? Un discreto doble fondo y…

Salió del club absorto en estos pensamientos, cuando algo inesperado distrajo su atención. En la calle, y en un estado que ciertamente no podía calificarse de sobrio, estaba míster Hank P. Ryder tratando de colgar su sombrero en el radiador de un coche.

—Esta condenada percha, esta condenada percha —decía en tono lastimero—, no es como las que tenemos en los Estados Unidos. Allí puede uno colgar su sombrero

todas las noches, sí, señor, todas las noches. ¡Hombre! ¿Por qué lleva usted dos sombreros?

—Seguramente porque tendré también dos cabezas —respondió gravemente Tommy.

—Pues es verdad —replicó Ryder—. Es la primera vez que veo a un hombre con dos cabezas. Bueno, vamos a tomarnos un combinado. Cualquiera. El que más rabia le dé. De coñac, de ginebra, de vermut… Los mezclamos todos en una jarra de cerveza… y ¡adentro! ¿Qué? ¿Cree usted que yo no puedo? Pues le apuesto…

Tommy le interrumpió tratando de calmarle.

—No, no; le creo, pero ¿qué le parece si nos fuéramos a casa?

—Yo no tengo casa —dijo Ryder echándose a llorar.

—Bueno, ¿en qué hotel se hospeda?

—Yo no puedo ir a casa —prosiguió Ryder—. He de ir a la caza del tesoro. Buena ocupación, ¿verdad? Pero no soy yo. Es ella quien la hace. En Whitechapel, ¿sabe usted?

—Bien, bien, dejemos eso —interrumpió nuevamente Tommy—. ¿Dónde quiere usted…?

Ryder pareció resentirse por la poca atención que Tommy prestaba a sus palabras. Se irguió de pronto y con un milagroso y perfecto dominio de sus palabras, añadió:

—Joven, escuche usted lo que le digo. Fue Marguerite quien me llevó. En su coche. A la caza del tesoro. Todos los de la aristocracia inglesa lo hacen. Está bajo unos guijarros. Quinientas libras. ¿Lo oye? Se lo digo porque ha sido bueno para mí y quiero que participe de este gran hallazgo. Nosotros los estadounidenses…

—¿Qué es lo que ha dicho? —preguntó Tommy poco ceremoniosamente—. ¿Que *mistress* Laidlaw le llevó en su coche?

El estadounidense movió la cabeza afirmativamente, con la solemnidad de un búho.

—¿A Whitechapel? Nuevo movimiento de la cabeza.

—¿Y dice que encontró allí quinientas libras?

—No, yo no —corrigió—. Ella. A mí me dejaron fuera. En la calle. Como siempre.

—¿Sabría volver a ese sitio?

—¡Claro! Hank Ryder nunca olvida su rumbo. Tommy se lo llevó casi a empellones, lo metió en el coche y salió a toda prisa en dirección al Este. El aire fresco de la noche pareció reanimarle. Después de haber permanecido unos instantes recostado sobre el hombro de Tommy se irguió con la cabeza despejada.

—Eh, joven, ¿dónde estamos? —preguntó.

—En Whitechapel. ¿Fue aquí donde usted vino esta noche con *mistress* Laidlaw?

—Sí, sí; el sitio me es familiar —admitió Ryder mirando a su alrededor—. Me parece que torcimos a la izquierda en una de esas calles. Ah, sí, en aquélla.

Tommy obedeció mientras Ryder continuaba dando sus instrucciones.

—Sí, ésta es. Ahora a la derecha. ¡Uf, qué peste hace aquí! Siga usted y pare en la esquina que hay después de esa taberna. Tommy se apeó y ayudó a Ryder a hacer lo propio. Después avanzaron a lo largo de un oscuro callejón a cuya izquierda daban las traseras de una fila de ruinosas viviendas, la mayor parte de las cuales tenían puertas que comunicaban con el pasadizo. Míster Ryder se detuvo frente a una de ellas.

—Aquí es —declaró sin titubear—. Me acuerdo perfectamente.

—Es extraño, porque todas me parecen iguales —dijo Tommy—, y me trae a la memoria el cuento del soldado y la princesa. ¿Recuerda que tuvieron que marcar con una cruz la puerta para poder reconocerla después? ¿Qué le parece si hiciéramos ahora lo mismo?

Riéndose sacó una tiza del bolsillo e hizo lo que acababa de sugerir. Después se puso a observar una hilera de pequeñas sombras que se paseaban en lo alto de los muros lanzando escalofriantes maullidos.

—Parece que abundan los gatos por esta localidad —comentó.

—Por lo visto —respondió Ryder—. ¿Qué? ¿Entramos?

—Sí, pero adoptemos las debidas precauciones. Miró primero a ambos lados del callejón y se encontraron frente a un oscuro patio que Tommy inspeccionó unos instantes con ayuda de una linterna eléctrica que previsoramente se había echado al bolsillo.

—Parece que oigo pasos en el callejón —dijo Ryder retrocediendo de pronto.

Tommy permaneció inmóvil unos segundos, y al no ver confirmadas las sospechas de Ryder, prosiguió su camino atravesando el patio hasta llegar a otra puerta, ésta ya de comunicación con el interior y que, como la primera, nadie, por lo visto, se había tomado la precaución de cerrar con llave.

La abrió suavemente y una vez dentro volvió a detenerse escuchando con atención.

De pronto sintió que unos brazos le envolvían y le arrojaban al suelo con violencia.

Al encenderse un pequeño mechero de gas, Tommy vio cuatro caras patibularias que le miraban amenazadoras.

—Ah, vamos —dijo complacido después de haber echado una rápida ojeada a su alrededor—; por lo visto, me encuentro en el cuartel de los excelentes artistas de la imprenta.

—Cierre el pico —aulló uno de sus feroces aprehensores.

La puerta se abrió tras Tommy y una voz harto conocida dijo:

—Conque por fin le habéis echado el guante, ¿eh? Vaya, vaya. Ahora, señor polizonte, se dará cuenta de la tontería que ha cometido al venir aquí.

—¡Caramba! ¡Si es mi simpático amigo, míster Hank Ryder! ¡Esto sí que es una sorpresa!

—No se esfuerce en convencerme. Le creo. ¡Si supiera lo que me he reído viéndole venir aquí como un cordero! Conque tratando de engañarnos, ¿eh? Yo supe quién era usted desde el primer momento, y, sin embargo, le dejamos incluso alternar con nuestro grupo. Pero cuando se le ocurrió sospechar seriamente de la linda Marguerite, me dije: «Creo que ya es tiempo de darle una pequeña lección». Me temo que esta vez sus amigos tardarán bastante tiempo en tener noticias de usted.

—¿Planean acaso liquidarme?

—No, por Dios. Somos enemigos de procedimientos radicales. Nos limitaremos a retenerlo en nuestro poder el tiempo que creamos conveniente.

—¿Ah, sí? Pues no sabe usted lo que me molesta el que me retengan contra mi voluntad.

Mister Ryder sonrió displicentemente mientras de lo lejos llegaba el melancólico eco de un concierto de voces gatunas.

—¿Está usted especulando sobre el resultado que le ha de dar la cruz que dibujó en la puerta trasera? —le dijo—. No se preocupe. Yo también conozco la historia del soldado y la princesa, y cuando volví al callejón hace un rato, lo hice sólo para representar el papel de un enorme perro con los ojos tan grandes como ruedas de carro. Si pudiese salir un momento vería que todas las puertas están marcadas con una cruz idéntica a la que puso en la nuestra. Tommy dejó caer la cabeza con desaliento.

—Se creyó usted muy listo, ¿no es verdad? —preguntó Ryder.

Acababa de pronunciar estas palabras cuando se oyó fuera una fuerte conmoción, un ruido desacostumbrado.

—¿Qué es eso? —preguntó asustado. Un asalto simultáneo se estaba verificando a ambos lados de la casa. La puerta trasera cedió sin gran esfuerzo y a los pocos instantes la figura del inspector Marriot apareció en el umbral de la habitación ocupada por Ryder y sus secuaces.

—Acertó usted, Marriot —dijo Tommy—. Éste es el distrito. Aquí tengo el gusto de presentarle a míster Hank Ryder, que al parecer conoce unas historias muy interesantes para Scotland Yard.

»Como usted ve, míster Ryder —prosiguió—, yo también tenía mis sospechas acerca de usted. Albert, mi mensajero, no sé si le conocerá, tenía órdenes de seguirme en motocicleta si a mí se me ocurría la idea de salir de paseo en su compañía. Y mientras ostentosamente, y para llamar su atención, marcaba con una cruz blanca la puerta del patio, no se dio usted cuenta que derramaba en el suelo el contenido de un frasco que llevaba escondido en la mano. Era esencia de valeriana, que, aunque no huele muy bien, es un manjar para los gatos, e hizo que todos los de la vecindad se congregaran frente a esta casa, dando así su posición exacta para cuando llegara la policía.

Contempló unos instantes al sorprendido míster Ryder y después se puso en pie.

—Prometí, «Crujidor», que caería usted en mis manos —dijo—, y he cumplido mi palabra.

—¿De qué demonios está usted hablando? —preguntó Ryder—. ¿Qué quiere usted decir con Crujidor?

—Lo sabrá cuando salga el próximo diccionario de criminología —contestó Tommy—. Etimología dudosa.

Miró a su alrededor con cara radiante de felicidad y añadió:

—Buenas noches, Marriot. Debo marcharme al dulce hogar, donde generalmente terminan los cuentos. No hay recompensa como el amor de una buena mujer, y ésta es la que a mí me espera en casa. Vamos, me lo figuro, porque en estos tiempos modernos no puede uno fiarse de nada ni de nadie. Ésta ha sido una misión un poco peligrosa para mí, Marriot. ¿Conoce usted al capitán Jimmy Fauikener? ¡Baila maravillosamente, y en cuanto a su gusto por los combinados…! Le repito, Marriot, ha sido una misión demasiado peligrosa para mí.

El misterio de Sunningdale

(The Sunningdale Mystery).

—¿Sabes dónde vamos a ir a comer hoy, Tuppence?

Mistress Beresford reflexionó unos instantes.

—¿Al Ritz? —respondió.

—Vuelve a pensar.

—¿A aquel rinconcito del Soho?

—No —dijo Tommy dándose importancia—. Si te he de decir la verdad, a una de las tiendas del ABC. A esta misma que aquí ves, para ser más exacto.

La condujo diestramente al interior del establecimiento y se sentaron frente a una mesa de mármol situada en un apartado rincón.

—Como ves, el lugar es inmejorable —dijo Tommy con satisfacción—. ¿Se puede pedir algo mejor?

—Oye, oye —preguntó su esposa—. ¿Cómo te ha entrado tan de repente ese amor por la simplicidad?

—Tú sabes ver, Watson, pero no observar. Ahora quisiera saber si alguna de esas altivas damiselas se digna fijar su atención en nuestras humildes personas. Ah, sí, veo que una se dirige hacia aquí. Parece angustiada, pero estoy seguro de que en su subconsciente siguen bullendo las ideas de los huevos fritos y de los potes de té. Señorita, tenga la bondad de traer unas chuletas con patatas fritas para mí y una taza grande de café, un panecillo, mantequilla y una ración de lengua para la señora.

La camarera empezó a repetir desdeñosamente la orden, pero fue interrumpida por la voz de Tuppence, que le dijo:

—No, no, nada de chuletas con patatas fritas. Al caballero tráigale una tarta de queso y un vaso de leche.

—Una tarta de queso y un vaso de leche —repitió la camarera en tono más desdeñoso aún que la vez anterior.

—No era absolutamente preciso que me pusieras en ridículo —observó fríamente Tommy.

—Ya lo sé, pero no me negarás que tengo razón. ¿No has dicho que ahora eres «el viejo del rincón»? ¿Dónde tienes el pedazo de cuerda?

Tommy sacó de uno de sus bolsillos un enmarañado cordón e hizo dos nudos en él.

—Como ves, completo hasta el último detalle —murmuró.

—Sin embargo, cometiste un pequeño error al ordenar tu comida.

—Las mujeres sois tan literales en vuestro modo de discernir… —añadió Tommy —. Si hay algo que odio en este mundo es la leche y las tartas de queso. Las dos cosas tienen la virtud de revolverme la bilis.

—Sé un artista, Tommy, y contémplame cómo ataco a este plato de fiambre. No cabe duda de que la lengua es estupenda. Bien, ahora ya me tienes dispuesta a hacer el papel de Polly Burton. Haz otro nudo algo más grande y empieza.

—Antes de nada —dijo Tommy—, y hablando estrictamente en el terreno no oficial, permíteme que haga unas pequeñas divagaciones. El negocio no anda muy bien últimamente, y si éste no viene a nosotros, tendremos que ser nosotros quienes vayamos a él. Fijemos nuestras mentes en uno de los grandes misterios públicos del momento; en el Sunningdale, pongo por caso.

—¡Ah! —exclamó Tuppence con profundo interés—. ¡El misterio de Sunningdale!

Tommy sacó del bolsillo un arrugado recorte de periódico y lo extendió sobre la mesa.

—Éste es el último retrato del capitán Sessle tal como apareció en el *Daily Leader*. Muy borroso, por cierto. Y al llamarle antes «misterio» me equivoqué. Debía haber dicho el presunto misterio de Sunningdale. Quizá lo sea para la policía, no lo niego, pero no para una persona que se precie de inteligente.

—Vuelve a tejer otro nudo —le aconsejó Tuppence.

—No sé hasta qué punto recordarás el caso —prosiguió reposadamente Tommy.

—Me lo sé de memoria —replicó sonriente Tuppence—. Pero no quiero interrumpir tu elucubración.

—Hará poco más de tres semanas —empezó a relatar Tommy— que tuvo lugar el fúnebre hallazgo en las pistas de un famoso club de golf. Dos miembros del mismo se hallaban jugando a primera hora de la mañana, cuando de pronto se detuvieron horrorizados ante el cuerpo de un hombre que yacía boca abajo en el séptimo *tee*[1]. Aun antes de darle la vuelta habían reconocido en él al capitán Sessle, figura bien conocida de todos y que siempre llevaba una llamativa chaqueta de brillante color azul.

»Era frecuente ver al capitán Sessle practicando en las pistas a primera hora de la mañana y la creencia original fue que había muerto instantáneamente, víctima de una afección cardiaca. Pero un examen detenido del doctor reveló el hecho siniestro de haber sido asesinado, apuñalado en el corazón con un estilete muy significativo, el alfiler de un sombrero de mujer. También se comprobó que llevaba muerto más de doce horas.

»Esto dio un aspecto completamente diferente a la cuestión; no tardaron en aparecer nuevos datos que arrojaron un poco más de luz sobre el asunto. Prácticamente la última persona que vio con vida al capitán Sessle fue míster Hollaby, su amigo, y socio en la Compañía de Seguros Porcupine, que relató la historia de la forma siguiente:

»Sessle y él habían jugado juntos una ronda completa horas antes del suceso. Después de tomar el té, aquél sugirió la idea de jugar unos cuantos agujeros más antes de que oscureciese, cosa a la que Hollaby accedió. Sessle parecía de excelente

humor y estaba en magnífica forma para el juego. Hay una vereda pública que cruza las pistas y se hallaban ya en la sexta meseta cuando Hollaby se dio cuenta de la presencia en ella de una mujer que se encaminaba en dirección al lugar en que ellos se encontraban. Era alta y vestía un traje de color marrón. Era todo cuanto podía recordar, ya que, a su juicio, ni él ni el capitán prestaron gran atención a su persona.

»La vereda en cuestión cruza frente al séptimo *tee* —continuó Tommy—. La mujer había pasado de largo y se detuvo a cierta distancia como en actitud de espera. El capitán Sessle fue el primero en llegar al *tee*, pues Hollaby se había dirigido al agujero a reponer este espigón. Cuando este último se dirigió al *tee* se sorprendió al ver que Sessle y la mujer discutían animadamente. Cuando se encontró más cerca, ambos se volvieron de pronto y Sessle chilló por encima del hombro: "Estaré de vuelta dentro de un minuto".

»Dice que a continuación se alejaron caminando juntos y enfrascados en una acalorada conversación. La vereda deja allí el terreno de juego y pasando por entre dos estrechos setos que bordean unos jardines viene a salir al camino de Windiesham.

»Fiel a su promesa y con gran satisfacción de Hollaby, reapareció el capitán Sessle en el momento en que otros dos nuevos jugadores se acercaban tras él y la visibilidad iba haciéndose cada vez menor. Reanudaron el juego y al punto Hollaby se dio cuenta de que algo grave debió haber ocurrido a su compañero. No sólo fallaba lamentablemente las tiradas, sino que en su cara se manifestaban síntomas de una fuerte inquietud y apenas si se dignaba contestar a las observaciones que con toda la buena fe se dignaba hacerle su compañero.

»Completaron el séptimo y octavo agujero y después el capitán Sessle declaró de modo brusco que no veía y que deseaba retirarse a su casa. Del sitio en que entonces se hallaba partía una especie de atajo que conducía directamente a la carretera de Windiesham, y Sessle lo tomó para llegar antes a su pequeña residencia. Hollaby habló con el comandante Barnard y míster Lecky, que eran los otros dos jugadores a quienes antes he hecho referencia, y les mencionó el súbito cambio que se había operado en su amigo. También éstos le habían visto hablar con la mujer del vestido color marrón, pero no estuvieron lo suficientemente cerca para poder verle la cara. Como aquél, se preguntaban qué motivos podría haber tenido Sessle para haberse trastornado de aquel modo tan incomprensible como radical.

»Regresaron juntos a la "Casa Club" y, por lo que se ha podido deducir, fueron las últimas personas que vieron con vida al difunto capitán. Ocurrió ello en un miércoles, que es el día en que expiden los billetes económicos para Londres. El matrimonio que se encargaba de la casita de campo de Sessle había ido a la ciudad según su costumbre y no volvieron hasta ya bien entrada la noche. Entraron en la casa, y, creyendo dormido a su amo, se retiraron tranquilamente a sus habitaciones. *Mistress* Sessle, su esposa, se encontraba en aquellos momentos ausente.

»Durante nueve días, el asesinato del capitán fue la comidilla de muchos hogares. Nadie podía sugerir un motivo plausible para el crimen. La identidad de una mujer

alta con el vestido color marrón continuaba siendo un misterio. La policía, como siempre, fue acusada de negligencia. El tiempo, sin embargo, vino a probar lo contrario. Una semana después, una muchacha llamada Doris Evans fue arrestada y acusada de haber asesinado al capitán Sessle.

»Pocas eran las pruebas que la policía logró aportar para el esclarecimiento de la verdad. Un pelo rubio encontrado entre los dedos del difunto, y unas cuantas hilachas de lana color rojizo, prendidas en uno de los botones de su chaqueta azul. Indagaciones hechas en la estación del ferrocarril y otros puntos aportaron los siguientes datos:

»Una muchacha vestida con chaqueta y falda de color rojizo había llegado por tren a eso de las siete de la noche y había preguntado por el camino que conducía a la casa del capitán Sessle. La misma mañana reapareció en la estación dos horas más tarde. Traía el sombrero ladeado y la cabellera en desorden y parecía hallarse presa de una viva agitación.

»En muchos aspectos nuestra policía es admirable. Con tan escasas referencias, consiguieron arrestar a la muchacha e identificarla como una tal Doris Evans. Se le acusó de asesinato advirtiéndole que cualquier cosa que dijera podría ser usada en su contra. Ella, no obstante, persistió en hacer una declaración que, con insignificantes variantes, fue la misma que repitió en otros interrogatorios.

»Su versión fue la siguiente: era mecanógrafa de profesión. Trabó conocimiento una tarde en el cine con un hombre bien vestido que, al parecer, se había prendado de ella. Su nombre, dijo, era Anthony, y sugirió que le fuese a visitar a su casita de campo de Sunningdale. No tenía la menor idea de que este hombre fuese casado. Habían convenido en que ella iría el miércoles, día, como recordarás, en que criados y esposa estarían ausentes. Por fin le confesó que su nombre completo era Anthony Sessle y le dio asimismo el nombre y señas de su casa.

»Se presentó en ella el día prefijado y fue recibida por Sessle, que acababa de llegar del campo de golf. Trató, dijo Doris, de mostrarse afable y cortés, pero había algo extraño en sus modales que casi le hizo arrepentirse de haber efectuado el viaje.

»Después de una comida frugal, preparada ya de antemano, Sessle sugirió la idea de un paseo. La muchacha consintió y juntos salieron a lo largo de la carretera internándose por el atajo que habría de conducirles a los campos de golf. De pronto, y cuando cruzaban frente al séptimo *tee*, dice que Sessle sacó un revólver y lo agitó amenazador en el aire.

»Todo ha terminado para mí, exclamó. Estoy arrumado, vencido, loco. Debo desaparecer, y tú conmigo. Mañana encontrarán nuestros cuerpos…

»Y así una serie de estupideces más. Había sujetado a Doris Evans por un brazo, y, comprendiendo esta que se las había con un demente, hizo esfuerzos desesperados por librarse de sus garras, o, en su defecto, de apoderarse del arma que llevaba en las manos. En la lucha debió perder alguna hebra de sus cabellos, así como hilachas de su vestido, que quedarían prendidas en los botones de la chaqueta de Sessle.

»Finalmente, y con un esfuerzo supremo, dice que logró desasirse de sus brazos y correr como una loca a través de las pistas en espera siempre de la bala que habría de poner fin a sus esperanzas de salvación. Cayó dos veces de bruces sobre la hierba, pero logró rehacerse y llegar ilesa a la estación sin ser objeto, como temía, de alguna nueva persecución.

»Ésta es la historia relatada por Doris Evans y que, sin grandes variantes, ha repetido cuantas veces ha sido interrogada. Niega obstinadamente haber hecho uso de arma alguna en propia defensa, cosa que hubiese sido natural, dadas las circunstancias, y si me apuras, lo que más hubiese podido aproximarse a la verdad. En apoyo de su historia se ha encontrado un revólver entre unas matas que había no lejos del lugar en que fue encontrado el cadáver. Ninguna bala del mismo había sido disparada.

»No tardará en celebrarse el juicio, pero el misterio sigue siendo tan impenetrable como antes. Si hemos de creer en su declaración, ¿quién apuñaló al capitán Sessle? ¿La otra mujer? ¿La del vestido color marrón que tanto pareció contrariarle? Hasta ahora nadie ha podido explicarse la relación que esta desconocida pudiera tener con el caso. Apareció como por arte de encantamiento por una de las veredas que cruzan las pistas y luego desapareció con Sessle por el atajo, sin que haya vuelto a saberse nada de ella. ¿Quién era? ¿Una residente de la localidad? ¿Una visitante de Londres? Y si fue esto último, ¿cómo llegó aquí? ¿En automóvil? ¿En tren? No había nada de extraordinario en ella con excepción de su estatura, ni nadie puede aportar ningún dato adicional. No podía haber sido Doris Evans, puesto que, como todos sabemos, ésta es pequeña y además acababa de llegar en aquel preciso momento a la estación.

—¿La esposa? —sugirió Tuppence—. ¿Qué me dices de la esposa?

—Es la primera sobre la que, como es natural, recaen las sospechas. Pero no olvides, Tuppence, que *mistress* Sessle es asimismo pequeña. Además, Hollaby la conoce muy bien, sin contar, como ya hemos dicho, que se hallaba ausente en dicho día. Hay algo, sin embargo, que ha trascendido al público y que es muy digno de tenerse en cuenta. La Compañía de Seguros Porcupine está en quiebra. El examen de los libros revela una escandalosa apropiación indebida de fondos, lo cual parece confirmar las palabras que Doris Evans oyó de labios del capitán Sessle. Ni míster Hollaby ni su hijo tenían conocimiento de dicha sustracción. Se dice que están prácticamente arruinados.

»El caso, pues, puede presentarse como sigue: el capitán Sessle estaba arruinado y a punto de ser descubierto. Un suicidio hubiera sido la solución más natural, pero el carácter de la herida descarta toda sospecha en ese sentido. ¿Quién lo mató? ¿Fue Doris Evans? ¿Fue la mujer del traje color marrón?

Tommy se detuvo, tomó un sorbo de leche, torciendo el gesto, y mordió cautamente un pedazo de tarta de queso.

—Claro —murmuró Tommy— que me doy perfecta cuenta de cuál es la principal dificultad del caso.

—¿Ah, sí? —preguntó ansiosa Tuppence.

—Sí. Pero lo que no acabo de encontrar es la solución. ¿Me preguntas que quién mató al capitán? Pues no lo sé.

Sacó del bolsillo nuevos recortes de periódico.

—Aquí tienes los retratos de *mistress* Sessle, de Hollaby, de su hijo y de Doris Evans.

Tuppence estudió detenidamente el último de los citados.

—No creo que esta mujer haya cometido el asesinato —comentó—. Al menos con un alfiler de sombrero, como dicen.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Ah, un detalle a lo *lady* Molly. Sencillamente, porque lleva el pelo muy corto. Sólo una mujer, de cada veinte, usa esa clase de alfileres en estos días, lleve o no largo el cabello. Los sombreros hoy se adaptan perfectamente sin necesidad de prendedor alguno.

—Pero ¿quién sabe si ella lo llevaba?

—¡Mi querido Tommy, las mujeres no acostumbramos a llevar esas cosas como si fuesen recuerdos de familia! ¿Qué demonios pensaría hacer ella con esa aguja en Sunningdale?

—Entonces no nos queda otro remedio que achacar el crimen a la del vestido marrón.

—De haber sido esta baja, yo hubiera dicho que se trataba de su mujer. Siempre he sospechado de las esposas que están ausentes cuando algo les ocurre a los maridos. Si ella hubiese encontrado al suyo conversando amigablemente con otra muchacha, es posible que hubiese sido ella la que hubiese echado mano de un arma como la que acabamos de mencionar.

—Por lo que veo tendré que andar con sumo cuidado —observó Tommy.

Pero Tuppence se había metido en profundos pensamientos y no quería que por ningún motivo se la distrajera.

—¿Cómo son los Sessle? —preguntó de pronto—. ¿Qué es lo que la gente dice acerca de ellos?

—Por lo que he podido comprobar, son muy populares. Y por lo visto, un matrimonio perdidamente enamorado el uno del otro. Eso es lo que hace la actuación de esta muchacha un poco sospechosa. Es lo último que hubiera podido esperarse de un hombre como Sessle. Como sabes, era un exsoldado. Recibió al retirarse una buena cantidad de dinero y lo invirtió en el negocio de seguros. ¿No te parece extraño que un hombre así se convierta en un ladrón de la noche a la mañana?

—¿Hay pruebas irrefutables de que sea un ladrón? ¿No podrían haber sido los otros dos los que hicieron la sustracción?

—¿Los Hollaby? Dicen que están arruinados.

—Sí, sí, eso es lo que ellos dicen. ¿Y quién me asegura que no tienen su dinero en algún banco y bajo nombre supuesto? Sé que es arriesgado esto que acabo de decir,

pero… ¿tú me entiendes, verdad? Supongamos que hubiesen estado especulando con el dinero de la Compañía sin saberlo Sessle, como es natural, y que lo hubiesen perdido. ¿No crees que la muerte de Sessle, en el momento en que ocurrió, les habría favorecido grandemente?

Tommy golpeó el retrato de los Hollaby con uno de sus dedos.

—¿Te das cuenta de que estás acusando a este caballero de haber asesinado a su socio y amigo? ¿Te olvidas de que se separó de Sessle a la vista de Barnard y Lecky y de que pasó con ellos la noche en el Hotel Dormy? Además, te olvidas también del pequeño adminículo.

—¿Qué adminículo?

—El alfiler.

—Oh, vete a paseo. ¿Tú crees que ese alfiler delata el hecho de que el crimen fuese cometido por una mujer?

—Naturalmente. ¿Y tú no lo crees?

—¡No! Los hombres son siempre dados a lo arcaico. Tardan años en desprenderse de ideas preconcebidas. Asocian siempre los alfileres de sombrero y los de gancho con el sexo débil y los llaman «armas femeninas». Quizá lo fueran en el pasado, pero están ya en desuso en la actualidad. No recuerdo haber llevado uno de esos alfileres en los últimos cinco años.

—¿Entonces tú crees…?

—Que fue *un hombre* quien mató a Sessle. El alfiler lo utilizan para hacer recaer las sospechas sobre una mujer.

—Hay algo de cierto en lo que acabas de decir, Tuppence —dijo pausadamente Tommy—. Es extraordinario cómo cambian de aspecto las cosas a medida que van desmenuzándose.

Tuppence asintió con un movimiento de cabeza.

—Todo ha de ser perfectamente lógico si lo miramos desde un punto de vista perfectamente natural. Y recuerda lo que cierta vez dijo Marriot acerca del punto de vista del detective aficionado: que tenía cierta nota de intimidad. Conocemos algo acerca de las personas como el capitán Sessle y su esposa. De lo que son capaces de hacer y de lo que no lo son de ninguna manera. Tommy se echó a reír.

—¿Quieres decir —preguntó— que eres suficiente autoridad para saber lo que una mujer de pelo corto puede llevar consigo y de lo que una esposa es capaz de sentir en un momento determinado? —Algo por el estilo.

—¿Y de mí? ¿Qué es lo que yo puedo saber acerca de los maridos? ¿De que escogen muchachas para sus escarceos y…?

—No —respondió gravemente Tuppence—. Tú conoces bien el terreno en que se cometió el crimen. Has estado en él, no como detective en busca de pruebas, sino como jugador de golf. Conoces bien el juego y sabes, por lo tanto, que algo grave debió ocurrir para que aquel hombre cambiara de pronto su forma de juego y decidiera por fin abandonar el terreno.

—Efectivamente, algo muy grave debió ser. Sessle tiene un *hándicap* de dos agujeros, y desde el séptimo *tee* dicen que jugó como un principiante.

—¿Quiénes lo dicen?

—Barnard y Lecky. Venían jugando tras él, como recordarás.

—Sí, eso fue después de encontrarse con aquella mujer, la del vestido color marrón. Le vieron también hablar con ella, ¿verdad?

—Sí…, o por lo menos.

Tommy se calló de pronto y se quedó mirando fijamente el pedazo de cuerda que tenía entre las manos.

—Tommy, ¿qué te pasa? —le preguntó sorprendida Tuppence.

—No me interrumpas —dijo aquél—. Estoy jugando el sexto agujero de Sunningdale. Sessle y Hollaby están sin avanzar en la plataforma del sexto agujero que hay frente a mí. Empieza a anochecer, pero distingo claramente la brillante chaqueta azul de Sessle. Y en la vereda que hay a mi izquierda veo acercarse a una mujer. No viene de la derecha. Y cosa rara, ¿cómo apareció de súbito sin que antes la viera, estando en el quinto *tee*, pongo por caso? Se detuvo unos instantes.

—Acabas de decir que yo conocía el terreno. Pues bien, tras el sexto *tee* hay una especie de choza o refugio subterráneo en el que cualquiera podría haber esperado hasta el momento que él juzgase oportuno y en el que fácilmente podía uno, caso de creerlo necesario, hacer un cambio radical en su aspecto exterior. Quiero decir…, oye, Tuppence, y ahora es cuando necesitamos de nuevo tus conocimientos especiales sobre ciertas cosas. ¿Sería muy difícil para un hombre el caracterizarse de mujer y luego volver de nuevo a su indumentaria original? ¿Podría, por ejemplo, ponerse unas faldas sobre los pantalones bombachos?

—¡Claro que sí! La mujer parecía un tanto corpulenta, pero nada más. Digamos una falda larga color marrón, un jersey del mismo color y de corte análogo al que usan los hombres, un sombrero de señora, de fieltro, y unos montoncitos de rizos cosidos en éste a modo de peluca. Eso sería todo cuanto haría falta; me refiero, como es natural, para producir un relativo efecto a distancia que supongo que es a lo que tú quieres referirte.

—¿Y el tiempo requerido para la transformación?

—De mujer a hombre, un minuto y medio escaso, quizá menos. De hombre a mujer, un poco más. Tendría que arreglarse un poco el sombrero y los rizos, y estirarse la falda, que, como es natural, tendería a pegarse a los pantalones de golf.

—Eso no me preocupa. Lo que me interesa es el tiempo que tardaría para lo primero. Como te decía, estoy jugando en el sexto agujero. La mujer del traje color marrón ha llegado ahora al séptimo *tee*. Lo cruza y espera. Sessle, con su chaqueta azul, se dirige al sitio en que está ella. Hablan durante un minuto y luego se alejan juntos y desaparecen por el atajo que conduce a la carretera de Windiesham. Hollaby permanece solo en el *tee*. Pasan dos o tres minutos. Ahora ya estoy en el césped. Regresa el hombre de la chaqueta azul y reanuda su juego, esta vez en forma torpe e

inconcebible. La luz se hace cada vez más escasa…, mi compañero y yo proseguimos la partida… y el hombre vuelve a desaparecer, esta vez definitivamente, por el atajo. ¿Qué le ocurrió para que así cambiara su juego y diera la impresión de ser un hombre totalmente diferente?

—Quizá la solución esté en la mujer, o en el hombre, si, como tú supones, era un hombre vestido con un traje de color marrón.

—Exactamente. Recuerda, además, que el sitio por donde se retiraron primero es un lugar oculto a la vista de cualquier curioso, y de que en él hay unas matas de tojo donde fácilmente se puede esconder un cadáver hasta el momento oportuno de poder efectuar su traslado a un lugar conveniente.

—¡Tommy! ¿Crees que fue entonces cuando…? Pero ¿cómo es que nadie oyó…?

—¿Oyó qué? Todos los doctores convienen en que la muerte fue instantánea. He visto morir a muchos así en la guerra. Nunca gritan, por lo general. Sólo oyes un apagado estertor, un gemido, quizá sólo un suspiro, una débil tos. Sessle viene en dirección al séptimo *tee* y la mujer se adelanta y habla con él. Éste la reconoce y se sorprende de ver a un hombre bajo semejante disfraz. Curioso por saber el motivo de aquella mascarada, se deja conducir fuera del alcance de la vista del resto de los jugadores. Un pinchazo en el corazón con la mortífera aguja y Sessle se desploma, muerto. El otro oculta el cuerpo bajo las matas. Se desprende rápidamente de sus atavíos de mujer. Los esconde. Se pone la conocida chaqueta azul y vuelve de nuevo al *tee*. Le bastaron tres minutos para realizar todo el programa. Los jugadores que vienen detrás no pueden ver bien su cara, pero sí, en cambio, su clásica prenda de vestir. No dudan de que sea Sessle, *pero todos convienen en que su forma de jugar es la de un hombre totalmente diferente*. Y nada de particular tenía esta apreciación, puesto que en realidad lo *era*.

—Pero…

—Punto número 2. Su acción de llevar a la muchacha a aquel lugar es también la acción de *un hombre diferente*. No fue Sessle quien se encontró con Doris en la puerta del cine y quien la indujo a ir a Sunningdale. Era un hombre que decía llamarse así. Recuerda que Doris Evans *jamás llegó a ver el cadáver*. De haberlo visto habría sorprendido a la policía con la declaración de que aquel hombre no era el mismo que la llevara a las pistas de golf la noche de autos y que en forma tan vehemente le hablara de suicidarse. Se trataba de un plan preconcebido con sumo cuidado. Invitar a la muchacha a casa de Sessle el miércoles (día en que ésta estaría vacía), y ejecutar después el crimen con el objeto que haría indudablemente desviar las sospechas en dirección a una mujer. El asesino se encuentra con la muchacha, la lleva a la quinta, le da de cenar y después la saca de paseo hasta llegar a la escena del crimen, donde, mediante una bien ideada pantomima, consigue ponerla en fuga. Una vez ella ha desaparecido, todo cuanto tiene que hacer es sacar el cuerpo de la víctima y dejarlo boca abajo en un sitio en que más tarde fuera encontrado. El revólver lo tira bajo unos arbustos. Después envuelve cuidadosamente falda y sombrero, y ahora he

de admitir que lo que sigue es una mera conjetura, se dirige con toda probabilidad a Woking, que está sólo a ocho o nueve kilómetros del lugar, y de allí se vuelve de nuevo a la ciudad.

—Un momento —dijo Tuppence—. Hay una cosa que todavía no has explicado. ¿Qué se hizo de Hollaby?

—¿De Hollaby?

—Sí. Admito que los jugadores que venían detrás no pudieron comprobar si se trataba en realidad de Sessle. Pero no me dirás que un hombre que estuvo constantemente a su lado quedara hipnotizado por la chaqueta hasta el extremo de no ver siquiera las facciones de aquel suplantador de Sessle.

—Querida Tuppence —le contestó Tommy con aire triunfal—. Ahí es donde sin duda alguna está la clave del misterio. Hollaby sabía muy bien quién era el impostor. Como ves, estoy adoptando tu teoría, la de que Hollaby y su hijo eran en realidad los desfalcadores. El asesino debía de ser alguien que tenía acceso a la casa y conocía perfectamente sus usos y costumbres. Así se comprende lo de la elección del día y de que, asimismo pudiera obtener con facilidad una copia de la llave de la entrada. Creo que Hollaby hijo responde casi por entero a la descripción. Tiene más o menos la misma edad y estatura que Sessle y ambos llevan la cara totalmente rasurada. Es posible que Doris Evans haya visto alguna de las fotografías del difunto publicadas por los periódicos, pero, como tú misma pudiste observar, lo borroso de la copia hacía poco menos que imposible la identificación. —¿Y no vio nunca a Hollaby en el juzgado?

—El hijo no apareció para nada en el caso. ¿Y para qué, si no tenía declaración alguna que hacer? Fue el viejo Hollaby quien dio la cara durante todo el curso del proceso. Nadie hasta la fecha se ha preocupado en inquirir acerca de los movimientos del hijo en dicha tarde.

—Sí, sí, todo lo que has dicho me parece lógico y natural —admitió Tuppence—. ¿Por qué no vas y se lo cuentas todo a la policía?

—Porque no me escucharían.

—¿Quién ha dicho que no? —preguntó inesperadamente una voz a su espalda.

Al volverse, Tommy se encontró cara a cara con el inspector Marriot, que, en la mesa próxima, hacía los honores a su suculento plato de huevos fritos con jamón.

—Vengo a menudo a comer aquí —explicó Marriot—. Como le decía, tendremos mucho gusto en escucharle. A decir verdad, hace rato que lo estoy haciendo. No me importa decirle que jamás hemos estado conformes con los balances presentados por la Sociedad de Seguros Porcupine. Aunque sin pruebas en que basarnos, teníamos también sospechas de los Hollaby, padre e hijo. Este asesinato vino a enmarcar un tanto nuestras ideas, pero gracias a lo que acabo de oír de ustedes, la posición de todos se ha aclarado considerablemente. Enfrentaremos al joven Hollaby con Doris Evans para ver si ésta lo reconoce. Lo más probable es que sea así. Ha sido muy

ingeniosa su idea acerca de lo ocurrido con la chaqueta y procuraré que los brillantes detectives de Blunt tengan por ello el honor que se merecen.

—¡Oh, es usted muy amable, inspector! —dijo agradecida Tuppence.

—Se sorprenderían si supieran el alto concepto que tenemos de ustedes dos en el Yard —replicó el impasible agente de la ley—. Y, ahora, una pregunta: ¿podría decirme, míster Beresford, el significado de esa cuerda que tiene usted entre las manos?

—¡Oh, ninguno! —contestó Tommy, metiéndosela apresuradamente en uno de los bolsillos—. Rarezas mías. En cuanto a la tarta de queso y a la leche, es que estoy a dieta. Dispepsia nerviosa. Ya sabe usted que todos los hombres atareados adolecemos de este mal.

—¡Ah, vamos! —replicó el detective—. Yo creí que había usted estado leyendo… En fin, no tiene importancia.

El inspector hizo un malicioso guiño con uno de los ojos y prosiguió con su interrumpido refrigerio.

La muerte al acecho

(The House of Lurking Death).

—¿Qué…? —empezó a decir Tuppence, pero se detuvo de pronto.

Acababa de entrar en el despacho privado del gerente de la oficina de los brillantes detectives de Blunt y quedó sorprendida al ver a su dueño y señor con un ojo pegado a la secreta mirilla desde donde podía verse con claridad cuanto ocurriese en la salita de espera adjunta.

—¡Chist…! —dijo Tommy aplicándose un dedo a los labios y hablando en voz queda—. ¿No has oído el timbre? Es una muchacha, bonita por cierto, o al menos a mí me lo parece. Albert le está contando la consabida historia de mis compromisos con Scotland Yard.

—Déjame echar un vistazo —le pidió Tuppence. Aunque reacio a hacerlo, Tommy hubo de ceder a los deseos de su esposa, quien a su vez se puso a inspeccionar a la recién llegada por el disimulado orificio de observación.

—No está mal —admitió—. Y su vestido es sencillo, pero elegante.

—¿Cómo que no está mal? Está estupenda, querrás decir. Es una de esas mujeres que nos describe Masón en sus obras. Ya sabes a cuáles me refiero. Ésas tan simpáticas, y guapas, y de inteligencia nada común, sin llegar a sabihondas. Creo que…, mejor dicho, estoy seguro de que esta mañana tendré que hacer el papel de Hanaud.

—¡Hum…! —gruñó Tuppence—. ¿Sabes lo que estás diciendo? Ese detective es precisamente el reverso de tu medalla. ¿Puedes acaso hacer esos cambios relámpago que él hace? ¿Ser lo comediante que él es?

—Yo sólo sé una cosa —dijo Tommy—. Que soy el capitán de la nave y que, por lo tanto, a ti te toca sólo obedecer. ¿Estamos? Ahora voy a recibir a esa joven.

Oprimió el timbre que había al alcance de su mano y al poco rato entró Albert, precediendo a la cliente.

La muchacha se detuvo indecisa en el umbral. Tommy se adelantó, diciendo:

—Pase usted, *mademoiselle*, y sírvase tomar asiento. Tuppence emitió un ruido como de haberse atragantado y Tommy se volvió a ella con súbito cambio en sus modales. El tono de su voz era amenazador:

—¿Decía usted algo, *miss* Robinson? Me figuro que no, ¿verdad?

Tras añadir una furibunda mirada, reanudó su interrumpida entrevista.

—Prescindamos de todo formulismo —dijo—, y hábleme de ello. Después estudiaremos el modo de poderla ayudar.

—Es usted muy amable —contestó—. Perdóneme la pregunta. ¿Es usted extranjero?

Nuevo azoramiento de Tuppence seguido de otra mirada incendiaria de su marido por el rabillo del ojo.

—No, exactamente —dijo con dificultad—; pero he estado algunos años trabajando en Francia. Los métodos que yo sigo son los mismos que emplea la *Sureté*. La muchacha pareció impresionarse. Era, como Tommy había indicado, encantadora. Joven y esbelta, con un dorado mechón rebelde que aparecía bajo el ala de su pequeño sombrero de fieltro, y un par de hermosos y límpidos ojos azules.

Que estaba nerviosa, saltaba a la vista. Se retorcía los dedos con impaciencia y no cesaba de manipular el cierre de su elegante bolso de laca encarnada.

—Primeramente, míster Blunt, debo decirle que me llamo Lois Hargreaves y que vivo en un vetusto caserón conocido por el nombre de Thurnly Grange y situado en plena campiña. Tenemos la aldea de Thurnly en las cercanías, pero ésta es pequeña e insignificante. No obstante, el tenis en verano y las cacerías en invierno hacen que no experimentemos soledad ni tedio alguno en nuestro aislamiento. Hablando sinceramente, he de admitir que prefiero nuestra vida a la de la ciudad.

»Le digo esto para que comprenda que en un lugar tan pequeño y apartado como el nuestro cualquier cosa que ocurra reviste siempre caracteres de sensacional. Hará una semana recibí una cajita de chocolatinas por correo. Nada en ella hacía indicar su procedencia. Como yo no soy nada aficionada a las golosinas pasé la caja a los demás de la casa con el resultado de que cuantos comieron dulces cayeron enfermos, quejándose de fuertes dolores de estómago. Enviamos a buscar al doctor, quien después de hacer varias indagaciones, resolvió llevarse las chocolatinas que quedaban a fin de que fueran sometidas a un análisis. Míster Blunt, ¡aquellas chocolatinas contenían arsénico! No lo suficiente para matar a una persona, pero sí para que ésta se sintiera alarmantemente mal.

—¡Extraordinario! —comentó Tommy.

—El doctor Burlón se mostró preocupadísimo. Era la tercera vez que un caso así ocurría en la localidad y siempre en residencias de personas que pudiéramos llamar acomodadas. Parecía como si alguien, de muy bajos instintos, se entretuviese en gastar una absurda broma que nada tenía de humana, por cierto.

—Así es, *miss* Hargreaves.

—El doctor Burlón lo atribuyó, absurdamente, a mi modo de entender, a algún movimiento de agitación socialista. Pero lo cierto es que hay uno o dos descontentos en la villa y nada tendría tampoco de particular que éstos supiesen algo del asunto. El doctor Burlón se empeñó en que pusiera el caso en manos de la policía.

—Una sugerencia muy natural —dijo Tommy—; pero por lo visto usted no lo ha hecho, ¿verdad, *miss* Hargreaves?

—No —replicó ésta—. Odio la publicidad y el escándalo, y además conozco la forma como actúa nuestro inspector de distrito en materia de investigación criminal. He leído a menudo sus anuncios y he tratado de convencer al doctor Burton sobre la conveniencia de contratar los servicios de un detective privado.

—¡Oh!

—He visto también que mencionan, con gran profusión por cierto, la palabra «discreción». ¿He de entender por ello que… que nada se ha de hacer público sin mi consentimiento? Esta vez fue Tuppence quien hizo uso de la palabra.

—Creo —dijo sin mover un solo músculo de la cara— que lo mejor sería que *miss* Hargreaves contara primero *cuanto tenga que decir*.

El énfasis que puso en las últimas palabras hizo sonrojar nerviosamente a Lois Hargreaves.

—Sí —asintió Tommy—. *Miss* Robinson tiene razón. Debe usted decirnos cuanto sepa acerca del particular en la seguridad de que lo consideraremos como declaración estrictamente confidencial.

—Gracias. Le advierto que vine ya decidida a hablar con entera franqueza. Tengo una razón para no haber acudido, como me pidieron, a la policía. Míster Blunt, aquella caja de chocolatinas había sido enviada por alguien que vive en mi propia casa.

—¿Cómo lo sabe usted, *mademoiselle*? —Muy sencillamente. Tengo el hábito infantil de dibujar tres peces entrelazados en cualquier pedazo de papel que caiga en mis manos. Hará unos días llegó de Londres un paquete que contenía medias de seda. Estábamos desayunando. Acababa de resolver un crucigrama que venía en el periódico de la mañana y, sin darme cuenta, y antes de abrirlo, me puse a dibujar los dichosos pececillos en la etiqueta que venía pegada en la parte superior. No volví a acordarme de la ocurrencia hasta que al fijarme en el papel que envolvía las chocolatinas observé en él la punta de una etiqueta, el resto había sido arrancado, al parecer, y sobre ella, casi entero, mi ridículo dibujo. Tommy acercó su silla.

—Es muy serio lo que acaba de referir —dijo—. Crea, como usted ha dicho bien, una fuerte sospecha de que el remitente de los dulces es alguien que vive sin duda bajo su propio techo. Sin embargo, le ruego me perdone si insisto en decirle que no veo todavía motivo alguno que justifique su decisión de no acudir a la policía.

Lois Hargreaves le miró durante unos instantes serenamente a los ojos.

—Yo se lo diré, míster Blunt. Quizá necesite mantener este asunto en el más absoluto secreto.

—En ese caso —respondió Tommy, volviéndose a alejar—, ya veo que no está dispuesta a hacernos partícipes de sus sospechas.

—No sospecho de nadie en particular —dijo—. Admito sólo que existe la posibilidad.

—Bien. Ahora, ¿quiere usted hacerme el favor de describirme detalladamente a todos cuantos hoy viven en la casa?

—Los sirvientes, con excepción de la doncella, son antiguos criados que han permanecido en la familia un gran número de años. Debo explicarle, míster Blunt, que he crecido junto a mi tía *lady* Radcliffe, cuyo marido le dejó al morir una inmensa fortuna. Fue él quien compró Thurnly Grange, pero a su muerte, ocurrida dos años después de haberse establecido allí, mi tía envió a buscarme y decidió que

me quedase a vivir con ella. Al fin y al cabo, era yo el único pariente que le quedaba con vida. El otro huésped de la casa era Dennis Radcliffe, sobrino de su marido, y a quien siempre he llamado primo, no obstante no ligarme a él lazo alguno de consanguinidad. Tía Lucy tenía el propósito, con excepción de una pequeña suma destinada a atender mis gastos, de dejar todo su dinero a Dennis. Era dinero de los Radcliffe, decía, y a un Radcliffe, por lo tanto, debía ir a parar. Sin embargo, al cumplir Dennis los veintidós años, hubo una violenta disputa entre tía y sobrino, según creo por ciertas deudas que éste había contraído, y al morir tía Lucy un año después quedé sorprendida al enterarme de que, contrariamente a lo que en principio decidiera, había testado a mi favor. Fue, lo sé, un gran golpe para Dennis y nadie como yo sintió tanto lo ocurrido. Quise hacer una declaración de renuncia, pero Dennis no la aceptó. No obstante, y cuando llegué a la mayoría de edad, me apresuré a hacer un testamento, poniéndole todo de nuevo a su nombre. Es lo menos que podía hacer por él. Así, si algo me ocurre, volverá Dennis a disfrutar de lo que en justicia le pertenece.

—Y…, ¿cuándo cumplió usted su mayoría de edad, si puede saberse?

—Hace exactamente tres semanas.

—¡Ah! —exclamó Tommy—. ¿Quiere usted darme ahora toda clase de particularidades acerca de los que viven en la casa en estos momentos?

—¿Criados o…?

—De todos.

—Los sirvientes, como he dicho, y con una sola excepción, llevan muchos años en la casa. Está la vieja *mistress* Holloway, cocinera, y su sobrina Rose como ayudanta. Luego hay dos criados, también de edad, y Hannah, que lo fue de mi tía y que a mí me tiene un gran afecto. La doncella se llama Esther Quant, y parece una buena muchacha. En cuanto a no sirvientes, están *miss* Logan, que fue compañera de tía Lucy y que prácticamente es la que lleva la casa; Dennis, el capitán Radcliffe, de quien ya le he hablado, y una joven llamada Mary Chilcott, amiga mía del colegio, que ha venido a pasar una temporada con nosotros.

Tommy quedó pensativo unos instantes.

—Bien, todo parece estar claro, *miss* Hargreaves —dijo después—. Admito que no tenga usted un motivo especial para dudar de alguien en particular, pero…, ¿no es verdad también que existe en usted el temor de que no haya sido precisamente un criado quien haya tenido la mala ocurrencia de enviar esas chocolatinas?

—Eso es cierto, míster Blunt; pero sigo sin tener la menor idea de quién pudo haber sido el que empleó el pedazo de papel al que antes he hecho referencia.

—Entonces sólo queda una cosa por hacer, y es que yo me persone en el lugar del suceso. La muchacha le miró sorprendida.

—Sugiero —prosiguió Tommy después de pensar unos momentos— que prepare usted el camino para la llegada a su casa… digamos de *Mr*. y *Mrs*. Van Dusen, amigos suyos de Estados Unidos. ¿Podrá hacer esto sin despertar sospechas?

—¡Claro! ¿Cuándo vendrán ustedes? ¿Mañana… o pasado?

—Mejor mañana. No conviene que perdamos tiempo.

—Entonces, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

La muchacha se levantó y tendió una mano en señal de despedida.

—Una pequeña advertencia, *miss* Hargreaves. Ni una palabra a nadie, ¿me entiende usted bien?, a nadie, acerca de nuestra verdadera personalidad.

—¿Qué te parece todo esto, Tuppence? —preguntó Tommy después de haber acompañado a la visita hasta la puerta.

—Que no me gusta —respondió decididamente Tuppence—. En especial lo de que las chocolatinas hayan tenido esa cantidad tan pequeña de arsénico.

—¿Qué quieres decir?

—¿Pero no lo ves, acaso? Todas esas chocolatinas las está distribuyendo alguien para dar la sensación de que hay un maníaco en la localidad. Así, cuando la muchacha fuese envenenada, que lo será tarde o temprano, todos creerían que se trataba meramente de la obra de un irresponsable. A no ser por ese pequeño detalle de los peces, ¿quién se habría imaginado que el envío de los dulces se había hecho desde la propia casa?

—Tienes razón. ¿Crees entonces que se trata de un complot contra la muchacha?

—Me temo que sí. Recuerdo haber leído algo acerca del testamento de *lady* Radcliffe y de la enorme cantidad de dinero que se relacionaba con él. Esa muchacha ha entrado en posesión de una inmensa fortuna.

—Sí, y ya la has oído. Hace sólo tres semanas que testó en favor del capitán Radcliffe. ¿No te parece algo sospechoso? Éste es el único que sale ganando con su muerte.

Tuppence asintió con un movimiento de cabeza.

—Y lo malo es que, por lo visto, ella lo sabe. Así se comprende que no haya querido poner el asunto en manos de la policía. Debe de estar muy enamorada de él para obrar en la forma que lo ha hecho.

—En ese caso —dijo Tommy, pensativo—, ¿por qué diablos no se casa con ella? La solución sería más sencilla y más segura.

Tuppence le miró fijamente unos segundos.

—Creo que has dicho una gran verdad —observó.

—¡Claro! ¿Por qué apelar al crimen cuando hay un medio legal de conseguir el mismo fin? Tuppence quedó pensativa.

—Ya lo tengo —anunció de pronto—. Con toda seguridad se habría casado con alguna camarera durante su estancia en Oxford. Esto explica asimismo el motivo de la riña con su tía.

—Entonces, ¿por qué no haber enviado también unos cuantos dulces a la camarera? —sugirió Tommy—. Habría sido lo más práctico. Por lo que más quieras, Tuppence, no tengas esa mala costumbre de establecer conclusiones antes de tiempo.

—No son conclusiones —replicó Tuppence con dignidad—. Son deducciones. ¡Cómo se ve que ésta es tu primera corrida, queridísimo esposo! Cuando lleves, como yo, algún tiempo en la arena…

Tommy le tiró a la cara el primer almohadón que halló a mano.

Oye, Tuppence, ven enseguida. Era la hora del desayuno de la mañana siguiente. Tuppence abandonó apresuradamente sus habitaciones y se presentó en el comedor. Tommy se paseaba nervioso a lo largo de la estancia con un periódico entre las manos.

—¿Qué ocurre?

Tommy le entregó el diario señalándole uno de los encabezamientos de la primera plana. Decía así:

CASO MISTERIOSO DE ENVENENAMIENTO MUERTES PRODUCIDAS POR INGERIR EMPAREDADOS DE PASTA DE HIGOS

Tuppence leyó al detalle la noticia. Esta misteriosa intoxicación por tomainas había ocurrido precisamente en Thurnly Grange. Los informes de las muertes ocurridas hasta el momento de la publicación se referían a *miss* Lois Hargreaves, la dueña de la casa, y a la camarera, Esther Quant. También decía que un tal capitán Radcliffe y una cierta *miss* Logan se hallaban en estado grave. La causa del cataclismo se atribuía a la pasta de higos empleada para la confección de unos emparedados. Una tal *miss* Chilcott, que se había abstenido de comerlos, no experimentó molestia alguna.

—Debemos salir al instante para Thurnly Grange —dijo Tommy—. ¡Esa muchacha! ¡Pobrecilla! ¿Por qué no se me habría ocurrido ir ayer en vez de hoy?

—De haberlo hecho —replicó Tuppence—, seguramente te habría dado la mala idea de probar los emparedados y estarías ya en el otro mundo. Bueno, no lo pensemos más. Aquí dice que Dennis Radcliffe es otro de los que resultaron intoxicados.

—¡El muy cochino…! No te quepa duda de que está haciendo una comedia.

Llegaron a Thurnly Grange casi al mediodía, y una mujer entrada en años y con los ojos enrojecidos por el llanto, salió a abrirles la puerta.

—Óigame —se adelantó a decir Tommy—, no soy ningún periodista ni nada que se le parezca. *Miss* Hargreaves fue a visitarme ayer y me suplicó que viniese. ¿Hay alguien en la casa con quien yo pudiera entrevistarme?

—Si quiere usted hablar con el doctor Burton —contestó la mujer, muy recelosa —, está aquí en estos momentos. También está *miss* Chilcott. Ella es la que se encarga de recibir las visitas. Pero Tommy optó por la primera invitación.

—Prefiero hablar con el doctor Burton —dijo con acento autoritario—. Y, a ser posible, al instante.

La criada le condujo a un pequeño saloncito. Cinco minutos después se abrió la puerta y entró un hombre alto, canoso, de hombros encorvados y una honda

preocupación reflejada en el rostro.

—¿Doctor Burton? —inquirió Tommy, entregándole su tarjeta profesional—. *Miss* Hargreaves me visitó ayer con referencia a unas chocolatinas envenenadas y vengo a investigar el asunto a requerimiento suyo. Demasiado tarde, por lo que tengo entendido.

El doctor Burton le miró con fijeza.

—¿Es usted el propio míster Blunt?

—Sí. Y ésta es mi ayudante, *miss* Robinson.

El doctor hizo una ceremoniosa reverencia a Tuppence.

—En las presentes circunstancias, no creo necesario recurrir al empleo de la reticencia. De no ser por el episodio de las chocolatinas, yo hubiese dicho que las muertes se debieron a una fuerte intoxicación por tomainas; tomainas, dicho sea de paso, de un carácter en extremo virulentas. En todos los casos hay una gran inflamación intestinal, seguida de hemorragias. Antes de hacer mi dictamen, he decidido llevarme la pasta de higos para proceder a su debido análisis.

—¿Sospecha usted de intoxicación por arsénico?

—No. El veneno, si es que en realidad lo hay, es algo mucho más activo y de acción rápida. Más bien parece una potente toxina vegetal.

—¡Ah! Quisiera preguntarle, doctor Burton, si está usted seguro de que el capitán Radcliffe sufre los efectos de una intoxicación análoga a la que usted acaba de citar. El doctor le miró fijamente unos instantes.

—El capitán Radcliffe no sufre ya los efectos de ninguna clase de envenenamiento.

—¡Ah! —exclamó Tommy—. Ya me…

—El capitán Radcliffe murió esta mañana a las cinco.

Tommy se quedó de una pieza.

—¿Y la otra víctima, *miss* Logan? —añadió el detective al ver que el doctor se disponía a partir.

—Habiendo sobrevivido hasta este momento, tengo todas las razones para creer que se repondrá totalmente. Siendo como es ya vieja, parece que el veneno no ha actuado con tanta virulencia. Ya le comunicaré el resultado del análisis, míster Blunt, mientras tanto, espero que *miss* Chilcott podrá ponerle al corriente de todo cuanto desee.

Al acabar de pronunciar esas palabras se abrió de nuevo la puerta y en ella apareció una joven. Era alta, con piel quemada por el sol y grandes y profundos ojos azules. El doctor hizo las necesarias presentaciones.

—Me alegro de que haya usted venido, míster Blunt —dijo Mary Chilcott—. Esto ha sido algo horrible. ¿Puedo serle de utilidad?

—Sí. ¿Se sabe de dónde vino esa pasta de higos?

—De Londres. Es una clase que, según parece, la piden aquí con frecuencia. Nadie sospechó que este tarro en particular difiriese en lo más mínimo de los demás

que hasta ahora se han venido recibiendo. A mí personalmente me desagrada el sabor del higo. A ello se debe realmente mi inmunidad. Lo que no puedo comprender es cómo pudo resultar afectado Dennis habiendo salido precisamente a tomar el té fuera de casa. A no ser, claro que cabe en lo posible, que se le ocurriese tomar un emparedado a la vuelta.

Tommy sintió en el brazo la presión de los dedos de Tuppence.

—¿A qué hora regresó? —preguntó.

—No lo sé exactamente, pero enseguida puedo averiguarlo.

—No hace falta, *miss* Chilcott. Muchas gracias. ¿Tendría usted inconveniente de que ahora interrogara a los criados?

—¡Claro que no! Puede usted hacer cuanto guste, míster Blunt. Y siento no poder ayudarle como quisiera, porque estoy deshecha. Dígame, usted no cree que haya habido aquí…, ¿cómo le diré…?, una mano criminal, ¿verdad?

—No sé qué pensar. Pronto lo sabremos.

—Sí, he oído decir al doctor Burton que piensa mandar analizar la pasta…

Dando una excusa, salió por el ventanal para dar unas órdenes a los jardineros.

—Tú ocúpate de los criados, Tuppence, mientras yo voy a echar un vistazo a la cocina. ¡Ahí!, oye, *miss* Chilcott dijo que estaba «deshecha», pero a mi no me lo pareció. ¿Y a ti?

Tuppence hizo un gesto de duda, pero se marchó sin responder.

Marido y mujer se reunieron media hora más tarde.

—Ahora confrontemos nuestros resultados —dijo el detective—. Los emparedados fueron servidos con el té y la camarera se comió uno de ellos. Todos sabemos cuáles fueron las consecuencias. La cocinera está segura de que Dennis Radcliffe no había vuelto a la hora en que salió a recoger el servicio. Qué extraño, ¿verdad? ¿Cómo pudo entonces haberse envenenado?

—Dennis llegó a las siete menos cuarto —añadió Tuppence—. La criada le vio desde una de las ventanas. Tomó un combinado antes de cenar, en la biblioteca. Hace sólo un momento que iban a retirar la copa, pero afortunadamente llegué a tiempo y se la quité a la criada de las manos. Dicen que fue después de tomar el combinado cuando Radcliffe empezó a sentirse mal.

—Bien —dijo Tommy—. Se la llevaremos al doctor Burton dentro de un momento. ¿Algo más?

—Me gustaría ver a Hannah, la criada de confianza de *lady* Radcliffe. He oído decir que es un poco rara.

—¿Rara? ¿En qué sentido?

—En que no anda muy bien de la cabeza.

—Bueno, vamos a verla.

Subieron al primer piso, donde Hannah tenía su propio saloncito de descanso. Allí la encontraron sentada en un amplio sillón de alto respaldo y con una Biblia abierta

sobre las rodillas. Ni siquiera alzó la mirada al entrar los dos desconocidos. Continuó leyendo para sí, aunque esta vez en voz alta.

—Dejad que ascuas encendidas caigan sobre sus cabezas y los sepulten en el Averno para que no puedan volver a levantarse jamás.

—¿Puedo hablar con usted unos minutos? —preguntó Tommy.

Hannah hizo un impaciente gesto con la mano.

—No es el momento oportuno —respondió—. El tiempo apremia. *Seguiré a mis enemigos y no me volveré hasta haberlos alcanzado y destruido*. Así está escrito. La palabra del Señor ha llegado hasta mí. Soy el azote del Señor.

—¿No te lo he dicho? —murmuró Tuppence al oído de su marido—. Loca como un cencerro.

Tommy cogió un libro que yacía abierto y boca abajo sobre una mesa. Miró el título, lo cerró y se lo puso tranquilamente en el bolsillo.

De pronto la vieja se levantó y se volvió a ellos en actitud amenazadora.

—¡Salgan de aquí! ¡La hora se acerca! El viento sopla hacia donde él quiere. Así destruyo yo. Perecerán los impíos. Ésta es la morada del mal, ¡del mal, lo digo yo! ¡Guardaos de la cólera del Señor, cuyo instrumento soy!

Avanzó furiosa y Tommy, juzgando prudente no llevarle la contraria, optó por retirarse. Desde la puerta la vio sentarse de nuevo y continuar con la lectura.

—Me gustaría saber si esta vieja ha estado siempre así —dijo pensativo al abandonar la estancia.

De pronto sacó el libro que había guardado en el bolsillo y se lo entregó a Tuppence, diciendo:

—Fíjate en eso, y dime si no es lectura un tanto extraña para una criada ignorante.

—*Materia Médica* —leyó Tuppence—. Por Edward Logan. Un libro relativamente antiguo. ¿Qué te parece si nos fuésemos a ver a *miss* Logan? Dijo el doctor que se hallaba fuera de todo peligro.

—¿Quieres que se lo digamos a *miss* Chilcott?

No. ¿Para qué? Más vale que nos hagamos anunciar por medio de una cita.

Después de una breve espera, les anunciaron que *miss* Logan estaba dispuesta a recibirles. Entraron en una espaciosa alcoba cuyas ventanas daban al jardín. En la cama estaba acostada una anciana de blancos cabellos y una cara de facciones delicadas en las que se veían las huellas de un prolongado sufrimiento.

—He estado muy enferma —dijo con voz débil—, y no puedo hablar mucho tiempo. Ellen me dice que son ustedes detectives. Eso quiere decir que Lois fue a consultarles, ¿verdad? Me dijo que pensaba hacerlo.

—Es cierto, *miss* Logan —respondió Tommy—. Seremos lo más breves posible, pero quisiéramos que contestara a unas cuantas preguntas. ¿Cree usted que la criada Hannah está en sus cabales?

—¡Naturalmente! Quizá peque de un exceso de religiosidad, pero… nada más.

Tommy mostró el libro que había encontrado en el cuarto de aquélla.

—¿Es esto suyo, *miss* Logan?

—Sí. Perteneció a mi padre, que era un eminente doctor. Fue uno de los introductores de la sueroterapia. En la débil voz de la anciana vibraba una nota de orgullo.

—Ya decía yo que recordaba ese nombre —mintió piadosamente Tommy—. ¿Se lo dejó usted a Hannah por casualidad?

—¿Yo? ¿A Hannah? —replicó la anciana irguiéndose con altivez—. ¿Acaso lo habría entendido? Todo cuanto hay en él es eminentemente técnico.

—Sí, ya lo he visto. Pero lo cierto es que lo encontré en las habitaciones de Hannah.

—¡Es una vergüenza! —añadió *miss* Logan—. Les tengo dicho que no me gusta que los criados anden tocando mis cosas.

—¿Dónde cree usted que debería estar?

—En el estante de mi saloncito de descanso. Espere… Es posible que me lo pidiera Mary. Esta muchacha ha sido siempre muy aficionada a la herboristería. Ya lleva hechos uno o dos experimentos en mi pequeña cocina. Porque tengo mi cocinilla propia, ¿no lo sabe?, donde acostumbro a hacer licores y conservas según la antigua usanza. La querida Lucy, me refiero a *lady* Radcliffe, estaba enamorada de una tisana que yo preparaba para sus resfriados. La pobre Lucy era muy propensa a los constipados. Y también Dennis. ¡Pobre Dennis! Su padre era primo hermano mío.

Tommy interrumpió súbitamente esta clase de divagaciones.

—¿Dice usted que esa cocinilla es suya? ¿Hay alguien más que la use, aparte de *miss* Chilcott y de usted, como es natural?

—Sí, Hannah acostumbra a hacer aquí nuestro té matinal.

—Gracias, *miss* Logan —dijo Tommy—. Es cuanto tengo que preguntarle de momento y espero no haberla fatigado en exceso.

Abandonaron la alcoba y descendieron de nuevo al piso inferior.

—Aquí hay algo que no acabo de comprender —dijo Tommy frunciendo el ceño.

—A mí me da miedo la casa —contestó Tuppence, que no pudo reprimir un involuntario estremecimiento—. Más vale que salgamos a ver si el aire puro nos despeja un poco y podemos pensar con mayor claridad.

Tommy asintió, y el matrimonio se puso en marcha. Fueron primero a casa del doctor, donde dejaron la copa en que Dennis bebió su último combinado. Después se dedicaron a caminar a campo traviesa, discutiendo punto por punto todos los aspectos del caso.

—No sé por qué —arguyó Tommy—, pero me siento un poco culpable de lo ocurrido.

—¡Niñerías! —respondió Tuppence—. ¿Acaso no has hecho lo que has podido? ¿No recomendaste a Lois Hargreaves que pusiera el asunto en manos de Scotland Yard? De no haber venido a nosotros, puedes tener la seguridad de que tampoco hubiese hecho nada.

—Y el resultado habría sido el mismo. Sí, tienes razón, Tuppence. Es morboso reprocharse a sí mismo cosas que en realidad no se pueden evitar. Lo único que ahora quisiera es dar con la clave de este misterio.

—Lo cual no es tan fácil como parece.

—Tú lo has dicho. Son muchas las posibilidades, pero ninguna consigue llegar a la categoría de probable. Una de ellas, por ejemplo, la de que hubiese sido Dennis Radcliffe quien pusiera el veneno en los emparedados. Sabía de antemano que no iba a estar presente en el té. Todo perfectamente admisible, ¿verdad?

—Sí —replicó Tuppence—, pero contra eso hay el hecho de que él mismo resultó envenenado, lo cual le elimina por completo de la lista de sospechosos. Hay una persona, sin embargo, que no debemos olvidar ni por un momento, y ésta es Hannah.

—¿Hannah?

—Hay personas que cometen toda suerte de rarezas cuando están atacadas de manía religiosa.

—Es cierto, y creo que debiéramos poner nuestras dudas en conocimiento del doctor Burton.

—Pero, según *miss* Logan —prosiguió Tuppence—, nunca, con seguridad, había dado muestras de perturbación mental.

—Es así precisamente cómo esta enfermedad se manifiesta en cierta clase de sujetos. A lo mejor se pasan años sin mostrar más síntomas que el de cantar himnos, pongo por caso, encerrados en sus habitaciones, y de pronto y sin causa justificada alguna, se tornan violentos y cometen toda suerte de atrocidades.

—Existen, en realidad, más pruebas contra Hannah que contra cualquier otra —dijo pensativa Tuppence—; pero tengo una idea. Se detuvo.

—Di… —le animó a proseguir Tommy.

—No es totalmente una idea. Se trata más bien de un prejuicio.

—¿Un prejuicio contra alguien?

Tuppence asintió con un significativo movimiento de cabeza.

—Tommy, ¿te gustó Mary Chilcott? Tommy reflexionó unos instantes.

—Creo que sí —respondió—. Me dio la sensación de ser una muchacha cabal y práctica, quizá demasiado práctica, pero digna de toda confianza.

—¿No te extrañó un poco verla tan tranquila y como si nada hubiese ocurrido?

—Sí, pero eso más que perjudicarla la favorece. De haber hecho algo, sin duda se habría mostrado más inquieta y preocupada.

—También yo lo creo así —dijo Tuppence—. De todos modos, no veo qué ventaja podría haber sacado de esa masacre.

—Supongo que las criadas nada tendrán que ver con este asunto.

—No creo. Lo que sí me gustaría saber es cómo era Esther Quant, la camarera. Oye, ¿te fijaste en una serie de manchitas encarnadas que *miss* Logan tenía en el brazo?

—No. ¿Qué tienes que decir de ellas?

—Nada, sino que parecían señales de inyecciones hipodérmicas —contestó Tuppence.

—Se las habrá puesto, sin duda, el doctor.

—¿Tantas? —¿Por qué dices «tantas»?

—Porque eran por lo menos treinta o cuarenta.

—Quién sabe si es aficionada a los estupefacientes… —sugirió Tommy.

—Fue en lo primero que pensé —respondió Tuppence—, pero en los ojos no tenía ese extraño fulgor que generalmente acompaña al uso de la cocaína o de la morfina. Además, no me parece el tipo apropiado para esa clase de degeneraciones.

—Es verdad —convino Tommy.

—Esto está resultando más difícil de lo que me figuré —dijo Tuppence—. Hemos hablado y hablado, pero no adelantamos un solo centímetro de terreno. Lo mejor es que pasemos ahora mismo por la casa del doctor.

Al llegar a ella abrió la puerta un joven larguirucho de unos quince años de edad.

—¿Míster Blunt? —inquirió—. Sí, el doctor ha salido; pero dejó esta nota para usted.

Le entregó un papel que Tommy abrió sin perder un instante. Decía así:

Querido míster Blunt:

Hay motivos para creer que el veneno fue el ricino, foxalbumosa vegetal de gran potencia. Sírvase guardar reserva sobre este particular de momento.

—¿Ricino? —murmuró—. ¿Sabes algo de él, Tuppence? Tú estabas versada en todas estas materias.

—¿Ricino? —se preguntó ella, pensativa—. Sí, creo que se extrae del aceite del mismo nombre.

—Y que, dicho sea de paso, no fue nunca santo de mi devoción —comentó Tommy—. Y con lo que acabo de enterarme, mucho menos.

—El aceite está bien; pero el ricino en sí puede extraerse directamente de las mismas semillas de la planta. Creo haber visto algunas de éstas en el jardín esta mañana, unas plantas grandes con hojas muy lustrosas y brillantes.

—¿Quieres decir que alguien se entretuvo en extraer el veneno en esta misma casa? ¿No habrá sido Hannah? Tuppence movió negativamente la cabeza.

—No, es demasiado ignorante para intentar hacer una cosa así.

De pronto, Tommy lanzó una exclamación.

—¡El libro! —dijo—. ¿Lo tendré todavía en el bolsillo? Sí, aquí está.

Lo sacó y se puso a hojear ansiosamente las páginas.

—¿Puedes descifrar algo de estos jeroglíficos que hay aquí? —preguntó—. Yo, no.

—Sí, hombre, está tan claro como el agua —contestó Tuppence.

Se puso a caminar abstraída en la lectura y con una mano sobre el hombro de Tommy, que le servía como de lazarillo. Después de un buen rato cerró el libro con estrépito. Habían llegado de nuevo a la casa.

—Tommy, deja este asunto en mis manos. Por una vez quiero ser el toro que lleva ya más de veinte minutos en la arena. Tommy asintió.

—Bien. Tú serás la capitana de la nave —dijo con seriedad—. Es preciso llegar pronto al fondo de este misterio.

—Primeramente —explicó Tuppence al mismo tiempo que cruzaban el umbral de la fatídica morada—, deja que entre sola a hacerle unas cuantas preguntas a *miss* Logan.

Subió las escaleras seguida de Tommy, que se detuvo en el descansillo. Después de golpear con los nudillos en la puerta, Tuppence penetró resueltamente en la estancia.

—¡Ah!, ¿es usted, querida? —exclamó la enferma—. ¿No le parece que es demasiado joven y bonita para desempeñar un cargo tan repulsivo como el de detective? ¿Ha encontrado usted algo?

—Sí —contestó Tuppence—, bastante.

Miss Logan la miró expectante.

—De bonita sé muy bien que no tengo nada —comentó Tuppence—, y aunque joven, debo decirle que he prestado servicios como enfermera durante la guerra y conozco, por lo tanto, algo acerca de la sueroterapia. Sé, por ejemplo, que cuando el ricino es inyectado hipodérmicamente, y en pequeñas dosis, en el organismo, se consigue la inmunización del sujeto sometido al experimento. Usted también lo sabe, *miss* Logan, y por eso se ha estado inyectando ricino durante algún tiempo. Para poder someterse sin peligro al mismo envenenamiento que sufrieron los demás. Usted ayudaba a su padre en su trabajo y conocía las propiedades del ricino y hasta el modo de extraerlo de las semillas de la planta. Usted escogió precisamente el día en que Dennis salió a tomar el té fuera de casa. ¡Claro! No convenía que fuese envenenado al mismo tiempo que los demás por temor a que su muerte ocurriese antes que la de Louis Hargreaves. Muriendo ella primero, él heredaba una fortuna que a su muerte, pasaría, indudablemente, a poder de su pariente más próximo. ¿Quién? No se olvide que usted misma nos dijo esta mañana precisamente el parentesco que le unía con los Radcliffe.

La anciana se quedó mirando a Tuppence con ojos centelleantes.

De pronto, una figura siniestra apareció en el umbral de la puerta que comunicaba con la habitación contigua. Era Hannah, que llevaba en la mano una antorcha encendida que agitaba amenazadoramente.

—La verdad ha hablado. Ésa es la malvada. La vi leyendo un libro, sonreírse para sí, y supuse lo que estaba pensando. Encontré después libro y página, que nada decían para mí. Pero la voz del Señor ha sonado en mi oído. Esta mujer odiaba a mi señorita

Lois. Pero los réprobos han de perecer consumidos por el fuego, y aquí estoy para cumplir las órdenes del Señor.

Dando un salto se dirigió presurosa al lecho ocupado por la anciana, la cual, asustada, empezó a proferir aullidos de espanto.

—¡Llévensela de aquí, llévensela! —gritó—. ¡Es cierto lo que dice, pero llévensela!

Tuppence se lanzó sobre la iracunda Hannah, pero antes de que consiguiese arrancar la antorcha de sus manos y apagarla contra el suelo, ésta había conseguido prender fuego a los cortinajes que pendían sobre la cama. Sin embargo, la conmoción llegó a oídos de Tommy, que penetró rápidamente en la estancia y, arrancando las colgaduras, consiguió evitar que el fuego se propagara al resto de los objetos que había en la alcoba. Después acudió en ayuda de Tuppence y entre los dos lograron subyugar a Hannah en el momento en que el doctor, advertido del estrépito, subía apresuradamente las escaleras.

Pocas palabras fueron suficientes para ponerle al corriente de los hechos.

Corrió al lado de *miss* Logan, pero al tomarle el pulso lanzó una pequeña exclamación.

—El choque del fuego ha sido demasiado fuerte para su corazón. Ha muerto. Después de todo, y dadas las circunstancias, creo que es lo mejor que le podía haber sucedido. Se detuvo unos instantes y luego añadió:

—Había cierta cantidad de ricino también en el vaso que me enviaron.

—Ha dicho bien el doctor —dijo Tommy después de haber dejado a Hannah bajo el cuidado de Burton, y como se encontrara de nuevo a solas con su mujer en el descansillo de la escalera, añadió—: Es lo mejor que podía haberle ocurrido. Tuppence, has estado como de costumbre, sencillamente maravillosa.

—Como has visto, no ha habido necesidad de representar el papel de Hanaud —replicó Tuppence.

—No, el asunto era muy serio para andarse con teatralerías. Pero vuelvo a repetirte: has estado inconmensurable. Empleando una cita muy inteligente, te diré: «Que es una gran ventaja la de ser inteligente sin parecerlo».

—Tommy —le contestó Tuppence, echándole una mirada de basilisco—, eres un perfecto animal.

Coartada irrebatible

(The Unbreakable Alibi).

Tommy y Tuppence estaban entretenidos en leer su correspondencia. De pronto, Tuppence lanzó una exclamación y pasó a su esposo la carta que en aquel momento tenía entre las manos.

—Un nuevo cliente —dijo con orgullo.

—¡Ja! —respondió Tommy después de haberse enterado de su contenido—. ¿Qué consecuencia podemos sacar de su lectura, Watson? Muy poca, con excepción del hecho de que mister…, ¿cómo dice que se llama? ¡Ah, sí!, Montgomery Jones, es un educado a lo rico, a juzgar por su deplorable ortografía.

—¿Montgomery Jones…? —se preguntó Tuppence—. ¿Qué es lo que sabemos acerca de alguien que se llame Montgomery Jones? ¡Ah, sí, ahora me acuerdo! Creo haber oído mencionar este nombre a Jane Saint Vincent. Su madre era una tal *lady* Aileen Montgomery, muy encopetada y llena de condecoraciones, que se casó con un hombre muy rico.

—Vamos, la vieja historia. ¿A qué hora dice que quiere vernos este míster J. M.? ¡Ah!, a las once y media.

Exactamente a la hora indicada, un joven muy alto, de aspecto amable e ingenuo, entró en el recibidor y se dirigió a Albert, el mensajero de la oficina.

—Escuche, jovencito. ¿Puedo ver… a míster Blunt?

—¿Tiene usted alguna hora convenida previamente para verle? —preguntó Albert.

—Pues… le diré. Sí, creo que sí. Quiero decir que le escribí una carta y…

—¿Cuál es su nombre, caballero?

—Míster Montgomery Jones.

—Voy a comunicárselo a míster Blunt. Volvió después de un breve intervalo.

—Dice que tenga la bondad de esperar unos instantes. Míster Blunt está ahora ocupadísimo con una importante conferencia.

—Bien, bien. Esperaré.

Habiendo, así lo esperaba, impresionado suficientemente a su cliente, Tommy oprimió el pulsador que había en su mesa y Albert condujo a míster Montgomery Jones al despacho privado de su jefe.

Tommy se levantó y, después de estrechar calurosamente la mano del visitante, le hizo señas de que tomase asiento.

—Ahora, míster Montgomery Jones, usted dirá a qué debo el honor de su agradable visita —añadió Tommy vivamente.

Mister Montgomery Jones dirigió una inquieta mirada en dirección al tercer ocupante de la habitación.

—Ésta es mi secretaria confidencial, *miss* Robinson —dijo Tommy—, y puede usted hablar delante de ella con entera libertad. Supongo que el asunto que le trae aquí es familiar y de naturaleza un tanto delicada, si me permite calificarlo así.

—Pues… no, no es eso exactamente —contestó míster Montgomery Jones.

—Me sorprende —replicó Tommy—. Espero que no se trate de algún grave aprieto personal. —¡Oh, no!

—En ese caso le agradecería se sirviera exponerme los hechos con la mayor sencillez posible.

Esto, sin embargo, era algo que, aparentemente, míster Montgomery Jones no sabía hacer.

—Es algo enrevesado lo que tengo que comunicarle —dijo con cierto titubeo—, y no sé cómo empezar a relatárselo.

—Quiero poner en su conocimiento que no nos dedicamos a asuntos en que vaya involucrado el divorcio —advirtió Tommy.

—¡Oh, no!, no se trata de nada de eso. Se trata simplemente de… no sé cómo llamarlo… de una especie de… broma.

—¿Alguna broma pesada de carácter un tanto misterioso?

—No, tampoco.

—Entonces —añadió Tommy batiéndose discretamente en retirada— tómese el tiempo que crea conveniente y díganos después de qué se trata. Hubo una pausa.

—Pues —prosiguió al fin míster Jones— el caso ocurrió durante una cena. Yo estaba sentado al lado de una muchacha.

—Muy bien —añadió Tommy tratando de alentarle.

—Ella es, no sé cómo describirla, es la mujer más simpática y desenvuelta que he conocido en mi vida. Venía de Australia y comparte con una amiga un pisito de la calle Clarges. No puedo explicar la impresión tan profunda que esa muchacha llegó a producir en mí.

—Nos la podemos imaginar, míster Jones —intercaló Tuppence.

Veía claramente que era inútil tratar de extraer nada definitivo del joven Montgomery sin añadir un toque femenino al método tosco y materialista empleado por su marido.

—Sí, le comprendemos perfectamente —añadió.

—Como les digo, todo ocurrió sin que ni siquiera me diese cuenta de cómo ni por qué. Había en mi vida otra muchacha, mejor dicho, dos. Una era alegre y festiva, pero con una barbilla que no me acababa de gustar. Bailaba maravillosamente, eso sí. La otra era una artista del Frivolity. Muy simpática, muy cariñosa, pero del corte de las que producen grandes fricciones en el seno de una familia como la mía. No es que en realidad tuviese yo ganas de casarme con ninguna de ellas, pero…, ¿qué quería usted? Seguí disfrutando de su amistad hasta que un día, como por arte de encantamiento, me encontré sentado Junto a la joven a que antes hice referencia y…

—No siga —interrumpió Tuppence—. Un nuevo mundo pareció surgir ante sus ojos.

Tommy se agitó impaciente en su silla. Estaba un tanto aburrido de oír aquella insípida historia de los amores del joven Montgomery.

—Usted lo ha dicho, señorita —respondió éste—. Es exactamente lo que yo sentí en aquel momento. Sólo que… ella no pareció fijarse mucho en mí. Era natural. ¿Quién era yo para una mujer tan encantadora como aquélla? Ésta es la razón por la que he decidido seguir adelante con este asunto. Es mi única oportunidad. Se trata de una señorita incapaz de echarse atrás en su palabra.

—Bien, tenga la seguridad de que le desearemos toda la suerte del mundo en su empresa —insistió Tuppence con amabilidad—, pero…, ¿se puede saber qué es lo que quiere que hagamos nosotros?

—¡Ah!, ¿no lo he dicho?

—Que yo sepa, no —contestó Tommy.

—Pues es lo siguiente. Estábamos un día hablando de historias policíacas. Una, así se llama la joven, es una gran aficionada a este género de novelas. Discutimos acerca de una cuyo argumento giraba alrededor de una coartada. Después dije, no ella, mejor dicho, no recuerdo, no sé con seguridad quién de los dos…

—No importa quién lo dijera. Siga usted —interpuso Tuppence.

—Yo decía que la coartada era una cosa sumamente difícil de preparar. Ella opinaba lo contrario. Llegamos a acalorarnos y de pronto ella exclamó: «No se hable más del asunto. Voy a hacer una proposición un tanto arriesgada para mí. ¿Qué se apuesta a que soy capaz de forjar una coartada que nadie pueda rebatir?».

»—Lo que usted quiera —contesté.

»—No. Le concedo el derecho de elección.

»—Pues bien. Lo que usted pide contra… contra su mano. ¿Acepta?

»Ella se echó a reír.

»—No sé si sabrá que vengo de familia de jugadores —dijo—. Acepto.

—¿Y bien…? —insinuó Tuppence al ver que aquél se detenía y la miraba con ojos de súplica.

—¿Acaso no ven lo que quiero decir? El asunto está ahora en mis manos y es la única oportunidad que tengo de conseguir a una mujer como ésa. No tienen ustedes idea de lo decidida que es. El verano pasado salió a pasear en lancha con unos amigos y alguien apostó a que no se atrevería a lanzarse vestida al mar y nadar hasta la orilla. Pues lo hizo.

—Es una proposición muy curiosa —dijo Tommy—, pero todavía no acabo de comprender su alcance.

—No puede ser más sencilla —añadió Montgomery Jones—. Se trata de algo que estarán ustedes cansados de hacer a diario. Destruir coartadas.

—Sí, sí, claro —contestó Tommy—. Ésa es una de las fases de nuestro trabajo.

—Alguien ha de hacerlo por mí, porque yo, señores, me siento completamente incapaz de resolver problemas de esta naturaleza. Para ustedes esto no pasa de ser un mero juego infantil. Para mí, en cambio, es asunto de suma importancia. Pagaré, como es natural, toda suerte de gastos en que incurran, y si los resultados son satisfactorios, cualquier cantidad que se dignen ustedes estipular.

—Está bien —dijo Tuppence—. Creo que míster Blunt se encargará de su caso.

—Sí, sí —corroboró Tommy—. Me haré cargo de él.

Mister Montgomery Jones soltó un suspiro de alivio, sacó un montón de papeles del bolsillo y separó uno.

—Aquí está —dijo—. Es de ella y reza así: «Le envió una prueba de cómo logré estar en dos sitios diferentes al mismo tiempo. Según una de las versiones, yo comí sola en el restaurante Bon Temps, del Soho, y fui al teatro Duke y cené en el Savoy con míster Le Marchant. Pero también estuve en el Hotel Castle, en Torquay, y no volví a Londres hasta primera hora de la mañana siguiente. A usted le corresponde probar cuál de las dos historias es la verdadera y el modo como me las compuse para llevar a cabo la otra».

»Bien —prosiguió Montgomery Jones al terminar de leer—. Supongo que sabe ya lo que tiene que hacer.

—Sí, sí —respondió Tommy—. Es un problema reconfortante, y de lo más ingenuo que pueda darse, por añadidura.

—Aquí tiene usted un retrato de Una. Le será muy útil llevarlo consigo.

—¿Cuál es el nombre completo de la joven? —inquirió Tommy.

—*Miss* Una Drake. Y sus señas, calle Clarges, numero180.

—Gracias —dijo Tommy—. Tenga la seguridad de que pondré todo mi empeño en su caso y espero que no he de tardar en poder comunicarle algo satisfactorio.

—Muchísimas gracias —respondió Montgomery Jones levantándose y estrechándole la mano—. No sabe usted el peso que me ha quitado de encima.

Después de acompañar hasta la puerta a su cliente, Tommy volvió al despacho interior, donde encontró a Tuppence, atareada en revisar detenidamente los clásicos de la biblioteca.

—Inspector French —dijo Tuppence.

—¿Eh?

—Nada. Que es un caso a propósito para el inspector French. Siempre anda ocupado en la destrucción de coartadas. Conozco su sistema. Hemos de leer detenidamente los detalles y luego comprobarlos uno por uno. Por muy naturales que nos parezcan, no resisten, por lo general, un escrupuloso análisis.

—No creo que tengamos gran dificultad en resolver este jeroglífico —asintió Tommy—. Quiero decir que, sabiendo que una de las historias es falsa, tenemos ya un buen punto de partida. Pero hay una cosa que me preocupa.

—¿Cuál?

—La muchacha. Vamos a obligarla a casarse con ese hombre, lo quiera o no.

—Entonces, veo que eres todavía un perfecto pipiolo. Las mujeres no son nunca lo arriesgadas que pretenden aparentar. De no haber estado dispuesta a casarse con ese hombre, por muy calabacín que pueda parecerte, jamás habría aceptado una proposición así. Créeme, Tommy, ella se casará con él con más entusiasmo y respeto si gana la apuesta, que esperando un arranque que jamás ha de llegar. —Cualquiera diría que eres doña Sabelotodo.

—Pues lo soy, aunque tú no lo creas.

—Está bien. Ahora examinemos nuestros datos —dijo Tommy recogiendo los papeles—. Primero la fotografía. ¡Hum! Estupenda muchacha, y estupenda reproducción.

—Debes llevar también las de otras muchachas.

—¿Las de otras muchachas? ¿Para qué?

—Para enseñárselas todas juntas a los camareros y ver si consiguen reconocer a la verdadera.

—¿Y esperas que lo hagan? —preguntó Tommy.

—Al menos eso es lo que ocurre casi siempre en los libros.

—Es una pena que la vida real sea tan diferente de la ficción. Pero sigamos. ¿Qué es lo que tenemos aquí? Ah, sí, éste es el lote de Londres. Comió en el Bon Temps a las siete treinta. Fue al teatro Duke y vio el *Delphiniums Bine*. Incluye la entrada. Cenó en el Savoy con míster Le Marchant. Creo que podríamos entrevistarnos con míster Le Marchant.

—¿Para qué? —objetó Tuppence—. ¿No comprendes que si es un amigo de ella forzosamente habrá de seguirle el juego? Descartemos cuanto éste pueda decir de momento.

—Bien, entonces vamos al capítulo de Torquay. A las doce tomó el tren en Paddington, comiendo en el vagón restaurante. Adjunta recibo del mismo. Se hospedó en el Hotel Castle durante la noche. También incluye la cuenta correspondiente.

—Todo esto me parece poco consistente. Cualquiera puede comprar una entrada de teatro sin acercarse siquiera a él. La muchacha se limitó a ir a Torquay. Todo el asunto de Londres es una farsa.

—Si es así, tenemos tarea para rato —contestó Tommy—. Insisto en que veamos primero a ese míster Le Marchant.

Éste resultó ser un joven campechano y jovial que no mostró sorpresa alguna al verse objeto de la atención del matrimonio.

—Sí, es cierto que Una se trae algo entre manos —repuso—. ¿Qué? No lo sé.

—Tengo entendido, míster Le Marchant —inquirió Tommy—, que *miss* Drake cenó con usted en el Savoy el martes pasado.

—Es cierto. Recuerdo que fue el martes porque Una lo recalcó y hasta me lo hizo escribir en mi librito de notas.

Con cierto orgullo mostró un pequeño apunte hecho con lápiz que decía así: «Cenando con Una, Savoy, martes, 19».

—¿Sabe usted dónde estuvo *miss* Drake antes de esa hora?

—Sí, viendo una función que se llamaba *Pink Peonies* o algo por el estilo. Un desastre, según ella misma me confesó.

—¿Está usted completamente seguro de que *miss* Drake estuvo con usted la noche que he mencionado? Le Marchant le miró sorprendido.

—¡Hombre, qué pregunta! ¿No le acabo de decir que sí?

—Quizá lo dijera usted por mera insinuación de ella —intercaló Tuppence.

—No. lo que he dicho es la pura verdad. Ahora bien, en el curso de la cena ocurrió algo que me llamó verdaderamente la atención. Me dijo algo así como: «Tú crees que estás cenando ahora conmigo, ¿verdad, Jimmy? Pues en realidad yo estoy cenando en estos momentos a trescientos kilómetros de aquí. En Devonshire». ¿No les parece a ustedes algo raro todo esto? Y lo gracioso es que un amigo mío que estaba allí precisamente, un tal Dicky Rice, dice haberla visto esa misma tarde.

—¿Quién es ese míster Rice?

—Ya le he dicho, un amigo mío. Había ido a Torquay, a casa de una tía suya. Una anciana que hace años que se está muriendo, pero que no acaba de morirse. Dicky había ido allí para desempeñar el papel de pariente abnegado y cariñoso. Al volver me dijo: «He visto a esa muchacha australiana que dicen que se llama Una. Quise hablar con ella, pero mi tía no me dejó». Y yo le pregunté: «¿Cuándo fue eso?». «Ah, el martes, a la hora del té», me contestó. Le dije, como es natural, que se había equivocado, pero…, ¿no encuentra usted un poco raro todo esto después de lo que me dijo Una?

—Sí, muy raro —contestó Tommy—. Dígame, míster Le Marchant, ¿había algún conocido suyo cerca, la noche que cenaron juntos en el Savoy?

—En la mesa inmediata a la nuestra estaba la familia de los Ogiander.

—¿Conocen a *miss* Drake?

—Sí.

—Bien, si no tiene usted nada más que contarnos, míster Le Marchant, sólo nos resta darle las gracias y despedirnos.

—O ese joven es un solemnísimo embustero y un artista consumado —dijo Tommy al llegar a la calle—, o habría que admitir que es verdad cuanto acaba de contar.

—SÍ —hubo de reconocer Tuppence—. He cambiado de opinión. Ahora tengo casi la seguridad de que Una Drake cenó aquella noche con Le Marchant en el Savoy.

—Bueno, vamos al Bon Temps y echemos un poco de lastre en los estómagos que falta nos hace. Pero primero tratemos de encontrar esos otros retratos de que me hablaste.

Esta tarea resultó un poco más difícil de lo que en principio se creyó. El fotógrafo a quien acudieron se negó rotundamente a acceder a su ruego y los despidió con cajas

destempladas.

—¿Por qué todas estas cosas han de ser tan fáciles en los libros y en cambio no lo son en la vida real? —se lamentaba Tuppence—. ¿Has visto cómo nos miraba ese mamarracho? ¿Qué creería él que íbamos a hacer con las fotografías en nuestro poder? Lo mejor será que vayamos a ver a Jane.

Ésta, al menos, los recibió complacida y les permitió seleccionar unos cuantos retratos de antiguas amigas, arrinconados en uno de los cajones de su armario.

Armados con esta galaxia de bellezas femeninas se dirigieron al Bon Temps, donde nuevos y más costosos contratiempos les aguardaban. Tommy hubo de entrevistarse separadamente con cada uno de los camareros y enseñarles los retratos. Los resultados fueron desoladores. Por lo menos tres de las muchachas fueron señaladas como presentes en el restaurante en la noche del martes. Volvieron a la oficina y Tuppence se enfrascó en la lectura de una guía de ferrocarriles.

—Paddington a las doce. Torquay a las tres treinta y cinco. Ése es el tren que debió tomar para que el amigo de Le Marchant, míster como se llame, la viera allí a la hora del té.

—No olvides que no hemos comprobado todavía esta declaración —dijo Tommy —. Sí, como tú dijiste al principio. Le Marchant es amigo de Una Drake, es muy posible que haya sido él quien inventara esa historia.

—Bien, tratemos de encontrar a ese amigo de Le Marchant, porque tengo el presentimiento de que cuanto éste ha dicho es verdad. No, lo que ahora trato de compaginar es lo siguiente.

Una sale de Londres en el tren de las doce, toma el tren de vuelta y llega a Londres a tiempo para asistir al Savoy. Hay un tren a las cuatro cuarenta que la deja en Torquay, y alquila una habitación en el hotel. Después llega a Paddington a las nueve y diez.

—¿Y después? —preguntó Tommy.

—Después —añadió Tuppence frunciendo el ceño— la cosa vuelve a ponerse difícil. Hay un tren que llega de Paddington a las doce de la noche, pero… No creo que hubiese podido tomar ése.

—¿Y qué me dices de haber hecho la travesía en un coche, un coche potente y rápido?

—¡Hummm! —gruñó Tuppence—. Son por lo menos trescientos kilómetros.

—He oído decir que los australianos son muy temerarios conduciendo.

—Sí… es posible. De ese modo habría llegado allí a eso de las siete.

—Pero, oye, ¿tú crees que a esa hora haya podido llegar al Hotel Castle y se haya metido en la cama sin que nadie la viera?

—Tommy —dijo Tuppence—, somos unos idiotas. No tuvo necesidad de volver para nada a Torquay. Lo único que sin duda haría es mandar a un amigo para que recogiera el equipaje y pagase la cuenta. Así se explica lo del recibo fechado y firmado por el administrador del hotel. ¿Qué te parece?

—Que la teoría, en conjunto, no carece de lógica —respondió Tommy—. Lo inmediato ahora es tomar mañana el tren de las doce que sale para Torquay y comprobar allí nuestras brillantes conclusiones.

Provistos de una cartera que contenía las fotografías, Tommy y Tuppence se instalaron a la mañana siguiente en el tren y reservaron dos asientos para el segundo turno del vagón restaurante.

—Lo más probable es que los sirvientes del comedor no sean los mismos que los del último martes —observó Tommy—, y que tengamos que repetir el viaje, vete a saber cuántas veces, para encontrarlos.

—Este asunto de la coartada va a acabar por convertirse en algo fastidioso —contestó Tuppence—. Y lo gracioso es que en los libros se resuelve todo en un abrir y cerrar de ojos.

La suerte, sin embargo, pareció favorecerles esta vez. El camarero que los servía resultó ser el mismo que había estado de turno el martes precedente. Después entró en acción el «golpe», como le llamaba Tommy, de los diez chelines y Tuppence sacó a relucir su cartera.

—Quiero saber —dijo Tommy— si alguna de estas señoritas comió aquí el martes pasado.

En forma complaciente, digna de la mejor ficción detectivesca, el hombre escogió sin titubear la fotografía de Una Drake.

—Sí, señor, recuerdo haber visto a esta señorita, como también recuerdo que fue el martes, pues ella insistió en dicho detalle diciendo que era precisamente el día de suerte para ella.

—Hasta ahora todo está en regla —dijo Tuppence al encontrarse de nuevo en el compartimiento—; y probablemente nos encontraremos con que en realidad se inscribió en el libro de registro de hotel. Lo difícil de comprobar va a ser su vuelta a Londres, aunque quizás alguno de los mozos de estación la recuerde.

Aquí la cosa no fue tan bien. Después de un reparto preliminar de medias coronas a todos los empleados, sólo dos de éstos consiguieron escoger fotografías que, a su juicio, tenían una *vaga semejanza* con dos personas que tomaron el tren de las cuatro cuarenta para Londres en la mencionada tarde. Ninguna de las dos resultó ser la que buscaban con tanto afán.

—Esto no quiere decir nada —dijo Tuppence después de salir de la estación—. Es posible que haya viajado en dicho tren y que nadie se haya dado cuenta de su presencia.

—O también que subiera en Torre, que es la siguiente estación —observó Tommy.

—También —asintió Tuppence—. En fin, espero que todo esto lo podamos resolver cuando lleguemos al hotel.

El Hotel Castle era un hermoso edificio situado al borde mismo de la playa. Después de haber solicitado una habitación y firmado en el registro, Tommy hizo al

desgaire la siguiente observación:

—Si no me equivoco, creo que una amiga nuestra estuvo aquí el martes pasado; ¿no es así? *Miss* Una Drake.

La joven que atendía la recepción dibujó una de sus más encantadoras sonrisas.

—Sí —contestó—; la recuerdo muy bien; australiana, ¿verdad?

A una señal de Tommy, Tuppence sacó a relucir la consabida fotografía.

—¿Qué le parece este retrato?

—¡Oh, magnífico! Es ella, no hay duda.

—¿Permaneció aquí mucho tiempo?

—No, sólo una noche. Salió a la mañana siguiente en el expreso de Londres. Por lo visto a estas australianas no les asustan las distancias.

—Sí, son muy amigas de la aventura —respondió Tommy—. ¿Fue aquí donde salió a cenar con unos amigos y donde el coche en que iban cayó en una zanja y les impidió regresar hasta la mañana siguiente?

—No —respondió la empleada—. *Miss* Drake cenó aquí, en el hotel.

—¿Esta usted segura? —preguntó Tommy—. Quiero decir, ¿cómo lo sabe usted?

—Porque la vi.

—Lo preguntaba porque tenía entendido que cenó con unos amigos en Torquay.

—No, señor, cenó aquí —replicó la joven ruborizándose ligeramente—. Recuerdo que llevaba un precioso traje de muselina de margaritas.

—Tuppence, esto echa por tierra todas nuestras teorías —dijo Tommy al hallarse a solas con su esposa en el cuarto que les habían destinado.

—Así parece —respondió Tuppence—. Claro que también es posible que esa mujer se haya equivocado. Se lo volveremos a preguntar luego al camarero. No creo que haya habido aquí mucha gente en esta época del año.

Al llegar la hora de cenar fue Tuppence quien inició el ataque.

—¿Puede usted decirme —dijo al camarero que se acercó a servirles— si el martes cenó aquí una amiga mía? Se llamaba Una Drake y vestía un traje con adornos de flores, creo que margaritas.

Al propio tiempo le enseñó la fotografía.

—Ésta es la señorita a quien me refiero —añadió. El camarero rompió al instante en almibaradas sonrisas de reconocimiento.

—Sí, sí, *miss* Drake. Lo recuerdo muy bien. Me dijo que venía de Australia.

—¿Cenó aquí?

—Sí. El martes último. Me preguntó después si había en el pueblo algo digno de verse.

—¿Ah, sí?

—Sí. Le dije que el teatro, el Puvilion, pero al final optó por quedarse en el hotel oyendo nuestra orquesta. Tommy masculló entre dientes una interjección.

—¿Recuerda usted a qué hora cenó? —interrogó Tuppence.

—Creo que un poco tarde. Debió ser a eso de las ocho.

—¡Maldita sea nuestra estampa! —dijo Tuppence cuando ella y Tommy se encontraron fuera del comedor—. Parece que el mundo entero se haya confabulado totalmente contra nosotros.

—Ya podías suponerte que esto no sería cuestión de coser y cantar.

—¿Hay algún tren que hubiese podido tomar después de esa hora?

—Sí, pero no para llegar a tiempo de ir al Savoy.

—Bien. Como último recurso aún queda el de interrogar a la camarera. Una Drake tuvo su cuarto en el mismo piso en que estamos nosotros.

La camarera resultó ser una mujer voluble e informadora. Sí, recordaba perfectamente a *miss* Drake. Muy simpática y muy charlatana. Le había hablado mucho de Australia y de los canguros. Sí, la fotografía era de un parecido extraordinario.

Había tocado el timbre a eso de las nueve y media para pedir que le cambiaran la botella de agua caliente de la cama y que la llamasen a las siete y media de la mañana, con servicio de café en vez de té.

—Cuando usted la llamó, ¿estaba en la cama?

La camarera la miró sorprendida.

—Naturalmente que sí, señora.

—No, lo decía porque hay gentes que se levantan temprano para hacer un poco de ejercicio —se excusó Tuppence.

—Bien —dijo Tommy cuando se hubo marchado la camarera—. Creo que ya no nos queda nada que hacer en Torquay. El asunto está claro como el agua y sólo puede sacarse de él una conclusión. La de que todo lo de Londres es una pura farsa.

—Quizá míster Le Marchant sea más embustero de lo que en principio creímos.

—Hay un modo de comprobar sus declaraciones. Dijo que sentados junto a ellos había una familia que conocía ligeramente a Una Drake. ¿Cómo dijo que se llamaban? Ah, sí, los Ogiander. Tenemos que encontrarles y hacer también una visita al pisito de la calle Clarges.

A la mañana siguiente pagaron la cuenta del hotel y salieron un tanto decepcionados del resultado de sus gestiones.

Localizar a los Ogiander fue empresa fácil con la ayuda de una guía telefónica. Esta vez Tuppence asumió el papel de representante de una revista ilustrada. Visitó a *mistress* Ogiander y le pidió detalles de la «distinguida» cena que había tenido lugar el martes precedente en el Savoy. *Mistress* Ogiander satisfizo complacida su curiosidad. En el momento de despedirse, Tuppence añadió mecánicamente sin tratar de darle más importancia que la de mera rutina al asunto:

—Perdone la curiosidad. ¿No estaba *miss* Una Drake sentada a una mesa cercana a la de ustedes? ¿Es cierto el rumor de que va a casarse con el duque de Perth? Supongo que conoce a la persona de quien hablo, ¿verdad?

—Sí, la conozco superficialmente —respondió *mistress* Ogiander—. Encantadora muchacha. En efecto, estaba sentada a la mesa inmediata a la nuestra, con míster Le

Marchant. Mis hijas podrían darle más detalles que yo.

—No, no hace falta, *mistress* Ogiander. Muchísimas gracias. El siguiente punto de llegada fue el pisito de la calle Clarges. Aquí fue recibida por *miss* Marjory Leicester, la amiga con quien Una Drake compartía alojamiento.

—¿Querría usted ser tan amable de explicarme lo que significa todo ese jeroglífico? —preguntó *miss* Leicester—. Hace días que, en efecto, parece que Una se trae algún juego entre manos. Pero sí, sí, durmió aquí el martes por la noche.

—¿La vio usted en el momento en que ella llegaba?

—No. Ella tiene su llave y yo me había acostado ya. Creo que vino a eso de la una de la madrugada. —¿A qué hora fue cuando usted la vio?

—A las nueve de la mañana siguiente, o quizá ya cerca de las diez.

Al abandonar la estancia, Tuppence se dio casi de bruces con una mujer alta y delgada que al parecer tenía la intención de entrar.

—Perdone, señorita —dijo ésta.

—¿Trabaja usted aquí? —preguntó Tuppence.

—Sí, señorita, vengo todos los días a encargarme de la limpieza y a hacer otros varios menesteres. —¿A qué hora suele usted venir por la mañana?

—Mi hora es a las nueve, señorita.

Tuppence deslizó una moneda de media corona en manos de la sirvienta y añadió:

—¿Estaba aquí *miss* Drake el martes, cuando usted llegó?

—Naturalmente que sí. Y dormía como un tronco. No sabe usted lo que me costó despertarla cuando le traje el té.

—Gracias —contestó Tuppence, y se alejó desconsoladamente escaleras abajo.

Había convenido con Tommy en que se reunirían a la hora de comer en un pequeño restaurante del Soho y que allí compararían sus hallazgos respectivos.

—He visto a ese muchacho. Rice —dijo Tommy—. Es verdad que vio a Una Drake a cierta distancia en Torquay.

—Bien —respondió Tuppence—. Entonces puede decirse que hemos comprobado una por una todas las alegaciones de esta charada. Ahora dame un lápiz y un pedazo de papel. Vamos a poner en orden los hallazgos como corresponde a detectives de nuestra categoría.

1,30 Una Drake es vista en el vagón restaurante del tren.
4,00 Llega al Hotel Castle.
5,00 Es vista por míster Rice.
8,00 Es vista cenando en el hotel.
9,30 Pide una botella de agua caliente.
11,30 Vista en el Savoy con míster Le Marchant.
7,30 a. m. Es llamada por el camarero en el Hotel Castle.
9,00 Es llamada por la sirvienta en su piso de la calle Clargues.

Se miraron el uno al otro.

—Tengo la idea —dijo Tommy— de que los brillantes detectives de Blunt están haciendo en este momento el más espantoso de los ridículos. Me temo que esta vez irá mal.

—No, Tommy, no hay que desesperarse. Alguien miente en todo este embrollo, y es preciso que lo encontremos.

—Discrepo de tu teoría, Tuppence. Yo, por el contrario, creo que todos han dicho la verdad.

—Y, sin embargo, tiene que haber un enigma. ¿Cuál es? No lo sé. He pensado hasta en el empleo de aeroplanos, pero esto tampoco nos da la solución.

—Yo estoy dispuesto ya a creer en la teoría de la proyección astral.

—Lo mejor será que nos acostemos esta noche y pensemos en ello —observó Tuppence—. El subconsciente trabaja mejor durante el sueño.

—¡Humm! —replicó Tommy—. Si en el plazo de esta noche consigues que tu subconsciente te dé una respuesta satisfactoria a este galimatías, tendré que quitarme el sombrero ante ti como muestra de consideración y respeto.

Permanecieron en silencio durante toda la tarde. Una y otra vez Tuppence repasó aquella incomprensible correlación de hechos. Hizo anotaciones en pedazos de papel. Murmuraba palabras incoherentes, comparando interesada los horarios de todo el servicio de ferrocarriles. Al final se levantaron convencidos de lo inútil de sus elucubraciones.

—Esto es de lo más desesperante que puede verse —dijo Tommy.

—Es la tarde más horrible que recuerdo haber pasado en toda mi vida —añadió Tuppence.

—Debiéramos haber ido a algún teatro de variedades —observó el primero—. Unos cuantos buenos chistes acerca de las suegras, de los hermanos gemelos y de las botellas de cerveza, quizá nos hubiesen servido para disipar un tanto nuestro malhumor.

—No, tú verás cómo este esfuerzo de concentración que estamos haciendo acabará por dar sus frutos. ¡Verás lo ocupados que estarán nuestros subconscientes durante las próximas ocho horas!

Y alimentando esta efímera esperanza, decidieron entregarse al descanso.

—Bien —dijo Tommy al levantarse a la mañana siguiente—. ¿Qué tal ha trabajado ese subconsciente?

—Tengo una idea —respondió Tuppence.

—¿Ah, sí? ¿Qué clase de idea?

—Una que quizá te parezca un poco rara y que en nada se parece a las que por lo general traen las novelas policíacas. Y si te he de decir la verdad, fuiste tú quien me la metió en la cabeza.

—Ah, pues debe ser buena. Venga, desembucha.

—No, ahora, no. Primero he de mandar un cable para comprobarla.

—Entonces —dijo Tommy— me voy a la oficina. No conviene dejarla desatendida. Y ya lo sabes, dejo este asunto en manos de mi encantadora y eficiente secretaria.

Cuando Tommy volvió aquella tarde a eso de las cinco y media, encontró a Tuppence eufórica.

—Lo conseguí, Tommy. He resuelto el misterio de la coartada. Ya puedes preparar una sustanciosa cuenta a míster Montgomery Jones y decirle al propio tiempo que puede empezar a disponerlo todo para los esponsales.

—¿Cuál es la solución? —preguntó impaciente Tommy.

—La más sencilla que puedas imaginarte. Gemelas.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que oyes. Era la única solución. Te dije ya que fuiste tú quien me dio la idea al mencionarme anoche lo de las suegras, las botellas de cerveza y los hermanos gemelos. Cablegrafíe a Australia y obtuve la información que buscaba. Una tiene una hermana gemela. Vera, que llegó de Australia el último lunes. A eso se debió el que pudiera hacer la apuesta tan espontáneamente. Pensó sin duda que era un excelente modo de atormentar a su apocado pretendiente. Su hermana fue a Torquay mientras ella permanecía en Londres.

—¿Y no crees que la pérdida de la apuesta pueda exacerbar el amor propio de esa mujer?

—No. Te di ya mis puntos de vista sobre esta cuestión. Ella acabará por conceder todo el mérito del descubrimiento a nuestro buen amigo, míster Montgomery Jones. Siempre he creído que el respeto y admiración por la habilidad del marido es el verdadero fundamento para la armonía conyugal.

—No sabes lo que me alegra inspirarte esas ideas, Tuppence.

—No creas que, en realidad, sea una solución muy satisfactoria —observó Tuppence—. Al menos no es de la talla que corresponde a un hombre como el inspector French.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Te fijaste acaso en la forma como presenté yo las fotografías a todos los camareros?

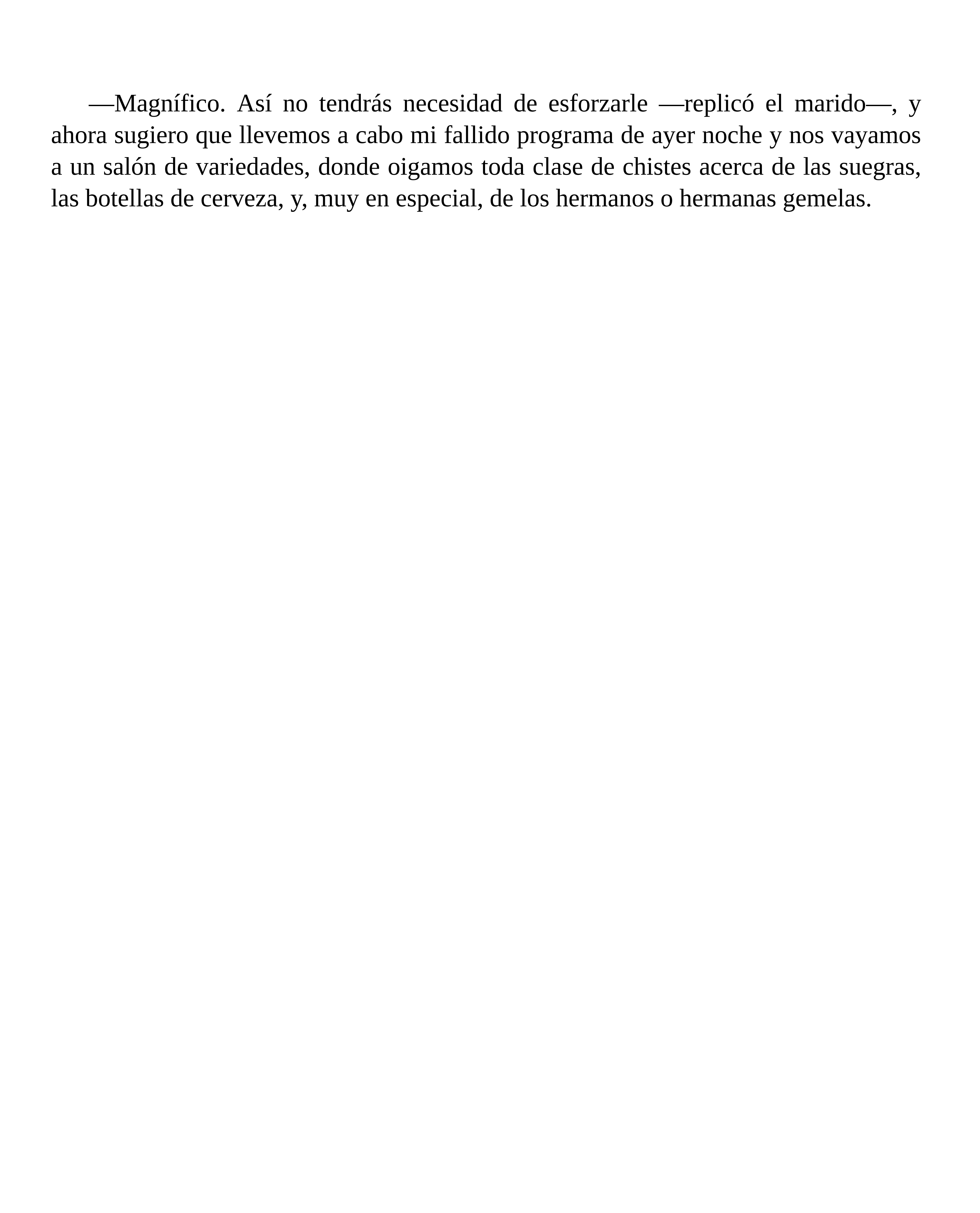
—Sí, pero tuvimos necesidad de emplear una infinidad de monedas de media corona y de billetes de diez chelines para lograr nuestro objetivo.

—No te preocupes. Se las cargaremos, con intereses, al afortunado Montgomery Jones. Ten la seguridad de que estará en un estado tal de éxtasis amoroso, que no pondrá objeción a nuestros honorarios, por exorbitantes que le puedan parecer.

—Y es lo que le corresponde hacer. ¿No han terminado acaso los brillantes detectives de Blunt brillantemente el asunto? ¡Oh, Tommy, creo que somos unos portentos!

—El próximo caso lo resolveremos al estilo Roger Sheringham, y tú, Tuppence, serás Roger Sheringham.

—Tendré que hablar muchísimo —dijo ésta.



—Magnífico. Así no tendrás necesidad de esforzarle —replicó el marido—, y ahora sugiero que llevemos a cabo mi fallido programa de ayer noche y nos vayamos a un salón de variedades, donde oigamos toda clase de chistes acerca de las suegras, las botellas de cerveza, y, muy en especial, de los hermanos o hermanas gemelas.

La hija del clérigo

(The Clergyman's Daughter).

Me gustaría —dijo Tuppence paseándose pensativamente a lo largo del despacho— que pudiésemos proteger o amparar a la hija de algún clérigo.

—¿Por qué? —preguntó Tommy.

—Quizás hayas olvidado el hecho de que yo precisamente fui una de ellas. Y recuerdo perfectamente lo que esto significó para mí. Así comprenderás ese impulso altruista que yo siento por las de los otros; ese…

—Veo que estás ya dispuesta a convertirte en Roger Sheringham, y si me permites una pequeña crítica, te diré que es posible que hables tanto como él, pero nunca tan bien.

—Al contrario —repuso Tuppence—, hay en mis palabras sutileza, un artificio, un no sé qué, que ningún varón puede aspirar a poseer. Tengo, además, fuerzas desconocidas para mi prototipo. ¿He dicho prototipo? Las palabras en sí no tienen ningún valor. A menudo suenan bien, pero significan lo contrario de lo que uno piensa.

—Sigue —dijo amablemente, Tommy.

—Iba a hacerlo. Me detuve sólo para tomar aliento. Haciendo uso de estos poderes, es mi deseo el de poder ayudar hoy mismo a la hija de algún clérigo. Tú verás, Tommy, como la primera que se enrole solicitando la ayuda de los brillantes detectives de Blunt, ha de ser precisamente lo que yo digo.

—Te apuesto lo que quieras a que no.

—Aceptada la apuesta —contestó Tuppence—. Shisst. Cada uno a su puesto. ¡Oh, Israel! ¡Aquí viene una!

Un furioso tableteo de máquinas de escribir dio la sensación de que las oficinas estaban en plena actividad.

Albert abrió de pronto la puerta y anunció:

—*Mistress* Mónica Deane. Una Joven delgada, de pardos cabellos y un tanto pobre en el vestir, entró y se detuvo vacilante. Tommy se adelantó a recibirla.

—Buenos días, *miss* Deane. ¿Quiere tener la bondad de sentarse y decirnos lo que desea? A propósito, permítame que le presente a mi secretaria confidencial, *miss* Sheringham.

—Encantada de conocerla, *miss* Deane —dijo Tuppence—. Su padre pertenecía a la Iglesia, ¿no es verdad?

—Sí, ¿cómo lo sabe?

—Oh, tenemos nuestros métodos para averiguarlo. Espero que no se habrá molestado al ver que me meto donde quizá no me corresponde. Pero a míster Blunt le gusta oírme hablar de vez en cuando. Dice que acostumbra a sacar buenas ideas de mi charla.

La muchacha se la quedó mirando con ojos que revelaban una gran ansiedad.

—¿Quiere usted contarnos su historia, *miss* Deane? —preguntó Tommy.

Ésta se volvió a él dibujando una triste sonrisa.

—Es una larga historia que quizá le parezca un poco rara —comentó la muchacha —. Me llamo Mónica Deane y mi padre fue rector de Littie Hampsley en Suffolk. Murió hace tres años dejándonos a mi madre y a mí poco menos que en la miseria. Yo me puse a servir de gobernanta pero quedó inválida mi madre y hube de regresar a casa para atenderla. Estábamos ya casi al borde de la desesperación cuando un día recibimos una carta de un notario participándonos la existencia de un legado que una tía de mi padre había hecho, al morir, a mi favor. Años atrás había oído hablar de esta tía, de sus peleas con mi padre y de que ocupaba una posición bastante desahogada. Creí que aquella herencia habría de poner fin a nuestros apuros, pero no fue así. Heredé, en efecto, la casa en que había vivido, pero dinero no hubo más que el estrictamente necesario para pagar derechos y gastos generales ocasionados por el papeleo. Supongo que lo perdería durante la guerra o que se había visto precisada a vivir del capital. No obstante, teníamos la casa de la que no tardamos en recibir una proposición de compra, por cierto bastante aceptable. Algo, sin embargo, que todavía no he podido explicar, me obligó a rechazar la oferta. Como el departamento en que vivíamos era en extremo reducido, decidí trasladarme a La Casa Roja, era así como se llamaba la propiedad, y donde además de mayor comodidad para mi madre disponíamos de suficientes habitaciones cuyo alquiler habría de proporcionarnos dinero suficiente para ayudar a los gastos.

»Llevé a cabo mi plan, a pesar de una nueva oferta hecha por el mismo caballero que pocos días antes había hecho la proposición de compra. Al principio todo fue bien. Llovieron huéspedes contestando al anuncio que mandé insertar en los periódicos, y entre la vieja sirvienta de mi tía, que había decidido también continuar sus servicios con nosotras, y yo podíamos llevar a cabo todos los menesteres. De pronto empezaron a ocurrir cosas inexplicables.

—¿Qué cosas?

—No sé. La casa parecía estar encantada. Se caían los cuadros de las paredes, volaban objetos de loza por el aire y luego se rompían, y una mañana encontré que todos los muebles, sin excepción, habían sido cambiados de lugar. Al principio creí que se trataba de una broma, pero no tardé en desechar la posibilidad de esa explicación. Un día en que todos estábamos sentados a la mesa, oímos un terrible estrépito en el piso superior. Subimos y no encontramos a nadie. Sólo un mueble se encontraba fuera de su sitio y había sido arrojado al suelo con violencia.

—¡Ah! —exclamó Tuppence con interés—. Eso debe ser lo que los espiritistas llaman un *poltergeist*.

—Sí, eso mismo fue lo que dijo el doctor O’Neill, aunque yo no sé en realidad lo que es.

—Una especie de espíritu maligno que se entretiene en molestar a las personas —explicó Tuppence que, a decir verdad, tampoco entendía gran cosa acerca de esa clase de cuestiones.

—Bien, de todos modos, el efecto fue desastroso. Nuestros huéspedes abandonaron la casa tan pronto como les fue posible y lo mismo ocurrió con sus sucesores. Yo estaba ya desesperada, y para colmo de desdichas, nuestras pequeñas rentas cesaron de pronto debido a la quiebra de la compañía en la que habíamos depositado nuestros pequeños ahorros.

—¡Pobrecilla! —exclamó Tuppence, compasiva—. ¡Qué malos ratos ha debido usted pasar! ¿Quería usted, acaso, que míster Blunt se encargara de investigar esas cosas raras que ocurren en su casa?

—No es eso, precisamente. Hace unos días vino a visitarme un caballero que dijo llamarse doctor O'Neill. Nos dijo que era un miembro de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, que había oído hablar de las curiosas manifestaciones que tenían lugar en nuestra casa y que estaba dispuesto a comprarla para hacer en ella sus propios experimentos. Al principio me entusiasmó la idea. Parecía el único modo de poder salir del apuro en que nos hallábamos. Sin embargo…

—¿Qué?

—Quizá me crean ustedes una soñadora. Y tal vez lo sea, pero… ¡No, no, estoy segura de no haberme equivocado! ¡Era el mismo hombre!

—¿Qué hombre?

—El mismo que había querido comprarla con anterioridad. ¡Oh, estoy completamente segura de todo lo que digo!

—¿Y qué razón se figura usted que había para que no lo fuera?

—Se lo diré. Los dos hombres eran completamente diferentes. El primero era joven, moreno y elegantemente vestido. El doctor O'Neill, si no los ha cumplido, ronda los cincuenta años, tiene barba gris, lleva lentes y camina un tanto encorvado. Pero al hablar con él observé que en uno de los dientes llevaba una corona de oro y que, por cierto, sólo la enseña cuando se ríe. Recordé que el otro hombre llevaba también un diente de oro, exactamente en el mismo lugar, y se me ocurrió mirarle las orejas. Menciono este detalle porque las del primero eran de una forma muy peculiar y carecían de lóbulo. Las del doctor O'Neill eran idénticas. ¿No les parece que esto era mucha coincidencia? Estuve pensando y pensando y al fin decidí contestarle dándole largas al asunto. Yo había leído ya uno de los anuncios de míster Blunt, a decir verdad en un viejo periódico que usé para forrar uno de los cajones de la cocina, así es que, sin pensarlo ni un momento más, lo recorté y me vine con él a la ciudad, para confiar a ustedes mi caso.

—Muy bien hecho —dijo Tuppence moviendo vigorosamente la cabeza—. Es asunto que vale la pena de investigar.

—Un caso muy interesante, *miss* Deane —observó Tommy—. Lo estudiaremos con verdadero cariño, ¿no es verdad, *miss* Sheringham?

—Sí, sí —repuso ésta—, y tenga la seguridad de que, más tarde o más temprano, llegaremos al fondo de este aparente misterio.

—Creo haber entendido, *miss* Deane —prosiguió Tommy—, que los moradores de la casa consisten en usted, su madre y una vieja criada, ¿verdad?

—Así es.

—Bien. ¿Podría usted darme algunos detalles acerca de esta criada?

—Se llama Crockett, y ha estado al servicio de mi tía durante más de diez años. Es ya bastante vieja, desagradable en sus modales, pero buena sirvienta. Siente cierta inclinación en darse importancia porque, según dicen, una hermana que tiene se casó con un hombre de posición muy superior a la suya. Crockett tiene un sobrino a quien siempre designa con el pomposo nombre de «un perfecto caballero».

—¡Hum…! —gritó Tommy sin saber qué decir de momento.

Tuppence, que había estado observando detenidamente a *miss* Deane, habló de pronto con súbita determinación.

—Creo que el mejor plan que en este momento se me ocurre, *miss* Deane, es el que nos fuéramos a comer juntas. Así tendrá usted tiempo para darme toda clase de detalles.

—Excelente —repuso Tommy.

—Perdone mi curiosidad —dijo Tuppence después que se hubieron sentado a la mesa en un pequeño restaurante de la vecindad—. ¿Existe alguna razón especial por la que usted quisiera ver este asunto resuelto?

Mónica se sonrojó.

—Pues… le diré…

—Cuéntemelo sin miedo.

—Hay dos hombres que…, que al parecer quieren casarse conmigo.

—Vamos, la eterna historia. Uno rico, el otro pobre, pero es a éste a quien usted quiere en realidad. —¿Cómo lo sabe usted?

—No se asuste, es una especie de ley de la naturaleza —explicó Tuppence—. Es lo que les sucede a todas. Lo que me sucedió a mí, sin ir más lejos.

—Como usted ve, ni aun vendiendo la casa tendríamos suficiente para vivir. Gerald es buenísimo, pero pobre como una rata, si bien hay que admitir que es un ingeniero muy inteligente y que, de haber tenido un pequeño capital, con gusto le habrían aceptado como socio en la compañía en que trabaja. Pero…

—No siga usted —le interrumpió cariñosamente Tuppence—. La comprendo. Podría usted estar enumerando todo un día sus virtudes sin que eso le sirviera para adelantar un ápice en el terreno de la solución. Mónica movió la cabeza afirmativamente.

—Bien —dijo Tuppence—. Lo mejor será que vayamos después a su casa y estudiemos el asunto sobre el terreno. ¿Cuál es su dirección?

—La Casa Roja, Stourton sobre el Marsh.

Tuppence escribió las señas en su libro de notas.

—No le he preguntado —empezó a decir Mónica— acerca de… de sus honorarios.

Se ruborizó ligeramente al pronunciar las anteriores palabras.

—El pago se hace siempre según los resultados —contesto gravemente Tuppence —. Si la solución del secreto de la Casa Roja es remunerativo, y así lo espero a juzgar por el ansia que hay en adquirir esa propiedad, cobraremos un pequeño porcentaje. De otro modo, absolutamente nada.

—Muchísimas gracias —contestó la muchacha agradecida.

—Y ahora —dijo sonriente Tuppence—, no vuelva a pensar en ello. Disfrutemos de la comida y hablemos de cosas más amenas, que todo saldrá bien, ¡se lo aseguro!

El misterio de la casa roja

(The Red House).

Bien —dijo Tommy asomándose a una de las ventanas de la hostería de La Corona y el Ancla—. Ya estamos en las quimbambas, o como quieras llamarle a este dichoso pueblucho.

—¿No te parece que deberíamos hacer un pequeño análisis del caso? —sugirió Tuppence.

—Sí, sí, claro —respondió Tommy—. Para empezar y dando, como me corresponde, la opinión preliminar, te diré que sospecho de la madre inválida. —¿Por qué?

—Mi idolatrada esposa, ten en cuenta que todo eso del *poltergeist* no es más que un infundio que alguien ha hecho correr con objeto de persuadir a la muchacha de que debe vender la casa. Ésta dice que todos estaban presentes cuando ocurrieron esas cosas, menos la madre, que, como inválida que es, se quedaría en sus habitaciones.

—Sí, pero siendo inválida como acabas de decir, no veo cómo se las compondría para tirar y cambiar de sitio los muebles.

—¿Y si fuera fingido lo de la invalidez?

—¿Con qué objeto?

—¡Ah! A eso ya no puedo contestarte —confesó al fin Tommy—. Me limitaba a seguir el bien conocido principio de sospechar de aquéllos en quienes, por lo general, nadie fija su atención.

—Déjate de bromas, Tommy —dijo Tuppence con severidad—. Debe de haber algo que hace que esas personas estén tan ansiosas de poder conseguir la casa, y si a ti no te importa llegar hasta el fondo de este asunto, a mí, sí. Me gusta esa muchacha y haré todo lo que esté en mi mano para ayudarla.

—Y yo también —repuso Tommy poniéndose serio de pronto—, pero sabes que me gusta hacerte rabiar de vez en cuando. Sí, no cabe duda de que algo raro está ocurriendo en esa casa. Ese afán por comprarla indica que algo oculto y difícil de encontrar hay en ella. Qué es, no lo sé, ¿quién sabe si se trata de alguna mina de carbón en las entrañas del jardín?

—¡Por Dios, Tommy! ¡Una mina de carbón!, ¿no te parece más romántico la idea de un tesoro escondido en algún rincón del jardín?

—¡Quién sabe! En ese caso lo mejor será que me vaya a ver al gerente del banco local, le explique que pienso quedarme aquí hasta las Navidades, que posiblemente me decida a comprar la casa, y le pregunte el modo de hacer una transferencia a su sucursal.

—Pero…

—Tú déjame hacer a mí.

Al cabo de media hora, Tommy estaba de vuelta. Los ojos le brillaban de satisfacción.

—¡Avanzamos, Tuppence, avanzamos! —dijo—. Nuestra entrevista versó sobre los temas que ya te indiqué, y como quien no quiere la cosa, le pregunté si habían recibido muchos pagos en oro de los pequeños agricultores que, como sabes, tienen la inveterada costumbre de esconderlo por todos los rincones. De ahí, pasamos a hablar de las chocheces de ciertas viejas. Tuve que inventar una tía que, al estallar la guerra, se fue con su coche a los almacenes del Ejército y de la Armada y no paró hasta volverse con veinte buenos Jamones de York. Inmediatamente me mencionó él a cierta cliente del banco que había insistido en sacar hasta el último penique de su cuenta corriente, en oro a ser posible, y quiso que se le entregaran todos sus cupones y demás títulos de valor, dando como razón que estarían más seguros bajo su propia custodia. No tardó en confesarme que se trataba precisamente de la antigua propietaria de La Casa Roja. ¿Comprendes, ahora, Tuppence? Sacó su dinero y lo escondió en alguna parte. Recuerda que Deane misma se sorprendió de la insignificante cantidad en metálico que aparecía en el legado. Sí, no cabe duda de que el tesoro está en La Casa Roja y hay alguien, te diré su nombre si me apuras, que está perfectamente enterado del hecho.

—¿Quién?

—La vieja Crockett. ¿No te parece que lo probable es que estuviese al tanto de todas las peculiaridades de su ama?

—¿Quién era, entonces, el doctor O'Neill?

—¿Quién va a ser sino su «distinguido» sobrino? Pero ¿dónde demonios lo habrá escondido? Tú, como mujer, quizá pudieras darme una idea.

—¡Qué sé yo! Como no fuera entre medias o enaguas o debajo de los colchones.

Tommy asintió con un movimiento de cabeza.

—Puede que tengas razón, pero…, ¿no crees que, de haber estado en un sitio así, la Crockett lo habría hallado con facilidad? Sin embargo, tampoco puedo imaginarme a una pobre vieja levantando las tablas de los suelos o cavando fosas en el jardín. De que está en algún rincón de La Casa Roja no hay la menor duda, como tampoco de que la Crockett y su sobrino están enterados y de que, si logran comprar la propiedad, no dejarán piedra sin remover hasta encontrar lo que buscan. Es preciso ganarles el juego por la mano, Tuppence. Vámonos ahora mismo a La Casa Roja.

Mónica Deane salió a recibirles y, para justificar un recorrido de todas las habitaciones, dependencias y jardín, les presentó a su madre y a Crockett, como presuntos aspirantes a la compra de la mansión. Tommy nada dijo a Mónica acerca de las conclusiones a que habían llegado y se limitó a hacer varias preguntas que él consideraba de sumo interés. Se enteró de que algunas de las ropas y objetos personales de la difunta se habían dado a Crockett, y otros fueron repartidos entre familias pobres de la vecindad. El registro en este sentido podía considerarse como completo.

—¿Había algunos papeles?

—La mesa estaba llena de ellos, así como también uno de los cajones de su cómoda, pero nada encontramos que dijese lo más mínimo sobre el particular.

—¿Los tiraron?

—No, mi madre es muy contraria a desprenderse de esas cosas. Había entre ellos antiguas recetas de dulces y licores que, según me dijo, tiene intención de probar.

—Bien —dijo Tommy dando muestras de aprobación. Después, señalando a un viejo que trabajaba en el jardín, preguntó:

—¿Es ése el jardinero que estaba allí en vida de su tía?

—Sí, antes venía tres veces por semana, pero ahora lo hace sólo una vez. Es todo cuanto nos permiten nuestros escasos medios.

Tommy guiñó un ojo a Tuppence como para indicarle que permaneciese al lado de Mónica mientras él se alejaba en dirección a donde trabajaba el jardinero. Después de unas cariñosas frases de encomio a su labor y de inquirir sobre el tiempo que llevaba al servicio de la casa, le preguntó:

—¿No es cierto que por orden de la señora enterró usted hace algún tiempo una caja en este jardín?

—¿Yo? ¿Y Para que había de enterrarla? No, nunca he hecho nada de lo que dice.

Tommy movió la cabeza preocupado y regresó a la casa frunciendo el entrecejo. De no encontrar nada entre los papeles de la anciana, el problema no presentaba grandes garantías de solución. La casa en sí era vieja, pero no tanto como para suponer que existían en ella cuartos o pasadizos secretos.

Antes de partir, Mónica les trajo una gran caja de cartón amarrada con un recio bramante.

—Aquí están todos los papeles que he podido encontrar —dijo—. Si quieren pueden llevárselos a su casa y así los podrán ustedes examinar detenidamente. Sin embargo, creo que perderán el tiempo. No hay entre ellos uno solo que pueda arrojar la más mínima luz en este…

Sus palabras fueron interrumpidas por un gran estrépito que procedía de la habitación situada directamente encima de sus cabezas. Tommy subió sin perder tiempo. Un jarro y una palangana yacían hechos pedazos en el suelo, pero el cuarto estaba desierto.

—Parece que el fantasma ha vuelto a sus antiguos ardides y continúa haciendo de las suyas —murmuró, sonriente.

Regresó pensativo al lugar en que dejara a su esposa y a *miss* Deane.

—¿Podría interrogar unos instantes —preguntó, dirigiéndose a esta última— a la sirvienta Crockett?

—Claro que sí. Espere un momento que voy a llamarla.

Al volver en compañía de la persona solicitada, dijo Tommy con amabilidad:

—Estamos pensando en comprar la casa y mi esposa desea saber si estaría usted dispuesta a continuar a nuestro servicio —le preguntó.

La cara de Crockett no registró emoción alguna.

—Le agradezco su atención —contestó—, pero quisiera que me diese tiempo para reflexionar. Tommy se volvió a Mónica.

—Me encanta la casa, mis Deane, y estoy dispuesto a pagar cien libras más de lo que, según usted misma ha dicho, ha ofrecido el otro comprador.

Mónica murmuró unas cuantas palabras de las que acostumbraban a decirse en momentos como aquél, y el matrimonio Beresford se despidió.

—Tenía yo razón —exclamó Tommy al tiempo que cruzaban el jardín en dirección a la puerta—. La vieja está en el ajo. ¿Te fijaste que estaba casi sin aliento? Pues eso era de resultas de la carrera que acababa de dar por la escalera de servicio después de romper el jarro y la palangana. Es muy posible también que, secretamente, haya introducido a ratos a su sobrino en la casa y que éste se haya encargado de hacer las veces de duende mientras ella permanecía inocentemente al lado de sus amos. Ya verás como O'Neill enmienda su oferta antes de que finalice el día. Tengo ese presentimiento.

Como confirmación a esta sospecha, recibieron después de comer una nota de Mónica que decía así:

Acabo de recibir noticias del doctor O'Neill. Dice que eleva su oferta en ciento cincuenta libras.

—¿Lo ves? Este hombre tiene dinero por lo que veo —comentó Tommy. pensativo—. Y añadiré otra cosa, Tuppence. Lo que buscan es algo que, sin duda alguna, vale la pena.

—¡Ay. si pudiéramos encontrarlo!

—Pues manos a la obra.

Examinaron todos los papeles que, sin ningún orden ni concierto, estaban acumulados en la caja que se llevaron consigo, y cada cuatro o cinco minutos se detenían a discutir los hallazgos.

—¿Qué novedades hay, Tuppence?

—Dos viejas cuentas pagadas, tres cartas sin importancia, una receta para conservar las patatas nuevas y otra para hacer pasteles de limón y queso. ¿Y las tuyas?

—Una cuenta, una poesía a la primavera, dos recortes de periódico: «Por qué las mujeres compran perlas. Excelente inversión» y «El hombre de las cuatro mujeres. Historia sensacional», y otra receta además sobre el modo más apropiado de guisar una liebre.

—Esto es desesperante —exclamó Tuppence volviendo de nuevo a la carga.

Al fin quedó vacía la caja y el matrimonio se miró con desconsuelo.

—Pongo esto aparte —dijo Tommy separando una pequeña hoja de papel—, porque es lo único que ha conseguido llamar un poco mi atención. No tengo, sin embargo, esperanzas de que tenga relación alguna con lo que buscamos.

—Veamos. Oh, es una de esas cosas raras que creo le llaman anagramas, charadas o algo por el estilo. Se puso a leerlo en voz alta:

Prima-prima es cual total
La prima-tres no he metido
Lo que dos-una la charada
Prima-dos-tres siempre ha sido

—¡Hum…! —gruñó Tommy, rascándose la cabeza—. Como poesía es bastante mala.

—No veo qué es lo que has podido encontrar de particular en esta paparruchada. Hace cincuenta años, no te digo que no. Entonces acostumbraban a coleccionarlas y eran el gran entretenimiento de invierno cuando la familia se reunía alrededor del hogar.

—Fíjate primero en la nota que hay escrita al pie de la charada. Son esas palabras las que verdaderamente nos han llamado la atención.

—San Lucas. XI, 9 —leyó Tuppence—. Eso hace referencia a un pasaje de la Biblia.

—Precisamente. ¿No te extraña que una mujer tan religiosa como, según parece, era la tía de Mónica se entretuviese, sin ningún motivo, en hacer una anotación de esa índole?

—Sí, es raro —respondió Tuppence, quedándose pensativa.

—Supongo que tú, como buena hija de un clérigo que eres, tendrás alguna Biblia a mano.

—Pues la tengo. No te esperabas esa respuesta, ¿verdad? Un momento.

Se dirigió a una maleta, extrajo de ella un pequeño volumen con cubiertas encarnadas y acto seguido volvió a la mesa. Después de hojearlo unos instantes se detuvo.

—Aquí está —dijo—. San Lucas, capítulo XI, versículo 9. ¡Oh, Tommy, mira!

Tommy se inclinó sobre el libro y miró donde el pequeño dedo de Tuppence acababa de señalar.

—*Busca y encontrarás*.

—Eso es —aulló Tuppence con alegría—. ¡Por fin lo tenemos! Resuelve el criptograma y el tesoro será nuestro; mejor dicho, de Mónica.

—Bueno, vamos a trabajar en el criptograma, como tú lo calificas. «*Prima-prima* es cual total». ¿Qué palabras tenemos de dos silabas repetidas que lo expresan todo?

—Hombre, no muchas. Tenemos *papá, mamá, bebé*…

—Bueno, ya veremos cuál ha de escogerse. Sigamos. «*La prima-tres* no he metido». ¿Qué querrá decir con eso? «Lo que *dos-una* la charada, *prima-dos-tres*

siempre ha sido». Pues no caigo.

—Trae acá, hombre. ¡Si es muy fácil…! Tuppence se apoltronó en uno de los sillones y se puso a musitar palabras que, a su parecer, carecían de coherencia.

—No, no, ya veo que es muy fácil —murmuró irónicamente Tommy después que hubieron pasado más de treinta minutos.

—¡No cacarees tanto! Lo que pasa es que no somos de la generación que se dedicaba a esta clase de pasatiempos. ¿Qué te apuestas a que voy a una cualquiera de nuestras momias y nos lo resuelve en menos que canta un gallo?

—Bien, vamos a intentarlo una vez más. Fueron interrumpidos por la aparición de una menuda sirvienta que anunció que la cena estaba servida.

—*Miss* Rumiey desea saber únicamente —añadió— si quieren ustedes las patatas fritas o simplemente hervidas con su piel. Tiene preparadas de las dos clases.

—Hervidas —replicó rápidamente Tuppence—. Me encantan las patatas…

Se detuvo de pronto con la boca abierta de par en par.

—¿Qué te pasa, Tuppence? —preguntó, asustado, Tommy—. Parece que hayas visto un fantasma.

—Tommy —gritó Tuppence—. ¡Ya lo tengo! La palabra quiere decir ¡*Patata! Prima-prima* es cual total: papa: papa. Sin acento. La *prima-tres* no he metido *pata*. Lo que *dos-una* la charada: *tapa*. *Prima-dos-tres* siempre ha sido: ¡pa-ta-ta!

—Tuppence, eres una lumbrera, de eso no hay duda, pero creo que hemos estado perdiendo lastimosamente el tiempo. «Patata» no parece encajar en nada que se refiera al desaparecido tesoro. Pero… espera, espera. ¿Qué es lo que leíste hace un momento cuando revisábamos los papeles de esa caja? Algo acerca del modo de conservar las patatas nuevas.

—Sí, acuérdate. Busquemos esa receta. Quién sabe si en ella encontraremos algo que complete esa idea sin sentido de la patata.

Revolvieron de nuevo los papeles hasta que al fin Tommy encontró lo que deseaba.

—Aquí está —dijo—: «MODO DE CONSERVAR LAS PATATAS NUEVAS. Pónganse las patatas nuevas en latas y entiérrense éstas en el jardín. Aun en mitad del invierno sabrán igual que si se hubiesen recientemente extraído».

—¡Ya lo tenemos! —exclamó agitadamente Tuppence—. El tesoro está en el jardín enterrado en una lata.

—Pero el caso es que ya se lo he preguntado al jardinero y éste dice que él no ha enterrado nada en el jardín.

—Sí, lo sé; pero es debido a que la gente nunca contesta en realidad a lo que tú preguntas sino a lo que ellos se figuran que has querido decir. Él sabía que no había enterrado nada que saliese de lo corriente. Volveremos a verle mañana y esta vez le preguntaremos directamente dónde ha enterrado las patatas.

El día siguiente era la víspera de Navidad. A fuerza de inquirir consiguieron encontrar la choza en que vivía el viejo jardinero. Tuppence abordó el asunto después

de unos minutos de conversación.

—Me gustaría tener unas cuantas patatas nuevas para las Navidades. ¿Verdad que saben bien con el pavo? ¿No acostumbra la gente de por aquí a enterrarlas en latas? Dicen que se conservan muy bien.

—Y que lo diga —respondió el viejo—. La vieja *miss* Deane acostumbraba a enterrar siempre tres latas en La Casa Roja, pero a veces se olvidaba de volverlas a sacar.

—Supongo que lo haría en el jardín, ¿verdad?

—No, al pie del abeto que hay junto al muro del huerto. Habiendo obtenido la información que deseaban, se despidieron del viejo después de darle cinco chelines como aguinaldo de Pascuas.

—Y ahora vámonos a ver de nuevo a Mónica —ordenó Tommy.

—Tommy, tú no tienes sentido dramático. Déjame este asunto a mí, que tengo ya concebido un gran plan. ¿Crees que podrás componértelas para pedir prestados o robar una pala y un azadón?

Fuese como fuese, lo cierto es que Tommy logró encontrar lo que su esposa pedía, y aquella noche, y a hora ya avanzada, dos figuras se deslizaron furtiva y silenciosamente en el jardín de La Casa Roja. El lugar indicado por el jardinero fue fácil de localizar y en él se puso Tommy a cavar con todas sus fuerzas. No tardó la azada en dar contra un objeto, que emitió un sonido metálico. Siguió con cuidado y a los pocos minutos logró extraer una gran caja de hojalata de las que corrientemente se emplean como envase para la venta de bizcochos y galletas. La tapa estaba sellada con una fuerte banda de esparadrapo que Tuppence se apresuró a abrir valiéndose de un pequeño cortaplumas que llevaba su marido. A continuación lanzó un suspiro de desaliento. La lata apareció llena de patatas. Vació, en previsión, todo su contenido, pero… ¡nada!, ¡patatas… y más patatas!

—Sigue cavando, Tommy.

Pasó algún tiempo antes de que la aparición de una nueva lata premiase otra vez sus esfuerzos.

—¿Bien…? —preguntó con ansia Tommy.

—Nada —respondió Tuppence después de abrirla—. ¡Otra vez patatas!

—¡Maldita sea! —exclamó Tommy, reanudando con furia su labor.

—A la tercera va la vencida —dijo Tuppence tratando de animarle.

—Yo creo que todo esto del tesoro es pura fantasía morisca —replicó Tommy sin cesar de dar golpes de azadón—; pero… Una tercera lata hizo su aparición.

—¡Otra vez pata…! —empezó a decir Tuppence, pero se detuvo de pronto—. ¡Oh, Tommy, al fin lo encontramos! Las patatas ocupan sólo un pequeño espacio en la parte superior. ¡Mira!

De su mano colgaba un bolso de terciopelo encarnado.

—Márchate a casa enseguida —gritó Tommy—, porque aquí hace un frío que pela. Yo me quedaré unos instantes para poner otra vez esta tierra en su lugar. Llévate

el bolso, pero no olvides que como se te ocurra abrirlo antes de que yo llegue, ¡te retuerzo el pescuezo!

—No tengas cuidado, te esperaré. Bien, adiós, porque si tardo un minuto más en irme tendrías que llevarme en calidad de sorbete.

Al llegar a la hostería no tuvo que esperar largo tiempo. Tommy iba casi pisándole los talones, y sudando pese a lo poco apacible e intensamente fría que se mostraba en aquellos momentos la temperatura.

—Vaya —dijo Tommy—. No podrán quejarse de los brillantes detectives de Blunt. Ahora, *mistress* Beresford, puede usted empezar a descubrir el botín.

Dentro del bolso había un paquete forrado en seda engomada y un pesado maletín de piel de ante. Abrieron este primero. Estaba lleno de libras esterlinas. Doscientas en total.

—Seguramente era la asignación máxima en oro que podía hacer el banco. Ahora el paquete.

Éste estaba lleno de billetes apilados con sumo cuidado. Tommy y Tuppence se entretuvieron en contarlos. Ascendían exactamente a veinte mil libras.

—¡Fiu…! —silbó Tommy—. ¿No crees que Mónica tiene suerte de que ambos seamos ricos y honrados? ¿Qué es eso que está envuelto en papel de seda?

Tuppence deshizo el pequeño bulto y de él extrajo un magnífico collar de perlas.

—No soy muy entendido en alhajas —dijo Tommy—, pero me figuro que éste ha de valer por lo menos otras cinco mil libras. Fíjate en el tamaño y en el oriente de las perlas. Ahora comprendo el porqué de aquel anuncio que hablaba de las perlas como una buena inversión. Debió haber vendido todos sus títulos negociables y los convirtió en joyas y dinero contante y sonante.

—¡Oh, Tommy! ¿No crees que es admirable lo que acabamos de hacer? ¡Pobre Mónica! Ahora podrá casarse con el hombre a quien ama y vivir tan feliz como vivo yo.

—Eso me gusta. Tuppence. ¿Eres feliz conmigo?

—Que conste que se me ha escapado sin querer, ¿en? Pero sí, te lo confieso con toda sinceridad, lo soy.

—Si en realidad me quieres, demuéstramelo contestando a una pregunta que te voy a hacer.

—Hazla, pero sin triquiñuelas.

—¿Cómo supiste que Deane era la hija de un clérigo?

—Oh, muy fácilmente —replicó Tuppence echándose a reír—. Abrí la carta en que solicitaba la entrevista. Leí la firma y recordé que un teniente cura de mi padre se llamaba Deane y que también tenía una hija, unos cinco años más joven que yo, y con el nombre de Mónica.

—¡Tuppence, eres una desvergonzada al pretender engañar de esa manera a un marido tan amable y confiado como yo! ¡Caramba! Están dando las campanadas de las doce. ¡Felicidades, Tuppence!

—¡Felicidades. Tommy! Y también serán unas felices Pascuas para Mónica, ¿no lo crees así? ¿Me creerás, Tommy, si te digo que cuando pienso en ella se me hace un nudo en la garganta?

—¡Querida Tuppence! —dijo Tommy abrazándola con fuerza.

—Oh, Tommy, ¿no crees que nos estamos volviendo un poco sentimentales?

—La Navidad sólo se da una vez al año —respondió sentenciosamente aquél—. Es lo que acostumbraban a decir nuestras abuelas, y creo que había un gran fondo de verdad en esta afirmación.

Las botas del embajador

(The Ambassador's Boots).

Randolph Wilmott, el embajador estadounidense —dijo Tommy leyendo la carta que acababa de entregarle su mujer—. ¿Qué querrá?

—No lo sé. Ya nos lo dirá cuando venga mañana a las once. A la hora anunciada, míster Randolph Wilmott, embajador estadounidense en la Corte de Saint James, fue introducido en forma que debía serle habitual y dijo:

—He venido a hablar con usted, míster Blunt. Es decir, supongo que es míster Blunt a quien tengo el honor de dirigirme en estos momentos.

—En efecto —contestó Tommy—. Yo soy míster Blunt. El director de esta empresa.

—Como iba diciendo, míster Blunt, el asunto que aquí me trae me tiene un tanto preocupado. Como creo que se trata de una simple equivocación, no me ha parecido prudente poner el asunto en manos de Scotland Yard. Sin embargo, hay algo en todo ello que me gustaría poner en claro.

Hizo un relato un tanto lento de los hechos y oscurecido por la constante tendencia a la exageración en el más pequeño detalle.

—Vamos a ver —dijo Tommy tratando de hacer un resumen—. Si no he entendido mal, nuestra posición es ésta: usted llegó hará aproximadamente una semana en el trasatlántico *Nomadic*. Por la razón que fuese, y dado el hecho de que su maletín de mano y el de míster Ralph Westerham son idénticos y llevan además las mismas iniciales, hubo una pequeña confusión. Usted se llevó por equivocación el de él, y viceversa, él el de usted. Míster Westerham, tan pronto se dio cuenta del error, se apresuró a hacer todo lo que usted me acaba de decir ¿cierto?

—Exactamente. Yo mismo no me di cuenta de lo ocurrido hasta que me lo advirtió mi criado y míster Westerham, senador y hombre por el que yo siento una verdadera admiración, hizo la correspondiente enmienda a su precipitada maniobra.

—Bien, entonces no veo…

—Ahora lo verá. Eso es sólo el principio de la historia. Ayer, por casualidad, me encontré en la calle al senador Westerham y se me ocurrió mencionarle el incidente. Con gran sorpresa me enteré de que desconocía por completo el hecho. Aún más. Lo consideró completamente irrealizable, puesto que ningún maletín de mano aparecía entre la lista de artículos de su equipaje.

—¡Sí que es raro!

—Lo es. Si alguien hubiese querido robar mi maletín, podía haberlo hecho sin necesidad de recurrir a esa clase de maniobras. Por otra parte, y admitiendo que se tratara de una equivocación, ¿porqué habían usado el nombre del senador Westerham? Supongo que no pasará de ser una tontería, pero tengo curiosidad por

llegar al fondo de todo ese asunto. ¿Cree usted que el caso vale la pena de ser investigado?

—Sí, sí, ya lo creo. Es un pequeño problema que, como usted dice, puede tener una inocente solución. Pero… ¡quién sabe! Lo primero que hemos de averiguar es el motivo de esa inexplicable sustitución. ¿Dice usted que no faltaba nada del maletín cuando éste fue devuelto?

—Mi criado, que es quien lo sabe, dice que no.

—¿Qué había en él, si es que puede saberse?

—En su mayor parte, botas.

—¿Botas? —contestó desconcertado Tommy.

—Sí, botas. Es extraño, ¿verdad?

—Perdone usted mi pregunta —dijo Tommy—, pero…, ¿no llevaba algún papel secreto en la suela o en el tacón? La pregunta pareció recrear al embajador.

—Creo que el secreto diplomático no ha tenido todavía necesidad de descender a esa clase de procedimientos.

—En ficción, sí —replicó Tommy con sonrisa y gesto de querer enmendar su poco acertada deducción—. Dígame, ¿quién fue a recoger el maletín, el otro, me refiero?

—Supongo que uno de los sirvientes de Westerham. Un hombre corriente, por lo que oí decir al mío.

—¿Sabe usted si lo llegaron a abrir?

—No puedo decírselo. ¿Por qué no se lo pregunta a mi criado? Él podrá darle toda clase de detalles. —Creo que será lo más acertado, míster Wilmott.

El embajador escribió unas cuantas líneas en una de sus tarjetas y se la entregó a Tommy.

—Supongo que preferiría usted ir a la Embajada y hacer allí su interrogatorio, ¿verdad? En caso contrario, enviaré a mi hombre, se llama Richards, al sitio que usted me designe.

—No, gracias, míster Wilmott; es mejor que yo vaya a la Embajada.

El embajador echó una rápida mirada a su reloj.

—¡Demonios! —dijo levantándose—. Voy a llegar tarde a una cita. Adiós, míster Blunt. Quedamos, entonces, en que usted se encargará del asunto.

Después que hubo desaparecido, Tommy miró a Tuppence, que, durante todo aquel tiempo, había permanecido muy seria tomando apuntes en su cuaderno de notas.

—¿Qué opinas? —preguntó.

—Que no tiene ni pies ni cabeza.

—Exacto. Y es de ahí precisamente de donde han de partir nuestras deducciones. O mucho me equivoco, Tuppence, o algo muy profundo se encierra en ésa, al parecer, insignificante equivocación.

—¿Tú lo crees así?

—Es una hipótesis muy aceptable por lo general.

—Pero ¿acaso puede sacarse alguna deducción de unas botas?

—¿Y por qué no?

—¡Qué sé yo! ¿Quién puede desear calzarse las botas de otro?

—Podían simplemente haberse equivocado de maletín —sugirió Tommy.

—Sí, cabe en lo posible. Pero si eran papeles lo que ellos buscaban, lo más lógico sería que se hubiesen equivocado de cartera, no de maletín. Insisto en que las botas nada tienen que ver con este asunto.

—Bien —dijo Tommy exhalando un profundo suspiro—. Nuestro primer paso ha de ser el de entrevistarnos con el amigo Richards. Quizás él pueda arrojar un poco de luz en este misterio.

Al presentar la tarjeta de míster Wilmott, Tommy fue admitido en uno de los saloncitos de la Embajada, donde poco después se presentó un joven pálido y de modales respetuosos que, con voz apagada, hizo su presentación y se dispuso a ser sometido a un interrogatorio.

—Yo soy Richards, caballero. El sirviente de míster Wilmott. Me ha dicho mi señor que deseaba usted interrogarme.

—Sí, Richards. Míster Wilmott fue a visitarme esta mañana y me sugirió que le hiciese unas cuantas preguntas acerca de cierto incidente ocurrido con un maletín.

—Sé que míster Wilmott está algo preocupado por el caso, pero no sé por qué. Que yo sepa, nada se ha perdido. Por el hombre que vino a hacer el cambio supe que el suyo pertenecía al senador Westerham.

—¿Cómo era ese hombre?

—De unos cuarenta y cinco o cincuenta años, pelo gris y de aspecto bastante distinguido. Creo que era el ayuda de cámara del senador.

—¿Llegó usted a abrir la maleta?

—¿Cuál, señor?

—Me refería a la que trajo usted del barco, pero no estará de más que también me dé usted algunos detalles acerca de la de míster Wilmott. ¿Cree usted que ésta llegó a ser desempaquetada?

—No lo sé. Su aspecto era de que no. Estaba tal cual yo la dejé en el barco. Seguramente el caballero, o quienquiera que fuese, la abrió, y al ver que no era la suya volvió a cerrarla y la trajo sin pérdida de tiempo.

—¿No faltaba nada? ¿Ni el más insignificante artículo?

—No.

—Ahora vamos a la otra. ¿Llegó usted a abrirla?

—A decir verdad estaba a punto de hacerlo cuando se presentó el ayuda de cámara, o lo que sea, del senador Westerham.

—Pero ¿llegó usted a abrirla?

—Lo hicimos entre los dos para convencernos de que esta vez no habría ya equivocación posible. El hombre dijo que estaba bien, volvió a cerrarla y se la llevó.

—¿Qué había dentro? ¿Botas también?

—No, señor. Artículos de tocador en su mayor parte. Entre ellos una gran lata de sales para el baño.

Tommy decidió, de momento, cambiar el tema de la conversación.

—¿Recuerda usted haber visto a alguien curioseando entre los objetos personales de míster Wilmott?

—No, señor.

—¿Algo sospechoso, de acto o de palabra? El hombre pareció titubear.

—Ahora que recuerdo… —comenzó.

—Sí, sí, diga…

—No creo que tuviese que ver nada con lo que hablamos, pero… Ocurrió algo, una vez, con una joven que venía en el mismo barco.

—¿Una joven? A ver, a ver, cuente.

—Una señorita muy simpática. Creo que se llamaba Eileen O'Hara. No muy alta, elegante y de cabellos negros. Su aspecto era más bien el de una extranjera.

—¿Ah, sí? ¡Hombre, esto parece interesante! —dijo Tommy preparándose a escuchar con atención.

—Le dio una especie de desvanecimiento precisamente frente a la puerta del camarote de míster Wilmott. La hice entrar y la dejé recostada en un sofá mientras yo iba apresuradamente en busca del doctor. Tardé algunos minutos en dar con él, y al volver en su compañía encontramos a *miss* O'Hara ya casi repuesta de su ligera indisposición.

—¡Oh! —dijo Tommy.

—Supongo que no creerá usted que…

—Es muy difícil saber exactamente lo que debe uno creer —respondió Tommy sin dar aparentemente gran importancia a lo que acababa de decir—. ¿Sabe usted si viajaba sola *miss* O'Hara?

—Creo que sí, señor.

—¿La ha vuelto usted a ver desde que desembarcaron?

—No, señor.

—Bien —dijo Tommy después de quedarse breves momentos entregado a profundas reflexiones—. Creo que esto es todo. Gracias, Richards.

—Gracias a usted, señor.

De vuelta a la oficina, Tommy explicó a Tuppence la conversación sostenida con Richards. Ésta escuchó el relato con la mayor atención.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó al fin.

—Que ese desmayo me huele a algo sospechoso. Tan oportuno como injustificado. Y ese nombre de Eileen O'Hara, ¿no te dice nada? Casi imposible tratándose de una irlandesa.

—Al menos tenemos ya algo en qué fundamentar nuestras pesquisas. ¿Sabes lo que voy a hacer, Tuppence? Poner un anuncio.

—¿Qué?

—Sí, un anuncio solicitando informes sobre el paradero de una tal Eileen O'Hara, pasajera del *Nomadic* en fecha tal y tal. Si es mujer de ley acudirá en persona, y si no, no faltará quien nos traiga las noticias que necesitamos.

—Pero no olvides que con eso conseguirás también ponerla en guardia.

—Sí, pero ¿qué quieres? Es preciso correr el riesgo.

—Todavía no acabo de comprender la finalidad de todo esto —dijo Tuppence—. Si una cuadrilla de ladrones se apodera de una de las maletas del embajador, la retiene una o dos horas en su poder y después la devuelve, sin haber hecho ningún uso de lo que había dentro, ¿qué han salido ganando con todo ello?

Tommy la miró fijamente unos instantes.

—Tienes razón —dijo al fin—, y aunque no lo creas, acabas de darme una idea.

Pasaron dos días, Tuppence había salido a comer y Tommy, solo en el austero despacho de míster Blunt, trataba de ampliar sus conocimientos leyendo lo más selecto de entre las últimas novelas de misterio.

Se abrió la puerta de la oficina y en ella apareció la conocida figura del joven Albert.

—*Miss* Cicely March desea verle. Dice que viene en respuesta a su reciente anuncio en los diarios.

—Hazla pasar —gritó Tommy, escondiendo el libro en uno de los cajones.

Un minuto más tarde Albert introducía en el despacho a la recién llegada. Acababa apenas Tommy de apreciar que ésta era rubia y extremadamente bonita, cuando ocurrió algo extraordinario.

La misma puerta por la que había entrado Albert se volvió a abrir con violencia y en el umbral apareció la pintoresca figura de un hombre fuerte y moreno, latino al parecer, con una corbata de color rojo fuego lo más escandalosamente llamativa que podía uno imaginarse. Tenía las facciones contraídas por la rabia, y en la mano empuñaba una reluciente pistola.

—¿Conque ésta es la oficina de ese metomentodo a quien llaman Blunt? —dijo en perfecto inglés. Su voz era amenazadora y silbante—. ¡Arriba las manos o disparo!

La orden tenía todas las características de ser llevaba a la práctica si no se obedecía; así es que Tommy hubo, muy a disgusto suyo, de extender los brazos en dirección al techo. La joven se acurrucó contra la pared después de lanzar un apagado grito de terror.

—Esta señorita se vendrá conmigo —prosiguió el hombre—. Sí, sí, amiga mía. Usted no me ha visto en su vida, pero eso no hace al caso. No puedo permitir que mis planes corran el peligro de frustrarse por un pequeño detalle así. Además, creo recordar que usted estaba entre los pasajeros del *Nomadic*. ¿A qué ha venido aquí? A contar, sin duda, algo de lo que viera en el barco, ¿eh? Es usted muy listo, míster Blunt, pero da la circunstancia de que yo también acostumbro a leer la sección de anuncios y me he podido enterar así de este pequeño juego.

—Me interesa sobremanera lo que está usted diciendo, caballero, y le suplico que continúe —dijo Tommy.

—Me gusta su tupé, míster Blunt, pero debo advertirle que no le va a servir de nada. Desde este momento está usted señalado. Renuncie a meterse donde no le llama nadie, y todo irá bien. De lo contrario… Dios tenga piedad de su alma. La muerte no tarda en llegar para aquellos que se empeñan en cruzarse en nuestro camino.

Tommy no contestó. Miraba por encima del hombro del intruso como quien viera un alma en pena, algo irreal.

Y a decir verdad vio algo que le causó más impresión que la que le hubiese producido la presencia de un fantasma. Hasta ahora no se le había ocurrido pensar en Albert como factor decisivo en la solución del conflicto. Le suponía tendido en el suelo, sin sentido, víctima de la asechanza del siniestro visitante.

Sin embargo, y sin saber cómo, Albert había logrado escapar a la atención del intruso. Pero en vez de ir a buscar un policía como en su lugar hubiese hecho cualquier inglés normal, optó por tomar cartas directamente en el asunto. La puerta situada tras el extraño personaje se abrió lentamente y Albert se mantuvo en la abertura con un gran rollo de cuerda colgado del brazo.

Un angustioso grito de protesta iba a salir de los labios de Tommy, pero ya era tarde. Albert, loco de entusiasmo, había lanzado su lazo sobre la cabeza del asaltante y con un violento tirón le hizo perder el equilibrio y caer pesadamente cuan largo era.

Y sucedió lo inevitable. Retumbó la pistola y una bala fue a incrustarse en la pared después de rozar peligrosamente una de las orejas de Tommy.

—¡Lo cacé, señor! —gritó Albert ebrio de entusiasmo—. De algo había de servir un deporte que he venido practicando desde hace tiempo en mis ratos perdidos. ¿Quiere usted ayudarme? Este hombre es en demasía violento y no puedo con él.

Tommy se apresuró a acudir en auxilio de su fiel ayudante, pero resuelto a privarle en lo sucesivo de la mayor cantidad posible de ratos perdidos.

—¡Idiota, más que idiota! —dijo—. ¿Por qué no te fuiste a buscar a un policía? Has estado a punto, con tus impertinencias, de que este hombre me metiera con toda facilidad una bala en mitad de la cabeza.

—Pero no me negará que mi lazada ha sido impecable —continuó el jovenzuelo sin dar su brazo a torcer—. Es admirable lo que esos vaqueros pueden llegar a hacer en las praderas.

—Sí, sí, pero ten en cuenta que no estamos en las praderas, sino en una ciudad civilizada.

—Y ahora, mi querido amigo —añadió, dirigiéndose a la postrada figura—, vamos a ver lo que hacemos con usted.

Un torrente de imprecaciones en lengua extranjera fue su única respuesta.

—No comprendo una palabra de lo que dice —replicó Tommy—, pero me da en la nariz que son palabras indignas de ser pronunciadas en presencia de una dama. Usted me perdonará señorita… ¿cómo ha dicho usted que se llamaba?

—March —contestó la muchacha, que continuaba pegada a la pared, pálida y temblorosa.

Al fin se adelantó, y, poniéndose junto a Tommy, se dedicó a mirar al extraño con recelosa curiosidad.

—¿Qué van ustedes a hacer con él? —preguntó.

—Si quiere usted, ahora es cuando podría ir a buscar a un guardia —dijo Albert, dirigiéndose a su jefe.

Pero Tommy, al levantar la vista, vio el leve movimiento negativo de cabeza que hizo la muchacha y exclamó:

—Vamos a dejarle marchar por esta vez. Pero no sin antes darme el placer de echarle a patadas escaleras abajo, aunque sólo sea para enseñarle el modo cómo debe de comportarse en presencia de una dama.

Le quitó la cuerda que llevaba al cuello y, poniéndole en pie sin grandes miramientos, se lo llevó a empujones hasta la misma puerta exterior de la oficina.

Se oyeron unos gritos agudos seguidos de un batacazo sordo como el que produce un bulto al caer desde cierta altura. Tommy volvió a entrar satisfecho y sonriente.

La muchacha le miraba con ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Le… le ha hecho usted daño? —preguntó.

—Creo que sí, pero no estoy muy seguro. Esos rufianes siempre acostumbran a chillar antes de que se les toque. ¿Quiere usted que entremos de nuevo en mi despacho, *miss* March, y que prosigamos nuestra interrumpida conversación? No creo que nadie venga a estorbarnos de nuevo.

—Y si viene ya sabe que aquí estoy yo con mi lazo —observó Albert.

—Guarda esas cuerdas —le ordenó su jefe con seriedad. Pasaron a la oficina interior, donde Tommy se sentó ante su mesa después que la visitante lo hiciera frente a él.

—Verdaderamente no sé por dónde empezar —dijo la muchacha—. Como acaba de oír a ese hombre, yo era una de las pasajeras del *Nomadic*. También lo era *miss* O'Hara, a quien usted hace referencia en su anuncio.

—Eso lo sabemos ya —interrumpió Tommy—, pero sospecho que usted debe conocer algo acerca de los movimientos de *miss* O'Hara en el barco, pues de otro modo el caballero que acabo de echar no se habría dado tanta prisa en visitarme.

—Le diré cuanto sé. El embajador estadounidense se encontraba a bordo. Un día, al pasar yo frente a su camarote, vi a una mujer dentro que hacía algo tan extraordinario que me obligó a detenerme y a observar. Tenía una bota de hombre entre las manos…

—¿Una bota? —gritó excitado Tommy—. Perdone, señorita. Prosiga.

—Sí, una bota, en cuyo fondo, y con ayuda de unas tijeras, logró esconder algo que a la distancia a que yo me hallaba era imposible de precisar. En aquel momento el doctor y otro hombre se acercaban a lo largo del corredor y vi cómo ella se desplomaba sobre el sofá, lanzando débiles gemidos. Esperé y por lo que pude oír de

la conversación comprendí que el desmayo era fingido y se trataba de una simple comedia. Tommy asintió con un movimiento de cabeza.

—Siga usted —dijo.

—Me da vergüenza explicar lo que a continuación sucedió. Sentí curiosidad. Había estado leyendo algunas de esas novelas que hoy están en boga y me figuré que habría puesto una bomba o alguna aguja envenenada en la bota de míster Wilcott. Comprendo que es absurdo lo que digo, pero fue tal como lo pensé.

De todos modos, al pasar de nuevo frente al camarote, no pude resistir la tentación, penetré en él y me puse a examinar la mencionada bota. De su forro extraje un pedazo de papel cuidadosamente doblado que me llevé apresuradamente para estudiarlo en mi cuarto con mayor detenimiento. Míster Blunt, en él no había escrito sino unos cuantos versículos de la Biblia.

—¿Versículos de la Biblia? —repitió Tommy, extrañado.

—Por lo menos, y aunque no los entendí, es lo que a mí me parecieron. Creyendo que era obra de una maníaca religiosa, no consideré imprescindible su devolución ni volví a acordarme de él hasta ayer, que se me ocurrió convertirlo en un barquito para que jugara un sobrino mío en su bañera. Al humedecerse el papel observé que cambiaba de color y un extraño dibujo aparecía en su superficie. Lo saqué de la bañera, deshice el juguete y volví a alisarlo cuidadosamente. El agua había actuado de revelador y puso a la vista el escondido mensaje. Era algo así como un calco que representaba la boca de una bahía. Tommy se levantó de la silla como movido por un resorte.

—Esto que dice usted es muy interesante. Ahora lo veo claro. Ese calco que usted dice es sin duda el plano de alguna importante defensa costera, robado, sin duda, por esa mujer. Debió temer que alguien siguiera su pista, y no atreviéndose a esconderlo entre sus propias prendas, buscó un sitio que se acomodara más a las circunstancias. Más tarde consiguió apoderarse del maletín, sólo para encontrar que el misterioso papel había desaparecido. ¿Lo trae usted consigo, *miss* March? La muchacha movió la cabeza negativamente.

—Está en mi establecimiento. No sé si sabrá usted que tengo un instituto de belleza en la calle Bond. En realidad soy agente en exclusiva de los productos Cyclamen, de Nueva York. Ésa es la razón de que tuviera que hacer un viaje allí. Creí que el papel era importante y decidí guardarlo en la caja fuerte hasta mi vuelta. ¿No cree usted que deberíamos ponerlo en conocimiento de Scotland Yard?

—Sin duda alguna.

—Entonces lo mejor será que nos vayamos a mi tienda, lo saquemos y lo llevemos inmediatamente a jefatura.

—Tengo mucho trabajo esta tarde —dijo Tommy adoptando la clásica postura y consultando su reloj—. El obispo de Londres me espera para tratar de la desaparición de ciertos ornamentos religiosos de gran valor, no sólo intrínseco, sino extrínseco.

—En ese caso —contestó *miss* March, levantándose—, iré yo sola.

Tommy levantó una mano en señal de protesta.

—No me ha dejado usted acabar. Iba a decir que el obispo no tendrá más remedio que esperar. Dejaré unas cuantas líneas a Albert. Estoy seguro, *miss* March, que hasta que el papel no esté a salvo en las oficinas de Scotland Yard, corre usted un gravísimo riesgo.

—¿Cree usted eso? —preguntó la muchacha dudando.

—No es que lo crea, es que estoy seguro. Permítame un instante.

Escribió unas cuantas palabras en el bloque de papel que había frente a él, separó la hoja y se la entregó a Albert dándose aire de gran señor.

—Me llaman para un caso muy urgente —dijo—. Explícaselo así a Su Ilustrísima, si es que se decide a venir. Aquí están mis instrucciones para *miss* Robinson.

—Muy bien, señor —contestó Albert, siguiendo el Juego—. ¿Y qué hay de las perlas de la duquesa? Tommy agitó airadamente ambas manos.

—Eso también puede esperar —chilló. En la mitad del tramo de la escalera se encontró con Tuppence, a quien dijo con brusquedad y sin detenerse.

—¡Otra vez tarde, *miss* Robinson! He de salir para un caso urgente.

Tuppence se quedó mirando cómo se alejaban. Después enarcó las cejas y prosiguió su marcha ascendente.

Al llegar la pareja a la calle, un taxista se acercó solícito a ofrecer sus servicios. Tommy, casi a punto de tomarlo, pareció cambiar de opinión.

—¿Le gusta a usted andar, *miss* March? —preguntó quedándose serio de pronto.

—Sí, pero mejor sería que tomásemos un taxi, ¿no le parece? Llegaríamos más aprisa.

—Es cierto, pero… ¿no se ha fijado usted en el taxista ese? Acaba de rehusar un pasajero poco antes de acercarnos nosotros. Por lo visto nos esperaba. Mucho cuidado, *miss* March. Sus enemigos vigilan y creo que lo más prudente es que caminemos hasta la calle Bond. No se atreverán a intentar un golpe en un lugar tan concurrido como éste.

—Bien —asintió la muchacha.

Como había dicho Tommy, las calles de aquel sector estaban abarrotadas de gente. El avance era lento. De pronto se detuvo, y apartando a un lado a la muchacha, la miró unos instantes compungido.

—Lleva aún impresas en la cara las huellas del susto que acaba de pasar —le dijo —. ¿Qué le parece si entráramos aquí un momento y nos tomásemos una buena taza de café? Y hasta una copita de coñac, ¿eh?

—No, no, coñac no.

—Bien. Entonces café. Yo creo que en este establecimiento no corremos el riesgo de que nos envenenen.

Tomaron lo pedido con toda calma y a continuación reanudaron la marcha, esta vez a paso más rápido que el anterior.

—Estoy absolutamente seguro de que hemos acabado por despistar a nuestros seguidores —comentó Tommy después de haber echado una rápida mirada a su alrededor por encima del hombro.

Cyclamen, Compañía Limitada era un pequeño establecimiento enclavado en la calle Bond, con cortinas de tafetán de un rosa pálido y uno o dos tarros de pasta facial y una pastilla de jabón como adorno para el escaparate.

Allí entró Cicely March seguida de Tommy. El interior era de lo más diminuto que podía darse. A la izquierda había un mostrador con preparados de tocador y tras él una mujer de mediana edad, pelo gris y cutis de adolescente que acogió la entrada de Cicely March con una leve inclinación de cabeza antes de proseguir la conversación con la cliente a quien estaba atendiendo.

La parroquiana era una mujer baja y morena a la que, por su posición de espaldas, no podía vérsele la cara. Hablaba el inglés con gran dificultad. A la derecha había un sofá, dos sillas y una mesa en la que aparecían esparcidas unas cuantas revistas. Las sillas estaban ocupadas por dos hombres, dos aburridos y resignados maridos, sin duda, en espera de sus respectivas esposas.

Cicely March cruzó la diminuta estancia y desapareció por una puerta que había al fondo y que mantuvo entreabierta a fin de que Tommy pudiese seguirla. Al ir a entrar éste la parroquiana exclamó: «¡Ah, pero si es un amigo mío!», y corrió tras ellos insertando su pie en la abertura para evitar que la puerta volviese a cerrarse. Al mismo tiempo los dos hombres se pusieron en pie. Uno pasó a la trastienda mientras el otro se dirigía a la empleada y le tapaba la boca con una de sus manos para sofocar un grito de sorpresa y terror que estuvo a punto de brotar de su garganta.

Mientras tanto, en el interior los acontecimientos se sucedieron con sorprendente rapidez. Al pasar Tommy sintió que un trapo empapado en sofocante narcótico era aplicado con fuerza contra su cara obligándole a aspirar su emanación. Un instante después un agudo chillido de la muchacha hizo que el asaltante abandonara precipitadamente su presa.

Tommy tosió repetidas veces mientras trataba de hacerse cargo de la situación. A su derecha estaba el misterioso personaje que poco antes arrojara de la oficina, y a su lado, entregado a la rutinaria tarea de sujetarle unas esposas, uno de los «aburridos maridos» que poco antes viera sentados en la tienda. Frente a él, Cicely March hacía esfuerzos desesperados por librarse de la tenaza que los brazos de la parroquiana habían logrado echar alrededor de su cintura. Al volverse ésta y desprenderse el velo que cubría su cara, Tommy reconoció al instante las inconfundibles facciones de su adorado tormento.

—Bien hecho, Tuppence —dijo adelantándose—. Déjame que te ayude. Yo en su lugar abandonaría la lucha, *miss* O’Hara, ¿o prefiere usted que siga llamándola *miss* March?

—Éste es el inspector Graves, Tommy —explicó Tuppence—. Tan pronto como leí la nota que dejaste, telefoneé a Scotland Yard, que me envió al inspector Graves y

a uno de sus agentes.

—Me alegro de haber podido echar el guante a este caballerete —añadió el inspector—. Hacía tiempo que le andábamos buscando, pero vamos, jamás se nos había ocurrido pensar que tuviese algo que ver con el establecimiento. Creíamos que se trataba de un verdadero instituto de belleza.

—Y ahora se explica —prosiguió Tommy—, el porqué esos señores tuviesen tanta prisa en recuperar el maletín que, durante dos horas, había estado entre los efectos personales del embajador. ¡Claro! Sabían perfectamente que el equipaje de un diplomático no está sujeto, como los otros, al denigrante proceso de una inspección aduanera. ¿Motivo del cambio? Contrabando. Pero ¿contrabando de qué? De algo que no abultase. Y al instante pensé en los estupefacientes. Después, aquella pintoresca comedia que tuvo lugar en mi despacho. Habían leído mi anuncio y pensaron en amedrentarme, o en apelar a procedimientos más drásticos si fracasaban en su intento. Pero dio la circunstancia de que me fijé en el espanto que se reflejó en los hermosos ojos de esa señorita cuando Albert se le ocurrió hacer aquella exhibición de su destreza en e] manejo del lazo. Esto, por lo visto, no había entrado en sus cálculos. El ataque de este pistolero de opereta se hizo con el solo objeto de asegurar mi confianza en ella. Yo desempeñé el papel de crédulo polizonte, hice ver que me tragaba su descabellada historia e hice que me trajera aquí después de haber dejado instrucciones precisas a Tuppence sobre el modo de resolver la situación. Valiéndome de varios pretextos, retrasé mi llegada para darles a todos tiempo sobrado de llegar aquí antes que yo.

Cicely March lo estaba mirando fijamente con expresión de esfinge.

—Está usted loco —dijo—. No sé qué es lo que va a encontrar aquí.

—Recordando que Richards vio una lata con sales para el baño, ¿qué le parece, inspector, si comenzáramos por examinar éstas?

—Que no es mala idea —contestó el aludido. Tomó una y vació su contenido sobre la mesa. La muchacha se echó a reír.

—Cristales genuinos, ¿verdad? —dijo Tommy—. Sin embargo, nada tan mortífero como el carbonato de sosa.

—Busquen en la caja fuerte —sugirió Tuppence.

Había una de éstas en uno de los rincones con la llave puesta en la cerradura. Al abrirla, Tommy no pudo reprimir un grito de satisfacción. El fondo de la caja se abría a su vez, dando acceso a una cámara excavada en el muro y llena de las mismas elegantes latas de sales que había en el primer compartimiento. Tomó una y levantó la tapa. Bajo una delgada capa de cristales rosa apareció un polvo blanco. El inspector dejó escapar una sonora interjección.

—Creo que hemos encontrado lo que tanto buscábamos —dijo—. Apuesto diez contra uno a que esa lata está llena de cocaína pura. Sabíamos que había alguien que se dedicaba a la distribución de esa droga en el West End, pero jamás pudimos localizarle. Buen golpe el suyo, míster Beresford.

—¡Más bien un buen golpe de los brillantes detectives de Blunt! —susurró Tommy al oído de Tuppence después que hubieron salido a la calle—. Es una gran cosa esto de estar casado. Tus persistentes lecciones me han enseñado al fin a reconocer el peróxido sobre todo cuando éste se aplica al cabello de una mujer. Hoy no hay rubia postiza que me la pegue a mí.

Y ahora, vamos a redactar una carta para el embajador diciéndole que su asunto ha quedado resuelto satisfactoriamente. Después… ¿qué te parece, Tuppence, si nos fuéramos a tomar una buena taza de té acompañada de tostadas bien untadas de mantequilla?

El número 16, desenmascarado

(The Man Who Was No. 16).

Tommy y Tuppence estaban encerrados con el jefe en el despacho privado de éste. Su elogio había sido caluroso y sincero.

—Han llevado el caso admirablemente —dijo—. Gracias a ustedes hemos conseguido atrapar a no menos de cinco importantes personajes y obtenido una valiosísima información. Pero debo advertirles que por fuentes fidedignas nos hemos enterado de que en el cuartel general de malhechores en Moscú hay una gran alarma por la falta de noticias de sus agentes. Creo que, a pesar de todas nuestras precauciones, han empezado a sospechar que algo raro ocurre en lo que pudiera llamarse su centro de distribución, las oficinas de míster Theodore Blunt. La oficina internacional de detectives.

—Bien —respondió Tommy—; era de esperar que tarde o temprano acabarían por darse cuenta de ello.

—Así es, era de esperar. Pero estoy un poco inquieto por su esposa, Tommy.

La contestación del matrimonio fue rápida y simultánea.

—Yo me ocuparé de ella —dijo él; y ella—: Soy capaz de cuidarme a mí misma.

—¡Hummm! —gruñó míster Cárter—. El exceso de confianza en sí mismos ha sido siempre la característica de ustedes dos, y si su inmunidad hasta este momento se ha debido a la suerte o a su gran capacidad y tacto, es cosa que aún no me he parado a considerar. No olviden que la fortuna es veleidosa y que… en fin, no insisto más. Del extenso conocimiento que tengo sobre *mistress* Beresford deduzco que será completamente inútil pedirle que se mantenga al margen de los acontecimientos durante las dos o tres próximas semanas.

El silencio de ésta le dio a entender que no se había equivocado en su disposición.

—Entonces, lo único que me resta por hacer es darles cuanta información tengo sobre el particular. Tenemos motivos para creer que un agente especial ha salido de Moscú en dirección a este país. No sabemos ni el nombre bajo el cual viaja, ni cuándo llegará. Lo único que sabemos es que nos dio mucho quehacer durante la guerra y que es un sujeto con el don, al parecer, de la ubicuidad, puesto que siempre aparece donde menos se le espera. Es ruso de nacimiento y un acabado lingüista que le permite adoptar seis nacionalidades distintas, incluyendo la suya. Es también un experto en el arte de la caracterización. Y tiene talento. Fue él quien ideó esa clave con el número dieciséis.

»¿Cuándo aparecerá?, no lo sé, pero no ha de tardar. Lo único cierto es que no conoce personalmente a míster Blunt. Probablemente se presentará en su oficina bajo cualquier pretexto y tratará de identificarle mediante el uso de santos y señas previamente convenidos. El primero de ellos, y como ustedes no ignoran, es la mención del número dieciséis, que debe ser contestada con otra frase en la que

asimismo aparezca dicho número. El segundo, del que hace sólo unos días nos hemos enterado, será el de inquirir si han pasado ustedes el Canal. A esto deberá contestar: “Estuve en Berlín el trece del mes pasado”. Y creo que eso es todo. Sugiero que para ganar su confianza, conteste usted lo más correctamente que pueda. Prolongue la farsa cuanto tiempo sea preciso y aunque le vea dudar aparentemente, manténgase en guardia. Nuestro amigo es muy astuto y sabe hacer el doble juego tan bien o mejor que cualquiera de nosotros. De todos modos espero que no ha de tardar en caer en el garlito. Desde hoy he decidido adoptar medidas especiales. Un micrófono fue instalado ayer noche en sus oficinas para que uno de mis hombres pueda oír desde abajo cuanto ocurre en su despacho. De esta forma yo estaré en constante contacto con él y podría acudir en su auxilio a la menor indicación de peligro.

Después de unas cuantas instrucciones adicionales y de una discusión general sobre tácticas, partió la joven pareja y se encaminó rápidamente en dirección a la oficina de los brillantes detectives de Blunt.

—Es tarde —dijo Tommy consultando su reloj—. Las doce. Hemos estado mucho tiempo con el jefe. Bien, creo que no habrá quedado descontento de nuestra actuación.

—En conjunto —respondió Tuppence—, no lo hemos hecho del todo mal. El otro día hice un resumen de todas nuestras actividades. Hemos resuelto cuatro misteriosos casos de asesinato, apresado una banda de falsificadores y otra de contrabandistas.

—En total, dos bandas. Esto de «bandas» suena muy bien. ¿No te parece?

—Un caso de robo de alhajas —prosiguió Tuppence haciendo uso, en el recuento, de sus dedos—, dos casos de muerte violenta, un caso de desaparición de una dama que trataba meramente de reducir sus voluminosas formas, otro de protección de una joven desamparada, una coartada destruida y (¿por qué no reconocerlo?) también un espantoso fracaso. El resultado, como promedio, es altamente satisfactorio. Hay que reconocer, pues, que somos verdaderamente inteligentes.

—Por lo que veo te lo has creído —le dijo Tommy—. Siempre te oigo repetir lo mismo. Sin embargo, yo tengo la convicción de que en una o dos ocasiones ha sido la suerte quien ha representado el papel principal.

—Tonterías —replicó Tuppence señalándose la frente—. Todo se ha debido a esa cantidad de materia gris que tenemos aquí dentro.

—¿Ah, sí? ¿Y qué dices de cuando Albert le dio por hacernos aquella exhibición de lazo? ¿Tampoco querrás admitir que fue suerte, y no poca, la que tuve al escapar de un balazo en mitad de la cabeza? Pero oye, Tuppence, parece como si hablases ya de cosas pasadas.

—Y lo son —contestó bajando la voz—. Ésta es nuestra última aventura. Cuando hayamos atrapado a ese superespía por las orejas, los dos grandes detectives se dedicarán a la cría de abejas en gran escala o a la siembra de calabacines.

—¿Estás cansada ya de esa vida?

—Sí… sí, creo que lo estoy. Además, temo que un día u otro cambie la suerte y…

—Pero ¿no decías hace un momento que la suerte en nada había influido en nuestros éxitos?

En aquel momento entraban por la puerta del edificio en que estaban instaladas las oficinas de la Agencia Internacional de Detectives y Tuppence, con extraordinaria habilidad, eludió la respuesta.

Albert montaba guardia en el saloncito exterior y entretenía su ocio tratando de hacer equilibrios con una regla que se había colocado perpendicularmente encima de su chatita nariz.

Lanzándole una despectiva mirada de reproche, el grave míster Blunt pasó de largo y penetró en su despacho particular. Desprendiéndose del abrigo, abrió el armario sobre cuyos estantes reposaban los tomos de su clásica biblioteca de grandes maestros en la ficción.

—La elección va haciéndose cada vez más difícil —murmuró Tommy—. ¿A quién trataré de personificar hoy?

La voz de Tuppence, y más que la voz su extraña entonación, le hizo volverse súbitamente.

—Tommy —dijo ella—, ¿te acuerdas a qué día del mes estamos hoy?

—Espera… a once… ¿Por qué lo preguntas? —Mira el calendario.

Colgado de la pared había uno de esos calendarios en los que hay que arrancar a diario una de las hojas. La que ahora aparecía señalaba el domingo, día dieciséis.

—¡Qué extraño! ¡Como no sea Albert quien se haya entretenido en hacer esa mamarrachada!

—No creo, pero podemos preguntárselo. Al ser interrogado aquél, quedó tan sorprendido como el matrimonio. Juró que sólo había arrancado una, la del día anterior. Su declaración fue sustanciada por el hecho de que la hoja se encontró hecha un ovillo tras el guardafuegos, mientras las sucesivas yacían limpiamente en el fondo de la papelera.

—¡Vaya! Un criminal, por lo visto, metódico y cuidadoso —comentó Tommy—. ¿Quién ha venido aquí esta mañana? ¿Algún cliente, quizá?

—Sí, una enfermera que parecía sobresaltada y muy ansiosa de verle. Dijo que esperaría hasta que llegase usted y le hice pasar a la sección de «Empleados» para que estuviese allí más caliente.

—¡Claro! ¡Y para que pudiera pasar a mi despacho sin que nadie la viese! ¿Cuánto tiempo hace que se marchó la tal enfermera?

—Una media hora, señor. Dijo que volvería con toda seguridad esta misma tarde. Era una mujer de aspecto verdaderamente maternal.

—Conque maternal, ¿eh? ¡Quítate ahora mismo de mi vista!

Albert se retiró, ofendido.

—¡Qué principio más raro! —comentó Tommy—. Y al parecer sin finalidad alguna. Bien. Estemos en guardia. Supongo que no habrá ninguna bomba escondida en la chimenea o en alguno de esos rincones.

Después de inspeccionar detenidamente toda la habitación, se sentó a la mesa y se dirigió a Tuppence.

—*Mon ami* —dijo—, hacemos frente a un asunto de suma gravedad. ¿Recuerdas el hombre que aplastamos como una cascara de huevo, con la ayuda de fuertes explosivos, *bien entendido*, y que decía llamarse el número cuatro? Pues bien, éste es nuestro hombre actual, corregido y aumentado. Es el número dieciséis. ¿*Avez-vous compris*?

—Perfectamente. Estás haciendo en estos momentos el papel de Hércules Poirot.

—Exactamente. Sin bigotes, pero con una cantidad enorme de materia gris.

—Tengo el presentimiento de que esta aventura habrá de llamarse «El triunfo de Hastings».

—Eso sí que no. Hay que seguir siempre una pauta en todos estos asuntos. Y a propósito, *mon ami*, ¿no podrías hacerte la raya en medio en vez de a un lado, como la llevas? El efecto presente es deplorable y carente en absoluto de simetría.

Sonó el zumbador que había en la mesa de Tommy. Al devolver la señal apareció Albert en la puerta con una tarjeta en la mano.

—El príncipe Vladiroffsky —leyó Tommy en voz baja. Después miró a Tuppence y añadió—: ¿Quién será? Hazle pasar, Albert. El hombre que entró era de estatura regular, movimientos elegantes, barba poblada rubia y de unos treinta y cinco años de edad.

—¿Míster Blunt? —preguntó. Su inglés era perfecto—. Me ha sido usted altamente recomendado y quisiera que se encargase de un caso que tengo entre manos.

—Si es usted tan amable de darme los detalles… son necesarios…

—Ciertamente. Se refiere a la hija de un amigo mío que ahora tiene dieciséis años. Quisiéramos, en lo posible, evitar el escándalo, ¿me comprende?

—Caballero —respondió Tommy haciendo una reverencia—, los dieciséis años de éxito ininterrumpido de esta firma se deben precisamente a la estricta atención que siempre hemos dado a este detalle.

Le pareció ver que un ligero destello iluminaba, por una fracción de segundo, las pupilas del visitante.

—Tengo entendido que tienen ustedes sucursales al otro lado del Canal.

—¡Oh, sí! A decir verdad —pronunció estas palabras de un modo ponderativo— yo mismo estuve en la agencia de Berlín el trece del mes pasado.

—En ese caso —añadió el recién llegado—, huelga todo rodeo y podemos, por lo tanto, descartar a la hija de mi amigo. Ustedes saben quién soy, o por lo menos veo que han tenido aviso de mi llegada.

Señaló con la cabeza el lugar ocupado por el calendario.

—Así es —contestó Tommy.

—Amigos míos, he venido a hacer una pequeña investigación. ¿Qué es lo que ha estado ocurriendo aquí?

—Alguien nos ha traicionado —exclamó Tuppence, incapaz ya de seguir guardando silencio por más tiempo.

—¡Ajá! —dijo—. ¿Conque una traición? Habrá sido Sergius por supuesto.

—Creo que sí —replicó Tuppence con la mayor desvergüenza.

—No me sorprendería. Pero supongo que sobre ustedes no habrá sospecha alguna, ¿verdad?

—Oh, no. Llevamos una cantidad muy grande de negocios perfectamente en regla. El ruso asintió con un movimiento de cabeza. —Muy buena idea. De todos modos sería conveniente que yo no volviese a aparecer por aquí. Me hospedo temporalmente en el Blitz y allí me llevo ahora a Marise, ¿no es acaso Marise, la señorita?

Tuppence asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Y aquí cómo la llaman?

—*Miss* Robinson.

—Muy bien, *miss* Robinson, vendrá usted conmigo y comeremos juntos en el Blitz. Después nos encontraremos todos en nuestro cuartel general a las tres en punto. ¿Entendido? Al decir esto último miró a Tommy.

—Entendido —respondió este interesado por conocer dónde podría estar ese cuartel general.

Pensó que, sin duda, sería el mismo punto que el inspector Cárter tenía tanta ansia por descubrir.

Tuppence se levantó y se puso el largo abrigo negro con cuello de piel de leopardo. Después, gravemente, anunció que estaba preparada para acompañar al príncipe.

Al quedar solo Tommy empezaron a asaltarle los más extraños pensamientos. ¿Y si el dictáfono, por la razón que fuese, no hubiese funcionado? ¿No podía la misteriosa enfermera haber tenido noticia de su instalación y buscado el modo de inutilizarlo?

Cogió el teléfono y marcó un determinado número. Después de unos breves momentos de espera respondió una voz bien conocida:

—Todo va bien. Póngase inmediatamente en camino para el Blitz.

Cinco minutos más tarde Tommy y Cárter se encontraban en el patio de las palmeras del hotel. El jefe trató de animarle diciendo:

—Lo han hecho ustedes maravillosamente. Ahora están en el comedor, pero no se inquiete. Allí están dos de mis hombres actuando de camareros. Sospeche o no, yo me inclino a creer lo segundo, y le tenemos como quien dice en zurrón. Hay dos más arriba con instrucciones de vigilar las habitaciones y otros dos con el de seguirles donde quiera que fuesen. Vuelvo a repetirle que no se preocupe por su esposa. Esta vez he decidido no correr riesgo alguno y he ordenado que no la pierdan de vista.

De vez en cuando un agente del servicio secreto venía a comunicar su informe. La primera vez fue uno de los mismos camareros que había recibido el encargo de

servirles unos combinados. La segunda, una joven elegantemente vestida que, al parecer, se paseaba ociosa por las diversas dependencias.

—Van a salir —dijo Cárter—. Ocultémonos tras aquel pilar por si se les ocurre sentarse en alguno de estos sillones. Lo más probable es que se la lleve con él arriba. ¿Lo ve? Tal como yo decía.

Desde su puesto de observación Tommy vio al ruso y a Tuppence cruzar el vestíbulo y entrar en uno de los ascensores.

Pasaron unos cuantos minutos y Tommy empezó a sentirse inquieto.

—¿No cree usted que… Quiero decir… solos en esa habitación…?

—Uno de mis hombres estará dentro, escondido detrás del sofá. Calma muchacho, calma. Un camarero se acercó a míster Cárter.

—Me dieron la señal de que subían, señor, pero todavía no han aparecido. ¿Está todo bien, señor?

—¿Eh? —contestó Cárter, volviéndose súbitamente—. Yo mismo les vi entrar en el ascensor. ¿Y dice usted que…?

El ascensor había vuelto a bajar en aquel preciso instante y Cárter interrogó al botones.

—¿No ha subido usted al segundo piso, hará de esto sólo unos pocos minutos, a un caballero de barba rubia y a una dama?

—No al segundo, señor. El caballero me pidió que les dejara en el tercero.

—¿Qué…?

Cárter se metió dentro, haciendo seña a Tommy de que le siguiera.

—Subamos al tercer piso, por favor —murmuró en voz baja—, pero no pierda los estribos. Tengo todas las salidas del hotel vigiladas y también otro hombre en el tercero, en cada uno de los pisos para ser más exactos. Ya le he dicho que no quiero correr esta vez riesgo alguno.

La puerta del ascensor se abrió al llegar al punto solicitado y los dos hombres se precipitaron corriendo a lo largo del pasillo. A mitad de camino, otro agente disfrazado de camarero les salió al encuentro.

—Todo bien, jefe —explicó—. Están en el número 318.

Cárter lanzó un suspiro de satisfacción.

—¿Tiene esta habitación alguna otra salida?

—Es un departamento. Sólo dos puertas dan a este corredor. Para salir de él tendrían forzosamente que pasar frente a nosotros.

—Está bien. Telefonee a la Dirección y pregunte quién es el ocupante de esas habitaciones.

El camarero regresó después de uno o dos minutos.

—*Mistress* Cortiandt van Snyder, de Detroit —dijo. Cárter se quedó pensativo.

—¿Será *mistress* Van Snyder un cómplice o…?

Dejó la frase sin terminar.

—¿No ha oído usted ningún ruido extraño en el interior? —preguntó de pronto.

—Nada. Las puertas son macizas y encajan muy bien —respondió el agente—; por tanto es muy difícil que se pueda oír nada desde fuera.

Míster Cárter pareció tomar una súbita determinación.

—No me gusta nada este asunto —dijo—. Será mejor que entremos. ¿Ha traído consigo la llave maestra?

—Sí.

—Pues llame a Evans y a Clydesiy.

Reforzado por estos dos hombres, avanzó en dirección a la puerta del departamento que se abrió sin ruido al insertar la ganzúa en la cerradura.

Se encontraron con un pequeño vestíbulo a cuya derecha estaba el cuarto de baño y enfrente el recibidor. A la izquierda había una habitación cerrada, de donde partían unos apagados quejidos. Cárter abrió la puerta y entró.

Era un dormitorio con una gran cama matrimonial cubierta por una magnifica colcha rosa y oro. Sobre ella, amarrada de pies y manos, con una fuerte mordaza en la boca y unos ojos que parecían querer saltarse de las órbitas, yacía una mujer de mediana edad y elegantemente ataviada.

A una lacónica orden de míster Cárter los agentes se distribuyeron por los distintos cuartos de que constaba el departamento. Sólo Tommy y su jefe permanecieron en la alcoba. Mientras se dedicaban a la tarea de deshacer los nudos, la mirada de Cárter recorría inquieta todos los rincones de la estancia. Con excepción de una enorme cantidad de artefactos de viaje genuinamente estadounidenses y esparcidos desordenadamente por el suelo, nada había en ella digno de mención. Ni rastro del ruso ni de Tuppence.

Pasado un minuto volvió apresuradamente el camarero a informar que nada se había encontrado en el resto de las habitaciones. Tommy se asomó a la ventana, pero hubo de retirarse de ella con un gesto de desaliento. No había escalerilla de escape.

—¿Está usted seguro de que es aquí donde entraron? —preguntó Cárter perentoriamente.

—Segurísimo —respondió con firmeza el agente—. Fuera de…

Hizo un gesto con la mano, señalando a la mujer que había en la cama.

Con la ayuda de un cortaplumas, Cárter logró seccionar la pañoleta que amenazaba con sofocarla, y una vez libre de sus trabas se vio que los padecimientos no consiguieron privar a *mistress* Cortiandt van Snyder del uso de la palabra.

Pasados los primeros momentos de excitación, Cárter juzgó prudente intervenir.

—¿Quiere usted decirnos exactamente lo que ha sucedido, señora? Desde el principio, a ser posible.

—Esto ha sido un atropello sin nombre. Un atentado del que haré responsable al hotel. Estaba yo buscando mi botella de Killagrippe, cuando un hombre saltó sobre mí por la espalda, rompió una pequeña ampolla de cristal bajo mis narices y antes de darme siquiera cuenta de lo que ocurría sentí que perdía el conocimiento. Al volver

en mí me encontré, como vio, tendida en esa cama. ¡Dios sabe lo que habrán hecho con mis alhajas!

—No se inquiete, señora —dijo Cárter con sequedad—, no eran alhajas lo que buscaba esa gente. Se volvió a recoger algo que brillaba en el suelo.

—¿Era aquí donde estaba usted cuando la atacaron?

—Aproximadamente —respondió *mistress* Van Snyder. Se trataba de un fragmento de cristal fino que Cárter, después de olfatearlo unos instantes, se lo entregó a Tommy.

—Cloruro de etilo —murmuró—. Anestésico instantáneo, pero cuya acción dura sólo unos cuantos segundos. Seguramente ese hombre estaría todavía en la habitación cuando usted volvió en sí, ¿no es cierto *mistress* Van Snyder?

—¿No es eso acaso lo que estoy diciendo? Creí volverme loca al verle salir y no poder hacer nada para impedirlo.

—¿Salir? —preguntó Cárter—. ¿Por dónde?

—Por otra puerta —señaló una que había en la pared opuesta—. Iba con una muchacha que se tambaleaba como si también hubiese sido narcotizada. Cárter echó una mirada interrogadora a su subordinado.

—Comunica con el próximo departamento, señor. Pero es doble puerta y se supone que tiene el pestillo echado por ambos lados.

Míster Cárter la examinó. Después se volvió en dirección a la cama.

—*Mistress* Van Snyder —dijo reposadamente—. ¿Insiste usted en afirmar que el hombre salió por esa puerta?

—Claro que sí. ¿Y por qué no había de salir?

—Porque se da la circunstancia de que tiene el pestillo echado por este lado —dijo Cárter con sequedad.

Para corroborar sus palabras hizo girar repetidas veces el pomo.

Una expresión de asombro se reflejó en la cara de *mistress* Van Snyder.

—A menos que alguien la cerrara después, es imposible que esa puerta hubiese podido quedar así.

Se volvió a Evans, que en aquel momento acababa de entrar en la habitación.

—¿Está usted seguro de que no hay nadie escondido en el departamento?

—Nadie.

—¿Alguna otra puerta de comunicación?

—Ninguna.

Cárter echó una mirada en todas direcciones. Abrió el armario, miró bajo la cama, en la chimenea y tras todas las cortinas. Finalmente se le ocurrió una súbita idea, y sin hacer caso de los gritos de protesta que profería *mistress* Van Snyder, abrió el baúl guardarropa e inspeccionó rápidamente lo que había en su interior.

De pronto, Tommy, que había estado examinando la puerta de paso, lanzó una exclamación.

—Venga y mire esto, míster Cárter. Ahora veo que es posible que salieran por aquí.

El pestillo aparecía seccionado por una sierra muy fina, sin duda a la altura del casquillo, dando así la impresión de que estuviese encajado.

Salieron de nuevo al pasillo y con ayuda de la llave maestra penetraron en el departamento contiguo. Estaba desocupado. Al llegar a la puerta de paso vieron que una operación análoga había tenido allí efecto. El pestillo estaba seccionado en la misma forma que el otro y la puerta cerrada con llave, esta retirada para dar mayor viso de realidad a la maquinación. Pero por ningún lado se encontraba rastro de Tuppence o del barbudo ruso que la acompañaba.

—No hay otro acceso al corredor que el de la puerta por donde hemos entrado —dijo el agente disfrazado de camarero— y es totalmente imposible que salieran a través de ella sin que yo les viera.

—¡Entonces habrá que admitir que se han desvanecido como el humo! —exclamó agitado Tommy.

Cárter, sereno, sopesaba en su cerebro todos los pros y los contras de la situación.

—Telefoneen abajo y pregunten quién o quiénes fueron los últimos ocupantes de este departamento y fecha en que lo abandonaron.

Evans, que les había acompañado, dejó a Clydesly de guardia en el otro departamento y se dirigió a cumplimentar la orden. A los pocos momentos dejó el aparato.

—Un jovenzuelo francés, inválido, llamado Paúl de Vareze, acompañado de una enfermera del hospital. Salieron esta misma mañana.

—¿Un… muchacho inválido? —tartamudeó palideciendo—. ¿Una enfermera…? Pues sí… se cruzaron hace unos minutos conmigo en el pasillo. Nunca pude imaginarme que tuvieran nada que ver con este asunto. Les he visto merodear con frecuencia por estos alrededores.

—¿Está usted seguro de que eran los mismos de las veces anteriores? —gritó Cárter—. ¿Seguro? ¿Les miró usted bien?

—Sí he de decir la verdad… no. Toda mi atención estaba concentrada en los otros, en la muchacha y el hombre de la barba rubia.

—Sí, sí, comprendo —replicó Cárter con un gruñido—. Con seguridad contaban ya con ello.

Tommy se inclinó de pronto y de debajo del sofá extrajo un pequeño bulto negro que al ser extendido se vio que consistía en el abrigo largo que Tuppence había usado en dicho día, sus ropas de calle, su sombrero y unas barbas rubias.

—Ahora lo veo claro —dijo con amargura—. ¡Se la han llevado, se han llevado a la pobre Tuppence! Ese demonio ruso nos ha tomado el pelo miserablemente. La enfermera del hospital y el muchacho eran sus cómplices. Se instalaron en el hotel durante un par de días sólo para acostumbrar a la gente a la idea de su presencia. El hombre debió comprender a la hora de la comida que estaba atrapado y no perdió el

tiempo en llevar a cabo su plan. Probablemente contaba ya con que estas habitaciones estarían vacías, y aprovechó esa circunstancia para preparar, en la forma que vimos, los pestillos. De todos modos, no sé cómo se las compuso para enmudecer a la ocupante del departamento contiguo y a Tuppence, traer a esta aquí, vestirla con las ropas del inválido, alterar su apariencia personal y salir tranquilamente como si nada hubiese ocurrido. Las ropas estarían ya preparadas de antemano. Pero lo que no puedo comprender es cómo Tuppence se sometió sin lucha a secundarle en esta farsa.

—Yo sí lo comprendo —dijo Cárter, agachándose a recoger un pequeño objeto que brillaba en el suelo y que resultó ser una aguja hipodérmica—, porque fue narcotizada previamente.

—¡Dios mío! —exclamó Tommy—. ¡Y ese hombre habrá podido escapar!

—Eso todavía no lo sabemos —replicó rápidamente Cárter—. Recuerde que todas las salidas del hotel están vigiladas.

—Sí, al acecho de un joven y de una muchacha. No de una enfermera y de un joven inválido. ¿Qué se apuesta a que ya no están en el hotel? La sospecha de Tommy resultó ser cierta. Al indagar, se enteraron de que la enfermera y su paciente habían tomado un taxi hacía sólo unos cinco minutos.

—Escuche, Beresford —dijo Cárter—. Sabe usted bien que removeré cielo y tierra si es preciso para encontrar a su mujer, pero ¡por lo que más quiera!, procure conservar la calma. Ahora me vuelvo a la oficina. Dentro de cinco minutos pondré en función a toda la maquinaria criminalista del departamento, y los encontraremos aunque se escondan en los mismos infiernos.

—¡Mire que ese ruso es muy listo! Basta con ver cómo ha llevado a cabo ese golpe. Sin embargo, confío en usted y… ¡Dios quiera que no lleguemos demasiado tarde!

Salió del Blitz y merodeó algún tiempo como atontado sin saber, en realidad, hacia donde dirigir sus pasos. Se sentía paralizado.

Sin darse cuenta se encontró en Green Park y allí se dejó caer pesadamente sobre uno de los bancos. En su abstracción ni siquiera se dio cuenta de que alguien se había sentado al otro extremo del mismo hasta oír una bien conocida voz que le decía:

—Hola, señor.

—Hola, Albert —contestó tristemente.

—Estoy enterado de todo, señor, pero yo en su lugar no me lo tomaría tan a pecho.

—¿Que no te lo…? ¡Ah, Albert, qué fácil es decir eso!

—Piense, señor, en los brillantes detectives de Blunt, a quienes nadie hasta ahora ha conseguido hacer morder el polvo de la derrota. Y si usted me lo permite le diré que oí lo que discutía esta mañana con la señora acerca de Poirot y de sus células de materia gris. ¿Por qué no hacer uso de ellas ahora y analizar fríamente lo que se podría hacer?

—Es más fácil usar materia gris en la ficción que en la vida real, Albert.

—Bien —insistió el adolescente casi con agresividad—. Pero no creo que haya nadie en el mundo capaz de poner a la señora fuera de combate con la facilidad que usted supone. Ya sabe cómo es; como esos huesos de goma que se compran para que los muerdan los perritos, ¡indestructibles!

—Albert —dijo conmovido—, eres realmente alentador.

—Entonces, ¿qué le parece si usamos un poco nuestras células grises?

—¿Sabes que eres terco, Albert? Bien, procuraré darte gusto. Trataremos, pues, de ordenar los hechos con un poco de serenidad y método. A las dos y diez, exactamente, nuestro sujeto entra en el ascensor. Cinco minutos después hablamos con el ascensorista y al oír lo que dice resolvemos subir al tercer piso. A las dos y… digamos diecinueve minutos entramos en el departamento de *mistress* Van Snyder. Vamos a ver, ¿hay algo en todo esto que pudiera llamarnos especialmente la atención? Hubo una pausa.

—¿No había por casualidad algún baúl por los alrededores?

—*Mon ami* —replicó Tommy—. Veo que no comprendes la psicología de una mujer estadounidense que acaba de regresar de París. Había por lo menos dieciocho o veinte baúles en la habitación.

—Lo que yo quise decir es uno con suficiente capacidad para esconder en él el cuerpo de una persona. No vaya a figurarse que me refiero al de la señora, ¿eh?

—Miramos en los dos únicos que realmente podían haber contenido un cuerpo. Bueno, ¿qué hecho significativo le sigue en orden cronológico?

—Ha pasado usted por alto uno, cuando la señora y el ruso disfrazado de enfermera se cruzaron con el camarero en el corredor.

—Sí, un golpe atrevido, por cierto. Podían haberse dado de bruces conmigo en el vestíbulo. Y rápido, porque… Tommy se detuvo de pronto.

—¿Qué le pasa, señor? —preguntó Albert.

—Espera, *mon ami*, espera. No hables. Acabo de tener una pequeña idea, estupenda, colosal, de esas que tarde o temprano acuden a la mente de Poirot. Pero si es así… si es como me figuro… ¡quiera Dios que no lleguemos demasiado tarde!

Echó a correr seguido de Albert, que, casi sin aliento, no cesaba de preguntarle:

—Pero ¿qué es lo que pasa, señor? No comprendo. —Al llegar de nuevo al Blitz, Tommy buscó ávidamente a Evans, quien, como siempre, montaba su guardia a lo largo del vestíbulo. Hablaron breves instantes y a continuación entraron en el ascensor acompañados de Albert, que por lo visto no quería perder los incidentes del final de tan emocionante drama.

Se detuvieron frente al departamento número 318, cuya puerta volvió a abrir Evans con ayuda de la consabida ganzúa. Sin una sola palabra de aviso penetraron en la alcoba de *mistress* Van Snyder, que seguía tumbada, si bien envuelta esta vez en un magnífico salto de cama. Quedó sorprendida ante lo inesperado, tanto como silencioso, del asalto.

—Perdone nuestra incorrección, *señora* —dijo Tommy, imprimiendo un marcado acento irónico a sus palabras—. Vengo en busca de mi esposa. ¿Quiere hacer el favor de bajarse de esa cama?

—¿Se ha vuelto usted loco acaso? —aulló *mistress* Van Snyder.

Tommy se la quedó mirando con curiosidad, con la cabeza inclinada significativamente hacia un lado.

—Es usted muy lista, señora, pero el juego ya toca a su fin. Antes miramos debajo de la cama, pero no en ella. Recuerdo haber usado de niño ese mismo escondrijo. Y el baúl, como es natural, preparado para recibir en él, y en el momento oportuno, el cuerpo de la víctima. Todo muy bien planeado. Pero esta vez hemos sido nosotros quienes nos movimos con una rapidez que ustedes no esperaban. Sus cómplices de al lado tuvieron la oportunidad de narcotizar a Tuppence y ponerla bajo las almohadas y amordazar y amarrarla a usted, eso sí. Pero cuando más tarde me detuve a reflexionar acerca de ello, ya con orden y método, vi que había algo que no concordaba, y eso era el factor tiempo. ¿Cómo es posible, pensé, que se amordace y amarre a una mujer, se narcotice y se ponga ropas de hombre a otra y cambie un tercero su apariencia personal en el breve espacio de unos cinco o seis minutos? Absurdo. Y, sin embargo, había una explicación lógica. El paciente y la enfermera actuaban meramente en calidad de reclamo para que nosotros siguiéramos su pista mientras la *pobre mistress* Van Snyder quedaba sola y dueña completamente de la situación. Evans, ¿lleva usted preparada su automática? Bien, ayude usted, con un poquito de cuidado, a la señora a bajarse de la cama.

A pesar de las ruidosas protestas de *mistress* Van Snyder, Evans la obligó a abandonar su lugar de aparente reposo. Tommy retiró rápidamente la colcha y levantó las almohadas.

Allí, tendida horizontalmente a través de la cabecera, estaba Tuppence, con los ojos cerrados y la cara cubierta por mortal palidez. Siguió un momento de dolorosa angustia hasta que Tommy pudo comprobar, por la palpitación y el rítmico ascenso y descenso de la cavidad torácica, que su adorada esposa seguía con vida. Estaba narcotizada, no muerta. Entonces se volvió a Albert y a Evans.

—Y ahora, *messieurs* —dijo dramáticamente—. ¡El *coup* final! Con un gesto rápido e inesperado asió a la *mistress* Van Snyder por su elaborada cabellera y dio un fuerte tirón. Con gran asombro de todos ésta se desprendió, y quedó colgada de su mano.

—Como me figuré —exclamó—. Señores, tengo el gusto de presentarles a nuestro escurridizo número dieciséis.

Media hora más tarde Tuppence abrió los ojos y vio inclinadas sobre ella las figuras de Tommy y del doctor.

Sobre la escena que a renglón seguido tuvo lugar hubo precisión de correr un pudoroso velo. Pasado el momento sentimental el doctor se despidió, asegurando que su presencia allí era ya totalmente innecesaria.

—*Mon ami*, Hastings —dijo amorosamente Tommy—, no sabes lo que me alegro de que hayamos podido llegar a tiempo para salvarte.

—¿Conseguimos atrapar al número dieciséis?

—¿Y lo dudas? Le hemos aplastado como si se tratase de una cáscara de huevo. En otras palabras. Cárter lo tiene ya en su poder. ¡Materia gris que tiene uno! Y a propósito, voy a hacerle un buen regalo a Albert.

—¿Ah, sí? A ver, cuéntame.

Tommy le hizo una breve narración, omitiendo, como es natural, ciertos detalles.

—Debías de estar furioso contra mí, ¿verdad, cariño?

—No. Furioso no. ¿Por qué? Sabes muy bien que los detectives debemos siempre conservar la calma.

—¡Embustero! Si todavía se te conoce en la cara.

—Bueno, atormentarme sí, creo que llegaste a preocuparme. Oye, querida, ¿no te parece que es hora ya de que abandonemos esta arriesgada ocupación?

—Lo que tú quieras, mi vida.

Tommy exhaló un profundo suspiro de satisfacción.

—Estaba segura de que después del golpe que acabas de recibir…

—Eres un hueso de goma, como decía Albert: ¡indestructible!

—Tengo algo mejor en que pensar —continuó diciendo Tuppence—. Algo mucho más interesante y lleno de emoción. Algo…

—Te lo prohíbo. Tuppence.

—No puedes. Se trata de algo sujeto a la ley natural.

—Pero…, ¿de qué estás hablando?

—Te hablo —contestó Tuppence con solemnidad— de nuestro hijo. Las esposas de nuestros días ya no pronuncian este nombre entre suspiros entrecortados. Ahora lo proclamamos con toda la fuerza de nuestros pulmones. ¡NUESTRO HIJO! ¡Oh, Tommy! ¿No es verdad que esto es algo maravilloso que hará cambiar completamente el curso de nuestras vidas?

Prefacio

Estas historias constituyen la primera aparición de *miss* Marple en el mundo de los lectores de relatos policíacos. *Miss* Marple tiene una ligera semejanza con mi propia abuela: es también una anciana blanca y sonrosada, quien, a pesar de haber llevado una vida muy retirada, siempre demostró tener gran conocimiento de la depravación humana. Lo cierto es que, ante sus observaciones, uno se sentía terriblemente ingenuo y crédulo: «Pero ¿tú te crees eso que te cuentan? No debes hacerlo. ¡Yo nunca me creo nada!».

Yo disfruto escribiendo las historias de *miss* Marple, siento un profundo afecto por mi dulce anciana. Esperaba que fuese un éxito… y lo fue. Después de las seis primeras historias publicadas, me fueron solicitadas otras seis. *Miss* Marple había venido para quedarse.

Ha aparecido ya en varios libros y también en una comedia, y actualmente rivaliza en popularidad con Hércules Poirot. Recibo muchas cartas. Unas dicen: «Me gustaría que siempre presentara a *miss* Marple y no a Poirot», y otras: «Ojalá que su protagonista fuera siempre Poirot y no *miss* Marple». Yo siento predilección por ella. Creo que lo suyo son historias cortas, le van mejor a su estilo. Poirot, en cambio, necesita todo un libro para desplegar su talento.

Considero que, para aquéllos que gusten de ella, estos *Trece problemas* contienen la auténtica esencia de *miss* Marple.

El club de los martes

(The Tuesday Night Club).

—Misterios sin resolver.

Raymond West lanzó una bocanada de humo y repitió las palabras con una especie de deliberado y consciente placer.

—Misterios sin resolver.

Miró satisfecho a su alrededor. La habitación era antigua, con amplias vigas oscuras que cruzaban el techo, y estaba amueblada con muebles de buena calidad muy adecuados a ella. De ahí la mirada aprobadora de Raymond West. Era escritor de profesión y le gustaba que el ambiente fuera evocador. La casa de su tía Jane siempre le había parecido un marco muy adecuado para su personalidad. Miró a través de la habitación hacia donde se encontraba ella, sentada, muy tiesa, en un gran sillón de orejas. *Miss* Marple vestía un traje de brocado negro, de cuerpo muy ajustado en la cintura, con una pechera blanca de encaje holandés de Mechlin. Llevaba puestos mitones también de encaje negro y un gorrito de puntilla negra recogía sus sedosos cabellos blancos. Tejía algo blanco y suave, y sus claros ojos azules, amables y benevolentes, contemplaban con placer a su sobrino y los invitados de su sobrino. Se detuvieron primero en el propio Raymond, tan satisfecho de sí mismo. Luego en Joyce Lempriére, la artista, de espesos cabellos negros y extraños ojos verdosos, y en *sir* Henry Clithering, el gran hombre de mundo. Había otras dos personas más en la habitación: el doctor Pender, el anciano clérigo de la parroquia; y *Mr*. Petherick, abogado, un enjuto hombrecillo que usaba gafas, aunque miraba por encima y no a través de los cristales. *Miss* Marple dedicó un momento de atención a cada una de estas personas y luego volvió a su labor con una dulce sonrisa en los labios.

Mr. Petherick lanzó la tosecilla seca que precedía siempre sus comentarios.

—¿Qué es lo que has dicho, Raymond? ¿Misterios sin resolver? ¿Y a qué viene eso?

—A nada en concreto —replicó Joyce Lempriére—. A Raymond le gusta el sonido de esas palabras y decírselas a sí mismo.

Raymond West le dirigió una mirada de reproche que le hizo echar la cabeza hacia atrás y soltar una carcajada.

—Es un embustero, ¿verdad, *miss* Marple? —preguntó Joyce—. Estoy segura de que usted lo sabe.

Miss Marple sonrió amablemente, pero no respondió.

—La vida misma es un misterio sin resolver —sentenció el clérigo en tono grave.

Raymond se incorporó en su silla y arrojó su cigarrillo al fuego con ademán impulsivo.

—No es eso lo que he querido decir. No hablaba de filosofía —dijo—. Pensaba sólo en hechos meramente prosaicos, cosas que han sucedido y que nadie ha sabido

explicar.

—Sé a qué te refieres, querido —contestó *miss* Marple—. Por ejemplo, *miss* Carruthers tuvo una experiencia muy extraña ayer por la mañana. Compró medio kilo de camarones en la tienda de Elliot. Luego fue a un par de tiendas más y, cuando llegó a su casa, descubrió que no tenía los camarones. Volvió a los dos establecimientos que había visitado antes, pero los camarones habían desaparecido. A mí eso me parece muy curioso.

—Una historia bien extraña —dijo *sir* Henry en tono grave.

—Claro que hay toda clase de posibles explicaciones —replicó *miss* Marple con las mejillas sonrojadas por la excitación—. Por ejemplo, cualquiera pudo…

—Mi querida tía —la interrumpió Raymond West con cierto regocijo—, no me refiero a esa clase de incidentes pueblerinos. Pensaba en crímenes y desapariciones, en esa clase de cosas de las que podría hablarnos largo y tendido *sir* Henry si quisiera.

—Pero yo nunca hablo de mi trabajo —respondió *sir* Henry con modestia—. No, nunca hablo de mi trabajo.

Sir Henry Clithering había sido hasta muy recientemente comisionado de Scotland Yard.

—Supongo que hay muchos crímenes y delitos que la policía nunca logra esclarecer —dijo Joyce Lempriére.

—Creo que es un hecho admitido —dijo *Mr*. Petherick.

—Me pregunto qué clase de cerebro puede enfrentarse con más éxito a un misterio —dijo Raymond West—. Siempre he pensado que el policía corriente debe tener el lastre de su falta de imaginación.

—Ésa es la opinión de los profanos —replicó *sir* Henry con sequedad.

—Si realmente quiere una buena ayuda —dijo Joyce con una sonrisa—, para psicología e imaginación, acuda al escritor.

Y dedicó una irónica inclinación de cabeza a Raymond, que permaneció serio.

—El arte de escribir nos proporciona una visión interior de la naturaleza humana —agregó en tono grave—. Y tal vez el escritor ve detalles que le pasarían por alto a una persona normal.

—Ya sé, querido —intervino *miss* Marple—, que tus libros son muy interesantes, pero ¿tú crees que la gente es en realidad tan poco agradable como tú la pintas?

—Mi querida tía —contestó Raymond con amabilidad—, quédate con tus ideas y que no permita el cielo que yo las destroce en ningún sentido.

—Quiero decir —continuó *miss* Marple frunciendo un poco el entrecejo al contar los puntos de su labor— que a mí muchas personas no me parecen ni buenas ni malas, sino sencillamente muy tontas.

Mr. Petherick volvió a lanzar su tosecilla seca.

—¿No te parece, Raymond —dijo—, que das demasiada importancia a la imaginación? La imaginación es algo muy peligroso y los abogados lo sabemos

demasiado bien. Ser capaz de examinar las pruebas con imparcialidad y de considerar los hechos sólo como factores, me parece el único método lógico de llegar a la verdad. Y debo añadir que, por experiencia, sé que es el único que da resultado.

—¡Bah! —exclamó Joyce echando hacia atrás sus cabellos negros de una forma indignante—. Apuesto a que podría ganarles a todos en este juego. No sólo soy mujer (y digan lo que digan, las mujeres poseemos una intuición que les ha sido negada a los hombres), sino además artista. Veo cosas en las que ustedes jamás repararían. Y, como artista, también he tropezado con toda clase de personas. Conozco la vida como no es posible que la haya conocido nuestra querida *miss* Marple.

—No estoy segura, querida —replicó *miss* Marple—. Algunas veces, en los pueblos ocurren cosas muy dolorosas y terribles.

—¿Puedo hablar? —preguntó el doctor Pender con una sonrisa—. No se me oculta que hoy en día está de moda desacreditar al clero, pero nosotros oímos cosas que nos permiten conocer un aspecto del carácter humano que es un libro cerrado para el mundo exterior.

—Bien —dijo Joyce—, parece que formamos un bonito grupo representativo. ¿Qué les parece si formásemos un club? ¿Qué día es hoy? ¿Martes? Le llamaremos el Club de los Martes. Nos reuniremos cada semana y cada uno de nosotros por turno deberá exponer un problema o algún misterio que cada uno conozca personalmente y del que, desde luego sepa la solución. Dejadme ver cuántos somos. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. En realidad, tendríamos que ser seis.

—Te has olvidado de mí, querida —dijo *miss* Marple con una sonrisa radiante.

Joyce quedó ligeramente sorprendidas pero se rehizo enseguida.

—Sería magnífico, *miss* Marple —le dijo—. No pensé que le gustaría participar en esto.

—Creo que será muy interesante —replicó *miss* Marple—, especialmente estando presentes tantos caballeros inteligentes. Me temo que yo no soy muy lista pero, haber vivido todos estos años en St. Mary Mead, me ha dado cierta visión de la naturaleza humana.

—Estoy seguro de que su cooperación será muy valiosa —dijo *sir* Henry con toda cortesía.

—¿Quién será el primero?

—Creo que no hay la menor duda en cuanto a eso —replicó el doctor Pender—, puesto que tenemos la gran fortuna de contar entre nosotros con un hombre tan distinguido como *sir* Henry.

Dejó la frase sin acabar, mientras hacía una cortés inclinación hacia *sir* Henry.

El aludido guardó silencio unos instantes y, al fin, con un suspiro y cruzando las piernas, comenzó:

—Me resulta un poco difícil escoger al tipo de historia que ustedes desean oír, pero creo que conozco un ejemplo que cumple muy bien los requisitos exigidos. Es posible que hayan leído algún comentario acerca de este caso en los periódicos del

año pasado. Entonces se archivó como un misterio sin resolver, pero da la casualidad de que la solución llegó a mis manos no hace muchos días.

»Los hechos son bien sencillos. Tres personas se reunieron para una cena que consistía, entre otras cosas, de langosta enlatada. Más tarde aquella noche, los tres se sintieron indispuestos y se llamó apresuradamente a un médico. Dos de ellos se restablecieron y el tercero falleció.

—¡Ah! —dijo Raymond en tono aprobador.

—Como digo, los hechos fueron muy sencillos. Su muerte fue atribuida a envenenamiento por alimentos en mal estado, se extendió el certificado correspondiente y la víctima fue enterrada. Pero las cosas no acabaron ahí.

Miss Marple asintió.

—Supongo que empezarían las habladurías, como suele ocurrir.

—Y ahora debo describirles a los actores de este pequeño drama. Llamaré al marido y a la esposa, *Mr*. y *Mrs*. Jones, y a la señorita de compañía de la esposa, *miss* Clark. *Mr*. Jones era viajante de una casa de productos químicos. Un hombre atractivo en cierto modo, jovial y de unos cuarenta años. Su esposa era una mujer bastante corriente, de unos cuarenta y cinco años, y la señorita de compañía, *miss* Clark, una mujer de sesenta, gruesa y alegre, de rostro rubicundo y resplandeciente. No podemos decir de ninguno de ellos que resultara una personalidad muy interesante.

»Ahora bien, las complicaciones comenzaron de modo muy curioso. *Mr*. Jones había pasado la noche anterior en un hotelito de Birmingham. Dio la casualidad de que aquel día habían cambiado el papel secante, que por lo tanto estaba nuevo, y la camarera, que al parecer no tenía otra cosa mejor que hacer se entretuvo en colocarlo ante un espejo después de que *Mr*. Jones escribiera unas cartas. Pocos días más tarde, al aparecer en los periódicos la noticia de la muerte de *Mrs*. Jones como consecuencia de haber ingerido langosta en mal estado, la camarera hizo partícipes a sus compañeros de trabajo de las palabras que había descifrado en el papel secante: “Depende enteramente de mi esposa… cuando haya muerto yo haré… cientos de miles…”.

Recordarán ustedes que no hace mucho tiempo hubo un caso en el que la esposa fue envenenada por su marido. No se necesitó mucho más para exaltar la imaginación de la camarera del hotel. ¡*Mr*. Jones había planeado deshacerse de su esposa para heredar cientos de miles de libras! Por casualidad, una de las camareras tenía unos parientes en la pequeña población donde residían los Jones. Les escribió y ellos contestaron que *Mr*. Jones, al parecer, se había mostrado muy atento con la hija del médico de la localidad, una hermosa joven de treinta y tres años, y empezó el escándalo. Se solicitó una revisión del caso al ministerio del Interior y en Scotland Yard se recibieron numerosas cartas anónimas acusando a *Mr*. Jones de haber asesinado a su esposa. Debo confesar que ni por un momento sospechamos que se tratase de algo más que de las habladurías y chismorreos de la gente del pueblo. Sin

embargo, para tranquilizar a la opinión pública se ordenó la exhumación del cadáver. Fue uno de esos casos de superstición popular basada en nada sólido y que resultó sorprendentemente justificado. La autopsia dio como resultado el hallazgo del arsénico suficiente para dejar bien sentado que la difunta señora había muerto envenenada por esta sustancia. Y en manos de Scotland Yard, junto con las autoridades locales, quedó el descubrir cómo le había sido administrada y por quién.

—¡Ah! —exclamó Joyce—. Me gusta. Esto sí que es bueno.

—Naturalmente, las sospechas recayeron en el marido. Él se beneficiaba de la muerte de su esposa. No con los cientos de miles que románticamente imaginaba la doncella del hotel, pero sí con la buena suma de ocho mil libras. Él no tenía dinero propio, aparte del que ganaba, y era un hombre de costumbres un tanto extravagantes y al que le gustaba frecuentar la compañía femenina. Investigamos con toda la delicadeza posible sus relaciones con la hija del médico, pero, aunque al parecer había habido una buena amistad entre ellos tiempo atrás, habían roto bruscamente unos dos meses antes y desde entonces no parecía que se hubieran visto. El propio médico, un anciano íntegro y de carácter bonachón, quedó aturdido por el resultado de la autopsia. Le habían llamado a eso de la medianoche para atender a los tres intoxicados. Al momento comprendió la gravedad de *Mrs*. Jones y envió a buscar a su dispensario unas píldoras de opio para calmarle el dolor. No obstante, a pesar de sus esfuerzos, la señora falleció, aunque ni por un momento sospechó que se tratara de algo anormal. Estaba convencido de que su muerte fue debida a alguna forma de botulismo. La cena de aquella noche había consistido básicamente en langosta enlatada con ensalada, pastel y pan con queso. Lamentablemente, no quedaron restos de la langosta: se la comieron toda y tiraron la lata. Interrogó a la doncella, Gladys Linch, que estaba llorosa y muy agitada, y que a cada momento se apartaba de la cuestión, pero declaró una y otra vez que la lata no estaba hinchada y que la langosta le había parecido en magníficas condiciones.

»Éstos eran los hechos en los que debíamos basarnos. Si Jones había administrado subrepticiamente arsénico a su esposa, parecía evidente que no pudo hacerlo con los alimentos que tomaron en la cena, puesto que las tres personas comieron lo mismo. Y también hay otra cosa: el propio Jones había regresado de Birmingham en el preciso momento en que la cena era servida, de modo que no tuvo oportunidad de alterar ninguno de los alimentos de antemano.

—¿Y qué me dice de la señorita de compañía de la esposa? —preguntó Joyce—. La mujer gruesa de rostro alegre.

Sir Henry asintió.

—No nos olvidamos de *miss* Clark, se lo aseguro. Pero nos parecieron dudosos los motivos que pudiera tener para cometer el crimen. *Mrs*. Jones no le dejó nada en absoluto y, como resultado de la muerte de su patrona, tuvo que buscarse otra colocación.

—Eso parece eliminarla —replicó Joyce pensativa.

—Uno de mis inspectores pronto descubrió un dato muy significativo —prosiguió *sir* Henry—. Aquella noche, después de cenar, *Mr*. Jones bajó a la cocina y pidió un tazón de harina de maíz para su esposa que se había quejado de que no se encontraba bien. Esperó en la cocina hasta que Gladys Linch lo hubo preparado y luego él mismo lo llevó a la habitación de su esposa. Esto, admito, pareció cerrar el caso.

El abogado asintió.

—Móvil —dijo uniendo las puntas de sus dedos—. Oportunidad. Y además, como viajante de una casa de productos químicos, fácil acceso al veneno.

—Y era un hombre de moral un tanto endeble —agregó el clérigo.

Raymond West miraba fijamente a *sir* Henry.

—Hay algún gazapo en todo esto —dijo—. ¿Por qué no lo detuvieron?

Sir Henry sonrió con pesar.

—Ésa es la parte desgraciada de este asunto. Hasta aquí todo había ido sobre ruedas, pero ahora llegamos a las dificultades. Jones no fue detenido porque, al interrogar a *miss* Clark, nos dijo que el tazón de harina de maíz no se lo tomó *Mrs*. Jones sino ella. Sí, parece ser que acudió a su habitación como tenía por costumbre. La encontró sentada en la cama y a su lado estaba el tazón de harina de maíz.

»—No me encuentro nada bien, Milly —le dijo—. Me está bien empleado por comer langosta por la noche. Le he pedido a Albert que me trajera un tazón de harina de maíz, pero ahora no me apetece.

»—Es una lástima —comentó *miss* Clark—, está muy bien hecho, sin grumos. Gladys es realmente una buena cocinera. Hoy en día hay muy pocas chicas que sepan preparar una taza de harina de maíz como es debido. Le confieso que a mí me gusta mucho, y estoy hambrienta.

»—Creí que continuabas con tus tonterías —le dijo *Mrs*. Jones.

»Debo explicar —aclaró *sir* Henry— que *miss* Clark, alarmada por su constante aumento de peso, estaba siguiendo lo que vulgarmente se conoce como “una dieta”. Te conviene, Milly, de veras —le había dicho *Mrs*. Jones—. Si Dios te ha hecho gruesa, es que tienes que serlo. Tómate esa harina de maíz, que te sentará de primera.

»Y acto seguido, *miss* Clark se puso a ello y se acabó el tazón. De modo que ya ven ustedes, nuestra acusación contra el marido quedó hecha trizas. Al pedirle una explicación de las palabras que aparecieron en el papel secante, Jones nos la dio enseguida. La carta, explicó, era la respuesta a una que le había escrito su hermano desde Australia pidiéndole dinero. Y él le contestó diciendo que dependía enteramente de su esposa y que hasta que ella muriera no podría disponer de dinero. Lamentaba su imposibilidad de ayudarle de momento, pero le hacía observar que en el mundo existen cientos de miles de personas que pasan los mismos apuros.

—¿Y el caso se vino abajo? —comentó el doctor Pender.

—Y el caso se vino abajo —repitió *sir* Henry en tono grave—. No podíamos correr el riesgo de detener a Jones sin tener algo en que apoyarnos.

Hubo un silencio y al cabo Joyce dijo:

—Y eso es todo, ¿no es cierto?

—Así es como quedó el caso durante todo el año pasado. La verdadera solución está ahora en manos de Scotland Yard y probablemente dentro de dos o tres días podrán leerla en los periódicos.

—La verdadera solución —exclamó Joyce pensativa—. Quisiera saber… Pensemos todos por espacio de cinco minutos y luego hablemos.

Raymond West asintió al tiempo que consultaba su reloj. Cuando hubieron transcurrido los cinco minutos, miró al doctor Pender.

—¿Quiere ser usted el primero en hablar? —le preguntó.

El anciano meneó la cabeza.

—Confieso —dijo— que estoy completamente despistado. No puedo dejar de pensar que el esposo tiene que ser el culpable de alguna manera, pero no me es posible imaginar cómo lo hizo. Sólo sugiero que debió de administrarle el veneno por algún medio que aún no ha sido descubierto, aunque, si es así, no comprendo cómo puede haber salido a la luz después de tanto tiempo.

—¿Joyce?

—¡La señorita de compañía de la esposa! —contestó Joyce decidida—. ¡Desde luego! ¿Cómo sabemos que no tuvo motivos para hacerlo? Que fuese vieja y gorda no quiere decir que no estuviera enamorada de Jones. Podía haber odiado a la esposa por cualquier otra razón. Piensen lo que representa ser una acompañante, tener que mostrarse siempre amable, estar de acuerdo siempre y tragárselo todo. Un día, no pudo resistirlo más y se decidió a matarla. Probablemente puso el arsénico en el tazón de harina de maíz y toda esa historia de que se lo comió sea mentira.

—¿*Mr*. Petherick?

El abogado unió las yemas de los dedos con aire profesional.

—Apenas tengo nada que decir. Basándome en los hechos no sabría qué opinar.

—Pero tiene que hacerlo, *Mr*. Petherick —dijo la joven—. No puede reservarse su opinión, alegando prejuicios legales. Tiene que participar en el juego.

—Considerando los hechos —dijo *Mr*. Petherick—, no hay nada que decir. En mi opinión particular y habiendo visto, por desgracia, demasiados casos de esta clase, creo que el esposo es culpable. La única explicación que se me ocurre es que *miss* Clark lo encubrió deliberadamente por algún motivo. Pudo haber algún arreglo económico entre ellos. Es posible que él creyera que iba a resultar sospechoso y ella, viendo ante sí un futuro lleno de pobreza, tal vez se avino a contar la historia de la harina de maíz a cambio de una suma importante que recibiría en privado. Si éste es el caso, desde luego es de lo más irregular.

—No estoy de acuerdo con ninguno de ustedes —dijo Raymond—. Han olvidado ustedes un factor muy importante de este caso: la hija del médico. Voy a darles mi visión de los hechos. La langosta estaba en mal estado, de ahí los síntomas de envenenamiento. Se manda llamar al doctor, que encuentra a *Mrs*. Jones, que ha comido más langosta que los demás, presa de grandes dolores y manda a buscar

comprimidos de opio tal como nos dijo. No va él en persona, sino que envía a buscarlas.

¿Quién entrega los comprimidos al mensajero? Sin duda su hija. Está enamorada de Jones y en aquel momento se despiertan todos los malos instintos de su naturaleza y le hacen comprender que tiene en sus manos el medio de conseguir su libertad. Los comprimidos que envía contienen arsénico blanco. Ésta es mi solución.

—Y ahora, cuéntenos el verdadero desenlace, *sir* Henry —exclamó Joyce con ansiedad.

—Un momento —dijo *sir* Henry—, todavía no ha hablado *miss* Marple.

Miss Marple tan sólo movía la cabeza tristemente.

—Vaya, vaya —dijo—, se me ha escapado otro punto. Estaba tan entusiasmada escuchando la historia. Un caso triste, sí, muy triste. Me recuerda al viejo Hargraves, que vivía en Mount. Su esposa nunca tuvo la menor sospecha hasta que, al morir, dejó todo su dinero a una mujer con la que había estado viviendo, y con la que tenía cinco hijos. En otro tiempo había sido su doncella. Era una chica tan agradable, decía siempre *Mrs*. Hargraves, no tenía que preocuparse de que diera la vuelta a los colchones cada día, siempre lo hacía, excepto los viernes, por supuesto. Y ahí tienen al viejo Hargraves, que le puso una casa a esa mujer en la población vecina y continuó siendo sacristán y pasando la bandeja cada domingo.

—Mi querida tía Jane —dijo Raymond con cierta impaciencia—. ¿Qué tiene que ver el desaparecido Hargraves con este caso?

—Esta historia me lo recordó enseguida —dijo *miss* Marple—. Los hechos son tan parecidos, ¿no es cierto? Supongo que la pobre chica ha confesado ya y por eso sabe usted la solución, *sir* Henry.

—¿Qué chica? —preguntó Raymond—. Mi querida tía, ¿de qué estás hablando?

—De esa pobre chica, Gladys Linch, por supuesto. La que se puso tan nerviosa cuando habló con el doctor, y bien podía estarlo la pobrecilla. Espero que ahorquen al malvado Jones por haber convertido en una asesina a esa pobre muchacha. Supongo que a ella también la ahorcarán, pobrecilla.

—Creo, *miss* Marple, que está usted equivocada —comenzó a decir *Mr*. Petherick entre titubeos.

Pero *miss* Marple meneó la cabeza con obstinación, y miró de hito en hito a *sir* Henry.

—¿Estoy en lo cierto o no? Yo lo veo muy claro. Los cientos de miles, el pastel… quiero decir que no puede pasarse por alto.

—¿Qué es eso del pastel y de los cientos de miles? —exclamó Raymond.

Su tía se volvió hacia él.

—Las cocineras casi siempre ponen «*cientos de miles*» en los pasteles, querido —le dijo—. Son esos azucarillos rosas y blancos. Desde luego, cuando oí que habían tomado pastel para cenar y que el marido se había referido en una carta a cientos de

miles, relacioné ambas cosas. Allí es donde estaba el arsénico, en los cientos de miles. Se lo entregó a la muchacha y le dijo que lo pusiera en el pastel.

—¡Pero eso es imposible! —replicó Joyce vivamente—. Todos lo tomaron.

—¡Oh, no! —dijo *miss* Marple—. Recuerde que la compañera de *Mrs*. Jones estaba haciendo régimen para adelgazar. Nunca se come pastel, si una está a dieta. Y supongo que Jones se limitaría a separar los «cientos de miles» de su ración poniéndolos a un lado en el plato. Fue una idea inteligente, aunque muy malvada.

Los ojos de todos estaban fijos en *sir* Henry.

—Es curioso —dijo despacio—, pero da la casualidad de que *miss* Marple ha dado con la solución. Jones había metido a Gladys Linch en un serio problema, tal como se dice vulgarmente, y ella estaba desesperada. Él deseaba librarse de su esposa y prometió a Gladys casarse con ella cuando su mujer muriese. Él consiguió los «cientos de miles» y se los entregó a ella con instrucciones para su uso. Gladys Linch falleció hace una semana. Su hijo murió al nacer y Jones la había abandonado por otra mujer. Cuando agonizaba, confesó la verdad.

Hubo unos instantes de silencio y luego Raymond dijo:

—Bueno, tía Jane, esta vez has ganado. No entiendo cómo has adivinado la verdad.

Nunca hubiera pensado que la doncella tuviera nada que ver con el caso.

—No, querido —replicó *miss* Marple—, pero tú no sabes de la vida tanto como yo. Un hombre como Jones, rudo y jovial. Tan pronto como supe que había una chica bonita en la casa me convencí de que no la dejaría en paz. Todo esto son cosas muy penosas y no demasiado agradables de comentar. No puedes imaginarte el golpe que fue para *Mrs*. Hargraves y la sorpresa que causó en el pueblo.

La casa del ídolo de Astarté

(The Idol House of Astarte).

—Y ahora doctor Pender, ¿qué va usted a contarnos?

El anciano clérigo sonrió amablemente.

—Mi vida ha transcurrido en lugares tranquilos —dijo—. He sido testigo de muy pocos acontecimientos memorables. No obstante, en cierta ocasión, cuando era joven, tuve una extraña y trágica experiencia.

—¡Ah! —exclamó Joyce Lempriére en tono alentador.

—Nunca la he olvidado —continuó el clérigo—. Entonces me causó una profunda impresión, e incluso ahora, con un ligero esfuerzo de mi memoria, puedo sentir de nuevo todo el horror y la angustia de aquel terrible momento en que vi caer muerto a un hombre al parecer sin causa aparente.

—Ha conseguido ponerme la piel de gallina, Pender —se lamentó *sir* Henry.

—A mí sí que se me puso la piel de gallina, como usted dice —replicó el otro—. Desde entonces nunca he vuelto a reírme de las personas que emplean la palabra «*atmósfera*». Existe. Hay ciertos lugares saturados de buenos o malos influjos que hacen sentir sus efectos.

—Esa casa, The Larches, es uno de esos lugares infortunados —señaló *miss* Marple—. El viejo *Mr*. Smither perdió todo su dinero y tuvo que abandonarla. Luego la alquilaron los Carlslake y Johnny se cayó por la escalera y se rompió una pierna, y *Mrs*. Carlslake se vio obligada a marcharse al sur de Francia para reponerse. Ahora la tienen los Burden y he oído decir que el pobre *Mr* Burden tendrá que ser operado de urgencia.

—Hay mucha superstición en lo que toca a todos estos temas —dijo *Mr*. Petherick—. Y por culpa de muchos de los estúpidos rumores que corren se ocasionan innumerables daños a estas fincas.

—Yo he conocido un par de fantasmas que tenían una robusta personalidad —comentó *sir* Henry con una risita.

—Creo —dijo Raymond— que deberíamos dejar que el doctor Pender continuara su historia.

Joyce se puso en pie para apagar las dos lámparas, dejando la habitación iluminada solamente por el resplandor de las llamas.

—Atmósfera —explicó—. Ahora podemos continuar.

El doctor Pender le dirigió una sonrisa y, tras acomodarse en su butaca y quitarse las gafas, comenzó su relato con voz suave y evocadora.

—Ignoro si alguno de ustedes conocerá Dartmoor. El lugar de que les hablo se halla situado cerca de los límites de Dartmoor. Era una preciosa finca, aunque estuvo varios años en venta sin encontrar comprador. Tal vez resulta algo apartada en invierno, pero la vista es magnífica y la casa misma posee características ciertamente

curiosas y originales. Fue adquirida por un hombre llamado Haydon, *sir* Richard Haydon. Yo lo había conocido en la universidad y, aunque le perdí de vista durante algunos años, seguíamos manteniendo lazos de amistad y acepté con agrado su invitación de ir al Bosque Silencioso, como se llamaba su nueva propiedad.

»La reunión no era muy numerosa. Estaba el propio Richard Haydon, su primo Elliot Haydon y una tal *lady* Mannering con su hija, una joven pálida e inconspicua, llamada Violeta. El capitán Rogers con su esposa, buenos jinetes, personas curtidas que sólo vivían para los caballos y la caza. En la casa estaba también el joven doctor Symonds y *miss* Diana Ashley. Yo había oído algo sobre esta última. Su fotografía aparecía a menudo en las revistas de sociedad y era una de las bellezas destacadas de la temporada. Desde luego era realmente atractiva. Morena, alta, con un hermoso cutis de tono crema pálido y unos ojos oscuros y rasgados que le daban una pícara expresión oriental. Poseía además una maravillosa voz, profunda y musical.

»Vi enseguida que mi amigo Richard Haydon estaba muy interesado por la muchacha y deduje que aquella reunión había sido organizada únicamente por ella. De los sentimientos de ella no estaba tan seguro. Era caprichosa al conceder sus favores. Un día hablaba con Richard como si los demás no existiéramos y, al otro, el favorito era su primo Elliot y no parecía notar la existencia de Richard, para acabar dedicándole sus más seductoras sonrisas al tranquilo y retraído doctor Symonds.

»La mañana que siguió a mi llegada, nuestro anfitrión nos mostró el lugar. La casa en sí no era nada extraordinaria, y estaba sólidamente construida con granito de Devonshire para resistir las inclemencias del tiempo. No era romántica, pero sí muy confortable. Desde sus ventanas se divisaba el panorama del páramo y las vastas colinas coronadas por peñascos moldeados por el viento.

»En las laderas de los peñascos más cercanos a nosotros había varios círculos de menhires, reliquias de los remotos días de la Edad de Piedra. En otra colina se veía un túmulo recientemente excavado y en el que habían sido encontrados diversos objetos de bronce. Haydon sentía un gran interés por las antigüedades y nos hablaba con gran entusiasmo de aquel lugar que, según nos explicó, era particularmente rico en reliquias del pasado.

»Se habían encontrado restos de refugios neolíticos, de druidas celtas, de romanos, e incluso indicios de los primeros fenicios.

»—Pero este lugar es el más interesante de todos —nos dijo—. Ya conocéis su nombre, el Bosque Silencioso. Bien, no es difícil comprender por qué se llama así.

»Señaló con el brazo. En aquella zona, el paisaje se mostraba especialmente desolado; rocas, brezos, helechos, pero a unos cien metros de la casa había una magnífica y espesa arboleda.

»—Es una reliquia de tiempos muy remotos —dijo Haydon—. Los árboles han ido muriendo, pero han sido replantados y en conjunto se ha conservado tal como estaba tal vez en tiempos de los fenicios. Vengan a verlo.

»Todos le seguimos. Al entrar en el bosquecillo me sentí invadido por una curiosa opresión. Creo que fue el silencio, ningún pájaro parecía anidar en aquellos árboles. Se podía palpar la desolación y el horror en el aire. Vi que Haydon me contemplaba con una extraña sonrisa.

»—¿No le causa alguna sensación este lugar, Pender? —me preguntó—. ¿De hostilidad? ¿O de intranquilidad?

»—No me gusta —repliqué tranquilamente.

»—Está en su derecho. Este lugar fue la plaza fuerte de uno de los antiguos enemigos de la fe. Éste es el Bosque de Astarté.

»—¿Astarté?

»—Astarté, Isthar, Ashtoreth o como quiera llamarla. Yo prefiero el nombre fenicio de Astarté. Creo que se conoce otro Bosque de Astarté en este país, al norte de la muralla de Adriano. No tengo pruebas, pero me gusta pensar que el de aquí es el auténtico. Ahí, en el centro de ese espeso círculo de árboles, se llevaban a cabo los ritos sagrados.

»—Ritos sagrados —murmuró Diana Ashley con mirada soñadora—. Me gustaría saber cómo eran.

»—Nada recomendables —dijo el capitán Rogers con una risa estruendosa pero inexpresiva—. Imagino que algo fuertes.

»Haydon no le prestó atención.

»—En el centro del bosque debía de haber un templo —dijo—. No es que haya conseguido encontrar alguno, pero me he dejado llevar un poco por mi imaginación.

»Para entonces ya habíamos penetrado en un pequeño claro en el centro de la arboleda, donde se elevaba una especie de glorieta de piedra. Diana Ashley miró inquisitivamente a Haydon.

»—Yo la llamo la Casa del Ídolo —dijo éste—. Es la Casa del Ídolo de Astarté.

»Y avanzó hacia ella. En su interior, sobre un tosco pilar de ébano, reposaba una curiosa imagen que representaba a una mujer con cuernos en forma de media luna y que estaba sentada sobre un león.

»—Astarté de los fenicios —dijo Haydon—. La diosa de la Luna.

»—¡La diosa de la Luna! —exclamó Diana—. Oh, organicemos una fiesta pagana para esta noche. Disfrazados. Vendremos aquí a medianoche para celebrar los ritos de Astarté.

»Yo hice un gesto brusco y Elliot Haydon, el primo de Richard Haydon, se volvió rápidamente hacia mí.

»—A usted no le gusta todo esto, ¿verdad, Pender? —me dijo.

»—Sí —repliqué en tono grave—, no me gusta. —Me miró con extrañeza.

»—Pero si es una broma. Dick no puede saber si esto era realmente un bosque sagrado. Sólo es pura imaginación. Le gusta jugar con la idea. Y de todos modos, si de verdad lo fuera…

»—¿Y si lo fuera…?

»—Bueno —dijo con una sonrisa un tanto incómoda—. Usted no puede creer en esas cosas, ¿no? Es un párroco.

»—Precisamente, no estoy seguro de como párroco no deba creer en ello.

»—Aun así, todo es ya parte del pasado.

»—No estaría tan seguro —dije pensativo—. Yo sólo sé una cosa. Por lo general no soy hombre que se deje impresionar fácilmente por un ambiente, pero desde que he penetrado en este círculo de árboles, tengo una extraña sensación de maldad y amenaza a mi alrededor.

»Miró intranquilo por encima de su hombro.

»—Sí —dijo—, es curioso en cierto modo. Sé lo que quiere decir, pero supongo que es sólo nuestra imaginación lo que nos produce esa sensación. ¿Qué dice a esto, Symonds?

»El doctor guardó silencio unos momentos antes de replicar con calma:

»—No me gusta esto y no sé decirles por qué. Pero sea por lo que sea no me gusta.

»En aquel momento se acercó a mi Violeta Mannering.

»—Aborrezco este lugar —exclamó—, lo aborrezco. Salgamos de aquí.

»Echamos a andar y los demás nos siguieron. Sólo Diana Ashley se resistía a marcharse. Volví la cabeza y la vi ante la casa del ídolo contemplando fijamente la imagen.

»El día era magnífico y excepcionalmente caluroso, y la idea de Diana Ashley de celebrar una fiesta de disfraces aquella noche fue recibida con entusiasmo general. Hubo las acostumbradas risas, los cuchicheos, el frenesí de los preparativos y, cuando hicimos nuestra aparición a la hora de la cena, no faltaron exclamaciones de alegría. Rogers y su esposa iban disfrazados de hombres del neolítico, lo cual explicaba la repentina desaparición de ciertas alfombras. Richard Haydon se presentó como un marino fenicio y su primo como un capitán de bandidos. El doctor Symonds se vistió de cocinero, *lady* Mannering de enfermera y su hija de esclava circasiana. Yo mismo me había arreglado para parecerme en lo posible a un monje. Diana Ashley bajó la última y nos quedamos algo decepcionados al verla aparecer envuelta en un dominó negro.

»—Lo Desconocido —declaró con aire alegre—, eso es lo que soy. Y ahora, por lo que más quieras, vamos a cenar.

»Después de cenar salimos afuera. Hacía una noche deliciosa y cálida, y empezaba a salir la luna.

»Paseamos de un lado a otro, charlando, y el tiempo pasó muy de prisa. Debió de ser aproximadamente una hora más tarde cuando nos dimos cuenta de que Diana Ashley no estaba con nosotros.

»—Seguro que no se ha ido a la cama —dijo Richard Haydon.

»Violeta Mannering negó con la cabeza.

»—No —dijo—. La vi marcharse en esa dirección hará cosa de un cuarto de hora.

»Y al hablar señaló el bosquecillo de árboles que se alzaban negros y sombríos a la luz de la luna.

»—Quisiera saber qué se propone —dijo Richard Haydon—. Alguna diablura, seguro. Vayamos a ver.

»Avanzamos en pelotón intrigados por saber qué tramaba *miss* Ashley. No obstante, yo sentía de nuevo cierto recelo ante la idea de penetrar en el oscuro cinturón de árboles. Algo más fuerte que yo parecía retenerme y me urgía a que no entrara allí. Sentí más claramente que nunca el maleficio de aquel lugar. Creo que algunos de los demás experimentaron la misma sensación que yo, aunque no lo hubieran admitido por nada del mundo. Los árboles estaban tan juntos que no dejaban penetrar la luz de la luna y, a nuestro alrededor, se oían multitud de ruidos, susurros y suspiros. Era un lugar que imponía y, de común acuerdo, todos nos mantuvimos juntos.

»De pronto llegamos al claro del centro de la arboleda y nos quedamos como clavados en el suelo, pues en el umbral de la Casa del Ídolo se alzaba una figura resplandeciente, envuelta en una vestidura de gasa muy sutil y con dos cuernos en forma de media luna surgiendo de entre la oscura cabellera.

»—¡Cielo santo! —exclamó Richard Haydon mientras su frente se perlaba de sudor.

»Pero Violeta Mannering fue más aguda.

»—¡Vaya, si es Diana! —observó—. ¿Y qué ha hecho? Oh, no sé qué es, pero está muy distinta.

»La figura del umbral elevó sus manos y, dando un paso hacia delante, en voz alta y dulce, recitó:

»—Soy la sacerdotisa de Astarté. Guardaos de acercaros a mí porque llevo la muerte en mi mano.

»—No hagas eso, querida —protestó *lady* Mannering—. Nos estás poniendo nerviosos de verdad.

»Haydon avanzó hacia ella.

»—¡Dios mío, Diana! —exclamó—. Estás maravillosa.

»Mis ojos se habían acostumbrado ya a la luz de la luna y podía ver con más claridad. Desde luego, como había dicho Violeta, Diana estaba muy distinta. Su rostro tenía una expresión mucho más oriental, sus ojos rasgados un brillo cruel y sus labios la sonrisa más extraña que viera jamás en mi vida.

»—¡Cuidado! —exclamó—. No os acerquéis a la diosa. Si alguien pone la mano sobre mí, morirá.

»—Estás maravillosa, Diana —dijo Haydon—, pero ahora ya basta. No sé por qué, pero esto no me gusta en absoluto.

»Iba avanzando sobre la hierba y ella extendió una mano hacia él.

»—Detente —gritó—. Un paso más y te aniquilaré con la magia de Astarté.

»Richard Haydon se echó a reír apresurando el paso y entonces ocurrió algo muy curioso. Vaciló un momento, tuvimos la sensación de que tropezaba y cayó al suelo cuan largo era.

»No se levantó, sino que permaneció tendido en el lugar donde cayó.

»De pronto, Diana comenzó a reírse histéricamente. Fue un sonido extraño y horrible que rompió el silencio del claro.

»Elliot se adelantó y lanzó una exclamación de disgusto.

»—No puedo soportarlo —exclamó—. Levántate, Dick, levántate, hombre.

»Pero Richard Haydon seguía inmóvil en el lugar en que había caído. Elliot Haydon llegó hasta él y, arrodillándose a su lado, le dio la vuelta. Se inclinó sobre él y escudriñó su rostro.

»Luego se puso bruscamente en pie, medio tambaleándose.

»—Doctor —dijo—, doctor venga, por amor de Dios. Yo… yo creo que está muerto.

»Symonds corrió hacia el caído y Elliot se vino hacia nosotros caminando muy despacio. Se miraba las manos de un modo que no supe comprender.

»En aquel momento Diana lanzó un grito salvaje.

»—Lo he matado —gritó—. ¡Oh, Dios mío! No quise hacerlo, pero lo he matado.

»Y cayó desvanecida sobre la hierba.

»*Mrs*. Rogers lanzó un grito.

»—Salgamos de este horrible lugar —gimió—. Aquí puede ocurrirnos cualquier cosa.

—¡Oh es espantoso!

»Elliot me cogió por un hombro.

»—No es posible, hombre —murmuró—. Le digo que no es posible. Un hombre no puede ser asesinado así. Va… va contra la naturaleza.

»Traté de calmarlo.

»—Debe de haber alguna explicación —respondí—. Su primo puede haber tenido un fallo cardíaco repentino a causa de la sorpresa y la excitación…

»Me interrumpió.

»—Usted no lo comprende —dijo extendiendo sus manos y pude contemplar en ellas una mancha roja.

»—Dick no ha muerto del corazón, sino apuñalado… apuñalado en medio del corazón y *no hay arma alguna*.

»Lo miré con incredulidad. En aquel momento Symonds acababa de examinar el cadáver y se aproximó a nosotros, pálido y temblando de pies a cabeza.

»—¿Es que estamos todos locos? —se preguntó—. ¿Qué tiene este lugar para que sucedan en él cosas semejantes?

»—Entonces es cierto.

»Asintió.

»—La herida es igual a la que hubiera producido una daga larga y fina, pero aquí no hay ninguna daga.

»Nos miramos unos a otros.

»Pero tiene que estar aquí —exclamó Elliot Haydon—. Debe haberse caído. Tiene que estar por el suelo. Busquémosla.

»Todos buscamos en vano. Violeta Mannering exclamó de pronto:

»—Diana llevaba algo en la mano. Una especie de daga. Yo la vi claramente. Vi cómo brillaba cuando le amenazó.

»Elliot Haydon meneó la cabeza.

»—Él no llegó siquiera a tres metros de ella.

»Larry Mannering se había inclinado sobre la muchacha tendida en el suelo.

»—Ahora no tiene nada en la mano —anunció—, y no veo nada por el suelo. ¿Estás segura de que la viste, Violeta? Yo no la recuerdo.

»El doctor Symonds se acercó a la joven.

»—Debemos llevarla a la casa —sugirió—. Rogers, ¿quiere ayudarme?

»Entre los dos llevamos a la muchacha de nuevo a la casa y luego regresamos en busca del cadáver de *sir* Richard.

El doctor Pender se interrumpió mirando a su alrededor.

—Ahora sabemos más cosas —dijo— gracias a la afición por las novelas policíacas. Hasta un chiquillo de la calle sabe que un cadáver debe dejarse donde se encuentra. Pero entonces no teníamos estos conocimientos y por tanto llevamos el cuerpo de Richard Haydon a su dormitorio de la casa cuadrada de granito y enviamos al mayordomo para que fuese a buscar a la policía en su bicicleta: un paseo de unas doce millas.

»Fue entonces cuando Elliot Haydon me llevó aparte.

»—Escuche —me dijo—. Voy a volver al bosque. Hay que encontrar el arma.

»Si es que la hubo —dije en tono dubitativo.

»Cogiéndome por un brazo, me sacudió con fuerza.

»—Se le han metido todas esas ideas supersticiosas en la cabeza. Usted cree que esta muerte ha sido sobrenatural. Pues yo voy a volver al bosquecillo para averiguarlo.

»Me mostré extrañamente contrario a que hiciera esto. Hice lo posible por disuadirlo, pero sin resultado. Sólo imaginar aquel círculo de árboles se me ponía la piel de gallina y sentí el fuerte presentimiento de otro desastre, pero Elliot estaba decidido. Creo que también estaba asustado, aunque no quería admitirlo. Se marchó dispuesto a dar con la solución del misterio.

»Fue una noche horrible, nadie pudo conciliar el sueño, ni intentarlo siquiera. La policía, cuando llegó, se mostró del todo incrédula ante lo ocurrido. Manifestaron el deseo de interrogar a *miss* Ashley, pero tuvieron que desistir puesto que el doctor Symonds se opuso con vehemencia. *Miss* Ashley había vuelto en sí después de su

desmayo o trance y le había dado un sedante para dormir, por lo que no debía ser molestada hasta el día siguiente.

»Hasta las siete de la mañana, nadie pensó en Elliot Haydon, cuando Symonds preguntó de pronto dónde estaba. Yo expliqué lo que Elliot había hecho y el rostro de Symonds se tomó todavía más pálido y preocupado.

»—Ojalá no hubiera ido. Es una temeridad —dijo.

»—¿No pensará que haya podido ocurrirle algo?

»—Espero que no. Creo, padre, que será mejor que usted y yo vayamos a ver.

»Sabía que no le faltaba razón, pero necesité todo mi valor y fuerza de voluntad para hacerlo. Salimos juntos y penetramos una vez más en la arboleda maldita. Le llamamos un par de veces y no respondió. Al cabo de uno instantes llegamos al claro, que se nos apareció pálido y fantasmal a la temprana luz de la mañana. Symonds se agarró a mi brazo y yo ahogué una exclamación. La noche anterior, cuando lo vimos bañado por la luz de la luna, había el cuerpo de un hombre tendido de bruces sobre la hierba. Ahora, a la luz del amanecer, nuestros ojos contemplaron el mismo cuadro. Elliot Haydon estaba tendido exactamente en el mismo lugar donde cayera su primo.

»—¡Dios mío! —dijo Symonds—. ¡A él también le ha ocurrido!

»Echamos a correr por el césped. Elliot Haydon estaba inconsciente, pero respiraba débilmente y esta vez no cabía la menor duda de la causa de la tragedia. Una larga daga de bronce permanecía clavada en la herida.

»—Le ha atravesado el hombro y no el corazón. Es una suerte —dijo el médico —. Palabra que no sé qué pensar. De todas formas, no está muerto y podrá contarnos lo ocurrido.

»Pero eso fue precisamente lo que Elliot Haydon no pudo hacer. Su descripción fue extremadamente vaga. Había buscado el arma en vano y, al fin, dando por terminada la búsqueda, se aproximó a la Casa del Ídolo. Fue entonces cuando tuvo la sensación de que alguien le observaba desde el cinturón de árboles. Luchó por librarse de aquella impresión sin poder conseguirlo. Describió cómo empezó a soplar un viento extraño y helado que parecía venir no de los árboles, sino del interior de la Casa del Ídolo. Se volvió para escudriñar su interior y, al ver la pequeña imagen de la diosa, creyó sufrir una ilusión óptica. La figura fue creciendo y creciendo, y luego de pronto creyó percibir como un golpe en las sienes que le hizo tambalearse y, mientras caía, sintió un dolor ardiente y agudo en el hombro izquierdo.

»Esta vez, la daga fue identificada como la misma que había sido encontrada en el túmulo de la colina y que fue comprada por Richard Haydon. Nadie sabía dónde la guardaba, si en la Casa del Ídolo o en la suya.

»La policía opinaba que había sido apuñalado por *miss* Ashley, pero dado que todos declaramos que no había estado en ningún momento a menos de tres metros de distancia de él, no podían tener esperanzas de sostener la acusación contra ella. Por consiguiente, todo fue y continúa siendo un misterio.

Se hizo un profundo silencio.

—Parece que no haya nada que decir —habló al fin Joyce Lempriére—. Es todo tan horrible y misterioso. ¿Ha encontrado usted alguna explicación, doctor Pender?

El anciano asintió.

—Sí —contestó—. Tengo una explicación, una cierta explicación, eso es todo. Una bastante curiosa, pero en mi mente quedan aún ciertos aspectos sin aclarar.

—He asistido a sesiones de espiritismo —dijo Joyce— y pueden ustedes decir lo que gusten, pero en ellas ocurren cosas muy extrañas. Supongo que pueden explicarse por algún tipo de hipnotismo. La muchacha se convirtió realmente en una sacerdotisa de Astarté y supongo que, de una manera u otra, debió apuñalarlo. Tal vez le arrojara la daga que *miss* Mannering vio en su mano.

—O pudo ser una jabalina —sugirió Raymond West—. Al fin y al cabo, la luz de la luna no es muy fuerte. Podía llevar una especie de lanza en la mano y clavársela a distancia. Y luego entra en juego el hipnotismo colectivo. Quiero decir que todos ustedes estaban preparados para verle caer víctima de un poder sobrenatural y eso vieron.

—He visto realizar cosas maravillosas con lanzas y cuchillos en los escenarios —afirmó *sir* Henry—. Creo que es posible que un hombre estuviera oculto en el cinturón de árboles y desde allí arrojara un cuchillo o una daga con suficiente puntería, suponiendo, desde luego, que fuese un profesional. Admito que es una idea un tanto descabellada, pero me parece la única teoría realmente aceptable. Recuerden que el otro hombre tuvo la impresión de que alguien le observaba desde los árboles. Y en cuanto a que *miss* Mannering dijera que *miss* Ashley tenía una daga en la mano que ninguno de los otros vio, eso no me sorprende. Si tuvieran mi experiencia sabrían que la impresión de cinco personas acerca de la misma cosa difiere tan ampliamente que resulta casi increíble.

Mr. Petherick carraspeó.

—Pero en todas esas teorías parece que hemos pasado por alto un factor esencial —declaró—. ¿Qué fue del arma? Difícilmente hubiera podido librarse *miss* Ashley de una jabalina, estando como estaba de pie en medio de un espacio abierto. Y si un asesino oculto hubiera arrojado una daga, ésta debería seguir aún en la herida cuando dieron la vuelta al cadáver. Creo que debemos descartar todas esas teorías absurdas y ceñirnos a los hechos concretos.

—¿Y adónde nos conducen?

—Bien, una cosa parece clara. Nadie estaba cerca del hombre cuando cayó al suelo, de modo que tuvo que ser él mismo quien se apuñalase. En resumen, un suicidio.

—¿Pero por qué diablos iba a querer suicidarse? —preguntó Raymond West con tono de incredulidad. El abogado carraspeó de nuevo.

—Oh, eso nos llevaría a formular una vez más una cuestión teórica —dijo—. Y de momento no me interesan las teorías. A mí me parece, excluyendo lo sobrenatural, en lo que no creo ni por un momento, que ésa es la única manera en que pudieron

ocurrir las cosas: se mató él y, al caer, alargó los brazos extrayendo la daga de la herida y arrojándola lejos entre los árboles. Ésta es, aunque un tanto improbable, una explicación posible.

—Yo no lo aseguraría —replicó *miss* Marple—. Todo esto me ha dejado muy perpleja, pero ocurren cosas muy curiosas. El año pasado, en una fiesta al aire libre en casa de *lady* Sharpy, el hombre que estaba arreglando el reloj del golf tropezó con uno de los hoyos y perdió completamente el conocimiento por espacio de cinco minutos.

—Sí, querida tía —dijo Raymond en tono amable—, pero a él no le apuñalaron, ¿no es cierto?

—Claro que no, querido —contestó *miss* Marple—. Eso es lo que voy a explicar. Claro que existe sólo un medio de que pudieran apuñalar al pobre *sir* Richard, pero primero quisiera saber qué es lo que le hizo caer. Desde luego pudo ser la raíz de un árbol. Debía ir mirando a la joven y con la escasa luz de la luna es fácil tropezar con esas cosas.

—¿Dice usted que sólo existe un medio en que *sir* Richard pudo ser apuñalado, *miss* Marple? —preguntó el clérigo mirándola con curiosidad.

—Es muy triste y no me gusta pensarlo. Él era diestro, ¿verdad? Quiero decir que, para clavarse él mismo la daga en el hombro izquierdo, tuvo que utilizar la mano derecha. Siempre me dio mucha pena el pobre Jack Baynes. Cuando estuvo en la guerra, se disparó en un pie después de una batalla, en Arras, ¿recuerdan? Me lo contó cuando fui a verlo al hospital. Estaba muy avergonzado. No creo que este pobre hombre, Elliot Haydon, se beneficie gran cosa con su malvado crimen.

—Elliot Haydon —exclamó Raymond—. ¿Crees que fue él?

—No veo que pudiera hacerlo otra persona —dijo *miss* Marple abriendo los ojos con sorpresa—. Quiero decir que, como dice sabiamente *Mr*. Petherick, hay que considerar los hechos y descartar toda esa atmósfera de deidades paganas, que no me resulta agradable. Fue el primero que se aproximó a Richard y le dio la vuelta. Y para hacerlo, tuvo que volverse de espaldas a todos. Yendo vestido de capitán de bandidos seguro que llevaba algún arma en el cinturón. Recuerdo que una vez bailé con un hombre disfrazado así cuando era jovencita. Llevaba cinco clases de cuchillos y dagas, y no hará falta que les diga lo molesto que resultaba para la pareja.

Todas las miradas se volvieron hacia el doctor Pender.

—Yo supe la verdad —exclamó— cinco años después de ocurrida la tragedia. Me llegó en forma de carta escrita por Elliot Haydon. En ella me decía que siempre imaginó que yo sospechaba de él. Dijo que fue víctima de una tentación repentina. Él también amaba a Diana Ashley, pero era sólo un pobre ahogado que luchaba por abrirse camino. Quitando a Richard de en medio y heredando su título y hacienda, veía abrirse ante él un futuro maravilloso. Sacó la daga de su cinturón al arrodillarse junto a su primo, se la clavó y la devolvió a su sitio, y luego se hirió él mismo para alejar sospechas. Me escribió la noche antes de partir con una expedición al Polo Sur,

por si no regresaba. No creo que tuviera intención de regresar y sé que, como ha dicho *miss* Marple, su crimen no le proporcionó ningún beneficio. «Por espacio de cinco años —me escribió— he vivido en un infierno. Espero que por lo menos pueda expiar mi crimen muriendo con honor».

Hubo una pausa.

—Y murió con honor —dijo *sir* Henry—. Ha cambiado usted los nombres de los personajes de su historia, doctor Pender, pero creo reconocer al hombre al que usted se refiere.

—Como les dije —terminó el clérigo—, no creo que esta confesión explique todos los hechos. Sigo pensando todavía que en aquel bosque había algo maligno, una influencia que impulsó a Elliot Haydon a cometer su crimen. Incluso ahora no puedo recordar sin estremecerme la Casa del Ídolo de Astarté.

Lingotes de oro

(Ingots of Gold).

—No sé si la historia que voy a contarles es aceptable —dijo Raymond West—, porque no puedo brindarles la solución. No obstante, los hechos fueron tan interesantes y tan curiosos que me gustaría proponerla como problema y, tal vez entre todos, podamos llegar a alguna conclusión lógica.

»Ocurrió hace dos años, cuando fui a pasar la Pascua de Pentecostés a Cornualles con un hombre llamado John Newman.

—¿Cornualles? —preguntó Joyce Lempriére con viveza.

—Sí. ¿Por qué?

—Por nada, sólo que es curioso. Mi historia también ocurrió en cierto lugar de Cornualles, en un pueblecito pesquero llamado Rathole. No irá usted a decirme que el suyo es el mismo.

—No, el mío se llama Polperran y está situado en la costa oeste de Cornualles, un lugar agreste y rocoso. A Newman me lo habían presentado pocas semanas antes y me pareció un compañero interesante. Era un hombre de aguda inteligencia y posición acomodada, poseído de una romántica imaginación. Como resultado de su última afición, había alquilado Pol House. Era una autoridad en la época isabelina y me describió con lenguaje vivo y gráfico la ruta de la Armada Invencible. Lo hizo con tal entusiasmo, que uno hubiera dicho que fue testigo presencial de la escena. ¿Existe algo de cierto en la reencarnación? Quisiera saberlo. Me lo he preguntado tantas veces…

—Eres tan romántico, querido Raymond —dijo *miss* Marple mirándole con benevolencia.

—Romántico es lo último que soy —respondió su sobrino ligeramente molesto—. Pero ese individuo, Newman, me interesaba por esa razón, como una reliquia curiosa del pasado. Parece ser que cierto barco perteneciente a la Armada y que contenía un enorme tesoro en oro procedente de la parte oriental del mar Caribe, había naufragado en la costa de Cornualles, en las famosas y temibles Rocas de la Serpiente. Newman me contó que a lo largo de los años se habían hecho intentos de rescatar el barco y recuperar el tesoro. Creo que estas historias son muy corrientes, aunque el número de barcos con tesoros mitológicos es mucho mayor que el de los verdaderos. Formaron una compañía, pero quebraron, y Newman pudo comprar los derechos de aquella cosa, o como quieran llamarle, por cuatro cuartos. Se mostraba entusiasmado. Según él, sólo era cuestión de utilizar la maquinaria más moderna. El oro estaba allí, no le cabía la menor duda de que podría ser recuperado.

»Mientras le escuchaba, se me ocurrió pensar en la frecuencia con que ocurren cosas como ésta. Un hombre rico como Newman logra el éxito casi sin esfuerzo y, no obstante, es probable que el valor de su hallazgo en dinero no signifique nada para él.

Debo confesar que me contagié de su entusiasmo. Veía galeones surcando las aguas de la costa, desafiando la tormenta, y abatidos y destrozados contra las negras rocas. La palabra “*galeón*” me resultaba romántica. La frase el «*oro español*» emociona a los escolares, y también a los hombres hechos y derechos. Además, yo estaba trabajando por aquel entonces en una novela, algunas de cuyas escenas transcurrían en el siglo XVI, y vi la oportunidad de poder darle un valioso colorido local gracias a Newman.

»Salí de la estación de Paddington el viernes por la mañana, ilusionado ante la perspectiva de mi viaje. El compartimiento del tren estaba vacío, con la sola excepción de un hombre sentado ante mí en el rincón opuesto. Era alto, con aspecto de militar, y no pude evitar la sensación de que lo había visto antes en alguna otra parte. Me estuve devanando los sesos en vano durante algún tiempo y al fin di con ello. Mi compañero de viaje no era otro que el inspector Badgworth, a quien yo conociera cuando escribí una serie de artículos sobre el caso de la misteriosa desaparición de Everson.

»Me di a conocer y no tardamos en charlar amigablemente. Cuando le dije que me dirigía a Polperran comentó que era una coincidencia singular ya que él también iba a aquel lugar. No quise parecer indiscreto y me guardé de preguntarle qué era lo que le llevaba allí. En vez de eso, le hablé de mi propio interés por el lugar, mencionando el naufragio del galeón español. Para mi sorpresa, el inspector parecía saberlo todo al respecto.

»—Seguro que es el Juan Fernández —me dijo—. Su amigo no será el primero que ha dilapidado todo su dinero tratando de sacar el oro a flote. Es un capricho romántico.

»—Y probablemente toda la historia es un mito —repliqué yo—. Nunca habrá naufragado un barco en este lugar.

»—Oh, el hundimiento del barco sí es cosa cierta —me dijo el inspector—, así como el de muchos otros. Le sorprendería a usted conocer el número de naufragios que hubo en esa parte de la costa. A decir verdad, ése es el motivo que me lleva allí ahora. Ahí es donde hace seis meses se hundió el Otranto.

»—Recuerdo haberlo leído —contesté—. Creo que no hubo desgracias personales.

»—No —contestó el inspector—, pero se perdió otra cosa. No es del dominio público, pero llevaba a bordo lingotes de oro.

»—¿Sí? —pregunté muy interesado.

»—Naturalmente utilizamos buzos para los trabajos de salvamento, pero el oro había desaparecido, *Mr*. West.

»—¡Desaparecido! —exclamé mirándole asombrado—. ¿Cómo es posible?

»—Ése es el problema —replicó el inspector—. Las rocas abrieron un boquete en la cámara acorazada y los buzos pudieron penetrar fácilmente en ella por ese camino,

pero la encontraron vacía. La cuestión es, ¿fue robado el oro antes o después del naufragio? ¿Estuvo alguna vez siquiera en la cámara acorazada?

»—Un caso muy curioso —comenté.

»—Lo es, considerando lo que representan los lingotes de oro. No es como un collar de brillantes, que puede llevarse en el bolsillo. Bueno, parece del todo imposible. Debieron de hacer alguna triquiñuela antes de que partiera el barco. Pero, de no ser así, el oro ha tenido que desaparecer en los últimos seis meses, y yo voy a investigar el asunto.

»Encontré a Newman esperándome en la estación. Se disculpó por no traer su automóvil, que se encontraba en Truro a causa de ciertas reparaciones necesarias. En su lugar había traído una camioneta de la finca.

»Tomé asiento a su lado y avanzamos con prudencia por las estrechas callejuelas del pueblecito pesquero, subimos por una pendiente muy pronunciada, yo diría que de un veinte por ciento, recorrimos una corta distancia por un camino zigzagueante y finalmente enfilamos los pilares de granito de la entrada de Pol House.

»Era un lugar encantador, situado sobre los acantilados, con una estupenda vista sobre el mar. Algunas partes tenían unos trescientos o cuatrocientos años de antigüedad, pero se le había añadido un ala moderna. Detrás de ella se extendían unos siete u ocho acres de terreno de cultivo.

»—Bienvenido a Pol House —dijo Newman—. Y a la enseña del Galeón Dorado —y señaló hacia la puerta principal, de donde pendía una reproducción perfecta de un galeón español con todas sus velas desplegadas.

»Mi primera noche allí fue deliciosa e instructiva. Mi anfitrión me mostró viejos manuscritos que hacían referencia al Juan Fernández. Desplegó cartas de navegación ante mí, indicándome posiciones marcadas con líneas de puntos, y me enseñó planos de aparatos de inmersión, los cuales, debo confesar, me satisficieron por completo.

»Le hablé del encuentro con el inspector Badgworth, cosa que le interesó sobremanera.

»—Hay gentes muy extrañas por esta costa —dijo en tono pensativo—. Llevan en la sangre el contrabando y la destrucción. Cuando un barco se hunde en sus costas no pueden evitar considerarlo un pillaje legal para sus bolsillos. Hay aquí un individuo al que me gustaría que conociera. Es un tipo interesante.

»El día siguiente amaneció claro y radiante. Fuimos a Polperran y allí me fue presentado el buzo de Newman, un hombre llamado Higgins. Era un individuo de rostro curtido, extremadamente taciturno y cuyas intervenciones en la conversación se reducían a monosílabos. Después de discutir entre ellos sobre asuntos técnicos, nos dirigimos a Las Tres Áncoras. Una jarra de cerveza contribuyó un poco a desatar la lengua de aquel individuo.

»—Ha venido un detective de Londres —gruñó—. Dicen que ese barco que se hundió en noviembre pasado llevaba a bordo gran cantidad de oro. Bueno, no fue el

primero en zozobrar y tampoco será el último. "—Cierto, cierto" —intervino el posadero de Las Tres Áncoras—. Has dicho una gran verdad, Bill Higgins.

»—Vaya si lo es, *Mr*. Kelvin —replicó Higgins.

»Miré con cierta curiosidad al posadero. Era un hombre muy peculiar, moreno, de rostro bronceado y anchas espaldas. Sus ojos parecían inyectados en sangre y tenían un modo muy extraño de evitar la mirada de los demás. Sospeché que aquél era el hombre de que me hablara Newman, al que calificó de sujeto interesante.

»—No queremos extranjeros entrometidos en estas costas —dijo con tono siniestro.

»—¿Se refiere a la policía? —preguntó Newman con una sonrisa.

»—A la policía y a otros —replicó Kelvin significativamente—. Y no lo olvide usted, señor.

»—¿Sabe usted, Newman, que me ha sonado como una amenaza? —le dije cuando subíamos la colina para dirigirnos a casa.

»Mi amigo se echó a reír.

»—Tonterías, yo no le hago ningún daño a la gente de aquí.

»Yo moví la cabeza pensativo. En Kelvin había algo siniestro y salvaje, y comprendí que su mente podía discurrir por sendas extrañas e insospechadas.

»Creo que mi inquietud comenzó a partir de aquel momento. La primera noche había dormido bastante bien, pero la siguiente mi sueño fue intranquilo y entrecortado. El domingo amaneció gris y triste, con el cielo encapotado y la amenaza de los truenos estremeciendo el aire. Me fue difícil disimular mi estado de ánimo y Newman observó el cambio operado en mí.

»—¿Qué le ocurre West? Esta mañana está hecho un manojo de nervios.

»—No lo sé —dije—, pero tengo un horrible presentimiento.

»—Es el tiempo.

»—Sí, es posible.

»No dije más. Por la tarde salimos en la lancha motora de Newman, pero se puso a llover con tal fuerza que tuvimos que regresar a la playa y ponernos inmediatamente ropa seca.

»Aquella noche creció mi ansiedad. En el exterior la tormenta aullaba y rugía. A eso de las diez la tempestad se calmó y Newman miró por la ventana.

»—Está aclarando —anunció—. No me extrañaría que dentro de media hora hiciera una noche magnífica. Si es así, saldré a dar un paseo.

»Yo bostecé.

»—Tengo mucho sueño —dije—. Anoche no dormí mucho y me parece que me acostaré temprano.

»Así lo hice. La noche anterior había dormido muy poco y, en cambio, aquella tuve un sueño profundo. No obstante, mi sopor no me proporcionó descanso. Seguía oprimiéndome el terrible presentimiento de un cercano peligro: soñé cosas horribles, espantosos abismos y enormes precipicios entre los cuales me hallaba vagando,

sabiendo que el menor tropiezo de uno de mis pies hubiera significado la muerte. Cuando desperté, mi reloj señalaba las ocho. Me dolía mucho la cabeza y seguía bajo la opresión de mis pesadillas.

»Tan fuerte era ésta que, cuando me acerqué a mirar por la ventana, retrocedí con un nuevo sentimiento de terror, pues lo primero que vi, o creí ver, fue la figura de un hombre cavando una tumba.

»Tardé un par de minutos en rehacerme y entonces comprendí que el sepulturero no era otro que el jardinero de Newman y que "*la tumba*" estaba destinada a tres nuevos rosales que estaban sobre el césped esperando a ser plantados.

»El jardinero alzó la cabeza y al verme se llevó la mano al sombrero.

»—Buenos días señor, hermosa mañana.

»—Supongo que lo es, sí —repliqué dubitativo sin poder sacudir por completo mi pesimismo.

»Sin embargo, como había dicho el jardinero, la mañana era espléndida. El sol brillaba en un cielo azul pálido que prometía un tiempo magnífico para todo el día. Bajé a desayunar silbando una tonadilla. Newman no tenía ninguna doncella en la casa, solo un par de hermanas de mediana edad, que vivían en una granja cercana, acudían diariamente para atender a sus sencillas necesidades. Una de ellas estaba colocando la cafetera sobre la mesa cuando yo entré en la habitación.

»—Buenos días, Elizabeth —dije—. ¿No ha bajado todavía *Mr*. Newman?

»—Debe de haber salido muy temprano, señor —me contestó—, pues no estaba en la casa cuando llegamos.

»Al instante sentí renacer mi inquietud. Las dos mañanas anteriores Newman había bajado a desayunar un poco tarde y en ningún momento supuse que fuese madrugador. Impulsado por mis presentimientos, subí a su habitación. La encontré vacía y, además, sin señales de que hubiera dormido en su cama. Tras un breve examen de su dormitorio, descubrí otras dos cosas. Si Newman salió a pasear debió de hacerlo en pijama, puesto que éste había desaparecido.

»Entonces tuve el convencimiento de que mis temores eran justificados. Newman había salido, como dijo que haría, a dar un paseo nocturno y, por alguna razón desconocida, no había regresado. ¿Por qué? ¿Habría tenido un accidente? ¿Se habría caído por el acantilado? Debíamos averiguarlo enseguida.

»En pocas horas ya había reclutado a un gran número de ayudantes y juntos lo buscamos en todas direcciones, por los acantilados y en las rocas de abajo, pero no había rastro de Newman.

»Al fin, desesperado, fui a buscar al inspector Badgworth. Su rostro adquirió una expresión grave.

»—Tengo la impresión de que ha sido víctima de una mala jugada —dijo—. Hay gente muy poco escrupulosa por esta zona. ¿Ha visto usted a Kelvin, el posadero de Las Tres Áncoras?

»Le contesté afirmativamente.

»—¿Sabía usted que estuvo cuatro años en la cárcel por asalto y agresión?

»—No me sorprende —repliqué.

»—La opinión general de los habitantes de este pueblo parece ser que su amigo se entromete demasiado en cosas que no le conciernen. Espero que no haya sufrido ningún daño.

»Continuamos la búsqueda con redoblado ánimo y hasta última hora de la tarde no vimos recompensados nuestros esfuerzos. Descubrimos a Newman en su propia finca, dentro de una profunda zanja, con los pies y las manos fuertemente atados con cuerdas y un pañuelo en la boca, a modo de mordaza, para evitar que gritase.

»Estaba terriblemente exhausto y dolorido, pero después de unas fricciones en las muñecas y en los tobillos y un buen trago de *whisky*, pudo referirnos lo que le había ocurrido.

»Cuando aclaró el tiempo, salió a dar un paseo, a eso de las once. Llegó hasta cierto lugar de los acantilados conocidos vulgarmente como la Ensenada de los Contrabandistas debido al gran número de cuevas que hay allí. Allí observó que unos hombres sacaban algo de un pequeño bote y bajó para ver de qué se trataba. Fuera lo que fuera, parecía ser algo muy pesado y lo trasladaban a una de las cuevas más lejanas.

»Sin imaginar que se tratase en realidad de algo ilegal, Newman lo encontró extraño. Se acercó un poco más sin ser visto, mas de pronto se oyó un grito de alarma e inmediatamente dos fornidos marineros cayeron sobre él y le dejaron inconsciente. Cuando volvió en sí, se encontró tendido en un vehículo que iba a toda velocidad y que subía, dando tumbos y saltando sobre los baches, por lo que pudo deducir, por el camino que conduce de la costa al pueblo. Ante su sorpresa el camión penetró por la entrada de su propia casa. Allí, tras sostener una conversación en voz baja, los hombres lo sacaron para arrojarlo a la zanja en el lugar en que su profundidad haría más improbable que fuera hallado por algún tiempo. Después, el camión se puso en marcha y le pareció que salía por la otra entrada, situada una milla más cerca del pueblo. No pudo darnos descripción alguna de los asaltantes, excepto que desde luego eran hombres de mar y, por su acento, cornualleses.

»El inspector Badgworth pareció muy interesado por el relato.

»—Apuesto a que es ahí donde ha sido escondido el oro —exclamó—. De un modo u otro debió ser salvado del naufragio y almacenado en alguna cueva solitaria, en alguna otra parte. Hemos registrado todas las cuevas de la Ensenada de los Contrabandistas y, como que ahora nos dedicamos a buscarlo más hacia el interior, lo han trasladado de noche a una cueva que ya ha sido registrada y que, por consiguiente, no es probable que volvamos a mirar. Por desgracia han tenido por lo menos dieciocho horas para llevárselo de nuevo. Si capturaron a *Mr*. Newman ayer noche, dudo que encontremos nada allí a estas horas.

»El inspector se apresuró a efectuar un registro en la cueva y encontró pruebas definitivas de que el oro había sido almacenado allí como supuso, pero los lingotes

habían sido trasladados una vez más y no existía la menor pista de cuál era el nuevo escondrijo.

»No obstante, sí había una pista y el propio inspector me la señaló al día siguiente.

»—Este camino lo utilizan muy poco los automóviles —dijo— y en uno o dos lugares se ven claramente huellas de neumáticos. A uno de ellos le falta una pieza triangular y deja una huella inconfundible. Eso demuestra que entraron por esta entrada y aquí hay una clara huella que indica que salieron por la otra, de modo que no cabe duda de que se trata del vehículo que andamos buscando. Ahora bien, ¿por qué salieron por la entrada más lejana? A mí me parece clarísimo que el camión vino del pueblo. No hay muchas personas que tengan uno: dos o tres a lo sumo. Kelvin, el posadero de Las Tres Áncoras, tiene uno.

»—¿Cuál era la profesión original de Kelvin? —preguntó Newman.

»—Es curioso que me pregunte usted eso, *Mr*. Newman. En su juventud Kelvin fue buzo profesional.

»Newman y yo nos miramos significativamente. Las piezas del rompecabezas parecían empezar a encajar.

»—¿No reconoció a Kelvin en uno de los hombres de la playa? —preguntó el inspector.

»Newman negó con la cabeza.

»—Temo no poder ayudarle en eso —dijo pesaroso—. La verdad es que no tuve tiempo de ver nada.

»El inspector, muy amablemente, me permitió acompañarlo a Las Tres Áncoras. El garaje se hallaba en una calle lateral. Sus grandes puertas estaban cerradas, pero al subir por la callejuela lateral encontrarnos una pequeña puerta que daba acceso al interior del mismo y que estaba abierta. Un breve examen de los neumáticos fue suficiente para el inspector.

»—Lo hemos pillado, diantre —exclamó—. Aquí está la marca, tan clara como el día, en la rueda posterior izquierda. Ahora, *Mr*. Kelvin, veremos de qué le sirve su inteligencia para salir de ésta.

Raymond West hizo un alto en su relato.

—Bueno —dijo la joven Joyce—. Hasta ahora no veo dónde está el problema, a menos que nunca encontrasen el oro.

—Nunca lo encontraron, desde luego —repitió Raymond—, y tampoco pudieron acusa a Kelvin. Supongo que era demasiado listo para ellos, pero no veo cómo se las arregló. Fue detenido por la prueba del neumático, pero surgió una dificultad extraordinaria. Al otro lado de las grandes puertas del garaje había una casita que en verano alquilaba una artista.

—¡Oh, esas artistas! —exclamó Joyce riendo.

—Como tú dices: ¡Oh, esas artistas! Ésta en particular había estado enferma algunas semanas y por este motivo tenía dos enfermeras que la atendían. La que

estaba de guardia aquella noche acercó su butaca a la ventana, que tenía la persiana levantada, y declaró que el camión no pudo haber salido del garaje de enfrente sin que ella lo viera y juró que nadie salió de allí aquella noche.

—No creo que esto deba considerarse un problema —comentó Joyce—. Es casi seguro que la enfermera se quedó dormida, siempre se duermen.

—Es lo que siempre ocurre —dijo *Mr*. Petherick juiciosamente—. Pero me parece que aceptamos los hechos sin examinarlos lo suficiente. Antes de aceptar el testimonio de la enfermera debiéramos investigar de cerca su buena fe. Una coartada que surge con tal sospechosa prontitud despierta dudas en la mente de cualquiera.

—También tenemos la declaración de la artista —dijo Raymond—. Dijo que se encontraba muy mal y pasó despierta la mayor parte de la noche, de modo que hubiera oído sin duda alguna el camión, puesto que era un ruido inusitado y la noche había quedado muy apacible después de la tormenta.

—¡Hum…! —dijo el clérigo—. Eso desde luego es un factor adicional. ¿Tenía alguna coartada el propio Kelvin?

—Declaró que estuvo en su casa durmiendo desde las diez en adelante, pero no pudo presentar ningún testigo que apoyara su declaración.

—La enfermera debió quedarse dormida lo mismo que su paciente —dijo la joven —. La gente enferma siempre se imagina que no ha pegado ojo en toda la noche.

Raymond West lanzó una mirada interrogativa al doctor Pender.

—Me da lástima ese Kelvin. Me parece que es víctima de aquello de «Por un perro que maté…». Kelvin había estado en la cárcel. Aparte de la huella del neumático, que es desde luego algo demasiado evidente para ser mera coincidencia, no parece haber mucho en contra suya, excepto sus desgraciados antecedentes.

—¿Y usted, *sir* Henry?

El aludido movió la cabeza.

—Da la casualidad —replicó sonriendo— que conozco este caso, de modo que evidentemente no debo hablar.

—Bien, adelante, tía Jane. ¿No tienes nada que decir?

—Espera un momento, querido —respondió *miss* Marple—. Me temo que he contado mal. Dos puntos del revés, tres del derecho, saltar uno, dos del revés… sí, está bien.

¿Qué me decías, querido?

—¿Cuál es tu opinión?

—No te gustaría, querido. He observado que a los jóvenes nunca les gusta. Es mejor no decir nada.

—Tonterías, tía Jane. Adelante.

—Pues bien, querido Raymond —dijo *miss* Marple dejando la labor para mirar a su sobrino— creo que deberías tener más cuidado al escoger a tus amistades. Eres tan crédulo, querido, y te dejas engañar tan fácilmente. Supongo que eso se debe a que eres escritor y tienes mucha imaginación. ¡Toda esa historia del galeón español! Si

fueras mayor y tuvieses mi experiencia de la vida te habrías puesto en guardia enseguida. ¡Además, un hombre al que conocías sólo desde hacía unas semanas!

Sir Henry lanzó un torrente de carcajadas al tiempo que golpeaba su rodilla.

—Esta vez te han pillado, Raymond —dijo—. *Miss* Marple, es usted maravillosa. Tu amigo Newman, muchacho, tenía otro nombre, es decir, varios más. En estos momentos no está en Cornualles, sino en Devonshire. En Dartmoor, para ser exacto y en calidad de convicto en la prisión de Princetown. No pudimos cogerlo por el asunto del oro robado, pero sí por robar la cámara acorazada de uno de los bancos de Londres. Cuando revisamos sus antecedentes supimos que buena parte del oro robado fue enterrado en el jardín de Pol House. Fue una idea bastante buena. Por toda la costa de Cornualles se cuentan historias de barcos hundidos llenos de oro. Serviría para justificar el buzo y para justificar el oro. Pero se necesitaba una víctima propiciatoria y Kelvin era la ideal. Newman representó su pequeña comedia muy bien y nuestro amigo Raymond, una celebridad como escritor, hizo de testigo impecable.

—Pero ¿y la huella del neumático? —objetó Joyce.

—Oh, yo lo vi enseguida, querida, y no sé nada de automóviles —dijo *miss* Marple—. Ya sabes que la gente cambia las ruedas, a menudo lo he visto hacer y, claro, pudieron coger la rueda de la camioneta de Kelvin y sacarla por la puerta pequeña del garaje y salir con ella al callejón. Allí la colocarían en la camioneta de *Mr*. Newman y bajarían hasta la playa, cargarían el oro y volverían a entrar por la otra entrada al pueblo. Luego volvieron a colocar la rueda en la camioneta de *Mr*. Kelvin, me imagino, mientras alguien maniataba a *Mr*. Newton y lo arrojaba a la zanja. Estuvo muy incómodo y probablemente tardaron en encontrarlo más de lo que habían calculado. Imagino que el individuo que se llamaba a sí mismo jardinero debía ocuparse de eso.

—¿Por qué dices que se llamaba a sí mismo jardinero, tía Jane? —preguntó Raymond con extrañeza.

—Pues porque no podía ser un jardinero auténtico —dijo *miss* Marple—. Los jardineros no trabajan durante el lunes de la Pascua de Pentecostés, todo el mundo lo sabe.

Sonrió sin apartar los ojos de su labor.

—En realidad fue ese pequeño detalle lo que me puso sobre la verdadera pista —dijo.

Luego miró a Raymond.

—Cuando tengas tu propia casa, querido, y un jardinero que cuide de tu jardín, conocerás estos pequeños detalles.

Manchas de sangre en el suelo

(The Bloodstained Pavement).

—Es curioso —comenzó a decir Joyce Lempriére—, pero casi me siento inclinada a no contarles mi historia. Sucedió hace mucho tiempo, hace cinco años, para ser exacta, y desde entonces me tiene obsesionada. Tanto su lado brillante, alegre y superficial, como el horror que se escondía en el fondo. Y lo curioso del caso es que el cuadro que pinté entonces está impregnado de la misma atmósfera. Cuando se mira por primera vez, parece sólo el simple boceto de una callejuela de Cornualles bañada por la luz del sol. Pero al contemplarlo con más atención, se descubre en él algo siniestro. Nunca quise venderlo, pero nunca lo miro. Está en mi estudio, en un rincón y de cara a la pared.

»El nombre del lugar es Rathole, un extraño pueblecito pesquero de Cornualles, muy pintoresco, tal vez demasiado pintoresco. En él se respira demasiado la atmósfera de una antigua sala de té de Cornualles. Tiene tiendas en las que muchachas de pelo a lo *garçon* pintan a mano leyendas sobre pergaminos. Es bonito y original, pero se lo creen demasiado.

—No sé por qué será —dijo Raymond West con un gruñido—. Supongo que será debido a esa maldita invasión de autocares llenos de gente. Por estrechos que sean los caminos que llevan a ellos, ninguno de esos pintorescos pueblecitos se libra de ellos. Joyce asintió.

—Los que conducen a Rathole son muy estrechos y empinados como una pared. Bien, sigo con mi historia. Yo había ido a Cornualles a pasar quince días dibujando. En Rathole existía una antigua posada, Las Armas de Polharwith, que se supone es la única casa que dejaron en pie los atacantes españoles cuando bombardearon ferozmente el lugar hacia el 1500 o algo por el estilo.

—No lo bombardearon —replicó Raymond West con el entrecejo fruncido—. Procura no desvirtuar la historia, Joyce.

—Bueno, sea como fuere, desembarcaron cañones a lo largo de toda la costa y con ellos destrozaron las casas. De todas maneras no es ésta la cuestión. La posada era un lugar maravilloso por su antigüedad, con una especie de porche sostenido por cuatro pilares. Conseguí un buen apunte y me disponía a trabajar de firme cuando un coche subió serpenteando por la colina. Por supuesto, fue a detenerse delante de la posada, en el lugar en que más me estorbaba. Se apearon sus ocupantes, un hombre y una mujer, en los que no me fijé gran cosa. Ella llevaba un vestido de lino malva y un sombrero del mismo color.

»El hombre volvió a salir de nuevo y, para mi gran satisfacción, llevó el coche hasta el muelle y lo dejó aparcado allí. Al regresar a la posada tuvo que pasar junto a mí, en el preciso momento en que llegaba otro coche, del que se apeó una mujer vestida con el traje más llamativo que viera en mi vida. Creo que su estampado

consistía en ponsetias rojas y llevaba uno de esos enormes sombreros de paja que utilizan los nativos, me parece que de Cuba ¿no es eso?, y que también era de un brillante rojo escarlata.

»La mujer no se detuvo delante de la posada, sino que llevó su coche más abajo en el otro lado. Luego se apeó y el hombre le dijo asombrado:

»—Carol, esto sí que es maravilloso. Qué casualidad encontrarte en este apartado rincón del mundo. Hace años que no te veía. Margery está aquí también, mi esposa, ya sabes. Debes venir a conocerla.

»Subieron juntos la empinada calle en dirección a la posada y vi que la otra mujer acababa de salir a la puerta y se dirigía a ellos. Cuando pasaron ante mí, pude echar un vistazo a la mujer llamada Carol, lo suficiente para ver una barbilla muy empolvada y una boca muy roja, y me pregunté, sólo me pregunté, si Margery se alegraría mucho de conocerla. A Margery no la había visto de cerca, pero así de lejos me pareció muy formal, estirada y poco maquillada.

»Bueno, desde luego no era asunto mío, pero a veces se ven pequeños retazos de la vida y no puedes evitar especular sobre ellos. Desde donde estaba podía oír fragmentos de su conversación. Hablaban de ir a bañarse. El marido, cuyo nombre al parecer era Denis, deseaba alquilar un bote y remar por la costa. Había allí una cueva famosa que merecía la pena ver a cosa de una milla de distancia, según dijo. Carol deseaba verla también, pero sugirió la idea de ir andando por los acantilados y verla desde la costa. Dijo que odiaba los botes. Al fin lo acordaron así. Carol iría andando por el camino del acantilado y se reuniría con ellos en la cueva, mientras Denis y Margery cogerían una barca y remarían hasta allí.

»Al oírles hablar de bañarse me entraron ganas a mí también. Era una mañana muy calurosa y no adelantaba apenas mi trabajo. Además, imaginé que la luz de la tarde daría al lugar un efecto más atrayente, de modo que recogí mis bártulos y me dirigí a una pequeña playa que había descubierto, en dirección completamente opuesta a la cueva. Tomé un delicioso baño allí y comí lengua enlatada y dos tomates, volviendo por la tarde a continuar mi apunte llena de entusiasmo y confianza.

»Todo Rathole parecía dormido. Había acertado al imaginar la luz del sol por la tarde: las sombras resultaban mucho más sugerentes, Las Armas de Polharwith eran el tema principal de mi apunte. Un rayo de sol caía oblicuamente sobre la tierra ante la posada y producía un efecto curioso. Supuse que los bañistas habrían regresado felizmente ya que dos trajes de baño, uno rojo y otro azul oscuro, estaban tendidos en el balcón, secándose al sol.

»Había algo que no me salía bien en una de las esquinas de mi apunte y me incliné unos instantes para arreglarlo. Cuando volví a alzar la vista, había una figura apoyada en uno de los pilares de la posada que parecía haber aparecido por arte de magia. Vestía ropas de marinero y supuse que sería un pescador. Además, llevaba una larga barba negra y, si hubiera buscado un modelo para dibujar a un malvado capitán español, no lo hubiera podido encontrar mejor. Me puse a trabajar con entusiasmo

antes de que se marchara, aunque a juzgar por su actitud, parecía dispuesto a sostener el pilar por toda la eternidad.

»Sin embargo, al fin se movió. Afortunadamente, yo ya había obtenido lo que deseaba. Se acercó a mí y empezamos a charlar. ¡Cómo hablaba aquel hombre!

»—Rathole es un lugar muy interesante —me dijo.

»Yo ya lo sabía, pero, aunque se lo dije, eso no me salvó. Tuve que oír toda la historia del bombardeo, quiero decir de la destrucción del pueblo, y cómo el propietario de Las Armas de Polharwith murió en el mismo umbral de su puerta, atravesado por la espada de un capitán español, y que su sangre manchó el suelo y nadie consiguió limpiar la mancha durante cien años.

»Todo aquello concordaba admirablemente con la lánguida pesadez de la tarde. La voz del hombre era muy suave y, no obstante, al mismo tiempo resultaba un tanto amenazadora. Sus modales eran obsequiosos, pero comprendí que en el fondo debía de ser un hombre cruel. Me hizo comprender el papel de la Inquisición y el horror de todas las cosas que habían hecho los españoles mejor de lo que nunca lo hubiera hecho.

»Mientras me estuvo hablando, continué mi trabajo y de pronto me di cuenta de que, distraída escuchando su historia, había pintado algo que no estaba allí. Sobre el blanco suelo, en el lugar donde el sol caía ante la puerta de Las Armas de Polharwith, había pintado manchas de sangre. Parece extraordinario que el subconsciente pudiera jugar semejante treta a mi mano, mas al mirar de nuevo hacia la posada tuve un segundo sobresalto. Mi mano había pintado únicamente lo que veían mis ojos, gotas de sangre en el blanco suelo.

»Las miré durante unos instantes. Después, cerrando los ojos, dije para mis adentros: “No seas tonta, allí no hay nada en realidad”. Los volví a abrir y las manchas de sangre seguían allí.

»De pronto me di cuenta de que no podría soportarlo e interrumpí con una pregunta el torrente de palabras del pescador.

»—Dígame —le dije—, no tengo muy buena vista. ¿Eso que se ve en el suelo son manchas de sangre?

»Me miró con benevolencia.

»—No hay manchas de sangre hoy en día, señora. Le estoy contando lo que ocurrió hace casi quinientos años.

»—Sí —respondí—, pero ahora, en el suelo… —Las palabras se ahogaron en mi garganta.

»Sabía… me daba cuenta de que él no vería lo mismo que yo. Me puse de pie y, con las manos temblorosas, empecé a recoger mis cosas, y entonces observé que el joven que había llegado en coche aquella mañana salía de la posada mirando a ambos lados de la calle con perplejidad. En el balcón apareció su esposa para recoger los trajes de baño. Echó a andar hacia el coche, pero cambió de idea y cruzó la calle hacia el pescador.

»—Oiga, buen hombre —le dijo—, ¿sabe usted si la señora que llegó en el otro coche ha regresado ya?

»—¿Una señora con un vestido floreado? No, señor, no la he visto. Esta mañana se fue hacia la cueva por los acantilados.

»—Lo sé, lo sé. Nos bañamos todos juntos y luego nos dejó para volver a casa, y no hemos vuelto a verla desde entonces. No es posible que tarde tanto. Los acantilados no serán peligrosos, ¿verdad?

»—Depende de por donde se vaya, señor. Lo mejor es ir con alguien que conozca el lugar.

»Era evidente que se refería a sí mismo y se disponía a seguir hablando, mas el joven le interrumpió sin ninguna clase de ceremonias y volvió de nuevo a la posada, gritando a su esposa, que estaba en el balcón:

»—Oye, Margery, Carol no ha regresado todavía. Es extraño, ¿no te parece?

»No oí la respuesta de Margery, pero su esposo continuó diciendo:

»—Bueno, no podemos esperar más. Tenemos que continuar hasta Penrithar. ¿Estás lista? Iré a sacar el coche.

»Hizo lo que decía y enseguida se marcharon juntos. Entretanto, yo había esperado ansiosa el momento de probar lo ridículo de mis imaginaciones. Cuando el automóvil se hubo alejado, fui hasta la posada para examinar de cerca el suelo. Desde luego allí no había manchas de sangre. No, todo había sido producto de mi exaltada imaginación. Y eso, en cierto modo todavía resultaba más aterrador. Fue entonces, mientras permanecía en pie como clavada en aquel lugar, cuando oí la voz del pescador, que me miraba con curiosidad.

»—Usted creyó ver manchas de sangre aquí, ¿eh, señora?

Asentí.

»—Es muy curioso, muy curioso. Aquí tenemos una superstición, señora. Si alguien ve esas manchas de sangre…

»Hizo una pausa.

»—¿Y bien? —le animé.

»Continuó hablando con su voz melosa, con una entonación inconfundiblemente cornuallesa, pero suave y educada en el acento, completamente libre de todos los giros y peculiaridades del habla de Cornualles.

»—Dicen, señora, que si alguien ve esas manchas de sangre habrá una muerte antes de veinticuatro horas.

»—¡Qué terrible! —Sentí que un estremecimiento recorría mi espina dorsal.

»Él continuó en tono persuasivo:

»—Hay una lápida muy interesante en la iglesia acerca de una muerte…

»—No, gracias —le dije decidida. Y girando sobre mis talones, eché a andar calle arriba hacia la casita donde me hospedaba.

»Cuando llegué vi a lo lejos a la mujer llamada Carol, que venía corriendo por el camino del acantilado. En contraste con el color gris de las rocas, parecía una

venenosa flor roja. Su sombrero era rojo como la sangre…

»Me dominé. La verdad es que estaba obsesionada por la idea de la sangre.

»Más tarde oí el ruido de su coche y me pregunté si también ella se dirigía a Penrithar, pero tomó la carretera de la izquierda, en dirección contraria. Observé cómo desaparecía por la colina y respiré un poco más tranquila. Rathole volvía a parecer dormido una vez más.

—Si eso es todo —dijo Raymond West cuando Joyce se detuvo para tomar aliento—, daré mi dictamen enseguida. Indigestión. Hace ver manchas ante los ojos después de las comidas.

—Eso no es todo —replicó Joyce—. Tienes que oír el final. Dos días más tarde lo leí en el periódico con este titular: «*Baño fatal en el mar*». El artículo contaba cómo *Mrs*. Dacre, esposa del capitán Denis Dacre, se ahogó desgraciadamente en la Ensenada de Landeer, a poca distancia de donde yo me hallaba, siguiendo la línea de la costa. Ella y su esposo se encontraban hospedados en el hotel del lugar y expresaron su intención de bañarse, pero comenzó a soplar un viento helado y el capitán Dacre declaró que hacía demasiado frío y por ello se fue en compañía de otros huéspedes del hotel a las pistas de golf cercanas al lugar. No obstante, *Mrs*. Dacre dijo que ella no tenía frío y se marchó sola a la ensenada. Como no regresaba, su esposo empezó a alarmarse y bajó a la playa acompañado de sus amigos. Encontraron sus ropas junto a una roca, pero ni rastro de la infortunada esposa. Su cadáver no fue hallado hasta casi una semana más tarde, cuando el mar lo arrojó a la playa bastante más lejos del lugar del suceso. Tenía un gran golpe en la cabeza, que debió recibir antes de morir, y la opinión general fue que, al zambullirse en el mar, se había golpeado contra una roca. Por lo que pude averiguar, su muerte debió de ocurrir veinticuatro horas después de que yo viera las manchas de sangre.

—Protesto —dijo *sir* Henry—. Esto no es un problema, sino una historia de fantasmas. Evidentemente *miss* Lempriére es una médium.

Mr Petherick emitió su acostumbrada tosecilla.

—Me sorprende una cosa —dijo—: el golpe en la cabeza. Creo que no debemos descartar la posibilidad de que su muerte fuese violenta, pero no veo que tengamos dato alguno en que basarnos. La alucinación o visión de *miss* Lempriére desde luego es interesante, pero no comprendo qué quiere que digamos.

—Indigestión y pura coincidencia —dijo Raymond—. De todas formas no puede estar segura de que fueran las mismas personas. Además, la maldición o lo que fuera sólo podría afectar a los habitantes de Rathole.

—Yo tengo la impresión —dijo *sir* Henry— de que el siniestro pescador tiene algo que ver en esta historia, pero estoy de acuerdo con *Mr*. Petherick en que *miss* Lempriére nos ha dado pocos datos.

Joyce se volvió hacia el doctor Pender, que negó con la cabeza.

—Es una historia muy interesante —dijo—, pero estoy de acuerdo con *sir* Henry y *Mr*. Petherick en que son muy pocos los datos que nos ha dado.

Joyce miró a *miss* Marple, que le sonrió.

—Yo también considero que eres un poco tramposa, Joyce, querida —le dijo—. Claro que para mí es distinto. Quiero decir que nosotras, por ser mujeres, sabemos apreciar la importancia que tienen los vestidos y, por lo tanto, no creo que sea justo presentar un problema así a un hombre. Debió de cambiarse con inusitada rapidez. ¡Qué mujer más perversa! Y él es todavía peor.

Joyce la miraba con ojos muy abiertos.

—Tía Jane… —le dijo—… quiero decir *miss* Marple, creo que… me parece que ya sabe usted la verdad.

—Sí, querida —dijo *miss* Marple—. A mí, que estoy sentada tranquilamente, me ha resultado mucho más sencillo que a ti. Y eso que, por ser artista, eres muy sensible a tu entorno, ¿no es cierto? Sentada aquí con mi labor de punto, puedo ver los hechos con claridad. Las gotas de sangre cayeron desde el balcón, del traje de baño, ya que, al ser rojo, los mismos criminales no se dieron cuenta de que estaba manchado de sangre. ¡Pobrecilla, pobrecilla infeliz!

—Perdóneme, *miss* Marple —intervino *sir* Henry—, pero usted sabe que sigo todavía en la más completa oscuridad. Usted y *miss* Lempriére parecen saber de qué están hablando, pero nosotros los hombres seguimos ignorantes de todo.

—Ahora les contaré el final de la historia —dijo la joven—. Ocurrió un año más tarde. Yo me encontraba en un pueblecito de la costa pintando, cuando de pronto experimenté la extraña sensación de presenciar algo que ya había ocurrido antes. Ante mí tenía a dos personas, un hombre y una mujer que saludaban a una tercera, una mujer vestida con un traje estampado con ponsetias rojas.

»—¡Carol, esto sí que es maravilloso! ¡Qué casualidad encontrarse después de tantos años! ¿No conoces a mi esposa? Joan, te presento a una antigua amiga mía, *miss* Harding.

»Reconocí al hombre al instante. Era el mismo Denis que había visto en Rathole. La esposa era distinta, es decir, se llamaba Joan en vez de Margery, pero era el mismo tipo de mujer: joven, bastante sencilla y corriente. Por un momento creí que me había vuelto loca. Empezaron a hablar de irse a bañar. Les diré lo que hice: dirigirme directamente al puesto de policía. Pensé que lo más probable era que me tomasen por loca, pero no me importaba y todo salió bien. Encontré allí a un hombre de Scotland Yard que había acudido precisamente por aquel asunto. Al parecer, ¡oh, es horrible hablar de esto!, la policía sospechaba de Denis Dacre. No era su verdadero nombre, se lo cambiaba según las distintas ocasiones. Acostumbraba a hacer amistad con muchachas sencillas que no tuvieran muchos parientes ni amigos y, después de casarse con ellas, aseguraba sus vidas por grandes sumas y luego… ¡oh, es horrible! La mujer llamada Carol era su verdadera esposa y juntos llevaban a cabo siempre el mismo plan. Así es como llegaron a atraparlo. Las compañías de seguros empezaron a sospechar. Acudía a algún lugar de veraneo con su nueva esposa, allí se encontraba con la otra mujer y se iban a bañar juntos. Entonces asesinaban a la esposa, y Carol,

poniéndose sus ropas, regresaba en el bote con él. Más tarde abandonaban el lugar, después de preguntar por la supuesta Carol y, al llegar a las afueras del pueblo, Carol regresaba con sus ropas llamativas y su extremado maquillaje para marcharse de allí en su propio coche. Averiguaban en qué dirección iba la corriente y la supuesta muerte ocurría en el próximo pueblo que quedase en esa misma dirección. Carol hacía el papel de esposa y se iba sola a alguna playa solitaria para dejar las ropas de ésta junto a una roca y ella se marchaba con su traje llamativo a esperar tranquilamente que su esposo fuera a reunirse con ella.

»Supongo que, cuando asesinaron a la pobre Margery, parte de la sangre debió empapar el traje de baño de Carol y, al ser de color rojo, no lo notaron, tal como dice *miss* Marple. Mas al tenderlo en el balcón cayeron algunas gotas al suelo. ¡Uf! —Se estremeció—. Todavía puedo verlas.

—Claro —exclamó *sir* Henry—. Ahora lo recuerdo muy bien. Su nombre verdadero era Davis. Había olvidado que uno de sus muchos alias fue Dacre. Era una pareja extraordinaria. Siempre me sorprendió que nadie descubriera su cambio de personalidad. Supongo, tal como dice *miss* Marple, que sería porque los trajes se identifican más fácilmente que los rostros. Pero fue un plan muy inteligente ya que, aunque sospechábamos de Davis, no fue fácil detenerlo, pues siempre parecía tener una coartada impecable.

—Tía Jane —dijo Raymond—, ¿cómo lo haces? Has llevado una vida apacible y nada parece sorprenderte.

—No hay nada nuevo en este mundo —replicó *miss* Marple—. Ahí tienes a *Mrs*. Green, ya sabes, la que enterró a cinco niños… todos con la vida asegurada. Y bueno, naturalmente, una no puede dejar de sospechar…

Meneó la cabeza.

—Hay mucha perversidad en la vida de un pueblecito y espero que vosotros los jóvenes no lleguéis a saber nunca lo malvado que es el mundo.

Móvil versus movilidad

(Motive v. Opportunity).

Mr. Petherick se aclaró la garganta con más ímpetu que de costumbre.

—Temo que mi problema les parezca muy sencillo —dijo en tono de disculpa—, después de las sensacionales historias que acabo de escuchar. En el mío no hay derramamiento de sangre, pero a mí me parece un problemilla interesante e ingenioso y, por fortuna, me hallo en posición de conocer la solución.

—No será terriblemente legal, ¿verdad? —preguntó Joyce Lempriére—. Me refiero a que no pretenderá abrumarnos con referencias a los artículos del Código, y un sinfín del caso de Tal versus Cual en el año 1981 o algo parecido.

Mr Petherick la miró fijamente por encima de las gafas.

—No, no, querida jovencita, no debe temer nada de eso. La historia que voy a contarles es bien sencilla y puede ser seguida por cualquier profano.

—Nada de retóricas jurídicas —dijo *miss* Marple, amenazándole con una aguja de hacer punto.

—Desde luego que no —replicó *Mr*. Petherick.

—Bien, yo no estoy tan segura, pero oigamos su historia.

—Hace referencia a un antiguo cliente mío, a quien llamaré *Mr*. Clode, Simon Clode. Era un hombre muy rico y vivía en una gran casa no muy lejos de aquí. Le mataron un hijo en la guerra y este hijo había dejado una niñita. Su madre murió al nacer ella y, al fallecer su padre, se fue a vivir con su abuelo, que enseguida le cobró gran afecto. La pequeña Chris hacía lo que quería de su abuelo. Nunca he visto un hombre más dominado por una criatura, y no puedo describir su pena y desesperación cuando, a los once años, la niña contrajo una neumonía y falleció.

»El pobre Simon Clode estaba inconsolable. Un hermano suyo había fallecido recientemente, dejando a su familia en una situación económica un tanto difícil, y Simon Clode ofreció generosamente su casa a los hijos de su hermano, dos niñas, Grace y Mary, y un niño, George. Pero aun siendo amable y generoso con ellos, el anciano nunca experimentó por sus sobrinos el afecto y la devoción que sintiera por su pequeña nietecita. George Clode encontró un empleo en un banco, y Grace contrajo matrimonio con un inteligente y joven químico llamado Philip Garrod. Mary, que era una muchacha tranquila y reservada, continuó en la casa cuidando de su tío. Yo creo que le apreciaba mucho, aunque de una forma poco efusiva. Al parecer, todo marchaba sobre ruedas. Debo decir que, después de la muerte de la pequeña Christobel, Simon Clode vino a yerme para que le redactara un testamento. Según éste último, toda su fortuna, que era considerable, debía ser repartida a partes iguales entre sus sobrinos, es decir, una tercera parte para cada uno.

»El tiempo pasó. Al encontrar un día casualmente a George Clode le pregunté por su tío, a quien no había visto desde hacía algún tiempo y, ante mi sorpresa, vi que su

rostro se ensombrecía.

»—Ojalá pudiera usted hacer entrar en razón a tío Simon —me dijo dolido. Su apariencia honesta pero poco brillante parecía atormentada y preocupada—. El asunto del espiritismo se está poniendo mucho peor.

»—¿Qué asunto del espiritismo? —pregunté muy sorprendido.

»Entonces George me lo contó todo. Que *Mr*. Clode se había interesado poco a poco por el tema y que, cuando más lo estaba, había encontrado casualmente a una *médium* norteamericana, una tal *Mrs*. Eurydice Spragg. Esta mujer, a quien George no vacilaba en calificar de estafadora de primera, había conseguido una gran ascendencia sobre Simon Clode. Prácticamente estaba siempre en la casa, donde celebraban muchas sesiones en las que el espíritu de Christobel se manifestaba al crédulo abuelo.

»Debo confesar, antes de seguir adelante, que yo no soy de los que hablan del espiritismo con sarcasmo. Ya les he dicho que creo sólo en la evidencia y pienso que, si somos totalmente imparciales y sopesamos la evidencia en lo tocante al espiritismo, siempre encontraremos aspectos que no pueden atribuirse al fraude o ignorados a la ligera. Por tanto, les repito que sobre este particular ni creo ni dejo de creer. Hay ciertos testimonios que uno no se puede permitir ignorar.

»Por otro lado, también es cierto que el espiritismo conduce muy fácilmente al fraude y a la impostura, y por todo lo que me dijo George Clode de aquella *Mrs*. Eurydice Spragg, me convencí más y más de que Simon Clode se hallaba en malas manos y que probablemente *Mrs*. Spragg era una impostora de la peor especie. El anciano, tan sagaz para los asuntos prácticos, estaba siendo fácilmente engañado en lo que se refería a su afecto por la nieta fallecida.

»A fuerza de darles vueltas al problema en mi mente, empecé a sentirme muy intranquilo. Yo apreciaba a los jóvenes Clode, Mary y George, y comprendí que aquella *Mrs*. Spragg y su influencia sobre su tío podría acarrear complicaciones en el futuro.

»A la primera oportunidad que se me presentó busqué un pretexto para visitar a Simon Clode. Encontré a *Mrs*. Spragg instalada en su casa como huésped de honor. En cuanto la vi, se confirmaron mis peores sospechas. Era una mujer robusta, de mediana edad, que vestía de un modo extravagante y no dejaba de decir cosas como “nuestros seres queridos que han pasado a la otra vida” y cosas por el estilo.

»Su esposo estaba también instalado en la casa. *Mr*. Absalom Spragg era un hombre delgado, de expresión melancólica y ojos de mirada extremadamente evasiva. Tan pronto como pude, me llevé aparte a Simon Clode para sondearlo con tacto sobre el asunto. Se mostró entusiasmado, ¡Eurydice Spragg era maravillosa! ¡Le había sido enviada como respuesta a sus plegarias! A ella no le importaba el dinero, la satisfacción de ayudar a un corazón atribulado le bastaba. Sentía un afecto completamente maternal por la pequeña Chris, a quien empezaba a considerar casi como una hija. Luego me fue dando detalles: cómo había oído la voz de Chris

hablándole, diciéndole que estaba bien y feliz en compañía de sus padres. Continuó relatándome otros sentimientos expresados por la niña, que me parecieron completamente falsos al recordar a la pequeña Christobel, ya que decía que “su papá y su mamá querían mucho a la querida *Mrs*. Spragg”.

»—Pero, desde luego, usted se burla de estas cosas, Petherick —me dijo.

»—No, no me burlo. Nada más lejos de mi intención. Algunas de las personas que han escrito sobre este tema me merecen el mayor respeto y confianza. No dudaría en aceptar su palabra y concedería todo el crédito a cualquier *médium* que ellos me recomendaran. ¿Debo entender que *Mrs*. Spragg le ha sido muy garantizada?

»Simon entró en éxtasis al alabar a *Mrs*. Spragg. Le había sido enviada por el cielo. La había conocido en el balneario en el que él pasaba dos meses cada verano. ¡Un encuentro casual, con un resultado maravilloso!

»Me marché muy disgustado. Mis peores sospechas se habían confirmado, pero no veía qué podía hacer Después de pensarlo mucho, escribí a Philip Garrod quien, como ya he dicho antes, acababa de casarse con la mayor de los Clode, Grace. Le expuse el caso, desde luego con la mayor prudencia. Le indiqué el peligro que representaba que una mujer semejante ganara ascendencia en la voluntad del anciano y le sugerí que pusieran a *Mr*. Clode en contacto con algún reputado experto de los círculos espiritistas que pudiese analizar la conducta de *Mrs*. Spragg, cosa que consideré no sería difícil para Philip Garrod.

»Garrod actuó rápidamente. Se había dado cuenta de que la salud de Simon Clode era precaria y, como hombre práctico, no tenía intención de dejar que su esposa y sus cuñados se quedaran sin la herencia que les correspondía por derecho. Se presentó a la semana siguiente llevando consigo como invitado nada menos que al famoso profesor Longman. Longman era un científico de primer orden, cuya relación con el espiritismo era suficiente garantía para tratar esta disciplina con el máximo respeto. Y no sólo era un científico brillante, sino también un hombre de la mayor rectitud e integridad.

»El resultado de su visita fue de lo más desafortunado. Al parecer, Longman habló muy poco mientras estuvo allí. Se celebraron dos sesiones, bajo condiciones que ignoro. Longman no hizo comentarios mientras permaneció en la casa, pero después de su marcha escribió una carta a Philip Garrod en la que admitía que no pudo sorprender a *Mrs*. Spragg llevando a cabo ningún truco, pero que, sin embargo, su opinión particular era que el fenómeno no era auténtico. *Mr*. Garrod era libre de enseñar la carta a su tío si lo creía conveniente, y sugería que él mismo podía poner a *Mr*. Clode en contacto con alguna médium de perfecta integridad.

»Philip Garrod le llevó la carta directamente a su tío, pero el resultado fue muy distinto al que él había esperado. El anciano montó en cólera, diciendo que todo aquello era un complot para desacreditar a *Mrs*. Spragg, que era una santa calumniada e insultada injustamente. Ya le habían informado de la envidia que le tenían en aquel país. Señaló que Longman se veía obligado a confesar que no había logrado

sorprenderla realizando ninguna superchería. Eurydice Spragg había aparecido a su lado en las horas más negras de su vida, le había dado ayuda y consuelo, y estaba dispuesto a defender su causa, aunque ello significara tener que romper con todos los miembros de su familia. Ella era para él más que ninguna otra persona en el mundo.

»Philip Garrod fue echado de la casa sin grandes ceremonias, pero como resultado de su ataque de ira, la salud de Clode empeoró notablemente. Durante el último mes había estado en cama casi continuamente y cabía la posibilidad de que no pudiera volver a levantarse hasta que la muerte le liberara. Dos días después de la partida de Philip, recibí una llamada urgente y acudí a la casa a toda prisa. Clode estaba en cama y parecía muy enfermo, incluso ante mis ojos de profano. Luchaba por respirar.

»—Éste es mi fin —me dijo—. Lo presiento. No discuta conmigo, Petherick. Pero, antes de morir, quiero cumplir con el único ser humano que ha hecho por mí más que nadie en el mundo. Deseo hacer otro testamento.

»—Muy bien —le dije—. Si me da instrucciones, le redactaré uno y se lo enviaré para que lo firme.

»—Sería inútil —replicó—, pues es posible que no pase de esta noche. Aquí he escrito lo que deseo —buscó debajo de su almohada— y usted dirá si está como es debido.

»Sacó una hoja de papel en la que aparecían burdamente escritas unas pocas palabras en lápiz. Era sencillo y estaba bien claro. Dejaba cinco mil libras a cada uno de sus sobrinos y el resto de sus vastas propiedades a Eurydice Spragg “como prueba de gratitud y admiración”.

»No me gustó nada, pero allí estaba. No cabía la posibilidad de que hubiera perdido la razón, el anciano estaba completamente cuerdo.

»Hizo sonar el timbre para llamar a las criadas, que acudieron prontamente. La criada, Emma Gaunt, era una mujer de mediana edad y elevada estatura que llevaba muchos años al servicio de Clode y lo había cuidado con devoción. Con ella vino la cocinera, una mujer joven y frescachona de unos treinta años. Simon Clode las contempló a las dos por debajo de sus pobladas cejas.

»—Quiero que seáis testigos en mi testamento. Emma, tráeme mi pluma estilográfica.

»Emma se aproximó obediente al escritorio.

»—En el cajón de la izquierda, no —dijo el viejo Clode irritado—. ¿Es que no sabes que está en el de la derecha?

»—No, está aquí, señor —replicó Emma sacándola.

»—Entonces debes de haberla guardado mal la última vez —gruñó el anciano—. No puedo soportar que las cosas no estén siempre en su sitio.

»Todavía refunfuñando, tomó la pluma de su mano y copió su borrador, enmendado por mí, en otro papel. Luego firmó, así como también Emma Gaunt y la cocinera, Lucy David. Yo doblé el testamento y lo introduje en un sobre azul.

Comprendan que, necesariamente, el testamento había sido redactado en una hoja de papel corriente.

»Cuando las dos mujeres se disponían a abandonar la habitación, Clode se desplomó sobre las almohadas respirando entrecortadamente y con el rostro descompuesto. Me incliné sobre él con ansiedad y Emma Gaunt regresó junto al lecho. El anciano se recobró sonriendo débilmente.

»—Estoy bien. No se alarme, Petherick. De todas formas, ahora que he hecho lo que deseaba, moriré más tranquilo.

»Emma Gaunt me miró inquisitivamente, como si me pidiera permiso para abandonar la habitación.

Asentí para confirmárselo y salió, deteniéndose primero para recoger el sobre azul que yo había dejado caer al suelo a causa del sobresalto. Me lo entregó, lo introduje en el bolsillo de mi chaqueta y luego se marchó.

»—Está usted molesto, Petherick —me dijo Simon Clode—. Está predispuesto en contra, como todo el mundo.

»—No es cuestión de prejuicios —repliqué—. *Mrs*. Spragg puede ser todo lo que ella dice y no vería inconveniente en que le dejara un pequeño legado como recuerdo agradecido. Pero, se lo digo con franqueza, Clode, es una equivocación desheredar a los de su propia sangre por favorecer a una extraña.

»Y dicho esto me volví para marcharme. Había hecho todo lo posible y demostrado mi protesta.

»Mary Clode salió del salón y se reunió conmigo en el recibidor.

»—Tomará el té antes de marcharse, ¿verdad? Pase usted, haga el favor —y me introdujo en el salón.

»En la chimenea ardía un alegre fuego y la estancia resultaba cómoda y acogedora. Me ayudó a quitarme el abrigo, y su hermano, que en ese momento entraba en la habitación, lo tomó de sus manos y lo dejó sobre una silla al otro extremo del salón, y luego vino a sentarse junto al fuego, donde tomamos el té. Durante la comida había surgido una pregunta acerca de un asunto referente a la hacienda, y Simon Clode dijo que no quería que le molestaran con eso y que dejaba que George lo decidiera. George estaba algo inquieto por tener que confiar en su propio juicio y, después del té, pasamos al despacho para que yo echara un vistazo a los papeles en cuestión. Mary Clode nos acompañó.

»Un cuarto de hora más tarde me dispuse a marcharme y, recordando que había dejado mi abrigo en el salón, entré a buscarlo. El único ocupante de la habitación era *Mrs*. Spragg, que estaba arrodillada junto a la silla donde estaba mi abrigo. Al parecer arreglaba innecesariamente la funda de cretona y, al verme entrar, se levantó con el rostro sonrojado.

»—Esta funda no cae bien —se lamentó—. ¡Dios mío! Yo hubiera sabido hacerla mejor.

»Cogí mi abrigo y me lo puse. Al hacerlo, observé que el sobre que contenía el testamento se había salido del bolsillo y estaba en el suelo. Volví a meterlo en el bolsillo y, tras despedirme, me marché.

»Al llegar a mi despacho, les describiré mis siguientes actos con todo cuidado. Me quité el abrigo y saqué el testamento del bolsillo. Lo tenía en la mano cuando entró mi pasante. Alguien quería hablar conmigo por teléfono y la extensión de mi despacho no funcionaba. Por tanto, le acompañé al despacho contiguo y, por espacio de cinco minutos, estuve ocupado hablando por teléfono.

»Cuando terminé, encontré esperándome a mi pasante.

»—*Mr*. Spragg ha venido a verle, señor. Le he hecho pasar a su despacho.

»Encontré a *Mr*. Spragg sentado junto a mi mesa. Se puso en pie para saludarme de un modo muy obsequioso, y luego pronunció un largo discurso cuya principal intención parecía ser justificarse a sí mismo y a su esposa. Temía que la gente anduviese diciendo que tal y que cual. Su esposa había sido conocida desde su infancia por la pureza de su corazón y sus motivos eran esto, lo otro y lo de más allá. Temo que estuve bastante brusco con él. Finalmente debió comprender que su visita no era precisamente un gran éxito y se marchó un tanto intempestivamente. Entonces recordé que había dejado el testamento encima de la mesa. Lo cogí, sellé el sobre, escribí unas palabras en él y lo guardé en la caja fuerte.

»Ahora viene el punto crucial de mi historia. Dos meses más tarde falleció Simon Clode. No entraré en profusas consideraciones. Me limitaré ahora a los hechos concretos. *Cuando fue abierto el sobre sellado que contenía el testamento, se encontró únicamente una hoja en blanco*.

Hizo una pausa para contemplar el círculo de rostros interesados. Se sonrió con cierto regocijo.

—¿Se dan cuenta, verdad? Por espacio de dos meses el sobre sellado había permanecido en mi caja fuerte y por tanto nadie pudo tocarlo. No, el cambio tuvo que realizarse en un margen de tiempo muy limitado: entre el momento en que fue firmado el testamento y lo guardé en la caja fuerte. Ahora bien, ¿quién tuvo la *oportunidad* y quién se beneficiaba con ello?

»Enumeraré los puntos principales en un breve resumen: El testamento fue firmado por *Mr*. Clode y colocado por mí mismo dentro del sobre. Mi abrigo fue recogido por Mary, quien se lo dio a George, al que no perdí de vista mientras lo colocaba en la silla. Durante el rato que yo permanecí en el despacho, *Mrs*. Eurydice Spragg hubiera tenido tiempo de sobra para sacar el sobre del bolsillo de mi abrigo, leer su contenido y, a decir verdad, el hecho de encontrar el sobre en el suelo y no en el bolsillo, parecía indicar que así lo hizo. Pero ahora llegamos a un punto curioso: ella tuvo la *oportunidad* de sustituirlo por una hoja en blanco, pero no *motivo*. El testamento fue hecho en su favor y, al sustituirlo por una hoja en blanco, se privaba de la herencia que tanto había deseado alcanzar. Lo mismo se aplicaba a *Mr*. Spragg. Él también tuvo la oportunidad. Se quedó solo con el documento en cuestión durante

unos dos o tres minutos en mi propio despacho. Pero nuevamente, no hubiera sido en su provecho hacerlo. De modo que nos enfrentamos con este curioso problema. Las dos personas que tuvieron *oportunidad* de sustituirlo por un papel en blanco carecen de motivo para hacerlo, y las dos que tenían motivo les faltó la oportunidad. A propósito, no descartaré la criada, Emma Gaunt, como sospechosa. Era muy fiel a su joven amo y a *miss* Mary, y detestaba a los Spragg. Estoy seguro de que hubiera sido igualmente capaz de sustituirlo de habérsele ocurrido. Pero, aunque me lo entregó al recogerlo del suelo, ciertamente no tuvo oportunidad de variar su contenido y no pudo sustituirlo por otro sobre con un hábil manejo (cosa a todas luces imposible), pues el sobre en cuestión lo había traído a la casa yo y no era probable que nadie tuviera otro idéntico.

Miró a todos los reunidos.

—Ahí tienen mi pequeño problema. Espero haberlo expuesto con claridad y me gustaría oír sus opiniones.

Ante el asombro de todos, *miss* Marple lanzó una risita prolongada. Al parecer algo la divertía extraordinariamente.

—¿Qué ocurre, tía Jane? ¿Podemos saber de qué te ríes? —preguntó Raymond.

—Estaba pensando en el pequeño Tommy Symonds, un muchacho muy travieso, pero algunas veces muy divertido. Es uno de esos niños con cara inocente que siempre andan tramando una diablura u otra. Recordaba que la semana pasada, en la escuela dominical, dijo: «*Maestra, ¿se dice la yema de los huevos es blanca o la yema de los huevos son blancas*?». Y *miss* Durston explicó que todo el mundo diría «*las yemas de los huevos son blancas o la yema del huevo es blanca*», y el travieso Tommy replicó: «¡Bueno, yo diría que la yema del huevo es amarilla!». Desde luego fue una diablura y más antigua que las montañas. Yo la sabía desde pequeña.

—Muy divertido, querida tía Jane —dijo Raymond en tono amable—, pero sin duda no tiene nada que ver con la interesantísima historia que nos ha contado *Mr* Petherick.

—Oh, sí que la tiene —replicó la señorita Marple—. ¡Es una triquiñuela! Lo mismo que la historia de *Mr*. Petherick. ¡Y tan propia de un abogado! ¡Ah, mi querido amigo! —Y movió la cabeza con aire reprobador.

—Me pregunto si sabe usted la solución realmente —dijo el abogado guiñándole un ojo.

Miss Marple escribió unas palabras en un pedazo de papel y se lo entregó.

Mr Petherick lo desdobló y, al leer lo que había escrito, la miró con admiración.

—Mi querida amiga —le dijo—, ¿es que hay algo que usted no sepa?

—La conozco desde niña —contestó *miss* Marple—. Y también la usé varias veces.

—Yo me siento desorientado —intervino *sir* Henry—. Estoy seguro de que *Mr*. Petherick se ha sacado de la manga algún truco jurídico.

—En absoluto —replicó el aludido—, en absoluto, es un problema perfectamente justo. No deben prestar atención a *miss* Marple, que tiene un modo muy personal de ver las cosas.

—Deberíamos ser capaces de desentrañar la verdad —dijo Raymond West un tanto molesto—. Los hechos parecen bien sencillos. Cinco personas tocaron ese sobre. Es evidente que los Spragg pudieron efectuar la sustitución, pero es igualmente manifiesto que no lo hicieron. Nos quedan otros tres. Ahora bien, considerando las maravillas que los prestidigitadores realizan para efectuar cualquier escamoteo ante nuestra vista, me parece que el papel pudo ser extraído del sobre por George Clode y sustituido por otro mientras llevaba el abrigo al otro extremo de la habitación para guardarlo.

—Pues yo creo que fue la joven —replicó Joyce—. La criada bajaría a toda prisa a decirle lo que estaba ocurriendo y conseguiría otro sobre azul, que cambió por el otro. *Sir* Henry meneó la cabeza.

—No estoy de acuerdo con ninguno de los dos —dijo despacio—. Los prestidigitadores hacen cosas semejantes, pero sólo en las novelas y en el escenario, pero serían imposibles en la vida real, especialmente ante la mirada experta de un hombre como mi amigo Petherick. Pero tengo una idea, es sólo una idea y nada más. Sabemos que el profesor Longman fue a hacerles una visita y que habló muy poco, y es razonable suponer que los Spragg estuvieran ansiosos de conocer el resultado de esta visita. Si Simon Clode no les dijo lo que proyectaba, cosa muy probable, pudieron creer que había enviado a buscar a *Mr*. Petherick por un motivo muy distinto. Tal vez creyeron que *Mr*. Clode había hecho ya testamento en beneficio de Eurydice Spragg y que ahora expresaba el deseo de negarle toda participación en él como resultado de las revelaciones del profesor. O cabe la alternativa, como dicen ustedes los abogados, de que Philip Garrod hubiera impresionado a su tío al reclamar los derechos de la propia sangre. En este caso, supongamos que *Mrs*. Spragg se dispusiera a efectuar la sustitución. La lleva a cabo, pero la entrada de *Mr*. Petherick en el momento crítico le impide leer el documento auténtico y se apresura a quemarlo por si el abogado descubriera su pérdida.

Joyce meneó la cabeza con mucha determinación.

—No lo hubiera quemado nunca sin leerlo.

—La solución es bastante endeble —admitió *sir* Henry—. Supongo que *Mr* Petherick no se encargaría de hacer de… Providencia.

La sugerencia fue hecha en tono festivo, mas el abogado se incorporó con aire ofendido.

—Es un comentario del todo impropio —dijo con cierta aspereza.

—¿Qué dice el doctor Pender? —preguntó *sir* Henry.

—No puedo decir que tenga ideas claras. Yo creo que la sustitución pudo ser efectuada por *Mrs*. Spragg o su esposo por el motivo indicado por *sir* Henry. Si ella no leyó el testamento hasta después de la marcha de *Mr* Petherick, debió encontrarse

en un dilema, pues no podía rectificar su intervención en el asunto. Posiblemente lo colocaría entre los papeles de *Mr*. Clode con la esperanza de que fuese encontrado después de su muerte. Pero ignoro por qué no fue encontrado. Pudiera ser que Emma Gaunt lo encontrase y, llevada de su devoción por sus amos, lo destruyera deliberadamente.

—Creo que la solución del doctor Pender es la mejor de todas —dijo la joven—. ¿Fue efectivamente así, doctor Petherick?

El abogado negó con la cabeza.

—Continuaré a partir del punto en que lo dejé. Yo estaba tan perplejo y despistado como todos ustedes, y no creo que hubiese adivinado nunca la verdad, probablemente no lo habría hecho, pero me la hicieron ver y de un modo muy inteligente.

»Cosa de un mes más tarde fui a cenar con Philip Garrod y, en el transcurso de nuestra sobremesa, él mencionó un caso muy interesante que acababa de llegar a su conocimiento.

»—Me gustaría contárselo, Petherick, de un modo confidencial, por supuesto —me dijo.

»—Desde luego —repliqué.

»—Un amigo mío que esperaba heredar de uno de sus parientes sufrió una gran decepción al descubrir que su deudo tenía intención de beneficiar a una persona totalmente inmerecedora de ello. Mi amigo, según me temo, no es muy escrupuloso en sus métodos y en la casa había una doncella fiel a los intereses de la que llamaremos parte legítima. Mi amigo le dio unas instrucciones bien sencillas: le entregó una pluma estilográfica debidamente cargada, que debía colocar en un cajón de su escritorio, pero no en el que acostumbraba a guardarla. Si su amo le pedía que atestiguara su firma de cualquier documento y le pedía que le trajera la pluma, ella no debía entregarle la suya sino aquélla, que era un duplicado exacto. Eso era todo lo que tenía que hacer y no le dio más detalles. Era una doncella fiel y cumplió sus instrucciones al pie de la letra.

»Se interrumpió para decirme:

»—Espero no estarle cansando con mi prolijidad, Petherick.

»—En absoluto —repliqué—. Me interesa muchísimo.

»Nuestros ojos se encontraron.

»—Desde luego, mi amigo le es completamente desconocido —dijo.

»—Completamente —le contesté.

»—Entonces, magnífico —replicó entusiasmado Philip Garrod. Hizo una pausa y sonrió—. ¿Comprenden ahora? La pluma estaba cargada con lo que vulgarmente llamamos tinta invisible, una solución de almidón y agua a la que se han añadido unas gotas de yodo. Produce un líquido azul oscuro, pero la escritura desaparece por completo a los cuatro o cinco días.

Miss Marple se rió por lo bajo.

—Tinta invisible —dijo—, la conozco. Muchas veces he jugado con ella siendo niña.

Y les miró a todos con el rostro resplandeciente, deteniéndose para amenazar con el dedo a *Mr*. Petherick una vez más.

—Pero de todas formas es una triquiñuela, *Mr* Petherick —le dijo—, muy propia de un abogado.

La huella del pulgar de San Pedro

(The Thumbmark of St. Peter).

—Ahora, tía Jane, te toca a ti —dijo Raymond West.

—Sí, tía Jane, esperamos algo verdaderamente sabroso —exclamó en tono festivo Joyce Lempriére.

—Vamos, vamos, no os burléis de mí, queridos —replicó *miss* Marple plácidamente—. Creéis que por haber vivido toda mi vida en este apartado rincón del mundo probablemente no he tenido ninguna experiencia interesante.

—Dios no permita que considere la vida de un pueblo como apacible y monótona —replicó Raymond acaloradamente—. ¡Nunca más después de las horribles revelaciones que acabamos de oír de tus labios! El mundo cosmopolita parece tranquilo y pacífico comparado con St. Mary Mead.

—Bueno, querido —dijo *miss* Marple—, la naturaleza humana es la misma en todas partes y, claro está, en un pueblecito se tienen más ocasiones de observarla de cerca.

—Es usted realmente única, tía Jane —exclamó Joyce—. Espero que no le importará que la llame tía Jane —agregó—. No sé por qué lo hago.

—¿Seguro que no, querida? —replicó *miss* Marple.

Y la contempló con una mirada tan burlona por unos instantes, que las mejillas de la muchacha se arrebolaran. Raymond, carraspeó para aclararse la garganta de un modo algo embarazoso.

Miss Marple volvió a contemplarlos sonriente y luego dedicó de nuevo su atención a su labor de punto.

—Es cierto que he llevado lo que se llama una vida tranquila, pero he tenido muchas experiencias resolviendo pequeños problemas que han ido surgiendo a mi alrededor. Algunos verdaderamente ingeniosos, pero de nada serviría contárselos, ya que son cosas de poca importancia y no les interesarían, como por ejemplo: «¿Quién cortó las mallas de la bolsa de *Mrs*. Jones?» y «¿Por qué *Mrs*. Simons sólo se puso una vez su abrigo de pieles nuevo?». Cosas realmente interesantes para cualquiera que guste de estudiar la naturaleza humana. No, la única experiencia que recuerdo que pueda tener interés para ustedes es la de mi pobre sobrina Mabel y su esposo.

»Ocurrió hace diez o quince años y, por fortuna, todo acabó y nadie lo recuerda. La memoria de las gentes es muy mala, afortunadamente.

Miss Marple hizo una pausa mientras murmuraba para sí:

—Tengo que contar esta vuelta. El menguado es un poco difícil. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, y luego se menguan tres. Eso es. ¿Qué estaba diciendo? Oh, sí, hablaba de la pobre Mabel.

»Mabel era mi sobrina. Una muchacha simpática y muy agradable, sólo que lo que podríamos decir un poco *tonta*. Le gusta armar un drama por cualquier cosa,

siempre que se enfada, y dice muchas más cosas de las que piensa. Se casó con un tal *Mr*. Denman cuando tenía veintidós años y me temo que no fue muy feliz en su matrimonio. Yo había esperado que aquella boda no llegara a celebrarse, ya que el tal *Mr*. Denman parecía un hombre de temperamento violento y no la clase de persona que hubiera sabido tener paciencia con las debilidades de Mabel. Y también porque supe que en su familia había habido algunos casos de locura. No obstante, entonces las muchachas eran tan obstinadas como ahora y como lo serán siempre, y Mabel se casó con él.

»Después de su matrimonio no la vi muy a menudo. Vino a pasar unos días a mi casa un par de veces y me invitaron a la suya en varias ocasiones, pero, a decir verdad, no me gusta mucho estar en casas ajenas y siempre me las arreglé para excusarme. Llevaban diez años casados cuando *Mr*. Denman falleció repentinamente. No habían tenido hijos y dejaba todo su dinero a Mabel. Yo le escribí, como es natural, ofreciéndome a hacerle compañía si me necesitaba, pero me contestó con una carta muy sensata y yo imaginé que no estaba demasiado abatida por la pena. Lo juzgué natural sabiendo que desde hacía algún tiempo hacían vidas separadas. No fue hasta unos tres meses después cuando recibí una carta de lo más histérica de mi sobrina, en la que me pedía acudiera a su lado, que las cosas iban de mal en peor y que no sería capaz de soportarlo por mucho más tiempo.

»Así que, por supuesto, recogí mis cosas, llevé la vajilla de plata al banco y acudí enseguida. Encontré a Mabel muy nerviosa. La casa, Myrtle Dene, era muy grande y estaba magníficamente amueblada. Tenían cocinera, doncella, así como una enfermera que cuidaba del anciano *Mr*. Denman, padre del esposo de Mabel, quien estaba lo que se dice “un poco mal de la cabeza”. Era un hombre tranquilo y se portaba bien, aunque a veces era algo raro. Como ya he dicho, había habido casos de locura en la familia.

»Me sorprendí realmente al ver el cambio sufrido por Mabel. Era un manojo de nervios y me resultó difícil que me contara el problema. Lo conseguí, como siempre se consiguen estas cosas, indirectamente. Le pregunté por unos amigos suyos a quienes siempre mencionaba en sus cartas, los Callagher. Ante mi sorpresa, me respondió que apenas los veía ya. Y lo mismo me contestó al preguntarle por otros. Le hablé de lo tonto que era encerrarse en casa y renunciar al trato social, y entonces me contó la verdad.

»—No es cosa mía, sino suya. Ahora no hay una sola persona aquí que quiera dirigirme la palabra. Cuando paso por High Street todos se apartan para no tener que saludarme. Soy una especie de leprosa. Es horrible y no podré soportarlo por mucho tiempo. Tendré que vender la casa y marcharme al extranjero. Y, sin embargo, ¿por qué tienen que hacerme abandonar una casa como ésta? Yo no he hecho nada.

»Me inquieté más de lo que puedan ustedes imaginar. Estaba tejiendo una bufanda para la anciana *Mrs*. Hay y, en mi tribulación, dejé escapar unos puntos y no lo descubrí hasta mucho después.

»—Mi querida Mabel —le dije—, me sorprendes. ¿Cuál es la causa de todo esto?

»Incluso de niña Mabel fue siempre difícil y me costó muchísimo sacarle la verdad. Sólo sabía hablar con vaguedad de las personas ociosas y maliciosas que no tienen nada mejor que hacer que chismorrear y lanzar insidias a las mentes de los demás.

»—Lo veo muy claro —le dije—. Evidentemente debe de circular algún rumor referente a ti. Tú debes saber muy bien cuál es esa historia, de modo que vas a contármela.

»—¡Es algo tan malicioso! —gimió Mabel.

»—Claro que es malicioso —repliqué—. No hay nada que puedas contarme acerca de la mentalidad humana que me sorprenda. Y ahora, Mabel, ¿quieres decirme lisa y llanamente lo que la gente anda diciendo de ti?

»Entonces salió todo.

»Al parecer, la repentina e inesperada muerte de Geoffrey Denman había suscitado varios rumores. En resumen, la gente pensaba que ella había envenenado a su esposo.

»Ahora bien, como supongo que ustedes ya saben, no hay nada más cruel ni más difícil de combatir que los rumores. Cuando la gente habla a nuestras espaldas nada hay que pueda uno rebatir o negar, y las habladurías van creciendo sin que nadie pueda detenerlas. Yo estaba completamente segura de una cosa: Mabel era incapaz de envenenar a nadie y no comprendía por qué iban a arruinarle la vida haciéndole insoportable la estancia en aquella casa sólo porque, con toda probabilidad, había hecho alguna estupidez.

»—No hay humo sin fuego —le dije—, Mabel. Ahora vas a decirme el motivo de que la gente comenzara a rumorear. Debió ser por algo.

»Mabel se mostró muy incoherente, declarando que no había sido por nada, por nada en absoluto, como no fuese, naturalmente, por lo repentino del fallecimiento de Geoffrey. A la hora de cenar parecía encontrarse perfectamente y por la noche se puso muy enfermo. Naturalmente habían enviado a buscar al médico, pero el pobre Geoffrey falleció a los pocos minutos de su llegada. Su muerte fue atribuida a envenenamiento por haber comido setas venenosas.

»—Bueno —le dije—, supongo que una muerte repentina de esa clase puede desatar las lenguas, pero sin duda no sin algunos hechos adicionales. ¿Te peleaste con Geoffrey o algo por el estilo?

»Admitió que había sostenido una discusión con él la mañana anterior, a la hora del desayuno.

»—Supongo que la oirían los criados… —comenté.

»—No estaban en la habitación.

»—No, querida, pero probablemente estaban al otro lado de la puerta —le contesté.

»Yo sabía muy bien lo histérica que podía llegar a ponerse Mabel cuando se enfadaba. Geoffrey Denman también era un hombre dado a elevar la voz cuando se enfadaba.

»—¿Por qué os peleasteis? —quise saber.

»—Oh, por las tonterías de siempre. Siempre ocurría lo mismo. Cualquier cosa nos enzarzaba en una discusión. Geoffrey se ponía imposible y decía cosas abominables, y yo le contestaba a todo lo que pensaba de él.

»—Entonces, ¿discutíais a menudo? —pregunté.

»—No era culpa mía.

»—Mi querida niña —le dije—, no importa de quién fuera la culpa. Eso no es lo que estamos discutiendo ahora. En un sitio como éste, los asuntos privados de todo el mundo son poco más o menos del dominio público. Tú y tu marido estabais siempre discutiendo. Una mañana tenéis una pelea mayor de lo normal y aquella noche tu marido muere repentina y misteriosamente. ¿Es eso todo o hay algo más?

»—No sé qué quieres decir —afirmó Mabel apesadumbrada.

»—Pues lo que he dicho, querida. Si has cometido alguna tontería, no lo ocultes. Yo sólo quiero ayudarte.

»—Nadie ni nada puede ayudarme, excepto la muerte —declaró Mabel con desesperación.

»—Ten un poco más de fe en la Providencia, querida —le dije—. Ahora sé perfectamente que hay algo más que tratas de ocultar.

»Siempre supe, incluso cuando era una niña, cuándo no me decía la verdad. Tardó mucho tiempo, pero al fin lo dijo. Aquella misma mañana fue a la farmacia a comprar arsénico. Por supuesto firmó en el registro y, naturalmente, el farmacéutico lo había contado.

»—¿Quién es tu médico? —le pregunté.

»—El doctor Rawlinson.

»Yo le conocía de vista. Mabel me lo había señalado el día anterior y era lo que vulgarmente se llama un viejo decrépito. Además, yo tenía demasiada experiencia de la vida para creer en la infalibilidad de los médicos. Algunos son inteligentes y otros no, y la mayor parte de las veces no saben lo que le ocurre a uno. Yo no confío ni en los médicos ni en las medicinas.

»Después de reflexionar sobre lo que había averiguado, me puse el sombrero y me fui a visitar al doctor Rawlinson. Era precisamente lo que yo había supuesto, un anciano amable y tan corto de vista que daba lástima, ligeramente sordo, y al mismo tiempo susceptible y quisquilloso en grado extremo. En cuanto yo mencioné la muerte de Geoffrey Denman se puso a la defensiva, y me habló largo rato de las setas, las comestibles y las que no. Había interrogado a la cocinera, quien admitió que una o dos setas de las que preparó le parecieron “un poco extrañas”, pero pensó que debían ser buenas, puesto que se las habían enviado de la tienda. Cuanto más pensaba en ello desde aquél día, más convencida estaba de que su aspecto no era normal.

»—Y no es extraño —dije yo—. Debieron empezar por ser semejantes a las demás en apariencia y terminar adquiriendo un color naranja con manchas rojas. No hay nada que esa gente no recuerde si se esfuerza.

»Averigüé que Denman ya no podía hablar cuando llegó el doctor. No podía tragar y falleció a los pocos minutos. El médico parecía completamente satisfecho de su dictamen, pero yo no estaba segura de si era debido a un firme convencimiento o a su testarudez.

»Me fui directa a casa y pregunté a Mabel por qué había comprado arsénico.

»—Debiste hacerlo con algún propósito —le dije.

»Mabel se echó a llorar.

»—Quería suicidarme —gimió—. Me sentía tan desgraciada… y pensé que así terminaría todo.

»—¿Tienes aún el arsénico? —le pregunté.

»—No, lo tiré.

»Estuve durante unos momentos dando vueltas en mi mente al problema.

»—¿Qué fue lo que ocurrió cuando se sintió mal? ¿Te llamó?

»—No —meneó la cabeza—. Hizo sonar el timbre con violencia. Debió llamar varias veces y al fin Dorothy, la doncella, lo oyó y, tras despertar a la cocinera, bajó con ella. Cuando Dorothy lo vio se asustó mucho. Estaba inquieto y delirando. Dejó allí a la cocinera y vino corriendo a buscarme. Yo me levanté y al verle comprendí en el acto que estaba muy grave. Por desgracia Brewster, que cuida del anciano *Mr*. Denman, tenía la noche libre, de modo que no había nadie en la casa que supiera lo que se debía hacer. Mandé a Dorothy a buscar al médico, y la cocinera y yo nos quedamos con él, pero al cabo de unos minutos no pude soportarlo más, era demasiado horrible, y regresé a mi habitación para encerrarme en ella.

»—Fuiste muy egoísta y cruel —le dije—, y no hay duda de que tu comportamiento no te habrá ayudado precisamente, ya puedes estar segura. La cocinera lo habrá repetido por todas partes. Vaya, vaya, es un mal asunto.

»Luego hablé con el servicio. La cocinera quería contarme lo de las setas, pero la contuve: estaba harta de aquellas setas. En vez de eso, la interrogué detalladamente acerca del estado de su amo en aquella trágica noche. Las dos estuvieron de acuerdo en que parecía agonizante, que apenas podía tragar, sólo hablaba con voz apagada y delirante, y que no dijo nada que tuviera sentido.

»—¿Qué dijo cuando deliraba? —pregunté con curiosidad.

»—Algo acerca de un pescado, ¿no? —dijo volviéndose a la otra.

»Dorothy asintió.

»—Un montón de pescado —dijo—, o alguna tontería por el estilo. Enseguida comprendí que el pobre señor había perdido la cabeza.

»No era posible sacar nada en claro de aquello. Como último recurso, fui a ver a Brewster, que era una mujer delgada de unos cincuenta años.

»—Es una lástima que no estuviera yo aquella noche —dijo—. Al parecer nadie intentó hacer nada por él hasta que llegó el médico.

»—Supongo que deliraba —dije pensativa—, pero eso no es síntoma de envenenamiento producido por alimentos en mal estado, ¿o sí?

»—Eso depende —replicó Brewster.

»Le pregunté por el estado de su paciente.

»Meneó la cabeza.

»—Está bastante mal —replicó.

»—¿Débil?

»—Oh, no. Físicamente está bastante bien, aparte de la vista, que le empieza a fallar. Puede que nos sobreviva a todos nosotros, pero su mente está perdiendo muy deprisa. Les dije a *Mr*. y a *Mrs*. Denman que debían internarlo en un sanatorio, pero *Mrs*. Denman no quiere oír hablar de ello siquiera.

»Debo decir que Mabel siempre ha tenido un corazón generoso.

»Bien, así estaban las cosas. Consideré cuidadosamente todos los aspectos y finalmente decidí que sólo quedaba una cosa por hacer. En vista de los rumores que circulaban, debíamos solicitar un permiso para exhumar el cadáver, practicarle la debida autopsia y hacer que las lenguas se callaran para siempre. Desde luego, Mabel armó un gran alboroto diciendo que no se debía molestar a un muerto en su tumba, etcétera… pero yo me mantuve firme.

»No me alargaré en esta parte de mi historia. Conseguimos el permiso y se llevó a cabo la autopsia, o como se llame eso, mas el resultado no fue lo satisfactorio que debiera haber sido. No se encontró el menor rastro de arsénico, cosa favorable, pero las palabras exactas del informe forense fueron “*que no había nada que demostrase la causa de la muerte*”.

»De modo que aquello no solucionó nada. La gente continuó hablando de venenos raros que no dejan rastro y tonterías por el estilo. Yo visité al patólogo que efectuó la autopsia, al que hice varias preguntas, aunque se esforzó cuanto le fue posible para no responder a la mayoría de ellas. Pero logré sonsacarle que consideraba altamente improbable que las setas venenosas hubieran sido la causa del fallecimiento. Una idea tomaba forma en mi mente y le pregunté qué veneno, si es que existía alguno, podía haber sido empleado para lograr aquellos efectos. Me dio una extensísima explicación, que en su mayor parte, debo admitirlo, no entendí, pero que puede resumirse así: la muerte pudo ser producida por algún fuerte alcaloide vegetal.

»La idea que tuve era ésta. Suponiendo que Geoffrey Denman llevara también en la sangre la tara de la locura, ¿no pudo haberse suicidado? Durante un período de su vida estudió medicina y debía tener un buen conocimiento de los venenos y sus efectos.

»No me parecía muy probable, pero fue lo único que se me ocurrió y puedo asegurarles que estuve a punto de volverme loca. Ahora, aunque ustedes los jóvenes

lo tomen a risa, les confesaré que, cuando me encuentro en un verdadero apuro, siempre rezo para mis adentros, en cualquier parte donde me encuentre, caminando por la calle o en el interior de una tienda, y siempre obtengo una respuesta a mi plegaria. Tal vez parezca una cosa sin importancia y sin relación aparente con este asunto, pero la tiene. Cuando era niña tenía este lema escrito sobre mi cama: "Pedid y recibiréis". La mañana a la que me refiero yo estaba paseando por High Street y rezaba intensamente. Cerré los ojos y, al abrirlos, ¿qué creen ustedes que fue lo primero que vi?

Cinco rostros se volvieron hacia *miss* Marple, demostrando diversos grados de interés. Sin embargo, podía afirmarse con seguridad que ninguno había adivinado la respuesta a la pregunta.

—Vi —dijo *miss* Marple con aire misterioso— *el escaparate de la pescadería*. Y sólo había una cosa en él: un róbalo fresco. Miró a su alrededor con aire triunfante.

—¡Oh, cielos! —exclamó Raymond West—. La respuesta a tu plegaria fue… un róbalo fresco.

—Sí, Raymond —contestó *miss* Marple con aire severo—. Y no hace falta que seas tan escéptico. La mano de Dios está en todas partes. Lo primero que vi fueron las manchas negras de ese pescado, las huellas del pulgar de san Pedro, según cuenta la leyenda, ya sabes. Y eso me hizo recordar cosas: que necesitaba fe, la verdadera fe de san Pedro, y relacioné las dos cosas, la fe y el pescado.

Sir Henry se sonó con bastante apresuramiento y Joyce se mordió el labio.

—¿Qué es lo que trajo esto a mi memoria? Pues que la doncella y la cocinera mencionaran que el pescado había sido una de las palabras pronunciadas por el difunto. Eso me convenció, con un convencimiento absoluto, de que la solución del misterio había de encontrarse en aquellas palabras. Volví a casa resuelta a llegar al fondo del asunto.

Hizo una pausa.

—¿Se les ha ocurrido pensar —continuó la anciana— cuántas veces nos dejamos llevar por lo que creo se ha dado en llamar el contexto de las cosas? Hay un lugar en Dartmoor llamado Tiempo Gris. Si uno habla con un granjero de allí y menciona las palabras Tiempo Gris, sin duda deducirá que se refiere a aquellas rocas, aunque es posible que usted le esté hablando del día que hace. Del mismo modo, si uno hace referencia a ese lugar ante un extraño que sólo oiga un fragmento de la conversación, puede pensar que le hablan del tiempo. De modo que, al repetir una conversación, por lo general no empleamos las palabras exactas, sino otras que para nosotros tienen el mismo significado.

»Me entrevisté por separado con la cocinera y Dorothy. Pregunté a la primera si estaba segura de que su amo había hablado de un montón de pescado y respondió afirmativamente.

»—¿Fueron entonces ésas sus palabras exactas —pregunté— o nombró alguna clase especial de pescado?

»—Eso es —replicó la cocinera—, una clase especial que ahora no puedo recordar. Un montón de… ¿qué era lo que dijo? No es ninguno de los que se sirven en la mesa. ¿Diría sollo o perca? No, no empezaba con P.

»Dorothy también recordaba que su amo había mencionado una clase determinada de pescado.

»—Era un nombre poco corriente —dijo—. Una pila de… ¿qué es lo que dijo?

»—¿Dijo montón o pila? —pregunté.

»—Creo que dijo pila. Pero no estoy segura, es tan difícil recordar las palabras exactas, ¿no es cierto, señorita?, especialmente cuando no tienen sentido. Pero ahora que lo pienso, estoy casi segura de que dijo pila, algo que me sonó muy extraño, y luego pronunció el nombre de un pescado que empieza con C, pero no era el congrio ni cangrejo.

»Lo que sigue a continuación me enorgullece —dijo *miss* Marple—, porque, desde luego, nada sé de drogas, que considero desagradables y peligrosas. Tengo una receta de mi abuela para hacer infusión de tanaceto que vale más que todas las medicinas. Pero yo sabía que en la casa había varios libros de medicina y que uno de ellos era un índice de drogas. ¿Comprenden? Mi idea fue que Geoffrey había tomado alguna dosis de veneno e intentó decirlo.

»Bien, primero miré las que empezaban por R, sin encontrar nada que me pareciese probable. Luego seguí con la letra P y casi enseguida di con ella… ¿qué creen ustedes que era?

Miró a su alrededor saboreando su triunfo.

—Policarpina. ¿No adivinan cómo sonaría en labios de un hombre que apenas pudiera hablar? ¿Y cómo sonaría a oídos de una cocinera que nunca lo hubiera oído? ¿No debió de darle la impresión de que decía algo así como «pila de carpas»?

—¡Por Júpiter! —exclamó *sir* Henry.

—Nunca se me hubiera ocurrido —confesó el doctor Pender.

—Es muy interesante —dijo *Mrs*. Petherick—, interesantísimo.

—Busqué apresuradamente la página que señalaba el índice y leí los efectos que la policarpina produce en los ojos y otras cosas que no hacen al caso, y al fin llegué a una frase muy significativa. *Ha sido empleada con éxito como antídoto contra el envenenamiento producido por la atropina*.

»Entonces lo vi todo con claridad. Nunca consideré muy probable que Geoffrey Denman se hubiera suicidado. No, esta nueva solución no sólo era posible, sino que estaba segura de que era la verdadera ya que todas las piezas del rompecabezas encajaban.

—No voy a tratar de adivinarlo —dijo Raymond—. Continúa, tía Jane, y dinos lo que estaba tan claro para ti.

—Yo no sé nada de medicina, por supuesto —replicó *miss* Marple—, pero lo que sí sabía era que, cuando mi vista empezó a fallar, el médico me recetó unas gotas de

sulfato de atropina. Fui directamente a la habitación del anciano *Mr*. Denman y no me anduve por las ramas.

»—*Mr*. Denman —le dije—. Lo sé todo. ¿Por qué envenenó usted a su hijo?

»Me miró durante un par de segundos, era un hombre bastante atractivo a su manera, y luego se echó a reír. Fue una de las risas más malvadas que he oído en mi vida y les aseguro que se me puso la piel de gallina. Sólo en una ocasión oí algo parecido, cuando la pobre *Mrs*. Jones se volvió loca.

»—Sí —me contestó—, yo maté a Geoffrey. Yo era demasiado listo para él y él quería quitarme de en medio ¿no es cierto? Encerrarme en un asilo. Le oí hablar con Mabel. Mabel es una buena chica, se puso de mi parte, pero yo sabía que no iba a poder impedirlo indefinidamente. Al fin se habría salido con la suya, como siempre. Pero yo acabé con él, con mi hijo amable y cariñoso. ¡Ja, ja! Bajé durante la noche. Fue muy sencillo. Brewster había salido y mi querido hijo estaba durmiendo. Tenía un vaso de agua en la mesilla de noche, siempre bebía cuando se despertaba a medianoche. Lo vacié, ¡ja, ja!, y luego vertí en él mi botella de gotas para los ojos. Cuando se despertase se lo bebería antes de saber qué era. Sólo me quedaba una cucharada, pero fue suficiente, fue suficiente. ¡Así fue cómo lo hice! A la mañana siguiente me dieron la noticia con mucha delicadeza. Temían que me afectara, ¡ja, ja, ja!

»Bien, éste es el final de mi historia. Desde luego el pobre viejo fue internado en un sanatorio. En realidad no era responsable de lo que había hecho, se supo la verdad y todo el mundo se compadeció de Mabel y no sabían qué hacer para compensarla de sus injustas sospechas. Pero de no haber sido porque Geoffrey se dio cuenta de lo que había tomado e intentó pedir que le trajeran el antídoto sin demora, es posible que nunca se hubiera descubierto. Creo que la atropina produce ciertos síntomas muy evidentes, dilatación de las pupilas y demás, pero desde luego y como ya les he dicho, el doctor Rawlinson era muy corto de vista, pobre viejo. Y en el mismo libro de medicina, que continué leyendo porque era muy interesante, se daban los síntomas del envenenamiento producido por la ingestión de alimentos en mal estado y por la atropina, y no se diferencian gran cosa. Pero les aseguro que no he vuelto a ver un róbalo fresco sin acordarme de la huella del pulgar de san Pedro.

Hubo una larga pausa.

—Mi querida amiga —dijo *Mr*. Petherick—, es usted realmente maravillosa.

—Recomendaré a Scotland Yard que vengan a pedirle consejo —intervino *sir* Henry.

—Bueno, de todas formas hay una cosa que ignoras, tía Jane —dijo Raymond.

—Oh, sí que lo sé, querido —replicó *miss* Marple—. Ha ocurrido precisamente antes de cenar ¿no es cierto? Cuando llevaste a Joyce a contemplar la puesta de sol. Es un lugar muy adecuado, junto a los jazmines. Allí es donde el lechero le preguntó a Annie si quería casarse con él.

—Vaya, tía Jane —replicó el joven—, no estropees todo el romanticismo. Joyce y yo no somos como el lechero y Annie.

—En eso te equivocas, querido —dijo *miss* Marple—. En realidad todos somos iguales, aunque afortunadamente tal vez no nos demos cuenta.

El geranio azul

(The Blue Geranium).

—Cuando estuve aquí el año pasado… —comenzó a decir *sir* Henry Clithering, pero se detuvo. Su anfitriona, *Mrs*. Bantry, le miraba con curiosidad. El excomisionado de Scotland Yard se hallaba pasando unos días en casa de unos viejos amigos suyos, el coronel y *Mrs*. Bantry, quienes vivían cerca de St. Mary Mead.

Mrs. Bantry, con la pluma en ristre, acababa precisamente de pedirle consejo sobre a quién invitar a cenar aquella noche.

—¿Sí? —le dijo *Mrs*. Bantry animándole—. Cuando estuvo usted aquí el año pasado…

—Dígame —preguntó *sir* Henry—, ¿conoce a *miss* Marple?

Mrs. Bantry se sorprendió. Era lo último que hubiera esperado.

—¿Que si la conozco? ¡Y quién no! Es la típica solterona de las comedias. Encantadora, pero pasada de moda. ¿Quiere decir que le gustaría que la invitara a cenar *a ella*?

—¿Le sorprende?

—Un poco, debo confesarlo. Nunca hubiera dicho que usted… Pero supongo que debe de haber una explicación.

—La explicación es bastante sencilla. Cuando estuve aquí el año pasado teníamos la costumbre de discutir casos misteriosos que habían ocurrido. Éramos cinco o seis. Raymond West, el novelista, fue quien lo propuso. Cada uno de nosotros debía contar una historia de la que conociera la solución y los demás debían ejercitar sus facultades deductivas para ver quién se aproximaba más a la verdad.

—¿Y bien?

—Pues, igual que en esa vieja historia, apenas nos dimos cuenta de que *miss* Marple estaba entre nosotros, pero nos mostramos muy amables y la dejamos participar en el juego para no herir sus sentimientos. Y ahora viene lo mejor. ¡Ella nos ganó todas las veces!

—¿Qué?

—Se lo aseguro, iba directa a la verdad como una paloma mensajera de regreso al palomar.

—¡Es extraordinario! ¡Vaya, si la anciana *miss* Marple apenas ha salido de St. Mary Mead!

—¡Ah! Pero según ella ha tenido ilimitadas oportunidades de observar la naturaleza humana, prácticamente al microscopio.

—Supongo que tiene razón —concedió *Mrs*. Bantry—. Es inevitable que se llegue a conocer el lado mezquino de las personas. Pero no creo que tengamos criminales interesantes en este rincón del mundo. Después de cenar le contaremos la historia del fantasma de Arthur. Le agradecería que encontrase la solución.

—No sabía que Arthur creyese en fantasmas.

—¡Oh! Claro que no cree. Eso es lo que más le preocupa. Y le ocurrió a un amigo suyo, George Pritchard, una persona sumamente prosaica. En realidad fue bastante trágico para el pobre George. O bien su extraordinaria historia es cierta o bien…

—¿O bien qué?

Mrs. Bantry no contestó, mas al cabo de un par de minutos dijo:

—A mí me gusta George, y a todo el mundo también. No es posible creer que él… pero la gente hace cosas tan extraordinarias.

Sir Henry asintió. Conocía mejor que *Mrs*. Bantry las cosas que la gente es capaz de hacer.

De modo que aquella noche, cuando *Mrs*. Bantry miró a sus comensales (estremeciéndose un tanto, ya que su comedor, como la mayoría de los comedores ingleses, era extremadamente frío), sus ojos se fijaron en la anciana sentada muy erguida a la derecha de su esposo. *Miss* Marple vestía de negro con mitones de encaje. Una pañoleta de encaje antiguo cubría sus hombros y un gorrito también de encaje antiguo rodeaba sus cabellos blancos. Estaba charlando animadamente con el anciano doctor Lloyd del orfanato y de las supuestas negligencias de las enfermeras del distrito.

Mrs. Bantry volvió a maravillarse. Incluso se preguntaba si *sir* Henry no le habría gastado una broma, aunque no veía motivo para ello. Era increíble que fuera cierto lo que le había contado.

Su mirada fue a detenerse afectuosamente en su esposo, de rostro sonrosado y anchas espaldas, que hablaba de caballos con Jane Helier, la hermosa y popular actriz. Jane, más hermosa, si cabe, vista de cerca que en el escenario, abría sus enormes ojos azules y murmuraba de vez en cuando: «¿De veras? ¡Oh, sí! ¡Qué extraordinario!». No entendía nada de caballos y le interesaban aún menos.

—Arthur —dijo *Mrs*. Bantry—, estás aburriendo a la pobre Jane. Deja ya los caballos y cuéntale mejor tu historia de fantasmas. Ya sabes, la de George Pritchard.

—¿Dolly? ¡Oh! No sé si…

—*Sir* Henry desea oírla también. Le he hablado de ella esta mañana. Y sería interesante oír las opiniones de todos.

—¡Oh, hágalo! —dijo Jane—. ¡Me encantan las historias de fantasmas!

—Bueno… —El coronel Bantry vacilaba—, nunca he creído en lo sobrenatural. Pero esto… No creo que ninguno de ustedes conozca a George Pritchard. Es una excelente persona. Su esposa, que ahora ya ha muerto, pobre mujer, no le dio un momento de descanso mientras vivió. Era una de esas personas semiinválidas. Creo que realmente estaba enferma, pero fuera cual fuese su mal lo explotaba a conciencia. Era caprichosa, exigente e insoportable y se quejaba de la mañana a la noche. George tenía que servirle de pies y de manos, y aun así todo lo que hacía lo encontraba mal y encima le reprendía. Estoy convencido de que cualquier otro hombre le hubiera abierto la cabeza con un hacha mucho antes. ¿No te parece, Dolly?

—Era una mujer terrible —respondió *Mrs*. Bantry con convicción—. Si George Pritchard la hubiese matado con un hacha y hubiera habido alguna mujer en el jurado, lo hubiesen absuelto.

—No sé bien cómo empezó todo. George se mostraba muy vago sobre el asunto. Pero deduje que *Mrs*. Pritchard tuvo siempre debilidad por los adivinos, los quirománticos y las clarividentes. A George no le importaba. Con tal de que me su esposa encontrase alguna diversión todo le parecía estupendo, pero él se negaba a participar y eso era otro de los muchos agravios que tenía que soportar de ella.

»Por la casa desfilaron un sinfín de enfermeras, pues *Mrs*. Pritchard solía cansarse de ellas al cabo de pocas semanas. Una enfermera joven supo ser muy hábil en lo de la predecirle el futuro y, durante un tiempo, le tuvo gran afecto. Luego, de pronto se cansó también de ella e insistió en que se marchara. Volvió a tomar a una mujer ya de edad, experimentada y con mucha mano derecha para tratar con neuróticos, que ya la había asistido anteriormente. La enfermera Copling, según George, era una buena persona, muy sensata, con la que daba gusto hablar y que soportaba los ataques de nervios de *Mrs*. Pritchard con absoluta indiferencia.

»*Mrs*. Pritchard siempre comía arriba, en su habitación, y por lo general, durante el almuerzo, George y la enfermera organizaban la tarde. En teoría la enfermera salía de dos a cuatro, pero algunas veces, cuando George deseaba tener libre la sobremesa, tomaba sus horas libres después del té. En aquella ocasión anunció que pensaba ir a Golders Green a visitar a una hermana suya y que tal vez regresaría un poco tarde. George se contrarió ya que había quedado para ir a jugar una partida de golf, pero la enfermera Copling le tranquilizó:

»—No nos echará de menos, *Mr*. Pritchard —sus ojos brillaron—. *Mrs*. Pritchard va a tener una compañía mucho más excitante que la nuestra.

»—¿Quién?

»—Espere un segundo —a la enfermera Copling le brillaron los ojos más que nunca—. Déjeme decírselo bien: *Zarida, adivinadora del porvenir*.

—¡Cielo santo! —rugió mi amigo—. ¿Ésa es nueva, no?

»—Completamente nueva. Creo que la envía mi predecesora, la enfermera Carstairs. *Mrs*. Pritchard aún no la ha visto. Ha hecho que yo le escribiera para fijar una cita para esta tarde.

»—Bueno, de todas maneras no pienso perderme mi partido de golf —exclamó George, y se marchó con un sentimiento de gratitud hacia Zarida, la adivinadora del porvenir.

»A su regreso, encontró a *Mrs*. Pritchard en un estado de gran agitación, sentada en su sillón de inválida como casi siempre y con un frasquito de sales en la mano que aspiraba frecuentemente.

»—George —exclamó al verle—. ¿Qué te dije yo de esta casa? ¡Desde el momento que entré en ella sentí que aquí había algo raro! ¿Acaso no te lo dije entonces?

»Conteniendo su deseo de contestarle “Siempre lo dices”, George replicó:

»—No lo recuerdo.

»—Tú nunca recuerdas nada que tenga que ver conmigo. Los hombres sois extraordinariamente insensibles, pero creo que tú lo eres incluso más que la mayoría.

»—Oh, vamos, Mary, querida, eso no es justo.

»—Bueno, como te decía, esa mujer *lo supo* enseguida. Casi retrocedió al pisar el umbral de esta puerta y dijo: “Puedo sentir el mal aquí, sí, el mal y el peligro. Lo presiento”.

»George se echó a reír con muy poco tacto.

»—Vaya, parece que esta tarde sí has obtenido algo por tu dinero.

»Su esposa cerró los ojos y aspiró profundamente el frasquito de sales.

»—¡Cómo me odias! ¡Te burlarías y reirías de mí aunque me estuviera muriendo!

»George protestó y, al cabo de unos instantes, su esposa se dispuso a continuar:

»—Puedes reírte, pero voy a contártelo todo. Esta casa es peligrosa para mí, esa mujer me lo ha dicho.

»Los sentimientos de gratitud que George sintiera anteriormente hacia Zarida sufrieron un cambio, pues sabía que su esposa era bien capaz de pretender que se trasladasen a una casa nueva si se encaprichaba.

»—¿Qué más te ha dicho? —le preguntó.

»—No pudo decirme mucho. ¡Estaba tan trastornada! Sólo me dijo una cosa. Yo tenía unas violetas en un vaso y las señaló exclamando: “Sáquelas de aquí. Nada de flores azules, no tenga nunca flores azules. Las *flores azules son fatales para usted, recuérdelo*”. Y ya sabes —agregó *Mrs*. Pritchard— que siempre te he dicho que el azul es un color que me repele. Siento como una especie de prevención natural hacia el color azul.

»George era demasiado inteligente para hacerle observar que nunca le había oído decir semejante cosa y, en lugar de eso, le preguntó cómo era la misteriosa Zarida, y *Mrs*. Pritchard tuvo gran placer en describírsela con todo detalle.

»—Tiene el pelo negro, y lo lleva recogido en dos rodetes sobre las orejas, los ojos semicerrados con grandes ojeras oscuras, y se cubre la boca y la barbilla con un velo negro, habla con voz melodiosa, con marcado acento extranjero, español, según creo.

»—En resumen, el aspecto más comercialmente adecuado —dijo mi amigo alegremente.

»Su esposa cerró los ojos inmediatamente.

»—Me siento muy mal —dijo—. Llama a la enfermera. La falta de comprensión me afecta mucho y tú lo sabes demasiado bien.

»Dos días más tarde la enfermera Copling se acercó a George con el rostro grave.

»—¿Quiere usted venir a ver a la señora, por favor? Acaba de recibir una carta que la ha afectado mucho.

»Encontró a su esposa con la carta en la mano y al verle se la alargó.

»—Lee —le dijo.

»George la leyó. Estaba escrita en un papel muy perfumado y las letras eran grandes y negras:

> *He visto el porvenir. Actúe antes de que sea demasiado tarde. Tenga cuidado cuando llegue la Luna llena. La primavera Azul significa Aviso; la Malva Azul, Peligro; y el Geranio Azul simboliza la muerte.*

»Cuando estaba a punto de soltar una carcajada, George captó la mirada de la enfermera Copling, que le hizo un rápido gesto de advertencia, y dijo bastante sorprendido:

»—Esa mujer trata de asustarte, Mary. De todas formas, no existen primaveras ni geranios azules.

»Mas *Mrs*. Pritchard empezó a llorar y a decir que sus días estaban contados. La enfermera Copling salió al pasillo con George.

»—Esto es una estupidez —exclamó mi amigo.

»—Supongo que sí.

»Algo en el tono de la enfermera le sorprendió y la contempló extrañado.

»—No irá usted a creer…

»—No, no, *Mr*. Pritchard. No creo en las adivinadoras, es una tontería. Lo que no entiendo es qué puede significar todo esto. Las adivinadoras suelen hacer estas cosas para ver qué sacan. Pero esta mujer parece querer asustar a *Mrs*. Pritchard y no veo en qué puede beneficiarle eso. No, no acabo de entenderlo. Y hay otra cosa.

»—¿Sí?

»—*Mrs*. Pritchard dice que esa Zarida le era ligeramente familiar.

»—¿Y qué?

»—Pues que no me gusta, *Mr*. Pritchard, eso es todo.

»—No sabía que fuera usted tan supersticiosa, *Mrs*. Copling.

»—No soy supersticiosa, pero sé cuando una cosa no tiene explicación.

»Cuatro días después tuvo lugar el primer incidente. Para que lo vean mejor voy a describirles la habitación de *Mrs*. Pritchard.

—Será mejor que lo haga yo —le interrumpió *Mrs*. Bantry—. Tenía las paredes empapeladas con esos papeles en los que se aplican grupos de flores formando una cenefa. El efecto es casi como estar en un jardín, aunque desde luego las flores no tienen lógica. Quiero decir que en la realidad no sería posible que florecieran todas al mismo tiempo.

—No te dejes llevar por tu afición a la horticultura, Dolly —le dijo su esposo—. Todos sabemos que eres una jardinera vocacional.

—Bueno, *es absurdo* —protestó *Mrs*. Bantry— tener campanillas azules, narcisos, altramuces, malvas y margaritas de san Miguel reunidos en un solo grupo.

—No es nada científico —dijo *sir* Henry—, pero siga con su historia.

—Bien, entre esos grupos de flores había primaveras amarillas y rosadas y… oh, pero sigue tú, Arthur, es tu historia…

El coronel Bantry retomó el hilo del relato.

—Una mañana, *Mrs*. Pritchard hizo sonar el timbre violentamente. El servicio acudió corriendo, pensando que estaba *in extremis*, pero en absoluto. La encontraron muy excitada y señalando el papel de las paredes. Allí, desde luego, se veía *una primavera azul en medio de las otras*.

—¡Oh! —exclamó *miss* Helier— ¡Qué horrible!

—La cuestión era: ¿Había estado siempre allí? Eso fue lo que sugirieron George y la enfermera, pero *Mrs*. Pritchard no se dejó convencer de ninguna manera. Ella no la había visto hasta aquella misma mañana y la noche anterior había habido luna llena. Estaba muy preocupada.

—Aquel mismo día encontré a George Pritchard y me lo contó —dijo *Mrs*. Bantry—. Fui a visitar a *Mrs*. Pritchard e hice cuanto pude por ridiculizar aquel asunto, pero sin éxito. Regresé realmente preocupada y recuerdo que encontré a Jean Instow y se lo expliqué. Jean es una muchacha extraña y me dijo: «¿De modo que está muy preocupada?». Yo le contesté que la creía capaz de morir de terror ya que era extraordinariamente supersticiosa.

»Recuerdo que Jean me sobresaltó al responderme: “Bueno, eso sería lo mejor, ¿no le parece?”. Y lo dijo en un tono tan frío y extraño que, la verdad, me chocó. Claro que ahora se estila ser franco y brusco, pero nunca me acostumbro a ello. Jean me sonrió de un modo extraño y me dijo: “A usted no le gusta que lo diga, pero es cierto. ¿Para que le sirve la vida a *Mrs*. Pritchard? Para nada en absoluto. Además convierte en un infierno la de su esposo. Lo mejor que podría ocurrirle a él es que su mujer se muriera de miedo”. Yo le respondí: “George es siempre muy bueno con ella siempre”. Y me contestó: “Sí, se merece un premio el pobrecito. Es una persona muy atractiva, George Pritchard. Eso pensaba la última enfermera, aquélla tan mona, ¿cómo se llamaba? Carstairs. Ésa fue la causa de la pelea entre ella y *Mrs*. Pritchard”.

»No me gustó que Jean dijera eso. Aunque una no puede evitar preguntarse…

Mrs. Bantry movió la cabeza e hizo una pausa significativa.

—Sí, querida —comentó *miss* Marple plácidamente—. Uno siempre se pregunta cosas. ¿Ésa Jane Instow es bonita? Y supongo que jugará al golf.

—Sí, es una gran deportista, y muy atractiva, muy rubia, de cutis blanco y con unos preciosos ojos azules. Desde luego, siempre hemos pensado que ella y George Pritchard hubieran hecho muy buena pareja, es decir, si hubieran sido otras las circunstancias.

—¿Y eran amigos? —preguntó *miss* Marple con interés.

—Oh, sí, grandes amigos.

—¿Crees que podrás dejarme continuar mi historia, Dolly? —dijo el coronel Bantry en tono plañidero e infantil.

—Arthur —dijo *Mrs*. Bantry con aire resignado— desea volver a sus fantasmas.

—Supe el resto de lo ocurrido por el propio George —continuó el coronel—. Ni que decir tiene que *Mrs*. Pritchard armó un gran revuelo a finales del mes siguiente. Marcó en el calendario el día en que iba a haber luna llena y aquella noche hizo que la enfermera y su esposo permanecieran en su habitación estudiando atentamente el papel de las paredes. Había narcisos rojos, pero ninguno azul. Luego, cuando George salió de su dormitorio, ella cerró la puerta con llave.

—Y a la mañana siguiente había un gran narciso azul —dijo *miss* Helier en tono alegre.

—Cierto —replicó el coronel Bantry—. O por lo menos casi ha acertado. Una flor de uno de los narcisos, la que estaba precisamente encima de su cabeza, se había vuelto azul. Aquello asustó a George y claro, cuanto más se asustaba, menos quería tomarlo en serio e insistió en que todo aquello tenía que ser una broma. Hizo caso omiso de la evidencia de que la puerta había estado cerrada con llave y de que *Mrs*. Pritchard hubiera descubierto el cambio antes de que nadie, ni siquiera la enfermera Copling, entrara en su habitación.

»George estaba asustado y se comportó de un modo irracional. Su esposa deseaba abandonar la casa y él no quiso permitírselo. Por primera vez se sentía inclinado a creer en lo sobrenatural, pero no estaba dispuesto a admitirlo. Por lo general dejaba que su esposa se saliera siempre con la suya, pero aquella vez no lo consentiría. Mary no debía ponerse en evidencia y dijo que todo aquello era una tontería. “Y así transcurrió rápidamente otro mes. *Mrs*. Pritchard protestó menos de lo que era de esperar. Creo que era lo bastante supersticiosa para creer que no podría escapar a su destino, y se repetía una y otra vez: ‘La primavera azul, aviso. El narciso azul, peligro. El geranio azul, *muerte*’. Y contemplaba durante horas y horas el grupo de geranios rosados y rojos más cercano a su cama”.

»Aquel asunto iba alterando los nervios de todos, de tal modo que incluso la enfermera se contagió y fue a ver a George dos días antes de la luna llena para suplicarle que se llevara de allí a *Mrs*. Pritchard. George se puso furioso. “—¡Aunque todas las flores de esa condenada pared se volvieran azules no podrían de ningún modo matar a nadie!” —gritó.

»—Sí que pueden. Muchas personas han muerto de *shock* antes de ahora.

»—Tonterías —contestó George.

»George había sido siempre un poco testarudo. Era imposible manejarlo. Creo que albergaba la secreta idea de que su esposa era la autora de aquellos cambios de color y que formaba parte de alguno de sus histéricos y morbosos planes.

»Pues bien, llegó la noche fatal. *Mrs*. Pritchard cerró la puerta con llave como de costumbre. Estaba muy tranquila, pero con una calma extraña. La enfermera se sentía muy preocupada por su estado de ánimo. Quería darle un estimulante, una inyección de estricnina, pero *Mrs*. Pritchard se negó. Creo que en cierto modo aquello le divertía. Por lo menos eso dijo George.

—Creo que es muy posible —dijo *Mrs*. Bantry—. Para ella debía tener una especie de extraño encanto.

—A la mañana siguiente no sonó violentamente el timbre. *Mrs*. Pritchard solía despertarse a las ocho. Como a las ocho y media no había dado aún señales de vida, la enfermera golpeó con fuerza la puerta de su habitación y, al no obtener respuesta, fue a buscar a George e insistió en que la echaran abajo. Al fin lograron abrirla con un escoplo.

»Una mirada a la figura inmóvil que yacía en la cama fue suficiente para la enfermera Copling. Envió a George a telefonear al médico, pero era demasiado tarde. *Mrs*. Pritchard, según dijo, debía llevar muerta por lo menos ocho horas. El frasco de sales estaba sobre la cama junto a su mano y *en la pared uno de los geranios rosados había adquirido un intenso color azul*.

—¡Horrible! —exclamó *miss* Helier con un estremecimiento.

Sir Henry meditaba con el entrecejo fruncido.

—¿No hay algún otro detalle que podamos conocer?

El coronel Bantry negó con la cabeza, mas su esposa intervino rápidamente.

—El gas.

—¿Qué sucede con el gas? —quiso saber *sir* Henry.

—Cuando llegó el médico, se olía ligeramente a gas y en la chimenea un hornillo de gas estaba ligeramente abierto, pero tan poco que no pudo haberle ocasionado la muerte.

—¿Lo notaron *Mr*. Pritchard y la enfermera cuando entraron por primera vez?

—La enfermera dijo que notó un ligero olor y George que no olió a gas, pero sí a algo que le hizo sentirse incómodo. Lo atribuyó a la sorpresa y probablemente fue eso. De todas formas no murió por causa del gas y el olor era casi imperceptible.

—¿Y éste es el final de la historia?

—No, no lo es. El asunto suscitó muchos rumores. Comprendan, los criados habían oído cosas. Por ejemplo, que *Mrs*. Pritchard dijo a su esposo que él la odiaba y que se alegraría y se reiría aunque ella se estuviera muriendo. Y también algunos comentarios más recientes. Un día había dicho, a propósito de su negativa para que abandonara la casa: «Muy bien, cuando haya muerto espero que la gente comprenda que tú me has matado». Y dio la mala suerte de que él había estado preparando un líquido matahierbas para el jardín el día anterior. Uno de los criados jóvenes lo vio y luego le vio llevarle un vaso de leche caliente a su esposa.

»Las habladurías seguían circulando. El médico puso en el certificado, aunque no sé exactamente en qué términos, que había muerto de *shock*, de síncope, fallo cardíaco o algo parecido. Sin embargo, la pobre mujer no llevaba aún un mes en la tumba cuando se solicitó una orden de exhumación, que fue concedida.

—Y recuerdo que el resultado de la autopsia fue negativo —dijo *sir* Henry en tono grave—. Por una vez, hubo humo sin fuego.

—Todo el asunto es realmente extraño —dijo *Mrs*. Bantry—. Por ejemplo, la adivinadora, Zarida… ¡En la dirección que dio nunca habían oído hablar de ella!

—Apareció de pronto, como por arte de magia —dijo su esposo—, y como por arte de magia se desvaneció. ¡Tiene gracia!

—Y lo que es más —continuó *Mrs*. Bantry—, la enfermera Carstairs, que se suponía que fue quien la recomendó, nunca había oído hablar de ella.

Se miraron unos a otros.

—Es una historia misteriosa —dijo el doctor Lloyd—. Se pueden hacer mil conjeturas, pero adivinar la verdad…

Meneó la cabeza.

—¿Se ha casado *Mr*. Pritchard con *miss* Instow? —preguntó *miss* Marple con su dulce voz.

—¿Por qué lo pregunta? —quiso saber *sir* Henry. *Miss* Marple abrió desmesuradamente sus ojos azules.

—Me parece importante —explicó—. ¿Se han casado?

El coronel Bantry meneó la cabeza.

—Lo cierto es que esperábamos que ocurriera, pero ya han transcurrido dieciocho meses y no creo ni siquiera que se vean a menudo.

—Eso es importante —dijo *miss* Marple—, muy importante.

—Entonces piensa usted lo mismo que yo —intervino *Mrs*. Bantry—. Usted cree…

—Vamos, Dolly —la atajó su esposo—. Lo que vas a decir no tiene justificación. No podemos acusar a la gente sin tener la más leve prueba.

—No seas tan… tan masculino, Arthur. Los hombres siempre tenéis miedo a decir *cualquier* cosa. De todas formas, esto queda entre nosotros. Es sólo una fantástica idea que se me ha ocurrido, que Jean Instow pudo haberse disfrazado de adivinadora. Tal vez lo hiciera para gastarle una broma. No creo ni por un momento que tuviera intención de ocasionarle daño alguno. Pero, si lo hizo y *Mrs*. Pritchard fue lo bastante tonta como para morirse de miedo… bueno, eso es lo que ha querido decir *miss* Marple, ¿no es cierto?

—No, querida, no exactamente —replicó *miss* Marple—. Mire, si yo fuera a matar a alguien, lo cual, por supuesto, no imagino ni por un momento porque sería una maldad y además no me gusta matar, ni siquiera a las avispas, aunque *sé* que debe hacerse y estoy segura de que los jardineros lo hacen tan humanamente como es posible. Pero veamos, ¿que estaba diciendo?

—Que si usted fuera a matar a alguien… —le recordó *sir* Henry.

—Oh, sí. Bien, si quisiera hacerlo, no me contentaría con asustar. Leemos a menudo que la gente fallece de terror, pero considero que es un método un tanto incierto y las personas más nerviosas son mucho más valientes de lo que uno cree. Preferiría algo definitivo y seguro, y trazaría a conciencia un buen plan para ponerlo en práctica.

—*Miss* Marple —dijo *sir* Henry—, me asusta usted. Espero que nunca se le ocurra eliminarme. Su plan sería demasiado bueno.

Miss Marple le miró con aire de reproche.

—Creí haber dejado bien patente que nunca sería capaz de una maldad semejante —exclamó *miss* Marple—. No, sólo intentaba situarme en el lugar de… de cierta persona.

—¿Se refiere a George Pritchard? —preguntó el coronel Bantry—. Yo nunca creí que George… aunque, si quiere saber la verdad, hasta la enfermera lo cree. Fui a verle un mes después, cuando la exhumación. Ella ignoraba cómo lo hizo, la verdad es que no dijo nada en absoluto, pero era evidente que creía que George era responsable de la muerte de su esposa. Estaba convencida.

—Bueno —comentó el doctor Lloyd—, tal vez no anduviera muy equivocada. Permítame que le diga que una enfermera puede saber esas cosas. Quizá no pueda decir nada concreto, ni tenga pruebas, pero *lo sabe*.

Sir Henry se inclinó hacia delante.

—Vamos, *miss* Marple —le dijo en tono persuasivo—. Está usted perdida en sus pensamientos. ¿Por qué no nos los cuenta?

Miss Marple se sobresaltó y se puso muy colorada.

—Le ruego me perdone —replicó—, estaba pensando en la enfermera de nuestro distrito. Un caso muy difícil.

—¿Más difícil que el problema del geranio azul?

—En realidad todo depende de las primaveras —dijo *miss* Marple—. Quiero decir que *Mrs*. Bantry dijo que eran amarillas y rosadas. Si la que se volvió azul era de color rosa, desde luego encaja perfectamente, pero si fue una de las amarillas…

—Fue una de las rosadas —respondió *Mrs*. Bantry. Todos miraron a *miss* Marple.

—Entonces todo encaja —explicó la anciana moviendo la cabeza con pesar—. La estación de las avispas y todo lo demás. Y desde luego el gas.

—Supongo que le recordará incontables tragedias ocurridas en el pueblo —dijo *sir* Henry.

—Tragedias no —contestó *miss* Marple—. Y desde luego nada criminal. Pero sí me recuerda ciertas complicaciones que hemos tenido con la enfermera del distrito. Después de todo, las enfermeras son seres humanos y, a pesar de tener que ser tan correctas y de llevar esos cuellos tan incómodos… bueno, ¿puede uno extrañarse de que a veces ocurran ciertas cosas?

Una tenue lucecita iluminó la mente de *sir* Henry.

—¿Se refiere a la enfermera Carstairs?

—Oh, no, a la enfermera Copling. Mire, ella ya había estado antes en la casa y apreciaba a *Mr*. Pritchard, que según ustedes es un hombre atractivo. Yo diría que la pobre pensó… bueno, no es necesario entrar en detalles. No creo que supiera lo de *miss* Instow y, cuando lo descubrió, quiso revolverse y ocasionarle todo el daño posible. Claro que la carta la delata, ¿no le parece?

—¿Qué carta?

—Bueno, fue ella quien escribió a la adivinadora a petición de *Mrs*. Pritchard y la adivinadora acudió al parecer como respuesta a la carta. Pero más tarde descubrieron que en aquella dirección no existía semejante persona. Por lo tanto, eso demuestra que la enfermera Copling únicamente simuló escribirla, de manera que, ¿no es muy probable que fuese ella misma la adivinadora?

—No me había fijado en el detalle de la carta —comentó *sir* Henry—. Y desde luego es un dato muy importante.

—Un paso muy arriesgado —dijo *miss* Marple—, ya que *Mrs*. Pritchard pudo haberla reconocido a pesar de su disfraz. Aunque, de haber sido así, la enfermera hubiera dicho que se trataba de una broma.

—¿Qué quiso significar al decir que si usted fuera cierta persona no hubiera confiado sólo en asustar? —preguntó *sir* Henry.

—No se puede estar seguro de esa manera —replicó *miss* Marple—. No, yo creo que la amenaza y las flores azules fueron, si me permite emplear un término militar, *camuflaje* —se rió satisfecha.

—¿Y lo auténtico?

—Sé —dijo *miss* Marple a modo de disculpa— que tengo metida en la cabeza la idea de las avispas. Pobrecillas, son destruidas a miles y, por lo general, en días de verano tan hermosos como éste. Pero recuerdo haber pensado al ver a un jardinero mezclando cianuro de potasio en una botella con agua que se parecía mucho a las sales. Y si se coloca en un frasco de sales sustituyéndolo por éstas… La pobre señora tenía la costumbre de utilizar su frasquito de sales y dicen que lo encontraron junto a su mano. Luego, mientras *Mr*. Pritchard fue a telefonear al médico, la enfermera lo cambiaría por el frasco auténtico y abriría un poco el gas para disimular el olor a almendras amargas. Siempre he oído decir que el cianuro no deja rastro si se espera lo suficiente. Pero es posible que me equivoque y tal vez puso algo completamente distinto en la botella, pero eso no tiene importancia, ¿verdad?

Miss Marple hizo una pausa para cobrar aliento.

Jane Helier, inclinándose hacia delante, dijo:

—Pero ¿y el geranio azul y las otras flores?

—Las enfermeras siempre tienen papel tornasol, ¿no es cierto? —exclamó *miss* Marple—, para… para hacer pruebas. No es un tema muy agradable y no vamos a entrar en detalles. Yo he hecho también de enfermera. —Enrojeció ligeramente—. El azul se vuelve rojo por la acción de un ácido y el rojo azul por la de un álcali. Fue fácil pegar un pedazo de papel tornasol rojo encima de una flor roja, cerca de la cama desde luego, y después, cuando la pobre señora destapara su frasquito de sales, las emanaciones del fuerte álcali volátil la transformaron en azul. Realmente muy ingenioso. Claro que el geranio no sería azul la primera vez que entraron en la habitación. Nadie se fijó en él hasta después. Cuando la enfermera cambió las botellas, acercó la de las sales alcalinas a la pared durante un minuto.

—Parece como si hubiera estado presente, *miss* Marple —dijo *sir* Henry.

—Los que me preocupan —continuó *miss* Marple— son *Mr*. Pritchard y esa muchacha tan encantadora, *miss* Instow. Probablemente sospecharían el uno del otro y por ello se han ido distanciando, y la vida es tan corta.

Meneó la cabeza.

—No necesita preocuparse —replicó *sir* Henry—. A decir verdad, yo ya sospechaba algo. Acaba de ser detenida una enfermera acusada de haber asesinado a un anciano paciente suyo que le había dejado su herencia. Para ello sustituyó las sales de su frasco por cianuro de potasio. La enfermera Copling quiso repetir el mismo truco. *Miss* Instow y *Mr*. Pritchard ya no pueden tener dudas sobre cuál es la verdad.

—¿No es estupendo? —exclamó *miss* Marple—. No me refiero al nuevo crimen, desde luego. Es muy triste y demuestra la maldad que hay en el mundo y que, cuando se tropieza una vez… eso me recuerda que debo terminar mi conversación con el doctor Lloyd acerca de la enfermera de mi pueblecito.

La señorita de compañía

(The Companion).

—Ahora usted, doctor Lloyd —dijo *miss* Helier—, ¿no conoce alguna historia espeluznante?

Le sonrió con aquella sonrisa que cada noche embrujaba al público que acudía al teatro. Jane Helier era considerada la mujer más hermosa de Inglaterra y algunas de sus compañeras de profesión, celosas de ella, solían decirse entre ellas: «Claro que Jane no es una *artista*. No sabe *actuar*, en el verdadero sentido de la palabra. ¡Son esos ojos…!».

Y esos ojos estaban en aquel momento mirando suplicantes al solterón y anciano doctor que durante los cinco últimos años había atendido todas las dolencias de los habitantes del pueblo de St. Mary Mead.

Con un gesto inconsciente, el médico tiró hacia abajo de las puntas de su chaleco (que empezaba a quedársele estrecho) y buscó afanosamente en su memoria algún recuerdo para no decepcionar a la encantadora criatura que se dirigía a él con tanta confianza.

—Esta noche me gustaría sumergirme en el crimen —dijo Jane con aire soñador.

—Espléndido —exclamó su anfitrión, el coronel Bantry—. Espléndido, espléndido. —Y lanzó su potente risa militar—. ¿No te parece, Dolly?

Su esposa, reclamada tan bruscamente a las exigencias de la vida social (mentalmente estaba planeando qué flores plantaría la próxima primavera), convino con entusiasmo:

—Claro que es espléndido —dijo de corazón, aunque sin saber de qué se trataba —. Siempre lo he pensado.

—¿De veras, querida? —preguntó *miss* Marple cuyos ojos parpadearon rápidamente.

—En St. Mary Mead no tenemos muchos casos espeluznantes… y menos en el terreno criminal, *miss* Helier —dijo el doctor Lloyd.

—Me sorprende usted —dijo *sir* Henry Clithering, excomisionado de Scotland Yard, vuelto hacia *miss* Marple—. Siempre he pensado, por lo que he oído decir a nuestra amiga, que St. Mary Mead es un verdadero nido de crímenes y perversión.

—¡Oh, *sir* Henry! —protestó *miss* Marple mientras sus mejillas enrojecían—. Estoy segura de no haber dicho nunca semejante cosa. Lo único que he dicho alguna vez es que la naturaleza humana es la misma en un pueblo que en cualquier parte, sólo que aquí uno tiene oportunidad y tiempo para estudiarla más de cerca.

—Pero usted no ha vivido siempre aquí —dijo Jane Helier dirigiéndose al médico —. Usted ha estado en toda clase de sitios extraños y en diversas partes del mundo, lugares donde *sí ocurren* cosas.

—Es cierto, desde luego —dijo el doctor Lloyd pensando desesperadamente—. Sí claro, sí… ¡Ah! ¡Ya lo tengo!

Y se reclinó en su butaca con un suspiro de alivio.

—De esto hace ya algunos años y casi lo había olvidado. Pero los hechos fueron realmente extraños, muy extraños. Y también la coincidencia que me ayudó a desvelar finalmente el misterio.

Miss Helier acercó su silla un poco más hacia él, se pintó los labios y aguardó impaciente. Los demás también volvieron sus rostros hacia el doctor.

—No sé si alguno de ustedes conoce las Islas Canarias —empezó a decir el médico.

—Deben de ser maravillosas —dijo Jane Helier—. Están en los Mares del Sur, ¿no? ¿O están en el Mediterráneo?

—Yo las visité camino de Sudáfrica —dijo el coronel—. Es muy hermosa la vista del Teide, en Tenerife, iluminado por el sol poniente.

—El incidente que voy a referirles —continuó el médico— sucedió en la isla de Gran Canaria, no en Tenerife. Hace ahora muchos años ya. Mi salud no era muy buena y me vi obligado a dejar mi trabajo en Inglaterra y marcharme al extranjero. Estuve ejerciendo en Las Palmas, que es la capital de Gran Canaria. En cierto modo, allí disfruté mucho. El clima es suave y soleado, excelente playa (yo soy un bañista entusiasta) y la vida del puerto me atraía sobremanera. Barcos de todo el mundo atracan en Las Palmas. Yo acostumbraba a pasear por el muelle cada mañana, más interesado que una dama que pasara por una calle de sombrererías.

»Como les decía, barcos procedentes de todas las partes del mundo atracan en Las Palmas. Algunas veces hacían escala unas horas y otras un día o dos. En el hotel principal, el Metropol, se veían gentes de todas razas y nacionalidades, aves de paso. Incluso los que se dirigían a Tenerife se quedaban unos días antes de pasar a la otra isla.

»Mi historia comienza allí, en el hotel Metropol, un jueves por la noche del mes de enero. Se celebraba un baile y yo contemplaba la escena sentado en una mesa con un amigo mío. Había algunos ingleses y gentes de otras nacionalidades, pero la mayoría de los que bailaban eran españoles. Cuando la orquesta inició los compases de un tango, sólo media docena de parejas de esta nacionalidad permanecieron en la pista. Todos bailaban admirablemente mientras nosotros los contemplábamos. Una mujer en particular despertó vivamente nuestra admiración. Alta, hermosa e insinuante, se movía con la gracia de una pantera. Había algo peligroso en ella. Así se lo dije a mi compañero, que se mostró de acuerdo conmigo.

»—Las mujeres como ésta —me dijo— suelen tener historia. No pasan por la vida con más pena que gloria.

»—La hermosura es quizá la riqueza más peligrosa —repliqué.

»—No es sólo su belleza —insistió—. Hay algo más. Mírela de nuevo. A esa mujer han de sucederle cosas o sucederán por su causa. Como le digo, la vida no pasa

de largo junto a una mujer así. Estoy seguro de que se verá rodeada de sucesos extraños y excitantes. Sólo hay que mirarla para comprenderlo.

»Hizo una pausa y luego agregó con una sonrisa.

»—Igual que sólo hay que mirar a esas dos mujeres de ahí, para saber que nada extraordinario puede sucederles a ninguna de ellas. Han nacido para llevar una existencia segura y tranquila.

»Seguí su mirada. Las dos mujeres a las que se refería eran dos viajeras que acababan de llegar. Un buque holandés había entrado en el puerto aquella noche y sus pasajeros llegaban al hotel.

»Al mirarlas comprendí en el acto lo que quiso decir mi amigo. Eran dos señoras inglesas, el tipo clásico de viajera inglesa que se encuentra en el extranjero. Las dos debían rayar los cuarenta años. Una era rubia y un poco… sólo un poco llenita. La otra era morena y un poco… también sólo un poco exageradamente delgada. Estaban lo que se ha dado en llamar bien conservadas: vestían trajes de buen corte poco ostentosos y no llevaban ninguna clase de maquillaje. Tenían la tranquila prestancia de la mujer inglesa, bien educada y de buena familia. Ninguna de las dos tenía nada de particular. Eran iguales a miles de sus compatriotas: verían lo que quisieran ver, asistidas por sus guías Baedeker, y estarían ciegas a todo lo demás. Acudirían a la biblioteca inglesa y a la iglesia anglicana en cualquier lugar donde se encontrasen, y era probable que una de las dos pintara de vez en cuando. Como mi amigo había dicho, nada excitante o extraordinario habría de ocurrirle nunca a ninguna de las dos por mucho que viajaran alrededor de medio mundo. Aparté mis ojos de ellas para mirar de nuevo a nuestra sensual española de provocativa mirada y sonreí.

—¡Pobrecillas! —dijo Jane Helier con un suspiro—. Me parece estúpido que las personas no saquen el mayor partido posible de sí mismas. Esa mujer de Bond Street, Valentine, es realmente maravillosa. Audrey Denman es cliente suya, ¿y la han visto ustedes en *La Pendiente*? En el primer acto, en el papel de una colegiala está realmente maravillosa. Y sin embargo, Audrey tiene más de cincuenta años. En realidad, da la casualidad de que sé de muy buena tinta que anda muy cerca de los sesenta.

—Continúe —dijo *Mrs*. Bantry al doctor Lloyd—. Me encantan las historias de sensuales bailarinas españolas. Me hacen olvidar lo gorda y vieja que soy.

—Lo siento —dijo el doctor Lloyd a modo de disculpa—, pero, a decir verdad, mi historia no se refiere a la española.

—¿No?

—No. Como suele suceder, mi amigo estaba equivocado. A la belleza española no le ocurrió nada excitante. Se casó con un empleado de una compañía naviera y, cuando yo abandoné la isla, tenía ya cinco hijos y estaba engordando mucho.

—Igual que la hija de Israel Peters —comentó *miss* Marple—. La que se hizo actriz y tenía unas piernas tan bonitas que no tardó en lograr el papel de protagonista.

Todo el mundo decía que acabaría mal, pero se casó con un viajante de comercio y sentó la cabeza.

—El paralelismo pueblerino —murmuró *sir* Henry.

—Efectivamente —continuó el médico—, mi historia se refiere a las dos damas inglesas.

—¿Les ocurrió algo? —preguntó *miss* Helier.

—Sí, y precisamente al día siguiente.

—¿Sí? —dijo *Mrs*. Bantry intrigada.

—Al salir aquella noche, sólo por curiosidad, miré el libro de registro del hotel y encontré sus nombres con facilidad. *Mrs*. Mary Barton y *miss* Amy Durrant, de Little Paddocks, Caughton Weir, Bucks. Poco imaginaba entonces lo pronto que iba a encontrar de nuevo a las propietarias de aquellos nombres y en qué trágicas circunstancias.

»Al día siguiente había planeado ir de excursión con unos amigos. Teníamos que atravesar la isla en automóvil, llevándonos la comida, hasta un lugar llamado (apenas lo recuerdo, ¡ha pasado tanto tiempo!). Las Nieves, una bahía resguardada donde podíamos bañarnos si ése era nuestro deseo. Seguimos el programa tal como habíamos pensado, si exceptuamos el hecho de que salimos más tarde de lo previsto y nos detuvimos por el camino para comer, por lo que llegamos a Las Nieves a tiempo para bañarnos antes de la hora del té.

»Al aproximarnos a la playa, percibimos enseguida una gran conmoción. Todos los habitantes del pequeño pueblecito parecían haberse reunido en la orilla y, en cuanto nos vieron, corrieron hacia el coche y empezaron a explicarnos lo ocurrido con gran excitación. Como nuestro español no era demasiado bueno, me costó bastante entenderlo, pero al fin lo logré.

»Dos de esas chaladas inglesas habían ido allí a bañarse y una se alejó demasiado de la orilla y no pudo volver. La otra acudió en su auxilio para intentar traerla a la playa, pero le fallaron las fuerzas y se hubiera ahogado también de no ser porque un hombre salió en un bote y las recogió, aunque la primera estaba más allá de toda ayuda.

»Tan pronto como supe lo que ocurría, aparté a la multitud y corrí hasta la playa. Al principio no reconocí a las dos mujeres. El traje de baño negro en que se enfundaba la figura rolliza y la apretada gorra de baño verde me impidieron reconocerla cuando alzó la cabeza mirándome con ansiedad. Estaba arrodillada junto al cuerpo de su amiga tratando de hacerle unos torpes remedos de respiración artificial. Cuando le dije que era médico lanzó un suspiro de alivio y yo le mandé que fuera enseguida a una de las casas a darse una buena fricción y a ponerse ropa seca. Una de las señoras que venía con nosotros la acompañó. Me puse a trabajar para devolver la vida a la ahogada, pero fue en vano. Era evidente que había dejado de existir y al fin tuve que darme por vencido.

»Me reuní con los otros en la casita de un pescador, donde tuve que dar la mala noticia. La superviviente se había vestido ya y entonces la reconocí inmediatamente como una de las recién llegadas de la noche anterior. Recibió la mala nueva con bastante calma y era evidente que el horror de lo ocurrido la había impresionado más que cualquier otro sentimiento personal.

»—Pobre Amy —decía—. Pobre, pobrecita Amy. Había deseado tanto poderse bañar aquí. Y era muy buena nadadora, no lo comprendo. ¿Qué cree usted que puede haber sido, doctor?

»—Posiblemente un calambre. ¿Quiere contarme exactamente lo que ha ocurrido?

»—Habíamos estado nadando las dos durante un rato, unos veinte minutos. Entonces dije que iba a salir ya, pero Amy quiso nadar un poco más. Luego la oí gritar y, al comprender que pedía ayuda, nadé hacia ella tan deprisa como pude. Cuando llegué a su lado aún flotaba, pero se agarró a mí con tanta fuerza que nos hundimos las dos. De no haber sido por ese hombre que se acercó con el bote, me hubiera ahogado yo también.

»—Suele ocurrir muy a menudo —dije—. Salvar a una persona que se está ahogando no es tarea fácil.

»—Es horrible —continuó *miss* Barton—. Llegamos ayer y estábamos encantadas con el sol y nuestras vacaciones. Y ahora ocurre esta horrible tragedia.

»Le pedí los datos personales de la difunta, explicándole que haría cuanto pudiese por ella, pero que las autoridades españolas necesitarían disponer de cuanta información tuviera. Ella me dio todos los datos que pudo con presteza.

»La fallecida era *miss* Amy Durrant, su señorita de compañía, que había entrado a su servicio cinco meses atrás. Se llevaban muy bien, pero *miss* Durrant le habló muy poco de su familia. Se había quedado huérfana desde muy tierna edad y fue educada por un tío, ganándose la vida desde los veintiún años.

»Y eso fue todo —continuó el doctor.

Hizo una pausa y volvió a decir, esta vez con cierta intención:

—Y eso fue todo.

—No lo comprendo —dijo Jane Helier—. ¿Es eso todo? Quiero decir que es muy trágico, pero no… bueno, no es precisamente lo que yo llamo espeluznante.

—Yo creo que la historia no acaba ahí —intervino *sir* Henry.

—Sí —replicó el doctor Lloyd—, sí que continúa. Desde el principio me di cuenta de que había algo extraño. Desde luego interrogué a los pescadores sobre lo que habían visto. Ellos eran testigos presenciales. Y una de las mujeres me contó una historia bastante curiosa a la que entonces no presté atención, pero que recordé más tarde. Insistió en que *miss* Durrant no se encontraba en ningún apuro cuando gritó. La otra nadadora se había acercado a ella, según esta mujer, y deliberadamente le sumergió la cabeza debajo del agua. Como les digo, no le presté mucha atención. Era una historia fantástica y las cosas pueden verse de manera muy distinta desde la

playa. Tal vez *miss* Barton había tratado de dejarla inconsciente al ver que la otra, presa del pánico, se agarraba a ella con desesperación y que podían ahogarse las dos. Y según la historia de aquella mujer española, parecía como… como si *miss* Barton hubiera intentado en aquel momento ahogar deliberadamente a su compañera.

»Como les digo, presté poca atención a aquella historia por aquel entonces, pero más tarde acudió a mi memoria. Nuestra mayor dificultad fue averiguar algo de aquella mujer, Amy Durrant. Al parecer no tenía parientes. *Miss* Barton y yo revisamos juntos sus cosas. Encontramos una dirección a la que escribimos, pero resultó ser la de una habitación que había alquilado para guardar algunas de sus pertenencias. La patrona nada sabía y sólo la vio al alquilarle la habitación. *Miss* Durrant había comentado entonces que le gustaba tener un lugar al que poder llamar suyo y al que poder regresar en un momento dado. Había allí un par de muebles antiguos, algunos cuadros y un baúl lleno de esas cosas que se adquieren en las subastas, pero nada personal. Había mencionado a la patrona que sus padres habían muerto en la India cuando ella era una niña y que fue educada por un tío sacerdote, pero no dijo si era hermano de su padre o de su madre, de modo que el nombre no nos sirvió en absoluto de guía.

»No es que fuese un caso precisamente misterioso, pero sí poco satisfactorio. Debe de haber muchas mujeres solas y orgullosas, en su misma posición. Entre sus cosas encontramos en Las Palmas un par de fotografías, bastante antiguas y desvaídas y que fueron recortadas para que cupieran en sus marcos respectivos, de modo que no constaba en ellas el nombre del fotógrafo, y también había un daguerrotipo antiguo que pudo haber sido de su madre o con más probabilidad de su abuela.

»*Miss* Barton tenía, según dijo, la dirección de dos personas que le dieron referencias suyas. Una la había olvidado, pero la otra logró recordarla tras algunos esfuerzos. Resultó ser la de una señora que ahora vivía en Australia. Se le escribió y su espuesta, que naturalmente tardó bastante en llegar, no sirvió de gran ayuda. Decía que *miss* Durrant había sido señorita de compañía suya por un determinado espacio tiempo, cumpliendo su cometido del modo más eficiente, que era una mujer encantadora, pero nada sabía de sus asuntos particulares ni de sus parientes.

»De modo que, como les digo, no era nada extraordinario en realidad, pero fueron las dos cosas juntas las que despertaron mis recelos. Aquella Amy Durrant de quien nadie sabía nada y la curiosa historia de la española que presenció la escena. Sí, y añadiré otra cosa: cuando me incliné por primera vez sobre el cuerpo de la ahogada y *miss* Barton se dirigía hacia las casetas de los pescadores, se volvió a mirar con una expresión en su rostro que sólo puedo calificar de intensa ansiedad, una especie de duda angustiosa que se me quedó grabada en la mente.

»Entonces no me pareció extraño. Lo atribuí a la terrible pena que sentía por su amiga, pero más tarde comprendí que no era por eso. Entre ellas no existía relación alguna y por ello no podía sentir un hondo pesar. *Miss* Barton apreciaba a Amy Durrant y su muerte la había sobresaltado, eso era todo.

»Pero entonces, ¿a qué se debía aquella inmensa angustia? Ésa es la pregunta que me atormentaba. No me equivoqué al interpretar aquella mirada y, casi contra mi voluntad, una respuesta comenzó a tomar forma en mi mente. Supongamos que la historia de la mujer española fuese cierta. Supongamos que Mary Barton hubiera intentado ahogar a sangre fría a Amy Durrant. Consigue mantenerla bajo el agua mientras simula salvarla y es rescatada por un bote. Se encuentra en una playa solitaria, lejos de todas partes, y entonces aparezco yo, lo último que ella esperaba. ¡Un médico! ¡Y un médico inglés! Sabe muy bien que personas que han permanecido sumergidas en el agua más tiempo que Amy Durrant han vuelto a la vida gracias a la respiración artificial. Pero ella tiene que representar su papel y marcharse dejándome solo con su víctima. Y cuando se vuelve a mirar por última vez, una terrible angustia se refleja en su rostro. ¿Volverá a la vida Amy Durrant y *contará lo que sabe*?

—¡Oh! —exclamó Jane—. Estoy emocionada.

—Desde este punto de vista, el caso parece más siniestro y la personalidad de Amy Durrant se hace más misteriosa. ¿Quién era Amy Durrant? ¿Por qué habría de ser ella, una insignificante señorita de compañía a quien se paga por su trabajo, asesinada por su ama? ¿Qué historia se escondía tras la fatal excursión a la playa? Había entrado al servicio de Mary Barton unos pocos meses antes. Ésta la lleva consigo al extranjero y, al día siguiente de su llegada, ocurre la tragedia. ¡Y ambas eran dos refinadas inglesas de lo más corriente! La sola idea resultaba fantástica y tuve que reconocer que me estaba dejando llevar por la imaginación.

—Entonces, ¿no hizo nada? —preguntó *miss* Helier.

—Mi querida jovencita, ¿qué podía hacer yo? No existían pruebas. La mayoría de los testigos refirieron la misma historia que *miss* Barton. Yo había basado mis sospechas en una mera expresión pasajera que bien pude haber imaginado. Lo único que podía hacer, y lo hice, era procurar que se continuasen las pesquisas para encontrar a los familiares de Amy Durrant. La siguiente vez que estuve en Inglaterra fui a ver a la patrona que le alquiló la habitación, con los resultados que ya les he referido.

—Pero usted presentía que había algo extraño —dijo *miss* Marple.

El doctor Lloyd asintió.

—La mitad del tiempo me avergonzaba pensar así. ¿Quién era yo para sospechar que aquella dama inglesa simpática y de trato amable hubiera cometido un crimen a sangre fría? Hice cuanto me fue posible por mostrarme cortés con ella durante el corto espacio de tiempo que permaneció en la isla. La ayudé a entenderse con las autoridades españolas e hice todo lo que pude como inglés para ayudar a una compatriota en un país extranjero. No obstante tengo el convencimiento de que ella sabía que me desagradaba y que sospechaba de ella.

—¿Cuánto tiempo permaneció allí? —preguntó *miss* Marple.

—Creo que unos quince días. *Miss* Durrant fue enterrada allí y, unos días después, *miss* Barton tomó un barco de regreso a Inglaterra. El golpe la había

trastornado tanto que no se sentía *capaz* de pasar el invierno allí, como había planeado. Eso es lo que dijo.

—¿Y parecía afectada? —quiso saber *miss* Marple.

—Bueno, no creo que aquello la afectara personalmente —replicó el doctor con cierta reserva.

—¿No engordaría por casualidad? —insistió *miss* Marple.

—¿Sabe? Es curioso que diga eso. Ahora que lo pienso, creo que tiene razón. Sí, si en algo cambió, fue en que pareció engordar un poco.

—Qué horrible —dijo Jane Helier con un estremecimiento—. Es como… como engordar con la sangre de la propia víctima.

—Y a pesar de todo, en cierto modo, no podía dejar de sentir que tal vez la estaba haciendo víctima de una injusticia —prosiguió el doctor Lloyd—. Sin embargo, antes de marcharse me dijo algo que parecía indicar lo contrario. Debe de haber, y yo creo que las hay, conciencias que obran muy lentamente y que tardan algún tiempo en despertar de la monstruosidad del delito cometido.

»Fue la noche antes de que partiera de las Canarias. Me había pedido que fuera a verla y me agradeció calurosamente todo lo que había hecho por ella. Yo, como es de suponer, quité importancia al asunto diciéndole que había hecho únicamente lo normal dadas las circunstancias, etcétera, etcétera. Después hubo una pausa y, de pronto, me hizo una pregunta.

»—¿Usted cree —me dijo— que alguna vez puede estar justificado tomarse la justicia por propia mano?

»Le respondí que era una pregunta difícil de contestar, pero que en principio yo pensaba que no, que la ley era la ley y que debíamos someternos a ella.

»—¿Incluso cuando es impotente?

»—No la comprendo.

»—Es difícil de explicar, pero uno puede hacer algo que esté considerado como completamente equivocado, que sea considerado incluso un crimen, por una razón buena y justificada.

»Le repliqué secamente que algunos criminales habían pensado eso al cometer sus crímenes y se horrorizó.

»—Pero eso es horrible —murmuró—, horrible.

»Y luego, cambiando de tono, me pidió que le diera algo que la ayudara a dormir, ya que no había podido hacerlo últimamente desde… desde que sufrió aquel terrible golpe.

»—¿Está segura de que es eso? ¿No le ocurre nada? ¿No hay algo que torture su mente?

»—¿Qué supone usted que puede torturar mi mente? —me contestó furiosa y con recelo.

»—Las preocupaciones son muchas veces la causa del insomnio —dije sin darle importancia.

»Pareció reflexionar unos momentos.

»—¿Se refiere a las preocupaciones del porvenir o a las del pasado que ya no tienen remedio?

»—A cualquiera de ellas.

»—Sería inútil preocuparse por el pasado. No puede volver… ¡Oh!, ¿de qué sirve? No debemos pensar más, no se debe pensar en ello.

»Le receté un somnífero y me despedí. Cuando me iba pensé en lo que acababa de decirme. “No puede volver…”. ¿Qué? ¿O *quién*?

»Creo que esta última entrevista me predispuso en cierto modo para lo que iba a suceder después. Yo no lo esperaba, por supuesto, pero cuando ocurrió no me sorprendí. Porque Mary Barton me había dado la impresión de ser una mujer consciente, no una débil pecadora, sino una mujer de convicciones firmes, que actuaría según ellas y que no cejaría mientras siguiera creyendo en ellas. Imaginé que durante nuestra última conversación empezó a dudar de sus propias convicciones. Sus palabras me hicieron creer que empezaba a sentir la comezón de ese terrible hostigador del alma: el remordimiento.

»Lo siguiente sucedió en Cornualles, en un pequeño balneario bastante desierto en aquella época del año. Debía ser, veamos, a finales de marzo, y lo leí en los periódicos. Una señora se había hospedado en un pequeño hotel de aquella localidad, una tal *miss* Barton, cuyo comportamiento fue muy extraño, cosa que fue observada por todos. Por la noche paseaba de un lado a otro de su habitación, hablando sola y sin dejar dormir a las personas de los dormitorios contiguos al suyo. Un día llamó al vicario y le dijo que tenía que comunicarle algo de la mayor importancia y que había cometido un crimen. Y luego, en vez de continuar, se puso en pie violentamente diciéndole que ya regresaría otro día. El vicario la consideró una perturbada mental y no tomó en serio su grave autoacusación.

»A la mañana siguiente se descubrió que había desaparecido de su habitación, donde había dejado una nota dirigida al coronel y que decía lo siguiente:

> *Ayer intenté hablar con el vicario para confesarme, pero no pude. Ella no me deja. Sólo puedo remediarlo de una manera: dando mi vida por la suya, y debo perderla del mismo modo que ella. Yo también debo ahogarme en el mar. Creí que lo hacía justificadamente. Ahora comprendo que no era así. Si quiero obtener el perdón de Amy debo ir con ella. No se culpe a nadie de mi muerte.*
>
> *MARY BARTON.*

»Sus ropas fueron encontradas en una cueva cercana a la playa. Al parecer se había desnudado allí y nadado resueltamente mar adentro, donde la corriente era peligrosa ya que la arrastraría a los acantilados.

»El cadáver no fue recuperado, pero al cabo de un tiempo se la dio por muerta. Era una mujer rica, resultó tener más de cien mil libras. Puesto que murió sin hacer testamento, todo fue a parar a manos de sus parientes más próximos, unos primos que vivían en Australia. Los periódicos hicieron alguna discreta alusión a la tragedia ocurrida en las Islas Canarias y expusieron la teoría de que la muerte de *miss* Durrant había trastornado la razón de su amiga. En la encuesta judicial se pronunció el acostumbrado veredicto de “*suicidio cometido en un ataque de locura*”.

»Y de este modo cayó el telón sobre la tragedia de Amy Durrant y Mary Barton.

Hubo una larga pausa y luego Jane Helier dijo con expresión agitada:

—Oh, pero no debe detenerse ahí, precisamente en el momento más interesante. Continúe.

—Pero comprenda, *miss* Helier, esto no es un serial, sino la vida real, y en la vida real las cosas se detienen inesperadamente.

—Pero yo no quiero que se detengan —dijo Jane—, quiero saber.

—Ahora es cuando debe hacer uso de su inteligencia, *miss* Helier —explicó *sir* Henry—. ¿Por qué asesinó Mary Barton a su señorita de compañía? Ése es el problema que nos ha planteado el doctor Lloyd.

—Oh, bueno —replicó la aludida—, pudo ser asesinada por muchísimas razones. Quiero decir… oh, no lo sé. Tal vez se saliera de sus casillas o tuviera celos, aunque el doctor Lloyd no haya mencionado a ningún hombre, pero es posible que durante el viaje en barco… bueno, ya sabe usted lo que dice todo el mundo de los cruceros y los viajes por mar.

Miss Helier se detuvo por falta de aliento, mientras todo su auditorio pensaba que el exterior de su encantadora cabeza superaba en mucho a lo que tenía dentro.

—A mí me gustaría hacer mil sugerencias —dijo *Mrs*. Bantry—, pero supongo que debo limitarme a una. Yo creo que el padre de *miss* Barton haría fortuna arruinando al de Amy Durrant y Amy determinó vengarse. ¡Oh, no! Tendría que haber sido al revés. ¡Qué fastidio! ¿Por qué la rica dama asesinó a su humilde señorita de compañía? Ya lo tengo. *Miss* Barton tenía un hermano menor que se enamoró perdidamente de Amy Durrant. *Miss* Barton espera su oportunidad. Cuando Amy sale al mundo, la toma como señorita de compañía y la lleva a Canarias para llevar a cabo su venganza. ¿Qué tal?

—Excelente —dijo *sir* Henry—. Sólo que ignoramos que *miss* Barton tuviera un hermano.

—Eso lo he deducido —replicó *Mrs*. Bantry—. A menos que tuviera un hermano menor, no veo el motivo. De modo que debía tener uno. ¿No lo ve usted así, Watson?

—Todo esto está muy bien, Dolly —dijo su esposo—, pero es sólo una mera conjetura.

—Claro —respondió *Mrs*. Bantry—. Es todo lo que podemos hacer, conjeturar. No tenemos la menor pista. Adelante, querido, ahora te toca a ti.

—Les doy mi palabra de que no sé qué decir, pero creo que es acertada la sugerencia de *miss* Helier acerca de que debía haber un hombre de por medio. Mira, Dolly, seguramente debía ser un párroco. Por un decir, las dos le tejen una capa a medida, pero él acepta la de la señorita Durrant primero. Puedes estar segura de que tuvo que ser algo así. Es muy significativo que al final acudiera también a un párroco, ¿no? Ese tipo de mujeres siempre pierden la cabeza por los párrocos bien parecidos. Se oyen casos continuamente.

—Creo que debemos tratar de encontrar una explicación un poco más plausible —dijo *sir* Henry—, aunque admito que también es sólo una conjetura. Yo sugiero que *miss* Barton fue siempre una desequilibrada mental. Hay muchos más casos así de los que pueden imaginar. Su manía fue agudizándose y empezó a creer que su obligación era librar al mundo de ciertas personas, posiblemente de las «mujeres desgraciadas». No sabemos gran cosa del pasado de *miss* Durrant. De modo que es muy posible que tuviera un pasado «desgraciado». *Miss* Barton lo averigua y decide exterminarla. Más tarde, su crimen empieza a preocuparle y se siente abrumada por los remordimientos. Su fin demuestra que estaba completamente desequilibrada. Ahora dígame si está de acuerdo conmigo, *miss* Marple.

—Me temo que no, *sir* Henry —replicó *miss* Marple sonriendo para disculparse —. Creo que su final demuestra que había sido una mujer inteligente y resuelta.

Jane Heiler la interrumpió lanzando un grito.

—¡Oh! ¡Qué tonta he sido! ¿Puedo probar otra vez? Claro que debió ser eso. ¡Chantaje! La señorita de compañía le estaba haciendo víctima de su chantaje. Sólo que no comprendo por qué dice *miss* Marple que fue una mujer inteligente por el hecho de que se suicidara. No lo comprendo en absoluto.

—¡Ah! —exclamó *sir* Henry—. Seguro que *miss* Marple conoce un caso exactamente igual ocurrido en St. Mary Mead.

—Usted siempre se burla de mí, *sir* Henry —contestó *miss* Marple con tono de reproche—. Debo confesar que me recuerda un poco, sólo un poco, a la anciana Trout. Cobró las pensiones de tres ancianas fallecidas en distintas parroquias.

—Me parece un crimen muy complicado y muy provechoso —dijo *sir* Henry—, pero no me veo que arroje ninguna luz sobre el problema que nos ocupa.

—Claro que no —replicó *miss* Marple—. Usted no, pero algunas de las familias eran muy pobres y la pensión de las ancianas representaba mucho para los niños. Sé que es difícil de entender para los extraños, pero lo que quiero hacer resaltar es que el fraude se apoyaba en el hecho de que una anciana se parece mucho a cualquier otra.

—¿Cómo? —preguntó *sir* Henry intrigado.

—Siempre me explico mal. Lo que quiero decir es que, cuando el doctor Lloyd describió a esas dos señoras, no sabía quién era quién y supongo que tampoco lo sabía nadie del hotel. Desde luego, lo hubieran sabido al cabo de uno o dos días, pero al día siguiente una de las dos pereció ahogada y si la superviviente dijo que era *miss* Barton, no creo que a nadie se le ocurriera dudarlo.

—Usted cree… ¡Oh! Ya comprendo —dijo *sir* Henry despacio.

—Es lo único que tendría un poco de sentido. Nuestra querida *Mrs*. Bantry ha llegado a la misma conclusión hace tan sólo unos momentos. ¿Por qué habría de matar una mujer rica a su humilde acompañante? Es mucho más lógico que fuera lo contrario. Quiero decir que es así como suelen suceder las cosas.

—¿Sí? —comentó *sir* Henry—. Me sorprende usted.

—Pero claro —prosiguió *miss* Marple—, luego tuvo que usar la ropa de *miss* Barton, que probablemente debía quedarle un tanto estrecha, por lo que daría la impresión de haber engordado un poco. Por eso hice esa pregunta. Un caballero seguramente pensaría que estaba aumentando de peso y no que la ropa le quedaba pequeña, aunque no sea éste el modo correcto de explicarlo.

—Pero si Amy Durrant asesinó a *miss* Barton, ¿qué ganaba con ello? —quiso saber *miss* Bantry—. No podía mantener la ficción indefinidamente.

—Sólo la mantuvo por espacio de un mes aproximadamente —indicó *miss* Marple—. Y durante este tiempo supongo que viajaría, manteniéndose alejada de todo el que pudiera conocerla. Eso es lo que quise dar a entender al decir que una mujer de cierta edad resultaba muy parecida a cualquier otra. No creo siquiera que notaran que la fotografía del pasaporte era distinta, ya saben ustedes lo malas que son. Y luego, en marzo, se marchó a ese balneario de Cornualles donde comenzó a actuar de un modo extraño, a atraer la atención de la gente para que cuando encontrasen sus ropas en la playa y leyeran su última carta no repararan en lo obvio.

—¿Que era? —preguntó *sir* Henry.

—Que *no había cuerpo* —replicó *miss* Marple—. Eso es lo que hubiera saltado más a la vista de no ser por la cantidad de pistas falsas puestas para apartarlos de la verdadera pista, incluyendo el detalle de la comedia del arrepentimiento: No había cuerpo, ése era el hecho más importante.

—¿Quiere usted decir…? —preguntó *miss* Bantry—. ¿Quiere decir que no hubo tal arrepentimiento? ¿Y que… que no se ahogó?

—¡Ella no! —replicó *miss* Marple—. Igual que *Mrs*. Trout. Ella también supo preparar muchas pistas falsas, pero no había contado conmigo. Yo sé ver a través del fingido remordimiento de *miss* Barton. ¿Ahogada ella? Se marchó a Australia y no temo equivocarme.

—No se equivoca, *miss* Marple —dijo el doctor Lloyd—. Tiene razón. Otra vez me deja usted sorprendido. Vaya, aquel día en Melbourne casi me caigo redondo de la impresión.

—¿Era eso a lo que se refería usted al hablar de una coincidencia?

El doctor Lloyd asintió.

—Sí, tuvo muy mala suerte *miss* Barton o *miss* Amy Durrant o como quieran llamarla. Durante algún tiempo fui médico de un barco y, al desembarcar en Melbourne, la primera persona que vi cuando paseaba por allí fue a la señora que yo creía que se había ahogado en Cornualles. Ella comprendió que su juego estaba

descubierto por lo que a mí se refería e hizo lo más osado que se le ocurrió, convertirme en su confidente. Era una mujer extraña, desprovista de toda moral. Era la mayor de nueve hermanos, todos muy pobres. En una ocasión pidieron ayuda a su prima rica, que vivía en Inglaterra, pero fueron rechazados y *miss* Barton se peleó con su padre. Necesitaban dinero desesperadamente, ya que los tres niños más pequeños estaban delicados y necesitaban un costoso tratamiento médico. Parece ser que entonces Amy Barton planeó su crimen a sangre fría. Se marchó a Inglaterra, ganándose el pasaje como niñera, y obtuvo su empleo de señorita de compañía de *miss* Barton haciéndose llamar Amy Durrant. Alquiló una habitación en la que puso algunos muebles para crearse una cierta personalidad. El plan del ahogamiento fue una inspiración repentina. Había estado esperando que se le presentara alguna oportunidad. Después de representar la escena final del drama, regresó a Australia y, a su debido tiempo, ella y sus hermanos heredaron todo el dinero de *miss* Barton como parientes más próximos.

—Un crimen osado y perfecto —dijo *sir* Henry—. Casi el crimen perfecto. De haber sido *miss* Barton quien muriera en las Canarias, las sospechas hubieran recaído en Amy Durrant y se hubiese descubierto su parentesco con la familia Barton. Pero el cambio de identidad y el doble crimen, como podemos llamarlo, evitó esa posibilidad. Sí, casi fue un crimen perfecto.

—¿Qué fue de ella? —preguntó *Mrs*. Bantry—. ¿Cómo actuó en el asunto, doctor Lloyd?

—Me encontraba en una posición muy curiosa, *Mrs*. Bantry. Pruebas, tal como las entiende la ley, tenía muy pocas todavía. Y también, como médico, me di cuenta de que, a pesar de su aspecto vigoroso y robusto, aquella mujer no iba a vivir mucho. La acompañé a su casa y conocí al resto de los hermanos, una familia encantadora que adoraba a su hermana mayor, completamente ajenos al crimen que había cometido. ¿Por qué llenarlos de pena si no podía probar nada? La confesión de aquella mujer no fue oída por nadie más que por mí y dejé que la naturaleza siguiera su curso. *Miss* Amy Barton falleció seis meses después de mi último encuentro con ella. Y a menudo me he preguntado si vivió alegre y sin arrepentimiento hasta que le llegó su fin.

—Seguramente no —dijo *Mrs*. Bantry.

—Yo creo que sí —dijo *miss* Marple—. Como *Mrs*. Trout.

Jane Helier se estremeció.

—Vaya —dijo—, es muy emocionante. Aunque aún no entiendo quién ahogó a quién y qué tiene que ver esa *Mrs*. Trout con todo eso.

—No tiene nada que ver, querida —replicó *miss* Marple—. Fue sólo una persona, y no precisamente agradable, que vivía en el pueblo.

—¡Oh! —exclamó Jane—. En el pueblo. Pero si en los pueblos nunca ocurre nada, ¿no es cierto? —suspiró—. Estoy segura de que si viviera en un pueblo sería tonta de remate.

Los cuatro sospechosos

(The Four Suspects).

La conversación giraba en torno a los crímenes que quedaban sin resolver y sin castigo. Cada uno por turno dio su opinión: el coronel Bantry, su simpática y gordezuela esposa, Jane Helier, el doctor Lloyd e incluso *miss* Marple. El único que no habló fue el que, en opinión de la mayoría, estaba más capacitado para ello. *Sir* Henry Clithering, excomisionado de Scotland Yard, permanecía silencioso, retorciéndose el bigote o más bien dicho, tirando de él y con una media sonrisa en sus labios, como si le divirtiera algún pensamiento.

—*Sir* Henry —le dijo finalmente *Mrs*. Bantry—, si no dice usted algo, gritaré. ¿Hay muchos crímenes que quedan impunes?

—Usted piensa en los titulares de la prensa, *Mrs*. Bantry: SCOTLAND YARD FRACASA DE NUEVO y, a continuación, la lista de crímenes sin resolver.

—Que en realidad deben ser un porcentaje muy pequeño, supongo —dijo el doctor Lloyd.

—Sí, los cientos de crímenes que se resuelven y los responsables castigados rara vez se pregonan. Pero eso no es precisamente lo que discutimos. Los crímenes no *descubiertos* y los crímenes que quedan *impunes* son dos cosas por completo distintas. En la primera categoría entran todos los crímenes de los que Scotland Yard ni siquiera ha oído hablar, los que nadie ni siquiera sabe que se han cometido.

—Pero supongo que no debe haber muchos de ésos —dijo *Mrs*. Bantry.

—¿No?

—¡*Sir* Henry! ¿No querrá usted decir que sí los hay?

—Yo creo —dijo *miss* Marple pensativa— que debe de haber muchísimos.

La encantadora anciana, con su aire tranquilo y anticuado, hizo esta declaración con la mayor placidez.

—Mi querida *miss* Marple… —empezó el coronel Bantry.

—Claro que muchas personas son estúpidas —dijo *miss* Marple—. Y a las personas estúpidas se las descubre hagan lo que hagan. Pero también hay muchas que no lo son y uno se estremece al pensar lo que serían capaces de hacer de no tener principios muy arraigados.

—Sí —replicó *sir* Henry—, hay muchísimas personas que no son estúpidas. Muchas veces un crimen llega a descubrirse por un fallo insignificante y uno no deja de hacerse siempre la misma pregunta. De no haber sido por aquel fallo, ¿hubiese llegado a descubrirse?

—Pero esto es muy serio, Clithering —dijo el coronel Bantry—, pero que muy grave.

—¿De veras?

—¿Pero qué dice usted? ¡Lo es! Claro que es serio.

—Usted dice que hay crímenes que quedan impunes, pero ¿es eso cierto? Tal vez no reciban el castigo de la ley, pero la causa y el efecto actúan aun fuera de la ley. Decir que cada crimen conlleva su propio castigo parecerá muy tópico y, no obstante, en mi opinión, nada hay más cierto.

—Tal vez —dijo el coronel Bantry—, pero eso no altera la gravedad… la gravedad…

Se detuvo desorientado.

Sir Henry Clithering sonrió.

—El noventa y nueve por ciento de la gente sin duda comparte su opinión —comentó—. Pero ¿sabe usted?, no es la culpabilidad lo importante, sino la inocencia. Eso es lo que nadie aprecia.

—No lo entiendo —exclamó Jane Helier.

—Yo sí —replicó *miss* Marple—. Cuando *Mrs*. Trent descubrió que le faltaba media corona que llevaba en el bolso, la persona más afectada fue la asistenta, *Mrs*. Arthur. Desde luego los Trent pensaron que había sido ella, pero eran buenas personas y, como sabían que tenía una familia numerosa y un marido aficionado a la bebida, pues… naturalmente no quisieron tomar medidas extremas. Pero cambiaron totalmente su actitud hacia ella. Ya no la dejaban al cuidado de la casa cuando se ausentaban y otras personas empezaron a comportarse con ella de un modo semejante. Y luego se descubrió de pronto que había sido la institutriz. *Mrs*. Trent la descubrió, a través de una puerta que se reflejaba en un espejo, por pura casualidad, a la que yo prefiero llamar Providencia. Y creo que eso es lo que quiere decir *sir* Henry. La mayoría de las personas se hubieran interesado únicamente por saber quién cogió el dinero, que resultó ser la más insospechada, como en las novelas policíacas. Pero, para quien realmente era importante, casi cuestión de vida o muerte, descubrir la verdad era para *Mrs*. Arthur, que no había hecho nada. Eso es lo que quiso usted decir, ¿verdad, *sir* Henry?

—Sí, *miss* Marple, ha dado usted en el clavo. La asistenta de su historia tuvo suerte en el caso que ha expuesto: se demostró su inocencia. Pero algunas personas pueden pasar toda su vida oprimidas por el peso de una sospecha completamente injusta.

—¿Se refiere usted a algún caso en particular, *sir* Henry? —preguntó *Mrs*. Bantry con astucia y con verdadera curiosidad.

—Pues, a decir verdad, sí, *Mrs*. Bantry. Uno muy curioso. Un caso en el que pensábamos que se había cometido un crimen, pero no teníamos la más remota posibilidad de probarlo.

—Veneno, supongo —exclamó Jane—. Algo que no deja rastro.

El doctor Lloyd se removió inquieto y *sir* Henry negó con la cabeza.

—No, querida señorita. ¡*No* fue el veneno secreto de las flechas de los indios sudamericanos! ¡Ojalá hubiera sido algo así! Tuvimos que habérnoslas con algo mucho más prosaico, tanto, que no cabe la esperanza de dar con el responsable. Un

anciano que se cayó por la escalera y se desnucó, uno de tantos accidentes, lamentables accidentes, que ocurren a diario.

—¿Y que sucedió en realidad?

—¿Quién puede decirlo? —*Sir* Henry se encogió de hombros—. ¿Le empujaron por detrás? ¿Ataron un cordón de lado a lado de la escalera, que luego fue quitado cuidadosamente? Eso nunca lo sabremos.

—Pero usted cree que… bueno, que no fue un accidente. ¿Por qué? —quiso saber el médico.

—Ésa es una historia bastante larga, pero… bueno, sí, estamos casi seguros. Como les digo, no hay posibilidad de poder culpar a nadie, las pruebas serían demasiado vagas. Pero el caso se puede mirar también desde otra perspectiva, la que mencionaba antes. Cuatro son las personas que pudieron hacerlo. Una es culpable, *pero las otras tres son inocentes*. Y, a menos que se averigüe la verdad, permanecerán bajo la terrible sombra de la duda.

—Creo —dijo *Mrs*. Bantry— que será mejor que nos cuente usted toda la historia.

—En realidad no creo que sea necesario que me extienda tanto —replicó *sir* Henry—. Puedo resumir el principio. Es sobre una sociedad secreta alemana: «La Mano Vengadora», algo parecido a la Camorra o a la idea que la gente tiene de ella. Una organización dedicada a la extorsión y el terrorismo. La cosa empezó repentinamente después de la guerra y se extendió con sorprendente rapidez, y fueron numerosas las víctimas de la organización. Las autoridades no pudieron con ella, porque sus secretos eran guardados celosamente y era casi imposible encontrar a nadie que quisiera traicionarlos.

»En Inglaterra no se oyó hablar mucho de ella, pero en Alemania estaba causando un efecto paralizador. Finalmente fue disuelta gracias a los esfuerzos de un hombre, un tal doctor Rosen, que en un tiempo fue un miembro notable del Servicio Secreto. Se hizo miembro de la sociedad, se infiltró en sus círculos más íntimos y fue, tal como les digo, el instrumento que la desmoronó.

»Pero, en consecuencia, se convirtió en un hombre marcado y se consideró prudente que abandonara Alemania, al menos durante algún tiempo. Se vino a Inglaterra y fuimos informados por la policía de Berlín. Se entrevistó personalmente conmigo y advertí enseguida lo resignado de su actitud. No le cabía la menor duda de lo que le reservaba el futuro.

»—Me cogerán, *sir* Henry —me dijo—, no cabe la menor duda. —Era un hombre alto, de hermosas facciones y voz profunda, que sólo delataba su nacionalidad por su ligera pronunciación gutural—. Es una conclusión inevitable. No me importa, estoy preparado. Ya afronté ese riesgo al emprender esta empresa. He hecho lo que me propuse. La organización no podrá volver a levantarse, pero quedan muchos de sus miembros en libertad y se vengarán de la única manera que pueden: con mi vida. Es sólo cuestión de tiempo, pero desearía alargarlo lo más posible. Estoy reuniendo y

preparando material muy interesante, el resultado de toda una vida de trabajo. Y si fuera posible, me gustaría poder completar mi tarea.

»Habló con sencillez, pero con cierta grandeza que no pude dejar de admirar. Le dije que tomaríamos toda clase de precauciones, pero no me dejó insistir.

»—Algún día, más pronto o más tarde, me cogerán —repetía—. Y cuando ese día llegue, no se preocupe. No me cabe la menor duda de que habrá hecho todo lo posible por evitarlo.

»Luego me expuso sus proyectos, que eran bastante sencillos. Se proponía adquirir una casita en el campo donde vivir tranquilamente y continuar su trabajo. Por fin escogió un pueblecito de Somerset, King's Gnaton, situado a unas siete millas de la estación de ferrocarril y singularmente preservado de la civilización. Compró una casita preciosa en la que llevó a cabo algunas reformas y mejoras, y se instaló en ella muy contento, acompañado de su sobrina Greta, un secretario, una vieja criada alemana que le había servido fielmente durante casi cuarenta años y un mañoso jardinero externo, que era nativo de King's Gnaton.

—Los cuatro sospechosos —comentó *Mr*. Lloyd con voz apagada.

—Exacto, los cuatro sospechosos. No hay mucho más que decir. La vida transcurrió apaciblemente en King's Gnaton durante cinco meses y entonces ocurrió la desgracia. El doctor Rosen se cayó una mañana por la escalera y fue hallado muerto media hora más tarde. En el momento en que debió ocurrir el accidente, Gertrud estaba en la cocina con la puerta cerrada y no oyó nada, o por lo menos *eso dijo*. *Miss* Greta estaba en el jardín plantando unos bulbos, también *según dijo*. El jardinero, Dobbs, estaba en el cobertizo, desayunando, *según dijo*. Y el secretario había ido a dar un paseo y tampoco tenemos otra cosa mejor que su palabra. Ninguno de ellos tiene una coartada ni es capaz de atestiguar la declaración de los demás. Pero una cosa es cierta: nadie del exterior pudo hacerlo ya que la presencia de un extraño hubiera sido advertida con seguridad en el pueblecito de King's Gnaton. La puerta principal y la de atrás estaban cerradas, y cada uno de los habitantes de la casa tenía su llave. De modo que ya ven que los sospechosos se reducen a estos cuatro: Greta, la hija de su propio hermano; Gertrud, que llevaba cuarenta años sirviéndole fielmente; Dobbs que nunca había salido de King's Gnaton, y Charles Templeton, el secretario.

—Sí —intervino el coronel Bantry—. ¿Qué nos dice de él? A mí me parece el más sospechoso. ¿Qué sabía usted de él?

—Pues lo que sé de él es lo que le deja completamente al margen de sospechas, por lo menos de momento —dijo *sir* Henry en tono grave—. Charles Templeton era uno de mis hombres.

—¡Oh! —exclamó el coronel Bantry visiblemente sorprendido.

—Sí, quise tener a alguien en la casa y que al mismo tiempo no llamara la atención en el pueblo. Rosen realmente necesitaba un secretario y yo le proporcioné a Templeton. Es un caballero, habla alemán a la perfección y es, en conjunto, un tipo muy capacitado.

—Pues entonces, ¿de quién sospecha usted? —preguntó *Mrs*. Bantry con extrañeza—. Todos parecen tan… buenos y tan inocentes.

—Sí, eso parece, pero podemos considerar el caso desde un ángulo distinto. Fraülein Greta era su sobrina y una muchacha encantadora, pero la guerra nos ha demostrado a menudo que un hermano puede volverse contra su hermana, un padre contra su hijo, etcétera, etcétera, y que las más encantadoras y gentiles jovencitas eran capaces de cosas sorprendentes. Lo mismo puede aplicarse a Gertrud y quién sabe qué otros factores pudieron obrar en su caso. Tal vez una disputa con su señor, un creciente resentimiento más intenso debido a los largos años de fidelidad. Las mujeres que tienen tantos años y pertenecen a esa clase, algunas veces pueden vivir increíblemente amargadas. ¿Y Dobbs? ¿Queda eliminado por no tener relación alguna con la familia? Con dinero se consiguen muchas cosas. Pudieron aproximarse a él de algún modo y sobornarlo.

»Una cosa parece segura: debió llegar algún mensaje u orden del exterior. De otro modo, ¿por qué aquellos cinco meses de espera? No, los agentes de “La Mano Vengadora” debieron estar trabajando. No estarían seguros de la perfidia de Rosen y debieron retrasar su venganza hasta asegurarse de su posible traición sin ninguna duda. Luego, cuando verificaron sus sospechas, debieron enviar su mensaje al espía que tenían dentro de su misma casa. El mensaje que decía: “Mata”.

—¡Qué horror! —dijo Jane Helier con un estremecimiento.

—Pero ¿cómo llegaría el mensaje? Ése es el punto que traté de aclarar como única esperanza para resolver el misterio. Una de esas cuatro personas debió de ser abordada por alguien o comunicarse con ellos de alguna manera. La orden debía ser ejecutada, lo sabía muy bien, tan pronto como fuera recibido el aviso. Era la peculiaridad de «La Mano Vengadora».

»Me puse a trabajar de una forma que probablemente les parecerá ridículamente meticulosa. ¿Quiénes habían estado en la casa aquella mañana? No descarté a nadie. Aquí está la lista.

Y sacando un sobre de su bolsillo, escogió un papel entre los que contenía.

—*El carnicero,* que trajo la carne de ternera. Hice averiguaciones y resultaron exactas.

»El *chico* del colmado trajo un paquete de harina de maíz, dos libras de azúcar, una de mantequilla y otra de café. Fueron investigados y resultaron correctos.

»*El cartero* trajo dos circulares para *miss* Rosen, una carta de la localidad para Gertrud, tres para el doctor Rosen, una con sello extranjero, y dos para *Mr*. Templeton, una de ellas también con sello extranjero.

Sir Henry hizo una pausa y luego extrajo varios documentos del sobre.

—Tal vez les interese verlos. Me fueron entregados por los interesados o bien recogidos de la papelera. No necesito decirles que fueron examinados por expertos para ver si se encontraban en ellos rastros de tinta invisible, etcétera. No se ha encontrado nada.

Todos se acercaron para mirar. Las catálogos para la señorita Rosen eran de un jardinero y de un establecimiento de peletería de Londres muy importante. El doctor Rosen recibió una factura de las semillas compradas a un jardinero local para su jardín y otra de una papelería de Londres. La carta dirigida a él decía lo siguiente:

> *Mi querido Rosen:*
>
> *Acabo de regresar de la finca de Mr. Helmuth Spath. El otro día vi a Udo Johnson. Había venido para visitar a Ronald Perry, y me dijo que él y Edgar Jackson acaban de llegar de Tsingtau. Con toda Ecuanimidad, no puedo decir que envidie su viaje. Envíame pronto noticias tuyas. Como ya te dije antes: guárdate de cierta persona. Ya sabes a quién me refiero, aunque no estés de acuerdo conmigo. Tuya,*
>
> *Georgine.*

—El correo de *Mr*. Templeton consistía en esta factura que como ustedes ven enviaba su sastre y una carta de un amigo de Alemania —prosiguió *sir* Henry—. Esta última, desgraciadamente, la rompió durante su paseo. Y por último tenemos la carta que recibió Gertrud.

> *Querida Mrs. Swartz:*
>
> *Esperamos que pueda usted asistir a la reunión del viernes por la noche. El vicario dice que tiene la esperanza de que vendrá y será usted bien venida. La receta del beicon era estupenda y le doy las gracias por ella. Confío en que se encuentre bien de salud y podamos verla el viernes. Queda de usted afectísima,*
>
> *Emma Greene.*

El doctor Lloyd sonrió afablemente, al igual que *Mrs*. Bantry.

—Creo que esta última carta puede eliminarse —dijo el doctor.

—Yo opino lo mismo —replicó *sir* Henry—, pero tomé la precaución de comprobar que existía esa tal *Mrs*. Greene y que se celebraba la reunión. Ya saben, nunca está de más ser precavido.

—Esto es lo que dice siempre nuestra amiga *miss* Marple —comentó el doctor Lloyd sonriendo—. Está usted ensimismada, *miss* Marple. ¿En qué piensa?

La aludida se sobresaltó.

—¡Qué tonta soy! —exclamó—. Me estaba preguntando por qué en la carta del doctor Rosen la palabra Ecuanimidad estaba escrita con mayúscula.

Mrs. Bantry exclamó:

—Es cierto. ¡*Oh*!

—Sí querida —respondió *miss* Marple—. ¡Pensé que usted lo notaría!

—En esa carta hay un aviso definitivo —dijo el coronel Bantry—. Es lo primero que me llamó la atención. Me fijo más de lo que ustedes creen. Sí, un aviso definitivo… ¿contra quién?

—Hay algo muy curioso con respecto a esa carta —explicó *sir* Henry—. Según Templeton, el doctor Rosen la abrió durante el desayuno y se la alargó diciendo que no sabía quién podía ser aquel individuo.

—¡Pero si no era un hombre! —dijo Jane Helier—. ¡Está firmada por una tal «Georgina»!

—Es difícil decirlo —dijo el doctor Lloyd—. Tal vez el nombre sea Georgey y no Georgina, aunque parezca más bien lo contrario. En todo caso, resulta un tanto chocante, porque esta letra no parece de mujer.

—Eso es igualmente curioso —dijo el coronel Bantry—, que la enseñara fingiendo no saber quién se la escribía. Tal vez pretendía observar la reacción de alguien al verla, pero ¿de quién?, ¿del chico o de ella?

—¿O tal vez de la cocinera? —insinuó *Mrs*. Bantry—. Quizá se encontrase en la habitación sirviendo el desayuno. Pero lo que no comprendo es… es muy curioso que…

Frunció el entrecejo contemplando la carta. *Miss* Marple se acercó a ella y, señalando la hoja de papel con un dedo, cuchichearon entre sí.

—Pero ¿por qué rompió la otra carta el secretario? —preguntó Jane Helier de pronto—. Parece… ¡oh! No sé… parece extraño. ¿Por qué había de recibir cartas de Alemania? Aunque, claro, si como usted dice está por encima de toda sospecha…

—Pero *sir* Henry no ha dicho eso —replicó *miss* Marple a toda prisa, abandonando su conversación con *Mrs*. Bantry—. Ha dicho que los sospechosos son *cuatro*. De modo que incluye a *Mr*. Templeton. ¿Tengo razón, *sir* Henry?

—Sí, *miss* Marple. La amarga experiencia me ha enseñado una cosa: nunca diga que nadie está por encima de toda sospecha. Acabo de darles razones por las cuales tres de estas personas pudieran ser culpables, por improbable que parezca. Entonces no apliqué el mismo procedimiento a Charles Templeton, pero al fin tuve que seguir la regla que acabo de mencionar. Y me vi obligado a reconocer esto: que todo ejército, toda marina y toda policía tienen cierto número de traidores en sus filas, por mucho que se odie admitir la idea. Y por ello examiné el caso contra Charles Templeton sin el menor apasionamiento.

»Me hice muchas veces la pregunta que *miss* Leire acaba de exponer. ¿Por qué fue el único que no pudo presentar la carta que recibiera con sello alemán? ¿Por qué recibía correspondencia de Alemania?

»Esta última pregunta era del todo inocente y por lo tanto se la hice a él, siendo su respuesta bastante sencilla. La hermana de su madre estaba casada con un alemán y la carta era de una prima suya alemana. De modo que me enteré de algo que ignoraba hasta entonces, que Charles Templeton tenía parientes alemanes. Y eso le colocó inmediatamente en la lista de sospechosos. Es uno de mis hombres, un muchacho en

el que siempre he confiado, pero para ser justo y ecuánime debo admitir que es el que encabeza la lista.

»Pero ahí lo tienen: ¡No lo sé! No lo sé y, con toda probabilidad, nunca lo sabré. No se trata sólo de castigar a un asesino, sino de algo que considero cien veces más importante. Se trata, quizá, de la posibilidad de haber arruinado la carrera de un hombre honrado a causa de meras sospechas, sospechas que por otra parte no me atrevo a despreciar.

Miss Marple carraspeó y dijo en tono amable:

—Entonces, *sir* Henry, si no le he entendido mal, ¿de quien sospecha principalmente es del joven Templeton?

—Sí, en cierto sentido. Y en teoría los cuatro habrían de verse igualmente afectados por esta situación, pero no es ése el caso. Dobbs, por ejemplo, aun cuando yo lo considere sospechoso, eso no altera en modo alguno su vida. En el pueblo nadie recela de que la muerte del doctor Rosen no fuese accidental. Gertrud tal vez se haya visto algo más afectada. La situación puede representar alguna diferencia, por ejemplo, en la actitud de Fraülein Rosen hacia ella, aunque dudo de que eso le afecte excesivamente.

»En cuanto a Greta Rosen… bueno, aquí llegamos al punto crucial de todo este asunto. Greta es una joven muy hermosa y Charles Templeton un muchacho apuesto, convivieron cinco meses bajo el mismo techo sin otras distracciones exteriores y ocurrió lo inevitable. Se enamoraron el uno del otro, aunque no quieren admitir el hecho con palabras.

»Y luego ocurrió la catástrofe. Ya habían transcurrido tres meses, y un día o dos después de mi regreso, Greta Rosen vino a verme. Había vendido la casita y regresaba a Alemania, una vez arreglados los asuntos de su tío. Acudió a mí, aunque sabía que me había retirado, porque en realidad deseaba verme por un asunto personal. Tras dar algunos rodeos al fin me abrió su corazón. ¿Cuál era mi opinión? Aquella carta con sello alemán, la que Charles había roto, la había preocupado y seguía preocupándola. ¿Había dicho la verdad? Sin duda *debió decirla*. Claro que creía su historia, pero… ¡oh!, si pudiera saberlo con absoluta certeza.

»—¿Comprenden? El mismo sentimiento, el deseo de confiar, pero la terrible sospecha persistiendo en el fondo de su mente, a pesar de luchar contra ella. Le hablé con absoluta franqueza, pidiéndole que hiciera lo mismo, y le pregunté sí Charles y ella estaban enamorados.

»—Creo que sí —me contestó—. Oh, sí, eso es. Éramos tan felices. Los días pasaban con tanta alegría. Los dos lo sabíamos, pero no había prisa, teníamos toda la vida por delante. Algún día me diría que me amaba y yo le contestaría que yo también. ¡Ah! ¡Pero puede usted imaginárselo! Ahora todo ha cambiado. Una nube negra se ha interpuesto entre nosotros, nos mostramos retraídos y cuando nos vemos no sabemos qué decirnos. Quizás a él le ocurre lo mismo. Nos decimos interiormente: ¡Si estuviéramos seguros! Por eso, *sir* Henry, le suplico que me diga: “Puede estar

segura, quienquiera que matase a tu tío no fue Charles Templeton”. ¡Dígamelo! ¡Oh, se lo suplico! ¡Se lo suplico, se lo suplico!

»Y maldita sea —exclamó *sir* Henry, dejando caer su puño con fuerza sobre la mesa—, no pude decírselo. Se fueron separando más y más los dos. Entre ellos se interponía la sospecha como un fantasma que no podían apartar.

Se reclinó en la butaca con el rostro abatido y grave mientras movía la cabeza con desaliento.

—Y no hay nada más que hacer, a menos —volvió a enderezarse con una sonrisa burlona—, a menos que *miss* Marple pueda ayudarnos. ¿Puede usted, *miss* Marple? Tengo el presentimiento de que esa carta está en su línea. La de la reunión benéfica. ¿No le recuerda alguien o algo que le haga ver este asunto muy claro? ¿No puede hacer algo por ayudar a dos jóvenes desesperados que desean ser felices?

Tras la sonrisa burlona se escondía cierta ansiedad en su pregunta. Había llegado a formarse una gran opinión del poder deductivo de aquella solterona frágil y anticuada, y la miró con cierta esperanza en los ojos.

Miss Marple carraspeó y se arregló la manteleta de encaje.

—Me recuerda un poco a Annie Poultny —admitió—. Claro que la carta está clarísima, para *Mrs*. Bantry y para mí. No me refiero a la que habla de la reunión benéfica, sino a la otra. Al haber vivido tanto en Londres y no tener ninguna afición por la jardinería, *sir* Henry, no es de extrañar que no lo haya notado usted.

—¿Eh? —exclamó *sir* Henry—. ¿Notado qué?

Mrs. Bantry alargó la mano y escogió una de las cartas, un catálogo que abrió y leyó pausadamente:

»

—Mr. Helmuth Spath. Lila, una flor maravillosa, su tallo alcanza una altura inusitada. Espléndida para cortar y adornar el jardín. Una novedad de sorprendente belleza.

»

Udo Johnson. Amarilla y cálida. De aroma peculiar y agradable.

»

Edgar Jackson. Crisantemo de hermosa forma y color rojo ladrillo muy brillante.

»

Ronald Perry. Rojo brillante. Sumamente decorativa.

»

Tsingtau. Color naranja brillante, flor muy vistosa para jardín y de larga duración una vez cortada. Ecuanimidad…

»Recordarán ustedes que esta palabra aparecía en la carta escrita también en mayúscula.

»Flor de extraordinaria perfección en su forma. Tonos rosa y blanco.

Mrs. Bantry, dejando el catálogo, terminó diciendo con una gran excitación:

—Y ¡*Dalias*!

—Las letras iniciales de sus nombres componen la palabra «MUERTE» —explicó *miss* Marple satisfecha.

—Pero la carta la recibió el propio doctor Rosen —objetó *sir* Henry.

—Ésa fue la maniobra más inteligente —explicó *miss* Marple—. Eso y la amenaza que se encerraba en ella. ¿Qué es lo que haría al recibir una carta de alguien desconocido y llena de nombres extraños para él? Pues, naturalmente, mostrársela a su secretario y pedirle su opinión.

—Entonces, después de todo…

—¡Oh, no! —exclamó *miss* Marple—. El secretario, no. Vaya, eso precisamente demuestra que *no fue él*. De ser así, nunca hubiera permitido que se encontrase la carta e igualmente no se le hubiese ocurrido destruir una carta dirigida a él y con sello alemán. Su inocencia resulta evidente y, si me permito decirlo, *deslumbrante*.

—Entonces, ¿quién…?

—Pues parece casi seguro, todo lo seguro que puede ser algo en este mundo. Había otra persona presente durante el desayuno y pudo… es natural, dadas las circunstancias, alargar la mano y leer la carta. Y así fue. Recuerden que recibió un catálogo de jardinería en el mismo correo…

—Greta Rosen —dijo *sir* Henry despacio—. Entonces su visita…

—Los caballeros nunca saben ver a través de estas cosas —replicó *miss* Marple —. Y me temo que muchas veces a las viejas nos ven como a… brujas, porque vemos cosas que a ellos les pasan inadvertidas, pero es así. Una sabe mucho de las de su propio sexo por desgracia. No me cabe la menor duda de que se alzó una barrera entre ellos. El joven sintió una repentina e inexplicable aversión hacia ella. Sospechaba puramente por instinto y no podía ocultarlo. Y creo que la visita que le hizo la joven a usted fue sólo puro *despecho*. En realidad se sentía bastante segura, pero antes de marcharse quiso que usted fijara definitivamente sus sospechas en el pobre *Mr*. Templeton. Debe usted reconocer que, hasta después de su visita, no le parecieron completamente justificadas sus propias sospechas.

—Estoy convencido de que no fue nada de lo que ella dijo… —comenzó a decir *sir* Henry.

—Los caballeros —continuó *miss* Marple con calma— nunca ven estas cosas.

—Y esa joven… —Se detuvo—… ¡comete semejante crimen a sangre fría y queda impune!

—¡Oh, no, *sir* Henry! —dijo *miss* Marple—. Impune no. Usted y yo no lo creemos. Recuerde lo que dijo no hace mucho rato. No. Greta Rosen no escapará a su castigo. Para empezar, deberá vivir entre gente extraña, chantajistas y terroristas, que no le harán ningún bien y probablemente la arrastrarán a un final miserable. Como usted dice, no vale la pena preocuparse por el culpable, es el inocente quien importa. *Mr*. Templeton, me atrevo a aventurar, se casará con su prima alemana ya que el hecho de que rompiera su carta resulta… bueno, un tanto *sospechoso*, empleando la palabra en un sentido distinto al que le hemos dado toda la noche. Parece ser que lo hizo como si temiese que Greta la viera y le pidiera que se la dejase leer. Sí, creo que entre ellos debió de haber algo. Y luego está Dobbs, a quien, como usted dice, las sospechas no le afectarán mucho. Probablemente lo único que le interesa son sus desayunos. Y la pobre Gertrud, que me recuerda a Annie Poultny. Pobrecilla Annie Poultny. Cincuenta años sirviendo fielmente a *miss* Lamb y luego sospecharon que había hecho desaparecer su testamento, aunque no pudo probarse. Aquello destrozó el corazón de aquella criatura tan fiel. Y después de su muerte, se encontró en un compartimiento secreto en la caja donde guardaban el té y donde la propia *miss* Lamb lo había guardado para mayor seguridad. Pero era ya demasiado tarde para la pobre Annie.

»Por eso me preocupa esa pobre mujer alemana. Cuando se es viejo, uno se amarga fácilmente. Lo siento mucho más por ella que por *Mr*. Templeton, que es joven, bien parecido y, según comentaba usted, goza de bastante popularidad entre las damas. ¿Querrá usted escribirle a ella, *sir* Henry, para decirle que su inocencia está fuera de toda duda? Con su señor muerto y el peso de las sospechas… ¡Oh! ¡No quiero ni pensarlo!

—Le escribiré, *miss* Marple —dijo *sir* Henry mirándola con curiosidad—. ¿Sabe una cosa? Nunca llegaré a comprenderla. Siempre repara usted en algo que no esperaba.

—Me temo que mi experiencia resulta insignificante —replicó *miss* Marple humildemente—. Apenas si salgo de St. Mary Mead.

—¡Y no obstante ha resuelto usted lo que podríamos llamar un problema internacional! —dijo *sir* Henry—. Porque lo ha resuelto. De eso estoy completamente convencido.

Miss Marple enrojeció y luego, parpadeando, explicó:

—Creo que fui bien educada para lo que se acostumbraba en mis tiempos. Mi hermana y yo tuvimos una institutriz alemana, una persona muy sentimental. Nos enseñó el lenguaje de las flores, un estudio casi olvidado hoy en día, pero encantador. Un tulipán amarillo, por ejemplo, simboliza el Amor Sin Esperanza, mientras un Áster Chino significa Muero de Celos a Tus pies. Esa carta estaba firmada: Georgine, que me parece recordar significa dalia en alemán y eso lo dejaba todo muy claro. Ojalá pudiera recordar el significado de dalia, pero escapa a mi memoria, que ya no es tan buena como antes.

—De todas formas no significa MUERTE.

—No, desde luego. Horrible, ¿no? En este mundo hay cosas muy tristes.

—Sí —replicó *Mrs*. Bantry con un suspiro—. Es una suerte tener flores y amigos.

—Observen que nos coloca en último lugar —dijo el doctor Lloyd.

—Un admirador solía enviarme orquídeas rojas cada noche —dijo Jane Helier con aire soñador.

—«Espero sus favores», eso es lo que significa —dijo *miss* Marple con agudeza.

Sir Henry carraspeó de un modo peculiar y volvió la cabeza.

Miss Marple lanzó una repentina exclamación.

—Acabo de recordarlo. La dalia significa «Traición y Falsedad».

—Maravilloso —replicó *sir* Henry—. Absolutamente maravilloso.

Y suspiró.

Tragedia navideña

(A Christmas Tragedy).

—Debo presentar una queja —dijo *sir* Henry Clithering, mientras sus ojos chispeantes contemplaban a los reunidos.

El coronel Bantry, con las piernas estiradas, tenía el entrecejo fruncido y los ojos fijos en la repisa de la chimenea, como si fuera un soldado culpable, mientras su esposa hojeaba recelosa un catálogo de bulbos que acababa de llegarle en el último correo. El doctor Lloyd observaba con franca admiración a Jane Helier, y la joven y hermosa actriz sus uñas rojas. Sólo aquella anciana solterona, *miss* Marple, estaba sentada muy erguida y sus ojos azules se encontraron con los de *sir* Henry con un guiño interrogador:

—¿Una queja?

—Unas queja muy seria. Nos hallamos reunidos seis personas, tres representantes de cada sexo, y yo protesto en nombre de los caballeros. Esta noche hemos contado tres historias, una cada uno de nosotros. Protesto porque las señoras no cumplen con su parte.

—¡Oh! —exclamó *Mrs*. Bantry indignada—. Estoy segura de que hemos cumplido. Hemos escuchado con toda atención, adoptando la actitud más femenina, la de no querer exhibirnos ante las candilejas.

—Es una excusa excelente —replicó *sir* Henry—, pero no sirve. ¡Y eso que tiene un buen precedente en *Las mil y una noches*! De modo que adelante, Scherezade.

—¿Se refiere a mí? —preguntó *Mrs*. Bantry—. ¡Pero si yo no tengo nada que contar! Nunca me he visto rodeada de sangre ni de misterios.

—No ha de tratarse necesariamente de un crimen sangriento —dijo *sir* Henry—. Pero estoy seguro de que una de nuestras tres damas tiene algún misterio pequeñito. Vamos, *miss* Marple, cuéntenos «La extraña coincidencia de la asistenta», o «El misterio de la reunión de madres». No me decepcione usted en St. Mary Mead.

Miss Marple meneó la cabeza.

—Nada que pudiera interesarle, *sir* Henry. Tenemos nuestros pequeños misterios, por supuesto: un kilo de camarones que desapareció de la manera más incomprensible, pero eso no puede interesarle porque resultó ser muy trivial, aunque arrojara mucha luz acerca de la naturaleza humana.

—Usted me ha enseñado a creer en la naturaleza humana —replicó *sir* Henry en tono solemne.

—¿Y qué nos cuenta usted, *miss* Helier? —le preguntó el coronel Bantry—. Debe de haber tenido algunas experiencias interesantes.

—Sí, desde luego —intervino el doctor Lloyd.

—¿Yo? —dijo Jane—. ¿Es que… es que quieren que les cuente algo que me haya ocurrido?

—A usted o a alguno de sus amigos —rectificó decididamente *sir* Henry.

—¡Oh! —dijo Jane con aire ausente—. No creo que nunca me haya ocurrido nada. Me refiero a nada parecido. He recibido muchas flores, por supuesto, y extraños mensajes, pero eso es propio de los hombres, ¿no les parece? No creo… —Y haciendo una pausa se quedó absorta en sus recuerdos.

—Veo que tendremos que resignarnos al relato del kilo de camarones —dijo *sir* Henry—. Vamos, *miss* Marple.

—Es usted tan aficionado a las bromas, *sir* Henry. Lo de los camarones es una tontería. Pero ahora que lo pienso, recuerdo un incidente… en realidad, no se trata de un incidente sino de algo mucho más serio, una tragedia. Y yo, en cierto modo, me vi mezclada en ella. Y nunca me he arrepentido de lo que hice. No, en absoluto. Pero no ocurrió en St. Mary Mead.

—Eso me decepciona —dijo *sir* Henry—, pero procuraré sobreponerme. Sabía que podíamos confiar en usted.

Y adoptó la posición del oyente, mientras *miss* Marple enrojecía ligeramente.

—Espero que sabré contarlo como es debido —se disculpó preocupada—. Siempre tengo tendencia a *divagar*. Me voy de una cosa a otra sin darme cuenta de que lo hago. Y es tan difícil recordarlo todo con el debido orden. Tienen que perdonarme si les cuento mal la historia. Ocurrió hace tanto tiempo. Como digo, no tiene relación alguna con St. Mary Mead. A decir verdad, ocurrió en un hidro…

—¿Se refiere a uno de esos aviones que van por el mar? —preguntó Jane con los ojos muy abiertos.

—No, querida —dijo *Mrs*. Bantry, que le explicó que se trataba de un balneario hidrotermal, y su esposo agregó este comentario:

—¡Unos lugares horribles, horribles! Hay que levantarse temprano para beber un vaso de agua que sabe a demonios. Hay montones de ancianas sentadas por todas partes e intercambiando todo el día malvadas habladurías. Cielos, cuando pienso…

—Vamos, Arthur —dijo su esposa en tono amable—. Sabes que te sentó admirablemente.

—Montones de ancianas comentando escándalos —gruñó el coronel Bantry.

—Me temo que eso es cierto —dijo *miss* Marple—. Yo misma…

—Mi querida *miss* Marple —exclamó el coronel horrorizado—. No quise decir ni por un momento…

Con las mejillas sonrosadas y un ademán de la mano, *miss* Marple le hizo callar.

—Pero si es cierto, coronel Bantry. Sólo quería decirle esto. Déjeme ordenar mis ideas. Sí, hablan de escándalos, como usted dice, y casi todo el tiempo. La gente es muy aficionada a eso. Especialmente los jóvenes. Mi sobrino, que escribe libros, y muy buenos según creo, ha dicho cosas terribles sobre el hábito de difamar a otras personas sin tener la menor clase de pruebas, de lo malvado que es eso y demás. Pero lo que yo digo es que ninguna persona joven se para a pensar. En realidad, no examinan los hechos. Y sin duda el problema es éste: ¡*Cuántas veces son ciertas las*

habladurías, como usted las llama! ¡Y como les digo, yo creo que, si en realidad examinaran los hechos, descubrirían que son ciertas nueve veces de cada diez! Por eso la gente se molesta tanto por ellas.

—Inspiradas presunciones —dijo *sir* Henry.

—¡No!, ¡nada de eso! En realidad, se trata de una cuestión de práctica y experiencia. Tengo entendido que, si a un egiptólogo se le enseña uno de esos escarabajos tan curiosos, con sólo mirarlo puede decir si data de antes de Jesucristo o se trata de una vulgar imitación. Y no puede dar una regla definitiva de cómo lo consigue. *Lo sabe*. Se ha pasado toda su vida manejando esas piezas.

»Y eso es lo que estoy tratando de decir (muy mal, ya lo sé). Esas mujeres a quienes mi sobrino califica de "ociosas" disponen de mucho tiempo y su principal interés por lo general es ocuparse de la gente. Y por eso llegan a convertirse en *expertas*. Ahora los jóvenes hablan con toda libertad de cosas que ni siquiera se mencionaban en mis días, pero, en cambio, tienen una mentalidad absolutamente inocente. Creen en todo y en cualquiera. Y si alguien intenta prevenirlos, aunque sea con prudencia, le dicen que tiene una mentalidad victoriana, y eso, según ellos, es como estar en un pozo.

—¿Y qué tienen de malo los pozos? —dijo *sir* Henry.

—Exacto —respondió *miss* Marple—, es lo más necesario en una casa. Pero desde luego, no es nada romántico. Ahora debo confesarles que yo también tengo mis sentimientos como cualquiera, y en determinadas ocasiones me han herido profundamente con comentarios hechos sin pensar. Sé que a los caballeros no les interesan las cuestiones domésticas, pero debo mencionar a una doncella que tuve, Ethel, una muchacha muy atractiva y cumplidora. Ahora bien, en cuanto la vi, me di cuenta de que era como Annie Webb y la hija de la pobre *Mrs*. Bruitt. Si se le presentara ocasión, eso de *lo mío* y de *lo tuyo* no significaría nada para ella. De modo que la despedí a final de mes, dándole una carta de recomendación en la que decía que era honrada y sensata, pero por mi cuenta advertí a *Mrs*. Edwards para que no la contratara, y mi sobrino Raymond se puso furioso y dijo que nunca había visto una *maldad* semejante, sí, maldad. Pues bien, entró en casa de *lady* Ashton, a quien yo no tenía obligación de advertirla, ¿y qué ocurrió? Desaparecieron todos los encajes de su ropa interior y dos broches de brillantes. La muchacha se marchó en medio de la noche y nadie ha vuelto tener noticias de ella.

Miss Marple hizo una pausa para tomar aliento y luego continuó:

—Ustedes dirán que esto no tiene nada que ver con lo que ocurrió en el balneario de Keston Spa, pero lo tiene en cierto modo. Explica que yo no tuviera la menor duda, desde el momento en que vi juntos a los Sanders, de que él pretendía deshacerse de ella.

—¿Eh? —exclamó *sir* Henry, inclinándose hacia delante.

Miss Marple volvió su apacible rostro hacia él.

—Como le decía, *sir* Henry, no me cupo la menor duda. *Mr*. Sanders era un hombre corpulento, bien parecido, de rostro coloradote, muy franco en su trato y popular entre todos. Y nadie podía ser más amable con su esposa. ¡Pero yo sabía que trataba de deshacerse de ella!

—Mi querida *miss* Marple…

—Sí, lo sé. Eso es lo que diría mi sobrino, Raymond West, que no tenía la menor prueba, pero yo recuerdo a Walter Hones. Una noche que volvía paseando con su esposa, ella se cayó al río y *él* cobró el dinero del seguro. Y también recuerdo a un par de personas que andan sueltas por ahí hasta la fecha. Por cierto que una de ellas pertenece a nuestra misma esfera social. Se marchó a Suiza para hacer excursiones durante el verano con su esposa. Yo le aconsejé que no fuera. La pobre ni siquiera se enfadó conmigo, se limitó a reírse. Le parecía tan gracioso que una viejecita como yo le dijera semejantes cosas de su Harry. Bien, bien, sufrió un accidente y ahora Harry está casado con otra, pero ¿qué podía hacer yo? Lo *sabía*, pero no tenía la menor prueba.

—¡Oh, *miss* Marple! —exclamó *Mrs*. Bantry—. No querrá decir que…

—Querida, estas cosas son muy corrientes, ya lo creo que lo son. Y los caballeros se sienten especialmente tentados por ser mucho más fuertes. Es tan fácil que parezca un accidente. Como les digo, en cuanto vi a los Sanders, lo supe. Fue en un tranvía. Estaba lleno y tuve que subir al piso superior. Nos levantamos los tres para apearnos y *Mr*. Sanders perdió el equilibrio, se cayó hacia su esposa y la hizo caer escaleras abajo. Por fortuna, el cobrador era un hombre muy fuerte y logró sujetarla.

—Pero pudo tratarse muy bien de un accidente.

—Desde luego que lo fue, nada pudo ser más accidental. Pero *Mr*. Sanders había pertenecido a la marina mercante, según me dijo, y un hombre que es capaz de conservar el equilibrio en uno de esos barcos que se inclinan tanto, no lo pierde en la imperial de un tranvía, cuando no lo perdió una vieja como yo. ¡No me diga eso!

—Y fue entonces cuando se convenció, ¿no es cierto, *miss* Marple? —manifestó *sir* Henry.

La anciana asintió.

—Estaba bastante segura, pero otro incidente ocurrido al cruzar la calle no mucho después me convenció todavía más. Ahora le pregunto a usted, *sir* Henry, ¿qué podía hacer yo? Allí estaba una mujercita casada y feliz que no tardaría en ser asesinada.

—Mi querida amiga, me deja usted sin respiración.

—Eso le pasa porque, como la mayoría de la gente de hoy en día, no se enfrenta usted a los hechos. Prefiere pensar que ciertas cosas son imposibles. Pero son así y yo lo sabía. ¡Pero una se ve atada de pies y manos! Por ejemplo, no podía acudir a la policía y advertir a la joven hubiera sido inútil. Estaba enamorada de aquel hombre. De modo que me dispuse a averiguar todo lo que pudiera acerca de ellos. Hay un sinfín de oportunidades mientras se hace labor alrededor del fuego. *Mrs*. Sanders, Gladys era su nombre de pila, estaba deseosa de hablar. Al parecer no llevaban

mucho tiempo casados. Su esposo debía heredar algunas propiedades, pero por el momento estaban bastante mal de dinero. En resumen, vivían de la pequeña renta de ella. Ya había oído la misma historia otras veces. Se lamentaba de no poder tocar el capital. ¡Al parecer, alguien había tenido un poco de sentido común! Pero el dinero era suyo y podía dejárselo a quien quisiera, según averigüé. Ella y su esposo habían hecho testamento, poco después de su matrimonio, uno a favor del otro. Muy conmovedor. Claro que cuando a Jack le fueran bien las cosas… Ésa era la carga que debían soportar y entretanto andaban bastante apurados. Por aquel entonces tenían una habitación en el piso más alto, entre las del servicio, y muy peligrosa en caso de incendio, aunque tenían una escalera de incendios precisamente delante de la ventana. Me informé prudentemente de si tenían balcón. Son tan peligrosos los balcones… un empujoncito y…

»Le hice prometer a ella que no se asomaría al balcón, que había tenido un sueño. Esto la impresionó. A veces se puede hacer algún favor aprovechándose de la superstición. Era una joven rubia, de facciones un tanto desdibujadas, que llevaba los cabellos recogidos en un moño sobre la nuca. Y muy crédula. Le contó a su marido lo que yo le había dicho y observé que él me miraba con curiosidad un par de veces. Él no era crédulo y sabía que yo iba en aquel tranvía.

»Pero yo estaba preocupada, muy preocupada, porque no veía cómo podría engañarle. Podía impedir que ocurriese algo en el balneario con sólo decir unas palabras que le demostraran mis sospechas, pero eso únicamente significaría aplazar su plan hasta más tarde. No, empecé a creer que la única política aconsejable era una más osada y, de un modo u otro, tenderle una trampa. Si consiguiera inducirle a atentar contra la vida de su esposa por algún medio escogido por mí, entonces quedaría desenmascarado y ella se vería obligada a enfrentarse con la verdad por mucho que le sorprendiera.

—Me deja usted sin habla —dijo el doctor Lloyd—. ¿Qué plan podía usted seguir?

—Hubiera encontrado alguno, no tema —replicó *miss* Marple—. Pero aquel hombre era demasiado listo para mí y no esperó. Pensó que yo podía sospechar y, por ello, actuó antes de que pudiera asegurarme. Sabía que yo recelaría de un accidente, así que cometió el crimen.

Un murmullo recorrió la habitación, y *miss* Marple asintió con los labios apretados.

—Temo haberlo expuesto con bastante brusquedad. Debo tratar de explicarles exactamente lo ocurrido. Siempre he experimentado un sentimiento de amargura al recordarlo. Siempre me he sentido como si hubiera debido evitarlo a toda costa, pero quién conoce los designios del señor. De todas formas hice lo que pude.

»Se respiraba una atmósfera extraña, como si flotara una amenaza en el aire oprimiéndonos a todos: el presentimiento de una desgracia. Para empezar, primero murió George, el jefe de porteros, que llevaba años en el balneario y conocía a todo el

mundo. Cogió una neumonía complicada con bronquitis y falleció en cuatro días. Fue muy triste para todos. Y, además, cuatro días antes de Navidad. Y luego una de las doncellas, una chica muy simpática; se le infectó un dedo y murió a las veinticuatro horas.

»Yo me encontraba en el salón con *miss* Trollope y la anciana *Mrs*. Carpenter, y ésta se mostraba terriblemente pesimista.

»—Fíjense bien en lo que les digo —anunció—. Seguro que la cosa no acaba aquí. ¿Conocen el refrán? *No hay dos sin tres*. Siempre resulta cierto. Tendremos otra muerte, no me cabe la menor duda. Y no habrá que esperar mucho. *No hay dos sin tres*.

»Cuando dijo estas últimas palabras, moviendo afirmativamente la cabeza y haciendo tintinear sus agujas de punto, yo alcé la vista un momento y mis ojos se encontraron con *Mr*. Sanders, que permanecía de pie junto a la puerta. Por un momento le pillé desprevenido y pude leer en su rostro con la misma facilidad que en un libro abierto. Creeré hasta el fin de mis días que las palabras de *Mrs*. Carpenter le dieron la idea. Vi que trabajaba su cerebro. Y penetró en la estancia con su habitual sonrisa.

»—¿Puedo hacer alguna compra de Navidad por ustedes, señoras? —preguntó—. Voy a ir ahora a Keston.

»Permaneció en nuestra compañía durante un par de minutos, riéndose y charlando, y luego se marchó. Como les digo, yo estaba preocupada y dije inmediatamente:

»—¿Dónde está *Mrs*. Sanders? ¿Alguien lo sabe?

»*Miss* Trollope dijo que había ido a jugar al *bridge* con unos amigos suyos, los Mortimer, y me tranquilicé momentáneamente, pero seguía preocupada, pues no sabía qué hacer. Media hora más tarde, subí a mi habitación y por el camino me encontré al doctor Coler, mi médico, y como quería consultarle acerca de mi reuma, lo llevé a mi habitación. Fue entonces cuando me habló (confidencialmente, según dijo) de la muerte de la pobre Mary, la doncella. El gerente no quería que se supiera y por ello me aconsejó que no se lo dijera a nadie. Desde luego yo no le dije que no hablábamos de otra cosa desde hacía una hora, cuando la pobre joven exhaló su último suspiro. Esas noticias corren enseguida y un hombre de su experiencia debía saberlo bastante bien. Pero el doctor Coler fue siempre un individuo confiado que creía lo que quería creer, y eso fue lo que me alarmó un minuto más tarde, al decirme que Sanders le había pedido que echara un vistazo a su esposa, pues últimamente no hacía bien las digestiones, etc.

»Y aquel mismo día Gladys Sanders me había dicho que había hecho maravillosamente la digestión y que estaba muy contenta.

»¿Comprenden? Todas mis sospechas volvieron a mí centuplicadas. Estaba preparando el camino… ¿para qué? El doctor Coler se marchó antes de que yo me hubiera decidido a hablarle, aunque, de haberlo hecho, no hubiera sabido qué decir.

Cuando salí de la habitación, Sanders en persona bajaba del piso de arriba. Iba vestido para salir y me preguntó si quería algo de la ciudad. ¡Hice un esfuerzo terrible para contestarle amablemente! Y luego fui al vestíbulo para pedir un té. Recuerdo que eran más de las cinco y media.

»Ahora quisiera explicarles claramente lo que ocurrió a continuación. A las siete menos cuarto seguía aún en el vestíbulo cuando vi entrar a *Mr*. Sanders acompañado de dos caballeros. Los tres venían muy “alegres”. *Mr*. Sanders, dejando a sus amigos, vino hacia donde yo me encontraba sentada con *miss* Trollope para pedirnos consejo acerca del regalo de Navidad que pensaba hacerle a su esposa. Se trataba de un bolso de noche muy elegante.

»—Comprenderán, señoras —nos dijo—, que yo soy simplemente un rudo lobo de mar. ¿Qué entiendo yo de estas cosas? Me han dejado tres para que escoja y deseo contar con una opinión experta.

»Por supuesto, nosotras le dijimos que le ayudaríamos encantadas, y nos pidió que le acompañáramos a su habitación, ya que si los bajaba temía que su esposa pudiera llegar en cualquier momento. De modo que subimos con él. Nunca olvidaré lo que ocurrió luego, aún tiemblo al pensarlo.

»*Mr*. Sanders abrió la puerta de su dormitorio y encendió la luz. No sé cuál de nosotras la vio primero.

»Mrs. *Sanders estaba tendida en el suelo, boca abajo, muerta.*

»Yo fui la primera en llegar junto a ella. Me arrodillé y le cogí la mano para tomarle el pulso, pero era inútil, su brazo estaba frío y rígido. Junto a su cabeza había un calcetín lleno de arena, el arma con la que la habían golpeado. *Miss* Trollope, una criatura estúpida, gemía en la puerta con las manos en la cabeza. Sanders gritó: “Mi esposa, mi esposa”, y corrió hacia ella. Yo le impedí tocarla. Comprendan, en aquel momento estaba segura de que había sido él, y tal vez quisiera quitar u ocultar alguna cosa.

»—No hay que tocar nada —le dije—. Domínese, *Mr*. Sanders. *Miss* Trollope, haga el favor de ir a buscar al gerente.

»Yo permanecí arrodillada junto al cadáver. No quería que Sanders se quedara a solas con él. Y no obstante tuve que admitir que, si el hombre estaba fingiendo, lo hacía maravillosamente. Daba la impresión de estar completamente fuera de sí.

»El gerente no tardó en reunirse con nosotros y, tras inspeccionar rápidamente la habitación, nos hizo salir a todos y cerró la puerta con una llave que se guardó. Luego fue a telefonear a la policía. Tardaron un siglo en aparecer. Luego supimos que la línea estaba estropeada y que había tenido que enviar a un mozo al puesto de policía, y el balneario está fuera de la ciudad, junto a los páramos. *Mrs*. Carpenter estaba muy satisfecha de que su profecía “No hay dos sin tres” se hubiera cumplido tan rápidamente. Oí decir que Sanders paseaba por los alrededores con las manos en la cabeza, gimiendo y demostrando un gran pesar.

»Finalmente llegó la policía y subieron a la habitación con el gerente y *Mr*. Sanders. Más tarde enviaron a buscarme. El inspector escribía sentado ante una mesa. Era un hombre inteligente y me gustó.

»—¿*Miss* Marple? —preguntó.

»—Sí.

»—Tengo entendido que estaba usted presente cuando fue encontrado el cadáver de la difunta.

»Respondí que sí y pasé a contarle lo ocurrido. Creo que para el buen hombre fue un alivio encontrar a alguien que respondiera a sus preguntas con coherencia, después de haber tenido que tratar con Sanders y Emily Trollope, que estaba completamente desmoronada, es natural, la pobrecilla. Recuerdo que mi querida madre me enseñó que una señora ha de saberse dominar siempre en público, por mucho que se descomponga en privado.

—Un principio admirable —dijo *sir* Henry con admiración.

—Cuando hube terminado, el inspector me dijo:

»—Gracias, señora. Ahora lamento tener que pedirle que vuelva a mirar el cadáver. ¿Era ésa exactamente su posición cuando usted entró en la habitación? ¿No ha sido movido?

»Le expliqué que había impedido que lo hiciera *Mr*. Sanders y el inspector asintió con aire de aprobación.

»—El caballero parece muy afectado —observó.

»—Sí, lo parece —repliqué.

»No pensaba haber puesto ningún énfasis especial en el “lo parece”, pero el inspector me miró con interés.

»—¿De modo que el cadáver se encuentra exactamente igual a como estaba cuando lo encontraron? —me dijo.

»—Sí, con la excepción del sombrero —repliqué.

»El inspector me miró sorprendido.

»—¿Qué quiere usted decir? ¿El sombrero?

»Le expliqué que la pobre Gladys lo llevaba puesto, mientras que ahora estaba junto a ella. Yo supuse que había sido cosa de la policía, pero, sin embargo, el inspector lo negó rotundamente. Hasta el momento nada había sido movido o tocado, y permaneció unos instantes contemplando la figura de la difunta con expresión preocupada. Gladys iba vestida como si se dispusiera a salir: llevaba un abrigo de *tweed* rojo oscuro con cuello de piel, y el sombrero, un modelo barato de fieltro rojo, estaba caído junto a su cabeza.

»El inspector se quedó nuevamente en silencio con el entrecejo fruncido. Luego se le ocurrió una idea.

»—¿Recuerda usted por casualidad si la difunta llevaba pendientes o si solía llevarlos?

»Por suerte tengo la costumbre de ser muy observadora. Recordaba haber visto brillar una perla bajo el ala del sombrero, aunque entonces no le presté una atención especial, pero pude contestar afirmativamente a la primera pregunta.

»—Entonces concuerda. El contenido del joyero de esta señora ha sido robado, aunque no había en él gran cosa de valor según tengo entendido, y le quitaron los anillos de los dedos. El asesino debió olvidar los pendientes y regresó por ellos después de descubierto el crimen. ¡Qué sangre fría! O tal vez… —Miró a su alrededor y continuó despacio—… es posible que haya estado escondido en esta habitación todo el tiempo.

»Pero yo me negué a aceptar la idea. Le expliqué que yo misma había mirado debajo de la cama y que el gerente abrió las puertas del armario, y no existía ningún otro lugar donde pudiera esconderse un hombre. Es cierto que la parte central del armario estaba cerrada con llave, pero era sólo un espacio lleno de estantes y nadie pudo haberse escondido allí.

»El inspector asintió mientras yo le iba explicando todo aquello.

»—Tiene usted razón, señora —me dijo—. En ese caso, como ya le he dicho antes, debió regresar. ¡Un asesino de tremenda sangre fría!

»—¡Pero el gerente cerró la puerta y se guardó la llave!

»—Eso no significa nada. Queda el balcón y la escalera de incendios, por ahí entró el asesino. Es bastante probable que ustedes le sorprendieran, se deslizara por la ventana y luego, al marcharse ustedes, regresara para continuar su trabajo.

»—¿Está usted seguro —le pregunté— de que era un ladrón?

»Me contestó secamente:

»—Bueno, eso parece, ¿no?

»Pero algo en su tono me tranquilizó. Comprendí que no le convencía el papel de viudo inconsolable que intentaba representar *Mr*. Sanders.

»Admito con toda franqueza que me encontraba bajo lo que nuestros vecinos los franceses llaman *idée fixe*. Sabía que aquel hombre, Sanders, intentaba matar a su esposa. Y no cabía desde mi punto de vista la extraña y fantástica posibilidad de una coincidencia. Estaba segura de que mi presentimiento acerca de *Mr*. Sanders era absolutamente justificado. Aquel hombre era un malvado. Y a pesar de que todos sus fingimientos hipócritas no habían conseguido engañarme, recuerdo haber pensado que fingía su sorpresa y aflicción maravillosamente bien. Parecían tan espontáneas, ya saben lo que quiero decir. Debo admitir que, después de mi conversación con el inspector, empecé a sentirme invadida por la duda. Porque si Sanders había sido el autor de aquel horrible crimen, yo no podía imaginar razón alguna por la que debiera haber vuelto por la escalera de incendios a llevarse los pendientes a su esposa. No hubiera sido *lógico*, y Sanders era un hombre muy sensato, por eso le consideré siempre tan peligroso.

Miss Marple contempló unos instantes a su audiencia.

—¿Ven tal vez adónde quiero ir a parar? En este caso creo que estaba tan segura que eso me cegó y el resultado me causó profunda sorpresa *ya que se probó, sin la menor duda posible, que Mr. Sanders no pudo cometer el crimen*.

Mrs. Bantry exclamó un «oh» de sorpresa y *miss* Marple se volvió hacia ella.

—Ya sé, querida, que no era eso lo que usted esperaba cuando empecé mi historia. Yo tampoco lo esperaba. Pero los hechos son los hechos y, si se demuestra que uno se ha equivocado, hay que ser humilde y volver a empezar de nuevo. Yo sabía que *Mr*. Sanders era un asesino en potencia y nunca ocurrió nada que destruyera esta opinión.

»Y ahora supongo que le gustará saber lo que ocurrió en realidad. *Mrs*. Sanders, como ya saben, pasó la tarde jugando al *bridge* con unos amigos, los Mortimer, a los que dejó a eso de las seis y cuarto. De la casa de sus amigos al balneario había un cuarto de hora paseando y algo menos a buen paso. Debió regresar a las seis y media. Nadie la vio entrar, de modo que debió hacerlo por la puerta lateral y subir directamente a su habitación. Allí se cambió (el traje chaqueta que llevaba para jugar al *bridge* estaba colgado en el armario) y se disponía a salir otra vez cuando la golpearon. Es muy posible que no llegara a enterarse de quién la golpeó. Tengo entendido que un calcetín relleno de arena es un arma eficiente. Eso hace pensar que su agresor debía estar escondido en la habitación, posiblemente en uno de los armarios, el que no abrió.

»Ahora pasemos a relatar los movimientos de *Mr*. Sanders. Salió, como ya he dicho, a eso de las cinco y media o un poco después. Realizó algunas compras en un par de tiendas y, cerca de las seis, entró en el Gran Hotel Spa, donde se reunió con dos amigos, los mismos que más tarde le acompañaron al balneario. Estuvieron jugando al billar y deduzco que también bebieron bastante *whisky*. Esos dos hombres (se llamaban Hitchcock y Spender) estuvieron con él desde las seis en adelante. Vinieron caminando con él hasta el balneario y sólo se separó de ellos para venir a hablar conmigo y *miss* Trollope, y eso, como les dije, fue cerca de las siete menos cuarto, hora en que su esposa ya debía de estar muerta.

»Debo decirles que yo misma hablé con esos dos amigos y no me gustaron. No eran ni simpáticos ni caballeros, pero tuve la certeza de que decían absolutamente la verdad al declarar que Sanders había pasado todo el tiempo en su compañía.

»Luego se averiguó otra cosa. Al parecer, durante la partida de *bridge*, llamaron por teléfono a *Mrs*. Sanders. Un tal *Mr*. Littleworth deseaba hablar con ella. Pareció excitada y satisfecha por algo. Casualmente, cometió un par de errores importantes y se marchó antes de lo que esperaban.

»Le preguntaron a *Mr*. Sanders si sabía si aquel *Mr*. Littleworth era una de las amistades de su esposa, mas declaró que nunca había oído aquel nombre. Y a mí me pareció, por la actitud de su esposa, que ella tampoco debía saber gran cosa de aquel Littleworth. Sin embargo, volvió del teléfono sonriente y ruborizada, lo cual hace

suponer que quienquiera que fuese no dio su verdadero nombre, y eso en sí parece sospechoso, ¿no creen?

»De todas formas, el problema quedaba planteado así: O bien era cierta la historia del ladrón, cosa improbable, o bien la teoría de que *Mrs*. Sanders se estaba preparando para ir a reunirse con alguien. ¿Ese alguien entró en su habitación por la escalera de incendios? ¿Hubo una pelea? ¿O la atacó a traición?

Miss Marple se detuvo.

—¿Y bien? —preguntó *sir* Henry—. ¿Cuál es la solución?

—Me estaba preguntando si la habría adivinado alguno de ustedes.

—Nunca he sido buena adivina —contestó *Mrs*. Bantry—. Me parece una lástima que Sanders tuviera una coartada tan maravillosa. Pero si a usted le satisfizo, tenía que ser cierta.

Jane Helier hizo una pregunta moviendo su hermosa cabecita.

—¿Por qué estaba cerrada una puerta del armario?

—Qué inteligente es usted, querida —dijo *miss* Marple con el rostro resplandeciente—. Eso es lo que yo me pregunté, aunque la explicación era bien sencilla. En su interior había un par de zapatillas bordadas y unos pañuelos de bolsillo que la pobrecilla bordaba para su esposo como regalo de Navidad. Por eso estaba cerrado y la llave fue encontrada en su bolso.

—¡Oh! —dijo Jane Helier—. Entonces, al fin y al cabo, no tiene interés.

—¡Oh, claro que sí! —replicó *miss* Marple—. Es precisamente la única cosa interesante, lo que hizo fracasar los planes del asesino.

Todos miraron a la anciana.

—Yo no lo comprendí hasta al cabo de dos días —dijo *miss* Marple—. Le estuve dando vueltas y más vueltas, y de pronto lo vi todo claro. Fui a ver al inspector para pedirle que probara una cosa y lo hizo.

»*Le pedí que le pusiera el sombrero a la pobre difunta*, y no pudo, por supuesto. No le cabía. ¿Comprenden?, *no era suyo*.

Mrs. Bantry se sobresaltó.

—Pero ¿no lo tenía puesto al principio?

—En su cabeza no.

Miss Marple se detuvo un momento para dejar que sus palabras hicieran efecto, y luego continuó:

—Dimos por hecho que aquel cadáver era el de la pobre Gladys, pero no le miramos la cara. Recuerden que estaba boca abajo y el sombrero le tapaba completamente la cabeza.

—Pero ¿fue asesinada?

—Sí, más tarde. En el momento en que nosotros avisábamos a la policía, Gladys Sanders estaba viva.

—¿Quiere decir que otra persona fingió ser la muerta? Pero sin duda cuando usted la tocó…

—Era un cadáver lo que yo toqué, desde luego —replicó *miss* Marple en tono grave.

—Pero válgame el cielo —dijo el coronel Bantry—, no es posible deshacerse de un cadáver con tanta facilidad. ¿Qué hicieron después con el primero?

—Lo devolvió —dijo *miss* Marple—. Fue una idea malvada, pero muy inteligente, y se la dieron las palabras que nos oyó decir en el salón. ¿Por qué no utilizar el cadáver de la pobre Mary, la doncella? Recuerden que la habitación de los Sanders estaba entre las de los criados. Y la de Mary estaba dos puertas más allá, y los de la funeraria no irían a recoger el cadáver hasta después de que anocheciera. Él contaba con ello. Se llevó el cadáver por el balcón (a las cinco era ya de noche) y lo vistió con un traje de su esposa y su abrigo encarnado. ¡Y entonces encontró cerrada con llave la puerta del armario donde su esposa guardaba los sombreros! Sólo podía hacer una cosa: coger uno de los sombreros de la doncella. Nadie habría de notarlo. Dejó el calcetín relleno de arena junto a ella y fue en busca de sus amigos para establecer su coartada.

»Telefoneó a su esposa dando el nombre de *Mr*. Littleworth. Ignoro lo que le diría, ella era tan crédula, pero consiguió que abandonara su partida de *bridge* y regresara antes para encontrarse con él a las siete, junto a la escalera de incendios del balneario. Probablemente diciéndole que le reservaba una sorpresa.

»Regresó al balneario con sus amigos y se las arregló de modo que *miss* Trollope y yo descubriéramos el crimen con él. Incluso hizo ademán de querer dar la vuelta al cadáver ¡y yo le detuve! Luego se avisó a la policía y él salió a lamentarse por los alrededores.

»Nadie le pidió que presentara una coartada después del crimen. Se reúne con su esposa, la hace subir por la escalera de incendios y entrar en su dormitorio. Tal vez le ha contado ya alguna historia para explicar la presencia del cadáver. Ella se inclina junto a él y Sanders la golpea con el calcetín relleno de arena. ¡Oh, Dios mío! ¡Todavía me estremezco! Y la chaqueta la cuelga en el armario y la viste con las ropas del otro cadáver.

»*Pero el sombrero no le entra*. La cabeza de Mary es pequeña y, en cambio, Gladys Sanders, como ya he dicho, llevaba un gran moño en la nuca. Por ello se ve obligado a dejarlo junto a ella con la esperanza de que nadie lo note. Luego vuelve a llevar el cuerpo de la pobre Mary a su habitación, donde la coloca de nuevo decorosamente.

—Parece increíble —dijo el doctor Lloyd—. Los riesgos que llegó a correr. La policía podía haber llegado demasiado pronto.

—Recuerde que la línea telefónica estaba averiada —replicó *miss* Marple—. Eso fue parte de *su* obra. No podía arriesgarse a que la policía se presentara demasiado pronto y, cuando llegaron, estuvieron un buen rato en el despacho del gerente antes de subir al dormitorio. Ésa era la parte más peligrosa de su plan: que alguien notara la diferencia entre un cuerpo que llevaba dos horas muerto y otro que sólo llevaba

media hora. Pero confiaba en que las personas que habían descubierto el crimen no fueran expertas en la materia.

El doctor Lloyd asintió.

—Se supuso que el crimen había sido cometido a las siete menos cuarto poco más o menos. Y en realidad lo fue a las siete o pocos minutos después. Cuando el forense examinó el cadáver, debían ser cuanto menos las siete y media, y no podía precisarlo.

—Yo era la única que podía haberse dado cuenta —dijo *miss* Marple—. Cogí la mano de la muchacha y estaba fría como el hielo. ¡Poco después el inspector dijo que el crimen debía haberse cometido poco antes de nuestra llegada y yo no me di cuenta!

—Creo que se dio usted cuenta de muchas cosas, *miss* Marple —replicó *sir* Henry —. Ese caso ocurrió antes de que yo ocupara mi cargo. Ni siquiera recuerdo haberlo oído. ¿Qué ocurrió?

—Sanders fue ahorcado —explicó *miss* Marple—. Nunca me arrepentiré de haber ayudado a hacer justicia. No tengo esos escrúpulos humanitarios que rechazan la pena capital.

Su rostro se dulcificó.

—Pero me he reprochado a menudo amargamente no haber sabido salvar la vida de aquella pobre joven. ¿Pero quién hubiera escuchado a una pobre vieja? Vaya, vaya, ¿quién sabe? Tal vez fuera mejor para ella morir cuando era feliz que vivir luego desgraciada y desilusionada en un mundo que de pronto le hubiera parecido horrible. Ella amaba a aquel canalla y confiaba en él. Nunca llegó a descubrirlo.

—Bueno, entonces —dijo Jane Helier— todo terminó bien. Muy bien, quiero decir… —Se detuvo.

Miss Marple miró a la hermosa y célebre Jane Helier y dijo asintiendo hacia ella amablemente:

—Comprendo, querida, comprendo.

La hierba mortal

(The Herb of Death).

—Ahora usted, *Mrs*. B —dijo *sir* Henry Clithering. *Mrs*. Bantry, su anfitriona, lo miró con aire de reproche.

—Le he dicho muchas veces que no me gusta que me llame *Mrs*. B. Es una falta de respeto.

—Scherezade, entonces…

—¡Y menos aún Sch… cómo se llame! Nunca fui capaz, de contar una historia con propiedad. Pregúntele a Arthur si no me cree.

—Eres bastante buena relatando los hechos, Dolly —exclamó el coronel Bantry —, pero no sabes adornarlos.

—Eso es —respondió *Mrs*. Bantry, hojeando el catálogo de bulbos que tenía ante ella—. Les he estado escuchando a todos y no sé cómo lo hacen. «Él dijo, ella dijo, yo me pregunté, ellos pensaron, todos supieron…». Bueno, pues ¡yo no sé! Y además no tengo ninguna historia interesante que contar.

—No podemos creerlo, *Mrs*. Bantry —dijo el doctor Lloyd meneando su cabeza de grises cabellos con incredulidad.

La anciana *miss* Marple dijo con su dulce voz:

—Seguramente, querida…

Mrs. Bantry continuó insistiendo obstinadamente.

—Ustedes no saben lo monótona que es mi vida. Entre las dificultades del servicio, ir a la ciudad de compras, al dentista y a Ascot (lo que por cierto odia Arthur), y luego el jardín…

—¡Ah! —dijo el doctor Lloyd—. El jardín. Ya sabemos todos dónde tiene usted puesto su corazón, *Mrs*. Bantry.

—Debe de ser muy bonito tener un jardín —dijo Jane Helier, la hermosa y joven actriz—. Es decir, cuando no hay que cavar y ensuciarse las manos. ¡Me gustan tanto las flores!

—El jardín —exclamó *sir* Henry—. ¿No podríamos tomarlo como punto de partida? Vamos, señora. ¡El bulbo envenenado, los narcisos de la muerte, la hierba mortal!

—Es curioso que haya dicho eso —observó *Mrs*. Bantry—. Acabo de recordar una cosa. Arthur, ¿te acuerdas de aquel caso que se presentó ante el juzgado de Clodderham? Ya sabes. El del viejo *sir* Ambrose Bercy. ¿Recuerdas que lo considerábamos un anciano cortés y encantador?

—Vaya, pues es verdad. Sí, fue un caso extraño. Adelante, Dolly.

—Sería mejor que lo contaras tú, querido.

—Tonterías, adelante. Eres muy capaz de dirigir tu propio barco. Yo ya he cumplido con mi parte.

Mrs. Bantry inspiró profundamente y, entrelazando las manos y con rostro angustiado, empezó a hablar muy deprisa.

—Bueno, en realidad no hay mucho que contar. La hierba mortal es lo que me lo ha hecho recordar, aunque yo lo llamo *salvia y dedalera*.

—¿Salvia y dedalera? —preguntó el doctor Lloyd.

Mrs. Bantry asintió.

—Así es como sucedió. Arthur y yo estábamos en casa de *sir* Ambrose Bercy, en Clodderham Court, y un día, por error (un error que siempre consideré muy estúpido), cogieron un montón de hojas de dedalera entre la salvia. Aquella noche cenamos pato relleno con salvia y todos se sintieron mal, y una pobre muchacha, la pupila de *sir* Ambrose, murió.

Se detuvo.

—Vaya, vaya —dijo *miss* Marple—, qué tragedia.

—¿Verdad?

—Bien —replicó *sir* Henry—, ¿y qué pasó luego?

—Pues nada más —contestó *Mrs*. Bantry—, eso es todo.

Todos se quedaron sorprendidos. Aunque ya habían sido advertidos, no esperaban una brevedad semejante.

—Pero, mi querida señora —insistió *sir* Henry—, tiene que haber algo más. Lo que usted acaba de contarnos es un caso trágico, pero no tiene nada de problema.

—Bueno, claro que hay algo más —dijo *Mrs*. Bantry—. Pero si se lo dijera, ya sabrían de qué se trata.

Y mirando desafiadoramente a los reunidos les dijo con sencillez:

—Ya les dije que yo no sabía adornar las cosas y convertirlas en una verdadera historia.

—¡Ajá! —exclamó *sir* Henry ajustándose las gafas—. ¿Sabe, Scherezade, que es muy ingenioso su modo de desafiar nuestro ingenio? No estoy seguro de que no lo haya hecho a propósito para estimular nuestra curiosidad. Propongo una ronda de preguntas. *Miss* Marple, ¿quiere usted empezar?

—Me gustaría saber algo de la cocinera —dijo *miss* Marple—. Debía de ser una mujer muy tonta o muy inexperta.

—Era muy tonta —replicó *Mrs*. Bantry—. Después se lamentaba un montón y decía que le habían llevado las hojas como si fueran de salvia, ¿y cómo iba ella a saber que no lo eran?

—Cualquiera lo hubiera visto —dijo *miss* Marple.

—¿Probablemente era una mujer mayor y buena cocinera?

—Excelente —contestó *Mrs*. Bantry.

—Ahora le toca a usted, *miss* Helier —dijo *sir* Henry.

—¡Oh! ¿Se refiere a que me toca preguntar? —Hubo una pausa mientras Jane reflexionaba y al fin dijo—: La verdad es que no sé qué preguntar.

Sus hermosos ojos miraron suplicantes a *sir* Henry.

—¿Por qué no pregunta por los personajes del drama? —le sugirió con una sonrisa.

Jane seguía mirándole desorientada.

—Que haga la presentación de los personajes por orden de aparición —continuó *sir* Henry en tono amable.

—¡Ah, sí! —exclamó Jane—. Es una buena idea.

Mrs. Bantry empezó a contarlos con los dedos.

—*Sir* Ambrose, Sylvia Keene (la joven que murió), una amiga suya que pasaba unos días allí llamada Maud Wye, una de esas muchachas morenas y feas que no sé cómo se las arreglan para resultar atractivas, nunca he sabido cómo lo consiguen. Luego un tal *Mr*. Curie, que había ido a discutir acerca de algunos libros con *sir* Ambrose, libros raros con títulos en latín, todos ellos mohosos pergaminos. Jerry Lorimer, una especie de vecino. Su finca, Firlies, lindaba con la de *sir* Ambrose. Y una tal *Mrs*. Carpenter, una de esas gatas de mediana edad que siempre se las arreglan para instalarse cómodamente en cualquier parte. Supongo que en cierto modo hacía de *dame de compagnie* de Sylvia.

—Ahora me toca a mí —dijo *sir* Henry—, puesto que estoy sentado junto a *miss* Helier. Y quiero saber muchas cosas. Quiero que nos haga una breve descripción, *Mrs*. Bantry, de todos los personajes.

—¡Oh! —*Mrs*. Bantry vacilaba.

—Empiece por *sir* Ambrose —continuó *sir* Henry—. ¿Qué tal era?

—¡Oh! Era un anciano de aspecto distinguido y en realidad no muy viejo, supongo que no tendría más de sesenta años. Pero estaba muy delicado, tenía el corazón muy débil y no podía subir la escalera. Tuvieron que ponerle ascensor y por eso parecía mayor de lo que era en realidad. De modales refinados… cortés, sí, creo que ésa es la palabra que mejor lo definiría. Nunca se enfadaba o se mostraba molesto. Tenía unos hermosos cabellos blancos y una voz particularmente agradable.

—Bien —dijo *sir* Henry—. Ya conozco a *sir* Ambrose. Ahora pasemos a Sylvia. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Sylvia Keene. Era muy bonita, mucho. Rubia y con un cutis precioso. Tal vez no muy inteligente, mejor dicho, bastante estúpida.

—¡Oh, vamos, Dolly! —protestó su esposo.

—Es natural que Arthur no piense así —dijo *Mrs*. Bantry en tono seco—. Pero era estúpida. En realidad nunca decía nada que valiera la pena escuchar.

—Era una de las criaturas más agraciadas que he visto nunca —dijo el coronel Bantry acaloradamente—. Si la hubiesen visto jugando al tenis: encantadora, realmente encantadora. Y rebosaba simpatía. Era divertidísima y muy bonita. Apuesto a que todos los jóvenes pensaban así.

—Ahí es donde te equivocas —dijo *Mrs*. Bantry—. Las jóvenes así no tienen encanto para los muchachos de hoy en día. Sólo a los viejos chapados a la antigua como tú, Arthur, les gustan las chicas jóvenes.

—Ser joven no lo es todo —intervino Jane—. Hay que tener S. A.

—¿Qué es S. A? —quiso saber exactamente *miss* Marple.

—*Sex appeal* —replicó Jane.

—¡Ah, sí! —dijo *miss* Marple—. Lo que en mis tiempos se llamaba «encanto».

—No es mala descripción —comentó *sir* Henry—. Creo haber entendido que ha descrito usted a la *dame de compagnie* como una *gata, Mrs*. Bantry.

—No me refería a una gata, sino a algo muy distinto —exclamó *Mrs*. Bantry—. Adelaida Carpenter era una persona muy dulce.

—¿Qué edad tendría?

—¡Oh! Yo diría que unos cuarenta años. Llevaba algún tiempo en la casa, creo que desde que Sylvia tenía once años. Era una persona de mucho tacto. Una de esas viudas que quedan en una situación económica delicada, con muchos parientes aristócratas, pero sin dinero. A mí no me gustaba mucho, pues nunca me han gustado las personas de manos blancas y largas, ni tampoco los gatos.

—¿Y *Mr*. Curie?

—¡Oh! Era uno de esos ancianos encorvados. Hay tantos como él, que apenas se distinguen unos de otros. Demostraba gran entusiasmo cuando se hablaba de sus librejos, pero ninguno por otras cosas. No creo que *sir* Ambrose le conociera muy bien.

—¿Y Jerry, el vecino?

—Era un muchacho realmente encantador y estaba prometido a Sylvia. Por eso fue tan triste.

—Quisiera saber… —empezó a decir *miss* Marple, y luego se calló.

—¿Qué?

—Nada, querida.

Sir Henry contempló a la anciana con curiosidad y al cabo dijo pensativo:

—De modo que esa joven pareja estaban prometidos. ¿Hacía mucho tiempo que eran novios?

—Cosa de un año. *Sir* Ambrose se había opuesto a su noviazgo pretextando que Sylvia era demasiado joven. Pero tras un año de relaciones se prometieron y la boda debía haberse celebrado muy pronto.

—¡Ah! ¿Tenía alguna propiedad esa joven?

—Casi nada, sólo unas cien o doscientas libras al año.

—Ahí no hay gato encerrado, Clithering —dijo el coronel Bantry riendo.

—Ahora le toca preguntar al doctor —dijo *sir* Henry—. Yo me reservo por ahora.

—Mi curiosidad es principalmente profesional —dijo el doctor Lloyd—. Quisiera saber el informe médico que se presentó en la encuesta oficial, es decir, si nuestra anfitriona lo recuerda o lo sabe.

—Creo que lo recuerdo, más o menos —replicó *Mrs*. Bantry—. Dijeron que la muerte fue debida a envenenamiento por digitalina. ¿Lo digo bien?

El doctor Lloyd asintió.

—El principio activo de la dedalera, la digitalina, actúa sobre el corazón. Por cierto, que es una droga muy valiosa para ciertas afecciones cardíacas. Es un caso muy curioso. Nunca hubiera pensado que tomar una infusión de hojas de dedalera pudiera resultar fatal. Se han exagerado mucho los daños producidos por comer hojas venenosas y bayas. Muy pocas personas comprenden que el principio vital o alcaloide ha de ser extraído con mucho cuidado y elaboración.

—*Mrs*. McArthur envió el otro día unos bulbos especiales a *Mrs*. Toomie —explicó *miss* Marple—. La cocinera los tomó por cebollas y, al comerlos, toda la familia se puso enferma.

—Pero no murió nadie —dijo convencido el doctor Lloyd.

—No, no se murió nadie —admitió *miss* Marple.

—Una amiga mía murió envenenada por alimentos en mal estado —dijo Jane Helier.

—Debemos continuar con nuestro crimen —intervino *sir* Henry.

—¿Crimen? —exclamó Jane sobresaltada—. Creía que se trataba de un accidente.

—Si fuera un accidente —respondió *sir* Henry en tono amable—, no creo que *Mrs*. Bantry nos hubiera contado esta historia. No, por lo que deduzco, fue accidente sólo en apariencia, detrás se escondía algo más siniestro. Recuerdo un caso: varios invitados a una fiesta charlaban después de cenar. Las paredes estaban adornadas con toda clase de armas antiguas. Bromeando, uno de los reunidos cogió una vieja pistola y apuntó a otro simulando disparar. La pistola estaba cargada y se disparó, matando al otro hombre. Tuvimos que averiguar primero quién había preparado secretamente la pistola y, segundo, quién había dirigido la conversación para obtener el resultado final, pues el hombre que había disparado el arma era completamente inocente.

»Me parece que en este caso se nos presenta el mismo problema. Esas hojas de dedalera fueron mezcladas deliberadamente con las de salvia sabiendo cuál sería el resultado. Puesto que descartamos a la cocinera… la descartamos, ¿verdad…?, la pregunta es: "¿Quién cogió las hojas y las llevó a la cocina?".

—Eso es fácil de responder —dijo *Mrs*. Bantry—. Por lo menos la última parte de la pregunta. Fue la propia Sylvia quien las llevó a la cocina. Formaba parte de sus ocupaciones diarias recoger la ensalada, las hierbas, los manojos de zanahorias, todas esas cosas que los jardineros nunca escogen bien. No les gusta coger nada tierno, esperan hasta que maduran demasiado. Sylvia y *Mrs*. Carpenter solían ir a buscarlas ellas mismas, y había una mata de dedalera entre las de salvia en una esquina y por ello la equivocación era bastante natural.

—Pero ¿las cogió la propia Sylvia?

—Eso nadie lo sabe, se dio por supuesto.

—Las suposiciones son siempre muy peligrosas —comentó *sir* Henry.

—Pero sé que no fue *Mrs*. Carpenter —replicó *Mrs*. Bantry—, porque dio la casualidad de que estuvo toda la mañana paseando conmigo por la terraza. Salimos después de desayunar. Hacía un día extraordinariamente cálido y espléndido para

estar tan a principios de primavera. Sylvia bajó sola al jardín, pero más tarde la vi paseando del brazo de Maud Wye.

—De modo que eran grandes amigas, ¿verdad? —preguntó *miss* Marple.

—Sí —contestó *Mrs*. Bantry y pareció querer añadir algo más, pero no lo hizo.

—¿Llevaba muchos días en la casa? —quiso saber *miss* Marple.

—Unos quince días —dijo *Mrs*. Bantry con voz preocupada.

—¿No le gustaba *miss* Wye? —insinuó *sir* Henry.

—Sí, eso es lo malo, que sí.

La preocupación de su voz se trocó en disgusto.

—Usted nos oculta algo, *Mrs*. Bantry —dijo *sir* Henry en tono acusador.

—Sí, hace un momento también yo he querido preguntarle algo —dijo *miss* Marple—, pero he preferido callar.

—¿El qué?

—Cuando usted dijo que esa joven pareja se había prometido y que por eso resultaba tan triste. Su voz no me sonó del todo convencida cuando lo dijo, no sé si me comprende.

—Qué temible es usted —replicó *Mrs*. Bantry—. Parece que siempre sepa las cosas. Sí, pensaba en algo, pero en realidad no sé si debo decirlo o no.

—Tiene que decirlo, déjese de escrúpulos de una vez —intervino *sir* Henry.

—Bien, pues era sólo esto —continuó *Mrs*. Bantry—. Una noche, precisamente la anterior a la tragedia, salí a la terraza antes de cenar. La ventana del salón estaba abierta y por casualidad vi a Jerry Lorimer y a Maud Wye. Él… bueno, la estaba besando. Claro que yo ignoraba si se trataba de un flirteo sin importancia, o si… bueno, quiero decir que nunca se sabe. Yo sabía que a *sir* Ambrose nunca le había gustado Jerry Lorimer, tal vez porque sabía que era de ese estilo. Pero de una cosa estoy segura: esa chica, Maud Wye, estaba realmente interesada por él. Sólo había que ver cómo lo miraba cuando no se creía observada. Y, además, hacían mejor pareja que él y Sylvia.

—Voy a hacerle rápidamente una pregunta antes de que se me adelante *miss* Marple —dijo *sir* Henry—. Quiero saber si, después de la tragedia, Jerry Lorimer se casó con Maud Wye.

—Sí —dijo *Mrs*. Bantry—, seis meses después.

—¡Oh! Scherezade, Scherezade —dijo *sir* Henry—. ¡Y pensar en cómo nos presentó su historia al principio! Nos dio los huesos pelados y hay que ver la carne que vamos encontrando ahora en ellos.

—No hable usted así, no sea tan macabro —dijo *Mrs*. Bantry—. Y no emplee la palabra carne. Los vegetarianos siempre lo hacen. Dicen «yo nunca como carne» de un modo que le quitan a uno las ganas de comerse la chuleta que tiene delante. *Mr*. Curie era vegetariano y solía desayunar una especie de mejunje parecido al salvado. Los ancianos encorvados que llevan barba suelen tener muchas manías y llevan ropa interior muy particular.

—¿Qué sabes tú de la ropa interior que llevaba el señor Curie? —preguntó su marido.

—Nada —replicó *Mrs*. Bantry muy digna—. Sólo lo imagino.

—Voy a rectificar mi declaración —dijo *sir* Henry—. Debo reconocer que los personajes de este drama son muy interesantes. Empiezo a conocerlos a todos. ¿Verdad, *miss* Marple?

—La naturaleza humana es siempre interesante, *sir* Henry. Y es curioso ver cómo cierto tipo de personas tienden a actuar siempre del mismo modo.

—Dos mujeres y un hombre —dijo *sir* Henry—. El eterno triángulo. ¿Es ésa la base de nuestro problema? Yo creo que sí.

El doctor Lloyd se aclaró la garganta.

—He estado pensando —empezó con bastante dificultad—. ¿Dice usted, *Mrs*. Bantry, que usted también se sintió indispuesta?

—¡Por supuesto! ¡Y Arthur! ¡Y todos!

—Eso es, todos —dijo el médico—. ¿Comprenden lo que quiero decir? En la historia que *sir* Henry acaba de contarnos, un hombre disparó contra otro, pero no contra todos los que se encontraban reunidos en la habitación.

—No comprendo —replicó Jane—. ¿Quién disparó contra quién?

—Lo que quiero decir es que quienquiera que planease el crimen lo hizo de un modo muy particular. O bien con una fe ciega en la casualidad o con un desprecio absoluto de la vida humana. Apenas puedo creer que exista un hombre capaz de envenenar deliberadamente a ocho personas con el objeto de suprimir a una de ellas.

—Ya veo por dónde va —dijo *sir* Henry pensativo—. Confieso que debiera haber pensado en esto.

—¿Y no pudo haberse envenenado él también? —preguntó Jane.

—¿Faltó alguien a la mesa aquella noche? —quiso saber *miss* Marple.

Mrs. Bantry meneó la cabeza.

—Excepto *Mr*. Lorimer, supongo, querida. Él no vivía en la casa, ¿no es cierto?

—No, pero aquella noche cenaba con nosotros —respondió *Mrs*. Bantry.

—¡Oh! —exclamó *miss* Marple—. Eso cambia mucho las cosas.

Y agregó frunciendo el entrecejo y como para sus adentros:

—He sido una tonta.

—Confieso que sus palabras me han desconcertado, Lloyd —dijo *sir* Henry—. ¿Cómo asegurarse de que la muchacha y sólo ella tomase la dosis fatal?

—No era posible —replicó el doctor—. Eso nos plantea otra cuestión. Supongamos que la joven no fuera la víctima pretendida.

—¿Qué?

—En todos los casos de envenenamiento por vía oral el resultado es muy incierto. Varias personas se sirven del mismo plato, ¿y qué ocurre? Una o dos enferman ligeramente, otras dos, digamos, de gravedad, y otra fallece. Así es como ocurre siempre, no es posible tener plena seguridad. Pero hay casos en los que puede

intervenir otro factor. La digitalina es una droga que afecta directamente al corazón, y como les he dicho se receta en ciertos casos. Ahora bien, *en la casa había una persona que sufría del corazón*. Supongamos que fuese la víctima escogida. Lo que no sería fatal para el resto, lo iba a ser para él, o eso es lo que pudo suponer el asesino. Que todo resultara distinto es sólo una prueba de lo que acabo de decirles: la incertidumbre y relatividad de los efectos de las drogas en los seres humanos.

—¿Cree usted que la víctima tenía que haber sido *sir* Ambrose? —preguntó *sir* Henry.

—Sí, sí, y la muerte de la joven fue un error.

—¿Quién heredó su dinero después de su muerte? —preguntó Jane.

—Una pregunta muy sensata, *miss* Helier. Una de las primeras que hacía siempre en mi antigua profesión —dijo *sir* Henry.

—*Sir* Ambrose tenía un hijo —replicó lentamente *Mrs*. Bantry—. Se había peleado con él durante muchos años anteriormente. Creo que era muy rebelde. No obstante, no estaba en manos de *sir* Ambrose poder desheredarlo ya que Clodderham Court pasaba de padres a hijos. Martin Bercy heredó el título y la hacienda. Sin embargo, *sir* Ambrose tenía bastantes propiedades más que podía dejar a quien quisiera y que dejó a su pupila Sylvia. Sé que *sir* Ambrose falleció al cabo de medio año de haber sucedido lo que les estoy contando y no se tomó la molestia de hacer nuevo testamento después de la muerte de Sylvia. Creo que el dinero pasó a la Corona, o tal vez a su hijo como pariente más cercano, no lo recuerdo exactamente.

—De modo que los únicos que podían realmente beneficiarse de la muerte de *sir* Ambrose eran un hijo que no estaba allí y la muchacha que falleció —resumió *sir* Henry, pensativo—. No resulta muy prometedor.

—¿La otra mujer no heredó nada? —preguntó Jane—. Ésa que *Mrs*. Bantry califica de «gata».

—En el testamento no constaba su nombre —dijo *Mrs*. Bantry.

—*Miss* Marple, no nos escucha usted —le dijo *sir* Henry—, parece estar muy lejos.

—Estaba pensando en el anciano *Mr*. Badger, el farmacéutico —contestó la aludida—. Tenía un ama de llaves muy joven, lo suficiente no sólo para ser su hija, sino para ser su nieta. No dijo una palabra a nadie, y su familia y un montón de sobrinos abrigaban la esperanza de heredarle. Y cuando falleció, ¿quieren ustedes creerlo?, llevaba dos años casado con ella en secreto. Claro que *Mr*. Badger era farmacéutico y también un hombre muy rudo y vulgar, y *sir* Ambrose Bercy un caballero muy fino, según dice *Mrs*. Bantry, pero en conjunto la naturaleza humana es la misma en todas partes.

Hubo una pausa, durante la cual *sir* Henry miró fijamente a *miss* Marple, quien no apartó sus ojos azules e inteligentes hasta que Jane Helier rompió el silencio con una pregunta.

—¿*Mrs*. Carpenter era bien parecida? —preguntó.

—Sí, pero sencilla, nada llamativa.

—Tenía una voz muy agradable —dijo el coronel Bantry.

—Ronroneante, así es como yo la llamo —intervino *Mrs*. Bantry—. ¡Ronroneante!

—A ti también van a llamarte «gata» cualquier día de éstos, Dolly.

—Me gusta serlo en mi casa —replicó ella—. De todas formas, ya sabes que no me gustan mucho las mujeres. Sólo los hombres y las flores.

—Un gusto excelente —exclamó *sir* Henry—. Especialmente por haber nombrado a los hombres en primer lugar.

—Eso fue por delicadeza —respondió *Mrs*. Bantry—. Bueno, ¿qué me dicen de mi problemita? Me parece que he jugado limpio, Arthur. ¿No crees que he jugado muy limpio?

—Sí, querida. Pero no creo que haya una investigación sobre la limpieza de la carrera por los comisarios del Jockey Club.

—Usted primero —dijo *Mrs*. Bantry señalando a *sir* Henry.

—Tal vez me extienda excesivamente en mis deducciones, ya que no tengo ninguna seguridad en este caso. Primero consideremos a *sir* Ambrose. No creo que empleara un método tan original para suicidarse, y por otro lado no ganaba nada con la muerte de su pupila. Descartado *sir* Ambrose. Ahora *Mr*. Curie. No tenía motivos para matar a la joven. De haber sido *sir* Ambrose su presunta víctima, posiblemente hubiera robado un par de manuscritos raros que nadie hubiera echado de menos. Es una teoría muy cogida por los pelos y poco probable. De modo que considero que, a pesar de las sospechas de *Mrs*. Bantry en cuanto a su ropa interior, *Mr*. Curie queda eliminado. *Miss* Wye. ¿Motivos para matar a *sir* Ambrose? Ninguno. ¿Motivos para matar a Sylvia? Poderosos. Ella quería al prometido de Sylvia con locura, según dice *Mrs*. Bantry. Aquella mañana estuvo en el jardín con Sylvia, de modo que tuvo oportunidad de coger las hojas. No, no podemos descartar a *miss* Wye así como así y tampoco al joven Lorimer. Existen motivos en ambos casos. Si se deshace de su novia puede casarse con la otra. No obstante, me parece excesivo asesinarla. ¿Qué significa hoy en día la ruptura de un compromiso? Si muere *sir* Ambrose, se casará con una mujer rica en vez de con una pobre. Eso puede tener importancia o no, depende de su situación económica. Si descubro que sus propiedades estaban hipotecadas y *Mrs*. Bantry nos ha ocultado deliberadamente este detalle, no habrá sido juego limpio. Ahora *Mrs*. Carpenter. Yo sospecho de *Mrs*. Carpenter. Estas manos tan blancas y su magnífica coartada en el momento en que fueron cogidas las hojas. Siempre desconfío de las coartadas. Y tengo otra razón para sospechar de ella, que me reservo. No obstante, a *grosso modo*, si tuviera que acusar a alguien sería a *miss* Maud Wye ya que tenemos más pruebas contra ella que contra nadie.

—Ahora usted —dijo *Mrs*. Bantry señalando al doctor Lloyd.

—Creo que se equivoca usted, Clithering, al aferrarse a la teoría de que la muerte de la joven fuese intencionada. Estoy convencido de que el asesino intentaba

deshacerse de *sir* Ambrose. No creo que el joven Lorimer tuviera los conocimientos necesarios y me siento inclinado a creer que la culpa fue de *Mrs*. Carpenter. Llevaba mucho tiempo en la casa, conocía el estado de salud de *sir* Ambrose y pudo disponer con facilidad que esa joven Sylvia (que usted misma dice que era bastante estúpida) cogiera las hojas adecuadas. Confieso que no veo qué motivos pudo tener, pero me aventuro a suponer que, en otro tiempo, *sir* Ambrose hizo un testamento en que era mencionada. Es lo mejor que se me ocurre.

Mrs. Bantry pasó a señalar a Jane Helier.

—Yo no sé qué decir —dijo Jane—, excepto esto: ¿Por qué no pudo haberlo hecho la propia muchacha? Después de todo, ella llevó las hojas a la cocina. Y usted dice que *sir* Ambrose se había opuesto al noviazgo. Al morir él, conseguiría el dinero para poder casarse enseguida. Debía conocer el estado de salud de *sir* Ambrose tan bien como *Mrs*. Carpenter.

El índice de *Mrs*. Bantry señaló a *miss* Marple.

—Ahora usted, la profesora —le dijo.

—*Sir* Henry lo ha expresado todo claramente, muy claramente —dijo *miss* Marple—. Y el doctor Lloyd también tuvo razón en lo que dijo. Entre los dos lo han dejado todo bien claro. Sólo que no creo que el doctor Lloyd haya comprendido lo que implica algo que él mismo ha dicho. Veamos, al no ser el médico habitual de *sir* Ambrose, no podía saber exactamente qué clase de afección cardiaca padecía, ¿no les parece?

—No acabo de comprender lo que quiere usted decir, *miss* Marple —dijo el doctor Lloyd.

—Usted supone que *sir* Ambrose tenía un corazón al que le afectaría la digitalina, pero no hay nada que lo pruebe. Pudo ser todo lo contrario.

—¿Lo contrario?

—Sí, usted dijo que a menudo se receta digitalina para ciertas afecciones del corazón.

—Aunque así sea, *miss* Marple, no veo adónde quiere usted ir a parar.

—Pues significaría que podía tener digitalina en su poder con toda naturalidad, sin dar explicaciones. Lo que trato de decir (siempre me expreso tan mal), es esto: Supongamos que usted deseara envenenar a alguien con una dosis mortal de digitalina. ¿No sería lo más sencillo y el medio más fácil procurar que todos sufrieran un envenenamiento producido por hojas de dedalera, que contienen digitalina? No sería fatal para ninguno de los otros, pero nadie se sorprendería de que hubiera una víctima ya que, como ha dicho el doctor Lloyd, estas cosas son muy imprecisas. Nadie se molestaría en averiguar si la joven había tomado ya previamente una dosis fatal de digitalina. Pudo ponérsela en un combinado, en el café o incluso hacérselo beber simplemente como un tónico.

—¿Quiere usted decir que *sir* Ambrose envenenó a su pupila, la encantadora joven a la que tanto apreciaba?

—Exactamente —replicó *miss* Marple—. Igual que *Mr*. Badge y su joven ama de llaves. No me digan que es absurdo que un hombre de sesenta años se enamore de una joven de veinte. Sucede cada día, y me atrevo a decir que un autócrata como *sir* Ambrose pudo tomárselo muy a pecho. Esas cosas a veces se convierten en una obsesión. No podía soportar la idea de verla casada. Hizo cuanto pudo por evitarlo y fracasó. Sus celos crecieron de tal modo que prefirió matarla antes de dejar que se casara con el joven Lorimer. Debía haberlo planeado bastante antes, ya que las semillas de dedalera tuvieron que ser sembradas entre la salvia. Cuando llegó la ocasión, él mismo las cogió y envió a Sylvia con ellas a la cocina. Es horrible pensarlo, pero supongo que debemos juzgarle con toda la benevolencia que podamos. Los hombres de edad son algunas veces muy suyos en lo que se refiere a las chicas jovencitas. Nuestro último organista… pero no hablemos más de los escándalos.

—*Mrs*. Bantry —preguntó *sir* Henry—. ¿Fue así?

Mrs. Bantry asintió.

—Sí, yo no tenía la menor idea, nunca pensé que pudiera tratarse de otra cosa más que de un accidente. Luego, después de la muerte de *sir* Ambrose, recibí una carta. Había dejado instrucciones para que me fuera enviada y en ella me contaba la verdad. No sé por qué, pero él y yo siempre nos habíamos llevado muy bien.

Durante el momentáneo silencio percibió una crítica callada y se apresuró a agregar:

—Ustedes creen que estoy traicionando una confidencia, pero no es así. He cambiado todos los nombres. En realidad, no se llamaba *sir* Ambrose Bercy. ¿No se dieron cuenta de la extrañeza con que me miró Arthur cuando dije el nombre por primera vez? Al principio no me entendía. Lo he cambiado todo. Como dicen en las revistas y al principio de las novelas: «Todos los personajes que aparecen en esta historia son puramente imaginarios». Nunca sabrán ustedes quiénes fueron en realidad.

El caso del bungalow

(The Affair at the Bungalow).

—Ahora recuerdo un caso… —dijo Jane Helier. Su bello rostro se iluminó con la sonrisa confiada del niño que busca aprobación. Era la sonrisa que conmovía a diario al público de Londres y que había hecho la fortuna de los fotógrafos.

—Le ocurrió a una amiga mía —dijo con precaución.

Todo el mundo hizo hipócritas gestos de aliento. El coronel Bantry, su esposa, *sir* Henry Clithering, el doctor Lloyd y la anciana *miss* Marple estaban convencidos de que la «amiga» de Jane era ella misma. Hubiera sido incapaz de recordar o interesarse por algo que afectara a cualquier otra persona.

—Mi amiga —continuó Jane—, no mencionaré su nombre, era una actriz muy conocida.

Nadie exteriorizó la menor sorpresa y *sir* Henry Clithering pensó para sí: «Me pregunto cuánto tardará en olvidarse de la farsa y dirá *yo* en vez de *ella*…».

—Mi amiga se encontraba de gira por provincias, de esto hará uno o dos años. Supongo que es mejor no decir el nombre del lugar. Estaba en la ribera de un río, muy cerca de Londres. Lo llamaré…

Hizo una pausa, frunciendo el entrecejo. Al parecer, inventar un simple nombre era demasiado para ella, y *sir* Henry acudió en su ayuda.

—¿Lo llamamos Riverbury? —le sugirió.

—Oh, sí, espléndido, Riverbury, lo recordaré. Bien, como decía esta amiga mía, se encontraba en Riverbury con su compañía cuando ocurrió algo muy curioso.

Volvió a fruncir el entrecejo.

—¡Es tan difícil decir lo que una quiere decir! —se lamentó—. Temo confundirme y decir unas cosas antes que otras.

—Lo hace usted muy bien —le dijo el doctor Lloyd para animarla—. Continúe.

—Bien, pues ocurrió algo muy curioso. Mi amiga fue llevada al puesto de policía. Al parecer se había cometido un robo en su *bungalow*, situado junto al río, y habían detenido a un joven que les contó una extraña historia, y por eso fueron a buscarla.

»Nunca había estado en un puesto de policía, pero se mostraron muy amables con ella, amabilísimos.

—No me extraña en absoluto —dijo *sir* Henry.

—El sargento, creo que era un sargento, o tal vez fuese un inspector, la invitó a sentarse y le explicó lo ocurrido. Desde luego yo vi enseguida que se trataba de una equivocación.

«¡Ajá! —pensó *sir* Henry—. ¡*Yo*! Ya está, lo que imaginaba».

—Eso dijo mi amiga —continuó Jane, sin advertir su propia traición—. Explicó que había estado ensayando en el hotel con su suplente y que nunca había oído siquiera el nombre de *Mr*. Faulkener. Y el sargento dijo: «*Miss* Hel…».

Se detuvo muy sonrojada.

—¿*Miss* Helman? —le sugirió *sir* Henry con un guiño.

—Sí, sí, eso es. Gracias. El sargento dijo: «*Miss* Helman, creo que debe de haber alguna equivocación, puesto que usted se aloja en el Bridge Hotel». Y luego me preguntó si me importaría que me confrontaran con aquel joven. No sé si se dice confrontar o carear. No lo puedo recordar.

—No importa realmente —le aseguró *sir* Henry.

—De todos modos, yo dije: «Claro que no». Y lo trajeron y dijeron: «Ésta es *miss* Helier» y… ¡Oh! —Jane se interrumpió boquiabierta.

—No importa, querida —le dijo *miss* Marple para consolarla—. De todas maneras lo hubiéramos adivinado. Y no nos ha dicho el nombre del lugar ni nada realmente importante.

—Bueno —dijo Jane—. Mi intención era contárselo como si le hubiera ocurrido a otra persona, pero es difícil, ¿verdad? Quiero decir que una se olvida.

Todos le aseguraron que era muy difícil y una vez tranquilizada, prosiguió con su algo enrevesado relato.

—Era un hombre muy atractivo, mucho. Joven y pelirrojo. Al verme se quedó con la boca abierta y el sargento le preguntó: «¿Es ésta la dama?». Y él contestó: «No, desde luego que no. Qué estúpido he sido». Yo le sonreí, diciéndole que no tenía importancia.

—Me imagino la escena —dijo *sir* Henry.

Jane Helier frunció el entrecejo.

—Déjeme pensar cómo sería mejor continuar.

—¿Y si nos contara de qué se trata, querida? —dijo *miss* Marple con tal amabilidad que nadie pudo sospechar su ironía—. Quiero decir que cuál era la equivocación de aquel joven y de qué se trataba el robo.

—Oh, sí —exclamó Jane—. Bien, ese joven, Leslie Faulkener, había escrito una comedia. A decir verdad había escrito varias, aunque nunca le representaron una. Y me envió una en particular para que la leyera. Yo lo ignoraba, ya que recibo cientos de obras de teatro y leo muy pocas, sólo aquéllas de las que sé algo. De todas formas, así fue, y al parecer *Mr*. Faulkener recibió una carta mía, sólo que resultó que no la había escrito yo. ¿Comprenden?

Hizo una pausa con ansiedad y todos le aseguraron que la habían entendido.

—En ella le decía que había leído su comedia, que me gustaba mucho y que viniera a hablar conmigo. Le daba la dirección, el *bungalow* de Riverbury. De modo que *Mr*. Faulkener, muy satisfecho, fue a verme a ese lugar: el *bungalow*. Le abrió la puerta una doncella a quien él preguntó por *miss* Helier y ella le dijo que *miss* Helier le estaba esperando y le hizo pasar al salón, donde le recibió una mujer que él aceptó como si fuera yo, lo cual resulta bastante extraño, puesto que me había visto actuar y mis fotografías son bien conocidas en todas partes, ¿verdad?

—Por todo lo largo y ancho de Inglaterra —replicó *Mrs*. Bantry—. Pero a menudo hay una gran diferencia entre la fotografía y el original, mi querida Jane. Así como cuando se ve a las artistas fuera del escenario. No todas las actrices pueden superar esa prueba como tú, recuérdelo.

—Bueno —dijo Jane un tanto aplacada—, es posible. De todas formas describió a aquella mujer diciendo que era alta, rubia, de grandes ojos azules y muy atractiva, de modo que debía parecerse bastante a mí. Desde luego, él no sospechó nada y ella se sentó, comenzó a charlar de su comedia y de las ganas que tenía de representarla. Mientras hablaban, les sirvieron unos combinados y *Mr*. Faulkener tomó uno. Bueno, eso es todo lo que recuerda, que se bebió el combinado. Cuando se despertó, o volvió en sí, estaba tendido en la carretera junto a la cuneta, desde luego donde no había peligro de que le atropellaran. Estaba muy débil y desorientado, tanto que, cuando se levantó y echó a andar tambaleándose, no sabía adónde se dirigía. Dijo que, de haber estado en posesión de todas sus facultades, hubiera vuelto al *bungalow* para tratar de averiguar lo ocurrido, pero se sentía tan torpe y aturdido que siguió caminando sin saber apenas lo que hacía. Empezaba a rehacerse cuando fue detenido por la policía.

—¿Por qué le detuvieron? —preguntó el doctor Lloyd.

—¡Oh! ¿No se lo dije? —exclamó Jane abriendo mucho los ojos—. Qué tonta soy, por el robo.

—Usted mencionó un robo, pero no dijo dónde tuvo lugar ni porqué.

—Bueno, ese *bungalow*, ése al que fue él, no era mío, por supuesto. Pertenecía a un hombre cuyo nombre era…

De nuevo Jane Helier frunció el entrecejo.

—¿Quiere que vuelva a hacer de padrino? —le preguntó *sir* Henry—. Seudónimos gratis. Descríbame al individuo y yo le bautizaré.

—Lo había alquilado un acaudalado caballero, de la ciudad.

—*Sir* Herman Cohen —sugirió *sir* Henry.

—Le va perfectamente. Lo alquiló para una mujer, esposa de un actor y también actriz.

—Al actor podemos llamarle Claud Leason —dijo *sir* Henry— y a ella por su nombre artístico, por ejemplo, *miss* Mary Kerr.

—Creo que es usted muy inteligente —dijo Jane—. A mí no se me ocurren las cosas tan fácilmente. Bien, era una especie de casita de campo donde *sir* Herman… ¿ha dicho usted Herman?, y la dama pretendían pasar los fines de semana. Por supuesto, la esposa no sabía nada de esto.

—Es lo que suele ocurrir —dijo *sir* Henry.

—Y le había regalado a la actriz una buena cantidad de joyas, incluidas unas esmeraldas muy finas.

—¡Ah! —exclamó el doctor Lloyd—. Ya vamos llegando.

—Estas joyas estaban en el *bungalow* bien cerradas en un joyero. La policía dijo que era una imprudencia, que cualquiera pudo cogerlas.

—¿Ves, Dolly? —intervino el coronel Bantry—. ¿Qué es lo que te digo siempre?

—Bueno, según he visto por propia experiencia —contestó *Mrs*. Bantry—, es siempre la gente cuidadosa la que pierde sus joyas. Yo no encierro las mías en ningún joyero, las guardo sueltas en un cajón debajo de las medias. Me atrevo a decir que si… ¿cómo se llama?, si Mary Kerr hubiese hecho lo mismo, no se las hubieran robado tan fácilmente.

—Las habrían encontrado —replicó Jane—, pues todos los cajones fueron abiertos y su contenido esparcido por el suelo.

—Entonces no andaban buscando joyas —dijo *Mrs*. Bantry—, sino documentos secretos. Es lo que ocurre siempre en las novelas.

—No sé nada de ningún documento secreto —respondió Jane pensativa—. No los oí mencionar.

—No se distraiga, *miss* Helier —dijo el coronel Bantry—. No se inquiete usted por las pistas falsas disparatadas que diga mi esposa.

—Siga hablando del robo —le indicó amablemente *sir* Henry.

—Sí. La policía recibió una llamada telefónica de alguien que se hizo pasar por Mary Kerr. Dijo que habían robado en el *bungalow* y describió a un joven pelirrojo que se había presentado aquella mañana en el *bungalow*. A su doncella le pareció un tipo muy raro y se negó a dejarlo entrar, pero más tarde lo vio salir por una ventana. Lo describió con tanto detalle que la policía lo detuvo media hora después y entonces él contó su historia y mostró mi carta. Vinieron a buscarme y al verme, dijo lo que ya les he contado: ¡que no era yo!

—Una historia muy curiosa —dijo el doctor Lloyd—. ¿*Mr*. Faulkener conocía a esa *miss* Kerr?

—No, no la conocía, o por lo menos eso dijo. Pero aún no les he contado lo más curioso. La policía fue al *bungalow* y lo encontraron tal como lo he descrito antes: los cajones por el suelo y ni rastro de las joyas, pero no había nadie. Hasta algunas horas más tarde no regresó Mary Kerr, quien negó haberles telefoneado y afirmó que nada sabía de lo ocurrido hasta aquel momento. Al parecer había recibido un telegrama de su representante ofreciéndole un papel importante y concertando una entrevista a la que naturalmente se había apresurado a acudir. Al llegar allí, descubrió que todo había sido una broma y que el representante no le había enviado ningún telegrama.

—Un truco bastante manido para quitarla de en medio —comentó *sir* Henry—. ¿Qué me dice de los criados?

—Había ocurrido lo mismo. Sólo tenía una doncella a la que llamaron por teléfono, aparentemente de parte de Mary Kerr, para decirle que ésta se había olvidado algo muy importante y dándole instrucciones para que cogiese cierto bolso de mano que estaba en un cajón de su dormitorio y tomara el primer tren. La doncella así lo hizo, desde luego, y dejó la casa cerrada. Pero cuando llegó al club de *miss* Kerr, que era donde le dijeron que esperara a su señora, la esperó en vano.

—¡Hum! —murmuró *sir* Henry—. Empiezo a comprender. La casa se quedó vacía y entrar por una de sus ventanas no creo que resultara muy difícil. Pero no veo qué pinta en todo esto *Mr*. Faulkener. ¿Y quién telefoneó a la policía, si no fue *miss* Kerr?

—Eso nadie llegó a averiguarlo nunca.

—Es curioso —comentó *sir* Henry—. ¿Resultó ser el joven quien dijo ser?

—Oh, sí. Incluso presentó la carta que supuso escrita por mí. La letra no se parecía en nada a la mía, pero, claro, no era de esperar que conociese mi letra.

—Bien, precisemos los hechos con claridad —dijo *sir* Henry—. Corríjame si me equivoco. La señora y la doncella son alejadas de la casa. Atraen a ese joven a la casa por medio de una carta falsa, aprovechando la circunstancia de que usted se encontraba aquella semana actuando en Riverbury. El joven ingiere una droga y la policía recibe una llamada que hace que sospechen de él. Se ha cometido un robo. ¿Supongo que se llevarían las joyas?

—Oh, sí.

—¿Y fueron recuperadas?

—No, nunca. A decir verdad, creo que *sir* Herman intentó echar tierra al asunto. Pero no pudo conseguirlo y me parece que su esposa solicitó el divorcio por este motivo, aunque no lo sé con certeza.

—¿Qué le ocurrió a *Mr*. Leslie Faulkener?

—Que al fin fue puesto en libertad. La policía no tenía suficientes pruebas contra él. ¿No les parece que es todo muy extraño?

—Realmente muy extraño. La primera pregunta es: ¿qué historia debemos creer? *Miss* Helier, he observado que usted se inclina hacia la de *Mr*. Faulkener. ¿Tiene usted alguna *razón para* ello aparte de su propio instinto?

—No, no —contestó Jane contrariada—. Supongo que no. Pero era tan simpático y se disculpó de tal modo por haber tomado a otra persona por mí, que tuve el convencimiento de que decía la verdad.

—Ya comprendo —dijo *sir* Henry con una sonrisa—. Pero debe admitir que pudo inventar esa historia con toda facilidad y haber escrito él mismo la carta que se suponía que era de usted. También pudo tomar alguna droga después de cometer el robo, pero confieso que no veo qué propósito pudiera tener semejante actuación. Era más sencillo entrar en la casa y desaparecer tranquilamente, a menos que lo hubiese visto algún vecino y él lo supiera. Entonces pudo rápidamente idear este plan para desviar las sospechas y explicar su presencia en la casa.

—¿Tenía dinero? —preguntó *miss* Marple.

—No lo creo —respondió Jane—. No, más bien me parece que andaba bastante apurado.

—Todo este asunto resulta muy curioso —dijo el doctor Lloyd—. Debo confesar que si aceptamos la historia de ese joven como cierta, el caso presenta más dificultades. ¿Para qué iba a querer la *dama* que pretendía hacerse pasar por *miss*

Helier *mezclar* en el asunto a un desconocido? ¿Por qué montar una comedia tan terriblemente complicada?

—Dime, Jane —dijo *Mrs*. Bantry—. ¿Llegó a encontrarse frente a frente el joven Faulkener con Mary Kerr en algún momento durante los interrogatorios?

—No puedo asegurarlo —contestó Jane despacio y esforzándose por recordar.

—¡Porque, de no ser así, el caso está resuelto! —exclamó *Mrs*. Bantry—. Estoy segura de que tengo razón. ¿Qué es más sencillo que pretender que había sido reclamada en la ciudad? Luego telefonea desde Paddington o cualquier otra estación a su doncella y, mientras ésta va a la ciudad, ella regresa. El joven acude a la cita, le droga y prepara la escena del robo con el mayor lujo posible de detalles. Telefonea a la policía, les da la descripción de la víctima propiciatoria y vuelve de nuevo a la ciudad. Luego regresa asu casa en el último tren y se hace la inocente y sorprendida.

—Pero ¿por qué iba a robar sus propias joyas, Dolly?

—Siempre lo hacen —respondió *Mrs*. Bantry—. Y de todas formas se me ocurren mil razones. Tal vez quería dinero y es posible que *sir* Herman no se lo diera, por lo que simula el robo de las joyas y luego las vende en secreto. O quizás alguien le estuviera haciendo chantaje, amenazándola con decírselo a su marido o a la esposa de *sir* Herman. También es posible que ya las hubiera vendido, y *sir* Herman lo sospechara, le preguntara por ellas y se viera obligada a hacer algo. Eso sucede muy a menudo en las novelas. O quizá se las estaba haciendo montar de nuevo y tenía en casa una imitación falsa. O bien… ésta es una buena idea y no tan típica… simula que le han sido robadas, se pone frenética y él le regala otras. De este modo tiene dos lotes en vez de uno. Estoy segura de que esa clase de mujeres saben muchos trucos.

—Eres muy inteligente, Dolly —le dijo Jane con admiración—. A mí no se me habría ocurrido.

—Es posible que lo sea, pero no ha dicho que tenga razón —comentó el coronel Bantry—. Yo me inclino a sospechar del caballero de la ciudad. Él sabría la clase de telegrama que haría marcharse de su casa a la actriz y el resto pudo arreglarlo fácilmente con la ayuda de una buena amiga. Al parecer nadie ha pensado en preguntarle *a él* si tiene una cortada.

—¿Qué opina usted, *miss* Marple? —preguntó Jane volviéndose hacia la anciana, que había fruncido el entrecejo.

—Querida, en realidad no sé qué decir. *Sir* Henry se reirá, pero esta vez no recuerdo ningún caso similar ocurrido en el pueblo que me sirva de ayuda. Desde luego, hay varios aspectos de su relato que son muy sugerentes. Por ejemplo, la cuestión del servicio. En… ejem… en una casa de costumbres tan dudosas, la sirvienta debía conocer perfectamente la situación, y una muchacha decente no hubiera aceptado jamás semejante empleo, ni su madre se lo hubiera permitido ni por un momento. De modo que podemos suponer que la doncella no era muy de fiar. Pudo dejarles la casa abierta a los ladrones mientras ella iba a Londres para desviar sospechas. Debo confesar que me parece la solución más probable. Sólo que si fuese

obra *de* unos ladrones corrientes me resultaría muy raro, ya que para un robo así se precisan más conocimientos de los que pueda tener una doncella.

Miss Marple hizo una pausa antes de proseguir con aire soñador:

—No puedo dejar de pensar que hubo algo más, quiero decir algún conflicto personal. Supongamos, por ejemplo, que alguien se sintiera despechado. ¿Tal vez una joven actriz a quien él no hubiera tratado bien? ¿No creen que eso explicaría mejor las cosas? Un intento deliberado para complicarle la vida: Eso es lo que parece. Y no obstante, no resulta del todo satisfactorio.

—Vaya, doctor, usted no ha dicho nada —dijo Jane—. Me había olvidado de usted.

—De mí se olvida siempre todo el mundo —contestó el doctor con tristeza—. Debo de tener una personalidad muy anodina.

—¡Oh, no! —exclamó Jane—. ¿Quiere, pues, darnos su opinión?

—Me encuentro en la posición de estar de acuerdo con las soluciones de todos y al mismo tiempo con ninguna. Yo tengo la teoría descabellada, y probablemente totalmente errónea, de que la esposa tiene algo que ver en el asunto. Me refiero a la de *sir* Herman. No tengo el menor indicio en que basarme, sólo sé que les sorprendería saber las cosas extraordinarias, realmente muy extraordinarias, que son capaces de hacer las esposas engañadas si se les mete en la cabeza.

—¡Oh! Doctor Lloyd —exclamó *miss* Marple excitada—, qué inteligente es usted. No me había acordado para nada de la pobre *Mrs*. Pebmarsh.

Jane la miró extrañada.

—¿*Mrs*. Pebmarsh? ¿Quién es *Mrs*. Pebmarsh?

—Pues… —*Miss* Marple vacilaba—… ignoro si tendrá algo que ver con esto. Es una lavandera que robó un broche con un ópalo que estaba prendido en una blusa y lo escondió en casa de otra mujer.

Jane pareció más confundida que nunca.

—¿Y eso le hace ver claro este asunto, *miss* Marple? —dijo *sir* Henry con su habitual guiño.

Mas, ante su sorpresa, *miss* Marple negó con la cabeza.

—No, me temo que no. Debo confesar que estoy completamente desorientada. Lo que sí sé es que las mujeres deberían estar siempre unidas y defender en caso de apuro a las de su propio sexo. Creo que ésta es la moraleja de la historia que acaba de contarnos *miss* Helier.

—Debo confesar que no había considerado el aspecto ético del misterio —dijo *sir* Henry en tono grave—. Tal vez vea con más claridad el significado de sus palabras cuando *miss* Helier nos haya dado la solución.

—¿Cómo? —exclamó Jane, todavía más asombrada.

—Estoy confesando que «nos damos por vencidos». Usted y sólo usted, *miss* Helier, ha tenido el alto honor de presentar un misterio tan complicado que incluso la misma *miss* Marple ha tenido que confesar su derrota.

—¿Todos se dan por vencidos? —preguntó en alta voz Jane.

—Sí. —Tras un minuto de silencio durante el cual todos esperaban que los demás tomasen la palabra, *sir* Henry volvió a llevar la voz cantante—. Es decir, que nos limitamos a presentar las soluciones esbozadas por todos nosotros: una de cada caballero, dos de *miss* Marple y cerca de una docena de *Mrs*. B.

—No llegaban a una docena —replicó *Mrs*. Bantry—. Algunas eran variaciones sobre el mismo tema. ¿Y cuántas veces he de decirle que no quiero que me llame *Mrs*. B?

—De modo que se dan por vencidos. —Jane estaba pensativa—. Es muy interesante.

Se inclinó hacia delante en la silla y empezó a limarse las uñas con aire ausente.

—Bueno —dijo *Mrs*. Bantry—. Vamos, Jane. ¿Cuál es la solución?

—¿La solución?

—Sí. ¿Qué ocurrió en realidad?

Jane la miró de hito en hito.

—No tengo la menor idea.

—¿*Cómo*?

—Siempre quise saberla y pensé que entre todos ustedes, que son tan inteligentes, podrían dármela.

Todo el mundo disimuló su contrariedad. Todos aceptaban que Jane fuese tan hermosa, pero en aquel momento todos pensaron que había llevado demasiado lejos su estupidez. Incluso la belleza más trascendental no podía excusarla.

—¿Quiere decir que la verdad nunca fue descubierta? —preguntó *sir* Henry.

—No. Y por eso, como les dije, pensé que ustedes me la podrían explicar *a mí*.

Jane parecía contrariada, como si hubiera sido agraviada.

—Bueno, yo… yo… —dijo el coronel Bantry y le fallaron las palabras.

—Eres una joven muy irritante, Jane —dijo su esposa—. De todas maneras, estoy segura y siempre lo estaré de que tengo razón. Y si nos dijera los verdaderos nombres de todas esas personas, lo comprobaría.

—No creo que pueda hacerlo —replicó Jane lentamente.

—No, querida —intervino *miss* Marple—. *Miss* Helier no puede hacer eso.

—Claro que puede —dijo *Mrs*. Bantry—. No seas tan escrupulosa. Los mayores podemos comentar algún que otro escándalo. De todas maneras, díganos por lo menos quién era el magnate de la ciudad.

Miss Jane negó con la cabeza y *miss* Marple continuó apoyando a la joven.

—Debió de ser un caso muy desagradable —le dijo.

—No —replicó Jane pensativa—. Creo… creo que más bien disfruté.

—Bien, es posible —respondió *miss* Marple—. Supongo que rompería la monotonía. ¿Qué comedia estaba usted representando?

—*Smith*.

—Oh, sí. Es una de Somerset Maugham, ¿verdad? Todas sus obras son muy inteligentes. Las he visto casi todas.

—Vas a reponerla el próximo otoño, ¿verdad? —le preguntó *Mrs*. Bantry.

Jane asintió.

—Bueno —dijo *miss* Marple poniéndose en pie—. Debo irme a casa. ¡Es tan tarde! Pero he pasado una velada muy entretenida. No sucede a menudo. Creo que la historia de *miss* Helier se lleva el premio. ¿No les parece?

—Siento que se hayan disgustado conmigo —dijo Jane—, porque no sé el final. Supongo que debí decírselo antes.

Su tono denotaba pesar y el doctor Lloyd salvó la situación con su galantería acostumbrada.

—Mi querida amiga, ¿por qué había de sentirlo? Usted nos ha presentado un bonito problema para que aguzáramos nuestro ingenio. Lo único que lamento es que ninguno de nosotros haya sabido resolverlo convenientemente.

—Hable por usted —dijo *Mrs*. Bantry—. Yo lo he resuelto, estoy completamente convencida.

—¿Sabe que creo que tiene usted razón? —intervino Jane—. Lo que ha dicho parecía muy razonable.

—¿A cuál de sus siete soluciones se refiere? —preguntó *sir* Henry molesto.

El doctor Lloyd ayudaba a *miss* Marple a ponerse sus chanclos. «Sólo por si acaso», dijo. El doctor debía acompañarla hasta su vieja casa y, una vez envuelta en diversos chales de lana, les dio a todos las buenas noches. Después, acercándose a Jane Helier, le murmuró unas palabras en su oído. Tal exclamación de sorpresa salió de los labios de Jane que hizo que los demás se volvieran a mirarla.

Asintiendo con una sonrisa, *miss* Marple se dispuso a marcharse seguida por la mirada de Jane Helier.

—¿Vas a acostarte, Jane? —preguntó *Mrs*. Bantry—. ¿Qué te ocurre, Jane? Parece como si acabaras de ver un fantasma.

Con un profundo suspiro, la actriz se rehizo y, sonriendo a los dos hombres, siguió a su anfitriona hacia la escalera. *Mrs*. Bantry entró con la joven en su habitación.

—El fuego está casi apagado —dijo removiendo inútilmente el rescoldo—. No son ni capaces de encender bien el fuego, estas estúpidas doncellas. Aunque supongo que ya es muy tarde. ¡Vaya, es más de la una!

—¿Crees que hay muchas personas como ella? —preguntó Jane Helier.

Se había sentado a un lado de la cama, al parecer perdida en sus pensamientos.

—¿Cómo la doncella?

—No, como esa extraña anciana, ¿cómo se llama? ¿Marple?

—¡Oh! No lo sé. Imagino que es bastante corriente encontrar ancianitas como ella en los pueblos.

—Oh, Dios mío —replicó Jane—. No sé qué hacer, de veras.

Suspiró profundamente.

—¿Qué te ocurre?

—Estoy preocupada.

—¿Por qué?

—Dolly —Jane Helier adquirió de pronto un tono solemne—, ¿sabes lo que esa extraña viejecita me murmuró al oído esta noche un poquito antes de marcharse?

—No. ¿Qué?

—Me dijo: «Yo de usted no lo haría, querida. Nunca se ponga en manos de otra mujer, aunque la considere su amiga». ¿Sabes, Dolly, que eso es absolutamente cierto?

—¿El consejo? Sí, tal vez lo sea, pero no le veo la aplicación.

—Cree que no debo confiar totalmente en otra mujer. Y además estaría en sus manos. No se me había ocurrido pensarlo.

—¿De qué mujer estás hablando?

—De Netta Greene, mi suplente.

—¿Y qué diablos sabe *miss* Marple de tu suplente?

—Imagino que lo ha adivinado, aunque no sé cómo.

—Jane, ¿quieres explicarme enseguida de qué estás hablando?

—De mi historia, la que acabo de contaros. Oh, Dolly, esa mujer, la que apartó a Claud de mi lado…

Mrs. Bantry asintió y a su memoria acudió el primer matrimonio desgraciado de Jane con Claud Averbury, el actor.

—Se casó con ella y yo podía haberle dicho lo que iba a suceder. Claud lo ignoraba, pero ella pasa los fines de semana con *sir* Joseph Salmón en el *bungalow* del que les he hablado. Yo quería descubrirla, demostrar a todo el mundo la clase de mujer que es. Y con un robo, todo hubiera tenido que salir a relucir.

—¡Jane! —exclamó *Mrs*. Bantry—. ¿Imaginaste tú el caso que acabas de contarnos?

Jane asintió.

—Por eso escogí la obra *Smith*. En ella aparezco vestida de doncella y tengo a mano el disfraz. Y cuando me enviaran al puesto de policía sería lo más sencillo del mundo decir que estaba ensayando mi papel en mi hotel con mi suplente, cuando en realidad estaríamos en el *bungalow*. Yo me limitaría a abrir la puerta y servir los combinados, y Netta simularía ser yo. Él no volvería a verla, por supuesto, de modo que no habría forma de que la reconociera. Y yo cambio muchísimo vestida de doncella. Y, además, no se mira a las doncellas como si fueran personas. Luego planeábamos llevarlo a la carretera, coger las joyas, telefonear a la policía y regresar al hotel. No me gustaría que sufriera el pobre muchacho, pero *sir* Henry no parece creer que vaya a sufrir, ¿verdad? Y ella saldría en los periódicos y Claud sabría cómo es en realidad.

Mrs. Bantry se sentó exhalando un gemido.

—Oh, mi cabeza. Y todo este tiempo… Jane Helier, ¡eres terrible! ¡Y nos has contado la historia como si nada!

—Soy una buena actriz —contestó Jane complacida—. Siempre lo he sido, aunque la gente diga lo contrario. No me descubrí en ningún momento, ¿verdad?

—*Miss* Marple tenía razón —murmuró *Mrs*. Bantry—. El elemento emocional. Oh, sí, el elemento emocional. Jane, pequeña, ¿te das cuenta de que un robo es un robo y de que podrías acabar irremisiblemente en la cárcel?

—Bueno, ninguno de vosotros lo adivinó —respondió Jane—, excepto *miss* Marple. —Su rostro volvió a adquirir una expresión preocupada—. Dolly, ¿crees realmente que hay mucha gente como ella?

—Con franqueza, no lo creo —contestó *Mrs*. Bantry.

Jane volvió a suspirar.

—De todos modos, es mejor no arriesgarse. Y desde luego estaría por completo en las manos de Netta, eso es cierto. *Podría* hacerme chantaje o volverse contra mí. Me ayudó a pensar todos los detalles y dice que me tiene un gran afecto, pero no hay que fiarse nunca de las mujeres. No, creo que *miss* Marple tiene *razón*. Será mejor no arriesgarse.

—Pero, querida, si ya te has arriesgado…

—Oh, no. —Jane abrió del todo sus grandes ojos azules—. ¿No lo comprendes? ¡*Nada de esto ha ocurrido todavía*! Yo intentaba probarlo con vosotros, por así decirlo.

—No lo entiendo —replicó *Mrs*. Bantry muy digna—. ¿Quieres decir que se trata de un proyecto futuro y no de un hecho consumado?

—Pensaba ponerlo en práctica este otoño, en septiembre. Ahora no sé qué hacer.

—Y Jane Marple lo adivinó, supo averiguar la verdad y no nos lo dijo —añadió *Mrs*. Bantry dolida.

—Creo que por eso dijo lo que dijo: lo de que las mujeres deben ayudarse. No me ha descubierto delante de los caballeros. Ha sido muy generoso por su parte. Pero no me importa que *tú* lo sepas, Dolly.

—Bueno, renuncia a ese proyecto, Jane. Te lo suplico.

—Creo que lo haré —murmuró *miss* Helier—. Podría haber otra *miss* Marple.

La ahogada

(Death by Drowning).

Sir Henry Clithering, excomisionado de Scotland Yard, estaba hospedado en casa de sus amigos, los Bantry, cerca del pueblecito de St. Mary Mead.

El sábado por la mañana, cuando bajaba a desayunar a la agradable hora de las diez y cuarto, casi tropezó con su anfitriona, *Mrs*. Bantry, en la puerta del comedor. Salía de la habitación evidentemente presa de una gran excitación y contrariedad.

El coronel Bantry estaba sentado a la mesa con el rostro más enrojecido que de costumbre.

—Buenos días, Clithering —dijo—. Hermoso día, siéntese.

Sir Henry obedeció y, al ocupar su sitio ante un plato de riñones con beicon, su anfitrión continuó:

—Dolly está algo preocupada esta mañana.

—Sí… eso me ha parecido —dijo *sir* Henry.

Y se preguntó a qué sería debido. Su anfitriona era una mujer de carácter apacible, poco dada a los cambios de humor y a la excitación. Que *sir* Henry supiera, lo único que le preocupaba de verdad era su jardín.

—Sí —continuó el coronel Bantry—. La han trastornado las noticias que nos han llegado esta mañana. Una chica del pueblo, la hija de Emmott, el dueño del Blue Boat.

—Oh, sí, claro.

—Sí —dijo el coronel pensativo—. Una chica bonita que se metió en un lío. La historia de siempre. He estado discutiendo con Dolly sobre el asunto. Soy un tonto. Las mujeres carecen de sentido común. Dolly se ha puesto a defender a esa chica. Ya sabe cómo son las mujeres, dicen que los hombres somos unos brutos, etcétera, etcétera. Pero no es tan sencillo como esto, por lo menos hoy en día. Las chicas saben lo que se hacen y el individuo que seduce a una joven no tiene que ser necesariamente un villano. El cincuenta por ciento de las veces no lo es. A mí me cae bastante bien el joven Sanford, un joven simplón, más bien que un donjuán.

—¿Es ese tal Sanford el que ha comprometido a la chica?

—Eso parece. Claro que yo *no sé* nada concreto —replicó el coronel—. Sólo son habladurías y chismorreos. ¡Ya sabe usted cómo es este pueblo! Como le digo, yo no sé nada. Y no soy como Dolly, que saca sus conclusiones y empieza a lanzar acusaciones a diestro y siniestro. Maldita sea, hay que tener cuidado con lo que se dice. Ya sabe, la encuesta judicial y lo demás…

—¿Encuesta?

El coronel Bantry lo miró.

—Sí. ¿No se lo he dicho? La chica se ha ahogado. Por eso se ha armado todo ese alboroto.

—Qué asunto más desagradable —dijo *sir* Henry.

—Por supuesto, me repugna tan sólo pensarlo, pobrecilla. Su padre es un hombre duro en todos los aspectos e imagino que ella no se vio *capaz* de hacer frente a lo ocurrido.

Hizo una pausa.

—Eso es lo que ha trastornado tanto a Dolly.

—¿Dónde se ahogó?

—En el río. Debajo del molino la corriente es bastante fuerte. Hay un camino y un puente que lo cruza. Creen que se arrojó desde allí. Bueno, bueno, es mejor no pensarlo.

Y el coronel Bantry abrió el periódico, dispuesto a distraer sus pensamientos de esos penosos asuntos y absorberse en las nuevas iniquidades del gobierno.

Sir Henry no se interesó especialmente por aquella tragedia local. Después del desayuno, se instaló cómodamente en una tumbona sobre la hierba, se echó el sombrero sobre los ojos y se dispuso a contemplar la vida desde su cómodo asiento.

Eran las doce y media cuando una doncella se le acercó por el césped.

—Señor, ha llegado *miss* Marple y desea verle.

—¿*Miss* Marple?

Sir Henry se incorporó y se colocó bien el sombrero. Recordaba perfectamente a *miss* Marple: sus modales anticuados, sus maneras amables y su asombrosa perspicacia, así como una docena de casos hipotéticos y sin resolver para los que aquella «típica solterona de pueblo» había encontrado la solución exacta. *Sir* Henry sentía un profundo respeto por *miss* Marple y se preguntó para qué habría ido a verle.

Miss Marple estaba sentada en el salón, tan erguida como siempre, y a su lado se veía un cesto de la compra de fabricación extranjera. Sus mejillas estaban muy sonrosadas y parecía sumamente excitada.

—*Sir* Henry, celebro mucho verle. Qué suerte he tenido al encontrarle. Acabo de saber que estaba pasando aquí unos días. Espero que me perdonará…

—Es un placer verla —dijo *sir* Henry estrechándole la mano—. Lamento que *Mrs*. Bantry haya salido de compras.

—Sí —contestó *miss* Marple—. Al pasar la vi hablando con Footit, el carnicero. Henry Footit fue atropellado ayer cuando iba con su perro, uno de esos *terrier* pendencieros que al parecer tienen todos los carniceros.

—Sí —respondió *sir* Henry sin saber a qué venía aquello.

—Celebro haber venido ahora que no está ella —continuó *miss* Marple—, porque a quien deseaba ver era a usted, a causa de ese desgraciado asunto.

—¿Henry Footit? —preguntó *sir* Henry extrañado.

Miss Marple le dirigió una mirada de reproche.

—No, no. Me refiero a Rose Emmott, por supuesto. ¿Lo sabe usted ya?

Sir Henry asintió.

—Bantry me lo ha contado. Es muy triste.

Estaba intrigado. No podía imaginar por qué quería verle *miss* Marple para hablarle de Rose Emmott.

Miss Marple volvió a tomar asiento y *sir* Henry se sentó a su vez. Cuando la anciana habló de nuevo, su voz sonó grave.

—Debe usted recordar, *sir* Henry, que en un par de ocasiones hemos jugado a una especie de pasatiempo muy agradable: proponer misterios y buscar una solución. Usted tuvo la amabilidad de decir que yo no lo hacía del todo mal.

—Nos venció usted a todos —contestó *sir* Henry con entusiasmo—. Demostró un ingenio extraordinario para llegar a la verdad. Y recuerdo que siempre encontraba un caso similar ocurrido en el pueblo, que era el que le proporcionaba la clave.

Sir Henry sonrió al decir esto, pero *miss* Marple permanecía muy seria.

—Si me he decidido a acudir a usted ha sido justamente por aquellas amables palabras suyas. Sé que si le hablo a usted… bueno, al menos no se reirá.

El excomisionado comprendió de pronto que estaba realmente apurada.

—Ciertamente, no me reiré —le dijo con toda amabilidad.

—*Sir* Henry, esa chica, Rose Emmott, no se suicidó, fue asesinada. Y yo sé quién la ha matado.

El asombro dejó sin habla a *sir* Henry durante unos segundos. La voz de *miss* Marple había sonado perfectamente tranquila y sosegada, como si acabara de decir la cosa más normal del mundo.

—Ésa es una declaración muy seria, *miss* Marple —dijo *sir* Henry cuando se hubo recuperado.

Ella asintió varias veces.

—Lo sé, lo sé. Por eso he venido a verle.

—Pero mi querida señora, yo no soy la persona adecuada. Ahora soy un ciudadano más. Si usted está segura de lo que afirma debe acudir a la policía.

—No lo creo —replicó de inmediato *miss* Marple.

—¿Por qué no?

—Porque no tengo lo que ustedes llaman *pruebas*.

—¿Quiere decir que sólo es una opinión suya?

—Puede llamarse así, pero en realidad no es eso. *Lo sé*, estoy en posición de saberlo. Pero si le doy mis razones al inspector Drewitt, se echará a reír y no podré reprochárselo. Es muy difícil comprender lo que pudiéramos llamar un «conocimiento especializado».

—¿Como cuál? —le sugirió *sir* Henry.

Miss Marple sonrió ligeramente.

—Si le dijera que lo sé porque un hombre llamado Peasegood (Buenguisante) dejó nabos en vez de zanahorias cuando vino con su carro a venderle verduras a mi sobrina hará varios años…

Se detuvo con ademán elocuente.

—Un nombre muy adecuado para su profesión —murmuró *sir* Henry—. Quiere decir que juzga el caso sencillamente por los hechos ocurridos en un caso similar…

—Conozco la naturaleza humana —respondió *miss* Marple—. Es imposible no conocerla después de vivir tantos años en un pueblo. El caso es, ¿me cree usted o no?

Le miró de hito en hito mientras se acentuaba el rubor de sus mejillas.

Sir Henry era un hombre de gran experiencia y tomaba sus decisiones con gran rapidez, sin andarse por las ramas. Por fantástica que pareciese la declaración de *miss* Marple, se dio cuenta enseguida de que la había aceptado.

—La creo, *miss* Marple, pero no comprendo qué quiere que haga yo en este asunto ni por qué ha venido a verme.

—Le he estado dando vueltas y vueltas al asunto —explicó la anciana—. Y, como le digo, sería inútil acudir a la policía sin hechos concretos. Y no los tengo. Lo que quería pedirle es que se interese por este asunto, cosa que estoy segura halagará al inspector Drewitt. Y si la cosa prosperara, al coronel Melchett, el jefe de policía. Estoy segura de que sería como cera en sus manos.

Le miró suplicante.

—¿Y qué datos va a darme usted para empezar a trabajar?

—He pensado escribir un nombre, el del culpable, en un pedazo de papel y dárselo a usted. Luego, si durante el transcurso de la investigación usted decide que esa persona no tiene nada que ver, pues me habré equivocado. —Hizo una breve pausa y agregó con un ligero estremecimiento—: Sería terrible que ahorcaran a una persona inocente.

—¿Qué diablos? —exclamó *sir* Henry sobresaltado.

Ella volvió su rostro preocupado hacia *sir* Henry.

—Puedo equivocarme, aunque no lo creo. El inspector Drewitt es un hombre inteligente, pero algunas veces una inteligencia mediocre puede resultar peligrosa y no le lleva a uno muy lejos.

Sir Henry la contempló con curiosidad.

Miss Marple abrió un pequeño bolso del que extrajo una libretita y, arrancando una de las hojas, escribió unas palabras con todo cuidado.

Después de doblarla en dos, se la entregó a *sir* Henry.

Éste lo abrió y leyó el nombre, que nada le decía, mas enarcó las cejas mirando a *miss* Marple mientras se guardaba el papel en el bolsillo.

—Bien, bien —dijo—. Es un asunto extraordinario. Nunca había intervenido en nada semejante, pero voy a confiar en la buena opinión que usted me merece, se lo aseguro, *miss* Marple.

Sir Henry se hallaba en la salita con el coronel Melchett, jefe de policía del condado, así como con el inspector Drewitt. El jefe de policía era un hombre de modales marciales y agresivos. El inspector Drewitt era corpulento y ancho de espaldas, y un hombre muy sensato.

—Tengo la sensación de que me estoy entrometiendo en su trabajo —decía *sir* Henry con su cortés sonrisa—. Y en realidad no sabría decirles por qué lo hago. —Lo cual era rigurosamente cierto.

—Mi querido amigo, estamos encantados. Es un gran cumplido.

—Un honor, *sir* Henry —dijo el inspector.

El coronel Melchett pensaba: «El pobre está aburridísimo en casa de los Bantry. El viejo criticando todo el santo día al gobierno, y ella hablando sin parar de sus bulbos».

El inspector decía para sus adentros: «Es una lástima que no persigamos a un delincuente verdaderamente hábil. He oído decir que es uno de los mejores cerebros de Inglaterra. Qué lástima, realmente una lástima, que se trate de un caso tan sencillo».

El jefe de policía dijo en voz alta:

—Me temo que se trata de un caso muy sórdido y claro. Primero se pensó que la chica se había suicidado. Estaba esperando un niño. Sin embargo, nuestro médico, el doctor Haydock, que es muy cuidadoso, observó que la víctima presentaba unos cardenales en la parte superior de cada brazo, ocasionados presumiblemente por una persona que la sujetó para arrojarla al río.

—¿Se hubiera necesitado mucha fuerza?

—Creo que no. Seguramente no hubo lucha, si la cogieron desprevenida. Es un puente de madera, muy resbaladizo. Tirarla debió de ser lo más sencillo del mundo, en un lado no hay barandilla.

—¿Saben con seguridad que la tragedia ocurrió allí?

—Sí, lo dijo un niño de doce años, Jimmy Brown. Estaba en los bosques del otro lado del río y oyó un grito y un chapuzón. Había oscurecido ya y era difícil distinguir nada. No tardó en ver algo blanco que flotaba en el agua y corrió en busca de ayuda. Lograron sacarla, pero era demasiado tarde para reanimarla.

Sir Henry asintió.

—¿El niño no vio a nadie en el puente?

—No, pero como le digo era de noche y por allí siempre suele haber algo de niebla. Voy a preguntarle si vio a alguna persona por allí antes o después de ocurrir la tragedia. Naturalmente, él imagino que la joven se había suicidado. Todos lo pensamos al principio.

—Sin embargo, tenemos la nota —dijo el inspector Drewitt volviéndose a *sir* Henry.

—Una nota que encontramos en el bolsillo de la víctima. Estaba escrita con un lápiz de dibujo y, aunque estaba empapada de agua, con algún esfuerzo pudimos

leerla.

—¿Y qué decía?

—Era del joven Sandford. «De acuerdo —decía—. Me reuniré contigo en el puente a las ocho y media. R. S.». Bueno, fue muy cerca de esa hora, pocos minutos después de las ocho y media, cuando Jimmy Brown oyó el grito y el chapuzón.

—No sé si conocerá usted a Sandford —continuó el coronel Melchett—. Lleva aquí cosa de un mes. Es uno de esos jóvenes arquitectos que construyen casas extravagantes. Está edificando una para Allington. Dios sabe lo que resultará, supongo que alguna fantochada moderna de ésas, mesas de cristal y sillas de acero y lona. Bueno, eso no significa nada, por supuesto, pero demuestra la clase de individuo que es Sandford, un bolchevique, un tipo sin moral.

—La seducción es un crimen muy antiguo —dijo *sir* Henry con calma—, aunque desde luego no tanto como el homicidio.

El coronel Melchett lo miró extrañado.

—¡Oh, sí! Desde luego, desde luego.

—Bien, *sir* Henry —intervino Drewitt—, ahí lo tiene: es un asunto feo, pero claro como el agua. Este joven, Sandford, seduce a la chica y se dispone a regresar a Londres. Allí tiene novia, una señorita bien con la que está prometido. Naturalmente, si ella se entera de eso, puede dar por terminadas sus relaciones. Se encuentra con Rose en el puente. Es una noche oscura, no hay nadie por allí, la coge por los hombros y la arroja al agua. Un sinvergüenza que tendrá su merecido. Ésa es mi opinión.

Sir Henry permaneció en silencio un par de minutos. Casi podía palpar los prejuicios subyacentes. No era probable que un arquitecto moderno fuese muy popular en un pueblo tan conservador como St. Mary Mead.

—Supongo que no existirá la menor duda de que ese hombre, Sandford, era el padre de la criatura… —preguntó.

—Lo era, desde luego —replicó Drewitt—. Rose Emmott se lo dijo a su padre, pensaba que se casaría con ella. ¡Casarse con ella! ¡Qué ingenua!

«¡Pobre de mí! —pensó *sir* Henry—. Me parece estar viviendo un melodrama victoriano. La joven confiada, el villano de Londres, el padre iracundo. Sólo falta el fiel amor pueblerino. Sí, creo que ya es hora de que pregunte por él».

Y en voz alta añadió:

—¿Esa joven no tenía algún pretendiente en el pueblo?

—¿Se refiere a Joe Ellis? —dijo el inspector—. Joe es un buen muchacho, trabaja como carpintero. ¡Ah! Si ella se hubiera fijado en él…

El coronel Melchett asintió aprobador.

—Uno tiene que limitarse a los de su propia clase —sentenció.

—¿Cómo se tomó Joe Ellis todo el asunto? —quiso saber *sir* Henry.

—Nadie lo sabe —contestó el inspector—. Joe es un muchacho muy tranquilo y reservado. Cualquier cosa que hiciera Rose le parecía bien. Lo tenía completamente

dominado. Se limitaba a esperar que algún día volviera a él. Sí, creo que ésa era su manera de afrontar la situación.

—Me gustaría verlo —dijo *sir* Henry.

—¡Oh! Nosotros vamos a interrogarlo —explicó el coronel Melchett—. No vamos a dejar ningún cabo suelto. Había pensado ver primero a Emmott, luego a Sandford y después podemos ir a hablar con Ellis. ¿Le parece bien, Clithering?

Sir Henry respondió que le parecía estupendo.

Encontraron a Tom Emmott en la taberna el Blue Boat. Era un hombre corpulento, de mediana edad, mirada inquieta y mandíbula poderosa.

—Celebro verles, caballeros. Buenos días, coronel. Pasen aquí y podremos hablar en privado. ¿Puedo ofrecerles alguna cosa? ¿No? Como quieran. Han venido por el asunto de mi pobre hija. ¡Ah! Rose era una buena chica. Siempre lo fue, hasta que ese cerdo… (perdónenme, pero eso es lo que es), hasta que ese cerdo vino aquí. Él le prometió que se casarían, eso hizo. Pero yo haré que lo pague muy caro. La arrojó al río. El cerdo asesino. Nos ha traído la desgracia a todos. ¡Mi pobre hija!

—¿Su hija le dijo claramente que Sandford era el responsable de su estado? —preguntó Melchett crispado.

—Sí, en esta misma habitación.

—¿Y qué le dijo usted? —quiso saber *sir* Henry.

—¿Decirle? —El hombre pareció desconcertado.

—Sí, usted, por ejemplo, no la amenazaría con echarla de su casa o algo así.

—Me disgusté mucho, eso es natural. Supongo que estará de acuerdo en que eso era algo natural. Pero, desde luego, no la eché de casa. Yo no haría semejante cosa —dijo con virtuosa indignación—. No. ¿Para qué está la ley?, le dije. ¿Para qué está la ley? Ya le obligarán a cumplir con su deber. Y si no lo hace, por mi vida que lo pagará.

Y dejó caer su puño con fuerza sobre la mesa.

—¿Cuándo vio a su hija por última vez? —preguntó Melchett.

—Ayer… a la hora del té.

—¿Cómo se comportaba?

—Pues como siempre. No noté nada. Si yo hubiera sabido…

—Pero no lo sabía —replicó el inspector en tono seco.

Y dicho esto se despidieron.

«Emmott no es un sujeto que resulte precisamente agradable», pensó *sir* Henry para sus adentros.

—Es un poco violento —contestó Melchett—. Si hubiera tenido oportunidad ya hubiese matado a Sandford, de eso estoy seguro.

La próxima visita fue para el arquitecto. Rex Sandford era muy distinto a la imagen que *sir* Henry se había formado de él. Alto, muy rubio, delgado, de ojos azules y soñadores, y cabellos descuidados y demasiado largos. Su habla resultaba un tanto afeminada.

El coronel Melchett se presentó a sí mismo y a sus acompañantes y, pasando directamente al objeto de su visita, invitó al arquitecto a que aclarara cuáles habían sido sus actividades durante la noche anterior.

—Debe comprender —le dijo a modo de advertencia— que no tengo autoridad para obligarle a declarar y que todo lo que diga puede ser utilizado en su contra. Quiero dejar esto bien claro.

—Yo, no… no comprendo —dijo Sandford.

—¿Comprende que Rose Emmott murió ahogada ayer noche?

—Sí, lo sé. ¡Oh! Es demasiado… demasiado terrible. Apenas si he podido dormir en toda la noche, y he sido incapaz de trabajar nada hoy. Me siento responsable, terriblemente responsable.

Se pasó las manos por los cabellos enmarañándolos todavía más.

—Nunca tuve intención de hacerle daño —dijo en tono plañidero—. Nunca lo pensé siquiera. Nunca pensé que se lo tomara de esa manera.

Y sentándose junto a la mesa escondió el rostro entre las manos.

—¿Debo entender, *Mr*. Sandford, que se niega a declarar dónde estaba ayer noche a las ocho y media?

—No, no, claro que no. Había salido. Salí a pasear.

—¿Fue a reunirse con *miss* Emmott?

—No, me fui solo. A través de los bosques. Muy lejos.

—Entonces, ¿cómo explica usted esta nota, que fue encontrada en el bolsillo de la difunta?

El inspector Drewitt la leyó en voz alta sin demostrar emoción alguna.

—Ahora —concluyó—, ¿niega haberla escrito?

—No… no. Tiene razón, la escribí yo. Rose me pidió que fuera a verla. Insistió, yo no sabía qué hacer, por eso le escribí esa nota.

—Ah, así está mejor —le dijo Drewitt.

—¡Pero no fui! —Sandford elevó la voz—. ¡No fui! Pensé que era mejor no ir. Mañana pensaba regresar a la ciudad. Tenía intención de escribirle desde Londres y hacer algún arreglo.

—¿Se da usted cuenta, señor, de que la chica iba a tener un niño y que había dicho que usted era el padre?

Sandford lanzó un gemido, pero nada respondió.

—¿Era eso cierto, señor?

Sandford escondió todavía más el rostro entre las manos.

—Supongo que sí —dijo con voz ahogada.

—¡Ah! —El inspector Drewitt no pudo disimular su satisfacción—. Ahora háblenos de ese paseo suyo. ¿Le vio alguien anoche?

—No lo sé, pero no lo creo. Que yo recuerde, no me encontré a nadie.

—Es una lástima.

—¿Qué quiere usted decir? —Sandford abrió mucho los ojos—. ¿Qué importa si fui a pasear o no? ¿Qué tiene que ver eso con que Rose se suicidase?

—¡Ah! —exclamó el inspector—. Pero es que no se suicidó, la arrojaron al agua deliberadamente, *Mr*. Sandford.

—Que ella… —Tardó un par de minutos en sobreponerse al horror que le produjo la noticia—. ¡Dios mío! Entonces…

Se desplomó en una silla.

El coronel Melchett hizo ademán de marcharse.

—Debe comprender, *Mr*. Sandford —le dijo—, que no le conviene abandonar esta casa.

Los tres hombres salieron juntos, y el inspector y el coronel Melchett intercambiaron una mirada.

—Creo que es suficiente, señor —dijo el inspector.

—Sí, vaya a buscar una orden de arresto y deténgalo.

—Discúlpenme —exclamó *sir* Henry—. He olvidado mis guantes.

Y volvió a entrar en la casa rápidamente. Sandford seguía sentado donde le habían dejado, con la mirada perdida en el vacío.

—He vuelto —le anunció *sir* Henry— para decirle que yo, personalmente, haré cuanto pueda por ayudarle. No me está permitido revelar el motivo de mi interés por usted, pero debo pedirle que me refiera lo más brevemente posible todo lo que pasó entre usted y esa chica, Rose.

—Era muy bonita —contestó Sandford—, muy bonita y muy provocativa. Y… y me asediaba continuamente. Le juro que es cierto. No me dejaba ni un minuto. Y aquí yo me encontraba muy solo, no le caía simpático a nadie y, como le digo, ella era terriblemente bonita y parecía saber lo que se hacía y… —Su voz se apagó—. Y luego ocurrió esto. Quería que me casara con ella y yo ya estoy comprometido con una chica de Londres. Si llegara a enterarse de esto… y se enterará, por supuesto, todo habrá terminado. No lo comprenderá. ¿Cómo podría comprenderlo? Soy un depravado, desde luego. Como le digo, no sabía qué hacer y evitaba en la medida de lo posible a Rose. Pensé que, si regresaba a la capital y veía a mi abogado, podría arreglarlo pasándole algún dinero. ¡Cielos, qué idiota! Y todo está tan claro, todo me acusa, pero se han equivocado. Ella tuvo que suicidarse.

—¿Le amenazó alguna vez con quitarse la vida?

Sandford negó con la cabeza.

—Nunca, y tampoco hubiera dicho que fuese capaz de hacerlo.

—¿Qué sabe de un hombre llamado Joe Ellis?

—¿El carpintero? El típico hombre de pueblo. Muy callado, pero estaba loco por Rose.

—¿Es posible que estuviera celoso? —insinuó *sir* Henry.

—Supongo que estaba un poco celoso, pero pertenece al tipo bovino, es de los que sufren en silencio.

—Bueno —dijo *sir* Henry—, debo marcharme.

Y se reunió con los otros.

—¿Sabe, Melchett? Creo que deberíamos ir a ver a ese otro individuo, Ellis, antes de tomar ninguna determinación. Sería una lástima que, después de realizar la detención, resultase ser un error. Al fin y al cabo, los celos siempre fueron un buen móvil para cometer un crimen. Y además bastante corriente.

—Es cierto —replicó el inspector—, pero Joe Ellis no es de esa clase. Es incapaz de hacer daño a una mosca. Nadie le ha visto nunca fuera de sí. No obstante, estoy de acuerdo con usted en que será mejor preguntarle dónde estuvo ayer noche. Ahora debe de estar en su casa. Se hospeda en casa de *Mrs*. Bartlett, una persona muy decente, que era viuda y se ganaba la vida lavando ropa.

La casa adonde se dirigieron era inmaculadamente pulcra. Les abrió la puerta una mujer robusta de mediana edad, rostro afable y ojos azules.

—Buenos días, *Mrs*. Bartlett —dijo el inspector—. ¿Está Joe Ellis?

—Ha regresado hará unos diez minutos —respondió *Mrs*. Bartlett—. Pasen, por favor.

Y secándose las manos en el delantal, les condujo hasta una salita llena de pájaros disecados, perros de porcelana, un sofá y varios muebles inútiles.

Se apresuró a disponer asiento para todos y, apartando una rinconera para que hubiera más espacio, salió de la habitación gritando:

—Joe, hay tres caballeros que quieren verte.

Y una voz le contestó desde la cocina:

—Iré en cuanto termine de lavarme.

Mrs. Bartlett sonrió.

—Vamos, *Mrs*. Bartlett —dijo el coronel Melchett—. Siéntese.

A *Mrs*. Bartlett le sorprendió la idea.

—Oh, no señor. Ni pensarlo.

—¿Es buen huésped Joe Ellis? —le preguntó Melchett en tono intrascendente.

—No podría ser mejor, señor. Es un joven muy formal. Nunca bebe ni una gota de vino y se toma muy en serio su trabajo. Siempre se muestra amable y me ayuda cuando hay cosas que reparar en la casa. Fue él quien me puso esos estantes y me ha hecho un nuevo aparador para la cocina. Siempre arregla esas cosillas que hace falta arreglar en las casas. Joe lo hace como cosa natural y ni siquiera quiere que le dé las gracias. ¡Ah! No hay muchos jóvenes como Joe, señor.

—Alguna muchacha será muy afortunada algún día —dijo Melchett—. Estaba bastante enamorado de esa pobre chica, Rose Emmott, ¿no es cierto?

Mrs. Bartlett suspiró.

—Me ponía de mal humor. Él besaba la tierra que pisaba y a ella sin importarle un comino los sentimientos de Joe.

—¿Dónde pasa las tardes, *Mrs*. Bartlett?

—Generalmente aquí, señor. Algunas veces trabaja en alguna pieza difícil y, además, está estudiando contabilidad por correspondencia.

—¡Ah!, ¿de veras? ¿Estuvo aquí ayer noche?

—Sí, señor.

—¿Está segura, *Mrs*. Bartlett? —preguntó *sir* Henry secamente.

Se volvió hacia él para contestar:

—Completamente segura, señor.

—¿Por casualidad no saldría entre las ocho y las ocho y media?

—Oh, no —*Mrs*. Bartlett se echó a reír—. Estuvo en la cocina casi toda la noche, montando el aparador y yo le ayudé.

Sir Henry miró su rostro sonriente y por primera vez sintió la sombra de una duda.

Un momento después entraba en la habitación el propio Ellis. Era un joven alto, de anchas espaldas y muy atractivo, de estilo rústico. Sus ojos azules eran tímidos y su sonrisa amable. Un gigante joven y agradable.

Melchett inició la conversación, y *Mrs*. Bartlett se marchó a la cocina.

—Estamos investigando la muerte de Rose Emmott. Usted la conocía, Ellis.

—Sí —vaciló y luego dijo en voz baja—: Esperaba casarme con ella, pobrecilla.

—¿Conocía su estado?

—Sí. —Un relámpago de ira brilló en sus ojos—. Él la dejó tirada, pero fue lo mejor. No hubiera sido feliz casándose con él y confiaba en que cuando eso ocurriera acudiría a mí. Yo hubiera cuidado de ella.

—A pesar de…

—No fue culpa suya. Él la hizo caer con mil promesas. ¡Oh! Ella me lo contó. No tenía que haberse suicidado. Ese tipo no lo valía.

—Ellis, ¿dónde estaba usted ayer noche, alrededor de las ocho y media?

Tal vez fuese producto de la imaginación de *sir* Henry, pero le pareció detectar una cierta turbación en su rápida, casi demasiado rápida, respuesta.

—Estuve aquí, montando el aparador de *Mrs*. Bartlett. Pregúnteselo a ella.

«Ha contestado con demasiado presteza —pensó *sir* Henry—. Y él es un hombre lento. Eso demuestra que tenía preparada de antemano la respuesta».

Pero se dijo a sí mismo que estaba dejándose llevar por su imaginación. Sí, demasiadas cosas imaginaba, hasta le había parecido ver un destello de aprensión en aquellos ojos azules.

Tras unas cuantas preguntas más, se marcharon. *Sir* Henry buscó un pretexto para entrar en la cocina, donde encontró a *Mrs*. Bartlett ocupada en encender el fuego. Al verle le sonrió con simpatía. En la pared había un nuevo armario, todavía sin terminar, y algunas herramientas y pedazos de madera.

—¿En eso estuvo trabajando Ellis anoche? —preguntó *sir* Henry.

—Sí, señor. Está muy bien, ¿no le parece? Joe es muy buen carpintero.

Ni el menor recelo en su mirada. Pero Ellis… ¿Lo habría imaginado? No, había algo.

«Debo pescarlo», pensó *sir* Henry.

Y al volverse para marcharse, tropezó con un cochecito de niño.

—Espero que no habré despertado al niño —dijo.

Mrs. Bartlett lanzó una carcajada.

—Oh, no, señor. Yo no tengo niños, es una pena. En ese cochecito llevo la ropa que he lavado cuando voy a entregarla.

—¡Oh! Ya comprendo…

Hizo una pausa y luego dijo, dejándose llevar por un impulso.

—*Mrs*. Bartlett, usted conocía a Rose Emmott. Dígame lo que pensaba realmente de ella.

—Pues, creo que era una caprichosa, pero está muerta y no me gusta hablar mal de los muertos.

—Pero yo tengo una razón, una razón poderosa para preguntárselo —su voz era persuasiva.

Ella pareció reflexionar, mientras le observaba con suma atención. Finalmente se decidió.

—Era una mala persona, señor —dijo con calma—. No me atrevería a decirlo delante de Joe. Ella le dominaba. Esa clase de mujeres saben hacerlo, es una pena, pero ya sabe lo que ocurre, señor.

Sí, *sir* Henry lo sabía. Los Joe Ellis de este mundo son particularmente vulnerables, confían ciegamente. Pero precisamente por eso, el choque de descubrir la verdad es siempre más fuerte.

Abandonó aquella casa confundido y perplejo. Se hallaba ante un muro infranqueable. Joe Ellis había estado trabajando allí durante toda la noche anterior, bajo la vigilancia de *Mrs*. Bartlett. ¿Cómo era posible soslayar ese obstáculo? No había nada que oponer a eso, como no fuera la sospechosa presteza con que Joe Ellis había contestado, un claro indicio de que podía haber preparado aquella historia de antemano.

—Bueno —dijo Melchett—, esto parece dejar el asunto bastante claro, ¿no les parece?

—Sí, señor —convino el inspector—. Sandford es nuestro hombre. No tiene nada en que apoyar su defensa. Todo está claro como el día. En mi opinión, puesto que la chica y su padre estaban dispuestos a… a hacerle prácticamente víctima de un chantaje, y él no tenía dinero ni quería que el asunto llegara a oídos de su novia, se desesperó y actuó de acuerdo con su desesperación. ¿Qué opina usted de esto, señor? —agregó dirigiéndose a *sir* Henry con deferencia.

—Eso parece —admitió *sir* Henry—. Y, sin embargo, no puedo imaginarme a Sandford cometiendo ninguna acción violenta.

Pero sabía que su objeción apenas tendría validez.

El animal más manso, al verse acorralado, es capaz de las acciones más sorprendentes.

—Me gustaría ver a ese niño —dijo de pronto—. El que oyó el grito.

Jimmy Brown resultó ser un niño vivaracho, bastante menudo para su edad y de rostro delgado e inteligente. Estaba deseando ser interrogado y le decepcionó bastante ver que ya sabían lo que había oído en la fatídica noche.

—Tengo entendido que estabas al otro lado del puente —le dijo *sir* Henry—, al otro lado del río. ¿Viste a alguien por ese lado mientras te acercabas al puente?

—Alguien andaba por el bosque. Creo que era *Mr*. Sandford, el arquitecto que está construyendo esa casa tan rara.

Los tres hombres intercambiaron una mirada de inteligencia.

—¿Eso fue unos diez minutos antes de que oyeras el grito?

El muchacho asintió.

—¿Viste a alguien más en la orilla del río, del lado del pueblo?

—Un hombre venía por el camino por ese lado. Iba despacio, silbando. Tal vez fuese Joe Ellis.

—Tú no pudiste ver quién era —le dijo el inspector en tono seco—. Era de noche y había niebla.

—Lo digo por lo que silbaba —contestó el chico—. Joe Ellis siempre silba la misma tonadilla, «Quiero ser feliz», es la única que sabe.

Habló con el desprecio que un vanguardista sentiría por alguien a quien considerara anticuado.

—Cualquiera pudo silbar eso —replicó Melchett—. ¿Iba en dirección al puente?

—No, al revés, hacia el pueblo.

—No creo que debamos preocuparnos por ese desconocido —dijo Melchett—. Tú oíste el grito y un chapuzón y, pocos minutos después, al ver un cuerpo que flotaba aguas abajo, corriste en busca de ayuda, regresaste al puente, lo cruzaste y te fuiste directamente al pueblo. ¿No viste a nadie por allí cerca a quien pedir ayuda?

—Creo que había dos hombres con una carretilla en la orilla del río, pero estaban bastante lejos y no podía distinguir si iban o venían, y como la casa de *Mr*. Giles estaba más cerca, corrí hacia allí.

—Hiciste muy bien, muchacho —le dijo Melchett—. Actuaste con gran entereza. Tú eres *scout*, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Muy bien.

Sir Henry permanecía en silencio, reflexionando. Extrajo un pedazo de papel de su bolsillo y, tras mirarlo, meneó la cabeza. Parecía imposible y sin embargo…

Se decidió a visitar a *miss* Marple sin dilación.

Le recibió en un saloncito de estilo antiguo, ligeramente recargado.

—He venido a darle cuenta de nuestros progresos —dijo *sir* Henry—. Me temo que desde su punto de vista las cosas no marchan del todo bien. Van a detener a

Sandford. Y debo confesar que, a juzgar por los indicios, con toda justicia.

—Entonces, ¿no ha encontrado nada, digamos, que justifique mi teoría? —Parecía perpleja, ansiosa—. Quizás estuviera equivocada, completamente equivocada. Usted tiene tanta experiencia que, de no ser así, lo habría averiguado.

—En primer lugar —dijo *sir* Henry—, apenas puedo creerlo. Y por otra parte, nos estrellamos contra una coartada infranqueable. Joe Ellis estuvo montando unos estantes de un armario de la cocina toda la noche y *Mrs*. Bartlett estaba con él.

Miss Marple se inclinó hacia delante presa de una gran agitación.

—Pero eso no es posible —exclamó con firmeza—. Era viernes.

—¿Viernes?

—Sí, fue la noche del viernes. Y los viernes por la noche ella va a entregar la ropa que ha lavado durante la semana.

Sir Henry se reclinó en su asiento. Recordaba la historia de Jimmy Brown sobre el hombre que silbaba y… sí, encajaba.

Se puso en pie, estrechando enérgicamente la mano de *miss* Marple.

—Creo que ya sé qué debo hacer —le dijo—. O por lo menos lo intentaré.

Cinco minutos después estaba en casa de *Mrs*. Bartlett, frente a Joe Ellis, en la salita de los perros de porcelana.

—Usted nos mintió, Ellis, con respecto a la noche pasada —le dijo crispado—. Entre las ocho y las ocho y media usted no estuvo en la cocina montando el armario. Le vieron paseando por la orilla del río en dirección al pueblo pocos minutos antes de que Rose Emmott fuese asesinada.

El hombre se quedó atónito.

—No fue asesinada, no fue asesinada. Yo no tengo nada que ver. Ella se arrojó al río. Estaba desesperada. Yo no hubiera podido hacerle el menor daño, no hubiera podido.

—Entonces, ¿por qué nos mintió diciéndonos que estuvo aquí? —preguntó *sir* Henry con astucia.

El joven alzó los ojos y luego los bajó con gesto nervioso.

—Estaba asustado. *Mrs*. Bartlett me vio por allí y, cuando supo lo que había ocurrido, pensó que las cosas podían ponerse feas para mí. Quedamos en que yo diría que había estado trabajando aquí y ella se avino a respaldarme. Es una persona muy buena. Siempre fue muy buena conmigo. Sin añadir palabra *sir* Henry abandonó la estancia para dirigirse a la cocina. *Mrs*. Bartlett estaba lavando los platos.

—*Mrs*. Bartlett —le dijo—, lo sé todo. Creo que será mejor que confíese, es decir, a menos que quiera que ahorquen a Joe Ellis por algo que no ha hecho. No, ya veo que no lo desea. Le diré lo que ocurrió. Usted salió a entregar la ropa y se encontró con Rose Emmott. Pensó que dejaba para siempre a Joe para marcharse con el forastero. Ella estaba en un apuro y Joe dispuesto a acudir en su ayuda, a casarse con ella si era preciso, y Rose lo tendría para siempre. Joe lleva cuatro años viviendo en su casa y se ha enamorado de él, lo quiere para usted sola. Odiaba a esa muchacha,

no podía soportar la idea de que otra le arrebatara a su hombre. Usted es una mujer fuerte, *Mrs*. Bartlett. Cogió a la chica por los hombros y la arrojó a la corriente. Pocos minutos después encontró a Joe Ellis. Jimmy les vio juntos a lo lejos, pero con la oscuridad y la niebla imaginó que el cochecito era una carretilla de la que tiraban dos hombres. Y usted convenció a Joe de que podía resultar sospechoso y le propuso establecer una coartada para él, que en realidad lo era para usted. Ahora dígame sinceramente, ¿tengo o no razón?

Contuvo el aliento. Lo arriesgaba todo en aquella jugada.

Ella permaneció ante él unos momentos secándose las manos en el delantal mientras lentamente iba tomando una determinación.

—Ocurrió todo como usted dice —dijo al fin con su voz reposada, tanto que *sir* Henry sintió de pronto lo peligrosa que podía ser—. No sé lo que se me pasó por la cabeza. Una desvergonzada, eso es lo que era. No pude soportarlo, no me quitaría a Joe. No he tenido una vida muy feliz, señor. Mi esposo era un pobre inválido malhumorado. Le cuidé siempre fielmente. Y luego vino Joe a hospedarse en mi casa. No soy muy vieja, señor, a pesar de mis cabellos grises. Sólo tengo cuarenta años y Joe es uno entre un millón. Hubiera hecho cualquier cosa por él, lo que fuera. Era como un niño pequeño, tan simpático y tan crédulo. Era mío, señor, y yo cuidaba de él, le protegía. Y esto… esto… —Tragó saliva para contener su emoción. Incluso en aquellos momentos era una mujer fuerte. Se irguió mirando a *sir* Henry con una extraña determinación—. Estoy dispuesta a acompañarle, señor. No pensé que nadie lo descubriera. No sé cómo lo ha sabido usted, no lo sé, se lo aseguro.

Sir Henry negó con la cabeza.

—No fui yo quien lo averiguó —dijo pensando en el pedazo de papel que seguía en su bolsillo con unas palabras escritas con letra muy clara y pasada de moda:

> *Mrs. Bartlett, en cuya casa se hospeda Joe Ellis en el número 2 de Mill Cottages.*

Una vez más, *miss* Marple había acertado.

La locura de Greenshaw

(Greenshaw's Folly).

1

Los dos hombres rodearon la masa de matorrales.

—Bueno, ahí la tiene —dijo Raymond West—. Ésa es.

Horace Bindler contuvo la respiración, admirado.

—¡Pero si es maravillosa, querido West! —exclamó. Su voz se alzó en un grito de placer estético, bajándola luego, llena de pavor reverente—. ¡Es increíble! ¡No parece de este mundo! Un ejemplar de época de lo más logrado.

—Me pareció que le gustaría —dijo Raymond West, complacido.

—¿Gustarme? Querido… —Horace no encontró palabras. Soltó la correa de su cámara fotográfica y entró en acción—. Ésta será una de las joyas de mi colección —agregó alegremente—. Encuentro divertidísimo esto de tener una colección de monstruosidades. Se me ocurrió la idea una noche en el baño, hace siete años. Mi última joya auténtica fue la que hice en el camposanto, en Génova, pero creo de verdad que ésta le gana. ¿Cómo se llama?

—No tengo la menor idea —confesó Raymond.

—¿Pero tendrá un nombre?

—Debe tenerlo. Pero es el caso que por aquí todo el mundo la llama «La locura de Greenshaw».

—¿Greenshaw sería el hombre que la construyó?

—Sí. En mil seiscientos ochenta o mil seiscientos sesenta aproximadamente. La historia del triunfador local de aquel entonces. Un chico descalzo que alcanzó una prosperidad enorme. La opinión local está dividida respecto a por qué construyó esta casa: unos dicen que fue un alarde de riqueza y otros que lo hizo por causar impresión a sus acreedores. Si tienen razón los últimos, no lo consiguió. Greenshaw quebró o algo parecido. De ahí le viene el nombre, «La locura de Greenshaw».

Se oyó el chasquido de la cámara de Horace.

—Ya está —dijo con voz satisfecha—. Recuérdeme que le enseñe el número trescientos diez de mi colección. Una repisa de chimenea, en mármol, al estilo italiano. Completamente increíble —y añadió mirando la casa:

—No comprendo cómo pudo ocurrírsele eso al señor Greenshaw.

—Algunas cosas están bastante claras —dijo Raymond—. Había visitado los castillos del Loira, ¿no cree? Esas torretas… Luego, por desgracia, parece que viajó por Oriente. La influencia del Taj Mahal[1] es inconfundible. Me gusta el ala mora —añadió— y las reminiscencias de palacio veneciano.

—Se maravilla uno de que haya conseguido un arquitecto que pusiera en práctica estas ideas.

Raymond se encogió de hombros.

—No creo que haya tenido dificultad con eso —dijo—. Probablemente el arquitecto se retiró con una bonita renta vitalicia, mientras el pobre Greenshaw se

arruinó por completo.

—¿Podríamos verla desde el otro lado —preguntó Horace— o estamos quizá metiéndonos en terreno prohibido?

—Desde luego que estamos metiéndonos en terreno prohibido —dijo Raymond —, pero no creo que importe gran cosa.

Se dirigió hacia la esquina de la casa y Horace le siguió a paso vivo.

—Pero ¿quién vive aquí, querido Raymond? ¿Huérfanos o turistas? No puede ser un colegio. No hay campos de deportes ni eficiencia…

—Ah, sigue viviendo un Greenshaw —dijo Raymond por encima del hombro—. La casa no se perdió en el desastre. La heredó el hijo del viejo Greenshaw. Era bastante tacaño y vivía aquí, en un rincón de la casa. Nunca gastó un penique. Probablemente nunca lo tuvo para gastarlo. Ahora vive aquí su hija. Una señora mayor… muy excéntrica.

Mientras hablaba, Raymond iba felicitándose de haber pensado en «La locura de Greenshaw» para entretener a sus invitados. Aquellos críticos literarios andaban siempre proclamando lo que suspiraban por un fin de semana en el campo, y luego, cuando llegaban al campo, se aburrían muchísimo. Al día siguiente tenían los periódicos dominicales, y para aquel día Raymond West se congratulaba de haber propuesto una visita a «La locura de Greenshaw», para que Horace Bindler enriqueciera con ella esa famosa colección de monstruosidades.

Dieron la vuelta a la esquina de la casa y salieron a un césped descuidado. En uno de los ángulos había un gran jardín con rocas artificiales y, en él, una figura inclinada, a la vista de la cual Horace agarró encantado a Raymond por un brazo, para hacerle fijar la atención.

—¡Querido Raymond! —exclamó—. ¿Ves lo que lleva puesto? Un vestido rameado, como los que llevaban las doncellas… cuando había doncellas. Una de las cosas que recuerdo con más nostalgia es una temporada que pasé en una casa de campo, cuando era muy pequeño, y todas las mañanas le despertaba a uno una doncella de verdad, toda pizpireta con su traje rameado y su gorro. Sí, hijo mío, sí, su gorro. De muselina, con unas cintas colgando. Bueno, puede que la que llevaba las cintas fuera la primera doncella. Pero el caso es que era una doncella de verdad, que me llevaba una jarra de agua caliente. ¡Qué emocionante está siendo este día!

La figura del vestido estampado se había enderezado y estaba vuelta hacia ellos, con una pala en la mano. Era una persona sorprendente. Sobre los hombros le caían mechones descuidados de cabellos grises y llevaba encasquetado un sombrero de paja bastante semejante a los que les ponen a los caballos en Italia. El vestido estampado de colores le llegaba casi a los tobillos. En su cara curtida y no muy limpia, unos ojos agudos les observaban.

—Le ruego me disculpe por haberme metido en su propiedad, señorita Greenshaw —dijo Raymond West, acercándose a ella—, pero a Horace Bindler, que está pasando el fin de semana conmigo…

Horace se inclinó y se quitó el sombrero.

—… le interesan muchísimo… hum… la historia antigua y… hum… las bellezas arquitectónicas.

Raymond West habló con la soltura del escritor famoso que se sabe célebre y se atreve a lo que otras personas no se atreverían.

La señorita Greenshaw se volvió hacia la desparramada exuberancia de «La locura de Greenshaw».

—Sí que es una casa hermosa —dijo con aprobación—. La construyó mi abuelo… antes de nacer yo, por supuesto. Aseguran que decía que deseaba dejar pasmada a la gente del pueblo.

—Estoy seguro de que lo consiguió, señora —asintió Horace Bindler.

—El señor Bindler es un crítico literario muy conocido —se apresuró a decir Raymond.

Evidentemente, a la señorita Greenshaw no le inspiraban ningún respeto los críticos literarios. No pareció impresionarse lo más mínimo.

—La considero —dijo la señorita Greenshaw, refiriéndose a la casa— como un monumento al genio de mi abuelo. Hay gente tonta que viene a preguntarme por qué no la vendo y me voy a un piso. ¿Qué iba a hacer yo en un piso? Ésta es mi casa y aquí vivo. Siempre he vivido aquí.

Se quedó pensativa unos momentos, reviviendo el pasado.

—Éramos tres —prosiguió—. Laura se casó con el pastor protestante. Papá no quiso darle ningún dinero; decía que los clérigos no debían estar apegados a las cosas de este mundo. Se murió al tener un niño. El niño murió también. Nettie se escapó con el profesor de equitación. Papá la borró del testamento, como es natural. Un tipo guapo el tal Harry Fletcher, pero un desastre. No creo que Nettie fuera feliz con él. De todos modos, no vivió mucho, ella. Tuvo un hijo. Me escribe algunas veces, pero, naturalmente, no es un Greenshaw. Yo soy la última de los Greenshaw.

Enderezó con cierto orgullo sus hombros inclinados y se puso derecho el sombrero de paja. Luego, volviéndose, dijo vivamente:

—¿Qué le pasa, señora Creeswell?

Desde la casa se dirigía hacia ellos una mujer de mediana edad que, vista al lado de la señorita Greenshaw, ofrecía con ésta un contraste ridículo. La señora Creeswell llevaba la cabeza maravillosamente arreglada; sus cabellos, con abundantes reflejos azules, se alzaban en una serie de rizos colocados en filas meticulosas. Parecía como si se hubiera arreglado la cabeza para ir a un baile de carnaval disfrazada de María Antonieta. Iba vestida con lo que debía haber sido crujiente seda negra, pero que no era en realidad sino una de las variedades más brillantes de la seda artificial. Aunque no era alta. Tenía un busto voluminoso. Hablaba con una voz de gravedad inesperada y con exquisita dicción, pero titubeando ligeramente ante las palabras empezadas con la «h», palabras que acababa por pronunciar con una aspiración exagerada, lo que hacía sospechar que en su remota infancia debió tener dificultad con esta letra[2].

—El pescado, señora —dijo la señora Creeswell—, la raja de bacalao. No ha llegado. Le he dicho a Alfred que vaya a buscarla y se niega a hacerlo.

Inesperadamente, la señorita Greenshaw soltó una carcajada.

—Conque se niega, ¿eh?

—Alfred, señora, ha estado muy poco complaciente.

La señorita Greenshaw se llevó a los labios los dedos manchados de tierra, lanzó un silbido ensordecedor y al mismo tiempo gritó:

—¡Alfred! ¡Alfred, ven aquí!

En respuesta a la llamada apareció un joven, dando la vuelta a una esquina de la casa, con una pala en la mano. Era guapo y tenía una expresión insolente. Al llegar cerca de ellos le lanzó a la señora Creeswell una mirada de odio.

—¿Me llamaba, señorita? —preguntó.

—Sí, Alfred. Acabo de enterarme que no quieres ir a buscar el pescado. ¿Por qué no vas, eh?

Alfred habló con voz áspera.

—Voy por él si usted lo quiere, señorita. Sólo tiene que decirlo.

—Claro que lo quiero. Lo necesito para la cena.

—Muy bien, señorita. Voy corriendo.

Lanzó una mirada insolente a la señora Creeswell, que enrojeció y murmuró en voz baja:

—¡Qué barbaridad! ¡Es insoportable!

—Ahora que caigo —dijo la señorita Greenshaw—, un par de personas extrañas es justo lo que nos hace falta, ¿no le parece, señora Creeswell?

La señora Creeswell pareció quedar un tanto desconcertada.

—No comprendo, señora.

—Para lo que sabe usted —dijo la señorita Greenshaw, meneando la cabeza en sentido afirmativo—. El beneficiario de un testamento no puede ser testigo. ¿Es así, no? —Esta última pregunta iba dirigida a Raymond West.

—Exacto —respondió el novelista.

—Sé lo bastante de leyes para saber eso —dijo la señorita Greenshaw—. Y ustedes son dos personas de posición.

Tiró la pala en la cesta de recoger los hierbajos.

—¿Les molestaría venir a la biblioteca conmigo?

—Encantados —dijo Horace con fervor. Pasando por la puerta-ventana, les condujo a través de un enorme salón amarillo y dorado, con paredes recubiertas de brocado descolorido y muebles tapados con fundas; luego por un gran vestíbulo sombrío y escaleras arriba hasta una amplia habitación del primer piso.

—La biblioteca de mi abuelo —anunció la señorita Greenshaw.

Horace miró a su alrededor con profundo placer.

A su modo de ver, la habitación estaba llena de monstruosidades. Cabezas de esfinge surgían de los muebles más inesperados; había un broche colosal, que le

pareció representaba a Pablo y Virginia, y un enorme reloj con motivos clásicos, del que estaba deseando tomar una fotografía.

—Una hermosa colección de libros —dijo la señorita Greenshaw.

Raymond estaba ya mirando los libros. Por lo que pudo ver en una inspección rápida, no había allí ningún libro que ofreciera el menor interés; en realidad, no parecía que ninguno de ellos hubiera sido leído. Eran colecciones de los clásicos, encuadernados maravillosamente, de las que se vendían hace noventa años para llenar las estanterías de los señores de alcurnia. Había también algunas novelas antiguas, pero tampoco éstas parecían haber sido leídas.

La señorita Greenshaw estaba rebuscando en los cajones de un escritorio enorme. Finalmente, sacó de él un testamento de pergamino.

—Mi testamento —explicó—. Tiene uno que dejarle el dinero a alguien…, eso dicen, por lo menos. Si muriera sin hacer testamento, supongo que se lo llevaría todo el hijo de aquel tratante de caballos. Un muchacho guapo, el tal Harry Fletcher, pero un bribón donde los haya. No veo por qué razón había de heredar su hijo esta casa. No —prosiguió, como contestando a una oposición tácita—, estoy decidida. Se lo dejo a Creeswell.

—¿Su ama de llaves?

—Sí. Ya se lo he explicado a ella. Hago testamento dejándole a ella todo lo que tengo y entonces no necesito pagarle ningún sueldo. Me ahorro muchos gastos y la hace andar derecha. Así no me dejará plantada cuando menos lo piense. ¿Es muy empingorotada, verdad? Pero su padre era un fontanero muy modesto. No tiene motivo alguno para darse aires.

Había desdoblado el pergamino. Cogió una pluma, la mojó en el tintero y firmó: *Katherine Dorothy Greenshaw*.

—Eso es —dijo—. Los dos me han visto firmarlo y ahora lo firman ustedes y ya es legal.

Le tendió la pluma a Raymond West. El escritor titubeó un momento, sintiendo una aversión inesperada a hacer lo que se le pedía. Luego, rápidamente, garabateó su conocida firma, que todos los días solicitaban por correo lo menos seis personas.

Horace cogió la pluma de mano de Raymond y añadió su diminuta firma.

—Ya está —dijo la señorita Greenshaw.

Se dirigió a las estanterías y se quedó mirándolas, indecisa; luego abrió una de las puertas encristaladas, sacó un libro y deslizó dentro el pergamino doblado cuidadosamente.

—Tengo mis escondites —les comunicó.

—«El secreto de *lady* Audley» —observó Raymond West, viendo el título del libro cuando la señorita Greenshaw lo volvía a su sitio.

La señorita Greenshaw soltó otra carcajada.

—Uno de los libros más populares de su época —observó—. No como sus libros, ¿eh?

Le dio a Raymond un codazo amistoso en las costillas. Al novelista le sorprendió que supiera que escribía. Aunque Raymond West era muy conocido en los círculos literarios, no podía considerársele como un escritor popular. A pesar de haberse suavizado algo al aproximarse a la edad madura, sus libros se ocupaban del lado sórdido de la vida.

—¿Podría sacar una foto del reloj? —preguntó Horace, conteniendo la respiración.

—No faltaba más —dijo la señora Greenshaw—. Creo que vino de la Exposición de París.

—Es muy probable —dijo Horace. A continuación hizo la foto.

—Esta habitación no se ha usado mucho desde tiempos de mi abuelo —dijo la señorita Greenshaw—. Este escritorio está lleno de viejos diarios suyos. Deben ser interesantes. Yo ya no tengo vista para leerlos. Me gustaría publicarlos, pero me figuro que habría que trabajar mucho con ello.

—Podría usted encargárselos a alguien —sugirió Raymond West.

—Sí, es una idea. Lo pensaré.

Raymond West consultó su reloj.

—No debemos abusar más de su amabilidad —dijo.

—Encantada de haberles visto —dijo la señorita Greenshaw graciosamente—. Creí que era el policía, cuando le oí venir, dando la vuelta a la casa.

—¿Por qué un policía? —preguntó Horace, que nunca tenía inconveniente en hacer preguntas.

La señorita Greenshaw les sorprendió cantando alegremente:

—Si quiere usted saber la hora, pregunte a un policía.

Y, con esta muestra de ingenio victoriano, le dio un codazo a Horace en las costillas y soltó una sonora carcajada.

—Ha sido una tarde maravillosa —suspiró Horace, camino de la casa de Raymond—. La verdad es que en esa casa no faltaba nada. Lo único que necesita esa biblioteca es un cadáver. Esos asesinatos en la biblioteca de las novelas policíacas antiguas… estoy seguro de que los autores tenían en la imaginación una como ésa.

—Si quiere usted hablar de asesinatos, tiene que hacerlo con mi tía Jane —dijo Raymond.

—¿Su tía Jane? ¿Se refiere usted a la señorita Marple?

Horace estaba un poco desconcertado. La encantadora anciana, producto de un mundo ya desaparecido, a quien le habían presentado la noche anterior, le parecía incapaz de tener la menor relación con asesinatos.

—Sí, sí —afirmó Raymond—. Los asesinatos son su especialidad.

—¡Mi querido Raymond, qué intrigante! ¿Qué quiere usted decir exactamente con eso?

—Lo que he dicho —dijo Raymond, y explicó:

—Unos cometen asesinatos, otros se ven envueltos en ellos y a otros les son impuestos. Mi tía Jane está incluida en la tercera categoría.

—Está usted bromeando.

—En absoluto. Puede usted preguntárselo al excomisario de Scotland Yard, a varios jefes de policía y a uno o dos laboriosos inspectores pertenecientes al C. I. D[3].

Horace dijo alegremente que nunca terminaba uno de maravillarse.

Mientras tomaban el té, les refirieron los acontecimientos de la tarde a Joan West, la mujer de Raymond, a Lou Oxley, sobrina de éste, y a la anciana señorita Marple, contándoles detalladamente todo lo que la señorita Greenshaw les había dicho.

—Yo creo —terminó diciendo Horace— que se respira allí algo siniestro. Aquella mujer de aires de duquesa, el ama de llaves…, ¿qué les parece arsénico en la tetera, ahora que sabe que su señora ha hecho testamento a su favor?

—Dinos, tía Jane —preguntó Raymond—, ¿se cometerá un asesinato o no? ¿Tú qué crees?

—Creo —dijo la señorita Marple, devanando su lana con expresión severa— que no debías reírte de estas cosas como acostumbras a hacerlo, Raymond. El arsénico, desde luego, es muy posible. ¡Es tan fácil de conseguir! Probablemente lo tienen en el cobertizo de las herramientas, en los preparados para matar las malas hierbas.

—Pero querida tía —intervino Joan West con afecto—. ¿No crees que eso sería demasiado fácil?

—De mucho vale hacer testamento —dijo Raymond—. No creo que la pobre mujer tenga nada que dejar, aparte de esa monstruosidad de casa, ¿y quién va a querer eso?

—Una compañía cinematográfica, posiblemente —sugirió Horace—, o un colegio, o una institución benéfica, o un hotel.

—La querrían comprar por una miseria —replicó Raymond.

Pero la señorita Marple, pensativa, estaba meneando la cabeza.

—Querido Raymond, no estoy de acuerdo contigo. Quiero decir respecto al dinero. El abuelo está probado que era uno de esos manirrotos que hacen dinero fácilmente, pero son incapaces de conservarlo. Puede que haya perdido su fortuna, como dices, pero no pudo quebrar, porque en ese caso su hijo no hubiera heredado la casa. El hijo, en cambio, cosa muy frecuente, era completamente distinto a su padre. Un avaro. Un hombre que ahorraba todo penique que se le venía a las manos. Seguramente ahorró una bonita suma en el transcurso de su vida. Esta señorita Greenshaw parece que ha salido a él; no le gusta gastar ni un céntimo. Sí, creo que es muy probable que tenga un capitalito guardado.

—En ese caso —interpuso Joan West— puede que… ¿no podría Lou…?

Todos miraron a Lou, que permanecía sentada en silencio junto al fuego.

Lou era la sobrina de Joan West. Su matrimonio acababa de deshacerse, dejándola con dos niños pequeños y el dinero indispensable para mantenerlos.

—Quiero decir —aclaró Joan— que si esa señorita Greenshaw quiere en serio que una persona repase todos esos diarios y los prepare para publicarlos…

—Es una buena idea —aprobó Raymond.

Lou dijo en voz baja:

—Sería de mucha ayuda.

—Le escribiré —prometióle Raymond.

—¿Qué querría decir la anciana con aquello del policía? —preguntó intrigada la señorita Marple, pensativa.

—¡Ah, fue sólo una broma!

—Me recordó —dijo la señorita Marple, afirmando con la cabeza—, sí, me recordó mucho al señor Naysmith.

—¿Quién era el señor Naysmith? —preguntó Raymond con curiosidad.

—Era apicultor y tenía mucha habilidad para hacer los acrósticos de los periódicos dominicales. Y le gustaba dar a la gente impresiones falsas, sólo por gracia, pero algunas veces se vio metido en líos por esta afición suya.

Todos guardaron silencio, pensando en el señor Naysmith, pero como no parecía que hubiera ningún punto de semejanza entre él y la señora Greenshaw, llegaron a la conclusión de que la pobre tía Jane debía estar empezando a chochear.

2

Horace Bindler volvió a Londres sin haber coleccionado más monstruosidades, y Raymond West le escribió una carta a la señorita Greenshaw, diciéndole que conocía a una persona que podría ocuparse de revisar los diarios. Después de algunos días llegó una carta, escrita con una letra muy fina y anticuada, en la que la señorita Greenshaw decía que estaba deseando contratar los servicios de esa persona y la citaba en su casa.

Lou acudió a la cita, se fijaron unos honorarios generosos y empezó a trabajar al día siguiente.

—Te lo agradezco muchísimo —le dijo Lou a Raymond—. Me viene estupendamente. Puedo llevar a los niños al colegio, ir a «La locura de Greenshaw» y recogerlos al volver. ¡Es fantástico todo aquello! A esa señora hay que verla para creer que existe.

Al caer la tarde de su primer día de trabajo, volvió y describió la jornada.

—Casi no he visto al ama de llaves —dijo—. Vino a las once y media con un café y unas galletas, toda remilgada, y casi no me habló. Me parece que no le gusta que me hayan contratado. Parece que hay una verdadera enemistad entre ella y el jardinero, Alfred. Es un chico de por aquí, bastante perezoso según las trazas, y él y el ama de llaves no se hablan. La señorita Greenshaw dijo, con sus aires de grandeza: «Siempre ha habido rencillas, que yo recuerde, entre el servicio del jardín y el de la casa. Ya era así en tiempos de mi abuelo. Entonces había tres hombres y un chico en el jardín y ocho criados al servicio de la casa, pero siempre había roces».

Al día siguiente, Lou volvió con otra noticia.

—¿No sabéis una cosa? Esta mañana me pidió que telefoneara al sobrino.

—¿Al sobrino de la señorita Greenshaw?

—Sí. Parece que es actor y está en una compañía, dando una temporada de verano en Borehan on Sea. Le llamé al teatro y dejé un recado, invitándole a venir a comer mañana al mediodía. Fue muy divertido. La señora no quería que el ama de llaves se enterara. Creo que la señora Creeswell ha hecho algo que le ha molestado.

—Mañana otro episodio de esta emocionante novela por entregas —murmuró Raymond.

—Es exactamente como una novela por entregas, ¿verdad? Reconciliación con el sobrino, la fuerza de la sangre…, se hace nuevo testamento y el viejo es destruido.

—Tía Jane, estás muy seria.

—¿Sí? ¿Has sabido algo más del policía?

Lou se quedó desconcertada.

—No sé nada de ningún policía.

—Aquella observación suya, hijita, tenía que tener algún significado —dijo la señorita Marple.

Lou llegó al día siguiente a su trabajo de muy buen humor. Entró por la puerta principal, que estaba abierta; las puertas y las ventanas de la casa siempre lo estaban. Al parecer, la señorita Greenshaw no tenía miedo de los ladrones y puede que tuviera razón, porque la mayoría de las cosas que había en la casa pesaban varias toneladas y no tenían ningún valor comercial.

Lou había pasado por delante de Alfred en el jardín. El joven estaba recostado contra un árbol, fumando un cigarrillo, pero al verla había cogido una escoba y se había puesto a barrer las hojas con diligencia. Aquel muchacho era un vago, pensó ella, pero guapo. Sus facciones le recordaban a alguien. Al pasar por el vestíbulo, camino de la biblioteca, Lou miró el gran retrato de Nathaniel Greenshaw, colgado sobre la repisa de la chimenea. El retrato mostraba al viejo Greenshaw en la cumbre de la prosperidad, recostado hacia atrás en un gran sillón, con las manos reposando sobre la leontina de oro que cruzaba su voluminoso estómago. Al volver la vista del estómago a la cara del modelo, con sus carrillos macizos, sus pobladas cejas y sus retorcidos bigotes, Lou pensó que Nathaniel Greenshaw debía de haber sido guapo de joven. Se parecía un poco a Alfred…

Entró en la biblioteca, cerró la puerta, destapó la máquina de escribir y sacó los diarios del cajón de un lado de la mesa. Por la ventana abierta vio a la señorita Greenshaw. Llevaba un vestido rameado, color castaño, y se inclinaba sobre las rocas artificiales arrancando afanosamente los hierbajos. Había habido dos días de lluvia y los hierbajos habían sacado mucho partido de ella.

Lou, criada en la ciudad, se dijo decididamente que, si alguna vez tenía jardín, nunca le pondría rocas artificiales, a las que habría que quitar las hierbas a mano. Con esto se puso con ardor a trabajar.

La señora Creeswell estaba de muy mal humor al entrar en la biblioteca a las once y media, con la bandeja del café. Dejó caer de golpe la bandeja sobre la mesa y dijo, dirigiéndose al universo:

—Invitados a comer… y sin nada en casa. ¿Qué se creen que voy a hacer yo? Y a Alfred no se le ve por ningún lado.

—Estaba barriendo la avenida cuando yo llegué —dijo Lou espontáneamente.

—Sí, seguro. Un trabajo sumamente suave y agradable.

La señora Creeswell salió majestuosamente de la habitación, dando un portazo. Lou sonrió. ¿Cómo sería «el sobrino»?

Terminó el café y volvió a su trabajo. Era tan absorbente que el tiempo pasó muy de prisa. Nathaniel Greenshaw, al empezar a escribir su diario, había sucumbido a las delicias de la sinceridad. Escribiendo a máquina un párrafo en el que Greenshaw describía los encantos personales de una camarera de la ciudad vecina, Lou se dijo que habría que hacer muchas modificaciones.

Estaba pensando en esto cuando la sobresaltó un grito procedente del jardín. Se puso en pie de un salto y corrió a la ventana abierta. La señorita Greenshaw, tambaleándose, iba del jardín rocoso hacia la casa. Se agarraba el cuello con las

manos y entre ellas sobresalía un objeto. Lou, estupefacta, vio que el objeto era la varilla de una flecha.

La cabeza de la señorita Greenshaw, cubierta con el deteriorado sombrero de paja, se cayó hacia delante, sobre el pecho. Con voz débil gritó a Lou:

—Fue… fue él… me tiró… una flecha… busque ayuda…

Lou se precipitó a la puerta. Dio la vuelta al picaporte, pero la puerta no se abrió. Tras unos segundos de esforzarse inútilmente se dio cuenta de que la habían cerrado con llave. Corrió a la ventana.

—Me han cerrado con llave.

La señorita Greenshaw, con la espalda vuelta hacia Lou y tambaleándose ligeramente, le gritaba al ama de llaves, que estaba en una ventana un poco más lejos:

—Llame… policía… telefonee…

Luego, vacilando como si estuviera borracha, desapareció a la vista de Lou, entrando en el salón por la puerta-ventana. Un momento después, Lou oyó el ruido de porcelana al romperse, un golpe pesado y luego silencio. Reconstruyó la escena con la imaginación. La señorita Greenshaw debía haber tropezado contra una mesita que contenía un juego de té de porcelana de Sévres.

Desesperada, Lou golpeó la puerta, llamando y gritando. No había enredadera ni cañería por la parte de fuera de la ventana para facilitarle la salida por ese conducto.

Por último, cansada de golpear la puerta, volvió a la ventana. La cabeza del ama de llaves apareció por la ancha ventana de su cuarto de estar.

—Venga a abrirme la puerta, señora Oxley. Me han cerrado con llave.

—A mí también.

—¡Oh, qué horrible! He telefoneado a la policía. Hay un teléfono en esta habitación, pero lo que no comprendo, señora Oxley, es que nos hayan cerrado. No he oído el ruido de la llave, ¿y usted?

—No. No he oído nada en absoluto. ¿Qué podemos hacer? Quizás Alfred pueda oírnos si le llamamos.

Lou gritó con todas sus fuerzas:

—¡Alfred! ¡Alfred!

—Seguro que se fue a comer. ¿Qué hora es?

Lou consultó su reloj.

—Las doce y veinticinco.

—No debía marcharse hasta la media, pero siempre que puede se escabulle antes.

—¿Cree usted… cree usted que…?

Lou quería preguntar: «¿Cree usted que está muerta?». Pero las palabras no pudieron salir de su garganta.

No podían hacer nada más que esperar. Se sentó en la repisa de la ventana. Le pareció que había pasado una eternidad, cuando vio aparecer por la esquina de la casa la figura imperturbable de un policía con casco. Se asomó por la ventana y el policía miró seguidamente hacia ella, protegiéndose los ojos con una mano.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó en tono reprobatorio.

Desde sus ventanas respectivas, Lou y la señora Creeswell vertieron sobre él un torrente de información. El policía sacó un cuadernito y un lápiz.

—¿Ustedes, señoras, corrieron al piso de arriba y se cerraron con llave, no es eso? ¿Me quieren dar sus nombres, por favor?

—No. Nos han cerrado con llave. Suba y déjenos salir.

El policía dijo con mucha calma:

—Todo se andará.

Y desapareció seguidamente por la puerta-ventana del salón.

El tiempo volvió a hacerse larguísimo. Lou oyó el ruido de un coche que llegaba y, después de lo que le pareció una hora, cuando en realidad habían sido tres minutos, un sargento de la policía, más despierto que el agente, libertó primero a la señora Creeswell y luego a Lou.

—¿Y la señorita Greenshaw? —A Lou le falló la voz—. ¿Qué… qué ha ocurrido?

El sargento se aclaró la voz.

—Lamento tener que decirle, señora —dijo—, lo que ya le he dicho a la señora Creeswell: la señorita Greenshaw ha muerto.

—Asesinada —afirmó la señora Creeswell—. Eso es lo que ha sido… un asesinato.

El sargento, desde luego sin mucho convencimiento, sugirió:

—Pudo ser un accidente… algunos chicos del campo tiran con arcos y flechas.

Se oyó el ruido de otro coche que llegaba. El sargento dijo:

—Ése será el médico de la policía.

Y se fue escaleras abajo.

Pero no era el médico. Lou y la señora Creeswell estaban bajando las escaleras cuando un joven entró por la puerta principal y se detuvo indeciso, mirando a su alrededor con expresión de desconcierto.

Luego, con voz agradable, que a Lou le resultó conocida (quizá tuviera parecido de familia con la de la señorita Greenshaw), preguntó:

—Perdonen, vive… ¡ejem!, ¿vive aquí la señorita Greenshaw?

—¿Me quiere dar su nombre, por favor? —dijo el sargento, acercándose a él.

—Fletcher —respondió el joven—, Nat Fletcher. Soy el sobrino de la señorita Greenshaw.

—Vaya, señor, vaya…, no sabe cuánto lo siento…

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Nat Fletcher.

—Ha habido un… accidente… A su tía le dispararon una flecha… le entró por la yugular…

La señora Creeswell, sin su refinamiento acostumbrado, gritó histéricamente:

—¡Han asesinado a su tía! ¡Nada más que eso! ¡Han asesinado a su tía!

3

El inspector Welch acercó su silla un poco más a la mesa y su mirada pasó de una a otra de las cuatro personas reunidas en la habitación. Era la tarde del mismo día y se había presentado en casa de Raymond West, para hacer volver a Lou Oxley sobre su declaración.

—¿Está usted segura de que sus palabras exactas fueron «Fue él… me tiró… una… flecha… busque ayuda»?

Lou afirmó con un movimiento de cabeza.

—¿Y la hora?

—Miré mi reloj uno o dos minutos después; eran entonces las doce y veinticinco.

—¿Funciona bien su reloj?

—Miré también el reloj de pared.

El inspector se volvió a Raymond West.

—Tengo entendido, señor, que hace cosa de una semana usted y el señor Horace Bindler fueron testigos del testamento de la señorita Greenshaw, ¿no es eso?

Brevemente, Raymond refirió los pormenores de la visita que él y Horace Bindler habían hecho a «La locura de Greenshaw».

—Este testimonio suyo puede ser importante —dijo Welch—. La señorita Greenshaw les dijo a ustedes claramente que había hecho testamento a favor de la señora Creeswell, el ama de llaves, y que no le pagaba ningún sueldo, teniendo en cuenta lo que la señora Creeswell recibiría a su muerte, ¿no es eso?

—Eso es lo que dijo… sí.

—¿Cree usted que la señora Creeswell estaba enterada de esto?

—Creo que no existe la menor duda. La señorita Greenshaw dijo en mi presencia que los beneficiarios no pueden ser testigos de un testamento, y la señora Creeswell comprendió perfectamente lo que quería decir con ello. Además, la propia señorita Greenshaw me dijo que había llegado a este acuerdo con la señora Creeswell.

—De modo que la señora Creeswell tenía motivos para creerse parte interesada. Tiene un motivo clarísimo y sería nuestro principal sospechoso, de no ser por el hecho de que estaba encerrada en su habitación, lo mismo que la señora Oxley. Además, la señorita Greenshaw especificó bien que era un hombre el que había disparado una flecha contra ella.

—¿Es completamente seguro que estaba cerrada con llave en la habitación?

—Sí, sí. El sargento Cayley le abrió la puerta. Es una cerradura grande, antigua, con una llave también grande y antigua. La llave estaba en la cerradura y era completamente imposible darle la vuelta desde dentro o hacer cualquier manganilla de ésas. No, puede usted tener la completa seguridad de que la señora Creeswell estaba encerrada con llave en su habitación y no pudo salir. Además, en la habitación no había arcos ni flechas y, de todos modos, no pudieron disparar contra la señorita

Greenshaw desde una ventana; es un ángulo completamente distinto. No, la señora Creeswell no pudo hacerlo.

La señorita Marple preguntó:

—¿Le dio a usted la señorita Greenshaw la impresión de ser una bromista?

El inspector Welch la miró sorprendido.

—Una conjetura muy inteligente, señora —replicó.

Desde su rincón la señorita Marple alzó vivamente la vista.

—¿De modo que el testamento no era a favor de la señora Creeswell? —dijo.

—No. La señora Creeswell no es la beneficiaria.

—Igual que el señor Naysmith —afirmó la señorita Marple, meneando la cabeza —. La señorita Greenshaw le dijo a la señora Creeswell que se lo iba a dejar todo a ella y así no tenía que pagarle sueldo; y luego le dejó el dinero a otra persona. No es extraño que estuviera satisfecha de su astucia y que se echase a reír al guardar el testamento en «El secreto de *lady* Audley».

—Ha sido una suerte que la señora Oxley pudiera decirnos lo del testamento y dónde estaba —dijo el inspector—. Si no, a lo mejor hubiéramos tenido que pasar mucho tiempo buscándolo.

—Sentido del humor victoriano —murmuró Raymond West.

—¿De modo que, a fin de cuentas, le dejó el dinero a su sobrino? —preguntó Lou.

El inspector negó con la cabeza.

—No —dijo—, no le dejó el dinero a Nat Fletcher. Se dice por aquí, claro que yo soy nuevo en la localidad y sólo me entero de los cotilleos de segunda mano, se dice que hace mucho tiempo, a la señorita Greenshaw y a su hermana les gustaba el apuesto profesor de equitación, y que la hermana se lo llevó. No le dejó el dinero a su sobrino… —Se detuvo, acariciándose la barbilla—. Se lo dejó a Alfred.

—¿A Alfred… el jardinero? —preguntó Joan, sorprendida.

—Sí, señora West, a Alfred Pollok.

—Pero ¿por qué? —exclamó Lou.

La señorita Marple tosió y murmuró:

—Yo diría, aunque puede que me equivoque, que quizás ha habido… lo que pudiéramos llamar motivos de familia.

—Podría llamársele así, en cierto modo —concedió el inspector—. Parece que todo el mundo en el pueblo sabe que Thomas Pollok, el abuelo de Alfred, era uno de los hijos naturales del viejo Greenshaw.

—¡Claro —exclamó Lou—, el parecido! Me di cuenta esta mañana.

Recordó cómo, después de haber pasado por delante de Alfred, había entrado en la casa y mirado el retrato del viejo Greenshaw.

—Habrá pensado —dijo la señorita Marple— que podía ser que Alfred Pollok se sintiera orgulloso de la casa o incluso quisiera vivir en ella, mientras que era seguro

que su sobrino no querría saber nada de ella y la vendería en cuanto pudiera hacerlo. Es actor, ¿no? ¿Qué obras está representando estos días?

Las señoras de edad son únicas para desviarse de la cuestión, pensó el inspector Welch; pero contestó cortésmente:

—Creo que ponen las obras de James Barrie.

—Barrie —susurró la señorita Marple, pensativa.

—«Lo que toda mujer sabe» —dijo el inspector Welch, y enrojeció—. Es el nombre de una obra —añadió rápidamente—. Yo no voy mucho al teatro, pero mi mujer la vio la semana pasada. Dijo que estaba muy bien representada.

—Barrie escribió algunas obras encantadoras —dijo la señorita Marple—, aunque la verdad es que cuando fui con un viejo amigo mío, el general Easterly, a ver «La pequeña Mary» —meneó la cabeza tristemente—, ninguno de los dos sabíamos a dónde mirar.

El inspector, que no conocía la obra «La pequeña Mary», estaba completamente despistado. La señorita Marple explicó:

—Cuando yo era joven, inspector, nadie mencionaba la palabra «vientre».

Esto aumentó el desconcierto del inspector. La señorita Marple estaba pronunciando en voz muy baja títulos de obras.

—«El admirable Crichton». Muy interesante. «María Rosa…», una obra encantadora. Me recuerdo que lloré. «Quality Street» no me gustó tanto. Luego «Un beso para la Cenicienta». ¡Claro!

El inspector Welch no podía perder el tiempo hablando de teatro. Volvió a lo que tenía entre manos.

—La cuestión —dijo— está en saber si Alfred Pollok estaba enterado de que la anciana había hecho testamento a su favor. ¿Se lo habrían dicho? —Y añadió.

—¿Saben ustedes que hay en el Borehan Lovell un club de tiro con arco y que Alfred Pollok es socio? Es muy buen tirador con el arco y las flechas.

—Entonces el caso queda claro, ¿no? —preguntó Raymond West—. Eso explicaría el que las dos mujeres estuvieran encerradas en las habitaciones… él sabría en qué parte de la casa estaban.

El inspector le miró.

—Tiene una coartada —dijo con profunda melancolía.

—Siempre he pensado que las coartadas son muy sospechosas.

—Puede ser —concedió el inspector Welch—. Está usted hablando como escritor que es.

—No escribo novelas policíacas —aclaró Raymond West horrorizado ante la sola idea.

—Es muy fácil decir que las coartadas son sospechosas —continuó el inspector Welch—, pero, desgraciadamente, tenemos que basarnos en los hechos comprobables.

Suspiró.

—Tenemos tres buenos sospechosos —dijo—. Tres personas que acertaron a estar muy cerca de la escena del crimen a la hora en que se cometió. Pero lo extraño es que parece que ninguna de ellas pudo haberlo cometido. Del ama de llaves ya he hablado antes. El sobrino, Nat Fletcher, en el momento en que dispararon contra la señorita Greenshaw estaba a un par de millas de distancia, echándole gasolina al coche y preguntando el camino de la casa… En cuanto a Alfred Pollok, hay seis personas dispuestas a jurar que entró en «El perro y el pato» a las doce y veinte minutos y estuvo allí una hora, tomando, como de costumbre, pan, queso y cerveza.

—Buscándose una coartada —sugirió Raymond West esperanzado.

—Puede ser —repuso el inspector Welch—. Pero, en ese caso, la consiguió.

Hubo un largo silencio. Luego Raymond volvió la cabeza hacia el lugar donde estaba sentada la señorita Marple, muy derecha y profundamente pensativa.

—Te toca a ti, tía Jane —la conminó—. El inspector está desconcertado, el sargento está desconcertado, yo estoy desconcertado, Joan está desconcertada, Lou está desconcertada… Pero para ti, tía Jane, está claro como el agua. ¿Me equivoco?

—Eso no, querido —replicó la señorita Marple—; como el agua no. Y un asesinato, querido Raymond, no es un juego. No creo que la pobre señorita Greenshaw quisiera morir, y éste ha sido un asesinato muy brutal. Muy bien planeado y cometido a sangre fría. ¡No es cosa de broma!

—Perdona —dijo Raymond, apabullado—. En realidad no soy tan insensible como parezco. Tratamos con ligereza las cosas para… para que no resulten tan horribles.

—Me parece que ésa es la tendencia moderna —dijo la señorita Marple.

—Con tanta guerra y tanto reírse de los entierros. Sí, puede que no haya tenido razón al decir que eras insensible.

—No es como si la hubiéramos conocido mejor —interpuso Joan.

La señorita Marple miró a la esposa de su sobrino, y repuso:

—Eso es muy cierto. Tú, mi querida Joan, no la conocías en absoluto, y yo tampoco la conocía mucho. Raymond se formó una idea de ella por una breve conversación. Lou hacía dos días que la conocía.

—Anda, tía Jane —la apremió Raymond—, dinos cuál es tu opinión. No le importa, ¿verdad, inspector?

—En absoluto.

—Bueno, querido, parece que tenemos tres personas que tenían, o podían creer que tenían, motivos para asesinar a la anciana; por tres razones muy sencillas, ninguna de ellas pudo haberlo hecho. El ama de llaves no pudo matarla porque la habían encerrado con llave en la habitación, y porque la señorita Greenshaw especificó bien que era un hombre quien había disparado contra ella. El jardinero no pudo haberla matado porque, a la hora en que se cometió el asesinato, estaba en «El perro y el pato». El sobrino no pudo haberla matado porque todavía no había llegado aquí a la hora del asesinato.

—Muy bien expresado —aprobó el inspector.

—Y como parece muy improbable que la haya matado un desconocido, ¿qué otra solución puede haber?

—Eso es lo que el inspector quiere saber —dijo Raymond West.

—¡Es tan frecuente que miremos las cosas al revés! —repuso la señorita Marple, disculpándose—. Si no podemos modificar los movimientos ni la posición de estas personas, ¿no podríamos modificar la hora del asesinato?

—¿Quieres decir que los dos relojes, el mío y el de pared, andaban mal? —preguntó Lou.

—No, querida —dijo la señorita Marple—. Nada de eso. Lo que quiero decir es que el asesinato no ocurrió cuando tú crees que ocurrió.

—¡Pero si lo he visto! —exclamó Lou.

—Mira, querida, he estado pensando si no tendría el asesino intención de que lo vieras. Se me ocurre que puede que ésa haya sido la verdadera razón por la que te concedieron ese empleo.

—¿Qué quieres decir, tía Jane?

—La verdad, hija, me parece raro. A la señorita Greenshaw no le gustaba gastar y, sin embargo, contrató tus servicios y se avino a pagarte el sueldo que le pediste. Es posible que alguien quisiera que estuvieras en esa biblioteca del primer piso, mirando por la ventana, para que pudieras ser el testigo principal (una persona extraña, de irreprochable buena fe) que fijara, sin dejar sombra de duda, la hora y el lugar del asesinato.

—¿No estarás insinuando que la señorita Greenshaw quería que la asesinaran? —preguntó Lou, escéptica.

—Lo que quiero decir, querida, es que tú en realidad no has conocido a la señorita Greenshaw. ¿Hay alguna razón para decir que la señorita Greenshaw que viste tú al llegar a la casa sea la misma señorita Greenshaw que vio Raymond unos días antes? Sí, sí, ya sé —prosiguió, para evitar la réplica de Lou—. Llevaba un vestido estampado tan extraño y el sombrero de paja y estaba despeinada. Respondía exactamente a la descripción que Raymond nos dio de ella el fin de semana anterior. Pero ten en cuenta que esas dos mujeres eran aproximadamente de la misma edad, estatura y volumen. Estoy hablando del ama de llaves y de la señorita Greenshaw.

—¡Pero si el ama de llaves es gorda! —exclamó Lou—. Tiene un pecho enorme.

—Pero, hijita, en estos tiempos… yo misma he visto… ciertas prendas, exhibidas en los escaparates sin el menor pudor. Es sencillísimo tener un… un busto del tamaño que una quiera.

—¿Qué estás insinuando? —preguntó Raymond.

—Estaba pensando, querido, que, en los dos o tres días que Lou trabajó allí, una mujer pudo hacer los dos papeles. Tú misma has dicho, Lou, que apenas veías al ama de llaves; sólo un momento por la mañana, cuando te subía la bandeja con el café. En el teatro vemos a esos artistas tan hábiles que salen al escenario caracterizados de

personas distintas, contando sólo con uno o dos minutos para hacerlo, y estoy segura de que esta otra caracterización no ofrecía la menor dificultad. Aquel peinado a la Pompadour podía ser, sencillamente, una peluca.

—¡Tía Jane! ¿Quieres decir que la señorita Greenshaw estaba muerta antes de que empezara yo a trabajar en la casa?

—Muerta, no. Seguramente adormilada con narcóticos. Cosa facilísima para una mujer sin escrúpulos como el ama de llaves. Entonces se puso de acuerdo contigo para lo del trabajo y te dijo que llamaras al sobrino, invitándole a comer a una hora determinada. La única persona que hubiera sabido que la señorita Greenshaw no era la señorita Greenshaw era Alfred. Y no sé si te acordarás que los dos primeros días de trabajar tú allí llovió y la señorita Greenshaw no salió de casa. Alfred nunca entraba en la casa, por su enemistad con el ama de llaves. Y la última mañana Alfred estaba en la avenida, mientras la señorita Greenshaw trabajaba en el jardín rocoso… me gustaría ver ese jardín.

—¿Quieres decir que fue la señora Creeswell quien mató a la señorita Greenshaw?

—Creo que la señora Creeswell, después de llevarte el café, cerró la puerta con llave al salir y llevó al salón a la señorita Greenshaw, que estaba inconsciente. Luego se disfrazó de señorita Greenshaw y salió a trabajar en el jardín rocoso, donde tú podías verla desde la ventana. En el momento oportuno lanzó un grito y entró en la casa tambaleándose y agarrando una flecha, como si le hubiera penetrado en la garganta. Pidió socorro y tuvo buen cuidado de decir: «fue él», para alejar las sospechas del ama de llaves. Además gritó hacia la ventana del ama de llaves, como si estuviera viéndola allí. Luego, una vez dentro del salón, tiró una mesa sobre la que había unos objetos de porcelana…, corrió escaleras arriba, se puso su peluca a lo Pompadour y, segundos más tarde, pudo perfectamente sacar la cabeza por la ventana y decirte que también a ella la habían encerrado con llave, fabricando así su coartada.

—Pero es cierto que la habían encerrado con llave —dijo Lou.

—Ya lo sé. Ahí es donde interviene el policía.

—¿Qué policía?

—Eso, ¿qué policía? ¿Quiere usted decirme, inspector, con exactitud, cómo y cuándo llegó usted al lugar del crimen?

El inspector pareció un poco desconcertado.

—A las 12.29 recibimos una llamada telefónica de la señora Creeswell, ama de llaves de la señorita Greenshaw; nos dijo que habían disparado contra su señora. El sargento Cayley y yo salimos inmediatamente en coche para allá y llegamos a la casa a las 12.35. Encontramos a la señora Greenshaw muerta y a las dos señoras encerradas ambas bajo llave en sus habitaciones.

—Ya lo estás viendo, querida —dijo la señorita Marple a Lou—. El policía que tú viste no era un policía de verdad. No volviste a pensar en él, naturalmente; un uniforme más.

—¿Pero quién… por qué?

—En cuanto a quién… bueno, si están representando «Un beso para la Cenicienta», el personaje principal es un policía. Lo único que tenía que hacer Nat Fletcher era coger el traje que lleva en escena. Preguntó la dirección en un garaje, teniendo buen cuidado de llamar la atención sobre la hora, las doce y veinticinco; luego corre hacia aquí, deja el coche a la vuelta de una esquina, se pone el uniforme de policía y representa su escena.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué?

—Alguien tenía que cerrar por fuera la puerta de la habitación del ama de llaves y alguien tenía que clavarle la flecha en la garganta a la señorita Greenshaw. Se puede clavar una flecha en un cuerpo sin necesidad de dispararla, pero hace falta fuerza.

—¿Quieres decir que los dos eran cómplices?

—Lo más probable es que sean madre e hijo.

—Pero la hermana de la señorita Greenshaw murió hace mucho tiempo.

—Sí, pero no tengo la menor duda de que el señor Fletcher se volvió a casar. Por lo que he oído de él, es de los que se vuelven a casar. También creo posible que el niño muriera y que el llamado sobrino sea hijo de la segunda mujer y no tenga ningún parentesco con la familia Greenshaw. La mujer se metió de ama de llaves en la casa y exploró el terreno. Luego él escribió a la señorita Greenshaw y le propuso venir a visitarla, puede que haya dicho en broma que iba a venir con su uniforme de policía, o la invitó a que fuera a ver la obra. Pero creo que ella sospechó la verdad y se negó a verle. Nat Fletcher hubiera sido su heredero si la señorita Greenshaw hubiera muerto sin hacer testamento. Pero, naturalmente, una vez hecho el testamento a favor del ama de llaves, como ellos creían, todo era coser y cantar.

—Pero ¿por qué empleó una flecha? —objetó Joan—. Resulta tan rebuscado…

—Nada de rebuscado, querida. Alfred pertenece a un club de tiro con arco y pretendían que Alfred cargara con la culpa. El hecho de que a las doce y veinte estuviera ya en la cervecería fue una desgracia para ellos. Siempre se marchaba un poquito antes de la hora, y de hacerlo así hubiera sido perfecto… —Meneó la cabeza—. La verdad es que no está bien… moralmente, quiero decir, que la pereza de Alfred le haya salvado la vida.

El inspector se aclaró la voz.

—Bueno, señora, estas ideas suyas son muy interesantes. Naturalmente, tendré que investigar…

4

La señorita Marple y Raymond West estaban junto al jardín rocoso, mirando una cesta llena de plantas medio podridas.

La señorita Marple murmuró:

—Cestillo de oro, corona de rey, campánula… Sí, no me hacen falta más pruebas. La persona que estaba ayer aquí arrancó las plantas junto con los hierbajos. Ahora sé que tengo razón. Gracias por traerme aquí, querido Raymond. Quería ver esto por mí misma.

Los dos alzaron la vista hacia la absurda mole de «la locura de Greenshaw».

Una tos les hizo volver la cabeza. Un joven bastante guapo estaba también mirando la casa.

—Es grande, ¿eh? —dijo—. Demasiado grande para este tiempo… por lo menos eso dicen. Yo no estoy tan seguro. Si ganara a las quinielas y tuviera mucho dinero, me gustaría hacer una casa como ésa.

Les sonrió tímidamente.

—Me figuro que ahora podré decirlo… esa casa que ven ustedes ahí la hizo mi bisabuelo —dijo Alfred Pollok—. Y menuda casa es, por más que la llamen «La locura de Greenshaw».

Santuario

(Sanctuary).

La esposa del pastor dobló la esquina de la rectoría con los brazos llenos de crisantemos. Sus fuertes brazos mostraban huellas inequívocas de estancia en el jardín, pues aparecían manchados de barro, e incluso su nariz lucía alguna muestra de la fértil tierra, si bien ella no se había enterado de tal cosa.

Le costó abrir la verja, que, oxidada, medio pendía fuera de sus goznes. Una ráfaga de aire hizo que su maltrecho sombrero adoptase una postura de mayor descuido.

—¡Qué lata! —exclamó Bunch.

El optimismo indujo a sus padres a bautizarla con el nombre de Diana. Pero la señora Harmon fue conocida por Bunch desde su más tierna edad, y nunca más dejó de llamarse así. Abrazada a sus crisantemos, cruzó la verja y caminó hasta la puerta de la iglesia.

El aire de noviembre era cálido y húmedo. Las nubes corrían por el cielo, mostrando algún que otro parche azul. La oscuridad y el frío eran la nota predominante en el interior de la nave, donde la calefacción se encendía sólo a las horas del servicio religioso.

—¡Brrr! Será mejor que termine ahora mismo o moriré congelada —murmuró.

Con esa rapidez que da la práctica, recogió los diversos jarros destinados a las flores. «Me gustaría que tuviésemos lirios —pensó—. ¡Me cansan los crisantemos!». Sus entumecidos dedos arreglaron los tallos en los respectivos envases.

Ni la originalidad ni el arte lucían en la disposición de las flores. Bunch nunca había sido original ni artista. No obstante, era un adorno casero muy agradable. Cogió los jarros con sumo cuidado y se encaminó al altar. Entonces salió el sol.

Los rayos penetraron a través de la vidriera situada en el lado este, cuyos cristales de color azul y rojo, donativo de un rico feligrés victoriano, refulgieron con repentina opulencia. «Parecen joyas», pensó Bunch.

De pronto se detuvo y sus ojos quedaron fijos en los peldaños del presbiterio, donde yacía una forma oscura.

Dejó las flores en el suelo, ascendió los peldaños y se inclinó sobre el hombre tendido. Luego se arrodilló a su lado y lenta, cuidadosamente, le dio la vuelta. Sus dedos buscaron el pulso en una de las muñecas, y lo halló tan débil como significativa la verdosa palidez del rostro. Sin duda alguna, el hombre se moría.

Tendría unos cuarenta y cinco años y llevaba puesto un traje oscuro no muy limpio. Bunch soltó la fláccida mano que había levantado y miró la otra, que parecía cerrada sobre el pecho. Un examen más detenido le permitió ver que aprisionaba un pañuelo. En la mano se observaban también algunas salpicaduras de color castaño

seco, que supuso sangre coagulada. Bunch se sentó sobre sus talones con el ceño fruncido.

Hasta entonces los ojos del hombre habían permanecido cerrados, pero en aquel momento los abrió para fijarlos en el rostro de ella. Aquellas pupilas la miraron sin el más leve atisbo vidrioso. Eran unos ojos llenos de vida e inteligencia. Los labios del desconocido se movieron y Bunch se inclinó para oír las palabras o, más bien, la palabra. Pues sólo pronunció una.

—*Santuario*.

Creyó percibir una desmayada sonrisa en el moribundo, que pasado un momento volvió a repetir:

—*Santuario*.

Luego de un largo y débil suspiro, cerró de nuevo los párpados. Una vez más, los dedos femeninos buscaron el pulso. Lo encontró, si bien más débil e intermitente. Se levantó decidida.

—No se mueva. No intente hacerlo. Voy en busca de ayuda.

Los ojos del hombre se abrieron otra vez, si bien parecieron fijarse en la colorida luz de la vidriera. Murmuró algo que ella no logró captar. Sobresaltada, pensó en que tal vez nombrara a su marido.

—¿Julián? —preguntó—. ¿Vino usted en busca de Julián?

No obtuvo respuesta. El hombre tenía los ojos cerrados y su respiración se hizo más lenta.

Bunch salió presurosa del templo. Miró su reloj y le satisfizo saber que el doctor Griffiths estaría en su consultorio, sólo a un par de minutos de distancia. Entró sin llamar.

—Doctor, venga enseguida. Hay un moribundo en la iglesia.

Minutos más tarde el doctor Griffiths se alzó del suelo, después de examinar al herido.

—¿Podemos trasladarlo a la rectoría? Allí lo atenderé mejor, si bien temo que sea inútil.

—Claro que sí. Iré a disponer las cosas. Le enviaré a Harper y Jones y que le ayuden a trasladarlo.

—Gracias. Telefonearé pidiendo una ambulancia, aunque me temo que…

La frase quedó inconclusa.

Bunch preguntó:

—¿Hemorragia interna?

El doctor Griffiths asintió:

—¿Cómo diablos vino?

—Supongo que lleva aquí toda la noche. Harper abre la iglesia por la mañana al irse al trabajo, si bien por regla general no entra.

Cinco minutos más tarde el doctor Griffiths colgaba el teléfono para regresar al cuarto donde el herido yacía sobre sábanas encima de un sofá. Bunch le llevó una

palangana llena de agua y las demás cosas para la cura de urgencia.

—Bien, ya está —dijo Griffiths—. He pedido una ambulancia y lo he comunicado a la policía.

Con el ceño fruncido contempló al paciente, que seguía con los ojos cerrados. El hombre se pasaba la mano izquierda por encima de la herida.

—Le dispararon un tiro —explicó el doctor—. Un disparo a corta distancia. Hizo una pelota con el pañuelo y se la aplicó para evitar la hemorragia.

—¿Cree usted que pudo andar mucho después de eso? —preguntó Bunch.

—Sí. Es muy posible. Conocí a un hombre mortalmente herido que recorrió una gran distancia como si no tuviera nada. Luego, de repente, se cayó al suelo. Quizá lo hayan herido lejos de la iglesia. Claro que también pudo dispararse él mismo, tirar el arma y encaminarse a la iglesia. Lo que no entiendo es por qué entró en el templo y no en la rectoría.

—Algo dijo de eso —explicó Bunch—. Pronunció la palabra «santuario».

El doctor la miró sorprendido.

—¿Santuario?

—Ahí llega Julián —la mujer volvió la cabeza al oír los pasos de su marido en el vestíbulo—. ¡Julián! Ven.

El reverendo Julián Harmon entró en la estancia. El pastor aparentaba más años de los que tenía.

—¡Dios mío! —exclamó mirando la figura en el sofá y los utensilios quirúrgicos.

Su esposa le explicó lo sucedido con su peculiar modo ahorrativo de palabras.

—Estaba en la iglesia. Le han disparado un tiro. ¿Lo conoces, Julián? Me pareció oírle tu nombre.

El pastor se acercó al sofá y miró al moribundo.

—¡Pobre muchacho! —Sacudió la cabeza—. No, no lo conozco. Estoy casi seguro de no haberlo visto en mi vida.

El herido abrió los ojos y miró al médico, luego a Julián Harmon y después a su esposa. Los ojos se quedaron fijos en el rostro de ella. El doctor Griffiths se apresuró a decirle:

—¡Cuéntenos lo sucedido!

El hombre exclamó con voz débil:

—Por favor, *por favor*…

Y tras un ligero estertor, murió.

El sargento Hayes humedeció el lápiz en su boca y volvió la hoja del libro de notas.

—¿Esto es cuanto puede contarme, señora Harmon?

—Sólo esto. Aquí tiene todo lo que llevaba en los bolsillos de su americana.

En la mesa, junto al codo del sargento, había una cartera, un viejo reloj con las iniciales «W. S.» y un billete de regreso a Londres.

—¿Saben ya quién es? —preguntó Bunch.

—Un tal Eccles ha telefoneado a la comisaría. Según parece es su cuñado. El difunto hace tiempo que tenía una salud precaria y padecía de los nervios. Últimamente se hallaba peor. Anteayer se marchó de su casa y no regresó. Por lo visto llevaba un revólver.

—¿Y vino aquí a matarse? —preguntó Bunch—. ¿Por qué?

—Parece ser que sufría una fuerte depresión.

Bunch le interrumpió.

—No me refiero a eso. Quiero decir, ¿por qué aquí, en la iglesia?

Evidentemente, el sargento Hayes desconocía la respuesta.

—Vino en el autobús de las 5.10 —explicó.

—Pero ¿por qué? —insistió ella.

—Lo ignoro, señora Harmon. ¿Quién sabe? Si la mente no responde…

Bunch acabo por él.

—Pudo hacerlo en cualquier parte. Aún así, me parece innecesario coger el autobús y venir a un sitio apartado como éste. ¿No conocía a nadie de aquí, verdad?

—No, según las averiguaciones hechas —informó el sargento Hayes, que tosió a modo de excusa y añadió mientras se ponía en pie—: Podría ser que los señores Eccles vinieran a verla, señora; si a usted no le importa.

—Claro que no me importa. Es muy lógico. Si bien no tengo nada que decirles.

—Me voy —dijo el sargento.

—De todos modos me alegra saber que no se trata de un asesinato.

Un coche se acercaba a la rectoría. El sargento Hayes lo observó antes de aventurar:

—Quizá sean los señores Eccles.

Bunch tuvo un presentimiento de que iba a pasar una prueba difícil. «No obstante —se dijo—, si lo necesito llamaré a Julián y que me ayude. Un clérigo es un gran auxiliar cuando la gente está apesadumbrada».

No había pensado en cómo serían los señores Eccles; quizá por ello, al saludarles, se sintió sorprendida. El señor Eccles era un hombre robusto, de natural alegre y ocurrente. La señora poseía unos ojos vivarachos, su boca era pequeña, con el labio inferior hacia arriba y la voz fina y aguda.

—Para nosotros ha sido un golpe terrible, señora Harmon —dijo la señora Eccles —. Ya puede imaginárselo.

—Desde luego —repuso Bunch—. Siéntese. ¿Aceptarían…? Quizá es algo pronto para el té…

El señor Eccles agitó una mano.

—No, no se moleste por nosotros. Es usted muy amable. Sólo deseamos que nos cuente lo que le dijo el pobre William y demás detalles, ¿comprende?

—El pobre estuvo en el extranjero mucho tiempo —explicó la señora Eccles—. Allí debió de vivir experiencias desagradables. Desde que volvió a casa le gustaba la

quietud y sentíase deprimido. Según él, no había nada en el mundo digno de vivirse. ¡Pobre Bill, siempre tan triste!

Bunch, sin hablar, los contempló un momento.

—Se llevó el revólver de mi marido —continuó la señora Eccles— sin que lo supiéramos. Parece ser que vino aquí en autobús. Supongo que lo hizo en atención a nosotros.

—¡Pobre muchacho! ¡Pobre muchacho! —repitió el señor Eccles entre suspiros —. No se le puede condenar por eso —después de una corta pausa, preguntó—: ¿Dijo algo antes de morir?

Sus pequeños y brillantes ojillos miraban atentos a Bunch. Su esposa se inclinó ansiosa de oír la respuesta.

—Vino a la iglesia al sentirse moribundo, como si buscase refugio en el santuario.

—La señora Eccles, sorprendida, exclamó:

—¿Santuario? No comprendo.

Su esposo aclaró:

—Lugar santo, querida mía. A eso se refiere la esposa del vicario. El suicidio es un pecado mortal. Y, tal vez arrepentido, quiso pedir perdón.

—Intentó hablar antes de morir —explicó Bunch—. Dijo «por favor», pero no pudo seguir.

La señora Eccles se puso el pañuelo delante de los ojos y sollozó.

—Vamos, vamos, Pam, no llores —la consoló su esposo—. Ya carece de remedio. ¡Pobre Willie! Sólo me consuela que ahora está en paz —y dirigiéndose a Bunch—. Muchísimas gracias, señora Harmon. Discúlpenos las molestias. La esposa de un vicario siempre está ocupadísima.

Le estrecharon la mano. Ya se iban cuando el señor Eccles se volvió para decir:

—Por favor, creo que tiene su americana aquí, ¿verdad?

—¿Su americana? —Bunch frunció el ceño.

Intervino la señora Eccles.

—Nos gustaría recoger sus cosas.

—Llevaba encima un reloj una cartera y un billete de ferrocarril —dijo Bunch—. Se los di al sargento Hayes.

—Gracias —repuso el señor Eccles—. Supongo que nos lo entregará a nosotros. Su documentación estaría en la cartera.

—No, sólo un billete de una libra.

—¿No guardaba ninguna carta o nota?

Bunch sacudió la cabeza.

—Gracias otra vez, señora Harmon. La americana, ¿también se la llevó el sargento?

La esposa del clérigo frunció el ceño, como si intentase recordar.

—No, creo que no… El doctor y yo le quitamos la americana para examinar su herida —miró a su alrededor—. Me la habré llevado arriba con las toallas.

—Señora Harmon, si no le importa nos gustaría llevárnosla. Es la última prenda que se puso. Compréndalo, es un deseo sentimental.

—Naturalmente que sí. ¿No prefieren que la limpie primero? Temo que esté… manchada.

—Oh, no. Eso no importa.

—No sé dónde la he puesto. Un momento, por favor.

Bunch subió las escaleras y tardó varios minutos en regresar.

—Lo siento —explicó sin aliento—, la mujer de la limpieza la había puesto con otras ropas para la lavandería. He tenido que buscarla. La envolveré.

Sin hacer caso de las protestas de la señora Eccles, así lo hizo. Luego volvieron a saludarse y el matrimonio se marchó.

Bunch cruzó el vestíbulo y entró en el despacho parroquial. El reverendo Julián Harmon alzó la vista. En aquel momento preparaba un sermón sobre Judea y Persia durante el reinado de Ciro.

—¿Qué hay, Bunch? —preguntó afable.

—Julián, ¿qué significa exactamente «santuario»?

Harmon apartó un poco el papel donde escribía el sermón.

—Santuario en los templos romanos y griegos se llamaba a la *cella* donde permanecía la estatua de un dios. La palabra latina altar, «ara», significa protección. En 339 d. C. la palabra santuario fue incorporada a las denominaciones de las iglesias cristianas. En Inglaterra aparece reconocida oficialmente en las leyes emitidas por Etherbert en el año 600 d. C.

El hombre se extendió en su erudita exposición y, como siempre, sintióse desconcertado ante la sumisa atención de su esposa.

—Querido, eres un ángel.

Luego le besó la punta de la nariz y él se lo agradeció como el perro a quien dan un hueso después de una hazaña ejemplar.

—Los Eccles han estado aquí.

Harmon frunció el ceño.

—¿Los Eccles? No recuerdo…

—No los conoces. Son los hermanos del hombre que apareció herido en la iglesia.

—¡Señor! ¡Es terrible! —exclamó—. Querida, ¿por qué no me llamaste?

—No hubo necesidad. No precisaban consuelo. Por cierto que me extraña eso. Oye, si pongo la cacerola en el horno mañana, ¿te arreglarás solo? Necesito ir a Londres a ver unas ventas de ocasión.

—¿Unas ventas? —exclamó interrogativo.

Ella se rió.

—Hay una venta especial de géneros blancos en los almacenes Burrows y Portman. Sábanas, mantelerías, toallas y paños de cocina. No sé qué hacemos con los

paños de cocina. Desaparecen como por arte de magia. Además —añadió pensativa —, deseo visitar a tía Jane.

La dulce y anciana señorita Jane Marple gozaba las delicias de la metrópoli confortablemente instalada en el piso-estudio de su sobrino.

—Raymond es muy amable —dijo—. Antes de irse con Joan a América, donde estarán dos semanas, insistió en que viniese a instalarme aquí. Y ahora, querida, explícame eso que te preocupa.

Bunch era la ahijada predilecta de la señorita Marple. Ésta la observaba con afecto mientras ella se echaba atrás el sombrero, dispuesta a contarle su historia. El recital de Bunch, conciso y claro, hacía que la señorita Marple asintiera de cuando en cuando.

—Comprendo —dijo.

—Tía Jane, necesitaba contártelo. No soy muy inteligente y…

—Tú *eres* inteligente, querida.

—No. En eso no me parezco a Julián.

—Tu marido posee un intelecto muy sólido —dijo la señorita Marple.

—Eso es —corroboró Bunch—. Julián posee intelecto y yo sentido común.

—Sí, Bunch; y, además, eres muy inteligente.

—No sé qué hacer, tía. Y no me gusta preguntar sobre estas cosas a Julián. ¡Es tan puritano en su rectitud!

La observación fue perfectamente comprendida por la señorita Marple, quien dijo:

—Tienes razón, querida. Nosotras, las mujeres, somos distintas. Bien, me has explicado el suceso, pero me gustaría saber cuál es tu opinión de todo eso.

—Para mí es muy confuso —dijo Bunch—. El moribundo de la iglesia sabía muy bien todo lo relativo al santuario. Pronunció la palabra como lo hubiera hecho Julián. Quiero decir que era un hombre culto y educado. De haberse suicidado, no creo que viniese a la iglesia sólo para decir «santuario». Santuario significa salvación para los perseguidos. Sus enemigos no pueden tocarlo una vez que se refugia en el templo. Incluso en épocas remotas ni la propia ley podía hacerlo.

Miró interrogativa a la señorita Marple, que asintió con la cabeza. Luego continuó:

—El matrimonio Eccles es totalmente distinto. Son ignorantes y groseros. El reloj del difunto tenía las iniciales «W. S.», pero en el interior, con letra muy pequeña, había inscrito: «A Walter, de su padre.», y una fecha. Los Eccles, al nombrarlo, lo llamaban William o por su diminutivo Bill.

La señorita Marple pareció dispuesta a interrumpirla, pero no lo hizo. Bunch continuó:

—Ya sé que a veces no se llama a uno por su nombre de pila. Hay quien al bautizarlo le ponen William, y luego lo llaman «Gordito», «Zanahoria», o algo parecido. Pero la propia hermana no le llamaría William o Bill si es Walter.

—¿Sospechas que no son hermanos?

—Estoy convencida de ello. Ese matrimonio me resultó antipático. Vinieron a la rectoría a recoger las cosas del difunto y averiguar qué había dicho antes de morir. Cuando les expliqué su silencio, advertí algo así como alivio en sus rostros. Yo sospecho que fue Eccles quien disparó contra él.

—¿Tú crees que lo asesinaron?

—Sí. Por eso vine a verte, querida.

Las sospechas de Bunch hubieran sido exageradas para un oyente inexperto; pero la señorita Marple gozaba de bien merecida reputación en cuanto a resolver casos de esta índole.

—Antes de morir me dijo: «Por favor». Eso evidencia su deseo de que hiciese algo por él. Pero no tengo la más remota idea de qué.

La señorita Marple reflexionó un momento y luego efectuó la misma pregunta que antes se hiciese Bunch:

—¿Por qué fue allí?

—¿Insinúas que si uno necesita un santuario puede entrar en cualquier iglesia y que, por lo tanto, no precisaba tomar un autobús que sólo va cuatro veces al día a un lugar solitario como es el nuestro?

—No, querida. Él debió ir allí con algún fin. Tal vez su propósito era ver a alguien. Chipping Cleghorn no es un lugar grande, Bunch y es fácil averiguar a quién iba a ver.

Bunch pensó en todos los habitantes del pueblo y al fin sacudió la cabeza.

—Pudo ser cualquiera de ellos.

—¿No mencionó ningún nombre?

—Julián, o al menos eso creí. También pudo ser Julia. Pero que yo sepa, no vive ninguna Julia en Chipping Cleghorn.

Rememoró la escena en su mente. El hombre tendido en los peldaños del presbiterio, la luz de la vidriera roja y azul como una explosión de joyas…

—¡Joyas! —gritó Bunch de repente—. Quizá fue eso. Los rayos del sol se descomponían en los cristales con reflejos de joyas rojas y azules.

—Joyas —repitió dubitativa la señorita Marple.

—Ahora viene lo más importante —dijo Bunch—; la causa que me trajo a verte. Los Eccles tuvieron gran interés en llevarse la chaqueta del muerto, vieja y deslucida. No, nada justifica el interés de ellos, aunque hablasen de sentimentalismos. De todos modos fui por ella, y mientras subía las escaleras recordé que él había intentado buscar algo. Eso me indujo a examinarla cuidadosamente, y encontré un ángulo del forro cosido con hilo distinto. Lo descosí y saqué un papel que había oculto allí. Luego cosí el forro con hilo adecuado para evitar que los Eccles sospechasen de mí.

No es fácil que sospechen, si bien no estoy muy segura. Cuando les entregué la chaqueta me excusé por el retraso.

—¿Y el papel? —preguntó la señorita Marple.

Bunch abrió su bolso.

—No quise mostrárselo a Julián, pues me hubiera dicho que pertenecía a los Eccles. Y yo opinaba que era mejor traértelo.

—Un resguardo de consigna —dijo la señorita Marple examinándolo—. Estación de Paddington.

—En un bolsillo tenía un billete de regreso para Paddington —explicó Bunch.

Los ojos de las dos mujeres se encontraron.

—Eso invita a la acción —dijo animada la señorita Marple—. Claro que debemos obrar con mucha precaución. ¿Observaste, querida Bunch, si algún extraño te siguió en tu viaje a Londres?

—¿Seguirme? —exclamó perpleja la señora Harmon.

—Está dentro de lo *posible*, querida. Y cuando una cosa es posible conviene que adoptemos precauciones —la anciana se levantó con viveza impropia de su edad—. Has venido a Londres con el propósito de ir de compras. Por lo tanto, lo acertado es ir de compras las dos. Antes haremos unos arreglos. De momento no necesito el viejo abrigo que tiene el cuello de castor.

Hora y media más tarde, ambas mujeres, vestidas con sencillez y llevando sendos paquetes de ropa blanca recién comprada, se acomodaron en un pequeño restaurante llamado Apple Bough para restablecer fuerzas a base de filetes de carne, *pudding* de riñón, tarta de manzanas y flan.

—Desde luego, la calidad de las toallas es la de antes de la guerra —dijo la señorita Marple—. Y con una «J» en ellas, además. Por fortuna la esposa de Raymond se llama Joan. Las guardaré si no las preciso, así le servirán a ella si me muero antes de lo que espero.

—Yo necesitaba los paños de cocina —dijo Bunch—. Y han sido muy baratos, aunque no tanto como esperaba.

Una elegante joven con tenue aplicación de pintalabios entró en el Apple Bough. Después de mirar a su alrededor, se dirigió a la mesa de ellas y puso un sobre junto al codo de la señorita Marple.

—Ahí lo tiene, señorita.

—Gracias Gladys. Muchas gracias. Ha sido muy amable.

—Me complace hacerle un favor. Ernie me dice siempre: «Todo lo bueno lo has aprendido de la señorita Marple, a quien serviste». Estoy siempre a su disposición, señorita.

—Es encantadora —dijo la anciana a Bunch, una vez que Gladys se hubo marchado—. Siempre dispuesta y amable.

Miró el interior del sobre y lo pasó a Bunch.

—Ten mucho cuidado, querida. ¿Sigue allí aquel simpático inspector que yo recuerdo?

—No lo sé. Pero supongo que sí.

—No importa. Me queda el recurso de telefonear al inspector jefe. *Creo* que me recordaría.

—¡Claro que sí! —afirmó Bunch— Todos te recuerdan. ¡Eres única! —Y se puso en pie.

Una vez en Paddington, Bunch fue a consigna y mostró el resguardo. Poco después le daban una deslustrada maleta y se dirigió con ella al andén.

Durante el viaje de regreso no tuvo ningún contratiempo. Llegada a Chipping Cleghorn, cogió la maleta y, al descender del coche, un hombre se la arrebató, huyendo.

—¡Alto! —chilló Bunch—. ¡Deténganlo! ¡Deténganlo! ¡Se lleva mi maleta!

El portero de aquella estación rural era un hombre de reflejos lentos.

—Oiga, no puede hacer eso…

Su sermón fue cortado por un golpe a su estómago que lo echó a un lado y el otro salió de la estación encaminándose a un coche que lo aguardaba. Puso la maleta en el interior del vehículo y se disponía a introducirse él mismo, cuando una mano sobre su hombro lo inmovilizó y la voz del agente Abel dijo:

—¿Qué ocurre, amigo?

Bunch, que llegaba jadeando, gritó:

—¡Me arrebató la maleta!

—¡Mentira! —gritó a su vez el detenido—. No comprendo qué pretende esta mujer. La maleta es mía y acabo de llegar en el tren.

—Bien, aclarémoslo —propuso el agente.

Nadie que hubiera observado la mirada bovina que el policía dirigía a la señora Harmon hubiera supuesto que ambos solían pasar largos ratos en la oficina del primero, charlando sobre abonos y rosales.

—¿Dice usted, señora, que es suya la maleta? —preguntó.

—Sí.

—¿Y usted, señor?

—Digo que es mía.

Se trataba de un hombre alto, moreno, bien vestido, modales elegantes y voz cansina. Desde el interior del coche, una voz de mujer dijo:

—¡Claro que es tuya, Edwin! ¿Qué se propone esta señora?

—Calma. Ya lo sabremos —exclamó el agente, y dirigiéndose a Bunch—: Si es suya, dígame qué efectos hay en su interior.

—Ropas. Un abrigo moteado con cuello de castor, dos jerseys de lana y un par de zapatos.

—Eso está claro —afirmó el guardián del orden—. Y usted, caballero, ¿qué dice?

—Soy modisto teatral —explicó no sin cierta suficiencia—. La maleta contiene prendas de teatro adquiridas para una función de aficionados.

—Conforme, señor. Bien, ahora será fácil saber a quién pertenece. ¿Prefieren ustedes que lo comprobemos en la comisaría o en la estación?

—De acuerdo. Me llamo Moss, Edwin Moss.

El agente recogió la maleta y todos regresaron al interior de la estación.

—Vamos a consigna, George —explicó al portero.

Una vez allí depositó la maleta sobre el mostrador y descorrió los cierres. Mientras, Bunch y Edwin Moss, uno a cada lado, se miraban agresivos.

—¡Ah! —exclamó el agente alzando la tapa.

Dentro, cuidadosamente doblado, había un deslustrado abrigo moteado con cuello de castor, dos jerseys de lana y un par de zapatos.

—Exactamente como usted dijo, señora —dijo el policía volviéndose a Bunch.

Nadie hubiese advertido el más leve nerviosismo en Edwin Moss, que reaccionó magníficamente.

—Excúseme, señora. Por favor, excúseme —suplicó—. Créame, siento mucho, muchísimo, mi imperdonable error —consultó su reloj—. Debo apresurarme. Mi maleta debe de estar en el tren que acaba de partir —recogió su sombrero e insistió—: Por favor, perdóneme.

Tan pronto estuvo fuera de la oficina de consigna, la señora Harmon preguntó al policía:

—¿Deja usted que se marche?

El agente le guiñó uno de aquellos ojos de mirada bovina.

—No irá muy lejos, señora.

—¡Ah! —exclamó Bunch, comprensiva.

—Aquella anciana señora que estuvo aquí hace unos años ha telefoneado. Aún recuerdo la agudeza de su ingenio. Bueno, pues ha puesto en conmoción a todo el personal, y no me extrañaría que el inspector o el sargento le visiten a usted mañana por la mañana.

Fue el inspector Craddock, a quien se había referido la señorita Marple, el encargado de visitar a Bunch. El hombre la saludó con una sonrisa de viejo amigo.

—¿Crimen en Chipping Cleghorn otra vez? —preguntó alegre—. No podrá quejarse por falta de motivos sensacionales, señora Harmon.

—Tendría suficiente con un plato menos fuerte —repuso ella—. ¿Ha venido a formularme preguntas o a informarse?

—Primero le diré unas cuantas cosas. Los señores Eccles son buscados hace tiempo. Se sospecha que están implicados en varios robos cometidos en esta región. Por otra parte, la señora Eccles tiene un hermano llamado Sandbourne que regresó hace poco del extranjero. Pero el hombre que usted halló moribundo en la iglesia no era Sandbourne.

—Sabía eso —explicó Bunch—. Su nombre era Walter y no William.

El inspector asintió.

—Sí, Walter St. John, escapado de la prisión de Charrington, cuarenta y ocho horas antes de aparecer por aquí.

—Lo comprendo —susurró Bunch—. Un fugitivo de la ley, que trató de acogerse a la protección del santuario. ¿Qué había hecho?

—Retrocedamos a un tiempo pasado. Es una historia complicada. Hace algunos años cierta bailarina que actuaba en locales nocturnos, quizás usted no haya oído hablar de ella, se especializó en un tema oriental, «Aladino en la cueva de las joyas». Se adornaba con pedrería de baratillo, pues no era muy buena, aunque sí atractiva. Un día la vio un personaje asiático y se enamoró locamente de ella. Entre otras cosas le regaló un magnífico collar de esmeraldas.

—¿Joyas auténticas de un raja? —preguntó excitada Bunch.

El inspector carraspeó antes de responder:

—Bueno, algo parecido, señora Harmon. El asunto no duró mucho, pues una actriz cinematográfica le robó el favor del potentado.

»Zobeida, nombre artístico de la bailarina, se puso el collar un día y se lo robaron. Desapareció de su camerino. Sin embargo, se sospechó que ella misma lo había hecho desaparecer. Ya sabe usted cómo son los artistas cuando buscan publicidad. Claro que no se descarta la posibilidad de otros motivos deshonestos.

»El collar no fue recuperado. Ahora bien, la policía sospechó, no sin fundamento, de Walter St. John, hombre educado y de buena cuna, venido a menos, y empleado de joyería en una empresa sospechosa de comerciar con joyas robadas.

»Pero su detención y encarcelamiento tendría por causa un delito de robo posterior. En realidad, causó sorpresa su evasión, ya que le faltaba muy poco para cumplir su condena.

—¿Por qué vino aquí?

—Nos gustaría saberlo, señora Harmon. Todo indica que primero estuvo en Londres. Y si bien no visitó a ninguno de sus antiguos conocidos, sí a una anciana llamada Jacobs, pero algunos vecinos informaron que el hombre se marchó de la casa llevándose una maleta.

—Y luego la depositó en la consigna de Paddington, y se trasladó aquí —aventuró Bunch.

El inspector asintió antes de continuar.

—Eccles y Edwin Moss seguían su pista. Cuando subió al autobús se adelantaron en coche y lo aguardaron.

—Y entonces lo asesinaron —concluyó la señora Harmon.

—Sí. Usaron el revólver de Eccles, si bien imagino que fue Moss. Ahora, señora Harmon, queremos saber dónde está la maleta que Walter St. John depositó en la estación de Paddington.

Bunch emitió una risita.

—Espero que tía Jane la tenga ahora. Me refiero a la señorita Marple, Su plan consistió en mandar a una antigua sirvienta suya con una maleta llena de prendas de viaje a la consigna de Paddington. Luego intercambiamos los resguardos. Por eso traje conmigo su maleta. Ella intuyó cuanto ha sucedido después.

Entonces le tocó al inspector Craddock sonreír.

—Eso nos dijo por teléfono. Voy a Londres a verla. ¿Quiere acompañarme, señora Harmon?

—Sí, claro —exclamó Bunch—. Es una suerte que anoche me dolieran las muelas. Decididamente, necesito ir a Londres, ¿no le parece?

—Desde luego —dijo Craddock.

La señorita Marple miró del rostro impasible del inspector al ansioso de Bunch. La maleta se hallaba sobre la mesa.

—No la he abierto —explicó la anciana—. No me he atrevido sin la presencia de un agente oficial. Además —añadió con una maliciosa sonrisa victoriana—, está cerrada con llave.

—¿No le gustaría adivinar qué hay dentro, señorita Marple?

—Imagino que los vestidos de Zobeida. ¿Quiere un cincel, inspector?

El cincel cumplió bien su cometido. Ambas mujeres dieron un pequeño respingo cuando saltó la tapa. La luz del sol, a través de la ventana, encendió un inimaginable tesoro de joyas rojas, azules, verdes y naranja.

—¡La cueva de Aladino! —exclamó la señorita Marple—. Las centelleantes joyas que la chica lucía en sus actuaciones.

—Sí —repuso el inspector—. Pero ¿justifica eso la muerte de un hombre?

—Debió ser muy astuta —dijo la señorita Marple pensativa—. Está muerta, ¿verdad, inspector?

—Murió hace tres años.

Ella poseía este valioso collar de esmeraldas. ¿Cómo evitar que se lo robasen? Bastaba con desmontar las piedras y engarzarlas entre las falsas que adornaban su traje de trabajo. Luego encargó que le hicieran un doble del verdadero, y ése, en realidad, fue el que se llevaron. Así se comprende que no saliera al mercado. El ladrón descubrió muy pronto que las deslumbrantes piedras eran falsas.

—Aquí hay un sobre —indicó Bunch apartando algunas de las brillantes piedras.

El inspector Craddock lo cogió y extrajo dos impresos de aspecto oficial. Leyó en voz alta:

—Certificado de matrimonio entre Walter Edmund St. Joan y Mary Moss. Era el verdadero nombre de Zobeida.

—Luego estaban casados —dijo la señorita Marple—. Comprendo.

—¿Y el otro? —preguntó Bunch.

—El certificado de nacimiento de una hija, a quien pusieron por nombre Jewel.

—¿Jewel? —gritó Bunch—. ¡Claro! ¡Naturalmente! ¡Jill! Eso es. Ahora comprendo por qué vino a Chipping Cleghorn. Los Mundy, que viven en la casa Laburnam, se cuidan de una niña por cuenta de alguien. La quieren como si fuera su propia nieta. Se llama Jewel, pero ellos usan el diminutivo Jill.

»La señora Mundy sufrió una caída hará una semana y el viejo está muy enfermo de pulmonía. Ambos serán hospitalizados, y yo busqué un lugar para Jill. No quise que la llevaran a una institución.

»El padre debió de enterarse en la cárcel y huyó para recoger la maleta que guardaba en la casa de la vieja modista de su mujer. Si las joyas pertenecían a la madre, ahora son de la niña.

—Desde luego, señora Harmon. Si están aquí.

—¡Claro que están aquí! —exclamó alegremente la señorita Marple.

—Gracias a Dios que has regresado, querida —dijo el reverendo Julián Harmon saludando a su esposa con un suspiro de satisfacción—. La señora Burt hace cuanto puede en tus ausencias. Me sirvió unos pastelillos de pescado *muy* peculiares. No quise herir sus sentimientos, y se los di a *Tiglash Pileser*; pero ni él los ha comido. Tuve que echarlos por la ventana.

—*Tiglash Pileser* —exclamó Bunch acariciando el gato que ronroneaba contra sus rodillas— es muy delicado. A veces le digo que tiene estómago de realeza.

—¿Y tu muela, querida? ¿Te la sacaron?

—Sí. No fue muy doloroso, y volví a visitar a tía Jane; además…

—Pobrecilla —la interrumpió su esposo—. Espero que aún no le fallen los reflejos.

—En absoluto —repuso ella con una sonrisita.

Al día siguiente, Bunch recogió otro ramo de crisantemos para la iglesia. El sol volvía a filtrarse por la ventana del lado este. Ella se detuvo en el recuadro enjoyado sobre los peldaños del presbiterio y dijo en voz muy baja:

—Su pequeña estará muy bien. Yo me cuidaré de que lo esté. Lo prometo.

Cuando hubo colocado las flores se arrodilló en un reclinatorio para decir sus oraciones antes de regresar a la rectoría, donde le esperaban quehaceres domésticos atrasados.



Una broma extraña

(Strange Jest).

—Y ésta —dijo Juana Helier completando la presentación— es la señorita Marple.

Como era actriz, supo darle la entonación a la frase, una mezcla de respeto y triunfo.

Resultaba extraño que el objeto tan orgullosamente proclamado fuese una solterona de aspecto amable y remilgado. En los ojos de los dos jóvenes que acababan de trabar conocimiento con ella gracias a Juana, se leía incredulidad y una ligera decepción. Era una pareja muy atractiva; ella, Charmian Straud, esbelta y morena… él, era Eduardo Rossiter, un gigante rubio y afable.

Charmian dijo algo cortada:

—¡Oh!, estamos encantados de conocerla.

Mas sus ojos no corroboraban tales palabras y los dirigió interrogadores a Juana Helier.

—Querida —dijo ésta respondiendo a la mirada—, es maravillosa. Dejádselo todo a ella. Te dije que la traería aquí y eso he hecho —Dirigióse a la señorita Marple —. Usted lo arreglará. Le será fácil.

La señorita Marple volvió sus ojos de un color azul de porcelana hacia el señor Rossiter.

—¿No quiere decirme de qué se trata? —le dijo.

—Juana es amiga nuestra —intervino Charmian, impaciente—. Eduardo y yo estamos en un apuro. Y Juana nos dijo que si veníamos a su fiesta nos presentaría a alguien que era… que haría… que podría…

Eduardo acudió en su ayuda.

—Juana nos dijo que era usted la última palabra en sabuesos, señorita Marple.

Los ojos de la solterona parpadearon de placer, mas protestó con modestia:

—¡Oh, no, no! Nada de eso. Lo que pasa es que viviendo en un pueblecito como vivo yo, una aprende a conocer a sus semejantes. ¡Pero la verdad es que ha despertado usted mi curiosidad! Cuénteme su problema.

—Me temo que sea algo vulgar… Se trata de un tesoro enterrado —explicó Eduardo Rossiter.

—¿De veras? ¡Pues me parece muy interesante!

—¿Sí? ¡Como la Isla del Tesoro! Nuestro problema carece de detalles románticos. No hay un mapa señalado con una calavera y dos tibias cruzadas, ni indicaciones como por ejemplo…, «cuatro pasos a la izquierda; dirección noroeste». Es terriblemente prosaico… Ni tan solo sabemos dónde hemos de escarbar.

—¿Lo ha intentado ya?

—Yo diría que hemos removido dos acres cuadrados. Todo el terreno lo hemos convertido casi en un huerto, y sólo nos falta decidir si sembramos coles o patatas.

—¿Podemos contárselo todo? —dijo Charmian con cierta brusquedad.

—Pues claro, querida.

—Entonces busquemos un sitio tranquilo. Vamos, Eduardo.

Y abrió la marcha en dirección a una salita del segundo piso, luego de abandonar aquella estancia tan concurrida y llena de humo.

Cuando estuvieron sentados, Charmian comenzó su relato.

—¡Bueno, ahí va! La historia comienza con tío Mathew, nuestro tío… o mejor dicho, tío abuelo de los dos. Era muy viejo. Eduardo y yo éramos sus únicos parientes. Nos quería y siempre dijo que a su muerte repartiría su dinero entre nosotros. Bien, murió (el mes de marzo pasado) y dejó dispuesto que todo debía repartirse entre Eduardo y yo. Tal vez por lo que he dicho le parezca a usted algo dura… no quiero decir que hizo bien en morirse… los dos le queríamos…, pero llevaba mucho tiempo enfermo. El caso es que ese «todo» que nos había dejado resultó ser prácticamente nada. Y eso, con franqueza, fue un golpe para los dos, ¿no es cierto, Eduardo?

El bueno de Eduardo asintió:

—Habíamos contado con ello —explicó—. Quiero decir que cuando uno sabe que va a heredar un buen puñado de dinero…, bueno, no se preocupa demasiado en ganarlo. Yo estoy en el ejército… y no cuento con nada más, aparte de mi paga… *y* Charmian no tiene un real. Trabaja como directora de escena de un teatro… cosa muy interesante…, pero que no da dinero. Teníamos el propósito de casarnos, pero no nos preocupaba la parte monetaria, porque ambos sabíamos que llegaría un día en que heredaríamos.

—¡Y ahora resulta que no heredamos nada! —exclamó Charmian—. Lo que es más, Ansteys… que es la casa solariega, y que tanto queremos Eduardo y yo, tendrá que venderse. ¡Y no podemos soportarlo! Pero si no encontramos el dinero de tío Mathew, tendremos que venderla.

—Charmian, tú sabes que todavía no hemos llegado al punto vital —dijo el joven.

—Bien, habla tú entonces.

Eduardo volvióse hacia la señora Marple.

—Verá usted —dijo—. A medida que tío Mathew iba envejeciendo se volvía cada vez más suspicaz, y no confiaba en nadie.

—Muy inteligente por su parte —replicó la señorita Marple—. La corrupción de la naturaleza humana es inconcebible.

—Bueno, tal vez tenga usted razón. De todas formas, tío Mathew lo pensó así. Tenía un amigo que perdió todo su dinero en un Banco, y otro que se arruinó por confiar en su abogado y él mismo perdió algo en una compañía fraudulenta. De este modo se fue convenciendo de que lo único seguro era convertir el dinero en barras de oro y plata y enterrarlo en algún lugar adecuado.

—¡Ah! —dijo la señorita Marple—. Empiezo a comprender algo.

—Sí. Sus amigos discutían con él, haciéndole ver que de este modo no obtendría interés alguno de aquel capital, pero él sostenía que eso no le importaba. «El dinero —decía— hay que guardarlo en una caja debajo de la cama o enterrarlo en el jardín». Y cuando murió era muy rico. Por eso suponemos que debió enterrar su fortuna. Descubrimos que había vendido valores y sacado grandes sumas de dinero de vez en cuando, sin que nadie sepa lo que hizo con ellas. Pero parece probable que fiel a sus principios comprara oro para enterrarlo y quedar tranquilo —explicó Charmian.

—¿No dijo nada antes de morir? ¿No dejó ningún papel? ¿O una carta?

—Esto es lo más enloquecedor de todo. No lo hizo. Había estado inconsciente durante varios días, pero recobró el conocimiento antes de morir. Nos miró a los dos, se rió…, con una risita débil y burlona, y dijo: «Estaréis muy bien, pareja de tortolitos». Y señalándose un ojo… el derecho… nos lo guiñó. Y entonces murió…

—Se señaló un ojo —repitió la señorita Marple, pensativa.

—¿Saca alguna consecuencia de esto? —preguntóle Eduardo con ansiedad—. A mí me hace pensar en el cuento de Arsenio Lupin. Algo escondido en un ojo de cristal. Pero nuestro tío Mathew no tenía ningún ojo de cristal.

—No —dijo la señorita Marple meneando la cabeza—. No se me ocurre nada, de momento.

—¡Juana nos dijo que usted nos diría enseguida dónde teníamos que buscar! —se lamentó Charmian, contrariada.

—No soy precisamente una adivina. —La señorita Marple sonreía—. No conocí a su tío, ni sé la clase de hombre que era, ni he visto la casa que les legó ni sus alrededores.

—¿Y si visitase aquello lo sabría? —preguntó Charmian.

—Bueno, la verdad es que entonces resultaría bastante sencillo —replicó la señorita Marple.

—¡Sencillo! —repitió Charmian—. ¡Venga usted a Ansteys y vea si descubre algo!

Tal vez no esperaba que la señorita Marple tomara en serio sus palabras, pero la solterona repuso con presteza:

—Bien, querida, es usted muy amable. Siempre he deseado tener ocasión de buscar un tesoro enterrado. ¡Y además en beneficio de una pareja de enamorados! —concluyó con una sonrisa resplandeciente.

—¡Ya ha visto usted! —exclamó Charmian con gesto dramático.

Acababan de realizar el recorrido completo de Ansteys. Estuvieron en la huerta, convertida en un campo atrincherado. En los bosquecillos, donde se había cavado al pie de cada árbol importante, y contemplaron tristemente lo que antes fuera una cuidada pradera de césped. Subieron al ático, contemplando los viejos baúles y cofres con su contenido esparcido por el suelo. Bajaron al sótano, donde cada baldosa había sido levantada. Midieron y golpearon las paredes y la señorita Marple inspeccionó todos los muebles que tenían o pudieran tener algún cajón secreto.

Sobre una mesa había un montón de papeles…, todos los que había dejado el fallecido Mathew Straud. No se destruyó ninguno y Charmian y Eduardo repasaban una y otra vez… las facturas, invitaciones y correspondencia comercial, con la esperanza *de* descubrir alguna pista.

—¿Cree usted que nos hemos olvidado de mirar en algún sitio? —le preguntó Charmian a la señorita Marple.

—Me parece que ya lo han mirado todo, querida —dijo la solterona moviendo la cabeza—. Tal vez si me permitís decirlo, habéis mirado demasiado. Siempre he pensado que hay que tener un plan. Es como mi amiga la señorita Eldritch que tenía una doncella estupenda que enceraba el linóleum a las mil maravillas, pero era tan concienzuda que incluso enceró el suelo del cuarto de baño, y cuando la señora Eldritch salía de la ducha, la alfombrita se escurrió bajo sus pies, y tuvo tan mala caída que se rompió una pierna. Fue muy desagradable, pues naturalmente, la puerta del cuarto de baño estaba cerrada y el jardinero tuvo que coger una escalera y entrar por la ventana… con gran disgusto de la señora Eldritch, que era una mujer muy pudorosa.

Eduardo removióse inquieto.

—Por favor, perdóneme —apresuró a decir la señorita Marple—. Siempre tengo tendencia a salirme por la tangente. Pero es que una cosa me recuerda otra, y algunas veces me resulta provechoso. Lo que quise decir es que tal vez si intentáramos aguzar nuestro ingenio *y* pensar en un lugar apropiado…

—Piénselo usted, señorita Marple —dijo Eduardo, contrariado—. Charmian y yo tenemos el cerebro en blanco.

—Vamos, vamos. Claro… es una dura prueba para ustedes. Si no les importa voy a repasar bien estos papales. Es decir, si no hay nada personal… no me gustaría que pensaran ustedes que me meto en lo que no me importa.

—Oh, puede hacerlo. Pero me temo que no va a encontrar nada.

Sentóse a la mesa y metódicamente fue mirando el fajo de documentos… y clasificándolos en varios montoncitos. Cuando hubo concluido se quedó mirando al vacío durante varios minutos.

Eduardo le preguntó, no sin cierta malicia:

—¿Y bien, señorita Marple?

Miss Marple se rehizo con un ligero sobresalto.

—Le ruego me perdone. Estos documentos me han servido de gran ayuda.

—¿Ha descubierto algo importante?

—¡Oh!, no, nada de eso. Pero creo que ya sé qué clase de hombre era su tío Mathew… bastante parecido a mi tío Enrique, que era muy aficionado a las bromas. Un solterón sin duda… me pregunto por qué… ¿tal vez a causa de un desengaño prematuro? Metódico hasta cierto punto, pero poco amigo de sentirse atado…, como casi todos los solterones.

A espaldas de la señorita Marple, Charmian hizo un gesto a Eduardo que significaba: «Está loca del todo».

Miss Marple seguía hablando de su difunto tío Enrique.

—Era muy aficionado a las charadas —explicaba—. Para algunas personas las charadas resultan muy difíciles y les molestan. Un mero juego de palabras puede irritarles. También era un hombre receloso. Siempre pensaba que los criados le robaban. Y algunas veces era verdad, aunque no siempre. Se convirtió en su obsesión. Hacia el fin de su vida pensó que envenenaban su comida, y se negó a comer otra cosa que huevos pasados por agua. Decía que nadie podía alterar el contenido de un huevo. Pobre tío Enrique, ¡era tan alegre en otros tiempos! Le gustaba mucho tomar café después de cenar. Solía decir: «Este café es muy negro», y con ello quería significar que deseaba otra taza.

Eduardo pensó que si oía algo más sobre tío Enrique se volvería loco.

—Le gustaban mucho las personas jóvenes —proseguía la señorita Marple—, pero se sentía inclinado a atormentarlos un poco… no sé si me entenderán… Solía poner bolsas de caramelos donde los niños no pudieran alcanzarlas.

Dejando los cumplidos a un lado, Charmian exclamó:

—¡Me parece horrible!

—¡Oh, no, querida!, sólo era un viejo solterón, y no estaba acostumbrado a los pequeños. Y la verdad es que no era nada tonto. Acostumbraba a guardar mucho dinero en la casa, y tenía un escondite seguro. Armaba mucho alboroto por ello… diciendo lo bien escondido que estaba. Y por hablar demasiado, una noche entraron los ladrones y abrieron un boquete en el escondrijo.

—Le estuvo muy bien empleado —exclamó Eduardo.

—Pero no encontraron nada —replicó la señorita Marple—. La verdad es que guardaba su dinero en otra parte… detrás de unos libros de sermones, en la biblioteca. ¡Decía que nadie los sacaba nunca de aquel estante!

—Oiga, es una idea —le interrumpió Eduardo, excitado—. ¿Qué le parece si miráramos en la biblioteca?

Charmian meneó la cabeza.

—¿Crees que no he pensado en eso? El martes pasado miré todos los libros cuando tú fuiste a Portsmouth. Los saqué uno por uno y los sacudí. Tampoco en la biblioteca hay nada.

Eduardo exhaló un suspiro y levantándose de su asiento se dispuso a deshacerse con tacto de su insoportable visitante.

—Ha sido usted muy amable al intentar ayudarnos. Siento que no haya servido de nada. Comprendo que hemos abusado de su tiempo. No obstante… sacaré el coche y podrá alcanzar el tren de las tres treinta…

—¡Oh! —repuso la señorita Marple—, pero antes tenemos que encontrar el dinero, ¿verdad? No debe darse por vencido, señor Rossiter. Si la primera vez no tiene éxito, hay que intentarlo otra y otra, y otra vez.

—¿Quiere decir que va a continuar intentándolo?

—Pues para hablar con exactitud —replicó la solterona— todavía no he empezado. Primero se coge la liebre… como dice la señora Beeton en su libro de cocina… un libro estupendo, pero terriblemente imposible… la mayoría de sus recetas empiezan diciendo: «Se toma una docena de huevos y una libra de mantequilla». Déjeme pensar…, ¿por dónde iba? Oh, sí. Bien, ya tenemos, por así decirlo, nuestra liebre, que es, naturalmente, el tío Mathew, y ahora sólo nos falta decidir dónde podría haber escondido el dinero. Puede que sea bien sencillo.

—¿Sencillo? —se extrañó Charmian.

—Oh, sí, querida. Estoy segura de que habrá utilizado el medio más fácil. Un cajón secreto… ésa es mi solución.

Eduardo dijo con sequedad:

—No pueden guardarse muchos lingotes de oro en un cajoncito secreto.

—No, no, claro que no. Pero no hay razón para creer que el dinero fuese convertido en oro.

—Él siempre decía…

—¡Y mi tío Enrique siempre hablaba de su escondrijo! Por eso creo firmemente que lo dijo para despistar. Los diamantes pueden esconderse con facilidad en un cajón secreto.

—Pero ya lo hemos mirado todo. Hicimos venir a un técnico para que examinase los muebles.

—¿De veras, querida? Hizo usted muy bien. Yo diría que el escritorio de su tío es el lugar más apropiado. ¿Es aquél que está apoyado contra la pared?

—Sí. Voy a enseñárselo.

Charmian se acercó al mueble y lo abrió. En su interior aparecieron varios casilleros y cajoncitos. Luego, accionando una puertecita que había en el centro, tocó un resorte situado en el interior del cajón de la izquierda, El fondo de la caja del centro se adelantó y la joven la sacó dejando un hueco descubierto. Estaba vacío.

—¿No es casualidad? —exclamó la señorita Marple—. Mi tío Enrique tenía un escritorio igual que éste sólo que era de madera de nogal y éste es de caoba.

—De todas maneras —dijo Charmian—, como puede usted ver, aquí no hay nada.

—Me imagino —replicó la señorita Marple— que ese experto que trajeron ustedes sería joven…, y no lo sabía todo. La gente era muy mañosa para construir sus escondrijos en aquellos tiempos. A veces hay un secreto dentro de otro secreto.

Y quitándose una horquilla de entre sus cuidados cabellos grises, la enderezó y apretó con ella un punto de la caja secreta en el que parecía haber un diminuto agujero tal vez producido por la carcoma, y sin grandes dificultades sacó un cajón pequeñito. En él apareció un fajo de cartas descoloridas y un papel doblado.

Eduardo y Charmian se apoderaron del hallazgo. Eduardo desplegó el papel con dedos temblorosos, mas lo dejó caer con una exclamación de disgusto.

—¡Una receta de cocina! ¡Jamón al horno! ¡Bah!

Charmian estaba desatando la cinta que sujetaba el fajo de cartas. Y sacando una exclamó:

—¡Cartas de amor!

—¡Qué interesante! —exclamó la señorita Marple—. Tal vez nos explique la razón de que no se casara su tío.

Charmian leyó:

«Mi querido Mathew, debo confesarte que el tiempo se me ha hecho muy largo desde que recibí tu última carta. Trato de ocuparme en las distintas tareas que me fueron encomendadas, y me digo a menudo lo afortunada que soy al poder ver tantas partes del globo, aunque bien poco pensaba, cuando me fui a América, que iba a viajar hasta estas lejanas islas».

Charmian hizo una pausa.

—¿Dónde está fechado esto? ¡Oh, en Hawai!

«Cielos, estos nativos están todavía muy lejos de ver la luz. Viven semidesnudos y en un estado completamente salvaje; pasan la mayor parte del tiempo nadando o bailando, y adornándose con guirnaldas de flores. El señor Gray ha conseguido convertir a algunos, pero es una tarea difícil y él y su esposa se sienten muy descorazonados. Yo procuro hacer lo que puedo por animarle, mas yo también me siento triste a menudo por la razón que puedes adivinar, querido Mathew. La ausencia es una dura prueba para un corazón enamorado. Tus renovadas promesas de amor me causaron gran alegría. Ahora y siempre te pertenecerá mi corazón, querido Mathew y seré siempre tuya,

Betty Martin.

P. D.: Dirijo mi carta a nuestra mutua amiga Matilde Graves, como de costumbre. Espero que el Cielo perdone este subterfugio».

Eduardo lanzó un silbido.

—¡Una misionera! Conque ése fue el amor de tío Mathew. Me pregunto por qué no se casaron.

—Al parecer recorrió casi todo el mundo —dijo Charmian examinando las misivas—. Mauricio… toda clase de sitios. Probablemente moriría víctima de la fiebre amarilla o algo así.

Una risa divertida les sobresaltó. La señorita Marple lo estaba pasando en grande.

—Vaya, vaya —dijo—. ¡Fíjense en esto ahora!

Estaba leyendo para sí la receta de jamón al horno, y al ver sus miradas interrogadoras, prosiguió en voz alta:

«Jamón al horno con espinacas. Se toma un pedazo bonito de jamón, rellénese de dientes de ajo y cúbrase con azúcar moreno. Cuézase a fuego lento. Servirlo con un borde de puré de espinacas».

—¿Qué opinan de esto?

—Yo creo que debe resultar un asco —dijo Eduardo.

—No, no, tiene que resultar muy bueno…, pero ¿qué opinan de todo esto?

—¿Usted cree que se trata de una clave… o algo parecido? —exclamó Eduardo con el rostro iluminado y cogiendo el papel—. Escucha, Charmian, ¡podría ser! Por otra parte, no hay razón para guardar una receta de cocina en un lugar secreto.

—Exacto —repuso la señorita Marple.

—Ya sé lo que puede ser… una tinta simpática —dijo Charmian—. Vamos a calentarlo. Enciende una bombilla.

Pero hecha la prueba, no apareció ningún signo de escritura invisible.

—La verdad —dijo *miss* Marple, carraspeando—, creo que lo están complicando demasiado. Esta receta es sólo una indicación por así decir. Según mi parecer, son las cartas lo significativo.

—¿Las cartas?

—Especialmente la firma.

Mas Eduardo apenas la escuchaba, y gritó excitado:

—¡Charmian! ¡Ven aquí! Tiene razón… Mira… los sobres son bastante antiguos, pero las cartas fueron escritas muchos años después.

—Exacto —repuso la señorita Marple.

—Sólo se ha tratado de que parezcan antiguas. Apuesto a que el propio tío Mathew lo hizo…

—Precisamente —le confirmó la solterona.

—Todo esto es un engaño. Nunca existió esa misionera. Debe tratarse de una clave.

—Mis queridos amigos… no hay necesidad de complicar tanto las cosas. Su tío en realidad era un hombre muy sencillo. Quería gastarles una pequeña broma. Eso es todo.

Por primera vez le dedicaron toda su atención.

—¿Qué es exactamente lo que quiere usted decir, señorita Marple? —preguntó Charmian.

—Quiero decir que en este preciso momento tiene usted el dinero en la mano.

Charmian miró el papel.

—La firma, querida. Ahí es donde está la solución. La receta es sólo una indicación. Ajos, azúcar moreno y lo demás, ¿qué es en realidad? *Jamón y espinacas*. ¿Qué significa? Una tontería. Así que está bien claro que lo importante son las cartas. Y entonces si consideran lo que su tío hizo antes de morir… guiñarles un ojo, según dijeron ustedes. Bien… eso, como ven, les da la pista.

—¿Está usted loca, o lo estamos todos? —exclamó Charmian.

—Sin duda, querida, debe haber oído alguna vez la expresión que se emplea para significar que algo no es cierto, ¿o es que ya no se utiliza hoy en día? *Tengo más vista que Betty Martin*.

Eduardo susurró mirando la carta que tenía en la mano:

—Betty Martin…

—Claro, señor Rossiter. Como usted acaba de decir, no existe… no ha existido jamás semejante persona. Las cartas fueron escritas por su tío, y me atrevo a asegurar que se debió divertir de lo lindo. Como usted dice, la escritura de los sobres es mucho más antigua… en resumen, los sobres no corresponden a las cartas, porque el matasello de una de ellas data de 1851.

Hizo una pausa y repitió con énfasis.

—Mil ochocientos cincuenta y uno. Y eso lo explica todo, ¿verdad?

—A mí no me dice nada absolutamente —repuso Eduardo.

—Pues está bien claro —replicó la señorita Marple—. Confieso que no se me hubiera ocurrido, a no ser por mi sobrino-nieto Lionel. Es un muchacho encantador y un apasionado coleccionista de sellos. Sabe todo lo referente a la filatelia. Fue él quien me habló de ciertos sellos raros y rarísimos, y de un nuevo hallazgo que había sido vendido en subasta. Y ahora recuerdo que mencionó uno…, de 1851 *de 2 céntimos y color azul*. Creo que vale unos veinticinco mil dólares. ¡Imagínese! Me figuro que los demás también serán ejemplares raros y de precio. No dudo de que su tío los compraría por medio de intermediarios y tendría buen cuidado en «despistar», como se dice en los relatos de detectives.

Eduardo lanzó un gemido y, sentándose, escondió el rostro entre las manos.

—¿Qué te ocurre? —quiso saber Charmian.

—Nada. Es sólo de pensar que a no ser por la señorita Marple, pudimos haber quemado esas cartas para no profanar los recuerdos sentimentales de nuestro tío.

—¡Ah! —replicó la señorita Marple—. Eso es lo que no piensan nunca esos viejos aficionados a las bromas. Recuerdo que mi tío Enrique envió a su sobrina favorita un billete de cinco libras como regalo de Navidad. Los metió dentro de una felicitación que pegó de modo que el billete quedara dentro y lo escribió encima: «Con cariño y mis mejores augurios. Esto es todo lo que puedo mandarte este año». La pobre chica se disgustó mucho porque le creyó un tacaño y arrojó al fuego la felicitación. Y claro, entonces él tuvo que darle otro billete.

Los sentimientos de Eduardo hacia tío Enrique habían sufrido un cambio radical.

—*Miss* Marple —dijo—, voy a buscar una botella de champaña; brindemos a la salud de su tío Enrique.

El crimen de la cinta métrica

(Tape-Measure Murder).

Asiendo el llamador, la señorita Politt lo dejó caer sobre la puerta de la casita. Luego de un breve intervalo llamó de nuevo. El paquete que llevaba bajo el brazo le resbaló un tanto al hacerlo, y tuvo que volver a colocarlo en su sitio. En aquel paquete llevaba el nuevo vestido de invierno de la señora Spenlow, de color verde, dispuesto para la prueba. De la mano izquierda de la señorita Politt pendía una bolsa de seda negra, que contenía la cinta métrica, un acerico de alfileres y un par de tijeras grandes y prácticas.

La señorita Politt era alta y delgada, de nariz puntiaguda, labios finos y cabellos grises. Vaciló unos momentos antes de llamar por tercera vez. Mirando al final de la calle, vio una figura que se aproximaba rápidamente y la señorita Hartnell, jovial y curtida, con sus cincuenta y cinco años, le gritó con su voz potente y grave:

—¡Buenas tardes, señorita Politt!

La modista respondió:

—Buenas tardes, señorita Hartnell —su voz era extremadamente suave y moderada. Había comenzado a trabajar como doncella en casa de una gran señora—. Perdóneme —prosiguió—, pero ¿sabe por casualidad si está en casa la señora Spenlow?

—No tengo la menor idea.

—Es bastante extraño que no conteste a mis llamadas. Esta tarde tenía que probarle el vestido. Me dijo que viniese a las tres y media.

La señorita Hartnell consultó su reloj de pulsera.

—Ahora es un poco más de la media —contestó.

—Sí. He llamado ya tres veces, pero no contesta nadie; por eso me preguntaba si no habría salido y habrá olvidado que tenía que venir yo. Por lo general no se olvida, y además quería estrenar el vestido pasado mañana.

La señorita Hartnell atravesó la puerta de la verja y llegó al jardín para reunirse con la señorita Politt.

—¿Y por qué no le ha abierto Gladys? —quiso saber—. Oh, no, claro, es jueves… es su día libre. Me figuro que la señora Spenlow se habrá quedado dormida. Me parece que no consigue usted hacer gran ruido con ese chisme.

Y alzando el llamador lo descargó con todas sus fuerzas. Rat-tat-tat-tat y, además golpeó la puerta con las manos. También gritó con voz estentórea:

—¡Eh! ¿No hay nadie ahí dentro?

No obtuvo respuesta.

—Oh, yo creo que la señora Spenlow debe de haberse olvidado y se habrá ido —murmuró la señorita Politt—. Volveré cualquier otro rato.

—Tonterías —replicó la señorita Hartnell con firmeza—. No puede haber salido. Yo la hubiera encontrado. Voy a echar un vistazo por las ventanas para ver si da señales de vida.

Y riendo con su habitual buen humor, para indicar que se trataba de una broma, miró superficialmente por la ventana más próxima, pues sabía que los señores Spenlow no utilizaban aquella habitación, ya que preferían la salita de la parte posterior.

A pesar de ser una mirada superficial consiguió su objetivo. Es cierto que la señorita Hartnell no vio signos de vida. Al contrario, a través de la ventana distinguió a la señora Spenlow tendida sobre las alfombra… y muerta.

—Claro que —decía la señorita Hartnell contándolo después— procuré no perder la cabeza. Esa criatura, la señorita Politt, no hubiera sabido qué hacer. Tenemos que conservar la serenidad —le dije—. Usted quédese aquí y yo iré a buscar al alguacil Palk. Ella protestó diciendo que no quería quedarse sola, pero no le hice el menor caso. Hay que mantenerse firme con esa clase de personas. Les encanta armar alboroto. De modo que cuando iba a marcharme, en aquel preciso momento, el señor Spenlow doblaba la esquina de la casa.

La señorita Hartnell hizo una pausa significativa, permitiendo a su interlocutora que le preguntara impaciente:

—Dígame: ¿qué aspecto tenía?

La señorita Hartnell prosiguió:

—Con franqueza, ¡inmediatamente sospeché algo! Estaba demasiado tranquilo. No se sorprendió lo más mínimo. Y puede usted decir lo que quiera, pero no es natural que un hombre que oye decir que su mujer está muerta no exteriorice la menor emoción.

Todo el mundo tuvo que darle la razón.

La policía también. Y no tardaron en averiguar cuál era su situación después de la muerte de su esposa, descubriendo que ella era rica y que todo su dinero iría a parar a manos del viudo gracias a un testamento hecho a toda prisa poco después del matrimonio, cosa que despertó generales sospechas.

La señorita Marple, la solterona de rostro afable (y según algunos de lengua afilada), que vivía en la casa contigua a la rectoría, fue interrogada muy pronto… a la media hora del descubrimiento del crimen. El alguacil Palk, con una libreta de notas para datos, le dijo:

—Si no le molesta, señora, tengo que hacerle unas preguntas.

La señorita Marple repuso:

—¿Acerca del asesinato de la señora Spenlow?

Palk se sorprendió.

—¿Puedo preguntarle cómo se enteró de ello?

—Por el pescado.

La respuesta fue perfectamente inteligible para el alguacil, quien supuso con gran acierto que el repartidor del pescado le habría llevado la noticia al mismo tiempo que la merluza o las sardinas.

—Fue encontrada en el suelo de la sala estrangulada —continuó la señorita Marple—, posiblemente con un cinturón muy estrecho; pero fuera lo que fuese, no ha aparecido.

—¿Cómo es posible que Fred se entere de todo…? —comenzó a decir Palk.

La señorita Marple lo interrumpió.

—Lleva un alfiler en la solapa.

Palk se miró el lugar indicado.

—Dicen: «Ver un alfiler y cogerlo, y todo el día tendrás buena suerte».

—Espero que sea verdad. Y ahora dígame, ¿qué es lo que quería decirme?

El alguacil se aclaró la garganta y con aire de importancia consultó su libreta.

—El señor Arturo Spenlow, esposo de la interfecta, ha prestado declaración. El señor Spenlow dice que a las dos y media, según sus cálculos, le telefoneó la señorita Marple para pedirle que fuera a verla a las tres y cuarto, pues tenía precisión de consultarle algo. Dígame, señorita, ¿es cierto?

—Desde luego que no —repuso la señorita Marple.

—¿No telefoneó al señor Spenlow a las dos y media?

—Ni a esa hora ni a ninguna otra.

—¡Ah! —exclamó Palk, retorciéndose el bigote con satisfacción.

—¿Qué más dijo el señor Spenlow?

—Según su declaración, él vino aquí atendiendo a su llamada, y salió de su casa a las tres y diez, y que al llegar, la doncella le comunicó que la señorita Marple «no estaba en casa».

—Eso es cierto —replicó la solterona—. Él vino aquí, pero yo me encontraba en una reunión del Instituto Femenino.

—¡Ah! —volvió a exclamar Palk.

—Dígame, alguacil, ¿sospecha usted acaso que el señor Spenlow haya dado muerte a su esposa?

—No puedo asegurar nada en este momento, pero me da la impresión de que alguien, sin mencionar a nadie, se las quiere dar de muy listo.

—¿El señor Spenlow? —preguntó la señorita Marple, pensativa.

Le agradaba el señor Spenlow. Era un hombre delgado, de pequeña estatura, de hablar mesurado y convencional y el colmo de la respetabilidad. Parecía extraño que hubiera ido a vivir al campo, pues era evidente que había pasado toda su vida en la ciudad, y confió sus razones a la señorita Marple.

—Desde joven tuve deseos de vivir en el campo —le dijo— y tener un jardín de mi propiedad. Siempre me gustaron mucho las flores. Ya sabe, mi esposa tenía una floristería. Es donde la vi por primera vez.

Un simple comentario, pero que dejaba adivinar el idilio: Una señora Spenlow mucho más joven y hermosa, con un fondo de flores.

No obstante el señor Spenlow, en realidad, no sabía nada acerca de las flores… ni de semillas, poda, época de plantación, etc. Sólo tenía una imagen en su mente… la imagen de una casita con un jardín repleto de flores de brillantes colores y dulce aroma. Le pidió que le instruyera, y fue anotando en su libretita todas las respuestas de la señorita Marple.

Era un hombre de ademanes reposados. Y tal vez por eso la policía se interesó por él cuando su esposa fue encontrada asesinada. A fuerza de paciencia y perseverancia averiguaron muchas cosas respecto a la difunta señora Spenlow… y pronto lo supo también todo Saint Mary Mead.

La finada señora Spenlow había comenzado su vida como camarera de una gran casa, que dejó para casarse con el segundo jardinero, y con él puso una tienda de flores en Londres. El negocio había prosperado, pero no así el jardinero, que al poco tiempo enfermó y murió. Su viuda llevó adelante la tienda y tuvo que ampliarla, pues no cesaba de prosperar. Luego la había traspasado a muy buen precio y volvió a embarcarse en un segundo matrimonio… con el señor Spenlow, un joyero de mediana edad, que había heredado un negocio reducido y decadente. Poco después lo vendieron, yendo a vivir a Saint Mary Mead.

La señora Spenlow era una mujer bien educada. Los beneficios del establecimiento de flores los había invertido… «con ayuda de los espíritus», según explicaba a todo el mundo. Y éstos le habían aconsejado con inesperado acierto.

Todas sus inversiones resultaron magníficas. Sin embargo, en vez de afianzarse en sus creencias «espiritistas», la señora Spenlow abandonó las sesiones y los médiums, y se entregó rápidamente, pero de corazón, a una oscura religión con afinidades indias que se basaba en varias formas de inspiraciones profundas. No obstante, cuando llegó a Saint Mary Mead, se adscribió temporalmente a la iglesia anglicana. Pasaba muchos ratos con el vicario, y asistía a los oficios religiosos con asiduidad. Era parroquiana de los comercios de la localidad y jugaba al *bridge* en las reuniones.

Una vida monótona…, sencilla. Y de repente… el crimen.

El coronel Melchett, jefe de policía, había mandado llamar al inspector Slack.

Slack era un tipo positivista. Cuando tomaba una resolución, no se volvía atrás, y ahora estaba seguro de sus hipótesis.

—Fue el esposo quien la mató, señor —declaró.

—¿Usted cree?

—Estoy completamente seguro. Sólo tiene que mirarlo. Es culpable como el mismo diablo. No demuestra la menor pena o emoción. Volvió a la casa sabiendo que su mujer estaba muerta.

—¿Y no hubiera intentado por lo menos representar el papel de marido desconsolado?

—Él no, señor. Está demasiado seguro de sí mismo. Algunos caballeros no saben fingir.

—¿Alguna otra mujer en su vida? —preguntó el coronel Melchett.

—No he podido dar con el rastro de ninguna. Claro que este hombre es muy listo. Sabe «despistar». Yo creo que estaba harto de su esposa. Ella tenía el dinero y me parece que era de carácter difícil de soportar. Así que a sangre fría decidió deshacerse de ella y vivir cómodamente solo y a sus anchas.

—Sí, supongo que puede haber sido ése el caso.

—Puede usted estar seguro de que fue así. Trazó sus planes con todo cuidado. Fingió una llamada telefónica…

Melchett le interrumpió:

—¿No han podido comprobar la llamada?

—No, señor. Eso significa que, o bien han mentido, o que fue hecha desde un teléfono público. Los únicos teléfonos públicos del pueblo son el de la estación y el de Correos. Desde Correos no llamó. La señorita Blade ve a todo el que entra. En el de la estación, tal vez. Hay un tren que llega a las dos y veintisiete y a esa hora se ve bastante concurrida. Pero lo principal es que él dice que fue la señorita Marple quien lo llamó, y eso, desde luego, no es cierto. La llamada no fue hecha desde su casa, y ella estaba en el Instituto Femenino.

—¿Y no habrá pasado por alto la posibilidad de que alguien quitara de en medio al marido… para poder asesinar a la señora Spenlow?

—Se refiere a Ted Gerard, ¿verdad? He estado investigando…, pero tropezamos con la falta de motivos. Él no iba a ganar nada. Sin embargo, es un indeseable. Y tiene un buen número de desfalcos en su haber.

—Es miembro del Grupo Oxford.

—No digo que no sea un equivocado. No obstante, él mismo fue a confesárselo a su patrón. Dijo que estaba arrepentido y comenzó a devolver el dinero. Y no digo que no fuera una artimaña… pudo pensar que sospechaban y decidir representar la comedia.

—Tiene usted una mentalidad muy escéptica, Slack —dijo el coronel Melchett—. A propósito, ¿ha hablado usted con la señorita Marple?

—¿Qué tiene ella que ver con esto, señor?

—Oh, nada. Pero ya sabe… oye cosas… ¿Por qué no va a charlar un rato con ella? Es una anciana muy inteligente.

Slack cambió de tema.

—Quería preguntarle una cosa, señor: en casa de Robert Abercrombie, donde la difunta trabajaba, hubo un robo de esmeraldas… que valían una fortuna. No aparecieron. He estado calculando… y debió ser cuando estaba allí la señora Spenlow, aunque entonces sería casi una niña. No creerá que estuviera complicada en el robo, ¿verdad, señor? Spenlow, como ya sabe, era uno de esos joyeros de vía estrecha…

—No creo que tuviera nada que ver —repuso Melchett meneando la cabeza—. Entonces ni siquiera conocía a Spenlow. Recuerdo el caso. La opinión policíaca fue que el hijo de la casa, Jim Abercrombie, estaba mezclado en el asunto… Era un joven muy gastador. Tenía un montón de deudas, que pagó precisamente después de ocurrido el robo… El viejo Abercrombie dificultó un poco las cosas… y quiso distraer la atención de la policía.

—Era sólo una idea, señor —dijo Slack.

La señorita Marple recibió al inspector Slack con satisfacción, sobre todo al saber que lo enviaba el coronel Melchett.

—Vaya, la verdad, el coronel Melchett es muy amable. No sabía que me recordaba.

—Me indicó el coronel que viniera a verla, pues, sin duda, sabía todo lo que ocurre en Saint Mary Mead, que valga la pena.

—Es muy amable, pero la verdad es que no sé nada en absoluto. Quiero decir, con respecto a este crimen.

—Pero sabe lo que se murmura.

—Oh, claro…, pero no va una a repetir simples habladurías.

—Ésta no es una conversación oficial —dijo Slack queriendo animarla—, sino una charla en confianza, por así decir.

—¿Y quiere usted saber lo que dice la gente… sea o no verdad?

—Eso es.

—Bien, pues, desde luego, se habla y se imagina mucho. Las opiniones se dividen en dos campos opuestos, no sé si me comprende. Para empezar, hay personas que creen que ha sido el marido. En cierto modo, un marido o una esposa, es el sospechoso más natural, ¿no cree?

—Es posible —repuso el inspector con precaución.

—La vida en común… ya sabe… y muy a menudo la parte monetaria. He oído decir que quien tenía el dinero era la señora Spenlow y que su esposo se beneficia con su muerte. En este perverso mundo, suposiciones menos caritativas a menudo están justificadas.

—Sí, entra en posesión de una bonita suma.

—Por eso… parece muy verosímil que la estrangulara, saliera por la puerta posterior y viniera a mi casa a través de los campos, para preguntar por mí con la excusa de haber recibido una llamada telefónica: luego regresar y descubrir que su mujer había sido asesinada durante su ausencia… Naturalmente, con la esperanza de que achacaran el crimen a cualquier ladrón o vagabundo.

—Y añadiendo a eso la parte monetaria… y si últimamente no se llevaban muy bien… —continuó el inspector.

—¡Oh, pero si se llevaban muy bien! —interrumpió la señorita Marple.

—¿Lo sabe a ciencia cierta?

—¡Si se hubieran peleado lo sabría todo el mundo! La doncella, Gladys Brent, hubiera hecho circular la noticia por todo el pueblo.

—Tal vez no lo supiera —dijo el inspector sin gran convencimiento… y recibiendo a cambio una sonrisa compasiva.

—Y luego tenemos la opinión del otro campo —prosiguió la señorita Marple—: Ted Gerad. Un joven muy simpático. Creo que el aspecto personal tiene mucha importancia sobre los demás. ¡Nuestro último vicario produjo un efecto mágico! Todas las muchachas iban a la iglesia… por la tarde y por la mañana. Y muchas mujeres ya mayores desplegaron una desacostumbrada actividad…; ¡la de zapatillas que le hicieron! Al pobre hombre le resultaba muy violento. Pero… ¿dónde estaba? Oh, sí, hablaba de ese joven, Ted Gerad. Claro que se ha hablado de él. Venía a verla muy a menudo. A pesar de que la propia señora Spenlow me dijo que era miembro de un movimiento religioso que llaman el Grupo Oxford. Creo que son muy sinceros y esforzados, y la señora Spenlow se sintió muy impresionada,

La señorita Marple tomó un poco de aliento antes de proseguir.

—Y estoy convencida de que no hay razón para creer que hubiera algo más que eso, pero ya sabe usted cómo es la gente. Muchas personas opinan que la señora Spenlow se dejó embaucar por ese joven, y que le prestó mucho dinero. Y es positivamente cierto que lo vieron en la estación aquel día… En el tren de las dos veintisiete. Pero hubiera sido muy sencillo para él apearse por el lado contrario y saltar la cerca y no pasar por la entrada de la estación. De ese modo no lo hubieran visto ir a la casa. Y claro, la gente considera que el atuendo de la señora Spenlow era, digamos, bastante particular.

—¿Particular?

—Sí. Iba en quimono —la señorita Marple se sonrojó—. Eso resulta bastante sugestivo para ciertas personas.

—¿Y para usted resulta positivo?

—¡Oh, no, yo no lo creo! A mí me parece perfectamente natural.

—¿Lo considera natural?

—En aquellas circunstancias, sí —la mirada de la señorita Marple era fría y reflexiva.

—Eso pudiera darnos otro motivo para el esposo. Celos —dijo el inspector Slack.

—¡Oh, no! El señor Spenlow no hubiera sentido nunca celos. Es de esos hombres que se dan cuenta de las cosas. Si su esposa le hubiera abandonado dejándole una nota en la almohada, él sería el primero en explicarlo.

El inspector Slack se sintió interesado por el modo significativo con que le miraba. Tenía la impresión de que toda su charla pretendía ocultarle algo que él no alcanzaba a comprender.

—¿Ha encontrado alguna pista, inspector? —le preguntó la señorita Marple con cierto énfasis.

—Hoy en día los criminales no dejan sus huellas dactilares ni puntas de cigarros, señorita.

—Pues yo creo… que este crimen es anticuado…

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Slack con extrañeza.

—Creo que el alguacil Palk puede ayudarle —repuso la señora Marple despacio —. Fue la primera persona en acudir al «escenario del crimen», como dicen.

El señor Spenlow se hallaba sentado en una silla y parecía asustado. Dijo con su voz fina y precisa:

—Claro que puedo imaginarme lo ocurrido. Mi oído no es tan fino como antes, pero oí claramente cómo un chiquillo gritaba tras de mí: «¡Eh, miren a ese asesino…!». Y…, eso me dio la impresión de que pensaba que yo… había matado a mi querida esposa.

La señorita Marple, cortando una rosa marchita, repuso:

—Ésa es, sin duda, la impresión que quiso dar.

—Pero ¿cómo es posible que metieran esa idea en la cabeza de un niño?

—Pues lo más probable es que la asimiló escuchando las opiniones de sus mayores —repuso *miss* Marple.

—Usted… ¿usted cree de verdad que lo piensan también otras personas?

—La mitad de los habitantes de Saint Mary Mead.

—Pero… mi querida señora… ¿cómo es posible que se les haya ocurrido una idea semejante? Yo quería sinceramente a mi esposa. A ella no le agradaba vivir en el campo tanto como yo esperaba, pero el estar de completo acuerdo en todo es un ideal inasequible. Le aseguro que he sentido intensamente su pérdida.

—Es probable. Pero si me perdona le diré que no lo parece.

El señor Spenlow irguió cuanto pudo su menguada figura.

—Mi querida señora, hace muchos años leí que un filósofo chino, cuando tuvo que separarse de su adorada esposa, continuó tranquilamente tocando su batintín en la calle, como tenía por costumbre…; me figuro que debe ser un pasatiempo chino. Los habitantes de aquella ciudad se sintieron muy impresionados por su entereza.

—Mas la gente de Saint Mead ha reaccionado de un modo bastante distinto —dijo la señorita Marple—. La filosofía china no va con ellos.

—¿Pero usted lo comprende?

Miss Marple asintió.

—Mi buen tío Enrique —explicó— era un hombre con un extraordinario dominio de sí mismo. Su lema fue: «Nunca exteriorices tu emoción». Él también era muy aficionado a las flores.

—Estaba pensando que tal vez pudiera colocar una pérgola en el lado oeste de la casa —dijo Spenlow con cierta vehemencia—. Con rosas de té, y tal vez glicinias…

Y hay una florecita blanca, en forma de estrella, que ahora no recuerdo cómo se llama…

—Tengo un catálogo muy bonito, con fotografías —le dijo la señorita Marple en un tono semejante al que empleaba para dirigirse a su sobrinito de tres años—. Tal vez le agradara hojearlo. Yo tengo que ir ahora mismo al pueblo.

Y dejando al señor Spenlow sentado en el jardín con el catálogo, la señorita Marple subió a su habitación, envolvió apresuradamente un vestido en un trozo de papel castaño, y saliendo de la casa, se encaminó a toda prisa a la oficina de Correos. La señorita Politt, la modista, vivía en una de las habitaciones de la parte alta del edificio.

Mas la señorita Marple no subió directamente la escalera. Eran las dos y media, y un minuto después, el autobús de Much Benham se detendría ante la puerta de la oficina de Correos… constituyendo uno de los mayores acontecimientos de la vida cotidiana de Saint Mary Mead. La encargada saldría a toda prisa a recoger los paquetes relacionados con la parte de venta de su negocio, pues también vendía dulces, libros baratos y juguetes.

Durante algunos minutos la señorita Marple estuvo sola en la oficina de Correos.

Y hasta que la encargada hubo regresado a su puesto, no subió a ver a la señorita Politt para explicarle que quería que retocara su viejo vestido de crepé gris y lo pusiera a la moda, a ser posible. La modista le prometió hacer cuanto pudiera.

El jefe de policía quedó bastante asombrado al saber que la señorita Marple deseaba verlo. La solterona entró disculpándose:

—No sabe cuánto siento molestarlo. Sé que está muy ocupado, pero usted ha sido siempre tan amable conmigo, coronel Melchett, que creí que debía verlo a usted en vez de acudir al inspector Slack. En primer lugar no me gustaría complicar al alguacil Palk… Hablando con toda claridad, supongo que él no habría tocado nada en absoluto.

El coronel Melchett estaba ligeramente extrañado.

—¿Palk? Es el alguacil de Saint Mary Mead, ¿verdad? ¿Qué es lo que ha hecho?

—Cogió un alfiler. Lo llevaba prendido en su traje y a mí se me ocurrió que tal vez lo hubiese cogido en casa de la señora Spenlow.

—Desde luego. Pero, después de todo, ¿qué es un alfiler? A decir verdad, lo cogió junto al cadáver de la señora Spenlow. Ayer vino Slack y me lo dijo…; me figuro que usted lo obligó a ello. Claro que no debía haber tocado nada, pero como le dije ya, ¿qué es un alfiler? Era sólo un simple alfiler. De esos que emplean todas las mujeres.

—Oh, no, coronel Melchett, ahí es donde se equivoca. Tal vez a los ojos de un hombre parezca un alfiler vulgar, pero no lo es. Se trata de uno especial… muy fino… de los que se compran por cajas y que usan especialmente las modistas.

Melchett la miraba mientras se iba haciendo una pequeña luz en su mente. La señorita Marple inclinó varias veces la cabeza en señal de asentimiento.

—Sí, naturalmente. A mí me parece todo claro. Llevaba el quimono porque iba a probarse su nuevo vestido, y nada más abrir la puerta, la señorita Politt debió decir algo de las medidas y le puso la cinta métrica alrededor del cuello… y luego su tarea se limitó a cruzarla y apretar…; muy sencillo, según he oído decir. Luego saldría cerrando la puerta, y, haciendo ver que acababa de llegar, comenzó a golpearla con el llamador. Mas el alfiler demuestra que ya había estado en la casa.

—¿Y fue la señorita Politt la que telefoneó a Spenlow?

—Sí. Desde la oficina de Correos, a las dos y media… precisamente cuando llega el autobús y la oficina se queda vacía.

—Pero, mi querida señorita Marple, ¿por qué? No es posible cometer un crimen sin motivo.

—Bueno, a mí me parece, coronel Melchett, por todo lo que he oído, que este crimen data de mucho tiempo atrás. Y esto me recuerda a mis dos primos Antonio y Gordon. Todo lo que hacía Antonio le salía bien; en cambio, Gordon era el lado opuesto: perdía en las carreras de caballos, sus valores bajaron y sus acciones fueron depreciadas… Tal como lo veo, las dos mujeres actuaron juntas.

—¿En qué?

—En el robo. Hace mucho tiempo. Según he oído eran unas esmeraldas de gran valor. Fueron robadas por la doncella de la señora y la ayudante de camarera. Porque hay una cosa que todavía no se ha explicado… Cuando se casó con el jardinero, ¿de dónde sacaron el capital para montar una tienda de flores? La respuesta es: de su parte en la… rapiña… creo que es la expresión adecuada. Todo lo que emprendió le salió bien. El dinero trae dinero. Pero la otra, la doncella de la señora, debió ser poco afortunada… y tuvo que conformarse con ser una modista de pueblo. Luego volvieron a encontrarse. Todo fue bien al principio, supongo, hasta que apareció en escena Ted Gerard. La señora Spenlow seguía sintiendo remordimiento e inclinación por todas las religiones emocionales. Este joven le apremiaría para que «hiciese frente a los hechos» y «limpiara su conciencia», y me atrevo a asegurar que estaba dispuesta a hacerlo. Mas la señorita Politt no lo apreciaba así… sino que podía verse en la cárcel por un delito cometido muchos años atrás. Así que decidió poner fin a todo aquello. Me temo que haya sido siempre una mujer perversa. No creo que hubiera movido ni un dedo para impedir que ahorcaran al afable y estúpido señor Spenlow.

—Podemos… er… comprobar su teoría… si logramos identificar a la señorita Politt como la doncella de los Abercrombie —dijo el coronel Melchett—, pero…

—Será muy sencillo —lo tranquilizó *miss* Marple—. Es de esas mujeres que confesará enseguida al verse descubierta. Y, ¿sabe usted?, además tengo su cinta métrica. Se… se la quité distraídamente cuando me estuvo probando ayer. Cuando la eche de menos y sepa que está en manos de la policía… bien, es una mujer ignorante

y creerá que eso la acusa definitivamente. No le dará trabajo, se lo aseguro —terminó la solterona animándolo, con el mismo tono con que una tía suya le aseguró que no lo suspenderían en los exámenes de ingreso en Sandhurst. Y había aprobado.

El caso de la vieja guardiana

(The Case of the Caretaker).

—Bueno —dijo el doctor Haydock a su paciente—. ¿Qué tal se encuentra hoy?

La señorita Marple le sonrió beatíficamente desde las almohadas.

—Supongo que estoy mejor —admitió—; pero me siento terriblemente decaída. No puedo dejar de pensar que hubiera sido mucho mejor que hubiese muerto. Después de todo, soy una anciana. Nadie me quiere ni se acuerda de mí.

El doctor Haydock la interrumpió con su habitual brusquedad.

—Sí, sí; la reacción típica después de este tipo de gripe. Lo que usted necesita es algo que la distraiga. Un tónico mental.

La señorita Marple sonrió moviendo la cabeza.

—Y lo que es más —continuó el doctor Haydock—. ¡He traído conmigo la medicina!

Y puso un gran sobre encima de la cama.

—Es lo que necesita. La clase de rompecabezas que la pondrá buena.

—¿Un rompecabezas? —La señorita Marple parecía interesada.

—Es un pequeño trabajo literario… —dijo el doctor enrojeciendo un tanto—. Intenté convertirlo en una historia. Él dijo, ella dijo, la chica Pensó…, etcétera. Los hechos del relato son ciertos.

—Pero ¿por qué dice que es un rompecabezas? —preguntó la señorita Marple.

—Porque usted tiene que encontrar la solución. —Él sonrió—. Quiero ver si es usted tan inteligente como siempre ha demostrado serlo. Y dicho esto se despidió.

La señorita Marple cogió el manuscrito y comenzó a leer.

* * *

—¿Y dónde está la novia? —preguntó la señorita Harmon en tono jovial.

Todo el pueblo estaba deseoso de ver a la rica y joven esposa que Harry Laxton se había traído del extranjero. La impresión general era que Harry…, un joven malvado e incorregible…, había tenido mucha suerte. Todo el mundo experimentó siempre un sentimiento de indulgencia hacia Harry. Incluso los propietarios de las ventanas víctimas del uso de un tirador sintieron disiparse su indignación ante la expresión arrepentida del muchacho. Había roto cristales, robado en los huertos, cazado conejos en los vedados y más tarde contrajo deudas, y se enredó con la hija del estanquero…, pero luego la dejó y fue enviado a África… y el pueblo, representado por varias solteronas maduras, murmuró, indulgente: «¡Ah, bueno! ¡Excesos de juventud! ¡Ya sentará la cabeza!».

Y ahora, el hijo pródigo había vuelto…, no en la desgracia, sino en pleno éxito. Harry Laxton se «hizo bueno». Desarraigó sus vicios, trabajó de firme, y por fin

contrajo matrimonio con una jovencita anglo-francesa poseedora de una considerable fortuna.

Harry pudo haber decidido vivir en Londres o comprar una finca en algún condado de caza que estuviera de moda, mas prefirió regresar a aquella parte del país que era un hogar para él. Y del modo más romántico, adquirió las propiedades abandonadas de Dower House donde transcurriera su niñez.

Kingsdean House había permanecido sin alquilar durante cerca de sesenta años, cayendo gradualmente en la decadencia y abandono. Un viejo guardián y su esposa habitaban en un ala de la casa. Era una mansión grandiosa e impresionante, cuyos jardines estaban invadidos por espesa vegetación entre la que emergían los árboles como seres encantados.

Dower House era una casa agradable y sin pretensiones que durante años tuvo alquilada el mayor Laxton, padre de Harry. Cuando niño, el muchacho había vagado por las propiedades de Kingsdean y conocía palmo a palmo los intrincados bosques, y la propia casa, que siempre le fascinó.

Hacía varios años que muriera el mayor Laxton, y por eso se pensó que Harry ya no tenía lazos que lo atrajeran… y, sin embargo, volvió al hogar de su niñez y llevó a él a su esposa. La vieja y arruinada Kingsdean House fue demolida, y un ejército de contratistas y obreros la reconstruyeron en brevísimo tiempo. La riqueza consigue verdaderas maravillas. Y la nueva casa, blanca y rosa, surgió resplandeciente entre los árboles.

Luego acudió un pelotón de jardineros, a los que siguió una procesión de camiones cargados de muebles.

La casa estaba lista. Llegaron los criados, y por último un lujosísimo automóvil depositó a Harry y a su esposa ante la puerta principal.

Todo el pueblo apresuróse a visitarle, y la señorita Price, dueña de la mayor casa de la localidad, y que se consideraba la número uno en sociedad, envió tarjetas de invitación para una fiesta «en honor de la novia».

Fue un gran acontecimiento. Varias señoras estrenaron vestidos, y todo el mundo se sentía excitado y curioso, ansiando conocer a aquella criatura ¡Decían que semejaba salida de un cuento de hadas!

La señorita Harmon, la solterona franca y bonachona, lanzó inmediatamente su pregunta, mientras se abría paso a través del concurrido salón, y *miss* Brent, otra solterona delgada y agriada, le fue informando.

—¡Oh, querida, es encantadora! Y tan educada y joven. La verdad, una siente envidia al ver a alguien como ella que lo tiene todo: buena presencia, dinero y educación…, es distinguidísima, nada de vulgar… ¡y tiene a Harry tan enamorado…!

—¡Ah! —exclamó la señorita Harmon—. Llevan muy poco tiempo de casados.

—¡Oh, querida! ¿De veras crees…?

—Los hombres son siempre los mismos. El que ha sido un alegre vividor, lo sigue siendo siempre. Los conozco bien.

—¡Dios mío!, pobrecilla. —La señorita Brent parecía mucho más satisfecha.

—Sí, supongo que va a tener trabajo con él. Alguien debiera avisaría. ¿Sabrá algo de su vida pasada?

—Me parece muy poco digno —dijo la señorita Brent— que no le haya contado nada. Sobre todo habiendo sólo una farmacia en todo el pueblo.

Puesto que la en otro tiempo hija del estanquero estaba ahora casada con el señor Edge, el farmacéutico.

—Seria mucho más agradable —dijo la señorita Brent— que la señora Laxton tratase con Boots en Much Benham.

—Me atrevo a asegurar que el mismo Harry se lo propondrá —repuso *miss* Harmon, convencida.

Y de nuevo cruzaron una mirada significativa.

—Pero, desde luego, yo creo que ella debiera saberlo —concluyó la señorita Harmon.



—¡Salvajes! —dijo Clarice Vane indignada, a su tío, el doctor Haydock—. Algunas personas son completamente salvajes.

Él la miraba con curiosidad.

Era una muchacha alta, morena, bonita, ardiente e impulsiva. Sus grandes ojos castaños brillaban de indignación al decir:

—Todas esas arpías… diciendo… insinuando cosas…

—¿Sobre Harry Laxton?

—Sí, acerca de su aventura con la hija del estanquero.

—¡Oh, eso…! —El doctor encogióse de hombros—. La mayoría de los hombres han tenido aventuras de esta índole.

—Naturalmente. Y todo ha terminado. Así, ¿por qué volver a ello y sacarlo a relucir al cabo de tantos años? Es como los cuervos, que se ceban en los cadáveres.

—Querida, yo creo que ésa es una simple opinión tuya. Tienen todos tan poco de qué hablar, que tienden a sacar a la luz pasados escándalos. Pero siento curiosidad por saber por qué te preocupa tanto.

Clarice Vane mordióse el labio y enrojeció, antes de responder con voz velada.

—¡Parecen… tan felices! Me refiero a los Laxton. Son jóvenes y están enamorados, y la vida les sonríe. Aborrezco pensar que puedan destrozar su felicidad con cuchicheos, indirectas y todas esas bestialidades de que son capaces.

—¡Hum! Comprendo.

—Acabo de hablar con él —continuó Clarice—. ¡Es tan feliz y está tan excitado, ansioso y… emocionado… por haber podido realizar su deseo de reconstruir Kingsdean! Parece un niño. Y ella… bien, supongo que no ha hecho nada malo en toda su vida. Siempre ha tenido de todo. Tú la has visto. ¿Qué opinas de ella?

El doctor nada respondió de momento. Para otras personas, Luisa Laxton podía ser un motivo de envidia. Una niña mimada por la fortuna. A él sólo le trajo la memoria una canción popular que oyera muchos años atrás «Pobre niña rica…».

* * *

—¡Uf! —Era un suspiro de alivio.

Harry volvióse divertido para mirar a su esposa, mientras se alejaban de la fiesta en su automóvil.

—Querido, ¡qué reunión tan espantosa!

Harry echóse a reír.

Sí, bastante. No te importe cariño. Ya sabes, tenía que suceder. Todas esas viejas solteronas me conocen desde que era niño, y se hubieran sentido terriblemente decepcionadas de no haber podido contemplarte bien de cerca.

Luisa hizo una mueca.

—¿Tendremos que tratar a muchas?

¿Qué? ¡Oh, no!, vendrán a verte, tú les devuelves la visita y ya no necesitas preocuparte más. Puedes tener las amistades que gustes, aquí o donde sea.

Luisa preguntó al cabo de un par de minutos:

—¿No hay ningún lugar de diversión por aquí cerca?

—¡Oh, sí! El condado. Aunque es posible que también te parezca algo aburrido. Sólo se interesan por bulbos, perros y caballos. Claro que puedes montar. Eso te distraerá. En Ellington hay un caballo que quiero que veas. Es un animal muy hermoso, perfectamente adiestrado, no tiene el menor vicio y es muy fogoso.

El coche aminoró la marcha para tomar la curva y cruzar la verja de Kingsdean. Harry apretó con fuerza el volante y lanzó un juramento al ver una figura grotesca plantada en medio de la avenida, y que por suerte consiguió esquivar a tiempo. La aparición siguió en el mismo sitio, mostrándole un puño crispado y lanzando maldiciones.

Luisa se asió del brazo de Harry.

—¿Quién es esa… esa horrible vieja?

—Es la vieja Murgatroyd. Ella y su marido eran los guardianes de la antigua casa. Vivieron en ella durante cerca de treinta años.

—¿Por qué te ha amenazado con el puño?

Harry enrojeció.

—Ella…, bueno, está dolida porque he echado abajo la casa. Claro que recibió una indemnización. Su marido murió hace dos años y desde entonces la pobre mujer está algo trastornada.

—¿Está…, está en la miseria?

Las ideas de Luisa eran vagas y en cierto modo melodramáticas. Los ricos siempre evitan enfrentarse con la realidad.

—¡Cielo santo, Luisa, qué ocurrencia! Yo le otorgué una pensión, naturalmente, y buena. Le busque nuevo alojamiento y demás.

—¿Entonces por qué obra así? —preguntó Luisa, extrañada,

Harry había fruncido el entrecejo.

—¡Oh!, ¿cómo voy a saberlo? ¡Locuras! Adoraba aquella casa.

—Pero era una ruina, ¿verdad?

—Claro que sí…, se estaba cayendo…, el tejado se hundía…, era peligroso. De todas maneras supongo que significaba algo para ella. ¡Había vivido tanto tiempo aquí…! ¡Oh, no lo sé! Creo que debe estar loca.

—Creo… que nos ha maldecido —dijo Luisa inquieta—. Oh, Harry, ojalá no lo hubiera hecho.

A Luisa le parecía que su nueva casa estaba envenenada por la figura malévola de aquella vieja loca. Cuando salía en su automóvil, montaba a caballo, paseaba con los perros, siempre encontraba a aquella mujer esperándola. Encorvada, con un astroso sombrero sobre sus greñas grises, y murmurando su letanía de imprecaciones.

Luisa había llegado a creer que Harry tenía razón…, que la vieja estaba loca. Sin embargo, aquel estado de cosas la contrariaba. La señora Murgatroyd nunca iba a la casa, ni amenazaba concretamente. El recurrir a la policía hubiera sido inútil, y Harry Laxton era contrario a emplear ese medio, ya que, según él, aquello habría de despertar las simpatías del pueblo hacia la vieja. Tomó aquel asunto con mucha más tranquilidad que Luisa.

—No te preocupes, cariño. Ya se cansará de estas tonterías. Probablemente sólo quiere poner a prueba nuestra paciencia.

—No, Harry. Nos… ¡nos odia! Me doy cuenta. Y nos maldice.

—No es una bruja, querida, aunque lo parezca. No te tortures por una cosa así.

Luisa guardaba silencio. Ahora que se había disipado el ajetreo de la instalación, sentíase muy sola, y como en un lugar perdido… Ella estaba acostumbrada a vivir en Londres y la Riviera, y no conocía ni gustaba de la vida en el campo. Ignoraba todo lo referente a jardinería, excepto el capítulo final: «El arreglo de las flores». No le gustaban los perros, y la molestaban sus vecinos. Cuando más disfrutaba era montando a caballo, algunas veces con Harry, y otras, sola, si él estaba ocupado por la finca. Galopaba por los bosques y prados, disfrutando de aquel bello paisaje y del hermoso caballo que Harry le había comprado. Incluso *Príncipe Hall*, que era un corcel castaño muy sensible, acostumbraba a encabritarse y relinchar cuando pasaba con su ama ante la figura siniestra de la vieja encorvada.

Un día Luisa se armó de valor. Había salido de paseo, y al pasar ante la señora Murgatroyd, hizo como que no la veía, pero de pronto dando media vuelta fue derecha hacia ella y le preguntó casi sin aliento:

—¿Qué le ocurre? ¿Qué es lo que pasa? ¿Qué es lo que quiere?

La anciana parpadeó. Tenía un rostro agitanado y moreno, con mechones de cabellos grises, como alambres, y ojos legañosos y de mirar inquieto. Luisa se preguntó si bebería.

Habló con voz plañidera y no obstante amenazadora.

—¿Pregunta qué es lo que quiero? ¡Vaya! Pues lo que me han arrebatado. ¿Quién me arrojó de Kingsdean House? Yo viví en ella durante cerca de cuarenta años. Fue una mala jugada sacarme de allí y eso les traerá mala suerte a usted y a él.

—Pero tiene usted una casita muy bonita y…

La vieja le interrumpió alzando los brazos, y gritó:

—¿Y eso a mí qué me importa? Es mi casa lo que quiero, y mi chimenea junto a la que me he sentado durante tantos años. Y en cuanto a usted y él, le digo que no encontrarán felicidad en la nueva casa. ¡La tristeza negra pesará sobre ustedes! Tristeza, muerte y mi maldición. ¡Ojalá se coman los gusanos su hermoso rostro!

Luisa puso su caballo al galope mientras pensaba:

«¡Tengo que mancharme de aquí! ¡Debemos vender la casa, y salir de aquí!».

Y en aquel momento la solución le pareció muy fácil, mas la incomprensión de Harry la desconcertó por completo al oírle decir:

—¿Marcharnos? ¿Vender la casa… por las amenazas de una vieja loca? Debes haber perdido el juicio.

—No, no lo he perdido…, pero ella…, ella me asusta. Sé que va a ocurrir algo.

Harry Laxton repuso, ceñudo:

—Deja a la señora Murgatroyd en mis manos. ¡Yo la arreglaré!

Una buena amistad se había ido desarrollando entre Clarice Vane y la joven señora Laxton. Las dos muchachas eran aproximadamente de la misma edad, aunque muy distintas en sus gustos y maneras de ser. En compañía de Clarice, Luisa conseguía tranquilizarse. Clarice era tan competente, parecía tan segura de sí misma, que Luisa le contó lo de la señora Murgatroyd y sus amenazas, pero su amiga pareció considerar aquel asunto como más molesto que otras cosas.

—Es una tontería —le dijo—. Aunque, la verdad, debe resultar muy enojoso para ti.

—¿Sabes, Clarice? Algunas veces me siento verdaderamente asustada, y mi corazón late a una velocidad terrible.

—¡Ah, tonta!, no debes consentir que te deprima una cosa así. Pronto se cansará esa vieja y os dejará en paz.

Luisa guardó silencio durante unos minutos y Clarice le preguntó:

—¿Qué te ocurre?

Luisa tardó en contestar, y su respuesta fue como un desahogo.

—¡Aborrezco este lugar! ¡Odio el vivir aquí! Los bosques y la casa, el horrible silencio que reina por las noches y el extraño grito de las lechuzas. Oh, y la gente y

todo.

—La gente. ¿Qué gente?

—La gente del pueblo. Esas solteronas chismosas que todo lo fiscalizan.

—¿Qué es lo que han estado diciendo? —quiso saber Clarice.

—No lo sé. Nada de particular. Pero tienen una mentalidad mezquina. Cuando se habla con ellas se comprende que no hay que confiar en nadie…, en nadie en absoluto.

—Olvídalas —dijo Clarice apresuradamente—. No tienen otra cosa que hacer sino chismorrear. Y todo o casi todo lo que dicen lo inventan.

—Ojalá no hubiera venido nunca a este sitio. Pero a Harry le gusta tanto… —Su voz se dulcificó haciendo que Clarice pensara: «¡Cómo le adora!».

—Debo marcharme ya —dijo de repente.

—Haré que te acompañen en el coche. Vuelve pronto.

Luisa sintióse consolada con la visita de su amiga. Harry se mostró satisfecho al encontrarla más contenta y desde entonces la animó para que invitara a Clarice más a menudo.

Un día le dijo:

—Tengo buenas noticias para ti, querida.

—Oh, ¿de qué se trata?

—Me he librado de la Murgatroyd. Tiene un hijo en América y lo he arreglado todo para que vaya a reunirse con él. Le pagaré el pasaje.

—¡Oh, Harry, cuánto me alegro! Creo que, después de todo, es muy posible que llegue a gustarme Kingsdean.

—¿Que llegue a gustarte? ¡Pero si es el lugar más maravilloso del mundo!

Luisa se estremeció ligeramente. No podía librarse tan fácilmente de su temor supersticioso.

Si las damas de Saint Mary Mead habían esperado disfrutar el placer de informar a la novia sobre el pasado de su marido, vieron frustradas sus esperanzas a causa de la rápida intervención de Harry Laxton.

La señorita Harmon y Clarice Vane se hallaban en la tienda del señor Edge, la una comprando bolas de naftalina y la otra un paquete de bicarbonato, cuando entraron Harry Laxton y su esposa.

Tras saludar a las dos mujeres, Harry dirigióse al mostrador para pedir un cepillo de dientes. De pronto se interrumpió a media frase exclamando calurosamente:

—¡Vaya, vaya, miren quién está aquí! Yo diría que es Bella.

La señora Edge, que acababa de salir de la trastienda para atender a la clientela, le sonrió alegremente mostrando su blanca dentadura. Había sido una joven morena muy hermosa, y aún resultaba una mujer atractiva, a pesar de haber engordado. Sus grandes ojos castaños estaban llenos de expresión al responder:

—Sí; soy Bella, señor Harry, y estoy muy contenta de volver a verle, después de tantos años.

Harry volvióse a su mujer.

—Bella es una antigua pasión mía, Luisa —le dijo—. Estuve locamente enamorado de ella mucho tiempo, ¿no es cierto, Bella?

—Eso es lo que usted decía —repuso la señora Edge.

Luisa, riendo, exclamó:

—Mi esposo se siente muy feliz al volver a ver a todas sus viejas amistades.

—¡Ah! —continuó la señora Edge—, no nos hemos olvidado del señor Harry. Parece un cuento de hadas el que se haya casado y construido una nueva casa sobre las ruinas de Kingsdean House.

—Tiene usted muy buen aspecto y está muy guapa —dijo Harry, haciendo reír a la señora Edge quien preguntó cómo deseaba el cepillo de dientes.

Clarice, viendo la mirada contrariada de la señorita Harmon, díjose para sus adentros:

«¡Bien hecho, Harry! Has descargado sus escopetas».

El doctor Haydock decía a su sobrina con rudeza:

—¿Qué son esas tonterías que circulan acerca de la vieja Murgatroyd… que si amenaza con el puño… que si maldice al nuevo régimen…?

—No son tonterías. Es bien cierto. Y esto molesta bastante a Luisa.

—Dile que no necesita tomarlo así. Cuando los Murgatroyd eran los guardianes de Kingsdean House no cesaban de quejarse ni un minuto. Y sólo se quedaron allí porque Murgatroyd bebía y no era capaz de encontrar otro empleo.

—Se lo diré —replicó Clarice—, pero me parece que no va a creerte. Esa vieja está loca de rabia.

—No lo comprendo. Quería mucho a Harry cuando éste era pequeño.

—¡Oh, bueno! —repuso Clarice—. Pronto nos libraremos de ella. Harry le paga el pasaje para América.

Tres días más tarde, Luisa cayó del caballo que montaba y murió.

Dos hombres que repartían el pan con un carretón fueron los testigos del accidente. Vieron a Luisa cruzar la verja, y a la vieja que aguardaba fuera amenazarla con el puño y gritando. El caballo se encabritó, y luego lanzóse al galope desenfrenado por el camino, arrojando a la amazona por encima de las orejas.

Uno de los panaderos quedó junto a la figura inanimada sin saber qué hacer, mientras su compañero se dirigía a la casa en busca de auxilio.

Harry Laxton salió a todo correr, con el rostro descompuesto. La colocaron en el carretón para llevarla hasta la casa, donde murió sin recobrar el conocimiento y antes

de que llegara el médico.

(*Fin del manuscrito del doctor Haydock*).

Cuando al día siguiente llegó el doctor Haydock, notó con satisfacción que las mejillas de la señorita Marple tenían un tinte rosado, hallándola decididamente mucho más animada.

—Bueno —le dijo—, ¿cuál es su veredicto?

—¿Y cuál es el problema? —replicó la señorita Marple.

—Oh, mi querida señora, ¿es que tengo que decírselo?

—Supongo que se trata de la extraña conducta de la vieja guardiana. ¿Por qué se conduciría de aquella extraña manera? A la gente le duele verse arrojada de sus antiguos hogares, pero aquélla no era su casa propia… y solía lamentarse y refunfuñar cuando vivía en ella. Sí, desde luego, resulta muy curioso. A propósito, ¿qué fue de la vieja?

—Se largó a Liverpool. El accidente la asustó. Se cree que allí esperaría su barco.

—Todo muy conveniente… para alguien —repuso la señorita Marple—. Sí; creo que el misterio de la Conducta de la Guardiana puede ser resuelto fácilmente. Soborno, ¿no fue así?

—¿Cuál es su solución?

—Pues si no era natural en ella el comportamiento de aquel modo, debía estar «representando una comedia», como puede decirse, y eso significa que alguien le pagó para que lo hiciera.

—¿Y sabe usted quién fue ese alguien?

—Oh, me parece que sí. Me temo que también esta vez el móvil ha sido el dinero. He observado que los hombres siempre, salvo excepciones, tienden a admirar el mismo tipo de mujer.

—No la comprendo.

—Todo coincide. Harry Laxton admiraba a Bella Edge, morena y vivaracha. La sobrina de usted, Clarice, pertenece al mismo tipo. Mas la pobrecita esposa de Laxton era completamente distinta rubia y dulce…, opuesta a su ideal. De modo que debió casarse con ella por su dinero, y la asesinó… por lo mismo.

—¿Ha dicho usted la asesinó?

—Me parece un tipo capaz de una cosa así. Atractivo para las mujeres y sin escrúpulos. Me imagino que quiso conservar el dinero de su esposa y luego casarse con su sobrina de usted. Es posible que le vieran hablando con la señora Edge, pero yo no creo que le interesara ya…, aunque me atrevo a decir que pudo darle a entender que sí para sus fines. Supongo que no le costaría dominarla.

—¿Y cómo la mató, según usted?

La señorita Marple estuvo mirando al vacío durante algunos segundos con sus soñadores ojos azules.

—Estuvo muy bien tramado… con el testimonio además de los repartidores del pan. Ellos vieron a la vieja, y claro, el susto del caballo, pero yo me imagino que con cualquier cosa…, tal vez un tirador…, solía tener mucha puntería con el tirador. Sí, pudo dispararle en el preciso momento que cruzaba la verja. Naturalmente, el caballo se encabritó arrojando de la silla a la señora Laxton.

Se interrumpió con el ceño fruncido.

—La caída pudo matarla, pero Laxton no podía tener la seguridad absoluta de ello y al parecer es de esos hombres que trazan sus planes con todo cuidado sin dejar ningún cabo suelto. Al fin y al cabo, la señora Edge podría proporcionarle algo a propósito sin que se enterara su marido. Sí; creo que Harry debió tener a mano alguna droga poderosa, para administrársela antes de que usted llegara. Después de todo, si una mujer se cae del caballo sufriendo graves heridas y luego fallece sin recobrar el conocimiento, bueno… cualquier médico no vería en ella nada anormal, ¿no es cierto? Lo atribuiría al golpe.

El doctor Haydock asintió con la cabeza.

—¿Por qué sospechó usted? —quiso saber la señorita Marple.

—No fue debido a mi clarividencia —contestó el doctor Haydock—, sino al hecho tan sabido de que el asesino se halla tan satisfecho de su inteligencia que no toma las precauciones debidas. Cuando yo dirigía unas frases de consuelo al atribulado esposo, éste se arrojó sobre el sofá para representar mejor su comedia y se le cayó del bolsillo una jeringuilla hipodérmica. Apresuróse a recogerla con tal expresión de susto que comencé a hacer cábalas. Harry Laxton no tomaba drogas, gozaba de perfecta salud. ¿Qué es lo que estaba haciendo con una jeringa de inyecciones? Practiqué la autopsia… y encontré estrofanto. Lo demás fue sencillo. Encontramos estrofanto en la casa de Laxton, y Bella Edge, interrogada por la policía, confesó habérselo proporcionado. Y por fin la vieja señora Murgatroyd admitió que Harry Laxton la había instigado a representar la comedia de las amenazas.

—¿Qué tal lo ha soportado su sobrina de usted?

—Pues bastante bien. Se sentía atraída por ese sujeto, pero no había llegado más lejos.

El médico recogió su manuscrito.

—Muchísimas gracias, señorita Marple…, y démelas a mí por mi receta. Ahora ya vuelve usted a ser la misma de antes.

El caso de la doncella perfecta

(The Case of the Perfect Maid).

—Ah, por favor, señora, ¿podría hablar un momento con usted?

Podría pensarse que esta petición era un absurdo, puesto que Edna, la doncellita de la señorita Marple, estaba hablando con su ama en aquellos momentos.

Sin embargo, reconociendo la expresión, la solterona repuso con presteza:

—Desde luego, Edna, entra y cierra la puerta. ¿Qué te ocurre?

Tras cerrar la puerta obedientemente, Edna avanzó unos pasos retorciendo la punta de su delantal entre sus dedos y tragó saliva un par de veces.

—¿Y bien, Edna? —La animó la señorita Marple.

—Oh, señora, se trata de mi prima Gladdie.

—¡Cielos! —repuso la señorita Marple, pensando lo peor, que siempre suele resultar lo acertado—. No… ¿no estará en un apuro?

Edna apresuróse a tranquilizarla.

—Oh, no, señora, nada de eso. Gladdie no es de esa clase de chicas. Es por otra cosa por lo que está preocupada. Ha perdido su empleo.

—Lo siento. Estaba en Old Hall, ¿verdad?, con la señorita… o señoritas… Skinner.

—Sí, señora. Y Gladdie está muy disgustada… vaya si lo está.

—Gladdie ha cambiado muy a menudo de empleo desde hace algún tiempo, ¿no es así?

—¡Oh, sí, señora! Siempre está cambiando. Gladdie es así. Nunca parece estar instalada definitivamente, no sé si me comprende usted. Pero siempre había sido ella la que quiso marcharse.

—¿Y esta vez ha sido al contrario? —preguntó la señorita Marple con sequedad.

—Sí, señora. Y eso ha disgustado terriblemente a Gladdie.

La señorita Marple pareció algo sorprendida. La impresión que tenía de Gladdie, que alguna vez viera tomando el té en la cocina en sus «días libres», era la de una joven robusta y alegre, de temperamento despreocupado.

Edna proseguía:

—¿Sabe usted, señora? Ocurrió por lo que insinuó la señorita Skinner.

—¿Qué es lo que insinuó la señorita Skinner? —preguntó la señorita Marple con paciencia.

Esta vez Edna la puso al corriente de todas las noticias.

—¡Oh, señora! Fue un golpe terrible para Gladdie. Desapareció uno de los broches de la señorita Emilia y, claro, a nadie le gusta que ocurra una cosa semejante; es muy desagradable, señora. Y Gladdie les ayudó a buscar por todas partes y la señorita Lavinia dijo que iba a llamar a la policía y entonces apareció caído en la parte de atrás de un cajón del tocador, y Gladdie se alegró mucho.

»Y al día siguiente, cuando Gladdie rompió un plato, la señorita Lavinia le dijo que estaba despedida y que le pagaría el sueldo de un mes. Y lo que Gladdie siente es que no pudo ser por haber roto el plato, sino que la señorita Lavinia lo tomó como pretexto para despedirla, cuando el verdadero motivo fue la desaparición del broche, ya que debió pensar que lo había devuelto al oír que iban a llamar a la policía, y eso no es posible, pues Gladdie nunca haría una cosa así. Y ahora circulará la noticia y eso es algo muy serio para una chica, como ya sabe la señora.

La señorita Marple asintió. A pesar de no sentir ninguna simpatía especial por la robusta Gladdie, estaba completamente segura de la honradez de la muchacha y de lo mucho que debía haberla trastornado aquel suceso.

—Señora —siguió Edna—, ¿no podría hacer algo por ella? Gladdie está en un momento difícil.

—Dígale que no sea tonta —repuso la señorita Marple—. Si ella no cogió el broche… de lo cual estoy segura…, no tiene motivos para inquietarse.

—Pero se sabrá por ahí —repuso Edna con desmayo.

—Yo… er…, arreglaré eso esta tarde —dijo la señorita Marple—. Iré a hablar con las señoritas Skinner.

—¡Oh, gracias, señora!

Old Hall era una antigua mansión victoriana rodeada de bosques y parques. Puesto que había resultado inalquilable e invendible, un especulador la había dividido en cuatro pisos instalando un sistema central de agua caliente, y el derecho a utilizar «los terrenos» debía repartirse entre los inquilinos. El experimento resultó un éxito. Una anciana rica y excéntrica ocupó uno de los pisos con su doncella. Aquella vieja señora tenía verdadera pasión por los pájaros y cada día alimentaba a verdaderas bandadas. Un juez indio retirado y su esposa alquilaron el segundo piso. Una pareja de recién casados, el tercero, y el cuarto fue tomado dos meses atrás por dos señoritas solteras, ya de edad, apellidadas Skinner. Los cuatro grupos de inquilinos vivían distantes unos de otros, puesto que ninguno de ellos tenía nada en común. El propietario parecía hallarse muy satisfecho con aquel estado de cosas. Lo que él temía era la amistad, que luego trae quejas y reclamaciones.

La señorita Marple conocía a todos los inquilinos, aunque a ninguno a fondo. La mayor de las dos hermanas Skinner, la señorita Lavinia, era lo que podría llamarse el miembro trabajador de la empresa. La más joven, *miss* Emilia, se pasaba la mayor parte del tiempo en la casa quejándose de varias dolencias que, según la opinión general de todo Saint Mary Mead, eran imaginarias. Sólo la señorita Lavinia creía sinceramente en el martirio de su hermana, y de buen grado iba una y otra vez al pueblo en busca de las cosas «que su hermana había deseado de pronto».

Según el punto de vista de Saint Mary Mead, si la señorita Emilia hubiera sufrido la mitad de lo que decía, ya hubiese enviado a buscar al doctor Haydock mucho

tiempo atrás. Pero cuando se lo sugerían cerraba los ojos con aire de superioridad y murmuraba que su caso no era sencillo… que los mejores especialistas de Londres habían fracasado… y que un médico nuevo y maravilloso la tenía sometida a un tratamiento revolucionario con el cual esperaba que su salud mejorara. No era posible que un vulgar matasanos de pueblo entendiera su caso.

—Y yo opino —decía la franca señorita Hartnell— que hace muy bien en no llamarle. El querido doctor Haydock, con su campechanería, iba a decirle que no le pasa nada y que no tiene por qué armar tanto alboroto. ¡Y le haría mucho bien!

Sin embargo, la señorita Emilia, haciendo caso omiso de un tratamiento tan despótico, continuaba tendida en los divanes, rodeada de cajitas de píldoras extrañas, y rechazando casi todos los alimentos que le preparaban, y pidiendo siempre algo… por lo general difícil de encontrar.

Gladdie abrió la puerta a la señorita Marple con un aspecto mucho más deprimido de lo que ésta pudo imaginar. En la salita, una cuarta parte del antiguo salón, que había sido dividido para formar el comedor, la sala, un cuarto de baño y un cuartito de la doncella, la señorita Lavinia se levantó para saludar a la señorita Marple.

Lavinia Skinner era una mujer huesuda de unos cincuenta años, alta y enjuta, de voz áspera y ademanes bruscos.

—Celebro verla —le dijo a la solterona—. La pobre Emilia está echada… no se siente muy bien hoy. Espero que la reciba a usted, eso la animará, pero algunas veces no se siente con ánimos de ver a nadie. La pobrecilla es una enferma maravillosa.

La señorita Marple contestó con frases amables. El servicio era el tema principal de conversación en Saint Mary Mead, así que no tuvo dificultad en dirigirla en aquel sentido. ¿Era cierto lo que había oído decir, que Gladdie Holmes, aquella chica tan agradable y tan atractiva, se les marchaba? *Miss* Lavinia asintió.

—El viernes. La he despedido porque lo rompe todo. No hay quien la soporte.

La señorita Marple suspiró y dijo que hoy en día hay que aguantar tanto… que era difícil encontrar muchachas de servicio en el campo. ¿Estaba bien decidida a despedir a Gladdie?

—Sé que es difícil encontrar servicio —admitió la señorita Lavinia—. Los Devereux no han encontrado a nadie…, pero no me extraña… siempre están peleando, no paran de bailar *jazz* durante toda la noche… comen a cualquier hora…, y esa joven no sabe nada del gobierno de una casa. ¡Compadezco a su esposo! Luego los Larkin acaban de perder a su doncella. Claro que con el temperamento de ese juez indio que quiere el Chota Harzi como él dice, a las seis de la mañana, y el alboroto que arma la señora Larkin, tampoco me extraña. Juanita, la doncella de la señora Carmichael, es la única fija… aunque yo la encuentro muy poco agradable y creo que tiene dominada a la vieja señora.

—Entonces, ¿no piensa rectificar su decisión con respecto a Gladdie? Es una chica muy simpática. Conozco a toda la familia; son muy honrados.

—Tengo mis razones —dijo la señorita Lavinia dándose importancia.

—Tengo entendido que perdió usted un broche… —murmuró la señorita Marple.

—¿Por quién lo ha sabido? Supongo que habrá sido ella quien se lo ha dicho. Con franqueza, estoy casi segura que fue ella quien lo cogió. Y luego, asustada, lo devolvió; pero, claro, no puede decirse nada a menos de que se esté bien seguro —Cambió de tema—. Venga usted a ver a Emilia, señorita Marple. Estoy segura de que le hará mucho bien un ratito de charla.

La señorita Marple la siguió obedientemente hasta una puerta a la cual llamó la señorita Lavinia, y una vez recibieron autorización para pasar, entraron en la mejor habitación del piso, cuyas persianas semiechadas apenas dejaban penetrar la luz. La señorita Emilia hallábase en la cama, al parecer disfrutando de la penumbra y sus infinitos sufrimientos.

La escasa luz dejaba ver una criatura delgada, de aspecto impreciso, con una maraña de pelo gris amarillento rodeando su cabeza, dándole el aspecto de un nido de pájaros, del cual ningún ave se hubiera sentido orgullosa. Se olía a agua de colonia, a bizcochos y alcanfor.

Con los ojos entornados y voz débil, Emilia Skinner explicó que aquél era uno de sus «días malos».

—Lo peor de estar enfermo —dijo Emilia en tono melancólico— es que uno se da cuenta de la carga que resulta para los demás.

La señorita Marple murmuró unas palabras de simpatía, y la enferma continuó:

—¡Lavinia es tan buena conmigo! Lavinia, querida, no quisiera darte este trabajo, pero si pudieras llenar mi botella de agua caliente como a mí me gusta… Demasiado llena me pesa… y si lo está a medias se enfría inmediatamente.

—Lo siento, querida. Dámela. Te la vaciaré un poco.

—Bueno, ya que vas a hacerlo, tal vez pudieras volver a calentar el agua. Supongo que no habrá galletas en casa… no, no, no importa. Puedo pasarme sin ellas. Con un poco de té y una rodajita de limón… ¿no hay limones? La verdad, no puedo tomar té sin limón. Me parece que la leche de esta mañana estaba un poco agria, y por eso no quiero ponerla en el té. No importa. Puedo pasarme sin té. Sólo que me siento tan débil… Dicen que las ostras son muy nutritivas. Tal vez pudiera tomar unas pocas… No… no… Es demasiado difícil conseguirlas siendo tan tarde. Puedo ayunar hasta mañana.

Lavinia abandonó la estancia murmurando incoherentemente que iría al pueblo en bicicleta.

La señorita Emilia sonrió débilmente a su visitante y volvió a recalcar que odiaba dar quehacer a los que la rodeaban.

Aquella noche la señorita Marple contó a Edna que su embajada no había tenido éxito.

Se disgustó bastante al descubrir que los rumores sobre la poca honradez de Gladdie se iban extendiendo por el pueblo. En la oficina de Correos, la señorita Ketherby le informó:

—Mi querida Juana, le han dado una recomendación escrita diciendo que es bien dispuesta, sensata y respetable, pero no hablan para nada de su honradez. ¡Eso me parece muy significativo! He oído decir que se perdió un broche. Yo creo que debe haber algo más, porque hoy día no se despide a una sirvienta a menos que sea por una causa grave. ¡Es tan difícil encontrar otra…! Las chicas no quieren ir a Old Hall. Tienen verdadera prisa por volver a sus casas en los días libres. Ya verá usted, las Skinner no encontrarán a nadie más, y tal vez entonces esa hipocondríaca tendrá que levantarse y hacer algo.

Grande fue el disgusto de todo el pueblo cuando se supo que las señoritas Skinner habían encontrado nueva doncella por medio de una agencia, y que por todos conceptos era un modelo de perfección.

—Tenemos bonísimas referencias de una casa en la que ha estado «tres años», prefiere el campo y pide menos que Gladdie. La verdad es que hemos sido muy afortunadas.

—Bueno, la verdad —repuso la señorita Marple, a quien *miss* Lavinia acababa de informar en la pescadería—. Parece demasiado bueno para ser verdad.

Y en Saint Mary Mead se fue formando la opinión de que el modelo se arrepentiría en el último momento y no llegaría.

Sin embargo, ninguno de esos pronósticos se cumplió, y todo el pueblo pudo contemplar a aquel tesoro doméstico llamado Mary Higgins, cuando pasó en el taxi de Red en dirección a Old Hall. Tuvieron que admitir que su aspecto era inmejorable… el de una mujer respetable, pulcramente vestida.

Cuando la señorita Marple volvió de visita a Old Hall con motivo de recolectar objetos para la tómbola del vicariato, le abrió la puerta Mary Higgins. Era, sin duda alguna, una doncella de muy buen aspecto. Representaba unos cuarenta años, tenía el cabello negro y cuidado, mejillas sonrosadas y una figura rechoncha discretamente vestida de negro, con delantal blanco y cofia… «el verdadero tipo de doncella antigua», como luego explicó la señorita Marple, y con una voz mesurada y respetuosa, tan distinta a la altisonante y exagerada de Gladdie.

La señorita Lavinia parecía menos cansada que de costumbre, aunque a pesar de ello se lamentó de no poder concurrir a la tómbola debido a la constante atención que requería su hermana; no obstante le ofreció su ayuda monetaria y prometió contribuir con varios limpiaplumas y zapatitos de niño.

La señorita Marple la felicitó por su magnífico aspecto.

—La verdad es que se lo debo principalmente a Mary. Estoy contenta de haber tomado la resolución de despedir a la otra chica. Mary es maravillosa. Guisa muy bien, sabe servir la mesa, y tiene el piso siempre limpio…, da la vuelta al colchón todos los días… y se porta estupendamente con Emilia.

La señorita Marple apresuróse a preguntar por la salud de Emilia.

—Oh, pobrecilla, últimamente ha sentido mucho el cambio de tiempo. Claro, no puede evitarlo, pero algunas veces nos hace las cosas algo difíciles. Quiere que se le preparen ciertas cosas, y cuando se las llevamos, dice que no puede comerlas… y luego las vuelve a pedir al cabo de media hora, cuando ya se han estropeado y hay que hacerlas de nuevo. Eso representa, naturalmente, mucho trabajo…, pero por suerte a Mary parece que no le molesta. Está acostumbrada a servir a inválidos y sabe comprenderlos. Es una gran ayuda.

—¡Cielos! —exclamó la señorita Marple—. ¡Vaya suerte!

—Sí, desde luego. Me parece que Mary nos ha sido enviada como la respuesta a una plegaria.

—Casi me parece demasiado buena para ser verdad —dijo la señorita Marple—. Yo de usted… bueno… yo en su lugar iría con cuidado.

Lavinia Skinner pareció no captar la intención de la frase.

—¡Oh! —exclamó—. Le aseguro que haré todo lo posible para que se encuentre a gusto. No sé lo que haría si se marchara.

—No creo que se marche hasta que se haya preparado bien —comentó la señorita Marple mirando fijamente a Lavinia.

—Cuando no se tienen preocupaciones domésticas, uno se quita un gran peso de encima, ¿verdad? ¿Qué tal se porta la pequeña Edna?

—Pues muy bien. Claro que no tiene nada de extraordinario. No es como esa Mary. Sin embargo, la conozco a fondo, puesto que es una muchacha del pueblo.

Al salir al recibidor se oyó la voz de la inválida que gritaba:

—Esas compresas se han secado del todo… y el doctor Allerton dijo que debían conservarse siempre húmedas. Vaya déjelas. Quiero tomar una taza de té y un huevo pasado por agua… que sólo haya cocido tres minutos y medio, recuérdelo. Y vaya a decir a la señorita Lavinia que venga.

La eficiente Mary, saliendo del dormitorio, dirigióse hacia Lavinia.

—La señorita Emilia la llama, señora.

Y dicho esto abrió la puerta a la señorita Marple, ayudándola a ponerse el abrigo y tendiéndole el paraguas del modo más irreprochable.

La señorita Marple dejó caer el paraguas y al intentar recogerlo se le cayó el bolso desparramándose todo su contenido. Mary, toda amabilidad, la ayudó a recoger varios objetos… un pañuelo, un librito de notas, una bolsita de cuero anticuada, dos chelines, tres peniques y un pedazo de caramelo de menta.

La señorita Marple recibió este último con muestras de confusión.

—¡Oh, Dios mío!, debe haber sido el niño de la señora Clement. Recuerdo que lo estaba chupando y me cogió el bolso y estuvo jugando con él. Debió de meterlo dentro. ¡Qué pegajoso está!

—¿Quiere que lo tire, señora?

—¡Oh, si no le molesta…! ¡Muchas gracias…!

Mary se agachó para recoger por último un espejito, que hizo exclamar a la señorita Marple al recuperarlo:

—¡Qué suerte que no se haya roto!

Y abandonó la casa dejando a Mary de pie junto a la puerta con un pedazo de caramelo de menta en la mano y un rostro completamente inexpresivo.

Durante diez largos días todo Saint Mary Mead tuvo que soportar el oír pregonar las excelencias del tesoro de las señoritas Skinner.

Al undécimo, el pueblo estremecióse ante la gran noticia.

¡Mary, el modelo de sirvienta, había desaparecido! No había dormido en su cama y encontraron la puerta de la casa abierta de par en par. Se marchó tranquilamente, durante la noche.

¡Y no era sólo Mary lo que había desaparecido! Sino además, los broches y cinco anillos de la señora Lavinia; y tres sortijas, un pendentif, una pulsera y cuatro prendedores de *miss* Emilia.

Era el primer capítulo de la catástrofe. La joven señora Devereux había perdido sus diamantes, que guardaba en un cajón sin llave, y también algunas pieles valiosas, regalo de bodas. El juez y su esposa notaron la desaparición de varias joyas y cierta cantidad de dinero. La señora Carmichael fue la más perjudicada. No sólo le faltaron algunas joyas de gran valor, sino que una considerable suma de dinero que guardaba en su piso había volado. Aquella noche, Juana había salido y su ama tenía la costumbre de pasear por los jardines al anochecer llamando a los pájaros y arrojándoles migas de pan. Era evidente que Mary, la doncella perfecta, había encontrado las llaves que abrían todos los pisos.

Hay que confesar que en Saint Mary Mead reinaba cierta malsana satisfacción. ¡La señorita Lavinia había alardeado tanto de su maravillosa Mary…!

—Y, total, ha resultado una vulgar ladrona.

A esto siguieron interesantes descubrimientos. Mary, no sólo había desaparecido, sino que la agencia que la colocó pudo comprobar que la Mary Higgins que recurrió a ellos y cuyas referencias dieron por buenas, era una impostora. La verdadera Mary Higgins era una fiel sirvienta que vivía con la hermana de un virtuoso sacerdote en cierto lugar de Cornwall.

—Ha sido endiabladamente lista —tuvo que admitir el inspector Slack—. Y si quieren saber mi opinión, creo que esa mujer trabaja con una banda de ladrones. Hace un año hubo un caso parecido en Northumberland. No la cogieron ni pudo recuperarse lo robado. Sin embargo, nosotros lo haremos algo mejor.

El inspector Slack era un hombre de carácter muy optimista.

No obstante, iban transcurriendo las semanas y Mary Higgins continuaba triunfalmente en libertad. En vano el inspector Slack redoblaba la energía que le era característica.

La señora Lavinia permanecía llorosa, y la señorita Emilia estaba tan contraída e inquieta por su estado que envió a buscar al doctor Haydock.

El pueblo entero estaba ansioso por conocer lo que opinaba de la enfermedad de *miss* Emilia, pero, claro, no podían preguntárselo. Sin embargo, pudieron informarse gracias al señor Meek, el ayudante del farmacéutico, que salía con Clara, la doncella de la señora Price-Ridley. Entonces se supo que el doctor Haydock le había recetado una mezcla de asafétida y valeriana, que según el señor Meek, era lo que daban a los *maulas* del Ejército que se fingían enfermos.

Poco después supieron que la señorita Emilia, carente de la atención médica que precisaba, había declarado que en su estado de salud consideraba necesario permanecer cerca del especialista de Londres que comprendía su caso. Dijo que lo hacía sobre todo por Lavinia.

El piso quedó por alquilar.

Varios días después, la señorita Marple, bastante sofocada, llegó al puesto de la policía de Much Benham preguntando por el inspector Slack.

Al inspector Slack no le era simpática la señorita Marple, pero se daba cuenta de que el jefe de Policía, coronel Melchett, no compartía su opinión. Por lo tanto, aunque de mala gana, la recibió.

—Buenas tardes, señorita Marple. ¿En qué puedo servirla?

—¡Oh, Dios mío! —repuso la solterona—. Veo que tiene usted mucha prisa.

—Hay mucho trabajo —replicó el inspector Slack—; pero puedo dedicarle unos minutos.

—¡Oh, Dios mío! Espero saber exponer con claridad lo que vengo a decirle. Resulta tan difícil explicarse, ¿no lo cree usted así? No, tal vez usted no. Pero, compréndalo, no habiendo sido educada por el sistema moderno…, sólo tuve una institutriz que me enseñaba las fechas del reinado de los reyes de Inglaterra y cultura general… Doctor Brewer…, tres clases de enfermedades del trigo… pulgón… añublo… y, ¿cuál es la tercera?, ¿tizón?

—¿Ha venido a hablarme del tizón? —preguntóle el inspector, enrojeciendo acto seguido.

—¡Oh, no, no! —apresuróse a responder *miss* Marple—. Ha sido un ejemplo. Y qué superfluo es todo eso, ¿verdad…?, pero no le enseñan a uno a no apartarse de la cuestión, que es lo que yo quiero. Se trata de Gladdie, ya sabe, la doncella de las señoritas Skinner.

—Mary Higgins —dijo el inspector Slack.

—¡Oh, sí! Ésa fue la segunda doncella; pero yo me refiero a Gladdie Holmes…, una muchacha bastante impertinente y demasiado satisfecha de sí misma, pero muy honrada, y por eso es muy importante que se la rehabilite.

—Que yo sepa no hay ningún cargo contra ella —repuso el inspector.

—No; ya sé que no se la acusa de nada…, pero eso aún resulta peor, porque ya sabe usted, la gente se imagina cosas. ¡Oh, Dios mío…, sé que me explico muy mal! Lo que quiero decir es que lo importante es encontrar a Mary Higgins.

—Desde luego —replicó el inspector—. ¿Tiene usted alguna idea?

—Pues a decir verdad, sí —respondió la señorita Marple—. ¿Puedo hacerle una pregunta? ¿No le sirven de nada las huellas dactilares?

—¡Ah! —repuso el inspector Slack—. Ahí es donde fue más lista que nosotros. Hizo la mayor parte del trabajo con guantes de goma, según parece. Y ha sido muy precavida…, limpió todas las que podía haber en su habitación y en la fregadera. ¡No conseguimos dar con una sola huella en toda la casa!

—Y si las tuviera, ¿le servirían de algo?

—Es posible, señora. Pudiera ser que las conocieran en el Yard. ¡No sería éste su primer hallazgo!

La señorita Marple asintió muy contenta y abriendo su bolso sacó una caja de tarjetas; en su interior, envuelto en algodones, había un espejito.

—Es el de mi monedero —explicó—. En él están las huellas digitales de la doncella. Creo que están bien claras… puesto que antes tocó una sustancia muy pegajosa.

El inspector estaba sorprendido.

—¿Las consiguió a propósito?

—¡Naturalmente!

—¿Entonces, sospechaba ya de ella?

—Bueno, ¿sabe usted?, me pareció demasiado perfecta. Y así se lo dije a la señorita Lavinia, pero no supo comprender la indirecta. Inspector, yo no creo en las perfecciones. Todos nosotros tenemos nuestros defectos… y el servicio doméstico los saca a relucir bien pronto.

—Bien —repuso el inspector Slack, recobrando su aplomo—. Estoy seguro de que debo estarle muy agradecido. Enviaré el espejo al Yard y a ver qué dicen.

Se calló de pronto. La señorita Marple había ladeado ligeramente la cabeza y le contempló con fijeza.

—¿Y por qué no mira algo más cerca, inspector?

—¿Qué quiere decir, señorita Marple?

—Es muy difícil de explicar, pero cuando uno se encuentra ante algo fuera de lo corriente, no deja de notarlo… A pesar de que a menudo pueden resultar simples naderías. Hace tiempo que me di cuenta, ¿sabe? Me refiero a Gladdie y al broche. Ella es una chica honrada; no lo cogió. Entonces, ¿por qué lo imaginó así la señorita Skinner? *Miss* Lavinia no es tonta…, muy al contrario. ¿Por qué tenía tantos deseos de despedir a una chica que era una buena sirvienta, cuando es tan difícil encontrar servicio? Eso me pareció algo fuera de lo corriente…, y empecé a pensar. Pensé mucho. ¡Y me di cuenta de otra cosa rara! La señorita Emilia es una hipocondríaca,

pero es la primera hipocondríaca que no ha enviado a buscar enseguida a uno u otro médico. Los hipocondríacos adoran a los médicos. ¡Pero la señorita Emilia, no!

—¿Qué es lo que insinúa, señorita Marple?

—Pues que las señoritas Skinner son unas personas muy particulares. La señorita Emilia pasa la mayor parte del tiempo en una habitación a oscuras, y si eso que lleva no es una peluca… ¡me como mi moño postizo! Y lo que digo es esto: que es perfectamente posible que una mujer delgada, pálida y de cabellos grises sea la misma que la robusta, morena y sonrosada… puesto que nadie puede decir que haya visto alguna vez juntas a la señorita Emilia y a Mary Higgins. Necesitaron tiempo para sacar copias de todas las llaves, y para descubrir todo lo referente a la vida de los demás inquilinos, y luego… hubo que deshacerse de la muchacha del pueblo. La señorita Emilia sale una noche a dar un paseo por el campo y a la mañana siguiente llega a la estación convertida en Mary Higgins. Y luego, en el momento preciso, Mary Higgins desaparece y con ella la pista. Voy a decirle dónde puede encontrarla, inspector… ¡En el sofá de Emilia Skinner…! Mire si hay huellas dactilares, si no me cree, pero verá que tengo razón. Son un par de ladronas listas… esas Skinner… sin duda en combinación con un vendedor de objetos robados… o como se llame. ¡Pero esta vez no se escaparán! No voy a consentir que una de las muchachas de la localidad sea acusada de ladrona. Gladdie Holmes es tan honrada como la luz del día y va a saberlo todo el mundo. ¡Buenas tardes!

La señorita Marple salió del despacho antes de que el inspector Slack pudiera recobrarse.

—¡Cáspita! —murmuró—. ¿Tendrá razón, acaso?

No tardó en descubrir que la señorita Marple había acertado una vez más.

El coronel Melchett felicitó al inspector Slack por su eficacia y la señorita Marple invitó a Gladdie a tomar el té con Edna, para hablar seriamente de que procurara no dejar un buen empleo cuando lo encontrara.

Miss *Marple cuenta una historia*

*(*Miss *Marple Tells a Story).*

No creo, querido Raymond, querida Joan, que os haya contado nunca un suceso algo extraño que tuvo lugar hace ya algunos años. No quiero parecer *presuntuosa*; sé muy bien que, comparada con vosotros, los jóvenes, no soy nada inteligente; tú, Raymond, escribes esos libros tan modernos sobre desagradables jóvenes de uno y otro sexo, y tú, Joan, pintas esos cuadros tan notables, de personas cuadradas, llenas de bultos extraños… Valéis mucho los dos, queridos; pero según Raymond no se cansa de decir (claro que muy amablemente, porque es el mejor de los sobrinos), soy una victoriana empedernida. Siento admiración por míster Alma-Tadema y míster Frederic Leighton, y seguro que a vosotros os parecen terriblemente *vieux jeu*. Pero, vamos a ver, ¿qué estaba diciendo? ¡Ah!, sí, que no quiero parecer presuntuosa; pero no pude menos de sentirme una miajita satisfecha conmigo misma porque tan sólo con emplear un poquito de sentido común, creo que resolví un problema que había desconcertado a cabezas más inteligentes que la mía. Claro que en realidad debí comprender desde el principio que la solución era *obvia*…

Bueno, os contaré mi pequeña historia, y si os parece que estoy un poco engreída con ella, tened en cuenta que, por lo menos, ayudé a una persona que estaba muy acongojada.

Oí hablar por primera vez de este asunto una noche a eso de las nueve. Esa noche, Gwen (¿os acordáis de Gwen? Aquella criadita que tuve, la pelirroja); bueno, pues Gwen vino a decirme que míster Petherick y un caballero querían verme. Gwen los había pasado al salón, muy acertadamente. Yo estaba sentada en el comedor, porque cuando empieza la primavera me parece un derroche tener dos fuegos encendidos.

Di instrucciones a Gwen de que nos pasara el *cherry brandy* y unas copas, y me dirigí apresuradamente al salón. No sé si os acordáis de míster Petherick. Murió hace dos años, pero había sido muy buen amigo mío durante muchos años, además de ocuparse de todos mis asuntos legales. Un hombre muy agudo y un abogado inteligente de verdad. Su hijo me lleva ahora los asuntos, un muchacho muy agradable y muy moderno; pero, no sé por qué, no tengo tanta *confianza* en él como tenía en míster Petherick.

Le expliqué a míster Petherick lo de los fuegos y dijo enseguida que él y su amigo pasarían al comedor…, y entonces me presentó a su amigo, un tal míster Rhodes. Era un hombre bastante joven, no pasaría mucho de los cuarenta, y enseguida comprendí que algo grave le pasaba. Su actitud era muy extraña. Hubiera parecido descortés, si no comprendiera uno que el pobre hombre estaba en tensión.

Una vez instalados en el comedor, y después que Gwen hubo traído el *cherry brandy*, míster Petherick explicó el motivo de su visita.

—*Miss* Marple —dijo—, perdone usted a este viejo amigo que se haya tomado la libertad de venir a consultarle un asunto.

No comprendí lo que quería decir, y él continuó:

—Cuando está uno enfermo, le gusta conocer dos puntos de vista: el de un especialista y el del médico de cabecera. Está de moda considerar más valioso el parecer del especialista, pero yo no creo que esté de acuerdo con ello. El especialista sólo tiene experiencia en su campo; el médico de familia puede que tenga menos ciencia, pero su experiencia es más amplia.

Comprendí perfectamente lo que quería decir, porque una sobrina mía no hacía mucho había llevado corriendo a su niño a un famoso especialista de enfermedades de la piel sin consultar a su médico, al que consideraba un viejo inútil, y el especialista había recetado un tratamiento muy caro, para luego resultar que lo que tenía el niño no era ni más ni menos que un sarampión que presentaba síntomas un poco raros.

Os digo esto, aunque odio las *divagaciones*, para demostrar que comprendí la idea de míster Petherick, aunque seguía sin tener la menor noción de adonde iría a parar.

—Si míster Rhodes está enfermo… —dije, y me callé, porque el pobre hombre soltó una carcajada espantosa.

—Espero morir dentro de unos meses con el cuello roto —dijo.

Y entonces salió todo a relucir. Había habido recientemente un caso de asesinato en Barnchester, una ciudad a unos treinta y cinco kilómetros de aquí. Yo no había prestado mucha atención al caso, porque en el pueblo habíamos estado todos muy excitados por motivo de la enfermera del distrito, y los acontecimientos del exterior, como un terremoto en la India o un asesinato en Barnchester, aunque mucho más importantes, naturalmente, habían cedido el terreno a nuestras pequeñas perturbaciones locales. Ya se sabe cómo son los pueblos. Sin embargo, recordaba haber leído algo sobre una mujer apuñalada en un hotel, aunque no recordaba su nombre. Esa mujer, al parecer, había sido la esposa de míster Rhodes, y como si ello no fuera ya bastante triste, se sospechaba que él la había asesinado.

Míster Petherick me explicó todo esto muy claramente y dijo que, aunque el veredicto emitido por el Jurado había sido «asesinato cometido por persona o personas desconocidas», míster Rhodes tenía motivos para creer que, probablemente, lo detendrían dentro de unos días y había ido a ver a míster Petherick, poniéndose en sus manos. Míster Petherick continuó diciendo que aquella tarde había consultado a *sir* Malcolm Olde y que, si el caso llegaba a los tribunales, *sir* Malcolm se haría cargo de la defensa de míster Rhodes.

Sir Malcolm era un hombre joven, dijo míster Petherick, muy moderno en sus métodos, y había indicado un curso a seguir en la defensa. Pero míster Petherick no estaba del todo satisfecho con esa línea general de defensa.

—Es que mire usted, mi querida señorita —dijo—, está viciado por lo que yo llamo el punto de vista del especialista. A *sir* Malcolm se le entrega un caso y él sólo

lo ve desde un ángulo: desde el ángulo de la mejor defensa posible. Pero incluso la mejor defensa puede ignorar por completo lo que, a mi modo de ver, es lo fundamental: no tiene en cuenta lo que realmente ocurrió en el caso que tratamos.

Luego continuó con frases muy amables y halagüeñas sobre mi sagacidad, mi buen juicio y mi conocimiento de la naturaleza humana y me pidió permiso para contarme la historia, en la esperanza de que quizá podría sugerir alguna explicación.

Comprendí que míster Rhodes no creía que yo pudiera ser útil en absoluto y que le molestaba haber venido aquí. Pero míster Petherick hizo de ello caso omiso y pasó a relatarme los hechos ocurridos en la noche del ocho de marzo.

Míster y *mistress* Rhodes se alojaban en el Crown Hotel, en Barnchester. *Mistress* Rhodes, que, según pude colegir de las medias palabras de míster Petherick, debía de ser un poco hipocondríaca, se había ido a la cama inmediatamente después de cenar. Ella y su esposo ocupaban habitaciones contiguas, con una puerta de comunicación. Míster Rhodes, que estaba escribiendo un libro sobre pedernales prehistóricos, se puso a trabajar en el cuarto contiguo. A las once, ordenó sus papeles y se dispuso a ir a la cama. Antes de acostarse, pasó un momento al cuarto de su esposa, para asegurarse de que no necesitaba nada. La luz estaba encendida y su esposa yacía en la cama, con un puñal clavado en el corazón. Llevaba muerta una hora por lo menos, probablemente más. Los detalles más importantes fueron los siguientes: Había otra puerta en el cuarto de *mistress* Rhodes, que conducía al pasillo. Esta puerta estaba cerrada con llave por dentro. La única ventana de la habitación estaba cerrada y tenía el cerrojo corrido. Según míster Rhodes, nadie había pasado por la habitación en la que estaba trabajando, salvo la camarera, que había llevado las bolsas de agua caliente. El arma encontrada en la herida era un estilete que solía estar en el tocador de *mistress* Rhodes. Tenía costumbre de utilizarlo como plegadora. No había huellas en el arma.

Me interesé por la camarera.

—Por ahí fueron nuestras primeras pesquisas —dijo míster Petherick—. Mary Hill es una mujer de la localidad. Lleva diez años de camarera en el Crown Hotel. No parece que exista el menor motivo que la indujera a atacar de pronto a una huésped. Además, es bastante tonta, casi deficiente mental. Su relación de los hechos ha permanecido inalterable. Le llevó a *mistress* Rhodes su bolsa de agua caliente y dijo que la señora estaba adormilada, a punto de conciliar el sueño. Francamente, no puedo creer, y estoy seguro de que ningún Jurado lo creería, que ella haya cometido el asesinato.

Míster Petherick mencionó luego algunos detalles complementarios. En lo alto de la escalera del Crown Hotel hay una especie de salón en miniatura, donde suelen sentarse algunas personas a tomar café. De él arranca un pasillo hacia la derecha. La última puerta de ese pasillo es la de la habitación ocupada por míster Rhodes. Luego, el pasillo tuerce bruscamente hacia la derecha, y la primera puerta, después de dar la vuelta a la esquina, es la del cuarto de *mistress* Rhodes. Se dio la circunstancia de que

ambas puertas podían ser vistas por testigos. La primera puerta, la del cuarto de míster Rhodes, a la que llamaré A, podía ser vista por cuatro personas: dos viajantes de comercio y un matrimonio de cierta edad, que estaban tomando café. Según ellos, nadie entró ni salió por la puerta A, a excepción de míster Rhodes y de la camarera. En cuanto a la otra puerta, la del pasillo B, un electricista estaba trabajando allí y jura que nadie entró ni salió por la puerta B, salvo la camarera.

El caso era verdaderamente curioso e interesante. Según todas las apariencias, míster Rhodes *tenía* que haber asesinado a su esposa. Pero comprendí que míster Petherick estaba totalmente convencido de la inocencia de su cliente, y míster Petherick era un hombre muy agudo.

En la pesquisa judicial, míster Rhodes había dicho, de modo vacilante y confuso, que una mujer había estado escribiendo cartas amenazadoras a su esposa. Pude colegir que su historia no había sido nada convincente. A requerimiento de Petherick, Rhodes explicó:

—Francamente, yo nunca creí en tal historia. Creí que Amy la habría inventado en su mayor parte.

Saqué la conclusión de que *mistress* Rhodes era una de esas mentirosas románticas que se pasan la vida fantaseando sobre todo lo que les ocurre. La cantidad de aventuras que, según ella, le ocurrían en un año era completamente increíble. Si resbalaba en una cáscara de plátano, había faltado muy poco para que se matara. Si se incendiaba la pantalla de una lámpara, la sacaban de una casa en llamas, con riesgo de su vida. Su marido se había acostumbrado a no hacer mucho caso de sus declaraciones. Cuando le contó la historia de una mujer a cuyo hijo había herido con el coche y que juró vengarse…, bueno, Rhodes no le prestó la menor atención. El incidente había ocurrido antes de casarse con ella, y aunque Rhodes leyó cartas llenas de insensateces, sospechó que ella misma las había redactado. Ya había hecho algo parecido otras veces. Era una mujer con tendencia al histerismo, con un ansia de emociones constantes.

Todo esto me pareció muy verosímil; nosotros tenemos en el pueblo una joven que hace cosas muy por el estilo. Lo que ocurre con estas personas es que, cuando les pasa de verdad algo extraordinario, nadie cree lo que dicen. Me pareció que eso era lo que había ocurrido en este caso. Saqué la conclusión de que la Policía había creído que Rhodes había inventado aquella historia tan poco convincente con objeto de alejar de sí las sospechas.

Pregunté si en el hotel se alojaba por entonces alguna mujer sola. Al parecer, había dos, una tal *mistress* Granby, viuda angloindia, y *miss* Carruthers, una señorita con el aire inconfundible que da el trato asiduo con caballos y que no pronunciaba las ges finales. Petherick añadió que las minuciosas investigaciones llevadas a cabo habían sido infructuosas: nadie había visto a ninguna de ellas cerca del lugar del crimen, y no había nada que las relacionara con el mismo, en ningún sentido. Le pedí

que me describiera su aspecto personal. Dijo que *mistress* Granby tenía el pelo rojo, que solía llevar bastante despeinado; rostro macilento y unos cincuenta años de edad.

Sus vestidos eran bastante pintorescos, confeccionados casi todos ellos con sedas indias, etcétera. *Miss* Carruthers tendría unos cuarenta años, usaba quevedos, tenía el pelo cortado como un hombre y vestía trajes hechura sastre de estilo masculino.

—¡Dios mío —dije—, eso lo hace muy difícil!

Petherick me dirigió una mirada interrogante, pero no quise decir nada más por entonces; de modo que le pregunté qué había dicho *sir* Malcolm Olde.

Sir Malcolm Olde, al parecer, estaba decidido por la teoría del suicidio. Petherick dijo que el informe médico lo había negado de un modo tajante, y que, además, no había huellas dactilares, pero *sir* Malcolm confiaba en poder presentar informes médicos contradictorios y salvar de algún modo el escollo de las huellas. Le pregunté a Rhodes su opinión y dijo que los médicos eran todos unos estúpidos, pero que él no podía creer que su mujer se hubiese suicidado.

—No era una mujer de ese tipo —dijo sencillamente.

Y le creí. Las personas histéricas no suelen suicidarse.

Me quedé pensando un momento y luego pregunté si la puerta de la habitación de *mistress* Rhodes daba directamente al pasillo. Rhodes dijo que no, que había una especie de vestíbulo, con un cuarto de baño y un servicio. Era la puerta que comunicaba el dormitorio con el vestíbulo la que estaba cerrada con llave por dentro.

—Entonces —dije— todo el asunto está clarísimo.

Y es verdad que lo estaba… La cosa más sencilla del mundo. Y, sin embargo, nadie parecía haberla visto así.

Rhodes y Petherick tenían la mirada fija en mí, y me sentí un poco violenta.

—Puede que *miss* Marple no haya comprendido del todo las dificultades… —dijo Rhodes.

—Sí —dije—, creo que sí. Existen cuatro posibilidades. *Mistress* Rhodes fue asesinada por su esposo, o por la camarera, o se suicidó o la mató un extraño a quien nadie vio entrar ni salir.

—Y eso es imposible —interrumpió Rhodes—. Nadie pudo entrar o salir por mi cuarto sin que yo lo viera, y aun en el caso de que alguien se las arreglara para entrar en la habitación de mi esposa sin que el electricista le viera, ¿cómo diablos iba a volver a salir, dejando la puerta cerrada por dentro con llave?

Petherick me miró y dijo, animándome:

—Diga, *miss* Marple.

—Me gustaría —dije— hacer una pregunta. Míster Rhodes, ¿qué aspecto tenía la camarera?

Dijo que no estaba seguro, que le parecía que era más bien alta…, no recordaba si era rubia o morena. Me volví hacia Petherick y le hice la misma pregunta.

Dijo que era de estatura mediana, tenía el cabello más bien rubio, ojos azules y color de cara bastante subido.

Rhodes dijo:

—Es usted mejor observador que yo, Petherick.

Me permití contradecirle. Luego le pregunté a Rhodes si podía describir a la muchacha de mi casa. Ni él ni Petherick pudieron hacerlo.

—¿No se dan cuenta de lo que esto significa? —dije—. Vinieron ustedes aquí preocupados con sus problemas particulares, y la persona que les abrió la puerta era sólo una *doncella*. Lo mismo le ocurrió a míster Rhodes en el hotel. Sólo vio a la *camarera*. Vio su uniforme y su delantal. Estaba enfrascado en su trabajo. Pero Petherick se ha entrevistado con la misma mujer en otro aspecto. La consideró como una *persona*. Con eso, precisamente, contaba la asesina.

Como seguían sin comprender, tuve que explicar con más claridad:

—Creo que esto fue lo que ocurrió —dije—. La camarera entró por la puerta A, llevando la bolsa de agua caliente, pasó por el cuarto de míster Rhodes al de *mistress* Rhodes y salió por el vestíbulo al pasillo B. X, como llamaremos a nuestra asesina, entró por la puerta B en el pequeño vestíbulo, se escondió en…, bueno, en cierto lugar, ¡ejem!, y esperó a que la camarera pasara. Entonces entró en la habitación de *mistress* Rhodes, cogió el estilete del tocador (no cabe duda de que había examinado antes el cuarto), se dirigió a la cama, apuñaló a *mistress* Rhodes, que estaba adormilada, borró las huellas del estilete, echó el cerrojo y la llave de la puerta por donde había entrado y pasó luego por el cuarto donde míster Rhodes estaba trabajando.

Rhodes gritó:

—Pero la hubiera visto. El electricista tuvo que haberla visto entrar.

—No —dije—; en eso es en lo que se equivoca usted. Usted no la vería… *si iba vestida de camarera*.

Les dejé asimilar esto y continué:

—Estaba usted enfrascado en su trabajo, con el rabillo del ojo vio entrar a una camarera, pasar al cuarto de su esposa, volver sobre sus pasos y salir. Era el mismo *traje*…, pero no era la misma mujer. Esto es lo que vieron las personas que estaban tomando café: una camarera que entraba y una camarera que salía. El electricista, igual. Me figuro que si la camarera fuera muy bonita, un caballero se hubiera fijado en su cara…, siendo como es la naturaleza humana, pero tratándose de una mujer vulgar, de mediana edad…, lo único que vería usted sería el *traje* de la camarera, no la mujer.

Rhodes exclamó:

—¿Quién fue?

—Bueno, eso va a ser un poquito difícil —dije—. Puede haber sido *mistress* Granby o *miss* Carruthers. Por la descripción que me han hecho, parece como si *mistress* Granby llevara peluca; por tanto, como camarera podía llevar su propio pelo. Por otra parte, *miss* Carruthers, con su pelo tan corto, podía muy bien ponerse una

peluca para interpretar el papel de camarera. Me figuro que no les será difícil saber cuál de las dos fue. Yo, personalmente, me inclino por *miss* Carruthers.

Y así, queridos, termina la historia. La asesina era *miss* Carruthers, aunque éste era un nombre falso. Había en su familia casos de locura. *Mistress* Rhodes, que conducía de un modo muy temerario, había atropellado a su hijita y la pobre mujer había perdido la razón. Disimuló la locura con mucha astucia, salvo en las cartas que escribía a su futura víctima, cartas características de una demente. Hacía cierto tiempo que la andaba siguiendo y trazó sus planes con mucha habilidad. Lo primero que hizo a la mañana siguiente fue echar al correo en un paquete la peluca y el uniforme de camarera. Cuando la acusaron, perdió el control y confesó enseguida. La pobre mujer está ahora en Broadmoor[4]. Estaba completamente desequilibrada, por supuesto; pero fue un asesinato muy bien planeado.

Petherick vino a verme más tarde y me trajo una carta muy agradable de Rhodes…, me sacó los colores de verdad. Luego, mi amigo me dijo:

—Una cosa quiero preguntarle: ¿por qué creyó usted que era más probable que fuera *miss* Carruthers que *mistress* Granby? No había visto usted a ninguna de las dos.

—Fue por lo de las ges —dije—. Dijo usted que no pronunciaba las ges. Eso lo hacen muchos cazadores en los libros, pero conozco muy poca gente que lo haga en realidad, y, desde luego, nadie de menos de sesenta años. Dijo usted que esa mujer tenía cuarenta. Eso de no pronunciar las ges finales me pareció propio de una persona que estuviera interpretando un papel y se pasara un poco de la raya.

No voy a deciros lo que dijo Petherick cuando oyó esto, pero fue muy halagüeño, y no pude evitar sentirme un poquitín satisfecha de mí misma.

¡Y hay que ver cómo se arreglan las cosas en este mundo!… Rhodes se volvió a casar —una chica tan agradable, tan inteligente…— y tienen un niñito muy mono, y… ¿podéis creer que me han pedido que sea la madrina? ¿Verdad que es de agradecer?

Bueno, supongo que no me habré extendido demasiado…

La muñeca de la modista

(The Dressmaker's Doll).

La muñeca descansaba en la gran silla tapizada de terciopelo. No había mucha luz en la estancia, pues el cielo de Londres aparecía oscuro. En la suave y gris penumbra se mezclaban los verdes de las cortinas, tapices, tapetes y alfombras. La muñeca, cuya cara semejaba una mascarilla pintada, yacía sobre sus ropas y gorrito de terciopelo verde. No era la clásica que acunan en sus bracitos las niñas. Era un antojo de mujer rica, destinada a lucir junto al teléfono, o entre los almohadones de un diván. Y así permanecía nuestra muñeca, eternamente flácida, a la vez que extrañamente viva.

Sybil Fox se apresuraba en terminar el corte y preparación de un modelo. De modo casual sus ojos se detuvieron un momento en la muñeca, y algo extraño en ella captó su interés. No obstante, fue incapaz de saber qué era, y en su mente se abrió una preocupación más positiva.

«¿Dónde habré puesto el modelo de terciopelo azul? —se preguntó—. Estoy segura de que lo tenía aquí mismo».

Salió al rellano y gritó:

—¡Elspeth! ¿Tienes ahí el modelo azul? La señora Fellows está al llegar.

Volvió a entrar y encendió las lámparas. De nuevo miró la muñeca.

—Vaya, ¿dónde diablos estará…? ¡Ah aquí!

Recogía el modelo cuando oyó el ruido peculiar del ascensor que se detenía en el rellano, y, al momento, la señora Fellows entró acompañada de su pequinés, que bufaba alborotador, como un tren de cercanías al aproximarse a una estación pueblerina.

—Vamos a tener aguacero —dijo la dama—. Y será un señor «aguacero».

Se quitó de un tirón los guantes y el abrigo de piel.

Entonces entró Alice Coombe, como siempre hacía cuando llegaban clientes especiales, y la señora Fellows lo era.

Elspeth, la encargada del taller, bajó con el vestido y Sybil se lo puso a la señora Fellows.

—Bien —dijo Sybil—. Le cae estupendo. Es un color maravilloso, ¿no le parece?

Alice Coombe se recostó en su silla, estudiando el modelo.

—Sí —exclamó—. Es bonito. Realmente es todo un éxito.

La señora Fellows se volvió de medio lado y se miró al espejo.

—Desde luego, sus vestidos *hacen* algo en la parte baja de mi espalda.

—Está usted mucho más delgada que tres meses atrás —aseguró Sybil.

—No —dijo ella—, si bien es cierto que lo parezco. En realidad esa sensación la producen sus modelos. Disimulan muy bien mis caderas —suspiró mientras se alisaba las protuberancias de su anatomía—. Siempre ha sido mi pesadilla. Durante

años he intentado disimularlo atiesándome. Ahora ya no puedo hacerlo, pues tengo tanto estómago como… Tendrá usted que tener en cuenta ambas cosas, ¿podrá?

—Me gustaría que viese a otras clientes.

La señora Fellows seguía examinándose.

—El estómago es peor —dijo—. Se ve más. Claro que eso puede parecérnoslo porque al hablar con la gente les damos la cara y entonces no ven la espalda. De todos modos he decidido vigilar mi estómago y dejar que lo otro se apañe solo. —Estiró un poco más el cuello para contemplarse, y exclamó de repente—: ¡Oh, esa muñeca me ataca los nervios! ¿Desde cuándo la tienen?

Sybil miró insegura a Alice, que parecía esforzarse en recordar.

—No lo sé exactamente. Hace bastante tiempo… nunca me acuerdo de las cosas. Es terrible lo que me ocurre, sencillamente *no puedo* recordar. Sybil, ¿desde cuándo la tenemos?

—No lo sé.

—Es lo mismo; no se preocupen —intervino la señora Fellows—. De todos modos seguirá estropeando mis nervios. Parece vigilarnos y reírse de nosotras desde su envoltorio de terciopelo. Yo me desembarazaría de ella si fuese mía.

Dicho esto acusó un ligero estremecimiento. Luego se puso a discutir sobre detalles de costura. ¿Era evidente acortar las mangas una pulgada? ¿Y el largo? Después que fueron solucionados tan importantes puntos, la señora Fellows se vistió sus prendas y se dispuso a marcharse. Al pasar por delante de la muñeca, volvió la cabeza.

—No —dijo—. *No* me gusta la muñeca. Da la sensación de ser algo vivo; de ser algo que impone su presencia. No; decididamente, no me gusta.

—¿Qué quiso decir? —preguntó Sybil mientras la señora Fellows descendía las escaleras.

Antes de que Alice pudiera contestar, la señora Fellows asomó la cabeza por la puerta.

—¡Cielos! Me olvidé de *Fou-Ling*. ¿Dónde estás, príncipe?

Las tres mujeres miraron a su alrededor. El pekinés se hallaba sentado junto a la silla de terciopelo verde. Sus ojos permanecían fijos en la flácida muñeca, sin que denotase placer o resentimiento. Simplemente miraba.

—Ven aquí, tesoro de mamita.

El tesoro de mamita no hizo caso.

—Cada día se vuelve más desobediente —explicó su dueña como si alabase una virtud—. Vamos, tesorito. Cariñito.

Fou-Ling volvió la cabeza una pulgada y media hacia ella, y con manifiesto desdén continuó observando la muñeca.

—Mi pequeño *Fou-Ling* está muy impresionado. No recuerdo que le haya sucedido eso antes. Le ocurre lo mismo que a mí. ¿Estaba la muñeca aquí la última vez que vine?

Las dos mujeres se miraron. Sybil mantenía fruncido el ceño, y Alice, al responder, hizo otro tanto.

—Ya le dije que… no sé, no logro acordarme de nada. ¿Cuánto hace que la tenemos, Sybil?

—¿Cómo llegó aquí? —preguntó la señora Fellows—. ¿La compraron ustedes?

—¡Oh, no! —Alice pareció sorprenderse ante la idea—. ¡Oh, no! Supongo que alguien me la regalaría. —Desalentada, denegó con la cabeza antes de continuar—: Resulta enloquecedor que todo se vaya de la mente cuando una intenta recordar.

—Anda, vamos; no seas estúpido, *Fou-Ling*. ¡Vamos, camina! Vaya, tendré que cogerte en brazos.

Y en los brazos de su dueña, *Fou-Ling* emitió un corto ladrido de protesta, antes de salir de la estancia con la cabeza vuelta hacia la silla.

—¡Esa muñeca rompe mis nervios! —exclamó la señora Groves.

La señora Groves era la asistenta. Había acabado de fregar el suelo, moviéndose como los cangrejos. Entonces se hallaba en pie, y con un trapo sacudía el polvo de los muebles.

—¡Qué cosa más extraña! —continuó—. Nadie advirtió su presencia hasta ayer. Y sucedió de repente, como usted misma me dijo.

—¿No le gusta? —preguntó Sybil.

—¡No! Ya lo he dicho: me rompe los nervios. Es… es antinatural, si me entiende lo que quiero decir. Sus largas piernas colgantes, el modo de yacer y la mirada astuta de sus ojos impresionan.

—Nunca se ha quejado de ella —dijo Sybil, sorprendida.

—Créame, hasta hoy me ha pasado inadvertida. Sí, ya sé que lleva tiempo aquí, pero… —enmudeció mientras en su rostro se reflejaba una expresión de miedo—. Parece una de esas criaturas terroríficas que una sueña a veces.

La señora Groves recogió sus utensilios de limpieza y se dio prisa en abandonar la salita de pruebas.

Sybil miró la muñeca y no pudo evitar una oprimente sensación inexplicable. La entrada de Alice distrajo su atención.

—Señorita Coombe, ¿desde cuándo tiene usted esta muñeca?

—¿La muñeca? Querida, ya sabe que no recuerdo las cosas. Ayer… ¡qué absurdo! Ayer quise asistir a una conferencia y no había recorrido la mitad de la calle cuando advertí que no recordaba donde iba. Después de mucho pensar me dije que sería a casa Fortnums. Había algo que deseaba comprar allí. —Se pasó la mano por la frente —. Le será difícil creerme, y, sin embargo, es verdad. Cuando tomaba el té en casa me acordé de la conferencia. Ya sé que la gente se vuelve desmemoriada con los años, pero a mí me ocurre demasiado pronto. Ahora mismo no sé dónde he puesto el bolso… y mis gafas. ¿Dónde puse las gafas? Las tenía hace un momento, ¡leía algo en el *Times*!

—Las gafas están en la repisa de la chimenea —dijo Sybil dándoselas—. ¿Desde cuándo está aquí la muñeca? ¿Quién se la regaló?

—Son dos respuestas en blanco. *Alguien* debió de enviármela supongo. Es raro, pero todos parecen extrañar su presencia aquí.

—Desde luego. Sí, resulta curioso; yo misma soy incapaz de acordarme cuando la vi por vez primera.

—No se vuelva como yo —exclamó Alice—. Usted es joven todavía.

—Esto no remedia mi falta de memoria, señorita Coombe. Ayer, al fijarme en ella, pensé que tenía algo… algo impalpable. Creo que la señora Groves está en lo cierto. La muñeca rompe los nervios de cualquiera. Y él caso es que ayer fui consciente de que esa sensación de captar un no sé qué en la muñeca, la he sentido antes, si bien no recuerdo en qué momento. En realidad es como si nunca la hubiese visto, y de pronto descubriese su presencia, segura de conocerla hace mucho tiempo.

—Quizá un día entró volando por la ventana subida en una escoba —dijo Alice —. Bien, el caso es que está aquí, y es nuestra. —Miró a su alrededor, antes de añadir —: No sabría imaginarme la habitación sin ella. ¿Y usted?

—Tampoco —repuso Sybil, acusando un ligero estremecimiento—. Pero me gustaría poder…

—Poder, ¿qué? —preguntó Alice.

—Imaginar la habitación sin ella.

—¡Caramba! ¡Todos se ponen tontos con la muñeca! —exclamo Alice, no de muy buen talante—. ¿Qué hay de malo en la pobre? Bueno, quizá parezca una col marchita. No, no es eso. La veo así porque no llevo puestas las gafas. —Se las colocó sobre la nariz y miró la muñeca—: Sí, desde luego causa cierta sensación nerviosa. Tal vez sea su mirada triste, aunque burlona.

—Sorprende —dijo Sybil—, que la señora Fellows se sintiera molesta con ella, precisamente hoy.

—Es una mujer que nunca oculta lo que piensa —repuso Alice.

—Conforme —insistió la otra—; pero lo extraño es que fuese hoy, como si antes no la hubiese visto.

—La gente suele profesar antipatías repentinas.

—Sí, es un aserto irrefutable. ¡Quién sabe! Posiblemente no estaba aquí ayer, y sea cierto que entró por la ventana como usted dijo.

—¡Oh, no, querida! —repuso Alice—. Eso fue una broma. Yo sé que está en su silla desde hace mucho tiempo. Sólo que hasta ayer no se hizo visible.

—Sí, es una seguridad dormida en nuestro subconsciente. Desde luego hace tiempo que nos hace compañía, si bien hasta ahora no nos hemos percatado de su presencia.

—¡Oh, Sybil! ¡Olvidémoslo! Me da escalofríos. Supongo que no intenta construir una historia sobrenatural, ¿verdad?

Cogió la muñeca, la sacudió, arreglo sus hombros y volvió a sentarla en otra silla. La muñeca se movió ligeramente, hasta quedar en una postura de relajamiento.

—¡Qué cosa más sorprendente! —exclamó Alice, mirándola—. Es una cosa sin vida, y, no obstante, parece que la tiene.

—¡Me ha descompuesto! —dijo la señora Groves, mientras quitaba el polvo de la habitación destinada a exposición—. Me temo que no me quedan ganas de volver al probador.

—¿Quién la ha descompuesto? —preguntó Alice, que se hallaba sentada en un escritorio situado en un ángulo repasando varias cuentas—. Esta mujer —ahora hablaba para ella misma y no para la señora Groves—, piensa que tendrá dos vestidos de noche, tres de cocktail y otro de calle para todos los años sin pagar un solo penique.

—¿Quién ha de ser? ¡Esa muñeca! —gritó la asistenta.

—¡Vaya! ¿Otra vez la muñeca?

—¿No la ha visto sentada en el pupitre que hay en el probador, como si fuera un ser humano? ¡Me descompuso!

—¿De qué habla usted, señora Groves? —preguntó Alice.

Ésta se puso en pie, cruzó la estancia y el recibidor y penetró en el salón de pruebas. La muñeca, como si fuera de carne y hueso, permanecía sentada en una silla, arrimada al pupitre, sobre el cual descansaban sus largos y fláccidos brazos.

—Alguien ha querido gastarme una broma —dijo Alice—. Pero hay, tanta naturalidad en ella que parece estar viva.

En aquel momento Sybil bajaba las escaleras del taller, con un vestido que debía de ser probado aquella mañana.

—Venga Sybil, y verá la muñeca sentada a mi pupitre, escribiendo cartas.

Las dos mujeres se miraron.

—Me gustaría saber quién la ha colocado ahí. ¿Fue usted?

—No —contestó Sybil—. Quizá haya sido una de las chicas.

—Una broma estúpida, de veras —se quejó Alice.

Cogió la muñeca del pupitre y la echó encima del sofá.

Sybil colocó el vestido sobre una silla, y, luego, se fue al taller.

—¿Conocéis la muñeca de terciopelo que hay en el salón de pruebas? —preguntó.

La encargada y tres chicas alzaron la vista.

—¿Quién gastó la broma de sentarla en el pupitre, esta mañana?

Las tres chicas se miraron unas a otras, y Elspeth, la encargada, exclamó sorprendida:

—¿Sentarla en el pupitre? ¡Yo no!

—Ni yo —dijo una de las chicas—. ¿Fuiste tú, Marlene?

La aludida sacudió la cabeza.

—¿No será una broma suya, Elspeth?

El aspecto sombrío de la encargada no inducía a suponerla amiga de bromas, y mucho menos cuando tenía la boca llena de alfileres.

—No, desde luego que no. Me sobra trabajo para entretenerme en jugar con muñecas.

—Bueno —intervino Sybil, a quién sorprendió el temblor de su propia voz—. Después de todo es una broma bastante simpática. Me gustaría saber quién lo hizo.

Las tres muchachas se defendieron.

—Se lo hemos dicho, señorita. Ninguna de nosotras lo hizo, ¿verdad Marlene?

—Yo no —afirmó ésta—. Y si Nillie y Margaret dicen que tampoco, pues ninguna de nosotras ha sido.

—Ya ha escuchado antes mi respuesta —dijo Elspeth—. ¿A santo de que viene todo esto? ¿No habrá sido la señora Groves?

Sybil denegó con un gesto de cabeza.

—No; ella no se hubiese atrevido; está asustada.

—Bajaré a ver la muñeca —dijo Elspeth.

—Ya no está en el mismo sitio —informó Sybil—. La señorita Coombe la quitó del pupitre y la puso en el sofá. Pero alguien tuvo que ponerla en la silla. En realidad, su aspecto es gracioso, y no comprendo por qué se oculta quien lo hizo.

—Señorita Fox; lo hemos negado dos veces —habló Margaret—. ¿Por qué se empeña en que mentimos? Ninguna de nosotras hubiera hecho una cosa tan tonta.

—Lo siento —se excusó Sybil—. No quise ofenderlas. ¿Quién pudo ser?

—Quizá fue ella sola —aventuró Marlene, que se puso a reír.

Sybil no agradeció la sugerencia.

—Está bien. Olvidemos lo sucedido —dijo antes de bajar de nuevo las escaleras.

Alice tarareaba una cancioncilla mientras buscaba algo a su alrededor.

—He vuelto a perder mis gafas —explicó a Sybil—. No importa, en realidad no quiero ver nada en este momento. Lo malo para una persona tan ciega como yo, es que si pierde las gafas y carece de otro par de reserva, nunca logrará hallar las primeras.

—Las buscaré yo —se ofreció Sybil—. Las tenía hace un momento.

—Fui a la otra habitación cuando usted fue arriba. Quizá me las olvidé allí. Es una lata eso de las gafas. Quiero seguir con esas cuentas, ¿cómo lo haré si no las encuentro?

—Iré a su dormitorio a buscarle el otro par.

—Sólo tengo el par que uso.

—¿Qué ha hecho de las otras?

—No lo sé. Creía haberlas olvidado ayer en el restaurante. Pero me informaron por teléfono que no están allí. También llamé a dos tiendas, donde estuve de compras.

—Oh, querida; necesita tres pares.

—Sí, y entonces me pasaré la vida buscándolos. Es mejor tener un solo par.

—Bueno, en alguna parte han de estar —dijo Sybil—. No ha salido usted de estas dos habitaciones. Si no aparecen aquí, han de estar en el probador.

Sybil se encaminó a la otra sala, y tras detenida búsqueda infructuosa, se le ocurrió levantar la muñeca del sofá.

—¡Ya las tengo! —gritó.

—¿Dónde estaban Sybil?

—Debajo de nuestra preciosa muñeca. Supongo que las dejaría en el sofá al ponerla allí.

—No; estoy segura de no haberlo hecho.

—Entonces se las quitaría ella.

—¡Quién sabe! —dijo Alice, mirando la muñeca—. Parece muy inteligente.

—No me gusta su cara —afirmó Sybil—. Da la impresión de saber algo que nosotros ignoramos.

—Su aspecto es triste y a la vez dulce —comentó Alice.

—¡Oh! Yo no advierto la más mínima dulzura en ella.

—¿No? Quizá tenga razón. Bueno, sigamos con el trabajo. *Lady* Lee vendrá antes de diez minutos y quiero acabar estas facturas y mandarlas al correo.

—¡Señorita Fox! ¡Señorita Fox!

—¿Qué pasa, Margaret? ¿Qué ocurre?

Sybil cortaba una pieza de género de satén sobre la mesa de trabajo.

—¡Oh, señorita Fox! Se trata de la muñeca. Bajé el vestido castaño y vi la muñeca sentada delante del pupitre. ¡Yo no he sido, ni las otras chicas! Por favor, créame, nosotros no haríamos una cosa así.

Las tijeras de Sybil se desviaron un poco.

—¡Vaya! —exclamó enojada—. Mire lo que me ha hecho hacer. Espero que podrá arreglarse. Bueno, ¿qué pasa con la muñeca?

—Vuelve a estar sentada ante el pupitre.

Sybil bajó al probador. La muñeca se hallaba sentada en el pupitre, exactamente como antes.

—Eres muy decidida, ¿eh? —dijo a la muñeca.

La cogió sin contemplaciones y la echó encima del sofá.

—¡Ése es tu sitio niña! ¡No te muevas de ahí!

Luego se encaminó a la otra estancia.

—Señorita Coombe.

—Diga. Sybil.

—Alguien nos toma el pelo. La muñeca volvía a estar sentada ante el pupitre.

—¿Quién le parece que es?

—Tiene que ser una de las tres de arriba. Seguramente lo considerará gracioso. Pero el caso es que todas juran ser inocentes.

—¿No será Margaret?

—No, no lo creo. Margaret estaba sorprendida cuando entró a decírmelo. En todo caso será esa burlona de Marlene.

—Sea quien fuese, hace una tontería.

—Estoy de acuerdo —dijo Sybil—. No obstante, pienso poner coto a eso.

—¿Qué hará para evitarlo?

—Ya lo verá.

Aquella noche, antes de irse, cerró con llave el probador.

—Me llevo la llave.

—Comprendo —repuso Alice, con cierto aire de diversión—. Usted piensa que soy yo, ¿verdad? Me considera tan distraída como para sentar a la muñeca en el pupitre, y que escriba en mi lugar. ¡Claro, y luego me olvido de todo!

—Está dentro de lo posible —admitió Sybil—. En realidad, sólo trato de asegurarme de que nadie repetirá la broma esta noche.

Al día siguiente lo primero que hizo Sybil fue abrir la puerta del probador y entrar dentro. La señorita Groves, manifiestamente agraviada, esperaba con la bayeta en la mano en el recibidor.

—¡*Ahora* veremos! —dijo Sybil.

Y lo que vio la obligó a dar un respingo.

La muñeca aparecía sentada en el pupitre.

—¡Sopla! —exclamó la sirvienta detrás de Sybil—. ¡Eso sí que es misterio! Señorita Fox, se ha puesto algo pálida, como si hubiera recibido un susto. Necesita un sedante. ¿Sabe si la señorita Coombe tiene algún potingue apropiado en su dormitorio?

—Gracias; no lo necesito. Me encuentro bien.

Entonces cogió la muñeca.

—Alguien ha vuelto a gastarnos la misma broma —exclamó la señora Groves.

—No comprendo cómo ha podido ser —repuso Sybil—. Cerré con llave anoche. ¡Nadie pudo entrar!

—Puede que alguien tenga otra llave —aventuró la asistenta.

—No lo creo. Nunca nos hemos molestado en cerrar el probador. La llave de esta puerta es antigua y sólo hay una.

—Quizá encaje la de otra puerta, la de enfrente, por ejemplo.

Probaron todas las llaves; pero ninguna abría la puerta del probador.

—Es raro, señorita Coombe —aseguró Sybil más tarde, mientras comían juntas.

En los ojos de la señorita chispeaba la diversión que todo aquello le producía.

—Querida —le contestó—. Opino que es algo extraordinario. Deberíamos escribir al departamento de psiquiatría. Quien sabe, quizá se le ocurra enviarnos un

especialista… un médium, o algo parecido, con el fin de comprobar qué hay de especial en el cuarto.

—Parece ser que no le preocupa.

—Tiene razón. En cierto modo, disfruto. A mi edad resulta divertido que ocurran cosas extrañas, inexplicables y misteriosas. Claro que… —Se quedó pensativa un momento—. No; no creo que me guste. Bien, tendremos que admitir que la muñeca se toma muchas libertades, ¿no le parece?

Aquella noche Sybil y Alice volvieron a cerrar con llave la puerta.

—Sigo creyendo en que alguien se divierte con esta clase de bromas —afirmó decidida Sybil—. Si bien no comprendo por qué…

Alice la interrumpió al preguntarle:

—¿Cree que volveremos a encontrarla mañana sentada al pupitre?

—Me temo que así sea.

Se equivocaron. La muñeca no estaba en el pupitre, pero sí en el alféizar de la ventana, mirando la calle. Y de nuevo les sorprendió la extraordinaria naturalidad de su posición.

—¡Qué cosa más ridícula! —comentó Alice mientras tomaban una taza de té aquella tarde.

Las dos mujeres habían estado de acuerdo en tomar el té en la salita del despacho de Alice, en vez de hacerlo como siempre, en el probador.

—¿Ridículo en qué sentido?

—Me refiero a esa tonta preocupación que nos embarga, sólo porque una muñeca cambia de posición y lugar.

Pero si hasta entonces los movimientos de la muñeca parecían realizarse de noche, días después también se observaban a cualquier hora. Así, cada vez que entraban en el probador aunque hubieran estado ausentes unos minutos, la encontraban en distinta postura o sitio. A veces quedaba en el sofá y aparecía en una silla, otras en el alféizar, o bien junto al pupitre.

—Se traslada a su antojo —dijo Alice—. Y creo, Sybil, que eso le divierte.

Las dos mujeres miraban la figura inerte y flácida de blando terciopelo, con su cara de seda pintada.

—Sólo unos trozos de terciopelo, seda y algo de pintura, eso es lo que es —comentó Alice—. Podríamos… bueno, creo que podríamos deshacernos de ella.

—¿Cómo?

—Pongámosla en el fuego. Sería una ceremonia semejante a la cremación de una bruja. También podemos tirarla al cubo de la basura.

—Lo último no daría resultado. Seguro que alguien la sacaría para devolvérnosla.

—¿Y si la enviásemos a una de esas sociedades que tantas veces nos piden cosas para sus tómbolas o subastas? Me parece que ésta sería una buena idea.

—No sé… no sé… —Sybil denotaba duda y preocupación—. Tampoco me ofrece confianza.

—¿Por qué?

—Temo que volvería.

—¿Que volvería con nosotras?

—Sí.

—¿Quiere usted decir que haría lo mismo que una paloma mensajera?

—Sí.

—¿No estaremos perdiendo la cabeza? —preguntó Alice—. Quizá sí, quizá yo me he vuelto loca y usted se divierte a costa mía.

—No, no eso no. Sin embargo, me siento presa de una desagradable sensación, como si ella fuera demasiado fuerte para nosotras.

—¿Qué dice? ¿Esa masa de harapos?

—Sí, esa horrible masa flácida de harapos. ¿No lo ve? ¡Es tan decidida!

—¿Decidida?

—Hace lo que le da la gana. Se comporta como si esta habitación le perteneciera en exclusiva.

—Sí —dijo Alice, mirando a su alrededor—. En realidad, siempre ha sido su habitación. Se me ocurrió que hacía juego con los colores que predominan —y añadió con mayor viveza—: Pero resulta absurdo que una muñeca se adueñe de una estancia. Y lo malo no es eso; lo malo es que la señora Graves se niega a entrar para hacer la limpieza.

—¿Se niega porque le asusta la muñeca?

—No. Simplemente da una u otra excusa —en su voz había pánico al continuar —: ¿Qué haremos, Sybil? ¡Acabara conmigo! No he logrado diseñar nada desde hace varias semanas.

—¡Oh! Yo tampoco logro fijar la mente cuando trabajo —confesó Sybil—. Y eso hace que cometa errores imperdonables. Quizá… —dudó un momento antes de proseguir—, quizá la idea de escribir al centro de investigación psíquica fuese una solución.

—¡Nos creerían un par de locas! —exclamó Alice—. No lo dije en serio. No; decididamente, no. Seguiremos así hasta que…

—¿Hasta qué…?

—¡Oh, no lo sé! —La risa de Alice sonó insegura.

Al día siguiente Sybil encontró la puerta del probador cerrada con llave.

—Señorita Coombe, ¿tiene la llave? ¿La cerró usted anoche?

—Sí, la cerré y ya va a permanecer así.

—¿Qué quiere usted decir?

—Sencillamente: que renuncio a esa habitación. ¡Que se la quede la muñeca! No necesitamos esa estancia. Probaremos aquí.

—Pero ésta es su salita despacho.

—No importa.

—¿De veras no entrará más en el probador? —preguntó Sybil incrédula.

—¡Exacto!

—Pero ¿y la limpieza? Se pondrá horrible de suciedad.

—¡Qué se ponga! Si el probador se ha convertido en lugar privado de una muñeca, pues… ¡para ella! Eso sí, que se limpie la habitación —y añadió—: Nos odia, ¿no lo sabe?

—¿Qué dice? —preguntó asombrada Sybil—. ¿Qué la muñeca nos odia?

—Sí. ¿No se ha percatado de ello al mirarla?

—Creo que sí —comentó pensativa, Sybil—. Creo que sí lo advertí. Hace mucho tiempo que tengo la sensación de que nos odia y quiere echarnos de allí.

—Es muy cruel —aseguró Alice—. Bueno, desde ahora podrá vivir satisfecha.

Durante algunos días hubo paz en el taller de modistas. Alice explicó al resto del personal que había renunciado temporalmente al probador, pues eran demasiadas habitaciones para limpiar todos los días.

Eso no evitó que aquella misma tarde una de las empleadas dijese a otra compañera:

—Realmente está ida la señorita Coombe. Siempre me pareció algo rara; sobre todo cuando pierde las cosas y las olvida. Ahora se pasa de la raya. ¡Mira que tenerle ojeriza a la muñeca!

—¿No temes que se vuelva loca —preguntó la otra—, y un mal día nos apuñale, o intente algo parecido?

Alice, que las oyó, sentóse indignada en su silla. «¿Qué yo estoy ida?» —se preguntó—. Luego, furiosa, dijo en voz alta:

—En realidad, si no fuera por Sybil, creería que es verdad. Ella y la señora Groves temen como yo, que hay *algo* en la muñeca.

Tres semanas más tarde Sybil dijo a Alice:

—Es necesario que entremos en el probador.

—¿Para qué?

—Debe hallarse muy sucio. Además, las polillas atacarán cuanto hay allí dentro. Sería mejor barrer y quitar el polvo, y luego cerrar de nuevo.

—Prefiero que siga como está antes de entrar otra vez.

—Es usted más supersticiosa que yo —dijo Sybil.

—Eso parece —contestó Alice—. En cierto modo, al principio me divertía. Sin embargo, bien se ve que soy más crédula que usted. Realmente estoy asustada, y prefiero no entrar en esa habitación.

—En tal caso, entraré sola —afirmó Sybil.

—Muy bien. Pero confiese que lo hace por simple curiosidad.

—Tiene usted razón. Me siento curiosa. Quiero ver qué ha hecho la muñeca.

—Sería mejor no molestarla. Desde que la dejamos sola parece estar satisfecha. ¿Para qué perturbar su tranquilidad? —Alice suspiró hondamente—. ¡Qué bobadas decimos!

—¿Seguro que son bobadas? En todo caso es ella quien nos obliga a decirlas. Y… ¡deme la llave!

—¡Está bien; está bien!

—¿Teme que salga de la habitación o algo parecido? Si es capaz de eso, también podría atravesar puertas y ventanas.

Sybil abrió el probador.

—¡Qué cosa más extraña! —dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó Alice, mirando por encima del hombro de Sybil.

—Apenas hay polvo. Y, lógicamente, después de tanto tiempo tendría que haberlo.

—Sí, es raro.

—¡Mírela! —invitó Sybil.

La muñeca se hallaba en el sofá. En vez de flácida, aparecía erguida con un cojín detrás de ella, mostrando ese aire inconfundible de quien se sabe dueña y señora de su casa. Por su actitud, cualquiera hubiese creído que esperaba visita.

—Ya lo ve —dijo Alice—. Parece encontrarse en su hogar. Casi siento la necesidad de pedir excusas.

—Vámonos.

Sybil volvió a cerrar la puerta.

Las dos mujeres se miraron, visiblemente temerosas.

—Me gustaría saber por qué nos asusta tanto —dijo Alice.

—¡Cielos! ¿Y quién no se asustaría? —preguntó la otra.

—Bueno, pero después de todo, ¿qué es lo que sucede? ¡Nada; absolutamente nada! Sólo se trata de una especie de marioneta que se mueve a su antojo por la habitación.

—¿Y si no es ella? ¿Y si fuera obra de un prestidigitador?

—¡Quién lo sabe!

—No, seguro que no es eso. Es… la muñeca.

—¿Está *segura* de que ignora su procedencia, señorita Coombe?

—No tengo ni la menor idea. Y cuanto más lo pienso, más me afianzo en la creencia de que ni la compré ni me la regalaron. Para mí, es que vino sola.

—¿Y se irá algún día del mismo modo que vino?

—¿Por qué ha de irse? Ha logrado cuanto deseaba.

Sin embargo, la muñeca no debía de haber conseguido cuanto deseaba. Pues, al día siguiente, Sybil, al entrar en el salón de exposiciones, se quedó con la boca abierta. Luego gritó por el hueco de las escaleras.

—¡Señorita Coombe! ¡Señorita Coombe; baje enseguida!

—¿Qué ocurre?

Alice, que se había levantado tarde, descendió cojeando pues sentía dolor reumático en la rodilla derecha.

—¿Qué pasa, Sybil?

—¡Véalo usted misma!

Desde la puerta del salón, Alice contempló la muñeca, que aparecía sentada en un sillón, tranquilamente apoyada contra el brazo del mismo.

—Ha salido —susurró Sybil—. Se ha salido del probador. Seguro que ahora quiere adueñarse de este salón.

Alice se sentó junto a la puerta.

—No me extrañaría que piense en quedarse con todas las dependencias.

—Podría ser —dijo Sybil.

—¡Desagradable y perversa muñeca! —gritó Alice—. ¿Por qué nos fastidias? ¡No te queremos!

Tanto ella como Sybil creyeron percibir que se movía. Fue algo parecido a un relajamiento de sus miembros de trapo. El largo brazo que descansaba en el sofá, casi le ocultaba el rostro, como si las observase astuta y maliciosamente.

—¡Criatura horrible! —volvió a gritar Alice—. ¡No puedo soportarte! ¡No puedo soportarte más!

Su acción sorprendió a Sybil. Corrió al interior de la estancia, cogió la muñeca, se fue a la ventana, la abrió y tiró el manojo de trapos a la calle.

Sybil, asustada, no pudo reprimir un grito:

—¡Alice! ¿Qué ha hecho? Estoy segura de que no debió hacerlo.

Luego se unió a ella en la ventana. Sobre el pavimento, la muñeca yacía boca abajo.

—¡La ha matado! —dijo entrecortadamente Sybil.

—¡No sea absurda! ¿Cómo puedo matar una cosa de terciopelo y seda?

—Es horriblemente real —murmuró Sybil.

—¡Cielos! Aquella niña…

Una niña de corta edad, mal vestida, se paró junto a la muñeca en la acera. Miró arriba y abajo de la calle, que apenas tenía tráfico en aquella hora de la mañana, si bien pasaban algunos coches; luego, como satisfecha de su inspección, recogió la muñeca y echó a correr.

—¡Párate! ¡Párate! —gritó Alice.

Ésta se volvió a Sybil.

—¡Esa niña no debe llevarse la muñeca! ¡No *debe*! Esa muñeca es peligrosa… Tenemos que evitarlo.

En aquel momento tres taxis circulaban por una dirección y dos camiones por la otra. La niña tuvo que detenerse en una isla en el centro de la calzada. Sybil bajó presurosa las escaleras, seguida de Alice. Sortearon un par de vehículos, y, al fin, llegaron a la isla antes de que la niña cruzase al lado opuesto.

—No puedes llevarte esa muñeca —dijo Alice—. Devuélvemela.

La niña, delgada, de unos ocho años y algo bizca, la miró desafiadora.

—¿Por qué tengo que dársela? Usted la tiró por la ventana, ¿no? Yo vi como lo hacía. Si usted la tiró por la ventana es que no la quiere. ¡Ahora es mía!

—Te compraré otra —ofreció Alice—. Iremos a la tienda de juguetes que tú digas, y te compraré la mejor muñeca que tengan. Pero devuélveme ésta.

—¡No!

La niña estrechó protectoramente en sus brazos a la muñeca de terciopelo.

—Tienes que devolvérsela —dijo Sybil—. No es tuya.

Quiso arrebatársela, pero la pequeña dio una patada en el suelo, y les gritó:

—¡No! ¡No! ¡No! Es bien mía. La quiero. *Ustedes* no la quieren. La odian. Si no la odiaran no la hubieran tirado por la ventana. Yo la quiero, y eso es lo que ella necesita; que la amen.

Luego se deslizó como una anguila entre los vehículos y cruzó la calle, siguió por una callejuela, y desapareció antes de que las dos mujeres se atreviesen a cruzar.

—Se ha ido —exclamó Alice desalentada.

—La muñeca necesita que la amen —repitió Sybil.

—Puede que sea verdad. Quizá sea cuanto quiso la pobre; ser amada.

En el centro de una calle londinense, dos mujeres se miraron asustadas.

A Arlequín, el invisible

La llegada del Señor Quin

(The Coming of Mr. *Quin).*

Era la víspera de Año Nuevo.

Los adultos que asistían a la fiesta de los Royston estaban reunidos en el gran salón.

El señor Satterthwaite se alegró de que la chiquillería se hubiera acostado. Le desagradaban las manadas de niños. Los consideraba insulsos y toscos. Les faltaba sutileza y, en el transcurso de los años, cada vez sentía mayor atracción por esa cualidad.

El señor Satterthwaite tenía sesenta y dos años: flaco y algo encorvado, tenía cara de duende fisgón y un intenso y desmesurado interés por las vidas ajenas. Toda su vida, por decirlo así, se había sentado cómodamente en la primera fila de butacas, para contemplar los diversos dramas humanos que se desarrollaban ante su vista. Su papel había sido siempre el de mero espectador. Sólo ahora, al sentirse víctima de las implacables garras de la senectud, se había vuelto más exigente ante cualquier drama que se le presentara. Ahora ambicionaba algo que se saliera de lo corriente.

No había duda de que poseía una verdadera sensibilidad para esta clase de asuntos. Conocía por instinto el momento en que se avecinaban los elementos de un drama. Olfateaba el rastro como un adiestrado sabueso. Desde su llegada a Royston aquella misma tarde, su extraña facultad interna se había despertado y le había puesto en alerta. Algo extraño sucedía o estaba a punto de suceder.

La reunión familiar no era numerosa. Allí estaba Tom Evesham, su genial y divertido anfitrión con su esposa, taciturna y amante de la política, de soltera conocida con el nombre de *lady* Laura Keene. Estaba también *sir* Richard Conway, soldado, viajero y deportista, y otros seis o siete jóvenes cuyos nombres el señor Satterthwaite no había conseguido retener; y también estaban los Portal.

Eran los Portal los que interesaban al señor Satterthwaite.

Era la primera vez que veía a Alex Portal, pero lo sabía todo de él. Había conocido a su padre y a su abuelo. Alex Portal se parecía mucho a ellos. Era un hombre que frisaba los cuarenta, de cabellos rubios y ojos azules y como todos los Portal, amante del deporte, bueno en todos los juegos y carente de toda imaginación. No había nada especial en Alex Portal. Era el prototipo del inglés corriente.

Pero su esposa era diferente. Ésta, como sabía el señor Satterthwaite, era australiana. Portal se había marchado a Australia dos años antes, la había conocido allí, se había casado con ella y con ella había regresado a su país natal. Su mujer no había estado nunca en Inglaterra antes de su boda. De todos modos, no se parecía a ninguna de las australianas que el señor Satterthwaite había conocido.

La observó discretamente. Interesante mujer, ¡muy interesante! Tan serena y, sin embargo, tan llena de vida. ¡Eso! ¡Llena de vida! No era exactamente hermosa, no.

No se la podía considerar una belleza, pero poseía una especie de encanto trágico que nadie podía dejar de advertir… que ningún hombre podía dejar de advertir. Lo que había de masculino en el señor Satterthwaite se manifestaba con fuerza ante aquella aparición, pero su lado femenino (pues el señor Satterthwaite poseía una fuerte dosis de feminidad) se interesaba igualmente por otra cuestión: ¿por qué la señora Portal se teñía el pelo?

Pocos hombres hubieran notado esa circunstancia, pero el señor Satterthwaite lo sabía. Él entendía de esas cosas y le desconcertaba. Muchas mujeres morenas se tiñen el pelo de rubio, pero nunca se había encontrado con una rubia que se lo tiñera de negro.

Todo en ella le intrigaba. Con misteriosa intuición, dedujo que aquella mujer forzosamente tenía que ser o bien muy feliz o muy desgraciada, pero no era capaz de discernir cuál de los dos estados era correcto y eso le molestaba. Estaba además el hecho de la extraña influencia que al parecer ejercía sobre su marido.

Él la adora, se dijo el señor Satterthwaite, pero algunas veces parece como si la temiera. Esto es muy interesante, especialmente interesante.

Portal bebía en exceso, saltaba a la vista. Y tenía un modo curioso de observar a su mujer cuando ésta no le miraba.

Nervios, pensó el señor Satterthwaite. El tipo es un manojo de nervios. Y ella lo sabe; sin embargo, parece no importarle.

Siguió experimentando una viva curiosidad por el matrimonio. Algo ocurría entre ambos que no alcanzaba a vislumbrar.

Las campanadas del gran reloj de pared, colocado en una esquina del salón, lo sacaron de su ensimismamiento.

—Las doce —dijo Evesham—. Año Nuevo. ¡Feliz Año Nuevo a todos! A decir verdad, este reloj adelanta cinco minutos. ¿Por qué los niños no están levantados y celebran la entrada del nuevo año?

—Ni por un momento se me ha ocurrido que se hayan ido a la cama —contestó plácidamente su esposa—. Probablemente estarán entretenidos en meter cepillos y otros objetos por el estilo en nuestras camas. No sé qué diversión encontrarán en ello. En mis tiempos, no se les hubieran tolerado diabluras semejantes.

—*Autres temps, autres moeurs*[1] —dijo Conway con una sonrisa.

Era un hombre alto y de aspecto marcial. Tanto él como Evesham parecían cortados por el mismo patrón: ambos honrados a carta cabal, amables y sin grandes pretensiones en cuanto a inteligencia.

—En mis años mozos, juntábamos las manos formando un círculo y cantábamos el «Auld Lang Syne[2]» —continuó *lady* Laura—. «*Should Auld acquaintance be forgot*»[3], ¡tan conmovedor! Por lo menos a mí me lo parecía.

Evesham dio visibles muestras de inquietud.

—¡Por favor, déjalo ya, Laura! —murmuró—. Aquí no.

Atravesó el amplio salón en que se hallaban sentados y encendió otra lámpara.

—¡Qué estúpida soy! —dijo Laura *sotto voce*—. Recuerdo, como es natural, al pobre señor Capel. Querida, ¿la chimenea está demasiado caliente para ti?

Eleanor Portal hizo un movimiento brusco.

—No importa, gracias. Apartaré un poco mi silla.

Tenía una voz preciosa. Uno de esos suaves murmullos cuyos ecos perduran en nuestra memoria, pensó el señor Satterthwaite. Su cara quedaba oculta en la penumbra. ¡Qué lástima!

Desde su posición en la penumbra, volvió a resonar su voz:

—¿El señor… Capel?

—Sí. El antiguo propietario de esta casa. Como usted sabe, se disparó un tiro. ¡Oh, sí, está bien, Tom, querido! No volveré a hablar de ello si no quieres. Fue un gran *shock* para Tom, por supuesto, porque ocurrió en su presencia. Y usted también estaba, ¿no es verdad, *sir* Richard?

—Sí, *lady* Laura.

Un antiguo reloj de pared situado en un rincón de la sala gimió y, tras un zumbido asmático preliminar, dejó oír las doce campanadas.

—Feliz Año Nuevo, Tom —gruñó Conway en tono átono.

Lady Laura recogió pausadamente su labor.

—Bien, ya podemos decir que hemos visto llegar el nuevo año —observó, y a continuación añadió, dirigiéndose a la señora Portal—: ¿Qué quieres hacer, querida?

Eleanor Portal se levantó con rapidez.

—Por mi parte, acostarme —contestó ésta con despreocupación.

Está muy pálida, pensó el señor Satterthwaite, al tiempo que abandonaba como los demás su asiento y procedía a ocuparse de las velas. Normalmente no está tan pálida como ahora.

Encendió una vela y se la ofreció a la señora Portal con una anticuada y ceremoniosa inclinación. Ella la aceptó con unas palabras de agradecimiento y procedió a subir lentamente la escalera.

Repentinamente, el señor Satterthwaite sintió el imperioso impulso de ir tras ella, de seguirla, para tranquilizarla. Tenía el extraño presentimiento de que algún peligro la amenazaba. El impulso se disipó súbitamente y se sintió avergonzado. Los nervios parecían también haber hecho presa en él.

Ella había empezado a subir las escaleras sin dignarse volver la vista en dirección a su marido, pero de pronto le lanzó por encima del hombro una inquisitiva mirada llena de una extraña intensidad que afectó al señor Satterthwaite de un modo peculiar.

Se encontró dando las buenas noches a la señora de la casa con cierto aturdimiento.

—Estoy segura de que el nuevo año nos traerá felicidad —decía *lady* Laura—. Aunque la situación política parece llena de graves incertidumbres.

—Así es —contestó Satterthwaite en tono convencido—. Estoy seguro.

—Yo sólo deseo —continuó diciendo *lady* Laura sin el más leve cambio en su entonación— que el primer hombre que atraviese el umbral de mi puerta sea moreno. Creo que usted conoce esa superstición, ¿verdad, señor Satterthwaite? ¿No? Me sorprende. Para que la suerte entre en una casa, es preciso que el primer hombre que pise el umbral el día de Año Nuevo sea moreno. ¡Válgame Dios! ¡Espero que no me encuentre algo desagradable en mi cama! No me fío de los niños. ¡Son tan traviesos…!

Meneando la cabeza como si tuviera un triste presentimiento, *lady* Laura se encaminó majestuosamente hacia la escalera.

Con la partida de las mujeres, se produjo una reunión de sillas alrededor de los acogedores leños que ardían en la gran boca de la chimenea.

—Ustedes ya me dirán basta —dijo hospitalariamente Evesham, mientras servía el *whisky*.

Cuando todo el mundo estuvo servido, la conversación recayó de nuevo sobre el tema tabú de momentos antes.

—Tú conocías a Derek Capel, ¿verdad, Satterthwaite? —preguntó Conway.

—Superficialmente.

—¿Y tú, Portal?

—No, nunca lo conocí.

Pronunció estas palabras con un tono tan agresivo y a la defensiva que Satterthwaite le miró sorprendido.

—Me molesta cada vez que Laura trae a colación ese suceso —dijo lentamente Evesham—. Después de la tragedia, como ustedes saben, esta casa fue vendida a un rico fabricante. La abandonó un año más tarde alegando que no acababa de satisfacerle o algo por el estilo. Circularon después una sarta de disparatados rumores que sostenían que la casa estaba encantada, cosa que le dio una lamentable reputación. Después, Laura me pidió que me presentase a candidato por West Kidleby, lo cual, evidentemente, significaba tener que instalarnos en este distrito, donde no era fácil encontrar una casa adecuada. Royston estaba en venta a bajo precio y, en fin, acabé por comprarla. Los fantasmas no pasan de ser una mera superchería, pero es desagradable que le recuerden a uno que vive en una casa en la que se suicidó uno tus propios amigos. ¡Pobre Derek! Nunca llegaremos a saber por qué lo hizo.

—No habrá sido el primero ni será tampoco el último que se suicida sin dar un motivo razonable —dijo Alex Portal con melancolía.

Al decirlo, se levantó y se sirvió pródigamente más *whisky*.

Hay algo equivocado detrás de todo esto, se dijo a sí mismo Satterthwaite. ¡Pero algo muy equivocado! Me gustaría conocer a fondo el asunto.

—¡Escuchen el viento! —intervino Conway—. ¡Hace una noche terrible!

—Una noche ideal para que se paseen los fantasmas —dijo Portal con una risa sarcástica—. Todos los diablos del infierno deben andar sueltos.

—Según *lady* Laura, incluso el más negro de ellos traería la felicidad a esta casa —añadió Conway, acompañando las palabras con una carcajada—. ¡Escuchen!

El viento silbó con otro estridente gemido y, al calmarse, se dejaron oír tres fuertes golpes en la claveteada puerta de entrada.

Todo el mundo se sobresaltó.

—¿Quién demonios podrá ser a estas horas de la noche? —exclamó Evesham.

Se intercambiaron miradas interrogativas.

—Yo abriré —dijo Evesham—. Los criados se han retirado a descansar.

Se dirigió hacia la puerta, manipuló unos momentos los pesados cerrojos y la abrió de par en par. Una helada ráfaga de viento inundó el salón.

En el marco de la puerta se dibujaba claramente la silueta de un hombre alto y delgado. A los ojos observadores de Satterthwaite, y por curioso efecto de la luz que se filtraba a través de un ventanal de cristales de colores, el hombre parecía vestido con todos los tonos del arco iris. Después, al entrar, se vio que se trataba de un hombre moreno y esbelto que vestía ropa de automovilista.

—Debo presentar mis excusas por esta intromisión —dijo el extraño con voz agradable—. Mi coche ha sufrido una avería. Nada serio, que espero que mi chófer no tardará en reparar, pero no tardará menos de media hora, y como afuera el frío es tan intenso…

Se detuvo y Evesham intervino con presteza:

—¡Por supuesto! Entre usted y acepte una copa. ¿Hay algo con respecto al automóvil en que podamos ayudarle?

—No, gracias. Mi chófer sabe lo que lleva entre manos. Y a propósito, me llamo Quin, Harley Quin.

—Siéntese, señor Quin —dijo Evesham—. *Sir* Richard Conway, señor Satterthwaite. Y yo me llamo Evesham.

El señor Quin correspondió a las presentaciones y se sentó en la silla que, con hospitalaria atención, Evesham había puesto a su alcance. Al sentarse, y por un curioso efecto del fuego que ardía en la chimenea, una sombra vertical se proyectó en su cara dándole un aspecto como de máscara.

Evesham añadió un par de leños al fuego.

—¿Un trago?

—Gracias.

Mientras Evesham se lo servía, le preguntó:

—¿Conoce bien esta parte del mundo, señor Quin?

—Pasé por aquí hace algunos años.

—¿De veras?

—Sí. Esta casa pertenecía entonces a un hombre llamado Capel.

—En efecto —dijo Evesham—. ¡Pobre Derek Capel! ¿Lo conocía usted?

—Sí, lo conocía.

La actitud de Evesham experimentó un ligero cambio casi imperceptible para quien no hubiese estudiado a fondo el carácter inglés. La sutil reserva que en su principio manifestara había desaparecido por completo. El señor Quin había conocido a Derek Capel. Era, pues, el amigo de un amigo y, como tal, acreedor de su total estima.

—Sorprendente caso el de Capel —comentó en tono confidencial—. Precisamente estábamos hablando de él. Puedo afirmar que no fue sin cierta repugnancia que nos decidimos a comprar esta casa. De haber encontrado alguna otra apropiada… Pero no la había. Yo estaba presente la noche en que se pegó un tiro. También estaba Conway y puedo asegurarle que siempre he esperado que un día u otro su fantasma vagara por aquí.

—Un asunto verdaderamente inexplicable —comentó el señor Quin pausada y deliberadamente, y se detuvo con el aire de un actor que acaba de pronunciar una frase importante del papel.

—Ya puede decir que fue inexplicable —intervino Conway—. Todo fue un oscuro misterio y siempre lo será.

—Quizá —se limitó a decir displicentemente el señor Quin—. ¿Decía usted, *sir* Richard…?

—Que fue una cosa sorprendente. Un hombre en la flor de la vida, alegre, sencillo y sin preocupaciones de ninguna clase, y en compañía de cinco o seis amigos. Lleno de optimismo y buen humor durante la comida y rebosante de planes para el futuro. Y, de repente, abandona la mesa, sube a su habitación, saca un revólver de un cajón y se pega un tiro. ¿Por qué? Nadie lo supo. Nadie lo sabrá jamás.

—¿No cree usted que exagera un tanto su escepticismo, *sir* Richard? —preguntó el señor Quin sonriente.

Conway lo miró fijamente.

—¿Qué quiere usted dar a entender? No le comprendo.

—Que un problema no es necesariamente insoluble sólo porque aún no se haya solucionado.

—¡Vamos, vamos! Si nada se pudo averiguar entonces, no es probable que se resuelva ahora. ¿Transcurridos diez años?

El señor Quin meneó la cabeza suavemente.

—Permítame que manifieste mi disconformidad. El testimonio de la historia está en su contra. El historiador contemporáneo no escribirá la historia con la misma veracidad que el historiador futuro. Se trata de tener una perspectiva correcta, de ver las cosas en proporción. Si quiere llamarlo de otro modo, podría decirse que, como muchas otras cosas, es una cuestión de relatividad.

Alex Portal se inclinó hacia delante con el rostro contraído de dolor.

—Sí, tiene usted razón, señor Quin —exclamó—, tiene usted razón. El tiempo no altera los hechos. Lo único que hace es presentarlos de nuevo bajo un aspecto diferente.

Evesham sonreía con expresión de tolerancia.

—Entonces lo que usted quiere decir, señor Quin, es que, si tuviéramos que hacer hoy una encuesta judicial, por decirlo así, basada en las circunstancias que rodearon la muerte de Derek Capel, tenemos tantas probabilidades de alcanzar la verdad como las tuvimos en su día.

—Más probabilidades, señor Evesham. La subjetividad ha desaparecido casi por completo y podrá usted recordar los hechos tal cual fueron sin mixtificarlos con su propia interpretación.

Evesham frunció el ceño en actitud de duda.

—Debemos tener, como es natural, un punto de partida —añadió el señor Quin con su tranquilo tono de voz—. Un punto de partida es, generalmente, una teoría. Estoy seguro de que alguno de ustedes la tiene. ¿Usted, por ejemplo, *sir* Richard?

Conway frunció el ceño con expresión pensativa.

—Claro que —dijo en tono de disculpa— nosotros pensamos, todos pensamos, que una mujer andaba mezclada en ello. Eso o el dinero es lo más usual, ¿no es cierto? Como ciertamente no se trataba del dinero, no hay miedo a equivocarse, ¿a qué otra cosa podía achacarse?

El señor Satterthwaite se sobresaltó. Se inclinó hacia delante con el objeto de hacer una pequeña observación, cuando sus ojos captaron la figura de una mujer agazapada contra los barrotes de la balaustrada que remataba la galería superior, invisible por su posición, a la mirada de cualquiera de los presentes con excepción de la suya. Evidentemente escuchaba con avidez cuanto abajo se decía. Tal era su inmovilidad que tentado estuvo de no dar crédito a sus propios ojos.

Pero reconoció sin dificultad el estampado de su vestido, un rico brocado de diseño medieval. Era Eleanor Portal.

Y de súbito, todos los acontecimientos de aquella noche parecieron encajar como las piezas de un rompecabezas. La misma llegada del señor Quin no era un mero accidente fortuito, sino la aparición de un nuevo personaje al que se había dado paso dentro del drama que se representaba en el gran salón de la mansión Royston, un drama no menos real, aunque uno de los actores hubiera muerto. Sin duda, Derek Capel también había tenido su papel. El señor Satterthwaite estaba seguro.

Y, de repente, recibió una nueva iluminación. Esto era obra del señor Quin. Él era el director de la obra, el que concedía los papeles a los actores. El que situado en el centro del misterio tiraba de los hilos haciendo trabajar a sus muñecos. Lo sabía todo, hasta la presencia de aquella mujer escondida tras la balaustrada de la galería. Sí. Lo sabía.

Cómodamente apoyado en el respaldo de su silla y consciente de su importante papel de espectador, el señor Satterthwaite contempló las incidencias del drama que se desarrollaba ante sus ojos. El señor Quin seguía tirando de los hilos, poniendo a sus marionetas en acción.

—Una mujer, sí… —murmuró pensativamente—. ¿No se mencionó a ninguna mujer durante el transcurso de aquella cena?

—¡Claro que sí! —exclamó Evesham—. Anunció su compromiso. Esto era lo que le tenía tan entusiasmado. Estaba muy excitado con todo aquello. Dijo que no pensaba anunciarlo todavía, pero nos dio a entender que todo iba a ir muy rápido.

—Todos supusimos quién era la dama, como es natural —dijo Conway—: Marjorie Dilke. Bonita muchacha.

Pareció que era al señor Quin a quien correspondía el turno de hablar, pero no lo hizo y su silencio dio la sensación de una provocación, un reto a la veracidad de esta última declaración. Tuvo el efecto de poner a Conway en una posición defensiva.

—¿Qué otra persona hubiese podido ser? ¿Verdad, Evesham?

—No lo sé —contestó Tom Evesham pausadamente—. ¿Qué es lo que dijo con exactitud? Algo acerca de la proximidad de su boda, que no podía decirnos el nombre de su novia hasta que ésta no lo autorizara y que por eso aún no podía hacerlo público. De lo que sí me acuerdo es de que aseguró ser el hombre más afortunado de la tierra. Que quería que sus dos viejos amigos supiesen que al año siguiente a lo más tardar, se habría convertido en un casado feliz. Como es natural, todos presumimos que se trataría de Marjorie. Eran grandes amigos y se les veía juntos con mucha frecuencia.

—Lo único que… —empezó a decir Conway, pero se detuvo.

—¿Qué ibas a decir, Dick?

—Quiero decir que, en realidad, tratándose de Marjorie, era raro que no anunciara el compromiso. ¿Por qué tanto misterio? Más bien parecía que podía tratarse de una mujer casada. Ya me entendéis. De alguna mujer que hubiera enviudado recientemente o que acabara de divorciarse.

—Es verdad —replicó Evesham—. Si ése hubiese sido el caso, el compromiso, como es natural, no habría podido anunciarse de inmediato. Y ahora que recuerdo, en aquella época no se veía con Marjorie con la frecuencia que nosotros decimos. Eso fue el año anterior. Y hasta creo recordar que las relaciones entre ellos parecían haberse enfriado considerablemente.

—Es curioso —interpuso el señor Quin.

—Sí, casi parecía como si otra mujer se hubiese interpuesto entre ambos.

—Otra mujer —dijo Conway pensativamente.

—¡Por Júpiter! —exclamó Evesham—. Recordad que había algo obsceno en la hilaridad de Derek aquella noche. Parecía ebrio de felicidad y, sin embargo, sin poder explicar lo que con esto quiero decir, había también un extraño desafío en su actitud.

—Como la del hombre que reta al destino —interpuso Alex Portal en tono sombrío.

¿Era a Derek Capel o era a sí mismo a quien iban dirigidas aquellas palabras?

El señor Satterthwaite lo miró y se inclinó por lo último. Sí, aquélla era la impresión que daba Alex Portal: la de un hombre que desafiaba a su destino.

Su imaginación, embotada por el licor, había respondido súbitamente a aquella fase de la historia que le había hecho recordar alguna preocupación.

El señor Satterthwaite levantó la vista. Allí continuaba ella. Observando y escuchando. Inmóvil y helada como un cadáver.

—Cierto —contestó Conway—. Capel estaba curiosamente excitado. Podría describirlo como un hombre que hubiese apostado fuertemente y ganado por un pelo contra un sinnúmero de abrumadoras contrariedades.

—¿Acumulando energías para llevar a cabo lo que su mente le pedía hacer? —sugirió Portal.

Y como impulsado por una asociación de ideas, se levantó y llenó nuevamente su vaso.

—Ni pensarlo —contestó Evesham con acritud—. Podría jurar que en su imaginación no había nada de eso. Conway tiene razón: era como un jugador que ha disparado un tiro al azar y no acaba de creer en su buena suerte. Ésa era su actitud.

Conway hizo un gesto de desaliento.

—Y sin embargo —dijo—, diez minutos después…

Todos permanecieron unos instantes en silencio. Evesham dejó caer pesadamente el puño sobre la mesa.

—Algo debió suceder durante aquellos diez minutos —exclamó—. ¡Indiscutiblemente! Pero ¿qué? Analicémoslo detenidamente. Todos hablábamos a un tiempo. En medio de la algazara, Capel se levanta apresuradamente y abandona la habitación…

—¿Por qué? —preguntó el señor Quin.

La interrupción pareció desconcertar a Evesham.

—¿Decía usted?

—Dije simplemente «¿por qué?» —replicó el señor Quin.

Evesham frunció el entrecejo para esforzar su memoria.

—No ocurrió nada importante en aquel momento. ¡Ah, sí! Ahora recuerdo: fue el correo. ¿No recordáis el sonido de la campanilla en medio del bullicio y lo excitados que estábamos todos? Recordad que llevábamos tres días bloqueados por la nieve. Una de las tormentas más grandes que se habían visto en muchísimos años. Los caminos estaban intransitables. Sin periódicos. Sin cartas. Capel salió para ver si había conseguido recibirse algo al fin y volvió cargado con un montón de periódicos y cartas. Abrió uno de los diarios en busca de noticias recientes y, a continuación, subió las escaleras acompañado de su fajo de cartas. Tres minutos después oímos un disparo. Inexplicable, absolutamente inexplicable.

—Nada inexplicable —se aventuró a decir Portal—. El muchacho debió recibir noticias inesperadas en una de las cartas. Yo diría que eso era obvio.

—¡Oh! No creerá usted que habíamos pasado por alto algo tan obvio. Fue una de las primeras preguntas que hizo el forense. Pero Capel no había llegado a abrir una sola de sus cartas. El montón yacía intacto sobre una mesa.

Portal parecía profundamente abatido.

—¿Está usted seguro de que no llegó a abrir ni siquiera una de ellas? Pudo muy bien haberla destruido después de leerla.

—Estoy muy seguro. Claro que ésa hubiera sido una solución natural. Pero no, ninguna de las cartas había sido abierta. Ningún rastro de papel se encontró hecho pedazos o quemado. Por añadidura, no estaba encendida la chimenea de su habitación.

Portal sacudió la cabeza.

—Extraordinario.

—Fue un asunto muy desagradable —comentó Evesham con voz queda—. Conway y yo subimos al oír el tiro y lo encontramos… Le puedo asegurar que me produjo un gran *shock*.

—Supongo que lo único que quedaba por hacer era telefonear a la policía —afirmó el señor Quin.

—En Royston no había teléfono en aquel entonces. Yo lo hice poner cuando la compré. No, afortunadamente, el agente de la policía local se hallaba en aquel momento en la cocina. Uno de los perros, ¿te acuerdas del pobre Rover, Conway?, se había extraviado el día anterior. Un carretero que pasaba por allí lo encontró medio enterrado en un montón de nieve y lo llevaron a la comisaría de policía. Lo reconocieron al instante, pues era uno de los perros por el que Capel sentía verdadero afecto, y el propio agente se encargó de traerlo. Acababa de llegar cuando sonó el disparo, lo que nos salvó de una infinidad de molestias.

—¡Qué tormenta más horrible aquélla! —repitió Conway, recordando—. Fue por esta época del año, ¿no es verdad? A principios de enero.

—Creo que en febrero. Recuerdo que, poco tiempo después, hicimos un viaje.

—Estoy seguro de que fue en enero. Mi caballo Ned, ¿te acuerdas de Ned?, se hirió a finales de enero, y esto fue poco después de ocurrir el suceso.

—Entonces fue a finales de enero. Es curioso lo difícil que resulta recordar fechas después de algunos años.

—Es una de las cosas más difíciles del mundo —comentó el señor Quin—. A menos que se encuentre un punto de referencia en algún acontecimiento importante, como el asesinato de un monarca o algún proceso sensacional.

—¡Claro! ¡En efecto! —exclamó Conway—. Fue poco antes de la vista del caso Appleton.

—¿No fue después?

—No, no, acuérdate. Capel conocía a los Appleton y había residido en casa de éstos durante la primavera anterior, una semana antes de su fallecimiento. Recuerdo que una noche nos habló de lo tacaño que era, y de lo desesperante que debía ser para una mujer joven y bonita como la señora Appleton estar atada a un hombre así. No había sospechas de que ella hubiese podido tener participación alguna en dicha muerte.

—¡Por Júpiter, tienes razón! Recuerdo que leí un artículo del periódico que decía que se había dictado una orden de exhumación. Y esto debió ser aquel mismo día. La confusión de mi mente sólo se debe al hecho de que mi cabeza estaba pensando en aquellos momentos en el pobre Derek que yacía arriba.

—Un fenómeno corriente pero muy curioso —observó el señor Quin—. En momentos de gran tribulación, la mente se concentra en cosas al parecer insignificantes, que después se recuerdan con estricta fidelidad, como si hubieran sido impresas por la misma tensión mental que entonces nos dominaba. Puede tratarse de un detalle sin importancia, como el dibujo del papel de la pared, pero nunca más se olvida.

—Hay algo extraordinario en sus palabras, señor Quin —dijo Conway—. Mientras usted hablaba, me sentí repentinamente transportado a la habitación de Derek Capel y volví a verle tendido, muerto en el suelo. También, con toda claridad, vi el árbol que se erguía ante la ventana y la sombra que proyectaba sobre la nieve que cubría el jardín. Sí… la luz de la luna… la nieve… la sombra del árbol… los veo de nuevo ahora mismo. Por Dios que podría dibujarlos y, en aquel momento, ni siquiera me di cuenta de que los contemplaba.

—Su habitación daba sobre el porche, ¿no es verdad? —preguntó el señor Quin.

—Sí. Y el árbol era una corpulenta haya que estaba en el ángulo mismo de la avenida de entrada.

El señor Quin asintió complacido. El señor Satterthwaite le observaba intrigado. Estaba convencido de que cada palabra, cada inflexión en la voz del señor Quin, obedecían a un determinado propósito. Se dirigían a algo que el señor Satterthwaite no podía en aquellos momentos entrever, pero estaba convencido de quién era el verdadero dueño de la situación.

Hubo una pausa momentánea, pasada la cual Evesham volvió a insistir en el tema precedente.

—Recuerdo ahora muy bien el caso Appleton. Produjo una gran sensación. Ella resultó absuelta, ¿no es verdad? Bonita mujer. Muy rubia. Deslumbradoramente rubia.

Casi contra su voluntad, los ojos del señor Satterthwaite buscaron la figura arrodillada de arriba. Sería pura ilusión, pero le pareció verla estremecerse como bajo la acción de un soplo de aire. ¿Sería también ilusión la mano que se deslizó sobre el mantel y después se detuvo?

Siguió el estrépito que produce el cristal al estrellarse contra el suelo. A Alex Portal, al servirse el *whisky*, se le había caído la botella de las manos.

—Perdón, caballeros. No sé qué me ha pasado.

Evesham cortó en seco sus excusas.

—No tiene importancia, mi querido amigo. ¡Es extraño! Esto me trae otro nuevo recuerdo. ¿No fue eso mismo lo que hizo la señora Appleton? ¿No rompió la botella de oporto?

—Sí. El viejo Appleton acostumbraba a tomar siempre una copa de oporto. Solo una cada noche. El día siguiente a su muerte, uno de los criados vio que ella cogía el frasco y lo hacía trizas deliberadamente. Como es natural, esta acción se prestó a muchos comentarios. Todos sabían lo desgraciada que ella había sido con él. El rumor se fue extendiendo hasta que al fin, tres meses después, algunos parientes decidieron solicitar una orden de exhumación. Y tal como se supuso, Appleton había muerto envenenado. Fue con arsénico, ¿no es verdad?

—No, con estricnina. Pero eso es lo de menos. El hecho es que fue envenenado. Lógicamente, sólo podía haberlo hecho una persona. Se celebró la vista y la señora Appleton fue absuelta, más por falta de pruebas materiales que por convicción en su inocencia. Dicho en otras palabras: le acompañó la suerte, pues supongo que no había muchas dudas de que lo hizo ella. ¿Qué fue de ella después?

—Creo que se marchó a Canadá. O no sé si a Australia. Tenía allí un tío, o algo por el estilo, que le ofreció su casa. Es lo mejor que pudo hacer dadas las circunstancias.

El señor Satterthwaite estaba como fascinado viendo la fuerza con que Alex Portal estrujaba el vaso entre sus dedos.

No tardarás en romperlo si no tienes cuidado y continúas apretando de esa manera, pensó el señor Satterthwaite. ¡Dios mío, y qué interesante es todo esto!

Evesham se levantó y se sirvió otro vaso.

—Bien. No hemos adelantado gran cosa en saber por qué se mató el pobre Derek —comentó—. Nuestro tribunal no ha tenido gran éxito ¿no le parece, señor Quin?

El señor Quin se echó a reír…

Era una risa extraña, burlona, aunque no exenta de tristeza, que hizo saltar a todos de sus asientos.

—Perdone, señor Evesham —dijo—, sigue usted viviendo en el pasado. Se halla usted todavía dominado por ideas preconcebidas. Pero yo, el forastero, el visitante de paso, veo sólo los hechos.

—¿Los hechos?

—¡Sí! ¡Los hechos!

El señor Satterthwaite había terminado con su parte del papel.

De pronto, un largo y tembloroso suspiro llenó el aire con sus ecos.

—¡Dios santo! —exclamó Evesham sobresaltado—. ¿Qué ha sido eso?

El señor Satterthwaite podía haberle dicho que se trataba de Eleanor Portal desde la galería de arriba, pero era demasiado artista para estropear un efecto como aquél.

El señor Quin sonreía.

—Mi coche ya debe estar listo —dijo—. Gracias por su hospitalidad, señor Evesham. Espero haber hecho alguna cosa por mi amigo.

Todos le miraron con mudo asombro.

—¿No les ha chocado ese aspecto de la cuestión? Como ustedes saben, él amaba a esa mujer. Tanto como para cometer un asesinato por ella. Cuando la justicia le

alcanzó, como equivocadamente creyó, no vaciló en entregar su vida. Pero, inconscientemente, dejó que una pobre mujer tuviese que afrontar las consecuencias.

—Pero fue absuelta —interpuso Evesham.

—Porque no hubo pruebas suficientes contra ella. Me imagino, y conste que no es más que una mera suposición, que ella aún soporta las consecuencias.

Portal se había desplomado en una de las sillas y se cubría la cara con las manos.

Quin se volvió a Satterthwaite.

—Adiós, señor Satterthwaite. Parece estar usted muy interesado en los dramas, ¿verdad?

El señor Satterthwaite, asintió sorprendido.

—Le recomiendo el estudio de la comedia de Arlequín. Está un poco olvidada en nuestros días, pero merece nuestra atención, se lo aseguro. Su simbolismo es un tanto difícil de interpretar, pero, como usted bien sabe, los inmortales son siempre inmortales. Les deseo a todos muy buenas noches.

Todos lo vieron alejarse y desaparecer tragado por las tinieblas de la noche. Como antes, el filtro multicolor de la vidriera le dio un aspecto abigarrado y pintoresco.

El señor Satterthwaite subió a cerrar la ventana de su habitación. El aire era frío. La figura del señor Quin seguía avanzando a lo largo del paseo del jardín, cuando de pronto otra figura, esta vez de mujer, surgió de una de las puertas laterales y se le acercó corriendo. Hablaron unos instantes, pasados los cuales ella encaminó sus pasos de nuevo hacia la casa. Pasó por debajo de la ventana y el señor Satterthwaite se sorprendió al contemplar la expresión de felicidad del rostro de la mujer. Se movía como envuelta en un sueño venturoso.

—¡Eleanor!

Alex Portal había salido a su encuentro.

—Eleanor, perdóname, perdóname. Me dijiste la verdad, pero yo, ¡Dios me perdone!, no acababa de creerla…

El señor Satterthwaite tenía sumo interés en enterarse siempre de las vidas de los demás, pero, como también era un caballero, juzgó prudente no dilatar el momento de cerrar las hojas de su ventana y así lo hizo, aunque lo hizo con lentitud.

Y así pudo llegar a sus oídos la exquisita voz que decía:

—Lo sé, lo sé. Has vivido un infierno. Yo también lo sufrí una vez. Amando… viéndote creer y sospechar a la vez… esforzándote en borrar las propias dudas, pero asaltándote de nuevo. Lo sé, Alex, lo sé. Sin embargo, hay un infierno todavía mayor que éste: el que yo he vivido junto a ti. El de ver cómo tus dudas y tus temores emponzoñaban nuestro cariño. Ese hombre, ese visitante casual, me ha salvado. No podía soportarlo más. Esta noche… esta misma noche iba a quitarme la vida. ¡Oh, Alex, Alex…!

La sombra en el cristal

(The Shadow on the Glass).

—Escuche esto —decía *lady* Cynthia Drake.

Y leyó en voz alta el periódico que tenía entre las manos:

> —«El señor y la señora Unkerton celebran esta semana una fiesta en Greenways House. Entre los invitados se encuentran *lady* Cynthia Drake, el señor y la señora Richard Scott, el comandante Porter (Orden al Servicio Distinguido), la señora Staverton, el capitán Allenson y el señor Satterthwaite».

—Quisiera saber —comentó *lady* Cynthia soltando el periódico— qué pretenden. ¡Vaya mezcla de gente han invitado!

Su compañero, el propio señor Satterthwaite, cuyo nombre figuraba al pie de la lista de invitados, la miró interrogante. Se decía que la presencia del señor Satterthwaite en la casa de algún nuevo rico era signo de una cocina excepcionalmente buena o de que en ella se desarrollaba algún drama humano. El señor Satterthwaite sentía una curiosidad poco frecuente por las comedias y tragedias de la vida de sus semejantes.

Lady Cynthia, dama de mediana edad, facciones duras y una dosis considerable de maquillaje, le dio un cariñoso golpe con un ejemplar de la última moda en sombrillas que descansaba cruzada sobre sus rodillas.

—No pretenda usted hacer ver que no me entiende. Lo sabe perfectamente y, lo que es más, estoy convencida de que ha venido a propósito para estar en primera fila de los acontecimientos.

El señor Satterthwaite protestó calurosamente. No tenía la más mínima idea de lo que le estaban hablando.

—Me refiero a Richard Scott. No me dirá que no ha oído nunca hablar de él.

—Sí, claro que sí. ¿No es el gran cazador a quien usted se refiere?

—¡Exactamente! «Grandes osos y tigres, etcétera», como dice la canción. Hay que admitir que él mismo es un enorme león, que, naturalmente, los Unkerton tienen sumo placer en haber cazado. ¡Y la esposa! Una chiquilla encantadora, verdaderamente encantadora; pero tan ingenua que sólo tiene veinte años, y él, en cambio, cuenta como mínimo cuarenta y cinco.

—La señora Scott parece encantadora —afirmó sosegadamente el señor Satterthwaite.

—Sí, pobre niña.

—¿Por qué dice usted «pobre niña»?

Lady Cynthia le lanzó una mirada de reproche y continuó tratando el tema a su manera.

—De Porter no hay nada que decir. Un tipo taciturno, quizá. Otro de esos cazadores africanos, silenciosos y quemados por el sol. Siempre el segundo y sombra de Richard Scott y, sin embargo, amigos de toda la vida y todas esas cosas. Si me paro a pensar, creo que estuvieron juntos en aquel viaje.

—¿Qué viaje?

—El viaje. El que organizó la señora Staverton. No irá a decirme que no ha oído usted hablar nunca de la señora Staverton.

—He oído hablar de la señora Staverton —admitió, aunque no de buen grado, el señor Satterthwaite.

Él y *lady* Cynthia intercambiaron miradas significativas.

—Sólo a los Unkerton se les podía haber ocurrido una cosa así —se lamentó esta última—. No tienen arreglo… socialmente quiero decir. ¡Invitar a los dos al mismo tiempo! Es evidente que habían oído hablar de la señora Staverton y de su afición a los deportes, de sus viajes y hasta de su famoso libro. ¡Pero la gente como los Unkerton ni siquiera se dan cuenta de cuándo meten la pata! El año pasado me tocó la tarea de intentar inculcarles nuestra rutina social, y solo Dios sabe los sudores que me costó. No podía dejarlos solos ni un momento: «¡No hagan ustedes esto!». «¡Mucho cuidado con aquello!». ¡Gracias a Dios que terminó! No es que nos peleáramos, ¡eso no!, pero prefiero que otro se encargue de esa tarea. Como siempre he dicho, puedo soportar la vulgaridad, pero no soporto la mezquindad.

Después de esta expresión algo críptica, *lady* Cynthia guardó un breve silencio, rumiando con desagrado la mezquindad de los Unkerton.

—Si aún siguiera ocupándome de ellos —continuó—, les diría sin ambages: «No pueden ustedes invitar a la señora Staverton donde esté Richard Scott. Hubo un tiempo en que los dos…».

Y dejó la frase colgada con toda intención.

—¿Los dos? —preguntó el señor Satterthwaite.

—¡Pero, hombre, si es del dominio público! Aquella excursión al interior… Me sorprende el descaro de esa mujer al aceptar esta invitación.

—Quizá ella no sabía que ellos vendrían —sugirió Satterthwaite.

—O quizá sí. Y esto es lo más probable.

—¿Usted cree…?

—Es lo que podríamos llamar una mujer peligrosa de la que no es fácil librarse. No me gustaría estar en el pellejo de Richard Scott este fin de semana.

—¿Y cree usted que su esposa no está enterada?

—Estoy segura de que no. Pero supongo que algún amigo caritativo tarde o temprano le abrirá los ojos. ¡Caramba! Aquí está Jimmy Allenson. ¡Qué muchacho más simpático! Me salvó la vida en Egipto el invierno pasado cuando estaba a punto de morirme de aburrimiento. ¡Hola, Jimmy! Ven aquí ahora mismo.

El capitán Allenson obedeció y fue a sentarse junto a ella en la hierba. Era un atractivo joven, de unos treinta años, dientes blancos y sonrisa contagiosa.

—Me alegro de que alguien me necesite —observó—. Los Scott están jugando a los tórtolos; juego en el que, como usted sabe, de haber tres, siempre sobra uno. Porter está devorando el *Field* y yo he corrido el grave peligro de ser objeto de las atenciones de nuestra anfitriona.

Y se echó a reír coreado por *lady* Cynthia. El señor Satterthwaite, algo chapado a la antigua, al que no le gustaba hacer mofa de sus anfitriones hasta después de haber abandonado la casa, permaneció grave.

—¡Pobre Jimmy! —dijo *lady* Cynthia.

—«Nunca te importe el porqué, que sólo te importe poder volar». Me he escapado milagrosamente de tener que escuchar la tenebrosa historia del fantasma familiar.

—¿Un fantasma Unkerton? —exclamó *lady* Cynthia—. Qué horripilante.

—No es un Unkerton —interpuso el señor Satterthwaite—, sino un Greenways. Iba incluido con la casa.

—¡Claro! —añadió *lady* Cynthia—. ¡Ahora lo recuerdo! Pero no es de los que arrastran cadenas, ¿no es verdad? Es sólo algo que se refiere a una ventana.

Jimmy Allenson levantó la vista con presteza.

—¿Una ventana?

De momento, el señor Satterthwaite no contestó. Su mirada, por encima de la cabeza de Jimmy, contemplaba a las tres personas que se acercaban procedentes de la casa. Eran dos hombres y, entre ellos, la figura de una chica delgada. Había una semejanza superficial entre los dos caballeros. Los dos eran altos, morenos, de caras bronceadas por el sol y ojos penetrantes, pero, vistos de cerca, el parecido desaparecía. Richard Scott, cazador y explorador, era un hombre de una extraordinaria e intensa personalidad. Sus maneras irradiaban un fuerte magnetismo. John Porter, su amigo y compañero de caza, era un hombre de constitución hercúlea, cara impasible de esfinge y ojos grises y profundos. Un hombre tranquilo, contento con el papel de segundón junto a su amigo.

Y entre estos dos hombres caminaba Mona Scott, que hasta hacía tres meses había sido Moira O'Connell. Era una mujer esbelta, de grandes ojos pardos y soñadores y cabello de un rojo dorado que rodeaba su cabeza como el halo de las imágenes de los santos.

No debe permitirse que esta niña sufra el más mínimo daño, se dijo Satterthwaite. Sería abominable hacer sufrir a una criatura como ésta.

Lady Cynthia saludó a los recién llegados agitando su moderna sombrilla.

—Siéntense y no interrumpan —dijo—. El señor Satterthwaite nos está contando una historia de aparecidos.

—Me encantan los cuentos de aparecidos —declaró Moira Scott, dejándose caer sobre la hierba.

—¿El del fantasma de Greenways House? —preguntó Richard Scott.

—El mismo. ¿Lo conoce usted?

Scott asintió.

—Acostumbraba a pasar largas temporadas aquí en los viejos tiempos —explicó —. Esto fue antes de que los Elliot se vieran obligados a vender la casa. Se trata del Caballero Vigilante, ¿no es eso?

—¡El Caballero Vigilante! —repitió Moira en voz baja—. Me gusta el nombre. Lo encuentro interesante. Por favor, siga.

Pero el señor Satterthwaite parecía un poco reacio a seguir y le aseguró que carecía en absoluto de interés.

—¡Ahora sí que la ha hecho usted buena, Satterthwaite! —exclamó Richard Scott en tono sardónico—. Esa misma reticencia ha acabado de despertar nuestra curiosidad.

En respuesta al clamor popular, el señor Satterthwaite se vio obligado a hablar.

—En realidad, no es realmente nada interesante —añadió, en tono de disculpa—. Creo que la historia original gira alrededor de un caballero antepasado de la familia Elliot. La esposa era amante de un «cabeza redonda[4]». El amante mató al marido en una de las habitaciones superiores y la culpable pareja huyó de la casa. Pero mientras corrían, al dirigir una última mirada a la casa, vieron el rostro del marido que les observaba desde una ventana. Ésta es la leyenda y la historia del aparecido se refiere sólo al vidrio de la ventana de una habitación determinada en el que, en realidad, hay una mancha irregular, casi imperceptible desde cerca, pero que de lejos, da la impresión de la cara de una persona mirando al exterior.

—¿De qué ventana se trata? —preguntó Moira Scott, volviendo la vista hacia la casa.

—No se ve desde aquí —contestó el señor Satterthwaite—. Da precisamente al otro lado, pero debo advertir que fue tapiada por dentro con un disimulado entrepaño hace ya unos cuantos años. Unos cuarenta, para ser más preciso.

—¿Y por qué hicieron eso? Tenía entendido que el fantasma no camina.

—Y así es —aseguró el señor Satterthwaite—. Yo creo que ha sido la fantasía popular la que ha dado alas a esta superstición.

A continuación, y con gran habilidad, desvió el curso de la conversación. Jimmy Allenson se lanzó a comentar y desacreditar las prácticas de los adivinadores de Egipto.

—La mayoría de ellos son un fraude. Le dicen a uno una serie de vaguedades sobre su pasado, pero se guardan en comprometerse respecto al futuro.

—Pues yo siempre creí que era todo lo contrario —observó John Porter.

—Tengo entendido que en nuestro país es ilegal pronosticar el futuro —dijo Richard Scott—. Moira persuadió en cierta ocasión a una gitana para que le dijese la buenaventura, pero a renglón seguido la mujer le devolvió el chelín diciendo que no podía comprometerse a decirle la verdad o algo por el estilo.

—Quizá viera algo tan espantoso que no se atrevió a decírmelo —aventuró Moira.

—No se atormente con eso, señora Scott —interpuso Allenson en tono ligero—. Yo, por lo menos, me niego a creer que a usted la amenace ninguna fatalidad.

«¡Quién sabe!», masculló el señor Satterthwaite para sus adentros. «¡Quién sabe!».

De pronto, levantó la vista. Dos mujeres acababan de salir de la casa y se acercaban en aquella dirección. Una era gruesa y baja, con el cabello negro, inapropiadamente vestida con un traje verde jade, y la otra, alta y delgada con un vestido blanco marfil. La primera era su anfitriona, la señora Unkerton y la segunda, una mujer de quien había oído hablar con frecuencia, pero a quien jamás había visto.

—Señora Staverton —anunció la señora Unkerton con gran complacencia—. Aquí unos amigos.

—Unos amigos que tienen la deplorable virtud de hablar siempre de las cosas más desagradables —murmuró *lady* Cynthia, pero el señor Satterthwaite no la escuchaba. Observaba detenidamente a la señora Staverton.

Ésta, muy desenvuelta y natural, saludó:

—¡Hola, Richard! Hace siglos que no nos vemos. Siento no haber podido asistir a tu boda. ¿Es ésta tu esposa? Estará usted aburrida de oír siempre las mismas historias en boca de los amigotes de su marido.

La respuesta de Moira fue adecuada aunque algo tímida. La mirada apreciativa de la mujer mayor no tardó en desplazarse hacia otro viejo amigo.

—¡Hola, John!

El mismo tono desenvuelto, pero con una sutil diferencia. Una calidez ausente en los saludos anteriores.

Luego, una súbita sonrisa transformó por completo su semblante. *Lady* Cynthia había acertado por completo. ¡Una mujer peligrosa! Muy rubia, ojos azules y profundos —no los típicos de una sirena— cuya cara en reposo tenía una expresión mezcla de cansancio y ansiedad, Una mujer con una voz suave y aterciopelada y una sonrisa repentina y deslumbrante.

Iris Staverton se sentó. Natural e inevitablemente se convirtió en el centro del grupo, el lugar que uno hubiera pensado que le pertenecía.

El señor Satterthwaite salió de su ensimismamiento al oír la voz del comandante Porter proponiéndole un pequeño paseo que aceptó gustoso, no obstante su poca inclinación a pasear. Ambos hombres se alejaron por el prado.

—Era muy interesante esta historia que acaba usted de contar —dijo el comandante.

—Le enseñaré la ventana —contestó el señor Satterthwaite.

Lo condujo, dando un rodeo, al lado oeste de la casa, donde había un pequeño y bien cuidado jardín conocido por el nombre de jardín de los Confidentes, y que parecía hacer honor a su nombre, pues estaba totalmente rodeado de altos macizos de acebo que zigzagueaban hasta la entrada.

Una vez dentro de él, la vista se deleitaba en la contemplación de unos encantadores y bien cuidados parterres florales, enlosados senderos y bajos bancos de piedra primorosamente labrados. Al llegar al centro del jardín, el señor Satterthwaite se volvió y señaló la casa. Ésta corría longitudinalmente de norte a sur. En la estrecha pared occidental se veía una solitaria ventana situada en el primer piso, casi cubierta por la yedra, con tétricos cristales y que, como fácilmente podía observarse, estaba tapiada con una gran plancha de madera por el interior.

—Ahí la tiene —dijo el señor Satterthwaite.

Porter estiró el cuello y miró en la dirección que le indicaban.

—Todo lo que veo es una especie de decoloración en uno de los cristales, nada más.

—Estamos demasiado cerca —añadió el señor Satterthwaite—. Hay un claro en una de las arboledas de la colina desde donde podremos tener una buena vista.

Salieron del jardín de los Confidentes y, torciendo bruscamente a la izquierda, entraron en los bosques. Una especie de afán exhibicionista le dominaba, sin reparar en la poca atención que su compañero prestaba a sus palabras.

—Como es natural, al tapiar esta ventana, tuvieron que hacer otra —explicó—. La nueva está orientada al sur y domina el césped donde hemos estado sentados. Me imagino que los Scott son los que ocupan esa habitación. Por eso juzgué prudente no seguir con el relato. Quizá la señora Scott se hubiese puesto nerviosa al saber que dormía en lo que pudiéramos llamar la habitación encantada.

—Ya veo, ya… —dijo Porter.

El señor Satterthwaite le miró de pronto y advirtió que Porter ni siquiera se había dignado escucharle.

—Muy interesante —añadió este último, cortando con su bastón los tallos de unas florecillas silvestres. Frunció el ceño y añadió—: No debía haber venido. Ella no debió haber venido.

La gente solía hablar de aquella forma al señor Satterthwaite. Parecía tan anodino, de una personalidad tan poco importante… Y sin embargo, era un oyente atento.

—No —repitió Porter—, nunca debería haber venido.

Instintivamente el señor Satterthwaite supo que no se refería a la señora Scott.

—¿Lo cree usted así? —preguntó.

Porter meneó la cabeza como perdido en sus pensamientos.

—Yo también estaba en ese viaje —exclamó abruptamente—. Los tres estuvimos: Scott, Iris y yo. Es una mujer admirable y con una condenadamente buena puntería. —Hizo una pausa—. ¿Por qué la invitaron? —Acabó con brusquedad.

El señor Satterthwaite se encogió de hombros.

—Por ignorancia —contestó.

—Va a haber problemas —declaró el primero—. Debemos estar alerta… y hacer lo que podamos.

—Pero, en realidad, la señora Staverton…

—Me refería a Scott. —Hizo una breve pausa—. Como usted comprenderá, hemos de tener muy en cuenta a la señora Scott.

En realidad, este detalle no se había escapado a la perspicacia del señor Satterthwaite, pero no creyó prudente mencionarlo, ya que su interlocutor pareció no haberse dado cuenta de él hasta el último momento.

—¿Cómo conoció Scott a la que es hoy su esposa? —preguntó.

—El invierno pasado en El Cairo. Fue una boda casi relámpago. Se prometieron a las tres semanas y se casaron a las seis.

—Ella parece una muchacha encantadora.

—Y lo es, sin duda alguna. Y él la adora, aunque esto último no cambia las cosas. —De nuevo el comandante Porter repitió algo, como para sí, conjugando el verbo de manera que sólo a una determinada persona podía hacer referencia—: ¡Al diablo con todo! Repito que ella no debería haber venido.

En aquel momento, salieron a un alto a no mucha distancia de la casa. El señor Satterthwaite se sintió de nuevo poseído de su espíritu exhibicionista. Alargó el brazo y exclamó:

—¡Fíjese!

La noche caía rápidamente. La ventana aún se veía con perfecta claridad y, pegada a uno de los cristales, se divisaba claramente la silueta de una cabeza de hombre rematada por un ancho sombrero emplumado de caballero medieval.

—Muy curioso —dijo Porter—. Verdaderamente curioso. Pero ¿qué sucedería si, algún día, destrozaran ese cristal?

El señor Satterthwaite sonrió.

—Ésa es precisamente una de las partes más interesantes de la historia. Ese cristal ha sido reemplazado, que yo sepa, por lo menos once veces. Quizá más. La última vez, hará unos doce años, cuando el nuevo propietario de la casa decidió acabar de una vez con la leyenda. Pero siempre ocurre lo mismo: por extraño que parezca, la mancha reaparece, no súbita, sino gradualmente, puesto que la decoloración tarda uno o dos meses en formarse.

Por primera vez, Porter mostró cierto interés en lo que escuchaba. Experimentó un repentino y rápido estremecimiento.

—Condenadas leyendas. No vale la pena hacerles caso. ¿Y cuál fue el verdadero motivo de que se tapiara la ventana?

—Pues que empezó a circular el rumor de que la habitación traía mala suerte. Los Evesham estuvieron en ella y al poco tiempo se divorciaron. Stanley y su mujer también la ocuparon y el marido no tardó en huir del lado de su esposa y escaparse con una corista.

Porter enarcó las cejas.

—Por lo que veo, la amenaza no es a las vidas, sino a la moral.

Y ahora, pensó el señor Satterthwaite para sí, son los Scott los que la ocupan. ¡Quién sabe si…!

Emprendieron el regreso a la casa en silencio. Al caminar sin ruido por la blanda hierba, cada uno absorbido en sus propios pensamientos, tuvieron que escuchar sin querer lo que alguien decía.

Bordeaban uno de los macizos de acebo cuando, desde el fondo del jardín de los Confidentes, llegó hasta ellos la voz clara de Iris Staverton, que decía con tono airado:

—¡Lamentarás esto! ¡Lo lamentarás!

La voz baja y entrecortada de Scott contestó unas frases ininteligibles y, de nuevo, la voz de la mujer se alzó nuevamente y dejó oír unas palabras que ambos hombres recordarían posteriormente.

—Los celos son malos consejeros. Son obra del Diablo y pueden llevarlo a uno hasta el crimen. ¡Ten cuidado, Richard! ¡Por lo que más quieras, ten cuidado!

Y a continuación, ella salió del jardín y dio la vuelta a la casa sin verles, alejándose a paso rápido, como temerosa de que alguien pudiera seguirla.

El señor Satterthwaite recordó las palabras de *lady* Cynthia. Una mujer peligrosa. Por primera vez cruzó por su mente la visión de una tragedia que, rápida e inexorable, estuviera a punto de desencadenarse.

Sin embargo, aquella misma noche sintió vergüenza por sus temores. Todo parecía sereno y normal. Iris Staverton, con su natural desenvoltura, no daba muestras de tensión alguna. Moira Scott continuaba siendo la encantadora y sencilla muchacha de siempre. Las dos mujeres parecían llevarse con la más perfecta armonía. El propio Richard Scott parecía lleno de la mayor jovialidad.

La única persona que parecía preocupada de veras era la señora Unkerton, que decidió confiarse al señor Satterthwaite.

—Sea o no una tontería, hay algo que me pone los pelos de punta. Se lo diré con franqueza. Sin que Ned lo sepa, he decidido enviar a buscar al cristalero.

—¿Al cristalero?

—Sí. Para colocar un nuevo cristal en esa ventana. Ned está orgulloso de ella, dice que da a la casa cierta nota de distinción. A mí, francamente, me desagrada. Al menos tendremos un cristal moderno, limpio y desprovisto de historias desagradables.

—Se olvida usted —dijo el señor Satterthwaite—, o quizá lo ignore, que la mancha acaba siempre por volver a salir.

—Puede que sea así —contestó la señora Unkerton—, pero si eso ocurriera, tendría que admitir que se trata de algo sobrenatural.

El señor Satterthwaite se limitó a alzar las cejas sin contestar.

—Y aunque así fuese —prosiguió la señora Unkerton, en actitud de desafío—, no estamos en situación económica tan precaria, Ned y yo, como para no poder comprar un cristal cada mes o cada semana si fuese preciso.

El señor Satterthwaite no aceptó el desafío. Había visto derrumbarse tantas cosas bajo la acción demoledora del dinero, que llegó a tener sus dudas de que un caballero,

por muy fantasma que fuera, pudiese entablar con probabilidades de éxito una lucha contra tan poderoso elemento. Sin embargo, estaba interesado en la preocupación manifiesta de la señora Unkerton. Ni aun ella podía sustraerse a la tensión que había en el ambiente y que pretendían atribuir más a la historia del fantasma que a la incompatibilidad de caracteres de los huéspedes presentes.

El señor Satterthwaite estaba destinado a volver a oír otro fragmento de conversación que acabó de arrojar alguna luz sobre la situación. Subía la escalinata hacia su habitación, cuando vio a John Porter y a la señora Staverton sentados en un rincón de la gran sala y oyó cómo esta última decía con su agradable voz alterada por un leve tono de irritación:

—No tenía la más remota idea de que pudiese encontrarme aquí con los Scott y, por descontado, te digo que, de haberlo sabido, querido John, no hubiera venido. Pero también te aseguro, querido John, que una vez aquí, no pienso salir huyendo.

El señor Satterthwaite siguió subiendo y se perdió el resto de la conversación. Murmuró para sí: No sé qué pensar. ¿Qué habrá de verdad en lo que acaba de decir? ¿Lo sabía? ¿No? Veremos qué sale de todo esto.

Y meneó la cabeza de un lado a otro.

La clara luz de la mañana siguiente le hizo pensar que su imaginación le había impulsado a considerar los acontecimientos de la tarde anterior bajo una luz de excesivo dramatismo. Había cierta tensión, era innegable dadas las circunstancias, pero nada más. Las personas acaban siempre por entenderse. Sus temores sobre una catástrofe inminente eran producto de los nervios, puros nervios, o quizá del hígado. Sin duda. Recordó que dentro de una quincena, tenía que ir a Carlsbad[5].

Al atardecer, él mismo propuso un paseo antes de que anocheciera del todo. Sugirió al comandante Porter llegarse de nuevo hasta el claro del bosquecillo para comprobar si la señora Unkerton había cumplido su palabra y había hecho cambiar el cristal de la ventana.

Se dijo a sí mismo: Ejercicio. Eso es lo que necesito: un poco de ejercicio.

Los dos hombres caminaron lentamente a través de la arboleda. Porter, como de costumbre, permaneció en silencio.

—No puedo por menos de creer —charló locuazmente el señor Satterthwaite— que estuvimos un tanto desacertados en nuestras elucubraciones de ayer. Me refiero a la idea que teníamos de que algo malo estaba a punto de ocurrir. Después de todo, las personas deben saber comportarse, dominar sus propios sentimientos y todo lo demás.

—Quizá —contestó lacónicamente Porter. Y añadió después de transcurridos un par de minutos—: Personas civilizadas.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que no es infrecuente que las gentes que han vivido largo tiempo alejadas de la civilización retrocedan. Que den un salto atrás o como quiera llamarlo.

Habían salido a la pequeña explanada tapizada de hierba. El señor Satterthwaite respiraba con cierta dificultad. Nunca le habían gustado las cuestas.

Miraron hacia la ventana. La cara seguía allí, más vívida que nunca.

—Parece que nuestra anfitriona se ha arrepentido.

Porter se limitó a dirigir un vistazo fugaz.

—Unkerton ha debido intervenir —dijo con indiferencia—. Es de esos hombres que se sienten honrados con la presencia de un fantasma en el seno de la familia y que por nada del mundo renunciarían a él después de haber pagado dinero contante y sonante por su adquisición.

Permaneció en silencio durante unos instantes, con la mirada fija, no en la casa, sino en los espesos matorrales que les rodeaban.

—¿Nunca se le ha ocurrido pensar —prosiguió— que la civilización es condenadamente peligrosa?

—¿Peligrosa?

Esta observación un tanto revolucionaria sorprendió vivamente al señor Satterthwaite.

—Sí. No hay en ella lo que pudiéramos llamar válvulas de seguridad.

Se volvió rápidamente y ambos iniciaron el descenso por la misma ruta que habían tomado para subir.

—He de confesar que no acabo de comprenderle —dijo el señor Satterthwaite, moviendo con celeridad las piernas para poder seguir las descomunales zancadas de su compañero—. La gente razonable…

Porter lanzó una carcajada corta y desconcertante y miró al atildado caballero que le acompañaba.

—Quizá crea usted que lo que voy a decirle es pura charlatanería, pero lo cierto es que así como hay gentes que pueden olfatear en el aire la proximidad de una tormenta, los hay que pueden predecir con absoluta certeza la existencia de un grave peligro. Se aproxima un peligro, señor Satterthwaite, un peligro enorme. ¡En cualquier instante, cuando menos lo esperemos, puede que…!

Se detuvo en seco, asiendo con fuerza el brazo del señor Satterthwaite y, durante el breve y tenso instante de silencio que transcurrió, pudieron oírse claramente dos detonaciones seguidas por un grito, el alarido angustioso de la voz de una mujer.

—¡Dios mío! —exclamó Porter—. ¡Ya ha ocurrido!

Y se lanzó frenéticamente por el camino con el señor Satterthwaite tras él pisándole jadeante los talones. En menos de un minuto, estuvieron junto a los macizos que rodeaban el jardín de los Confidentes. Al mismo tiempo, y por el lado opuesto de la casa, aparecieron Richard Scott y el señor Unkerton, que se detuvieron al verlos, mirándose mutuamente y a izquierda y derecha del jardín de los Confidentes.

—Ha… ha sonado por allí —dijo el señor Unkerton, señalando con una mano temblorosa.

—Vamos a verlo —dijo Porter, y se dirigió resueltamente al interior del cercado. Al dar la vuelta al último recodo de la entrada, se detuvo de golpe. El señor Satterthwaite miró por encima de su hombro. Richard Scott soltó un grito de horror.

Había tres personas en el jardín de los Confidentes. Dos yacían sobre el césped, cerca de uno de los bancos de piedra. Un hombre y una mujer. La tercera era la señora Staverton, que estaba de pie junto a ellos y los contemplaba con ojos enloquecidos por el horror, sosteniendo algo en su mano derecha.

—Iris —gritó Porter—. ¡Por el amor de Dios, Iris! ¿Qué tienes en la mano?

Ella bajó la vista sobre el objeto con una expresión entre sorprendida y una inconcebible indiferencia.

—Una pistola —y añadió después de unos segundos que parecieron una eternidad —: La he recogido del suelo.

El señor Satterthwaite se dirigió al lugar en que Richard Scott y Unkerton permanecían arrodillados en el césped.

—Un médico —decía este último—. Hay que llamar enseguida a un médico.

Pero era ya demasiado tarde para cualquier médico. Jimmy Allenson, el hombre que se burlaba de los vaticinios sobre el futuro, y Moira Scott, a la que la gitana devolviera el chelín, yacían exánimes uno junto al otro.

Fue Richard Scott quien completó un ligero examen. Sus nervios de acero se hicieron evidentes en aquel momento de crisis. Después del grito de desesperación, volvía a ser el mismo.

Depositó tiernamente el cadáver de su esposa en el suelo.

—Un tiro en la espalda —dijo lacónicamente— que la ha atravesado de lado a lado.

Después manipuló el cuerpo de Jimmy Allenson. La herida estaba en el pecho y la bala había quedado alojada en su interior.

John Porter se acercó a ellos.

—No debe tocarse nada —dijo con sequedad—. La policía debe ver las cosas tal cual están en este momento.

—¡La policía! —exclamó Richard Scott como si despertara.

Sus ojos brillaron con súbito fulgor y volvió la vista hacia la mujer que permanecía inmóvil junto al macizo de acebo. Dio un paso en su dirección, pero Porter se movió también para cortarle el paso. Las miradas de los dos amigos se cruzaron como las aceradas hojas de dos espadachines.

Porter meneó la cabeza en una lenta negativa.

—No, Richard —habló—. Quizá lo parezca, pero te aseguro que te equivocas.

Richard Scott habló con dificultad, humedeciendo sus labios resecos:

—Entonces… ¿por qué tiene esa pistola en la mano?

De nuevo Iris Staverton volvió a contestar con voz apagada e inexpresiva:

—La he recogido del suelo.

—La policía —dijo Unkerton incorporándose—. Hay que llamar inmediatamente a la policía. Usted mismo podría hacerlo, señor Scott. Alguien ha de permanecer aquí. Sí, eso es, que alguien se quede.

Con su corrección habitual, el señor Satterthwaite se ofreció a hacerlo, cosa que, con gran alivio por su parte, aceptó el anfitrión.

—Las señoras —trató de explicar—. Debo ser yo quien comunique la noticia a las señoras. A mi querida esposa y a *lady* Cynthia.

El señor Satterthwaite permaneció en el jardín de los Confidentes, observando atentamente el cuerpo de la que en vida se llamaba Moira Scott.

¡Pobre niña!, se dijo a sí mismo. ¡Pobre niña…!

Reflexionó unos momentos acerca de la maldad humana. ¿No era acaso Richard Scott responsable en cierto modo de la muerte de su esposa? Aunque no le gustara la idea, supuso que colgarían a Iris Staverton, pero ¿a quién sino a Richard Scott podría atribuirse parte de la culpa? La maldad de los hombres…

Y la muchacha, la inocente, había pagado.

La contempló con profunda piedad. Su carita angelical, tan blanca y tan ansiosa de vivir. Su sonrisa constante, que parecía aún bailarle en los labios. Sus finos y rubios cabellos. Sus orejas sonrosadas. Había una pequeña mancha de sangre en uno de los lóbulos y su natural instinto detectivesco le hizo suponer que uno de los pendientes se habría desprendido por la fuerza de la caída. Estiró cuanto pudo el cuello hasta que consiguió ver que una perla colgaba del otro lóbulo.

¡Pobre niña, pobre niña!

—Y ahora, caballero, usted dirá —dijo el inspector Winkfield.

Se hallaban en la biblioteca. El inspector, un fornido y avezado agente de la ley que frisaba los cuarenta años, estaba finalizando sus investigaciones. Había interrogado a la mayor parte de los huéspedes y ya se había formado un criterio más o menos definido sobre el caso. En esos momentos, escuchaba los relatos del señor Satterthwaite y del comandante Porter. El señor Unkerton, desplomado en un sillón, miraba con ojos desorbitados a la pared de enfrente.

—Según creo comprender —decía el inspector—, ustedes habían salido con la sola idea de dar un paseo y volvían a la casa por el sendero que tuerce a la izquierda y sigue a lo largo de lo que llaman el jardín de los Confidentes. ¿Es eso?

—Correcto, inspector.

—Ustedes oyeron dos disparos y un grito agudo de una mujer, ¿verdad?

—Sí.

—Después corrieron tanto como pudieron, salieron del bosquecillo y llegaron a la única entrada del mencionado jardín. Si alguien hubiese salido de él, forzosamente tendría que haberlo hecho por la única entrada, debido a que los setos son impenetrables. Si alguien hubiera salido de los jardines y se hubiera dirigido hacia la derecha, se hubiese topado inevitablemente con el señor Unkerton o con el señor

Scott y, de haberse dirigido hacia la izquierda, no lo podría haber hecho sin ser visto por ustedes. ¿Es esto correcto?

—Así es —dijo el comandante Porter, muy lívido.

—Esto lo completa todo —prosiguió el inspector—. Resumiendo: el señor y la señora Unkerton, acompañados de *lady* Cynthia Drake, estaban sentados en el césped; el señor Scott estaba en la sala del billar, que da precisamente hacia ese césped. A las seis y diez la señora Staverton salió de la casa, cruzó unas cuantas palabras con los que se hallaban allí sentados y se encaminó, doblando la esquina de la casa, en dirección al jardín de los Confidentes. Dos minutos después se oyeron los tiros. El señor Scott salió disparado de la casa y, junto con el señor Unkerton, se dirigió al mencionado jardín. Al mismo tiempo, y en dirección opuesta, aparecieron usted y el señor… eh… Satterthwaite. La señora Staverton estaba allí con una pistola en la mano de la que se habían disparado dos tiros. En mi opinión, ella disparó primero a la mujer que estaría sentada de espaldas en el banco. El capitán Allenson trató de abalanzarse sobre la agresora, pero fue herido en el pecho cuando se dirigía hacia ella. Tengo entendido que había habido… eh… cierta relación entre ella y el señor Scott.

—¡Eso es una condenada mentira! —exclamó Porter con voz estentórea y retadora.

El inspector meneó la cabeza sin contestar.

—¿Cuál es su declaración? —preguntó el señor Satterthwaite.

—Dice que fue al jardín de los Confidentes buscando sólo un poco de reposo y tranquilidad y que, en el momento mismo de doblar el último recodo, oyó los dos disparos. Que entró, que vio una pistola en el suelo y que la recogió. Nadie se cruzó con ella ni a nadie vio en el jardín, con excepción de las dos víctimas. —El inspector hizo una pausa elocuente—. Eso es lo que ella ha manifestado y, aunque la previne haciéndole saber que cuanto dijese podría ser utilizado en su contra, insistió en hacer esta declaración.

—Si ella lo ha dicho —interpuso el comandante Porter con la cara presa todavía de una mortal palidez—, es que es la pura verdad. Conozco a Iris Staverton.

—Bien, señor —contestó el inspector—, tenemos tiempo de sobra para volver a tratar esa cuestión. Mientras tanto, me veo obligado a cumplir con mi deber.

Con un brusco movimiento, Porter se volvió hacia el señor Satterthwaite.

—¿Y usted? ¿No puede acaso ayudarnos? ¿No puede usted hacer nada en favor de esa pobre mujer?

El señor Satterthwaite no pudo por menos que sentirse profundamente halagado al ver que alguien como Porter se dignaba solicitar la ayuda de él, el más insignificante de los hombres.

Estaba a punto de articular una evasiva respuesta cuando Thompson, el mayordomo, entró con una bandeja sobre la que podía verse una tarjeta, y se acercó a su señor anunciándose con una tosecilla significativa.

El señor Unkerton continuaba desplomado sobre el sillón sin participar en todo cuanto ocurría.

—Le dije al caballero que seguramente el señor no podría recibirlo —dijo Thompson—. Pero insistió en que tenía una cita importante y que era de la máxima urgencia.

Unkerton tomó la tarjeta.

—Señor Harley Quin —leyó—. Recuerdo que tenía que verme acerca de la compra de un cuadro. Es verdad que quedamos en vernos, pero dadas las circunstancias…

Pero el señor Satterthwaite se había adelantado al escuchar el nombre.

—¿Ha dicho usted señor Harley Quin? —preguntó sorprendido—. ¡Qué coincidencia! Señor Porter, ¿me preguntaba usted si podía ayudarle? Pues bien, creo que puedo. Este señor Quin es un amigo, o mejor dicho, un conocido mío. Es el hombre más sorprendente que pueda usted imaginar.

—Supongo que será alguno de esos aficionados a resolver problemas policíacos —observó en tono jocoso el inspector.

—No —contestó el señor Satterthwaite—, no es de ese tipo de gente, pero posee la facultad, la misteriosa facultad de mostrarle lúcidamente cuanto haya usted podido ver con sus propios ojos y escuchar con sus propios oídos. Démosle al menos un bosquejo de cuanto ha ocurrido y escuchemos lo que tenga que decirnos.

El señor Unkerton consultó con la mirada al inspector, quien lanzó un fuerte resoplido y se puso a mirar displicentemente al techo. Después, el primero le hizo una pequeña señal de aquiescencia a Thompson, quien abandonó la habitación y volvió a los pocos instantes, acompañado de un desconocido, alto y delgado.

—¿Señor Unkerton? —saludó el extraño personaje, estrechando la mano del dueño de la casa—. Siento molestar en momentos tan intempestivos. Dejaremos nuestra charla sobre ese cuadro para mejor ocasión. ¡Ah! Mi amigo, el señor Satterthwaite. ¿Tan enamorado como siempre de los dramas?

Por un instante, una ligera sonrisa se dibujó en los labios del recién llegado al pronunciar estas palabras.

—Señor Quin —dijo el señor Satterthwaite, visiblemente emocionado—, estamos tratando de esclarecer un drama que acaba de tener lugar en esta casa y desearíamos, tanto el señor Porter como yo, oír su opinión sobre el mismo.

El señor Quin se sentó. La pantalla coloreada de una de las lámparas arrojaba una luz brillante sobre el gabán a cuadros, dejando su rostro en la sombra como cubierto por una máscara.

Sucintamente el señor Satterthwaite expuso los aspectos principales de la tragedia. Después se detuvo, casi sin aliento, para escuchar las palabras del oráculo.

Pero el señor Quin se limitó a menear la cabeza.

—Una aciaga historia —comentó—. Una tragedia verdaderamente triste y espantosa. La ausencia de motivo aparente la hace muy intrigante.

Unkerton le miró con sorpresa.

—Creo que no lo ha entendido usted bien —añadió—. Alguien oyó a la señora Staverton proferir amenazas graves contra el señor Richard Scott. Estaba mortalmente celosa de su mujer. Celos…

—Estamos completamente de acuerdo sobre este particular —contestó Quin—. Los celos o la posesión demoníaca. Todo es lo mismo. Quizá no me haya expresado con claridad. A lo que yo me refería era al asesinato del capitán Allenson, no al de la señora Scott.

—Tiene usted razón —exclamó Porter, saltando como movido por un resorte—. Hay algo inconsistente en todo esto. Si Iris hubiese decidido matar a la señora Scott, lo lógico hubiera sido que esperase el momento de encontrarse a solas con ella. No me cabe la menor duda. Estamos sobre una pista falsa y creo tener la solución de lo ocurrido. Sólo tres personas estaban en aquel momento presentes en el jardín de los Confidentes. Eso es evidente y no trato, por lo tanto, de refutarlo. Pero yo reconstruyo la tragedia de un modo diferente. Supongamos que Jimmy Allenson dispara primero contra la señora Scott y luego vuelve el arma contra sí mismo. Eso es perfectamente lógico, ¿verdad? La pistola se le escapa de las manos al caer y luego es recogida por Iris, según ella misma ha declarado. ¿Qué dice usted a esto, inspector?

Éste meneó la cabeza.

—Que es inadmisible, comandante Porter. Si el capitán Allenson hubiese vuelto él arma contra sí mismo, como usted acaba de decir, sus ropas mostrarían alguna señal.

—Quizá mantuviera la pistola a cierta distancia del cuerpo.

—¿Con qué fin? No es lógico. Además, carecería absolutamente de motivo.

—Podría haber perdido la cabeza repentinamente —murmuró Porter, sin gran convicción. Nuevamente guardó silencio. Mas de pronto se irguió y preguntó en tono de reto:

—¿Y bien, señor Quin?

Este último meneó la cabeza.

—No soy ningún mago. Ni siquiera un criminalista. Pero le diré, eso sí, una cosa, y es que creo en el valor de las impresiones. En los momentos de crisis, hay siempre un momento que se destaca sobre los demás; una imagen que subsiste cuando las otras ya se han desvanecido. El señor Satterthwaite habrá sido, a mi entender, entre todos los presentes, quien menos se habrá dejado influir por ideas preconcebidas. ¿Quiere usted retroceder en sus recuerdos, señor Satterthwaite, y decirnos con exactitud el instante que con más fuerza le impresionó? ¿Fue cuando oyeron los disparos? ¿Cuándo vieron los cadáveres? ¿Cuándo vio la pistola en manos de la señora Staverton? Borre de su mente toda idea preconcebida y cuéntenoslo.

El señor Satterthwaite clavó la mirada en el rostro del señor Quin como un niño a quien se le obliga a repetir una lección de la que no está muy seguro.

—No —contestó pausadamente—. No fue nada de todo eso. El momento que siempre recordaré será cuando me vi solo y arrodillado junto al cadáver de la señora Scott. Descansaba sobre un costado, con el cabello desordenado y con una pequeña mancha de sangre en el lóbulo de una de sus orejas.

Al acabar de pronunciar estas últimas palabras, sintió la impresión de que aquel detalle tan insignificante encerraba algo terrible y de gran trascendencia.

—¿Sangre en la oreja? ¡Ah, sí! Ahora recuerdo —dijo Unkerton con voz queda.

—Uno de los pendientes debió haber saltado por el impacto de la caída —añadió el señor Satterthwaite.

Esta última afirmación le pareció improbable en el mismo momento que la decía.

—Ella yacía sobre el costado izquierdo —dijo Porter—, y supongo que será ésa la oreja que usted menciona.

—No —replicó el señor Satterthwaite, sin titubear—. A la que yo me refería era precisamente a la oreja derecha.

El inspector tosió.

—Encontré esto en la hierba —concedió, mostrando un pequeño aro de oro.

—Pero, por el amor de Dios, inspector —exclamó Porter—, un pendiente no puede haberse hecho pedazos por la mera caída de un cuerpo sobre la hierba. Es más probable que haya sido roto por una bala.

—Así fue —dijo el señor Satterthwaite con repentina inspiración—. Fue una bala. Debe de haber sido una bala.

—Pero sólo hubo dos disparos —aclaró el inspector—. Una bala no pudo rozarle la oreja y herirla al propio tiempo por la espalda. Y si un disparo se llevó uno de los pendientes y otro le produjo la muerte, ¿cómo se explica el caso de Allenson…? A menos que… que éste hubiese estado frente a ella, muy cerca. Pero no, ni aun así. A menos que… que…

—Que ella hubiese estado en sus brazos. ¿No era eso lo que quería decir usted? —completó el señor Quin con una sonrisa peculiar—. Y bien, ¿por qué no?

Hubo un intercambio de miradas atónitas entre todos los presentes. La idea parecía inadmisible. ¿Allenson y la señora Scott? Imposible.

—¡Pero si apenas se conocían! —exclamó el señor Unkerton, no pudiendo dar crédito a esta suposición.

—No lo sé —dijo el señor Satterthwaite pensativo—. Quizá se conociesen más de lo que nosotros creemos. *Lady* Cynthia me dijo que Allenson la salvó de morirse de aburrimiento el invierno pasado en Egipto. Y usted —añadió volviéndose a Porter— me contó que, en el invierno pasado y en El Cairo, fue donde Richard Scott conoció a su esposa. ¿Quién nos dice que no intimaron allí también estos dos?

—Apenas se les veía juntos —observó Unkerton.

—Al contrario, más bien parecían esquivarse el uno al otro. Y ahora que pienso…

Como sorprendidos de las conclusiones a las que inesperadamente se había llegado, las miradas se concentraron nuevamente en el señor Quin.

Éste se levantó de su asiento.

—¿Han visto ustedes la luz que la impresión del señor Satterthwaite ha arrojado sobre este asunto? —Y añadió volviéndose al señor Unkerton—: Ahora le toca a usted.

—¿Eh? No le comprendo.

—Al entrar en esta casa, observé que estaba usted profundamente pensativo y desearía conocer qué pensamiento era el que le obsesionaba. No importa que no parezca guardar relación alguna con la tragedia ni que crea que es una mera superstición. —Unkerton se sobresaltó ligeramente—. Díganosla.

—En realidad no tiene importancia —empezó a decir Unkerton—, ni tiene que ver con lo que aquí se está tratando, y estoy seguro de que sólo servirá para provocar la hilaridad de los presentes. Pero, en fin, allá va. Estaba deseando que mi mujer no hubiese tenido nunca la idea de cambiar el cristal de la ventana conocida en esta casa con el nombre de «la ventana encantada». Tenía el presentimiento de que hacerlo acarrearía una maldición sobre nosotros.

Se detuvo sorprendido al ver la fijeza con que dos personas le miraban.

—Pero si no lo ha cambiado todavía —dijo al fin el señor Satterthwaite.

—Sí. Fue lo primero que mandó hacer esta misma mañana.

—¡Dios mío! —exclamó Poner—. Ahora empiezo a comprender. Esa habitación no está empapelada, sino artesonada, ¿verdad?

—Así es. Pero ¿qué tiene eso que ver con…?

Pero Porter ya había salido disparado de la habitación y se dirigía al dormitorio que ocupaban los Scott. Los demás le siguieron. Era un lindo dormitorio artesonado con artísticos entrepaños pintados de color crema con dos ventanas orientadas al mediodía. Porter empezó a palpar la madera que corría a lo largo de la pared oeste.

—Tiene que haber un resorte en alguna parte. ¡Ah!

Hubo un sonido seco y uno de los entrepaños se descorrió, dejando ver la tétrica vidriera de la ventana encantada. Uno de los cristales era nuevo y limpio. Porter se agachó y recogió algo del suelo. Era un fragmento de una pluma de avestruz. Después miró al señor Quin. Éste asintió.

Atravesó la habitación y se dirigió a un armario en el que había profusión de sombreros de la difunta y sacó uno de anchas alas y retorcidas plumas. Un costoso sombrero Ascot.

El señor Quin empezó a hablar en un tono reflexivo.

—Imaginemos —dijo— a un hombre que por naturaleza sea intensamente celoso. Un hombre que haya estado aquí hace años y que conoce el secreto del resorte en el artesonado. Sin más ánimo que el de distraerse, abre un día la ventana y pasea su mirada sobre el jardín de los Confidentes. En él, y seguros de que nadie puede sorprender su secreto, están su mujer y un hombre. Los contempla unos instantes. No puede tener duda de la relación que existe entre ellos. La cólera le ciega. ¿Qué hace? Se le ocurre una idea. Se dirige al armario y se cubre la cabeza con un emplumado

sombrero de anchas alas. Está anocheciendo y recuerda la historia de la mancha sobre el cristal. Cualquiera que levante la vista en aquella dirección creerá estar viendo la sombra del Caballero Vigilante. Al amparo de su disfraz, los sigue observando y, en el momento en que ve que uno se echa en brazos del otro, dispara. Su tiro es certero, fatal. Los ve caer y, loco de furia, vuelve a disparar. Esta vez la bala sólo acierta a rozar una oreja de la infiel y llevarse uno de sus pendientes. Luego arroja la pistola al jardín, corre escaleras abajo y sale a unirse con los demás, atravesando la sala del billar.

Porter dio un paso hacia él.

—¿Y cómo permitió que acusaran a una inocente? —gritó—. ¿Por qué? ¿Por qué?

—Creo conocer la razón —contestó el señor Quin—. Me imagino, y conste que esto es sólo una mera suposición mía, que Richard Scott estuvo un tiempo perdidamente enamorado de Iris Staverton. Tan perdidamente que aún, después de largos años de separación, los celos siguen atormentándole. Hasta casi me atrevo a suponer que hubo un tiempo en que la misma Iris Staverton llegó a creer que estaba enamorada de él. Pero hubo una cacería a la cual fue con él y se enamoró de otro hombre mejor…

—De un hombre mejor… —murmuró Porter, como aturdido—. ¿No se referirá usted a…?

—Sí —dijo el señor Quin con plácida sonrisa—, me refiero precisamente a usted. —Hizo una pequeña pausa y añadió—: En su lugar, yo no perdería el tiempo y correría a su lado.

—Lo haré —contestó Porter.

Se volvió y salió de la habitación.

En la Hostería del Bufón

(At the “Bells and Motley”).

El señor Satterthwaite estaba enojado. El día había sido aciago. Habían salido tarde, ya habían tenido dos pinchazos en los neumáticos y, finalmente, se habían equivocado en un cruce y perdido en las intrincadas llanuras de Salisbury Plain. Eran ya cerca de las ocho y aún les faltaban unas cuarenta millas para llegar a Marswick Manor, su punto de destino, cuando un tercer pinchazo acabó por rematar el día.

El señor Satterthwaite, como un pajarito con el plumaje erizado, se paseaba arriba y abajo por delante del garaje del pueblo mientras su chófer discutía ásperamente con el mecánico del lugar.

—Media hora por lo menos —fue el fallo inapelable del encargado de la reparación.

—Y tendremos suerte si no es más que eso —añadió Masters, el chófer—. Lo más probable será que le lleve unos tres cuartos de hora.

—¿Cómo se llama este… este lugar, si puede saberse? —preguntó con impaciencia el señor Satterthwaite.

Iba a decir «agujero olvidado de la mano de Dios», pero su caballerosa consideración por los sentimientos de los demás le contuvo y prefirió sustituirlo por el nombre de «lugar».

—Kirtlington Mallet.

El nombre no aclaró sus dudas y, sin embargo, el nombre le sonó ligeramente familiar. Miró a su alrededor con desesperación. Kirtlington Mallet consistía en una única calle de casas dispersas, un garaje y una estafeta de correos en uno de los lados, complementado por tres tiendas indeterminadas en el otro. Casi al final de la calle, sin embargo, percibió algo que chirriaba y se movía a impulsos del viento, lo cual le hizo concebir ciertas esperanzas.

—Parece que allí hay una posada —se aventuró a decir.

—Sí, señor —contestó el dueño del garaje—: La hostería del bufón.

—Si me permite una sugerencia, señor —dijo Masters—, ¿por qué no la probamos? Podrían servirle algo de comer. No será a lo que está usted habituado, pero…

Se detuvo, como excusándose, pues era bien sabido que el señor Satterthwaite estaba acostumbrado a la cocina de los mejores chefs continentales y tenía a su servicio a un *cordón bleu* a quien pagaba un fabuloso sueldo.

—No podremos reanudar la marcha hasta dentro de unos tres cuartos de hora casi seguro y son ya más de las ocho, señor. Podría usted telefonear a *sir* George Foster desde la posada, señor, y comunicarle el motivo de nuestro retraso.

—Parece que lo tenga todo previsto, Masters —contestó el señor Satterthwaite secamente.

Masters, que así lo creía, mantuvo un silencio respetuoso.

El señor Satterthwaite, a pesar de su ferviente deseo de no aceptar sugerencias que viniesen de persona alguna, dado su mal humor, no pudo por menos que mirar calle abajo, en dirección al chirriante letrero y sentir por el consejo una ligera y secreta aprobación interior. Era un hombre que comía como un pajarito, casi un epicúreo, pero aun hombres así no pueden sustraerse a los molestos aguijones del hambre.

—La hostería del Bufón —dijo pensativamente—. ¡Un extraño nombre para una hostería! No creo que lo haya oído antes.

—Son gentes extrañas las que allí entran y salen —observó el mecánico de la localidad.

Estaba inclinado sobre la rueda y su voz sonó apagada y confusa.

—¿Gente extraña? —preguntó el señor Satterthwaite—. ¿Qué quiere usted decir con eso?

El otro no pudo dar una contestación satisfactoria.

—Gentes que van y vienen, de ese tipo —contestó vagamente.

El señor Satterthwaite reflexionó que las gentes que frecuentan una posada acostumbran a ser casi siempre de las que «van y vienen». La definición, por lo tanto, carecía de precisión, pero estimuló su curiosidad. En cualquier caso, debía pasar de algún modo los tres cuartos de hora. La hostería del Bufón podía ser un lugar de espera tan bueno como otro cualquiera.

Y con sus pequeños pasos característicos, se alejó calle abajo. Un trueno empezaba a retumbar en la lejanía. El mecánico levantó la vista y le dijo a Masters:

—Se acerca una tormenta. Hace rato que la estoy sintiendo en el aire.

—¡Joroba! —comentó Masters—. Y con cuarenta millas todavía por delante.

—Ah, por eso no necesitamos darnos prisa —dijo el otro—. No podrán salir a la carretera hasta que haya escampado. Ese menudo jefe suyo no parece ser de los que les guste viajar con rayos y truenos.

—Espero que le den un buen trato en la fonda —murmuró el chófer—. Me acercaré también yo un momento a tomar un bocado.

—Billy Jones es una excelente persona —le informó el mecánico—. Y, además, un gran cocinero.

El señor William Jones, un corpulento cincuentón dueño de la hostería del Bufón, estaba en esos momentos tratando de congraciarse con nuestro diminuto señor Satterthwaite.

—Puedo hacerle un buen bistec con patatas, señor, y un buen queso como no ha probado usted mejor en su vida. Pase por aquí a la sala del café. Acaba de marcharse el último pescador y la casa ha quedado un poco vacía. Pero no tardará en volverse a llenar para la temporada de caza. En la actualidad, no tenemos más huésped que un caballero llamado Quin.

El señor Satterthwaite se quedó de una pieza.

—¿Quin? —preguntó excitadamente—. ¿Ha dicho usted Quin?

—Ése es su nombre, señor. ¿Es amigo suyo?

—¡Claro! ¡Un gran amigo!

Temblando de excitación, el señor Satterthwaite apenas se daba cuenta de que podía haber por el mundo otras personas que respondiesen a aquel mismo nombre. Pero no lo dudaba. La información dada por el encargado del garaje encajaba perfectamente con nuestro hombre en cuestión. «De esos que van y vienen». No podía hacerse descripción más acertada de un hombre como el señor Quin. Hasta el nombre de la hostería parecía acomodarse al carácter del personaje.

—¡Qué suerte tengo! —añadió el señor Satterthwaite—. ¡Una coincidencia muy curiosa! ¡Encontrarnos en este lugar! ¿Se trata de Harley Quin?

—El mismo, señor. Ésta es la sala del café. ¡Ah! Aquí está el caballero.

Alto, moreno, sonriente, la familiar figura del señor Quin se levantó de la mesa a la que estaba sentado y dejó oír su conocida voz.

—¡Ah, señor Satterthwaite! Volvemos a encontrarnos de forma inesperada.

El señor Satterthwaite estrechó su mano con efusión.

—Encantado, encantado. Debo este placer a una afortunada avería de mi coche. ¿Se hospeda aquí? ¿Se quedará mucho tiempo?

—Sólo esta noche.

—Entonces he tenido suerte.

El señor Satterthwaite se sentó frente a su amigo con un pequeño suspiro de satisfacción y contempló la morena cara sonriente que tenía ante sí, como en espera de noticias.

El señor Quin meneó pausadamente la cabeza.

—Le aseguro —dijo— que no traigo ninguna pecera ni ningún conejo escondido en la manga.

—Qué lástima —contestó el señor Satterthwaite un tanto decepcionado—. Sí, debo confesar que de usted siempre espero algo parecido, como de un prestidigitador. Ja, ja… Es que le veo como a una especie de mago.

—Y sin embargo, es usted siempre, en realidad, el que hace los conjuros y no yo —replicó el señor Quin.

—¡Ah! —exclamó el señor Satterthwaite—, pero no puedo hacerlos sin su presencia. Me faltaría… ¿cómo diríamos…?, inspiración.

El señor Quin meneó la cabeza sonriendo.

—La palabra es demasiado ampulosa. Yo me limito a hacer de apuntador. Eso es todo.

En aquel momento llegó el posadero con pan y mantequilla. Al colocar las cosas sobre la mesa, iluminó la habitación un vivo resplandor seguido de un fuerte trueno.

—Mala noche, caballeros.

—En una noche como ésta… —empezó a decir el señor Satterthwaite, pero se detuvo.

—Que Dios me condene —exclamó el dueño de la hostería con cierta inconsciencia— si no eran ésas las mismas palabras que yo pensaba emplear. En una noche como ésta fue cuando el capitán Harwell trajo a su esposa a casa, la víspera del día en que desapareció para siempre.

—¡Ah! ¡Ahora caigo! —exclamó súbitamente el señor Satterthwaite.

Había dado con ello. Ahora recordaba por qué el nombre de Kirtlington Mallet le era tan familiar. Tres meses antes había leído todos los detalles de la sorprendente desaparición del capitán Richard Harwell. Como cualquier otro lector de periódicos de Reino Unido, se sintió intrigado por los detalles de la desaparición y, como otros muchos británicos, había también desarrollado sus propias teorías.

—¡Claro! —repitió—. Fue en Kirtlington Mallet donde ocurrió el suceso.

—Paró en esta casa el invierno pasado durante la temporada de caza —añadió el posadero—. ¡Oh! Le conocía muy bien. Un joven apuesto y sin preocupaciones de ninguna clase. Mi opinión es que debió ser víctima de algún accidente. Son muchas las veces que les he visto volver cabalgando a su casa a él y a la señorita Le Couteau. Y a la gente del pueblo les dio por decir que muy pronto habría una boda, y así fue. Era una joven dama hermosísima y muy bien considerada. Canadiense, según creo. ¡Aquí hay un misterio muy profundo! Nunca sabremos lo que realmente pasó. Pero a ella el suceso le rompió el corazón. Todo el mundo lo vio. Vendió la casa y se marchó al extranjero porque no podía soportar que, sin culpa alguna por su parte, la gente se parase a su paso y la señalase con el dedo, ¡pobrecita! Un misterio y nada más que un misterio.

Meneó la cabeza y de repente recordó sus obligaciones y abandonó precipitadamente la habitación.

—Un misterio insondable… —repitió con retintín el señor Quin.

Su voz sonó como una provocación en los oídos del señor Satterthwaite.

—¿Pretende usted decir que podemos solucionar un caso en el que Scotland Yard fracasó? —preguntó secamente.

El otro hizo un gesto característico.

—¿Por qué no? Ha pasado algún tiempo. Tres meses. Esto representa una gran diferencia.

—Es una curiosa teoría la suya —dijo el señor Satterthwaite—. Eso de que los hechos se ven con más claridad después de pasado algún tiempo.

—Cuanto más tiempo ha transcurrido, más cosas adquieren la adecuada proporción. Se ve mejor la verdadera relación que guardan entre sí.

Durante unos instantes, el silencio reinó entre los dos.

—No estoy muy seguro —rompió a hablar el señor Satterthwaite con cierta vacilación— de que recuerde hoy los hechos con claridad.

—Yo creo que sí —contestó tranquilamente el señor Quin.

Era todo el estímulo que el señor Satterthwaite necesitaba. Su papel en la vida había sido siempre el de oyente o mero espectador. Sólo en presencia del señor Quin

cambiaba su posición. Allí era siempre el señor Quin el oyente. El señor Satterthwaite ocupaba el centro del escenario.

—Fue hace poco más de un año —dijo— cuando Ashley Grange pasó a manos de la señorita Eleanor Le Couteau. Era una hermosa residencia antigua, que había sido descuidada y permanecido deshabitada durante muchos años. Jamás pudo haber soñado tener una mejor propietaria. La señorita Le Couteau era una canadiense de origen francés. Sus antepasados eran *emigrés* de la Revolución francesa y le habían dejado en herencia una colección de reliquias y antigüedades de un valor casi incalculable. Era a la vez coleccionista y compradora dotada de un exquisito gusto. Tanto es así que, cuando después de la tragedia decidió vender Ashley Grange con todo cuanto encerraba la mansión, el señor Cyrus G. Bradburn, millonario americano, no vaciló en pagar la respetable suma de setenta mil libras que ella pedía.

El señor Satterthwaite hizo una pequeña pausa.

—Menciono esto —añadió en tono de disculpa— no porque en realidad guarde relación directa con lo fundamental de nuestro tema, sino con el mero objeto de recrear el ambiente, la atmósfera en la que vivió la señora Harwell.

El señor Quin asintió.

—El ambiente es importante tenerlo en cuenta —señaló.

—Así podremos hacernos una idea de nuestra protagonista —continuó el primero —. Veintitrés años, morena, hermosa, de educación refinada, sin defecto alguno que hiciera desvirtuar sus méritos. Y rica, no debemos olvidarnos de esto. Era huérfana. Una tal Saint Clair, dama de intachable conducta y reputación social, hacia las veces de dueña. Sin embargo, Eleanor Le Couteau era la única que llevaba las riendas de su propia fortuna. No le faltaron los cazadotes. Al menos una docena de pretendientes sin un céntimo no la dejaban ni a sol ni a sombra, bien en las cacerías, en los salones o en cuantas partes hiciese ella su aparición. Se dice que el joven lord Leccan, el partido de mayor alcurnia del país, solicitó su mano, pero su corazón permanecía libre. Es decir, hasta la llegada del capitán Richard Harwell.

»El capitán Harwell reservó alojamiento en la hostería local para la temporada de caza. Era un gran experto en monterías. Un diablo arrogante y osado. ¿Recuerda usted el viejo dicho, señor Quin? “Feliz el cortejo que poco dura”. El adagio se cumplió al menos en parte. A los dos meses de conocerse, Eleanor Le Couteau y Richard Harwell estaban prometidos.

»La boda se celebró tres meses después. La feliz pareja escogió el extranjero para pasar una luna de miel de quince días, y volvieron para instalarse en su residencia de Ashley Grange. El dueño de esta posada acaba de decirnos que la noche del día en que volvieron fue como ésta. ¿Un presagio? ¿Quién puede decirlo? Fuese lo que fuese, lo cierto es que, a la mañana siguiente temprano, serían las siete y media aproximadamente, uno de los jardineros, John Mathias, vio al capitán Harwell paseando tranquilamente por el jardín. Iba con la cabeza descubierta y silbando. Aquí tenemos un cuadro de felicidad y alegre despreocupación. Y sin embargo, desde ese

instante, por lo que sabemos, nadie ha vuelto a ver de nuevo al capitán Richard Harwell.

El señor Satterthwaite se detuvo, gratamente consciente del momento dramático. La mirada admirativa que le dirigió el señor Quin le dio el tributo que necesitaba y prosiguió:

—La desaparición fue notable e inexplicable. Sólo al día siguiente la aturdida esposa puso el hecho en conocimiento de la policía. Hasta la fecha, como usted sabe, no han conseguido resolver este misterio.

—¿Supongo que no habrán faltado teorías? —preguntó el señor Quin.

—¡Claro que no! Puede estar seguro. Teoría número uno: el capitán Harwell ha muerto asesinado. Pero, en ese caso, ¿dónde está el cadáver? No es probable que lo hayan hecho desaparecer sin dejar el menor rastro. Y además, ¿dónde está el motivo? Por lo que se ha podido comprobar, el capitán Harwell no tenía un solo enemigo en el mundo.

Hizo una pausa repentina como si le asaltase una duda. El señor Quin se inclinó hacia delante.

—¿Está usted pensando en el joven Stephen Grant?

—Así es —admitió el señor Satterthwaite—. Stephen Grant, si mal no recuerdo, era el caballerizo de Harwell y había sido despedido por una falta insignificante. La mañana del día de la vuelta del matrimonio, a hora muy temprana, se vio a Stephen Grant rondar por la vecindad de Ashley Grange sin que pudiese justificar su presencia en aquellos lugares. Fue detenido por la policía como presunto culpable de la desaparición del capitán Harwell. Nada se le pudo probar, sin embargo, y tuvieron que ponerlo al fin en libertad. Es verdad que podía suponerse que guardaría algún resentimiento contra el capitán Harwell por el despido fulminante, pero este motivo era muy poco importante. Supongo que la policía sólo quiso demostrar que tenía interés en el asunto. Así pues, vuelvo a repetirle que Harwell no tenía un solo enemigo en el mundo.

—Por lo menos que se supiera —observó el señor Quin reflexivamente.

El señor Satterthwaite asintió.

—A eso vamos precisamente. ¿Qué era, después de todo, lo que se sabía del capitán Harwell? Cuando la policía empezó a informarse sobre sus antecedentes se encontró ante una escasez casi absoluta de datos. ¿Quién era Richard Harwell? ¿De dónde venía? Había aparecido por decirlo así como llovido del cielo. Era un magnífico jinete y, al parecer, con una posición envidiable. Nadie en Kirtlington Mallet se había preocupado de hacer ulteriores averiguaciones. La señorita Le Couteau no tenía padres ni tutores que hubiesen podido tener interés en investigar los antecedentes de su prometido. Ella era dueña y señora de sí misma. La teoría de la policía sobre este punto fue expresada con entera claridad. ¡La eterna historia de la mujer rica y del cínico impostor!

»Pero tampoco esto es absolutamente cierto, pues si bien es cierto que la señorita Le Couteau carecía de padre y tutores, contaba con los servicios de una acreditada firma londinense de abogados que actuaba por ella. Las declaraciones de éstos hicieron aún más profundo el misterio. Eleanor Le Couteau había ordenado el traspaso a nombre de su prometido de una considerable suma, cosa que éste se negó a aceptar puesto que afirmó que disponía de suficientes bienes de fortuna. Se ha llegado a probar de modo concluyente que Harwell jamás dispuso de un solo céntimo del dinero de su esposa. La fortuna de ella estaba absolutamente intacta.

»No se trataba, pues, de un estafador vulgar. Pero ¿se trataría de un artista refinado en la materia? ¿Estaría urdiendo algún chantaje para el caso improbable de que la señorita Le Couteau decidiese casarse con otro? He de confesar que consideré esta teoría como la solución más probable… hasta esta noche.

El señor Quin repitió inclinado hacia delante:

—¿Esta noche?

—Sí. Esta noche dicha teoría no me satisface. ¿Cómo se las compuso para desaparecer de forma tan rápida y completa, y a unas horas de la mañana en que todos los jornaleros andaban de un lado para otro preparándose para las faenas? Y con la cabeza completamente descubierta, por añadidura.

—¿No hay ninguna duda sobre este último detalle, puesto que dicen que el jardinero lo vio?

—Así es. El jardinero, John Mathias. ¿Hay en ello algo de particular?

—Supongo que la policía no pasaría por alto a este personaje —comentó el señor Quin.

—Lo interrogaron repetidamente sin conseguir hacerle caer en ninguna contradicción. La esposa corroboró las declaraciones de su marido. Salió de la casa a las siete para ir a los invernaderos y volvió a las ocho menos veinte. Los sirvientes de la señorita Le Couteau aseguraron haber oído abrir y cerrarse la puerta de la finca a eso de las siete y cuarto. Esto fija la hora en que debió salir el capitán Harwell. ¡Ya! ¡Ya sé lo que está usted pensando en este momento!

—¿Ah, sí? —preguntó el señor Quin.

—Me lo figuro. Que medió tiempo suficiente para que Mathias hubiese podido asesinar a su señor. Pero ¿por qué motivo, pregunto yo? ¿Por qué? Y si así fue, ¿dónde escondió el cadáver?

En aquel momento llegó el hostelero con una gran bandeja en la mano.

—Siento haberles hecho esperar, caballeros.

Depositó en la mesa un enorme bistec y, a su lado, un desbordante plato de patatas fritas. El olorcillo de los manjares complació en grado sumo al señor Satterthwaite, que mostró su entusiasmo.

—Esto tiene un aspecto excelente —exclamó—. Muy bueno. Hemos estado hablando de la desaparición del capitán Harwell. ¿Qué se hizo del jardinero Mathias?

—Creo que se colocó en Essex. No tenía interés en quedarse aquí después de lo ocurrido. Había muchos que lo miraban con cierta prevención. Ya me comprenden ustedes. No es que yo crea que él tenga nada que ver con el asunto.

El señor Satterthwaite y el señor Quin se sirvieron sendos pedazos de carne. El propietario parecía dispuesto a seguir pegando la hebra, a lo cual el señor Satterthwaite no puso objeción alguna. Al contrario.

—¿Y qué clase de hombre era ese Mathias? —preguntó.

—Un hombre de unos cuarenta años que debió ser un Hércules en sus buenos tiempos, pero que estaba medio tullido a consecuencia del reuma. Muchas veces tuvo que guardar cama y abandonar el trabajo. Por mi parte, pienso que fue por pura bondad que la señorita Eleanor lo siguió teniendo a su lado. Era un buen jardinero y su mujer ayudaba también en los quehaceres de la casa. Es cocinera y siempre dispuesta a echar una mano en lo que se le pidiera.

—¿Qué clase de persona era ella? —volvió a preguntar el señor Satterthwaite con presteza.

La respuesta del posadero pareció decepcionarle.

—Una mujer corriente. También de mediana edad, un poco adusta en sus modales y sorda como una tapia. Yo apenas les conocía. Llevaban sólo un mes en la casa cuando ocurrió aquello. Se dijo que él había sido un gran jardinero en sus tiempos. La señorita Eleanor tenía buenos informes de ellos.

—¿Era la señorita Le Couteau muy aficionada a la jardinería? —preguntó el señor Quin en voz baja.

—No creo. Al menos no como algunas de las señoras que hay aquí por estos alrededores, que gastan un dineral en jardineros y se pasan el día arrodilladas en el suelo haciendo ver que hacen algo. ¡Tonterías, digo yo! La señorita Eleanor no venía por aquí sino los inviernos a pasar la temporada de caza. El resto del tiempo lo pasaba en Londres y en esos lugares de playa extranjeros donde se dice que las damiselas francesas no se mojan ni siquiera el dedo gordo del pie por temor a estropear sus trajes de baño. Por lo menos eso es lo que he oído decir.

El señor Satterthwaite sonrió.

—¿Se sabe si había alguna mujer mezclada con el capitán Harwell? —preguntó.

Aunque la primera teoría había sido ya rechazada, nuestro hombre seguía aferrado a ella.

William Jones meneó la cabeza.

—Nada de eso. Ni un rumor. Lo que yo he dicho siempre: misterio y nada más que misterio.

—¿Y cuál es su teoría? ¿Qué piensa usted de todo esto? —insistió el señor Satterthwaite.

—¿Lo que yo pienso?

—Sí.

—Pues no sé qué pensar. Mi idea es que fue asesinado, no me cabe la menor duda, pero por quién, no se lo podría decir. Y ahora voy a traerles el queso.

Abandonó la sala llevándose los platos vacíos. La tormenta que momentos antes parecía haberse calmado estalló de nuevo con redoblada furia. Un vivo resplandor seguido de un violento estampido hizo saltar al señor Satterthwaite de su asiento y, antes de que los últimos ecos del trueno se hubiesen perdido en la lejanía, apareció una muchacha llevando en sus manos el anunciado queso.

Era una joven alta, morena y con una tosca arrogancia que debía serle peculiar. Su parecido con el dueño de la hostería del Bufón no dejaba duda alguna de que era su hija.

—Buenas noches, Mary —dijo el señor Quin—. Mala noche.

Ella asintió.

—Odio estas noches de tormenta —murmuró.

—¿Le asustan los truenos quizá? —preguntó el señor Satterthwaite con afabilidad.

—¿Asustarme a mí los truenos? No. Hay pocas cosas que me asusten. Pero la tormenta trae todo ese hablar y hablar de una misma cosa, una y otra vez como cotorras. Empieza mi padre diciendo: «Esto me recuerda la noche en que el pobre capitán Harwell… etcétera… etcétera…».

Se volvió de pronto para encararse con el señor Quin.

—Ya se lo ha oído usted contar, ¿verdad? ¿Y quiere usted decirme qué sentido tiene? ¿Es que no podríamos olvidar las cosas pasadas?

—Las cosas pertenecen al pasado sólo cuando han sido resueltas —dijo el señor Quin.

—Pero ¿es que esto no está ya resuelto? Supongamos que el capitán hubiese decidido quitarse de en medio. Estos caballeros tan finos a veces hacen estas cosas.

—Entonces, ¿usted cree que desapareció por su propia voluntad?

—¿Y por qué no? Sería más lógico suponer eso que no que un infeliz como Stephen Grant pudiese haberlo asesinado. ¿Qué provecho podía sacar de matarlo? Me gustaría saberlo. Stephen bebió un día un poco más de la cuenta, le habló en forma poco respetuosa y fue despedido. ¿Y qué? Después encontró otro trabajo mejor si cabe. ¿Hay en todo esto motivo para asesinar a sangre fría?

—Pero la policía —interpuso el señor Satterthwaite— ¿no quedó plenamente convencida de su inocencia?

—¡La policía! ¡Qué importa la policía! Cuando el pobre Stephen entra por la noche en el bar, todos se quedan como si vieran entrar a un fantasma. En realidad, no creen en la culpabilidad de Stephen, pero tampoco parecen estar seguros de lo contrario y se limitan a mirarle de reojo y a evitar cuanto pueden su conversación. Bonita vida para un hombre: ver cómo todos se apartan de él como si fuera alguien diferente de los demás. ¿Por qué mi propio padre se opone a que nos casemos

Stephen y yo? «Puedes llevar tus cerdos a venderlos a un mercado mejor. No tengo nada contra Stephen, pero… bueno… nunca se sabe, ¿verdad?».

Se detuvo jadeante, sacudida por la violencia de su resentimiento.

—¡Es cruel, es muy cruel! —estalló con desesperación—. ¡A Stephen, que es incapaz de hacer daño a una mosca! Toda la vida habrá gente que pensará que lo hizo él. Esto le está volviendo hosco y amargado. ¿Y cómo no había de ser así? Y cuanto más se vuelve así, más cree la gente que algo ha tenido que ver en ello.

Se detuvo de nuevo con la mirada fija en la cara del señor Quin, como si hubiese en ella algo de particular.

—¿No podríamos hacer algo? —agregó con gran interés el señor Satterthwaite.

Se sentía auténticamente afectado. La cosa era, tal cual él la veía, inviable. La misma vaguedad e inconsistencia de las pruebas presentadas contra Stephen dificultaban la tarea de poder refutar la acusación.

La muchacha se volvió súbitamente hacia él.

—Sólo la verdad puede ayudarle —exclamó con decisión—. Si hubiese modo de encontrar al capitán Harwell… Si volviese a reaparecer un día… Si llegasen a saberse las verdaderas razones de su desaparición…

Cortó sus palabras algo que parecía un sollozo y abandonó apresuradamente la habitación.

—¡Una gran muchacha! ¡Un caso lamentable! —murmuró el señor Satterthwaite con pena—. Me gustaría… desearía con toda el alma poder hacer algo por ella.

Su corazón generoso se sentía mortificado.

—Estamos haciendo cuanto podemos —agregó el señor Quin—. Disponemos todavía de media hora antes de que esté arreglado su coche.

El señor Satterthwaite le miró con curiosidad.

—¿Cree usted que podemos llegar a la verdad hablando simplemente en la forma en que lo estamos haciendo?

—Usted tiene una gran experiencia de la vida —afirmó gravemente el señor Quin —. Más que la inmensa mayoría de los hombres.

—La vida ha pasado por mi lado —contestó el señor Satterthwaite con un acento impregnado de amargura.

—Pero eso ha agudizado su visión de las cosas. Usted ve donde otros nada consiguen ver.

—Es cierto —confirmó el señor Satterthwaite—. Soy un gran observador.

Se esponjó complacido. Su momento de amargura desapareció como por encanto.

—Yo lo veo así —empezó a decir pasados unos dos minutos—: para llegar a la causa de una cosa, es preciso estudiar el efecto.

—Muy bien —dijo el señor Quin en tono de aprobación.

—El efecto, en este caso, es que la señorita Le Couteau… quiero decir la señora Harwell, se encuentra con que no está hoy ni soltera ni casada. No es libre, y no puede volverse a casar. Y si analizamos detenidamente esta cuestión, vemos surgir la

siniestra figura de Richard Harwell, venido de ninguna parte, con un misterioso pasado.

—Estoy conforme —dijo el señor Quin—. Pero lo que usted acaba de decirme es lo que automáticamente salta a la vista. Lo que nadie puede dejar de ver: la figura sospechosa del capitán Harwell.

El señor Satterthwaite le miró con una expresión de duda. Las palabras parecían querer modificar ligeramente el cuadro que ante su vista se estaba presentando.

—Hemos estudiado el efecto —añadió—. O el resultado, como también pudiéramos llamarlo. Podemos ahora pasar…

El señor Quin le interrumpió.

—Aún no hemos tocado el resultado desde su punto de vista estrictamente material.

—Tiene usted razón —dijo el señor Satterthwaite, después de haber sopesado la insinuación unos instantes—. Hay que desmenuzarlo todo debidamente. Digamos, entonces, que el resultado de la tragedia fue que la señora Harwell es una esposa y no es una esposa, sin poderse casar de nuevo; que el señor Cyrus Bradburn ha podido llevar a cabo la compra de Ashley Grange y todo cuanto en ella había por… ¿no eran sesenta mil libras…?, y que alguien en Essex ha logrado contratar los servicios de Mathias como jardinero. Por todo esto no podemos llegar a la sospecha de que «alguien en Essex», o el propio señor Cyrus Bradburn, pudiesen haber maquinado la desaparición del capitán Harwell.

—Es usted sarcástico —comentó el señor Quin.

El señor Satterthwaite le dirigió una significativa mirada.

—Pero está usted conforme con lo que digo.

—Eso sí —dijo el señor Quin—, pero la idea sigue siendo absurda. ¿Qué sigue?

—Imaginemos por un momento que volvemos al día de autos. La desaparición digamos que ha tenido lugar esta misma mañana.

—No, no —interpuso sonriente el señor Quin—. Puesto que, por lo menos con la imaginación, podemos actuar sobre el tiempo, planteemos el asunto en forma contraria. Digamos que la desaparición del capitán Harwell tuvo lugar cien años atrás y que, nosotros en el año 2025, hacemos retroceder nuestros recuerdos.

—Es usted un hombre verdaderamente extraño —dijo con voz pausada el señor Satterthwaite—. Cree en el pasado más que en el presente. ¿Por qué?

—Usted empleó, no hace mucho, la palabra ambiente. No hay ambiente en el presente.

—Quizá tenga usted razón —contestó el señor Satterthwaite con aire pensativo—. Es verdad. El presente está demasiado próximo.

—Una palabra muy acertada —asintió el señor Quin.

El señor Satterthwaite hizo una ligera inclinación.

—Es usted muy amable —contestó.

—Tomemos como base no el presente año, puesto que sólo nos acarrearía dificultades, sino más bien el anterior. Siga usted ahora por mí ya que tiene usted el don de encontrar siempre la frase oportuna.

El señor Satterthwaite se quedó pensativo durante unos instantes. Quería ser digno de su reputación.

—Hace cien años era la edad de la pólvora y de las chapuzas —dijo—. ¿Podemos decir que en 1924 fue la época de los grandes enredos y de los ladrones de alto copete?

—Muy bien —aprobó el señor Quin—. Imagino que querrá usted decir nacionalmente hablando, no internacionalmente.

—En lo que se refiere a los enredos, debo confesar que no estoy muy seguro —contestó el señor Satterthwaite—; pero por lo que respecta a los grandes ladrones, el llamado Ladrón Gato obtuvo grandes ganancias en el continente. ¿No recuerda usted la serie de robos famosos en los castillos franceses? Es sabido que un hombre solo no hubiera podido acometer robos de tal envergadura. Se emplearon las tretas más inconcebibles para lograr acceso a los edificios. Hubo la teoría de que tenía que tratarse de un grupo de acróbatas, los Clondini. Una vez tuve ocasión de asistir a una de sus representaciones. Sencillamente magistrales. Eran una madre, un hijo y una hija. De pronto desaparecieron misteriosamente de los escenarios. Pero nos hemos apartado del tema que nos ocupa.

—No tanto como usted cree —añadió el señor Quin—. Sólo al otro lado del Canal.

—«Donde las damas francesas no osan mojarse el dedo gordo del pie», según la versión de nuestro distinguido mesonero —completó el señor Satterthwaite con una gran carcajada.

Se produjo una especie de pausa significativa.

—¿Por qué desaparecería el capitán? ¿Por qué? —rompió a hablar el señor Satterthwaite—. Es increíble. Fue algo casi como un truco de prestidigitación.

—Sí —corroboró el señor Quin—. Como un truco de magia. Creo que ésa es la palabra que con más exactitud describe el hecho. Nuevamente la cuestión del ambiente. ¿Y en qué estriba el mérito de un truco?

—En que la velocidad de la mano engañe a la vista —acotó locuazmente el señor Satterthwaite, irónico y sonriente.

—Precisamente. El objeto es engañar a la vista. A veces con la ligereza de la mano y, a veces… con otros medios. Hay muchas formas de hacerlo: disparando una pistola, agitando un pañuelo encarnado, algo que dé la sensación de ser importante sin serlo en realidad. La atención se desvía del objeto principal y es atraída por el acto espectacular, que nada significa en último término.

El señor Satterthwaite se inclinó hacia delante con los ojos brillantes.

—Hay algo en lo que acaba usted de decir.

Y prosiguió lentamente:

—El tiro de pistola. ¿Fue el disparo el que desvió la atención del truco de magia del que estamos hablando? ¿Cuál es el momento que llama más su atención?

El señor Satterthwaite respiró con fuerza y prosiguió:

—La desaparición, no cabe duda. Pero, si quitamos ésta, ¿qué nos queda? Nada.

—¿Nada? Supongamos que las cosas siguiesen su curso aún prescindiendo de ese gesto dramático.

—¿Se refiere a la señorita Le Couteau deseando vender Ashley Grange al señor Bradburn y esfumarse después sin motivo justificado alguno?

—Sí.

—¿Y por qué no? Tiene usted razón. Antes, la venta hubiese dado lugar a infinidad de comentarios. Hubiera habido gran interés por conocer la valía de las riquezas que la finca encerraba y… ¡espere!

Hubo un minuto de silencio. Un cúmulo de ideas parecían agolparse en su cerebro.

—Sí, sí —prosiguió—. La exagerada especulación acerca del capitán Harwell ha dado lugar a que la figura de ella quedase casi completamente ignorada. ¡La señorita Le Couteau! Todo el mundo preguntando: «¿Quién es el capitán Harwell?», «¿de dónde ha venido?». Y a nadie se le ha ocurrido, quizá por ser en este caso la parte perjudicada, hacer averiguación alguna acerca de ella. ¿Sería en realidad franco-canadiense como aseguraba? ¿Provendrían todos aquellos cuantiosos bienes de una legítima herencia? Creo que tenía usted razón al decir hace un momento que sólo el Canal nos separaba de nuestro verdadero objetivo. Esa supuesta herencia podría estar compuesta en su mayor parte por piezas robadas de los castillos franceses, algunas de ellas de mucho valor artístico y, por lo tanto, de difícil venta. Ella compra la casa probablemente por una bicoca. Se establece en ella y paga una fuerte suma para conseguir los servicios de una irreprochable señora inglesa que le haga las veces de dama de compañía. Entonces llega él. El plan general ha sido ya concebido de antemano. La boda, los quince días de luna de miel y luego la desaparición. ¿Qué más natural que una desconsolada esposa, con el corazón destrozado, quiera vender todo aquello que le recuerda la felicidad pasada? El americano es un *connaisseur*. Los objetos son genuinos y excelentes, algunos de ellos de valor incalculable. Hace una razonable oferta, que ella acepta sin vacilar. Luego, como corresponde a una pobre viuda desconsolada, abandona majestuosamente estos lugares. El gran *coup* se ha realizado. La vista del espectador ha sido engañada por la rapidez de la mano y por la espectacular naturaleza del truco.

El señor Satterthwaite se detuvo unos instantes con el rostro arrebolado por la satisfacción del triunfo.

—A no ser por usted, jamás hubiese conseguido discernir los hechos como hoy los veo —declaró con una repentina humildad—. Usted ejerce un curioso efecto sobre mí. A menudo dice uno cosas sin comprender su verdadero alcance, pero usted siempre tiene la habilidad de mostrar su verdadero significado. Pero hay algo que no

acierto todavía a comprender con claridad y es cómo pudo Harwell desaparecer con tanta facilidad cuando toda la policía de Inglaterra estaba buscándolo. Hubiera sido lo más sencillo haberse ocultado en la finca… —musitó—. Era fácil de arreglar.

—Efectivamente, también soy de la opinión de que no estaba lejos de la casa —dijo el señor Quin.

La significación de la mirada que acompañó a estas palabras no pasó inadvertida al señor Satterthwaite.

—¿La casita de Mathias? —exclamó—. Pero la policía no habrá dejado de registrarla.

—Y me imagino que más de una vez —se limitó a contestar el señor Quin.

—¿Mathias…? —se preguntó el señor Satterthwaite frunciendo el ceño.

—Y la señora Mathias —añadió el señor Quin.

El señor Satterthwaite le miró con los ojos muy abiertos.

—Si esta pandilla fuese en realidad la de los Clondini —comentó tentativamente —, tendrían que ser tres. Los dos jóvenes serían Harwell y Eleanor Le Couteau y la señora Mathias, la madre. Pero en ese caso…

—Mathias sufría un reumatismo agudo, ¿no es verdad? —insinuó inocentemente el señor Quin.

—¡Ah! ¡Ya lo tengo! —exclamó dándose cuenta el señor Satterthwaite—. Pero ¿es posible? Quizá sí lo es. Veamos. Mathias estuvo en la casa un mes. Durante ese tiempo, Harwell y Eleanor estuvieron quince días ausentes disfrutando de la luna de miel, y los quince que precedieron a éstos, supuestamente en la ciudad. Un hombre inteligente podría haber interpretado con facilidad los papeles de Harwell y Mathias. Cuando Harwell estaba en Kirtlington Mallet, Mathias quedaba recluido en la cama atacado de reumatismo, con la señora Mathias a su lado para mantener la farsa. El papel de esta última era imprescindible. Sin ella, alguien hubiese podido entrar en la casita y sospechar la verdad. Como usted dice, Harwell estaba escondido en casa de Mathias. Él era Mathias. Cuando el plan estuvo a punto, y Ashley Grange fue vendido, él y su mujer hicieron circular la noticia de que iban a instalarse en Essex. Desaparición de Mathias y su señora para siempre.

Se oyó una pequeña llamada en la puerta de la sala del café y, a continuación, entró Masters.

—El coche espera en la puerta, señor —dijo.

El señor Satterthwaite se levantó, cosa que asimismo hizo el señor Quin, y se dirigió a la ventana para descorrer las cortinas. Un plateado haz de rayos lunares penetró en la habitación.

—La tormenta ha pasado —dijo el señor Quin.

El señor Satterthwaite se calzó los guantes.

—La semana que viene ceno con el comisario jefe de policía y, como es natural, le pondré al corriente de mi nueva teoría —afirmó con decisión.

—Será fácil de comprobar —añadió el señor Quin—. Una comparación entre los objetos que hay en Ashley Grange y los que aparecen en la lista facilitada por la policía francesa…

—Exactamente —replicó el señor Satterthwaite—. Lo siento por el señor Bradburn, pero… ¡qué le vamos a hacer!

—Es rico y podrá afrontar la pérdida —añadió el señor Quin.

El señor Satterthwaite extendió la mano en señal de despedida.

—Adiós —dijo—. No tengo palabras con que expresar la satisfacción que me ha producido nuestro inesperado encuentro. Creo que me ha dicho usted que se va mañana.

—Quizá lo haga esta misma noche. Mi trabajo aquí ha terminado y yo soy de los que van y vienen.

El señor Satterthwaite recordó haber oído aquellas mismas palabras a primera hora de la tarde. ¿Sería una coincidencia?

Salió a reunirse con su vehículo y con Masters. Al pasar frente a la abierta puerta del bar, llegó a sus oídos la voz del dueño de la fonda que decía sonora y complaciente:

—Créame, es un misterio. Un oscuro misterio.

En realidad no utilizó «oscuro». La palabra que nuestro hostelero empleó tenía un color distinto. El señor William Jones era un hombre que sabía distinguir a la gente y escogía siempre el vocablo que más se ajustaba a las exigencias de la concurrencia. La de esta noche gustaba de los adjetivos gordos y, a ser posible, bien sazonados.

El señor Satterthwaite se recostó cómodamente en el asiento trasero de su lujosa limusina. Su pecho rebosaba de satisfacción por el triunfo. Vio a la joven Mary salir a la puerta y detenerse en el umbral.

—Qué ajena está la muchacha —musitó el señor Satterthwaite para sí— de lo que no tardaré en hacer por ella.

El cartel de la hostería del Bufón seguía chirriando al ser mecido suavemente por el viento.

Una señal en el cielo

(The Sign in the Sky).

El juez estaba terminando de hacer sus recomendaciones al jurado.

—Ahora, caballeros, he terminado mi exposición. Deben considerar si este caso se presenta claramente contra este hombre y les permite afirmar que es culpable del asesinato de Vivien Barnaby. Han oído ustedes el testimonio de los criados en cuanto al momento en que se efectuó el disparo. Todos ellos han estado de acuerdo. Han visto ustedes la carta escrita al procesado por la propia Vivien Barnaby en la mañana del día de autos, viernes trece de septiembre, una carta que la propia defensa no ha juzgado oportuno negar. Han oído ustedes cómo el acusado intentó primero negar haber estado en Deering Hill y que, más tarde y ante las abrumadoras pruebas presentadas por la policía, hubo de admitirlo. A ustedes corresponde establecer las conclusiones que puedan derivarse de esta negativa. Éste no es un caso de evidencia directa y son ustedes, por lo tanto, quienes han de sacar sus conclusiones sobre los motivos, los medios y la oportunidad que concurrieron en el crimen. La réplica de la defensa afirma que una persona desconocida entró en el salón de música, después de haber sido abandonado por el acusado, y disparó sobre Vivien Barnaby con el arma que, por un descuido incomprensible, el acusado había dejado olvidada tras de sí. Han oído ustedes también la versión del procesado sobre los motivos que le hicieron tardar media hora en llegar hasta su casa. Si ustedes no dan crédito a las alegaciones del procesado y están convencidos, fuera de toda duda razonable, de que fue el acusado quien en el día de autos, viernes trece de septiembre, disparó casi a quemarropa a la cabeza de Vivien Barnaby con el decidido intento de matar, entonces, caballeros, su veredicto debe ser el de culpabilidad. Si por otra parte, les quedase todavía cualquier duda razonable, su deber es formular el veredicto de no culpabilidad. Ahora, señores, les suplico se retiren a deliberar y me informen tan pronto como hayan llegado a una conclusión.

El jurado estuvo ausente durante algo menos de media hora. El veredicto que proclamaron fue el que todo el mundo parecía haber anticipado: el veredicto de «culpable».

El señor Satterthwaite abandonó la sala después de oírlo con una cara que mostraba el entrecejo fruncido por sus pensamientos.

Una vista por asesinato no era un asunto que le atrajera. Su temperamento excesivamente delicado no encontraba interés alguno en los sórdidos detalles de un crimen vulgar. Pero el caso Wylde era diferente. El joven Martin Wylde era lo que podría llamarse un caballero en toda la acepción de la palabra, y la víctima, la joven esposa de *sir* George Barnaby, una de sus amistades.

Repasaba en su memoria cuanto acababa de oír mientras caminaba hacia Holborn, torciendo después para introducirse en unas tortuosas callejuelas que conducían al

Soho. En una de ellas había un pequeño restaurante, conocido por pocos, entre los que se encontraba el señor Satterthwaite. No era ninguno de esos restaurantes baratos. Al contrario, si de algo pecaba, era de ser extremadamente caro, puesto que en él sólo se confeccionaban platos reservados al paladar de un privilegiado *gourmet*. Era tranquilo y no se permitía que las estridencias de las bandas de *jazz* turbasen la placidez del ambiente. Era un lugar más bien oscuro, con camareros silenciosos que aparecían provistos de relucientes bandejas de plata con el aire de estar participando en algún rito sagrado. El restaurante se llamaba Arlecchino.

Aún enfrascado en sus pensamientos, el señor Satterthwaite entró en el restaurante y se dirigió a su mesa favorita, situada en un recatado rincón. Debido a la media luz que reinaba en la sala, no fue sino al llegar junto a ella cuando se percató de que estaba ya ocupada por un hombre alto cuya cara, al parecer morena, permanecía oculta en la penumbra. La luz, que se filtraba a través de un coloreado ventanal, daba a su ropaje un aspecto polícromo y original.

El señor Satterthwaite estaba dispuesto a retirarse, cuando un movimiento del extraño personaje dejó ver una cara que reconoció.

—¡Dios bendiga mi alma! —exclamó éste, que sentía debilidad por las frases anticuadas—. ¡Pero si es el señor Quin!

Ya se lo había encontrado tres veces y siempre el resultado del encuentro se había salido de lo corriente. Un extraño personaje este señor Quin, que poseía la cualidad de hacer ver a uno las cosas bajo una luz totalmente distinta de la habitual.

Al instante el señor Satterthwaite se sintió presa de una viva y agradable excitación. Su papel en la vida acostumbraba a ser siempre el de mero espectador y lo sabía. Pero, a veces, en compañía del señor Quin, experimentaba la ilusión de convertirse en actor. Y no pocas veces en actor principal.

—Es una agradable sorpresa —dijo iluminando su reseca y diminuta cara con una beatífica sonrisa—. ¿Tiene algún inconveniente en que le haga compañía?

—Nada podría complacerme más —contestó el señor Quin—. Como usted ve, todavía no he empezado a comer.

Un respetuoso maitre surgió de las sombras y se acercó a la mesa. El señor Satterthwaite, como un hombre de paladar delicado, concentró su atención en la tarea de escoger los manjares. Unos minutos después, el maitre se retiró con una leve sonrisa de aprobación en los labios y uno de los camareros se encargó de servir lo pedido. El señor Satterthwaite se dirigió al señor Quin.

—Acabo de salir del Old Bailey —empezó—. Mal asunto.

—¿Le declararon culpable?

—Sí. El jurado tardó sólo media hora en llegar a esa conclusión.

El señor Quin inclinó la cabeza.

—Resultado inevitable, si se tienen en cuenta las pruebas —comentó.

—Y sin embargo… —empezó a decir el señor Satterthwaite, pero se detuvo.

El señor Quin se encargó de completar su pensamiento.

—Y sin embargo, sus simpatías están con el acusado. ¿No era eso lo que iba usted a decir?

—Supongo que sí. Martin Wylde es un excelente muchacho del que nadie puede creer algo así. ¡Pero, de todos modos, son tantos los excelentes muchachos que han resultado ser últimamente unos asesinos de un tipo particularmente repelente y de sangre fría!

—Demasiados —corroboró el señor Quin en tono bajo.

—¿Cómo decía usted? —exclamó el señor Satterthwaite con cierto sobresalto.

—Demasiados para Martin Wylde. Desde el principio ha habido la tendencia a considerar este caso como uno de tantos crímenes del mismo tipo, de ésos en los que un hombre busca el modo de desembarazarse de una mujer para poder casarse con otra.

—Bien… —balbuceó vacilante el señor Satterthwaite—. Las pruebas…

—Perdone —interrumpió rápidamente el señor Quin—. Me temo que no he seguido con el suficiente detalle el proceso.

Volvió a resurgir la confianza que en sí mismo tenía el señor Satterthwaite. Sintió una repentina sensación de poder. Tentado estuvo de mostrarse conscientemente dramático.

—Permítame que le ponga al corriente. Conozco a los Barnaby y las peculiares circunstancias que han concurrido. Conmigo podrá usted penetrar de lleno en la escena. La verá desde dentro.

El señor Quin se inclinó hacia delante con una alentadora sonrisa.

—Si hay un hombre capaz de hacer lo que me acaba de asegurar, no puede ser otro que el señor Satterthwaite —murmuró.

El señor Satterthwaite asió la mesa con ambas manos. La lisonja le animó a superarse. En aquel momento, se sentía pura y simplemente un artista. Un artista cuyo único medio de expresión fuese la palabra.

Rápidamente, con una docena escasa de vigorosas pinceladas, describió el cuadro de la vida en Deering Hill. *Sir* George Barnaby, un hombre entrado en años, obeso y orgulloso de su riqueza y posición social, perpetuamente preocupado por las menores nimiedades de la vida. Un hombre que daba cuerda a sus relojes todos los viernes por la tarde, que pagaba personalmente a sus empleados todos los martes por la mañana y que cada noche comprobaba que los cerrojos de la puerta de entrada estuviesen debidamente corridos. Un hombre cuidadoso.

De *sir* George pasó a *lady* Barnaby. Aquí su descripción fue más comedida, pero no por eso menos precisa. Sólo la había visto una vez, pero la impresión que de ella tuvo fue imborrable. Una muchacha provocativa y lastimosamente joven. Una muchacha atrapada, así fue como la describió.

—Como comprenderá, ella le odiaba. Se casó con él sin darse ni siquiera cuenta de lo que hacía. Y luego…

La muchacha estaba desesperada, ésas fueron sus palabras. Vagando de aquí para allá. Sin dinero propio dependía enteramente de su viejo marido. Era una criatura acorralada, ignorante de sus propias fuerzas y con una belleza que, más que realidad, era todavía una promesa. Y estaba ansiosa. La definición del señor Satterthwaite sobre este punto era terminante. Su provocación era sólo un ansioso afán de querer disfrutar de la vida.

—Nunca conocí a Martin Wylde —continuó el señor Satterthwaite—, pero he oído hablar mucho de él. Vivía a cosa de una milla de distancia de la casa ocupada por los Barnaby. Se dedicaba a la agricultura, cosa por la que ella pareció cobrar también cierto interés, o así al menos lo hizo ver. Si me pregunta mi opinión, le contestaría que más bien lo hacía ver. Creo que vio en él su única vía de escape y se asió a ella con la tenacidad de un náufrago. El final de todo aquello era fácil de prever como después se supo por el contenido de las cartas leídas durante la vista. Él las conservó, cosa que ella no hizo, y por el texto de las de ella, se desprendía que empezaba a enfriarse un tanto. Así lo admitió además. Había, por lo visto, otra mujer que también vivía en Deering Vale y era hija de un médico de la localidad. Quizá la haya visto usted en la sala. Pero ¿qué digo? Ahora me acuerdo que ha dicho que no estaba usted presente. Se la describiré. Es rubia, muy rubia. Dulce. Quizá un tanto bobalicona. Pero muy reposada. Y leal. En especial esto último: leal.

Se detuvo mirando al señor Quin en espera de un estímulo para proseguir y éste le obsequió con una sonrisa apreciativa, por lo que el señor Satterthwaite continuó:

—Usted habrá leído su última carta. Apareció, según tengo entendido, en la prensa diaria. Escrita precisamente en la mañana del viernes, día trece de septiembre. Estaba llena de desesperados reproches y veladas amenazas, y terminaba rogando a Martin Wylde que no dejara de ir a Deering Hill aquel mismo día, a las seis en punto de la tarde: «Dejaré la puerta lateral abierta para que nadie pueda enterarse de que has estado aquí. Estaré en la sala de música». La envió a mano.

El señor Satterthwaite se detuvo por unos instantes.

—Usted recordará que, al ser arrestado, Martin Wylde negó haber ido a la casa el día de autos. Su declaración fue que había cogido la escopeta y se había ido a disparar unos cuantos tiros al bosque. Pero cuando la policía presentó sus pruebas, pudo comprobarse la inconsistencia de sus manifestaciones. Habían encontrado sus huellas dactilares, como usted recuerda, no sólo en la madera de la puerta lateral, sino también en uno de los dos vasos de cóctel que estaban en la mesa de la sala de música. Confesó al fin haber ido a ver a *lady* Barnaby y haber tenido con ella un violento altercado, pero que había conseguido apaciguarla antes de salir. Juró haber dejado fuera su escopeta de caza apoyada contra el muro que hay junto a la puerta y que *lady* Barnaby estaba viva y sana cuando él se despidió uno o dos minutos después de dar las seis y cuarto en el reloj de la sala. Afirmó haberse dirigido después a su casa, pero se aportaron testimonios de que no llegó a ella sino a las siete menos

cuarto y, como he dicho ya, está a menos de una milla de distancia. Declaró haberse olvidado completamente de la escopeta, cosa un tanto inverosímil, pero que…

—Siga —insistió el señor Quin.

—… pero que cabe dentro de lo posible —agregó lentamente el señor Satterthwaite—. El fiscal ridiculizó la suposición, pero para mí que estaba en un error. He conocido a muchos jóvenes, especialmente entre los del tipo moreno y nervioso como el de Martin Wylde, que se descomponen con facilidad ante escenas de corte emocional. Las mujeres, por el contrario, soportan fácilmente escenas como ésta y, de ordinario, se sienten mejor después de haber dado rienda suelta a sus arrebatos. Les sirven de válvulas de seguridad que calman sus nervios y regulan su presión interior. Me parece estar viendo al pobre Martin Wylde salir de la casa con la cabeza hecha un torbellino, medio enfermo y desesperado, sin acordarse de la escopeta que había dejado apoyada junto a la puerta.

Permaneció silencioso durante unos instantes y luego prosiguió:

—No es que sea muy importante, porque lo que sigue es ya, desgraciadamente, de una claridad meridiana. Fue exactamente a las seis y veinte cuando sonó el disparo. Todos los criados lo oyeron, el cocinero, su ayudante, el mayordomo, el ama de llaves y la propia doncella de *lady* Barnaby. Acudieron precipitadamente a la sala de música. Encontraron el cuerpo de su señora desplomado sobre el brazo de uno de los sillones. El arma había sido descargada, casi pegada a la nuca, a fin de evitar que pudiesen desparramarse los perdigones. Dos de ellos, por lo menos, penetraron en el cerebro.

Se detuvo de nuevo, momento que aprovechó el señor Quin para hacer una pregunta fortuita.

—¿Supongo que todos los criados habrán prestado declaración?

El señor Satterthwaite asintió.

—Sí. El mayordomo llegó al salón sólo uno o dos segundos antes que los demás, pero su testimonio fue prácticamente una repetición del de los demás.

—Así pues, todos prestaron declaración —insistió intencionadamente el señor Quin—. ¿No hubo ninguna excepción?

—Ahora que recuerdo —dijo el señor Satterthwaite— el ama de llaves declaró solamente en la encuesta preliminar. Después se marchó a Canadá, según creo.

—¡Ah! —se limitó a exclamar el señor Quin.

Siguió un corto silencio. Una sensación de duda y malestar pareció flotar en el tranquilo restaurante. El señor Satterthwaite tuvo la curiosa sensación de hallarse a la defensiva.

—¿Por qué no habría de marcharse? —sugirió abruptamente.

—¿Y por qué lo haría? —contestó el señor Quin, acompañando sus palabras con un ligero encogimiento de hombros.

De algún modo, la pregunta fastidiaba al señor Satterthwaite, que hacía esfuerzos por pisar un terreno más familiar.

—No parecía haber grandes dudas sobre la identidad de la persona que hizo el disparo. Los criados, sin embargo, dieron todos muestras de haber perdido la cabeza en aquella ocasión. Nadie se decidía a tomar la iniciativa y pasaron varios minutos antes de que a alguien se le ocurriera dar cuenta del hecho a la policía. Al intentar hacerlo, se encontraron con que la línea estaba cortada.

—¡Caramba! —exclamó el señor Quin—. De modo que la línea estaba cortada.

—Lo estaba —contestó el señor Satterthwaite, que de pronto se sintió asaltado por la idea de que algo de gran importancia acababa de escapársele de los labios—. Como es natural pudo haber sido deliberado, pero no se ve cuál podría ser la finalidad. La muerte sobrevino casi instantáneamente.

Nada objetó a ello el señor Quin, cosa que el señor Satterthwaite interpretó en el sentido de que su respuesta no había sido del todo satisfactoria.

—No había nadie en absoluto de quien sospechar a excepción del joven Wylde —prosiguió—. Aun basándose en la propia declaración de éste, sólo tres minutos habían transcurrido entre su partida y la detonación. ¿Qué otro pudo haber disparado? *Sir* George estaba jugando al *bridge* en una casa vecina. Salió de ella a las seis y media en punto y se encontró en la puerta de la verja con un criado que venía a comunicarle la fatal noticia. El último *rubber* terminó exactamente a las seis y media, no hay duda alguna acerca de ello. Tenemos además a Henry Thompson, secretario de *sir* George, pero aquel día estaba en Londres y precisamente asistía a una reunión de negocios en el momento en que se cometió el crimen. Y tenemos finalmente a Sylvia Dale, quien, después de todo, podía tener un buen motivo, pero que parecía imposible que tuviera nada que ver con un crimen semejante. Se encontraba en la estación de Deering Vale despidiendo a una amiga que salía en el tren de las seis y veintiocho. Eso la deja libre de toda sospecha. ¿Los criados? ¿Qué motivo podía tener cualquiera de ellos? Por otra parte, todos aparecieron casi simultáneamente en el lugar del suceso. No, tuvo que ser Martin Wylde.

Dijo esto último con una nota de insatisfacción en la voz.

Empezaron a almorzar. El señor Quin no parecía sentirse muy comunicativo, y el señor Satterthwaite, por su parte, había dicho todo lo que tenía que decir. Pero el silencio estaba cargado con la creciente insatisfacción de Satterthwaite, que la aquiescencia de su compañero había, de algún modo, aumentado.

Soltó de pronto tenedor y cuchillo que sonaron contra la mesa.

—Supongamos que ese joven es, en realidad, inocente. Le van a colgar.

A pesar de su evidente angustia, el señor Quin seguía sin decir nada.

—¿No es cierto que es como si se…? —empezó a decir el señor Satterthwaite, pero se contuvo y terminó a continuación con otra pregunta incongruente—: ¿Y por qué no habría de irse esa mujer a Canadá?

El señor Quin meneó lentamente la cabeza.

—Ni siquiera sé a qué parte de Canadá ha ido —prosiguió el señor Satterthwaite con tono agrio.

—¿No podría usted averiguarlo? —sugirió el otro.

—Supongo que sí. El mayordomo lo sabrá. O posiblemente Thompson, el secretario. Yo creo que ellos lo sabrán.

Volvió a detenerse. Al reanudar la conversación, su voz tenía un inconfundible acento de súplica.

—¿No le parece como si todo esto estuviera relacionado conmigo de algún modo?

—¿Que un hombre vaya a ser ahorcado en el plazo de dos o tres semanas?

—Si lo plantea usted de ese modo, le diré también que sí. Ya comprendo lo que quiere usted decir. Que es cuestión de vida o muerte. Y esa pobre muchacha. No es que yo tenga el corazón de piedra, pero… ¿qué es lo que se conseguiría al fin y al cabo? ¿No le parece todo esto algo fantástico? Aunque yo llegara a averiguar el paradero exacto de esa mujer en Canadá, me temo que yo mismo tendría que hacer el viaje.

El señor Satterthwaite se sentía seriamente trastornado.

—Yo pensaba ir a la Riviera la semana próxima… —exclamó patéticamente.

La mirada que dirigió al señor Quin parecía querer decir «¡Conmigo no cuente!».

—¿No ha estado nunca en Canadá?

—Nunca.

—Es un país muy interesante.

El señor Satterthwaite le miró indeciso.

—¿Cree usted sinceramente que debería ir?

El señor Quin se dejó caer contra el respaldo de la silla; encendió un cigarrillo y, envuelto entre azuladas espirales de humo, dijo:

—Usted es, según creo, lo que pudiéramos llamar un hombre rico, señor Satterthwaite. No un millonario, pero sí un hombre que puede permitirse un capricho sin reparar en gastos. Usted ha desempeñado siempre el papel de mero espectador en los dramas que aquejan a la humanidad. ¿No se le ha ocurrido nunca saltar a escena y tomar parte? ¿No se ha sentido usted por un instante árbitro absoluto de los destinos de los demás, con la vida o la muerte pendiente de sus manos?

El señor Satterthwaite se inclinó hacia delante nuevamente presa de la emoción.

—¿Quiere usted decir que si yo me decidiese a ir a Canadá para realizar esa absurda cacería…?

El señor Quin sonrió.

—La idea de ir a Canadá ha sido suya y no mía —dijo en tono ligero.

—Pero usted no puede dejarme de esta forma en la estacada —añadió el señor Satterthwaite con vehemencia—. Cada vez que se ha cruzado usted en mi camino…

—Siga.

—Hay algo en usted que no comprendo y que quizá jamás logre comprender. La última vez que nos encontramos…

—La víspera de San Juan, si no me equivoco.

El señor Satterthwaite se sintió sobrecogido, como si estas palabras encerrasen una clave que de momento se sintiese incapaz de descifrar.

—¿Fue la víspera de San Juan? —preguntó confundido.

—Sí. Pero no nos detengamos en ese detalle sin importancia.

—Si usted lo cree así… —admitió el señor Satterthwaite, con deferencia, pero seguro de que algo importante se encerraba en aquéllas al parecer insignificantes palabras—. Cuando vuelva de Canadá —prosiguió arrastrando torpemente las palabras—, me gustaría verle de nuevo.

—Lamento no poder darle una dirección fija en estos momentos —contestó pesaroso el señor Quin—. Pero vengo a menudo a este sitio. Si usted también lo frecuenta, no cabe duda de que no tardaremos en encontrarnos aquí.

Se separaron cordialmente.

El señor Satterthwaite sintió una viva agitación. Se fue directamente a la agencia Cook y allí se informó de la salida de los barcos. Después telefoneó a Deering Hill. La voz del mayordomo, suave y deferente, contestó a su llamada.

—Me llamo Satterthwaite y hablo en nombre de… eh… una oficina de abogados. Quisiera que me diera algunas referencias con respecto a una joven que servía recientemente en esa casa.

—¿Se refiere usted a Louisa, señor? ¿A Louisa Bullard?

—Esa misma —respondió el señor Satterthwaite, complacido de que le hubiera facilitado el nombre de la interesada.

—Siento decirle que ya no está en el país, señor. Salió hace seis meses para Canadá.

—¿Puede usted darme su dirección actual?

El mayordomo temía que sus informaciones no fuesen altamente satisfactorias. Sólo recordaba que el lugar era un pueblo enclavado en las montañas con un nombre escocés. ¡Ah, sí! Banff. Así se llamaba. Algunas de las jóvenes sirvientas esperaban tener noticias, pero no había escrito ni dado su dirección a nadie.

El señor Satterthwaite le dio las gracias y colgó de nuevo el auricular. Estaba decidido. Su espíritu aventurero bullía con fuerza en su pecho. Iría a Banff. Si esa Louisa Bullard estaba aún allí, no tardaría en encontrarla.

Con gran sorpresa suya, disfrutó enormemente de la travesía. Hacía muchos años que no hacía ningún largo viaje por mar. Sus lugares favoritos eran siempre la Riviera, Le Touquet, Deauville y Escocia. La idea de haberse lanzado a una empresa poco menos que imposible añadía un secreto incentivo a su misión. Qué necio, pensarían muchos de sus conocidos si llegasen a sospechar los verdaderos motivos de su desinteresada pesquisa. Pero ellos no conocían al señor Quin.

En Banff, consiguió fácilmente su objetivo. Louisa Bullard estaba empleada en el gran hotel de la villa. Doce horas después de su llegada, tuvo el placer de entrevistarse con ella.

Era una mujer de unos treinta y cinco años, de aspecto anémico, pero provista de fuerte complexión. Su pelo era de un color castaño claro, algo rizado, y sus ojos pardos y de franca expresión. Su aspecto, pensó, respiraba simpleza, pero también honradez.

Pareció acoger sin reservas la idea del señor Satterthwaite de recopilar ciertos datos sobre la tragedia ocurrida en Deering Hill.

—Leí en los periódicos que habían condenado a muerte al señor Martin Wylde. En mi opinión, es una verdadera pena.

No parecía, sin embargo, tener duda alguna sobre su culpabilidad.

—Uno de tantos buenos muchachos que se descarrían. No me gusta hablar mal de los muertos, pero estoy segura de que fue *lady* Barnaby la que tuvo la culpa de todo. No le dejaba en paz ni un momento. Bien, los dos han recibido su castigo. Me acuerdo de una frase que solía ver de niña en algunos cuadros que colgaban de las paredes y que decía: «A Dios no se le puede engañar». Era una gran verdad. Yo sabía que algo terrible iba a ocurrir aquella tarde… y ocurrió.

—A ver, a ver. Explíquese —preguntó el señor Satterthwaite.

—Estaba en mi cuarto cambiándome de ropa cuando se me ocurrió mirar afuera por la ventana. Pasaba un tren en aquel momento y el humo blanco que salía de la chimenea se elevó en el aire y, aunque usted no me crea, formó en el aire la figura de una mano gigantesca. Una enorme mano blanca sobre el rosado fondo del cielo. Los dedos estaban contraídos como en ademán de querer coger alguna cosa. No sé por qué, me dio un vuelco el corazón. ¿No sabes, me pregunté a mí misma, que esto es señal de que algo malo va a ocurrir? Acababa de preguntármelo cuando antes de un minuto oí el disparo. Ya ha ocurrido, me dije, y salí disparada escaleras abajo para unirme a Carrie y a los demás que estaban en el vestíbulo, y juntos entramos en la sala de música, y allí estaba, muerta y bañada en sangre. ¡Aquello era horrible! No pude hacer otra cosa y le conté a *sir* George lo de la señal que yo había visto en el cielo, pero éste no pareció prestar atención a mi relato. Le digo que fue un día fatal. Lo notaba en mis huesos desde aquella mañana. ¡Viernes y trece! ¿Qué otra cosa podía esperarse?

Continuó con una sarta de divagaciones que el señor Satterthwaite escuchó con paciencia de santo. Una y otra vez trató de llevarla al tema del crimen con un afán de obtener algo que arrojara luz sobre el asunto, pero su intento resultó vano. Louisa Bullard había dicho cuanto sabía y al fin tuvo que reconocer con tristeza su fracaso.

Había descubierto, sin embargo, un detalle que merecía ser considerado de suma importancia. El puesto de trabajo se lo había facilitado el señor Thompson, el secretario de *sir* George. Asimismo, el sueldo era tan exorbitante que Louisa aceptó como es lógico, aun cuando una de las cláusulas del contrato era la de abandonar Inglaterra sin perder un solo instante. Un tal Denman era quien se había encargado en Canadá de llevar a cabo todos los trámites necesarios y quien le aconsejó que no

volviese a escribir a sus excompañeros de servicio «porque esto podría acarrearle serios disgustos con la oficina de inmigración», cosa que ella aceptó sin recelos.

La cantidad a que ascendía el sueldo, mencionada casualmente durante el curso de la conversación, era tan elevada que no dejó de sorprender al señor Satterthwaite, quien después de algunas vacilaciones decidió entrevistarse personalmente con el señor Denman.

No le costó gran trabajo inducir a éste a que le contara cuanto supiese sobre el particular. En uno de sus frecuentes viajes a Londres éste se encontró a Thompson, quien en cierta ocasión le había hecho un señaladísimo favor. El secretario le había escrito una carta en el mes de septiembre diciéndole que, por razones personales de *sir* George, éste estaba ansioso, de un modo u otro, de que la muchacha saliese de Inglaterra. ¿Podría encontrarle una ocupación? Una fuerte suma acompañaba la carta para elevar su salario hasta una buena cifra.

—Las complicaciones usuales, me imagino —dijo el señor Denman, recostándose indolentemente en el respaldo del sillón—. Parece, no obstante, una buena muchacha.

El señor Satterthwaite no parecía compartir la idea de que se tratara de una complicación «usual». Estaba seguro de que Louisa Bullard no encajaba en el marco de los supuestos devaneos de *sir* George Barnaby. Debió haber otra razón para considerar tan imperiosa la necesidad de que Louisa Bullard saliese tan precipitadamente de Inglaterra. Pero ¿cuál? ¿Quién estaba detrás del asunto? ¿Era acaso *sir* George el que actuaba por mediación de Thompson? ¿O era Thompson por propia iniciativa, pero que utilizaba el nombre de su jefe?

Todavía cavilando en estas cuestiones, el señor Satterthwaite emprendió su viaje de regreso. Estaba mustio y abatido. Sus pesquisas habían sido infructuosas.

Abrumado por el fracaso, al día siguiente de su llegada dirigió sus pasos hacia el Arlecchino. Apenas se atrevía a albergar esperanzas de tener éxito la primera vez, pero, ante su satisfacción, la familiar figura estaba sentada a su mesa. El rostro moreno del señor Quin se distendió en una sonrisa de bienvenida.

—¡Vaya! —empezó a decir el señor Satterthwaite sirviéndose una porción de mantequilla—. Me envió a una bien absurda cacería.

El señor Quin arqueó las cejas.

—¿Que yo le envié? —objetó—. Permítame que le diga que la idea fue enteramente suya.

—Fuera de quien fuese, no ha tenido éxito: Louisa Bullard no tenía nada que contar.

Y a continuación, el señor Satterthwaite expuso un sucinto relato de todos los detalles de la conversación habida con la muchacha, así como de la sostenida con el señor Denman. El señor Quin escuchaba en silencio.

—De todos modos, estaba justificado el viaje —prosiguió el señor Satterthwaite —. Louisa Bullard fue quitada de en medio premeditadamente. ¿Por qué? No acierto a verlo.

—¿No? —se limitó a contestar el señor Quin, imprimiendo un acento de provocación a sus palabras.

El señor Satterthwaite se sonrojó ligeramente.

—Quizá crea usted que me faltó habilidad en el interrogatorio, pero puedo asegurarle que le obligué a repetir su historia una y otra vez. No fue culpa mía que no pudiera obtener el resultado que deseábamos.

—¿Está usted seguro —preguntó el señor Quin con intención— de que no lo ha conseguido?

El señor Satterthwaite levantó la vista sorprendido y se encontró con la mirada escrutadora y burlona que le era tan familiar.

El hombrecillo sacudió la cabeza en pleno desconcierto.

Siguió un silencio, pasado el cual volvió a hablar el señor Quin con un tono ya completamente distinto.

—El otro día me hizo usted una descripción maravillosa de todos los personajes que, de un modo u otro, han intervenido en este caso. Con pocas palabras, consiguió usted darles un maravilloso realce. Ahora quisiera que me describiese usted también el lugar de la acción. Lo dejó un poco en la sombra.

El señor Satterthwaite se sintió halagado.

—¿El lugar…? ¿Deering Hill…? Es uno de tantos edificios actuales de ladrillo con amplios ventanales. Bastante feo visto desde fuera, pero muy confortable en su interior. No muy grande. Unos dos acres de terreno, como casi todas las casas que le rodean. Construida indiscutiblemente para la gente acomodada. La disposición de sus habitaciones recuerda la de un hotel. Se parecen a las *suites*. Baños y lavabos, con agua caliente y fría en todos los dormitorios, y profusión de artísticas lámparas eléctricas doradas por todas partes. Muy confortable, pero nada campestre. Tenga en cuenta que Deering Hill está sólo a unas diecinueve millas de Londres.

El señor Quin escuchaba con gran atención.

—Según he oído, el servicio de trenes es bastante deficiente —observó.

—No sé nada al respecto —contestó el señor Satterthwaite, animado con el tema —. Pasé unos días allí el último verano. Es muy cómodo para ir a la ciudad, aun cuando los trenes sólo salen cada hora y cuarenta y ocho minutos de la estación de Waterloo, hasta el último, que es a las diez y cuarenta y ocho.

—¿Cuánto tardan en llegar a Deering Hill?

—Exactamente unos tres cuartos de hora. O sea, que pasan siempre por Deering Hill cada hora y veintiocho minutos.

—¡Qué tonto soy! —exclamó el señor Quin con acento de fastidio—. Debía haberlo recordado. La señorita Dale se despidió de una amiga precisamente a las seis y veintiocho de aquella tarde, ¿no es así?

El señor Satterthwaite tardó uno o dos minutos en contestar. Sus pensamientos se concentraron de nuevo en el problema que había quedado sin resolver.

—Quisiera que me explicase qué es lo que quiso usted decirme hace un momento cuando me preguntó si estaba seguro de no haber logrado mi objetivo.

Planteada así la cuestión, parecía un tanto complicada, pero el señor Quin contestó sin vacilar.

—Me refería a que quizá fuese usted demasiado exigente. Al fin y al cabo, acaba usted de confesarme que Louisa Bullard fue deliberadamente sacada del país. Para hacerlo, tuvo que haber alguna razón muy poderosa. Pues esa razón debe encontrarse, sin duda, en lo que le dijo a usted.

—Pero ¿qué es lo que me dijo? —preguntó el señor Satterthwaite tratando de argumentar—. ¿Qué hubiese podido decir de haberse visto legalmente obligada a declarar en la vista?

—Lo que ella vio —contestó el señor Quin.

—¿Y qué es lo que vio?

—Una señal en el cielo.

El señor Satterthwaite le miró fijamente.

—¿Se refiere usted a esa majadería? ¿A esa superstición de creer que pudo haber sido obra de la mano de Dios?

—Quizá. Según nuestros conocimientos, pudo muy bien haber sido la mano del Todopoderoso.

Su interlocutor había quedado completamente desconcertado ante la seriedad de su entonación.

—¡Tonterías! —dijo—. Ella misma confesó que se trataba del humo del tren.

—¿De un tren que se iba o que venía? —murmuró el señor Quin.

—Difícilmente podría tratarse de un tren que iba. Éstos pasan cada hora menos diez minutos. Debió de ser uno que venía. El de las seis y veintiocho. Pero tampoco. Ella dijo que la detonación fue casi simultánea con el paso del tren y, según la declaración de todos, el disparo se realizó a las seis y veinte. Es imposible que un tren pudiese llevar un adelanto así.

—Y menos en una línea como ésa —corroboró el señor Quin.

—Como no fuera un tren de mercancías… —murmuró—. Pero de haber sido así…

—… no habría sido necesario sacarla de Inglaterra, estoy de acuerdo —añadió el señor Quin completando su pensamiento.

El señor Satterthwaite le miró como fascinado.

—El de las seis y veintiocho —dijo recalcando lentamente las palabras—. Pero si se tratara de éste, y el disparo fue hecho a esa hora, ¿cómo es que todos afirman haberlo oído diez minutos antes?

—La razón es clara como la luz. Los relojes debían andar mal —afirmó el señor Quin.

—¿Todos? —exclamó el señor Satterthwaite dubitativo—. ¿No le parece a usted que sería una coincidencia un tanto extraña?

—No pensaba en ello como mera coincidencia. Pensaba en que era viernes.

—¿Viernes?

—Si no recuerdo mal, me dijo usted que era precisamente los viernes por la tarde cuando *sir* George acostumbraba a poner en hora sus relojes —dijo el señor Quin, como tratando de justificar su aserto.

—Y los retrasó diez minutos —añadió el señor Satterthwaite, casi sin voz y espantado por el descubrimiento que acababa de hacer—. Después se marchó a jugar al *bridge*. Habría tenido conocimiento de la nota que su esposa iba a mandar aquella misma mañana a Martin Wylde y debió encontrar el modo de enterarse de su contenido. Sí, no cabe duda. Dejó la partida de *bridge* minutos antes de las seis y media, encontró la escopeta de Martin apoyada junto a la puerta, entró con ella y la mató de un tiro por la espalda. A continuación volvió a salir, arrojó la escopeta al matorral en que más tarde fue encontrada y simuló llegar de la casa vecina al tiempo que alguno de sus criados se dirigían en su busca. Pero ¿y lo del teléfono? ¡Ah, sí! Ahora lo comprendo. Lo desconectó con objeto de que no pudiera avisarse a la policía de ese modo, pues ellos, sin duda, habrían anotado cuidadosamente la hora exacta de la llamada. La historia de Wylde adquiere verosimilitud ahora. La verdadera hora a la que él salió de la casa fue la de las seis y veinticinco minutos, y caminando despacio llegaría a la suya, como dijo, aproximadamente, a las siete menos cuarto. Sí, ahora lo veo todo. Louisa, con su locuacidad y sus supersticiones, constituía un verdadero peligro. Alguien no tardaría en comprender el alcance del detalle del tren y entonces, ¡adiós la excelente coartada!

—¡Maravilloso! —comentó el señor Quin.

El señor Satterthwaite se sonrojó por el éxito.

—La única cuestión ahora es… ¿cuál es el próximo paso?

—Yo sugeriría Sylvia Dale —contestó el señor Quin.

El señor Satterthwaite pareció dudar.

—Le mencioné ya —dijo— que me parecía un tanto… ¿cómo diría…?, estúpida.

—Pero tiene padres y hermanos que podrán dar los pasos necesarios.

—Eso es cierto —asintió el señor Satterthwaite, aliviado.

No tardó en encontrarse sentado junto a la chica, explicándole el resultado de sus investigaciones. Sylvia le escuchó atentamente y, cuando hubo terminado, se puso de pie de un salto.

—Necesito un taxi inmediatamente —añadió.

—Pero, querida niña, ¿qué va usted a hacer?

—Ir a ver a *sir* George Barnaby.

—Imposible. Eso sería lo más desacertado. Permítame que yo…

Sus palabras no consiguieron hacer mella alguna en la decisión tomada por Sylvia Dale. Le autorizó a que le acompañase en el taxi, pero se mostró sorda a todos sus recomendaciones. El señor Satterthwaite hubo de esperar en el coche mientras ella se dirigía a las oficinas que *sir* George tenía en la ciudad.

Media hora después, la vio salir de nuevo. Parecía agotada como una flor que dobla su tallo por falta de agua. El señor Satterthwaite la recibió con preocupada solicitud.

—He vencido —murmuró, dejándose caer sobre el respaldo del asiento y cerrando lánguidamente los ojos.

—¿Qué? —exclamó sorprendido el señor Satterthwaite—. ¿Cómo lo ha conseguido usted? ¿Qué es lo que le ha dicho?

La muchacha se incorporó un tanto.

—Le dije que Louisa Bullard había estado en la jefatura de policía para contar su historia. Que la policía había hecho sus indagaciones y que se había comprobado que lo habían visto entrar y salir de su casa pocos minutos después de las seis y media. Le dije que el juego había terminado y él se ha derrumbado. Le añadí que la policía tardaría aún una hora en efectuar su arresto, que aún estaba a tiempo de escaparse y que nada haría yo por impedirlo, siempre y cuando firmase allí mismo una declaración reconociéndose único culpable de la muerte de Vivien, pero que si no lo hacía, gritaría y lo proclamaría a todo el edificio. Estaba tan aterrado que no sabía bien lo que hacía. La escribió y firmó sin darse cuenta siquiera de lo que había hecho.

Mostró el papel que llevaba entre las manos.

—Tómela —añadió, entregándoselo—. Usted, mejor que yo, sabe lo que hay que hacer para que pongan a Martin inmediatamente en libertad.

—¡La ha firmado! —repitió el señor Satterthwaite sin salir de su asombro.

—Es algo estúpido —dijo Sylvia—. Yo también lo soy —añadió después a modo de conclusión—. Por eso me hago cargo de las estupideces que a veces cometemos los demás. Nos ofuscamos, y la ofuscación nos lleva a hacer cosas de las que luego hemos de arrepentimos.

No pudo reprimir un estremecimiento y el señor Satterthwaite le dio unos cariñosos golpecitos en la mano.

—Lo que usted necesita en este instante es algo que la reanime —dijo ese último —. Cerca de aquí está uno de mis rincones favoritos. El Arlecchino. ¿Ha estado usted alguna vez en él?

Sylvia meneó la cabeza.

El señor Satterthwaite paró un taxi y llevó a la joven al pequeño restaurante. Se dirigió a la mesa del rincón con el corazón henchido de satisfacción. La mesa estaba vacía.

Sylvia Dale vio la contrariedad que se reflejó en su semblante.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—No, nada —contestó el señor Satterthwaite—. Simplemente, que esperaba encontrar aquí a un amigo. Pero no importa. Quizá algún día volvamos a vernos…

El alma del crupier

(The Soul of the Croupier).

El señor Satterthwaite gozaba del calor del sol en una terraza de Montecarlo.

El segundo domingo de enero de cada año con regularidad, el señor Satterthwaite abandonaba Inglaterra para trasladarse a la Riviera. Era más puntual que cualquier golondrina. En el mes de abril regresaba a Inglaterra. Mayo y junio los pasaba en Londres, y no se sabía de año alguno en que se perdiera las carreras de Ascot. Salía de la ciudad después de terminado el encuentro entre Eton y Harrow, y se dirigía al campo a visitar a sus innumerables amistades antes de trasladarse a Deauville y Le Touquet. Partidas de caza ocupaban la mayor parte de su tiempo durante los meses de septiembre y octubre, y solía rematar el año con otros dos meses en la ciudad. Conocía a todo el mundo y no era tampoco aventurado afirmar que todos lo conocían a él.

En la mañana que nos ocupa, su entrecejo estaba fruncido. El azul del mar era admirable. Los jardines, como siempre, una delicia, pero la gente le desagradaba. Le parecían una muchedumbre superficial y mal vestida. Algunos, como es natural, eran jugadores impenitentes, almas condenadas que no podían mantenerse alejados de las mesas de juego. Eran éstos los únicos a quienes el señor Satterthwaite toleraba, pues constituían el necesario fondo del cuadro. Pero echaba de menos el fermento acostumbrado de la élite: su propia gente.

Será el cambio, se dijo tristemente el señor Satterthwaite. Vienen aquí ahora gentes que antes jamás hubiesen podido hacerlo. Además, como es natural, me voy haciendo viejo. Los jóvenes, los de la nueva generación, prefieren las montañas de Suiza.

Echaba también de menos a los atildados barones y condes de la diplomacia extranjera, y a los grandes duques y príncipes de las casas reales. El único príncipe que hasta ahora había visto trabajaba como ascensorista en uno de los grandes hoteles. Y echaba de menos también las hermosas y elegantes damas. Quedaban unas pocas, pero no tantas como las que estaba acostumbrado a ver antaño.

El señor Satterthwaite era un fervoroso estudiante de ese tenebroso drama al que llaman vida, pero le gustaba un material de gran colorido. Sentía que el desencanto se había ido apoderando poco a poco de él. Los valores cambiaban y él era demasiado viejo para cambiar.

Se hallaba en este punto de sus reflexiones cuando observó que la condesa Czarnova venía en dirección a él.

Hacía muchas temporadas que el señor Satterthwaite veía a la condesa en Montecarlo. La primera vez acompañada de un gran duque; la segunda, de un barón austríaco y, las siguientes, con amigos de extracción hebraica, de rostros cetrinos y largas y curvadas narices, cargados siempre de deslumbrantes joyas. En los últimos

años sus gustos parecían haber cambiado y sus escoltas se componían casi exclusivamente de jóvenes, muchos de ellos casi niños todavía.

El que en aquel momento le acompañaba era uno de esos tantos muchachos imberbes a quien el señor Satterthwaite tenía la fortuna de conocer y por el que sentía una profunda conmiseración. Franklin Rudge era un joven norteamericano, típico exponente de los estados del Medio Oeste amantes de la emoción: rústico pero adorable, una mezcla curiosa de idealismo y sagacidad. Estaba en Montecarlo con un grupo de jóvenes de ambos sexos, norteamericanos como él, y más o menos del mismo tipo y condición. Era su primera visita al Viejo Mundo y se desbordaban en críticas y alabanzas por todo cuanto veían.

En general no simpatizaban con los ingleses ni, al parecer, tampoco éstos con ellos. El señor Satterthwaite, que se preciaba de ser un espíritu cosmopolita, más bien se inclinaba a su favor. Le encantaban su franqueza y sinceridad, aun cuando sus ocasionales solecismos le hiciesen estremecerse a menudo.

Pensó que la condesa Czarnova era la compañía menos apropiada para su joven amigo Franklin Rudge. Se quitó cortésmente el sombrero cuando la pareja pasó junto a él y la condesa le obsequió con una leve inclinación y una sonrisa.

Era una mujer alta, de formas esculturales. Cabello, ojos, pestañas y cejas de un negro tan profundo que a la propia naturaleza le hubiera costado trabajo igualar.

El señor Satterthwaite, que conocía los secretos de las mujeres más de lo conveniente para cualquier hombre, no pudo por menos que admirar el arte que la condesa desplegaba en hacer resaltar sus encantos femeninos. Su tez, sin mácula, era de un uniforme blanco marfil.

El ligero sombreado de sus ojos daba a éstos una expresión extraordinaria. Su boca no era carmínea ni de un vivo color escarlata, sino de un leve tono de color vino. Vestía un atrevido modelo en negro y blanco, y llevaba una sombrilla de un color rosa subido que favorecía mucho el color de su piel.

Franklin Rudge se sentía importante y feliz.

Ahí va un pobre loco, se dijo para sí el señor Satterthwaite. Pero no es asunto de mi incumbencia, ni creo que él se decidiera a escucharme. Bien, así adquirí experiencia yo mismo a su edad.

Se sentía, no obstante, preocupado, porque había una atractiva muchacha americana en el grupo, a quien estaba seguro que la amistad de Franklin con la condesa no le gustaba.

Iba a decidir retirarse en dirección opuesta cuando, por una de las veredas que conducían a la terraza y en dirección hacia él, vio venir a la muchacha en cuestión. Vestía un traje sastre con una blusa de muselina que le sentaba de maravilla, unos cómodos zapatos de paseo y llevaba una guía en la mano. Hay norteamericanas que, al pasar por París, acostumbran a salir ataviadas cual modernas reinas de Saba, pero Elizabeth Martin no pertenecía a este grupo. Ella era de las que «hacía Europa» con

espíritu decidido y consciente. Tenía elevados conocimientos de cultura y arte, y ansiaba sacar el mejor partido posible de los escasos fondos de que disponía.

No es probable que el señor Satterthwaite pensara en ella en relación con sus dotes artísticas o culturales. Lo que llamó su atención fue su extremada juventud.

—Buenos días, señor Satterthwaite —dijo Elizabeth al llegar junto a él—. ¿Ha visto usted a Franklin… quiero decir, al señor Rudge, por aquí?

—Sí, lo vi hace unos minutos.

—Supongo que con su amiga la condesa —añadió con sequedad.

—Pues… sí, me parece que con la condesa —admitió el señor Satterthwaite.

—Esa condesa me hace a mí pero que muy poca gracia —dijo con voz alterada por la rabia—. Franklin está loco por ella. ¿Por qué? No lo entiendo.

—Tiene, según tengo entendido, una conversación muy agradable —expuso el señor Satterthwaite con cautela.

—¿La conoce usted?

—Superficialmente.

—Estoy muy preocupada por Franklin —declaró la señorita Martin—. Ese muchacho suele ser muy sensato y nunca me hubiera imaginado que pudiera enamorarse de una sirena vulgar como ésa. Pero no quiere oír ni una sola palabra y se pone como una fiera cada vez que intentamos hablarle sobre el particular. Dígame, ¿es cierto que es condesa?

—No me gustaría tener que confirmarlo —contestó el señor Satterthwaite—. Quizá lo sea.

—Una elegante forma inglesa de esquivar una respuesta —dijo Elizabeth con desilusión—. Lo que sí puedo decirle es que en Sargon Springs, nuestro pueblo natal, señor Satterthwaite, a esa mujer la tomarían por un pajarraco.

El señor Satterthwaite hubo de admitir para sí tal posibilidad, pero se abstuvo de recordarle que no se hallaban en Sargon Springs, sino en el principado de Mónaco, donde la condesa parecía sincronizar con su ambiente con más acierto que la señorita Martin.

Al no obtener respuesta, Elizabeth decidió proseguir su camino en dirección al casino.

El señor Satterthwaite volvió a sentarse al sol y, no tardó en ser abordado por el propio Franklin Rudge.

Venía lleno de entusiasmo.

—Me estoy divirtiendo de lo lindo —anunció con ingenuo entusiasmo—. ¡Sí señor! ¡Me estoy divirtiendo! ¡Esto es lo que yo llamo vivir, una forma de vida bastante diferente de la que tenemos en Estados Unidos!

El señor Satterthwaite le dirigió una profunda mirada.

—La vida es la misma en todas partes —dijo con expresión de hastío—. Se viste con diferentes ropajes, eso es todo.

Franklin le miró con fijeza.

—No le entiendo.

—¿No? —prosiguió—. Eso es porque le queda todavía un gran trecho por recorrer. Pero le ruego que acepte mis excusas. Ningún viejo debería permitirse la mala costumbre de predicar.

—¡Oh, no importa! —rió el señor Rudge mostrando la espléndida dentadura de todos sus compatriotas—. Pero no crea usted que me ha entusiasmado mucho el casino. Tenía la idea de que el juego sería distinto, algo mucho más emocionante, y más bien me ha parecido una cosa triste y sórdida.

—El juego es cuestión de vida o muerte para el jugador, pero sin gran valor para el espectador. Produce más impresión leído que visto.

El joven asintió en conformidad.

—Usted debe ser de esos cucos que conocen bien esta sociedad, ¿verdad? —preguntó con un candor que hacía imposible ofenderse—. Quiero decir que conocerá usted a todas las condesas y duquesas.

—A muchas de ellas —contestó el señor Satterthwaite—. Y también a judíos, portugueses, griegos y argentinos.

—¿Eh?

—Trataba de explicar que sigo moviéndome dentro de lo que pudiéramos llamar nuestra sociedad inglesa.

Franklin Rudge se quedó unos momentos pensativo.

—Usted conoce a la condesa Czarnova, ¿verdad? —dijo finalmente.

—Superficialmente —contestó el señor Satterthwaite, tratando de dar la misma respuesta que diera a Elizabeth.

—Es una mujer a quien me ha resultado muy interesante conocer. Uno está inclinado a creer que, en la actualidad, la aristocracia europea es inútil y está fuera de lugar. Puede ser cierto por lo que respecta a los hombres, pero las mujeres son distintas. ¿No cree usted que es un placer encontrarse con una criatura tan exquisita como la condesa Czarnova? Ingeniosa, encantadora, inteligente, con generaciones de civilización tras de sí y aristócrata hasta la médula.

—¿Ah, sí? —exclamó el señor Satterthwaite.

—¿Acaso no lo es? ¿Conoce usted a su familia?

—No —replicó el señor Satterthwaite—. Me temo que sé muy poco acerca de ella.

—Era una Radzynski —explicó Franklin Rudge—. Una de las familias de más rancio abolengo de Hungría. Su vida ha sido de lo más extraordinaria. ¿Ha visto usted el magnífico collar de perlas que luce?

El señor Satterthwaite asintió.

—Se las dio el rey de Bosnia por haber sacado de contrabando unos papeles secretos del reino.

—He oído decir que las perlas fueron un regalo que le hizo el rey de Bosnia —apuntó el señor Satterthwaite.

Esto era un hecho ya del dominio público, como también lo era que la condesa había sido, en tiempos pasados, una *chere amie* de Su Majestad.

—Ahora le diré algo más.

El señor Satterthwaite le escuchó complacido y, cuanto más lo hacía, más se convencía de la fértil imaginación de la condesa Czarnova. No era una «vulgar sirena» (como precipitadamente la había calificado Elizabeth Martin). El joven inocente e idealista lo hubiera notado. No, la condesa se movía austeramente en un laberinto de intrigas diplomáticas. Tenía enemigos, detractores, ¡naturalmente! Todo aquello era un vislumbre, o así por lo menos se lo había hecho creer al joven norteamericano, de la vida en el viejo régimen, con la condesa como figura central, aristocrática amiga de consejeros y príncipes, una personalidad capaz de inspirar una romántica devoción.

—Y ha tenido que luchar constantemente contra toda suerte de contrariedades —terminó diciendo el joven con pasión—. Es algo extraordinario, pero nunca encontró una mujer que fuera una auténtica amiga. Por el contrario, éstas fueron siempre sus más encarnizadas adversarias toda su vida.

—Probablemente —dijo el señor Satterthwaite.

—¿Y no cree que esto es escandaloso? —preguntó Rudge muy acalorado.

—No —contestó reflexivamente el señor Satterthwaite—. Yo no me atrevería a calificarlo de ese modo. Las mujeres, como usted sabe, tienen sus propias normas. No es conveniente que nos mezclemos en sus asuntos. Hay que dejar que ellas solas se las arreglen.

—No estoy de acuerdo —interpuso Rudge apasionadamente—. Una de las cosas peores que hoy aquejan al mundo es esa falta de solidaridad entre las mujeres. ¿Conoce usted a Elizabeth Martin? Está de acuerdo con mi teoría absolutamente. Lo hemos discutido los dos con frecuencia. Es sólo una niña, pero sus ideas son muy claras. Pero, al tener que ponerlas en práctica, es tan perversa como cualquiera de ellas. Está en contra de la condesa, aunque no sabe ni jota de ella y no me escucha cuando intento aclararle las cosas. Es injusto, señor Satterthwaite. Yo creo en la democracia y ¿qué es la democracia sino una verdadera fraternidad tanto entre hombres como entre mujeres?

Se detuvo. El señor Satterthwaite intentó en vano pensar en alguna circunstancia que hiciera crecer un sentimiento de hermandad entre la condesa y Elizabeth Martin, y fracasó.

—La condesa, por su parte —prosiguió Rudge—, siente una inmensa admiración por Elizabeth y la considera encantadora en todos los aspectos. ¿Qué demuestra eso?

—Demuestra —contestó secamente el señor Satterthwaite— que la condesa ha vivido un tiempo considerablemente más largo que la señorita Martin.

Franklin Rudge salió inesperadamente por la tangente.

—¿Qué edad cree usted que tiene? Yo la sé. Ella misma me lo confesó deportivamente. Yo le hubiese puesto unos veintinueve, pero reconoció haber

cumplido ya los treinta y cinco. ¿Verdad que no los aparenta?

El señor Satterthwaite, cuyo propio cálculo acerca de la edad de la dama era de unos cuarenta y cinco a cuarenta y nueve años, se limitó a enarcar las cejas.

—Me permito aconsejarle que no dé usted mucho crédito a lo que se dice por Montecarlo —murmuró.

Tenía suficiente experiencia para comprender lo inútil que hubiese resultado tratar de argüir con el muchacho. Franklin Rudge, en la cumbre de sus especulaciones románticas, no hubiese creído nada que no viese corroborado por las pruebas más fehacientes.

—Ahí está la condesa —dijo el joven levantándose.

Ésta se acercó con el lánguido abandono que tanto realzaba su seducción y se sentaron los tres juntos. Se mostró amabilísima con el señor Satterthwaite, aunque guardando siempre cierta reserva. Con frecuencia se dirigía a él preguntando su opinión y tratándole como una gran autoridad en la Riviera.

Todo fue muy inteligentemente manejado. Sólo habían transcurrido unos minutos cuando Franklin Rudge fue graciosamente requerido para ausentarse unos momentos, y el señor Satterthwaite y la condesa se quedaron en un *tête-a-tête*.

Ésta empezó a describir círculos en la arena con la punta de su sombrilla.

—Parece usted interesarse mucho por ese joven americano, ¿verdad, señor Satterthwaite?

Su voz queda sonaba con un timbre dulce y acariciador.

—Es un muchacho muy simpático —contestó el señor Satterthwaite en tono indiferente.

—También me lo parece a mí —dijo la condesa, pareciendo reflexionar—. Le he puesto al corriente de gran parte de mi vida.

—¿De veras?

—Detalles que he confiado a muy pocos —continuó, en tono soñador—. Mi vida ha sido extraordinaria, señor Satterthwaite. Pocos creerían las cosas asombrosas que me han ocurrido.

El señor Satterthwaite era lo suficientemente astuto para penetrar en el sentido de estas palabras. Después de todo, las historias que ella le habría contado pudieran muy bien haber sido verdaderas. No eran muy probables, con el grado más alto de improbabilidad, pero cabían dentro de lo posible. Nadie podría afirmar categóricamente: «Eso no es cierto…».

No contestó y la condesa paseó una ensoñadora mirada por los contornos de la bahía.

De pronto, el concepto que el señor Satterthwaite tenía de ella cambió. Ya no la veía como una arpía, sino como una mujer desesperada y acorralada que luchaba con uñas y dientes. La miró furtivamente unos instantes. La sombrilla yacía a un lado y podía ver unas arrugas delatoras en el rabillo de sus ojos y el latido de una vena sobre la sien.

Sintió la creciente convicción de estar en lo cierto. Era una criatura desesperada y agotada. Sería despiadada con cualquiera que se interpusiera entre ella y Franklin Rudge. Sin embargo, aún no acertaba a ver claramente la situación. En apariencia le sobraba el dinero. Vestía con ostentación y sus joyas eran maravillosas. No había, pues, urgencia por este lado. ¿Estaba enamorada? No era infrecuente que mujeres de su edad se enamorasen de simples jovencitos. Pudiera ser. Tuvo la sensación de que había algo fuera de lo común en su situación.

El *tête-a-tête* con él simbolizaba el lanzamiento de un guante al señalarle como a su principal enemigo. Estaba seguro de que confiaba en evitar que hablara de ella con Franklin Rudge. El señor Satterthwaite sonrió para sus adentros. Tenía más conchas que un galápago y conocía perfectamente cuándo tenía que morderse la lengua.

Aquella noche, en el Cercle Privé, mientras la condesa probaba su fortuna en la ruleta, continuó observándola.

Una y otra vez apostaba e, invariablemente, su dinero desaparecía. Soportaba sus pérdidas con la estoica *sang froid* de un viejo *habitué*. Apostó *en plein* una o dos veces, puso el máximo al rojo y ganó algo en la media docena para volverlo a perder, para finalmente jugar al *manque* seis veces y perderlas todas. Luego, con un ligero encogimiento de hombros, se alejó indiferente de la mesa.

Estaba excepcionalmente hermosa embutida en su vistoso traje de tisú dorado con viso de color verde y lucía, orlando su cuello, las famosas perlas de Bosnia y unos largos pendientes con perlas colgaban de sus orejas.

El señor Satterthwaite escuchó el comentario apreciativo de dos hombres.

—La Czarnova —dijo uno de ellos— se conserva bien, ¿no te parece? Las joyas de la corona de Bosnia parecen ganar en hermosura sobre su persona.

El otro caballero, un hombre de pequeña estatura y perfil inconfundiblemente judío, la inspeccionó con curiosidad.

—Así pues, ¿ésas son las famosas perlas de Bosnia? —preguntó—. *En vérité*. Es extraño.

Y soltó unas risitas.

El señor Satterthwaite no pudo oír nada más, pues en el momento de volver la cabeza en otra dirección había experimentado la alegría de reconocer a un viejo amigo.

—¡Mi querido señor Quin! —dijo estrechando calurosamente su mano—. Éste es el último lugar del mundo en que habría soñado encontrarlo.

El señor Quin sonrió con su oscuro rostro iluminado por la satisfacción.

—No debería sorprenderle —exclamó—. Es Carnaval y estos días suelo pasarlos aquí.

—¿De veras? Pues es un gran placer para mí. ¿Tiene usted algún interés especial en quedarse en las salas de juego? Yo las encuentro excesivamente calurosas.

—Creo que estaremos mejor fuera —asintió su acompañante—. Podemos pasear por los jardines.

En el exterior el aire era fresco, pero no frío. Ambos aspiraron con fuerza.

—Esto está mejor —dijo el señor Satterthwaite.

—Mucho mejor —volvió a asentir el señor Quin—. Además, podemos hablar con entera libertad. Supongo que tendrá usted algo que contarme.

—Naturalmente.

En breves palabras, le puso al corriente de sus perplejidades. Como de costumbre, se enorgullecía de su habilidad para saber recrear el ambiente. La condesa, el joven Franklin, la inocente Elizabeth… a todos los describió con su maravilloso toque.

—Ha cambiado usted mucho desde la primera vez que nos vimos —dijo el señor Quin cuando aquel hubo acabado su relato.

—¿En qué sentido?

—Antes se contentaba usted con ser un mero espectador de los dramas que la vida ofrecía. Ahora parece interesado en tomar parte activa en ellos.

—Es verdad —hubo de confesar el señor Satterthwaite—. Pero en este caso me encuentro con que no sé qué hacer. Estoy perplejo. Quizá… quizá usted pueda ayudarme.

—¡Encantado! —replicó el señor Quin—. Veremos qué es lo que se puede hacer.

El señor Satterthwaite experimentó una gran sensación de alivio.

Al día siguiente presentó a Franklin Rudge y a Elizabeth Martin a su amigo el señor Harley Quin. Le complació grandemente ver que la corriente de afecto entre los jóvenes se mantenía en pie. No se mencionó a la condesa, pero a la hora del almuerzo se oyeron noticias que despertaron su curiosidad.

—Mirabelle llega a Montecarlo esta noche —confió excitadamente al oído del señor Quin.

—¿La estrella favorita de los escenarios de París?

—Sí. Me atrevería a decir que usted también lo sabe, pues es ya del dominio público, que es la última locura del rey de Bosnia. Según creo, la ha cubierto de alhajas y de ella se dice que es la mujer más codiciada y más extravagante que corre por París.

—Será interesante presenciar esta noche el encuentro entre ella y la condesa Czarnova.

—Eso mismo estaba yo pensando.

Mirabelle era una criatura alta y esbelta, de cabeza majestuosa y pelo rubio teñido. Su tez era de un pálido color malva, con los labios pintados de carmín. Era extraordinariamente *chic*. Vestía un traje que le daba el aspecto de una exótica ave del paraíso y lucía profusión de cadenas que le colgaban por su desnuda espalda. Un pesado brazalete con incrustaciones de brillantes adornaba su tobillo izquierdo.

Su entrada en el casino causó verdadera sensación.

—Su amiga la condesa se verá en un apuro si trata de superar esto —murmuró el señor Quin al oído del señor Satterthwaite.

Este último asintió. Tenía curiosidad por saber si la condesa aceptaría el desafío.

Ésta llegó un poco tarde y un murmullo sordo corrió de boca en boca al verla pasar y dirigirse displicentemente a la mesa central de ruletas.

Vestía de blanco, con un sencillo traje de *marocain* como el que llevaría una debutante en sociedad, y su nítido cuello y sus brazos no lucían ni el más insignificante de los adornos.

—Es inteligente —exclamó el señor Satterthwaite con aprobación—. Desdeña la rivalidad y entrega todas sus armas al adversario.

Se acercó también a la mesa y se situó a su lado. De vez en cuando, se recreaba en hacer una apuesta. Tan pronto ganaba como perdía.

Se dio una racha seguida de números altos. Los números 31 y 34 salían una y otra vez. Grandes sumas se volcaban sobre la mesa. Con una sonrisa, el señor Satterthwaite se decidió a hacer su última apuesta y jugó el máximo al número 5.

La condesa, a su vez, se inclinó hacia delante y colocó otra suma igual sobre el número 6.

—*Faites vos jeux* —gritó el crupier—. *Rien ne va plus. Plus rien*.

La bola empezó a girar y el señor Satterthwaite pensó para sí: Esto tiene un significado totalmente distinto para cada uno de nosotros. Para unos hastío y pasatiempo ocioso; para otros esperanza y desesperación, vida o muerte.

¡Clic!

El crupier se inclinó para cerciorarse.

—*Numero cinq, rouge, impair et manque* —gritó.

¡El señor Satterthwaite había ganado!

El crupier, después de haber recogido las apuestas desafortunadas, empujó hacia el señor Satterthwaite el producto de su ganancia. Éste extendió su mano para recogerla. Simultáneamente, la condesa hizo el mismo gesto. El crupier miró a ambos y vaciló.

—*Á madame* —dijo finalmente con brusquedad.

La condesa recogió el dinero. El señor Satterthwaite hizo un gesto de retroceso. Era un caballero. La condesa le miró fijamente y él le devolvió la mirada. Uno o dos de los presentes trataron de hacer ver al crupier su equivocación, pero éste se limitó a menear impaciente la cabeza. La decisión estaba tomada. Resonó de nuevo su áspera cantinela:

—*Faites vos jeux, messieurs et mesdames*.

El señor Satterthwaite volvió a reunirse con el señor Quin. Bajo su impecable comedimiento, bullía de indignación.

El señor Quin escuchó benévolamente su relato.

—Desagradable —exclamó al terminar aquél—, pero son cosas que ocurren con alguna frecuencia.

Y a continuación, añadió:

—Hemos de encontrarnos con su amigo Franklin Rudge. Voy a dar una pequeña cena íntima.

Los tres se reunieron a medianoche y el señor Quin esbozó su plan.

—Será lo que pudiéramos denominar una cena sorpresa —explicó—. Escogemos el punto de reunión, después nos separamos y cada uno se compromete, bajo palabra de honor, a invitar a la primera persona con quien se encuentre.

A Franklin Rudge le regocijó la idea.

—¿Y qué ocurre si no acepta? —preguntó.

—Debe usted agotar todos los recursos de su fuerza persuasiva.

—Bien. ¿Y dónde nos reunimos?

—En un café de bohemios donde se admiten los más extraños huéspedes. Se llama Le Caveau.

Describió su situación y cada cual partió por su lado. El señor Satterthwaite tuvo la fortuna de dar con Elizabeth Martin y la reclamó como su pareja para aquella noche, cosa que ella aceptó encantada. Llegaron a Le Caveau y descendieron a una especie de bodega donde encontraron una mesa ya dispuesta y alumbrada por caprichosas velas montadas sobre anticuados candelabros.

—Somos los primeros —dijo el señor Satterthwaite—. ¡Ah! Aquí llega Franklin.

Se detuvo un momento. Con Franklin había aparecido la condesa. Fue un momento tenso. Elizabeth no pudo reprimir un gesto de desagrado. La condesa, en cambio, como mujer de mundo, supo hacer los honores.

El último en llegar fue el señor Quin. Le acompañaba un hombre de baja estatura, moreno, correctamente vestido y cuya cara le era familiar al señor Satterthwaite. Pasado un momento, lo reconoció. Era el mismo crupier que horas antes en la sala de juego había cometido, al parecer, el lamentable error.

—Permítame que le presente a nuestros acompañantes, *monsieur* Pierre Vaucher —dijo el señor Quin.

El hombrecillo parecía confuso. El señor Quin hizo las presentaciones con naturalidad y sencillez. Se sirvió la cena, una cena excelente. La acompañaron unos vinos de gran calidad. La frialdad del ambiente pareció diluirse, aunque la condesa y Elizabeth permanecían silenciosas. Franklin Rudge se volvió locuaz. Contó varias historias, no humorísticas, sino serias, y el señor Quin, ceremoniosa y asiduamente, se encargaba de ir sirviendo el vino a los comensales.

—Voy a contarles, y es verdadera, la historia de un hombre que consiguió triunfar —dijo Franklin Rudge en tono solemne.

Para ser un hombre venido del país de la prohibición, no dejaba de mostrar su predilección por el champán.

Relató su historia, quizá con más extensión de la que correspondía y, como ocurre con otras muchas historias verdaderas, resultó inferior a la ficción.

Al decir su última palabra, Pierre Vaucher, que estaba sentado frente a él, pareció despertar de su ensimismamiento. También había hecho los debidos honores al champán. Se inclinó hacia delante.

—Yo también deseo contarles una historia —dijo sombríamente—. La mía es la de un hombre que desgraciadamente no consiguió hacer fortuna. Es la historia de un hombre que en vez de ir a más, descendió por la pendiente. Pero como la de usted, es asimismo una historia verdadera.

—Cuéntenosla, se lo ruego —le pidió Satterthwaite.

Pierre Vaucher se dejó caer hacia atrás en la silla y clavó la mirada en el techo.

—Es en París donde empieza mi relato. Había allí un modesto joyero. Era joven y alegre, profundamente enamorado de su profesión. Todos decían que tenía un brillante porvenir ante sí. Una ventajosa boda se había concertado para él. La novia era guapa y la dote nada despreciable. Y de pronto, ¿qué creen ustedes que ocurrió? Cierta mañana se tropieza con una muchacha. Un miserable manojo de huesos, señores. ¿Hermosa? ¿Quién sabe? Quizá lo fuera si no estuviera medio muerta de hambre. Pero, para este hombre la muchacha tenía un encanto mágico al que no pudo resistir. Ella luchaba desesperadamente por encontrar trabajo. Era virtuosa, o al menos eso es lo que le hizo creer. Ahora tengo mis dudas sobre si fue verdad.

Se oyó la voz de la condesa desde la penumbra en que se hallaba.

—¿Por qué no habría de ser cierto? Ha habido muchas en el mundo como ella.

—Bien. Pues, como digo, el joven la creyó. Y se casó con ella. ¡Qué locura! Su familia, herida en sus sentimientos más vivos, no volvió a dirigirle la palabra. Se casó con, llamémosle de momento, Jeanne, y fue una loable acción. Así se lo hizo saber a ella, pensando que se lo habría de agradecer. Era mucho, al fin y al cabo, lo que había sacrificado por ella.

—Un encantador comienzo para la pobre niña —observó sarcásticamente la condesa.

—Él la amaba, sí, pero desde los comienzos ella pareció no tener otro entretenimiento que el de enloquecerle. Tenía arrebatos diarios. Tan pronto se mostraba apasionada como fría e indiferente. Al fin, comprendió la verdad. Aquella mujer no le había querido nunca. Se había unido a él sólo por mero instinto de conservación. Se sintió herido en lo más profundo de su corazón, pero intentó que sus sentimientos no traslucieran. Sin embargo, seguía creyendo que merecía gratitud y sumisión a sus deseos. Riñeron. Ella le reprochó algunas cosas… *Mon Dieu*, ¿acaso tenía algo que reprocharle?

»Ya sospecharán ustedes el final, ¿no es así? Lo que ya se veía venir. Ella le abandonó. Durante dos años permaneció solo, trabajando en su pequeña tienda, sin noticia alguna de ella y con un solo amigo: la absenta. El negocio no prosperó mucho.

»De pronto un día ella entró en la tienda donde él seguía trabajando. Iba elegantemente vestida y lucía costosos anillos en los dedos. Él se la quedó mirando. Su corazón volvió a latirle con violencia, sin saber qué determinación tomar. No sabía si abofetearla o estrecharla entre sus brazos, si derribarla o pisotearla, o caer postrado a sus pies. Afortunadamente, no hizo nada de eso. Cogió sus útiles de trabajo y continuó su trabajo habitual. “¿Qué desea la señora?”, se limitó a decir con seriedad.

»Esto la molestó. No se lo esperaba. “Pierre”, dijo, “he vuelto”. Él dejó sobre la mesa sus herramientas y la miró. “¿Quieres que te perdone?”, dijo. “¿Quieres que vuelva a aceptarte? ¿Estás sinceramente arrepentida?”. “¿Me aceptarías de nuevo en tu casa?”, murmuró ella. Oh, sí, lo dijo con voz dulcísima.

»Sabía que le estaba tendiendo una trampa. En realidad se moría de ganas de estrecharla entre sus brazos, pero fue suficientemente inteligente como para no hacerlo. Fingió indiferencia: “Soy un cristiano y procuro ceñirme a los mandatos de la Iglesia”. ¡Ah!, pensó, la humillaré, la humillaré hasta hacerle hincar las rodillas en el suelo.

»Pero Jeanne, continuaremos llamándola así, echó la cabeza hacia atrás y lanzó una diabólica carcajada. “Me estaba burlando de ti, Pierre”, dijo. “Mira estos vestidos y estas joyas. Vine sólo para que los vieras. Pensé que esto te haría estrecharme entre tus brazos y, si lo hubieses hecho, entonces… entonces, ¡te hubiese escupido a la cara y te hubiera dicho cuánto te odiaba!”.

»Y después de esto, se volvió bruscamente y abandonó la tienda. ¿Pueden ustedes concebir, señores, tanta maldad, que volviera con el solo objeto de atormentarle?

—No —dijo la condesa—. Ni creo que haya nadie, a menos que sea un loco, capaz de concebir una cosa así. Pero por lo visto, los hombres adolecen de una ceguera estúpida.

Pierre Vaucher pareció no prestar la menor atención a estas palabras y prosiguió.

—Y así el joven de mi historia siguió hundiéndose cada día más y más. Continuó bebiendo absenta. La tiendecita pasó a nuevas manos y ya no paró hasta caer enfangado en el arroyo. Después vino la guerra. ¡Bendita guerra! Sacó a aquel hombre de la cloaca y le enseñó a no ser ya más un bruto. Sufrió frío y el temor a la muerte. Pero no murió y, al terminar la guerra, volvió al mundo convertido de nuevo en un hombre.

»Fue entonces, señores, cuando se vino al sur. Sus pulmones habían resultado afectados por los gases tóxicos y le aconsejaron que buscase trabajo en lugares más templados. No quiero cansarlos con el relato de todo cuanto hizo. Básteles saber que acabó por ser un crupier y que allí, en el casino, volvió a ver a la mujer que había sido la causa de la ruina de su vida. Ella no le reconoció, pero él sí a ella. Aparentaba ser rica y no carecer de nada. Pero, señores, hay detalles que no se escapan a los ojos de un crupier. Llegó una noche en que se vio obligada a apurar sobre el tapete su última apuesta. No me pregunten cómo lo supe. Ni yo mismo podría decirlo. Son cosas que se sienten. Otros quizá no llegarán a creerlo. Ella seguía llevando vestidos costosos, ¿por qué no empeñarlos?, se dirían. Pero si lo hiciera ¿qué hubiera sido entonces de su crédito? ¿Sus alhajas? ¡Ah, no! ¿Acaso no había sido yo joyero en mi juventud? Hacía tiempo ya que las auténticas habían desaparecido. Las perlas de un rey se venden de una en una y son reemplazadas paulatinamente por otras falsas. Pero entretanto hay que comer y pagar las cuentas del hotel. Los hombres acaudalados la

han visto durante años pasearse por las salas del casino. ¡Bah!, se dicen, esta mujer ya pasa de los cincuenta y nosotros queremos carne joven por nuestro dinero.

Un escalofriante suspiro partió de la ventana en que se apoyaba la condesa.

—Sí, llega el gran momento. Durante dos noches consecutivas la veo perder. Perder y perder sin cesar. Por fin, llega el final. Lo coloca todo a un solo número. A su lado, un milord inglés jugó también el máximo al número inmediato al suyo. La bola rueda… el momento ha llegado… ha perdido de nuevo.

»Sus ojos se encuentran con los míos. ¿Qué hacer? Me juego el puesto en el casino y me decido a robar al milord. "*Á madame*", digo, y le entrego a ella el dinero.

Siguió una fuerte conmoción. La condesa se había acercado de un salto a la mesa y barrido con una mano las copas que había ante sí, que se estrellaron con estrépito contra el suelo.

—¿Por qué? —gritó con voz entrecortada—. Eso es lo que quiero saber. ¿Por qué hizo usted eso?

Hubo una larga pausa que parecía interminable y en la que ambos se miraban cara a cara a través de la mesa… igual que en un duelo.

Una sonrisa cruel se dibujó en los labios de Pierre Vaucher. Levantó sus manos.

—*Madame* —contestó—, todavía existe en el mundo un sentimiento que se llama piedad…

—¡Ah…!

Ella se dejó caer en el asiento.

—Comprendo.

Sonrió con calma. Volvía a ser la mujer de siempre.

—Una historia verdaderamente interesante, *monsieur* Vaucher. ¿Me permite que le encienda el cigarrillo?

Improvisó hábilmente una pajuela con un papel que extrajo del bolso, la encendió en uno de los candelabros y la acercó al cigarrillo que el señor Vaucher sujetaba entre los labios.

A continuación, se levantó con un movimiento brusco.

—Ahora, señores, les ruego a todos ustedes que me excusen. Debo marcharme. ¡Por favor! No es preciso que nadie me acompañe.

A continuación, abandonó precipitadamente la habitación. El señor Satterthwaite estaba decidido a salir tras ella, pero lo contuvo una imprecación que salió de la boca del francés.

—¡Por mil bombas!

Contemplaba los restos de la pajuela que la condesa había dejado caer sobre la mesa antes de partir. La desenrolló.

—*Mon Dieu!* —exclamó—. Un billete de cincuenta mil francos. ¿Lo comprenden? Sus ganancias de esta noche. Lo único que le queda en el mundo. Y lo empleó para encender mi cigarrillo porque es demasiado orgullosa para aceptar la

compasión de nadie. ¡El orgullo, ese orgullo satánico que siempre la ha dominado! ¡Es única! ¡Es admirable!

Se levantó de un salto y corrió en su busca.

El señor Quin y el señor Satterthwaite se habían levantado a su vez. El camarero se acercó a Franklin Rudge.

—*La note, monsieur* —dijo en tono mecánico.

El señor Quin se apoderó rápidamente de ella.

—Me encuentro muy solo, Elizabeth —observó Franklin Rudge—. No acabo de comprender a estos extranjeros. ¿Y qué ha querido decir, al fin y al cabo, con esa historia?

Se quedó mirándola como embelesado.

—Créeme que da gusto contemplar a una norteamericana cien por cien como tú —exclamó con un plañidero tono infantil—. ¡Estos extranjeros son tan raros!

Dieron las gracias al señor Quin y se alejaron juntos en la noche. El señor Quin recogió el cambio y miró al señor Satterthwaite, que parecía esponjado como un ave que peina satisfecha su plumaje.

—Bien —dijo éste—. Parece que todo ha salido a pedir de boca. Nuestra pareja de tórtolos estará en estos momentos a sus anchas.

—¿A cuál de las dos se refiere usted? —preguntó el señor Quin.

—¡Oh! —dijo el señor Satterthwaite sintiendo que había pasado algo por alto—. Sí, bueno, creo que tiene usted razón. Como es natural, hay que admitir el punto de vista latino sobre este particular.

Pareció dudar, no obstante.

El señor Quin sonrió. Una cristalera iluminada compuesta de vidrios de distintos colores imprimió momentáneamente a su persona una apariencia polícroma.

El hombre del mar

(The Man from the Sea).

El señor Satterthwaite se sentía viejo. Esto no era de extrañar ya que, en la opinión de mucha gente, lo era. Jóvenes irreflexivos solían comentar a sus compañeros: «¿Quién? ¿El viejo Satterthwaite? Debe de tener, si no cien, por lo menos ochenta años». Y aún la muchacha más compasiva exclamaba al hablar de él: «¡Ah…! ¿Satterthwaite? Sí, sí, es bastante viejo. Debe tener sesenta». Lo cual era aún peor, pues ya tenía sesenta y nueve.

En su opinión, sin embargo, no se consideraba viejo. Sesenta y nueve años era una edad interesante, una edad de infinitas posibilidades en la que la experiencia adquirida a través de largos años empezaba a dar su fruto. Pero sentirse viejo era algo muy distinto; hubiera sido encontrarse en uno de esos estados mentales de desaliento, en el que el hombre acostumbra a hacerse preguntas depresivas. ¿Qué era él después de todo? Un viejecito un tanto apergaminado sin hijos o afectos, sin lazos humanos, con sólo una valiosa colección de arte que en aquellos momentos le parecía poco satisfactoria. A nadie le importaba el hecho de que viviese o dejase de vivir.

Al llegar a este punto en sus meditaciones, se detuvo. Se amonestó a sí mismo: aquéllos eran pensamientos morbosos y desechables. Sabía perfectamente, quién mejor que él, que de haber llegado a tener una esposa, quizá hubiera acabado odiándole o a la inversa odiándola él a ella; los hijos hubieran sido motivo constante de preocupación y ansiedad, y habrían absorbido su tiempo y su afecto de un modo que hubiera resultado extremadamente molesto.

Tranquilidad y comodidad ante todo, se aseguró a sí mismo con firmeza, ésa era la cuestión.

Este último pensamiento le hizo recordar una carta que había recibido aquella misma mañana. La sacó de uno de los bolsillos y la releyó saboreando con deleite su contenido. Empezaremos diciendo que era de una duquesa y que al señor Satterthwaite le complacía tener noticias de duquesas. Es verdad que la carta comenzaba solicitando una fuerte suma de dinero como contribución a una obra de caridad y que, de no haber sido por esto, es probable que la duquesa no se hubiese tomado la molestia de escribirle. Pero eran tan agradables los términos en que estaba redactada, que el señor Satterthwaite juzgó prudente pasar por alto el hecho anterior.

> *Por lo visto ha abandonado usted la Riviera. ¿Cuál es esa isla que merece su atención? ¿Barata? Este año Cannotti ha subido exageradamente los precios y no pienso volver más a la Riviera. Me gustaría probar su isla el año que viene, si su informe es favorable, aun cuando me horroriza realizar un viaje de cinco días por mar. Cualquier lugar que usted me recomiende será muy confortable, estoy segura. Acabará usted por ser uno de esos*

hombres que sólo viven para su propio mimo y sólo piensan en su confort. Sólo le salva una cosa, Satterthwaite: ese desordenado interés en los asuntos de los demás…

Mientras doblaba la carta, en el cerebro del señor Satterthwaite se reflejó la clara visión de la duquesa. Sus agradables maneras, su inesperada y alarmante amabilidad, su lengua cáustica, su indomable espíritu…

¡Espíritu! Esto era lo que el mundo necesitaba. Sacó otra carta, sobre la que había un sello alemán, escrita por una joven cantante por quien el señor Satterthwaite se había interesado vivamente. Era una carta llena de frases de cariñoso agradecimiento:

¿Cómo podré agradecerle lo que ha hecho usted por mí, señor Satterthwaite? Me parece todavía un sueño pensar que, dentro de pocos días, cantaré Isolda…

Era una pena que tuviese que hacer su debut en el papel de Isolda. Olga era una criatura admirable, tenaz y con una hermosa voz, pero carente de temperamento artístico. Empezó a canturrear para sí: «No oses mandarle. Te ruego lo comprendas. Lo mando yo, Isolda». No, decididamente la muchacha no tenía el espíritu, la voluntad indomable que había que expresar en ese final: «*Ich, Isolde*».

De todos modos, estaba contento de haber podido hacer algo por alguien. Esta isla le deprimía. ¿Por qué había abandonado la Riviera que tan bien conocía y donde todos le conocían a él? Aquí nadie se tomaba interés por su presencia. Nadie parecía comprender que allí estaba él, el señor Satterthwaite, el amigo de condesas, duquesas, cantantes y escritores. Nadie en la isla tenía la menor importancia social ni artística. La mayor parte de la gente había estado allí siete, catorce o veinte años sin más importancia que la que ellos mismos se concedían.

Con un profundo suspiro, el señor Satterthwaite se alejó del hotel y se dirigió al desordenado puertecito de la parte baja. El camino bajaba bordeado por espesas buganvillas, un vivo macizo de intenso escarlata que le hacía sentir más viejo y grisáceo que nunca.

—Me estoy haciendo viejo. Me estoy volviendo cansado y viejo —murmuró.

Se sintió aliviado al dejar atrás aquellas buganvillas y entrar en la blanca calle del pueblo que terminaba en el azul del mar. Un perro callejero bostezaba indolentemente acostado al sol en medio del camino. Tras proceder a desperezarse hasta los límites del éxtasis, se sentó y se dedicó a un buen rascado del cuerpo. Después se levantó, se sacudió y miró a su alrededor en busca de cualquier otra cosa buena que la vida pudiera ofrecerle.

Había un montón de basura en uno de los lados y a él se dirigió relamiéndose con anticipada complacencia. Era cierto, no le había engañado su delicado olfato. ¡Un agradable olor a podrido que sobrepasaba todas sus esperanzas! Lo husmeó unos instantes con creciente satisfacción, pero luego, abandonándose a sí mismo, se tumbó

de espaldas y se revolcó frenéticamente entre aquellas deliciosas inmundicias. ¡El mundo, aquella mañana, era un paraíso para los perros!

Cansado al fin, se levantó y fue a tenderse de nuevo en medio de la calle. En este momento y sin previa advertencia, un coche destartalado apareció a toda marcha por una de las esquinas, le pasó por encima de pleno y se alejó sin prestarle la más mínima atención.

El perro consiguió ponerse de nuevo de pie. Se quedó unos instantes inmóvil, fijando en el señor Satterthwaite una triste mirada llena de un vago reproche y se derrumbó. El señor Satterthwaite se acercó y se inclinó sobre él. Estaba muerto. Continuó su camino pensando en la inconsistencia y crueldad de la vida. Qué expresión de desencanto había en la última mirada de aquel pobre perro que parecía querer decir: «¡Oh, mundo! ¡Mundo maravilloso en quien yo inocentemente confié! ¿Por qué me has hecho esto?».

El señor Satterthwaite siguió andando. Dejó atrás los caminos bordeados de palmeras y las dispersas casitas blancas del pueblo. Pasó de largo la playa de negra lava entre cuyas rugientes olas perdiera años atrás la vida un conocido nadador inglés, las aguas tranquilas entre rocas donde niños y ancianas retozaban haciéndose la ilusión de que se bañaban, y subió al fin por la empinada senda que conducía a la cima del acantilado. Al borde mismo había una casa designada con el apropiado nombre de La Paz. Era blanca, con verdes postigos herméticamente cerrados y un tanto descoloridos por la acción del tiempo. Un descuidado pero hermoso jardín y una avenida de cipreses conducían a una especie de plataforma que había junto al borde del acantilado, y desde donde podía contemplarse abajo, muy abajo, el profundo azul del mar.

Era éste, sin duda, el lugar de destino del señor Satterthwaite. Se había encariñado con la contemplación de los jardines de La Paz, pero jamás había entrado en la villa. La casa siempre parecía estar deshabitada. Manuel, el jardinero español, saludaba a los visitantes y, siempre atento, obsequiaba con un ramo a las señoras y con una simple flor para el ojal a los caballeros, con su morena tez arrugada por las sonrisas.

A veces el señor Satterthwaite forjaba sus propias historias acerca de la propietaria de la casa. Su favorita era la de que se trataba de una bailarina española, en un tiempo famosa por su gran hermosura, escondida ahí para que el mundo ignorase siempre que había dejado de ser bella.

Se la imaginaba saliendo de la casa y paseándose silenciosamente por entre las flores. Estuvo muchas veces tentado de preguntar a Manuel sobre la verdad del caso, pero resistió la tentación. Prefería sus fantasías.

Después de cambiar unas palabras con el jardinero y aceptar complacido el capullo de una rosa de té, el señor Satterthwaite se internó por el paseo de cipreses que conducía al mar. Era realmente maravilloso poder contemplarlo sentado en el borde del vacío, con el acantilado a sus pies. Esto le trajo a la memoria los personajes de Tristán e Isolda, el comienzo del tercer acto con Tristán y Kurwenal, aquella

solitaria espera: la llegada de Isolda desde el mar y la muerte de Tristán entre sus brazos. (No, la pequeña Olga jamás podría interpretar el papel de Isolda, la Isolda de Cornualles, la reina henchida de odio y de amor). Se estremeció. Se sentía solo, viejo, aterido… ¿Qué había logrado de su paso por la vida? Nada. Nada. Ni siquiera tanto como aquel perro callejero…

Hubo un inesperado ruido que le hizo salir de su ensimismamiento. No había oído el rumor de los pasos que se acercaban a lo largo del paseo, así que la primera noción que tuvo de la presencia de alguien fue una rotunda y significativa expresión inglesa.

—¡Maldita sea!

Se volvió y se encontró cara a cara con un joven que le miraba con unos ojos en los que se reflejaba la sorpresa y la contrariedad. El señor Satterthwaite lo reconoció al punto como al viajero que había llegado el día anterior y que le había más o menos intrigado. El señor Satterthwaite le llamaba joven, pues en realidad lo era si se le comparaba con el grupo de inmortales que se hospedaban en el hotel. Pero indudablemente pasaría de los cuarenta y no sería tampoco muy arriesgado suponer que andaría rondando el medio siglo. Sin embargo, y a pesar de esto, el calificativo de joven le sentaba de maravilla. El señor Satterthwaite solía ser muy certero en estas apreciaciones. Había un no sé qué de falta de madurez en su aspecto. Le ocurría lo que a muchos perros, que siguen dando la impresión de cachorros aun después de su completo desarrollo.

El señor Satterthwaite pensó: Este muchacho no ha llegado a madurar debidamente, eso es todo.

Sin embargo, no había nada de particular en ese hombre *PeterPannish*. Era delicado en sus modales, casi regordete, con el aspecto de un hombre que no se ha privado jamás de placer o satisfacción material alguno, ojos castaños casi redondos, pelo rubio tirando a gris, un pequeño bigote y cara arrebolada.

Lo que intrigaba al señor Satterthwaite era la razón que había podido tener para ir a la isla. Podía imaginárselo cazando fieras, jugando al polo, al tenis o al golf, y haciendo la corte a mujeres bonitas. Pero en la isla no había cosa alguna sobre la que poder disparar, ni juegos, con excepción del *croquet*, y lo más aproximado a una mujer bonita estaba representado por la anciana señorita Baba Kindersley. Había, como es natural, artistas atraídos por la hermosura del paisaje, pero el señor Satterthwaite estaba seguro de que nuestro hombre no pertenecía a esta clase, pues llevaba impresas en su rostro las señales inequívocas del filisteo[10].

Mientras barajaba todas estas ideas en su mente, el otro habló, quizá comprendiendo que su corta imprecación pudiese haber sido equívocamente interpretada.

—Le ruego me perdone usted —dijo con cierto embarazo—. A decir verdad, me he sorprendido. Jamás imaginé encontrar a persona alguna en este lugar.

Su sonrisa desarmaba. Era encantadora, atrayente, amistosa.

—Verdaderamente es un rincón solitario —convino el señor Satterthwaite, mientras le cedía cortésmente parte del espacio del banco. El otro aceptó la muda invitación y se sentó a su lado.

—No estoy muy de acuerdo con lo de solitario —dijo—. Siempre parece haber alguien aquí.

Había un ligero tinte de resentimiento en su voz que no escapó a la perspicacia del señor Satterthwaite. El otro parecía sentir el efluvio de un alma gemela.

¿Por qué esa insistencia en la soledad? ¿Una cita, quizá? No, no era eso. Disimuladamente, posó una escrutadora mirada sobre su nuevo compañero. ¿Dónde había visto, hacía no mucho, aquella particular expresión? ¿Aquella especie de desconcertante resentimiento?

—¿Ya ha estado usted aquí con anterioridad? —preguntó el señor Satterthwaite más por decir algo que por otra cosa.

—Estuve aquí anoche, después de cenar.

—¿Ah, sí? Creí que a esa hora la verja estaría cerrada.

Hubo una pequeña pausa, pasada la cual y casi sombríamente, nuestro hombre añadió:

—Salté el muro.

El señor Satterthwaite le observó desde este momento con suma atención. Su mente poseía la rapidez de un sabueso y recordó que su compañero había llegado al hotel solo la tarde anterior. Había tenido muy poco tiempo para poder apreciar a la luz del día la belleza de la villa y, hasta aquel momento, no había hablado con nadie. Sin embargo, después de anochecer, se había dirigido directamente a La Paz. ¿Por qué? Casi involuntariamente, el señor Satterthwaite se volvió a contemplar la casa que, como siempre, permanecía tan muda y sin vida como siempre, con las puertas y las ventanas cerradas herméticamente. No, la solución del misterio no estaba allí.

—¿Y dice usted que encontró a alguien aquí ayer?

El otro asintió.

—Sí —añadió—. Probablemente de algún hotel vecino. Llevaba puesto un disfraz.

—¿Un disfraz?

—Sí. Algo así como un traje de Arlequín.

—¿Cómo?

La pregunta brotó como un estallido de los labios del señor Satterthwaite. Su compañero se volvió y le miró con sorpresa.

—Supongo que habría un baile de máscaras en alguno de los hoteles.

—¡Oh, eso debió ser! —se apresuró a contestar el señor Satterthwaite—. Claro, claro, claro…

Se detuvo sin aliento. Luego prosiguió.

—Debe usted perdonar mi excitación. ¿Sabe usted algo acerca de la catálisis?

El joven lo miró con sorpresa.

—Nunca he oído esa palabra. ¿Qué significa?

El señor Satterthwaite acotó con seriedad:

—«Una reacción química cuyo éxito depende de la presencia de una cierta sustancia que en sí permanece inalterable».

—¡Ah! —se limitó a contestar su compañero.

—Tengo un amigo, su nombre es el señor Quin, a quien sólo puede describírsele en términos catalíticos. Su presencia es signo de que algo va a ocurrir, pues donde él se encuentra, extrañas revelaciones salen a la luz y se hacen sorprendentes descubrimientos. Y sin embargo, él mismo no toma parte directa en ello. Tengo la impresión de que fue a mi amigo a quien usted vio anoche aquí.

—El tipo surgió de repente. Me dio un susto mayúsculo. ¡Un instante antes no estaba y al siguiente estaba! Como si hubiera surgido del mar.

El señor Satterthwaite dirigió una escrutadora mirada por la pequeña meseta y hacia el fondo del acantilado.

—Eso es una tontería, claro —dijo el otro—, pero ésa fue la sensación que percibí. Y es evidente que aquí ni siquiera hay sitio para una mosca —añadió asomándose al borde del precipicio—. Un corte perfectamente limpio. Un paso hacia delante y todo se acabaría para siempre.

—El sitio ideal para un asesinato —comentó el señor Satterthwaite en tono jocoso.

El otro le miró como si no acabara de comprender sus palabras. Después dijo vagamente:

—¡Ah! Sí, claro…

Siguió sentado con el ceño fruncido, golpeando distraídamente el suelo con la punta de su bastón. De pronto, el señor Satterthwaite encontró la semejanza que tanto había buscado. Este hombre tenía la misma expresión que mostró el perro después de ser atropellado. Sus ojos y los del joven estaban llenos de la misma pregunta y del mismo reproche patético: «¡Oh, mundo en quien inocentemente confié! ¿Por qué me has hecho esto?».

Siguió encontrando nuevos puntos de contacto entre ambos. La misma despreocupación, el mismo alegre abandono a los placeres que brinda la vida. La misma ausencia de esfuerzo intelectual. Con lo suficiente para poder vivir holgadamente en cada momento, el mundo parecía un lugar perfecto, un lugar de delicias carnales, el sol, el cielo, el mar e incluso un discreto montón de basura. ¿Qué sucedió después? Un coche atropello al perro. ¿Qué habría atropellado a aquel hombre?

El motivo de sus divagaciones le interrumpió al llegar a este punto al exclamar más bien para sí que para el señor Satterthwaite:

—Uno se pregunta si acaso vale la pena vivir.

Palabras familiares que casi siempre tenían la virtud de traer una sonrisa a los labios del señor Satterthwaite por la inconsciente evidencia del innato egoísmo

humano, que insiste en considerar cada manifestación de la vida como un designio expreso para su deleite o su tormento. No contestó y el forastero añadió, acompañando sus palabras con una risita en tono de disculpa:

—He oído un aforismo que dice que todo hombre debería, al menos, construir una casa, plantar un árbol y tener un hijo. —Se detuvo unos instantes y luego añadió—: Creo que lo que yo planté un día fue un alcornoque…

El señor Satterthwaite se agitó ligeramente. Su curiosidad, aquel interés siempre presente en él por inmiscuirse en los asuntos ajenos y del que la duquesa le acusara en su carta, se había vuelto a despertar con inusitada agudeza. No era extraño. El señor Satterthwaite tenía una faceta acentuadamente femenina en su naturaleza y era la de saber escuchar tan bien como una mujer y encontrar siempre el momento de intercalar la frase oportuna. En aquel momento empezó a oír la historia entera.

Anthony Cosdon, ése era el nombre del forastero, había tenido una vida muy parecida a como el señor Satterthwaite había imaginado. No era un portento como narrador, pero el señor Satterthwaite sabía rellenar fácilmente los huecos que pudiese encontrar en su historia. Una existencia corriente, unos ingresos normales, una temporada en el ejército, una gran afición por los deportes, un gran número de amistades, un montón de cosas agradables de las que disfrutar y suficientes mujeres. La clase de vida que en general hace inhibir el pensamiento, y lo sustituye por sensaciones. Hablando francamente: una vida completamente animal. Pero hay cosas infinitamente peores que las que acabo de oír, pensó el señor Satterthwaite desde lo más profundo del pozo de su experiencia. Ya lo creo que las hay. Para Anthony Cosdon, al parecer, el mundo había sido un excelente lugar. Se había quejado alguna vez porque todo el mundo lo hacía, pero nunca en serio. Y, de repente, aquello.

Finalmente había llegado al punto crucial aunque vaga e incoherentemente. No se había dado cuenta de ello. Habló con su médico y éste le persuadió de que debía consultar el caso con uno de los especialistas de Harley Street. Después, la increíble verdad. Habían intentado en vano ocultársela. Le hablaron de cuidados especiales, de la necesidad de llevar una vida tranquila, pero no pudieron ocultar la evidencia, que le dejó ligeramente anonadado. Le daban seis meses. Eso era todo lo que le daban. Seis meses.

Volvió hacia el señor Satterthwaite sus confusos ojos castaños. Había que admitir que el golpe era rudo. De los que le dejaban a uno sin saber qué hacer.

El señor Satterthwaite asintió con un movimiento grave y comprensivo.

Era difícil resolverlo todo en tan corto tiempo, prosiguió explicando Anthony Cosdon. Qué hacer con el tiempo, con la condenada espera hasta el final. No sentía síntoma alarmante alguno aunque el especialista auguró que no tardarían en presentarse. Le parecía un sarcasmo tener que enfrentarse con la muerte en el momento en que menos lo deseaba. Lo mejor sería, pensó, continuar viviendo como hasta aquel momento. Pero algo no había funcionado.

Aquí el señor Satterthwaite le interrumpió para preguntarle con toda la discreción posible si no había mezclado en todo ello el nombre de alguna mujer.

Aparentemente, no la había. Las había, por supuesto, pero no al menos de aquel tipo. Su círculo de amistades era de un tipo muy alegre. No había querido hacer ante ellos el papel de un cadáver viviente. No deseaba que se convirtieran en un séquito fúnebre. Hubiera sido embarazoso para todo el mundo. Por eso decidió marcharse solo al extranjero.

—¿Y vino usted a estas islas? ¿Se puede saber por qué ha venido?

El señor Satterthwaite iba a la caza de algo. Algo delicado e intangible que flotaba dentro de todo aquel intrincado misterio, algo que intentaba eludirle, pero que estaba seguro de que se encontraba allí.

—¿Había estado aquí antes, quizá? —añadió.

—Sí —admitió casi involuntariamente—, hace años. Siendo todavía muy joven.

Y de repente, casi inconscientemente, dirigió una mirada por encima del hombro en dirección a la casa.

—Recuerdo este lugar —continuó, y añadió mirando en dirección al mar—: ¡La antesala de la eternidad!

—Y ésa es la razón por la que vino aquí ayer noche —dijo el señor Satterthwaite con calma.

Anthony Cosdon le lanzó una mirada desmayada.

—¡Oh, no, en realidad…! —protestó.

—Anoche encontró usted a alguien aquí. Esta tarde me encuentra usted a mí. Son ya dos las veces que su vida ha sido salvada.

—Puede usted decirlo así, pero que me condene si no es mi vida. Tengo derecho a hacer con ella lo que me venga en gana.

—Eso es pura palabrería —contestó el señor Satterthwaite en tono átono.

—Claro que comprendo su punto de vista —admitió generosamente Anthony Cosdon—. Trata usted de disuadirme, como yo mismo lo haría con un amigo, aun estando convencido de que tuviera una poderosa razón. Y usted sabe que yo la tengo. Un final rápido es más sensato que una agonía prolongada, que sólo causa trastornos, gastos y pesadumbres a los demás. Al fin y al cabo, no hay nadie en el mundo que me pertenezca…

—¿Y si lo hubiese…? —interpuso vivamente el señor Satterthwaite.

Cosdon aspiró el aire con fuerza.

—No lo sé, pero, aun en este caso, sería lo mejor. De cualquier modo, no tengo…

Se detuvo bruscamente. El señor Satterthwaite le observó con curiosidad. Con su incurable romanticismo, le sugirió que en algún rincón de su corazón, había una mujer. Pero Cosdon lo negó. No tenía motivo alguno de queja, decía. En general había tenido una buena vida. Era una pena tenerla que abandonar tan pronto, eso era todo. Pero, de todos modos, había tenido cuanto pudiera desear. Con excepción de un

hijo. Le habría gustado enormemente tener un hijo, alguien que hubiese sido como una prolongación de sí mismo. Fuera de esto, insistió, había tenido una buena vida.

La paciencia del señor Satterthwaite se agotó en ese instante. Nadie, señaló, que estuviese todavía en estado larvario, podía presumir de conocer nada de la vida. Ya que las palabras estado larvario no parecieron tener sentido para Cosdon, procuró explicar su significado con mayor claridad.

—Usted aún no ha empezado a vivir. Está todavía empezando.

—Mire usted mis cabellos. Son grises ya. Tengo cuarenta años y…

El señor Satterthwaite le interrumpió.

—¡Y eso qué tiene que ver! La vida se compone de un cúmulo de experiencias físicas y mentales. Yo, por ejemplo, he cumplido los sesenta y nueve años, y tengo en realidad esa edad. He conocido, directamente o de segunda mano, casi todas las experiencias que la vida puede ofrecer. Usted es como un hombre que quisiera explicar las estaciones del año sin haber visto más que la nieve y el hielo. Las flores de la primavera, la languidez de los días estivales, la caída de las hojas en otoño, le serían completamente desconocidas y ni siquiera sabría de su existencia. ¿Y va usted a renunciar voluntariamente a la oportunidad de conocerlas?

—Parece olvidar —dijo Cosdon, con hosquedad— que sólo me quedan seis meses de vida.

—El tiempo, como todas las cosas, es relativo —insistió el señor Satterthwaite—. ¿Quién le dice que esos seis meses no van a ser los más largos y de más variada experiencia de toda su vida?

Cosdon le miró muy poco convencido.

—En mi lugar —dijo—, usted haría lo mismo.

El señor Satterthwaite meneó la cabeza.

—No —añadió con sencillez—. En primer lugar, porque dudo que tuviese el valor. Hace falta coraje para llevar a cabo un acto como ése y yo no soy en absoluto un individuo valiente. Y en segundo lugar…

—¿Diga?

—Porque siempre tengo curiosidad por saber lo que nos traerá el mañana.

Cosdon se levantó y soltó una carcajada.

—Bien. Tengo que reconocer que ha sido usted muy amable al escucharme. Apenas entiendo muy bien por qué, pero de todos modos así ha sido. He hablado demasiado. Olvídelo.

—Y mañana, cuando se hable de un accidente, ¿tendré que dejar las cosas tal cual están? ¿No podré hacer ninguna sugerencia de un suicidio?

—Eso dependerá de usted. Me complace que comprenda una cosa: que usted no puede impedírmelo.

—Mi querido joven —dijo el señor Satterthwaite con placidez—, no puedo andar pegado a usted como la proverbial lapa. Tarde o temprano acabará por darme el esquinazo y consumar su propósito. Pero tengo la satisfacción haberlo frustrado al

menos por hoy, pues no le creo capaz de suicidarse dejándome con el posible cargo de que fui yo quien en realidad lo empujó al abismo.

—Tiene usted razón —dijo Cosdon—. Y si insiste en quedarse aquí…

—Así es —contestó el señor Satterthwaite con firmeza.

Cosdon lanzó una humorística carcajada.

—En ese caso, tendré que posponer mi plan hasta encontrar una ocasión más propicia. Me vuelvo al hotel. Quizá le veré más tarde.

El señor Satterthwaite se quedó solo sumido en la contemplación del ancho mar.

Y ahora, se preguntó a sí mismo, ¿cuál habrá de ser el próximo paso? Ha de haber alguno. Me pregunto…

Se levantó. Permaneció unos instantes en pie junto al borde del acantilado, contemplando las aguas que danzaban a sus pies. No encontrando en ellas inspiración alguna, se volvió lentamente por el largo paseo de cipreses en dirección al tranquilo jardín. Se quedó contemplando la silenciosa casa y, como siempre, le vino a la memoria la incógnita de la persona que un día la ocupara y de las escenas que hubiesen podido ocurrir entre sus plácidos muros. Llevado por un súbito impulso, remontó los pocos y desvencijados escalones de piedra que le separaban de una de las ventanas y oprimió una mano contra los deslustrados postigos verdes.

Con gran sorpresa vio que éstos se entreabrían a su presión. Se detuvo unos instantes como indeciso, pero al fin se decidió y los abrió de par en par. Un instante después retrocedió con una exclamación de disgusto. Tras el marco había una figura de mujer que se le quedó mirando de hito en hito. Vestía de luto y tocaba su cabeza con una negra mantilla de encaje.

El señor Satterthwaite trató apresuradamente de excusarse empleando una mezcolanza de italiano y alemán que en su atolondramiento consideró como más próximas al español. Trató de explicarle que estaba desolado y avergonzado, y pidió que la *signora* le perdonase. Retrocedió apresuradamente sin que la mujer hubiera dicho ni una palabra.

Se hallaba ya a mitad de camino de la verja, cuando hirieron sus oídos dos palabras que resonaron secas como el restallido de un látigo.

—¡Vuelva aquí!

Era la orden concisa y clara, como la que pudiera haber sido dirigida a un perro, pero con tal acento de autoridad, que el señor Satterthwaite se volvió rápidamente y se acercó al trote a la ventana antes de que se le ocurriera sentir el menor resentimiento. Obedeció como un perro. La mujer seguía inmóvil en el centro del marco. Al llegar frente a ella, ésta le inspeccionó detenidamente de pies a cabeza.

—Usted es inglés —dijo—. Me lo figuré.

El señor Satterthwaite intentó iniciar una segunda tanda de excusas.

—Si me hubiese imaginado por un momento que usted pudiese ser inglesa —acertó a decir—, me hubiese expresado mejor. Le presento mis más sinceras

disculpas por haber abierto los postigos. Nada puedo alegar a mi favor, sino que me guió la curiosidad, el afán de conocer lo que esta encantadora casa pudiese encerrar.

Ella se rió. Su risa era fresca y rica en matices.

—Si desea realmente verla —añadió—, creo que lo mejor será que entre.

Se apartó y el señor Satterthwaite penetró en el recinto, presa de una viva emoción. El interior estaba oscuro por hallarse cerrados los postigos de las demás ventanas, pero pudo ver un mobiliario escaso y viejo, y una espesa capa de polvo por todas partes.

—Aquí no —dijo—. Jamás utilizo esta parte del edificio.

Ella le precedió y él la siguió a través de largos pasillos a una espaciosa habitación del lado opuesto de la casa. Aquí las ventanas daban al mar, y el sol inundaba la estancia. Sus muebles, al igual que los que había en la entrada, eran pobres pero limpios. Unas gruesas, si bien un tanto deterioradas alfombras, mostraban restos de un pasado esplendor. Había también un biombo de cuero español, y gran profusión de macetas y flores.

—Tomará usted el té conmigo —dijo como para reafirmar la sinceridad de su acogida—. Es un té excelente y está hecho, además, a la inglesa, con agua hirviendo.

Salió un instante a la puerta y dio unas cuantas órdenes en español. Después volvió y se sentó en un sofá frente a su invitado. Por primera vez, el señor Satterthwaite pudo fijarse en su apariencia.

La primera impresión que recibió fue la de sentirse más arrugado y viejo que nunca ante el contraste con aquella vigorosa personalidad. Era una mujer alta, bronceada por el sol, atractiva aunque ya no joven y su presencia iluminaba el lugar con un brillo que desaparecía al ausentarse, y de ella emanaba una curiosa calidez y viveza que en aquellos momentos empezaba a embargar al señor Satterthwaite, que se reanimaba por momentos con la fruición del que extiende sus manos ateridas ante un confortante fuego. Y pensó: Tiene tanta vitalidad, que todavía le sobra para repartirla sobre los demás.

Recordó el acento autoritario de su voz al obligarle a detenerse en el jardín y, por un instante, deseó que ojalá su protegida, Olga, poseyera algo de aquella fuerza. ¡Qué Isolda sería! Sin embargo, seguro que aquella mujer no estaba dotada de la más mínima voz para cantar. La vida reparte sus dones de forma bien equivocada. De todos modos, se sentía en aquellos momentos un tanto acobardado. No le gustaban las mujeres dominantes.

Ella, por otra parte, le observaba con la barbilla apoyada en la palma de una de sus manos. Al fin hizo un gesto como de haber llegado a una determinación.

—Me alegro de que haya usted venido —dijo—. Necesitaba desesperadamente alguien con quien hablar esta tarde. Y a usted creo que le gusta la idea también.

—No la comprendo.

—Me refiero a que la gente le hable de cosas. Ya sabe lo que quiero decir. ¿Por qué negarlo?

—Pues bien, sí, es posible…

Sin tener en cuenta lo que el señor Satterthwaite hubiese querido decir, ella prosiguió:

—Se le puede contar a usted cualquier cosa. Porque tiene usted alma femenina. Sabe cómo sentimos, cómo pensamos y las extravagancias que somos capaces de cometer las mujeres.

Calló de pronto. El té fue servido por una sonriente y corpulenta criada española. Era un delicioso té. De China, sin duda. El señor Satterthwaite lo saboreó con deleite.

—¿Vive usted aquí? —preguntó por decir algo.

—Sí.

—Pero no por completo. La casa está generalmente cerrada, ¿no es así? Eso es, por lo menos, lo que he oído decir.

—Paso aquí una gran parte de mi tiempo. Más de lo que muchos se figuran. Sólo uso estas habitaciones.

—¿Y hace mucho que ocupa la casa?

—La casa ha sido de mi propiedad estos últimos veintidós años y viví además otro año en ella antes de adquirirla.

El señor Satterthwaite comentó tontamente (o al menos así se lo pareció):

—Un largo tiempo.

—¿El año o los veinte años?

El interés del señor Satterthwaite se acrecentó. Contestó con gravedad:

—Eso depende…

Ella asintió.

—Usted lo ha dicho: depende. Son dos períodos distintos y nada tienen que ver el uno con el otro. ¿Cuál de ellos es el largo y cuál el corto? Ni yo misma podría decírselo en este momento.

Permaneció unos instantes pensativa. Luego añadió con una breve sonrisa:

—¡Hace tanto tiempo que no hablo con nadie… tanto tiempo! No pretendo disculparme. Usted se acercó a mis postigos y los abrió con el afán de curiosear. Es lo que siempre hace, ¿no es así? Apartar el postigo y mirar por la ventana la vida real de la gente, si se lo permiten. A veces no le dejan. Debe de ser difícil intentar ocultarle nada a usted. Se pondría usted a pensar… a pensar… y acabaría por dar con la verdad.

El señor Satterthwaite sintió un peculiar impulso de mostrarse sincero.

—Tengo sesenta y nueve años —dijo—, y todo cuanto sé de la vida lo debo a experiencias ajenas. A veces, me resulta muy amargo y, sin embargo, gracias a eso, he aprendido mucho.

Ella asintió pensativamente.

—Lo sé. La vida es muy peculiar. No puedo ni siquiera imaginarme lo que debe uno sentir cuando se es un mero espectador.

Su tono era de extrañeza. El señor Satterthwaite sonrió.

—No. No puede usted imaginárselo. Su puesto está en el centro de la escena y su papel ha de ser siempre el de una *prima donna*.

—Curiosa comparación.

—Pero no por eso menos cierta. A usted han debido ocurrirle muchas cosas en la vida y posiblemente continúan ocurriéndole. Alguna de ellas, me parece, algo trágica. ¿Me equivoco?

La dama entornó los párpados y miró con fijeza al señor Satterthwaite.

—Si permanece usted aquí el tiempo suficiente —dijo—, alguien le hablará del nadador inglés que se ahogó al pie de esas rocas. Le dirán lo joven, fornido y atractivo que era. Y le dirán también que su joven esposa presenció su agonía asomada todo el tiempo al borde del acantilado.

—Sí, he oído ya toda esa historia.

—Ese hombre era mi marido. Ésta era su villa. Me trajo aquí cuando apenas contaba yo dieciocho años y un año después murió arrastrado por las olas hacia las rocas, destrozado hasta morir.

El señor Satterthwaite no pudo reprimir una dolorosa exclamación. Ella se inclinó hacia delante y continuó mirándolo con ojos que brillaban como ascuas.

—Usted me habló hace un momento de tragedias. ¿Concibe usted alguna más horrible que esto? ¿La de una joven esposa, casada sólo un año antes, que ha de asistir impotente a la lucha por su vida del hombre que ama… y perderlo de un modo horrible?

—¡Terrible! —dijo el señor Satterthwaite vivamente emocionado—. No creo que pueda concebirse nada más espantoso.

De repente, ella soltó la carcajada con la cabeza echada hacia atrás.

—¡Pues está usted equivocado! —exclamó—. Hay todavía una cosa más terrible, mucho más terrible, y es esa misma joven esposa que desea con fervor que su marido no salga con vida del mar…

—¡Pero Dios mío! —exclamó el señor Satterthwaite—. Supongo que no querrá usted decir…

—Sí, lo digo. Eso fue lo que ocurrió en realidad. Me arrodillé allí, al borde del acantilado, y recé. Los criados españoles creían que rezaba por su salvación, pero no fue así. Rezaba para que Dios acudiese en mi ayuda. Una y otra vez brotaba de mis labios la misma súplica: «¡Dios mío, no permitas que desee su muerte! ¡Dios mío, no permitas que desee su muerte!». Pero era en vano. Continuaba deseándola… deseándosela, hasta que al fin mi deseo se convirtió en realidad.

Guardó silencio durante uno o dos minutos y después prosiguió muy suavemente, en un cambio radical del tono de voz:

—Es terrible, ¿no es verdad? Es de esas cosas que no pueden olvidarse jamás. Fui terriblemente feliz cuando supe que había muerto y qué no volvería ya nunca más a atormentarme.

—¡Hija mía! —exclamó emocionado el señor Satterthwaite.

—Era demasiado joven para que me ocurriera una cosa así. Son experiencias propias para gente madura que está en edad de poder resistir los accesos… de bestialidad. Nadie conocía su verdadero carácter. Yo misma le creí un perfecto caballero el día que le conocí y me sentí orgullosa y feliz cuando pidió mi mano. Pero las cosas no tardaron en estropearse. Yo era el blanco de su irritación… nada de lo que hacía le complacía, aunque me esforzara al máximo. Después empezó a zaherirme y especialmente a aterrorizarme. Esto era lo que más le divertía. Utilizaba toda clase de medios… cosas espantosas. No es preciso que se las explique. Ahora creo que debía estar loco. Yo estaba sola aquí, en su poder, y la crueldad se convirtió en su entretenimiento favorito. —Sus ojos se ensombrecieron y su voz se tornó ronca —. Lo peor fue lo de mi bebé. Iba a tener un bebé que, por culpa de algunas cosas que me hacía, nació muerto. ¡Pobre hijo mío! Por poco no le seguí yo también. ¡Ojalá hubiera sido así!

El señor Satterthwaite intentó hablar, pero sólo salieron de su boca unos sonidos inarticulados.

—Después llegó mi liberación en la forma que ya le he relatado. Algunas jóvenes que se hospedaban en el hotel picaron su amor propio. Así fue como ocurrió. Todos los españoles le dijeron que era una locura intentar desafiar el mar en aquel punto, pero su vanidad pudo más que él, quería lucirse. Y yo le vi ahogarse… y me alegré. Creo que fue Dios quien permitió que las cosas sucediesen de ese modo.

El señor Satterthwaite extendió una de sus apergaminadas manos, que ella estrechó con efusión casi infantil. La madurez parecía haber desaparecido de su rostro y sus facciones adquirieron unos instantes la tersura de la juventud. Adivinó cómo debió haber sido a los diecinueve años.

—Al principio, creí que todo aquello había sido un sueño. La casa era mía y podía vivir en ella sin temor a que nadie volviera a hacerme daño. Yo era huérfana, sin parientes cercanos de ninguna clase, y nadie, por lo tanto, se interesaría en saber qué había sido de mí. Esto simplificaba las cosas. Seguí viviendo aquí, en esta villa, y me pareció el paraíso. Nunca fui tan feliz como entonces, ni volveré a serlo. Despertarme sólo para ver que no pasaba nada, sin dolor, sin terrores, sin la angustia de lo que podía ocurrirme a continuación. Sí, aquello era el paraíso.

Hizo una larga pausa. El señor Satterthwaite preguntó:

—¿Y después?

—Supongo que es condición de los humanos no estar nunca satisfechos con lo que tenemos. Al principio, bastó la libertad. Después… bueno, empecé a encontrarme sola. Volví a pensar en la muerte de mi bebé. ¡Si por lo menos tuviera a mi hijo!, pensé. Lo necesitaba. No sólo como hijo, sino como algo con qué entretenerme. Suena un poco infantil, ¿verdad? Pero era así.

—Lo comprendo —asintió gravemente el señor Satterthwaite.

—Es difícil explicar lo que vino después. Admitamos simplemente que sucedió porque tenía que suceder. Un joven inglés estaba hospedado en el hotel. Un día, por

equivocación, entró en el jardín. Yo vestía un traje típico del país y me tomó por una española. Me hizo gracia la equivocación y continué la farsa. Su español era muy malo, pero conseguía hacerse entender. Le dije que la villa pertenecía a una señora inglesa que se encontraba de viaje y que era ella quien me había enseñado el poco inglés que sabía. Lo hablé mal a propósito ¡Fue tan divertido todo aquello! Empezó a cortejarme y convinimos en hacernos la ilusión de que la casa era nuestro hogar, que acabábamos de casarnos y pensábamos quedarnos a vivir en ella. Le sugerí que probáramos a entrar por una ventana con postigos, precisamente la que usted escogió esta tarde. Estaba abierta. Entramos en una habitación un tanto descuidada y cubierta de polvo. Nos dejamos llevar por lo incitante de la aventura. Fue excitante y maravilloso. Hacíamos ver que era nuestra casa…

De pronto, se detuvo y dirigió una suplicante mirada al señor Satterthwaite.

—Todo aquello era tan encantador… como un cuento de hadas. Y lo curioso del caso para mí es que nada de aquello era verdad. No era real.

El señor Satterthwaite asintió. La veía quizá con más claridad que ella se viera a sí misma: una pobre muchacha sola, llena de miedo, convencida de que nada malo iba a ocurrirle por tratarse de algo que no era real.

—Era un hombre como tantos que iba en busca, sin duda, de una aventura, pero dulce y apasionado al propio tiempo. Seguimos la comedia.

Volvió a mirar fijamente al señor Satterthwaite.

—¿Comprende usted bien lo que quiero decir? Seguimos aparentando que…

Hizo una nueva pausa.

—A la mañana siguiente, volvió a la villa. Le vi a través de las persianas de mi cuarto. No se imaginaba ni siquiera que yo pudiese estar dentro. Seguía creyéndome una sencilla muchacha española del campo y no cesaba de mirar a su alrededor como buscando a alguien. Me había pedido volver a verme y yo le había dicho que sí, pero, en realidad, no era sincera. Siguió paseándose por el jardín con aire preocupado. Creo que pensaba en mí. Era agradable que alguien se preocupara por mí. Era muy simpático…

Volvió a detenerse.

—Al día siguiente, abandonó el pueblo y nunca más he vuelto a saber de él. Mi hijo nació nueve meses después y mi felicidad entonces llegó a ser completa. ¡Ser madre sin complicaciones y sin nadie a mi lado que pudiese herirme o hacerme sentir miserable! Me hubiese gustado conocer su nombre de pila. Se lo habría puesto al niño. Parecía ingratitud no hacerlo así. Me había dado lo que yo más ansiaba en el mundo y ni siquiera llegaría a enterarse de su existencia. Me consolaba, sin embargo, la idea de que quizá él no lo vería de ese modo y que saberlo sólo le preocuparía y molestaría. Yo no debía haber sido más que un mero pasatiempo para él.

—¿Y el niño? —preguntó el señor Satterthwaite.

—Una maravilla. Le puse el nombre de John. Ojalá pudiera verle usted. Tiene veinte años y estudia la carrera de ingeniero de minas. Ha sido para su madre el mejor

hijo y el más amoroso que pueda usted concebir. Tuve que decirle que su padre había muerto antes de su nacimiento.

El señor Satterthwaite se quedó contemplándola. Una curiosa historia, pero incompleta. Faltaba algo. Algo que indudablemente ella no había querido decir.

—Veinte años son muchos años —dijo reflexivamente—. ¿No ha acariciado usted nunca la idea de volverse a casar?

Como contestación hizo un gesto negativo con la cabeza. Un vivo rubor se extendió lentamente por sus broncíneas mejillas.

—¿Le bastó el consuelo del niño durante todo ese tiempo?

Ella se le quedó mirando. Sus ojos parecían haber dulcificado su expresión.

—¡Suelen suceder cosas tan raras! —murmuró—. ¡Tan raras que difícilmente llegaría usted a creerlas! Por más que… ¿quién sabe? Yo no amaba al padre de John. Al menos en aquel entonces. No sabía, en realidad, qué era el amor. Así es que creí que el niño se parecería a mí. Pero me engañé. Podría muy bien haber pasado por el hijo de cualquier otra. En cambio, es igual que su padre, no se parece a nadie más que a su padre. Tanto es así que creo que a través del hijo aprendí a conocer a aquel hombre. Hoy le quiero. Es más, le querré siempre. Usted podría decir que es mi imaginación, que me he fabricado un ideal, pero no es así. Amo al hombre real, su verdadera humanidad. Le reconocería al instante si le volviese a ver mañana, aunque hayan pasado veinte años desde que nos vimos. Amarle me ha transformado en una mujer. Le quiero con el amor que una mujer pueda llegar a sentir por un hombre. He vivido queriéndole durante veinte años y moriré queriéndole.

Se detuvo de súbito y se volvió, mirando retadoramente a su interlocutor.

—¿Cree usted acaso que estoy loca por decir estas cosas extrañas?

—¡Por Dios, hija mía! —exclamó cariñosamente el señor Satterthwaite, apoderándose de nuevo de una de sus manos.

—¿Usted me comprende?

—Del todo. Pero hay algo más, ¿verdad? Algo que aún no me ha dicho.

—Sí, hay algo más. Ha sido usted astuto en adivinarlo. No me engañé al figurarme que era usted de esos hombres a quienes difícilmente se les puede ocultar nada. Pero no se lo digo y la razón es sólo que es mejor para usted que no lo sepa.

Al decirlo, sostuvo serenamente la mirada que el señor Satterthwaite le dirigió.

Éste se dijo para sí: Ésta es la prueba. La clave del enigma está en mi mano y sólo a mí me corresponde la tarea de descifrarlo. Si uso bien la lógica, no tardaré en conocerlo.

Hubo un silencio que el señor Satterthwaite rompió, hablando con lentitud:

—Algo va mal.

Vio un ligero estremecimiento en los párpados de ella, que le dio a entender que se encontraba sobre la verdadera pista.

—Algo va mal —volvió a repetir—, algo ha debido ocurrir de repente después de estos años.

Sintió como si caminase a tientas por los oscuros rincones de aquel corazón, donde yacía enterrado el secreto que vanamente trataba de ocultar.

—El muchacho. Es algo relacionado con él. Usted no se preocuparía por ninguna otra cosa.

Oyó el leve suspiro que se escapó de su pecho revelándole que había acertado. Era cruel lo que hacía, pero absolutamente necesario. La lucha entre dos voluntades. Ella tenía un carácter dominante y despiadado, pero él también lo tenía. Y él contaba con la certeza inspirada por el Cielo de estar haciendo lo que debía. Sentía en aquel momento un olímpico desdén por aquéllos cuya única misión consistía en la vulgaridad de descifrar los detalles de un crimen normal. Esta habilidad detectivesca de su mente, este continuo recopilar datos, este sondeo constante de la verdad, ese regocijo que conduce a la meta deseada… Su misma obstinación en ocultarle la verdad le sería de ayuda. Sintió cómo se erguía desafiante a medida que se acercaba más y más a la solución del enigma.

—Dice usted que es mejor que yo no lo sepa. ¿Mejor para mí? Me sorprende. No es usted una mujer que acostumbre a guardar grandes consideraciones a los demás, ni de las que vacilan en poner a un extraño en un grave aprieto. Es más que eso, ¿verdad? De contarme la verdad, me convertiría usted en su cómplice antes de consumar el hecho. Eso suena a algo así como un crimen. ¡Fantástico! No puedo asociar un crimen con usted. Un crimen de especie única. Un crimen contra su propia persona.

Instintivamente ella bajó los ojos y el señor Satterthwaite se inclinó hacia ella y la cogió por las muñecas.

—¡Entonces es eso! ¿Está usted pensando en quitarse la vida?

Ella lanzó un leve grito.

—¿Cómo lo sabe usted?

—¿Por qué, pregunto yo? No me dirá que está cansada de la vida, pues jamás vi una mujer menos cansada y tan radiantemente viva como usted.

Ella se levantó y se dirigió a la ventana, echando hacia atrás, con un brusco gesto de cabeza, una rebelde guedeja que le caía sobre la frente.

—Puesto que ha logrado usted adivinar tanto, creo innecesario seguir guardando el secreto. Mi equivocación fue haberle dejado entrar esta tarde. Debí suponerme que acabaría usted por saber demasiado. Es de esa especie de personas. Tenía usted razón en la causa. Es por mi hijo. Él no sabe nada. Pero la última vez que estuvo en casa, habló fingida y trágicamente de lo ocurrido a un amigo suyo y sus palabras me revelaron su modo de pensar. Si algún día llegara a enterarse de que es un hijo ilegítimo, se le rompería el corazón. Es orgulloso, ¡tremendamente orgulloso! Me he enterado, además, de que hay una muchacha de por medio. Me ha anunciado su vuelta para pronto y desea saber más detalles acerca de su padre. ¿Cómo entrar en cierta clase de detalles? Los padres de la chica, naturalmente, desean informarse. Cuando descubra la verdad, romperá con ella y su vida se arruinará. Ya sé lo que dirá

usted. Que sería un loco y un testarudo si se tomase las cosas así. Es cierto, pero ¿qué se adelanta con saber cómo debería ser? Lo único que sé es que es como es y que el conocimiento de la verdad destrozará su corazón… Pero si antes de su llegada ocurriese un accidente, quizá todo se disolvería con el llanto por mi recuerdo. Rebuscaría en los papeles y, al no encontrar nada en ellos, se limitaría a sentirse un tanto molesto contra mí por haberle contado tan poco. Pero jamás sospecharía la verdad. Es la mejor solución. Como todas las cosas, la felicidad tiene su precio. Yo he sido tan feliz… enormemente feliz… y el precio a pagar será muy pequeño. Un poco de valor, un pequeño salto… y quizá unos breves momentos de angustia.

—Pero, querida mía…

—No discuta —dijo volviéndose repentinamente contra él—. No acepto argumentos convencionales. Mi vida es mía. Hasta hoy la conservé… por John. Ya no la necesita. Quiere una compañera y en ella concentrará sus afectos cuando yo ya no me encuentre aquí. Mi vida es inútil pero mi muerte será de provecho para él. Me asiste, pues, el derecho a hacer de mi vida lo que mejor me plazca.

—¿Está usted segura?

La gravedad con que el señor Satterthwaite pronunció estas palabras la sorprendió y contestó:

—Mi vida es ya del todo inútil y… nadie como yo para juzgar este asunto.

Él volvió a interrumpirla.

—No necesariamente.

—¿Qué quiere usted decir?

—Escuche. Le expondré un caso. Un hombre llega a cierto lugar… digamos que a cometer un suicidio. Pero da la casualidad de que allí encuentra a otro hombre y, en vista del contratiempo, decide renunciar de momento a sus planes y volver… a la vida. El segundo hombre ha salvado la vida del primero, no porque le fuera necesaria su presencia, ni porque ocupase un lugar prominente en su vida, sino meramente por el hecho físico de haberse encontrado en un determinado lugar y a una hora también determinada. Usted se quita hoy la vida y quizá cinco, seis o siete años después, otra persona la perderá o caminará hacia el desastre por la simple razón de no haberse encontrado usted allí. Pudiera tratarse de un caballo desbocado que se desvía bruscamente ante su presencia, evitando así que caiga sobre un pobre niño que juega inadvertidamente junto a la acera. ¿Quién puede afirmar que aquel niño no podría haberse convertido en un gran músico o en el descubridor de la vacuna contra el cáncer? O algo menos melodramático: podría convertirse en una persona feliz y normal…

Ella le miró con fijeza.

—Es usted un hombre extraño. Dice usted cosas en las que jamás se me ocurrió pensar.

—Dice usted que su vida es suya —prosiguió el señor Satterthwaite—, ¿pero osaría usted ignorar la posibilidad de que estuviese usted tomando parte en un

gigantesco drama dirigido por el dedo de la Providencia? Quizá el papel que a usted le corresponde desempeñar no sea hasta el final de la obra, un papel poco importante, sólo de figurante, pero de lo acertado y oportuno de su intervención pudiese depender el éxito o el fracaso de otro actor. El edificio entero de la vida es un auténtico entramado. Usted, individualmente hablando, puede no significar nada para nadie en el mundo, pero usted, como persona presente en un determinado lugar, puede ser de importancia inimaginable.

Ella se sentó sin dejar de mirarle.

—¿Qué quiere usted que haga? —dijo con sencillez.

El momento del triunfo había llegado para el señor Satterthwaite. Procedió a dar órdenes.

—Quiero que al menos me prometa una cosa. Que no tomará usted ninguna determinación al menos durante un plazo de veinticuatro horas.

Permaneció en silencio unos momentos y al fin contestó:

—Se lo prometo.

—Deseo además pedirle un favor.

—Usted dirá.

—Deje usted descorrido el pestillo de la ventana por la que he entrado y monte usted guardia en ella esta noche.

Lo miró sorprendida, pero asintió.

—Y ahora —dijo el señor Satterthwaite, consciente de lo que no tardaría en ocurrir—, creo que debo marcharme. Dios la bendiga, querida mía.

Se retiró con cierto embarazo. La fornida sirvienta española le salió al encuentro en el pasillo y le abrió una puerta lateral después de mirarle con curiosidad todo el rato.

Era ya casi de noche cuando llegó al hotel. Sentada en la terraza, había una solitaria figura. Hacia ella se encaminó. Estaba excitado y con el corazón que parecía saltársele del pecho. Tenía el convencimiento de que la solución de la partida estaba ahora en sus manos. Un movimiento en falso y…

Trató, sin embargo, de ocultar su emoción y hacerse el encontradizo con Anthony Cosdon.

—¡Hermosa noche! —observó—. Llegué a perder la noción del tiempo sentado junto al acantilado.

—¿Ha estado usted todo este tiempo allí?

El señor Satterthwaite hizo un gesto afirmativo. La puerta giratoria se abrió para dar paso a alguien y un haz de luz alumbró las facciones de Cosdon, iluminando claramente las huellas de su mudo sufrimiento y su angustiosa espera.

El señor Satterthwaite pensó para sí: Sufre más de lo que yo hubiera sufrido en su caso. ¡Lo que puede la imaginación, la conjetura y la especulación! No es difícil, si se quiere, poner coto a la expansión del dolor. Pero el sufrimiento ciego e instintivo de un animal debe ser algo terrible.

Cosdon habló súbitamente con voz ronca.

—Voy a dar un paseo después de cenar. Usted sabe lo que quiero decir. A la tercera va la vencida. ¡Por lo que usted más quiera, no vuelva a inmiscuirse en mis asuntos! Yo sé que lo hace usted con la mejor intención, pero créame: es completamente inútil todo cuanto intente hacer.

El señor Satterthwaite se irguió como si intentara desperezarse.

—No acostumbro a meterme donde no me llaman —dijo como queriendo quitarle importancia a lo que en realidad era en aquellos momentos la única finalidad de su existencia.

—Sé lo que piensa usted…

Intentó proseguir, pero fue interrumpido de nuevo por el señor Satterthwaite.

—Siento mucho no poder participar de su opinión —dijo—. Nadie puede saber lo que otra persona piensa. Quizá puedan imaginárselo, pero la mayoría de las veces se equivocarán.

—Quizá sea como usted dice —hubo de admitir Cosdon, aun persistiendo en la duda.

—El pensamiento, es privativo de uno solo —continuó su compañero—. Nadie puede tampoco alterar ni influir en el uso que pueda usted hacer de él. Y hablando ahora de cosas más agradables… de esa vieja villa, pongo por caso. Tiene un encanto peculiar. Tan solitaria, tan apartada del mundo, guardando sólo Dios sabe qué impenetrable misterio. No pude contener un irresistible impulso. Intenté abrir uno de sus postigos.

—¿Ah, sí? —dijo Cosdon, volviendo súbitamente la cabeza—. Estaría cerrada, como es natural.

—No —contestó el señor Satterthwaite con intención—. ¡Es curioso! ¡Estaba abierta! —Y añadió misteriosamente, como remachando el clavo—: La tercera ventana empezando por el final.

—¿Cómo…? —estalló más que dijo Cosdon—. Ésa fue precisamente…

No terminó la frase. Pero el señor Satterthwaite había visto la luz que flameó un instante en sus pupilas y se levantó satisfecho.

Quedaba todavía un asomo de duda y ansiedad en su interior. Empleando su favorita metáfora teatral, confiaba en haber recitado sus líneas correctamente. Eran unas líneas de importancia capital.

Pero al reflexionar de nuevo, su apreciación artística quedó satisfecha. A su paso en dirección al acantilado, Cosdon no podría resistir la tentación de abrir aquella ventana. No estaba en la naturaleza humana resistir semejante tentación. El imborrable recuerdo de algo que hizo palpitar su corazón veinte años atrás le hizo volver al mismo lugar. Ese mismo recuerdo le impulsaría a acercarse a la ventana. Después…

—Lo sabré mañana por la mañana —dijo el señor Satterthwaite, dirigiéndose, como tenía por costumbre, a cambiarse para la cena.

Debían de ser ya las diez de la mañana cuando el señor Satterthwaite entró de nuevo en el jardín de La Paz. Manuel le recibió con su acostumbrada sonrisa, su ceremonioso «buenos días» y su consabido capullo de rosa, que el señor Satterthwaite se apresuró a colocarse en el ojal de la solapa. Después se encaminó hacia la casa y se quedó frente a ella contemplando sus blancos muros, sus floridas enredaderas y sus descoloridas y mudas persianas. Todo tan silencioso. Tan apacible. ¿Habría sido todo ello un sueño?

Pero en aquel momento, una de las ventanas se abrió y la dama que absorbía los pensamientos del señor Satterthwaite salió de la casa. Se encaminó hacia él con un paso vivo y eufórico, como si se sintiera impulsada por una triunfal exaltación. ¡Le brillaban los ojos y cubría sus mejillas un vivo arrebol! Parecía como una de esas alegorías del gozo que se encuentran esculpidas en los frisos. No mostraba la más mínima duda, vacilación o temblor. Al llegar junto al señor Satterthwaite, le echó los brazos al cuello y le besó, no una, sino repetidas veces. Un manojo de grandes rosas frescas y aterciopeladas, así fue como recordó después la caricia. Luz, primavera, gorjeo de aves, ésa era la atmósfera en que se sintió envuelto. Calor, satisfacción, inusitado vigor.

—¡Si usted supiera lo feliz que soy! —murmuró—. Pero ¿cómo se enteró usted? Es usted como uno de esos bondadosos magos de que nos hablan los cuentos de hadas.

Se detuvo como sofocada por la inmensa emoción que sentía en aquellos momentos.

—Hoy mismo iremos a ver al cónsul y nos casaremos sin pérdida de tiempo. Cuando John venga, encontrará a su padre aquí. Le diremos que hubo un malentendido entre nosotros en el pasado. Le conozco. No hará preguntas. ¡Oh! ¡Soy tan feliz… tan feliz!

Como olas que rompen embravecidas el muro que las contiene, así se desbordaba la dicha de aquella mujer, envolviendo con su cálida y alborozada corriente al propio señor Satterthwaite.

—¡Es tan maravilloso que Anthony haya sabido que tiene un hijo! Jamás me figuré que este hecho hubiera de producirle tanta emoción. —Y añadió, mirando confidencialmente a los ojos del señor Satterthwaite—: ¿No le parece extraño que las cosas puedan resolverse al fin de un modo tan maravilloso?

Esta pregunta acabó por completar la visión que hasta aquí tuviera de aquella mujer. Una niña, aún una niña. Con la ilusión de creer en los finales de los cuentos de hadas en que los personajes principales acaban siempre «viviendo felices para siempre jamás».

Y añadió con dulzura:

—Si usted consigue que ese hombre sea feliz durante estos últimos meses, habrá hecho una gran obra.

Ella le miró sorprendida, con los ojos muy abiertos.

—¡Oh! —contestó—. No supondrá usted que voy a dejarle morir cuando vuelve a mí después de tan largos años de separación, ¿verdad? He conocido a muchos desahuciados por los médicos que hoy están llenos de vida. ¿Morir? ¡Por supuesto que no va a morir!

Se la quedó mirando unos instantes. ¡Qué belleza! ¡Qué fuerza! ¡Qué vitalidad! ¡Qué indomable energía! Él mismo sabía que muchos médicos se habían equivocado. No sabemos nunca la importancia que puede tener en la vida el factor personal.

Ella volvió a repetir, con un deje de burla y regocijo:

—No creerá usted que voy a dejarle morir ahora, ¿verdad?

—No —contestó al fin con convencimiento el señor Satterthwaite—. De algún modo, querida mía, no creo que le deje.

Y sin mediar más palabras, se alejó a lo largo del paseo de cipreses en dirección al lugar desde donde podía dominarse el mar. Encontró sentado en él precisamente a la persona que esperaba ver. El señor Quin se levantó y estrechó su mano. Seguía siendo el mismo de siempre: alto, moreno, melancólico y sonriente.

—¿Me esperaba usted? —preguntó.

—Sí, le esperaba —respondió el señor Satterthwaite.

Se sentaron uno junto al otro.

—A juzgar por la expresión de su cara, tengo la impresión de que ha estado usted desempeñando de nuevo el papel de la Providencia —se adelantó a decir el señor Quin.

El señor Satterthwaite le miró con expresión de reproche.

—¡Como si usted no lo supiera de antemano!

—Siempre me acusa usted de omnisciente —dijo sonriendo el señor Quin.

—Si nada sabía, ¿por qué estaba usted aquí anteayer por la noche? —contraatacó el señor Satterthwaite.

—¡Ah! Eso…

—¡Sí, eso…!

—Tenía una misión que cumplir.

—¿Para quién?

—Usted me ha calificado a veces con el pintoresco nombre de intercesor de los muertos.

—¿De los muertos? —dijo el señor Satterthwaite un tanto desconcertado—. No lo entiendo.

El señor Quin señaló con un largo y huesudo dedo en dirección al abismo que había a sus pies.

—Hace veinte años se ahogó allí un hombre.

—Lo sé. Pero no veo…

—Supongamos por un momento que, a pesar de todo, aquel hombre amara a su joven esposa. El amor puede hacer de los hombres ángeles o demonios. Ella sentía por él nada más que una infantil adoración, pero él no encontró en ella la

correspondencia que esperaba, y eso le enloqueció. Llegó a torturarla precisamente porque la amaba. Son cosas que ocurren. Lo sabe usted tan bien como yo.

—Sí —admitió el señor Satterthwaite—. He visto casos semejantes. Pocos, por fortuna. Muy pocos.

—Y habrá usted visto también, y esto con mayor frecuencia, que existe algo que llamamos remordimiento que impulsa a veces, y a toda costa, a hacer las debidas reparaciones.

—Sí, pero en este caso la muerte se adelantó…

—¡La muerte! —interrumpió el señor Quin con un ligero deje de desdén en su voz—. Usted cree en la prolongación eterna de nuestras vidas, ¿no es verdad? ¿Quién le dice a usted que no sean las mismas ansias, los mismos deseos, los que persistan en nosotros en el Más Allá? Si el deseo es suficientemente fuerte y sincero, el mensajero encargado de cumplirlo no dejará de acudir.

La voz se apagó en su garganta.

El señor Satterthwaite se levantó, acometido por un temblor.

—Tengo que regresar al hotel —dijo—. ¿Va usted por el mismo camino?

El señor Quin hizo un movimiento negativo.

—No —contestó—. Debo volver al lugar de donde procedo.

Cuando el señor Satterthwaite se volvió para mirar por encima del hombro, vio a su amigo encaminarse en dirección al borde del acantilado.

La voz en las sombras

(The Voice in the Dark).

1

—Estoy un poco preocupada por Margery —dijo *lady* Stranleigh—. Mi hija, ya sabe —añadió.

Lanzó un suspiro y se quedó pensativa.

—Tener una hija ya mayor le hace a una sentirse terriblemente vieja.

El señor Satterthwaite, que era a quien iban dirigidas estas confidencias, salió al paso con su proverbial galantería.

—Nadie lo creería posible —declaró, con una ligera reverencia.

—¡Adulador! —replicó distraída *lady* Stranleigh con la mente en otro lugar.

El señor Satterthwaite contempló con admiración aquella esbelta figura vestida de blanco. El sol de Cannes era penetrante e indiscreto, pero *lady* Stranleigh parecía superar la prueba. A cierta distancia, su efecto juvenil era extraordinario. Difícilmente hubiera podido adivinarse su verdadera edad. Pero para el señor Satterthwaite, que estaba al corriente de todo, sabía que era posible que ya tuviese nietos mayorcitos. Ella representaba el triunfo máximo del arte sobre la naturaleza. Su cuerpo era una maravilla. Su cutis también. Había enriquecido a un sinfín de salones de belleza, pero los resultados eran sorprendentes.

Lady Stranleigh encendió un cigarrillo, cruzó sus bien torneadas piernas, embutidas en finísimas medias de seda, y murmuró:

—Sí, en realidad estoy preocupada por Margery.

—¡Por Dios! —dijo el señor Satterthwaite—. ¿Qué ocurre?

Lady Stranleigh fijó en él sus hermosos ojos azules.

—¿Usted no la conoce, verdad? Es la hija de Charles —añadió esperanzada.

Si en los comentarios del libro *Quién es quién* sólo se hiciera constar la verdad, frente al nombre de *lady* Stranleigh tendría forzosamente que aparecer la siguiente anotación: aficiones: casamientos. Se había pasado la vida cambiando de marido. Tres cambios por divorcio y uno por defunción.

—Si hubiese sido la hija de Rudolf, podría entenderse —prosiguió *lady* Stranleigh—. ¿Se acuerda usted de Rudolf? Era un hombre muy temperamental. A los seis meses de casada, ya me vi obligada a recurrir a esas cosas raras… ¿cómo las llaman? Creo que estratagemas conyugales. En fin, usted ya me entiende. Gracias a Dios, en la actualidad, estas cosas son más sencillas. Recuerdo que tuve que escribirle la carta más tonta que pueda usted figurarse y que mi abogado tuvo que dictarme, pidiéndole que regresase, que yo haría todo lo posible, etcétera. Pero nunca podía una fiarse de Rudolf. Era tan temperamental. Volvió a casa a toda prisa, precisamente lo peor que podía hacer, justo lo contrario de lo que yo y los abogados esperábamos de él. Volvió.

La dama suspiró.

—¿Y lo de Margery? —sugirió el señor Satterthwaite, volviendo discretamente al tema de la conversación.

—Ahora mismo iba a volver sobre ese punto. ¿O acaso creía usted que me había olvidado? Margery ha estado viendo y oyendo cosas recientemente. Me refiero a fantasmas y a ridiculeces por el estilo. Nunca creí que Margery pudiese tener tanta imaginación. Es una hija muy querida para mí, siempre lo ha sido, pero también es… sosa.

—¡Imposible! —murmuró el señor Satterthwaite, mostrando un confuso intento de la galantería.

—Y mucho —insistió *lady* Stranleigh—. No le preocupan los bailes, ni los cócteles, ni nada de esas cosas que deberían interesar a una joven. Prefiere quedarse en casa en vez de venir aquí conmigo.

—A ver, a ver —dijo el señor Satterthwaite—. ¿Dice usted que no quiere venir con usted?

—Bueno, no puedo decir que le insistiera mucho. Las hijas tienen la virtud de ejercer sobre mí un efecto deprimente.

El señor Satterthwaite trató de imaginarse a *lady* Stranleigh acompañada de una hija seria y formal, pero no lo consiguió.

—No puedo aceptar que Margery no esté en sus cabales —continuó la madre en tono jovial—. Me han dicho que oír voces es un mal síntoma. No es que, ni por un momento, me figure que nuestra casa de Abbot’s Mede pueda estar encantada. Un incendio destruyó el viejo edificio hasta los cimientos en 1836, y el nuevo, una especie de *cháteau* estilo reina Victoria, es tan horrible y vulgar que no creo que haya un fantasma con el estómago suficiente para escogerlo como residencia.

El señor Satterthwaite tosió. No acababa de comprender el motivo de todas estas confidencias.

—Estaba pensando —continuó *lady* Stranleigh, dibujando la más encantadora de sus sonrisas— que quizá usted podría ayudarme.

—¿Yo?

—Sí. Usted regresa mañana a Inglaterra, ¿no es así?

—Sí, así es —admitió cautamente el señor Satterthwaite.

—Y conoce usted a toda esa gente que se dedica a investigaciones psíquicas. No me diga que no, porque sé que conoce usted a todo el mundo.

El señor Satterthwaite sonrió un tanto. Una de sus debilidades era conocer a todo el mundo.

—No puede ser más sencillo —prosiguió ella—. Yo no congenio con esa clase de gentes. Son en general hombres serios, con largas barbas y que siempre llevan gafas. Tienen la virtud de aburrirme y de hacerme sentir muy mal en su presencia.

El señor Satterthwaite se sintió acorralado. *Lady* Stranleigh continuó envolviéndolo en otra de sus más brillantes sonrisas.

—Así que todo arreglado ¿verdad? —determinó en tono alegre—. Usted irá a Abbot’s Mede a ver a Margery y tomará todas las disposiciones que crea conveniente. Le quedaré eternamente agradecida. Naturalmente que si Margery está en realidad perdiendo la razón, me apresuraré a volver. ¡Ah! Aquí viene Bimbo.

Su sonrisa pasó de ser brillante a deslumbradora.

Un joven ataviado con un conjunto de tenis, se acercó. Tendría aproximadamente unos veinticinco años y era en extremo atractivo.

—He estado buscándote por todas partes, Babs —dijo.

—¿Qué tal el partido de tenis?

—Aburridísimo.

Lady Stranleigh se levantó. Volvió la cabeza por encima del hombro y le murmuró al señor Satterthwaite con armoniosa voz:

—Ha sido maravilloso poder contar con su ayuda. Nunca lo olvidaré.

El señor Satterthwaite se quedó mirando cómo la pareja se alejaba.

—Me pregunto —musitó para sí— si ese Bimbo acabará por ocupar el número cinco de la lista.

2

El encargado del vagón de lujo señalaba al señor Satterthwaite el lugar en que, pocos años atrás, ocurriera un grave accidente en la línea. Al terminar su vivido relato, el otro levantó la vista y vio unas conocidas facciones que, sonrientes, le miraban por encima del encargado.

—¡Mi querido señor Quin! —exclamó el señor Satterthwaite.

Su pequeña y arrugada faz brilló con inusitada alegría.

—¡Qué coincidencia que los dos volvamos a Inglaterra y en el mismo tren! ¿Supongo que es allí adonde usted se dirige?

—Sí —contestó el señor Quin—. Me lleva un asunto de bastante importancia. ¿Se sienta usted en el primer turno de la cena?

—Así lo hago siempre. Claro que la hora es absurda (las seis y media), pero así hay mejor servicio en lo que se refiere a la cocina.

El señor Quin asintió comprensivamente.

—Yo también. Quizá podamos arreglarlo para sentarnos juntos.

Al dar las seis y media, el señor Quin y el señor Satterthwaite estaban instalados, uno frente al otro, en una pequeña mesa del coche restaurante. El señor Satterthwaite prestaba la debida atención a la lista de vinos y después la dirigió hacia su compañero.

—No nos habíamos visto desde… ¡Ah, sí!, ahora recuerdo, desde Córcega. Por cierto, que nos abandonó usted sin previo aviso.

El señor Quin se encogió de hombros.

—Como es costumbre en mí. Soy un hombre que va y viene.

Estas palabras parecieron despertar el eco de un recuerdo en la mente del señor Satterthwaite. Sintió que un ligero escalofrío le corría a lo largo de la espina dorsal. La sensación, sin embargo, no fue desagradable. Al contrario. Tuvo la sensación de una anticipada emoción placentera.

El señor Quin examinaba atentamente la etiqueta de una botella de vino tinto que tenía entre las manos. La botella estaba entre él y una de las luces, y por un momento pareció envuelto en una especie de resplandor rojizo. El señor Satterthwaite experimentó de nuevo el cosquilleo de una extraña excitación.

—Yo también vuelvo a Inglaterra con una misión que cumplir en Inglaterra —exclamó sonriendo ampliamente ante la coincidencia—. Posiblemente conozca usted a *lady* Stranleigh.

El señor Quin hizo un movimiento con la cabeza.

—Un antiguo título —prosiguió—. Antiquísimo. Uno de los pocos que pueden recaer en descendencia femenina. Es baronesa por derecho propio. Una romántica historia.

El señor Quin se arrellanó cómodamente en su asiento. Un camarero atravesó el compartimiento llevando en volandas y depositando frente a ellos, casi como por arte de magia, unos tazones llenos de sopa. El señor Quin tomó unos cuantos sorbos y murmuró a continuación:

—Iba usted a hacerme una de sus portentosas descripciones, ¿no es así?

El señor Satterthwaite resplandeció de gozo ante la lisonja.

—En realidad, es una mujer maravillosa —dijo—. Sexagenaria por lo menos. Las conocí de niñas tanto a ella como a su hermana Beatrice, así se llamaba la mayor de las dos. Beatrice y Barbara. Se las designaba con el nombre de «las chicas Barron». Sin un céntimo, pero bonitas ambas. Hace de esto… ¡qué sé yo! Sólo le diré que yo mismo era un jovenzuelo en aquellos tiempos. —El señor Satterthwaite suspiró—. Varias personas se interponían entre ellas y el título, entre los que figuraba el viejo lord Stranleigh, un primo carnal y el primero que debía desaparecer. La vida de *lady* Stranleigh está salpicada de episodios románticos. Tres muertes repentinas: dos hermanos del viejo lord y un sobrino. Después vino lo del *Uralia*. ¿Recuerda usted el naufragio del *Uralia*? Se hundió frente a las costas de Nueva Zelanda. Las hermanas Barron se hallaban a bordo. Beatrice se ahogó. Barbara se encontraba ente los pocos supervivientes. Seis meses más tarde murió el viejo Stranleigh y pasó a heredar el título, así como también una cuantiosa fortuna. Desde entonces ha vivido exclusivamente para sí. Siempre la misma. Hermosa, sin escrúpulos, completamente insensible y muy pagada de su persona. Ha tenido ya cuatro maridos y no tardará en tener el quinto.

Continuó describiendo la misión que le había sido encomendada por *lady* Stranleigh.

—Pensaba ir a Abbot’s Mede a visitar a la chica —explicó—. Creía que era conveniente hacer algo sobre este asunto. Es imposible imaginar a *lady* Stranleigh como el prototipo de una madre normal.

Se detuvo, mirando fijamente al señor Quin.

—Me gustaría que me acompañara —dijo el señor Satterthwaite con anhelo—. ¿Sería posible?

—Me temo que no puedo —contestó el señor Quin—. Pero… espere. ¿No está acaso Abbot’s Mede en Wiltshire?

El señor Satterthwaite asintió.

—Me lo imaginaba y da la circunstancia que donde yo voy no está lejos del lugar que me acaba de mencionar —sonrió—. ¿Recuerda aquella pequeña hostería, la hostería del Bufón?

—¡Naturalmente! —contestó el señor Satterthwaite—. ¿Parará usted allí?

El señor Quin asintió.

—Cosa de una semana o diez días. Si se da una vuelta por allí, tendré sumo placer en verle.

Por la razón que fuese, el señor Satterthwaite se sintió profundamente aliviado con esta esperanza.

3

—Mi querida señorita… Margery —decía el señor Satterthwaite—, le aseguro que no tengo la menor intención de reírme de usted.

Margery frunció ligeramente el entrecejo. Ambos estaban sentados en el confortable salón de Abbot's Mede. Margery Gale era una muchacha alta y fornida, con facciones que no guardaban semejanza alguna con las de su madre, antes bien, eran el vivo retrato de los miembros masculinos de la línea paterna, una familia de hidalgos campesinos que se pasaban la vida a caballo. Además, parecía rebosante de salud. El señor Satterthwaite, sin embargo, no pudo impedir recordar que en los Barron, familiarmente hablando, eran frecuentes los casos de inestabilidad mental. Margery pudiera muy bien haber heredado la apariencia física paterna, pero haber heredado a la vez el desquiciamiento nervioso que caracterizaba a la madre.

—Quisiera —decía Margery— perder de vista a esa dichosa señora Casson. No creo en el espiritismo ni me hace las más mínima gracia. Es de esas mujeres que llevan su fanatismo hasta el final. No cesa de atosigarme con la idea de traer una médium a esta casa.

El señor Satterthwaite tosió significativamente, se agitó un tanto en la silla y añadió con el tono grave de un jurista.

—Permítame que me asegure de los hechos. El primero de los… llamémosle fenómenos, ocurrió hace dos meses, ¿no es verdad?

—Poco más o menos —confirmó la muchacha—. Unas veces era como un leve susurro, otras una voz precisa y clara, pero las palabras eran siempre las mismas.

—¿Cuáles eran?

—Devuelve lo que no es tuyo. Devuelve lo que has robado. Cada vez que esto ocurría, me apresuraba a encender la luz. No había nadie en la habitación. Llegué a ponerme tan nerviosa que supliqué a Clayton, la doncella de mi madre, que durmiera en un sofá junto a mi habitación.

—¿Y la voz siguió sonando?

—Sí. Y lo que más me aterrorizó fue que Clayton no consiguiese oírla.

El señor Satterthwaite se quedó pensativo durante unos instantes.

—Esta última noche, en particular, ¿cómo fue la voz, fuerte o suave?

—Casi un murmullo —admitió Margery—. Si Clayton estaba como supongo profundamente dormida, era materialmente imposible que la oyera. Fue ella quien me aconsejó que me hiciese ver por un médico.

La joven rió con un visible dejo de amargura.

—Pero desde anoche, hasta la propia Clayton hubo de creer en ese misterio — añadió.

—¿Qué ocurrió anoche?

—Nadie lo sabe todavía, pero iba a contárselo en este preciso momento. El día de ayer lo pasé cazando e hicimos una buena tirada. Llegué rendida y al poco dormía muy profundamente. Tuve una pesadilla horrible. Soñé que caía sobre una verja y que una de sus puntas se clavaba lentamente en mi garganta. Desperté sobresaltada y me encontré con que el sueño era una realidad. Algo duro y afilado me pinchaba a un lado del cuello al tiempo que una voz murmuraba en mi oído: «Tú has robado lo que es mío. Esto es la muerte».

»Lancé un grito —continuó—, y mis manos se debatieron en el vacío, pero no encontré nada. Clayton me oyó chillar desde la habitación contigua donde dormía. Acudió rápidamente. Me dijo haber sentido algo que le rozó en la oscuridad pero que, fuera lo que fuese, no debía tener nada humano.

El señor Satterthwaite la contempló fijamente. No cabía duda de que la muchacha se hallaba aún bajo los efectos de una viva agitación. Observó su cuello y vio un pequeño cuadrado de esparadrapo adherido a la parte izquierda de la garganta. Ella pareció darse cuenta de la inspección y asintió.

—Como usted ve —dijo—, no fue sólo imaginación por mi parte.

El señor Satterthwaite intercaló una pregunta en tono de disculpa por lo melodramática que sonaba.

—¿Sabe de alguien —preguntó— que tenga algún motivo de resentimiento contra usted?

—¡Claro que no! —contestó Margery—. Vaya una idea.

El señor Satterthwaite intentó otra línea de ataque.

—¿Qué visitantes ha tenido durante los dos últimos meses?

—Supongo que se referirá usted a los que vienen a pasar aquí los fines de semana. Marcia Keane ha pasado conmigo una gran parte de ese tiempo. Es mi mejor amiga y tan aficionada como yo a montar a caballo. También ha estado bastante tiempo mi primo Roley Vavasour.

El señor Satterthwaite hizo un gesto de asentimiento y, a continuación, manifestó deseos de entrevistarse con Clayton, la doncella.

—Hace muchos años que está con usted, ¿no es así?

—Muchísimos —afirmó Margery—. Sirvió a mamá y a tía Beatrice cuando éstas eran todavía unas niñas. Supongo que ésa sería la razón del interés que mostró mi madre en conservarla a su lado, no obstante el hecho de tener otra doncella francesa a su servicio. Clayton se dedica a coser y a otras tareas menudas.

Le condujo al piso superior, donde al poco rato se les unió Clayton. Era una vieja alta y delgada, con el pelo gris cuidadosamente partido en dos bandas y aspecto de suprema respetabilidad.

—No, señor —dijo, contestando a una pregunta del señor Satterthwaite—. Jamás he oído decir que esta casa estuviese encantada. Para serle sincera, señor, de no haber sido por lo ocurrido anoche, hubiese seguido creyendo que se trataba de imaginaciones de la señorita Margery. Sentí claramente que algo me rozaba en la

oscuridad y puedo asegurarle que fuera lo que fuese no era humano. Luego está la herida en el cuello de la señorita Margery. No me dirá usted que fue ella misma quien se la hizo, pobre criatura.

Pero sus palabras alertaron al señor Satterthwaite. ¿Cabría en lo posible que Margery hubiese podido infligirse ella misma aquella herida? Había oído contar casos raros en que muchachas sanas y al parecer bien equilibradas como Margery habían llegado a cometer los actos más absurdos.

—Sanará pronto —añadió Clayton—. No es, ni con mucho, como la cicatriz que yo me hice.

Señaló una que cruzaba su frente.

—Hace ya cuarenta años que esto sucedió, señor, y todavía llevo la señal.

—Fue a raíz del hundimiento del *Uralia* —intervino Margery—, y la herida se la produjo un gran leño que se le vino encima, ¿no es así, Clayton?

—Sí, señorita. Así fue.

—¿Y usted qué cree, Clayton? —dijo el señor Satterthwaite—. ¿Qué opina del ataque contra la señorita Margery?

—No sabría qué decir, señor.

El señor Satterthwaite comprendió que era la respuesta que correspondía a la reserva de una bien adiestrada sirvienta.

—¿Qué es lo que usted piensa en realidad, Clayton? —insistió persuasivamente el señor Satterthwaite.

—Creo que alguna grave injusticia ha debido cometerse en esta casa y que no habrá paz en ella hasta que no se haya hecho la correspondiente reparación.

Su voz, al hablar, era grave y sus turbios ojos azules se clavaron con insistencia en los de su interlocutor.

El señor Satterthwaite descendió de nuevo al piso inferior, un tanto decepcionado del resultado del careo. Clayton, evidentemente, mantenía el punto de vista ortodoxo de una persecución deliberada y sobrenatural a consecuencia de una mala acción llevada a cabo en el pasado. Pero el señor Satterthwaite no estaba satisfecho: los fenómenos habían tenido lugar sólo durante los dos últimos meses. Y precisamente en ocasión de hallarse Marcia Keane y Roley Vavasour presentes. Sería conveniente saber algo más acerca de estos dos. Cabía en lo posible que se tratase de alguna broma. Pero meneó la cabeza insatisfecho con esta solución. La cosa era mucho más siniestra de lo que parecía. El correo acababa de llegar y Margery se entretuvo en abrir y leer su correspondencia. De pronto, lanzó una pequeña exclamación.

—Mamá es exageradísima —dijo—. Lea usted.

Le alargó la carta al señor Satterthwaite.

Era algo muy propio de *lady* Stranleigh:

Querida Margery:

No sabes la alegría que tengo al saber que estás en compañía de nuestro apreciado amigo el señor Satterthwaite. Es listísimo y conoce a todas esas gentes que se tratan con los fantasmas. Debes contárselo todo y dejar que investigue lo que quiera. Estoy segura de que te lo pasarás muy bien y sólo me entristece la idea de no poder estar a tu lado. Hace unos días que no me encuentro nada bien. Los hoteles son muy descuidados con las comidas que nos dan. El doctor dice que se trata de un ligero envenenamiento. Yo, sin embargo, me he encontrado muy mal.

Te agradezco mucho los chocolates que me has enviado, amor mío, pero eso es un poco estúpido, ¿no te parece? Los que hay por aquí son una verdadera maravilla.

Adiós, querida. Que te diviertas mucho con la caza de los fantasmas familiares. Me dice Bimbo que estoy haciendo grandes progresos en el tenis. Un millón de besos.

Tuya,
BÁRBARA

—Mamá se empeña en que la llame Barbara —dijo Margery—. Me parece una tontería.

El señor Satterthwaite sonrió ligeramente. Se daba cuenta de que el inconmovible espíritu conservador de la hija debía resultar un tanto insoportable para una mujer como *lady* Stranleigh. El contenido de la carta le chocó en un punto que al parecer había pasado inadvertido para Margery.

—¿Le envió una caja de bombones a su madre? —preguntó.

Margery meneó la cabeza.

—No —añadió—. No lo hice. Debe de haber sido otra persona.

El señor Satterthwaite se quedó serio. Dos cosas le parecieron muy importantes: *lady* Stranleigh había recibido una caja de bombones y sufría de un agudo ataque de envenenamiento. Aparentemente, Margery no había relacionado las dos cosas. ¿Habría alguna relación? Él se inclinaba a pensar que sí. Entró una muchacha alta y morena y se unió a ellos. Fue presentada al señor Satterthwaite como Marcia Keane. Sonrió con aire jovial y exclamó:

—¿Ha venido usted a ahuyentar a ese fantasma que persigue a Margery? —preguntó con un tono de voz lánguido—. Estamos todos preocupadísimos con ese fantasma. ¡Oh! Aquí está Roley.

Un coche acababa de detenerse frente a la puerta y de él descendió un joven de pelo rubio y maneras de adolescente.

—¿Qué tal, Margery? —gritó—. ¡Hola, Marcia! He venido con refuerzos.

Se volvió para señalar a las dos mujeres que tras él entraron en el vestíbulo. El señor Satterthwaite reconoció en la primera de las dos a la señora Casson, de quien poco antes le hablara Margery.

—Debes perdonarnos, querida Margery, por esta intrusión —dijo aquélla, que hablaba arrastrando las palabras y acompañándolas con una amplia sonrisa—. El señor Vavasour nos indicó que sería muy adecuado. Fue idea suya que viniese acompañada de la señora Lloyd.

Indicó a su compañera con un leve gesto de la mano.

—La señora Lloyd —anunció presentándola con aire de triunfo—. La mejor médium que jamás haya conocido.

La señora Lloyd murmuró unas poco modestas palabras de protesta, se inclinó y volvió a quedarse inmóvil con las manos cruzadas sobre el pecho. Era una mujer con cara muy sonrosada y aspecto vulgar. Su vestimenta era un tanto recargada y de moda indefinida. Lucía un collar de piedras de la luna y profusión de sortijas.

Margery Gale, como no pudo por menos que observar al señor Satterthwaite, no parecía complacida por aquella intrusión. Lanzó una colérica mirada a Roley Vavasour, quien pareció no darse cuenta del trastorno producido por su indiscreción.

—Creo que el almuerzo está preparado —dijo Margery.

—Bien —añadió la señora Casson—. En este caso, celebraremos *la séance* inmediatamente después. ¿Tiene usted algo de fruta para la señora Lloyd? No acostumbra a tomar nada sólido antes de las sesiones.

Se dirigieron todos al comedor. La médium se limitó a comer dos plátanos y una manzana, y a contestar breve y circunspecta a las preguntas que de cuando en cuando le hacia Margery. Un momento antes de levantarse, echó la cabeza atrás y olfateó el aire.

—Hay algo maléfico en esta casa. Lo percibo.

—¿Verdad que es admirable? —exclamó embelesada en voz baja, la señora Casson.

—Indudablemente —contestó el señor Satterthwaite con sequedad.

La *séance* tuvo lugar en la biblioteca. La dueña de la casa, como siguió observando el señor Satterthwaite, no parecía muy propicia a secundar la idea, y sólo la natural curiosidad y el alborozo de sus huéspedes la reconcilió con el experimento.

Los preparativos preliminares corrieron a cargo de la señora Casson, que evidentemente era ducha en aquella materia. Corrió las cortinas y dispuso las sillas en círculo, terminado lo cual la médium anunció estar dispuesta a dar principio a la sesión.

—¿Seis personas? —dijo mirando a su alrededor—. No es adecuado. Deberíamos ser número impar. Siete es el ideal. Siempre he obtenido los mejores resultados con círculos de siete.

—Uno de los criados —sugirió Roley levantándose—. Voy a buscar al mayordomo.

—Dejemos que venga Clayton —dijo Margery.

El señor Satterthwaite vio la sombra de desagrado que cubrió las facciones plácidas de Roley Vavasour.

—¿Por qué Clayton? —preguntó.

—No te gusta Clayton, ¿verdad? —preguntó Margery con lentitud.

Roley se encogió de hombros.

—Soy yo el que no le gusto a ella —dijo Roley con ridícula expresión—. Huye de mí como de la peste.

Esperó unos instantes, pero Margery siguió inconmovible.

—Bien. Que venga pues.

Se acabó de completar el círculo.

Hubo unos momentos de silencio interrumpidos sólo por las acostumbradas toses y movimientos de sillas y pies. De pronto, se oyeron una sucesión de golpes y luego la voz del espíritu contactado por la médium, un indio piel roja llamado Cherokee.

—Indio bravo decir buenas tardes a todos, señoras y caballeros. Alguien aquí tener muchas ganas de hablar. Tener muchas ganas de dar mensaje para joven señorita. Yo marchar. El espíritu dice cosa él querer decir.

Una pausa y una nueva voz, esta vez de mujer, que dijo quedamente:

—¿Está Margery aquí?

Roley Vavasour se creyó obligado a responder.

—Sí —dijo—. Está. ¿Quién habla?

—Soy Beatrice.

—¿Beatrice? ¿Qué Beatrice?

Con gran disgusto de muchos, volvió a oírse la voz del piel roja Cherokee.

—Yo tener mensaje para todos vosotros. Vida aquí ser hermosa y brillante. Todos trabajar mucho. Ayudar a los que todavía estar en la Tierra.

Otra pausa y de nuevo la voz de mujer que decía:

—Habla Beatrice.

—¿Qué Beatrice?

—Beatrice Barron.

El señor Satterthwaite inclinó el cuerpo hacia delante. Estaba muy excitado.

—¿Beatrice Barron, la que se ahogó en el *Uralia*? —preguntó.

—La misma. Recuerdo el *Uralia*. Tengo un mensaje… para esta casa: «Devolved lo que no es vuestro».

—No comprendo —dijo Margery con desmayo—. Yo… ¡oh…! Pero ¿eres en realidad tía Beatrice?

—Sí, soy tu tía.

—¡Claro que lo es! —añadió la señora Casson en tono de reproche—. ¿Cómo puede usted dudarlo? A los espíritus no les gustan estas cosas.

De pronto, al señor Satterthwaite se le ocurrió hacer una pequeña prueba. La voz le temblaba al hablar.

—¿Se acuerda usted del señor Botticetti? —preguntó.

Se oyó una risita reprimida.

—¡Ese pobre Boatupsetty[8]…! —Se oyó—. Claro que me acuerdo.

El señor Satterthwaite quedó como aturdido. El resultado de la prueba había sido por demás satisfactorio. Había hecho referencia a un incidente ocurrido cuarenta años atrás en ocasión de encontrarse él y las hermanas Barron en una de las playas de moda. Un joven italiano, amigo de ellas, había salido a dar un paseo en bote y había volcado, circunstancia que aprovechó Beatrice Barron para designarlo en lo sucesivo con el ocurrente nombre de Boatupsetty. Parecía imposible que con excepción de él alguien de los presentes conociera el incidente.

La médium se agitó y dejó escapar una especie de gruñido.

—Está volviendo en sí —dijo la señora Casson—. Me temo que nada más podamos obtener de ella por ahora.

La sala, llena de gente, volvió a iluminarse con la clara luz del día. Dos de los presentes daban muestras de estar muy aterrorizados.

La palidez del rostro de Margery dio a conocer al señor Satterthwaite el estado de su ánimo. Tan pronto como se hubieron despedido la señora Casson y la médium, solicitó hablar en privado con ella.

—Quisiera hacerle a usted un par de preguntas, señorita Margery. Si usted y su madre muriesen, ¿quién heredaría el título y los bienes?

—Supongo que Roley Vavasour. Su madre y la mía eran primas hermanas.

El señor Satterthwaite asintió con un gesto.

—Parece que ha estado aquí con frecuencia durante este último invierno, ¿no es así? —preguntó con naturalidad—. ¿Sería indiscreto preguntarle si la ha cortejado?

—Me preguntó hace tres semanas si estaría dispuesta a casarme con él —contestó Margery con sencillez—. Mi respuesta fue negativa.

—Perdóneme la curiosidad, pero ¿está usted acaso comprometida con algún otro?

Vio que sus mejillas se teñían de vivo carmín.

—Lo estoy —dijo, poniendo un extraño énfasis en sus palabras—. Voy a casarme con Noel Barton. Mi madre se ríe y dice que es absurdo casarse con un pastor de la Iglesia. ¿Por qué, quisiera yo saber? Hay curas y curas. Quisiera que viera usted a Noel montando a caballo.

—La creo, hija mía —contestó sonriendo el señor Satterthwaite—. La creo.

Entró un sirviente con un telegrama sobre una bandeja. Margery lo abrió.

—Mamá llega mañana —dijo—. Problemas a la vista. Preferiría mil veces que se quedase donde está.

El señor Satterthwaite no hizo comentario alguno sobre este sentimiento filial. Pensó que quizá estuviese justificado.

—En ese caso —murmuró—, creo que regresaré a Londres.

4

El señor Satterthwaite no estaba satisfecho de sí mismo. Sentía que el problema encomendado a su persona había quedado sin resolver. Era cierto que la llegada de *lady* Stranleigh le relevaba de su responsabilidad, pero no era menos cierto que la última palabra acerca del misterio de Abbot's Mede no había sido dicha aún.

El último acontecimiento fue de tal gravedad que le cogió totalmente por sorpresa. Se enteró de él al verlo impreso en las páginas de los diarios de la mañana. «Baronesa encontrada muerta en su propio cuarto de baño», decía el *Daily Megaphone*. Los otros periódicos empleaban un lenguaje menos crudo, pero el hecho no dejaba de ser el mismo. *Lady* Stranleigh había sido hallada muerta en su bañera y había muerto ahogada. Había sufrido, al parecer, un desvanecimiento y, en este estado, se deslizó su cuerpo y quedó su cabeza sumergida bajo el agua.

Pero al señor Satterthwaite no le satisfizo esta explicación. Llamó a su ayuda de cámara, se arregló con menos aliño que de ordinario y, diez minutos después, salía de Londres a toda velocidad arrellanado en los cómodos asientos de su potente Rolls-Royce.

Pero por extraño que parezca, no se dirigió a Abbot's Mede, sino a una pequeña posada situada a unas quince millas de aquel lugar y cuya puerta ostentaba un cartel con el extraño nombre de la hostería del Bufón. Tuvo una gran satisfacción al saber que el señor Harley Quin seguía hospedado allí. Un minuto después, se hallaba cara a cara con su amigo.

Le estrechó la mano y arrancó a hablar presa de gran agitación.

—Estoy terriblemente preocupado —dijo— y vengo a solicitar su ayuda. Tengo el horrible presentimiento de que quizá sea demasiado tarde y de que la vida de una pobre niña inocente corra un gravísimo peligro.

—Si es usted tan amable de contarme de qué se trata… —expuso el señor Quin sonriendo.

El señor Satterthwaite le lanzó una mirada de reproche.

—Estoy seguro de que lo sabe tan bien como yo; pero, en fin, se lo diré.

En breves palabras le expuso lo acaecido en Abbot's Mede y, como siempre, el señor Quin mostró un profundo interés en escuchar su narración. Estuvo elocuente, sutil y meticuloso en los detalles.

—Como usted ve —terminó—, debe de haber alguna explicación.

Le miró con esa expresión de esperanza con que el perro mira al amo.

—Pero es usted quien debe resolver el problema y no yo —dijo el señor Quin—. Yo no conozco a esa gente. Usted sí.

—Conocí a las hermanas Barron hace cuarenta años —exclamó el señor Satterthwaite con orgullo.

La mirada de simpatía que le dirigió el señor Quin le animó a recordar, como si de un sueño se tratase, lejanos pasajes de la vida.

—¡Qué días aquéllos en Brighton! Botticetti-Boatupsetty. ¡Qué tontería, pero cómo nos reíamos en aquella época! Dios mío, claro que yo también era joven como todos. Hacíamos un montón de tonterías. Recuerdo a la doncella que las acompañaba. Se llamaba Alice. Una cosa menudita y pizpireta, y muy ingenua. Recuerdo también que un día la abracé y la besé en uno de los pasillos del hotel y estuve a punto de ser sorprendido por una de las niñas. ¡Cuánto tiempo hace ya de esto, Dios mío!

Meneó la cabeza y lanzó un profundo suspiro. Después, miró al señor Quin.

—¿Decididamente, no puede usted ayudarme? —añadió especulativamente—. Sin embargo, en otras ocasiones…

—En otras ocasiones ha logrado usted el éxito gracias a sus propios esfuerzos —dijo el señor Quin con seriedad—. Y creo que esta vez sucederá lo mismo. Yo en su lugar no perdería tiempo e iría inmediatamente a Abbot’s Mede.

—Tiene usted razón —afirmó el señor Satterthwaite—. Era, en realidad, lo que me proponía hacer. ¿No podría persuadirlo para que me acompañase?

El señor Quin hizo un gesto negativo.

—No —dijo—. Mi trabajo aquí ha terminado y partiré dentro de muy poco.

Al llegar a Abbot’s Mede, el señor Satterthwaite fue conducido inmediatamente a la presencia de Margery Gale. Estaba sentada, con los ojos enjutos, frente a una mesita del gabinete sobre la que se hallaban esparcidos unos papeles. Algo en su saludo le conmovió. Tenía, al parecer, un gran deseo de verlo.

—Roley y Marcia acababan de marcharse. El accidente, señor Satterthwaite, no ha ocurrido tal como pretenden hacerlo creer los médicos. Estoy segura, completamente segura, de que mamá no se ahogó sola, sino que alguien la forzó a permanecer bajo el agua. Fue asesinada y, quienquiera que fuese el que cometió el crimen, quiere matarme a mí también. De esto no me cabe la menor duda. Ésta es la razón —indicó señalando el documento que tenía ante sí— de que me decidiese a hacer testamento —explicó—. Una cantidad considerable de dinero, así como unas cuantas propiedades, no van anexas al título. Está también la fortuna particular de mi padre. Todo esto se lo dejo a Noel. Sé que es bueno y que sabrá administrarlo piadosamente. De Roley no me fío. Es sólo un cazador de dotes. ¿Quiere usted firmar como testigo?

—Mi querida jovencita —contestó el señor Satterthwaite—, un testamento hay que firmarlo ante dos testigos, los cuales deben firmar a la vez.

Margery desestimó con un gesto el consejo legal.

—No creo que eso importe gran cosa —declaró Margery—. Clayton me vio firmar a mí y luego ha firmado ella. Iba a llamar en este instante al mayordomo, pero creo que usted servirá.

El señor Satterthwaite renunció a seguir arguyendo, sacó su pluma y, estaba ya a punto de estampar su firma, cuando se contuvo súbitamente. El nombre que aparecía

en la casilla superior a la designada para él, le hizo evocar de pronto un confuso tropel de recuerdos. Alice Clayton.

Algo luchaba por abrirse paso en su cerebro ¡Alice Clayton! Había alguna extraña significación en aquel nombre. Algo que tenía que ver con el señor Quin y se relacionaba con él. Algo que él mismo dijera al señor Quin muy poco tiempo antes.

¡Ah, ya lo tenía! Fue precisamente sobre Alice Clayton. Una cosa menudita y pizpireta. Las personas cambian; ¡sí, pero no tanto! Además, la Alice Clayton que él conoció tenía los ojos pardos. Los objetos empezaron a girar vertiginosamente a su alrededor. Hubo de buscar el apoyo de una silla para no caer y, como procedente de una gran distancia, oyó la voz de Margery que le preguntaba con ansiedad:

—¿Se encuentra mal? ¿Qué le pasa? ¿Está usted enfermo?

Volvía a ser el mismo de siempre. La cogió fuertemente de las manos.

—Querida mía, ahora lo comprendo todo. Debe usted prepararse para recibir una fuerte impresión. La mujer que se halla arriba y a la que usted llama Clayton, no es Clayton. La auténtica Alice Clayton se ahogó en el *Uralia*.

Margery le miraba con ojos desorbitados.

—Entonces… —dijo—… ¿quién es ella?

—No puedo estar equivocado. La mujer a quien usted llama Clayton no es otra sino Beatrice Barron, la hermana de su madre. ¿Recuerda usted haberme dicho que se hirió en la cabeza con un gran leño? He de deducir que el golpe debió hacerle perder la memoria, y su madre aprovechó la circunstancia para…

—Para apoderarse del título, quiere usted decir —Margery completó la frase con amargura—. Sí, la creo capaz de eso. Es doloroso tener que reconocerlo ahora que ya está muerta, pero ella era así.

—Beatrice era la mayor de las dos hermanas —continuó el señor Satterthwaite—. A la muerte de su tío sería la heredera de todo y a su madre no le hubiese correspondido nada. Esto le impulsó a reconocerla no como su hermana, sino como su doncella. Repuesta después del golpe, pero sin recuperar la memoria, aceptó pasivamente el papel de Alice Clayton que le habían encomendado. Podemos imaginar que no hace mucho que su memoria debe haber empezado de nuevo a aclararse, pero la lesión producida en el cerebro con el golpe que recibió hace años, debe haber acabado por perturbarla.

Margery le contemplaba con ojos enloquecidos por el terror.

—Y por eso mató a mi madre, como quiso también matarme a mí —dijo casi sin aliento.

—Así parece —prosiguió el señor Satterthwaite—. Sólo una idea parecía obsesionarla: la de que su herencia había sido robada y que usted y su madre se habían quedado con ella.

—Pero si Clayton es tan vieja…

El señor Satterthwaite permaneció en silencio sumido en los recuerdos. Vio la imagen de aquella anciana de cabellos grises y aspecto marchito, y la rubia

esplendorosa que él viera tomando el sol en Cannes. ¿Podían ser hermanas? Recordaba a las hermanas Barron, y su parecido era sorprendente. ¿Sólo porque hubiesen tomado distintos derroteros en la vida…?

Meneó la cabeza como bajo el peso de una obsesión y no pudo reprimir un compasivo gesto hacia estas incongruencias de la vida.

Se volvió a Margery y dijo cariñosamente:

—Será mejor que subamos a verla.

Encontraron a Clayton sentada en la pequeña habitación donde cosía. Ni siquiera volvió la cabeza al sentir el ruido que hizo la puerta al abrirse. El señor Satterthwaite no tardó en darse cuenta del porqué.

—Un ataque al corazón —murmuró al tocar sus rígidos y helados hombros—. Quizá haya sido mejor así.

La cara de Helena

(The Face of Helen).

1

El señor Satterthwaite era el único ocupante de un amplio palco del primer piso del teatro de la ópera. En la puerta podía verse una tarjeta que llevaba su nombre. Siendo un gran amante y *connoisseur* de todas las artes, el señor Satterthwaite sentía una particular devoción por la buena música y era un asiduo abonado a las temporadas del Covent Garden, donde tenía reservado un palco para los jueves y viernes de toda la temporada.

Pero rara vez se le veía solo. Era un inveterado enemigo de la soledad y gustaba de llenar el palco con lo más selecto de la sociedad a la que pertenecía y con la aristocracia del mundo artístico, entre la cual se sentía como pez en el agua. La razón de su soledad obedecía a que una condesa se había visto obligada a faltar a la cita. La condesa, además de hermosa e inteligente, era una excelente madre. Sus hijos habían sido atacados por la vulgar y fastidiosa enfermedad de las paperas y había tenido que quedarse en casa en lacrimosa confabulación con dos tiesas y exquisitamente almidonadas enfermeras. El marido, verdadero autor de la existencia de aquellas criaturas y del título que adornaba a la madre y que era lo que podía muy bien llamarse una nulidad, aprovechó esta oportunidad para poder escapar. Nada le aburría tanto como la música.

Así pues, el señor Satterthwaite se vio condenado a asistir solo a la representación. Se ponía en escena aquella noche *Cavalleria Rusticana* y *Pagliacci* y, no llamándole poderosamente la atención la primera, llegó a tiempo de presenciar la agonía de Santuzza y de poder dirigir con ojos expertos una mirada por toda la sala antes de caer el telón y de que la gente abandonara sus asientos para tomar algún café o limonada y hacer el acostumbrado visiteo. El señor Satterthwaite se encaró sus gemelos y, como militar avezado en lides guerreras, dirigió una mirada pausada por todo el auditorio como en busca de un punto vulnerable en el que poder concentrar sus tiros. Plan sin embargo que no logró llevar a cabo, pues precisamente en el palco de al lado vio la inconfundible figura de un amigo que le llenó de alborozo y satisfacción.

—¡Señor Quin! —exclamó.

Estrechó la mano de su amigo con fuerza, como temeroso de que pudiera desvanecerse de un momento a otro en el aire.

—Espero que aceptará usted un asiento en mi palco —dijo con determinación—. ¿O es que ha venido con alguien?

—No —respondió el señor Quin con una sonrisa—. He venido solo.

—Entonces no hay más que hablar —declaró el señor Satterthwaite con un suspiro de satisfacción.

Para otro que no fuese el señor Quin, los modales del señor Satterthwaite hubiesen parecido un tanto extravagantes.

—Es usted muy amable —replicó aquél.

—Al contrario. Es un placer. No sabía que fuese usted aficionado a la música.

—Hay razones particularísimas que me hacen sentir devoción por *Pagliacci*.

—Claro, claro —dijo el señor Satterthwaite, asintiendo con aire de entendido, aunque, de haber sido preguntado, habría encontrado difícil de explicar por qué había usado esta expresión—. Es natural.

Volvieron al palco tan pronto como oyeron el timbre de aviso y, sentados en la primera fila del palco, observaron el trasiego de las gentes que volvían a ocupar sus respectivos asientos.

—Una hermosa cabeza —observó de pronto el señor Satterthwaite.

Con los gemelos señalaba un punto del patio de butacas situado casi al pie del lugar que ellos ocupaban. Era una muchacha de la que no distinguían la cara y sólo podían ver el dorado de sus cabellos, recogidos bajo una especie de casquete del que se escapaban rebeldes unos cuantos rizos que bordeaban artísticamente su níveo cuello.

—Una cabeza griega —añadió el señor Satterthwaite, casi reverentemente—. Genuinamente griega. Es sorprendente comprobar que son pocas las personas en las que el color de los cabellos armonice con el resto, cosa fácil de ver hoy por los cortes de pelo predominantes.

—Es usted muy observador —respondió el señor Quin.

—Nada de eso —objetó el señor Satterthwaite—. Es cuestión simplemente de mirar. En este caso, esa cabeza atrajo inmediatamente mi atención. Tarde o temprano hemos de ver su cara y apuesto a que no armonizarán, estoy seguro. Hay una probabilidad contra mil.

Acababa de pronunciar estas palabras cuando las luces titilaron y debilitaron su brillo, se oyó el golpear de la batuta sobre el atril y dio comienzo la función. Un nuevo tenor, un segundo Caruso, al decir de muchos, cantaba aquella noche. Había sido presentado por la prensa como yugoslavo, checo, albanés, magiar y búlgaro. Todo con espontánea imparcialidad. Había dado un concierto extraordinario en el Albert Hall, un programa consistente en cantos folclóricos de sus montañas natales y con una orquesta especialmente seleccionada e instrumentada para dicho fin. Las composiciones abundaban en extraños semitonos que algunos espectadores de gusto ultramoderno no vacilaron en calificar de «simplemente maravillosos», aunque músicos reconocidos se abstuvieron de hacerlo, comprendiendo la conveniencia de una reeducación y adaptación del oído a estas nuevas normas musicales, antes de decidirse a emitir juicio definitivo alguno. Fue, sin embargo, un gran alivio para muchos saber que aquella noche cantaría en simple italiano con todos los sollozos y estremecimientos tradicionales de la obra.

Al caer el telón cuando finalizó el primer acto, se oyó el estruendo de una prolongada ovación. El señor Satterthwaite se volvió al señor Quin. Supuso que éste esperaría su opinión y esto le hizo ahuecarse como un pavo. Después de todo estaba

convencido de no ser un lego en la materia. Como crítico podía considerársele casi infalible.

Movió la cabeza de arriba abajo con lentitud.

—Es un gran cantante —afirmó.

—¿Lo cree usted así?

—Una voz tan bien timbrada como la de Caruso. Habrá muchos que no lo reconozcan así por cierta imperfección en su técnica y falta de seguridad en el ataque. Pero la voz, no le quepa duda, es magnífica.

—Yo fui a oír su concierto en el Albert Hall —dijo el señor Quin.

—¿Ah, sí? Yo no pude ir.

—Causó sensación con *El canto del pastor*.

—Lo leí —contestó el señor Satterthwaite—. El estribillo termina siempre con una nota aguda que oscila entre el *do* natural y el *re* bemol. Muy curioso.

Yoaschbim hubo de reaparecer tres veces en el escenario, sonriendo y saludando. La sala se iluminó de nuevo y la gente empezó a desfilar. El señor Satterthwaite se inclinó sobre el antepecho para observar a la muchacha de los cabellos de oro. Ésta se levantó, se ajustó un fino chal alrededor del cuello y se volvió.

El señor Satterthwaite contuvo el aliento. Pocas caras como aquélla se podrían encontrar en el mundo. Una cara que por sí sola podría llenar una página entera en la historia.

La muchacha se dirigió al pasillo seguida de su joven acompañante. El señor Satterthwaite observó que la gente se detenía para verla pasar y no pocos eran los que la seguían furtivamente con la mirada. ¡Qué belleza!, se dijo a sí mismo. Todavía existe algo así. Aquí no se menciona el encanto, ni la atracción, ni el magnetismo, ni ninguna de esas otras cualidades que con tanta volubilidad acostumbramos a mezclar con su concepto. Belleza pura. El óvalo de la cara, la línea de las cejas, el contorno de la barbilla… Y añadió como en un susurro: «La cara que lanzó mil naves a la conquista de Troya». Y por primera vez se dio cuenta del significado de aquella frase.

Miró al señor Quin y, al observar su expresión de aquiescencia, no creyó necesario añadir comentario alguno a su juicio anterior.

—Siempre me ha intrigado saber —añadió— cómo son estas mujeres en realidad.

—¿Se refiere a…?

—Las Helenas, Cleopatras y Marías Estuardo.

El señor Quin meneó la cabeza pensativamente.

—Si vamos fuera —sugirió—, quizá podamos saberlo.

Salieron juntos y el resultado de su pesquisa dio óptimo fruto. La pareja que ellos buscaban se hallaba sentada en un canapé a medio camino de la escalinata de entrada. Por primera vez, pudo el señor Satterthwaite tener una clara visión del acompañante. Era un joven moreno, si no guapo, dotado al menos de un extraño fuego que parecía arder constantemente en sus pupilas. Una cara llena de extraños ángulos, pómulos

salientes, barbilla ligeramente desviada y ojos fulgurantes, ocultos en la penumbra que proyectaban sus salientes y espesas cejas.

Una cara interesante, pensó el señor Satterthwaite. Digna de estudio. El joven estaba inclinado hacia delante y hablaba con calor. La muchacha se limitaba a escuchar. Ninguno de los dos parecía pertenecer al mundo del señor Satterthwaite. Más bien tenían el aspecto de gente del mundo artístico. La muchacha llevaba un vestido socorrido, verde, de seda barata y unos zapatos de raso blanco algo sucios. El joven vestía de rigurosa etiqueta con aire de estar incómodo con lo puesto. Nuestros dos amigos pasaron repetidas veces ante ellos. A la cuarta se encontraron con que otro joven se había incorporado al grupo. Era rubio, con aspecto de oficinista. Su llegada parecía haber creado cierta tensión. Jugaba nerviosamente con su corbata y se hallaba como cortado ante la severa mirada de la muchacha. El primer acompañante le observaba con gesto torvo.

—La eterna historia —murmuró quedamente el señor Quin al pasar frente a ellos.

—Sí —contestó en el mismo tono el señor Satterthwaite—. Lo inevitable. El gruñido de dos perros disputándose un mismo hueso. Lo que siempre ha sido y siempre será. ¡Cuánto mejor sería, sin embargo, que no fuese así! La belleza…

Se detuvo. Para el señor Satterthwaite la belleza era algo simplemente maravilloso. No encontraba nunca palabras para poder describirla. Dirigió una mirada al señor Quin, quien, como si leyese su pensamiento, asintió gravemente y comprensivo. Regresaron a sus asientos poco antes de levantarse el telón para el segundo acto.

Al terminar la representación, el señor Satterthwaite se volvió a su amigo.

—Hace mucho relente fuera y mi coche no está lejos de aquí. ¿Me permite usted que le lleve a… donde quiera?

Estas dos últimas palabras manifestaron la delicadeza del señor Satterthwaite. De haber dicho «conducirle a casa», la frase hubiese trascendido a algo así como a curiosidad. El señor Quin había sido siempre un tanto reticente y era extraordinario lo poco que el señor Satterthwaite sabía acerca de él.

—Aunque quizá —continuó nuestro hombrecillo— disponga usted de su propio vehículo.

—No —dijo el señor Quin—. No lo tengo.

—Entonces…

Pero el señor Quin meneó la cabeza.

—Es usted extremadamente amable, pero con sinceridad, prefiero volver con mis propios medios. Además —añadió, dibujando su peculiar sonrisa—, si algo llegase a suceder, sería a usted a quien correspondería actuar. Buenas noches. Una vez más hemos visto un drama juntos.

Desapareció tan rápidamente que el señor Satterthwaite no tuvo tiempo material para protestar. Se sintió asaltado por una súbita duda. ¿A qué drama quiso referirse? ¿A *Pagliacci* o algún otro?

Masters, el chófer del señor Satterthwaite, tenía el hábito de esperarle en una callejuela vecina. A su señor no le gustaban las largas esperas frente al teatro causadas por el riguroso turno que debía observar el tránsito. Esta vez, como en ocasiones previas, torció por la primera bocacalle y se dirigió rápidamente al lugar donde sabía le esperaría su fiel Masters. Delante de él vio a un hombre y a una mujer y, casi al instante de reconocerlos, un tercer personaje se unió a ellos. Todo sucedió en un instante. Primero el rugido de la voz de un hombre. De inmediato el sonido de otra voz masculina en tono de protesta. Luego la lucha, golpes, frases entrecortadas, más golpes, la figura majestuosa de un policía surgido de la nada como por arte de encantamiento y, en un instante, el señor Satterthwaite se encontraba al lado de la muchacha, que se había dejado caer apoyada con desmayo contra el muro.

—Permítame —dijo—. No debe usted permanecer aquí ni un solo instante.

La cogió del brazo y la condujo apresuradamente calle abajo. Sólo una vez se detuvo la muchacha para volver la vista hacia atrás.

—¿No tendría que…? —preguntó indecisa.

El señor Satterthwaite meneó la cabeza.

—En nada la beneficiaría verse mezclada en este asunto. Probablemente la obligarían a que les acompañase a la comisaría. No creo que ninguno de sus… amigos lo deseara.

Se detuvo.

—Éste es mi coche. Si usted me lo permite, tendré sumo placer en acompañarla a su casa.

La muchacha le miró como escudriñando sus intenciones, pero la sosegada compostura del señor Satterthwaite pareció impresionarla favorablemente.

—Gracias —dijo, y entró resueltamente en el vehículo, al pie de cuya puerta abierta aguardaba respetuosamente el chófer Masters.

Dio una dirección de Chelsea en respuesta a una pregunta del señor Satterthwaite, quien, a continuación, se sentó a su lado.

La muchacha parecía alterada y con pocas ganas de hablar, y el señor Satterthwaite tuvo el tacto de no intentar penetrar en sus pensamientos. Al cabo de algunos momentos, fue ella quien se decidió a romper el silencio:

—¡Desearía que la gente no fuera tan estúpida!

—¡Es muy molesto! —asintió el señor Satterthwaite.

La naturalidad con que pronunció estas palabras tuvo el efecto de soltar la lengua de su compañera que parecía necesitar confiar en alguien.

—No creí nunca que llegaran a las manos —dijo—. El señor Eastney y yo hemos sido amigos desde hace mucho tiempo, puede decirse que desde que llegué a Londres. Se ha preocupado constantemente por mi voz y a él le debo, prácticamente, cuantas relaciones tengo en la actualidad. La música le apasiona. Fue idea de él traerme al teatro esta noche, aun cuando sé que el pobre no anda muy sobrado de dinero. Después llegó el señor Burns y nos habló con toda corrección, pero a Phil (el

señor Eastney), no sé por qué, no pareció sentarle bien su intromisión. Éste es un país libre. Por otra parte, el señor Burns siempre se ha mostrado agradable y de temperamento tranquilo. Y justo cuando íbamos hacia el metro, volvió a acercarse a nosotros, y apenas había articulado dos palabras cuando Philip se lanzó sobre él como una fiera. ¡Estas cosas no me gustan!

—¿De veras? —preguntó el señor Satterthwaite con dulzura.

Ella se sonrojó ligeramente En ella no había nada de una sirena consciente, aún cuando sería natural que, al ser mujer, experimentara cierta satisfacción al ver a dos hombres pelearse por ella. Sin embargo, el señor Satterthwaite creyó que el verdadero fondo de su preocupación yacía en las palabras que pronunció a continuación y obtuvo una pista cuando al cabo de un instante ella hizo una observación inconsecuente:

—Espero que no le haya hecho mucho daño.

¿A quién se referirá ese «le»?, se preguntó mentalmente el señor Satterthwaite sonriendo para sí en la penumbra. Y en apoyo de su juicio, añadió:

—Usted espera que… vamos, que el señor Eastney no le haya hecho mucho daño al señor Burns, ¿no es así?

Ella asintió.

—Sí —añadió—. Eso es lo que quise decir y me gustaría saberlo.

El coche se detuvo.

—¿Tiene usted teléfono? —preguntó él.

—Sí.

—Entonces, si así lo desea, yo me encargaré de enterarme de lo ocurrido y se lo comunicaré.

El rostro de la muchacha se iluminó.

—Es usted muy amable, gracias, pero me temo que esto habrá de producirle muchas molestias.

—De ninguna manera.

Ella le dio de nuevo las gracias, así como el número de su teléfono, y añadió modestamente:

—Mi nombre es Gillian West.

Mientras se alejaba por la calle, una curiosa sonrisa se dibujó en los labios del señor Satterthwaite.

—De manera que eso es todo —pensó—. ¡El óvalo de una cara… el perfil de una barbilla…!

Pero cumplió su promesa.

2

En la tarde del siguiente domingo, el señor Satterthwaite acudió a Kew Gardens para admirar los rododendros. Hacía mucho tiempo (un inconcebible número de años para el señor Satterthwaite) que había paseado por estos jardines, acompañado de una encantadora joven, para admirar unas campánulas azules. Durante el trayecto, se había preparado mentalmente para lo que iba a decir y las palabras precisas que utilizaría para pedirle su mano a la joven. Estaba tratando de coordinarlas al tiempo que correspondía distraídamente a las manifestaciones de júbilo que ante aquel sinnúmero de flores mostraba su compañera, cuando le llegó el golpe. La joven cesó en sus alabanzas y le confió repentinamente (como a un excelente amigo) su amor por otro hombre. El señor Satterthwaite se olvidó del discurso que había preparado y se apresuró a buscar algunas frases de aprecio y simpatía en algún rincón de su mente.

Así fue el romance del señor Satterthwaite, un tanto a la usanza victoriana, pero que le dejó en el corazón cierta romántica atracción por Kew Gardens, adonde con frecuencia acudía, unas veces a admirar las campánulas y otras, cuando su permanencia en el extranjero se prolongaba más de lo debido, a admirar los no menos famosos rododendros, que le llevaban a suspirar y a ponerse algo sentimental, lo que de algún modo le hacía disfrutar de un romanticismo a la antigua usanza.

Esta tarde en concreto, se hallaba de vuelta de su tradicional visita y pasaba junto a los establecimientos de té, cuando de pronto reconoció a una pareja sentada frente a una de las mesas instaladas en el césped. Eran Gillian West y su rubio cortejador quienes parecieron reconocerle al instante. Vio a la joven sonrojarse y hablar apresuradamente a su compañero. Un minuto después les estrechaba las manos con su característico saludo ceremonioso y aceptaba la un tanto tímida invitación para que tomara el té con ellos.

—No sé cómo expresarle mi agradecimiento —dijo el señor Burns— por cuidar de Gillian la otra noche. Ella me lo contó todo.

—Es verdad —añadió la muchacha—. Fue muy amable por su parte.

El señor Satterthwaite se sintió complacido e interesado por la pareja. Su candor y sinceridad le conmovían. Esto, al propio tiempo, le brindaba la oportunidad de asomarse a un mundo que apenas conocía. Los dos pertenecían a una clase muy desconocida para él.

A su manera un tanto seca, el señor Satterthwaite sabía hacerse simpático. No tardó en ser el confidente de todas sus cuitas. Observó que el señor Burns se había convertido en Charlie, y no le cogió desprevenido que le comunicaran su compromiso.

—A decir verdad —prosiguió el joven Burns con ingenuidad—, lo hemos decidido esta misma tarde, ¿verdad, Gill?

Burns estaba empleado como oficinista en una compañía naviera. Tenía un buen sueldo, unos cuantos ahorrillos y el propósito de casarse cuanto antes.

El señor Satterthwaite escuchó complacido el relato y les felicitó por su decisión.

Un joven como los demás, pensó para sí, de lo más corriente. Joven, bueno, honrado, con ideas propias y una buena opinión de sí mismo sin llegar a la vanidad, y buena presencia, sin llegar a ser demasiado guapo. Nada extraordinario en su persona que haga ver en él a un aventurero. Y la chica le quiere…

—¿Y el señor Eastney…? —añadió en voz alta.

Se detuvo intencionadamente porque esperaba una reacción para la que estaba ya preparado. La cara de Charlie Burns se ensombreció y Gillian se agitó inquieta. Más que inquieta, pensó, parecía temerosa.

—No me gusta —dijo en voz baja.

Sus palabras iban dirigidas al señor Satterthwaite como si conociese por instinto que éste comprendería cosas que no llegaban al alcance de su novio.

—Ha hecho mucho por mí —continuó—. Él fue quien me animó a que me dedicara al canto y me ayudó en cuanto pudo. Pero siempre he sabido, sin embargo, que mi voz no era realmente buena. No es de primera clase. Como es natural, todo esto me ligaba un tanto…

Se detuvo.

—También has tenido tus disgustos con él —interpuso Burns—. Una muchacha necesita siempre alguien que vele por ella y esto, señor Satterthwaite, le ha acarreado a Gill serios contratiempos. Como usted mismo puede observar, es muy guapa y… bueno… a una muchacha esto le causa serios contratiempos.

El señor Satterthwaite escuchó el relato de las cosas que Burns calificaba de «serios contratiempos»: un joven que se había suicidado; la extraña conducta del gerente de un banco (¡un hombre casado!); las violencias de un cierto forastero (¡que no debían haber sido precisamente balsámicas!); el desordenado comportamiento de un artista de edad avanzada… Un reguero de violencia y tragedias señalaban el paso de Gillian por la vida, recitadas por Charlie Burns en el tono más natural del mundo.

—Y mi opinión es —terminó diciendo— que este Eastney está también un poco desequilibrado. Gillian hubiese acabado mal de no haberme encontrado a mí para cuidarla.

La risa con que acompañó estas palabras sonó un tanto fatua en los oídos del señor Satterthwaite y ningún signo de aprobación se dibujó en las facciones de la muchacha. Ésta tenía la mirada puesta en el señor Satterthwaite.

—Phil es muy bueno —dijo con voz reposada—. Me quiere, lo sé, y yo también le quiero; pero nada más. No sé cómo le sentará lo mío con Charlie. Mucho me temo que…

Se detuvo como pesarosa ante la perspectiva de los peligros que vagamente presentía.

—Si está en mi mano ayudarla —dijo el señor Satterthwaite—, no vacile en pedírmelo.

Tuvo la sensación de que a Burns no le había sentado bien su ofrecimiento, pero Gillian se apresuró a decir:

—Muchísimas gracias.

El señor Satterthwaite se despidió de sus amigos no sin antes prometer que tomaría el té con Gillian el jueves siguiente.

Cuando llegó el jueves, el señor Satterthwaite sentía una cierta excitación anticipada. Pensó: Soy un viejo, pero no tanto como para no experimentar una sensación de placer ante una cara bonita. Una cara que… Meneó la cabeza con un gesto de indefinible presentimiento.

Gillian estaba sola. Burns no tardaría en llegar. Parecía más feliz. Como si se hubiese liberado de un enorme peso. De hecho, lo admitió inmediatamente:

—Tenía un miedo horrible de contarle a Phil lo de Charlie —explicó—. ¡Tonta de mí! Debí conocer a Phil mejor. Se enfadó, ¡qué duda cabe!, pero nadie habría sido más comprensivo. Fue realmente cariñoso. Mire usted lo que ha mandado esta mañana: un regalo de boda. ¿Verdad que es un detalle?

Lo era, sin duda, en especial por venir de un hombre en sus circunstancias. Se trataba de una preciosa radio de cuatro válvulas, último modelo.

—¡Nos gusta tanto la música a los dos! —exclamó—. Me dijo que cada vez que escuchara un concierto me acordarse también un poco de él. ¡Claro que lo haré! ¡Hemos sido tan buenos amigos!

—Debe usted sentirse orgullosa de su amigo —dijo cariñosamente el señor Satterthwaite—. Parece haber encajado el golpe como un deportista.

Gillian asintió. Unas delicadas lágrimas se deslizaron a lo largo de sus mejillas.

—Me pidió que hiciera una cosa por él. Hoy es el aniversario de nuestro primer encuentro. Me pidió que no saliese esta noche con Charlie, sino que me quedase en casa escuchando el programa de la radio. Le prometí que lo haría muy conmovida y añadí que pensaría en él con verdadera gratitud y afecto.

El señor Satterthwaite hizo un gesto de aprobación, pero no dejó de chocarle la petición. Rara vez se equivocaba en la deducción del carácter y jamás hubiese esperado de Philip Eastney un sentimentalismo así. Quizá fuese de un tipo más banal de lo que en Un principio había supuesto. Gillian, evidentemente, creía que aquello encajaba en la personalidad del desengañado amante. En cambio, el señor Satterthwaite se sintió un poco, quizá muy poco, defraudado. Él era un sentimental. Lo sabía, pero esperaba cosas mejores del resto de los mortales. El sentimentalismo era propio de su edad y no tenía, por lo tanto, cabida alguna en un mundo moderno.

Le pidió a Gillian que cantara y ésta accedió gustosa. Le dijo que su voz era admirable, pero sabía muy bien que no pasaba de ser una discreta medianía. Cualquier éxito que hubiera conseguido en su vida profesional no hubiese sido gracias a la voz sino a su rostro.

No estaba especialmente deseoso de ver al joven Burns otra vez, por lo que se levantó para despedirse. Fue en este momento cuando le llamó la atención un ornamento que había sobre la repisa de la chimenea y que se destacaba entre otras chucherías.

Era una especie de copa de cristal de color verde sobre un pie largo y elegante y paredes curvadas sobre cuya boca se apoyaba una gran bola que por su iridiscencia recordaba una gigantesca pompa de jabón. Gillian se fijó en lo absorto de su contemplación.

—Eso es un regalo extra de Phil. Es bonito, ¿verdad? Trabaja en una fábrica de cristal.

—¡Es precioso! —dijo el señor Satterthwaite con reverencia—. Los artífices del cristal de Murano hubieran estado orgullosos de él.

Se marchó sintiendo un curioso aumento de su interés por Philip Eastney. Un joven muy interesante, pensó. Y sin embargo, la muchacha de rostro maravilloso estaba enamorada del insignificante Charlie Burns. ¡Secretos inescrutables del universo!

Al señor Satterthwaite se le ocurrió pensar que, debido quizá a la gran belleza de Gillian West, la velada con el señor Quin no había dado los frutos esperados. Usualmente, cada aparición de este misterioso personaje provocaba un suceso extraño e inesperado. Fue la esperanza de volverlo a encontrar lo que decidió al señor Satterthwaite a encaminarse en dirección al restaurante Arlecchino, donde ya un día le viera y donde, según afirmación del mismo, acudía con frecuencia.

El señor Satterthwaite recorrió inútilmente todas sus salas. Allí no había rastro alguno de la morena y sonriente cara del señor Quin. Había sin embargo, alguien más. Sentado ante una pequeña mesa y solitario se encontraba Philip Eastney.

El restaurante estaba atestado, así que el señor Satterthwaite se decidió a escoger una silla vacante que había delante del joven, experimentando al propio tiempo una repentina sensación de exaltación, como si su determinación obedeciera a un misterioso plan en cuyo desarrollo le correspondiera desempeñar un importante papel. Estaba metido en ello, fuera lo que fuese. Ahora comprendió el significado de las palabras del señor Quin la noche de la ópera. Había un drama en marcha y en él había un papel, un importante papel, para el señor Satterthwaite. Era su deber, pues, salir airoso del papel que le correspondía.

Se sentó frente a Philip Eastney dispuesto a afrontar lo inevitable. No le fue difícil entablar conversación. Eastney parecía ansioso de hablar con alguien y, como siempre, el señor Satterthwaite se mostró alentadoramente dispuesto a escuchar. Hablaron de la guerra, de los explosivos, de los gases venenosos. Eastney poseía un inagotable caudal de conocimientos sobre éstos, puesto que, durante la mayor parte de la guerra, se había dedicado a su fabricación. El señor Satterthwaite encontró en él un conversador altamente interesante.

Había un gas, contó Eastney, que no había llegado a probarse. El armisticio llegó demasiado pronto. Se habían puesto grandes esperanzas en su efectividad. Una insignificante inhalación era mortal. Hablaba de él con verdadero entusiasmo.

Habiéndose roto el hielo, el señor Satterthwaite desvió hábilmente el curso de la conversación y la hizo recaer sobre la música. La cara de Eastney pareció iluminarse. Habló con la pasión y el abandono de un verdadero amante de este bello arte. Discutieron acerca de los méritos de Yoaschbim y el joven se mostró entusiasmado. Ambos convinieron en que nada en la tierra podía superar a una buena voz de tenor. Eastney había oído cantar de niño a Caruso y nunca lo había olvidado.

—¿Sabía que podía cantar ante un vaso de cristal y hacerlo añicos? —dijo.

—Siempre había creído que se trataba de una mera fábula —contestó sonriente el señor Satterthwaite.

—No. Es tan cierto como el Evangelio. Es totalmente factible. Es una simple cuestión de resonancia.

Entró en una explicación de detalles técnicos. Su cara estaba encendida y sus ojos despedían un extraño fulgor. El tema parecía fascinarle y el señor Satterthwaite observó que poseía un conocimiento profundo de cuanto decía. El anciano comprendió que se hallaba ante un cerebro excepcional, un cerebro al que podía describirse como el de un genio. Brillante, errático, indeciso en cuanto a la orientación definitiva que al fin había de tomar. Pero genio, al fin.

Y pensó a continuación en Charlie Burns y en Gillian West.

De pronto se dio cuenta de lo avanzado de la hora y pidió su cuenta al camarero. Eastney le miró con expresión de disculpa.

—Estoy avergonzado por haberle hecho perder el tiempo de esta manera —dijo —. Pero fue la casualidad la que le puso en mi camino. ¡Esta noche necesitaba hablar con alguien!

Terminó su perorata con una corta y peculiar risita. Sus ojos echaban chispas bajo la acción quizá de una reprimida excitación. Algo trágico parecía emanar de toda su persona.

—Ha sido para mí un verdadero placer —se apresuró a contestar el señor Satterthwaite—. Su conversación ha sido por demás interesante e instructiva para mí.

A continuación, hizo su cómica y correcta reverencia habitual y salió del restaurante. La noche era templada y, mientras se alejaba lentamente a lo largo de la calle, sintió una extraña sensación. La de no hallarse solo. La de que alguien, invisible, caminaba a su lado. En vano intentó convencerse de que se trataba sólo de un delirio de su imaginación. La sensación persistía. Alguien a quien no le era posible ver caminaba a su lado por la oscura y tranquila calle. Se preguntó qué era lo que le hacía pensar con tal fuerza y claridad en la figura del señor Quin. Era como si el misterioso acompañante fuera su amigo en persona, y sólo tenía que utilizar sus ojos para asegurarse de que esto no era así, sino que estaba solo.

La sensación de la presencia del señor Quin persistía junto con algo más: una urgencia de algún tipo, un opresivo presagio de una calamidad. Algo tenía que hacer y hacerlo rápidamente. Algo malo estaba en marcha y estaba en sus manos evitarlo.

Tan fuerte era la sensación que el señor Satterthwaite resolvió cesar de luchar en su contra. Cerrando los ojos, trató de acercarse cuanto pudo a la imagen mental de aquel hombre misterioso. Si sólo pudiese hacerle una pregunta al señor Quin, pensó. Pero en el mismo momento que surgió el pensamiento en su mente supo que estaba equivocado. Era inútil preguntarle nada al señor Quin. «Los hilos están todos en su mano», eso sería lo que acostumbraba a decirle el señor Quin. ¡Los hilos! ¿Hilos de qué? Analizó fría y cuidadosamente sus propias impresiones. Aquel vago presentimiento de peligro, ¿a quién amenazaba? ¿A quién? De pronto, un cuadro apareció ante sus ojos. El cuadro de Gillian West sentada sola en su apartamento escuchando el programa de radio.

El señor Satterthwaite dejó caer un penique en la faja de un vendedor de periódicos y le arrebató, más que pedirle, uno de los diarios de la tarde. Ojeó rápidamente la página en que se anunciaba el programa de Radio Londres. Comprobó con interés que hacían una retransmisión de Yoaschbim. Cantaba *Salve Dimora* de *Fausto* y, a continuación, una selección de piezas folclóricas como *El canto del pastor, El pez, El cervatillo*, etc.

El señor Satterthwaite estrujó el periódico entre sus manos. El conocimiento exacto de la música que en aquellos momentos estaría escuchando Gillian parecía hacerle recordar la figura de ésta con mayor claridad. Sola, sentada frente al aparato…

Un ruego un tanto extraño tratándose de un hombre como Philip Eastney. No correspondía al hombre en absoluto. En él no había el menor sentimentalismo, sino más bien era un hombre de violentos sentimientos, un hombre peligroso. Quizá hasta…

De nuevo sus pensamientos se agitaron con furia. Un hombre peligroso. Aquello significaba algo. «Los hilos están todos en su mano». El encuentro con Philip Eastney aquella misma noche. Una afortunada coincidencia, había dicho. ¿Fue una casualidad? ¿O era sólo un eslabón del misterioso entramado de acontecimientos de los que un par de veces, aquella noche, el señor Satterthwaite había sido consciente?

Hizo retroceder sus recuerdos. Debía de haber algo en la conversación de Eastney, alguna pista. De lo contrario, ¿por qué sentía aquella extraña sensación de apremio? ¿De qué habló? Del canto, de industrias de guerra, de Caruso…

¡Caruso! Los pensamientos del señor Satterthwaite parecieron saltar atropelladamente. La voz de Yoaschbim era casi igual a la de Caruso. Gillian estaría escuchando cómo sonaba, timbrada y potente, haciendo estremecerse las paredes y vibrar los cristales…

Contuvo el aliento. ¡Vibración de cristales! Caruso cantando frente a una copa de vino y ésta desmoronándose bajo la acción de una simple ley física. Yoaschbim

cantando en los estudios de Londres y, en un cuarto, a una milla de distancia, el tintineo que produce un objeto quebradizo al romperse, el de una especie de copa verde con una brillante esfera de cristal que quizá no estuviera vacía…

Fue en este momento cuando, a juicio de varios transeúntes, el señor Satterthwaite perdió de repente la razón. Desarrugó de nuevo el periódico, repasó ávidamente el anuncio del programa y salió calle abajo como una exhalación. Al final de ella encontró un taxi, entró de un salto en él y aulló una dirección al conductor con la advertencia de que de su rapidez dependería la vida o la muerte de una persona. El chófer, juzgándole mentalmente desequilibrado pero rico, hizo cuanto pudo por complacerle. El señor Satterthwaite se dejó caer sobre el respaldo del asiento con la cabeza llena de pensamientos fragmentarios, de retazos de ciencia aprendidos en la escuela, de frases empleadas por Eastney en el curso de la conversación de aquella noche. Resonancia, el período de resonancia propio, si el período de una vibración coincide con el período de resonancia propio, algo también acerca de la suspensión de un puente y de soldados que marchan sobre él haciendo coincidir sus pasos con los períodos de resonancia propios del puente. Eastney había estudiado el tema. Sabía lo que decía. Era un genio.

A las 22.45 la retransmisión de Yoaschbim. En aquel momento ya era la hora. Pero primero venía Fausto. Era *El canto del pastor*, con su agudo alarido final, el que podría… podría… ¿hacer qué?

Las ideas volvieron a girar en su mente como un torbellino. No entendía gran cosa de esta jerga, pero Eastney sí. ¡Quisiera el cielo que llegase a tiempo!

El taxi se detuvo. El señor Satterthwaite se apeó con celeridad y, como lo hubiese hecho un joven atleta, subió de dos en dos las escaleras de piedra que le condujeron al piso segundo. La puerta del piso estaba entreabierta. La empujó y una voz de tenor pareció acoger su llegada. Las palabras de *El canto del pastor* le eran familiares y recordó al punto el pasaje.

Pastor, las crines de tu caballo al viento…

Había llegado a tiempo. Abrió de un empujón la puerta que comunicaba con el gabinete. Sentada junto a la chimenea estaba Gillian.

La hija de Mischa se casa hoy;
en su boda he de estar presente.

Lo más probable era que le tomase por un loco, pero no había instante que perder. La asió de los brazos y, mascullando palabras incoherentes, la arrastró hacia el descansillo de la escalera.

En su boda he de estar presente. Ya-ha!

Con la última sílaba se oyó una nota aguda, precisa, bien timbrada y potente que hubiese hecho enrojecer de envidia a más de un afamado tenor. Y con ella el sonido que hace un cristal al romperse. Un gato, sin duda extraviado, entró en el apartamento de Gillian a través de la puerta que, con la precipitación, había quedado abierta de par en par. Gillian intentó seguirlo, pero el señor Satterthwaite se lo impidió enérgicamente.

—¡No, no! —le dijo en un medio balbuceo—. Es mortal. No respire. Una inhalación y todo habría terminado. Nadie sabe lo mortal que puede llegar a ser. No tiene comparación con nada que haya sido utilizado anteriormente.

Estaba repitiendo las palabras que Philip Eastney le había dicho mientras cenaban. Gillian le miró sin entender nada.

3

Philip Eastney sacó el reloj y miró la hora. Eran exactamente las once y media. Durante los últimos cuarenta y cinco minutos había estado paseando a lo largo del Embankment. Contempló unos instantes las aguas del Támesis y se volvió para encontrarse frente a frente con quien poco más de una hora antes había sido su compañero de mesa.

—Es curioso —exclamo riéndose—. Parece cosa del destino que hayamos de encontrarnos de nuevo esta noche.

—Si quiere usted llamarle destino… —contestó el señor Satterthwaite.

Eastney le miró con fijeza y su rostro cambió de expresión.

—¿Y bien…? —dijo reposadamente.

El señor Satterthwaite era enemigo de circunloquios y abordó directamente la cuestión.

—Acabo de estar en el piso de la señorita West.

—¿Sí?

La misma voz imperturbable.

—Hemos encontrado un gato muerto en él.

Hubo un breve silencio. A continuación Eastney dijo:

—¿Quién es usted?

El señor Satterthwaite habló por algún tiempo relatando las diferentes fases de la aventura.

—Como ve, conseguí llegar a tiempo —acabó diciendo. Se detuvo y añadió recalcando suavemente las palabras—: ¿Tiene usted algo que decir en su favor?

Esperaba un estallido. Una violenta justificación de su acto. Pero no fue así.

—No —dijo Philip Eastney, y girando sobre sus talones, se alejó.

El señor Satterthwaite le siguió con la mirada hasta verle desaparecer confundido entre las sombras. A su pesar, sentía atracción por aquel hombre. La atracción que el artista siente por su igual. Del sentimental por el verdadero amante, del hombre corriente por el genial.

Al fin se decidió a volver en sí y se encaminó en la misma dirección seguida por Philip Eastney. Una densa niebla empezaba a caer sobre la ciudad. Se encontró con un policía que se detuvo mirándole con suspicacia.

—¿No ha oído usted algo como un chapuzón? —preguntó el agente de la autoridad.

—No —contestó el señor Satterthwaite.

El policía escudriñó unos instantes el río.

—No me extrañaría que se tratara de algún suicidio —añadió—. Eso lo explicaría.

—Supongo que sus razones tendrá —comentó el señor Satterthwaite.

—Sí. El dinero, por lo general. Aunque a veces se trata de una mujer —comentó haciendo gesto de marcharse—. Y la culpa no es siempre suya, pero algunas mujeres causan un montón de problemas.

—Algunas mujeres —asintió el señor Satterthwaite, hablando para sí.

Cuando el policía se hubo alejado, se sentó en el pretil confundido en la niebla y pensó en Helena de Troya: ¿No sería esta acaso una excelente mujer como tantas otras sólo que dotada para bien o para mal con un rostro maravilloso?

El cadáver de Arlequín

(The Dead Harlequin).

El señor Satterthwaite se paseaba lentamente por Bond Street, disfrutando de las caricias del astro solar. Como siempre, vestía atildada e impecablemente y se dirigía a las Harchester Galleries donde había una exposición de cuadros de un tal Frank Bristow, artista novel y desconocido hasta aquel momento, pero que mostraba señales de causar sensación. El señor Satterthwaite era un decidido patrocinador del arte.

Al entrar en las galerías, fue saludado de inmediato con una sonrisa de complacido reconocimiento.

—Buenos días, señor Satterthwaite. Sabía que no tardaríamos en verle por aquí. ¿Conoce usted las obras de Bristow? Estupendas, únicas en su clase.

El señor Satterthwaite se proveyó de un catálogo y cruzó la amplia arcada que conducía a un largo salón, de cuyas paredes colgaban los cuadros del nuevo artista. Eran acuarelas ejecutadas con una técnica y un acabado extraordinarios que les daban el aspecto de aguafuertes. El señor Satterthwaite los recorrió uno por uno con gestos de aprobación. A su juicio, el joven pintor merecía llegar lejos. Poseía una visión original y una técnica de lo más perfecta. También tenía, como era de esperar, ciertos fallos, pero aun éstos revelaban la genialidad del autor. El señor Satterthwaite se detuvo ante una diminuta pero verdadera obra de arte que representaba el Westminster Bridge con sus interminables hileras de autobuses, tranvías y presurosos peatones. Era una miniatura, pero maravillosamente perfecta.

Observó su título. Se llamaba *El hormiguero*. Siguió su inspección. De pronto se detuvo ante algo que le atrajo con fuerza y le hizo contener súbitamente el aliento.

El cuadro se titulaba *El cadáver de Arlequín*. El primer término representaba un suelo entarimado con baldosas de mármol blancas y negras. En su centro yacía la figura de Arlequín, boca arriba, con los brazos extendidos en cruz y enfundado en su vistoso traje negro y rojo. En el fondo una ventana y, tras ella, contemplando el espectáculo, otra figura idéntica a la anterior recortada sobre el fondo rojo de un sol naciente.

El cuadro llamó la atención del señor Satterthwaite por dos razones. La primera, por reconocer o creer reconocer en él al hombre de la pintura. Tenía un notable parecido con el señor Quin, un amigo a quien había encontrado en varias ocasiones en circunstancias verdaderamente extraordinarias.

—No puedo estar equivocado —murmuró—. Y si no lo estoy, ¿qué quiere decir todo esto?

Por las experiencias que el señor Satterthwaite había tenido, las apariciones del señor Quin aportaban siempre una determinada significación.

Había también, como ya hemos mencionado, un segundo motivo en el interés del señor Satterthwaite, y era el de haber reconocido el lugar de la escena del cuadro.

—El Salón de la Terraza de Charnley —dijo—. ¡Curioso! ¡Muy curioso!

Observó con más atención la pintura y trató de penetrar en la mente del autor. Un Arlequín muerto en el suelo y otro Arlequín mirando por la ventana. ¿O se trataría acaso del mismo Arlequín? Continuó contemplando el resto de los cuadros mirando sin ver, totalmente abstraído con el recuerdo de lo que acababa de ver. Se sentía excitado. La vida que en las primeras horas de aquella mañana le había parecido un tanto insípida, volvió a cobrar animación. Tenía casi la certeza de encontrarse en el umbral de excitantes e interesantes acontecimientos. Se dirigió a la mesa que ocupaba el señor Cobb, uno de los propietarios de las Harchester Galleries y a quien conocía de muchos años.

—Tengo el capricho de comprar el cuadro número treinta y nueve —dijo—, si no está ya vendido.

El señor Cobb consultó un catálogo.

—La gema de la colección —murmuró—. Es una verdadera joya. No, no está vendido. —Mencionó un precio y añadió—: Es una buena inversión, señor Satterthwaite. Ese cuadro triplicará su valor dentro de un año.

—Eso siempre se dice en estas ocasiones —comentó sonriendo el aludido.

—Bien, ¿y no tengo siempre razón? —añadió el señor Cobb—. De decidirse usted a vender su colección, no creo que ni un solo cuadro se vendiera por menos de lo que pagó por él.

—Me quedo con el cuadro. Le pagaré con un cheque ahora —decidió el señor Satterthwaite.

—No le pesará. Tenemos grandes esperanzas en Bristow.

—¿Es muy joven?

—Creo que tiene unos veintisiete o veintiocho años.

—Me gustaría conocerlo —dijo el señor Satterthwaite—. Quizá querría acompañarme a cenar una de estas noches.

—Puedo darle sus señas y estoy seguro de que saltará de alegría al saberlo. El nombre de usted se cotiza muy alto en el mundo artístico.

—Favor inmerecido que usted me hace —respondió el señor Satterthwaite. Hizo ademán de retirarse pero el señor Cobb le detuvo.

—Precisamente ahí viene. Se lo presentaré.

Abandonó la mesa ante la cual estaba sentado en compañía del señor Satterthwaite hasta el lugar donde, apoyado contra el muro, había un joven corpulento y un tanto desaliñado que parecía escudriñar el mundo tras la barricada de unas cejas ferozmente fruncidas.

El señor Cobb hizo la presentación de rigor, a la que contestó el señor Satterthwaite con breves y escogidas palabras.

—Acabo de tener el placer de adquirir uno de sus cuadros. *El cadáver de Arlequín*.

—¡Oh, no perderá dinero con él! —contestó Bristow, con cierta malapata—. Es un cuadro condenadamente bueno, aunque lo diga yo.

—Puedo verlo —replicó el señor Satterthwaite—. Su trabajo me interesa mucho, señor Bristow. Lo encuentro de una extraordinaria madurez para un joven como usted. Sería para mí un placer que cenara conmigo una noche de éstas. ¿Tiene usted algún compromiso para hoy?

—Si le he de decir la verdad, no —dijo Bristow, sin hacer todavía grandes esfuerzos en aparentar amabilidad.

—Entonces, ¿digamos sobre las ocho? Aquí tiene usted una tarjeta con mis señas.

—Muy bien —se limitó a decir Bristow, y añadió secamente tras una tardía reflexión—: Gracias.

Un joven con una pobre opinión de sí mismo y temeroso de que el mundo pueda compartirla.

Éstas fueron las conclusiones que estableció el señor Satterthwaite mientras salía a disfrutar de nuevo del esplendoroso sol que inundaba Bond Street. El señor Satterthwaite rara vez se equivocaba en sus juicios acerca de los demás.

Frank Bristow llegó a la cita cinco minutos después de la hora fijada y vio que su anfitrión y un tercer invitado ya le esperaban. Éste fue presentado como el coronel Monckton. Se sentaron a cenar casi de inmediato. Había un cuarto servicio dispuesto en la mesa oval de caoba y el señor Satterthwaite se apresuró a pronunciar unas palabras explicatorias.

—Existe la posibilidad de que un buen amigo mío se presente inesperadamente. ¿No sé si conoce usted al señor Harley Quin?

—No conozco a nadie —gruñó Bristow.

El coronel Monckton miró al artista con la misma curiosidad que hubiese mostrado en la contemplación de una rara variedad zoológica. El señor Satterthwaite hizo cuanto pudo para que la conversación se mantuviera dentro de los límites de la más estricta cordialidad.

—Me interesó especialmente su cuadro porque me pareció ver en él que el argumento se desarrollaba en el salón de la Terraza de Charnley, ¿me equivoco? —Al percibir un gesto de asentimiento del artista, prosiguió—: Es interesantísimo ese detalle. Recuerdo haber pasado algunas temporadas en Charnley. Quizá conozca usted a algunos de la familia.

—¡No! —contestó Bristow—. A esa familia no le interesa gente como yo. Fui allí en un charabán[9].

—¡Dios mío! —exclamó el coronel Monckton por decir algo—. ¡En un charabán!

Frank Bristow le miró frunciendo el ceño.

—¿Por qué no? —preguntó con una especie de aullido.

El pobre coronel Monckton se quedó sin habla. Miró con aire de reproche al señor Satterthwaite como queriendo decir: «Estas formas primitivas de vida quizá interesen a un naturalista como usted, pero no a mí».

—Los charabanes son detestables —añadió en voz alta—. Sale uno molido de ellos con los baches.

—Pues no hay más remedio que utilizarlos cuando no se puede comprar un Rolls-Royce —dijo Bristow agresivamente.

El coronel Monckton le miró con enojo. El señor Satterthwaite pensó: A menos que consiga relajar a este joven, la velada será un desastre.

—Charnley me ha fascinado siempre —dijo—. He estado allí sólo una vez después de la tragedia. Es una casa tétrica… y embrujada, por añadidura.

—Es verdad —contesto Bristow.

—En realidad, no tiene más que dos fantasmas auténticos —aclaró Monckton—. El de Carlos I que se pasea con la cabeza debajo del brazo, he olvidado por qué, y el de la Dama Llorosa con el aguamanil de plata que siempre es vista después del fallecimiento de uno de los Charnley.

—¡Cuentos! —exclamó Bristow con burla.

—Ha sido una familia muy desgraciada —se apresuró a decir el señor Satterthwaite—. Cuatro detentadores del título han fallecido de muerte violenta y el último lord Charnley se suicidó.

—Una horrible historia —añadió Monckton con gravedad—. Yo estaba presente cuando ocurrió.

—Debe hacer de eso unos catorce años —comentó el señor Satterthwaite—. Desde entonces, la casa ha permanecido cerrada.

—No me extraña —contestó Monckton—. Debió de ser un golpe terrible para la joven *lady*. Llevaban casados cosa de un mes y acababan de regresar de su luna de miel. Dieron un gran baile de disfraces para celebrar su vuelta. Empezaban a llegar los invitados, cuando lord Charnley se encerró de pronto en el salón de Roble y se pegó un tiro. Estas cosas no son frecuentes. ¿Decía usted?

Había vuelto súbitamente la cabeza en dirección a su izquierda y luego miró al señor Satterthwaite con una sonrisa que parecía querer expresar una disculpa.

—Debo empezar a tener delirios, Satterthwaite. He creído por un momento que había alguien sentado en esta silla vacía y que quería decirme algo. Sí —prosiguió después de un minuto de silencio—. Debió de ser un rudo golpe para la pobre Alix Charnley. Era una de las muchachas más bonitas que he conocido y llena de eso que la gente llama alegría de vivir, y hoy creo que es sólo una sombra de lo que fue. Hace años que no la veo. Dicen que pasa la mayor parte de su tiempo en el extranjero.

—¿Y el hijo?

—El hijo estudia en Eton. ¿Qué hará cuando llegue a su mayoría de edad? No lo sé. No creo, sin embargo, que se decida a abrir de nuevo el viejo caserón.

—Podrían convertirlo en un parque de atracciones —intercaló Bristow.

El coronel Monckton le miró con fría aversión.

—¡Oh! No creo que piense usted en serio eso —interpuso el señor Satterthwaite —. De ser así, no hubiera usted pintado su cuadro. Tradición y ambiente son cosas

intangibles. Tardan siglos en formarse y, una vez destruidos, difícilmente se consigue rehacerlos.

Se levantó.

—Pasemos al salón de fumar —dijo—. Tengo allí algunas fotografías de Charnley que me gustaría enseñarles.

Precisamente una de las aficiones del señor Satterthwaite era la fotografía. Era asimismo el orgulloso autor de un libro titulado *Las casas de mis amigos*. Los amigos en cuestión habían sido exageradamente glorificados, y el mismo libro mostraba una inclinación del señor Satterthwaite por el esnobismo mucho mayor de la que le correspondía.

—Ésta es una fotografía que tomé del salón de la Terraza el año pasado —dijo alargándosela a Bristow—. Como usted puede ver, es aproximadamente el mismo ángulo que usted empleó en la pintura de su cuadro. En ella se ve la famosa alfombra. ¡Lástima que en la fotografía no muestre su colorido!

—La recuerdo —contestó Bristow—. Un color extraordinario. Resplandecía como un ascua. De todos modos, desentonaba del conjunto y no era tampoco del tamaño requerido para una sala así de grande embaldosada en blanco y negro. Es la única de la habitación. Estropea todo el efecto. Parecía más bien una gigantesca mancha de sangre.

—¿Quizá fuese esto último lo que le dio a usted la idea de pintar el cuadro? —preguntó el señor Satterthwaite.

—Quizá sí —contestó pensativamente Bristow—. Su sola presencia parece traerle a uno el recuerdo de alguna tragedia que hubiese tenido lugar en la pequeña sala adjunta.

—El salón de Roble —intercaló Monckton—. Ése es precisamente el cuarto encantado. Hay una especie de hornacina giratoria oculta tras uno de los entrepaños y en la que cierta vez, y al decir de la tradición, hubo de esconderse el propio Carlos I. En él ocurrieron también dos muertes debidas a otros tantos duelos, y fue allí, como digo, donde Reggie Charnley se pegó el tiro.

Tomó la fotografía de manos de Bristow.

—¡Pero calla…! ¡Si ésta es la famosa alfombra de Bokhara! —exclamó sorprendido—. ¡Una alfombra que vale al menos un par de miles de libras esterlinas! La última vez que estuve allí estaba en el salón de Roble. Es su verdadero lugar. Queda ridícula sobre esas losas de mármol.

El señor Satterthwaite miraba la silla vacía que había colocado junto a la suya.

—Quisiera saber cuándo se cambió —murmuró pensativo.

—Ha debido ser recientemente —contestó Monckton—. ¡Claro! Todavía recuerdo una conversación que sostuvimos acerca de ella el mismo día de la tragedia. Charnley decía que su verdadero sitio era una vitrina.

El señor Satterthwaite meneó la cabeza.

—La casa se cerró inmediatamente después de ocurrida la tragedia —prosiguió aquél— y todo se dejó tal cual estaba.

Bristow intervino en la conversación con una pregunta. Había abandonado su talante agresivo.

—¿Por qué se suicidó lord Charnley? —preguntó.

El coronel Monckton se agitó en su silla con muestras de desasosiego.

—Nadie lo supo nunca —contestó vagamente.

—Supongo —interpuso el señor Satterthwaite, recalcando las palabras— que fue un suicidio.

El coronel le miró sorprendido.

—Claro que fue un suicidio —dijo—. Querido amigo, no se olvide de que estaba yo presente en la casa.

El señor Satterthwaite volvió a mirar en dirección a la silla vacía que había a su lado y, sonriéndose como si hubiese escuchado una broma que a los otros no les hubiese sido permitido oír, murmuró quedamente:

—A veces ocurre que uno ve las cosas con mayor claridad mucho después de haber ocurrido el suceso.

—¡Tonterías! —explotó Monckton—. ¡Y de las gordas! ¿Cómo es posible una cosa así cuando las ideas han perdido toda precisión y son sólo una masa confusa en nuestra mente?

El refuerzo llegó de donde el señor Satterthwaite menos se lo esperaba.

—Sé lo que quiere usted decir —dijo el artista—, y hasta casi me atrevo a afirmar que no le falta razón. Es cuestión de proporción, ¿no es verdad? Y aun quizá de algo más que de proporción. De eso que llaman relatividad.

—Si me lo permite —respondió Monckton—, diría que esa cacareada teoría de Einstein es sólo una pura patraña. Igual que esos espiritistas que hablan con nuestras abuelas. —Dirigió una mirada feroz a su auditorio—. ¡Claro que fue suicidio! —prosiguió—. ¿No acabo de decir que prácticamente lo vi yo con mis propios ojos?

—Cuéntenos lo que pasó —interpuso el señor Satterthwaite—, y así podremos conocerlo nosotros también.

Con una especie de amansado gruñido, el coronel se arrellanó cómodamente en su asiento.

—El suceso fue, verdaderamente, algo inesperado —empezó diciendo—. Charnley parecía hallarse completamente normal. La casa estaba llena de amigos venidos expresamente para tomar parte en el gran baile. Nadie hubiese sospechado que fuera a quitarse la vida en el preciso momento en que empezaban a llegar los invitados.

—Hubiese sido de mejor gusto esperar al menos a que se hubiesen marchado —comentó el señor Satterthwaite.

—Por supuesto —hubo de admitir Monckton—. Fue de muy mal gusto hacer una cosa así.

—Impropio —añadió el señor Satterthwaite.

—Exacto —asintió Monckton—. Impropio de Charnley.

—¿Y aun así fue suicidio?

—Sí. Y lo repito. Éramos tres o cuatro los que estábamos en el descansillo superior de la escalinata: yo mismo, la joven Ostrander, Algie Darcy y… y una o dos personas más. Charnley cruzó el salón precisamente por el vestíbulo y se dirigió al salón de Roble. La joven Ostrander dijo después que tenía la mirada vaga y la cara cubierta por una mortal palidez, pero no dimos, como es natural, crédito alguno a sus palabras, puesto que ella no podía distinguir bien sus facciones desde donde estábamos. Pero sí que caminaba muy encorvado como si el peso del mundo gravitara sobre sus espaldas. Una de las jóvenes le llamó por su nombre. Creo, si no recuerdo mal, que fue una de las damas de compañía de alguna de las señoras presentes, a quien *lady* Charnley había tenido la amabilidad de incluir en la reunión y que buscaba a Charnley con objeto de darle un recado. Recuerdo claramente haberle oído decir en voz alta: «lord Charnley, la señora desea saber si…». Él no prestó atención y entró en el salón de Roble, que cerró con un portazo. Oímos cómo la llave giraba en la cerradura. Un minuto más tarde, oímos el disparo.

»Bajamos corriendo en dirección al lugar de donde procedía la detonación. Hay otra puerta en el salón de Roble que da al salón de la Terraza. Intentamos abrirla, pero también estaba cerrada. Tuvimos que echarla abajo. Charnley yacía muerto en el suelo con una pistola cerca de su mano derecha. ¿Qué otra cosa podía haber sido sino suicidio? ¿Un accidente? ¡No me diga! Sólo cabe otra posibilidad: asesinato. Pero no puede ser asesinato sin un asesino. Espero que estará de acuerdo, supongo…

—El asesino pudo muy bien haberse escapado —sugirió el señor Satterthwaite.

—Imposible. Si tuviera papel y lápiz, podría hacerles un croquis del lugar. Hay sólo dos puertas en el salón de Roble. Una da al vestíbulo y la otra al salón de la Terraza. Las dos estaban cerradas por dentro, con las llaves puestas en las cerraduras.

—¿La ventana?

—Cerrada también y con los postigos echados.

Siguió una pausa.

—Y eso es todo —terminó el coronel Monckton en tono triunfal.

—Así parece —contestó el señor Satterthwaite con tristeza.

—Tenga presente —añadió el coronel—, que aunque hace un momento me burlaba de los espiritistas, no tengo inconveniente en admitir que había algo diabólico en el ambiente de aquella casa, especialmente en aquella sala en particular. Hay en sus entrepaños varios orificios de bala como resultado de los duelos que en él han tenido lugar y una extraña mancha de sangre en el suelo que siempre reaparece, a pesar de haber sido cambiado el *parquet* repetidas veces. Supongo que ahora existirá otra mancha. La de la sangre del pobre Charnley.

—¿Había mucha sangre? —preguntó el señor Satterthwaite.

—Muy poca. Según palabras del doctor, «curiosamente poca».

—¿Dónde se pegó el tiro? ¿En la cabeza?

—No. En el corazón.

—No es el modo más fácil de suicidarse —interpuso Bristow—. Es extremadamente difícil saber dónde tiene uno exactamente el corazón. Al menos, a mí no se me hubiera ocurrido nunca hacerlo de esa forma.

El señor Satterthwaite meneó la cabeza visiblemente preocupado. No estaba, por lo visto, muy satisfecho. Había esperado llegar a alguna solución, pero ni él mismo sabía cuál. El coronel Monckton continuó:

—Charnley es un lugar tenebroso, aunque yo, personalmente, no he visto nada.

—¿No ha visto nunca a la Dama Llorosa con el aguamanil de plata?

—No, nunca la he visto —contestó enfáticamente el coronel—. Pero estoy seguro de que no habrá un solo criado de la casa que no jure lo contrario.

—La superstición fue una de las plagas de la Edad Media —dijo Bristow—. Todavía existen vestigios de ella, aunque, por fortuna, está ya a punto de desaparecer.

—Superstición… —musitó el señor Satterthwaite con la mirada fija en la silla vacante—. ¿No cree que, en ocasiones, la superstición pude resultar útil?

Bristow le miró con sorpresa.

—¿Útil? Me parece una palabra inadecuada.

—Bien, espero que se haya convencido, Satterthwaite —añadió el coronel.

—Oh, sí —contestó éste—. Pero encuentro muy extraño… sin sentido, que un hombre recién casado, joven, rico, feliz, en el preciso día en el que celebra el regreso de su luna de miel… pero admito que hay que rendirse ante la evidencia de los hechos —repitió en voz baja—: Los hechos… —Y frunció el entrecejo.

—Lo interesante —añadió Monckton— es que jamás llegaremos a saber el misterio que se oculta tras esa tragedia. Naturalmente, circularon rumores de todas clases. Ya sabe cómo es la gente.

—Pero lo cierto es que nadie sabe nada en concreto —dijo pensativamente el señor Satterthwaite.

—No es una novela de misterio —dijo Bristow—. Nadie salió beneficiado con la muerte de ese hombre.

—Nadie, con excepción de un hijo que todavía no había llegado a nacer —interpuso el señor Satterthwaite.

Monckton reprimió una irónica sonrisa.

—Hay que reconocer que esto último fue un golpe para el pobre Hugo Charnley —comentó—. Tan pronto como supo la noticia de que un heredero estaba a punto de venir al mundo, se vio obligado a esperar a ver si sería niño o niña. Fue una ansiosa espera también para sus acreedores. Al final fue un niño y un gran desengaño para todos ellos.

—¿Quedó la viuda muy desconsolada? —preguntó Bristow.

—¡Pobre muchacha! —contestó Monckton—. Nunca la podré olvidar. No vertió una lágrima, ni exhaló una queja. Quedó como petrificada por el dolor. Mandó cerrar

la casa poco después del suceso y no ha sido vuelta a abrir desde entonces.

—Así pues —dijo Bristow, acompañando sus palabras con una discreta risita—, seguimos en las tinieblas en lo que respecta al motivo. Otro hombre u otra mujer. Debe haber sido una de las dos cosas, ¿verdad?

—Eso parece —se limitó a contestar el señor Satterthwaite.

—Aunque el hecho de que la viuda no se haya vuelto a casar —prosiguió aquél— hace pensar en la posible existencia de una mujer. Odio a las mujeres —dijo desapasionadamente.

El señor Satterthwaite dibujó una enigmática sonrisa advertida por Bristow, que saltó:

—Puede usted sonreír, pero es así. Todo lo embrollan. En todo se meten. Interfieren en el trabajo de uno. Son… Sólo he conocido una mujer que fuera… bien, interesante.

—Siempre imaginé que habría al menos una —replicó el señor Satterthwaite.

—Pero no en el sentido que usted quiere dar a la frase. El encuentro fue casual. En un tren. Después de todo —añadió en actitud de reto— ¿qué tiene de particular que un hombre y una mujer se encuentren en un tren?

—Nada, nada —contestó el señor Satterthwaite en tono conciliador—. Un tren es un sitio tan bueno como otro cualquiera.

—Yo venía del norte. Teníamos todo el compartimiento para nosotros dos. No sé por qué, pero empezamos a hablar. No sé su nombre, ni creo que volvamos a vernos. Ni estoy seguro de desearlo. Podría ser… una desgracia. —Se detuvo como buscando palabras con que expresar con claridad sus pensamientos—. No parecía muy real, sino como una visión. Como una mujer salida de aquellas montañas de las leyendas gaélicas.

El señor Satterthwaite asintió benévolamente. Se imaginaba claramente la escena ocurrida entre el positivo y realista Bristow y la etérea sombra, una visión, como la llamó.

—Supongo que si algo terrible le sucediera a uno, algo tan terrible que fuera casi inimaginable, se volvería uno así. ¿Podría uno acaso, huyendo de la realidad, refugiarse en su propio mundo interior, sólo para descubrir que, pasado el tiempo, ya no sería capaz de volver a salir de él?

—¿Es eso lo que le ocurrió a ella? —preguntó el señor Satterthwaite con curiosidad.

—No lo sé —dijo Bristow—. Nada me dijo y por tanto es una mera suposición mía. Es el único modo de poder llegar a una conclusión.

—Es verdad —dijo el señor Satterthwaite—. Es preciso imaginar un poco.

Levantó la vista con rapidez al oír abrirse la puerta. Esperaba escuchar algún anuncio de importancia, pero las palabras del mayordomo le defraudaron.

—Ha venido una señora que desea verle con urgencia. Es la señorita Aspasia Glen.

El señor Satterthwaite se levantó asombrado. Conocía bien el nombre de Aspasia Glen. ¿Quién no lo conocía en Londres? Anunciada primeramente como «la mujer del pañuelo», dio una serie de matinés individuales, metiéndose, como vulgarmente se dice, al público de Londres en el bolsillo. Con la ayuda de un pañuelo había interpretado con brillantez los más variados personajes. Tan pronto le servía para imitar la cofia de una monja, como el chal de una humilde obrera de fábrica o el tocado de una muchacha de campo y un centenar de personajes y, en todos ellos, Aspasia Glen se mostraba totalmente distinta. Como artista, había merecido por parte del señor Satterthwaite las más fervorosas muestras de admiración. No la conocía personalmente, sin embargo. Su visita a una hora tan intempestiva no dejó de intrigarle. Con unas breves palabras de excusa, abandonó la sala en la que se hallaba con sus amigos y se dirigió al gabinete.

La señorita Glen ocupaba el centro de la habitación, sentada en un elegante sofá tapizado de oro y brocado. Su postura le hacía dominar la habitación. La perspicaz mirada del señor Satterthwaite observó al punto que el deseo de aquella mujer era dominar desde el principio la situación. Por extraño que pudiese parecer, la primera sensación fue la de repulsión. Había sido un sincero admirador del arte de Aspasia Glen. Su personalidad, llegada a él a través del fulgor de las luces de las candilejas, había sido siempre atrayente y simpática. Su objetivo en escena era agradar, no dominar. Pero en aquel momento, cara a cara con la mujer, la impresión fue totalmente diferente. Había algo duro y caprichoso en su aspecto. Alta, morena, rondaría los treinta y cinco años de edad. Era indudablemente una hermosa mujer y era evidente que confiaba en ello.

—Debe perdonar, señor Satterthwaite, esta visita tan intempestiva —dijo con voz muy bien modulada, dulce y llena de seductores matices—. No necesito decir que desde hace tiempo acariciaba la idea de conocerlo —añadió—, pero sí que me alegro de haber encontrado esta noche la excusa. En cuanto al motivo de mi visita —se rió —, es simplemente que, cuando deseo una cosa, no puedo esperar. Cuando quiero algo, tengo que conseguirlo.

—Sea cual sea la razón que haya traído hasta esta casa a una mujer hermosa como usted, merece mi más completa aprobación —contestó el señor Satterthwaite con galantería un tanto anticuada.

—Es usted muy amable conmigo —dijo Aspasia Glen.

—Apreciada señorita, permítame que aproveche esta oportunidad para darle las gracias por los agradables momentos que me ha hecho usted pasar sentado en mi butaca.

Ella se inclinó sonriente, dibujando la más encantadora de las sonrisas.

—Permítame ahora —dijo—, ir directamente al asunto. Estuve hoy en las Harchester Galleries y vi un cuadro cuyo sólo recuerdo me quita el sueño. Quise comprarlo y me dijeron que no podía ser porque había sido adquirido por usted. Así pues… —hizo una pausa—… lo quiero. Querido señor Satterthwaite, simplemente he

de conseguirlo, cueste lo que cueste. Traigo conmigo mi talonario. —Dirigió al señor Satterthwaite una mirada henchida de esperanzas—. Todos me han hablado de su proverbial amabilidad —continuó diciendo— y, aunque me esté mal el decirlo, la gente acostumbra a ser amable conmigo.

Así que aquél era el método de Aspasia Glen. Pero el señor Satterthwaite era refractario al fingido capricho infantil y a los alardes de feminidad. Deberían gustarle, pero no era así. Aspasia Glen había cometido la grave equivocación de considerarle como uno de tantos viejos verdes extremadamente sensibles a la lisonja de una mujer bella. Pero el señor Satterthwaite, tras sus galante maneras, escondía un cerebro crítico y astuto. Veía a las personas tal cual eran, no tal cual pretendían aparecer ante él. Y lo que en esos momentos veía ante sí no era la mujer hermosa que implora una extravagancia, sino a la egoísta sin sentimientos que, por razones que todavía no se le alcanzaban, quería conseguir su deseo. Y Aspasia Glen no lograría su objetivo porque no estaba dispuesto a cederle el cuadro de *El cadáver de Arlequín*. Puso a trabajar rápidamente a su cerebro, buscando el modo de salir lo más airosamente posible de la situación sin descortesía.

—Estoy seguro que, de ser posible —dijo—, pocos serían los que se negarían a complacerla.

—Entonces, ¿me va a ceder el cuadro?

El señor Satterthwaite meneó la cabeza con lentitud y la expresión de lamentarlo mucho.

—Me temo que eso es imposible. Verá… —E hizo una pausa—… el cuadro lo compré para una dama. Se trata de un regalo.

—Oh, pero de todos modos…

El timbre del teléfono que había en una mesa contigua sonó estridentemente y, murmurando unas palabras de excusa, el señor Satterthwaite descolgó el auricular. Una voz fría y fina, que parecía llegar de una gran distancia, le habló.

—¿Tendría la bondad de decirme si puedo hablar con el señor Satterthwaite?

—Al habla el mismo Satterthwaite.

—Yo soy *lady* Charnley, Alix Charnley. No sé si todavía se acordará de mí. Hace años que nos conocimos.

—Mi querida Alix. Claro que la recuerdo.

—Hay algo que deseo pedirle. Estuve hoy en las Harchester Galleries visitando una exposición de cuadros y había uno titulado *El cadáver de Arlequín* que debió llamar su atención puesto que la acción se desarrolla en el salón de la Terraza de nuestra casa de Charnley. Sé que le fue vendido a usted, pero tengo un gran interés en poseer esa pintura. —Se detuvo breves instantes—. Señor Satterthwaite, por razones que sólo a mí me conciernen, deseó vivamente adquirir ese cuadro. ¿Sería usted tan amable de vendérmelo?

El señor Satterthwaite pensó: Esto es un verdadero milagro. Se alegró en extremo de que Aspasia Glen no pudiera escuchar sino una parte de la conversación.

—Si se digna usted aceptarlo como un regalo, querida señora, me hará usted el más feliz de los mortales —oyó una corta exclamación tras él y se apresuró a remachar el clavo—: Lo compré pensando en usted, se lo aseguro, querida Alix. Ahora quiero a mi vez suplicarle un favor.

—Lo que sea, señor Satterthwaite. ¡Le estoy tan agradecida!

Él prosiguió:

—Quiero que venga usted a mi casa sin perder un instante.

Siguió un breve silencio, pasado el cual, se la oyó decir con voz queda:

—Iré ahora mismo.

El señor Satterthwaite colgó el auricular y se volvió a la señorita Glen.

Ésta preguntó con rapidez y en un tono que delataba a las claras su contrariedad:

—¿Era el cuadro de que antes hablábamos?

—Sí —contestó el señor Satterthwaite—. La señora a quien precisamente va destinado llegará a esta casa dentro de breves instantes.

De pronto, la cara de Aspasia Glen se deshizo de nuevo en sonrisas.

—¿Va usted a darme la oportunidad de intentar persuadirla de que me ceda el cuadro?

—Le daré la oportunidad de persuadirla.

En su fuero interno, el señor Satterthwaite se sentía extrañamente agitado. Se veía en medio de un misterioso drama que poco a poco parecía irse desarrollando y acercándose a su fin. Él, mero espectador, se había convertido de pronto en uno de los personajes principales. Se volvió a su visitante.

—¿Sería usted tan amable de acompañarme al otro salón? Me gustaría presentarle a unos amigos.

Le abrió la puerta que conducía al vestíbulo, lo atravesaron y entraron en el salón de fumar.

—Señorita Glen —dijo—, permítame que le presente a un antiguo amigo mío, el coronel Monckton. El señor Bristow, autor del cuadro que tanto admira.

Se estremeció al ver que una tercera figura se levantaba de la silla que él mismo había dejado vacía unos minutos antes.

—Creo que me esperaba usted esta noche —dijo el señor Quin—. En su ausencia, me he tomado la libertad de presentarme yo mismo a sus amigos.

—Mi querido amigo —empezó a hablar el señor Satterthwaite—, yo… yo he hecho cuanto he podido, pero…

Se contuvo al observar la sardónica mirada que brotó de las oscuras pupilas del señor Quin.

—Permítame hacer las presentaciones —dijo seguidamente—. El señor Harley Quin. La señorita Aspasia Glen.

Sería quizá una ilusión óptica, pero le pareció ver que la mujer se estremecía visiblemente y que una extraña expresión cubría sus facciones. De pronto, Bristow rompió a hablar estrepitosamente.

—¡Ya lo tengo! —exclamó.

—¿Qué?

—Lo que tanto me intrigaba. Hay un parecido. Un gran parecido. —Miraba fijamente al señor Quin—. ¿No lo ve? —prosiguió, volviéndose al señor Satterthwaite—. Su gran parecido con el Arlequín de mi cuadro. El hombre que mira por la ventana.

Esta vez no fue ilusión. Oyó claramente cómo Aspasia Glen contenía el aliento y hasta la vio retroceder un paso.

—Ya les dije que esperaba a alguien —habló el señor Satterthwaite con aire de triunfo—. Debo añadirles que mi amigo el señor Quin, aquí presente, es un hombre extraordinario. Tiene el poder de desentrañar cualquier misterio. Puede hacerles ver las cosas tal cual son.

—¿Es usted un médium acaso, caballero? —preguntó el coronel Monckton, mirando recelosamente al señor Quin.

Éste sonrió y meneó la cabeza.

—El señor Satterthwaite es un poco dado a la exageración —dijo reposadamente—. En una o dos ocasiones en que ha estado conmigo, ha hecho trabajos deductivos verdaderamente extraordinarios. No sé por qué me atribuye el mérito a mí. Debe de ser su modestia.

—No, no —interpuso excitadamente el señor Satterthwaite—. Eso no es cierto. Es usted quien en realidad me hace ver las cosas que constantemente están ante mí, pero de las que jamás me hubiera dado cuenta a no ser por usted.

—Todo eso me suena a algo enormemente complicado —dijo el coronel.

—Nada de eso —se dispuso a explicar el señor Quin—. El problema es que nunca nos contentamos sólo con ver las cosas, sino que generalmente nos empeñamos en darles una interpretación errónea.

Aspasia Glen se volvió a Frank Bristow.

—Quisiera saber… —dijo nerviosamente—, ¿qué le dio la idea de querer pintar ese cuadro?

Bristow se encogió de hombros.

—No sabría decírselo —confesó—. Algo en relación con el lugar, me refiero a Charnley, se apoderó de mi imaginación. La gran sala vacía… la terraza fuera… las historias de fantasmas… no lo sé. Acababa de oír hablar del suicidio de lord Charnley. Supongamos por un momento que está usted muerta, pero que su alma sigue viviendo. Qué situación más curiosa, ¿verdad? Podría usted permanecer en espíritu, junto a la ventana y, desde allí, contemplar su propio cadáver y enterarse de todo.

—¿Qué quiere usted decir con enterarse de todo? —preguntó Aspasia Glen.

—Enterarse de lo que había ocurrido, verlo…

La puerta se abrió y el mayordomo anunció la llegada de *lady* Charnley.

El señor Satterthwaite se levantó para salir a su encuentro. No la había vuelto a ver desde hacía casi trece años. La recordaba como lo que un día fue: joven y esplendorosa. La que ahora se presentó ante sus ojos era una estatua de hielo, muy rubia, muy pálida. Andaba con más aire de deslizarse que de moverse, como un delicado copo de nieve que oscila suavemente bajo la caricia del viento. Había algo irreal en toda su persona. Tan fría. Tan distinta de cuando la conoció.

—Ha sido usted muy amable al venir —dijo el señor Satterthwaite.

La condujo donde estaban reunidos los demás. *Lady* Charnley inició un gesto de reconocimiento al ver a Aspasia Glen, pero se contuvo al no observar correspondencia por parte de ésta.

—Perdóneme —murmuró—, pero me pareció haberla visto ya en alguna otra parte.

—Quizá en escena —dijo el señor Satterthwaite—. Le presento a la señorita Aspasia Glen, *lady* Charnley.

—Encantada de conocerla, *lady* Charnley —contestó aquélla.

Su voz había adquirido de pronto un ligero acento del otro lado del océano. Al señor Satterthwaite le recordó el empleado en alguna de sus tantas interpretaciones escénicas.

—Al coronel Monckton —prosiguió el señor Satterthwaite— ya lo conoce. Éste es el señor Bristow.

El señor Satterthwaite vio que un ligero carmín teñía de pronto sus mejillas.

—Tampoco es la primera vez que veo al señor Bristow —dijo sonriendo levemente—. Nos conocimos en un tren.

—Y el señor Harley Quin.

Le estuvo observando detenidamente, pero esta vez no hizo gesto alguno de reconocimiento. Acercó una silla para la recién llegada y todos volvieron a acomodarse en sus asientos. Luego carraspeó como para aclarar su garganta y empezó a hablar con cierto nerviosismo.

—No es corriente —empezó a decir— ver en mi casa una reunión así. Todo parece haberse concentrado en este cuadro y creo, si así lo deseamos, que podríamos llegar a aclarar las cosas.

—¿Supongo que no tratará de meternos en una *séance* espiritista? —protestó el coronel Monckton—. Le encuentro un tanto raro esta noche.

—No —contestó el señor Satterthwaite—. No se trata precisamente de una *séance*. Pero aquí mi amigo el señor Quin cree, y comparto su creencia, que volviendo la vista al pasado, uno puede ver las cosas tal cual fueron y no como parecieron en un principio.

—¿Al pasado? —dijo *lady* Charnley.

—Me refiero al suicidio de su marido, Alix. Sé que el tema debe dolerle…

—No —contestó Alix Charnley—. No me duele. Nada hay que pueda dolerme ya.

El señor Satterthwaite se acordó en aquel momento de las palabras de Bristow: «No tenía nada de terrenal. Una visión. Como una mujer salida de aquellas montañas de las leyendas gaélicas».

«Una visión», así la había llamado, y el nombre la describía con exactitud. Una sombra, una imagen reflejo de algo. ¿Dónde, pues, estaba la verdadera Alix? Su mente no tardó en responder: En el pasado. Separada de nosotros por catorce largos años.

—Querida mía —dijo—, me asusta usted. Me hace recordar a la Dama Llorosa con el aguamanil de plata.

¡Tras! La taza de café que había sobre la mesita al lado del codo de Aspasia Glen cayó al suelo, donde se rompió con estrépito. El señor Satterthwaite no permitió que se excusara, pero pensó: Parece que nos vamos acercando por momentos… Pero, acercándonos… ¿a qué?

—Volvamos con la imaginación a aquella noche de hace catorce años —dijo—. Lord Charnley se pegó un tiro. ¿Por qué razón? Nadie lo sabe.

Lady Charnley se agitó ligeramente en su silla.

—*Lady* Charnley lo sabe —estalló súbitamente Frank Bristow.

—Tonterías —dijo el coronel Monckton, pero se detuvo mirando a *lady* Charnley con el ceño fruncido.

Ésta miraba fijamente al artista. Parecía como si aquel exabrupto hubiese tenido el don de hacerle soltar la lengua. Asintió con la cabeza y empezó a hablar con voz que empezó a recordar un copo de nieve por lo aterciopelada y fría.

—Tiene usted razón. Lo sé. Ése es el motivo por el que nunca más podré volver a Charnley. Mi hijo Dick quiere que reabramos la casa y vivamos en ella, pero yo le digo que no puede ser.

—¿Puede usted decirnos el motivo, *lady* Charnley? —dijo el señor Quin.

Ella le miró. Después, como hipnotizada, habló con el comedimiento y la naturalidad de un niño.

—Se lo diré si tanto lo desean. No creo que importe ya que se sepa. Encontré una carta entre sus papeles y la destruí.

—¿Qué carta? —preguntó el señor Quin.

—Una carta de una pobre muchacha. Era directora de esa Sociedad Protectora de la Infancia. Él le… le había hecho la corte justo antes de que nos casáramos. Y ella también iba a tener un niño. Escribió diciéndoselo así y que iba a ponerlo en mi conocimiento. Esto fue lo que le impulsó a quitarse la vida.

Dirigió una mirada triste y soñadora a su alrededor, como una colegiala que acaba de recitar una lección por ella sobradamente sabida.

El coronel Monckton se sonó con un pañuelo.

—Dios santo. ¿Así que era eso? —dijo—. Esto explica ciertas cosas, como la venganza.

—¿Ah, sí? —exclamó el señor Satterthwaite—. Pero no explica por qué pintó el señor Bristow ese cuadro.

—¿Qué quiere decir?

El señor Satterthwaite miró al señor Quin como implorándole un gesto de aprobación y aliento. Debió recibirlo, puesto que prosiguió:

—Sí. Estoy convencido de que les va a sonar a algo así como a locura lo que voy a decir, pero ese cuadro es el verdadero foco de todo. Nos hemos reunido esta noche a causa de él. Ese cuadro tenía que ser pintado. Eso es lo que he querido decir.

—¿La nefasta influencia del salón de Roble…? —empezó a decir el coronel.

—No —le interrumpió el señor Satterthwaite—. No del salón de Roble, sino el de la Terraza. ¡Ahí es donde está la verdadera clave! El espíritu del difunto de pie junto a la ventana del salón y contemplando desde la misma su propio cadáver.

—Lo cual es del todo imposible —añadió el coronel—, puesto que el cuerpo apareció tendido precisamente en el salón de Roble.

—Supongamos que no estuviese allí —argumentó el señor Satterthwaite—. Supongamos por un momento que estuviese realmente en el sitio en que el señor Bristow lo vio (quiero decir lo imaginó) tendido sobre las blancas y negras baldosas y frente a la ventana del salón.

—Está diciendo tonterías —objetó el coronel Monckton—. De haber estado donde dice, ¿cómo es que nosotros lo encontramos en el salón de Roble?

—Alguien pudo haberlo transportado allí —contestó el señor Satterthwaite.

—Y en ese caso, ¿cómo es que vimos a Charnley entrar por la puerta del salón de Roble? —preguntó Monckton.

—¿No me dijo que no les fue posible verle la cara? —preguntó el señor Satterthwaite—. Imagino que lo que ustedes vieron fue un hombre con un disfraz, que se dirigió al salón de Roble.

—Un hombre con un traje de brocado y una peluca —acabó Monckton.

—Exactamente. Y ustedes creyeron que se trataba de lord Charnley al oír que una de las muchachas le llamaba por su nombre.

—Y además porque, cuando entramos unos minutos más tarde, sólo encontramos el cadáver de lord Charnley. No puede prescindir de esto, Satterthwaite.

—No —contestó éste con desaliento—. No, a menos que hubiese algún escondrijo.

—¿No han dicho ustedes que había una especie de escondite secreto en esa habitación? —acertó a aclarar Bristow, un tanto sorprendido.

—¡Ah! —exclamó con un grito de triunfo el señor Satterthwaite—. Supongamos que…

Alzó un dedo a la altura de la boca como imponiendo silencio y sepultó unos instantes la frente en la palma de una de sus manos. Después habló lenta y vacilante:

—Tengo una idea… quizá sea sólo una idea, pero que parece servir de eslabón al encadenamiento de los hechos. Supongamos que alguien dispara sobre lord Charnley.

Que lo matara en el salón de la Terraza. Después, y ayudado por una tercera persona, arrastrara su cadáver hasta el salón de Roble y allí lo dejara con una pistola a corta distancia de su mano derecha. Pasemos ahora al segundo capítulo. Todo ha de indicar que la muerte de lord Charnley se debe a un suicidio. Creo que pudo hacerse sin dificultad. Un hombre vestido de brocado y con una peluca en la cabeza pasa a lo largo del vestíbulo en dirección al salón de Roble y una de las muchachas, para dar mayor veracidad a la farsa, le llama por el nombre desde uno de los descansillos de la escalinata. Él prosigue su camino sin volver la vista, entra en el salón, cierra la puerta con llave y dispara un tiro contra la madera de uno de los entrepaños de la habitación. Como ustedes recordarán, existían ya otros orificios de bala y la presencia de uno más hubiera pasado completamente inadvertida. Se esconde después tranquilamente en la cámara secreta. Las puertas son tiradas abajo y la gente irrumpe en la habitación. Parece evidente que lord Charnley se ha suicidado. Nadie se detiene a considerar otra hipótesis.

—Todo lo que acaba de decir es una sarta de disparates —dijo Monckton—. Olvida que Charnley tuvo un verdadero motivo para suicidarse.

—Una carta encontrada después —replicó el señor Satterthwaite—. Una carta llena de malicia y falsedad y escrita por una no menos astuta, ambiciosa y consumada actriz, que soñó con ser *lady* Charnley ella misma.

—¿A qué se refiere?

—A la muchacha confabulada con Hugo Charnley —dijo el señor Satterthwaite —. Todo el mundo sabe y usted también, Monckton, que ese hombre es un canalla. Pensó que aquél era el único medio seguro de entrar en posesión del título.

Se encaró súbitamente con *lady* Charnley.

—¿Recuerda usted el nombre de la mujer que escribió aquella carta?

—Mónica Ford —contestó sin vacilar aquélla.

—¿No fue Mónica Ford, Monckton, quien llamó a lord Charnley desde el descansillo de la escalera?

—Ahora que se habla de ello, creo recordar que así fue.

—Eso es imposible —intervino *lady* Charnley—. Yo misma hablé con ella más tarde y me contó que era cierto todo lo ocurrido. Sólo la vi una vez más, pero no creo que pudiera fingir todo el tiempo.

El señor Satterthwaite miró a Aspasia Glen al otro lado de la estancia.

—Yo estoy seguro de todo lo contrario —expresó con calma—. Creo que entre sus innumerables facetas se contaba la de ser una consumada actriz.

—Hay algo que todavía no nos ha aclarado usted —intervino Bristow—. Forzosamente tendría que haber manchas de sangre en el suelo. ¿Qué se hizo de éstas? No era fácil hacerlas desaparecer en el corto tiempo de que dispusieron.

—No —admitió el señor Satterthwaite—, pero en cambio hicieron algo para lo que sólo se precisaban unos cuantos segundos. Cubrirlas con la Bokhara. Nadie

recuerda haber visto la alfombra de Bokhara en el salón de la Terraza con anterioridad a aquella noche.

—Creo que tiene razón —dijo Monckton—. Pero, de todos modos, ¿cómo se las arreglaron para limpiarlas después?

—A medianoche —explicó el señor Satterthwaite—. Una mujer con un jarro y una palangana podía bajar a aquella hora a lavar las manchas sin ningún temor a ser molestada.

—¿Y en el supuesto de que alguien pudiese verla?

—¿Y qué? —respondió el señor Satterthwaite—. Fíjese que hablo de las cosas tal cual debieron ser. Si en vez de mencionar a una mujer con un jarro y una palangana hubiese dicho «la Dama Llorosa con un aguamanil de plata», quizá me hubiese acercado más a la realidad de lo que sucedió allí.

Se levantó de pronto y se encaminó adonde estaba Aspasia Glen.

—Ése fue su papel aquella noche, ¿verdad? —dijo—. ¡Le llaman a usted ahora «la mujer del pañuelo»!, pero fue aquella noche cuando interpretó usted su primer papel importante haciendo de «la Dama Llorosa con un aguamanil de plata». Por eso derribó la taza de café que tenía delante. Tembló usted cuando vio el cuadro. Pensó que alguien conocía su secreto.

Lady Charnley extendió una mano acusadora.

—Mónica Ford —dijo sin aliento—, ahora te reconozco.

Aspasia Glen saltó como un resorte de su asiento con un grito. Apartó al señor Satterthwaite con un violento empujón y se encaró temblorosamente con el señor Quin.

—Tenía yo razón. ¡Alguien más conocía mi secreto! No, no me han engañado ustedes con esta comedia de hacer ver que iban desenvolviendo la madeja. —Señaló al señor Quin y añadió—: Usted estaba allí. Era usted quien desde la ventana presenció todo lo ocurrido en aquella habitación y vio lo que hicimos Hugo y yo. No finja más. Yo presentí que alguien nos miraba. Lo sentí todo el tiempo. Pero cuando levanté los ojos, no vi a nadie. Sin embargo, sabía que alguien nos observaba. Me pareció vislumbrar una cara pegada a la ventana. Su recuerdo me ha torturado todos estos años. ¿Por qué ha roto su silencio? ¡Quisiera saberlo!

—Quizá para dejar que los muertos descansen en paz —respondió el señor Quin.

De pronto, Aspasia Glen giró sobre sus talones y se lanzó corriendo hacia la puerta mascullando frases desafiantes por encima de los hombros.

—Hagan ustedes lo que quieran. Sé que son muchos los testigos de cuanto he dicho, pero no me importa. Quise a Hugo y fui su cómplice en aquel repugnante asunto. Mal me lo pagó, pero murió el año pasado. Pueden ustedes si gustan poner a toda la policía tras de mí, pues como ha dicho bien ese viejo apergaminado soy una buena actriz y ha de costarles gran trabajo encontrarme.

Cerró la puerta con estrépito y unos segundos más tarde oyeron la puerta de salida que se cerraba del mismo modo.

—¡Reggie! —exclamó dolorosamente *lady* Charnley al encontrarse sola de nuevo entre sus amigos—. ¡Reggie!

Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡Oh, esposo querido! Ahora sí puedo volver a Charnley y vivir allí con mi Dick. Ahora podré decirle que su padre era el hombre más bueno y más caballeroso del mundo.

—Hay que pensar seriamente en lo que se debe hacer —dijo el coronel Monckton —. Alix, hija mía, si me permites que te acompañe hasta tu casa, me gustaría que habláramos allí detenidamente sobre este particular.

Lady Charnley se levantó, se dirigió rectamente al señor Satterthwaite y, rodeando su cuello con sus brazos, le besó con cariño.

—¡Es tan increíble poder decir que se vive después de haber estado tantos años muerta! Sí, era como estar muerta. Gracias, querido señor Satterthwaite.

Salió de la habitación seguida del coronel Monckton.

El señor Satterthwaite los vio marcharse en silencio. Un gruñido de Frank Bristow le sacó de su abstracción y se volvió rápidamente hacia él.

—Es una criatura admirable —dijo Bristow con melancolía—, pero ya no tan interesante como era —concluyó sombrío.

—Ahí es el artista quien habla —observó el señor Satterthwaite.

—A pesar de todo, no lo es —respondió Bristow—. Supongo que no conseguiría nada más que una fría acogida si me dejara caer por Charnley. No me gusta ir donde no me llaman.

—Querido amigo —dijo el señor Satterthwaite—, si dejara usted de pensar tanto en la impresión que produce sobre las gentes, creo que ganaría en conocimientos y en felicidad. Tampoco estaría de más que se desprendiera usted de ciertas nociones anticuadas como la de que el nacimiento significa algo en nuestra moderna sociedad. Usted, aparte de ser un genio, es uno de esos hombres altos y proporcionados a quien las mujeres consideran atractivos. Repítase esto cada noche diez veces antes de acostarse y dentro de tres meses llame a la puerta de *lady* Charnley. Acepte el consejo de un viejo que posee una gran experiencia del mundo.

Una sonrisa encantadora se extendió por la cara del pintor.

—Ha sido usted inconmensurablemente bueno conmigo —dijo estrujando la mano del señor Satterthwaite con un potente apretón—, y mi gratitud será eterna. Ahora debo irme. Gracias por una de las noches más extraordinarias que he pasado en mi vida.

Miró a su alrededor como tratando de buscar a alguien de quien deseara despedirse.

—Parece que su amigo se ha marchado —exclamó con sorpresa—. ¡No le he visto salir! Es un pájaro un poco raro ¿no?

—Va y viene cuando menos se lo espera uno —manifestó el señor Satterthwaite —. Es una de sus características. La de entrar y salir sin que le vean.

—Entonces es invisible como Arlequín —replicó Frank Bristow, riéndose de su propia ocurrencia.

El pájaro con el ala rota

(The Bird with the Broken Wing).

El señor Satterthwaite estaba mirando por la ventana. Llovía copiosamente. Temblaba. Pocas casas campestres, pensó, disponían de calefacción apropiada. Le consolaba la idea de que dentro de pocas horas se encontraría viajando en dirección a Londres. Una vez cumplidos los sesenta, Londres era el mejor lugar.

Se sentía un tanto viejo y patético. La mayor parte de los asistentes a aquella fiesta casera eran jóvenes. Cuatro de ellos acababan de entrar en la biblioteca a celebrar una sesión de velador mágico. Le invitaron a que los acompañase, pero rehusó. No encontraba placer alguno en el monótono recuento del orden alfabético de las letras y de las ininteligibles combinaciones de ellas que frecuentemente solían resultar.

Sí, Londres era el lugar más apropiado para él. Se alegraba de no haber aceptado, media hora antes, la invitación telefónica que Madge Keeley le había hecho para pasar unos días en Laidell. Madge era una criatura encantadora, sin duda, pero en Londres se estaba mejor.

El señor Satterthwaite tiritó de nuevo y recordó que el fuego de la biblioteca solía ser muy reconfortante. Abrió la puerta y se adelantó cautamente en la oscuridad.

—Si no les causo ninguna molestia…

—¿Era N o M? ¡Vaya, tendremos que contar otra vez! ¡Ah! De ningún modo, señor Satterthwaite. ¿No sabe usted que han sucedido cosas extraordinarias? El espíritu dice que su nombre es Ada Spiers y que John, aquí presente, se va a casar con una linda muchacha llamada Gladys Bun dentro de muy poco.

El señor Satterthwaite se sentó frente al fuego en un cómodo sillón. Los párpados se le cerraron y cayó en una especie de duermevela en el que oía, de vez en cuando, fragmentos de conversación.

—No puede ser P, A, B, Z, L, a menos que sea un ruso. John, estás empujando. Te he visto. Creo que es un nuevo espíritu el que ha venido.

Otro sueñecito del señor Satterthwaite. Luego un sobresalto que le desveló por completo.

—Q, U, I, N. ¿Es eso lo que has querido decir? Ha dado un solo golpe que significa «Sí», Quin. ¿Tienes algún mensaje para alguien de los presentes? Sí. ¿Para mí? ¿Para John? ¿Para Sarah? ¿Para Evelyn? ¿No? Pues no hay nadie más. ¡Ah…! ¿Es quizá para el señor Satterthwaite? Dice «Sí». Es un mensaje para usted, señor Satterthwaite.

—¿Qué dice?

El señor Satterthwaite completamente despierto, se había erguido en el sillón con los ojos brillantes.

La mesa osciló y una de las muchachas contó los golpes de la pata.

—L, A, I… No puede ser. Eso no quiere decir nada. No hay ninguna palabra que empiece por L, A, I.

—Sigan —dijo el señor Satterthwaite con voz tan incisiva e imperiosa que le obedecieron sin titubear.

—LAIDEL… y otra L. Parece que se ha detenido.

—Sigan.

—Dinos algo más, por favor.

Una pausa.

—Parece que no tiene más que decir —dijo uno—. La mesa se ha quedado quieta. ¡Qué tontería!

—No —contestó pensativamente el señor Satterthwaite—. No creo que sea ninguna tontería.

Y ante el asombro general, se levantó y abandonó la sala. Se encaminó directamente al teléfono. Había tomado una súbita determinación.

—¿Puedo hablar con la señorita Keeley? ¡Ah! ¿Eres tú, Madge querida? Quiero cambiar de opinión, si me lo permites, y aceptar tu amable invitación. No es tan urgente como yo creía mi vuelta a la ciudad. Sí, sí… llegaré antes de la hora de cenar.

Colgó el auricular con las mejillas arreboladas. El señor Quin, el enigmático señor Harley Quin. El señor Satterthwaite empezó a contar con los dedos las veces que se había encontrado con aquel hombre misterioso. ¡Cuando el señor Quin aparecía, acostumbraban a ocurrir cosas! ¿Qué habría sucedido o qué es lo que estaría a punto de suceder en Laidell?

Fuese lo que fuere había una misión para él, para el señor Satterthwaite, que cumplir. De una forma u otra tendría un activo papel que desempeñar. Estaba seguro de ello.

Laidell era un enorme caserón y su propietario, David Keeley, uno de esos hombres callados cuya insignificante personalidad hacía que, con frecuencia, le tomaran por una de las muchas piezas del mobiliario. Su falta de personalidad nada tenía que ver con la potencia de su cerebro. David Keeley era un matemático brillantísimo y había escrito un libro completamente incomprensible para el noventa y nueve por ciento de la humanidad. Pero como otras tantas inteligencias privilegiadas, no irradiaba magnetismo ni vigor físico. Corría el satírico rumor de que David Keeley era en realidad «un hombre invisible». Los criados pasaban de largo con las verduras y muchos de sus huéspedes se olvidaban a menudo de emplear con él las más elementales reglas de la cortesía.

Su hija Madge era ya diferente. Una joven respetabilísima llena de vida y dinamismo. Cumplida, sana, normal y extraordinariamente bonita.

Fue ésta quien recibió al señor Satterthwaite a su llegada.

—¡Qué amable ha sido usted, después de todo, al venir!

—La amabilidad ha sido tuya al permitirme que cambiase de opinión. Querida Madge, te encuentro cada día mejor.

—Oh, me encuentro muy bien.

—Ya lo veo, pero no me refería precisamente a eso. Estás en plena floración, ésa es la palabra que estaba pensando. ¿Y ha sucedido algo, querida? ¿Algo de particular?

Ella se echó a reír, sonrojándose ligeramente.

—Es usted terrible, señor Satterthwaite. Siempre adivina las cosas.

Él le tomó la mano.

—¿Esas tenemos? ¿Al fin ha llegado el gentil caballero de los cuentos de hadas?

La frase era un tanto anticuada, pero a Madge pareció gustarle. Le encantaban los modales y las galanterías anticuadas del señor Satterthwaite.

—Así parece —contestó ella—. Pero se supone que nadie lo sabe todavía. Es un secreto pero no me importa que usted lo sepa, señor Satterthwaite. ¡Ha sido usted siempre tan bueno y cariñoso conmigo!

El señor Satterthwaite era de los hombres que gozaban con el romance de los demás. Un victoriano sentimental.

—¿No debo preguntar quién es el afortunado? Entonces lo único que puedo decir es que espero que sea merecedor del honor que tú le dispensas.

Es un taimado este señor Satterthwaite, pensó Madge.

—¡Oh! Creo que nos llevaremos muy bien —dijo—. Tenemos los mismos gustos en todo y esto es tremendamente importante ¿verdad? Tenemos mucho en común y hace tiempo que nos conocemos. No son de ayer nuestras relaciones y esto produce siempre una sensación de seguridad, ¿no le parece?

—Indudablemente —replicó el señor Satterthwaite—. Pero en mi larga experiencia he llegado a la conclusión de que es imposible que nadie pueda saberlo todo con respecto a los demás. Forma parte del interés y del encanto de la vida.

—Correré ese riesgo —dijo Madge riendo, y juntos subieron a sus habitaciones para arreglarse antes de bajar a cenar.

El señor Satterthwaite se retrasó. No había traído consigo a su ayuda de cámara y ver que su ropa era manejada por un extraño le causaba cierta turbación. Al bajar se encontró con que todos estaban ya reunidos y Madge le recibió al estilo más moderno:

—¡Oh! Aquí está ya el señor Satterthwaite. Me muero de hambre. Pasemos al comedor.

Rompió la marcha al lado de una señora alta y de cabellos grises. Una señora de una sorprendente personalidad. Tenía una voz bien timbrada, aunque un tanto incisiva, y su cara era franca y muy bella.

—¿Cómo está usted, Satterthwaite? —oyó decir al señor Keeley.

El señor Satterthwaite dio un respingo.

—¡Oh! ¿Cómo está usted, señor Keeley? —dijo—. No le había visto.

—Nadie lo hace —contestó el aludido con tristeza.

Entraron. La mesa era de caoba y de forma oval. Al señor Satterthwaite lo colocaron entre su joven anfitriona y una muchacha baja y morena, una chica campechana de voz estentórea y risa cantarina que, más que alegre, parecía afanosa por dar la sensación de alegría a toda costa. Su nombre era Doris y era en conjunto el tipo de mujer que más desagradaba al señor Satterthwaite. A su juicio, no tenía justificación artística alguna su existencia.

Al otro lado de Madge había un hombre como de unos treinta años, cuyo parecido con la dama del cabello gris delataba el parentesco materno-filial que los unía.

A su lado…

El señor Satterthwaite contuvo el aliento.

No lograba describirla exactamente. No podía llamársele una belleza. Era… algo diferente. Algo más exquisito e intangible que la propia belleza.

Escuchaba atentamente la pesada perorata de sobremesa del señor Keeley con la cabeza un poco inclinada en dirección a éste. Al señor Satterthwaite le pareció que estaba allí pero que podía desaparecer de un momento a otro. Era como algo inmaterial en comparación con los demás que se hallaban sentados alrededor de la mesa oval. Su propia figura, ligeramente arqueada hacia el señor Keeley, era hermosa, incluso más que hermosa. De pronto levantó la vista y sus ojos se encontraron con los del señor Satterthwaite durante un segundo. La palabra que buscaba brotó espontáneamente en el cerebro de éste: *Enchantment!* Eso era. Tenía la cualidad de encantar. Podría haber sido tomada por una de esas criaturas semihumanas que habitan en las colinas Hollow. Hacía resaltar la excesiva realidad de todos los demás…

Pero, al mismo tiempo, y sin saber por qué, despertaba la piedad. Parecía como si su semidivinidad la perjudicase. Buscó una frase y la encontró.

Un pájaro con el ala rota, se dijo para sí el señor Satterthwaite.

Satisfecho, volvió a pensar en las demás muchachas con la esperanza de que Doris no hubiese notado su abstracción. Cuando ésta se volvió a contestar a una pregunta que le hizo el hombre que había a su lado (un hombre que hasta aquel momento había escapado a la observación del señor Satterthwaite), se volvió en dirección a Madge.

—¿Quién es la dama que se sienta al lado de su padre? —preguntó en voz baja.

—¿La señora Graham? ¡Ah, no! ¡Usted se refiere a la otra! A Mabelle. ¿No la conoce? Mabelle Annesley. Es una Clydesley. De la desgraciada familia de los Clydesley.

Quedó asombrado. ¿De la desgraciada familia de los Clydesley? Los recordaba. Uno de los hermanos se suicidó, otra hermana murió ahogada y la otra pereció en un terremoto. Una extraña familia predestinada. Ésta debía ser la más joven de todos.

Sus pensamientos se truncaron de súbito. La mano de Madge tocó la suya por debajo de la mesa. Los demás estaban distraídos con la conversación. Hizo un leve gesto con ojos y cabeza señalando a su izquierda.

—Ése es —murmuró sin más ceremonia.

El señor Satterthwaite movió la cabeza dando a entender que había comprendido. ¿Era entonces el joven Graham el elegido de su corazón? No podía haber escogido mejor en cuanto a apariencia, y el señor Satterthwaite era exigente en sus gustos. Un joven simpático, aunque un tanto prosaico. Harían una buena pareja, sin tonterías, una pareja típica sanamente sociable.

Laidell seguía el rito de sus antiguas costumbres. Las damas fueron las primeras en abandonar el comedor. El señor Satterthwaite se acercó a Graham y entabló conversación con él. Su juicio acerca del hombre quedó confirmado, pero había algo en él que le dio la impresión de no corresponder con el tipo. Estaba distraído, como si su mente vagase por otros lugares. Su mano tembló al depositar el vaso sobre la mesa.

Algo le bulle en el cerebro, pensó acertadamente el señor Satterthwaite. Me inclino a creer que no tendrá la importancia que él supone. De todos modos, me gustaría saber de qué se trata.

El señor Satterthwaite tenía la costumbre de tomar un par de píldoras digestivas después de cada comida. Habiéndolas dejado olvidadas en su habitación, hubo de subir a por ellas.

Al dirigirse al lugar, pasó por un largo corredor de la planta baja en medio del cual había un gabinete conocido por el nombre de cuarto de la terraza. Su puerta estaba abierta y, al mirar al pasar, el señor Satterthwaite se detuvo.

Los rayos de la luna penetraban en la habitación a través de la celosía que remataba la ventana, dibujando en el suelo caprichosos efectos de luz y sombra. Una figura estaba sentada en el bajo antepecho, inclinado el cuerpo hacia un lado y punteando suavemente las cuerdas de un ukelele. No era un ritmo de *jazz* lo que tocaba, sino algo mucho más antiguo. Un trepidar de corceles cabalgando sobre colinas legendarias.

El señor Satterthwaite se quedó fascinado. Ella llevaba un vestido de terciopelo azul oscuro, con frunces y pliegues de tal modo que parecían un trasunto de las plumas de un pájaro. Inclinada sobre el instrumento, canturreaba una melodía.

El señor Satterthwaite penetró en la salita lentamente, paso a paso. Al llegar a su lado, ella levantó la vista, sin que al parecer le causase sorpresa alguna su presencia.

—Espero no importunarla —empezó excusándose Satterthwaite.

—De ningún modo. Siéntese.

Lo hizo junto a ella sobre una reluciente silla de roble.

Ella siguió canturreando.

—Esta noche parece tener un mágico encanto. ¿No cree?

—Sí. Algo hay de eso.

—Me hicieron venir a buscar mi ukelele —explicó— y, al pasar junto a esta habitación, pensé en lo agradable que sería permanecer unos instantes en esta soledad con la luna como única confidente.

—En ese caso…

El señor Satterthwaite hizo ademán de levantarse, pero ella le detuvo.

—No se vaya. Usted encaja también en el cuadro. Es extraño, pero así es.

Se volvió a sentar.

—Ha sido una velada muy especial para mí —dijo ella—. Salí a última hora de esta tarde a dar un paseo por el bosque y me encontré con un hombre, un hombre que se salía de lo vulgar. Alto, moreno, como un espectro. El sol estaba a punto de ponerse y sus rayos, filtrándose a través del espeso ramaje, le daban el aspecto polícromo de un Arlequín.

—¡Ah! —El señor Satterthwaite se inclinó hacia delante, repentinamente alerta.

—Quise hablarle porque me pareció notablemente semejante a alguien que yo conocía. No pude hacerlo porque desapareció entre los árboles.

—Creo que lo conozco —dijo el señor Satterthwaite.

—¿Ah, sí? Es un hombre interesante, ¿verdad?

—Muchísimo.

Hubo una pausa. El señor Satterthwaite estaba perplejo. Sintió como la necesidad de hacer algo, pero sin saber el qué. Con toda seguridad, lo que fuera guardaría relación con esta muchacha. Trató de iniciar una conversación.

—Hay veces en especial, en que uno se siente desdichado, desea huir.

—Es verdad —contestó ella, pero de pronto exclamó—: Ya sé lo que quiere usted decir, pero esta vez se equivoca. Es precisamente todo lo contrario. Buscaba la soledad porque soy feliz.

—¿Feliz?

—Tremendamente feliz.

Lo dijo con voz suave y tranquila, pero sus palabras tuvieron la virtud de hacer estremecer al señor Satterthwaite. Lo que esta extraña muchacha llamaba felicidad no podía ser en modo alguno lo mismo a que Madge Keeley se refiriera momentos antes. Felicidad, para Mabelle Annesley, significaba un éxtasis vívido e intenso; algo que, más que humano, fuese sobrehumano. Se echó ligeramente hacia atrás.

—No me había dado cuenta —dijo torpemente.

—¡Claro que no! No es que en realidad sea feliz, no lo soy todavía, pero no tardaré en serlo. —Se inclinó hacia delante—. ¿Sabe usted lo que es estar en un inmenso bosque de árboles y de sombras espesas que te rodean, un bosque que nunca te permitirá que salgas de él y, de pronto, aparece ante tus ojos el país de tus sueños, brillante y hermoso? Sólo hay que salir del bosque y de la oscuridad y ya lo has encontrado…

—¡Tantas cosas nos parecen hermosas antes de lograrlas! —replicó el señor Satterthwaite—. Muchas cosas feas del mundo se nos presentan de la forma más bella.

Se oyó un rumor de pasos. El señor Satterthwaite volvió la cabeza. Un hombre rubio, con expresión estúpida en la cara, se detuvo frente a la puerta. Era el mismo en

quien el señor Satterthwaite no puso atención durante la comida.

—Te están esperando, Mabelle —dijo.

Ésta se levantó. Toda emoción parecía haberse borrado de su cara. Su voz adquirió un tono calmado y sin entonación.

—Ya voy, Gerard —contestó—. Estaba hablando con el señor Satterthwaite.

Salió de la habitación seguida de cerca por éste. Al atravesar el señor Satterthwaite el umbral, pudo observar por encima del hombro la expresión del marido. Era de muy profunda y evidente desesperación.

Encantamiento, pensó el señor Satterthwaite. También él siente sus efectos. ¡Pobre muchacho!

La sala estaba iluminada. Madge y Doris Coles se deshicieron en reproches.

—Mabelle, bichejo, hace un siglo que te estamos esperando.

Ella se sentó en un taburete, templó de nuevo el instrumento y se puso a cantar. Todos la corearon.

¿Es posible, pensó el señor Satterthwaite, que se hayan podido escribir tantas canciones idiotas acerca del amor?

Pero tuvo que admitir que aquellos ritmos sincopados no dejaban de tener interés. Claro que muy poco en comparación con el que en él despertaba el anticuado vals.

La atmósfera se llenó de humo. La música prosiguió.

No hay conversación, pensó el señor Satterthwaite. No hay buena música. No hay paz.

Hubiera dado cualquier cosa porque cesase toda aquella algarabía.

Como si adivinase su pensamiento, Mabelle Annesley le miró sonriente desde el otro extremo de la habitación y se puso a cantar una balada de Grieg.

«¡Oh, cisne de mis sueños!».

Era una de las favoritas del señor Satterthwaite. Le gustaba la nota de ingenua sorpresa que había al final.

«¡Fuiste sólo un cisne! ¡Sólo un cisne!».

Al terminar, la reunión se deshizo. Madge ofreció bebidas mientras su padre recogía el abandonado ukelele y se ponía a rasguearlo distraídamente. Se cruzaron las obligadas «buenas noches» entre unos y otros y se dirigieron en tropel hacia la puerta de salida hablando todos a la vez. Gerard Annesley se separó del grupo y se escurrió sin ser visto por los demás.

Fuera ya de la sala, el señor Satterthwaite se despidió ceremoniosamente de la señora Graham. Había dos escaleras. Una junto a la sala y otra al final de un largo corredor. Fue esta última la que el señor Satterthwaite tomó para dirigirse a sus habitaciones. La señora Graham y su hijo subieron por la otra, que era por la que momentos antes les había precedido Gerard Annesley.

—Recoge tu ukelele, Mabelle —dijo Madge—. Mañana has de levantarte temprano y, con las prisas, te olvidarás de él.

—¡Vamos, señor Satterthwaite! —invitó Doris cogiéndole del brazo—. Ya sabe usted el refrán: «Al que temprano se acuesta…».

Madge le cogió por el otro y los tres se dirigieron a lo largo del corredor seguidos por las escandalosas carcajadas de Doris. Se detuvieron en el extremo en espera de David Keeley, que seguía con paso más reposado entretenido en apagar una a una cuantas luces encontraba a su paso. Los cuatro hicieron juntos la ascensión.

A la mañana siguiente, el señor Satterthwaite se preparaba para bajar al comedor a desayunar, cuando oyó que alguien llamaba suavemente a su puerta y entró Madge. Estaba blanca como el papel y un temblor convulsivo agitaba todo su cuerpo.

—¡Oh, señor Satterthwaite!

—¡Muchacha! ¿Qué ocurre? —Y le tomó de la mano.

—Mabelle… Mabelle Annesley…

—¿Qué…?

Algo terrible debía de haber ocurrido. Lo sabía. Madge no acertaba a articular las palabras.

—Se ahorcó ayer noche… En la misma puerta de su cuarto. ¡Oh, es horrible!

Se deshizo en sollozos y lágrimas. ¿Ahorcada? ¡Imposible! ¡Incomprensible! Procuró calmarla con unas tiernas palabras de consuelo de otros tiempos y, a continuación, salió disparado escaleras abajo. Encontró a David Keeley con su mirada perpleja e incompetente.

—He telefoneado ya a la policía, Satterthwaite —dijo—. Creo, según me dijo el doctor, que era lo primero que debía hacerse. Acaba de examinar el… ¡Pero, Dios mío, si esto no puede ser! Debió estar desesperada al hacerlo en la forma que lo hizo. Ya me chocó a mí aquel *Canto del cisne*. ¿Se acuerda? Era ella la que parecía un verdadero cisne negro.

—Sí.

—El canto del cisne… —repitió Keeley—. Parece que lo tenía muy grabado en la imaginación.

—Sí, sí… Eso parecía.

Titubeó un instante y preguntó si podía ver… si era posible…

Su anfitrión comprendió la pregunta apenas tartamudeada.

—Si usted quiere… Había olvidado que le gustan las tragedias humanas.

Keeley le condujo por la amplia escalinata hasta el piso superior. Casi junto al arranque de las escaleras estaba el cuarto ocupado por Roger Graham y, frente a él, al otro lado del pasillo, el de su madre. La puerta de esta última estaba entreabierta y por la rendija se escapaban unas leves y azuladas espirales de humo.

Una repentina sorpresa invadió la mente del señor Satterthwaite. Nunca había imaginado que la señora Graham fumase a hora tan temprana. Es más, tenía la idea de que no fumaba.

Continuaron a lo largo del corredor hasta llegar a la penúltima puerta. Keeley entró seguido por Satterthwaite.

El cuarto no era muy grande y daba señales de estar ocupado por un hombre. Otra puerta, en un tabique, daba acceso a una segunda habitación y de ella pendía sujeto a un clavo un pedazo de cuerda recién cortada. Sobre la cama…

El señor Satterthwaite permaneció unos segundos mirando aquella figura envuelta en un desarreglado montón de vaporosa gasa y observó que el vestido plisado le daba el aspecto del plumaje de un pájaro. Después de echar un vistazo fugaz a su cara, no quiso detenerse en contemplar sus facciones.

De la puerta, con su fúnebre pedazo de cuerda, pasó su mirada a aquélla por la cual había hecho su entrada.

—¿Estaba abierta?

—Creo que sí. Por lo menos eso es lo que dijo la sirvienta.

—Annesley dormía allí, ¿verdad? ¿Oyó algún ruido?

—Dice que ninguno.

—Increíble —murmuró el señor Satterthwaite. Volvió la vista de nuevo en dirección a la figura que yacía sobre la cama.

—¿Dónde está?

—¿Quién? ¿Annesley? Creo que abajo, con el médico.

Descendieron y se encontraron con que el inspector de policía acababa de llegar. El señor Satterthwaite quedó agradablemente sorprendido al ver que se trataba del inspector Winkfield, un antiguo conocido suyo. El inspector subió escaleras arriba con el médico y, unos minutos después, pidió que todos los presentes en la casa se reunieran en el salón.

Las persianas y cortinas cerradas daban un aspecto fúnebre a la estancia. Doris Coles estaba asustada y deprimida. De vez en cuando, se acercaba un pañuelo a los ojos. Madge se mostraba alerta y con gesto de determinación. Sus sentimientos parecían estar totalmente dominados. La señora Graham, compuesta como siempre, tenía la cara grave e impasible. La tragedia parecía haber afectado a su hijo con más intensidad que a los demás. Estaba materialmente deshecho aquella mañana. David Keeley, como de costumbre, se mantenía en segundo término.

El desconsolado marido se sentaba solo y un tanto separado de los demás. Había en su cara la expresión de aturdimiento del que no acaba de convencerse de la realidad de los hechos.

El señor Satterthwaite, sereno por fuera, por dentro bullía de excitación ante la importancia del caso y de la empresa que habría de acometer.

Entró el inspector Winkfield, seguido del doctor Morris, y cerró la puerta detrás suyo. Carraspeó unos instantes y empezó a hablar:

—Es para mí un penoso deber —dijo—, pero las circunstancias que rodean al hecho me obligan a hacer unas cuantas preguntas a cada uno de los presentes y espero que nadie ponga objeción alguna. Empezaré por el señor Annesley. Perdone mi

curiosidad, caballero, pero ¿querría decirme si oyó alguna vez mencionar a su esposa su deseo de quitarse la vida?

El señor Satterthwaite abrió impulsivamente la boca, pero volvió a cerrarla casi de inmediato. Había todavía mucho tiempo por delante y no convenía precipitar los acontecimientos.

—No, creo que no —contestó Annesley.

Su voz era tan indecisa y su acento tan peculiar que todos le dirigieron una mirada de reojo.

—¿No está seguro?

—Sí, estoy seguro, seguro de que no.

—¡Ah! Y… ¿había algún motivo para creer que estuviese desesperada?

—No. Que yo sepa, no.

—¿No le dijo nada, como que estuviera deprimida, por ejemplo?

—No… nada.

Fuese lo que fuere lo que el inspector pensara, no dijo nada. Procedió a atacar su segundo punto.

—¿Quiere usted describirme, lo más brevemente que le sea posible, los sucesos de anoche?

—Nos fuimos todos a la cama. Yo me dormí casi enseguida y no recuerdo haber oído ningún ruido. El grito de la doncella me despertó esta mañana. Corrí al cuarto de mi esposa y la encontré tal…

Su voz se le quebró en la garganta. El inspector asintió.

—Comprendido. Es suficiente. Ahora bien, ¿cuándo fue la última vez que vio usted a su esposa anoche?

—Abajo.

—¿Abajo?

—Sí. Todos abandonamos la sala juntos. Yo me adelanté y les dejé hablando en el vestíbulo.

—¿Y ya no volvió usted a ver a su esposa? ¿No le dio ella las buenas noches antes de acostarse?

—Estaba dormido cuando ella entró.

—Pero ella subió sólo unos minutos después que usted —y añadió volviéndose hacia donde estaba David Keeley—: ¿No es eso lo que usted me dijo?

Éste asintió con un gesto.

—No había subido aún media hora más tarde —insistió tercamente Annesley.

La mirada del inspector se posó en la señora Graham.

—¿Se detuvo quizá algún momento en su cuarto para hablar con usted, señora?

Sería ilusión del señor Satterthwaite, pero le pareció que ésta pensaba unos instantes antes de decidirse a hablar con su acostumbrada compostura.

—No. Yo subí directamente a mi cuarto y cerré la puerta. No oí nada.

—¿Y dice usted, caballero —prosiguió volviendo a fijar su atención en Annesley —, que usted estaba dormido y que tampoco oyó nada? La puerta de comunicación estaba abierta, ¿verdad?

—Creo… que sí. Pero mi esposa pudo haber entrado por la otra puerta que da al corredor.

—Aun admitiendo eso, no dejaría de haber habido ciertos ruidos, roces, repiqueteo de tacones en la puerta…

—¡No!

Esta vez fue el señor Satterthwaite quien, incapaz de contenerse por más tiempo, habló. Todos le miraron sorprendidos. Él mismo se sintió presa de una irrefrenable nerviosidad y las palabras brotaban como desarticuladas de sus labios.

—Perdone. Perdone mi intromisión, inspector, pero creo que es mi deber hablar. Estamos siguiendo una pista falsa. Absolutamente falsa. La señora Annesley no se suicidó. Estoy seguro. Fue asesinada.

Siguió un profundo silencio que rompió el inspector con voz reposada.

—¿Qué es lo que le hace suponerlo?

—Yo… es sólo una mera sensación. Un íntimo convencimiento.

—Pero habremos de convenir, señor, que debe de ser algo más que eso. Debe de haber alguna buena razón para decir lo que dice.

Había, en realidad, una razón de peso: el misterioso mensaje del señor Quin. Pero ¿qué valor tendría éste ante los ojos de un inspector de policía? Ninguno. El señor Satterthwaite se devanaba los sesos buscando una solución más plausible.

—Ayer noche estuvimos hablando los dos y me dijo que se sentía feliz, tremendamente feliz. No eran las palabras propias de una mujer que está a punto de quitarse la vida.

Se sentía triunfante. Añadió:

—Volvió al salón a buscar el ukelele para no olvidarlo esta mañana. No tenía el aspecto de estar a punto de suicidarse.

—No —admitió el inspector—. Quizá no. —Y añadió, volviéndose hacia David Keeley—: ¿Se acuerda usted de si llevaba consigo el ukelele al subir?

El matemático intentó recordar.

—Sí. Me parece que sí —dijo—. Creo que lo llevaba bajo el brazo. Sí, sí. Recuerdo haberla visto con él en la escalera en el momento en que yo apagaba una de las luces.

—Entonces, ¿cómo es que está ahora aquí? —exclamó Madge señalando dramáticamente el ukelele que había sobre la mesa.

—Es curioso —dijo el inspector.

Cruzó la habitación y tocó un timbre.

Una orden concisa envió al mayordomo en busca de la sirvienta encargada de atender las habitaciones. Ésta llegó y fue precisa en las respuestas. El ukelele ya

estaba sobre la mesa en el momento en que ella se dispuso, a primera hora de la mañana, a limpiar el polvo.

El inspector Winkfield la despidió y luego añadió:

—Deseo hablar a solas con el señor Satterthwaite. Sírvanse dejarnos solos unos momentos, pero sin olvidar que nadie puede abandonar la casa sin mi permiso.

Tan pronto como cerró la puerta tras el último de ellos, el señor Satterthwaite empezó a hablar nerviosamente.

—Estoy seguro, inspector, de que tiene usted una perfecta idea del caso. Perfecto. Sólo que fue algo así como un fuerte presentimiento y…

El inspector cortó su perorata con un significativo gesto de la mano y dijo:

—Tiene usted toda la razón, señor Satterthwaite. Esa señora ha sido asesinada.

—Entonces… ¿lo sabía usted? —exclamó el señor Satterthwaite con desencanto.

—Había varias cosas que preocupaban al doctor Morris. —Al decirlo miró al doctor, quien también se había quedado en la sala y que confirmó esta declaración con un movimiento de cabeza—. Hicimos un examen detenido del cadáver. La cuerda que aparecía alrededor del cuello no era la misma con la que había sido estrangulada. Ésta debió haber sido una mucho más fina y de una contextura parecida a la del alambre. Se había incrustado en la carne, dejando una señal como si se tratara de algo cortante. La impresión que dejó la cuerda estaba simplemente superpuesta. Fue estrangulada y después colgada para dar la sensación de suicidio.

—Pero ¿quién…?

—¡Eso! —contestó el inspector—. ¿Quién? Ése es el problema. ¿El marido que dormía en la habitación inmediata, que no le dio las buenas noches a su esposa y que nada oyó? Si es él, no tardaremos mucho en descubrirlo. Lo primero que conviene saber es si se llevaban bien o no, y aquí es, señor Satterthwaite, donde usted podría sernos de gran utilidad. Usted tiene aquí acceso a todas partes y puede hacer lo que a nosotros no nos es posible. Averigüe la clase de relaciones que existían entre ambos.

—No me gusta mucho… —empezó a decir el señor Satterthwaite.

—No sería el primer crimen que usted nos hubiese ayudado a descifrar. Recuerdo el caso de la señora Strangeways. Tiene usted un olfato especial para cierta clase de asuntos. Verdaderamente un olfato especial.

Y era verdad. Tenía olfato. Añadió quedamente:

—Haré lo que pueda, inspector.

¿Había Gerard Annesley matado en realidad a su esposa? El señor Satterthwaite recordaba aquel aire de dolor de su semblante la noche anterior. La amaba, no cabía duda. Sufría porque la amaba y el excesivo sufrimiento podía impulsar a un hombre a cometer los actos más reprobables.

Pero había algo más, algún otro factor. Mabelle hablaba de sí misma como si acabase de salir de una intrincada selva y estuviera ante la expectativa de la felicidad ansiada, no una felicidad racional… sino irracional, como de éxtasis salvaje.

Si Gerard Annesley había dicho la verdad, Mabelle no había llegado a su cuarto sino media hora después que su esposo. Sin embargo, David Keeley la había visto subir aquellas escaleras. Había otras dos habitaciones ocupadas en la misma ala de la casa. La de la señora Graham y la de su hijo.

Su hijo. Pero éste y Madge…

Seguro que Madge se hubiese dado cuenta… aunque Madge no era un prodigio de perspicacia. Pero no hay humo sin fuego… ¡Humo!

Un recuerdo hirió pronto su memoria. El de las leves espirales de humo que salían de la habitación de la señora Graham.

Obró por impulso. Subió las escaleras y se introdujo en su habitación. Estaba vacía. Cerró la puerta tras él y giró la llave.

Se dirigió al emparrillado de la chimenea. Había unas cuantas cenizas. Muy animado, hurgó con los dedos entre ellas. Tuvo suerte. En el centro mismo, había unos fragmentos de cartas a medio quemar.

Fragmentos poco coherentes, pero que resultaban de un valor inestimable.

La vida puede ser un paraíso, querido Roger. Nunca lo supe… toda mi vida fue como un sueño hasta que te conocí, Roger…

… y Gerard lo sabe. Yo creo… Lo siento de veras: pero ¿qué puedo hacer yo? Para mí ni existe en el mundo nadie más que tú, Roger. Pronto nos reuniremos para no volvernos a separar.

¿Qué le dirás cuando le veas en Laidell, Roger? Hay algo extraño en tus cartas, pero no temo que…

Muy cuidadosamente, el señor Satterthwaite colocó todos los fragmentos en un sobre que encontró en un pequeño escritorio. Se encaminó a la puerta, la abrió y se quedó mudo de sorpresa al encontrarse cara a cara con la señora Graham.

Su impresión fue tal que se quedó unos momentos sin saber qué determinación tomar. Al fin se decidió a hacer lo mejor: afrontar la situación con absoluta sinceridad.

—He estado registrando su cuarto, señora Graham, y he encontrado un montón de cartas no del todo quemadas.

Una sensación de alarma pareció retratarse en sus facciones. Duró sólo un segundo, pero no escapó a su observación.

—Cartas de la señora Annesley a su hijo.

Ella titubeó unos instantes y luego habló sin mostrar la más ligera emoción.

—¿Ah, sí? Creí que habrían quedado totalmente quemadas.

—¿Y por qué razón?

—La de que mi hijo va a casarse en breve. Esas cartas, de haberse hecho públicas con motivo del suicidio de la pobre chica, hubieran causado un grave trastorno y dolor.

—Las cartas las pudo muy bien quemar su propio hijo.

No supo de momento qué responder y el señor Satterthwaite no desperdició la oportunidad que esto le brindaba para proseguir.

—Usted encontró estas cartas en el cuarto de su hijo, las trajo al suyo y las quemó. ¿Por qué? Tenía usted miedo.

—No acostumbró a tener miedo, señor Satterthwaite.

—Pero éste era un caso desesperado.

—¿Desesperado?

—Su hijo corría el peligro de ser arrestado… por asesinato.

—¡Asesinato!

Observó que la señora Graham palidecía intensamente y prosiguió:

—Anoche usted oyó a la señora Annesley entrar en el cuarto de su hijo. ¿Le había comunicado él su actual compromiso? Ya veo que no. Se lo dijo entonces a ella. Riñeron y él…

—¡Esto es una mentira!

Estaban tan absortos en su duelo de palabras que no oyeron el rumor de unos pasos que se acercaban. La figura de Roger Graham surgió tras ellos sin que ninguno de los dos se hubiese dado cuenta de su presencia.

—Está bien, mamá. No te preocupes. ¿Quiere usted venir un momento a mi habitación, señor Satterthwaite?

El señor Satterthwaite le siguió. La señora Graham no hizo ademán alguno de seguirles. Cuando Roger hubo cerrado la puerta, se volvió al señor Satterthwaite.

—Escuche, señor Satterthwaite. Usted cree que yo maté a Mabelle. Que la estrangulé aquí, en esta habitación, y que más tarde, cuando todos dormían en la casa, la llevé a la suya y la colgué. ¿No es así?

Con gran sorpresa de éste, el señor Satterthwaite contestó sin pestañear:

—No, no lo creo.

—Alabado sea Dios. Yo no podía haber matado a Mabelle. Yo la amaba, ¿o no? No lo sé. Eso es algo que ni aun ahora podría explicar. Quiero (de esto sí estoy seguro) a Madge. La quiero desde el primer día que la vi. ¡Es tan buena persona! ¡Nos compenetrarnos mucho! Parecemos haber nacido el uno para el otro. Pero Mabelle era diferente. Mi afecto por Mabelle era… no sé cómo decírselo. Como una especie de encantamiento. Casi le diré que hubo un momento en que llegó a inspirarme temor.

El señor Satterthwaite asintió.

—Era como una locura, como una especie de arrebato pasional. Pero era imposible. No hubiera salido bien. Ese tipo de cosas que… no duran. Ahora comprendo lo que significa dejarse atrapar en las redes de un hechizo.

—Sí, pudo ser algo así —dijo el señor Satterthwaite pensativo.

—Yo… quería dejarlo. Pensaba decírselo a Mabelle ayer noche.

—¿Y no lo hizo?

—No, no lo hice —respondió Graham con lentitud—. Le juro, señor Satterthwaite, que no volví a verla después de darle las buenas noches abajo.

—Le creo —declaró el señor Satterthwaite.

Se levantó. Roger Graham no era el asesino de Mabelle Annesley. Pudo haber huido de ella, pero no matarla. Le tenía miedo. Miedo de su primitiva seducción, de dejarse arrastrar por su encantamiento. Pero le había vuelto la espalda y preferido la sensata seguridad de lo que sabía que «saldría bien», abandonando el sueño intangible que no sabía adónde le conduciría.

Era un joven sensato y, como tal, falto de interés para un artista y *connaisseur* de la vida como el señor Satterthwaite.

Dejó a Roger Graham en su alcoba y se dirigió escaleras abajo. La sala estaba vacía. El ukelele de Mabelle yacía sobre un taburete situado al lado de la ventana. Lo cogió y empezó a pulsarlo distraídamente. Nada sabía del arte de tocar dicho instrumento, pero su fino oído le reveló que no estaba debidamente afinado. Hizo girar hábilmente una de las clavijas.

Doris Coles entró y le asestó una mirada de reproche.

—¿Es el ukelele de la pobre Mabelle?

Su visible condenación hizo que el señor Satterthwaite se sintiera más obstinado que nunca.

—¿Quiere usted afinarlo por mí? Si es que puede.

—¡Claro que puedo! —contestó Doris, herida en lo más hondo ante la mera sospecha de cualquier incompetencia por su parte.

Lo cogió, puso una de las cuerdas y apretó la clavija. La presión excesivamente violenta hizo que saltara.

—¡Qué raro! Ah, ya veo, pero ¡qué extraordinario! No es la cuerda apropiada. Es demasiado gruesa. Es un *la*. Qué estupidez haberla puesto aquí. Es natural que se rompa al intentar afinarla. Pero ¡qué tonta es a veces la gente!

—Sí —respondió el señor Satterthwaite, recalcando sus palabras—. Incluso aquellos que pretenden ser muy listos.

El acento con que pronunció la frase hizo que Doris le mirara con extrañeza. Satterthwaite volvió a recoger el ukelele, desmontó la cuerda que había saltado y salió de la habitación llevándosela en la mano. En la biblioteca se encontró con David Keeley.

—Mire —dijo.

Enseñó la cuerda, que Keeley tomó.

—¿Qué es esto?

—¿No lo ve usted? Una cuerda rota del ukelele. —Se detuvo unos instantes y luego preguntó—: ¿Qué hizo usted con la otra?

—¿Qué otra?

—La cuerda con la que usted la estranguló. Muy ingenioso, ¿verdad? Y rápido. Todo se hizo mientras nosotros charlábamos y reíamos en el vestíbulo. Mabelle

volvió a esta habitación en busca de su ukelele. Fue usted quien quitó la cuerda mientras aparentaba jugar con él unos momentos antes y quien la estranguló rodeando con ella su cuello. Una vez hecho, salió, cerró la puerta con llave y se unió de nuevo a nosotros. Más tarde, y al amparo de la noche, bajó y dispuso del cadáver, subiéndolo a su cuarto y dejándolo colgado de la puerta de su habitación. Y fue usted quien puso otra cuerda en el ukelele, pero del tipo equivocado. Una cosa realmente estúpida.

Hubo una larga pausa.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó el señor Satterthwaite—. En nombre de Dios, ¿por qué?

David Keeley se rió con una risita estridente que hizo estremecer al señor Satterthwaite.

—Porque se trataba de algo sumamente fácil —replicó—. Nadie acostumbra a fijarse en mí. Nadie nota nunca lo que hago y pensé que me reiría ahora de todos ellos…

Estalló de nuevo en aquella risita sarcástica y convulsiva, y miró al señor Satterthwaite con ojos en los que se reflejaba la locura.

El señor Satterthwaite acogió con alivio la llegada del inspector Winkfield.

Veinticuatro horas después, camino ya de Londres, el señor Satterthwaite se despertó de una cabezada y se encontró con que un hombre alto y moreno ocupaba el asiento que había frente a él en el compartimiento del tren. Su presencia no le causó sorpresa.

—¡Mi querido señor Quin!

—El mismo.

El señor Satterthwaite dijo con lentitud:

—No sé cómo puedo mirarle cara a cara. Estoy avergonzado de mí mismo. He fracasado.

—¿Está usted seguro?

—No conseguí salvarla.

—Pero ¿descubrió la verdad?

—Sí. Eso sí. Uno u otro de aquellos jóvenes podía haber sido acusado o quizá declarado culpable. Así pues, puedo decir al menos que he salvado la vida de un hombre. Pero… ¿y ella? Aquella criatura dotada de un extraño encanto… —Su voz se quebró.

El señor Quin le miró.

—¿Es la muerte lo peor que puede pasarle a alguien?

—Yo… quizá… no sé…

El señor Satterthwaite se puso a recordar: Madge y Roger… La cara de Mabelle a la luz de la luna, con su serena felicidad ultraterrena.

—No —admitió al fin—. No creo que la muerte sea lo peor.

Recordó las fruncidas gasas de su vestido, que le trajeron a la memoria el revuelto plumaje de un pájaro… de un pájaro con el ala rota…

Al levantar la vista, vio que estaba de nuevo solo. El señor Quin había desaparecido.

Pero había dejado algo tras él.

Sobre el asiento, había una piedra de un color azul pálido sobre la que había grabada toscamente la imagen de un ave. No tenía probablemente un gran mérito artístico, pero tenía algo especial.

Tenía como la vaga cualidad de un encantamiento.

Esto pensó el señor Satterthwaite, y el señor Satterthwaite era un perfecto *connaisseur*.

El fin del mundo

(The World's End).

El señor Satterthwaite había venido a Córcega por causa de la duquesa. El lugar no estaba en su itinerario. En la Riviera estaba seguro de encontrar cuantas comodidades pudiese desear y la comodidad significaba mucho para él. Pero, tanto como la comodidad, le gustaban las duquesas. A su manera, el inofensivo, amable y anticuado caballero era todo un esnob. Le gustaba la gente más distinguida y la duquesa de Leith era una auténtica aristócrata. Entre sus antepasados no había ni un solo charcutero de Chicago. Era la hija de un duque y la esposa de otro.

Por lo demás, era una vieja un tanto desaliñada y amiga de adornar sus trajes con abalorios negros. Poseía un montón de diamantes con prehistóricos engarces, y los lucía igual que su madre acostumbraba a hacerlo: sujetos de cualquier manera sobre los vestidos. Se decía que su sistema de engalanarse era permanecer de pie en el centro de la habitación mientras su doncella colocaba a capricho sus broches y chucherías. Era una generosa contribuyente a las tómbolas de caridad y atenta siempre con todos sus inquilinos y dependientes, pero extremadamente tacaña cuando se trataba de sumas insignificantes. Solicitaba constantemente pequeños favores de sus amigos y hacía sus compras en tienduchas de saldos.

La duquesa sentía una verdadera chifladura por Córcega. Cannes le aburría y el precio de las habitaciones de sus hoteles había sido no pocas veces causa de acaloradas discusiones entre ella y los propietarios.

—Tiene que venir conmigo, Satterthwaite —dijo con firmeza—. Supongo que, dada nuestra edad, estamos a cubierto de toda murmuración y escándalo.

El señor Satterthwaite se sintió delicadamente lisonjeado. Nunca habían relacionado su nombre con ningún escándalo. Era demasiado insignificante. Escándalo… y con una duquesa… ¡delicioso!

—Es muy pintoresco, usted lo sabe bien —dijo la duquesa—. Bandidos y toda esa serie de cosas. Y he oído decir que es extremadamente barato. Esta mañana, Manuelli se ha comportado como un desvergonzado. Hay que poner en su lugar a estos dueños de hoteles. No pueden pretender que la gente distinguida acuda a sus establecimientos si se comportan de esta manera. Se lo he dicho muy claro.

—Creo —contestó el señor Satterthwaite— que puede hacerse cómodamente el viaje por ruta aérea. Desde Antibes.

—Lo más probable es que nos cueste un ojo de la cara. ¿Quiere usted hacerme el favor de enterarse del precio?

—Con mucho gusto, duquesa.

A pesar de que su papel no pasaba de ser el de un mero mensajero, el señor Satterthwaite se sentía profundamente halagado.

Al volver con el informe del precio de un pasaje de avión, la duquesa lo rechazó de inmediato.

—No se creerá esa gente que yo voy a pagar ese exorbitante precio para ir en uno de esos peligrosísimos artefactos.

Así es que decidieron hacerlo por mar, lo cual proporcionó al señor Satterthwaite el tormento de tener que soportar diez horas de verdadera incomodidad. Para empezar, y dado que el barco salía a las siete de la tarde, supuso que habría cena a bordo. No sólo no fue así, sino que la embarcación era pequeña y el mar estaba agitado. El señor Satterthwaite desembarcó en Ajaccio a primeras horas de la mañana, más muerto que vivo.

La duquesa, por el contrario, estaba más fresca que una lechuga ya que las incomodidades no la molestaban en absoluto siempre que significaran un ahorro de dinero. Saludó con entusiasmo la vista de la costa con sus palmeras a la luz del sol naciente y a la entera población que parecía haberse congregado en el puerto para ver la llegada de la embarcación. Cuando bajaron la pasarela, la multitud estalló en gritos de entusiasmo y ademanes hacia todas direcciones.

—*On dirait* —dijo un corpulento francés que estaba al lado de ellos—, *que jamáis avant on n'afait cette manoeuvre la!*[6]

—Esa doncella mía ha estado mareada toda la noche —comentó la duquesa—. Esa chica no sirve para nada.

El señor Satterthwaite sonrió muy pálido.

—Una lastimosa pérdida de comida —insistió la duquesa en tono recriminador.

—Ah, pero ¿consiguió comida? —preguntó el señor Satterthwaite plañidero.

—Traje algunas pastas y una barrita de chocolate —explicó la duquesa—. Cuando comprobamos que no nos daban de cenar, le di la mayor parte. Las clases inferiores siempre arman un alboroto si les falta alguna de sus comidas.

Un grito de triunfo acompañó la correcta colocación de la pasarela. Un coro de bandoleros asaltaron la cubierta y arrebataron el equipaje a los pasajeros a viva fuerza.

—Vamos, Satterthwaite —dijo la duquesa—, estoy deseando tomar un baño caliente y una buena taza de café.

Lo mismo pensó el señor Satterthwaite, aunque tampoco esta vez le acompañó un éxito completo. Fueron recibidos en el hotel por un director que, después de deshacerse en reverencias, les condujo a sus habitaciones. La de la duquesa tenía un baño adjunto. Al señor Satterthwaite, en cambio, le indicaron un cuarto de baño que, a lo que parecía, pertenecía a la habitación de alguna otra persona. Tomó el baño esperando que el agua fuera caliente, detalle éste que, al parecer, constituía a aquella hora de la mañana una pretensión absurda. Más tarde, tomó un café intensamente negro servido en una especie de pote con tapa. Las ventanas de su habitación, abiertas de par en par, daban paso libre a la entrada del aire fresco y fragante de un maravilloso día azul y verde.

El camarero, con un ademán florido, llamó la atención hacia el paisaje.

—*Ajaccio* —anunció en tono solemne—, *le plus beau port du monde*[7].

Y, súbitamente, se marchó.

Al contemplar el profundo azul de la bahía con las montañas nevadas al fondo, el señor Satterthwaite casi estuvo de acuerdo con el camarero. Acabó el café y, tendiéndose en la cama, se durmió casi de inmediato.

A la hora del *déjeuner*, la duquesa apareció radiante de satisfacción.

—Esto es justo lo que necesita, Satterthwaite —dijo—. Le hará olvidar esas pequeñas chifladuras que usted tiene, propias de una vieja solterona. —Se caló unos impertinentes y dirigió una rápida ojeada a lo largo y ancho del salón—. ¡Caramba! Allí veo a Naomi Carlton-Smith.

Señaló a una muchacha solitaria que ocupaba una mesita situada junto a una de las ventanas. Una chica de espaldas redondeadas que, más que sentada, estaba hundida en el asiento. Su vestido parecía hecho de una especie de tela de saco y llevaba el pelo negro peinado descuidadamente.

—¿Una artista? —preguntó el señor Satterthwaite, quien tenía la rara habilidad de colocar a las personas en su justo lugar.

—Acertó —contestó la duquesa—. Al menos es así como se llama a sí misma. Sabía que vagabundeaba por alguno de estos rincones del globo. Pobre como una rata de iglesia, orgullosa como Lucifer y le falta un tornillo como a casi todos los Carlton-Smith. Su madre era prima carnal mía.

—Entonces, ¿pertenece a la familia de los Knowlton?

La duquesa hizo un movimiento afirmativo.

—Ha sido siempre la más encarnizada enemiga de sí misma —explicó—. Una chica inteligente. Se la ha visto con frecuencia acompañada por un joven poco recomendable. Uno de esos de Chelsea que se dedica a escribir poemas o algo por el estilo, y que nadie lee, como es natural. Un día robó unas joyas y fue procesado. No recuerdo muy bien cuánto le echaron. Creo que cinco años. Tiene usted que acordarse. Ocurrió el invierno pasado.

—El pasado invierno estuve en Egipto —explicó el señor Satterthwaite—. A finales de enero pillé una fuerte gripe y los médicos insistieron en que fuera a Egipto. Me perdí un montón de cosas.

En su voz latía un auténtico sentimiento de pesar.

—La muchacha parece estar poco menos que en la indigencia —dijo la duquesa, alzando de nuevo los impertinentes—. No puedo dejarlo así.

Al salir, se detuvo junto a Naomi Carlton y le dio unos ligeros golpecitos en el hombro.

—Hola, Naomi. ¿No te acuerdas de mí?

Ésta se levantó al parecer de muy mala gana.

—Sí, por supuesto, duquesa. La vi entrar, pero temí que fuera usted quien no quisiera reconocerme.

Las palabras brotaban perezosamente de sus labios y sus modales eran de una absoluta indiferencia.

—Cuando hayas terminado de almorzar —ordenó la duquesa— ven a verme a la terraza.

—Muy bien.

Y bostezó.

—¡Qué modales! —dijo la duquesa al señor Satterthwaite contándole la breve entrevista—. Como todos los Carlton-Smith.

Tomaron el café fuera, bajo el sol. No habían transcurrido seis minutos cuando vieron salir del hotel a Naomi y encaminarse en su dirección. Se dejó caer indolentemente en una de las sillas y estiró las piernas sin pizca de gracia.

Tenía una cara muy particular. Barbilla bien torneada y prominente y unos ojos grises claros, de mirada triste y penetrante. Una cara inteligente e infeliz a la que sólo le faltaba ser hermosa.

—Bien, Naomi —dijo la duquesa en tono brusco—. ¿Qué es lo que haces ahora?

—No lo sé exactamente. Matar el tiempo.

—¿Pintas?

—Un poco.

—Enséñame tus trabajos.

Naomi sonrió nada impresionada por la vieja autócrata. Se divertía. Fue al hotel y volvió cargada con una carpeta.

—No le gustarán, duquesa —le advirtió—. Emita su juicio con entera libertad. No herirá mis sentimientos.

El señor Satterthwaite acercó su silla, interesado. Al minuto su interés creció. La duquesa, en cambio, fue francamente antipática.

—Ni siquiera acierto a ver cómo han de mirarse estas cosas —dijo con disgusto —. ¡Gracias a Dios!, muchacha, que el cielo no tiene nunca este color, ni el mar tampoco.

—Así es como yo los veo —replicó plácidamente Naomi.

—¡Uf! —exclamó la duquesa, observando otro de los lienzos—. Éste me da escalofríos.

—Ése era precisamente el efecto que yo buscaba —dijo Naomi—. Sin saberlo, ha hecho usted el mejor elogio del cuadro.

Era un curioso estudio impresionista de una chumbera, fácilmente reconocible como tal. Un efecto verde gris con manchones de un color violento en el que los frutos brillaban como gemas. El conjunto era como una masa repugnante e infecta que atraía con la morbosidad y la fuerza de un torbellino. El señor Satterthwaite se estremeció y apartó la vista del cuadro.

Sus ojos se encontraron con los de Naomi.

—Ya lo sé —dijo ella—. Es bestial.

La duquesa carraspeó.

—En la actualidad, para los artistas las cosas resultan muy fáciles —observó en tono arrogante—. Nadie intenta copiar nada. Se limitan a coger un poco de pintura… con no sé qué, no con un pincel, seguro que no…

—Con una paleta —la interrumpió Naomi sonriendo ampliamente una vez más.

—Una buena porción cada vez —continuó la duquesa—. Unos manchones y ya está. Luego la gente exclama: «¡Maravilloso!». Pero yo no tengo paciencia con una cosa así. A mí deme…

—Un bonito cuadro de un perro y un caballo, como los de Edwin Landseer.

—¿Por qué no? —preguntó la duquesa—. ¿Qué tienes que decir de Landseer?

—Nada —contestó Naomi—. Es como debe ser y usted es como debe ser. Las cosas excelsas son brillantes, agradables y suaves. Yo la respeto, duquesa, porque tiene fuerza. Se enfrenta directamente a la vida y sube a la cumbre. Pero la gente de abajo, vemos la parte inferior de las cosas. Y esto también resulta interesante de algún modo.

La duquesa la miró con los ojos muy abiertos.

—No tengo la más mínima idea de lo que estás hablando —declaró.

El señor Satterthwaite se hallaba todavía examinando los esbozos. A diferencia de la duquesa, comprendía la perfección de la técnica que se ocultaba tras aquel estilo. Estaba sorprendido y entusiasmado. Levantó la vista hacia la chica.

—¿Quiere usted venderme uno de ellos, señorita Carlton-Smith? —solicitó.

—Puede quedarse con el que guste por cinco guineas —contestó la muchacha con indiferencia.

El señor Satterthwaite titubeó unos minutos y, al fin, se decidió por el del estudio de la chumbera y el áloe. En primer término, sobre el fondo de un vívido amarillo mimosa, destacaba el escarlata de la flor de áloe, que parecía materialmente querer desprenderse del cuadro. Las formas oblongas erizadas de púas de las palas de la chumbera predominaban en el motivo del conjunto.

Dedicó una leve reverencia a la muchacha.

—Me alegro de haber podido tener la oportunidad de quedarme con éste. Creo que he hecho una buena adquisición. Algún día, señorita Carlton-Smith, si quisiera, podré vender este boceto con una buena ganancia.

La chica se inclinó hacia delante para ver con cuál se había quedado. Él vio una nueva expresión en los ojos de la muchacha. Por primera vez se había dado cuenta de su existencia y brilló un destello de respeto en la rápida mirada que le dirigió.

—Ha escogido usted el mejor —dijo—. Me… me alegro.

—Bueno, supongo que usted sabrá lo que hace —dijo la duquesa—. A lo mejor tiene razón. Dicen que es usted un entendido en materia de cuadros, pero supongo que no pretenderá convencerme de que todo esto es arte, porque no lo es. En fin, no hablemos más. Voy a estar pocos días aquí y lo que quiero es ver la isla. Creo que tienes un coche, ¿verdad, Naomi?

La muchacha asintió.

—Excelente —dijo la duquesa—. Entonces podremos hacer una excursión mañana.

—Sólo tiene dos asientos.

—Da igual. ¿Supongo que no le importa ir detrás, verdad Satterthwaite?

Un estremecido suspiro se escapó del pecho de este último. Aquella mañana había estado observando el estado de las carreteras corsas. Naomi le miraba pensativa.

—No creo que mi coche les convenga —dijo—. Lo compré de segunda mano por una bicoca y está medio destartalado. A duras penas puede subirme a mí a la colina sin protestar, pero no creo que aguante más pasajeros. Mejor será que alquile uno. Hay un buen garaje en la villa.

—¿Alquilar un automóvil? —exclamó la duquesa escandalizada—. ¡Vaya una idea! ¿Quién es aquel hombre tan elegante y un tanto amarillento que se detuvo esta mañana frente al hotel con un coche de cuatro asientos?

—Me parece que se refiere usted al señor Tomlinson. Creo que es un juez retirado de la India.

—Eso explica lo del color —dijo la duquesa—. Temí que fuese ictericia. Parece una buena persona. Hablaré con él.

Aquella noche, al bajar a cenar, el señor Satterthwaite vio a la duquesa resplandeciente con un elegante traje de terciopelo negro y envuelta en el policromo fulgor de los innumerables brillantes que llevaba encima. Hablaba animadamente con el propietario del automóvil de cuatro asientos. Le hizo señas imperiosas de que se aproximara a ellos.

—Venga usted, señor Satterthwaite. El señor Tomlinson me estaba explicando una interesantísima historia y ¿a que no sabe usted qué es lo que me ha propuesto? Pues llevarnos de excursión mañana por la mañana en su automóvil.

El señor Satterthwaite la contempló con admiración.

—La cena nos espera —dijo la duquesa—. Siéntese con nosotros, señor Tomlinson, y podrá terminar lo que me estaba contando.

—Una excelente persona —falló la duquesa más tarde.

—Con un no menos excelente coche —completó el señor Satterthwaite.

—Travieso —le regañó la duquesa golpeándolo en los nudillos con el abanico negro que siempre llevaba. El señor Satterthwaite hizo una mueca de dolor.

—Naomi vendrá también con nosotros, pero en su coche —prosiguió la duquesa —. Dice que prefiere ir sola. Me parece un tanto egoísta. No es totalmente egocéntrica, pero sí hasta el punto de ser totalmente indiferente a todo y a todos. ¿No lo cree usted así?

—Creo que eso no es posible —dijo lentamente el señor Satterthwaite—. Quiero decir con esto que el interés de cualquiera tiene que concentrarse en algo. Hay, como es natural, personas que giran constantemente alrededor de sí mismas. Pero, comparto su opinión, ella no es de este tipo. No es interesada, y menos con respecto a su persona. Sin embargo, y dado su fuerte carácter, algo debe de absorber su atención.

Creí al principio que sería su arte, pero no lo es. Es una criatura despegada completamente de la vida y esto es peligroso.

—¿Peligroso? ¿Qué quiere usted decir?

—Que está obsesionada por algo y, como usted bien sabe, la obsesión es siempre peligrosa.

—Satterthwaite, no sea usted exagerado —dijo la duquesa—. Escúcheme: mañana…

El señor Satterthwaite se limitó a escuchar. Escuchar constituía la mayor parte de su papel en la vida.

A la mañana siguiente, salieron temprano, llevándose el almuerzo consigo. Naomi, que hacía ya seis meses que estaba en la isla, serviría de guía. El señor Satterthwaite se acercó a ella cuando se disponía a arrancar su desmembrado coche.

—¿Está usted segura… de que no puedo ir con usted? —preguntó con intención el señor Satterthwaite.

Ella movió la cabeza negativamente.

—Irá usted más cómodo en la parte de atrás del otro coche. Los asientos son más mullidos. Esto no es más que una carraca y saldría usted por los aires al tropezar con los baches.

—Y, además… las subidas.

Naomi se echó a reír.

—Sólo lo dije para salvarle de ir detrás. La duquesa podría haber alquilado perfectamente un coche, pero es la mujer más tacaña de Inglaterra. Sin embargo, la vieja es una buena deportista y me gusta, no puedo evitarlo.

—¿Puedo entonces ir con usted? —insistió esperanzado el señor Satterthwaite.

Ella le miró con curiosidad.

—¿Y a qué obedece esa ansia de acompañarme, si puede saberse?

—¿Y usted me lo pregunta? —insinuó galantemente el señor Satterthwaite haciendo una cómica reverencia.

Naomi sonrió, pero volvió a mover negativamente la cabeza.

—Ése no es el motivo —añadió pensativa—. Es curioso, pero no puede usted acompañarme… al menos hoy.

—Entonces, ¿quizá otro día? —sugirió el señor Satterthwaite cortésmente.

—¿Otro día…? —Soltó una extraña y repentina carcajada.

El señor Satterthwaite pensó: «Otro día. Bueno, ya veremos…».

La comitiva se puso en marcha. Atravesaron el pueblo y siguieron a lo largo de la amplia curva que formaba la bahía. Luego se metieron tierra adentro, atravesaron un río y volvieron a salir a la costa con sus centenares de pequeñas calas arenosas. Después empezó la ascensión por un tortuoso camino salpicado de numerosas y escalofriantes curvas. A un lado, y cada vez más abajo, se veía el fuerte azul de la bahía y, al otro lado de la misma, refulgiendo bajo la acción de los dorados rayos solares, el pintoresco pueblo de Ajaccio.

Siguieron subiendo siempre al borde del precipicio, unas veces a la derecha y otras a la izquierda. El señor Satterthwaite empezó a sentir vértigo y ligeros mareos. La carretera era estrecha y seguían subiendo.

Empezó a refrescar bajo el influjo del aire procedente de los vecinos picos nevados. El señor Satterthwaite se subió el cuello del abrigo y se lo abrochó hasta el último botón.

El frío empezó a ser intenso. Ajaccio aún se veía bañado por la luz, pero a aquella altura grisácea, algunas nubes ocultaban frecuentemente el astro solar. El señor Satterthwaite cesó de admirar el grandioso panorama. Suspiró por un cómodo sillón y el confortable fuego del hotel.

Delante de ellos, el cochecito de Naomi seguía impávido escalando las alturas. Parecían haber llegado a la cima del mundo. A un lado y a otro, se veían montes más bajos que a su vez dominaban colinas que acababan esfumándose en las profundidades de los valles. Miraron en dirección a los picos cubiertos con sus blancos sudarios. Les azotó un aire cortante como el filo de una navaja.

De pronto, el coche de Naomi se detuvo y ésta miró hacia atrás.

—Hemos llegado —dijo— al fin del mundo. No creo que hayamos escogido el día más apropiado para hacer esta excursión.

Todos se apearon. Habían llegado a una pequeña aldea compuesta por media docena de casuchas de piedra. Un pomposo nombre aparecía escrito con grandes caracteres sobre un rótulo: COTÍ CHIAVEERI.

Naomi se encogió de hombros.

—Ése es el nombre oficial, pero yo prefiero llamarle el fin del mundo.

Siguió caminando unos cuantos pasos y el señor Satterthwaite se le incorporó. Pasaron el grupo de casas y llegaron al final de la carretera. Como había dicho bien Naomi, esto parecía ser el fin, el comienzo de lo ignoto, la antesala del más allá. Tras ellos, la blanca estela del camino, y delante, nada. Lejos, muy lejos allá abajo… únicamente el mar.

El señor Satterthwaite inspiró con fuerza.

—Éste es un lugar extraordinario. Le da a uno la impresión de que pueda ocurrir algo inesperado, de que uno pudiera encontrarse…

Se paró al ver frente a sí a un hombre sentado en un peñasco y con la cara vuelta hacia el mar. No se habían percatado de su presencia hasta ese momento y su repentina aparición tenía algo de truco mágico. Parecía haber brotado del panorama que les rodeaba.

—¡Yo diría que…! —empezó a decir el señor Satterthwaite. En aquel momento el personaje volvió la cara y el señor Satterthwaite le reconoció—. ¡Pero si es el señor Quin! ¡Qué extraordinario! Señorita Carlton, tengo el gusto de presentarle a mi amigo el señor Quin, un hombre fuera de lo común. Siempre aparece en los momentos más cruciales…

Se interrumpió con la sensación de haber dicho algo extremadamente importante pero incapaz de recordarlo aunque en ello le fuera la vida.

Naomi había estrechado la mano del señor Quin con su habitual forma brusca.

—Hemos venido de excursión —dijo—, pero tengo la impresión de que antes nos quedaremos congelados.

El señor Satterthwaite tembló.

—Quizá —dijo sin gran seguridad— deberíamos buscar un lugar un poco más abrigado.

—Y éste precisamente no lo es. Creo que vale la pena buscarlo —asintió Naomi.

—Naturalmente. —El señor Satterthwaite se volvió hacia el señor Quin y añadió—: La señorita Carlton-Smith llama a este sitio el fin del mundo. Un nombre apropiado, ¿no le parece?

El señor Quin movió la cabeza lenta y afirmativamente repetidas veces.

—Es un nombre muy sugestivo —contestó—. Creo que uno no viene a un lugar como este sino una vez en su vida, un lugar donde es imposible seguir adelante.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Naomi con brusquedad.

El señor Quin se volvió hacia ella.

—En la vida tenemos casi siempre el recurso de elegir. Ir hacia delante o hacia atrás. Hacia la derecha o hacia la izquierda. Aquí no. Detrás suyo está el camino. Delante, nada.

Naomi lo miró fijamente. De pronto, se estremeció y empezó a retroceder en dirección al resto del grupo. Los dos hombres la siguieron y el señor Quin continuó hablando, aunque el tono de su voz ya era el de una conversación normal.

—¿Ese coche es suyo, señorita Carlton-Smith?

—Sí.

—¿Y usted misma lo conduce? Hace falta mucha pericia y serenidad para guiar un automóvil por estos caminos. Las curvas son temibles. Un momento de distracción, un fallo de uno cualquiera de los frenos y… allá va el vehículo monte abajo hasta el fondo del precipicio.

Habían llegado junto a los demás y el señor Satterthwaite hizo las correspondientes presentaciones. Sintió después que una mano tiraba de su brazo. Era la de Naomi, que le alejó un tanto de los demás.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó con fiereza.

El señor Satterthwaite la contempló con asombro.

—Bueno, apenas lo sé —contestó—. Le conozco hace ya algunos años, nos hemos cruzado repetidas veces, pero no puedo decirle que le conozca realmente.

Se interrumpió. Decía solamente banalidades y, a su lado, la muchacha, con los puños apretados y la cabeza baja, no le escuchaba. Permanecía con la cabeza gacha, y las manos pegadas a ambos lados del cuerpo.

—Sabe muchas cosas —dijo—, muchas… ¿Cómo las sabe?

El señor Satterthwaite no supo qué responder. Se limitó a mirarla como atontado, sin comprender la tormenta que al parecer rugía en su interior.

—Tengo miedo —murmuró ella.

—¿Miedo del señor Quin?

—Tengo miedo de sus ojos. Parecen leer el pensamiento.

Algo frío y húmedo cayó sobre la mejilla del señor Satterthwaite. Levantó la vista.

—¡Está nevando! —exclamó con sorpresa.

—¡Vaya un día que hemos escogido para la excursión! —exclamó Naomi. Mediante un gran esfuerzo, había logrado controlarse.

¿Qué podían hacer? Se desencadenó una verdadera Babel de sugerencias. La nieve caía cada vez más rápida y espesa. Al fin, el señor Quin hizo una proposición que fue aceptada por unanimidad. Había un pequeño caserón de piedra al final de la hilera de casas y todos se dirigieron a él en desbandada.

—Ustedes han traído sus provisiones —dijo el señor Quin— y aquí probablemente podrán hacerles una taza de café.

Era un lugar pequeño y un tanto oscuro, pues la única ventana que había no dejaba pasar suficiente luz para iluminarlo, pero de uno de los extremos surgían oleadas de un agradable calorcillo. Una vieja corsa estaba echando un montón de ramas al fuego. Ardieron vivamente y, a su resplandor, los recién llegados vieron que otros, antes que ellos, habían ocupado la habitación.

Tres personas se sentaban al extremo de una desnuda mesa de madera. Para la observadora mirada del señor Satterthwaite había algo irreal en la escena y, aún más, en los personajes que en ella tomaban parte.

La mujer que se sentaba a la cabecera parecía una duquesa, es decir, se parecía más al concepto que generalmente se tiene de una duquesa. Era la *grande dame* ideal para un escenario. Su aristocrática cabeza permanecía erguida luciendo un pelo blanco como la nieve y exquisitamente peinado. Vestía unos suaves ropajes grises que le caían formando artísticos pliegues. Apoyaba su barbilla en una blanca y delicada mano, y con la otra sostenía un emparedado de *paté de foie gras*. A su derecha había un hombre de cara extremadamente pálida, pelo negro como el azabache y unas descomunales gafas con montura de concha. Iba espléndidamente ataviado. En aquel momento, tenía la cabeza echada hacia atrás y su brazo izquierdo estaba extendido, como en actitud de declamar a guisa de actor.

A la izquierda de la dama de los plateados cabellos, estaba un hombrecillo de aspecto chusco y cabeza lisa y lustrosa como una bola de billar. Después de haberlo mirado una vez, nadie hubiera vuelto a preocuparse de su persona.

Hubo un momento de vacilación que rompió la duquesa (la auténtica).

—Esta tormenta es terrible, ¿verdad? —dijo adelantándose con desenfado y dibujando una encantadora sonrisa que tan buenos resultados le había dado en sus actividades filantrópicas y demás comités del mismo estilo—. Supongo que les habrá

atrapado igual que a nosotros, ¿no es así? Pero Córcega es siempre una isla francamente maravillosa. Yo acabo de llegar esta mañana.

El hombre del pelo negro se levantó y le cedió su asiento, que la duquesa aceptó con una graciosa reverencia.

La dama de los cabellos de plata habló.

—Hace ya una semana que estamos aquí.

El señor Satterthwaite dio un pequeño respingo. Nadie que hubiese oído aquella voz, aunque sólo fuese una vez, podría olvidarla. Su eco resonó entre aquellas cuatro paredes de piedra cargado de emoción, de exquisita melancolía. Le pareció que había dicho algo maravilloso, memorable, lleno de significación. Algo que surgía del fondo del corazón.

Hizo un breve aparte, dirigiéndose al señor Tomlinson.

—El hombre de las gafas es el señor Vyse. Un productor bastante conocido.

El retirado juez de la India miraba al señor Vyse con visibles muestras de disgusto.

—¿Y qué es lo que produce? —preguntó—. ¿Hijos?

—¡Por Dios, no! —contestó el señor Satterthwaite, escandalizado ante la sola idea de mencionar algo tan crudo en relación con un hombre como el señor Vyse—. Obras teatrales.

—Voy a salir —interrumpió Naomi—. Hace mucho calor aquí dentro.

Su voz fuerte y áspera sobresaltó al señor Satterthwaite. Se dirigió al parecer casi ciega hacia la puerta, empujando a un lado al señor Tomlinson. Al llegar a ella, se encontró cara a cara con la figura del señor Quin, que le interceptaba el paso.

—Vuelva donde estaba y siéntese —dijo éste.

Su voz era autoritaria y, ante la sorpresa del señor Satterthwaite, la muchacha, después de titubear unos momentos, se decidió a obedecer. Se sentó al final de la mesa, lo más lejos posible de los demás.

El señor Satterthwaite se adelantó y puso cerco al productor.

—No sé si se acordará de mí —empezó a decir—. Mi nombre es Satterthwaite.

—¡Claro que le recuerdo! —El señor Vyse extendió una larga y huesuda mano con la que envolvió la del señor Satterthwaite con terrible presión—. Mi querido amigo —prosiguió—. Es raro encontrarle a usted por estos lugares. Supongo que conoce usted a la señorita Nunn. ¿No es cierto?

El señor Satterthwaite se sobresaltó. Era natural que aquella voz le fuese familiar. Eran miles los ingleses que se habían sentido subyugados por el tono de aquella voz cargada de emoción. ¡Rosina Nunn! La actriz dramática más grande del Reino Unido. El propio señor Satterthwaite no había podido sustraerse a sus encantos. Nadie como ella para interpretar un papel y para dar intención a una frase. Estaba convencido que se trataba de una artista intelectual que sabía introducirse en el alma del personaje.

Podía haber una excusa en su incapacidad de reconocerla. Rosina Nunn era mudable en sus gustos. Durante veinticinco años había sido rubia. Después de una

gira por Estados Unidos, su cabello se convirtió en negro como un ala de cuervo y se dedicó a cultivar seriamente la tragedia. Este efecto de «marquesa francesa» era la última de sus extravagancias.

—Y a propósito, el señor Judd, el marido de la señorita Nunn —dijo el señor Vyse presentando al hombrecillo de la calva.

Rosina Nunn había tenido ya varios maridos. Por lo visto, el señor Judd era el de turno. El señor Judd estaba ocupado en desenvolver paquetes que había en un canasto situado a su lado.

Se dirigió a su esposa.

—¿Un poco más de *paté*, querida? El último que te he preparado no ha sido de tu gusto.

Rosina Nunn entregó el emparedado que aún tenía en la mano y murmuró con frivolidad:

—Henry piensa en los platos más exquisitos. Por eso dejo a su cuidado el servicio de intendencia.

—Hay que alimentar a la fiera —dijo el señor Judd riéndose de la gracia y dando un fuerte manotazo en el hombro de su esposa.

—La trata como si fuese un perro —murmuró la melancólica voz del señor Vyse al oído del señor Satterthwaite—. Se dedica a alimentarla. ¡Extrañas criaturas las mujeres!

El señor Satterthwaite y el señor Quin desenvolvieron a su vez el refrigerio preparado en el hotel, que se componía de huevos duros, fiambre y queso gruyere y que fue distribuido entre todos los de la mesa. La duquesa y la señorita Nunn conversaban animadamente en tono confidencial. De vez en cuando, se oían fragmentos de la grave y melancólica voz de la actriz.

—El pan debe estar ligeramente tostado, ¿me comprendes? Luego se añade una capa muy fina de mermelada y se pone al horno durante un minuto justo. ¡Es delicioso!

—Esta mujer sólo piensa en comer —murmuró el señor Vyse—. Vive lo que se dice para comer. La recuerdo *en Jinetes del mar*. No podía conseguir de ella el efecto que yo deseaba. Al fin se me ocurrió decirle que pensara en un plato de crema de menta por la que sabía sentía una verdadera debilidad y el resultado fue inmediato. Obtuve lo que quería: una mirada saturada de reminiscencias y ensueño.

El señor Satterthwaite permaneció silencioso. También él parecía recordar. El señor Tomlinson, sentado al otro lado de la mesa, carraspeó dando a entender su intento de tomar parte en la conversación.

—Así que usted es productor de teatro, ¿eh? También a mí me gusta una buena obra. *Jim el pendolista*, por ejemplo.

—¡Por Dios! —se limitó a decir el señor Vyse, estremeciéndose de pies a cabeza.

—Y un diente de ajo —decía en aquel momento la señorita Nunn a la duquesa—. Dígaselo usted a su cocinero. Es sencillamente maravilloso.

Dio un gran suspiro de satisfacción y se volvió hacia su esposo.

—Henry —dijo quejumbrosamente—, todavía ni siquiera he visto el caviar.

—Estás a punto de sentarte precisamente encima de él —replicó festivamente el señor Judd—. Lo dejaste detrás tuyo en la silla.

Rosina Nunn se apresuró a retirarlo. Después dirigió una resplandeciente mirada a su alrededor.

—Henry es maravilloso. ¡Soy tan distraída! Nunca sé dónde dejo las cosas.

—Como el día que se te ocurrió guardar las perlas en tu frasquito de esponjas —dijo Henry en tono jocoso— y te lo olvidaste en el hotel. No fueron pocas las llamadas telegráficas y telefónicas que tuve que hacer aquel día.

—Estaban aseguradas —respondió la señorita Nunn como hablando de un lejano sueño—. No como mi ópalo.

Un espasmo de exquisito sentimentalismo pareció recorrer todo su cuerpo y sus facciones. Eran ya varias las veces que, estando en compañía del señor Quin, al señor Satterthwaite le parecía estar tomando parte activa en una obra de teatro. En aquellos momentos, la impresión era especialmente intensa. Se trataba de un sueño en el que todos tenían su papel, y las palabras «mi ópalo» formaban parte de su propia intervención. Se inclinó hacia adelante.

—¿Su ópalo, señorita Nunn?

—¿Tienes la mantequilla, Henry? Gracias, Sí, mi ópalo. Sabrán ustedes que me lo robaron y que nunca más volví a recuperarlo.

—Cuéntenos la historia, por favor —pidió el señor Satterthwaite.

—Bien. Yo nací en octubre, por lo que el ópalo es mi piedra de la suerte. Por eso quise tener uno verdaderamente hermoso. Tuve que esperar largo tiempo antes de conseguirlo. Me dijeron que era uno de los más perfectos que se habían visto. No era muy grande, del tamaño de una moneda de dos chelines. Pero ¡qué color, señores! ¡Y qué fuego!

Lanzó un profundo suspiro. El señor Satterthwaite observó que la duquesa daba muestras de inquietud, pero nada podía ya impedir que la señorita Nunn continuase con su relato. Prosiguió, y las exquisitas inflexiones de su voz daban a su historia los hondos matices de una triste leyenda.

—Fue robado por un joven que se llamaba Alec Gerard. Se dedicaba a escribir obras teatrales.

—Y muy buenas por cierto —interpuso el señor Vyse con el acento de quien conoce a fondo la materia—. Recuerdo que tuve una en mi poder durante más de seis meses.

—¿Y la llegó a producir usted? —preguntó el señor Tomlinson.

—¡Oh, no! —dijo el señor Vyse, sorprendido ante tal suposición—. Pero puedo asegurarle que no me faltaron deseos de hacerlo.

—Yo tenía en ella un importante papel —explicó la señorita Nunn—. Se llamaba *Los hijos de Raquel*, aunque no había personaje alguno en la obra que respondiese a

este nombre. Vino a hablar conmigo al teatro acerca del particular. Me gustaba. Era bien parecido y muy tímido, pobre chico. Me obsequió con mi dulce favorito: una crema de menta. El ópalo estaba sobre mi tocador. Había estado en Australia y parecía saber algo acerca de esta clase de piedras. Lo cogió y lo observó detenidamente a la luz. Debió ser entonces cuando debió deslizarlo en su bolsillo, pues noté su falta tan pronto como abandonó mi camerino. Hice lo que cualquier otro hubiese hecho en mi lugar: notificarlo a la policía. ¿Lo recuerda?

Se había vuelto en dirección al señor Vyse.

—Sí, lo recuerdo —contestó éste con un gruñido.

—Encontraron el estuche vacío en sus habitaciones —continuó la actriz—. Se supo, además, que andaba muy escaso de fondos, pero al día siguiente mismo ingresó una fuerte suma de dinero en el banco. Quiso explicarlo diciendo que un amigo suyo había apostado por él en las carreras de caballos pero no hubo modo de localizar a dicho amigo. En cuanto al estuche, dijo que debió habérselo metido distraídamente en el bolsillo. Como ven ustedes, las razones que adujo en su favor carecían en absoluto de consistencia. Podía habérsele ocurrido una excusa mejor. No tuve más remedio que asistir a la vista y prestar declaración. Mi retrato apareció en todos los periódicos con gran satisfacción de mi agente, que afirmó que era una gran publicidad, pero yo, sin embargo, hubiese preferido recuperar mi ópalo.

Movió la cabeza con abatimiento.

—¿Por qué no abres la lata de piña? —sugirió Judd.

La cara de la actriz resplandeció.

—¿Dónde está?

—Acabo de dártela.

Rosina Nunn dirigió una mirada a su alrededor, vio su gran bolso de seda gris y una bolsa de seda púrpura que reposaba a su lado en el suelo. La cogió y empezó a vaciar lentamente su contenido sobre la mesa, con gran interés del señor Satterthwaite.

Salió una borla de polvos, una barrita para los labios, un pequeño joyero, una madeja de lana, otra borla, dos pañuelos, una caja de bombones de chocolate, un cortapapeles de esmalte, un espejo, una oscura cajita de madera, cinco cartas, una nuez, un pequeño pañuelo de crepé de china color malva, una cinta, medio cruasán, y por fin… la codiciada lata de piña.

—¡Eureka! —murmuró en voz baja el señor Satterthwaite.

—¿Decía usted…?

—No, nada —se apresuró a replicar el señor Satterthwaite. Y añadió—: ¡Qué cortapapeles tan bonito!

—¿Verdad que sí? Alguien que en este momento no recuerdo, me lo regaló.

—Ésa es una caja india —observó el señor Tomlinson—. Son muy ingeniosas.

—También fue un regalo —dijo la señora Nunn—. Hace tiempo que la tengo y acostumbro a ponerla siempre sobre el tocador de mi camerino. Pero no es muy

bonita, ¿verdad?

La caja era de madera negra sin adornos. Se abría por un lado y en la tapa tenía dos aletas de madera giratorias.

—Quizá no sea bonita —dijo el señor Tomlinson con una sonrisita—, pero apuesto a que no ha visto usted otra igual en su vida.

El señor Satterthwaite se inclinó hacia delante. Tuvo algo así como un extraño presentimiento.

—¿Por qué dijo usted que eran ingeniosas? —preguntó intrigado.

—¿Acaso no lo es?

El juez hizo esta pregunta dirigiéndose a la señorita Nunn. Ésta lo miró sin comprender.

—¿Supongo que no habrá necesidad de que yo les muestre su secreto?

La señorita Nunn seguía con la misma expresión.

—¿Qué secreto? —preguntó el señor Judd.

—Pero ¿es posible que no lo sepa usted?

Miró a su alrededor y sólo vio la cara de curiosidad de todos los presentes.

—¡Qué raro! ¿Puedo coger la caja un momento? Gracias.

La abrió.

—Ahora, ¿puede alguien de ustedes darme un objeto cualquiera con tal de que no sea muy grande? Aquí tenemos un pedazo de queso. Esto servirá exactamente igual para el experimento que voy a hacer. Lo coloco dentro, como ustedes ven. Después, cierro la caja.

La manipuló unos instantes.

—Ahora, vean…

La volvió a abrir. Estaba vacía.

—¡Es asombroso! —exclamó el señor Judd—. ¿Cómo lo ha hecho?

—Muy fácilmente. Hay que volver la caja boca abajo, hacer girar media vuelta la aleta de la izquierda y luego cerrar la de la derecha. ¿Quieren ustedes que el queso vuelva a aparecer? No hay sino revertir la operación anterior. Dar media vuelta a la aleta de la derecha, manteniendo cerrada la de la izquierda y con la caja siempre en posición invertida y… ¡ya está!

La caja se abrió de nuevo y un grito de asombro salió de las gargantas de todos los presentes. El queso estaba allí, pero asimismo estaba un objeto redondo que bajo la luz resplandeció con todos los colores del arco iris.

—¡Mi ópalo!

Estas palabras sonaron como la aguda nota de un clarín. Rosina Nunn se llevó las manos al pecho.

—¡Mi ópalo! —repitió—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Henry Judd tragó saliva repetidas veces.

—Creo, mi querida Rosy, que nadie sino tú pudo haberlo puesto ahí.

Alguien se levantó súbitamente y abandonó bruscamente la habitación. Era Naomi Carlton-Smith. El señor Quin salió tras ella.

—Pero ¿cuándo? —tartamudeó Rosina Nunn—. ¿Quieres decir que…?

El señor Satterthwaite observó cómo la verdad iba abriéndose paso en su cerebro. Transcurrieron dos minutos antes de que acabara de darse cuenta.

—Quiere decir que esto ocurrió aquella noche… en el teatro…

—Ya sabes —dijo Henry, tratando de buscar una justificación al hecho— que acostumbras a jugar siempre con las cosas, Rosy. Mira lo que pasó hoy con el caviar.

La señorita Nunn seguía penosamente su proceso mental.

—Sí, lo metí en la caja sin darme cuenta y entonces supongo que le di la vuelta y realicé el truco por accidente. —Por fin cayó en la cuenta—. Entonces, ¿no fue Alec Gerard quien lo robó…? —Un ronco gemido salió de su garganta—: ¡Oh, qué espantoso!

—Bien —dijo el señor Vyse—, eso puede arreglarse ahora.

—¡Pero si lleva un año en prisión! —Y con un sobresalto preguntó a la duquesa —: ¿Quién es esa muchacha? ¿Esa muchacha que acaba de salir…?

—La señorita Carlton-Smith —contestó la duquesa— estaba prometida al señor Gerard. Para ella fue un golpe muy fuerte.

El señor Satterthwaite escurrió el bulto y salió silenciosamente a la calle. Había cesado de nevar. Naomi estaba sentada sobre un bajo muro de piedra con un bloc de apuntes en la mano y varios lápices de colores desparramados a su alrededor. El señor Quin estaba de pie junto a ella.

Ofreció el bloc al señor Satterthwaite. Era un boceto hecho deprisa y corriendo, pero con algo genial. Una especie de danza calidoscópica de copos de nieve con una figura en el centro.

—¡Muy bueno! —dijo el señor Satterthwaite.

El señor Quin levantó los ojos al cielo.

—Parece que ha pasado la tormenta —dijo—. Los caminos estarán quizá un tanto resbaladizos; pero vamos, no creo que exista ahora temor alguno de que pueda ocurrir un accidente.

—No habrá ningún accidente —contestó Naomi.

Su voz era firme y encerraba un significado que el señor Satterthwaite no alcanzó de momento a comprender. Se volvió hacia éste y sonrió. Una sonrisa que era todo un poema.

—El señor Satterthwaite puede volver conmigo si quiere.

Estas palabras le revelaron el verdadero estado de desesperación en que había estado sumida.

—Bien —dijo el señor Quin—. Creo que ha llegado el momento de separarnos. Adiós.

Empezó a alejarse.

—Pero ¿adónde va? —preguntó el señor Satterthwaite haciendo ademán de seguirle.

—Supongo que al sitio de donde vino —contestó Naomi con acento muy peculiar.

—Pero si por ahí no se va a ninguna parte —advirtió el señor Satterthwaite al ver que el señor Quin se dirigía al borde mismo del precipicio en que lo encontraron al llegar—. Usted misma llamó a esto el fin del mundo —añadió devolviéndole el bloc de apuntes—. Es un boceto muy bueno. Y con un gran parecido, pero… ¿por qué le ha pintado usted con ese vestido tan curioso?

Sus miradas se cruzaron unos instantes.

—Porque es así como lo veo —contestó Naomi Carlton-Smith.

El sendero de Arlequín

(Harlequin's Lane).

El señor Satterthwaite nunca supo a ciencia cierta cuál fue la razón que le impulsó a permanecer en casa de los Denman. En primer lugar no eran de su clase. Es decir, no pertenecían ni al gran mundo ni a los no menos interesantes círculos artísticos. Eran simplemente unos filisteos y, aun entre éstos, de los más aburridos. El señor Satterthwaite los había conocido en Biarritz, había aceptado su invitación de pasar unos días con ellos y, a pesar de morirse de aburrimiento en su compañía, había vuelto una y otra vez.

—¿Por qué? —Ésa era la pregunta que se hacía en ese 21 de junio mientras se alejaba de Londres en su Rolls-Royce.

John Denman era un hombre de unos cuarenta años y una figura sólidamente establecida y respetada en el mundo comercial. Sus amigos no eran ciertamente los amigos del señor Satterthwaite y sus ideas lo eran menos aún. Era un hombre inteligente en su profesión, pero desprovisto enteramente de imaginación.

—¿Por qué lo hago? —El señor Satterthwaite volvió a repetirse la pregunta y la única contestación que obtuvo fue tan vaga y absurda que casi estuvo a punto de rechazarla: porque la única razón que se le ocurría era que una de las habitaciones de la casa (una casa cómoda y lujosamente amueblada) despertaba su curiosidad. Esa habitación era precisamente el propio gabinete de la señora Denman. Difícilmente podría expresar éste el carácter de la persona que lo ocupaba, puesto que a juicio del señor Satterthwaite, no lo tenía. Nunca había conocido a una mujer tan absolutamente inexpresiva. Tenía entendido que era rusa de nacimiento. John Denman había estado en Rusia al comienzo de la primera guerra europea, había luchado en el ejército ruso, había escapado por poco con vida al estallar la revolución y había vuelto con una joven rusa, una refugiada sin dinero. A pesar de la fuerte desaprobación de sus padres, se había casado con ella.

La habitación de la señora Denman no tenía nada de particular. Estaba lujosa y sólidamente amueblada con piezas Hepplewhite, de un aspecto más bien masculino que femenino. Pero en él había un objeto incongruente: un biombo chino lacado de tonos amarillos, crema y rosa pálido que cualquier museo se hubiera enorgullecido de poseer. Era digno de un coleccionista por lo raro y lo magnífico.

Estaba fuera de lugar en aquel ambiente genuinamente inglés. Hubiese sido la nota destacada de la habitación de haber armonizado con el conjunto. Pero esto no era suficiente motivo para que el señor Satterthwaite pudiera acusar a los Denman de falta de gusto. El resto de la casa podía considerarse como irreprochable.

Meneó la cabeza. El objeto, por trivial que pudiese parecer, le intrigaba. Era la verdadera causa de que volviera a esta casa una y otra vez. Quizá se debía únicamente a la fantasía de la mujer, una solución que no le satisfacía al pensar en la

señora Denman, una señora reposada, de duras facciones y que hablaba inglés con tal corrección que nadie hubiese sospechado que se trataba de una extranjera.

Llegado al punto de destino, se apeó bulléndole todavía en la cabeza la idea del biombo chino. El nombre de la casa de los Denman era Ashmead. Ocupaba una extensión de cinco acres en Milton Heath, que está sólo a unas treinta millas de Londres y se eleva a unos cien pies sobre el nivel del mar, y cuya población está, en su mayor parte, compuesta por gentes de condición acomodada.

El mayordomo recibió al señor Satterthwaite con su acostumbrada suavidad. Le anunció que el señor y la señora Denman habían salido para un ensayo, pero que habían dejado el encargo de que el señor Satterthwaite dispusiera a su antojo de la casa hasta su vuelta.

El señor Satterthwaite asintió y, haciendo uso del ofrecimiento, se dirigió al jardín. Después de echar un ligero vistazo a los arriates floridos, se encaminó a lo largo de un sombreado paseo y al poco rato dio con una puerta que había adosada al muro. No estaba cerrada. Pasó a través de ella y se encontró frente a un estrecho sendero.

El señor Satterthwaite miró a derecha e izquierda. Un sendero fascinante, lleno de sombra y de verdor, bordeado con altos setos, un sendero que serpenteaba grácilmente al viejo estilo. Recordaba el rótulo: ASHMEAD, SENDERO DE ARLEQUÍN. Y también recordaba otro nombre, el local, que la señora Denman le había explicado un día.

—¡El sendero de Arlequín…! —murmuró en voz queda para sí—. Me pregunto si…

Dio la vuelta a un recodo.

No en aquel momento, pero sí después, se extrañó de no haber manifestado sorpresa al encontrarse con su elusivo amigo señor Quin. Los dos hombres se dieron un fuerte apretón de manos.

—Así que está usted por aquí —dijo el señor Satterthwaite.

—Sí —contestó el señor Quin—. Paro en la misma casa que usted.

—¿De veras?

—Sí. ¿Le sorprende?

—No —dijo lentamente el señor Satterthwaite—. Sólo que… no es su costumbre permanecer largo tiempo en un mismo sitio.

—Sólo el tiempo necesario —contestó gravemente el señor Quin.

—Comprendo —dijo el señor Satterthwaite.

Caminaron en silencio durante algunos minutos.

—Este sendero… —empezó a decir el señor Satterthwaite, pero se detuvo.

—Me pertenece —completó el señor Quin.

—Me lo supuse —añadió el señor Satterthwaite—. O al menos, debería ser así. Por más que creo entender que tiene otro nombre. Un nombre que le han dado en la localidad: el sendero de los Enamorados. ¿Lo sabía usted?

El señor Quin asintió con un gesto.

—Pero, probablemente —añadió con amabilidad—, hay un sendero de los Enamorados en cada población.

—Supongo que sí —contestó el señor Satterthwaite, exhalando un pequeño suspiro.

Se sintió de pronto viejo y descentrado, el residuo marchito y seco de lo que un día fue un hombre. A cada lado se alzaban los setos con su insultante verdor.

—¿Dónde acaba este sendero? —exclamó de pronto.

—Acaba… aquí —contestó el señor Quin.

Acababan de dar la vuelta al último recodo. El sendero terminaba en una pequeña parcela de tierra agreste donde, y casi a sus pies, se abría una profunda sima. En su fondo había latas que lanzaban vivos reflejos al ser heridas por el sol y otras demasiado oxidadas para brillar, zapatos viejos, fragmentos de periódicos y otra gran variedad de artículos, todos ellos completamente inservibles.

—Un vertedero de basura —exclamó el señor Satterthwaite, que hizo una profunda inspiración con indignación.

—Algunas veces se encuentran cosas maravillosas entre las basuras —interpuso el señor Quin.

—Lo sé, lo sé —dijo el señor Satterthwaite, y recordó a continuación algo que le vino a la memoria—: «Tráeme las dos cosas más hermosas de la ciudad, dijo Dios…». Supongo que sabe usted lo que sigue.

El señor Quin asintió.

El señor Satterthwaite levantó la vista hacia las ruinas de una pequeña casita de campo, posada sobre el borde mismo del muro de contención que remataba el acantilado.

—Un panorama poco agradable para aquella casa —observó fijando su mirada en ella.

—No creo que esto fuese un vertedero de basuras en aquellos tiempos —dijo el señor Quin—. Creo que los Denman vivieron ahí a raíz de su casamiento. Se cambiaron a la gran residencia poco después de morir los viejos dueños. La casa se vino abajo al iniciarse los trabajos de explotación de una cantera, pero como puede ver no se llegó a hacer gran cosa en ese sentido.

A continuación, se volvieron y desandaron lo andado.

—Supongo —dijo el señor Satterthwaite sonriendo— que muchas parejas se pasearán a lo largo de este sendero en estas calurosas noches de verano.

—Es lo más probable.

—¡Enamorados! —murmuró el señor Satterthwaite con un suspiro.

Volvió a repetir la palabra pensativo y sin ese embarazo propio de los ingleses. Éste era el efecto que le producía el señor Quin.

—¡Enamorados! Es mucho lo que siempre ha hecho usted por ellos, señor Quin.

Éste inclinó la cabeza sin replicar.

—Los ha salvado usted frecuentemente del dolor y de algo peor que el dolor: de la muerte. Ha sido usted un abogado defensor de los mismos muertos.

—Está usted hablando de sí mismo, de lo que usted ha hecho, no de mí.

—Es lo mismo —insistió el señor Satterthwaite—. Y usted lo sabe muy bien —añadió sin que el otro replicara—. Usted ha actuado a través de mí. Por razones que todavía no se me alcanzan, no toma parte directa en las cosas.

—A veces lo hago —dijo el señor Quin.

Su voz había adquirido un nuevo y extraño matiz. El señor Satterthwaite se estremeció. La tarde, pensó, debía estar refrescando ya, pero comprobó que el sol brillaba en el cielo con todo su esplendor.

En aquel momento una muchacha apareció por el recodo que había frente a ellos. Era bonita, de ojos azules y rubios cabellos, y lucía un lindo vestido de algodón color rosa. El señor Satterthwaite la reconoció. Era Molly Stanwell, a la que había conocido en visitas anteriores.

Ella agitó una mano en señal de bienvenida.

—John y Anna acaban de marcharse —exclamó—. Suponían que habría usted llegado, pero no tuvieron más remedio que acudir al ensayo.

—¿El ensayo de qué? —preguntó el señor Satterthwaite.

—Esa especie de mascarada, no sé exactamente cómo la llamaría usted. Hay un poco de canto y de baile y una infinidad de cosas más. ¿Recuerda usted al señor Manly, aquel que tenía una bonita voz de tenor? Ése será el Pierrot y yo haré de Pierrette. Vienen dos bailarines profesionales para desempeñar los papeles de Arlequín y Colombina. Y hay además un buen coro de muchachas. *Lady* Roscheimer se dedica con tanta habilidad a enseñar a cantar a las chicas del pueblo… Se lo ha tomado muy en serio. La música es bastante bonita, aunque quizá demasiado moderna, y no entona con nada. De Claude Wickam, no sé si le conocerá usted.

El señor Satterthwaite asintió, pues como ya hemos mencionado anteriormente, consideraba su *métier* conocer a todo el mundo. Estaba enterado de las aspiraciones geniales de Claude Wickam y sabía que *lady* Roscheimer era una judía entrada en carnes y con gran *penchant* por la juventud de inclinaciones artísticas. También conocía a *sir* Leopold Roscheimer, a quien gustaba ver feliz a su esposa, sin importarle, cosa un tanto rara en un marido, el medio que ésta empleara para conseguirlo.

Encontraron a Claude Wickam tomando el té con los Denman, llenándose la boca de forma indiscriminada con todo aquello que estuviese al alcance de su mano, hablando con su acostumbrada vivacidad y moviendo sus blancas manos de forma tan aparatosa que daban la sensación de hallarse desarticuladas de los brazos. Sus ojos cortos de vista, miraban a través de unas descomunales gafas con montura de concha.

John Denman, de pie, muy lejos de ninguna tendencia a la esbeltez, escuchaba con aire aburrido. Según le pareció al señor Satterthwaite, el músico le estaba

haciendo partícipe de sus diversas opiniones. Anna Denman estaba sentada tras un servicio de té, tan quieta e inexpresiva como siempre.

El señor Satterthwaite le lanzó una furtiva mirada. Alta, muy delgada, con la piel tirante sobre sus pómulos salientes, el cabello negro simétricamente partido en el medio y una piel en que ya empezaba a notarse la acción devastadora del tiempo. Una mujer amante del sol y del aire, y poco amiga por lo visto del uso de cosméticos. Una especie de muñequita holandesa de madera, sin vida y, sin embargo…

Pensó: Algo tiene que haber tras esa pretendida indiferencia. Y lo cierto es que no hay nada… ¡Esto es lo raro! ¡Sí, es muy raro!

Se volvió de pronto a Claude Wickam y dijo:

—Perdone… ¿decía usted?

Claude Wickam, a quien le gustaba oír el sonido de su propia voz, empezó a repetir su perorata.

—¡Rusia! —dijo—. ¡Ése es el único país que hoy tiene interés en el mundo! Saben experimentar. Con vidas, si usted quiere, pero experimentan. ¡Oh, eso es magnífico!

Se metió, sin ceremonia alguna, un emparedado entero en la boca y rellenó el espacio que le quedaba disponible con un pedazo de una barra de chocolate que agitaba con la otra mano.

—Tome usted, por ejemplo —siguió diciendo, con la boca llena—, el *ballet* ruso.

Recordando de pronto a la señora de la casa, se volvió a ella y le preguntó su opinión sobre el *ballet* ruso.

La pregunta era evidentemente el preludio del punto importante: lo que en realidad Claude Wickam pensaba del *ballet* ruso. La respuesta concisa de ella le cogió completamente desprevenido.

—Nunca lo he visto —contesto ella.

—¿Qué…? —Se la quedó mirando con la boca abierta—. No querrá usted decir que…

La voz de la señora Denman siguió sonando acompasada e inexpresiva.

—Antes de mi boda yo fui bailarina. No es, pues, de extrañar que ahora…

—Se tome unas largas vacaciones —completó su marido.

—¡El baile…! —Ella se encogió de hombros—. Conozco todos sus trucos y ya no me interesa.

—¡Oh!

Claude tardó sólo un momento en recuperar su aplomo y continuó la interrumpida charla.

—Hablando de vidas —dijo el señor Satterthwaite cuando aquel hubo acabado su perorata— y de los experimentos que con ellas han hecho, la nación rusa hizo un experimento muy costoso.

Claude se volvió rápidamente hacia él.

—Ya sé lo que usted me va a decir —dijo precipitadamente—. La Kharsanova. ¡La inmortal, la única Kharsanova! ¿La vio usted bailar alguna vez?

—Tres veces —contestó el señor Satterthwaite—. Dos en París y una en Londres. Nunca la olvidaré.

Hablaba con voz casi reverente.

—También yo la vi —añadió Claude Wickam—. Tenía entonces diez años. Un tío mío me llevó a ver la representación. ¡Oh! Jamás podré olvidarla.

Lanzó un buñuelo con fuerza contra un macizo de flores.

—Hay una estatuilla de ella en el museo de Berlín —explicó el señor Satterthwaite—. Es una verdadera maravilla. Da una impresión de tal fragilidad que no parece sino que podría romperse con la uña del pulgar. La he visto haciendo de Colombina y de Ninfa en *El cisne*. ¡Era genial! —prosiguió meneando la cabeza—. Pasarán muchos años antes que vuelva a nacer una como ella. Era joven, además. Destruida, despiadada y estúpidamente, en los primeros días de la revolución.

—¡Locos! ¡Salvajes! ¡Gorilas! —aulló Wickam ahogando su voz con un sorbo de té.

—Yo estudié con la Kharsanova —dijo la señora Denman—. La recuerdo muy bien.

—¿No es verdad que era admirable? —insistió en preguntar el señor Satterthwaite.

—Sí —contestó con voz queda la señora Denman—. Era admirable.

Claude Wickam se despidió y John Denman lanzó un profundo suspiro de satisfacción que fue coreado por una sonora carcajada de su esposa.

El señor Satterthwaite asintió.

—Me figuro lo que piensa —dijo—; pero hemos de admitir, a pesar de todo, que la música que ese muchacho escribe es música.

—Si usted lo dice… —dijo Denman.

—Sin duda alguna. El tiempo que durará es otra cosa.

John Denman le miró con curiosidad.

—¿Quiere usted decir que…?

—Quiero decir que el éxito se ha presentado prematuramente, y eso es peligroso. Siempre suele ser muy peligroso. —Se volvió hacia el señor Quin—. ¿No está de acuerdo conmigo?

—Usted siempre tiene razón —contestó aquél.

—Subamos a mi gabinete —dijo la señora Denman—. Se está muy bien allí.

Subió la escalera, seguida de los demás. Al señor Satterthwaite se le cortó la respiración al encontrarse frente al biombo chino. Levantó la vista y se encontró con que los ojos de la señora Denman estaban fijos en él.

—Usted que es un hombre que siempre tiene razón —dijo moviendo la cabeza lentamente de arriba abajo en señal de aprobación—, ¿qué me dice de mi biombo?

El señor Satterthwaite sintió como si estas palabras envolviesen un reto y respondió tartamudeando:

—Que… que es hermoso. Más que hermoso, único.

—Tiene usted razón —era la voz de Denman la que sonó tras él—. Lo compramos en nuestros primeros tiempos de casados, por menos de la décima parte de su valor. Pero aun así, nos dejó renqueando cerca de un año. ¿Te acuerdas, Anna?

—Sí —contestó la señora Denman—. Lo recuerdo.

—En realidad, no podíamos comprarlo. Hoy hubiese sido diferente. Precisamente el otro día había un montón de lacados en venta en Christie's. Justo lo que necesitaríamos para hacer perfecta esta habitación. Todo chino. Podríamos quitar todo los demás. ¿Creerá, señor Satterthwaite, que mi esposa no quiso ni siquiera oír hablar de ello?

—Me gusta esta habitación tal como está —dijo la señora Denman.

Había una expresión curiosa en su cara. De nuevo, el señor Satterthwaite se sintió provocado y vencido. Miró a su alrededor y por primera vez se dio cuenta de la ausencia de todo detalle personal. No había retratos, ni flores, ni chucherías. No parecía la habitación de una mujer. Salvo por ese factor incongruente del biombo chino, pudiera muy bien habérsele tomado por la sala de exposición de un fabricante de muebles.

Vio que la señora Denman le miraba sonriente.

—Escuche —dijo.

Se inclinó hacia delante y por un momento su aspecto adquirió un matiz muy poco inglés, marcadamente extranjero.

—Le hablo porque sé que usted sabrá comprenderme —prosiguió—. Compramos ese biombo con algo más que con dinero, con amor. Por amor a él, porque era hermoso y único, prescindimos de otras cosas que necesitábamos. Esas otras piezas chinas de las que acababa de hablar mi marido, y que pueden lograrse sólo con dinero, no las habríamos conseguido con nada de nosotros mismos.

Su marido rió.

—Sea como tú quieras —dijo aunque con un deje de irritación en su voz—. Pero no me negarás que desentona en este ambiente tan inglés. Todos estos muebles son buenos y sólidos, pero de un gusto mediocre. Un ordinario, aunque moderno, Hepplewhite.

Ella asintió.

—Inglés genuino, sólido y fuerte —murmuró suavemente.

El señor Satterthwaite la miró. Creyó adivinar un significado tras estas palabras. El salón inglés, la deslumbradora belleza del biombo… No, se le había vuelto a escapar.

—Me encontré con la señorita Stanwell en el sendero —habló en tono convencional—, y me dijo que iba a hacer de Pierrette en la función de esta noche.

—Sí —dijo Denman—, y además lo hace muy bien.

—Tiene algo torpes los pies —interpuso Anna.

—Tonterías —contestó su marido—. Todas las mujeres adolecen del mismo defecto, Satterthwaite. No pueden tolerar que se alabe a otra del mismo sexo. Molly es una muchacha preciosa y ésta es la razón de que sea el blanco del odio de toda mujer.

—Hablo sólo del baile —dijo la señora Denman, al parecer ligeramente sorprendida—. Es muy bonita, no lo niego, pero vuelvo a repetir que sus pies no tienen ligereza. Y no me contradigas porque yo sé lo que es el baile.

El señor Satterthwaite intervino en la conversación con sumo tacto.

—Tengo entendido que vienen dos bailarines profesionales, ¿verdad?

—Sí. Exclusivamente para el *ballet*. El príncipe Oranoff es quien se encargará de traerlos en su coche.

—¿Sergius Oranoff?

La pregunta surgió de los labios de Anna Denman.

—¿Lo conoces?

—Lo conocí… en Rusia.

Al señor Satterthwaite le pareció que la noticia no era acogida muy favorablemente por John Denman.

—¿Crees que te reconocerá?

—Estoy segura de que sí.

Se rió con una risa que tenía algo de triunfal. Había desaparecido de su cara aquella expresión de muñeca holandesa. Movió la cabeza con expresión de convencimiento y volvió a mirar a su esposo.

—Así pues, es Sergius quien traerá a los dos bailarines. Siempre ha sido muy aficionado al baile.

—Eso recuerdo.

John Denman habló ásperamente. Luego se volvió y abandonó la habitación. El señor Quin siguió tras él. La señora Denman se dirigió al teléfono y marcó un número. Detuvo al señor Satterthwaite con un gesto cuando éste se decidía a seguir el ejemplo de los dos anteriores.

—¿Puedo hablar con *lady* Roscheimer? ¡Ah, es usted! Aquí Anna Denman al habla. ¿Ha llegado ya el príncipe Oranoff? ¿Qué…? ¿Qué? ¡Oh, querida! ¡Qué horrible!

Escuchó unos instantes más y a continuación colgó el auricular, volviéndose al señor Satterthwaite.

—Ha habido un accidente —dijo—, y no me extraña siendo Sergius Ivanovitch quien conducía. Veo que no ha cambiado nada durante estos últimos años. La muchacha no está malherida, pero ha sufrido golpes y no estará en condiciones de bailar esta noche. El hombre ha sufrido la fractura de un brazo. Sólo Sergius Ivanovitch resultó ileso. Veo que el diablo protege a sus compinches.

—¿Y qué pasará entonces con la representación?

—Exactamente, amigo mío. Habrá que tomar una resolución.

La señora Denman se sentó, pensativa. Al poco rato, volvió a levantar la vista.

—Soy una mala anfitriona, señor Satterthwaite —dijo—. No sé entretener a mis invitados.

—Por mi parte, le aseguro que no es necesario. Hay algo, sin embargo, señora Denman, que quisiera saber.

—Diga.

—¿Cómo llegó usted a conocer al señor Quin?

—Viene a menudo por aquí —contestó ella lentamente—. Creo que tiene algunas propiedades en este rincón del mundo.

—Así parece. O al menos, así pareció darme a entender esta tarde —dijo el señor Satterthwaite.

—Es… —Hizo una pausa. Su mirada se encontró con la del señor Satterthwaite —. Creo que usted le conoce mejor que yo —terminó diciendo.

—¿Yo?

—¿Me equivoco?

El señor Satterthwaite se sintió confundido. Aquella mujer perturbaba la ecuanimidad de su alma. Tuvo la sensación de que pretendía presionarle más allá de lo que estaba dispuesto a llegar, a forzarle a decir con palabras más cosas de las que la discreción le permitía en aquellos momentos.

—Usted sabe. Creo que usted sabe más de lo que pretende —dijo.

Esto era ya incienso, pero por una vez dejó de surtir el efecto apetecido. Movió la cabeza en señal de insólita humildad.

—¿Qué es lo que puede uno llegar a saber? —preguntó—. Tan poco… tan poco…

Ella asintió en silencio. Después habló sin mirarle y con voz suave y acariciadora.

—Supongamos que yo fuera a contarle algo… ¿no se reiría usted? No. Creo que no. Supongamos, pues, que para continuar uno… —Se detuvo un instante—… en su profesión tuviese que recurrir a fantasías, a pretender ser alguien que no existe, a tener que imaginar a cierta persona… Esto es sólo una suposición, entiéndame bien, nada más que eso. Pero si de pronto un día…

—Continúe —dijo con interés el señor Satterthwaite sumamente interesado.

—¡La fantasía se torna realidad! La cosa que una imaginó, lo imposible, lo que no podía ser ¡era real! ¿Es esto una locura? Contésteme usted, señor Satterthwaite. ¿Es una locura, o cree usted también que es posible?

—Yo… —Era extraño que fuera incapaz de articular frase alguna. Parecía que las palabras se le habían quedado pegadas en el fondo de la garganta.

—Insensateces —exclamó Anna Denman—. Desvaríos.

Se levantó y abandonó la habitación, dejando al señor Satterthwaite sin poder confesar su fe.

Cuando bajó a cenar, encontró a la señora Denman atendiendo a un señor alto y moreno que frisaba en los cuarenta años.

—Príncipe Oranoff… El señor Satterthwaite.

Los dos hombres se inclinaron ceremoniosamente. El señor Satterthwaite tuvo la impresión de haber interrumpido una conversación que por lo visto no había de reanudarse. Ninguno de los dos mostró, sin embargo, incomodidad alguna. El ruso hablaba con fluidez y naturalidad de cosas por las que el señor Satterthwaite sentía verdadera predilección. Era un hombre de refinado gusto artístico y pronto advirtieron que contaban con numerosas amistades en común. John Denman se les unió e inició el tema del accidente, Oranoff expresó un gran pesar por el accidente.

—No fue culpa mía. Es verdad que me gusta correr pero soy un buen conductor. Fue la fatalidad —dijo encogiéndose de hombros—, la dueña de nuestros destinos.

—Ahora habla el ruso que hay en ti, Sergius Ivanovitch —dijo Anna Denman.

—Y encuentra por lo visto eco en ti, Anna Mikalovna —respondió rápidamente el príncipe.

El señor Satterthwaite miró a los tres hombres, uno tras otro. John Denman, rubio, retraído, inglés; y los otros dos, morenos, delgados y curiosamente parecidos. Un recuerdo le vino a la mente. ¿Cuál era? ¡Ah, sí! ¡Ya lo tenía! El primer acto de *Las valquirias*. Siegmund y Sieglinde, ambos tan parecidos, y el extranjero Hunding. Empezaron a brotar conjeturas en su cerebro. ¿Era acaso éste el motivo de la presencia del señor Quin? De una sola cosa estaba seguro. De que donde quiera que el señor Quin hiciese su aparición forzosamente había un drama. ¿Iba a ser allí? ¿Aquellos tres venerables personajes bordeaban la tragedia? Se sintió decepcionado. Había esperado algo mejor.

—¿Has dispuesto algo, Anna? —preguntó Denman—. Supongo que no habrá más remedio que suspender el festival. Te oí telefonear a los Roscheimer.

Ella movió la cabeza.

—No, no es necesario suspenderlo.

—Pero nada se puede hacer sin el *ballet*.

—Es verdad que no hay mascarada posible sin un Arlequín y una Colombina —admitió Anna Denman con sequedad—, pero no te preocupes, John. Habrá una Colombina. Yo.

—¿Tú?

¡Está asombrado, confundido!, pensó el señor Satterthwaite.

Ella asintió con expresión tranquila.

—No temas, John. No te defraudaré. No olvides que ésta fue mi profesión.

El señor Satterthwaite pensó: ¡Qué cosa más extraordinaria es una voz! ¡Lo que llega a decir y aun a insinuar sin decirlo! ¡Cuánto daría por saber…!

—Bien —contestó John Denman con visible disgusto—. Eso resuelve la mitad del problema. ¿Y la otra mitad? ¿La del Arlequín?

—Lo he encontrado… ¡allí!

Hizo un gesto en dirección a una puerta que acababa de abrirse y en cuyo marco apareció la esbelta figura del señor Quin. Éste contestó el gesto con una alegre sonrisa que tenía algo de asentimiento.

—¡Por el amor de Dios, Quin! —exclamó John Denman—. ¿Acaso entiende usted de esto? Nunca me lo hubiese imaginado.

—Un experto en la materia responde por el señor Quin —dijo su esposa—. El señor Satterthwaite lo respalda.

Sonrió a éste y el hombrecillo no pudo por menos de murmurar:

—Sí, sí. Respondo por el señor Quin.

John Denman desvió el curso de la conversación.

—¿Saben ustedes que al festival le sigue un baile de disfraces? Una complicación. Tendremos que vestirlo, Satterthwaite.

Éste movió la cabeza de un lado a otro.

—Mis años me excusan. —De repente se le ocurrió una brillante idea. Cogió una servilleta y se la colgó bajo el brazo—. Ya está: soy un viejo camarero que ha pasado ya sus mejores años.

Y se echó a reír.

—Una profesión interesante —añadió el señor Quin—. Se aprende mucho en ella.

—Yo tendré que ponerme el consabido traje de Pierrot —dijo John Denman lúgubremente—. De todos modos, hace un poco de fresco y no me molestará. ¿Y usted?

Y miró a Oranoff.

—Yo tengo un disfraz de Arlequín —contestó el ruso, posando unos instantes su mirada en el rostro de la anfitriona.

Sería quizá sólo una ilusión, pero al señor Satterthwaite le pareció que durante unos instantes la atmósfera se tornaba tensa.

—Entonces cabría la posibilidad de que fuésemos tres los Arlequines —comentó Denman con una carcajada—. Yo también tengo otro antiguo traje de Arlequín que mi esposa me encargó a poco de casarnos con motivo de no sé qué festival. —Se detuvo para contemplar la amplitud de la pechera de su camisa y añadió—: No creo que ahora me vaya bien.

—No, tampoco yo creo que te quepa —dijo su esposa.

De nuevo su voz pareció adquirir una extraña significación.

Miró el reloj.

—Si Molly no viene pronto, mejor será que no esperemos.

Pero en aquel momento fue anunciada la muchacha. Llevaba ya su vestido de Pierrette en verde y blanco, y estaba realmente encantadora con él. Al menos así lo apreció el señor Satterthwaite.

La muchacha rebosaba de entusiasmo y de emoción ante la perspectiva de la representación.

—Estoy poniéndome cada vez más nerviosa —anunció mientras tomaban el café después de la cena—. Sé que me temblará la voz y que me olvidaré del texto.

—Tu voz es admirable, Molly —dijo Anna—. Si estuviera en tu lugar, no me preocuparía lo más mínimo.

—No lo puedo remediar. Lo otro, en cambio, no me da miedo. Me refiero al baile. Sé que saldrá bien. Quiero decir que no creo que sea fácil equivocarse con los pies. ¿No lo cree usted así?

Fue a Anna a quien le hizo la pregunta, pero ésta se limitó a decir:

—¿Quieres cantarle algo al señor Satterthwaite? Verás como él también te animará a que deseches todas esas preocupaciones.

Molly se sentó al piano. Su voz, fresca y bien timbrada, entonó una vieja balada irlandesa:

Sheila, trigueña Sheila, ¿qué es lo que ves?
¿Qué es lo que ves, lo que ves en el fuego?
Veo al doncel que me ama y al doncel que me abandona.
Y a un tercero, como una sombra, que es el que me hace sufrir.

Continuó cantando todas las estrofas de la balada. Al acabar, el señor Satterthwaite hizo calurosos gestos de aprobación.

—La señora Denman tiene razón. Su voz es deliciosa. Quizá no esté todavía lo suficientemente educada, pero es exquisitamente natural y con esa inequívoca nota de juventud que tanto la realza.

—Exacto —asintió John Denman—. Cante usted así, Molly, y no se deje dominar por el miedo escénico. Ahora lo mejor será que vayamos a casa de los Roscheimer.

Se separaron para proveerse de capas y, como hacía una noche hermosa, decidieron hacer el camino a pie hasta la otra casa distante sólo unos cientos de yardas.

El señor Satterthwaite se encontró sin darse cuenta junto a su amigo.

—No sé cómo explicármelo —empezó diciendo—, pero lo cierto es que esa canción me hizo pensar en usted: «Y a un tercero como una sombra…». ¿No cree usted que hay algo misterioso en esas palabras? Y donde quiera que haya misterio pienso precisamente en usted.

—¿Acaso soy tan misterioso? —sonrió el señor Quin.

El señor Satterthwaite asintió vigorosamente.

—Indudablemente. Hasta esta noche no hubiera imaginado que fuera usted un bailarín profesional.

—¿De veras? —comentó el señor Quin.

—Escuche esto —dijo el señor Satterthwaite, tarareando el motivo amoroso de *Las valquirias*—. Esto es lo que sonaba esta noche constantemente en mi cabeza mientras observaba a esos dos.

—¿A qué dos?

—Al príncipe Oranoff y a la señora Denman. ¿No ha notado usted el gran cambio que se ha producido en ella esta noche? Parecía como si una ventana se hubiese abierto y mostrara una gran luz en su interior.

—Sí. Quizá sea como usted dice.

—La eterna historia dramática, ¿no le parece a usted? —prosiguió el señor Satterthwaite—. Esos dos han nacido el uno para el otro. Pertenecen a un mismo mundo y piensan, sueñan y quieren de un modo idéntico. Resulta imaginable lo que pasó. Hace diez años John Denman debió de ser un joven arrogante, deslumbrante, una figura romántica. Y salvó su vida. Todo ello, perfectamente natural. Pero hoy… ¿qué es a fin de cuentas? Un buen hombre, mimado por la fortuna, pero nada más que mediocre. Un prototipo de inglés corriente y honrado. Algo parecido al mobiliario Hepplewhite de las habitaciones de arriba. Tan inglés y tan corriente como esa linda muchacha inglesa de voz fresca y armoniosa, si bien poco educada. ¡Oh! No se atreva a negar nada de lo que hasta aquí he dicho.

—No niego nada, al contrario. Observo que tiene usted siempre razón. Y sin embargo…

—Sin embargo, ¿qué?

El señor Quin se inclinó hacia delante. Sus melancólicos ojos oscuros buscaron los del señor Satterthwaite.

—¿Será posible que haya usted aprendido tan poco de la vida? —preguntó como en un suspiro.

Se alejó, dejando al señor Satterthwaite intranquilo, sumido en una meditación tan profunda que, en la mera selección de una bufanda con que proteger su cuello, tardó el tiempo suficiente para que sus compañeros se hubiesen alejado, perdiéndose en las sombras de la noche. Salió al jardín y se dirigió a la misma puerta que distraídamente, y sólo pocas horas antes, cruzara. El sendero estaba iluminado por los plateados rayos de la luna y desde el umbral se percató de la presencia en él de dos figuras fuertemente entrelazadas.

Por un momento creyó…

Después se convenció: eran John Denman y Molly Stanwell. La voz del primero llegó a su oído áspera y anhelante.

—No puedo vivir sin ti. ¿Qué vamos a hacer?

El señor Satterthwaite quiso retroceder por donde había venido, pero una mano le detuvo. Alguien más, alguien a quien hasta entonces no había visto, estaba a su lado. Alguien cuyos ojos también habían visto.

Una sola mirada a la cara de aquella mujer le bastó para convencerse de lo erróneo de sus suposiciones.

Aquella angustiada mano le obligó a permanecer en el mismo sitio que ocupara hasta que las dos figuras hubieron desaparecido por el sendero. Se encontró de pronto pronunciando palabras que intentaron ser de consuelo, pero que nada lograron ante la intensidad del dolor que creyó adivinar. Ella sólo habló una vez.

—¡Por favor! ¡No me deje usted!

La súplica le llegó al alma. Después de todo, aún podía ser de utilidad para alguien. Siguió diciendo cosas que nada significaban, pero que eran siempre, y más en aquellos momentos, mejores que el silencio. Se dirigieron a la casa de los Roscheimer. Una mano se posó confidencialmente sobre uno de sus hombros, indicando con ligeros estremecimientos de sus dedos la alegría que le producía verse acompañada. Sólo la retiró al llegar al punto de destino. Se quedó muy erguida, con la cabeza alta.

—¡Ahora —dijo— bailaré! No tema usted por mí, amigo mío. ¡Bailaré!

Se alejó bruscamente. El señor Satterthwaite se vio atrapado por *lady* Roscheimer, que apareció cargada de diamantes y de lamentos. Claude Wickam se encargó de hacerle coro:

—¡Esto es una catástrofe! ¡Una catástrofe completa! ¡Sólo a mí me ocurren estas cosas! ¡Esta serie de calabacines campesinos que se empeñan en creer que saben bailar! ¡Si al menos me hubiesen consultado!

Así continuo indefinidamente. Había encontrado el más bondadoso de los oyentes, un oyente que, además, sabía. Y se entregó a una verdadera orgía de autocompasión. Sólo terminó al oírse los primeros acordes de la orquesta.

El señor Satterthwaite pareció despertar de sus sueños. El crítico estaba nuevamente alerta. Wickam sería un asno, pero sabía escribir música, una música delicada y vaporosa como la túnica de un hada, pero desprovista todavía del divino toque del inmortal genio.

El escenario era magnífico. *Lady* Roscheimer jamás escatimaba gasto alguno cuando se trataba de ayudar a sus protegidos. Representaba un prado de la Arcadia, con efectos de luz que prestaban la adecuada atmósfera de irrealidad.

Dos figuras se movían ligeras, siguiendo el ritmo clásico de la leyenda. El esbelto Arlequín, con sus facciones ocultas bajo el típico antifaz y haciendo brotar estrellas de la luna al conjuro de su mágica varilla… Y una nívea Colombina grácil y vaporosa como una visión.

El señor Satterthwaite se irguió. Había vivido aquello con anterioridad. No podía ser…

Su cuerpo se trasladó muy lejos del salón de *lady* Roscheimer. Estaba en el museo de Berlín, ante la estatua de una inmortal Colombina.

Arlequín y Colombina seguían bailando. El mundo parecía pequeño bajo sus pies…

Un chorro plateado de luz y una figura humana que vaga por la arboleda, cantando al astro de la noche. Es Pierrot, Pierrot que ha visto a Colombina y ha dejado de conocer el descanso. Los dos inmortales se desvanecen, pero un momento antes Colombina ha mirado hacia atrás y ha escuchado la canción de un humano corazón. Pierrot vagando por el bosque… luego oscuridad… y una voz que se extingue en la lejanía.

Los prados de la villa, danza de muchachas del pueblo, Pierrots y Pierrettes, Molly como Pierrette. Nada de baile —Anna Denman es la que baila—, sino que con una voz fresca y timbrada canta su canción: «Pierrette baila en el prado».

Bonita balada. El señor Satterthwaite movió la cabeza con signos de aprobación.

Wickam no podía por menos que componer bien, si a ello le obligaban las circunstancias. Las muchachas del pueblo le exasperaban, pero *lady* Roscheimer era irresistible en su filantropía.

Incitan a Pierrot a tomar parte en el baile. Éste se niega y continúa vagando tras su quimérico ideal. Empieza a caer la noche. Arlequín y Colombina siguen bailando mezclados entre la inconsciente muchedumbre.

El lugar queda solitario. Sólo está Pierrot que, triste y fatigado, acaba durmiéndose profundamente sobre un herboso talud. Arlequín y Colombina bailan a su alrededor. De pronto despierta y ve a Colombina. Le declara en vano su amor, suplica, ruega, se humilla…

Ésta queda unos instantes indecisa. Arlequín trata inútilmente de hacerle señas para que se aleje. Pero ella ya no le ve. Está embebida escuchando a Pierrot, el canto de amor que nuevamente vierte en sus oídos. Termina cayendo en sus brazos y cae lentamente el telón.

El segundo acto representa la choza de Pierrot. Colombina está sentada junto al hogar, pálida, triste. Escucha, abismada. Pero ¿qué? Pierrot sigue cantándole sus trovas. No se aparta de su pensamiento. La tarde se oscurece. Se oye a lo lejos el retumbar del trueno… Colombina abandona su rueca. Está agitada, ansiosa… Ya no escucha a Pierrot. Es su propia música la que parece sonar en el aire. La música de Arlequín y Colombina… Ha despertado al fin y vuelve a recordar.

¡Otro trueno estalla! La figura de Arlequín se destaca en el marco de la puerta. Pierrot no puede verle, pero sí Colombina, que ríe y salta de gozo. Entran unos niños corriendo, pero ella los aparta. Estalla el rayo y las paredes se derrumban. Colombina y Arlequín siguen bailando a la intemperie.

Rasgan las tinieblas los ecos de las notas del canto de Pierrette. Vuelve a hacerse lentamente la luz. Y vuelve a aparecer la choza. Pierrot y Pierrette, sobre los que ya ha caído la nieve de los años, se sientan junto al fuego en dos sillones. La música es

dulce, pero apagada. Pierrette cabecea en su silla. A través de la ventana entran a torrentes los plateados rayos de la luna y, con ellos, el motivo de la ya olvidada balada de Pierrot. Él se agita en su silla.

Música suave… de hadas. Colombina y Arlequín están en el exterior. La puerta se abre y Colombina entra bailando. Se inclina sobre el dormido cuerpo de Pierrot y deposita un beso en sus labios.

Vuelve a retumbar el trueno y desaparece Colombina por la puerta. En el centro de la escena está la ventana iluminada a través de la cual se ven las figuras de Arlequín y Colombina que, sin dejar de bailar, se alejan hasta perderse de vista…

Crepita un leño. Pierrette se despierta incómoda, se dirige a la ventana y corre las cortinas. Y termina la obra con un súbito discorde.

El señor Satterthwaite permaneció inmóvil en medio del aplauso y la algarabía consiguientes. Al fin se levantó y decidió abandonar la sala. En el camino se tropezó con Molly Stanwell, que, acalorada y jadeante, recibía las felicitaciones de los asistentes. Vio también a John Denman abriéndose paso a través de la muchedumbre y una extraña expresión en la mirada. Molly se dirigió hacia él, pero éste la apartó con brusquedad inconsciente. No era pues a ella a quien buscaba.

—¿Y mi esposa? ¿Dónde está mi esposa?

—Creo que salió al jardín.

Fue, sin embargo, el señor Satterthwaite quien la encontró sentada en un banco que había al pie de un ciprés. Al llegar junto a ella, hizo algo muy particular. Se arrodilló y le besó con toda reverencia las manos.

—¡Ah! —dijo ella—. ¿Cree usted que he bailado bien?

—Ha bailado usted como siempre, *madame* Kharsanova.

Ella ahogó un grito.

—Entonces… ¿me ha reconocido usted?

—Hay sólo una Kharsanova en el mundo. Nadie que la hubiese visto podría olvidarla. Pero… ¿por qué? ¿Por qué?

—¿Qué otra cosa hubiese podido hacer?

—¿Qué quiere usted decir…?

Habló con perfecta naturalidad. Volvía a ser la de siempre.

—Usted es un hombre de mundo y sabrá comprenderme. Una gran bailarina puede tener cuantos amantes quiera. Pero una esposa es diferente. A él no le gustaba lo primero. Quería que le perteneciese y, como Kharsanova, no hubiera podido pertenecer enteramente a hombre alguno.

—Comprendo —contestó el señor Satterthwaite—. ¿Y renunció usted a la gloria?

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

—Debió usted amarle mucho —dijo el señor Satterthwaite con dulzura.

—¿Para haber hecho ese sacrificio? —Y se echó a reír.

—No. Por haberlo hecho con el corazón alegre.

—Ah, sí. Quizá tenga usted razón.

—¿Y ahora? —preguntó el señor Satterthwaite.

El rostro de ella adquirió una expresión de extrema gravedad.

—¿Ahora? —Se detuvo. Luego levantó la voz y habló, dirigiéndose a uno oscuros matorrales.

—¿Eres tú, Sergius Ivanovitch?

La figura del príncipe Oranoff se destacó de entre las sombras. Tomó la mano que ella le tendía y sonrió al señor Satterthwaite.

—Hace diez años lloré la muerte de Anna Kharsanova —dijo con sencillez—. Lo era todo para mí. Hoy la he encontrado de nuevo y nunca más volveremos a separarnos.

—Espérame al final del sendero dentro de diez minutos —dijo Anna—. No faltaré.

Oranoff se inclinó y desapareció en dirección a la casa. La bailarina se volvió hacia el señor Satterthwaite con una sonrisa que le bailaba en los labios.

—No ha quedado satisfecho, ¿verdad, amigo mío?

—¿Sabe usted —dijo abruptamente el señor Satterthwaite— que su marido la anda buscando?

Vio que sus facciones se contraían con un ligero temblor, pero su voz seguía firme.

—Sí —dijo gravemente—, quizá sí.

—Vi la expresión de sus ojos y… —Se detuvo bruscamente.

Ella seguía en perfecta calma.

—Es posible. Le durará quizá una hora. Una hora en que volverán a surgir en su memoria el recuerdo de otras horas felices llenas de música, de risas y de ensueño… pero eso es todo.

—Entonces… ¿no hay nada más que pueda añadir?

Se sintió viejo y sin fuerzas.

—Durante diez años he vivido con el hombre a quien amo —declaró Anna Kharsanova—. Ahora volveré al lado del hombre que durante diez años me amó a mí.

El señor Satterthwaite nada dijo. Se le habían agotado todos los razonamientos. Además, ésta le parecía la única y posible solución. Sólo que… no era ésta, en realidad, la que él hubiese deseado. Sintió que una mano se posaba en su hombro.

—Lo sé, amigo mío, lo sé. Pero no hay terceros caminos en el amor. Comprendo que es ley natural la de ir siempre en pos del perfecto, del soñado y eterno amante… Es la música de Arlequín la que subyuga nuestras almas. Pero no hay amor que satisfaga, porque todos los amantes, al fin y al cabo, son mortales. Y Arlequín es sólo un mito, un ser invisible, a menos que…

—Concluya…

—A menos que su verdadero nombre no sea precisamente el de Arlequín, sino el de… Muerte…

El señor Satterthwaite se estremeció. Ella se alejaba y desapareció engullida por las sombras del jardín…

Nunca supo cuánto tiempo permaneció sentado en aquel banco. Mas, de pronto, se levantó con el presentimiento de que había estado perdiendo el tiempo. Impelido por una fuerza misteriosa, casi a despecho de sí mismo, se encaminó en una determinada dirección.

Al llegar al sendero, creyó perder la noción de la realidad de las cosas. ¿La mágica influencia del astro de la noche? Vio a dos figuras que se acercaban en dirección a él. Una de ellas vestía el inconfundible traje de Arlequín. Oranoff, se dijo el señor Satterthwaite. De pronto, y al pasar por su lado, se dio cuenta de su equivocación. Aquel cuerpo, fino y cimbreante, sólo podía pertenecer a una persona: al señor Quin…

La pareja se dirigió rápidamente a lo largo del sendero con pies que más parecían deslizarse en el aire. El señor Quin volvió un instante la cabeza hacia atrás. El señor Satterthwaite experimentó una sacudida. No era ya la misma cara del señor Quin, de sólo unos momentos antes. Ahora eran las facciones de un extraño. Tampoco podía calificarlas así. Eran, ¡ah, sí!, las que John Denman hubiese muy bien podido tener antes de que la vida le colmara con sus dones. Rasgos de impaciencia, de afán, de aventura, de juventud, de ingenuidad y de pasión, a un tiempo…

Ella reía felizmente en sus brazos… Los siguió con la mirada y a lo lejos distinguió las luces vacilantes de una pequeña choza. Todo parecía como un sueño.

Una mano que se posó en su hombro le devolvió crudamente a la realidad. Se volvió bruscamente y se encontró cara a cara con Sergius Oranoff. El hombre estaba pálido e inquieto.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? —preguntó el príncipe con la cara desencajada—. Me prometió… y no ha venido todavía…

—*Madame* acaba de pasar por el sendero… sola.

La voz de la doncella de la señora Denman había hablado desde la oscuridad de la puerta. Esperaba allí su vuelta con uno de sus abrigos.

—Estaba aquí y la vi pasar —añadió.

El señor Satterthwaite le preguntó con voz entrecortada por una súbita sospecha:

—¿Sola? ¿Dice usted que iba… sola?

La doncella abrió desmesuradamente los ojos.

—Sí, señor —contestó—. ¿Acaso no la vio usted también?

El señor Satterthwaite asió con fuerza un brazo de Oranoff.

—No hay tiempo que perder —dijo—. Me temo…

Corrieron apresuradamente sendero abajo. El ruso no cesaba de proferir frases que no guardaban ilación alguna.

—Es una criatura admirable. ¡Cómo bailó esta noche! Ese amigo suyo, ¿quién es? Es maravilloso, único. Cuando ella bailaba, hace años, la Colombina de Rimsky Korsakoff jamás pudo encontrar el Arlequín perfecto. Mordroff, Kassnine, ninguno

logró satisfacerle. Me lo dijo una vez. Siempre que bailaba lo hacía con el pensamiento fijo en un Arlequín ideal, un hombre que no existía. Era el mismo Arlequín que bailaba con ella. Era su fantasía la que lograba una Colombina tan maravillosa.

El señor Satterthwaite asentía. En su cabeza latía un único pensamiento.

—¡Deprisa! —decía sin cesar—. Antes de que sea demasiado tarde. ¡Hemos de llegar a tiempo!

Torcieron el último recodo y llegaron frente al borde de la profunda sima. En el fondo de la misma, vieron algo que con seguridad no había estado allí momentos antes: el cuerpo tendido de una mujer en una posición llena de armonía, con los brazos tendidos en cruz y la cabeza echada hacia atrás. Una cara y un cuerpo a los que ni aun la muerte había logrado desproveer de su natural hermosura.

El recuerdo de unas palabras volvió súbitamente a la memoria del señor Satterthwaite: «A veces se encuentran cosas maravillosas entre estas montañas de desperdicios…». Ahora comprendía su sentido.

Oranoff murmuraba frases entrecortadas. Las lágrimas corrían abundantemente por sus mejillas.

—La quise. Siempre la he querido.

Empleó después las mismas palabras que sólo horas antes se le ocurrieran también al señor Satterthwaite.

—Pertenecíamos a un mismo mundo y pensábamos, soñábamos y queríamos de un modo idéntico. La hubiese amado el resto de mi vida…

—¿Cómo lo sabe usted…?

El ruso se le quedó mirando fijamente, ante la displicente impertinencia del tono con que el señor Satterthwaite pronunció estas palabras.

—¿Cómo lo sabe usted? —repitió impávido el señor Satterthwaite—. Todos los amantes creen y dicen lo mismo. Sólo existe un amor, en realidad…

Se volvió y a los pocos pasos se dio casi de bruces con el señor Quin. El señor Satterthwaite lo asió por un brazo y se lo llevó aparte con gran agitación.

—Fue usted —dijo—, fue usted, quien hace unos momentos se encontraba con ella, ¿verdad?

—Podría decirse así, si lo desea —contestó suavemente.

—¿Y la doncella no le vio?

—La doncella no me vio.

—Pero yo sí. ¿Por qué?

—Quizá, como resultado del precio que usted ha pagado, ve cosas que los otros no ven.

El señor Satterthwaite le miró sin comprender un minuto o dos. Luego se echó a temblar como un azogado.

—¿Qué lugar es éste? —susurró—. ¿Qué lugar es éste?

—Se lo dije ya antes. Es mi sendero.

—Un sendero de enamorados —murmuró el señor Satterthwaite—. Y la gente pasa por él.

—La mayoría, tarde o temprano.

—Y al final de él, ¿qué es lo que encuentran?

El señor Quin sonrió. Su voz era muy dulce, cuando señaló con un dedo la ruinosa casita que se dibujaba en lo alto.

—Quizá la choza de sus sueños… o quizá sólo un montón de escombros. ¿Quién sabe?

El señor Satterthwaite le miró con estupor. Se sintió invadido por la ira. Se sintió engañado, defraudado.

—Pero ¿y yo? —preguntó con voz entrecortada por la emoción—. Yo nunca tuve la dicha de pasar por ese sendero.

—¿Y lo lamenta?

El señor Satterthwaite se sintió abatido. El señor Quin pareció adquirir de pronto las descomunales proporciones de algo terrible y amenazador: felicidad, tristeza, desesperación…

Y el alma candorosa del señor Satterthwaite se sintió dominada por un repentino espanto.

—¿Y lo lamenta? —volvió a repetir el señor Quin. Había algo siniestro en él.

—No —balbuceó el señor Satterthwaite—. No.

Mas, de pronto, pareció reaccionar.

—Pero veo las cosas —dijo con desesperación—. Quizá haya sido un mero espectador en la vida, pero veo las cosas como ningún otro ser las ve. Fue usted mismo quien lo dijo, señor Quin.

Pero el señor Quin se había desvanecido.

Detectives aficionados

(The Love Detectives).

El diminuto señor Satterhwaite miraba pensativo a su anfitrión. La ansiedad entre aquellos dos hombres era bien curiosa. El coronel era un sencillo campesino cuya única pasión la constituía el deporte. Las pocas semanas que se veía obligado a vivir en Londres, las pasaba muy a disgusto. El señor Satterhwaite, en cambio, era un pájaro de ciudad… una autoridad en cocina francesa, vestidos femeninos y conocía todos los escándalos más recientes. Su afición predilecta era el estudio de la naturaleza humana, y era un experto en su especialidad… de espectador de la vida.

Por lo tanto, y al parecer, el coronel Melrose y su amigo diferían bastante, ya que el coronel no se interesaba por los asuntos de sus semejantes, y sentía verdadero horror por toda clase de emociones. Eran amigos principalmente porque ya sus padres lo habían sido. Además conocían a las mismas personas, y sus opiniones acerca de los *nouveaux riches* eran retrógradas.

Eran casi las siete y media. Los dos hombres se hallaban sentados en el cómodo despacho del coronel, quien refería, con el entusiasmo de todo cazador, una batida a caballo que se corrió el invierno anterior. El señor Satterthwaite, cuyos únicos conocimientos sobre equinos consistían en las visitas a las cuadras, los domingos por la mañana, como es costumbre en las antiguas casas de campo, le escuchaba con su cortesía habitual.

El timbre del teléfono interrumpió a Melrose, que dirigiéndose a la mesa se dispuso a contestar a la llamada.

—Diga, sí… Habla el coronel Melrose. ¿Qué dice usted?

Su aspecto cambió… haciéndose más seco y oficioso. Ahora hablaba el magistrado, no el deportista.

Escuchó unos momentos y al cabo dijo, lacónico:

—Está bien, Curtis. Iré enseguida.

Dejó el teléfono en la horquilla y volvióse hacia su invitado.

—El señor James Dwighton ha sido encontrado asesinado en su biblioteca.

—¿Qué?

Satterthwaite estaba sorprendido… emocionado.

—Debo ir a Alderway enseguida. ¿Quiere usted venir conmigo?

El señor Satterthwaite recordó entonces que el coronel era jefe de policía del condado.

—Si no he de estorbarle…

—En absoluto. Era el inspector Curtis quien ha telefoneado. Es un individuo honrado y bonísimo, pero no demasiado listo. Celebraré que me acompañe, Satterthwaite. Tengo la impresión de que va a resultar un asunto poco agradable.

—¿Han cogido ya al culpable?

—No —repuso Melrose bruscamente.

El señor Satterthwaite percibió una ligera reserva en lo tajante de su negativa, y trató de volver a su memoria todo lo que sabía de los Dwighton.

El finado *sir* James fue un anciano orgulloso de ademanes bruscos. Un hombre que debió crearse enemigos muy fácilmente… frisaba en los sesenta…, tenía los cabellos grises, el rostro sonrosado… y fama de ser muy tacaño. Luego pasó a *lady* Dwighton. Su imagen apareció en su mente, joven, esbelta y aureolada por sus cabellos cobrizos. Recordó asimismo varios rumores, insinuaciones, ciertos comentarios. De modo que era por eso… por lo que Melrose parecía tan malhumorado. Se rehizo… se estaba dejando llevar un tanto de su imaginación.

Cinco minutos después el señor Satterthwaite tomaba asiento junto a su anfitrión en el dos plazas de este último.

El coronel era un hombre taciturno. Habían recorrido una milla y media antes de que hablara.

—Supongo que usted les conoce —dijo de repente.

—¿A los Dwighton? Claro que los conozco. A él creo que le vi una vez, a ella muy a menudo.

—¿Es que existía acaso alguien que él no conociera?

—Una mujer muy bonita —dijo Melrose.

—¡Hermosisíma…! —rectificó el señor Satterthwaite.

—¿Usted cree?

—Un tipo netamente renacentista —declaró Satterthwaite acalorándose por el tema—. La primavera pasada actuó en una de sus funciones benéficas… *matinées*, ya sabe, y me sorprendió muchísimo. No tiene nada de moderna… es una pura reliquia. Se la puede imaginar en el palacio Doge, o como Lucrecia Borgia.

El coronel hizo un viraje brusco y el señor Satterthwaite tuvo que interrumpirse bruscamente. Se preguntaba que fatalidad había puesto el nombre de Lucrecia Borgia en su boca. En aquellas circunstancias…

—Dwighton no habrá sido envenenado, ¿verdad? —preguntó de improviso.

Melrose le miró de soslayo con cierta curiosidad.

—Quisiera saber por qué lo pregunta —le dijo.

—¡Oh, no… no lo sé! Se me acaba de ocurrir.

—Pues no —replicó Melrose—. Si es que quiere saberlo, le diré que le golpearon en el cráneo.

—Con un objeto contundente —murmuró Satterthwaite moviendo la cabeza.

—No hable como los detectives de las novelas, Satterthwaite. Le dieron en la cabeza con una figura de bronce.

—¡Oh! —exclamó Satterthwaite, y volvió a guardar silencio.

—¿Sabe algo de un sujeto llamado Paul Delangua? —preguntó Melrose al cabo de unos minutos.

—Sí. Es un joven bien parecido.

—Eso creo que deben pensar las mujeres —gruñó el coronel.

—¿No es de su agrado?

—No.

—Pues yo hubiera supuesto lo contrario. Monta muy bien.

—Como el forastero en los rodeos. Está lleno de trucos y monerías.

El señor Satterthwaite contuvo una sonrisa. El pobre Melrose era tan británico en sus puntos de vista… en cambio él, consciente de los suyos tan cosmopolitas, deploraba su actitud ante la vida.

—¿Ha estado por aquí? —preguntó.

—Estuvo en Alderway con los Dwighton. Corren rumores de que *sir* James le despidió hace una semana.

—¿Por qué?

—Le encontró haciéndole el amor a su mujer me figuro. ¿Qué día…?

Frenó violentamente, mas no consiguió evitar el choque.

—Hay cruces muy peligrosos en Inglaterra —dijo Melrose—. De todas maneras, ese tipo debió haber tocado el claxon. Nosotros vamos por la carretera principal. Me imagino que le habremos hecho más daño nosotros a él que él a nosotros.

Saltó al suelo. Un hombre se apeaba también del otro vehículo. Varios fragmentos de conversación llegaron hasta Satterthwaite.

—Creo que ha sido culpa mía —decía el desconocido—. Pero no conozco muy bien esta parte del país, y no hay ninguna señal que advierta que por aquí se sale a la carretera principal.

El coronel, ablandado, le contestó en el mismo tono amistoso. Los dos se inclinaron sobre el automóvil del desconocido para examinarlo en compañía del chofer. La conversación giró sobre temas técnicos.

—Será cosa de media hora —dijo el desconocido—. Pero no quiero entretenerle. Celebro que su coche no haya sufrido ningún desperfecto.

—A decir verdad… —comenzó el coronel, mas tuvo que interrumpirse.

El señor Satterthwaite, con gran excitación, se apeó con la agilidad de un pájaro y tendió calurosamente su mano al desconocido.

—*¡Es usted!* Creí reconocer su voz —declaró excitado—. ¡Qué casualidad! ¡Qué extraordinaria casualidad!

—¿Eh? —exclamó el coronel Melrose.

—El señor Harley Quin. Melrose, estoy seguro de que me ha oído hablar muchas veces del señor Quin.

El coronel Melrose no pareció recordarle, pero contempló la escena mientras su amigo seguía charlando.

—No le he visto… desde… déjeme pensar…

—Desde la noche aquella, en las Campanillas de Arlequín —repuso el otro tranquilamente.

—¿Las Campanillas de Arlequín? —se extrañó el coronel.

—Es una taberna —explicó el señor Satterthwaite.

—¡Qué nombre tan curioso para una taberna!

—Es una muy antigua —replicó el señor Quin—. Recuerdo que hubo un tiempo en que las Campanillas de Arlequín eran más corrientes que ahora en Inglaterra.

—Supongo que sí; sin duda que tiene usted razón —le contestó Melrose.

Parpadeó. Por un curioso efecto de luz… debido a los faros de uno de los coches y las luces rojas posteriores del otro… el señor Quin parecía estar vestido como Arlequín. Pero era sólo una cosa de la luz.

—No podemos dejarle abandonado en medio de la carretera —continuó el señor Satterthwaite—. Véngase con nosotros. Hay sitio de sobra para tres, ¿no es cierto, Melrose?

—¡Oh, desde luego!

Pero la voz del coronel no demostraba el menor entusiasmo.

—El único inconveniente es nuestro destino, ¿verdad, Satterthwaite?

El aludido se quedó de una pieza. Las ideas acudían rápidamente a su cerebro.

—¡No, no! —exclamó—. ¡Debí de haberlo adivinado! No ha sido una casualidad el encontrarnos esta noche en este cruce, señor Quin.

El coronel Melrose miraba boquiabierto a su amigo, que lo cogió del brazo.

—¿Recuerda lo que le conté… de nuestro amigo Derek Capel, sobre el motivo de su suicidio, que nadie podía poner en claro? Fue el señor Quin quien resolvió este problema… igual que muchos otros. Sabe ver cosas que están ahí, pero que no se ven. Es maravilloso.

—Mi querido Satterthwaite, me está usted azorando —dijo el señor Quin, sonriendo—. Recuerdo que esos descubrimientos los realizó usted, y no yo.

—Se realizaron porque usted estaba allí —repuso Satterthwaite con gran convencimiento.

—Bueno —dijo el coronel Melrose, aclarando su garganta—. No debemos perder más tiempo. Vamos.

Se situó ante el volante. No le agradaba demasiado el entusiasmo que demostraba Satterthwaite por aquel desconocido, pero como no podía objetar nada, su deseo era llegar cuanto antes a Alderway.

El señor Satterthwaite hizo sentarse a su amigo en el centro y él se situó junto a la ventanilla. El automóvil era bastante ancho, y los tres cabían sin grandes apreturas.

—¿De modo que le interesan los crímenes, señor Quin? —preguntó el coronel, tratando de hacerse simpático.

—No; precisamente los crímenes, no.

—¿Qué, entonces?

—Preguntemos al señor Satterthwaite. ¡Es tan buen observador! —repuso el señor Quin con una sonrisa.

—Puedo estar equivocado —replicó Satterthwaite—; pero creo que el señor Quin se interesa por los amantes.

Enrojeció al decir la última palabra, que ningún inglés pronuncia sin tener plena conciencia de ella. Satterthwaite la dejó brotar de sus labios disculpándose y como entre comillas.

—¡Cielos! —exclamó el coronel.

Aquel amigo de Satterthwaite parecía bastante extraño. Le miró de reojo. Su aspecto era normal… un joven algo moreno, pero sin parecer extranjero.

—Y ahora —dijo Satterthwaite con importancia— debo contarle todo el caso.

Estuvo hablando durante diez minutos. Allí, sentado en la penumbra y corriendo a través de la noche, sintió una enervante sensación de poder. ¿Qué importaba que sólo fuera un simple espectador de la vida? Tenía palabras, era dueño de ellas, era capaz de formar con ellas un relato… un relato extraño y renacentista, en el que la protagonista era la bella Laura Dwighton con sus blancos brazos y cabellos de fuego… y la sombría figura de Paul Delangua, a quienes las mujeres encontraban atractivo.

Todo ello en el escenario de Alderway… Alderway, que se alzaba desde los tiempos de Enrique VII; según algunos, desde antes. Alderway, que era inglés de corazón, con sus setos recortados, su granero, y el vivero donde los monjes criaban carpas para la abstinencia de los viernes.

Con pocas frases bien dichas definió a *sir* James, un Dwighton auténtico descendiente del viejo de Vittons, que tiempo atrás había sacado mucho dinero de la tierra encerrándolo en cofres de madera, que cuando llegaron las malas épocas y todos se arruinaron, los dueños de Alderway nunca sufrieron pobreza.

Por fin el señor Satterthwaite dejó de hablar. Sentíase seguro de la atención de sus oyentes, y aguardó las palabras de elogio, que no se hicieron esperar demasiado.

—Es usted un artista, señor Satterthwaite.

—Lo he hecho lo mejor que sé. —El hombrecillo mostrábase humilde de repente.

Hacía varios minutos que habían dejado atrás la verja de la finca. Ahora el coche se detuvo ante la entrada y un agente de policía bajó a toda prisa los escalones para recibirles.

—Buenas noches, señor. El inspector Curtis está en la biblioteca.

—Muy bien.

Melrose subió la escalinata seguido de los otros dos. Cuando los tres hombres cruzaban el amplio vestíbulo, un anciano mayordomo asomó la cabeza por una de las puertas, con ademán receloso. Melrose le saludó.

—Buenas noches, Miles. Es un asunto muy desagradable.

—¡Y tanto, señor! —repuso el aludido—. Apenas puedo creerlo, se lo aseguro. ¡Pensar que alguien haya podido golpear así a mi amo…!

—Sí, sí —repuso Melrose, atajándole—. Luego hablaré con usted.

Penetró en la biblioteca, donde un inspector robusto y de aspecto marcial le saludó con respeto.

—Es muy desagradable, señor. No he tocado nada. No hemos encontrado huellas en el arma. Quienquiera que haya sido, sabía bien su oficio.

El señor Satterthwaite miró el cuerpo yacente sobre la mesa escritorio, y apresuróse a desviar la vista. Le habían golpeado desde atrás con tal fuerza que le hablan partido el cráneo. La visión no era agradable…

El arma estaba en el suelo… una figura de bronce de unos pies de altura, con la base manchada y húmeda. El señor Satterthwaite inclinóse sobre ella con verdadera curiosidad.

—¡Una Venus! —dijo en tono bajo—. ¡De modo que ha sido derribado por Venus!

Y encontró muy poética su reflexión.

—Las ventanas estaban todas cerradas y con los pestillos corridos por el interior —dijo el inspector.

Hizo una pausa significativa.

—Eso reduce los sospechosos a los habitantes de la casa —repuso el jefe de la policía, de mala gana—. Bueno…, bueno; ya veremos.

El cadáver aparecía vestido con pantalones bombachos, y junto al sofá veíase apoyado un saco lleno de palos de golf.

—Acababa de llegar del campo de golf —explicó el inspector, siguiendo la mirada del jefe de policía—. Eso fue a las cinco y cuarto. El mayordomo le trajo el té. Más tarde llamó a su ayuda de cámara para que le trajera las zapatillas. Por lo que sabemos, el *valet* fue la última persona que le vio con vida.

Melrose asintió, volviendo a dedicar su atención a la mesa escritorio.

Muchos de los accesorios que había sobre ella habían sido volcados o rotos, y entre todos resaltaba un gran reloj de esmalte oscuro caído sobre uno de sus lados en el mismo centro de la mesa.

El inspector carraspeó.

—Eso sí que puede llamarse suerte, señor —dijo—. Como usted ve, está parado a las *seis y media*. Eso nos da la hora del crimen. Muy conveniente.

El coronel no dejaba de mirar el reloj.

—¡Muy conveniente, como usted dice! —observó—. ¡Demasiado! No me gusta esto, inspector.

Volvióse a mirar a los otros dos. Sus ojos buscaron los del señor Quin.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Está demasiado claro. Ya sabe usted a qué me refiero. Las cosas no suceden así.

—¿Se refiere a que los relojes no caen de este modo? —murmuró el señor Quin.

Melrose le miró unos instantes, y luego al reloj, que tenía el aspecto patético e inocente de los objetos conscientes de pronto de su importancia. Con sumo cuidado el coronel Melrose volvió a colocarlo sobre sus patas, y dio a la mesa un violento empujón. El reloj se tambaleó sin llegar a caer. Melrose repitió la embestida, y con cierta desgana y muy lentamente el reloj cayó al fin hacia atrás.

—¿A qué hora descubrieron el crimen? —Quiso Saber Melrose.
—A eso de las siete, señor.
—¿Quién lo descubrió?
—El mayordomo.
—Vaya a buscarle —ordenó el jefe de policía—. Le veré ahora. A propósito, ¿dónde está *lady* Dwighton?
—Se ha acostado, señor. Su doncella dice que está muy postrada y que no puede ver a nadie.
Melrose asintió con una inclinación de cabeza y Curtis fue en busca del mayordomo. El señor Quin contemplaba pensativo la chimenea, y el señor Satterthwaite siguió su ejemplo. Estuvo mirando los humeantes troncos durante un par de minutos hasta que sus ojos percibieron algo que brillaba en el hogar. Inclinándose recogió un trocito de cristal curvado.
—¿Deseaba verme, señor?
Era la voz del mayordomo, todavía temblorosa y vacilante. El señor Satterthwaite deslizó el pedazo de cristal en un bolsillo de su chaleco y se volvió.
El anciano se hallaba de pie junto a la puerta.
—Siéntese —le indicó el jefe de policía con toda amabilidad—. Está usted temblando. Supongo que debe de haber sido un golpe para usted.
—Desde luego, señor.
—Bien, no le entretendré mucho. ¿Creo que su amo entró aquí después de las cinco?
—Sí, señor. Me ordenó que le trajera el té a la biblioteca. Después, cuando vine a retirar el servicio, me pidió que enviara a Jennings… es su ayuda de cámara, señor, desde hace tiempo.
—¿Qué hora era?
—Pues… las seis y diez, señor.
—Sí…, ¿y luego?
—Le pasé el recado a Jennings, señor. Y no fue hasta las siete que vine a cerrar las ventanas y a correr las cortinas cuando vi que…
Melrose le interrumpió.
—Sí, sí, no necesita repetirlo. ¿No tocaría usted cuerpo o cualquier otra cosa?
—¡Oh! No, desde luego que no, señor. Fui lo más de prisa que pude hasta el teléfono para llamar a la policía.
—¿Y luego?
—Le dije a Juanita… es la doncella de Su Señoría, señor, que fuera a comunicárselo a Su Señoría.
—¿No ha visto a la señora en toda la noche?
El coronel Melrose hizo la pregunta como al azar, pero el señor Satterthwaite adivinó la ansiedad que escondían sus palabras.

—No, señor. Su Señoría ha permanecido en sus habitaciones desde que ocurrió la tragedia.

—¿La vio usted antes?

Todos pudieron observar la vacilación del mayordomo antes de contestar.

—Pues… pues yo… la vi un momento bajando la escalera.

—¿Entró en su habitación?

El señor Satterthwaite contuvo la respiración.

—Creo… creo que sí, señor.

—¿A qué hora fue eso?

Podría haberse oído caer un alfiler. ¿Conocía aquel anciano la importancia de su respuesta?, se preguntaba el señor Satterthwaite.

—Serían cerca de las seis y media.

El coronel Melrose aspiró el aire con firmeza.

—Eso es todo, gracias. Envíenos a Jennings, el ayuda de cámara, ¿quiere?

Jennings acudió prontamente. Era un hombre de rostro alargado, andar felino y cierto aire astuto misterioso.

Un hombre, pensó el señor Satterthwaite, capaz de asesinar a su amo, de tener la completa seguridad de no ser descubierto.

Escuchó ávidamente las respuestas que daba a las preguntas del coronel Melrose; mas al parecer su historia era bien clara. Había bajado a su amo unas zapatillas cómodas, llevándose sus zapatos.

—¿Qué hizo usted después, Jennings?

—Volví a la habitación de los criados, señor…

—¿A qué hora dejó a su amo?

—Debían ser poco más de las seis y cuarto, señor…

—¿Dónde estaba usted a las seis y media, Jennings?

—En la habitación de los criados, señor.

El coronel Melrose le despidió con un ademán y miró a Curtis con gesto interrogador.

—Es cierto, señor. Lo he comprobado. Estuvo en la habitación de servicio desde las seis y veinte hasta las siete.

—Eso le deja al margen —dijo el jefe de policía con cierta contrariedad—. Además, no tiene motivos.

Se miraron.

Llamaban a la puerta.

—¡Adelante! —invitó el coronel.

Apareció una doncella muy asustada.

—Si me lo permite. Su Señoría ha oído que el coronel Melrose estaba aquí y quisiera verle.

—Desde luego —replicó Melrose—. Iré enseguida. ¿Quiere mostrarme el camino?

Mas una mano apartó a un lado a la muchacha. Una figura completamente distinta apareció en el umbral de la puerta. Laura Dwighton parecía un ser de otro mundo.

Iba vestida con un traje de tarde de brocado color azul. Sus cabellos cobrizos partidos sobre la frente le cubrían las orejas. Consciente de su estilo propio, *lady* Dwighton nunca consistió cortárselo y lo llevaba recogido sencillamente en la nuca, y los brazos al descubierto.

Con uno de ellos se apoyaba en el marco de la puerta y el otro pendía junto a su cuerpo, sujetando un libro. *Parecía*, pensó Satterthwaite, *una Madona de tela del primitivo italiano*.

El coronel Melrose acercóse a ella.

—He venido a decirle… a decirle…

Su voz era rica y bien modulada. El señor Satterthwaite estaba tan absorto en el dramatismo de la cena que había olvidado su realidad.

—Por favor, *lady* Dwighton…

Melrose extendió su brazo para sostenerla y la acompañó hasta una pequeña antesala contigua, cuyas paredes estaban forradas de seda descolorida. Quin y Satterthwaite les siguieron. Ella se dejó caer en una otomana, recostándose sobre un almohadón, con los párpados cerrados. Los tres la observaron. De pronto abrió mucho los ojos y se incorporó hablando muy de prisa.

—¡Yo *lo maté*! Eso es lo que vine a decirle. ¡*Yo le he matado*!

Hubo un silencio angustioso. El corazón del señor Satterthwaite se olvidó de latir.

—*Lady* Dwighton —atajó Melrose—, ha sufrido usted un rudo golpe… está alterada. No creo que se dé cuenta de lo que dice.

¿Se volvería atrás ahora… mientras estaba a tiempo?

—Sé perfectamente lo que digo. Fui yo quien disparó.

Dos de los presentes lanzaron una exclamación ahogada. El tercero no hizo el menor ruido. Laura Dwighton inclinóse todavía más hacia delante.

—¿No lo comprenden? Bajé y disparé.

El libro que llevaba en la mano cayó al suelo, y de su interior saltó un cortapapeles en forma de puñal con la empuñadura cincelada. Satterthwaite lo recogió mecánicamente, depositándolo sobre la mesa, mientras pensaba: «Es un juguete peligroso. Con esto podría matarse a un hombre».

—Bueno… —La voz de Laura Dwighton denotaba impaciencia—, ¿qué es lo que van a hacer? ¿Arrestarme? ¿Llevarme de aquí?

El coronel Melrose encontró al fin su voz, con cierta dificultad.

—Lo que acaba de decirme es muy serio, *lady* Dwighton. Debo rogarle que permanezca en sus habitaciones hasta que… haga los arreglos pertinentes.

Ella se puso en pie tras asentir con una inclinación de cabeza. Parecía, a la sazón, muy dueña de sí, grave y fría.

Cuando se dirigía a la puerta, el señor Quin le preguntó:

—¿Qué hizo usted con el revólver, *lady* Dwighton?

Una sombra de desconcierto pasó por sus ojos.

—Yo… lo dejé caer al suelo. No, creo que lo tiré por la ventana… ¡Oh! Ahora no me acuerdo. Pero ¿qué importa? Apenas sabía lo que estaba haciendo. Pero eso no importa, ¿verdad?

—No —repuso el señor Quin—. No creo que importe mucho.

Le dirigió una mirada de perplejidad mezclada con algo que bien pudo ser alarma. Luego, volvió la cabeza y salió de la estancia con decisión. Satterthwaite salió a toda prisa tras ella, comprendiendo que podía desmayarse en cualquier momento, pero ya había subido la mitad de la escalera sin dar muestras de su anterior debilidad. La asustada doncella se hallaba al pie de la escalera y Satterthwaite ordenó en tono autoritario:

—Vigile a su señora.

—Sí, señor —la muchacha se dispuso a subir tras la figura azul—. Oh, por favor, señor, ¿no irán a sospechar de él?

—¿Sospechar de quién?

—De Jennings, señor. ¡0h, señor, desde luego, es incapaz de hacer daño a una mosca!

—¿Jennings? No, claro que no. Vaya y cuide de su señora.

—Sí, señor.

La muchacha subió la escalera a toda prisa y Satterthwaite volvió a la estancia que acababa de abandonar.

El coronel Melrose decía acaloradamente:

—Bueno, estoy hecho un mar de confusiones. Aquí hay algo más de lo que se ve a simple vista. Es… es como esas tonterías que las heroínas hacen en muchas novelas.

—Es irreal —convino Satterthwaite—. Como una escena de teatro.

—Sí, usted admira el drama, ¿no es cierto? Es usted un hombre que sabe apreciar una buena representación.

Satterthwaite le miraba fijamente.

En el silencio oyóse una lejana detonación.

—Parece un disparo —dijo el coronel Melrose—. Habrá sido alguno de los guardianes. Eso es probablemente lo que ella oyó, y tal vez no bajase a ver. Ni se habrá acercado a examinar el cuerpo y por eso ha llegado resuelta a la conclusión…

—El señor Delangua, señor.

Era el mayordomo quien había hablado respetuosamente desde la puerta.

—¿Eh? —exclamó Melrose—. ¿Cómo?

—El señor Delangua está aquí, señor, y a ser posible quisiera hablar con usted.

—Hágale pasar.

Momentos después, Paul Delangua apareció en la entrada. Como el coronel Melrose había insinuado, habla en él un aire extranjero… la facilidad de movimientos, su rostro hermoso y moreno, y sus ojos tal vez un poco demasiado

juntos… le daban un aspecto renacentista. Él y Laura Dwighton recordaban la misma época.

—Buenas noches, caballeros —dijo Delangua con una ligera reverencia algo teatral y afectada.

—Ignoro qué asuntos le traen por aquí, señor Delangua —dijo Melrose tajante—, pero si no tienen nada que ver con el que tenemos entre manos…

Delangua le interrumpió con una carcajada.

—Al contrario —apuntó—, tienen mucho que ver con esto.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir —continuó Delangua con toda tranquilidad— que he venido a entregarme como causante de la muerte de *sir* James Dwighton.

—¿Sabe usted lo que está diciendo? —inquirió Melrose muy serio.

—Me doy perfecta cuenta.

Los ojos del joven estaban fijos en la mesa.

—No comprendo.

—¿Por qué me entrego? Llámelo remordimiento… o como más le agrade. Le di de firme… de eso puede estar seguro. —Señaló la mesa—. Veo que tiene ahí el arma, una herramienta muy manejable. *Lady* Dwighton tuvo el descuido de dejarla dentro de un libro y yo la cogí por casualidad.

—Un momento —cortó el coronel Melrose—. ¿Tengo que entender que usted admite haber dado muerte a *sir* James con esto?

Y levantó el cortapapeles.

—Exacto. Entré por la ventana. Él me daba la espalda. Fue todo muy sencillo. Me marché por el mismo sitio.

—¿Por la ventana?

—Por la ventana, claro.

—¿A qué hora?

Delangua vacilaba.

—Déjeme pensar… estuve hablando con el guardián… eso sería a las seis y cuarto. Oí dar el cuarto en el campanario de la iglesia. Debió ser… bueno, pongamos a las seis y media.

Una torva sonrisa apareció en los labios del coronel.

—Exacto, jovencito —asintió—. Las seis y media es la hora. Tal vez ya lo había oído. ¡Pero este asesinato es muy particular!

—¿Por qué?

—¡Hay tantas personas que se declaran culpables! —dijo el coronel Melrose.

Todos percibieron su respiración anhelante.

—¿Quién más lo ha confesado? —preguntó con voz que en vano quiso hacerse firme.

—*Lady* Dwighton.

Delangua echó la cabeza hacia atrás, riendo.

—No es de extrañar que *lady* Dwighton está nerviosa —dijo con ligereza—. Yo de usted no prestaría atención a sus palabras.

—No pienso hacerlo —repuso Melrose—; pero hay otra cosa extraña en este crimen.

—¿Qué cosa?

—Pues… *lady* Dwighton confiesa haber disparado contra *sir* James, y usted dice que le apuñaló, pero ya ve que, por fortuna para los dos, no fue ni muerto de un disparo ni de una puñalada. Le abrieron el cráneo de un golpe.

—¡Cielos! —exclamó Delangua—. Pero no es posible que una mujer haya podido…

Se detuvo mordiéndose el labio. Melrose asentía.

—Se lee a menudo —explicó—; pero nunca vi que ocurriera.

—El que un par de jóvenes estúpidos se acusen de un crimen que no han cometido, tratando cada uno de ellos de salvar al otro —dijo Melrose—. Ahora tenemos que empezar por el principio.

—El ayuda de cámara —exclamó Satterthwaite—. Esa muchacha… entonces no le presté la menor atención.

Hizo una pausa buscando palabras con que explicarse.

—Tenía miedo de que sospecháramos de él. Debe de haber un motivo que nosotros ignoramos y ella conoce.

El coronel Melrose, con el ceño fruncido, hizo sonar el timbre. Cuando atendieron a su llamada, ordenó:

—Haga el favor de preguntar a *lady* Dwighton si tiene la bondad de volver a bajar.

Esperaron en silencio que llegara. A la vista de Delangua se sobresaltó, alargando una mano para no caerse. El coronel Melrose acudió rápidamente en su ayuda.

—No ocurre nada, *lady* Dwighton. No se alarme.

—No comprendo. ¿Qué está haciendo aquí el señor Delangua?

Delangua acercóse a ella.

—Laura… Laura, ¿por qué lo hiciste?

—¿Hacer qué?

—Lo sé. Fue por mí…, porque pensabas que había sido yo… Después de todo, supongo que era natural que lo pensaras. ¡Eres un ángel!

El coronel Melrose carraspeó. Era un hombre que aborrecía las emociones y sentía horror a tener que presenciar una «escena».

—Si me lo permite, *lady* Dwighton, le diré que usted y el señor Delangua han tenido suerte. El señor Delangua acaba de llegar para confesar ser autor del crimen… Oh, no se preocupe, ¡él no ha sido! Pero lo que nosotros queremos saber es la verdad. Basta de vacilaciones. El mayordomo dice que usted entró en la biblioteca a las seis y media…, ¿es cierto?

Laura miró a Delangua, que hizo un gesto afirmativo.

—La verdad, Laura —le dijo—. Eso es lo que queremos saber.

—Hablaré.

Desplomóse sobre una silla que Satterthwaite se había apresurado a acercarle.

—Vine aquí. Abrí la puerta de la biblioteca y…

Se detuvo y tragó saliva. Satterthwaite, inclinándose, le dio unas palmaditas en la mano para animarla.

—Sí —le dijo—, sí. ¿Qué vio usted?

—Mi esposo estaba tendido sobre la mesa escritorio. Vi su cabeza…, la sangre… ¡Oh!

Se cubrió el rostro con las manos. El jefe de policía inclinóse hacia delante.

—Perdóneme, *lady* Dwighton. ¿Pensó que el señor Delangua le había matado de un tiro?

Asintió, con un gesto.

—Perdóname, Paul —suplicó—. Pero tú dijiste…, dijiste…

—Que le matarla como a un perro —repuso el aludido—. Lo recuerdo. Eso fue el día que descubrí que te maltrataba.

El jefe de policía procuró que no se apartaran de la cuestión.

—Entonces debo entender, *lady* Dwighton, que usted volvió a subir… y no dijo nada. No necesitamos preguntar sus razones. ¿No tocó el cuerpo ni se acercó a la mesa escritorio?

Laura se estremeció.

—No, no. Salí de allí corriendo.

—Ya, ya. ¿Y qué hora era exactamente? ¿Lo recuerda?

—Eran las seis y media en punto cuando volví a mi habitación.

—Entonces a las… digamos, a las seis veinticinco, *sir* James ya estaba muerto. —El jefe de policía miró a los otros—. Ese reloj… era un truco, ¿verdad? Ya lo sospechábamos. Nada más fácil que correr las manecillas para obtener la hora deseada; pero cometieron el error de hacerle caer de costado. Bueno, eso reduce los sospechosos al mayordomo y al ayuda de cámara y no puedo creer que fuera el mayordomo. Dígame, *lady* Dwighton, ¿tenía Jennings algún resentimiento contra su esposo?

Laura se apartó las manos del rostro.

—Pues… James me dijo esta mañana que le había despedido. Le había sorprendido robando.

—¡Ah! Ahora nos vamos acercando. Jennings hubiera sido despedido sin conseguir buenos informes. Cosa muy desagradable para él.

—Usted dijo algo acerca de un reloj —inquirió Laura Dwighton—. Si quiere usted saber la hora exacta… queda una posibilidad… James llevaría en el bolsillo su reloj de jugar al golf. ¿No es posible que también dejase de funcionar al recibir el golpe?

—Es una idea —repuso el coronel, despacio—. Pero me temo que… ¡Curtis!

El inspector asintió, comprendiendo la orden rápidamente, antes de abandonar la estancia. Volvió al cabo de un minuto. En la palma de la mano traía un relojito de plata trabajado como las pelotas de golf, de esos que los jugadores llevan sueltos en el bolsillo, en unión de algunas pelotas.

—Aquí lo tiene, señor —anunció—; pero dudo que le sirva de mucho. Estos relojes son muy fuertes.

El coronel lo tomó y se lo acercó al oído.

—De todas formas, parece que se ha parado —advirtió.

Apretó el cierre de la tapa con su pulgar y al abrirse vio que el cristal estaba roto.

—¡Ah! —exclamó satisfecho.

La aguja minutera señalaba exactamente las seis y cuarto.



—Es un oporto excelente, coronel Melrose —decía el señor Quin.

Eran las nueve y media y los tres hombres acababan de despachar una opípara cena en casa del coronel Melrose. El señor Satterthwaite estaba muy animado.

—Tenía yo razón —dijo—. No puede negarlo, señor Quin. Usted apareció ayer noche para salvar a una pareja de jóvenes absurdos que estaban a punto de meter la cabeza en un lazo.

—¿Quién yo? —repuso el señor Quin—. Desde luego que no. Yo no hice nada.

—Tal como fueron las cosas, no fue preciso —convino Satterthwaite—; pero pudo haberlo sido. Nunca olvidaré el momento en que *lady* Dwighton dijo: «Yo le maté». Nunca vi en el teatro nada ni la mitad de dramático.

—Me siento inclinado a participar de su opinión míster Quin.

—Nunca hubiera dicho que esas cosas ocurrieran fuera de las novelas —repitió el coronel por enésima vez aquella noche.

—¿Y suceden? —preguntó el señor Quin.

—¡Maldición! Ha ocurrido esta misma noche…

—Perdonen —intervino el señor Satterthwaite—. *Lady* Dwighton estuvo magnífica, realmente magnífica, pero cometió una equivocación. No debió haber llegado a la conclusión de que su esposo había muerto de un disparo. Del mismo modo, Delangua fue un tonto al suponer que debían haberle apuñalado, sólo porque dio la casualidad de que el puñal estaba en la casa ante nosotros. Fue una casualidad que *lady* Dwighton lo bajara junto con el libro.

—¿Lo fue? —preguntó el señor Quin.

—Ahora bien, si ambos se hubieran limitado a decir que habían matado a *sir* James, sin especificar cómo… —prosiguió Satterthwaite—, ¿cuál hubiese sido el resultado?

—Que pudieran haberle creído —replicó el señor Quin con una extraña sonrisa.

—Todo esto es como una novela —dijo el coronel.

—Yo diría que de ahí sacaron la idea —contestó el señor Quin.

—Es posible —convino Satterthwaite—. Las cosas que uno ha leído vuelven a la memoria del modo más extraño.

Miró al señor Quin.

—El reloj resultaba sospechoso desde el primer momento —continuó—. Uno no debiera olvidar nunca lo fácil que es adelantar o retrasar las manecillas.

El señor Quin asintió con la cabeza mientras repetía:

—Adelantar —dijo, y tras una pausa agregó—: O retrasar.

En su voz había cierto tono insinuante, y sus ojos miraron fijamente al señor Satterthwaite.

—Las adelantaron —dijo Satterthwaite—. Eso lo sabemos.

—¿Sí? —insistió el señor Quin.

—¿Quiere usted decir que retrasaron el reloj? —le preguntó Satterthwaite mirándole fijamente—. Pero eso no tiene sentido. Es imposible.

—No es, a mi parecer, imposible —murmuró el señor Quin.

—Bueno… absurdo. ¿Qué ventaja tendría?

—Sólo para alguien que tuviera una coartada para esa hora, supongo.

—¡Cielos! —exclamó el coronel—. Ésa es la hora en que el joven Delangua dijo estar hablando con el guardián.

—Lo recalcó con interés especial —dijo Satterthwaite.

Se miraron mutuamente. Tenía la extraña sensación de que la tierra se hundía bajo sus pies. Los hechos tomaban un nuevo giro, presentando facetas inesperadas. Y en el centro de aquel calidoscopio aparecía el rostro sonriente del señor Quin.

—Pero en tal caso… —comenzó Melrose.

El señor Satterthwaite terminó la frase.

—Resulta todo al revés…, aunque igual. El mismo plan… sólo que contra el ayuda de cámara. ¡Oh, pero no puede ser! Esto es un imposible. ¿Por qué acusarse del crimen?

—Sí —dijo el señor Quin—. Hasta entonces usted había sospechado de ellos, ¿no es así?

Su voz continuó diciendo, plácida y soñadora:

—Usted dijo que era como algo sacado de una novela, coronel. De ahí procede su idea. Es lo que hacen siempre el héroe inocente y la heroína. Naturalmente, eso le hizo a usted pensar que eran inocentes… por la fuerza de la tradición. El señor Satterthwaite no ha cesado de decir que parecía cosa de teatro. Los dos tenían razón. No era real. Han estado diciendo eso tantas veces, sin saber lo que decían. Hubieran contado una historia mucho más verosímil si hubieran querido que les creyesen.

Los dos hombres le miraron estupefactos.

—Han sido muy inteligentes —prosiguió Satterthwaite con voz lenta—. Diabólicamente inteligentes. Y yo he pensado en otra cosa. El mayordomo dijo que

entró a las siete a cerrar las ventanas… de modo que esperaba que estuvieran abiertas.

—De este modo entró Delangua —dijo el señor Quin—. Mató a *sir* James de un solo golpe, y de acuerdo con *lady* Dwighton puso en práctica lo que ambos hablan planeado…

Miró a Satterthwaite como animándole para que reconstruyera la escena. Y eso hizo.

—Dieron un golpe al reloj y lo dejaron caer de costado. Sí. Luego atrasaron el otro y lo estrellaron contra el suelo, para estropearlo. Delangua salió por la ventana y ella la cerró por dentro, pero hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué preocuparse por el reloj de bolsillo? ¿Por qué no atrasar sencillamente el de mesa?

—Era algo demasiado evidente —dijo el señor Quin—. Cualquiera hubiera podido comprender que se trataba de un engaño.

—Pero el pensar en el otro era cosa bastante problemática. Pues…, ¿no fue pura casualidad el que resolviésemos buscarlo?

—¡Oh, no! —replicó el señor Quin—. Recuerde que fue *lady* Dwighton quien lo sugirió. Y sin embargo —prosiguió—, la única persona que pudo pensar en el reloj era el ayuda de cámara. Ellos suelen saber mejor que nadie lo que sus amos llevan en los bolsillos. De haber atrasado el reloj de la mesa, es probable que el *valet* hubiera atrasado a su vez el de bolsillo. Esa pareja no comprende la naturaleza humana. No son como el señor Satterthwaite.

El aludido movió la cabeza.

—Estaba equivocado —murmuró humildemente—. Creí que había aparecido usted para salvarles.

—Y eso hice… —dijo el señor Quin—. ¡Oh! No a ese par… sino a los otros. ¿No se fijó en la doncella? No iba vestida de brocado azul, ni representaba un papel dramático, pero en realidad es una muchacha muy bonita, y creo que está muy enamorada de ese Jennings. Espero que entre ustedes dos podrán salvarle de la horca.

—No tenemos ninguna prueba —dijo el coronel Melrose con pesadumbre.

El señor Quin sonrió.

—El señor Satterthwaite la tiene.

—¿Yo?

El aludido estaba perplejo.

—Usted tiene la prueba de que el reloj no se rompió. No es posible romper el cristal de un reloj como éste sin abrir la tapa. Inténtelo y verá. Alguien cogió el reloj, lo abrió y, después de atrasarlo y romper el cristal, volvió a cerrarlo y a colocarlo en donde estaba. Ellos no se fijaron, pero falta un pedacito de cristal.

—¡Oh! —exclamó Satterthwaite, introduciendo la mano en un bolsillo de su chaleco para sacar un fragmento de cristal curvado.

Aquél era su momento.

—Con esto —dijo el señor Satterthwaite, dándose importancia— salvaré a un hombre de morir ahorcado.

Prefacio de la autora

Un día, mientras almorzaba en un Corner House, me sentí fascinada por una conversación sobre estadísticas que tenía lugar en otra mesa, a mi espalda. Al volverme, tuve la visión de *Mr*. Parker Pyne. Yo no había pensado nunca en las estadísticas (¡y la verdad es que rara vez pienso en ellas ahora!), pero el entusiasmo con que las discutían despertó mi interés. Precisamente estaba yo entonces proyectando una serie de relatos cortos y, en aquel instante, me decidí sobre el modo de desarrollarlos y sobre su tema. Y a su debido tiempo, disfruté escribiéndolos. Mis favoritos son: El caso del esposo descontento y El caso de la mujer rica. Me sugirió el tema del segundo el recuerdo de una mujer desconocida que se encontraba a mi lado diez años antes, mientras yo miraba un escaparate. Con el acento más maligno, aquella mujer decía: «Me gustaría saber qué puedo hacer con todo el dinero que tengo. Me mareo demasiado para navegar en yate, tengo un par de coches y tres abrigos de piel, y el exceso de buenas comidas me estropea el estómago». Sorprendida, murmuré: «¿Y qué me dice de los hospitales?». Y ella replicó con un resoplido: «¿Hospitales? No tengo intención de hacer caridad. Quiero sacar el máximo provecho a mi dinero». Esto, por supuesto, ocurrió hace veinticinco años. Hoy, todos los problemas de este tipo se los resolvería un inspector de Hacienda, ¡y probablemente esto la enojaría aún más!

AGATHA CHRISTIE

El caso de la esposa de mediana edad

(The Case of the Middle-aged Wife).

Cuatro gruñidos, una voz que preguntaba con tono de indignación por qué nadie podía dejar en paz su sombrero, un portazo y míster Packington salió para coger el tren de las ocho cuarenta y cinco con destino a la ciudad. *Mrs*. Packington se sentó a la mesa del desayuno. Su rostro estaba encendido y sus labios apretados, y la única razón de que no llorase era que, en el último momento, la ira había ocupado el lugar del dolor.

—No lo soportaré —dijo *Mrs*. Packington—. ¡No lo soportaré! —Y permaneció por algunos momentos con gesto pensativo, para murmurar después—: ¡Mala pécora! ¡Gata hipócrita! ¡Cómo puede ser George tan loco!

La ira cedió, volvió el dolor. En los ojos de *Mrs*. Packington asomaron las lágrimas, que fueron deslizándose lentamente por sus mejillas de mediana edad.

—Es muy fácil decir que no lo soportaré. Pero ¿qué puedo hacer?

De pronto tuvo la sensación de encontrarse sola, desamparada, abandonada por completo. Tomó lentamente el diario de la mañana y leyó, no por primera vez, un anuncio inserto en la primera página:



PERSONAL

¿ES USTED FELIZ? SI NO LO ES CONSULTE A MISTER PARKER PYNE, 17 Richmond Street.

FLORA. — Es mucho tiempo para tener que esperarme.

FAMILIA FRANCESA RECIBE HUESPEDES DE PAGO, a 15 minutos de París. Casa espaciosa en terreno propio. Confort moderno. Cocina excelente. Lecciones particulares de francés. Mandat «La Collina» Belle

—¡Absurdo! —se dijo *Mrs*. Packington—. Completamente absurdo —y luego añadió—. Después de todo, podría acercarme a ver…

Lo que explica por qué, a las once, *Mrs*. Packington, un poco nerviosa, era introducida en el despacho particular de míster Parker Pyne.

Como acabamos de decir, *Mrs*. Packington estaba nerviosa, pero, como quiera que fuera, una ojeada al aspecto de míster Parker Pyne bastó para darle una sensación de seguridad. Era un hombre corpulento, por no decir gordo. Tenía una cabeza calva de nobles proporciones, llevaba gafas de alta graduación y ojillos que parpadeaban.

—Tenga la bondad de sentarse —le dijo, y añadió para facilitarle la entrada en materia—. ¿Ha venido usted en respuesta a mi anuncio?

—Sí —contestó *Mrs*. Packington, y se calló.

—Y no es usted feliz —dijo míster Parker Pyne con un tono alegre en la voz—. Muy pocas personas son felices. Realmente, se quedaría usted sorprendida si supiera qué pocas personas lo son.

—¿De veras? —exclamó *Mrs*. Packington sin creer, no obstante, que importase gran cosa el hecho de que fuesen pocas o muchas aquellas personas.

—A usted esto no le interesa, ya lo sé —dijo míster Parker Pyne—, pero me interesa mucho a *mí*. Ya lo ve usted, he pasado treinta y cinco años de mi vida ocupado en la compilación de estadísticas en un despacho del gobierno. Ahora estoy retirado y se me ha ocurrido utilizar de un modo nuevo la experiencia adquirida. Es todo muy sencillo. La infelicidad puede ser clasificada en cinco grupos principales… ni uno más, se lo aseguro. Una vez conocida la causa de la enfermedad, el remedio no ha de ser imposible.

»Yo ocupo el lugar del médico. El médico empieza por diagnosticar la enfermedad del paciente y luego procede a recomendar el tratamiento. En algunos casos, no hay tratamiento posible. Si es así, digo francamente que no puedo hacer nada. Pero le aseguro a usted, *Mrs*. Packington, que si me encargo de un caso, la curación está prácticamente garantizada.

¿Sería posible? ¿Era todo aquello una sarta de tonterías o podía tener un fondo de verdad? *Mrs*. Packington le dirigió una mirada de esperanza.

—Vamos a diagnosticar su caso —dijo míster Parker Pyne sonriendo. Y recostándose en su sillón, unió las puntas de los dedos de una y otra mano—. El problema se refiere a su esposo. En términos generales, su vida de casados ha sido feliz. Su marido, por lo que veo, ha prosperado. Creo que el caso incluye a una señorita… quizás una señorita que trabaja en el despacho de su marido.

—Una secretaria —dijo *Mrs*. Packington—. Una detestable intrigante con los labios pintados y medias de seda y rizos —las palabras habían salido de ella precipitadamente.

Mister Parker Pyne hizo una seña afirmativa con gesto apaciguador.

—No hay en realidad ningún mal en ello… ésa es la frase que emplea siempre su propio esposo, no lo dudo.

—Ésas son sus propias palabras.

—¿Por qué, entonces, no ha de disfrutar de una pura amistad con esa señorita y proporcionar un poco de alegría, un poco de placer a su triste existencia? La pobre muchacha se divierte tan poco… Imagino que éstos son los sentimientos de su esposo.

Mrs. Packington hizo un vigoroso gesto afirmativo.

—¡Una farsa…! ¡Todo es una farsa! Se la lleva al río… A mí me gusta también ir al río, pero hace cinco o seis años que esto le estorbaba para jugar al golf. Pero *por*

ella puede dejar el golf. A mí me gusta el teatro… George ha dicho siempre que está demasiado cansado para salir de noche. Ahora se la lleva a ella a bailar… *¡a bailar!* Y vuelve a las tres de la madrugada. Yo… yo…

—¿Y sin duda, deplora el hecho de que las mujeres sean tan celosas, tan intensamente celosas, cuando no hay absolutamente causa alguna, en realidad, para los celos?

Mrs. Packington hizo otro gesto afirmativo.

—Ni más ni menos —y preguntó con viveza—: ¿Cómo sabe usted todo esto?

—Las estadísticas —contestó míster Parker Pyne sencillamente.

—Esto me hace tan desgraciada… —dijo *Mrs*. Packington—. Siempre he sido una buena esposa para George. He trabajado hasta desollarme los dedos desde los primeros tiempos. Le he ayudado a salir adelante. Nunca he mirado a ningún hombre. Su ropa está siempre zurcida. Come bien y la casa está bien administrada económicamente. Y ahora que hemos prosperado socialmente y podríamos disfrutar y salir un poco, y hacer todas las cosas que yo había esperado hacer algún día… ¡Bueno, me encuentro con esto! —Y tragó saliva con dificultad.

Mister Parker Pyne afirmó con grave expresión:

—Le aseguro que comprendo su caso perfectamente.

—Y… ¿puede usted hacer algo? —preguntó ella casi en un murmullo.

—Ciertamente, mi querida señora. Hay una cura. Oh, sí, hay una cura.

—¿Y en qué consiste? —Y esperó la contestación con los ojos muy abiertos.

Mister Parker Pyne habló con calma y firmeza.

—Se pondrá usted en mis manos y los honorarios serán doscientas guineas.

—¡Doscientas guineas!

—Exactamente. Usted puede pagarlas, *Mrs*. Packington. Las pagaría por una operación. La felicidad es tan importante como la salud del cuerpo.

—¿Se las abono después, supongo?

—Al contrario —dijo míster Parker Pyne—. Me las abona por adelantado.

—Me parece que no veo el modo… —repuso ella levantándose.

—¿De cerrar un trato a ciegas? —dijo míster Parker Pyne animadamente—. Bien, quizás tiene usted razón. Es mucho dinero para arriesgarlo. Tiene que confiar en mí, ya comprende. Tiene que pagar y correr el riesgo. Éstas son mis condiciones.

—¡Doscientas guineas!

—Exactamente: doscientas guineas. Es una suma considerable. Bueno días, *Mrs*. Packington. Avíseme si cambia de opinión —y le estrechó la mano con una sonrisa imperturbable.

Cuando ella se hubo retirado, oprimió un botón que había sobre la mesa. Respondiendo a la llamada, entró una joven con gafas de aspecto antipático.

—Hágame el favor de traer una carpeta, *miss* Lemon. Y puede decirle a Claude que probablemente lo necesitaré pronto.

—¿Una nueva clienta?

—Una nueva clienta. De momento, ha retrocedido, pero volverá. Probablemente esta tarde, hacia las cuatro. Anótela.

—¿Modelo A?

—Modelo A, por supuesto. Es interesante ver como cada uno cree que su propio caso es único. Bien, bien, avise a Claude. Dígale que no se ponga demasiado exótico. Nada de perfumes y mejor que se haga cortar el pelo bien corto.

Eran las cuatro y cuarto cuando *Mrs*. Packington volvió a entrar en el despacho de míster Parker Pyne. Sacó un talonario, extendió un cheque y se lo entregó contra recibo.

—¿Y ahora? —dijo *Mrs*. Packington dirigiéndole una mirada de esperanza.

—Ahora —contestó míster Parker Pyne sonriendo—, volverá usted a su casa. Mañana, con el primer correo, recibirá determinadas instrucciones y me complacerá si las cumple puntualmente.

Mrs. Packington volvió a su casa en un estado de agradable expectación.

Mister Packington volvió a la defensiva, presto a defender su posición si se reanudaba la escena del desayuno. Pero vio con satisfacción que su esposa no parecía dispuesta a argumentar. La encontró raramente pensativa.

Mientras escuchaba la radio, George se preguntaba si esa querida niña, Nancy, le permitiría que le regalase un abrigo de pieles. Él sabía que era muy orgullosa y no quería ofenderla. No obstante, ella se había quejado del frío. Ese abrigo de mezclilla que llevaba era bien poca cosa: no bastaba para protegerla. Podría, quizás, proponérselo de un modo que ella no le diera importancia…

Tenían que salir pronto otra noche. Era un placer llevar a un restaurante de moda a una muchacha como aquélla. Podía ver las miradas de envidia de los jóvenes. Era una chica extraordinariamente bonita. Y le gustaba a ella. Le había dicho que no le parecía apenas viejo.

Levantando la vista, tropezó con la mirada de su esposa. Repentinamente se sintió culpable, cosa que le molestaba. ¡Qué corta de alcances y qué suspicaz era María! ¡Cómo le regateaba las más ligeras satisfacciones!

Giró el interruptor de la radio y se fue a descansar.

A la mañana siguiente, *Mrs* Packington recibió dos cartas inesperadas. Una de ellas era un impreso en el que se confirmaba la hora dada para asistir a un célebre instituto de belleza. La segunda era una cita con un modisto. En una tercera carta, míster Parker Pyne solicitaba el placer de su compañía para almorzar aquel día en el Ritz.

Mister Packington mencionó la posibilidad de no venir a cenar a casa aquel día, pues tenía que ver a un individuo para tratar de negocios. *Mrs*. Packington se limitó a

inclinar la cabeza con aire distraído y míster Packington salió felicitándose de haber sabido evitar la tormenta.

El especialista en belleza se mostró tajante. ¡Menuda negligencia! Pero *¿por qué, madame*? Debería haberse aplicado un tratamiento desde hacía algunos años. Sin embargo, no era demasiado tarde.

Le hicieron varias cosas en el rostro, que fue prensado y sometido al masaje y al vapor. Le aplicaron primero barro, luego varias cremas y finalmente polvos con otros tantos retoques.

Por último, le entregaron un espejo. «Creo que, efectivamente, *parezco* más joven», se dijo a sí misma.

La sesión con el modisto fue también emocionante. Salió de allí sintiéndose distinguida, elegante y a la última moda.

A la una y media, *Mrs*. Packington compareció en el Ritz. La esperaba míster Parker Pyne, impecablemente vestido y envuelto en una atmósfera apaciblemente tranquilizadora.

—Encantadora —le dijo, paseando una mirada experta por su figura, de pies a cabeza—. Me he aventurado a pedir para usted un White *lady*.

Mrs. Packington, que no había contraído el hábito de tomar cócteles, no opuso resistencia. Mientras sorbía el excitante líquido con cautela, escuchó a su benévolo instructor.

—Su marido, *Mrs*. Packington, debe acostumbrarse a esperarla. ¿Entiende usted? *A esperarla*. Para ayudarla en este detalle, voy a presentarle a un joven amigo mío. Almorzará usted hoy con él.

En aquel momento se acercaba un joven que miraba a un lado y otro. Al descubrir a *Mrs*. Parker Pyne, fue hacia ellos con movimientos airosos.

—Mister Claude Lutrell. *Mrs*. Packington.

Mister Claude Lutrell no había cumplido, quizás, los treinta años. Era un joven de aspecto agradable y simpático, vestido a la perfección y sumamente guapo.

—Encantado de conocerla —murmuró.

Al cabo de tres minutos, *Mrs*. Packington se hallaba frente a su nuevo mentor en una mesa para dos.

Ella se mostró al principio algo vergonzosa, pero míster Lutrell no tardó en devolverle la serenidad. Conocía bien París y había pasado mucho tiempo en la Riviera. Le preguntó a *Mrs*. Packington si le gustaba bailar. Ella contestó que sí, pero que ahora rara vez bailaba pues a míster Packington no le gustaba salir por las noches.

—Pero no puede ser tan poco complaciente que la retenga a usted en casa —dijo Claude Lutrell, enseñando al sonreír una deslumbrante dentadura—. En estos tiempos, las mujeres no tienen porqué tolerar los celos masculinos.

Mrs. Packington estuvo a punto de decir que no se trataba de celos, pero no lo dijo. Después de todo, era una agradable idea.

Claude Lutrell habló alegremente de los clubes nocturnos. Quedó convenido que la noche siguiente asistirían al popular «Lesser Archangel». A *Mrs*. Packington le ponía un poco nerviosa la idea de anunciárselo a su esposo. Le parecía que George lo encontraría extraordinario y, posiblemente, ridículo. Pero quedó liberada de toda dificultad por esta causa. Había estado demasiado nerviosa para hablar de ello a la hora del desayuno y a las dos llegó por teléfono el mensaje de que míster Packington cenaría fuera de la ciudad.

La velada constituyó un gran éxito. *Mrs*. Packington había bailado muy bien cuando era una muchacha y, bajo la hábil dirección de Claude Lutrell, no tardó en coger el ritmo de los bailes modernos. Él la felicitó por su vestido y, asimismo, por su peinado. (Aquella mañana se le había preparado una sesión en una peluquería de moda). Al despedirse de ella, le besó la mano del modo más expresivo. Hacía años que *Mrs*. Packington no había disfrutado de una velada como aquélla.

Siguieron diez días desconcertantes. *Mrs*. Packington los pasó entre almuerzos, tés, tangos, comidas, bailes y cenas. Conoció todos los detalles de la triste niñez de Claude Lutrell. Se enteró de las lamentables circunstancias en que su padre había perdido todo su dinero. Oyó el relato de su trágica historia y de sus sentimientos de amargura hacia las mujeres en general.

Al undécimo día, asistieron a un baile del Red Admiral. *Mrs*. Packington vio allí a su marido antes de que éste se percatase de su presencia. George acompañaba a la señorita de su despacho. Ambas parejas estaban bailando.

—Hola, George —dijo *Mrs*. Packington con ligereza cuando el curso del baile los acercó.

Y se sintió muy divertida al ver cómo el rostro de su esposo se ponía rojo y luego púrpura de asombro. Con el asombro se mezclaba una expresión de culpa descubierta.

A *Mrs*. Packington le divertía sentirse dueña de la situación. ¡Pobre George! Sentada de nuevo a su mesa, los observó. ¡Qué gordo estaba, qué calvo, qué mal bailaba! Lo hacía a la manera de veinte años atrás. ¡Pobre George! ¡Quería ser joven a toda costa! Y esa pobre muchacha con la que bailaba tenía que fingir que lo hacía muy a gusto. Parecía estar muy aburrida, ahora que tenía la cara sobre su hombro y él no podía verla.

¡Cuánto más envidiable, pensó *Mrs*. Packington, era su propia situación! Miró al perfecto Claude, que tenía el tacto de guardar silencio. Qué bien la entendía. Nunca se ponía pesado… como inevitablemente lo hacen los maridos al cabo de unos cuantos años.

Volvió a mirarlo. Y sus miradas se encontraron. Él sonrió. Sus hermosos ojos oscuros, tan melancólicos, tan románticos, se fijaron tiernamente en los suyos.

Bailaron de nuevo. Fue un rato glorioso.

—¿Volvemos a bailar? —murmuró.

Ella se daba cuenta de que los seguía la mirada apoplética de George. Recordaba que la idea había sido poner celoso a George. ¡Cuánto tiempo hacía de eso! En realidad, no deseaba ahora que George sintiese celos. Esto podía trastornarlo. ¿Por qué habría de trastornar al pobre infeliz? Estaba todo el mundo tan contento…

Hacía una hora que míster Packington estaba en casa cuando llegó su esposa. Parecía desconcertado y poco seguro de sí mismo.

—Hum —observó—. O sea que ya estás de vuelta.

Mrs. Packington se quitó el abrigo de *soirée* que le había costado cuarenta guineas aquella misma mañana.

—Sí —contestó sonriendo—, estoy de vuelta.

George tosió y luego dijo:

—Ha sido curioso… que nos hayamos encontrado.

—¿Verdad que sí? —dijo *Mrs*. Packington.

—Yo… bueno, pensé que sería una obra de caridad llevar a esa chica a alguna parte. Ha tenido muchos disgustos en su casa. Pensé… bueno, ha sido por pura bondad, ya comprendes.

Mrs. Packington hizo un gesto afirmativo. Pobre George… trabándose y acalorándose y quedándose tan satisfecho de sí mismo.

—¿Quién era ese mono que te acompañaba? Yo no lo conozco, ¿verdad?

—Se llama Lutrell, Claude Lutrell.

—¿Cómo te has encontrado con él?

—Oh, alguien me lo presentó —dijo ella vagamente.

—Es un poco extraño, que salgas a bailar… a tu edad. No debes llamar la atención, querida.

Mrs. Packington sonrió. Se sentía demasiado bien dispuesta hacia el universo en general para darle la réplica adecuada.

—Un cambio es siempre bueno —dijo amablemente.

—Tienes que andarte con cuidado, ya comprendes. Van por ahí muchos holgazanes de ese género. Las mujeres de mediana edad se ponen a veces en situaciones espantosamente ridículas. Yo sólo te lo advierto, querida. No me gustaría algo que fuera impropio de ti.

—El ejercicio me parece muy beneficioso —dijo *Mrs*. Packington.

—Hum… desde luego.

—Y espero que tú también —dijo *Mrs*. Packington con tono bondadoso—. Lo que importa es estar contento, ¿no es verdad? Recuerdo que lo dijiste tú mismo una mañana a la hora del desayuno, hace unos diez días.

Su esposo le dirigió una viva mirada, pero sin sarcasmo en la expresión. Ella bostezó.

—Tengo que irme a la cama. A propósito, George, me he vuelto muy caprichosa últimamente. Van a llegar algunas facturas terribles. ¿Verdad que no te importa?

—¿Facturas?

—Sí. Dos modistos, y el masajista y el peluquero. He sido perversamente caprichosa… pero ya sé que a ti no te importa.

Y subió la escalera. Míster Packington se había quedado con la boca abierta. María se había mostrado maravillosamente amable en lo referente a su propia aventura nocturna, no había parecido darle la menor importancia. Pero era una lástima que se hubiese puesto de pronto a gastar dinero. María… ¡ese modelo de esposa ahorradora!

¡Las mujeres! Y George Packington movió la cabeza. Menudos enredos en que se habían metido últimamente los hermanos de esa muchacha. Bueno, a él le había complacido sacarlos del apuro. De todos modos, ¡maldita sea!, las cosas no iban tan bien en la City.

Con un suspiro, míster Packington empezó a subir también la escalera lentamente.

A veces, las palabras dejan de producir un efecto en el primer momento y se recuerdan más tarde. Así pues, hasta la mañana siguiente, algunas frases pronunciadas por míster Packington no penetraron verdaderamente en la conciencia de su esposa.

Tipos holgazanes, mujeres de mediana edad, situaciones espantosamente ridículas.

En el fondo, *Mrs*. Packington era valiente. Se sentó y miró las cosas cara a cara. Un gigoló. Ella había leído cosas sobre los gigolós en los diarios. Y también había leído cosas sobre las necedades de las mujeres de mediana edad.

¿Era Claude un gigoló? Así lo imaginaba. Pero a los gigolós se les paga y Claude pagaba siempre por ella. Cierto, aunque quien realmente pagaba era míster Parker Pyne, no Claude… O mejor dicho, todo salía de las doscientas guineas que ella le había entregado.

¿Sería ella acaso una tonta de mediana edad? ¿Estaría Claude Lutrell riéndose de ella a sus espaldas? Se le encendió el rostro al pensarlo.

Bueno, ¡qué importaba eso! Claude era un gigoló y ella era una tonta de mediana edad. Pensó que tendría que hacerle algún regalo, una pitillera de oro o algo por el estilo.

Un extraño impulso la obligó a salir y a visitar el establecimiento de Asprey. Allí eligió y pagó una pitillera. Tenía que almorzar con Claude en el Claridge.

Cuando estaban tomando el café, la sacó del bolso.

—Un pequeño presente —murmuró.

Él levantó la vista con el ceño fruncido.

—¿Para mí?

—Sí. Espero… espero que le guste.

Él cubrió la pitillera con la mano y la rechazó violentamente por encima de la mesa.

—¿Por qué me da esto? No lo aceptaré. Cójalo. ¡Cójalo, le digo! —Estaba enfadado. Sus ojos oscuros centelleaban.

—Lo siento —murmuró ella. Y se la guardó de nuevo en el bolso.

Aquel día el trato fue forzado.

A la mañana siguiente, él le dijo por teléfono:

—Necesito verla. ¿Puedo ir a su casa esta tarde?

Ella le dijo que fuese a las tres.

Él llegó muy pálido, muy tenso. De pronto, se puso de pie y se la quedó mirando.

—¿Qué es lo que se cree usted que soy? Esto es lo que he venido a preguntarle. Hemos sido amigos… ¿no es verdad? Pero, a pesar de ello, usted cree que soy… bueno, un gigoló, un individuo que vive a costa de las mujeres. Esto es lo que cree usted, ¿no es verdad?

—No, no.

Pero él rechazó esa protesta. Su rostro estaba ahora muy pálido.

—¡Esto es lo que realmente cree usted! Pues bien: es la verdad. Esto es lo que quería decirle. ¡Es la verdad! Tenía órdenes de pasearla a usted por ahí, de entretenerla, de cortejarla, de hacerle olvidar a su esposo… Éste es mi oficio. Un oficio despreciable, ¿no es verdad?

—¿Por qué me cuenta todo esto? —preguntó ella.

—Porque he terminado con este trabajo. No puedo continuarlo. Por lo menos, no *con usted*. Usted es diferente. Usted es la clase de mujer que podía inspirarme fe, confianza, adoración. Usted piensa que lo que estoy diciendo forma parte de mi papel —y se acercó más a ella—. Voy a demostrarle que no es así. Voy a retirarme… a causa de usted. Voy a convertirme en un hombre y a dejar de ser una criatura odiosa. Y voy a hacerlo a causa de usted.

Repentinamente, la tomó en sus brazos. Sus labios se cerraron sobre los de ella. Luego la soltó y se mantuvo apartado.

—Adiós. He sido una persona inútil… siempre. Pero prometo que ahora seré diferente. ¿Recuerda usted que una vez dijo que le gustaba leer los anuncios que ponían en los periódicos las personas en apuros? Cada aniversario de este día encontrará allí un mensaje mío diciéndole que la recuerdo y que me porto bien. Entonces sabrá usted todo lo que ha significado para mí. Y otra cosa: no he aceptado nada de usted. Pero deseo que usted acepte algo de mí —y se quitó del dedo un sencillo anillo de oro, un sello—. Era de mi madre. Quisiera que lo tuviese usted. Y ahora, adiós.

Y la dejó de pie, aturdida, con el anillo en la mano.

George Packington regresó a casa temprano. Encontró a su esposa de cara al fuego y con la mirada perdida. Ella le habló bondadosamente, pero con distracción.

—Escucha, María —le dijo de repente con voz insegura—. A propósito de esa muchacha…

—Di, querido.

—Yo… nunca quise trastornarte, ya comprendes. Con ella… nada de nada.

—Ya lo sé. Fue una tontería por mi parte. Sal con ella tanto como quieras, si eso te alegra.

Seguramente, esas palabras hubieran debido animar a George Packington. Lo extraño es que le disgustaron. ¿Cómo puede uno disfrutar de la compañía de una muchacha cuando la propia esposa le invita complaciente a que lo haga? ¡Al diablo con esa historia!, no sería decente. Aquella sensación de ser un pícaro, un hombre duro que juega con fuego, se esfumaba y moría ignominiosamente. George Packington se sintió de pronto fatigado y con la cartera mucho más ligera. Aquella muchacha sí que era una buena picara.

—Podríamos irnos los dos a alguna parte una temporadita si te apetece, María —le propuso tímidamente.

—Oh, no te preocupes por mí. Estoy perfectamente.

—Pero a mí me gustaría sacarte de aquí. Podríamos ir a la Riviera.

Mrs. Packington le sonrió a distancia.

Pobre George. Sentía afecto por él. Su situación era tan patética… En su vida no había el secreto esplendor que tenía la de ella. Le sonrió aún con mayor ternura.

—Eso sería delicioso, querido —le dijo.

Mister Parker Pyne estaba diciéndole a *miss* Lemon:

—¿A cuánto ascienden los gastos?

—A ciento dos libras, catorce chelines y seis peniques.

Alguien empujó la puerta y entró Claude Lutrell. Parecía algo melancólico.

—Buenos días, Claude —dijo míster Parker Pyne—. ¿Ha acabado todo satisfactoriamente?

—Eso creo.

—¿Y el anillo? ¿Qué nombre has puesto en él?

—Matilda —contestó Claude sombríamente—, 1899.

—Excelente. ¿Qué texto para el anuncio?

—«Me porto bien. Sigo recordando. Claude».

—Haga el favor de tomar nota de esto, *miss* Lemon. *La columna de los que están en apuros*. Tres de noviembre, durante… Déjeme ver: gastos ciento dos libras, con

catorce y seis. Sí, durante diez años, supongo. Esto nos deja un beneficio de noventa y dos libras, dos chelines y cuatro peniques. Está bien. Está perfectamente bien.

Miss Lemon se retiró.

—Oiga —exclamó Claude estallando—: Esto no me gusta. Es un juego sucio.

—¡Mi querido muchacho!

—Un juego sucio. Ésta es una mujer decente… una buena persona. Contarle todas estas mentiras… llenarla de esa literatura lacrimosa, ¡al diablo con todo! ¡Me da asco!

Mister Parker Pyne se ajustó las gafas y miró a Claude con una especie de interés científico.

—¡Pobre de mí! —dijo secamente—. No creo recordar que su conciencia le atormentase durante su… ¡ejem!, notoria carrera. Sus casos en la Riviera fueron particularmente descarados y su explotación de *Mrs*. Hattie West, la esposa del rey californiano del cohombro, fue especialmente notable por el endurecido instinto mercenario de que hizo usted gala.

—Bien, empiezo a pensar de otra manera —refunfuñó Claude—. Este juego no es… limpio.

Mister Parker Pyne habló con el tono de un director de escuela que amonesta a su alumno favorito.

—Ha realizado usted, mi querido Claude, una acción meritoria. Ha dado a una mujer desgraciada lo que necesitan todas las mujeres: un sueño. Una mujer rompe una pasión a pedazos y no saca nada bueno de ella, pero un sueño puede guardarse en un armario, con espliego, y ser contemplado durante muchos años. Yo conozco la naturaleza humana, hijo mío, y puedo decirle que una mujer puede vivir mucho tiempo de un incidente de este tipo —y terminó, tras toser—: Hemos cumplido nuestro compromiso con *Mrs*. Packington de un modo muy satisfactorio.

—Bueno —murmuró Claude—, pero no me gusta —y abandonó la habitación.

Mister Parker Pyne tomó de un cajón una carpeta nueva y escribió:

> «*Interesantes vestigios de conciencia visibles en un gigoló endurecido. Nota: Estudiar su desarrollo*».

El caso del soldado descontento

(The Case of the Discontented Soldier).

Frente a la puerta del despacho de míster Parker Pyne, el mayor Wilbraham se detuvo para leer, no por primera vez, el anuncio del diario de la mañana que le había llevado allí. Era bastante claro:



PERSONAL

¿ES USTED FELIZ? SI NO LO ES CONSULTE A MISTER PARKER PYNE, 17 Richmond Street.

FLORA. — Es mucho tiempo para tener que esperarme.

FAMILIA FRANCESA RECIBE HUESPEDES DE PAGO, a 15 minutos de París. Casa espaciosa en terreno propio. Confort moderno. Cocina excelente. Lecciones particulares de francés. Mandat «La Collina» Belle

El mayor inspiró profundamente y se lanzó decidido hacia la puerta giratoria que conducía al despacho exterior. Una joven de aspecto sencillo levantó la vista de su máquina de escribir para dirigirle una mirada interrogante.

—¿Mister Parker Pyne?

—Tenga la bondad de venir por aquí.

Y él la siguió al despacho interior, ante la suave presencia de míster Parker Pyne.

—Buenos días —dijo míster Parker Pyne—. Hágame el favor de sentarse. Y dígame ahora qué puedo hacer por usted.

—Me llamo Wilbraham —empezó a decir.

—¿Mayor? ¿Coronel? —preguntó míster Parker Pyne.

—Mayor.

—¡Ah! Y ha regresado recientemente de países lejanos. ¿India? ¿África Oriental?

—África Oriental.

—Un bello país, según dicen. Bien, es decir que vuelve usted a estar en casa… y no se encuentra a gusto. ¿Es éste el problema?

—Tiene usted mucha razón. Aunque no sé cómo ha podido saberlo.

Mister Parker Pyne movió una mano con gesto imponente.

—Éste es mi oficio. Ya ve usted: durante treinta y cinco años he estado ocupado en la compilación de estadísticas en un despacho del gobierno. Ahora estoy retirado y se me ha ocurrido utilizar la experiencia adquirida de un modo nuevo. Es muy sencillo. La infelicidad puede ser clasificada en cinco grupos principales… ni uno

más, se lo aseguro. Una vez conocida la causa de la enfermedad, el remedio no ha de ser imposible.

»Yo ocupo el lugar del médico. El médico empieza por diagnosticarle la enfermedad al paciente y luego procede a recomendar el tratamiento. En algunos casos, no hay tratamiento posible. Si es así, yo le digo francamente que no puedo hacer nada. Pero, si me encargo de un caso, la curación está prácticamente garantizada.

»Puedo asegurarle a usted, mayor Wilbraham, que el noventa y seis por ciento de los Forjadores del Imperio retirados (como yo les llamo) son desdichados. Han dejado una vida activa, una vida llena de responsabilidades, de posibles peligros, ¿a cambio de qué? A cambio de recursos limitados, de un clima triste. Y tienen la sensación general de ser peces sacados del agua.

—Todo lo que acaba usted de decir es cierto —observó el mayor—. Lo que yo no puedo aceptar es el hastío. El hastío y la charla interminable sobre las insignificancias de una pequeña aldea. Pero ¿cómo remediarlo? Tengo algo de dinero, además de mi pensión. Tengo un agradable *cottage* cerca de Cobham. Tengo los medios para dedicarme a la caza o a la pesca. No estoy casado. Mis vecinos son todos personas agradables, pero sus ideas no van más allá de esta isla.

—Dicho en dos palabras: que encuentra usted la vida insípida.

—Condenadamente insípida.

—¿Le gustaría experimentar emociones y correr posibles peligros? —preguntó míster Parker Pyne.

El soldado se encogió de hombros.

—No existe tal cosa en este pequeño país.

—Perdone —dijo míster Parker Pyne con seriedad—. En esto anda usted equivocado. Los peligros y la excitación abundan aquí, en Londres, si sabe usted dónde ha de ir a buscarlos. Usted no ha visto más que la superficie de nuestra vida inglesa, tranquila, agradable. Si lo desea, yo puedo mostrarle ese otro aspecto.

El mayor Wilbraham le miró con expresión pensativa. Había algo tranquilizador en el aspecto de míster Parker Pyne. Era grueso, por no decir gordo. Tenía una cabeza calva de nobles proporciones, gafas de alta graduación y unos ojillos que parpadeaban. Y le envolvía una atmósfera… una atmósfera de persona en quien se puede confiar.

—Debo advertirle, no obstante —continuó míster Parker Pyne—, que hay algún riesgo.

Los ojos del soldado se iluminaron.

—Perfectamente —dijo. Y añadió de pronto—: ¿Y sus honorarios?

—Mis honorarios —contestó míster Parker Pyne— son cincuenta libras pagadas por adelantado. Si dentro de un mes continúa usted en el mismo estado de hastío, se las reembolsaré.

—Es un trato justo —dijo Wilbraham tras un momento de reflexión—. Estoy de acuerdo. Voy a darle un cheque ahora.

Terminados aquellos trámites, míster Parker Pyne oprimió un botón que había sobre su mesa.

—Ahora es la una —le dijo—. Voy a rogarle que lleve a una señorita a almorzar. —Y habiéndose abierto una puerta, continuó—: ¡Ah! Madeleine, querida, permítame que le presente al mayor Wilbraham, que la acompañará a usted a almorzar.

Wilbraham parpadeó ligeramente, lo que no era de extrañar. La muchacha que había entrado en la habitación era morena, de lánguida actitud, ojos admirables, largas pestañas negras, una tez perfecta y una boca voluptuosa de color escarlata. Su exquisita indumentaria realzaba la gracia de su figura. De pies a cabeza era una mujer perfecta.

—¡Ejem…! Encantado —dijo el mayor Wilbraham.

—*Miss* De Sara —dijo míster Parker Pyne.

—Es usted muy amable —murmuró Madeleine de Sara.

—Tengo aquí su dirección —anunció míster Parker Pyne—. Mañana por la mañana recibirá usted mis nuevas instrucciones.

El mayor Wilbraham salió con la adorable Madeleine.

Eran las tres cuando Madeleine regresó.

Mister Parker Pyne levantó la vista para preguntar:

—¿Cómo ha ido?

—Está asustado de mí —contestó ella moviendo la cabeza—. Cree que soy una vampiresa.

—Me lo figuraba —dijo míster Parker Pyne—. ¿Ha seguido mis instrucciones?

—Sí. Hemos hablado libremente de los ocupantes de las otras mesas. El tipo que le gusta es de cabello rubio, ojos azules, ligeramente anémica y no demasiado alta.

—Eso será fácil —dijo míster Parker Pyne—. Deme el modelo B y déjeme ver de qué disponemos en este momento —y recorriendo la lista con el dedo, se detuvo en un nombre—. Freda Clegg. Sí, creo que Freda Clegg nos irá perfectamente. Es mejor que hable de esto con *Mrs*. Oliver.

Al día siguiente, el mayor Wilbraham recibió una nota que decía:

> *El próximo lunes por la mañana, a las once, vaya a Eaglemont, Friars Lane, Hampstead, y pregunte por míster Jones. Anúnciese como representante de la Guava Shipping Company.*

Obedeciendo estas instrucciones, el siguiente lunes (que resultó ser el día festivo de los bancos), el mayor Wilbraham partió con destino a Eaglemont, Friars Lane. Decimos que partió, pero no llegó allí, pues, antes de llegar, ocurrió algo.

Todo bicho viviente parecía dirigirse a Hampstead. El mayor Wilbraham hubo de mezclarse con las multitudes y sofocarse en el metro, y le costó trabajo descubrir dónde estaba Friars Lane.

Friars Lane era un callejón sin salida, un camino descuidado y lleno de roderas, con casas apartadas a uno y otro lado: casas espaciosas que habían conocido mejores tiempos y se veían sin las necesarias reparaciones.

Wilbraham se internó por él y miró los nombres semiborrados en los marcos de las puertas y, de pronto, oyó algo que atrajo su atención. Era una especie de grito gorgoteante y medio ahogado.

El grito se repitió y pudo ahora reconocer la palabra «¡Socorro!». Venía del interior de la casa junto a la cual pasaba entonces.

Sin vacilar un solo momento, el mayor Wilbraham abrió de un empujón la raquítica puerta y entró sin ruido por el camino de entrada cubierto de maleza. Allí, entre los arbustos, se agitaba una muchacha sujetada por dos negros enormes. Se defendía valientemente, retorciéndose, volviéndose sobre sí misma y pataleando. Uno de los negros le había tapado la boca con una mano, a pesar de los furiosos esfuerzos que ella hacía parar liberar su cabeza.

Con la atención concentrada en su lucha con la muchacha, ninguno de los negros había advertido la proximidad de Wilbraham. La primera noticia de él les llegó con un violento puñetazo asestado en la mandíbula del que le tapaba la boca y que retrocedió tambaleándose. Cogido por sorpresa, el otro hombre soltó a su víctima y se volvió. Wilbraham estaba preparado para recibirlo. Una vez más disparó su puño cerrado, y el negro perdió el equilibrio y cayó hacia atrás. Wilbraham se volvió hacia el otro, que ya se le venía encima.

Pero los dos negros tenían ya bastante. El segundo rodó por el suelo y se sentó. Al levantarse, corrió en dirección a la puerta. Su compañero le imitó. Wilbraham quiso salir tras ellos, pero cambió de parecer y se volvió hacia la muchacha, que jadeaba apoyándose en un árbol.

—¡Oh, gracias! —le dijo ésta con voz entrecortada—. Ha sido terrible.

El mayor Wilbraham vio entonces, por primera vez, a quien había salvado tan oportunamente. Era una joven de veintiuno o veintidós años, rubia, de ojos azules y algo pálida.

—¡Si no hubiese usted venido! —dijo sin aliento.

—Bien, bien —contestó Wilbraham con voz tranquilizadora—. Ya ha pasado todo. Sin embargo, creo que sería mejor alejarse de aquí. Esos hombres pueden volver.

A los labios de la muchacha asomó una débil sonrisa.

—No creo que vuelvan… después de la paliza que les ha dado usted. ¡Oh, su actuación ha sido realmente espléndida!

El mayor Wilbraham se sonrojó ante aquella expresiva mirada de admiración.

—Nada de eso —dijo con indiferencia—. Esto es algo normal cuando alguien molesta a una dama. Dígame: ¿puede usted andar apoyándose en mi brazo? Bien, comprendo que ha sido una impresión horrible.

—Ahora estoy perfectamente —dijo la muchacha, quien, no obstante, tomó su brazo. Aún se estremecía un poco. Al atravesar la puerta exterior, se volvió hacia la casa—. No puedo entenderlo —murmuró—. Es evidente que esta casa está vacía.

—Sin duda está vacía —convino el mayor, mirando hacia las ventanas cerradas y observando su ruinoso aspecto general.

—Y sin embargo, esto es Whitefriars —dijo ella señalando el nombre medio borrado que podía leerse en la puerta—. Y Whitefriars es el lugar adonde yo debía ir.

—No se inquiete ahora por nada —dijo Wilbraham—. En un par de minutos encontraremos un taxi. Y luego iremos a cualquier parte a tomar una taza de café.

En el extremo del callejón encontraron una calle más concurrida y, por suerte, acababa de desocuparse un taxi enfrente de una de las casas. Wilbraham lo llamó, le dio una dirección al conductor y subieron al coche.

—No se esfuerce en hablar —le aconsejó a su compañera—. Sólo recuéstese. Acaba de pasar por una situación horrible.

Ella le sonrió con gratitud:

—A propósito, mi nombre es Wilbraham.

—El mío es Clegg, Freda Clegg.

Al cabo de diez minutos, Freda tomaba su café caliente y miraba agradecida, por encima de la mesa, a su salvador.

—Parece un sueño —dijo—, un mal sueño. —Y se estremeció—. Y poco tiempo antes estaba yo deseando que ocurriese algo… ¡cualquier cosa! Oh, no me gustan las aventuras.

—Dígame cómo ocurrió.

—Bien, podría contárselo con pelos y señales, pero me temo que tendría que hablar mucho de mí misma.

—Es un tema excelente —dijo Wilbraham con una inclinación de cabeza.

—Soy huérfana. Mi padre, un capitán de marina, murió cuando yo tenía ocho años. Mi madre murió hace tres años. Trabajo en la City. Estoy empleada en la Vacum Gas Company. Una tarde de la semana pasada, al volver a mi alojamiento, encontré a un caballero esperándome. Era un abogado, un tal míster Reid, de Melbourne.

»Se mostró muy cortés y me hizo varias preguntas acerca de mi familia. Explicó que había tratado a mi padre hace muchos años y que, en realidad, había gestionado varios de sus asuntos. Luego me comunicó el objeto de su visita:

»—*Miss* Clegg, tengo razones para creer que podría usted obtener un beneficio como resultado de una operación financiera en la que se interesó su padre varios años antes de su muerte.

»Por supuesto, esto me causó gran sorpresa.

»—No es posible —continuó mi visitante— que haya usted oído hablar de este asunto. Me parece que John Clegg no se lo tomó nunca en serio. No obstante, el asunto se ha concretado inesperadamente en realidades, pero me temo que cualquier derecho que pudiera usted alegar dependería de su posesión de determinados documentos. Estos documentos habrían formado parte de los bienes de su padre y, por supuesto, es posible que hayan sido destruidos por creer él que no tenían ningún valor. ¿Ha examinado usted algunos de los papeles de su padre?

»Yo le expliqué que mi madre había conservado varias cosas de mi padre en un antiguo cofre marino. Yo los había mirado por encima, pero no había descubierto nada que despertase mi interés.

»—Quizás no es muy probable que supiera usted reconocer la importancia de estos documentos —dijo sonriendo.

»Pues bien, me fui al cofre, saqué los pocos papeles que contenía y se los llevé. Él los miró, pero dijo que era imposible decidir, de momento, cuáles podían o no podían tener relación con el asunto a que se había referido. Que se los llevaría y se comunicaría conmigo si el resultado era positivo.

»Con el último correo del sábado recibí una carta suya en la que me proponía que acudiese a su casa para hablar del asunto. Me daba su dirección: Whitefriars, Friars Lane, Hampstead. Debía estar allí esta mañana a las once menos cuarto.

»Me retrasé un poco buscando el lugar. Crucé la puerta rápidamente y, me dirigía a la casa cuando, de pronto, salieron de entre la maleza esos dos hombres horribles y saltaron sobre mí. No tuve tiempo de llamar a nadie. Uno de ellos me tapó la boca con la mano. Retorciéndome he podido apartar la cabeza y pedir socorro. Por fortuna, me ha oído usted. A no ser por usted… —Y se detuvo. Su mirada era más elocuente que todas las palabras.

—Estoy muy contento de haber acertado a estar allí. Vive Dios que me gustaría coger a esos dos brutos. Supongo que usted no los había visto nunca…

Ella movió la cabeza.

—¿Qué cree usted que significa esto?

—Es difícil de decir. Pero hay algo que parece bastante seguro. Hay alguna cosa que alguien anda buscando entre los papeles de su padre. Ese Reid le ha contado una historia disparatada para tener la oportunidad de examinarlos. Evidentemente, lo que él quería no estaba allí.

—Oh —dijo Freda—, estoy pensando… Cuando volví a casa el sábado me pareció que alguien había tocado mis cosas. Para decirle la verdad, sospeché que mi patrona había registrado mi habitación por pura curiosidad, pero ahora…

—Tenga la seguridad de que fue así. Alguien logró entrar en su habitación y la registró sin encontrar lo que buscaba. Tuvo la sospecha de que usted conocía el valor de ese documento, cualquiera que fuese, y que lo llevaba encima. Por esto preparó la emboscada. Si lo llevaba encima, se lo quitaría. Si no lo llevaba, la conservaría prisionera e intentaría obligarla a revelar dónde lo tenía escondido.

—Pero ¿por qué? —dijo Freda.

—No lo sé, pero debe ser algo muy importante para que él tenga que recurrir a estos medios.

—Esto no parece posible.

—Oh, no lo sé. Su padre era marino. Iba a países lejanos. Pudo haber encontrado algo cuyo valor no llegase a conocer nunca.

—¿Lo cree usted realmente? —Y en las pálidas mejillas de la muchacha apareció una ola rosada de excitación.

—En realidad, no lo creo. La cuestión es: ¿qué hacemos ahora? Supongo que no desea acudir a la policía…

—Oh, no, se lo ruego.

—Me satisface oírle decir esto. No veo para qué podría servirnos la policía y sólo nos acarrearía disgustos. Le propongo que me permita llevarla a almorzar a alguna parte y acompañarla a su domicilio para estar seguro de que ha llegado sin novedad. Y luego, podríamos buscar el documento. Porque ya comprenderá usted que debe estar en alguna parte.

—Mi padre pudo haber destruido el papel.

—Desde luego, es posible, pero la parte contraria, evidentemente, no lo cree así y esto parece prometedor.

—¿Qué cree usted que puede ser? ¿Un tesoro escondido?

—¡Quizás sí sea un tesoro! —exclamó el mayor Wilbraham, sintiendo renacer en su interior todo su alegre entusiasmo de muchacho—. Pero ahora, *miss* Clegg, ¡el almuerzo!

El almuerzo les proporcionó un rato agradable. Wilbraham le habló a Freda de su vida en África Oriental. Le describió las cacerías de elefantes y la muchacha se emocionó. Cuando terminaron, insistió en acompañarla a su casa en un taxi.

Su alojamiento estaba cerca de Notting Hill Gate. A su llegada, Freda mantuvo una breve conversación con su patrona. Volviéndose hacia Wilbraham, lo condujo al segundo piso, donde tenía un pequeño escritorio y una salita.

—Es exactamente como lo habíamos pensado —le dijo—. El sábado por la mañana vino un hombre para colocar un nuevo cable eléctrico. Dijo que había un defecto en la instalación de mi dormitorio. Estuvo allí un rato.

—Déjeme ver ese cofre de su padre —dijo Wilbraham.

Freda le mostró un arca con cantoneras de latón.

—Ya lo ve —dijo levantando la tapa:

—Está vacío.

El soldado hizo un gesto afirmativo con expresión pensativa.

—¿Y no hay papeles en ninguna otra parte?

—Estoy segura de que no los hay. Mi madre lo guardaba todo aquí.

Wilbraham examinó el interior del cofre. De pronto, lanzó una exclamación.

—Aquí hay una hendidura en el forro —cuidadosamente, metió la mano palpando por todas partes. Y se vio recompensado por un ligero crujido—. Algo se había deslizado por allí detrás.

Al cabo de un minuto, había sacado el objeto oculto: un trozo de papel sucio y doblado varias veces. Lo alisó sobre la mesa mientras Freda lo miraba por encima del hombro. La joven dejó oír una exclamación de desencanto.

—No es más que un montón de señales raras.

—¡Cómo! ¡Pero si esto está escrito en swahili! ¡El *swahili* entre todas las lenguas! —exclamó el mayor Wilbraham—. El dialecto indígena de África Oriental, ya comprende.

—¡Qué extraordinario! —dijo Freda—. ¿Entonces, puede entenderlo?

—Bastante. Pero ¡vaya una cosa sorprendente! —Y se llevó el papel a la ventana.

—¿Ve algo? —preguntó Freda con voz trémula.

Wilbraham lo leyó dos veces y regresó junto a la muchacha.

—¡Vamos! —dijo riendo entre dientes—. Aquí tiene un tesoro escondido.

—¿Un tesoro escondido? *¿De verdad?* ¿Quiere decir oro español, un galeón sumergido o este tipo de historias?

—Quizás algo no tan romántico como eso, pero el resultado es el mismo. Este papel señala el escondrijo de un almacén de marfil.

—¿Un almacén de marfil? —preguntó la muchacha asombrada.

—Sí, elefantes, ya comprende. Hay una ley que limita el número de los que pueden matarse. Algún cazador la desobedeció en gran escala. Le siguieron la pista y él escondió su mercancía. Hay una cantidad enorme… y aquí se dan claras instrucciones para encontrarlo. Escuche: tendremos que ir a buscarlo usted y yo.

—¿Quiere decir que esto representa mucho dinero?

—Una bonita fortuna para usted.

—Pero ¿cómo estaba este papel entre las cosas de mi padre?

Wilbraham se encogió de hombros.

—Quizás el hombre estaba muriendo o corría un gran peligro. Es posible que escribiese el papel en swahili para protegerse y que se lo diese a su padre, que pudo haberlo protegido de algún modo. Al no entender lo que decía, su padre no le dio importancia. Ésta no es más que una conjetura mía, pero me atrevo a creer que no está lejos de la verdad.

—¡Qué emocionante! —dijo Freda Clegg con un suspiro.

—El caso es: ¿qué hacemos con ese precioso documento? —dijo Wilbraham—. No me gusta la idea de dejarlo aquí. Podrían volver y hacer otro registro. Supongo que no me lo confiaría usted a mí…

—Naturalmente que se lo confiaría. Pero ¿no podría ser peligroso para usted? —le preguntó desalentada.

—Yo soy duro de pelar —dijo Wilbraham sombríamente—. No tiene que inquietarse por mí —y doblando el papel, se lo guardó en la cartera—. ¿Puedo venir a verla mañana? Para entonces ya me habré trazado un plan y quiero situar esos lugares en mi mapa. ¿A qué hora vuelve usted de la City?

—Hacia las seis y media.

—Perfectamente. Nos reuniremos y quizás luego me permitirá que la lleve a comer. Tenemos que celebrar esto. Entonces, adiós. Hasta mañana a las seis y media.

Al día siguiente, el mayor Wilbraham llegó con puntualidad. Llamó a la puerta y preguntó por *miss* Clegg. A la llamada había acudido una doncella.

—¿*Miss* Clegg? Ha salido.

—¡Oh! —A Wilbraham no le gustaba decir que entraría para esperarla y contestó —. Ya volveré.

Y se quedó vagando por la calle y esperando a cada momento ver llegar a Freda. Pasaron los minutos. Dieron las siete menos cuarto. Las siete. Las siete y cuarto. No había aún señales de Freda. Empezó a sentirse dominado por la inquietud. Volvió a la casa y llamó de nuevo.

—Escuche —dijo—. Yo tenía una cita con *miss* Clegg a las seis y media. ¿Está segura de que no ha vuelto o no ha dejado ningún recado?

—¿Es usted el mayor Wilbraham? —preguntó la doncella.

—Sí.

—Entonces hay aquí una nota para usted. La han traído a mano.

Wilbraham la cogió y abrió. Decía así:

Querido mayor Wilbraham:

Ha ocurrido algo extraño. No escribiré más ahora, pero ¿quiere usted reunirse conmigo en Whitefriars? Venga tan pronto como reciba la presente.

Sinceramente suya,
Freda Clegg.

Wilbraham frunció las cejas y pensó rápidamente. Su mano sacó con aire distraído una carta del bolsillo. Estaba dirigida a su sastre.

—No sé —le dijo a la camarera— si podría usted proporcionarme un sello de correos.

—Supongo que *Mrs*. Parkins podrá ayudarle.

Y volvió al cabo de un momento con el sello, que el mayor pagó con un chelín. Al cabo de otro momento, Wilbraham estaba camino de la estación de metro y echó el sobre a un buzón que encontró por el camino.

Movió la cabeza. ¡Entre todas las tonterías que podían hacerse…! ¿Habría reaparecido Reíd? ¿Había logrado de algún modo que la muchacha confiase en él? ¿Qué era lo que le había hecho ir a Hampstead?

Consultó su reloj. Casi las siete y media. Ella debía haber contado con que él se pondría en camino a las seis y media. Una hora de retraso. Era demasiado. Si hubiese tenido la picardía de hacerle alguna indicación…

La carta le daba que pensar. Fuera como fuese, aquel tono frío no era característico de Freda.

Eran las ocho menos diez cuando llegó a Friars Lane. Estaba oscureciendo. Miró vivamente a su alrededor. No había nadie a la vista. Suavemente empujó la raquítica puerta, que giró sin ruido sobre sus goznes. El camino de los coches estaba desierto. La casa estaba oscura. Subió por el sendero con cautela, mirando a un lado y a otro. No se proponía dejarse coger por sorpresa.

De pronto, se detuvo. Por un instante había asomado un rayo de luz a través de uno de los postigos. La casa no estaba vacía. Había alguien en su interior.

Wilbraham se deslizó despacio por entre los arbustos y dio la vuelta a la casa hasta alcanzar la parte trasera. Por último, encontró lo que andaba buscando. Una de las ventanas de la planta baja no estaba cerrada. Era la ventana de una especie de fregadero. Levantó el marco, encendió una linterna (la había comprado en una tienda de camino hacia allí), iluminó el interior desierto de la habitación y entró en ésta.

Con cuidado, abrió la puerta del fregadero. No oyó ningún sonido. Una vez más encendió la linterna. Una cocina vacía… Fuera de la cocina había media docena de peldaños y una puerta que, evidentemente, conducía a la parte delantera de la casa.

Abrió la puerta y escuchó. Nada. La atravesó y se encontró en el vestíbulo. Tampoco ahora llegó ningún sonido. Había una puerta a la derecha y otra a la izquierda. Eligió la de la derecha, escuchó durante algún tiempo y luego le dio la vuelta al picaporte, que cedió. Abrió la puerta poco a poco y penetró en el interior.

En aquel preciso momento, oyó un ruido detrás suyo y se dio la vuelta… demasiado tarde. Algo había caído sobre su cabeza y lo derribó, dejándolo sin conocimiento.

Wilbraham no tenía idea del tiempo que tardó en recobrarlo. Volvió a la vida penosamente, con dolor de cabeza. Intentó moverse y no pudo. Estaba atado con cuerdas.

Repentinamente, tuvo plena conciencia de su estado. Ahora lo recordaba. Había recibido un golpe en la cabeza.

Una débil claridad sobre la parte posterior de la pared le mostró que estaba en un pequeño sótano. Miró a su alrededor y su corazón dio un brinco. A pocos pies de distancia yacía Freda, atada a él. Tenía los ojos cerrados, pero, mientras él la observaba con ansiedad, suspiró y los abrió. Su aturdida mirada se fijó en él y expresó la alegría con que le había reconocido.

—Usted también —exclamó ella—. ¿Qué ha ocurrido?

—La he desamparado a usted tristemente —dijo Wilbraham—. He caído de cabeza en la trampa. Dígame: ¿me ha enviado usted una nota rogándome que viniese a encontrarme con usted aquí?

—*¿Yo?* —contestó la muchacha, abriendo los ojos con asombro—. Ha sido usted quien me la ha enviado *a mí*.

—Oh, así que yo he enviado una nota.

—Sí. La recibí en la oficina. Esta nota me pedía que me reuniese con usted aquí y no en casa.

—El mismo método para los dos —gimió él, y explicó la situación.

—Ya comprendo —dijo Freda—. Entonces la idea era…

—Conseguir el papel. Debieron seguirnos ayer. Así es como han caído sobre mí.

—Y… ¿se lo han quitado? —preguntó Freda.

—Por desgracia, no puedo tocarme y comprobarlo —contestó el soldado, mirando con expresión lastimera sus manos atadas.

Y entonces, los dos se sobresaltaron. Porque habló una voz. Una voz que parecía venir del aire.

—Sí, gracias —dijo—. Se lo he quitado, no hay la menor duda sobre esto.

Y otra voz desconocida hizo que los dos se estremecieran.

—Mister Reid —murmuró Freda.

—Mister Reid es uno de mis nombres, mi querida señorita —dijo la voz—. Pero sólo uno de ellos. Tengo otros muchos. Ahora bien, siento tener que decirles que han interferido ustedes en mis planes, una cosa que nunca consiento. Su descubrimiento de esta casa es un asunto grave. No se lo han comunicado aún a la policía, pero podrían hacerlo más tarde.

»Mucho me temo que no puedo fiarme de ustedes. Podrían prometerme… pero las promesas rara vez se cumplen. Y ya lo ven, esta casa es muy útil para mí. Es, como podrían ustedes decir, mi casa de liquidaciones. La casa de la que no se vuelve. Desde aquí se pasa… a otra parte. Siento tener que decirles que esto es lo que van ustedes a hacer. Lamentable, pero necesario.

La voz se detuvo un breve momento y continúo luego diciendo:

—Nada de sangre. El derramamiento de sangre me resulta odioso. Mi método es mucho más sencillo. Y en realidad, no excesivamente doloroso, me parece. Bien, ahora tengo ya que retirarme. Buenas noches a los dos.

—¡Oiga! —exclamó Wilbraham—. Haga lo que quiera conmigo, pero esta señorita no ha hecho nada… nada. Dejarla libre no puede perjudicarle.

No hubo contestación. En aquel momento, Freda Clegg gritó:

—¡El agua… el agua!

Wilbraham se giró penosamente y siguió la dirección de los ojos de la chica. Por un agujero cercano al techo manaba con firmeza un chorrito de agua. Freda lanzó un grito histérico:

—¡Van a ahogarnos!

El sudor apareció en la frente de Wilbraham.

—Aún no hemos terminado —dijo—. Gritaremos pidiendo socorro. Seguramente, alguien nos oirá. Vamos: los dos a la vez.

Y ambos se pusieron a lanzar gritos y alaridos con todas sus fuerzas, sin detenerse hasta que se quedaron roncos.

—Me temo que es inútil —dijo Wilbraham tristemente—. Este sótano es muy profundo y supongo que las puertas están acolchadas. Después de todo, si pudieran oírnos no dudo de que ese bruto nos hubiera amordazado.

—¡Oh! —exclamó Freda—. Y todo es por mi culpa. Yo lo he metido en esta aventura.

—No sufra por eso, niñita. Estoy pensando en usted y no en mí. Yo me encontrado en otros trances apurados como éste y he salido de ellos. No se desanime. Yo la sacaré de éste. Tenemos tiempo de sobra. Según la cantidad de agua que cae, habrán de pasar algunas horas antes de que ocurra lo peor.

—¡Qué admirable es usted! —dijo Freda—. Nunca había encontrado a nadie como usted… salvo en los libros.

—Tonterías… Ésta es una cuestión de puro sentido común. Ahora tenemos que aflojar estas cuerdas infernales.

Al cabo de un cuarto de hora de esforzarse y retorcerse, Wilbraham tuvo la satisfacción de observar que sus ligaduras se habían aflojado considerablemente. Pudo entonces arreglárselas para doblar la cabeza y levantar las muñecas hasta lograr atacar los nudos con los dientes.

Una vez consiguió tener las manos libres, el resto era sólo cuestión de tiempo. Aunque entumecido y rígido, pudo inclinarse sobre la muchacha. Transcurrido un minuto, también ella quedó libre.

Hasta aquel momento, el agua sólo les había llegado a los tobillos.

—Y ahora —dijo el soldado— vamos a salir de aquí.

La puerta del sótano estaba unos cuantos peldaños más arriba. El mayor Wilbraham la examinó.

—Aquí no hay dificultad —dijo—. Un material endeble. Pronto cederá por los goznes.

Y, aplicando los hombros, la empujó. La madera crujió, se oyó un estallido y la puerta cedió a sus pies.

Fuera había un tramo de escaleras y, en su parte superior, otra puerta (muy diferente) de madera sólida, atrancada con hierro.

—Ésa será un poco más difícil —dijo Wilbraham—. ¡Ajá! Estamos de suerte, no la han cerrado.

La empujó, miró a su alrededor e hizo una seña a la muchacha para que se acercase. Ambos salieron a un corredor, detrás de la cocina. Un momento después se hallaban al aire libre, en Friars Lane.

—¡Oh! —exclamó Freda con un pequeño sollozo—. ¡Oh, qué terrible ha sido!

—¡Querida mía! —contestó él, y la tomó en sus brazos—. ¡Has sido tan admirablemente valiente, Freda…! Ángel mío… ¿podrías algún día… quiero decir, querrías…? Te quiero, Freda, ¿quieres casarte conmigo?

Tras un intervalo adecuado y altamente satisfactorio por ambas partes, el mayor Wilbraham dijo riendo entre dientes:

—Y lo que es más, tenemos aún el secreto del escondrijo de marfil.

—¡Pero esto te lo quitaron!

—Esto es justamente lo que no han hecho —replicó, riendo de nuevo, el mayor —. Como comprenderás, hice una copia falsa y, antes de reunirme contigo esta noche, puse el verdadero papel en una carta dirigida a mi sastre y que eché al correo. Lo que han cogido ha sido la copia falsa… ¡y que les haga buen provecho! ¿Sabes lo que vamos a hacer, querida? ¡Vamos a irnos a África Oriental a pasar la luna de miel y recoger el marfil!

Mister Parker Pyne salió de su despacho y subió dos tramos de escalera. Allí, en la habitación del piso más alto de la casa, estaba sentada *Mrs*. Oliver, la sensacional novelista, que había formado parte del estado mayor de míster Parker Pyne.

Mister Parker Pyne llamó a la puerta y entró. *Mrs*. Oliver estaba ante una mesa que contenía una máquina de escribir, varios cuadernos de notas, una confusión general de manuscritos sueltos y un gran saco de manzanas.

—Una excelente historia, *Mrs*. Oliver —dijo míster Parker Pyne de buen humor.

—¿Ha salido bien? —preguntó ella—. Lo celebro.

—Referente al asunto del agua en el sótano —dijo míster Parker Pyne—, ¿no cree usted que en una futura ocasión podría usarse quizás algo más original? —terminó con la adecuada timidez.

Mrs. Oliver cogió una manzana del saco.

—No lo creo, míster Parker Pyne. Ya lo ve usted, la gente está acostumbrada a leer estas cosas: agua que va subiendo en el sótano, gas venenoso, etc. Si se sabe de antemano, aumenta la emoción cuando le ocurre a uno mismo. El público es conservador, míster Parker Pyne, le gustan los recursos gastados.

—Bien, usted debe saberlo mejor —admitió míster Parker Pyne, recordando que estaba hablando con la autora de noventa y seis novelas de gran éxito en Inglaterra y América, y traducidas al francés, al alemán, al italiano, al húngaro, al finlandés, al japonés y al abisinio—. ¿Qué hay de los gastos?

Mrs. Oliver le acercó un papel.

—En general, muy moderados. Los dos negros, Percy y Jerry, querían muy poca cosa. El joven Lorrimer, el actor, ha aceptado de buen grado el papel de míster Reid por cinco guineas. El discurso del sótano era, por supuesto, un disco de gramófono.

—Whitefriars me ha resultado muy útil —dijo míster Parker Pyne—. Lo compré para una canción y ha sido ya el escenario de once dramas emocionantes.

—Oh, me olvidaba —dijo *Mrs*. Oliver—. El sueldo de Johnny, cinco chelines.

—¿Johnny?

—Sí, el muchacho que ha echado el agua con las regaderas por el agujero de la pared.

—Ah, sí. Y a propósito, *Mrs*. Oliver, ¿cómo es que sabe usted swahili?

—No sé una palabra de ese dialecto.

—Comprendo. ¿El Museo Británico, quizás?

—No. La Oficina de Información del Selfridges.

—¡Qué maravillosos son los recursos del comercio moderno! —murmuró él.

—Lo único que me disgusta es que esos dos muchachos no van a encontrar ni rastro de marfil cuando lleguen allí.

—En este mundo, no puede uno tenerlo todo —dijo míster Parker Pyne—. Tendrán una luna de miel.

Mrs. Wilbraham ocupaba un sillón de la cubierta. Su esposo estaba escribiendo una carta.

—¿Qué fecha es hoy, Freda?

—Dieciséis.

—¡Dieciséis! ¡Válgame Dios!

—¿Qué pasa, querido?

—Nada, que acabo de acordarme de un tipo llamado Jones.

Por muy bien que se haya uno casado, hay algunas cosas que no cuenta nunca.

«Al diablo con toda la historia —pensó el mayor Wilbraham—. Debería haber llamado allí y haber ido a recoger mi dinero —y luego, siendo un hombre justo, consideró el otro aspecto del problema—. Después de todo, fui yo quien faltó a lo pactado. Debo suponer que, si hubiese ido a ver a ese Jones, algo hubiera sucedido. Y de todos modos, tal como han ocurrido las cosas, si no hubiese salido para ir a verlo, no hubiera oído a Freda pedir socorro ni nos hubiéramos conocido. ¡Y así, por casualidad, quizás tiene derecho a las cincuenta libras!».

Por su parte, *Mrs*. Wilbraham se decía, siguiendo sus propios pensamientos:

«¡Qué tonta fui al creer aquel anuncio y dar a esa gente tres guineas! Por supuesto, ellos no han tenido parte alguna en el asunto ni ocurrió nada. ¡Si yo hubiese sabido lo que iba a suceder…! Primero míster Reid y, luego, ¡el modo extraño y romántico de entrar este hombre en mi vida! ¡Y pensar que, a no ser por pura casualidad, no hubiera llegado a conocerlo!».

Y volviéndose, dirigió a su esposo una mirada de adoración.

El caso de la dama acongojada

(The Case of the Distressed lady*).*

El timbre de la mesa de míster Parker Pyne zumbó discretamente.

—¿Qué hay? —preguntó el gran hombre.

—Una señorita desea verle —anunció su secretaria—. No tiene hora.

—Puede usted hacerla pasar, *miss* Lemon —y al cabo de un momento estrechaba la mano de su visitante.

—Buenos días —le dijo—. Hágame el favor de tomar asiento.

La recién llegada se sentó y miró a míster Parker Pyne. Era bonita y muy joven. Tenía el cabello oscuro y ondulado, con una hilera de rizos sobre la nuca.

Iba muy bien arreglada, desde el gorrito blanco de punto que llevaba en la cabeza hasta las medias transparentes y los lindos zapatitos. Era evidente que estaba nerviosa.

—¿Es usted míster Parker Pyne?

—Yo soy.

—¿El que… que pone los anuncios? Dice usted que si las personas no son… no son felices, que vengan a verle.

—Sí.

—Pues bien —dijo ella lanzándose de cabeza—, yo soy horriblemente desgraciada, de modo que he pensado que podía acercarme a ver… únicamente a ver…

Mister Parker Pyne esperó. Sabía que diría algo más.

—Me encuentro… me encuentro en un apuro terrible —y retorció sus dos manos muy nerviosamente.

—Ya lo veo —dijo míster Parker Pyne—. ¿Cree qué puede contarme el caso?

Al parecer, la muchacha no estaba muy segura de eso. Con aire desesperado, miró a míster Parker Pyne. De pronto, se puso a hablar precipitadamente.

—Sí, se lo diré… Ya me he decidido. Me he vuelto medio loca de nervios. No sabía qué hacer ni a quién acudir. Y entonces vi su anuncio. Pensé que, probablemente, no era más que una manera de sacar dinero, pero quedó grabado en mi memoria. Por una u otra razón, parecía tan consolador… Y pensé, además, que… bien, que no habría ningún mal en venir a ver… Siempre podría dar una excusa y retirarme acto seguido si no… bien, si no…

—Está claro, está claro —dijo míster Parker Pyne.

—Ya lo ve —añadió la muchacha—. Esto significa… bueno, confiar en alguien.

—¿Y tiene usted la sensación de que puede confiar en mí?

—Es extraño —contestó la muchacha con inconsciente descortesía—, pero tengo la sensación de que sí, ¡sin saber nada de usted! Estoy segura de que puedo confiar en usted.

—Puedo asegurarle —afirmó míster Parker Pyne— que su confianza no será mal empleada.

—Entonces —dijo la joven— le contaré el caso. Me llamo Daphne Saint John.

—Sí, *miss* Saint John.

—Señora. Estoy… estoy casada.

—¡Bah! —murmuró míster Parker Pyne, molesto consigo mismo al advertir la presencia del aro de platino en el dedo corazón de su mano izquierda—. Qué estúpido soy por no haberme fijado.

—Si no estuviera casada —dijo la muchacha— no me importaría tanto. Quiero decir que el caso sería mucho menos grave. Me refiero a Gerald… Bien, ahí… ¡ahí está el verdadero problema!

Buscó en su bolso y sacó de él un objeto que tiró sobre la mesa: un objeto centelleante que fue a parar a donde estaba míster Parker Pyne.

Era un anillo de platino con un gran solitario.

Mister Parker Pyne lo recogió, lo llevó junto a la ventana, lo puso a prueba contra el cristal de la misma, se aplicó al ojo una lente de joyero y lo examinó de cerca.

—Un diamante muy hermoso —observó, regresando a la mesa—. Yo le daría un valor de dos mil libras, por lo menos.

—Sí. ¡Y ha sido robado! ¡Lo he robado yo! ¡Y no sé qué hacer!

—¡Válgame Dios! —exclamó míster Parker Pyne—. Esto es muy interesante.

Su cliente se descompuso y empezó a sollozar sobre un pañuelo poco adecuado para el caso.

—Vamos, vamos —dijo míster Parker Pyne—. Todo se arreglará.

La muchacha se enjugó los ojos y resolló:

—¿Se arreglará? ¡Oh! ¿Podrá arreglarse?

—Desde luego. Cuénteme ahora toda la historia.

—Bien, todo empezó por encontrarme yo apurada. Ya lo ve usted, soy horriblemente caprichosa. Y esto a Gerald le contraría mucho. Gerald es mi marido. Tiene muchos años más que yo y su modo de pensar es… bueno, muy austero. Considera las deudas con horror. Por consiguiente, no se lo he dicho. Y me fui a Le Touquet con algunas amigas y pensé que quizás podría tener suerte y pagar lo que debía. Efectivamente, al principio gané. Y luego perdí y creí que debía continuar. Y continué. Y… y…

—Sí, sí —dijo míster Parker Pyne—. No necesita entrar en detalles. Su suerte fue peor que nunca. ¿No es así?

Daphne Saint John hizo un gesto afirmativo.

—Y desde entonces, ya comprende, no podía sencillamente decírselo a Gerald porque no puede sufrir el juego. Oh, me encontré metida en un lío espantoso. Bien, fuimos a pasar unos días con los Dortheimer, cerca de Cobham. Por supuesto, él es enormemente rico. Su esposa, Naomi, fue compañera mía de colegio. Es una mujer bonita y amable. Estando nosotros allí, se le aflojó la montura de este anillo. La

mañana en que íbamos a despedirnos de ellos, me rogó que me lo llevase y lo dejase en casa de un joyero, en Bond Street —y se detuvo.

—Y ahora llegamos al episodio más delicado —dijo míster Parker Pyne para ayudarla—. Continúe *Mrs*. Saint John.

—¿No lo revelará usted nunca? —preguntó la joven con tono suplicante.

—Las confidencias de mis clientes son sagradas. Y de todos modos, *Mrs*. Saint John, me ha dicho usted ya tanto, que probablemente podría terminar la historia yo mismo.

—Es verdad. Es muy cierto: Pero me disgusta mucho decirlo… Parece una cosa tan horrible… Fui a Bond Street. Hay allí otra tienda, la de Ciro. Éstos… copian las joyas. De pronto, perdí la cabeza. Cogí el anillo y dije que quería una copia exacta, que me iba al extranjero y no quería llevarme las joyas verdaderas. Al parecer lo encontraron muy natural.

»Pues bien: recogí el anillo con el diamante falso (y era tan perfecta la imitación que no lo hubiera usted distinguido del original) y se la envié por correo certificado a *lady* Dortheimer. Yo tenía un estuche con el nombre de su joyero, de modo que todo ofrecía la mejor apariencia, y el paquete tenía un aspecto enteramente profesional. Y entonces, yo… empeñé el verdadero diamante —y se cubrió la cara con las manos—. ¿Cómo pude hacer esto? ¿Cómo *pude* hacerlo? Esto era, sencillamente, un robo corriente y miserable.

Mister Parker Pyne tosió y dijo:

—Me parece que no ha llegado aún al final de la historia.

—No, no he llegado. Esto, como usted comprende, ocurrió hace unas seis semanas. Pagué todas mis deudas y salí de mis apuros, pero, por supuesto, no dejé de sentirme desventurada. Un primo mío ya anciano murió entonces y recibí algo de dinero. Lo primero que hice fue desempeñar este miserable anillo. Bien, esto iba perfectamente y aquí está. Pero ha sobrevenido una terrible dificultad.

—Usted dirá.

—Hemos reñido con los Dortheimer. Ha sido a propósito de algunos valores que Gerald compró a instancias de *sir* Reuben. Esto a Gerald le había causado serias dificultades y no se ha abstenido de decirle a *sir* Reuben lo que pensaba de él. Y… ¡Oh, todo esto es horrible! ¿Cómo puedo yo ahora devolver el anillo?

—¿No podría enviárselo a *lady* Dortheimer anónimamente?

—Si lo hiciese, se descubriría todo. Ella haría examinar su propio anillo, sabría que es una falsificación y se figuraría inmediatamente lo que he hecho.

—Me ha dicho que es amiga suya. ¿Y si fuese a verla para confesarle toda la verdad… abandonándose al afecto que siente por usted?

Mrs. Saint John movió la cabeza.

—Nuestra amistad no llega a este punto. Cuando se trata de dinero o de joyas, Naomi es dura como el hierro. Quizás no intentaría procesarme si le devolviera el anillo, pero podría contarle a todo el mundo lo que he hecho, y esto significaría

nuestro descrédito. Gerald lo sabría y no me lo perdonaría nunca. ¡Oh, qué horrible es todo esto! —Y reanudó su llanto—. He pensado en ello, ¡y no acierto a ver qué camino podría seguir! Oh, míster Parker Pyne, ¿no puede usted hacer algo?

—Varias cosas —dijo míster Parker Pyne.

—¿Puede usted? ¿De verdad?

—Sí, puedo. Le he indicado el modo más sencillo porque mi larga experiencia me ha dicho que es siempre el mejor. Es el que evita complicaciones imprevistas. No obstante, aprecio la fuerza de sus objeciones. En este momento, nadie conoce su desdichado caso, ¿no es cierto? ¿Nadie más que usted misma?

—Y usted —dijo *Mrs*. Saint John.

—Oh, yo no cuento. Bien, entonces por ahora su secreto está seguro. Todo lo que se necesita es cambiar los anillos de algún modo discreto, sin que despierte sospechas.

—Exactamente —dijo la muchacha con ansiedad.

—Esto no será difícil. Tendremos que tomarnos un poco de tiempo para considerar mejor el método…

—¡Pero es que no hay tiempo! —exclamó ella interrumpiéndolo—. Esto es lo que casi me vuelve loca. Va a hacerse montar el anillo de otro modo.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Por pura casualidad. Almorzando el otro día con una amiga, tuve ocasión de admirar un anillo que llevaba: una gran esmeralda. Dijo que era la última moda y que Naomi Dortheimer iba a hacer montar su diamante de aquella manera.

—Lo que significa que tendremos que actuar inmediatamente —dijo míster Parker Pyne con aire pensativo.

—Sí, sí.

—Y significa poder entrar en la casa, y si es posible no como parte del servicio. Los criados tienen pocas oportunidades de manejar anillos de gran valor. ¿Tiene usted alguna idea, *Mrs*. Saint John?

—Puedo decirle que Naomi da una gran fiesta el miércoles. Y esta amiga mía me dijo que anda buscando una pareja de baile profesional. No sé si ha decidido ya algo.

—Creo que esto puede arreglarse —dijo míster Parker Pyne—. Si el asunto está ya decidido, resultará algo más caro: ésta es la única diferencia. Otra cosa: ¿sabe usted por casualidad dónde está colocado el interruptor general de la luz?

—Da la casualidad, efectivamente, de que lo sé porque hace poco se quemó un fusible de noche, cuando los criados se habían ido a descansar. Está en una caja, al fondo del vestíbulo, dentro de un pequeño armario.

Y a instancias de míster Parker Pyne hizo un dibujo.

—Y ahora —dijo él— todo irá perfectamente. Por lo tanto, no se inquiete, *Mrs*. Saint John. ¿Qué hacemos con el anillo? ¿Lo recojo yo ahora o prefiere usted guardarlo hasta el miércoles?

—Bien, quizás podría guardarlo hasta entonces.

—Ahora no debe inquietarse más, téngalo presente —le dijo míster Parker Pyne.

—¿Y sus… honorarios? —preguntó ella con timidez.

—Esto puede aplazarse, de momento. El miércoles le diré qué gastos han sido necesarios. Le aseguro que mis honorarios serán reducidos.

La acompañó hasta la puerta y oprimió luego el botón que había sobre la mesa.

—Envíeme a Claude y a Madeleine.

Claude Lutrell era uno de los ejemplares mejor parecidos de bailarín de salón que pudieran encontrarse en Inglaterra. Madeleine de Sara era la más seductora de las vampiresas.

Mister Parker Pyne les dirigió una mirada de aprobación.

—Hijos míos —les dijo—, tengo un trabajo para vosotros. Vais a ser una pareja de bailarines de espectáculos internacionalmente famosos. Ahora, escúchame con atención, Claude, y procura entenderme bien…

Lady Dortheimer quedó enteramente satisfecha de las disposiciones tomadas para su baile. Observó y aprobó la colocación de las flores que adornaban sus salones, dio unas cuantas órdenes finales a su mayordomo, ¡y le comunicó a su esposo que, hasta aquel momento, todo lo proyectado había salido a pedir de boca!

Le había causado un ligero desencanto el hecho de que Michael y Juanita, los bailarines del Red Admiral, hubiesen comunicado a última hora que les era imposible cumplir su compromiso por haberse Juanita torcido el tobillo, pero que le enviaban una pareja que (según le contaron por teléfono) había hecho furor en París.

Estos bailarines llegaron oportunamente y merecieron la aprobación de *lady* Dortheimer. Jules y Sanchia actuaron causando gran sensación, ejecutando primero una agitada danza española, luego otra danza llamada *El sueño del degenerado* y, por fin, una exquisita exhibición de bailes modernos.

Terminó el *cabaret* y se reanudó el baile normal. El hermoso Jules solicitó el honor de bailar con *lady* Dortheimer. Los dos se alejaron como si flotasen en el aire. *Lady* Dortheimer nunca había tenido una pareja tan perfecta.

Sir Reuben iba buscando a la seductora Sanchia en vano. No estaba en el salón.

Lo cierto es que se encontraba en el vestíbulo desierto, cerca de una pequeña caja y con los ojos en el reloj adornado con piedras preciosas que llevaba en la muñeca.

—Usted no es inglesa, no es posible que sea inglesa para bailar como baila —murmuró Jules al oído de *lady* Dortheimer—. Usted es un hada, el espíritu de *Drouschka petrovka navarouchi*.

—¿Qué lengua es ésta?

—Ruso —contestó Jules mintiendo—. Digo en ruso algunas cosas que no me atrevo a decir en inglés.

Lady Dortheimer cerró los ojos. Jules la apretó más contra él.

De pronto, se apagaron las luces. En la oscuridad, Jules se inclinó y besó la mano que descansaba en su hombro. Al retirarse ella, él se la cogió y la levantó de nuevo hasta sus labios. En su propia mano quedó el anillo que había resbalado del dedo de ella.

A *lady* Dortheimer le pareció que la oscuridad había durado sólo un segundo cuando las luces se encendieron de nuevo. Jules estaba sonriéndole.

—Su anillo —le dijo—. Ha resbalado. ¿Me permite? —Y se lo colocó en el dedo. Mientras lo hacía, sus ojos le dijeron a ella muchas cosas.

Sir Reuben estaba hablando del interruptor general.

—Algún idiota que ha querido divertirse. Por lo que creo, una broma.

A *lady* Dortheimer no pareció interesarle gran cosa aquel incidente. Esos pocos segundos de oscuridad habían sido muy gratos para ella.

Al llegar a su despacho la mañana del jueves, míster Parker Pyne encontró ya esperándole a *Mrs*. Saint John.

—Hágala pasar —dijo míster Parker Pyne.

—¡Dígame! —exclamó ella con gran ansiedad.

—Parece usted pálida —dijo él en tono acusador.

Ella movió la cabeza.

—Esta noche no he podido dormir. Estaba pensando…

—Bien, aquí tiene la pequeña cuenta de los gastos. Billetes de tren, ropa y cincuenta libras a Michael y Juanita. Sesenta y cinco libras con diecisiete chelines.

—¡Sí, sí! Pero, sobre la noche pasada… ¿Ha ido todo bien? ¿Se hizo eso?

Mister Parker Pyne la miró con expresión de sorpresa.

—Mi querida señora, naturalmente que ha ido todo bien. Yo había dado por supuesto que usted lo entendía así.

—¡Qué alivio! Yo temía…

Mister Parker Pyne movió la cabeza con expresión de reproche.

—Fracaso es una palabra que no se tolera en este establecimiento. Si yo no creo que puedo sacar el asunto adelante, no me encargo del caso. Si me encargo, el éxito está ya prácticamente asegurado.

—¿Tiene ya su anillo y no sospecha nada?

—Nada en absoluto. La operación se realizó del modo más delicado.

Daphne Saint John dejó escapar un suspiro.

—No sabe usted el peso que me quita de encima. ¿A cuánto ha dicho que ascienden los gastos?

—Sesenta y cinco libras con diecisiete chelines, eso es todo.

Mrs. Saint John abrió el bolso y contó el dinero. Míster Parker Pyne le dio las gracias y le extendió un recibo.

—Pero ¿y sus honorarios? —murmuró Daphne—. Esto es sólo por los gastos.

—En este caso no hay honorarios.

—¡Oh, míster Parker Pyne! ¡Yo no podría, *de verdad*!

—Mi querida señorita, debo insistir. No aceptaré un penique. Esto iría contra mis principios. Aquí tienen su recibo. Y ahora…

Con la sonrisa de un mago feliz que está dando término a una jugarreta afortunada, se sacó del bolsillo una cajita que empujó a través de la mesa. Daphne la abrió. Según todas las apariencias, contenía la imitación del anillo con el diamante.

—¡Bruto! —exclamó *Mrs*. Saint John haciéndole una mueca a la joya—. ¡Cómo te odio! Tengo ganas de tirarte por la ventana.

—Yo no lo haría —dijo míster Parker Pyne—. Eso podría sorprender a la gente.

—¿Está usted completamente seguro de que no es el verdadero? —preguntó Daphne.

—¡No, no! El que me enseñó usted el otro día está bien seguro en el dedo de *lady* Dortheimer.

—Entonces, todo está bien —dijo Daphne, levantándose con una sonrisa feliz.

—Es curioso que me haya preguntado usted eso —dijo míster Parker Pyne—. Por supuesto, Claude, pobre muchacho, no tiene mucho seso. Hubiera podido confundirse fácilmente. Y así, para asegurarme, lo he hecho examinar esta mañana por un perito.

Mrs. Saint John volvió a sentarse de repente.

—¿Y qué… qué le ha dicho? —tartamudeó ansiosa.

—Que es una imitación extraordinariamente perfecta —dijo radiante míster Parker Pyne—. Un trabajo de primera clase. Y así, su conciencia quedará bien tranquila, ¿no es verdad?

Mrs. Saint John hizo el gesto de ir a decir algo. Luego se detuvo y se quedó mirando a míster Parker Pyne.

Éste volvió a su asiento tras la mesa de trabajo y la miró con expresión de benevolencia.

—El gato que saca las castañas del fuego —dijo con gesto soñador—. No es un papel agradable. No me gusta hacérselo desempeñar a ninguno de mis colaboradores. Con perdón, ¿decía usted algo?

—Yo… no, nada.

—Bien. Deseo contarle un cuentecillo, *Mrs*. Saint John. Se refiere a una señorita. Una señorita rubia, me parece. No está casada. Su apellido no es Saint John. Su nombre de pila no es Daphne. Por el contrario, se llama Ernestine Richards y, hasta hace poco, ha sido la secretaria de *lady* Dortheimer.

»Pues bien, un día se aflojó la montura del diamante de *lady* Dortheimer y *miss* Richards trajo el anillo a Londres para que la fijasen. Muy parecida a la historia de usted, ¿no es verdad? La misma idea que se le ocurrió a usted se le ocurrió a ella: hizo hacer una imitación del anillo. Pero *miss* Richards era una joven previsora. Pensó en que llegaría un día en que *lady* Dortheimer descubriría la sustitución y que,

cuando esto ocurriera, recordaría quién había traído el anillo a la ciudad e inmediatamente sospecharía de ella.

»Y entonces, ¿qué ocurrió? Primero, *miss* Richards se hizo teñir el pelo de un tono oscuro —y diciendo esto, dirigió una mirada inocente al cabello de su cliente—. Luego vino a verme. Me enseñó el anillo dejando que me asegurase de que el diamante era auténtico, a fin de evitar toda sospecha por mi parte. Hecho esto, y trazado el plan para sustituirlo, esta señorita llevó el anillo al joyero que, a su debido tiempo, se lo devolvió a *lady* Dortheimer.

»Ayer tarde el otro anillo, el falso, fue entregado apresuradamente en el último momento en la estación de Waterloo. Muy acertadamente, *miss* Richards no creía probable que míster Lutrell fuese una autoridad en joyas. Pero yo, únicamente para asegurarme de que jugábamos limpio, me las arreglé para que un amigo mío, comerciante de diamantes, estuviese en el mismo tren. Esta persona examinó el anillo y declaró inmediatamente. “Éste no es un verdadero diamante, es una excelente imitación”.

»Se hace usted cargo del caso, ¿no es cierto, *Mrs*. Saint John? Cuando *lady* Dortheimer hubiese descubierto su pérdida, ¿qué sería lo que recordase? ¡Al encantador bailarín que había hecho resbalar de su dedo el anillo cuando se apagaron las luces! Hubiera hecho indagaciones y descubierto que los bailarines antes contratados habían sido pagados para no acudir a su casa. Si se seguía la pista del asunto hasta mi despacho, mi historia de una *Mrs*. Saint John no se sostendría en pie. *Lady* Dortheimer no ha conocido nunca a ninguna *Mrs*. Saint John.

»¿Comprende usted que yo no podía permitir esto? Por ello, mi amigo Claude volvió a colocar en el dedo de *lady* Dortheimer *el mismo anillo que había quitado* —y la sonrisa de míster Parker Pyne revelaba ahora benevolencia.

»¿Y comprende usted por qué yo no podía cobrar honorarios? Yo garantizo dar felicidad a mis clientes. Está claro que no se la he dado *a usted*. Sólo añadiré una cosa: Usted es joven y es posible que ésta sea su primera tentativa de este género. Yo, por el contrario, tengo una edad relativamente avanzada y una larga experiencia en la compilación de estadísticas. Basándome en esta experiencia, puedo asegurarle que en el ochenta y siete por ciento de los casos la falta de honradez no es remuneradora. Ochenta y siete, ¡piense en ello!

Con un movimiento brusco, la supuesta *Mrs*. Saint John se levantó.

—¡Bruto, viejo gordo! —dijo—. ¡Dándome cuerda! ¡Haciéndome pagar los gastos! Y sabiendo desde el principio… —Al llegar aquí le faltaron palabras y corrió hacia la puerta.

—Recoja su anillo —dijo míster Parker Pyne ofreciéndoselo.

Ella se lo quitó de un tirón, lo miró y lo lanzó por la ventana abierta.

Se oyó un portazo. Había salido.

Mister Parker Pyne se había quedado mirando por la ventana con cierto interés.

—Lo que me figuraba —dijo—. Ha sido una sorpresa considerable. El caballero que vende ahí afuera no sabe qué hacer con él.

El caso del esposo descontento

(The Case of the Discontented Husband).

No hay duda de que una de las mayores ventajas con que contaba míster Parker Pyne consistía en sus simpáticas maneras. Eran unas maneras que invitaban a la confianza. Conocía muy bien la clase de parálisis que invadía a sus clientes tan pronto como atravesaban la puerta de su despacho. Y míster Parker Pyne se ocupaba de allanarles el camino para que hiciesen las necesarias revelaciones.

En la mañana a que nos referimos, se hallaba ante un nuevo cliente, un señor llamado Reginald Wade. Según dedujo inmediatamente, míster Wade pertenecía al tipo inarticulador: el tipo de personas que encuentran gran dificultad en expresar con palabras cualquier estado emocional o algo relacionado con él.

Era un hombre alto y ancho de hombros, con agradables ojos azules y una piel bastante curtida. Desde su asiento tiraba distraídamente de su pequeño bigote y miraba a míster Parker Pyne con todo el interés de un animal mudo.

—Vi su anuncio, ya comprende —dijo hablando a trompicones—. Pensé que podría probar suerte. Es una aventura extraña para mí, pero como uno nunca sabe, ¿no es verdad?

Mister Parker Pyne interpretó con acierto estas crípticas observaciones.

—Cuando las cosas van mal es cuando uno se siente dispuesto a probar fortuna.

—Éste es el caso. Éste es el caso, exactamente. Quiero probar suerte, cualquier clase de suerte. Las cosas me van mal, míster Parker Pyne. No sé qué hacer para remediarlo. Es un caso difícil, como comprenderá, endiabladamente difícil.

—Aquí —dijo míster Parker Pyne— es donde intervengo yo. ¡Yo *sé* lo que hay que hacer! Soy un especialista en todo género de disgustos humanos.

—Oh, yo diría… que es pretender mucho, eso.

—No, ciertamente. Los disgustos humanos pueden clasificarse en cinco grupos principales: la falta de salud, el tedio, las mujeres que sufren a causa de sus maridos, los maridos —e hizo una pausa— que sufren a causa de sus mujeres…

—En realidad, ha dado usted en el clavo. Ha acertado totalmente.

—Cuénteme esto —dijo míster Parker Pyne.

—No hay mucho que contar. Mi mujer quiere que acceda a divorciarme de ella para poder casarse con otro.

—Lo cierto es que éste es un caso muy frecuente en nuestros tiempos. Y usted, por lo que deduzco, no piensa igual que ella en este asunto.

—La quiero —dijo míster Wade sencillamente—. Ya lo ve usted, la quiero.

Aquélla era una declaración sencilla y, en cierto modo, fría. Pero si míster Wade hubiera dicho:

«La adoro. Besaría el suelo que pisa. Me haría pedazos por ella», no hubiera resultado más explícito para míster Parker Pyne.

—No obstante, ya lo ve usted —continuó míster Wade—, ¿qué puedo hacer? Quiero decir que se siente uno tan desamparado… Si ella prefiere a ese otro individuo… bueno, uno tiene que aceptar su papel: apartarse y dejarla hacer.

—¿Lo que propone es que usted se divorcie de ella?

—Por supuesto. Yo no podría permitir que tuviese que arrastrarse por el tribunal de divorcios.

Mister Parker Pyne se quedó con aire pensativo.

—Pero viene usted a verme. ¿Por qué?

El otro le contestó con una risa vergonzosa:

—No lo sé. Ya lo ve usted, no soy un hombre hábil. No se me ocurren ideas. He pensado que usted podría… sugerirme alguna. Tengo seis meses de tiempo. Ella está conforme con esto. Si al cabo de esos seis meses sigue pensando lo mismo… bien, bien, entonces yo me retiro. He pensado que usted podría darme algunas indicaciones. En este momento, todo cuanto yo hago le molesta.

»Ya ve usted, míster Parker Pyne, que el asunto se reduce a lo siguiente: ¡no soy un chico listo! Me gusta jugar a fútbol, me gusta jugar un partido de golf o de tenis, no sirvo para la música y el arte y todas esas cosas. Mi mujer es inteligente: le gusta la pintura, la ópera y los conciertos y, naturalmente, se aburre conmigo. Ese otro individuo (un tipo desaliñado y de pelo largo) está versado en todas estas materias. Suele hablar de ellas. Y yo no sé. En cierto modo, puedo comprender que una mujer inteligente y bella esté harta de un borrico como yo.

Mister Parker Pyne gimió:

—Y hace que está usted casado ¿cuánto tiempo…? ¿Nueve años? Y supongo que adoptó esta actitud desde el principio. Es una equivocación, mi querido señor, ¡una equivocación desastrosa! No adopte nunca con una mujer una actitud de excusa. Ella le dará el valor que se dé uno mismo… y usted se lo habrá merecido. Debería haberse envanecido de sus proezas atléticas. Debería haber hablado del arte y de la música como «de todas esas tonterías que le gustan a mi mujer».

»Nunca debería lamentar ante ella el hecho de no ser *capaz de* practicar mejor los deportes. El espíritu humilde, mi querido señor, ¡es un disolvente en el matrimonio! No puede esperarse de ninguna mujer que lo resista. No es extraño que su esposa no lo haya resistido.

Mister Wade estaba mirándolo desconcertado.

—Bien —dijo—. ¿Qué cree usted que debería hacer?

—Ésta es ciertamente la cuestión. Sea lo que sea lo que debería haber hecho hace nueve años es demasiado tarde para hacerlo ahora. Hay que adoptar una nueva táctica. ¿Ha tenido alguna vez aventuras con otras mujeres?

—No, ninguna aventura.

—Quizás hubiera debido decir algún ligero galanteo…

—Nunca me han interesado mucho las mujeres.

—Es un error. Debe usted empezar ahora.

Mister Wade pareció alarmado.

—Oh, escuche, no podría, de verdad. Quiero decir…

—Esto no le ocasionará dificultades. La interesada será una mujer de mi propio personal. Ella le dirá lo que se requiere de usted, y queda entendido que cualquier atención que tenga usted con ella responderá únicamente a lo pactado.

Mister Wade pareció reanimarse.

—Esto está mejor. Pero ¿cree usted realmente…? Quiero decir que me parece que esto sólo aumentará el deseo de Iris de librarse de mí.

—No entiende usted la naturaleza humana, míster Wade. Y menos aún la naturaleza humana femenina. En este momento y desde el punto de vista femenino, usted es puramente un deshecho. Nadie le quiere. ¿Para qué le sirve a una mujer una cosa que nadie quiere? Para nada en absoluto. Pero considere el caso bajo otro ángulo. Suponga que su mujer descubre que está usted deseando recobrar la libertad tanto como ella…

—Debería quedar complacida.

—Debería, quizás, pero ¡no quedará complacida! Por otra parte, vería que había usted atraído a otra joven encantadora… a una muchacha que ha elegido a su gusto. Inmediatamente, su papel queda en alza. Su esposa sabe que todas sus propias amigas dirán que estaba usted cansado de ella y que quería casarse con una mujer más atractiva. Esto le molestará.

—¿Lo cree así?

—Estoy seguro de ello. Usted no será ya «ese pobre Reggie». Usted será «ese pícaro de Reggie». ¡La diferencia es inmensa! Sin abandonar al otro, querrá, sin duda, intentar conquistarlo a usted. Y usted no querrá ser reconquistado. Usted se mostrará inteligente y le repetirá sus propios argumentos: «Es mucho mejor que nos separemos». «Nuestros temperamentos no se avienen». Usted comprenderá que, aunque sea cierto que nunca la había entendido, como ella le decía, también lo es que ella nunca le había entendido a usted. Pero no necesitamos profundizar ahora en este punto. Recibirá instrucciones completas a su debido tiempo.

—¿Cree verdaderamente que este plan de usted hará un milagro?

—No diré que estoy absolutamente seguro de ello —contestó míster Parker Pyne cautamente—. Cabe la posibilidad de que su esposa esté tan perdidamente enamorada de ese otro hombre que no le afecte ya nada de lo que usted pueda decir o hacer, pero esto lo considero improbable. Lo probable es que haya sido arrastrada a esta aventura por tedio… el tedio de la atmósfera de devoción incondicional y de absoluta fidelidad con que tan imprudentemente la ha rodeado usted. Si sigue mis instrucciones, me atreveré a decir que tiene a su favor un noventa y siete por ciento de probabilidades.

—Perfectamente, ¿cuánto…?

—Mis honorarios son doscientas guineas por adelantado.

Mister Wade sacó un talonario de cheques.

El jardín de Lorrimer Court era delicioso bajo el sol de la tarde. Iris Wade, recostada en su larga tumbona, formaba una admirable mancha de color. Iba vestida con delicados tonos malva y, gracias a su hábil maquillaje, lograba aparentar mucho menos de los treinta y cinco años que tenía.

Estaba hablando con su amiga, *Mrs*. Massington, que siempre simpatizaba con ella. Las dos damas sufrían la aflicción de unos esposos atléticos que sólo hablaban de acciones y obligaciones o de golf.

—… y así, una aprende a vivir y a dejar vivir —acabó diciendo Iris.

—Eres admirable, querida —dijo *Mrs*. Massington, y añadió con prisa excesiva —: Dime quién es esa muchacha…

Iris levantó un hombro con gesto fatigado.

—¡No me lo preguntes! Reggie la ha encontrado. ¡Es la amiguita de Reggie! ¿Has visto algo más divertido? Ya sabes que, por lo general, nunca mira a las mujeres. Se me acercó y tosió y tartamudeó, y me dijo por fin que deseaba invitar a esta señorita De Sara a pasar aquí el fin de semana. Por supuesto, me eché a reír… no pude evitarlo. ¡*Reggie*, ya sabes! Bueno: aquí la tiene.

—¿Dónde la ha conocido?

—No lo sé. Ha sido muy vago sobre todo este asunto que se trae entre manos.

—Quizás hacía algún tiempo que la trataba.

—Oh, no lo creo —dijo *Mrs*. Wade—. Naturalmente —continuó—, esto me encanta… me encanta, sencillamente. Quiero decir que simplifica mucho las cosas para mí, tal como están. Porque Reggie *me había dado pena*… ¡Es tan infeliz! Esto es lo que estaba siempre diciéndole a Sinclair… que le daría mucha pena a Reggie. Pero él insistía en que Reggie se consolaría pronto, y parece que tenía *razón*. Hace dos días hubiera dicho que Reggie estaba desesperado, ¡y ahora quiere tener aquí a esta muchacha! Cómo te lo digo, *estoy entretenida*. Me gusta ver cómo Reggie se divierte. Imagino que el pobre muchacho creyó que iba a ponerme celosa. ¿Has oído algo más absurdo? Y le dije: «Por supuesto que puedes invitar a esa señorita». ¡Pobre Reggie! ¡Cómo si una muchacha así pudiera enamorarse de él! Esa chica está divirtiéndose y nada más.

—Es muy atractiva —dijo *Mrs*. Massington—. Casi hasta un extremo peligroso, si sabes lo que quiero decir. La clase de muchacha que sólo piensa en que la cortejen los hombres. En cierto modo, me parece que no puede ser una chica decente.

—Lo probable es que no lo sea —dijo *Mrs*. Wade.

—Viste maravillosamente —observó *Mrs*. Massington.

—De un modo casi demasiado exótico, ¿no te parece?

—Pero muy costoso.

—Opulento. Su aspecto es demasiado radiante y opulento.

—Por ahí vienen —dijo *Mrs*. Massington.

Madeleine de Sara y Reggie Wade se acercaban cruzando el césped. Estaban riendo y hablando, y parecían muy alegres. Madeleine se dejó caer en una silla, se quitó la boina que llevaba y se pasó las manos por los exquisitos rizos oscuros. No podía negarse que era una mujer hermosa.

—Hemos tenido una tarde tan maravillosa… —exclamó—. Estoy muy acalorada. Debo de estar horrible.

Reggie Wade hizo un movimiento nervioso al oír la pista que se le daba.

—Parece usted… parece usted… —Y dejó escapar una risita—. No quiero decir lo que parece —dijo por fin.

Los ojos de Madeleine buscaron los suyos. Su mirada reflejó una total comprensión. *Mrs*. Massington, muy atenta, lo advirtió rápidamente.

—Debería usted jugar al golf —dijo Madeleine a la dueña de la casa—. No sabe lo que se pierde. ¿Por qué no se anima? Tengo una amiga que lo ha hecho y ha llegado a jugar muy bien, y tenía mucha más edad que usted.

—No me gusta este tipo de diversiones —contestó Iris fríamente.

—¿No tiene disposición para los deportes? ¡Qué lástima para usted! Esto le hace a una persona sentirse descentrada. Pero de verdad, *Mrs*. Wade, los métodos para aprender son ahora tan buenos que no hay casi nadie que no pueda jugar bien. Yo adelanté mucho en tenis el verano pasado. Desde luego, no sirvo para el golf.

—¡Qué tontería! —protestó Reggie—. Lo único que necesita es que la guíen. Recuerde cómo le han salido esos golpes maravillosos esta tarde.

—Porque usted me ha enseñado la manera de hacerlo. Es un maestro admirable. Hay muchas personas que, sencillamente, no saben enseñar. Pero usted tiene ese don. Debe ser maravilloso estar en su lugar… sabe comunicar lo que quiere.

—Tonterías. No tengo esa habilidad… no sirvo para nada —Reggie se sentía confundido.

—Debe usted estar muy orgullosa de él —dijo Madeleine, volviéndose hacia *Mrs*. Wade—. ¿Cómo se las ha arreglado para retenerlo todos estos años? Debe haber sido muy lista. ¿O es que lo tenía escondido?

La dueña de la casa no contestó, limitándose a levantar su libro con una mano que temblaba.

Reggie murmuró algo sobre cambiarse de ropa y se alejó de allí.

—Creo sinceramente que es mucha amabilidad por su parte tenerme aquí —dijo Madeleine—. Algunas mujeres miran con tanta suspicacia a las amigas de sus maridos… Yo pienso que los celos son absurdos, ¿no le parece?

—Así lo creo, efectivamente. Nunca soñaría con estar celosa de Reggie.

—¡Es usted admirable! Porque cualquiera puede ver que es un hombre enormemente atractivo para las mujeres. Me causó desazón saber que estaba casado. ¿Por qué quedan atrapados tan jóvenes todos los hombres atractivos?

—Me complace ver que encuentra usted tan atractivo a Reggie —dijo *Mrs*. Wade.

—¿No es verdad que lo es? Tan bien parecido y tan impresionantemente hábil en todos los deportes. Y esa fingida indiferencia suya hacia las mujeres… Esto nos estimula, naturalmente.

—Supongo que tiene usted muchos amigos.

—Oh, sí. Me gustan más los hombres que las mujeres. Las mujeres no se muestran nunca verdaderamente amables conmigo. No puedo imaginar por qué razón.

—Quizás es usted demasiado amable con sus maridos —dijo *Mrs*. Massington, riéndose con retintín.

—Bien, una siente a veces lástima por otras personas. Hay tantos hombres simpáticos unidos a mujeres aburridas… Me refiero, ya me entiende, a esas mujeres artistas y sabihondas. Naturalmente, los hombres desean tener a alguien joven y alegre con quien hablar. Pienso que las ideas modernas sobre el matrimonio y el divorcio responden a esta opinión: a la opinión de rehacer la vida con una persona que comparta los gustos e ideas del interesado. Y las mujeres sabihondas, por su parte, pensarán en rehacerla con individuos melenudos que les den satisfacción. ¿No le parece a usted bueno este plan, *Mrs*. Wade?

—Ciertamente.

En la conciencia de Madeleine pareció penetrar una cierta frialdad que había impregnado aquella atmósfera. Murmuró una frase sobre su deseo de cambiarse de ropa para el té y las dejó.

—Esas muchachas modernas son unas criaturas detestables —dijo *Mrs*. Wade—. No hay ni una sola idea en sus cabezas.

—Ésta sí que tiene una idea en la suya, Iris —dijo *Mrs*. Massington—. Está enamorada de Reggie.

—¡Qué disparate!

—Lo está. He visto cómo lo ha mirado hace un momento. No le importa un comino que esté o no casado. Se propone tenerlo para ella. Esto me parece repugnante.

Mrs. Wade guardó silencio por un momento. Luego dejó oír una risa incierta.

—Después de todo —dijo—, ¿qué importa?

Poco después, *Mrs*. Wade subió también la escalera. Su esposo se cambiaba de traje en el vestuario. Estaba cantando.

—¿Te has divertido, querido? —dijo *Mrs*. Iris Wade.

—Oh, ejem… Sí, me he divertido.

—Me alegro. Quiero que estés contento.

Su esposo asintió.

—Sí, no me quejo.

Reggie Wade no se distinguía por su aptitud para desempeñar papeles, pero, tal como vinieron las cosas, la fuerte turbación que le daba la idea de que estaba

desempeñando el suyo, prestó el mismo servicio. Evitaba la mirada de su mujer y se sobresaltaba cuando ésta le hablaba. Se sentía avergonzado y no podía soportar la escena. Nada hubiera podido producir mejor el efecto deseado. Era la viva imagen de la culpa consciente.

—¿Cuánto tiempo hace que la conoces? —preguntó de repente *Mrs*. Wade.

—¡Eh! ¿A quién?

—A *miss* De Sara, naturalmente.

—Bien, no tengo idea. Quiero decir… hace algún tiempo.

—¿De verdad? Nunca me la habías nombrado antes de ahora.

—¿No? Me figuro que me olvidé.

—¡Vaya si te olvidaste! —exclamó *Mrs*. Wade. Y se alejó con un rumor de ropa malva.

Después del té, *Mr*. Wade mostró a *miss* De Sara el jardín de rosas. Cruzaron el césped dándose cuenta de que tenían dos pares de ojos clavados en sus espaldas.

—Escuche —dijo míster Wade, desahogándose, cuando estuvieron en aquel jardín a cubierto de toda mirada—. Escuche, me parece que tendremos que dejar esto. Hace un momento que mi esposa me ha mirado igual que si me odiase.

—No se inquiete —contestó Madeleine—. Todo va bien.

—¿Lo cree usted? Quiero decir que no deseo ponerla contra mí. A la hora del té ha dicho varias cosas desagradables.

—Todo va bien —repitió Madeleine—. Se porta usted espléndidamente.

—¿De verdad lo cree así?

—Sí —y continuó en voz más baja—: Su esposa está dando la vuelta a la terraza. Quiere ver lo que estamos haciendo. Es mejor que me bese.

—¡Oh! —exclamó míster Wade nerviosamente—. ¿Debo hacerlo? Quiero decir…

—¡Béseme! —dijo Madeleine fieramente.

Mister Wade la besó. La falta de ímpetu en él fue remediada por ella. Madeleine le rodeó con sus brazos. Míster Wade se tambaleó.

—¡Oh! —exclamó de nuevo.

—¿Le repugna esto mucho? —preguntó Madeleine.

—No, claro que no —contestó míster Wade galantemente—. Es que… es que me ha cogido por sorpresa —y añadió con anhelo—: ¿Cree usted que hemos estado bastante tiempo en el jardín de rosas?

—Así lo creo —dijo Madeleine—. Hemos hecho aquí un poco de trabajo fino.

Volvieron al césped. *Mrs*. Massington les informó de que *Mrs*. Wade había ido a echarse.

Más tarde, míster Wade se acercó a Madeleine con la turbación pintada en el rostro.

—Se encuentra en un estado horrible… histérica.

—Muy bien.

—Vio como la besaba a usted.

—Bueno, nuestra intención era que lo viese.

—Ya lo sé, pero yo no podía decirle esto, ¿no es verdad? No he sabido qué contestarle. He dicho que, sencillamente, ocurrió así.

—Excelente.

—Ha dicho que usted estaba intrigando para casarse conmigo y que no era una joven de buena conducta. Esto me ha trastornado… Me ha parecido una cosa tan injusta… quiero decir, cuando en realidad usted no hace más que desempeñar su papel. Le he contestado que tenía el mayor respeto por usted, que lo que ella decía no era verdad, y me temo que me he enojado un poco cuando ha continuado luego con lo mismo.

—¡Magnífico!

—Y luego me ha dicho que se marchaba. Que no quiere ni volver a dirigirme la palabra. Y ha hablado de hacer las maletas y dejar esta casa —concluyó con expresión de desmayo.

Madeleine sonrió.

—Yo le diré lo que ha de contestar a eso. Dígale que usted es quien debe marcharse, que va a preparar el equipaje para irse a la ciudad.

—¡Pero es que yo no quiero irme!

—Perfectamente. No se irá. Su esposa no podrá soportar la idea de que esté divirtiéndose en Londres.

A la mañana siguiente, Reggie Wade tenía un nuevo boletín que comunicar.

—Dice que ha estado pensándolo bien y que no es justo marcharse cuando accedió a esperar seis meses. Pero que, como yo tengo aquí a mis amigos, no sabe por qué ella no ha de tener a los suyos. E invita a Sinclair Jordan.

—¿Es ése su pretendiente?

—Sí, ¡y qué me condene si lo recibo en mi casa!

—Debe recibirlo —dijo Madeleine—. No se preocupe. Yo me encargo de él. Dígale a su esposa que, teniéndolo todo en cuenta, no le importa que venga y que usted sabe que a ella no le importará tampoco que me invite a mí a continuar aquí también.

—¡Oh, querida! —suspiró míster Wade.

—Y ahora, no se desanime —dijo Madeleine—. Todo va espléndidamente. Otros quince días… y todos sus disgustos habrán terminado.

—¿Quince días? ¿Realmente lo cree así? —preguntó míster Wade.

—¿Si lo creo así? Estoy segura de ello —contestó Madeleine.

Una semana más tarde Madeleine de Sara entró en el despacho de míster Parker Pyne y se dejó caer abrumada en el sillón.

—¡Entra la reina de las vampiresas! —dijo míster Parker Pyne sonriendo.

—¡De las vampiresas! —repitió Madeleine. Y dejó oír una risa hueca—. Nunca me había costado tanto trabajo ser vampiresa. ¡Este hombre está obsesionado con su mujer! Es una enfermedad.

—Sí, verdaderamente —dijo míster Parker Pyne sonriendo—. Bueno, en cierto modo, esto ha facilitado su misión. Yo no expondría a todos los hombres tan alegremente a los efectos de su fascinación, mi querida Madeleine.

La muchacha se echó a reír.

—¡Si supiera usted lo que me costó conseguir que me besara, como si no le gustase!

—Una nueva experiencia para usted, querida. Bien, ¿ha llevado a buen término su misión?

—Sí, creo que todo ha ido bien. Anoche tuvimos una escena tremenda. Vamos a ver: mi último informe, ¿es de hace tres días?

—Sí.

—Pues bien, como le dije, me bastó con mirar una vez a ese miserable gusano de Sinclair Jordan. Ya no pude quitármelo más de encima, especialmente porque, a juzgar por mi ropa, creyó que tenía dinero. *Mrs*. Wade estaba furiosa, por supuesto, viendo a sus dos hombres danzando a mi alrededor. Pronto mostré adonde iban mis preferencias. Me burlé de Sinclair Jordan en sus propias barbas y en presencia de ella. Me reí de su ropa y de sus cabellos largos, y señalé la circunstancia de que las rodillas se le juntaban al andar.

—Excelente táctica —dijo míster Parker Pyne con una mirada de aprobación.

—La bomba estalló anoche. *Mrs*. Wade se puso en evidencia. Me acusó de haber dividido su hogar. Reggie Wade mencionó el asuntillo de Sinclair Jordan. Ella dijo que no era más que el resultado de su desdicha y de su soledad. Que hacía algún tiempo que había advertido el alejamiento de su esposo, pero que no se había formado idea alguna de su causa. Dijo que habían sido siempre muy felices, que ella le adoraba y él lo sabía, y que le quería a él y sólo a él.

»Yo dije que era demasiado tarde para esto. Míster Wade siguió espléndidamente las instrucciones que tenía. ¡Dijo que aquello no le importaba nada! ¡Que iba a casarse conmigo! *Mrs*. Wade podía quedarse con su Sinclair tan pronto como quisiera. No había razón para que no se entablase el divorcio inmediatamente. Era absurdo esperar seis meses.

»Dijo, además, que dentro de pocos días ella tendría la prueba necesaria y podría instruir a sus abogados. Y dijo que no podía vivir sin mí. Entonces *Mrs*. Wade se llevó las manos al pecho y habló de su corazón débil, y tuvieron que llevarle un poco de *brandy*. Él no cedió. Esta mañana ha venido a Londres y no dudo de que esta vez habrá salido tras él.

—Así pues, todo va bien —dijo míster Parker Pyne con animación—. Un caso muy satisfactorio.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció en ella Reggie Wade.

—¿Está aquí? —preguntó entrando en la habitación—. ¿Dónde está? —Y, habiendo visto a Madeleine, la cogió de ambas manos—. ¡Querida, querida, querida! Ya comprendiste, ¿no es verdad?, que ayer por la noche hablé en serio… que iba en serio lo que le dije a Iris… No sé cómo he estado ciego tanto tiempo. Pero no lo estoy desde hace tres días.

—Si comprendí, ¿qué?

—Que te adoraba, que no había para mí en el mundo ninguna mujer más que tú. Iris puede tener su divorcio y cuando esto esté solucionado te casarás conmigo, ¿no es verdad? Dime que sí, Madeleine, te adoro.

Y acababa de tomar en sus brazos a la paralizada Madeleine cuando se abrió de nuevo la puerta para dar paso a una mujer delgada y vestida de verde con cierto desaliño.

—¡Me lo he figurado! —exclamó la recién llegada—. ¡Te he seguido! ¡Sabía que irías a buscarla!

—Puedo asegurarle a usted… —empezó a decir míster Parker Pyne, restableciéndose de la estupefacción que le había sobrecogido.

Sin escucharle, la intrusa se adelantó, exclamando:

—¡Oh, Reggie! ¡No puedes querer destrozar mi corazón! ¡Vuelve! No diré una palabra sobre todo esto. Aprenderé a jugar a golf. No tendré ningún amigo que tú no apruebes. Después de todos estos años de felicidad…

—Nunca había sido feliz hasta ahora —dijo míster Wade, mirando aún a Madeleine—. Al diablo con todo esto, Iris: ¿no querías casarte con ese borrico de Jordan? ¿Por qué no te casas con él?

Mrs. Wade lanzó un gemido y replicó:

—¡Le odio! ¡No quiero ni verlo! —Y continuó, volviéndose a Madeleine—: ¡Mujer perversa! ¡Horrible vampiresa…! Me has robado a mi marido.

—¡Madeleine! —exclamó míster Wade, que la miraba con angustia.

Pero ésta contestó:

—Hágame el favor de marcharse.

—Pero, escúchame: esto no es comedia. Te lo digo en serio.

—¡Oh, *márchese*! —repitió Madeleine ya histérica—. ¡Márchese!

Reggie se encaminó hacia la puerta de mala gana.

—Volveré —le avisó—. No has terminado conmigo —y salió dando un portazo.

—¡Las muchachas como usted deberían ser azotadas y marcadas al fuego! —exclamó *Mrs*. Wade—. Reggie siempre había sido un ángel para mí hasta que usted vino y ahora ha cambiado de tal modo que no lo conozco —y con un sollozo, corrió tras de su marido.

Madeleine y míster Parker Pyne se miraron.

—No lo puedo evitar —dijo ella con desamparo—. Es un hombre muy agradable… y simpático, pero no quiero casarme con él. Yo no tenía idea de todo

esto. ¡Si usted supiera lo que me costó hacer que me besara!

—¡Ejem! —dijo míster Parker Pyne—. Siento tener que admitirlo, pero he cometido una equivocación.

Y, moviendo la cabeza tristemente, acercó la carpeta de míster Wade y escribió en ella:

FRACASO debido a causas naturales.

P. D. Se tenían que haber previsto.

El caso del empleado de la City

(The Case of the City Clerk).

Mister Parker Pyne se recostó con aire pensativo en su sillón giratorio y estudió a su visitante. Vio a un hombre pequeño y macizo, de cuarenta y cinco años, de ojos melancólicos, inciertos y tímidos, que le miraban con una especie de ansiosa esperanza.

—Vi su anuncio en el diario —dijo éste nerviosamente.

—¿Tiene usted algún problema, *Mr*. Roberts?

—No… no es un problema exactamente.

—¿Es usted infeliz?

—Tampoco podría decir que se trate de esto. Tengo mucho que agradecer a mi suerte.

—Todos tenemos… —dijo míster Parker Pyne—. Pero es mala señal cuando tenemos que acordarnos de ello.

—Lo sé —dijo el hombrecillo con ansiedad—. ¡Es esto exactamente! Ha dado usted en el clavo, señor mío.

—¿Y si me hablase de su propia vida? —propuso míster Parker Pyne.

—No hay mucho que contar, señor. Como le he dicho, no puedo quejarme de mi suerte. Tengo trabajo, me las he arreglado para ahorrar algo de dinero, mis hijos son fuertes y estamos sanos.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere?

—Yo… no lo sé —contestó poniéndose colorado—. Me figuro que esto parece una tontería.

—De ningún modo —afirmó míster Parker Pyne.

Mediante hábiles preguntas fue obteniendo nuevas confidencias. Se enteró del empleo de míster Roberts en una casa bien conocida y de sus ascensos, lentos pero no interrumpidos. Quedó informado de su patrimonio, de sus luchas para dar a su vida un aspecto decente, para educar a los hijos y hacer que crecieran sanos, de sus actividades y proyectos, de sus sacrificios para poder ahorrar unas cuantas libras cada año. Oyó, en efecto, el poema de una existencia de incesante esfuerzo para sobrevivir.

—Y bien, ya ve usted cómo están las cosas —confesó míster Roberts—. Mi mujer está fuera, con los dos niños pequeños, pasando unos días en compañía de su madre. Un pequeño cambio para los niños y un descanso para ella. Allí no queda sitio para mí y resultaría demasiado caro irme a otra parte. Y encontrándome solo, he leído el diario y he visto su anuncio, que me ha hecho pensar. Tengo cuarenta y ocho años. Se me ha ocurrido… Por todas partes pasan cosas —terminó míster Roberts, con ojos en los que se reflejaba toda su anhelante alma suburbana.

—¿Y desea usted —dijo míster Parker Pyne— vivir gloriosamente durante diez minutos?

—Bueno, yo no lo hubiera expresado así. Pero quizás tiene usted razón. Salir, únicamente, de las roderas. Después volvería a ellas agradecido… con algo en que pensar —y miró al otro hombre con ansiedad—. ¿Debo suponer que esto no es posible, señor? Me temo… Me temo que no podría pagar mucho.

—¿Cuánto puede usted gastar?

—Podría arreglármelas para pagar cinco libras —y esperó la contestación desalentado.

—Cinco libras —dijo míster Parker Pyne—. Me imagino que quizás podríamos hacer algo por cinco libras. ¿Tiene usted reparo en correr un peligro? —añadió con viveza.

El pálido rostro de míster Roberts se coloreó ligeramente.

—¿Peligro, ha dicho usted? Oh, no, ningún reparo… Nunca he hecho nada que fuese peligroso.

Mister Parker Pyne sonrió.

—Venga a verme mañana y le diré lo que puedo hacer por usted.

El «Bon Voyageur» es una hostería poco conocida: un restaurante frecuentado por unos cuantos parroquianos. No les gustaban allí las caras nuevas.

Al «Bon Voyageur» se dirigió míster Parker Pyne, que fue reconocido y recibido respetuosamente.

—¿Está aquí míster Bonnington? —preguntó.

—Sí, señor, en su mesa de costumbre.

—Bien, iré a reunirme con él.

Mister Bonnington era un caballero de aspecto militar, con el rostro algo bovino. Y recibió a su amigo con satisfacción.

—Hola, Parker. Le veo a usted muy poco últimamente. No sabía que venía aquí.

—Vengo de vez en cuando, especialmente cuando quiero encontrar a un viejo amigo.

—¿Se refiere a mí?

—Me refiero a usted. El caso es, Lucas, que he estado pensando en lo que hablamos el otro día.

—¿El asunto Peterfield? ¿Ha visto las últimas noticias en los diarios? No, no puede haberlas visto. No saldrán hasta esta tarde.

—¿Qué noticias son éstas?

—Peterfield fue asesinado ayer por la noche —dijo míster Bonnington comiendo ensalada plácidamente.

—¡Cielo santo! —exclamó míster Pyne.

—Oh, eso no me sorprende —dijo míster Bonnington—. Peterfield era testarudo como él solo. No quiso escucharnos. Insistió en conservar los planos en su poder.

—¿Se los han cogido?

—No, parece que alguna mujer fue por allí y le dio al profesor una receta para cocer el jamón. Y el gran borrico, distraído como de costumbre, guardó la receta en la caja fuerte y los planos en la cocina.

—Qué suerte.

—Casi providencial. Pero no sé todavía quien va a llevarlos a Ginebra. Maitland está en el hospital. Carslake está en Berlín. Yo no puedo marcharme. Lo que significa que sólo queda el joven Hooper —y miró a su amigo.

—¿Sigue usted pensando igual? —preguntó míster Parker Pyne.

—En absoluto. ¡Ha sido sobornado! Lo sé. No tengo ni una sombra de prueba, ¡pero le digo a usted, Parker, que conozco cuando un tipo es falso! Y necesito que estos planos lleguen a Ginebra. Por primera vez no va a ser vendido un invento a una nación. Va a ser entregado voluntariamente. Es la más bella tentativa que se haya hecho nunca en favor de la paz, y es preciso que se lleve a buen término. Y Hooper es un traidor. Ya lo verá usted, ¡lo narcotizarán en el tren! Si viaja por aire, ¡el avión tomará tierra en algún lugar conveniente! Pero ¡maldita sea!, no puedo callarme. La disciplina. ¡Hemos de tener disciplina! Por esto le pregunté a usted el otro día…

—Me preguntó si conocía a alguien.

—Sí, pensé que podía conocer a alguien, dada la naturaleza de su trabajo. Algún valiente con ganas de pelear. Cualquiera que yo envíe tiene muchas probabilidades de no llegar vivo. El que me dé usted no es fácil que se haga sospechoso. Pero ha de ser valiente.

—Me parece que conozco a alguien que le servirá.

—Gracias a Dios, aún quedan muchachos dispuestos a correr un riesgo. Bien, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo míster Parker Pyne.

Mister Parker Pyne estaba resumiendo sus instrucciones.

—Vamos a ver, ¿está todo bien claro? Irá usted a Ginebra en un coche-cama de primera clase.

Saldrá de Londres a las diez cuarenta y cinco. Irá vía Folkestone a Boulogne, donde tomará aquel tren. Llegará a Ginebra a las ocho de la mañana siguiente. Aquí tiene la dirección del lugar donde se presentará. Haga el favor de aprendérsela de memoria, porque destruiré el papel. Vaya después a este hotel y espere nuevas instrucciones. Aquí hay dinero suficiente en billetes y monedas francesas y suizas. ¿Me comprende?

—Sí, señor —contestó Roberts con los ojos brillantes de excitación—. Perdóneme, pero ¿me está permitido saber algo… de lo que voy a llevar?

—Va a llevar un mensaje cifrado que revela el lugar secreto donde están escondidas las joyas de la corona de Rusia —dijo solamente—. Debe comprender, desde luego, que los agentes bolcheviques estarán alerta para cerrarle el paso. Si le es

necesario hablar de sí mismo, yo le recomendaría que dijese que ha recibido algún dinero y ha decidido disfrutar unas cortas vacaciones en el extranjero.

Mister Roberts bebió a sorbos una taza de café y paseó la mirada por el lago Leman. Era feliz, pero, al mismo tiempo, se sentía desilusionado.

Era feliz porque, por primera vez en su vida, se hallaba en un país extranjero. Además, se alojaba en el tipo de hotel en que no volvería a alojarse nunca, ¡y ni por un momento tenía que preocuparse por el dinero! Tenía un dormitorio con cuarto de baño propio, deliciosas comidas y un servicio atento. Ciertamente, todas estas cosas causaban gran satisfacción a míster Roberts.

Pero se sentía desilusionado porque, hasta aquel momento, no le había ocurrido nada que mereciese el nombre de aventura. No había encontrado en su camino bolcheviques disfrazados ni rusos misteriosos. El único ser humano con quien había tratado era un viajante de comercio francés que iba en el mismo tren y había charlado agradablemente con él en un inglés excelente. Había ocultado los papeles en el hueco de la esponja, como se le había encargado que hiciera, y los había entregado según las instrucciones recibidas. No se le había presentado ninguna situación peligrosa ni había tenido que salvar la vida de milagro. Míster Roberts estaba desilusionado.

Fue en aquel momento cuando un hombre alto y barbudo murmuró la palabra «*Pardon*» y se sentó al otro lado de su mesilla.

—Usted me excusará —dijo el recién llegado—, pero creo que conoce usted a un amigo mío. Sus iniciales son P. P.

Mister Roberts sintió un agradable estremecimiento. Allí estaba por fin el ruso misterioso.

—Muy… cierto —dijo.

—Entonces, creo que nos entenderemos.

Mister Roberts le dirigió una mirada escrutadora. Esto se parecía mucho más a la verdadera aventura. El desconocido era un hombre de unos cincuenta años y de aspecto distinguido, aunque extranjero. Usaba un monóculo y ostentaba en el ojal una cintita de color.

—Ha desempeñado usted su misión del modo más satisfactorio —le dijo el desconocido—. ¿Se encuentra dispuesto a emprender otra?

—Ciertamente. Oh, sí.

—Muy bien. Comprará usted un billete para el coche-cama del tren Ginebra-París de mañana por la noche. Pedirá la litera número nueve.

—¿Y si no estuviese libre?

—Estará libre. Ya se habrán cuidado de que esté libre.

—Litera número nueve —repitió Roberts—. Sí, lo recordaré.

—Durante el curso de su viaje, alguien le dirá: «*Pardon, monsieur*, creo que estuvo usted hace poco en Grasse». A lo que usted contestará: «Sí, el mes pasado».

Aquella persona le dirá entonces: «¿Está usted interesado en los perfumes?». Y usted contestará: «Sí, soy fabricante de una esencia sintética de jazmín». Después de lo cual, se pondrá enteramente a la disposición de la persona que le habrá hablado. A propósito, ¿va usted armado?

—No —contestó míster Roberts agitado—. No, nunca pensé… Es decir…

—Esto tiene fácil remedio —dijo el hombre barbudo. Y miró a su alrededor. No había nadie cerca. Míster Roberts se encontró en la mano algo duro y brillante—. Un arma pequeña, pero eficaz —añadió el desconocido sonriendo.

Mister Roberts, que no había disparado un revólver en toda su vida, lo metió con cuidado en su bolsillo, con la desagradable sensación de que el tiro podía salir en cualquier momento.

Repasaron las frases que servirían de santo y seña, y el nuevo amigo de míster Roberts se levantó.

—Le deseo buena suerte —dijo—. Que llegue al final sin contratiempos. Es usted un hombre valiente, míster Roberts.

«¿De veras lo soy?», pensó Roberts cuando el otro se hubo marchado. «Estoy seguro de que no deseo que me maten. Eso no me convendría de ningún modo».

Por su columna vertebral corrió un agradable estremecimiento, ligeramente deslucido por otro que no lo era tanto.

Pasó a su habitación y examinó el arma. No estaba aún seguro sobre el modo de accionar su mecanismo y esperó no verse en la necesidad de usarlo.

Luego, salió para comprar su billete de ferrocarril.

El tren salía de Ginebra a las nueve y treinta. Roberts llegó a la estación con suficiente anticipación. El empleado tomó su billete y pasaporte, y se hizo a un lado mientras un mozo colocaba su maleta en la red. Había allí otro equipaje: una maleta de piel de cerdo y un maletín.

—El número nueve es la litera de abajo —dijo el empleado.

Al volverse Roberts para dejar el coche, tropezó con un hombre grueso que entraba. Los dos se apartaron con frases de excusa, las de Roberts en inglés y las del extranjero en francés.

Era un hombre corpulento, con la cabeza afeitada y gafas de espesos cristales por los que sus ojos parecían dirigir miradas suspicaces.

«Un tipo formidable», dijo Roberts para sí mismo.

Este compañero de viaje le resultaba algo siniestro. ¿Le habrían dicho a él que tomase la litera número nueve sólo para que le vigilase? E imaginó que podía ser así.

Volvió al pasillo. Faltaban aún diez minutos para la hora de la partida y pensó que podía pasear un poco por el andén. A mitad del pasillo retrocedió para hacerle sitio a una dama que acababa de subir al tren y venía precedida por el empleado del coche, que llevaba el billete en la mano. Al pasar por delante de Roberts, dejó caer su bolso. Éste lo recogió y se lo entregó.

—Gracias, *monsieur* —hablaba en inglés, pero tenía acento extranjero y una voz grave, hermosa y seductora—. *Pardon*, *monsieur*, creo que estuvo usted hace poco en Grasse.

El corazón de Roberts dio un salto excitado. Tenía que ponerse a la disposición de aquella adorable criatura… porque era, efectivamente, adorable: de eso no cabía duda. No sólo adorable, sino también aristocrática y opulenta. Llevaba un abrigo de pieles y un elegante sombrero. Rodeaba su cuello un collar de perlas. Era morena y sus labios escarlatas.

Roberts le dio la respuesta acordada:

—Sí, el mes pasado.

—¿Está usted interesado en los perfumes?

—Sí, soy fabricante de una esencia sintética de jazmín.

Ella bajó la cabeza y continuó su camino dejando tras de sí un ligero murmullo:

—En el corredor, tan pronto como el tren arranque.

A Roberts los diez minutos siguientes le parecieron un siglo. Por fin el tren arrancó y él se puso a caminar despacio por el corredor. La dama del abrigo de pieles estaba luchando con una ventanilla. Él se apresuró a ayudarla.

—Gracias, *monsieur*. Sólo un poco de aire antes de que insistan en cerrarlo todo —y con una voz suave, baja y rápida, añadió—: Pasada la frontera, cuando su compañero de viaje duerma, no antes, entre en el lavabo y, atravesándolo, al departamento del otro lado. ¿Comprende?

—Sí —y bajando el cristal de la ventanilla, dijo en voz alta—. ¿Así está bien, *madame*?

—¡Oh, sí! Muchísimas gracias.

Roberts se retiró a su departamento. Su compañero de viaje estaba ya tendido en la litera superior. Era evidente que sus preparativos para pasar la noche habían sido sencillos. Se habían reducido en realidad a quitarse las botas y la americana.

Reflexionó acerca de su propia ropa. Era evidente que, debiendo presentarse en el departamento de una dama, no podía desnudarse.

Sustituyó pues sus botas por un par de zapatillas, se echó en la cama y apagó la luz. Al cabo de pocos minutos, el hombre de arriba empezó a roncar.

Acababan de dar las diez cuando llegaron a la frontera. Se abrió la puerta y se oyó la obligada pregunta: «¿Tienen los señores algo que declarar?». La puerta volvió a cerrarse. Luego salió el tren de Bellegarde.

El hombre de la litera superior roncaba de nuevo. Roberts dejó pasar veinte minutos, se puso en pie y abrió la puerta del lavabo. Una vez allí, cerró la puerta a su espalda y examinó cuidadosamente la del lado opuesto. No estaba cerrada con pestillo. Vaciló. ¿Debía llamar?

Quizás llamar resultara absurdo, pero no acababa de gustarle la idea de entrar sin hacerlo. Adoptó un término medio: sin hacer ruido abrió un poco la puerta y esperó. Se atrevió incluso a toser ligeramente.

La respuesta fue rápida. La puerta se abrió, fue cogido por el brazo y arrastrado al otro departamento, y la muchacha cerró y aseguró la puerta tras él.

Roberts se quedó sin aliento. Nunca había imaginado a una mujer tan deliciosa. Llevaba una especie de salto de cama vaporoso color crema, de gasa y encaje. Se apoyaba jadeante contra la puerta del corredor. Roberts había leído muchas veces relatos de hermosas criaturas acorraladas. Ahora estaba viendo una por primera vez… Un cuadro emocionante.

—¡Gracias a Dios! —murmuró la muchacha.

Era bastante joven, por lo que Roberts pudo observar y, por su finura y delicadeza, parecía un ser llegado de otro mundo. Aquí tenía por fin una historia romántica… ¡y en ella participaba él mismo!

La joven le habló entonces en voz baja y apresuradamente. Se expresaba bien en inglés, pero su acento era claramente extranjero.

—¡Estoy tan contenta de que haya venido usted! —dijo—. He tenido un susto horrible. Vassilievitch está en el tren. ¿Comprende lo que esto significa?

Roberts no tenía la menor idea de lo que aquello significaba, pero hizo un gesto afirmativo.

—Creí que había conseguido burlar su vigilancia. Pero debía haberlos conocido mejor. ¿Qué vamos a hacer ahora? Vassilievitch está en el departamento inmediato al mío. Pase lo que pase, no tiene que apoderarse de las joyas.

—No la asesinará a usted y no se apoderará de las joyas —afirmó Roberts con decisión.

—Entonces, ¿qué voy a hacer con ellas?

Roberts miró detrás de ella, a la puerta.

—La puerta está cerrada —dijo.

La joven se echó a reír.

—¿Qué es una puerta cerrada para Vassilievitch?

Roberts iba sintiendo, más a cada momento, que se hallaba en una de sus novelas favoritas.

—Sólo hay una cosa que hacer: démelas a mí.

La muchacha le dirigió una mirada de duda.

—Valen un cuarto de millón.

—Puede usted confiar en mí —dijo Roberts sonrojándose.

La joven vaciló un momento más y dijo, tras un rápido movimiento:

—Sí, confiaré en usted —y al cabo de unos instantes, le tendió un par de medias de seda finísimas, enrolladas—. Cójalas, amigo mío —le dijo al asombrado Roberts.

Él las tomó y comprendió inmediatamente. En lugar de ser ligeras como el aire, las medias eran inesperadamente pesadas.

—Lléveselas a su departamento —le dijo ella—. Puede dármelas por la mañana si… si todavía estoy aquí.

Roberts tosió y dijo:

—Escúcheme. En cuanto a usted —e hizo una pausa—, yo… yo debo protegerla —y se sonrojó con la angustia de mantener la adecuada corrección—. No quiero decir aquí. Me quedaré ahí —e indicó con la cabeza el departamento del lavabo.

—Si prefiere quedarse aquí… —contestó ella, dirigiendo una mirada a la desocupada litera superior.

—No, no —protestó—. Allí estaré muy bien. Si me necesita, puede llamar.

—Gracias, amigo mío —dijo la muchacha en voz baja.

Y, echándose en la litera inferior, tiró del cubrecama y le dirigió una sonrisa de gratitud. Él se retiró al lavabo.

De pronto (unas dos horas más tarde), creyó haber oído algo. Escuchó… y nada. Era posible que se hubiese equivocado. Y sin embargo, le pareció que realmente había percibido un sonido ligero que venía del departamento inmediato. Suponiendo… sólo suponiendo que…

Abrió la puerta sin ruido. El departamento estaba tal como él lo había dejado, con la débil luz en el techo. Permaneció allí forzando la vista a través de aquella semioscuridad hasta que sus ojos se acostumbraron a ella. Y entonces distinguió la silueta de la litera.

Y vio que estaba vacía. ¡La muchacha no estaba allí!

Encendió la luz. El departamento estaba desocupado. De repente, se puso a olfatear el aire. No era más que una ligera ráfaga, pero la reconoció: ¡el olor dulce y nauseabundo del cloroformo!

Por la puerta del departamento (y adivinó que ahora no estaba cerrada con llave) salió al corredor y miró a uno y otro lado. ¡Desierto! Sus ojos se fijaron en la puerta inmediata a la de la muchacha. Ésta había dicho que Vassilievitch estaba en el departamento contiguo. Con cautela, Roberts probó el picaporte. La puerta estaba cerrada por dentro.

¿Qué haría? ¿Pedir que le dejasen entrar? Pero el hombre se negaría… y, después de todo, ¡la muchacha podía no estar allí! Y si estaba, no le agradecería la publicidad que había dado al asunto. Había deducido que el secreto era una condición esencial en el juego que se llevaba entre manos.

Como un hombre perturbado, vagó lentamente por el corredor, acabando por detenerse frente al departamento del final. La puerta estaba abierta y el empleado echado y durmiendo. Y sobre él, colgados de un gancho, se veían su capote oscuro y su gorra puntiaguda.

Al cabo de un instante, Roberts había decidido lo que haría. Al cabo de otro minuto, con el capote y la gorra puestos, volvía al corredor. Se detuvo ante la puerta inmediata a la de la muchacha, se dio tantos ánimos como pudo y llamó resueltamente.

—*Monsieur* —dijo con su mejor acento.

No habiendo respuesta, llamó de nuevo.

La puerta se abrió un poco y asomó por ella una cabeza, la cabeza de un extranjero enteramente afeitado, con excepción de un bigote negro. Era un rostro irritado y malévolo.

—*¿Qu'est-ce-qu'il y a?* —preguntó bruscamente.

—*Votre passeport, monsieur* —ordenó Roberts, retrocediendo un paso y haciéndole un gesto para que se acercase.

El otro vaciló y salió luego al corredor. Roberts contaba con que lo haría así. Si tenía dentro a la muchacha, naturalmente no querría que el empleado entrase en el departamento. Vivo como un relámpago, Roberts se movió. Con todas sus fuerzas, echó al extranjero a un lado, aprovechándose de que no lo esperaba, y ayudado además por el movimiento del tren, se lanzó al interior del departamento y cerró y aseguró la puerta.

Sobre el extremo de la litera yacía una muchacha con una mordaza en la boca y las muñecas atadas. Rápidamente, la libertó y ella se apoyó en él con un suspiro.

—Me siento tan débil y enferma… —murmuró—. Creo que ha sido cloroformo. ¿Las ha… las ha cogido?

—No —contestó Roberts, golpeándose el bolsillo—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

La joven se sentó. Iba recobrando el pleno conocimiento. Y se fijó en la ropa que él llevaba puesta.

—¡Qué hábil ha sido usted! ¡Pensar que ha tenido esta idea! Me ha dicho que me mataría si no le revelaba dónde están las joyas. ¡Pero hemos sido más listos que él! No se atreverá a hacer nada. Ni siquiera puede volver a su departamento.

»Tenemos que quedarnos aquí hasta mañana. Probablemente se bajará del tren en Dijon. Nos detendremos allí aproximadamente dentro de media hora. Él telegrafiará a París para que allí nos sigan la pista. Entretanto, será mejor que tire ese capote y esta gorra por la ventanilla, podrían comprometerle.

Roberts obedeció.

—No debemos dormir —decidió la muchacha—. Debemos permanecer alerta hasta mañana.

Fue una velada extraña y excitante. A las seis de la mañana, Roberts abrió la puerta con cuidado y miró fuera. No había nadie. La joven se deslizó con ligereza hasta su propio departamento. Roberts la siguió allí. Era evidente que aquel lugar había sido registrado. Luego volvió al suyo a través del lavabo. Su compañero de viaje seguía roncando. Llegaron a París a las siete. El empleado estaba lamentando a voces la pérdida de su capote y de su gorra. No había descubierto aún la pérdida de su pasajero.

Empezaron entonces las más pintorescas maniobras. La muchacha y Roberts tomaron un taxi tras otro a través de París. Entraron en hoteles y restaurantes por una puerta para salir por la otra. Por último, ella dejó escapar un suspiro.

—Estoy segura de que ahora ya no nos siguen —dijo—. Nos los hemos quitado de encima.

Almorzaron y tomaron un coche hasta Le Bourget. Tres horas más tarde estaban en Croydon. Roberts no había viajado nunca en avión. En Croydon les esperaba un caballero alto, de cierta edad y remotamente parecido al mentor de míster Roberts en Ginebra. Saludó a la muchacha con especial respeto.

—El coche está aquí, señora —dijo.

—Este caballero nos acompañará, Paul —contestó ella. Y dirigiéndose a Roberts —: El conde Paul Stepanyi.

El coche era una gran limusina. Al cabo de una hora de viaje aproximadamente, entró en los terrenos de una residencia campestre, siguiendo hasta la puerta de una imponente mansión. Míster Roberts fue conducido a una habitación amueblada como despacho. Allí hizo entrega del precioso par de medias.

Luego se quedó solo por un rato, hasta que volvió el conde.

—Mister Roberts —le dijo éste:

—Le debemos nuestra gratitud y reconocimiento. Ha demostrado usted ser un hombre valiente e ingenioso —y terminó tendiéndole un estuche de tafilete—: Permítame que le confiera la Orden de San Estanislao: décima clase con laurel.

Como en un sueño, Roberts abrió el estuche y miró la ornamental condecoración. El anciano caballero seguía diciendo:

—La gran duquesa Olga desea darle las gracias personalmente antes de que parta.

Y fue conducido entonces a una gran sala de recepción. Allí, muy bella en su ondeante ropaje, vio a su compañera de tren.

La dama hizo con la mano un gesto imperioso y el caballero se retiró.

—Le debo a usted la vida, míster Roberts —dijo la gran duquesa.

Y le tendió la mano, que Roberts besó. Entonces, de repente, se inclinó hacia él.

—Es usted un hombre valiente —dijo.

Y él tendió ahora sus labios, que se unieron a los de ella. Y envuelto en una ráfaga de perfume oriental, sostuvo por un momento en sus brazos su forma bella y esbelta.

Se encontraba aún en medio de un sueño cuando alguien le dijo:

—El coche le conducirá a dónde el señor ordene.

Una hora más tarde volvió para recoger a la Gran Duquesa Olga, que subió a él, lo mismo que el caballero canoso. Éste se quitó la barba, que le daba calor. El coche dejó a la Gran Duquesa Olga en una casa, en Streatham. En la entrada, una mujer de cierta edad levantó la vista desde una mesa de té.

—Ah, mi querida Maggie, de modo que ya estás aquí.

En el expreso Ginebra-París esta muchacha era la Gran Duquesa Olga; en el despacho de míster Parker Pyne era Madeleine de Sara y en la casa de Streatham era Maggie Sayers, cuarta hija de una familia honrada y muy trabajadora.

¡Cómo descienden los poderosos!

Mister Parker Pyne almorzaba con su amigo, que le decía:

—Le felicito. El hombre que me proporcionó ha llevado a cabo la empresa sin un tropiezo. La cuadrilla Tormali debe estar desesperada al pensar que se le han escapado los planos de este fusil. ¿Le dijo usted a su agente que los llevaba?

—No, pensé que sería mejor… en fin, adornar la historia.

—Ha sido usted muy discreto.

—No se trata de discreción exactamente. Quería que se divirtiese. Me figuré que un fusil le parecería una cosa mansa. Quería que tuviese algunas aventuras.

—¿Mansa? —dijo míster Bonnington mirándolo—. Pero si esa gente le hubiera asesinado sin vacilar.

—Sí —contestó míster Parker Pyne suavemente—, pero yo no quería que le asesinasen.

—¿Gana usted mucho dinero con su profesión, míster Parker?

—A veces lo pierdo —dijo míster Parker Pyne—. Es decir, si se trata de un caso que lo merece.

Tres caballeros encolerizados estaban insultándose unos a otros en París.

—¡Ese condenado Hooper! —dijo uno de ellos—. ¡Nos ha fallado!

—Los planos no los sacó nadie del despacho —dijo el segundo—. Pero desaparecieron el miércoles, de esto estoy seguro. Y digo, por lo tanto, que usted ha sido quien lo ha estropeado.

—Yo no he hecho tal cosa —dijo el tercero malhumorado—. No había en el tren ningún inglés, salvo un empleadillo que nunca había oído hablar de Peterfield ni del fusil. Lo sé. Lo puse a prueba. Peterfield y el fusil no significaban nada para él —y se echó a reír—. Tenía algún tipo de complejo bolchevique.

Mister Roberts estaba sentado frente a una estufa de gas. Sobre las rodillas tenía una carta de míster Parker Pyne. En ella se incluía un cheque de cincuenta libras «de ciertas personas que estaban encantadas del modo como se había cumplido cierta misión».

Sobre el brazo del sillón que ocupaba había un libro de la biblioteca. Míster Roberts lo abrió al azar: *Estaba apoyada en la puerta, como una hermosa criatura acorralada*.

Bueno, él ya conocía bien todo esto.

Leyó otra frase: *Olfateó el aire. A las ventanas de su nariz llegó el olor débil y nauseabundo del cloroformo*.

También sabía lo que era.

La tomó en sus brazos y sintió la respuesta del estremecimiento de sus labios escarlatas.

Mister Roberts exhaló un suspiro. Aquello no era un sueño. Aquello había ocurrido. El viaje de ida había sido bastante soso, ¡pero el viaje de vuelta! Lo había disfrutado de veras. No obstante, se sentía satisfecho de volver a estar en casa. Tenía la vaga sensación de que aquella clase de vida intensa no podía prolongarse indefinidamente. Aunque la Gran Duquesa Olga… aquel último beso de despedida… participaba de la irrealidad de los sueños.

Mary y los niños regresarían al día siguiente. Míster Roberts sonrió con alegría. Ella le diría al verlo: «Hemos tenido unas vacaciones deliciosas. Pero me daba mucha pena pensar que estabas solo aquí, mi pobre muchacho». Y él le contestaría: «Todo ha ido bien, querida. He tenido que ir a Ginebra por un asunto de la casa (una pequeña negociación algo delicada) y mira lo que me han enviado», y le mostraría el cheque de cincuenta libras.

Se acordó de la Orden de San Estanislao, décima clase con laurel. La había escondido, pero ¿y si Mary la encontraba? Tendría que darle muchas explicaciones…

¡Ah! Ya lo tenía…: le diría que la había comprado en el extranjero, una curiosidad como otra cualquiera.

También él formaba parte de la gloriosa compañía a la que le ocurrían cosas.

El caso de la mujer rica

(The Case of the Rich Woman).

A míster Parker Pyne le fue comunicado el nombre de *Mrs*. Abner Rymer. Lo conocía ya y levantó las cejas.

En aquel momento, su cliente fue introducida en el despacho.

Mrs. Rymer era una mujer alta, de huesos grandes. Tenía una figura desgarbada y ni el vestido de terciopelo ni el grueso abrigo de pieles disimulaban este hecho. Los nudillos de sus grandes manos eran abultados. Tenía la cara ancha y subida de color. Llevaba el cabello negro peinado a la moda y su sombrero ostentaba muchas puntas rizadas de plumas de avestruz.

Se dejó caer en una silla con una inclinación de cabeza.

—Buenos días —dijo con voz áspera—. Si ha de serme útil usted para algo, ¡me hará el favor de decirme cómo puedo gastar el dinero!

—He aquí una pregunta original —murmuró míster Parker Pyne—. Pocas personas la hacen en estos tiempos. ¿Significa que a usted eso le resulta difícil, *Mrs*. Rymer?

—Sí, me lo resulta —afirmó la dama bruscamente—. Tengo cuatro abrigos de pieles, un montón de vestidos de París y cosas por el estilo. Tengo un coche y una casa en Park Lane. Tengo un yate, pero no me gusta el mar. Tengo toda una tropa de esos criados de alta escuela que le miran a una por encima del hombro. He viajado un poco, he visitado países extranjeros. Y que me condenen si se me ocurre alguna otra cosa que comprar o hacer —y dirigió a míster Parker Pyne una mirada de esperanza.

—Hay hospitales —dijo éste.

—¡Cómo! ¿Quiere decir que regale el dinero? ¡No, eso no me sirve! Permítame que le diga que ese dinero se ganó trabajando, trabajando de verdad. Si se figura que voy a regalarlo como si fuera un montón de basura, bueno, está equivocado. Quiero gastarlo, gastarlo y que me haga algún provecho. Pues bien: si tiene usted alguna idea que valga la pena para conseguirlo, puede contar con una buena retribución.

—Su proposición me interesa —dijo míster Parker Pyne—, pero no ha mencionado usted ninguna casa en el campo.

—La olvidé, pero tengo una. Allí me muero de aburrimiento.

—Debe decirme algo más sobre usted misma. Su problema no es fácil de resolver.

—Se lo diré de buen grado. No me avergüenzo de mi origen. Trabajé en el campo, en una casa de labor, cuando era una muchacha. Y trabajé de firme. Luego me enamoré de Abner, que trabajaba en un molino cercano. Me cortejó durante ocho años y después nos casamos.

—¿Y fueron ustedes felices?

—Yo sí lo fui. Abner era bueno para mí. Pero tuvimos que luchar para vivir. Él se quedó dos veces sin trabajo y entretanto iban viniendo los hijos. Tuvimos cuatro: tres

niños y una niña. Y ninguno de ellos llegó a hacerse mayor. Me atrevo a decir que hubiera sido diferente si hubiesen vivido.

—Sus facciones se dulcificaron y de pronto pareció más joven.

»Abner tenía el pecho delicado. No le dejaron alistarse para la guerra. Prosperó en la granja. Le hicieron capataz. Abner era un hombre listo. Ideó un nuevo método para trabajar. Debo decir que lo trataron bien: le dieron una buena suma por él. Empleó este dinero en sacar adelante otra idea suya. Ésta trajo más dinero. Llegó a ser el patrón y a emplear a sus propios trabajadores. Compró dos negocios que estaban en quiebra y volvió a ponerlos en marcha. Lo demás fue fácil. El dinero continuó entrando y aún entra.

»Tenga en cuenta que, al principio, eso fue muy divertido. Tener una casa, un cuarto de baño de primera clase y criados. No había ya que guisar ni fregar ni lavar. Tan sólo sentarse en los almohadones de seda y tocar el timbre para que sirvieran el té… ¡como lo haría cualquier condesa! Era muy divertido y lo disfrutamos. Y luego vinimos a Londres. Encargué mi ropa a los mejores modistos. Fuimos a París y a la Riviera. Era muy divertido.

—¿Y después?

—Después supongo que me acostumbré a esto —dijo *Mrs*. Rymer—. Al cabo de poco tiempo ya me pareció menos divertido. Había días en que ni sabíamos lo que queríamos comer… ¡nosotros que podíamos elegir el plato que nos apeteciese más! En cuanto a los baños… bueno, al final un baño diario es suficiente para cualquiera. Y Abner empezó a inquietarse por su salud. Gastamos mucho dinero en médicos, pero no podían hacer nada. Probaron diferentes métodos. Era inútil. Murió —y se detuvo un momento—. Era todavía joven: tenía sólo cuarenta y tres años.

Mister Pyne hizo un gesto afirmativo, de simpatía.

—Han pasado cinco años desde entonces. El dinero continúa entrando. Parece un despilfarro no poder hacer nada con él. Pero, como ya le he dicho, no puedo pensar en comprar nada que no tenga ya de sobras repetido.

—En otras palabras —dijo míster Pyne—, su vida es aburrida. No la disfruta usted.

—Me da asco —continuó *Mrs*. Rymer tristemente—. No tengo amigos. Los nuevos sólo buscan mi dinero y se ríen de mí a mis espaldas. Los antiguos no quieren tener nada que ver conmigo. Se sienten avergonzados al verme usar el automóvil. ¿Puede hacer o proponerme algo?

—Es posible que pueda —dijo míster Pyne lentamente—. Esto será difícil, pero creo que hay una probabilidad de éxito. Es posible que pueda devolverle lo que ha perdido: su interés por la vida.

—¿Cómo? —preguntó *Mrs*. Rymer rápida y bruscamente.

—Éste —dijo míster Parker Pyne— es mi secreto profesional. Nunca revelo mis métodos de antemano. El caso es: ¿quiere usted probar suerte? No garantizo el éxito, pero sí creo que hay una probabilidad razonable de alcanzarlo.

—¿Y cuánto costará esto?

—Tendré que adoptar métodos desacostumbrados. Por lo tanto, serán caros. Le pediré a usted mil libras pagadas por adelantado.

—Sabe usted pedir, ¿no es verdad? —dijo *Mrs*. Rymer, sopesando aquellas palabras—. Bien: me arriesgaré. Estoy acostumbrada a pagar los precios más caros. Sólo que, cuando pago por una cosa, sé ocuparme de conseguirla.

—La tendrá usted —dijo míster Parker Pyne—. No tema.

—Le enviaré el cheque esta tarde —dijo *Mrs*. Rymer levantándose—. No estoy segura de saber por qué confío en usted. Dicen que los tontos y su dinero se separan pronto. Y me atrevo a decir que soy una tonta. ¡Y usted se atreve a anunciar en todos los periódicos que puede hacer felices a las personas!

—Esos anuncios me cuestan dinero —dijo míster Pyne—. Si yo no pudiese cumplir mi palabra, malgastaría ese dinero.

»Yo sé qué es lo que causa la infelicidad y, en consecuencia, tengo una idea clara de lo que se requiere para producir el estado opuesto.

Mrs. Rymer movió la cabeza con expresión de duda y salió, dejando tras ella una nube formada por una mezcla de perfumes caros.

Entró en el despacho el atractivo Claude Lutrell.

—¿Hay algo para mí?

—El caso no es sencillo —dijo—. No, se trata de un caso difícil. Me temo que tendremos que correr algunos riesgos. Tendremos que intentar algo fuera de lo normal.

—¿Es cosa de *Mrs*. Oliver?

Mister Pyne sonrió a la mención de aquella novelista de fama mundial.

—*Mrs*. Oliver —dijo— es, en realidad, la menos adecuada para el caso de todos nosotros. Estoy pensando en un golpe atrevido y audaz. A propósito: ¿podría telefonear al doctor Antrobus?

—¿A Antrobus?

—Sí, necesitamos sus servicios.

Pasó una semana antes de que *Mrs*. Rymer volviese al despacho de míster Parker Pyne. Éste se puso en pie para recibirla.

—Le aseguro a usted que este aplazamiento ha sido necesario —dijo él—. Se han tenido que preparar muchas cosas y tenía que asegurarme los servicios de un hombre excepcional que ha atravesado con ese objeto media Europa.

Mister Parker Pyne tocó un botón. Entró una joven morena, de aspecto oriental, pero vestida con el blanco uniforme de las enfermeras europeas.

—¿Está todo dispuesto, enfermera De Sara?

—Sí, el doctor Constantine espera.

—¿Qué van ustedes a hacer? —preguntó *Mrs*. Rymer con un deje que inquietud.

—Vamos a presentarle a usted a un mago oriental, mi querida señora.

Mrs. Rymer siguió a la enfermera al piso inmediato. Allí fue introducida en una habitación que no tenía semejanza alguna con el resto de la casa.

Las paredes estaban cubiertas de bordados orientales. Había allí divanes con suaves almohadones y hermosas alfombras en el suelo. Sobre una cafetera se veía a un hombre levemente inclinado, que se incorporó al entrar ella.

—El doctor Constantine —dijo la enfermera.

El doctor vestía a la europea, pero tenía el rostro muy moreno y los ojos oblicuos, de mirada penetrante.

—Así que es usted mi paciente —preguntó en un tono bajo y vibrante.

—Yo no soy una paciente —dijo *Mrs*. Rymer.

—Su cuerpo no está enfermo —replicó el doctor—, pero su alma está hastiada. Nosotros, los orientales, sabemos curar esa enfermedad. Siéntese y beba una taza de café.

Mrs. Rymer se sentó y aceptó una tacita de la aromática infusión. Mientras la sorbía, el doctor continuó hablando.

—Aquí, en Occidente, tratan solamente el cuerpo. Un error. El cuerpo no es más que un instrumento. En él se ejecuta una melodía. Puede ser una melodía triste, tediosa. Puede ser una melodía deliciosa. Ésta es la que voy a darle. Usted tiene dinero. Lo gastará disfrutándolo. Para usted, la vida volverá a merecer ser vivida. Esto es fácil… fácil… muy fácil…

A *Mrs*. Rymer la inundó una sensación de languidez. Las figuras del doctor y de la enfermera se hicieron borrosas. Se sentía beatíficamente feliz y muy soñolienta. La figura del doctor creció. Todo el mundo parecía estar creciendo.

El doctor la miró a los ojos.

—Duerma —estaba diciéndole—. Duerma. Sus párpados se cierran. Pronto se quedará dormida. Y dormirá… dormirá…

Los párpados de *Mrs*. Rymer se cerraron. Y se encontró flotando en un mundo grande y maravilloso.

Cuando sus ojos se abrieron, le pareció que había pasado mucho tiempo. Recordaba vagamente varias cosas: sueños extraños, imposibles… luego, la sensación de despertarse, luego, más sueños. Recordaba algo relativo a un coche y a una muchacha morena y hermosa, con uniforme de enfermera, que se inclinaba sobre ella.

Fuera como fuese, ahora estaba bien despierta y en su propia cama.

Sólo que ¿era su casa? Le parecía diferente. Se diría que ésa no era la deliciosa blandura de su lecho acostumbrado. Era un lecho que, vagamente, le recordaba otros tiempos casi olvidados. Hizo un movimiento y el lecho crujió. La cama de *Mrs*. Rymer no crujía nunca.

Miró a su alrededor. Decididamente, aquello no era Park Lane. ¿Era un hospital? No, se dijo, no era un hospital. Ni tampoco un hotel. Era una habitación desnuda y las paredes eran de un incierto color lila. Había un lavabo de pino con un jarro y una

palangana. Había una cómoda de pino y un delgado baúl. Había prendas de vestir desconocidas para ella, fijas en sus colgadores. Había una cama con una colcha llena de remiendos, y en ésta se encontraba echada no muy cómodamente.

—¿Dónde estoy? —dijo *Mrs*. Rymer.

La puerta se abrió y entró una mujercita regordeta. Tenía las mejillas coloradas y una expresión de buen humor. Iba arremangada y llevaba un delantal.

—¡Vaya! —exclamó—. Se ha despertado. Entre, doctor.

Mrs. Rymer abrió la boca para decir varias cosas, pero no las dijo, pues el hombre que había entrado en la habitación tras la mujer regordeta no se parecía en lo más mínimo al elegante y moreno doctor Constantine. Era un hombre de edad, encorvado y que miraba a través de unas gafas de gruesos cristales.

—Esto va mejor —dijo, acercándose a la cama y cogiendo la muñeca de *Mrs*. Rymer—. Pronto estará usted mejor, querida.

—¿Qué he tenido? —preguntó *Mrs*. Rymer.

—Ha tenido una especie de ataque —contestó el doctor—. Ha estado sin conocimiento durante uno o dos días. Nada que deba inquietarla.

—Nos has dado un buen susto, Hannah —dijo la mujer gorda—. También has delirado y has dicho las cosas más raras.

—Sí, sí, *Mrs*. Gardner —dijo el doctor conteniéndola—. Pero no debemos excitar a la paciente. Pronto podrá levantarse y andar por ahí, querida.

—Y no te preocupes por el trabajo, Hannah —dijo *Mrs*. Gardner—. *Mrs*. Roberts ha venido a ayudarme y todo ha ido perfectamente. Tú limítate a descansar y ponte bien, querida.

—¿Por qué me llama Hannah? —dijo *Mrs*. Rymer.

—Pero si ése es tu nombre… —contestó *Mrs*. Gardner asombrada.

—No, no lo es. Mi nombre es Amelia Rymer. Señora de Abner Rymer.

El médico y *Mrs*. Gardner cambiaron una mirada.

—Bien, descansa, descansa tranquila —dijo *Mrs*. Gardner.

—Sí, sí, y no se inquiete —añadió el doctor.

Y se retiraron. *Mrs*. Rymer estaba desconcertada. ¿Por qué la habían llamado Hannah y por qué habían cambiado aquella mirada de divertida incredulidad al darles ella su nombre? ¿Dónde estaba y qué había ocurrido?

Saltó fuera de la cama. Se sentía algo insegura sobre las piernas. Caminó despacio hasta la pequeña ventana y miró fuera, viendo… ¡el patio de una granja! Completamente ofuscada, volvió a la cama. ¿Qué estaba haciendo en una granja que nunca había visto?

Mrs. Gardner entró de nuevo con un bol de sopa sobre una bandeja. *Mrs*. Rymer empezó sus preguntas:

—¿Qué estoy haciendo en esta casa? ¿Quién me ha traído aquí?

—Nadie te ha traído, querida. Ésta es tu casa. Por lo menos, hace cinco años que vives aquí… y yo sin sospechar que eras propensa a sufrir ataques.

—¿Que *vivo* aquí? ¿Desde hace *cinco* años?

—Esto mismo. Pero Hannah, ¿no vas a decirme que no recuerdas esto?

—¡Yo no he vivido nunca aquí! ¡Y nunca la había visto a usted!

—Ya lo ves. Has tenido esta enfermedad y has perdido la memoria.

—Yo nunca he vivido aquí.

—Vaya si has vivido, querida. —De pronto, *Mrs*. Gardner corrió a la cómoda y le trajo a *Mrs*. Rymer una fotografía descolorida, colocada en un marco.

Representaba un grupo de cuatro personas: un hombre con barba, una mujer gruesa (*Mrs*. Gardner), un hombre alto y flaco con una sonrisa tímida y agradable, y alguien con un vestido estampado y un delantal… ¡ella misma!

Estupefacta, *Mrs*. Rymer fijó la vista en la fotografía. *Mrs*. Gardner dejó la sopa a su lado y salió con calma de la habitación.

Mrs. Rymer empezó a tomarla maquinalmente. Era una buena sopa, sustanciosa y caliente. Y entretanto, sus pensamientos se agitaban como en un torbellino. ¿Quién era la que estaba loca? ¿*Mrs*. Gardner o ella? ¡Una de las dos debía estarlo! Pero estaba, además, el médico.

—Yo soy Amelia Rymer —dijo con firmeza—. Yo sé que soy Amelia Rymer y que nadie me diga lo contrario.

Había terminado la sopa y dejó el bol en la bandeja. Vio entonces un periódico doblado, lo cogió y miró la fecha: 19 de octubre. ¿Qué día había ido al despacho de míster Parker Pyne? El 15 o 16. Por lo tanto, debía haber estado enferma tres días.

—¡Ese pillo del doctor! —dijo *Mrs*. Rymer encolerizada.

Fuese como fuese, estaba sintiendo un ligero consuelo. Había oído hablar de casos en los que las personas habían olvidado quién eran por espacio de años enteros. Y temió que eso pudiera sucederle a ella.

Empezó a volver las páginas del diario, mirando sus columnas perezosamente cuando, de pronto, encontró un párrafo que le llamó la atención:

> *Mrs. Rymer, viuda de Abner Rymer, el rey de los «botoncillos», fue trasladada ayer a un sanatorio particular para enfermos mentales. Durante los últimos días ha insistido en declarar que no era ella, sino una muchacha de servicio llamada Hannah Moorhouse.*

—¡Hannah Moorhouse! De modo que es esto —dijo *Mrs*. Rymer—. Ella soy yo y yo soy ella. Una especie de sustitución, por lo que me imagino. Está bien: ¡pronto le pondré remedio! Si ese gordo hipócrita de Parker Pyne se ha propuesto hacerme alguna jugarreta…

Pero en aquel momento, atrajo su mirada el nombre de Constantine, que resaltaba en la página impresa. Esta vez encabezaba una información:

DECLARACIONES DEL DOCTOR CONSTANTINE

En una conferencia de despedida que tuvo lugar anoche, víspera de su partida para Japón, el doctor Claudius Constantine expuso algunas teorías sorprendentes. Declaró que era posible probar la existencia del alma mediante la transferencia de la misma de un cuerpo a otro. En el curso de sus experimentos en Oriente, afirmaba haber efectuado con éxito una doble transferencia: que el alma de un cuerpo hipnotizado A fue transferida a un cuerpo hipnotizado B, y el alma de B al cuerpo de A. Al despertarse el sueño hipnótico, A creyó ser B y B creyó que era A.

Para que el experimento fuese posible fue preciso encontrar a dos personas que tuviesen una gran semejanza física. Dijo que era un hecho indudable que dos personas muy parecidas estaban «en rapport». Esto se advierte más fácilmente en el caso de los hermanos gemelos, pero dos extraños de muy distinta posición social, pero con una notable semejanza en sus rasgos, presentan la misma total armonía de estructura.

Mrs. Rymer arrojó el diario lejos.

—¡Canalla! ¡Miserable canalla!

Ahora lo veía todo claro. Aquélla era una martingala para apoderarse de su dinero. Esa Hannah Moorhouse era un instrumento de míster Pyne, y quizás inocente. Él y ese demonio de Constantine habían dado este golpe fantástico.

¡Pero ella lo descubriría! ¡Ella revelaría lo que había hecho! ¡Le haría procesar! Ella le diría a todo el mundo…

La indignación de *Mrs*. Rymer se detuvo de repente. Se había acordado del primer párrafo. Hannah Moorhouse no había sido un dócil instrumento. Había protestado, había declarado su individualidad. ¿Y qué había ocurrido?

—¡Encerrada en un manicomio, pobre muchacha! —dijo *Mrs*. Rymer. Y un estremecimiento le recorrió la espina dorsal.

Un manicomio. Allí la meten a una y no la dejan salir más. Y cuanto más repite que está cuerda, menos la creen. Allí está y allí se queda. No, *Mrs*. Rymer no iba a exponerse a que le sucediera esto.

La puerta se abrió y entró *Mrs*. Gardner.

—¡Ah! Ya has tomado la sopa, querida. Muy bien. Muy pronto estarás mejor.

—¿Cuándo me puse enferma? —dijo *Mrs*. Rymer.

—Déjame ver… Fue hace tres días… el miércoles. Era el 15. Te encontraste mal hacia las cuatro.

—¡Ah! —La exclamación era muy significativa. A las cuatro, precisamente, había llegado *Mrs*. Rymer ante el doctor Constantine.

—Te caíste de la silla —dijo *Mrs*. Gardner—. Y dijiste: «¡Oh!», y otra vez «¡Oh!». Y luego, con voz de sueño, dijiste: «Me duermo. Me duermo». Y dormida te quedaste y te acostamos. Enviamos a buscar al médico y aquí has estado desde entonces.

—Supongo —se aventuró a decir *Mrs*. Rymer— que no conoce usted ninguna manera de saber quién soy yo, aparte de la cara, quiero decir…

—¡Vaya cosa rara has dicho! —exclamó *Mrs*. Gardner—. Para saber quién es una persona, ¿qué mejor que su cara? Pero hay también marcas de nacimiento, si esto te satisface más.

—¿Una marca de nacimiento? —preguntó *Mrs*. Rymer animándose, pues ella no tenía ninguna señal.

—Una señal parecida a una fresa casi tocando por debajo del codo derecho —dijo *Mrs*. Gardner—. Compruébalo tú misma.

«Así quedará demostrado», se dijo *Mrs*. Rymer, que sabía que no tenía marca de fresa alguna debajo del codo derecho. Y se arremangó el camisón. La señal de la fresa estaba allí.

Mrs. Rymer prorrumpió en llanto.

Al cabo de cuatro días, dejó la cama. Había imaginado y rechazado varios planes de acción.

Hubiera podido mostrar el párrafo del diario a *Mrs*. Gardner y al médico, y explicarse. Pero ¿la creerían? *Mrs*. Rymer estaba segura de que no.

Hubiera podido acudir a la policía. ¿La creerían? Pensó que tampoco le harían caso.

Hubiera podido ir al despacho de míster Pyne. Sin duda esta idea le gustaba más. En primer lugar, tendría la satisfacción de decirle al pícaro gordo lo que pensaba de él. Pero se presentaba un poderoso obstáculo que la disuadía de poner en práctica este plan. Se hallaba en aquel momento en Cornualles (así lo había sabido) y no tenía dinero para el viaje a Londres. Dos chelines y cuatro peniques en un viejo monedero parecían representar su capacidad financiera.

Y de este modo, al cabo de cuatro días, *Mrs*. Rymer tomó una valiente decisión: ¡De momento, aceptaría las cosas como estaban! Decían que era Hannah Moorhouse. Muy bien, sería Hannah Moorhouse. Por ahora aceptaría ese papel y luego, cuando hubiese ahorrado el dinero suficiente, iría a Londres y le ajustaría las cuentas al estafador en su guarida.

Habiéndolo decidido así, *Mrs*. Rymer se hizo cargo de su papel con perfecto buen humor y aun con una especie de sardónica diversión. Se repetía la historia. Aquella vida le recordaba su propia adolescencia. ¡Qué lejos le parecía todo aquello!

El trabajo resultaba un poco duro tras aquellos años de existencia suave, pero al cabo de una semana se había acostumbrado a su nueva vida en la granja.

Mrs. Gardner era una mujer bondadosa, de excelente carácter. Su marido, un hombre grande y taciturno, era también bondadoso. El hombre delgado y tímido de la fotografía se había marchado y ocupaba su lugar otro trabajador, un gigante de cuarenta y cinco años, de palabra y pensamientos lentos, pero con un relámpago de cautela en los ojos azules.

Las semanas fueron pasando. Por fin, llegó un día en que *Mrs*. Rymer tuvo suficiente dinero para pagar su billete a Londres. Pero no se fue. Aplazó el viaje. Pensó que le quedaba tiempo de sobras para hacerlo. No estaba tranquila en lo que se refería a los centros para perturbados mentales. Aquel bandido de Parker Pyne era listo. Haría declarar a algún médico que estaba loca y la mandaría encerrar sin que nadie supiera una palabra.

—Por otra parte —se decía *Mrs*. Rymer—, cambiar un poco de modo de vida es saludable.

Se levantaba temprano y trabajaba de firme. Joe Welsh, el nuevo mozo de labranza, estaba enfermo.

Llegó el invierno y lo cuidaban ella y *Mrs*. Gardner. Prácticamente, el gigante dependía de ellas.

Llegó la primavera… el tiempo de los corderitos. Había flores silvestres en los vallados y una navidad traidora en el aire. Joe Welsh se acostumbró a ayudar a Hannah en su trabajo. Hannah zurcía la ropa de Joe.

A veces, los domingos, salían juntos a dar un paseo. Joe era viudo. Hacía cuatro años que su mujer había muerto. Y confesaba con franqueza que, desde entonces, solía beber un poco más de lo necesario.

Ahora no iba mucho a la taberna. Se compró algo de ropa nueva. Míster y *Mrs*. Gardner se reían con sólo mirarlo.

Y Hannah se reía también de Joe. Le gastaba bromas acerca de su aire desgarbado. Pero esto a Joe no le importaba. Parecía vergonzoso, pero contento.

Después de la primavera, llegó el verano… un buen verano, aquel año. Todos trabajaron mucho.

La cosecha había terminado. En los árboles, las hojas se habían vuelto rojizas y doradas.

Un día, el 8 de octubre, al levantar Hannah la vista de la col que estaba cortando, vio que asomaba por encima de la valla la cabeza de míster Parker Pyne.

—¡Usted! —exclamó Hannah, alias *Mrs*. Rymer—. Usted…

Y necesitó algún tiempo para sacar todo lo que tenía dentro y, cuando lo hubo dicho todo, se quedó desalentada.

Mister Parker Pyne sonrió suavemente.

—Estoy enteramente de acuerdo con usted —dijo.

—¡Un estafador y un embustero, esto es lo que es usted! —exclamó *Mrs*. Rymer, repitiendo algo que ya había dicho antes—. Usted, con sus Constantines y sus hipnotismos y esa pobre muchacha, Hannah Moorhouse encerrada con… los locos.

—No —contestó míster Parker Pyne—, en esto me juzga usted mal. Hannah Moorhouse no está en ningún manicomio porque Hannah Moorhouse no ha existido nunca.

—¡De verdad! —replicó *Mrs*. Rymer—. ¿Y qué me dice de la fotografía suya que he visto con mis propios ojos?

—Falsa —dijo Pyne—. Es algo que se arregla fácilmente.

—¿Y la noticia en el periódico sobre ella?

—Todo el periódico estaba falseado para poder incluir en él los dos artículos que, de un modo natural, fueran convincentes. Y lo fueron.

—¡Ese pillo del doctor Constantine…!

—Un nombre falso: adoptado por un amigo mío que tiene aptitudes para interpretar papeles.

Mrs. Rymer dio un resoplido.

—¡Oh! Y supongo que yo tampoco fui hipnotizada…

—Lo cierto es que no lo fue usted. Bebió con el café una preparación de cáñamo indio. Después de ésta, se le administraron otras drogas, fue transportada aquí en un coche y se le dejó que recobrase el conocimiento.

—Entonces, *Mrs*. Gardner ha participado en esta historia desde el principio…

Mister Parker Pyne hizo un gesto afirmativo.

—¡Untada por usted, supongo! ¡O engañada con un montón de mentiras!

—*Mrs*. Gardner confía en mí —dijo míster Pyne—. Una vez salvé a su hijo de ser condenado a trabajos forzados.

Había algo en su actitud que impuso silencio a *Mrs*. Rymer sobre aquel tema.

—¿Y qué me dice de la marca de nacimiento?

—Está borrándose ya —contestó míster Pyne con una sonrisa—. Dentro de seis meses habrá desaparecido por completo.

—¿Y qué objeto tiene toda esta payasada? Ponerme en ridículo, plantarme aquí como una sirvienta… A mí, que tengo todo ese capital en el banco. Pero me figuro que no necesito preguntarlo. Ha estado usted apropiándoselo, canalla.

—Es cierto —dijo míster Parker Pyne— que obtuve de usted, mientras se hallaba bajo el efecto de las drogas, un poder y que durante su… su ausencia me he hecho cargo de la dirección de sus asuntos financieros. Pero puedo asegurarle, mi querida señora, que aparte de aquellas mil libras del principio, no ha entrado en mi bolsillo dinero alguno de usted. En realidad, gracias a algunas inversiones acertadas, su posición financiera ha prosperado —y la miró con radiante expresión.

—Entonces, ¿por qué…? —empezó a decir *Mrs*. Rymer.

—Voy a hacerle una pregunta, *Mrs*. Rymer —dijo míster Pyne—: Es usted una mujer franca y sé que me contestará francamente. Voy a preguntarle si es usted feliz.

—¡Feliz! ¡Vaya una pregunta graciosa! Robarle el dinero a una mujer y preguntarle luego si es feliz. ¡Me gusta su descaro!

—Está usted aún enojada —dijo él—. Nada más natural. Pero deje por un momento mis fechorías. *Mrs*. Rymer: cuando vino a mi despacho, hace un año, era usted una mujer desdichada. ¿Va a decirme que lo es ahora? Si es así, le presento mis excusas y queda usted en libertad de tomar contra mí las medidas que desee. Además, también le reembolsaré las mil libras que me abonó. A ver, *Mrs*. Rymer, ¿es usted una mujer desdichada?

—No, no soy desdichada —y su voz adquirió un timbre de admiración—. Usted me metió aquí. Reconozco que, desde que murió Abner, no había sido tan feliz como ahora lo soy. Voy… voy a casarme con un hombre que trabaja aquí: Joe Welsh. Nuestras amonestaciones se publicarán el próximo domingo, es decir, iban a publicarse el próximo domingo.

—Pero ahora, por supuesto —dijo míster Pyne—, todo ha cambiado.

Con el rostro encendido, *Mrs*. Rymer dio un paso hacia delante.

—¿Qué quiere usted decir… con que ha cambiado? ¿Cree que todo el dinero del mundo me convertiría en una dama? Yo no quiero ser una dama, muchas gracias. Son todas un rebaño de inútiles desvalidas. Joe es lo bastante bueno para mí y yo soy lo bastante buena para él. Nos avenimos bien y vamos a ser felices. Y en cuanto a usted, míster Parker, ¡lárguese y no se meta en lo que no le importa!

Mister Parker Pyne sacó del bolsillo un papel y se lo alargó.

—Es el poder para la dirección de sus asuntos —exclamó—. ¿Debo romperlo? Porque entiendo que ahora se encargará usted del control de su fortuna, ¿no es así?

En el rostro de *Mrs*. Rymer apareció una extraña expresión. Y rechazó el papel diciendo:

—Recójalo. Le he dicho cosas fuertes… y algunas de ellas las merecía. Es usted un hombre espabilado, pero, de todos modos, tengo confianza en usted. Quiero setecientas libras en el banco de esta localidad. Con ellas compraremos el cortijo que nos gusta. Todo lo demás… bueno, como usted indicó, pueden quedárselo los hospitales.

—No puede usted querer decir que entrega toda su fortuna a los hospitales.

—Esto es, precisamente, lo que quiero decir. Joe es un buen muchacho al que quiero, pero es débil de carácter. Dele dinero y será su ruina. Lo he apartado de la bebida y seguiré manteniéndolo apartado. Gracias a Dios, sé lo que pienso. No voy a dejar que el dinero se interponga entre mí y la felicidad.

—Es usted una mujer notable —dijo Pyne lentamente—. Sólo una entre mil haría lo que hace usted.

—Entonces, sólo una entre mil tiene sentido común —dijo *Mrs*. Rymer.

—Me descubro delante de usted —añadió míster Parker Pyne, con un timbre de voz desacostumbrado. Levantó el sombrero con solemnidad y se alejó.

—¡Y acuérdese de que Joe no debe saberlo! —dijo aún *Mrs*. Rymer.

Y permaneció allí teniendo a su espalda el sol poniente, con una gran col verde-azulada en las manos, la cabeza echada hacia atrás y los hombros firmes. Una gran figura de campesina recortada contra el sol que descendía.

¿Tiene usted todo lo que desea?

(Have You Got Everything You Want?).

—*Par ici, madame*.

Una mujer alta, con un abrigo de visón, seguía a un mozo muy cargado de equipaje por el andén de la estación de Lyon.

Esta dama iba tocada con una prenda oscura de punto que le cubría una oreja y un ojo. El otro lado revelaba un perfil encantador con una naricilla arremangada y unos ricitos dorados en torno a una oreja en forma de concha. Era una típica norteamericana de aspecto atractivo, y más de un hombre había vuelto la cabeza para mirarla a su paso por delante de los vagones del tren que esperaba.

Esos vagones ostentaban rótulos con los nombres:

PARÍS-ATHENES. PARIS-BUCHAREST. PARIS-STAMBOUL.

Frente a este último se detuvo el mozo de repente. Desató la correa que mantenía las maletas unidas y éstas se deslizaron al suelo pesadamente: «*Voici*, *madame*».

El empleado del coche-cama estaba de pie junto a los peldaños. Se adelantó con un saludo: «*Bon-soir*, *madame*», que pronunció con un *empressement* debido, quizás, a la riqueza y excelente factura del abrigo de visón.

La dama le entregó su billete de reserva para el coche-cama.

—Número seis —dijo el hombre—. Por aquí.

Y saltó al vagón con agilidad seguido por ella. Cuando la joven se apresuraba tras él por el pasillo, estuvo a punto de chocar con un grueso caballero que salía del departamento inmediato al suyo. Momentáneamente, observó que aquel viajero tenía una cara grande, de benigna expresión y una mirada benévola.

—*Voici, madame*.

El empleado abrió el departamento. Levantó el cristal de la ventanilla e hizo gestos al mozo. Un empleado subalterno levantó el equipaje y lo colocó en las redes. La viajera se sentó.

Había puesto sobre el asiento, a su lado, un maletín de color carmesí y su bolso. Hacía un poco de calor en el coche, pero no se le ocurrió quitarse el abrigo. Miró por la ventanilla sin fijar la atención. La gente se apresuraba por el andén de un lado a otro. Allí había vendedores de periódicos, de almohadas, de chocolates, de fruta, de aguas minerales. Todos le tendían sus mercancías, pero ella los miraba sin verlos.

La estación de Lyon había desaparecido para ella. En su joven rostro únicamente estaban retratadas la tristeza y la inquietud.

—Si la señora es tan amable de darme su pasaporte…

Las palabras no la inmutaron. El empleado, de pie en la puerta del departamento, las repitió. Elsie Jeffries se levantó con un sobresalto.

—¿Decía usted?

—Su pasaporte, señora.

Ella abrió el bolso, sacó el pasaporte y se lo entregó.

—Muy bien, señora. Yo me ocuparé de todo —siguió un silencio breve y significativo—. Yo voy con la señora hasta Estambul.

Elsie sacó un billete de cincuenta francos y se lo alargó. El hombre lo aceptó como algo normal, y preguntó a qué hora deseaba que se le hiciese la cama y si cenaría en el tren.

Arreglados estos detalles, se retiró y, casi inmediatamente, vino por el corredor el hombre del restaurante, haciendo sonar frenéticamente su campanilla y gritando:

—*¡Premier service, premier service!*

Elsie se levantó, se despojó de su pesado abrigo de pieles, echó una ojeada a su propia imagen en el pequeño espejo y, recogiendo su bolso y su maletín de joyas, salió al corredor. No había dado más que algunos pasos cuando el hombre del restaurante llegó corriendo en su viaje de regreso. Para darle paso, Elsie retrocedió un momento en la puerta del departamento inmediato, que estaba ahora desierto. Cuando el hombre hubo pasado, se preparó para continuar su camino al coche restaurante y su mirada distraída tropezó con el marbete de una maleta depositada en el asiento.

Era una maleta de piel de cerdo algo usada. En el marbete se leían las palabras «J. Parker Pyne, pasajero hasta Estambul». Y la misma maleta llevaba las iniciales P. P.

En el rostro de la muchacha apareció una expresión de sorpresa. Tras vacilar un momento en el corredor, volvió a su propio departamento y recogió un ejemplar de *The Times* que había sobre la mesa, junto con algunas revistas y libros.

Pasó las miradas por las columnas de anuncios de la primera página, pero lo que buscaba no estaba allí. Con una ligera contracción de las cejas, se dirigió al coche restaurante.

El camarero del restaurante la condujo a un asiento de una mesilla ya ocupada por otra persona: el caballero con quien estuvo a punto de tropezar en el corredor. En realidad, era el propio dueño de la maleta de piel de cerdo.

Elsie lo miró disimuladamente. Tenía una expresión suave, benévola y deliciosamente tranquilizadora, en cierto modo imposible de explicar. Se condujo con la acostumbrada reserva británica y sólo habló tras servirse la fruta.

—Hace un calor terrible en estos lugares.

—Lo sé —dijo Elsie—. Desearía que se pudiese abrir la ventanilla.

—¡Imposible! —contestó él con una sonrisa lastimera—. Todas las personas presentes, aparte de nosotros, protestarían.

Ella contestó con otra sonrisa. Ninguno de los dos dijo nada más.

Trajeron el café y la acostumbrada cuenta indescifrable. Tras colocar algunos billetes sobre ésta, Elsie se revistió de pronto de valor y murmuró:

—Con su permiso, he visto su nombre en su maleta… Parker Pyne. ¿Es usted… es usted por casualidad…?

Dicho esto, vaciló y él acudió en su ayuda.

—Creo que soy yo. Es decir —y repitió las palabras del anuncio que Elsie había visto más de una vez en *The Times* y buscado en vano poco antes—: «¿Es usted feliz? Si no lo es, consulte a míster Parker Pyne». Sí, éste soy yo.

—Ya lo veo —dijo Elsie—. Pero ¡qué… qué extraordinario!

Él movió la cabeza.

—En realidad, no. Es extraordinario desde su punto de vista, pero no desde el mío —y le dirigió una sonrisa tranquilizadora. Luego se inclinó hacia delante. La mayoría de los otros viajeros se habían retirado ya del coche—. Es decir, ¿usted no es feliz? —preguntó.

—Yo… —empezó a decir Elsie, y se detuvo.

—Usted no hubiera dicho «Qué extraordinario» si no fuera así —le indicó.

Elsie guardó silencio durante un minuto. La sola presencia de míster Parker Pyne le daba una extraña calma.

—Sí —admitió finalmente—. Soy… desgraciada. Por lo menos, estoy inquieta.

Él hizo un gesto afirmativo como expresión de simpatía.

—Ya lo ve usted —continuó ella—, ha ocurrido una cosa muy curiosa y no tengo la menor idea de lo que puede significar.

—Si quiere contármela —propuso míster Parker Pyne.

Elsie se acordó del anuncio. Con frecuencia, ella y Edward lo habían comentado, riéndose. Jamás se le había ocurrido que ella misma… Quizás sería mejor que desistiera… si míster Parker Pyne no fuese más que un charlatán… Pero parecía… ¡una persona tan correcta!

Elsie tomó su decisión. ¡Cualquier cosa para librarse de aquella inquietud!

—Se lo diré a usted. Voy a Constantinopla para reunirme con mi esposo. Tiene muchos negocios en Oriente y este año ha sido preciso que fuera allí. Se fue hace quince días. Iba a preparar las cosas para que yo pudiese reunirme con él. Esta idea me ha excitado mucho. Ya comprende, nunca había estado en el extranjero. Hemos pasado seis meses en Inglaterra.

—¿Su esposo y usted son norteamericanos?

—Sí.

—¿Y quizás no hace mucho tiempo que se casaron?

—Un año y medio.

—¿Y han sido felices?

—¡Oh, sí! Edward es un verdadero ángel. —Y continuó tras una vacilación—: Quizás no completamente a la moda de ahora. Sólo un poquito… bien, yo lo llamaría estrecho de miras. Muchos antepasados puritanos, etcétera. Pero es *un encanto* —añadió apresuradamente.

Mister Parker Pyne la miró un par de segundos con aire pensativo y dijo:

—Continúe.

—Fue una semana después de la partida de Edward. Yo estaba escribiendo una carta en su despacho y advertí que el papel secante era nuevo y estaba limpio, salvo por unas líneas escritas que lo cruzaban. Yo acababa de leer una historia de detectives que se refería a una pista hallada en un papel secante y sólo para divertirme lo sostuve delante de un espejo. Realmente sólo había pensado en divertirme, míster Pyne… Quiero decir, que no tenía la intención de espiar a Edward. Es un manso cordero y nadie soñaría en atribuirle alguna aventura dudosa.

—Sí, sí, comprendo perfectamente.

—Era fácil leerlo. Primero había la palabra «esposa», luego «Simplón Express» y, más abajo, «al llegar a Venecia sería el mejor momento» —y se detuvo.

—Curioso —dijo míster Pyne—. Muy curioso. ¿Era la letra de su marido?

—Oh, sí. Pero me he estrujado los sesos y no puedo ver bajo qué circunstancias había de usar estas palabras en ninguna carta.

—«Al llegar a Venecia sería el mejor momento» —repitió míster Parker Pyne—. En realidad, es muy curioso.

Mrs. Jeffries se había inclinado y le miraba con una esperanza halagadora.

—¿Qué debo hacer? —preguntó sencillamente.

—Me temo —dijo míster Parker Pyne— que tendremos que esperar hasta encontrarnos en Venecia. Aquí está el horario de nuestro tren. Llega a Venecia mañana por la tarde a las dos y veintisiete.

Y se miraron el uno al otro.

—Déjelo de mi cuenta —dijo míster Parker Pyne.

Eran las dos y cinco minutos. El «Simplon Express» llevaba once de retraso. Habían dejado atrás Mestre alrededor de un cuarto de hora antes.

Mister Parker Pyne estaba con *Mrs*. Jeffries en el departamento de ésta. Hasta ahora, el viaje se había desarrollado agradablemente y sin novedad. Pero había llegado el momento en que, si algo había de ocurrir, ocurriría en pocos instantes. Míster Parker Pyne y Elsie estaban sentados uno frente al otro. El corazón de la joven latía apresuradamente y sus ojos dirigían a su compañero miradas de súplica para que le tranquilizase.

—Conserve toda su calma —le dijo él—. Está usted completamente segura. Me tiene a su lado.

De pronto, llegó un grito del corredor:

—¡Oh, mira, mira…! ¡El tren se ha incendiado!

De un salto, Elsie y míster Parker se encontraron en el corredor. Una mujer de rostro eslavo se agitaba y señalaba con el dedo con un gesto dramático. De uno de los departamentos delanteros salía una nube de humo. Míster Parker Pyne y Elsie se precipitaron por el corredor. Otros viajeros se unieron a ellos. El departamento estaba

lleno de humo. Los que habían llegado a él primero retrocedieron tosiendo. Apareció el empleado del coche.

—¡No hay nadie en el departamento! —exclamó—. No se alarmen, *messieurs et dames*. *Le feu* está dominado.

Se oyeron una docena de preguntas precipitadas. El tren estaba cruzando el puente que une Venecia a tierra firme.

De repente, míster Parker Pyne se volvió, se abrió paso a través del grupo que tenía a su espalda y se precipitó por el corredor al departamento de Elsie. La dama de rostro eslavo estaba allí sentada, aspirando profundamente el aire por la ventanilla abierta de par en par.

—Dispense, señora —dijo Parker Pyne—. Pero éste no es su departamento.

—Lo sé, lo sé —dijo la dama esclava—. *Pardon*. Ha sido el susto, la emoción… Mi corazón. —Y, dejándose caer en el asiento, indicó la ventanilla abierta. Respiraba a grandes bocanadas.

Mister Parker Pyne se colocó en la puerta. Su voz era paternal y tranquilizadora.

—No debe asustarse —dijo—. No he creído ni por un momento que el fuego fuese nada grave.

—¿No? ¡Ah, qué alivio! Ya me siento restablecida. —Y añadió, levantándose a medias—: Volveré a mi departamento.

—No, todavía no. —Y la mano de míster Parker Pyne la impulsó suavemente hacia atrás—. Le pediré que aguarde un momento, señora.

—¡Caballero, esto es un insulto!

—Señora, se quedará usted aquí.

Su voz había sonado fría e impasible. La mujer se sentó sin dejar de mirarle. Elsie se unió a ellos.

—Parece que ha sido una broma ridícula. El empleado está furioso. Hace preguntas a todo el mundo… —Y se interrumpió mirando a la segunda ocupante del departamento.

—*Mrs*. Jeffries —dijo míster Parker Pyne—, ¿qué lleva usted en el maletín carmesí?

—Mis joyas.

—¿Tendría la bondad de mirar si le falta algo?

De la dama eslava surgió un torrente de palabras, que pasó a la lengua francesa para expresar mejor sus sentimientos.

Entretanto, Elsie había cogido el maletín-joyero.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Está abierto!

—*Et je porterai plainte á la Compagnie des Wagons-Lits* —acabó diciendo la dama eslava.

—¡No están! —exclamó Elsie—. ¡Falta todo! El brazalete de brillantes, el collar que me regaló papá y los anillos de la esmeralda y del rubí. Y algunos preciosos

broches de brillantes. Gracias a Dios, llevaba las perlas puestas. ¡Oh, míster Pyne! ¿Qué voy a hacer?

—Si quiere usted traer al empleado del coche —dijo míster Parker Pyne—, yo cuidaré por mi parte de que esta mujer no salga del departamento hasta que él llegue.

—*¡Scélérat! ¡Monstre!* —chilló la dama eslava. Y continuó lanzando nuevos insultos.

El tren entró en Venecia.

Los acontecimientos de la media hora siguiente pueden ser resumidos en pocas palabras. Míster Parker Pyne trató con diferentes funcionarios en diversas lenguas… y fue derrotado. La dama sospechosa consintió en ser registrada y salió de la prueba airosa y sin mácula.

No llevaba encima las joyas.

Entre Venecia y Trieste, míster Parker Pyne y Elsie discutieron el caso.

—¿Cuándo vio usted sus joyas por última vez?

—Esta mañana. Guardé unos pendientes con zafiros que llevaba ayer y cogí otros con un par de perlas auténticas.

—¿Y todas las joyas estaban intactas?

—No las repasé una por una, naturalmente. Pero parecían estar como siempre. Hubiera podido faltar un anillo o algo así, pero no más.

Mister Parker Pyne hizo un gesto afirmativo.

—Veamos: ¿a qué hora ha arreglado el empleado este departamento?

—Cuando estábamos en el coche-restaurante, y yo me había llevado allí el maletín. Siempre lo hago. Únicamente lo dejé en esta ocasión, al salir fuera corriendo.

—Por lo tanto —dijo míster Parker Pyne—, esta inocente y calumniada *Mrs*. Subayska, o como quiera que se llame, tiene que haber sido la ladrona. Pero ¿qué diablos ha hecho con las joyas? Sólo ha estado aquí un minuto y medio, el tiempo justo de abrir el maletín con una llave falsa y sacar lo que contenía. Sí, pero ¿qué ha hecho después?

—¿Podría habérselas entregado a alguna otra persona?

—Difícilmente. Yo me había vuelto y estaba abriéndome paso por el corredor. Si alguien hubiera salido de este departamento, yo lo hubiera visto.

—Quizás se lo ha echado a alguien por la ventanilla.

—Es una buena idea, sólo que, en este caso, estábamos pasando por encima del mar. Nos encontrábamos en un puente.

—Entonces debe haberlas escondido en el coche.

—Vamos a buscarlas.

Con verdadera energía transatlántica, Elsie empezó a registrarlo todo. Míster Parker Pyne participó en aquella tarea algo distraído. Al reprocharle ella su inactividad, se excusó diciendo:

—Estoy pensando que tengo que enviar desde Trieste un telegrama importante.

Elsie recibió con frialdad esta explicación. Su estimación por míster Parker Pyne había sufrido un notable descenso.

—Me temo que está usted molesta conmigo, *Mrs*. Jeffries —dijo él con mansedumbre.

—Bien, no ha resultado usted muy afortunado —replicó ella.

—Pero, mi querida señora, debe usted recordar que yo no soy un detective. El robo y el crimen están enteramente fuera de mi campo de acción. Mi especialidad es el corazón humano.

—Pues bien, yo sentía una cierta tristeza cuando tomé este tren —dijo Elsie—. ¡Pero aquello no era nada comparado con lo que siento ahora! Podría llorar a mares. ¡Mi precioso, precioso brazalete…! ¡Y la sortija con la esmeralda que me dio Edward cuando nos prometimos!

—Pero seguramente sus joyas están aseguradas contra robo… —dijo míster Pyne.

—¿Que están aseguradas? No lo sé. Sí, supongo que están aseguradas. Pero se trata del *valor sentimental* de aquellas joyas, míster Pyne.

El tren moderó su marcha. Míster Parker Pyne se asomó a la ventanilla.

—Trieste —dijo—. Tengo que enviar mi telegrama.

—¡Edward!

El rostro de Elsie se había iluminado al distinguir a su esposo, que corría a su encuentro por el andén, en Estambul. De momento, la pérdida de sus joyas se había borrado de su conciencia. Había olvidado las curiosas palabras halladas en el papel secante. Lo había olvidado todo, salvo el hecho de que acababa de pasar quince días lejos de su marido, quien, aun con sus estrechas miras, era en realidad una persona muy atractiva.

Estaban a punto de salir de la estación, cuando Elsie sintió en el hombro un amistoso golpecito y, al volverse, se halló frente a míster Parker Pyne, cuyo rostro benigno parecía radiante de buen humor.

—*Mrs*. Jeffries —dijo—, ¿quiere venir a verme al Hotel Tokatlian dentro de media hora? Cree que podré tener buenas noticias para usted.

Elsie miró a Edward con gesto incierto. Enseguida hizo la presentación.

—Mi… mi marido. Míster Parker Pyne.

—Según creo, su esposa le telegrafió a usted que le habían robado las joyas —dijo míster Parker Pyne—. He hecho lo que podía para ayudarle a recobrarlas. Creo que tendré noticias para ella dentro de media hora.

Elsie dirigió a Edward una mirada interrogante. Éste contestó prestamente.

—Es mejor que vayas, querida. ¿Ha dicho el Tokatlian, míster Pyne? Bien, me ocuparé de que esté allí.

Media hora más tarde, Elsie fue introducida en la salita particular de míster Parker Pyne, que se levantó para recibirla.

—Le he causado una desilusión, *Mrs*. Jeffries —dijo—. No, no lo niegue. Pues bien, no pretendo ser un mago, pero hago lo que puedo. Mire usted aquí dentro.

Sobre una mesilla, le señaló una gruesa caja de cartón. Elsie la abrió. Anillos, broches, brazaletes, collar… todo estaba allí.

—Mister Pyne, ¡qué maravilla! ¡Oh! ¡Qué maravilla!

Mister Parker Pyne sonrió modestamente.

—Estoy contento de no haber fracasado, mi querida señora.

—Oh, míster Pyne, ¡me deja usted avergonzada! ¡Qué mal me he portado con usted desde Trieste! Y ahora… esto. Pero ¿cómo se ha apoderado de ellas? ¿Cuándo? ¿Dónde?

Mister Parker Pyne movió la cabeza con expresión pensativa.

—Es largo de explicar —dijo—. Es posible que lo sepa usted algún día. En realidad, no me extrañaría que lo supiera muy pronto.

—¿Por qué no puedo saberlo ahora?

—Hay razones —dijo míster Parker Pyne.

Y Elsie tuvo que retirarse sin satisfacer su curiosidad.

Cuando estuvo fuera, míster Parker Pyne cogió el sombrero y el bastón y salió a las calles de Pera. Caminaba sonriendo para sí mismo y así llegó finalmente a un pequeño café, desierto en aquel momento. Se llamaba El Cuerno de Oro. Al otro lado, las mezquitas de Estambul mostraban sus esbeltos minaretes sobre el fondo del cielo de la tarde. El cuadro era muy hermoso. Míster Pyne se sentó y pidió dos cafés. Se los sirvieron espesos y dulces. Cuando empezaba a sorber el suyo, un hombre se sentó frente a él. Era Edward Jeffries.

—He pedido café para usted —dijo míster Parker Pyne, indicando la tacita.

Edward la apartó y le preguntó, inclinándose sobre la mesa:

—¿Cómo lo sabía usted?

Mister Parker Pyne continuó sorbiendo su café con expresión soñadora.

—Su esposa le habrá hablado de lo que descubrió en el papel secante… ¿no? Oh, pero le hablará. Debe de haberlo olvidado de momento.

Y le explicó lo que Elsie había descubierto, continuando luego:

—Pues bien, esto se articulaba muy bien con el incidente que ocurrió precisamente al llegar a Venecia. Por alguna razón determinada, usted estaba disponiendo el hurto de las joyas de su esposa. Pero ¿por qué la frase «al llegar a Venecia será el mejor momento»? Esto parecía no tener sentido. ¿Por qué no dejaba que su… agente… eligiese el momento y el lugar?

»Y luego, de pronto, comprendí el motivo. *Antes de que usted mismo saliese de Londres, las joyas de su esposa fueron robadas y sustituidas por imitaciones falsas,* sólo que esta solución no le satisfacía a usted. Es usted un joven concienzudo y de buen criterio. Le horrorizaba que algún criado u otra persona inocente resultara

sospechosa. Era preciso que el robo se efectuase de una forma y en una circunstancia tal que no pudiesen recaer sospechas sobre nadie de su casa o que tuviese relación con usted.

»Su cómplice viaja provisto de una llave que abre el maletín-joyero y de una bomba de humo. En el momento conveniente, esta mujer da la alarma, entra en el departamento de su esposa, abre el maletín y echa al mar las imitaciones de las joyas. Puede resultar sospechosa y ser registrada, pero no puede probarse nada contra ella puesto que las supuestas joyas no están en su poder.

»Y ahora se entiende el significado de la elección de aquel lugar. Si esas joyas se hubiesen lanzado sencillamente junto a la vía férrea, hubieran podido ser encontradas. De ahí la importancia del momento en que el tren pasa sobre el mar.

»Entretanto, usted toma sus disposiciones para vender aquí las verdaderas joyas. Sólo tiene que esperar a que se haya efectuado el robo del tren para entregar las piedras preciosas. No obstante, mi telegrama llegó a tiempo. Obedeciendo mis instrucciones, depositó usted la caja con las joyas en el Tokatlian en espera de mi llegada, sabiendo que, de otro modo, yo cumpliría mi amenaza de poner el asunto en manos de la policía. Y ha obedecido también mis instrucciones al venir a reunirse conmigo aquí.

Edward Jeffries dirigió a míster Parker Pyne una mirada suplicante.

Era un joven bien parecido, alto y rubio, con una barbilla redonda y unos ojos también muy redondos.

—¿Cómo puedo hacérselo comprender? —dijo con desaliento—. A usted debo de parecerle un ladrón vulgar.

—Nada de eso —contestó míster Parker Pyne—. Al contrario, yo diría que es usted casi penosamente honrado. Estoy acostumbrado a la clasificación de los tipos. Usted, mi querido señor, pertenece del modo más natural a la categoría de las víctimas. Cuénteme ahora toda la historia.

—Puede ser contada con una sola palabra: chantaje.

—¿Era esto?

—Ha visto usted a mi esposa. ¿Se da cuenta de que es una criatura pura e inocente, sin noción de lo que puede llegar a ser el mal?

—Sí.

—Tiene los ideales más maravillosamente puros. Si llegase a descubrir… algo sobre una cosa que hice, me dejaría.

—Lo dudo. Pero no se trata ahora de esto. ¿Qué *hizo* usted, mi joven amigo? Supongo que se trata de alguna aventura con una mujer.

Edward Jeffries hizo un gesto afirmativo.

—¿Después de su matrimonio… o antes?

—Antes… oh, antes.

—Bien, bien, ¿qué ocurrió?

—Nada, absolutamente nada. Esto es precisamente lo cruel del caso. Yo estaba en un hotel de las Antillas. Allí se alojaba una mujer muy atractiva llamada *Mrs*. Rossiter. Su marido era un hombre violento que tenía los más salvajes ataques de cólera. Una noche la amenazó con un revólver y ella escapó y vino a mi habitación. Estaba medio loca de terror. Me… me pidió que la dejara quedarse allí hasta la mañana. Y yo… ¿qué otra cosa podía hacer?

Mister Parker Pyne miró al joven, y el joven le miró con consciente rectitud. Míster Parker Pyne suspiró.

—En otras palabras y hablando claro, que le hicieron hacer a usted el desairado papel de un tonto, míster Jeffries.

—Realmente…

—Sí, sí. Es una jugarreta muy antigua, pero que frecuentemente sale bien con los jóvenes de temperamento quijotesco. Supongo que, al conocerse la proximidad de su matrimonio, apretaron las clavijas…

—Sí. Recibí una carta. Si no enviaba cierta suma de dinero, todo le sería comunicado a mi futuro padre político; es decir: cómo yo había hecho desviar el afecto que esa joven profesaba a su marido y cómo la habían visto entrar en mi habitación. El marido presentaría una demanda de divorcio. Ciertamente, míster Pyne, esta historia me ha convertido en un perfecto canalla.

—Y se enjugó la frente muy azorado.

—Sí, sí. Ya sé. Y así usted pagó y de vez en cuando volvieron a apretar las clavijas.

—Sí. Ésta fue la gota que colmó el vaso. Yo no podía, sencillamente, disponer de más dinero. Y di con este plan.

Diciendo esto cogió la taza de café ya frío, la miró distraídamente y se bebió su contenido.

—¿Qué voy a hacer ahora? —exclamó patéticamente—. ¿Qué voy a hacer ahora, míster Pyne?

—Yo le guiaré —dijo míster Pyne con firmeza—. Yo me encargo de sus atormentadores. En cuanto a su esposa, volverá usted directamente a su lado y le dirá la verdad, o por lo menos una parte de ella. En el único punto en que se desviará de la verdad será en el relativo a la noche en las Antillas. Debe usted ocultarle el hecho de que le hicieron… bueno, de que le hicieron hacer el papel de un tonto, como le he dicho antes.

—Pero…

—Mi querido míster Jeffries, no entiende usted a las mujeres. Si ha de elegir entre un tonto y un Don Juan, una mujer se quedará siempre con un Don Juan. Su esposa, míster Jeffries, es una muchacha encantadora, inocente y de elevados ideales, y el único modo de conseguir que encuentre la vida con usted interesante es infundirle la creencia de que ha reformado a un picarón.

Edward Jeffries le miraba con la boca abierta.

—Se lo digo en serio —añadió míster Parker Pyne—. En este momento su esposa está enamorada de usted, pero veo señales de que es posible que esto no dure si continúa usted ofreciéndole el cuadro de una cierta bondad y rectitud que se parecen un poco a la torpeza.

Edward dio un respingo.

—Vaya con ella, muchacho —dijo míster Parker Pyne bondadosamente—. Confiéselo todo, es decir, tantas cosas como pueda recordar. Explíquele luego que, desde el momento en que la conoció, renunció totalmente a aquella vida. Y que llegó al extremo de robar para evitar que aquello llegase a sus oídos. Y ella le perdonará con entusiasmo.

—Pero cuando no hay en realidad nada que perdonar…

—¿Qué es la verdad? —dijo míster Parker Pyne—. Según mi experiencia, es generalmente ¡la cosa que hace volcar el carretón cargado de manzanas! Es un axioma fundamental en la vida matrimonial que debe uno mentirle a su mujer. ¡A ella le gusta! Vaya y sea perdonado, hijo mío. Y vivan para siempre felices. Me atrevo a decir que, a partir de ahora, su esposa le observará con cuidado cuando pase cerca de una mujer bonita… A algunos hombres esto les molesta, pero no creo que le moleste a usted.

—Nunca quiero mirar a ninguna mujer más que a Elsie —dijo sencillamente míster Jeffries.

—Espléndido, muchacho. Pero yo, en su lugar, no se lo dejaría entender a ella. A ninguna mujer le gusta pensar que es aceptada con demasiada facilidad.

Edward Jeffries se puso en pie.

—¿Cree usted de verdad…?

—*Lo sé* —afirmó míster Parker Pyne con energía.

La puerta de Bagdad

(The Gate of Baghdad).

Cuatro grandes puertas tiene la ciudad de Damasco…

Mister Parker Pyne repitió en voz baja los versos de Flecker:

Puerta del destino, puerta del desierto, caverna del desastre, fuerte del temor. Portal de Bagdad soy, la entrada de Diar-bekir.

Se encontraba en las calles de Damasco y, arrimado al Hotel Oriental, vio uno de los grandes autocares de seis ruedas que, a la mañana siguiente, saldría para llevarle con otras once personas hasta Bagdad, a través del desierto.

No pases por debajo, oh caravana, o pasa sin cantar. ¿Has oído ese silencio en que, muertas las aves, aún parece que se oye el piar de un pájaro? ¡Pasa por debajo, oh caravana destinada a morir! ¡Pasa, oh caravana de la muerte!

No era pequeño el contraste. En otros tiempos, la puerta de Bagdad *había sido* realmente la puerta de la Muerte. La caravana tenía que atravesar cuatrocientas millas de desierto. Largos meses de viaje. Hoy, los monstruos ubicuos que se alimentan de gasolina lo hacen en treinta y seis horas.

—¿Qué decía usted, míster Parker Pyne?

Era la voz impaciente de *miss* Netta Pryce, la más joven y encantadora representante de la raza de los turistas. Aunque llevando el estorbo de una tía austera que tenía una barba rudimentaria y estaba sedienta de ciencia bíblica, Netta se

arreglaba para divertirse de varias frívolas maneras, que es posible que no hubieran merecido la aprobación de la mayor de las señoritas Pryce.

Mister Parker Pyne le repitió los versos de Flecker.

—¡Qué emocionante! —dijo Netta.

Tres hombres con el uniforme de las Fuerzas Aéreas que estaban cerca la oyeron y uno de ellos, que la admiraba, contemplándola extasiado, intervino en el diálogo diciendo:

—Todavía puede uno encontrar emociones en el viaje. Aún en estos tiempos, los bandidos atacan de vez en cuando a los convoyes. Además, puede uno perderse… esto ocurre algunas veces. Y nos envían a nosotros para que los encontremos. Un individuo estuvo cinco días perdido en el desierto. Afortunadamente, tenía una buena provisión de agua. Además, están los baches. ¡Y qué baches! Un hombre se mató de este modo. ¡Les digo a ustedes la pura verdad! Iba durmiendo y su cabeza chocó con el techo del coche y murió en el acto.

—¿En el autocar de seis ruedas, míster O'Rourke? —preguntó la mayor de las señoritas Pryce.

—No… no era un autocar de seis ruedas —admitió el joven.

—¡Pero bueno: tenemos que ver algunas cosas! —exclamó Netta.

Su tía sacó entonces una guía.

Netta se apartó, ladeándose.

—Yo sé que quiere ver algún lugar donde San Pablo fue bajado por una ventana —murmuró—. Y yo tengo tantas ganas de ver los bazares…

O'Rourke contestó prestamente:

—Venga conmigo. Empezaremos por la calle llamada Strait…

Y se alejaron.

Mister Parker Pyne se volvió hacia un hombre de maneras tranquilas, llamado Hensley, que estaba junto a él. Pertenecía al Departamento de Obras Públicas de Bagdad.

—Damasco desilusiona un poco cuando uno lo ve por primera vez —dijo en tono de excusa—. Un poco civilizada. Tranvías y casas modernas y tiendas.

Hensley hizo un gesto afirmativo. Era un hombre de pocas palabras.

—No ha ido… por el otro lado. Espere usted a haberlo hecho.

Se acercó por allí otro hombre, un joven rubio con la antigua corbata de Eton. Su rostro era amable, pero de expresión ligeramente distraída, y en aquel momento parecía hallarse inquieto. Estaba en el mismo departamento que Hensley.

—Hola, Smethrust —dijo su amigo—. ¿Has perdido algo?

El capitán Smethrust movió la cabeza. Era un joven de inteligencia algo lenta.

—Sólo estoy dando una vuelta por ahí —dijo vagamente. Luego pareció despertarse—. Podríamos tomar unas copas esta noche. ¿Qué me dices a eso?

Los dos amigos se alejaron juntos. Míster Parker Pyne compró un periódico local en francés.

No lo encontró muy interesante. Las noticias locales no tenían significación alguna para él, y no parecía que ocurriese nada importante en ninguna parte. Vio luego algunos párrafos bajo el título de *Londres*.

El primero se refería a asuntos financieros. El segundo trataba del supuesto destino de míster Samuel Long, el financiero autor de varios desfalcos que ascendían a tres millones y que, según los rumores que circulaban, había llegado a América del Sur.

—No es poco para un hombre que acaba de cumplir treinta años —declaró míster Parker Pyne.

—¿Decía usted?

Al volverse, Parker Pyne se halló ante un italiano que había hecho con él la travesía de Brindisi a Beirut.

Mister Parker Pyne explicó su observación. El italiano, míster Poli, afirmó varias veces con la cabeza.

—Este hombre es un gran criminal —dijo el segundo—. En la misma Italia ha cometido fechorías. Inspiraba confianza a todo el mundo. Es más, es un hombre muy bien educado, según dicen.

—Bien, estudió en Eton y en Oxford —observó míster Parker Pyne con cautela.

—¿Cree usted que lo cogerán?

—Eso depende de la delantera que haya tomado. Puede estar aún en Inglaterra. Puede estar… en cualquier parte.

—¿Aquí, con nosotros? —dijo el italiano riendo.

—Es posible —y míster Parker Pyne permaneció serio—. Por todo lo que usted sabe, podría ser yo mismo.

Mister Poli le dirigió una mirada de sobresalto. Después, su rostro aceitunado se dilató con una sonrisa de comprensión.

—¡Oh! Ésta es muy buena… muy buena, de verdad. Pero usted…

Sus ojos descendieron desde la cara de míster Parker Pyne.

Mister Parker Pyne interpretó aquella mirada con acierto.

—No debe usted juzgar por las apariencias —dijo—. Una… *gordura* puede disimularse y sirve para ponerle más años al interesado.

Y añadió con expresión soñadora:

—Puede teñirse el cabello, por supuesto, y cambiarse el color de la cara, y hasta cambiar de nacionalidad.

Poli se retiró con actitud dudosa. Nunca podía saber hasta qué punto eran serios los ingleses.

Mister Parker Pyne se divirtió aquella noche en el cine. Después se dirigió a un «Palacio nocturno de alegrías». No le pareció que fuese un palacio ni que fuese alegre. Varias damas bailaban allí con una manifiesta falta de entusiasmo. Y los aplausos fueron lánguidos.

De repente descubrió la presencia de Smethrust. El joven estaba sentado solo en una mesa. Tenía el rostro encendido y a míster Parker Pyne se le ocurrió que habría bebido más de la cuenta. Cruzando la sala, fue a reunirse con él.

—Es vergonzoso el modo que tienen esas muchachas de tratarlo a uno —dijo el capitán Smethrust tristemente—. Le hago servir dos bebidas, tres bebidas, un montón de bebidas… Y luego se va riendo con algún muchacho moreno. A esto lo llamo yo algo vergonzoso. He tomado un poco de *araq* al llegar —dijo Smethrust—. Esto le anima a uno. Pruébelo.

Mister Parker Pyne sabía algo acerca de las propiedades del *araq*. Y procedió con tacto. No obstante, Smethrust movió la cabeza.

—Estoy metido en un enredo —dijo—. Tengo que animarme. No sé qué haría usted en mi lugar. No me gusta descubrir a un compañero, ¿cómo? Quiero decir… y sin embargo, ¿qué va uno a hacer?

Y estudió a míster Parker Pyne como si lo viese entonces por primera vez.

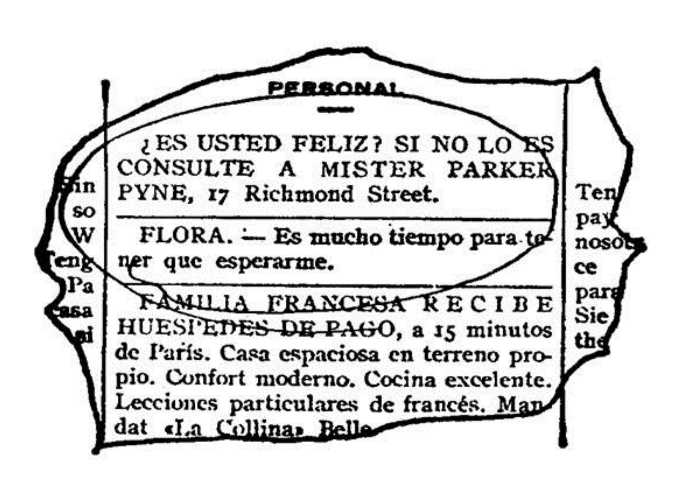
—¿Quién es usted? —preguntó bajo el perentorio efecto de su bebida—. ¿A qué se dedica?

—Juego a las confidencias —contestó míster Parker Pyne con suavidad.

Smethrust lo miró con vivo interés.

—¿Cómo? ¿Usted también?

Mister Parker Pyne sacó de su cartera un recorte y lo dejó sobre la mesa, delante de Smethrust:



PERSONAL

¿ES USTED FELIZ? SI NO LO ES CONSULTE A MISTER PARKER PYNE, 17 Richmond Street.

FLORA. — Es mucho tiempo para tener que esperarme.

FAMILIA FRANCESA RECIBE HUESPEDES DE PAGO, a 15 minutos de París. Casa espaciosa en terreno propio. Confort moderno. Cocina excelente. Lecciones particulares de francés. Mandat «La Collina» Belle

---

¿Es usted feliz? Si no lo es, consulte a míster Parker Pyne.

Smethrust concentró la vista en él con alguna dificultad.

—Bueno, que me condene —exclamó—. ¿Quiere usted decirme que viene la gente a contarle a usted sus cosas?

—Confían en mí, sí.

—Un rebaño de mujeres idiotas, me figuro.

—Muchas mujeres —admitió míster Parker Pyne—. Pero los hombres también. ¿Qué le pasa a usted, mi joven amigo? ¿Necesita algún consejo en este momento?

—Cierre esa condenada boca —dijo el capitán Smethrust—. A nadie le importa… a nadie más que a mí. ¿Dónde está ese condenado *araq*?

Mister Parker Pyne movió la cabeza tristemente.

Y abandonó al capitán Smethrust como a un caso imposible.

El convoy con destino Bagdad se puso en marcha a las siete de la mañana. Estaba formado por míster Parker Pyne y míster Poli, las señoritas Pryce (tía y sobrina), tres oficiales de las Fuerzas Aéreas, Smethrust y Hensley, y una madre y un hijo armenios llamados Pentremian.

El viaje comenzó sin incidentes. Pronto quedaron atrás los árboles frutales de Damasco. El cielo estaba cubierto y el joven conductor lo miró una o dos veces con expresión de duda. Y cambió algunas observaciones con Hensley.

—Ha llovido bastante al otro lado del Rutba. Espero que no vayamos a atascarnos.

A mediodía hicieron una parada y se repartieron las cajas de cartón cuadradas que contenían el almuerzo. Los dos conductores hicieron un té que fue servido en tazas de papel. Y continuaron la marcha a través de una llanura interminable.

Mister Parker Pyne se acordó de las lentas caravanas y de las semanas de viaje…

Se ponía el sol cuando llegaron al fuerte del desierto de Rutba. Las grandes puertas fueron desatrancadas y el vehículo las cruzó, penetrando en el patio interior del fuerte.

—Esto resulta emocionante —dijo Netta.

Después de lavarse un poco, manifestó el deseo de dar un paseíto. El teniente de aviación O’Rourke y míster Parker Pyne se ofrecieron a darle escolta. Cuando iban a partir, se les acercó el administrador para rogarles que no se alejasen, pues podrían tener dificultades para encontrar el camino de regreso después de haber oscurecido.

—Sólo una pequeña distancia —prometió O’Rourke.

El paseo no era en realidad muy interesante a causa de la monotonía de los alrededores.

Una vez, míster Parker Pyne se inclinó para recoger algo.

—¿Qué es esto? —preguntó Netta Pryce con curiosidad.

Él se lo mostró.

—Una piedra prehistórica, *miss* Pryce: un horadador.

—¿Se mataban unos a otros con esto?

—No, esto tenía un empleo más pacífico. Pero supongo que hubieran podido también utilizarlo para matarse. La *intención* de matar es lo que importa, no el mero instrumento. *Algo* puede encontrarse siempre por estos parajes.

Iba oscureciendo y se apresuraron a regresar al fuerte.

Después de una comida con muchas conservas, se quedaron fumando. A las doce, el autocar de seis ruedas debía reanudar la marcha.

El conductor parecía hallarse inquieto.

—Hay algunas charcas por aquí cerca —dijo—. Podríamos atascarnos.

Todos subieron al autocar y se acomodaron en él. *Miss* Pryce estaba molesta por no tener a su alcance una de las maletas.

—Me hubiera gustado ponerme las zapatillas de noche —dijo.

—Es más fácil que necesite sus botas de agua —contestó Smethrust—. A juzgar por las apariencias, vamos a hundirnos en un mar de lodo.

—Y ni siquiera tengo a mano un par de medias para cambiarme —dijo Netta.

—No hay problema. Se quedará quieta. Sólo el sexo fuerte debe salir a moverse.

—Siempre llevo calcetines de recambio —dijo Hensley golpeándose el bolsillo del abrigo—. Nunca sabe uno lo que…

Se apagaron las luces. El voluminoso autocar partió en la oscuridad.

La marcha no era muy buena. No se zarandeaban como lo hubieran hecho en un coche pequeño, pero, no obstante, recibían de vez en cuando algún fuerte coscorrón.

Mister Parker Pyne ocupaba uno de los asientos delanteros. Al otro lado del pasillo se hallaba la dama armenia envuelta en abrigos y chales. Su hijo estaba detrás de ella. Detrás de míster Parker Pyne se encontraban las dos señoritas Pryce. Y en la parte posterior del autocar, Poli, Smethrust, Hensley y los hombres de las Fuerzas Aéreas.

El autocar continuaba corriendo en las tinieblas. A míster Parker Pyne le costaba conciliar el sueño. Se hallaba entumecido por su posición. Los pies de la dama armenia salían, invadiendo su espacio. En todo caso, ella sí descansaba cómodamente.

Todos los demás parecían dormir. Míster Parker Pyne sintió que le invadía una somnolencia cuando una repentina sacudida lo envió contra el techo. De la parte posterior del autocar llegó una soñolienta protesta:

—Cuidado. ¿Queréis que nos rompamos la cabeza conductores?

Luego, míster Parker Pyne volvió a adormecerse. Al cabo de algunos minutos, aunque con un incómodo vaivén del cuello, se quedó profundamente dormido…

Se despertó de repente. El autocar de seis ruedas se había detenido. Algunos de los hombres estaban apeándose. Hensley dijo brevemente:

—Estamos atascados.

Deseoso de ver cuanto pudiera verse, míster Parker Pyne saltó junto al autocar con cuidado. Ahora no llovía. Al contrario, había luna y a su luz podía verse cómo los conductores trabajaban frenéticamente con gatos y piedras para levantar las ruedas.

La mayor parte de los hombres ayudaban en la operación. Las tres mujeres estaban mirando desde las ventanillas del autocar: *miss* Pryce y Netta con interés, la dama armenia con mal disimulado disgusto.

A una orden del conductor, los hombres hicieron un esfuerzo.

—¿Dónde está ese chico armenio? —preguntó O'Rourke—. Que venga aquí también.

—Y también el capitán Smethrust —observó Poli—. No está con nosotros.

—El bribón sigue durmiendo. Miradlo.

Era cierto. Smethrust continuaba en su asiento, con la cabeza inclinada hacia delante y todo el cuerpo hundido.

—Yo lo despertaré —dijo O'Rourke. Y saltó a la portezuela. Reapareció al cabo de un minuto. El timbre de su voz era otro.

—Escuchad: creo que está enfermo o algo así. ¿Dónde está el médico?

El médico jefe de la escuadrilla aérea, el doctor Loftus, un hombre de aspecto tranquilo y cabello canoso, se separó del grupo que se hallaba junto a la rueda.

—¿Qué tiene? —preguntó.

—No… no lo sé.

El doctor entró en el autocar. O'Rourke y Parker Pyne lo siguieron. Se inclinó sobre aquel cuerpo postrado. Una mirada y un contacto fueron suficientes.

—Está muerto —dijo con calma.

Se dispararon las preguntas: «¿Muerto? Pero ¿cómo?». Y Netta exclamó: «¡Oh, qué horrible!».

Loftus miró a su alrededor con gesto de irritación.

—Debe de haberse dado un golpe en la cabeza contra el techo —dijo—. El autocar tuvo una sacudida muy fuerte.

—Seguramente esto no le habrá matado. ¿No hay algo más?

—No puedo decir nada hasta que no lo haya examinado correctamente —dijo Loftus con brevedad. Y miró a su alrededor con expresión de azoramiento. Las mujeres se habían apiñado más cerca de él. Los hombres habían empezado a agruparse en el interior del autocar.

Mister Parker Pyne habló al conductor. Éste era un joven fuerte y atlético que, una por una, levantó a las mujeres y las llevó por encima del lodo hasta dejarlas sobre un terreno seco. Pudo hacerlo fácilmente con *Mrs*. Pentremian y con Netta, pero se tambaleó un poco bajo el peso de la robusta tía de ésta.

El interior del autocar quedó despejado para que el médico pudiera hacer su reconocimiento.

Los hombres reanudaron sus esfuerzos para levantar el vehículo. El sol asomaba ahora por el horizonte. Se anunciaba un día magnífico. El lodo estaba secándose rápidamente, pero el autocar continuaba atascado. Se habían roto tres gatos y hasta entonces no habían dado resultado los esfuerzos realizados. Los conductores se

pusieron a preparar un desayuno, abriendo latas de salchichas e hirviendo agua para hacer el té de los expedicionarios.

Un poco apartado, el médico jefe de escuadrilla, Loftus, estaba dando su veredicto.

—No hay señales de herida alguna. Tal como he dicho, debe de haberse dado un golpe en la cabeza contra el techo.

—¿Está usted seguro de que ha sido una muerte natural? —preguntó míster Parker Pyne. Y había algo en su voz que hizo que el médico le dirigiese una viva mirada.

—Queda sólo otra posibilidad.

—¿Cuál es?

—Que alguien le hubiese golpeado la cabeza por detrás con algún objeto parecido a un saco de arena —y su tono era de excusa.

—Esto no es muy probable —dijo Williamson, el otro oficial de las Fuerzas Aéreas, un joven con cara de querubín—. Quiero decir que nadie hubiera podido hacerlo sin que lo viéramos.

—¿Y si estábamos durmiendo? —sugirió el doctor.

—De esto nadie puede estar seguro —indicó el otro—. Subir al autocar y todo lo demás era imposible sin despertar a alguien.

—El único que hubiera podido hacerlo —dijo Poli— hubiera sido alguien que estuviese sentado detrás de él. Así podía escoger el momento sin levantarse ni siquiera del asiento.

—¿Quién iba sentado detrás del capitán Smethrust? —preguntó el médico.

O’Rourke contestó prestamente:

—Hensley, señor, de modo que esto no sirve. Hensley era el mejor amigo de Smethrust.

Hubo un silencio. Luego se elevó la voz de míster Parker Pyne con un tono que demostraba una tranquila certidumbre.

—Creo —dijo— que el teniente de aviación Williamson tiene algo que comunicarnos.

—¿Yo, señor? Yo… bueno…

—Explícate, Williamson —dijo O’Rourke.

—En realidad, no es nada… absolutamente nada.

—Explícate.

—Son sólo unas palabras de una conversación que oí en Rutba. Había vuelto al autocar para recoger mi pitillera y estaba buscándola. Fuera, hablaban dos hombres muy cerca de allí. Uno de ellos era Smethrust. Decía… —Y se detuvo.

—Continúa, hombre. Explícate.

—Algo sobre no querer descubrir a un compañero. Parecía tener mucha angustia. Después, dijo: «Me callaré hasta Bagdad, pero ni un minuto más. Tendrás que largarte de prisa».

—¿Y el otro hombre?

—No lo conozco, señor. Juro que no lo conozco. Era moreno y sólo dijo una o dos palabras que no pude entender.

—¿Quién de ustedes conocía bien a Smethrust?

—No creo que las palabras «un compañero» puedan referirse a nadie más que a Hensley —dijo O'Rourke lentamente—. Yo conocía a Smethrust, pero de un modo muy ligero. Williamson es nuevo aquí… y lo mismo el médico de la escuadrilla, Loftus. No creo que ninguno de ellos lo hubiese visto antes.

Así lo confirmaron los dos oficiales.

—¿Y usted, Poli?

—No había visto nunca a este joven hasta que atravesamos el Líbano en el mismo autocar, desde Beirut.

—¿Y ese armenio?

—No podía ser un compañero —afirmó O'Rourke con decisión.

—Yo tengo quizás una prueba adicional —dijo míster Parker Pyne.

Y repitió la conversación que había tenido con Smethrust en el café de Damasco. O'Rourke observó con aire pensativo:

—Usó la frase: «No me gusta descubrir a un compañero», y estaba inquieto.

—¿Nadie tiene nada que añadir? —preguntó míster Parker Pyne.

El doctor tosió y empezó diciendo:

—Puede ser algo que tenga relación con esto…

Se le animó a continuar.

—Sencillamente que oí como Smethrust le decía a Hensley: «Tú no puedes negar que hay una filtración en tu departamento».

—¿Cuándo fue esto?

—Ayer por la mañana, en el momento en que íbamos a salir de Damasco. Pensé que estaban hablando de algún antiguo asunto. No imaginé… —Y se detuvo.

—Amigos míos, esto es interesante —dijo el italiano—. Pieza por pieza van ustedes dando forma a la prueba.

—Habló usted de un saco de arena, doctor —dijo míster Parker Pyne—. ¿Podría un hombre confeccionar un arma así?

—Aquí abunda la arena —contestó el médico secamente, levantando un buen puñado de ella mientras hablaba.

—Poniendo un poco en un calcetín… —empezó a decir O'Rourke, y vaciló.

Todos recordaban dos breves frases pronunciadas por Hensley la noche anterior: «*Siempre llevo calcetines de recambio. Nunca sabe uno*».

Hubo un silencio. Luego, míster Parker Pyne dijo con calma:

—Jefe de cuadrilla Loftus, creo que los calcetines de recambio de míster Hensley están en el bolsillo de su abrigo, que se encuentra ahora sin duda alguna en el autocar.

Todas las miradas se dirigieron al instante hacia el lugar por el que paseaba, recortada en el horizonte, una figura taciturna. Hensley se había mantenido apartado

desde el descubrimiento de la muerte de Smethrust. Había sido respetado su deseo de permanecer solo, teniendo en cuenta la amistad que había habido entre los dos.

Mister Parker Pyne continuó:

—¿Quiere usted cogerlos y traerlos aquí?

El médico vaciló, murmurando:

—No me gusta… —Y volvió a mirar hacia la figura que paseaba—. Parece una vileza.

—Debe usted cogerlos, hágame el favor —dijo míster Parker Pyne—. Las circunstancias son muy raras. Estamos detenidos aquí y tenemos que saber la verdad. Si trae usted esos calcetines, me imagino que estaremos un paso más cerca de ella.

Loftus se alejó obedientemente.

Mister Parker Pyne se llevó a míster Poli un poco aparte.

—Creo que era usted quien estaba en el pasillo, al otro lado del capitán Smethrust.

—Así es.

—¿Se levantó alguien y pasó por allí?

—Sólo la dama inglesa, *miss* Pryce. Fue al lavabo, en la parte de atrás del autocar.

—¿La vio dar algún tropezón?

—Daba algunos vaivenes con el movimiento de la marcha, naturalmente.

—¿Es ella la única persona que vio usted pasar?

—Sí.

El italiano le dirigió una mirada de curiosidad y dijo:

—Me pregunto quién es usted. Toma el mando y, sin embargo, no es un militar.

—He visto mucho de la vida —contestó míster Parker Pyne.

—Ha viajado, ¿eh?

—No, he estado sentado en un despacho.

Loftus volvió con los calcetines. Míster Parker Pyne los tomó y examinó. *Había arena húmeda adherida al interior de uno de ellos*.

Mister Parker Pyne hizo entonces una profunda inspiración.

—Ahora ya lo sé —dijo.

Todas las miradas se concentraron en la figura que se paseaba destacándose sobre el fondo del horizonte.

—Si es posible, desearía ver el cadáver —dijo míster Parker Pyne.

Y entró con el médico hasta el sitio en que yacía el cuerpo de Smethrust, cubierto con un trozo de lona que el médico retiró, diciendo:

—No hay nada que ver.

Pero los ojos de míster Parker Pyne se habían fijado en la corbata del muerto.

—Es decir, que Smethrust era un antiguo alumno de la universidad de Eton.

Y entonces míster Parker Pyne le sorprendió todavía más.

—¿Qué sabe usted del joven Williamson? —le preguntó.

—Nada en absoluto. Lo vi por primera vez en Beirut. Yo había llegado de Egipto. Pero ¿por qué? Seguramente…

—Bien, fundándonos en sus declaraciones, vamos a colgar a un hombre, ¿no es así? —dijo míster Parker Pyne animadamente—. Uno debe andar con cuidado.

Parecía hallarse aún interesado en la corbata del muerto. Le desabrochó el cuello. Luego lanzó una exclamación:

—¿Ve usted esto?

En el reverso del cuello de la camisa había una mancha de sangre, pequeña y redonda.

Examinó con más atención el cuello puesto al descubierto.

—Este hombre no ha muerto por un golpe en la cabeza, doctor —dijo con animación—. Ha sido herido en la base del cráneo. Puede usted ver aquí el pequeño pinchazo.

—¡Y me ha pasado inadvertido!

—Se guiaba usted por una falsa suposición —dijo míster Parker Pyne a modo de excusa—. La de un golpe en la cabeza. Era bastante fácil no advertir esto, la herida apenas es visible. Un rápido pinchazo con un pequeño instrumento y la muerte es instantánea. La víctima no tiene ni tiempo de gritar.

—¿Cree que con una daga…? ¿Cree que Poli…?

—Los italianos y las dagas van juntos en la fantasía popular… ¡Mire! ¡Ahí viene un coche!

Un turismo acababa de aparecer en el horizonte.

—Bueno —dijo O'Rourke al reunirse con ellos—. Las señoras podrían irse en él.

—¿Y qué hacemos con nuestro asesino? —preguntó míster Parker Pyne—. Yo sé que Hensley es inocente.

—¿Usted? Pero ¿cómo? Está claro que tenía arena en el calcetín —y O'Rourke abrió mucho los ojos.

—Sé, muchacho —dijo míster Parker Pyne suavemente—, que esto no parece tener sentido, pero lo tiene. Smethrust no se dio un golpe en la cabeza. Ya lo ve usted, recibió un pinchazo.

Y, tras una breve pausa, continuó:

—Haga memoria, nada más, de la conversación de que le hablé, la conversación que tuvimos en el café. Usted recogió una frase que le pareció significativa. Pero la que a mí me llamó la atención fue otra frase. Cuando le dije que me dedicaba a jugar a las confidencias, él dijo: «*¡Cómo! ¿Usted también?*». ¿No le parece a usted que esto es bastante curioso? No creo que llame usted juego de las confidencias a una serie de desfalcos cometidos en un departamento o negociado. El juego de confidencias es más aplicable a alguien como el fugitivo míster Samuel Long, por ejemplo.

El médico tuvo un sobresalto. O'Rourke dijo:

—Sí… quizá…

—Yo dije en broma que el fugitivo míster Long podía ser uno de nosotros. Suponga que esto es verdad.

—¡Cómo…! ¡Pero es imposible!

—Nada de eso. ¿Qué sabe usted de las personas, aparte de sus pasaportes y de lo que ellas cuentan de sí mismas? ¿Soy yo en realidad míster Parker Pyne? ¿Es verdaderamente italiano míster Poli? ¿Y qué me dice de la masculina *Mrs*. Pryce, la mayor, que tan claramente necesita que la afeiten?

—Pero él… pero Smethrust no debía conocer a Long.

—Smethrust era un antiguo alumno de Eton. Long estuvo también en aquella universidad. Smethrust pudo haberlo reconocido, aunque no se lo dijese a usted. Pudo haberle reconocido entre nosotros. Y en este caso, ¿qué iba a hacer? Tiene una inteligencia sencilla y el asunto le causa angustia. Por fin decide no decir nada hasta que lleguemos a Bagdad. Pero una vez allí, ya no callará.

—¿Cree usted que uno de nosotros es Long? —dijo O'Rourke aún aturdido. Y añadió tras inspirar profundamente—: Debe de ser el italiano, debe… ¿o qué me dice del armenio?

—Desempeñar el papel de extranjero y obtener un pasaporte como tal es en realidad mucho más difícil que seguir siendo inglés —contestó míster Parker Pyne.

—¿*Miss* Pryce? —exclamó O'Rourke con acento de incredulidad.

—No —dijo míster Parker Pyne—. ¡Éste es nuestro hombre!

Con gesto casi amistoso, al parecer, había puesto una mano sobre el hombro del que estaba junto a él. Pero su voz no tenía nada de amistosa y sus dedos apretaban aquel hombro como unas tenazas.

—El jefe de escuadrilla Loftus, o míster Samuel Long, no importa el nombre que le dé usted.

—Pero esto es imposible… imposible —balbuceó O'Rourke—. Loftus lleva muchos años de servicio.

—Pero usted no lo había visto nunca ¿no es verdad? Era un extraño para todos ustedes. Naturalmente, éste no es el verdadero Loftus.

Aquel hombre impasible tomó la palabra:

—Ha sido usted hábil para descubrir todo esto. Y, a propósito: ¿cómo lo ha hecho?

—A causa de su ridícula declaración de que Smethrust había muerto de un golpe en la cabeza. Tomó usted esa idea de lo que contó O'Rourke cuando hablábamos ayer, en Damasco. Y pensó: ¡qué sencillo! Era usted el único médico que teníamos. Cualquier cosa que dijese sería aceptada. Tenía en su poder el equipo profesional de Loftus: tenía sus instrumentos. Era fácil elegir una pequeña herramienta adecuada para poner en práctica su idea. Se inclinó para hablar con él y, mientras hablaba, le clavó esta ligera arma. Siguió hablándole uno o dos minutos más. El autocar estaba oscuro. ¿Quién iba a sospecharlo?

»Viene luego el descubrimiento del cadáver. Usted da su dictamen. Se manifiestan algunas dudas y retrocede a una segunda línea de defensa. Williamson repite la conversación que ha oído entre Smethrust y usted. Se da por supuesto que se refiere a Hensley y usted añade una peligrosa invención propia sobre una filtración en el departamento al que pertenecía y, entonces, yo hago una prueba definitiva. Menciono la arena y los calcetines *para que podamos saber la verdad*. Pero mis palabras tenían un sentido distinto del que usted les dio. *Yo ya había examinado los calcetines de Hensley*. No había arena en ninguno de ellos. Fue usted quien la puso.

Mister Samuel Long encendió un cigarrillo.

—Me rindo —dijo—. La suerte se ha vuelto contra mí. Bueno, lo he pasado bien mientras ha durado. Iban siguiéndome la pista muy de cerca cuando llegué a Egipto. Tropecé con Loftus, que estaba a punto de partir para ocupar su puesto en Bagdad… y no conocía a nadie en este país. La oportunidad era demasiado buena para dejarla escapar. Lo compré. Me costó veinte mil libras. Pero ¿qué era esto para mí? Luego, la maldita suerte me hizo tropezar con Smethrust, ¡un borrico si los hay! Había sido mi auxiliar adjunto en Eton. En aquellos tiempos, tenía un poco de admiración fanática por mí. No le gustaba la idea de entregarme. Hice lo que pude y, por último, prometió no descubrirme hasta que llegásemos a Bagdad. ¿Qué probabilidades de escapar tendría yo entonces? Absolutamente ninguna. Sólo quedaba un medio: eliminarlo. Pero puedo asegurarles a ustedes que no soy un asesino por naturaleza. Mis aptitudes toman un camino distinto.

Su rostro sufrió un cambio: se contrajo. Osciló y cayó hacia delante.

O’Rourke se inclinó sobre él.

—Probablemente, ácido prúsico en el cigarrillo —dijo míster Parker Pyne—. El jugador ha perdido su última partida.

Miró a su alrededor, hacia el ancho desierto. Sobre él caía la luz del sol. Sólo hacía un día que había salido de Damasco… por la puerta de Bagdad.

No pases por debajo, oh caravana, o pasa sin cantar. ¿Has oído ese silencio en que, muertas las aves, aún parece que se oye el piar de un pájaro?

La casa de Shiraz

(The House at Shiraz).

Eran las seis de la mañana cuando míster Parker Pyne salió con destino a Persia, después de haberse detenido en Bagdad.

En el pequeño avión, el espacio correspondiente a los pasajeros era limitado, y la escasa anchura de los asientos no permitía al corpulento míster Parker Pyne instalarse allí cómodamente. Tenía dos compañeros de viaje: un hombre grande, de floreciente aspecto, que le pareció debía ser algo hablador, y una mujer delgada, de labios apretados y expresión decidida.

En todo caso, pensó míster Parker Pyne, no parecen estar dispuestos a consultarme profesionalmente.

No hicieron tal cosa. La mujercilla era una misionera americana, toda ella trabajo duro y felicidad.

Y el hombre floreciente estaba empleado en una empresa petrolífera. Habían dado a sus compañeros de viaje un resumen de sus vidas antes de que el avión se pusiera en marcha.

—Yo no soy más que un turista —había dicho míster Parker Pyne modestamente —. Y voy a Teherán, Isfahán y Shiraz.

Y la simple música de aquellos nombres le encantó de tal modo al pronunciarlos que los repitió: Teherán, Isfahán y Shiraz.

Mister Parker Pyne bajó la mirada sobre el terreno que estaban cruzando. Era un desierto llano. Y sintió el misterio de aquellas regiones vastas y despobladas.

En Kermanshar el aparato descendió para el examen de los pasaportes y el pago de los derechos de Aduana. Abrieron una maleta de míster Parker Pyne y examinaron con alguna excitación cierta pequeña etiqueta. Se le hicieron preguntas y, como míster Parker Pyne no hablaba ni entendía el persa, el asunto ofreció algunas dificultades.

El piloto del aparato se acercó. Era un atractivo joven rubio, con los ojos azules hundidos y el rostro curtido por la intemperie.

—¿Diga usted? —preguntó con buen humor.

Mister Parker Pyne, que se había esforzado por explicarse con una pantomima excelente y realista, al parecer sin mucho éxito, se volvió hacia él con satisfacción.

—Son polvos para matar chinches —dijo—. ¿Cree usted que puede explicárselo?

El piloto pareció perplejo.

—¿Dice usted?

Mister Parker Pyne repitió su declaración en alemán. El piloto sonrió y tradujo la frase al persa. Los graves y solemnes funcionarios quedaron complacidos. Sus tristes rostros se animaron y sonrieron. Uno llegó incluso a reírse. Encontraba la idea graciosa.

Los tres pasajeros volvieron a ocupar sus asientos en el avión y el vuelo se reanudó. Descendieron en Hamadán para dejar caer el correo, pero el avión no se detuvo. Míster Parker Pyne observó el lugar buscando la piedra de Behistún, ese romántico lugar en que Dario describe la extensión de su imperio y sus conquistas en tres lenguas diferentes: babilonio, medo y persa.

Era la una cuando llegaron a Teherán. Allí hubo más formalidades policíacas. El piloto alemán se acercó y sonrió a míster Parker Pyne, quien había terminado ya de contestar a un largo interrogatorio que no había entendido.

—¿Qué he dicho? —le preguntó al piloto.

—Que el nombre de pila de su padre es Turista, que su profesión es Charles, que el nombre de su madre es Bagdad y que ha llegado usted a Harriet.

—¿Tiene esto importancia?

—Ni poca ni mucha. Basta contestar alguna cosa, esto es todo lo que necesitan.

Mister Parker Pyne sufrió una desilusión en Teherán. Lo encontró desconsoladamente moderno. Así lo dijo por la noche al tropezar con míster Schlagal, el piloto, cuando entraba en su hotel. Obedeciendo a un impulso, lo invitó a comer y el alemán aceptó.

Dio, pues, órdenes al camarero georgiano que se había acercado a ellos. Sirvieron la comida. Llegados al postre, un plato algo pegajoso confeccionado con chocolate, el aviador dijo:

—¿Es decir, que va usted a Shiraz?

—Sí, iré por aire. Luego, volveré de Shiraz a Isfahán y Teherán por tierra. ¿Es usted quién me llevará a Shiraz mañana?

—No, no. Yo vuelvo a Bagdad.

—¿Hace tiempo que está usted allí?

—Tres años. Sólo hace tres años que se estableció allí nuestro servicio. Hasta ahora no hemos tenido ningún accidente… *¡unberufen!*[1] —y tocó la mesa.

Les sirvieron tazas de espeso café. Los dos hombres fumaron.

—Mis primeros pasajeros fueron dos damas —dijo el alemán, evocando sus recuerdos—. Dos damas inglesas.

—Continúe —dijo míster Parker Pyne.

—Una de ellas era una joven de muy buena familia, hija de uno de sus ministros. Era… ¿cómo se llamaba…? *Lady* Esther Carr. Es hermosa, muy hermosa, pero está loca.

—¿Loca?

—De remate. Vive allí, en Shiraz, en una gran casa. Viste al estilo colonial. No quiere ver a ningún europeo. ¿Es ésta la vida propia de una dama de buena familia?

—Ha habido otras —dijo míster Parker Pyne—. Lo estuvo *lady* Hester Stanhope.

—Ésta está loca —replicó el otro bruscamente—. Puede verse en sus ojos. Tiene la misma mirada del comandante de mi submarino, durante la guerra. Ahora está en un manicomio.

Mister Parker Pyne se había quedado pensativo. Recordaba bien a lord Micheldever, el padre de *lady* Esther Carr. Había trabajado a sus órdenes cuando fue ministro del Interior: un hombre grande y rubio, con los ojos azules predispuestos a la risa. Había visto una vez a *lady* Micheldever, una conocida belleza irlandesa de cabello negro y ojos azul violeta. Los dos eran personas normales y de buen aspecto, pero, a pesar de esto, era cierto que había desequilibrio mental en la familia Carr. Una locura que se manifestaba de vez en cuando.

—¿Y la otra dama? —preguntó con indiferencia.

—La otra dama… está muerta.

En el acento del joven había algo que hizo levantar vagamente la cabeza a míster Parker Pyne.

—Yo tengo corazón —dijo Schlagal—. Aquella mujer me parecía hermosísima. Usted sabe lo que son estas cosas… caen sobre uno de repente. Era una flor… una flor —y suspiró profundamente—. Fui una vez a verlas, a la casa de Shiraz. *Lady* Esther me había invitado a ir. Mi pequeña, mi flor, temía algo. Yo podía verlo. Cuando volví a Bagdad me dijeron que estaba muerta. ¡Muerta!

Se detuvo un instante y luego añadió con expresión pensativa:

—Es posible que la matara la otra. Le digo a usted que está loca.

Y suspiró. Míster Parker Pyne pidió dos Benedictines.

—El *curasao* es bueno —dijo el camarero georgiano. Y les trajo dos *curasaos*.

Al día siguiente, pasadas las primeras horas de la tarde, míster Parker Pyne había echado su primera ojeada a Shiraz. Habían volado sobre cordilleras de montañas separadas por valles estrechos y desolados. Todo era un desierto árido y reseco. Luego, de repente, apareció Shiraz como una preciosa esmeralda en el centro de aquella soledad.

A míster Parker Pyne Shiraz le encantó como no le había gustado Teherán. No le asustó el carácter primitivo del hotel, ni el aire no menos primitivo de las calles.

Se encontraba en medio de unas vacaciones persas. Las fiestas de Nan Ruz habían comenzado la noche anterior: el período de quince días en que los persas celebran su Año Nuevo. Vagó por los bazares vacíos y salió al gran terreno abierto, sobre el lado norte de la ciudad. Toda Shiraz estaba celebrando aquellas fiestas.

Un día dio un paseo por las afueras. Había visitado la tumba del poeta Hafiz y, a su regreso, descubrió una casa que le dejó encantado. Una casa enteramente cubierta de mosaicos azules, rosa y amarillenta, en medio de un verde jardín con agua, naranjos y rosales. Le pareció una casa de ensueño.

Aquella noche comió con el cónsul británico y le interrogó acerca de aquella residencia.

—Un sitio delicioso, ¿no es verdad? Fue construido por un antiguo y opulento gobernador de Luristán que había aprovechado bien su posición social. Ahora es de

una inglesa. Es posible que conozca usted su nombre: *lady* Esther Carr. Está loca como una cabra. Se ha convertido completamente en una dama del país. No quiere tener relación alguna con los ingleses.

—¿Es joven?

—Demasiado joven para hacer el tonto de esa manera. Tiene unos treinta años.

—¿No había otra inglesa con ella? ¿Una mujer que murió?

—Sí, hace de eso unos tres años. Ocurrió al día siguiente de tomar yo posesión de mi cargo aquí. Barham, mi predecesor, murió de repente, ya lo sabe usted.

—¿Cómo murió esa mujer? —preguntó míster Parker Pyne.

—Se cayó al patio desde una terraza del primer piso. Era la doncella o la dama de compañía de *lady* Esther, no recuerdo cuál de las dos cosas. En todo caso, llevaba la bandeja del desayuno y dio un paso atrás. Fue muy triste, no pudo hacerse nada. Se rompió la cabeza contra el suelo.

—¿Cómo se llamaba?

—Me parece que King, ¿o quizás era Wills? —dijo—. No, ésta es la misionera. Era una muchacha bastante bonita.

—¿Trastornó esto mucho a *lady* Esther?

—Sí… no. No lo sé. Se mostró muy rara, yo no pude entender su carácter… Es, bueno, una criatura muy imperiosa. Puede usted darse cuenta de que es alguien, ya sabe lo que quiero decir. Casi me asustó con sus modales dominantes y sus ojos oscuros, que echan llamas.

Y se rió, a modo de excusa, para quedarse luego observando a su compañero, Míster Parker Pyne tenía, al parecer, la mirada perdida en el espacio. La cerilla que acababa de frotar para encender su cigarrillo ardía en su mano y, al llegar la llama a los dedos, la tiró con una exclamación de dolor. Después, sonrió ante la asombrada expresión del cónsul.

—Perdone —le dijo.

—¿Estaba usted viendo visiones?

—A montones —contestó míster Parker Pyne enigmáticamente.

Y se pusieron a hablar de otras cosas.

Aquella noche, a la luz de una pequeña lámpara de petróleo, míster Parker Pyne escribió una carta. Esta composición dio lugar a muchas vacilaciones. No obstante, al final, quedó redactada en forma muy sencilla:

Mister Parker Pyne saluda respetuosamente a lady Esther Carr y se complace en hacerle saber que se hospeda en el Hotel Fars durante los próximos tres días en caso de que desease consultarle.

E incluyó un recorte de periódico: el famoso anuncio.



PERSONAL

¿ES USTED FELIZ? SI NO LO ES CONSULTE A MISTER PARKER PYNE, 17 Richmond Street.

FLORA. — Es mucho tiempo para tener que esperarme.

FAMILIA FRANCESA RECIBE HUESPEDES DE PAGO, a 15 minutos de París. Casa espaciosa en terreno propio. Confort moderno. Cocina excelente. Lecciones particulares de francés. Mandat «La Collina» Belle

—Esto hará el milagro —se dijo míster Parker Pyne al meterse con cuidado en su no muy cómoda cama—. Veamos: cerca de tres años. Sí, esto debe dar resultado.

Al día siguiente, hacia las cuatro, llegó la contestación. La trajo un criado persa que no entendía el inglés:

> *Lady Esther Carr se complacerá en recibir a míster Parker Pyne, si viene a verla esta noche, a las nueve.*

Mister Parker Pyne sonrió.

El mismo criado fue quien le recibió aquella noche. Fue conducido por un jardín oscuro y subió por una escalera exterior que daba la vuelta hacia la parte posterior de la casa. Desde allí se abrió una puerta y atravesó un patio central que estaba descubierto. Contra la pared se veía un gran diván y en él se hallaba reclinada una figura sorprendente.

Lady Esther iba cubierta de ropajes orientales y hubiera podido sospecharse que una razón de esta preferencia consistía en el hecho de que armonizaba bien con su belleza de tipo oriental. El cónsul había dicho que era una mujer imperiosa y ésta era, en efecto, la impresión que causaba su actitud. Mantenía alta la barbilla y sus cejas eran muy arrogantes.

—¿Es usted míster Parker Pyne? Siéntese ahí.

Y señaló con la mano un montón de almohadones. En el dedo corazón de dicha mano brillaba una esmeralda en la que estaba grabado el escudo de armas de su

familia. La poseía por herencia, y míster Parker Pyne pensó que valía una pequeña fortuna.

Obedeció la indicación, aunque con alguna dificultad. A un hombre de su corpulencia no le era fácil sentarse airosamente.

Apareció un criado con un servicio de café. Míster Parker Pyne tomó su taza y empezó a sorberlo con gesto de aprobación.

La dueña de la casa había adquirido la costumbre oriental de guardar una calma infinita. No se apresuró a entrar en conversación. También ella sorbió el café con los ojos semicerrados. Por fin, habló:

—Así que usted ayuda a las personas que no son felices. O, por lo menos, esto es lo que afirma en su anuncio.

—Sí.

—¿Por qué me lo ha enviado? ¿Es éste su modo de trabajar cuando viaja?

En estas palabras había un tono resueltamente ofensivo, pero míster Parker Pyne lo pasó por alto y contestó sencillamente:

—No. Mi idea, al viajar, es tomarme unas completas vacaciones.

—Entonces, ¿por qué me lo ha enviado?

—Porque tengo motivos para creer que usted… no es feliz.

Hubo un momento de silencio. Él tenía gran curiosidad. ¿Cómo se lo tomaría ella? La dama tardó un minuto en decidirse sobre este punto. Luego, se echó a reír.

—Supongo que usted se ha figurado que toda persona que deja el mundo, que vive como yo vivo, separada de mi raza, de mi patria ¡lo hace porque es desdichada! Penas, desengaños… ¿cree usted que algo de este tipo me ha traído al destierro? Bien, ¿cómo podría usted entenderlo? Allí, en Inglaterra, yo era un pez fuera del agua. Aquí soy yo misma. Yo soy una oriental de corazón. Me gusta este retiro. Me atreveré a decir que usted no puede entenderlo. A usted debe de parecerle… —vaciló un momento— que estoy loca.

—Usted no está loca —dijo míster Parker Pyne.

Y su voz revelaba una tranquila seguridad. Ella lo miró con curiosidad.

—Pero por ahí, por lo que sé, dicen que lo estoy. ¡Tontos! En el mundo ha de haber gente de toda clase. Soy completamente feliz.

—Y, no obstante, me ha hecho venir —observó míster Parker Pyne.

—No negaré que he sentido curiosidad por verlo. —Vaciló—. Además, aunque no quiero volver nunca a Inglaterra, me gusta informarme de lo que pasa…

—¿En el mundo que ha dejado?

Ella hizo un gesto afirmativo.

Mister Parker Pyne empezó a hablar. Su voz, clara y tranquilizadora, adoptó al principio un tono moderado que luego se elevó para acentuar algunos de los puntos que tocaba.

Habló de Londres, de los rumores de sociedad, de los hombres y mujeres famosos, de los nuevos restaurantes y clubes nocturnos, de las carreras y cacerías y

de los escándalos de las residencias veraniegas. Habló de ropas, de las modas de París, de establecimientos modestos en las calles populares en los que podían encontrarse notables gangas. Describió los teatros y cines, dio noticia de las películas, describió la construcción de los nuevos jardines en los suburbios, habló de plantas y jardinería… Y llegó, por último, a una llana descripción de Londres al anochecer, con sus tranvías y autobuses y las muchedumbres que se apresuraban a regresar a casa tras el trabajo diario y de los pequeños hogares que les aguardaban, y de todo el extraño modelo íntimo de la vida familiar inglesa.

Aquél fue un discurso verdaderamente notable, en el que el orador hizo gala de sus amplios y desusados conocimientos y de su habilidad para exponer los hechos en el debido orden. *Lady* Esther había dejado caer la cabeza, su actitud había perdido toda la arrogancia de antes. Durante algún rato, sus lágrimas se habían deslizado con calma y ahora, cuando él hubo terminado, abandonó toda afectación y lloró abiertamente.

Mister Parker Pyne no dijo nada. Permaneció allí inmóvil, observándola. Su rostro tenía la expresión tranquila y satisfecha de una persona que ha realizado un experimento y obtenido el resultado que deseaba.

Por último, ella levantó la cabeza y dijo con amargura:

—Bien, ¿está usted ahora contento?

—Así lo creo… ahora.

—¿Cómo voy a soportarlo? ¿Cómo voy a soportarlo? No poder salir nunca más de aquí, ¡no volver a ver nunca… a nadie! —Y aquel grito había venido como si se lo hubiesen arrancado. Luego se rehízo, sonrojándose—. ¿Qué más? —preguntó airadamente—. ¿No va a hacerme la obligada observación? ¿No va a decirme «Si tanto desea volver a su país, por qué no lo hace»?

—No —contestó míster Parker Pyne moviendo la cabeza—, esto está muy lejos de ser tan fácil para usted.

Por primera vez, se asomó a sus ojos una expresión de temor.

—¿Sabe usted por qué no puedo irme?

—Así lo creo.

—Se equivoca —replicó ella moviendo la cabeza—. La razón de que no pueda irme no la imaginará usted nunca.

—Yo no imagino —dijo míster Parker Pyne—. Yo observo… y clasifico.

Ella volvió a mover la cabeza.

—No sabe usted absolutamente nada.

—Veo que tendré que convencerla —dijo míster Parker Pyne placenteramente—. Cuando vino usted aquí, *lady* Esther, utilizó, según creo, el nuevo servicio aéreo desde Bagdad.

—Sí.

—Conducía el aparato un piloto llamado Schlagal, que vino luego a verla a usted.

—Sí. —Y, de algún modo inexplicable, este segundo «sí» pareció sonar más suave.

—Y tenía usted una amiga o compañera que… murió —dijo él, ahora con una voz dura como el acero, fría, ofensiva.

—Mi acompañante.

—¿Y se llamaba…?

—Muriel King.

—¿Le tenía usted afecto?

—¿Qué quiere decir con «afecto»? —Y se detuvo, conteniéndose—. Me era útil.

Lo había dicho con altivez y míster Parker Pyne recordó las palabras del cónsul: «Se nota que es alguien, si sabe lo que quiero decir».

—¿Sintió usted lástima cuando murió?

—Yo… ¡naturalmente! Míster Pyne, francamente, ¿es necesario hablar de todo esto? —lo había dicho con ira y continuó, sin esperar la contestación—: Ha sido usted muy amable viniendo a verme. Pero estoy un poco fatigada. Si quiere decirme lo que le debo…

Pero míster Parker Pyne no se movió ni dio señales de haberse ofendido. Y continuó tranquilamente con sus preguntas.

—Desde que ella murió, míster Schlagal no ha venido a verla a usted. Suponiendo que viniese, ¿usted lo recibiría?

—No lo recibiría.

—¿Se negaría en redondo?

—En redondo. Míster Schlagal no será nunca admitido aquí.

—Sí —dijo míster Parker Pyne con aire pensativo—. No podía usted decir otra cosa.

La armadura defensiva de su arrogancia se aflojó un poco. Y dijo con expresión incierta:

—No… no sé qué quiere usted decir.

—¿Sabía usted, *lady* Esther, que el joven Schlagal se enamoró de Muriel King? Es un joven sentimental. Todavía adora su recuerdo.

—¿Es así? —Y su voz fue casi un murmullo.

—¿Cómo era?

—¿Qué quiere usted decir con cómo era? ¡Qué sé yo!

—Usted debía haberla mirado algunas veces —dijo míster Parker Pyne amablemente.

—¡Oh, sí! Era una joven de muy buen aspecto.

—¿Aproximadamente de la edad de usted?

—Aproximadamente. —Y añadió, tras una pausa—: ¿Por qué cree usted que ése… Shlagal la quería?

—Porque me lo dijo él mismo. Sí, sí, en los términos más inequívocos. Tal como le digo, es un joven sentimental. Estaba contento de hacerme esa confidencia. Se

trastornó mucho cuando ella murió de aquel modo.

Lady Esther se levantó de un salto.

—¿Cree usted que yo la asesiné?

Mister Parker Pyne no se levantó. No era de la clase de hombres que saltan de su asiento.

—No, mi querida niña —dijo—. Yo *no creo* que usted la asesinara y, siendo así, me parece que cuanto más pronto termine esta comedia y entre en razón, mejor.

—¿Qué quiere usted decir con «esta comedia»?

—La verdad es que perdió usted la serenidad. Sí, perdió la serenidad de mala manera. Creyó que iba a ser acusada de haber dado muerte a su señora.

La muchacha hizo un rápido movimiento. Míster Parker Pyne continuó:

—Usted no es *lady* Esther Carr. Lo sabía antes de venir aquí, pero la he puesto a prueba para asegurarme. —Y apareció su sonrisa blanda y benévola—. Mientras hacía mi discursillo, he estado observándola y siempre la he visto reaccionar como *Muriel King*, no como Esther Carr. Las tiendas baratas, los cines, los nuevos jardines de los suburbios, los viajes en autobús y en tranvía, todo esto la ha interesado. Los cotilleos sobre las residencias veraniegas, los nuevos clubes nocturnos, las habitaciones de Mayfair, los asistentes a las carreras… nada de ello le ha interesado lo más mínimo.

Su voz se hizo más persuasiva y paternal.

—Siéntese y cuéntemelo todo. Usted no asesinó a *lady* Esther, pero pensó que podía ser acusada de haberlo hecho. Dígame cómo ocurrió todo.

Ella inspiró largamente. Luego se dejó caer de nuevo en el diván y empezó a hablar. Sus palabras brotaban apresuradamente, a borbotones.

—Debo empezar… por el principio. Yo… estaba asustada de ella. Estaba loca… no completamente, pero sí un poco. Me trajo aquí con ella. Como una tonta, yo estaba encantada. Esto me parecía tan romántico… Una tontita. Esto es lo que yo era: una tontita. Hubo algo a propósito de un chófer. Ella estaba loca por los hombres. El chófer no quiso tener nada que ver con ella y esto se supo. La historia empezó a circular entre sus amigas, que se rieron del caso. Y ella rompió con su familia y se vino aquí.

»Todo era para evitar la vergüenza: la soledad en el desierto, etcétera. Hubiera continuado así por algún tiempo y luego hubiera regresado. Pero fue poniéndose cada vez más rara. Y estaba el piloto. Ella… se encaprichó de él. Él vino aquí a verme y ella pensó… Oh, bien, ya se lo debe imaginar usted. Pero él hubiera debido dárselo a entender claramente.

»Y luego, de repente, se volvió contra mí. Se volvió horrible, imponente. Dijo que yo no volvería nunca más a Inglaterra. Dijo que estaba en su poder. Dijo que yo era una esclava. Sólo esto, una esclava. Y que ella tenía sobre mí el derecho de vida o muerte.

Mister Parker Pyne hizo un gesto afirmativo. Vio cómo se desenvolvía la situación. Vio a *lady* Esther traspasando lentamente el límite de la cordura, como antes que ella lo habían hecho otros en su familia, y a la muchacha aterrada, ignorante del mundo, creyendo todo lo que se le decía.

—Pero un día algo pareció cambiar de pronto en mi interior. Le planté cara. Le dije que, si llegábamos a ese extremo, yo era más fuerte que ella. Le dije que la tiraría sobre las piedras del piso de abajo. Y ella se quedó asustada. Supongo que había pensado que yo no era más que un gusano. Di un paso hacia ella… No sé qué pensó que me proponía hacer. Retrocedió. Se… ¡se cayó por el borde de la terraza! —Y Muriel King se cubrió el rostro con las manos.

—¿Y entonces? —apuntó míster Parker Pyne con suavidad.

—Perdí la cabeza. Pensé que dirían que yo la había empujado para que se cayese. Pensé que nadie me escucharía, que me encerrarían en alguna horrible prisión de este país.

Y movió los labios, viendo míster Parker Pyne claramente que estaba dominada por un miedo que no admitía razones. Y después se me ocurrió que ¡si fuese yo la víctima…! Sabía que había llegado un nuevo cónsul británico que no había visto a ninguna de las dos. Y la otra había muerto.

»Podía encargarme de los criados. Para ellos éramos dos inglesas locas. Cuando una moría, continuaba la otra. Les hice buenos regalos en dinero y los envié a buscar al cónsul de Inglaterra. Éste vino y yo le recibí como si fuese *lady* Esther. Me había puesto su anillo en el dedo. El cónsul fue muy amable y lo arregló. Nadie sospechó.

Mister Parker Pyne hizo un gesto afirmativo con aire pensativo. El prestigio de un nombre ilustre. *Lady* Esther Carr podía estar loca de remate, pero no por ello dejaba de ser *lady* Esther Carr.

—Y después de esto —continuó Muriel—, me arrepentí de lo que había hecho. Vi que también yo había estado loca, furiosa. Quedaba condenada a quedarme aquí representando un papel. No veía el modo de poder escaparme nunca. Si confesaba la verdad, parecería más cierto aún que yo la había asesinado. ¡Oh, míster Pyne! ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?

—¿Hacer? —Y míster Parker Pyne se puso en pie tan deprisa como lo permitía su corpulencia—. Mi querida niña, va usted a venir conmigo ahora a ver al cónsul británico, que es un hombre muy amable y bondadoso. Habrá de pasar por algunas formalidades poco agradables. No le prometo que todo vaya a ir viento en popa, pero no será usted ahorcada por asesinato. A propósito, ¿cómo se encontró la bandeja junto al cadáver?

—Yo la tiré abajo. Creí… que parecería mucho más que yo era la muerta si la bandeja estaba allí. ¿Hice una tontería?

—Al contrario, esto fue más bien un rasgo de habilidad —dijo míster Parker Pyne —. En realidad, éste era el único detalle que me hizo pensar, antes de verla, que podía

usted haber asesinado a *lady* Esther. Cuando la vi, comprendí que, a pesar de lo que pudiera ser capaz de hacer en la vida, nunca mataría a nadie.

—¿Porque me falta valor, quiere decir?

—Porque no reaccionaría usted así —dijo míster Parker Pyne sonriendo—. Bien, ¿nos vamos? Hay unos momentos poco gratos que soportar, pero yo la acompañaré mientras dure, y luego a Streatham Hill… Es Streatham Hill, ¿verdad? Sí, me lo figuraba. He visto cómo su rostro se contraía cuando he nombrado un determinado autobús. ¿Viene usted, querida?

Muriel King retrocedió y dijo nerviosamente:

—No me creerán. Ni su familia ni nadie. No querrán creer que ella podía comportarse como lo hizo.

—Déjelo de mi cuenta —dijo míster Parker Pyne—. Yo sé algo de la historia de su familia, ya comprende. Venga, niña, no siga haciendo el papel de cobarde. Recuerde que hay en Teherán un joven a quien se le está partiendo el corazón a suspiros. Vale más que arreglemos las cosas para que vaya usted a Bagdad en su avión.

La muchacha sonrió, ruborizándose.

—Estoy dispuesta —dijo sencillamente. Luego, al encaminarse a la puerta, se volvió—. Ha dicho usted que sabía que yo no era *lady* Esther Carr antes de verme. ¿Cómo podía saberlo?

—Estadísticas —contestó míster Parker Pyne.

—¿Estadísticas?

—Sí. Tanto lord como *lady* Micheldever tenían los ojos azules. Cuando el cónsul me dijo que su hija los tenía centelleantes y *oscuros*, comprendí que allí había alguna equivocación. Una pareja de ojos oscuros puede tener un hijo de ojos azules, pero no al revés. Un hecho científico, se lo aseguro a usted.

—¡Creo que es usted maravilloso! —dijo Muriel King.

La perla de valor

(The Pearl of Price).

Los expedicionarios habían tenido un día largo y fatigoso. Habían salido de Ammán por la mañana temprano, con una temperatura de treinta y seis grados y medio a la sombra, y habían llegado por fin cuando empezaba a oscurecer en el campamento, situado en el corazón de esa ciudad de fantástica y absurda roca roja que es Petra.

Eran siete personas. Míster Caleb P. Blundell, ese macizo y próspero magnate americano; su moreno, bien parecido y algo taciturno secretario, Jim Hurst; *sir* Donald Marvel, miembro del parlamento inglés, de expresión fatigada; el doctor Carver, veterano arqueólogo de fama mundial; un valeroso francés, el coronel Dubosc; un tal míster Parker Pyne, de profesión quizás no tan claramente definida, pero que respiraba la atmósfera de la solidez británica; y por último, *miss* Carol Blundell, bonita, mimada y extremadamente segura de sí misma: la única mujer entre media docena de hombres.

Cenaron en la gran tienda, después de elegir las tiendas o cuevas que debían servirles de dormitorios. Hablaron de la política de Oriente Medio, el inglés con cautela, el francés discretamente, el americano de un modo inconexo y superficial. El arqueólogo y míster Parker Pyne no dijeron nada, prefiriendo, al parecer, el papel de oyentes. Y lo mismo Jim Hurst.

Luego hablaron de la ciudad que habían venido a visitar.

—Esto es sencillamente demasiado romántico para ser expresado con palabras —dijo Carol—. Pensar que estos… ¿cómo los llaman ustedes?… nabateos, han vivido aquí todo este período… ¡Casi desde que empezó a correr el tiempo!

—No tanto —dijo míster Parker Pyne blandamente—. ¿No es verdad, doctor Carver?

—¡Oh! Esto es sólo una cuestión de no más de dos mil años, y si hay romanticismo en el bandidaje, entonces sí, supongo que los nabateos eran románticos. Eran una cuadrilla de bandidos ricos, diría yo, que obligaban a los viajeros a utilizar sus propias rutas de caravanas, cuidando de que las otras rutas fuesen peligrosas. Petra es el almacén del botín que recogieron.

—¿Cree usted que no eran más que bandidos? —preguntó Carol—. ¿Nada más que vulgares ladrones?

—La palabra ladrón es menos romántica, *miss* Blundell. Un ladrón puede ser un simple ratero. Un bandido da la idea de un extenso campo de operaciones.

—¿Y qué me dice de un financiero moderno? —sugirió míster Parker Pyne con un movimiento de los párpados.

—¡Esto va para ti, papá! —exclamó Carol.

—Un hombre que hace dinero beneficia a la humanidad —afirmó míster Blundell en tono elocuente.

—La humanidad es tan ingrata… —murmuró míster Parker Pyne.

—¿Qué es la honradez? —preguntó el francés—. Es una *nuance*, un matiz convencional. En países diferentes significa cosas distintas. Un árabe no se avergüenza de robar, no se avergüenza de mentir. Lo que para él es importante es *a quién* roba o *a quién* miente.

—Es decir, el punto de vista —dijo Carver.

—Lo que demuestra la superioridad de Occidente sobre Oriente —observó Blundell—. Cuando estas pobres criaturas se eduquen…

Lánguidamente, *sir* Donald entró en la conversación:

—Ya saben ustedes que la educación tiene mucho de engaño. Enseña a la gente una cantidad de cosas inútiles. Quiero decir que nada altera lo que uno es.

—¿Lo que significa…?

—Lo que significa que el que roba una vez robará siempre.

Hubo un momento de silencio absoluto. Luego, Carol se puso a hablar febrilmente de los mosquitos y su padre la secundó.

Un poco desconcertado, *sir* Donald le murmuró a su vecino, míster Parker Pyne:

—Parece que he cometido una torpeza, ¿eh?

—Es curioso —dijo míster Parker Pyne.

Cualquiera que fuese la momentánea turbación causada por el incidente, una persona había dejado de advertirla. El arqueólogo se había quedado callado, con los ojos soñadores y distraídos. Pero, cuando se produjo una pausa, dijo de repente:

—Estoy de acuerdo con esto… por lo menos desde el punto de vista opuesto. Un hombre es, o no es, fundamentalmente honrado. Eso no tiene vuelta de hoja.

—¿No cree usted que una tentación repentina, por ejemplo, convertirá a un hombre honrado en un criminal? —preguntó míster Parker Pyne.

—¡Imposible! —dijo Carver.

En este punto, míster Parker Pyne movió la cabeza suavemente.

—Yo no diría que es imposible. Ya lo ve usted, hay tantos factores a tener en cuenta… Está, por ejemplo, el aspecto crítico.

—¿Qué es lo que usted llama el aspecto crítico? —preguntó el joven Hurst, hablando por primera vez. Su voz era profunda y bastante agradable.

—El cerebro está ajustado para llevar un determinado peso. Un detalle insignificante puede precipitar una crisis y convertir a un hombre honrado en un canalla. Ésta es la razón por la que la mayoría de los crímenes son absurdos. Nueve de cada diez veces, la causa es ese ligero sobrepeso… la gota que colma el vaso.

—Está usted hablando del aspecto psicológico, amigo mío —dijo el francés.

—Si un criminal fuese psicólogo, ¡qué clase de criminal podría ser! —dijo míster Parker Pyne. Y se detuvo como si saborease la idea—. Cuando uno piensa que de cada diez personas que encuentra, nueve por lo menos podrían ser inducidas a actuar del modo que él quisiera con sólo aplicarles el estímulo adecuado…

—¡Oh, explique eso! —exclamó Carol.

—Está el hombre que se intimida: grítele lo suficiente y obedece. Está el que lleva la contraria: exíjale lo contrario de lo que usted desea que haga. Está luego la persona sugestionable, el más frecuente de todos los tipos. Éstos son los que *han visto* un automóvil porque han oído una bocina. Los que *ven* un cartero porque oyen el ruido del buzón. Los que *ven* un cuchillo en una herida porque les han dicho que han apuñalado a un hombre u *oyen* una detonación porque les han dicho que alguien ha sido asesinado de un tiro.

—Me imagino que nadie podría sugestionarme a mí de esta manera —dijo Carol incrédula.

—Tú eres demasiado lista para esto, querida —observó su padre.

—Es muy cierto lo que ha dicho usted —añadió el francés con tono reflexivo—. La idea preconcebida engaña a los sentidos.

Carol bostezó.

—Me voy a mi cueva —dijo—. Estoy muerta de cansancio. Abbas Effendi ha dicho que tenemos que salir mañana temprano. Nos lleva al lugar del sacrificio… o lo que quiera que sea.

—Allí es donde sacrifican a las muchachas jóvenes y hermosas —dijo *sir* Donald.

—¡Misericordia! ¡Espero que no! Bien, buenas noches a todos. Oh, se me ha caído un pendiente no sé cómo.

El coronel Dubosc lo recogió de encima de la mesa adonde había ido a parar y se lo devolvió.

—¿Son auténticas? —preguntó *sir* Donald de repente. Pues descortésmente estaba mirando las dos grandes perlas que ella llevaba en las orejas.

—Son completamente auténticas —contestó Carol con energía.

—Me costaron ochenta mil dólares —añadió su padre con gran satisfacción—. Y se las pone tan flojas que se le caen y ruedan por el suelo. ¿Quieres arruinarme, muchacha?

—Debo decir que no te arruinaría aunque hubieras de comprarme otro par —dijo Carol cariñosamente.

—Supongo que no —convino su padre—. Podría comprarte tres pares de pendientes de esta clase sin que se notase en mi saldo del banco.

—Y dirigió a su alrededor una mirada de orgullo.

—¡Qué satisfacción para usted! —dijo *sir* Donald.

—Bien, señores, creo que voy a retirarme ahora —dijo Blundell—. Buenas noches.

El joven Hurst se fue con él. Los otros cuatro se sonrieron entre sí como poseídos por el mismo pensamiento.

—Bueno —dijo con calma sin Donald—, ¡es bonito saber que no encontraría a faltar el dinero! ¡Orgulloso cerdo ricachón! —añadió rencorosamente.

—Esos americanos tienen demasiado dinero —observó Dubosc.

—Para un rico es difícil ser apreciado por los pobres —dijo míster Parker Pyne amablemente.

Dubosc se echó a reír.

—¿Envidia o malicia? —insinuó—. Tiene usted razón, señor mío. Todos quisiéramos ser ricos para poder comprar varios pares de pendientes de perlas. Excepto, quizás, el caballero aquí presente.

Y saludó con la cabeza al doctor Carver, que, según parecía ser su costumbre, volvía a hallarse abstraído. Estaba jugando con un pequeño objeto que tenía en la mano.

—¿Eh? —dijo despertándose—. No, debo admitir que no ambiciono las grandes perlas, pero el dinero es siempre útil, por supuesto. —Y su tono puso al dinero en el lugar que le correspondía—. Pero miren esto: aquí hay algo cien veces más interesante que las perlas.

—¿Qué es?

—Es un sello cilíndrico de hematites negra y en él está grabado una escena de presentación: un dios presenta a un suplicante a otro dios entronizado y más poderoso. El suplicante lleva un cabrito a modo de ofrenda y el dios augusto que ocupa el trono está protegido contra las moscas por un siervo que lo abanica con una rama de palmera. La clara inscripción hace mención del hombre como un servidor de Hammurabi, de modo que debe haber sido hecha hace cuatro mil años.

Sacó del bolsillo un trozo de plastilina y esparció un poco sobre la mesa. La engrasó luego con vaselina e hizo girar el cilindro por encima. Luego, con un cortaplumas, desprendió un cuadrado de plastilina y lo separó despacio del tablero.

—¿Lo ven ustedes?

La escena que había descrito apareció limpia y clara sobre la plastilina.

Por un momento, se sintieron poseídos por el encanto del pasado. Luego, llegó de fuera la voz musical de míster Blundell.

—¡Oigan amigos! ¡Saquen mi equipaje de esa condenada cueva y llévenlo a una tienda! Los *no-see-ums*[2] pican de lo lindo. No voy a poder pegar los ojos.

—*¿No-see-ums?* —preguntó Donald.

—Probablemente moscas de la arena —dijo el doctor Carver.

—Me gusta *no-see-ums* —dijo míster Parker Pyne—. Es un nombre mucho más sugestivo.

A la mañana siguiente, los expedicionarios se pusieron en marcha temprano tras varias exclamaciones acerca del color y el tono de las rocas. La ciudad «rosa-encarnada» era verdaderamente un capricho extravagante y pintoresco de la naturaleza. Adelantaban despacio, puesto que el doctor Carver caminaba con los ojos clavados en el suelo, deteniéndose de vez en cuando para recoger pequeños objetos.

—Siempre puede uno reconocer a un arqueólogo… de este modo —dijo el coronel Dubosc sonriendo—. Nunca mira el cielo, ni las montañas, ni las bellezas de la naturaleza. Anda con la cabeza inclinada, buscando.

—Sí, pero ¿para qué? —preguntó Carol—. ¿Qué cosas recoge usted, doctor Carver?

Con una ligera sonrisa, el arqueólogo mostró un par de fragmentos cenagosos de cerámica.

—¡Esa basura! —exclamó Carol desdeñosamente.

—La cerámica es más interesante que el oro —replicó el doctor Carver.

Carol le dirigió una mirada de incredulidad.

Así llegaron a una curva pronunciada del camino y dejaron atrás dos o tres tumbas excavadas en la roca. La subida era algo difícil. La escolta beduina iba delante, pasando por el borde de los precipicios con indiferencia, sin mirar el abismo que se abría a uno de sus lados.

Carol parecía un poco pálida. Uno de la escolta se inclinó y tendió una mano. Hurst saltó delante de ella y sostuvo su bastón a modo de baranda sobre ese lado peligroso. Ella le dio las gracias con una mirada y un momento después se halló en el ancho sendero de roca. Los otros seguían despacio.

El sol estaba alto ahora y empezaba a dejarse sentir el calor.

Por último, alcanzaron una ancha meseta, casi en la cumbre. Una ascensión fácil los condujo al extremo de un gran bloque cuadrado de roca. Blundell indicó al guía que irían solos. Los beduinos se instalaron cómodamente contra las rocas y empezaron a fumar. Pocos minutos después, los otros habían alcanzado tranquilamente la cima.

Era un lugar curioso y despejado. La vista era maravillosa y comprendía un valle a uno y otro lado. Se hallaban sobre un sencillo suelo rectangular, con pilones excavados al lado y una especie de altar de sacrificios.

—Un sitio espléndido para los sacrificios —dijo Carol con entusiasmo—. ¡Pero, Dios mío, necesitarían mucho tiempo para traer a las víctimas aquí arriba!

—Antes había una especie de camino en *zigzag*, sobre la roca —explicó el doctor Carver—. Veremos las señales cuando bajemos por el otro lado.

Durante algún rato se cambiaron largos comentarios, sosteniéndose la conversación. Luego se oyó un ligero tintineo y el doctor Carver dijo:

—Creo que ha vuelto a perder su pendiente, *miss* Blundell.

Carol se llevó la mano a la oreja enérgicamente.

—Vaya, pues es verdad.

Dubosc y Hurst empezaron a buscar a su alrededor.

—Debe de estar aquí mismo —dijo el francés—. No puede haberse alejado rodando, pues no hay ningún escondrijo adonde hubiera podido ir a parar. Esto es como una caja cuadrada.

—¿No puede haberse metido en alguna grieta? —preguntó Carol.

—No hay grietas por ninguna parte —dijo míster Parker Pyne—. Puede comprobarlo usted misma. El suelo es completamente liso. Ah, ¿ha encontrado usted algo, coronel?

—Sólo un pequeño guijarro —dijo Dubosc, sonriendo y tirándolo.

Gradualmente, aquellas pesquisas fueron haciéndose con un nuevo espíritu, un espíritu de tensión. No se pronunciaron en voz alta, pero las palabras «ochenta mil dólares» estaban presentes en todas las conciencias.

—¿Estás segura de que lo llevabas, Carol? —dijo su padre con energía—. Quiero decir que quizás se te cayó cuando subíamos.

—Lo llevaba puesto cuando entramos en esta meseta —contestó Carol—. Lo sé porque el doctor Carver me advirtió que estaba flojo y me lo sujetó él mismo. ¿No es así, doctor?

El doctor Carver hizo un gesto afirmativo. Fue *sir* Ronald quien anunció lo que todos pensaban.

—Éste es un asunto bastante desagradable, míster Blundell —dijo—. Anoche nos habló usted de lo que valían esos pendientes. Uno sólo de ellos equivale a una pequeña fortuna. Si este pendiente no se encuentra, y no parece que vaya a encontrarse, cada uno de nosotros se hallará bajo sospecha.

—Y yo, por mi parte, pido que me registren —interrumpió el coronel Dubosc—. No lo pido: ¡Lo exijo como un derecho!

—Pueden ustedes registrarme también a mí —dijo Hurst con una voz que parecía dura.

—¿No es esto lo que pensamos todos los demás? —preguntó *sir* Donald con una mirada altiva a su alrededor.

—Ciertamente —dijo míster Parker Pyne.

—Una excelente idea —añadió el doctor Carver.

—Yo también quiero ser registrado, señores —dijo míster Blundell—. Tengo mis razones para ello, aunque no insistiré en ellas.

—Como usted desee, míster Blundell, por supuesto —dijo Donald cortésmente.

—Carol, querida: ¿quieres irte abajo y esperar con los guías?

Sin una palabra, la muchacha nos dejó. La expresión de su rostro era tristemente resuelta. Tenía un aspecto desesperado que llamó la atención por lo menos a uno de los presentes. Y éste se preguntó cuál podría ser la causa.

El registro, que fue riguroso y completo, se efectuó con resultado enteramente satisfactorio. Una cosa era segura: nadie llevaba el pendiente encima. Una vez hubieron descendido la meseta, las descripciones y la información de los guías fueron escuchadas por un grupo de viajeros deprimidos.

Mister Parker Pyne acababa de vestirse para el almuerzo, cuando apareció una figura en la puerta de su tienda.

—¿Puedo pasar, míster Pyne?

—Por supuesto, mi querida señorita, por supuesto.

Carol entró y se sentó en la cama. Su rostro conservaba la triste expresión que él había advertido un poco antes.

—Usted afirma que arregla los asuntos de las personas que no son felices, ¿no es verdad? —preguntó la joven.

—Estoy de vacaciones, *miss* Blundell. No me encargo de ningún caso.

—Bien, va usted a encargarse de éste —dijo la muchacha con calma—. Escuche, míster Pyne, soy muy desdichada.

—¿Qué es lo que le preocupa? —le preguntó él—. ¿Este asunto del pendiente?

—Precisamente. Usted lo ha dicho. Jim Hurst no lo ha cogido, míster Pyne. Yo sé que no lo ha cogido.

—No entiendo bien, *miss* Blundell. ¿Por qué habría de pensar que lo había cogido él?

—Por sus antecedentes. Jim Hurst robó una vez, míster Pyne. Fue sorprendido en nuestra casa. Yo… yo sentí pena por él. Parecía entonces tan joven y tan desesperado…

«Y tan guapo», pensó míster Parker Pyne.

—Persuadí a papá para que le diese una oportunidad de corregirse. Mi padre haría cualquier cosa por mí. Pues bien, papá le dio a Jim su oportunidad y se ha corregido. Papá ha llegado a contar con él y a confiarle los secretos de sus negocios. Y, al final, todo quedará como antes, o hubiera quedado de no haber ocurrido esto.

—Cuando dice: todo quedará como antes…

—Entienda que quiero casarme con Jim y que él quiere casarse conmigo.

—¿Y *sir* Donald?

—*Sir* Donald es una idea de mi padre, no mía. ¿Cree usted que voy a casarme con un pez relleno como *sir* Donald?

Sin expresar opinión alguna sobre esta descripción del joven inglés, míster Parker Pyne preguntó:

—¿Y el mismo *sir* Donald?

—Me atrevo a decir que me cree buena para sus tierras yermas —contestó Carol desdeñosamente.

Mister Parker Pyne consideró la situación.

—Quisiera preguntarle dos cosas —dijo—: Ayer por la noche se hizo la observación «el que roba una vez, robará siempre».

La muchacha hizo un gesto afirmativo.

—Ahora comprendo la razón de que esta observación pareciera perturbarle a usted.

—Sí, era embarazoso para Jim… y también para mí y para papá. Temí tanto que el rostro de Jim diese alguna muestra de emoción que hablé diciendo lo primero que se me ocurrió.

Mister Parker Pyne afirmó con la cabeza con expresión pensativa. Luego preguntó:

—¿Por qué ha insistido hoy su padre en ser registrado también?

—¿No lo ha comprendido usted? Yo sí. Papá tenía en la cabeza la idea de que yo pudiera pensar que todo aquello era un plan contra Jim. Ya lo ve usted: se ha empeñado en que me case con el inglés. Pues bien: quería demostrarme que no le había hecho una mala pasada a Jim.

—Dios mío —dijo míster Parker Pyne—, todo esto ilumina mucho el caso. Quiero decir en un sentido general. Difícilmente puede resultar útil para nuestra particular investigación.

—¿No va usted a dar su jaque mate?

—No, no —y guardó un momento de silencio. Luego dijo—: ¿Qué es exactamente lo que usted desea que haga, *miss* Carol?

—Que demuestre que no ha sido Jim quien ha cogido esa perla.

—¿Y suponiendo, perdóneme, que haya sido él? Entonces, ¿qué?

—Si cree esto, está equivocado… completamente equivocado.

—Sí, pero en realidad, ¿ha considerado usted el caso cuidadosamente? ¿No cree que esta perla hubiera podido resultar una tentación repentina para míster Hurst? Vendiéndola obtendría una suma considerable… un capital con que poder especular, por ejemplo, y que podría hacerle independiente para casarse con usted, con o sin el consentimiento de su padre y quedarse tranquilo.

—Jim no ha hecho eso —dijo la muchacha sencillamente.

—Está bien, haré lo que pueda.

Con una breve inclinación de cabeza, la joven abandonó la tienda. A su vez, míster Parker Pyne se sentó en la cama y se entregó a sus meditaciones. De pronto, se rió entre dientes.

—Mi ingenio va cada vez a menos —dijo en voz alta.

Durante el almuerzo estuvo de buen humor.

La tarde transcurrió apaciblemente. La mayor parte de ellos la pasaron durmiendo. Al entrar míster Parker Pyne en la tienda grande, a las cuatro y media, sólo el doctor Carver estaba allí, ocupado en examinar algunos fragmentos de cerámica.

—¡Ah! —dijo míster Parker Pyne, acercando una silla a la mesa—. Precisamente la persona que quería ver. ¿Puede usted dejarme ese trozo de plastilina que lleva?

El doctor se palpó los bolsillos y sacó un bastoncito de plastilina, que ofreció galantemente a míster Parker Pyne.

—No —dijo éste, apartándolo—. No es éste el que me interesa, sino aquel trozo que tenía usted anoche. Para serle franco, no es la plastilina lo que quiero, sino su contenido.

Hubo un silencio y luego el doctor Carver dijo con calma:

—Creo que no le entiendo a usted.

—Yo creo que sí —dijo míster Parker Pyne—. Quiero el pendiente de *miss* Blundell.

Hubo un minuto de absoluto silencio. Después, Carver se metió la mano en el bolsillo y, sacando un trozo informe de plastilina, dijo sin que su rostro mostrase expresión alguna:

—Ha sido usted muy hábil.

—Deseo que me lo cuente —dijo míster Parker Pyne. Entretanto, sus dedos trabajaban. Con un gruñido, extrajo un pendiente con una perla, algo sucio—. Pura curiosidad, ya comprende —añadió en tono de excusa—. Pero me gustaría saberlo.

—Se lo diré —contestó Carver— si me dice cómo acertó a fijarse en mí. Porque usted no vio nada, ¿no es verdad?

Mister Parker Pyne movió la cabeza.

—Únicamente he pensado en ello.

—El comienzo fue puramente accidental —dijo Carver—. Yo iba esta mañana detrás de todos ustedes y vi de pronto el pendiente en el suelo: debió de haberse caído de la oreja de la muchacha un momento antes. Ella no lo había advertido. Nadie lo había advertido. Lo cogí y lo guardé en el bolsillo con la intención de devolvérselo tan pronto como la alcanzase. Pero luego me olvidé.

»Y más tarde, a la mitad de la subida, empecé a pensar. La joya no significaba nada para esa tonta. Su padre le compraría otra sin advertir el gasto. Y en cambio, significaría mucho para mí. Con el producto de la venta de esa perla tendría el equipo de una expedición. —Y su rostro impasible se contrajo y animó—. ¿Sabe usted lo difícil que resulta en estos tiempos hacer que la gente se suscriba para costear excavaciones? No, no lo sabe. La venta de esa perla lo facilitaría todo. Hay un sitio que quiero explorar… allí arriba, en Beluchistán. Todo un capítulo del pasado está esperando que lo descubran…

»Acudió a mi memoria lo que decía usted anoche sobre los testigos que se sugestionan. Pensé que la muchacha pertenecía a ese tipo. Al llegar a la cumbre, le dije que se le había aflojado el pendiente. Fingí que se lo ajustaba. Lo que realmente hice fue apretar sobre su oreja la punta de un pequeño lápiz. A los pocos minutos dejé caer un guijarro. Ella estaba perfectamente dispuesta a jurar que había llevado el pendiente y que acababa de caérsele. Entretanto, yo apreté la perla en el interior de ese trozo de plastilina, en mi bolsillo. Ésta es mi historia. No muy eficiente. Ahora hable usted.

—Mi historia no es muy larga —dijo míster Parker Pyne—. Usted era el único que recogía cosas del suelo. Esto fue lo que me hizo sospechar. Y el hallazgo del pequeño guijarro era significativo, pues daba la pista del ardid que tan hábilmente había utilizado. Y además…

—Continúe —dijo Carver.

—Pues bien, habló usted anoche de la honradez con vehemencia un poco exagerada. Protestar demasiado… bueno, ya sabe lo que dice Shakespeare. Parecía,

en cierto modo, como si intentase *convencerse a sí mismo*. Y habló del dinero con excesivo desdén.

El rostro del hombre que tenía enfrente parecía arrugado y fatigado. Carver contestó:

—Bien, no hay más que hablar. Todo ha terminado ahora para mí. Supongo que va usted a devolverle a esa niña su chuchería. Cosa rara ese instinto bárbaro del adorno. Lo encuentra usted ya en los tiempos paleolíticos. Es uno de los primeros instintos del sexo femenino.

—Creo que juzga usted mal a *miss* Carol —dijo míster Pyne—. Es una joven que tiene cabeza y, lo que es más, tiene corazón. Creo que no hablará de este asunto.

—Pero le hablará a su padre —dijo el arqueólogo.

—No lo creo, las perlas son falsas.

—Quiere usted decir que…

—Sí. La muchacha no lo sabe. Cree que las perlas son auténticas. Yo tuve mis sospechas ayer noche. Míster Blundell habló un poco más de lo necesario del dinero que tenía. Cuando las cosas van mal y uno está cogido, lo mejor es poner buena cara y fanfarronear. Y Míster Blundell estaba fanfarroneando.

De pronto, el doctor Carver sonrió. Era la sonrisa simpática de un muchachito, ciertamente extraña en un hombre de edad.

—Entonces, todos nosotros somos unos infelices —dijo.

—Exactamente —contestó míster Parker Pyne, y añadió—: Mal de muchos, consuelo de tontos. Es eso lo que nos hace tan indulgentes…

Muerte en el Nilo

(Death on the Nile).

Lady Grayle estaba nerviosa. Desde que había subido a bordo del *Fayoum*, se quejaba de todo. No le gustaba su camarote. Podía soportar el sol de la mañana, pero no el de la tarde. Su sobrina, Pamela Grayle, le cedió amablemente su propio camarote, situado al otro lado. *Lady* Grayle lo aceptó de mala gana.

Reprendió a su enfermera, *Mrs*. Mac Naughton, por no haberle traído el chal que quería y por haber empaquetado la almohada pequeña en lugar de dejarla fuera. Y había reprendido a su esposo, *sir* George, por haberse equivocado de collar. Lo que ella quería era lapislázuli y no coralina. ¡George era un tonto!

Sir George le dijo, apurado:

—Lo siento, querida, lo siento. Voy a cambiarlo. Hay tiempo de sobra.

No reprendió a Basil West, el secretario particular de su esposo, porque nadie amonestaba a Basil, cuya sonrisa le desarmaba a uno antes de empezar.

Pero lo peor cayó sobre el intérprete árabe, un personaje imponente y ricamente vestido al que nada inmutaba. Cuando *lady* Grayle descubrió a un extraño en uno de los sillones de mimbre y se dio cuenta de que era un compañero de viaje, los cálices de su ira se vertieron como si fuesen agua.

—En las oficinas me dijeron con toda claridad que nosotros ¡Seríamos los únicos pasajeros! ¡Que era el final de la temporada y no vendría nadie más!

—Es cierto, señora —dijo Mohamet—. Solamente usted y la compañía. Un caballero, nada más.

—Pero a mí me dijeron que seríamos únicamente nosotros.

—Muy cierto, señora.

—¡No es cierto! ¡Es una mentira! ¿Qué hace este hombre aquí?

—Vino más tarde, señora. Después de haber tomado ustedes los billetes. No decidió venir hasta esta mañana.

—¡Esto es una perfecta estafa!

—Muy cierto, señora, pero éste es un caballero muy tranquilo, muy fino y muy tranquilo.

—¡Usted es un tonto! No entiendo nada. *Miss* Mac Naughton, ¿dónde está? Oh, está aquí. Le he dicho y repetido que esté cerca de mí. Puedo desmayarme. Ayúdeme a ir al camarote y deme una aspirina, y no deje que Mohamet se me acerque. Dice continuamente: «Muy cierto, señora», y acabaría por hacerme chillar.

Miss Mac Naughton le ofreció el brazo sin decir una palabra. Era una mujer alta, de treinta y cinco años, una belleza morena, de maneras tranquilas. Instaló a *lady* Grayle en su camarote, la recostó en almohadones, le administró una aspirina y escuchó su débil lista de quejas.

Lady Grayle tenía cuarenta y ocho años. Desde los dieciséis había padecido la dolencia de tener demasiado dinero. Se había casado con aquel *baronet* empobrecido, *sir* George Grayle, hacía diez años.

Era una mujer grande, no mal parecida en cuanto a sus rasgos, pero tenía un rostro inquieto y arrugado, y el abuso de los cosméticos había venido a acentuar los estragos del tiempo y del carácter. Su cabello había sido sucesivamente rubio platino y rojo anaranjado, y en consecuencia, parecía viejo. Vestía con exagerada riqueza y llevaba demasiadas joyas.

Terminó con estas palabras, que la silenciosa Mac Naughton recibió con la misma impasibilidad:

—¡Dígale a *sir* George que *debe* echar a ese hombre fuera del barco! Yo *debo* estar tranquila después de todo lo que he tenido que soportar últimamente —y cerró los ojos.

—Sí, *lady* Grayle —dijo *miss* Mac Naughton, y salió del camarote.

El ofensivo pasajero llegado en el último momento continuaba en su sillón de mimbre. De espaldas a Luxor, estaba observando, a través del Nilo, las distintas montañas que aparecían doradas sobre una línea verde oscuro. *Miss* Mac Naughton le dirigió una viva mirada de apreciación en el momento de pasar por delante de él.

Encontró a *sir* George en el salón. Tenía en la mano una sarta de cuentas que observaba detenidamente con aire de duda.

—Dígame, *miss* Mac Naughton, ¿cree usted que éstas servirán?

Miss Mac Naughton miró un momento el lapislázuli.

—Muy bonito, de verdad —dijo.

—¿Usted cree que *lady* Grayle quedará contenta?

—Oh, no. Yo no diría tanto, *sir* George. Ya lo ve, nada la deja contenta. Ésta es la pura verdad. A propósito, me ha dado un mensaje para usted. Quiere que usted se deshaga ahora de este último pasajero.

Sir George se quedó pasmado.

—¿Cómo puedo hacer eso? ¿Qué le podría decir al hombre?

—No puede, por supuesto —y la voz de Elsie Mac Naughton era animada y bondadosa—. Dígale a ella que no hay nada que hacer —añadió con tono alentador —. Esto le servirá.

—¿Lo cree usted así? —dijo él con un rostro cómicamente patético.

La voz de Elsie Mac Naughton se hizo aún más afectuosa al decir.

—En realidad, *sir* George, no debería usted tomarse estas cosas tan en serio. Es sólo cosa de su salud, ya lo sabe. No se lo tome en serio.

—¿Cree usted que su estado es realmente grave, enfermera?

Por el rostro de ella pasó una sombra. Su voz tenía un acento algo extraño al contestar:

—Sí. A mí… a mí no me gusta su estado. Pero le ruego que no se preocupe, *sir* George. No debe, no debe realmente preocuparse —y con una sonrisa amistosa se

alejó de allí.

Pamela entró lánguida y fresca con su vestido blanco.

—¡Hola, Nunks! —le dijo a su tío.

—¡Hola, Pam, querida!

—¿Qué tienes aquí? ¡Oh, qué bonito!

—Me alegro de que te guste. ¿Te parece que tu tía pensará igual?

—Mi tía es incapaz de encontrar nada a su gusto. No puedo imaginar cómo te casaste con esa mujer, tío Nunks.

George calló mientras reaparecía en su memoria un confuso panorama de carreras deportivas desgraciadas, acreedores apremiantes y una mujer guapa, aunque dominadora.

—¡Mi pobre querido tío! —dijo Pamela—. Me figuro que tuviste que hacerlo. Pero está dándonos a los dos una vida bastante infernal, ¿no es verdad?

—Desde que se puso enferma… —empezó a decir George.

Pamela le interrumpió.

—¡No está enferma! No lo está de verdad. Siempre consigue hacer lo que quiere. Cuando tú estabas en Assuán, ella estaba siempre tan alegre como… como un grillo. Apuesto a que *miss* Mac Naughton sabe que está engañándonos.

—No sé lo que haríamos sin *miss* Mac Naughton —dijo *sir* George con un suspiro.

—Es una mujer atractiva —admitió Pamela—. Claro que no estoy embobada con ella como tú, Nunks. ¡Oh, tú sí lo estás! No me contradigas. Crees que es admirable. Nunca sé qué es lo que piensa. De todos modos, sabe manejar muy bien a la vieja gata. Nos es muy útil.

—Escucha, Pam, no debes hablar de tu tía de ese modo. No digas eso, es muy buena contigo.

—Sí, paga todas nuestras facturas, ¿verdad? Pero nos da una vida infernal.

Sir George pasó a otro tema menos penoso.

—¿Qué vamos a hacer con ese individuo que ha venido a viajar con nosotros? Tu tía quiere el barco para ella sola.

—Pero no puede tenerlo —dijo Pamela fríamente—. Este hombre es perfectamente presentable. Se llama Parker Pyne. Creo que es un empleado del estado salido del Ministerio de Información, si existe tal cosa. Lo gracioso es que me parece haber oído este nombre en alguna parte. ¡Basil! —El secretario acababa de entrar.

—¿Dónde he visto el nombre de Parker Pyne?

—Primera página de *The Times*, columna de los que están en apuros —contestó el joven prestamente—: «¿Es usted feliz? Si no lo es, consulte a míster Parker Pyne».

—¡Estupendo! ¡Qué divertido! Vamos a contarle todas nuestras penas desde aquí hasta El Cairo.

—Yo no tengo ninguna —dijo Basil sencillamente—. Vamos a deslizarnos por el dorado Nilo y ver los templos —y después de una viva mirada a *sir* George, que había cogido un diario, añadió—, juntos.

La última palabra había sido tan sólo murmurada, pero Pamela la recogió y sus miradas se cruzaron.

—Tienes razón, Basil —dijo ligeramente—. Vivir es bonito.

Sir George se levantó y salió. Y el rostro de Pamela se ensombreció.

—¿Qué te pasa, querida?

—Mi detestable tía política.

—No te apenes —dijo Basil rápidamente—. ¿Qué importa lo que se le meta en la cabeza? No la contradigas. Ya lo ves —acabó riendo—, éste es un buen modo de disimular las cosas.

Entró en la sala la benévola figura de míster Parker Pyne. Venía seguida de la figura pintoresca de Mohamet, preparado para pronunciar su discurso en tono convincente.

—Señoras, caballeros, ahora empezamos. Dentro de pocos momentos pasaremos por delante de los templos de Karnak, a la derecha. Les contaré ahora la historia del muchachito que fue a comprar un cordero asado para su padre…

Mister Parker Pyne se enjugó la frente. Acababa de regresar de una visita al templo de Dendera. Se daba cuenta de que montar en borrico no era un ejercicio adecuado para su corpulencia. Estaba ocupado en cambiarse de camisa, cuando llamó su atención una nota colocada derecha sobre su tocador. Decía así:

«Muy señor mío:

Le agradeceré que desista de visitar el templo de Abydos y permanezca en el barco, pues deseo consultarle.

Suya atentamente,
Ariadne Grayle

Una sonrisa contrajo el blando rostro de míster Parker Pyne. Tomando una hoja de papel, destornilló su estilográfica y escribió:

Mi distinguida lady Grayle:

Siento no poder complacerla, pero estoy actualmente de vacaciones y no me encargo de ningún asunto profesional.

Y firmando con su nombre, envió la carta con un camarero. Acababa de vestirse cuando le trajeron otra nota.

Mi querido míster Parker Pyne:

Me hago cargo del hecho de que se encuentra de vacaciones, pero estoy dispuesta a abonarle cien libras como honorarios por la consulta.

Atentamente suya,
Ariadne Grayle

Mister Parker Pyne levantó las cejas y golpeó sus dientes con la pluma estilográfica con expresión pensativa. Deseaba ver Abydos, pero cien libras son cien libras. Y Egipto estaba saliéndole mucho más condenadamente caro de lo que había imaginado. Así pues, escribió:

Distinguida lady Grayle:
No visitaré el templo de Abydos.

Respetuosamente suyo,
Parker Pyne.

La negativa de míster Parker Pyne a dejar el barco fue una gran fuente de dolor para Mohamet.

—Templo precioso. Todos mis señores desean verlo. Tome su coche. Tome su asiento. Y le llevan los marineros.

Mister Parker Pyne rechazó todas estas tentadoras ofertas.

Los otros se alejaron. Míster Parker Pyne esperó en la cubierta. En un momento dado, se abrió la puerta del camarote de *lady* Grayle, que lentamente se acercó en persona.

—Una tarde muy calurosa —observó graciosamente—. Veo que se ha quedado usted, míster Pyne. Ha obrado con buen juicio. ¿Tomamos un poco de té en la sala?

Mister Parker Pyne se levantó prestamente y la siguió. No podía negarse que sentía curiosidad.

Parecía como sí *lady* Grayle tuviese alguna dificultad en entrar en materia. Iba revoloteando de un tema a otro. Por último, habló con una voz alterada:

—¡Mister Pyne, lo que voy a decirle es estrictamente confidencial! Usted lo entiende así, ¿no es verdad?

—Naturalmente.

Ella guardó silencio e inspiró profundamente. Míster Parker Pyne esperó.

—Quiero saber si mi marido está o no envenenándome.

Mister Parker Pyne se lo esperaba todo, menos esto.

Y manifestó su asombro claramente.

—Ésta es una acusación muy grave, *lady* Grayle.

—Bien, yo no soy una tonta ni he nacido ayer. Hace algún tiempo que tengo mis sospechas. Siempre que George se va, yo me encuentro mejor. La comida me sienta bien y me encuentro como si fuese otra mujer. Debe de haber alguna razón para esto.

—Lo que me dice es muy grave, *lady* Grayle. Debe recordar que yo no soy un detective. Soy, si quiere usted decirlo así, un especialista del corazón…

—¡Oiga! —exclamó ella interrumpiéndole—, ¿y cree usted que todo esto no me inquieta? No es un policía lo que busco (sé guardarme yo sola, gracias). Lo que busco es la certidumbre. Tengo que saberlo. No soy una mala mujer, míster Pyne. Trato bien a los que me tratan bien. Un compromiso es un compromiso. Yo he cumplido las obligaciones que contraje. He pagado las deudas de mi marido y no le he escatimado el dinero en ningún momento.

Mister Parker Pyne sintió una momentánea punzada de compasión por *sir* George.

—Y en cuanto a la muchacha, ha tenido ropa y reuniones y esto y lo otro y lo de más allá. Una vulgar gratitud es todo lo que pido.

—La gratitud no es una cosa que pueda presentarse cuando se la piden a uno, *lady* Grayle.

—¡Tonterías! —replicó ella, y continuó—. Bueno, ahí lo tiene. ¡Averigüe la verdad! Cuando la sepa…

—Cuando la sepa, ¿qué pasará, *lady* Grayle?

—Eso es cosa mía —y su boca se cerró de golpe.

Mister Parker Pyne vaciló un momento y luego dijo:

—Usted me excusará, *lady* Grayle, pero tengo la impresión de que no es completamente franca conmigo.

—Eso es absurdo. Le he dicho claramente lo que deseo que descubra.

—Sí, pero no me ha dicho *por qué* razón lo desea.

Sus miradas se encontraron. Ella fue quien la bajó primero.

—Yo diría que esta razón es evidente —dijo.

—No, tengo dudas sobre este punto.

—¿Qué punto es éste?

—¿Qué es lo que desea?, ¿que sus sospechas resulten o no resulten fundadas?

—¡Verdaderamente, míster Pyne…! —Y la dama se puso en pie temblando de indignación.

Mister Parker Pyne afirmó suavemente con la cabeza.

—Sí, sí —dijo—. Pero de este modo no contesta a mi pregunta, ya comprende.

—¡Oh! —Y pareció que le faltaban las palabras. Rápidamente, salió de la habitación.

Una vez solo, míster Parker Pyne se quedó muy pensativo. Y tan absorto se hallaba en sus meditaciones, que se sobresaltó al advertir que otra persona se había sentado frente a él. Era *miss* Mac Naughton.

—Me parece que han regresado ustedes muy pronto —dijo él.

—Los otros no han regresado. Yo he dicho que tenía dolor de cabeza y he vuelto sola. —Y preguntó después de vacilar un momento—. ¿Dónde está *lady* Grayle?

—Supongo que echada en su camarote.

—¡Oh, entonces todo va bien! No quiero que sepa que he vuelto.

—Entonces, ¿no ha vuelto a causa de ella?

—No. He vuelto para verlo a usted.

Mister Parker Pyne se quedó sorprendido. A primera vista, hubiera dicho que *miss* Mac Naughton era eminentemente capaz de resolver sus propias dificultades sin necesidad de pedir consejos a nadie. Al parecer, estaba equivocado.

—Lo he observado desde que subió usted a bordo —dijo ella—. Creo que es usted una persona de mucha experiencia y buen criterio. Y tengo gran necesidad de ser aconsejada.

—Y, no obstante, perdóneme, *miss* Mac Naughton, no pertenece usted al tipo de mujeres que generalmente buscan consejos. Hubiera dicho que era una persona que se complacía en fiarse de su propio juicio.

—Normalmente, sí. Pero me encuentro en una situación muy especial —y vaciló un momento—. No tengo la costumbre de hablar de mí misma, pero en esta ocasión creo que es necesario. Míster Pyne, cuando salí de Inglaterra con ella, *lady* Grayle era un caso manifiestamente normal. Hablando más claro: no le pasaba nada. Quizás esto no sea completamente cierto, pues el exceso de ocio y de dinero producen un estado patológico. Si hubiese tenido unos cuantos suelos que fregar diariamente y cinco o seis chiquillos que cuidar, *lady* Grayle hubiera sido una mujer perfectamente sana y mucho más feliz.

Mister Parker Pyne asintió.

—Como enfermera de hospital, he visto muchos de estos casos nerviosos. *Lady* Grayle *disfrutaba* su mal estado de salud. A mí me correspondía no quitar importancia a sus sufrimientos, usar todo el tacto posible… y disfrutar por mi parte el viaje tanto como pudiera.

—Es una conducta muy inteligente —dijo míster Parker Pyne.

—Pero, míster Pyne, las cosas no están como estaban. El sufrimiento de que ahora se queja *lady* Grayle es real y no imaginario.

—¿Qué quiere usted decir?

—He llegado a sospechar que están envenenando a *lady* Grayle.

—¿Desde cuándo tiene usted esta sospecha?

—Desde hace tres semanas.

—¿Sospecha… de alguna persona en particular?

Ella bajó los ojos. Por primera vez, le faltó a su voz el tono sincero.

—No.

—Confiéseme, *miss* Mac Naughton, que sospecha de una persona en particular y que esta persona es *sir* George Grayle.

—¡Oh, no, no! ¡No puedo creer esto de él! Es tan patético, tan infantil… No podría ser un envenenador a sangre fría —y había un deje de angustia en su voz.

—Y sin embargo, usted ha advertido que, siempre que *sir* George está ausente, su esposa se encuentra mejor y que los períodos de enfermedad corresponden con los de su regreso.

Ella no contestó.

—¿De qué veneno sospecha usted? ¿Arsénico?

—Algo de esa clase: arsénico o antimonio.

—¿Y qué medidas ha tomado?

—He hecho cuanto he podido para inspeccionar lo que *lady* Grayle come o bebe.

Mister Parker Pyne hizo un gesto afirmativo.

—¿Cree usted que la misma *lady* Grayle tiene alguna sospecha? —preguntó con tono natural.

—Oh, no. Estoy segura de que no la tiene.

—Se equivoca en esto. *Lady* Grayle tiene sospechas.

Miss Mac Naughton dio muestras de un gran asombro.

—*Lady* Grayle es más capaz de guardar un secreto de lo que usted se imagina —dijo míster Parker Pyne—. Es una mujer que sabe muy bien cómo dirigirse a sí misma.

—Esto me sorprende muchísimo —dijo *miss* Mac Naughton lentamente.

—Me gustaría hacerle otra pregunta, *miss* Mac Naughton. ¿Cree que *lady* Grayle siente simpatía por usted?

—Nunca he pensado en ello.

Y aquí fueron interrumpidos. Entró Mohamet con el rostro radiante y la ropa flotando tras él.

—*Lady* oír que usted ha vuelto. La llama. Dice ¿por qué no ha ido con ella?

Elsie Mac Naughton se levantó apresuradamente, y lo mismo hizo míster Parker Pyne.

—¿Le iría bien una consulta por la mañana temprano? —preguntó.

—Sí, ésa sería la mejor hora. *Lady* Grayle se despierta tarde. Entretanto, tendré mucho cuidado, vigilaré todo lo posible.

—Pienso que *lady* Grayle lo tendrá también.

Miss Mac Naughton desapareció.

Mister Parker Pyne no vio a *lady* Grayle hasta un momento antes de la comida. Estaba sentada, fumando un cigarrillo y quemando lo que parecía ser una carta. No dio señales de advertir su presencia, de lo que él dedujo que estaba aún ofendida.

Después de comer, jugó una partida de *bridge* con *sir* George, Pamela y Basil. Todos parecían estar distraídos y el juego terminó temprano.

Algunas horas más tarde, míster Parker Pyne fue despertado. Lo despertó Mohamet.

—Vieja señora muy enferma. Enfermera muy asustada. Intento traer médico.

Mister Parker Pyne se vistió rápidamente. Llegó a la puerta del camarote de *lady* Grayle al mismo tiempo que Basil West. *Sir* George y Pamela estaban dentro. Elsie Mac Naughton trabajaba desesperadamente para auxiliar a su paciente. Al llegar míster Parker Pyne, la pobre mujer sufrió una convulsión final. Su cuerpo arqueado se retorció y se puso rígido. Luego cayó sobre sus almohadas.

Mister Parker Pyne sacó de allí a Pamela con dulzura.

—¡Qué horrible! —dijo la muchacha medio sollozando—. ¡Qué horrible! ¿Está… está…?

—¿Muerta? Sí, me temo que todo ha terminado.

Y la puso bajo el cuidado de Basil. *Sir* George salió del camarote como atontado.

—Nunca creí que estuviese realmente enferma —iba murmurando—. Nunca lo pensé ni por un momento.

Mister Parker Pyne pasó por su lado y entró en el camarote.

Elsie Mac Naughton tenía el rostro blanco y alargado.

—¿Han enviado a buscar un médico? —preguntó.

—Sí.

Él le preguntó a su vez:

¿Estricnina?

—Sí. Estas convulsiones son inconfundibles. ¡Oh, no puedo creerlo! —Y cayó sobre una silla, llorando.

Luego a él pareció ocurrírsele una idea. Dejo el camarote con rapidez y se fue a la sala. En un cenicero había un trozo de papel no quemado. Podían distinguirse sólo unas pocas palabras legibles:

—Vaya, esto es interesante —dijo míster Parker Pyne.

Mister Parker Pyne se hallaba en el despacho de un importante funcionario de El Cairo.

—De modo que ésta es la prueba —dijo con aire pensativo.

—Sí, muy completa. El hombre debe de ser un tonto de remate.

—Yo no diría que *sir* George sea un hombre de cerebro.

—De todos modos —dijo el otro recapitulando—, *lady* Grayle muere con señales inconfundibles de envenenamiento por estricnina. Se encuentra un paquete de estricnina en el camarote de *sir* George y ahora otro paquete en el bolsillo de su *smoking*.

—Muy completo —dijo míster Parker Pyne—. Y a propósito: ¿de dónde venía la estricnina?

—Hay una ligera duda sobre este punto. La enfermera tenía un poco para el caso de que *lady* Grayle tuviese molestias en el corazón, pero ella misma se ha contradicho una o dos veces. Primero dijo que su provisión estaba intacta, y ahora dice que no lo está.

—Muy inverosímil en ella esta inseguridad —fue el comentario de míster Parker Pyne.

—En mi opinión, los dos estaban de acuerdo. Tienen debilidad el uno por el otro.

—Es posible, pero si *miss* Mac Naughton hubiese preparado un asesinato, lo hubiera hecho mucho mejor. Es una joven muy apta.

—Bueno, ahí lo tiene usted. En mi opinión, *sir* George está metido en ello. No tiene la menor probabilidad de escabullirse.

—Bien, bien —dijo míster Parker Pyne—. Tengo que ver qué es lo que puedo hacer.

Y se fue a buscar a la bonita sobrina.

Pamela estaba blanca de indignación.

—¡Nunca jamás he hecho tal cosa! ¡Jamás… jamás… jamás!

—Entonces, ¿quién lo ha hecho? —preguntó míster Parker Pyne plácidamente.

Pamela se acercó más a él.

—¿Sabe usted lo que creo? *Que lo hizo ella misma*. Últimamente se había vuelto muy rara. Acostumbraba a imaginar cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas extrañas. Basil, por ejemplo. Estaba siempre insinuando que Basil se había enamorado de ella. Y Basil y yo somos… somos…

—Bien lo veo —dijo seguidamente míster Parker Pyne sonriendo.

—Y todo eso de Basil es pura imaginación. Pienso que quería mal al pobrecito Nunks, y que inventó esa historia y se la contó a usted y luego puso la estricnina en el camarote y en su bolsillo y se envenenó. Hay gente que ha hecho cosas así. ¿No es verdad?

—Las han hecho —admitió míster Parker Pyne—. Pero no creo que *lady* Grayle lo haya hecho. Si me permite que lo diga, ella no era una persona de ese tipo.

—Pero las desilusiones…

—Sí. Me gustaría preguntarle a míster West acerca de esto.

Encontró al joven en su habitación. Basil contestó a sus preguntas con bastante animación.

—No quisiera parecer vanidoso, pero se había encaprichado de mí. Ésta es la razón de que no me atreviese a comunicar mis relaciones con Pamela. Hubiera obligado a *sir* George a despedirme.

—¿Cree que la idea de *miss* Grayle tiene probabilidades de ser cierta?

—Me parece que es posible —contestó el joven con tono dubitativo.

—Pero no es bastante buena —dijo míster Parker Pyne con calma—. No, debemos encontrar algo mejor. —Y, durante uno o dos minutos, se perdió en sus

meditaciones—. Sería mejor una confesión —dijo animadamente, y añadió, sacando su pluma estilográfica y una hoja de papel—: ¿Quiere hacer el favor de escribirla en un momento?

Basil West le dirigió una mirada de estupor.

—¿Yo? ¿Qué quiere usted decir?

—Mi querido joven —el tono de míster Parker Pyne era casi paternal— lo sé todo. Cómo le hizo usted la corte a la buena señora. Cómo ella sintió escrúpulos. Cómo se enamoró de usted la sobrinita bonita y pobre. Cómo dispuso su plan. Envenenamiento lento. Esto podía pasar por una muerte natural por gastroenteritis y, en cualquier caso, sería atribuida a *sir* George ya que tenía usted buen cuidado de que los reiterados ataques coincidiesen con su presencia.

»Luego descubrió que la dama tenía sus sospechas y que había hablado conmigo del asunto. ¡Acción rápida! Sustrajo usted algo de estricnina de la provisión de *miss* Mac Naughton. Dejó una cantidad en el camarote de *sir* George y un poco más en su bolsillo, y puso una dosis suficiente en un sello que envió a la dama acompañado de una nota que decía que era un “sello de los ensueños”.

»Era una idea romántica. Ella lo tomaría tan pronto como la enfermera la hubiera dejado sola y nadie sabría nada del asunto. Pero cometió usted una equivocación, mi joven caballero. Es inútil pedirle a una mujer que queme cartas. Nunca lo hacen. Y yo tengo toda esa bonita correspondencia, incluso la nota relativa al sello.

Basil West se había puesto verde. Toda su agradable expresión había desaparecido. Y ahora tenía la de una rata enjaulada.

—¡Maldito sea! —exclamó con un gruñido—. Es decir, que lo sabe todo. ¡Condenado entrometido, fisgón Parker!

Mister Parker Pyne se libró de una agresión gracias a la aparición del testigo que, previsoramente, había traído para que escuchase detrás de la puerta semicerrada.

Mister Parker Pyne estaba de nuevo discutiendo el caso con su amigo, el importante funcionario.

—¡Y yo no tenía ni una brizna de prueba! Sólo un fragmento de papel casi indescifrable que contenía las palabras: *¡Queme esto!* Deduje, pues, toda la historia e hice la prueba con él. Dio resultado. Había tropezado con la verdad. Fue efecto de las cartas. *Lady* Grayle había quemado hasta el último pedazo de papel que él le había escrito, *pero él no lo sabía*.

»Era realmente una mujer excepcional. Yo estaba perplejo cuando acudió a mí. Lo que deseaba era que yo le dijese que su esposo estaba envenenándola. En este caso, ella se proponía escaparse con el joven West. Pero quería actuar con nobleza. Curioso carácter.

—Esa pobre jovencita va a sufrir —dijo el otro.

—Soportará el disgusto —contestó míster Parker Pyne duramente—. Es joven. Tengo la esperanza de que *sir* George disfrute un poco antes de que sea demasiado tarde. Y Elsie Mac Naughton será muy buena con él.

Y su expresión era radiante. Luego, suspiró diciendo:

—Pienso ir de incógnito a Grecia. Verdaderamente ¡necesito unas vacaciones!

El oráculo de Delfos

(The Oracle at Delphi).

En realidad, a *Mrs*. Peters no le interesaba Grecia. Y en el fondo de su corazón no se había formado opinión alguna sobre Delfos.

Los hogares espirituales de *Mrs*. Peters eran París, Londres y la Riviera. Era una mujer que disfrutaba la vida de hotel, pero su idea de una habitación de hotel consistía en una blanca y gruesa alfombra, un lecho lujoso, una profusión de lámparas eléctricas con pantalla en la mesilla de noche para leer y un teléfono; encargar té, comidas, aguas minerales, cócteles para charlar con las amigas y gran abundancia de agua fría y caliente.

En el hotel en que se alojaba en Delfos no había nada de todo esto. Había una vista maravillosa desde las ventanas, un lecho limpio y unas paredes enjalbegadas o menos limpias. Y había una silla, un palanganero y una cómoda. Los baños se servían con un recargo aparte y, de vez en cuando, con escasa agua caliente.

Imaginaba que sería bonito decir que había estado en Delfos, y *Mrs*. Peters se había esforzado en interesarse por la Grecia Antigua, pero le había resultado difícil. Sus esculturas le parecían incompletas, sin cabezas, brazos o piernas. Secretamente, le gustaba mucho más el bello y completo ángel de mármol con alas que había sido colocado sobre la tumba del difunto míster Willard Peters.

Pero todas estas opiniones íntimas se las guardaba para ella sola por el temor de que su Willard la mirase con desprecio. Por complacer a Willard se encontraba allí, en aquella habitación fría e incómoda, con una doncella malhumorada y un chófer disgustado algo más lejos.

Porque Willard (hasta hacía poco llamado *Junior*, un título que él aborrecía), que tenía ahora dieciocho años, era un hijo mimado hasta la locura por *Mrs*. Peters. Willard era quien tenía esa extraña pasión por el arte antiguo. Willard, delgado, pálido, con gafas y dispéptico, era el que había arrastrado a su devota madre a este viaje por Grecia.

Habían estado en Olimpia, que a *Mrs*. Peters le había parecido un triste revoltijo. El Partenón le había gustado, pero consideraba Atenas como una ciudad sin remedio. Y una visita a Corinto y a Micenas había resultado una pesadilla tanto para el chófer como para *Mrs*. Peters.

Mrs. Peters pensaba tristemente que Delfos era ya el colmo. Absolutamente nada que hacer más que seguir el camino y mirar las ruinas. Willard se pasaba largas horas de rodillas descifrando inscripciones griegas y diciendo: «¡Madre, escucha esto! ¿No es espléndido?». Y leía algo que a *Mrs*. Peters le parecía la quintaesencia del aburrimiento.

Aquella mañana, Willard había salido temprano para ver algunos mosaicos bizantinos. *Mrs*. Peters, sintiendo instintivamente que los mosaicos bizantinos la dejarían fría (tanto material como espiritualmente), se había excusado.

—Lo comprendo, madre —había dicho Willard:

—Quieres quedarte sola para ir a sentarte en el teatro o arriba, en el estadio, y mirar todo aquello tan hermoso e impregnarte bien.

—Eso es, querido —había contestado *Mrs*. Peters.

—Ya sabía yo que este lugar te encantaría —había dicho Willard, entusiasmado, y había partido solo en busca de antigüedades.

Y ahora, con un suspiro, *Mrs*. Peters se preparó para levantarse y desayunar.

En el comedor sólo encontró a cuatro personas: una madre y una hija, vestidas con un estilo especial y que estaban discutiendo sobre el arte de la propia expresión en la danza; un caballero grueso, de mediana edad, que le había salvado una maleta cuando bajaba del tren y se llamaba Thompson, y un recién llegado calvo y también de mediana edad, que estaba allí desde ayer por la noche.

Este personaje era el último que se había quedado en el comedor y *Mrs*. Peters no tardó en entrar. Las maneras de míster Thompson eran claramente desalentadoras (*Mrs*. Peters llamaba a esto «la reserva británica»), y la madre y la hija se habían mostrado muy superiores y sabihondas, aunque la muchacha había parecido congeniar con Willard.

A *Mrs*. Peters el nuevo huésped le pareció una persona muy agradable. Comunicaba su información sin alardes de sabiduría. Le comunicó varios detalles interesantes y simpáticos acerca de los griegos, dándole la impresión de que eran verdaderas personas y no historias aburridas sacadas de un libro.

Mrs. Peters le contó a su nuevo amigo todo lo relativo a Willard, que era un muchacho tan listo y que hubiera podido usar la palabra «cultura» a modo de apellido. En aquel personaje suave y benévolo había algo que facilitaba la conversación.

Él, por su parte, no le dijo a *Mrs*. Peters a qué se dedicaba ni cómo se llamaba. Aparte de que había viajado y se tomaba un descanso completo de sus ocupaciones (¿qué ocupaciones?), no fue comunicativo acerca de sí mismo.

En conjunto, se le pasó el día mucho más rápido de lo que ella hubiera supuesto. La madre y la hija y míster Thompson continuaban siendo insociables. *Mrs*. Peters y su nuevo amigo encontraron a este último saliendo del museo y vieron cómo tomaba inmediatamente la dirección opuesta.

Su nuevo amigo se lo quedó mirando con las cejas fruncidas.

—¡Estoy preguntándome quién puede ser ese individuo!

Mrs. Peters le comunicó el nombre del otro, pero no podía hacer nada más.

—Thompson… Thompson… No creo haberlo visto antes. Y sin embargo, hay algo en su cara que me resulta familiar. Pero no puedo situarlo.

Por la tarde, *Mrs*. Peters disfrutó una tranquila siesta en un lugar sombreado. El libro que se había llevado para leer no era el excelente tratado sobre arte griego que le había recomendado su hijo, sino una novela titulada *El misterio de la barca del río*. Contenía cuatro asesinatos, tres raptos y una banda numerosa y variada de criminales peligrosos. *Mrs*. Peters se sentía a la vez fortificada y apaciguada con su lectura.

Eran las cuatro cuando regresó al hotel. Estaba segura de que, a aquella hora, Willard habría vuelto ya. Tan lejos se encontraba de presentir ninguna desgracia, que casi se olvidó de abrir la nota que, según le había comunicado el dueño, había traído por la tarde un hombre desconocido.

La nota estaba extremadamente sucia. La abrió con gesto distraído. Al leer las primeras líneas, su rostro palideció y alargó una mano para sostenerse. Estaba escrita por un extranjero, pero en inglés. Decía así:

> *Señora:*
>
> *La presente es para informarle de que su hijo ha sido secuestrado. Nuestro lugar es muy seguro. El joven caballero no sufrirá ningún daño si usted obedece nuestras órdenes. Pedimos por él un rescate de diez mil libras esterlinas. Si habla usted de esto al dueño del hotel o a la policía, o a otra persona, ¡su hijo morirá! Se le avisa para que reflexione. Mañana le daremos instrucciones sobre el modo de entregar el dinero. Si no las obedece, las orejas del honorable joven serán cortadas y le serán enviadas. Y si no las obedece entonces, al día siguiente morirá. No amenazamos en vano. Reflexione y, sobre todo, guarde silencio.*
>
> *Demetrius, el de las cejas negras.*

No es posible decir en qué estado se hallaba la pobre señora al terminar la lectura de la carta. Aunque disparatada e infantil, aquella demanda la dejó envuelta en una atmósfera de peligro. Willard, su niño, su mimado, su delicado y serio Willard.

Iría inmediatamente a buscar a la policía, llamaría a sus vecinos. Pero quizás si lo hacía… Y se estremeció.

Luego, animándose, salió de su habitación en busca del dueño del hotel: la única persona del establecimiento que hablaba inglés.

—Está haciéndose tarde —le dijo—. Mi hijo no ha regresado aún.

El simpático hombrecillo le miró muy satisfecho.

—Cierto —dijo—. El señor despidió las mulas. Deseaba volver a pie. A esta hora, debería ya estar aquí, pero sin duda se ha entretenido por el camino —y sonrió con feliz expresión.

—Dígame —preguntó de pronto *Mrs*. Peters:

—¿Hay en los alrededores personas de mala reputación?

Mala reputación no era una expresión conocida en el vocabulario inglés del hombrecillo. *Mrs*. Peters se explicó con más claridad. Y recibió la respuesta de que, en todos los alrededores de Delfos, no había más que gente buena, tranquila y muy bien dispuesta hacia los extranjeros.

En sus labios temblaban las palabras, pero las obligó a retroceder. La siniestra amenaza le ataba la lengua. Podía ser una pura fanfarronada, pero ¿y si no lo era? En América, a una amiga suya le habían robado a un niño que fue asesinado al informar ella a la policía. Efectivamente, estas cosas ocurrían.

Estaba casi frenética. ¿Qué iba a hacer? Diez mil libras… ¿qué era esto en comparación con la seguridad de Willard? Pero ¿cómo podía conseguir una suma así? En aquel momento había interminables dificultades con el dinero y era difícil retirarlo de los bancos. Una carta de crédito por unos cuantos centenares de libras era todo lo que tenía en su poder.

¿Entenderían esto los bandidos? ¿Querrían ser razonables? ¿Querrían esperar?

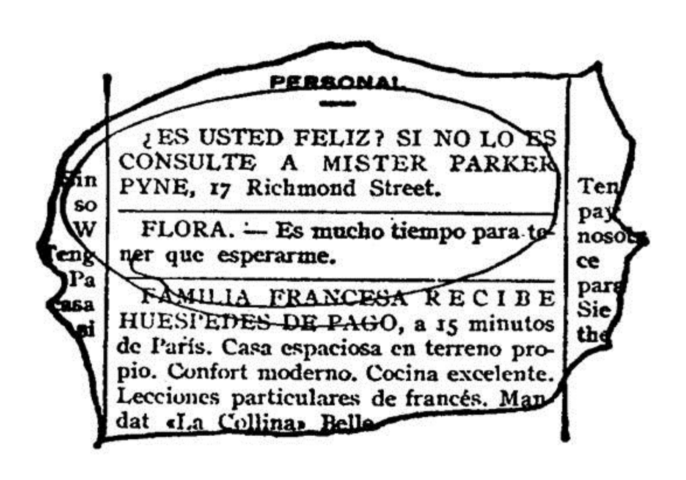
Al acercarse su doncella, la despidió a cajas destempladas. A la hora de la comida sonó la campanilla y la pobre señora se vio obligada a pasar al comedor. Comió maquinalmente. No veía a nadie. Por lo que a ella se refería, la habitación hubiera podido estar desierta.

Al servirle la fruta, le colocaron una nota delante. La infeliz retrocedió, pero la letra era completamente distinta de la que había temido ver: una letra limpia de amanuense inglés. La abrió sin demasiado interés, pero su contenido la intrigó:

En Delfos no puede usted consultar al Oráculo,
pero «puede» consultar a míster Parker Pyne.

Había dejado, prendido con un alfiler, un anuncio de periódico y al final del pliego una fotografía de pasaporte. Se trataba de su amigo calvo de la mañana.

Mrs. Peters leyó dos veces el recorte:



PERSONAL

¿ES USTED FELIZ? SI NO LO ES CONSULTE A MISTER PARKER PYNE, 17 Richmond Street.

FLORA. — Es mucho tiempo para tener que esperarme.

FAMILIA FRANCESA RECIBE HUESPEDES DE PAGO, a 15 minutos de París. Casa espaciosa en terreno propio. Confort moderno. Cocina excelente. Lecciones particulares de francés. Mandat «La Collina» Belle

---

¿Es usted feliz? Si no lo es, consulte a míster Parker Pyne.

¿Feliz? ¿Feliz? ¿Había sido nadie nunca tan infeliz? Aquélla era una respuesta a una plegaria.

Apresuradamente, garabateó en una hoja de papel que acertaba a llevar en el bolso:

Le ruego me ayude. ¿Puede reunirse conmigo fuera del hotel dentro de diez minutos?

Metiéndolo en un sobre, ordenó al camarero que se lo llevase al caballero que ocupaba la mesa junto a la ventana. Diez minutos más tarde, envuelta en un abrigo de pieles, pues la noche era fría, *Mrs*. Peters salió del hotel y siguió despacio el camino de las ruinas. Míster Parker Pyne estaba esperándola.

—La gracia del cielo ha hecho que se encuentre usted aquí —dijo ella desalentada—. Pero ¿cómo ha sospechado la terrible situación en que me encuentro? Esto es lo que deseo saber.

—El rostro humano, mi querida señora —dijo míster Parker Pyne con dureza—. He sabido inmediatamente que le había ocurrido *algo*, pero espero que usted me diga de qué se trata.

Todo salió como de un torrente. Le entregó la carta, que él leyó a la luz de su linterna de bolsillo.

—Hum —dijo—. Un documento notable. Un documento muy notable. Tiene ciertos aspectos…

Pero *Mrs*. Peters no estaba de humor para escuchar los aspectos más curiosos de la carta. ¿Qué iba a ser de Willard? ¿De su querido, delicado Willard?

Mister Parker Pyne se mostró tranquilizador. Trazó un cuadro atractivo de la vida de los bandidos griegos. Tendrían un cuidado especial con su prisionero, puesto que para ellos representaba una posible mina de oro.

Y gradualmente, la serenó.

—Pero ¿qué voy a hacer yo? —gimió *Mrs*. Peters.

—Espere hasta mañana. Es decir, a no ser que prefiera acudir directamente a la policía.

Mrs. Peters le interrumpió con un chillido de terror. ¡Su querido Willard sería asesinado inmediatamente!

—¿Cree usted —preguntó a continuación— que volveré a ver a Willard sano y salvo?

—Sobre esto no hay duda —dijo míster Parker Pyne tratando de calmarla—. El único problema es saber si tendrá usted a su hijo sin pagar diez mil libras.

—Lo que quiero es a mi hijo.

—Sí, sí —dijo míster Parker Pyne con tono tranquilizador—. A propósito, dígame, ¿quién trajo la carta?

—Un hombre a quien el dueño del hotel no conoce: un extraño.

—¡Ah! Aquí hay posibilidades. El hombre que traiga la carta mañana podría ser seguido. ¿Qué es lo que les dirá usted a las personas del hotel sobre la ausencia de su hijo?

—No he pensado en ello.

—Me pregunto ahora… —dijo míster Parker Pyne reflexionando—. Creo que de modo natural podría usted expresar alarma e inquietud con motivo de su ausencia. Podría ponerse en marcha un destacamento de exploración.

—¿No teme usted que esos demonios…? —Y se quedó sin voz.

—No, no. Mientras no corra el rumor del rapto o del rescate, no pueden ponerse intratables. Después de todo, no pueden esperar que acepte usted la desaparición de su hijo sin agitarse poco ni mucho.

—¿Puedo dejar todo eso en sus manos?

—Esto me corresponde a mí.

Apenas se habían puesto en marcha para regresar al hotel, estuvieron a punto de tropezar con un hombre corpulento.

—¿Quién era? —preguntó míster Parker Pyne con expresión pensativa—. ¿Era Thompson…? Thompson… hum.

Al retirarse a descansar, *Mrs*. Peters pensó que era una buena idea la de míster Parker Pyne a propósito de la carta. Quienquiera que fuese el que la trajera, *debía* estar en contacto con los bandidos. De este modo, se sintió consolada y se durmió mucho más pronto de lo que hubiera podido creer.

Mientras se vestía, a la mañana siguiente, advirtió de pronto que había algo en el suelo, cerca de la ventana. Lo recogió… y su corazón dio un vuelco. El mismo sobre barato y sucio, el mismo tipo de letra… Lo abrió.

Buenos días, señora:

¿Ha reflexionado usted? Su hijo está bien y no ha sufrido daño alguno… por ahora. Pero hemos de recibir el dinero. Puede ser que no resulte fácil para usted disponer de esa suma, pero se nos ha dicho que tiene a mano un collar de diamantes: piedras muy finas. Con esto nos contentaremos, en lugar de la suma. Escuche, esto es lo que tiene que hacer: Usted, o alguien que usted envíe, debe recoger ese collar y traerlo al estadio. Desde allí subirá al lugar donde hay un árbol junto a una gran roca. Habrá ojos vigilando para asegurarse de que sólo venga una persona. Entonces, su hijo será cambiado por el collar. La hora debe ser mañana a la seis, un momento después de haber salido el sol. Si pone a la policía tras de nosotros, dispararemos contra su hijo cuando su coche vaya a la estación.

Ésta es nuestra última palabra. Si mañana no hay collar, le enviaremos las orejas de su hijo. Al día siguiente, morirá.

Saludos, señora.
Demetrius.

Mrs. Peters corrió en busca de míster Parker Pyne. Éste leyó inmediatamente la carta con profunda atención.

—¿Es verdad lo que dice sobre el collar de diamantes? —preguntó.

—Completamente. Mi esposo pagó por él cien mil dólares.

—Nuestros ladrones están bien informados —murmuró míster Parker Pyne.

—¿Qué dice usted?

—Solamente estaba considerando algunos aspectos del caso.

—Le aseguro, míster Pyne, que no tenemos tiempo para eso. Debo tener a mi hijo de regreso cuanto antes.

—Pero usted es una mujer de espíritu, *Mrs*. Peters. ¿Le gusta dejarse asustar y dejarse quitar diez mil libras? ¿Le gusta entregar sus diamantes mansamente a una pandilla de rufianes?

—Bien, por supuesto ¡si lo presenta usted así! —Y la mujer de espíritu que era *Mrs*. Peters estaba en lucha con la madre—. ¡Cómo quisiera ajustarles las cuentas a esos brutos cobardes! En el mismo instante en que recupere a mi hijo, míster Pyne, lanzaré a la policía de la vecindad tras ellos… ¡Y si es necesario alquilaré un coche blindado para ir con Willard a la estación de ferrocarril! —*Mrs*. Peters estaba ahora encendida, respirando venganza.

—Sí… —dijo míster Parker Pyne—. Ya lo ve usted, mi querida señora, me temo que se preparan para eso. Saben que una vez haya recuperado a Willard, nada le impedirá dar la voz de alerta por todos los alrededores.

—Pues bien: ¿qué piensa usted hacer?

Mister Parker Pyne sonrió.

—Quiero probar un pequeño plan propio —y paseó una mirada por todo el comedor. Estaba desierto y con las puertas de ambos extremos cerradas—. *Mrs*. Peters, conozco a un hombre en Atenas… un joyero especializado en los buenos diamantes falsos… un trabajo de primera clase —y bajo la voz hasta que fue sólo un murmullo—. Puedo llamarle por teléfono. Puedo tenerlo aquí esta tarde con una selección de piedras…

—¿Y se propone usted…?

—Retirar los verdaderos diamantes y sustituirlos por diamantes falsos.

—¡Cómo! ¡Esto es lo más ingenioso que he oído nunca! —Y *Mrs*. Peters le dirigió una mirada de admiración.

—¡Chiss! No tan alto. ¿Quiere usted hacerme un favor?

—Sin duda.

—Vigile que nadie se acerque de modo que pueda oír lo que digo por teléfono.

Mrs. Peters hizo un gesto afirmativo.

El teléfono estaba en el despacho del administrador, que se apartó amablemente después de ayudar a míster Parker Pyne a encontrar el número. Al salir, vio fuera a *Mrs*. Peters.

—Sólo estoy esperando a míster Parker Pyne. Vamos a dar un paseo.

—Oh, sí, señora.

Mister Thompson estaba también en el vestíbulo. Acercándose a ellos, se puso a hablar con el administrador. ¿Había alguna villa para alquilar en Delfos? ¿No? Pero había una más arriba del hotel.

—Pertenece a un caballero griego, señor. Y no la alquila.

—¿Y no hay otras villas?

—Hay una que pertenece a una señora americana, al otro lado del pueblo. Ahora está cerrada. Y hay una que pertenece a un caballero inglés, un artista. Está al borde de la roca que mira a Itea, es una villa preciosa.

Mrs. Peters intervino. La naturaleza la había dotado de una fuerte voz y ella la forzó más adrede.

—¡Cómo! —exclamó—. ¡Sí, a mí me encantaría tener una villa aquí! Todo tan intacto y natural. Estoy sencillamente entusiasmada con estos lugares, ¿no lo está usted, míster Thompson? Naturalmente que lo está, si desea tener aquí una villa. ¿Es ésta su primera visita al país? No puedo creerlo.

Y así continuó resueltamente hasta que vio salir del despacho a míster Parker Pyne. Éste le dirigió una ligerísima sonrisa de aprobación.

Mister Thompson descendió lentamente los peldaños y salió al camino, donde se reunió con la madre y la hija sabihondas, que parecían sentir el viento frío sobre sus descubiertos brazos.

Todo fue bien. El joyero llegó un momento antes de comer en un coche lleno de turistas. *Mrs*. Peters llevó el collar a sus habitaciones. El hombre manifestó su aprobación con un gruñido.

—*Madame peut étre tranquille. Je réussirai* —y sacando algunas herramientas de un saquito, se puso manos a la obra.

A las once, míster Parker Pyne llamó a la puerta de *Mrs*. Peters.

—¡Aquí los tiene!

Y le entregó una bolsita de gamuza. Ella miró al interior.

—¡Mis diamantes! —exclamó.

—Chis. Aquí está el collar con las piedras falsas que sustituyen a los diamantes. Un buen trabajo, ¿no le parece?

—Sencillamente admirable.

—Aristopoulos es un hombre muy hábil.

—¿Cree usted que no lo sospecharán?

—¿Cómo habían de sospecharlo? Saben que tiene usted aquí el collar. Usted lo entrega. ¿Cómo pueden sospechar el ardid?

—Bien, lo encuentro admirable —insistió *Mrs*. Peters devolviéndole el collar—. ¿Quiere usted entregárselo a ellos? ¿O es pedir demasiado?

—Naturalmente que se lo entregaré. Sólo deme la carta para que tenga claras las instrucciones. Gracias. Ahora, buenas noches y *bon courage*. Su muchacho estará

aquí mañana a la hora del desayuno.

—¡Con tal de que eso fuese verdad!

—Vamos, no se inquiete. Déjelo todo en mis manos.

Mrs. Peters pasó una mala noche. Cuando se dormía tenía sueños terribles: sueños de bandidos armados que, desde coches blindados, disparaban sobre Willard, que bajaba por una montaña corriendo en pijama. Y se alegró de despertarse. Por último, llegó el primer fulgor de la aurora. *Mrs*. Peters se levantó y se vistió. Y se quedó sentada… esperando.

A las siete oyó un golpe en la puerta. Tenía la garganta tan seca que apenas podía hablar.

—Adelante —dijo.

La puerta se abrió y entró míster Thompson. Ella abrió mucho los ojos. Le faltaron las palabras. Tenía el presentimiento de un desastre. Y, sin embargo, el hombre que había entrado tenía una voz completamente natural y vulgar, una voz fuerte y suave.

—Buenos días, *Mrs*. Peters —dijo.

—¡Cómo se atreve usted, caballero! ¿Cómo se atreve usted…?

—Debe usted excusar mi visita a una hora tan intempestiva —contestó míster Thompson—, pero ya lo ve, tengo un asunto que tratar.

Mrs. Peters se inclinó hacia delante con una mirada acusadora.

—¡O sea que fue usted quién raptó a mi hijo! ¡Y no hay tales bandidos!

—Ciertamente, no hay tales bandidos. Ya pensé que ese detalle era muy torpe, muy poco artístico. Es lo menos que puede decirse.

Mrs. Peters era una mujer de una idea fija.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó con ojos de tigresa enfurecida.

—Lo cierto —contestó míster Thompson— es que está detrás de esa puerta.

—¡Willard!

La puerta se abrió de golpe. Willard, pálido, con las gafas y claramente con necesidad de afeitarse, fue estrechado contra el corazón de su madre.

Mister Thompson observaba la escena con ojos benignos.

—Sea como sea —dijo *Mrs*. Peters rehaciéndose de pronto y volviéndose hacia él—, haré que lo procesen por esto. ¡Vaya si lo haré!

—Estás confundida, mamá —dijo Willard—. Este caballero es quien me ha libertado.

—¿Dónde estabas?

—En una casa situada al borde de la roca, sólo a una milla de aquí.

—Y permítame, *Mrs*. Peters —dijo míster Thompson—, que le devuelva lo que le pertenece.

Y le entregó un pequeño paquete con una ligera envoltura de papel de seda. Al caer el papel, quedó al descubierto el collar de diamantes.

—No necesita guardar la otra bolsa de piedras, *Mrs*. Peters —dijo míster Thompson sonriendo—. Las verdaderas piedras continúan en el collar. La bolsa de gamuza contiene algunas imitaciones excelentes. Como le ha dicho su amigo, Aristopoulos es en su profesión un verdadero genio.

—La verdad es que ni entiendo una palabra de todo esto —dijo *Mrs*. Peters débilmente.

—Debe usted mirar el caso desde mi punto de vista —observó míster Thompson —. Atrajo mi atención el uso de un determinado nombre. Me tomé la libertad de seguirla a usted y a su supuesto amigo cuando salieron del hotel, y escuché (lo confieso francamente) su interesantísima conversación. Me pareció notablemente significativa, tan significativa que comuniqué el caso confidencialmente al administrador. Éste tomó nota del número al que había telefoneado para que un camarero escuchase por completo su conversación en el comedor.

»El plan se me presentó claramente. Era usted víctima de un par de hábiles ladrones de joyas. Conocen todo lo relativo a su collar de diamantes, la siguen a usted hasta aquí y raptan a su hijo, y le escriben una carta "de bandidos" bastante cómica. Y se lo organizan para que usted ponga su confianza en el principal instigador del plan.

»Después de esto, todo es muy sencillo. El buen caballero le entrega a usted una bolsa de falsos diamantes y desaparece con su compadre. Esta mañana, al ver que su hijo no venía, usted se pone frenética. La ausencia de su buen amigo le induce a creer que también ha sido raptado. Deduzco que se las habían arreglado para que alguien fuese mañana a la villa. Esta persona hubiera descubierto a su hijo y, entonces, entre usted y él se hubieran hecho una idea del complot. Pero en aquel momento los picaros hubieran conseguido estar muy lejos.

—¿Y ahora?

—Oh, ahora están bien encerrados bajo llave. Yo me he ocupado de eso.

—¡El miserable! —exclamó iracunda *Mrs*. Peters—. El miserable e hipócrita gordinflón.

—Una persona poco recomendable —convino míster Thompson.

—No acierto a comprender cómo ha podido usted llegar a intervenir en todo esto —dijo Willard con admiración—. Ha sido usted muy listo.

El otro movió la cabeza con gesto de excusa.

—No, no —dijo—. Cuando uno viaja de incógnito y oye su propio nombre usado falsamente…

Mrs. Peters le miró.

—¿Quién es usted? —le preguntó de repente.

—*Yo soy míster Parker Pyne* —explicó aquel caballero.

Problema en Pollensa

(The Problem at Pollensa Bay).

El vapor de la línea Barcelona-Palma de Mallorca dejó a Parker Pyne en esta última capital en las primeras horas de la mañana. Inmediatamente Parker Pyne sufrió una desilusión. Los hoteles estaban llenos. Lo único que pudieron ofrecerle fue un cuchitril sin ventilación, con vistas a un patio interior, en un hotel en el centro de la ciudad…, y míster Parker Pyne no estaba dispuesto a conformarse con eso. El dueño del hotel permaneció indiferente ante su desilusión.

—¿Qué quiere usted? —observó, encogiéndose de hombros filosóficamente.

Palma se había puesto de moda. El cambio era favorable. Todos, ingleses, americanos, iban a Mallorca en invierno. Todo estaba abarrotado. Dudaba mucho de que el caballero inglés pudiera encontrar sitio en ninguna parte…, a no ser, quizás, en Formentor, donde los precios eran tan elevados que incluso los extranjeros vacilaban ante ellos.

Parker Pyne tomó un poco de café y un panecillo y salió a ver la catedral, pero no se encontraba de humor para apreciar bellezas arquitectónicas.

Luego celebró una conferencia con un servicial taxista, en mal francés mezclado con español, y discutieron los méritos y posibilidades de Sóller, Alcudia, Pollensa y Formentor, donde había buenos hoteles, pero muy caros.

Parker Pyne quiso saber el precio.

Cobraban, dijo el taxista, unos precios que sería absurdo y ridículo pagar… ¿No sabía todo el mundo que los ingleses iban a Mallorca porque los precios eran muy razonables?

Parker Pyne dijo que así era, en efecto; pero, de todos modos, ¿*cuánto* cobraban en Formentor?

—¡Un precio increíble!

—Muy bien; pero *¿qué precio exactamente?*

El taxista se decidió por fin a contestar en cifras.

Como acababa de llegar de Jerusalén y Egipto y estaba acostumbrado a los precios de sus hoteles, la cifra no impresionó demasiado a Parker Pyne.

Se pusieron de acuerdo. Las maletas de Parker Pyne fueron cargadas en el taxi un poco descuidadamente y partieron a dar la vuelta a la isla, probando suerte en los hoteles más económicos que encontraron en ruta, pero con el objetivo final de Formentor.

Pero nunca llegaron a aquel centro de la plutocracia, porque después de pasar por las estrechas calles de Pollensa, siguiendo la sinuosa línea de la costa, llegaron al hotel Pin d’Or, un hotelito situado a la orilla del mar, con una vista que, en la neblina de aquella hermosa mañana, tenía la exquisita vaguedad de una lámina japonesa.

Parker Pyne comprendió enseguida que aquél, y sólo aquél, era el sitio que buscaba. Hizo parar el taxi y cruzó la pintada verja con la esperanza de encontrar acomodo.

Los propietarios del hotel, un matrimonio de mediana edad, no sabían inglés ni francés. Sin embargo, el asunto fue resuelto a satisfacción. A Parker Pyne le fue adjudicado un cuarto con vistas al mar, las maletas fueron bajadas del taxi, y el taxista, después de felicitar a su cliente por haberse librado de las monstruosas exigencias de «esos hoteles modernos», recibió su dinero y se marchó, despidiéndose con un alegre saludo en español.

Parker Pyne echó una ojeada a su reloj, viendo que, a pesar de todo, sólo eran las diez menos cuarto; salió a una pequeña terraza, bañada por la deslumbrante luz de la mañana, y pidió, por segunda vez aquel día, café y panecillos.

En la terraza había cuatro mesas: la suya, una de la que estaban retirando las cosas del desayuno y dos ocupadas. En la mesa más próxima a la suya se sentaba una familia, compuesta de padre, madre y dos hijas ya mayores, alemanes. Más allá, en el rincón de la terraza, se sentaban una madre y un hijo, ingleses, sin duda alguna.

La mujer tendría unos cincuenta y cinco años. Tenía el cabello gris, de una bonita tonalidad; llevaba un traje de chaqueta de *tweed*, más práctico que elegante, y poseía ese aire de confianza en sí misma que distingue a la mujer inglesa acostumbrada a viajar mucho por el extranjero.

El joven sentado frente a ella podría tener unos veinticinco años y era también un ejemplar típico de su clase y edad. No era ni guapo ni feo, ni alto ni bajo. Era evidente que se llevaba muy bien con su madre (bromeaban alegremente uno con el otro), y estaba pendiente de ella.

En una ocasión, la mirada de ella se cruzó con la de Parker Pyne. La desvió, con la indiferencia propia de una persona bien educada, pero él comprendió que había sido visto y clasificado.

Le habían reconocido como inglés y estaba seguro de que, a su debido tiempo, se dirigirían a él con alguna observación agradable y vacía.

Parker Pyne no tenía nada que objetar. Sus compatriotas en el extranjero solían resultarle bastante pesados, pero estaba dispuesto a dar los buenos días amablemente. En un hotel pequeño resultaba embarazoso no hacerlo. Estaba seguro de que aquélla era una mujer con excelente «cortesía de hotel», como decía él.

El chico inglés se levantó de su asiento, hizo un comentario divertido y entró en el hotel. La mujer cogió sus cartas y su bolso y se acomodó en una silla, frente al mar, desdoblando un ejemplar del *Continental Daily Mail*. Tenía la espalda vuelta hacia Parker Pyne.

Tomando el último sorbo de su café, Parker Pyne miró en su dirección e inmediatamente se puso rígido. Estaba alarmado…, temía ver turbada la paz de sus vacaciones. Aquella espalda era terriblemente expresiva. En su vida había clasificado muchas espaldas como aquélla. La rigidez, lo forzado de su equilibrio…, sin ver su

cara, estaba seguro de que los ojos de aquella mujer estaban llenos de lágrimas, de que sólo gracias a un gran esfuerzo podía dominarse.

Moviéndose con cautela, como animal acorralado, Parker Pyne se retiró al hotel. No hacía ni media hora había sido invitado a poner su nombre en el libro de registro de huéspedes. Allí estaba ahora su firma: «C. Parker Pyne, Londres».

Unas líneas más arriba, Parker Pyne leyó: «*Mrs*. R. Chester, *Mr*. Basil Chester, Holm Park, Devon».

Cogiendo una pluma, Parker Pyne escribió rápidamente sobre su firma. Ahora decía (con dificultad). Christopher Pyne.

Si *mistress* R. Chester se sentía desgraciada en la bahía de Pollensa, no le iba a ser fácil consultar a Parker Pyne.

Muchas veces se había maravillado Parker Pyne de haber tropezado en el extranjero con tantísimos compatriotas que conocían su nombre y habían leído sus anuncios. En Inglaterra, muchos miles de personas leían diariamente *The Times* y podían decir, sin faltar a la verdad, que nunca habían oído tal nombre en su vida. En el extranjero, reflexionó, leían los periódicos más a fondo. No se les escapaba nada, ni siquiera los anuncios.

En varias ocasiones sus vacaciones habían sido interrumpidas. Había tenido que habérselas con problemas diversos, desde el asesinato al intento de chantaje. Estaba decidido a tener paz en Mallorca. Su instinto le advertía que una madre acongojada podía turbar considerablemente esa paz.

Parker Pyne se instaló en el Pin d’Or y se sintió muy a gusto. No lejos de allí había un hotel más grande, el Mariposa, donde se alojaban muchos ingleses. Había también por toda aquella parte una numerosa colonia de artistas. Se podía ir andando por la orilla del mar hasta el pueblecito de pescadores, donde había un bar en el que se reunía la gente y algunas tiendas. Todo muy tranquilo y agradable. Las chicas se paseaban en pantalones, el busto cubierto con pañuelos de vivos colores. En el Mac’s Bar, jóvenes con boina y de cabellos bastante largos peroraban sobre temas tales como valores plásticos o arte abstracto.

Al día siguiente de la llegada de Parker Pyne, *mistress* Chester le dirigió algunas frases convencionales sobre la belleza de la vista y la probabilidad de que el tiempo continuara bueno. Luego charló un rato sobre labores de punto con la señora alemana y cambió unas palabras corteses sobre la gravedad de la situación política con dos señores daneses que se levantaban al alba y andaban once horas diarias.

A Parker Pyne le pareció Basil Chester un muchacho muy agradable. Llamaba a Parker Pyne «míster Pyne» y escuchaba muy cortésmente todo lo que decía. Varias veces, los tres ingleses tomaron café juntos después de cenar. A partir del tercer día, Basil se marchaba después de unos diez minutos, dejando a Parker Pyne a solas con *mistress* Chester.

Hablaban de flores y de su cultivo, de la lamentable situación de la libra esterlina, de lo cara que estaba Francia y de lo difícil que era conseguir una buena taza de té.

Todas las noches, al marcharse su hijo, Parker Pyne observaba que los labios de *mistress* Chester temblaban, pero inmediatamente se recobraba y disertaba en tono amable sobre los temas mencionados.

Poco a poco empezó a hablar de Basil, de sus éxitos en el colegio, de cómo todo el mundo le quería, de lo orgulloso que hubiera estado de él su padre si viviera y de las gracias que tenía que dar al cielo porque Basil no había sido nunca de esos jóvenes «turbulentos».

—Naturalmente, yo insisto siempre para que vaya con la gente joven, pero él parece que prefiere realmente estar conmigo.

Dijo esto con una especie de satisfacción modesta.

Pero Parker Pyne no respondió con una frase diplomática, lo que solía hacer sin el menor esfuerzo, sino que dijo:

—¡Ah, bueno! Parece que esto está lleno de gente joven…, no en el hotel, pero todo por ahí.

Al decir esto observó que *mistress* Chester se ponía rígida. Dijo que, desde luego, había muchos *artistas*. Puede que ella estuviera chapada a la antigua… El arte auténtico, desde luego, era otra cosa, pero muchos jóvenes se escudaban en el arte para gandulear y no hacer nada…, y las chicas bebían demasiado.

Al día siguiente, Basil dijo a Parker Pyne:

—Me alegro muchísimo de que apareciera usted por aquí, señor, en particular por mi madre. Le gusta hablar con usted por las noches.

—¿Qué solían hacer ustedes cuando llegaron aquí?

—Solíamos jugar al *piquet*.

—Ya.

—Claro que uno acaba cansándose del *piquet*. La verdad es que tengo aquí unos amigos, una *panda* estupenda, muy animada. No creo que a mi madre le parezcan muy recomendables… —se rió, como si la idea le pareciera divertida—. Mi madre está muy chapada a la antigua… ¡Hasta se escandaliza cuando ve una chica en pantalones!

—Comprendo —dijo Parker Pyne.

—Lo que yo le digo es que uno tiene que evolucionar con los tiempos… Allá por donde vivimos nosotros, las chicas son aburridísimas…

—Ya —dijo Parker Pyne.

Todo aquello le interesaba mucho. Era espectador de un drama en miniatura, pero no le hacían intervenir en él.

Y entonces vino lo malo, desde el punto de vista de Parker Pyne. Una señora muy alborotadora, conocida suya, se instaló en el Mariposa. Se encontraron en el salón de té, en presencia de *mistress* Chester.

La recién llegada gritó:

—Vaya, ¿pues no estoy viendo a Parker Pyne, al mismísimo Parker Pyne? ¡Y Adela Chester! ¿Se conocen ustedes? ¿Ah, sí? ¿Están ustedes en el mismo hotel?

Adela, es único, un verdadero mago, la maravilla del siglo. Todos los problemas resueltos en cinco minutos. Pero ¿lo sabías? ¡Tienes que haber *oído* hablar de él! ¿No has leído los anuncios? «¿Tiene usted algún problema? Consulte a míster Parker Pyne». Para él no hay nada imposible. Maridos y mujeres que se tiran de los pelos y él los reconcilia… Si has perdido el interés por la vida, te proporcionará las aventuras más emocionantes. Como te digo, es un mago.

Continuó por un gran rato, interrumpida de cuando en cuando por las modestas protestas de Parker Pyne. A éste no le gustó la mirada que le dirigió *mistress* Chester. Y aún le gustó menos verla volver, a lo largo de la playa, en confabulación con la cantora de sus glorias.

El clímax llegó antes de lo que esperaba. Aquella noche, después de tomar el café, *mistress* Chester dijo de pronto:

—¿Quiere usted venir al saloncito, míster Pyne? Quiero hablar con usted de un asunto.

Parker Pyne no pudo hacer otra cosa sino inclinarse y obedecer.

El autodominio de *mistress* Chester se había ido debilitando, y al cerrar la puerta del saloncito se desplomó y se deshizo en lágrimas.

—Mi hijo, míster Parker Pyne. Tiene usted que salvarlo. *Tenemos* que salvarlo. ¡Este asunto me está destrozando!

—Querida señora, como simple extraño…

—Nina Wycherley dice que usted lo puede *todo*. Dijo que debo poner en usted toda mi confianza. Me aconsejó que se lo contara todo…, y dice que usted lo arreglará.

Interiormente, Parker maldijo a la entremetida *mistress* Wycherley. Resignándose, dijo:

—Bueno, vamos a discutir el caso a fondo. ¿Una chica, supongo?

—¿Le ha hablado a usted de ella?

—Indirectamente nada más.

De *mistress* Chester salió un chorro de palabras. La chica era horrible. Bebía, decía malas palabras, apenas llevaba ropa encima… Su hermana vivía por allí cerca, estaba casada con un artista, un holandés. Todos ellos eran completamente indeseables. Muchos vivían juntos sin estar casados. Basil había cambiado completamente. Siempre había sido tan tranquilo, se había interesado siempre tanto en las cosas serias… Incluso había pensado en dedicarse a la arqueología…

—Bueno, bueno —dijo Parker Pyne—. La Naturaleza tiene que tornarse su revancha.

—¿Qué quiere usted decir?

—No es saludable para un muchacho interesarse en cosas serias. Debería estar haciendo el idiota con una chica detrás de otra.

—Por favor, hable usted en serio, míster Pyne.

—Estoy hablando completamente en serio. ¿Es esa señorita, por casualidad, la que tomó el té ayer con ustedes?

Se había fijado en ella (pantalones de franela gris, un pañuelo escarlata atado un poco flojo alrededor del busto, la boca muy pintada) y en el hecho de que había pedido un combinado en lugar de té.

—¿La vio usted? ¡Horrible! No es de la clase de chicas que siempre le han gustado a Basil.

—No le ha dado usted muchas oportunidades de que le gustara ninguna chica, ¿verdad?

—¿Yo?

—Ha estado siempre demasiado pegado a usted. ¡Mala cosa! Sin embargo, es probable que esto se le pase…, si usted no precipita las cosas.

—No ha comprendido usted. Quiere casarse con esta chica. Betty Gregg se llama; se han hecho novios formales.

—¿Ha llegado la cosa tan lejos?

—Sí. Míster Parker Pyne, tiene *usted* que hacer algo. ¡Tiene usted que librar a mi chico de este desastroso matrimonio! Destrozaría su vida.

—Nadie destroza la vida de nadie, salvo uno mismo.

—Este matrimonio destrozará la de Basil —dijo *mistress* Chester categóricamente.

—No me preocupa Basil.

—¿No será la *chica* la que le preocupa?

—No, me preocupa *usted*. Ha estado usted malgastando su vida.

Mistress Chester le miró un poco sorprendida.

—De los veinte a los cuarenta vive uno encadenado por relaciones emocionales. Así debe ser. Eso es la vida. Pero más tarde se llega a una nueva etapa. Puede uno pensar, observar la vida, descubrir algo sobre nuestros semejantes y la verdad sobre nosotros mismos. La vida se hace más real, adquiere mayor importancia. La ve uno como un todo. No sólo como una escena, la escena que uno, como actor, está interpretando. Ningún hombre, ni ninguna mujer, es realmente el mismo hasta pasados los cuarenta y cinco. Entonces la individualidad tiene su oportunidad.

Mistress Chester dijo:

—Me he dedicado siempre a él. Lo ha sido *todo* para mí; todo.

—Pues no debía haberlo sido. Ahora está usted sufriendo las consecuencias. Quiéralo usted todo lo que le parezca, pero no olvide que es usted Adela Chester, una persona, no únicamente la madre de Basil.

—Sería horrible para mí ver a Basil con la vida destrozada —dijo la madre de Basil.

Parker Pyne contempló los delicados rasgos de su cara, la boca anhelante. Era una mujer encantadora. No le gustaría verla sufrir.

—Veré lo que puedo hacer —dijo.

* * *

Basil Chester tenía muchas ganas de hablar, deseoso de presentar su punto de vista.

—Esto es un infierno. Mi madre es imposible…, está llena de prejuicios y tiene una mente muy estrecha. Si no estuviera tan obstinada, vería lo que vale Betty.

—¿Y Betty?

Basil suspiró.

—¡Betty está de lo más difícil! Si transigiera un poco…, quiero decir, si no se pintara tanto, podría cambiar todo. Parece como si quisiera hacer lo posible por…, bueno, por resultar moderna cuando está mi madre delante.

Parker Pyne sonrió.

—Betty y mi madre son las dos personas que más quiero en el mundo; parecería lógico que las dos fueran uña y carne.

—Tiene usted mucho que aprender, joven —dijo Parker Pyne.

—Me gustaría que fuera usted conmigo a ver a Betty y hablara con ella de todo esto.

Parker Pyne aceptó de buen grado la invitación.

Betty, su hermana y su cuñado vivían en un hotelito destartalado, un poco retirado del mar. Su vida era de una sencillez vigorizante. Sus muebles consistían en tres sillas, una mesa y las camas. Había una alacena en la pared, que contenía los platos y tazas indispensables. Hans era un joven excitable, de cabello rubio todo revuelto y erizado. Hablaba un inglés muy raro a una velocidad increíble, paseándose de un lado al otro de la habitación. Stella, su mujer, era rubia y de baja estatura. Betty Gregg era pelirroja y tenía pecas y unos ojos traviesos. Parker Pyne observó que estaba mucho menos maquillada que el día anterior en el Pin d'Or.

Le ofreció un combinado y dijo, chispeándole los ojos:

—¿Está usted dentro del cotarro?

Parker Pyne asintió.

—¿Y en qué bando está usted, señor mío? ¿En el de los jóvenes amantes o en el de la dama intransigente?

—¿Me permite que le haga una pregunta?

—Desde luego.

—¿Ha llevado usted este asunto con tacto?

—En absoluto —dijo *miss* Gregg con franqueza—. Pero es que esa bruja me pone negra —echó una ojeada a su alrededor, para asegurarse de que Basil no podía oírla —. Me saca de quicio por completo. Ha tenido a Basil atado a sus faldas durante todos estos años… Ese sistema hace que luego los hombres parezcan tontos. Basil no es tonto en realidad. Además, es tan sumamente respetable…

—Eso no es una cosa tan mala. Lo que pasa es que resulta «anticuado» por el momento.

A Betty Gregg le chispearon los ojos.

—¿Quiere usted decir que es como subir al desván en la época victoriana unas sillas Chippendale? Luego las vuelve uno a bajar y dice: ¿verdad que son maravillosas?

—Algo así.

Betty Gregg consideró la cuestión.

—Puede que tenga usted razón. Voy a ser sincera. Fue Basil el que me puso negra… ¡Estaba tan preocupado con la impresión que pudiera causarle a su madre! Eso me hizo exagerar las cosas. Creo que incluso ahora sería capaz de alejarme… si su madre se lo propusiera.

—Puede que lo hiciera —dijo Parker Pyne— si su madre supiera cómo llevar el asunto.

—¿Va usted a decirle cómo llevarlo? Porque ella por sí sola no sabría. Lo único que hará será seguir censurando, y eso no servirá de nada. Pero si usted le aconseja…

Se mordió los labios y alzó hacia él sus ojos azules y francos.

—He oído hablar de usted, míster Parker Pyne. Se dice que conoce usted la naturaleza humana. ¿Cree usted que Basil y yo podríamos llevarnos bien…, o no?

—Me gustaría que contestara usted a tres preguntas.

—¿Un *test* de compatibilidad? Muy bien, adelante.

—¿Duerme usted con la ventana abierta o cerrada?

—Abierta. Me gusta que entre mucho aire.

—¿Tienen Basil y usted los mismos gustos sobre comida?

—Sí.

—¿Le gusta acostarse tarde o temprano?

—Le diré en confianza que temprano. A las diez y media me pongo a bostezar y por la mañana me siento llena de vida…; claro que nunca lo admitiría.

—Creo que podrían llevarse ustedes muy bien —dijo Parker Pyne.

—Un *test* un poco superficial.

—Nada de eso. He conocido por lo menos siete matrimonios que fracasaron por completo porque al marido le gustaba estar levantado hasta las doce y la mujer se quedaba dormida a las nueve y media, y viceversa.

—Es una lástima que no pueda ser feliz todo el mundo —dijo Betty—. Basil y yo juntos y su madre dándonos su bendición…

Parker Pyne soltó una tosecita.

—Creo —dijo— que eso podría arreglarse.

Ella le miró, recelosa.

—¿No me estará usted engañando? —preguntó.

El rostro de Parker Pyne permaneció inescrutable.

* * *

A *mistress* Chester la animó con unas cuantas vaguedades. Un noviazgo no quería decir boda precisamente. Él se marchaba una semana a Sóller. Le aconsejó que

adoptara una actitud diplomática, que fingiera aceptar los hechos.

En Sóller pasó una semana muy agradable.

A su regreso se encontró con que había ocurrido algo completamente inesperado.

Al entrar en el Pin d'Or, lo primero que vio fue a *mistress* Chester y a Betty Gregg tomando el té juntas. Basil no estaba. *Mistress* Chester tenía aspecto demacrado. Betty también tenía mala cara. Apenas iba maquillada y parecía como si hubiera llorado.

Le saludaron amablemente, pero ninguna de las dos mencionó a Basil.

De pronto, Parker Pyne vio a Betty retener la respiración, como si algo le hubiera hecho daño. Parker Pyne volvió la cabeza.

Basil Chester estaba subiendo los peldaños que llevaban al mar. Con él iba una chica tan sumamente hermosa y exótica que le dejaba a uno sin habla. Era morena y tenía una figura maravillosa. Nadie podía dejar de notarlo, porque llevaba un traje de baño azul muy reducido. Iba muy maquillada, con polvos color ocre y labios de un tono entre naranja y escarlata, pero los afeites no hacían sino acentuar su notable belleza. En cuanto a Basil, parecía incapaz de apartar de ella la vista.

—Vienes muy tarde, Basil —dijo su madre—. Tenías que llevar a Betty a Mac's.

—Fue culpa mía —dijo la hermosa desconocida, arrastrando las palabras—. Se nos pasó el tiempo sin darnos cuenta —se volvió hacia Basil—. Encanto, tráeme algo de beber que sea fuertecito.

Se quitó los zapatos y estiró los pies, cuyas uñas llevaba pintadas de verde esmeralda, haciendo juego con las uñas de las manos.

No hizo el menor caso de las dos mujeres, pero se inclinó un poco hacia Parker Pyne.

—¡Qué isla más horrible! —dijo—. Me moría de aburrimiento antes de conocer a Basil. *Es* un ángel.

—Míster Parker Pyne, la señorita Ramona —dijo *mistress* Chester.

La chica respondió a la presentación con una sonrisa lánguida.

—Creo que enseguida le llamaré Parker —murmuró—. Yo me llamo Dolores.

Basil volvió con las bebidas. La señorita Ramona repartió su conversación (conversación de pocas palabras: casi todo se reducía a miradas) entre Basil y Parker Pyne. De las dos mujeres no hizo el menor caso. Betty trató una o dos veces de mezclarse en la conversación, pero la otra chica se limitó a mirarla y a bostezar.

De pronto, Dolores se levantó.

—Creo que me voy. Estoy en el otro hotel. ¿Me acompaña alguien a casa?

Basil se puso en pie de un salto.

—Voy yo contigo.

Mistress Chester dijo:

—Basil, hijo…

—Vuelvo pronto, mamá.

—Miren al niño de su mamá —dijo la señorita Ramona, sin dirigirse a nadie en particular—. Siempre pegadito a sus faldas.

Basil enrojeció y se quedó confuso. La señorita Ramona hizo una seña con la cabeza en dirección a *mistress* Chester, sonrió a Parker Pyne de un modo deslumbrante y se marchó con Basil.

Tras su marcha se produjo un silencio embarazoso. Parker Pyne no quería ser el primero en hablar. Betty Gregg se retorcía los dedos y miraba hacia el mar. *Mistress* Chester parecía confusa e indignada ante aquel proceder.

Betty dijo, con voz algo insegura:

—Bueno, ¿qué le parece nuestra última adquisición en la bahía de Pollensa?

Parker Pyne dijo con cautela:

—Un poquito…, ¡ejem!…, exótica.

—¿Exótica?

Betty soltó una sonrisita amarga.

Mistress Chester dijo:

—Es espantosa, espantosa. Basil debe de estar loco.

Betty dijo, cortante:

—Está bien cuerdo.

—¡Qué uñas! —dijo *mistress* Chester, estremeciéndose de repugnancia.

Betty se levantó bruscamente.

—Creo, *mistress* Chester, que es mejor que me vaya a casa y no me quede a cenar.

—Pero, querida…, Basil lo va a sentir mucho.

—¿Sí? —preguntó Betty, soltando una risita—. De todos modos, me voy. Me duele la cabeza.

Les dirigió una sonrisa y se marchó. *Mistress* Chester se volvió hacia Parker Pyne.

—¡Ojalá no hubiéramos venido nunca a este lugar! ¡Nunca!

Parker Pyne movió tristemente la cabeza.

—No debía haberse usted marchado —dijo *mistress* Chester—. Si usted hubiera estado aquí, esto no hubiera ocurrido.

Parker Pyne no pudo menos de contestar:

—Señora mía, le aseguro a usted que tratándose de una chica guapa no tendría influencia alguna sobre su hijo. Parece, ¡ejem!…, de un temperamento un poco impresionable.

—Nunca lo había sido —dijo *mistress* Chester, compungida.

—Bueno —dijo Parker Pyne, tratando de animarla—, parece que esta nueva atracción ha dado al traste con su pasión por *miss* Gregg. Supongo que esto le producirá satisfacción.

—No sé lo que quiere decir —dijo *mistress* Chester—. Betty es una chiquilla encantadora y quiere mucho a Basil. Se está portando muy bien en estas

circunstancias. Mi hijo debe de estar loco.

Parker Pyne recibió este sorprendente cambio de postura sin pestañear. Conocía por experiencia la inconstancia femenina.

—Loco, no —dijo suavemente—; sólo embrujado.

—¡Esa criatura es horrible!

—Pero guapísima.

Mistress Chester dio un respingo.

Basil subió los peldaños que conducían al mar.

—Hola, mamá. Aquí estoy. ¿Dónde está Betty?

—Betty se ha marchado a su casa. Le dolía la cabeza, y no me extraña.

—Quieres decir que estaba enfadada…

—Me parece, Basil, que estás portándote sumamente mal con Betty.

—Por Dios, mamá, no me sermonees. Si Betty se va a poner así cada vez que hable con otra chica, bonita vida me espera.

—Es tu prometida.

—¡Claro que lo es! Pero eso no quiere decir que cada uno no pueda tener sus amigos propios. En estos tiempos, la gente tiene que vivir su vida y tratar de acabar con los celos.

Se calló un momento.

—Mira, si Betty no va a cenar con nosotros…, voy a volver al Mariposa. Habían insistido en que me quedara a cenar…

—Pero, Basil…

El chico le dirigió una mirada exasperada y bajó corriendo los peldaños.

Mistress Chester dirigió a Parker Pyne una mirada llena de elocuencia.

—Ya ve usted —dijo.

Sí, ya veía.

La crisis sobrevino dos días más tarde. Betty y Basil habían planeado dar un largo paseo y llevarse la merienda. Betty llegó al Pin d’Or y se encontró con que Basil había olvidado el plan y había ido a pasar el día a Formentor con la *panda* de Dolores Ramona.

Como única demostración, Betty se limitó a apretar los labios. Sin embargo, poco después se levantó y se quedó de pie, delante de *mistress* Chester (estaban las dos solas en la terraza).

—Muy bien —dijo—. No importa. Pero de todos modos…, creo que lo mejor es que demos el asunto por terminado.

Se sacó del dedo el anillo que Basil le había dado, en espera de comprar el verdadero anillo de compromiso.

—¿Quiere usted devolverle esto, *mistress* Chester? Y dígale que está bien, que no se preocupe…

—¡Betty, querida, por favor! ¡Él te quiere, de verdad!

—Eso parece —dijo la chica con una risita—. No…, yo tengo mi orgullo. Dígale que no se preocupe y que… le deseo suerte.

Cuando Basil volvió, al atardecer, le esperaba una tormenta.

Enrojeció un poco al ver el anillo.

—Conque eso es lo que quiere, ¿verdad? Bueno, puede que sea lo mejor.

—¡Basil!

—La verdad, mamá, no parece que nos hayamos llevado muy bien últimamente.

—¿Y de quién es la culpa?

—No creo que haya sido mía precisamente. Los celos son una cosa horrible y, además, no sé por qué has de disgustarte tanto. Tú misma me has pedido que no me casara con Betty…

—Eso fue antes de conocerla bien. Basil, querido…, ¿no pensarás casarte con esa otra?

Basil Chester dijo tranquilamente:

—Me casaría con ella sin dudarlo si me quisiera…, pero me temo que no me querrá.

Mistress Chester sintió que un escalofrío le corría por la espina dorsal. Fue en busca de Parker Pyne y lo encontró en un rincón tranquilo, leyendo plácidamente un libro.

—¡Tiene usted que *hacer* algo! ¡*Tiene* usted que hacer algo! ¡La vida de mi hijo va a ser destrozada de un momento a otro!

Parker Pyne se estaba cansando un poco de la vida de Basil Chester.

—Vaya a ver a esa horrible criatura. Si es necesario, cómprela.

—Puede que resulte muy caro.

—No me importa.

—Sería una lástima. Pero puede que haya otros medios.

Ella le interrogó con la mirada, pero Parker Pyne movió la cabeza en sentido negativo.

—No prometo nada, pero veré lo que puedo hacer. Conozco el tipo. Por cierto, ni una palabra a Basil…; sería fatal.

—Claro que no.

Parker Pyne volvió del Mariposa a medianoche. *Mistress* Chester le esperaba levantada.

—¿Qué hay? —preguntó, impaciente, reteniendo la respiración.

Los ojos de Parker Pyne chispearon.

—*Miss* Dolores Ramona saldrá de Pollensa mañana por la mañana, y de la isla mañana mismo por la noche.

—¡Oh, míster Parker Pyne! ¿Cómo lo consiguió?

—No costará ni un céntimo —dijo Parker Pyne, chispeándole de nuevo los ojos —. Pensé que a lo mejor podía influir en ella…, y no me equivoqué.

—Es usted maravilloso. Nina Wycherley tenía razón. Tiene usted que decirme cuánto…, sus honorarios…, pues… deseo…

Parker Pyne levantó su mano cuidada.

—Ni un penique. Ha sido un placer. Espero que todo salga bien. Claro que al principio el chico estará muy disgustado cuando se entere de que ha desaparecido sin dejar su dirección. Tenga usted cuidado con él durante una semana o dos.

—Si Betty le perdonara…

—Claro que le perdonará. Son una pareja simpática. Por cierto, yo también me marcho mañana; necesito estar en Londres.

—Le vamos a echar de menos, míster Pyne.

—Puede que sea mejor que me vaya, antes que su hijo se encapriche de una tercera chica.



Parker Pyne se inclinó sobre la barandilla del barco y miró las luces de Palma. A su lado estaba Dolores Ramona. Él estaba diciendo:

—Buen trabajo, Madeleine. Me alegro de haberle telegrafiado que viniera. Es extraño, siendo usted, realmente, una chica tan casera y tranquila.

Madeleine de Sara, alias Dolores Ramona, alias Maggie Sayers, dijo modosita:

—Me alegro de que esté contento, míster Parker Pyne. Ha sido un modo agradable de romper la monotonía. Bueno, me voy abajo a acostarme, antes que salga el barco. Me mareo un tanto…

Unos minutos más tarde, una mano se posó en el hombro de Parker Pyne. Al volverse éste se encontró con Basil Chester.

—He querido venir a despedirle, míster Parker Pyne, a transmitirle el afecto de Betty y a darle las gracias en su nombre y en el mío propio. Ha sido muy buena su estratagema. Ahora Betty y mamá son uña y carne. Ha sido una pena tener que engañarla a la pobrecita…, pero se estaba poniendo muy difícil. Bueno, ahora todo va bien. Sólo tengo que tener cuidado con seguir de mal humor unos días más. Nunca podremos agradecérselo bastante Betty y yo.

—Les deseo que sean muy felices —dijo Parker Pyne.

—Gracias.

Se produjo un silencio. Luego Basil dijo, con indiferencia un tanto exagerada:

—¿Está *miss*…, *miss* de Sara por ahí? Me gustaría darle las gracias también a ella.

Parker Pyne le dirigió una mirada penetrante.

—Lo siento —dijo—. *Miss* de Sara se ha acostado.

—Bueno, mala suerte… Puede que algún día la vea en Londres.

—A decir verdad, se marcha a América casi enseguida, a hacerme un trabajo.

—¡Ah! —dijo Basil con voz inexpresiva—. Bueno, me marcho…

Parker Pyne sonrió. De paso para su camarote dio unos golpecitos en la puerta del de Madeleine.

—¿Cómo se encuentra, querida? ¿Bien? Ha estado aquí nuestro joven amigo. Padece el ligero ataque de Madeleinitis de costumbre. Se le pasará en un par de días, pero es usted perturbadora.

Misterio en las regatas

(The Regatta Mystery).

Míster Isaac Pointz se quitó el cigarro de la boca y dijo en tono de aprobación:

—Bonito lugar.

Demostrada con esta frase la aprobación que le merecía el puerto de Darmouth, puso de nuevo el cigarro entre los labios y miró a su alrededor con la expresión del hombre satisfecho de sí mismo, de su aspecto, de todo lo que le rodea y de la vida en general.

En cuanto a su aspecto, míster Isaac Pointz era un hombre de cincuenta y ocho años, saludable, quizá con cierta tendencia a padecer del hígado. No es que fuera grueso precisamente; pero sí estaba de buen año, y el traje marinero que llevaba en aquel momento no era el atuendo más adecuado para un hombre de mediana edad, con tendencia a la redondez. Pointz iba muy bien vestido —impecables la raya del pantalón, cada botón de su traje— y su rostro moreno, de rasgos un poco orientales, mostraba una amplia sonrisa bajo su gorra marinera. En cuanto a lo que le rodeaba, podía por ello entenderse sus acompañantes: su socio, míster Leo Stein, *sir* George y *lady* Marroway, míster Samuel Leathern, americano con el que tenía negocios, su hija, la colegiala Eve, *mistress* Rustington y Evan Llewellyn.

Acababan de bajar a tierra desde el yate de Pointz, el *Merrimaid*. Por la mañana habían presenciado la regata de yates y ahora habían bajado a tierra a disfrutar durante un rato de la alegría de la verbena —Tiro al Coco[3], Mujeres Gordas, la Araña Humana, el Tiovivo…—. Ni que decir tiene que estas delicias fueron saboreadas principalmente por Eve Leathern. Cuando por último Pointz indicó que era hora de dirigirse al hotel Royal George para cenar, la suya fue la única voz que expresó disconformidad.

—Pero, míster Pointz, me gustaría tanto que me dijera el porvenir la Reina Gitana…

Pointz tenía sus dudas respecto a la realeza de la gitana, pero dio su indulgente autorización.

—Eve lo está pasando en grande en la verbena —dijo su padre en son de disculpa —. Pero no le hagan caso; si quieren, vayan andando hacia allá.

—Hay tiempo —dijo Pointz, benigno—. Deje que la señorita se divierta —se volvió hacia donde estaba su socio—. Te juego una partida a las flechas, Leo.

—Veinticinco puntos o más de veinticinco puntos gana premio —cantó con voz aguda y nasal el hombre encargado del puesto de las flechas.

—Te apuesto cinco libras a que el total de mis tantos supera al tuyo —dijo Pointz.

—Vale —dijo Stein con presteza.

Poco después los dos hombres estaban enfrascados animosamente en la batalla.

Marroway dijo en voz baja a Evan Llewellyn:

—Eve no es la única niña del grupo.

Llewellyn asintió sonriendo, pero algo distraído.

Todo el día había estado distraído. En algunas ocasiones, sus respuestas habían estado fuera de lugar.

Pamela Marroway se apartó de él y dijo a su marido:

—A ese chico le preocupa algo.

—¿Algo o alguien? —murmuró *sir* George, dirigiendo una mirada rápida a Janet Rustington.

Lady Marroway frunció ligeramente el ceño. Era una mujer alta, vestida con un gusto exquisito. El rojo de sus uñas entonaba con los pendientes de coral que llevaba en las orejas. Tenía los ojos oscuros y alertas. *Sir* George adoptaba la *pose* del caballero inglés cordial y campechano; pero sus ojos, de un azul claro, tenían la misma expresión vigilante que los de su esposa.

Isaac Pointz y Leo Stein eran traficantes de diamantes de Hatton Garden[4]. *Sir* George y *lady* Marroway procedían de un mundo distinto, el mundo de Antibes y Juan les Pins, del golf en San Juan de Luz y los baños en Madeira en invierno.

Aparentemente, era como los lirios, que no se afanaban ni hilaban[5]. Pero puede que eso no fuera cierto. Hay distintos modos de afanarse y de hilar.

—Aquí viene la niña —dijo Evan Llewellyn a *mistress* Rustington.

Era un joven moreno, con cierto aire de lobo hambriento que algunas mujeres encontraban atractivo.

Era difícil saber si *mistress* Rustington lo encontraba atractivo o no. No llevaba el corazón en la mano. Se había casado joven y el matrimonio había terminado en desastre en menos de un año. Desde entonces era difícil saber lo que Janet Rustington pensaba de las personas o de las cosas; su actitud era siempre la misma: encantadora, pero completamente distante.

Eve Leathern se acercó a ellas bailando, su cabellera rubia y lisa saltando de excitación. Tenía quince años y era una chiquilla difícil, pero llena de vitalidad.

—Me voy a casar cuando tenga diecisiete años —exclamó jadeante—. Con un hombre muy rico, y vamos a tener seis niños, y los martes y los jueves son mis días de suerte, y debo ir siempre vestida de verde o de azul, y la esmeralda es la piedra que me trae suerte, y…

—Bueno, rica; creo que debemos ir andando —dijo su padre.

Leathern era un hombre alto, rubio, de aspecto dispéptico y con expresión un tanto triste.

Pointz y Stein regresaban en aquél momento del puesto de flechas. Pointz reía entre dientes y Stein parecía algo alicaído.

—Todo ha sido cuestión de suerte —decía este último.

Pointz se dio unas alegres palmaditas en el bolsillo.

—Te saqué cinco libras limpiamente. Habilidad, hijo mío, habilidad. Mi padre era un tirador de flechas de primera. Bueno, amigos, vámonos. ¿Te han dicho el porvenir,

Eve? ¿Te han dicho que te cuides de un hombre moreno?

—De una mujer morena —corrigió Eve—. Es bizca, y si no tengo cuidado me hará mucho daño. Y me voy a casar a los diecisiete años…

Siguió corriendo alegremente, mientras el grupo se encaminaba al Royal George.

Pointz había tenido la precaución de encargar con anticipación la cena. Un camarero, todo inclinaciones, los condujo escalera arriba a un comedor reservado del primer piso. En el comedor, una mesa redonda estaba dispuesta para la cena. La gran ventana saliente que daba sobre el puerto estaba abierta. Llegó hasta ellos el ruido de la verbena, del que sobresalían las agudas notas de tres tiovivos, cada uno lanzando estrepitosamente al aire una melodía distinta.

—Será mejor cerrar si queremos oírnos —observó Pointz brevemente, acompañando la acción a la palabra.

Se sentaron alrededor de la mesa y Pointz sonrió con afecto a sus invitados. Le parecía que estaba obsequiándolos por todo lo alto y a él le gustaba obsequiar así a la gente. Su mirada fue pasando de uno a otro. *Lady* Marroway…, una mujer refinada; no de lo mejor, claro; se daba cuenta perfecta de que lo que él había llamado toda su vida «crême de la crême» no se trataba con los Marroway, pero, después de todo, la «crême de la crême» no tenía la menor idea de su propia existencia. De todos modos, *lady* Marroway era una mujer elegantísima y no le importaba que le hiciera trampas jugando al *bridge*. Cuando *sir* George lo hacía, ya no le gustaba tanto. Tenía una mirada sospechosa. Se veía a las claras que le poseía el afán de lucro. Pero no iba a lucrarse mucho a costa de Isaac Pointz. Ya tendría él buen cuidado de evitarlo.

El viejo Leathern no era mala persona; un pesado, desde luego, como la mayoría de los americanos, que se ponen a contarle a uno historias interminables. Y tenía la desconcertante costumbre de solicitar datos exactos. ¿Cuántos habitantes tenía Darmouth? ¿En qué año se había construido el Colegio Naval? Y así sucesivamente. Creía que su anfitrión tenía que ser algo así como un *Baedeker* viviente. Eve era una chiquilla alegre y agradable. Disfrutaba metiéndose con ella. Tenía la voz muy ronca, pero de tonta no tenía un pelo. Muy despabilada.

El joven Llewellyn… parecía un poco silencioso. Como si algo le preocupara. Sin una perra, probablemente. Aquellos escritores casi nunca tenían una perra. Parecía como si le gustara Janet Rustington. Una mujer agradable, atractiva e inteligente, además. Pero no estaba hablándole a uno todo el día de sus libros. Escribía obras muy intelectuales, pero oyéndola hablar nadie lo hubiera creído. ¡Y el bueno de Leo! Estaba poniéndose viejo y gordo. Inconsciente, afortunadamente, de que su socio estaba pensando lo mismo de él en aquel instante, Pointz hizo notar a Leathern que las sardinas tenían relación con Devon, no con Cornwall, y se dispuso a saborear su comida.

—Míster Pointz —dijo Eve una vez que los camareros hubieron salido del comedor, tras haber servido los platos de caballa caliente.

—Diga usted, señorita.

—¿Tiene usted aquí aquel diamante tan grande?… ¿Aquél que nos enseñó usted y dijo que siempre llevaba encima?

Pointz se rió entre dientes.

—Así es. Lo considero como mi mascota. Sí; claro que lo tengo aquí.

—Lo encuentro peligrosísimo. Pudo habérselo quitado alguien en la verbena entre tanta gente.

—No lo creas —dijo Pointz—. Ya me ocupo yo de eso.

—Pero *podían* habérselo robado —insistió Eve—. En Inglaterra tendrán ustedes *gangsters*, como nosotros en América, ¿verdad?

—No podrán llevarse la Estrella Matutina —dijo Pointz—. Primero, está en un bolsillo interior especial. Y además…, el viejo Pointz sabe lo que se trae entre manos. Nadie es capaz de robar la Estrella Matutina.

Eve se rió.

—¡Ja, ja! ¡Le apuesto algo a que yo puedo robarla!

—Te apuesto algo a que no —saltó Pointz, divertido.

—Bueno; yo apuesto a que sí. Estuve pensando en eso anoche en la cama, después que usted la pasara alrededor de la mesa para que la viéramos todos. Se me ocurrió un medio de robarla verdaderamente estupendo.

—¿Y en qué consistía?

Eve inclinó la cabeza y su melena rubia se agitó con la excitación.

—No se lo digo…, por ahora. ¿Qué se apuesta usted?

A Pointz le vinieron a la mente recuerdos de su juventud.

—Media docena de pares de guantes —dijo.

—¡Guantes! —exclamó Eve con desagrado—. ¿Quién se pone guantes?

—Bueno… ¿usas medias de nylon?

—¡Claro que sí! Y mi mejor par se me ha roto esta mañana.

—Muy bien, entonces. Media docena de pares de medias de nylon de las mejores.

—¡Uy! —gritó Eve, llena de contento—. ¿Y usted qué?

—Pues yo necesito una tabaquera nueva.

—Bien. De acuerdo. No es que vaya usted a conseguir su tabaquera, ¿eh? Ahora voy a decirle lo que tiene que hacer. Tiene usted que pasarnos la piedra, igual que hizo ayer.

Se calló de pronto, al tiempo que dos camareros entraban en el comedor a recoger los platos. Cuando empezaban a comer el pollo, Pointz dijo:

—Recuerda, jovencita, que si vamos a representar un robo auténtico haré llamar a la Policía para que te registren.

—Muy bien. Pero no es necesario que lo haga todo tan a lo vivo, metiendo a la Policía en el asunto. *Lady* Marroway y *mistress* Rustington pueden registrarme todo lo que usted quiera.

—Bien; entendido —dijo Pointz—. ¿Es que piensas dedicarte a ladrona de joyas?

—A lo mejor escogía esa carrera… si valiera la pena.

—Si robaras la Estrella Matutina valdría la pena. Aun después de fraccionada, esa piedra valdría más de treinta mil libras.

—¡Jesús! —dijo Eve, impresionada—. ¿Cuánto es eso en dólares?

Lady Marroway lanzó una exclamación.

—¿Y lleva usted encima una piedra de ese valor? —dijo en tono reprobatorio—. Treinta mil libras…

Sus pestañas, oscurecidas con *rimmel*, se estremecieron perceptiblemente.

Mistress Rustington dijo suavemente:

—Es mucho dinero… Y, además, la fascinación de la piedra en sí… Es hermosa.

—No es más que un trozo de carbón —dijo Evan Llewellyn.

—Siempre he oído decir que «colocar» las prendas es la mayor dificultad en los robos de joyas —dijo *sir* George—. El *perista* se lleva la parte del león… es la costumbre.

—Vamos —dijo Eve, excitada—. Vamos a empezar. Saque el diamante y diga lo que dijo anoche.

Leathern dijo con voz profunda y melancólica:

—Tengo que pedirles que disculpen a mi retoño. Está muy excitada…

—Bueno ya, *papi* —dijo Eve—. A ver, míster Pointz…

Sonriendo, Pointz rebuscó en un bolsillo interior. Cogió algo y lo dejó en la palma de la mano, lanzando destellos. Un brillante…

Con cierta torpeza, Pointz repitió con toda la exactitud que su memoria le permitió su discurso de la noche anterior en el *Merrimaid*.

—Quizá, señoras y caballeros, les gustaría echar un vistazo a esto. Es una piedra de una belleza extraordinaria. La llamo la Estrella Matutina y la llevo conmigo a todas partes; es como si fuera mi mascota. ¿Quieren verla?

Se la tendió a *lady* Marroway. Ésta la cogió, lanzó una exclamación sobre su belleza y se la pasó a Leathern, quien dijo: «Muy bonita… sí, muy bonita», de un modo un poco artificial, pasándosela luego a su vez a Llewellyn.

Los camareros entraron en aquel momento y la sesión fue interrumpida por unos instantes. Una vez se hubieron marchado, dijo Evan: «Buena piedra», y se la pasó a Leo Stein, quien no se molestó en hacer ningún comentario, sino que se la entregó rápidamente a Eve.

—¡Es una verdadera maravilla! —exclamó con voz aguda y afectada.

—¡Oh! —lanzó un grito de espanto al caérsele de la mano—. Se me ha caído.

Echó hacia atrás su silla y se agachó, palpando con la mano bajo la mesa. *Sir* George, sentado a su derecha, se agachó también. En la confusión, un vaso se cayó de la mesa. Stein, Llewellyn y *mistress* Rustington ayudaron en la búsqueda. Por último, *lady* Marroway se unió a los demás. Pointz fue el único que no tomó parte en la acción. Permaneció en su asiento, bebiendo su vino a pequeños sorbos y sonriendo con expresión sardónica.

—¡Ay, Dios mío! —dijo Eve, continuando con su actitud artificial—. ¡Qué horrible! ¿Adónde *puede* haber ido a parar? No la encuentro por ninguna parte.

Uno a uno, todos los que habían ayudado en la búsqueda se pusieron en pie.

—Ha desaparecido de verdad, Pointz —dijo *sir* George sonriendo.

—Muy bien hecho —aprobó Pointz—. Harías una actriz estupenda, Eve. Ahora vamos a ver: ¿la has escondido en algún sitio o la tienes encima?

—Que me registren —dijo Eve en tono dramático.

La mirada de Pointz descubrió un gran biombo colocado en un rincón de la habitación. Lo señaló con un gesto, mirando luego a *lady* Marroway y a *mistress* Rustington.

—Si hacen ustedes el favor, señoras…

—Naturalmente —dijo *lady* Marroway sonriendo.

Las dos mujeres se levantaron. *Lady* Marroway dijo:

—No tenga miedo, míster Pointz. La examinaremos a fondo.

Las tres se ocultaron en el biombo.

Hacía calor en la habitación. Evan Llewellyn abrió la ventana. Un vendedor de periódicos pasaba en aquel momento. Evan echó una moneda y el hombre lanzó un periódico. Llewellyn lo desdobló.

—La situación de Hungría no es muy buena que digamos —dijo.

—¿Es el periodicucho local? —preguntó *sir* George—. Un caballo que me interesa tenía que correr hoy en Haldon… *Natty Boy*.

—Leo —dijo Pointz—, cierra la puerta. No interesa que esos dichosos camareros estén entrando y saliendo hasta que terminemos este asunto.

—*Natty Boy* pagó tres a uno —dijo Evan.

—Poca cosa —dijo *sir* George.

—Casi todo lo que trae son noticias de las regatas —dijo Evan echando una ojeada al periódico.

Las tres jóvenes salieron de detrás del biombo.

—Ni rastro del brillante —dijo Janet Rustington.

—Le aseguro que encima no lo tiene —dijo *lady* Marroway.

Pointz la creyó sin dificultad. En la voz de *lady* Marroway había una nota inflexible y no le cupo la menor duda de que el registro había sido concienzudo.

—Oye, Eve: no te lo habrás tragado, ¿verdad? —preguntó ansioso Leathern—. Podría hacerte daño.

—La hubiera visto yo —dijo Leo Stein sencillamente—. La estuve observando y no se metió nada en la boca.

—No podía tragarme una cosa tan grande como ésa y toda llena de puntas —dijo Eve. Se puso las manos en las caderas y miró a Pointz—. Bueno, ¿qué hay, señor mío? —preguntó.

—Quédate dónde estás y no te muevas —dijo Pointz.

Los hombres quitaron el mantel de la mesa y la pusieron del revés. Pointz la examinó centímetro a centímetro. Después dedicó su atención a la silla en que Eve había estado sentada y a las sillas inmediatas a la de la chica.

No podía pedirse un registro más concienzudo. Los otros cuatro hombres se unieron a Pointz y lo mismo hicieron las mujeres. Eve Leathern, de pie junto a la pared, cerca del biombo, se reía, divertidísima.

Cinco minutos más tarde, Pointz se enderezó, lanzando un gruñido, y se limpió el polvo de los pantalones con expresión melancólica. Su anterior lozanía parecía un poco malparada.

—Eve —dijo—. Me descubro ante ti. Eres lo mejor que he conocido en mi vida en materia de ladrones de joyas. No comprendo qué has hecho de la piedra. Tiene que estar en la habitación, puesto que no la tienes encima. Me declaro vencido.

—¿Son mías las medias? —preguntó Eve.

—Tuyas son, señorita.

—Eve, hijita, ¿dónde *puedes* haberlo escondido? —preguntó con curiosidad *mistress* Rustington.

Eve hizo una cabriola.

—Ahora lo va usted a ver. Se van a tirar de los pelos.

Se dirigió a la mesa auxiliar, donde habían sido amontonadas de cualquier modo las cosas de la comida. Cogió su pequeño bolso negro de noche…

—Delante de las narices. Delante…

Su voz, alegre y triunfante, se quebró de pronto.

—¡Oh! —dijo—. ¡Oh!

—¿Qué te ocurre, hijita? —dijo su padre.

Eve dijo en un susurro:

—Ha desaparecido…, ha *desaparecido*…

—¿Qué ocurre? —preguntó Pointz, acercándose.

Eve se volvió hacia él impetuosamente.

—La cosa era así. Este bolso mío tiene una piedra grande, artificial, en medio del cierre. Ayer se cayó y cuando estaba usted enseñándonos el diamante me di cuenta de que era de un tamaño muy parecido al de mi piedra. Y entonces, por la noche, se me ocurrió que para robar el brillante sería una idea estupenda colocarlo en el hueco de mi bolso pegándolo con un poco de plastilina. Estaba segura de que nadie lo encontraría. Eso es lo que hice esta noche. Primero dejé caer el brillante, luego me agaché a cogerlo, con el bolso en la mano, puse el brillante en el hueco, pegándolo con un poco de plastilina que tenía preparada, puse mi bolso en la mesa y seguí haciendo como que buscaba el brillante. Pensé que iba a ser como en las novelas, tenerlo ahí a la vista, delante de las narices de todos, como si fuera una piedra artificial. Y era un buen plan…, ninguno de ustedes lo notó.

—¡Quién sabe! —dijo Stein.

—¿Qué dice?

Pointz cogió el bolso, contempló el hueco, que todavía tenía adherido un poco de plastilina, y dijo lentamente:

—Puede que se haya caído. Será mejor que miremos otra vez.

El registro se repitió, pero esta vez todos estaban muy silenciosos. En la habitación se respiraba una atmósfera de tirantez.

Uno a uno, todos fueron abandonando la tarea. Se quedaron mirándose unos a otros.

—No está en la habitación —dijo Stein.

—Y nadie salió de la habitación —dijo *sir* George de un modo muy significativo.

Se produjo un silencio momentáneo. Eve se echó a llorar.

Su padre le dio unas palmaditas en el hombro.

—Vaya, vaya —dijo torpemente.

Sir George se volvió a Leo Stein.

—Stein —dijo—. Hace un momento murmuró usted algo entre dientes. Cuando le pedí que lo repitiera, dijo usted que no era nada. Pero lo cierto es que he oído lo que dijo. Eve acababa de decir que nadie se había dado cuenta del lugar donde había puesto el brillante. Las palabras que usted pronunció fueron éstas: «Quién sabe». Tenemos que enfrentarnos con la probabilidad de que una persona se dio cuenta, y de que esa persona está en esta habitación en este momento. Opino que lo único justo y digno que puede hacerse es que todos los presentes nos sometamos a un registro personal. El brillante no puede haber salido de la habitación.

Cuando *sir* George interpretaba el papel del viejo caballero inglés, nadie podía superarle. Había hablado con voz llena de sinceridad e indignación.

—Es muy desagradable todo esto —dijo Pointz, descontento.

—Todo ha sido por mi culpa —sollozó Eve—. Yo no quería…

—Anímate, pequeña —dijo Stein bondadosamente—. Nadie te echa a ti la culpa.

Leathern dijo con su voz lenta y pedante:

—Creo que la propuesta de *sir* George será aceptada sin reservas por todos nosotros. Yo, desde luego, la acepto.

—Estoy de acuerdo —dijo Evan Llewellyn.

Mistress Rustington miró a *lady* Marroway y ésta asintió con un gesto. Las dos se retiraron detrás del biombo, acompañadas de la llorosa Eve.

Un camarero llamó a la puerta con los nudillos y le dijeron que se fuera.

Cinco minutos después se miraban todos unos a otros con expresión de incredulidad.

La Estrella Matutina se había esfumado…



Parker Pyne miró con expresión pensativa el rostro moreno y agitado del joven que se sentaba frente a él.

—Claro, míster Llewellyn —dijo—. Es usted de Gales, ¿verdad?

—¿Qué tiene que ver eso?

Parker Pyne agitó su mano larga y cuidada.

—Nada, lo reconozco. Me interesa la clasificación de las reacciones emocionales, tal como se manifiestan en determinados tipos raciales. Eso es todo. Volvamos a considerar su problema personal.

—La verdad es que no sé bien por qué he acudido a usted —dijo Evan Llewellyn.

Le temblaban las manos y su rostro moreno tenía un tinte macilento. Apartaba la mirada de Parker Pyne y el escrutinio de este caballero parecía resultarle molesto.

—No sé por qué he acudido a usted —repitió—. Pero ¿adónde diablos voy a acudir? ¿Y qué diablos puedo hacer? No poder hacer nada en absoluto es lo que me desespera… He visto su anuncio en el periódico y recordé que un chico me había hablado de usted en una ocasión y había dicho que tenía éxito… Y…, bueno, he venido. Me figuro que ha sido una tontería de mi parte. En la situación en que me encuentro, nadie puede hacer nada por mí.

—Nada de eso —dijo Parker Pyne—. Yo soy la persona indicada. Soy especialista en desgracias ajenas. Es evidente que este asunto le ha proporcionado a usted muchos sufrimientos. ¿Está usted seguro de que los hechos son exactamente como usted me los ha contado?

—No creo haber olvidado nada. Pointz sacó el brillante y lo fue pasando. La maldita chica americana lo pegó en su ridículo bolso, y cuando fuimos a mirar al bolso el brillante había desaparecido. No lo tenía nadie encima; incluso el propio Pointz fue registrado…, él mismo lo propuso. ¡Y yo juraría que en la habitación no estaba! *Y nadie salió de la habitación*…

—¿Y los camareros, por ejemplo? —sugirió Parker Pyne.

Llewellyn negó con un movimiento de cabeza.

—Salieron antes que la chica empezara con el jaleo del brillante, y después Pointz cerró la puerta para que no pudieran entrar. No; tiene que haber sido uno de nosotros.

—Eso parece —dijo Parker Pyne pensativo.

—Aquel maldito periódico —dijo Evan Llewellyn con amargura—. Comprendí que todos estaban pensando en lo mismo: que aquél era el único medio…

—Repítame exactamente lo que ocurrió.

—Fue muy sencillo. Yo abrí la ventana, silbé al hombre, le tiré una moneda y él me tiró el periódico. Y así estamos…, ése fue el único camino por el que el brillante pudo salir de la habitación…, tirándoselo yo a un cómplice que esperara en la calle.

—No fue el único camino —dijo Parker Pyne.

—¿Qué otro camino se le ocurre a usted?

—Si usted no lo tiró, tiene que haber habido otro medio.

—¡Ah, ya! Creí que se refería usted a algo más concreto. Bueno, yo lo único que puedo decir es que *no* lo he tirado por la ventana. No espero que usted me crea…, ni que nadie me crea.

—Sí, sí; yo le creo —dijo Parker Pyne.

—¿Me cree usted? ¿Por qué?

—No encaja en el tipo criminal —dijo Parker Pyne—. Es decir, no encaja en el tipo de ladrón de joyas. Naturalmente, hay crímenes que sería usted capaz de cometer, pero no vamos a meternos ahora en ese tema. En cualquier caso, no puedo imaginármelo a usted como el ladrón de la Estrella Matutina.

—Sin embargo, todo el mundo cree que lo robé —dijo Llewellyn con amargura.

—Comprendo —dijo Parker Pyne.

—En aquella ocasión me miraban de un modo extraño. Marroway cogió el periódico y se limitó a mirar hacia la ventana. No dijo nada. Pero Pointz comprendió enseguida. Comprendí lo que estaba pensando. No ha habido ninguna acusación directa; eso es lo malo.

Parker Pyne asintió, comprensivo.

—Peor que una acusación directa —dijo.

—Sí. Sospechas nada más. Ha venido a verme un tipo y me ha hecho muchas preguntas… investigación rutinaria le llamó. Supongo que sería uno de esos policías elegantes de la nueva escuela. Obró con mucho tacto, sin hacer insinuaciones. Sólo mostró interés en el hecho de que antes andaba muy mal de dinero y de pronto se me veía nadando en la abundancia.

—¿Y era cierto eso?

—Sí…; tuve suerte con unos caballos. Por desgracia, hice las apuestas en el hipódromo y nada puede demostrar que fue de ese modo como conseguí el dinero. No pueden demostrar que miento, claro; pero ésa sería la clase de mentira que diría el hombre que no quisiera decir de dónde provenía su dinero.

—Es cierto. Sin embargo, necesitarán tener mucho más en qué fundarse.

—No; si yo no tengo miedo de que me detengan y me acusen de robo. En cierto modo, eso sería más llevadero, por lo menos sabría el terreno que pisaba. Es pensar que toda esa gente cree que lo he cogido yo.

—¿Alguien en particular?

—¿Qué quiere decir?

—Una simple ocurrencia nada más —Parker Pyne volvió a agitar su mano cuidada—. *Había* una persona en particular, ¿no es cierto? ¿*Mistress* Rustington, por ejemplo?

El rostro moreno de Llewellyn enrojeció.

—¿Por qué precisamente ella?

—Señor mío, está clarísimo que hay alguien cuya opinión le importa a usted mucho, probablemente una señora. ¿Qué señoras había allí? ¿La chica americana? ¿*Lady* Marroway? Pero probablemente no hubiera perdido usted la estimación de *lady* Marroway por dar ese golpe. Conozco un poquito a esa señora. Entonces, está claro que tiene que ser *mistress* Rustington.

Llewellyn dijo con cierta dificultad:

—Ha…, ha pasado por una desagradable experiencia. Su marido era una bala perdida. Ahora le cuesta trabajo confiar en nadie. Si ella creyera que…

No encontró palabras para continuar.

—Comprendo —dijo Parker Pyne—. Ya veo que el asunto es importante. Hay que ponerlo en claro.

Evan soltó una risita.

—Eso es fácil de decir.

—Y muy fácil de hacer —dijo Parker Pyne.

—¿Lo cree usted así?

—Desde luego. El problema es tan sencillo… Han sido descartadas tantas posibilidades que la respuesta tiene que ser la más sencilla. Incluso parece que vislumbro algo…

Llewellyn se le quedó mirando con expresión incrédula…

Parker Pyne cogió un *block* y una pluma.

—Por favor, ¿quiere usted describirme brevemente los componentes del grupo?

—Pero ¿no lo he hecho ya?

—Una descripción de su aspecto externo, color de pelo, etcétera.

—Pero, míster Pyne, ¿qué tiene eso que ver con el asunto?

—Mucho, joven, mucho. Para la clasificación y todo eso…, importa.

Aunque sin ocultar su escepticismo, Evan describió el aspecto externo de los reunidos en el yate.

Parker Pyne tomó unas notas, apartó el *block* y dijo:

—Estupendo. A propósito: ¿dijo usted que se rompió una copa de vino?

Evan se le quedó mirando de nuevo.

—Sí; se le cayó de la mesa a alguien y luego la pisaron.

—Son peligrosos los trocitos de vidrio —dijo Parker Pyne—. ¿De quién era la copa?

—Creo que era de la chica, la de Eve.

—¡Ah! ¿Y quién estaba sentado junto a ella de ese lado?

—*Sir* George Marroway.

—¿No vio usted a cuál de los dos se le cayó la copa de la mesa?

—No; lo siento. ¿Tiene importancia?

—No mucha, no. Era una pregunta superflua. Bueno —se puso en pie—; buenos días, míster Llewellyn. ¿Quiere usted pasarse por aquí dentro de tres días? Creo que para entonces todo el asunto estará solucionado de modo satisfactorio.

—¿Bromea usted, míster Parker Pyne?

—Nunca bromeo con los asuntos profesionales, señor mío. Perdería la confianza de mis clientes. ¿Quedamos entonces en el viernes a las once y media? Gracias.

* * *

Evan entró el viernes por la mañana en el despacho de Parker Pyne con la mente confusa. La esperanza y el escepticismo pugnaban por adueñarse de su ánimo.

Parker Pyne se levantó para recibirle, sonriendo abiertamente.

—Buenos días, míster Llewellyn. Siéntese. ¿Un cigarrillo?

Llewellyn rechazó con un gesto la caja que le ofrecían.

—¿Bien? —dijo.

—Muy bien —dijo Parker Pyne—. La Policía detuvo anoche a la banda.

—¿A la banda? ¿Qué banda?

—La banda Amalfi. Pensé enseguida en ellos cuando me contó usted su historia. Reconocí sus métodos, y cuando me describió usted a los invitados no me quedó la menor duda.

—¿Quiénes forman la banda Amalfi?

—El padre, el hijo, la nuera…, es decir, suponiendo que Pietro y María estén casados, cosa que algunos ponen en duda.

—No comprendo.

—Es muy sencillo. El nombre es italiano y su origen es italiano, sin duda; pero el viejo Amalfi nació en América. Sus métodos suelen ser siempre los mismos. Adopta la personalidad de un hombre de negocios real, se presenta a alguien de importancia en el negocio de joyas de algún país de Europa y entonces pone en práctica su truquito. En este caso, iba concretamente tras la Estrella Matutina. La personalidad de Pointz era muy conocida en el ramo. María Amalfi interpretó el papel de la hija. ¡Qué mujer más extraordinaria! Tiene por lo menos veintisiete años y casi siempre hace papeles de chica de dieciséis…

—No se referirá usted a Eve… —dijo Llewellyn entrecortadamente.

—A ella precisamente. El tercer miembro de la banda consiguió que lo admitieran en el Royal George como camarero eventual… era en verano, recuerde, y necesitaban gente extra. Puede que incluso haya sobornado a un camarero fijo para que le dejara el sitio. La escena está dispuesta. Eve desafía a Pointz y éste acepta la apuesta. Pointz enseña el brillante como la noche anterior. Los camareros entran en el comedor y Leathern retiene la piedra hasta que vuelven a salir. Cuando salen, el brillante sale también, pegado con un trozo de chicle a la parte de abajo del plato que Pietro llevaba en la mano. ¡Sencillísimo!

—Pero ¡si yo lo vi después de eso!

—No, no; usted vio una imitación lo bastante buena para engañar al que mira distraídamente. Según me dijo usted, Stein apenas la miró. Eve la deja caer, tira también una copa y pisa con firmeza en la piedra y la copa conjuntamente. El brillante desaparece milagrosamente. Tanto Eve como Leathern pueden ser registrados todo lo que se quiera.

—Bueno…, estoy… —Evan movió la cabeza, incapaz de encontrar palabras—. Dijo usted que reconoció a la banda por la descripción que yo le hice. ¿Han empleado más veces el mismo truco?

—No era el mismo exactamente, pero era su estilo. Naturalmente, la niña Eve me llamó la atención enseguida.

—¿Por qué? Yo no sospeché de ella…, nadie sospechó de ella. Parecía tan…, tan *niña*…

—Ahí está precisamente el genio de María Amalfi. Parece más niña que cualquier niña auténtica. ¡Y lo de la plastilina! Se suponía que la apuesta había surgido espontáneamente, pero la señorita tenía la plastilina a mano. Eso indicaba premeditación. Mis sospechas se fijaron en ella inmediatamente.

Llewellyn se puso en pie.

—Bien, míster Parker Pyne; mi reconocimiento no tiene límites.

—Clasificación —murmuró Parker Pyne—. Me interesa la clasificación de los tipos criminales.

—Ya me dirá usted cuánto…, ejem…

—Mis honorarios serán muy moderados —dijo Parker Pyne—. No producirán gran merma en las…, ejem…, ganancias de las carreras de caballos. De todos modos, joven, creo que sería mejor dejar los caballos en el futuro. El caballo es un animal muy variable.

—De acuerdo —dijo Evan.

Apretó la mano de Parker Pyne y salió de su despacho.

Llamó un taxi y le dio la dirección del piso de Janet Rustington.

Se sentía con ánimos para vencer todas las dificultades.

OTROS CUENTOS

El podenco de la muerte

(The Hound of Death).

1

Fue a William P. Ryan, periodista norteamericano, a quien por vez primera oí hablar de este asunto. Comíamos juntos en un restaurante de Londres la víspera de su regreso a Nueva York, cuando se me ocurrió decirle que al día siguiente me iría a Folbridge.

William alzó la cabeza y preguntó casi bruscamente:

—¿Folbridge, de Cornwall?

Sólo una persona entre mil sabe que hay un Folbridge en Cornwall. Siempre se supone que se trata del Folbridge de Hampshire. El conocimiento de Ryan despertó mi curiosidad.

—Sí —repuse—. ¿Lo conoce?

Pero me dijo que estaba a cero. Luego me preguntó si por casualidad conocía allí una casa llamada Trearne.

Mi interés se incrementó.

—Desde luego. Precisamente voy a Trearne. Es el hogar de mi hermana.

—¡Caramba! —exclamó William—. ¡Vaya racimo de coincidencias!

Le sugerí que se dejase de ambigüedades y fuera más explícito.

—Está bien —repuso—. Para eso tendré que remontarme a una experiencia que viví en la guerra.

Suspiré. Los hechos de mi relato sucedieron en 1921, cuando los episodios de la guerra empezaban a ser olvidados y nadie deseaba que se los recordasen. Por otra parte, no ignoraba cuan fértil era la imaginación de William en lo relativo a sus experiencias guerreras.

Nada, absolutamente nada, detendría ya su lengua.

—A principios de la contienda, como supongo que usted ya sabe, yo trabajaba en Bélgica para mi periódico. Era un pueblecillo, llamémosle X, situado en una región donde abundan los caballos, había un convento grande, con monjas vestidas de blanco… no recuerdo el nombre de la orden. Eso tampoco importa. Pues bien, este pequeño villorrio se hallaba precisamente en el centro del avance alemán. Al fin llegaron los ulanos…

Me agité inquieto y William alzó una mano tranquilizadora.

—No se altere —exclamó—. No se trata de una historia de atrocidades alemanas. Hubiera podido serlo, pero no lo es. En realidad, la bota devastadora calzaba otro pie. Los ulanos galoparon hacia el convento y, al llegar allí, todo voló por los aires.

—¡Oh! —exclamé horrorizado.

—¿Cosa rara, verdad? Naturalmente, parece como si antes hubieran llegado los hunos y empezado alguna celebración en que jugasen con sus propios explosivos. Pero sabemos que ellos carecían de esas cosas, al menos de potentes explosivos. Y bien, yo pregunto ahora: ¿qué sabía aquel rebaño de monjas de altos explosivos?

—No me lo explico —contesté.

—El asunto me interesó tan pronto se lo oí contar a los campesinos. Según ellos, se trata de un auténtico milagro moderno de primera magnitud. Parece ser que una de las monjas gozaba de reputación de santidad y, que puesta en trance, tenía visiones. Para los campesinos fue ella quien realizó la proeza. Por lo visto, descargó un rayo sobre los impíos hunos, y cuanto les rodeaba estalló con ellos. Un milagro muy efectivo, ¿no le parece?

»En realidad, nunca supe la verdad del asunto… por falta de tiempo. Entonces los milagros estaban de moda, como los ángeles, demonios y todo eso. Pergeñé una crónica con algo de materia brillante, bien adobada con puntos religiosos, y la mandé a mi periódico. Fue un éxito en los Estados Unidos, donde en aquella época gustaban esa clase de historias.

»Sin embargo, no sé si me comprenderá, al escribir de ello me interesé de verdad. Sentí el deseo de averiguar lo que realmente había sucedido. Pero el antiguo convento no ofrecía posibilidad alguna, salvo dos paredes que seguían en pie, una de ellas con una gran mancha negra en forma de perro.

»Los campesinos temían grandemente aquella marca. La llamaban “el podenco de la muerte”, y rehuían aquel lugar después de anochecido.

»Las supersticiones son siempre interesantes. Esto acrecentó mi interés por ver a la mujer protagonista de la hazaña, que no había fallecido, según mis noticias. Al parecer, se trasladó a Inglaterra con un grupo de refugiados. Así que hice indagaciones en seguimiento de su pista, y supe que había sido alojada en Trearne, Folbridge, Cornwall.

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Mi hermana aceptó a varios refugiados belgas al principio de la guerra. Unos veinte, creo.

—En mi ánimo siempre ha palpitado el deseo de conocer a la heroína tan pronto el factor tiempo me lo permitiera, con el único fin de oír de sus propios labios la narración del desastre. Pero ya sabe lo que son estas cosas, unas veces por exceso de trabajo y otras por la distancia, lo fui demorando hasta que el deseo se convirtió en un poso dormido en algún rincón ignorado del subconsciente. Sin embargo, al oírle el nombre de Folbridge, todo ha revivido en mi memoria.

—Preguntaré a mi hermana. Quizá haya oído hablar de eso. Claro que los belgas hace tiempo que fueron repatriados.

—Desde luego, eso no facilita las cosas; pero si su hermana recuerda algo, le agradeceré que me lo transmita.

—Descuide, lo haré con mucho gusto.

Poco después nos despedíamos.

2

Durante el segundo día de mi estancia en Trearne, recordé la historia. Mi hermana y yo tomábamos té en la terraza.

—Kitty —pregunté—, ¿tuviste a una monja entre tus belgas?

—¿Te refieres a la hermana Marie Angelique?

—Posiblemente. Háblame de ella.

—¡Oh! Es una criatura muy misteriosa. Aún está aquí.

—¿En la casa?

—No, no. En el pueblo. El doctor Rose, ¿recuerdas al doctor Rose?

Denegué con la cabeza.

—Sólo recuerdo a un viejo de unos ochenta y tres años.

—Ése era el doctor Laird. El pobre murió ya. El doctor Rose hace pocos años que vive aquí. Es muy joven y muy dado a las nuevas ideas. Quizá por eso se tomó el mayor interés en la hermana Marie Angelique. Ella sufre alucinaciones, ¿sabes?, y, aparentemente, resulta interesantísima desde un punto de vista médico.

»La pobre no tenía dónde ir, y, en mi opinión, es una criatura insignificante que sólo causa impresión…, ¿lo entiendes? Como te he dicho, carece de sitio donde ir, y el doctor Rose logró que se afincase en el pueblo. Tengo entendido que escribe una monografía o una de esas cosas que hacen los médicos, relacionado con ella.

Después de una pausa me preguntó:

—¿Qué sabes tú?

—Oí una historia bastante curiosa.

Se la conté tal como me la explicara Ryan, y Kitty se interesó vivamente.

—Tiene aspecto de ser capaz de eso —repuso ella.

Con semejante respuesta, mi curiosidad se hizo más acusada.

—Me gustaría verla —dije.

—Hazlo. Así conoceré la opinión que te merece la hermana Marie Angelique. Primero visita al doctor Rose. ¿Por qué no das un paseo hasta el pueblo después del té?

Hallé al doctor Rose en su casa. Me pareció un joven agradable, si bien algo de su personalidad me repelió: demasiado afectado para ser agradable del todo.

En cuanto le hablé de la hermana Marie Angelique se envaró alertado. Le conté la versión de Ryan, y él no me ocultó su gran interés por aquel asunto.

—¡Ah! —exclamó pensativo—. Eso explica muchas cosas. Es un caso en verdad interesante. La hermana Marie Angelique vino a Inglaterra después de haber sufrido un grave *shock* mental. También es evidente, según se desprende de su historia, que ya sufría alucinaciones. Quizá le interese acompañarme y visitarla. Creo que vale la pena.

Acepté presuroso aquella invitación tan deseada. Iniciamos juntos el camino hacia la casita en las afueras del pueblo. Folbridge es un lugar muy pintoresco. Se extiende en la desembocadura del río Fol, mayormente en la orilla este, pues la del oeste es demasiado abrupta para edificar, si bien algunas casitas cuelgan de su escollera, como sucedía con la del propio doctor. Desde allí es todo un espectáculo la visión de las olas que, furiosas, se rompen contra las negras rocas.

La vivienda que buscábamos se hallaba tierra adentro, fuera de la vista del mar.

—La enfermera de este distrito vive aquí —me explicó el doctor Rose—. Conseguí que la hermana Marie Angelique compartiese la casa con ella. Así me es fácil ejercer una vigilancia y control de su estado.

—¿Puede considerársele como normal? —pregunté.

—Ya juzgará por usted mismo cuando la vea dentro de un instante.

La enfermera, un agradable cuerpecillo regordete, se marchaba en aquel preciso instante en su bicicleta.

—Buenas tardes, enfermera, ¿cómo se halla la paciente? —le preguntó.

—Como siempre, doctor. Sentada con las manos plegadas y la mente en quién sabe dónde. Muchas veces no me contesta cuando le hablo. Su escasa disposición hace que apenas sepa inglés, pese al tiempo que lleva aquí.

El doctor Rose saludó con la cabeza a la enfermera mientras se alejaba, y, luego, traspasamos la puerta de la casita y en su interior encontramos a la hermana Marie Angelique tendida en una silla extensible cerca de la ventana. Ésta volvió la cabeza al oírnos.

Me sobrecogió su extraño y pálido rostro. Sus enormes ojos carecían de fijeza al mirar, como si una espantosa tragedia los nublara.

—Buenas noches, hermana.

—Buenas noches, *monsieur le docteur*.

—Permita que le presente a mi amigo, el señor Anstruther.

Hice una reverencia y ella inclinó la cabeza, mostrándome una desmayada sonrisa.

—¿Cómo se encuentra usted hoy? —preguntó el doctor Rose sentándose junto a ella.

—Estoy más o menos como siempre —se detuvo un momento y prosiguió—: Nada me parece real. Son días… meses… años… los que pasan sin que apenas me entere. Sólo mis sueños me parecen realidad.

—¿Sueña mucho?

—Siempre… siempre… y los sueños me parecen más reales que la propia vida.

—¿Sueña en su país… en Bélgica?

Denegó con la cabeza.

—No. Sueño con un país que jamás he visto. Usted ya lo sabe, *monsieur le docteur*. Se lo he dicho muchas veces —después de un breve silencio preguntó—: ¿Este caballero es también doctor… un doctor de enfermedades mentales?

—No, no lo es.

Rose trataba de tranquilizarla, si bien al sonreír lucía unos puntiagudos dientes caninos, que me hacían compararlo con un lobo. Él prosiguió:

—Imaginé que, posiblemente, le interesaría conocer al señor Anstruther. Sabe noticias recientes de Bélgica. Algunas de ellas se refieren a su convento.

Los ojos de la enferma se volvieron a mí. Un leve sonrojo tiñó sus mejillas.

—En realidad poca cosa —me apresuré a decirle—. Cené la otra noche con un amigo que me describió las ruinas de su convento.

—¡Luego fue destruido!

Lo dijo con suave exclamación, como si se dirigiera a ella misma y no a nosotros. Volvió a mirarme e, indecisa, me preguntó:

—*Monsieur*, ¿explicó su amigo cómo fue destruido el convento?

—Lo volaron —y añadí—: Los campesinos temen al pasar por aquel camino de noche.

—¿Por qué tienen miedo?

—Una marca negra en una de las paredes provoca en ellos un temor supersticioso.

La hermana se inclinó hacia delante.

—Dígame, *monsieur*, dígamelo rápido. ¿A qué se parece esa marca?

—Tiene la forma de un enorme perro. Los campesinos lo llaman «el podenco de la muerte».

El «¡oh!» que brotó de sus labios fue un agudo grito.

—¡Entonces, es cierto… es cierto! —exclamó—. Todo cuanto recuerdo es cierto. No es una negra pesadilla. ¡Sucedió! ¡Sucedió!

—¿Qué sucedió, hermana? —preguntó el doctor.

Ella se volvió a él ansiosa.

—Lo *recuerdo*. Allí, sobre los peldaños. Lo recuerdo. Recuerdo cómo fue. Estaba de pie en las gradas del altar y les conminé a que no avanzasen más. Les dije que partieran en paz. No hicieron caso a mi advertencia y continuaron adelante. Y así… —Se inclinó e hizo un extraño gesto—, y así puse en libertad al podenco de la muerte contra ellos…

Temblorosa, con los ojos cerrados, la monja se recostó en la silla.

El doctor se puso en pie y cogió un vaso del aparador, que medio llenó de agua, añadiéndole unas gotas de un frasquito que sacó de su bolsillo.

—Beba —le ordenó.

La enferma obedeció mecánicamente. Sus ojos miraban sin ver, como si contemplase alguna visión interna.

—¡Todo es verdad! —dijo—. Todo. La ciudad de los círculos, la casa de cristal… Todo. Todo es cierto.

—Tranquilícese.

La voz del médico tenía suave modulación, era consoladora y parecía invitar a proseguir los pensamientos.

—Hábleme de la ciudad —le dijo—. La ciudad de los círculos, ¿no la llamó así?

La hermana Marie Angelique repuso de modo inconsciente.

—Sí… había tres círculos. El primero para los elegidos, el segundo para las sacerdotisas y el exterior para los sacerdotes.

—¿Y en el centro?

Contuvo el aliento y su voz se quebró debido a un indescriptible dolor.

—La casa de cristal…

Mientras susurraba estas palabras se llevó la mano derecha a la frente, donde trazó varios signos. Su cuerpo pareció tensarse. Mantenía los ojos cerrados. De pronto se inclinó levemente y con repentina sacudida volvió a erguirse. Entonces nos miró como quien se despierta sobresaltado.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué he dicho?

—Nada —la tranquilizó Rose—. Está cansada. ¿Quiere dormir un poco? Nos vamos.

Parecía desconcertada cuando nos marchamos.

—Bien —me preguntó Rose ya en el exterior de la casa—. ¿Qué opina?

Me observaba de reojo.

—Imagino que está desequilibrada —repuse lentamente.

—¿Lo cree de verdad?

—No. En realidad no. De hecho ha sido convincente. Mientras la escuchaba tuve la impresión de que había realizado cuanto explicaba. Algo así como si realmente fuera autora de un extraordinario milagro. Parece sincera al narrar su historia. Quizá por eso…

—Sí —me interrumpió—. Quizá por eso considera que está desquiciada. No obstante estudie el asunto desde otro ángulo. Suponga cierto que ejecutó el milagro; suponga que fue ella quien destruyó aquel edificio y a varios centenares de seres humanos.

—¿Con la simple fuerza de su voluntad? —pregunté algo escéptico.

—No; no de ese modo. Pero usted, con toda seguridad, admite que una persona puede destruir a una multitud con sólo pulsar un interruptor que controle un sistema de minas.

—En ese caso se trata de un hecho mecánico.

—Cierto; pero, en esencia, no deja de efectuarse un control sobre fuerzas naturales. El rayo y una descarga eléctrica vienen a ser una misma cosa.

—Conforme. Ahora bien, insisto en que una descarga eléctrica necesita medios mecánicos.

El doctor Rose se sonrió.

—Existe una sustancia llamada pirola. Se encuentra en la naturaleza en forma vegetal. También el hombre puede lograrla químicamente en un laboratorio.

—¿Y bien?

—Creo que algunos fenómenos pueden ser provocados por medios distintos. El hombre, normalmente, se vale de procedimientos químicos o mecánicos. Pero…, ¡puede haber otros medios! Piense en cuanto hacen los faquires indios. ¿Es fácil explicar los fenómenos que ellos provocan? Eso prueba que las cosas llamadas sobrenaturales no siempre lo son. Un rayo es algo sobrenatural para un salvaje. Luego, lo sobrenatural deja de serlo cuando son conocidas las leyes o causas que lo provocan.

—¿Qué quiere usted decir? —pregunté fascinado.

—Que no rechazo enteramente la posibilidad de que un ser humano *pueda* provocar una fuerza destructora y usarla según su deseo. Indiscutiblemente, nos parecería un hecho sobrenatural… cuando en realidad no lo es.

Le miré perplejo.

Él se rió.

—Simple especulación, no se asuste —dijo suavemente—. ¿Notó usted el gesto que ella hizo al mencionar la casa de cristal?

—Se llevó la mano a la frente.

—Exacto. Y trazó un círculo con movimientos parecidos a los que emplea un católico al hacer la señal de la cruz. Ahora le contaré algo interesante, señor Anstruther. En vista de que mi paciente pronuncia con mucha frecuencia la palabra cristal en sus delirios decidí someterla a una prueba. Conseguí una bola de cristal de roca y se la mostré sin previo aviso.

—¿Y qué sucedió?

—El resultado fue muy curioso y sugestivo. Todo su cuerpo se tensó y sus ojos miraron la bola como si no diera crédito a lo que veía. Luego se puso de rodillas, murmuró unas palabras y se desmayó.

—¿Qué dijo?

—«¡El cristal! ¡La fe aún vive!».

—¡Extraordinario!

—Sugestivo, ¿verdad? Pero eso no fue todo. Al reponerse de su desmayo no se acordaba de nada. Le mostré la bola de cristal y le pregunté si sabía lo que era. Me repuso que se parecía a una de esas bolas de cristal que usan los adivinadores del porvenir, según la descripción que de ellas tenía. A mi pregunta de si había visto otra con anterioridad, dijo: «Jamás, *monsieur le docteur*». Entonces capté la mirada perpleja de sus ojos. «¿Qué le preocupa, hermana?», indagué. «¡Es todo tan raro! —repuso—. Jamás he visto una bola de cristal y, sin embargo, siento la sensación de que me es muy familiar. Hay algo; si pudiera recordarlo…». Su esfuerzo mental era evidentemente penoso, y le prohibí que pensase más. De eso hace dos semanas. He querido que descanse ese tiempo para fortalecerla. Mañana reanudaré mi experimento.

—¿Con la bola de cristal?

—Sí. Espero obtener resultados interesantes.

—¿Qué es ello?

Hice la pregunta con simulada indiferencia y atento a su reacción. Rose se irguió. Durante breves segundos pareció vacilar; pero al fin me contestó con voz más grave, más profesional:

—Luz sobre ciertos desórdenes mentales no muy definidos. La hermana Marie Angelique es un caso rarísimo.

¿El interés del doctor Rose era meramente profesional? Me pareció dudoso.

—¿Le molestaría si yo viniese también? —pregunté.

Quizá sólo fue pura imaginación, pero lo cierto es que me pareció advertir que vacilaba antes de contestar. Pensé que no deseaba mi presencia.

—Sí, claro. No tengo inconveniente alguno —después de breve silencio añadió—: ¿Supongo que no estará usted aquí mucho tiempo?

—Hasta pasado mañana.

Evidentemente la respuesta le gustó. Desaparecieron las arrugas de su frente y empezó a contarme unos experimentos que había realizado con conejillos de Indias.

3

Me encontré con él a la hora convenida de la tarde siguiente para visitar a la hermana Marie Angelique. El doctor Rose fue todo ingenio, como si tratase de borrar en mí la mala impresión que hubiera podido causarme el día anterior.

—No se tome muy en serio cuanto le dije ayer —me aconsejó riéndose—. Me desagradaría que me creyese un aficionado a las ciencias ocultas. En realidad, sucede que me apasiono cuando intento esclarecer algún caso intrincado como éste.

—¿De veras?

—Sí, y cuanto más difícil es, más me gusta.

Se rió como el hombre a quien hacen gracia sus propias debilidades.

Cuando llegamos a la casita, la enfermera quiso consultar algo con el doctor Rose, y esto me obligó a permanecer solo con la hermana Marie Angelique.

La monja me observó un momento antes de decirme:

—La enfermera me ha dicho que usted es hermano de la amable señora que me dio cobijo cuando vine a Bélgica.

—Así es.

—Fue muy amable conmigo. Es buena.

Se quedó silenciosa, como sumida en algún pensamiento. Luego me preguntó:

—*Monsieur le docteur*, ¿es bueno?

Me sentí embarazado.

—Sí, claro. Supongo que sí lo es.

Después de una pausa comentó:

—Sí; él ha sido muy bueno conmigo.

—Estoy seguro de ello —repuse.

Ella me miró fijamente.

—*Monsieur*… usted… usted que habla conmigo ahora, ¿cree que estoy loca?

—¡Vamos, hermana, semejante idea es un…!

Sacudió la cabeza lentamente, interrumpiendo mi protesta.

—¿Estoy loca? No lo sé; pero ¿por qué recuerdo cosas tan extrañas mientras me olvido de otras?

El doctor Rose penetró en la estancia, al mismo tiempo que la hermana Marie Angelique suspiraba.

La saludó alegremente y le explicó lo que deseaba que ella hiciese.

—Algunas personas tienen el don de ver las cosas en una bola de cristal. Sospecho que usted posee este don, hermana.

Ella reaccionó asustada.

—¡No, no; no puedo hacer eso! Leer el futuro, es un pecado.

El doctor Rose experimentó una sorpresa, pues no esperaba de la monja semejante reacción. Cuando se hubo repuesto cambió inteligentemente el enfoque del

asunto.

—Tiene usted razón. No se debe bucear en lo futuro. Sin embargo, en lo pasado es cosa diferente.

—¿Lo pasado?

—Sí… hay cosas interesantes en lo pasado. A veces saltan de las sombras espectros olvidados que nos recuerdan otros tiempos. No se trata de que vea nada en la bola. Ya sé que le está prohibido. Pero cójala en sus manos… así. Mírela. Concéntrese. Hágalo con mayor atención. ¿Empieza a recordar, verdad? ¡Usted recuerda! ¡Usted oye mis palabras! ¡Usted puede contestar mis preguntas! ¿Me oye?

La hermana sostenía la bola de cristal con extraña reverencia. Miraba a su interior con ojos velados, inexpresivos. Poco a poco la cabeza fue cayendo hasta hundir la barbilla en el pecho. Al fin pareció que estaba dormida.

Con extraño cuidado, el doctor Rose le quitó la bola de cristal y la dejó sobre la mesa. Luego de alzarle un párpado, vino a sentarse a mi lado.

—Hemos de esperar a que se despierte. No tardará mucho.

Tuvo razón. Pasados cinco minutos, la hermana Marie Angelique abrió sus ojos soñolientos.

—¿Dónde estoy?

—Aquí, en casa. Ha dormido un poco. Ha soñado usted, ¿verdad?

Asintió.

—Sí, he soñado.

—¿Con la bola de cristal?

—Sí.

—Díganoslo.

—Creerá que estoy loca, *monsieur le docteur*. En mi sueño la bola era un emblema sagrado, y yo un segundo Cristo muerto por su fe. Mis seguidores eran perseguidos… Pero la fe prevalecía. Sí, durante quince mil lunas llenas… quince mil años.

—¿Cuánto dura una luna llena?

—Trece ordinarias. Sí, durante la luna llena quince mil… yo era sacerdotisa del quinto signo, en la casa de cristal. Luego vienen los primeros días del sexto signo… —Frunció las cejas y en sus ojos brilló una mirada de temor. Murmuró—: ¡Demasiado pronto! ¡Demasiado pronto! Un error… Ah, sí, recuerdo. ¡El sexto signo!

Casi se deslizó al suelo. Poco a poco irguió el cuerpo y se pasó una mano por la cara. Entonces murmuró:

—¿Qué he dicho? ¡Oh! He delirado. Esas cosas nunca sucedieron.

—No se preocupe, hermana —le dijo el doctor Rose.

Ella lo miraba con angustiosa perplejidad.

—*Monsieur le docteur*, no comprendo. ¿Por qué he de tener estos sueños, estas fantasías? A los dieciséis años entré en la vida religiosa. Jamás he viajado y, no

obstante, sueño con ciudades, gentes desconocidas y costumbres extrañas. ¿Por qué? —se presionó con ambas manos la cabeza.

—¿Recuerda si la han hipnotizado alguna vez, hermana? ¿O caído en estado de trance?

—Nunca he sido hipnotizada, *monsieur le docteur*. En cuanto a lo otro, mientras rezábamos en la capilla, a menudo mi espíritu parecía desligarse de mi cuerpo, quedando como muerta durante horas. Indudablemente era un estado de gracia, como decía la madre superiora.

—Me gustaría hacer un experimento, hermana —le dijo con tono despreocupado —. Con ello quizá lográsemos despejar estos dolorosos medios recuerdos. Usted mirará otra vez la bola de cristal, y a cada una de las palabras que yo pronuncie me responderá con otra. Prolongaremos la sesión hasta que se canse. Concentre su atención en la bola y no en las palabras.

Mientras, yo alcanzaba la bola de cristal y, al dársela, noté la reverente actitud de la hermana Marie Angelique al cogerla entre sus manos. Sus maravillosos y profundos ojos quedaron fijos en ella. Luego siguió un corto silencio hasta que el doctor dijo:

—*Podenco*.

Inmediatamente la hermana Marie Angelique contestó:

—*Muerte*.

4

Muchas palabras triviales y sin sentido fueron dichas adrede por el doctor Rose, a la vez que repetía otras, obteniendo la misma respuesta, u otra distinta.

Aquella noche, en la casita del médico, sobre la escollera, discutimos el resultado del experimento.

El hombre se aclaró la garganta y cogió su libro de notas.

—Estos resultados son muy interesantes… y muy curiosos. En respuesta a «sexto signo» hemos logrado: destrucción, púrpura, podenco y fuerza; luego destrucción y, finalmente, fuerza. Más tarde invertí el orden de las palabras, como ya advertía y obtuve las siguientes respuestas: a destrucción, podenco; a púrpura, fuerza; a podenco, destrucción y, otra vez, podenco para destrucción. Hasta aquí todo se corresponde, pero en la repetición de destrucción dice mar, que, indudablemente, no encaja. A «sexto signo»: azul, pensamientos, pájaro, otra vez azul, y la sugestiva frase: «Apertura de mente a mente». «Cuarto signo» logró por respuesta amarillo y, más tarde, luz. A «primer signo» corresponde sangre. Esto me induce a pensar en que cada signo tiene un color propio, y quizás un símbolo particular. Para el quinto signo es pájaro, para el sexto, podenco. Sin embargo, supongo que el quinto signo representa lo que llamamos telepatía: «Apertura de mente a mente». El sexto signo significa destrucción.

—¿Cuál es el significado de «mar»?

—Confieso que no sé explicarlo. Introduje la palabra más tarde, y conseguí por respuesta bote. Para el séptimo signo primero dijo vida, y luego amor. Para el octavo signo la respuesta fue nada. Eso demuestra que los signos son siete.

—¡Pero el séptimo no fue alcanzado! —exclamé con repentina inspiración—. ¡Después del sexto llega destrucción!

—¿Lo cree usted en serio? Me temo que le damos demasiada importancia a tan locos desvaríos. En realidad, sólo tienen un interés puramente médico.

—¿Supone que despertará la curiosidad de los psiquiatras?

Los ojos del doctor Rose se entrecerraron.

—Mi querido señor. No tengo la intención de hacerlo público.

—En ese caso, ¿cuál es su interés?

—Meramente personal. Claro es que tomo notas para mi archivo.

—Comprendo —exclamé por decir algo, cuando en realidad me hallaba más a oscuras que un ciego. Me puse en pie y añadí—: Bien, le deseo buenas noches, doctor. Regreso a la ciudad mañana.

—¿Se marcha?

En su pregunta había satisfacción, quizás alivio.

—Sí. Le deseo buena suerte en sus investigaciones. Espero que no me azuce el podenco de la muerte la próxima vez que nos veamos.

Tenía su mano en la mía mientras le hablaba, y sentí su sobresalto a través de la sacudida que dio. Pero su recuperación fue rápida. Sus labios, al sonreír, dejaron al descubierto largos y puntiagudos dientes.

—Sería una gran cosa para el hombre que ama el poder —comentó—. ¡Qué triunfo más grande disponer de la vida de todos los seres humanos!

Su sonrisa se hizo más amplia.

5

Lo anterior marca el límite de mi relación directa con el asunto que trato.

Posteriormente, el libro de notas del doctor Rose, y también su diario, llegaron a ser míos. Reproduciré algunas de sus anotaciones:

> 5 agosto.
>
> He descubierto que «elegidos», para la hermana M. A., son aquellos que reprodujeron la raza. Parece ser que eran considerados como los más importantes, incluso mucho más que los sacerdotes: semejante criterio ofrece un fuerte contraste comparado con los antiguos cristianos.

> 7 agosto.
>
> He logrado que la hermana M. A. consienta ser hipnotizada. Y si bien le provoqué un estado de sueño y trance, no obtuve *comunicación*.

> 9 agosto.
>
> Existieron civilizaciones en lo pasado muy superiores a la nuestra. Soy el único hombre que sabe la verdad de tan remota vida.

> 12 agosto.
>
> No se muestra dócil a mis sugerencias en estado hipnótico. Sin embargo, logro fácilmente sumirla en trance. No lo entiendo.

> 13 agosto.
>
> Hoy ha dicho que en «estado de gracia», la puerta sigue cerrada, a menos que otro de órdenes al cuerpo. Interesante… pero he fracasado.

18 agosto.

El primer signo no es otra cosa que… (las palabras aparecen borradas). Así, ¿cuántos siglos transcurrieron para llegar al sexto?

20 agosto.

M. A. seguirá con la enfermera. Ésta, si es preciso, la retendrá mediante el uso de morfina. ¿Estoy loco? ¿O soy un superhombre con el poder de la muerte en mis manos?

(Aquí cesan las anotaciones).

6

El 29 de agosto recibí una carta manuscrita con desigual caligrafía, y, evidentemente, de un extranjero. La abrí lleno de curiosidad. Decía:

Apreciado monsieur*:*

Sólo le he visto dos veces, pero sé que puedo confiar en usted. Sean ciertos o no mis sueños, se han vuelto más precisos últimamente… Y, monsieur, *de una cosa estoy segura, el «podenco de la muerte» no es un mito. El guardián del cristal reveló el secreto del sexto signo demasiado pronto, y el demonio entró en los corazones de las gentes. Con el poder de la muerte en sus manos, mataron sin causa justificada, ebrios de codicia y poder. Cuando vimos esto, los que éramos puros, comprendimos que no completaría el círculo para llegar al signo de la vida perdurable. Así, el nuevo guardián del cristal viose obligado a actuar. Lo viejo tenía que sucumbir y dar paso, después de interminables épocas, a un estado más perfecto de vida. Por eso lanzó el podenco de la muerte sobre el mar (teniendo cuidado de no cerrar el círculo), y el mar cobró la forma del podenco y se tragó la tierra.*

Una vez recordé esto en los peldaños del altar de Bélgica.

El doctor Rose es de la hermandad. Conoce el primer signo y parte del segundo. En cuanto al sexto signo es ignorado de todos, excepto de unos pocos elegidos. Él puede arrancarme el secreto, pues aunque hasta ahora he resistido, me vuelvo débil.

Monsieur, *no es bueno que un hombre consiga el poder ahora. Primero deben transcurrir muchos siglos antes de que el mundo esté preparado para la entrega del poder de la muerte a una sola mano. A usted, que ama el bien y la verdad, le imploro que me ayude… antes de que sea demasiado tarde.*

Su hermana en Cristo,

MARIE ANGELIQUE.

Dejé caer el papel. La solidez de la tierra bajo mis pies me pareció menos consistente que de costumbre. Pero no tardé mucho en reanimarme. La sincera credulidad de aquella pobre mujer me había conmovido, poniendo al descubierto ante mis ojos la gran falta de ética profesional cometida por el doctor Rose. Y cuando pensaba muy en serio acudir en ayuda de la trastornada monja, advertí entre el resto del correo la presencia de una carta de mi hermana Kitty. Rasgué el sobre.

Ha ocurrido algo terrible. ¿Recuerdas la pequeña casita del doctor Rose en la escollera? Fue barrida por un corrimiento de tierras la pasada noche. El doctor y aquella pobre monja, la hermana Marie Angelique, han muerto. El caos de la playa es alucinante. La gran masa de tierra y piedra caída tiene la forma de un enorme podenco…

La carta cayó de mi mano.

Los otros sucesos quizá sean pura coincidencia. Un hombre apellidado Rose, que resultó ser un rico pariente del doctor, murió de repente la misma noche; según se dijo, a causa de un rayo. Sin embargo, en toda la comarca no hubo tormenta, pese a que un par de personas declararon haber oído un trueno. La descarga dejó en el cadáver una quemadura de «extraña forma». En su testamento, disponía que todos sus bienes pasasen a su sobrino, el doctor Rose.

Si el doctor Rose había logrado que la hermana Marie Angelique le revelase el secreto del sexto signo, no era de extrañar que hubiese matado a su tío —para mí carecía de escrúpulos—. El resto de la tragedia me hizo recordar lo escrito por la monja: «… teniendo cuidado de no cerrar el círculo…». Quizás el doctor Rose menospreció esta necesidad, o ignoraba cómo debía actuar. Así, la fuerza liberada, completaría el circuito…

Lo expuesto no deja de ser una solemne tontería. ¿Cómo dar crédito a ello? Que el doctor Rose creyese en las alucinaciones de la hermana Marie Angelique sólo prueba que también estaba ligeramente desequilibrado. Ahora bien, no es un sueño el continente sumergido en los mares donde los hombres vivieron y forjaron una civilización mucho más avanzada que la nuestra…

¿O tal vez la monja no vea lo pasado, cosa factible según opinan muchos, y la ciudad de los círculos está en lo futuro?

Tonterías… ¡naturalmente! Lo narrado sólo puede ser una alucinación.

La señal roja

(The Red Signal).

—No, pero qué emocionante —decía la hermosa señora Eversleigh abriendo mucho sus maravillosos, aunque un tanto insípidos, ojos azules—. Siempre se ha dicho que las mujeres poseemos un sexto sentido. ¿Usted cree que es cierto, *sir* Alington?

El famoso alienista sonrió con cierta ironía. Sentía un desprecio inmenso hacia las mujeres bonitas pero tontas, igual que el otro invitado. Alington West era la suprema autoridad en enfermedades mentales, y estaba plenamente convencido de su posición e importancia. Era un hombre corpulento y bastante pomposo.

—Sé que se dicen muchas tonterías, señora Eversleigh. ¿Qué significa eso de… sexto sentido?

—Ustedes los científicos son tan severos. Y realmente es extraordinario cómo se saben las cosas algunas veces… más que saberlas, sentirlas, quiero decir… es algo misterioso de veras. Claire sabe a qué me refiero, ¿no es verdad, Claire?

Se dirigió a su anfitriona con un gran mohín.

Claire Trent no respondió enseguida. Se trataba de una pequeña reunión… ella, su marido, Violeta Eversleigh, *sir* Alington West y su sobrino Dermont West, que era un viejo amigo de Jack Trent. El propio Jack Trent, un hombre más bien grueso y coloradote de sonrisa bonachona y risa afable, fue quien continuó la conversación:

—¡Vaya, Violeta! Tu mejor amigo muere en un accidente ferroviario, y enseguida recuerdas que el martes soñaste con un gato negro… ¡maravilloso, tú sabías que algo iba a ocurrir!

—Oh, no, Jack, confundes los presentimientos con la intuición. Vamos, *sir* Alington, tiene usted qué admitir que los presentimientos existen.

—Quizás, hasta cierto punto —admitió el médico con reserva—. Pero la mayoría son coincidencias y luego se sigue la inevitable tendencia de inventar la mayor parte de la historia.

—Yo no creo en los presentimientos —dijo Claire Trent con brusquedad—, ni en la intuición, ni en el sexto sentido, ni en ninguna de esas cosas. Vamos por la vida como un tren que avanza velozmente hacia un destino desconocido.

—Es un símil bastante bueno, señora Trent —dijo Dermont West alzando la cabeza por primera vez para tomar parte en la discusión. Había un extraño brillo en sus ojos grises, tan claros que contrastaban con el intenso bronceado de su piel—. Pero ha olvidado usted las señales.

—¿Las señales?

—Sí, verde cuando hay vía libre, y roja para indicar… ¡peligro!

—¡Roja… para el peligro… qué emocionante! —suspiró Violeta Eversleigh.

Dermont volvióse con cierta impaciencia.

—Claro que es sólo una manera de describirlo.

Trent le contempló con curiosidad.

—Hablas como si hubieras tenido alguna experiencia, Dermont.

—Y eso tuve… fue, quiero decir.

—Cuéntenos ese cuento.

—Puedo contar un ejemplo. En Mesopotámica, después del armisticio, una noche al entrar en mi tienda experimenté una extraña sensación de peligro. ¡Fijaos! No tenía la menor idea de qué se trataba. Di la vuelta al campamento inútilmente, y tomé todas las precauciones posibles contra un ataque de los árabes enemigos. Luego regresé a mi tienda, y al entrar en ella, aquel sentimiento volvió a surgir más fuerte que nunca. ¡Peligro! Al final me llevé una manta al exterior y dormí al raso.

—¿Y bien?

—A la mañana siguiente, cuando penetré en mi tienda, lo primero que vi fue un gran cuchillo… de un medio metro de largo… clavado en mi litera, precisamente en el lugar donde yo hubiera estado durmiendo. Pronto descubrí quién había sido…, uno de los criados árabes. Su hijo había sido fusilado por espía. ¿Qué tienes que decir de esto, tío Alington? ¿No es un ejemplo de lo que yo llamo señal roja?

El especialista sonrió.

—Una historia muy interesante, mi querido Dermont.

—Pero ¿no la aceptas sin reservas?

—Sí, sí, no me cabe duda de que tuviste el presentimiento del peligro tal como dices. Pero es el origen del presentimiento lo que discuto. Según tú, vino sin motivo, por la impresión de algún factor externo en tu mentalidad. Pero hoy en día sabemos que casi todos provienen de dentro… de nuestro propio subconsciente.

—¿Y cuál es tu opinión?

—Yo creo que ese árabe se traicionó con alguna mirada. Tu consciente no lo notó, o recordó, pero en tu subconsciente ocurrió lo contrario. El subconsciente nunca olvida. Sabemos también que puede razonar y deducir por sí solo, independientemente de la voluntad del consciente. Por lo tanto, tu subconsciente creyó que intentarían asesinarte, y logró transmitir sus temores a tu consciente.

—Admito que resulta verosímil —dijo Dermont con una sonrisa.

—Pero no tan excitante —intervino la señora Eversleigh.

—También es posible que tú, subconscientemente, te hubieras dado cuenta del odio que ese hombre sentía hacia ti. Lo que antiguamente solía llamarse telepatía, existe, desde luego, aunque las circunstancias que la rigen son poco conocidas.

—¿Sabes tú de algún otro ejemplo? —preguntó Claire a Dermont.

—¡Oh! Sí, pero nada interesante… y supongo que podría explicarse como coincidencia. Hace tiempo rechacé una invitación para ir al campo por la única razón de la «señal roja», y la casa se quemó durante aquella semana. A propósito, tío Alington, ¿dónde interviene aquí el subconsciente?

—Temo que no intervenga para nada —replicó *sir* Alington sonriente.

—Pero tendrás otra explicación igualmente buena. Vamos. No es necesario emplear cautela cuando se habla con parientes próximos.

—Está bien, sobrino, en este caso me aventuro a sugerir que rechazaste esa invitación por no tener grandes deseos de ir, y que después del incendio, te dijiste que habías presentido el peligro: explicación que ahora crees sin reserva.

—Es inútil —rió Dermont—. Tú siempre ganas.

—No importa, señor West —exclamó Violeta Eversleigh—. Yo creo en su Señal Roja. ¿Y fue en Mesopotamia la última vez que la sintió?

—Sí… hasta…

—¿Cómo dice?

Dermont quedó silencioso. Las palabras que había estado a punto de pronunciar eran: «Sí… hasta esta noche», y que acudieron a sus labios guiadas de un pensamiento que aún no había registrado su consciente, pero en el acto comprendió que eran ciertas. La Señal Roja brillaba en la oscuridad. ¡Peligro! ¡Peligro inminente!

Pero ¿por qué? ¿Qué peligro oculto podía haber allí… en la casa de sus amigos? Por lo menos… bueno, sí, aquello era una especie de peligro. Miró a Claire Trent… tan blanca, tan esbelta… y con aquella exquisita cabellera dorada. Pero aquel peligro existía desde hacía tiempo… y no era probable que dejara de ser latente…, pues Jack Trent era su mejor amigo, y aún más todavía: el hombre le salvó su vida en Flandes siendo recompensado por ello con la V. C[1]. Buen chico Jack, de los mejores. Era mala suerte el haberse enamorado de la esposa de Jack. Ya se le pasaría. No era posible que continuara sufriendo así eternamente. Acabaría por arrancárselo del corazón… eso es, lo arrancaría de cuajo. Ella no lo sabría nunca… y si lo adivinaba, no habría peligro. Era una estatua, una bella estatua, de oro y marfil, y coral rosa… un juguete para un rey, no una mujer real.

Claire… el mero sonido de su nombre pronunciado quedamente le hacía soñar. Debía sobreponerse. Había amado antes a otras mujeres. *¡Pero no así!* le decía una voz interior. *Así no*. Bueno… era inevitable. Mas no había peligro en ello… el corazón le dolía, pero no había peligro… aquel peligro de la Señal Roja. Aquello era por otra cosa.

Mirando alrededor de la mesa pensó por primera vez, que aquella reunión era poco corriente. Su tío, por ejemplo, raramente asistía a cenas íntimas como aquélla. Hubiera sido distinto de ser los Trent antiguos amigos suyos, pero hasta aquella tarde Dermont no supo siquiera que se conocieran.

Seguramente tenía que haber una explicación. Después de la cena iba a llegar una médium bastante famosa para dar una sesión y *sir* Alington confesaba su interés por el espiritismo. Sí, desde luego era una explicación.

La palabra cobró un nuevo relieve. Una explicación. ¿Acaso la sesión era sólo una excusa para hacer que la presencia del especialista pareciera natural? De ser así, ¿cuál era el verdadero motivo? Una serie de detalles acudieron a la memoria de

Dermont, insignificancias en las que no repararon antes, o, como su tío hubiera dicho, no supo registrar su consciente.

El gran especialista había mirado en forma extraña… muy extraña a Claire en más de una ocasión. Parecía observarla, y ella, intranquila bajo su escrutinio, estuvo haciendo extraños movimientos con sus manos. Estaba nerviosa…, terriblemente nerviosa, y además asustada. ¿Por qué asustada?

Sobresaltado volvió a ocuparse de la conversación. La señora Eversleigh había conseguido que el gran hombre hablara de su profesión.

—Mi querida señora —le estaba diciendo—, ¿qué es la locura? Le aseguro que cuanto más estudiamos el tema, más difícil se nos hace el precisar. Todos practicamos el autoengaño, y cuando lo llevamos hasta el punto de creernos el zar de Rusia, se nos encierra o aísla. Pero hay un largo trecho antes de llegar a este extremo. ¿En qué punto preciso podríamos instalar un poste que dijera: Aquí termina la cordura y empieza la locura? Ya saben ustedes que no puede hacerse. Y les diré una cosa: si el individuo que sufre ese embaucamiento propio no dijera nada, es probable que nunca pudiéramos distinguirle de otro normal. El extraordinario sentido común de los locos es un tema interesante.

Sir Alington tomó un sorbo de vino paladeándolo apreciativamente.

—Siempre he oído decir que son muy curiosos —observó la señora Eversleigh—. Me refiero a los que nosotros llamamos locos.

—Muchísimo. Y muy a menudo la eliminación de ese autoengaño tiene efectos desastrosos. Todas las eliminaciones son peligrosas, como nos ha enseñado el psicoanálisis. El hombre que tiene una manía inofensiva y puede gozar de ella, rara vez se acerca al borde de la locura. Pero el hombre… —hizo una pausa— o la mujer que parece normal, puede en realidad ser una fuente de peligro agudo para la sociedad.

Su mirada recorrió los rostros de todos los presentes yendo a detenerse en Claire.

Un profundo temor estremeció a Dermont. ¿Qué es lo que había querido decir? ¿Adónde quería ir a parar? Imposible pero…

—Y todo por reprimirse —suspiró la señora Eversleigh—, comprendo que debiera siempre tener mucho cuidado… Al expresar la propia personalidad. Los peligros de lo otro son terribles.

—Mi querida señora Eversleigh —continuó el médico—, no me ha comprendido usted. La causa del mal está en el estado físico del cerebro… algunas veces producido por un agente externo tal como un golpe, y otras, es congénito.

—Las enfermedades hereditarias son tan tristes —suspiró la dama—. La tuberculosis y otras por el estilo.

—La tuberculosis no es hereditaria —repuso *sir* Alington en tono seco.

—¿No? Siempre pensé que lo era. ¡Pero la locura lo es! ¡Qué horrible! ¿Y cuáles más?

—La artritis —dijo *sir* Alington con una sonrisa—, y el daltonismo… esta última es muy interesante. Se transmite directamente a los varones, pero queda latente en las hembras. De manera que, mientras hay muchos hombres que lo padecen para que una mujer sufra el daltonismo la enfermedad tiene que haber estado latente en su madre y presente en su padre… cosa bastante difícil. Eso es lo que se llama herencia limitada al sexo.

—Qué interesante. Pero la demencia no es transmisible, ¿verdad?

—La demencia puede heredarla igualmente el hombre que la mujer —replicó el médico en tono grave.

Claire se puso en pie, empujando su silla tan bruscamente que casi la tira al suelo. Estaba muy pálida y seguía moviendo las manos con gestos nerviosos.

—No… no tardarán ustedes, ¿verdad? —suplicó—. La señora Thompson llegará dentro de pocos minutos.

—Otra copita de oporto y enseguida iremos con usted —dijo *sir* Alington—. He venido para ver la sesión de esa maravillosa señora Thompson, ¿no? ¡Ja, ja! Y no me haré de rogar. —Se levantó.

Claire le dirigió una sonrisa y salió de la habitación acompañada de la señora Eversleigh.

—Temo haberme puesto pesado hablando de mi profesión —comentó al volver a sentarse—. Perdóneme, amigo mío.

—No tengo nada que perdonar —replicó Trent cortésmente.

Parecía tenso y preocupado, y por primera vez Dermont sintióse extraño en compañía de su amigo. Entre aquellos dos había un secreto que un viejo amigo como él no podía compartir, y, no obstante, todo aquello era fantástico e increíble. ¿En qué podía basarse? En nada más que en un par de miradas y en el nerviosismo de una mujer.

Se entretuvieron poco bebiendo el oporto, y entraban en el salón en el momento en que anunciaban a la señora Thompson.

La médium era una mujer regordeta, de mediana edad, vestida de terciopelo color magenta con pésimo gusto y voz potente y vulgar.

—Espero no haber llegado tarde, señora Trent —dijo alegremente—. Me dijo usted a las nueve, ¿verdad?

—Es usted muy puntual, señora Thompson —repuso Claire con su voz ligeramente enronquecida—. Éste es nuestro pequeño círculo.

No hubo presentaciones, por lo visto ésa era la costumbre. La médium les contempló a todos con ojos astutos y penetrantes.

—Espero que obtengamos buenos resultados —observó con vivacidad—. No saben ustedes lo que aborrezco ponerme en trance y no poder dar satisfacción, por así decir. Me vuelve loca. Pero creo que Shiromako… mi control japonés, podrá hacerlo bien esta noche. No me sentía muy bien y he renunciado a tomar un *Welsh rarebit*[2], con lo aficionada que soy al queso.

Dermont escuchaba, mitad divertido, mitad disgustado. ¡Qué prosaico era todo aquello! Y no obstante, ¿no la estaba juzgando totalmente? Después de todo, era natural… los médiums son personas como las demás, y si un gran cirujano puede sentirse indispuesto en el momento de ir a realizar una delicada operación, ¿por qué no la señora Thompson?

Las sillas se colocaron en círculo, y las luces de manera que pudieran subirse o bajarse a voluntad. Dermont observó que no se trataba de realizar ningún *test*, ni *sir* Alington hizo la menor pregunta interesándose por la sesión.

No, aquello era sólo un pretexto. *Sir* Alington había ido allí por otro motivo. Dermont recordaba que la madre de Claire murió en el extranjero… con cierto misterio… enfermedades hereditarias…

Con esfuerzo volvió su atención a lo que ocurría a su alrededor en aquellos momentos.

Todos iban ocupando sus puestos, y se apagaron las luces, dejando encendida sólo una pequeña lamparita roja sobre una mesita apartada.

Durante un buen rato no se oyó otra cosa que la respiración de la médium, que se fue haciendo más acompasada. Luego, con una brusquedad que hizo saltar a Dermont, sonaron unos golpes al otro extremo de la estancia, y que repitieron en el contrario. Luego fueron *in crescendo*, por fin cesaron y se oyó una risita histérica.

Después silencio, que fue roto por una voz muy distinta a la de la señora Thompson, que dijo:

—Aquí estoy, caballeros. Ssssí, estoy aquí. ¿Desean preguntarme cosas?

—¿Quién eres…? ¿Shiromako?

—Sssssí. Yo Shiromako. Salí de este mundo hace muchísimo tiempo. Trabajo. Soy muy feliz.

Siguieron más detalles de la vida de Shiromako, tontos y sin interés, como Dermont oyera en otras ocasiones. Todos eran felices, muy felices, y los mensajes provenían de parientes vagamente descritos para evitar cualquier contingencia. Una dama anciana, la madre de uno de los presentes, estuvo repartiendo máximas de calendario con aire de novedad que resultaba anacrónico.

—Alguien más quiere comunicarse ahora —anunció Shiromako—. Tiene un mensaje muy importante para uno de los caballeros.

Hubo una pausa y luego una voz nueva inició su discurso con una risa endemoniada.

—¡Ja, ja! ¡Ja, ja, ja! Mejor que no vuelva a su casa. Siga mi consejo.

—¿A quién está hablando? —preguntó Trent.

—A uno de ustedes tres. Yo de él no volvería a su casa. ¡Peligro! ¡Sangre! No mucha sangre… bastante. No, no vaya a su casa. —La voz se fue alejando—. *¡No vuelva a su casa!*

Se apagó por completo. Dermont sintió que le hervía la sangre convencido de que aquel mensaje iba dirigido a él. Sea como fuere, aquella noche estaba llena de

peligro.

Se oyó un profundo suspiro de la médium, y luego un gemido. Volvía en sí. Se encendieron las luces y al fin se enderezó parpadeando.

—¿Fue bien, querida? Espero que sí.

—Muy bien, gracias, señora Thompson.

—¿Shiromako, supongo?

—Sí, y otros.

La señora Thompson bostezó.

—Estoy rendida. Completamente deshecha. Bueno, celebro que haya sido un éxito. Tenía miedo de que ocurriera algo desagradable. Hay una atmósfera extraña en esta habitación.

Miró por encima de sus hombros, primero a un lado y luego al otro, y al fin los alzó intranquila.

—No me gusta —dijo—. ¿Ha habido alguna muerte repentina entre ustedes, últimamente?

—¿Qué quiere decir… entre nosotros?

—Pues algún pariente cercano… un amigo querido… ¿no? Bueno, si quisiera ponerme melodramática diría que esta noche flota la muerte en el aire. Vaya, son tonterías mías. Adiós, señora Trent. Celebro que haya quedado satisfecha.

La señora Thompson, con su vestido de terciopelo color magenta, salió de la habitación.

—Espero que le haya interesado, *sir* Alington —murmuró Claire.

—Una velada muy interesante, mi querida señora. Muchísimas gracias por haberme proporcionado esta oportunidad. Permítame desearle muy buenas noches. Van a ir a bailar, ¿no es cierto?

—¿Es que no quiere acompañarnos?

—No, no. Tengo costumbre de acostarme a las once y media. Buenas noches, señora Eversleigh. Ah, Dermont. Quisiera hablar contigo. ¿Puedes venirte ahora? Luego te reúnes con ellos en las Galerías Grafton.

—Claro que sí, tío. Me reuniré allí con vosotros, Trent.

Muy pocas palabras intercambiaron tío y sobrino durante el corto trayecto hasta la calle Harley. *Sir* Alington se disculpó por haberle apartado de la reunión, asegurando a Dermont que sólo le entretendría unos pocos minutos.

—¿Quieres que luego te acompañe el chofer, hijo mío? —le preguntó cuando se apeaban.

—No, no te preocupes, tío. Tomaré un taxi.

—Muy bien. No me gusta retener a Charlson. ¿Ahora dónde diablos habré puesto la llave?

El automóvil se alejó, mientras *sir* Alington rebuscaba en sus bolsillos.

—Debo haberla dejado en la otra americana —dijo al fin—. Llama al timbre, ¿quieres? Johnson estará todavía levantado… supongo.

El imperturbable Johnson abrió la puerta al momento.

—Me dejé la llave, Johnson —exclamó *sir* Alington—. Sírvenos un par de *whiskys* con sifón en la biblioteca.

—Muy bien, *sir* Alington.

El médico entró en la biblioteca y encendió las luces. Luego dijo a Dermont que cerrara la puerta.

—No te entretendré mucho, Dermont, pero hay algo que deseo decirte. ¿Es imaginación mía, o sientes cierta… *tendresse*, digámoslo así, por la esposa de Jack Trent?

La sangre acudió al rostro cíe Dermont.

—Jack Trent es mi mejor amigo.

—Perdona, pero eso no responde a mi pregunta. Me atrevo a asegurar que tú consideras mis puntos de vista sobre el divorcio completamente puritanos, pero debo recordarte que eres mi único pariente y heredero.

—No es una cuestión de divorcio —replicó Dermont enojado.

—Desde luego que no, por una razón que quizá yo comprenda mejor que tú. Ahora no puedo dártela, pero deseo advertirte. Esa mujer no es para ti.

El joven sostuvo la mirada de su tío.

—Lo comprendo… permíteme que te diga, que quizá mejor de lo que tú crees. Conozco el motivo de tu presencia en la cena de esta noche.

—¿Eh? —La sorpresa era evidente—. ¿Cómo lo sabes?

—Digamos que lo adiviné, tío. ¿Tengo razón o no, si digo que estabas allí en ejercicio de tu profesión?

Sir Alington empezó a pasear de un lado a otro.

—Tienes mucha razón, Dermont. Claro que yo no podría decírtelo, aunque me temo que pronto será del dominio público.

A Dermont se le contrajo el corazón.

—¿Quieres decir que ya has… formado tu opinión?

—Sí, ha sido un caso de demencia en la familia… por parte materna. Un caso lamentable… muy lamentable.

—No puedo creerlo, tío.

—No me extraña. Para un profano hay muy pocos signos aparentes.

—¿Y para un experto?

—La evidencia es absoluta. En tal caso el paciente debe ser reducido lo más pronto posible.

—¡Dios mío! —suspiró Dermont—. Pero no es posible encerrar a nadie por nada.

—¡Mi querido Dermont! Esos casos son recluidos únicamente si resultan un peligro para la sociedad.

—¿Un peligro?

—Un grave peligro. Probablemente en la forma de manía homicida. Así fue el caso de su madre.

Dermont volvió el rostro con un gemido y lo escondió entre las manos. ¡Claire…, la dulce y blanca Claire!

—Dadas las circunstancias —continuó el médico—, creí mi deber advertirte.

—Claire —murmuró Dermont—. Mi pobre Claire.

—Sí, desde luego debemos compadecerla.

De pronto Dermont alzó la cabeza.

—No lo creo. Los médicos también cometen errores. Todo el mundo lo sabe, aunque sean eminencias en su especialidad.

—Mi querido Dermont —exclamó *sir* Alington furioso.

—Te digo que no lo creo… y de todas maneras, aunque fuese así no me importa. Amo a Claire. Y si quiere venir conmigo, yo la llevaré lejos… muy lejos… fuera del alcance de médicos entrometidos. La guardaré y cuidaré de ella, amparándola con mi amor.

—Tú no harás nada de eso. ¿Estás loco?

Dermont rió con amargura.

—*Tú lo dirías*.

—Compréndeme, Dermont. —El rostro de *sir* Alington estaba rojo por la pasión contenida—. Si haces eso… esa vergüenza… te retiraré la pensión que ahora te paso, y haré nuevo testamento dejando completamente todo lo que poseo a varios hospitales.

—Haz lo que gustes con tu condenado dinero —dijo Dermont en voz baja—. Pero yo tendré a la mujer que amo.

—Una mujer que…

—¡Di una palabra contra ella, y por Dios que te…! —exclamó el muchacho.

El tintineo de los vasos les hizo callar a los dos. Con el acaloro de la discusión no habían oído a Johnson que entraba con la bandeja de las bebidas. Su rostro permanecía imperturbable como el de todo buen mayordomo, mas Dermont pensó si habría oído parte de la conversación.

—Está bien, Johnson —le dijo *sir* Alington en tono seco—. Puedes acostarte.

—Gracias, señor. Buenas, señor.

Johnson se retiró.

Los dos hombres se miraron. Aquella interrupción momentánea había apaciguado sus ánimos.

—Tío —dijo Dermont—. No debiera haberte hablado así. Comprendo que desde tu punto de vista tienes muchísima razón. Pero hace mucho tiempo que quiero a Claire Trent. El hecho de ser Jack mi mejor amigo, me ha impedido decírselo hasta ahora, pero dadas las circunstancias eso ya no importa. Es absurda la idea de que las condiciones económicas puedan detenerme. Creo que los dos hemos dicho ya todo lo que teníamos que decirnos.

—Dermont…

—Es inútil seguir discutiendo. Buenas noches, tío.

Y saliendo rápidamente cerró la puerta a sus espaldas. El recibidor estaba sumido en la penumbra, y luego de atravesarlo y abrir la puerta de la calle, encontróse de nuevo en el exterior.

Un taxi acababa de dejar a su ocupante en la casa de al lado y Dermont lo tomó para dirigirse a las Galerías Grafton.

En la puerta de la sala de baile se detuvo un instante mientras la cabeza le daba vueltas. La estridente música de *jazz*, las mujeres sonrientes…, era como si hubiera entrado en otro mundo.

¿Lo habría soñado? Era imposible que hubiera sostenido realmente aquella desagradable conversación con su tío. Allí estaba Claire semejante a un lirio con su vestido blanco y dorado, y el rostro tranquilo y sereno. Sin duda alguna, todo había sido un sueño.

El baile terminó y ella acercóse a Dermont sonriendo. Como en un sueño le pidió que bailara con él y ahora la tenía entre sus brazos mientras volvía a sonar la música.

La sintió vacilar.

—¿Cansada? ¿Quieres que lo dejemos?

—Si no te importa… ¿No podríamos ir a algún sitio donde pudiéramos hablar? Tengo algo que decirte.

No era un sueño, y volvió a la realidad sobresaltado. ¿Cómo es posible que le hubiera parecido tranquila y serena? Si estaba poseída de temor… de miedo, ¿acaso lo sabría?

Encontraron un rincón alejado y fueron juntos, decididos a sentarse.

—Bien —le dijo Dermont fingiendo una tranquilidad que no sentía—, ¿y dices que tienes algo que decirme?

—Sí. —Bajó los ojos jugueteando nerviosa con una borla que adornaba su vestido.

—Pues dime lo que sea, Claire.

—Es sólo esto: Quiero que te marches… por algún tiempo.

El joven estaba atónito. No sabía lo que había esperado, pero desde luego no aquello.

—¿Qué tú quieres que me largue? ¿Por qué?

—Es mejor ser sinceros, ¿no crees? Sé que eres un… un caballero y mi amigo, y quiero que te marches, porque yo… yo me… me he ido aficionando demasiado a ti.

—Claire.

Sus palabras le dejaron mudo de asombro.

—Por favor, no creas que soy lo bastante presuntuosa para pensar que tú… llegaras a enamorarte de mí. Es sólo que… no soy muy feliz… y… ¡oh! Preferiría que te marcharas.

—Claire, ¿no sabes que te he querido… con toda mi alma… desde que te conocí?

Ella alzó sus ojos hacia él.

—¿Qué me querías… desde hace tiempo?

—Desde el principio.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Por qué no me lo decías? ¡Entonces yo hubiera podido ser para ti! ¿Por qué me lo dices ahora que es demasiado tarde? No, estoy loca… no sé lo que digo. Nunca hubiera podido ser para ti.

—Claire, ¿qué quieres decir con eso de que «ahora es demasiado tarde»? ¿Es… es por causa de mi tío? ¿Por lo que él sabe?

Ella asintió mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Escucha, Claire, no tienes que creerlo. Ni pensar en ello siquiera. En vez de eso, vente conmigo. Yo cuidaré de ti… y a mi lado siempre estarás segura.

Sus brazos la rodearon y al acercarla a él notó que temblaba.

De pronto, haciendo un esfuerzo, Claire se liberó.

—Oh, no, por favor. ¿Es que no comprendes? Ahora no podría ser. Sería horrible… horrible… horrible. Siempre he deseado ser buena y ahora… sería más horrible aún.

Él vaciló confundido por sus palabras. Claire le miraba suplicante.

—Por favor —le dijo—. Quiero ser buena.

Sin una palabra, Dermont se puso en pie para marcharse. Le habían emocionado sus palabras que no admitían discusiones, y al ir en busca de su abrigo y sombrero se encontró con Trent.

—Hola, Dermont, te marchas muy pronto.

—Sí, esta noche no estoy de humor para bailar.

—Es una noche de perros —dijo Trent un tanto apesadumbrado—. Pero tú nunca has tenido ni tienes mis preocupaciones.

Dermont sintió el temor de que Trent fuera a confiarse a él. ¡No, cualquier cosa menos eso!

—Bueno, hasta la vista. Me voy a casa.

—¿A casa, eh? ¿Y qué me dices de la advertencia de los espíritus?

—Correré el riesgo. Buenas noches, Jack.

El piso de Dermont no estaba lejos. Fue andando hasta allí, pues sentía necesidad del aire fresco de la noche para calmar su agitado cerebro. Abrió él mismo con un llavín y encendió la luz del dormitorio.

En el acto, y por segunda vez durante aquella noche, percibió sobre él la inquietud de la Señal Roja… con tal fuerza que por un momento, incluso apartó a Claire de su pensamiento.

¡Peligro! Estaba en peligro. ¡En aquel mismo instante, y en aquella misma habitación!

Trató en vano de librarse de aquel miedo ridículo. Hasta entonces, la Señal Roja le había avisado siempre con tiempo para evitar el desastre. Sonriendo ante su propia superstición inspeccionó todo el piso. Era posible que hubiese entrado un ladrón y estuviera escondido en alguna parte, pero su registro no reveló nada. Su criado, Milton, había salido, y el piso estaba completamente vacío.

Al regresar a su dormitorio se fue desnudando lentamente con el ceño fruncido. La sensación de peligro era más fuerte que nunca. Abrió un cajón para sacar un pañuelo, y de pronto se quedó rígido, pues en un rincón había un bulto que no le era familiar.

Con dedos nerviosos fue apartando los pañuelos y sacó el objeto que se escondía debajo.

Era un revólver.

Asombrado Dermont lo examinó con atención. Era un modelo poco corriente y había sido disparado recientemente. Aparte de esto no supo ver nada más. Alguien lo había colocado allí aquella misma noche, puesto que no estaba en el cajón cuando se vistiera para la cena… de eso estaba seguro.

Fue a dejarlo de nuevo en el cajón cuando le sobresaltó oír el timbre de la puerta. Sonaba, una y otra vez con fuerza inusitada en la quietud del piso vacío.

¿Quién podía llamar a la puerta a aquellas horas? Y la única respuesta que encontraba era:

Peligro… peligro… peligro…

Guiado de un impulso que no supo dominar, Dermont, apagó la luz, y poniéndose el abrigo que estaba encima de una silla, abrió la puerta del recibidor.

Dos hombres aguardaban fuera, y tras ellos Dermont vio un uniforme azul. ¡Un policía!

—¿El señor West? —preguntó uno de los hombres.

A Dermont le pareció que transcurrían años antes de que él respondiera, pero en realidad pasaron sólo unos segundos antes de que contestara imitando ligeramente la voz inesperada de su criado.

—El señor West no ha regresado todavía.

—¿No ha vuelto aún, eh? Muy bien, entonces será mejor que entremos a esperarle.

—No.

—Escuche, amigo, soy el inspector Verrall de Scotland Yard y traigo una orden de arresto para su amo. Puede usted verla si gusta.

Dermont examinó el papel que le entregaban, o simuló hacerlo, preguntando con voz alterada:

—¿Por qué? ¿Qué es lo que ha hecho?

—Por el asesinato de *sir* Alington West de la calle Harley.

Con la cabeza como una devanadera, Dermont retrocedió para dejar paso a sus visitantes, y al entrar en el saloncito encendió las luces. El inspector le siguió.

—Eche un vistazo —dijo a su acompañante.

Luego volvióse a Dermont.

—Usted quédese aquí, amigo. No se escape para avisar a su amo. A propósito, ¿cómo se llama?

—Milton, señor.

—¿A qué hora espera a su amo, Milton?

—No lo sé, señor. Ha ido a bailar… creo que a las Galerías Grafton.

—Se marchó de allí hará cosa de una hora. ¿Seguro que no ha venido por aquí?

—No lo creo, señor. Supongo que de haber venido, le hubiera oído entrar.

En aquel momento entraba el otro hombre, procedente de la habitación contigua, llevando en la mano el revólver, que presentó al inspector.

—Esto lo demuestra —observó satisfecho—. Debe haber entrado sin que usted le oyera. Ahora ya debe haberse escapado. Será mejor que me marche. Cawley, quédese usted aquí por si regresara, y vigile a este individuo. Es posible que sepa más de su amo de lo que confiesa.

El inspector se marchó y Dermont esforzóse por obtener detalles de lo sucedido sonsacando a Cawley, que no se hizo rogar.

—Un caso claro —explicó—. El crimen fue descubierto casi inmediatamente. Johnson, el mayordomo, acababa de subir a acostarse, cuando le pareció oír un disparo y volvió a bajar, encontrando muerto a *sir* Alington… de un balazo que le atravesó el corazón. Nos telefoneó enseguida y fuimos inmediatamente a tomarle declaración.

—¿Y por qué es un caso claro? —quiso saber Dermont.

—Clarísimo. Ese joven West llegó con su tío y estaban discutiendo acaloradamente cuando Johnson entró con las bebidas. El anciano le amenazaba con hacer nuevo testamento, y su amo hablaba de matarle. No habían transcurrido ni cinco minutos cuando se oyó el disparo. Oh, sí, un caso clarísimo.

Clarísimo, desde luego. A Dermont el corazón le dio un vuelco al comprender la abrumadora evidencia acumulada contra él. Y sin escape posible. Empezó a reflexionar activamente, y se le ocurrió ofrecerse para preparar un poco de té. Cawley se avino a ello con prontitud; ya había registrado el piso y no habiendo otra entrada posterior, permitió que Dermont fuera a la cocina. Una vez allí, puso a calentar el agua y fue preparando las tazas y platos. Luego, yendo hasta la ventana, la abrió. El piso estaba en la segunda planta, y fuera de la ventana había un pequeño ascensor metálico que utilizaban para subir los comestibles y que subía y bajaba por medio de un cable de acero.

Con la velocidad del rayo Dermont saltó por la ventana y fue descolgándose por el cable, que cortaba sus manos haciéndolas sangrar, pero él seguía bajando desesperadamente.

Pocos minutos después asomaba con precauciones por la parte posterior de la manzana, y dando la vuelta a la esquina tropezó con una figura que estaba de pie junto a la acera, y en la que, sorprendido, reconoció a Jack Trent, que al parecer estaba al corriente de la situación…

—¡Dios santo! ¡Dermont! De prisa, marcha de aquí.

Y cogiéndole del brazo le condujo a una calle secundaria y luego a otra. Pasaba un taxi solitario y lo detuvo dándole la dirección de su propia casa.

—Es el lugar más seguro por el momento —le dijo—. Allí decidiremos lo que hacer para despistar a esos tontos. Vine con la esperanza de poder avisarte antes de que llegara aquí la policía.

—Ni siquiera sabía que te hubieses enterado, Jack. No creerás…

—Claro que no, hombre, cómo iba a creerlo. Te conozco demasiado bien. De todas maneras es un mal asunto para ti. Estuvieron haciendo preguntas… a qué hora llegaste de las Galerías Grafton, cuándo te fuiste… etc., etc. Dermont, ¿quién ha podido matar al viejo?

—No puedo imaginarlo siquiera. El que puso el revólver en mi cajón, supongo. Debe habernos observado de cerca.

—Esa sesión espiritista fue muy extraña. «No vuelva a su casa». Era un mensaje para el viejo West. Fue a su casa y le mataron.

—También puede aplicarse a mí —replicó Dermont—. Fui a mi casa y me encontré un revólver y un inspector de policía.

—Bueno, espero que me alcance a mí también —dijo Trent—. Hemos llegado.

Y luego de pagar el taxi, abrió la puerta con su llavín y guió a Dermont por la oscura escalera hasta su guarida, una reducida habitación del primer piso.

Abrió la puerta y cuando Dermont hubo entrado, encendió las luces yendo a reunirse con él.

—Aquí estarás a salvo de momento —comentó Trent—. Ahora pensemos lo que conviene hacer.

—He sido un estúpido —exclamó Dermont de pronto—. Tendría que haberlo afrontado con valentía. Ahora lo veo con más claridad. Todo esto es un complot. ¿De qué diablos te estás riendo?

Porque Trent se había reclinado en su silla desternillándose de risa. Había algo horrible en aquel sonido… y algo horrible también en aquel hombre… así como una extraña luz en sus ojos…

—Un complot muy inteligente —musitó—. Dermont, estás perdido.

Y fue a coger el teléfono.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Dermont.

—Telefonear a Scotland Yard, y decirles que su pájaro está aquí seguro… bajo llave y cerrojo. Sí, cerré la puerta al entrar y la llave está en mi bolsillo. Es inútil que mires a esa puerta que está a mis espaldas. Ésa da a la habitación de Claire, y siempre se encierra por dentro. Me tiene miedo, ¿sabes? Hace tiempo que me teme. Siempre adivina cuándo estoy pensando en ese cuchillo… un cuchillo largo y afilado. No, tú no…

Dermont había hecho ademán de correr hacia él, pero Trent sacó un revólver.

—Éste es el segundo —rió Trent—. El otro lo puse en tu cajón… después de matar con él al viejo West… ¿Qué es lo que miras por encima de mi cabeza? ¿Esa puerta? Es inútil; aunque Claire la abriera… y te la abriría a ti… dispararía antes de que la alcanzaras. No al corazón… ni a matar… sólo te heriría para que no pudieras

escapar. Soy un buen tirador, ya sabes. En cierta ocasión te salvé la vida… tonto de mí. No, no… quiero verte ahorcado… sí, ahorcado. No es para ti para quien quiero el cuchillo. Es para Claire… la hermosa Claire, tan blanca y tan dulce. El viejo West lo sabía. Por eso vino aquí esta noche, para ver si yo estaba loco. Quería encerrarme… para que no pudiera matar a Claire con un cuchillo. Yo fui muy listo. Le quité la llave y la tuya también. Me escabullí del baile en cuanto llegué, y al verte salir de su casa entré yo. Le maté, y luego fui a tu casa a dejar el revólver, y volvía a estar en las Galerías Grafton poco después de que tú llegaras. Mientras te daba las buenas noches introduje tu llave en el bolsillo de tu abrigo. No me importa decirte todo esto; nadie puede oírnos y cuando te ahorquen, quiero que sepas que fui yo quien lo hice. No tienes escape. ¡Qué risa!… ¡Cielos, qué gracioso! ¿En qué estás pensando? ¿Qué diablos es lo que miras?

—Estoy pensando en unas palabras que acabas de repetir. Hubieras hecho mejor no regresando a casa, Trent.

—¿Qué quieres decir?

—Mira detrás de ti.

Trent giró en redondo. En la puerta que comunicaba con la otra habitación inmediata estaba Claire… y el inspector Verrall.

Trent fue rápido, y el revólver sólo habló una vez… encontrando su diana. Cayó sobre la mesa. El inspector corrió a su lado, mientras Dermont contemplaba a Claire como un sueño. Varios pensamientos acudían atropelladamente a su memoria. Su tío… su discusión… aquel terrible malentendido… las leyes de divorcio de Inglaterra que nunca hubieran permitido a Claire separarse de un marido demente… «debemos compadecerla»… el complot tramado entre ella y *sir* Alington que el astuto Trent supo adivinar… el grito de Claire: «¡Sería horrible… horrible… horrible! Sí, pero ahora sería…».

El inspector se enderezó.

—Está muerto —dijo perplejo.

—Sí —se oyó decir a Dermont—, fue siempre un buen tirador.

El cuarto hombre

(The Forth Man).

El canónigo Parfitt jadeaba. El correr para alcanzar el tren no era cosa que conviniera a un hombre de sus años. Su figura ya no era lo que fue y con la pérdida de su esbelta silueta había ido adquiriendo una tendencia a quedarse sin aliento, que el propio canónigo solía explicar con dignidad diciendo «¡Es el corazón!».

Exhalando un suspiro de alivio se dejó caer en una esquina del compartimento de primera. El calorcillo de la calefacción le resultaba muy agradable. Fuera estaba nevando. Además era una suerte haber conseguido situarse en una esquina siendo el viaje de noche y tan largo. Debieron haber puesto coche-cama en aquel tren.

Las otras tres esquinas estaban ya ocupadas, y al observarlo, el canónigo Parfitt se dio cuenta de que el hombre sentado en la más alejada, le sonreía con aire de reconocimiento. Era un caballero pulcramente afeitado, de rostro burlón y cabellos oscuros que comenzaban a blanquear en las sienes. Su profesión era sin duda alguna la de abogado, y nadie le hubiera tomado por otra cosa ni un momento siquiera. *Sir* George Durand era ciertamente un abogado muy famoso.

—Vaya, Parfitt —comenzó con aire jovial—. Se ha echado usted una buena carrerita, ¿no?

—Y con lo malo que es para mi corazón —repuso el canónigo—. Qué casualidad encontrarle, *sir* George. ¿Va usted muy al norte?

—Hasta Newcastle —replicó *sir* George—. A propósito —añadió—: ¿Conoce usted al doctor Campbell Clark?

Y el caballero sentado en el mismo lado que el canónigo inclinó la cabeza complacido.

—Nos encontramos en la estación —continuó el abogado—. Otra coincidencia.

El canónigo Parfitt vio al doctor Campbell Clark con gran interés. Había oído aquel nombre muy a menudo. El doctor Clark estaba en la primera fila de los médicos especialistas en enfermedades mentales, y su último libro *El problema del subconsciente* había sido la obra más discutida del año.

El canónigo Parfitt vio una mandíbula cuadrada, unos ojos azules de mirada firme, y una cabeza de cabellos rojizos sin una cana, pero que iban clareándose rápidamente. Asimismo tuvo la impresión de hallarse ante una vigorosa personalidad.

Debido a una lógica asociación de ideas, el canónigo miró el asiento situado frente al suyo esperando encontrar allí otra persona conocida, mas el cuarto ocupante del departamento resultó ser totalmente extraño… tal vez un extranjero. Era un hombrecillo moreno de aspecto insignificante, que embutido en un grueso abrigo parecía dormir.

—¿Es usted el canónigo Parfitt de Bradchester? —preguntó el doctor Clark con voz agradable.

El canónigo pareció halagado. Aquellos «sermones científicos» habían sido un gran acierto… especialmente desde que la prensa se había ocupado de ellos. Bueno, aquello era lo que necesitaba la Iglesia… modernizarse.

—He leído su libro con gran interés, doctor Campbell Clark —le dijo—. Aunque es demasiado técnico para mí, y me resulta difícil seguir algunas de sus partes.

Durand intervino.

—¿Prefiere hablar o dormir, canónigo? —le preguntó—. Confieso que sufro de insomnio y, por lo tanto, me inclino en favor de lo primero.

—¡Oh, desde luego! De todas maneras —explicó el canónigo—, yo casi nunca duermo en estos viajes nocturnos y el libro que he traído es muy aburrido.

—Realmente formamos una reunión muy interesante —observó el doctor con una sonrisa—. La Iglesia, la Ley y la profesión médica.

—Es difícil que no podamos formar opinión entre los tres, ¿verdad? El punto de vista espiritual de la Iglesia, el mío puramente legal y mundano, y el suyo, doctor, que abarca el mayor campo, desde lo puramente patológico a lo… superpsicológico. Entre los tres podríamos cubrir cualquier terreno por completo.

—No tanto como usted imagina —dijo el doctor Clark—. Hay otro punto de vista que ha pasado usted por alto y que es en este aspecto muy importante.

—¿A cuál se refiere? —quiso saber el abogado.

—Al punto de vista del hombre de la calle.

—¿Es tan importante? ¿Acaso el hombre de la calle no se equivoca generalmente?

—¡Oh, casi siempre! Pero posee lo que le falta a toda opinión experta… el punto de vista personal. Ya sabe que no puede prescindir de las relaciones personales. Lo he descubierto en mi profesión. Por cada paciente que acude realmente enfermo, hay por lo menos cinco que no tienen otra cosa que incapacidad para vivir felizmente con los inquilinos que habitan en la misma casa. Lo llaman de mil maneras… desde «rodilla de fregona» a «calambre de escribiente», pero es todo lo mismo: asperezas producidas por el roce diario de una mentalidad con otra.

—Tendrá usted muchísimos pacientes con «nervios», supongo —comenzó el canónigo, cuyos nervios eran excelentes.

—Ah, ¿qué es lo que quiere usted decir con eso? —El doctor volvióse hacia él con gesto rápido e impulsivo—. ¡Nervios! La gente suele emplear esa palabra y reírse después, como ha hecho usted. «Esto no tiene importancia —dicen—. ¡Sólo son nervios!». ¡Dios mío!, ahí tiene usted el *quid* de todo. Se puede contraer una enfermedad corporal y curarla, pero hasta la fecha se sabe poco más de las oscuras causas de las ciento y una forma de las enfermedades nerviosas que se sabía… bueno… durante el reinado de la reina Elizabeth.

—Dios mío —exclamó el canónigo Parfitt un tanto asombrado por su salida—. ¿Es cierto?

—Y creo que es un signo de gracia —continuó el doctor Campbell—. Antiguamente considerábamos al hombre como un simple animal con inteligencia y un cuerpo al que daba más importancia que a nada.

—Inteligencia, cuerpo y alma —corrigió el clérigo con suavidad.

—¿Alma? —El doctor sonrió de un modo extraño—. ¿Qué quiere decir exactamente? Nunca ha estado muy claro, ya sabe. A través de todas las épocas no se han atrevido ustedes a dar una definición exacta.

El canónigo aclaró su garganta dispuesto a pronunciar un discurso, pero ante su disgusto, no le dieron oportunidad, ya que el médico continuó:

—¿Está seguro de que la palabra es alma… y no puede ser almas?

—¿Almas? —preguntó *sir* George Durand enarcando las cejas con expresión divertida.

—Sí —Campbell Clark dirigió su atención hacia él inclinándose hacia delante para tocarle en el pecho—. ¿Está usted seguro —dijo en tono grave—, que hay un solo ocupante en esta estructura… porque esto es lo que es, ya sabe… envidiable residencia que no se alquila amueblada por siete, veintiuno, cuarenta y uno, setenta y un años… los que sean? Y al final el inquilino traslada sus cosas… poco a poco… y luego se marcha de la casa de golpe… y ésta se viene abajo convertida en una masa de ruinas y decadencia. Usted es el dueño de la casa, admitamos eso, pero nunca se percata de la presencia de los demás… criados de pisar quedo, en los que apenas repara, a no ser por el trabajo que realizan… trabajo que usted no tiene conciencia de haber hecho. O amigos… estados de ánimo que se apoderan de uno y le hacen ser un «hombre distinto», como se dice vulgarmente. Usted es el rey del castillo, ciertamente, pero puede estar seguro de que allí está también instalado tranquilamente el «pillastre redomado».

—Mi querido Clark —replicó el abogado—, me hace usted sentirme realmente incómodo. ¿Es que mi interior es, en realidad, campo de batalla en que luchan distintas personalidades? ¿Es la última palabra de la ciencia?

Ahora fue el médico quien se encogió de hombros.

—Su cuerpo lo es —dijo en tono seco—. ¿Por qué no puede serlo también la mente?

—Muy interesante —exclamó el canónico Parfitt—. ¡Ahí Maravillosa ciencia… maravillosa ciencia!

Y para sus adentros agregó:

—*Puedo preparar un sermón muy atrayente basado en esta idea*.

Mas el doctor Campbell Clark se había vuelto a reclinar en su asiento una vez pasada su excitación momentánea.

—A decir verdad —observó con su aire profesional—, es un caso de doble personalidad el que me lleva esta noche a Newcastle. Un caso interesantísimo. Un individuo neurótico, desde luego, pero un caso auténtico.

—Doble personalidad —repitió *sir* George Durand pensativo—. No es tan raro según tengo entendido. Existe también la pérdida de memoria, ¿no es cierto? El otro día surgió un caso así ante el Tribunal de Testamentarias.

El doctor Clark asintió.

—Desde luego, el caso clásico fue el de Felicie Bault. ¿No recuerda haberlo oído?

—Claro que sí —expuso el canónigo Parfitt—. Recuerdo haberlo leído en los periódicos… pero de eso hace mucho tiempo… por lo menos siete años.

El doctor Campbell asintió.

—Esa muchacha se convirtió en una de las figuras más célebres de Francia, y acudieron a verla científicos de todo el mundo. Tenía cuatro personalidades nada menos, y se las conocía por Felicie Primera, Felicie Segunda, Felicie Tercera y Felicie Cuarta.

—¿Y no cabía la posibilidad de que fuera un truco premeditado? —preguntó *sir* George.

—Las personalidades de Felicie Tres y Felicie Cuatro ofrecían algunas dudas —admitió el médico—. Pero el hecho principal persiste. Felicie Bault era una campesina de Bretaña. Era la tercera de cinco hermanos, hija de un padre borracho y de una madre retrasada mental. En uno de sus ataques de alcoholismo el padre estranguló a su mujer, siendo, si no recuerdo mal, desterrado por vida. Felicie tenía entonces cinco años. Unas personas caritativas se interesaron por la criatura, y Felicie fue criada y educada por una dama inglesa que tenía una especie de hogar para niños desvalidos. Aunque consiguió muy poco de Felicie, la describe como una niña anormal, lenta y estúpida, que aprendió a leer y escribir sólo con gran dificultad y cuyas manos eran torpes. Esa dama, la señora Slater, intentó prepararla para el servicio doméstico y le buscó varias casas donde trabajar cuando tuvo la edad conveniente, mas en ninguna estuvo mucho tiempo debido a su estupidez y profunda pereza.

El doctor hizo una pausa, y el canónigo, mientras se arropaba aún más en su manta de viaje se dio cuenta de pronto de que el hombre sentado frente a él se había movido ligeramente, y sus ojos, que antes tuviera cerrados, ahora estaban abiertos y en ellos brillaba una expresión indescifrable que sobresaltó al clérigo. Era como si hubiese estado regocijándose interiormente por lo que oyera.

—Existe una fotografía de Felicie Bault tomada cuando tenía diecisiete años —prosiguió el médico—. Y en ella aparece como una burda campesina de recia constitución, sin nada que indique que pronto iba a ser una de las personas más famosas de Francia.

»Cinco años más tarde, cuando contaba veintidós, Felicie Bault tuvo una enfermedad nerviosa, y al reponerse empezaron a manifestarse los extraños fenómenos. Lo que sigue a continuación son hechos atestiguados por muchísimos científicos eminentes. La personalidad llamada Felicie Primera era completamente distinta a la Felicie Bault de los últimos años. Felicie Primera escribía apenas el

francés, no hablaba ningún otro idioma, y no sabía tocar el piano. Felicie Segunda, por el contrario, hablaba correctamente el italiano y algo de alemán. Su letra era distinta por completo de la de Felicie Primera, y escribía y se expresaba a la perfección en francés. Podía discutir de política, arte y era muy aficionada a tocar el piano. Felicie Tercera tenía muchos puntos en común con Felicie Segunda. Era inteligente y al parecer bien educada, pero en la parte moral era un contraste absoluto. Aparecía como una criatura depravada… pero en un sentido parisiense, no provinciano. Conocía todo el *argot* de París, y las expresiones del *demi monde* elegante. Su lenguaje era obsceno, y hablaba mal de la religión y la "gente buena" en los términos más blasfemos. Y por fin surgió la Felicie Cuarta… una criatura soñadora piadosa y clarividente, pero esta cuarta personalidad fue poco satisfactoria y duradera, y se la consideró un truco deliberado por parte de Felicie Tercera… una especie de broma que le gastaba al público crédulo. Debo decir que, aparte de la posible excepción de la Felicie Cuarta, cada personalidad era distinta y separada y no tenía conocimiento de las otras. Felicie Segunda fue sin duda la más predominante y algunas veces duraba hasta quince días, luego Felicie Primera, aparecía bruscamente por espacio de uno o dos días. Después, tal vez la Felicie Tercera o Cuarta, pero estas dos últimas, rara vez denominaban más de unas pocas horas. Cada cambio iba acompañado de un fuerte dolor de cabeza y sueño profundo, y en cada caso sufría la pérdida completa de la memoria de los otros estados, y la personalidad en cuestión tomaba vida a partir del momento en que la había abandonado, inconsciente del tiempo.

—Muy notable —murmuró el canónigo—. Muy notable. Hasta ahora sabemos apenas nada de las maravillas del universo.

—Sabemos que hay algunos impostores muy astutos —observó el abogado en tono seco.

—El caso de Felicie Bault fue investigado por abogados, así como por médicos y científicos —replicó el doctor Campbell con presteza—. Recuerde que Maitre Quimbellier llevó a cabo la investigación más profunda y confirmó la opinión de los científicos. Y al fin y al cabo, ¿por qué hemos de sorprendernos tanto? ¿No tenemos los huevos de dos yemas? ¿Y los plátanos gemelos? ¿Por qué no ha de poder darse el caso de la doble personalidad… o en este caso, la cuádruple personalidad… en un solo cuerpo?

—¿La doble personalidad? —protestó el canónigo.

El doctor Campbell Clark volvió sus penetrantes ojos azules hacia él.

—¿Cómo podríamos llamarle si no?

—Menos mal que estas cosas son únicamente un capricho de la naturaleza —observó *sir* George—. Si el caso fuera corriente se prestarían muchas complicaciones.

—Desde luego, son casos muy anormales —convino el médico—. Fue una lástima que no pudiera efectuarse otro estudio más prolongado, pero puso fin a todo, la inesperada muerte de Felicie.

—Hubo algo raro si no recuerdo mal —dijo el abogado despacio.

El doctor Campbell Clark asintió.

—Fue algo inesperado. Una mañana la muchacha fue encontrada muerta en su cama. Había sido estrangulada, pero ante la estupefacción de todos, demostró sin lugar a dudas que se había estrangulado ella misma. Las señales de su cuello eran las de sus dedos. Un sistema de suicidio que aunque no es físicamente imposible, requiere una extraordinaria fuerza muscular y una voluntad casi sobrehumana. Nunca se supo lo que había impulsado a suicidarse. Claro que su equilibrio mental siempre había sido insuficiente. Sin embargo, ahí tiene. Se ha corrido para siempre la cortina sobre el misterio de Felicie Bault.

Fue entonces cuando el ocupante de la cuarta esquina se echó a reír.

Los otros tres hombres saltaron como si hubieran oído un disparo. Habían olvidado por completo la existencia del cuarto, y cuando se volvieron hacia el lugar donde se hallaba sentado y todavía arrebujado en su abrigo, rió de nuevo.

—Deben perdonarme, caballeros —dijo en perfecto inglés, aunque con un ligero acento extranjero, y se incorporó mostrando un rostro pálido con un pequeño bigotillo —. Sí, deben ustedes perdonarme —dijo con una cómoda inclinación de cabeza—. Pero la verdad: ¿es que la ciencia dice alguna vez la última palabra?

—¿Sabe algo del caso que estábamos discutiendo? —le preguntó el doctor cortésmente.

—¿Del caso? No. Pero la conocí.

—¿A Felicie Bault?

—Sí. Y a Annette Ravel también. No han oído hablar de Annette Ravel, ¿verdad? Y, no obstante, la historia de una, es la historia de la otra. Créame, no sabrán nada de Felicie Bault si no conocen también la historia de Annette Ravel.

Sacó un reloj para consultar la hora.

—Falta media hora hasta la próxima parada. Tengo tiempo de contarles la historia… es decir, si a ustedes les interesa escucharla.

—Cuéntela, por favor —dijo el médico.

—Me encantaría oírla —exclamó el pastor.

Sir George Durand limitóse a adoptar una actitud de atenta escucha.

—Mi nombre, caballeros —comentó el extraño compañero de viaje— es Raoul Lepardeau. Usted acaba de mencionar a una dama inglesa, la señorita Slater, que se ocupa en obras de caridad. Yo la conocí en Bretaña, en un pueblecito pesquero, y cuando mis padres fallecieron víctimas de un accidente ferroviario, fue la señorita Slater quien vino a rescatarme y me salvó de algo equivalente a los reformatorios ingleses. Tenía unos veinte chiquillos a su cuidado… niños y niñas. Entre éstas se encontraban Felicie Baúl y Annette Ravel. Si no consigo hacerles comprender la personalidad de Annette, caballeros, no comprenderán nada. Era hija de lo que ustedes llaman una *filie de joie* que había muerto tuberculosa abandonada por su amante. La madre fue bailarina y Annette también tenía el deseo de bailar. Cuando la

vi por primera vez tenía once años, y era una niña vivaracha de ojos brillantes y prometedores… una criatura todo fuego y vida. Y enseguida, enseguida… me convirtió en su esclavo. «Raoul, haz esto; Raoul, haz lo otro…», y yo obedecía. Yo la idolatraba y ella lo sabía.

»Solíamos ir a la playa… los tres… ya que Felicie venía con nosotros. Y allí Annette, quitándose los zapatos y las medias bailaba sobre la arena, y luego, cuando le faltaba el aliento, nos contaba lo que quería llegar a ser.

»—Veréis, yo seré famosa. Sí, muy famosa. Tendré cientos y miles de medias de seda… de la seda más fina, y viviré en un piso maravilloso. Todos mis adoradores serán jóvenes, guapos y ricos, cuando yo baile, todo París irá a verme. Gritarán y se volverán locos con mis danzas. Y durante los inviernos no bailaré. Iré al sur a gozar del sol. Allí hay pueblecitos con naranjos, y comeré naranjas. Y en cuanto a ti, Raoul nunca te olvidaré por muy rica que sea. Te protegeré para que estudies una carrera. Felicie será mi doncella… no, sus manos son demasiado torpes. Míralas qué grandes y toscas.

»Felicie se ponía furiosa al oír esto, y entonces Annette continuaba pinchándola.

»—Es tan fina, Felicie… tan elegante y distinguida. Es una princesa disfrazada… ja, ja.

»—Mi padre y mi madre estaban casados, y los tuyos no —replicaba Felicie con rencor.

»—Sí, y tu padre mató a tu madre. Bonita cosa ser la hija de un asesino.

»—Y el tuyo dejó morir a tu madre —era la contestación de Felicie.

»—Ah, sí —Annette se ponía pensativa—: *Pauvre maman*. Hay que conservarse fuerte y bien.

»—Yo soy fuerte como un caballo —presumía Felicie.

»Y desde luego lo era. Tenía dos veces la fuerza de cualquier niña del Hogar y nunca estaba enferma.

»Pero era estúpida, ¿comprenden?, estúpida como una bestia bruta. A menudo me he preguntado por qué seguía a Annette como lo hacía. Era una especie de fascinación. Algunas veces creo que la odiaba, y no es de extrañar, puesto que Annette no era amable con ella. Se burlaba de su lentitud y estupidez, provocándola delante de los demás. Yo había visto a Felicie ponerse lívida de rabia. Algunas veces pensé que iba a rodear la garganta de Annette con sus dedos hasta acabar con su vida. No era lo bastante inteligente como para contestar a los improperios de Annette, pero con el tiempo aprendió una respuesta que nunca fallaba. Era el referirse a su propia salud y fuerza. Había aprendido lo que yo siempre supe: que Annette envidiaba su fortaleza física, y ella atacaba instintivamente el punto débil de la armadura de su enemiga.

»Un día Annette vino hacia mí muy contenta. “Raoul —dijo—, hoy vamos a divertirnos con esa estúpida de Felicie”.

»—¿Qué es lo que vas a hacer?

»—Ven detrás del cobertizo y te lo diré.

»Parece que Annette había encontrado cierto libro, parte del cual no entendía y, desde luego, estaba por encima de su cabecita. Era una de las primeras obras de hipnotismo.

»—Conseguí que un objeto brillante, el pomo de metal de mi casa, diese vueltas. Hice que Felicie lo mirase anoche. “Míralo fijamente —le dije—. No apartes los ojos de él”. Y entonces lo hice girar, Raoul. Estaba asustada. Sus ojos tenían una expresión tan extraña… tan extraña. «Felicie, tú harás siempre lo que yo diga», le dije: «Haré siempre lo que tú digas, Annette», me contestó. Y luego… y luego… dije: «Mañana llevarás un cabo de vela al patio y empezarás a comerla a las doce. Y si alguien te pregunta dirás que es la mejor galleta que has probado en tu vida». ¡Oh, Raoul, imagínate!

»—Pero ella no hará una cosa así —protesté.

»—El libro dice que sí. No es que yo lo crea del todo… ¡pero, oh, Raoul, si lo que dice el libro es cierto, lo que nos vamos a divertir!

»A mí también me pareció divertido. Lo comunicamos a nuestros compañeros y a las doce estábamos todos en el patio. A la hora exacta apareció Felicie con el cabo de la vela en la mano. ¿Y creerán ustedes, caballeros, que empezó a mordisquearlo solemnemente? ¡Todos nos desternillábamos de risa! De vez en cuando alguno de los niños se acercaba a ella y le decía muy serio: ¿Es bueno lo que comes, Felicie? Y ella respondía: “Sí, es una de las mejores galletas que he probado en mi vida”.

»Y entonces nos ahogábamos de risa. Al fin nos reímos tan fuerte que el ruido pareció despertar a Felicie y se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Parpadeó extrañada, miró la vela y luego a todos, pasándose la mano por la frente.

»—Pero ¿qué es lo que estoy haciendo aquí? —murmuró.

»—Te estás comiendo una vela de sebo —le gritamos.

»—*Yo* te lo hice hacer. *Yo* te lo hice hacer —exclamó Annette bailándola su alrededor.

»Felicie la miró fijamente unos instantes y luego se fue acercando a ella.

»—¿De modo que has sido tú… has sido tú quien me puso en ridículo? Creo recordar. ¡Ah! Te mataré por esto.

»Habló en tono tranquilo, pero Annette echó a correr refugiándose detrás de mí.

»—¡Sálvame, Raoul! Me da miedo Felicie. Ha sido sólo una broma, Felicie. Sólo una broma. ¿Comprendes?

»—No me gustan esta clase de bromas —replicó Felicie—. Te odio. Os odio a todos.

»Y echándose a llorar se marchó corriendo.

»Yo creo que Annette estaba asustada por el resultado de su experimento, y no intentó repetirlo, pero a partir de aquel día su ascendencia sobre Felicie se fue haciendo más fuerte.

»Ahora creo que Felicie siempre la odió, pero sin embargo no podía apartarse de su lado y solía seguirla como un perro.

»Poco después de esto, caballeros, me encontraron un empleo y sólo volví al Hogar durante mis vacaciones. No se había tomado en serio el deseo de Annette de ser bailarina, pero su voz se hizo más bonita a medida que iba creciendo, y la señorita Slater consintió gustosamente en dejarla aprender canto.

»Annette no era perezosa, y trabajaba febrilmente, sin descanso, y la señorita Slater se vio obligada a impedir que se excediera, y en cierta ocasión me habló de ella.

»—Tú siempre has apreciado mucho a Annette —me dijo—. Convéncela para que no se esfuerce demasiado. Últimamente tose de una manera que no me gusta.

»Mi trabajo me llevó lejos poco después de esta conversación. Recibí una o dos cartas de Annette al principio, pero luego silencio, los cinco años que permanecí en el extranjero.

»Por pura casualidad, cuando regresé a París me llamó la atención un cartel anuncio con el nombre de Annette Ravelli y su fotografía. La conocí enseguida. Aquella noche fui al teatro en cuestión. Annette cantaba en francés e italiano, y en escena estaba maravillosa. Después fui a verla a su camerino y me recibió enseguida.

»—Vaya, Raoul —exclamó tendiéndome las manos—. ¡Esto es maravilloso! ¿Dónde has estado todos estos años?

»Yo se lo hubiera dicho, pero no deseaba escucharme.

»—¡Ves, ya casi he llegado!

»Y con un gesto triunfal me señaló el camerino lleno de flores.

»—La señorita Slater debe estar orgullosa de tu éxito.

»—¿Esa vieja? No, por cierto. Ella me había destinado al Conservatorio… a los conciertos… pero yo soy una artista. Y es aquí, en los teatros de variedades, donde puedo expresar mi personalidad.

»En aquel momento entró un hombre de mediana edad, atractivo y distinguido. Por su comportamiento comprendí enseguida que se trataba del mecenas de Annette. Me miró de soslayo y Annette le explicó:

»—Es un amigo de la infancia. Está de paso en París, ha visto mi retrato en un anuncio, *et voilá*.

»Aquel hombre era muy amable y cortés, y delante de mí sacó una pulsera de brillantes y rubíes que colocó en la muñeca de Annette. Cuando me levanté para marcharme ella me dirigió una mirada de triunfo diciéndome en un susurro:

»—He llegado, ¿verdad? ¿Comprendes? Tengo el mundo a mis pies.

»Pero al salir del camerino la oí toser con una tos seca y dura. Sabía muy bien lo que significaba. Era la herencia de su madre tuberculosa.

»Volví a verla dos años más tarde. Había ido a buscar refugio junto a la señorita Slater. Su carrera estaba arruinada. Era tal lo avanzado de su enfermedad, que los médicos dijeron que nada podía hacerse.

»¡Ah! ¡Nunca olvidaré cómo la vi entonces! Estaba echada en una especie de cobertizo montado en el jardín. La tenían día y noche al aire libre. Sus mejillas estaban hundidas y sus ojos brillantes y febriles.

»Me saludó con tal desesperación que me quedé estupefacto.

»—Cuánto me alegro de verte, Raoul. ¿Tú ya sabes bien lo que dicen… que no me pondré bien? Lo dicen a mis espaldas, ¿comprendes? Conmigo son todos amables y tratan de consolarme. ¡Pero no es cierto, Raoul, no es cierto! Yo no me dejaré morir. ¿Morir? ¿Con la vida tan hermosa que se extiende ante mí? Es la voluntad de vivir lo que importa. Todos los grandes médicos lo dicen. Yo no soy de esos seres débiles que se abandonan. Ya empiezo a sentirme mejor… muchísimo mejor, ¿oyes?

»Y se incorporó, apoyándose sobre un codo para dar más énfasis a sus palabras, luego cayó hacia atrás, presa de un ataque de tos que estremeció su delgado cuerpo.

»—La tos no es nada —consiguió decir—. Y las hemorragias no me asustan. Sorprenderé a los médicos. Es la voluntad lo que importa. Recuerda, Raoul, yo viviré.

»Era una pena. ¿Comprenden? Una pena.

»En aquel momento llegaba Felicie Bault con una bandeja y un vaso de leche caliente, que dio a Annette, mirando como lo bebía con expresión que no pude descifrar… como con cierta satisfacción.

»Annette también captó aquella mirada, y dejó caer el vaso, que se hizo pedazos.

»—¿La has visto? Así es como me mira siempre. ¡Ella se alegra de que vaya a morir! Sí, disfruta. Ella es fuerte y sana. Mírala… ¡nunca ha estado enferma! ¡Ni un solo día! Y todo para nada. ¿De qué le sirve ese corpachón? ¿Qué va a sacar de él?

»Felicie se agachó para coger los pedazos de cristal.

»—No me importa lo que diga —comenzó con voz inexpresiva—. ¿A mí qué? Soy una chica respetable. Y en cuanto a ella, sabrá lo que es el Purgatorio dentro de poco. Yo soy cristiana y nada digo.

»—¡Tú me odias! —exclamó Annette—. Siempre me has odiado. ¡Ah!, pero de todas maneras puedo encantarte. Puedo hacer que hagas mi voluntad. Mira, ahora mismo, si te lo pidiera sin ninguna duda te pondrías de rodillas ante mí encima de la hierba.

»—No seas absurda —dijo Felicie intranquila.

»—Pues sí que lo harás. Lo harás… para complacerme. Arrodíllate. Yo, Annette, te lo pido. Arrodíllate, Felicie.

»No sé si sería por el maravilloso mandato de su voz, o por un motivo más profundo, pero el caso es que Felicie obedeció. Se puso de rodillas lentamente, con los brazos extendidos hacia delante y el rostro ausente mirando estúpidamente al vacío.

»Annette, echando la cabeza hacia atrás, rió con todas sus fuerzas.

»—¡Mira qué cara más estúpida pone! ¡Qué ridícula está! ¡Ya puedes levantarte, Felicie, gracias! Es inútil que frunzas el ceño. Soy tu ama, y tienes que hacer lo que yo diga.

»Desplomóse exhausta sobre las almohadas, y Felicie, recogiendo la bandeja, se alejó lentamente. Una vez volvióse a mirar por encima del hombro, y el profundo resentimiento de su mirada me sobresaltó.

»Yo no estaba allí cuando murió Annette, pero, al parecer, fue terrible. Se aferraba a la vida con desesperación, luchando contra la muerte como una posesa, y gritando: “No moriré. Tengo que vivir… vivir…”.

»Me lo contó la señorita Slater, cuando seis meses más tarde fui a verla. “Mi pobre Raoul —me dijo con tono amable—. Tú la querías, ¿verdad?”.

»—Siempre la quise… siempre. Pero ¿de qué hubiera podido servirle? No hablemos de eso. Ahora está muerta… ella… tan alegre… y tan llena de vida.

»La señorita Slater era mujer comprensiva y se puso a hablar de otras cosas. Estaba preocupada por Felicie. La joven había sufrido una extraña crisis nerviosa y desde entonces su comportamiento era muy extraño.

»—¿Sabes —me dijo la señorita Slater tras una ligera vacilación— que está aprendiendo a tocar el piano?

»Yo lo ignoraba y me sorprendió mucho. ¡Felicie… aprendiendo a tocar el piano! Yo hubiera jurado que era totalmente incapaz de distinguir una nota de otra.

»—Dicen que tiene talento —continuó la señorita Slater—. No comprendo. Siempre la había considerado…, bueno, Raoul, tú mismo sabes que fue siempre una niña estúpida.

»Asentí.

»—Su comportamiento es tan extraño que no sé qué pensar.

»Pocos minutos después entré en la sala de lectura. Felicie tocaba el piano… la misma tonadilla que oí cantar a Annette en París. Comprendan, caballeros, que me quedé de una pieza. Y luego, al oírme, se interrumpió de pronto volviéndose a mirarme con ojos llenos de malicia e inteligencia. Por un momento pensé…, bueno, no voy a decirles lo que pensé entonces.

»—*¡Tiens!* —exclamó—. De manera que es usted… *monsieur* Raoul.

»No puedo describir cómo lo dijo. Para Annette nunca había dejado de ser Raoul, pero Felicie, desde que volvimos a encontrarnos de mayores, siempre me llamaba *monsieur* Raoul. Mas entonces lo dijo de un modo distinto…, como si el *monsieur* fuera algo divertido.

»—Vaya, Felicie —le contesté—, te veo muy cambiada.

»—¿Sí? —replicó pensativa—. Es curioso, pero no te pongas serio, Raoul…, decididamente te llamaré Raoul… ¿Acaso no jugábamos juntos cuando éramos niños…? La vida se ha hecho para reír. Hablemos de la pobre Annette… que está muerta y enterrada. ¿Estará en el Purgatorio, o dónde?

»Y tarareó cierta canción…, desentonando bastante, pero las palabras llamaron mi atención.

»—¡Felicie! —exclamé—. ¿Sabes italiano?

»—¿Por qué no, Raoul? Yo no soy tan estúpida como parecía —y se rió de mi confusión.

»—No comprendo… —comencé a decir.

»—Pues yo te lo explicaré. Soy una magnífica actriz, aunque nadie lo sospechaba. Puedo representar muchos papeles… y muy bien, por cierto.

»Volvió a reír y salió corriendo de la habitación antes de que pudiera detenerla.

»La volví a ver antes de marcharme. Estaba durmiendo en un sillón y roncaba pesadamente. La estuve mirando fascinado…, aunque me repelía. De pronto se despertó sobresaltada, y sus ojos apagados y sin vida se encontraron con los míos.

»—*Monsieur* Raoul —murmuró mecánicamente.

»—Sí, Felicie. Yo me marcho. ¿Querrás tocar algo antes de que me vaya?

»—¿Yo? ¿Tocar? ¿Se está riendo de mí, *monsieur* Raoul?

»—¿No recuerdas que esta mañana tocaste para mí?

»Felicie meneó la cabeza.

»—¿Tocar yo? ¿Cómo es posible que sepa tocar una pobre chica como yo?

»Hizo una pausa como si reflexionara, y luego se acercó a mí.

»—¡*Monsieur* Raoul, ocurren cosas extrañas en esta casa! Le gastan a una bromas. Varían las horas del reloj. Sí, sí, sé lo que digo. Y todo eso es obra de ella.

»—¿De quién? —pregunté sobresaltado.

»—De Annette, esa malvada. Cuando vivía siempre me estaba atormentando, y ahora que ha muerto, vuelve del otro mundo para seguir mortificándome.

»La miré fijamente. Ahora comprendo que estaba al borde del terror y sus ojos estaban a punto de salir de sus órbitas.

»—Es mala. Le aseguro que es mala. Sería capaz de quitar a cualquiera el pan de la boca, la ropa y el alma…

»De pronto se agarró a mí.

»—Tengo miedo, se lo aseguro…, miedo. Oigo su voz…, no en mis oídos… sino aquí… en mi cabeza —se tocó la frente—. Se me llevará muy lejos… y entonces, ¿qué haré… qué será de mí?

»Su voz se fue elevando hasta convertirse en un alarido y vi en sus ojos el terror de las bestias acorraladas.

»De pronto sonrió…, fue una sonrisa agradable, llena de astucia, que me hizo estremecer.

»—Si llegara eso, *monsieur* Raoul…, tengo mucha fuerza en mis manos…, tengo mucha fuerza en las manos.

»Nunca me había fijado particularmente en sus manos. Entonces las miré y me estremecí a pesar mío. Eran unos dedos gruesos, brutales, y como Felicie había dicho, extraordinariamente fuertes. No sabría explicarles la sensación de náuseas que me invadió. Con unas manos como aquéllas su padre debió estrangular a su madre.

»Aquélla fue la última vez que vi a Felicie Bault. Inmediatamente después marché al extranjero…, a Sudamérica. Regresé dos años después de su muerte. Algo

había leído en los periódicos de su vida y muerte repentina. Y esta noche me he enterado de más detalles… por ustedes. Felicie Tercera y Felicie Cuarta… Me estoy preguntando si… ¡Era una buena actriz! ¿Saben?

El tren fue aminorando su velocidad, y el hombre sentado en la esquina se irguió para abrochar mejor su abrigo.

—¿Cuál es su teoría? —preguntó el abogado.

—Apenas puedo creerlo… —comenzó a decir el canónigo Parfitt.

El médico nada dijo, pero miraba fijamente a Raoul Letardeau.

—Es capaz de quitarle a uno el pan de la boca, la ropa…, el alma… —repitió el francés poniéndose en pie—. Les aseguro, *messieurs*, que la historia de Felicie Bault es la historia de Annette Ravel. Ustedes no la conocieron, caballeros. Yo sí… y amaba mucho la vida.

Con la mano en el pomo de la puerta, dispuesto a apearse, se volvió de pronto, yendo a dar un golpecito en el pecho del canónigo.

—*Monsieur le docteur* acaba de decir que esto —le dio un golpe en el estómago y el pastor pegó un respingo— es sólo una coincidencia. Dígame, si encontrara un ladrón en su casa, ¿qué haría? Pegarle un tiro, ¿no?

—No —exclamó el canónigo—. No…, quiero decir… que en este país, no.

Pero sus palabras se perdieron en el aire mientras la puerta del compartimento se cerraba de golpe.

El clérigo, el abogado y el médico se habían quedado solos. El cuarto asiento estaba vacío.

La gitana

(The Gypsy).

1

MacFarlane había advertido que su amigo Dickie Carpenter sentía aversión hacia los gitanos. Y sólo llegó a conocer los motivos cuando se anuló el compromiso matrimonial de Dickie y Esther Lawes, que originó algunas confidencias entre los dos hombres.

MacFarlane tenía relaciones con la hermana de Esther, Rachel, desde hacía un año. Conoció a las dos jóvenes durante la infancia. Pero su carácter apocado hizo que tardase algún tiempo en admitir la creciente atracción que el rostro aniñado y la sinceridad de los ojos pardos de Rachel ejercían sobre él. No era una belleza como su hermana; aunque sí más sincera y dulce. El comportamiento de Dickie y la mayor de las hermanas dio vida a crecientes lazos de fraternidad entre los dos hombres.

Después de breves semanas las relaciones amorosas de Dickie y Esther se habían diluido en la nada del olvido. Hasta entonces la vida de su joven amigo había discurrido plácidamente. Su carrera de marino era acertada, pues su amor a las cosas del mar tenía profundas raíces en su ser. De hecho, en sus entrañas palpitaba el primitivo vikingo, cuya mente no es dada a sutilezas románticas. Pertenecía a esa clase de ingleses reñidos con toda manifestación emotiva, y tan torpes a la hora de transformar en palabras corrientes sus procesos mentales.

MacFarlane, un escocés de imaginación céltica, escuchaba y fumaba mientras Dickie se perdía en un mar de palabras. Intuyó la necesidad de un desahogo mental en su amigo, si bien no imaginó que siguiera derroteros tan originales, en los cuales Esther era una estrella apagada. En realidad, el relato se convirtió en una historia de terror infantil.

—Todo empezó en un sueño que tuve de niño —decía Dickie—. No fue una pesadilla; pero desde entonces la gitana estuvo siempre en mis sueños, incluso en esos sueños agradables de niño, con sus fiestas, galletas y cosas por el estilo. Aunque fuese feliz, *sabía* que de alzar los ojos, la vería allí, en pie, mirándome tristemente, como si ella supiese algo ignorado por mí. No sé por qué me alteraba tanto… pero era así. Al despertarme chillaba aterrorizado y mi niñera decía: «¡Vaya! ¡Dickie vuelve a tener uno de sus sueños de gitanos!».

—¿Te asustó antes la presencia de gitanos, verdad?

—¡Nunca! No los vi hasta mucho tiempo después. Por cierto que fue de un modo extraño. Buscaba a mi perro que había huido. Salí por la puerta del jardín y me interné en el bosque. Entonces vivíamos en New Forest. Llegué a una especie de claro con un puente de madera sobre un arroyo. Junto a él vi a una gitana en pie con un pañuelo rojo anudado a la cabeza, igual que en mis sueños.

»Me asusté. Sus ojos reflejaban aquella tristeza… Como si supiese algo ignorado por mí. De pronto me dijo muy suavemente, inclinando la cabeza: “Yo no pasaría por ahí de ser tú”. Me sentí preso de un pánico cerval y, como una exhalación, pasé por

delante de ella hacia el puente. Quizás estuviese podrido. Lo cierto es que se rompió y caí a la fuerte corriente. Tuve que luchar como un desesperado para no ahogarme. Jamás lo he olvidado.

—Ella lo que hizo fue advertirte.

—Comprendo que lo interpretes así —hizo una pausa antes de seguir—. Estos sueños no tienen nada que ver con lo sucedido después, al menos eso creo, pero sí es el punto de partida. Así comprenderás ese estado mío que llamo «sensación de gitana».

»Bien, te contaré lo ocurrido aquella primera noche en casa de los Lawes. Acababa de regresar de la costa oeste, y sentíame feliz al pisar de nuevo las calles de Londres. Los Lawes eran viejos amigos. Llevaba sin ver a las niñas desde la edad de siete años. Arthur me escribía con frecuencia y, después de su muerte, fue Esther quien lo hizo, además de mandarme periódicos. Sus cartas eran muy alegres, y tenían la virtud de animarme en grado sumo. Muy pronto nació en mí un deseo incontenible de verla. No satisface por completo el conocer a una chica a través de sus cartas. Por eso lo primero que hice fue visitar a los Lawes. Esther se hallaba ausente, pero la esperaban aquella noche. A la hora de comer me senté junto a Rachel, y mientras observaba la larga mesa, me invadió una extraña sensación. Sentía sobre mí los ojos de alguien, y esto me puso nervioso. Entonces la vi.

—¿A quién?

—A la señora Haworth, lo que te digo.

MacFarlane estuvo a punto de decir: «Pensé que sería Esther». Pero guardó silencio. Dickie continuó:

—Algo en ella me era vagamente familiar. Permanecía sentada al lado del viejo Lawes, escuchando gravemente con la cabeza inclinada. Tenía alrededor de su cuello un pañuelo rojo, quizá no muy nuevo, si bien sus tersas puntas simulaban pequeñas lenguas de llama.

»Pregunté a Rachel: “¿Quién es aquella mujer morena que luce un pañuelo rojo?”.

»—¿Te refieres a Alistair Haworth? Sí que lleva el pañuelo rojo, pero es rubia.

»Y lo era, ¿sabes? Su pelo tenía un maravilloso amarillo pálido que resplandecía. No obstante, hubiera jurado que era morena. Pensé que mis ojos me gastaban una broma. Después de comer, Rachel nos presentó y paseamos por el jardín. Hablamos sobre la reencarnación.

—¡Eso no va contigo, Dickie!

—Desde luego. Le dije que a veces entre dos personas se establece una corriente de sensibilidad que los hace sentirse unidos… como si fueran viejos conocidos. Ella me contestó:

»—¿Se refiere al amor?

»Percibí una leve ansiedad en su voz, que trajo a mi mente el roce de un recuerdo inconcreto. Momentos después nos llamaba el viejo Lawes desde la terraza. Esther

había llegado y quería verme. La señora Haworth puso la mano en mi brazo:

»—¿Regresa usted a la casa? —me preguntó.

»—Sí —repuse—. Debo hacerlo.

Dickie guardó silencio y MacFarlane apremió:

—¿Qué sucedió?

—Parece una pesadilla. La señora Haworth me dijo: «Yo no iría de ser usted».

Dickie volvió a enmudecer, como si se concentrase en sus pensamientos; al fin continuó:

—Me asustó. Me asustó terriblemente… porque lo dijo como si supiera algo que yo ignorase. No se trataba de una mujer hermosa empeñada en retenerme en el jardín. Pese al tono amable de su voz, capté su angustia, síntoma inequívoco de su temor a lo que iba a pasar.

»Sé que reaccioné groseramente, pues di media vuelta y casi corrí a la casa, que me pareció un puerto seguro. Entonces comprendí cuánto temor le tuve desde el principio. La visión del viejo Lawes me resultó un gran alivio. Esther se hallaba detrás de él…

Dickie vaciló un momento y luego añadió casi en un susurro:

—Tan pronto la vi me supe perdido.

La mente de MacFarlane voló a Esther Lawes. En cierta ocasión oyó decir de ella que «era seis pies y una pulgada de perfección judía». Una expresiva definición, se dijo, mientras recordaba su altura, la frágil blancura de mármol de su rostro, su delicada nariz y el negro esplendor de su pelo y ojos. No le sorprendió que la infantil simplicidad de Dickie capitulase. Sin embargo, Esther jamás hubiera acelerado los latidos de él, MacFarlane, si bien admitía el poder sugestivo de su extraordinaria belleza.

—Después —continuó Dickie—, nos comprometimos.

—¿Enseguida?

—Bueno, al cabo de una semana. Pero quince días más tarde ella averiguó que yo no le importaba mucho —Dickie se rió amargamente—. La última noche, antes de volver a mi barco, regresaba del pueblo a través del bosque cuando la vi… me refiero a la señora Haworth. Lucía una roja boina de punto, y esto casi me hizo saltar. Luego caminamos juntos un rato. Nada de cuanto dijimos afectaba a Esther, pero…

—¿Seguro?

MacFarlane, inquisitivo, observó a su amigo. Resulta curioso oír a la gente su versión sobre las cosas en que han sido actores sin proponérselo.

—Seguro —repuso Dickie, y luego añadió—: La señora Haworth me retuvo un momento cuando me disponía a irme y me dijo: «Se va demasiado pronto a casa». Y tuve la seguridad de que algo desagradable me aguardaba. En cuanto llegué, Esther salió a mi encuentro y me dijo que no estaba enamorada de mí.

MacFarlane le miró apenado.

—¿Y la señora Haworth? —preguntó.

—No he vuelto a verla hasta esta noche.

—¿Esta noche?

—Sí. En la clínica del doctor Johnny. Me examinaban la pierna herida en la guerra. Hace algún tiempo que me produce molestias. El doctor me aconsejó una operación… sin importancia. Abandonaba la clínica cuando me crucé con una enfermera que vestía una blusa roja sobre su uniforme. Ésta me dijo: «Yo no me sometería a esa operación si fuese usted…». Entonces advertí que era la señora Haworth. Pasó tan rápidamente que no supe detenerla. No obstante, pregunté a otra enfermera, y ésta me aseguró que ninguna de ellas respondía a ese nombre.

—¿Estás seguro de que era la señora Haworth?

—Desde luego. Es muy guapa e inconfundible —cambió de tema—. Pienso operarme, aunque… si mi número está arriba…

—¡Bobadas!

—Claro que es una bobada. Sin embargo, me satisface haberte hablado de la gitana. Pero hay algo relacionado con ella, algo… ¡Si pudiera recordarlo!

2

MacFarlane ascendió por la empinada carretera hasta llegar a la verja abierta de una casa en la cima de la colina. Apretó sus mandíbulas y tiró de la campanilla.

—¿Está en casa la señora Haworth?

—Sí, señor. La avisaré.

La sirvienta lo dejó en una habitación rectangular con ventanas a la agreste tierra pantanosa. MacFarlane frunció el ceño al pensar en la causa que lo había traído allí. De pronto le sobresaltó una voz que entonaba:

La joven gitanavive en el páramo…

Al interrumpirse la tonada, su corazón latió más aprisa. Luego se abrió la puerta.

Una aturdidora rubicundez escandinava entró en la habitación, casi produciéndole un colapso. Pese a la descripción de Dickie, la había supuesto morena. Entonces recordó las palabras de su amigo, y su tono peculiar al decirlas: «Comprende, es muy bella… Una belleza de rara perfección». Y una belleza de rara perfección era Alistair Haworth.

MacFarlane se puso en pie y avanzó hasta ella.

—Temo que no me conozca por mi nombre, Adam. Los Lawes me dieron las señas. Soy amigo de Dickie Carpenter.

Alistair lo miró atentamente. Luego dijo:

—Me disponía a dar un paseo por el páramo. ¿Quiere acompañarme?

Ella abrió de par en par una de las ventanas y salió al exterior. Él hizo otro tanto, y entonces vio a un hombre de aspecto bobalicón que fumaba sentado en un sillón de mimbre.

—Es mi marido —dijo a MacFarlane, y volviéndose—: Vamos al páramo, Maurice. El señor MacFarlane comerá con nosotros —y de nuevo al joven—: ¿Nos acompañará?

—Muchas gracias —repuso él.

Mientras seguía los ágiles pasos de ella hacia la cima, se preguntó: «¿Por qué, por qué diablos se casó con *eso*?».

Alistair se encaminó a unas rocas.

—Nos sentaremos aquí. Y dígame… lo que vino a decirme.

—¿Lo sabe ya?

—Sólo intuyo la vecindad de las cosas malas. Y es malo, ¿verdad? ¿Se trata de Dickie?

—Sufrió una pequeña operación con todo éxito. Pero su corazón debía ser débil, pues no resistió la anestesia.

MacFarlane no había supuesto ninguna reacción en Alistair, si bien lo hubiera esperado todo menos aquel gesto de infinito desespero. Al fin la oyó murmurar:

—Otra vez… esperar tanto tiempo… tanto tiempo…

Luego alzó la vista.

—¿Qué iba usted a preguntarme? —indagó.

—Una enfermera lo advirtió contra la operación. Él creyó que era usted.

Alistair sacudió negativamente la cabeza.

—No. Pero tengo una prima que es enfermera. Quizá fue ella. Bien, supongo que eso ya no importa, ¿verdad? —de repente se agrandaron sus ojos, y con manifiesta sorpresa exclamó—: ¡Oh, qué curioso! ¡Usted no me comprende!

MacFarlane, intrigado, la observaba.

—Le creí un iniciado. Su aspecto lo confirma.

—¿Qué confirma mi aspecto?

—El don, la maldición, llámelo como quiera. ¡Usted lo tiene! Mire fijo al fondo de las rocas. No piense en nada. ¡Ah! —Alistair notó su ligero sobresalto—. ¿Vio usted algo?

—Debe de haber sido un espejismo. Durante un segundo vi las piedras llenas de sangre.

Ella asintió.

—Advertí que usted lo tiene. Ahí es donde los antiguos adoradores del Sol sacrificaban a sus víctimas. Lo supe antes de que nadie me lo dijera. A veces *se* cómo lo hacían; es como si yo misma hubiera estado allí. También hay algo en el páramo que me es tan familiar como mi propia casa. Pero es natural que yo posea el don. Soy una Fuerguesson. Todos los miembros de mi familia lo poseen. Mi madre fue una médium hasta casarse. Se llamaba Cristine. Era bastante célebre.

—¿Se refiere usted al «don» de ver las cosas antes de que sucedan?

—Sí; el don de ver lo futuro, lo presente o lo pasado. Por ejemplo, yo vi como usted se preguntaba por qué me casé con Maurice. ¡Oh, sí, no lo niegue! Siempre lo he *sabido* amenazado de algo terrible y quise salvarlo. Las mujeres somos así. Con mi don podía evitar que sucediese… si es verdad que uno puede. Ya ha comprobado que no me sirvió para ayudar a Dickie. Él no lo entendió. Tuvo miedo. Era muy joven.

—Veintidós.

—Yo treinta. Pero no me refiero a eso. Hay muchos modos de estar separados; si bien la separación del tiempo es la peor.

El sonido de un gong procedente de la casa los hizo volver al mundo de la realidad.

Durante la comida, MacFarlane estudió a Maurice Haworth, que, indudablemente, estaba enamorado de su esposa. En sus ojos se advertía la feliz sumisión del perro. También observó la tierna correspondencia de ella, no exenta de maternidad.

—Estaré en la posada un día o dos más —dijo MacFarlane a Alistair, ya en la puerta de la casa—. ¿Puedo venir mañana?

—Naturalmente, sólo que…

—¿Hay algún impedimento?

Ella se pasó la mano por los ojos.

—No lo sé. Supuse que no volveríamos a vernos… eso es todo. Adiós.

MacFarlane descendió lentamente el camino de regreso. Aunque su ánimo era esforzado, no pudo eludir la sensación de una fría mano oprimiéndole el corazón. Alistair no había dicho nada de particular, y, sin embargo…

Una motocicleta surgió de improviso en un cruce, obligándole a saltar a la cuneta con el tiempo justo. Una grisácea palidez cubrió su rostro.

3

—¡Pardiez, mis nervios están podridos! —murmuró MacFarlane al despertarse a la mañana siguiente.

Recordó los sucesos de la tarde anterior. La motocicleta; el atajo y la repentina niebla que le hizo extraviarse cerca de una peligrosa ciénaga; el trozo de chimenea desprendido en la posada; el olor a quemado durante la noche, procedente de su manta sobre el brasero. Pero esto no sería nada, nada en absoluto, de no haber oído las palabras de ella al despedirse, y de su desconocida seguridad en cuanto a que Alistair *sabía…*

Saltó del lecho con repentina energía, dispuesto a ir en su busca lo antes posible. Eso rompería el hechizo, *si llegaba felizmente*. ¡Señor, qué locura la suya!

Comió poco al desayunar. A las diez inició el ascenso de la carretera. A las diez y media su mano tiraba de la campanilla. Entonces se permitió exhalar un largo suspiro de alivio.

—¿Está en casa la señora Haworth?

Era la misma mujer que le abrió la puerta el día anterior. Pero su rostro aparecía bañado de dolor.

—¡Oh, señor! ¿No se ha enterado usted?

—¿Enterado, de qué?

—La señora Haworth, mi linda corderita… Era su tónico. Lo tomaba todas las noches. El pobre capitán está desconsolado, casi loco. Él equivocó el frasco al cogerlo del estante en la oscuridad… Llamaron al médico, pero fue demasiado tarde.

En la mente de MacFarlane repiquetearon las viejas palabras: «Siempre lo he sabido amenazado de algo terrible. Con mi don podía evitar que sucediese… si es verdad que uno puede». Desgraciadamente, nadie puede torcer el destino. Y, extraña fatalidad, éste había destruido a quien tanto quiso salvar.

La anciana sirvienta continuó:

—¡Mi linda corderita! Tan dulce y cariñosa, y tanto que se preocupaba por cualquiera en apuros. No soportaba que nadie sufriera daño —vaciló un segundo y luego añadió—: ¿Quiere usted subir a verla, señor? Ella me dijo que usted la conoció hace mucho tiempo. Muchísimo tiempo.

MacFarlane siguió a la anciana por las escaleras a una habitación al otro lado del salón donde oyera cantar el día anterior. Las ventanas tenían cristales de colores que lanzaban su roja luz sobre la cabecera del lecho. *Una gitana con un pañuelo en la cabeza…* Tonterías, sus nervios volvían a jugarle tretas. Miró largamente, y por última vez, a Alistair Haworth.

4

—Hay una señorita que desea verle, señor.

—¿Eh? —MacFarlane, sorprendido, miró a su patrona—. Oh, perdone, señora Rowse. Veía fantasmas.

—¿No lo dirá en serio, señor? Se ven cosas raras en el páramo a la caída de la noche, como la dama blanca, el herrero del diablo y el marinero y la gitana.

—¿El marinero y la gitana?

—Eso dicen, señor. Es una historieta de mis tiempos. Estaban muy enamorados.

—¿Y no podría ser que ellos ahora…?

—¡Señor! ¿Qué cosas dice usted? La señorita aguarda.

—¿Qué señorita?

—La que espera en el salón. La señorita Lawes.

—¡Oh! —exclamó MacFarlane.

¡Rachel! El recuerdo de ella le hizo descender a realidades inmediatas, a la vez que lo elevaba a un estado de felicidad. Asomado al ventanal de un mundo tenebroso se había olvidado de su prometida.

Abrió la puerta del salón y vio a su Rachel de ojos pardos y sinceros. De repente, como si despertase de un sueño, gozó la cálida y agradable sensación de estar vivo. ¡Vivo! ¡Sólo hay un mundo del cual estamos seguros! ¡Éste!

—¡Rachel! —dijo, y, levantándole la barbilla, la besó.

La lámpara

(The Lamp).

Sin lugar a dudas, era una casa vieja. Todo el conjunto tenía el sello indeleble de lo antiguo, como sucede en las ciudades de edad remota, construidas alrededor de su catedral. Pero el número diecinueve daba la impresión de ser la más vieja, con el aire solemne de patriarcado y su color gris de insolente arrogancia. Destilaba esa frialdad repulsiva que distingue a todas las casas hace mucho tiempo deshabitadas. Su austera desolación reinaba por encima de las otras moradas.

En cualquier otra ciudad se hubiera dicho que era una casa encantada; pero no en Weyminster, donde los fantasmas carecían de adictos, si bien se respetaban las creencias propias de los «feudos y condados». Por eso, el número diecinueve jamás tuvo el sobrenombre de casa encantada. No obstante, lucía año tras año su rótulo: «Se alquila o vende».

La señora Lancaster miró aprobatoriamente la casa desde el automóvil, sentada junto al verboso agente de fincas, que derrochaba buen humor ante la idea de sacarse de encima el número diecinueve. Éste introdujo la llave en la cerradura sin aminorar sus elogios.

—¿Cuánto tiempo lleva deshabitada? —preguntó secamente la señora Lancaster.

El señor Raddish, algo indeciso, contestó:

—Pues… hace algún tiempo.

—Eso ya se advierte —repuso irónica la señora Lancaster.

El semioscuro recibidor desprendía un hedor siniestro. Una mujer más imaginativa se hubiera estremecido; pero no aquélla, eminentemente práctica. Era alta, con abundante pelo castaño oscuro, que tendía a volverse gris, y fríos ojos azules.

Recorrió la casa de sótano a desván, formulando preguntas. Terminada la inspección regresó a una de las habitaciones frontales que daba a la plaza y preguntó al agente:

—¿Qué ocurre con la casa?

El señor Raddish, cogido de sorpresa, contestó débilmente:

—Una casa sin amueblar resulta siempre algo lúgubre.

—Eso no justifica un alquiler tan bajo. Debe de haber algún motivo. ¿Está encantada?

El agente dio un respingo, si bien no contestó.

Ella le observó un momento antes de añadir:

—No creo en fantasmas. Esas tonterías no son obstáculos que me impidan quedarme con la casa. Pero los sirvientes son muy crédulos y se asustan fácilmente. ¿Quiere usted decirme *qué cosa* se supone encanta este lugar?

—Yo… pues… realmente lo ignoro —tartamudeó el hombre.

—Estoy segura de que lo sabe. No aceptaré la casa si no me lo dice. ¿Qué fue? ¿Un asesinato?

—¡Oh, no! —gritó el señor Raddish, en defensa de la reputación de la finca—. Es… bueno, sólo se trata de un niño.

—¿Un niño?

—Sí.

Luego de una breve pausa, se decidió:

—Desconozco la verdadera historia. Existen muchas versiones. Unos treinta años atrás, un hombre llamado Williams alquiló el número diecinueve. Era un desconocido, sin criados ni amigos, y raras veces lo veían en la calle. Vino acompañado de su hijo, un niño de corta edad. Después de permanecer aquí dos meses, se fue a Londres, donde la policía lo identificó, al parecer acusado de algo grave. El hombre no quiso entregarse y se disparó un tiro. El niño continuó solo en la casa bien provisto de alimentos, a la espera de su padre. Desgraciadamente, tenía prohibido que, por ninguna causa, saliera de la casa y hablase con nadie. El pobre no se atrevió a desobedecer. Los vecinos, ignorantes de que el padre se había marchado, a menudo le oían sollozar de noche.

El señor Raddish se detuvo y aspiró fuertemente.

—El niño se murió de hambre —lo dijo con el mismo tono que hubiera empleado para anunciar que empezaba a llover.

—¿Y es el fantasma del niño lo que se supone que vive aquí? —preguntó la señora Lancaster.

—En realidad es algo sin importancia —se apresuró a tranquilizarla—. Nadie ha *visto* nada. Sólo se trata de un rumor, dicen que oyen llorar al niño.

La señora Lancaster se encaminó a la puerta principal.

—Me gusta mucho la casa. No es fácil que logre nada parecido por este precio. Ya le comunicaré mi decisión.

—Es muy alegre, ¿verdad, papá? La señora Lancaster inspeccionó su nuevo hogar. Alegres alfombras, muebles bien bruñidos e infinidad de chucherías habían transformado el lúgubre aspecto del número diecinueve.

Hablaba a un anciano de hombros caídos y delicado rostro místico. El señor Winburn no se parecía a su hija. El sentido práctico de ella contrastaba fuertemente con la soñadora abstracción de él.

—Sí —contestó con una sonrisa—. Nadie pensaría en que estuvo encantada.

—¡Papá, no digas tonterías! Y menos en nuestro primer día.

El señor Winburn se sonrió.

—Muy bien, querida; estoy de acuerdo en que no existen los fantasmas.

—Por favor —suplicó su hija—. No menciones eso delante de Geoff. ¡Es tan imaginativo!

Geoff era el hijo de la señora Lancaster. La familia estaba formada por el señor Winburn, su hija viuda y Geoffrey.

La lluvia empezó a golpear contra la ventana, insistente.

—Escucha —dijo el señor Winburn—. ¿Oyes pequeños pasos?

—Oigo la lluvia —repuso ella con una sonrisa.

—Son pisadas —afirmó el anciano, inclinándose para escuchar.

La hija se rió divertida.

El señor Winburn se rió también. Tomaban té en el salón y el anciano se hallaba sentado de espaldas a la escalera.

El pequeño Geoffrey bajó lentamente las escaleras de bruñido roble y sin alfombra, con la temerosa precaución de un niño en un lugar extraño. Luego caminó hasta colocarse junto a su madre. El señor Winburn dio un ligero respingo al captar otras pisadas en las escaleras, como de alguien que siguiera a su nieto. Sí, era un lento y penoso arrastrar de pies.

Se encogió de hombros. «La lluvia, sin duda», pensó.

—¿Hay bizcochos? —dijo Geoffrey con la naturalidad de quien sólo resalta una circunstancia interesante.

Su madre se apresuró a complacerlo.

—Bien, hijito, ¿te gusta tu nueva casa? —preguntó.

—Muchísimo —respondió el niño con la boca llena—. Mucho mucho y más mucho.

Después de tan original afirmación, que evidentemente expresaba el más profundo contento, se dio a la tarea de hacer desaparecer los bizcochos en el menor tiempo posible.

Luego de tomar el último bocado, se desató su verborrea.

—Mamaíta, Jane dice que hay desvanes, ¿puedo explorarlos? Quizás encuentre una puerta secreta. Jane dice que no hay ninguna; pero yo creo que sí. Y si no encontraré cañerías de agua —puso cara de éxtasis—. ¿Me dejarás que juegue con ellas? ¿Me permites que vea la caldera?

Pronunció la última palabra con tanto entusiasmo que su abuelo consideró justificada una instalación que sólo mediante un esfuerzo imaginativo facilitaba agua caliente, y también numerosas facturas del fontanero.

—Mañana verás los desvanes, cariño. Ahora entretente con tu caja de construcciones en hacer una casa o una locomotora.

—No quiero construir una *caza*.

—Casa.

—Casa; ni tampoco una locomotora.

—Construye una caldera —sugirió el abuelo.

Geoffrey se animó.

—¿Con tuberías?

—Sí, con muchas tuberías.

El niño corrió feliz en busca de su caja de construcciones.

La lluvia no aminoraba. El señor Winburn escuchó. Sí, debió de ser la lluvia, si bien había sonado como si fueran pasos.

Aquella noche tuvo un extraño sueño. Soñó que caminaba por una gran ciudad, donde sólo vivían niños. Eran muchos niños; multitud de ellos. De pronto se vio rodeado de caritas que gritaban: «¿Lo has traído?». Como si entendiera a qué se referían, entristecido, sacudió la cabeza. Entonces los niños se alejaron de él y empezaron a llorar.

La cuidad y los niños se esfumaron al despertarse, pero los sollozos seguían en sus oídos: recordó que Geoffrey dormía en el piso de abajo, pero el llanto procedía de arriba. Se sentó y encendió un fósforo. Instantáneamente, los sollozos cesaron.

El señor Winburn no contó a su hija nada de aquello, pese a estar seguro de que no era una jugarreta de su imaginación. No tardó mucho en oírlos de día. El aullido del viento al filtrarse por las ventanas tenía un sonido distinto y separado de los inconfundibles y lastimeros sollozos.

Tampoco tardó mucho en saber que no era el único en captarlos. Casualmente escuchó el comentario de la doncella: «La niñera no es amable con Geoffrey. El niño ha llorado desconsoladamente esta mañana». Pero su nieto había bajado a desayunar rebosante de salud y de felicidad. No, no era Geoff quien había llorado, sino aquel otro niño cuyos pies arrastrándose le sobresaltaban con demasiada frecuencia.

La señora Lancaster era la única que no había oído nada.

No obstante, también sufrió un sobresalto.

—Mamaíta —le dijo su pequeño—. Me gustaría jugar con aquel niño.

Sonriente, alzó la cabeza del escritorio y con tono amable preguntó:

—¿Qué niño?

—No sé su nombre. Lloraba en el desván, sentado en el suelo; pero se fue corriendo al verme —y, despectivo, añadió—: Quizá se avergonzó. Luego, estando yo en mi cuarto de juegos entretenido con mis construcciones, lo vi de pie en la puerta. Miraba lo que yo hacía, y su aspecto era triste, como si quisiera jugar conmigo. Le dije: «Ven y construye una locomotora»; pero no me contestó. Sólo me miraba como si viera un montón de chocolatinas y su mamaíta le hubiera prohibido tocarlos —Geoff suspiró en respuesta desalentada a sus propios sentimientos—. Jane dice que no hay ningún niño en la casa y me ha prohibido hablarle de cosas tontas. No quiero a Jane.

La señora Lancaster se levantó.

—Jane tiene razón. No hay niños en ningún lugar de la casa.

—Pero yo lo vi. ¡Oh, mamaíta, déjame jugar con él; parece solo y triste!

Cuando la señora Lancaster se disponía a contestar a su hijo, el anciano denegó con la cabeza y habló suavemente:

—Geoff, ese pobrecito niño está solo, y quizá puedas hacer algo para consolarlo; si bien debes intentarlo sin la ayuda de nadie, como si fuese un acertijo, ¿comprendes?

—¿Es que me hago mayor y por eso tengo que intentarlo yo solo?

—Sí; te haces mayor.

Mientras el muchacho se alejaba de la habitación, la señora Lancaster se volvió un tanto impaciente a su padre.

—Papá, es absurdo animar al niño a creer en los gratuitos cuentos de los sirvientes.

—Ningún sirviente le ha dicho nada al niño —replicó el anciano—. Él ha visto… lo que yo oigo, lo que, posiblemente, vería si tuviera su edad.

—¡Bobadas! ¿Por qué no lo veo o lo oigo yo?

El señor Winburn se sonrió cansadamente sin decir nada.

—¿Por qué? —repitió su hija—. ¿Y por qué le dijiste que podía ayudar a… esa cosa? Tú sabes que es imposible.

El anciano, pensativo, la miró.

—¿Por qué no? Recuerda estas palabras:

¿Qué luz tiene el destino para guiar
a los infantes en la oscuridad?
«¡Una comprensión ciega!», replicó el cielo.

»Geoffrey tiene esa comprensión ciega. Todos los niños la poseen. Sólo cuando nos hacemos mayores la perdemos, o la arrojamos de nosotros. Muchos, al volvernos viejos, sentimos de nuevo débiles destellos de esa comprensión. Sin embargo, la luz arde más brillante en la infancia. Por ello pienso que Geoffrey puede ayudar de algún modo a ese niño.

—No lo comprendo —murmuró la señora Lancaster.

—No más que yo. Ese niño está en apuros y quiere ser liberado. ¿Cómo? Lo ignoro. Es terrible pensar en la triste situación de un niño que llora sin consuelo.

Pasado un mes de esta conversación, Geoffrey cayó muy enfermo. El viento del este había sido implacable, y él no era un niño fuerte. El doctor dijo que el caso era grave. Con el señor Winburn fue más claro, y le confesó que no había esperanza.

—El niño no hubiera llegado a edad adulta. Hace mucho tiempo que tiene un pulmón afectado.

La señora Lancaster cuidaba de su hijo cuando por vez primera advirtió la presencia del otro niño. Al principio los sollozos eran casi indistinguibles entre los demás ruidos que provocaba el viento, pero gradualmente se hicieron más claros, más

inconfundibles. Al fin los oyó sin lugar a dudas en los momentos de absoluto silencio: sollozos desgarradores, sin esperanza, que partían el corazón.

Geoff, cada vez en peor estado, en su delirio hablaba del niño.

—¡Quiero ayudarle a que huya, quiero! —repetía a gritos.

Luego un largo letargo de muerte lo sumía en una quietud sin casi respiración e inconsciencia. Nada podía hacerse, salvo esperar y vigilar. Días después sobrevino una noche tranquila, sin un soplo de aire.

De repente, Geoff se agitó y sus ojos desmesuradamente abiertos miraron por encima de su madre a la puerta abierta. Ella se inclinó para captar sus palabras medio suspiradas.

—Bueno, ya me voy —dijo, y cayó hacia atrás.

Aterrada, la señora Lancaster salió de la habitación en busca de su padre. En alguna parte cerca de ellos, el otro niño, alegre, satisfecho, triunfante, desgranaba su risa de plata que hacía eco en la estancia.

—¡Estoy asustada! ¡Estoy asustada! —repitió entre gemidos.

El anciano puso su brazo protector alrededor de los hombros de su hija. Una ráfaga de viento hizo que los dos se sobresaltaran, si bien pasó veloz, dejando tras sí la misma quietud de antes.

La risa había cesado, pero un nuevo y tenue sonido, que apenas podía oírse, fue creciendo hasta hacerse identificable. Eran pasos, pasos ligeros que se alejaban presurosos.

Corrían acompasados aquellos alarmantes y familiares piececillos, seguidos de *otros* que se movían más rápida y ágilmente. Al fin, juntas, las pisadas traspasaron la puerta.

La señora Lancaster, aterrada, exclamó:

—¡Son dos niños… *dos*!

Su tez se cubrió con el gris del terror, y quiso aproximarse al lecho del hijo, pero el anciano la contuvo y señaló hacia el exterior.

—Allí.

Los pasitos decrecieron hasta diluirse en la distancia. Luego… todo fue silencio.

¿Dónde está el testamento?

(Wireless).

—Y sobre todo evite las preocupaciones y la excitación —dijo el doctor Meynell con el aire profesional que emplean los médicos.

La señora Harter, como ocurre a menudo con las personas que escuchan inútiles palabras de consuelo, parecía más indecisa que aliviada.

—Existe ciertamente una lesión cardíaca —continuó el doctor—, pero nada que deba alarmarla. Puedo asegurárselo. De todas maneras —agregó—, sería conveniente que instalaran un ascensor. ¿Eh? ¿Qué le parece?

La señora Harter le miró preocupada.

El doctor Meynell, por el contrario, parecía muy satisfecho de sí mismo. Le gustaba atender a los pacientes ricos más que a los pobres, porque así podía ejercitar su activa imaginación al recetar remedios a sus dolencias.

—Sí; un ascensor —repitió el doctor Meynell, tratando de buscar algo más ostentoso incluso si cabe—. Luego hemos de evitar todo esfuerzo innecesario. Hay que practicar ejercicio diariamente siempre que haga buen tiempo, pero por terreno llano, nada de subir a las colinas. Y, sobre todo, distraerse y no pensar continuamente en su salud.

Con el sobrino de la anciana, Charles Ridgeway, el doctor fue algo más explícito.

—Quisiera que lo entendiese usted bien —le dijo—. Su tía puede vivir años… y, probablemente, los vivirá. Pero al mismo tiempo un sobresalto o un esfuerzo excesivo pueden acabar con ella, ¡así! —Chasqueó los dedos—. Debe llevar una vida tranquila. Nada de esfuerzos. Nada de fatigarse. Pero, desde luego, tampoco hay que dejar que se aburra. Hay que hacer que esté siempre alegre y distraída.

—Hay que distraerla —repuso Charles Ridgeway, pensativo.

Charles era un joven reflexivo a quien agradaba seguir sus inclinaciones siempre que fuera posible.

Aquella noche sugirió la conveniencia de instalar un aparato de radio.

La señora Harter, que ya estaba seriamente preocupada por lo del ascensor, se mostró reacia y contrariada, mas Charles supo persuadirla.

—No me gustan esos modernismos —se lamentó la anciana—. Las ondas, ya sabes, las ondas eléctricas… podrían afectarme.

Charles, con aire de superioridad, le hizo ver la futilidad de su idea.

Y la señora Harter, cuyo conocimiento sobre el tema era muy ambiguo, pero que sabía defender sus opiniones, permaneció en sus trece.

—Toda esa electricidad —murmuró con temor—, tú puedes decir lo que quieras, Charles, pero a algunas personas les afecta la electricidad. Siempre que va a haber tormenta me duele la cabeza. Tú lo sabes. —Y asintió con aire triunfante.

Charles era un joven paciente y también tenaz.

—Mi querida tía Mary —le dijo—, déjame que te lo explique.

Era casi una autoridad en la materia, y le dio toda una conferencia, hablándole entusiasmado de los tubos emisores, de la alta y baja frecuencia, de amplificadores y condensadores.

La señora Harter, sumergida en aquel mar de palabras que no comprendía, se sometió.

—Claro que si tú crees… realmente… —murmuró.

—Mi querida tía Mary —replicó Charles entusiasmado—, es lo que tú necesitas para dejar de pensar en todo esto.

El ascensor recetado por el doctor Maynell instalóse poco después, y fue casi la muerte para la señora Harter, ya que como otras ancianas sentía una profunda aversión a tener a hombres extraños en la casa. Sospechaba que intentarían apoderarse de su plata antigua.

Después del ascensor, llegó el aparato de radio, y la señora Harter pudo contemplar el para ella repelente objeto…, una caja grande de feo aspecto con varios mandos.

Charles necesitó todo su entusiasmo para reconciliarla con él, mas el muchacho se encontraba en su elemento haciendo girar los botones mientras discurseaba elocuentemente.

La señora Harter, sentada en su butaca de alto respaldo, paciente y cortés, seguía convencida de que aquellos nuevos inventos no eran más que molestias disimuladas.

—Escucha, tía Mary, ahora oímos Berlín. ¿No es estupendo? ¿Oyes cómo habla el locutor?

—No oigo más que zumbidos y ruidos —replicó la señora Harter.

—Bruselas —anunció con entusiasmo.

—¿De veras? —dijo la señora Harter con muy poco interés.

Charles continuó girando el dial y de pronto una especie de aullido encontró eco en la habitación.

—Ahora parece que estemos en la Casa del Perro —dijo la señora Harter, que era una anciana de buen humor.

—¡Ja, ja, ja! —rió Charles—. Siempre estás de broma, tía Mary. ¡Ha estado muy buena!

La señora Harter no pudo evitar el sonreírle. Quería mucho a Charles. Durante algunos años había vivido con ella su sobrina, Miriam Harter. Tenía intención de convertirla en su heredera, pero Miriam no fue precisamente un éxito. Era impaciente y le molestaba la compañía de su tía. Siempre estaba fuera «callejeando», como decía la señora Harter. Al final se había hecho novia de un joven al que su tía desaprobaba del todo, y Miriam fue devuelta a su madre con el joven en cuestión y la señora Harter le enviaba por Navidad una caja de pañuelos o un centro para la mesa. Nada más.

Habiendo sufrido tal decepción con su sobrina, la señora Harter dedicó su atención a los sobrinos, y Charles fue un éxito rotundo desde el principio. Siempre se mostraba amable y deferente con su tía, escuchando con apariencia de gran interés los relatos de su pasada juventud. En esto era muy distinto de Miriam, que siempre demostró su desagrado. Charles nunca se disgustaba…, siempre estaba de buen humor… y contento, y decía a su tía constantemente que era una anciana perfecta y encantadora.

Altamente satisfecha de su nueva adquisición, la señora Harter había escrito a su abogado dándole instrucciones para que redactara un nuevo testamento. Una vez éste se lo hubo enviado para que lo aprobara, lo firmó satisfecha.

Y ahora, incluso en el asunto de la radio, Charles no tardó en demostrar que había ganado nuevos laureles.

La señora Harter, al principio tan contraria a la radio, se fue haciendo tolerante y luego una entusiasta aficionada. Disfrutaba mucho más cuando Charles estaba fuera. Lo malo de Charles era que no podía dejar tranquilo el aparato, y cuando él no estaba, podía sentarse cómodamente en su butaca y escuchar un concierto sinfónico, o una conferencia sobre Lucrecia Borgia, feliz y en paz con todo el mundo. Pero Charles, no, y la armonía veíase interrumpida con chirridos discordantes mientras él con gran entusiasmo trataba de encontrar emisoras extranjeras. Pero aquellas noches en que Charles cenaba con sus amigos, la señora Harter disfrutaba mucho con la radio escuchando los programas de noche desde su butaca.

Fue cosa de unos tres meses después de que instalaran el aparato cuando tuvo el primer susto. Charles había ido a jugar una partida de *bridge*.

El programa de aquella noche era un concierto. Una soprano muy conocida estaba cantando *Annie Laurie*, y en mitad de la canción ocurrió algo muy extraño. Hubo una interrupción, la música cesó, continuando los zumbidos y los ruidos intermitentes, que luego también cesaron. Se hizo el silencio y al fin se oyó un nuevo zumbido.

La señora Harter tuvo la impresión de que el aparato había captado un punto muy lejano y luego se oyó claramente la voz de un hombre con ligero acento irlandés.

«Mary… ¿Me oyes, Mary? Te habla Patrick… pronto voy a ir a buscarte. Estarás preparada. ¿No es verdad, Mary?».

Y luego, casi inmediatamente, volvieron a oírse las notas de *Annie Laurie*.

La señora Harter permaneció rígida en su sillón con las manos crispadas sobre los brazos del mismo. ¿Había estado soñando? ¡Patrick! ¡La voz de Patrick! La voz de Patrick, en aquella misma habitación, habiéndole… No, debía haber sido un sueño, tal vez una alucinación. Debió quedarse dormida unos minutos. Era curioso lo que había soñado… que la voz de su esposo le hablaba a través del éter. Se asustó un poco. ¿Qué era lo que le había dicho?

«Pronto voy a buscarte. Estarás preparada, ¿no es cierto, Mary?».

¿Sería un aviso? Insuficiencia cardíaca. Su corazón…, después de todo, había vivido muchos años.

«Es un aviso…, eso es» —díjose la señora Harter, levantándose trabajosamente de su butaca, y agregó con su aire característico—: «¡Y todo ese dinero desperdiciado en el ascensor!».

Nada dijo de su experiencia, mas por espacio de unos días estuvo pensativa y un tanto preocupada.

Y luego se repitió por segunda vez. También se encontraba sola en la habitación, escuchando una selección orquestal que radiaba una emisora. La música cesó con la misma brusquedad que la primera vez, y también se hizo el silencio; luego percibió la sensación de lejanía, y por fin la voz de Patrick…, no como la que tuviera en vida…, sino una voz dilatada, lejana, como procedente de otro mundo.

«Patrick te habla, Mary. Iré a buscarte pronto…».

Luego oyó un zumbido y la música volvió a llenar la habitación.

La señora Harter miró el reloj. No, esta vez no se había dormido. Había escuchado la voz de Patrick despierta y en plena posesión de sus facultades. Y no era alucinación, estaba segura.

Y confundida trató de pensar en todo lo que Charles le explicara sobre sus teorías de las ondas y del éter.

¿Sería posible que Patrick le hubiera hablado realmente? ¿Y que su voz resultara distinta debido a la distancia? Había longitudes de ondas perdidas o algo por el estilo. Recordaba la conferencia de Charles. Quizá las ondas perdidas explicaran aquel fenómeno psíquico. No, no era del todo imposible. Patrick le había hablado, utilizando la ciencia moderna, para prevenirla de lo que no iba a tardar en llegar.

La señora Harter hizo sonar el timbre para llamar a su doncella, Elizabeth.

Elizabeth era una mujer alta y delgada, de unos sesenta años, que bajo su exterior adusto ocultaba una fuente de afecto y ternura hacia su ama.

—Elizabeth —dijo la señora Harter cuando hubo aparecido su fiel servidora—, ¿recuerdas lo que te dije? El primer cajón de la izquierda de mi escritorio. Está cerrado… con la llave grande que tiene la etiqueta blanca. Está todo preparado.

—¿Preparado, señora?

—Para mi entierro —gruñó la señora Harter—. Sabes perfectamente bien lo que quiero decir, Elizabeth. Tú misma me ayudaste a guardarlo todo allí.

Elizabeth empezó a hacer pucheros.

—¡Oh, señora! —sollozó—, no diga esas cosas. Yo creí que estaba mucho mejor.

—Todos tenemos que morirnos un día u otro —dijo la señora Harter con aire práctico—. Ya paso de los setenta, Elizabeth. Vamos, vamos, no te pongas así. Si has de llorar, vete a hacerlo a cualquier otro sitio.

Elizabeth se retiró todavía sollozando.

La señora Harter la miraba marchar con afecto.

—Es una pobre tonta, pero fiel —se dijo—, muy fiel. Veamos, ¿son cien libras, o sólo cincuenta las que le dejo en mi testamento? Tendrían que ser cien.

Aquello preocupó a la anciana, que a la mañana siguiente escribió a su abogado rogándole que le enviara su testamento para revisarlo. Y aquel mismo día Charles la sobresaltó, por lo que dijo durante la comida.

—A propósito, tía Mary, ¿quién es ese extraño personaje del salón de estar? Me refiero a ese cuadro que hay sobre la chimenea. El del sombrero de copa y las patillas…

La señora Harter le miró severamente.

—Ése es tu tío Patrick, cuando era joven —le dijo.

—Oh, perdona, tía Mary, lo siento. No era mi intención parecerte grosero.

La señora Harter aceptó su disculpa con una digna inclinación de cabeza.

Charles continuó indeciso:

—Sólo me preguntaba… ¿Sabes?

Se detuvo y la señora Harter le preguntó intrigada:

—Bueno, ¿qué es lo que ibas a decir?

—Nada —se apresuró a responder Charles—. Quiero decir nada que tenga sentido.

De momento la anciana no dijo más, pero a última hora del día, cuando quedaron solos, volvió sobre el mismo tema.

—Charles, quisiera que me dijeras qué es lo que te hizo preguntar por el retrato de tu tío.

—Ya te lo dije, tía Mary. No fue más que una estúpida imaginación mía… completamente absurda.

—Charles —dijo la señora Harter en su tono más autoritario—, insisto en saberlo.

—Bueno, querida tía, si de verdad quieres saberlo, creí verle… me refiero al hombre del cuadro… asomado a la ventana del extremo… anoche cuando caminaba por la avenida. Supongo que debió ser un efecto de luz. Me pregunté quién diablos podía ser… aquella cara tan… victoriana… ya sabes a qué me refiero. Y luego Elizabeth me dijo que no había ningún extraño ni ninguna visita en casa, y más tarde fui al saloncito, y allí estaba el retrato sobre la chimenea. ¡El hombre que yo había visto! Supongo que la explicación es bien sencilla. Un truco del subconsciente. Debí fijarme en el retrato antes sin darme cuenta, y luego creí verle en la ventana.

—¿En la del extremo? —preguntó la señora Harter.

—Sí, ¿por qué?

—Por nada —replicó la señora Harter.

Pero de todas formas estaba asustada. Aquella habitación había sido el despacho de su marido.

Aquella misma noche, estando Charles también ausente, la señora Harter se dispuso a escuchar la radio con febril impaciencia. Si por tercera vez oía la voz misteriosa quedaría demostrado sin lugar a dudas que realmente estaba en comunicación con el otro mundo.

Aunque el corazón le latía muy de prisa, no se sorprendió al oír de nuevo la interrupción y tras el intervalo de silencio acostumbrado, la lejana voz de acento irlandés le habló una vez más.

«Mary… ahora ya estás preparada… El viernes iré a buscarte…, el viernes a las nueve y media… No tengas miedo…, no sufrirás… Estate preparada…».

Y luego, casi interrumpiendo la última palabra, volvió a sonar la música de la orquesta potente y discordante.

La señora Harter permaneció inmóvil unos minutos, se había puesto muy pálida y tenía los labios azulados.

Al fin se puso en pie para dirigirse a su escritorio, y con mano temblorosa escribió las siguientes líneas:

> *Esta noche, a las nueve y cuarto, he oído claramente la voz de mi difunto esposo. Me anunció que vendría a buscarme el viernes a las nueve y media de la noche. Si muriera en ese día y a esa hora quisiera que esto se supiese para probar sin lugar a dudas que existe la posibilidad de comunicar con el mundo de los espíritus…*
>
> *Mary Harter.*

La anciana volvió a leer lo escrito, y luego de meterlo en un sobre, puso unas palabras en éste. Luego hizo sonar el timbre e Elizabeth acudió rápidamente. La señora Harter, levantándose del escritorio, entregó a su doncella la nota que acababa de escribir.

—Elizabeth —le dijo—, si yo muriera el viernes por la noche, entrega esta nota al doctor Meynell. No… —Viendo que Elizabeth iba a protestar, agregó—: no me discutas. Muchas veces me has dicho que crees en los presentimientos. Pues bien, ahora yo tengo éste. Nada más. En mi testamento te he dejado cincuenta libras, pero quisiera que recibieras cien. Si no puedo ir yo misma al Banco, antes de morir, el señorito Charles se encargará de arreglarlo.

Y como en la otra ocasión, la señora Harter cortó las lágrimas de Elizabeth. Y la anciana señora habló de esto con su sobrino a la mañana siguiente.

—Recuerda, Charles, que si me ocurriera algo, Elizabeth tiene que recibir otras cincuenta libras.

—Estás muy pesimista estos días, tía Mary —le dijo Charles en tono jovial—. ¿Qué es lo que puede ocurrirte? Según el doctor Meynell, celebraremos tus cien años dentro de veintitantos.

La señora Harter le sonrió afectuosamente, pero nada contestó. Al cabo de unos instantes le dijo:

—¿Qué piensas hacer el viernes por la noche, Charles?

Charles pareció un tanto sorprendido.

—A decir verdad, los Edwing me han invitado a jugar al *bridge*, pero si tú prefieres que me quede en casa…

—No —replicó la anciana con determinación—. Desde luego que no. De verdad, Charles. Esa noche precisamente prefiero estar sola.

El joven la miró con extrañeza, pero la señora Harter no quiso darle más información. Era una anciana valerosa y resuelta y creía su deber afrontar aquella rara experiencia sin ayuda de nadie.

El viernes por la noche la casa estaba muy silenciosa y la señora Harter, sentada como de costumbre en su butaca de alto respaldo junto a la chimenea. Todo estaba preparado. Aquella mañana había ido al Banco para retirar cincuenta libras en billetes que entregó a Elizabeth a pesar de las protestas y lágrimas de la pobre mujer. Ordenó y clasificó todas sus pertenencias personales y puso etiquetas en algunas de sus joyas con los nombres de amigos y familiares. Había escrito también una lista de instrucciones para Charles. El juego de té de Worcester sería para la prima Emma, el jarrón de Sévres para el joven Guillermo, etcétera.

Miró el sobre alargado que tenía en la mano y extrajo de su interior un documento doblado varias veces. Era su testamento, que había sido enviado por el señor Hopkinson según sus instrucciones. Ya lo había leído con sumo cuidado, mas ahora lo repasó una vez más para refrescar su memoria. Era un documento breve y conciso. Un legado de cincuenta libras a Elizabeth Marshall en consideración a sus fieles servicios; dos de quinientas para su hermano, y un primo hermano, y el resto para su querido sobrino Charles Ridgeway.

La señora Harter inclinó varias veces la cabeza en señal de asentimiento. Charles sería un hombre muy rico cuando ella muriera. Bueno, había sido siempre cariñoso con ella… amable… y alegre… sin dejar nunca de complacerla.

Miró el reloj. Faltaban tres minutos para la media. Bueno, estaba preparada. Y tranquila… muy tranquila. Aunque se repitió esta última palabra varias veces, su corazón latía desacompasadamente. Apenas se daba cuenta, pero estaba a punto de sobrepasar el límite de sus nervios.

Las nueve y media. La radio estaba conectada.

¿Qué es lo que oiría? ¿Una voz familiar dando el parte meteorológico, o aquella lejana, perteneciente a un hombre que había muerto veinticinco años atrás?

Pero no oyó ninguna de las dos. En vez de eso llegó hasta ella un sonido familiar que conocía muy bien, pero que aquella noche fue como si le pusieran una mano de hielo sobre el corazón… Una llamada en la puerta principal.

Volvió a repetirse, y luego una ráfaga helada pareció cruzar la habitación. La señora Harter no tenía la menor duda de cuáles eran sus sensaciones. Tenía miedo. Más que miedo… estaba aterrorizada…

Y de pronto tuvo este presentimiento:

«Veinticinco años son muchos. Ahora Patrick será un desconocido para mí».

¡Y el terror la fue invadiendo!

Se oyeron pasos ante la puerta… y luego ésta se abrió silenciosamente.

La señora Harter se puso en pie tambaleándose ligeramente y sin apartar los ojos de la puerta. Algo resbaló de sus manos y cayó en el hogar.

Quiso lanzar un grito que se ahogó en su garganta. En la escasa luz de la entrada había aparecido una figura familiar con barba, patillas y un abrigo anticuado.

¡Patrick había ido a buscarla!

El corazón le dio un vuelco terrible y quedó inmóvil para siempre, mientras caía al suelo hecha un ovillo.

Y allí la encontró Elizabeth una hora más tarde.

Llamaron inmediatamente al doctor Maynell y Charles Ridgeway regresó a toda prisa de su partida de *bridge*, pero nada pudo hacerse. La señora Harter estaba ya lejos de toda ayuda humana.

Elizabeth no recordó hasta dos días más tarde que no había entregado la nota que le diera su ama. El doctor Meynell la leyó con gran interés y luego se la enseñó a Charles Ridgeway.

—Una coincidencia curiosa —dijo—. Parece que su tía había tenido ciertas alucinaciones creyendo oír la voz de su esposo. Debió sugestionarse hasta el punto en que la excitación le resultó fatal, y cuando llegó la hora, le sobrevino un colapso.

—¿Autosugestión? —preguntó Charles.

—Algo por el estilo. Le comunicaré el resultado de la autopsia lo más pronto posible, aunque no tengo la menor duda. Dadas las circunstancias es necesario practicar la autopsia, pero sólo por pura fórmula.

Charles asintió comprensivamente.

La noche anterior, cuando todos dormían, había quitado cierto alambre que iba desde la parte posterior del aparato de radio a su dormitorio del piso superior. Y también, como la noche había sido fresca, pidió a Elizabeth que encendiera la chimenea de su habitación, y allí quemó una barba y unas patillas postizas; y ciertas ropas de la época victoriana y que pertenecieron a su difunto tío fueron guardadas de nuevo en el arcón con olor a alcanfor, que había en el ático.

Se encontraba completamente a cubierto. Su plan, que formó a partir del momento en que el doctor Meynell le dijo que su tía aún podría vivir muchos años teniendo el debido cuidado, había sido un éxito admirable. Un colapso repentino,

había dicho el doctor Meynell. Y Charles, aquel joven afectuoso, preferido por las ancianas, sonrió para sus adentros.

Cuando el médico se hubo marchado, Charles fue realizando mecánicamente sus deberes. Había que disponer el entierro… avisar a los parientes que vivían lejos… proporcionarles el horario de trenes. Algunos tendrían que pernoctar allí… Y Charles fue haciéndolo todo con eficacia y método, mientras se entregaba a sus propias meditaciones.

¡Qué mala racha en sus negocios! Eso era lo malo. Nadie, ni siquiera su difunta tía, había llegado a conocer la difícil situación de Charles. Sus actividades, que ocultó celosamente a todo el mundo, le habían conducido hasta el borde del presidio.

No le esperaba otra cosa que el descrédito y la ruina si en unos pocos meses no tenía una fuerte cantidad de dinero. Bueno… ahora todo iría bien. Charles sonrió satisfecho. Gracias a… sí, podía llamarla broma…, gracias a su broma, no hubo nada criminal en ella…, estaba salvado. Ahora era un hombre muy rico. No tenía la menor preocupación a este respecto, ya que la señora Harter no ocultó nunca sus intenciones.

Elizabeth vino a sacarle de sus pensamientos anunciándole que el señor Hopkinson estaba allí y deseaba verle.

Qué oportuno, pensó Charles, y conteniendo su impulso de ponerse a silbar, procuró que su rostro adoptara una expresión grave y bajó a la biblioteca. Una vez allí se dispuso a saludar al anciano que por espacio de un cuarto de siglo había sido el consejero legal de la difunta señora Harter.

El abogado tomó asiento tras la invitación de Charles, y carraspeando ligeramente pasó a tratar de negocios.

—No entiendo del todo la carta que me ha enviado usted, señor *Ridgeway*. Parece dar por hecho que el testamento de la señora Harter, que en paz descanse, obra en nuestro poder.

Charles le miró extrañado.

—Pues claro… se lo oí decir a mi tía.

—¡Oh! Claro, claro. Es que, efectivamente, lo teníamos nosotros.

—¿Que lo tenían?

—Eso es lo que he dicho. La señora Harter nos escribió el martes pasado diciéndonos que se lo enviáramos.

Charles sintió una vaga inquietud y al mismo tiempo el presentimiento de algo desagradable.

—Sin duda aparecerá entre sus papeles —continuó el abogado con acento tranquilizador.

Charles nada dijo. No se atrevía a confiar en su lengua. Él ya había revisado todos los papeles de la señora Harter a conciencia y estaba seguro de que el testamento no se encontraba entre ellos. Y así lo dijo al cabo de unos instantes cuando se hubo

recobrado lo suficiente. Su voz le sonaba extraña y sentía la sensación de que arrojaban agua fría por su espalda.

—¿Ha tocado alguien sus cosas? —preguntó el abogado.

Charles contestó que Elizabeth, la doncella, y el señor Hopkinson pidió que la mandaran llamar. Acudió prontamente muy grave y erguida, dispuesta a contestar a todas las preguntas que le hicieran.

Había revisado todos los vestidos de su ama y efectos personales y estaba segura de que entre ellos no vio ningún documento legal semejante a un testamento. Sabía bien lo que era un testamento… su pobre ama lo tenía en la mano la misma mañana de su muerte.

—¿Está segura? —le preguntó el abogado.

—Sí, señor. Ella me lo dijo. Y me obligó a aceptar cincuenta libras en billetes. El testamento estaba dentro de un sobre azul alargado.

—Es cierto —replicó el señor Hopkinson.

—Ahora que lo pienso —continuó Elizabeth—, ese mismo sobre estaba esta mañana sobre la mesa… pero vacío. Lo dejé en el escritorio.

—Recuerdo haberlo visto allí —dijo Charles.

Y levantándose fue hasta el escritorio, volviendo a los pocos minutos con un sobre en la mano, que entregó al abogado. Éste lo examinó asintiendo con la cabeza.

—En este sobre introduje el testamento el martes pasado.

Los dos hombres miraron fijamente a Elizabeth.

—¿Desean alguna cosa más? —preguntó respetuosamente.

—De momento, no, gracias.

Elizabeth fue hacia la puerta.

—Un momento —dijo el abogado—. ¿Estaba encendida la chimenea aquella noche?

—Sí, señor, siempre estaba encendida.

—Gracias, eso es todo.

Elizabeth salió de la habitación, y Charles inclinóse hacia delante, apoyando su mano temblorosa en la mesa.

—¿Qué es lo que piensa? ¿A dónde quiere ir a parar?

El señor Hopkinson meneó la cabeza.

—Debemos esperar que todavía aparezca. De lo contrario…

—Bueno, ¿y si no aparece?

—Me temo que sólo habrá una conclusión posible. Que su tía pidió que se lo enviásemos para destruirlo, y no queriendo que Elizabeth perdiera por ello, le dio la parte que le dejaba en herencia, en efectivo.

—Pero ¿por qué? —exclamó Charles—. ¿Por qué?

El señor Hopkinson dejó oír una tosecilla seca.

—¿No tendría usted alguna… una… discusión con su tía, señor Ridgeway? —murmuró.

Charles contuvo el aliento.

—Desde luego que no —exclamó con calor—. Estuvimos siempre en las mejores relaciones hasta el final.

—¡Ah! —dijo el abogado sin mirarle.

Charles vio con sobresalto que no le creía. ¿Quién sabía lo que pudo haber llegado hasta los oídos del señor Hopkinson? Es posible que estuviera enterado de los rumores que circulaban acerca de las hazañas de Charles. Y nada más natural que suponer que esos mismos rumores habían llegado a oídos de la señora Harter, y que tía y sobrino habrían tenido un altercado por tal motivo…

¡Pero no era así! Charles conoció uno de los momentos más amargos de su carrera. Sus mentiras fueron creídas y ahora que decía la verdad no querían creerle. ¡Qué ironía!

¡Claro que su tía no había quemado el testamento! Por supuesto que…

Sus pensamientos sufrieron un brusco sobresalto. ¿Qué imagen se presentaba ante sus ojos? Una anciana llevándose la mano al corazón… mientras algo… un papel… caía sobre las brasas rojas…

Charles se puso lívido y oyó una voz ronca… la suya… que preguntaba:

—¿Y si por alguna causa ese testamento no llegara a encontrarse nunca?

—Existe un testamento de la señora Harter anterior, fechado en septiembre de mil novecientos veinte, y en él deja todos sus bienes a su sobrina, Miriam Harter, ahora Miriam Robinson.

¿Qué es lo que estaba diciendo aquel loco? ¿Miriam? Miriam, con aquel marido indescriptible y sus cuatro hijos tan revoltosos. ¡Toda su astucia, para Miriam!

El teléfono sonó junto a su brazo y al cogerlo oyó la voz del médico, cálida y amable.

—¿Es usted, Ridgeway? Pensé que le agradaría saberlo. Hemos concluido la autopsia. La causa de la muerte fue lo que yo supuse, pero a decir verdad la afección cardíaca era mucho más seria de lo que yo sospechaba cuando su tía vivía. Con todos los cuidados del mundo no hubiera vivido más de dos meses a lo sumo. Creí que le agradaría saberlo. Esto tal vez le sirva de consuelo en cierto modo.

—Perdone —dijo Charles—, ¿le importaría repetirlo?

—No hubiera vivido más de dos meses —dijo el doctor en tono más alto—. Ya sabe, querido amigo, que las cosas suceden siempre para bien…

Pero Charles cortó la comunicación, y percibió la voz del abogado como si le llegara de muy lejos.

¡Malditos todos! El abogado de cara relamida, y aquel venenoso estúpido de Meynell. Ya no le quedaba otra esperanza… que la cárcel.

Comprendió que alguien había estado jugando con él… jugando como el gato con el ratón y que ahora se estaría riendo…

Testigo de cargo

(The Witness for the Prosecution).

El señor Mayherne se ajustó los lentes de pinza, mientras aclaraba su garganta con su tosecilla seca tan característica en él. Luego volvióse a mirar de nuevo al hombre que tenía ante sí, un hombre acusado de homicidio voluntario.

El señor Mayherne era un hombrecillo menudo, de ademanes precisos, pulcro, por no decir afectado, en su modo de vestir, y con unos ojos grises de mirada astuta. No tenía un pelo de tonto; muy al contrario, era un abogado de gran prestigio. Su voz, cuando se dirigió a su cliente, fue seca, pero no antipática.

—Debo insistir y repetirle que se encuentra en grave peligro, por ello es necesaria la mayor franqueza.

Leonard Vole, que había estado mirando sin ver la pared que tenía frente a él, volvió sus ojos al abogado.

—Lo sé —dijo con desaliento—. Usted no cesa de decírmelo. Pero todavía no puedo comprender que se me acuse de un crimen… *un crimen*. Y además un crimen tan cobarde.

El señor Mayherne era un hombre práctico y poco impresionable. Volviendo a carraspear los colocó de nuevo sobre el puente de su nariz.

—Sí, sí, sí —dijo al fin—. Ahora, mi querido señor Volé, vamos a realizar un esfuerzo para salvarle… y lo conseguiremos… lo conseguiremos. Pero debo conocer todos los hechos. Tengo que saber hasta qué punto se halla usted comprometido. Entonces podremos determinar la mejor línea de defensa.

El joven continuó mirándole con expresión de desaliento. Al señor Mayherne le había parecido el caso bastante negro, y segura la culpabilidad del detenido; ahora, por primera vez, dudaba.

—Usted me cree culpable —dijo Leonard Vole en voz baja. ¡Pero por Dios le juro que no lo soy! Comprendo que todo está en contra mía. Soy como un hombre aprisionado en una red… cuyas mallas me van rodeando más y más, me vuelva hacia donde me vuelva. ¡Pero no fui yo, señor Mayherne, no fui yo!

En semejante posición un hombre ha de gritar su inocencia. Eso lo sabía el señor Mayherne. Sin embargo, a pesar suyo, estaba impresionado. Después de todo, ¿y si Leonard Vole fuese inocente?

—Tiene usted razón, señor Volé —le dijo en tono grave—. Este caso se presenta muy negro para usted. Sin embargo, acepto sus protestas de inocencia. Ahora, pasemos a los hechos. Quiero que me diga exactamente, y a su modo, cómo conoció a la señorita Emily French.

—La conocí un día en la calle Oxford. Vi a una señora anciana que cruzaba la calle cargada de paquetes, y cuando estuvo en medio se le cayeron y al tratar de recogerlos casi la aplasta un autobús. Sólo tuvo tiempo de llegar a salvo a la acera,

aturdida por los gritos de la gente. Yo recogí sus paquetes, les limpié el barro como pude y regresé a su lado para devolvérselos.

—¿Pero usted no le salvó la vida?

—¡Oh, no, pobre de mí! Todo lo que hice fue realizar un simple acto de cortesía. Ella se mostró muy agradecida y me dio las gracias calurosamente, diciendo que mis modales no eran como los de la mayoría de jóvenes en la actual generación… no recuerdo las palabras exactas. Entonces me despedí quitándome el sombrero y me marché. No esperaba volverla a ver nunca, pero la vida está llena de coincidencias. Aquella misma noche la encontré en una fiesta que daba un amigo mío en su casa. Me reconoció en el acto e hizo que nos presentaran. Entonces supe que era la señorita Emily French y que vivía en Cricklewood. Estuve hablando con ella un buen rato. Imaginé que se trataba de una de esas ancianas que sienten simpatías repentinas por las personas, lo que le había ocurrido conmigo por haber realizado una acción bien sencilla y que cualquiera hubiese llevado a cabo. Al marcharse me estrechó la mano cariñosamente y me rogó que fuese a visitarla. Yo, como es natural, repuse que con mucho gusto, y me instigó para que fijara un día. No tenía el menor deseo de ir, pero el rehusar hubiera parecido descortés y quedé en ir el sábado siguiente. Cuando se hubo marchado, supe algunas cosas de ella por mis amigos…, que era rica, excéntrica, que vivía sola con una doncella y que tenía ocho gatos por lo menos.

—Ya —exclamó el señor Mayherne—. ¿De modo que la cuestión de su posición económica surgió tan pronto?

—Si quiere usted insinuar que yo hice averiguaciones… —comenzó a decir Leonard Vole con calor, mas el abogado le detuvo con un gesto.

—Tengo que ver cómo se presenta el caso para la otra parte. Un observador vulgar no hubiera supuesto que la señorita French tuviera medios económicos. Vivía pobremente, casi miserablemente, y a menos que le dijeran lo contrario, usted hubiera pensado que era pobre… por lo menos al principio. ¿Quién le dijo que gozaba de buena posición económica?

—Mi amigo George Harvey, en cuya casa se celebraba la fiesta.

—¿Es probable que él lo recuerde?

—No lo sé, la verdad. Claro que ya ha pasado tiempo.

—Cierto, señor Volé. Comprenda, el principal interés de la parte fiscal será establecer que usted se encontraba falto de recursos…, lo cual es cierto, ¿no es así?

Leonard Vole enrojeció.

—Sí —dijo en voz apagada—. Desde entonces he tenido una suerte infernal.

—Cierto —repitió el señor Mayherne—. Y estando, como digo, falto de recursos económicos, conoció a esta anciana acaudalada y cultivó su amistad asiduamente. Ahora bien, si estuviéramos en posición de poder decir que usted no tenía la menor idea de que era rica, y que la visitó únicamente por pura cortesía…

—Que es la verdad…

—Lo creo. No trato de discutírselo. Lo miro desde el punto de vista externo. Depende mucho de la memoria del señor Harvey. ¿Es probable que recuerde esa conversación? ¿Sí o no? ¿Podríamos convencerle de que tuvo lugar más tarde?

Leonard Vole reflexionó unos instantes, y luego dijo con bastante firmeza, pero muy pálido:

—No creo que eso surtiera efecto, señor Mayherne. Varios de los presentes oyeron su comentario, y un par de ellos bromeaban diciéndome que había conquistado a una vieja rica.

El abogado procuró esconder su desaliento con un ademán.

—Es una lástima —dijo—. Pero le felicito por su llaneza, señor Volé, Es usted quien debe guiarme, y tiene razón. El seguir la pauta indicada por mí, hubiera sido desastroso. Debemos dejar ese punto. Usted conoció a la señorita French, la visitó y su amistad fue progresando. Necesitamos una razón clara para todo esto. ¿Por qué un joven de treinta y tres años, bien parecido, aficionado a los deportes, popular entre sus amigos, dedicó tanto tiempo a una anciana con la que no podía tener absolutamente nada en común?

Leonard Vole extendió ambas manos en un gesto de impotencia.

—No sabría decirle…, la verdad es que no sabría explicárselo.

»Después de la primera visita, me instó a que volviera, diciéndome que se sentía sola y desgraciada, y se me hizo difícil negarme. Me mostraba tan abiertamente su simpatía y afecto que me colocaba en una posición violenta. Comprenda, señor Mayherne, tengo un carácter débil…, soy de esas personas que no saben decir que no. Y me crea usted o no, como prefiera, después de la tercera o cuarta visita descubrí que iba tomándole verdadero afecto. Mi madre falleció cuando yo era niño, y la tía que me educó murió también antes de que yo cumpliera los quince años. Si le dijera que disfrutaba sinceramente viéndome amparado y mimado, me atrevo a asegurar que usted se reiría.

El señor Mayherne no se rió. En vez de eso, volvió a quitarse los lentes para limpiarlos, señal evidente de que estaba reflexionando intensamente.

—Acepto su explicación, señor Volé —dijo por fin—. Creo que es posible psicológicamente. Aunque es otro asunto el que un jurado quiera aceptarlo. Por favor, continúe. ¿Cuándo le pidió la señorita French que cuidara de sus asuntos?

—Después de mi tercera o cuarta visita. Ella entendía poco de asuntos económicos y estaba preocupada por ciertas inversiones.

El señor Mayherne alzó la cabeza con presteza.

—Tenga cuidado, señor Volé. La doncella, Janet Mackenzie, declara que su ama era un mujer muy entendida en cuestiones de negocios y que llevaba todos sus asuntos personalmente, cosa que ha sido corroborada por el testimonio de sus banqueros.

—No puedo remediarlo —repuso Volé con vehemencia—. Eso es lo que ella me dijo.

El señor Mayherne le contempló en silencio unos instantes. Aunque no tenía intención de decírselo, en aquellos momentos se robusteció su fe en la inocencia de Leonard Vole. Conocía algunos aspectos de la mentalidad de ciertas ancianas. Veía a la señorita French entusiasmada con el joven bien parecido, buscando pretextos para atraerle a su casa. Era más que probable que hubiera fingido inocencia en cuestiones de negocios y le suplicase la ayuda en sus asuntos económicos. Ella tendría la suficiente experiencia para comprender que cualquier hombre se sentiría halagado por aquella concesión a su superioridad masculina. Y Leonard Vole se había sentido halagado. Quizá tampoco quiso ocultarle que era rica. Emily French fue siempre una mujer voluntariosa, dispuesta a pagar cualquier precio por lo que deseaba. Todo esto pasó rápidamente por la imaginación del señor Mayherne, pero sin demostrarlo en lo más mínimo. Se dispuso a hacer otra pregunta.

—¿Y usted se ocupó de sus asuntos como según ella le pedía?

—Sí.

—Señor Volé —dijo el abogado—. Voy a hacerle una pregunta muy seria, y es de vital importancia que me conteste con la verdad. Usted se encontraba en una difícil situación económica y tenía en sus manos la dirección de los asuntos de una anciana… una anciana que, según su propia declaración, sabía muy poco, o nada, de negocios. ¿Utilizó en alguna ocasión, o en algún asunto, los valores que usted manejaba en beneficio propio? ¿Realizó usted algunas transacciones en su provecho pecuniario que no soportarían la luz del día? —contuvo la respuesta del otro—. Espere un momento antes de responder. Ante nosotros se abren dos caminos a seguir. O bien podemos hacer hincapié en su probidad y honradez de llevar sus asuntos, poniendo de relieve la imposibilidad de que cometiera un crimen para lograr dinero, cuando podía haberlo obtenido por medios mucho más sencillos, o bien, por otro lado, hizo algo que pueda ser probado por la parte fiscal…; si, hablando claro, puede probarse que usted estafó a esa anciana en algún aspecto, podemos afianzarnos en la línea de defensa de que usted no tuvo motivos para cometer el crimen, puesto que ella representaba ya una renta beneficiosa para usted. ¿Ve la diferencia? Ahora le suplico que se tome tiempo para contestar.

Pero Leonard Vole no necesitó pensarlo.

—Siempre llevé los asuntos de la señorita French con toda honradez y abiertamente. Actué en su interés lo mejor que supe, como podrá averiguar quien se lo proponga.

—Gracias —dijo el señor Mayherne—. Me ha quitado un gran peso de encima. Y le concedo el favor de creerle demasiado inteligente para mentirme en un asunto de tanta importancia.

—Desde luego —replicó Volé con ansiedad—, el punto más fuerte a mi favor es la falta de motivo. Dando por supuesto que yo cultivara la amistad con una anciana rica con la esperanza de sacarle el dinero…, cosa que me figuro es de sustancia lo que usted ha estado diciendo…, ¿su muerte no hubiera frustrado mis propósitos?

El abogado le miró de hito en hito, y luego deliberadamente repitió la operación de limpiar sus lentes, no hablando hasta haberlos colocado sobre su nariz.

—¿No sabe usted, señor Volé, que la señorita French ha dejado un testamento según el cual usted es el principal beneficiario?

—¿Qué? —El detenido se puso en pie de un salto. Su sorpresa era evidente y espontánea—. ¡Dios mío! ¿Qué está usted diciendo? ¿Me dejó su dinero?

El señor Mayherne asintió lentamente mientras Volé, volviendo a sentarse, escondía el rostro entre las manos.

—¿Pretende hacerme creer que no sabía nada de este testamento?

—¿Pretender? No hay pretensiones que valgan. Yo no sabía nada.

—¿Qué diría usted si le dijera que la doncella, Janet Mackenzie, jura que usted lo *sabía*? ¿Que su ama le confesó abiertamente haberle consultado acerca de este asunto comunicándole sus intenciones?

—¿Decir? ¡Que miente! No, voy demasiado de prisa. Janet es una mujer de edad. Estaba celosa y sospechaba de mí. Yo diría que la señorita Frenen le confiaría sus intenciones, y Janet o bien entendió mal parte de lo que le dijo, o en su interior estaría convencida de que yo había persuadido a la anciana para que lo hiciera. Me atrevo a asegurar que ahora está convencida de que fue la señorita French quien se lo dijo realmente.

—¿No cree que pueda odiarle lo bastante para mentir deliberadamente en esta cuestión?

Leonard Vole pareció sorprendido.

—¡No, por supuesto! ¿Por qué había de odiarme?

—No lo sé —repuso le abogado pensativo—. Pero está muy resentida con usted.

El desgraciado joven volvió a lamentarse.

—Empiezo a comprender —murmuró—. Es horrible. Dirán que yo la convencí para que me dejara su dinero, y luego fui allí aquella noche…, no había nadie más en la casa… y al día siguiente la encontraron… ¡Oh, Dios mío, es horrible!

—Se equivoca usted en lo de que no había nadie más en la casa —dijo el señor Mayherne—. Janet, como usted recordará, tenía la noche libre. Salió, pero a eso de las nueve y media regresó para buscar el patrón de la manga de una blusa que había prometido a su amiga. Entró por la puerta posterior, subiendo al piso a buscarlo, y luego volvió a salir. Oyó voces en el salón, aunque no pudo distinguir lo que decían, pero ella juraría que una era la de la señorita French, y la otra la de un hombre.

—A las nueve y media —dijo Leonard Vole—. A las nueve y media… —Se puso en pie con presteza—. Pero entonces estoy salvado… salvado…

—¿Qué quiere usted decir? —exclamó el señor Mayherne estupefacto.

—¡A las nueve y media yo estaba en mi casa! Mi esposa puede probarlo. Dejé a la señorita French a eso de las nueve menos cinco, llegué a mi casa cerca de las nueve y veinte. Mi esposa estaba esperándome. ¡Oh, gracias a Dios…, gracias a Dios! Y bendito sea el patrón de la manga de Janet Mackenzie.

En su exaltación, apenas se dio cuenta de que el semblante grave del señor Mayherne no había variado, pero sus palabras le hicieron bajar rápidamente de las nubes.

—Entonces, ¿quién cree usted que asesinó a la señorita French?

—Pues un ladrón, desde luego, como se pensó al principio. Recuerde que la ventana había sido forzada, y la mataron golpeándola con una barra de hierro que se encontró en el suelo junto al cadáver; además faltaban varias cosas. A no ser por las absurdas suposiciones de Janet y su antipatía por mí, la policía no se hubiera apartado de la verdadera pista.

—Eso no sirve, señor Volé —dijo el abogado—. Las cosas que desaparecieron eran meras insignificancias sin valor, que se llevaron para despistar. Y las huellas de la ventana no son nada convincentes. Además, piense por usted mismo. Dice que no estaba en la casa a las nueve y media. ¿Quién era entonces el hombre que Janet oyó hablar con la señorita French en el saloncito? No es probable que sostuviera una conversación amistosa con un ladrón.

—No —replicó Volé—. No… —Parecía intrigado y abatido—. Pero de todas maneras —agregó con renovada energía—, yo quedo eliminado. Tengo una coartada. Debe usted ver a Romaine…, mi esposa…, enseguida.

—Desde luego —se avino el abogado—. Ya la hubiera visto de no encontrarse ausente cuando usted fue detenido. Telegrafié a Scotland Yard enseguida, y tengo entendido que regresa esta noche. Pienso ir a verla inmediatamente que salga de aquí.

Volé asintió, mientras iba apareciendo en su rostro una expresión satisfecha.

—Sí, Romaine se lo dirá. ¡Dios mío, qué suerte he tenido!

—Perdone, señor Volé, ¿pero quiere usted mucho a su esposa?

—Desde luego.

—¿Y ella a usted?

—Romaine me quiere. Haría cualquier cosa por mí.

Habló con entusiasmo, pero el abogado sintió crecer su desaliento. ¿Daría crédito al testimonio de una esposa amante?

—¿Hubo alguien más que le viera regresar a las nueve y veinte? ¿Una doncella, por ejemplo?

—No tenemos servicio.

—¿Se encontró a alguien cuando regresaba?

—A nadie que yo sepa. Tomé el autobús. Es posible que el cobrador me recuerde.

El señor Mayherne meneó la cabeza con incertidumbre.

—Entonces, ¿no hay nadie que pueda confirmar el testimonio de su esposa?

—No. Pero ¿acaso es necesario?

—Creo que no, creo que no —repuso el abogado apresuradamente—. Otra cosa más. ¿Sabía la señorita French que era usted casado?

—Oh, sí.

—No obstante, nunca le presentó a su esposa. ¿Por qué?

Por primera vez la respuesta de Leonard Vole fue vacilante.

—Pues… no lo sé.

—¿Se da usted cuenta de que Janet Mackenzie dice que su ama le creía soltero y que esperaba casarse con usted en el futuro?

Volé se echó a reír.

—¡Es absurdo! Me llevaba cuarenta años.

—No hubiera sido el primer caso —replicó el abogado en tono seco—. Pero es un hecho que consta. ¿Su esposa no conoció a la señorita French?

—No.

—Permítame que le diga que me resulta difícil comprender su actitud en este asunto —dijo el señor Mayherne.

Volé enrojeció antes de contestar.

—Voy a hablarle con claridad. Yo andaba apurado de dinero, como usted sabe, y esperaba que la señorita French me prestase un poco. Me apreciaba, pero le traían sin cuidado las dificultades de un matrimonio joven. Más adelante descubrí que había dado por hecho que mi esposa y yo no nos llevábamos bien…, que estábamos separados. Señor Mayherne…, yo quería dinero para Romaine. No dije nada y dejé que la vieja pensara lo que quisiera. Me habló de que yo era para ella como un hijo adoptivo. Nunca surgió la cuestión de matrimonio…, debe ser cosa de la imaginación de Janet.

—¿Y eso es todo?

—Sí…, eso es todo.

¿Hubo cierta vacilación en su respuesta? El abogado creía que sí, y levantándose le tendió la mano.

—Adiós, señor Volé —mirando el rostro descompuesto del joven le habló impulsivamente—. Creo en su inocencia a pesar de la multitud de factores en contra suya. Espero probarlo y rehabilitarle por completo.

Volé le correspondió con una sonrisa.

—Ya verá usted cómo mi coartada es cierta —dijo animado.

Y esta vez tampoco se dio cuenta de que el abogado no participaba de su optimismo.

—Todo el caso depende principalmente del testimonio de Janet Mackenzie —dijo el señor Mayherne—. Ella le odia. Eso está clarísimo.

—No puede odiarme mucho —protestó el joven.

El abogado salió meneando la cabeza. *Ahora a por la señora Volé*, díjose para sus adentros. Estaba preocupado por el cariz que iba tomando la cosa.

Los Volé vivían en una casita destartalada cerca de Paddington Green, y a ella se dirigió Mayherne.

Respondiendo a su llamada le abrió la puerta una mujer corpulenta y desaliñada, a todas luces la encargada de la limpieza.

—¿Ha regresado ya la señora Volé?

—Llegó hace cosa de una hora, pero no sé si podrá verla.

—Si quisiera enseñarle mi tarjeta estoy seguro de que me recibiría —dijo el abogado con toda calma.

La mujer le miró indecisa, pero secándose las manos en el delantal cogió la tarjeta. Luego cerró la puerta en sus narices, dejándole en la calle.

Sin embargo, regresó a los pocos minutos, hablándole con nuevo respeto.

—Pase, por favor.

Le introdujo en un diminuto saloncito, y cuando el abogado estaba examinando un grabado de la pared, volvióse sobresaltado encontrándose ante una mujer alta y pálida que había entrado sin hacer ruido.

—¿El señor Mayherne? Es usted el abogado de mi esposo, ¿verdad? ¿Viene usted a verme? ¿Quiere hacer el favor de sentarse?

Hasta oírla hablar no se dio cuenta de que no era inglesa. Ahora, observándola más de cerca, reparó en sus pómulos salientes, el negro intenso de sus cabellos, y el movimiento de sus manos que era netamente extranjero. Una mujer extraña… y muy reposada…, tanto que ponía nervioso a cualquiera, y desde el primer momento, el señor Mayherne tuvo el convencimiento de hallarse ante algo que no entendía.

—Ahora, mi querida señora Volé —empezó Mayherne—, no debe usted desanimarse…

Se detuvo. Era del todo evidente que Romaine Volé no tenía la más ligera sombra de desaliento. Conservaba la calma sin inmutarse.

—¿Quiere contármelo todo? —le dijo—. Debo saberlo, y no intente ocultarme nada. Quiero saber lo peor.

El señor Mayherne le refirió su entrevista con Leonard Vole mientras ella le escuchaba atentamente asintiendo de vez en cuando.

—Ya comprendo —dijo cuando el abogado hubo concluido—. ¿Quiere que yo diga que aquella noche vino a las nueve y veinte?

—¿Es que no llegó a esa hora? —preguntó el señor Mayherne extrañado.

—Eso no importa ahora —replicó en tono frío. ¿Es que si yo dijera eso conseguiría su libertad? ¿Me creerían?

El señor Mayherne estaba sorprendido. Aquella mujer había ido directamente al fondo de la cuestión.

—Eso es lo que deseo saber —insistió ella—. ¿Sería bastante? ¿Hay alguien más que pueda apoyar mi declaración?

Había tal ansiedad en su actitud que se sintió intranquilo.

—Hasta ahora no hay nadie más —dijo de mala gana.

—Ya —exclamó Romaine Volé, quedando inmóvil unos instantes y sonriendo ligeramente.

El abogado sintió aumentado su recelo.

—Señora Volé —empezó a decir—. Comprendo lo que usted debe sentir…

—¿Sí? —replicó—. ¿Está seguro?

—Dadas las circunstancias…

—Dadas las circunstancias… voy a jugar mis triunfos.

El abogado la contempló con desaliento.

—Pero mi querida señora Volé…, está usted sobreexcitada. Estando tan enamorada de su marido…

—¿Cómo dice?

La dureza de su voz le sobresaltó, y se dispuso a repetir con menos seguridad.

—Estando tan enamorada de su marido…

Romaine Volé sonrió lentamente con la misma extraña sonrisa en los labios.

—¿Le dijo Leonard que yo le quería? —preguntó en voz baja—. ¡Ahí, sí! Comprendo. ¡Qué estúpidos son los hombres! Estúpidos… estúpidos… estúpidos.

De pronto se puso en pie, y toda la intensa emoción que el abogado percibiera en la atmósfera ahora se concentró en su tono.

—¡Le odio, se lo aseguro! Le odio. Le odio. ¡Le odio! Me gustaría verlo colgado del cuello hasta que muriera.

El abogado retrocedió ante el apasionamiento que brillaba en sus ojos.

Ella avanzó con decisión un paso más, continuó con vehemencia:

—Y quizá lo vea. Supongamos que yo digo que no llegó a casa aquella noche a las nueve y veinte, sino que a las diez y veinte. Usted dice que él asegura no saber nada del dinero que iba a heredar, pues suponga que yo digo que lo sabía, que contaba con él, y que cometió el crimen para conseguirlo. ¿Y si dijera que aquella noche al llegar a casa me confesó que lo había hecho, y que traía la americana manchada de sangre? ¿Entonces qué? Supongamos que me presento en el juzgado y digo todas estas cosas…

Sus ojos parecían desafiarle, y abogado hizo un esfuerzo para disimular su creciente desaliento procurando hablar en tono normal.

—No pueden pedirle que declare contra el marido…

—¡No es mi marido!

El silencio fue tan intenso que podría haberse oído caer una hoja.

—Yo fui actriz en Viena. Mi esposo vive, pero se halla interno en un manicomio, por eso no pudimos casarnos. Ahora me alegro —terminó con aire retador.

—Quisiera que me dijese una cosa —continuó el señor Mayherne tratando de parecer tan natural como siempre—. ¿Por qué está tan resentida con Leonard Vole?

Ella meneó la cabeza, en ademán negativo, sonriendo ligeramente.

—Sí, le gustaría saberlo. Pero no se lo diré. Ése será mi secreto.

El señor Mayherne se puso en pie lanzando su tosecilla característica.

—Entonces me parece innecesario prolongar esta entrevista —observó—. Volverá a tener noticias mías en cuanto me haya comunicado de nuevo con mi cliente.

Se acercó a él mirándole con sus maravillosos ojos oscuros.

—Dígame —le dijo—, ¿creía usted… con sinceridad… que él era inocente?

—Sí —replicó el señor Mayherne.

—Pobrecillo —rió ella.

—Y aún lo sigo creyendo —terminó el abogado—. Buenas noches, señora.

Y salió de la estancia llevando impresa en su memoria su expresión asombrada. *¡Vaya asunto endiablado!*, dijóse mientras enfilaba la calle.

Era extraordinario. Y aquella mujer…, tan peligrosa. Las mujeres son el diablo cuando se lo proponen.

¿Qué hacer? Aquel desdichado joven no tenía ni dónde apoyarse. Claro que posiblemente habría cometido el crimen.

No, se dijo el señor Mayherne para sus adentros, *hay demasiadas cosas en contra suya. No creo a esa mujer. Ha inventado esa historia y no se atreverá a contarla ante el jurado*.

Pero hubiera querido estar más seguro.

Los procedimientos judiciales fueron breves y dramáticos. Los principales testigos de cargo eran Janet Mackenzie, doncella de la víctima, y Romaine Heilger, de nacionalidad austríaca, la amante del detenido.

El señor Mayherne escuchaba la historia condenatoria de esta última, según la línea que le indicara durante su entrevista.

El detenido reservó su defensa.

El señor Mayherne estaba desesperado. El caso contra Leonard Vole estaba de lo más negro, e incluso el famoso abogado encargado de la defensa, le daba muy pocas esperanzas.

—Si pudiéramos rebatir el testimonio de esa austríaca tal vez lográsemos algo —dijo sin gran convencimiento—. Pero es un mal asunto.

El señor Mayherne había concentrado sus energías en un solo punto. Suponiendo que Leonard Vole dijera la verdad y hubiese abandonado la casa de la víctima a las nueve, ¿quién era el hombre que Janet oyó hablar con la señorita French a las nueve y media?

El único rayo de luz era un sobrino incorregible de la víctima que tiempo atrás había acosado y amenazado a su tía para sacarle varias sumas de dinero. Janet Mackenzie, como supo el abogado, había sido siempre partidaria de ese joven apoyándole en sus solicitudes. Parecía posible que fuese este sobrino el que visitara a la señorita French después de marcharse Leonard Vole, especialmente cuando no se le encontraba en los lugares de costumbre.

En todas las demás direcciones las pesquisas del abogado fueron de resultado negativo. Nadie había visto a Leonard Vole entrar en su casa o salir de la de la señorita French. Ni nadie vio a otro hombre entrar o salir de la casa de Cricklewood. Todas las averiguaciones fueron negativas.

Fue la tarde en que debía celebrarse la vista de la causa cuando el señor Mayherne recibió la carta que iba a dirigir todos sus pensamientos hacia una dirección

enteramente nueva:

Muy señor mío:

Usted es el abogado que representa a ese joven. Si quiere que esa tunante extranjera quede descubierta, así como todas sus mentiras, venga esta noche al número dieciséis de Shaw's Rents Stepney. Le costará doscientas libras. Pregunte por la señora Mogson.

El abogado leyó y releyó la extraña epístola. Claro que podía ser un engaño, pero cuanto más se lo pensaba más se convencía de su autenticidad, así como de que era la única esperanza del detenido. El testimonio de Romaine Heilger le había condenado por completo, y la línea de defensa que se proponía seguir…, hacer resaltar que el testimonio de una mujer que había confesado llevar una vida inmoral no era digno de crédito… era bastante floja.

El señor Mayherne tomó una conclusión. Era su deber salvar a su cliente a toda costa. Tenía que ir a Shaw's Rents.

Tuvo alguna dificultad en encontrar el sitio, un edificio destartalado en una barriada maloliente, mas al fin lo consiguió y al preguntar por la señora Mogson le enviaron a una habitación del tercer piso. Llamó a la puerta, y no obteniendo respuesta, repitió la llamada.

Esta vez oyó ruido en el interior y al fin se abrió la puerta cautelosamente, apenas unos centímetros por donde atisbo una figura encorvada.

De pronto la mujer, porque era una mujer, lanzando una risita, franqueóle la entrada.

—De modo que es usted —dijo con voz cansada—. ¿Viene solo? ¿No intentará ningún truco? Así está bien. Puede pasar, puede pasar.

Con cierta repugnancia el abogado traspuso el umbral, penetrando en una habitación sucia y reducida, iluminada por un mechero de gas. En un rincón veíanse la cama sin hacer, una mesa sencilla y dos sillas desvencijadas; y por primera vez el señor Mayherne pudo contemplar a la inquilina de aquel hediondo departamento. Era una mujer de mediana edad, encorvada, con cabellos grises y alborotados que ocultaba su rostro con una bufanda. Al ver que la observaba rompió a reír con aquella risa extraña y peculiar.

—Se preguntará usted por qué escondo mi belleza, ¿verdad? Je, je, je. Teme que pueda tentarle, ¿eh? Pero ya verá, ya verá.

Y al quitarse la bufanda, el abogado retrocedió involuntariamente ante aquella masa de carne enrojecida y casi informe. La mujer volvió a cubrirse el rostro.

—¿De manera que no quiere besarme, querido? Je, je, no me extraña. Y sin embargo fui bonita… y de eso no hace tanto tiempo como usted se imagina. El vitriolo, querido, el vitriolo… me hizo esto. ¡Ah!, pero cuando haya terminado con ellos…

Lanzó un torrente de obscenidades que el señor Mayherne trató en vano de contener. Al fin quedó silenciosa mientras abría y cerraba los puños con gesto nervioso.

—Basta —dijo el abogado con dureza—. He venido aquí porque tengo motivos para creer que usted puede darme cierta información que ayudará a mi cliente, Leonard Vole. ¿No es así?

Sus ojos le miraron escrutadores.

—¿Y qué hay del dinero, querido? —susurró—. Acuérdese de las doscientas libras.

—Es su deber ayudar a la justicia y pueden obligarla.

—Eso no, querido. Soy una vieja y no sé nada, pero deme las doscientas libras y tal vez pueda darle una o dos pistas. ¿Qué le parece?

—¿Qué clase de pistas?

—¿Qué le parece una carta? Una carta de *ella*. No importa cómo la conseguí. Eso es cosa mía. Ya se la daré, pero quiero mis doscientas libras.

El señor Mayherne mirándola fríamente tomó una determinación.

—Le daré diez libras nada más. Y sólo si esa carta es lo que usted dice.

—¿Diez libras? —gritó encolerizada.

—Veinte —replicó el abogado—. Y ésta es mi última palabra.

Y se levantó como si fuera a marcharse; luego, sin dejar de mirarla, sacó su billetero y fue contando hasta veinte libras.

—Vea —dijo—. Es todo lo que llevo encima. Puede tomarlo o dejarlo.

Pero ya sabía que la vista del dinero sería demasiada tentación. Estuvo maldiciendo pero al fin asintió. Luego, yendo hasta la cama, extrajo algo de entre los colchones.

—¡Aquí tiene, maldita sea! —gruñó—. La que usted quiere es la de encima.

Lo que le entregaba era un paquete de cartas que el señor Mayherne desató repasándolas con su aire frío y metódico. La mujer, mirándole ansiosamente, no pudo adivinar nada, dado su rostro impasible.

Fue leyendo todas las cartas, y luego volviendo a coger la primera, la leyó por segunda vez. Después ató de nuevo el paquete con todo cuidado.

Eran cartas de amor escritas por Romaine Heilger, y el hombre a quien iban dirigidas no era Leonard Vole. La de encima estaba fechada el día antes de que este

último fuera detenido.

—¿Ve cómo le dije la verdad, querido? —jadeó la mujer—. Esa carta la descubre, ¿no es cierto?

El señor Mayherne guardó las cartas en su bolsillo antes de hacer la siguiente pregunta:

—¿Cómo consiguió usted apoderarse de esta correspondencia?

—Eso es cosa mía —dijo mirándole de soslayo—. Pero sé algo más. En el juzgado oí lo que dijo esa tunanta. Averigüé dónde estuvo a las diez y veinte, cuando según dice ella, estaba en casa. Pregunte en el cine «León». Recordarán a una joven tan atractiva como ella… ¡maldita sea!

—¿Quién es ese hombre? —quiso saber el señor Mayherne—. Aquí sólo aparece el nombre de pila.

La voz de aquella mujer se hizo más pastosa y ronca y sus manos se abrieron y cerraron multitudes de veces. Al fin se llevó una a los ojos.

—Es el que me hizo esto. Ya han pasado muchos años. Ella me lo quitó… entonces era una chiquilla. Y cuando fui tras él… para buscarle… ¡me arrojó el ácido a la cara! ¡Y ella se rió, la muy condenada! Hace años que la voy siguiendo… espiándola… ¡y ahora la he vencido! Sufrirá por esto, ¿verdad, señor abogado que ella sufrirá?

—Probablemente será condenada a cierto plazo de reclusión por perjura —replicó el señor Mayherne con toda tranquilidad.

—Que la encierren… eso es lo que quiero. Se marcha usted, ¿verdad? ¿Dónde está mi dinero?

Sin una palabra, el abogado depositó unos billetes encima de la mesa, y luego, con un profundo suspiro, salió de la triste habitación. Al volverse desde la puerta vio a la viejuca que se abalanzaba sobre el dinero.

No perdió tiempo. Encontró el cine «León» sin dificultad, y al mostrarle la fotografía de Romaine Heilger, el acomodador la reconoció enseguida. Aquella joven había llegado acompañada de un hombre poco después de las diez de la noche en cuestión. No se había fijado en su acompañante, pero recordaba que ella le preguntó por la película que se proyectaba en aquellos momentos. Se quedaron hasta el final, cosa de una hora más tarde.

El señor Mayherne estaba satisfecho. El testimonio de Romaine Heilger era una sarta de mentiras desde el principio hasta el fin, producto de su odio apasionado. El abogado se preguntó si llegaría a saber lo que se escondía tras aquel aborrecimiento. ¿Qué le había hecho Leonard Vole? Parecía muy sorprendido cuando le dio cuenta de su actitud, declarando que era increíble, aunque el señor Mayherne le pareció que, pasada la primera sorpresa, sus protestas no eran sinceras.

Lo sabía. El señor Mayherne estaba convencido de ello. Lo sabía pero no quiso revelarlo, y el secreto entre los dos, seguiría siendo un secreto. ¿Para siempre?

El abogado consultó su reloj. Era tarde, pero el tiempo lo era todo. Tomando un taxi indicó una dirección.

«*Sir* Charles debe saberlo enseguida», díjose mientras subía al vehículo.

La vista de la causa contra Leonard Vole, acusado del asesinato de Emily French, despertó un inmenso interés. En primer lugar, el detenido era joven y atractivo, había sido acusado de un crimen despiadado, y además otro personaje era Romaine Heilger, el principal testigo de cargo, cuya fotografía había aparecido en muchos periódicos, así como diversas historias acerca de su origen y pasado.

Los procedimientos preliminares transcurrieron normalmente. Primero se expuso la evidencia técnica, y luego llamaron a declarar a Janet Mackenzie, que contó la misma historia que antes poco más o menos. Durante el interrogatorio de la defensa se contradijo un par de veces al exponer las relaciones del señor Volé con la señorita French; el abogado defensor recalcó con énfasis que ella creyó oír una voz masculina aquella noche en el saloncito, pero no había nada que demostrase que fuera Volé quien estuviera allí, consiguiendo la impresión de que sus celos y antipatía hacia el prisionero fueron el motivo principal de su testimonio.

Luego hicieron comparecer al testigo siguiente:

—¿Se llama usted Romaine Heilger?

—Sí.

—¿Es usted súbdita austríaca?

—Sí.

—¿Durante los últimos tres años ha vivido usted con el acusado, haciéndose pasar por su esposa?

Por un momento los ojos de Romaine Heilger se encontraron con los del hombre sentado en el banquillo.

—Sí.

Las preguntas se fueron sucediendo, y palabra por palabra surgieron los factores acusadores. La noche en cuestión el acusado se llevó una barra de hierro y al regresar a las diez y veinte había confesado haber dado muerte a la anciana. Sus puños estaban manchados de sangre y los quemó en el horno de la cocina. Luego, con amenazas, la obligó a guardar silencio.

Después de oírla, la impresión del jurado, que al principio fuera de simpatía hacia el prisionero, se convirtió en desfavorable. Él mismo tenía la cabeza inclinada y su aire de desaliento daba a entender que se veía condenado.

No obstante, pudo observarse que su propio consejero luchó por contener la animosidad de Romaine y que hubiera preferido que fuese más imparcial.

El abogado defensor se puso en pie, con aire grave e impotente.

La acusó de que su historia era una invención desde el principio al fin, que ni siquiera había estado en su casa a la hora en cuestión, que estaba enamorada de otro hombre y que pretendía deliberadamente condenar a muerte a Volé por un crimen que no había cometido.

Romaine negó todas estas acusaciones con la mayor insolencia.

Luego llegó la sorpresa: la presentación de la carta que fue leída en voz alta y en medio del mayor silencio.

> *¡Queridísimo Max, el Destino le ha puesto en nuestras manos! Ha sido detenido acusado de asesinato… sí, por el asesinato de una anciana. Leonard, que no sería capaz de hacer daño a una mosca. Al fin lograré mi venganza. ¡Pobrecillo! Diré que aquella noche llegó a casa manchado de sangre… y que me lo confesó todo. Haré que lo ahorquen, Max, y cuando penda de la cuerda, comprenderá que fue Romaine quien le condenó… Y después… ¡La felicidad, amor mío! ¡La felicidad por fin!*

Los peritos se encontraban presentes para testificar que la letra era de Romaine Heilger, pero no fue necesario. Al terminar la lectura de la carta, Romaine se desmoralizó confesándolo todo. Leonard Vole había regresado a su casa a la hora que dijo, las nueve y veinte, y ella había inventado toda la historia para perderle.

Con la confesión de Romaine Heilger, el caso perdió interés, *sir* Charles hizo comparecer a sus pocos testigos; y el propio acusado refirió su declaración con aire digno, resistiendo sin desfallecer las preguntas del abogado fiscal.

La parte fiscal trató inútilmente de seguir acusando, y aunque el resumen del juez no fue del todo favorable al acusado, el jurado no necesitó mucho tiempo para deliberar y pronunció su veredicto:

—Inocente.

¡Leonard Vole estaba de nuevo en libertad!

El menudo señor Mayherne se levantó apresuradamente para felicitar a su cliente, pero sin darse cuenta se encontró limpiando sus lentes. Su esposa le dijo, precisamente, la noche antes, que aquello se había convertido en una costumbre. Son curiosas las costumbres de las personas… y uno mismo no se da cuenta de ellas.

Un caso interesante… interesantísimo… aquella mujer: Romaine Heilger. Le había parecido una mujer pálida y tranquila en su casa de Paddington, pero en la audiencia se había mostrado vehemente, inflamándose como una flor tropical.

Si cerraba los ojos volvía a verla, alta y apasionada, con su exquisito cuerpo ligeramente inclinado hacia delante y cerrando y abriendo inconscientemente la mano derecha.

Son curiosas las costumbres. Aquel gesto de su mano debía serlo también, y, no obstante, había visto hacerlo a alguna otra persona últimamente… bastante últimamente. ¿Quién sería? Contuvo el aliento al recordarlo de pronto. Aquella mujer de Shaw's Rents…

Permaneció inmóvil mientras la cabeza le daba vueltas. Era imposible… Sin embargo, Romaine Heilger había sido actriz.

El defensor se acercó a él y le puso, amistoso, la mano en el hombro.

—¿Todavía no ha felicitado a nuestro hombre? Lo ha pasado muy mal, el pobre. Vamos a verle.

Pero el abogado retiró la mano de su hombro.

Sólo deseaba una cosa… ver a Romaine Heilger.

No consiguió verla hasta algún tiempo después, y el lugar de su encuentro no hace al caso.

—De modo que usted adivinó —le dijo Romaine cuando él le hubo contado todo lo que pasaba—. ¿El rostro? ¡Oh!, eso fue bastante difícil, y la escasa luz del mechero de gas le impidió descubrir el maquillaje.

—Pero ¿por qué…, por qué?

—¿Por qué quise jugarme el todo por el todo? —sonrió.

—¡Una farsa tan complicada!

—Amigo mío… tenía que salvarle. Y el testimonio de una mujer enamorada de él no hubiera sido suficiente…, usted mismo lo dejó entrever. Pero yo conozco un poco de psicología de las cosas. Dejando que mi testimonio quedara desvirtuado, lograría una reacción favorable hacia el acusado.

—¿Y el montón de cartas?

—Una sola, la importante, hubiera podido despertar sospechas.

—¿Y el hombre llamado Max?

—Nunca existió, amigo mío.

—Todavía sigo pensando —dijo el señor Mayherne con pesar—, que podríamos haberle salvado por el… el… procedimiento corriente.

—No quise arriesgarme. Comprenda, usted pensaba que era inocente…

—Y usted lo sabía… Ya entiendo —dijo el abogado.

—Mi querido señor Mayherne —replicó Romaine—, usted no entiende nada. ¡Yo sabía que era culpable!

El misterio del jarrón azul

(The Mystery of the Blue Jar).

Jack Hartington contempló con pesar el empinado camino recorrido y de pie junto a la pelota, volvió a mirar el hoyo calculando la distancia. Su rostro era una muestra elocuente del disgusto que sentía. Con un suspiro, extrajo uno de los palos de golf, y tras ensayar con él un par de tiradas que aniquilaron por turno un diente de león y una buena zona de hierba, dirigióse por fin hacia la pelota.

Resulta duro, cuando se tienen veinticuatro años y la única ambición en la vida es reducir el número de tiradas en el juego de golf, verse obligado a dedicar el tiempo y la atención al problema de ganarse el pan. Durante cinco días y medio de los siete que tiene la semana, Jack vivía encerrado en una especie de tumba de caoba en la ciudad. Los sábados por la tarde y los domingos los dedicaba religiosamente a lo importante de verdad y llevado de su entusiasmo había tomado una pequeña habitación en un pequeño hotel cerca de las pistas de Golf Stourton Heath y se levantaba diariamente a las seis de la mañana, para poder practicar una hora antes de coger el tren de las ocho cuarenta y seis que le llevaba a la ciudad.

La única desventaja de aquel plan era que a aquellas horas de la mañana era incapaz de acertar una sola tirada. Cuando no erraba el tiro, se le escapaba la pelota, que corría alegremente por el césped, y le eran necesarias un mínimo de cuatro tiradas para cada hoyo.

Jack suspiró, y asiendo el palo con fuerza se repitió las palabras mágicas: «*El brazo izquierdo bien estirado y no alzar la vista*».

Giró en redondo… y se detuvo petrificado al oír un grito que rompió el silencio de aquella mañana de verano.

—¡Asesino! ¡Socorro! ¡Asesino!

Era una voz de mujer que se ahogó en una especie de gemido.

Jack dejó caer el palo de golf y echó a correr en dirección a la voz, que le había parecido muy cercana. Aquella zona de pistas se encontraba en pleno campo y veíanse muy pocas casas por allí. En realidad sólo había una, muy pintoresca, y en la que Jack siempre se fijaba por su aspecto pulcro y anticuado. Fue hacia la casita a todo correr. Quedaba oculta por una ladera cubierta de brezos que bajó en menos de un minuto y se detuvo ante la cerca.

En el jardín había una muchacha y por un momento Jack supuso que habría sido la que gritaba en demanda de auxilio.

Mas no tardó en cambiar de opinión.

La joven llevaba una cestita en la mano casi llena de malas hierbas que al parecer había estado arrancando de un amplio parterre de pensamientos.

Jack observó que sus ojos eran también dos pensamientos, suaves, oscuros y aterciopelados, y más violeta que azules. Y parecía toda ella una flor con su vestido

de algodón rojo.

La joven le miraba entre contrariada y sorprendida.

—Perdóneme —le dijo Jack—. Pero ¿no acaba de oír un grito?

—¿Yo? No.

Su sorpresa parecía tan verdadera que Jack sintióse confundido. Su voz era dulce y bonita, con un ligerísimo acento extranjero.

—Pero tiene usted que haberlo oído —exclamó—. Sonó muy cerca de aquí.

—Yo no he oído nada —replicó la muchacha con los ojos muy abiertos.

Jack fue ahora el sorprendido. Era increíble que no hubiese oído aquella desesperada llamada de auxilio, y sin embargo, su calma era tan evidente que no pudo creer que le mintiera.

—Se oyó muy cerca de aquí —insistió.

Ahora ella le miró con recelo.

—¿Y qué es lo que han gritado? —preguntó.

—¡Asesino! ¡Socorro! ¡Asesino!

—Asesino… socorro, asesino —repitió la joven—. Alguien debe haberle gastado una broma, *monsieur*, ¿quién podría ser asesinado aquí?

Jack miró confundido a su alrededor esperando ver un cadáver por el jardín. Nada. Y sin embargo, estaba completamente seguro de que el grito fue real y no un producto de su imaginación. Miró hacia las ventanas de la casita. Todo parecía tranquilo y en paz.

—¿Quiere usted registrar nuestra casa? —preguntó la jovencita en tono seco.

Se mostraba tan escéptica, que la confusión de Jack fue en aumento, y se dispuso a marchar.

—Lo siento —dijo—. Debe haber sido en el bosque.

Y quitándose la gorra se alejó y al volverse para mirar por encima de su hombro, vio que la joven había vuelto a reemprender tranquilamente su tarea.

Durante algún tiempo vagó por los bosques, sin poder encontrar el menor rastro de que hubiera ocurrido algo anormal. No obstante, estaba más seguro que nunca de haber oído aquel grito. Al final, abandonando la búsqueda, regresó apresuradamente al hotel para desayunar y coger el tren de las ocho cuarenta y seis con el margen acostumbrado de un par de segundos. La conciencia le remordió un poco al sentarse en el tren. ¿No debiera haber dado parte inmediatamente a la policía de lo que oyera? El no haberlo hecho obedecía tan sólo a la incredulidad de la joven-flor. Era evidente que le había considerado un soñador… y la policía hubiera pensado lo mismo. ¿Estaba bien seguro de haber oído el grito?

Pero ahora no estaba tan convencido como antes… resultado natural al intentar revivir una sensación perdida. ¿Fue tal vez el grito de un pájaro en la distancia y que le pareció la voz de una mujer?

Pero rechazó la sugerencia con enojo. Era una voz de mujer, y la había oído muy bien. Recordaba haber mirado el reloj un momento antes de que sonara el grito.

Debían ser las siete y veinticinco minutos cuando lo oyó. Pudiera ser un detalle importante para la policía si… si se descubriera algo.

Al regresar al hotel aquella noche, revisó los periódicos ansiosamente por ver si hacían mención de algún crimen. Pero no encontró nada en dicho aspecto y no supo si alegrarse o lamentarlo.

La mañana siguiente amaneció tan húmeda…, tanto que incluso el más ardiente entusiasta del golf hubiera visto empañado su afán. Jack se levantó en el último momento, engullendo a toda prisa su desayuno, y una vez en el tren, volvió a examinar los periódicos. No publicaban ningún suceso sangriento, y le ocurrió lo mismo con los periódicos de la noche.

—Es extraño —díjose Jack—, pero así es.

A la mañana siguiente salió muy temprano, y al pasar ante la casita, observó por el rabillo del ojo que la joven estaba otra vez en el jardín arrancando hierba. Por lo visto era una manía. Lanzó un buen tiro para aproximarse esperando que ella lo hubiera notado. Al ir a introducir la pelota en el hoyo siguiente, miró su reloj.

—Exactamente las siete y veinticinco —murmuró—. Quisiera saber si…

Mas las palabras se le helaron en los labios. A sus espaldas había sonado el mismo grito que le sobresaltaba la otra mañana. La voz de una mujer desesperada.

—¡Asesino! ¡Socorro! ¡Asesino!

Jack echó a correr. La joven-flor que estaba de pie junto a la cerca parecía sobresaltada, y Jack corría triunfalmente hacia ella gritando:

—Esta vez sí que lo ha oído.

Sus ojos se abrieron bajo una emoción que no supo adivinar, pero observó que retrocedía al acercarse a él, y que incluso miraba hacia la casa como si fuera a correr hacia ella en busca de refugio.

Al fin meneó la cabeza sin dejar de mirarle.

—No he oído nada —replicó con aire ausente.

Fue como si le hubieran dado un *mazazo* en mitad de la frente. Su sinceridad era tal que no pudo por menos que creerla. Sin embargo, no era posible que lo hubiera imaginado… imposible… imposible… Oyó su voz diciéndole en tono amable… casi con simpatía:

—¿Sufre usted la neurosis producida por los bombardeos?

En un instante comprendió la mirada de temor, y sus deseos de echar a correr hacia la casa. Pensaba que sufría alucinaciones.

Y luego, como una ducha de agua fría vino aquel terrible pensamiento: ¿Estaría en lo cierto? ¿Sufriría alucinaciones? Obsesionado por aquella idea espantosa, se alejó tambaleándose sin pronunciar palabra. La muchacha le miró marchar meneando la cabeza, e inclinándose de nuevo continuó arrancando las malas hierbas.

Jack procuró razonar a solas consigo mismo.

—Si oigo otra vez ese condenado grito a las siete y veinticinco —se dijo—, es que sufro alguna alucinación.

Estuvo todo el día nervioso y se acostó temprano decidido a hacer la prueba a la mañana siguiente.

Y como es natural en estos casos, pasó media noche despierto, y por la mañana durmió más de lo debido. Eran ya las siete y veinte cuando salió del hotel en dirección a las pistas, comprendiendo que no lograría llegar al lugar fatídico a las siete y veinticinco, pero sin duda, si la voz era una alucinación habría de oírla en cualquier parte. Corrió cuanto pudo con los ojos puestos en las manecillas del reloj.

Las siete y veinticinco. Desde lejos le llegó el eco de una voz de mujer gritando. No pudo entender las palabras, pero estaba convencido de que era la misma llamada de socorro que oyera antes, y que venía del mismo punto… de las cercanías de la casita.

Por extraño que parezca, aquello le tranquilizó. Al fin y al cabo tal vez se tratase de una broma. Aunque le extrañase, quizá la propia muchacha le estuviese engañando. Irguió los hombros y sacando el palo de su saco de golf se dispuso a jugar unos cuantos hoyos hasta acercarse a la casa.

La joven estaba en el jardín como de costumbre; la saludó con la gorra en la mano y cuando ella le dio tímidamente los buenos días le pareció más bonita que nunca.

—Hermoso día, ¿verdad? —le gritó Jack alegremente, lamentando lo vulgar de su comentario.

—Sí; hace un día espléndido.

—Y bueno para el jardín, supongo.

La joven sonrió, descubriendo un hoyuelo fascinador.

—¡No por cierto! Lo que necesitan mis flores es agua. Vea qué secas están.

Jack, aceptando su invitación, se aproximó a la cerca que separaba el jardín del camino.

—A mí me parece que están perfectamente —comentó Jack bajo la mirada compasiva de la muchacha.

—El sol es bueno, ¿verdad? —dijo ella—. A las flores se las puede regar siempre, pero el sol les da fortaleza y es muy bueno para la salud. Ya veo que *monsieur* está hoy muchísimo mejor.

Su tono alentador contrarió a Jack.

«Maldita sea —pensó—. Me parece que trata de curarme por sugestión».

En tono irritado contestó:

—Estoy perfectamente bien.

—Eso es bueno —repuso ella tratando de consolarle.

Jack tuvo la irritante sensación de que no le creía.

Estuvo jugando al golf un rato más y luego corrió a desayunar. Mientras comía se dio cuenta, y no por primera vez, de que era observado fijamente por un hombre que ocupaba la mesa contigua a la suya. Era un caballero de mediana edad y rostro enérgico. Llevaba una pequeña barba oscura y sus ojos grises y penetrantes y sus ademanes seguros le colocaban en las primeras filas de las clases profesionales. Jack

sabía que su nombre era Lavington, y había oído rumores de que se trataba de un médico especialista muy conocido, pero como Jack no frecuentaba la calle Harley, el nombre no le decía nada.

Mas aquella mañana tuvo plena conciencia de la profunda observación a que era sometido, y se asustó. ¿Es que llevaba escrito en el rostro su secreto y todos podían verlo? ¿Acaso aquel hombre, gracias a su profesión, sabía lo que estaba sucediendo a su materia gris?

Jack estremecióse al pensarlo. ¿Era cierto? ¿Se estaría volviendo realmente loco? ¿Era una alucinación o una broma pesada?

Y de pronto se le ocurrió un medio muy sencillo para probar la solución. Hasta entonces había ido siempre solo a los campos de golf. ¿Y si alguien le acompañara? Entonces podrían ocurrir tres cosas: Que la voz no se oyera. Que la escucharan los dos, o… sólo él.

Aquella noche se dispuso a poner en práctica su plan. Lavington era el hombre que necesitaba. Trabaron conversación fácilmente…, tal vez el médico esperaba aquella oportunidad, ya que era evidente que por una u otra razón, Jack le interesaba. Lavington se avino con naturalidad a acompañarle para jugar una partida de golf antes del desayuno, y quedaron de acuerdo para la mañana siguiente.

Salieron un poco antes de las siete. El día era perfecto, sin una nube, pero no demasiado caluroso. El doctor jugó bien, Jack pésimamente. Tenía el pensamiento puesto en la crisis que se avecinaba, y no cesaba de mirar el reloj. Llegaron al hoyo siete, el más próximo a la casita, cerca de las siete y veinte.

Cuando pasaron ante ella, la joven se encontraba en el jardín, como siempre, y no alzó la vista del suelo.

Las dos pelotas estaban sobre el césped. La de Jack cerca del hoyo y la del doctor algo más alejada.

—Una tirada difícil —dijo Lavington—. Pero supongo que he de intentarlo.

Y se inclinó para calcular la trayectoria. Jack permaneció rígido con los ojos fijos en su reloj. Eran exactamente las siete y veinticinco.

La pelota rodó suavemente sobre la hierba deteniéndose en el borde del hoyo, vaciló, y se introdujo en él.

—Buena puntería —dijo Jack con voz ronca y dejando de mirar su reloj con un suspiro de alivio. No había ocurrido nada. El encanto estaba roto.

—Si no le importa esperar un poco —dijo— voy a llenar mi pipa.

Descansaron un poco antes del hoyo ocho. Jack preparó y encendió su pipa con dedos temblorosos. Parecía haberse quitado un gran peso de encima.

—Vaya, qué día tan hermoso hace —observó contemplando el panorama con gran satisfacción—. Continúe, Lavington, dele con fuerza.

Y entonces ocurrió: en el preciso instante en que tiraba el doctor se oyó la voz de una mujer desesperada.

—¡Asesino! ¡Socorro! ¡Asesino!

La pipa cayó de la temblorosa mano de Jack, que se volvió en redondo hacia la dirección en que sonaba la voz y luego miró a su compañero conteniendo el aliento.

Lavington estaba mirando hacia las pistas haciendo visera con la mano sobre los ojos.

—Un tiro corto, pero creo que he pasado la arena.

No había oído nada.

Todo empezó a dar vueltas alrededor de Jack, que avanzó un par de pasos tambaleándose pesadamente. Cuando se recobró estaba tendido en el césped y Lavington inclinado sobre él.

—Vaya, calma, calma.

—¿Qué me ha pasado?

—Que se desmayó usted, jovencito… o por lo menos estuvo muy cerca de ello.

—¡Dios mío! —exclamó Jack con un gemido.

—¿Qué le ocurre? ¿Tiene alguna preocupación?

—Se lo explicaré todo dentro de unos instantes, pero primero quisiera preguntarle una cosa.

El doctor encendió su pipa acomodándose en su banco.

—Pregunte lo que quiera —dijo.

—Usted me ha estado observando estos últimos días. ¿Por qué?

Lavington parpadeó:

—Ésa es una pregunta bastante delicada. Un gato puede mirar a un rey, ya sabe…

—No disimule. Estoy muy nervioso. ¿Por qué me observaba? Tengo una razón de peso para preguntárselo.

Lavington se puso serio.

—Le contestaré con toda sinceridad. Reconocí en usted todos los síntomas de un hombre acuciado por una fuerte tensión, y me intrigó cuál podría ser.

—Eso puedo decírselo fácilmente —dijo Jack con amargura—. Me estoy volviendo loco.

Se detuvo con gesto dramático, pero su declaración no pareció despertar el interés y la consternación que esperaba y la repitió.

—Le digo que me estoy volviendo loco.

—Muy curioso —murmuró Lavington—. Sí, muy curioso.

Jack se indignó.

—Supongo que a usted debe parecérselo. Ustedes los médicos están encallecidos.

—Vamos, vamos, amigo mío, habla usted por hablar. Para empezar, aunque tengo el título de médico, yo no practico la medicina. Estrictamente hablando, no soy médico… de los que curan el cuerpo quiero decir.

Jack le miró de hito en hito.

—¿Se dedica a enfermedades mentales?

—Sí, en cierto sentido, pero más bien soy médico del espíritu.

—¡Oh!

—Percibo cierto menosprecio en su tono, y no obstante hemos de emplear alguna palabra para designar al principio activo que puede separarse y existe independientemente de su albergue carnal: el cuerpo. Tiene usted que admitir la existencia del alma, jovencito; no es un término religioso inventado por el clero. Pero le llamaremos consciente, o el yo inconsciente, o como más le parezca. Usted se ha ofendido por mi tono no hace mucho, pero puedo asegurarle que me pareció muy curioso que un joven tan normal y equilibrado como usted sufriera el engaño de creer que estaba perdiendo la razón.

—Estoy perdiéndola, esto es lo cierto. Estoy completamente loco.

—Usted me perdonará, pero no lo creo.

—Sufro alucinaciones.

—¿Después de las comidas?

—No, por las mañanas.

—No es posible —dijo el doctor volviendo a encender su pipa que se había apagado.

—Le aseguro, que oigo cosas que no oye nadie.

—Sólo un hombre entre mil es capaz de ver los satélites de Júpiter. Porque los otros novecientos noventa y nueve no lo vean no hay razón para dudar de su existencia, ni tampoco para llamar lunático a ese uno.

—Los satélites de Júpiter son un hecho científico comprobado.

—Es posible que sus alucinaciones de hoy puedan ser hechos científicos comprobados el día de mañana.

A pesar suyo el tono seguro y reposado de Lavington iba causando su efecto en Jack, que se sintió consolado y animado. El doctor le estuvo mirando atentamente unos instantes, y luego asintió.

—Así está mejor —le dijo—. Lo malo de ustedes, los jóvenes, es que están tan convencidos de que no existe nada aparte de su filosofía propia, que ponen el grito en el cielo cuando sucede algo contrario a su opinión. Oigamos qué motivos tiene para pensar que está loco, y luego decidiremos si hemos de encerrarle.

Con toda la fidelidad que le fue posible, Jack le refirió la serie completa de sucesos.

—Pero lo que no comprendo —terminó— es por qué esta mañana lo oí a las siete y media…, o sea, cinco minutos más tarde.

Lavington reflexionó unos instantes y luego preguntó:

—¿Qué hora marca su reloj?

—Las ocho menos cuarto —replicó Jack consultándolo.

—Entonces, es bien sencillo. El mío marca las ocho menos veinte. El suyo va cinco minutos adelantado. Ése es punto muy interesante e importante para mí… En realidad, es de un valor incalculable.

—¿En qué sentido?

Jack empezaba a interesarse.

—Pues bien, la explicación evidente es que la primera mañana que usted oyó ese grito… pudo ser una broma… o puede ser que no lo fuera. Y los días siguientes, usted se sugestionó de tal manera que lo oía exactamente a la misma hora.

—Estoy seguro de que no.

—Conscientemente no, desde luego, pero ya sabe que el subconsciente gasta bromas muy curiosas. Pero de todas maneras esa explicación no basta. Si se tratara de un caso de sugestión, usted habría oído el grito a las siete y veinticinco de su reloj, y no cuando creyó que ya había pasado esa hora…

—¿Pues entonces?

—Bien… es evidente…, ¿no? Ese grito de socorro ocupa un lugar perfectamente definido y un tiempo preciso. El lugar es la proximidad de esa casita, y el tiempo las siete y veinticinco.

—Sí, pero ¿por qué habría de ser yo quien lo oyera? Yo no creo en fantasmas y todas esas tonterías… almas en pena y demás. ¿Por qué habría de ser yo quien lo oyera?

—¡Ah! De momento no podemos saberlo. Es curioso que muchos de los mejores médiums sean redomados escépticos. No son precisamente las personas que se interesan por los fenómenos ocultos los que consiguen las manifestaciones. Algunas personas ven y oyen cosas que otros no ven ni oyen… ignoramos por qué, y nueve de cada diez no desean verlas ni oírlas y están convencidos de que sufren alucinación… como usted. Es como la electricidad. Algunos materiales son buenos conductores, aunque nosotros hayamos estado mucho tiempo sin saberlo, teniendo que contentarnos con aceptar el hecho. Hoy en día ya lo sabemos. Y sin embargo, algún día sabremos por qué oyó usted el grito y la joven no. Todavía está sujeto a una ley natural, ya sabe… realmente no existe lo sobrenatural. El descubrir las leyes que gobiernan los llamados fenómenos psíquicos va a ser una ardua tarea…, pero estas pequeñeces ayudan.

—Pero ¿qué voy a hacer yo? —preguntó Jack.

Lavington rió entre dientes.

—Ya veo que es usted práctico. Bien, amigo mío, ahora va usted a desayunar y luego irá a la ciudad sin preocuparse más por cosas que no entiende. Yo, por mi parte, voy a echar un vistazo para ver lo que descubro con respecto a esa casita. Juraría que es ahí donde se centra el misterio.

Jack se puso en pie.

—Cierto, señor. Ya me voy, pero le aseguro…

—Siga…

Jack enrojeció violentamente.

—… que la muchacha no miente —musitó.

Lavington parecía divertido.

—¡No me diga que era bonita! Bueno, anímese. Creo que el misterio empezó mucho antes de que ella naciera.

Jack llegó aquella noche al hotel enfermo de curiosidad. Ahora confiaba ciegamente en Lavington. El médico había aceptado el caso sin la menor extrañeza y con tal naturalidad que Jack quedó impresionado.

Cuando bajó a cenar encontró a su nuevo amigo aguardándole en el vestíbulo y le sugirió que compartieran la misma mesa.

—¿Alguna noticia? —le preguntó Jack con ansiedad.

—He averiguado toda la historia de la Casa de los Brezos. Primero fue alquilada por un viejo jardinero y su esposa. Él murió y su esposa fue a vivir con su hija. Luego la ocupó un constructor que la modernizó con gran éxito, vendiéndola a un caballero de la ciudad que solía ocuparla los fines de semana. Hará cosa de un año fue vendida a un matrimonio llamado Turner. Por lo que parece, una pareja bastante curiosa, y muy hermosa y exótica. Llevaban una vida muy tranquila, sin ver a nadie y apenas salían al jardín. El rumor que circulaba por aquí es que tenían miedo de algo… pero no creo que debamos darle crédito. Y de pronto un buen día se marcharon a primeras horas de la mañana y no volvieron a verles. Sus agentes recibieron una carta del señor Turner escrita desde Londres, en la que les daba instrucciones para que vendieran la casita lo más rápidamente posible. Vendieron los muebles, y la casa pasó a ser propiedad de un tal señor Mauleverer, que sólo vivió en ella quince días… y luego puso un anuncio alquilándola amueblada. Las personas que ahora la habitan son un profesor de francés tuberculoso y su hija. Llevan en ella sólo diez días.

Jack recibió estas noticias en silencio.

—No creo que con eso adelantemos mucho —dijo al fin—. ¿Qué opina usted?

—Quiero que sepa alguna cosa más de los Turner —continuó Lavington sin inmutarse—. Se marcharon una mañana muy temprano, recuerde. Y por lo que he podido averiguar nadie les vio marchar. Al señor Turner le han vuelto a ver… pero no he conseguido todavía encontrar a nadie que haya visto a la señora Turner.

Jack palideció.

—No es posible… no querrá usted insinuar…

—No se excite, jovencito. La influencia de cualquier persona en peligro de muerte… y especialmente de muerte violenta… es muy fuerte en el ambiente que la rodea. Estos alrededores pudieran haber absorbido esa influencia transmitiéndola por turno a un receptor conveniente… en este caso, usted.

—Pero ¿por qué yo? —murmuró Jack rebelándose—. ¿Por qué no a otro que pudiera hacer algún bien?

—Usted considera esa fuerza inteligente e intencionada, en vez de ciega y mecánica. Yo no creo en las almas en pena buscando un punto con un propósito especial. Pero lo que sí he visto, una vez y otra, tantas que apenas puedo considerarlo pura coincidencia, es una especie de tentativa ciega a que se haga justicia… un movimiento subterráneo de fuerzas ciegas trabajando siempre y oscuramente hacia el fin.

Se irguió… como para apartar alguna obsesión que le preocupara, y luego volvióse a Jack con una sonrisa.

—Dejemos este tema… por lo menos por esta noche —le sugirió.

Jack se avino a ello con prontitud, pero no consiguió apartarlo de su memoria.

Durante el fin de semana estuvo haciendo averiguaciones por su cuenta, sin descubrir más que lo que ya sabía por el doctor. Definitivamente había dejado de jugar al golf antes del desayuno.

El siguiente eslabón de la cadena tomó forma inesperadamente. Al regresar al hotel uno de aquellos días, Jack fue advertido de que le esperaba una joven, y ante su enorme sorpresa resultó ser la del jardín… la joven-flor, como la llamaba él interiormente. Estaba muy nerviosa y aturdida.

—Usted me perdonará, *monsieur*, por venir a verle de esta manera. Pero hay algo que debo decirle… yo…

Miró indecisa a su alrededor.

—Entremos aquí —dijo Jack con presteza acompañándola al salón del hotel que entonces estaba desierto—. Ahora siéntese, señorita… señorita…

—Marchaud, *monsieur*. Felicie Marchaud.

—Siéntese, *mademoiselle* Marchaud y cuéntemelo todo.

Felicie tomó asiento. Vestía de verde oscuro y la hermosura y donaire de su pequeño rostro era más evidente que nunca. El corazón de Jack latió más de prisa al sentarse junto a ella.

—Es lo siguiente —explicó Felicie—. Llevamos aquí poco tiempo, y desde el principio nos dimos cuenta de que nuestra casa… nuestra encantadora casita… está encantada. Ninguna criada quiere quedarse en ella. Eso no me importa mucho, sé hacer las labores de la casa y guiso bastante bien.

«Qué ángel», pensó el enamorado joven. «Eres maravillosa». Pero procuró conservar un aire atento y grave.

—Esas historias de fantasmas creo que son tonterías… mejor dicho, lo creí hasta hace cuatro días. *Monsieur*, desde hace cuatro noches tengo el mismo sueño. Se me aparece una dama… hermosa, alta y muy rubia… con un jarrón azul de porcelana entre las manos. Está triste… muy triste y continuamente tiende el jarrón hacia mí como implorándome que haga algo con él. ¡Pero cielos! No habla… y yo… yo no sé lo que me pide. Ése fue mi sueño las dos primeras noches…, pero la noche antepasada hubo algo más. La dama y el jarro desaparecieron de pronto y oí su voz que gritaba… Yo sé que es su voz, ¿comprende? Y ¡oh!, *monsieur*, sus palabras fueron las mismas que usted pronunció aquella mañana: «¡Asesino! ¡Socorro! ¡Asesino!». Me desperté aterrorizada, diciéndome a mí misma… es una pesadilla, esas palabras que has oído son una casualidad. Pero anoche volví a oírlas. *Monsieur*, ¿qué es esto? Usted también las ha oído. ¿Qué vamos hacer?

Felicie estaba aterrorizada y sus manitas se entrelazaron mientras miraba a Jack con ojos suplicantes. El joven procuró aparentar una indiferencia que no sentía.

—Está bien, *mademoiselle* Marchaud. No debe preocuparse. Yo le diré lo que me gustaría que hiciese, si no le importa. Repetir toda esa historia a un amigo mío que se hospeda aquí, el doctor Lavington.

Felicie se mostró dispuesta a seguir el consejo y Jack fue a buscar a Lavington volviendo con él a los pocos minutos.

Lavington dirigió una mirada escrutadora a la joven, mientras Jack se apresuraba a efectuar las presentaciones. La tranquilizó con pocas palabras y escuchó con toda atención su relato.

—Muy curioso —dijo cuando hubo terminado—. ¿Se lo ha contado a su padre?

—No he querido preocuparle. Todavía está muy enfermo… —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Y procuro ocultarle todo lo que pudiera excitarle e inquietarle.

—Comprendo —dijo Lavington amablemente—. Y celebro que haya acudido a nosotros. El amigo Hartington, aquí presente, tuvo una experiencia muy similar. Creo que ahora estamos sobre la pista. ¿No recuerda nada más?

—¡Pues claro! Qué tonta soy. Es la base de toda la historia. Mire, *monsieur*, lo que encontré en uno los armarios, caído detrás de un estante.

Y le alargó un pedazo de papel de dibujo ya sucio, en el que aparecía pintado a la acuarela el boceto de una figura de mujer. Estaba muy mal hecho, pero el parecido era bastante bueno. Representaba una mujer alta y rubia de rostro extranjero, de pie junto a una mesa en la que había un jarrón azul.

—Lo encontré esta mañana —explicó Felicie—. *Monsieur le docteur*, ésta es la mujer que vi en sueños, y el jarrón azul era idéntico a éste.

—Extraordinario —comentó Lavington—. La clave de este misterio es evidentemente el jarrón azul. Parece de porcelana china, y muy antiguo. Tiene un dibujo muy curioso.

—Es chino —declaró Jack—. He visto uno exactamente igual en la colección de mi tío…, ¿sabe?, es un gran coleccionista de porcelanas chinas, y recuerdo haber visto un jarrón igual a éste no hace mucho.

—El jarrón chino —repitió Lavington quedando por unos instantes perdido en sus pensamientos, Al fin alzó la cabeza con una extraña luz en su mirada—. Hartington, ¿cuánto tiempo hace que su tío tiene ese jarrón?

—¿Cuánto tiempo? Pues no lo sé.

—Piense. ¿Lo ha adquirido últimamente?

—*No sé*… sí, ahora que lo pienso, creo que sí. A mí no me interesan las porcelanas, pero recuerdo que cuando me enseñó sus recientes adquisiciones este jarrón estaba entre ellas.

—¿Hará menos de dos meses? Los Turner abandonaron la Casa de los Brezos hace sólo un par de meses.

—Sí, creo que sí.

—¿Su tío asiste a las subastas locales?

—Siempre acude a todas.

—Entonces, no es improbable suponer que adquiriera esa pieza en la subasta de los Turner. Una coincidencia curiosa… o tal vez lo que yo llamo la fuerza ciega de la justicia. Hartington, debe usted averiguar enseguida dónde adquirió su tío ese jarrón.

—Me temo que sea imposible —replicó Jack—. Tío George ha marchado al Continente y ni siquiera sé dónde escribirle.

—¿Cuánto tiempo estará ausente?

—De tres semanas a un mes, por lo menos.

Hubo un silencio durante el cual Felicie miró ingenua a los hombres.

—¿Es que no vamos a poder hacer nada? —preguntó tímidamente.

—Sí, hay una cosa —dijo Lavington conteniendo su excitación—. Quizá sea poco corriente, pero creo que dará resultado. Hartington, tiene usted que conseguir ese jarrón. Tráigalo aquí, y si *mademoiselle* lo permite, pasaremos una noche en la Casa de los Brezos con el jarrón.

Jack se estremeció.

—¿Qué cree usted que ocurrirá? —preguntó intranquilo.

—No tengo la menor idea…, pero creo sinceramente que el misterio quedará aclarado y el fantasma descansará. Es muy posible que ese jarrón tenga un doble fondo en el que se oculte algo. Si no ocurriera nada, deberemos hacer uso de nuestro ingenio.

Felicie entrelazó las manos.

—Es una idea estupenda —exclamó.

Sus ojos brillaban de entusiasmo. Jack no sentía lo mismo… en realidad estaba acobardado, aunque por nada del mundo lo hubiera admitido ante Felicie. El médico actuaba como si su sugerencia fuera la cosa más natural del mundo.

—¿Cuándo podrá conseguir el jarrón? —preguntóle Felicie volviéndose hacia él.

—Mañana —replicó el joven de mala gana.

Tenía que acabar de una vez con aquello, pues aquel agonizante gritó de socorro que oyera cada mañana, era algo que había que desterrar para siempre y no volver a pensar en ello más de lo que fuese preciso.

Al día siguiente por la tarde fue a casa de su tío para llevarse el jarrón en cuestión. Estaba más convencido que nunca al verlo de nuevo, que era exactamente igual al de la acuarela, pero por más que lo miró no pudo descubrir que ocultara algún secreto.

Eran las once de la noche cuando él y Lavington llegaron a la Casa de los Brezos. Felicie les estaba esperando y les abrió la puerta antes de que llamaran.

—Pasen —les susurró—. Mi padre está durmiendo arriba y no debemos despertarle. Les he preparado un poco de café.

Les condujo a una pequeña salita muy coquetona, donde les sirvió unas tazas de café muy oloroso.

Luego Jack desenvolvió el jarrón azul y Felicie contuvo el aliento al verlo.

—Pues sí, pues sí —exclamó excitada—. Éste es…, lo reconocería en cualquier parte.

Mientras tanto, Lavington estaba haciendo sus preparativos. Quitó todos los adornos de una pequeña mesita que colocó en el centro de la habitación y a su alrededor puso tres sillas. Luego, cogiendo el jarrón azul de manos de Jack, lo situó en medio de la mesita.

Los otros le obedecieron, y la voz de Lavington volvió a oírse en la oscuridad.

—No piensen en nada… o en todo. No fuercen el cerebro. Es posible que uno de nosotros tenga facultades de médium. De ser así, entrará en trance. Recuerden que no hay nada que temer. Alejen todo el temor de sus corazones y déjense llevar…, déjense llevar.

Su voz se fue apagando y se hizo el silencio. Minuto a minuto aquel silencio parecía más cargado de posibilidades. Era muy fácil decir: «Alejen sus temores». No era miedo lo que sentía Jack… sino pánico. Y estaba seguro de que a Felicie le ocurría lo mismo.

De pronto oyó su voz diciendo aterrada:

—Va a ocurrir algo terrible. Lo presiento.

—Aleje su miedo —dijo Lavington—. No luche contra la influencia.

La oscuridad pareció hacerse más densa y el silencio más absoluto mientras se percibía cada vez más, una indefinible sensación de amenaza.

Jack sintió que se ahogaba… que le faltaba la respiración… que lo que fuera estaba muy cerca.

Y luego el momento de apuro pasó. Sintió que era arrastrado por una corriente… y sus párpados se cerraron… sólo había paz… y oscuridad…

Jack removióse inquieto. La cabeza le pesaba como si fuera de plomo. ¿Dónde estaba?

Luz de sol…, pájaro… Estaba tendido de cara al cielo.

Y de pronto le recordó todo. La salita. Felicie y el médico. ¿Qué había ocurrido?

Se incorporó, la cabeza le dolía terriblemente y miró a su alrededor. Estaba tendido en la pendiente no lejos de la casita. No vio a nadie. Extrajo su reloj viendo con sorpresa que eran las once y media. Jack se puso en pie echando a correr hacia la casita, tan de prisa como le fue posible. Debieron alarmarse por su tardanza en volver del trance y le habrían sacado al aire libre.

Al llegar a la pequeña casa llamó a la puerta, pero nadie respondió ni vio señales de vida. Debían haber ido en busca de ayuda. O de otro modo… Jack sintió que le invadía un nuevo temor. ¿Qué habría ocurrido la noche pasada?

Apresuróse a regresar al hotel y se disponía a realizar algunas averiguaciones en la administración, cuando le propinaron un terrible puñetazo en los riñones que casi le hace caer al suelo. Al volverse, indignado, tropezó con un anciano de cabellos blancos que le contemplaba sumamente regocijado.

—¿No me esperabas, muchacho? No me esperabas, ¿eh? —dijo aquel individuo.

—Vaya, tío George. Te creía a muchos kilómetros de distancia… en cualquier lugar de Italia.

—¡Ah!, pero no lo estaba. Desembarqué en Dover anoche, y pensé que podía ir en coche hasta la ciudad y de paso verte. Y lo he descubierto. ¿Toda la noche de juerga, eh? Bonito comportamiento.

—Tío George —Jack le detuvo con firmeza—. Tengo que contarte una historia extraordinaria. Y me atrevo a asegurar que no vas a creerme.

Y le relató todo lo sucedido.

—Dios sabe lo que ha sido de ellos —terminó.

Su tío parecía a punto de sufrir un ataque de apoplejía.

—El jarrón —consiguió decir al fin—. *¡El jarrón azul!* ¿Qué ha sido de él?

Jack le miró sin comprender, pero al oír el torrente de palabras que siguieron, empezó a atar cabos.

—Ming… único… la perla de mi colección… por lo menos vale diez mil libras… las ofrecía Hoggenheimer, el millonario americano… el único en su especie en todo el mundo… Pero dime de una vez, muchacho, ¿qué has hecho del *jarrón azul*?

Jack corrió a la administración. Tenía que encontrar a Lavington. La encargada le recibió fríamente.

—El doctor Lavington se marchó a última hora de la noche… en automóvil. Dejó una nota para usted.

Jack rasgó el sobre. Su contenido era breve y conciso:

Mi querido y joven amigo: ¿Ha pasado ya la época de lo sobrenatural? No del todo… especialmente cuando se presenta con cierto lenguaje científico. Muchos recuerdos de Felicie, su padre inválido y míos. Tenemos doce horas de ventaja, que son más que suficientes.

Suyo siempre,

AMBROSE LAVINGTON
Médico del Espíritu.

El extraño caso de sir *Arthur Carmichael*

(The Strange Case of sir *Arthur Carmichael).*

(Tomado de las notas del difunto doctor Edward Carstairs, eminente psicólogo).

Sé que hay dos modos distintos de considerar los trágicos sucesos que narro. Pero también una cosa es cierta: jamás he titubeado en cuanto a su veracidad. Quizá por eso me decidí a escribir la historia completa de tan raros e inexplicables hechos, con el fin de que no se perdieran en el olvido.

Un telegrama de mi amigo el doctor Settle, me puso en contacto con este asunto. Salvo el nombre de Carmichael, el resto del telegrama me fue indiferente. Sin embargo, a las 12.20 subí al tren de Paddington a Wolden, en Hertfordshire.

Había conocido superficialmente al difunto *sir* William Carmichael, de Wolden, y si bien no tuve noticias de él en los últimos once años, le sabía padre del actual *baronet*, joven de unos veintitrés años. Vagamente recordé rumores oídos acerca del segundo matrimonio de *sir* William. Éstos no lograron atravesar la cortina del olvido, aunque sí emitieron sensaciones desfavorables para la segunda *lady* Carmichael.

Settle me recibió en la estación.

—Celebro que haya venido —fueron sus palabras mientras estrechaba mi mano.

—Gracias. Supongo que se trata de algo relacionado con mi especialidad.

—No del todo.

—¿Un caso mental, entonces, con síntomas especiales?

Habíamos recogido mi equipaje, y sentados en una calesa nos alejábamos de la estación hacia Wolden, a unas tres millas de distancia. Settle tardó algunos minutos en contestarme:

—¡Es algo incomprensible! Se trata de un joven de veintitrés años, normal en todos los aspectos. Un muchacho agradable y simpático sin más peros que su vanidad. Quizá no sea un brillante intelectual, pero sí un tipo excelente. Una noche se acuesta pletórico de salud, y a la mañana siguiente lo encuentran que vaga idiotizado por el pueblo, incapaz de reconocer a sus familiares más queridos.

—¡Ah! —exclamé, animado ante un caso que prometía ser interesante—. ¿Pérdida de memoria? ¿Cuándo sucedió?

—Ayer por la mañana, nueve de agosto.

—¿Y no ha sufrido ningún percance que explique su trastorno?

—No.

Tuve una repentina sospecha.

—¿Me oculta usted algo?

—No… no.

Su vacilación confirmó mi sospecha.

—Debo saberlo todo.

—No guarda relación con Arthur. En realidad se trata de la casa.

—¿De la casa? —repetí estupefacto.

—Usted ha tratado mucho esa clase de cosas, verdad. ¿Carstairs? Usted conoce bien el asunto de las casas encantadas. ¿Qué opinión le merece?

—De cada diez casos, nueve son supercherías. El décimo… suele ser un fenómeno inexplicable. Yo creo en las ciencias ocultas.

Settle asintió con la cabeza. En aquel momento rodeábamos las verjas del parque. Entonces me señaló con un látigo una blanca mansión al pie de la colina.

—Ahí tiene la casa. En ella existe *algo* pavoroso… horrible. Todos lo «sentimos». Créame, no soy hombre supersticioso.

—¿Qué forma adopta?

Me miró de frente.

—Prefiero que no sepa nada. Usted ignora su naturaleza; esperemos a comprobar si lo advierte también.

—Conforme. Bien, hábleme de la familia.

—*Sir* William se casó dos veces. Arthur es el hijo de su primera esposa. La actual *lady* Carmichael es algo misteriosa. Sólo es medio inglesa y sospecho que su otra mitad es asiática.

—Settle, a usted no le gusta *lady* Carmichael.

Lo admitió.

—No, no me gusta. Siempre me ha parecido rodeada de una atmósfera siniestra. De este segundo matrimonio nació otro hijo, que cuenta ahora ocho años. *Sir* William falleció hace tres años y Arthur heredó el título y la casa. Su madrastra y hermano continuaron con él en Wolden. Debo decirle que la heredad está muy empobrecida. Casi toda la renta de *sir* Arthur se va en mantenerla. *Lady* Carmichael percibe un vitalicio de unos cientos de libras al año como única herencia. Por fortuna para ella, siempre se ha llevado muy bien con Arthur, y éste se alegró de que siguiera en la casa. Ahora bien…

—Continúe.

—Hace dos meses Arthur entabló relaciones con una encantadora muchacha, la señorita Phyllis Patterson —su voz emitió vibraciones de emoción—. Iban a casarse el próximo mes. Ella está aquí ahora. Imagínese su dolor.

Incliné la cabeza en silenciosa comprensión. Ya cerca de la casa, contemplé a nuestra derecha el verde prado en declive. De repente, vi un cuadro maravilloso. Una joven cruzaba lentamente el prado hacia la casa. No lucía sombrero y la luz del sol arrancaba destellos de su pelo dorado. Miré a Settle.

—Es la señorita Patterson —explicó.

—Pobrecilla —dije—. ¡Qué cuadro más bello forma con las rosas y su gato gris!

Al oír un amortiguado sonido, miré rápidamente a mi amigo. Las riendas se habían deslizado de sus dedos y su rostro aparecía blanco como el papel.

—¿Qué ocurre? —exclamé.

Le vi esforzarse en recuperar la normalidad, pero no me contestó.

Instantes después le seguía al interior de un salón verde, donde estaba servido el té.

Una mujer de mediana edad, aún bella, se levantó al vernos con las manos extendidas.

—Le presento a mi amigo el doctor Carstairs, *lady* Carmichael.

No sé explicar la instintiva repulsión que sentí cuando tomé la mano que me ofrecía aquella encantadora y robusta mujer, cuyos movimientos tenían la suave gracia oriental, y esto me hizo recordar las palabras de Settle sobre su medio origen.

—Ha sido muy amable al venir, doctor Carstairs —dijo con voz baja y musical—. Espero que nos ayude a resolver nuestro gran problema.

Formulé una respuesta trivial y ella me sirvió el té.

Al poco rato la joven que había visto en el prado entró en la estancia. El gato ya no la seguía, pero sí llevaba el cesto lleno de rosas en la mano. Settle nos presentó.

—El doctor Settle nos ha hablado mucho de usted —dijo la joven—. Tengo la seguridad de que hará algo por el pobre Arthur.

Ciertamente, la señorita Patterson era una joven encantadora, pese a la palidez de sus mejillas y a los círculos oscuros que enmascaraban sus límpidos ojos.

—Mi querida señorita, no desespere. La pérdida de memoria, o la aparición de una segunda personalidad, a menudo, es de corta duración. En cualquier momento el paciente puede recuperar la totalidad de sus facultades.

Ella denegó con la cabeza.

—No creo en una segunda personalidad. Arthur ha dejado de ser él y carece ahora de personalidad. Yo…

—Phyllis, querida —interrumpió *lady* Carmichael—. Te sirvo el té.

Algo en la expresión de sus ojos me gritó que no sentía ningún amor hacia su futura nuera.

La señorita Patterson rechazó el té y yo traté de reanimar la conversación.

—¿No tomará el gatito un tazón de leche?

Ella me miró de un modo raro.

—¿El… gatito?

—Sí, su compañero de hace unos momentos en el jardín.

Fue interrumpido por un chasquido, *lady* Carmichael había volcado la tetera y el agua caliente se derramaba por el suelo. Phyllis Patterson miró interrogativamente a Settle. Éste se puso en pie.

—¿Quiere visitar a su paciente ahora, Carstairs?

Lo seguí. La señorita Patterson vino con nosotros. Settle se sacó una llave del bolsillo.

—A veces le acomete el deseo irrefrenable de vagar por ahí —explicó—. Por eso cierro con llave la puerta cuando me ausento de la casa.

Al fin entramos en la habitación. Un joven permanecía junto a la ventana, donde los últimos rayos solares esparcían su amarilla tonalidad de los atardeceres. Se hallaba curiosamente inmóvil, encogido, y con todos sus músculos relajados. Supuse que no había advertido nuestra presencia, hasta que, de repente, vi sus ojos al acecho. Al cruzarse nuestras miradas, desvió sus pupilas y parpadeó, si bien continuó inmóvil.

—Arthur —dijo Settle—. La señorita Patterson es amiga mía y ha venido a verle.

La respuesta fue un nuevo parpadeo. No obstante, segundos después nos miraba otra vez con la misma furtiva insistencia.

—¿Quiere su té? —preguntó Settle, con voz alta y ansiosa, como si hablase a un niño.

Entonces puso en la mesa una taza llena de leche. Yo le miré sorprendido y él me sonrió.

—La única cosa que acepta es la leche.

Sin prisas, *sir* Arthur descompuso su posición acurrucada, y caminó lentamente hacia la mesa. Advertí que sus movimientos eran silenciosos: sus pies no hacían ruido alguno al pisar. Cuando llegó a la mesa se desperezó extendiendo cuanto pudo una pierna hacia delante y la otra hacia atrás. Luego bostezó. Jamás he contemplado un bostezo semejante. Su cara pareció convertirse toda ella en boca abierta.

Luego observó la leche, y se inclinó hasta que sus labios tocaron el líquido.

Settle contestó a mi mudo interrogante:

—No utiliza las manos en absoluto. Es como si hubiera vuelto al estado primitivo. Raro, ¿verdad?

Phyllis Patterson se estremecía a mi lado, y yo coloqué mi mano en su brazo para animarla.

Cuando se hubo acabado la leche, Arthur Carmichael volvió a desperezarse y, luego, con los mismos silenciosos pasos, regresó a su asiento de la ventana, donde se acomodó tan encogido como antes, mientras parpadeaba al mirarnos.

La señorita Patterson temblaba cuando salimos al pasillo.

—Doctor Carstairs —casi sollozó—. No es él… esa cosa. ¡Dentro de ella no está Arthur!

Denegué con la cabeza.

—El cerebro puede jugar malas pasadas, señorita Patterson.

Confieso que me sentí intrigado con el caso. Presentaba aspectos poco corrientes. Si bien era la primera vez que veía al joven Carmichael, algo en su peculiar modo de andar y en cómo parpadeaba, me recordó a alguien o a alguna cosa que no supe identificar.

Aquella noche la cena transcurrió en silencio, salvo los intentos de conversación hechos por *lady* Carmichael y yo. Cuando las señoras se hubieron retirado, Settle me preguntó qué pensaba de mi anfitriona.

—Ignoro por qué causa o razón me disgusta intensamente —dije—. Usted está en lo cierto, tiene sangre oriental y yo diría que domina algunos poderes ocultos. Es una mujer de extraordinaria fuerza magnética.

Settle pareció a punto de decir algo, pero se contuvo, y, al cabo, me informó:

—Está absolutamente dedicada a su hijito.

Nos trasladamos al salón verde, donde tomamos el café y mientras conversábamos sobre los tópicos del día, el gato empezó a maullar lastimeramente al otro lado de la puerta, como si quisiera entrar. Nadie hizo caso, salvo yo que, inducido por mi afición a los animales, me levanté.

—¿Puedo hacer que entre? —pregunté a *lady* Carmichael.

Su rostro había palidecido. El vago movimiento de su cabeza fue interpretado por mí como asentimiento, y, encaminándome a la puerta, la abrí. El pasillo estaba desierto.

—¡Qué raro! —exclamé—. Hubiera jurado que oí un gato.

Cuando regresé a mi silla todos me observaron intensamente. Esto me hizo sentirme sumamente incómodo.

Al despedirnos, Settle me acompañó hasta mi dormitorio.

—¿Tiene cuanto precisa? —me preguntó, mirando a su alrededor.

—Sí, gracias.

Aún se entretuvo como si hubiese algo que deseara decirme; si bien era manifiesta su falta de decisión.

—Me habló usted de algo pavoroso que había en la casa —le recordé—. No obstante, me parece normal.

—¿La considera usted una casa alegre?

—Ciertamente no, aunque sólo se debe a las circunstancias. Es obvio que está sumida en la sombra de un gran dolor. Sin embargo, en cuanto a influencias anormales, le concedería certificado de salud.

—Buenas noches —se despidió Settle—. Le deseo agradables sueños.

Y soñé. El gato gris de la señorita Patterson parecía impreso en mi cerebro. Toda la noche el maldito animal estuvo como único dueño y señor en mis sueños.

Me desperté sobresaltado y entonces comprendí porqué el gato se hallaba incrustado en mis pensamientos. Maullaba persistente al otro lado de la puerta. Así me era imposible conciliar el sueño. Encendí una vela y me encaminé a la puerta. El pasillo estaba desierto, pero los maullidos seguían oyéndose. Supuse que el desgraciado animal se hallaba encerrado en alguna parte, incapaz de salir. Hacia la izquierda se veía el final del pasillo, con la puerta del dormitorio de *lady* Carmichael. Me dirigí a la derecha y apenas había recorrido unos pasos, cuando los maullidos se produjeron detrás de mí. Me giré bruscamente y entonces volví a oírlos detrás de mí, a la derecha.

Algo, quizás una corriente de aire, me hizo estremecer y regresé a mi alcoba. Pero entonces el silencio se enseñoreó de la noche y pude dormirme. Desperté en un

esplendoroso día de verano.

Mientras me vestía vi desde la ventana al causante de mi desazón nocturna. El gato gris se deslizaba lenta y cautelosamente por el prado. Imaginé que su objeto de ataque sería una bandada de pájaros no lejos de él.

Entonces sucedió algo muy curioso. El gato pasó por entre los pájaros casi tocándolos. Éstos no volaron. ¡Incomprensible!

Tanto me impresionó el suceso que a la hora del desayuno lo comenté.

—*Lady* Carmichael —dije—. Su gato es un ejemplar único.

El rápido tintineo de una taza sobre un platito me obligó a mirar a Phyllis Patterson, cuyos labios entreabiertos denotaban ansiedad.

Siguió un momento de silencio, hasta que *lady* Carmichael me contestó casi desagradablemente:

—Temo que sufre un error. No hay ninguno aquí. Nunca tuve un gato.

Comprendí mi inoportunidad y cambié de tema.

Sin embargo, aquel asunto me tenía intrigado. ¿Por qué *lady* Carmichael afirmaba que nunca había tenido un gato en la casa? ¿Era entonces de la señorita Patterson y su presencia se mantenía oculta a la dueña? Quizá *lady* Carmichael profesase una de esas antipatía a los gatos, tan frecuentes hoy. Pero semejante explicación no era convincente. Ahora bien, no disponía de otra y tuve que contentarme de momento con ella.

El enfermo se hallaba en el mismo estado. Le hice un examen a fondo y pude observarlo mejor que la noche anterior. Sugerí que estuviera el mayor tiempo posible con la familia. Con ello esperaba tener mejor oportunidad de estudiarlo en sus momentos de abandono, y quizá la rutina de todos los días despertase algún destello de su inteligencia. Sin embargo, sus modales no sufrieron alteración. Mostrábase pacífico, dócil, ausente, si bien ejercía una intensa y astuta vigilancia. Una cosa me sorprendió sobremanera: su afecto a *lady* Carmichael. Ignoraba por completo a la señorita Patterson, y siempre se las arreglaba para sentarse lo más cerca posible de su madrastra. Una vez le vi frotar la cabeza contra el hombro de ella en muda expresión de amor.

Me preocupó. Tenía que haber una explicación para todo aquello.

—Es un caso muy extraño —dije a Settle.

—Sí —contestó—. Es muy… sugestivo.

Me miró furtivamente y, luego, preguntó:

—Dígame, ¿no le recuerda nada?

Sus palabras me produjeron una sensación desagradable, al mismo tiempo que renacía mi impresión del día anterior.

—Recordarme, ¿qué?

Movió la cabeza, desalentado.

—Quizás es pura imaginación mía —murmuró—. Sí, debe de ser eso.

Y no quiso hablar más del asunto.

Ya tenía un misterio alrededor del caso. Me hallaba obsesionado, a la vez que un sentimiento de frustración hacía mella en mí ante la imposibilidad de aclararlo. Otro caso de menor importancia lo constituía el gato gris. Por alguna razón desconocida me alteraba los nervios. Soñaba con gatos, o los imaginaba, o los oía. También solía ver a distancia el hermoso ejemplar. Y la seguridad de que había algún misterio relacionado con él me ponía frenético. Guiado de un instintivo impulso, pregunté al criado:

—¿Sabe usted algo de un gato que yo veo?

—¿Un gato, señor?

Su evidente sorpresa me desconcertó.

—¿No hubo… no hay… un gato?

—*Milady* tuvo un gato, señor. Era su favorito. Pero fue sacrificado. Una gran lástima, pues era un bello ejemplar.

—¿Un gato gris? —pregunté.

—Sí, señor. Un gato persa.

—¿Y dice usted que fue sacrificado?

—Sí, señor.

—¿Seguro que lo mataron?

—¡Oh, totalmente seguro, señor! *Milady* no lo quiso mandar al veterinario… lo mató ella misma hace cosa de una semana. Está enterrado debajo del abedul, señor.

El criado salió de la estancia, dejándome sumido en meditaciones.

¿Por qué afirmó tan rotundamente *lady* Carmichael que jamás había tenido un gato?

Intuí que en tan banal asunto había algo muy significativo. Busqué a Settle y me lo llevé aparte.

—Settle, quiero hacerle una pregunta. ¿Ha visto u oído un gato en esta casa?

No demostró sorpresa ante la pregunta. Más bien parecía aguardarla.

—Lo he oído, pero no lo he visto.

—Sin embargo, el primer día estaba en el prado, con la señorita Patterson.

Me miró fijamente.

—Vi a la señorita caminando por el césped. Nada más.

Empecé a comprender.

—Entonces el gato…

Asintió.

—Quería probar si usted, libre de perjuicios, lo oía como nosotros.

—Así, ¿lo oyen todos?

Asintió de nuevo.

—Es raro —murmuró, pensativo—. Jamás supe de un gato que encantase un lugar.

Le conté lo que había sabido por el lacayo y él se sorprendió.

—Pero ¿qué significa? —pregunté desorientado.

Sacudió la cabeza.

—¿Quién lo sabe? Carstairs, la verdad es que tengo miedo. El grito de ese animal suena amenazador.

—¿Amenazador? —pregunté—. ¿Para quién?

Extendió sus manos.

—Lo ignoro.

Después de la cena comprendí el significado de sus palabras. Nos hallábamos sentados en el salón verde, como en la noche de mi llegada, cuando se oyó de nuevo el insistente maullido al otro lado de la puerta. Pero esta vez, inconfundiblemente, había enfado en su tono. Maulló fiero y amenazador. Luego, al cesar, el pomo exterior de la puerta fue tocado violentamente, por lo que me pareció, inconfundible, la zarpa de un gato.

Settle, alarmado, gritó:

—¡Juraría que es real!

Se precipitó a la puerta y la abrió de par en par.

Allí no había nada.

Regresó secándose la frente. Phyllis estaba pálida y temblorosa y *lady* Carmichael intensamente pálida. Sólo Arthur, acuclillado y satisfecho como un chiquillo, mantenía la cabeza sobre las rodillas de su madrastra, tranquilo.

La señorita Patterson colocó su mano sobre mi brazo y nos fuimos arriba.

—¡Doctor! —exclamó—. ¿Qué es? ¿Qué significa?

—No podemos saberlo aún, mi querida señorita. No obstante, quiero averiguarlo. No tema, estoy convencido de que no existe peligro alguno para usted.

Ella me miró dubitativa.

—¿Está seguro?

—Sí —repuse con firmeza.

Y esta seguridad me la dio el recuerdo del modo amoroso con que el gato se había frotado en sus pies. Sin duda, la amenaza no era para ella.

Después de interminables intentos, logré conciliar un intranquilo sueño del que me desperté sobresaltado. Oí un ruido como si algo fuera violentamente rasgado o roto. Salté del lecho y me precipité al pasillo. Settle apareció en la puerta de su habitación. El sonido procedía de nuestra izquierda.

—¿Lo oye, Carstairs? ¿Lo oye?

Corrimos a la puerta de *lady* Carmichael. Nada se cruzó con nosotros y, sin embargo, el ruido había cesado. Nuestras velas se reflejaron blanquecinas en los brillantes paneles de la puerta de *lady* Carmichael. Nos miramos.

—¿Sabe lo que era? —me susurró.

Asentí.

—Las zarpas de un gato que rompía o arañaba algo —me estremecí sólo de pensar en ello.

Con repentina exclamación, bajé la candela que aguantaba.

—¡Mire aquí, Settle!

Una silla junto a la pared mostraba su asiento rasgado y roto a largas tiras.

La examinamos detenidamente. Settle me miró preocupado.

—¡Zarpas de gato! —exclamó con el aliento contenido—. Son inconfundibles —sus ojos se trasladaron de la silla a la puerta cerrada—. Ahí está la persona amenazada, ¡*lady* Carmichael!

Ya no pude conciliar el sueño. Las cosas se hallaban en un estado que exigía acción inmediata. En cuanto me era posible intuir, sólo una persona tenía la clave de la situación. Sospeché que *lady* Carmichael sabía mucho más de cuanto había dicho.

Observé su mortal palidez a la mañana siguiente, mientras jugueteaba con la comida en su plato. Después del desayuno le rogué un aparte. No me anduve por las ramas.

—*Lady* Carmichael, tengo motivos para creer que se halla en grave peligro.

—¿De veras? —contestó con maravillosa indiferencia.

—Aquí existe una «cosa», una «presencia»… evidentemente hostil a usted.

—¡Qué tontería! —murmuró—. No creo en esa clase de idioteces.

—La silla junto a su puerta fue rasgada en tiras anoche.

—¿Y bien?

Levanté las cejas con fingida sorpresa, pues comprendí que no le había dicho nada que ignorase.

Ella continuó:

—Alguna broma estúpida, imagino.

—No fue una broma —repliqué—. Será mejor que me diga por su propio bien… —Me detuve.

—¿Que le diga qué? —inquirió.

—Todo cuanto pueda echar luz sobre este asunto —repuse gravemente.

Se rió antes de decirme:

—No sé nada. Absolutamente nada.

Ninguna de mis advertencias logró inducirla a que me revelase algo. No obstante, seguí convencido de que sabía mucho más que cualquiera de nosotros, y que poseía la clave del asunto, cosa que los demás ignorábamos.

Pese a su tozudez adopté cuantas precauciones pude, convencido de que ella se encontraba en un grave e inminente peligro. Antes de que *lady* Carmichael se retirase a su dormitorio aquella noche, Settle y yo lo registramos minuciosamente. Después decidimos hacer guardia en el pasillo.

Me tocó el primer turno, que pasó sin incidente alguno. A las tres, Settle me relevó. Me sentía cansado tras una noche en vela y me dormí enseguida. Tuve un sueño muy curioso.

Soñé que un gato gris se hallaba sentado a los pies de mi cama y que sus ojos permanecían fijos en los míos, en triste súplica. Luego, con la facilidad de los sueños, supe su deseo de que lo siguiera. Y así lo hice. Me condujo por una gran escalera al

otro lado de la casa y pronto nos hallábamos en lo que, evidentemente, era la biblioteca. Se detuvo y levantó sus patas delanteras hasta posarlas en el primer estante de libros. Luego repitió aquella mirada de súplica.

El gato y la librería se esfumaron y me desperté para hallarme en una soleada mañana.

La vigilancia de Settle transcurrió también sin incidente alguno. Entonces le rogué que me llevase a la biblioteca. Ésta coincidió en todos los detalles con mi visión, incluso señalé el sitio exacto donde el gato me había mirado tristemente por última vez.

Los dos permanecimos allí, silenciosos y perplejos. De repente se me ocurrió una idea y me agaché para leer los títulos de los libros. Así fue como observé que faltaba uno en la hilera.

—Han sacado un libro de aquí —dije a Settle.

Él se agachó a mi lado.

—Mire —exclamó—. Hay un clavo en la parte de atrás que ha desprendido un fragmento del volumen que falta.

Separó cuidadosamente el trocito de papel. No tenía más que una pulgada cuadrada; pero en él había impresas dos palabras significativas: «El gato…».

—Esto me causa escalofríos —aseguró Settle—. Es algo horrible.

—Daría cualquier cosa por saber qué libro es el que falta —dije—. ¿Sabe usted si hay algún medio de averiguarlo?

—Quizá haya un catálogo. Puede ser que *lady* Carmichael…

Denegué con la cabeza.

—*Lady* Carmichael no dirá nada.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro de ello. Mientras nosotros navegamos por un mar de tinieblas, *lady* Carmichael *sabe*. Y por motivos que ella solo conoce, no quiere decir nada. Prefiere afrontar un riesgo cierto antes que romper su silencio.

El día pasó con esa tranquilidad que tanto se asemeja a la calma que antecede a la tormenta. No obstante, tuve la sensación de que el problema caminaba hacia su solución. Hasta entonces mi esfuerzo había resultado inútil, pero ya vislumbraba el rayo de luz que iluminaría los hechos para ofrecernos el triunfo de aquella batalla entre tinieblas.

¡Sucedió del modo más inesperado!

Vino a nuestro encuentro cuando nos hallábamos reunidos en el saloncito verde, después de la cena. Era tal el silencio guardado allí que, incluso, un ratoncillo se atrevió a cruzar el salón, desencadenando la hecatombe.

Arthur Carmichael saltó de su silla y con el cuerpo tembloroso corrió velozmente detrás del roedor. Éste halló refugio entre las tablas del friso y el joven se acuclilló, vigilante, con el cuerpo aún tembloroso por el ansia.

¡Algo horrible! Jamás he vivido un momento semejante. Allí se desvanecieron todas mis dudas en cuanto a lo que me recordaba Arthur Carmichael. Me lo revelaron sus pasos suaves y ojos al acecho. Como un rayo, la explicación ilógica, increíble, se abrió paso en mi mente. Quise rechazarla por imposible… por absurda y, no obstante, cada vez se afianzaba más y más en mi cerebro.

Apenas recuerdo lo que sucedió después. Todo parece borroso e irreal. Se que subimos al piso superior, nos deseamos buenas noches, casi temerosos de mirarnos a los ojos, seguros de hallar confirmación a nuestros pensamientos.

Settle se colocó fuera de la habitación de *lady* Carmichael para hacer la primera guardia, quedando en que me llamaría a las tres de la madrugada.

En realidad cualquier temor sustentado por lo que pudiera suceder a *lady* Carmichael se había borrado en mí debido a la sugestión de mi fantástica, inaudita teoría. Traté de convencerme de que era imposible y, pese a ello, la seguridad de haber descubierto la verdad, tomó carta de naturaleza en todos mis razonamientos.

De repente, la quietud de la noche fue alterada por Settle que gritó, llamándome. Al precipitarme al pasillo, lo vi golpear con todas sus fuerzas la puerta de *lady* Carmichael.

—¡El demonio se la lleve! —gritó—. ¡Se ha encerrado con llave!

—Pero…

—¡Esta ahí dentro, hombre! ¡Con ella! ¿No lo oye?

Al otro lado de la puerta se oyó un largo maullido de furor. Y, luego, a continuación, un horrible grito seguido de otro. Reconocí la voz de *lady* Carmichael.

—¡Derribemos la puerta! —grité—. ¡Otro minuto y será demasiado tarde!

Colocamos nuestros hombros contra ella y apretamos con toda nuestra fuerza. De pronto cedió con un gran crujido y casi nos caímos en el interior de la habitación.

Lady Carmichael se hallaba en el lecho bañada en sangre. Raras veces he visto un espectáculo más horrible. Su corazón aún latía, pero sus heridas eran terribles, puesto que la piel de su garganta aparecía destrozada.

Lleno de temor, susurré:

—¡Son zarpas!

Un escalofrío supersticioso recorrió todo mi ser.

Curé y vendé la herida y sugerí a Settle que mantuviésemos en secreto la naturaleza de las heridas, especialmente a la señorita Patterson. Luego puse un telegrama en solicitud de que enviasen una enfermera.

El amanecer clareaba por la ventana.

—Vístase y acompáñeme —pedí a Settle—. *Lady* Carmichael no corre peligro ahora.

Poco después salíamos juntos al jardín.

—¿Qué piensa hacer?

—Desenterrar el cuerpo del gato —contesté—. Quiero asegurarme.

Encontré un azadón en el cobertizo de las herramientas y nos pusimos a trabajar debajo del gran abedul. No resultó ser una tarea agradable. Hacía una semana que el animal estaba muerto. Pero vi lo que deseaba.

—Aquí lo tiene —dije—. Un gato idéntico al que vi el primer día.

Settle olió aquella peste de almendras amargas aún perceptible.

—Ácido prúsico —resumió.

Asentí.

—¿Qué le sugiere? —preguntó.

—Lo que a usted.

Sabía que mis conjeturas eran compartidas por él, pues evidentemente, habían pasado también por su cerebro.

—¡Imposible! —murmuró—. ¡Imposible! —Su voz pareció morir estrangulada —. El ratón de anoche… pero… ¡no, no puede ser!

—*Lady* Carmichael es una mujer extraña —afirmé—. Tiene poderes ocultos, hipnóticos. Sus antepasados son asiáticos. ¿Qué uso ha hecho de esos poderes en la naturaleza débil y obediente de Arthur Carmichael? Recuérdelo, Settle, si Arthur Carmichael se convierte en un imbécil permanente, aficionado a su madrastra, todo su patrimonio será de ella y… de su hijo, a quien adora según me dijo usted. ¡Y Arthur iba a casarse!

—¿Qué podemos hacer, Carstairs?

—Nada concreto —repuse—, salvo interponernos entre *lady* Carmichael y la venganza.

Lady Carmichael mejoraba lentamente. Sus heridas cicatrizarían, si bien las señales de aquel terrible asalto perdurarían de por vida.

Jamás me he sentido tan impotente. El poder que nos había derrotado seguía incólume. Esto me indujo a pensar en la conveniencia de que *lady* Carmichael, una vez suficientemente restablecida, fuese enviada lejos de Wolden. Quizás así su poder maligno perdiese efectividad.

Pasados algunos días, decidimos que el dieciocho de septiembre *lady* Carmichael se trasladase a otro lugar, pero la mañana del catorce sobrevino el inesperado desenlace.

Me hallaba en la biblioteca discutiendo detalles sobre el viaje de *lady* Carmichael con Settle, cuando una alterada sirvienta se precipitó dentro de la estancia.

—¡Oh, señor! —gritó—. ¡Venga! El señor Arthur se ha caído en el estanque. Pisó el bote y salió despedido con él, perdiendo el equilibrio. Lo vi desde la ventana.

Sin pérdida de tiempo, corrí seguido de Settle. Phyllis, que oyó las explicaciones de la criada, hizo otro tanto.

—No teman —nos gritó—. Arthur es un nadador excelente.

Sin embargo, un secreto temor aceleró mi marcha. La superficie del estanque aparecía quieta, con el bote que se deslizaba perezosamente sobre ella. De Arthur no había rastro alguno.

Settle se quitó la americana y las botas.

—Buscaré desde aquel bote —gritó—. Hágalo usted desde éste y use el remo. El estanque no es muy profundo.

Sentimos la angustia de la eternidad en una búsqueda infructuosa. Los minutos se sucedían interminables. Al fin, cuando ya desesperábamos, lo encontramos. Entonces llevamos a la orilla el cuerpo, aparentemente sin vida, de Arthur Carmichael.

Mientras viva no podré olvidar la desesperada agonía del rostro de Phyllis.

—No… no… estará… —Sus labios rechazaban la temida palabra.

—No, querida —dije—. Lo reanimaremos; no tema.

Sin embargo, yo sabía cuan débil era la esperanza. Había permanecido en el fondo del estanque demasiado tiempo. Settle se fue a la casa en busca de mantas y otras cosas necesarias, y yo empecé a aplicarle la respiración artificial.

Trabajé vigorosamente durante una hora sin percibir señales de vida. Pedí a Settle que me relevase y me reuní con Phyllis.

—Temo que sea inútil —le dije suavemente—. Arthur está más allá de toda ayuda.

La joven se quedó inmóvil un momento y, luego, de repente, se abalanzó contra el cuerpo sin vida.

—¡Arthur! —gritó desesperada—. ¡Arthur! ¡Vuelve a mí! ¡Arthur… vuelve… vuelve…!

En el silencio del jardín, su voz resonó con ecos de angustia. Algo inaudito me hizo tocar el brazo de Settle.

—¡Mire! —exclamé.

Un leve tinte de color volvía al rostro del ahogado. Entonces puse una mano sobre su corazón y capté débiles latidos.

—¡Siga con la respiración! —grité—. ¡Se recupera!

Los minutos parecieron volar. Poco después, sus ojos se abrían.

Asombrado advertí que en sus ojos había inteligencia; que eran humanos.

Luego se posaron en Phyllis.

—Hola, Phil —dijo débilmente—. ¿Eres tú? Supuse que no vendrías hasta mañana.

Ella, incapaz de articular una sola palabra, le sonrió. *Sir* Arthur observó los alrededores con creciente aturdimiento.

—¿Dónde estoy? ¡Qué mal me siento! ¿Qué me ocurre? Hola, doctor Settle.

—Ha estado a punto de ahogarse, eso es todo —le informó Settle.

El joven hizo una mueca.

—¿Cómo sucedió? ¿Es que andaba durmiendo?

Settle denegó con la cabeza.

—Debemos llevarlo a la casa —intervine, adelantando un paso.

Él me miró sorprendido, y Phyllis me presentó.

—El doctor Carstairs, que pasa una temporada aquí.

Lo alzamos entre los dos y nos dirigimos a la casa. *Sir* Arthur, como asaltado por una idea inquietante, miró a Settle.

—Doctor, ¿eso no me fastidiará para el doce, verdad?

—¿El doce? —intervine sorprendido—. ¿Se refiere usted al doce de agosto?

—Sí; el próximo viernes.

Pero fue Settle quien repuso.

—Estamos a catorce de septiembre.

El aturdimiento de *sir* Arthur era evidente.

—Pero… creí que nos hallábamos a ocho de agosto. ¿He estado enfermo?

Phyllis se adelantó a responderle suavemente:

—Sí, has estado enfermo.

Él frunció el ceño.

—No lo entiendo. Me sentía perfectamente cuando me acosté anoche… si bien parece que no fue anoche. He soñado. Recuerdo que he soñado mucho —su ceño se contrajo sin esforzarse—. ¿Qué he soñado? ¡Ah… sí! Fue algo espantoso. Alguien me dijo que era un gato. ¡Sí, un gato! ¡Qué raro! En realidad no se trataba de un sueño de tantos. ¡Era algo más… horrible! No puedo precisar bien. Todo se esfuma cuando pienso.

Puse mi mano sobre su hombro.

—No piense, *sir* Arthur. Conténtese con… olvidar.

Me miró intrigado y asintió. Capté un suspiro de alivio en Phyllis. Habíamos llegado a la casa.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó de repente el enfermo.

—No se encuentra muy bien, querido —repuso la joven tras una pausa momentánea.

—¡Pobre! —En su voz había auténtica pena—. ¿Dónde está? ¿En su cuarto?

—Sí. Pero es mejor que no la moleste ahora —intervine yo.

Sentí cómo mis palabras morían heladas en mis labios. La puerta del saloncito verde se abrió para dar paso a *lady* Carmichael, envuelta en una bata.

Sus ojos permanecieron fijos en Arthur, y si alguna vez he visto una mirada de culpabilidad y terror, fue entonces. De pronto se llevó la mano a la garganta.

Arthur avanzó hacia ella con infantil afecto.

—Hola, madre. ¿También te has caído? Lo siento.

Lady Carmichael retrocedió con los ojos dilatados. Luego, súbitamente, chilló como una alma condenada y se desplomó hacia atrás, en la puerta abierta.

Me acerqué a ella y la observé. Luego dije a Settle:

—De prisa; lleve a *sir* Arthur arriba y regrese de nuevo, ¡*lady* Carmichael está muerta!

Settle tardó muy poco en regresar.

—¿Qué fue? —preguntó.

—*Shock* —repuse fúnebremente—. ¡La impresión de ver a Arthur Carmichael, el *verdadero* Arthur Carmichael, vuelto a la vida! Diga si quiere, como yo prefiero llamarlo, castigo de Dios.

—¿Quiere usted decir…? —vaciló.

Le miré a los ojos y me comprendió.

—Una vida por otra —asentí.

—Pero…

—Un accidente extraño e imprevisto permitió que el espíritu de Arthur Carmichael volviese a su cuerpo —expliqué—. En realidad, había sido asesinado.

Settle me miró receloso.

—¿Con ácido prúsico? —me preguntó en voz baja.

—Sí; con ácido prúsico.

Settle y yo jamás hemos hablado de esto. No es probable que nadie lo creyera. Para todos, *sir* Arthur Carmichael sufrió de pérdida de memoria; *lady* Carmichael se laceró la garganta al parecer en un ataque de locura, y la aparición del gato gris fue pura imaginación.

Pero hay dos hechos injustificables. Uno es la silla desgarrada y el otro, aún más significativo, el catálogo de la biblioteca encontrado después de intensa búsqueda. El volumen que faltaba era un antiguo y curioso libro que versaba sobre metamorfosis de los seres humanos en animales.

Arthur nada sabe de lo sucedido. Phyllis ha cerrado con llave el secreto de aquellas semanas en su propio corazón, y jamás, estoy seguro, lo revelará al marido que tanto ama, y que regresó de la tumba al conjuro de su llamada.

La llamada de las alas

(The Call of Wings).

1

Silas Hamer se enteró de ello una ventosa noche de febrero. Él y Dick Borrow regresaban de una cena dada por Bernard Seldon, el especialista en neurología. Borrow había estado desacostumbradamente silencioso, y Silas le preguntó, no sin cierta curiosidad, en qué pensaba. La respuesta del otro fue inesperada.

—Pienso que sólo dos de entre los reunidos esta noche eran felices. Y esos dos, extrañamente, somos usted y yo.

La palabra «extrañamente» se justificaba a sí misma, pues no había dos hombres más distintos entre sí que Richard Borrow, el dinámico pastor, y Silas Hamer, el complaciente hombre cuyos millones eran asunto de comidilla en todos los hogares.

—Es raro —musitó Borrow—. Pero usted es el único millonario satisfecho que conozco.

Hamer guardó silencio un momento. Cuando habló su tono era alterado.

—Antes he sido un desarrapado jovenzuelo vendedor de periódicos. Entonces soñaba con la posición que tengo ahora: comodidad, lujo y dinero. Eso sí, nunca deseé dinero como fuente de poder, sino para gastarlo… en mí. Soy franco, ya lo ve. El dinero no lo puede todo, eso dicen. Quizá sea cierto. Sin embargo, me ayuda a obtener cuanto me gusta, y eso hace que me sienta satisfecho. Soy un materialista, Borrow, un soberbio materialista. ¡Lo sé!

La bien iluminada y amplia calle era testigo de su confesión. Las líneas de su cuerpo se perdían en el grueso abrigo de piel, mientras la blanquecina luz iluminaba los gruesos rollos de carne de su barbilla. En cambio, Dick Borrow era delgado, con rostro ascético y ojos de fanático.

—Es usted —dijo Hamer con énfasis— algo que no entiendo.

Borrow sonrió.

—Yo vivo en el centro de la miseria, de la necesidad y del hambre… Máximas enfermedades de la carne. Pero una *visión* constante me sostiene. No es fácil que lo entienda, a menos que crea usted en las visiones.

—No creo —dijo Silas—. Tampoco creo en nada que no pueda verse, oírse o tocarse.

—Exacto. Ésa es la diferencia entre nosotros dos. Bien, adiós, la tierra me traga ahora.

Habían llegado a la iluminada puerta del metropolitano que debía usar Borrow para ir a su casa.

Hamer continuó solo, satisfecho de haber prescindido de su coche aquella noche y optado por regresar a pie. El aire soplaba cortante y helado, produciéndole una deliciosa y consciente sensación de bienestar el calor de su abrigo de piel.

Se detuvo un momento en el borde de la acera antes de cruzar la calzada. Vio un enorme autobús que se aproximaba, y con la gozosa tranquilidad de quien dispone de

tiempo sobrado, esperó a que pasara. De haber querido cruzar antes de que llegase el vehículo, hubiera tenido que apresurarse, y esto lo consideraba de mal gusto.

De pronto, un borracho, escoria de la raza humana, bajó tambaleante de la acera. Hamer percibió un grito, el fuerte chirrido de los frenos del autobús y… con creciente horror, estúpidamente, sus ojos miraron hacia el montón de harapos en medio de la calzada.

Como por arte de magia, una multitud se congregó alrededor de dos policías y del conductor del vehículo. Sin embargo, los ojos de Hamer sólo veían la horrible y fascinadora quietud de aquel fardo sin vida que había sido un hombre; ¡un hombre como él mismo! Un estremecimiento helado subió por su espina dorsal.

—No se culpe, jefe —dijo alguien de aspecto zafio a su lado—. Usted no hubiera podido evitarlo.

Hamer lo miró. La posibilidad de salvar a aquel desgraciado, ciertamente, no se le había ocurrido. Se sacudió la absurda idea como si fuera propia de un loco. Eso hubiera hecho que él mismo… interrumpió el decurso de sus pensamientos y, sintiéndose enfermo, se apartó de la muchedumbre. Temblaba. Al fin, secreta e íntimamente, se confesó que temía a la muerte; a esa muerte que llega a terrible velocidad y es tan implacable ante el rico como el pobre.

Caminó más de prisa, si bien el nuevo temor no dejó de envolverlo en su frío sudario.

Esto le hizo irreconocible a sí mismo, ya que su naturaleza no era cobarde. Pensó que cinco años atrás no hubiera sido presa de tal miedo. Entonces la vida no era tan dulce. Sí, eso debía de ser; el amor a una vida tranquila y de horizontes rosados… cuyo primer nubarrón acababa de aparecer, proyectando sobre él la sombra de la implacable muerte.

Abandonó la iluminada calle para seguir por un estrecho pasaje de altas paredes, que llevaba directamente a la plaza donde se hallaba su mansión, famosa por sus tesoros de arte.

El ruido de la calle se fue debilitando tras él, hasta que sólo captó el suave roce de sus propios pasos.

Súbitamente, de la oscuridad del callejón le llegó otro sonido. Sentado junto a una de las paredes, un hombre tocaba una flauta. Uno de tantos músicos callejeros, naturalmente, pero ¿por qué había elegido aquel lugar? A semejantes horas de la noche la policía… Sus reflexiones murieron al advertir sobresaltado que el hombre carecía de piernas. Un par de muletas descansaban contra la pared. Hamer vio que no tocaba una flauta, sino un extraño instrumento cuyas notas eran mucho más altas.

El músico no se percató de su llegada. Mantenía la cabeza echada atrás, como si gozase su propia tocata, cuyas notas se sucedían generosas y alegres en interminable *crescendo*.

En realidad no se trataba de una pieza musical propiamente dicha, sino un extraño compás, semejante al lento giro de los violines de *Rienzi*, repetido una y otra vez,

pasando de clave a clave, de armonía a armonía, pero siempre en *crescendo*.

Hamer nunca había escuchado una música igual. Tenía una extraña cualidad inspiradora y, al mismo tiempo, parecía elevar a uno. Hamer, sobrecogido, se agarró con ambas manos a la pared en busca de protección.

De repente advirtió que la música había cesado. El hombre sin piernas cogía sus muletas. Y él, Silas Hamer, permanecía agarrado como un loco a un saliente de piedra, temeroso de ser arrebatado del suelo por una música que le empujaba hacia arriba.

Se rió de su propio miedo. ¡Qué absurda imaginación la suya! Sus pies no habían dejado de tocar el suelo. Sin embargo, ¡qué extraño y vívido realismo el de su sensación! El rápido «toc-toc» de las muletas sobre el pavimento le recordó que el músico se alejaba. Siguió con la mirada al hombre hasta donde fue tragado por la oscuridad. «¡Vaya tipo!», se dijo.

Entonces caminó despacio, incapaz de borrar de su mente la sensación de la tierra al fallar debajo de sus pies.

Un repentino impulso lo precipitó hacia delante, en busca del desconocido. No podía estar muy lejos; lo alcanzaría. Tan pronto divisó la vacilante figura gritó:

—¡Eh! ¡Un momento!

El inválido se quedó inmóvil hasta que Hamer llegó a su altura. Una lámpara que ardía sobre su cabeza hizo visibles sus rasgos. Silas Hamer contuvo el aliento con involuntaria sorpresa. ¡El hombre poseía la testa de belleza más singular que jamás viera! No era un mozalbete, y si bien tenía esa edad indefinible del hombre maduro, la juventud y el vigor destellaban en todo su ser.

Hamer no supo cómo iniciar la conversación. Luego de breves segundos, aunque trabajosamente, se decidió:

—Quisiera… quisiera saber qué… qué tocaba hace un momento.

La sonrisa del inválido pareció impregnar de alegría el mundo entero.

—Una tonada muy vieja —dijo—. Una tonada de muchos años atrás, de muchos siglos atrás.

Hablaba con extraña pureza y claridad. Evidentemente, no era inglés, y Hamer sintió el deseo de conocer su nacionalidad.

—Usted no es inglés. ¿De dónde procede?

Nuevamente la amplia y contagiosa alegría de su sonrisa bañó a Silas.

—De más allá del mar, señor. Llegué hace mucho tiempo, muchísimo tiempo.

—Veo que ha sufrido un grave accidente… ¿Hace mucho de eso?

—Algún tiempo, señor.

—Ya es mala suerte perder ambas piernas.

—No lo crea —repuso el desconocido—. Eran malas.

Hamer le dio un chelín y se alejó vagamente intranquilo. «Eran malas». ¡Qué raras sonaban esas dos palabras en boca de un inválido! Quizá le operaron a consecuencia de una enfermedad.

Hamer se fue a su casa. Ya en el lecho intentó sacudirse el recuerdo de lo pasado. Al fin el plomo adormecente cayó sobre sus párpados, mientras un reloj vecino tocaba la una. Fue un golpe claro, y luego el silencio. Pero al silencio sucedió un amortiguado sonido familiar. Hamer también escuchó el galope de su corazón.

El hombre del pasaje volvía a tocar no lejos de allí. Sus notas llegaban alegres, invitativas. Cada vez se hacían más claras, como si fuesen ondas que se persiguen a través del espacio. Pero esas ondas le empujaban a él, Silas Hamer, hacia el infinito.

No obstante, algo tiraba de su cuerpo hacia abajo. Y al mismo tiempo que ascendía impulsado por las notas, aquel *algo* lo arrastraba implacablemente a una sima.

Desde la cama observó la ventana frente a él. La respiración se le hizo difícil y dolorosa. Extendió un brazo fuera del lecho y el movimiento le pareció insufrible. La blandura de la cama se le antojó opresiva, como opresivos también eran los pesados cortinajes de la ventana que bloqueaban a la luz y el aire. El techo parecía presionar sobre él. Se movió un poco debajo de los cobertores, y la pesadez de su cuerpo fue la más opresiva de todas las sensaciones.

2

—Necesito su consejo, Seldon.

Seldon apartó un poco la silla de la mesa. Desde que se produjo la invitación, no había cesado de preguntarse cuáles serían los motivos que justificaban una cena para dos. Apenas había visto a Hamer desde el invierno, y aquella noche percibía un cambio indefinible en su amigo.

—Es algo tonto, lo sé —dijo el millonario—. Pero estoy preocupado conmigo mismo.

Seldon se sonrió mientras lo miraba por encima de la mesa.

—Su aspecto es saludable.

—No es eso —Hamer se detuvo un momento, y luego añadió quedamente—: Temo que me estoy volviendo loco.

El neurólogo alzó la cabeza, visiblemente interesado. Sin la menor prisa, se sirvió un vaso de oporto y preguntó suavemente:

—¿Qué se lo hace suponer?

—Algo que me ha sucedido. Algo inexplicable, increíble. No puede ser cierto; por eso me vuelvo loco.

—Cálmese —invitó Seldon—, y cuéntemelo.

—No creo en lo sobrenatural —empezó Hamer—. Jamás he creído. Pero esto… Bueno, es mejor que le cuente toda la historia desde el principio. Empezó el pasado invierno, una noche después de haber cenado con usted.

Entonces, breve y concisamente, le narró todos los sucesos que viviera camino de su casa.

—Aquello fue el principio. No sé explicar bien la sensación que experimento. Sólo sé que es maravilloso, distinto a todo lo sentido o soñado. Desde entonces se repite con mucha frecuencia. Oigo la música y empiezo a flotar y elevarme hasta que se produce la pugna de las dos fuerzas, una que me tira hacia arriba y otra hacia la tierra. Luego viene el dolor físico del despertar. Es como bajar de una alta montaña. ¿Conoce el dolor de oídos que produce? Pues bien, lo mío es esto, sólo que intensificado. A ello se une la terrible sensación de ser aplastado.

Después de una pausa continuó:

—Los criados ya me creen loco. No puedo soportar el tejado ni las paredes, y duermo en un lugar dispuesto en lo alto de la casa, a cielo abierto, sin muebles, cortinas ni alfombras. Aun así, las casas cercanas me oprimen del mismo modo. Prefiero el campo abierto, donde pueda respirar —miró a Seldon—. ¿Le encuentra explicación?

—Desde luego. Hay sobradas explicaciones. Usted ha sido hipnotizado o se ha autohipnotizado. Sus nervios están alterados. También puede que sea un simple sueño que se va repitiendo.

Hamer sacudió la cabeza.

—Ninguna de esas explicaciones sirve.

—Hay otras —repuso Seldon—; pero no gozan de mucho crédito.

—¿Las admite usted?

—En líneas generales, sí. Muchas cosas escapan a la comprensión humana y carecen de explicación. Entiendo que es mucho lo que ignoramos y no cierro mi mente a ellas.

—¿Qué me aconseja? —preguntó Hamer después de un breve silencio.

Seldon se inclinó hacia delante.

—Aléjese de Londres en busca de su «campo abierto». Los sueños pueden cesar.

—No lo deseo —contestó Hamer rápidamente—. He llegado al extremo de que no sé pasarme sin ellos, ni quiero.

—Lo comprendo. Hay otra alternativa: busque a ese sujeto, el inválido. Usted le atribuye toda clase de dones sobrenaturales. Háblele y quizá rompa su maleficio.

Hamer volvió a sacudir la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó Seldon.

—Tengo miedo.

El neurólogo hizo un gesto de impaciencia.

—No crea tan ciegamente en esas cosas. Pero dígame, la tonada, ¿qué le recuerda?

Hamer la tarareó y Seldon escuchó con el ceño fruncido.

—Recuerda la obertura de *Rienzi*. Es cierto que da la sensación de cosa que se remonta; si bien no advierto causa suficiente para sentirse alzado de la tierra. No obstante, esas suspensiones suyas, ¿son todas exactamente iguales?

—No, no —Hamer se inclinó hacia delante—. Parecen sometidas a una escala de progreso, pues cada vez soy consciente de algo nuevo. Es difícil explicarlo. Primero es como si llegase a un lugar desconocido, a impulsos de la música; aunque no directamente. Tengo la impresión de que las ondas se suceden y cada una me eleva un poco más, hasta que la última me sitúa en el punto más alto, de donde ya no puede pasarse. Permanezco allí algún tiempo, y luego otra fuerza me arrastra hacia abajo.

»En realidad, eso que llamo un lugar es más bien un *estado*. Aunque, posiblemente, esta denominación sólo sea correcta en cuanto al principio. Cuando regreso, *sé* que había cosas a mi alrededor que aguardan a ser percibidas. Piense en un cachorro. Sus ojos, al principio no ven. El animal tiene que educar su vista. Pues algo así es lo que me sucede a mí. Los sentidos naturales de la vista y el oído no me sirven, como si ellos aún no estuvieran desarrollados, si bien un sexto sentido, no corporal, los reemplaza. Así, poco a poco, percibo sensaciones de luz, de sonido, de color; pero de un modo vago. Es más bien conocimiento intuitivo de las cosas que verlas u oírlas. Primero capté una luz que se hacía más fuerte y clara; luego arena, grandes extensiones de arena rojiza, y aquí y allá, largas líneas de agua, como si fuesen canales.

Seldon contuvo el aliento.

—*¡Canales!* Esto es interesante. ¡Siga!

—Eso carece de importancia. Son más sugestivas las otras cosas reales que no podía ver, pero sí oírlas. Así, el sonido parecido a un aleteo, que de algún modo, y no sé explicarlo, me pareció glorioso. No hay nada en la tierra a que pueda compararse. ¡Al fin, vi las alas! Sí, Seldon, ¡las alas!

—¿Qué son hombres, ángeles, pájaros?

—Lo ignoro. Aún no les he visto. Pero el *color* de las alas es algo maravilloso.

—¿El color de las alas? —repitió Seldon—. ¿Qué color?

Hamer movió su mano con gesto indefinido.

—¿Cómo voy a explicárselo? ¡Diga a un ciego cómo es el color azul! Es un color que usted jamás ha visto.

—¿Y bien?

—Eso es todo. Al menos por ahora. Salvo que el regreso es peor, más doloroso cada vez. No lo comprendo. Estoy convencido de que mi cuerpo jamás abandona el lecho; como también que no alcanzo físicamente ese lugar. Siendo así, ¿por qué tanto dolor físico?

Seldon, silencioso, sacudió la cabeza.

—El regreso es algo terrible —continuó Hamer—. Primero se produce el tirón, y luego el dolor que afecta a cada uno de mis miembros y nervios. Los oídos amenazan estallar y todo me *presiona*, produciéndome una angustiosa sensación de encarcelamiento. Entonces yo deseo libertad.

—¿Y cuál es su postura ante las cosas que tanto significan para usted en este mundo? —preguntó Seldon.

—Eso es lo peor. Siguen gustándome tanto, si no más que antes. Y estas cosas, comodidad, lujo, placer, tiran de mí hacia un punto distinto del lugar donde están las alas. Es una lucha sorda que no sé cómo terminará.

Seldon nada repuso. La extraña historia que había escuchado era fantástica. ¿Sería delirio, alucinación o, posiblemente, verdad? De serlo, ¿por qué Hamer, entre todos los hombres? Aquel materialista que amaba la carne y negaba el espíritu era el menos indicado para tener visiones de otro mundo.

Por encima de la mesa, Hamer le miró ansioso.

—Supongo —dijo Seldon lentamente— que la única solución es aguardar. Aguardar y ver qué sucede.

—¡No puedo! ¡Le digo que no puedo! Sus palabras demuestran que no me entiende. Esa cosa me destroza con su terrible lucha… esa lucha a muerte entre… entre…

—La carne y el espíritu —añadió Seldon.

Hamer, con voz desalentada, concedió:

—Supongo que sí. De todos modos es insoportable. No puedo liberarme…

Una vez más, Bernard Seldon sacudió la cabeza. El hombre se debatía en la tenaza de lo inexplicable.

—Si yo fuera usted —aconsejó—, buscaría al inválido.

De regreso a su casa, murmuró para sí:

—¡*Canales*… qué raro!

Silas Hamer salió a la calle al día siguiente con nueva determinación en su ánimo. Estaba decidido a seguir el consejo de Seldon y buscar al hombre sin piernas. No obstante, en su fuero interno había el convencimiento de que la búsqueda sería infructuosa, pues el hombre habría desaparecido como si la tierra se lo hubiese tragado.

Los edificios a ambos lados cerraban el paso a la luz del sol, convirtiendo el paisaje en oscuro y misterioso. A mitad del camino vio el único sitio donde unos rayos de sol iluminaban una figura sentada en el suelo. La figura… ¡era el músico!

Su instrumento permanecía apoyado contra la pared junto a las muletas, mientras él cubría las losas con dibujos en yeso de color. Dos acabados mostraban escenas rústicas de maravillosa y delicada belleza: árboles frondosos entre los cuales discurría un saltarín arroyuelo.

Hamer dudó. ¿Se trataba de un simple músico callejero o de un artista decorador de pavimentos?

De repente, sus nervios le traicionaron y gritó:

—¿Quién es usted? Por lo que más quiera, ¡dígame quién es usted!

Los ojos del inválido se encontraron con los suyos; parecían sonreír.

—¿Por qué no me contesta? ¡Hable, dígame algo!

El hombre dibujaba entonces con increíble velocidad en una losa. Hamer siguió el movimiento de su mano, y lo que sólo eran unos trazos inconcretos se transformaban en árboles gigantes. Al fin apareció un hombre sentado que tocaba un instrumento de muchos agujeros —como una flauta—, cuyo rostro era extrañamente hermoso y que tenía *piernas de cabra*. La mano del inválido hizo un movimiento rápido y las patas de cabra desaparecieron. Luego alzó la cabeza y sus ojos se encontraron con los de Hamer.

—Eran malas —dijo.

Hamer, fascinado, lo miraba fijamente. El rostro del músico era el rostro dibujado, si bien más bello. Sus facciones purificadas mostraban ahora una intensa realidad de vida forzosa.

Hamer huyó del pasaje a la brillante luz del sol, repitiéndose: «¡Imposible, imposible; estoy loco! ¡Sueño!». Pero sentíase hechizado.

Entró en el parque y sentóse en una silla. En aquella hora desierta sólo algunas niñeras con sus pequeños permanecían sentadas a la sombra de los árboles, y aquí y allá, sobre el césped, como islas en un mar verde, hombres yacentes.

«Condenados vagabundos», fue la expresiva definición que hizo Hamer de ellos. No obstante, los envidiaba.

De todos los seres creados eran los únicos libres. Tenían la tierra debajo, el cielo encima, y el mundo entero a su disposición. Aquellos hombres desarraigados no estaban encadenados.

Entonces comprendió cuál era la causa de su esclavitud; aquello que más veneraba, aquello que amaba por encima de todas las cosas… ¡la riqueza!

Pero ¿lo era? ¿Realmente lo era? ¿No habría una verdad más profunda? ¿Era el dinero o su amor al dinero? Sí, sus ligazones tenían la marca de cosa fabricada por su propia voluntad. No era la riqueza en sí, sino el amor a la riqueza lo que formaba los eslabones de aquella cadena que le privaba de la libertad. Claramente conocía ahora las dos fuerzas que lo desgarraban: la fuerza del materialismo sujetándolo al medio ambiente y la imperativa llamada de las «alas».

Y si una peleaba, la otra no le iba a la zaga. Podía oír, de hecho oía las exigencias de la última: «No debes ponerme condiciones —le decía—. Yo estoy por encima de todas las cosas. Para seguir mi llamada has de renunciar a todo lo demás y cortar las amarras que te retienen. Sólo los libres llegarán a donde yo conduzco».

—¡No puedo! —gritó Hamer—. ¡No puedo!

Algunas personas miraron al recio hombre, que, sentado, hablaba consigo mismo.

Le exigían sacrificar lo más querido, lo que era parte de él mismo.

3

—¿Qué golpe de fortuna le trae a usted por aquí? —preguntó Borrow.

Ciertamente, el barrio Este no era familiar a Hamer.

—He oído algunos sermones —repuso el millonario— sobre lo mucho que podría hacerse con abundancia de fondos. He venido a decirle que usted dispondrá de esos fondos.

—Muy loable por su parte —dijo Borrow sorprendido—. ¿Una importante suscripción, acaso?

Hamer se sonrió.

—Hasta el último penique que poseo.

—*¿Qué?*

Hamer explicó los detalles con viveza comercial. La cabeza de Borrow daba vueltas.

—¿Piensa… piensa renunciar a toda su fortuna y… dedicarla a los pobres del barrio Este, nombrándome administrador?

—Exacto.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué?

—No puedo explicárselo —repuso Hamer lentamente—. ¿Recuerda nuestra charla sobre visiones el pasado febrero? Pues bien, una de esas visiones se ha adueñado de mí.

—¡Espléndido! —Borrow se inclinó hacia delante. Sus ojos brillaban de excitación.

—No hay nada particularmente espléndido en ello —dijo Hamer de no muy buen talante—. No me importa un pepino la miseria del barrio Este. Sus feligreses sólo necesitan decisión. Yo era pobre y logré zafarme a las dentelladas del hambre. Pero he de desembarazarme del dinero y no quiero darlo a esas tontas sociedades protectoras. Usted es un hombre de mi confianza. Alimente cuerpos o almas con él, me da lo mismo. Sin embargo, yo he pasado hambre y veo con mejores ojos lo primero.

—Es algo sin precedentes —tartamudeó Borrow.

—Bien, ya está todo dispuesto —continuó Hamer—. Los leguleyos acabaron al fin, y he firmado. Eso me ha tenido muy ocupado la última quincena. Es casi tan difícil desembarazarse de una fortuna como hacerla.

—¿Supongo que se habrá reservado *algo*?

—Ni un penique. Bueno, no es totalmente cierto. Tengo dos peniques en mi bolsillo —se rió.

Después de despedirse de su aturdido amigo, se adentró en las estrechas y malolientes calles. Las palabras que había pronunciado volvieron a él con una

dolorosa sensación de pérdida. «¡Ni un penique!». ¡Toda su inmensa fortuna! Ahora temía la miseria, el hambre y el frío.

Sin embargo, era consciente de que la opresión había menguado al sentirse libre de las cosas terrenas. Los eslabones de su cadena le habían llegado, si bien ahora la libertad lo fortalecía.

Había un toque de otoño en el aire, y el viento soplaba helado. Hamer sintió el frío estremecedor y también síntomas de hambre. Las dos cosas parecieron escarbar el próximo futuro. Resultaba increíble que hubiese renunciado a la facilidad, la comodidad y el calor.

Su cuerpo gritaba impotente; pero entonces le llegó la agradable sensación de libertad.

Hamer vaciló ante la boca de una estación de metro. Tenía dos peniques en su bolsillo. ¿Por qué no ir en metro hasta el parque donde viera a los ociosos que dormitaban al sol? Creía sinceramente que estaba loco, pues la gente cuerda no hace lo que él había hecho. Ahora bien, su locura resultaba ser una cosa sorprendente y maravillosa.

Sí, iría al espacio abierto del parque. Además, hacerlo en el metro tenía una significación para él. Ese medio de locomoción representaba todos los horrores de la vida enterrada y oprimida. Como un hombre libre, saldría de su encierro para posesionarse de los amplios espacios verdes, donde los árboles anulaban la amenaza opresiva de las casas.

El ascensor le llevó velozmente abajo, y sintió el aire enrarecido. Se quedó en un extremo del andén, apartado de la masa humana. A su izquierda se abría la abertura del túnel por donde aparecería el tren, semejante a una serpiente. No había nadie cerca de él, excepto un muchacho acurrucado en un asiento.

Muy distante, oyó el amortiguado ruido del tren. El muchacho se levantó de su asiento y caminó hacia Hamer, quedándose cerca del borde del andén.

Sucedió tan rápidamente que casi le pareció increíble. El jovencito perdió el equilibrio y cayó.

Multitud de pensamientos se agolparon en el cerebro de Hamer. Entre ellos se materializó el informe revoltijo de harapos atropellado por el autobús, y oyó una voz que decía: «No se culpe, jefe. Usted no hubiera podido evitarlo». Y esto le persuadió de que la vida del muchacho sólo podía ser salvada por él, Silas Hamer.

¡El tren se acercaba! De repente, una curiosa y tranquila lucidez mental vino a posesionarse de su espíritu.

No obstante, en aquel corto segundo, supo que su temor a la muerte persistía. Sí, tenía miedo; un miedo espantoso.

Para los aterrados espectadores del otro extremo del andén no hubo apenas separación de tiempo entre la caída del muchacho y el salto del hombre. Entonces vieron el tren en la curva anterior al andén, sin posibilidad de frenar.

Hamer cogió al muchacho en sus brazos. No le impulsaba ningún sentimiento heroico, pues su carne temblorosa obedecía la orden de un espíritu llamado al sacrificio. Con un último esfuerzo, empujó el cuerpo del joven por encima del andén, y luego se cayó sobre la vía.

De repente, murió todo su temor. El mundo ya no lo retenía. Estaba libre de sus cadenas. Por un momento creyó oír la tocata de Pan. Luego, más cerca y más alto a la vez, le llegó el alegre revoloteo de innumerables alas…

La última sesión

(The Last Séance).

Raoul Daubreuil cruzó el Sena tarareando una cancioncilla. Era un apuesto ingeniero francés de unos treinta y dos años, con rostro saludable y pequeño bigote negro. Cuando estuvo en la vía Cardonet, penetró en la casa número diecisiete. La portera levantó la vista y le saludó.

—Buenos días.

Él contestó alegremente, y subió las escaleras hasta un apartamento del tercer piso. Mientras aguardaba después de tocar el timbre, tarareó de nuevo su tonadilla. Raoul Daubreuil sentíase especialmente alegre aquella mañana. Una anciana abrió la puerta y su arrugado rostro se iluminó al conjuro de una sonrisa, tan pronto reconoció a su visitante.

—Buenos días, *monsieur*.

—Buenos días, Elise.

Ya en el recibidor, se quitó los guantes.

—*Madame* me espera, ¿verdad? —preguntó por encima del hombro.

—Si *monsieur* quiere pasar al saloncillo, *madame* saldrá enseguida. En este momento descansa.

Raoul levantó la vista.

—¿No se encuentra bien?

—¡Bien!

Elise dio un resoplido, pasó por delante de Raoul y abrió la puerta del saloncillo. El joven entró allí seguido de la anciana.

—*¡Bien!* —replicó ella—. ¿Cómo va a encontrarse bien? ¡Pobrecilla! ¡*Sesiones*, *sesiones* y más *sesiones*! Eso no es bueno, no es natural, ni el buen Dios lo quiere para nosotros. Opino, y lo digo sin rodeos, que eso es traficar con el demonio.

Raoul le dio unos golpecitos en el hombro, tranquilizador.

—Vamos, vamos, Elise. No se altere ni vea el demonio en todo cuanto no entienda.

Elise, dubitativa, sacudió la cabeza y refunfuñó:

—Muy bien. Pero diga lo que diga usted, a mí no me gusta. *Madame* cada día se vuelve más blanca y delgada, y le aumentan los dolores de cabeza —y alzando las manos prosiguió—: ¡Ah, no; no es bueno todo este asunto de espíritus! Estoy conforme con los espíritus, si los buenos están en el paraíso y los otros en el purgatorio.

—Su visión de la vida después de la muerte es maravillosamente simple, Elise —dijo Raoul, y se dejó caer en una silla.

—Soy una buena católica, *monsieur* —luego de santiguarse se encaminó a la puerta y se detuvo con la mano en el pomo—: ¿Cuando se hayan casado, *monsieur* —

su voz era suplicante—, todo eso se habrá acabado?

Raoul le sonrió afectuoso.

—Es usted una criatura fiel, Elise, y amante de su dueña. No tema; cuando sea mi esposa, todo ese «asunto de espíritus», como usted lo llama, cesará. *Madame* Daubreuil no celebrará más *sesiones*.

Elise le sonrió agradecida.

—¿Es cierto lo que dice?

Él asintió gravemente.

—Sí —su respuesta fue más bien para sí mismo—. Sí, todo esto debe terminar. Simone está dotada de un don maravilloso y lo ha prodigado. Ya ha hecho su parte. Es cierto lo que usted ha dicho: día a día se vuelve más blanca y delgada. La vida de una médium está siempre sometida a una ardua prueba, que exige un terrible esfuerzo nervioso. De todos modos, Elise, su ama es la mejor médium de París; aun más, de Francia. Gentes de todas partes del mundo vienen a verla porque saben que no es un engaño.

Esta vez el resoplido de Elise fue despectivo.

—¡Engaño! ¡Claro que no! *Madame* no sabría engañar a un recién nacido, aunque lo intentase.

—Es un Ángel —corroboró el joven francés—. Y yo haré cuanto un hombre puede porque sea feliz. ¡Esté segura de eso, Elise!

Ella respondió con sencilla dignidad:

—He servido a *madame* durante muchos años, *monsieur*. Con el respeto debido, la quiero. Si yo no creyese que usted le adora… *¡eh bien, monsieur!*, sería capaz de desgarrarle uno a uno todos sus miembros.

Raoul se rió.

—¡Bravo, Elise! Admiró su fidelidad y le ruego que me quiera un poquito ahora que sabe mi decisión. Se lo aseguro: ¡*Madame* dejará el espiritismo!

Supuso que la anciana recibiría complacida la noticia, y le sorprendió que permaneciese en actitud grave.

—Imagine, *monsieur* —dijo Elise—, que los espíritus no renuncian a ella.

La sorpresa de Raoul se hizo más intensa.

—¡Eh! ¿Qué quiere decir?

—Le pregunto: ¿Y si los espíritus no renuncian a ella?

—¿Pero no es usted incrédula en cuanto a los espíritus, Elise?

—Desde luego. Es necio creer en ellos. De todos modos…

—De todos modos… ¿qué?

—Me resulta difícil explicarlo, *monsieur*. Yo consideraba a estas médiums, según se llaman a sí mismas, unas inteligentes estafadoras que abusan de las pobres almas crédulas que han perdido a sus seres queridos. Sin embargo, *madame* no es de ésas. *Madame* es buena. *Madame* es honrada y… —Con un susurro de espanto añadió—: *Suceden cosas*. No es un truco; suceden cosas, y por eso temo. Estoy segura de ello,

monsieur. Por eso digo que no está bien, pues va contra la naturaleza y *le bon Dieu*, alguien tendrá que pagar.

Raoul se puso en pie y le golpeó tranquilizadoramente el hombro.

—Cálmese, buena Elise —le sonrió—. Mire, le daré otra buena noticia: hoy celebraremos la última sesión de espiritismo; después de hoy, se acabó.

—Así, ¿tenemos una hoy? —preguntó suspicaz.

—La última, Elise, la última.

La anciana sacudió la cabeza desconsoladamente.

—*Madame* no está en condiciones…

Sus palabras fueron interrumpidas al abrirse una puerta por donde apareció una mujer alta y rubia; flexible y graciosa, con el rostro de una madonna de Botticelli. El semblante de Raoul se iluminó, y Elise se marchó rápida y discretamente.

—¡Simone!

El joven le cogió entre las suyas las blancas manos y las besó una después de otra. Ella murmuró suavemente el nombre amado.

—¡Raoul, querido mío!

De nuevo le besó las manos, y luego le miró intensamente al rostro.

—Simone, ¡qué pálida estás! Elise me dijo que descansabas. ¿No estarás enferma, amada mía?

—No, enferma no… —Ella vaciló.

—Cuéntame, pues.

La médium se sonrió desmayadamente.

—Pensarás que soy boba.

—¿Pensar que tú eres boba? ¡Jamás!

Simone retiró sus manos y sentóse. La joven permaneció inmóvil durante un momento, mirando la alfombra. En su hilo de voz había preocupación.

—¡Tengo miedo, Raoul!

Éste aguardó un momento a que continuase, y al no hacerlo, la invitó animoso:

—¿Miedo de qué?

—Simplemente miedo… eso es todo.

La miró perplejo, y ella aclaró rápidamente:

—Sí, es absurdo, lo sé; pero así lo siento. Miedo, nada más. No sé de qué, o por qué, si bien continuamente estoy convencida de que algo terrible, muy terrible, me va a suceder.

Simone se quedó con los ojos fijos en el vacío, y Raoul la enlazó suavemente por los hombros.

—Querida, debes reaccionar. Cuanto te ocurre es propio de la tensión nerviosa a que se ve sometida una médium. Sólo necesitas descanso y tranquilidad.

Ella le miró agradecida.

—Sí, Raoul; tienes razón. Necesito descanso y tranquilidad.

Simone cerró los ojos y se abandonó un poco sobre el brazo varonil.

—Y felicidad —murmuró él a su oído.

El brazo acentuó su presión, y la joven, con los ojos aún cerrados, suspiró profundamente.

—Cuando me rodean tus brazos me siento segura. Me olvido de todo, incluso de la terrible vida de la médium. Sabes mucho de nosotras; sin embargo, nunca sabrás el sufrimiento de una médium en trance.

Raoul percibió el envaramiento del cuerpo femenino sobre su brazo; abrió los ojos, que volvieron a mirar fijamente la nada, y continuó:

—Cuando espero sentada en el cuarto, la oscuridad se me hace insoportable, Raoul, pues vivo la oscuridad del vacío. Entonces me concentro deliberadamente para huir de mí misma. Luego nada sé de cuanto ocurre a mi alrededor, hasta el lento, doloroso regreso, y el despertar del sueño, cansada, terriblemente cansada.

—Lo sé —murmuró Raoul—. Lo sé.

—Muy cansada —insistió Simone.

Todo su cuerpo pareció derrumbarse mientras repetía esa palabra.

—Pero eres maravillosa, Simone.

Raoul le cogió las manos e intentó imbuirle su propio entusiasmo:

—Eres única; la mejor médium que el mundo jamás ha conocido.

Ella denegó con la cabeza, sonriendo halagada por el elogio.

—Es cierto, querida —insistió Raoul, que sacó dos cartas de un bolsillo—. Mira, una es del profesor Roche, de Salpetriere, y la otra del doctor Genir, de Nancy; ambos imploran que continúes sentándote para ellos de vez en cuando.

—¡Ah, no! ¡Eso sí que no! —Simone, de repente, se puso en pie—. ¡No lo haré! ¡No lo haré! Debe terminar todo, todo. Me lo prometiste, Raoul.

Él la miró sorprendido mientras ella, temblorosa, le suplicaba con los ojos, como si fuese una criatura acorralada. Raoul se levantó y cariñosamente, le tomó las manos.

—Desde luego —dijo—. Todo ha acabado, eso por supuesto. Pero me siento muy orgulloso de ti, Simone, y por eso mencioné estas dos cartas.

La joven, suspicaz, lo miró de reojo.

—¿De veras no querrás que me siente otra vez?

—No. A menos que tú misma lo desees, aunque sólo sea de vez en cuando para estos viejos amigos…

Simone, excitada, lo interrumpió.

—¡No, no; nunca jamás! Hay peligro, te lo aseguro. Lo percibo; es un gran peligro —se llevó las manos a la frente un momento y luego se encaminó a la ventana, y rogó ya más calmada—: Prométeme que nunca más me sentaré.

Raoul la siguió y le puso las manos sobre los hombros.

—Querida mía —murmuró tiernamente—. Te prometo que después de hoy nunca volverás a celebrar una sesión.

La joven apenas le oyó, pues seguía el propio curso de sus pensamientos.

—Es una mujer extraña, Raoul; una mujer muy extraña. ¿Sabes?, casi me provoca terror su presencia.

—¡Simone!

El reproche de su voz lo advirtió ella de inmediato.

—Eres como todos los franceses, Raoul. Para ti una madre es sagrada y no es justo que yo piense así cuando ella sufre tanto por la pérdida de su hija. Pero… no sé cómo explicártelo. Su fortaleza, su color moreno, sus manos… ¿Te has fijado en sus manos, Raoul? Son enormes y tan fuertes como las de un hombre.

Se estremeció ligeramente y cerró los párpados. Raoul retiró sus manos de los hombros de ella y, al hablar, su voz fue cortante:

—No te entiendo, Simone. Desde luego, tú, una mujer, deberías de sentir cierta compasión hacia una madre privada de su única hija.

La joven médium hizo un gesto de impaciencia.

—Eres tú quien no lo entiende, amor mío. Yo no puedo evitar estas cosas. En el mismo instante de verla sentí… —extendió sus manos como si rechazase algo, y continuó—: pánico. ¿No recuerdas el mucho tiempo que, luego, me negué a sentarme para ella? Estoy segura que, de algún modo, me traerá desgracia.

Raoul se encogió de hombros.

—La realidad es que sólo te trajo lo contrario —dijo secamente—. Todas las sesiones han sido un notable éxito. El espíritu de la pequeña Amelia se apoderó de ti enseguida, y las materializaciones han sido sorprendentes. El profesor Roche habría dado algo por presenciar la última.

—¡Materializaciones! —exclamó en voz baja—. Dime, Raoul, ¿son las materializaciones realmente tan maravillosas?

Él asintió entusiasmado.

—En las primeras sesiones la figura de la niña fue visible en una especie de nebulosa —explicó—. Pero en la última…

—¡Sigue!

La voz de Raoul descendió paulatinamente a un leve susurro.

—Simone, la niña que había allí era una criatura viviente, de carne y hueso. Llegué a tocarla, pero el contacto fue tan agudamente doloroso que no se lo permití a *madame* Exe. Temí que no supiera controlarse y te produjera un daño irreparable.

Simone volvió de nuevo a la ventana.

—Me hallé totalmente extenuada cuando desperté. Raoul, ¿estás seguro de que obramos bien? Ya sabes lo que dice Elise.

—Conoces mi pensamiento en cuanto a eso, Simone. No obstante, lo desconocido puede encerrar algún peligro pero lo nuestro es una causa noble; es la causa de la ciencia. El mundo conoce a miles de mártires de la ciencia; pioneros que pagaron un alto precio para que otros siguieran trabajando para la ciencia a costa de un terrible desgaste nervioso. Tu parte está hecha, y desde hoy eres libre para seguir otra senda más feliz.

Ella le miró afectuosa, restablecida su tranquilidad. Luego miró su reloj.

—*Madame* Exe se retrasa —murmuró—. Quizá no venga.

—Supongo que sí —dijo Raoul—. Tu reloj se adelanta un poco.

Simone se entretuvo en arreglar algunos detalles del saloncito.

—Me gustaría *saber* quién es *madame* Exe —observó—. ¿De dónde viene? ¿Cuál es su familia? Es raro que no sepamos nada.

Raoul se encogió de hombros.

—La gente suele ampararse en el anonimato cuando visita a una médium. Es una precaución elemental.

—Sí; eso debe de ser —dijo Simone.

Un jarroncillo de porcelana le resbaló de las manos y se hizo añicos en los azulejos de la chimenea. Bruscamente, la joven se volvió a Raoul:

—Ya lo ves. Estoy nerviosa. ¿Te enojarás si digo a *madame* Exe que no puedo sentarme hoy?

—Lo prometiste, Simone —repuso suavemente Raoul.

La joven retrocedió hasta la pared.

—No lo haré, Raoul. ¡No lo haré!

El tierno reproche de las pupilas varoniles la hizo parpadear.

—No me importa el dinero, Simone; pero recuerda la enorme suma que esta mujer ha ofrecido por la última sesión.

La joven le contestó casi enojada:

—Hay cosas que importan más que el dinero.

—Ciertamente, las hay. A eso me refería hace un rato, Esa mujer es una madre que ha perdido a su única hija. Si no estás enferma, si sólo es un prejuicio por parte tuya… puedes negarte al capricho de una mujer rica, pero no al deseo de una madre que sólo pretende ver por última vez a su hija.

La médium movió sus manos desesperadamente, como rechazando un dolor.

—¡No me tortures! —suplicó—. Está bien; tienes razón. Lo haré, si bien ahora se a qué tengo miedo… a la «madre».

—¡Simone!

—Raoul, muchos de los principios elementales de la vida han sido destrozados por la civilización, pero la maternidad no ha sufrido alteración alguna. Y el amor de una madre no admite parangón en este mundo. No conoce ley, ni piedad; se atreve a todo y aplasta cuanto se le opone.

Simone, jadeante, guardó silencio y luego se volvió a él con fugaz y desarmadora sonrisa.

—Estoy tonta hoy, Raoul. Lo sé.

El joven le cogió las manos.

—Acuéstate un poco. Acuéstate mientras llega.

—Está bien —le sonrió antes de salir de la estancia.

Durante un rato, Raoul se sumergió en sus propios pensamientos. Luego caminó a pasos largos hacia la puerta, cruzó el recibidor y entró en una sala muy parecida a la que había dejado. En uno de los extremos había una pequeña alcoba con un enorme sillón en su centro. Pesadas cortinas de terciopelo negro pendían dispuestas a ser corridas delante de la alcoba. Elise arreglaba la sala. Junto a la alcoba se hallaban dispuestas dos sillas y una mesa redonda. Y, sobre ésta, una pandereta, un cuerno, papel y lápices.

—¡La última vez! —exclamó Elise con lúgubre satisfacción—. Oh, *monsieur*, desearía que ya hubiese terminado.

El agudo sonido del timbre eléctrico resonó en el piso.

—¡Ahí está ese formidable gendarme de mujer! —dijo la vieja sirvienta—. ¿Por qué no reza decentemente por su hija en la iglesia y ofrece un cirio a la Virgen? ¿Acaso no sabe el buen Dios lo que más nos conviene?

—Atienda la llamada, Elise —fue la respuesta de Raoul.

La anciana le miró rencorosa, pero obedeció. Poco después hablaba con la visitante.

—Diré a mi ama que está usted aquí, *madame*.

Raoul salió al encuentro de *madame* Exe y le estrechó la mano. Entonces las palabras de Simone acudieron a su memoria: «Manos grandes y fuertes».

Realmente lo eran. También le pareció exagerado el amplio velo negro que la cubría. Su voz se le antojó cavernosa.

—Temo que me he retrasado algo, *monsieur*.

—Sólo un poco —dijo sonriente—. *Madame* Simone descansa. Lamento decirle que no se encuentra muy bien; está nerviosa y trastornada.

Madame Exe, que retiraba su mano, la cerró de pronto sobre la de él.

—Pero se sentará —afirmó rudamente.

—Oh, sí, *madame*.

Ella dio un suspiro de alivio y se dejó caer en una silla, ahuecando el pesado velo que flotaba a su alrededor.

—Oh, *monsieur* —murmuró—. Usted no puede imaginarse la maravilla y el gozo que son para mí estas sesiones. ¡Mi pequeñita! ¡Mi Amelia! ¡Verla, oírla… e, incluso, si tiendo la mano tocarla!

Raoul le contestó autoritariamente:

—*Madame* Exe, en ningún momento hará nada sin mi expresa autorización. Lo contrario sería provocar un grave peligro.

—¿Peligro para mí?

—No, *madame*. Para la médium. Trataré de explicarle en lenguaje sencillo, sin terminología científica, el fenómeno que se materializa ante nosotros. Un espíritu, para manifestarse, necesita valerse de la sustancia de la médium. ¿Ha visto usted el fluido que sale de los labios de la médium? Ese fluido, al condensarse, construye la semblanza física del espíritu que se posesiona de ella. Por eso creemos que este

ectoplasma es la sustancia de la médium. Algún día quizá podamos comprobarlo científicamente. De momento sólo conocemos el dolor que sufre la médium si se manipula con el fenómeno. También suponemos que si alguien cogiese la materialización, la muerte de la médium podría provocarse en el acto.

Madame Exe escuchaba atenta.

—Muy interesante, *monsieur*. Dígame, ¿no llegará un momento en que la materialización sea tan perfecta que pueda ser aislada de la médium?

—Una especulación fantástica, *madame*.

Ella insistió.

—Pero no imposible.

—Totalmente imposible hoy por hoy.

—¿Quizás en el futuro?

La llegada en aquel momento de Simone interrumpió el diálogo. Aunque lánguida y pálida, era evidente que había recuperado el control de sí misma. Estrechó la mano de *Madame* Exe, y Raoul advirtió su ligero estremecimiento al sentir el contacto.

—Lamento, *madame*, saber que se halla usted indispuesta —dijo *madame* Exe.

—No es nada —repuso Simone, no sin cierta brusquedad—. ¿Empezamos?

Se fue a la alcoba, y sentóse en el sillón. Entonces fue Raoul quien sintió los efectos de una onda de temor.

—No estás lo bastante fuerte, querida. Será mejor que cancelemos la sesión, *Madame* Exe lo comprenderá.

—¡*Monsieur*! —exclamó ésta levantándose indignada.

—Lo siento, *madame*. Debemos suspender la sesión.

—*Madame* Simone me prometió una última sesión para hoy.

—Así es —intervino Simone, quedamente—, y estoy dispuesta a cumplir mi promesa.

—Y yo lo celebro, *madame*.

—Nunca falto a mi palabra —añadió Simone—. No temas, Raoul, es la última vez a Dios gracias.

Raoul corrió las pesadas cortinas delante de la alcoba, y también las de la ventana, de modo que la estancia quedó en penumbra. Señaló una silla a *madame* Exe, y se dispuso a sentarse en la otra.

—Perdón, *monsieur*; yo creo en su integridad y en la de *madame* Simone. De todos modos, con el fin de que mi testimonio sea más valioso, me tomé la libertad de traer esto conmigo.

De su bolso extrajo un trozo de cuerda fina.

—¡*Madame*! —gritó Raoul—. ¡Esto es un insulto!

—Una precaución, diría yo.

—¡Repito que es un insulto!

—No comprendo su objeción, *monsieur*. Si no hay truco, no tiene nada que temer.

—Puedo asegurarle que no temo a nada, *madame*. Está bien, áteme las manos y los pies, si quiere.

Sus palabras no produjeron el efecto esperado, pues *madame* Exe se limitó a decir sin emoción alguna.

—Gracias, *monsieur* —y avanzó con la cuerda en la mano.

Simone, situada detrás de la cortina, gritó:

—¡No, Raoul! ¡No dejes que lo haga!

Madame Exe se rió despreciativa.

—*Madame* tiene miedo.

—Recuerda lo que ha dicho, Simone —intervino Raoul—. *Madame* Exe tiene la impresión de que somos unos charlatanes.

—Quiero asegurarme, eso es todo —repuso la aludida.

Luego procedió metódicamente a ligar a Raoul a su silla.

—La felicito por sus nudos, *madame* —dijo irónico, tan pronto quedó atado—. ¿Está satisfecha ahora?

Ella no contestó. Pero sí inspeccionó minuciosamente la sala. Después cerró la puerta, se guardó la llave y regresó a su puesto.

—Bien —exclamó decidida—. Ahora estoy dispuesta.

Pasaron varios minutos antes de que se oyera detrás de la cortina la respiración de Simone, más pesada y estentórea. Seguidamente se percibieron una serie de gemidos, seguidos de un corto silencio, roto por el repentino tamborileo de la pandereta. El cuerpo fue tirado de la mesa al suelo, al mismo tiempo que se producía una risa irónica. Las cortinas de la alcoba se entreabrieron un poco, y la figura de la médium se hizo visible, con la cabeza caída sobre el pecho.

De repente, *madame* Exe contuvo el aliento. Un arroyo de niebla, semejante a una cinta, salía de la boca de la médium. La niebla se condensó, y empezó gradualmente a tomar la forma de una niña de corta edad.

—¡Amelia! ¡Mi pequeña Amelia!

El susurro procedía de *madame* Exe. La nebulosa figura se materializó aún más. Raoul miraba casi incrédulo. Jamás había presenciado un éxito tan grande.

Allí, frente a él, una niña de carne y hueso se había hecho realidad.

De pronto, se oyó la suave voz infantil.

—*Maman!*

Madame Exe medio se levantó de su asiento, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Hijita mía! ¡Hijita mía!

Raoul intranquilo y temeroso, exclamó:

—¡Cuidado, *madame*!

La criatura se movió vacilante hacia las cortinas, y se quedó allí con los brazos extendidos.

—*Maman!* —repitió.

Madame Exe volvió a medio levantarse de su silla exclamando sordamente:

—¡Oh!

Raoul, asustado, gritó:

—¡*Madame*! ¡La médium!

Pero *madame* Exe pareció no enterarse.

—Quiero tocarla —dijo.

Tan pronto avanzó un paso, el joven suplicó:

—¡Por lo que más quiera, *madame*, contrólese!

Ella no le oía.

—¡Siéntese! —gritó aterrado.

—¡Mi querida! ¡Quiero tocarla!

—*Madame*, le ordeno que se siente. ¡Siéntese! —volvió a gritar, desesperado.

Raoul luchó denodadamente contra sus ligaduras. Fue inútil, ya que *madame* Exe había realizado bien su labor. La terrible sensación de inminente desastre, casi lo enloqueció.

—¡*Madame*! ¡Siéntese! —vociferó, perdido el control de sus nervios— ¡Tenga piedad de la médium!

Ella, indiferente a la angustia del hombre, y sumida en gozoso éxtasis, alargó un brazo y tocó la pequeña figura en pie junto a la cortina. La médium exhaló un sobrecogedor grito.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —imploró Raoul—. ¡Compadézcase de la médium!

Madame Exe se volvió hacia él.

—¿Qué me importa a mí la médium? ¡Quiero a mi hija!

—¿Está usted loca?

—¡Mi hija! ¡Es mía! ¡Mía! Mi propia carne y sangre. Es mi pequeña que vuelve a mí del mundo de los muertos.

Raoul abrió sus labios, pero no logró decir palabra. ¡Aquella mujer estaba loca! Era inútil suplicar piedad a un ser dominado por su propia pasión.

Los labios de la niña volvieron a entreabrirse, y, por tercera vez, se oyó su voz:

—*Maman!*

—¡Ven, pequeñita mía! —gritó la madre.

Luego, sin más preámbulos, cogió a su hija en sus brazos. Detrás de las cortinas se produjo un prolongado gritó de extrema agonía.

—¡Simone! —llamó Raoul—. ¡Simone!

Madame Exe pasó precipitadamente por delante de él, abrió la puerta, y sus pasos se perdieron en las escaleras.

Detrás de la cortina aún sonaba el terrible y prolongado grito; un grito como Raoul jamás había oído. Luego se desvaneció en una especie de gorgoteo, roto por el golpe de un cuerpo al desplomarse.

El joven luchó como un loco, y sus ligaduras se partieron al fin. Mientras se ponía en pie, Elise apareció gritando:

—¡*Madame*!

—¡Simone! —dijo Raoul.

Juntos se precipitaron a la cortina, y la separaron.

Raoul retrocedió.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¡Roja… toda roja!

Elise, temblorosa, exclamó:

—¡*Madame* está muerta! *Monsieur*, ¿qué ha sucedido? *¿Por qué madame ha quedado reducida a la mitad de su tamaño? ¿Qué ha sucedido?*

—Lo ignoro.

Durante breves segundos permanecieron callados, sobrecogidos de espanto. Al fin, Raoul gritó:

—¡No lo sé! ¡No lo sé! Creo que me vuelvo loco. ¡Simone! ¡Simone!

S. O. S.

(SOS).

—¡Ah! —dijo el señor Dinsmead efusivamente mientras examinaba la mesa redonda con aprobación. La luz del hogar había resaltado el mantel blanco, los tenedores y cuchillos, así como todos los demás objetos.

—¿Está… todo a punto? —preguntó la señora Dinsmead con voz insegura. Era una mujercita insignificante, de rostro descolorido, cabellos ásperos, peinados hacia atrás, y una nerviosidad perpetua.

—Todo está a punto —replicó su esposo con una especie de satisfacción malsana.

Era un hombre corpulento, de hombros caídos y rostro rubicundo. Tenía los ojos pequeños y brillantes, las cejas muy pobladas y las mejillas desprovistas de vello.

—¿Limonada? —sugirió la señora Dinsmead, casi en un susurro.

Su esposo meneó la cabeza.

—Té. Es mucho mejor en todos los aspectos. Mira el tiempo que hace, llueve a cántaros y sopla fuerte viento. Una buena taza de té caliente es lo que hace falta para acompañar la cena de una noche como ésta.

Y parpadeando con vivacidad volvióse de nuevo para revisar la mesa.

—Un buen plato de huevos, ternera en lata y pan y queso. Esto es lo que he dispuesto para la cena. De manera que ve a prepararlo, mamá. Charlotte está en la cocina esperando para ayudarte.

La señora Dinsmead se levantó, ovillando cuidadosamente la lana de su labor de punto.

—Es ya una muchacha muy atractiva —murmuró.

—¡Ah! —exclamó el señor Dinsmead—. ¡Es el viejo retrato de su madre! ¡Vamos, ve a la cocina de una vez y no perdamos más tiempo!

Y se puso a pasear por la habitación tarareando una cancioncilla por espacio de unos minutos. Una vez se acercó a la ventana para contemplar el exterior.

—Vaya tiempecito —murmuró para sí—. No es muy probable que tengamos visitas esta noche.

Y entonces salió de la habitación.

Unos diez minutos más tarde la señora Dinsmead volvía trayendo un plato de huevos fritos, seguida de sus dos hijas que traían el resto de las viandas. El señor Dinsmead y su hijo Johnnie cerraban la marcha. El primero sentóse a la cabecera de la mesa.

—¡Qué buena idea tuvo el primero a quien se le ocurrió conservar los alimentos en las latas! Me gustaría saber qué haríamos nosotros a tanta distancia de cualquier poblado si no pudiéramos echar mano de las conservas cada vez que el carnicero se olvida de venir.

Y se dispuso a atacar la ternera.

—Yo me pregunto a quién se le ocurriría construir una casa como ésta tan apartada de la civilización —replicó su hija Magdalen en tono quejoso—. Nunca vemos a un ser viviente.

—No —dijo su padre—. Nunca vemos a nadie.

—No sé por qué la alquilaste, papá —intervino Charlotte.

—¿No, hija mía? Pues tenía mis razones…, sí, tuve mis razones.

Sus ojos buscaron los de su esposa, pero ella frunció el ceño.

—Y además está encantada —continuó Charlotte—. No dormiría aquí sola por nada.

—Tonterías —replicó el padre—. Nunca viste nada, ¿no es cierto?

—Quizá no haya visto nada, pero…

—Pero ¿qué…?

Charlotte no contestó, mas un estremecimiento recorrió su cuerpo. Un fuerte ramalazo de lluvia azotó el postigo de la ventana y la señora Dinsmead dejó caer la cuchara, que tintineó contra la bandeja.

—¿Estás nerviosa, mamá? —dijo el señor Dinsmead—. Hace mala noche, eso es todo. No te preocupes, aquí estamos seguros junto al fuego, y no es probable que nadie venga a molestarnos. Vaya, sería un milagro que viniera alguien, y los milagros no ocurren a menudo. No —agregó como para sus adentros con extraña satisfacción —. Los milagros no ocurren a menudo.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando llamaron a la puerta, y el señor Dinsmead quedó como petrificado.

—¿Qué es eso? —murmuró boquiabierto.

La señora Dinsmead, exhalando un gemido, se arropó más en su chal. El color acudió a las mejillas de Magdalen cuando se inclinó hacia delante para decir a su padre:

—El milagro ha ocurrido. Será mejor que vayas a ver quién es.

Veinte minutos antes Mortimer Cleveland se hallaba examinando su automóvil bajo la lluvia y envuelto en la niebla. Aquello sí que era mala suerte. Dos pinchazos en menos de diez minutos, y allí estaba detenido a muchos kilómetros de distancia de cualquier parte, en mitad de las desnudas tierras de Wilstshire, con la noche echándose encima y sin la menor esperanza de encontrar dónde guarecerse. Le estaba bien empleado por querer tomar un atajo. ¡Si hubiera continuado por la carretera principal! Ahora se encontraba perdido en mitad de un camino de carros cerca de la ladera de una colina, sin posibilidad de hacer avanzar su coche, ni la menor idea de a qué distancia estaba el pueblo más próximo.

Miró perplejo a su alrededor y sus ojos percibieron el resplandor de una luz en la ladera de la colina. Un segundo más tarde la niebla la ocultó de nuevo, pero

aguardando con paciencia logró verla otra vez. Tras un momento de vacilación se decidió a abandonar el automóvil, encaminándose hacia la colina.

Pronto pudo salir de la niebla, viendo que la luz salía de una ventana de una casita de campo. Allí por lo menos encontraría refugio. Mortimer Cleveland apresuró el paso, inclinando la cabeza para hacer frente a la lluvia y al fuerte viento que intentaba hacerle retroceder.

Cleveland era, a su manera, una celebridad, aunque la mayoría de la gente desconociera su nombre y actividades. Era una autoridad en ciencias mentales y había escrito dos libros de texto sobre el subconsciente. Era, además, miembro de la Sociedad de Investigaciones Físicas y un estudiante de las ciencias ocultas en cuanto afectaran sus propias conclusiones y línea de investigación.

Su naturaleza era muy susceptible al ambiente, y gracias a un adiestramiento deliberado había acrecentado este don natural. Cuando hubo llegado a la casa y llamado a la puerta, tuvo conciencia de una excitación, y de un interés especial, como si todas sus facultades se hubieran agudizado de pronto.

El murmullo de voces del interior llegaba perfectamente hasta sus oídos. Después de su llamada se hizo un silencio, y luego oyó correr una silla. Al minuto siguiente le abrió la puerta un muchacho de unos quince años. Cleveland pudo contemplar por encima de su hombro la escena del interior, que le recordó los cuadros de un pintor alemán.

Una mesa redonda preparada para la cena y una familia reunida a su alrededor; un par de velas encendidas y la luz del hogar iluminándolo todo. El padre, un hombre corpulento, sentado a la cabecera de la mesa, y frente a él una mujercita de cabellos grises y aspecto atemorizado. Frente a la puerta, mirando a Cleveland, una muchacha que había detenido su taza en el aire sin acabar de llevarla a sus labios.

Cleveland vio enseguida que su hermosura era poco corriente. Sus cabellos, rubios como el oro, enmarcaban su rostro como una aureola; sus ojos, muy separados, eran de un gris purísimo, y la boca y la barbilla dignas de una *madonna* italiana.

Hubo un minuto de silencio absoluto. Luego Cleveland penetró en la casa refiriendo lo que acababa de ocurrirle. Cuando hubo terminado su historia se hizo otra pausa difícil de explicar. Al fin, como si le costara un gran esfuerzo, se levantó el padre.

—Pase, señor… ¿señor Cleveland, dijo usted?

—Ése es mi nombre —repuso Mortimer sonriendo.

—Ah, sí. Pase, señor Cleveland. Hace una noche de perros, ¿no es cierto? Acérquese al fuego. Cierra la puerta, ¿quieres, Johnnie? No te quedes ahí toda la noche.

Cleveland se acercó al fuego, tomando asiento en un taburete de madera, mientras Johnnie cerraba la puerta.

—Me llamo Dinsmead —le dijo el cabeza de familia con toda cordialidad—. Ésta es mi esposa, y éstas mis dos hijas, Charlotte y Magdalen.

Por primera vez Cleveland vio el rostro de la otra joven sentada de espaldas a la puerta, y aunque totalmente distinta a la otra, era también una belleza. Muy morena, con el rostro pálido, una delicada nariz aguileña y boca perfecta. Al oír la presentación de su padre inclinó la cabeza mirándole como si quisiera adivinar su carácter…, como si le estuviera pesando en la balanza de su joven juicio.

—¿Quiere beber alguna cosa, señor Cleveland?

—Gracias —replicó Mortimer—. Una taza de té me sentaría admirablemente.

El señor Dinsmead vaciló un momento, y luego fue vaciando las cinco tazas, una tras otra, en la tetera.

—Este té está ya frío —dijo con brusquedad—. ¿Quieres hacer un poco más, mamá?

La señora Dinsmead levantóse rápidamente y recogió la tetera. Mortimer tuvo la impresión de que se alegraba de poder abandonar la habitación.

El té no tardó en llegar y el inesperado huésped participó en la cena.

El señor Dinsmead charlaba y charlaba…, estuvo comunicativo, genial y locuaz, contando al forastero toda su vida. Que se había retirado últimamente del negocio de la construcción…, sí, era un buen asunto. Él y su esposa habían creído que les convendría un poco de aire puro…, hasta entonces nunca habían vivido en el campo. Claro que era mala época, octubre y noviembre, pero no quisieron esperar.

—La vida es tan insegura, señor…

De modo que alquilaron aquella casita situada a ocho kilómetros del pueblo más cercano, y a diecinueve de lo que podríamos llamar la ciudad. No, no se quejaban. Las hijas lo encontraban un poco aburrido, pero él y su esposa disfrutaban con aquella tranquilidad.

Y así continuó largo rato, dejando a Mortimer casi hipnotizado con su facilidad de palabra. Estaba seguro de que allí no había otra cosa que vulgaridad doméstica, y no obstante al penetrar en la casa diagnosticó otra cosa…, cierta tensión…, cierta corriente que emanaba de una de aquellas cinco personas…, no sabía de cuál. ¡Simplezas, sus nervios estaban fuera de quicio! Les asustó al pronto su repentina aparición, seguramente…, nada más.

Insinuó la cuestión de buscar cobijo para pasar la noche, hallando pronta respuesta.

—Usted se queda con nosotros, señor Cleveland. No hay otra casa en varios kilómetros. Podemos darle habitación, y aunque mis pijamas son algo anchos, vaya, siempre serán mejor que nada, y sus ropas estarán ya secas por la mañana.

—Es usted muy amable.

—Nada de eso —replicó el otro alegremente—. Como acabo de decirle, hace una nochecita de perros para andar por ahí. Magdalen, Charlotte, id a preparar la habitación.

Las dos jóvenes salieron de la estancia y al poco rato Mortimer las oyó andar por arriba.

—Comprendo perfectamente que dos jovencitas tan atractivas como sus hijas se aburran aquí —dijo Cleveland.

—¿Bonitas, verdad? —repuso el señor Dinsmead con orgullo paternal—. Pero muy distintas de nosotros. Mi esposa y yo somos muy caseros y estamos muy unidos, se lo aseguro, señor Cleveland. ¿No es cierto, Maggie?

La señora Dinsmead sonrió y las agujas tintineaban afanosamente. Tejía muy de prisa.

Al fin la habitación estuvo preparada, y Mortimer, tras dar las gracias una vez más, anunció el deseo de retirarse a descansar.

—¿Habéis puesto una botella de agua caliente en la cama? —preguntó de pronto la señora Dinsmead acordándose de sus deberes de ama de casa.

—Sí, mamá, dos.

—Muy bien —replicó Dinsmead—. Subid con él, hijas mías, y ved que no falte nada.

Magdalen le precedió con un candelabro en alto para iluminar una escalera, y Charlotte subió tras él.

El dormitorio era reducido, pero agradable, con el techo inclinado. La cama parecía cómoda y los pocos muebles un tanto polvorientos que la adornaban eran de caoba antigua. Sobre el lavabo había una gran jarra de agua caliente, y sobre una silla un pijama de enormes proporciones. La cama había sido abierta.

Magdalen fue hasta la ventana para asegurarse de que los postigos estaban cerrados. Charlotte dirigió una ojeada final a los utensilios del lavabo y ambas se retiraron hacia la puerta.

—Buenas noches, señor Cleveland. ¿Está seguro de que no le falta nada?

—No, gracias, señorita Magdalen. Siento ocasionarles tantas molestias. Buenas noches.

Y salieron, cerrando la puerta tras ellas. Mortimer Cleveland quedó a solas y empezó a desnudarse con aire pensativo. Cuando se hubo puesto el enorme pijama del señor Dinsmead recogió sus ropas húmedas y las dejó fuera de la habitación, como le aconsejara su anfitrión, cuya voz se oía desde abajo.

¡Qué charlatán era aquel hombre! Era un tipo raro… y desde luego había oído algo extraño en aquella familia. ¿O eran cosas de su imaginación?

Volvió a entrar en el dormitorio y cerró la puerta, quedando sumido en sus pensamientos… y entonces tuvo un sobresalto.

La mesita de caoba que había al lado de la cama estaba cubierta de polvo y escritas en él se veían unas letras con toda claridad. S. O. S.

Mortimer no podía dar crédito a sus ojos. Aquello era una confirmación a sus vagas sospechas y presentimientos. Entonces estaba en lo cierto. En aquella casa ocurría algo raro.

S. O. S. Una llamada de auxilio. Pero ¿quién la habría escrito en el polvo? ¿Magdalen o Charlotte? Ambas estuvieron junto a la cama unos momentos antes de

abandonar la habitación. ¿Qué mano habría trazado aquellas tres significativas letras?

Ante él aparecieron los rostros de las dos jóvenes. Magdalen, morena y fría, y Charlotte, tal como la viera en el primer momento, con los ojos muy abiertos, sobresaltada, con un algo indefinible en su mirada.

Fue de nuevo hacia la puerta y la abrió. Ya no se oía la voz del señor Dinsmead. La casa estaba silenciosa.

Mortimer pensó para sus adentros:

«Esta noche nada puedo hacer. Y mañana ya veremos».

Cleveland se despertó temprano, y luego de bajar a la planta baja salió al jardín. La mañana era hermosa y fresca después de la lluvia. Alguien más había madrugado. En el otro extremo del jardín Charlotte estaba inclinada sobre la cerca contemplando las colinas, y el pulso se aceleró un poco al ir a su encuentro. En su interior estaba convencido de que fue Charlotte quien escribiera el mensaje. Al llegar junto a ella la joven se volvió para darle los buenos días. Sus ojos eran francos e infantiles, sin la menor sombra de secreto.

—Hace una mañana espléndida —dijo Mortimer sonriendo—. Qué contraste con el tiempo que hacía anoche.

—Desde luego.

Mortimer arrancó una rama del árbol cercano, y con ella empezó a dibujar sobre la arena que había a sus pies. Trazó una S, luego una O y por último otra S, observando la reacción de la joven, pero tampoco ahora pudo ver la menor señal de comprensión.

—¿Sabe lo que representan estas letras? —le preguntó de pronto.

Charlotte frunció el entrecejo.

—¿No son las que envían los barcos cuando están en peligro? —preguntó.

Mortimer hizo un gesto de asentimiento.

—Alguien las escribió anoche en mi mesita de noche —dijo tranquilamente—. Y pensé que tal vez hubiera sido usted.

Ella le miró con franco asombro.

—¿Yo? ¡Oh, no!

Entonces se había equivocado. Sintió una punzada de desaliento. Creía estar seguro…, tan seguro. Y sus presentimientos no solían engañarle.

—¿Está bien segura? —insistió.

—¡Oh, sí!

Echaron a andar hacia la casa. Charlotte parecía preocupada por algo, y apenas contestaba a los comentarios de Mortimer. De pronto exclamó en voz baja y nerviosa:

—Es… es tan extraño que me haya usted preguntado por esas letras, S. O. S. Claro que yo no las escribí, pero… podría haberlo hecho.

Cleveland se detuvo para mirarla y ella continuó:

—Parece una tontería, lo sé, pero he estado tan asustada, tanto…, que cuando usted llegó anoche me parecía una… una respuesta a mis plegarias.

—¿De qué tenía miedo? —preguntó Mortimer.

—No lo sé.

—¿No lo sabe?

—Creo… que es la casa. Desde que vinimos aquí ha ido creciendo mi temor. Todos parecen distintos. Papá, mamá y Magdalen…, todos parecen haber cambiado.

Mortimer no replicó enseguida, y antes de que pudiera hacerlo, Charlotte se apresuró a continuar:

—¿Sabe que esta casa dicen que está encantada?

—¿Qué? —preguntó él sintiendo renacer su interés.

—Sí, un hombre asesinó a su esposa aquí, hace ya algunos años. Nosotros lo supimos después de habitarla. Papá dice que eso de los fantasmas son tonterías, pero yo… no sé…

Mortimer pensaba a toda velocidad.

—Dígame —le preguntó en tono profesional—. ¿Ese crimen se cometió en la habitación donde yo he dormido?

—No lo sé —repuso Charlotte.

—Quisiera saber —dijo Mortimer como para sus adentros—, si eso es posible.

Charlotte le miraba sin comprender.

—Señorita Dinsmead —le dijo Cleveland amablemente—. ¿Ha tenido alguna vez motivos para creer que es usted una buena médium?

Ella le miró sorprendida.

—Creo que usted sabe que escribió S. O. S. anoche —dijo él tranquilamente—. Oh, inconsciente, desde luego. Un crimen flota en la atmósfera, por así decir. Una mentalidad sensible como la suya pudo ser influenciada en cierta manera. Usted ha estado reproduciendo las sensaciones e impresiones de la víctima. Muchos años atrás *ella* escribió S. O. S. en la mesa, y usted, inconsciente, reprodujo anoche su última acción.

El rostro de Charlotte se iluminó.

—Ya entiendo —dijo—. ¿Usted cree que ésa es la explicación?

Una voz llamó desde la casa y la joven se marchó dejando a Mortimer en el sendero del jardín. ¿Estaba satisfecho con aquella explicación? ¿Cubría todos los hechos que él conocía? ¿Explicaba la tensión que percibiera al entrar en la casa la noche anterior?

Quizá, y no obstante aún tenía la extraña sensación de que su repentina presencia había producido algo muy semejante a la consternación, y pensó para sí: *No debo dejarme llevar por la explicación física. Puede afectar a Charlotte, pero no a los otros. Mi llegada les contrarió en gran manera… a todos, excepto a Johnnie. Sea lo que fuese lo que ocurre, Johnnie no tiene nada que ver*.

Estaba seguro de esto: era extraño que demostrara tanta seguridad, pero era así.

En aquel momento el propio Johnnie salía de la casa y se aproximó al huésped.

—El desayuno espera —le anunció—. ¿Quiere usted entrar?

Mortimer observó que el muchacho tenía dos dedos muy manchados, y Johnnie, al ver su mirada, se echó a reír.

—Siempre ando trajinando con productos químicos, ¿sabe? —le dijo—. Papá a veces se pone furioso. Él quiere que me dedique a la construcción, pero a mí me encanta la química.

El señor Dinsmead apareció en una de las ventanas con una amplia sonrisa en los labios, y al verle, todo el recelo y desconfianza de Mortimer despertaron de nuevo. La señora Dinsmead estaba ya sentada a la mesa. Le dio los buenos días con su voz inexpresiva y otra vez tuvo la sensación de que por alguna oculta razón le temía.

Magdalen bajó al fin, y tras saludarle con una leve inclinación de cabeza se acercó y tomó asiento frente a él.

—¿Ha dormido usted bien? —le preguntó bruscamente—. ¿No ha extrañado la cama?

Le miraba con ansiedad, y cuando él le contestó que sí había dormido bien, le pareció ver en sus ojos una sombra de desilusión. ¿Qué es lo que había esperado que dijera?

Mortimer volvióse a su anfitrión.

—Creo que su hijo se interesa por la química —dijo complacido.

La señora Dinsmead dejó caer su taza con estrépito.

—Vamos, vamos, Maggie —le dijo su esposo.

A Mortimer le pareció que en su voz había una reconvención, una advertencia…, pero volviéndose hacia su huésped estuvo hablando tranquilamente de las ventajas del ramo de la construcción y de no dejar que los jóvenes siguieran sus impulsos.

Después del desayuno Cleveland salió solo al jardín para fumar un cigarrillo. Era evidente que había llegado la hora de abandonar aquella casa. Pasar la noche era una cosa, pero el prolongar su estancia allí resultaba difícil sin una excusa, y ¿qué excusa podía dar? Sin embargo sentíase reacio a partir.

Pensando y pensando, tomó un camino que llevaba al otro lado de la casa. Sus zapatos tenían las suelas de crepé y apenas hacían ruido. Al pasar ante la ventana de la cocina oyó la voz de Dinsmead y sus palabras atrajeron su atención.

—Es una buena suma de dinero, vaya si lo es.

Mortimer no tenía intención de escuchar lo que hablaban, pero volvió sobre sus pasos muy pensativo. Sea como fuere se trataba de sesenta mil libras, y aquello ponía la cosa más clara… y más fea.

Magdalen salía de la casa, pero la voz de su padre la llamó casi en el acto, y volvió a entrar. Al poco rato Dinsmead volvía a reunirse con su huésped.

—¡Qué hermosa mañana! —le dijo animadamente—. Espero que su automóvil no tenga nada de importancia.

Quiere saber cuándo me marcho, pensó Mortimer, y en voz alta agradeció una vez más su hospitalidad al señor Dinsmead.

—No faltaba más, no faltaba más —replicó el otro.

Magdalen y Charlotte salieron juntas de la casa, y cogidas del brazo se dirigieron a un asiento rústico que había a corta distancia. Las dos cabezas, una morena y la otra rubia, contrastaban tanto que Mortimer exclamó impulsivamente:

—Qué distintas son sus hijas, señor Dinsmead.

El aludido, que estaba encendiendo su pipa, apagó la cerilla con violencia.

—¿Usted cree? —preguntó—. Sí; claro, supongo que lo son.

Mortimer tuvo una repentina inspiración.

—Claro que las dos muchachas no son hijas suyas —dijo con calma.

Vio que Dinsmead le miraba vacilando, y que al fin se decidía.

—Es usted muy inteligente —le dijo—. No, una de ellas la recogimos cuando era de pañales y la hemos criado como si fuera nuestra. Ella no tiene la menor idea de la verdad, pero tendrá que saberlo pronto —suspiró.

—¿Una cuestión de herencia? —insinuó Mortimer.

El otro le dirigió una mirada de recelo, y al fin decidió que la franqueza era lo mejor.

—Es extraño que usted diga eso, señor Cleveland.

—Un caso de telepatía, ¿eh? —dijo Mortimer con una sonrisa.

—Así es, señor. La recogimos por complacer a su madre…, entonces yo empezaba a dedicarme a la construcción. Hace pocos meses vi un anuncio en los periódicos, y me pareció que la niña en cuestión debía ser nuestra Magdalen. Fui a ver a los abogados y se ha hablado mucho en todos los sentidos. Ellos sospechan… es natural… es natural…, pero ahora está todo aclarado. Yo mismo voy a llevarla a Londres la semana que viene… Ella todavía no sabe nada. Parece ser que su padre fue un hombre muy rico, y sólo se enteró de la existencia de la niña pocos meses antes de su muerte. Contrató a varios agentes para que la encontraran y le dejó todo su dinero para cuando dieran con ella.

Mortimer le escuchaba con suma atención. No tenía motivos para dudar de la historia del señor Dinsmead, que explicaba la belleza morena de Magdalen, y quizá también su frialdad. Sin embargo, aunque la historia fuese cierta, algo se ocultaba tras ella.

Mas Cleveland no quiso despertar las sospechas del otro. Al contrario, debía procurar disiparlas.

—Una historia muy interesante, señor Dinsmead —le dijo—. Y felicito a la señorita Magdalen. Siendo tan hermosa y además heredera, tendrá un magnífico porvenir.

—Sí —convino el padre con calor—, y además es muy buena, señor Cleveland.

—Bien —dijo Mortimer—. Creo que debo marcharme ya. Tengo que darle las gracias una vez más, señor Dinsmead, por su hospitalidad tan estupenda y oportuna.

Acompañado de su anfitrión penetró en la casa para despedirse de la señora Dinsmead, que por hallarse de pie ante la ventana no les oyó entrar. Al oír decir a su esposo en tono jovial: «Aquí está el señor Cleveland, que quiere despedirse de ti», se sobresaltó de tal manera que le cayó algo que tenía en la mano y que Mortimer se apresuró a recoger. Era una miniatura de Charlotte hecha al estilo de los años veinte. Cleveland le repitió las gracias que ya diera a su esposo, volviendo a notar en ella las miradas furtivas y llenas de temor que le dirigían sus pestañas.

Las dos jóvenes no estaban a la vista, pero Mortimer no quería demostrar interés por ellas; también él tenía su idea, que no habría de tardar en comprobar.

Cuando se encontraba a medio kilómetro de distancia de la casa, camino del lugar donde dejara el automóvil la noche anterior, vio que se movían unos arbustos al lado del sendero y Magdalen apareció ante él.

—Tenía que verle —le dijo.

—La esperaba repitió Mortimer.

—Fue usted quien escribió S. O. S. en mi mesilla de noche, ¿no es cierto?

Magdalen asintió.

—¿Por qué? —le preguntó Mortimer en tono amable.

La joven, dando media vuelta, comenzó a arrancar hojas de un arbusto.

—No lo sé —dijo—. Sinceramente, no lo sé.

—Cuéntame —le animó Cleveland.

Magdalen aspiró el aire con fuerza.

—Soy una persona práctica —dijo—; no de esas que imaginan o inventan cosas. Usted, según tengo entendido, cree en fantasmas y espíritus. Yo no, y le aseguro que en esta casa ocurre algo muy extraño —señaló la colina—. Quiero decir que hay algo tangible…, no es sólo un eco del pasado. Lo he estado notando desde que vinimos aquí. Cada día que pasa es peor. Papá está distinto, mamá es otra, y Charlotte lo mismo.

Mortimer intervino.

—¿Y Johnnie no ha cambiado?

Magdalen le miró apreciativamente.

—No —dijo—, ahora que lo pienso, Johnnie no ha cambiado. Es el único que está igual que siempre. Incluso anoche a la hora del té.

—¿Y usted?

—Yo estaba asustada…, terriblemente asustada, como una niña…, sin saber por qué. Y papá estuvo tan… extraño, no hay otra palabra. Habló de milagros y entonces yo recé…, recé para que se realizara un milagro, y *usted* llamó a la puerta.

Se detuvo bruscamente, mirándola a los ojos.

—Supongo que debo parecerle loca —le dijo con aire desafiante.

—No —replicó Mortimer—, al contrario, me parece usted una personita muy cuerda. Todas las personas sanas sienten el peligro cuando se hallan cerca de él.

—No comprende —dijo ella—. Yo no temía… por mí.

—¿Por quién entonces?

Pero Magdalen volvió a menear la cabeza con aire contrito.

—No lo sé. —Y continuó—: Escribí S. O. S. impulsivamente. Tuve la impresión… sin duda absurda… de que no iban a dejarme hablar con usted…, me refiero, a mi familia. No sé lo que pensaba pedirle que hiciera, ni tampoco lo sé ahora.

—No importa —replicó Mortimer—. Lo haré.

—¿Qué puede usted hacer ahora?

—Puedo pensar.

Ella le miró incrédula.

—Sí —dijo Mortimer—, así puede hacerse muchísimo más de lo que usted se imagina. Dígame, ¿hubo por casualidad alguna palabra o frase que atrajera su atención poco antes de la cena de anoche?

Magdalen frunció el entrecejo.

—No creo —dijo al fin—. Oí que papá decía a mamá que Charlotte era su vivo retrato, y se rió de un modo muy extraño, pero… no hay nada raro en eso, ¿verdad?

—No —replicó Mortimer, despacio—, excepto que Charlotte no se parece en nada a su madre.

Permaneció sumido en sus pensamientos unos instantes y, al levantar los ojos, comprendió que Magdalen le contemplaba indecisa.

—Vuelva a su casa, pequeña —le dijo—, y no se preocupe. Déjelo en mis manos.

Ella, obediente, emprendió el camino de regreso. Mortimer continuó andando un poco más, y luego se tumbó sobre la verde hierba y cerrando los ojos procuró no pensar en nada, para dejar que una serie de imágenes fueran subiendo a la superficie de su memoria.

¡Johnnie! Siempre volvía a pensar en Johnnie. Johnnie completamente inocente, y ajeno a las sospechas e intrigas, pero, sin embargo, el eje en torno al cual giraba todo. Recordó que la señora Dinsmead había dejado caer su taza aquella mañana durante el desayuno. ¿Qué fue lo que originó su agitación? ¿Un comentario casual que hizo él acerca de la afición del muchacho por la química? En aquel momento no había reparado en el señor Dinsmead, pero ahora recordaba que detuvo en el aire la taza que iba a llevarse a los labios.

Aquello le llevó de nuevo a Charlotte cuando la vio por primera vez mirándole por encima de su taza de té. Y rápidamente a este pensamiento le sucedió otro: el recuerdo del Señor Dinsmead vaciando todas las tazas, una tras otra, y diciendo: «El té está frío».

Recordaba las tazas humeantes. Sin duda el té no estaría tan frío como él pretendía.

Algo empezó a bullir en su cerebro. Una noticia que leyera en los periódicos no hacía mucho…, todo lo más un mes. Una familia entera envenenada por el descuido de un muchacho. Un paquete de arsénico olvidado en la despensa, cuyo contenido

había ido cayendo sobre el pan que estaba debajo. Probablemente el señor Dinsmead también lo habría leído.

Las cosas se fueron aclarando.

Y media hora más tarde, Mortimer Cleveland se puso en pie rápidamente.

Se hizo de noche una vez más en la casita. Esta vez los huevos eran escalfados y se abrió una lata de carne mollar. La señora Dinsmead salía de la cocina portando la enorme tetera, mientras la familia ocupaba sus sitios correspondientes alrededor de la mesa.

La madre fue llenando las tazas y repartiéndolas. Luego, al dejar la tetera sobre la mesa, lanzó un grito ahogado y se llevó la mano al corazón. El señor Dinsmead giró en redondo siguiendo la dirección de sus ojos aterrorizados. Mortimer Cleveland estaba en pie en la entrada, y se adelantó.

—Temo haberles asustado —dijo—. Tuve que volver por algo.

—¿Por algo? —exclamó el señor Dinsmead con el rostro amoratado y las venas a punto de estallar—. Me gustaría saber por qué.

—Por un poco de té —exclamó Mortimer.

Y con un gesto rápido extrajo un tubo de ensayo de su bolsillo, en el que vació el contenido de una de las tazas que había sobre la mesa.

—¿Qué… qué hace usted? —preguntó el señor.

Dinsmead, con el rostro palidísimo, del que había desaparecido todo el acaloro anterior como por arte de magia.

La señora Dinsmead lanzó un gemido.

—¿Lee usted los periódicos, señor Dinsmead? Estoy seguro que sí. Algunas veces se lee la noticia de que toda una familia ha sido envenenada…, ciertos miembros de la misma se recobraron y otros no. En este caso uno hubiera muerto. La primera explicación sería la carne en lata que están comiendo, pero ¿y suponiendo que el médico fuese un hombre receloso y que no se dejase convencer fácilmente por esa teoría? En su despensa hay un paquete de arsénico, y en el estante de debajo un paquete de té. Nada más natural que suponer que el arsénico cayó en el té por accidente… Su hijo sería inculpado de descuido y nada más.

—Yo… yo no sé a qué se refiere —exclamó Dinsmead.

—Creo que sí lo sabe —Mortimer cogió otra taza de té y llenó otro tubo. Al primero le puso una etiqueta roja y al otro una azul.

—El de la etiqueta roja —dijo— contiene té de la taza de su hija Charlotte, y el otro de la de Magdalen; y estoy dispuesto a jurar que en el primero se encontrará cuatro o cinco veces mayor cantidad de arsénico que en el segundo.

—¡Está loco! —exclamó Dinsmead.

—¡Oh, pobre de mí! Nada de eso. Usted me dijo hoy mismo, señor Dinsmead, que Magdalen no era hija suya. Y me mintió. Magdalen es *su* hija. Charlotte es la

niña que ustedes adoptaron y que es tan parecida a su madre, que cuando hoy tuve en mis manos una miniatura de su madre la tomé por la propia Charlotte. Ustedes deseaban que su propia hija heredara la fortuna, y puesto que era imposible ocultar a Charlotte, y alguien que hubiera conocido a su madre hubiese comprendido la verdad por su extraordinario parecido, decidieron…, bueno…, poner el arsénico blanco suficiente en el fondo de una taza de té.

La señora Dinsmead lanzó de pronto una risa histérica.

—Té —gritó—; eso es lo que dijo, té, y no limonada.

—¿Es que no puedes callarte? —rugió su esposo.

Mortimer vio que Charlotte le miraba con los ojos muy abiertos. Luego sintió que le cogían de un brazo y Magdalen le llevó donde no pudieran oírles.

—Eso… —señaló los tubos de ensayo—. Papá… Usted no… Mortimer le puso una mano sobre el hombro.

—Pequeña —le dijo—, usted no cree en el pasado. Yo sí. Y creo en el ambiente que se respiraba en esta casa. Si su padre no hubiera venido a esta casa, precisamente, quizá… digo *quizá*…, no hubiera concebido este plan. Guardaré estos dos tubos de ensayo para salvaguardar a Charlotte ahora, y en el futuro. Aparte de esto, no haré nada… en agradecimiento, si usted quiere, a la mano que escribió S. O. S.

El misterio de Listerdale

(The Listerdale Mystery).

La señora Saint Vincent estaba sumando. De cuando en cuando suspiraba llevándose la mano a su dolorida frente. Nunca le había gustado la aritmética, y era una desgracia que ahora su vida pareciera depender enteramente de una suma en particular, la incesable adición de pequeños gastos necesarios, cuyo total nunca dejaba de sorprenderla y alarmarla.

¡Era imposible que sumasen *tanto*! Volvió a repasar las cifras. Había cometido un insignificante error en los céntimos, pero las demás eran exactas.

La señora Saint Vincent volvió a suspirar. Su jaqueca se había acrecentado. Alzó la cabeza al ver que se abría la puerta para dar paso a su hija Bárbara. Bárbara Saint Vincent era una joven muy hermosa, con las mismas facciones delicadas de su madre, y el mismo gesto altivo al volver la cabeza, pero sus ojos eran oscuros, en vez de azules, y tenía la boca distinta, de labios rojos y expresión grave, no exenta de atractivo.

—¡Oh, mamá! —exclamó—. ¿Todavía luchando con horribles cuentas? Arrójalas al fuego.

—Debemos conocer nuestra situación —replicó la señora Saint Vincent con voz insegura.

La joven alzó los hombros.

—Siempre estamos igual —dijo secamente—. Con el agua hasta el cuello, y como de costumbre, sin un céntimo.

La señora Saint Vincent suspiró.

—Quisiera… —empezó a decir, pero se detuvo.

—Tengo que encontrar un empleo —dijo Bárbara en tono firme—. Y pronto. Al fin y al cabo para eso he seguido el curso de taquigrafía y mecanografía. ¡Igual que otro millón de muchachas! «¿Qué experiencia tiene usted?». «Ninguna, pero…». «¡Oh! Gracias. ¡Buenos días! Ya le avisaremos». ¡Pero nunca avisan! Tengo que encontrar un empleo… lo que sea.

—Todavía no, querida —suplicó su madre—. Espera un poco más.

Bárbara fue hacia la ventana y sus ojos contemplaron sin ver la silueta de las casas de enfrente.

—Algunas veces —dijo despacio—, siento que mi prima Amy me llevara a Egipto el invierno pasado. ¡Oh! Sí que me divertí… casi fue la única diversión que he tenido, o que pueda tener en toda mi vida. Me *divertí*… disfruté intensamente. Pero fue una gran decepción. Me refiero a volver a… *esto*.

Y con un gesto abarcó la habitación. La señora Saint Vincent la siguió con la vista y parpadeó. La estancia era un ejemplo típico de las habitaciones de alquiler barato. Aspecto polvoriento, mobiliario puramente decorativo, y las paredes empapeladas

con mal gusto y parte descoloridas. Un par de detalles denotaban que la personalidad de las huéspedes había intentado luchar con la de la patrona, y éstos eran: una o dos piezas de porcelana china, desconchadas y encoladas, de manera que su valor «vendible» resultara nulo; un trozo de bordado sobre el respaldo del sofá, y una acuarela de una jovencita al estilo de hace veinte años, lo bastante parecida a la señora Saint Vincent para no equivocarse.

—No me hubiera importado de no haber conocido otra cosa —continuó Bárbara—. Pero pensar en Ansteys…

Se interrumpió, sin atreverse a hablar de aquella casa tan querida que perteneciera a la familia Saint Vincent durante siglos y que ahora estaba en manos de extraños.

—Si papá… no hubiera especulado… y pedido prestado…

—Querida —repuso la señora Saint Vincent—, tu padre no fue nunca, en ningún sentido, un hombre de negocios.

Lo dijo con cierta graciosa entonación, y Bárbara se acercó a ella para darle un beso mientras murmuraba:

—Pobre mamaíta. No diré nada más.

La señora Saint Vincent volvió a coger su pluma, e inclinóse sobre su escritorio.

Bárbara fue de nuevo junto a la ventana, y al poco rato dijo:

—Mamá. Esta mañana he tenido noticias de… Jim Masterton. Quiere venir a verme.

La señora Saint Vincent, dejando la pluma, alzó la cabeza al punto.

—¿Aquí? —exclamó.

—Bueno, no podemos invitarle a cenar en el Ritz —se burló Bárbara.

Su madre se puso triste y de nuevo contempló la habitación con disgusto manifiesto.

—Tienes razón —dijo Bárbara, comprendiendo lo que pensaba—. Es un lugar espantoso. ¡Pobres vergonzantes! Suena bien… una casita muy blanca en el campo, alegres cortinas de bonito dibujo, jarros con flores, y un servicio de té con corona que lava una misma. Eso es lo que dicen las novelas. En la vida real, con un hijo que empieza a abrirse paso en una oficina, significa Londres: patronas ceñudas, niños sucios en la escalera, individuos de aspecto repugnante, arenques para el desayuno que nunca son demasiado frescos… etc.

—Si por lo menos… —empezó a decir la señora Saint Vincent—. Pero la verdad, estoy empezando a temer que ni siquiera podamos conservar esta habitación por mucho tiempo.

—Eso significa cambiarla por una sola habitación dormitorio-salita…, ¡qué horror! para las dos —dijo Bárbara—. ¡Y un armario bajo un ladrillo para Ruperto! Y cuando Jim venga a verme, esas viejas haciendo calceta, y tosiendo de esa manera tan desagradable.

Hubo una pausa.

—Bárbara —dijo al fin la señora Saint Vincent—. ¿Querrías…? Quiero decir… ¿Te importaría…?

Se detuvo enrojeciendo ligeramente.

—No es preciso que andes con rodeos, mamá —dijo Bárbara—. Hoy en día ya nadie lo hace. Supongo que te refieres a casarme con Jim. Me encantaría que me lo pidiera, pero mucho temo que no lo haga.

—¡Oh! Bárbara, querida.

—Bueno, una cosa fue verme allí con prima Amy, desenvolviéndome entre lo mejor de la sociedad (como dicen las novelas). *Le gusté*. ¡Ahora vendrá aquí y me verá en este *ambiente*! Y es un hombre extraño, ¿sabes?, exigente y anticuado. A mí… a mí me gusta por eso. Me recuerda Ansteys y el pueblo… todo como estaba hace cientos de años, pero tan… tan… ¡oh…! No sé cómo decirte… tan fragante. ¡Como el perfume de lavanda!

Se echó a reír semiavergonzada de su vehemencia, y la señora Saint Vincent le habló con cierta ansiedad.

—Me gustaría que te casaras con Jim Masterton —dijo—. Es… uno de los nuestros. Además, goza de buena posición, pero eso no me importaría gran cosa.

—Pues a mí, sí. Estoy harta de pasar apuros.

—Pero, Bárbara, no es…

—¿Sólo por eso? No, le quiero de verdad. Yo… oh, mamá, ¿no *ves* que le quiero?

La señora Saint Vincent se puso triste.

—Ojalá pudiera verte en el ambiente que te corresponde, querida —dijo con pesar.

—¡Oh, bueno! —dijo Bárbara—. ¿Por qué preocuparse? Hemos de procurar ver las cosas con optimismo. Siento haber dicho estas cosas. Animo, mamá.

E inclinándose, besó ligeramente la frente de su madre y se marchó. La señora Saint Vincent, renunciando a seguir con sus cuentas, fue a sentarse en el incómodo sofá. Sus pensamientos giraban en su mente como ardillas enjauladas.

«Pueden decir lo que quieran, pero las apariencias pueden alejar a un hombre al principio. Más tarde no, si está realmente enamorado. Entonces ya sabe cuan dulce y querida es la mujer amada. Pero es tan fácil para los jóvenes el adaptarse a su ambiente. Ruperto, por ejemplo, es completamente distinto de como era antes. No es que quiera que mis hijos sean orgullosos. Nada de eso. Pero me disgustaría que Ruperto se comprometiera con esa jovencita del estanco. Es posible que, en realidad, sea una buena chica, pero no es de nuestra clase. Es todo tan difícil… Pobrecita Babs. Si yo pudiera hacer algo… alguna cosa. ¿Pero de dónde va a salir el dinero? Lo hemos vendido todo para dar a Ruperto la oportunidad de abrirse camino, cuando en realidad no podíamos hacerlo».

Para distraerse, la señora Saint Vincent cogió el *Morning Post*, y empezó a repasar los anuncios de la primera página. La mayoría se los sabía de memoria. Gente que necesitaba capital, gente que no lo tenía, y estaba deseando disponer de él, sólo a

cambio de un pagaré; gente que compraba dientes (siempre le había intrigado el porqué); gente que necesitaba vender pieles y trajes y que tenían una idea optimista en cuanto a su precio. De pronto algo llamó su atención, y poniéndose tensa leyó una y otra vez con gran determinación las letras impresas:

«Sólo para gente bien. Pequeña casa en Westminster, exquisitamente amueblada, se ofrece a quien pudiera interesar. Alquiler puramente nominal. Trato directo».

Un anuncio corriente. Había leído muchísimos iguales… bueno…, casi iguales. Alquiler nominal… ahí es donde estaba la trampa.

Sin embargo, puesto que su deseo era escapar de sus pensamientos, se puso el sombrero enseguida y tomó el autobús correspondiente para dirigirse a la dirección indicada por el anuncio.

Resultó ser la de un agente de ventas, pero no floreciente… sino un lugar de aspecto pobre y anticuado. Con cierta timidez mostró el anuncio que había recortado, y preguntó las condiciones.

El caballero de cabellos blancos que la atendió, se frotó la barbilla con aire pensativo.

—Perfectamente. Sí, perfectamente, señora. Esa casa, la casa que se menciona en el anuncio, es la número siete de Cheviot Place. ¿Desea verla?

—Primero quisiera saber cuánto piden de alquiler.

—¡Oh, el alquiler! La cifra exacta no se ha señalado todavía, pero puedo asegurarle que es puramente nominal.

—Hay opiniones muy distintas sobre lo que llamamos puramente nominal —repuso la señora Saint Vincent.

El anciano caballero se permitió una risita.

—Sí, es un truco antiguo… muy antiguo. Pero puedo darle mi palabra de que en este caso, no. Dos o tres guineas a la semana, tal vez, pero no más.

La señora Saint Vincent decidió pedir autorización para verla. No es que existiera la más remota posibilidad de poder alquilarla, pero, al fin y al cabo, *tenía que verla*. Algún inconveniente debía tener para que la ofrecieran a aquel precio.

Pero el corazón le dio un vuelco al contemplar el exterior del número siete de Cheviot Place. Era una casa única. ¡Estilo Reina Ana, y en perfecta conservación! Un mayordomo le abrió la puerta. Tenía el cabello y las patillas grises, y la calma ceremoniosa de un arzobispo. Un arzobispo amable, pensó la señora Saint Vincent.

El mayordomo recibió la autorización para ver la casa con aire indulgente.

—Se la enseñaré con mucho gusto, señora. La casa está a punto para ser ocupada.

Y abriendo la marcha, fue anunciando las habitaciones.

—El salón, el despacho, aquí hay un pequeño cuarto de aseo.

Era perfecta… un sueño. El mobiliario todo de la época, cada pieza con señales de uso, pero barnizadas con todo cuidado y cariño. Las alfombras tenían esas hermosas tonalidades suaves, ligeramente desvaídas, de lo antiguo. En todas las

habitaciones había jarrones con flores frescas. La parte posterior de la casa daba a Green Park, y todo el lugar irradiaba un atractivo añejo.

A la señora Saint Vincent se le llenaron los ojos de lágrimas que le costó un gran esfuerzo contener. Así había sido Ansteys… Ansteys…

Se preguntó si el mayordomo habría notado su emoción. De ser así, era un criado demasiado perfecto para demostrarlo. Le encantaban aquellos servidores antiguos con los que uno se siente seguro y tranquilo. Eran como amigos.

—Es una casa muy bonita —dijo en tono bajo—. Muy bonita. Me alegro de haberla visto.

—¿Es para usted sola, señora?

—Para mí, y para mi hija y mi hijo. Pero me temo…

Se interrumpió. La deseaba tanto… tantísimo.

Comprendió instintivamente que el mayordomo había entendido, aunque no la miró mientras decía:

—Hay que tener en cuenta, señora, que el propietario prefiere ante todo inquilinos convenientes. Desea que la casa sea ocupada por alguien que sepa cuidarla y apreciarla.

—Yo sabría apreciarla —dijo la señora Saint Vincent en voz baja.

Se volvió para marcharse.

—Gracias por su atención de enseñármela —observó en tono cortés.

—De nada, señora.

Y permaneció en pie junto a la puerta muy correcto, mientras ella se dirigía a la calle pensando para sus adentros: «Él lo sabe y me compadece. Él también es de la antigua generación. A él le hubiera gustado que me la quedara yo… y no un miembro del partido laborista, o un fabricante de botones. Nuestra clase va desapareciendo, pero nos mantenemos unidos».

Al fin decidió no volver a la agencia. ¿Para qué? Podría pagar el alquiler, pero había que tener en cuenta al servicio. En una casa como aquélla no podía prescindirse de la servidumbre.

A la mañana siguiente encontró una carta junto a su plato. Era de la agencia, y en ella le ofrecían la casa número siete de Cheviot Place durante seis meses por dos guineas a la semana, y agregaban: «Suponemos que habrá tenido en cuenta que los criados seguirán en la casa a cargo del propietario. Realmente es una oferta única».

Lo era. Tan sorprendida estaba que volvió a leer la carta, esta vez en voz alta, y una vez hubo descrito su visita del día anterior la acribillaron a preguntas.

—¡Qué en secreto lo llevabas, mamaíta! —exclamó Bárbara—. ¿Es de veras tan bonita?

Ruperto aclaróse la garganta, y empezó a interrogarla como un juez.

—Detrás de esto se esconde algo. Si quieres saber mi opinión, esto me huele mal. Es decididamente sospechoso.

—Igual que mi huevo —dijo Bárbara arrugando la nariz—. ¡Uf! ¿Por qué habría de haber algo raro en todo esto? Eso es muy propio de ti, Ruperto, siempre viendo misterios por todas partes. Es por culpa de esas terribles novelas policíacas que andas leyendo siempre.

—El alquiler es ridículo —dijo Ruperto—. En la ciudad —agregó dándose importancia— uno se acostumbra a toda clase de cosas raras. Os digo que hay algo extraño en este asunto.

—Tonterías —replicó Bárbara—. La casa pertenece a un hombre de mucho dinero, la quiere, y desea que la ocupen personas decentes durante su ausencia. Algo así. Probablemente el dinero no cuenta para él.

—¿Cuál es la dirección? —preguntó Ruperto, a su madre.

—Cheviot Place, número siete.

—¡Cáscaras! —Echó la silla para atrás—. Vaya, esto es emocionante. En esa casa es donde desapareció lord Listerdale.

—¿Estás seguro? —preguntó la señora Saint Vincent con incredulidad.

—Segurísimo. Tiene muchísimas otras casas por todo Londres, pero ésa es la única en que vivía. Salió de ella una tarde diciendo que iba a su club y nadie volvió a verle. Se supone que se habrá marchado al este de África, o algún otro sitio por el estilo, pero nadie sabe por qué. Lo mismo pudieron asesinarle en esa casa. ¿Dices que las paredes están cubiertas de paneles de madera?

—Sí —dijo la señora Saint Vincent con desmayo—; pero…

Ruperto no le dio tiempo para continuar, prosiguiendo con entusiasmo:

—¡Paneles! Ahí tienes. Seguro que hay algún escondite secreto. El cadáver debieron ocultarlo allí y nadie ha podido encontrarlo. Tal vez lo embalsamaron primero.

—Ruperto, querido, no digas tonterías —dijo su madre.

—No seas mal intencionado, tonto —dijo Bárbara—. Has estado yendo demasiado al cine con esa rubia oxigenada.

Ruperto levantóse con dignidad… con toda la dignidad que le permitía su edad ingrata, y les dio el ultimátum final.

—Alquila esa casa, mamaíta. *Yo* descubriré ese misterio. Ya verás como sí.

Y se marchó apresuradamente por temor de llegar tarde a la oficina. Las dos mujeres se miraron.

—¿Podríamos alquilarla, mamá? —murmuró Bárbara con voz trémula—. ¡Oh, si fuera posible!

—Los criados —dijo la señora Saint Vincent con voz patética— tienen que *comer*. Quiero decir que me gustaría tenerlos… pero ahí está el inconveniente. Cuando uno está solo es más fácil pasarse sin las cosas.

Miró tristemente a su hija y ésta asintió.

—Lo pensaremos —dijo la señora Saint Vincent.

Pero en realidad su decisión estaba tomada. Había visto brillar los ojos de Bárbara y pensó para sí: «Jim Masterton *debe* verla en el marco que le corresponde. Ésta es una oportunidad… una oportunidad maravillosa, y debo aprovecharla».

Y sentándose escribió al agente aceptando su oferta.

* * *

—Quintín, ¿de dónde han salido esos lirios? Yo no puedo permitirme el lujo de comprar flores caras.

—Los han enviado de King's Cheviot, señora. Siempre ha existido esa costumbre.

El mayordomo se retiró, y la señora Saint Vincent pudo exhalar un suspiro de alivio. ¿Qué haría sin Quintín? Con él todo era *fácil*. Y pensó para sus adentros: «Es demasiado bueno para que dure. Me despertaré pronto, lo sé, y me daré cuenta de que todo ha sido un sueño. Soy tan *feliz* aquí, ya han pasado dos meses… como un relámpago».

Ciertamente la vida había sido muy agradable. Quintín, el mayordomo, se había revelado como el autócrata de la casa número siete de Cheviot Place.

—Lo mejor será que lo deje todo en mis manos, señora —le había dicho con respeto.

Cada semana le mostraba los libros con unos totales muy bajos. Sólo había otros dos criados más, una cocinera y una doncella. De muy buenos modales, y eficientes en sus labores, pero era Quintín quien llevaba la casa. Algunas veces aparecían en la mesa pollos y caza, causando la inquietud de la señora Saint Vincent, pero Quintín la tranquilizaba siempre. Habían sido enviados desde la finca de lord Listerdale, desde King's Cheviot, o desde las propiedades de Yorkshire.

—Siempre ha sido ésa la costumbre, señora —le decía.

La señora Saint Vincent dudaba de si aquellos envíos hubieran sido del agrado del ausente lord Listerdale, y sentíase inclinada a sospechar que Quintín usurpaba la autoridad de su amo. Era evidente que les había cobrado cariño, y que a sus ojos no había nada bastante bueno para ellos.

Como la declaración de Ruperto despertara su curiosidad, la señora Saint Vincent había hecho alguna insinuación respecto a lord Listerdale cuando volvió a visitar a sus agentes de venta. Y el caballero de cabellos grises le había respondido al punto.

Sí, lord Listerdale estaba en el este de África desde hacía dieciocho meses.

—Nuestro cliente es un hombre excéntrico —dijo sonriendo—. Abandonó Londres de la forma más despreocupada, como usted tal vez recordará… Sin decir una palabra a nadie. Los periódicos se ocuparon de ello. E incluso se hicieron averiguaciones por Scotland Yard. Afortunadamente se recibieron noticias del propio lord Listerdale desde el este de África, dando plenos poderes a su primo, el coronel Carfax. Y él es quien lleva todos los asuntos de lord Listerdale. Sí, me temo que todo esto resulte bastante extraño. Siempre le encantó viajar por las selvas… y es evidente que no regresará en muchos años a Inglaterra, aunque ya va siendo de edad avanzada.

—No creo que sea muy viejo —dijo la señora Saint Vincent, recordando de pronto un rostro cubierto por una barba, muy similar al de un marinero isabelino, que viera una vez en una revista ilustrada.

—De mediana edad —dijo el caballero de la agencia—. Cincuenta y tres años, según Debrett.

Esta conversación la repitió la señora Saint Vincent a Ruperto con la intención de desilusionarle.

Sin embargo, Ruperto continuó en sus trece.

—Ahora me parece más extraño que nunca —declaró—. ¿Quién es ese coronel Carfax? Probablemente heredará el título si algo le ocurriera a Listerdale. Probablemente la carta que se recibió desde África sería un fraude. Dentro de tres años, poco más o menos, ese Carfax simulará su muerte y heredará el título. Entretanto maneja su hacienda. Esto es muy sospechoso.

Y tuvo la benevolencia de dar su aprobación al ver la casa. En su ratos de ocio tenía la costumbre de golpear los paneles de las paredes y tomar medidas calculando la posible colocación de la cámara secreta, pero poco a poco fue desapareciendo su interés por el misterio de lord Listerdale. También decreció su entusiasmo por la hija del estanquero. El ambiente hace milagros.

Para Bárbara aquella casa fue motivo de gran satisfacción. Jim Masterton había ido a verla, convirtiéndose en un asiduo visitante. Él y la señora Vincent se llevaban espléndidamente, y unos días más tarde dijo a Bárbara algo que la sobresaltó.

—¿Sabes que esta casa es un marco maravilloso para tu madre?

—¿Para mamá?

—Sí. ¡Fue hecha para ella! Le pertenece de una forma extraordinaria. En esta casa hay algo extraño, impalpable, como un hechizo.

—No hagas como Ruperto —le suplicó Bárbara—. Está convencido de que el malvado coronel Carfax asesinó a lord Listerdale, escondiendo su cadáver en el suelo.

Masterton echóse a reír.

—Admiro el instinto detectivesco de Ruperto. Yo no me refiero a nada de eso. Pero hay algo extraño en la atmósfera, algo que no se acaba de comprender.

Llevaban tres meses en Cheviot Place cuando Bárbara se presentó ante su madre con el rostro radiante.

—Jim y yo nos hemos prometido. Sí… anoche. ¡Oh, mamá! Todo parece un cuento de hadas hecho realidad.

—¡Oh, querida! Cuánto… cuánto me alegro.

—¿Y sabes que Jim está casi tan enamorado de ti como de mí? —le dijo Bárbara al fin con una risa misteriosa.

La señora Saint Vincent se ruborizó.

—Es cierto —insistió la joven—. Tú pensaste que esta casa sería un marco adecuado para mí, y en realidad lo es para ti. Ruperto y yo no pertenecemos a este

ambiente.

—No digas tonterías, querida.

—No son tonterías. Tiene el sabor de un castillo encantado, y tú pareces una princesa encantada, y Quintín es como un… ¡Oh!, como un mago bueno.

La señora Saint Vincent, riendo, tuvo que admitir esto último.

Ruperto recibió la noticia del noviazgo de su hermana con mucha calma.

—Ya me había dado cuenta de que había algo de eso —observó con aire entendido.

Su madre y él estaban cenando solos, pues Bárbara había salido con Jim.

Quintín depositó el oporto ante él y se retiró.

—Es un hombre excelente —dijo Ruperto indicando con la cabeza la puerta que acababa de cerrarse—. Pero hay algo extraño en él… ¿sabes?, algo…

—¿Sospechoso? —le interrumpió la señora Saint Vincent con una ligera sonrisa.

—Vaya, mamá, ¿cómo sabías que iba a decir eso? —preguntó Ruperto con toda seriedad.

—Es una palabra que utilizas mucho, querido. Todo te parece sospechoso. Supongo que sigues creyendo que fue Quintín quien hizo desaparecer a lord Listerdale enterrándolo debajo del suelo, ¿no es cierto?

—Detrás de un panel de madera —rectificó Ruperto—. Tú siempre confundes las cosas, mamá. No, he hecho las averiguaciones pertinentes. Quintín se encontraba en King’ s Cheviot por aquel entonces.

La señora Saint Vincent le sonrió, levantándose para dirigirse al salón. En ciertos aspectos Ruperto iba creciendo mucho.

Sin embargo, por primera vez sintió una sospecha respecto a las razones que impulsaron a lord Listerdale para abandonar Inglaterra tan de improviso. Debía haber algún motivo oculto para tomar una decisión tan rápida. Estaba todavía pensando en ello cuando Quintín entró con el servicio de café, y le habló impulsivamente.

—Usted estuvo mucho tiempo con lord Listerdale, ¿no es cierto, Quintín?

—Sí, señora; desde que era un muchacho de veintiún años. Esto fue en vida del difunto lord. Empecé como tercer lacayo.

—Debe conocer muy bien a lord Listerdale. ¿Qué clase de hombre es?

El mayordomo ladeó un poco la bandeja para que pudiera servirse el azúcar más cómodamente, mientras replicaba con su tono siempre impersonal.

—Lord Listerdale era un caballero muy egoísta; sin ninguna consideración para los demás.

Y cogiendo la bandeja salió de la habitación. La señora Saint Vincent permaneció con la taza de café en la mano con aspecto intrigado.

Le parecía ver algo extraño en aquellas palabras aparte de lo que expresaban. Al instante comprendió lo que había sido.

Quintín había empleado la palabra «era» y no «es». Pero entonces es que debía pensar… que debía creer… Se contuvo. ¡Era tan mal pensada como Ruperto! Pero le

asaltó una repentina inquietud, y más tarde recordó que sus sospechas comenzaron a partir de aquel momento.

Con el futuro y la felicidad de Bárbara asegurados, tuvo tiempo para entregarse a sus propias reflexiones, y contra su voluntad, éstas empezaron a centrarse alrededor del misterio de lord Listerdale. ¿Cuál sería la verdadera historia? Fuera la que fuese, Quintín no la ignoraba. Sus palabras habían sido muy extrañas… «un hombre muy egoísta… sin consideración para los demás». ¿Qué se escondía tras ellas? Había hablado como un juez pudiera hacerlo, despegada e imparcialmente.

¿Estaba Quintín complicado en la desaparición de lord Listerdale? ¿Habría tomado parte activa en cualquier tragedia? Al fin y al cabo, por ridículas que le hubieran parecido las suposiciones de Ruperto, aquella carta única en la que daba plenos poderes desde el este de África… bueno, era para despertar sospechas.

Pero por más que lo intentara no consiguió creer que Quintín hubiera podido cometer ningún mal… Quintín, se decía una y otra vez, era *bueno*… Utilizó aquella palabra con la sencillez de un niño. Quintín era *bueno*. ¡Pero sabía algo!

No volvió a hablar con él de su amo, y el tema quedó aparentemente olvidado. Ruperto y Bárbara tenían otras cosas en qué pensar y no hubo más discusiones.

Fue a últimos de agosto cuando sus vagas sospechas cristalizaron en realidades. Ruperto se había ido a pasar quince días de vacaciones con un amigo que tenía una motocicleta con remolque, y unos diez días después de su marcha la señora Saint Vincent quedó sorprendida al verle entrar en la salita donde ella estaba escribiendo.

—¡Ruperto! —exclamó.

—Ya sé que no me esperabas hasta dentro de cinco días, mamá. Pero ha ocurrido algo. Andersen… mi amigo, ya sabes… no tenía predilección por ir a ningún sitio, de manera que yo le sugerí la idea de ir a dar tranquilamente un paseo y echar un vistazo a King’s Cheviot…

—¿King’s Cheviot? ¿Pero por qué…?

—Tú sabes perfectamente, mamá, que siempre he creído que había algo extraño en esta casa. Pues bien, fui a echar un vistazo a la vieja mansión… está alquilada, ¿sabes…?, y no encontré nada…, sólo estuve curioseando, por así decir. No es que esperase descubrir nada, la verdad.

Sí, pensó su madre; Ruperto se parecía mucho a un perro en aquellos momentos. Dando vueltas y más vueltas por algo vago e indefinido, guiado por un instinto.

—Fue al pasar por un pueblo a unos ocho o nueve kilómetros de allí cuando ocurrió… quiero decir, cuando le vi.

—¿A quién viste?

—A Quintín… que salía de una casita. Aquí hay gato encerrado, me dije, y luego de detenernos, fui a llamar a la puerta y él mismo me abrió.

—Pero no comprendo. Quintín no se ha marchado…

—Ahora te lo explicaré, mamá, si quieres escucharme sin interrumpir. Era Quintín, y no era Quintín, no sé si me entiendes.

Era evidente que la señora Saint Vincent no entendía nada, de manera que tuvo que explicárselo mejor.

—Era Quintín, desde luego, pero no *nuestro* Quintín, sino el auténtico.

—¡Ruperto!

—Escucha. Primero yo también me engañé y dije: «Es usted Quintín, ¿verdad?». Y el hombre respondió: «Cierto, señor, ése es mi nombre. ¿En qué puedo servirle?». Y entonces comprendí que no era nuestro hombre, aunque se le parecía mucho, incluso en la voz. Le hice algunas preguntas y lo averigüé todo. El pobre hombre no tenía la menor idea de que ocurriera algo extraño. Había sido mayordomo de lord Listerdale, pero está ya retirado y cobra una pensión; le dieron aquella casa precisamente por la época en que se supone que lord Listerdale marchó a África. Ya ves a dónde conduce todo esto. Este hombre es un impostor… que está representando el papel de Quintín para sus propios fines. Mi teoría es que aquella noche vino a la ciudad, fingiéndose el mayordomo de King’s Cheviot, se entrevistó con lord Listerdale, le asesinó, y escondió su cadáver detrás de los paneles de las paredes. Esta casa es muy antigua y es casi seguro que debe haber un escondite secreto…

—Oh, no vuelvas otra vez a lo mismo —le interrumpió la señora Saint Vincent, molesta—. No puedo soportarlo. ¿Por qué habría de hacerlo…?, eso es lo que quiero saber… ¿por qué? Si es que hizo semejante cosa… lo que no creo ni por un instante mal que te pese… ¿cuál fue la razón imperiosa que le impulsó a matarle?

—Tienes razón —dijo Ruperto—. El móvil… eso es lo importante. Ahora, he hecho averiguaciones. Lord Listerdale tenía muchísimas propiedades. Durante estos dos últimos días he descubierto que, durante los últimos dieciocho meses, prácticamente casi todas sus casas han sido alquiladas a personas como nosotros por alquileres puramente nominales… *y con la condición de que los criados continuaran en la casa*. En todos los casos el propio Quintín… quiero decir, el hombre que se hace llamar Quintín… ha estado allí un tiempo como mayordomo. Parece como si en alguna de las casas de lord Listerdale hubiera algo escondido… joyas o documentos, y la banda no supiera en cuál de ellas. Yo imagino la existencia de una banda, pero es posible que ese individuo, Quintín, trabaje por su cuenta. Hay un…

La señora Saint Vincent le interrumpió con determinación:

—¡Ruperto! Para de hablar durante un minuto. Me da vueltas la cabeza. De todas formas, lo que estás diciendo son tonterías… bandas y documentos escondidos…

—Existe otra teoría —admitió Ruperto—. Este Quintín pudiera ser alguien a quien lord Listerdale hubiera ultrajado. El auténtico mayordomo me contó una larga historia de un hombre llamado Samuel Lowe… era segundo jardinero, y aproximadamente de la misma talla y constitución del propio Quintín… y que sentía un gran odio hacia Listerdale…

La señora Saint Vincent se sobresaltó.

«Sin la menor consideración para los demás». Las palabras acudieron a su mente en aquel tono inexpresivo en que fueron pronunciadas. Palabras inadecuadas, pero

¿qué no podrían significar?

Absorta, apenas escuchaba a Ruperto, que le estaba dando una rápida explicación de algo que no entendió, y luego le vio salir corriendo de la estancia.

Entonces volvió a la realidad. ¿A dónde iba Ruperto? ¿Qué se proponía? No había captado sus últimas palabras. Quizás hubiera ido a avisar a la policía. En aquel caso…

Levantóse bruscamente e hizo sonar el timbre, y Quintín acudió con su proverbial prontitud.

—¿Ha llamado la señora?

—Sí. Entre, por favor, y cierre la puerta.

El mayordomo obedeció y la señora Saint Vincent guardó silencio mientras le estudiaba con ansiedad.

Pensaba: «Ha sido muy amable conmigo… nadie sabe hasta qué punto. Los chicos no lo comprenden. Esta absurda historia de Ruperto tal vez sea una tontería… pero por otra parte, pudiera… sí pudiera… tener algo de verdad. ¿Por qué habría de juzgarle? Uno no puede saber. Me refiero a los derechos, y a los errores que haya en ella. ¡Y yo juraría por mi vida…! ¡Sí, lo haría…! ¡Que éste es un buen hombre!».

Ruborizada y trémula se dispuso a hablarle.

—Quintín, el señorito Ruperto acaba de regresar. Ha estado en King's Cheviot… y en un pueblo cercano.

Se detuvo observando el gesto de sorpresa que él no fue capaz de dominar.

Después del primer momento de sorpresa, Quintín había vuelto a adoptar su compostura habitual, pero sus ojos seguían fijos en su rostro, observantes y alerta, con un brillo que no viera en ellos hasta entonces. Por primera vez eran los ojos de un hombre y no los de un criado.

—Ha visto a alguien… —continuó en el mismo tono mesurado. Mientras pensaba para sus adentros:

«Vaya… ya está advertido. De todas formas ya está advertido». Después de vacilar unos instantes, el mayordomo, con voz que también había cambiado ligeramente, dijo:

—¿Por qué me dice usted todo esto, señora Saint Vincent?

Antes de que pudiera contestarle, se abrió la puerta y Ruperto apareció en la estancia. Iba acompañado de un hombre de mediana edad, con patillas grises y el aire benevolente de un arzobispo. ¡*Quintín*!

—Aquí está —dijo Ruperto—. El verdadero Quintín. Le dejé esperando en un taxi. Vamos, Quintín, mire a este hombre y dígame… ¿Es Samuel Lowe?

Para Ruperto fue un momento triunfal, pero duró poco, porque casi al instante tuvo que reconocer que allí había algún error. El verdadero Quintín parecía avergonzado y violento, mientras que el otro Quintín sonreía con evidente regocijo, y dio una palmada en la espalda de su doble.

—Está bien, Quintín. Supongo que alguna vez había de descubrirse. Puedes decirles quién soy.

El extraño se enderezó.

—Este señor —anunció en tono de reproche—, es mi amo, lord Listerdale.



Al minuto siguiente ocurrieron muchas cosas. Primera, el desmoronamiento de la arrogante seguridad de Ruperto. Antes de darse cuenta de lo que estaba sucediendo, y todavía con la boca abierta por la sorpresa del descubrimiento, se encontró junto a la puerta, mientras una voz amistosa, que había sido familiar a su oído y ya no lo era, le decía:

—Está bien, muchacho. No ha pasado nada, pero deseo hablar con tu madre. Ha sido un buen trabajo descubrirme así.

Viose en el descansillo contemplando la puerta cerrada. El verdadero Quintín estaba a su lado y se apresuró a darle toda clase de explicaciones. En el interior de la estancia lord Listerdale se enfrentaba con la señora Saint Vincent.

—¡Permítame explicarme… si es que puedo! He sido un egoísta durante toda mi vida… y un día lo comprendí repentinamente. Quise hacer algo por los demás para variar, y siendo un loco un tanto fantasioso, emprendí la tarea con entusiasmo. Me suscribí a las cosas más extrañas, pero comprendí la necesidad de hacer algo… quiero decir… *algo personal*. Siempre he sentido compasión por la clase que no puede mendigar, que debe sufrir en silencio… la gente bien, venida a menos. Siempre tuve muchas casas de mi propiedad, y tuve la idea de prestarlas a personas que… bueno, las necesitaban y supieran apreciarlas. Parejas jóvenes que tuvieran que abrirse camino, viudas con hijos e hijas que empezaban a vivir… Quintín ha sido más que un mayordomo para mí, es un amigo. Con su consentimiento y ayuda copié su personalidad. Siempre tuve talento de actor. La idea se me ocurrió una noche cuando me dirigía al club, y fui directamente a hablar con Quintín. Cuando descubrí que estaban preocupados por mi desaparición, hice llegar aquella carta desde el Este de África. En ella daba instrucciones a mi primo, Maurice Carfax. Y… bueno, esto es en resumen todo lo que hice.

Se interrumpió con cierta timidez, mirando a la señora Saint Vincent con ojos suplicantes. Ella permaneció muy erguida, sin desviar la vista.

—Fue un plan caritativo —le dijo—. Poco corriente, y que habla de su bondad. Le estoy… muy agradecida, pero… comprenderá que no podemos quedarnos…, ¿verdad?

—Lo esperaba —dijo él—. Su orgullo no le permite aceptar lo que usted probablemente considera una «limosna».

—¿Y acaso no lo es? —preguntó ella en tono firme.

—No —repuso lord Listerdale—. Porque yo le pido algo a cambio.

—¿Algo?

—Todo.

El tono de su voz se elevó como la de un hombre acostumbrado a dominar.

—Cuando yo tenía veintitrés años —continuó— me casé con la mujer que amaba. Murió un año después, y desde entonces he estado muy solo. He deseado ardientemente encontrar a cierta dama… la dama de mis sueños.

—¿Y soy yo? —preguntó ella muy bajito—. Soy tan vieja… y estoy tan acabada.

Él rió.

—¿Vieja? Eres más joven que cualquiera de tus hijos. Yo sí que soy viejo.

Pero entonces le tocó reír a ella con gran regocijo.

—¿Tú? Si todavía eres un chiquillo. ¡Un chiquillo a quien le gusta disfrazarse!

Y le tendió ambas manos, que él tomó entre las suyas.

Villa Ruiseñor

(Philomel Cottage).

—Adiós, querida.

—Adiós, cariño.

Alix Martin quedó apoyada contra la acera rústica contemplando la figura de su marido que se alejaba por el camino en dirección al pueblo.

Al fin dobló un recodo y le perdió de vista, pero Alix continuó en la misma posición apartando distraída un mechón de sus preciosos cabellos castaños que le caía sobre la frente.

Alix Martin no era hermosa, ni siquiera bonita, estrictamente hablando; pero su rostro… el rostro de una mujer que ya había pasado la primera juventud y tenía una expresión radiante, se había dulcificado hasta tal punto que sus antiguos compañeros de trabajo apenas la hubieran reconocido. La señorita Alix King había sido una joven eficiente de modales ligeramente bruscos, muy capaz y segura de sí… que sacaba el menor, no el mayor, partido posible a sus hermosos cabellos castaños. Su boca, de bonita línea, siempre estaba contraída en un gesto severo. Sus ropas fueron siempre limpias y cómodas, pero sin el menor detalle de coquetería.

Alix se había graduado en una escuela muy rígida, y por espacio de quince años, desde los dieciocho a los treinta y tres, se había mantenido (y a su madre inválida durante siete) gracias a su trabajo de taquimecanógrafa; fue la lucha por la vida la que endureció los suaves rasgos de su rostro de niña.

Cierto que tuvo un… novio. Dick Windyford, un compañero de oficina. Siendo una mujer sensata, Alix supo siempre que él la amaba. Exteriormente eran amigos, nada más. Con su sueldo escaso, Dick había tenido que contribuir a la educación de su hermano menor, y por el momento no podía pensar en casarse. Sin embargo, cuando Alix pensaba en el porvenir lo hacía con la certeza de que algún día sería la esposa de Dick. Se querían, o por lo menos eso hubiera dicho ella, pero ambos eran muy sensatos… tenían mucho tiempo por delante y ninguna necesidad de apresurarse. Y así fueron pasando los años.

Y pronto la liberación de aquella penosa vida cotidiana le vino a la joven de la manera más inesperada. Una prima lejana había muerto dejando su dinero a Alix. Varios miles de libras, las suficientes para proporcionarle una renta anual de doscientas. Para Alix aquello era la libertad, la vida, la independencia. Ahora ella y Dick no tendrían que esperar más.

Pero Dick reaccionó de un modo extraño. Nunca había hablado a Alix directamente de su amor, y ahora parecía menos inclinado que nunca. La evitaba, y se hizo reservado y pesimista. Alix no tardó en comprender la razón. Se había convertido en una mujer de posibilidades, y la delicadeza y el orgullo impedían que el correcto Dick la convirtiera en su esposa.

Alix le quiso más que nunca por eso, e incluso se preguntaba si no habría de ser ella quien diera el primer paso, cuando por segunda vez ocurrió lo inesperado.

Conoció a Gerald Martin en casa de unos amigos. Se enamoraron locamente y a la semana estaban prometidos; y la joven, que nunca había creído en «el flechazo», apenas sabía lo que estaba ocurriendo.

Sin querer había encontrado el medio de despertar a su antiguo amor. Dick Windyford se puso furioso al conocer la noticia.

—Ese hombre es completamente desconocido para ti. No sabes nada de él.

—Sé que le quiero.

—¿Cómo puedes saberlo… en una semana?

—No todo el mundo necesita once años para descubrir que se ha enamorado —replicó Alix furiosa.

Dick se puso lívido.

—Yo te he querido desde que te conocí, y creí que tú también me querías.

Alix fue sincera.

—Yo también lo creí —admitió—. Pero es porque no sabía lo que era el amor verdadero.

Entonces Dick volvió a enfurecerse. Ruegos, súplicas… incluso amenazas contra el hombre que le había suplantado. Alix estaba sorprendida al descubrir aquel volcán oculto bajo el reservado exterior del hombre que creyó conocer tan bien. Y también le asustó un poco. Claro que Dick no podía pensar seriamente lo que estaba diciendo… aquellas amenazas para vengarse de Gerald Martin. Estaba despechado, no era nada más.

Sus pensamientos la habían llevado a recordar aquella entrevista aquella mañana soleada mientras se apoyaba contra la cerca de su casita. Hacía un mes que estaba casada, y era completamente feliz. No obstante, durante la ausencia momentánea de su esposo, que lo era todo para ella, una sombra de esa ansiedad era Dick Windyford.

Por tercera vez desde su matrimonio había soñado lo mismo. El medio ambiente variaba, pero los factores principales eran siempre los mismos. Veía a su esposo muerto y a Dick Windyford de pie a su lado, y ella sabía sin la menor duda que era su mano la que había descargado el golpe fatal.

Pero por terrible que fuera aquélla, aún había algo más horrible todavía… que le parecía horrible al despertar, pero que durante el sueño era para ella algo perfectamente natural e inevitable. *Ella, Alix Martin, se alegraba de la muerte de su esposo*… alargaba sus manos agradecidas hacia el asesino, e incluso le daba las gracias. El sueño siempre terminaba lo mismo… refugiándose en brazos de Dick Windyford.

Nada dijo de aquel sueño a su esposo, pero le preocupaba más de lo que hubiera querido admitir. ¿Sería un aviso… contra Dick Windyford? ¿Tendría algún poder secreto que trataba de transmitir a través de la distancia?

No sabía gran cosa de hipnotismo, pero había oído muchas veces que las personas pueden ser hipnotizadas contra su voluntad.

El timbre del teléfono sonando en el interior de la casa la sacó de sus pensamientos y yendo hasta la casita lo descolgó. Se tambaleó y tuvo que apoyarse para no caer. ¿Quién dirían ustedes que llamaba?

—Vaya, Alix, ¿qué le ocurre a tu voz? No te hubiera conocido. Soy Dick.

—¡Oh! —dijo Alix—. ¡Oh! ¿Dónde estás?

—En «La Posada del Viajero»… así se llama, ¿no? ¿O es que ni siquiera conoces la existencia de la posada del pueblo? Estoy de vacaciones… y vine a pescar por aquí. ¿Tienes algún inconveniente en que os vaya a ver a vuestra casa esta noche después de cenar?

—No —replicó Alix, tajante—. No debes venir.

Hubo una pausa y luego volvió a dejarse oír la voz de Dick un tanto alterada.

—Perdona —le dijo en tono grave—. No era mi intención molestarte…

Alix se apresuró a rectificar. Claro que debía parecerle extraño su comportamiento. Y lo era. Sus nervios estaban deshechos, pero no era culpa de Dick que ella tuviera aquellos sueños.

—Quise decir que esta noche tenemos un… compromiso —explicó tratando de que su voz sonara lo más natural posible—. ¿Por qué no vienes a cenar mañana?

Pero evidentemente Dick había notado la falta de cordialidad en su invitación.

—Muchísimas gracias —dijo en el mismo tono formal—. Pero tal vez me marche de un momento a otro. Depende de si regresa un compañero mío. Adiós Alix —hizo una pausa y luego agregó en tono distinto—: te deseo mucha suerte, querida.

Alix colgó el aparato con alivio.

—Él no debe venir aquí —se repitió—. No debe venir aquí. ¡Oh! ¡Qué tonta soy! Ponerme tan nerviosa por una tontería. De todas maneras, celebro que no venga.

Y cogiendo un sombrero de paja de encima de una mesa salió de nuevo al jardín deteniéndose ante el nombre grabado en el porche: «Villa Ruiseñor».

—¿Verdad que es un nombre bonito? —le había dicho a Gerald en cierta ocasión antes de casarse y él se rió.

—Eres una mujer de ciudad —le dijo en tono afectuoso—. No creo que hayas oído nunca el canto del ruiseñor. Y me alegro. Los ruiseñores debieran cantar sólo para los enamorados. Ya los oiremos juntos las noches de verano y ante nuestra propia casa.

Y el recuerdo de cómo los había oído, hizo enrojecer de felicidad a Alix de pie ante el umbral de su casita.

Fue Gerald quien encontró «Villa Ruiseñor», contándoselo a Alix con gran entusiasmo. Era lo que necesitaban… una ocasión única… la mejor oportunidad de toda su vida. Y cuando Alix la vio también quedó cautivada. Cierto que su situación era un tanto alejada…, estaba a dos kilómetros del pueblo más cercano…, pero la casa en sí era exquisita, con su aire de cuento, y sus magníficos cuartos de baño, con

agua caliente, luz eléctrica y teléfono, que en el acto fue víctima de su encanto. Luego surgió una contrariedad. El propietario, un hombre muy rico que la hizo a su capricho, se negó a alquilarla. Únicamente se encontraba dispuesto a venderla.

Gerald Martin, aunque poseía una buena renta, no estaba en posición de poder tocar el capital. Todo lo que podría ofrecer eran mil libras y el propietario pedía tres. Pero Alix, que estaba enamorada de la casita, acudió en su ayuda. Su capital estaba más disponible, siendo en bonos al portador, y emplearía la mitad en adquirir la casa. Así que «Villa Ruiseñor» pasó a ser suya y ni un solo momento tuvieron que lamentar su elección. Era cierto que el servicio no apreciaba aquella soledad campestre… y en realidad no habían conseguido encontrar criada…, pero Alix, que nunca pudo tener vida de hogar, disfrutaba preparando la comida y cuidando de la casa.

El jardín, exuberante de flores, era atendido por un viejecillo del pueblo que acudía un par de veces por semana, y Gerald Martin, gran aficionado a la jardinería, pasaba en él la mayor parte de su tiempo.

Al dar la vuelta a la casa, Alix se extrañó al ver al viejo jardinero trabajando en los parterres. Estaba sorprendida porque solía ir los lunes y viernes, y aquel día era miércoles.

—Vaya, George, ¿qué está haciendo aquí? —preguntó al acercarse a él.

El viejecito enderezóse con una risita mientras se llevaba la mano a su sombrero.

—Ya pensé que le extrañaría, pero ahí tiene, señora. El viernes es el santo del alcalde, y tenemos fiesta en el pueblo, y yo me dije: ni al señor Martin ni a su buena esposa les importará que por una vez vaya el miércoles en vez del viernes.

—Tiene usted mucha razón —dijo Alix—. Espero que disfrute mucho en la fiesta.

—Sí —repuso George con sencillez—. Es agradable llenar el estómago sabiendo que no es uno el que paga. El alcalde da un té espléndido a todos sus servidores, y además, señora, quise verla antes de su partida para saber qué es lo que hay que plantar. ¿No tiene idea de cuándo volverá poco más o menos?

—Pero si no me marcho.

George la miró extrañado.

—Pero ¿no se va a Londres mañana?

—No. ¿Cómo se le ha ocurrido pensarlo?

George ladeó la cabeza.

—Ayer tarde me encontré a su esposo en el pueblo y me dijo que usted se iba mañana a Londres, y que no sabía cuándo regresaría.

—Tonterías —dijo Alix, riendo—. No debió entenderlo bien.

De todas maneras se preguntaba qué era lo que le podría haber dicho Gerald para que el viejecillo llegara a semejante error. ¿Ir a Londres? No quería volver a Londres en toda su vida.

—Aborrezco Londres —dijo con voz ronca.

—¡Ah! —repitió George en tono bonachón—. Debí entenderlo mal, y sin embargo, me pareció que estaba bastante claro. Celebro que se quede aquí. No me

gusta el ajetreo de las calles y no pienso ir a Londres. Demasiados coches… eso es lo malo de hoy en día. En cuanto alguien tiene automóvil, ya no puede estarse quieto en ninguna parte. El señor Ames, el antiguo propietario de esta casa… era un caballero muy tranquilo hasta que compró uno de esos chismes. No hacía ni un mes que lo tenía cuando se puso en venta esta casa. ¡Con lo que gastó en ella, con tanto cuarto de baño, luz eléctrica y demás! «Nunca recuperará su dinero —le dije—. No todo el mundo tiene afición a lavarse en cada habitación de la casa». «Pero, George —me dijo—, conseguiré dos mil libras por esta casa, que es lo que me ha costado». Y las consiguió.

—Consiguió tres mil —dijo Alix, sonriendo.

—Dos mil —repitió George—. Entonces se habló mucho de lo que pedía. Y era una cifra muy alta.

—En realidad fueron tres mil —insistió Alix.

—Las mujeres no entienden nada de números —replicó el jardinero sin dejarse convencer—. No me dirá que el señor Ames tuvo el valor de pedirle tres mil en voz alta.

—A mí no me las pidió —dijo Alix—, sino a mi esposo.

George volvió a inclinarse sobre el parterre.

—El precio fueron dos mil —repitió obstinado.

Alix no se tomó la molestia de discutir con él, y dirigiéndose a otro de los parterres empezó a cortar un ramo de flores. El sol, el perfume de las flores y el ligero zumbido de las abejas contribuían a que el día fuese perfecto.

Cuando se dirigía a la casa con su fragante carga, Alix observó un pequeño objeto verde oscuro que asomaba entre las hojas de una planta. Se agachó para recogerlo viendo que era la agenda de bolsillo de su esposo. Debió caérsele mientras arrancaba las malas hierbas.

La abrió, hojeando su contenido con cierto regocijo. Casi desde el principio de su matrimonio había comprendido que el impulsivo y sentimental Gerald poseía las sorprendentes virtudes de la pulcritud y el orden. Quería que las comidas estuvieran dispuestas a la hora en punto, y siempre planeaba lo que haría al día siguiente con la misma precisión. Aquella mañana, por ejemplo, había anunciado que saldría hacia el pueblo después del desayuno… a las diez y cuarto. Y a esa hora en punto dejaba la casa.

Al repasar la agenda, le divirtió ver que en el día catorce de mayo había anotado: *Boda con Alix en San Pedro a las dos y media*.

—El grandísimo tonto —murmuró Alix para sí, volviendo las páginas.

De pronto se detuvo.

—Miércoles, dieciocho de junio… vaya, es hoy.

Y en el espacio correspondiente a aquel día estaba escrito con la letra precisa de Gerald: *Nueve de la noche*. Nada más. ¿Qué era lo que pensaba hacer Gerald a las nueve? Alix sonrió considerando que si aquello ocurriera en una novela, como las que leía a menudo, la agenda hubiera proporcionado alguna revelación sensacional. Seguramente el nombre de otra mujer. Fue volviendo las hojas hacia atrás. Fechas, citas, referencias a tratos de asuntos comerciales, pero un solo nombre de mujer: el suyo.

Sin embargo, mientras guardaba la agenda en su bolsillo y llevaba las flores al interior de la casa, sintió una vaga inquietud. Acudieron a ella las palabras de Dick Windyford como si estuviera allí repitiéndolas: «Ese hombre es un desconocido para ti. No sabes nada de él».

Era cierto. ¿Qué sabía de él? Al fin y al cabo, Gerald tenía cuarenta años. En todo ese tiempo debía haber habido alguna mujer.

Alix sacudió la cabeza con impaciencia. Nada de entregarse a aquellos pensamientos. Tenía otra preocupación más importante. ¿Debía o no decir a su marido que Dick Windyford había telefoneado?

Cabía la posibilidad de que Gerald le hubiera encontrado en el pueblo, pero en ese caso seguramente lo mencionaría enseguida de llegar y el asunto quedaría fuera de su acción. Y si no…, ¿qué hacer? Alix se daba cuenta de su afán por no decir nada. Gerald siempre se había mostrado amablemente dispuesto hacia el otro. «Pobre diablo —dijo en cierta ocasión—; creo que está tan loco por ti como yo. Qué desagradable debe ser que le rechacen a uno». No dudaba respecto a los sentimientos de Alix.

Si se lo contaba, estaba segura de que invitaría a Dick Windyford para que fuera a «Villa Ruiseñor». Entonces se enteraría de que Dick mismo lo había propuesto y que ella se negó a que fuera. Y cuando le preguntase por qué lo hizo, ¿qué hacer? ¿Iba a contarle su sueño? Gerald se reiría o… lo que era peor, vería que ella le daba una importancia excesiva, y tal vez pensase… ¡oh, cualquier cosa!

Al final, bastante avergonzada, decidió no decir nada. Era el primer secreto que ocultaba a su esposo y le hizo sentirse intranquila.

Cuando oyó que Gerald regresaba del pueblo, apresuróse a refugiarse en la cocina afanándose en preparar la comida para disimular su turbación.

Enseguida comprendió que Gerald no había visto a Dick Windyford e inmediatamente sintióse aliviada y nerviosa a la vez. Ahora sí que le ocultaba algo a su marido, y durante el resto del día estuvo distraída, sobresaltándose al menor ruido, aunque su esposo no pareció observarlo. Él también estaba ensimismado en sus pensamientos y un par de veces tuvo que repetirle alguna observación trivial para que pusiera atención antes de que respondiera.

No fue hasta después de cenar, cuando estaban sentados en el saloncito de estar con las ventanas abiertas para que entrara la suave brisa de la noche con el perfume de los jazmines, cuando Alix recordó la agenda de bolsillo y se dispuso a distraer sus pensamientos.

—Aquí tengo algo que encontré entre las flores —le dijo arrojándosela sobre el regazo.

—Se me cayó en un parterre, ¿eh?

—Sí. Ahora sé todos tus secretos.

—Soy inocente —replicó Gerald, moviendo la cabeza.

—¿Y qué me dices de lo que has anotado para las nueve de la noche?

—¡Oh!, eso… —Pareció cortado de momento, y luego sonrió como si aquello le divirtiera—. Es una cita con una chica guapísima, Alix. Tiene el cabello castaño, los ojos azules y se parece muchísimo a ti.

—No comprendo —dijo Alix, fingiendo ponerse seria—. Estás apartándote de la cuestión.

—No. A decir verdad, lo anoté para acordarme de revelar algunos negativos esta noche, y que tú me ayudes.

Gerald Martin era un fotógrafo entusiasta. Poseía una cámara un tanto anticuada, pero con muy buenas lentes, y él mismo revelaba sus placas en un sótano pequeño que había preparado como cuarto oscuro. Nunca se cansaba de retratar a Alix en distintas posiciones.

—¿Y tiene que ser precisamente a las nueve? —dijo Alix.

Gerald pareció algo molesto.

—Mi querida Alix —dijo con cierta tirantez—, siempre hay que buscar una hora precisa para hacer las cosas. Entonces es cuando se puede trabajar como es debido.

Alix permaneció unos instantes observando a su esposo. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo de su butaca y las líneas de su rostro pulcramente afeitado se recortaban contra el fondo oscuro. Y de pronto, por alguna razón desconocida, sintió que la invadía una ola de pánico y antes de poder evitarlo había exclamado:

—¡Oh, Gerald! ¡Ojalá supiera algo más de ti!

Su esposo volvió su rostro asombrado hacia ella.

—Pero, mi querida Alix, si sabes todo lo referente a mí. Te he hablado de mi infancia en Northumberland, de mi vida en África del Sur, y estos últimos diez años en el Canadá que me proporcionaron el éxito.

—¡Oh, los negocios!

Gerald se echó a reír.

—Sé a lo que te refieres… a la parte amorosa. Todas las mujeres sois iguales. Sólo os interesa la cuestión personal.

Alix sintió que se le secaba la garganta mientras murmuraba:

—Bueno, pero debes de haber tenido… amores. Quiero decir… que si yo supiera…

Hubo una pausa de unos minutos. Gerald Martin había fruncido el ceño y la indecisión se reflejaba en su rostro. Cuando habló, fue en tono grave, sin el menor rastro de frivolidad:

—¿Tú crees que tiene gracia el hacer de esposa de Barba Azul? Sí que ha habido mujeres en mi vida. No lo niego. No me creerías si te lo negara. Pero puedo jurarte que ninguna de ellas significó nada para mí.

Hubo tal sinceridad en su voz que se sintió agradablemente confortada.

—¿Satisfecha, Alix? —le preguntó con una sonrisa.

Y luego la contempló con cierta curiosidad.

—¿Por qué se te ha ocurrido hablar de esto precisamente esta noche? Nunca lo mencionaste.

Alix se puso en pie y comenzó a pasear inquieta.

—¡Oh! No lo sé —contestó—. Todo el día he estado nerviosa.

—Es curioso —dijo Gerald en voz baja, como si hablara consigo mismo—. Es muy curioso.

—¿Por qué es curioso?

—Oh, querida, no te pongas así. Sólo digo que es curioso porque por lo general eres siempre tan serena y dulce.

Alix procuró sonreír.

—Hoy todo se confabula para molestarme —confesó—. Incluso el viejo George tenía la ridícula idea de que nos íbamos a Londres. Según él, tú se lo dijiste.

—¿Dónde le viste? —preguntó Gerald, en tono crispado.

—Vino a trabajar hoy en vez del viernes.

—El viejo imbécil —dijo Gerald, enojado.

Alix le miró extrañada. Su esposo tenía el rostro contraído por la ira. Nunca le había visto tan furioso, y al ver su asombro, Gerald hizo un esfuerzo por recuperar el dominio de sí mismo.

—Bueno, es un viejo estúpido —protestó.

—¿Qué le dijiste para que pensara que nos íbamos?

—¿Yo? No le dije nada. A menos… Oh, sí, recuerdo que en broma dije que nos íbamos a Londres a la mañana siguiente, y supongo que lo tomaría en serio. O debió entenderlo mal. Supongo que tú le desengañarías.

Y esperó su respuesta.

—Claro, pero es de esos viejos que cuando se les mete una idea en la cabeza… bueno, no es fácil quitársela.

Y le contó la insistencia del jardinero en la cantidad pedida por la casita.

Gerald guardó silencio unos instantes y luego dijo:

—Ames estaba dispuesto a aceptar dos mil libras en efectivo, y las mil restantes en hipoteca. Supongo que ése será el origen de su error.

—Es muy probable —replicó Alix.

Luego, mirando el reloj, en otro tono:

—Ya debiéramos estar abajo, Gerald. Pasan cinco minutos de la hora fijada.

Una sonrisa muy particular apareció en el rostro de Gerald.

—He cambiado de opinión —dijo tranquilamente—. Esta noche no revelaremos las fotografías.

La mentalidad de la mujer es algo muy curioso. Cuando se acostó aquel miércoles por la noche, Alix sentíase contenta y tranquila. Su felicidad, momentáneamente amenazada, resurgió triunfante como nunca.

Pero la noche del día siguiente, comprendió que ciertas fuerzas ocultas la iban minando interiormente. Dick Windyford no había vuelto a telefonear y, sin embargo, percibía su influencia. No cesaba de recordar sus palabras: «Ese hombre es un desconocido para ti. No sabes nada de él». Y con ellas el recuerdo del rostro de su marido acudía a su memoria diciéndole: «¿Tú crees que tiene gracia hacer de esposa de Barba Azul?». ¿Por qué había dicho eso? ¿Qué quiso decir con aquellas palabras?

Hubo una advertencia en ellas… una amenaza. Era como si le hubieran dicho: «Sería mejor que no te metieras en mi vida privada, Alix. Podrías llevarte un disgusto si lo hicieras». Cierto que pocos minutos después le juraba que no hubo otra mujer en su vida que le importase…, pero Alix trató en vano de recordar aquella sensación que le diera de sinceridad. ¿Acaso no estaba obligado a jurárselo?

El viernes por la mañana Alix estaba convencida de que había habido otra mujer en la vida de Gerald… algo semejante a la cámara de Barba Azul y que luchaba por ocultárselo. Sus celos, tardos en despertar, se hicieron desenfrenados.

¿Es que acaso debía encontrarse con una mujer aquella noche a las nueve? ¿Habría inventado la historia del revelado de las fotografías en el apuro del momento? Con una extraña sensación de sobresalto Alix comprendió que desde que encontrara su agenda de bolsillo había vivido atormentada. Y eso que no había nada en ella. Eso era lo más irónico del caso.

Tres días antes hubiera jurado conocer perfectamente a su esposo, y ahora le parecía un extraño del que nada sabía. Recordó su enojo irrazonable contra el pobre George, tan contrario a su acostumbrado buen carácter. Un pequeño detalle, tal vez, pero demostraba que en realidad desconocía al nombre que era su marido.

Alix necesitaba adquirir varias cosas para el fin de semana y por la tarde sugirió que ella podría ir al pueblo a buscarlas, mientras Gerald se ocupaba del jardín, pero ante su sorpresa se opuso resueltamente a su plan e insistió en ir él para que Alix se quedara en casa. Alix viose obligada a dejarle hacer su voluntad, pero su insistencia le había sorprendido. ¿Por qué aquel afán de evitar a toda costa que fuera al pueblo?

Y de pronto, la explicación que dejaba todo en claro: ¿No era posible que, a pesar de no decirle nada, Gerald hubiera encontrado a Dick Windyford en el pueblo? Sus propios celos, dormidos durante la época de su matrimonio, sólo habían surgido después. ¿No podría haberle ocurrido lo mismo a Gerald? ¿Acaso no estaría tratando de impedir que volviera a ver a Dick Windyford? Esa explicación coincidía tan bien con los hechos, y confortó tanto a Alix, que la abrazó con todo entusiasmo.

Sin embargo, cuando pasó la hora del té, estaba inquieta y enferma de impaciencia, luchando contra una tentación que la asaltaba desde la marcha de Gerald. Por fin, tranquilizando su conciencia con la excusa de que la habitación necesitaba una buena limpieza, subió al despacho de su marido con un sacudidor del polvo para justificarse.

—Si pudiera estar segura —se repetía—. Si pudiera estar completamente segura.

En vano se decía que cualquier cosa comprometedora habría sido destruida años atrás. Pero los hombres guardan algunas veces la prueba más condenatoria llevados de un sentimentalismo exagerado.

Al fin Alix sucumbió, y con las mejillas arreboladas por la vergüenza de su acción, fue revisando todos los paquetes de cartas y documentos, abriendo todos los cajones, y examinando incluso los bolsillos de los trajes de su marido. Sólo dos cajones se le resistieron: el último cajón de la cómoda, y el de la parte izquierda del escritorio estaban cerrados con llave. Pero ahora Alix era ya capaz de cualquier cosa, y estaba convencida de que en uno de ellos encontraría alguna prueba de la existencia de aquella mujer del pasado de su marido que la obsesionaba.

Recordó que Gerald había dejado sus llaves olvidadas sobre el aparador, y yendo a buscarlas las fue probando una por una. La tercera entraba en la cerradura del cajón del escritorio, que Alix se apresuró a abrir. Había un talonario de cheques y una cartera bien provista de billetes, y en el fondo un paquete de cartas atado con una cinta.

Respirando afanosamente, Alix lo desató, y luego un intenso rubor cubrió su rostro mientras dejaba las cartas de nuevo en el interior del cajón, y volvía a cerrarlo. Porque aquellas cartas eran suyas, las que escribiera a Gerald Martin antes de casarse con él.

Dirigióse a la cómoda, impulsada más por el deseo de no dejar nada por registrar, que por la esperanza de encontrar lo que buscaba. Sentíase avergonzada y convencida de la locura de su obsesión.

Ante su contrariedad ninguna de las llaves de Gerald abría el cajón. Sin desanimarse, Alix se fue en busca de otra serie de llaves, y al fin la llave del guardarropa pudo abrirlo, pero en su interior no había más que un rollo de recortes de periódicos manchados y descoloridos por el tiempo.

Alix exhaló un suspiro de alivio. Sin embargo, fue revisando los recortes para saber qué es lo que había interesado tanto a su marido como para guardar aquel paquete polvoriento. Casi todos eran de periódicos americanos, de varios años atrás, y trataban del proceso de un famoso estafador y bígamo, Charles Le Maitre. Le Maitre era considerado sospechoso de haber dado muerte a varias mujeres. Se había encontrado un esqueleto enterrado debajo del suelo de una de las casas que había alquilado, y la mayoría de las mujeres con las que «contrajo matrimonio» desaparecieron sin dejar rastro.

Él se había defendido contra las acusaciones con habilidad consumada, con la ayuda de uno de los abogados de más talento de los Estados Unidos. El veredicto escocés «Absuelto por falta de pruebas» hubiera sido más apropiado al caso, pero en su defecto, se le consideró «Inocente» de la culpa capital, aunque le sentenciaron a un largo período de cárcel por los otros cargos presentados contra él.

Alix recordaba la sensación que produjo aquel caso, y también la que causó la huida de Le Maitre unos tres años más tarde. No volvieron a detenerle. La personalidad de aquel hombre y su extraordinario atractivo para las mujeres fueron comentados extensamente en los periódicos, junto con un resumen de la excitabilidad que demostró en el juzgado, sus protestas apasionadas, y sus repentinos colapsos debidos a su corazón débil, aunque algunos lo atribuyeron a sus facultades dramáticas.

Venía una fotografía suya en uno de los recortes que Alix tenía en la mano y la estudió con cierto interés… un caballero de luenga barba con aspecto de catedrático. Le recordaba a alguien, pero de momento no supo precisar quién era ese alguien. No imaginaba que Gerald se interesase por los crímenes y procesos famosos, aunque sabía que era el entretenimiento predilecto de muchos hombres.

¿A quién le recordaba aquella cara? De pronto, sobresaltada, comprendió que al propio Gerald. Aquellas cejas y aquellos ojos tenían un gran parecido con los suyos. Tal vez conservase aquellos recortes por esa razón. Sus ojos leyeron el párrafo que aparecía junto al retrato. Al parecer se encontraron ciertas notas en la agenda de bolsillo del acusado que coincidían con las fechas en que se deshizo de sus víctimas. Luego, una mujer había identificado al prisionero por una cicatriz que tenía en la muñeca izquierda, precisamente debajo de la palma de la mano.

Alix dejó caer los papeles de entre sus manos nerviosas mientras se tambaleaba. *En la muñeca izquierda, precisamente debajo de la palma, Gerald tenía una pequeña cicatriz*.

Todo giraba a su alrededor. Después le pareció tener de pronto aquella absoluta certeza. ¡Gerald Martin era Charles Le Maitre! Lo sabía y lo aceptaba con la velocidad del relámpago. Fragmentos sueltos acudían a su memoria, como las piezas de un rompecabezas que van tomando forma.

El dinero pagado por la casa… su dinero… únicamente su dinero. Los bonos al portador que confiara a su custodia. Incluso su sueño tenía ahora significado. En lo más profundo de su ser, su subconsciente siempre había temido a Gerald Martin y deseado escapar de él y para ello su otro yo pedía ayuda a Dick Windyford. Por eso también aceptó la verdad con tanta facilidad, y sin dudas ni vacilaciones. Ella iba a ser pronto otra de las víctimas de Le Maitre… quizá muy pronto.

Casi se le escapa un grito, al recordar lo anotado en la agenda. *Miércoles a las nueve de la noche*. Con lo fácil que era levantar las baldosas del sótano. En cierta

ocasión ya había enterrado a una de sus víctimas en un sótano. Todo lo tenía planeado para la noche del miércoles, ¡pero escribirlo de antemano con aquella tranquilidad… era una locura! No, era lógico. Gerald tomaba siempre nota de sus compromisos… y para él un crimen era una cuestión de negocios como cualquier otra.

Pero ¿qué la salvó? ¿Qué es lo que pudo salvarla? ¿Por qué se arrepentiría en el último momento? Sí… como un rayo le vino la respuesta. El viejo George. Ahora le resultaba comprensible el enojo incontenible de su esposo. Sin duda había preparado el terreno diciendo a todo el mundo que encontraba que se iban a Londres al día siguiente. Luego George fue a trabajar inesperadamente y al hablarle de Londres, ella había desmentido la historia. Era demasiado arriesgado deshacerse de ella aquella noche, exponiéndose a que el jardinero repitiera su conversación. ¡Pero había escapado de milagro! De no haber mencionado aquel asunto tan trivial… Alix se estremeció.

Pero no había tiempo que perder. Tenía que huir enseguida… antes de que él regresara. Por nada del mundo pasaría otra noche bajo el mismo techo que aquel hombre. Apresuróse a guardar de nuevo el rollo de recortes de periódicos en el cajón, y lo cerró.

Y entonces se quedó como si se hubiera convertido en estatua de piedra. Había oído el chirrido de la cerca. Su esposo había regresado ya.

Por un momento Alix continuó inmóvil; luego yendo de puntillas hasta la ventana atisbo tras el amparo de la cortina.

Sí, era su marido, que sonriendo para sí tarareaba una tonadilla. En la mano llevaba algo que casi paralizó el corazón de la aterrorizada Alix: una azada nueva.

Alix se dijo instintivamente: *Va a ser esta noche*. Pero le quedaba una oportunidad. Gerald, todavía tarareando había ido dando la vuelta a la casa.

Va a dejarla en el sótano… preparada, pensó Alix con un escalofrío.

Sin vacilar un momento echó a correr escaleras abajo y salió de la casa, pero en el preciso momento que atravesaba la puerta, su esposo hizo su aparición por un lado de la casa.

—Hola —le dijo—. ¿A dónde vas tan de prisa?

Alix procuró desesperadamente parecer tranquila. De momento había perdido su oportunidad, pero si tenía cuidado de no despertar sus sospechas volvería a tenerla más tarde. Incluso ahora mismo, tal vez.

—Iba a ir paseando hasta el extremo del prado —dijo con voz que le sonó débil e insegura a sus propios oídos.

—Muy bien —replicó Gerald—. Te acompañaré.

—No… por favor, Gerald. Estoy nerviosa… me duele la cabeza… preferiría ir sola.

Él la miró fijamente y Alix creyó ver el recelo en sus ojos.

—¿Qué te ocurre, Alix? Estás pálida… temblorosa.

—No es nada —se esforzó por sonreír—. Me duele la cabeza, eso es todo. Un paseo me sentará bien.

—Bueno, es inútil que digas que no te acompañe —declaró Gerald riendo—. Iré contigo quieras o no.

Alix no se atrevió a insistir más. Si sospechara que sabía…

Con un esfuerzo procuró recuperar algo de su habitual tranquilidad. No obstante, se daba cuenta de que él la miraba de reojo de cuando en cuando, como si no estuviera satisfecho y no hubiese acallado sus sospechas.

Cuando regresaron a la casa, él insistió en que debía acostarse, y le trajo agua de colonia para mojar sus sienes. Fue, como siempre, el esposo atento y solícito, y no obstante, Alix sentíase tan indefensa como si estuviera atada de pies y manos en el interior de una trampa.

Ni por un momento la dejó sola. Fue con ella a la cocina ayudándola a preparar la cena. Apenas podía tragar bocado, pero se esforzó en comer, e incluso parecer alegre y natural. Ahora se daba cuenta de que luchaba por su vida. Estaba a solas con aquel hombre, a varios kilómetros de distancia de la civilización, completamente a su merced. Su única oportunidad era aplacar sus sospechas para que la dejara sola unos momentos… los suficientes para llegar al teléfono del recibidor para pedir ayuda. Aquélla era su única esperanza. Si se decidía a huir, la alcanzaría antes de que pudiera llegar al pueblo.

Una esperanza momentánea la animó al recordar cómo había abandonado su plan la otra noche. ¿Y si le dijera que Dick Windyford iba a ir a verles aquella noche?

Las palabras temblaban en sus labios… pero se apresuró a rechazarlas. Aquel nombre no perdería su segunda oportunidad. Había tal determinación bajo su calma aparente que le daba náuseas. Sólo conseguiría precipitar su crimen. La mataría enseguida, y luego con toda tranquilidad telefonearía a Dick Windyford con cualquier excusa para que no fuera. ¡Oh!, si Dick fuera a verles aquella noche. Si Dick…

Una idea acudió a su mente y miró de soslayo a su esposo por temor a que pudiera adivinar sus pensamientos, y mientras formaba su plan, sintió renacer su valor mostrándose tan natural que ella misma se maravilló. Gerald estaba ahora completamente tranquilizado.

Alix preparó el café y lo llevó ahora al porche, donde solían sentarse las noches cálidas.

—A propósito —dijo Gerald de pronto—, más tarde revelaremos esas fotografías.

Alix sintió que un escalofrío recorría su cuerpo, pero replicó con naturalidad:

—¿No puedes hacerlo solo? Estoy dormida y muy cansada esta noche.

—No tardaremos mucho —sonrió—, y te aseguro que luego no te sentirás cansada.

Aquellas palabras parecieron divertirle. Alix se estremeció. Ahora, o nunca podría llevar a cabo su plan.

Se puso en pie.

—Voy a telefonear al carnicero —anunció tranquilamente.

—¿Al carnicero? ¿A estas intempestivas horas de la noche?

—Tonto, ya sé que la tienda está cerrada pero él está en la casa. Mañana es sábado y quiero que me traiga unos filetes de ternera bien temprano, antes de que se los lleve otra. El viejo haría cualquier cosa por mí.

Y entró rápidamente en la casa, cerrando la puerta tras ella. Oyó a Gerald que decía: «No cierres la puerta», y Alix replicó con ligereza: «Así no entrarán los mosquitos. Aborrezco los mosquitos. ¿Tienes miedo de que le haga el amor al carnicero, tonto?».

Una vez en el interior de la casa cogió el teléfono y dio el número de la «Posada del Viajero». Le dieron comunicación enseguida.

—¿El señor Windyford está todavía ahí? ¿Podría hablar con él?

Entonces el corazón le dio un vuelco. La puerta acababa de abrirse y su marido entraba en el recibidor.

—Vete, Gerald —le dijo mimosa—. No me gusta que me escuchen cuando hablo por teléfono.

Él se limitó a echarse a reír mientras se sentaba en una silla.

—¿Seguro que telefoneas al carnicero? —le preguntó.

Alix estaba desesperada. Su plan había fracasado. Dentro de unos instantes, Dick Windyford estaría al teléfono. ¿Se arriesgaría a gritar pidiendo ayuda? ¿Comprendería lo que quería decirle antes de que Gerald le arrebatara el aparato? ¿O creería únicamente que se trataba de una broma?

Y luego mientras nerviosa movía la clavija que permite que la voz se oiga o no en el extremo del hilo, se le ocurrió otra idea.

«Será fácil —pensó—. Tendré que procurar no perder la cabeza y escoger las palabras apropiadas y no desfallecer ni un momento, pero creo que podré hacerlo».

Y en aquel momento oyó la voz de Dick Windyford.

Alix tomó aliento. Luego conectó la clavija de comunicación con firmeza.

—Aquí la señora Martin… de «Villa Ruiseñor». *Por favor, venga* (cerró la clavija) mañana por la mañana y tráigame seis filetes de ternera bien hermosos (volvió a dar la comunicación). *Es muy importante*. (Cerró). Muchísimas gracias, señor Hexworthy, espero que no le haya molestado llamando tan tarde, pero en realidad el tener esos filetes el sábado (abrió) *es cuestión de vida o muerte*… (cerró). Muy bien… mañana por la mañana… (abrió), *cuanto antes*…

Volvió a dejar el teléfono en la horquilla y miró a su esposo respirando trabajosamente.

—De manera que es así como hablas con el carnicero ¿eh? —dijo Gerald.

—Estrategia femenina —dijo Alix en tono ligero.

Rebosaba excitación. Gerald no había sospechado nada, y sin duda Dick iría aunque no hubiese comprendido.

Pasaron al saloncito y Alix encendió la luz. Gerald la observaba.

—Pareces muy contenta ahora —le dijo mirándola con curiosidad.

—Sí —repuso Alix—; ya no me duele la cabeza.

Ocupó la butaca acostumbrada y su esposo fue a sentarse frente a ella. Estaba salvada. Eran sólo las ocho y veinticinco, y mucho antes de las nueve Dick habría llegado.

—No me ha gustado mucho el café de hoy —se quejó Gerald—. Es muy amargo.

—Es que he comprado una clase nueva. Si no te gusta no volveré a comprarlo, querido.

Alix, cogiendo su labor, empezó a coser. Confiaba plenamente en su propia habilidad para representar el papel de esposa solícita. Gerald leyó varias páginas de su libro y luego mirando el reloj dejó la novela.

—Las ocho y media. Es hora de bajar al sótano y empezar a trabajar.

A Alix se le cayó la labor de las manos.

—¡Oh! Aún no. Esperemos hasta las nueve.

—No, pequeña, es la hora que he fijado. Así podrás acostarte más pronto.

—Pero yo prefiero esperar hasta las nueve.

—Las ocho y media —insistió Gerald—. Ya sabes que cuando fijo una hora me gusta atenerme a ella. Vamos, Alix. No quiero esperar ni un minuto más.

Alix le miró, y a pesar suyo sintió que el terror la invadía. Gerald se había quitado la máscara y se retorcía las manos; los ojos le brillaban de excitación, y se pasaba continuamente la lengua por los labios resecos. Ya no se esforzaba por disimular su nerviosismo.

Alix pensó «*Es cierto… no puede esperar… está como loco…*».

Se acercó a ella y cogiéndola por los hombros la obligó a ponerse en pie.

—Vamos, pequeña… o te llevaré a rastras.

Su tono era alegre, pero había tal ferocidad en el fondo que Alix quedó como paralizada. Con un esfuerzo supremo logró desasirse yendo a apoyarse contra la pared. Estaba impotente. No podía escapar… ni hacer nada… él se iba acercando.

—Ahora, Alix…

—No…, no.

Lanzó un grito alargando las manos en un gesto de impotencia para impedir que se le acercara.

—Gerald… basta… tengo algo que decirte… tengo que confesarte una cosa…

Él no se detuvo.

—¿Confesar qué? —preguntó con curiosidad.

—Sí; que confesar —continuó ella desesperada, procurando mantener su atención —. Es algo que debiera haberte dicho antes.

En el rostro de Gerald apareció una mirada de desprecio. El encanto estaba roto.

—Un antiguo amor, supongo —se burló.

—No —dijo Alix—. Es otra cosa. Supongo que tú lo llamarías… sí… un crimen.

En el acto vio que había pulsado la cuerda oportuna, y que de nuevo era dueña de su interés. Eso le devolvió el valor sintiéndose dueña absoluta de la situación en aquel preciso momento.

—Será mejor que vuelvas a sentarte —le dijo tranquila.

Ella fue a ocupar su butaca, e incluso se detuvo para recoger la labor, aunque tras su calma aparente estaba inventando a toda prisa, ya que la historia que iba a contarle debía mantener su atención hasta que llegara la ayuda.

—Te dije —empezó— que había sido taquimecanógrafa durante quince años, y eso no es del todo cierto. Hubo dos intervalos. El primero tuvo lugar cuando yo tenía veintidós años. Conocía a un hombre ya mayor, dueño de una pequeña fortuna. Se enamoró de mí y me pidió que fuera su esposa. Acepté y nos casamos —hizo una pausa—. Yo le induje a que asegurara su vida en mi favor.

Vio que el interés de su esposo iba en aumento y continuó con más seguridad.

—Durante la guerra trabajé por algún tiempo en el Dispensario de un hospital. Allí manejé toda clase de drogas y venenos. Sí, venenos.

Volvió a detenerse. Ahora Gerald estaba ya sumamente interesado, no cabía duda. Al asesino le atraen los crímenes. Ella había jugado aquella carta y ganado. Echó una ojeada al reloj. Eran las nueve menos veinticinco.

—Existe un veneno… es un polvito blanco. Una porción insignificante significa la muerte. ¿Entiendes tú de venenos, quizá?

Hizo la pregunta con cierta precipitación. Si la respuesta era afirmativa tendría que ir con cuidado.

—No —respondió Gerald—. Sé muy poco de eso.

Exhaló un suspiro de alivio. Así sería más fácil.

—Pero habrás oído hablar de hioscina, ¿verdad? Es una droga que actúa igual, pero que no deja rastro. Cualquier médico extendería un certificado de defunción por fallo cardíaco. Robé una pequeña cantidad y la conservo en mi poder.

Hizo una pausa midiendo sus fuerzas.

—Continúa —dijo Gerald.

—No. Tengo miedo. No puedo decírtelo. Otro día.

—Ahora —replicó él impaciente—. Quiero saberlo.

—Llevábamos casados un mes. Yo me portaba muy bien con mi marido, era muy amable y solícita, y él hablaba muy bien de mí a todos los vecinos. Todos sabían lo buena esposa que era. Yo misma le preparaba el café todas las noches. Y un día, cuando estábamos solos, puse en su taza un poquitín del alcaloide mortal.

Alix hizo una pausa y enhebró la aguja con gran parsimonia. Ella, que nunca había hecho teatro, en aquellos momentos rivalizaba con la mejor actriz del mundo, representando el papel de envenenadora a sangre fría.

—Fue muy sencillo. Yo le observaba. De pronto empezó a faltarle la respiración y el aire. Yo abrí la ventana. Luego dijo que no podía moverse de su butaca… y, al cabo de poco murió.

Se detuvo sonriendo. Eran las nueve menos cuarto. No tardaría en llegar.

—¿A cuánto ascendía la prima del seguro? —preguntóle Gerald.

—A unas dos mil libras. Especulé con ellas y perdí. Por eso tuve que volver a trabajar en la oficina, pero nunca tuve intención de seguir allí mucho tiempo. Entonces conocí a otro hombre. En la oficina conservé mi nombre de soltera, y él no supo que había estado casada. Éste era más joven, bien parecido, y gozaba de buena posición económica. Nos casamos en Sussex. La ceremonia fue sencilla. No quiso asegurar su vida, pero desde luego hizo testamento a mi favor. Le gustaba que yo le preparara el café, igual que a mi primer mando —Alix sonrió al añadir con sencillez —. Sé hacerlo muy bien.

Luego continuó:

—Yo tenía varios amigos en el pueblecito donde vivíamos, y se compadecieron mucho de mí cuando una noche después de cenar mi esposo falleció repentinamente de un colapso. No me gustó el médico. No creo que sospechara de mí, pero desde luego le sorprendió mucho la repentina muerte de mi esposo. Aún no sé por qué volví a la oficina. Supongo que por costumbre. Mi segundo esposo me dejó unas cuatro mil libras. No especulé con ellas esta vez. Las invertí. Luego…

Pero fue interrumpida. Gerald con el rostro congestionado y ahogándose, la señaló angustiado con el dedo índice.

—¡El café… Dios mío! ¡El café!

Ella le miró sorprendida.

—Ahora comprendo por qué estaba tan amargo. Eres un demonio, me has envenenado.

Sus manos se asieron a los brazos del sillón y parecía dispuesto a saltar sobre ella.

—Me has envenenado.

Alix se había ido alejando hasta la chimenea y aterrorizada se disponía a negarlo… cuando lo pensó mejor. Iba a lanzarse sobre ella, y reuniendo todo su valor le miró retadoramente y con firmeza.

—Sí —le dijo—. Te he envenenado, y el veneno ya empieza a hacer su efecto. Ya no puedes moverte del sillón… no puedes moverte…

Si pudiera mantenerle allí… por lo menos unos minutos…

¡Ah! ¿Qué era aquello? Pasos en el camino. El chirrido de la cerca… más pisadas… y la puerta del recibidor que se abría…

—No puedes moverte —repitió.

Luego pasó corriendo ante él, yendo a refugiarse en los brazos de Dick Windyford.

—¡Dios mío! —exclamó.

Luego volvióse al hombre que le acompañaba, un policía alto y fornido vestido de uniforme y le dijo:

—Vaya a ver lo que ha ocurrido en esa habitación.

Y tendiendo cuidadosamente a Alix en el diván se inclinó sobre ella.

—Mi pequeña —murmuró—. Pobrecita. ¿Qué es lo que te han estado haciendo?

Alix cerró los ojos y sus labios pronunciaron su nombre.

Dick despertó de sus sueños de felicidad cuando el policía fue a tocarle en el brazo.

—En esta habitación no hay más que un hombre sentado en una butaca. Parece como si acabara de sufrir un ataque y…

—¿Sí?

—Bueno, señor… está muerto.

Se sobresaltaron al oír la voz de Alix diciendo como en sueños:

—Y al cabo de poco —dijo como si estuviera repitiendo algo—, murió.

La muchacha del tren

(The Listerdale Mystery).

—¡Y eso es! —observó Jorge Rowland con rencor contemplando la imponente fachada oscurecida por el humo del edificio que acababa de abandonar.

Podía decirse que representaba adecuadamente el poder del dinero… y el dinero, representado por William Rowland, tío del antes mencionado Jorge, había expresado su opinión con toda libertad. Durante el curso de diez breves minutos, de ser la niña de los ojos de su tío, el heredero de su fortuna, y un joven con una prometedora carrera ante él, se había convertido en un miembro que formaba en las filas del vasto ejército de los sin trabajo.

—Y con estas ropas ni siquiera me darán comida —reflexionó Rowland con tristeza—, y en cuanto a escribir versos y venderlos en la esquina a dos peniques (o «lo que usted quiera darme, señora»), la verdad es que ni eso sabría.

Cierto que Jorge iba embutido en un verdadero triunfo del arte del buen vestir. Llevaba un traje exquisitamente cortado. Poco tenía que envidiar a Salomón y los lirios del campo, pero el hombre no vive sólo de trajes… a menos que sea un experto cortador… y Rowland se daba perfecta cuenta de ello.

«Y todo por culpa del lamentable espectáculo de anoche», reflexionó con pesar.

El lamentable espectáculo había sido un baile en el Covent Garden. Rowland había regresado un poco tarde… o mejor dicho bastante temprano… aunque a decir verdad no podía asegurar que recordase exactamente la hora de su vuelta. Rogers, el mayordomo de su tío, era un individuo útil, que, sin duda, podría dar más detalles al respecto. Y el resultado: la cabeza espesa, una taza de café muy cargado, y la llegada a la oficina a las doce menos cinco, en vez de a las nueve y media, había precipitado la catástrofe. El señor Rowland, su tío, que durante veinticuatro años se había comportado como un pariente lleno de tacto, había abandonado de repente esta actitud, revelándose bajo un aspecto totalmente distinto. La incongruencia de las contestaciones de Jorge (cuya cabeza seguía abriéndose y cerrándose como cualquier instrumento de la Inquisición) aún le encolerizaron más. William Rowland estaba ya más que harto, y en pocas palabras puso a su sobrino de patitas en la calle, y volvió a ocuparse del interrumpido repaso de unos campos petrolíferos del Perú.

Jorge Rowland sacudió el polvo de la oficina de su tío de sus zapatos, y salió a la ciudad de Londres. Jorge era un individuo práctico, y consideró que una buena comida era necesaria para revisar la situación. Y la tuvo. Luego dirigió sus pasos hacia la mansión familiar. Rogers le abrió la puerta, y su rostro no demostró la menor sorpresa al ver a Jorge a aquella hora desacostumbrada.

—Buenas tardes, Rogers. ¿Quieres preparar mis cosas? Me marcho de aquí.

—Sí, señor. ¿Sólo por pocos días, señor?

—Para siempre, Rogers. Esta tarde salgo para las colonias.

—¿De veras, señor?

—No tengo preferencias. Cualquiera me da lo mismo. Digamos Australia. ¿Qué te parece la idea, Rogers?

Rogers carraspeó discretamente.

—Pues, señor, estoy seguro de haber oído decir que allí hay siempre sitio para cualquiera de desee trabajar de veras.

Rowland le contempló con interés y admiración.

—Muy bien expuesto, Rogers. Precisamente lo que yo estaba pensando. No iré a Australia… por lo menos hoy. Búscame un *A. B. C.*, ¿quieres? Escogeremos algo que esté más a mano.

Rogers le trajo el libro que le pedía, y Jorge lo abrió al azar y enfrascóse a volver las páginas con mano rápida.

—Perth… demasiado lejos… Putney Bridge… demasiado cerca. ¿Ramsgate? Creo que no. Reigate también me deja frío. Vaya… ¡qué cosa más extraordinaria! Existe un sitio llamado Castillo de Rowland. ¿Lo habías oído nombrar, Rogers?

—Creo, señor, que puede usted ir con Waterloo.

—Eres un hombre extraordinario, Rogers. Lo sabes todo. ¡Bien, bien, Castillo de Rowland! Quisiera saber qué clase de lugar es.

—Yo diría que no es muy grande, señor.

—Tanto mejor; así habrá menos competencia. Esas tranquilas aldeas campesinas conservan todavía parte del antiguo espíritu feudal. Los últimos Rowland debieran recibirme con inmediato agrado. No me extrañaría que me eligieran alcalde dentro de una semana.

Cerró el *A. B. C.* con un golpe brusco.

—La suerte está echada. Prepárame una maleta pequeña, ¿quieres, Rogers? Y después de presentar mis respetos a la cocinera, dile que le agradecería me prestara el gato. Cuando uno se propone ser alcalde, un gato es imprescindible.

—Lo siento, señor, pero el gato no está disponible.

—¿Cómo es eso?

—Esta mañana acaba de tener ocho gatitos.

—No me digas. Yo pensaba que se llamaba *Peter*.

—Yo también, señor. Ha sido una gran sorpresa para todos.

—Un caso de bautismo equivocado… confusión de sexo, ¿verdad? Bueno, bueno, tendré que irme sin gato. Prepárame las cosas enseguida, ¿quieres?

—Muy bien, señor.

Rogers desapareció para reaparecer diez minutos después.

—¿Quiere que llame un taxi, señor?

—Sí, haz el favor.

Rogers tuvo un instante de vacilación y luego dio un paso hacia delante.

—Me perdonará la libertad, señor, pero yo en su lugar no haría mucho caso de lo que el señor Rowland dijera esta mañana. Anoche fue a una de esas cenas y…

—No digas más —dijo Jorge—. Comprendo.

—Y como padece de gota…

—Lo sé, lo sé. Habrá sido una noche terrible para ti, Rogers, gracias a nosotros dos, ¿verdad? Pero me he propuesto distinguirme en el Castillo de Rowland… la cuna de mi raza histórica… esto quedaría bien en un discurso, ¿no te parece? Y un telegrama, o un discreto anuncio en los periódicos de la mañana, me recordará en cualquier momento que se prepara estofado de ternera. Y ahora ¡a Waterloo…! como dijo la noche de la histórica batalla.

La estación de Waterloo no estaba aquella tarde tan animada como otras veces. Rowland encontró el tren que debía llevarle a su destino, pero era un tren anodino… vulgar, un tren en el que nadie parecía tener interés en viajar. Jorge encontró un vagón de primera clase para él solo, a la cabeza del tren. La niebla iba descendiendo sobre la metrópoli… y sus jirones ora se abrían, ora se espesaban. El andén estaba desierto, y sólo la respiración asmática de la máquina rompía el silencio.

Y entonces, de pronto, empezaron a ocurrir cosas con rapidez sorprendente.

Primero apareció una muchacha, que abriendo la puerta penetró en el compartimiento en el momento en que Rowland empezaba a dormirse, y exclamó:

—¡Oh! Escóndame… ¡Oh! Escóndame, por favor.

Jorge era un hombre de acción por excelencia… nunca preguntaba el porqué de las cosas, y aquello parecía cuestión de vida o muerte. Sólo hay un lugar donde poder esconderse en un compartimiento del tren… debajo del asiento. En siete segundos la joven se había refugiado allí, y la maleta de Jorge, colocada como por descuido junto a un extremo, cubría su retirada. No fue demasiado pronto. Un rostro iracundo asomó por la ventanilla.

—¡Mi sobrina! Usted la ha ocultado aquí. Quiero a mi sobrina.

Jorge, un tanto falto de respiración, estaba reclinado en un rincón, absorto en la columna deportiva del periódico de la tarde, treinta y una edición. Lo dejó a un lado con el aire de un hombre que vuelve de muy lejos.

—¿Cómo dice usted, señor? —le preguntó cortés.

—Mi sobrina… ¿qué ha hecho usted con mi sobrina?

Considerando que la política del ataque es siempre mejor que la de defenderse, Jorge entró en acción.

—¿Qué diantre está diciendo? —exclamó con una magnífica imitación de los modales de su tío.

El otro se interrumpió un instante sorprendido por su repentina ferocidad. Era un hombre grueso, que todavía jadeaba un poco como si hubiera estado corriendo. Llevaba el cabello cortado *en brosse*, y un bigote a lo Hohenzollern. Su voz era decididamente gutural, y la rigidez de su tórax denotaba que se encontraba más cómodo dentro de su uniforme que fuera de él. Jorge sentía el prejuicio instintivo de un verdadero británico contra los extranjeros… y una repulsión especial por los germánicos.

—¿Qué diantre está diciendo? —repitió enojado.

—Ella entró aquí —dijo el otro—. Yo la vi. ¿Qué es lo que ha hecho con ella?

Jorge dobló el periódico y asomó la cabeza y los hombros por la ventanilla.

—De manera que es esto, ¿verdad? —rugió—. Chantaje. Pero se ha equivocado de persona. Esta mañana he leído todo lo referente a usted en el *Daily Mail*. ¡Aquí, guardia, guardia!

Un agente se acercó corriendo.

—Oiga, guardia —dijo Rowland con ese aire de autoridad que adoran las clases inferiores—. Este individuo me está molestando. Si es necesario le denunciaré por intento de chantaje. Dice que tengo a su sobrina escondida aquí. Hay una banda de extranjeros que se dedican al chantaje. Debieran impedirlo. Lléveselo, ¿quiere? Aquí tiene mi tarjeta por si la desea.

El guardia miró primero al uno y luego al otro, y pronto se decidió. Le habían enseñado a despreciar a los extranjeros, y a respetar y admirar a los caballeros bien vestidos que viajaban en primera.

Apoyó su mano en el hombro del intruso.

—Vamos —dijo—, usted se viene conmigo.

En aquel momento falló el inglés del extranjero y se puso a maldecir en su lengua nativa.

—Basta —dijo el guardia—. Apártese ya, ¿quiere? El tren va a salir.

Se dio la señal con la bandera, sonó el silbato y con una sacudida el tren salió de la estación.

Jorge permaneció en su puesto de observación hasta que hubieron dejado atrás el andén, y entonces retiró la cabeza de la ventanilla, y cogiendo su maleta la colocó en la red.

—Está bien. Ya puede salir —dijo en tono tranquilizador.

La muchacha obedeció.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Cómo puedo agradecérselo?

—No tiene importancia. Ha sido un placer, se lo aseguro —replicó Jorge galante.

Le sonrió para tranquilizarla. En sus ojos vio una expresión ligeramente intrigada… como si echara de menos algo a lo que estaba acostumbrada. En aquel momento, viéndose en el cristal, contuvo el aliento.

No se sabe a ciencia cierta si los encargados de la limpieza limpian o no debajo de los asientos de los trenes. Las apariencias son de que no lo hacen, pero es posible que las partículas de polvo y carbonilla se abran camino como una paloma mensajera. Jorge apenas había tenido tiempo de fijarse en la apariencia de la joven, tan repentina fue su llegada y tan breve el espacio de tiempo transcurrido antes de meterse en su escondite, pero estaba seguro de que era una muchacha joven, pulcra y bien vestida la que desapareciera debajo del asiento. Ahora su sombrerito rojo estaba abollado y sucio, y su rostro desfigurado por largos tizones de polvo.

—¡Oh! —exclamó la muchacha.

Y empezó a revolver en su bolso. Jorge, con el tacto de un auténtico caballero, permaneció con la mirada fija en la ventanilla admirando las calles londinenses al sur del Támesis.

—¿Cómo podré agradecérselo? —volvió a decir la joven.

Considerando que aquello era una indirecta para reanudar la conversación, Jorge retiró la vista de la ventanilla para volver a contarle galantemente, pero esta vez con algo más de calor.

¡La joven era realmente encantadora! Jorge tuvo que confesar que nunca había visto una muchacha más adorable. El *empressement* de sus modales se hizo más acentuado.

—Ha estado usted magnífico —dijo ella entusiasmada.

—En absoluto. Ha sido la cosa más sencilla del mundo. Estoy muy satisfecho de haberle sido de utilidad —murmuró Jorge.

—Estuvo magnífico —repitió la joven.

Sin duda es agradabilísimo ver a la muchacha más adorable del mundo mirándose en nuestros ojos y diciéndonos que nos encuentra magníficos, y Jorge disfrutó tanto como cualquiera.

Luego se hizo un silencio embarazoso. Parecía que la joven necesitaba explicarse, y enrojeció ligeramente.

—Lo más desagradable —dijo nerviosa—, es que no puedo explicarme.

Le miró con aire lastimero.

—¿No puede explicarse?

—No.

—¡Espléndido! —dijo Rowland con entusiasmo.

—¿Cómo dice?

—He dicho, «espléndido». Es como esas novelas que le mantienen a uno despierto toda la noche. La protagonista siempre dice «no puedo explicarme» en el primer capítulo. Y claro está, se explica en el último, y nunca hay una razón verdadera para que no lo hiciera desde el principio… como no sea que estropearía la historia. No puedo decirle lo que celebro verme mezclado en un auténtico misterio… no sabía que existieran estas cosas. Espero que tenga algo que ver con documentos secretos de inmensa importancia, y el expreso de los Balkanes. Adoro el expreso de los Balkanes.

La joven le miró con recelo.

—¿Por qué ha dicho usted el expreso de los Balkanes? —preguntó intrigada.

—Espero no haber sido indiscreto —se apresuró a responder Jorge—. Tal vez su tío viajaba en él…

—Mi tío… —Se detuvo y luego volvió a decir sin terminar—: Mi tío…

—Cierto —dijo Jorge con simpatía—. Yo también tengo un tío. Nadie debiera ser responsable de sus tíos. La naturaleza es muy caprichosa… así es como yo lo veo.

La joven se echó a reír impulsivamente, y al hablar, Jorge observó su ligero acento extranjero. Al principio la había tomado por inglesa.

—Qué persona más tranquilizadora y original es usted, señor…

—Rowland. Jorge para mis amigos.

—Me llamo Isabel…

Se detuvo bruscamente.

—Me gusta ese nombre —dijo Jorge para disimular su momentánea confusión—. ¿No la llamarán Belita, o cualquier otra cosa horrible, supongo?

Ella meneó la cabeza.

—Bien —continuó Jorge—, ahora que nos conocemos, será mejor que pasemos a tratar de negocios. Si se levanta le sacudiré la espalda de su abrigo.

Ella obedeció y Jorge cumplió bien su cometido.

—Gracias, señor Rowland.

—Jorge. Recuerde, Jorge para mis amigos. Y no es posible que entre usted en mi departamento, se esconda debajo del asiento, me induzca a mentir a su tío, y luego se niegue a que seamos amigos, ¿no le parece?

—Gracias, Jorge.

—Así está mejor.

—¿Estoy bien ahora? —preguntó Isabel intentando mirar por encima de su hombro la espalda de su abrigo.

—¡Está bien…! ¡Oh! Sí… ahora está perfectamente —dijo Jorge conteniéndose.

—Comprenda, ha sido todo tan repentino —exclamó la joven.

—Debe haberlo sido.

—Él nos vio en el taxi y luego en la estación. Yo me metí aquí sabiendo que me seguía de cerca. A propósito, ¿a dónde va este tren?

—Al Castillo de Rowland —replicó Jorge en tono firme.

La muchacha pareció extrañarse.

—¿El Castillo de Rowland?

—Claro que después de varias paradas. Pero confidencialmente, yo espero llegar allí antes de medianoche. La antigua compañía Sur-Oeste… era de confianza…, lenta pero segura… y estoy convencido de que los ferrocarriles del sur conservan las antiguas tradiciones.

—No sé si debo ir al Castillo de Rowland —dijo Isabel pensativa.

—No me ofenda. Es un lugar delicioso.

—¿Ha estado alguna vez allí?

—Pues, exactamente, no. Pero hay muchísimos otros sitios a donde puede ir, si no le atrae el Castillo de Rowland. Tal vez prefiera Wokin, Wedbridge o Wimbledon. Seguro que el tren se detiene en alguno de ellos.

—Ya. Sí, podría apearme allí, y tal vez regresar a Londres en coche. Creo que ése sería el mejor plan.

Mientras hablaba, el tren comenzó a disminuir su marcha y Rowland la miró con ojos suplicantes.

—Si puedo hacer algo…

—No, ya ha hecho usted bastante.

Hubo una pausa y al fin la joven volvió a romper el silencio.

—Yo… ojalá pudiera explicarme. Yo…

—¡Por lo que más quiera, no lo haga! Lo estropearía todo. Pero escuche, ¿no hay nada que yo pueda hacer? ¿Llevar los papeles secretos a Viena… o algo por el estilo? Siempre hay documentos secretos. Deme una oportunidad.

El tren se había detenido e Isabel bajó precipitadamente al andén. Luego volvió su rostro ansioso y le habló a través de la ventanilla.

—¿Habla usted en serio? ¿Querría hacer algo por nosotros… por mí?

—Haría lo que fuese por usted, Isabel.

—¿Aunque no pudiera explicarle los motivos?

—¡Al diablo los motivos!

—¿Aunque fuese… peligroso?

—Cuanto más peligroso, mejor.

Tras vacilar unos instantes pareció tomar una determinación.

—Inclínese fuera de la ventanilla y mire el andén como si en realidad no lo mirara —el señor Rowland apresuróse a obedecer aquella orden tan difícil—. ¿Ve usted a ese hombre que sube al tren… que lleva una pequeña barba negra… y un abrigo claro? Sígale, y vigile lo que hace y a dónde va.

—¿Eso es todo? —preguntó Rowland—. ¿Qué he de…?

Ella le interrumpió:

—Luego le enviaremos más instrucciones. Vigílele… y guarde esto —puso en su mano un paquete sellado—. Guárdelo con su vida. Es la clave de todo.

El tren siguió adelante y Rowland permaneció contemplando por la ventanilla la figura alta y graciosa de Isabel, que se alejaba por el andén. En su mano aprisionaba el paquetito sellado.

El resto de su viaje fue monótono y aburrido. El tren era muy lento y se detenía en todas partes. En cada estación, Jorge se asomaba a la ventanilla, para ver si se apeaba su presa. Cuando la parada prometía ser larga, se bajaba al andén para asegurarse de que el hombre seguía allí.

El destino eventual del tren era Portsmouth, y fue allí donde se apeó el sujeto de la barba. Se dirigió a un pequeño hotel de segunda clase, donde le dieron habitación, y Rowland hizo lo propio.

Las habitaciones estaban en el mismo pasillo, separadas sólo por dos puertas. Aquello satisfizo a Jorge. Era un completo novato en el arte de la persecución, pero estaba deseando aprender y justificar la confianza de Isabel.

Para cenar, dieron a Jorge una mesa próxima a su presa. El comedor no estaba lleno y la mayoría de los comensales le parecieron viajantes de comercio… hombres

muy respetables que engullían los alimentos con apetito. Sólo un hombre atrajo su atención… uno menudo, de cabellos y bigotes rubios, y aspecto de hombre acostumbrado a tratar con caballos. También él parecía interesarse por Jorge, y cuando terminaron de cenar le propuso una partida de billar, pero Jorge había visto que el hombre de la barba negra se ponía el sombrero y el abrigo, y se negó cortésmente. Al minuto siguiente estaba en la calle en pos de aquel sujeto. La persecución fue larga y pesada… y al fin pareció no conducir a parte alguna. Después de deambular por las calles de Portsmouth por espacio de cuatro kilómetros, el hombre regresó al hotel, y Jorge pisándole los talones. Una duda asaltó a nuestro héroe. ¿Era posible que aquel hombre se hubiera percatado de su presencia? Mientras discutía esta cuestión, de pie en el vestíbulo, se abrió la puerta principal y entró el hombrecillo de cabellos rubios. Al parecer, también él había salido a dar un paseo.

Jorge se dio cuenta en el acto de que la hermosa damisela que estaba en conserjería se dirigía a él.

—El señor Rowland, ¿verdad? Dos caballeros han venido a verle. Dos extranjeros. Están en el saloncito del final del pasillo.

Un tanto asombrado, Jorge buscó la estancia en cuestión. Los dos caballeros que se hallaban sentados allí, se pusieron de pie para saludarle ceremoniosamente.

—¿El señor Rowland? No me cabe la menor duda, señor, de que adivina nuestra identidad.

Jorge miró primero a uno y luego al otro. El que había hablado era el mayor de los dos, un caballero ceremonioso de cabellos grises que hablaba un excelente inglés. Su acompañante era un joven alto, rubio, de rostro granujiento y constitución germánica, que no perdía atractivo a pesar del ceño fiero que ostentaba en aquellos momentos.

Bastante aliviado al ver que ninguno de sus visitantes era el caballero que encontrara en Waterloo, Jorge adoptó su aire más cortés.

—Por favor, siéntense, caballeros. Encantado de conocerles. ¿Quieren tomar algo?

El más anciano alzó ligeramente la mano en son de protesta.

—Gracias, lord Rowland… Sólo disponemos de poco tiempo… el preciso para que usted responda a una pregunta.

—Es usted muy amable al darme ese título —repuso Jorge—. Y lamento que no quieran tomar nada. ¿Cuál es esa pregunta tan trascendental?

—Lord Rowland, usted salió de Londres en compañía de cierta dama. Y llegó aquí solo. ¿Dónde está la dama?

Jorge se puso en pie.

—No comprendo su pregunta —dijo en tono frío, imitando en todo lo posible a un héroe de novela—. Tengo el honor de desearles muy buenas noches, caballeros.

—Pero usted sí que la entiende. La comprende perfectamente —exclamó el más joven interviniendo de improviso—. ¿Qué ha hecho usted de Alexa?

—Cálmese, señor —murmuró el otro—. Le ruego que conserve la calma.

—Puedo asegurarle —dijo Jorge—, que no conozco a ninguna dama de ese nombre. Debe haber algún error.

El más anciano le miraba de hito en hito.

—No es posible —replicó en tono seco—. Me tomé la libertad de examinar el libro de registro del hotel. Usted se inscribió como J. Rowland del Castillo de Rowland.

Jorge se vio obligado a ruborizarse.

—Una… una pequeña broma mía —explicó.

—Una excusa muy trivial. Vamos, déjese de rodeos, ¿dónde está su alteza?

—Si se refiere a Isabel…

Con un arrebato de furor el joven volvió a adelantarse.

—¡Insolente! Hablar de ella en esos términos.

—Me refiero —dijo el otro despacio—, como usted sabe muy bien, a la gran duquesa Anastasia Sofía Alexandra María Elena Olga Isabel de Catonia.

—¡Oh! —exclamó Rowland sin poder contenerse.

Trató de recordar todo lo que sabía de Catonia… Que él supiese, era un pequeño pueblo de los Balkanes, y tenía idea de que había habido allí una revolución. Volvió a la realidad con un esfuerzo.

—Evidentemente nos referimos a la misma persona —dijo alegremente—, sólo que *yo* la llamo Isabel.

—Tendrá que darme una satisfacción —gruñó el más joven—. Nos batiremos.

—¿Batirnos?

—En duelo.

—Yo nunca me bato —replicó Rowland con determinación.

—¿Por qué no? —preguntó el otro en tono desagradable.

—Tengo demasiado miedo de que me hieran.

—¡Ah! ¿Por eso? Entonces por lo menos me daré el gusto de tirarle de la nariz.

Y el joven avanzó con fiereza. Lo que ocurrió es algo difícil de explicar, pero describió un repentino círculo en el aire para luego caer al suelo pesadamente. Se levantó aturdido ante la mirada sonriente de Rowland.

—Como iba diciendo —observó—, siempre temo que me hieran. Por eso creí conveniente aprender jiujitsu.

Hubo una pausa. Los dos extranjeros contemplaron vacilantes a aquel joven de aspecto amable, como si hubieran comprendido de pronto que tras sus modales corteses se escondía una cualidad peligrosa. El joven teutón estaba lívido de ira.

—Se arrepentirá de eso —siseó.

El anciano recuperó su compostura.

—¿Es su última palabra, lord Rowland? ¿Se niega a comunicarnos el paradero de su alteza?

—Lo ignoro.

—No esperará que lo crea.

—Temo que sea usted de naturaleza incrédula, señor.

El otro limitóse a mover la cabeza, murmurando:

—Éste no es el fin. Volverá a saber de nosotros —y los hombres se despidieron.

Jorge se pasó la mano por la frente. Los acontecimientos se precipitaban con rapidez sorprendente. Sin duda se hallaba mezclado en un escándalo europeo de primera categoría.

—Tal vez represente otra guerra —pensó Jorge esperanzado, mientras se volvía para ver lo que había sido del hombre de la barba negra.

Para su tranquilidad le descubrió sentado en un extremo del salón. Jorge ocupó la esquina opuesta, y al cabo de tres minutos el hombre de la barba se levantó yendo a acostarse. Jorge le siguió hasta verle entrar en su habitación y cerrar la puerta. Entonces exhaló un suspiro de alivio.

—Necesito descansar —murmuró—. Lo necesito desesperadamente.

Entonces le asaltó un temor. Suponiendo que el hombre de la barba hubiera comprendido que le seguía los pasos… ¿Y si escapaba durante la noche mientras Jorge dormía el sueño de los justos? Unos minutos de reflexión bastaron a Rowland para encontrar un medio de vencer aquella dificultad. Deshizo uno de sus calcetines hasta tener una hebra de lana lo bastante larga, y luego, saliendo sigilosamente de su habitación, pegó uno de sus extremos en la puerta del desconocido con un pedazo de papel de goma, y luego hizo llegar hasta su propio dormitorio. Allí cogió el otro extremo atándole una campanilla de plata… recuerdo de la juerga de la noche anterior. Hizo todos estos preparativos con gran satisfacción. Cuando el hombre de la barba negra intentara abandonar la habitación, le avisaría instantáneamente el tintineo de la campanilla.

Una vez hechos estos arreglos, Jorge no perdió tiempo y se acostó. Colocó el paquete sellado cuidadosamente debajo de la almohada, y luego se entregó a un ejercicio mental. Sus pensamientos podían traducirse así:

«Anastasia, Sofía, María, Alejandra, Olga, Isabel. Diantre, me he olvidado uno. Quisiera saber…».

Fue incapaz de dormirse inmediatamente, pues se lo impedía su afán de desentrañar la situación. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Qué relación había entre la gran duquesa fugitiva, el paquete sellado y el hombre de la barba negra? ¿De qué huía la gran duquesa? ¿Sabían los dos extranjeros que el paquete sellado estaba en su poder? ¿Qué contenía?

Dando vueltas a estas cuestiones e irritado por no ver cercana la solución, Rowland se quedó dormido.

Le despertó un ligero tintineo de la campanilla. No era de esos hombres que entren inmediatamente en acción al despertarse, y necesitó un minuto y medio para hacerse cargo de la situación. Entonces saltó de la cama, se puso las zapatillas y abriendo la puerta con sumas precauciones, salió al pasillo. Una leve sombra

moviéndose por el centro del mismo le indicó la dirección de su hombre, y avanzando en el mayor silencio, le fue siguiendo. Llegó con el tiempo justo para ver cómo el barbudo desaparecía en el cuarto de baño. Aquello era muy extraño, pues había otro precisamente al lado de su habitación. Acercándose más a la puerta, que estaba entreabierta, Jorge atisbó por la rendija. El barbudo estaba de rodillas junto a la bañera haciendo algo en el borde de la misma. Permaneció allí durante unos cinco minutos y luego se puso en pie, momento que fue aprovechado por Jorge para emprender una prudente retirada. Una vez a salvo en la penumbra de su habitación, observó desde allí cómo el otro entraba en la suya.

—Bien —díjose—. Mañana por la mañana habrá que investigar el misterio del cuarto de baño.

Se metió en la cama, deslizando su mano debajo de la almohada para asegurarse de que el paquete sellado seguía allí. Al minuto siguiente estaba revolviendo frenéticamente toda la ropa de la cama presa de pánico. ¡El paquete había desaparecido!

A la mañana siguiente fue un triste Jorge el que se sentó a desayunar huevos con jamón. Había defraudado a Isabel, permitiendo que le arrebataran el precioso paquete que ella le confiara y lo del «misterio del cuarto de baño» fue un truco miserable. Sí, no cabía duda de que Jorge había hecho el ridículo.

Después de desayunar, volvió a subir. En el pasillo encontró a una camarera con aspecto perplejo.

—¿Le ocurre algo? —Le preguntó Jorge amablemente.

—Se trata del caballero de esta habitación, señor. Me pidió que le llamara a las ocho y media, y no me contesta y la puerta está cerrada.

—No me diga —replicó Jorge.

Una extraña inquietud le fue invadiendo y corrió a su habitación. Cualesquiera que fuesen los planes que estuviera trazando fueron dejados de lado ante la vista de algo inesperado. Allí, sobre la cómoda, estaba el paquetito que le habían robado la noche anterior.

Jorge lo cogió para examinarlo. Sí, sin duda era el mismo, pero el sello había sido roto. Tras, un minuto de vacilación lo desenvolvió. Si otras personas habían visto su contenido, ¿por qué razón no podía también él? Además, era posible que hubieran robado su contenido. Al quitar el papel que lo envolvía descubrió una cajita de cartón, de las que emplean los joyeros. La abrió. En su interior, sobre un lecho de algodón en rama, había un sencillo aro de boda.

Lo cogió, examinándolo. No llevaba ninguna inscripción en su interior… nada que lo diferenciara de cualquier otro anillo de oro. Jorge escondió la cabeza entre las manos, exhalando un gemido.

—Es una locura —murmuró—. Eso es lo que es. Una locura. No tiene sentido.

De pronto recordó la declaración de la camarera, y al mismo tiempo observó que fuera de la ventana había un ancho parapeto. Era algo que normalmente no hubiera

hecho, pero, tentado por la curiosidad y el coraje, estaba dispuesto a hacer frente a las dificultades. Saltó al repecho de la ventana, y pocos segundos después se asomaba a la de la habitación ocupada por el hombre de la barba negra. La ventana estaba abierta y la habitación vacía. Un poco más allá había una escalera de incendios. Era evidente que su presa ya había tomado las de Villadiego.

Jorge saltó al interior del dormitorio. Las pertenencias del fugitivo estaban esparcidas por doquier. Tal vez entre ellas hubiese algo que iluminara su perplejidad. Empezó a buscar, comenzando por el contenido de una maleta desvencijada.

Fue un ruido el que interrumpió su registro… un ruido muy ligero, pero que sin duda había sonado en la habitación. Jorge dirigió la vista hacia el gran armario guardarropa, y acercándose a él abrió la puerta de golpe. Al hacerlo, un hombre saltó de su interior, cayendo sobre él. Rodaron por el suelo abrazados. No era un contrincante despreciable, y todos los trucos conocidos por Jorge le valieron de bien poco. Al fin se separaron casi exhaustos y por primera vez pudo ver quién era su adversario. ¡El hombrecillo del bigote rubio!

—¿Quién diablos es usted? —le preguntó Jorge.

Por respuesta el otro le entregó una tarjeta que Jorge leyó en voz alta.

—«Detective inspector Jarrold, de Scotland Yard».

—Eso es, señor. Y ahora hará bien en decirme todo lo que sepa de este asunto.

—¿Usted cree? —dijo Jorge pensativo—. ¿Sabe usted, inspector? Creo que tiene razón. ¿No podríamos ir a un lugar más alegre?

En un apacible rincón del bar, Jorge desnudó su alma, mientras el inspector Jarrold le escuchaba con simpatía.

—Muy extraño, como bien dice usted, señor —observó cuando Jorge hubo terminado—. Hay muchas cosas que no tienen ni pies ni cabeza, pero hay uno o dos puntos que puedo aclararle. Yo vine aquí siguiendo a Mardenber (su amigo de la barba negra), y su aparición y su vigilancia me hicieron entrar en sospechas. Anoche me introduje en su habitación, cuando usted había salido, y fui yo quien le quitó el paquetito sellado de debajo de la almohada. Al abrirlo vi que no era lo que yo andaba buscando y aproveché la primera oportunidad para devolvérselo.

—Desde luego, eso aclara un poco las cosas —repuso Jorge pensativo—. Parece que no he hecho más que ponerme en ridículo.

—Yo no diría eso, señor. Lo hizo muy bien para ser un principiante. ¿Dice que visitó el cuarto de baño esta mañana y se llevó lo que había escondido detrás de la bañera?

—Sí. Pero es sólo una estúpida carta de amor —dijo Jorge con pesar—. ¡Maldita sea! No era mi intención meterme en la vida privada de ese pobre diablo.

—¿Le importaría dejar que la viera, señor?

Jorge sacó la carta doblada de su bolsillo y se la entregó al inspector, que se dispuso a leerla.

—Una vulgar carta amorosa, como usted dice. Pero me parece que si trazara líneas desde el punto de una *i* a otra, obtendría un resultado muy distinto. Vaya, Dios le bendiga, señor, éste es el plano de las defensas del puerto de Portsmouth.

—¿Qué?

—Sí. Hace tiempo que habíamos echado el ojo a ese caballero, pero era demasiado listo para nosotros. Tiene a una mujer que hace el trabajo más sucio.

—¿Una mujer? —dijo Jorge aturdido—. ¿Cuál es su nombre?

—Se la conoce por muchos, señor. El más corriente es Betty Brighteyes. Es una mujer muy atractiva.

—Betty… Brighteyes —dijo Jorge—. Gracias, inspector.

—Perdóneme, señor, ¿no se encuentra bien?

—No. Estoy muy enfermo. En resumen, creo que será mejor que tome el primer tren para regresar a la ciudad.

El inspector consultó su reloj.

—Me temo que sea un poco lento, señor. Será mejor que espere al expreso.

—No importa —replicó Jorge con voz lúgubre—. Ninguno será más lento que el que me trajo ayer.

Sentado una vez más en un departamento de primera clase, Jorge repasó perezosamente las noticias del día. De pronto se irguió sobresaltado ante lo que leían sus ojos.

«Una boda romántica tuvo lugar ayer en Londres. Lord Rolando Gaigh, segundo hijo del marqués de Exminster, contrajo matrimonio con la gran duquesa Anastasia de Catonia. La ceremonia se mantuvo en el más absoluto secreto. La gran duquesa había estado viviendo en París con su tío desde la sublevación de Catonia. Conoció a lord Rolando cuando era secretario de la Embajada británica en Catonia y su noviazgo data desde entonces».

—Vaya, que me…

Rowland no supo encontrar nada lo bastante fuerte para expresar sus sentimientos, y continuó mirando fijamente al vacío. El tren se detuvo en una pequeña estación y subió una dama que fue a sentarse delante de él.

—Buenos días, Jorge —le dijo con voz dulce.

—¡Cielos! —exclamó Jorge—. ¡Isabel!

Ella le sonrió. Estaba más bonita que nunca, si ello fuera posible.

—Escuche —suplicó Jorge, llevándose las manos a la cabeza—. Dígame, por amor de Dios, ¿es usted la gran duquesa Anastasia o Betty Brigtheyes?

Ella le miró.

—Ninguna de las dos. Soy Isabel Gaigh. Ahora puedo explicárselo todo, y también disculparme. Comprenda. Rolando (es mi hermano) siempre había estado enamorado de Alexa…

—¿Se refiere a la gran duquesa?

—Sí, es así como la llaman en familia. Pues bien, como le decía, Rolando siempre estuvo enamorado de ella, y ella de él. Y entonces vino la revolución, y Alexa estuvo en París, y ya iban a arreglarlo todo cuando el viejo Stüum, el canciller, se presentó insistiendo en llevarse a Alexa y obligarla a casarse con el príncipe Karl, su primo, un ser sencillamente horrible… y presuntuoso.

—Me parece que le he conocido —replicó Jorge.

—A quien ella odiaba. Y el viejo príncipe Osric, su tío, le prohibió volver a ver a Rolando. De manera que huyó a Inglaterra, y yo vine a reunirme con ella, y telegrafié a Rolando, que estaba en Escocia. Y en el último momento, cuando nos dirigíamos al Registro Civil en un taxi, nos encontramos frente a frente con el viejo príncipe Osric, que iba en otro taxi. Claro que nos siguió, y estábamos desesperados sin saber qué hacer, porque hubiera hecho una escena terrible, y además es su guardián. Entonces se me ocurrió la brillante idea de cambiarme con ella. Hoy en día no se ve nada más que la punta de la nariz de una joven. Me puse el sombrero rojo de Alexa y su abrigo castaño, y ella el mío gris. Entonces dijimos al taxista que nos llevara a Waterloo, y allí yo me apeé entrando apresuradamente en la estación. El viejo Osric siguió el sombrero rojo, sin pensar ni un momento en la otra ocupante del taxi que permanecía acurrucada en su interior, pero naturalmente no debía ver mi rostro. Así que me introduje en su departamento y me abandoné a su clemencia.

—Lo demás ya lo sé —dijo Jorge—. Me lo merecía.

—No diga eso. Tengo que disculparme. Espero que no esté enfadado. Comprenda, parecía tan interesado por vivir un verdadero misterio… como en las novelas, que no pude resistir la tentación. Escogí un hombre de aspecto siniestro que había en el andén y le dije a usted que le siguiera. Y luego le entregué el paquete.

—Conteniendo un anillo de boda.

—Sí. Alexa y yo lo compramos porque Rolando no debía llegar de Escocia hasta el momento de la boda. Y naturalmente, yo sabía que cuando pudiera regresar a Londres ya no lo necesitarían… Habrán utilizado una argolla de cortina o cualquier otra cosa.

—Comprendo —dijo Jorge—. Es lo que ocurre siempre… ¡es tan sencillo cuando se sabe! Permítame un instante, Isabel.

Y quitándole el guante exhaló un suspiro de alivio al ver su dedo anular desnudo.

—Estupendo —observó—. Al fin y al cabo este anillo servirá para algo.

—¡Oh! —exclamó Isabel—. ¡Pero si yo no sé nada de usted!

—Sabes lo simpático que soy —replicó Jorge—. A propósito, acaba de ocurrírseme que tú debes ser *lady* Isabel Gaigh, naturalmente.

—¡Oh! Jorge, ¿acaso eres un *snob*?

—A decir verdad lo soy bastante. Mi mejor sueño fue uno en el que el rey Jorge me pedía prestada media corona para pasar el fin de semana. Pero estaba pensando en mi tío… el que me ha despedido. Él sí que es un *snob* terrible… ¡Cuando sepa que voy a casarme contigo me convertirá enseguida en su socio!

—¡Oh, Jorge! ¿Eres muy rico?

—Isabel, ¿acaso eres interesada?

Mucho. Me encanta gastar dinero. Pero estaba pensando en mi padre. Tiene cinco hijas pletóricas de belleza y sangre azul y está deseando encontrar un yerno rico.

—¡Um!… —replicó Jorge—. Será uno de esos enlaces preparados por el cielo y aprobados en la tierra. ¿Viviremos en el Castillo de Rowland? Seguro que me hacen alcalde, siendo tú mi mujer. ¡Oh, querida Isabel! Es probable que lo prohíban las leyes de la Compañía, pero no puedo remediarlo, he de besarte.

Un cantar por seis peniques

(Sing a Song of Sixpence).

Sir Eduardo Palliser, K. C., vivía en el número nueve del pasaje Reina Ana. El pasaje Reina Ana es un callejón sin salida. En el mismo corazón de Westminster, tiene un ambiente de paz como de otros tiempos muy alejados del tumultuoso siglo XX, y muy de acuerdo con la personalidad de *sir* Eduardo Palliser.

Sir Eduardo había sido uno de los abogados criminalistas más eminentes de su época, y ahora que ya no ejercía su profesión, su afición predilecta era coleccionar una buena biblioteca de obras policíacas. Era además autor de un libro sobre reminiscencias de criminales célebres.

Aquella tarde, *sir* Eduardo hallábase sentado delante de la chimenea de su biblioteca saboreando un excelente café negro, y entregado a la lectura de una obra de Lombroso. Unas teorías muy ingeniosas… pero muy pasadas de moda.

La puerta abrióse casi sin hacer ruido y su criado avanzó sobre la mullida alfombra murmurando discretamente:

—Una joven desea verle, señor.

—¿Una joven?

Sir Eduardo estaba sorprendido. Aquello era algo que se salía del curso normal de los acontecimientos. Luego reflexionó que podía tratarse de su sobrina Ethel… pero no, en este caso Armour se lo hubiera dicho.

Le preguntó con cautela:

—¿No le ha dado su nombre?

—No, señor; pero dijo que estaba segura de que usted la recibiría.

—Hágala pasar —dijo *sir* Eduardo Palliser agradablemente intrigado.

Una joven alta, morena, de unos treinta años, que vestía un traje de chaqueta negro y un sombrerito del mismo color, se acercó a *sir* Eduardo con la mano extendida y expresión de reconocimiento. Armour retiróse, cerrando la puerta tras sí.

—*Sir* Eduardo… me conoce, ¿verdad? Soy Magdalena Vaughan.

—Vaya, claro. —Estrechó calurosamente la mano que le tendía.

Ahora la recordaba perfectamente. ¡Aquel viaje que hizo desde América en el *Siluric*! Aquella encantadora criatura… Porque entonces ella era poco más que una niña. Recordaba haberle hecho el amor, con la discreción de un hombre de mundo ya mayor. Ella era tan adorable… tan joven… tan vehemente… tan llena de admiración y adoración por el héroe… lo preciso para cautivar el corazón de un hombre que rayaba en los sesenta. El recuerdo agregó un calor especial a su apretón de mano.

—Ha sido muy amable viniendo a verme. Siéntese, por favor —le acercó un sillón sin cesar de hablar mientras se preguntaba por qué habría venido.

Cuando al fin terminó la charla intrascendente, se hizo un silencio.

La joven abría y cerraba la mano que tenía sobre el brazo del sillón, mientras humedecía sus labios. Al fin habló… bruscamente.

—*Sir* Eduardo…, quiero que usted me ayude.

Él murmuró sorprendido:

—¿Sí?

La joven continuó hablando con más vehemencia:

—Usted dijo que si alguna vez necesitaba ayuda… que si había algo que pudiera hacer por mí… lo haría.

Sí, él lo *había* dicho. Son de esas cosas que se dicen siempre… sobre todo en el momento de la despedida. Recordaba incluso cómo se le quebró la voz… al besar su mano.

«*Si hay algo que pueda hacer por usted, recuerde que le digo de corazón…*».

Sí, se dicen esas cosas… ¡pero qué pocas veces tiene uno que cumplirlas! Y mucho menos después de… ¿cuántos?… nueve o diez años. La miró con presteza… seguía siendo una joven atractiva, pero había perdido lo que para él resultaba encantador… aquella juventud impecable. Quizás ahora su rostro resultase más interesante… un hombre más joven tal vez lo creyera así… pero *sir* Eduardo estaba ya muy lejos de sentir aquella emoción cálida que sintiera al término de su viaje por el Atlántico.

Su rostro adquirió una expresión de recelo y dijo en tono rápido:

—Cierto, mi querida jovencita. Estaré encantado de poder hacer lo que esté en mi mano… aunque dudo de que hoy en día pueda ya ayudar a nadie.

Si se preparaba su retirada, ella no hizo el menor caso. Era de esas personas que sólo pueden ver una cosa… y lo que veía en aquel momento era su propia necesidad, y dio por sentado que *sir* Eduardo estaba dispuesto a ayudarla.

—Estamos en un apuro terrible, *sir* Eduardo.

—¿Estamos? ¿Se ha casado usted?

—No… Me refiero a mi hermano y a mí. ¡Oh! Y a William y Emilia también. Pero debo explicarme. Yo tenía… yo tenía una tía… la señorita Crabtree. Quizás usted lo haya leído en los periódicos. Fue horrible. Murió… asesinada.

—¡Ah! —Un relámpago de interés iluminó el rostro de *sir* Eduardo—. Hará cosa de un mes, ¿verdad?

La muchacha asintió.

—Bastante menos que eso… tres semanas.

—Sí, lo recuerdo. Le golpearon en la cabeza en su propia casa, y no pudieron coger al culpable.

Magdalena Vaughan volvió a asentir.

—No le cogieron… ni creo que consigan cogerle nunca. Comprenda… puede que no exista tal hombre.

—¿Qué?

—Sí… es horrible. En los periódicos no se ha publicado nada, pero eso es lo que cree la policía. *Saben* que nadie se acercó a la casa aquella noche.

—¿Quiere decir…?

—Que fue uno de nosotros cuatro. *Tuvo* que serlo. No saben cuál ni *nosotros* tampoco… No lo *sabemos*. Y cada día nos miramos llenos de sospechas y recelos. ¡Oh!, si hubieran sido de fuera… pero no pudo ser…

Sir Eduardo la miró cada vez más interesado.

—¿Quiere decir que los miembros de la familia están bajo sospecha?

—Sí, eso es lo que quiero decir. La policía no lo ha dicho, naturalmente. Son muy educados y amables, pero han registrado la casa, nos han interrogado a todos una y otra vez, y a Marta también… Y como no saben quién fue, están atados de pies y manos. Estoy tan asustada… tan asustada…

—Mi querida joven. Vamos, sin duda exagera…

—No exagero. Es uno de nosotros cuatro… tiene que serlo.

—¿Quiénes son los cuatro a que se refiere?

Magdalena sentóse muy erguida y habló con más calma.

—Pues yo, y Mateo. Tía Lily era tía abuela nuestra. Era hermana de mi abuela. Vivíamos con ella desde que teníamos catorce años (ya sabe que somos gemelos). Y luego William Crabtree, que es sobrino… hijo de su hermana. Vivía allí también con su esposa Emilia.

—¿Les mantenía ella?

—Más o menos. Él tiene algo de dinero propio, pero no es muy fuerte y tiene que vivir en casa. Es un hombre quieto y soñador. Estoy segura de que es imposible que él hiciera… ¡oh! ¡Es horrible que yo lo piense siquiera!

—Todavía estoy lejos de comprender la situación. Quizá no le importe hacerme un resumen de los hechos… si no le molesta mucho.

—¡Oh! No…, quiero contárselo. Y todo lo recuerdo claramente todavía… con espantosa claridad. Habíamos tomado el té, ¿comprende?, y cada uno fue a sus ocupaciones. Yo a coser un poco. Mateo a escribir un artículo… hace un poco de periodismo; William a ocuparse de sus sellos. Emilia no quiso bajar a tomar el té. Se había tomado una aspirina y estaba descansando. Así que todos estábamos ocupados y entretenidos. Y cuando a las siete y media Marta fue a servir la mesa para la cena, tía Lily estaba… muerta… ¡Tenía la cabeza…, oh…, es horrible…, deshecha!

—Creo que encontraron el arma…

—Sí. Fue un pisapapeles muy pesado que estaba siempre sobre la mesa junto a la puerta. La policía lo examinó a ver si encontraba huellas dactilares, pero no había ninguna. Había sido limpiado cuidadosamente.

—¿Y su primera suposición cuál fue?

—Naturalmente pensamos que habría sido un ladrón. El escritorio tenía dos o tres cajones abiertos, como si el ladrón hubiera estado buscando algo. ¡Claro que supusimos que había sido un ladrón! Y luego llegó la policía… y dijeron que llevaba

muerta por lo menos una hora, y preguntamos a Marta quién había entrado en casa, y Marta dijo que nadie. Y todas las ventanas estaban cerradas por dentro, y no daban muestras de haber sido forzadas. Y entonces empezaron a interrogarnos…

Se detuvo respirando trabajosamente. Sus ojos asustados e implorantes buscaron los de *sir* Eduardo.

—Por ejemplo, ¿quién se beneficia con la muerte de su tía?

—Eso es sencillo. Todos nos beneficiamos por igual. Dejó todo su dinero dividido en partes iguales entre nosotros cuatro.

—¿Y a cuánto asciende su fortuna?

—El abogado nos dijo que quedarían ochenta mil libras después de pagar los derechos del Estado.

Sir Eduardo abrió los ojos con ligera sorpresa.

—Es una suma considerable. Usted conocía, supongo, el total de la fortuna de su tía.

Magdalena meneó la cabeza.

—No… fue una sorpresa para todos. Tía Lily tenía siempre mucho cuidado con el dinero. Sólo tenía una criada y hablaba siempre de economía.

Sir Eduardo asintió con aire pensativo, y Magdalena se inclinó un poco hacia delante.

—Me ayudará usted…, ¿verdad?

Sus palabras fueron una sorpresa desagradable para *sir* Eduardo, que en aquel momento ya iba interesándose por la historia.

—Mi querida joven… ¿qué puedo hacer yo? Si desea consejo legal puedo darle algún nombre…

Ella le interrumpió.

—¡Oh! ¡Yo no quiero nada de eso! Quiero que me ayude personalmente… como amigo.

—Es usted muy amable, pero…

—Quiero que venga a nuestra casa. Quiero que haga preguntas. Quiero que vea y juzgue por usted mismo.

—Pero, mi querida señorita…

—Recuerde… usted me lo prometió. En donde sea… cuando sea… dijo… dijo… si necesitara ayuda…

Sus ojos suplicantes y confiados se clavaron en los suyos haciéndole avergonzarse y conmoverse. Aquella avasalladora sinceridad, su absoluta fe en una cortés promesa hecha diez años atrás, que ella consideraba como algo sagrado. ¡Cuántos hombres no habrían pronunciado las mismas palabras… eran casi un clisé! … Y qué pocos habrían sido requeridos nunca para cumplirlas.

Dijo en tono bastante débil.

—Estoy seguro de que habrá muchas personas que puedan aconsejarle mejor que yo.

—Tengo muchísimos amigos…, por supuesto —le divirtió ver la ingenuidad con que lo afirmaba—. Pero comprenda, ninguno es inteligente como usted. Usted está acostumbrado a interrogar a la gente. Y con toda su experiencia tiene que *saber*.

—¿Saber qué?

—Si son inocentes o culpables.

Sonrió con bastante pesar. ¡Se enorgullecía de *haber sabido* casi siempre, aunque en muchas ocasiones su opinión particular no fuese la misma del jurado!

Magdalena se echó el sombrero hacia atrás con gesto nervioso y mirando a su alrededor dijo:

—Qué tranquilo es este sitio. ¿No echa de menos a veces un poco de ruido?

A pesar suyo aquellas palabras dichas al azar le conmovieron. Un *callejón sin salida*. Sí, pero siempre hay un medio de salir… por el mismo que se ha entrado… se vuelve al mundo… Una fuerza impetuosa y juvenil le invadió. Su sencilla confianza afectó la parte mejor de su naturaleza… y la clase de su problema al criminalista innato que había en él. Deseaba ver a aquellas personas de quien le hablaba. Lo deseaba para formar su propio juicio.

Le dijo:

—Si está realmente convencida de que puedo serle útil… Pero no le garantizo nada.

Esperaba que le abrumara su gratitud, pero lo tomó con mucha calma.

—Sabía que lo haría. Siempre le he considerado un verdadero amigo. ¿Quiere venirse conmigo ahora?

—No. Creo que lo mejor será que mañana vaya a hacerle una visita. ¿Quiere darme el nombre y la dirección del abogado de la señorita Crabtree? Quiero hacerle unas cuantas preguntas.

Ella se lo anotó en un papel, y luego se puso en pie y dijo con cierta timidez:

—Yo… le estoy muy agradecida. Adiós.

—¿Y su dirección?

—¡Qué tonta soy! Paseo Palatino 18, Chelsea.

* * *

Eran las tres de la tarde siguiente cuando *sir* Eduardo Palliser se aproximaba al número 18 del Paseo Palatino con su paso sobrio y mesurado. En aquel intervalo había averiguado varias cosas. Fue aquella mañana a Scotland Yard, donde el ayudante del comisario era muy amigo suyo, y se entrevistó también con el abogado de la difunta señorita Crabtree. Como resultado tenía una visión más clara del asunto. La disposición que la señorita Crabtree hizo de su dinero fue bastante peculiar. Nunca utilizó el libro de cheques. En vez de eso, tenía la costumbre de escribir a su abogado y pedirle cierta cantidad en billetes de cinco libras. Casi siempre pedía la misma suma. Trescientas libras tres veces al año. Ella misma iba a recogerla en un coche,

pues consideraba que éste era el único medio seguro de transporte. Aparte de esto, nunca abandonaba su casa.

En Scotland Yard, *sir* Eduardo averiguó que la cuestión económica de la señorita Crabtree había sido revisada cuidadosamente. La difunta había estado casi a punto de solicitar una nueva cantidad de dinero. Sin duda las anteriores trescientas libras habían sido gastadas… o casi liquidadas. Pero esto no pudo saberse con exactitud. Repasando los gastos de la casa, se puso de relieve enseguida que los gastos de la señorita Crabtree por trimestre no llegaban ni con mucho a las trescientas libras. Por otra parte ella tenía la costumbre de enviar billetes de cinco libras a sus amigos o parientes necesitados. Y el punto discutible era si en el momento de su muerte había mucho dinero o poco dinero en la casa. No se encontró ni un céntimo.

Y era este punto en particular el que ocupaba la mente de *sir* Eduardo mientras avanzaba por el Paseo Palatino.

La puerta de la casa (que no tenía sótano) le fue abierta por una mujer de edad, menuda y de mirada despierta. Le introdujo en una doble habitación situada a la izquierda del reducido vestíbulo y allí acudió Magdalena. Con mayor claridad que antes vio en su rostro las huellas de la tensión nerviosa.

—Me dijo usted que hiciera preguntas, y a eso he venido —le dijo *sir* Eduardo sonriente mientras le estrechaba la mano—. Ante todo deseo saber quién fue el último en ver viva a su tía y la hora exacta en que eso sucedió.

—Fue después del té… a las cinco. Marta fue la última que la vio. Aquella tarde había estado pagando las cuentas, y llevó a tía Lily el cambio y las facturas.

—¿Tiene confianza en Marta?

—¡Oh, absoluta! Llevaba con tía Lily unos… oh… creo que unos treinta años. Es honrada como la que más.

Sir Eduardo asintió.

—Otra pregunta. ¿Por qué tuvo que tomarse una aspirina su prima, la señora Crabtree?

—Pues porque le dolía la cabeza.

—Naturalmente, pero ¿había alguna razón especial para que le *doliera*?

—Pues, en cierto modo, sí. Durante la comida hubo una escena. Emilia es muy excitable y extraordinariamente sensible, y ella y tía Lily discutían a veces.

—¿Y discutieron durante la comida?

—Sí. Tía Lily era bastante pesada por pequeñeces. Todo empezó por nada… y luego se pusieron como el perro y el gato… Emilia diciendo toda clase de cosas que no es posible que las sintiera… que se marcharía de la casa para no volver… que se le reprochaba cada bocado que comía… ¡oh!…, toda clase de tonterías. Y tía Lily dijo que cuanto antes ella y su marido hicieran las maletas y se marcharan, tanto mejor. Pero en realidad no significaba nada.

—¿Porque el señor y la señora Crabtree no podían permitirse el lujo de marcharse?

—Oh, no sólo por eso. William quería mucho a tía Lily. De verdad.

—¿No sería un día de peleas por casualidad?

Magdalena se ruborizó.

—¿Se refiere a mí? ¿La discusión que tuve por querer ser maniquí?

—¿Su tía no estaba de acuerdo?

—No.

—¿Por qué quería usted ser maniquí, señorita Magdalena? ¿Es que esa clase de vida le parece muy atrayente?

—No, pero cualquier cosa sería mejor que continuar viviendo aquí.

—Sí, entonces. Pero ahora tendrá usted una buena renta, ¿verdad?

—¡Oh, sí, *ahora* es muy distinto!

Lo admitió con la mayor sencillez.

Él sonrió, pero no insistió sobre el mismo tema. En vez de hacerlo dijo:

—¿Y su hermano? ¿También discutió?

—¿Mateo? Oh, no.

—¿Entonces nadie puede decir que tuviera motivos para desear deshacerse de su tía?

Pudo observar el momentáneo desaliento que reflejóse en su rostro.

—Lo olvidaba —dijo *sir* Eduardo como por casualidad—. Su hermano debía mucho dinero, ¿verdad?

—Sí, ¡pobre Mateo!

—No obstante, ahora se pondrá a flote.

—Sí… —suspiró la joven—. Es un alivio.

¡Y siguió sin ver nada! *Sir* Eduardo apresuróse a cambiar de tema.

—¿Sus primos y su hermano están en casa?

—Sí; les dije que iba usted a venir. Todos están deseando ayudarle. Oh, *sir* Eduardo… no sé por qué tengo la impresión de que usted descubrirá que todo está perfectamente… que ninguno de nosotros ha tenido nada que ver con… que, al fin y al cabo, fue un extraño quien la mató.

—Yo no puedo hacer milagros. Tal vez llegue a descubrir la verdad, pero yo no puedo hacer que la verdad sea la que usted desea.

—¿No puede? Yo creo que puede hacerlo… que puede hacerlo todo.

Salió de la habitación mientras él se preguntaba inquieto: «¿Qué habrá querido decir con eso? ¿Es que quiere sugerirme una línea de defensa? Pero ¿a quién he de defender?».

Sus meditaciones fueron interrumpidas por la entrada de un hombre de unos cincuenta años. Era de constitución robusta, aunque andaba un tanto encorvado. Vestía con cuidado y llevaba el cabello bien peinado. Parecía de buen carácter, aunque un tanto despistado.

—¿*Sir* Eduardo Palliser? Oh, ¿cómo está usted? Magdalena me ha pedido que viniera. Es usted muy amable al querer ayudarnos. Aunque no creo que en realidad

llegue a descubrirse nada. Quiero decir que no pescarán a ese individuo.

—Entonces usted cree que fue un ladrón… ¿alguien de fuera de casa?

—Tuvo que serlo. No es posible que fuese nadie de la familia. Esos individuos son muy listos hoy en día, trepan como gatos, y entran y salen como quieren.

—¿Dónde estaba usted cuando ocurrió la tragedia, señor Crabtree?

—Estaba entretenido con mis sellos… en el saloncito que tengo arriba.

—¿Oyó usted algo?

—No… pero no acostumbro a oír nada cuando estoy abstraído. Es una tontería de mi parte, pero es verdad.

—¿El saloncito a que se refiere está encima de esta habitación?

—No, está en la parte de atrás.

Volvió a abrirse la puerta y entró una mujer rubia retorciéndose las manos nerviosamente. Parecía temerosa y excitada.

—William, ¿por qué no me has esperado? Te dije que me «esperaras».

—Lo siento, querida, lo olvidé. *Sir* Eduardo Palliser… mi esposa.

—¿Cómo está usted, señora Crabtree? Espero que no le moleste el que haya venido aquí a hacer algunas preguntas. Sé lo ansiosos que están todos ustedes por aclarar las cosas.

—Naturalmente. Pero yo no puedo decirle nada… ¿no es cierto, William? Yo estaba dormida… en mi cama… y sólo me desperté al oír gritar a Marta cuando ésta descubrió el cadáver.

Continuó retorciéndose las manos.

—¿Dónde tiene usted su habitación, señora Crabtree?

—Encima de ésta, pero no oí nada… ¿cómo quiere que lo oyera si estaba dormida?

No pudo sacarla de aquí. No sabía nada… no había oído nada… estaba durmiendo. Y lo repetía con la obstinación de una mujer asustada. No obstante, *sir* Eduardo sabía muy bien lo que aquello podría significar… que fuese la pura verdad.

Al fin se disculpó… diciendo que deseaba hacer algunas preguntas a Marta. William Crabtree se ofreció para acompañarle a la cocina. En el recibidor, *sir* Eduardo casi tropieza con un hombre joven, alto y moreno que se dirigía a la puerta principal.

—¿Es usted el señor Mateo Vaughan?

—Sí… pero escuche, no puedo entretenerme. Tengo una cita.

—¡Mateo! —Era la voz de su hermana llamando desde lo alto de la escalera—. ¡Oh! Mateo, me prometiste…

—Lo sé, hermanita. Pero no puedo. Tengo que encontrarme con un individuo. Y de todas formas, ¿de qué sirve hablar una y otra vez de lo mismo? Ya tuvimos bastante con la policía. Estoy harto de toda esta comedia.

La puerta se cerró con estrépito. Mateo Vaughan acababa de marcharse.

Sir Eduardo fue acompañado hasta la cocina. Marta estaba planchando y se interrumpió sosteniendo la plancha en la mano.

Sir Eduardo cerró la puerta a sus espaldas.

—La señora Vaughan me ha pedido que la ayude —le dijo—. Espero que no tendrá inconveniente en que le haga algunas preguntas.

Ella le miró y luego meneó la cabeza.

—No fue ninguno de ellos, señor. Sé lo que está pensando, pero se equivoca. Son las personas mejores del mundo.

—No me cabe la menor duda. Pero el que lo sean no representa ninguna prueba para nosotros, ¿comprende?

—Tal vez no, señor. La ley es algo extraña. Pero hay pruebas… como usted dice, señor. Ninguno de ellos puede haberlo hecho sin que *yo* me enterase.

—Pero…

—Sé lo que me digo, señor. Mire, escuche esto…

«Esto» es un crujido que sonó encima de sus cabezas.

—La escalera, señor. Cada vez que sube o baja alguien cruje de manera lastimosa. No importa lo despacio que una vaya. La señorita Crabtree estaba acostada en su cama, y el señor Crabtree entretenido en sus dichosos sellos; la señorita Magdalena estaba arriba también cosiendo a máquina, y si alguno de ellos hubiera bajado la escalera lo hubiese sabido. ¡Y no bajaron!

Habló con tal seguridad que impresionó al abogado, haciéndole pensar:

«Una buena testigo. De las que convencen».

—Pudo usted no darse cuenta.

—Sí, lo hubiera notado aun sin fijarme, por así decir. Como usted se da cuenta cuando se cierra una puerta y sale alguien.

Sir Eduardo aseguró su posición.

—Usted responde por tres de ellos, pero queda el cuarto. ¿Estaba también arriba míster Vaughan?

—No, estaba en ese cuartito de la planta baja. Esa puerta de ahí al lado. Y escribía a máquina. Se oye perfectamente desde aquí. Su máquina no cesó de funcionar ni un momento. Ni un solo momento, señor. Puedo jurarlo. Un ruido bastante impertinente, vaya si lo es, y desde luego inconfundible.

Sin Eduardo hizo una pausa.

—Fue usted quien la encontró, ¿verdad?

—Sí, señor. Estaba tendida en el suelo con el cabello empapado en sangre. Y nadie oyó el menor ruido debido al teclear de la máquina del señorito Mateo.

—Tengo entendido que usted asegura que nadie entró en la casa.

—¿Cómo iban a entrar sin que yo lo supiera? El timbre suena aquí. Y sólo hay una puerta.

La miró de hito en hito.

—¿Quería usted mucho a la señorita Crabtree?

Una expresión de cálido afecto… auténtico… inconfundible… apareció en su rostro.

—Sí, señor; vaya si la quería. Porque la señorita Crabtree… bueno, ahora voy saliendo adelante y no me importa decirlo. Cuando yo era joven me vi en un apuro, señor, y la señorita Crabtree se puso a mi lado… y cuando todo pasó volvió a tomarme a su servicio. Hubiera dado la vida por ella… ¡vaya si lo hubiera hecho!

Sir Eduardo conocía cuando una persona era sincera, y Marta lo era.

—Entonces, que usted sepa, nadie entró por la puerta…

—Nadie pudo haberlo hecho.

—He dicho que *usted sepa*. Pero si la señorita Crabtree hubiera estado esperando a alguien… y le hubiese abierto la puerta ella misma…

—¡Oh! —Marta pareció sorprendida.

—Supongo que eso sí es posible —le preguntó *sir* Eduardo.

—Es posible… sí…, pero no muy probable. Quiero decir…

Evidentemente estaba sorprendida. No podía negarlo, y no obstante deseaba hacerlo. ¿Por qué? Porque sabía que la verdad era otra. ¿Sería eso? Cuatro personas en la casa… ¿una de ellas culpable? ¿Quería Marta defender a aquella pandilla culpable? ¿*Habría* crujido la escalera? ¿Bajó alguien cautelosamente y Marta sabía quién era?

Ella era honrada… de eso *sir* Eduardo estaba convencido.

Presionó este punto observándola.

—Supongo que la señorita Crabtree pudo hacerlo. La ventana de esta habitación da a la calle. Pudo ver quien esperaba desde la ventana y salir al recibidor para abrirle… la puerta. Tal vez no quería que nadie viera a esa persona… fuese hombre o mujer.

Marta parecía algo turbada, al fin admitió de mala gana:

—Sí, puede que tenga razón, señor. No lo había pensado. Quizás esperase a un caballero… sí, es posible.

Fue como si empezase a vislumbrar las ventajas de aquella idea.

—Usted fue la última que la vio, ¿verdad?

—Sí, señor. Después de retirar el servicio de té. Le llevé los libros de cuentas y el cambio del dinero que me había dado.

—¿Se lo entregó en billetes de cinco libras?

—En un solo billete de cinco libras, señor —dijo Marta extrañada—. La cuenta no ascendía nunca a más de cinco libras. Soy muy cuidadosa.

—¿Dónde guardaba el dinero?

—No lo sé exactamente, señor. Yo diría que lo llevaba siempre encima… en su bolso de terciopelo negro. Pero claro está que podía guardarlo en alguno de los cajones de su dormitorio que estaban cerrados con llave. Era muy aficionada a encerrarlo todo, aunque siempre perdía las llaves.

Sir Eduardo asintió.

—¿Usted no sabe cuánto dinero tenía… me refiero en billetes de cinco libras?

—No, señor; no puedo decir exactamente la cantidad.

—¿Y no le dijo nada que pudiera indicarle que esperaba a alguien?

—No, señor.

—¿Está bien segura? ¿Qué le dijo exactamente?

—Pues… —Marta reflexionó—. Dijo que el carnicero no era más que un bribón y un tramposo; que yo había comprado una libra más de té, y que la señora Crabtree era una tonta porque no le gustaba la margarina. No le gustó una de las monedas de seis peniques que le di de cambio… una de esas nuevas con hojas de roble… dijo que era falsa, y me costó mucho trabajo convencerla. Y dijo además… oh, que el pescatero le había enviado arenques en vez de pescadillas y que si yo se lo había dicho. Yo le dije que sí… y la verdad, creo que eso es todo, señor.

El discurso de Marta proporcionó a *sir* Eduardo una descripción detallada de la difunta mejor que ninguna otra, y dijo como por casualidad:

—Era una señora bastante difícil de complacer, ¿verdad?

—Un poco pesada, pero comprenda, la pobrecilla no salía a menudo, y estando todo el día encerrada, en algo había de entretenerse. Era impertinente, pero de buen corazón… nunca se iba ningún mendigo de esta casa con las manos vacías. Es posible que fuese cargante, pero era una dama muy caritativa.

—Marta, celebro que por lo menos haya dejado una persona que la llore.

La anciana sirvienta contuvo el aliento.

—Quiere usted decir…, oh, pero si todos la querían… en el fondo… de veras… Discutían con ella de cuando en cuando, pero eso no significaba nada.

Sir Eduardo alzó la cabeza. Se había oído un crujido arriba.

—Es la señorita Magdalena que baja.

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó.

La anciana enrojeció.

—Conozco su manera de andar —murmuró.

Sir Eduardo abandonó rápidamente la cocina. María tenía razón. Magdalena llegaba en aquel momento al pie de la escalera y le miró esperanzada.

—No he llegado muy lejos todavía —dijo *sir* Eduardo respondiendo a su mirada y agregó—: ¿Sabe por casualidad si su tía recibió alguna carta el día de su muerte?

—Están todas juntas. Y la policía ya las ha examinado.

Y le condujo al gran salón doble, y abriendo un cajón sacó un bolso de terciopelo negro de forma anticuada y cierre de plata.

—Éste es el bolso de mi tía. Todo está igual que estaba el día de su muerte. Lo he conservado así.

Sir Eduardo le dio las gracias y se dispuso a vaciar su contenido sobre la mesa. Como había imaginado, era una muestra clásica del bolso de una vieja excéntrica.

Había algunas monedas de plata, dos nueces, tres recortes de periódico que hablaban de la caja de Juana Soutchcott; un poema mal impreso sobre los sin trabajo;

un almanaque; un pedazo grande de alcanfor; varios pares de lentes y tres cartas, una de alguien llamada «Prima Lucy», un recibo por la compostura de un reloj, y una petición de dinero de una institución benéfica necesitada de socorro.

Sir Eduardo lo revisó todo cuidadosamente, luego volvió a meterlo en el bolso y se lo entregó a Magdalena para que lo guardase.

—Gracias, señorita Magdalena. Me temo que aquí no hay gran cosa.

Se puso en pie y desde la ventana observó que se divisaba una buena vista de los escalones de la entrada, y entonces tomó la mano de Magdalena entre las suyas.

—¿Se marcha usted?

—Sí.

—Pero… ¿irá todo bien?

—Nadie que tenga relación con la Ley se compromete nunca haciendo una declaración como ésa —dijo *sir* Eduardo en tono solemne, y aprovechando para escaparse.

Avanzó por la calle perdido en sus pensamientos. El problema estaba allí bajo su mano… y no lo había resuelto. Necesitaba algo… una pequeña cosa… sólo para indicarle el camino.

Una mano se posó en su hombro sobresaltándole. Era Mateo Vaughan, un tanto falto de aliento.

—Le he estado siguiendo, *sir* Eduardo. Quiero disculparme por mis modales de hace una hora. Pero tengo el peor genio del mundo. Es usted muy amable al preocuparse por este asunto. Por favor, pregúnteme lo que quiera. Si hay algo que yo pueda hacer por ayudarle…

De pronto *sir* Eduardo se irguió con la vista fija… no en Mateo… sino al otro lado de la calle… Algo extrañado, Mateo repitió:

—Si puedo ayudarle en algo…

—Ya lo ha hecho usted, mi querido joven —dijo *sir* Eduardo—. Por haberme detenido precisamente aquí y haciendo fijar mi atención en algo que de otro modo me hubiera pasado por alto.

Señaló al otro lado de la calle, donde había un pequeño restaurante.

—¿*Los Veinticinco Mirlos*? —preguntó Mateo.

—Exacto.

—Es un nombre extraño…, pero creo que dan bien de comer.

—No correré el riesgo de probar el experimento —repuso *sir* Eduardo—. Estando más cerca de los días de su niñez, que yo, mi joven amigo, probablemente recordará las canciones de cuna. Hay una clásica que dice, si no recuerdo mal: *Canta el canto de seis peniques, del puñado de laurel, de los veinticuatro mirlos cocidos en un pastel*…, etcétera. El resto no nos concierne.

Y dio media vuelta.

—¿A dónde va usted? —le preguntó Mateo Vaughan.

—De nuevo a su casa, amigo mío.

Caminaron en silencio, y Mateo Vaughan no cesaba de dirigir miradas de extrañeza a su compañero. *Sir* Eduardo, una vez en la casa, dirigióse a un cajón, cogió el bolso de terciopelo y lo abrió.

Miró a Mateo y el joven abandonó la habitación de mala gana.

Sir Eduardo vació la calderilla sobre la mesa. Luego asintió… Su memoria no le había fallado.

Se puso en pie para hacer sonar el timbre, y al hacerlo deslizó algo en la palma de su mano.

Marta respondió a su llamada.

—Si no recuerdo mal, Marta, usted me dijo que tuvo una pequeña discusión con su ama por cuestión de una moneda de seis peniques nueva.

—Sí, señor.

—¡Ah! Pero lo curioso es, Marta, que entre esta calderilla, *no hay ninguna moneda nueva de seis peniques*. Hay dos de seis peniques, pero las dos son antiguas.

Ella le contempló con extrañeza.

—¿Comprende lo que eso significa? *Alguien llegó a la casa aquella noche… alguien a quien su ama entregó seis peniques*… Yo creo que se los dio a cambio de esto…

Y con un movimiento rápido alargó su mano mostrándole el poema de los sin trabajo.

Con mirar su rostro fue suficiente.

—El juego está descubierto, Marta… comprenda, lo sé. Será mejor que me lo cuente todo.

Ella se desplomó en una silla… con el rostro bañado en lágrimas.

—Es cierto… es cierto… el timbre no sonaba bien… no estaba segura de si llamaban, pero luego pensé que sería mejor ir a asegurarse. Llegué en el momento en que él le golpeaba en la cabeza. El fajo de billetes de cinco libras estaba en la mesa delante de ella… y fue eso lo que le impulsó a hacerlo… eso y el pensar que estaba sola en la casa cuando lo dejó entrar. No pude gritar. Estaba tan paralizada y entonces se volvió y vi que era mi hijo…

Oh, siempre ha sido malo. Yo le daba todo el dinero que podía. Ha estado dos veces en la cárcel. Debió venir a verme, y entonces la señorita Crabtree, viendo que yo no abría la puerta, fue a abrirla ella misma, y él, sorprendido, le entregó uno de esos folletos de los sin trabajo, y la señora, siendo tan caritativa como era, le dijo que entrara para darle seis peniques. Y durante todo el tiempo el fajo de billetes estaba encima de la mesa donde estuvo mientras yo le daba el cambio. Y el diablo se apoderó de mi Ben y poniéndose detrás de ella la golpeó hasta matarla.

—¿Y luego? —preguntó *sir* Eduardo.

—Oh, señor, ¿qué podía hacer yo? Es mi propia carne y mi propia sangre. Su padre era malo, y Ben ha salido a él… pero también es mi hijo. Le hice salir apresuradamente, y luego regresé a la cocina y fui a preparar la mesa a la hora de

costumbre. ¿Cree usted que obré muy mal, señor? He intentado no mentirle cuando me ha interrogado.

Sir Eduardo se puso en pie.

—Mi pobre Marta —dijo con sentimiento—. Lo siento muchísimo por usted. Pero de todas maneras la Ley ha de seguir su curso… comprenda.

—Ha huido del país, señor. Y en este momento no sé dónde está.

—Entonces existe la posibilidad de que escape de la cárcel, pero no confíe demasiado. ¿Quiere enviarme a la señorita Magdalena?

—Oh, *sir* Eduardo. Es usted maravilloso… Es usted maravilloso —dijo Magdalena cuando él hubo terminado su breve relato—. Nos ha salvado a todos. ¿Cómo podré agradecérselo?

Sir Eduardo le sonrió dándole unas palmaditas en la mano. Volvía a sentirse un gran hombre. La pequeña Magdalena había sido encantadora durante la travesía del *Siluric*. ¡*Aquel* maravilloso encanto de los diecisiete abriles! Claro que ahora lo había perdido por completo.

—La próxima vez que necesite un amigo… —dijo—. Le avisaré enseguida.

—No, no —exclamó *sir* Eduardo, alarmado—. Eso es precisamente lo que no quiero que haga. Acuda a un hombre más joven.

Se despidió de todos con habilidad y una vez en el interior de un taxi exhaló un suspiro de alivio.

Incluso el encanto de una jovencita de diecisiete abriles le parecía dudoso.

No podía compararse al de una biblioteca sobre criminología bien surtida. El taxi enfiló el pasaje Reina Ana.

Su *callejón sin salida*.

La masculinidad de Eduardo Robinson

(The Manhood of Edward Robinson).

«*Con sus brazos poderosos, Bill la alzó del suelo, estrechándola contra su pecho. Con un profundo suspiro ella le ofreció sus labios en un beso como jamás había soñado*…».

Suspirando, Eduardo Robinson dejó *Cuando el Amor Reina* y miró por la ventanilla del «metro». Estaban atravesando Stamford Brook. Eduardo Robinson pensaba en Bill. Bill era el héroe ciento por ciento idolatrado por las lectoras. Eduardo envidiaba sus músculos, su atractivo, y sus terribles pasiones. Volvió a coger el libro para leer de nuevo la descripción de la marquesa Bianca (la que le ofreciera sus labios). Tan arrebatadora era su belleza, tan funesto su encanto, que los hombres más fuertes caían ante ella como bolos, heridos de amor.

—Claro que —díjose Eduardo— esto es palabrería. Vaya si lo es. Y, sin embargo, quisiera saber…

Sus ojos se animaron. ¿Existía en alguna parte un mundo de romance y aventura? ¿Había mujeres de belleza turbadora? ¿Acaso el amor es algo que devora como una llama?

—Esto no ocurre en la vida real —dijo Eduardo—. Tengo que seguir adelante igual que los demás.

En conjunto, debía considerarse un joven afortunado. Era de excelente cuna… gozaba de buena salud, no dependía de nadie, y estaba prometido a Maud.

Pero el mero recuerdo de Maud puso una sombra en su rostro. Aunque ante nadie hubiera querido admitirlo, temía a Maud. La quería… sí…, todavía recordaba la emoción con que había admirado su cuello blanco emergiendo de una blusa barata la primera vez que se vieron. Estaba sentado detrás de ella en el cine, y el amigo que iba con él la conocía y se la presentó. No cabía la menor duda de que Maud era superior. Era atractiva, lista y muy señora, y siempre tenía razón en todo. Esa clase de chica, que según todo el mundo dice, haría una esposa excelente.

Eduardo preguntóse si la marquesa Bianca hubiera sido una esposa excelente. Sin saber por qué, lo dudaba. No podía imaginar a la voluptuosa Bianca, con sus rojos labios y formas ondulantes, cosiendo botones, pongamos por ejemplo, para el varonil Bill. No, Bianca era el romance, y lo otro la vida real. Maud y él eran felices juntos. Ella tenía tanto sentido común…

Pero de todas formas, hubiera deseado que no fuera tan… bueno, tan viva de genio… ni que estuviera siempre tan a punto de «echarse sobre él».

Claro que era su prudencia y sentido común el que la impulsaba a hacerlo. Maud era muy sensata. Y, por lo general, Eduardo era muy sensato también, pero algunas veces… Por ejemplo, él hubiera querido casarse por Navidad, y Maud le había indicado que era mucho más prudente esperar un poco… tal vez uno o dos años. Su

sueldo no era mucho. Él quiso regalarle un anillo caro… y ella se horrorizó, obligándole a cambiarlo por otro más barato. Sus cualidades eran excelentes, pero algunas veces Eduardo deseaba que tuviera más defectos y menos virtudes. Fueron sus virtudes las que le empujaron a cometer locuras.

Por ejemplo…

El rubor invadió su rostro. Tenía que decírselo a Maud… y pronto. Su secreta culpabilidad le estaba haciendo comportarse extrañamente. El día siguiente sería el primero de los tres días de fiesta. Nochebuena, Navidad y San Esteban. Ella le había sugerido que fuera a pasarlo con su familia de una manera tan tonta que no podía por menos que despertar sospechas. Eduardo consiguió zafarse… contándole una larga historia (falsa, naturalmente) de un amigo que vivía en el campo y a quien había prometido pasar el día en su compañía.

Y no existía ese amigo. Aquél era su secreto culpable.

Tres meses atrás, Eduardo Robinson, en compañía de otros cientos de miles de jóvenes, había tomado parte en un concurso de una de las revistas semanales. Había que ordenar los nombres de doce jovencitas según su popularidad. Eduardo tuvo una brillante idea. Sus preferencias seguramente serían equivocadas… lo había observado en concursos similares, y dispuso los doce nombres según su opinión, y luego volvió a escribirlos, pero esta vez tomando alternativamente un nombre del principio de la lista y otro del final.

Cuando anunciaron el resultado, Eduardo había acertado ocho de los doce, y ganó el primer premio de quinientas libras. Este resultado, que bien puede atribuirse a la suerte, Eduardo se empeñó en considerarlo como una consecuencia directa de su «sistema», y estaba orgulloso de sí mismo.

¿Y qué hacer entonces con la suma de quinientas libras?

Sabía muy bien lo que diría Maud. Que las invirtiera. Que serían un buen rinconcito para el futuro. Y, naturalmente, Maud tendría razón, como siempre. Pero el ganar dinero en un concurso es algo completamente distinto de todo lo demás.

Si el dinero hubiera llegado a sus manos por medio de una herencia, lo habría invertido religiosamente en acciones o bonos del Estado. Pero el dinero que se gana con un simple golpe de pluma, por una afortunada e increíble casualidad, llega bajo el mismo lema que la moneda de seis peniques que se da a un niño… «para ti… para que lo gastes en lo que quieras».

Y en cierta tienda ante la cual pasaba cada día camino de su oficina, estaba su sueño… un automóvil de dos plazas… largo y reluciente, y con un cartelito con el precio… cuatrocientas sesenta y cinco libras…

—Si yo fuera rico —decíase Eduardo día tras día—. Si yo fuera rico, te compraría.

Y ahora lo era… si no rico… por lo menos poseía una suma de dinero suficiente para realizar su sueño. Aquel coche, aquella brillante pieza de maravilla, sería suyo si osaba pagar su precio.

Su intención fue comunicar a Maud lo del dinero, y una vez se lo hubiese confesado estarla a salvo contra la tentación. Al ver el horror y la desaprobación reflejados en el rostro de Maud no hubiese tenido valor para persistir en su locura. Pero, por casualidad, fue la misma Maud quien solucionó el asunto. La había llevado al cine… a las mejores butacas, y ella le hizo ver, con dulzura, pero en tono firme, lo tonto de su comportamiento… gastar el dinero de aquella manera… cuando la película se veía lo mismo desde las últimas filas.

Eduardo aceptó sus reproches en silencio, y Maud quedó convencida de que le había impresionado. No podía permitir que Eduardo continuara con aquellas extravagancias. Le quería mucho, pero se daba cuenta de su debilidad… y era cosa suya influenciarle siempre para que fuera por el camino debido, y observó satisfecha su aparente sumisión de gusano.

Eduardo era como un gusano, y como los gusanos también sabía volverse. Permaneció dominado por sus palabras, pero fue en aquel preciso momento cuando tomó la resolución de comprar el coche.

—Maldita sea —se dijo Eduardo—. ¡Por una vez en la vida, haré lo que quiera; Maud puede irse al diablo!

Y a la mañana siguiente había penetrado en el palacio de cristal habitado por aquellas preciosidades de esmalte y metal relucientes, y con una facilidad que a él mismo le sorprendió, adquirió el coche. ¡Comprar un automóvil es la cosa más sencilla del mundo!

Eso había ocurrido cuatro días atrás. Se había marchado de la tienda con aparente calma, pero interiormente pletórico de dicha. Y en cuanto a Maud, todavía no le había dicho una palabra. Durante cuatro días, a las horas de las comidas, había recibido instrucciones para manejar aquella encantadora criatura, y Eduardo era un alumno aventajado.

A la mañana siguiente, que era Nochebuena, pensaba llevar al campo su adquisición. Había mentido a Maud y volvería a hacerlo de ser necesario. Estaba esclavizado en alma y cuerpo por su nuevo tesoro. Representaba para él el romance, la aventura, y todas las cosas que siempre había deseado y nunca tenido. Mañana, él y su automóvil enfilarían la carretera, respirando a pleno pulmón el aire fresco y puro, dejando atrás el estrépito y la inquietud de Londres… para adentrarse en los espacios abiertos…

En aquel momento, Eduardo, sin saberlo, estaba muy cerca de convertirse en un poeta.

Mañana…

Miró el libro que tenía en la mano… *Cuando el Amor Reina*. Riendo lo introdujo en su bolsillo. El coche, los rojos labios de la marquesa Blanca, y las sorprendentes proezas de Bill, parecían cosas del mismo mundo. Mañana…

El tiempo, que siempre acostumbra a fallar a los que confían en él, se mostró favorablemente dispuesto hacia Eduardo, y le proporcionó el día de sus sueños… con

una helada, un cielo azul pálido, y un sol suave.

Así que, lleno de ansias de aventuras, de osadía y travesura, Eduardo salió de Londres. Tuvo algún apuro en una esquina de Hyde Park, y un triste contratiempo en Puntney Bridge, pero con muchas protestas de los neumáticos, y frecuentes chirridos de los frenos, así como insultos procedentes de los otros conductores de vehículos, logró salir del paso. Para ser un principiante no lo hizo mal del todo, y al fin enfiló una de esas amplias carreteras que son la alegría de los automovilistas. Aquel día había muy poco tránsito y Eduardo continuó su carrera embriagado por su dominio sobre aquella criatura de costados resplandecientes, avanzando a toda velocidad por aquel mundo blanco, con el júbilo de un dios.

Fue un día delirante. Comió en una antigua posada, y luego volvió a detenerse para tomar el té. Al fin, de mala gana, se dispuso a emprender el regreso… hacia Londres, hacia Maud, hacia las seguras explicaciones y reproches.

Alejó aquellos pensamientos con un suspiro. Mañana ya vería. Aún le quedaba la noche. ¿Y acaso habría algo más fascinante? Correr a través de la oscuridad con los faros buscando el camino que se abre delante. ¡Vaya, aquello era lo mejor de todo!

Decidió que ya no le quedaba tiempo para detenerse a cenar en ninguna parte. El conducir de noche era bastante difícil y vio que iba a emplear más tiempo en regresar a Londres de lo que había calculado. Eran las ocho en punto cuando pasó por Hindhead. Había luna y la nieve que había caído dos días atrás seguía sin derretirse.

Detuvo el coche y permaneció contemplándola. ¿Qué importaba si no regresaba a Londres hasta medianoche? ¿Qué importaba si no regresaba nunca? No pensaba apartarse de todo aquello tan pronto.

Se apeó del coche y vio un camino serpenteante que le tentaba, y sucumbió a su encanto. Durante media hora anduvo delirante por un mundo nevado. Nunca había imaginado nada semejante. Y era suyo, se lo había dado aquel tesoro que le esperaba como un perro fiel en la carretera.

Al fin, con un suspiro volvió a la realidad e introdujo la mano en el bolsillo del coche, donde había guardado una bufanda a primera hora del día.

Pero la bufanda no estaba allí. El bolsillo estaba vacío. No, vacío del todo no… había algo duro que arañaba… como guijarros.

Eduardo introdujo la mano más al fondo, y al minuto siguiente su expresión era la de un loco. El objeto que tenía en su mano y al que la luz de la luna arrancaba mil destellos, era un collar de brillantes.

Eduardo lo miraba sin comprender, pero no había duda posible. En el bolsillo interior de su automóvil reposaba casualmente un collar de brillantes que valdría varios miles de libras, ya que las piedras eran muy grandes.

Pero ¿quién lo había puesto allí? Desde luego no estaba cuando salió de la ciudad. Alguien debió acercarse al coche mientras él paseaba por la nieve, escondiéndolo deliberadamente. Pero ¿por qué? ¿Por qué elegir *su* coche? ¿Acaso el dueño del collar se había equivocado? ¿O era… cabía dentro de lo posible… un collar robado?

Y entonces, mientras todos estos pensamientos giraban en su mente, Eduardo se quedó helado de pronto. *Aquél no era su automóvil*.

Eran muy parecidos. Del mismo tono rojo brillante… rojo como los labios de la marquesa Bianca… con la misma línea estilizada, pero por mil pequeños detalles, Eduardo comprendió que aquél no era su coche. Su esmalte estaba rayado en algunos sitios, y daba algunas muestras ligeras, pero inconfundibles, de haber sido usado. En ese caso…

Eduardo, sin pensarlo más, se apresuró a dar la vuelta al coche. No era su punto fuerte y siempre perdía la cabeza y realizaba la maniobra al revés, volviendo el volante en dirección contraria. Además, también solía confundirse con el acelerador y el freno de pie con resultados desastrosos. Sin embargo, al fin lo consiguió, y el automóvil comenzó a subir de nuevo la colina.

Eduardo recordó haber visto otro automóvil aparcado a cierta distancia. Entonces no se había fijado gran cosa, y regresó por otro camino distinto del que había bajado a la hondonada. Aquel segundo camino le dejó precisamente detrás del automóvil que él creyó suyo, cuando en realidad debía tratarse de otro.

En cosa de diez minutos estuvo otra vez en el lugar de partida, pero ya no se veía ningún automóvil junto a la carretera. El otro propietario debía haberse marchado en el de Eduardo… quizá también confundido por la semblanza.

Eduardo sacó el collar de brillantes de su bolsillo y lo acaricio entre sus dedos con aire perplejo y asombro inenarrable.

—¿Qué hacer? ¿Dar parte en el puesto de policía más próximo? Sí. Explicar lo ocurrido, entregar el collar, y dar el número de su automóvil.

Poco a poco, ¿cuál era el número de su automóvil? Eduardo Robinson pensó y pensó, pero por más que hizo no pudo recordarlo. Sintió un escalofrío. Iba a hacer el ridículo más absoluto en el puesto de policía. Todo lo que podía recordar es que tenía un ocho. Claro, que en realidad no importaba… por lo menos… contempló los brillantes con recelo. Supongamos que creyeran que… oh, pero no era posible… y, sin embargo, podían pensar… que él había robado el collar. Porque, al fin y al cabo, pensándolo bien, ¿quién iba a depositar un collar de tanto valor en el bolsillo de un automóvil cualquiera estando en sus cabales?

Eduardo se apeó, y dando la vuelta al coche fue a mirar la matrícula. El número XRI 10 061. Aparte de saber que aquél no era el de su coche, no le dijo nada. Luego se dispuso a registrar todos los bolsillos y en el que había encontrado el collar hizo un descubrimiento… un pedazo de papel con algunas palabras escritas. A la luz de los faros Eduardo pudo leerlas con bastante facilidad.

Reúnete conmigo a las diez en Greane, esquina a Salter's Lane.

Recordaba el nombre de Greane. Lo había visto en un poste durante el día. Al instante tomó una resolución. Iría a aquel pueblo, Greane, buscaría Salter's Lane para

encontrarse con la persona que había escrito la nota y explicarle lo ocurrido. Eso sería mucho mejor que hacer el ridículo ante la policía.

Puso el motor en marcha casi feliz. Al fin y al cabo aquello era una aventura. Aquellas cosas no ocurrían todos los días.

El collar de brillantes lo convertía en algo excitante y misterioso.

Tuvo alguna dificultad en encontrar Greane, y todavía más en dar con Salter's Lane, pero después de llamar a dos o tres casas, tuvo suerte.

Sin embargo, pasaban algunos minutos de la hora de la cita cuando detuvo el coche cautelosamente junto a una carretera estrecha sin perder de vista el lado izquierdo, lugar de donde le habían dicho que partía Salter's Lane.

Llegó allí, después de doblar un recodo, y cuando enderezaba el coche, vio una figura que salía de la oscuridad.

—¡Al fin! —exclamó la voz de una joven—. ¡Has tardado un siglo, Gerald!

Mientras hablaba, la muchacha se colocó delante de los faros y Eduardo contuvo el aliento. Era la criatura más encantadora que viera en su vida.

Era muy joven, de cabellos negros como la noche y labios de un rojo maravilloso. El pesado abrigo que llevaba abierto permitía ver que iba en traje de noche… una creación de color rojo-llama que moldeaba su figura perfecta. Alrededor del cuello llevaba una hilera de perlas exquisitas.

De pronto la joven se sobresaltó.

—Vaya —dijo—, pero si no es Gerald.

—No —apresuróse a decir Eduardo—. Debo explicarme —sacó el collar de brillantes de su bolsillo para entregárselo—. Mi nombre es Eduardo…

No pudo continuar porque la muchacha le interrumpió.

—¡Eduardo, claro! Cuánto me alegro. Pero ese idiota de Jimmy me dijo por teléfono que iba a enviar a Gerald con el coche. Has sido muy amable al venir, estaba deseando conocerte. Recuerda que no te había visto desde que tenía seis años. Veo que tienes el collar. Vuelve a meterlo en tu bolsillo. Pudiera acercarse la policía del pueblo y verlo. Brrr, ¡me he quedado helada esperando! Déjame subir.

Como en un sueño, Eduardo le abrió la portezuela y ella se sentó a su lado. Sus pieles rozaron su mejilla y un aroma delicioso, como el de las violetas después de la lluvia, embriagó sus sentidos.

No tenía ningún plan definido, pero en un momento, inconscientemente, se lanzó a la aventura. Ella le había llamado Eduardo… ¿qué importaba si él se fingía ese Eduardo? Ella no tardaría en descubrirlo, pero entretanto, ¿por qué no seguir el juego? Dio el contacto, y el coche se puso en marcha.

De pronto la joven se echó a reír, y su risa resultó tan encantadora como el resto de su atractiva persona.

—Es fácil ver que no entiendes mucho de coches. Supongo que allí no los tenéis.

«Quisiera saber dónde es allí» —pensó Eduardo, y en voz alta agregó—: No muchos.

—Será mejor que me dejes conducir a mí —dijo ella—. Es bastante complicado abrirse camino por estos vericuetos, hasta que volvamos a encontrar la carretera principal.

Le cedió el volante de buena gana, y enseguida avanzaron por la noche a una velocidad y con un dominio que Eduardo envidió secretamente. La muchacha volvió la cabeza para mirarle.

—Me gusta correr. ¿Y a ti…? No te pareces en nada a Gerald. Nadie os tomaría por hermanos. Ni tampoco eres como yo te había imaginado.

—Supongo que soy tan vulgar… —dijo Eduardo—. ¿Es por eso?

—No, vulgar no… distinto. No puedo definirte. ¿Cómo está el pobre Jimmy? Muy fastidiado, supongo.

—Oh, Jimmy está bien —repuso Eduardo.

—Es fácil decirlo… pero ha tenido muy mala suerte al torcerse un tobillo. ¿Te contó toda la historia?

—Ni una palabra. Estoy completamente *in albis*. Me gustaría que me la explicaras.

—Oh, todo salió como un sueño. Jimmy se acercó a la puerta principal, disfrazado de mujer. Le concedí un par de minutos, y luego me asomé a la ventana. La doncella de Agnes Larella estaba preparando su vestido y joyas. Entonces se oyó un grito arriba, sonaron timbres y todos salieron disparados. La doncella desapareció y yo entré, llevándome el collar y saliendo otra vez con la velocidad de un rayo para regresar a Punch Bowl. Al pasar dejé el collar en el coche y la nota indicando dónde debíais recogerme. Luego me reuní con Luisa en el hotel, después de esconder mis botas de nieve, naturalmente. Una coartada perfecta. Ella ni siquiera se enteró de que hubiera salido.

—¿Y qué hay de Jimmy?

—Pues, tú sabes más que yo.

—No me dijo nada —replicó Eduardo sin que le costara el menor esfuerzo.

—Pues, en la desbandada general, se enganchó un pie en la falda y se torció el tobillo. Tuvieron que llevarle al coche, y el chófer de Larella le llevó a casa. ¡Imagínate si al chófer se le ocurre meter la mano en el bolsillo!

Eduardo rió con ella, pero mientras su cerebro trabajaba activamente. Ahora comprendía más o menos la posición. El nombre de Larella le era vagamente familiar… era de esos nombres que hablan de opulencia. Aquella joven, y un desconocido llamado Jimmy, habían tramado juntos el robo del collar, y lo realizaron con éxito. Debido a la torcedura del tobillo y a la presencia del chófer de los Larella, Jimmy no pudo mirar en el interior del bolsillo del coche antes de telefonear a la joven… probablemente no se atrevió, pero estaba casi seguro de que el otro desconocido, «Gerald», lo haría a la menor oportunidad. ¡Y entonces descubrirían la equivocación de Eduardo!

—Adelante —dijo la muchacha.

Un tranvía pasó junto a ellos como un relámpago. Estaban ya en las afueras de Londres, y se mezclaron entre el tráfico. Eduardo tenía el corazón en la boca. ¡Ella conducía maravillosamente, pero con tanta imprudencia!

Un cuarto de hora más tarde se detuvieron ante una casa de aspecto imponente, en una plaza helada nada acogedora.

—Podemos cambiarnos de ropa aquí —dijo la joven—, antes de ir a Ritson's.

—¿Ritson's? —repitió Eduardo, pronunciando el nombre del famoso club nocturno casi con religiosa reverencia.

—Sí, ¿no te lo dijo Gerald?

—No —replicó Eduardo—. ¿Y qué hay de mi ropa?

Ella frunció el ceño.

—¿Es que no te han dicho nada? Ya te encontraremos algo. Tenemos que seguir hasta el fin.

Un mayordomo les abrió la puerta, haciéndose a un lado para dejarles entrar.

—Ha telefoneado el señor Gerald Champneys, señoría. Tenía mucho empeño en hablar con su señoría, pero no quiso dejar ningún recado.

«Ya lo creo que debía tener empeño en hablar con ella —díjose Eduardo para sus adentros—. Por lo menos ahora ya sé mi nombre completo. Eduardo Champneys. ¿Pero quién es ella? La ha llamado su señoría. ¿Para qué quiere robar un collar? ¿Para pagar deudas de *bridge*?».

En los folletines que leía de cuando en cuando, la hermosa y aristócrata heroína siempre se veía arrastrada a la desesperación por deudas de juego.

Eduardo fue acompañado por el mayordomo, quien le dejó en manos de un ayuda de cámara, y un cuarto de hora más tarde volvía a reunirse con su anfitriona, exquisitamente ataviado de *smoking*, hecho en Savile Row, y que le sentaba a las mil maravillas.

¡Cielos! ¡Qué noche!

Fueron en el automóvil al famoso Ritson's. Como todo el mundo, Eduardo había leído párrafos escandalosos respecto a Ritson's. Todo el que era alguien pasaba por Ritson's más pronto o más tarde. El único temor de Eduardo era que pudiera aparecer algún conocido del verdadero Eduardo Champneys, pero se consoló pensando que, al parecer, el auténtico había pasado varios años fuera de Inglaterra.

Sentados en una mesita junto a la pared bebieron unos combinados. ¡Cocktails! Para el sencillo Eduardo aquello representaba la quintaesencia de la gran vida. La joven, envuelta en un fastuoso chal bordado, bebía con aire indiferente. De pronto, dejando caer el chal, se puso en pie.

—Bailemos.

Ahora bien, si había algo que Eduardo supiera hacer a la perfección, era bailar. Cuando él y Maud salían juntos a la pista del Palacio de la Danza, los menos dotados se apartaban para contemplarles con admiración.

—Casi me olvidaba —dijo la joven de pronto—. ¿Y el collar?

Alargó la mano. Eduardo, completamente asombrado, lo sacó del bolsillo para dárselo, viendo con gran estupefacción que ella se lo ponía. Luego le sonrió con todo su atractivo.

—Ahora —le dijo en tono suave—, bailemos.

Y bailaron. Y nunca se vio en Ritson's nada más perfecto. Luego, cuando al fin regresaron a su mesa, un anciano caballero de aire disoluto acosó a la compañera de Eduardo.

—¡Ah! *Lady* Noreen, siempre bailando. Sí, sí. ¿Está aquí esta noche el capitán Folliot?

—Jimmy ha tenido un contratiempo… se ha torcido un tobillo.

—No me diga. ¿Cómo ha ocurrido?

—Todavía no conozco los detalles.

Ella, riendo, pasó de largo.

Eduardo la siguió hecho un mar de confusiones. Ahora sabía quién era. *Lady* Noreen Elliot, la famosa *lady* Noreen, la muchacha de quien tal vez se hablaba más en Inglaterra. Célebre por su belleza, su osadía… la cabecilla de la juventud elegante. Había sido recientemente anunciado su compromiso con el capitán James Folliot, V. C. de la casa Calvary.

¿Pero y el collar? Todavía no lograba entenderlo. Aun corriendo el riesgo de descubrirse, debía averiguarlo cuanto antes.

Y al volver a sentarse se lo preguntó.

—¿Por qué lo hiciste, Noreen? —le dijo—. Dime por qué.

Ella sonrió con aire soñador, con los ojos perdidos en el vacío, todavía embriagada por el influyente hechizo del baile.

—Supongo que te resultará difícil entenderlo. Una llega a cansarse tanto de las mismas cosas… siempre lo mismo. La búsqueda de tesoros estuvo bien una temporada, pero uno se acostumbra a todo. «Robos», eso fue idea mía. Cincuenta libras de entrada y posibilidad de ganar mucho. Éste es el tercero. Jimmy y yo escogimos a Agnes Larella. ¿Conoces las reglas? Hay que cometer el robo en el espacio de tres días y exhibir el botín en un lugar público, lo menos durante una hora, o pierdas tu parte y tienes que pagar una multa de cien libras. Fue una lástima que Jimmy se torciera un tobillo, pero ganaremos lo mismo.

—Ya comprendo —dijo Eduardo exhalando un profundo suspiro—. Ya entiendo.

Noreen se puso en pie de pronto volviendo a colocarse el chal.

—Llévame a algún sitio en el coche. A los muelles. A algún lugar horrible y emocionante. Espera un minuto… —Se quitó el collar de brillantes—. Será mejor que vuelvas a guardarlo. No quiero que me asesinen por eso.

Salieron juntos de Ritson's. El automóvil les aguardaba en una callejuela estrecha y oscura. Cuando doblaban la esquina, otro coche se acercó a la acera, y de él se apeó un joven.

—Gracias a Dios, Noreen, que al fin te encuentro —exclamó—. Todo ha salido mal. Ese estúpido de Jimmy se metió en un coche equivocado. Dios sabe dónde estarán los brillantes en estos momentos. Estamos metidos en un lío.

Lady Noreen le miró sorprendida.

—¿Qué quieres decir? Nosotros tenemos el collar… por lo menos lo tiene Eduardo.

—¿Eduardo?

—Sí —con un leve gesto indicó la figura que estaba a su lado.

«Soy yo el que está metido en un buen lío —pensó Eduardo—. Apuesto diez contra uno a que éste es mi hermano Gerald».

El joven le miró.

—¿Qué dices? —dijo despacio—. Eduardo está en Escocia.

—¡Oh! —exclamó la muchacha, mirando a Eduardo de hito en hito—. ¡Oh!

El color desapareció de sus mejillas.

—De manera que usted —dijo ella en voz baja—, ¿es un ladrón auténtico?

A Eduardo le bastó sólo un minuto para hacerse dueño de la situación. En los ojos de la joven había asombro y… ¿sería posible…? admiración. ¿Debía explicarse? ¡Nada de acobardarse! Jugaría la última carta.

Se inclinó ceremoniosamente.

—Tengo que darle las gracias, *lady* Noreen —le dijo con su tono más cortés—, por haberme proporcionado esta deliciosa velada.

Una rápida mirada le bastó para ver que el coche del que el otro acababa de apearse era el suyo. ¡Un automóvil rojo de motor reluciente! ¡Su coche!

—Y le deseo muy buenas noches.

Y con un movimiento rápido se montó en el automóvil y puso el pie en el acelerador. El coche pegó un salto hacia delante. Gerald se quedó como paralizado, pero la joven fue más rápida, y antes de que arrancara abrió la portezuela y montó.

El coche patinó al doblar alocadamente la esquina. Noreen, todavía jadeando por su carrera, puso su mano en el brazo de Eduardo.

—Tiene que dármelo… oh, tiene que dármelo. Tengo que devolvérselo a Agnes Larella. Sea bueno… hemos pasado una magnífica velada juntos… hemos bailado… hemos sido… amigos. ¿No quiere dármelo? ¿A mí?

Una mujer que embriagaba con su belleza. Entonces era cierto que existían…

Además, Eduardo estaba deseando librarse del collar. Era una oportunidad única para un *beau geste*.

Sacándolo de su bolsillo lo puso en su mano extendida.

—Hemos sido… amigos —le dijo.

—¡Ah! —Sus ojos se dulcificaron… iluminándose.

Y entonces, cosa inesperada, ella se inclinó sobre él y por un momento posó sus labios en los suyos… Luego se apeó, y el automóvil rojo siguió adelante con una gran sacudida.

¡Romance! ¡Aventura!

* * *

A las doce del mediodía del día de Navidad, Eduardo Robinson penetraba en el reducido saloncito de una casa de Clapham, con el saludo acostumbrado de «Felices Pascuas».

Maud, que estaba arreglando un ramo de acebo, le saludó fríamente.

—¿Pasaste un buen día en el campo con ese amigo tuyo? —le preguntó.

—Escucha —dijo Eduardo—. Eso es una mentira que te dije. Gané un concurso… quinientas libras, y con ellas me compré un coche. No te lo dije porque sabía que armarías un escándalo. Eso es lo primero, he comprado el coche y no se hable una palabra más. Lo segundo es esto… no pienso esperar años y años. Mi situación es bastante buena y tengo intención de casarme contigo el mes que viene. ¿Entendido?

—¡Oh! —exclamó Maud con desmayo. ¿Era posible… que fuese *su Eduardo* quien hablaba con aquel tono de mando?

—¿Querrás? —dijo Eduardo—. ¿Sí o no?

Ella le contemplaba fascinada… con sorpresa y admiración, y la vista de aquella mirada era turbadora para Eduardo. Ya había desaparecido aquella paciencia materna que le había llevado a la exasperación.

Así le había mirado la noche anterior *lady* Noreen, pero *lady* Noreen estaba ya lejos, en la región del Romance, junto a la marquesa Bianca. Esto era la vida real, y Maud su mujer.

—¿Sí o no? —repitió dando un paso adelante.

—Sí… sí… sí… —tartamudeó Maud—. Pero ¡oh!, Eduardo, ¿qué te ha ocurrido? Hoy estás completamente distinto.

—Sí —repuso Eduardo—. Durante veinticuatro horas he sido un hombre en vez de un gusano… y por Dios, que vale la pena.

La tomó en sus brazos casi como lo hubiera hecho Bill, el superhombre.

—¿Me quieres, Maud? Dime. ¿Me quieres?

—¡Oh, Eduardo! —suspiró Maud—. Te adoro…

Jane busca trabajo

(Jane in Search of a Job).

Jane Cleveland hojeó las páginas del *Daily Leader* y un profundo suspiro salió de lo más recóndito de su ser. Contempló con disgusto la mesa de mármol, el huevo escalfado reposando sobre una tostada, y la pequeña tetera. No era porque no tuviese apetito. Ése no era su caso. Jane tenía un hambre canina, y en aquellos momentos hubiera consumido una libra y media de bistec bien condimentado con patatas fritas, y a ser posible con guisantes franceses. Todo ello, acompañado mejor de un buen vino que con té.

Pero las jovencitas que se hallan en precaria situación económica no pueden escoger, y Jane tuvo la suerte de poder pedir un huevo escalfado, y un poco de té. No era muy probable que pudiera hacerlo al día siguiente. Es decir, a menos que…

Volvió a repasar las columnas de anuncios del *Daily Leader*. Para hablar sin ambages, Jane estaba sin empleo, y su situación se estaba haciendo apurada, y ya la patrona de la humilde pensión en que se hospedaba comenzaba a mirarla con desprecio.

—Y no obstante —se decía Jane alzando su barbilla con indignación, gesto habitual en ella—. Y no obstante, soy inteligente, y bonita… y bien educada. ¿Qué más se puede pedir?

Según el *Daily Leader*, solicitaban mecanógrafas de gran experiencia, directores para negocios que tuvieran un capital que invertir, señoras que pudieran dedicarse al cultivo de una granja agrícola (también se requería disponer de capital), e innumerables cocineras, doncellas, camareras… sobre todo camareras.

—No me importaría hacer de camarera —se dijo Jane—. Pero tampoco me aceptarán sin experiencia. Podría presentarme como aprendiza… pero no pagan gran cosa.

Y volviendo a suspirar dejó el periódico ante ella y se dispuso a atacar el huevo escalfado con todo el vigor de su juventud.

Cuando hubo terminado el último bocado, volvió a ocuparse del periódico y estudió la columna de anuncios, mientras bebía el té. Aquélla era siempre la última esperanza.

De haber tenido un par de miles de libras, la cosa hubiera sido sencilla. Por lo menos había siete oportunidades únicas… todas produciendo por lo menos tres mil al año. Jane se mordió el labio.

—Si tuviera dos mil libras —murmuró—, no sería fácil separarme de ellas.

Repasó rápidamente la columna desde el principio al fin con la natural facilidad que proporciona la práctica.

Había una señora que pagaba espléndidamente la ropa usada, y que inspeccionaba los guardarropas femeninos a domicilio. Caballeros que lo compraban «todo»… pero

principalmente «dientes». Señoras que marchaban al extranjero y vendían sus pieles por cifras ridículas. Sacerdotes desesperados y viudas, oficiales retirados… todos precisando sumas que oscilaban desde las cincuenta libras a las doscientas. Y de pronto Jane se detuvo ante un anuncio que volvió a leer dejando la taza de té que saboreaba.

—Claro que debe haber alguna pega —murmuró—. Siempre las hay en estas cosas. Tendré que andar con cuidado. Pero sin embargo…

El anuncio que tanto intrigaba a Jane Cleveland decía así:

> «Si una joven de veinticuatro a treinta años, ojos azul oscuro, cabello muy rubio, pestañas y cejas negras, nariz recta, figura esbelta, de un metro sesenta y ocho de estatura, buena imitadora, y que hable francés, se presenta en la calle Endersleigh, número 7, entre las cinco y las seis de la tarde, se enterará de algo que le interesa».

—Así es como se descarrían muchas chicas —murmuró Jane—. Desde luego, tendré que tener cuidado. Pero la verdad es que dan demasiados detalles para que se trate de una cosa así. Quisiera saber… Volvamos a repasarlo.

—De veinticinco a treinta años… yo tengo veintiséis. Ojos azul oscuro, eso está bien. Cabello muy rubio… pestañas y cejas negras… de acuerdo. ¿Nariz recta…? Ssíííí… por lo menos bastante recta. No la tengo jorobada ni respingona. Y tengo una figura esbelta… incluso para lo que se estila hoy en día. Sólo mido un metro sesenta y cinco, pero podría ponerme tacones altos. Buena imitadora lo soy… nada del otro jueves, pero sé copiar las voces de los demás, y hablo francés como un ángel o una francesa. En resumen, soy precisamente lo que necesitan. Tendrán que desmayarse de placer al verme. Jane Cleveland, preséntate y gana el puesto.

Con resolución rasgó el anuncio, guardándolo en su bolso. Luego pidió la cuenta con nuevos bríos.

A los diez minutos se encontraba en las cercanías de la calle Endersleigh, que era una callejuela situada entre dos mayores en la vecindad de Oxford Circus. Modesta, pero respetable.

El número siete no se diferenciaba nada de las demás casas colindantes, pero al mirarla, Jane cayó en la cuenta, por primera vez, que no era ella la única rubia de ojos azules, nariz recta, y figura esbelta entre los veinticinco y los treinta años. Evidentemente, Londres estaba lleno de muchachas semejantes, y por lo menos cuarenta o cincuenta de ellas se agrupaban ante el número siete de la calle Endersleigh.

«Competencia —pensó Jane—. Será mejor que me apresure a reunirme con la masa».

Y mientras lo hacía otras tres muchachas más doblaron la esquina de la calle. Otras las siguieron, y Jane se entretuvo en buscar defectos a sus vecinas más

inmediatas. En cada caso lograba encontrar alguno… pestañas rubias en vez de oscuras, ojos más bien grises que azules, cabellos rubios que lo eran gracias al agua oxigenada; interesante variedad de narices, y figuras que sólo un alma caritativa habría calificado de esbeltas. Jane se animó.

—Creo que tengo tantas posibilidades como cualquiera —murmuró para sí—. Quisiera saber de qué se trata. Supongo que de escoger un grupo de coristas.

La cosa se movía lenta, pero continuamente, y no tardaron en empezar a desfilar las que iban saliendo de la casa, unas meneando la cabeza, otras sonriendo con aire estúpido.

«Rechazadas —se decía Jane con alegría—. Espero que no tengan ya bastantes cuando me toque a mí».

Y la cola seguía avanzando. Todas dirigían miradas nerviosas a sus espejitos y se empolvaban la nariz.

«¡Ojalá tuviera un sombrero más elegante!», se dijo Jane con pesar.

Al fin le tocó el turno. En el interior de la casa, había una puerta de cristal con la leyenda: Señores Cuthbertsons. Y era por esa puerta por donde entraban las aspirantes una por una. Le llegó la vez a Jane, y entró tomando aliento.

Dentro había una oficina, sin duda para los empleados, y al final otra puerta de cristal. Jane fue acompañada hasta allí y se encontró en una habitación muy reducida, donde había un gran escritorio, y detrás del escritorio un hombre de mediana edad, de aspecto extranjero, con un gran bigote. Luego de dirigir a Jane una mirada, le indicó una puerta que había a la izquierda.

—Espere ahí, por favor —le dijo en tono seco.

Jane obedeció. El departamento en donde entrara estaba ya ocupado por cinco muchachas, todas muy erguidas, que se miraban unas a otras. Jane comprendió al punto que había sido incluida entre las candidatas probables y sus esperanzas crecieron. Sin embargo, vióse obligada a admitir que aquellas cinco chicas tenían tantas probabilidades de ser elegidas como ella misma: en cuanto a las condiciones del artículo se refería estaban de conformidad.

El tiempo fue pasando. Sin duda continuaban pasando muchachas por la oficina interior. La mayoría eran despedidas por otra puerta, que daba al pasillo, pero de cuando en cuando una nueva elegida iba a reunirse con las seleccionadas. A las seis y media eran catorce las allí reunidas.

Jane oyó un murmullo de voces en la oficina exterior, y luego el caballero de aspecto extranjero a quien ella había bautizado mentalmente con el sobrenombre de «El Coronel», debido al aire marcial de sus bigotes, apareció en el umbral de la puerta.

—Ahora, señoritas, si me hacen el favor, las iré recibiendo de una en una —anunció—. Por el orden en que han ido llegando.

Jane, naturalmente, era la sexta, y transcurrieron veinte minutos antes de que la llamaran. «El Coronel» estaba de pie con las manos a la espalda. Rápidamente

examinó su francés y midió su altura.

—Señorita, es posible que usted nos sirva —dijo en francés—. No lo sé, pero es probable.

—¿Cuál es el empleo, si puedo preguntarlo? —dijo Jane de pronto.

Él se encogió de hombros.

—Eso todavía no puedo decírselo. Si la escogen… entonces lo sabrá.

—Eso resulta muy sospechoso —objetó Jane—. Yo no puedo comprometerme a nada sin saber de qué se trata. ¿Tiene relación con la escena?

—¿La escena? Desde luego que no.

—¡Oh! —exclamó Jane muy sorprendida.

Él la miraba fijamente.

—¿Es usted inteligente? ¿Y discreta?

—Tengo toneladas de inteligencia y discreción —repuso Jane con calma—. ¿Y qué hay del sueldo?

—El sueldo asciende a dos mil libras… por quince días de trabajo.

—¡Oh! —exclamó Jane con desmayo.

Estaba demasiado aturdida por la esplendidez de la suma para recobrarse enseguida.

«El Coronel» continuó hablando.

—He seleccionado ya a otra señorita. Las dos son igualmente aceptables. Tal vez haya otras que aún no he visto. Le daré instrucciones sobre lo que debe hacer a continuación. ¿Conoce el Hotel Harridge?

Jane tragó saliva. ¿Quién no conocía el Hotel Harridge en Inglaterra? Era un famoso establecimiento situado modestamente en una calle secundaria de Mayfair, donde celebridades y realezas entraban y salían como quien no hace la cosa. Aquella misma mañana, Jane había leído la llegada al hotel de la gran duquesa Paulina de Ostrova, quien había venido para inaugurar una gran tómbola pro ayuda de los refugiados rusos, y naturalmente, se hospedaba en el Harridge.

—Sí —dijo Jane respondiendo a la pregunta del «Coronel».

—Muy bien. Vaya allí. Pregunte por el coronel Strepttich. Enséñele su tarjeta… ¿tiene usted una tarjeta?

Jane le mostró una, en la que él escribió una P. diminuta en una esquina. Luego volvió a dársela.

—Así es seguro que la recibirá. Sabrá que yo la envío. La decisión final depende de él… y de otra persona. Si él la considera aceptable, le explicará de qué se trata, y usted puede aceptar o rechazar su proposición. ¿Satisfecha?

—Sí —repuso Jane.

—Hasta ahora —murmuró para sí mientras salía a la calle—, no veo la pega por ningún lado. Y no obstante, debe haberla. Nadie da dinero por nada. ¡Debe tratarse de un crimen! ¡No se me ocurre nada más!

Se fue animando. Jane no tenía nada contra el crimen… moderado. Últimamente los periódicos no hablaban más que de las hazañas de varias muchachas bandidos, y Jane había pensado en ser una de ellas si le fallaba todo lo demás.

Penetró en el vestíbulo del Harridge con ligera inquietud. Deseaba más que nunca haber tenido un sombrero nuevo.

Pero avanzó valientemente hacia la conserjería, donde mostró la tarjeta sin la menor vacilación. Imaginóse que el encargado la miraba con cierta curiosidad. Sin embargo, tomó su tarjeta y luego la entregó a un botones, dándole instrucciones en voz baja, que Jane no pudo entender. Al fin regresó el botones y Jane fue invitada a acompañarle. Subieron en el ascensor y atravesaron un pasillo al que daban varias habitaciones de doble puerta, y a una de ellas llamó el botones. Un instante después, Jane encontróse en una amplia estancia, frente a un hombre alto de barba rubia, que sostenía su tarjeta en su mano blanca y distinguida.

—Señorita Cleveland —leyó despacio—. Yo soy el conde Strepttich.

Sus labios se separaron, en un gesto que sin duda quería ser una sonrisa, mostrando dos hileras de blancos dientes, pero sin conseguir animar su rostro lo más mínimo.

—Tengo entendido que ha venido usted por nuestro anuncio —continuó el conde —. Y la envía aquí el buen coronel Kranin.

«Era coronel», pensó Jane satisfecha de su perspicacia, mas limitóse a inclinar la cabeza.

—¿Me permitirá que le haga algunas preguntas?

Y sin esperar respuesta le hizo una serie semejante a las que ya le hiciera el coronel Kranin. Sus contestaciones parecieron complacerle, y de cuando en cuando asentía con la cabeza.

—Ahora quisiera pedirle que anduviera hasta la puerta y luego regresara lentamente.

«Quizá me quieran para maniquí —pensó Jane obedeciendo—. Pero no pagarían dos mil libras. No obstante creo que de momento será mejor no hacer preguntas».

El conde Strepttich tenía el ceño fruncido, y golpeaba la mesa con sus dedos pálidos. De pronto se puso en pie, y abriendo la puerta de una habitación contigua, habló a alguien que se encontraba en su interior. Luego volvió a sentarse, y una mujer de mediana edad entró por aquella puerta, cerrándola tras sí. Era rolliza y extremadamente fea, pero a pesar de todo tenía el aire de una persona de importancia.

—Bueno, Ana Michaelovna —dijo el conde—. ¿Qué te parece esta joven?

La dama estuvo mirando a Jane de arriba abajo, como si la muchacha fuera un trabajo de artesanía expuesto en una exposición. No hizo el menor comentario, ni la saludó.

—Puede servir —dijo al fin—. El parecido real, en el sentido de la palabra, es bien poco, pero la figura y el colorido son mucho mejores que en las demás. ¿Qué opinas tú, Feodor Alexandrovitch?

—Estoy completamente de acuerdo contigo, Ana Michaelovna.

—¿Habla francés?

—Su francés es excelente.

Jane estaba cada vez más confundida. Ninguno de aquellos dos desconocidos parecía darse cuenta de que ella era un ser humano.

—¿Pero será discreta? —preguntó la dama frunciendo el ceño.

—Ésta es la princesa Poporensky —dijo el conde Strepttich dirigiéndose a Jane en francés—. Pregunta si sabrá usted ser discreta.

Jane dirigió su respuesta a la princesa.

—A menos que no conozca cuál es su proposición, no puedo prometer nada.

—Tienes razón, pequeña —observó la dama—. Creo que es inteligente, Feodor Alexandrovitch… más inteligente que las otras. Dígame, pequeña, ¿es usted también valiente?

—No lo sé —replicó Jane extrañada—. No me gusta que me hagan daño, pero puedo soportarlo.

—¡Ah! No me refiero a eso. ¿Le importa el peligro?

—¡Oh! —exclamó Jane—. ¡Peligro! No me importa. Me gusta el peligro.

—¿Y usted es pobre? ¿Le gustaría ganar mucho dinero?

—Pruébeme —dijo Jane casi con entusiasmo.

El conde Strepttich y la princesa Poporensky cambiaron una mirada y luego asintieron de común acuerdo.

—¿Puedo explicarle de qué se trata, Ana Michaelovna? —preguntó el primero.

La princesa meneó la cabeza.

—Su alteza desea hacerlo ella misma.

—Es innecesario… e imprudente.

—Sin embargo, ésas son sus órdenes. Tengo que llevarle a la joven en cuanto usted haya terminado con ella.

Strepttich se alzó de hombros. Era evidente que no estaba satisfecho, y también que no estaba dispuesto a desobedecer. Volvióse hacia Jane.

—La princesa Poporensky le presentará a su alteza la Gran Duquesa Paulina. No se asuste.

Jane no estaba nada asustada, sino contentísima ante la perspectiva de ser presentada a un personaje de sangre real como la Gran Duquesa. En Jane no había la menor idea socialista. Y en aquel momento hasta había dejado de preocuparse por su sombrero.

La princesa Poporensky abrió la marcha, avanzando con un aire que ella lograba revestir de cierta dignidad, a pesar de las circunstancias adversas. Pasaron por la habitación contigua, que era una especie de antecámara, y la princesa llamó a otra puerta que había en la pared del fondo. Una voz contestó desde dentro, y la princesa entró seguida de Jane, que le pisaba los talones.

—Permítame presentarle, *madame* —dijo la princesa en tono solemne—, a la señorita Jane Cleveland.

Una joven que estaba sentada en un gran butacón al otro extremo de la estancia, se puso en pie rápidamente avanzando hacia ellas. Estuvo mirando fijamente a Jane durante unos minutos y luego se echó a reír regocijada.

—Pero si es espléndida, Ana —exclamó—. Nunca imaginé que tuviéramos tanto éxito. Vamos, veamos qué tal resultamos de lado.

Y cogiendo a Jane del brazo la llevó delante de un gran espejo que colgaba de la pared.

—¿Lo ve? —exclamó vivamente—. Es un conjunto perfecto.

Jane, a la primera ojeada, había empezado a comprender. La gran duquesa era una joven un año o dos mayor que Jane. Tenía el mismo color de pelo y la misma figura esbelta. Era, tal vez, un poco más alta, pero ahora que estaban al lado su parecido era evidente. Detalle por detalle su colorido era exactamente el mismo.

La Gran Duquesa aplaudió con entusiasmo. Parecía una joven muy alegre.

—No podíamos haber encontrado nada mejor —declaró—. Debes felicitar a Feodor Alexandrovitch de mi parte, Ana. Lo ha hecho muy bien.

—*Madame*, esta joven no sabe todavía lo que queremos de ella —dijo la princesa en voz baja.

—Cierto —repuso la Gran Duquesa hablando con un poco más de calma—. Lo había olvidado. Bueno, se lo aclararé. Déjenos solas, Ana Michaelovna.

—Pero, *madame*…

—Te digo que nos dejes solas…

Y golpeó el suelo con el pie. De mala gana, Ana Michaelovna abandonó la habitación. La Gran Duquesa se dispuso a tomar asiento, indicando a Jane que hiciera lo propio.

—Estas viejas son muy pesadas —observó Paulina—. Pero hay que tenerlas. Ana Michaelovna es mejor que la mayoría. Y ahora, señorita… ah, sí, señorita Cleveland. Me gusta el nombre. Y usted también me gusta. Es simpática. Adivino enseguida si una persona es simpática.

—Es usted muy inteligente, *madame* —dijo Jane hablando por primera vez.

—Sí, lo soy —repuso Paulina con calma—. Vamos. Voy a explicárselo todo. Usted conoce la historia de Ostrova. Prácticamente toda mi familia ha muerto… asesinada por los comunistas. Yo soy tal vez la última descendiente de esta rama, pero soy una mujer y no puedo ocupar el trono. ¿Usted cree que aún así me dejan en paz? Que va, dondequiera que voy se organizan atentados para asesinarme. ¿Absurdo, no? Esos brutos bebedores de vodka nunca tuvieron el menor sentido de la proporción.

—Comprendo —dijo Jane empezando a darse cuenta de lo que iban a pedirle.

—La mayor parte de mi vida la paso retirada… donde puedo tomar precauciones, pero de cuando en cuando tengo que tomar parte en ceremonias públicas. Por

ejemplo, mientras esté aquí tengo que asistir a varios actos semipúblicos. Y también en París a mi regreso. Ya sabe usted que tengo una finca en Hungría. Allí los deportes son magníficos.

—¿De veras? —dijo Jane.

—Soberbios. Yo adoro los deportes. Además… no debiera decírselo, pero lo haré porque me es simpática… allí se han hecho ciertos planes, muy calladamente, ¿comprende? Y es muy importante que yo no sea asesinada durante las dos próximas semanas.

—Pero sin duda la policía… —comenzó a decir Jane.

—¿La policía? Oh, sí, creo que es muy buena. Y nosotros también… tenemos nuestros espías. Es posible que se me avise antes de que tenga lugar el atentado. Pero también es posible que ocurra lo contrario.

Se encogió de hombros.

—Empiezo a comprender —dijo Jane lentamente—. ¿Quiere que yo ocupe su puesto?

—Sólo en ciertas ocasiones —replicó la Gran Duquesa—. ¿Comprende? Usted ha de estar a mano. Tal vez la necesite dos, tres o cuatro veces durante los próximos quince días. Cada vez con motivo de algún acto público, naturalmente que no tendrá que representarme para nada en la intimidad.

—Desde luego —convino Jane.

—Usted lo hará muy bien. Feodor Alexandrovitch fue muy listo al pensar en el anuncio, ¿no le parece todo bien meditado?

—Supongamos —dijo Jane— que en uno de los actos me asesinaran.

La Gran Duquesa se encogió de hombros.

—Existe ese riesgo, por supuesto, pero según nuestra información secreta, quieren raptarme, y no quitarme de en medio. Pero voy a serle sincera… siempre es posible que arrojen una bomba.

—Ya —dijo Jane, tratando de imitar el tono despreocupado de Paulina. Deseaba llegar a la cuestión del dinero, pero no sabía cómo desviar la conversación por aquel terreno, mas Paulina le ahorró la molestia.

—Claro que le pagaremos bien —dijo Paulina con despreocupación—. No recuerdo exactamente cuánto dijo Feodor Alexandrovitch. Hablamos en francos o coronas.

—El coronel Kranin —dijo Jane— habló de unas dos mil libras.

—Eso es —replicó Paulina con el rostro iluminado—. Ahora lo recuerdo. Es bastante, supongo. ¿O preferiría que le diéramos tres mil?

—Pues —dijo Jane—, si le es lo mismo, prefiero las tres mil.

—Ya veo que entiende usted de negocios —repuso la Gran Duquesa en tono amable—. Ojalá yo fuese así. Pero no tengo la menor idea de lo que vale el dinero. Lo que quiero tener, lo tengo; eso es todo.

A Jane le pareció que poseía una admirable disposición de ánimo.

—Y claro está, como usted dice, existe peligro —continuó Paulina, tranquilamente—. Aunque no me parece que a usted le asuste el peligro. A mí tampoco. Espero que no me crea una cobarde por querer que usted ocupe mi puesto. Comprenda, es muy importante para Ostrova que yo me case y tenga por lo menos dos hijos. Después, ya no importa lo que pueda ocurrirme.

—Comprendo.

—¿Y acepta?

—Sí —replicó Jane con resolución—. Acepto.

Paulina aplaudió con entusiasmo, e inmediatamente apareció la princesa Poporensky.

—Se lo he contado todo, Ana —anunció la Gran Duquesa—. Hará lo que queremos y recibirá a cambio tres mil libras. Dile a Feodor que tome nota. Se parece mucho a mí, ¿verdad? Aunque creo que ella es mucho más bonita.

La princesa salió de la habitación regresando con el conde Strepttich.

—Todo arreglado, Feodor Alexandrovitch —le dijo la Gran Duquesa.

—¿Sabrá representar su papel? —preguntó mirando a Jane con aire dudoso.

—Se lo demostraré —dijo la joven de pronto—. ¿Me permite, *madame*? —preguntó a la Gran Duquesa.

La aludida asintió encantada.

Jane se puso de pie.

—¡Pero si es magnífica, Ana! —dijo—. Nunca pensé que nos saliera tan bien. Vamos, veamos qué tal resultamos de lado.

Y, lo mismo que hiciera Paulina, la arrastró hasta el espejo.

—¿Lo ves? ¡Un conjunto perfecto!

Palabras, gestos y maneras fueron una excelente imitación del recibimiento de Paulina. La princesa asintió demostrando su aprobación.

—Muy bien —declaró—. Engañará a todo el mundo.

—Es usted muy inteligente —dijo Paulina—. Yo no podría imitar a nadie, ni siquiera para salvar la vida.

Jane la creyó. Ya se había dado cuenta de que Paulina era una joven de gran personalidad.

—Ana dispondrá todos los detalles —dijo la Gran Duquesa—. Llévala a mi dormitorio, Ana, y pruébale algunos trajes.

Le dedicó un gracioso saludo de despedida, y Jane fue acompañada por la princesa Poporensky.

—Éste es el que su alteza se pondrá para inaugurar la tómbola —explicó la anciana mostrándole una atrevida creación en blanco y negro—. Eso será dentro de tres días. En esa ocasión es posible que sea necesario que usted ocupe su puesto. No lo sabemos. Aún no hemos recibido información.

A una indicación de Ana, Jane se quitó el vestido para probarse el de la Gran Duquesa. Le sentaba perfectamente y la anciana asintió con aire aprobador.

—Casi perfecto… Una pizca demasiado largo para usted… porque es un poco más baja que su alteza.

—Eso puede remediarse fácilmente —apresuróse a decir Jane—. La Gran Duquesa lleva zapatos bajos, según he observado. Yo puedo llevar la misma clase de zapatos, pero con tacón alto, y así su ropa me sentará perfectamente bien.

Ana Michaelovna le enseñó los zapatos que la Gran Duquesa solía llevar con aquel vestido. Eran de piel de lagarto e iban sujetos por una tirita. Jane se propuso agenciarse un par semejante, pero con tacones altos.

—Sería conveniente —dijo Ana Michaelovna— que usted tuviera un vestido de forma y color bien distinto al de su *alteza*. Así, en caso de que fuera necesario que ocupara su puesto en un momento dado, sería menos probable que se notara la sustitución.

Jane reflexionó unos instantes.

—¿Qué le parece uno de *marocain* rojo fuego? Y tal vez sería conveniente que me pusiera unos lentes de cristal normales. Eso desfigura mucho.

Ambas sugerencias fueron aprobadas y pasaron a tratar de otros detalles.

Jane abandonó el hotel con cien libras en billetes de Banco e instrucciones para comprar las ropas necesarias y encargar habitaciones en el Hotel Britz bajo el nombre de señorita Montresor, de Nueva York.

Al cabo de dos días fue a verla el conde Strepttich.

—Buena transformación —le dijo al saludarla.

Jane le hizo una ridícula reverencia para corresponder. Le divertía mucho el estrenar ropa y el lujo de su nueva vida.

—Todo esto es muy agradable —suspiró—. Pero supongo que su visita significa que debo darme prisa y ganar mi dinero.

—Eso es. Hemos recibido información. Se cree posible que intenten secuestrar a su alteza durante el camino de regreso de la tómbola. Como usted ya sabe, esto tendrá lugar en Orion House, que está a unos diecisiete kilómetros de Londres. Su alteza se ve obligada a asistir a esa inauguración en persona, puesto que la condesa de Anchester la conoce personalmente. Pero luego he trazado un plan.

Jane escuchó atentamente mientras se lo explicaban. Hizo algunas preguntas y al fin declaró que había comprendido a la perfección la parte que debía representar.

El día siguiente amaneció claro y radiante… un día perfecto para uno de los mayores acontecimientos de la temporada londinense, organizado por la condesa de Anchester en pro de los refugiados ostrovianos en su país.

Habiendo tenido en cuenta la inestabilidad del clima inglés, la tómbola se había instalado en las espaciosas salas de Orion House, que llevaba varios siglos en posesión de los condes de Anchester. Se habían donado varias colecciones y una encantadora idea fue que cien damas de la sociedad dieran una perla de sus respectivos collares cada una, que serían subastadas en el segundo día. Además, había numerosas atracciones en los jardines.

Jane fue allí muy temprano en su papel de señorita Montresor. Llevaba un vestido de *marocain* rojo llama, y un sombrero pequeño igualmente rojo, y calzaba zapatos de lagarto de altos tacones.

La llegada de la Gran Duquesa fue un gran acontecimiento. La escoltaron hasta la plataforma y allí la obsequiaron con un ramo de rosas que le entregó un niño. Pronunció un encantador discurso declarando inaugurada la tómbola. El conde Strepttich y la princesa Poporensky la asistieron.

Vestía el traje que Jane había visto, blanco con un atrevido estampado en negro, y su sombrero era una pequeña *cloche* negra con gran profusión de plumas blancas cayendo sobre el ala, y un diminuto velo de encaje que cubría medio rostro. Jane sonrió para sí.

La Gran Duquesa recorrió la tómbola, visitando todos los departamentos, haciendo algunas compras, siempre con su donaire acostumbrado. Luego se dispuso a abandonar el local.

Jane se apresuró a intervenir. Habló con la princesa Poporensky, solicitando ser presentada a la Gran Duquesa.

—¡Ah, sí! —dijo Paulina con voz clara—. Señorita Montresor… recuerdo su nombre. Creo que es una periodista americana, según tengo entendido. Ha hecho mucho por nuestra causa. Celebraré concederle una breve entrevista para su periódico. ¿Hay algún sitio donde podamos hablar tranquilamente?

Enseguida pusieron a disposición de la Gran Duquesa una reducida antecámara, y el conde Strepttich fue enviado a buscar a la señorita Montresor. En cuanto lo hubo hecho y se retiró de nuevo, con la ayuda de la princesa Poporensky se verificó el cambio de ropas.

Tres minutos después, se abría la puerta dando paso a la Gran Duquesa con el ramo de rosas junto a su rostro.

Saludando graciosamente y murmurando unas palabras de despedida a *lady* Anchester en francés, logró salir e introducirse en el coche que la estaba esperando. La princesa Poporensky tomó asiento a su lado y el automóvil partió.

—Bien —dijo Jane—, ya está. Quisiera saber qué tal le va a la señorita Montresor.

—Nadie se fijará en ella y podrá salir tranquilamente.

—Es cierto —observó Jane—. Yo lo hice muy bien, ¿no le parece?

—Representó su comprometido papel con gran discreción.

—¿Por qué no viene el conde con nosotras?

—Se ha visto obligado a quedarse. Alguien tiene que velar por la seguridad de su alteza.

—Espero que no nos arrojen bombas —dijo Jane con recelo—. ¡Eh! Estamos abandonando la carretera principal. ¿Qué es esto?

A toda velocidad el automóvil había tomado una carretera secundaria.

Jane pegó un respingo y se asomó a la ventanilla que comunicaba con el chófer, el cual se limitó a reír y a aumentar la velocidad.

Jane volvió a dejarse caer en su asiento.

—Sus espías tenían razón —dijo riendo—. Nos han pescado. Supongo que cuanto más tiempo se sostenga el error, más segura estará la Gran Duquesa. Sea como fuere, debemos darle tiempo para que regrese a Londres sana y salva.

Ante la perspectiva del peligro, Jane se animó. No le atraía la perspectiva de una bomba, pero aquel tipo de aventura subyugaba su instinto temerario.

De pronto el automóvil se detuvo con gran chirrido de frenos y un hombre abrió la portezuela enarbolando un revólver.

—¡Manos arriba! —les dijo.

La princesa Poporensky alzó las manos rápidamente, pero Jane limitóse a mirarle con disgusto, conservando las manos en su regazo.

—Pregúntale qué significa este ultraje —dijo en francés a su compañera.

Pero antes de que ésta tuviera tiempo de hablar, el hombre soltó un torrente de palabras en idioma extranjero.

Sin comprender una sola palabra, Jane limitóse a encogerse de hombros sin decir nada. El chófer se había apeado para reunirse con el otro hombre.

—¿Tiene a bien descender, ilustre dama? —le preguntó con una sonrisa.

Volviendo a llevarse las rosas a la cara, Jane bajó del coche, seguida de la princesa.

—¿Quiere la ilustre dama venir por aquí?

Jane hizo caso omiso del tono burlón y la insolencia de aquel hombre, y por su propia voluntad avanzó hacia una casucha destartalada que se alzaba a unos cien metros del lugar donde se detuviera el coche. El camino terminaba ante la verja de la avenida que conducía a aquel edificio, al parecer deshabitado.

El hombre, todavía blandiendo la pistola, se acercó a las dos mujeres, y al subir los escalones pasó delante de ellas y abrió una puerta que había a la izquierda. Era una habitación vacía con una mesa y dos sillas.

Jane entró, ocupando una de las sillas. Ana Michaelovna la siguió, y el hombre, cerrando la puerta de golpe, echó la llave.

Jane se acercó a la ventana y atisbo al exterior.

—Claro que podría saltar —observó—. Pero no iría muy lejos. No, de momento hemos de quedarnos aquí y pasarlo lo mejor posible. Quisiera saber si van a traernos algo de comer.

Cosa de media hora más tarde su pregunta fue contestada.

Le trajeron un gran bol lleno de sopa humeante y dos pedazos de pan seco.

—Es evidente que no gastan ningún lujo con los aristócratas —observó Jane alegremente cuando la puerta se hubo cerrado de nuevo—. ¿Empieza usted o lo hago yo?

La princesa descartó, horrorizada, la idea de comer.

—¿Cómo voy a poder comer? ¿Quién sabe en qué peligro puede hallarse mi señora?

—Ella está perfectamente —repuso Jane—. Soy yo la que me preocupa. Esta gente no se alegrará mucho al descubrir que han raptado a otra. La verdad es que pueden ponerse desagradables. Me haré la altiva Gran Duquesa mientras pueda, e intentaré huir si se presenta la ocasión.

La princesa Poporensky nada contestó.

Jane, que estaba hambrienta, tomó la sopa, que tenía un gusto extraño, pero estaba caliente y sabrosa.

Después comenzó, a sentir sueño. La princesa Poporensky sollozaba quedamente, y Jane se acomodó en una silla lo mejor que pudo y dejó caer la cabeza. Dormía.

* * *

Despertóse sobresaltada. Tenía la sensación de haber estado durmiendo mucho tiempo. Sentía la cabeza pesada.

Y entonces vio algo que despertó de nuevo todas sus facultades. Llevaba puesto el traje de *marocain* rojo llama.

Se puso en pie mirando a su alrededor. Sí, todavía estaba en la misma habitación de la casa deshabitada. Todo estaba exactamente igual que estuviera cuando se durmió, excepto dos cosas. La primera era que la princesa Poporensky ya no estaba sentada en la otra silla. Y la segunda, el inexplicable cambio de vestido.

«No puedo haberlo soñado —pensó Jane—. Porque de ser un sueño no estaría aquí».

Al mirar hacia la ventana observó otro factor significativo. Cuando se quedó dormida el sol penetraba por la ventana y ahora la casa proyectaba una larga sombra sobre la avenida bañada de luz.

—La casa mira hacia el oeste —reflexionó—. Y cuando me quedé dormida era por la tarde. Por consiguiente, ahora debe ser la mañana de otro día. La sopa debía tener alguna droga. Por lo tanto… oh, no sé. Estoy hecha un lío.

Se puso en pie, acercándose a la puerta. Estaba abierta y se dispuso a explorar la casa, que halló silenciosa y vacía.

Jane se tocó su frente dolorida tratando de pensar.

Y entonces vio un periódico roto caído delante de la puerta principal. Fue uno de los titulares lo que llamó su atención.

«Mujer bandido americana en Inglaterra» —leyó—. «La atracadora vestida de rojo. Sensacional robo en la tómbola de Orion House».

Jane salió a la luz del sol, y sentada en los escalones fue leyendo la noticia cada vez con los ojos más abiertos. El relato era breve y conciso.

Poco después de la marcha de la Gran Duquesa Paulina, tres hombres y una mujer vestida de rojo sacando sendos revólveres habían logrado acorralar a la multitud y

luego de apoderarse de las cien perlas huyeron en un veloz coche de carreras. Hasta el momento no habían sido detenidos.

En las noticias de última hora (era un periódico de la tarde) se decía que «la mujer bandido vestida de rojo» había estado hospedada en el Britz como señorita Montresor, de Nueva York.

—Estoy lista —se dijo Jaén—. Completamente perdida. Siempre supuse que debía haber alguna pega.

Y entonces se sobresaltó. Un extraño grito había rasgado el aire. La voz de un hombre, murmurando una palabra a intervalos regulares.

—¡Maldición! —decía—. ¡Maldición! —Y luego volvió a repetir—: ¡Maldición!

Jane se emocionó puesto que expresaba exactamente sus propios sentimientos, y bajó corriendo el tramo de escalones. En uno de sus lados yacía un hombre que intentaba levantar la cabeza del suelo, y su rostro era uno de los más hermosos que viera Jane en su vida. Era pecoso y de expresión ligeramente burlona.

—¡Maldita cabeza! —decía el joven—. ¡Maldita sea…! Yo…

Se interrumpió para mirar a Jane.

—Debo estar soñando —dijo con desmayo.

—Eso mismo dije yo —repuso Jane—. Pero no soñamos. ¿Qué le ocurre a su cabeza?

—Alguien me golpeó. Por suerte la tengo bastante dura.

Y consiguió incorporarse hasta quedar sentado.

—Espero que mi cerebro no tarde en volver a funcionar. Sigo sin entender nada.

—¿Cómo llegó aquí? —le preguntó Jane con curiosidad.

—Es una larga historia. A propósito, no será usted la Gran Duquesa como se llame, ¿verdad?

—No. Soy la vulgar Jane Cleveland.

—Usted no es vulgar —replicó el joven, mirándola con franca admiración.

Jane enrojeció.

—Debería traerle un poco de agua, o alguna cosa, ¿no le parece? —le dijo, vacilando.

—Supongo que es lo acostumbrado —convino el joven—. De todas formas, preferiría *whisky*, si logra encontrarlo.

A Jane le fue imposible encontrar *whisky*, y el joven, después de beber un vaso de agua, anunció que se encontraba mejor.

—¿Quiere que le cuente mis aventuras, o me cuenta usted las suyas? —le preguntó a Jane.

—Usted primero.

—No tengo mucho que contar. Observé por casualidad que la Gran Duquesa entraba en aquella habitación con zapatos bajos y salía con tacones altos. Me pareció bastante extraño, y a mí no me gustan las cosas raras.

»Seguí el automóvil en mi motocicleta y vi que la llevaban a usted a la casa. Unos diez minutos más tarde llegó un gran coche de carreras, del que se apearon una joven vestida de rojo y tres hombres. Ella llevaba zapatos de tacón bajo. Poco después volvió a salir vestida de blanco y negro y se marchó en el primer automóvil, con una vieja y un hombre alto de barba gris. Los otros se fueron en el coche de carreras. Pensé que se habían ido todos y estaba intentando entrar por esa ventana y rescatarla a usted cuando alguien me golpeó en la cabeza por la espalda. Eso es todo. Ahora le toca a usted.

Jane le relató sus aventuras.

—Y ha sido una gran suerte que usted me siguiera —terminó—. ¿Se da cuenta en qué aprieto estaría, de lo contrario? La Gran Duquesa hubiera tenido una coartada perfecta. Ella abandonó la tómbola antes de que empezara el atraco, llegando a Londres en su automóvil. ¿Acaso hubiera creído alguien mi fantástica historia?

—Nadie lo hubiese creído jamás —replicó el joven.

Habían estado tan absortos escuchando sus respectivos relatos que se olvidaron de dónde estaban, y ahora alzaron la cabeza sorprendidos al ver un hombre alto, de expresión triste, que se apoyaba contra la casa. Les saludó con una inclinación de cabeza.

—Muy interesante —comentó.

—¿Quién es usted? —le dijo Jane.

El hombre triste parpadeó.

—El detective inspector Farrell —dijo en tono amable—. Me ha interesado mucho su historia y la de esta señorita. Nos hubiera resultado difícil creerla por uno o dos detalles.

—¿Por ejemplo?

—Pues verán, esta mañana hemos sabido que la auténtica Gran Duquesa se había fugado con un chófer en París.

Jane contuvo la respiración.

—Y luego supimos que esa «joven bandido americana» había llegado a este país, y esperábamos que diese algún golpe. Les prometo que les cogeremos muy pronto. Perdónenme un minuto, ¿quieren?

—¡*Vaya*! —exclamó Jane, poniendo mucho énfasis en la expresión. Después, volviéndose al joven, le dijo:

—Creo que fue usted muy inteligente al fijarse en el detalle de los zapatos.

—Nada de eso —replicó el muchacho—. Me he criado entre zapatos. Mi padre es una especie de rey de la zapatería. Él quería que aprendiera el oficio… que me casara y sentara la cabeza. Nada de particular, lo corriente, pero yo quería ser artista… —suspiró.

—Lo siento —le dijo Jane para consolarle.

—Lo he estado intentado durante seis años. No hay duda posible. Soy un pintor pésimo. Tengo intención de dejarlo y regresar a casa como el hijo pródigo. Allí me

espera un buen empleo.

—Un empleo es una gran cosa —convino Jane, animándose—. ¿Usted cree que yo podría encontrar uno, aunque fuese de dependienta de zapatería?

—Yo podía darle uno mejor que éste… si usted quisiera.

—¿Oh, cuál?

—Ahora no importa. Se lo diré más tarde. ¿Sabe? Hasta ayer nunca había visto una chica con la que pensara en casarme.

—¿Ayer?

—Sí, en la tómbola. Entonces la vi… ¡la única! ¡Ella!

Miró fijamente a Jane.

—¡Qué hermosos están los jacintos! —dijo Jane, apresuradamente y con las mejillas arreboladas.

—Son nadalas —repuso el joven.

—No importa —insistió Jane.

—Desde luego —convino él, acercándose más a Jane.

Accidente

(Accident).

—Y le aseguro… que es la misma mujer… ¡sin la menor duda!

El capitán Haydock miró el rostro de su amigo y suspiró. Hubiera deseado que Evans no se mostrara tan absoluto. Durante el curso de su carrera, el viejo capitán de marina había aprendido a no preocuparse por las cosas que no le concernían. Su amigo Evans, inspector retirado del C. I. D., tenía una filosofía muy distinta. «Hay que actuar según la información recibida»… Había sido su lema en sus primeros tiempos, y ahora lo había ampliado hasta buscar él mismo la información.

El inspector Evans había sido un policía muy listo y despierto, que ganó justamente el puesto alcanzado. Incluso ahora, ya retirado del cuerpo e instalado en la casita de sus sueños, su instinto profesional seguía en activo.

—Nunca pude olvidar una cara —repetía satisfecho—. La señora Anthony… sí, es la señora Anthony sin lugar a dudas. Cuando usted dijo la señora Merrowdene… la reconocí en el acto.

El capitán Haydock movióse intranquilo. Los Merrowdene eran sus vecinos más próximos, aparte del propio Evans, y el que éste identificara a la señora Merrowdene con una antigua heroína de un *caso célebre*, le contrariaba.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo con voz débil.

—Nueve años —replicó Evans con la precisión de siempre—. Nueve años y tres meses. ¿Recuerda el caso?

—Vagamente.

—Anthony resultó ser un consumidor de arsénico —dijo Evans—, y por eso la absolvieron.

—Bueno, ¿por qué no habían de hacerlo?

—Por ninguna razón. Es el único veredicto que podían pronunciar dada la evidencia. Absolutamente correcto.

—Entonces —replicó Haydock—, no veo por qué ha de preocuparse.

—¿Quién se preocupa?

—Yo creía que usted.

—En absoluto.

—El caso pasó a la historia —continuó el capitán—. Si la señora Merrowdene tuvo la desgracia en otro tiempo de ser juzgada y absuelta por un crimen…

—Por lo general no se considera una desgracia el ser absuelto —intervino Evans.

—Ya sabe a lo que me refiero —dijo el capitán Haydock irritado—. Si la pobre señora tuvo que pasar esa amarga experiencia, no es asunto nuestro el sacarlo a relucir, ¿no le parece?

Evans no respondió.

—Vamos, Evans. Esa señora es inocente… usted mismo acaba de decirlo.

—Yo no dije que fuera inocente, sino que fue absuelta.

—Es lo mismo.

El capitán Haydock, que había empezado a vaciar su pipa contra el costado de su silla, se detuvo para mirarle en actitud expectante.

—¡Hola, hola, hola! —dijo—. ¿Conque esas tenemos, eh? ¿Usted cree que no era inocente?

—Yo no diría eso. Sólo… no sé. Anthony tenía la costumbre de tomar arsénico, y su esposa lo adquiría para él. Un día, por error, tomó demasiado. ¿La equivocación fue suya o de su esposa? Nadie pudo decirlo, y el juez, muy sensatamente, dudó de ella. Eso está muy bien y no veo nada malo en ello, pero de todas formas… me gustaría saber…

El capitán Haydock volvió a dedicar toda su atención a la pipa.

—Bien —dijo tranquilo—; no es asunto nuestro.

—No estoy tan seguro.

—Pero, seguramente…

—Escúcheme un momento. Este hombre, Merrowdene… anoche en su laboratorio manipulando entre sus tubos de ensayo… ¿recuerda lo que dijo?

—Sí. Mencionó el experimento de Marsh con respecto al arsénico. Dijo que usted debiera saberlo muy bien… que era cosa de su ramo… y se rió. No lo hubiera dicho si hubiese pensado por un momento…

Evans le interrumpió.

—Quiere usted decir que no lo hubiera dicho de haberlo sabido. Llevan ya tiempo casados… ¿seis años, me dijo usted? Apuesto lo que quiera a que no tiene la menor idea de que su esposa fue la célebre señora Anthony.

—Y desde luego no lo sabrá por mí —dijo el capitán Haydock.

Evans continuó sin prestarle atención.

—Acabe de interrumpirme. Según el experimento de Marsh, Merrowdene calentó una sustancia en un tubo de ensayo, y el residuo metálico se disolvió en agua y luego lo precipitó agregándole nitrato de plata. Ésta era la prueba de los cloratos. Un experimento claro y sencillo, pero tuve oportunidad de leer estas palabras en un libro que estaba abierto sobre la mesa.

H_2SO_4 descompone cloratos con evolución de Cl_2O_4. Si se calienta, explota violentamente, por lo tanto la mezcla debe guardarse en lugar frío y se utiliza sólo en cantidades muy pequeñas.

Haydock, profundamente extrañado, miró a su amigo de hito en hito.

—Bueno, ¿y qué?

—Sólo esto. En mi profesión tenemos también que llevar a cabo ciertos experimentos… para probar un crimen. Hay que ir añadiendo los hechos… pesarlos, separar el residuo de los prejuicios y la incompetencia general de los testigos. Pero

hay otra prueba… mucho más precisa… ¡Pero bastante peligrosa! Un asesino raramente se contenta con un crimen. Si se le da tiempo y nadie sospecha de él, cometerá otro. Usted coge a un hombre… ¿Ha asesinado o no a su esposa?… Tal vez el caso no esté demasiado claro. Examine su pasado… si descubre que ha tenido varias esposas… y que todas murieron… digamos… de un modo extraño… ¡entonces puede estar bien seguro! No le hablo legalmente, comprenda, sino de la certeza moral, y una vez se sabe, puede buscarse la evidencia.

—¿Y bien?

—Voy al grano. Eso está muy bien cuando existe un pasado que revisar. Pero supongamos que usted detiene a un asesino que acaba de cometer su primer crimen. Entonces esa prueba no dará resultado. Pero el detenido es absuelto y empieza una nueva vida bajo otro supuesto nombre. ¿Repetirá o no su crimen?

—Es una idea horrible.

—¿Sigue usted pensando que no es asunto nuestro?

—Sí; no tiene usted motivos para pensar que la señora Merrowdene sea otra cosa que una mujer inocente.

El exinspector guardó silencio unos instantes, y luego dijo despacio:

—Le dije que examinamos su pasado y no encontramos nada. Eso no es del todo cierto. Tenía padrastro y cuando cumplió los dieciocho años se enamoró de cierto joven… y su padrastro hizo valer su autoridad para separarlos. Un día, cuando paseaban por una parte peligrosa de los acantilados, hubo un accidente… el padrastro se aproximó demasiado al borde de las rocas… perdió pie y cayó, matándose.

—No pensará…

—Fue un accidente. ¡Accidente! La dosis extra de Anthony fue un accidente. No hubiera sido procesada nunca de no haberse sospechado que había otro hombre… que por cierto escapó. Al parecer, no quedó satisfecho como el jurado. Le aseguro, Haydock, que por lo que respecta a esa mujer tengo miedo de que ocurra… ¡otro accidente!

El anciano capitán se encogió de hombros.

—Bueno, no sé cómo va usted a prevenirse contra eso.

—Ni yo tampoco —repuso Evans con pesar.

—Yo de usted dejaría las cosas tal como están —dijo el capitán Haydock—. Nunca se saca ningún bien de entrometerse en los asuntos ajenos.

Pero aquel consejo no habría de seguirlo el inspector, que era un hombre paciente, pero decidido. Cuando se hubo despedido de su amigo, echó a andar hacia el pueblo, dando vueltas en su mente a las posibilidades de una acción inmediata y de éxito.

Al entrar en un estanco para comprar sellos, tropezó con el objeto de sus preocupaciones, George Merrowdene. El exprofesor de química era un Hombrecillo menudo, de aspecto soñador y modales amables y correctos, que por lo general andaba siempre distraído. Reconoció al inspector, saludándole afectuosamente, y se agachó para recoger las cartas que por efecto del choque se le habían caído al suelo.

Evans se agachó también, y por ser más rápido de movimientos, pudo recogerlas primero, devolviéndolas a su propietario con unas palabras de disculpa.

Al hacerlo pudo echarles un vistazo, y la de encima del montón volvió a despertar sus sospechas. Iba dirigida a una conocida agencia de seguros.

Al instante tomó una resolución, y el distraído George Merrowdene se encontró sin darse cuenta caminando hacia el pueblo en compañía del exinspector, y tampoco hubiera podido decir cómo surgió en su conversación el tema de los seguros de vida.

Evans no tuvo dificultad en lograr su objeto. Merrowdene por su propia voluntad le comunicó que acababa de asegurar su vida en beneficio de su esposa, y quiso saber lo que Evans opinaba de la compañía en cuestión.

—He hecho algunas inversiones poco acertadas —le explicó—, y como resultado, mis rentas han disminuido. Si me ocurriera algo, mi esposa quedaría en mala situación. Con este seguro de vida queda todo arreglado.

—¿Ella no se opuso? —preguntó Evans—. Algunas señoras no suelen querer. Dicen que trae mala suerte…

—¡Oh!, Margarita es muy práctica —repuso Merrowdene sonriendo—. Y nada supersticiosa. En realidad, me parece que la idea fue suya. No le gusta verme preocupado.

Evans tenía ya la información que deseaba y dejó a Merrowdene, sumamente preocupado. El difunto señor Anthony también había asegurado su vida en favor de su mujer pocas semanas antes de su muerte.

Acostumbrado a confiar en su instinto, tenía plena certeza en su interior, pero el saber cómo debía actuar era cosa muy distinta. Él deseaba no detener al criminal con las manos en la masa, sino impedir que se cometiera otro crimen, y eso era mucho más difícil.

Todo el día estuvo pensativo. Aquella tarde se celebraba una fiesta al aire libre en la finca del alcalde, y Evans asistió a ella, entreteniéndose en el juego de la pesca, adivinando el peso de un cerdo y tirando a los cocos, con la misma mirada abstraída. Incluso consultó a Zara, la Adivinadora de la Bola de Cristal, sonriendo al recordar cómo la había perseguido durante sus tiempos de inspector.

No prestó gran atención al discurso de la voz cantarina y misteriosa, hasta que el final de una frase atrajo su atención.

—… y de pronto… muy pronto… se verá complicado en un asunto de vida o muerte… para otra persona. Una decisión… Tiene usted que tomar una decisión. Tiene que andar con cuidado… con mucho… mucho cuidado. Si cometiera un error… el más pequeño error…

—¿Eh…? ¿Qué es eso? —preguntó con brusquedad.

La adivinadora se estremeció. El inspector Evans sabía que todo aquello eran tonterías, pero no obstante estaba impresionado.

—Le prevengo… que no debe cometer ni el más pequeño error. Si lo hace veo con toda claridad el resultado: una muerte.

¡Qué extraño! ¡Una muerte! ¡Qué curioso que se le hubiera ocurrido decir eso!

—Si cometo un error el resultado será una muerte, ¿es eso?

—Sí.

—En ese caso —dijo Evans poniéndose en pie y entregándole el precio de la consulta—, no debo cometer errores, ¿no es así?

Lo dijo en tono intrascendente, pero al salir de la tienda tenía las mandíbulas apretadas. Era fácil decirlo pero no tanto el estar seguro de no cometerlo. No podía equivocarse. Una vida, una valiosa vida humana, dependía de ello.

Y nadie podía ayudarle. Miró a lo lejos la figura de su amigo Haydock. «Deje las cosas como están», le diría, y eso es lo que, a la sazón, no podía hacer.

Haydock estaba hablando con una mujer que al separarse de él se aproximó a Evans. Era la señora Merrowdene, y el inspector, siguiendo sus impulsos, apresuróse a detenerla.

La señora Merrowdene era una mujer bastante atractiva. Tenía una frente ancha y unos serenos ojos castaños muy bonitos, así como la expresión plácida. Su aspecto era el de las *Madonnas* italianas, que acentuaba peinándose con raya en medio y ondas sobre las orejas. Su voz era profunda, casi somnolienta.

Al ver a Evans le dedicó una sonrisa de bienvenida.

—Me pareció que era usted, señora Anthony… quiero decir, señora Merrowdene —dijo en tono ligero y deliberado, mientras la observaba. Vio que abría un poco más los ojos, y que tomaba aliento, pero su mirada no desfalleció, sosteniendo la suya con firmeza y orgullo.

—Estoy buscando a mi esposo —dijo tranquila—. ¿Le ha visto por aquí?

—La última vez que le vi, iba en esa dirección.

Echaron a andar en la dirección indicada, charlando animadamente. El inspector sentía aumentar su admiración. ¡Qué mujer! ¡Qué dominio de sí misma! ¡Qué destreza! Una mujer notable… y muy peligrosa. Sí… estaba seguro de que era peligrosa.

Aún se sentía intranquilo, aunque estaba satisfecho de su paso inicial. Sabiendo que la había reconocido, no era de esperar que se atreviera a intentar nada. Quedaba la cuestión de Merrowdene. Si pudiera avisarle… Encontraron al hombrecillo abstraído en la contemplación de una muñeca de porcelana que fue un premio en el juego de la pesca. Su esposa le sugirió que volvieran a casa, a lo que él se avino enseguida. Luego la señora Merrowdene volvióse al inspector.

—¿No quiere venir con nosotros a tomar una taza de té, señor Evans?

¿No había un ligero tono de reto en su voz? A él se lo pareció.

—Gracias, señora Merrowdene. Con muchísimo gusto lo acepto.

Y fueron caminando juntos mientras comentaban temas vulgares. Brillaba el sol, soplaba una ligera brisa y todo parecía agradable y sonriente. La doncella había ido a la fiesta, según le explicó la señora Merrowdene cuando llegaron a la encantadora casita. Fue a su habitación a quitarse el sombrero, y al regresar se dispuso a preparar

el té calentando el agua sobre un infiernillo de plata. De un estante cerca de la chimenea cogió tres pequeños boles con sus tres platos correspondientes.

—Tenemos un té chino muy especial —explicó—. Y siempre lo tomamos al estilo chino… en bol, y nunca lo hacemos en taza.

Se interrumpió mirando al interior de uno de ellos, que fue a cambiar con una exclamación de disgusto.

—George… eres terrible. Ya has vuelto a coger un bol de ésos.

—Lo siento, querida —dijo el profesor disculpándose—. Tienen una medida tan a propósito… Los que encargué aún no me los han enviado.

—Cualquier día nos envenenarás a todos —dijo su esposa sonriendo—. Mary los encuentra en el laboratorio y los trae aquí sin molestarse en lavarlos, a menos que tengan algo muy visible en su interior. Vaya, el otro día pusiste en uno cianuro potásico, y la verdad, George, eso es peligrosísimo.

Merrowdene pareció ligeramente irritado.

—Mary no tiene por qué coger las cosas de mi laboratorio, ni tocar nada de allí.

—Pero a menudo dejamos allí las tazas después de tomar el té. ¿Cómo va ella a saberlo? Sé razonable, querido.

El profesor marchó a su dormitorio murmurando entre dientes, y con una sonrisa la señora Merrowdene echó el agua hirviendo sobre el té y apagó la llama del infiernillo de plata.

Evans estaba intrigado, pero al fin creyó ver un rayo de luz. Por alguna razón desconocida, la señora Merrowdene estaba mostrando sus cartas. ¿Es que aquello iba a ser el «accidente»? ¿Decía todo aquello con el propósito de preparar su coartada de antemano y de manera que cuando algún día ocurriera el «accidente» él se viera obligado a declarar en su favor? Qué tonta era, porque antes de todo eso…

De pronto contuvo el aliento. La señora Merrowdene había servido el té en tres boles. Uno lo colocó delante de él, otro ante ella, y el tercero en una mesita que había cerca de la chimenea, junto a la butaca donde solía sentarse su esposo, y fue al colocar esta última cuando sus labios se curvaron en una sonrisa especial. Fue aquella sonrisa la que le convenció.

¡Ahora *lo sabía*!

Una mujer notable… y peligrosa. Sin esperar… y sin preparación. Esta tarde, aquella misma tarde… con él como testigo. Su osadía le cortó la respiración.

Era inteligente… endiabladamente inteligente. No podría probar nada. Ella contaba con que él no sospecharía… por la sencilla razón de ser «demasiado pronto». Una mujer de inteligencia y acción rápidas.

Tomó aliento antes de inclinarse ligeramente hacia delante.

—Señora Merrowdene, soy hombre de raros caprichos. ¿Me perdonará usted uno?

Ella le miró intrigada, pero sin recelo.

Evans se levantó y cogiendo el bol que había ante ella, lo sustituyó por el que estaba dispuesto de antemano sobre la mesita.

—Quiero que usted beba éste.

Sus ojos se encontraron con los suyos… firmes, indomables, mientras el color iba desapareciendo paulatinamente de su rostro.

Alargando la mano cogió la taza. Evans contuvo el aliento.

¿Y si hubiera cometido un error?

Ella la llevó a sus labios…, pero en el último momento, con un escalofrío, se apresuró a verter el contenido del bol en una maceta de helechos. Luego volvió a sentarse, mirándole retadora.

Él exhaló un profundo suspiro y volvió a sentarse.

—¿Y bien? —dijo ella.

Su tono había cambiado. Ahora era ligeramente burlón… y desafiante.

Evans le contestó tranquilo:

—Es usted una mujer muy inteligente, señora Merrowdene. Y creo que me comprende. No habrá repetición. ¿Sabe a qué me refiero?

—Sé a qué se refiere.

Su voz carecía de expresión. Evans inclinó la cabeza satisfecho. Era una mujer inteligente y no quería verse ahorcada.

—A su salud y a la de su esposo —brindó llevándose el té a sus labios.

Luego su rostro cambió…, contorsionándose horriblemente…; quiso levantarse…, gritar…; su cuerpo se agarrotaba…, estaba congestionado… Cayó desplomado en el sillón… presa de convulsiones.

La señora Merrowdene se inclinó hacia delante observándole con una sonrisa, y le dijo… en tono suave:

—Cometió usted un error, señor Evans. Pensó que yo quería matar a George. ¡Qué tonto fue usted… qué tonto!

Permaneció unos minutos contemplando al muerto…, el tercer hombre que había amenazado con interponerse en su camino y separarla del hombre que amaba.

Su sonrisa se acentuó. Parecía más que nunca una madonna, y al fin, levantando la voz, gritó:

—George…, ¡George! ¡Oh! Ven enseguida. Me temo que ha ocurrido un lamentable accidente. Pobre señor Evans…

Un domingo fructífero

(A Fruitful Sunday).

Vaya, esto es realmente delicioso —dijo la señorita Dorotea Pratt por cuarta vez—. ¡Ojalá pudiera verme ahora la vieja grulla! ¡Ella y sus Juanitas!

La «vieja grulla» a quien se refería con tan poco respeto, era la señorita Mackenzie Jones, en cuya casa trabajaba la señorita Pratt, y quien tenía unas opiniones muy particulares acerca de los nombres apropiados para las doncellas. Había repudiado el de Dorotea en favor del segundo nombre de la señorita Pratt, que era Juanita.

El compañero de la señorita Pratt no contestó enseguida… por una razón muy poderosa. Cuando se acaba de adquirir un «Baby Austin» de cuarta mano, por la suma de veinte libras y se conduce por segunda vez, toda la atención hay que concentrarla necesariamente en la difícil tarea de emplear ambas manos y los dos pies en las emergencias dictadas por el momento.

—¡Eh… ah! —exclamó Eduardo Palgrove, cambiando de marcha con un ruido espantoso que hubiera dado dentera a un auténtico chófer.

—Bueno, no puede pedirse que des mucha conversación a las chicas —se quejó Dorotea.

Palgrove se ahorró la molestia de tener que responder, porque en aquel momento fue sonoramente insultado por el conductor de un autobús.

—¡Vaya lenguaje! —dijo la señorita Pratt, meneando la cabeza.

—Ojalá este *coche* tuviera freno de pie —se lamentó su acompañante con amargura.

—¿Le ocurre algo?

—Ya puedes poner el pie encima y esperar el fin del mundo —dijo Palgrove, como si nada.

—Oh, bueno, Ted; pero no puede esperarse todo por sólo veinte libras. Al fin y al cabo, estamos en un verdadero automóvil, un domingo por la tarde y saliendo de la ciudad lo mismo que hacen los demás.

Más ruidos y chirridos.

—¡Ah! —dijo Ted sonrojándose de placer—. Esta vez la he cambiado mejor.

—Conduces estupendamente —le dijo Dorotea con admiración.

Envalentonado por el aliento femenino, Palgrove intentó lanzarse a la carrera por Hammersmith Broadway, siendo severamente reprendido por un policía.

—¡Vaya, quién lo iba a decir! —dijo Dorotea mientras avanzaban impecablemente por el puente de Hammersmith—. No sé adónde van a ir a parar los policías. Yo creía que serían un poco más comedidos al hablar después de ver cómo les han adiestrado últimamente.

—De todas formas, no quiero seguir esta carretera —dijo Eduardo con pesar—. Quiero coger la Gran Avenida del Oeste y desfogarme.

—Y probablemente nos cogerán in fraganti —repuso Dorotea—. Eso es lo que le ocurrió a mi señor el otro día. Cinco libras de multa.

—La policía no es tan dura como parece —dijo Eduardo generosamente—. Lo mismo multa a los ricos. No hay favoritismos. Me vuelvo loco pensar en esos engreídos que pueden entrar en la tienda y comprarse un par de «Rolls Royce» sin que se les mueva ni un cabello. No hay derecho. Yo soy tan bueno como cualquiera de ellos.

—Y las joyas —dijo Dorotea suspirando—. Esas tiendas de la calle Bond. ¡Brillantes, perlas y no sé cuantas cosas más! Y yo con una hilera de perlas falsas.

Estuvo disertando tristemente sobre el tema, y así Eduardo pudo concentrar de nuevo toda su atención en el manejo del coche. Consiguieron pasar por Richmond sin percance. El altercado con el policía le había puesto muy nervioso y ahora adoptaba la línea de menor resistencia, siguiendo a ciegas el primer coche que se le pusiera delante para evitar peligros.

De esta forma se encontró avanzando por un paraje sombreado que cualquier automovilista experto hubiera dado cualquier cosa por encontrar.

—He sido muy hábil torciendo por el camino aquél —dijo Eduardo atribuyéndose todo el éxito.

—Es precioso todo esto —dijo la señorita Pratt—. Y fíjate, allí hay un hombre vendiendo fruta.

Cierto, en un recodo apropiado había una mesa con cestos de fruta y la leyenda «Coma más fruta» escrita en un banderín.

—¿Cuánto valen? —preguntó Eduardo con recelo, cuando, después de aplicar el freno de mano con frenesí, obtuvo el resultado apetecido.

—Son unas fresas deliciosas —dijo el vendedor, que era un individuo antipático que miraba de soslayo—. A propósito para la señora. Fruta madura, recién cogida. También tengo cerezas. Inglesas auténticas. ¿Quiere una cesta de cerezas, señora?

—Parecen muy hermosas —dijo Dorotea.

—Una joya; eso es lo que son —replicóle el hombre con voz ronca—. Esta cesta le traerá suerte, señora —y al fin tuvo la condescendencia de contestar a Eduardo—. Dos chelines, señor, es tirado. Ya me lo dirá cuando sepa lo que hay dentro de la cesta.

—Tienen muy buen aspecto —insistió Dorotea.

Eduardo, suspirando, pagó los dos chelines mientras su mente trazaba rápidos cálculos. Más tarde la merienda, gasolina… estas saliditas domingueras en coche no podía decirse que resultaran precisamente *baratas*. Y lo peor de llevar chicas, es que siempre se encaprichan de todo lo que ven.

—Gracias, señor —dijo el hombre—. En esta cesta hay algo que vale muchísimo más de lo que ha pagado por un cesto de cerezas.

Eduardo apretó el pie con fuerza y el «Baby Austin» saltó sobre el vendedor como un alsaciano furioso.

—Perdone —dijo Eduardo—. Olvidé que tenía puesta la marcha.

—Debes tener más cuidado, querido —le dijo Dorotea—. Podías haberte lastimado.

Eduardo no contestó y otro kilómetro de marcha les situó en un paraje ideal junto a las orillas de un arroyo. Dejaron el «Austin» en la carretera y Eduardo y Dorotea se sentaron en la orilla para comer las cerezas. A sus pies había un periódico del día semienterrado.

—¿Qué noticias hay? —dijo Eduardo al fin, tumbándose cuan largo era y echándose el sombrero hacia delante para proteger sus ojos del sol.

Dorotea echó un vistazo a los titulares.

—«Esposa infiel. Extraordinaria historia. Veintiocho personas ahogadas durante la semana pasada… Muerte de un aviador. Sorprendente robo de joyas. Desaparición de un collar de rubíes valorado en cincuenta mil libras». ¡Oh, Ted! ¡Imagínate! ¡Cincuenta mil libras! —continuó leyendo—. «El collar se compone de veintiuna piedras montadas en platino y fue enviado por correo certificado desde París. Al llegar, el paquete contenía sólo unos cuantos guijarros y la joya había desaparecido».

—Lo robarían en Correos —dijo Eduardo—. Tengo entendido que en Francia el correo es fatal.

—Me gustaría ver un collar así —dijo Dorotea—. Con piedras como de sangre… sangre de paloma, así es como creo que llaman a ese color. ¿Qué debe sentirse llevando una cosa así alrededor del cuello?

—Bueno, es probable que *tú* no llegues a saberlo nunca —repuso Eduardo, mordaz.

Dorotea ladeó la cabeza.

—¿Por qué no? Quisiera saberlo. Es sorprendente la forma en que se abren camino algunas mujeres. Podría trabajar en la escena.

—Las chicas que se portan como es debido no llegan a ninguna parte —le dijo Eduardo para desanimarla.

Dorotea abrió la boca para contestar, pero se contuvo y murmuró:

—Pásame las cerezas. He comido más que tú —observó—. Dividiré las que quedan y… calla… ¿qué es lo que hay en el fondo de la cesta?

Y uniendo la acción a la palabra sacó… una cadena larga sembraba de piedras rojo sangre.

Ambos la contemplaron asombrados.

—¿Has dicho en la cesta? —dijo Eduardo al fin.

Dorotea asintió.

—En el fondo… debajo de la fruta.

Volvieron a mirarse.

—¿Y cómo crees tú que habrá llegado ahí?

—No puedo imaginarlo. Es curioso, Ted, precisamente ahora que acababa de leer en el periódico la noticia… de los rubíes.

Eduardo echóse a reír.

—No irás a creer que tienes en la mano cincuenta mil libras, ¿verdad?

—Sólo he dicho que era extraño. Rubíes montados en platino. Platino es una especie de plata… como esto. ¿Verdad que brillan mucho y tienen un color precioso? ¿Cuántas debe haber? —las contó—. Oye, Ted, hay exactamente veintiuna.

—¡No!

—Sí. Ésa es la cantidad que dice el periódico. Oh, Ted, ¿tú crees…?

—No es posible —pero habló sin convencimiento—. Se sabe que son buenos… cuando cortan el cristal.

—Eso son los brillantes. Pero sabes, Ted, que aquel hombre era muy extraño… me refiero al vendedor de fruta… un hombre de aspecto desagradable. Y dijo algo muy curioso… que en la cesta había algo que valía mucho más de lo que pagábamos por ella.

—Sí, pero escucha, Dorotea; ¿para qué iba a querer darnos a nosotros las cincuenta mil libras?

La señorita Pratt sacudió la cabeza desanimada.

—No tiene sentido —admitió—. A menos que le persiguiera la policía.

—¿La policía? —Eduardo palideció ligeramente.

—Sí. Eso dice el periódico… La policía tiene una pista.

Eduardo sintió un escalofrío en su espina dorsal.

—Esto no me gusta, Dorotea. Supongamos que la policía *nos* sigue.

—¡Pero si nosotros no hemos hecho nada, Ted! Lo hemos encontrado en la cesta.

—¡Valiente historia para contar! No es verosímil.

—No lo es mucho —admitió Dorotea—. ¡Oh, Ted! ¿Crees de veras que será *éste*? ¡Es igual que un cuento de hadas!

—No creo que esto parezca un cuento de hadas —dijo Eduardo—. Yo creo que es más bien semejante a estas historias en las que el protagonista es condenado injustamente a catorce años de presidio.

Pero Dorotea no le escuchaba. Se había puesto el collar y contemplaba su efecto en el espejito que sacó de su bolso.

—Lo mismo que pudiera llevar una duquesa —murmuró extasiada.

—No lo creo —replicó Eduardo con violencia—. Son falsos. *Tiene* que tratarse de una imitación.

—Sí, querido —repuso Dorotea sin dejar de contemplarse en el espejo—. Es muy probable.

—Otra cosa sería demasiada… coincidencia.

—Sangre de paloma —murmuraba Dorotea.

—Es absurdo. Eso es lo que digo. Absurdo. Escucha, Dorotea, ¿escuchas lo que te estoy diciendo?

Dorotea dejó el espejo y se volvió hacia él con una mano apoyada sobre los rubíes que rodeaban su cuello.

—¿Qué tal estoy? —le preguntó.

Eduardo la miró, olvidando su contrariedad. Nunca había visto a Dorotea así… rodeada de un halo de triunfo… una especie de belleza soberana completamente desconocida para él. El creer que la joya que llevaba alrededor de su cuello valía cincuenta mil libras había hecho de Dorotea Pratt una mujer nueva. Le miraba con serena insolencia… era una especie de Cleopatra, Semíramis y Zenobia, todo en una.

—Estás… estás… deslumbradora —dijo Eduardo humildemente.

Dorotea se echó a reír, y su risa también fue completamente distinta.

—Escucha —la apremió Eduardo—. Tenemos que hacer algo. Hay que llevarlo al puesto de policía.

—Tonterías —replicó Dorotea—. Tú mismo acabas de decir que no iban a creerte. Probablemente *te* enviarán a la cárcel por haberlo robado.

—Pero… ¿qué otra cosa podemos hacer?

—Quedárnoslo —replicó la nueva Dorotea Pratt.

—¿Quedárnoslo? Tú estás loca.

—Lo hemos encontrado, ¿verdad? ¿Por qué habíamos de pensar que fuese de valor? Nos lo quedaremos y yo lo usaré.

—Y la policía te *pescará*.

Dorotea reflexiono un par de minutos.

—Está bien —dijo—. Lo venderemos. Y tú puedes comprar un «Rolls Royce» o dos «Rolls Royce», y yo me compraré una corona de brillantes y varios anillos.

Eduardo seguía mirándola asombrado y Dorotea se impacientó.

—Es tu oportunidad… y debes aprovecharla. Nosotros no lo hemos robado… entonces sería distinto. Ha venido a nuestras manos, y probablemente será la única oportunidad que se nos presentará en la vida para tener todas las cosas que deseamos. ¿Es que no tienes valor, Eduardo Palgrove?

Eduardo recuperó el habla.

—¿Venderlos, dices? Como si eso fuera tan sencillo. Cualquier joyero querría saber de dónde lo había sacado.

—No lo lleves a un joyero. ¿Es que nunca lees novelas policíacas, Ted? Tienes que llevarlo a un «mercachifle», naturalmente.

—¿Y dónde voy a encontrar un mercachifle? Yo he sido educado en un ambiente respetable y sin máculas.

—Los hombres tendríais que saberlo todo —dijo Dorotea—. Para eso estáis.

Él la miró. Dorotea estaba tranquila e inflexible.

—Nunca lo hubiera creído de ti —observó Eduardo con voz débil.

—Pensé que tenías más coraje.

Hubo una pausa y al cabo Dorotea se puso en pie.

—Bueno —dijo en tono ligero—. Será mejor que volvamos a casa.

—¿Llevando eso alrededor de tu cuello?

Dorotea se quitó el collar, y antes de guardarlo en su bolso lo contempló con reverencia.

—Escucha —dijo Eduardo—. Dámelo a mí.

—No.

—Sí. A mí me han enseñado a ser un hombre honrado, pequeña.

—Bueno, pues sigue siéndolo. No es necesario que tengas nada que ver con esto.

—Oh, dámelo —dijo Eduardo, sucumbiendo—. Lo haré. Buscaré un mercachifle. Como tú dices, es la única oportunidad que se nos presentará en la vida. Lo adquirimos honradamente… por dos chelines. No es más que lo que hacen los anticuarios cada día y van con la frente bien alta.

—¡Eso es! —dijo Dorotea—. ¡Oh, Eduardo, eres maravilloso!

Le entregó el collar, que él introdujo en su bolsillo. ¡Se sentía exaltado, emocionado… el mismísimo diablo! En este estado de ánimo puso en marcha el «Austin». Los dos estaban demasiado nerviosos para acordarse de merendar, y regresaron a Londres en silencio. Una vez, ante un cruce, un policía avanzó hacia el coche y el corazón de Eduardo dejó de latir un instante, por milagro llegaron a su casa sin percances.

Las últimas palabras que Eduardo dirigió a Dorotea estaban pletóricas de espíritu aventurero.

—Lo conseguiremos. ¡Cincuenta mil libras! ¡Vale la pena!

Aquella noche soñó con la cárcel de Dartmoor y despertóse macilento y cansado. Tenía que empezar a buscar un mercachifle… ¡y no tenía la más remota idea de cómo empezar!

Su trabajo en la oficina fue poco solvente y se ganó dos buenas reprimendas antes de comer.

¿Dónde se encuentra un comprador de objetos robados? La barriada más a propósito sería Whitechapel, o tal vez Sthepney.

Al regresar a la oficina recibió una llamada telefónica. Era la voz de Dorotea, trágica y angustiada.

—¿Eres tú, Ted? Te hablo por el teléfono de casa, pero la señora puede venir en cualquier momento y tendré que cortar. Ted, no habrás hecho nada todavía, ¿verdad?

Eduardo contestó con una negativa.

—Bien, escucha, Ted, no debes hacerlo. He pasado toda la noche despierta. Ha sido terrible. Pensando en lo que dice la Biblia que no se debe robar. Ayer debía estar loca… de verdad. No harás nada, ¿me lo prometes, Ted querido?

¿Acaso Eduardo Palgrove sintióse invadido de una sensación de alivio? Posiblemente…, pero no estaba dispuesto a admitir semejante cosa.

—Cuando yo digo que voy a hacer una cosa, la hago —dijo con una voz que podría haber pertenecido a un superhombre de ojos de acero.

—¡Oh, Ted, querido, no debes hacerlo! ¡Oh, Dios mío, ya viene la vieja grulla! Escucha, Ted, esta noche va a cenar fuera. Puedo escaparme un rato y reunirme contigo. No hagas nada hasta que nos veamos. A las ocho. Espérame en la esquina —su voz se convirtió en un murmullo seráfico—. Sí, señora. Era un número equivocado. Pedían el 234.

Cuando Eduardo salía de la oficina a las seis, vio un gran titular que llamó su atención.

ROBO DE UN COLLAR

Últimos detalles

Se apresuró a alargar un penique y, una vez a salvo en el interior del «metro», donde se las ingenió para conseguir asiento, se dispuso a devorar la noticia impresa, encontrando lo que buscaba con bastante facilidad.

Al poco rato lanzó un silbido de sorpresa.

—Vaya… que me…

Y entonces otro párrafo cercano absorbió su atención. Luego de leerlo dejó que el periódico resbalara hasta el suelo sin apenas darse cuenta.

A las ocho en punto acudía a su cita, y Dorotea, sin aliento, pálida, pero atractiva, llegó corriendo hasta él.

—¿Has hecho algo, Ted?

—No he hecho nada —sacó el collar de rubíes de su bolsillo—. Puedes ponértelo.

—Pero, Ted…

—La policía ya ha encontrado los rubíes… y al hombre que los robó. ¡Y ahora lee esto!

Y puso un periódico doblado debajo de su nariz. Dorotea leyó:

NUEVO TRUCO PUBLICITARIO

> «Un nuevo e inteligente sistema publicitario está siendo adoptado por todos los feriantes que intentan rivalizar con los famosos Woolworth. Ayer se vendieron cestas de frutas, y se venderán otras cada domingo. Una de cada cincuenta contendrá un collar de imitación en piedras de distintos colores. Estos collares son realmente maravillosos, por su precio. Ayer causaron gran revuelo y emoción, y “Coma más fruta” tendrá gran éxito el próximo domingo. Felicitamos

> a los feriantes por su idea y les deseamos buena suerte en su campaña pro venta de productos nacionales».

—Vaya… —dijo Dorotea. Y tras una pausa repitió—: ¡Vaya!

—Sí —dijo Eduardo—. Yo siento lo mismo que tú.

Un hombre que pasaba puso un papel en su mano.

—Tome uno, hermano —le dijo.

«El precio de una mujer virtuosa está por encima de los rubíes».

—¡Ahí tienes! —dijo Eduardo—. Espero que eso te anime.

—No lo sé —dijo Dorotea, indecisa—. Yo no quiero *parecer* precisamente una mujer buena.

—No lo pareces —replicó Eduardo—. Por eso me dio este papel ese hombre. Con esos rubíes alrededor de tu garganta nadie diría que eres una buena chica.

Dorotea rió.

—Eres un encanto, Ted —le dijo—. Anda, vámonos al cine.

La aventura del señor Eastwood

*(*Mr. *Eastwood's Adventure).*

El señor Eastwood miró al techo… luego al suelo. Del suelo su mirada fue ascendiendo lentamente por la pared derecha, y al fin, con un supremo esfuerzo volvió a posarla en la máquina de escribir que tenía ante él.

La página en blanco que había puesto en ella sólo ostentaba este título en letras mayúsculas: «El misterio del segundo pepino».

Un título magnífico. Antonio Eastwood comprendió que cualquiera que leyera aquel título se sentiría inmediatamente intrigado y atraído por él. «"El misterio del segundo pepino" —dirían—. ¿Qué será esto? ¿Un *pepino*? ¿El segundo *pepino*? Tengo que leerlo». Y quedarían emocionados y encantados por la consumada habilidad con que aquel maestro de la ficción policíaca había tramado aquel excitante misterio alrededor de una simple hortaliza.

El título estaba muy bien. Antonio Eastwood sabía mejor que nadie cómo escribir la historia… lo malo era que no estaba inspirado. Los dos puntos esenciales de una historia son el título y la trama… el resto es sólo cuestión de detalles; algunas veces el mismo título sugiere la trama, y entonces todo es coser y cantar…, pero en este caso el título continuaba adornando la parte superior de la página, y no se le ocurría el menor vestigio de argumento.

Nuevamente Antonio Eastwood buscó inspiración en el techo, en el suelo y en el papel que adornaba las paredes, sin conseguir nada.

—A la protagonista la llamaré Sonia —dijo Antonio para animarse a continuar—. Sonia, o tal vez Dolores… tendrá un cutis pálido como el marfil… de éste que no es debido a enfermedad alguna, y ojos como pozos insondables. Al héroe le llamaremos Jorge, o John… un nombre corto y muy inglés. Luego al jardinero… supongo que tendrá que haber un jardinero…, hay que meter ese condenado pepino como sea… y el jardinero puede ser escocés, con un cómico pesimismo respecto a las heladas tempranas.

Este sistema algunas veces le resultaba, pero aquella mañana no daba pie con bola. Sin embargo, Antonio podía ver a Sonia, Jorge y el jardinero cómico con toda claridad, aunque no demostraban la menor predisposición por cobrar actividad y vida.

—Claro que podría ser un plátano en vez de un pepino —pensó Antonio, desesperado—. O una lechuga, o una col de Bruselas… una col de Bruselas, vaya, ¿qué tal? Un cleptómano de Bruselas… un robo de bonos al portador… un siniestro barón belga…

Por un momento creyó ver un resplandor de luz, pero volvió a apagarse. El barón belga no tomaba forma, y Antonio recordó de pronto que los pepinos y las heladas tempranas son incompatibles, lo cual era el motivo de los jocosos comentarios del jardinero escocés.

—¡Oh! ¡Maldita sea! —exclamó el señor Eastwood.

Y levantándose fue a coger el *Daily Mail*. Era posible que se publicara alguna muerte que le inspirase. Pero aquella mañana las noticias eran principalmente políticas. El señor Eastwood dejó el periódico con disgusto.

A continuación, cogiendo una novela de encima de la mesa, cerró los ojos e introdujo su dedo índice entre sus páginas. La palabra escogida al azar y elegida por la suerte era «oveja». E inmediatamente, con sorprendente brillantez, en el cerebro del señor Eastwood fue desarrollándose una historia completa. Una muchacha encantadora… su amante muerto en la guerra, ella pierde la razón, y guarda las ovejas en las montañas escocesas… místico encuentro con el amante muerto… y un efecto final con ovejas, y luna, como una pintura académica, con la muchacha muerta sobre la nieve, y *dos rastros de pisadas*.

Era una bonita historia. Antonio salió de su abstracción con un suspiro y sacudió tristemente la cabeza. Subía demasiado bien que el editor en cuestión no deseaba aquella clase de historia… por bonita que fuese. Lo que él quería, y no cesaba de repetirlo (y la verdad era que pagaba muy bien por obtenerlo) eran historias de mujeres misteriosas y morenas, con una puñalada en el corazón, con un protagonista injustamente sospechoso, y el rápido esclarecimiento del misterio, del que siempre resultaba culpable la persona más inesperada, gracias a las pistas más absurdas… en resumidas cuentas… «El misterio del segundo pepino».

Aunque —reflexionó Antonio—, apuesto diez contra uno a que él le cambiaría el título para llamarle alguna estupidez, como, por ejemplo: «*Todos los crímenes son soeces*», sin consultarme siquiera. ¡Oh, maldito teléfono!

Se dirigió rápidamente hacia el aparato y lo descolgó. Durante la última hora le habían llamado dos veces… una fue un número equivocado, y la otra para pedirle que asistiera a una cena de una sociedad femenina que odiaba cordialmente, pero a la que no pudo negarse.

—¡Diga! —gruñó.

Le respondió una voz femenina, dulce y acariciante, con ligero acento extranjero.

—¿Eres tú, cariño? —dijo en tono suave.

—Pues… er… no lo sé —dijo el señor Eastwood cautamente—. ¿Quién habla?

—Soy yo. Carmen. Escucha, cariño. Me persiguen… estoy en peligro… tienes que venir enseguida. Es cuestión de vida o muerte.

—Le ruego me perdone —dijo el señor Eastwood, cortés—. Me temo que se ha equivocado de…

Ella le interrumpió antes de que pudiera terminar la frase.

—¡Madre de Dios! Ya viene. Si descubren lo que estoy haciendo, me matarán. No me falles. Ven enseguida. Si no vienes será mi fin. Ya sabes, calle Kirk, 320. La contraseña es «pepino»… Silencio…

Oyó cómo cortaba la comunicación.

—Bueno, que me aspen si lo entiendo —dijo el señor Eastwood muy asombrado.

Se acercó a su caja de tabaco para llenar la pipa.

—Supongo —murmuró— que debe haber sido algún extraño efecto de mi subconsciente. No puede haber *dicho* pepino. Este asunto es extraordinario. ¿Dijo pepino, o no lo dijo?

Paseó de un lado a otro indeciso.

—Calle Kirk, 320. Quisiera saber qué será todo esto. Ella esperará que acuda otro hombre. Ojalá pudiera haberme explicado. Calle Kirk, 320. La contraseña es «pepino»… Oh, imposible, absurdo… habrá sido una alucinación de mi fatigado cerebro.

Contempló la máquina de escribir con odio.

—¿Para qué sirves tú? Quisiera saberlo. Te he estado mirando toda la mañana, y, ¿qué bien me has hecho? Un autor debe sacar sus argumentos de la vida real… de la vida real, ¿te enteras? Y ahora voy en busca de uno.

Y encasquetándose el sombrero salió del piso, después de dedicar una tierna mirada a su preciosa colección de ricos esmaltes.

La calle Kirk, como saben la mayoría de londinenses, es una arteria larga y apartada, dedicada principalmente a tiendas de anticuarios, donde se ofrecen toda clase de artículos a precios inverosímiles. Hay asimismo tiendas de cobre antiguo, cristalerías y géneros de diversas clases de segunda mano y de compraventa de ropas.

El número 320 era una tienda de cristal antiguo, y mil objetos de variadas formas ocupaban prácticamente todo el espacio. Antonio tuvo que avanzar cautelosamente por el centro rodeado de vasos de vino, mientras sobre su cabeza oscilaban arañas y lámparas de cristal. Una mujer muy vieja, de aspecto truculento, estaba sentada al fondo de la tienda, y tenía un bigote incipiente que le hubiera envidiado más de un jovencito.

Al ver a Antonio, con una voz terrible dijo:

—¿Qué desea?

Antonio era un hombre joven que se acobardaba muy fácilmente, y en el acto preguntó el precio de algunos vasos tallados.

—Cuarenta y cinco chelines la media docena.

—Oh, vaya —exclamó Antonio—. Son muy bonitos, ¿verdad? ¿Y cuánto valen estos candelabros?

—Bonitos… Waterford antiguo. Se los dejaré por dieciocho guineas la pareja.

El señor Eastwood comprendió que se estaba metiendo en un lío. Al cabo de poco estaría comprando algo bajo la fuerza hipnotizadora de los ojos de aquella vieja. Y sin embargo, no osaba salir de la tienda.

—¿Y ese otro? —preguntó señalando un candelero.

—Treinta y ocho guineas.

—¡Ah! —dijo el señor Eastwood con pesar—. Eso es más de lo que puedo pagar.

—¿Qué es lo que desea? —preguntó la vieja—. ¿Algo para un regalo de boda?

—Eso es —dijo Antonio agarrándose a la explicación—. Pero es una pareja muy difícil de contentar.

—Ah, bueno —dijo la vieja levantándose con aire resuelto—. Una bonita pieza de cristal viene bien a todo el mundo. Aquí tengo un par de botellas talladas… y este bonito juego de licor, lo más a propósito para una novia…

Durante los diez minutos siguientes, Antonio las pasó moradas. La vieja le tenía bien cogido, y le fue enseñando todas las piezas de cristal imaginables. Antonio estaba desesperado.

—Bonito, muy bonito —exclamaba sin cesar ante cada objeto que ella le obligaba a admirar. Al fin dijo apresuradamente—: Oiga, ¿tienen ustedes teléfono?

—No, no tenemos. Pero hay uno público en ese estanco de enfrente. Bueno, ¿qué ha dicho usted que escogía… la copa… o esos finos vasos antiguos?

Por no ser mujer, Antonio desconocía el arte gentil de salir de una tienda sin comprar nada.

—Será mejor que me lleve el juego de licor —dijo en tono lúgubre.

Le pareció lo más pequeño. Le aterrorizaba verse cargado con una araña.

Con amargura pagó el importe de su compra. Y entonces, mientras la vieja hacía el paquete, volvió a recuperar el valor. Al fin y al cabo, sólo le creería un excéntrico, y, ¿qué le importaba a él lo que pudiera pensar?

—Pepino —dijo con voz clara y firme.

La vieja interrumpió la operación de envolver el juego de licor.

—¿Eh? ¿Qué ha dicho usted?

—Nada —se apresuró a mentir Antonio.

—¡Oh! Creí que había dicho pepino.

—Eso dije —replicó Antonio desafiante.

—Vaya —dijo la vieja—. ¿Por qué no lo dijo antes? Haciéndome perder el tiempo. Entre por esa puerta y suba arriba. Ella le está esperando.

Como en un sueño. Antonio cruzó la puerta indicada y luego subió una escalera muy sucia. Al final había otra puerta entreabierta que dejaba ver una salita diminuta.

Sentada en una silla, con los ojos fijos en el suelo, y expresión anhelante, hallábase a la sazón una muchacha.

¡Y qué muchacha! Ella sí que tenía la verdadera palidez marfileña de que tantas veces hablaba en sus libros. ¡Y sus ojos! ¡Qué ojos! No era inglesa, podía adivinarse a primera vista. Tenía un atractivo exótico que se mostraba incluso en la cara sencillez de sus vestidos.

Antonio se detuvo en el umbral de la puerta algo avergonzado. Había llegado el momento de las explicaciones… pero con un grito de alegría la joven se puso en pie, yendo a refugiarse en sus brazos.

—Has venido —exclamó—. Has venido. Oh, alabados sean todos los santos y la Divina Madona.

Antonio, que no era de los que desperdician las oportunidades, la secundó con fervor. Al fin ella se separó mirándole a los ojos con encantadora sencillez.

—Nunca te hubiera conocido. Te lo aseguro.

—¿No? —dijo Antonio con voz insegura.

—No, incluso tus ojos son distintos… y eres diez veces más guapo de como te había imaginado.

—¿De veras?

Antonio se decía para sus adentros: «Conserva la calma, muchacho, no pierdas la calma. La situación se va desenvolviendo muy bien, pero no pierdas la cabeza».

—¿Puedo besarte otra vez?

—Pues claro —dijo Antonio de corazón—. Tantas veces como quieras.

Hubo un agradable intermedio.

«¿Quién diablo debe ser? —pensaba Antonio—. Espero que no se presente el individuo a quien ella espera. Es encantadora».

De pronto la muchacha se separó de él con el terror reflejado en el rostro.

—¿No te habrán seguido hasta aquí?

—Cielos, no.

—Ah, pero son muy astutos. Tú no les conoces tan bien como yo. Boris es el mismísimo demonio.

—Pronto cazaré a Boris para ti.

—Eres un león… sí, un león. Y en cuanto a ellos son unos *canailles*… todos. ¡Escucha, *lo tengo*! Me hubieran matado si llegan a saberlo. Yo tenía miedo… no sabía qué hacer, y entonces me acordé de ti… Chiss, ¿qué ha sido eso?

Se había oído ruido en la tienda de abajo, e indicándole que permaneciera donde estaba, salió de puntillas a la escalera. Luego volvióse muy pálida y con los ojos desorbitados.

—¡Madre de Dios[3]! Es la policía. Están subiendo. ¿Tienes un cuchillo? ¿Un revólver? ¿Algo?

—Querida mía, no esperarás en serio que asesine a un policía…

—¡Oh, pero tú estás loco… loco! Te detendrán y luego te colgarán del cuello hasta que mueras.

—¿Tú crees que harán eso? —dijo el señor Eastwood sintiendo que un escalofrío recorría de arriba abajo su espina dorsal.

Se oyeron pasos en la escalera.

—Ahí vienen —susurró la muchacha—. Niégalo todo, es la única esperanza.

—Eso es bastante fácil —respondió Eastwood *sotto voce*.

Al minuto siguiente habían entrado dos hombres en la habitación. Vestían de paisano, pero tenían un porte autoritario, que hablaba de su profesión. El más bajo de los dos, un hombrecillo moreno de ojos grises, fue quien llevó la voz cantante.

—Conrado Fleckman, queda usted detenido —le dijo—, por el asesinato de Ana Rosenberg. Todo lo que diga podrá ser utilizado como evidencia contra usted. Aquí

tiene la orden de detención y hará usted bien en acompañarnos sin resistencia.

Un grito semicontenido salió de labios de la joven, mientras Antonio daba un paso adelante con una sonrisa en los labios.

—Está usted en un error, agente —le dijo sin alterarse—. Mi nombre es Antonio Eastwood.

Los dos detectives parecieron no inmutarse lo más mínimo ante su declaración.

—Ya lo veremos después —dijo uno de ellos, el que no había hablado hasta entonces—. Entretanto, usted se viene con nosotros.

—Conrado —gimió la muchacha—. Conrado, no dejes que te lleven.

Antonio miró a los detectives.

—¿Me permitirán por lo menos que me despida de esta señorita?

Con más condescendencia de la que había esperado, los dos hombres se dirigieron hacia la puerta, mientras Antonio arrastraba a la joven hasta la ventana, donde habló en tono bajo y con apremio:

—Escúcheme. Lo que dije es cierto. Yo no soy Conrado Fleckman. Cuando me telefoneaste debiste equivocarte de número. Me llamo Antonio Eastwood. Acudí con gusto a tu llamada porque… bueno, el caso es que vine.

Ella le miraba incrédula.

—¿Tú no eres Conrado Fleckman?

—No.

—¡Oh! —exclamó con desesperación—. ¡Y te he besado!

—Eso no importa —le aseguró Eastwood—. Ahora escúchame, yo me desharé de esta gente. Pronto probaré mi identidad. Entretanto, no te molestarán, y tú puedes advertir a ese dichoso Conrado. Después…

—¿Sí?

—Pues sólo esto. Mi número de teléfono es Northwestern 1473… y procura no equivocarte esta vez y armar líos.

Ella le dedicó una mirada encantadora entre sonrisas y lágrimas.

—No lo olvidaré… te aseguro que no lo olvidaré.

—Muy bien entonces. Adiós. Oye…

—¿Qué?

—Hablando de besos… una vez más no importará, ¿quieres?

Ella le echó los brazos al cuello y sus labios rozaron apenas los suyos.

—Me gustas… sí, me gustas. ¿Recordarás esto, ocurra lo que ocurra?

Antonio se desprendió de su brazo de mala gana, para aproximarse a sus perseguidores.

—Estoy dispuesto a acompañarles. Supongo que no detendrán a esta señorita…

—No, señor, quede tranquilo —repuso el detective más bajo en tono cortés.

«Estos hombres de Scotland Yard son muy correctos», pensó Antonio mientras les seguía por la estrecha escalera.

En la tienda no había rastro de la vieja, pero Antonio captó una respiración trabajosa procedente de una puerta que se abría al fondo, y adivinó que estaba escondida tras ella, observando con recelo el desarrollo de los acontecimientos.

Una vez en la oscuridad de la calle Kirk, Antonio exhaló un profundo suspiro antes de dirigirse al más bajo de los agentes.

—Ahora inspector… porque supongo que será usted un inspector…

—Sí, señor. Detective-inspector Verrall. Y éste es el detective-sargento Carter.

—Pues bien, inspector Verrall, ha llegado el momento de razonar… y de escucharme. Yo no soy Conrado como se llame. Mi nombre es Antonio Eastwood, como ya le dije, y soy escritor. Si quiere acompañarme a mi piso, creo que podré convencerle de mi identidad.

El tono de seguridad con que hablaba Antonio debió impresionar a los detectives, y por primera vez apareció una sombra de duda en el rostro de Verrall. Al parecer Carter era más difícil de contentar.

—Vaya —gruñó—. Pero según recordará usted esa joven le ha llamado «Conrado».

—¡Ah! Ésa es otra cuestión. No me importa admitir ante ustedes que por… er… razones de mi incumbencia, me he hecho pasar por cierta persona llamada Conrado ante esa joven. Comprendan, es una cuestión privada.

—¿Bonita historia, eh? —observó Carter—. No, señor, usted se viene con nosotros. Para un taxi, Joe.

Detuvieron un taxi, y los tres hombres subieron a él. Antonio hizo el último intento dirigiéndose a Verrall por ser el más razonable de los dos.

—Escuche, mi querido inspector, ¿qué mal hay en que ustedes dos vengan a mi piso y vean si les digo la verdad? Pueden conservar el taxi si quieren… ¡es una oferta generosa! Y no tardaremos ni cinco minutos.

Verrall le miró con aire escrutador.

—Bueno —dijo de pronto—. Por extraño que parezca creo que dice la verdad. No me gustaría hacer el ridículo en la comisaría por habernos equivocado de hombre. ¿Cuál es su dirección?

—Brandenburg Mansions número cuarenta y ocho.

Verrall, inclinándose hacia delante, se la repitió al conductor. Los tres guardaron silencio hasta llegar a su destino. Carter se apeó entonces y Verrall hizo seña a Antonio para que le siguiera.

—No es preciso dar lugar a situaciones violentas —dijo al descender—. Entraremos amigablemente como si el señor Eastwood hubiera invitado a un par de amigos a un aperitivo.

A Antonio le encantó aquella sugerencia, y su opinión respecto al Departamento de Investigación Criminal mejoró notablemente.

En la puerta tuvieron la suerte de encontrar a Rogers, el portero. Antonio le detuvo.

—¡Ah! Buenas tardes, Rogers —le saludó en tono casual.

—Buenas tardes, señor Eastwood —replicó el portero respetuoso.

Apreciaba a Antonio, que le trataba con una liberalidad no siempre imitada por sus convecinos.

Antonio se volvió cuando estaba ya al pie de la escalera.

—A propósito, Rogers —dijo como por casualidad—. ¿Cuánto tiempo llevo viviendo aquí? Estaba discutiéndolo con estos amigos míos.

—Déjeme que piense, señor. Ahora debe hacer cosa de cuatro años.

—Lo que imaginaba.

Antonio dirigió una mirada de triunfo a los dos detectives. Carter gruñó, pero Verrall, sonreía abiertamente.

—Bien, aunque no es bastante —observó—. ¿Subimos?

Antonio les abrió la puerta de su piso con su llavín, y se alegró al recordar que su criado, Seamark, había salido. Cuantos menos testigos hubiera de aquella catástrofe, mejor.

La máquina de escribir estaba en el mismo sitio donde la dejara, y Carter, acercándose a la mesa, leyó el título escrito en el papel.

—«El misterio del segundo pepino» —anunció con voz truculenta.

—Una de mis historias —explicó con indiferencia.

—Ésa es otra buena prueba, señor —dijo Verrall inclinando la cabeza—. A propósito, señor, ¿de qué se trata? ¿Cuál era el misterio del segundo pepino?

—Ah, ahí tiene usted —repuso Antonio—. Es ese segundo pepino el que tiene la culpa de haber armado todo este jaleo.

Carter le miraba fijamente y de pronto, tocándose la frente significativamente, exclamó:

—Está trastornado, pobre hombre.

—Y ahora, caballeros —apresuróse a decir Eastwood—, pasemos a lo que importa. Aquí tienen cartas dirigidas a mí, mi libro de cheques, comunicaciones de mis editores. ¿Qué más desean?

Verrall examinó los papeles que Antonio le había confiado.

—Por mí —le dijo con respeto—, no deseo nada más, señor. Estoy plenamente convencido, pero no puedo asumir la responsabilidad de soltarle. Comprenda, aunque parezca seguro que usted ha estado viviendo aquí como el señor Eastwood durante algunos años, es posible que Conrado Fleckman y Antonio Eastwood sean la misma persona. Debo registrar el piso, tomar sus huellas dactilares, y telefonear a Jefatura.

—Me parece un programa muy razonable —observó Antonio—. Les aseguro que les darán la bienvenida todos los secretos culpables que puedan encontrar.

El inspector sonrió. Para ser detective era una persona muy humana.

—¿Quiere usted pasar a la otra habitación, con Carter, mientras yo me ocupo del registro?

—De acuerdo —dijo Antonio complaciente—. ¿Y no podría ser al contrario…?

—¿Cómo dice?

—Yo preferiría que usted, yo y un par de *whiskys* ocupáramos la habitación contigua mientras nuestro amigo el sargento lleva a cabo el registro.

—¿Usted lo preferiría así, señor?

—Sí, lo prefiero.

Dejaron que Carter investigara el contenido del escritorio con destreza profesional, y mientras se dirigían a la otra habitación le oyeron coger el teléfono para llamar a Scotland Yard.

—Así está mejor —dijo Antonio, colocando un vaso de *whisky* y sifón junto a su butaca, después de haber servido al inspector Verrall—. ¿Quiere que beba yo primero para demostrarle que el *whisky* no está envenenado?

El detective sonrió.

—Todo esto es muy irregular —observó—. Pero en nuestra profesión se aprenden algunas cosas. Por ejemplo, desde el primer momento comprendí que nos habíamos equivocado, pero, naturalmente, hay que observar las fórmulas establecidas. Nadie puede escapar a los formulismos, ¿no le parece, señor?

—Lo supongo —repuso Antonio con pesar—. Aunque el sargento todavía no parece muy convencido, ¿verdad?

—Ah, es un hombre muy delicado, el detective-sargento Carter. No le sería fácil engañarle.

—Ya lo he observado —replicó Antonio—. A propósito, inspector —agregó—. ¿No podría enterarme un poco de lo que ocurre?

—¿En qué sentido, señor?

—Vamos, ¿no comprende que me está devorando la curiosidad? ¿Quién era Ana Rosenberg, y por qué la asesinó?

—¡Mañana lo leerá todo en los periódicos, señor!

—«Mañana puede tener diez mil años más» —recitó Antonio—. Creo que puede usted satisfacer mi legítima curiosidad, inspector. Deje a un lado sus escrúpulos oficiales, y cuéntemelo todo.

—Esto es muy irregular, señor.

—Mi querido inspector, ¿ahora que estábamos siendo ya tan amigos?

—Bien, señor. Ana Rosenberg era una judía alemana que vivía en Hampstead, y sin visibles medios de vida, cada año era más rica.

—A mí me ocurre lo contrario —comentó Antonio—. Tengo medios visibles de vida y cada año estoy más pobre. Tal vez sería mejor que me fuese a vivir a Hampstead. Siempre oí decir que Hampstead es muy acogedor.

—Hace tiempo —continuó Verrall—, se dedicaba a la compraventa de ropas usadas…

—Eso lo explica todo —le interrumpió Antonio—. Recuerdo haber vendido mi uniforme después de la guerra… no el caqui, sino el de gala. Todo el piso estaba lleno de calzones rojos y galones dorados, esparcidos por doquier para que se vieran. Un

hombre gordo vestido de empleado vino a casa con una maleta. Me pagó una libra con diez por todo. Al fin le di también una cazadora y unos prismáticos para hacer las dos libras. Lo metió todo dentro de una maleta, y luego me entregó un billete de diez libras pidiéndome cambio.

—Hará cosa de diez años —continuó el inspector—, en Londres había varios refugiados políticos españoles… y entre ellos un tal Fernando Ferráez con su joven esposa y una niña. Eran muy pobres, y la esposa estaba enferma. Ana Rosenberg visitó el lugar donde estaban hospedados para preguntarles si tenían algo que vender. Don Fernando había salido y su esposa decidió deshacerse de un precioso chal bordado maravillosamente, y que había sido uno de los últimos regalos que le hiciera su esposo antes de huir de España. Cuando don Fernando regresó se puso furioso al saber que había vendido el chal, y trató en vano de recuperarlo; cuando al fin consiguió dar con aquella vendedora de ropas de segunda mano, ésta declaró que había vuelto a vender el chal a una mujer cuyo nombre desconocía. Don Fernando estaba desesperado. Dos meses después lo apuñalaron en la calle, y falleció a consecuencia de sus heridas. Ana Rosenberg nadaba en la abundancia… cosa sospechosa. Y durante los diez años siguientes, su casa de Hampstead fue asaltada por lo menos ocho veces. Cuatro atentados fueron frustrados y no se llevaron nada, pero las otras veces tuvieron éxito y entre otras cosas se llevaron un chal bordado.

El inspector hizo una pausa, y luego, obedeciendo a un gesto apremiante de Antonio, continuó:

—Hace una semana, Carmen Ferráez, la hija de don Fernando, llegó a este país procedente de un convento de Francia; y su primera acción fue buscar a Ana Rosenberg en Hampstead. Se sabe que tuvo una escena violenta con la vieja, y las palabras que le dijo al marcharse fueron oídas por una de las criadas. «Usted lo tiene todavía —exclamó—. Todos estos años se ha estado haciendo rica con él… pero le aseguro solemnemente que al final le traerá mala suerte. No tiene derecho moral sobre él, y llegará un día en que deseará no haber visto nunca el Chal de las Mil Flores».

»Tres días después de esto, Carmen Ferráez desapareció misteriosamente del hotel donde se hospedaba. En su habitación se encontró un nombre y una dirección… el nombre era el de Conrado Fleckman, y también una nota de un hombre que resultó ser un anticuario, preguntándole si estaba dispuesta a desprenderse de cierto chal bordado que él creía estaba en sus manos. La dirección que se mencionaba en la nota era falsa.

»Está bien claro que el chal es el centro de todo el misterio. Ayer mañana, Conrado Fleckman visitó a Ana Rosenberg. Estuvo con ella cosa de una hora o más, y cuando se marchó ella viose obligada a acostarse, tan pálida y excitada quedó después de la entrevista, pero dio orden de que si él volvía a verla le recibiría. La noche pasada se levantó para salir a eso de las nueve, y ya no volvió. Esta mañana la

encontraron en la casa ocupada por Conrado Fleckman con una puñalada en el corazón. Y en el suelo junto a ella… ¿qué cree usted que había?

—¿El chal? —susurró Antonio—. El Chal de las Mil Flores.

—Algo mucho más espeluznante. Algo que explicaba todo el misterioso asunto del chal y descubría su oculto valor… Perdóneme, supongo que debe ser el jefe…

Desde luego acababan de llamar a la puerta, y Antonio contuvo su impaciencia lo mejor que le fue posible, y esperó el regreso del inspector. Ahora estaba bien tranquilo respecto a su posición. En cuanto le tomaran las huellas dactilares comprenderían su error.

Y entonces tal vez… le telefonease Carmen…

¡El Chal de las Mil Flores! Qué historia más extraña… la clase de misterio que correspondía a la exquisita belleza morena de la joven.

Despertó de sus sueños. Qué pesado era aquel inspector. Se levantó abriendo la puerta. El piso estaba en silencio. ¿Se habrían marchado? No era posible que ni siquiera se hubiesen despedido.

Entró en la habitación contigua. Estaba vacía… igual que el saloncito. ¡Con un vacío extraño! Todo tenía una curiosa apariencia destartalada. ¡Cielo Santo! ¡Sus esmaltes… la plata!

Corrió como un loco por todo el piso; en todas partes encontró la misma respuesta. Le habían desvalijado. Todo lo de valor, y Antonio era un buen coleccionista de objetos de buen gusto, había desaparecido.

Antonio se dejó caer en una butaca escondiendo la cabeza entre las manos con un gemido, hasta que le despertó el timbre de la puerta, y al abrirla encontróse con Rogers.

—Me perdonará el señor —dijo el portero—. Pero esos caballeros me dijeron que subiera a ver si deseaba alguna cosa.

—¿Qué caballeros?

—Esos dos amigos suyos, señor. Yo les ayudé a embalar lo mejor que pude. Por suerte tenía dos buenas maletas en el sótano —sus ojos inspeccionaron el suelo—. He barrido la paja lo mejor que he podido, señor.

—¿Embalaron las cosas aquí? —gimió Antonio.

—Sí, señor. ¿No era lo que usted quería, señor? Fue el caballero más alto el que me lo dijo, y al ver que usted estaba muy ocupado hablando con el otro caballero en esa habitación, no quise molestarle.

—No estaba hablando con él —repuso Antonio—, era él quien hablaba conmigo… maldito sea.

Rogers carraspeó.

—Le aseguro que siento mucho su necesidad, señor.

—¿Qué necesidad?

—La de separarse de sus pequeños tesoros, señor.

—¿Eh? ¡Oh, sí! ¡Ja, ja! —Lanzó una risa forzada—. Supongo que ahora ya se habrán marchado… Me refiero a esos amigos míos.

—Oh, sí, señor, ya hace rato. Les llevé las maletas hasta el taxi, y el caballero alto volvió a subir, y luego bajaron los dos corriendo y se fueron enseguida… Perdone, señor, ¿pero ocurre algo malo?

Rogers podía preguntarlo. El profundo gemido que exhaló Antonio habría despertado la compasión en cualquier parte.

—Todo ha sido un error. Gracias, Rogers. Pero comprendo que usted no tiene la culpa. Déjeme solo, quisiera charlar un rato con mi teléfono.

Cinco minutos más tarde vemos a Antonio relatando lo ocurrido al inspector Driver, que se hallaba sentado ante él con el bloc de notas en la mano. El inspector Driver era un hombre antipático (reflexionó Antonio), y no parecía un auténtico inspector. Otra sorprendente muestra de la superioridad del Arte sobre la Naturaleza.

Antonio llegó al término de su narración, y el inspector cerró su libro de notas.

—¿Y bien? —preguntó Antonio nervioso.

—Está claro como el día —dijo el inspector—. Es la banda Patterson. Han realizado muy buenos golpes últimamente. Un hombre alto y rubio, y otro moreno y menudo, y la chica.

—¿La chica?

—Sí, morena y guapísima. Por lo general actúa de cimbel.

—¿Una… chica española?

—Es posible que se haga pasar por española. Nació en Hampstead.

—Yo dije que era un lugar muy acogedor —murmuró Antonio.

—Sí, está bien claro —dijo el inspector levantándose para marchar—. Marcó su teléfono y le contó una historia… adivinando que usted acudiría enseguida. Luego se va a ver a mamá Gigsono, quien acepta una propina por dejarle utilizar su habitación, creyendo que le resulta embarazoso encontrarse en público con sus… amantes, ¿comprende? Nada criminal. Usted cae en la trampa, luego le traen aquí, y mientras uno de ellos le cuenta un cuento, el otro se escabulle con el botín. Son los Patterson, no cabe duda… lleva su marca.

—¿Y mis cosas? —preguntó Antonio intranquilo.

—Haremos lo que podamos, señor, pero los Patterson son extraordinariamente astutos.

—Eso parece —replicó Antonio con amargura.

El inspector se marchó, y apenas acababa de salir, cuando encontróse ante un botones que traía un paquete.

—Esto es para usted, señor.

Antonio lo tomó con cierta sorpresa. No estaba esperando ningún paquete, y al volver a la salida, cortó el cordel que lo ataba.

¡Era el juego de licor!

—¡Maldición! —exclamó Antonio.

Luego observó que en el fondo de uno de los vasos había una diminuta rosa artificial, y su pensamiento voló enseguida hacia la habitación superior de la calle Kirk.

—«Me gustas… sí, me gustas. ¿Recordarás esto ocurra lo que ocurra, verdad?».

Eso es lo que ella había dicho. *Ocurra lo que ocurra*… ¿Acaso quiso decir…?

Antonio se contuvo.

—Esto no vale —se reprendió con severidad.

Sus ojos repararon en la máquina de escribir, y fue a sentarse ante ella con aire resuelto.

EL MISTERIO DEL SEGUNDO PEPINO

Su rostro volvió a adquirir una expresión soñadora. El Chal de las Mil Flores. ¿Qué sería lo que encontraron en el suelo junto al cadáver de la víctima? ¿Aquella cosa espeluznante que explica todo el misterio?

Nada, naturalmente, puesto que todo había sido una farsa para retener su atención y aquel falso policía había empleado el truco de *Las mil y una noches*, interrumpiéndose en el momento más interesante. ¿Pero acaso no podría haber algo espeluznante que explicase aquel misterio? ¿Por qué no… si uno se lo proponía?

Antonio arrancó la hoja de papel que había en la máquina, sustituyéndola por otra en la que escribió este encabezamiento:

EL MISTERIO DEL CHAL ESPAÑOL

Lo contempló unos minutos en silencio…

Y luego empezó a escribir rápidamente…

La bola dorada de la oportunidad

(The Golden Bail).

Jorge Dundas se detuvo en plena ciudad de Londres con aire pensativo.

A su alrededor, obreros y empleados iban y venían en aquella marea envolvente, pero Jorge, exquisitamente vestido, con los pantalones bien planchados, no les prestaba atención. Estaba muy ocupado pensando lo que debía hacer a continuación.

¡Algo había ocurrido! Entre Jorge y su tío rico (Efrain Leadbetter, de la firma Leadbetter y Gilling) se habían cruzado unas «palabritas» como se dice vulgarmente. Para hablar con exactitud, las palabras habían sido pronunciadas casi únicamente por el señor Leadbetter. Habían brotado de sus labios como un torrente de amarga indignación, y el hecho de que fueran una repetición constante no parecía haberle preocupado. Decir algo bonito una vez y no repetirlo, era algo imposible para él.

El tema fue bien sencillo… la tontería y la perversidad de un joven, que tiene que abrirse camino, y que se toma un día de asueto en plena semana, sin permiso de nadie. Cuando el señor Leadbetter hubo dicho todo lo que se le ocurría, repitiéndolo varias veces, se detuvo para tomar aliento y preguntó a Jorge qué significaba aquello.

Jorge respondió sencillamente que lo que él quería era un día libre. En resumen, un día de fiesta.

¿Y para qué estaban el sábado por la tarde y el domingo?, quiso saber el señor Leadbetter. Para no mencionar la Pascua de Pentecostés, que acababa de pasar, y la próxima fiesta del patrón de los Bancos.

Jorge replicó que no le importaban las tardes de los sábados, los domingos, ni las fiestas patronas. Tenía necesidad de un día cualquiera en el que le fuera posible encontrar un sitio donde no se hubiera reunido ya medio Londres.

Entonces el señor Leadbetter dijo que había hecho cuanto estaba en su mano por el hijo de su difunta hermana… y que nadie podría decir que no le había dado una oportunidad, pero evidentemente fue inútil, y en el futuro Jorge podría gozar de los cinco días laborables de la semana, además del sábado y del domingo, para hacer lo que le viniera en gana.

—Te arrojaron a las manos la bola dorada de la oportunidad, hijo mío —dijo Leadbetter como último y poético toque final de su discurso—. Y no has sabido cogerla.

Jorge dijo que a él le parecía que era eso lo que *había* hecho, y el señor Leadbetter, trocando la poesía en ira, le ordenó que se marchara.

De ahí… las meditaciones de Jorge. ¿Se volvería atrás su tío? ¿Sentía por Jorge algún afecto secreto, o sólo un patente disgusto?

Y fue en aquel preciso momento que una voz… una voz inesperada… dijo:

—¡Hola!

Un coche de turismo de línea aerodinámica se había detenido junto a la acera, y sentada ante el volante estaba la chica más bonita y popular de la alta sociedad, Mary Montresor (la descripción es la misma que aparecía bajo su retrato en la revistas ilustradas por lo menos cuatro veces al mes).

Mary sonreía a Jorge con simpatía.

—Nunca pensé que un hombre pudiera parecerse tanto a una isla —dijo Mary Montresor—. ¿Quieres subir?

—Con el alma y la vida —replicó Jorge sin la menor vacilación, y así lo hizo, sentándose junto a ella.

Avanzaron lentamente porque las leyes del tráfico no permitían otra cosa.

—Estoy harta de la ciudad —dijo Mary Montresor—. Vine a ver qué tal era, pero me vuelvo a Londres.

Sin corregir su geografía, Jorge le dijo que era una idea magnífica. Siguieron adelante, unas veces despacio, otras con ciegos arranques veloces cuando Mary veía la oportunidad de pasar a otros vehículos. A Jorge le pareció que en esto era un tanto optimista, pero consolóse pensando que sólo se muere una vez. Sin embargo, consideró conveniente no darle conversación, prefiriendo que su rubia acompañante se entregara totalmente a la tarea que tenía entre manos.

Fue ella quien reanudó la charla, mientras corrían velozmente por un recodo de Hyde Park.

—¿Te gustaría casarte conmigo? —le preguntó ella como por casualidad.

Jorge contuvo el aliento, pero debió ser debido a la proximidad de un enorme autobús que parecía ansioso de destrucción, y se enorgulleció de su rápida respuesta.

—Me encantaría —replicó con facilidad.

—Bueno —dijo Mary Montresor vagamente—. Tal vez puedas hacerlo algún día.

Volvieron a tomar la carretera recta sin accidentes, y en aquel momento Jorge advirtió unos grandes cartelones de noticias colocados en la estación del «metro» de Hyde Park Corner. Entre «grave situación política» y «llegada del trasatlántico “Coronel”» se leía «Joven de la alta sociedad se casa con un duque» y en otro «el duque de Edgehill y la señorita Montresor».

—¿Qué es eso del duque de Edgehill? —preguntó Jorge con severidad.

—¿Bingo y yo? Estamos prometidos.

—Pero entonces… lo que acabas de decir…

—Oh, eso —dijo Mary Montresor—. Comprende, todavía no he decidido del todo con quién voy a casarme.

—¿Entonces por qué te has prometido?

—Sólo para demostrar que podía hacerlo. Todos pensaban que me sería muy difícil, y no lo fue nada.

—Has sido muy afortunada logrando conquistar a ese… es… Bingo —dijo Jorge mencionando con violencia a un duque auténtico por su nombre de pila.

—Nada de eso —replicó Mary Montresor—. El afortunado ha sido él, si es que hay algo que pueda hacerle bien… cosa que dudo.

Jorge hizo otro descubrimiento… de nuevo con la ayuda de otro cartel de anuncios.

—Vaya, si hoy hay carreras en Ascot. Debiera haber adivinado que ése era el único sitio donde podrías estar tú.

Mary Montresor suspiró.

—Quería tener un día de libertad —dijo sencillamente.

—Vaya, igual que yo —repuso Jorge encantado—. Y como resultado mi tío me ha despedido para que me muera de hambre.

—En ese caso nos casaremos —decidió Mary—, mis veinte mil libras al año te resultarán sumamente útiles.

—Desde luego nos proporcionarían algunas comodidades para nuestra casa —repuso Jorge.

—Hablando de casas —comentó Mary—. Vamos al campo a ver si encontramos alguna que nos guste.

Resultaba un plan encantador. Pasaron Putney Bridge y, al llegar a Kingston, Mary apretó el acelerador con un suspiro de satisfacción. Llegaron al campo muy de prisa, y media hora más tarde, Mary, exhalando una exclamación, señaló hacia un lado con gesto teatral. Ante ellos, en la cima de una colina se alzaba una casa de esas que los agentes de ventas describen (rara vez con verdad) de «Un encanto al estilo antiguo». Imaginaos que la descripción de la mayoría de casas de campo se hiciera realidad por una vez, y tendréis una idea. Mary Montresor detuvo el coche ante una cerca pintada de blanco.

—Dejaremos aquí el coche, e iremos a verla. ¡Es nuestra casa!

—Decididamente lo es —convino Jorge—. Pero de momento parece que viven en ella otras personas.

Mary despreció a las otras personas con un gesto, y subieron juntos por el camino. La casa resultaba aún más atrayente vista de cerca.

—Nos acercaremos para atisbar por las ventanas —dijo Mary.

Jorge se resistía.

—¿Tú crees que esta gente…?

—Yo no pienso en ellos. Es nuestra casa… y sólo viven en ella por casualidad. Y si alguien nos sorprendiera, diré… diré que yo creía que era la casa de la señora… Pardonstenger y que siento haberme equivocado.

—Bueno, no está mal —dijo Jorge pensativo.

Miraron por las ventanas. La casa estaba exquisitamente amueblada, y acababan de llegar al salón cuando oyeron pasos en la grava del jardín y al volverse se hallaron frente a un mayordomo impecable.

—¡Oh! —dijo Mary, y con su más encantadora sonrisa agregó—: ¿Está en casa la señora Pardonstenger? Estaba mirando si estaba en el salón.

—La señora Pardonstenger está en casa, señora —replicó el mayordomo—. Tenga la bondad de pasar… por aquí, por favor.

Hicieron lo único que podían hacer: seguirle. Jorge iba calculando el número de probabilidades que había para que hubiesen acertado, y siendo el nombre Pardonstenger llegó a la conclusión de que era una entre veinte mil.

Su compañera le susurró:

—Déjalo en mis manos. Todo irá bien.

A Jorge le vino de perilla, pues según él aquella situación requería delicadeza femenina.

Les hicieron pasar al salón, y en cuanto se hubo retirado el mayordomo, volvió a abrirse la puerta dando paso a una señora alta y de cabellos oxigenados que les contempló con aire expectante.

Mary Montresor dio un paso hacia ella, y luego se detuvo con bien simulada sorpresa.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Si no es Amy! ¡Qué cosa más extraordinaria!

—Lo es —dijo una voz siniestra.

Había entrado un hombre corpulento de rostro de bulldog y ceño amenazador, situándose detrás de la señora Pardonstenger. Jorge, pensó que nunca había visto un tipo más desagradable. El hombre cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella.

—Sí, una cosa extraordinaria —repitió con su voz áspera—. Pero creo haber comprendido su juego. —Y de pronto sacó un revólver enorme—. ¡Manos arriba! He dicho manos arriba. Cachéalos, Bella.

Jorge, al leer novelas policíacas, se había preguntado muchas veces qué significaba eso de «cachear». Ahora lo supo. Bella (alias señora Pardonstenger) comprobó que ni él ni Mary llevaban armas escondidas en ninguna de sus ropas.

—Pensaron que eran muy listos, ¿verdad? —gruñó el hombre—. Viniendo aquí de esta manera y haciéndose los inocentes. Esta vez se han equivocado… del todo. En realidad, dudo mucho que sus amigos y parientes vuelvan a verles jamás. Ah, sí, ¡eh! —dijo al ver que Jorge hacía un movimiento de rebeldía—. Nada de trucos. Dispararé en cuanto vuelva a moverse.

—Ten cuidado, Jorge —suplicó Mary.

—Tendré cuidado —repuso Jorge con sentimiento—. Mucho cuidado.

—Y ahora en marcha —dijo el hombre—. Abre la puerta, Bella. Y ustedes dos conserven las manos encima de la cabeza. La señora primero… así está bien. Yo iré detrás de los dos. Crucen el recibidor. Ahora arriba…

Obedecieron. ¿Qué otra cosa podían hacer? Mary empezó a subir la escalera con las manos en alto seguida de Jorge, y detrás de ellos el gigantesco rufián, revólver en mano.

Al llegar a lo alto de la escalera, Mary dobló la esquina, y en el mismo instante, sin el menor aviso, Jorge propinó un fiero puntapié hacia atrás alcanzando al hombre de pleno, y haciéndole caer de espaldas por la escalera. Al segundo siguiente Jorge

había saltado sobre él, apoyando las rodillas sobre su pecho, y con la mano derecha cogió el revólver que el otro había soltado durante la caída.

Bella, lanzando un grito, se retiró por una puerta, y Mary bajó corriendo la escalera, pálida como la cera.

—Jorge, ¿le has matado?

El hombre estaba tendido completamente inmóvil, y Jorge se inclinó sobre él.

—No creo que le haya matado —dijo con pesar—. Pero desde luego está fuera de cuenta.

—Gracias a Dios —Mary respiraba muy de prisa.

—Un golpe limpio —dijo Jorge admirado de sí mismo—. Vaya una lección para esta mula. ¿Eh, qué quieres?

Mary tiraba de él con fuerza.

—Vámonos —exclamó con fervor—. Vámonos de prisa.

—¿Y si buscáramos algo con que atar a este individuo? —dijo Jorge dispuesto a seguir sus propios planes—. ¿Podrías encontrar algún pedazo de cuerda por ahí?

—No, no podría —replicó Mary—. Y vámonos… por favor, por favor… estoy tan asustada…

—No necesitas asustarte estando yo aquí —replicó Jorge con vil arrogancia.

—Jorge querido, por favor… hazlo por mí. No quiero verme mezclada en esto. Vámonos, por favor, te lo suplico de veras.

La exquisita ternura con que pronunció las palabras «hazlo por mí» ablandó la determinación de Jorge, que se dejó arrastrar donde les esperaba el auto. Mary dijo con desmayo:

—Conduce tú. Yo no puedo.

Y Jorge tomó posesión del volante.

—Pero hemos de ver cómo acaba esto —le dijo—. Dios sabe lo que se trae entre manos ese tunante. No daré parte a la policía si no quieres… pero tengo que averiguarlo. Tengo que seguirles la pista.

—No, Jorge. No quiero que lo hagas.

—¿Se nos presenta una aventura de primera clase como ésta y quieres que me vuelva de espaldas? No, ni lo sueñes.

—No tenía idea de que fueses tan sanguinario —dijo llorosa.

—No soy sanguinario. Yo no fui quien empezó. Ese condenado individuo amenazándonos con ese gigantesco revólver… A propósito…, ¿cómo diantre no se disparó cuando yo le arrojé escalera abajo?

Y deteniendo el coche, la sacó del bolsillo de la portezuela donde lo pusiera al subir. Después de examinarlo lanzó un silbido.

—¡Vaya, que me aspen si lo entiendo! No está cargado. Si lo llego a saber… —Se detuvo abstraído en sus pensamientos—. Mary, todo esto es muy extraño.

—Lo sé. Por eso te suplico que lo dejes.

—Nunca —replicó Jorge con voz firme.

Mary suspiró.

—Ya veo que tendré que contártelo —le dijo—. Y lo peor de todo es que no tengo la menor idea de cómo te sentará.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué has de contarme?

—Verás. —Hizo una pausa—. Yo creo que hoy en día las mujeres debemos ayudarnos mutuamente… cuando queremos, sobre todo, saber algo de los hombres que conocemos.

—¿Y bien? —preguntó Jorge, completamente despistado.

—Y lo más importante para una chica es saber cómo reaccionaría él ante una dificultad… ¿Tiene presencia de ánimo… valor… inteligencia rápida? Esas cosas no pueden saberse… hasta que ya es demasiado tarde. Tal vez no se presente ninguna oportunidad hasta varios años después de casados. Todo lo que sé de mis amigos es si bailan bien y si son capaces de encontrar un taxi en noches lluviosas.

—Las dos cosas son muy útiles —señaló Jorge.

—Sí, pero una quiere saber si el hombre es hombre.

—«Los grandes espacios abiertos donde los hombres son hombres» —recitó Jorge con aire ausente.

—Exacto. Pero en Inglaterra no tenemos esos espacios abiertos. De manera que hay que crear una situación artificial. Y eso es lo que hice.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir es que esa casa actualmente es mía. Y vinimos porque yo quise… no por casualidad. Y el hombre… ese hombre a quien por poco matas…

—¿Sí?

—Es Rube Wallace… el actor de cine. Siempre representa papeles de luchador. Es un hombre muy amable y simpático, y le contraté. Bella es su esposa. Por eso me quedé aterrada al ver que podías haberle matado. Naturalmente que el revólver no estaba cargado. Pertenece a la compañía cinematográfica. Oh, Jorge, ¿estás muy enfadado?

—¿Soy el primero con quién… has probado este experimento?

—Oh, no. Lo probé con… deja que piense… con otros nueve y medio.

—¿Quién era el medio? —preguntó Jorge con curiosidad.

—Bingo —replicó en tono frío.

—¿Y a los demás no se les ocurrió el truco de pegar una patada hacia atrás, como hacen las mulas?

—No… a ninguno. Algunos fanfarronearon, y otros se sometieron enseguida, pero todos permitieron que les llevaran arriba, y les ataran y amordazasen. Luego, me las arreglé para soltar mis ligaduras… claro está, como en las novelas… y les liberté. Nos escapamos… descubriendo que la casa estaba vacía.

—¿Y a nadie se le ocurrió el truco de la mula ni nada parecido?

—No.

—En ese caso —dijo Jorge condescendiente—, te perdono.

—Gracias, Jorge —repuso Mary sumisa.

—En resumen: la única cuestión que se nos presenta ahora es: ¿a dónde vamos? —dijo Jorge—. No estoy del todo seguro si hay que ir a Lambeth Palace o al juzgado.

—¿De qué estás hablando?

—De la licencia. Creo que lo indicado es una licencia especial. Tienes demasiada afición a prometerte con un hombre y preguntar a otro si quiere casarse contigo.

—¡Yo no te he pedido que te cases conmigo!

—Sí que me lo pediste. En Hyde Park Corner. No es un sitio que hubiera escogido yo para pedir a nadie en matrimonio, pero cada uno tiene sus ideas respecto a este particular.

—Yo no hice nada de eso. Y sólo pregunté, en broma, si te gustaría casarte conmigo. No tenía intención de que lo tomaras en serio.

—Si consultara un abogado, estoy seguro que diría que eso fue una auténtica proposición. Además, tú sabes que quieres casarte conmigo.

—No.

—¿Ni siquiera después de los nueve fracasos y medio? Imagínate la sensación de seguridad que iba a darte ir por la vida al lado de un hombre capaz de sacarte de una situación peligrosa.

Mary parecía ablandarse poco a poco ante este argumento, pero dijo en tono firme:

—No me casaría con ningún hombre a menos que le viera arrodillado ante mí.

Jorge la miró. Era adorable, pero Jorge poseía otras características propias de las mulas, aparte de saber dar coces, y replicó con la misma determinación:

—Arrodillarse ante una mujer es degradante, y no lo haré.

Mary dijo con encantadora presteza:

—¡Qué lástima!

Regresaron a Londres. Jorge estaba muy serio y callado, y Mary tenía el rostro oculto por el ala de su sombrero. Al pasar por Hyde Park Corner, murmuró en tono suave:

—¿No podrías arrodillarte ante mí?

Jorge replicó en tono firme:

—No.

Se sentía un superhombre. Ella le admiraba por su actitud, pero por lo visto también era testaruda. De pronto Jorge se irguió.

—Perdóname —le dijo.

Y apeándose del coche, retrocedió hasta un puesto de fruta que acababan de pasar, regresando tan rápidamente que el policía que se acercaba a ellos para preguntar qué ocurría no tuvo tiempo de llegar.

—«Coma más fruta» —dijo—. Y además es simbólico.

—¿Simbólico?

—Sí. Eva dio una manzana a Adán. Hoy en día Adán se la da a Eva. ¿Comprendes?

—Sí —repuso Mary dudosa.

—¿A dónde te llevo? —preguntó Jorge en tono serio.

—A casa, por favor.

Dirigió el coche hacia la Plaza Grosvenor con rostro impasible. Se apeó, dando la vuelta para ayudarla a bajar. Ella le hizo una última súplica.

—Querido… Jorge… ¿no podrías? ¿Sólo por complacerme?

—Nunca —dijo Jorge.

Y en aquel preciso momento ocurrió. Resbaló, y al tratar de recobrar el equilibrio quedó arrodillado en el barro ante ella. Mary lanzó una exclamación de alegría, palmoteando entusiasmada.

—¡Querido Jorge! Ahora sí que me casaré contigo. Puedes ir inmediatamente a Lambeth Palace y arreglarlo todo con el arzobispo de Canterbury.

—Ha sido sin querer —dijo Jorge con calor—. Fue por culpa de esa… esa… piel de plátano —y le mostró el cuerpo del delito.

—No importa —replicó Mary—. Ha ocurrido. Cuando discutimos y tú me echaste en cara el haberte pedido en matrimonio, tuve que exigirte que antes de casarte conmigo te arrodillaras ante mí. ¡Gracias a esa bendita piel de plátano! ¿Era bendita lo que ibas a decir?

—Algo por el estilo —repuso Jorge.

A las cinco y media de aquella tarde, el señor Leadbetter recibió el aviso de que su sobrino acababa de llegar y deseaba verle.

«Ha venido para humillarse —díjose el señor Leadbetter para sus adentros—. Confieso que estuve un poco duro con el muchacho, pero fue por su propio bien».

Y dio orden para que hicieran pasar a su sobrino.

Jorge entró con aire decidido.

—Quiero hablar contigo, tío —le dijo—. Esta mañana cometiste una gran injusticia. Me gustaría saber si tú hubieras conseguido a mi edad, en plena calle, repudiado por tus parientes, y en el espacio que media entra las once y cuarto y las cinco y media, una renta de veinte mil libras al año. ¡Pues eso es lo que yo he hecho!

—Tú estás loco, muchacho.

—¡Qué voy a estar loco, sino pletórico de recursos! Voy a casarme con una joven rica y bonita, perteneciente a la alta sociedad. Una que va a dejar a un conde por mí.

—Debía haberte abofeteado en lugar de preferirte.

—Y hubiera hecho bien. Nunca me hubiera atrevido a pedírselo…, pero por fortuna me lo pidió ella. Luego se retractó, pero yo la hice cambiar de opinión. ¿Y sabes tío, cómo lo conseguí? Con el gasto de dos peniques y sabiendo agarrar la bola dorada de la oportunidad.

—¿En qué empleaste esos dos peniques? —preguntó el señor Leadbetter, intrigado.



—En comprar un plátano… en un puesto de fruta. A nadie se le hubiera ocurrido el truco de la piel de plátano. ¿Dónde se sacan las licencias de matrimonio? ¿Es en el juzgado o en Lambeth Palace?

La esmeralda del Raja

(The Rajah's Emerald).

Con grave esfuerzo, Jaime Bond dedicó una vez más su atención al librito amarillo que tenía en la mano. En la cubierta del librito se leía esta sencilla, pero agradable leyenda: «¿Quiere usted aumentar su sueldo en trescientas libras al año?». Costaba un chelín. Jaime acaba de terminar la lectura de dos páginas de líneas apretadas en las que se daban instrucciones sobre cómo mirar al jefe a la cara, cómo cultivar una personalidad dinámica, e irradiar eficiencia. Ahora había llegado al delicado tema: «Hay que ser franco, y al mismo tiempo discreto», le informó el librito amarillo: «Un hombre fuerte nunca dice todo lo que sabe». Jaime cerró el libro, y alzando la cabeza contempló el océano inmenso y azul. Le asaltaba una terrible sospecha… ¿acaso era un hombre fuerte? Un hombre fuerte hubiera dominado la situación presente, y no hubiera sido víctima de ella, y por sexagésima vez durante aquella mañana, Jaime revisó sus errores.

Aquéllas eran sus vacaciones. ¡Sus vacaciones! ¡Ja, Ja! Risa sarcástica. ¿Quién le había convencido para que fuese a pasarlas a aquel pueblecito veraniego junto al mar, tan en boga… Kimpton de Mar? Gracia. ¿Quién le había obligado a gastar más de lo que podía? Gracia. Y él había secundado sus planes con entusiasmo. Ella le había llevado allí, ¿y cuál era el resultado? Mientras él estaba en una triste casa de huéspedes situada a un kilómetro y medio del mar, Gracia, que debiera haber estado en otra similar (en la misma no… los principios del círculo de Jaime eran muy estrictos), había desertado y estaba nada menos que en el hotel Explanada, junto a la playa.

Al parecer tenía allí amigos. ¡Amigos! Jaime volvió a reír con sarcasmo y mentalmente repasó los últimos tres años que estuvo cortejando a Gracia. Cuando se dio cuenta por primera vez de que la hacía objeto de sus preferencias, se puso satisfechísima. Eso fue antes de que se elevara a la altura de la gloria en los salones de sombrerería para señora de *mistress* Bartless en la calle Alta. En aquellos tiempos era Jaime quien se daba importancia, pero ahora, ¡cielos! La cosa había cambiado. Era Gracia quien «ganaba buen dinero», como se dice en términos vulgares. Y eso la volvió orgullosa. Sí, eso era, terriblemente orgullosa. Un fragmento de un libro de versos acudió a la memoria de Jaime, algo así: «doy gracias al cielo por el amor de un hombre bueno». Pero en Gracia no se observaba nada de eso. Después de desayunar opíparamente en el hotel Explanada se olvidaba por completo del amor del hombre bueno, y aceptaba las atenciones de un estúpido individuo llamado Claudio Sopworth; un hombre sin valor moral, de eso Jaime estaba convencido.

Jaime clavó el talón en el suelo con rabia y continuó mirando el horizonte con el ceño fruncido. Kimpton de Mar. ¿Qué le había ocurrido para dejarse arrastrar a semejante sitio? Era ante todo un lugar de veraneo de moda para la gente rica. Tenía

dos grandes hoteles, y varios kilómetros de villas pintorescas pertenecientes a artistas famosas, judíos acaudalados, y aquellos miembros de la aristocracia inglesa que se habían casado con mujeres ricas. El alquiler de la más pequeña de aquellas casitas amuebladas, era de veinticinco guineas a la semana. Y había que dejar a la imaginación lo que sería el de las grandes. Detrás de donde Jaime estaba sentado había uno de aquellos palacios propiedad de un famoso deportista, lord Eduardo Champion, y en él se hospedaban en aquellos momentos una serie de distinguidos huéspedes, incluyendo al rajá de Maraputna, cuya riqueza era fabulosa. Jaime había leído lo que decía de él el diario de la mañana; la extensión de sus posesiones en la India; sus palacios, su maravillosa colección de joyas, entre las que merecía especial mención una famosa esmeralda que, según declaraban los periódicos, tenía el tamaño de un huevo de paloma, pero la impresión que aquello dejó en su mente no fue pequeña.

—Si yo tuviera una esmeralda como ésa —dijo Jaime volviendo a fruncir el ceño —, ya le enseñaría a Gracia.

Era un sentimiento vago, pero aquella declaración le hizo sentirse mejor. A espaldas se oyeron voces y risas, y al volverse rápidamente se enfrentó con Gracia que llegaba acompañada de Clara Sopworth, Dorotea Sopworth y… ¡cielos! Claudio Sopworth. Las muchachas iban del brazo y reían.

—Vaya, casi no te conocemos —le gritó Gracia.

—Sí —repuso Jaime, comprendiendo que debería haber encontrado una respuesta más airosa. No puede darse la impresión de una personalidad dinámica utilizando un monosílabo. Miró con odio intenso a Claudio Sopworth, que iba casi tan bien vestido como el protagonista de una comedia musical. Jaime deseó apasionadamente que un perro alocado al salir del agua, pusiera sus patas húmedas y sucias de arena, sobre la blancura impecable de los pantalones de Claudio.

Jaime llevaba unos de franela gris muy cómodos que habían visto tiempos mejores.

—¡Qué aire más fresco! —dijo Clara aspirándolo con fuerza—. Esto reanima a cualquiera, ¿verdad? —Y rió.

—Es ozono —replicó Alicia Sopworth—. Es tan bueno como un reconstituyente, ¿sabes? —Y se echó a reír también.

Jaime pensaba:

«Me gustaría cascar sus estúpidas cabezas. ¿Por qué han de reír de todo? Ahora no han dicho nada gracioso».

El impecable Claudio murmuró con aire lánguido:

—¿Tomamos un baño o es demasiado pronto?

La idea del baño fue aceptada con entusiasmo, y Jaime se avino a acompañarles; incluso consiguió con cierta astucia hacer que Gracia se quedara algo rezagada.

—¡Escucha! —se quejó—. Apenas te veo.

—Bueno, ahora estamos juntos —dijo Gracia—, y puedes venir a comer con nosotros al hotel, es decir, si…

Contempló indecisa las piernas de Jaime.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jaime con ferocidad—. ¿Es que acaso no voy lo bastante elegante para ti…?

—Creo, querido, que podías esmerarte un poco más —dijo Gracia—. Allí van todos tan elegantes. ¡Fíjate en Claudio Sopworth!

—Ya me he fijado —repuso Jaime con pesar—. Nunca vi a un hombre más estúpido que ése.

Gracia se irguió.

—No hay necesidad de criticar a mis amigos, Jaime, eso es de mala educación. Él viste como cualquier otro caballero de los que hay en el hotel.

—¡Bah! —replicó Jaime—. ¿Sabes lo que leí el otro día en los «Comentarios Sociales»? ¡Pues que el duque de… ahora no recuerdo, pero de todas formas era un duque, era el hombre peor vestido de Inglaterra!

—Es posible —convino Gracia—, pero, compréndelo, es un duque.

—¿Y qué? —preguntó Jaime—. ¿Por qué no puedo serlo yo algún día? Bueno, por lo menos, si no llego a duque, puedo ser par.

Dando una palmada sobre el librito amarillo que llevaba en el bolsillo, empezó a recitar una larga lista de pares de la realeza que habían comenzado sus vidas más oscuramente que Jaime Bond. Gracia limitóse a reír.

—¡No seas iluso, Jaime! —le dijo—. ¡Imagínate, tú conde de Kimpton de Mar!

Él la miró entre enojado y vencido. Desde luego el aire de Kimpton se le había subido a Gracia a la cabeza.

La playa de Kimpton es una cinta de arena, larga y recta. Un hilera de casetas de baño y toldos se extiende a todo lo largo por espacio de un kilómetro y medio, y el grupo de nuestros amigos se había detenido ante una serie de seis casetas, todas con la inscripción: «Para los huéspedes del hotel Explanada».

—Hemos llegado —dijo Gracia—, pero me temo que no puedas venir con nosotros, Jaime, tendrás que ir a las casetas públicas. Ya nos encontraremos en el agua. ¡Hasta la vista!

—¡Hasta luego! —replicó Jaime dirigiéndose al lugar indicado.

Diez casetas cochambrosas se alzaban mirando al mar, y ante ellas había un marinero ya anciano con un rollo de papel azul en la mano. Aceptó la moneda que le daba Jaime, le cortó un *ticket*, y tras darle una toalla señaló con su dedo pulgar por encima del hombro.

—Espere turno —le dijo con voz ronca.

Fue entonces cuando Jaime se dio cuenta de que había competencia. Otras personas, aparte de él, habían tenido la idea de meterse en el mar. No sólo estaban todas las tiendas ocupadas, sino que había una multitud esperando ante cada una. Jaime se acercó a la cola más reducida y esperó. La puerta de la caseta se abrió dando

paso a una joven muy bonita, vistiendo un breve traje de baño, que apareció en escena poniéndose el gorro de baño con aire de quien tiene toda la mañana por delante. Se dirigió hacia el borde mismo del mar y allí se sentó sobre la arena con indolencia.

«Esto es inútil», se dijo Jaime acercándose a otro grupo.

Después de esperar cinco minutos, se oyeron señales de actividad en la segunda caseta. Después de fuertes sacudidas, se abrió la puerta y salieron cuatro niños con sus padres. Por ser la caseta tan pequeña daba le impresión de un truco de magia. Al instante siguiente dos mujeres se abalanzaron a un tiempo para entrar en ella.

—Perdón —dijo la primera jadeando ligeramente.

—Perdón —dijo la otra sin inmutarse.

—Debe usted saber que yo llegué diez minutos antes que usted —dijo la primera rápidamente.

—Yo llevo aquí más de un cuarto de hora, como puede decirle cualquiera —replicó la segunda con aire desafiante.

—Vamos, vamos —dijo el marinero acercándose.

Las dos mujeres le hablaron a un tiempo. Y cuando hubieron terminado, señaló con el pulgar a la segunda diciéndole en tono breve:

—Le toca a usted.

Y luego se alejó sordo a toda protesta. A él no le importaba ni poco ni mucho quién fuese la primera, pero su decisión era irrevocable, como dicen en los concursos de los periódicos.

Jaime le asió de un brazo, desesperado.

—¡Escuche! ¡Oiga!

—¿Qué hay, mister?

—¿Cuánto tiempo tardaré en conseguir una caseta?

El anciano marinero lanzó una mirada indiferente a la multitud que aguardaba.

—Puede que una hora, o tal vez hora y media, no puedo asegurarlo.

En aquel momento, Jaime vio que Gracia y las hermanas Sopworth corrían por la playa en dirección al mar.

—¡Maldición! —dijo Jaime para sus adentros—. ¡Oh, maldición!

Y de nuevo apremió al anciano marinero.

—¿No podría encontrar una caseta en otro sitio? ¿Y esas que hay allí? Parecen todas vacías.

—Esas casetas —replicó el viejo con dignidad—, son «Particulares».

Y dicho esto siguió adelante. Con la sensación de haber sido víctima de un timo, Jaime se alejó de las colas, y echó a andar salvajemente por la playa. ¡Era el colmo! ¡Aquello sí que era el colmo! Contempló con rabia las pulcras casetas ante las que pasaba. En aquellos momentos, siendo un liberal independiente, se convirtió en un rojo socialista. ¿Por qué los ricos tenían casetas y podían bañarse en cualquier momento sin hacer cola?

«Este sistema nuestro —pensó amargamente—, es totalmente equivocado».

Desde el agua llegaron hasta él los gritos alegres de los bañistas. ¡La voz de Gracia! Y por encima de sus risas coquetas, el insustancial «ja, ja, ja» de Claudio Sopworth.

—¡Maldita sea! —exclamó Jaime apretando los dientes, cosa que antes no hubiera osado nunca, y que sólo había leído en las novelas.

Se detuvo bruscamente, y con resolución se volvió dando la espalda al mar. Y concentró su mirada en «Nido de Águila», «Buena Vista[2]» y «Mon desir». (Mi deseo). Era costumbre de los habitantes de Kimpton de Mar bautizar sus casetas de baño con nombres como éstos. «Nido de Águila» le pareció una tontería, «Buena Vista» estaba más allá de sus conocimientos lingüísticos, pero sus nociones de francés le bastaron para comprender el tercer nombre.

—Mon Desir —murmuró Jaime—. Vaya si lo es.

Y en aquel momento vio que aunque las puertas de las demás casetas estaban cerradas, la de «Mi Deseo» estaba entreabierta. Jaime miró cautelosamente a uno y otro lado de la playa, pero aquella parte de la playa estaba ocupada por familias numerosas, y las madres hallábanse vigilando a su prole. Eran sólo las diez de la mañana, demasiado pronto para que la aristocracia de Kimpton de Mar bajase a bañarse.

«Estarán en sus camas comiendo codornices y champiñones, servidos en bandeja por criados de peluca empolvada, ¡puah! Ninguno vendrá antes de las doce», pensó Jaime.

Volvió a mirar hacia el mar, y como obligado «leit motiv», un grito de Gracia rasgó el aire, seguido del «ja, ja, ja» de Claudio Sopworth.

«Lo haré», dijo entre dientes.

Y empujando la puerta de *Mon Desir* se metió dentro. De momento se llevó un susto al ver varias prendas de vestir colgadas en perchas, pero se tranquilizó rápidamente. La caseta estaba dividida en dos, y en la parte de la derecha vio un jersey femenino de color amarillo, con sombrero de paja y un par de sandalias, y en la izquierda, colgados de una percha, unos pantalones de franela gris, un *pullover* y un sombrero ancho proclamaban que los sexos estaban separados. Jaime se apresuró a trasladarse a la parte dedicada a los caballeros, y se desnudó a toda velocidad. Tres minutos después se hallaba en el mar dándose importancia y exhibiendo su estilo de nadador… cabeza sumergida, los brazos surcando el agua… con ritmo constante… como un profesional.

—¡Oh, estás ahí! —exclamó Gracia—. Tenía miedo que te pasaras la mañana allí con la gente que hay esperando.

—¿Sí? —dijo Jaime.

Pensó con afecto en el librito amarillo. «El hombre fuerte en ciertas ocasiones ha de ser discreto». De momento su humor había vuelto a equilibrarse, y pudo decir a

Claudio Sopworth en tono agradable pero firme, al ver que estaba enseñando a Gracia a nadar de espaldas:

—No, no amigo, no es así. Yo la enseñaré.

Y era tal la seguridad de su tono, que Claudio se apartó vencido. Lo malo fue que su triunfo duró poco. La temperatura de las aguas inglesas no permite a los bañistas permanecer en ellas durante mucho tiempo. Gracia y las hermanas Sopworth tenían ya los labios morados y les castañeteaban los dientes. Echaron a correr por la playa y Jaime emprendió solitario el camino de regreso hacia *Mon Desir*. Mientras se frotaba vigorosamente con la toalla, y deslizaba la camisa por encima de su cabeza, sintióse satisfecho de sí mismo. Al fin había sabido desplegar una dinámica personalidad.

Y entonces se quedó rígido de terror. Fuera se oían voces de muchachas… voces totalmente distintas a las de Gracia y sus amigas. Un momento después comprendió la verdad, los propietarios de *Mon Desir* empezaban a llegar. Es posible que si Jaime hubiera estado completamente vestido hubiera aguardado los acontecimientos con dignidad, y hubiese intentado explicarse, pero como actuó presa de pánico se abalanzó sobre la puerta y echó el pestillo con desesperación. Las ventanas de la caseta estaban veladas por unas cortinas verdes, y así no pudieron verle los que luchaban por abrir desde fuera deseosos de entrar a vestirse.

—Está cerrada —dijo una voz femenina—. Creí que Pug había dicho que estaba abierta.

—No, fue Woggle quien lo dijo.

—Woggle es el colmo —dijo la muchacha—. Qué tonto es, ahora tendremos que volver a buscar la llave.

Jaime oyó sus pasos que se alejaban, y exhaló un profundo suspiro, mientras se ponía las otras prendas a toda prisa. Dos minutos después paseaba con aire indiferente por la playa como si jamás hubiera roto un plato. Gracia y los hermanos Sopworth se reunieron con él un cuarto de hora más tarde, y pasaron el resto de la mañana tirándose piedrecitas, escribiendo en la arena, y bromeando alegremente. Al fin Claudio miró su reloj.

—Es hora de comer —comentó—. Será mejor que regresemos.

—Tengo un hambre terrible —dijo Alicia Sopworth.

Todos las demás dijeron que también sentían mucho apetito.

—¿Vienes, Jaime? —preguntó Gracia.

Sin duda Jaime estaba aquel día muy susceptible, puesto que creyó ver ofensa en sus palabras.

—No, si mis ropas no son lo bastante buenas para ti —dijo con amargura—. Como eres tan exigente, tal vez será mejor que no vaya.

Dijo esto para que Gracia se disculpara, pero el aire del mar no les sentaba bien y ella se limitó a decir:

—De acuerdo. Haz lo que quieras, entonces te veré esta tarde.

Jaime se quedó confundido.

—¡Vaya! —dijo mirando al grupo que se alejaba—. Vaya, sí que…

Y echó a andar hacia la ciudad. Kimpton de Mar tiene dos cafeterías, y en las dos hace calor, hay mucha gente y gran alboroto. Volvió a ocurrir lo mismo que en las casetas. Jaime tuvo que aguardar turno… bueno y algo más, puesto que cuando quedó un sitio libre se lo quitó una matrona poco escrupulosa que acababa de llegar. Al fin pudo sentarse en una mesita. Junto a su oído izquierdo tres muchachas mal vestidas destrozaban un fragmento de ópera italiana. Por fortuna, Jaime no era aficionado a la música, y se dispuso a estudiar la lista de platos con las manos hundidas en los bolsillos, mientras pensaba:

—Pida lo que pida, seguro que «se ha terminado». Así soy yo de desgraciado.

Revolviendo en las profundidades de su bolsillo, su mano derecha tropezó con un objeto desconocido… Parecía un guijarro… un guijarro grande y redondo.

«¿Para qué diablos habré metido una piedra en mi bolsillo?», pensó.

Sus dedos se cerraron sobre ella mientras se le acercaba una camarera.

—Un filete con patatas fritas, por favor —ordenó Jaime.

—El filete se ha terminado —murmuró la camarera con los ojos fijos en el techo.

—Entonces tráigame ternera con salsa *curry* —dijo Jaime.

—La ternera se «ha terminado».

—¿Hay algo en este estúpido menú que no se «haya terminado»? —preguntó Jaime.

La camarera pareció dolida, y puso un dedo pálido sobre el «cordero guisado». Jaime se resignó a lo inevitable y se avino a que le sirvieran cordero guisado, y mientras su cerebro no cesaba de maldecir el sistema de las cafeterías, sacó del bolsillo la mano en la que todavía aprisionaba la piedra. Abriendo los dedos contempló distraído el objeto que había en su palma, y entonces con sobresalto olvidó todas sus preocupaciones. Aquello no era un guijarro, sino… una esmeralda, apenas cabía duda posible… una esmeralda verde, enorme. Jaime la miraba horrorizado. No, era imposible que fuese una esmeralda, debía ser un vidrio de color. No existían esmeraldas de ese tamaño… a menos… ante los ojos de Jaime bailaron unas letras impresas. «El rajá de Maraputna… famosa esmeralda del tamaño de un huevo de paloma». ¿Sería posible… que fuese aquella esmeralda la que estaba contemplando ahora? La camarera regresó con el cordero guisado, y Jaime cerró los dedos con gesto espasmódico mientras varios escalofríos recorrían su espina dorsal. Tenía la sensación de verse metido en un terrible dilema. Si ésta era la esmeralda… ¿pero lo sería? Abrió la mano observándola con recelo. Jaime no era ningún experto en piedras preciosas, pero la viveza del color y el brillo de la joya le convencieron de que se trataba de la auténtica. Apoyó ambos codos en la mesa e inclinóse hacia delante sin ver el plato de cordero guisado que se iba congelando lentamente. Tenía que descifrar aquello. Si era la esmeralda del rajá la que tenía en la mano, ¿qué hacer? La palabra «policía» acudió a su mente. Si uno encuentra algo de valor debe entregarlo en la comisaría. Jaime había sido educado bajo este axioma.

Sí, pero… ¿cómo diantre había ido a parar al bolsillo de su pantalón? Ésa era la pregunta que le haría la policía. Una pregunta desconcertante, y que por el momento no podía contestar. Miró sus pantalones, y al contemplarlos le invadió una duda. Los examinó más de cerca. Un par de pantalones de franela gris, se parece muchísimo a otro par de pantalones de franela gris, pero después de todo, Jaime tuvo la sensación instintiva de que aquéllos no eran sus pantalones. Se recostó contra el respaldo de la silla abrumado por su descubrimiento. Ahora comprendía lo ocurrido… con la prisa por salir de la caseta de baño, se había equivocado de pantalones. Recordaba haber colgado los suyos de una percha cercana a la que tenía el otro par. Sí, aquello explicaba su confusión. Pero de todas formas, ¿qué hacía allí una esmeralda valorada en cientos de miles de libras? Cuanto más lo pensaba, menos lo entendía y en cuanto a explicar a la policía…

Era violento… decididamente violento, no cabe duda. Tendría que confesar el haber entrado deliberadamente en la caseta de otro. Claro que no era una ofensa grave, pero le dejaba en mal lugar.

—¿Desea que le sirva algo más, señor?

Era otra vez la camarera, que miraba con extrañeza el plato de cordero sin empezar. Jaime se apresuró a comer parte del mismo, y luego pidió la cuenta, pagó y se fue. Una vez en la calle se detuvo indeciso, hasta que un cartelón de anuncios atrajo su atención. La ciudad de Harchester, la más cercana a Kimpton de Mar, tenía un periódico que se publicaba por la tarde, y era su contenido lo que Jaime estaba contemplando. Anunciaba un hecho simple y sensacional. «Robo de la esmeralda del rajá».

—Dios mío —dijo Jaime con desmayo, apoyándose contra la pared.

Sacando una pequeña moneda de su bolsillo compró un ejemplar del periódico, y no tardó en hallar lo que buscaba. Las noticias sensacionales de la localidad eran escasas y poco frecuentes. Grandes titulares adornaban la primera página. «Robo sensacional en la casa de lord Eduardo Champion. Robo de una famosa esmeralda histórica. Terrible pérdida para el rajá de Maraputna». Los hechos eran pocos y sencillos. Lord Eduardo Champion había reunido en su casa la noche anterior a varios amigos, y el rajá había ido en busca de la esmeralda para mostrársela a una de las damas presentes, descubriendo su desaparición. Avisaron a la policía, y hasta el momento no se tenía ninguna pista. Jaime dejó que el periódico cayera al suelo. Todavía no era capaz de comprender cómo había ido a parar aquella esmeralda al fondo del bolsillo de unos pantalones viejos de franela que estaban en una caseta de baño, pero sí fue aumentando su convencimiento de que la policía consideraría su historia como sospechosa. ¿Qué podía hacer? Allí estaba de pie en una de las calles principales de Kimpton de Mar, con un botín que valía el rescate de un rey reposando en su bolsillo, mientras toda la policía del distrito lo buscaba afanosamente. Ante él se abrían dos caminos. Camino número uno, ir directamente a la comisaría y contar lo ocurrido… pero hay que admitir que a Jaime le daba miedo esta solución. Camino

número dos, deshacerse de la esmeralda como fuera. Se le ocurrió envolverla y enviársela al rajá. Pero luego rechazó la idea. Había leído demasiadas novelas policíacas para hacer semejante cosa, y además sabiendo lo que podían conseguir los sabuesos con la lupa y otros instrumentos. Cualquier detective que conociera su oficio y examinara el paquete de Jaime, sabría en menos de media hora la profesión del remitente, su edad, costumbres y aspecto personal. Y después sería tan sólo cuestión de unas horas el encontrarle.

Fue entonces cuando se le ocurrió un plan de extraordinaria sencillez. Era la hora de comer, la playa estaría desierta, podría volver a *Mon Desir*, colgar los pantalones donde los había encontrado, y recuperar los suyos. Con este pensamiento emprendió el camino de la playa.

Sin embargo, su conciencia le remordía ligeramente. La esmeralda debía ser devuelta al rajá, y concibió la idea de realizar algunas pesquisas por su cuenta… es decir, una vez hubiera recuperado sus propios pantalones y devuelto los otros. Para ponerla en práctica se dirigió al anciano marinero, a quien consideró una buena fuente de información de la vida de Kimpton de mar.

—Perdóneme —le dijo Jaime en tono cortés—; pero creo que un amigo mío tiene una caseta en esta playa, El señor Carlos Lapton. Tengo entendido que se llama *Mon Desir*…

El viejo marinero estaba sentado con la pipa en la boca y mirando al mar. Ladeó un poco su pipa y repuso sin apartar la vista del horizonte:

—*Mon Desir* pertenece a su señoría, lord Eduardo Champion, eso lo sabe todo el mundo. Nunca oí hablar de míster Carlos Lapton; debe ser un veraneante muy reciente.

—Gracias —le dijo Jaime antes de alejarse.

La información le había dejado desconcertado. No era posible que el propio rajá hubiera metido la piedra en el bolsillo de sus pantalones olvidándola luego. Jaime meneó la cabeza. Su teoría no le satisfizo; pero entonces algún invitado a la reunión debía haberla robado. Aquel problema le recordó una de sus novelas policíacas preferidas.

No obstante, su propósito permaneció inalterable y lo puso en práctica con bastante facilidad. La playa estaba prácticamente desierta, como había esperado, y por suerte la puerta de *Mon Desir* continuaba abierta. Entrar en su interior fue cuestión de un momento, y Jaime estaba descolgando sus pantalones de la percha, cuando una voz a sus espaldas le hizo volverse en redondo.

—¡Ya le he pescado! —dijo la voz.

Jaime se quedó boquiabierto. En la puerta de *Mon Desir* había un extraño; un hombre bien vestido de unos cuarenta años, elevada estatura, de rostro astuto y mirada de águila.

—¡Ya le he pescado! —repitió el desconocido.

—¿Quién… quién es usted? —preguntó tartamudeando Jaime.

—El detective inspector Merrilees, del Yard —replicó el otro—. Y le ruego que me entregue esa esmeralda.

—¿La… esmeralda?

Jaime luchaba por ganar tiempo.

—Eso es lo que he dicho, ¿no? —dijo el inspector Merrilees.

Tenía una pronunciación seca y comercial. Jaime trató de recobrar su compostura.

—No sé de qué me está usted hablando —dijo con fingida dignidad.

—Oh, sí, muchacho, yo creo que sí lo sabe.

—Eso es un error —dijo Jaime—. Puedo explicarlo fácilmente… —hizo una pausa.

Una expresión de cansancio apareció en el rostro del otro.

—Siempre dicen eso —murmuró el hombre de Scotland Yard—. Supongo que debió encontrársela mientras paseaba por la playa, ¿verdad? Ésa puede ser una explicación.

Desde luego tenía cierta semejanza. Jaime tuvo que reconocerlo, pero aún quiso ganar tiempo.

—¿Cómo sé yo que es usted quién dice? —le preguntó con voz débil.

Merrilees levantó la solapa mostrándole una insignia, que Jaime contempló fijamente con ojos desorbitados.

—Y ahora —le dijo el otro casi alegremente—, ya sabe a qué atenerse. Es usted un novato… estoy seguro. Es su primer robo, ¿verdad?

Jaime asintió.

—Lo suponía. Ahora, muchacho, ¿va a entregarme la esmeralda, o tendré que registrarle?

Jaime recuperó el habla.

—No… no la llevo encima —declaró, mientras pensaba desesperadamente.

—¿La dejó con sus cosas? —preguntó Merrilees.

Jaime asintió.

—Muy bien —dijo el detective—, entonces iremos juntos a buscarla.

Y cogió del brazo a Jaime.

—No voy a correr el riesgo de que se escape —le dijo en tono amable—. Iremos adonde se hospedaba y entonces me entregará la piedra.

Jaime habló con voz insegura.

—¿Y si lo hago, me dejará marchar? —preguntó con voz trémula.

—Sabemos cómo fue robada la piedra —explicó—, también quién es la dama que está complicada, y naturalmente, el rajá quiere que la cosa no trascienda en lo que sea posible. Ya sabe cómo son los gobernantes nativos, ¿verdad?

Jaime, que no sabía nada de los gobernantes nativos, asintió simulando comprender.

—Claro que será algo muy irregular —dijo el detective—, pero tal vez lo dejemos marchar.

Jaime volvió a asentir. Habían recorrido ya toda la explanada y estaban entrando en el pueblo. Jaime indicaba el camino a seguir, pero el otro no soltó ni por un momento su brazo.

De pronto Jaime vaciló como si fuese a hablar, y Merrilees alzó la cabeza extrañado, y luego se echó a reír. En aquel momento pasaban por delante de la comisaría, y había observado las miradas de angustia que Jaime le dirigía.

—Primero voy a darle una oportunidad —le dijo de buen talante.

Fue entonces cuando empezaron a ocurrir cosas. Jaime lanzando un fuerte grito cogió al otro por el brazo, exclamando con toda la fuerza de sus pulmones y a grandes gritos:

—¡Socorro! ¡Ladrón! ¡Socorro! ¡Ladrón!

Empezó a reunirse un corro.

—Ha querido robarme —gritaba Jaime—. Este hombre me ha metido la mano en el bolsillo.

—¿De qué está usted hablando? —gritó el otro.

Un agente acudió a hacerse cargo del asunto, y Merrilees y Jaime fueron escoltados hasta la comisaría, mientras Jaime repetía sus protestas.

—Este hombre me ha metido la mano en el bolsillo —declaró excitado—. Tiene mi cartera en su bolsillo derecho. Miren.

—Este hombre está loco —gruñó el otro—. Puede mirar usted mismo inspector, y ver si dice la verdad.

A una señal del inspector, el agente introdujo su mano en el bolsillo de Merrilees, sacando algo que le hizo lanzar una exclamación de asombro.

—¡Dios mío! —dijo el inspector olvidando su impasibilidad profesional—. Debe ser la esmeralda del rajá.

Merrilees parecía más sorprendido que ninguno.

—Esto es monstruoso —explotó—, monstruoso. Este hombre debió ponerla en mi bolsillo mientras andábamos juntos. Es un abuso.

La poderosa personalidad de Merrilees hizo vacilar al inspector, quien sospechó de Jaime. Susurró unas palabras al oído del agente, y este último se marchó.

—Vamos caballeros —dijo el inspector—, oigamos sus declaraciones, una por una.

—Muy bien —dijo Jaime—. Yo iba paseando por la playa, cuando me encontré a este caballero, que fingió conocerme. Yo no recordaba haberle visto en la vida pero no quise parecerle mal educado. Paseamos juntos. Yo ya tenía mis sospechas, y cuando pasábamos por delante de la comisaría, sentía que me metía la mano en el bolsillo, y le sujeté pidiendo auxilio.

El inspector dirigió una mirada hacia Merrilees.

—Ahora usted, señor.

Merrilees pareció algo violento.

—La historia es casi exacta —dijo despacio—, pero no del todo. No fui yo quien fingió conocerle a él, sino él a mí. Sin duda intentaba deshacerse de la esmeralda, y la introdujo en mi bolsillo, con dicho fin, mientras hablábamos.

El inspector dejó de escribir.

—¡Ah! —dijo en tono imparcial—. Bueno, dentro de un minuto llegará un caballero, que nos ayudará a llegar al fondo de la cuestión.

Merrilees frunció el ceño.

—Me es completamente imposible esperar —murmuró consultando su reloj—. Tengo una cita, inspector, no irá usted a suponer que yo robara la esmeralda y la llevara en el bolsillo.

—No es muy probable, señor, estoy de acuerdo —replicó el inspector—. Pero tendrá que esperar sólo unos cinco o diez minutos hasta que esto quede aclarado. ¡Ah, aquí está su señoría!

Un hombre alto, de unos cuarenta años, había entrado en la habitación. Vestía unos pantalones muy viejos y un *sweater* descolorido.

—Bueno, inspector, ¿qué es esto? —dijo—. ¿Dice que han recuperado la esmeralda? Esto es espléndido, buen trabajo. ¿Quiénes son estos caballeros?

Sus ojos se posaron primero en Jaime y luego en Merrilees, y la poderosa personalidad de este último pareció desmoronarse.

—¡Vaya… Jones! —exclamó lord Eduardo Champion.

—¿Conoce usted a este hombre, lord Champion? —le preguntó el inspector.

—Desde luego —repuso lord Champion en tono seco—. Es mi ayuda de cámara, que entró a mi servicio hará cosa de un mes. El detective que enviaron desde Londres sospechó de él enseguida, pero entre sus cosas no se encontró ni rastro de la esmeralda.

—La llevaba en el bolsillo de su americana —declaró el inspector—. Este caballero hizo que le detuviéramos. —Y señaló a Jaime.

Al minuto siguiente Jaime era felicitado mientras le estrechaban calurosamente la mano.

—Mi querido amigo —le dijo lord Eduardo Champion—. ¿Y dice usted que sospechó de él todo el tiempo?

—Sí —replicó Jaime—. Tuve que inventar esa historia de que me había metido la mano en el bolsillo para traerle a la comisaría.

—Vaya, es magnífico —dijo lord Champion—, magnífico. Tiene que venir a comer con nosotros, es decir, si todavía no lo ha hecho… Ya va siendo tarde… son cerca de las dos.

—No —dijo Jaime—. No he comido… pero…

—Ni una palabra, nada, nada —insinuó lord Champion—. Comprenda, el rajá querrá darle las gracias por haberle devuelto la esmeralda. Y además yo no sé todavía la historia completa.

Ahora habían salido ya de la comisaría y se detuvieron ante los escalones.

—A decir verdad —dijo Jaime—. Creo que preferiría contarle toda la historia.

Y así lo hizo ante el regocijo de Su Señoría.

—Es lo mejor que he oído en mi vida —declaró—. Ahora lo comprendo todo. Jones debió correr a la caseta de baño, en cuanto robó la esmeralda, sabiendo que la policía iba a registrar la casa. No era probable que nadie tocase ese par de pantalones viejos que me pongo para pescar, y así podía recuperar la joya cuando quisiera. Debió sufrir un fuerte sobresalto al ver que había desaparecido. Al verle a usted comprendió que era quien se había llevado la piedra. ¡Todavía no sé cómo pudo adivinar que no era un verdadero detective!

«Un hombre fuerte —pensó Jaime para sí— sabe cuándo ha de ser franco y cuándo discreto».

Sonrió con aire de superioridad mientras sus dedos acariciaban bajo la solapa de su americana una pequeña insignia de plata perteneciente a un club poco conocido, el Club Superciclista de Merton Park. ¡Qué asombrosa coincidencia que aquel hombre, Jones, fuese también socio de aquel club!

—¡Hola, Jaime!

Se volvió. Gracia y las hermanas Sopworth le llamaban desde el otro lado de la calle.

—¿Me perdona un momento? —dijo a lord Champion.

Se dirigió hacia ellas.

—Nos vamos al cine —dijo Gracia—. Y pensamos que tal vez te gustase venir con nosotros.

—Lo siento —repuso Jaime—. Ahora tengo que ir a comer con lord Eduardo Champion. Sí, es ese caballero que viste esa ropa vieja tan cómoda. Quiere presentarme al rajá de Maraputna.

Y quitándose el sombrero para saludarlas cortésmente, volvió a reunirse con lord Champion.

El canto del cisne

(Swan Song).

Eran las once de una mañana de mayo en Londres. El señor Cowan estaba mirando por la ventana, de espaldas a un magnífico salón de una *suite* del Hotel Ritz. La *suite* en cuestión había sido reservada para *madame* Paula Nazorkoff, la famosa cantante de ópera que acababa de llegar a Londres. El señor Cowan, que era el representante de *madame*, estaba esperando para entrevistarse con ella. Al abrirse la puerta, volvió rápidamente la cabeza, pero era sólo la señorita Read, la secretaria de *madame* Nazorkoff, una joven pálida pero muy eficiente, quien entraba.

—¡Oh, es usted querida! —le dijo el señor Cowan—. ¿*Madame* no se ha levantado todavía?

La señorita Read meneó la cabeza.

—Me dijo que viniera a eso de las diez —dijo el señor Cowan—. Llevo esperando casi una hora.

No demostró ni resentimiento ni sorpresa. El señor Cowan estaba acostumbrado a las extravagancias de un temperamento artístico. Era un hombre alto, bien afeitado, con un esqueleto demasiado bien cubierto y ropas impecables. Sus cabellos eran negros y brillantes y sus dientes de un blanco agresivo. Cuando hablaba tenía la costumbre de arrastrar las «eses», cosa que si no era precisamente un defecto, se acercaba mucho. En aquel momento se abrió una puerta al otro lado de la habitación y entró apresuradamente una joven francesa.

—¿Se ha levantado ya *madame*? —le preguntó Cowan esperanzado—. Dígame qué noticias hay, Elisa.

Elisa se llevó ambas manos a la cabeza.

—¡Esta mañana está como diecisiete demonios juntos, nada le complace! Las preciosas rosas amarillas que *monsieur* le envió anoche, dice que estaban bien para Nueva York, pero que es una *imbecilidad* enviárselas en Londres. Dice que aquí tienen que ser rojas, y acto seguido abre la puerta y arroja las rosas amarillas al pasillo en el momento en que pasaba un *monsieur tres comme il faut*, un militar, según creo, y el pobre está justamente indignado por el hecho.

Cowan enarcó las cejas, pero no dio otras pruebas de emoción. Luego, sacando un librito de notas de su bolsillo escribió en él: «rosas rojas».

Elisa volvió a salir por la otra puerta y Cowan regresó de nuevo junto a la ventana. Vera Read, sentándose ante el escritorio, empezó a abrir cartas y clasificarlas. Transcurrieron diez minutos en silencio y al fin abrióse la puerta del dormitorio y Paula Nazorkoff hizo aparición en el saloncito. El efecto inmediato fue que éste pareciera más reducido, Vera Read más pálida y que Cowan se convirtiera en una mera figura decorativa.

—¡Ajá! ¡Hijos míos! —dijo la *prima donna*—. ¿No soy puntual?

Era una mujer de gran estatura y, para ser cantante, no demasiado gruesa. Sus brazos y piernas seguían siendo esbeltos y su cuello era una hermosa columna. Sus cabellos, que llevaba sujetos en un moño, tenían un color rojo oscuro brillante y si debían su color a la cosmética el resultado no era menos efectivo. Ya no era una mujer joven, por lo menos tendría cuarenta años, pero las líneas de su rostro no perdieron encanto, a pesar de las arrugas y bolsas que circundaban sus ojos, oscuros y llameantes. Tenía la risa de un niño, la digestión de un avestruz, el temperamento de una fiera, y se la conocía como la mejor soprano dramática de sus tiempos. Volvióse para dirigirse a Cowan.

—¿Ha hecho lo que le pedí? ¿Se ha llevado ese abominable piano inglés para arrojarlo al Támesis?

—Tengo otro para usted —dijo Cowan, indicando con un gesto el rincón donde estaba.

La cantante corrió hacia él y alzó la tapa.

—Un «Erard» —dijo— esto es otra cosa. Probemos.

La hermosa voz de soprano desgranó un arpegio y luego subió y bajó toda la escala de voces, luego se elevó suavemente hasta alcanzar una nota alta, la sostuvo, aumentándola paulatinamente de volumen, luego volvió a suavizarla hasta que murió en la nada.

—¡Ah! —dijo Paula Nazorkoff con ingenua satisfacción—. ¡Qué voz más hermosa tengo! Incluso en Londres mi voz es hermosa.

—Cierto —convino Cowan de corazón—. Y apuesto a que Londres se rendirá a sus pies, igual que Nueva York.

—¿Usted cree? —preguntó la cantante.

Había una ligera sonrisa en sus labios y era evidente que su pregunta era un mero comentario.

—Seguro —dijo Cowan.

Paula Nazorkoff cerró el piano y dirigióse a la mesa con el andar ondulante que tanto resultaba en la escena.

—Bien, bien —dijo—. Hablemos de negocios. ¿Lo tiene todo arreglado, amigo mío?

Cowan sacó unos papeles de la cartera que dejara sobre una silla.

—No se ha cambiado gran cosa —observó—. Cantará cinco veces en el Covent Garden, tres veces *Tosca* y dos *Aida*.

—¡*Aida*! Bah —dijo la *prima donna*—; será un aburrimiento insoportable, *Tosca* es distinta.

—Ah, sí —replicó Cowan—. *Tosca* es su papel.

Paula Nazorkoff se irguió.

—Soy la mejor Tosca del mundo —dijo sencillamente.

—Eso es —convino Cowan—. Nadie puede igualarla.

—Supongo que Roscari hará de «Scarpia»…

Cowan asintió.

—Y Emilio Lippi.

—¿Qué? —gritó la cantante—. Lippi, esa rana asquerosa… croac… croac… croac. No cantaré con él, le morderé… le arañaré la cara.

—Vamos, vamos —dijo Cowan, tranquilizándola.

—Le digo que no sabe cantar, es un perro ladrando.

—Bueno, veremos, veremos —dijo Cowan. Era demasiado inteligente para discutir con cantantes de temperamento.

—¿Y Cavaradossi? —preguntó la cantante.

—Hensdale, el tenor americano.

Ella asintió.

—Es un buen muchacho y canta muy bien.

—Y creo que Barrere lo cantará muy bien.

—Es un artista —replicó Paula generosamente—. ¡Pero dejar que esa rana croadora de Lippi cante el papel de Scarpia! Bah… yo no cantaré con él.

—Déjeme a mí —dijo Cowan para tranquilizarla, y aclarando su garganta sacó otros papeles.

—Estoy preparando un concierto especial en el Albert Hall.

Paula hizo una mueca.

—Lo sé, lo sé —dijo Cowan—; pero todo el mundo lo hace.

—Estará bien —dijo la cantante—. Habrá un lleno hasta el techo y tendré mucho dinero. *Ecco*!

Cowan revolvió de nuevo entre sus papeles.

—Aquí hay una proposición completamente distinta —le dijo— de *lady* Rustonbury: quiere que vaya a su casa y cante.

—¿Rustonbury?

La cantante frunció el entrecejo como si se esforzara por recordar algo.

—He leído ese nombre últimamente, sí, hace muy poco. Es una ciudad… o un pueblo, ¿verdad?

—Eso es, un pueblo pequeño muy bonito, en Hertfordshire. Y en cuanto a la mansión de lord Rustonbury, el castillo de Rustonbury, es una auténtica fortaleza feudal, con fantasmas, retratos de antepasados, escaleras secretas y un teatro privado. Nadan en la abundancia y siempre celebran representaciones privadas. Ella sugiere que demos una obra completa, preferiblemente la *Butterfly*.

—¿Butterfly?

Cowan asintió.

—Están dispuestos a pagar bien. Tendremos que dejar Covent Garden, naturalmente, pero a pesar de todo saldrá ganando económicamente. Hay que tener siempre presente a la nobleza. Será una magnífica propaganda.

Madame alzó su hermosa barbilla.

—¿Es que yo necesito propaganda? —preguntó con orgullo.

—Nunca sobra —dijo Cowan sin acobardarse.

—Rustonbury —murmuró la cantante—. ¿Dónde vi yo este nombre?

Y levantándose de pronto, corrió hasta la mesa, y empezó a hojear una revista ilustrada que había encima. Al fin su mano se detuvo en una de sus páginas y luego de contemplarla regresó a su butaca con toda lentitud. Con uno de sus bruscos cambios de genio, ahora parecía una persona completamente distinta y sus ademanes eran muy reposados, casi austeros.

—Dispóngalo todo para ir a Rustonbury. Me gustaría cantar allí, pero una condición… la ópera ha de ser *Tosca*.

Cowan parecía indeciso.

—Eso resultará bastante difícil… para una representación privada, compréndalo… decorados y demás.

—*Tosca*, o nada.

Cowan la miró de hito en hito y lo que vio le dejó convencido, pues haciendo una breve inclinación de cabeza en señal de asentimiento, se puso en pie.

—Veré si puedo arreglarlo —dijo con calma.

Paula Nazorkoff también se levantó y por una vez parecía deseosa de explicar su decisión.

—Es mi mejor papel, Cowan. Puedo cantarlo como ninguna mujer lo ha cantado jamás.

—Es una partitura muy bonita —le dijo Cowan—. Jeritza tuvo un gran éxito con ella el año pasado.

—¿Jeritza? —exclamó la cantante enrojeciendo mientras expresaba la opinión que le merecía.

Cowan, acostumbrado a oír la opinión que unas cantantes tienen de otras, distrajo su atención, hasta que Paula hubo terminado y entonces dijo, obstinado:

—De todas maneras, canta «Vissi d’Arte» tendida sobre su estómago.

—¿Y por qué no? —preguntó Paula Nazorkoff—. ¿Quién va a impedírselo? Yo lo cantaré tumbada de espaldas y haciendo la bicicleta con las piernas en el aire.

Cowan meneó la cabeza con perfecta seriedad.

—No creo que eso convenza a nadie —le dijo.

—Nadie puede cantar «Vissi d’Arte» como yo —dijo Paula Nazorkoff en tono confidencial—. Yo lo canto con la voz del convento… como las buenas monjas me enseñaron a cantar años y años. Con la voz de un niño, o de un ángel, sin sentimientos, sin pasión.

—Lo sé —le dijo Cowan de corazón—. La he oído a usted y es maravillosa.

—Esto es arte —continuó la *prima donna*—, pagar el precio, sufrir, perseverar, y al final no sólo haberlo aprendido todo, sino tener también el poder de volver atrás, de tornar al principio y recuperar la belleza perdida, y el corazón de un niño.

Cowan la miraba intrigado. Ella tenía los ojos fijos en el vacío con una extraña mirada ausente, que le produjo una sensación desagradable. Sus labios se

entreabrieron y susurró unas palabras que él apenas pudo entender.

—Al fin —murmuró—. Al fin… *después de tantos años*.



Lady Rustonbury era una mujer ambiciosa y a la vez amiga del arte, que compaginaba ambas cualidades con éxito completo. Tenía la suerte de que a su marido no le preocupasen ni la ambición ni el arte, y por lo tanto no la estorbaba en ningún sentido. El conde Rustonbury era un hombre corpulento, a quien sólo interesaban las carreras de caballos. Admiraba a su esposa, sentíase orgulloso de ella y se alegraba de que su inmensa fortuna le permitiera poner en práctica sus placeres. El teatro particular había sido construido hacía más de cien años, por su abuelo. Era el juguete preferido de *lady* Rustonbury… donde había ofrecido ya un drama de Ibsen y una obra de la escuela ultramoderna, a base de divorcios y drogas, y también una fantasía poética con un decorado cubista. La próxima representación de *Tosca* había despertado gran interés. *Lady* Rustonbury tenía la casa llena de distinguidos invitados, y el «todo Londres» pensaba acudir en sus automóviles.

Madame Nazorkoff y su acompañante habían llegado poco antes de la comida. El nuevo y joven tenor americano Hensdale, iba a cantar *Cavaradossi*, y Roscari, el famoso barítono italiano, haría el papel de Scarpia. Los gastos de la representación habían sido enormes pero a nadie le importaba. Paula Nazorkoff estaba del mejor humor y así resultaba encantadora, graciosa y cosmopolita. Cowan estaba agradablemente sorprendido y rezaba para que continuase aquel estado de cosas.

Después de comer, la compañía fue al teatro para inspeccionar el escenario. La orquesta estaba bajo la dirección de Samuel Ridge, uno de los más famosos directores ingleses. Todo iba sobre ruedas y por extraño que parezca, aquello preocupó al señor Cowan. Se encontraba más a gusto en un ambiente turbulento y aquella paz desacostumbrada le inquietaba.

—Todo va demasiado bien —murmuró el señor Cowan para sus adentros—. *Madame* está como un gato que se ha hartado de crema y eso es demasiado bueno para ser verdad. Algo tiene que ocurrir.

Quizá debido a su largo contacto con el mundo de la ópera, el señor Cowan había desarrollado un sexto sentido y cierto que sus pronósticos eran justificados. Eran poco antes de las siete de aquella tarde cuando Elisa, la doncella francesa, fue a buscarle corriendo con aspecto preocupado.

—Ah, señor Cowan, venga enseguida, le suplico que venga de prisa.

—¿Qué ocurre? —preguntó con ansiedad—. *Madame* se ha disgustado por algo… ha armado un alboroto, ¿verdad?

—No, no es *madame*, sino el *signore* Roscari, está enfermo… ¡se muere!

—¿Que se muere? ¡Oh, vamos!

Cowan corrió tras ella mientras le conducía al dormitorio del italiano. El pobre hombre estaba tendido en la cama, o mejor dicho, retorciéndose presa de

convulsiones que hubieran resultado cómicas, de haber sido menos graves. Paula Nazorkoff hallábase inclinada sobre él y saludó a Cowan con ademán imperioso.

—¡Ah! Ya está usted aquí. Nuestro pobre Roscari sufre horriblemente. Sin duda ha comido algo que le ha hecho daño.

—Me muero —gimió el barítono—. El dolor… es terrible. ¡Oh!

Y volvió a contorsionarse llevándose ambas manos al estómago, mientras rodaba por la cama.

—Hay que avisar a un médico —dijo Cowan.

Paula le detuvo cuando él se dirigía a la puerta.

—El doctor ya está en camino y hará todo lo que esté en su mano por este pobre doliente, todo está ya preparado, pero nadie conseguirá que Roscari pueda cantar esta noche.

—Nunca volveré a cantar, me estoy muriendo —gimió el italiano.

—No, no se morirá usted —dijo Paula—. No es más que una indigestión, pero de todas formas es imposible que cante esta noche.

—Me han envenenado.

—Sí, es la ptomaína no cabe duda —dijo Paula—. Quédese con él, Elisa, hasta que llegue el médico.

La cantante se llevó a Cowan fuera de la habitación.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

Cowan meneó la cabeza desesperado. La hora era muy avanzada para que pudiera venir nadie de Londres a ocupar el puesto de Roscari. *Lady* Rustonbury, que acababa de ser informada de la enfermedad de su huésped, acudió corriendo por el pasillo para reunirse con ellos. Su principal preocupación, al igual que Paula Nazorkoff, era el éxito de *Tosca*.

—Si hubiera otro cantante a mano —gemía la prima donna.

—¡Ah! —*Lady* Rustonbury lanzó un grito—. ¡Claro! Breón.

—¿Breón?

—Sí, Eduardo Breón, ya sabe, el famoso barítono francés. Vive cerca de aquí. Esta semana apareció publicada una fotografía de su casa en la revista semanal *Casas de Campo*. Es el hombre que necesitamos.

—Es como una respuesta a nuestra plegaria —exclamó Paula Nazorkoff—. Breón como Scarpia… le recuerdo muy bien. Era uno de sus mejores papeles. Pero ahora está retirado, ¿verdad?

—Yo lo traeré —dijo *lady* Rustonbury—. Déjenlo en mis manos.

Y siendo una mujer decidida ordenó en el acto que le prepararan el «Hispano Suiza». Diez minutos más tarde, el retiro campestre de *monsieur* Eduardo Breón se vio invadido por una agitada condesa. *Lady* Rustonbury, una vez tomaba una decisión, era una mujer muy obstinada, y sin duda Breón comprendió que no le quedaba otra cosa que hacer sino someterse. Además, hay que confesarlo, sentía debilidad por las condesas. Era un hombre de origen humilde, que había alcanzado la

cima gracias a su profesión, la cual le permitía codearse con duques y príncipes, cosa que siempre le satisfacía. No obstante, desde su retiro a aquel lugar olvidado del mundo, estaba descontento. Echaba de menos aquella vida de adulaciones y aplausos, y aquel condado inglés no le había reconocido con la prontitud que él hubiera esperado. Así que le halagó en extremo la petición de *lady* Rustonbury.

—Haré todo lo que pueda —le dijo sonriente—. Como ya sabe, no he cantado en público desde hace mucho tiempo. Ni siquiera tengo discípulos, sólo uno o dos como un gran favor. Pero vaya… puesto que el *signore* Roscari se halla indispuesto…

—Ha sido un golpe terrible —dijo *lady* Rustonbury.

—No es que sea un verdadero cantante —comentó Breón.

Y le explicó extensamente por qué no lo era. Al parecer no había habido ningún barítono que se distinguiese desde que se retiró Eduardo Breón.

—*Madame* Nazorkoff hará la *Tosca* —dijo *lady* Rustonbury—. La conoce, ¿verdad?

—Nunca me la han presentado —repuso Breón—. La oí cantar una vez en Nueva York. Una gran artista… tiene sentido del drama.

Lady Rustonbury sintióse aliviada… nunca sabe uno a qué atenerse con estos cantantes… tienen tan extraños celos y antipatías. Unos veinte minutos más tarde volvía a entrar en el castillo con aire triunfal.

—Le he traído —exclamó riendo—. El requerido señor Breón ha sido tan amable… nunca lo olvidaré.

* * *

Todos rodearon al francés y las frases de gratitud y aprecio fueron como incienso para él. Eduardo Breón, aunque estaba ya cerca de los sesenta, era todavía un hombre atractivo, alto y moreno, con una personalidad magnética.

—Veamos —dijo *lady* Rustonbury—. ¿Dónde está *madame*…? ¡Oh, ahí está!

Paula Nazorkoff no había tomado parte en la bienvenida general prodigada al artista francés. Y había permanecido sentada en una silla alta de roble junto a la sombra de la chimenea. Claro que no estaba el fuego encendido, puesto que la noche era calurosa y la cantante se abanicaba lentamente con un inmenso abanico hecho de palma. Tan ausente y apartada estaba, que *lady* Rustonbury temió que se hubiese ofendido.

—*Monsieur* Breón —le condujo hasta la cantante—. Dice usted que nunca le han presentado a *madame* Nazorkoff.

Con un último floreo del abanico que dejó a un lado, Paula Nazorkoff ofreció su mano al francés. Y al inclinarse éste sobre ella un ligero suspiro se escapó de labios de la *prima donna*.

—*Madame* —dijo Breón—, nunca hemos cantado juntos. ¡Es uno de los castigos de mi edad! Pero el azar ha sido bueno conmigo y ha acudido en mi ayuda.

Paula rió por lo bajo.

—Es usted demasiado amable, *monsieur* Breón. Cuando era todavía una pobre cantante desconocida, estuve sentada a sus pies. Su «Rigoleto»… ¡Qué arte, qué perfección! Nadie podría igualarle.

—¡Cielos! —exclamó Breón, simulando suspirar—. Mis días han terminado. Scarpia, Rigoleto, Radamés, Sharpless, cuántas veces los he representado, y ahora… nunca más.

—Sí… esta noche.

—Cierto, *madame*… Lo olvidaba. Esta noche.

—Ha cantado usted muchas *Toscas* —le dijo la Nazorkoff con arrogancia—, ¡pero nunca conmigo!

El francés se inclinó.

—Será un honor —dijo en tono bajo—. Es un gran papel, *madame*.

—Que requiere no sólo un cantante, sino una actriz —intervino *lady* Rustonbury.

—Cierto —convino Breón—. Recuerdo que una vez en Italia, cuando era joven, solía ir a un teatro de Milán un poco apartado. La butaca me costaba sólo un par de liras, pero aquella noche oí a una cantante tan buena como pudiera oír en el Metropolitan Opera House de Nueva York. Una jovencita cantó *Tosca*, como un ángel. Nunca olvidaré su voz en «Vissi d’Arte», su claridad, su pureza. Pero carecía de fuerza dramática.

Paula Nazorkoff asintió.

—Eso se adquiere después —dijo sin alterarse.

—Cierto. Esa joven se llamaba Bianca Capelli… y yo me interesé por su carrera. Gracias a mí tuvo oportunidad de mejores contratos, pero era tonta… lamentablemente tonta.

Se alzó de hombros.

—¿Por qué era tonta?

Era Blanche Amery, la hija de veinticuatro años de *lady* Rustonbury quien había hablado. Una joven esbelta de grandes ojos azules.

El francés volvióse cortésmente hacia ella.

—¡Cielos! *Mademoiselle* se enamoró de un individuo de baja estofa, un rufián miembro de la Camorra. Él se vio complicado con la policía y le condenaron a muerte; ella vino a suplicarme que hiciera algo por salvar a su amante.

Blanche Amery le contemplaba interesada.

—¿Y le ayudó usted? —preguntó sin aliento.

—¿Qué podía hacer yo, *mademoiselle*? ¿Un extranjero en el país?

—Podía tener influencias —sugirió la Nazorkoff con su voz profunda y vibrante.

—De haberlas tenido, dudo que las emplease. Aquel hombre no lo merecía. Hice cuanto pude por la muchacha.

Sonrió, y su sonrisa dio la impresión a la joven inglesa que ocultaba algo desagradable, y comprendió que en aquel momento sus palabras no reflejaban sus pensamientos.

—Hizo lo que pudo por ella —dijo la Nazorkoff—. Fue muy amable y ella se lo agradecería, ¿verdad?

El francés se alzó de hombros.

—El hombre fue ejecutado —explicó—, y ella entró en un convento. ¡Eh, *voilá*! El mundo ha perdido una cantante.

Paula Nazorkoff rió por lo bajo.

—Nosotros los rusos somos más mudables —dijo en tono ligero.

Blanche Amery estaba mirando casualmente a Cowan cuando la cantante pronunció estas palabras y vio su gesto de asombro y cómo entreabría los labios para hablar, siendo acallado por una mirada de advertencia de Paula.

El mayordomo apareció en la puerta.

—Ya está la cena —dijo *lady* Rustonbury poniéndose en pie—. Pobrecitos, qué pena me dan ustedes, debe ser terrible pasar hambre antes de cantar. Pero luego se les dispondrá una espléndida cena.

—Esperemos —dijo Paula Nazorkoff, riendo suavemente—. Hasta después.



En el interior del teatro, el primer acto de *Tosca* acababa de llegar a su fin. El público empezó a moverse haciendo comentarios. Sus majestades, encantadoras y graciosas, ocupaban tres butacas forradas de terciopelo de la primera fila. Todo el mundo hablaba en voz baja, pues la impresión general era que en el primer acto, Paula Nazorkoff apenas había estado a la altura de su gran fama. La mayoría no comprendían que en aquello la cantante demostraba su arte, ahorrando en el primer acto su voz y su persona. Hizo de la *Tosca* una figura frívola, ligera, jugando con el amor, coqueta, celosa y exigente. Breón, aunque la gloria de su voz había perdido vigor, todavía supo representar magníficamente al cínico Scarpia, sin que nada descubriera al decrépito libertino en la representación de su papel. Hizo de Scarpia una figura atrayente, casi benévola, dejando entrever ligeramente la sutil malevolencia que ocultaba su aspecto externo. En el último pasaje, con el órgano y la procesión, cuando Scarpia permanece absorto en sus pensamientos tramando un plan para conquistar a Tosca, Breón desplegó unas tablas maravillosas. Ahora el telón se alzó para dar paso al segundo acto. La escena ocurría en las habitaciones de Scarpia.

Esta vez, al aparecer Tosca en escena, se hizo patente su arte dramático. Allí era una mujer presa de terror, y representó su papel con la seguridad de una actriz consumada. ¡Su saludo a Scarpia, su indiferencia, sus sonrisas al contestarle! En esta escena, Paula Nazorkoff actuaba con sus ojos, moviéndose con gran lentitud y dejando su rostro sonriente e impasible. Sólo sus ojos que no cesaban de dirigir terribles miradas a Scarpia traicionaban sus verdaderos sentimientos, y así fue continuando la historia, la escena de tortura, el derrumbamiento de la compostura de Tosca y su completo abandono al caer a los pies de Scarpia suplicando en vano su

clemencia. Lord Leconmere, buen entendido en música, hizo un gesto de aprobación, y un embajador extranjero sentado a su lado murmuró:

—Esta noche la Nazorkoff se supera a sí misma. No existe ninguna otra mujer que se abandone en la escena como ella.

Leconmere asintió.

Ahora Scarpia exige su precio y Tosca, horrorizada, corre hacia la ventana huyendo de él. Se oye el lejano batir de los tambores y Tosca se arroja desfallecida sobre el sofá. Scarpia, de pie junto a ella, relata cómo su gente es llevada al patíbulo… y luego silencio, y de nuevo el lejano batir de los tambores. La Nazorkoff continúa tendida en el sofá con la cabeza colgando hacia atrás, casi tocando el suelo y oculta por sus cabellos. Entonces, en exquisito contraste con la pasión violenta de los últimos veinte minutos, su voz vuelve a surgir, alta y pura, la voz, como dijera a Cowan, de un niño o de un ángel.

Vissi d'arte, vissi d'amore, no feci mai male ad anima vival.
Con man furtiva quante miseria conobbi, aiutai.

Era la voz de un niño intrigado, o extasiado. Luego una vez más vuelve a arrodillarse implorante para suplicar, hasta el instante en que entra Spoletta. Tosca, agotada, accede, y Scarpia pronuncia las palabras fatales de doble sentido. Spoletta parte de nuevo, y entonces llega el momento dramático en que Tosca, alzando una copa de vino en su mano temblorosa, coge un cuchillo de encima de la mesa y lo oculta tras ella.

Breón se levanta y va hacia Tosca inflamado de pasión. ¡*Tosca finalmente mía*! Los focos hicieron brillar el cuchillo mientras Tosca murmuraba su grito de venganza:

—*Questo e il baccio di Tosca*! (Así es como besa Tosca).

Paula Nazorkoff nunca había representado con tal propiedad el acto de venganza de Tosca. El último susurro fiero *Mouri dannato* y luego con voz extraña que llenó el teatro dijo:

—*Or gli perdono*! (Ahora te perdono).

La suave melodía fúnebre empieza a sonar mientras Tosca realiza el ceremonial, colocando un candelabro a cada lado de la cabeza de Scarpia y un crucifijo sobre su pecho, y luego se detiene largamente en la puerta mirando hacia atrás para contemplar su obra, mientras se vuelven a oír los tambores y cae el telón.

Esta vez el público fue presa de verdadero entusiasmo, pero duró poco… Alguien salió de entre bastidores para hablar con lord Rustonbury. Este último se levantó, y después de un par de minutos de consulta, se volvió para llamar a *sir* Donald Clathorp, un médico eminente. Pronto circuló la verdad entre el público. Algo había

ocurrido… un accidente… y alguien estaba gravemente herido. Uno de los cantantes apareció ante el telón, y explicó que el señor Breón había sufrido un accidente… y la ópera no podía continuar. Otra vez comenzaron los rumores. Breón había sido apuñalado, la Nazorkoff había perdido la cabeza, representando su papel tan a lo vivo que había apuñalado realmente al hombre que cantaba con ella. Lord Leconmere, mientras hablaba con su amigo el embajador, sintió que le tocaban en el brazo y al volverse pudo mirarse en los resplandecientes ojos de Blanche Amery.

—No fue un accidente —dijo la joven—. Estoy segura de que no ha sido un accidente. ¿No oyó usted poco antes de cenar, esa historia que él contaba de una joven italiana? Esa joven era Paula Nazorkoff. Poco después, al decir ella que era rusa, vi que el señor Cowan se extrañaba. Tal vez haya adoptado un nombre ruso, pero él sabe perfectamente que es italiana.

—Mi querida Blanche —dijo Leconmere.

—Le digo que estoy segura. En su habitación tiene una revista abierta por la página donde aparece la fotografía de la casa de campo del señor Breón. Ella lo sabía antes de venir aquí. Y creo que le dio algo a ese pobre italiano para que se pusiera enfermo.

—Pero ¿por qué? —exclamó lord Leconmere—. ¿Por qué razón?

—¿No lo comprende? Es la historia de *Tosca* que se repite. Él quiso conquistarla en Italia, pero ella fue fiel a su amante, y acudió a él para que le salvara, y él simuló hacerlo, pero en vez de eso le dejó morir. Y ahora al fin ha conseguido vengarse. ¿No oyó usted cómo susurraba *Yo soy Tosca*? Y yo vi el rostro de Breón cuando ella lo dijo, y entonces… la reconoció.

En su camerino, Paula Nazorkoff permanecía sentada e inmóvil, cubierta por una capa de armiño, cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo la *prima donna*.

Entró Elisa sollozando.

—¡*Madame*, *madame*, está muerto! Y…

—Sigue…

—*Madame*, ¿cómo decírselo? Hay dos caballeros que son de la policía y quieren hablar con usted.

Paula Nazorkoff se puso en pie irguiéndose en toda su estatura.

—Yo iré a verles —dijo tranquila.

Y quitándose el collar de perlas que rodeaba su cuello, lo puso en manos de la muchacha.

—Esto es para ti, Elisa, has sido una buena chica. No voy a necesitarlas a donde me llevan ahora. ¿Comprendes, Elisa? *No volveré a cantar Tosca*.

Se detuvo un momento junto a la puerta, mientras sus ojos recorrían el camerino, como si recordara sus treinta años de carrera artística. Luego entre dientes, y sin alzar la voz, pronunció la última frase de otra ópera:

La comedia e finita!

En un espejo

(In a Glass Darkly).

No puedo explicar esta historia. No tengo ninguna teoría respecto al cómo y al porqué de ella. Sencillamente… sucedió.

De todos modos, me pregunto algunas veces cómo se hubieran desarrollado las cosas si hubiera notado entonces aquel detalle esencial que no observé hasta muchos años más tarde. Si lo hubiera notado… bueno, creo que el rumbo de tres vidas hubiera cambiado por completo. En cierto sentido, es ésta una idea sobrecogedora.

Para relatar el principio de la historia tengo que retroceder al verano de 1914, inmediatamente antes de la guerra, cuando fui con Neil Carslake a Badgeworthy. Creo que Neil era mi mejor amigo. Conocía también a su hermano Alan, pero no tanto. A Sylvia, su hermana, no la conocía. Era dos años más joven que Alan y tres más que Neil. En dos ocasiones, cuando estábamos juntos en el colegio, debía haber ido a pasar parte de las vacaciones a Badgeworthy con Neil; pero en las dos ocasiones algo lo había impedido. Y así se dio el caso de que hasta los veintitrés años no llegué a ver la casa de Neil y de Alan.

Íbamos a reunirnos muchos. Sylvia, la hermana de Neil, acababa de formalizar su compromiso con un individuo llamado Charles Crawley. Crawley era, según me había dicho Neil, mucho mayor que ella, pero un hombre honrado a carta cabal y bastante adinerado.

Recuerdo que llegamos a eso de las siete de la tarde. Todos estaban en sus habitaciones, vistiéndose para la cena. Neil me llevó a mi cuarto. Badgeworthy era una casa antigua, atractiva y de construcción irregular. Durante los últimos tres siglos la habían ido ampliando y estaba llena de peldaños que subían o bajaban y de escaleras inesperadas. Era una de esas casas en las que no es muy fácil orientarse. Recuerdo que Neil me prometió pasar a recogerme al bajar al comedor. Me sentía un poco tímido ante la idea de conocer a su familia. Recuerdo que dije, riendo, que aquélla era una casa donde uno esperaba encontrarse con fantasmas en los pasillos, y él contestó, sin darle importancia, que se decía que los había, pero que ninguno de ellos los había visto y que ni siquiera sabía qué forma se le atribuía a los fantasmas de Badgeworthy.

Luego salió y yo me puse a revolver en las maletas en busca de mi ropa de etiqueta. Los Carslake no eran ricos; se aferraban a su vieja casa, pero no había criados que sirvieran a los invitados y deshicieran sus equipajes.

Pues bien: había llegado a la fase de hacerme la corbata. De pie, frente al espejo, podía verme la cara y los hombros, y detrás de ellos la pared de la habitación (un trozo liso de pared, interrumpido en el centro por una puerta), y en el momento en que había logrado hacer el nudo observé que la puerta estaba abriéndose.

No sé por qué no giré en redondo; creo que eso hubiera sido lo natural; pero el caso es que no lo hice. Me quedé mirando cómo la puerta se abría lentamente y, al irse abriendo, pude ver el cuarto contiguo al que yo ocupaba.

Era un dormitorio mayor que el mío, con dos camas, y, de pronto, contuve la respiración.

Porque al pie de una de las camas había una chica y alrededor de su cuello un par de manos de hombre, y el hombre la iba echando hacia atrás, poco a poco, apretándole la garganta al hacerlo, de modo que la chica estaba asfixiándose lentamente.

No había la menor posibilidad de error. Lo que veía era clarísimo. Se estaba cometiendo un asesinato. Podía ver con claridad la cabeza de la chica; su cabello, de un dorado intenso; el terror agonizante de su hermoso rostro, que lentamente se iba inundando de sangre. Al hombre sólo podía verle la espalda, las manos y una cicatriz que le bajaba por el lado izquierdo de la cara hacia el cuello.

Se tarda algo en contarlo, pero, en realidad, sólo pasé unos segundos contemplando atónito la escena. Luego giré en redondo para salvarla…

Y en la pared que había a mi espalda, en la pared reflejada en el espejo, no había más que un gran armario antiguo de caoba. Ni puerta abierta, ni escena violenta. Giré de nuevo hacia el espejo. El espejo reflejaba tan sólo el armario…

Me pasé las manos por los ojos. Luego crucé la habitación en dos zancadas y traté de empujar el armario. Y en aquel momento entró Neil por la otra puerta, la del pasillo, y me preguntó qué diablos intentaba hacer.

Debió de creer que estaba un poco chiflado cuando me volví hacia él y le pregunté si había una puerta detrás del armario. Dijo que sí, que había una puerta que conducía al cuarto contiguo. Le pregunté quién ocupaba el cuarto, y dijo que un matrimonio llamado Oldham, el comandante Oldham y su esposa. Le pregunté entonces si *mistress* Oldham era muy rubia, y al contestarme él secamente que era morena, empecé a darme cuenta de que debía de estar haciendo el ridículo. Me rehice, di una explicación poco convincente y bajamos la escalera juntos. Me dije que debía de haber sufrido una especie de alucinación y me sentí avergonzado y un poco tonto.

Y entonces…, entonces… Neil dijo: «Mi hermana Sylvia», y vi delante de mí el rostro encantador de la chica a quien estaban asfixiando…, y me presentaron a su novio, un hombre alto, moreno, con una cicatriz en el lado izquierdo de la cara.

Bueno; ahí lo tienen ustedes. Me gustaría que meditaran la cuestión y me dijeran qué hubieran hecho en mi lugar. Allí estaba la chica, exactamente la misma chica, y allí estaba el hombre a quien yo había visto estrangularla, y se iban a casar dentro de un mes aproximadamente…

¿Sería o no aquello una visión profética del futuro? ¿Volverían allí Sylvia y su marido algún día, les darían aquella habitación (la mejor habitación de invitados), y la escena que yo acababa de presenciar tendría lugar en la realidad?

¿Qué iba a hacer yo? ¿Podía hacer algo? ¿Podría alguien creer mi historia? ¿Me creería Neil, la chica misma?

Durante la semana que pasé allí le estuve dando vueltas al asunto una y otra vez. ¿Hablaría o no hablaría? Y casi enseguida surgió otra complicación. Porque me enamoré de Sylvia Carslake en el mismo momento en que la vi por primera vez… La quería más que nada en el mundo… Y eso, en cierto modo, ataba mis manos.

Y, sin embargo, si no decía nada, Sylvia se casaría con Charles Crawley y Crawley la mataría…

Por fin, el día antes de marcharme se lo conté todo bruscamente. Le dije que suponía que me iba a creer mal de la cabeza o algo por el estilo, pero le juré solemnemente que había visto la escena tal y como se la había contado, y que estando decidida a casarse con Crawley debía conocer mi extraña visión.

Me escuchó en silencio. En sus ojos había una expresión que no comprendí. No se enfadó en absoluto. Cuando terminé, se limitó a darme gravemente las gracias. Yo repetía una y otra vez, como un idiota:

—Lo he visto. De verdad, lo he visto.

Y ella dijo:

—Estoy segura de que lo has visto, si tú lo dices. Te creo.

Bien; el resultado fue que me marché sin saber si había obrado bien o si había hecho el tonto, y una semana después Sylvia rompía su compromiso con Charles Crawley.

Después de eso vino la guerra y no hubo mucho tiempo para pensar en nada más. Una o dos veces, estando de permiso, encontré casualmente a Sylvia, pero la evité en la medida de lo posible.

La quería y la necesitaba tanto como antes, pero me parecía que no sería jugar limpio. Había sido por mí por lo que había roto su compromiso con Crawley y no dejaba de repetirme a mí mismo que para justificar tal acción tenía que mantener una actitud puramente desinteresada.

En 1916 murió Neil y me tocó a mí relatarle a Sylvia sus últimos momentos. Después de eso no podíamos continuar tratándonos con cumplidos. Sylvia había querido muchísimo a su hermano y Neil había sido mi mejor amigo. Estaba encantadora, adorable en su dolor. Me costó gran esfuerzo callar y me marché, deseando que una bala acabara con todo. La vida sin Sylvia no valía la pena de ser vivida.

Pero ninguna bala llevaba mi nombre. Una me pasó rozando por debajo de la oreja derecha y a otra la desvió una pitillera que tenía en el bolsillo, pero salí incólume. Charles Crawley murió en acción a principios de 1915.

En cierto modo, eso cambió algo las circunstancias. Volví a Inglaterra en el otoño de 1918, cuando iba a firmarse el Armisticio; fui inmediatamente a ver a Sylvia y le dije que la quería. No tenía muchas esperanzas de que me quisiera enseguida, y

cuando me preguntó por qué no se lo había dicho antes, me quedé que si me pinchan no sangro. Farfullé algo sobre Crawley y ella dijo:

—Pero ¿por qué crees que terminé con él?

Y me contó que, igual que me había pasado a mí con ella, se había enamorado de mí en el momento de conocerme.

Le dije que había creído que había roto su compromiso a causa de la historia que le había contado, y ella se rió y dijo que si una mujer quería a un hombre no iba a ser tan cobarde. Volvimos a hablar de aquella visión mía y estuvimos de acuerdo en que era muy extraña y nada más.

No hay mucho que contar de la temporada siguiente. Sylvia y yo nos casamos y éramos felices. Pero no tardé en darme cuenta de que yo no estaba hecho para ser un marido modelo. Quería muchísimo a Sylvia, pero tenía celos, unos celos absurdos, de cualquiera a quien ella le sonriera simplemente. Al principio, eso la divertía. Hasta creo que le gustaba. Demostraba, por lo menos, cuánto la quería.

En cuanto a mí, me daba perfecta cuenta de que no sólo estaba haciendo el ridículo, sino poniendo en peligro la paz y la felicidad de nuestra vida en común. Ya digo que lo comprendía, pero no podía cambiar. Siempre que Sylvia recibía una carta y no me la mostraba, me preguntaba de quién sería. Si reía hablando con un hombre, quienquiera que fuese, me ponía sombrío y en guardia acto seguido.

Como ya he dicho, al principio Sylvia se reía de mí. Le parecía una cosa muy graciosa. Después ya no le hacía tanta gracia. Y, por último, no le hacía gracia ninguna.

Y lentamente empezó a alejarse de mí. Me cerró las puertas de su espíritu. Ya no sabía cuáles eran sus pensamientos. Estaba cariñosa conmigo, pero triste, como si se hallara muy lejos.

Poco a poco comprendí que ya no me quería. Su amor por mí había muerto y yo lo había matado…

Entonces apareció Derek Wainwright. Él tenía todo lo que a mí me faltaba. Era inteligente y hablaba con agudeza. Era apuesto, además, y, no tengo más remedio que reconocerlo, un chico excelente. Enseguida que lo vi, me dije:

«Este nombre parece hecho para Sylvia…».

Ella luchó. Sé que luchaba…, pero no la ayudé. No podía. Me había atrincherado en mi sombría y melancólica reserva. Sufría lo indecible y no podía mover un dedo para salvarme. No la ayudé. Incluso empeoré las cosas. Un día me desaté con ella, le dije una serie de barbaridades injustificables. Estaba como loco de celos y de dolor. Las cosas que dije eran crueles y falsas y las decía a sabiendas de que lo eran. Experimentaba un placer feroz en decirlas…

Recuerdo cómo Sylvia enrojeció, retrocedió…

La llevé al límite de su resistencia.

Recuerdo que dijo:

—Esto no puede continuar…

Cuando volví a casa aquella noche, la casa estaba vacía…, vacía. Había dejado una nota, al modo clásico.

En ella me decía que me dejaba para siempre. Se marchaba a Badgeworthy, a pasar allí uno o dos días. Después se iba junto a la persona que la quería y la necesitaba. Tenía que considerar aquello como el fin.

Creo que hasta entonces no había creído realmente mis propias sospechas. El ver por escrito la confirmación de mis temores me volvió completamente loco. Salí corriendo tras ella a la máxima velocidad que pude sacar al coche.

Recuerdo que acababa de cambiarse para cenar cuando entré en su habitación como una tromba. Todavía puedo ver su cara, sorprendida, asustada, hermosa…, sus ojos brillantes.

—Nadie te conseguirá —dije yo—. Nadie.

Y cogí su garganta y apreté, echándola hacia atrás lentamente.

Y de pronto vi reflejada nuestra imagen en el espejo. Yo estrangulando a Sylvia, que se asfixiaba, y la cicatriz de mi mejilla, donde la bala la había rozado, debajo de la oreja derecha.

No, no la maté. Aquella revelación repentina me paralizó y mis manos aflojaron la presión y la dejé caer al suelo…

Y entonces me vine abajo y ella me consoló… Sí, me consoló…

Le conté todo y ella me dijo que con la frase «la persona que me quiere y me necesita», a quien se refería era a su hermano Alan… Aquella noche nos comprendimos y desde aquel momento nunca volvimos a distanciarnos en discusiones.

Es muy aleccionador ir por la vida con el pensamiento de que, de no haber sido por la gracia de Dios y por un espejo, uno podría ser un asesino…

Pero una cosa murió aquella noche: el demonio de los celos, que me había poseído cruelmente durante tanto tiempo…

Sin embargo, algunas veces me paro a considerar en lo que hubiera ocurrido de no haber cometido aquel error inicial: creer que la cicatriz estaba en la mejilla *izquierda*, cuando en realidad estaba en la *derecha*, devolviéndola el espejo invertida… ¿Hubiera estado tan seguro de que aquel hombre era Charles Crawley? ¿Hubiera advertido a Sylvia? ¿Se hubiera casado ella conmigo, o con él?

¿O acaso el pasado y el futuro serán realmente uno mismo?

Soy un hombre sencillo y no pretendo comprender estas cosas, pero lo que vi, lo vi, y, a consecuencia de lo que vi, Sylvia y yo, para decirlo con la frase tradicional, estamos juntos hasta que la muerte nos separe. Y puede que hasta más allá…

La casa de sus sueños

(The House of Dreams).

«La casa de sus sueños» se publicó por primera vez en Sovereign Magazine en enero de 1926. El relato es una versión revisada de «The House of Beauty», que Agatha Christie escribió poco antes de la Primera Guerra Mundial e identificó en su autobiografía como «lo primero que escribí que permitía albergar ciertas esperanzas». Si bien el relato original era confuso y en exceso morboso, «La casa de sus sueños» presenta considerables afinidades con las amenazadoras historias de fantasmas de la época eduardiana, en particular las de E. F. Benson. Es mucho más claro y menos introspectivo que el relato original, corregido a fondo por Agatha Christie antes de su publicación: para desarrollar los dos personajes femeninos atenuó la espiritualidad de Allegra y perfiló mejor el papel de Maisie. Un tema semejante se explora en «The Cali of Wings», otro relato de su primera etapa, recogido en Poirot infringe la ley (1933). En 1938 Agatha Christie reflexionó sobre «The House of Beauty», recordando que «concebirlo había sido agradable y escribirlo en extremo tedioso», pero que la semilla estaba ya sembrada: «Me aficioné cada vez más a ese pasatiempo. Si un día estaba ociosa, sin mucho que hacer, pensaba un relato. Siempre tenían finales tristes y a veces elevados sentimientos morales». Un importante estímulo en aquellos primeros años fue un vecino de Dartmoor, Edén Phillpotts, famoso novelista y amigo de la familia, que aconsejó a Christie —por entonces Agatha Miller— respecto a sus relatos y le recomendó la lectura de escritores cuyo estilo y vocabulario podían servirle de inspiración. Tiempo después, cuando su propia fama había eclipsado la de él, Agatha Christie reconoció que Phillpotts le había mostrado el tacto y la solidaridad necesarios para que un joven autor no pierda la confianza en sí mismo: «Me admira la comprensión con que me brindaba sólo aliento y se abstenía de criticarme». Al morir Phillpotts en 1960, Agatha Christie escribió: «Por su bondad conmigo cuando yo era joven y empezaba a escribir, nunca le estaré suficientemente agradecida».

Ésta es la historia de John Segrave: de su vida, que fue insatisfactoria; de su amor, no correspondido; de sus sueños, y de su muerte. Y si en estos últimos encontró lo que en aquéllos le había sido negado, podría considerarse que en suma disfrutó de una vida venturosa. ¿Quién sabe?

La familia de John Segrave andaba de capa caída desde hacía un siglo. Sus antepasados habían sido ricos hacendados desde la época isabelina, pero no quedaban ya más tierras por vender. Se había juzgado oportuno que al menos uno de los hijos se instruyese en el provechoso arte de amasar fortuna. Una involuntaria ironía del destino quiso que fuese John el elegido.

Viendo su boca peculiarmente sensual y sus ojos garzos y alargados, apenas dos rendijas que le conferían un aire de elfo o fauno, de criatura montaraz salida de los

bosques, resultaba incomprensible que fuese él la ofrenda, el sacrificio en el altar de las finanzas. El olor de la tierra, el sabor del salitre en los labios, el cielo raso sobre la cabeza… ésas eran las cosas que John Segrave más quería, y a las que debía decir adiós.

A los dieciocho años entró como joven empleado en una importante compañía. Siete años más tarde seguía siendo empleado, ya no tan joven pero con idéntica categoría. Su modo de ser no incluía la facultad de «prosperar en la vida». Era puntual, voluntarioso, diligente… un empleado y nada más que un empleado.

Y sin embargo podría haber sido… ¿qué? Él mismo era incapaz de responder a esa pregunta, pero tenía la firme convicción de que en alguna parte existía una vida en la que su presencia sería digna de consideración. Poseía una fuerza, una rapidez de percepción, una cualidad indefinida que sus compañeros de fatigas no imaginaban siquiera. Les caía bien. Despertaba simpatía por su despreocupada cordialidad, y nadie reparaba en el hecho de que excluía a los demás de cualquier forma de verdadera intimidad, aunque, eso sí, con igual despreocupación.

El sueño se presentó de manera súbita. No era una fantasía infantil aumentada y desarrollada a lo largo de los años. Lo asaltó una noche a mediados de verano, o para ser más exactos ya de madrugada. John Segrave se despertó estremecido e intentó denodadamente retenerlo mientras se esfumaba, escurriéndosele entre los dedos con la evanescencia propia de los sueños.

Se aferró a él con desesperación. No debía dejarlo escapar. No debía. Debía fijar aquella casa en su memoria. Era la casa, sin duda. La casa que tan bien conocía. ¿Era una casa real o existía únicamente en sus sueños? No lo recordaba; pero desde luego la conocía, la conocía muy bien.

La luz tenue y gris del alba se filtraba en la habitación. La quietud era extraordinaria. A las cuatro y media de la mañana Londres, el cansado Londres, hallaba un breve instante de paz.

John Segrave permaneció inmóvil, arrebujado en su júbilo, en la exquisita belleza del prodigioso sueño. ¡Con qué habilidad había conseguido grabárselo en la mente! Por norma, los sueños pasaban de manera fugaz, se desvanecían mientras uno, con la gradual conciencia del despertar, trataba de atraparlos y detenerlos con sus torpes manos. Pero él había sido más rápido que aquel sueño. Lo había asido cuando se deslizaba velozmente ante él.

Era un sueño fuera de lo común. Aparecía la casa y… Un sobresalto interrumpió sus cavilaciones, pues al pararse a pensar cayó en la cuenta de que nada recordaba aparte de la casa. Y de pronto, con un asomo de decepción, descubrió que en realidad no conocía aquella casa. Ni siquiera había soñado antes con ella.

Era una casa blanca, construida en lo alto de un promontorio. Se veían árboles alrededor y colinas azules a lo lejos; pero su peculiar encanto no residía en el paisaje, puesto que (y ahí estaba la clave, el clímax del sueño) era una casa preciosa,

singularmente preciosa. Se le aceleró el corazón al revivir de nuevo la insólita belleza de la casa.

El exterior, por supuesto, ya que nunca había estado dentro. A ese respecto no había duda, la menor duda.

Luego, a medida que cobraban forma los lóbregos contornos de su habitación de alquiler, experimentó la desilusión del soñador. Quizá, después de todo, el sueño no había sido tan prodigioso, ¿o acaso la parte prodigiosa, la parte esclarecedora, se le había escapado, mofándose de sus vanos esfuerzos por aprehenderla? Una casa blanca, en lo alto de un promontorio… Aparentemente no había en eso motivo alguno para tanto entusiasmo. Era una casa grande, recordaba, con muchas ventanas, y todas las persianas bajadas no porque sus moradores se hubiesen marchado (de eso estaba seguro), sino porque era tan temprano que nadie se había levantado aún.

De pronto se rió del sinsentido de sus imaginaciones y recordó que esa noche tenía que cenar con el señor Wetterman.

Maisie Wetterman era la única hija de Rudolf Wetterman y estaba acostumbrada a conseguir todo cuanto quería. En una visita al despacho de su padre se había fijado en John Segrave. A petición de su padre, el joven había entrado unas cartas. Cuando salió, Maisie preguntó por él a su padre. Wetterman le habló con franqueza.

—Es hijo de *sir* Edward Segrave. Una familia de alcurnia, pero ida a menos. Este muchacho nunca llegará a nada. Yo lo aprecio, pero es un cero a la izquierda. Le falta empuje.

Quizá a Maisie el empuje la traía sin cuidado. Era una cualidad a la que su progenitor atribuía más valor que ella. Fuera como fuese, quince días después convenció a su padre de que invitase a John Segrave a cenar. Sería una cena íntima: Maisie, su padre, John Segrave y una amiga que pasaba una temporada en casa con ella.

La amiga no pudo reprimir ciertos comentarios.

—Supongo, Maisie, que tienes derecho a devolución. Después, si estás satisfecha de la adquisición, tu padre lo envolverá para regalo y se lo traerá a su querida hijita, comprado y pagado como debe ser.

—¡Allegra, eres el colmo!

Allegra Kerr se echó a reír.

—Maisie, no te privas de ningún capricho, bien lo sabes. Me gusta ese sombrero, me lo quedo. Si puede hacerse con los sombreros, ¿por qué no con los maridos?

—No digas tonterías. Apenas he hablado con él todavía.

—No. Pero ya has tomado una decisión —repuso Allegra—. ¿Qué ves en él, Maisie?

—No lo sé —dijo pausadamente Maisie Wetterman—. Es… distinto.

—¿Distinto?

—Sí. No sabría explicártelo. A su manera es apuesto, sí, pero no se trata de eso. Cuando estás ante él, parece no verte. A decir verdad, no creo que me mirase siquiera el otro día en el despacho de mi padre.

Allegra volvió a reír.

—Ése es un truco muy viejo. Un joven astuto, diría yo.

—¡Allegra, eres odiosa!

—Anímate, querida. Papá se encargará de traerle un manso corderito a su pequeña Maisie.

—No es ese mi deseo.

—El amor con mayúsculas, ¿eso es lo que esperas? —preguntó Allegra.

—¿Por qué no iba a enamorarse de mí?

—Por nada en particular. Ojalá se enamore.

Allegra sonrió y observó a su amiga de arriba abajo. Maisie Wetterman era una muchacha de corta estatura, tirando a rellena, y cabello castaño cortado a lo *garçon* y artísticamente ondulado. Los colores de moda en polvos y carmín realzaban su excelente cutis. Tenía la boca proporcionada y los dientes regulares, los ojos pequeños y chispeantes, y la barbilla quizá un poco pronunciada. Vestía con buen gusto.

—Sí —añadió Allegra una vez concluido su escrutinio—. Estoy convencida de que se enamorará. En conjunto causas un efecto francamente bueno, Maisie.

Maisie la miró con escepticismo.

—Lo digo en serio —aseguró Allegra—. Lo digo en serio, palabra de honor. Pero supón por un momento que eso no ocurre; que se enamore quiero decir. Supón que llega a sentir por ti un afecto sincero pero platónico. Entonces, ¿qué?

—Puede que no me guste cuando lo conozca mejor.

—Es posible. Sin embargo también podría ser que te gustase mucho más. Y en tal caso…

Maisie se encogió de hombros.

—Espero tener orgullo suficiente…

—El orgullo —la interrumpió Allegra— sirve para disimular los sentimientos, no para evitarlos.

—En fin, no veo razón para no admitirlo —contestó Maisie, ruborizada—: soy un buen partido. Desde su punto de vista, claro; la hija de su padre y esas cosas.

—Una futura participación en el negocio y todo eso —dijo Allegra—. Sí, Maisie; eres hija de tu padre, de eso no hay duda. Me complace oírte hablar así. Me encanta que mis amigos se comporten como es propio de ellos.

El ligero tono de burla molestó a Maisie.

—Eres detestable, Allegra.

—Pero estimulante, querida. Por eso me acoges en tu casa. Me interesa la historia, como tú sabes, y siempre me había intrigado el motivo por el cual se toleraba y de hecho se fomentaba la figura del bufón de la corte. Ahora que yo misma lo soy,

he conseguido por fin entenderlo. A algo tenía que dedicarme, y ése no es un mal papel. Ahí estaba yo, orgullosa y sin blanca, como la heroína de una novela rosa, bien nacida y mal educada. «¿Y ahora qué haré? Sabe Dios», dijo ella. Según observé, se tenía en gran estima a la consabida pariente pobre, siempre dispuesta a pasar sin fuego en la habitación y contenta de aceptar encargos y «ayudar a su querida prima Fulana de Tal». En realidad no la quiere nadie, excepto aquellos que no pueden permitirse criados y la tratan como a una esclava.

»Así que opté por el papel de bufón. Insolencia, franqueza, una pizca de ingenio de vez en cuando (no demasiado por temor a defraudar luego las expectativas de los demás), y detrás de todo eso una perspicaz observación de la naturaleza humana. A la gente le gusta oír lo horrible que es; por eso acude en tropel a escuchar a los predicadores. Y he tenido un gran éxito. Recibo continuas invitaciones. Puedo llevar una vida desahogada a costa de mis amigos, y me guardo bien de fingir gratitud.

—Eres única, Allegra. Hablas sin pensar.

—En eso te equivocas. Pienso mucho todo lo que digo. Mi aparente espontaneidad es siempre calculada. Tengo que andarme con cuidado. Este trabajo debe durarme mientras viva.

—¿Por qué no te casas? —preguntó Maisie—. Me consta que has tenido muchas ofertas.

Una expresión severa apareció de pronto en el rostro de Allegra.

—Nunca me casaré.

—Porque… —Maisie, mirando a su amiga, dejó la frase inacabada.

Allegra movió la cabeza en un breve gesto de asentimiento.

Se oyeron unas pisadas en la escalera. El mayordomo abrió la puerta y anunció:

—El señor Segrave.

John entró sin especial entusiasmo. No imaginaba por qué lo había invitado el viejo. Si hubiese podido librarse del compromiso, lo habría hecho. Aquella casa, con su sólida magnificencia y el suave pelo de sus alfombras, lo deprimía.

Una muchacha se acercó y le estrechó la mano. Recordaba vagamente haberla visto en el despacho de su padre.

—Mucho gusto, señor Segrave. Señor Segrave, la señorita Kerr. John salió súbitamente de su apatía. ¿Quién era esa otra joven? ¿De dónde había surgido? A juzgar por los ropajes ígneos que flotaban en torno a su cuerpo y las diminutas alas de Mercurio que coronaban su pequeña cabeza griega, se habría dicho que era un ser transitorio y fugaz, destacándose sobre el apagado fondo con un efecto de irrealidad. Al cabo de un momento entró Rudolf Wetterman, acompañado por los crujidos de su amplia y reluciente pechera. Sin mayores formalidades comenzaron a cenar.

Allegra Kerr conversó con su anfitrión. John Segrave tuvo que dedicar su atención a Maisie, pese a que no podía apartar de su pensamiento a la otra muchacha. Poseía un gran encanto, aunque era un encanto, pensó, más afectado que natural. Sin

embargo detrás de eso se percibía algo más, un fulgor trémulo, irregular, fluctuante, como los fuegos fatuos que antaño atraían a los hombres desde los pantanos.

Tuvo por fin ocasión de hablar con ella. Maisie transmitía a su padre un mensaje de algún amigo que había visto aquel día. Pero llegado el momento se sintió cohibido y la miró en silencio con expresión suplicante.

—Temas de sobremesa —dijo ella para romper el hielo—. Podemos comenzar por los teatros o con una de esas innumerables preguntas de apertura: «¿Le gusta a usted…?».

John se echó a reír.

—Y si descubrimos que a los dos nos gustan los perros o nos desagradan los gatos rubios —contestó—, se formará entre nosotros lo que llaman un «lazo afectivo».

—Sin duda —afirmó Allegra con fingida seriedad.

—Es una lástima, creo, ceñirse a un guión.

—Sin embargo eso pone la conversación al alcance de todos.

—Cierto —convino John—, pero con consecuencias desastrosas.

—Conviene conocer las reglas, aunque sólo sea para transgredirlas.

John sonrió.

—Supongo, pues, que usted y yo nos abandonaremos a nuestras particulares ocurrencias, aun a riesgo de sacar a la luz la genialidad, que es prima hermana de la locura.

Con un movimiento brusco y descuidado, la muchacha golpeó con la mano una copa de vino. La copa cayó al suelo y se rompió ruidosamente. Maisie y su padre dejaron de hablar.

—Lo siento mucho, señor Wetterman —se disculpó Allegra—. Ahora me dedico a tirar copas al suelo.

—Mi querida Allegra, no tiene la más mínima importancia, la más mínima.

Entre dientes, John Segrave masculló:

—Cristales rotos. Eso trae mala suerte. Ojalá… no hubiese ocurrido.

—No se preocupe —dijo Allegra—. ¿Cómo era aquella frase? «No es posible traer mala suerte al lugar donde la mala suerte habita».

Allegra se volvió de nuevo hacia Wetterman. John, reanudando la conversación con Maisie, trató de situar la cita. Por fin lo consiguió. Eran las palabras pronunciadas por Sieglinde en *Las valquirias* cuando Siegmund propone abandonar la casa.

«¿Ha querido decir…?», pensó John.

Pero Maisie le preguntaba ya su opinión sobre la última revista musical. Poco antes John había admitido su afición por la música.

—Después de la cena pediremos a Allegra que toque un rato —sugirió Maisie.

Pasaron al salón todos juntos, hombres y mujeres, costumbre que Wetterman, en secreto, consideraba incivilizada. Él prefería la ceremoniosa solemnidad del ofrecimiento de cigarros y la botella de vino circulando de mano en mano. Pero quizá

aquella noche fuese mejor así. No imaginaba de qué demonios podría hablar con el joven Segrave. Maisie estaba excediéndose con sus caprichos. Aquel tipo no era precisamente atractivo —atractivo de verdad— y menos aún simpático. Sintió alivio cuando Maisie pidió a Allegra que tocase algo. Así la velada no se prolongaría tanto. Aquel joven idiota ni siquiera jugaba al *bridge*.

Allegra tocaba bien, aunque sin la seguridad de un profesional. Interpretó música moderna: Debussy, Strauss y un poco de Scriabin. A continuación ejecutó el primer movimiento de la Sonata patética de Beethoven, esa expresión de dolor infinito, de un pesar tan inmenso y eterno como el tiempo, que sin embargo destila de principio a fin el ánimo de quien no acepta la derrota, y en la majestuosidad de esa perpetua aflicción avanza con el ritmo del conquistador hacia su sino.

En los últimos compases Allegra vaciló, tocó un acorde disonante y se interrumpió bruscamente. Miró a Maisie y rió con una mueca burlona.

—Como ves, no me dejan en paz —dijo.

De inmediato, sin esperar respuesta a su enigmático comentario, acometió una melodía extraña e inquietante de misteriosos acordes y curioso compás, distinta de cualquier otra música que Segrave hubiese oído hasta entonces. Era delicada como el vuelo de un pájaro suspendido en el aire. De pronto, sin transición previa, se convirtió en una confusa sucesión de notas discordantes, y Allegra, riendo, se levantó y se apartó del piano.

Pese a su risa, se la notaba alterada, casi asustada. Se sentó junto a Maisie, y John oyó susurrar a ésta:

—No deberías hacerlo. En serio, no deberías.

—¿Qué era eso último? —preguntó John con vivo interés.

—Una composición mía —contestó Allegra con tono seco y cortante.

Wetterman cambió de tema.

Aquella noche John Segrave volvió a soñar con la casa.

John se sentía desdichado. Nunca antes su vida le había resultado tan tediosa. Hasta ese momento la había aceptado con resignación, como una necesidad desagradable que, no obstante, dejaba intacta en esencia su libertad interior. De repente todo había cambiado. Los mundos exterior e interior se confundían.

No se engañó en cuanto a la causa de tal cambio. Se había enamorado de Allegra Kerr a primera vista. ¿Qué haría al respecto?

Aquella primera noche, dado el inicial desconcierto, no había planeado nada. Ni siquiera había intentado verla de nuevo. Poco tiempo después, cuando Maisie Wetterman lo invitó a pasar un fin de semana en la casa de campo de su padre, acudió entusiasmado; pero, para su decepción, Allegra no estaba allí.

La mencionó una vez tímidamente, y Maisie le explicó que se hallaba de visita en Escocia. John no insistió más. Habría deseado seguir hablando de ella, pero no

consiguió articular palabra.

Ese fin de semana su comportamiento dejó perpleja a Maisie. No parecía darse cuenta… en fin, no parecía darse cuenta de lo evidente. Maisie no se anduvo con rodeos, pero con él de nada servían sus directos métodos. John la consideraba amable pero un tanto abrumadora.

Sin embargo las Moiras fueron más poderosas que Maisie, y quisieron que John volviese a ver a Allegra.

Se encontraron casualmente en el parque un domingo por la tarde. John la vio de lejos, y el corazón empezó a latirle con fuerza contra las costillas. ¿Y si se había olvidado de él…?

Pero Allegra lo recordaba. Se detuvo y habló con él. Minutos después paseaban juntos por la hierba. John se sentía absurdamente feliz.

De improviso preguntó:

—¿Cree usted en los sueños?

—Creo en las pesadillas —repuso Allegra.

La aspereza de su contestación sorprendió a John.

—Las pesadillas —repitió él como un estúpido—. No me refería a las pesadillas.

—No —dijo ella—. En su vida no ha habido pesadillas, eso se nota.

De pronto su voz sonaba distinta, más tierna.

John, tartamudeando ligeramente, le habló de la casa blanca de sus sueños. Había soñado con ella ya seis veces, no, siete. Siempre la misma. Y era hermosa, muy hermosa.

—¿Se da cuenta? En cierto modo tiene que ver con usted —prosiguió John—. Soñé con ella por primera vez la noche antes de conocerla.

—¿Conmigo? —Allegra dejó escapar una risa breve y amarga—. No, eso es imposible: la casa era hermosa.

—Y usted también —aseguró John Segrave.

Un tanto enojada, Allegra se ruborizó.

—Disculpe. He dicho una tontería. Ha dado la impresión de que buscaba un halago, ¿verdad? Pero nada más lejos de mis deseos. Exteriormente no tengo mala presencia, ya lo sé.

—Aún no he visto la casa por dentro —dijo John—. Cuando la vea, sin duda la encontraré tan hermosa como por fuera. —Hablaba despacio, con seriedad, dando a las palabras un sentido que Allegra prefirió pasar por alto—. Quiero decirle otra cosa, si está dispuesta a escucharme.

—Escucharé —contestó Allegra.

—Voy a dejar mi empleo. Tenía que haberlo dejado hace mucho, ahora lo veo claro. Me he conformado con mi suerte, consciente de mi fracaso, sin preocuparme demasiado, viviendo día a día. Ése no es comportamiento propio de un hombre. Un hombre debe buscar una actividad para la que esté capacitado y triunfar en ella. Voy a dejar esto y dedicarme a otra cosa, algo muy distinto. Se trata de una especie de

expedición a África Occidental. No puedo entrar en detalles; me he comprometido a mantenerlo en secreto. Pero si todo sale según lo previsto… en fin, seré rico.

—¿También usted, pues, mide el éxito en función del dinero?

—Para mí el dinero sólo significa una cosa: ¡usted! Cuando regrese… —John se interrumpió.

Allegra agachó la cabeza. Había palidecido.

—No fingiré haber entendido mal. Porque he de decirle algo ahora mismo, de una vez para siempre: *nunca me casaré*.

John reflexionó por un momento y luego, con extrema delicadeza, preguntó:

—¿No puede decirme por qué?

—Podría, pero decírselo es lo que menos deseo en este mundo.

John quedó de nuevo en silencio. De repente alzó la vista y una sonrisa singularmente atractiva iluminó su rostro de fauno.

—Comprendo —afirmó—. No quiere permitirme entrar en la casa, ni siquiera a echar una breve ojeada. Las persianas deben seguir bajadas.

Allegra se inclinó y apoyó una mano en la de él.

—Sólo le diré una cosa. Usted sueña con su casa. Yo en cambio no tengo sueños; tengo pesadillas.

Y dicho esto se alejó, súbitamente, dejándolo en el mayor desconcierto.

Aquella noche John soñó de nuevo. Últimamente había comprobado que la casa estaba sin duda habitada. Había visto una mano que apartaba una persiana; había vislumbrado siluetas que se movían en el interior.

Aquella noche la casa parecía más hermosa que nunca. Sus paredes blancas resplandecían al sol. La imagen era de una paz y una belleza absolutas.

De pronto lo asaltó un júbilo más intenso. Alguien se acercaba a la ventana. Lo sabía. Una mano, la misma que había visto antes, cogió la persiana y la apartó. En unos segundos vería…

Se despertó, estremecido aún a causa del horror, de la indescriptible aversión experimentada al contemplar a la *Criatura* que lo había mirado desde la ventana de la casa.

Era una criatura inconcebiblemente horrenda, una criatura tan abominable y repulsiva que su mero recuerdo le producía náuseas. Y John sabía que lo más espantoso y repugnante de ella era su presencia en aquella casa, la casa de la belleza. Ya que donde aquella criatura moraba había horror, un horror que se alzaba y hacía añicos la paz y la serenidad que correspondían a la casa por derecho propio. La belleza, la extraordinaria e inmortal belleza de la casa, había quedado mancillada de manera irremediable, pues entre sus sagradas paredes habitaba la sombra de una criatura inmunda.

Segrave sabía que si volvía a soñar con la casa, despertaría de inmediato sobresaltado, por miedo a que desde su blanca belleza lo mirase de pronto la criatura.

Cuando salió de la oficina al día siguiente, fue derecho a casa de los Wetterman. Tenía que ver a Allegra Kerr. Maisie sabría dónde localizarla.

Cuando lo llevaron ante Maisie, ella saltó de su asiento. John no percibió el destello de ilusión que iluminó sus ojos. Con la mano de Maisie aún en la suya, titubeando, formuló su pregunta:

—La señorita Kerr… Nos encontramos ayer, pero no sé dónde vive.

John no notó la súbita flaccidez en la mano de Maisie al retirarla, ni extrajo conclusión alguna de la repentina frialdad de su voz.

—Allegra está aquí, hospedada en esta casa. Pero, sintiéndolo mucho, ahora no puede verla.

—Pero…

—Su madre ha muerto esta mañana —continuó Maisie—. Acabamos de recibir la noticia.

—¡Oh! —exclamó John, desconcertado.

—Ha sido muy triste —dijo Maisie. Vaciló por un instante y luego añadió—: Verá, ha muerto… bueno, prácticamente en un manicomio. Ha habido muchos casos de demencia en la familia. El abuelo se pegó un tiro; una de las tías de Allegra es una débil mental desahuciada, y otra murió ahogada, también por suicidio.

John Segrave dejó escapar un balbuceo inarticulado.

—He pensado que debía saberlo —dijo Maisie con tono virtuoso—. Para eso están los amigos, y nosotros lo somos, ¿no? Ya sé que Allegra es muy atractiva. Muchos hombres han pedido su mano, pero como es lógico ella no quiere casarse. No sería correcto, ¿no cree?

—Ella está bien —afirmó John, y su propia voz le sonó ronca y poco natural—. No le pasa nada.

—Eso nunca se sabe. Su madre, de joven, tampoco parecía tener ningún problema. Y últimamente… en fin, no es que fuese sólo un poco rara; estaba loca de atar. Es espantosa, la demencia.

—Sí, horrible —dijo John, comprendiendo de pronto qué era la criatura que lo había mirado desde la ventana de la casa.

Maisie seguía hablando.

—En realidad —la interrumpió John bruscamente— he venido a despedirme, y agradecerle de paso su amabilidad.

—¿No irá a… marcharse de la ciudad? —preguntó Maisie con manifiesta inquietud.

John sonrió de medio lado; era una sonrisa triste y seductora.

—Sí —contestó—. A África.

—¡África! —repitió Maisie, perpleja.

Aún no había salido de su asombro cuando John Segrave le estrechó la mano y se fue, dejándola allí plantada, con los puños tensos a los costados y una mancha de airado rubor en cada mejilla.

Abajo, en el umbral de la puerta, John Segrave se encontró cara a cara con Allegra, que entraba de la calle. Vestía de negro y tenía el rostro pálido y sin vida. Le lanzó una mirada y le pidió que la acompañase a una pequeña sala.

—Maisie ya lo ha puesto al corriente —dijo Allegra—. Lo sabe, ¿verdad?

John asintió con la cabeza.

—Pero ¿qué más da? *Usted* está bien. Algunos… se libran.

Allegra lo contempló con expresión sombría y lastimera.

—Usted *está* bien —insistió él.

—No lo sé —susurró Allegra—. No lo sé. Ya le dije que tengo pesadillas. Y cuando toco el piano, esos otros se adueñan de mis manos.

John la observaba paralizado. Mientras Allegra hablaba, algo asomó fugazmente a sus ojos. Desapareció en un instante, pero John lo reconoció: era la criatura que lo había mirado desde la casa.

Allegra advirtió su leve respingo.

—Me ha comprendido —musitó—. Me ha comprendido… Pero lamento que Maisie se lo haya dicho. Lo ha privado a usted de todo.

—¿De todo? —preguntó John.

—Sí. Ni siquiera le quedarán los sueños. A partir de ahora nunca más se atreverá a soñar con la casa.

En África Occidental caía un sol de justicia y apretaba el calor.

John Segrave seguía gimiendo.

—No la encuentro. No la encuentro.

El médico inglés de corta estatura, cabello rojo y pronunciada mandíbula observaba a su paciente con expresión ceñuda y su característica actitud intimidatoria.

—Repite eso una y otra vez —comentó—. ¿A qué se refiere?

—Habla, creo, de una casa —susurró la hermana de la caridad de la misión católica con su afable imperturbabilidad, contemplando también al enfermo.

—Una casa, ¿eh? Bien, pues tiene que quitársela de la cabeza, o no se recuperará. El problema está en su mente. ¡Segrave! ¡Segrave!

El enfermo consiguió concentrar su errática atención. Cuando posó la mirada en el rostro del médico, pareció reconocerlo.

—Escuche, se pondrá bien. Voy a curarlo. Pero no debe preocuparse más por esa casa. No va a escaparse, ¿entiende? Así que por ahora deje de buscarla.

—De acuerdo —respondió Segrave con aparente docilidad—. Considerando que ni siquiera existe, supongo que no puede escaparse.

—¡Claro que no! —El médico rió con su natural optimismo—. Ahora no tardará ya en recuperarse. —Y sin perder tiempo en ceremonias se marchó.

Segrave se quedó en la cama meditabundo. La fiebre había remitido por el momento, y podía pensar con lucidez. *Tenía* que encontrar la casa.

Durante diez años había temido encontrarla. La idea de que se le apareciese de improviso era su mayor terror. Y de pronto un día, cuando sus miedos se habían adormecido, la casa lo encontró a él. Recordaba con toda claridad el angustioso terror inicial, y la posterior sensación de alivio, repentina, profunda. ¡Ya que la casa estaba vacía!

Por completo vacía y en una paz absoluta. Seguía igual que en sus recuerdos de diez años atrás. No la había olvidado. Un enorme furgón de mudanzas negro se alejaba lentamente de la casa. Por lo visto, el último inquilino se marchaba con sus muebles. John se acercó a los responsables del furgón y habló con ellos. El furgón, totalmente negro, tenía algo siniestro. Los caballos, con las crines y las colas al viento, eran también negros, y los hombres llevaban trajes y guantes negros. Todo aquello le recordaba algo, algo que no lograba precisar.

Sí, sus suposiciones habían sido acertadas. El último inquilino se mudaba; su contrato de arrendamiento había expirado. De momento, hasta que el propietario regresase del extranjero, la casa permanecería deshabitada.

Y al despertar lo había inundado la apacible belleza de la casa vacía.

Un mes más tarde recibió una carta de Maisie (perseverante, le escribía una vez al mes). En ella le comunicaba que Allegra Kerr había fallecido en el mismo manicomio que su madre, ¿no era una lástima? Aunque también, en sus circunstancias, una bendición.

Había sido muy extraño, recibir la noticia en aquel momento, poco después del sueño. John no entendía exactamente por qué, pero se le había antojado extraño.

Y lo peor era que desde entonces no había conseguido encontrar la casa. Por alguna razón, había olvidado el camino.

La fiebre lo atacó de nuevo. Se agitó inquieto. ¡Claro, la casa estaba en lo alto de un promontorio! ¿Cómo había podido olvidarlo? Tenía que subir hasta allí. Pero escalar precipicios era peligroso, muy peligroso. Arriba, arriba, arriba… ¡Oh! Había resbalado. Tenía que empezar de nuevo desde abajo. Arriba, arriba, arriba… Transcurrieron días, semanas, quizá incluso años, aunque no estaba seguro. Y seguía subiendo.

En una ocasión oyó la voz del médico. Pero no podía detenerse a escuchar. Además, el médico le pediría que dejase de buscar la casa. Él, en su ignorancia, creía que era una casa corriente.

Recordó de pronto que debía permanecer sereno, muy sereno. Sólo manteniéndose muy sereno era posible encontrar la casa. De nada servía buscarla con prisas o impaciencia.

Si conseguía conservar la serenidad… ¡Pero hacía tanto calor! ¿Calor? Hacía *frío*. Sí, frío. No escalaba por un precipicio, sino por un iceberg, por la pared gélida y recortada de un iceberg.

Empezaba a flaquear. Abandonaría la búsqueda; era un esfuerzo inútil. ¡Pero allí había un sendero! Eso al menos era mejor que un iceberg. ¡Qué a gusto se estaba en aquel sendero verde, sombreado y fresco! Y aquellos árboles eran magníficos. Se parecían mucho a… ¿cómo se llamaban? No se acordaba, pero daba igual.

¡Y había también flores! ¡Flores doradas y azules! Era todo precioso, y misteriosamente familiar. Sí, claro, había estado allí antes. Entre los árboles se veía ya el resplandor de la casa, en lo alto del promontorio. ¡Qué hermosa era! El sendero verde, los árboles y las flores no eran nada en comparación con la belleza suprema y placentera de la casa.

Apretó el paso. ¡Y pensar que nunca había entrado en ella! ¡Qué tonto había sido! Al fin y al cabo, siempre había tenido la llave en el bolsillo.

Y naturalmente la belleza exterior de la casa era insignificante al lado de la belleza interior, sobre todo ahora que el propietario había regresado del extranjero. Ascendió por la escalinata hacia la gran puerta.

Unas manos poderosas y crueles tiraron de él hacia atrás. Forcejearon con él, zarandeándolo en todas direcciones.

El médico lo sacudía, le bramaba al oído.

—Aguante, puede conseguirlo. No se abandone. No se abandone.

En sus ojos brillaba la fiereza de quien ha visto al enemigo. Segrave se preguntó quién era el enemigo. La monja del hábito negro rezaba. También eso le resultó extraño.

Él sólo quería que lo dejasen tranquilo. Sólo quería volver a la casa. Pues la casa se desvanecía por momentos.

Eso se debía sin duda a la extraordinaria fortaleza del médico. John era incapaz de resistirse al médico. Ojalá pudiese.

¡Pero, un momento! Existía una escapatoria: el modo en que los sueños se esfumaban al despertar. No había fuerza capaz de retenerlos; inevitablemente pasaban de largo. Si se escabullía entre sus manos, el médico nada podría hacer para impedírselo. ¡Sólo tenía que escabullirse!

Sí, ésa era la solución. Veía de nuevo las paredes blancas; oía la voz del médico cada vez más lejana y apenas notaba sus manos. Descubrió de pronto cómo se regodeaban los sueños cuando lo eludían a uno.

Se hallaba ya ante la puerta de la casa. Nada perturbaba la absoluta quietud. Introdujo la llave en la cerradura y abrió.

Aguardó sólo un instante, para percibir en toda su dimensión la perfecta, la inefable, la satisfactoria plenitud de su júbilo.

Finalmente traspasó el umbral.

La actriz

(The Actress).

«La actriz» fue publicado por primera vez en Novel Magazine en mayo de 1923 como «Atrap for de Un wary», título con el que volvió a publicarse en el folleto editado en 1990 con motivo del centenario del nacimiento de Agatha Christie. Este relato ilustra la gran habilidad de Agatha Christie para tomar determinado elemento argumental y presentarlo de nuevo en otra obra, quizá de la misma forma aunque desde una perspectiva distinta o con variaciones sutiles pero significativas para que el lector no lo identifique. La simple argucia de «La actriz» aparece en varias historias más, de manera particularmente notable en el intrigante relato «The Affair at the Bungalow», incluido en Miss Marple y trece problemas (1932),y en la novela Maldad bajo el sol (1941), protagonizada por Poirot. El relato nos recuerda asimismo que Agatha Christie ha sido una de las autoras teatrales de mayor éxito en Gran Bretaña, pese a que su primera pieza —descrita por ella misma como «una obra deprimente que, si la memoria no me engaña, trataba sobre el incesto»— nunca llegó a representarse. Ella sentía especial predilección por Testigo de cargo (1953), pero su obra más conocida es sin duda La ratonera (1952), que cincuenta años después de su estreno sigue en la cartelera londinense. Si bien la trama de La ratonera se centra en la capacidad de un asesino para engañar a sus posibles víctimas, como obra de teatro se sustenta en la perspicacia de la autora para prever las reacciones de los espectadores ante lo que ven y oyen, y en su extraordinaria destreza para manipular sus interpretaciones de lo que ocurre. Al estrenarse La ratonera en Londres, el crítico del Times comentó que «la pieza cumple de manera admirable los requisitos específicos del teatro» y, como bien saben quienes han estado vinculados a la obra o la han estudiado detenidamente, ése es uno de los secretos de su éxito, o mejor dicho del éxito de por qué tan pocos espectadores son capaces de adivinar su asombroso desenlace.

El desaliñado individuo de la cuarta fila de la platea se inclinó en la butaca y contempló incrédulo el escenario, entornando furtivamente sus taimados ojos.

—¡Nancy Taylor! —masculló—. ¡Válgame Dios! ¡La pequeña Nancy Taylor!

Bajó la vista y miró el programa que tenía en la mano. Había un nombre impreso con letra algo mayor que la del resto del elenco.

—¡Olga Stormer! De manera que así te haces llamar ahora. Te crees una gran estrella, ¿eh, amiga mía? Y debes de embolsarte un buen dinero. Seguro que has olvidado que en otro tiempo tu nombre era Nancy Taylor. Me pregunto qué ocurriría si Jake Levitt te lo recordase.

Al concluir el primer acto, cayó el telón. Un caluroso aplauso resonó en la sala. Olga Stormer, la emotiva actriz que había alcanzado renombre en los últimos años, añadía un nuevo éxito a su palmarés con el personaje de Cora en *El ángel vengador*.

Jake Levitt no se sumó a la ovación, pero una sonrisa de complacencia ensanchó gradualmente su boca. ¡Dios, qué golpe de suerte! Y justo cuando estaba en las últimas. Probablemente ella intentaría engatusarlo, pero con él de nada le valdrían sus artimañas. Bien llevado, aquel asunto sería una mina de oro.

A la mañana siguiente se pusieron de manifiesto los primeros sondeos de Jake Levitt en su mina de oro. Rodeada por los lacados rojos y las colgaduras negras de su salón, Olga Stormer leía una carta abstraídamente una y otra vez. Su pálido rostro, de facciones sobremanera expresivas, se hallaba algo más rígido que de costumbre, y de vez en cuando sus ojos de color verde agrisado permanecían fijos por un momento en un punto situado más allá del papel, como si más que las palabras contemplasen la amenaza que se ocultaba tras ellas.

Con aquella extraordinaria voz suya, que podía vibrar de emoción o sonar tan nítida y precisa como el tecleo de una máquina de escribir, gritó:

—¡Señorita Jones!

De una habitación contigua salió al instante una pulcra joven con gafas, provista de un cuaderno de taquigrafía y un lápiz.

—Hágame el favor de telefonear al señor Danahan y decirle que venga inmediatamente.

Syd Danahan, el representante de Olga Stormer, entró en el salón con la aprensión propia de un hombre cuya vida se centra en afrontar y mantener a raya las extravagancias del temperamento artístico femenino. Su rutina cotidiana consistía en persuadir, apaciguar, intimidar, unas veces por separado, otras simultáneamente. Para su alivio, Olga parecía serena, y se limitó a colocar una nota en la mesa frente a él.

—Léela.

La carta estaba escrita en papel barato y con letra poco cuidada.

> *Estimada señora:*
>
> *Anoche tuve el placer de ver su interpretación en El ángel vengador. Creo que tenemos una amiga común, la señorita Nancy Taylor, que antes vivía en Chicago. Pronto se publicará un artículo relacionado con ella. Si le interesa que hablemos del mismo, pasaré a visitarla cuando considere usted oportuno.*
>
> *Reciba un respetuoso saludo de,*
>
> *JAKE LEVITT.*

Danahan quedó un tanto desconcertado.

—No acabo de entenderlo. ¿Quién es esa Nancy Taylor?

—Una muchacha que mejor estaría muerta, Danny —contestó Olga con una amargura y un hastío en la voz que delataban sus treinta y cuatro años de edad—.

Una muchacha que estaba muerta hasta que este cuervo la ha traído de nuevo a la vida.

—¡Entonces…!

—Sí, Danny, soy yo. Yo y nadie más que yo.

—Esto implica, pues, un chantaje.

—Sin duda —dijo Olga, asintiendo con la cabeza—, y por un hombre que conoce ese arte a la perfección.

Danahan reflexionó sobre el asunto con expresión ceñuda. Olga, con la mejilla apoyada en una mano larga y fina, lo observó con ojos insondables.

—¿Por qué no mientes? Niégalo todo. ¿Cómo puede estar seguro de que no se confunde a causa de un parecido casual?

Olga movió la cabeza en un gesto de negación.

—Levitt vive de chantajear a las mujeres. Está seguro de sobra.

—¿Y avisar a la policía? —sugirió Danahan con escasa convicción.

La irónica sonrisa que asomó a los labios de Olga fue respuesta suficiente. Aunque Danahan no se daba cuenta, tras la aparente calma de la actriz bullía la impaciencia de un cerebro perspicaz que contempla a otro mucho más tardo avanzar trabajosamente por el camino que él ha recorrido antes en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Y no crees… esto… que sería sensato… en fin, hablarle tú misma a *sir* Richard de tu pasado? —preguntó Danahan—. Eso le estropearía en parte los planes a este sujeto.

—Se lo conté todo a Richard en cuanto me propuso el matrimonio.

—¡Magnífico! —exclamó Danahan con admiración—. Muy inteligente por tu parte.

Olga sonrió.

—Mi querido Danny, no fue una cuestión de inteligencia. Tú no lo entenderías. En cualquier caso, si este Levitt cumple sus amenazas, estoy acabada, y de paso también se irá a pique la carrera parlamentaria de Richard. No, tal como yo lo veo, sólo hay dos soluciones.

—¿Cuáles?

—Pagar, y eso por supuesto nunca terminaría; o desaparecer, empezar de cero. —El hastío se reflejó de nuevo en su voz—. Y no es que me arrepienta de lo que hice. Era una chiquilla desamparada y muerta de hambre, Danny, que intentaba a toda costa mantenerme en el buen camino. Maté a un hombre de un tiro, un hombre brutal que merecía morir. Las circunstancias que me obligaron a ello fueron tales que ningún jurado del mundo me habría declarado culpable. Ahora lo sé, pero entonces era sólo una muchacha asustada… y huí.

Danahan movió la cabeza en un gesto de afirmación.

—¿No habrá, supongo, algo que podamos esgrimir contra él? —preguntó sin grandes esperanzas.

Olga negó con la cabeza.

—Lo dudo mucho. Es demasiado cobarde para involucrarse en delitos graves. —De pronto pareció sorprendida por sus propias palabras—. ¡Cobarde! Tal vez podríamos sacar provecho de eso.

—¿Y si *sir* Richard va a verlo y lo intimida? —sugirió Danahan.

—Richard es un instrumento demasiado delicado. No puede tratarse a esa clase de hombres con guante de seda.

—Bien, pues iré a verlo yo.

—Disculpa, Danny, pero no creo que poseas la sutileza necesaria. Aquí se requiere un término medio entre el guante de seda y los puños desnudos. Unos mitones, digamos. O sea, una mujer. Sí, imagino que una mujer serviría. Una mujer que esté dotada de cierto refinamiento y a la vez conozca el lado ruin de la vida por haberlo padecido. Olga Stormer, sin ir más lejos. No hables; estoy ideando un plan. —Se inclinó y hundió la cara entre las manos. De repente volvió a erguirse—. ¿Cómo se llama esa chica que quiere ser mi suplente? Margaret Ryan, ¿no? La que tiene el pelo como el mío.

—Tiene un pelo bonito, sí —admitió Danahan sin mucho entusiasmo, contemplando el moño de color castaño dorado que coronaba la cabeza de Olga—. Es igual que el tuyo, como tú has dicho. Pero ésa es su única virtud. Pensaba deshacerme de ella la semana próxima.

—Si las cosas salen bien, tendrás que permitirle probablemente que sea mi suplente en el papel de Cora. —Olga acalló las protestas de Danahan con un gesto enérgico—. Danny, contéstame con total sinceridad. ¿Crees que sé actuar? Actuar de verdad, quiero decir. ¿O soy sólo una mujer atractiva que anda luciendo trajes elegantes?

—¿Actuar? ¡Por Dios, Olga, no ha habido otra como tú desde Eleonora Duse!

—En ese caso, si Levitt es realmente tan cobarde como sospecho, el plan dará resultado. No, no voy a contártelo. Quiero que te pongas en contacto con esa muchacha, Margaret Ryan. Dile que estoy interesada en ella y deseo que cene aquí conmigo mañana por la noche. Aceptará en el acto.

—¡Eso sin duda!

—Necesito también un somnífero potente, algo que deje a una persona sin sentido un par de horas pero no se note al día siguiente.

Una amplia sonrisa se dibujó en los labios de Danahan.

—No puedo asegurar que nuestro amigo no tenga luego dolor de cabeza, pero no sufrirá ningún daño irreparable.

—¡Estupendo! Ahora márchate, Danny, y deja lo demás en mis manos. —Alzando la voz, llamó—: ¡Señorita Jones!

La joven de las gafas apareció con su habitual prontitud.

—Tome nota, por favor —dijo Olga.

Paseándose lentamente por el salón, dictó la correspondencia del día. Sin embargo escribió de su puño y letra una de las cartas.

En su sórdida habitación, Jake Levitt sonrió mientras abría el sobre esperado.

Estimado señor:

No recuerdo a la señorita de quien me habla, pero conozco a tanta gente que a veces, inevitablemente, la memoria me falla. Siempre estoy dispuesta a ayudar a cualquier otra actriz, y si desea visitarme, esta noche a las nueve me encontrará en casa.

Atentamente,

OLGA STORMER.

Levitt movió la cabeza en un gesto de ponderación. ¡Una nota inteligente! Aun sin admitir nada, expresaba su voluntad de negociar. La mina de oro iba por buen camino.

A las nueve en punto Levitt llegó al apartamento de la actriz y llamó al timbre. Nadie atendió, y se disponía a llamar de nuevo cuando advirtió que la puerta no estaba cerrada con llave. La empujó y pasó al vestíbulo. A su derecha vio una puerta abierta que daba a una habitación vivamente iluminada. En su interior predominaban los colores negro y rojo escarlata. Levitt entró. En la mesa, bajo la lámpara, había una hoja de papel donde se leía:

Por favor, espere hasta que vuelva. O. Stormer.

Levitt tomó asiento y aguardó. A su pesar, una sensación de desasosiego se adueñó de él. No se oía siquiera el vuelo de una mosca. Por alguna razón, aquel silencio resultaba sobrecogedor.

Nada anormal ocurría, claro que no. ¿Qué iba a ocurrir? Pero el silencio era sepulcral; y sin embargo, pese a aquel silencio, tenía la absurda e incómoda sensación de que no se hallaba solo. ¡Tonterías! Se enjugó el sudor de la frente. Y la impresión se tornó aún más palpable. ¡No estaba solo! Mascullando un juramento, se levantó de un salto y empezó a caminar de un lado a otro. Aquella mujer regresaría enseguida y entonces…

Se detuvo en seco y ahogó un grito. Bajo las colgaduras negras de terciopelo que vestían las ventanas asomaba una mano. Se agachó y la tocó. Estaba fría, muy fría. Era la mano de un cadáver.

Apartó de inmediato la cortina y un alarido escapó de su garganta. Detrás yacía una mujer boca abajo, con un brazo extendido y el otro doblado bajo el cuerpo. El cabello de color castaño dorado le caía en alborotados mechones alrededor del cuello.

¡Olga Stormer! Con dedos temblorosos, Levitt palpó la gélida piel de su muñeca buscando el pulso. Como esperaba, no percibió los latidos. Estaba muerta. Se había librado de él, pues, por el camino más fácil.

De pronto atrajeron su atención los extremos de un cordón rojo terminado en grotescas borlas y parcialmente ocultos bajo el pelo. Los tocó con cuidado. La cabeza se ladeó, y Levitt entrevió con horror un rostro lívido. Lanzó un grito y retrocedió al instante. Se sentía mareado. Allí había algo que no alcanzaba a comprender. La breve visión de aquel rostro, pese a estar desfigurado, no dejaba lugar a dudas. No era un suicidio sino un asesinato. Aquella mujer había sido estrangulada y… no era Olga Stormer.

¿Y qué había oído? Un sonido a sus espaldas. Se volvió de inmediato y su mirada se posó en los ojos aterrorizados de una criada acurrucada contra la pared. Tenía el rostro tan blanco como la cofia y el mandil que llevaba puestos. Sin embargo Levitt no comprendió el fascinado horror que afloraba a sus ojos hasta que sus palabras, apenas un susurro, le revelaron el peligro en que se hallaba.

—¡Dios mío! ¡La ha matado!

Aun entonces se resistió a admitir plenamente la gravedad de la situación.

—No, no —replicó—. Ya estaba muerta cuando la he encontrado.

—¡La ha matado usted! ¡Lo he visto! La ha estrangulado con ese cordón. Acabo de oír un grito ahogado.

Levitt tenía ahora la frente empapada en sudor. Mentalmente, repasó sus acciones de los minutos previos. La criada debía de haber entrado en el preciso instante en que él sostenía entre los dedos los extremos del cordón. Había visto ladearse la cabeza y oído su grito, el grito de él, pensando que procedía de la víctima.

Levitt observó a la criada con expresión de impotencia. Lo que vio en su rostro no dejaba lugar a dudas: era miedo y estupidez. Contaría a la policía que había presenciado el crimen, y ningún abogado defensor lograría hacerla vacilar, de eso estaba seguro. Juraría por su vida con inquebrantable convicción que decía la verdad.

¡Qué espantosa e imprevista concatenación de circunstancias! Un momento. ¿Era realmente imprevista?

—Ésa no es tu señora, ¿sabes? —dijo sin pensar, mirándola con atención.

La mecánica respuesta de la criada arrojó luz sobre el asunto.

—No, es una actriz amiga suya. Si es que puede considerárselas amigas, porque andaban siempre como el perro y el gato. Esta misma noche han tenido una de sus trifulcas.

Levitt lo vio todo claro al instante: le habían tendido una trampa.

—¿Dónde está tu señora? —preguntó.

—Se ha marchado hace diez minutos.

Una trampa. Y él había caído como un necio. Esa Olga Stormer era astuta como un demonio. Se había deshecho de una rival, y él pagaría por el crimen. ¡Un asesinato! ¡Santo cielo, por asesinato lo enviaban a uno a la horca! Y él era inocente. ¡Inocente!

Un furtivo susurro de tela lo arrancó de sus cavilaciones. La criada se deslizaba con sigilo hacia la puerta. Empezaba a salir de su estupor. Lanzó una mirada indecisa al teléfono y se volvió de nuevo hacia la puerta.

Levitt debía impedirle hablar como fuese. Era la única solución. Tanto daba ser colgado por un crimen real como por uno inexistente. La criada no tenía arma alguna, y él tampoco. Pero él contaba con sus manos. De pronto el corazón le dio un vuelco. En la mesa, junto a ella, casi bajo su mano, había un pequeño revólver adornado con piedras preciosas. Si conseguía cogerlo antes que ella…

El instinto o la mirada de Levitt pusieron sobre aviso a la criada, que agarró el revólver cuando él se abalanzaba ya hacia ella y lo apuntó contra su pecho. Pese a la torpeza con que lo sujetaba, tenía el dedo en el gatillo, y a tan corta distancia difícilmente erraría el tiro. Levitt se detuvo en el acto. Un revólver que pertenecía a una mujer como Olga Stormer sin duda estaba cargado.

Pero al menos ahora la criada no se interponía ya entre él y la puerta. Sólo si la atacaba, reuniría valor para disparar. En cualquier caso, Levitt no tenía más remedio que arriesgarse. Zigzagueando, corrió hasta la puerta, atravesó el vestíbulo y abandonó el apartamento. Cerró de un portazo. Desde el interior llegó la voz débil y trémula de la criada:

—¡Policía! ¡Un asesinato!

Tendría que gritar más alto para que alguien la oyese. De todos modos, no había tiempo que perder. Levitt descendió rápidamente por la escalera y salió a la calle. En la acera aflojó el paso y, caminando como cualquier transeúnte, dobló la esquina. Ya había concebido un plan. Se trasladaría cuanto antes a Gravesend. Esa misma noche zarpaba de allí un barco con rumbo a un remoto rincón del mundo. Levitt conocía al capitán, un hombre que a cambio de una pequeña suma no haría preguntas indiscretas. Una vez a bordo y en mar abierto, estaría a salvo.

A las once de la noche sonó el teléfono en casa de Danahan. Era Olga.

—Prepara un contrato para la señorita Ryan, ¿de acuerdo? Será mi suplente en el papel de Cora. No admito discusión. Después de lo que le he hecho esta noche estoy en deuda con ella. ¿Cómo? Sí, creo que he salido del apuro. Por cierto, si mañana te cuenta que soy una fervorosa espiritista y la he puesto en trance, no reacciones con excesiva incredulidad. ¿Que cómo ha sido? Con unas gotas de somnífero en el café, seguidas de unos expertos pases. Luego le he pintado la cara con maquillaje morado y le he aplicado un torniquete en el brazo izquierdo. ¿Perplejo? Pues deberás seguir en tu perplejidad hasta mañana. Ahora no tengo tiempo de explicártelo. He de quitarme

el mandil y la cofia antes de que mi leal Maud vuelva del cine. Esta noche ponían un «melodrama precioso», me ha dicho. Pero seguro que no era nada comparado con el melodrama que se ha perdido. Hoy he representado el mejor papel de mi vida, Danny. Han vencido los mitones. Jake Levitt es en efecto un cobarde, y sí, Danny…, ¡soy una actriz!

El acantilado

(The Edge).

«El acantilado» se publicó por primera vez en Pearson’s Magazine en febrero de 1927, con el sugerente comentario editorial de que el relato había sido «escrito justo antes de la reciente enfermedad y misteriosa desaparición de la autora». A última hora de la tarde del 3 de diciembre de 1926 Agatha Christie abandonó su casa de Berkshire. A la mañana siguiente temprano su coche fue hallado, vacío, en Newlands Corner, cerca de Shere, localidad del condado de Surrey. La policía y un grupo de voluntarios rastrearon en vano las inmediaciones. Una semana y media después varios empleados de un hotel de Harrogate cayeron en la cuenta de que la mujer que se había alojado allí con el nombre de Theresa Neele era en realidad la novelista desaparecida. Cuando Agatha Christie regresó a casa, su marido declaró a la prensa que había sufrido «una pérdida total de la memoria». Sin embargo, las circunstancias que rodearon este episodio relativamente insignificante de su vida han suscitado a lo largo de los años ciertas especulaciones. Incluso cuando se hallaba aún desaparecida, Edgar Wallace, el famoso escritor de novelas de suspense, escribió en un artículo que si no había muerto, «debe de estar viva y en plena posesión de sus facultades, probablemente en Londres. Para expresarlo con claridad —continuaba Wallace—, parece ser que su primera intención era “escarmentar” a cierta persona desconocida». Neele era el apellido de la mujer que se convertiría en segunda esposa de Archibald Christie, y algunos sostienen que Agatha Christie, después de abandonar su coche a fin de poner a su marido en una situación embarazosa, pasó la noche del 3 de diciembre en Londres con unos amigos antes de viajar a Harrogate. Se ha afirmado incluso que la desaparición no fue más que un extravagante montaje publicitario. No obstante, aunque algunos aspectos del incidente siguen sin aclararse, no existen pruebas que corroboren ninguna de estas «explicaciones» alternativas, por lo cual deben considerarse meras especulaciones ociosas.

Clare Halliwell recorrió el corto camino desde la puerta de su casa hasta la verja. De su brazo colgaba una cesta, y la cesta contenía una botella de caldo, gelatina casera y unos racimos de uva. En la aldea de Daymer’s End no había muchos pobres, pero los pocos que había recibían asidua atención, y Clare era una de las voluntarias más diligentes de la parroquia.

Clare Halliwell contaba treinta y dos años. Tenía un porte erguido, un color saludable y unos bonitos ojos castaños. No era hermosa, pero ofrecía un aspecto lozano, agradable y muy inglés. Todos la apreciaban y decían que era buena persona. Desde la muerte de su madre, hacía dos años, vivía sola en la casa con su perro, *Rover*. Criaba pollos y le gustaban los animales y la vida al aire libre.

Mientras descorría el pestillo de la verja, pasó un coche biplaza, y la conductora, una muchacha con un sombrero rojo, la saludó con la mano. Clare devolvió el saludo,

pero apretó los labios por un momento. Notó esa punzada en el corazón que siempre sentía al ver a Vivien Lee. ¡La esposa de Gerald!

La villa Medenham Grange, que se hallaba a poco más de una milla de la aldea, pertenecía a la familia Lee desde hacía muchas generaciones. *Sir* Gerald Lee, el actual propietario de la villa, aparentaba mayor edad de la que tenía y, según muchos, se mostraba altivo en el trato con los demás. En realidad, su actitud pomposa ocultaba una considerable timidez. Él y Clare habían jugado juntos de niños. Más tarde fueron amigos, y muchos —incluida, debe decirse, la propia Clare— confiaban en que de esa relación surgiese un lazo más serio y estrecho. No había prisa, desde luego, pero algún día… Así se lo planteaba Clare en sus adentros: algún día.

Y de pronto, hacía apenas un año, la aldea recibió con asombro la noticia de que *sir* Gerald se casaba con una tal señorita Harper, una desconocida.

La nueva *lady* Lee no se granjeó la simpatía de sus convecinos. Los asuntos de la parroquia le traían sin cuidado; la caza la aburría; y el campo y los deportes al aire libre le causaban aversión. Los resabidos del lugar movían la cabeza en un gesto de pesimismo y se preguntaban cómo acabaría aquel matrimonio. No costaba adivinar por qué se había encaprichado de ella *sir* Gerald. Vivien era una belleza, menuda, delicada, grácil, de cabello rojo dorado que se rizaba encantadoramente en torno a sus preciosas orejas y grandes ojos de color violáceo capaces de lanzar insinuantes miradas de soslayo con absoluta naturalidad. En todos los sentidos ella y Clare eran, pues, polos opuestos.

Gerald Lee, con su masculina simplicidad, mostraba un vivo interés en que su esposa y Clare llegasen a ser excelentes amigas. Invitaba a Clare a cenar en la villa con frecuencia, y Vivien fingía una afectuosa familiaridad siempre que se veían. De ahí su alegre saludo de esa mañana.

Clare fue a cumplir su caritativa misión. El párroco se encontraba también de visita en la casa de la anciana en cuestión, y al salir caminaron juntos un trecho. Antes de seguir cada uno por su lado, se detuvieron un momento a hablar de asuntos parroquiales.

—Jones ha vuelto a las andadas —anunció el párroco—. Y esta vez, al ver que abandonaba la bebida por iniciativa propia, yo tenía la firme esperanza de que lo consiguiese.

—Vergonzoso —afirmó Clare categóricamente.

—Eso nos parece a nosotros —dijo el señor Wilmot—, pero debemos recordar que es difícil ponerse en su lugar y comprender su tentación. Para nosotros, el deseo de emborracharse resulta inexplicable; sin embargo, a todos nos asaltan tentaciones de una u otra clase, y eso debe servirnos para entender mejor las suyas.

—Supongo que así es —repuso Clare con escasa convicción.

El párroco la observó.

—Algunos tienen la fortuna de verse tentados escasas veces —dijo con delicadeza—. Pero incluso a ésos les llega el momento. Mantente alerta y reza para

no caer en la tentación. No lo olvides.

A continuación se despidió y se alejó con paso enérgico. Clare siguió andando, absorta en sus pensamientos, y al cabo de unos minutos casi tropezó con *sir* Gerald Lee.

—Hola, Clare. Confiaba en encontrarte por aquí. Estás radiante. ¡Y qué buen color!

Ese color acababa de aparecer en sus mejillas.

—Como te decía, esperaba encontrarte —continuó Lee—. Vivien ha de marcharse a Bournemouth este fin de semana. Su madre está enferma. ¿Podrías venir a cenar el martes en lugar de esta noche?

—¡Ah, sí! Lo mismo me da hoy que el martes.

—Todo arreglado, pues. Estupendo. Y ahora te dejo; tengo un poco de prisa.

Clare fue a casa y halló a su única y fiel criada aguardándola ante la puerta.

—Menos mal que ha llegado, señorita. No sabe qué lío se ha organizado. Han traído a *Rover* a casa. Esta mañana se ha marchado él solo y lo ha atropellado un coche.

Clare corrió junto al perro. Adoraba a los animales y sentía especial cariño por *Rover*. Le examinó las patas una por una y luego le palpó el resto del cuerpo. *Rover* gimió un par de veces y le lamió la mano.

—Si tiene alguna herida grave, es interna —dictaminó por fin—. No parece que haya huesos rotos.

—¿Lo llevamos al veterinario, señorita?

Clare negó con la cabeza. No confiaba demasiado en el veterinario de la aldea.

—Esperaremos hasta mañana. No da la impresión de que le duela mucho, y las encías tienen buen color, así que la hemorragia interna, si la hay, no puede ser muy abundante. Mañana, si no me gusta su aspecto, lo llevaré a Skippington en el coche para que Reeves le eche un vistazo. Es el mejor veterinario de los alrededores con diferencia.

Al día siguiente Clare notó a *Rover* más débil y llevó a cabo su plan como había previsto. Skippington estaba a unas cuarenta millas, un largo camino, pero Reeves, el veterinario de esa aldea, gozaba de gran reputación en muchas millas a la redonda.

Diagnosticó ciertas lesiones internas, pero confiaba en una total recuperación, y Clare se marchó de la consulta contenta de dejar a *Rover* en sus manos.

En Skippington había sólo un hotel aceptable, el County Arms. Lo frecuentaban principalmente viajantes de comercio, pues no había buena caza en las inmediaciones de Skippington ni pasaba cerca ninguna carretera importante.

No servían el almuerzo hasta la una, y como faltaban aún unos minutos, Clare se entretuvo hojeando las entradas del libro de registro.

De pronto ahogó una exclamación. Conocía aquella letra, con sus bucles, volutas y florituras. Siempre la había considerado inconfundible. Habría jurado que era la suya, pero no podía ser. Vivien Lee estaba en Bournemouth. El propio nombre inscrito en el registro demostraba que era imposible: «Señor Cyril Brown y señora. Londres».

Pero contra su voluntad la mirada se le iba una y otra vez hacia aquella adornada caligrafía. Finalmente, movida por un impulso que era incapaz de definir, preguntó a la conserje:

—¿La señora de Cyril Brown? Me gustaría saber si es la misma que yo conozco.

—¿Es una mujer menuda? ¿Pelirroja? Muy guapa. Llego en un biplaza rojo. Un Peugeot, creo.

¡Así que era ella! Habría sido ya demasiada coincidencia. Como en un sueño, Clare siguió oyendo la voz de la conserje.

—Se alojaron aquí durante un fin de semana hace poco más de un mes y les gustó tanto el sitio que han vuelto. Recién casados, imagino.

—Gracias —se oyó contestar Clare—. No creo que sea mi amiga.

Su voz sonaba distinta, como si fuese de otra persona.

Ya sentada a la mesa, mientras comía rosbif frío en silencio, su mente era un laberinto de emociones y pensamientos contradictorios.

Sin embargo no albergaba la menor duda. Su primera impresión de Vivien había resultado acertada. Vivien era de ésas. Sintió una vaga curiosidad por saber quién era el hombre. ¿Alguien que Vivien conocía de sus tiempos de soltera, quizá? Probablemente. Pero eso no importaba. Nada importaba salvo Gerald.

¿Qué haría Clare respecto a Gerald? Tenía derecho a enterarse, todo el derecho del mundo. Estaba claro que su obligación era contárselo. Había descubierto el secreto de Vivien por casualidad, pero debía poner al corriente a Gerald de inmediato. Ella era amiga de Gerald, no de Vivien.

No obstante, algo la incomodaba. No tenía la conciencia tranquila. En apariencia su razonamiento era intachable, pero el deber y la predisposición corrían sospechosamente parejos. Admitió que Vivien le inspiraba antipatía. Por otra parte, si Gerald Lee se divorciaba de su esposa —y Clare no dudaba que ésa sería exactamente su reacción, pues era un hombre cuya concepción del honor rayaba en el fanatismo—, tendría vía libre para acudir a ella. Visto así, la asaltaban los escrúpulos, minando su determinación. Su propósito le resultaba injustificado y repugnante.

El elemento personal pesaba demasiado. No podía estar segura de sus propios motivos. En esencia, Clare era una mujer desinteresada e íntegra. Hizo el sincero esfuerzo de comprender cuál era su obligación. Deseaba, como en todos sus actos, obrar correctamente. Pero en ese caso, ¿qué era lo correcto y qué lo impropio?

Por azar había llegado a su poder una información que afectaba de manera vital al hombre que amaba y a la mujer por la que sentía aversión y, para ser francos, también celos. Podía arruinar la vida de esa mujer. Pero ¿estaba autorizada a hacerlo?

Clare siempre se había mantenido al margen de las murmuraciones y chismorreos que son parte inevitable de la vida en una aldea. Le desagradaba la sensación de verse de pronto como uno de aquellos seres retorcidos que siempre había dicho detestar.

De repente volvieron a su memoria las palabras pronunciadas por el párroco la mañana anterior: «Pero incluso a ésos les llega el momento».

¿Le había llegado a *ella* el momento? ¿Era ésa su tentación? ¿Se había presentado insidiosamente disfrazada de obligación? Ella era Clare Halliwell, una buena cristiana, y amaba a todos los hombres… y mujeres. Si decidía contárselo a Gerald, debía cerciorarse antes de que ningún motivo personal la inducía a ello. De momento callaría.

Pagó la cuenta y se marchó, invadida por una indescriptible paz de espíritu. En realidad, hacía tiempo que no se sentía tan feliz. Le complacía haber tenido la fortaleza de resistirse a la tentación, de no actuar de manera mezquina o indigna. Por un segundo se preguntó si aquel súbito optimismo se debía a cierta sensación de poder, pero la idea le pareció absurda y la descartó de inmediato.

El martes por la noche Clare se mantenía firme en su decisión. No sería ella quien desvelase el hecho. Debía guardar silencio. Su secreto amor por Gerald le impedía hablar. ¿Era acaso una actitud demasiado altruista? Tal vez; pero para ella no había alternativa.

Llegó a la villa en su pequeño automóvil. Como la noche era lluviosa, el chófer de *sir* Gerald esperaba ante la puerta principal para guardar el coche en el garaje en cuanto ella se apease. Acababa de arrancar cuando Clare recordó que había dejado dentro unos libros que se había llevado prestados en una visita anterior y deseaba devolver. Llamó al chófer, pero no la oyó. El mayordomo corrió tras él.

De modo que durante un par de minutos Clare se quedó sola en el vestíbulo, junto a la puerta del salón, que el mayordomo había dejado entornada cuando se disponía a anunciar su llegada. No obstante, quienes se hallaban en el interior ignoraban su presencia, y de ahí que Vivien comentase con voz aguda y estridente —una voz que en nada se parecía a la de una dama—, claramente audible desde el vestíbulo:

—Sólo falta Clare Halliwell. Ya la conocen, probablemente; vive en la aldea. Es, se supone, una de las bellezas del lugar, pero en realidad no tiene ningún encanto. Intentó por todos los medios atrapar a Gerald, pero él no mordió el anzuelo. —En contestación a un murmullo de protesta de su marido, añadió—: Es la verdad, cariño. Puede que tú no te dieses cuenta, pero hizo todo lo posible. ¡La pobre Clare! Es buena persona, pero tan poco agraciada…

Clare palideció, apretando los puños a los costados con una ira que nunca antes había sentido. En ese momento habría sido capaz de matar a Vivien Lee. Sólo gracias a un supremo esfuerzo físico logró recobrar la serenidad. Gracias a eso, y a la idea

medio formada de que tenía en sus manos el poder de castigar a Vivien por sus crueles palabras.

El mayordomo regresó con los libros, abrió la puerta y la anunció. Un instante después Clare saludaba a los presentes con su habitual amabilidad.

Viven, ataviada con un exquisito vestido de color vino oscuro que realzaba su blanca fragilidad, se mostró con ella más efusiva que de costumbre, casi empalagosa. Se quejó de que la veían poco por allí. Ella, Vivien, iba a aprender a jugar al golf, y quería que Clare la acompañase al campo.

Gerald estuvo muy atento y cordial. Pese a que no recelaba que Clare hubiese oído el comentario de su esposa, tenía la vaga necesidad de compensarla. Profesaba a Clare un gran afecto y lamentaba que su esposa dijese cosas como aquélla. A él y a Clare los unía una buena amistad, nada más que eso, y si albergaba la menor sospecha de que hubiese en la afirmación de Vivien algo de verdad, la apartó de su mente.

En la sobremesa salió a colación el tema de los perros, y Clare contó el accidente de *Rover*. Intencionadamente esperó a que se produjese una pausa en la conversación para decir:

—Así que el sábado lo llevé a Skippington.

Oyó el súbito tintineo de la taza de café de Vivien contra el plato, pero prefirió no dirigir la vista hacia ella… todavía.

—¿Para ver a ese hombre, Reeves?

—Sí. *Rover* se pondrá bien, creo. Luego almorcé en el County Arms. Un sitio bastante agradable. —Eligió ese momento para volverse hacia Vivien—. ¿Te has alojado alguna vez allí?

Si le quedaba aún alguna duda, se disipó en el acto. Vivien se apresuró a contestar con voz vacilante:

—¿Yo? Ah, no… no, no.

El miedo se reflejó en sus ojos, dilatándolos y oscureciéndolos. Los ojos de Clare, en cambio, nada delataban. Su mirada era serena, escrutadora. Nadie habría imaginado el intenso placer que ocultaba. En ese instante Clare casi perdonó a Vivien las palabras que le había oído pronunciar poco antes. Al saborear aquel poder en toda su plenitud casi le dio vueltas la cabeza. Tenía a Vivien Lee en un puño.

Al día siguiente Clare recibió una nota de la otra mujer. ¿Le apetecería tomar el té con ella tranquilamente esa tarde? Clare rehusó la invitación.

Vivien decidió entonces visitarla. Se presentó en dos ocasiones, a horas en que era muy probable encontrarla en casa. La primera vez Clare había salido realmente; la segunda, se escabulló por la puerta trasera al ver aproximarse a Vivien por el camino.

Aún no tiene la certeza de si lo sé o no, se dijo Clare. Quiere averiguarlo sin comprometerse. Pero no le daré esa satisfacción hasta que esté preparada.

Clare no sabía exactamente a qué esperaba. Había optado por guardar silencio; era lo más decente y honroso. Se sentía aún más virtuosa cuando recordaba la gran

provocación de que había sido objeto. Tras escuchar el modo en que Vivien hablaba de ella a sus espaldas, una mujer de carácter más débil, pensaba, habría renunciado a sus buenos propósitos.

El domingo asistió dos veces a misa. Primero a la eucaristía del alba, de la que salió fortalecida y espiritualmente reconfortada. Ningún sentimiento personal influiría en sus decisiones, nada superficial o mezquino. Acudió de nuevo a la iglesia para el oficio de la mañana. En el sermón, el señor Wilmot habló de la conocida plegaria del fariseo. Contó a grandes rasgos la vida de aquel hombre, un buen hombre, fervoroso creyente. Y describió después cómo se adueñó de él gradualmente la lacra del orgullo espiritual, hasta deformar y ensuciar su alma.

Clare no prestó mucha atención. Vivien se hallaba en el banco enorme y macizo de la familia Lee, y Clare intuyó que pretendía abordarla en cuanto acabase la misa.

Y así ocurrió. Vivien se acercó a Clare y la acompañó hasta su casa. Una vez allí le pidió que la dejase entrar. Clare accedió, naturalmente. Se acomodaron en la pequeña sala de estar, adornada con flores y anticuadas tapicerías de *chintz*. Vivien empezó a hablar con frases inconexas y entrecortadas.

—El fin de semana pasado estuve en Bournemouth, ¿sabías? —comentó al cabo de un rato.

—Eso me dijo Gerald —contestó Clare.

Se miraron. Ese día Vivien parecía casi una mujer corriente. Su rostro ofrecía un aspecto anguloso y amarillento que lo privaba de buena parte de su encanto.

—Cuando estuviste en Skippington… —prosiguió Vivien.

—¿Cuando estuve en Skippington? —repitió Clare cordialmente.

—Mencionaste un hotelito que hay en el pueblo.

—El County Arms, sí. No lo conocías, dijiste.

—He… he estado allí una vez.

—¡Ah!

Clare no tenía más que esperar tranquilamente. Vivien era incapaz de soportar cualquier clase de tensión. De hecho empezaba ya a perder el control. De pronto se inclinó y prorrumpió en un vehemente parloteo.

—No te caigo bien. Nunca te he caído bien. Me odias desde el principio. Y ahora estás divirtiéndote a mi costa, jugando conmigo al gato y el ratón. Eres cruel, muy cruel. Por eso te temo; porque en el fondo eres cruel.

—¡Esto es el colmo, Vivien! —exclamó Clare con tono cortante.

—Te has enterado, ¿verdad? Sí, ya veo que te has enterado. Lo sabías ya la otra noche, cuando hablaste de Skippington. De alguna manera lo has averiguado. Bien, pues quiero saber qué piensas hacer al respecto. ¿Qué piensas hacer?

Clare permaneció en silencio, y Vivien se levantó de un salto.

—¿Qué piensas hacer? Tengo que saberlo. ¿No irás a negar que estás enterada de todo?

—No pretendo negar nada —contestó Clare con frialdad.

—¿Me viste allí aquel día?

—No. Vi tu letra en el registro: «Señor Cyril Brown y señora».

Una llamarada cubrió el rostro de Vivien.

—Después he hecho algunas averiguaciones —continuó Clare con calma—. Me consta que no pasaste el fin de semana en Bournemouth. Tu madre no te pidió que fueses. Y unas seis semanas atrás ocurrió exactamente lo mismo.

Vivien se desplomó en el sofá y rompió a llorar a lágrima viva. Era el llanto de una niña asustada.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó entre sollozos—. ¿Vas a decírselo a Gerald?

—Aún no lo sé —respondió Clare. Se sentía serena, omnipotente.

Vivien se incorporó, apartándose los rojos rizos de la frente.

—¿Quieres que te lo cuente todo?

—Nada pierdo con escuchar, supongo.

Vivien desembuchó la historia completa, sin la menor reticencia. Cyril «Brown» era en realidad Cyril Haviland, un joven ingeniero con quien había estado prometida en otro tiempo. Cayó enfermo y perdió el trabajo, tras lo cual, sin el menor reparo, dejó plantada a Vivien para casarse con una rica viuda mucho mayor que él. Poco después Vivien contrajo matrimonio con Gerald Lee.

Volvió a encontrarse con Cyril por casualidad. A ese primer encuentro siguieron frecuentes citas. Cyril, respaldado por la fortuna de su esposa, prosperaba en su profesión y empezaba a ser conocido. Era una historia sórdida, una historia de citas clandestinas y continuas mentiras y maquinaciones.

—Le quiero tanto —gimoteaba Vivien sin cesar, y Clare sentía náuseas cada vez que oía esas palabras.

Por fin el balbuceo terminó, y Vivien masculló un avergonzado:

—¿Y bien?

—¿Qué pienso hacer? —dijo Clare—. No puedo responderte. Necesito tiempo para reflexionar.

—¿No me delatarás a Gerald?

—Quizá sea mi deber.

—No, no. —La voz de Vivien se convirtió en un histérico chillido—. Se divorciará de mí. No se atendrá a razones. Preguntará en el hotel, y Cyril también se verá involucrado. Entonces su esposa se divorciará de él. Eso arruinaría su carrera, su salud… su vida entera; se quedaría otra vez en la miseria. Nunca me lo perdonaría. Nunca.

—Disculpa —dijo Clare—, pero ese Cyril no me merece muy buena opinión.

Vivien no la escuchaba.

—Te lo aseguro: me odiará. Me odiará. No podría soportarlo. No se lo cuentes a Gerald. Haré lo que me pidas, pero no se lo cuentes a Gerald.

—Necesito tiempo para tomar una decisión —repuso Clare con severidad—. No puedo prometerte nada sin antes pensarlo. Entretanto tú y Cyril no debéis volver a

veros.

—No, no nos veremos más. Te lo juro.

—Cuando sepa qué es lo más correcto, te lo comunicaré.

Clare se puso en pie. Vivien salió de la casa abochornada, con andar furtivo, echando un vistazo atrás por encima del hombro.

Clare arrugó la nariz asqueada. Un asunto repugnante. ¿Cumpliría Vivien su promesa de no ver más a Cyril? Probablemente no. Era débil, resabiada sin remedio.

Aquella tarde Clare salió a dar un largo paseo. Había un camino que discurría por las colinas ribereñas. Serpenteaba cuesta arriba, y a su izquierda las verdes laderas descendían en ligera pendiente hacia el acantilado. Los lugareños lo conocían como la Vera. Aunque era seguro si uno se mantenía en el camino, apartarse de él podía resultar peligroso, pues aquel suave declive, pese a su inofensiva apariencia, era muy traicionero. Clare había perdido allí un perro en una ocasión. El animal, correteando por la hierba uniforme, cobró velocidad, y al llegar al borde del acantilado, fue incapaz de detenerse y se despeñó, estrellándose contra las afiladas rocas de la orilla.

Era una tarde clara y hermosa. De abajo llegaba el ruido de las olas, un relajante murmullo. Clare se sentó entre la corta hierba y contempló el mar azul. Debía afrontar aquella situación sin rodeos. ¿Qué se proponía hacer?

Pensó en Vivien con cierta aversión. ¡Cómo se había desmoronado! ¡Qué vilmente se había rendido! Clare sintió un creciente desprecio por ella. No tenía redaños; era una cobarde.

No obstante, pese a la antipatía que Vivien le inspiraba, Clare resolvió ser indulgente con ella por el momento. Cuando volvió a casa, le escribió una nota, anunciándole que si bien no podía prometerle nada a largo plazo, había decidido guardar silencio por el presente.

La vida continuó poco más o menos como siempre en Daymer’s End. La gente notó muy desmejorada a *lady* Lee. Clare Halliwell, en cambio, nunca había tenido mejor aspecto. Le brillaban más los ojos; llevaba la cabeza más alta, y se advertía mayor aplomo en su actitud. Ella y *lady* Lee se reunían con frecuencia, y se observó que en tales ocasiones la mujer de menor edad escuchaba con aduladora atención hasta la última palabra de la otra.

A veces la señorita Halliwell dejaba escapar comentarios un tanto ambiguos, no del todo pertinentes a la conversación. Decía de pronto, por ejemplo, que últimamente había cambiado de opinión respecto a muchas cosas, que resultaba curioso cómo un detalle insignificante podía inducirla a una a modificar por completo sus puntos de vista, y que a menudo una tendía a dejarse influir demasiado por la compasión, lo cual era un error.

Cuando hacía observaciones de esa clase, solía mirar a *lady* Lee de un modo peculiar, y ésta de repente palidecía y parecía casi aterrorizada.

Pero a medida que avanzó el año esas sutilezas se tornaron menos manifiestas. Clare continuó con los mismos comentarios, pero aparentemente a *lady* Lee no la

afectaban ya tanto. Empezaba a recobrar el buen aspecto y el ánimo. Volvió su alegría de antes.

Una mañana, cuando paseaba al perro, Clare se cruzó con Gerald en la calle. El spaniel de éste confraternizó con *Rover* mientras su dueño charlaba con Clare.

—¿Conoces ya la noticia? —preguntó Gerald ilusionado—. Supongo que Vivien te lo ha dicho.

—¿Qué noticia? Vivien no me ha mencionado nada fuera de lo normal.

—Nos vamos al extranjero… por un año, o quizá más. Vivien está harta de esto. Nunca le ha gustado demasiado, ya sabes. —Suspiró. Por un momento pareció abandonarlo su anterior optimismo. Gerald Lee estaba muy orgulloso de su casa—. El caso es que le he prometido un cambio. He alquilado una villa en Algiers. Un sitio precioso, según dicen. —Dejó escapar una tímida risa—. Como una segunda luna de miel, ¿no?

Por un instante Clare fue incapaz de hablar. Era como si algo se hubiese atascado en su garganta y le impidiese respirar. Vio las paredes blancas de la villa, los naranjos; olió la brisa suave y perfumada del sur. ¡Una segunda luna de miel!

Escapaban. Sus amenazas no surtían ya el menor efecto en Vivien. Se iba, despreocupada, ufana, feliz.

Clare oyó su propia voz, algo más ronca, mientras expresaba los pertinentes parabienes: «¡Estupendo! ¡Qué envidia!».

Por suerte *Rover* y el spaniel decidieron desavenirse en ese preciso momento, y en la subsiguiente refriega fue imposible continuar con la conversación.

Esa tarde Clare se sentó a escribir una nota dirigida a Vivien. Le pidió que se reuniese con ella al día siguiente en la Vera, ya que tenía algo importante que comunicarle.

El día siguiente amaneció claro y despejado. Clare subía exultante por el empinado camino. Hacía un día magnífico. Se congratulaba de haber decidido decir lo que debía decir al aire libre, bajo el cielo azul, en lugar de encerrada entre las cuatro paredes de su pequeña sala de estar. Lo sentía por Vivien, lo sentía mucho, pero no quedaba otro remedio.

Vio un punto amarillo a lo lejos, más arriba, como una flor al lado del camino. Conforme se acercaba, el punto se tornó más nítido, hasta dibujarse claramente la figura de Vivien sentada en la hierba, con un vestido amarillo de punto y las manos cruzadas en torno a las rodillas.

—Buenos días —saludó Clare—. ¿No hace un día precioso?

—¿Ah, sí? —dijo Vivien—. No me había dado cuenta. ¿Qué querías decirme?

Clare se dejó caer en la hierba junto a ella.

—Déjame recobrar el aliento —se excusó Clare—. Hasta aquí hay una buena caminata, y cuesta arriba.

—¡Maldita seas! —exclamó Vivien con voz aguda—. ¿Por qué no hablas de una vez en lugar de torturarme, demonio con cara de ángel?

Clare quedó estupefacta, y Vivien se retractó de inmediato.

—Lo he dicho sin querer. Lo siento, Clare. De verdad, lo siento. Es sólo que… tengo los nervios destrozados, y tú ahí sentada, hablándome del tiempo… En fin, he perdido los estribos.

—Tendrás un ataque de nervios si no vas con cuidado —dijo Clare con frialdad.

Vivien dejó escapar una breve risotada.

—¿Volverme loca, yo? No, no soy de ésas. Nunca seré una chiflada. Y ahora dime, ¿por qué me has hecho venir aquí?

Clare permaneció callada por un momento. Cuando por fin habló, en lugar de mirar a Vivien, mantuvo la vista fija en el mar.

—Me ha parecido justo advertirte que ya no puedo guardar silencio por más tiempo… respecto a lo que ocurrió el año pasado.

—¿Significa eso que vas a contárselo todo a Gerald?

—A menos que se lo digas tú misma —respondió Clare—. Eso sería lo mejor.

Vivien soltó una estridente carcajada.

—De sobra sabes que no tengo valor para eso.

Clare no la contradijo. Ya antes había comprobado la cobardía de Vivien.

—Sería lo mejor —repitió.

Vivien respondió de nuevo con aquella risa breve y desagradable.

—Te obliga a hacerlo tu recta conciencia, supongo —dijo con desdén.

—Seguramente a ti eso te parece muy extraño —repuso Clare con serenidad—, pero es así, créeme.

Pálida y tensa, Vivien la miró a la cara.

—¡Dios mío! —exclamó—. Además, lo dices convencida. Realmente piensas que ésa es la razón.

—Es la razón.

—No, no lo es. Si lo fuese, habrías hablado ya hace tiempo. ¿Por qué no lo has hecho? No, no contestes. Yo te lo diré. Te proporcionaba más placer amenazarme, por eso no has hablado. Preferías tenerme sobre ascuas y ver cómo me crispaba y estremecía. Hacías comentarios… comentarios diabólicos… sólo para atormentarme y mantenerme siempre con el alma en vilo. Y al principio te daban resultado, pero luego me acostumbré.

—Empezaste a sentirte a salvo —corrigió Clare.

—Te diste cuenta, ¿verdad? Aun así, guardaste el secreto, disfrutando de tu sensación de poder. Pero ahora nos marchamos, escapamos de ti, quizá incluso seamos felices… y eso no lo tolerarías por nada del mundo. ¡Así que ahora tu

conciencia va y se despierta, justo cuando te conviene! —Se interrumpió, respirando agitadamente.

—No puedo impedir que digas semejantes disparates —replicó Clare, todavía con calma—, pero te aseguro que nada de eso es verdad.

De pronto Vivien se volvió hacia ella y la cogió de la mano.

—¡Por amor de Dios, Clare! Me he enmendado. He hecho lo que me pediste. No he vuelto a ver a Cyril, te lo juro.

—Eso no tiene nada que ver.

—¿Es que no tienes corazón, Clare? ¿No conoces la compasión? Te lo suplicaré de rodillas si hace falta.

—Cuéntaselo tú misma a Gerald. Si se lo dices, quizá te perdone.

Vivien rió con sorna.

—Tú conoces bien a Gerald y sabes que no me perdonará. Montará en cólera; querrá vengarse. Me hará sufrir. Hará sufrir a Cyril, y eso es lo que no resisto. Escúchame, Clare, ahora le van bien las cosas. Ha inventado algo, una máquina. Yo no entiendo de eso, pero puede ser un éxito extraordinario. En estos momentos está desarrollando la idea. Su esposa pone el dinero, claro está. Pero es una mujer desconfiada… celosa. Si se entera, y se enterará en cuanto Gerald comience los trámites del divorcio, se desentenderá de Cyril, de su trabajo, de todo. Cyril estará acabado.

—Cyril no me preocupa —dijo Clare—. Me preocupa Gerald. ¿Por qué no piensas un poco en él también?

—¡Gerald! Gerald no me importa ni esto —chasqueó los dedos—. Nunca me ha importado. Ya que estamos, ¿por qué no hablar con franqueza? Pero quiero a Cyril. Soy una completa sinvergüenza, lo reconozco. Posiblemente también Cyril lo es. Pero mis sentimientos hacia él son sinceros. Moriría por él, ¿lo oyes? ¡Moriría por él!

—Eso es fácil decirlo —repuso Clare con desprecio.

—¿Crees que no hablo en serio? Te lo aviso: si sigues con este asqueroso asunto, me mataré. Antes eso que ver a Cyril en la miseria.

Clare no se dejó impresionar.

—¿No me crees? —preguntó Vivien con la respiración entrecortada.

—El suicidio requiere mucho valor.

Vivien se echó bruscamente hacia atrás, como si hubiese recibido un golpe.

—En eso te doy la razón. Es verdad, no tengo agallas. Si hubiese una manera fácil…

—Delante de ti hay una manera fácil —dijo Clare—. Sólo tienes que bajar derecha por esa pendiente verde. Todo terminaría en un par de minutos. Recuerda lo que le ocurrió a aquel niño el año pasado.

—Sí —respondió Vivien, pensativa—. Eso sería fácil, muy fácil, si una quisiese realmente…

Clare se echó a reír.

Vivien se volvió hacia ella.

—Hablemos seriamente de esto una vez más. ¿No te das cuenta, Clare, de que habiendo guardado silencio tanto tiempo, ahora no… no tienes derecho a empezar de nuevo con eso? No veré a Cyril nunca más. Seré una buena esposa para Gerald, lo juro. O si no, me marcharé y Gerald no volverá a verme por aquí. Lo que tú prefieras. Clare…

Clare se puso en pie y dijo:

—Te aconsejo que se lo cuentes tú misma a tu marido; de lo contrario, lo haré yo.

—Entiendo —susurró Vivien—. Bien, no voy a consentir que Cyril sufra…

Se levantó, permaneció inmóvil por un momento, como si reflexionase, y luego trotó hacia el camino, pero en lugar de parar al llegar a él, lo cruzó y siguió pendiente abajo. Volvió una vez la cabeza y se despidió de Clare con un gesto jovial. Después continuó corriendo, alegre, despreocupada, como un niño, hasta perderse de vista.

Clare se quedó paralizada. De pronto oyó exclamaciones, gritos, un clamor de voces. Por fin, silencio.

Agarrotada, descendió hasta el camino. A unos cien metros de allí se había detenido un grupo de gente que subía.

Miraban y señalaban hacia el borde del acantilado. Clare corrió hasta ellos.

—Sí, señorita, se ha despeñado alguien. Dos hombres han bajado… a ver.

Clare aguardó. ¿Transcurrió una hora, una eternidad, o sólo unos minutos?

Un hombre trepaba con esfuerzo por el escarpado terreno. Era el párroco en mangas de camisa. Se había quitado la chaqueta para cubrir el cuerpo que yacía abajo.

—Espantoso —dijo, muy pálido—. Gracias a Dios, ha debido morir en el acto. —Vio a Clare y se acercó a ella—. Habrá sido una conmoción terrible para ti. Estabais paseando juntas, ¿no?

Clare se oyó contestar mecánicamente.

Sí. Acababan de separarse. No, el comportamiento de *lady* Lee había sido normal. Una persona del grupo comentó que la había visto reír y despedirse con la mano. Un sitio muy peligroso. Debería haber una barandilla al borde del camino.

La voz del párroco sonó de nuevo:

—Un accidente. Sí, sin duda ha sido un accidente.

Y de repente Clare prorrumpió en carcajadas roncas y estridentes que retumbaron en el acantilado.

—Eso es mentira —dijo por fin—. La he matado yo.

Notó una palmada en el hombro; oyó unas palabras de consuelo.

—Vamos, vamos. Tranquila. Enseguida te sobrepondrás.

Pero Clare no se sobrepuso enseguida. Ya nunca se sobrepuso. Persistió en su delirante idea —sin duda delirante, puesto que al menos ocho personas habían presenciado la escena— de que ella había matado a Vivien Lee.

Estuvo muy deprimida hasta que la enfermera Lauriston se ocupó de ella. La enfermera Lauriston obtenía excelentes resultados con los enfermos mentales.

—Les sigo la corriente a esos pobres infelices —explicaba con satisfacción.

De modo que se presentó a Clare como celadora de la cárcel de Pentonville. Le habían conmutado la pena de muerte por trabajos forzados, anunció. Una de las habitaciones se acondicionó como celda.

—Y ahora, creo, la tendremos contenta y a gusto —dijo la enfermera Lauriston al médico—. Tráigale cuchillos sin filo si quiere, doctor, pero dudo que haya riesgo de suicidio. No es de esa clase de pacientes. Demasiado egocéntrica. Es curioso que a menudo sean ésos los que se vuelven locos con mayor facilidad.

La aventura de Navidad

(Christmas Adventure).

«La aventura de Navidad» se publicó por primera vez como «The Adventure of the Christmas Pudding» en The Sketch el 12 de diciembre de 1923, y era el último de la segunda serie de relatos publicados bajo el título The Grey Cells of M. Poirot. El relato reapareció en los años cuarenta con el nombre «La aventura de Navidad», incluido en dos recopilaciones, Problem at Pollensa Bay and Christmas Adventure y Poirot Knows the Murderer, ambas de corta vida y nunca reeditadas. Muchos años después Agatha Christie lo amplió, convirtiéndolo en una novela corta, que formó parte de El pudin de Navidad (1960). En el prólogo a esa recopilación, Agatha Christie explicó que en el relato rememoraba las Navidades de su juventud, que pasó con su madre, tras la muerte de su padre en 1901, en la mansión de Abney Hall, en Stockport. Abney Hall había sido construida por sir James Watts, alcalde de Manchester en una época y abuelo de James Watts, el marido de la hermana mayor de Agatha Christie, Madge. En su autobiografía, publicada en 1977, Agatha Christie describía Abney como «una casa maravillosa donde pasar la Navidad en la infancia. No sólo era una enorme mansión neogótica con infinidad de habitaciones, pasillos, peldaños inesperados, escaleras traseras, escaleras delanteras y recovecos —todo lo que un niño podría desear—, sino que además tenía tres pianos distintos donde tocar, así como un órgano». En otra parte recordaba al respecto: «… mesas que crujían bajo el peso de la comida y la generosa hospitalidad… había una despensa abierta donde todos podíamos proveernos de bombones y cualquier otra exquisitez que nos apeteciese». Y cuando Agatha no estaba comiendo —por lo general, en competición con Humphrey, hermano menor de James Watts—, jugaba con él y sus hermanos Lionel, Miles y Nan. Quizá pensaba en ellos al describir a los muchachos del relato y cómo se divirtieron en una Navidad nevada con «un detective auténtico en casa».

Los gruesos leños crepitaban alegremente en la gran chimenea, y por encima de los chasquidos del fuego se elevaba un babel producido por seis lenguas que se movían afanosamente al unísono. Los jóvenes reunidos en la casa disfrutaban de sus Navidades.

La anciana señorita Endicott, conocida por la mayoría de los presentes como tía Emily, escuchaba la cháchara con una sonrisa indulgente.

—Me apuesto algo a que no eres capaz de comerte seis pastelillos de frutos secos, Jean.

—Sí puedo.

—No, no puedes.

—Si lo consigues, te daremos a ti toda la fruta confitada del bizcocho.

—Sí, *más* tres trozos de bizcocho y dos de pudin de pasas.

—Espero que el pudin haya quedado en su punto —comentó la señorita Endicott con temor—. Está hecho desde hace sólo tres días. El pudin de Navidad debería prepararse mucho antes de Navidad. ¡Si hasta recuerdo que de niña, en la última plegaria anterior al Adviento, cuando decíamos «Remueve, oh, Señor…», creía que tenía algo que ver con remover la masa del pudin de Navidad!

Los jóvenes guardaron un cortés silencio mientras la señorita Endicott hablaba, y no porque les interesasen sus reminiscencias de tiempos pasados, sino porque consideraban que, por educación, debían dar alguna muestra de atención a su anfitriona. En cuanto calló, estalló de nuevo el babel. La señorita Endicott suspiró y, como si buscase apoyo, dirigió la mirada hacia el único miembro del grupo cuya edad se acercaba a la suya, un hombre pequeño de curiosa cabeza ovoide y tieso bigote. Los jóvenes no eran ya como antes, reflexionó la señorita Endicott. Antiguamente habrían formado un círculo mudo y respetuoso y escuchado absortos las sabias palabras de sus mayores. Ahora, en cambio, se enfrascaban en aquel parloteo absurdo, en su mayor parte ininteligible. A pesar de todo, eran unos muchachos encantadores. Su mirada se enterneció mientras pasaba revista a sus jóvenes acompañantes: Jean, alta y pecosa; la pequeña Nancy Cardell, con su belleza morena y agitanada; los dos chicos menores, Johnnie y Eric, en casa por vacaciones, y su amigo Charlie Pease; y Evelyn Haworth, rubia y preciosa… Al pensar en esta última, arrugó la frente, y su mirada se desvió hacia donde se hallaba sentado su sobrino mayor, Roger, callado y cabizbajo, ajeno a la diversión, con la vista fija en la exquisita blancura nórdica de la joven.

—¿No está increíble la nieve? —preguntó Johnnie a voz en grito, acercándose a la ventana—. Una auténtica Navidad nevada. Propongo una batalla con bolas de nieve. Aún falta un buen rato para la comida, ¿no, tía Emily?

—Sí, cielo. Comeremos a las dos. Por cierto, mejor será que vaya a ver si está lista la mesa.

La señorita Endicott salió apresuradamente del salón.

—¡Tengo una idea mejor! —exclamó Jean—. Haremos un muñeco de nieve.

—Sí. ¡Qué divertido! Ya sé: haremos una estatua de *monsieur* Poirot. ¿Lo oye, *monsieur* Poirot? ¡El gran detective, Hércules Poirot, modelado en nieve por seis célebres artistas!

Guiñando un ojo, el hombre sentado en la butaca inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

—Pero sáquenme favorecido, muchachos —exigió—. Sólo eso les pido.

—¡Cómo no!

La tropa desapareció como un torbellino, arrollando en la puerta a un ceremonioso mayordomo que entraba en ese momento con un sobre en una bandeja. Recobrada la calma, el mayordomo se encaminó hacia Poirot.

Poirot cogió el sobre y lo abrió. El mayordomo se marchó. Poirot leyó dos veces la nota. Luego dobló el papel y se lo guardó en un bolsillo. En su rostro no se movió

un solo músculo, y sin embargo el contenido de la nota era no poco sorprendente. Escrito en letra descuidada, rezaba: «No pruebe el pudin de pasas».

—Muy interesante —masculló Poirot para sí—. Y del todo inesperado.

Miró hacia la chimenea. Evelyn Haworth no había salido con los demás. Contemplaba el fuego abstraída, dando vueltas nerviosamente a una sortija que llevaba en el dedo anular de la mano izquierda.

—Está absorta en un sueño, *mademoiselle* —dijo Poirot por fin—. Y no es un sueño agradable, ¿verdad?

La muchacha se sobresaltó y se volvió hacia él desconcertada. Poirot movió la cabeza en un gesto tranquilizador.

—Mi trabajo consiste en averiguar cosas. No, no se la ve contenta. Tampoco yo lo estoy demasiado. ¿Nos confiamos nuestras respectivas penas? Verá, yo siento un gran pesar porque un amigo mío, un viejo amigo, ha zarpado rumbo a Sudamérica. A veces, cuando estábamos juntos, este amigo me hacía perder la paciencia, me irritaba su necedad; pero ahora que se ha ido, recuerdo sólo sus buenas cualidades. Así es la vida, ¿no? Y ahora dígame, *mademoiselle*, ¿cuál es su problema? Usted no es como yo, un viejo solitario; es joven y bella. Además, el hombre al que ama la ama a su vez a usted. Sí, así es; he estado observándolo durante la última media hora.

La muchacha se sonrojó.

—¿Se refiere a Roger Endicott? Ah, pero en eso está equivocado; no es Roger mi prometido.

—No, su prometido es el señor Oscar Levering. De sobra lo sé. Pero ¿por qué está prometida a él si ama a otro hombre?

Sus palabras no parecieron molestar a la muchacha; de hecho, algo en su actitud excluía cualquier posibilidad de ofensa. Hablaba con una irresistible mezcla de bondad y autoridad.

—Hábleme de ello —instó Poirot con delicadeza. A continuación repitió—: Mi trabajo consiste en averiguar cosas.

La frase proporcionó un extraño consuelo a la muchacha.

—Soy tan desdichada, *monsieur* Poirot, tan desdichada. Antes disfrutábamos de una posición acomodada. En principio yo era una heredera, y Roger sólo un hijo menor. Y… y aunque estoy segura de que le interesaba, nunca dijo nada, y un día se marchó a Australia.

—Resulta curiosa la manera en que acuerdan aquí los matrimonios —comentó Poirot—. Sin orden, sin método, dejándolo todo al azar.

—De pronto lo perdimos todo. Mi madre y yo nos quedamos casi en la miseria. Nos mudamos a una casa pequeña y a duras penas íbamos arreglándonos. Pero mi madre enfermó. Su única esperanza era someterse a una delicada intervención y pasar luego una temporada en algún lugar de clima templado. Y no teníamos dinero suficiente para eso, *monsieur* Poirot, no lo teníamos. Así que mi madre estaba condenada a morir. El señor Levering ya me había propuesto matrimonio una o dos

veces, volvió a pedirme que me casase con él y prometió hacer todo lo que estuviese a su alcance por mi madre. Y yo acepté. No tenía alternativa. La operó el mejor especialista del momento, y pasamos el invierno en Egipto. De eso hace un año. Mi madre vuelve a estar bien de salud, y yo… yo me casaré con el señor Levering después de Navidad.

—Entiendo —dijo Poirot—. Y entretanto murió el hermano mayor de *monsieur* Roger, y él regresó a casa, encontrándose con que su sueño se había hecho añicos. Así y todo, aún no está casada, *mademoiselle*.

—Una Haworth nunca falta a su palabra, *monsieur* Poirot —afirmó la muchacha con orgullo.

Apenas había acabado de hablar cuando se abrió la puerta y apareció en ella un hombre calvo y corpulento de rostro rubicundo y astuta mirada.

—¿Qué haces ahí aburriéndote, Evelyn? Sal a dar un paseo.

—Muy bien, Oscar.

La muchacha se levantó con desgana. Poirot se puso también en pie y preguntó atentamente:

—¿Sigue indispuesta *mademoiselle* Levering?

—Sí, lamentablemente continúa acostada. Es una lástima tener que guardar cama el día de Navidad.

—Desde luego —convino Poirot cortésmente.

Evelyn necesitó sólo unos minutos para ponerse las botas de nieve y ropa de abrigo, y ella y su prometido salieron al jardín nevado. Era un día de Navidad ideal, frío y soleado. El resto del grupo seguía ocupado con el muñeco de nieve. Levering y Evelyn se detuvieron a observarlos.

—¡Eh, tortolitos! —gritó Johnnie, y les lanzó una bola de nieve.

—¿Qué te parece, Evelyn? —preguntó Jean—. Hércules Poirot, el gran detective.

—Espera a que le pongamos el bigote —dijo Eric—. Usaremos un mechón de pelo que va a cortarse Nancy. ¡*Vivent les braves Belges*!

—¡Mira que tener un detective auténtico en casa! —exclamó Charlie—. Ojalá hubiese también un asesinato.

—¡Oh, oh, oh! —dijo Jean, brincando alrededor—. Se me acaba de ocurrir una idea. Planeemos un asesinato… en broma, quiero decir. Y engañemos a Poirot. ¡Venga, hagámoslo! Será una juerga.

Cinco voces empezaron a hablar simultáneamente.

—¿Cómo lo hacemos?

—¡Unos espantosos gemidos!

—No, pedazo de tonto. Aquí afuera.

—Unas huellas en la nieve, cómo no.

—Jean en camisón.

—Se necesita pintura roja.

—En la mano… y en la cabeza.

—Lástima que no tengamos un revólver.

—Papá y tía Em no se enterarán de nada, os lo aseguro. Sus habitaciones están en el otro lado de la casa.

—No, no lo tomará a mal; tiene mucho sentido del humor.

—Sí, pero ¿qué clase de pintura roja? ¿Esmalte?

—Podríamos comprar en el pueblo.

—Hoy es día de Navidad, bobo.

—No, mejor acuarela. Un rojo óxido.

—Jean puede ser la víctima.

—No te preocupes por el frío. Será sólo un rato.

—No, que sea Nancy. Ella lleva esos pijamas tan elegantes…

—A ver si Graves sabe dónde hay pintura.

Corrieron en tropel a la casa.

—¿Meditando, Endicott? —dijo Levering, y soltó una desagradable risotada.

Roger salió al instante de su ensimismamiento. Apenas había oído las maquinaciones de sus compañeros.

—Es sólo que hay algo que no acabo de entender —murmuró.

—¿Entender?

—No entiendo qué hace aquí *monsieur* Poirot.

Su respuesta desconcertó a Levering, pero en ese mismo instante sonó el gong, y todos entraron a celebrar la comida de Navidad. En el comedor, las cortinas estaban echadas y las luces encendidas, iluminando una larga mesa repleta de paquetes sorpresa y otros adornos. Era una auténtica comida de Navidad a la antigua usanza. Ocupaba la cabecera el señor Endicott, rojizo y jovial; su hermana se sentaba frente a él, al otro extremo de la mesa. Para la ocasión, *monsieur* Poirot se había puesto un chaleco rojo, y entre eso, su oronda figura y el modo en que ladeaba la cabeza, recordaba inevitablemente a un petirrojo.

El señor Endicott trinchó el pavo en un abrir y cerrar de ojos, y todos se concentraron en sus platos. El servicio retiró los restos de dos pavos, y se produjo un expectante silencio. Al cabo de un momento entró Graves, el mayordomo, con gran ceremonia portando en alto el pudin de pasas, un pudin gigantesco envuelto en llamas. La aparición desencadenó una ensordecedora algarabía.

—Deprisa. ¡Oh, mi porción está apagándose! Rápido, Graves. Si deja de arder, no se cumplirá mi deseo.

Nadie tuvo tiempo de advertir la peculiar expresión de Poirot mientras inspeccionaba la porción de pudin que le había correspondido. Nadie reparó en la fugaz mirada que lanzó en torno a la mesa. Con un ligero ceño de perplejidad, empezó a comer su pudin. La conversación bajó de volumen. De pronto el señor Endicott profirió una exclamación. Sonrojado, se llevó una mano a la boca.

—¡Por todos los demonios, Emily! —bramó—. ¿Cómo consientes que la cocinera ponga cristal en el pudin?

—¿Cristal? —repitió la señorita Endicott, atónita.

El señor Endicott se sacó de la boca la causa de su repentina irritación.

—Podría haberme roto un diente —gruñó—, o habérmelo tragado y tener luego una apendicitis.

Frente a cada comensal había un pequeño lavafrutas con agua destinado a las monedas y demás objetos ocultos en el bizcocho. El señor Endicott dejó caer en el suyo el fragmento de cristal, lo enjuagó y lo alzó para observarlo.

—¡Dios nos asista! —prorrumpió—. Es una piedra roja, quizá de un broche. Probablemente ha saltado de alguno de los paquetes sorpresa al abrirlos.

—¿Me permite?

Con notable destreza, Poirot cogió el objeto de entre sus dedos y lo examinó atentamente.

Como el señor Endicott había dicho, era una gran piedra roja, del color de un rubí. La luz se reflejaba en sus facetas mientras le daba vueltas.

—¡Caramba! —exclamó Eric—. ¿Y si fuese auténtico?

—No seas bobo —replicó Jean con sorna—. Un rubí de ese tamaño valdría miles y miles de libras, ¿no, *monsieur* Poirot?

—Hay que ver lo bien que arreglan ahora estos paquetes sorpresa —musitó la señorita Endicott—. Pero ¿cómo habrá llegado adentro del pudin?

Obviamente ésa era la gran duda del momento. Se agotaron todas las hipótesis. Sólo Poirot permaneció en silencio, y con aparente despreocupación, como si pensase en otra cosa, se guardó la piedra en el bolsillo.

Después de comer visitó la cocina.

La cocinera no pudo disimular su azoramiento. ¡Ser interrogada por uno de los invitados, y nada menos que el caballero de otro país! Pero procuró contestar a sus preguntas con la mayor claridad posible. El pudin había sido preparado tres días atrás.

—El mismo día que usted llegó, caballero —precisó la cocinera.

Todos habían pasado por la cocina para remover la masa, distribuida ya en distintos moldes, y formular un deseo. Una vieja tradición… ¿no era costumbre quizás en el extranjero? Después habían cocido el pudin y colocado los moldes en el estante más alto de la despensa. ¿Había alguna diferencia entre aquella porción de pudin y las otras? No, la cocinera creía que no. Salvo que estaba en un molde de aluminio, y las otras en moldes de porcelana. ¿Estaba previsto servir el pudin del molde de aluminio el día de Navidad? Era curioso que preguntase aquello. No, no era para Navidad. El pudin de Navidad se cocía siempre en moldes blancos de porcelana con un dibujo de flores de acebo. Pero esa misma mañana (la cara roja de la cocinera se llenó de pronto de ira). Gladys, la ayudanta de cocina, al bajar los moldes para su última cocción, había roto uno.

—Y claro está —concluyó la cocinera—, al ver que podían quedar astillas en el pudin, lo he sustituido por el del molde de aluminio.

Poirot le dio las gracias y salió de la cocina sonriente, satisfecho al parecer con la información que acababa de obtener, y dando vueltas a algo en el interior de su bolsillo con los dedos de la mano derecha.

—¡*Monsieur* Poirot! ¡*Monsieur* Poirot! ¡Despierte! ¡Ha ocurrido una desgracia!

Era la voz de Johnnie, al amanecer del día siguiente. Poirot se incorporó en la cama. Llevaba puesto un gorro de dormir. El contraste entre la seriedad de su semblante y el desenfado con que lucía el gorro, caído a un lado de la cabeza, era sin duda chocante; pero en Johnnie causó un efecto desproporcionado. A no ser por sus palabras, habría cabido pensar que apenas podía aguantar la risa. Se oían asimismo curiosos sonidos al otro lado de la puerta, semejantes al borboteo de varios sifones atascados.

—Baje ahora mismo, por favor —continuó Johnnie, la voz ligeramente trémula—. Hay una persona muerta. —Se volvió de espaldas.

—¡Vaya! —dijo Poirot—. ¡La cosa es grave, pues!

Se levantó y, sin excesiva prisa, se aseó parcialmente. Luego siguió a Johnnie escalera abajo. El resto del grupo se había congregado junto a la puerta del jardín. Sus rostros expresaban intensa emoción. Al ver a Poirot, Eric tuvo un violento ataque de tos.

Jean se adelantó y apoyó la mano en el brazo de Poirot.

—¡Mire! —dijo, y señaló a través de la puerta con ademán teatral.

—¡*Mon Dieu*! —exclamó Poirot—. Parece una escena de un drama.

Su observación no era inapropiada. Por la noche había vuelto a nevar, y a la tenue luz del alba todo parecía blanco y fantasmal. El níveo manto permanecía impoluto salvo por una mancha de vivo color escarlata.

Nancy Cardell yacía inmóvil en la nieve. Vestía un pijama de seda escarlata, estaba descalza, y tenía los brazos extendidos y la cabeza ladeada y oculta por su abundante melena negra. Permanecía mortalmente quieta y de su costado derecho sobresalía la empuñadura de un puñal mientras, alrededor, un círculo de nieve cada vez mayor se teñía de carmesí.

Poirot salió al jardín. En lugar de dirigirse hacia el cadáver de la muchacha, siguió por el camino. El rastro de dos pares de pies conducía al punto donde se había producido la tragedia. Las huellas del hombre se alejaban luego, solas, en dirección opuesta. Poirot se detuvo en el camino y se acarició el mentón en ademán reflexivo.

De pronto salió de la casa Oscar Levering.

—¡Santo Dios! —exclamó—. ¿Qué es esto?

Su agitación contrastaba con la calma del detective.

—Parece un asesinato —contestó Poirot pensativamente.

Eric sufrió otro violento acceso de tos.

—Tenemos que hacer algo —dijo Levering a voz en grito—. ¿Qué hacemos?

—Sólo una cosa puede hacerse —respondió Poirot—: avisar a la policía.

—¡Oh! —protestó el grupo a coro.

Poirot los miró con expresión interrogativa.

—Es así —insistió—. No podemos hacer nada más. ¿Alguien se ofrece a ir?

Siguió un instante de silencio. Por fin Johnnie avanzó hacia él.

—Se acabó la diversión —anunció—. Espero, *monsieur* Poirot, que no se enfade con nosotros. Ha sido una broma. Lo hemos preparado todo nosotros… para tomarle el pelo. Nancy no está muerta; sólo lo hace ver.

Poirot lo observó sin inmutarse, salvo por un rápido parpadeo.

—Se han burlado de mí, ¿no es eso? —inquirió con toda tranquilidad.

—Lo siento mucho, de verdad. No deberíamos haberlo hecho. Ha sido una broma de mal gusto. Le pido disculpas.

—No es necesario que se disculpe —contestó Poirot con un tono peculiar.

Johnnie se volvió.

—¡Vamos, Nancy, levanta! —gritó—. ¿Es que vas a quedarte ahí tendida todo el día?

Pero la figura que yacía en la nieve no se movió.

—¡Levanta ya! —repitió Johnnie.

Nancy continuó inmóvil, y de repente una sensación de miedo indescriptible se apoderó de Johnnie. Miró a Poirot.

—¿Qué… qué ocurre? ¿Por qué no se levanta?

—Acompáñeme —dijo Poirot lacónicamente.

Caminó por la nieve con paso resuelto. Había indicado a los demás que permaneciesen donde estaban, y procuró no pisar las otras huellas. Johnnie lo siguió, asustado e incrédulo. Poirot se arrodilló junto a la muchacha y al cabo de un momento hizo una seña a Johnnie.

—Tóquele la mano y busque el pulso.

Perplejo, Johnnie se agachó y de inmediato retrocedió dejando escapar un grito. La mano y el brazo de Nancy estaban fríos y rígidos, y no se percibía el más débil latido.

—¡Está muerta! —dijo Johnnie con voz entrecortada—. Pero ¿cómo? ¿Por qué?

Poirot pasó por alto la primera pregunta.

—¿Por qué? —repitió, abstraído—. Eso me gustaría a mí saber.

De pronto se inclinó sobre el cadáver de la muchacha, le abrió la otra mano, que tenía firmemente cerrada en torno a algo. Tanto él como Johnnie lanzaron una exclamación. En la palma de la mano de Nancy apareció una piedra roja que refulgió con ígneos destellos.

—¡Ajá! —exclamó Poirot.

Con la rapidez de un rayo, se metió la mano en el bolsillo y volvió a sacarla, vacía.

—El rubí del paquete sorpresa —musitó Johnnie, asombrado. Mientras el detective examinaba el puñal y la nieve manchada, añadió—: No puede ser sangre, *monsieur* Poirot. Es pintura. Simple pintura.

Poirot se irguió.

—Sí —afirmó con calma—. Tiene razón. No es más que pintura.

—Entonces ¿cómo…? —Johnnie se interrumpió.

—¿Cómo la han matado? —dijo Poirot, acabando la frase por él—. Eso habrá que averiguarlo. ¿Ha comido o bebido algo esta mañana?

Volvía sobre sus pasos hacia el camino, donde los demás aguardaban. Johnnie lo seguía a corta distancia.

—Ha tomado un té —contestó el muchacho—. Se lo ha preparado el señor Levering, tiene un hornillo de alcohol en su habitación.

Johnnie hablaba alto y claro. Levering oyó sus palabras.

—Siempre viajo con un hornillo a cuestas —explicó—. No hay en el mundo nada más práctico. En esta visita mi hermana lo ha agradecido; no le gusta andar molestando a los criados a todas horas, ¿entiende?

Poirot, casi en actitud de disculpa, bajó la vista a los pies de Levering, calzados con unas zapatillas de estar por casa.

—Se ha cambiado las botas, veo —murmuró con discreción.

Levering lo miró fijamente.

—Pero ¿qué vamos a hacer, *monsieur* Poirot? —preguntó Jean.

—Como ya he dicho, *mademoiselle*, sólo una cosa puede hacerse: avisar a la policía.

—Yo iré —se ofreció Levering—. No tardaré ni un minuto en ponerme las botas. Mejor será que no se queden aquí fuera, con este frío.

Corrió a la casa.

—¡Qué considerado, este señor Levering! —susurró Poirot—. ¿Seguimos su consejo?

—¿Y si despertamos a mi padre y… y a todo el mundo?

—No —respondió Poirot con tono tajante—. No es necesario. Aquí fuera no debe tocarse nada hasta que llegue la policía. ¿Entramos, pues? ¿A la biblioteca? Les contaré una breve historia que quizás aleje de sus mentes esta lamentable tragedia.

Se encaminó hacia la casa, y los demás lo siguieron.

—La historia trata de un rubí —empezó Poirot, arrellanándose en un cómodo sillón—. Un famoso rubí que pertenecía a un hombre no menos famoso. No mencionaré su nombre, pero es uno de los personajes más importantes del planeta. Eh bien, este gran hombre llegó a Londres de incógnito. Y como, pese a ser un gran hombre, era también joven e insensato, cayó en las redes de una preciosa muchacha. A esta preciosa muchacha no le interesaba demasiado el gran hombre, pero sí le interesaban sus bienes, tanto que un día desapareció con el histórico rubí que pertenecía a su familia desde hacía muchas generaciones. El desdichado joven se

halló ante un dilema. Pronto contraerá matrimonio con una princesa, y no desea verse envuelto en un escándalo. Ante la imposibilidad de acudir a la policía, recurrió a mí, Hércules Poirot. «Recupere el rubí», me dijo. Eh bien, yo poseía cierta información sobre esa muchacha. Sabía que tenía un hermano, y que juntos habían dado más de un astuto *coup*. Casualmente averigüé dónde pasarían las Navidades. Y por gentileza del señor Endicott, a quien por azar conocía, también yo fui invitado a esta casa. Pero cuando esa preciosa joven se enteró de que venía, se alarmó mucho. Es inteligente, y sabía que andaba tras el rubí. Debía esconderlo de inmediato en lugar seguro, e imaginen dónde fue a esconderlo. ¡En un pudin de pasas! Sí, bien pueden sorprenderse. Mientras removía la masa junto con todos los demás, lo metió en un pudin con un molde de aluminio distinto del resto. Pero por una extraña casualidad ese pudin acabó sirviéndose el día de Navidad.

Olvidando la tragedia por un momento, los muchachos lo miraron boquiabiertos.

—Después —prosiguió Poirot— decidió quedarse en cama. —Sacó su reloj y consultó la hora—. En la casa están ya todos despiertos. El señor Levering tarda más de la cuenta en traer a la policía, ¿no creen? Juraría que lo ha acompañado su hermana.

Ahogando un grito, Evelyn se levantó y clavó la mirada en Poirot.

—Y juraría también que no regresarán —añadió el detective—. Oscar Levering lleva mucho tiempo jugando con fuego, y esta vez ha ido demasiado lejos. Él y su hermana cambiarán de nombre y continuarán con sus actividades en otro país. Esta mañana lo he tentado y atemorizado alternativamente. Renunciando por completo a su impostura, podía apoderarse del rubí mientras nosotros estábamos en la casa y él, supuestamente, iba a buscar a la policía. Pero eso equivalía a quemar las naves. Así y todo, ante el riesgo de ser acusado de asesinato, la huida parecía lo más oportuno.

—¿Ha matado él a Nancy? —susurró Jean.

Poirot se puso en pie.

—¿Y si visitamos una vez más el lugar del crimen? —propuso.

Se encaminó hacia el jardín, y los demás lo siguieron. Pero cuando salieron, un grito ahogado escapó simultáneamente de sus gargantas. No quedaba el menor rastro de la tragedia; la nieve estaba lisa e intacta.

—¡Caramba! —exclamó Eric, dejándose caer en el portal—. No ha sido todo un sueño, ¿verdad?

—Asombroso —dijo Poirot con un ligero parpadeo—. El misterio del cadáver desaparecido.

Movida por una repentina suspicacia, Jean se acercó a él.

—*Monsieur* Poirot, no estará… mejor dicho, no habrá estado burlándose de nosotros desde el principio, ¿verdad? Sí, creo que sí.

—Es cierto, muchachos. Verán, me enteré de su inocente conspiración y decidí contraatacar. Ah, aquí tenemos a *mademoiselle* Nancy… y sana y salva, espero, después de su extraordinaria actuación.

En efecto, allí estaba Nancy Cardell en carne y hueso, con una mirada radiante y pletórica toda ella de salud y energía.

—¿No se ha enfriado? ¿Se ha bebido la tisana que he hecho subir a su habitación? —preguntó Poirot con tono acusador.

—He tomado un sorbo, y con eso me ha bastado. Me encuentro bien. ¿Qué tal he estado, *monsieur* Poirot? ¡Uf, me duele el brazo ahora que me he quitado el torniquete!

—Ha estado magnífica, *petite*. Pero quizá deberíamos poner al corriente a los demás. Percibo que siguen en la inopia. Verán, *mes enfants*, acudí a *mademoiselle* Nancy, le dije que estaba enterado de su pequeño complot, y le pedí que representase un papel para mí. Ha demostrado una gran astucia. Ha inducido al señor Levering a prepararle una taza de té y ha conseguido asimismo que fuese él quien dejase sus huellas en la nieve. Así que llegado el momento él ha pensado que, por alguna fatalidad, *mademoiselle* Nancy estaba muerta realmente, y eso me ha proporcionado todos los elementos necesarios para atemorizarlo. ¿Qué ha ocurrido cuando nosotros hemos vuelto a la casa, *mademoiselle*?

—El señor Levering ha venido con su hermana, me ha arrebatado el rubí de la mano, y los dos se han marchado a toda prisa.

—¡Pero cómo, *monsieur* Poirot! —exclamó Eric—. ¿Y el rubí? ¿No irá a decirnos que ha consentido que se lo lleven?

Ante el círculo de miradas acusadoras, Poirot quedó cariacontecido.

—Lo recuperaré —afirmó sin convicción, pero advirtió que había perdido la estima de los muchachos.

—¡Pues no faltaría más! —protestó Johnnie—. ¡Mire que dejarlos marcharse con el rubí…!

Jean sin embargo fue más sagaz.

—¡Está tomándonos el pelo otra vez! —dijo—. ¿No es así, *monsieur* Poirot?

—Busque en mi bolsillo izquierdo, *mademoiselle*.

Con vivo entusiasmo, Jean metió la mano en el bolsillo y la extrajo de nuevo. Profiriendo una exclamación de triunfo, alzó el gran rubí y lo exhibió en todo su esplendor carmesí.

—Verán, el otro era una réplica en bisutería que traje de Londres —explicó Poirot.

—¡Qué inteligente! —dijo Jean con admiración.

—Hay un detalle que aún no nos ha aclarado —saltó Johnnie de pronto—. ¿Cómo descubrió nuestra treta? ¿Se lo contó Nancy?

Poirot negó con la cabeza.

—¿Cómo se enteró, pues?

—Mi trabajo consiste en averiguar cosas —contestó Poirot, y sonrió al ver alejarse por el camino a Evelyn Haworth y Roger Endicott.

—Sí, pero díganoslo. ¡Va, por favor! Querido *monsieur* Poirot, díganoslo.

Lo rodeaba un círculo de rostros sonrojados e impacientes.

—¿De verdad desean que resuelva ese misterio por ustedes?

—Sí.

—No creo que pueda.

—¿Por qué?

—*Mafoi*, los decepcionaría.

—¡Va, díganoslo! ¿Cómo se enteró?

—Pues, verán, me hallaba en la biblioteca…

—¿Sí?

—… y ustedes discutían sus planes en el jardín, justo al lado…, y la ventana estaba abierta.

—¿Eso es todo? —dijo Eric con enojo—. ¿Así de sencillo?

—Así de sencillo —confirmó Poirot, sonriente.

—Al menos ahora lo sabemos ya todo —declaró Jean con satisfacción.

—¿Ah, sí? —murmuró Poirot para sí, dirigiéndose hacia la casa—. Yo no… yo, cuyo trabajo consiste en averiguar cosas. —Y de nuevo, quizá por vigésima vez, sacó de su bolsillo un papel bastante sucio y leyó—: «No pruebe el pudin de pasas».

Poirot movió la cabeza en un gesto de perplejidad. En ese mismo momento oyó, muy cerca de sus pies, la exclamación ahogada de una peculiar voz. Bajó la vista y descubrió a una criatura pequeña con un vestido estampado. En la mano derecha sostenía un cepillo y en la izquierda, un recogedor.

—¿Y tú quién eres, *mon enfant*? —preguntó Poirot.

—Annie Hicks, señor, para servirle. Segunda doncella.

Poirot tuvo una intuición. Entregó la nota a la niña.

—¿Has escrito tú esto, Annie?

—No lo hice con mala intención, señor.

Poirot le sonrió.

—Claro que no. ¿Por qué no me lo cuentas todo?

—Fueron esos dos, el señor Levering y su hermana. Nadie del servicio los soporta, y ella no estaba enferma ni nada por el estilo, se lo aseguro. A mí eso me daba mala espina, y en fin, señor, le seré sincera, escuché detrás de la puerta y oí decir al señor Levering: «Tenemos que librarnos de ese Poirot cuanto antes». Así, tal cual. Luego, con mucho interés, le preguntó a su hermana: «¿Dónde lo has puesto?», y ella contestó: «En el pudin». Así que imaginé que quería envenenarlo a usted con el pudin de Navidad, y no sabía qué hacer. A mí la cocinera no me habría hecho ni caso. Pensé, pues, escribirle una nota para avisarlo del peligro y la dejé en el vestíbulo, donde el señor Graves por fuerza la vería y se la entregaría.

Annie se interrumpió, sin aliento. Poirot la observó con seriedad por un momento.

—Lees demasiados folletines, Annie —dijo por fin—. Pero tienes buen corazón y no te falta inteligencia. Cuando regrese a Londres, te enviaré un libro excelente sobre

le ménage, y también *Las vidas de los santos* y una obra sobre la posición económica de la mujer.

Dejando a Annie con otra exclamación ahogada en los labios, se dio media vuelta y cruzó el vestíbulo. Se proponía entrar en la biblioteca, pero a través de la puerta abierta vio dos cabezas muy juntas, una rubia y otra morena. Se detuvo. De pronto unos brazos le rodearon el cuello.

—Quiero darle un beso —anunció Jean.

—Yo también —dijo Nancy.

Monsieur Poirot disfrutó de la ocasión; disfrutó mucho, a decir verdad.

Un dios solitario

(The Lonely God).

«Un dios solitario» se publicó por primera vez en Royal Magazine en julio de 1926. Es uno de los pocos relatos puramente románticos de Agatha Christie, y ella misma lo consideraba «de un sentimentalismo lamentable». Sin embargo este relato tiene un especial interés, puesto que prefigura la futura pasión de Agatha Christie por la arqueología, que definió como su tema de estudio preferido en Michael Parkinson's Confessions Album (1973), un libro publicado con fines benéficos. Fue el común interés por la arqueología lo que la llevó a conocer a quien sería su segundo esposo, el célebre arqueólogo Max Mallowan. Después de la Segunda Guerra Mundial ella y Mallowan viajaron cada primavera durante muchos años a Nimrud, la antigua ciudad asiría, y la propia Agatha Christie presenta su visión de las excavaciones realizadas en Tell Brak, Siria, en 1937 y 1938 en Ven y dime cómo vives (1946), una guía entretenida e instructiva de los yacimientos y una excelente muestra de esta otra faceta de la autora. Si bien nunca escribió, por lo visto, durante las expediciones, sus experiencias le proporcionaron material para varios libros de la serie de Poirot, incluidos Asesinato en Mesopotamia (1936), Poirot en Egipto, (1937) y Cita con la muerte (1938), y también para la extraordinaria novela La venganza de Nofret (1944), ambientada en el antiguo Egipto más de dos mil años antes de Cristo.

Se hallaba sobre una repisa del Museo Británico, solo y desamparado entre una congregación de deidades obviamente más importantes que él. Alineados a lo largo de las cuatro paredes, esos otros personajes mayores parecían manifestar todos una abrumadora sensación de superioridad. El pedestal de cada uno de ellos llevaba debidamente inscritas la procedencia y la raza que se había enorgullecido de poseerlo. No existía la menor duda respecto a su posición: eran divinidades de alto rango y se las reconocía como tales.

Sólo el pequeño dios del rincón quedaba excluido de su compañía. Toscamente labrado en piedra gris, sus rasgos borrados casi por completo a causa de la intemperie y los años, permanecía sentado en soledad, acodado en las rodillas, la cabeza entre las manos; un dios pequeño y solitario en tierra extraña.

Ninguna inscripción daba a conocer su lugar de origen. Estaba en verdad perdido, sin honor ni fama, una figurilla patética lejos de su mundo. Nadie se fijaba en él; nadie se detenía a contemplarlo. ¿Por qué iban a hacerlo? Era insignificante, un bloque de piedra gris en un rincón. Lo flanqueaban dos dioses mejicanos, su superficie alisada por el paso del tiempo, plácidos ídolos con las manos cruzadas y bocas crueles arqueadas en una sonrisa que revelaba sin tapujos su desprecio por la humanidad. Había también un pequeño dios orondo y en extremo prepotente, con un

puño cerrado, que a todas luces tenía un exagerado concepto de su propia importancia, pero algún que otro visitante se paraba a echarle un vistazo, aunque sólo fuese para reírse del marcado contraste entre su absurda pomposidad y la sonriente indiferencia de sus compañeros mejicanos.

Y el pequeño dios perdido estaba allí sentado, como siempre año tras año, sin la menor esperanza, la cabeza entre las manos, hasta que un día sucedió lo imposible, y encontró… un adorador.

—¿Hay correspondencia para mí?

El conserje extrajo un fajo de cartas de un casillero, las hojeó y respondió con tono indolente:

—Nada para usted, caballero.

Frank Oliver suspiró y volvió a salir del club. No tenía ningún motivo en particular para esperar correspondencia. Poca gente le escribía. Desde su regreso de Birmania la primavera pasada había ido tomando conciencia de su creciente soledad.

Frank Oliver acababa de cumplir los cuarenta, y había pasado los últimos dieciocho años en distintas partes del planeta, con breves períodos de permiso en Inglaterra. Ahora que se había retirado y vuelto a casa para quedarse, se daba cuenta por primera vez de lo solo que estaba en el mundo.

Tenía a su hermana Greta, sí, casada con un clérigo de Yorkshire y muy ocupada con las responsabilidades parroquiales y el cuidado de sus hijos. Como era natural, Greta sentía un gran cariño por su único hermano, pero en sus circunstancias era también natural que dispusiese de poco tiempo para él. Por otra parte, contaba con su viejo amigo Tom Hurley. Tom había contraído matrimonio con una muchacha bonita, alegre e inteligente, una muchacha muy enérgica y práctica a quien Frank temía en secreto. Jovialmente le decía que no debía convertirse en un solterón avinagrado y con frecuencia le presentaba «chicas simpáticas»; ellas persistían en la relación por un tiempo y luego lo dejaban por imposible.

Y sin embargo, Frank no era una persona insociable. Anhelaba compañía y comprensión, y desde su regreso a Inglaterra había ido tomando conciencia de su creciente desánimo. Había estado lejos demasiados años, y no sintonizaba con los nuevos tiempos. Pasaba días enteros deambulando sin rumbo, preguntándose qué hacer con su vida.

Uno de esos días entró en el Museo Británico. Le interesaban las curiosidades asiáticas, y así fue como descubrió por azar al dios solitario. Su encanto lo cautivó al instante. Allí había algo vagamente afín a él, alguien extraviado también en una tierra extraña. Comenzó a frecuentar el museo con el único propósito de contemplar aquella figurilla gris de piedra, expuesta sobre la alta repisa en su oscuro rincón.

Aciaga suerte la suya, pensaba. Probablemente en otro tiempo era el centro de atención, abrumado siempre con ofrendas, reverencias y demás.

Había empezado a creerse con tales derechos sobre su menguado amigo (equivalentes casi a un verdadero sentido de propiedad) que en un primer momento le molestó ver que el pequeño dios había logrado una segunda conquista. Aquel dios solitario lo había descubierto él; nadie, consideraba, tenía derecho a entrometerse.

Pero una vez mitigada la indignación inicial, no pudo menos que sonreír. Pues aquella segunda adoradora era una criatura menuda, ridícula y lastimosa en extremo, vestida con un raído abrigo negro y una falda que había conocido tiempos mejores. Era joven —tendría poco más de veinte años, calculó—, de cabello rubio y ojos azules, y un melancólico mohín se dibujaba en sus labios.

El sombrero que llevaba le llegó al corazón de manera especial. Saltaba a la vista que lo había adornado ella misma, y era tal su valeroso intento de parecer elegante que su fracaso resultaba patético. Era sin duda una dama, pero una dama ida a menos, y Frank concluyó de inmediato que trabajaba de institutriz y estaba sola en el mundo.

Pronto averiguó que visitaba al dios los martes y viernes, siempre a las diez de la mañana, en cuanto abría el museo. Al principio le disgustó su intrusión, pero poco a poco se convirtió en uno de los principales intereses de su monótona vida. A decir verdad, su compañera de veneración empezaba a desbancar al objeto venerado en su preeminente posición. Los días que no veía a la «Pequeña Dama Solitaria», como él la llamaba en sus pensamientos, se le antojaban vacíos.

Quizá también ella experimentaba igual interés en él, pero se esforzaba en disimularlo bajo una calculada actitud de indiferencia. Con todo, un sentimiento de compañerismo se forjó gradualmente entre ellos, pese a que aún no habían cruzado palabra. El verdadero problema era en realidad la timidez de Frank. En sus adentros aducía que probablemente ella ni siquiera se había fijado en él (eso no obstante lo descartaba en el acto cierto sentido común interno), que lo consideraría una impertinencia intolerable, y por último que a él no se le ocurría ni remotamente qué decir.

Pero el destino, o el pequeño dios, tuvo la gentileza de proporcionarle una genial idea, o eso le parecía a él. Sobremanera satisfecho de su astucia, compró un pañuelo de mujer, una delicada prenda de batista y encaje que apenas se atrevía a tocar. Así pertrechado, siguió a la muchacha cuando se marchó y la detuvo en la Sala Egipcia.

—Disculpe —dijo, procurando hablar con flemática despreocupación y fracasando estrepitosamente en el intento—. ¿Es esto suyo?

La Dama Solitaria cogió el pañuelo y fingió examinarlo con detenida atención.

—No, no es mío. —Se lo devolvió y, dirigiéndole una mirada en la que Frank, con sentimiento culpable, creyó adivinar recelo, añadió—: Es muy nuevo. Aún lleva el precio.

Sin embargo, Frank se resistió a admitir que había sido descubierto y emprendió una farragosa explicación en exceso verosímil.

—Verá, lo he encontrado bajo aquella vitrina grande, junto a la pata del fondo. —Halló un gran alivio en esa detallada descripción—. Así que, como usted se había

parado allí, he pensado que debía de ser suyo y he venido a traérselo.

—No, no es mío —repitió ella. Como de mala gana, agregó—: Gracias.

La conversación llegó a un embarazoso punto muerto. La muchacha permaneció inmóvil, sonrojada e incómoda, buscando obviamente la manera de retirarse con dignidad.

Frank, en un desesperado esfuerzo, decidió sacar provecho de la ocasión.

—No… no sabía que hubiese en Londres otra persona interesada en nuestro pequeño dios solitario hasta que la he visto a usted.

—¿Usted también lo llama así? —preguntó la muchacha con vivo interés, dejando a un lado sus reservas.

Por lo visto, el pronombre elegido por él, «nuestro», si lo había advertido, no le molestó. De manera espontánea se había sentido impulsada a admitir su afinidad.

Así pues, Frank consideró lo más normal del mundo contestar:

—¡Naturalmente!

De nuevo se produjo un silencio, pero esta vez nacido de la mutua comprensión.

Fue la Dama Solitaria quien lo rompió, recordando de pronto los convencionalismos.

Se irguió y, adoptando una actitud de dignidad casi ridícula en una persona de tan corta estatura, dijo con tono glacial:

—Debo irme. Buenos días.

Y tras una ligera y envarada inclinación de cabeza, se alejó, con la espalda muy recta.

Cualquier otro se hubiera sentido rechazado, pero Frank Oliver, en un lamentable indicio de sus rápidos progresos en conducta licenciosa, se limitó a murmurar:

—¡Qué encanto de mujer!

Pronto se arrepentiría de su temeridad, no obstante. En los diez días siguientes su pequeña dama no se acercó al museo. Frank se desesperó. ¡La había ahuyentado! ¡Nunca regresaría! ¡Era un bruto, un villano! ¡Nunca volvería a verla!

En su ansiedad, merodeó sin cesar por el Museo Británico. Quizá simplemente visitaba el museo a otras horas. Pronto Frank conoció de memoria las salas adyacentes y desarrolló una perdurable aversión a las momias. Casi enloqueció de aburrimiento a fuerza de contemplar innumerables jarrones de todas las épocas, y el vigilante lo observaba con recelo cuando se pasaba tres horas absorto en los jeroglíficos asirios.

Pero un día su paciencia se vio recompensada. La muchacha apareció de nuevo, con el color más subido que de costumbre e intentando a toda costa mostrarse serena.

Frank la saludó con efusiva cordialidad.

—Buenos días. Hacía una eternidad que no venía por aquí.

—Buenos días —contestó ella, pronunciando las palabras con gélido desapego y pasando por alto impasiblemente su segunda frase.

Pero Frank estaba desesperado.

—Escúcheme. —Se plantó frente a ella con una mirada suplicante que recordaba la de un perro fiel—. Seamos amigos. Yo estoy solo en Londres… totalmente solo en el mundo, y creo que a usted le ocurre lo mismo. Deberíamos ser amigos. Además, nos ha presentado nuestro pequeño dios.

Ella alzó la vista con cierta reserva, pero una trémula sonrisa se insinuó en las comisuras de sus labios.

—¿Nos ha presentado?

—¡Naturalmente!

Por segunda vez empleaba esa expresión de certidumbre en extremo categórica, y también en esta ocasión surtió efecto, ya que al cabo de unos segundos la muchacha, con aquella actitud ligeramente regia tan característica de ella, respondió:

—Muy bien.

—¡Espléndido! —exclamó Frank con rudeza, pero la muchacha, percibiendo un quiebro en su voz, le lanzó una mirada fugaz, movida por un súbito sentimiento de compasión.

Y así nació aquella peculiar amistad. Dos veces por semana se reunían en el santuario de un pequeño ídolo pagano. Al principio restringían a él su conversación. Por así decirlo, el dios servía a la vez como paliativo y excusa para su amistad. Hablaron largo y tendido acerca de su posible procedencia. Él insistía en atribuirle un carácter en extremo sanguinario. Lo describía como el terror de su lugar de origen, con un insaciable deseo de sacrificios humanos, reverenciado por sus asustados y temblorosos adoradores. En el contraste entre su pasada grandeza y su presente insignificancia residía, según él, el patetismo de su situación.

La Dama Solitaria rechazaba de pleno esta teoría. Era en esencia un dios benévolo, sostenía. Dudaba mucho que alguna vez hubiese sido poderoso. De haberlo sido, aducía, no habría acabado en aquella sala, solo y perdido. En todo caso le parecía un pequeño dios encantador y sentía por él un gran cariño; no resistía la idea de que estuviese allí día tras día con aquellas otras horrendas y altivas deidades que se mofaban de él, ¡porque era evidente que eso hacían! Después de estos vehementes arrebatos la pequeña dama se quedaba sin aliento.

Agotado el tema, inevitablemente empezaron a hablar de sí mismos. Frank descubrió que su suposición era correcta. Ella trabajaba de institutriz para una familia de Hampstead. Él de inmediato sintió antipatía por los niños que ella tenía a su cargo: Ted, que contaba cinco años y no era *malo* sino sólo travieso; los gemelos, que *realmente* la desquiciaban; y Molly, que nunca obedecía, pero era tan adorable que no había forma de enfadarse con ella.

—Esos niños abusan de su paciencia —afirmó Frank con tono adusto y acusador.

—Ni mucho menos —replicó ella con firmeza—. Soy muy severa con ellos.

—¡Ya, ya! —dijo él, y se echó a reír.

Pero ella lo obligó a disculparse mansamente por su incredulidad.

Era huérfana, explicó la muchacha, y no tenía a nadie en el mundo.

Gradualmente Frank le habló también de su vida; de su vida oficial, que había sido muy sacrificada y moderadamente satisfactoria; y de su pasatiempo extraoficial, que era embadurnar un lienzo tras otro.

—A decir verdad, no sé nada de pintura —aclaró—. Pero siempre he presentido que algún día seré capaz de pintar algo. Dibujo bastante bien, pero me gustaría realizar una auténtica pintura. Un conocido me dijo una vez que no tenía mala técnica.

La muchacha mostró interés e insistió en conocer más detalles.

—Estoy segura de que pinta muy bien.

Frank negó con la cabeza.

—No. Últimamente he empezado varios cuadros y los he tirado todos desesperado. Siempre había creído que, cuando pudiese dedicarle tiempo, sería un juego de niños. Viví con esa idea durante años, pero lo he dejado para muy tarde, supongo, como tantas otras cosas.

—Nunca es demasiado tarde, nunca —dijo la pequeña dama con el fervor propio de los jóvenes.

Frank sonrió.

—¿Eso cree? Para algunas cosas yo sí he llegado demasiado tarde.

La pequeña dama se rió de él y lo llamó en broma Matusalén.

Empezaron a sentirse curiosamente a gusto en el Museo Británico. El fornido y cordial vigilante que rondaba las galerías era un hombre con tacto, y por lo general en cuanto la pareja aparecía, consideraba que sus arduas labores de vigilancia se requerían con urgencia en la contigua Sala Asiría.

Un día Frank tomó una audaz decisión: ¡La invitó a tomar un té!

Ella puso reparos en un primer momento.

—No tengo tiempo. No dispongo de libertad. Puedo venir algunas mañanas porque los niños reciben clases de francés.

—Tonterías —dijo Frank—. Puede permitírselo al menos un día. Pretexte que se le ha muerto una tía o un pariente lejano; lo que quiera, pero venga. Iremos a un pequeño salón de té que hay aquí cerca y tomaremos bollos. Adivino que le encantan los bollos.

—¡Sí, esos pequeños con pasas!

—Y recubiertos con azúcar glasé…

—¡Son tan redondos y apetitosos…!

—Los bollos tienen algo que los hace infinitamente reconfortantes —afirmó Frank Oliver con solemnidad.

Así quedaron, pues, y para la ocasión la menuda institutriz se adornó la cintura con una cara rosa de invernadero.

Últimamente Frank percibía en ella cierta tensión, cierta inquietud, y aquella tarde esa impresión se acrecentó mientras la contemplaba servir el té en la pequeña mesa de mármol.

—¿Han estado atormentándola los niños? —preguntó, solícito.

Ella movió la cabeza en un gesto de negación. Curiosamente, desde hacía un tiempo se mostraba reacia a hablar de los niños.

—Son buenos chicos. No me dan ningún problema.

—¿De verdad?

Su tono comprensivo pareció afligirla de manera inexplicable.

—Sí, de verdad. No es eso. Pero… pero sí estaba sola. Muy sola —admitió con voz casi suplicante.

—Sí, sí, lo sé —se apresuró a decir él, conmovido. Guardó silencio por un momento y luego añadió jovialmente—: ¿Se ha dado cuenta de que ni siquiera conoce aún mi nombre?

Ella alzó la mano en un gesto de protesta.

—No, por favor. Prefiero no saberlo. Y no me pregunte el mío. Seamos simplemente dos personas solitarias que se han encontrado y se han hecho amigas. Así es mucho más maravilloso y… y distinto.

—De acuerdo —respondió Frank lenta y pensativamente—. En un mundo por lo demás solitario, seremos dos personas que se tienen la una a la otra.

Aquello no se correspondía exactamente con lo que ella había expresado, y pareció resultarle difícil seguir con la conversación. Poco a poco fue agachando la cabeza hasta ofrecer a la vista sólo la copa de su sombrero.

—Es muy bonito, ese sombrero —observó a fin de levantarle el ánimo.

—Lo adorné yo misma —informó ella con orgullo.

—Esa impresión me dio en cuanto lo vi —contestó Frank, inconsciente de lo poco afortunado que era el comentario.

—Me temo que no es tan elegante como pretendía.

—A mí me parece precioso —aseguró él en un gesto de lealtad.

Cayeron de nuevo en el mutismo. Por fin Frank Oliver rompió el silencio con arrojo.

—Señorita, no pensaba decírselo aún, pero no puedo contenerme. La amo. La quiero. La amo desde el instante en que la vi por primera vez allí parada con su vestido negro. Querida mía, si dos personas solitarias estuviesen juntas… en fin, terminaría la soledad. Y yo trabajaría. Trabajaría con ahínco. La pintaría a usted. Podría; sé que podría. ¡Oh, niña mía, no puedo vivir sin usted! No puedo…

Su pequeña dama no apartaba de él la mirada. Pero sus palabras fueron lo último que esperaba oír. Con voz clara y serena, dijo:

—Aquel pañuelo lo compró usted.

Frank quedó atónito ante tal demostración de perspicacia femenina, y más atónito aún por el hecho de que esgrimiese aquello contra él en ese preciso momento.

Después del tiempo transcurrido, sin duda podría habérselo perdonado.

—Sí, lo compré yo —admitió con humildad—. Buscaba una excusa para dirigirme a usted. ¿Está muy enfadada? —Aguardó dócilmente sus palabras de condena.

—Creo que fue un detalle encantador de su parte —dijo la pequeña dama con vehemencia—. ¡Un detalle encantador!

—Dígame, niña mía, ¿es imposible? —prosiguió Frank con su habitual rudeza—. Tengo ya cierta edad y sé que soy feo y tosco…

—¡No, no lo es! —lo interrumpió la Dama Solitaria—. Yo no cambiaría nada en usted, nada. Lo amo tal como es, ¿entiende? No porque me inspire lástima ni porque yo esté sola en el mundo y necesite alguien que me quiera y cuide de mí, sino porque usted es como es. ¿Lo entiende ahora?

—¿Lo dice sinceramente? —preguntó él en un susurro.

—Sí, con total sinceridad —contestó ella sin vacilar.

Enmudecieron, abrumados por la emoción y el asombro. Por fin Frank dijo ensoñadoramente:

—¡Entonces hemos encontrado el paraíso, querida mía!

—En un salón de té —respondió ella con la voz empañada por el llanto y la risa.

Pero los paraísos terrenales duran poco. La pequeña dama dejó escapar una exclamación.

—¡No sabía que era tan tarde! Debo marcharme ahora mismo.

—La acompaño a casa.

—¡No, no, no!

Frank no pudo vencer su resistencia y sólo la acompañó hasta la estación de metro.

—Adiós, amor mío —se despidió ella, estrechándole la mano con una intensidad que más tarde Frank recordaría.

—Adiós sólo hasta mañana —contestó él con alegría—. A las diez como de costumbre, y nos diremos nuestros nombres y contaremos nuestras historias, siendo prácticos y prosaicos.

—Adiós también… al paraíso —musitó ella.

—¡Siempre estará con nosotros, vida mía!

Ella sonrió, pero con aquella melancólica expresión de súplica que lo inquietaba y no conseguía comprender. Finalmente el implacable ascensor la apartó de su vista.

Aquellas últimas palabras le causaron un inexplicable desasosiego, pero las alejó de su mente con determinación y las sustituyó por una radiante ilusión ante lo que el día siguiente le depararía.

A las diez se hallaba ya en el museo, donde siempre. Por primera vez reparó en las malévolas miradas que le dirigían los otros ídolos. Casi daba la impresión de que

conociesen algún funesto secreto que le afectaba y se regodeasen en ello. Percibía con intranquilidad la aversión que le manifestaban.

La pequeña dama se retrasaba. ¿Por qué no llegaba? El ambiente de aquel lugar empezaba a ponerlo nervioso. Nunca antes su pequeño amigo, el dios de ambos, le había parecido tan impotente como aquel día. Un pedazo de piedra inútil, aferrado a su desesperación.

Interrumpió sus pensamientos un niño de semblante astuto que se había acercado a él y lo examinaba de arriba abajo con atención. Satisfecho al parecer con el resultado de sus observaciones, le entregó una carta.

—¿Para mí?

El sobre no llevaba escrito el nombre del destinatario. Lo cogió, y el niño se escabulló con extraordinaria rapidez.

Frank Oliver leyó lentamente la carta, sin dar crédito a sus ojos. Era breve.

Amor mío:

Nunca podré casarme con usted. Olvide por favor que he entrado en su vida y procure perdonarme si algún daño le he causado. No intente dar conmigo, porque no lo conseguirá. Es un adiós definitivo.

LA DAMA SOLITARIA.

Al final había una posdata, añadida obviamente en el último momento:

Lo amo. Lo amo de verdad.

Y esa lacónica e impulsiva posdata fue su único consuelo en las semanas siguientes. De más está decir que la buscó pese a su expresa prohibición, pero todo fue en vano. Había desaparecido, y Frank no tenía el menor indicio para localizarla. En su desesperación, puso anuncios en los diarios, implorándole veladamente que, cuando menos, le aclarase el misterio, pero sus esfuerzos no obtuvieron más respuesta que el silencio. Se había ido para no volver.

Y ocurrió entonces que por primera vez en su vida fue capaz de pintar realmente. Su técnica siempre había sido buena. De pronto la aptitud y la inspiración iban de la mano.

El lienzo con el que se consagró y saltó a la fama fue expuesto en la Academia de Bellas Artes y distinguido con el galardón de mejor cuadro del año, tanto por su exquisito tratamiento del tema como por la técnica y magistral realización. Cierto grado de misterio aumentaba su interés para el gran público.

Había encontrado su fuente de inspiración por azar. Un cuento de hadas publicado en una revista había encendido su imaginación.

Narraba la historia de una afortunada princesa a quien nunca había faltado nada. Si expresaba un deseo, se cumplía de inmediato. Si formulaba una petición, le era

concedida. Tenía unos padres que la querían, grandes riquezas, preciosos vestidos y joyas, esclavos siempre a punto para satisfacer sus más insignificantes antojos, alegres criadas que le hacían compañía, todo cuanto una princesa pudiese desear. Los príncipes más apuestos y ricos la cortejaban y en balde pedían su mano, dispuestos a matar cuantos dragones fuese necesario para demostrar su ferviente amor. Y sin embargo la soledad de la princesa era mayor que la del mendigo más mísero del reino.

Frank no leyó más. El destino final de la princesa no le interesaba. Se había forjado ya una imagen de la princesa colmada de placeres con un alma triste y solitaria, asqueada del bienestar, asfixiada por el lujo, anhelante en el Palacio de la Abundancia.

Comenzó a pintar con febril energía. El intenso júbilo de la creación se adueñó de él.

Representó a la princesa en su corte, reclinada en un diván. Una vistosa ambientación oriental dominaba el lienzo. La princesa lucía un magnífico vestido con bordados de extraños colores; el cabello dorado le caía en torno al rostro, y un aro profusamente enjoyado ornaba su cabeza. Estaba rodeada de doncellas, y ante ella se postraban los príncipes con exquisitos regalos. En conjunto, la escena era un derroche de lujo y opulencia.

Sin embargo, la princesa tenía vuelto el rostro, ajena a las risas y el alborozo. Mantenía la vista fija en un lóbrego rincón donde había un objeto que parecía fuera de lugar en aquel ambiente: un pequeño ídolo de piedra gris con la cabeza entre las manos en una rara actitud de desesperación.

¿Estaba fuera de lugar? La princesa lo observaba con una expresión extrañamente compasiva, como si una creciente conciencia de su propio aislamiento arrastrase hacia allí su mirada de manera irresistible. Existía afinidad entre ellos. Aunque tenía el mundo a sus pies, estaba sola: una princesa solitaria mirando a un pequeño dios solitario.

Todo Londres habló del cuadro. Greta le escribió unas apresuradas palabras de felicitación desde Yorkshire, y la esposa de Tom Hurley en una carta le rogó: «Ven a pasar el fin de semana y conocer a una chica encantadora, gran admiradora de tu obra». Frank Oliver soltó una sarcástica risotada y echó la carta al fuego. Le había llegado el éxito, pero ¿de qué servía? Su único anhelo era la pequeña y solitaria dama que había salido de su vida para siempre.

Aquel día se celebraba el gran premio hípico de Ascot, y el vigilante de servicio en cierta sección del Museo Británico se frotó los ojos, pensando que soñaba, pues no era normal encontrarse allí una visión propia de Ascot, con su vestido de encaje y su extraordinario sombrero, una auténtica ninfa tal como la habría concebido un genio parisino. El vigilante la contempló arrobado.

Probablemente el dios solitario no estaba tan sorprendido. Quizás a su manera había sido un dios poderoso; en todo caso, una de sus adoradoras había vuelto al redil.

La Dama Solitaria lo miraba con atención y movía los labios en un rápido susurro.

—¡Oh, pequeño y querido dios! ¡Ayúdame, querido dios! ¡Ayúdame, por favor!

Quizás el pequeño dios se sintió halagado. Quizá, caso de que en otro tiempo hubiese sido la deidad feroz e implacable que Frank Oliver imaginaba, los largos años de tedio y la influencia de la civilización habían ablandado su frío corazón de piedra. Quizá la Dama Solitaria tenía razón y en realidad era un dios benévolo. Quizá fue sólo una coincidencia. Fuera como fuese, en aquel preciso instante Frank Oliver, cabizbajo, entró lentamente desde la Sala Asiría.

Alzó la cabeza y vio a la ninfa parisina.

Un momento después la rodeaba con el brazo y escuchaba su explicación rápida y entrecortada.

—Estaba tan sola… Pero usted ya lo sabe; debió de leer el cuento que escribí. No habría podido pintar aquel cuadro si no lo hubiese leído… y comprendido. La princesa era yo. Lo tenía todo, y sin embargo me hallaba en una soledad indescriptible. Un día decidí visitar a una adivina y le pedí ropa prestada a mi doncella. De camino entré aquí y lo vi contemplar el pequeño dios. Así empezó todo. Aparenté ser quien no era… ¡Fue un comportamiento imperdonable! Y peor aún, seguí fingiendo, y después no me atreví a confesarle que le había mentido. Pensé que se indignaría al conocer mi engaño. No resistía la idea, así que desaparecí. Más tarde escribí el cuento, y ayer vi su cuadro. Usted pintó ese cuadro, ¿verdad?

Sólo los dioses conocen realmente el significado de la palabra «ingratitud». Cabe suponer que el pequeño dios solitario conocía la profunda ingratitud de la naturaleza humana. Como divinidad, se encontraba en una posición privilegiada para observarla, pero a la hora de la difícil prueba él, que había recibido en ofrenda innumerables sacrificios, se sacrificó a su vez. Renunció a sus dos únicos adoradores en aquella tierra extraña, y demostró así ser a su manera un gran dios, ya que renunció a todo lo que tenía.

A través de las rendijas de sus dedos los vio marcharse, cogidos de la mano, sin volver la vista atrás, dos personas felices que habían encontrado el paraíso y ya no lo necesitaban.

Pues ¿qué era él al fin y al cabo sino un pequeño dios solitario en tierra extraña?

El oro de Man

(Manx Gold).

«El oro de Man» no es un relato policíaco corriente; incluso puede que sea único en su especie. Los detectives son bastante convencionales; pero si bien se enfrentan con un asesinato especialmente brutal, la identidad del asesino no es su principal preocupación. Están mucho más interesados en desentrañar una serie de pistas sobre el paradero de un tesoro escondido, un tesoro cuya existencia no se haya confinada a la página impresa. Esto obviamente requiere alguna explicación… El invierno de 1929, Alderman Arthur B. Crookall concibió una original idea. Crookall presidía el «Esfuerzo de Junio», un comité creado para promocionar el turismo en la isla de Man, y su idea, inspirada en las numerosas leyendas sobre los contrabandistas maneses y sus olvidados tesoros ocultos, consistía en organizar la búsqueda de un tesoro. Habría un tesoro auténtico, escondido en algún lugar de la isla, y pistas para localizarlo introducidas veladamente en el argumento de un relato policíaco. Al principio algunos miembros del comité expresaron sus reservas respecto a la propuesta de Crookall, pero finalmente fue aprobada. El comité acordó que el «Proyecto Búsqueda del Tesoro de la Isla de Man» se desarrollaría al comienzo de la temporada turística, coincidiendo con las pruebas de motociclismo del International Tourist Trophy, por entonces en su vigésimo cuarta edición, y con otros eventos anuales tales como «la coronación de la Reina de las Rosas» y la regata de medianoche. Pero Crookall debía encontrar a alguien que escribiese el relato en que se basaría la búsqueda, ¿y quién mejor que Agatha Christie? Quizá para sorpresa de todos, y por sólo 60 libras, Agatha Christie aceptó el encargo, sin duda el más insólito de su vida. Viajó a la isla de Man a finales de abril de 1930 y se alojó en casa del vicegobernador, hasta que se vio obligada a volver a Devon para atender a su hija enferma. Agatha Christie y Crookall deliberaron sobre la búsqueda del tesoro durante varios días y visitaron algunos lugares a fin de decidir dónde esconder el tesoro y cómo presentar las pistas. El relato resultante, «El oro de Man», se publicó en el Daily Dispatch a finales de mayo en cinco entregas. Cabe suponer que el comité eligió el Daily Dispatch, un periódico de Manchester, considerando que era el medio idóneo para hacer llegar el relato a un mayor número de posibles visitantes ingleses. «El oro de Man» se reimprimió luego en forma de folleto y se distribuyeron 250 000 ejemplares por los hoteles y pensiones de la isla. Se incluyeron cinco pistas, cada una en una entrega (su ubicación en el texto aparece marcada con una), y cuando se aproximaba la fecha de la primera entrega, el comité «Esfuerzo de Junio» solicitó a todos los maneses la máxima ✝ *«cooperación a fin de obtener la mayor publicidad posible» para la búsqueda. A más turistas, mayores ingresos, y la búsqueda se anunció también a varios centenares de maneses que habían emigrado a Estados Unidos y regresarían en junio a la isla como invitados de honor. Citando literalmente el texto publicitario de la época, era «una oportunidad para que todos los detectives aficionados pusiesen a prueba su pericia». Para competir con Juan y Fenella, se aconsejaba proveerse —al igual que ellos— de «varios buenos mapas… unas cuantas guías de la isla… un libro sobre el folklore [y] un libro sobre la historia de la isla». Las soluciones a las pistas se encuentran en el epílogo de este relato.*

El viejo Mylecharane a lo grande vivía.
En las colinas de Jurby su granja se hallaba
y en ella sólo tojo y hierba cana crecían,
campos dorados que con gusto su hija miraba.

Según dicen, oh padre, nada te falta,
pero la fortuna escondida sin duda la tienes.
Más oro no veo que el resplandor de la aulaga,
¿dónde, pues, lo guardas si puede saberse?

Mi oro, hija mía, en un cofre de roble escondo,
que al mar eché un día al bajar la marea.
Y allí está, un ancla de esperanza sujeta al fondo,
más seguro que en un banco y brillante como una tea.

—Me gusta esa canción —dije con ponderación cuando Fenella acabó.

—Bien está que te guste —respondió Fenella—. Habla de un antepasado nuestro, tuyo y mío, el abuelo del tío Myles. Amasó una gran fortuna con el contrabando y la escondió en algún sitio, nunca se ha sabido dónde.

La genealogía es el fuerte de Fenella. Se interesa por todos sus ascendientes. Por mi parte, tengo inclinaciones estrictamente modernas. El difícil presente y el incierto futuro absorben toda mi energía. No obstante disfruto oyendo a Fenella cantar viejas baladas de Man.

Fenella es encantadora. Somos primos y también, de vez en cuando, novios. En épocas de optimismo económico estamos prometidos. Cuando nos arrastra la subsiguiente ráfaga de pesimismo, tomamos conciencia de que no podremos casarnos en menos de diez años y rompemos.

—¿Nadie ha buscado el tesoro? —pregunté.

—Mucha gente. Pero nadie lo ha encontrado.

—Quizá nadie lo ha buscado sistemáticamente.

—El tío Myles lo ha intentado muy en serio —aseguró Fenella—. Según él, cualquiera con cierta inteligencia debería ser capaz de resolver un problema tan elemental como ése.

El comentario era muy propio del tío Myles, un viejo gruñón y excéntrico que vivía en la isla de Man y tenía una gran propensión a las afirmaciones doctrinales.

En ese preciso instante llegó el correo… ¡y con él la carta!

—¡Santo cielo! —exclamó Fenella—. Hablando del ruin de Roma… del rey, quiero decir… ¡El tío Myles ha muerto!

Tanto ella como yo habíamos visto a nuestro extravagante pariente sólo en dos ocasiones, así que no tenía sentido fingir un profundo pesar. Remitía la carta un bufete de Douglas para informarnos de que, conforme al testamento del señor Myles Mylecharane, recientemente fallecido, Fenella y yo éramos coherederos de todos sus bienes, que se reducían a una casa próxima a Douglas y una insignificante renta. Había adjunto un sobre cerrado, que por orden del señor Mylecharane debía enviarse a Fenella a su muerte. Abrimos la carta y leímos el sorprendente contenido. La reproduzco íntegramente, ya que era un documento en extremo característico:

Estimados Fenella y Juan (ya que doy por sentado que donde el uno esté, no andará muy lejos el otro, o eso cuentan las malas lenguas), quizá recordéis haberme oído decir que cualquiera con un poco de inteligencia encontraría fácilmente el tesoro que escondió el bribón de mi querido abuelo. Pues, bien, yo demostré esa inteligencia… y en recompensa obtuve cuatro cofres llenos de oro macizo. Parece un cuento de hadas, ¿verdad?

Parientes vivos me quedan sólo cuatro: vosotros dos; mi sobrino Ewan Corjeag, que según he oído es una mala pieza; y un primo, un tal doctor Fayll, de quien apenas tengo referencias, y las pocas que tengo no son todas buenas.

Os he otorgado mis propiedades en sentido estricto a ti y a Fenella, pero me siento obligado a actuar de otro modo respecto a ese «tesoro» que llegó a mis manos gracias única y exclusivamente a mi ingenio. A mi querido antepasado, creo, no le complacería que lo dejase dócilmente en herencia. Así que yo, a mi vez, he legado un pequeño problema.

Existen aún cuatro «cofres» del tesoro (aunque en una versión más moderna que las monedas o lingotes de oro), y competirán por ellos cuatro personas: mis cuatro parientes vivos. Sería más justo asignar un «cofre» a cada uno; pero el mundo hijos míos no es justo. Gana la carrera el más rápido, y a menudo el que tiene menos escrúpulos.

¿Quién soy yo para oponerme a la naturaleza? Tendréis que medir vuestra inteligencia contra la de los otros dos. Vuestras posibilidades son escasas, me temo. En este mundo la bondad y la inocencia rara vez son recompensadas. Tan convencido estoy de esto que he hecho trampa adrede. (¿Veis? Una vez más la injusticia). La carta os llegará veinticuatro horas antes que a los otros dos. Así tendréis oportunidad de aseguraros el primer «tesoro»; si poseéis un mínimo de cerebro, veinticuatro horas de ventaja deberían bastaros.

Encontraréis las pistas que llevan a este tesoro en mi casa de Douglas. Las pistas referentes al segundo «tesoro» no se conocerán hasta que el primero haya aparecido. Por tanto, en el segundo y sucesivos casos partiréis en igualdad de condiciones. Os deseo de todo corazón el mejor resultado

posible, y sería mi mayor satisfacción que os hicieseis vosotros con los cuatro «cofres»; pero por las razones que ya he aducido lo considero en extremo improbable. Recordad que el bueno de Ewan es un hombre sin escrúpulos y no se detendrá ante nada. En cuanto al doctor Richard Fayll, sé poco de él, pero sospecho que podría dar la sorpresa.

Deseándoos suerte, pero con pocas esperanzas respecto a vuestro éxito, se despide, pues, vuestro tío que os quiere,

MYLES MYLECHARANE.

Tan pronto como leímos la firma, Fenella se apartó de mí al instante.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Fenella hojeaba rápidamente una guía telefónica.

—Debemos llegar a la isla de Man cuanto antes —dijo—. ¿Cómo se ha atrevido a decir que somos buenos, inocentes y estúpidos? ¡Yo le enseñaré! Juan, encontraremos esos cuatro «cofres», nos casaremos y viviremos felices para siempre, con Rolls Royce, lacayo y baños de mármol. Pero debemos marcharnos a la isla de Man ahora mismo.

Habían pasado veinticuatro horas. Al llegar a Douglas, fuimos inmediatamente a ver a los abogados, y en ese momento nos hallábamos ya en la mansión de Maughold, frente a la señora Skillicorn, el ama de llaves de nuestro difunto tío, una mujer temible que, sin embargo, se ablandó un poco ante el entusiasmo de Fenella.

—Tenía sus rarezas —dijo—. Le gustaba hacer cavilar a la gente.

Parsimoniosamente, como era su costumbre, la señora Skillicorn salió de la habitación. Regresó al cabo de unos minutos y nos entregó una hoja de papel doblada.

La desplegamos con impaciencia. Contenía un ripioso poema escrito con la apretada letra de nuestro tío.

†

Cuatro puntos cardinales tiene el horizonte,
que son este, oeste, sur y norte.
Los vientos del este malos son como la peste.
Id al oeste y al norte y al sur;
pero nunca en dirección este.

—¡Oh! —exclamó Fenella, perpleja.

—¡Oh! —repetí yo con igual entonación.

La señora Skillicorn sonrió con sombrío regodeo.

—No tiene mucho sentido, ¿verdad? —comentó para gran ayuda nuestra.

—No… no sé por dónde empezar —dijo Fenella con voz lastimera.

—Empezar es siempre lo más difícil —afirmé yo con un optimismo que no sentía —. Una vez que nos pongamos manos a la obra…

La señora Skillicorn esbozó una sonrisa aún más desalentadora. Era una mujer deprimente.

—¿Puede ayudarnos? —preguntó Fenella con tono persuasivo.

—No sé nada de este absurdo asunto. No confiaba en mí, su tío. Le aconsejé que llevase su dinero al banco y se dejase de tonterías. Desconocía sus planes.

—¿Nunca salió de la casa con cofres… o algo parecido?

—No.

—¿No sabe cuándo escondió el tesoro? ¿Si fue últimamente o hace tiempo?

La señora Skillicorn negó con la cabeza.

—Bien —dije, intentando reponerme—. Hay dos posibilidades. O está escondido aquí, en la finca, o está escondido en alguna otra parte de la isla. Depende del tamaño, claro.

Fenella tuvo una súbita inspiración.

—¿Ha echado algo en falta? —inquirió—. Entre los efectos personales de mi tío, quiero decir.

—Vaya, es curioso que pregunte eso…

—¿Ha echado algo en falta, pues?

—Como le decía, es curioso que pregunte eso. Sí, unas cajas de rapé. Hay por lo menos cuatro que no encuentro por ninguna parte.

—¡Cuatro! —exclamó Fenella—. ¡Eso debe de ser! Estamos sobre la pista. Vamos a echar un vistazo al jardín.

—Ahí no hay nada —dijo la señora Skillicorn—. Si lo hubiese, yo estaría enterada. Su tío no podría haber enterrado nada en el jardín sin que yo me diese cuenta.

—En el poema se mencionan los puntos cardinales —observé—. Lo primero que necesitamos es un mapa de la isla.

—Hay uno en esa mesa —indicó la señora Skillicorn.

Fenella se apresuró a extenderlo. Mientras lo desdoblaba, un papel cayó de su interior revoloteando. Lo atrapé.

—¡Vaya! —dije—. Esto parece otra pista.

Los dos examinamos el papel con entusiasmo.

Por lo visto, era una especie de plano rudimentario. Había dibujados una cruz, un círculo y una flecha y ofrecía vagas indicaciones; pero en conjunto nada aclaraba. Lo observaron en silencio.

—No resulta muy esclarecedor, ¿no crees? —comentó Fenella.

—Como es lógico, requiere cierto esfuerzo de interpretación —contesté—. ¿No esperarás que la solución sea evidente a primera vista?

La señora Skillicorn los interrumpió para ofrecerles algo de cenar, sugerencia que ellos aceptaron agradecidos.

—¿Y sería tan amable de prepararnos café? —rogó Fenella—. Mucho café, y muy cargado.

La señora Skillicorn les sirvió una excelente cena, tras la cual apareció una gran jarra de café.

—Y ahora manos a la obra —propuso Fenella.

—En primer lugar, conviene saber en qué dirección buscar —dije—. El plano, por lo que se ve, señala claramente hacia el noreste de la isla.

—Eso parece. Consultemos el mapa.

Estudiamos el mapa con atención.

—Todo depende de cómo se interprete —observó Fenella, volviendo sobre el plano—. ¿Representa la cruz el tesoro? ¿O es una iglesia o algo semejante? Debería haber alguna regla.

—Eso lo simplificaría demasiado.

—Sí, supongo. ¿Y por qué hay líneas a un lado del círculo y no al otro?

—No lo sé —respondí.

—¿Hay algún otro mapa por aquí?

Nos hallábamos en la biblioteca. Había varios mapas excelentes y también guías de la isla. Encontramos asimismo un libro sobre el folklore y otro sobre la historia de la isla. Leímos todo el material. Finalmente elaboramos una posible teoría.

—En apariencia, concuerda —dijo Fenella por fin—. En ninguna otra parte se da una coincidencia así.

—En todo caso, vale la pena intentarlo —contesté—. No creo que podamos hacer nada más por esta noche. Mañana temprano alquilaremos un coche e iremos a probar suerte.

—Ya es mañana —puntualizó Fenella—. ¡Son las dos y medía! ¡Qué horas!

Al amanecer estábamos ya en la carretera. Habíamos alquilado un coche sin conductor por una semana. Fenella se animaba por momentos a medida que avanzábamos por la excelente carretera, kilómetro tras kilómetro.

—Si no fuese por los otros dos, ¡qué divertido sería esto! —comentó—. Aquí es donde se corría originalmente el Derby, ¿no? Antes de que lo trasladasen a Epsom. Resulta extraño, sí te paras a pensarlo.

Señalé hacia una granja y dije:

—Ahí debe de estar, si es verdad lo que dicen, el pasadizo secreto que cruza bajo el mar hasta la otra isla.

—¡Qué divertido! Me encantan los pasadizos secretos, ¿a ti no? Nos acercamos, Juan. Estoy muy nerviosa. ¡Mira que si hemos acertado!

Al cabo de cinco minutos dejamos el coche.

—Todo se encuentra en la posición prevista —observó Fenella con voz trémula.

Seguimos a pie.

—Hay seis, eso coincide. Ahora veamos entre esos dos. ¿Has traído la brújula?

Cinco minutos después nos hallábamos cara a cara, mirándonos con expresión de incrédula alegría, y en la palma de mi mano sostenía una antigua caja de rapé.

¡Lo habíamos conseguido!

Al regresar a la mansión de Maughold, la señora Skillicorn nos informó de que habían llegado dos caballeros.

Un hombre alto de cabello claro y rostro rubicundo se levantó de un sillón cuando entramos en la sala.

—¿El señor Faraker y la señorita Mylecharane? Encantado de conocerlos. Soy su pariente lejano, el doctor Fayll. Interesante juego éste, ¿no?

Pese a su actitud afable y cortés, me inspiró una inmediata antipatía. Presentí que aquel hombre era peligroso. Su actitud afable era en cierto modo demasiado afable, y tenía una mirada esquiva.

—Sintiéndolo mucho, tenemos malas noticias para usted —anuncié—. La señorita Mylecharane y yo hemos descubierto ya el primer «tesoro».

Encajó bien el golpe.

—Lástima, lástima. La recogida del correo debe de ser un tanto irregular en la isla. Me he puesto en marcha en cuanto he recibido la carta.

No nos atrevimos a confesar la trampa del tío Myles.

—En todo caso, empezaremos la segunda búsqueda en igualdad de condiciones —dijo Fenella.

—Estupendo. ¿Y si vemos ya esas pistas? Las guarda, creo, la eficiente señora… esto… Skillicorn, ¿no?

—No sería justo comenzar sin el señor Corjeag —se apresuró a responder Fenella—. Debemos esperarle.

—Cierto, cierto; me olvidaba. Hay que ponerse en contacto con él cuanto antes. Yo me ocuparé de eso. Ustedes dos necesitarán seguramente un descanso.

Acto seguido se marchó. Debió de resultar difícil localizar a Ewan Corjeag, ya que el doctor Fayll no telefoneó hasta casi las once de la noche. Propuso que nos reuniésemos los cuatro en la mansión de Maughold a la mañana siguiente a las diez; él acudiría con Ewan, y la señora Skillicorn nos entregaría las pistas.

—Perfecto —contestó Fenella—. Mañana a las diez.

Nos fuimos a dormir, cansados pero contentos.

A la mañana siguiente nos despertó la señora Skillicorn, que en ese momento no presentaba su pesimista serenidad de costumbre.

—¿Qué les parece? —dijo con voz entrecortada—. ¡Han entrado ladrones en la casa!

—¿Ladrones? —exclamé con incredulidad—. ¿Se han llevado algo?

—Nada, y eso es lo más extraño. Seguramente venían por la plata, pero como está bajo llave, no han podido seguir adelante.

Fenella y yo la acompañamos al lugar del hecho, que casualmente era su propia sala de estar. Sin duda la ventana había sido forzada. Sin embargo no parecía faltar nada. Aquello resultaba bastante misterioso.

—¿No sé qué podían andar buscando? —comentó Fenella.

—No es que haya un «cofre del tesoro» escondido en la casa —dije yo con ironía. De pronto una idea pasó por mi mente y me volví hacia la señora Skillicorn—. ¡Las pistas! ¿Dónde están las pistas que debía entregarnos esta mañana?

—Sí, claro… Las tengo ahí guardadas, en el primer cajón de ese mueble. —Fue a buscarlas—. ¡Válgame Dios! ¡Aquí no hay nada! ¡Han desaparecido!

—No eran ladrones —deduje—. ¡Han sido nuestros queridos parientes!

Recordé entonces la advertencia del tío Myles respecto al peligro de comportamientos poco escrupulosos. Obviamente sabía de qué hablaba. Alguien había jugado sucio.

—¡Silencio! —dijo Fenella de repente, alzando un dedo—. ¿Qué ha sido eso?

El sonido que había atraído su atención se oyó de nuevo claramente. Era un gemido y procedía del exterior. Nos asomamos a la ventana. Crecían unos arbustos junto a aquella pared de la casa y no vimos nada; pero volvimos a oír el gemido y advertimos destrozos en algunos arbustos.

Rápidamente bajamos y rodeamos la casa. Encontramos primero una escalera de mano caída, prueba inequívoca del modo en que habían trepado hasta la ventana. Unos cuantos pasos más allá yacía un hombre.

Era joven y moreno. Obviamente estaba malherido, ya que tenía la cabeza en un charco de sangre. Me arrodillé junto a él.

—Hay que avisar a un médico enseguida. Me temo que está agonizando.

Enviaron de inmediato al jardinero en busca de un médico. Introduje la mano en el bolsillo interior de la chaqueta del herido y extraje un billetero. En él se leían las iniciales E. C.

—Ewan Corjeag —dijo Fenella.

El hombre abrió los ojos.

—Me he caído de la escalera… —susurró, y perdió de nuevo el conocimiento.

Cerca de su cabeza había una piedra de considerable tamaño y afiladas aristas manchada de sangre.

—Está bastante claro —observé—. La escalera ha resbalado y este hombre ha caído, golpeándose la cabeza contra esa piedra. Me temo que tiene las horas contadas,

el pobre tipo.

—¿Eso crees? —preguntó Fenella con un peculiar tono de voz.

Pero en ese momento llegó el médico. Tras reconocerlo, nos comunicó que no albergaba grandes esperanzas respecto a su recuperación. Trasladamos a Ewan Corjeag a la casa y mandamos llamar a una enfermera para que lo atendiese. Nada podía hacerse, y le quedaba poco tiempo de vida.

En sus últimos momentos solicitaron nuestra presencia en la habitación. Cuando nos hallábamos junto a su cama, abrió los ojos y parpadeó.

—Somos sus primos Juan y Fenella —dije—. ¿Podemos hacer algo por usted?

Movió débilmente la cabeza en un gesto de negación. Un susurro salió de sus labios, y me incliné a escuchar.

—¿Quieren la pista? Yo estoy acabado. No permitan que Fayll los engañe.

—Sí —contestó Fenella—. Díganosla.

Algo parecido a una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Saben qué…?

De pronto ladeó la cabeza y expiró.

—Esto no me gusta —dijo súbitamente Fenella.

—¿A qué te refieres?

—Escucha con atención, Juan. Ewan robó esas pistas; admitió que se cayó de la escalera. Si es así, ¿dónde están? Hemos registrado todos sus bolsillos. Según la señora Skillicorn, estaban en tres sobres cerrados, y esos sobres no han aparecido.

—¿Y a qué conclusión has llegado, pues? —pregunté.

—Creo que Ewan tenía un cómplice, alguien que empujó la escalera para hacerlo caer. Y por otro lado está la piedra. Ewan no cayó sobre ella por accidente. Alguien la llevó hasta allí; he encontrado la marca. Le golpearon con ella intencionadamente.

—¡Pero, Fenella, estás hablando de un asesinato!

—Así es —afirmó Fenella, muy pálida—. Ha sido un asesinato. Habrás notado que el doctor Fayll no se ha presentado esta mañana a las diez. ¿Dónde está?

—¿Crees que es él el asesino?

—Sí. Está en juego el tesoro, ya lo sabes, Juan, y es mucho dinero.

—Y no tenemos la menor idea de dónde pueda estar Fayll —dije—. Es una lástima que Ewan no acabase la frase.

—Quizás esto nos sirva de algo. Lo tenía en la mano.

Me entregó una fotografía rota.

—Probablemente es una pista —continuó Fenella—. El asesino debió †
de arrancársela a Ewan de la mano, sin darse cuenta de que se había dejado un trozo. Si encontrásemos la otra mitad…

—Para eso, debemos encontrar antes el segundo tesoro —dije—. Observemos la foto. Mmm. No aporta gran cosa. En medio del círculo parece haber una torre, pero

es difícil identificarla.

Fenella asintió con la cabeza.

—El doctor Fayll tiene la mitad importante. Él sabe dónde buscar. Tenemos que encontrar a ese hombre, Juan, y vigilarlo. Naturalmente, le ocultaremos nuestras sospechas.

—Me pregunto en qué parte de la isla estará en estos momentos. Si supiésemos…

Volví a pensar en nuestro primo agonizante. De pronto me erguí con nuevo entusiasmo.

—Fenella —dije—. ¿Ewan no era escocés?

—No, claro que no.

—¿No lo entiendes, pues? ¿No sabes a qué se refería?

—No —contestó Fenella.

Anoté unas palabras en un papel y se lo entregué.

—¿Qué es esto?

—El nombre de unos que quizá puedan ayudamos.

—Bellman y True. ¿Quiénes son? ¿Los abogados?

—No, se acercan más a lo que somos nosotros, detectives privados.

Y empecé a explicárselo.

—Ha venido a verlos el doctor Fayll —anunció la señora Skillicorn.

Nos miramos. Habían pasado veinticuatro horas. Por segunda vez habíamos concluido nuestra búsqueda con éxito. Para no llamar la atención viajamos en el autobús que iba al Snaefell.

—Me pregunto si sabe que lo vimos a lo lejos —susurró Fenella.

—Es extraordinario. De no ser por la pista de la fotografía…

—Silencio… y mucho cuidado, Juan. Debe de estar furioso con nosotros por haberle ganado la partida a pesar de todo.

Sin embargo el rostro del doctor Fayll no reflejaba el menor indicio de esa posible ira. Entró en el salón con la misma actitud afable y cortés de la otra vez, y sentí desvanecerse mi fe en la teoría de Fenella.

—¡Qué espantosa tragedia! —dijo—. Pobre Corjeag. Supongo que pretendía… en fin, jugar con ventaja. El castigo no se hizo esperar. Pero, bueno, apenas lo conocíamos, al pobre tipo. Se preguntarán por qué no aparecí ayer como habíamos quedado. Recibí un mensaje con indicaciones falsas, obra de Corjeag, supongo, y perdí el día entero para nada al otro lado de la isla. Y ahora, veo, ustedes dos han vuelto tranquilamente a casa. ¿Qué tal les fue?

No me pasó inadvertido el tono ansioso de su voz al formular la pregunta.

—Afortunadamente el primo Ewan consiguió hablar justo antes de morir —respondió Fenella.

Yo observaba atentamente a Fayll, y habría jurado que percibí cierta alarma en su mirada al oír las palabras de Fenella.

—¿Sí? ¿Y qué dijo? —preguntó.

—Nos dio una pista sobre el paradero del tesoro —explicó Fenella—. Sólo eso.

—¡Ah! Entiendo, entiendo. He vuelto a quedar al margen, veo; y sin embargo, curiosamente, también yo estuve en esa parte de la isla. Quizá me vieron deambulando por allí.

—Estábamos muy ocupados —contestó Fenella con tono de disculpa.

—Claro, claro. Debieron de tropezarse con el «tesoro» más o menos por casualidad. Un par de jóvenes con suerte. Y bien, ¿cuál es el paso siguiente? ¿Será la señora Skillicorn tan amable de darnos las nuevas pistas?

Pero, por lo visto, el tercer juego de pistas se hallaba en posesión de los abogados del tío Myles, y nos presentamos los tres en el bufete, donde nos entregaron los correspondientes sobres cerrados.

El contenido era simple: un mapa con una zona marcada y una hoja de instrucciones.

†

El 85 fue el año en que este lugar hizo historia.
Diez pasos desde el monumento hacia
el este, luego otros diez hacia
el norte. Desde allí mirad
al este. Dos árboles se
distinguen del resto. Trazad
un círculo a un metro del que
fue sagrado en esta tierra. Girad sobre él, y
al cabo de un momento, si no
perdéis de vista el castaño
de España, lo encontraréis.

—Da la impresión de que hoy andaremos estorbándonos todo el día —comentó el doctor Fayll.

Fiel a mi táctica de mantener una aparente cordialidad, le ofrecí llevarlo en nuestro coche, y él aceptó. Almorzamos en Port Erin e inmediatamente después iniciamos la búsqueda.

Me pregunté qué motivos habrían inducido a mi tío a dejar concretamente aquella pista en manos de sus abogados. ¿Había previsto acaso la posibilidad de un robo y resuelto que sólo una de las pistas debía caer en poder del ladrón?

Aquella tarde la búsqueda del tesoro tuvo su lado cómico. El área que debíamos rastrear era muy reducida, y nos veíamos continuamente. Nos observábamos con recelo, intentando adivinar si el rival se había adelantado o tenía una corazonada.

—Esto forma parte del plan del tío Myles —afirmó Fenella—. Quería que nos espiásemos y sufriésemos el martirio de pensar que la otra persona se nos anticipaba.

—Vamos, abordemos la cuestión de manera metódica —sugerí—. Como punto de partida, tenemos una pista clara: «El ochenta y cinco fue el año en que este lugar hizo historia». Consultemos los libros y tratemos de determinar ese lugar. Una vez que consigamos eso…

—Está mirando en aquel seto —me interrumpió Fenella—. ¡Dios, no lo resisto! Si lo ha encontrado…

—Atiéndeme —insistí con firmeza—. Sólo hay una manera de resolver esto: la manera correcta.

—En la isla hay muy pocos árboles, así que sería más sencillo buscar un castaño —propuso Fenella.

Prefiero no hablar de la hora siguiente. Empezábamos a sucumbir al calor y el desánimo, y sin cesar nos atormentábamos con la idea de que Fayll podía salir airoso y nosotros derrotados.

—Recuerdo una novela policíaca —comenté— en la que un personaje sumergía una hoja de papel escrita en un baño de ácido y aparecían otras palabras.

—¿Acaso crees…? ¡Pero nosotros no tenemos ácido!

—Dudo que el tío Myles nos atribuyese grandes conocimientos de química. Pero otro método es el calor vulgar y corriente…

Doblamos la esquina de un seto y nos ocultamos detrás. Rápidamente amontoné unas cuantas ramitas y les prendí fuego. Acerqué el papel a las llamas lo máximo posible y de inmediato comenzaron a formarse unos caracteres al pie de la hoja. Aparecieron sólo dos palabras.

—«Estación Kirkhill» —leyó Fenella.

En ese preciso momento Fayll dobló la esquina del seto. No pudimos adivinar si nos había oído o no; su rostro era inescrutable.

—Pero, Juan, no existe ninguna estación de Kirkhill —dijo Fenella cuando nos hubimos alejado, extendiendo simultáneamente el mapa.

—No —contesté, examinando el mapa—, pero mira esto.

Tracé una línea con un lápiz.

—¡Claro! —dijo Fenella—. Y en algún punto de esa línea…

—Precisamente.

—Ojalá supiésemos el punto exacto.

Me asaltó entonces una segunda inspiración.

—¡Lo sabemos! —afirmé, y cogí de nuevo el lápiz—. ¡Fíjate!

Fenella lanzó una exclamación.

—Es absurdo y maravilloso a la vez —dijo—. ¡Qué manera de engañarnos!

El tío Myles había sido sin duda un anciano ingenioso.

Había llegado el momento de la última pista. Ésta, nos comunicó el abogado, no se hallaba en su poder. La recibiríamos por correo en respuesta a una tarjeta postal que

él mismo enviaría. No estaba autorizado a facilitarnos más información.

Nada llegó, no obstante, en la mañana prevista, y Fenella y yo nos desesperamos pensando que de algún modo Fayll había conseguido interceptar nuestra carta. Sin embargo al día siguiente, cuando por fin la recibimos, supimos la causa de la misteriosa demora y se disiparon nuestros temores. La remitente, persona al parecer de escasa cultura, explicaba en una nota:

> *Estimado señor o señora:*
>
> *Perdone el retraso pero e estado echa un lío pero ahora hago como el señor Mylecharane me pidió no sé porque y le envió este escrito entregado a mi familia ace muchos años.*
>
> *muy agradecida,*
>
> *Mary Kerruish.*

—Lleva matasellos de Bride —comenté—. Leamos ahora el «escrito entregado a mi familia».

✝

Sobre una roca un cartel veréis.
Oh, decidme qué sentido
puede eso tener. Bien, primero (A), cerca
encontraréis, de pronto, la luz
que buscáis; luego (B), una
casa —una cabaña con tejado de paja—, y no muy lejos
un tortuoso camino. Sólo eso os digo.

—No es justo empezar por una roca —protestó Fenella—. Hay rocas por todas partes. ¿Cómo vamos a saber cuál tiene un cartel?

—Si lográsemos determinar la zona —respondí—, sería relativamente fácil encontrar la roca. Debe de haber en ella alguna marca que señale en determinada dirección, y si seguimos en esa dirección descubriremos algo escondido que arrojará luz sobre el paradero del tesoro.

—Probablemente tienes razón —dijo Fenella.

—Eso es la parte A. La nueva pista incluirá algún dato que nos permita llegar a B, la cabaña. Y el tesoro estará oculto en algún punto del camino que pasa junto a la cabaña. Pero primero obviamente debemos encontrar A.

Debido a la dificultad del paso inicial, el último problema planteado por el tío Myles resultó un auténtico rompecabezas. A Fenella corresponde el mérito de haberlo resuelto, y aun así debe decirse que tardó casi una semana. De vez en cuando

coincidíamos con Fayll en nuestra búsqueda de zonas rocosas, pero era un área muy extensa.

Cuando por fin realizamos nuestro descubrimiento, ya anochecía. Era demasiado tarde, aduje, para emprender el camino hacia el lugar en cuestión. Fenella discrepó.

—¿Y si Fayll también lo averigua? —dijo—. ¿Y si nosotros esperamos hasta mañana y él sale hacia allí esta misma noche? Entonces nos daremos con la cabeza en las paredes.

De repente se me ocurrió una idea magnífica.

—Fenella, ¿aún crees que Fayll asesinó a Ewan Corjeag? —pregunté.

—Sí.

—En ese caso quizá sea ésta nuestra oportunidad de hacerle pagar por su crimen.

—Sólo de pensar en ese hombre me dan escalofríos —dijo Fenella—. Es la maldad en persona. Cuéntame tu plan.

—Anunciaremos que sabemos dónde está A. Luego nos pondremos en marcha hacia allí. Te apuesto lo que quieras a que nos sigue. Es un lugar solitario, justo lo que le conviene. Si fingimos haber encontrado el tesoro, se pondrá en evidencia.

—¿Y entonces?

—Y entonces —respondí— se llevará una pequeña sorpresa.

Era casi medianoche. Habíamos dejado el coche a cierta distancia y avanzábamos con sigilo junto a la pared. Fenella alumbraba el camino con una potente linterna. Yo llevaba un revólver. No estaba dispuesto a correr riesgos.

De pronto Fenella se detuvo y dejó escapar un grito ahogado.

—Mira, Juan —dijo—. Le hemos encontrado. Por fin.

Permanecí desprevenido por un momento. Luego me volví instintivamente… pero era ya demasiado tarde. Fayll se hallaba a unos seis pasos de nosotros y nos apuntaba con un revólver.

—Buenas noches —dijo—. Esta vez he ganado yo. Entréguenme el tesoro, si son tan amables.

—¿Quiere que le entregue también otra cosa? —pregunté—. ¿Media fotografía que encontré en la mano de un hombre agonizante? Si no me equivoco, usted tiene la otra mitad.

Le tembló la mano.

—¿De qué habla? —gruñó.

—Se ha descubierto la verdad —dije—. Usted y Corjeag actuaron de común acuerdo. Usted empujó la escalera y le golpeó la cabeza con una piedra. La policía es más inteligente de lo que imagina, doctor Fayll.

—Así que la policía ya lo sabe, ¿eh? Pues si me han de colgar, que sea por tres asesinatos, y no sólo por uno.

—Al suelo, Fenella —grité, y en ese mismo instante se oyó la sonora detonación de su revólver.

Caímos los dos entre los brezos, y antes de que Fayll tuviese ocasión de disparar nuevamente varios agentes de uniforme salieron de detrás de la pared donde se habían escondido. Al cabo de unos minutos se llevaban a Fayll esposado.

Abracé a Fenella.

—Lo sabía —susurró con voz trémula.

—Cariño, era demasiado arriesgado —dije—. Podría haberte matado.

—Pero no lo ha conseguido. Y ahora ya sabemos dónde está el tesoro.

—¿Lo sabemos?

—Yo sí. Mira. —Escribió una palabra—. Iremos a buscarlo mañana. Allí no puede haber muchos sitios donde esconderlo, supongo.

Era mediodía.

—¡Eureka! —exclamó Fenella—. La cuarta caja de rapé. Ya las tenemos todas. El tío Myles se alegraría. Y ahora…

—Ahora —la interrumpí— nos casaremos y viviremos felices para siempre.

—Viviremos en la isla de Man —decidió Fenella.

—Y gracias al oro de Man —añadí, y me eché a reír a carcajadas de pura felicidad.

Entre paredes blancas

(Within A Wall).

Al igual que muchos de los primeros relatos de Agatha Christie, «Entre paredes blancas» —publicado en Roy al Magazine en octubre de 1925— es un tanto ambiguo. Las alusiones finales a las envolventes paredes blancas pueden interpretarse como lo que parecen ser, una descripción de los brazos de Isobel Loring cuando rodean a Alan Everard; pero ¿existe alguna otra interpretación posible? Se presta también a dudas la críptica referencia a «la manzana dorada entre sus manos»: ¿Las manos de quiénes? ¿Y qué simboliza la «manzana dorada»? Por otra parte, ¿tiene alguna significación más profunda el malentendido de Alan al responder al acertijo que le plantea Winnie? ¿Está en realidad estrangulando a su esposa al final del relato? O dado que la luz se extingue en el retrato de Jane, ¿debe pensar el lector que Alan la olvida y perdona a Isobel? ¿Y qué sabemos de la muerte de Alan? Agatha Christie no explica las circunstancias, limitándose a comentar que dio pie a desagradables rumores, que el narrador del relato pretende acallar. A la vez, el relato se basa en uno de los temas más comunes en la obra de Agatha Christie: el eterno triángulo. Lo encontramos en distintas obras, incluidas las novelas de la serie de Poirot, Poirot en Egipto (1937) y Maldad bajo el sol (1941), estructuradas de manera análoga, y el relato «The Bloodstained Pavement», recogido en Miss Marple y trece problemas (1932). En A talent to deceive (1980), indiscutiblemente el mejor estudio crítico sobre Agatha Christie, Robert Barnard describe su utilización de éste y otros temas corrientes como parte de sus «estrategias del engaño», es decir, su manera de orientar las simpatías (y sospechas) de los lectores en una dirección errónea mediante la manipulación de sus expectativas. Adoptó tácticas similares en sus obras de teatro, especialmente en La ratonera (1952).

Fue la señora Lempriére quien descubrió la existencia de Jane Haworth. No podía ser de otro modo, naturalmente. Alguien dijo en una ocasión que la señora Lempriére era con mucho la mujer más odiada de Londres; pero eso, creo, es una exageración. Sin duda posee el don de averiguar aquello que uno más desea mantener en secreto, y lo hace con genuino talento. Es siempre por casualidad.

En este caso, habíamos estado tomando el té en el estudio de Alan Everard. Ofrecía esos tés de vez en cuando, y por lo general se quedaba de pie en un rincón, vestido con ropa muy vieja, haciendo sonar las monedas que llevaba en el bolsillo, y con un aspecto de profundo abatimiento.

Dudo que a estas alturas alguien ponga en duda aún la genialidad de Everard. Sus dos cuadros más famosos, *Color* y *El conocedor*, pertenecientes a su primera etapa, cuando todavía no era un cotizado retratista, habían sido adquiridos por el Estado el año anterior, y por una vez la elección se había hecho por unánime acuerdo. Pero en

las fechas de que hablo Everard estaba aún en sus comienzos, y nos sentíamos libres de pensar que lo habíamos descubierto nosotros.

Era su esposa quien organizaba aquellas reuniones.

Everard adoptaba con ella una actitud peculiar. Que la adoraba era evidente, y cabía esperarlo. Isobel era digna de adoración. Pero Everard siempre parecía sentirse en deuda con ella. Accedía a todos sus deseos, y no tanto por ternura como por una inquebrantable convicción de que tenía derecho a ello. Si nos paramos a pensar, supongo que también eso era natural.

Pues Isobel Loring había sido una auténtica celebridad. Cuando entró en sociedad, fue la debutante del año. Excepto dinero, lo tenía todo: belleza, posición, noble origen, inteligencia. Nadie esperaba que se casase por amor. No era de esa clase de chicas. En su segunda temporada en sociedad tenía tres pretendientes: el heredero a un ducado, un político con gran porvenir y un millonario sudafricano. Y de pronto, para sorpresa de todos, contrajo matrimonio con Alan Everard, un joven pintor sin un céntimo a quien nadie conocía.

Puede considerarse un tributo a su personalidad, creo, el hecho de que todo el mundo siguiese llamándola Isobel Loring. Nadie se refería a ella como Isobel Everard. Uno oía, por ejemplo: «Esta mañana he visto a Isobel Loring. Sí, acompañada de su marido, el joven Everard, el pintor».

La gente decía que Isobel estaba «acabada». Habría «acabado» con muchos hombres, creo, ser conocidos como «el marido de Isobel Loring». Pero Everard era distinto. El olfato de Isobel para el éxito no la había engañado, al fin y al cabo. Alan Everard pintó *Color*.

Supongo que todos conocen el cuadro: un tramo de carretera con una zanja excavada; la tierra revuelta, de color rojizo; un resplandeciente trozo de tubería marrón; y el enorme peón, apoyado en su pala, tomándose un respiro, una hercúlea figura con un pantalón sucio de pana y un pañuelo rojo escarlata atado al cuello. El hombre miraba al observador desde el lienzo. Era una mirada sin inteligencia, sin esperanza, pero con una muda súplica inconsciente, la mirada de una bestia magnífica. Es un cuadro de intenso colorido, una sinfonía de tonos anaranjados y rojos. Se ha escrito mucho sobre su simbolismo, sobre lo que pretende expresar. Según el propio Alan Everard, no pretendía expresar nada. Estaba harto, declaró, de tener que contemplar cuadros de puestas de sol venecianas, y de pronto lo asaltó un repentino deseo de crear un estallido de color puramente inglés.

Después Everard obsequió al mundo una épica pintura de una taberna, *Idilio*: la calle negra bajo la lluvia; la puerta entreabierta; las luces y los vasos relucientes; el hombre con cara de zorro cruzando la puerta, pequeño, mezquino, insignificante, con los labios separados y mirada ansiosa, deseoso de olvidar.

En virtud de estos dos cuadros Everard fue proclamado el pintor de los «trabajadores». Se había hecho ya su hueco. Pero se negó a permanecer en él. Su tercera y más genial obra fue un retrato de cuerpo entero de *sir* Rufus Herschman. El

famoso científico aparece pintado sobre un fondo de redomas, crisoles y estantes de laboratorio. El conjunto crea lo que podría denominarse un efecto cubista, pero las líneas de perspectiva resultan extrañas.

Y recientemente había terminado su cuarta obra: un retrato de su esposa. Se nos había invitado a verlo y criticarlo. Everard miraba por la ventana con expresión ceñuda; Isobel Loring se movía entre los invitados, hablando de aspectos técnicos con infalible precisión.

Expresamos nuestras opiniones. Estábamos obligados. Elogiamos la factura del satén rosa. El tratamiento de esa parte del cuadro, dijimos, era extraordinario. Nadie había pintado así el satén hasta entonces.

La señora Lempriére, que es una de las críticas de arte más inteligentes que conozco, me llevó aparte casi de inmediato.

—Georgie —dijo—, ¿cómo ha podido pintar una cosa así? No tiene vida. Es falso. Es… es deplorable.

—¿Retrato de una dama en satén rosa? —sugerí.

—Exactamente. Y sin embargo la técnica es perfecta. ¡Y la minuciosidad! Ahí hay trabajo suficiente para dieciséis lienzos.

—¿Demasiado trabajo? —sugerí.

—Quizá sea eso. Si alguna vez ha habido algo en ese cuadro, lo ha matado. Una mujer muy bella con un vestido de satén rosa. Para eso, ¿por qué no una fotografía en color?

—¿Por qué no? —convine—. ¿Cree que él es consciente?

—Claro que es consciente —aseguró la señora Lempriére con desdén—. ¿No ves que está desquiciado? Por culpa probablemente de mezclar los sentimientos y el trabajo. Ha puesto toda su alma en pintar a Isobel, porque la mujer del cuadro es Isobel, y en su esfuerzo por incluir hasta el último detalle, la ha perdido por completo. Ha sido demasiado benévolo. A veces hay que destruir la carne para llegar al alma.

Asentí reflexivamente. Desde el punto de vista físico, *sir* Rufus Herschman no había salido favorecido, pero Everard había logrado plasmar en el lienzo una personalidad inolvidable.

—E Isobel posee una personalidad muy fuerte —continuó la señora Lempriére.

—Quizás Everard sea incapaz de pintar a mujeres —comenté.

—Quizá —dijo la señora Lempriére pensativa—. Sí, puede que ésa sea la explicación.

Y fue entonces cuando la señora Lempriére, con su habitual talento para dar en el blanco, tiró de un cuadro que estaba apoyado contra la pared. Había unos ocho, colocados de cualquier manera y vueltos del revés. Fue pura casualidad que la señora Lempriére eligiese precisamente aquél; pero, como ya he dicho, con ella esas cosas ocurrían.

—¡Oh! —exclamó la señora Lempriére al volverlo de cara a la luz.

Estaba inacabado; de hecho, era poco más que un esbozo. La mujer, o la muchacha —no tenía más de veinticinco o veintiséis años, calculé—, se hallaba inclinada, con la barbilla sobre una mano. Dos aspectos me llamaron la atención al instante: la extraordinaria vitalidad y la asombrosa crueldad del cuadro. Everard lo había pintado con ánimo vengativo. La actitud misma con que había sido realizado era cruel: ponía de relieve cada detalle desagradable, cada ángulo pronunciado, cada rasgo vulgar. Era un estudio en marrón: vestido marrón, fondo marrón, ojos marrones… unos ojos melancólicos y anhelantes. El anhelo era de hecho la nota dominante.

La señora Lempriére lo observó en silencio por unos minutos. A continuación llamó a Everard.

—Alan —dijo—. Ven aquí. ¿Qué es esto?

Everard obedeció. Percibí un asomo de irritación que no pudo ocultar por completo.

—Es apenas un borrón —contestó—. No creo que lo acabe.

—¿Quién es la modelo? —preguntó la señora Lempriére.

Everard se mostró remiso a hablar, y su renuencia avivó aún más la curiosidad de la señora Lempriére, que siempre pensaba lo peor por principio.

—Una amiga mía. Una tal Jane Haworth.

—Nunca la he visto por aquí —dijo la señora Lempriére.

—No viene a estas reuniones. —Guardó silencio por un momento y luego añadió —: Es la madrina de Winnie.

Winnie era su hija de cinco años.

—Ya —prosiguió la señora Lempriére—. ¿Y dónde vive?

—En Battersea. En un piso.

—Ya —repitió la señora Lempriére—. ¿Y qué te ha hecho?

—¿A mí?

—A ti. Para que hayas sido tan… despiadado.

—¡Ah, eso! —dijo Everard, y se echó a reír—. Bueno, no es una belleza. Y si no lo es, no voy a pintarla como tal sólo por amistad, ¿no?

—Has hecho precisamente todo lo contrario —replicó la señora Lempriére—. Has buscado todos sus defectos para exagerarlos y deformarlos. Has intentado mostrarla ridícula, pero no lo has conseguido, hijo mío. Ese retrato, si lo acabas, tendrá vida.

Everard parecía molesto.

—Para ser un simple esbozo, no está mal —dijo, quitándole importancia—. Pero, desde luego, no tiene comparación con el retrato de Isobel. Eso es lo mejor que he pintado con diferencia.

Pronunció estas últimas palabras con tono hostil y desafiante.

Ni la señora Lempriére ni yo contestamos.

—Lo mejor con diferencia —insistió Everard.

Otros invitados se habían acercado a nosotros. También ellos repararon en el esbozo. Se oyeron exclamaciones y comentarios. El ambiente empezó a animarse.

Ésa fue la primera noticia que tuve de Jane Haworth. Tiempo después la vería en persona… en dos ocasiones. Conocería los detalles de su vida por mediación de una de sus amigas más íntimas. Oiría hablar mucho de ella al propio Alan Everard. Ahora que los dos han muerto, considero que ha llegado el momento de desmentir algunos de los bulos que la señora Lempriére se ha dedicado a difundir con esmero. Llamen invención a parte de mi historia si lo desean; no difiere mucho de la verdad.

Cuando los invitados se marcharon, Alan Everard volvió de nuevo cara a la pared el retrato de Jane Haworth. Isobel cruzó el estudio y se detuvo junto a él.

—Todo un éxito, ¿no crees? —comentó pensativamente—. ¿O quizá no tanto?

—¿El retrato? —se apresuró a preguntar Everard.

—No, tonto. La fiesta. ¡Claro que el retrato ha sido un éxito!

—Es lo mejor que he pintado —dijo Everard agresivamente.

—Estamos prosperando —anunció Isobel—. *Lady* Charmington quiere que la pintes.

—¡Por Dios! —Everard frunció el entrecejo—. No soy un retratista de la alta sociedad, ya lo sabes.

—Pero lo serás. Llegarás a la cúspide.

—Ésa no es la cúspide a la que yo quiero llegar.

—Pero, Alan, cariño, ésa es la manera de hacerse de oro —adujo Isobel.

—¿Quién quiere hacerse de oro?

—Yo, quizá —dijo ella con una sonrisa.

De inmediato Everard se sintió culpable, avergonzado. Si Isobel no se hubiese casado con él, habría tenido dinero de sobra. Y lo necesitaba. Cierto grado de lujo era lo normal para ella.

—Últimamente no nos ha ido tan mal —dijo con tristeza.

—No, desde luego; pero no dejan de llegar facturas.

¡Facturas! ¡Siempre facturas!

Everard empezó a pasearse de un lado a otro del estudio.

—¡No insistas! —prorrumpió, casi como un niño caprichoso—. No quiero pintar a *lady* Charmington.

Isobel sonrió fugazmente. Se hallaba de pie junto al fuego sin moverse. Alan interrumpió sus febriles paseos y se acercó a ella. ¿Qué había en ella, en su calma, en su quietud, que lo atraía como un imán? Era tan hermosa… sus brazos como esculpidos en mármol, su cabello como oro puro, sus labios rojos y carnosos.

Los besó, notando cómo se apretaban contra los suyos. ¿Qué otra cosa podía importarle? ¿Qué había en Isobel que lo apaciguaba, que alejaba de su mente todas las preocupaciones? Lo atraía hasta su hermosa quietud y lo retenía allí, tranquilo y

satisfecho. Adormidera y mandrágora, que lo hacían flotar a la deriva, dormido, en un lago oscuro.

—Pintaré a *lady* Charmington —anunció por fin—. ¿Qué más da? Me aburriré, pero al fin y al cabo los pintores tienen que comer. El pintor, la esposa del pintor, la hija del pintor… todos necesitan sustento.

—¡Niño tonto! —reprendió Isobel—. Y hablando de nuestra hija, deberías visitar a Jane alguna vez. Vino ayer, y dijo que hace meses que no te ve.

—¿Jane estuvo aquí?

—Sí. Vino a ver a Winnie.

Alan dejó de lado a Winnie.

—¿Le enseñaste tu retrato?

—Sí.

—¿Qué le pareció?

—Dijo que era magnífico.

—¡Ah! —Alan frunció el entrecejo, momentáneamente abstraído.

—La señora Lempriére sospecha que sientes alguna pasión culpable hacia Jane, creo —observó Isobel—. No dejaba de arrugar la nariz.

—¡Esa mujer! —exclamó Alan con profunda aversión—. ¡Esa mujer! Nunca piensa nada bueno. ¿Qué no pasará por su cabeza?

—En cualquier caso, yo estoy muy tranquila al respecto —dijo Isobel, sonriendo —. Así que ve a ver pronto a Jane.

Alan la miró. Ella se había sentado en un sofá junto al fuego. Tenía la cara vuelta hacia un lado, y la sonrisa seguía en sus labios. Y en ese momento Alan se sintió confuso, desconcertado, como si una bruma se hubiese formado en torno a él y de pronto, al disiparse, le hubiese permitido entrever un país desconocido.

Algo en su interior decía: ¿Por qué tiene tanto interés en que veas a Jane? Debe de haber una razón. Pues, tratándose de Isobel, forzosamente había una razón. Nunca actuaba por impulso; en ella, todo obedecía a un cálculo.

—¿Te cae bien Jane? —preguntó Alan de pronto.

—Es un encanto —contestó Isobel.

—Sí, pero ¿te cae bien?

—Claro. Quiere mucho a Winnie. A propósito, le gustaría llevarse a Winnie a la playa la semana que viene. No te importa, ¿verdad? Nos dejará mayor libertad en el viaje a Escocia.

—No podría ser más oportuno.

Sin duda era oportuno. En extremo oportuno. Observó a Isobel con súbito recelo. ¿Se lo había pedido ella a Jane? Era fácil aprovecharse de Jane.

Isobel se levantó y salió del estudio tarareando. En fin, no tenía importancia. En cualquier caso, iría a ver a Jane.

Jane Haworth vivía en la última planta de un bloque de señoriales pisos situado frente al Battersea Park. Tras subir los cuatros tramos de escalera y llamar al timbre, empezó a sentirse enojado con Jane. ¿Por qué no vivía en un sitio más accesible? Cuando, después de llamar tres veces, siguió sin recibir respuesta, su irritación fue en aumento. ¿Acaso no podía buscarse una criada capaz de atender la puerta?

De pronto se abrió, y apareció la propia Jane, sonrojada.

—¿Dónde se ha metido Alice? —preguntó Everard sin saludar siquiera.

—Pues por desgracia… en fin, hoy no se encuentra bien.

—¿Querrás decir que está borracha? —dijo Everard con severidad.

Era una lástima que Jane fuese una embustera empedernida.

—Supongo que sí —admitió Jane de mala gana.

—Déjame verla.

Everard entró en el piso, y Jane fue tras él con conmovedora docilidad. Encontró a Alice, la infractora, en la cocina. Su estado no dejaba lugar a dudas. Siguió a Jane a la sala en adusto silencio.

—Tendrás que deshacerte de esa mujer. No es la primera vez que te lo digo.

—Ya sé que me lo has dicho, Alan, pero no puedo. Olvidas que su marido está en la cárcel.

—Donde debe estar —afirmó Everard—. ¿Cuántas veces se ha emborrachado en los tres meses que lleva aquí?

—No muchas. Tres o cuatro, quizá. Se deprime, ¿sabes?

—¡Tres o cuatro! Nueve o diez se acercaría más a la verdad. ¿Cómo guisa? Fatal. ¿Te proporciona alguna ayuda o bienestar en este piso? En absoluto. ¡Por Dios, líbrate de ella mañana mismo y busca a una chica que sirva para algo!

Jane lo miró afligida.

—No lo harás —auguró Everard, hundiéndose en un enorme sillón—. Eres una sentimental sin remedio. ¿Qué es eso que he oído de que vas a llevarte a Winnie a la playa? ¿De quién ha sido la idea, tuya o de Isobel?

—Mía, por supuesto —se apresuró a responder Jane.

—Jane —dijo Everard—, si aprendieses a decir la verdad, te tendría en gran estima. Siéntate y, por lo que más quieras, no mientas al menos en los próximos diez minutos.

—¡Por favor, Alan! —protestó Jane, y se sentó.

El pintor la miró con ojo crítico por un momento. La señora Lempriére, aquella mujer, tenía razón. Había sido cruel con Jane en el esbozo de retrato. Jane poseía una belleza casi perfecta. Sus alargadas facciones configuraban un rostro puramente griego. Era su ferviente anhelo de complacer lo que le molestaba de ella. Al pintarla, se había centrado en eso, exagerándolo, había afilado la línea de su barbilla, ligeramente puntiaguda, había mostrado su cuerpo en una pose poco favorecedora.

¿Por qué? ¿Por qué le era imposible pasar cinco minutos en compañía de Jane sin experimentar una vehemente exasperación? Jane podía ser encantadora, pero era

también irritante. Con ella, nunca sentía la paz y el sosiego que Isobel le infundía. Y sin embargo Jane siempre deseaba complacer, siempre estaba dispuesta a darle la razón; pero desgraciadamente era incapaz de ocultar sus verdaderos sentimientos.

Everard echó un vistazo alrededor. La decoración de la sala era propia de Jane. Por una parte, algunos objetos preciosos, auténticas joyas, como por ejemplo la pintura al esmalte de una vista de Battersea; por otra, al lado mismo, atrocidades como el jarrón pintado a mano con un motivo floral.

Cogió el jarrón.

—Jane, ¿te enfadarías mucho sí tirase esto por la ventana?

—¡No, Alan, no hagas eso!

—¿Para qué quieres toda esta basura? Tienes buen gusto cuando te lo propones. ¿Cómo se te ocurre mezclar estas cosas?

—Lo sé, Alan. No es que no me dé cuenta. Pero la gente me trae regalos. Ese jarrón sin ir más lejos me lo compró en Margate la señorita Bates, y como es tan pobre, tuvo que ahorrar, y para sus medios debió de costarle un dineral, y pensó que me gustaría. Así que lo pongo en un sitio visible.

Everard guardó silencio. Siguió inspeccionando la sala. En las paredes colgaban un par de grabados… y también varias fotografías de bebés. Los bebés, al margen de lo que piensen sus madres, no siempre son fotogénicos. En cuanto alguna de sus amigas daba a luz, le mandaba una fotografía del bebé, esperando que el obsequio fuese debidamente valorado. Y Jane no las defraudaba.

—¿Quién es ese espanto de crío? —preguntó Everard, contemplando con los ojos entornados la cara regordeta de la última adquisición—. No lo había visto antes.

—Es niña —precisó Jane—. El nuevo hijo de Mary Carrington.

—¡Pobre Mary Carrington! —se burló Everard—. ¿Y querrás hacerme creer que te gusta tener ahí a esa monstruosidad mirándote todo el día?

Jane alzó el mentón.

—Es un bebé precioso. Mary es amiga mía desde hace muchos años.

—La fiel Jane —dijo Everard, sonriendo—. Así que Isobel te ha endosado a Winnie, ¿no?

—Bueno, me contó que queríais ir a Escocia, y me ofrecí encantada. No tienes inconveniente en que me lleve a Winnie, ¿verdad? En realidad, hacía tiempo que me preguntaba si permitiríais que pasase conmigo unos días, pero no me atrevía a pedirlo.

—Sí, puedes llevártela; pero me parece que es demasiada bondad por tu parte.

—Entonces, todo arreglado —dijo Jane alegremente.

Everard encendió un cigarrillo.

—¿Te enseñó Isobel el nuevo retrato? —preguntó sin aparente interés.

—Sí.

—¿Y qué te pareció?

—Es magnífico, realmente magnífico —se apresuró a contestar Jane. Se apresuró demasiado.

Alan se puso en pie de un salto. La mano con que sostenía el cigarrillo le temblaba.

—¡Maldita sea, Jane! ¡No me mientas!

—Pero, Alan, es magnífico, sin duda.

—¿No te has dado cuenta aún, Jane, de que distingo todos tus tonos de voz? Me mientes continuamente, para no herir mis sentimientos, supongo. ¿Por qué no eres sincera? ¿Crees que quiero oírte decir que algo es magnífico cuando sé tan bien como tú que no lo es? Ese condenado cuadro carece de vida. Detrás no hay nada; es sólo superficie, pura y simple superficie. Me he engañado a mí mismo; sí, incluso esta tarde. He venido aquí para averiguarlo. Isobel no se da cuenta. Pero tú sí te das cuenta; siempre te das cuenta. Cuando te enseñé *Idilio*, no dijiste nada; contuviste el aliento y ahogaste una exclamación.

—Alan…

Everard no le dio oportunidad de hablar. Jane le causaba el efecto que él bien conocía. Era extraño que una criatura tan dócil fuese capaz de provocarle aquella ira intensa.

—Quizá crees que he perdido fuerza —continuó con rabia—, pero te equivocas. Puedo pintar otro cuadro tan bueno como *Idilio*, o acaso mejor. Te lo demostraré, Jane Haworth.

Salió precipitadamente del piso. A buen paso, atravesó el parque y cruzó el puente de Albert. Temblaba aún de ira y frustración. ¡Precisamente Jane! ¿Qué sabía ella de pintura? ¿Qué valor tenía su opinión? ¿Por qué le concedía tanta importancia? Pero sí le importaba. Quería pintar un cuadro que cortase la respiración a Jane. Abriría apenas la boca y el rubor cubriría sus mejillas. Miraría primero el lienzo y después a él. Probablemente no haría el menor comentario.

En medio del puente vio el cuadro que iba a pintar. La imagen lo asaltó súbitamente, surgida de la nada. La veía flotar en el aire, ¿o estaba en su cabeza?

Una lúgubre tienda de curiosidades, oscura y mohosa. Tras el mostrador, un judío, un judío de corta estatura y mirada ladina. Frente al tendero, el cliente, un hombre enorme, acicalado, opulento, abotargado, con una gran papada. Sobre ellos, en un estante, un busto de mármol blanco. La luz concentrada allí, en el rostro de mármol del muchacho, dotado de la inmortal belleza de la antigua Grecia, desdeñoso, ajeno a los trueques. El judío, el coleccionista rico, la cabeza del muchacho griego. Lo veía todo con claridad.

—*El conocedor*, así lo titularé —masculló Alan Everard cuando bajaba de la acera, librándose por muy poco de ser arrollado por un autobús que pasaba—. Sí, *El conocedor*. Yo le enseñaré a Jane.

Al llegar a casa, fue derecho al estudio. Isobel lo encontró allí, ordenando lienzos.

—Alan, no olvides que hoy cenamos con los March…

Everard movió la cabeza en un impaciente gesto de negación.

—¡Al diablo los March! Voy a trabajar. Tengo una imagen, pero debo fijarla; fijarla en el lienzo antes de que se desvanezca. Telefonéalos. Diles que me he muerto.

Isobel lo miró pensativamente por un momento y luego salió del estudio. Conocía a la perfección el arte de convivir con un genio. Fue al teléfono y dio una excusa convincente.

Miró alrededor, bostezando. Por fin se sentó ante su escritorio y empezó a escribir.

Querida Jane:

Muchas gracias por el cheque que he recibido hoy. Cien libras cunden mucho. Los niños acarrean un sinfín de gastos. Quieres tanto a Winnie que consideré correcto recurrir a ti. Alan, como todos los genios, sólo puede trabajar en lo que desea trabajar, y por desgracia eso no siempre da para vivir. Espero verte pronto.

Afectuosamente,

ISOBEL.

Cuando *El conocedor* estuvo terminado, unos meses después, Alan invitó a Jane a verlo. El cuadro no era exactamente como lo había concebido —ni tenía sentido esperar que así fuese—, pero se aproximaba bastante. Sentía el placer del creador. Lo había pintado y el resultado era bueno.

En esta ocasión Jane no le dijo que era magnífico. Separó los labios, y sus mejillas se sonrojaron. Miró a Alan, y él vio en sus ojos lo que deseaba ver. Jane lo sabía.

Se sentía flotar en el aire. Le había dado una lección a Jane.

Libre ya su mente del cuadro, empezó a tomar conciencia nuevamente de su entorno inmediato.

Los quince días en la costa habían sentado de maravilla a Winnie, pero Alan advirtió con preocupación que llevaba la ropa muy raída. Se lo comentó a Isobel.

—¡Pero, Alan! ¿Es que nunca te das cuenta de nada? Me gusta que los niños vistan con sencillez; no resisto verlos engalanados.

—Una cosa es la sencillez, y otra los zurcidos y remiendos.

Isobel no contestó, pero compró un vestido nuevo a Winnie.

Dos días después Alan batallaba con la declaración de renta. Tenía frente a él su libreta de ahorros, pero necesitaba también la de Isobel. Revolvía los cajones del escritorio de su esposa cuando Winnie entró brincando en la habitación con una muñeca impresentable.

—Papá, una adivinanza. ¿A ver si lo sabes? «Entre paredes blancas como la leche; tras una cortina suave como la seda; bañado en un mar de agua clara como el cristal, y dentro una manzana dorada aparecerá». ¿Qué es?

—Tu madre —contestó Alan distraídamente. Seguía buscando la libreta de ahorros.

—¡Pero, papá! —Winnie soltó una carcajada—. Es un huevo. ¿Por qué has creído que era mamá?

Alan sonrió.

—No prestaba atención —admitió—. Y por alguna razón todo eso me ha hecho pensar en mamá.

Una pared blanca como la nieve. Una cortina. Cristal. Una manzana dorada. Sí, le recordaban a Isobel. Era curioso el efecto de las palabras.

Encontró por fin la libreta de ahorros. Ordenó a Winnie imperiosamente que saliese de la habitación. Al cabo de diez minutos, alzó la vista, sobresaltado por una repentina exclamación.

—¡Alan!

—Hola, Isobel. No te he oído entrar. Por cierto, no consigo descifrar la procedencia de algunos de los ingresos de tu libreta de ahorros.

—¿Con qué derecho tocas tú mi libreta de ahorros?

Alan la miró desconcertado. Estaba furiosa. Nunca antes la había visto así.

—No sabía que fuese a molestarte.

—Pues me molesta, y mucho. No tienes por qué tocar mis cosas.

De pronto Alan se enojó también.

—Disculpa —dijo—. Pero puesto que he tocado tus cosas, quizá puedas aclarar mis dudas respecto a alguna de las entradas de tu libreta. Por lo que veo, este año se han ingresado en tu cuenta casi quinientas libras que no logro verificar. ¿De dónde han salido?

Isobel, recobrada la calma, se dejó caer en una silla.

—No hace falta que te pongas tan serio, Alan —dijo, quitándole importancia al asunto—. No me he dado a la mala vida ni nada por el estilo.

—¿De dónde ha salido ese dinero?

—De una mujer. Una amiga tuya. No es para mí; es para Winnie.

—¿Para Winnie? ¿Estás diciéndome que… ese dinero viene de Jane?

Isobel asintió con la cabeza.

—Quiere mucho a la niña. Todo lo que hace por ella le parece poco.

—Sí, pero… ese dinero debería haberse invertido en algo para que el día de mañana…

—¡Ah, no! No se trata de eso. Es para gastos corrientes, ropa y cosas así.

Alan guardó silencio por un momento. Pensaba en los vestidos de Winnie, llenos de remiendos y zurcidos.

—Además, tienes un saldo deudor, Isobel.

—¿Sí? Eso me pasa a menudo.

—Sí, pero esas quinientas libras…

—Alan, cariño, las he empleado en Winnie del modo que he considerado más conveniente. Te aseguro que Jane no tiene motivo de queja.

Alan *sí* tenía motivo de queja. Sin embargo la calma de Isobel ejercía tal poder sobre él que prefirió callar. Al fin y al cabo, siempre había sido manirrota. Si había empleado para sus propios gastos el dinero recibido para la niña, no había sido intencionadamente.

Aquel día llegó una factura pagada a nombre, por error, del señor Everard. Era de un modisto de Hanover Square y ascendía a doscientas libras. Se la entregó a Isobel sin mediar palabra. Ella le echó un vistazo, sonrió y dijo:

—¡Pobre Alan! A ti te parecerá una fortuna, supongo, pero una debe ir más o menos vestida.

Al día siguiente Alan visitó a Jane.

Jane se mostró tan irritante y esquiva como de costumbre. Alan decidió no hablar del asunto. Winnie era su ahijada. Las mujeres entendían de esas cosas; los hombres, no. Aunque desde luego no le entusiasmaba que Winnie tuviese vestidos por valor de quinientas libras. Pero ¿por qué no lo dejaba en manos de Jane e Isobel? Las dos se entendían a la perfección.

Alan se marchó del piso con una creciente sensación de malestar. Sabía de sobra que había eludido la única pregunta que en realidad deseaba formular: «¿Te ha pedido Isobel alguna vez dinero para Winnie?». No lo preguntó por temor a que Jane no mintiese lo bastante bien para engañarlo.

Pero estaba preocupado. Jane era pobre. Le constaba que era pobre. No debía… no debía despojarse de lo poco que tenía. Tomó la firme resolución de hablar con Isobel. Ella no se inmutó y procuró tranquilizarlo. Claro que no permitiría que Jane gastase más de lo que podía permitirse.

Un mes más tarde Jane murió.

La causa fue una gripe, seguida de una pulmonía. Nombró albacea a Alan Everard y dejó a Winnie todo lo que tenía, que no era mucho.

A Alan correspondió revisar los papeles de Jane. A ese respecto estaba todo sobradamente claro: innumerables pruebas de buenas obras, cartas de súplica, cartas de agradecimiento.

Por último encontró su diario, y con él una nota que rezaba: «Para ser leído tras mi muerte por Alan Everard. A menudo me ha reprochado que no digo la verdad. Toda la verdad está aquí».

Así pues, Alan por fin se enteró de todo, al descubrir el único lugar donde Jane había tenido valor suficiente para ser sincera. De manera sencilla y espontánea, dejaba allí constancia de su amor por él.

No usaba un lenguaje florido ni sensiblerías; pero nada dejaba por aclarar.

> Sé que a menudo te enfadas conmigo —había escrito—. A veces todo lo que digo o hago te pone furioso. Ignoro a qué se debe, pues siempre me esfuerzo en complacerte. A pesar de todo, creo que significo algo para ti. Uno no se enfada con la gente que no le importa.

No fue culpa de Jane que Alan encontrase otras cosas de su interés. Jane era leal, pero también descuidada; llenaba demasiado los cajones. Poco antes de morir había quemado sistemáticamente todas las cartas de Isobel. La que Alan encontró había caído detrás de un cajón. Después de leerla, comprendió el sentido de ciertos signos cabalísticos anotados en las matrices del talonario de cheques de Jane. En aquella carta en particular, Isobel apenas se molestaba en fingir que necesitaba el dinero para Winnie.

Alan permaneció largo rato sentado ante el escritorio con la mirada perdida. Finalmente se guardó el talonario en el bolsillo y salió del piso. Regresó a pie a Chelsea, consciente de la ira que crecía en su interior.

Cuando Alan llegó, Isobel no estaba en casa. Lo lamentó; tenía ya claro en su mente lo que quería decir. Fue al estudio, sacó el retrato inacabado de Jane y lo colocó en un caballete junto al retrato de Isobel en satén rosa.

La señora Lempriére tenía razón. Había vida en el retrato de Jane. Lo observó, fijándose en la mirada anhelante, en la belleza que en vano había intentado negarle. Ésa era Jane; la vitalidad, más que cualquiera de los rasgos, era Jane. Era, pensó, la persona más viva que había conocido jamás, tan viva que ni siquiera en ese momento la imaginaba muerta.

Y recordó sus otros cuadros: *Color*, *El idilio*, el retrato de *sir* Rufus Herschman. En cierto modo Jane estaba presente en todos ellos. Ella había encendido la chispa de cada uno de esos lienzos; había exasperado a Alan de tal modo que éste, en su cólera, había deseado darle una lección. ¿Y qué ocurriría en el futuro? Jane había muerto. ¿Volvería Alan a pintar un cuadro, un auténtico cuadro? Miró de nuevo el rostro anhelante del lienzo. Quizá. Jane no andaba lejos.

Oyó algo a sus espaldas y se dio media vuelta. Isobel acababa de entrar en el estudio. Para salir a cenar, se había puesto un vestido recto de color blanco que realzaba el dorado puro de su cabello.

Se detuvo, y las palabras que se disponía a pronunciar no llegaron a salir de sus labios. Observando a Alan con cautela, fue a sentarse en el diván. Aparentaba una calma absoluta.

Alan extrajo el talonario de su bolsillo.

—He estado revisando los papeles de Jane.

—¿Sí?

Alan trató de imitar su calma, de contener el temblor de su voz.

—Te proporcionaba dinero desde hacía cuatro años.

—Sí, para Winnie.

—No, no era para Winnie —replicó Alan a voz en grito—. Simulabas que era para Winnie; las dos lo simulabais. Pero sabíais muy bien, las dos, que la verdad era otra. ¿Te das cuenta de que Jane tenía que vender sus valores, que pasar apuros? ¿Y para qué? Para proveerte de ropa… de ropa que en realidad no necesitabas.

Isobel no apartaba la mirada de su rostro. Se recostó más cómodamente en los cojines, tal como habría hecho un gato persa.

—¿Qué culpa tengo yo de que Jane se privase de sus bienes más de lo que debía? —adujo—. Yo daba por sentado que podía permitírselo. Estaba loca por ti, eso no me pasó inadvertido. Otras esposas habrían puesto el grito en el cielo al ver cómo corrías a su casa y te quedabas allí horas y horas. Yo no lo hice.

—No —dijo Alan, muy pálido—. En lugar de eso, tú le hiciste pagar.

—Esos comentarios son muy ofensivos, Alan. Ten cuidado.

—¿Acaso no es verdad? ¿Por qué cedió Jane tan fácilmente a tus exigencias?

—Por amor a mí no, desde luego —contestó Isobel—. Debió de ser por amor a ti.

—Así que era eso. Pagaba por mi libertad… libertad para trabajar a mi manera. Mientras tú tuvieses dinero suficiente, me dejarías en paz, no me hostigarías para que pintase a esas horrendas mujeres.

Isobel permaneció en silencio.

—¿Y bien? —preguntó Alan, colérico.

Su displicencia lo indignaba.

Isobel miraba al suelo. Al cabo de un momento alzó la cabeza y dijo con toda tranquilidad:

—Ven aquí, Alan.

Dio unas palmadas en el diván junto a ella. Angustiado, remiso, Alan se acercó y se sentó donde Isobel le había indicado, eludiendo su mirada. Pero era consciente de su propio miedo.

—Alan.

—¿Y bien?

Estaba irascible, nervioso.

—Puede que todo lo que has dicho sea verdad —admitió Isobel—. Da igual. Yo soy así. Deseo ciertas cosas: ropa, dinero, a ti. Jane ha muerto, Alan.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Jane ha muerto. Ahora me perteneces sólo a mí. Antes tenía que compartirte.

Alan se volvió hacia ella. Vio un brillo en su mirada, una mirada ávida, posesiva, que le inspiró asco y a la vez fascinación.

—Ahora eres todo mío.

Alan comprendió a Isobel como nunca antes la había comprendido.

—¿Quieres que sea tu esclavo? ¿Que pinte lo que tú quieras que pinte, que viva como tú quieras que viva, que esté siempre a merced de tus deseos?

—Llámalo como tú prefieras. Al fin y al cabo, ¿qué son las palabras?

Alan notó sus brazos alrededor del cuello, blancos, suaves, firmes como una pared. Unas palabras resonaron en su cerebro: «Paredes blancas como la leche». Él estaba ya entre esas paredes. ¿Tenía aún alguna posibilidad de escapar? ¿Deseaba escapar?

Oyó su voz susurrarle al oído, adormidera y mandrágora.

—¿Por qué otra cosa vale la pena vivir? ¿No basta con esto? Amor… felicidad… éxito… amor…

Las paredes crecían en torno a él. «La cortina suave como la seda». La cortina lo envolvía, sofocante, pero tan suave, tan deliciosa. Flotaban ya juntos a la deriva, en paz, en el mar de cristal. Las paredes se elevaban ya a gran altura, aislándolo de aquellas otras cosas, aquellas cosas peligrosas e inquietantes que hacían daño, que siempre hacían daño. Flotaban en el mar de cristal, la manzana dorada entre sus manos.

La luz se extinguió en el retrato de Jane.

Mientras haya luz

(While the Light Lasts).

«Mientras haya luz» se publicó por primera vez en Novel Magazine en abril de 1924. Para quienes conozcan la obra de sir Alfred lord Tennyson, la verdadera identidad de Arden no será una sorpresa. Tennyson era uno de los poetas preferidos de Agatha Christie, junto con Yeats y T. S. Eliot, y su Enoch Arden sirvió de inspiración asimismo para la novela Pleamares de la vida (1948). La trama de «Mientras haya luz» se utilizó después, desarrollada, en Un amor sin nombre (1930), la primera de sus seis novelas escritas con el seudónimo de Mary Westmacott. Aunque con menor interés para muchos que su literatura policiaca, en general se considera que las novelas de Westmacott proporcionan una especie de comentario sobre ciertos episodios de la propia vida de Agatha Christie, algo así como una biografía paralela. En cualquier caso, Agatha Christie encontró en ellas una buena manera de escapar del mundo de la novela policiaca, para decepción de sus editores, que comprensiblemente no veían con demasiado entusiasmo todo aquello que la distraía del trabajo de escribir historias de detectives. La más interesante de las seis es la que lleva el acertado título de Retrato inacabado (1934), que el segundo marido de Agatha Christie, el arqueólogo Max Mallowan, definió como «una mezcla de gente real y sucesos imaginarios… más próximo a un retrato de Agatha que cualquier otro libro». Personalmente, Agatha Christie prefería la tercera novela de Westmacott, Lejos de ti esta primavera (1944), que en su biografía describió como «el único libro del que he quedado por completo satisfecha… Lo escribí en tres días. —Y añadió—: Fue escrito con integridad, con sinceridad; fue escrito como yo quería escribirlo, y para un autor ése es el mayor orgullo y satisfacción».

El Ford se metía una y otra vez en las roderas con violentas sacudidas, y el tórrido sol africano caía implacablemente. A cada lado de la supuesta carretera una línea ininterrumpida de árboles y maleza subía y bajaba formando una suave ondulación hasta donde la vista alcanzaba, y ello unido al vivo color verde amarillento producía un efecto aletargante y una sensación de extraña placidez. Pocas aves rompían el profundo silencio. De pronto, en algún punto del trayecto, una serpiente cruzó la carretera, escapando a los destructivos esfuerzos del conductor con sinuosa facilidad. De pronto, en otro punto del trayecto, salió de la espesura un nativo, majestuoso y erguido; lo seguían una mujer con un niño firmemente sujeto a la ancha espalda y los enseres domésticos de una casa entera, incluida una sartén que llevaba en magnífico equilibrio sobre la cabeza. Estas incidencias del viaje iba señalando George Crozier puntualmente a su esposa, y ésta contestaba con una monosilábica falta de atención que lo exasperaba.

Otra vez pensando en aquel tipo, dedujo, iracundo. Así solía referirse en sus adentros al primer marido de Deirdre Crozier, caído en combate durante el primer año de la guerra, y caído nada menos que en la campaña contra el África Occidental Alemana. Quizás era normal que pensase en él, se dijo. Contempló de reojo a Deirdre, su piel clara, la tersura blanca y rosada de sus mejillas, los redondeados contornos de su figura, mucho más redondeados tal vez que en aquellos tiempos lejanos en que le había consentido pasivamente prometerse a ella, para después, con el primer sobresalto emocional de la guerra, dejarlo abandonado y casarse precipitadamente con aquel novio suyo, un muchacho enjuto y curtido por el sol, Tim Nugent.

En fin, el tipo había muerto —muerto heroicamente—, y él, George Crozier, se había casado con quien siempre había querido casarse. Ella también sentía afecto por él. ¿Cómo no iba a sentirlo si estaba siempre dispuesto a satisfacer sus deseos y tenía dinero suficiente para hacerlo? Pensó con cierta complacencia en su último obsequio, el de Kimberley, donde gracias a su amistad con uno de los directores de De Beers había podido adquirir un diamante que, en circunstancias normales, ni siquiera se habría puesto en venta, una piedra que no destacaba por su tamaño sino por su magnífico y raro color, un peculiar ámbar oscuro, casi como el oro viejo, un diamante de esos que ni en cien años podría uno encontrar. ¡Y cómo le habían brillado los ojos a Deirdre cuando se lo dio! En lo que se refería a los diamantes, todas las mujeres eran iguales.

La necesidad de sujetarse con las dos manos para no salir despedido en una sacudida, lo obligó a volver a la realidad. Protestó a gritos quizá por decimocuarta vez, con la comprensible exasperación de un hombre que posee dos Rolls Royce y los ha puesto a prueba en las carreteras de la civilización.

—¡Dios santo, qué coche! ¡Qué carretera! —continuó, furioso—. ¿Y dónde demonios está esa plantación de tabaco? Hace ya una hora que salimos de Bulawayo.

—Perdida en algún lugar de Rodesia —dijo Deirdre despreocupadamente entre dos involuntarios saltos en el aire.

Pero el chófer de color café, cuando se le preguntó, contestó que su destino se hallaba justo después del siguiente recodo de la carretera.

El administrador de la plantación, el señor Walters, los aguardaba en el porche para recibirlos con la deferencia que merecía la prominente posición de George Crozier en la Union Tobacco. Les presentó a su nuera, que guió a Deirdre por el fresco y oscuro pasillo interior hasta un dormitorio, donde podría despojarse del velo con el que siempre protegía su piel cuando viajaba en coche. Mientras desprendía los alfileres con su gracia y parsimonia habitual, recorrió con la mirada la enlucida fealdad de la austera habitación. No había allí el menor lujo, y Deirdre, que gustaba de las comodidades como un gato gusta de la leche, se estremeció ligeramente. Frente a

ella, en la pared, había un texto. «¿De qué servirá a un hombre conquistar el mundo entero si pierde su alma?», preguntaba a todos los mortales sin excepción, y Deirdre, gratamente consciente de que aquella pregunta nada tenía que ver con ella, se volvió para acompañar a su tímida y silenciosa guía. Reparó sin la menor malicia en sus abultadas caderas y su vestido de algodón barato y poco favorecedor. Y luego, con muda ponderación, bajó la vista y admiró la exquisita y cara sencillez de su propio vestido de lino francés. La ropa bonita, sobre todo si la lucía ella, le infundía el júbilo del artista.

Los dos hombres la esperaban.

—¿No ha sido una molestia para usted venir, señora Crozier?

—En absoluto. Nunca había visitado una fábrica de tabaco.

Salieron a la quieta tarde rodesiana.

—Aquí están las plántulas; las trasplantamos a medida que es necesario. Fíjese…

El administrador siguió hablando con voz monótona, interrumpida de vez en cuando por las lacónicas preguntas de su marido: producción, timbrado, problemas con los trabajadores de color… Deirdre dejó de escuchar.

Aquello era Rodesia, aquélla era la tierra que Tim había amado, donde ambos se reunirían cuando terminase la guerra. ¡Si no lo hubiesen matado! Como siempre que pensaba en aquello, la asaltó una honda amargura. Dos breves meses, eso era todo lo que habían tenido. Dos meses de felicidad, si es que aquella mezcla de éxtasis y dolor era la felicidad. ¿Acaso el amor equivalía alguna vez a la felicidad? ¿No acosaban el corazón del amante millares de tormentos? En ese breve período de tiempo había vivido intensamente, pero ¿había conocido en algún momento la paz, la tranquilidad, la plácida satisfacción de su actual vida? Y por primera vez admitió, un tanto a su pesar, que quizás era mejor que las cosas hubiesen terminado así.

«No me habría gustado vivir aquí. No habría conseguido hacer feliz a Tim. Tal vez lo habría defraudado. George me ama, y yo lo aprecio mucho, y me trata muy bien. Y para muestra, ahí está el diamante que me regaló el otro día». Y pensando en ello, entornó los ojos de puro placer.

—Aquí es donde seleccionamos las hojas.

Walters los guió al interior de un cobertizo largo y bajo. En el suelo había enormes montones de hojas verdes, y agachados alrededor chicos negros vestidos de blanco elegían y rechazaban con dedos diestros, distribuyéndolas por tamaños y colgándolas de una larga cuerda mediante primitivas agujas. Trabajaban con alegre parsimonia, bromeando y enseñando sus blancos dientes al reír.

—Y ahora, por aquí…

Atravesaron el cobertizo y volvieron a salir a la luz del día, donde hileras de hojas se secaban al sol. Deirdre aspiró el aroma delicado, casi imperceptible, que impregnaba el aire.

Walters los condujo a otros cobertizos donde el tabaco, decolorado por el sol hasta adquirir un pálido color amarillo, se sometía al siguiente paso. A continuación

había una zona más oscura, y en lo alto se balanceaban las hojas marrones, a punto para ser picadas. Allí la fragancia era más intensa, casi embriagadora, pensó Deirdre, y de pronto un extraño terror se apoderó de ella, un miedo cuya causa desconocía, que la impulsó a escapar de aquella oscuridad amenazadora y perfumada en busca del sol. Crozier advirtió su palidez.

—¿Qué te ocurre, cariño? ¿Te encuentras bien? Quizá te ha dado demasiado el sol. Mejor será que no vengas con nosotros a las plantaciones, ¿no?

Walters, preocupado por ella, le aconsejó volver a la casa y descansar. Llamó a un hombre que estaba cerca de allí.

—Señor Arden, la señora Crozier. La señora se ha mareado un poco por el calor, Arden. Acompáñela a la casa, si es tan amable.

La momentánea sensación de vértigo pasó. Deirdre caminaba al lado de Arden. Hasta ese momento apenas lo había mirado.

—¡Deirdre!

Le dio un vuelco el corazón y se quedó inmóvil. Sólo una persona había pronunciado su nombre de aquel modo, con un ligero acento en la primera sílaba que la convertía en una caricia.

Se volvió y miró fijamente al hombre que se hallaba junto a ella. Estaba muy tostado por el sol, casi negro, cojeaba y tenía una larga cicatriz en la mejilla más cercana a ella que le alteraba la expresión. Pero lo reconoció.

—¡Tim!

Durante lo que a Deirdre se le antojó una eternidad, se miraron, mudos y temblorosos, y de pronto, sin saber cómo ni por qué, estaban el uno en brazos del otro. El tiempo volvió atrás para ellos. Al cabo de un momento se separaron, y Deirdre, consciente mientras la formulaba de la estupidez de su pregunta, dijo:

—¿No estás muerto, pues?

—No, debieron de confundirme con otro. Recibí un fuerte golpe en la cabeza, pero recobré el conocimiento y me arrastré hasta la maleza. En los meses siguientes no sé qué ocurrió, pero una tribu hospitalaria cuidó de mí, y al final recuperé mis facultades y regresé a la civilización. —Se interrumpió por un instante—. Me enteré de que llevabas seis meses casada.

—¡Oh, Tim, compréndelo, por favor! —suplicó Deirdre—. Me encontraba en una situación lamentable: la soledad… y la miseria. No me importaba ser pobre a tu lado, pero al quedarme sola no tuve el valor de resistir aquella vida sórdida.

—No te preocupes, Deirdre. Lo comprendo. Sé que siempre has tenido debilidad por los lujos. Te aparté de ellos en una ocasión… pero intentarlo una segunda vez… en fin, no me vi con fuerzas. Había quedado muy maltrecho. Apenas podía andar sin muletas. Y además estaba esta cicatriz.

—¿Crees que eso me habría importado? —lo interrumpió Deirdre con vehemencia.

—No, me consta que no. Fue una necedad. A algunas mujeres les importan esas cosas, ¿sabes? Decidí observarte a distancia. Si te veía feliz, si me parecías satisfecha con Crozier…, simplemente seguiría muerto. Y te vi. En ese momento entrabas en un gran coche. Llevabas un precioso abrigo de marta… cosas que yo nunca podría darte aunque me matase a trabajar. Ya no poseía la misma fuerza, el mismo valor, la misma confianza en mis posibilidades que había tenido antes de la guerra. Sólo me veía a mí mismo, lisiado e inútil, incapaz de ganar siquiera lo mínimo para mantenerte… y tú estabas tan hermosa, Deirdre, una reina entre las mujeres, digna de poseer pieles, joyas y ropas preciosas, los mil y un lujos que Crozier podía darte. Eso y…, bueno, el dolor de veros juntos me disuadió. Todos me creían muerto. Continuaría muerto.

—¡El dolor! —repitió Deirdre en un susurro.

—¡Pues sí, Deirdre, maldita sea, me dolió! No te culpo, no. Pero me dolió.

Se quedaron en silencio. Por fin Tim le alzó la cara y la besó con nueva ternura.

—Pero todo eso ha terminado, cariño. Ahora sólo queda decidir cómo vamos a decírselo a Crozier.

—¡Oh! —Deirdre se apartó de él bruscamente—. Yo no pensaba…

Se interrumpió al ver aparecer a Crozier y el administrador por el recodo del camino. Volviendo la cabeza hacia Tim en un rápido gesto, susurró:

—No hagas nada. Déjamelo a mí. Debo prepararlo. ¿Dónde podemos vernos mañana?

Nugent reflexionó.

—Podría ir a Bulawayo. ¿Qué te parece el café que está al lado del Standard Bank? A las tres de la tarde no habrá apenas nadie.

Deirdre asintió con la cabeza antes de darle la espalda para reunirse con los otros dos hombres. Tim Nugent la observó con un ligero ceño. Algo en su actitud lo desconcertaba.

Deirdre permaneció muy callada en el viaje de regreso a casa. ¿Cómo se lo explicaría? ¿Cómo se lo tomaría? Una extraña debilidad pareció adueñarse de ella, así como un creciente deseo de aplazar la revelación el máximo tiempo posible. Podía dejarlo para el día siguiente. Hasta las tres de la tarde tenía tiempo de sobra.

El hotel era incómodo. Su habitación estaba en la planta baja y daba a un patio interior. Deirdre se quedó despierta hasta muy tarde aquella noche, oliendo el aire viciado y contemplando los vulgares muebles. Su mente voló al lujo de Monkton Court, entre los pinares de Surrey. Cuando la criada por fin la dejó sola, se acercó lentamente a su joyero. El diamante dorado le devolvió la mirada desde la palma de su mano. Con un gesto casi violento, lo metió de nuevo en el joyero y bajó con fuerza la tapa. Se lo diría a George a la mañana siguiente.

Durmió mal. Tras los tupidos pliegues del mosquitero el calor era sofocante. Por la mañana se despertó pálida y apática. Se sentía incapaz de provocar una escena tan

temprano.

Permaneció toda la mañana tendida en la reducida habitación, descansando. Pasaron las horas, y cuando llegó la hora del almuerzo, sintió un sobresalto. Mientras tomaban el café, George Crozier le propuso un paseo en coche hasta el Matopos.

—Hay tiempo de sobra si nos ponemos en marcha ahora mismo.

Deirdre movió la cabeza en un gesto de negación, pretextando una jaqueca, y pensó: «No puedo precipitarme. Al fin y al cabo, ¿qué importa un día más o un día menos? Se lo explicaré a Tim».

Despidió a Crozier con la mano cuando se alejaba en el Ford destartalado. Luego consultó el reloj y se encaminó lentamente hacia el lugar acordado.

El café estaba vacío a aquella hora. Ocuparon una mesa y pidieron el inevitable té, que en Sudáfrica se bebe a todas horas del día y la noche. No pronunciaron palabra hasta que la camarera les sirvió y se retiró a su refugio tras unas cortinas de color rosa. Entonces Deirdre alzó la vista y se sobresaltó al detectar una expresión alerta en su mirada.

—Deirdre, ¿se lo has dicho?

Ella negó con la cabeza y se humedeció los labios, buscando en vano algo que decir.

—¿Por qué?

—No he tenido ocasión. No había tiempo.

Incluso a ella le parecieron titubeantes y poco convincentes sus palabras.

—No es eso. Hay algo más. Ayer lo sospeché. Ahora estoy seguro. ¿Qué es, Deirdre?

Negó con la cabeza, incapaz de hablar.

—Existe alguna razón por la que no quieres abandonar a George Crozier, por la que no quieres volver a mí. ¿Cuál es?

Era verdad. Al oírselo decir, supo que era verdad, lo supo con repentina y abrasadora vergüenza, pero lo supo sin la menor sombra de duda. Y Tim mantenía en ella su escrutadora mirada.

—¡No es porque lo ames! No lo amas. Pero hay algo.

Dentro de un momento lo verá, pensó Deirdre. ¡Dios mío, no se lo permitas!

De repente Tim palideció.

—Deirdre… ¿no… no estarás esperando un hijo?

Al instante vio la oportunidad que le brindaba. ¡Una escapatoria perfecta! Lentamente, casi sin voluntad propia, bajó la cabeza. Oyó la respiración acelerada de Tim, y luego su voz aguda y severa.

—Eso cambia las cosas. No lo sabía. Tenemos que buscar otra solución. —Se inclinó sobre la mesa y le cogió las manos—. Deirdre, cariño, no se te ocurra pensar que tienes tú la culpa de algo. Pase lo que pase, recuerda estas palabras. Debería haberte reclamado como esposa cuando regresé a Inglaterra. Me arredré, así que

ahora me corresponde a mí arreglar la situación. Pase lo que pase, conserva la calma, cariño. Tú no tienes la culpa de nada.

Se llevó las manos de Deirdre a los labios, primero una, luego otra. Después se quedó sola, contemplando el té, intacto en la taza. Y curiosamente sólo vio una cosa: un texto de chillones colores colgado en una pared enlucida. «De qué servirá a un hombre…». Se levantó, pagó el té y se marchó.

Cuando George Crozier volvió a casa, le informaron de que su esposa había pedido que no la molestasen. Tenía una jaqueca terrible, explicó la criada.

Eran las nueve de la mañana siguiente cuando entró en la habitación de Deirdre con expresión sombría. Ella estaba sentada en la cama. Se la veía pálida y ojerosa, pero le brillaban los ojos.

—George, tengo que decirte algo, algo horrible…

—Así que te has enterado —la interrumpió él—. Temía que pudiese alterarte.

—¿Alterarme?

—Sí. Hablaste con ese pobre hombre el otro día.

George vio que Deirdre se llevaba la mano al corazón y parpadeaba. Luego, con una voz susurrante y atropellada que le causó cierta inquietud, Deirdre dijo:

—No me he enterado de nada. Cuéntame.

—Pensaba…

—¡Cuéntamelo!

—Ha sido en la plantación de tabaco. El tipo se ha pegado un tiro. En la guerra sufrió graves heridas, y debía tener los nervios destrozados, supongo. No tiene otra explicación.

—Se ha pegado un tiro… en el cobertizo oscuro donde estaba colgado el tabaco.

Hablaba con certidumbre, con mirada de sonámbula, y veía ante sí, en la fragante oscuridad, una figura tendida en el suelo, revólver en mano.

—Sí, exacto; donde ayer empezaste a encontrarte mal. ¡Es extraño!

Deirdre no contestó. Vio otra imagen, una mesa con tazas de té, y una mujer bajando la cabeza en aceptación de una mentira.

—En fin, la guerra ha causado muchas desgracias —dijo Crozier, y cogiendo una cerilla, encendió su pipa con cuidadosas bocanadas.

Lo sobresaltó un grito de su esposa.

—¡No! ¡No! No resisto ese olor.

Él la miró con benévola perplejidad.

—Cariño, no te pongas nerviosa. Al fin y al cabo, no puedes escapar del olor del tabaco. Lo encontrarás en todas partes.

—¡Sí, en todas partes! —Esbozó una crispada sonrisa, y susurró unas palabras que él no entendió, las palabras que en su día había elegido para la nota necrológica de Tim Nugent—. Mientras haya luz, recordaré, y en la oscuridad no olvidaré.

Con ojos desorbitados, contempló la espiral ascendente de humo, y con voz baja y monótona repitió:

—En todas partes, en todas partes.



AGATHA CHRISTIE (Torquay, Reino Unido, 1891 - Wallingford, id., 1976). Fue una autora inglesa del género policíaco, sin duda una de las más prolíficas y leídas del siglo XX. Hija de un próspero rentista de Nueva York que murió cuando ella tenía once años de edad, recibió educación privada hasta la adolescencia y después estudió canto en París. Se dio a conocer en 1920 con *El misterioso caso de Styles*. En este primer relato, escrito mientras trabajaba como enfermera durante la Primera Guerra Mundial, aparece el famoso investigador Hércules Poirot, al que pronto combinó en otras obras con *Miss* Marple, una perspicaz señora de edad avanzada.

En 1914 se había casado con Archibald Christie, de quien se divorció en 1928. Sumida en una larga depresión, protagonizó una desaparición enigmática: una noche de diciembre de 1937 su coche apareció abandonado cerca de la carretera, sin rastros de la escritora. Once días más tarde se registró en un hotel con el nombre de una amante de su marido. Fue encontrada por su familia y se recuperó tras un tratamiento psiquiátrico. Dos años después se casó con el arqueólogo Max Mallowan, a quien acompañó en todos sus viajes a Irak y Siria. Llegó a pasar largas temporadas en estos países; esas estancias inspiraron varios de sus centenares de novelas posteriores, como *Asesinato en la Mesopotamia* (1930), *Muerte en el Nilo* (1936) y *Cita con la muerte* (1938).

La estructura de la trama de sus narraciones, basada en la tradición del enigma por descubrir, es siempre similar, y su desarrollo está en función de la observación psicológica. Algunas de sus novelas fueron adaptadas al teatro por la propia autora, y diversas de ellas han sido llevadas al cine. Entre sus títulos más populares se encuentran *Asesinato en el Orient-Express* (1934), *Muerte en el Nilo* (1937) y *Diez negritos* (1939). En su última novela, *Telón* (1974), la muerte del personaje Hércules Poirot concluye una carrera ficticia de casi sesenta años.

Agatha Christie ha tenido admiradores y detractores entre escritores y críticos. Se le acusa de conservadurismo y de exaltación patriótica de la superioridad británica. Pero

se reconoce también su habilidad para la recreación de ambientes rurales y urbanos de la primera mitad del siglo XX de la isla inglesa, su oído para el diálogo, la verosimilitud de las motivaciones psicológicas de sus asesinos, e incluso su radical escepticismo respecto de la naturaleza humana: cualquiera puede ser un asesino, hasta la más apacible dama de un cuidado jardín de rosas de Kent.

Agatha Christie fue también autora teatral de éxito, con obras como *La ratonera* (1952) o *Testigo de cargo* (1953). Utilizó un seudónimo, Mary Westmacott, cuando escribió algunas novelas de corte sentimental, sin demasiado éxito. En 1971 fue nombrada Dama del Imperio Británico.

Notas de la introducción

[1] La información que se usó para elaborar esta introducción se tomó prestada de Wikipedia. <<



[2] El listado de los libros en que se publicaron los cuentos de Agatha Christie se ofrece como referencia. La ordenación que se sigue de los relatos en esta recopilación es la cronológica según como aparecieron en el Reino Unido. <<

Notas de los cuentos de Poirot

[1] Los que creen en la curación por medio de la fe. *(Nota del T.)*. **<<**

[2] Departamento de Investigación Criminal. *(N. del T.)*. **<<**

[3] Pabellón inglés. *(N. del T.)*. <<

[4] Nombre con el que se designa a los alemanes *(Nota del T.)*. **<<**

[5] *Nurse*, en inglés, significa niñera o enfermera. <<

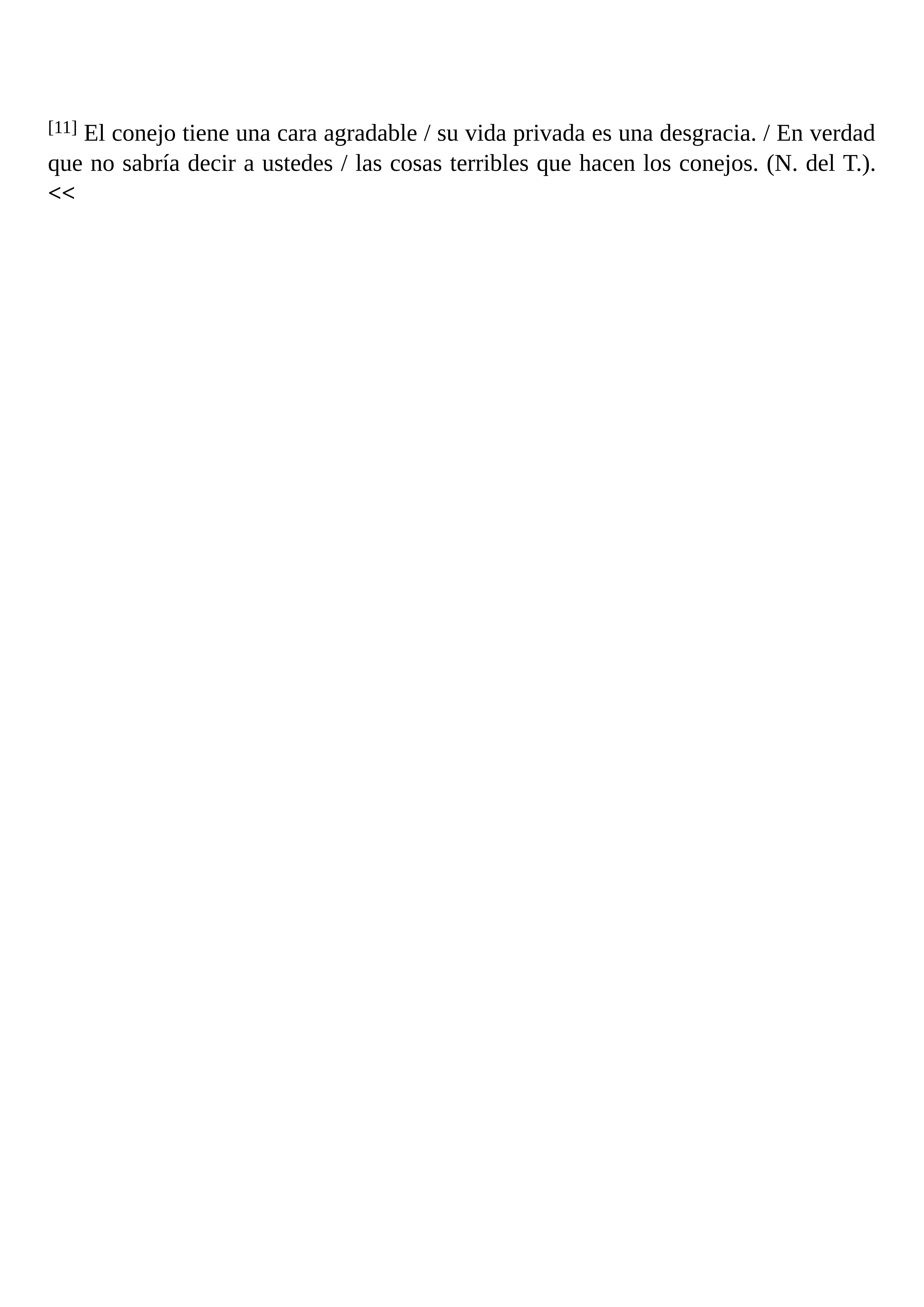
[6] Nombre que aplican los ingleses a todos los extranjeros. <<

[7] Especie de petardos, envueltos en papel de color y que contienen un pequeño regalo, como un sombrero de papel. <<

[8] Alusión a la creencia popular de que los que se besan debajo del muérdago se casan. <<

[9] Departamento de Investigación Criminal. <<

[10] Calle de Londres donde viven muchos médicos de fama. <<



[11] El conejo tiene una cara agradable / su vida privada es una desgracia. / En verdad que no sabría decir a ustedes / las cosas terribles que hacen los conejos. (N. del T.). <<

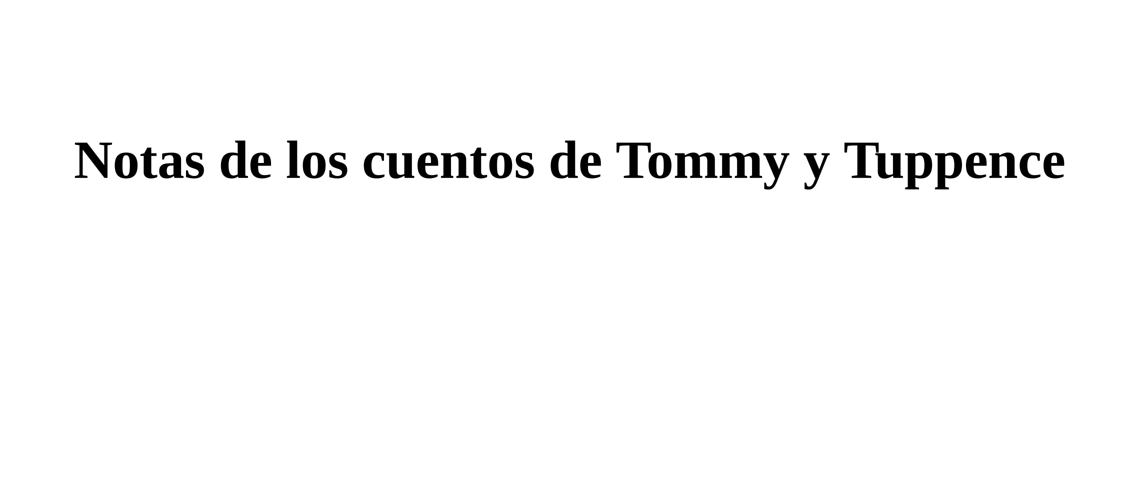
[12] Esta conversación tiene que parecer un poco oscura al lector desconocedor del idioma inglés. Efectivamente: en inglés suele decirse «no puede jugar» cuando nosotros decimos «no sabe jugar»; y al decir «no jugará» en futuro puede implicar desagrado por parte del que habla, como en este caso (N. del T.). <<

[13] Alusión a Conan Doyle y sus novelas de Sherlock Holmes (N. del T.). **<<**

[14] Rosebank significa loma de rosas. (N. del T.). <<

[15] Di, María, la obstinada, /¿cómo crece tu jardín? / Tiene conchas, campanitas, / de doncellas un sinfín. <<

[16] Famoso y aristocrático colegio para chicos, situado cerca de Londres. <<



Notas de los cuentos de Tommy y Tuppence



[1] *Tee*. Lugar en que se hacen los saques de golf, tras colocar la bola sobre un montoncito de arena. <<

Notas de los cuentos de *Miss* Marple

[1] Famoso mausoleo construido en Agrá (India) en el siglo XVII por Shah Jaban, para su esposa favorita. <<

[2] Se insinúa aquí que la señora Creeswell era de origen humilde, ya que son los londinenses poco cultos los que no pronuncian la «h» al principio de las palabras. <<

[3] Departamento de Investigación Criminal. <<

[4] Famosa institución inglesa donde son recluidos los enfermos mentales convictos de delitos graves. <<

Notas de los cuentos de *Mr*. Quin

[1] «Otros tiempos, otras costumbres». (*N. del T.*). **<<**

[2] *Old Lang Syne*: «Memorias del pasado». (*N. del T.*). <<

[3] «¿Debiéramos olvidar viejas amistades?». (*N. del T.*). **<<**



[4] Nombre con el que, despectivamente, se designaba en Inglaterra a los puritanos. (*N. del T.*). <<

[5] Balneario termal. (*N. del T.*). <<

[6] «Cualquiera diría que nunca han hecho esta maniobra». (*N. del T.*). **<<**

[7] «Ajaccio, el puerto más bello del mundo». (*N. del T.*). <<

[8] «Botevolcado», juego de palabras. (*N. del T.*). **<<**

[9] Coche descubierto con dos filas de asientos. (*N. del T.*). **<<**

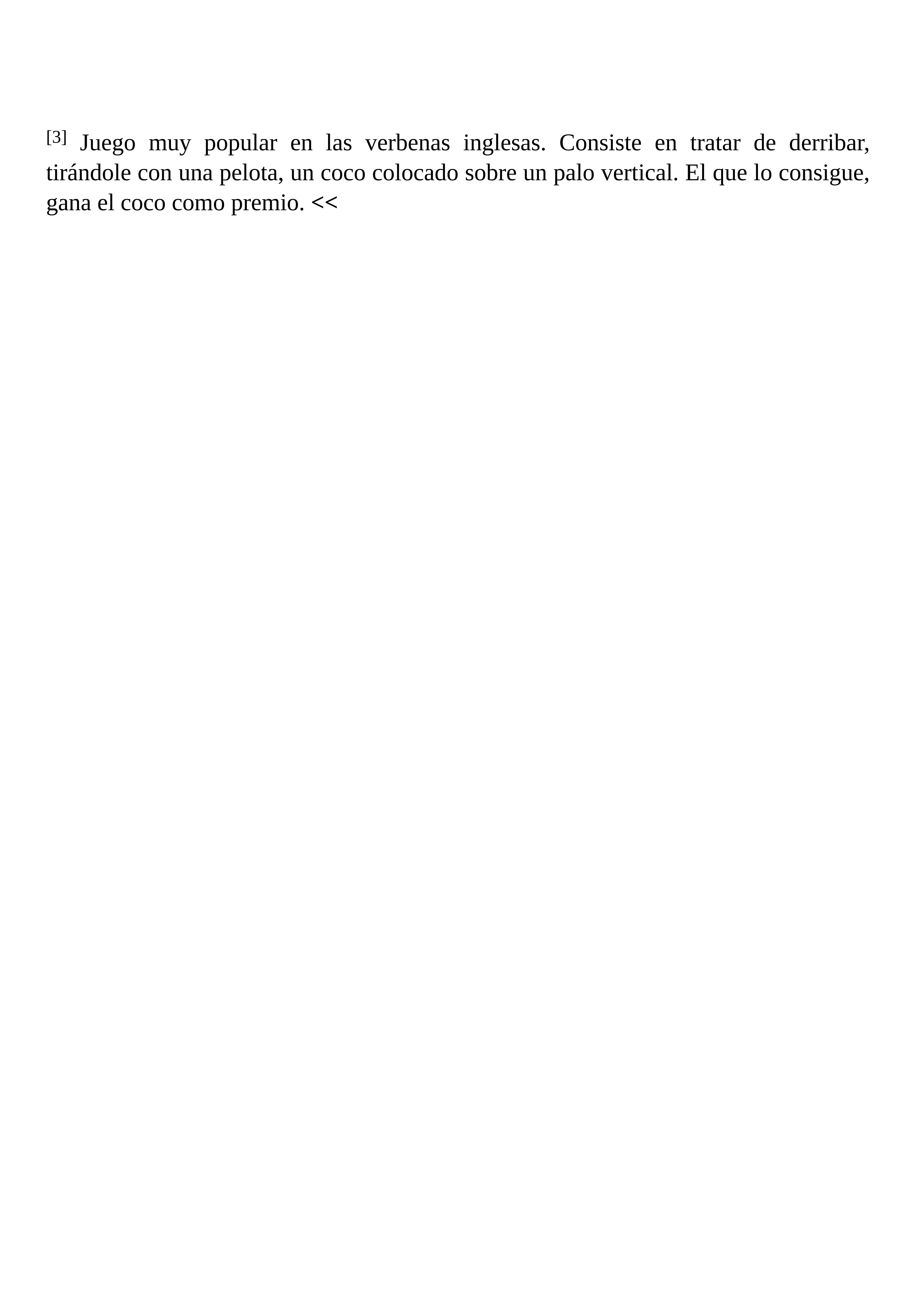
[10] Persona que sólo se interesa por las cosas materiales. (*N. del T.*). **<<**

Notas de los cuentos de Parker Pyne

[1] ¡lagarto! <<



[2] «No-see-ums», es decir: «You don't see them». (Tú no los ves), en el inglés popular de la India. <<



[3] Juego muy popular en las verbenas inglesas. Consiste en tratar de derribar, tirándole con una pelota, un coco colocado sobre un palo vertical. El que lo consigue, gana el coco como premio. <<

[4] Mercado de diamantes de Londres. <<



[5] Alusión al Evangelio según San Mateo, capítulo VI, versículos 28 y 29: «Mirad los lirios del campo: ni se afanan ni hilan. Y, sin embargo, yo os digo que ni Salomón en toda su gloria iba vestido como uno de ellos». <<

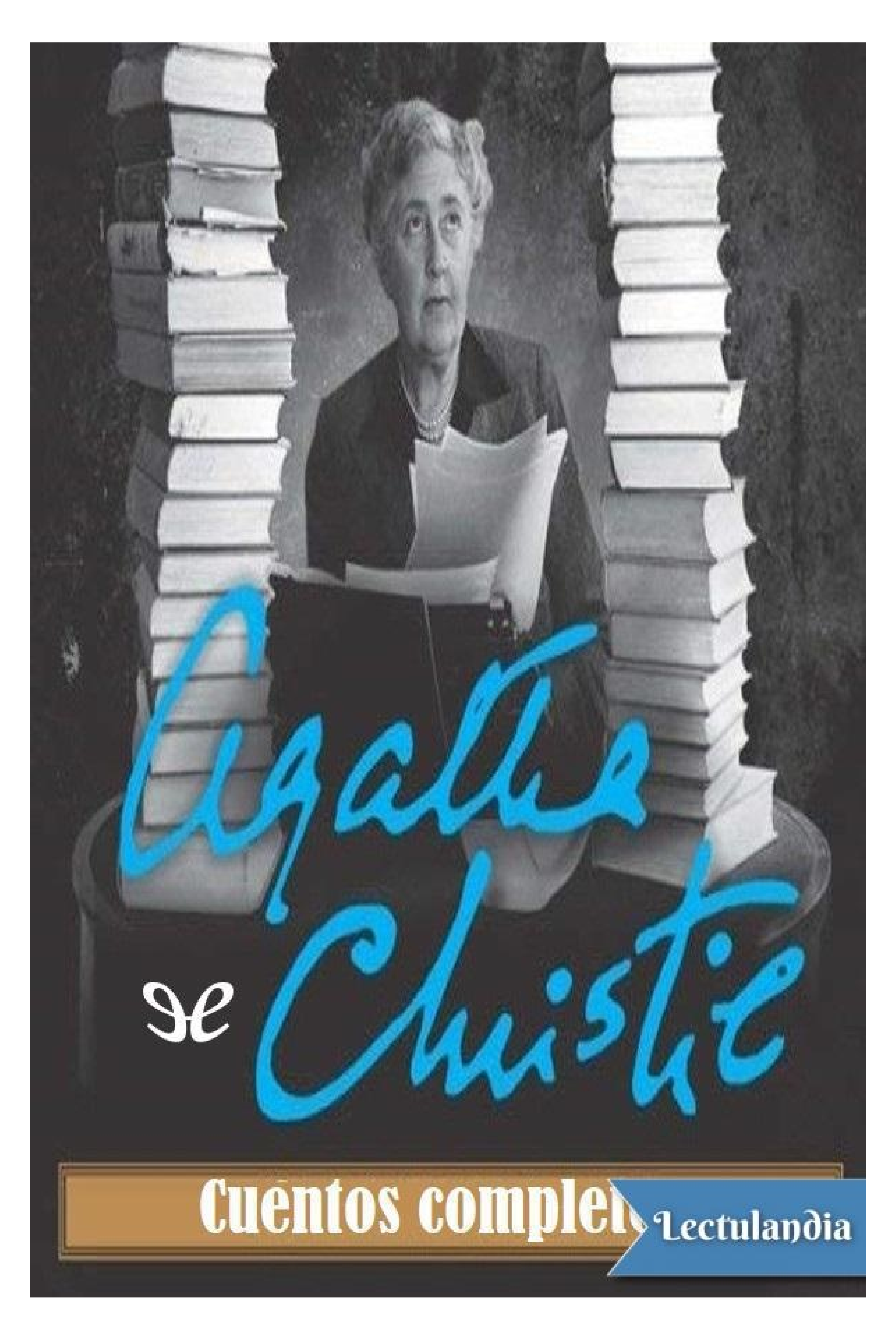
Notas de los otros cuentos

[1] Victoria Cross: la Cruz de la Victoria. <<

[2] Tostada con queso hervido desleído en cerveza. <<

[3] En español en el original. <<

Índice de contenido


Agatha Christie
Cuentos complet
Lectulandia

